
NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08233011 3



BIBLIOTECA ILUSTRADA

DE

GASPAR Y ROIG.

HISTORIA UNIVERSAL.

TOMO X.

F. V. Dominguez.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

9028

HISTORIA UNIVERSAL

POR

CÉSAR CANTÚ,

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL ITALIANO CON ARREGLO LA SÉTIMA EDICION DE TURIN, ANOTADA

POR

D. NEMESIO FERNANDEZ CUESTA,

y adornada con preciosas láminas grabadas en acero que representan pasajes de la narracion, vistas, retratos, etc., y mapas de los paises mas importantes antiguos y modernos.

TOMO X.

DOCUMENTOS.

BIOGRAFÍAS É ÍNDICES.



MADRID:
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES
calle del Príncipe, núm. 4.

1866.

PROLOGO (1).

> C'est avoir entrepris une fière et difficile tâche que de gravir un bien public sans ménager aucun parti, sans encenser l'idole du jour, sans autres armes que la raison et la vérité, les respectant partout, ne respectant qu'elles, n'ayant d'amis qu'elles, d'ennemis que leurs adversaires, ne reconnaissant d'autre monarque que sa conscience, et d'autre juge que le temps. ¡Eh bien! je succomberai peu être dans cette entreprise, mais je n'y reculerai pas.
>
> MIRABEAU.

Confieso que cuando me dirigí á los italianos invitándoles á que me sostuviesen en el trabajo que me proponia empezar, encerraba en mi pecho, bajo una aparente confianza, el temor y el desaliento. Demasiado conocia yo las dificultades que semejante empresa ofreceria á los italianos, y á mí con mas motivo; presentia que hallaria quien, en las mayores dificultades, en vez de animarme, me tacharia de temerario por haberme atrevido á tanto, ó de arrogante por haber osado lo que no osaron otros muchos mejores que yo; que muchos me retirarian con desprecio é indiferencia la mano que yo pedia para socorrerme, y que alguno se complaceria en multiplicarme las espinas en mi escabroso camino; pero si las dificultades, si los martirios previstos desanimasen, ¿qué obra grande se empezaria?

Asi que, seguí conservando vivísimo el deseo de esponer ante mis conciudadanos el espectáculo completo de la historia. Nada de lo que habia previsto faltó: no dejaron la detraccion asídua y la calumnia hipócrita de porfiar acerca de las intenciones, ya que no podian hacerlo acerca de los hechos, para hacer sospechosos á mí y á la obra, á los buenos y á los poderosos: no faltaron tampoco, lo que no deberia esperarse en país civilizado, la mofa iracunda y el petulante insulto; pero al mismo tiempo (sépalo la juventud, á la cual, el amor al reposo, podria, en virtud de mi ejemplo, conducir á la inercia que forma los malos ciudadanos), abundaron los consuelos. Difícil es de esplicar cuán grande es el que esperimenta aquel que habiéndose propuesto un fin elevado corre á él á impulso de una conciencia pura, convencida y persistente en un propósito meditado; y mis compatriotas, que ya habian hecho una lisonjera acogida á otros trabajos mios, creyeron que era noble y generoso empeño el sostener una obra de valor é importancia italiana, y no desanimándose ni por el costo, ni por su duracion, ni por los obstáculos eventuales de la edicion, ni aun por mis fuerzas, demasiado escasas para mi recta voluntad, me honraron con un apoyo que debe acrecentar el empeño de cumplir del modo mejor que me sea posible mis promesas y su lisonjera esperanza.

Gracias os doy de todo corazon, buenos italianos, que favorecísteis mi empresa; que con la franca alegría con que se llena un deber, sostuvísteis á este hombre que ponia todo su ingenio, escaso sí, pero lleno de voluntad, en hacerse perdonar su atrevimiento por sus enemigos, y en merecer la confianza de los benévolos. La acogida hecha á mi obra, mejor de la que yo esperaba, probó que no me engañaba ni creyéndola oportuna en estos tiempos, ni en confiar en el amor que vosotros, buenos italianos, teneis á las vitales enseñanzas de la historia. ¡Ojalá que ninguna de mis páginas se resienta del desaliento que de vez en cuando me oprimió! Ojalá que no traspire en ella mas que la alegre laboriosidad del que trabaja con conciencia, con confianza y perseverancia, pensando que nunca faltan abrojos en la senda del bien; que si llega á la meta puede complacerse de haber terminado una obra buena; y que

si cae en la pendiente
se dirá, á lo menos, cayó sobre su propia huella.

Ya está adelantado mi trabajo lo que basta, me parece, para que entre á hablar acerca de los diversos puntos de mi obra, con mis lectores, como amigos que espero haberme adquirido ó que me adquiriré.

Es una satisfaccion muy pura, saber que hablo á la flor de mi nacion y que discurro con ella acerca del punto mas importante, el destino de nuestra especie. Esta satisfaccion me la proporcionais vosotros, caros lectores, y vosotros especialmente, oh jóvenes, que amais el bien, buscais la verdad con alma necesitada de sentir, con inteligencia ávida de conocer, con voluntad que busca el modo de convertirse en obras. Pensando en vosotros, por vosotros apoyado, voy erigiendo este edificio, original en el designio, nuevo en sus reparticiones, soste-

(1) Hemos creido conveniente no omitir en esta sétima edicion el prólogo que puso el autor en uno de los primeros volúmenes de la primera, pues que ademas de esplicarse en él la manera con que el autor ve y dispone, no será inútil á la historia literaria ni á la social el saber que se vió obligado á pedir perdon y aducir disculpas por haberse atrevido á emprender tan difícil empresa, antes que el éxito hubiese decidido si deberia llámarse valor ó temeridad.

ciando los trabajos puramente especulativos, se olvida de que las grandiosas aplicaciones se derivaron siempre de teorías formadas por mero intento científico. Comprobado que el hombre es imágen de Dios, y que está obligado á perfeccionarse á sí mismo para hacerse semejante á su Padre que está en el cielo, se sigue que no debe sacrificar la igualdad, la dignidad y su conciencia á los agenos mandatos, creado como lo fue, para conseguir su felicidad en la armonía universal. Entonces se manifiestan desnudas las injusticias, disfrazadas con el nombre de legalidad; son puestos á discusion errores que tuvieron su principio en los pasados siglos, y quedan manifiestas las mejores sendas para llegar al punto en que la voluntad de los gobernados esté de acuerdo con la de los gobernantes, porque unos y otros se ajustan á una justicia superior á humanas convenciones.

El que cumple esta grandiosa mision necesita inventar y comprobar, reunir y disponer, y adquirir el lleno del poder científico, pasando contínuamente de la vida pasiva á la activa, de la imaginacion al raciocinio, de la doctrina á la poesía. Si no me equivoco, nuestra época zahiere demasiado el sentimiento en pró de la razon, predicando que aquel es propio tan solo de la infancia de la sociedad y este de su edad viril; mas, aun prescindiendo de que la aridez no es vigor, el estudio puede, juntando miembros, formar un cadáver, pero no puede infundirle vida: asi la demostracion científica puede muy bien señalar la conveniencia de un acto; pero la voluntad no queda determinada mas que haciéndolo amar. Si la historia no miente, las inspiraciones del genio dieron siempre al hombre el primer impulso á buscar su destino y se lo revelaron, y en todos tiempos y lugares la sociedad fue conducida por aquellos que hablaban al corazon.

Preparado, pues, con semejantes ideas para la historia universal, en vez de imitar á aquellos que la distribuyeron en pueblos, debí hacerla caminar paralela con los tiempos (1), y comprender en mi cuadro, ademas de la política, la vida social con todos sus elementos: el conocer, el sentir y el obrar.

¿Pero qué hombre puede presumir de saber todo cuanto puede decirse de la humanidad? No se exige tanto, me parece, de un historiador universal, y si así lo hubiese creido, mereceria las bufonadas con que alguno se burló de mi presuncion. Estamos en un tiempo en que cada parte del saber, no solo ha emprendido un remontado vuelo, sino que se ha popularizado, de modo que aquel que tiene mediano ingenio y decidida aplicacion, puede en algunos años llegar al punto de desarrollo que consiguieron, en largos siglos, muchos ingenios aplicando sucesivamente todas sus fuerzas al mismo asunto. Así el estudiante encuentra en un momento, en las tablas el logaritmo ó la ecuacion media del movimiento de un planeta, en lo cual se afanaron sin éxito sus maestros.

(1) Reparo con una asídua indicacion de los años en el márgen, y con un índice razonado al fin, los inconvenientes que presenta este sistema, menores sin embargo que los del etnográfico.

Me pareció que era de mi deber resumir en un cuerpo de doctrina homogénea los conocimientos, sin que en ellos se sintiese el desórden de una reciente adquisicion, y que el público y mi conciencia debian pretender, no que yo lo supiese todo, sino que exhibiese lo mejor y lo coordinase bajo un plan uniforme. Esta y no otra originalidad puede pretender de la historia aquel que no esté ó falto de inteligencia, ó delirante por envidia ó por una iracunda pasion. Confesé despues clara y repetidamente que creia ser mi obligacion aprovecharme de cuanto habian encontrado científicos, filólologos y anticuarios, lo mismo que de los juicios que ellos emitieron acerca de los hechos y de los ingenios (2). Mi trabajo es sintético, pues que por necesidad debe elevarse sobre fundamentos y con materiales preparados por otros. ¿Se inventa tal vez la historia? ¿ó bastaria una vida para examinar y dar el valor correspondiente á cada hombre, cada acontecimiento, cada composicion literaria, cada sistema filosófico y cada paso de la ciencia universal? ¿Y no seria pretension, aun mas loca que orgullosa, si solo quisiese decir cosas que nunca hubiesen sido dichas y separar en cada pensamiento y juicio lo que es mio de lo que es debido á otros? Todo lector de juicio y lealtad comprenderá cuándo hablo por mi propio sentimiento y observará que no es pocas veces, y en cuanto á lo que aduzco sobre agena autoridad, renuevo aquí las gracias á los autores, creyendo que de ningun modo pagaré mejor la deuda con ellos contraida, que utilizando bien sus desvelos. ¿Qué complacencia mayor para un maestro que enseña una lengua, que oirla hablar bien á sus discípulos? ¿el que desmonta un terreno y lo prepara puede quejarse si otro sigue su arado derramando la semilla que fructificará en beneficio de ambos? ¡Pobre del que se creyere en el deber de volver á trabajar sobre el tosco madero por una manía de originalidad, lo mismo que el que quisiese arrastrarse á duras penas sobre las cumbres del Estelvio y del Simplon en vez de caminar fácil y espeditamente por el camino que otros trazaron para que pudiesen servirse de él los venideros! Mi trabajo, pues, como cualquier otro, es una mezcla de lo que es general y de lo que es individual; y si consigo mi intento seré el primero en Italia (que yo sepa), y aun fuera de ella, que haya dado por sí solo una historia universal suficientemente ámplia, en la cual irán presentándose

(2) «¡Oh! es cierto que los sucesos no se inventan; tantos progresos como en estos últimos años se han hecho en los estudios históricos, deben ser aprovechados por cualquiera que trate de ellos, de modo que yo creeria perjudicar á los lectores si así no lo hiciese.» *Manifiesto.*

«Siempre he razonado los datos que conseguí; pero dejo á un lado la fastuosa costumbre de llenar de citas todos los piés de las páginas. Las mias siempre se referirán á los hechos ó al órden general; confiésome obligado á aquellos de quienes pueda haber sacado reflexiones especiales ó pensamientos; pero habiendo creido que era mi deber sacar provecho de cuantos me han precedido, paréceme que adquirí propiedad sobre lo que supe asimilar á mi designio.» *Introduccion.*

Mas adelante, por razones que fácilmente comprenderá cualquiera, abundé mas en citas, facilitando asi mas el trabajo de los que iban á buscar las correspondencias que yo mismo señalaba. Por lo general escaseé las citas en la narracion, abundando de ellas en las reflexiones y en la doctrina. Será un verdadero defecto de mi obra no apoyarme siempre en las mejores ediciones; pero me disculpa el hallarme en un país en donde se multiplican los obstáculos y son nulos los auxilios, tanto del saber como de la benevolencia.

de frente las varias naciones, y con ellas, cual inmortales peregrinas, las artes, las ciencias y la civilizacion.

Leyendo los mejores libros hallaba siempre en ellos supuesta la lectura de otros muchos, continuos traslados para comprobacion y discusiones desparramadas en cien autores. Púseme por obligacion evitar semejante costumbre y no destinando mi trabajo ni á los muy doctos ni á los muy idiotas, junto con muchos raros conocimientos, incluí en mi obra, otros que felizmente son comunes ó han sido repetidos por muchos, á fin de no obligar á mis lectores á buscar en otros libros la inteligencia del mio, que precisamente se proponia resumirlos. Para esto sirven los *Documentos*, los cuales deben formar un curso de lecturas siempre instructivas, á menudo deleitantes y unidas entre sí por el enlace que tienen con mi *Narracion*, la cual comprueban y aclaran. Consuélame ver que aquella coleccion ha agradado generalmente; mas al que me preguntó, por qué no reservé para los documentos algunas discusiones que introduje en el testo, responderé que quizá no comprendió suficientemente mi intento de hacer que este se rigiese en su integridad independientemente de aquellos.

Graves dificultades me oponia tambien una lengua como la italiana, acerca de la cual (cúlpese á los sofismas de los doctos y al orgullo de los municipios) estamos aun en las mas elementales cuestiones, y en la cual pretende haber soltado el nudo cualquiera que pone mano en ella, sin conocer quizá su mecanismo. Pero yo, partidario del uso vivo, como saben cuantos han tenido la paciencia de examinar mis opiniones discutidas en otro lugar (1), creí y creo que el mejor modo de tener una lengua era emplearla, estendiendo el círculo de la conversacion, hablando de cosas en que se interese toda la nacion. El que salga de la mezquina fidelidad á lo pasado, hallará que es indispensable adoptar palabras y formas inusitadas por los clásicos que escribian para su tiempo, y que la Crusca (si no tribunal infalible, maestra, á lo menos, veneranda) citaba por testigos del hecho y no por obstáculos al obrar. Debiendo decir algo que nunca fue dicho en lenguaje clásico, propúseme sin abandonar jamás esta santa y última herencia nacional del idioma, no faltar tampoco á la precision: consulté continuamente el uso de los autores y de los que hablan con perfeccion: debe perdonárseme (¿por qué disimularlo?) alguna voz no muy comun, alguna elegancia inusitada, en atencion á una variedad necesaria, á los hábitos de escuela y al uso de libros recientes, y del habla no toscana, algun neologismo innecesario, escapado contra mi voluntad, pues para lo demás he aspirado siempre á la pureza y, aun mas, á la propiedad, la cual, no obstante, nunca deja de acompañar á la primera, escepto en los serviles preceptos ó en las coléricas diatribas de gentes que quisieran ver muerta en Italia, no solo la lengua, sino todo lo demás.

Para mi proyecto, que me parecia bastante grandioso, pedí la cooperacion de los hombres mejores y no la hallé de ningun modo rehusada; pedí consejos, y algunos me favorecieron con ellos; pedí respeto y tolerancia, y me fueron negados; y mas de lo que yo temia en tiempos civilizados, hallé maestros que pretendieron hacerme pensar á su manera, antes que ellos se hubiesen puesto de acuerdo, ni rebatido mis razones con otra cosa que con la fácil sonrisa. Doblegarme ante el ídolo porque es adorado, no es ni será nunca mi costumbre, porque una voz, aquí dentro, me dice que es indigno pensar una cosa y decir otra, y esta misma voz me impide inmolar mis convicciones ante los asertos del poderoso ó del que grita. Por lo que (y sea dicho sin desprecio), contento quedo de haber sabido conservar mis opiniones y espresarlas francamente en un tiempo en que se quiere la semioscuridad de los sistemas, la oscilacion de las creencias y la vulgaridad del justo medio.

Espero haber ahora contestado, á aquellos, á quienes pareció, en la vivacidad de una refutacion, que yo habia condenado al desprecio á todos los clásicos, apelando primeramente á mis propias palabras, que la deslealtad no haya mutilado ó disfrazado, y en segundo lugar, convenciendo de que yo habia leido á aquellos á quienes sentenciaba, ó mostrando, en fin, que una cosa es reprobarlos, como hice con algunos en la *Introduccion*, relativamente á una idea, que les faltó, cual era la fraternidad universal y el progreso, y otra cosa, medir á cada uno por su tiempo y por su arte. ¿Quién podrá hablar de los esclavos sin reconvenir á Aristóteles, que racionalmente pretendió sostener aquella enorme injusticia? ¿Pero quién por esto negará que debe colocársele á la cabeza do los pensadores?

Y por lo mismo que ellós eran eminentes y entre los eminentes yo los nombraba, me pareció que el respeto de tantos siglos y el mio me dispensaban de aquellas tímidas fórmulas que para con los vivos impone la cortesía. Si por el contrario, hay quien hace servir la gloria de los muertos que no conoce para vilipendio de los vivos que envidia, me precio de no imitarlo.

No faltó quien, por el contrario, juzgó que yo me fundaba demasiado en oradores, poetas y artistas, los cuales no son las acostumbradas fuentes de la historia; mas si yo me valí de ellos para prueba antes que para refutacion, si olvidé cuanto se debe sustraer de las obras de ostentacion, si creí reflejo de civilizacion lo que era inspiracion personal, mia es la equivocacion.

Voluntariamente acepto la responsabilidad de las ideas que son ó parecen nuevas, y la culpa de haber raciocinado demasiado pronto. Acuérdome que Fréret fue encerrado en la Bastilla por haber dicho que los Francos no constituian una nacion distinta y que sus primeros gefes habian recibido del imperio romano el título de patricios. Me acuerdo que los señores suizos condenaron á muerte al historiador que fue el primero en calificar de fábula el hecho de Guillermo Tell. Muy grande es la turba de los que á ojos cerrados se atienen á lo pasado: nosotros tenemos por símbolo el progreso, por grito de batalla, adelante.

(1) En el *Recopilador* y en la *Revista europea*, 1835-38. El sistema seguido por mí, en esta narracion, con respecto á la lengua, se halla espuesto en el tomo VI.

¿He difamado yo á los enciclopédicos y á Voltaire? A fe mia que no hubiera creido que todavía se mantuviesen en mi patria sobre tan sólido pedestal aquellos que en la suya hace mucho tiempo que fueron derribados de él. ¿Pero qué haré? ¿empeñarme en disertaciones? Mas bien corresponde á los opositores desmentir de otro modo que con sátiras los hechos que yo aduzco. ¿Oponer autoridad á autoridad? Las mias abundan á punto de verse embarazado el lector en la eleccion; basta leer los mejores libros publicados de treinta años á esta parte. Tuvieron una mision y la llenaron; el que demuele no es el arquitecto ni se merece bien del porvenir amontonando ruinas, porque el porvenir sabe valuar á los hombres mejor que sus contemporáneos, asi como por el método de Schöter se miden las montañas en la luna con mas precision que las que se hallan en nuestro globo.

Dicen que las ideas de coordinacion y de fe divulgadas ahora, dejarán de ser moda como dejaron de serlo las de destruccion é impiedad. Allá veremos; pero entre tanto tengo presente aquel proverbio del Senegal, el cual dice que el ponerse delante del sol no impide á este seguir su curso.

¿Y los Griegos? ¿y los Romanos? ¡qué gran culpa para mí haber dudado de la justicia y de la libertad de un pueblo (lo diré con Dupin) tan alabado por sus virtudes, como si hubiese virtudes que pudiesen suplir á la humanidad! En vida de un ilustre italiano que yo veneraba como maestro y amaba como padre, sostuve con él largas y vivas disputas acerca de aquel gran pueblo, que no puede ser nunca bastante admirado como creador de la ciencia del derecho: sobre el mismo punto tuve que rebatir las recriminaciones de un crítico, bastante cortés para merecer contestacion (1), y no tuve que alterar mi juicio. Diga cualquiera que se coloque en el punto que yo, si se puede echar de menos aquella civilizacion: vea todo buen italiano cuánto ha perjudicado á la felicidad, y por fin, á la existencia de nuestra patria el pensamiento de asemejarse á los Romanos.

Herido por la infame malevolencia, por la burlona frivolidad y la pedantesca arrogancia, no diré, sin embargo, con el latino: *Nada me entristece mas que la severidad de los ociosos.* No, desde la edad en que se decidió mi porvenir, conocí á costa mia que no es lícito pedir que un acusador no sea creido sobre su palabra, y que se juzgue que hace mal quien dice injurias. Semejantes máximas han existido desde los antiguos hasta el presente siglo, en el cual, á causa de la necesidad universal, no de saber, sino de hacer ver que se sabe, aquel que se espone al público debe resignarse á los dichos mas estrambóticos y contradictorios; tambien yo los probé. Unos me hallaron exuberante y otros escaso de erudicion; unos sobrado atrevido al esponer mis pensamientos, y otros demasiado sumiso á la autoridad; unos creyente en demasía, y otros inexacto religioso; mientras que uno se admiraba de que buscase en la Biblia conocimientos de artes é industrias antiguas, otro hubiera querido que no hubiese olvidado ningun milagro, ninguna prueba de la revelacion, y que, como la historia de los literatos ingleses, contínuamente probase la verdad genealógica del libro santo, como si él hubiese sido dado para satisfacer la curiosidad. Los mas insistieron en enumerar y hasta exagerar las dificultades de diversos géneros que mi trabajo encontraría desde su principio y que encontrará (decian) peores mas adelante, y de ello concluyeron la absoluta imposibilidad de la obra; mas viendo ahora que prosigue, hubo quien dijo que estaba escrita por una sociedad y que yo contribuia solo con mi nombre, creencia que seria demasiado honrosa para mi trabajo, si no la hiciese aun mas necia que maligna el ser conocidos de mis conciudadanos, y quizá demasiado, mi estilo, mi modo de pensar, mis obras antecedentes, con las cuales me importa mucho mostrarme consecuente hasta el fin (2). En cuanto á los que se asombran de los muchos y, sin embargo, demasiado verdaderos obstáculos, les doy gracias por su solicitud, que es una señal de amor; pero deben saber que el miedo no es mi defecto; que mal podria esperar ser creido si no creyese mucho en mí mismo; que del desaliento siempre salen peores retoños que del obrar francamente, y que el porvenir no es de los ánimos limitados ni de los corazones tímidos.

En cuanto á religion he enseñado el gobierno de la Providencia y la necesidad de la autoridad, celoso sin embargo de emancipar el libre albedrío y el libre pensamiento, y sin embargo

(1) Véase una *Aclaracion* en la *Coleccion*, 1837, tom. I, página 387. En ella concluia asi... «Como ciudadanos creíamos poder ser respetados en nuestras creencias; como miembros libres de la república literaria, no nos creíamos obligados á ofrecer en sacrificio al genio del racionalismo la integridad de nuestras convicciones: en el siglo XIX, creíamos poder ver tolerado el cristianismo, á lo menos como las demás opiniones. Repito sin embargo, que no nos quejamos de que nos impugnen, si bien nos gustaria mas que en vez de declamaciones é invectivas se nos amaestrase y se nos persuadiese; mas no somos hombres nosotros que por una desaprobacion ó cosa peor nos separemos de un camino si lo creemos bueno. Cuando, convencidos de que decir la verdad que se siente, no es solo un derecho sino un deber, entramos en este camino, una voz amiga nos dijo: «Vuestras palabras parecerán á algunos enojosas, á otros inconvenientes, á otros ridículas, á otros hipócritas; mas ¿qué importa? ¿Qué daño hacen las burlas de los hombres al triunfo de la verdad? Al lado de los dolores y las guerras de la humanidad, ¿qué son las contradicciones ó las quejas de un amigo de ella? No espereis de los hombres consuelo alguno; esperad de los amigos una correspondencia aun mas amarga que de los enemigos. Ellos interpretarán al revés vuestras palabras; leerán con el entendimiento lo que ha sido dictado con el corazon; separarán del contesto una ó pocas sentencias, y sobre ellas, envenenadas por el odio, formarán juicio de vuestra obra; querrán ver sus propias pasiones y errores adulados y adorados; serán mas recelosos, mas débiles y mas intolerantes que vuestros enemigos, y si disentís de ellos, sea en el todo, sea en parte, os llamarán necio é hipócrita; ingratos del bien que les habeis hecho, ó á lo menos deseado, frios y burlones, os abandonarán en la necesidad, y en el peligro huirán; en contra vuestra escitarán las iras y las sospechas, os impugnarán con enemigo lenguaje y os calumniarán. Pero no os admireis de ello, ni os cause disgusto, ni ira, porque os servirán de sobrada compensacion la compasion y afecto de los pocos buenos, la esperanza del bien futuro, la alegría del bien que habeis hecho, el espectáculo de la naturaleza que os mira enamorada y os anima á amar, y las inspiraciones continuas de vuestro oculto dolor.»—

A aquel que asi nos hablaba (y no era nuestro señor maestro de retórica) nosotros esclamábamos:

Alma desdeñosa,
¡Feliz aquella que se unió contigo!

y nos preparábamos para viajar por el desierto, y saliendo de Egipto sabíamos que habia que pasar un mar rojo y cuarenta años de errores, y poca esperanza de llegar á la tierra de promision; pero ¡felices aun si desde la cumbre de la montaña nos es dado saludarla, como aquella en que descansarán nuestros hijos!

(2) Doy cordialmente las gracias al que en el *Anotador piamontés*, poniendo puramente en comparacion mis doctrinas de hace ocho ó diez años con las que al presente he manifestado, prueba su identidad.

he sido denunciado ante la inquisicion y ante el raciocinio filosófico. A una y otro no tengo mas que pedir sino que distingan los tiempos.

¿Qué diré de aquellos que sin las precauciones de todo hombre honrado, sino con malísima fe ó con infames suposiciones, alterando lo escrito por mí, me vienen lanzando acusaciones de aquellas que en mi país se debaten ante otros tribunales que los literarios? Pero fuera de él me hacen la justicia de conceder que mi profesion de democracia va unida con el aborrecimiento del desórden, mi confianza en el progreso con el sentimiento de una irremisible decadencia original, que nos impone el deber de luchar para mejorarnos.

Mi vida y mi libro resisten á torpezas de opuestos géneros, no solo contemporáneas, sino puestas de concierto; pero ¿cómo es posible que no sienta en el alma que alguna voz cobarde, que salió para tacharme de cobardía, fuese escuchada entre mis conciudadanos, sin examinar de dónde salia ni quién la habia dado publicidad?

Perdonadme, lectores, si os hablo de acusaciones y disculpas aun cuando sepa bien que mi libro debe convencer por sí mismo y que el mundo se halla, cual debe hallarse para un ser activo, erizado de dificultades. Sin embargo, cuento entre las peores miserias italianas esta cruel alternativa entre un silencio digno que el vulgo no aprecia ni comprende, y una baja polémica, en la cual malgaste las fuerzas y el tiempo y, lo que es peor, el afecto á aquel que se siente con capacidad, ó á lo menos con deseo de usarlos mejor que en disputas.

Sin desprecio ni rencor podria discurrir acerca de los pocos críticos que en medio de otros importantes estudios no solo se dignaron decidir, despues de una ojeada, cómo debia haber hecho, dicho y manejádose quien sobre ello habia meditado años y años, sino que examinaron con ciencia, y con buena voluntad aconsejaron mi trabajo. Cuando los Ingleses publicaron su inmensa *Historia universal*, Baumgarten y otros alemanes la sujetaron á exámen, añadiendo, enmendando, rectificando opiniones, fechas, citas y sucesos. ¿Qué fruto tan grande no hubiera yo conseguido si (á mas de abrir con mi empresa un campo en que trabajasen muchos mancomunadamente á un gran fin) los periódicos de mi país hubiesen, por consideracion á mi persona, discutido con doctrina no vulgar y no vulgar conciencia, algunas de las mil cuestiones históricas suscitadas en un trabajo que tiene que abarcar el universo entero? Con la serena satisfaccion con que se cumple un deber, yo hubiera hecho justicia á la verdad que es mi objeto, y hubiera confesado el error ó gozado de la victoria en luchas, en las cuales, quien vence saca placer y quien es vencido instruccion.

¡Que ventaja para mí, qué complacencia para ellos, qué bien para los estudiosos si, con la imparcialidad generosa que nace de nobleza y elevacion de corazon, me hubiesen demostrado los errores, dirigídome á la verdad y advertídome mi modo equivocado de pensar! Me han zaherido; me han calumniado hasta en lo que mas querido y sagrado tiene el hombre; han (si no otra cosa para justificar su magistral severidad) adulterado mis palabras, fingido cosas que nunca dije, supuesto intenciones que nunca tuve; han confundido los escesos de un principio con el mismo principio; pero pocas veces pude aprovecharme de sus sentencias no hallándolas sinceras, sino por casualidad y cuando en general me imputaban ignorancia y presuncion, y la culpa de no pensar como ellos y de no haber obrado como ellos lo hubieran hecho.

Pero algunos buenos amigos, movidos solo por su cariño, me ofrecieron, sin los inciensos que embriagan ni los insultos que turban, cuanto la sabiduría de muchos Zoilos y pocos Aristarcos bastase para corregir mi ignorancia ó mi error. La misma rabia feroz de alguno, no contra mi libro, sino contra mí, servirá de fiadora al público, para seguridad de que lejos de abandonarme á la fácil indolencia del que no es combatido, estaré siempre vigilante sobre cada sentencia y palabra mia, como quien sabe que cada una de ellas deberá pasar por la requisitoria de un acusador ó por las irreparables crueldades del escarnio.

Cualquiera que sea el éxito de mi trabajo, espero que mis conciudadanos conocerán que no estuvo en mí el hacerlo mejor. Si lo imputan á ignorancia, el conocimiento de las faltas será el principio de mi enmienda; porque la obra que fue el objeto de mis trabajos espontáneos precedentes y que formará la aplicacion de mi edad viril, ha llegado al punto mayor que pudieron alcanzar mis fuerzas y nadie tendrá derecho para decirme.—«Pudiste hacer mas.»

Finalmente, los que al leer penetran mas adentro de la superficie, espero que habrán visto y aprobado el fondo sobre el cual y para el cual edifico. Me tachan de adular al pueblo: puede ser; pero añadan que no puedo estar distante de lisonjas ó esperanzas. En este gran conocimiento del pasado y del porvenir, procuro curar la idolatría con que se rinde á la casualidad, á la grandeza, por el renombre: dijeron que en esto me escedí, y tambien puede ser, como sucede con frecuencia al que combate un error tan antiguo como funesto; pero que confiesen que me guardé de sustituir mis convicciones personales á los argumentos y á los hechos, libre como estoy de la irriverente obstinacion y de querer imponer á otros arbitrariamente mis creencias. No es cierto que yo deprima á los antiguos para ensalzar á los modernos: verdaderamente tengo razon para elogiarlos, y creo y confio en el progreso de la sociedad humana; respeto lo pasado porque engendró lo presente; admiro lo presente por sí mismo y por el porvenir que presagia; si revelo los males antiguos es solo para consuelo de los modernos; propago lo mejor como un objeto indeclinable, el progreso como una ley de la humanidad, como un deber de cada ciudadano, y como un deber, exhorto á cada uno á llevar su piedra al edificio creciente de la prosperidad social.

¿Habré llevado yo dignamente la mia?

Milan, febrero, 1839.

C. CANTÚ.

BIOGRAFIAS

PARA COMPLEMENTO

DE LA

HISTORIA UNIVERSAL

DE

CÉSAR CANTÚ.

Rerum ratio ordinem temporum desiderat; regionum descriptionem; vult etiam (quoniam in rebus magnis, memoriaque dignis consilia primum, deinde acta, postea eventus expectantur) et de consiliis significari quid scriptor probet, et in rebus gestis declarari non solum quid actum aut dictum sit, sed etiam quomodo; et cum de eventu dicatur, ut causæ explicentur omnes, vel casus, vel sapientiæ, vel temeritatis; hominumque ipsorum non solum res gestæ, sed etiam, qui fama et nomine excellant, de cujusque vita atque natura.

CICERON.

BIOGRAFIAS

PARA COMPLEMENTO

DE LA

HISTORIA UNIVERSAL

DE

CÉSAR CANTÚ.

Rerum ratio ordinem temporum desiderat; regionum descriptionem; vult etiam (quoniam in rebus magnis, memoriaque dignis consilia primum, deinde acta, postea eventus expectantur) et de consiliis significari quid scriptor probet, et in rebus gestis declarari non solum quid actum aut dictum sit, sed etiam quomodo; et cum de eventu dicatur, ut causæ explicentur omnes, vel casus, vel sapientiæ, vel temeritatis; hominumque ipsorum non solum res gestæ, sed etiam, qui fama et nomine excellant, de cujusque vita atque natura.

CICERON.

DE LAS BIOGRAFIAS.

Habiendo llegado al fin de nuestro penoso camino, deseamos, como aquel que se aficiona mas á lo que mas trabajo le ha costado, recorrerlo otra vez con los lectores que nos aliviaron con su compañía y nos consolaron con su atencion.

Nadie imagine que va á encontrar aquí un diccionario biográfico de todos los hombres ilustres; pero tampoco debe creerlo una coleccion caprichosas de vidas. Los instintos de la humanidad se dirigen siempre á personificar, quiero decir, á encarnar sus faces en algun personaje. Esto en los siglos poéticos consiste en un ideal, al cual se ligan todos los hechos de una nacion ó de una época, y de este modo se formaron los tipos de Hércules, Homero, Esopo, Rómulo, Numa y otros semejantes. Tal vez existieron, pero la tradicion los elevó sobre la medida comun del hombre. Asi todos los trabajos hechos para limpiar la tierra de mónstruos los atribuyó á Hércules; las invenciones concernientes á la guerra ilíaca las señaló con el nombre de Homero; con el de Esopo todas las fábulas; con el de Rómulo todas las empresas de los primeros jefes de las gentes que pusieron sobre el Tíber los cimientos de una sociedad memorable, y con el de Numa las instituciones de todos los jefes religiosos que sucedieron á los jefes guerreros.

Esta actitud continúa aun en los siglos de reflexion, empleándose especialmente respecto de los héroes que son populares. Cada Estado y casi cada diócesis tiene un santo á quien atribuye cuanto conserva útil y piadoso; cada nacion tiene un héroe que nombra con prediléccion y á quien atribuye el mérito de las instituciones mas alabadas y tiene otro deshonrado por todas las maldades posibles. Hoy mismo, en tiempos tan positivos y de tanta publicidad, á los nombres de Robespierre y Buonaparte se une la idea de cuanto tuvo la revolucion de atroz, y de cuantas glorias resultaron por las guerras y leyes que de ella se originaron.

Los romanceros y dramáticos se conforman con esta tendencia de la naturaleza humana, porque en un carácter describen una época: de ella se deriva tambien aquella preocupacion de la escuela, por la cual se quiere que la historia tenga siempre un héroe como lo tiene el drama. Pero el drama del mundo debe escitar interés y pasion aun cuando no tuviese otros personajes mas que el coro, y el historiador está obligado á obrar de un modo contrario, esto es, á despojar un carácter de cuanto la tradicion le ha unido de ideal y volverlo hombre, ya ensalzado, ya abatido por las circunstancias, criatura de los antecedentes pero no esclavo de la fatalidad, porque la naturaleza no es diferente en los grandes hombres, solo que se presenta mas visible y aparente, merced á sus proporciones.

Esto es lo que hemos procurado en nuestra narracion, y de aquí que á alguno le parezca que deshojamos algunas glorias, ó nos complacemos en trasplantarlas. Sin embargo, hemos puesto gran cuidado para que sobre este punto no haya nada arbitrario, si bien nos hemos colocado (ó á lo menos hemos tratado de colocarnos) en los tiempos y entre los contemporáneos, y examinado si ellos debieron esperimentar aquellos efectos y formar juicios diferentes de los que los historiadores nos han presentado. Mas como la historia ha sido hasta hoy dictada por las clases privilegiadas y para las clases privilegiadas, debe tomar un aspecto necesariamente distinto y variar sus máximas cuando pretenda hacerse popular, y ser dictada por los sentimientos del pueblo, con la confianza de que llegará al corazon del pueblo.

De este modo, es natural que escite los gritos de la gente bulliciosa; de los curiosos que solo apetecen los fenómenos; de los que colocan la historia en las anécdotas; de la aristocracia social y literaria y de aquellos cuyo liberalismo consiste en adular las pasiones de esta aristocracia. Las vidas, pues, que elegiremos no serán siempre las de aquellos que la literatura oficial titula héroes.

Nuestros maestros despues de recorrer el índice de este volúmen (si es lícito esperar tanto) dirán: ¿Qué tenia que hablarnos de tal hombre? ¿cómo pudo olvidarse de este otro? Y citarán los Plutarcos antiguos y modernos.

Siempre hemos profesado á nuestros maestros tanto respeto como se merecen, y nos hemos resignado á sufrir sus repulsas y sus latigazos procurando creerlos procedentes de un sincero deseo de conservar el patrimonio antiguo. Aunque nos dejaremos azotar, conservaremos sin embargo el derecho (peligroso pero noble, y tanto mas sagrado, cuanto mas raro y difícil se hace) de pensar libremente y solo con nuestra cabeza, atreviéndonos á creer que hay uno que es superior á los maestros, aun cuando ellos le consideren su discípulo, y este es el pueblo.

A este relatamos nuestra historia; para este preparamos las vidas siguientes.

La palabra *vida* es la mas comprensiva, despues de la de Dios ó de ser; pero injustamente

algunos la toman por la narracion esclusiva de los acontecimientos; otros por una noticia exacta de los padres, del tiempo del nacimiento, y de la muerte, y de los títulos de las obras: escelente trabajo por cierto que economizaria muchas fatigas á los Tiraboschis futuros; ¿pero qué ganancia reporta con ello la filosofía? ¿y cuánto ha adelantado el conocimiento del hombre y de la sociedad?

Los antiguos reservaron al honor de la biografía á los reyes, conquistadores, grandes magistrados, y á los que durante su vida ejercieron una accion evidente sobre los destinos humanos. Esta accion mas general y mas fácil de definir, se revela suficientemente en los actos positivos de su vida, y su biografía se confunde con las tradiciones populares y con los fastos de las naciones, á lo menos en gran parte: pero los hombres verdaderamente grandes, los pensadores, los artistas, los virtuosos, llevaron una vida oscura muchas veces atormentados y vilipendiados y sin ninguna significacion á los ojos vulgares; al paso que la verdadera vida, la interior, toda de reflexion, de sentimiento, de entusiasmo, se une á la del país, á la del siglo y á las veces á la del mundo. Muy poco importan á la humanidad sus contingencias accidentales y esteriores, sino el desarrollo moral y la obra de Dios que por medio de ellas se efectúa entre los hombres y por la cual la naturaleza revela á la humanidad y la sociedad al hombre. Ademas que no hay hombre eminente sin una gran causa, ni causa sin una idea que al mismo tiempo sea su consagracion y su fruto.

El mundo lo ignora muchas veces, y no solo la gloria (pobre sueño) sino hasta la influencia es póstuma, porque el gérmen que ellos depositaron en el seno de la humanidad se desarrolla lentamente, y cuando ha crecido lo necesario para aparecer hasta á los ojos vulgares, se olvida la mano que lo sembró.

Mas inteligibles serian algunas vidas que se nos han trasmitido de filósofos y de sofistas griegos y la del mayor de estos, donde el hombre se estudia en sí mismo y en su doctrina; pero en ellas no se manifiesta la vida interior sino la accion del hombre sobre sí mismo: porque para los hombres pensadores la vida es el estudio. Ejemplos anteriores habian ofrecido los agiógrafos hebreos: despues los presentaron mejores las vidas de los santos cristianos, donde se penetra en el interior de la conciencia, donde se considera y espone el perfeccionamiento interior de cada uno y su elevacion á una grandeza muy diferente en verdad de aquella que el mundo conoce y aplaude. De este modo se transferia á mayor profundidad el campo de la ciencia y el de la vida, y sobre la personalidad humana se imprimia el sello de lo eterno y de lo infinito.

La literatura moderna no repudia ninguna de las partes buenas de la antigua; pero las funde y modifica y con esto las sublima. No queremos decir cuánto se ha adelantado sobre este punto: seria condenarnos anticipadamente, sabiendo cuán inferior debe parecer el presente trabajo al concepto que de él nos hemos formado. Es cierto que para un público reducido tiene interés la biografía anecdótica é individual, como los retratos de familia al frente de los cuadros históricos; pero á la humanidad solo importan aquellas particularidades que conducen á consecuencias generales, y con estas es necesario dar vida y animacion á las biografías manifestando cuanto se encuentra de único, eterno, é infinito, bajo lo transitorio, diverso y finito que es su forma y el velo con que se cubre.

Todos confiesan, sin embargo, aunque lo hagan muy pocos, que la historia de las naciones debe ser escrita con relacion á las leyes generales del progreso de la humanidad: ¿por qué, pues, las biografías no deben dictarse bajo el aspecto general del desarrollo de la nacion? No son solo los hombres de Estado los que no es posible considerar sin colocarlos en el siglo y en las circunstancias en que vivieron y que influyeron sobre ellos; sino que es necesario creer generalmente que el hombre, como la idea, es hijo del tiempo, del lugar, de las circunstancias que le rodean y su resultado armónico. Para retratarlo bien convendria resucitar toda la vida del héroe por medio de la vida que está en nosotros y reproducirla con la variedad de sus accidentes y con la armonía del suyo juntamente. En este caso cesaria de ser una sencilla narracion de acontecimientos, sucesivos unos de otros, sin conexion, sin la inteligencia necesaria para aclarar aquella aparente confusion, y llegaria á ser para el individuo lo que la Historia Universal tiende á ser para la humanidad.

¿Es posible esta obra en la condicion presente de la ciencia social?

No lo creemos todavía; ciertamente no la vemos concluida y nos juzgamos tan lejos de ello valiéndonos de nuestras propias fuerzas que ni aun nos atrevemos á mirarla, á no ser como el viajero de las inmensas llanuras egipcias que fija su vista en las pirámides, no porque desee subir á ellas, sino para que le sirvan de guía.

Es un carácter comun á los hombres de genio el representar casi completamente el distintivo de su siglo. La historia de un pueblo en cierto modo está epilogada en la de su fundador, quien sin saberlo establece el principio por el cual aquel pueblo subsiste y que sus sucesores no tienen mas que comprender y desarrollar; de tal modo que si el pueblo se separa de él, perece. Algunos nombres se mezclan en la historia de todos los paises en un período dado de la historia, como Alejandro, Carlomagno, Napoleon; otros absorben tanta parte de la civilizacion nacional que parecen ella misma, como Moisés, Homero, Confucio, Mahoma, Dante; otros un acto social, como Cromwell, Washington, Mirabeau; otros la condicion de una clase entera, como Safo y Milton; otros, en fin, una idea, como los jefes de las escuelas, los fundadores de una religion ó de una creencia. Se estudia la Grecia en sus poetas y filósofos; Roma en sus generales; Francia en sus reyes; Inglaterra en sus oradores y hombres de Estado. Para esponer la vida de estos hombres no basta describir y coordinar, sino que es necesario reconocer el puesto que ocupan en la historia; no de un pais, sino de la humanidad, y en los desig-

nios de la Providencia de quien son grandes agentes en el gobierno del mundo. Pues si los hechos se quieren juzgar segun las inflexibles leyes del mundo moral, sirve para el hombre la medida de su tiempo y de su país, sirve, decimos, no para justificarlo, sino para comprenderlo.

Este fin nos hemos propuesto al reunir las vidas de algunos hombres, que segun nuestro débil parecer, representan una época, ó una condicion de personas ó una faz social, ó nos proporcionan ocasion de describirla. Hemos hallado algunas perfectas y acabadas, y nos pareceria soberbia ó vanidad no valernos de ellas, aunque hemos introducido muchas variaciones. Otras las hemos tomado de diferentes autores para que formasen un todo segun nuestro plan. En las que son enteramente nuestras, esponemos algunas veces hechos ó consideraciones que han llegado á nuestro conocimiento despues de haber hablado de ellas en la Narracion, ó les damos una estension y una claridad que allí no supimos ó no pudimos darles; pero en cuanto á su fondo solo podemos reproducir las opiniones que entonces fueron nuestro constante apoyo, resignados, ó casi diríamos satisfechos, de encontra las mismas desaprobaciones.

---

algunos la toman por la narracion esclusiva de los acontecimientos; otros por una noticia exacta de los padres, del tiempo del nacimiento, y de la muerte, y de los títulos de las obras: escelente trabajo por cierto que economizaria muchas fatigas á los Tiraboschis futuros; ¿pero qué ganancia reporta con ello la filosofía? ¿y cuánto ha adelantado el conocimiento del hombre y de la sociedad?

Los antiguos reservaron al honor de la biografía á los reyes, conquistadores, grandes magistrados, y á los que durante su vida ejercieron una accion evidente sobre los destinos humanos. Esta accion mas general y mas fácil de definir, se revela suficientemente en los actos positivos de su vida, y su biografía se confunde con las tradiciones populares y con los fastos de las naciones, á lo menos en gran parte: pero los hombres verdaderamente grandes, los pensadores, los artistas, los virtuosos, llevaron una vida oscura muchas veces atormentados y vilipendiados y sin ninguna significacion á los ojos vulgares; al paso que la verdadera vida, la interior, toda de reflexion, de sentimiento, de entusiasmo, se une á la del país, á la del siglo y á las veces á la del mundo. Muy poco importan á la humanidad sus contingencias accidentales y esteriores, sino el desarrollo moral y la obra de Dios que por medio de ellas se efectúa entre los hombres y por la cual la naturaleza revela á la humanidad y la sociedad al hombre. Ademas que no hay hombre eminente sin una gran causa, ni causa sin una idea que al mismo tiempo sea su consagracion y su fruto.

El mundo lo ignora muchas veces, y no solo la gloria (pobre sueño) sino hasta la influencia es póstuma, porque el gérmen que ellos depositaron en el seno de la humanidad se desarrolla lentamente, y cuando ha crecido lo necesario para aparecer hasta á los ojos vulgares, se olvida la mano que lo sembró.

Mas inteligibles serian algunas vidas que se nos han trasmitido de filósofos y de sofistas griegos y la del mayor de estos, donde el hombre se estudia en sí mismo y en su doctrina; pero en ellas no se manifiesta la vida interior sino la accion del hombre sobre sí mismo: porque para los hombres pensadores la vida es el estudio. Ejemplos anteriores habian ofrecido los agiógrafos hebreos: despues los presentaron mejores las vidas de los santos cristianos, donde se penetra en el interior de la conciencia, donde se considera y espone el perfeccionamiento interior de cada uno y su elevacion á una grandeza muy diferente en verdad de aquella que el mundo conoce y aplaude. De este modo se transferia á mayor profundidad el campo de la ciencia y el de la vida, y sobre la personalidad humana se imprimia el sello de lo eterno y de lo infinito.

La literatura moderna no repudia ninguna de las partes buenas de la antigua; pero las funde y modifica y con esto las sublima. No queremos decir cuánto se ha adelantado sobre este punto: seria condenarnos anticipadamente, sabiendo cuán inferior debe parecer el presente trabajo al concepto que de él nos hemos formado. Es cierto que para un público reducido tiene interés la biografía anecdótica é individual, como los retratos de familia al frente de los cuadros históricos; pero á la humanidad solo importan aquellas particularidades que conducen á consecuencias generales, y con estas es necesario dar vida y animacion á las biografías manifestando cuanto se encuentra de único, eterno, é infinito, bajo lo transitorio, diverso y finito que es su forma y el velo con que se cubre.

Todos confiesan, sin embargo, aunque lo hagan muy pocos, que la historia de las naciones debe ser escrita con relacion á las leyes generales del progreso de la humanidad: ¿por qué, pues, las biografías no deben dictarse bajo el aspecto general del desarrollo de la nacion? No son solo los hombres de Estado los que no es posible considerar sin colocarlos en el siglo y en las circunstancias en que vivieron y que influyeron sobre ellos: sino que es necesario creer generalmente que el hombre, como la idea, es hijo del tiempo, del lugar, de las circunstancias que le rodean y su resultado armónico. Para retratarlo bien convendria resucitar toda la vida del héroe por medio de la vida que está en nosotros y reproducirla con la variedad de sus accidentes y con la armonía del suyo juntamente. En este caso cesaria de ser una sencilla narracion de acontecimientos, sucesivos unos de otros, sin conexion, sin la inteligencia necesaria para aclarar aquella aparente confusion, y llegaria á ser para el individuo lo que la Historia Universal tiende á ser para la humanidad.

¿Es posible esta obra en la condicion presente de la ciencia social?

No lo creemos todavía; ciertamente no la vemos concluida y nos juzgamos tan lejos de ello valiéndonos de nuestras propias fuerzas que ni aun nos atrevemos á mirarla, á no ser como el viajero de las inmensas llanuras egipcias que fija su vista en las pirámides, no porque desee subir á ellas, sino para que le sirvan de guía.

Es un carácter comun á los hombres de genio el representar casi completamente el distintivo de su siglo. La historia de un pueblo en cierto modo está epilogada en la de su fundador, quien sin saberlo establece el principio por el cual aquel pueblo subsiste y que sus sucesores no tienen mas que comprender y desarrollar; de tal modo que si el pueblo se separa de él, perece. Algunos nombres se mezclan en la historia de todos los paises en un período dado de la historia, como Alejandro, Carlomagno, Napoleon; otros absorben tanta parte de la civilizacion nacional que parecen ella misma, como Moisés, Homero, Confucio, Mahoma, Dante; otros un acto social, como Cromwell, Washington, Mirabeau; otros la condicion de una clase entera, como Safo y Milton; otros, en fin, una idea, como los jefes de las escuelas, los fundadores de una religion ó de una creencia. Se estudia la Grecia en sus poetas y filósofos; Roma en sus generales; Francia en sus reyes; Inglaterra en sus oradores y hombres de Estado. Para esponer la vida de estos hombres no basta describir y coordinar, sino que es necesario reconocer el puesto que ocupan en la historia; no de un país, sino de la humanidad, y en los desig-

nios de la Providencia de quien son grandes agentes en el gobierno del mundo. Pues si los hechos se quieren juzgar segun las inflexibles leyes del mundo moral, sirve para el hombre la medida de su tiempo y de su país, sirve, decimos, no para justificarlo, sino para comprenderlo.

Este fin nos hemos propuesto al reunir las vidas de *al*gunos hombres, que segun nuestro débil parecer, representan una época, ó una condicion de personas ó una faz social, ó nos proporcionan ocasion de describirla. Hemos hallado algunas perfectas y acabadas, y nos pareceria soberbia ó vanidad no valernos de ellas, aunque hemos introducido muchas variaciones. Otras las hemos tomado de diferentes autores para que formasen un todo segun nuestro plan. En las que son enteramente nuestras, esponemos algunas veces hechos ó consideraciones que han llegado á nuestro conocimiento despues de haber hablado de ellas en la Narracion, ó les damos una estension y una claridad que allí no supimos ó no pudimos darles; pero en cuanto á su fondo solo podemos reproducir las opiniones que entonces fueron nuestro constante apoyo, resignados, ó casi diríamos satisfechos, de encontra las mismas desaprobaciones.

NUMERO PRIMERO.

MOISES.

(1725?—1605 antes de J. C.)

Despues de tantos descubrimientos, la historia de Moisés todavía permanece la primera en antigüedad y la que contiene las nociones mas antiguas y mas auténticas sobre la civilizacion originara del mundo. En ella vemos á los poderosos cazadores de la Asiria llegar á ser conquistadores y reyes; á los pastores de Caldea que contemplan el cielo, hacerse astrólogos y sacerdotes; á los Fenicios que se aventuran al largos viajes por el mar; á los Cananeos que van en caravanas traficando; en una palabra, allí vemos de qué modo un fondo comun de naturaleza y de conocimientos se modificó por las circunstancias locales hasta constituir las diferentes sociedades.

Tal vez por la union de dos pueblos conquistadores que se sobrepusieron á los habitantes primitivos, el Egipto llegó á verse reducido á una monarquía teocrática, en la cual era un privilegio concedido á pocos el entender la palabra de los dioses é interpretar su voluntad. De las tres Castas, una representaba la inteligencia, en el sentido lato que le dan las escuelas socialistas; otra la fuerza; otra la materia y el lucro: fuera de ellas no habia mas que opresion y esclavitud. Faltaba allí por consiguiente toda unidad nacional; no habia igualdad en los ciudadanos, ni libertad, es decir, derecho ni medios de desarrollar las facultades individuales del modo mas conveniente á la naturaleza de cada uno. Aquellas magnificencias ante las cuales se detiene asombrada la posteridad, atestiguan la mas desgraciada esclavitud; y bastarian para esplicarnos por qué Egipto fue presa de todos los invasores que se lanzaron sobre aquel país, mientras que el pueblo cuyo legislador queremos pintar subsiste despues de tantas siglos y tantas desgracias, cual pueblo profético de cada hombre y de toda la humanidad.

Sin embargo, Egipto desde muy antiguo se hallaba en estado floreciente aunque con una prosperidad material y era considerado como el país de la riqueza y de la ciencia. Allí viajó Abraham; allí se distinguió Josef; allí fue educado Moises, y los libros sagrados para encomiar la sabiduría de Salomon dicen que era superior á la de los orientales y de los Egipcios (1).

(1) III *Reg*. IV, 30.

En un pais de tan variadas producuiones, donde la incomodidad del clima y de la aridez se habia suplido con subterráneos y canales, vino tal vez á buscar hospitalidad un pueblo nuevo; uno de los muchos que hasta entonces no habian tomado un domicilio estable. Allí llegó una familia de riquísimos pastores (2) oriundos de Caldea y procedentes de la Cananea, llamados hebreos que reconocian por patriarca á Abraham, famoso en todo el Oriente. José, uno de ellos, que favorecido por Dios de un modo especial y con el carácter activo de su familia, se habia elevado á una alta dignidad en Egipto, los llamó y los asignó las tierras de pastos de Gesen entre los brazos mas orientales del Nilo. Allí los Hebreos vivieron aislados, conservando el culto de un Dios único, infinito y no representable, y en la abundancia se multiplicaron. Los pueblos antiguos cuidaban mucho de conservar su nacionalidad, si este nombre moderno conviene á lo que era mas bien una especie de consanguinidad; de modo que guardaban atentamente ciertos ritos y ciertas costumbres que á primera vista los hacian distinguir de los extranjeros. Por esto los Hebreos eran mirados como inmundos por los Egipcios que consideraban cual una profanacion el comer con ellos (3).

Pasaron años y la dinastía real á la cual José babia servido pereció. La que le sucedió, no estando ligada por la gratitud, tuvo recelos de este pueblo activo y creciente, que en caso de guerra podria unirse á los enemigos (4) y con premeditada crueldad se propuso diezmarlo. *Oprimámoslo sabiamente* dijo faraon con palabras que pintan la política cual en sí es, agena de ideas de justicia como de sentimientos de piedad. En su consecuencia lo recargó de trabajo, lo empleó en la construccion de ciudades, fortificaciones y diques, y en fin, no creyendo suficiente la astucia, recurrió á la violencia, mandando que fuesen muertos todos los varones recien-nacidos.

Una madre no tuvo valor para matar á su hijo, tanto mas, cuanto que era de una hermosura estraordinaria, y no pudiéndolo ocultar por mas

(2) Jacob para aplacar á su hermano Esaú, le regaló veinte toros, cuarenta vacas, doscientos corderos, veinte carneros, treinta camellos con sus crias, doscientas cabras, veinte machos, diez asnos y veinte pollinas. *Gen*. XXXII, 14, 15.
(3) *Gen*. XLIII, 32.
(4) *Exod*. I, 10.

tiempo, lo expuso en las aguas del Nilo. Allí lo halló la hija de Faraon, lo recogió, y le hizo educar dándole toda la instruccion de aquel país. Moisés, pues, penetró todos aquellos misteriosos conocimientos, pero las seducciones de las doctrinas y de la córte no le hicieron olvidar la opresion en que yacian sus hermanos y resolvió libertarlos.

La elocuencia, el ascendiente de un espíritu superior y la oportunidad de los prodigios todo lo empleó para obligar á Faraon á dejar marchar libremente á los Hebreos; pero no habiéndolo conseguido, hizo que saliesen del país, «preparadas sus espadas con brazo fuerte (1),» y enriquecidos con los despojos de Egipto, el cual en otro tiempo se habia enriquecido con los suyos. Muy pronto el mar Rojo quedó milagrosamente interpuesto entre ellos y sus perseguidores.

En Moisés aparece el carácter que distingue á los grandes hombres, la fe profunda en su mision. Solo, sin medios, con un pueblo habituado á la esclavitud y que en ella calculaba únicamente los males físicos, no los morales, creyó poder proporcionarle su libertad y por ella renuncia á ser hijo adoptivo de la hija de Faraon y desarmado sale de Egipto sin temer al ejército de un gran rey.

Un corto camino separa el istmo de Suez del país que Moisés habia prometido á los Hebreos, pero hubieran encontrado pronto á los Filisteos, y el tener que combatirlos repentinamente habria resucitado en aquellos el deseo de volver á Egipto (2). Por otra parte, Moisés conocia que los pueblos decaidos no pueden ser regenerados sino con los padecimientos y por esto sacrificó el presente al porvenir. En vez de seguir recto hácia Levante despues de haber atravesado el mar, se internó en el desierto hácia el Mediodía y llegó hasta el monte Sinaí.

La palabra de Dios, ademas de ser referida por los cielos, fue oida al principio por el hombre en sus coloquios con el Criador y revelada despues de tiempo en tiempo á algunos predilectos. Convenia, pues, que no permaneciese limitada á algunos entendimientos privilegiados, ella que es la verdad, la razon, la utilidad, sino que se estendiese á todos, y en el monte Sinaí fue espuesta en forma sensible y anunciada á toda la descendencia de Jacob, la cual al concluir su larga peregrinacion se encontró una ley, una constitucion, una historia, vínculos que debian eternizarse.

Para que este rebaño de esclavos se elevase á la dignidad de pueblo, tuvo Moisés que enseñarles lo pasado, constituir lo presente y prepararlos para el porvenir; y como no hay pueblo sin historia, este gran legislador espuso al suyo su orígen.

Las antiguas tradiciones no fueron escritas sino en tiempos mas modernos; los libros de Adan y de Henoch, son tal vez sueños de épocas posteriores. La Cábala quiere que los patriarcas fuesen instruidos por un ángel y que trasmitiesen lo que habian aprendido; pero no se encuentra ningun indicio sério de sus escritos. Es probable, que todo ó la mayor parte, se conservase en la memoria ó en cánticos ó por medio de narraciones que se repetian públicamente en las solemnidades. Con el objeto de que si se olvidaban ó se adulteraban hubiese un códice donde encontrarlas en toda su integridad, Moisés las reunió y tuvo medios para ello, aun cuando no hubiese sido auxiliado por la revelacion, porque su padre Amram las supo de su padre Leví y este de Isaac con quien vivió treinta y tres años, como Isaac habia vivido cincuenta años con Sem, y Sem ciento con Matusalem, contemporáneo de Adan.

La parte sobre la cual se ejercitó mas el ingenio humano, es la que comprende las pocas líneas (tan sobrias, á diferencia de las pomposas y complicadas cosmogonías de los pueblos etnicos) donde Moises espone el orígen del mundo y del hombre y con él los problemas fundamentales de la naturaleza y de la vida, los cuales, de cualquier modo que sean esplicados ya es una maravilla que ocurrieran á la imaginacion de un hombre. ¿Y qué diremos al hallar tanta concordancia entre el Génesis y las mas recientes adquisiciones de la ciencia? Es la única de todas las cosmogonías que pone una diferencia entre la creacion de la materia y su ordenacion, entre el *principio* en que aquella comenzó á existir y la *incubacion* (3) que hace el espíritu de Dios hasta que llega á ser á propósito para formar las estrellas y planetas. Lo primero solo pudo ser un acto instantáneo de una voluntad omnipotente; lo segundo se operó en la sucesion de los tiempos, y lo vemos continuar hasta hoy en las nebulosas que son mundos en estado de formacion. Esta verdad que ahora apenas principia á conocerse con claridad, ya la manifestó Moisés, no con el lenguaje de Newton y de Herschell, sino con el de las únicas imágenes que podian ser inteligibles á su pueblo. Ademas el mas refinado lenguaje de la ciencia ¿es otra cosa que el lenguaje de la apariencia?

La luz, segun los últimos esperimentos de Struve, camina 98,843 millas italianas en un segundo: y Herschell dijo que los rayos luminosos trasmitidos hasta nosotros por las estrellas nebulosas mas lejanas que aparecieron en su reflector de 40 piés, requieren mas de dos millones de años para llegar á la tierra; debieron pues estos astros haberse criado mucho tiempo antes de la última disposicion de nuestro globo. El primer acto fue absoluta creacion; lo demás se fue completando bajo el impulso de las fuerzas que el Criador imprimió á la materia. La mas admirable es la gravitacion, y Moisés conoció que la estabilidad de los cuerpos celestes depende de su mútua gravedad y del espacio que los separa. Entre ellos permanece la tierra fija sobre sus polos, suspendida sobre el abismo, y en su seno se hallan estensas cavernas, en las cuales están las aguas centrales y el fuego (4). El cielo no es el *firmamento*, como le interpretaron San Gerónimo y los Setenta, ni el cielo cristalino de Aristóteles, sino la estension (*rakiach*), esto es la inmensidad.

(1) *Exod.* XIII.
(2) *Exod.* XIII, 17.

(3) El Génesis (I, 2) dice *merachéfet.*
(4) *Job* XXVI, 7, 10.

Otro portento. Moisés ya distinguió la luz primitiva de la que debemos al sol. Ciertos filósofos lo censuraron de haber creado la luz antes que el sol, que es su fuente; pero la ciencia ha venido á demostrar que en la tierra se desarrolla otra luz, independiente de la del sol, como la de los volcanes, la fosforescencia de las nubes ó la electricidad, la cual debió ser de tal poder al *principio*, que bastó para la rápida germinacion de los vejetales á quienes todavía no habia sonreido el sol.

Hay mas. Segun Moisés, la luz no fue creada; sino que la voz de Dios la hace *brotar*, espresion que está en armonía con la teoría de las ondulaciones, hoy generalmente adoptada con preferencia á la de las emisiones.

Hiparco fijaba en 1,022 las estrellas del cielo; Tolomeo las ascendia á 1,026. Moisés sabe que son innumerables como las arenas del mar, y despues de treinta siglos lo probarán los telescópios. Para que no se crea que esta frase es poética ó incluye lo infinito, añade la Escritura que *Dios sabe el nombre de cada una*. Si habla del órden en que se hallan, la Escritura las compara á un ejército dispuésto en órden de batalla que canta las alabanzas del Señor. No son, pues, Dioses, no influyen sobre las acciones humanas, como creia la antigüedad.

Las aguas ejercieron una grandísima influencia al constituir la tierra. Las distingue en superiores é inferiores y están separadas no por una esfera sólida (*firmamento*) sino por la estension (*rakiach*). Los vapores difundidos por el aire no hubieran bastado para producir el diluvio, si no se hubiesen abierto los abismos de la tierra para vomitar las aguas que contenian.

Los séres animados fueron apareciendo por generaciones sucesivas y ordenadas segun la complicacion de su organismo. La geología ha sabido probar á la letra aquella sucesion; y si niega que los animales hayan aparecido despues que los vejetales, la química á su vez lo sostiene, y lo sostiene tambien la razon que manifiesta que la mayor parte de los animales viven de vejetales. Estos en el Génesis se desarrollan antes de la aparicion del sol y bajo condiciones de luz, humedad y calor diferentes de las que hoy existen. La botánica fósil hace muy poco tiempo que ha sancionado este órden de hechos.

El último es el hombre y la geología no ha podido hallar de él un solo resto en las diferentes capas antiguas. Se impugna la idea de que en tan breve tiempo haya sido creada la estirpe humana, atendiendo al mucho tiempo que necesita para educarse; pero el niño en sus primeros años hace mas adelantos que en muchos sucesivos. Tambien podríamos decir que es muy jóven si consideramos cuán reciente es su racionalidad.

Despues de la existencia de Dios, hecho de conciencia, mas bien que de demostracion, el dogma mas importante es la unidad de la especie humana. Negarlo es el mas solemne mentís que se pudiera dar á la narracion mosáica y al mismo tiempo al fundamento de la fe cristiana el pecado original y la redencion. No es pues estraño que se dirigiesen á este objeto especialmente los dardos de los incrédulos; y la escuela volteriana creyó haber resuelto muy bien el argumento mofándose de aquel dogma, pero la ciencia parece que tomó el encargo de multiplicar los descubrimienntos para confirmarlo.

Deteniéndonos en los argumentos físicos, se ha reconocido que las especies que son muy diferentes no se mezclan entre sí; que los afines producen hibridas infecundos; y que las razas, aun cuando diversas, si son de una misma especie, engendran mestizos que pueden reproducirse. Ahora bien, es evidente que todas las razas humanas pueden cruzarse y producir séres fecundos, luego son de una sola especie.

Los grandísimos cambios que podríamos llamar esenciales, de las bestias cuando pasan de un estado salvaje al doméstico, ó de este vuelven á aquel, como acontece en algunos puntos de América, disminuyen nuestro asombro al considerar las variedades de la especie humana. En ella se distinguen varias razas y estas van aumentando en número á medida que se estiende el estudio del hombre, probando las transiciones entre ellas y la dificultad de separarlas con caractéres precisos.

En el fondo, pues, las diferencias entre las razas humanas son menos fundamentales de lo que parecen. Respecto á su fisiologia, igual es el tiempo de su gestacion, igual, con muy poca diferencia, la duracion media de su vida, y semejantes las enfermedades, esceptuando las influencias del clima y de las costumbres. En cuanto al género de vida, son entre ellas comunes la idea de un poder superior, el deseo de mejorar, y el respeto á los muertos: en las fiestas y ceremonias son diversos los medios de ejecucion, no el motivo de los actos.

De la unidad de la especie nace necesariamente la unidad primitiva del idioma (1); Moisés la vió y dió una esplicacion histórica de su subsiguiente variedad. Se han burlado algunos de ella; pero los estudios filológicos nos presentan un parentesco mayor entre las lenguas mas diferentes que el que puede deducirse de la semejanza de la naturaleza humana, y encuentran tres grupos, correspondientes á las tres descendencias de los hijos de Noé.

En el Levítico hallamos los elementos de las grandes clasificaciones de los animales: en él se permite comer los rumiantes, no los demás, distinguiendo aquellos en animales de pezuña hendida, esceptuando los puercos, mientras se incluyen los camellos aunque no la tienen hendida. Otra clase es la de las aves de rapiña, de las palmípedas y de las zancudas. Se pueden comer los peces de escamas y nadaderas, no los que están desprovistos de ellas. En verdad estas distinciones y particularidades de los animales son menos admirables en un pueblo pastor.

En una palabra, Herschell dijo que todos los descubrimientos humanos parecen hechos sólo con el objeto de confirmar mejor las verdades contenidas en los libros de Moisés. Y nosotros preguntamos: ¿Dónde pudo este aprender tanta profundidad de doctrinas?

(1) *Erat terra labii unius et sermonum eorumdem.* Gen. XI, 1.

Guardémonos sin embargo de pretender que Moisés nos haya dado toda la ciencia, ni que sus espresiones sean cual requiere un tratado doctrinal. De este modo correríamos el peligro de inducir á las almas tímidas á sobresaltarse ante los progresos de la ciencia; á las presuntuosas á buscar allí el apoyo de sus sistemas y á las burlonas á mofarse antes de comprender. El Pentateuco no se escribió para despertar la curiosidad y es suficiente poder manifestar que no repugna á ninguno de los hechos que la ciencia encuentra cada dia con tanta abundancia.

Alguos críticos opinan que el Pentateuco no ha sido obra del mismo Moisés, deduciéndolo de varios pasajes de aquel libro, donde, por ejemplo, se refiere la muerte de Moisés, ó parece que se habla del desierto como de un país lejano del lugar en que se escribe, ó se señalan hechos posteriores. San Gerónimo (1) ya no tuvo dificultad en creer que el Pentateuco habia sido renovado por Esdrás: *Sive Mosem dicere volueris auctorum Pentateuchi, sive Esdram ejusdem instauratorem aperis, non recuso*. Tertuliano (2) admite mas esplícitamente que todos los libros hebreos fueron restaurados por Esdras despues de la cautividad de Babilonia: *Hierosolymis babylonica expugnatione deletis; omne instrumentum judaicæ literaturæ ab Esdra constat restauratum*. En el siglo XVI, Espinosa (3) y Ricardo Simon (4) pusieron en cuestion la autenticidad del Pentateuco; despues, en el siglo XVIII, Volney sostuvo que habia sido redactado por Jeremías ó por Ilkia, gran sacerdote que fue en el reinado de Josias. Hartmann (5) recopiló todos los trabajos precedentes y las agudas indagaciones de los alemanes y concluyó que «el Pentateuco fue escrito en vista de documentos antiguos en el tiempo que precedió á la caida de Jerusalém, pero recibió su forma final durante la cautividad de Babilonia.

Nosotros, con los mejores datos, aun protestantes, creemos que aquella obra es auténtica, genuina y hechura de Moisés, el cual para compilarla se valió de escritos y tradiciones anteriores. No faltan en el Pentateuco indicios evidentes de que la narracion se hizo por el mismo que obraba, y está en nuestro favor la tradicion universal. La narracion de la muerte de Moisés parece que formó parte del libro siguiente de Josué y que posteriormente se unió al Pentateuco para completar la biografía de aquel legislador. Los demás indicios de una época posterior, solo son aparentes, como lo han demostrado insignes escritores (6).

El Criador habia mandado al hombre que sometiese la tierra con el sudor de su frente, y por esto el hombre tuvo que sufrir las diferentes impresiones bajo las cuales se habian de desarrollar las ideas y los sentimientos; estando al principio mas restringido á la vida animal, y despues colocado con el pensamiento en relacion con cuanto existe.

Despues de la confusion de lenguas, los pueblos reunidos en el Senaar se dispersan. Sem, permanece allí y de él proceden los Orientales desde el Aman, el Tauro y el Eufrates hasta el mar de la India. Ellos hablan las hermosas é interesantes lenguas arameas, abundantes en sonidos guturales, con multiplicadas inflexiones en los verbos, mientras que miradas bajo las demás relaciones gramaticales son sencillas y pobres. De Cam se derivan los Filisteos, los Egipcios, los antiguos Africanos, raza cuya inferioridad civil se predijo desde entonces. Jafet se dirigió al Occidente, al Asia septentrional, á las *islas de los Gentiles*, como llamaban á Europa, que en verdad debia componerse de islas, si como parece se comunicaban el mar Caspio, el Negro, el Báltico y el Blanco.

Moisés no se propone contarnos la historia de las naciones, sino la de su pueblo; pero jamás fue delineada una pintura mas viva de las sociedades antiguas donde los tiempos heróicos son los de los pastores. Los patriarcas se trasmiten la direccion de las tribus y la palabra primitiva hasta que esta resulta ofuscada por la esclavitud egipcia. Reintegrarla es obra de la legislacion que Moisés prescribe á su pueblo. El habia sido educado segun la constitucion egipcia; pero en vez de fundarse en ella se le manifestó que era necesario para la independencia de su pueblo dirigirle por diversas vias (7), de suerte que se pudiese decir de él: *Tu estas constituido de diferente modo que todas las naciones conocidas* (8).

Dedicando seis dias á los trabajos particulares el sétimo era comun; entre las fatigas se interponia un dia de reposo, en el cual de un modo especial se elevaba la mente con la oracion y con la meditacion hácia el principio del órden, de la moral, de la virtud, esto es, hácia Dios.

Cuando hace poco tiempo se trataba en Inglaterra de limitar el número de las horas de trabajo de los niños en las fábricas, un diputado exclamó: —Habeis hablado muy bien; pero dos horas al dia hacen seiscientas horas al fin del año, es decir, venticinco dias menos de trabajo, en virtud de los cuales Inglaterra no podria ya sostener la competencia estranjera.» ¡Ved aquí la libre industria! Pero Moisés no sacrificaba el bien individual á la riqueza general, y el descanso del sábado era una institucion económica, la cual ponia la moralidad y la salud del pobre bajo la proteccion de la ley.

Era tambien una ley cósmica, porque Dios habia descansado el sétimo dia. En él ni aun debia encenderse el fuego (por otra parte poco necesario en aquellos climas) á fin de que los domésticos y las mujeres pudiesen asistir á la sinagoga, donde se reanimaba el espíritu público. Los millones de esclavos de los gentiles ¡cuánto debe-

(1) *In Elvidium*.
(2) *De cultu fœminarum*.
(3) *Tractatus theologico-politicus*.
(4) *Histoire critique de l'Ancien Testament*. Obra famosa.
(5) *Historische-kritische Forschungen über die fünf Bücker Moses*. Rostock, 1831.
(6) Entre los católicos, JAHN, *Einleitung ins A. T.* II, 1.—HERBST, *Einleitung in die heiligen Schriften des A. T.*, 2 Th.—SHOLZ, *Einleitung in die heiligen Schriften des alten und neuen Testaments*, 2 Th.—GLAIRE, *Introduction aux livres de l'Ancien et du Nouveau Testament*, t. III.—BARDI, *De Pentatheuco*, ms. de la Bibl. de la Universidad de Turin.—Entre los protestantes, HÆVERNICH, *Einleitung*, Th. I, Abth., 2.—RANKE, *Untersuchungen über den Pent.*—HENGSTENBERG, *Beiträge zur Einl. ins A. T.* 2, und 3, B.

(7) *Lev.* XVIII, 3.
(8) *Deut.* XVIII, 14.

rian envidiar á Israel donde á lo menos habia un dia de descanso periódico, donde el esclavo se postraba con su señor ante el Dios que habia hecho á uno y otro!

Los siguientes preceptos consagran la personalidad y la libertad positiva. Moisés los puso por escrito como lo hizo con toda su legislacion, la cual publicó para todo el pueblo. Y el pueblo contestaba á una voz: *Lo haremos; ejecutaremos todo lo que el Señor ha dicho* (1); y lo juraron sobre un altar, para cuya ereccion cada tribu habia llevado una piedra. Tambien entre los Griegos la ley era «la razon reconocida por el pueblo;» pero solo la juraban los privilegiados, porque atendia únicamente al provecho de estos.

Las legislaciones antiguas no están formadas con órden sistemático, sino que existe en ellas algo de entusiasmo, y el precepto va unido al consejo; pues no hacen distincion entre la política, la higiene ni la religion, y lo deducen todo de la voluntad de Dios, como único principio. Es inútil buscar en ellas aquella distribucion de materias que hoy se exige, pero acaso el órden está fundado en otras ideas que ahora se hallan olvidadas. Nosotros distribuiremos de diferente modo las leyes de Moisés, á las cuales, sin embargo, no les falta espíritu metódico y positivo.

Muchas se referian al tiempo en que los Israelitas se hallarian *de este lado del Jordan*, segun él lo habia escrito con anacrónica anticipacion; y su código no podria entenderse por completo sino viéndole puesto en ejecucion. Israel en el desierto estaba ya dividido en doce cuerpos, número de los hijos de Jacob, de quienes descendia; y se formaron las tribus, division fundamental, que mas tarde debia ser territorial al establecerse en la tierra prometida.

Para llevar á efecto la ley, Moisés estableció varios cargos. Cometió á los sacerdotes y Levitas el de conservarla en toda su pureza y darla á conocer á los ciudadanos. Formó un consejo supremo compuesto de los ancianos, para que atendiese á las necesidades, dirigiese las resoluciones públicas y proclamase las órdenes que aclarasen ó ampliasen la ley fundamental. Creó ademas jueces para que sostuviesen las relaciones civiles dentro de los límites de la ley; soldados para defender la patria y la ley, y profetas para anunciar las consecuencias de las acciones conformes ó discordantes con la ley. Todos los cargos eran gratuitos; los que los desempeñaban eran verdaderos servidores del Estado y por lo mismo elegidos por el pueblo; lo cual al paso que daba honor á los nombrados, les imponia la obligacion de merecerlo; y todos debian responder de sus actos.

La unidad del pueblo estaba fundada en su orígen, en su libertad y en su culto. Los sacrificios no debian ofrecerse en cualquier lugar sino en el que habia elegido el Eterno (2); el templo debia ser uno, y errante mientras Israel fuese nómada, pero fijo cuando este se hallase establecido. Aquel único templo, donde se reunia todo Israel, producia la fraternidad y representaba la autoridad legislativa y la judicial que en él eran ejercidas por los legisladores y jueces; de modo que *reedificar el templo* significa constituir de nuevo la nacion. De aquí los millares de Levitas que en él hacian centinela; de aquí la solidez de su fábrica que servia de ciudadela. El ministerio sagrado no corresponderá en lo sucesivo á todos los jefes de familia, sino á una sola tribu; y el sacerdocio á la familia de Aaron.

Con objeto de que ninguna tribu separase sus intereses de los generales, Moisés amalgamó una con todas las demás; así era que los Levitas no tenian una parte determinada de territorio, sino que eran dueños de cuarenta y ocho ciudades y sus alrededores y percibian la décima parte de los frutos del resto. Y á fin de que no se eligiese por sacerdotes á los supersticiosos, Moisés hizo hereditario este cargo, de modo que era para ellos un deber público el conocimiento y enseñanza de la ley, al paso que para los demás era asunto de conciencia y de libre voluntad; y mientras los sacerdotes de todos los otros pueblos guardaban la ley con el mayor secreto, la formaban y la cambiaban, la tribu de Leví era una magistratura cuyo objeto era conservarla y enseñarla á todos y llenar las funciones establecidas por el culto.

En todas las religiones habia una parte secreta ó esotérica y otra pública ó exotérica, dogmas y mitos, filosofía y alegoría, iniciados y creyentes. Entre los Hebreos todo estaba espuesto al público; la mayor parte por escrito, y algunas cosas trasmitidas de viva voz.

El sumo sacerdote, órgano supremo del testo de la ley no debia separarse del templo, en el cual se celebraba tambien el Consejo nacional. Las dudas á que daba lugar la ley, y cuya resolucion no habian podido dar las asambleas de las tribus, eran propuestas al gran Consejo y á los saderdotes (3). Los Levitas estaban sujetos á la ley y eran juzgados por los magistrados comunes; pagaban tambien medio siclo para los gastos de utilidad pública y no estaban exentos de combatir. Los Macabeos eran sacerdotes.

Entre los Romanos, el colegio de los pontífices, en atencion á los augurios y á las fórmulas rituales, intervenia en todos los actos solemnes y en muchos privados. Entre los Hebreos, á quienes consideramos como teocráticos, la circuncision se hacia sin ellos, así como los matrimonios; les estaba prohibido asistir á los funerales; y los registros civiles estaban á cargo de los ancianos; así es que Calmet comete una grave equivocacion al llamar sacerdotal al reino hebreo, y enteramente igual al de Egipto (4).

Todo Hebreo podia, con el título de *nazireo* ó separado, dedicarse especialmente á Dios.

Hay una idolatría teológica que dedica á algunas criaturas los homenajes debidos al Criador; una idolatría política que coloca á algunos hombres sobre las naciones y la humanidad; una idolatría moral que haciendo sacrificios á las pasiones, destruye el equilibrio humano. Moisés las evitó todas; y aun cuando en la forma tran-

(1) *Exod.* XXIV, 3, 7.
(2) *Deut.* XII, 11, 14.
(3) *Deut.* XVII, 8 y 9.
(4) *Diss. sur la police des anciens Hébreux.*

sige con la rudeza de los suyos, no lo hace nunca en el fondo.

El culto, que desde los primeros años y en todas las circunstancias tiene sobre nosotros un gran poder, es el lazo que nos une á la patria, y por tanto Moisés hizo de él la parte principal de su ley y lo puso todo al servicio del Estado. En ella no se prescribian sacrificios humanos, ni ritos obscenos tan comunes en los pueblos vecinos, ni fetiquismo, ni ciencias misteriosas. *¿Qué me importa la sangre de mil toros, de mil carneros ó de muchos millares de machos de cabrío? dice el Señor. Juzgad con justicia, sed misericordiosos todos con vuestros hermanos; no calumnieis á la viuda, al huérfano, ni al extranjero; nunca desee mal vuestro corazon. La misericordia y la justicia agradan al Señor mas que las víctimas* (1).

La idolatría hubiera sido delito de lesa nacion y principio de esclavitud; por lo cual era castigada con suma severidad, condenando á muerte no solo al reo, sino tambien á su familia, por no haberle denunciado, exterminando la ciudad que le hubiese tolerado, los muebles, los ganados del idólatra y amenazando con castigar hasta la tercera ó cuarta generacion (2).

El espíritu religioso se reanimaba en épocas dadas por alegrías solemnes y lutos públicos, los cuales traian á la memoria los principales hechos de la historia patria y los beneficios del Señor. Eran tambien un motivo de ejercer la caridad, y estaba mandado que: *En tus fiestas de alegría llama al hijo y á la hija, al esclavo y á la esclava y á la viuda.*

Moisés no estableció la dignidad real, porque repugnaba á la naturaleza de aquellos pueblos; y dejó la eleccion de gobierno al consejo de los ancianos bajo la inspiracion de Dios. Solo les advirtió que si alguna vez querian tener rey, cuidasen de no elegirle entre los estranjeros; diciéndoles que tuviese el mando de la fuerza pública, pero que fuese siempre sencillo y no acumulase riquezas; que mirase á los Hebreos como hermanos é iguales, y que respetase la ley, de la cual debia escribir un ejemplar de su propio puño, bajo la vigilancia de los sacerdotes (3).

Hubiera sido conveniente que las tribus se hubiesen conservado unidas en alianza y de este modo hubieran vencido al momento á los Cananeos, separando del pueblo los peligros de una vecindad perjudicial. Pero las tribus no se prestaron generosas á la obediencia, y apenas llegaron á la tierra prometida, cada una pensó en sí esclusivamente. Entonces como combatian á sus enemigos particulares, la guerra se hizo interminable. Cansados de ella, creyeron que concluiria cambiando de gobierno y eligiendo un rey; y por mas que Samuel se opuso á esta determinacion, mostrándoles todos los males del gobierno monárquico, que atiende al bien de uno solo, no de todos, se obstinaron en tenerle. Pero por desgracia para ellos se verificó la division que se temia y la mitad del pueblo peleó con la otra mitad.

Moisés dió siempre sus disposiciones de acuerdo con el gran consejo de los ancianos, y al morir confió á estos y á los sacerdotes el testo de la ley. Este parece ser el orígen del sanedrin que no era elegido entre los sacerdotes como en las teocracias, sino entre los ancianos; no por privilegio, sino segun el saber, la prudencia y la buena reputacion.

Se reunian en un pórtico del templo para hacer mas respetables sus decisiones, y arreglaban la paz, declaraban la guerra, proclamaban al sumo sacerdote de entre los Aaronitas, decretaban las contribuciones, disponian del Erario y determinaban cuándo habian de construirse ciudades; como intérpretes políticos de la ley decidian despues de consultar á la magistratura conservadora de los sacerdotes, las grandes cuestiones de derecho público, las diferencias entre las tribus y las apelaciones como tribunal supremo, juzgando tambien los delitos de lesa majestad. En las cuestiones mas graves era necesaria la intervencion de las asambleas generales.

Esto evitaba aquella escesiva centralizacion de los poderes y de la vida civil, cuya fuerza y cuyos inconvenientes se sienten hoy dia; porque todas las ciudades eran gobernadas por ancianos, sacerdotes y jefes propios, que ademas de las funciones administrativas, tenian el cargo de censores de las costumbres y jueces de paz, y eran respecto de cada tribu y para cada ciudad lo que el gran consejo para todo Israel.

La constitucion era verdaderamente paternal; creian en la ley porque emanaba de Dios; no estaba reservada á unos cuantos aristócratas, si no que á todos se recomendaba que la estudiasen y meditasen, y nadie podia ignorarla porque era pública. Todos eran iguales ante ella; el que tenia mas inteligencia, aunque fuese artesano, se sentaba entre los jueces y en el senado de la nacion, y aun presidia el gran sanedrin.

Mandaba la fuerza pública un juez supremo, cuyo cargo era vitalicio, y que durante la guerra reunia el poder dictatorial y algunas veces era presidente del Senado. En los tribunales no habia distincion de personas. *Oid al pequeño y al grande, al ciudadano y al extranjero. No tengais acepcion de persona alguna, porque el juicio es de Dios* (4).

La ley tenia gran cuidado de la moralidad de los testigos; uno solo no hacia fe; el testigo falso era castigado con la pena del Talion; el acusador debia sostener la acusacion en los debates que se celebraban al aire libre y bajo las puertas. Todo acusado era juzgado por sus pares (ancianos) en presencia de la nacion, y estaba exento del anticipado suplicio de la prision, habiendo preparado ciudades donde refugiarse ínterin se examinaba el asunto.

En la Misna se hallan escelentes reglas deducidas de estos principios, tales como el derecho de recusar al juez que se cree parcial y el reconocer la autoridad de los jueces, y que el hom-

(1) *Zac.* VII, 5; *Os.* VI, 6; *Miq.* VI, 6, 8; *Prov.* XXI, 3.
(2) *Exod.* XX, 5; *Deut.* V, 9.
(3) Exod. XVII, 14-20.

(4) *Lev.* XXIV, 22; *Deut.* I, 16 y 17.

bre no juzga solo, porque Dios únicamente puede hacerlo (1). Comprende ademas gran número de prudentes advertencias acerca de las penas impremeditadas. El que iba al suplicio, era acompañado de un heraldo que decia en alta voz su nombre, y el de los testigos, y el delito por el cual se le habia impuesto aquella pena; escitando á todos á que manifestasen lo que supiesen en su defensa. Hasta cinco veces podia ser presentado á los jueces; y si habia un Daniel que manifestase lo injusto de la sentencia contra Susana, se la ponia en libertad. El vengador de un asesinato solo tenia derecho de acusar al reo ante los tribunales y de darle el golpe mortal si era condenado (2).

En la familia la mujer era libre, porque es hueso de los huesos y carne de la carne del hombre; y el precepto que prohibe desear la mujer agena le daba una importancia desconocida entre los Gentiles, tanto que podia ser juez del Estado, si la vocacion de Dios la llevaba á tal cargo.

Habia tres clases de mujeres; unas libres y lejítimamente casadas; otras tambien lejítimas pero compradas, y otras ni libres ni compradas, pero tambien lejítimas y que daban hijos lejítimos: tales eran las prisioneras de guerra (3). El matrimonio era un acto mas bien doméstico que civil. El marido dotaba á la mujer, se obligaba á vestirla y á mantenerla segun su estado y le prometia amistad conyugal; estas tres obligaciones eran naturalmente un obstáculo para la poligamia. Podian casarse tambien con estranjeras dándoles carta de naturaleza, pero no con las Cananeas. Los pontífices solo podian casarse con vírgenes. El seductor debia dotar á su víctima y casarse con ella si el padre se la concedia.

El marido que dudase de la fidelidad de su mujer podia recurrir á la prueba legal, que consistia en tomar un poco de agua amarga, pronunciar el sacerdote el anatema sobre ella y en beberla la mujer con terribles fórmulas (4). Era permitido el divorcio y la mujer se llevaba su dote y quedaba libre para contraer nuevas nupcias; pero las dificultaban las formalidades que se exigian. El marido perdia el derecho de repudiar á su esposa si la habia seducido antes de casarse con ella, ó la habia acusado sin razon despues de casada (5).

Apenas nacian los Hebreos recibian la marca nacional; cuando eran mayores aprendian la ley; y como todo Israél tenia obligacion de trabajar, debian aprender cualquier oficio.

El padre no podia privar al hijo de su patrimonio, porque era inenagenable la herencia, y mucho menos quitarle la vida. Para que fuese castigado un hijo rebelde, era preciso que el padre y la madre se presentasen juntos al juez, y entonces tenian lugar todas las formalidades de la justicia.

La patria potestad cesaba al entrar el hijo en la mayor edad, que era de dos especies; á los trece años entraba el jóven en la sociedad, con la capacidad de contratar al cuidado del padre, y á los veinte era un completo ciudadano. El padre podia vender ó poner á servir á su hija, pero si el comprador la conocia carnalmente no podia devolverla, de manera que quedaba libre en el año sabático (6).

Cuando el jefe de la casa moria, heredaban los hijos y en su defecto las hijas. El primogénito heredaba doble porcion que los demás, y por ningun pretesto podia privársele del derecho de primogenitura. La heredera debia casarse con uno de su tribu. Para conservar los bienes en las familias, el hermano estaba obligado á casarse con la viuda del otro hermano. Las bendiciones esperadas hicieron que se aumentase estraordinariamente la poblacion (7).

La tierra, decian, es de Dios, y los hombres son colonos á quienes la ha repartido (8). Por su voluntad se halla distribuida entre las tribus en proporcion del número de los que las componen, y las tribus dividen por suerte su lote en cantones y estos en familias. Es sorprendente hallar hace treinta y cinco siglos las operaciones del censo, pues Moisés decretó la medida y limitacion de las tierras ocupadas á la izquierda del Jordan, las cuales divididas en 601,730 lotes fueron repartidas por suerte (9). Josué dividió lo restante del país, segun aquel sistema; y si hemos de dar crédito á Flavio Josefo, los territorios de Jericó y de Jerusalen, que eran mucho mas hermosos y fértiles, fueron repartidos no por medida sino con arreglo á su feracidad (10). Por este medio se conservó aquella pequeña propiedad, que era considerada como muy á propósito para hacer la felicidad de la nacion.

Saint-Simon ha dicho que «la ley que constituye los poderes y las formas del gobierno no es tan importante ni contribuye tanto al bienestar de los pueblos, como la que establece la propiedad y regula su ejercicio (11).» El mismo pensamiento manifestaron los legisladores antiguos aunque con formas diversas, dando gran número de órdenes que no solo prohibian algunos actos, sino que tambien facilitaban la adquisicion de la subsistencia y el logro de la felicidad.

Moisés no trató tanto de conseguir la igualdad de fortunas, como de conservar al pueblo; de modo que la igualdad era un medio, no un fin. Cuando el pueblo se ve precisado á depender de un corto número de ricos, su subsistencia es precaria, como la de un rebaño de esclavos. Los suyos, por el contrario, debian ser to-

(1) *Misna, cap. patr.*
(2) *Deut.* XIX, 11 y 12.
(3) *Deut.* XXI, 13.
(4) *Num.* V, 11, 31.
(5) *Deut.* XXII, 19, 29.

(6) *Exod.* XXI, 7-11, hebr.
(7) Los setenta Hebreos que emigraron con Jacob, se aumentaron en 430 años hasta 1.500,000. En el desierto crecieron en número de 2,000; lo cual era natural en medio de tantas calamidades; cuando llegaron al Jordan, se vió que habia 1.550,000 personas. El censo en tiempo de David, 640 años despues, dió por resultado 3.757,000; lo que quiere decir que hubo un aumento de 3,450 cada año, esto es, 1 por 70, que es bastante menos que hoy, pues en cualquier país aumenta 1 por cada 60. En los 430 años de la cautividad de Egipto, habian crecido desde 70 á 1.500,000; lo cual daria por término medio 1 por cada 430. Moreau de Jonnes *(Statistique des peuples de l'antiquité*, Paris 1851*)*, deduce de esto que las burlas de los filosofistas contra aquel aumento de poblacion, son una de sus acostumbradas ligerezas.
(8) *Lev.* XXV, 23.
(9) *Num.* XXVI, 53 y 54.
(10) Lib. V, cap. I.
(11) *OEuvres; vues sur la propriété et la législation*, p. 257.

dos libres bajo la proteccion de Dios. Por tanto, escogió para su pueblo, que carecia de bienes, una tierra capaz de alimentarle, y la dividió de manera que todas las familias pudiesen sostenerse con ella *trabajando*; y las leyes prohibian despojar á nadie de ella y dejar ricos á unos y ociosos á otros, como hubiera sucedido si se hubiese dejado al pueblo obrar segun le pareciese. No sujetó el movimiento económico por medio del cual se forman los ricos y los pobres, pero lo dispuso de suerte que ni la avaricia ni la holgazanería perjudicasen á la nacion. Como la propiedad es de Dios y los poseedores son sus colonos, no la pueden vender para siempre. El hecho de Nabot prueba que podia quitarse á cualquiera con mas facilidad la mujer y hasta la vida, que sus posesiones. Este respeto público á la propiedad rural disminuia los males de las discordias civiles.

El arreglo de la propiedad en el sentido religioso y civil, hecho por Moisés, es el mas notable entre los Orientales. Se fundaba en la familia y en la tribu, á cada una de las cuales estaba perpetuamente ligada una propiedad, de modo que la enagenacion solo podia ser temporal. Cada siete años eran perdonadas las deudas y se ponia en libertad á las personas que por ellas habian sido hechas esclavas; y cada cincuenta años todos los bienes de las familias volvian á ella (1). Asi se perpetuaban en una misma familia las tierras, distribuidas por suerte entre estas y las tribus, pero en proporcion de los individuos que las componian.

No se crea por esto que existia entre ellos una completa igualdad. La diferencia estaba establecida desde la primitiva division, segun la cual en tiempo de David, el territorio se hallaba dividido de este modo.

Al rey 220,000 hectáreas.

A los 181,000 Levitas 514,000 áreas—300 cada uno.

A 3.577,000 individuos del pueblo 4.411,000 áreas—123 cada uno.

En el Levítico se encuentra ademas una tasa de las diferentes personas, parecida al guidrigildo de los pueblos septentrionales, valuándose

Un hombre de 20 á 60 años en	50	siclos	
Una mujer id. id.	30	»	
Un jóven de 5 á 20	20	»	
Una jóven id. id.	10	»	
Un niño de 1 mes á 5 años	5	»	
Una niña id. id.	3	»	
Un viejo de mas de 60 años	15	»	
Una vieja id. id.	10	»	(2)

Cuando llegaba el jubileo, no podia haber esclavos, porque durante él se les dejaba libres.

El hombre que precisado por la necesidad se ponia al arbitrio de otro, no permanecia en eterna esclavitud, sino que llegaba á la dignidad de propietario y jefe de familia en la persona de sus hijos. La ley favorecia al hombre que caia en la esclavitud, y dice: *No te servirás del esclavo como suele hacerse en otras partes, sino que estará en tu casa como un mercenario ó un artesano estranjero. Dale pan, correccion y trabajo. Al cabo de seis años saldrá de tu casa, pero no le dejarás marchar con las manos vacías, y le darás algo de tu rebaño, de tu era y de tu lagar* (3). Si al cumplirse los seis años queria continuar en su condicion de esclavo, el dueño le llevaba delante de los jueces y se le agujereaba la oreja en señal de que se sometia voluntariamente hasta el jubileo.

Cualquiera que se viese reducido al estremo podia vender á su hija, con tal que no hubiese llegado á la edad de la pubertad y con la condicion de rescatarla con el primer dinero que tuviese. El que la compraba, tenia obligacion de casarse con ella cuando fuese nubil. Si no le agradaba, la dejaba marchar como si hubiese sido rescatada, pero no podia entrar al servicio de otra casa. Si la casaba con su hijo debia ser tratada como hija (4).

Se podia, sin embargo, tener esclavos estranjeros. La esclavitud existia entre los primitivos Hebreos, pues Abraham armó trescientos diez y ocho esclavos nacidos en sus tiendas, para castigar á los cinco reyes que habian robado á Lot; y cuando Abimelec le devolvió la robada Sara, le dió en reparacion dinero, bueyes, ovejas y esclavos de ambos sexos, y lo mismo hizo Faraon. Posteriormente Salomon hizo contar los de raza cananea y estranjera, y halló que tenia 153,600 que empleó en la construccion del templo (5): añadiendo á estos las mujeres y los niños habria triple número. Los Hebreos esclavos en Babilonia, conservaban sus propios esclavos; de modo que con los 42,360 libertados por Ciro, volvieron á Jerusalen 7,337 esclavos de ambos sexos (6); compondrian, pues, los esclavos la sesta parte de la poblacion, es decir, mucho menos que entre los Griegos y Romanos.

Sin embargo, la ley no era aun universal, antes bien, descubre de cuando en cuando el terrible derecho que reconocia toda la antigüedad. *Si alguno, al golpear á un siervo ó sierva, le hiere en un ojo ó le hace cualquier otro daño, debe dejarle libre en compensacion. Si le mata á golpes es reo de muerte. Si el siervo no muere hasta uno ó dos dias despues, el dueño no será castigado con la muerte, porque es dinero suyo* (7).

A pesar de esto, el esclavo tenia lo que le faltaba entre los Gentiles, la responsabilidad de sus propias acciones en la obediencia á la ley; por lo cual Moisés quiso que las mujeres, los niños y los esclavos jurasen en el desierto la fiel observancia de la ley (8).

(1) Kranold y Woldius, *De anno Hebræorum jubileo*; memoria premiada por la facultad de teología de Gotinga en 1837. Algunos intérpretes modernos en oposicion con los rabinos y los cristianos dicen que en el año sabático no se perdonaban absolutamente las deudas, sino que se suspendia solamente la restitucion de los préstamos, porque como dejaban descansar á la tierra, no sacaban los productos necesarios para pagar las deudas.

Las leyes relativas al jubileo no hacen referencia mas que al primitivo territorio, equivalente al *ager* de Roma; de lo demás disponia el padre á su voluntad; y Caleb dió á su hija con motivo de su boda un campo con algunas fuentes.

(2) *Lev.* XXVII, 2 y sig. El siclo de plata se valúa en 2 francos 50 cénts.

(3) *Lev.* XXV, 59, 41; *Deut.* XV, 12; *Eccles.* XXXIII, 25.
(4) *Exod.* XXI, 7-11, hebr.
(5) II *Par.* II, 17.
(6) *Esdr.* II, 65; *Nehem.* VII, 67.
(7) *Exod.* XXI, 20 y 26.
(8) *Deut.* XXXI, 12.

NUM. II.

HOMERO.

De muy antiguo corrian en Grecia de boca en boca algunas poesías que narraban la guerra de Troya, y otras líricas, que se atribuian á un tal Homero. Nada se sabia de su procedencia ni del tiempo en que vivió; pero de aquellos cantos parecia desprenderse que habia nacido en el Asia Menor, pues sus leyendas mas antiguas hacian relacion á las costas y á las islas de la Eolide y de la Jonia; tambien debió haber vivido bastante lejos del sitio donde ocurrieron las empresas que cantó, porque las ve desde aquel punto de vista necesario para la epopeya. En aquellos cantos se hacia mencion de otros cantores como Femias, Demodoco y Tamiris, que se presentaban en los palacios y en las mesas de los héroes recibiendo la hospitalidad en cambio de sus alabanzas á estos y á sus antepasados. Celebraban las empresas de los hombres y de los Dioses (1); eran venerados como los héroes (2), y sus poesías eran consideradas como inspiraciones celestiales, diciendo que la Musa ó Júpiter les daba el númen y les dictaba lo que habian de cantar (3). Improvisaban con frecuencia (4), pero no siempre, y algunos de sus cantos predilectos eran repetidos por todas partes. Y como se supone generalmente que los autores se retratan á sí mismos en sus obras, se creyó que Homero era un cantor ciego que iba vagando por Samos, Io, y hasta por Chipre, recibiendo la hospitalidad, que luego eternizaba introduciendo las tradiciones que recogia en sus cantos, que nunca habian de morir.

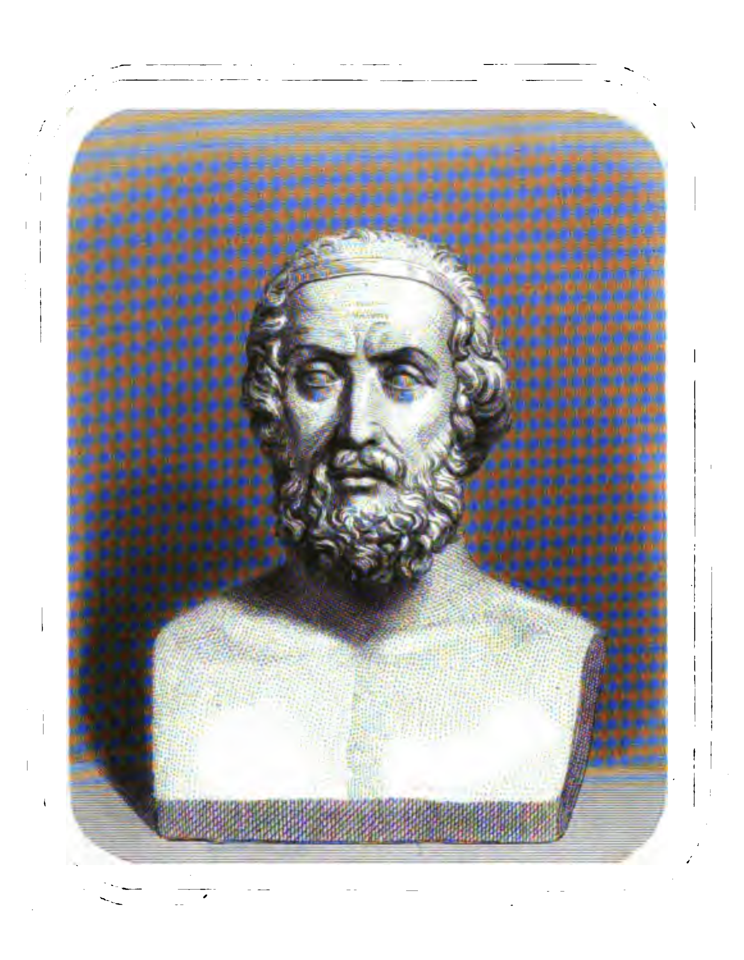
En Samos, Chio, Cumas y Esmirna, los individuos de su familia ó sus discípulos creyeron poseer en parte el genio del poeta, y salieron á cantar por las ciudades algunos trozos de los poemas de aquel; componian tambien otros, sacándolos del mismo asunto y pasaban como si fuesen del poeta. Segun Herodoto, Clistenes, que vivió en el siglo VII, prohibió en Sicione las contiendas poéticas de los homeridas, Cineto, homerida de Chio introdujo en Siracusa aquellos poemas, acaso doscientos años antes de la LXXIX olimpiada con grandes intercalaciones, y en el himno de Apolo, que se le atribuye, pone en escena á Homero, bajo la forma de un viejo que desde la peligrosa isla de Chio va á cantar á las fiestas de Delos y á otras ciudades populosas, recibiendo la hospitalidad.

Licurgo, por mas que fuese en estremo severo, comprendió, al formar las leyes para su ciudad, la conexion que existe entre lo bello y lo bueno, y dió á conocer aquellos cantos en el Peloponeso, donde continuaron recitándose á trozos y con diversos nombres, no como episodios, sino cual si fuesen composiciones enteras é independientes. El otro legislador de Grecia, Solon, poeta tambien, formado por aquellos cantos, les dió de nuevo la union que antes habian tenido, y dispuso que en las grandes Panateneas los recitasen los rapsodistas, por el órden en que él los habia colocado. El recitarlos unidos de este modo hizo conocer á los mas ingeniosos el desórden en que estaban colocados y sus interpolaciones, y Pisistrato y su hijo Hiparco se dedicaron á arreglarlos, con la ayuda de algunos gramáticos de gusto delicado, que de aquellos diversos trozos formaron una copia entera y ordenada de los dos poemas.

Homero debió vivir antes que los Fenicios enseñasen la escritura á los Griegos ó á lo menos antes que esta se hiciese comun. Al principio el arte de escribir se empleó solamente en las inscripciones; luego en escribir notas, contratos, cartas y demás cosas necesarias; pero hasta mucho despues no se pensó en aplicarlo á conservar las obras del ingenio. Las de Homero no fueron trasladadas al papel sino mucho tiempo despues de la época del autor, con las alteraciones que produce naturalmente la tradicion de viva voz, de cuyo argumento se sirve el judío Josefo para defender los libros sagrados de su nacion.

En tal estado las encontraron los *diasquevastas* ú ordenadores, los cuales se vieron obligados á introducir en ellas nuevas modificaciones al ponerlas en órden para unir los pasajes y poner de acuerdo las variantes. A estos siguieron los editores, de algunos de los cuales conocemos el nombre, y compusieron un ejemplar entero de la obra, y de aquí tuvieron orígen las célebres ediciones (διορθώσεις) de Scio, Massilia, Argos, Sinope, Chipre y Creta, llamadas *de las ciudades*, y la mas famosa aun *de la cajita* (ἡ ἐκ ναρθήκου) he-

(1) *Odis.* I, 338.
(2) Ibid; VIII, 483.
(3) *Iliada*, I, 1; *Odis.* I, 348; VIII, 73.
(4) *Odis.* VIII, 492.



HOMERO

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

cha para Alejandro, segun se cree por Aristóteles. Para hacer ver que en tal estado no solo conservaba el poeta su magnificencia, sino tambien su belleza artística, no aducirémos mas que una prueba. Platon, el mejor poeta despues de él, le leyó y le admiró, sin hallar necesario someterle á nuevas compulsas.

Pero nadie afirma claramente que Solon y Pisistrato hiciesen una compilacion de las obras de Homero, hasta que viene á decírnoslo el estranjero y moderno Ciceron, si bien hay razones que impiden creerlo. En efecto, el códice ateniense compilado por ellos hubiera debido tenerse en gran estima como mas cercano al orígen y como mas autorizado, y los Atenienses que colocaron en los archivos públicos las trajedias de sus tres grandes hombres, ¿no hubieran encerrado tambien estas epopeyas? Al contrario, los seis códices antiguos ya mencionados, prescindiendo de los posteriores, entre los cuales se halla el *de la cajita*, no se apoyan en el ateniense.

Los gramáticos de Alejandría hallaron en las bibliotecas de los Tolomeos muchos ejemplares y se dedicaron á confrontarlos. No creemos que fuesen unos pedantes sin conocimientos, sino personas de gusto y de crítica; verdad es que la crítica no posee siempre la facultad de comprender la verdadera belleza. Al paso que hasta entonces se habian acumulado sobre Homero todas las composiciones épicas, aquellos principiaron á descartárselas; separaron la Batracomiomaquia; el Tersites y varios himnos que se atribuian á aquel poeta, y señalaron los verdaderos autores de algunos de ellos. Respecto de los dos poemas principales, descubrieron diferencias notables, muchas variantes, incoherencias y sobre todo interpolaciones, tanto mayores, cuanto mas antiguas eran las copias, llegando hasta cantos enteros como el X de la Iliada, y desde la mitad del XXIII hasta el fin de la Odisea.

Se dedicaron, pues, á espurgarlas, separando ó á lo menos subrayando implacablemente lo que tenian por falso ó sospechoso, templando los arranques, y quitando (ellos mismos lo confiesan) lo que le echaban en cara á su autor los censores menos respetuosos. Zenodoto escluyó todo lo que desdecia del conjunto de la obra ó no se unia bien con ella, asi como lo que parecia indigno del autor: Aristófanes de Bizancio escluyó tambien lo que no estaba conforme con las costumbres de los tiempos homéricos y lo que no convenia á la lengua ni á la versificacion épica.

Aristarco se aprovechó de los trabajos de todos sus predecesores, y todos los antiguos le tributaron una admiracion, cuya causa se ignoró hasta que Villoison descubrió en Venecia las Notas que revelaron su mérito (1788). Rechazó muchos versos y otros los señaló solamente con asteriscos (ἀ διπλαῖς), no habiéndose podido averiguar si procedian de descuido del autor ó de las interpolaciones: y no solo arregló el testo dándole unidad de tono y de color, sino que sustituyó á la desigual division antigua en rapsodias, otra division simétrica en veinte y cuatro cantos, número de las letras del alfabeto. Este gran crítico sostenia que es una locura buscar en Homero la doctrina oculta y la delicadeza de las ciencias; pues en sus obras se halla solo la sencillez de los primeros tiempos. El comentador que no cae en la idolatría del testo que comenta, da una gran prueba de su sano juicio.

Asi quedaron aquellas obras, salvo algunas pequeñas modificaciones (1).

Estos gramáticos no obraban, pues, á ciegas y sabian trabajar en aquella obra venerable, pero corrompida, por lo que debian tratar de su restauracion con una libertad que parecia justificada por el mal estado en que se hallaba. Hasta qué punto llevaron aquella libertad no es fácil determinarlo; pero el misántropo Timon decia que el testo menos incorrecto de Homero era el que nunca habia sido corregido. Los trabajos de los Alejandrinos acerca de Homero pueden compararse á las exéjesis de los Alemanes, pero en sentido inverso; porque aquellos iban de la letra al espíritu, y estos del espíritu á la letra: si en estos la idea absorbió el símbolo y aniquiló la realidad

(1) Las notas homéricas se hallan dispersas en varios manuscritos; ni se han formado colecciones, ni seria de desear que se formasen, porque muchas de ellas son enteramente inútiles. Las mas apreciables respecto de la Iliada, son las ya citadas que publicó Villoison de un manuscrito del siglo X, existente en la Biblioteca Marciana de Venecia, juntos con las notas de la Iliada, publicadas anteriormente en Venecia, en folio, año de 1788. Estas notas fueron reimpresas con adiciones por Bekker, Berlin 1825, y con apéndice 1826, y esta recopilacion contiene todo lo que merece ser leido. En los *Scholia ad Homeri Iliadem*, se encuentran unas cuantas adiciones de Brachmann, 1835. Las notas mas estimadas de la Odisea, son las publicadas por Buttmann, Berlin 1821, tomadas en su mayor parte de las publicadas por Mai, Milan 1819. El estenso comentario de Eustasio, es una recopilacion hecha sin discernimiento ni gusto; pero hay en él muchas preciosas noticias sacadas de obras que se han perdido. Las antiguas ediciones de Homero, asi como tambien los manuscritos, ayudan muy poco á la restauracion del testo, por lo cual tenemos que recurrir á las notas. La edicion hecha bajo la direccion de Demetrio Calcondilas, Florencia 1488, en folio, es la primera de las grandes obras que se imprimieron en griego, y no iba precedida mas que de un Salmo y de la Batracomiomaquia. Esta edicion fue reimpresa muchas veces. Wolf cuenta apenas siete ediciones que tengan alguna crítica, desde la época en que se hizo la espresada edicion, hasta su tiempo. La de Enrique Stefano *Poet. Græc. Princ. her. Carm.*, Paris 1566, en folio, fue una de las mejores. En Inglaterra se usaron generalmente por largo tiempo, y se reimprimieron muchas veces las ediciones de Barnes, Cantab. 1711, 2 tom. en 4.°, y de Clarke, que publicó la Iliada en 1723 y la Odisea en 1740. La edicion de este último fue reimpresa con adiciones por Ernesti, Leipzig 1759-64, 5 vol. en 8.°, y publicada nuevamente en Glascow con los Prolegómenos de Wolf, 1814, y en Leipzig 1824. Con la segunda edicion de Wolf, comenzó un nuevo periodo (*Homeri et Homeridarum op. et rel.*, Halis 1794), pues la primera edicion no era mas que una copia de la vulgar; en fin, con la segunda edicion, fueron publicados los Prolegómenos, y desde 1804 á 1807, se hizo la tercera. Es lástima que las ediciones de Wolf estén sin comentarios y sin notas críticas, pues la mayor parte de las veces, es imposible saber en qué razones se apoya para adoptar los párrafos que difieren de la vulgar. Heine principió en 1802 á publicar la Iliada en ocho tomos, y fue criticada con gran severidad por Wolf, por Voss y por Eichstädt, en el periódico titulado *Jenaer Literatur Zeitung*, 1803. En 1822 publicó Gräfenhan el tomo noveno, que contenia un índice. Es una edicion singular, por no decir ridícula, la que hizo en Londres en 1820 Payne Knight, persuadido de que daba un testo homérico, purgado de todas las interpolaciones, y en cambio lleno de digammas. Esta edicion es una prueba palpable de que todo lo que pueden conseguir los críticos modernos, es restablecer el texto de Aristarco. La mejor reproduccion del testo, es la de Bekker, Berlin 1843. Spitzner publicó en Gotha 1832-36, una escelente edicion de la Iliada con notas críticas; pero no vivió lo suficiente para escribir el comentario esplicativo. Es muy buen comentario de los dos primeros libros de la Iliada, el de Freytag, Petersburgo 1837; pero mejores que todos los publicados hasta ahora acerca de los poemas homéricos, son los de Nitzsch relativos á la Odisea, Hannover 1825, etc., cuyos tres primeros tomos que hasta el presente han visto la luz pública, no llegan mas què al libro XII. Las mas estimadas de las ediciones separadas de los himnos, son la de Ilgen, Halis 1791 y Hermann, Leipzig 1806. El *Lexicum novum Homericum et Pindaricum* de Damm, publicado por primera vez en Berlin 1765, y reimpreso en Londres 1827, es de algun mérito, aunque el autor carecia de principios sanos de crítica. Pero es mucho mas importante para el hombre estudioso el *Lexilogus* de Buttmann, Berlin 1825 y 37, traducido al inglés por Fishlake, Lóndres 1840.

algunos la toman por la narracion esclusiva de los acontecimientos; otros por una noticia exacta de los padres, del tiempo del nacimiento, y de la muerte, y de los títulos de las obras: escelente trabajo por cierto que economizaria muchas fatigas á los Tiraboschis futuros; ¿pero qué ganancia reporta con ello la filosofía? ¿y cuánto ha adelantado el conocimiento del hombre y de la sociedad?

Los antiguos reservaron al honor de la biografía á los reyes, conquistadores, grandes magistrados, y á los que durante su vida ejercieron una accion evidente sobre los destinos humanos. Esta accion mas general y mas fácil de definir, se revela suficientemente en los actos positivos de su vida, y su biografía se confunde con las tradiciones populares y con los fastos de las naciones, á lo menos en gran parte: pero los hombres verdaderamente grandes, los pensadores, los artistas, los virtuosos, llevaron una vida oscura muchas veces atormentados y vilipendiados y sin ninguna significacion á los ojos vulgares; al paso que la verdadera vida, la interior, toda de reflexion, de sentimiento, de entusiasmo, se une á la del país, á la del siglo y á las veces á la del mundo. Muy poco importan á la humanidad sus contingencias accidentales y esteriores, sino el desarrollo moral y la obra de Dios que por medio de ellas se efectúa entre los hombres y por la cual la naturaleza revela á la humanidad y la sociedad al hombre. Ademas que no hay hombre eminente sin una gran causa, ni causa sin una idea que al mismo tiempo sea su consagracion y su fruto.

El mundo lo ignora muchas veces, y no solo la gloria (pobre sueño) sino hasta la influencia es póstuma, porque el gérmen que ellos depositaron en el seno de la humanidad se desarrolla lentamente, y cuando ha crecido lo necesario para aparecer hasta á los ojos vulgares, se olvida la mano que lo sembró.

Mas inteligibles serian algunas vidas que se nos han trasmitido de filósofos y de sofistas griegos y la del mayor de estos, donde el hombre se estudia en sí mismo y en su doctrina; pero en ellas no se manifiesta la vida interior sino la accion del hombre sobre sí mismo: porque para los hombres pensadores la vida es el estudio. Ejemplos anteriores habian ofrecido los agiógrafos hebreos: despues los presentaron mejores las vidas de los santos cristianos, donde se penetra en el interior de la conciencia, donde se considera y espone el perfeccionamiento interior de cada uno y su elevacion á una grandeza muy diferente en verdad de aquella que el mundo conoce y aplaude. De este modo se transferia á mayor profundidad el campo de la ciencia y el de la vida, y sobre la personalidad humana se imprimia el sello de lo eterno y de lo infinito.

La literatura moderna no repudia ninguna de las partes buenas de la antigua; pero las funde y modifica y con esto las sublima. No queremos decir cuánto se ha adelantado sobre este punto: seria condenarnos anticipadamente, sabiendo cuán inferior debe parecer el presente trabajo al concepto que de él nos hemos formado. Es cierto que para un público reducido tiene interés la biografía anecdótica é individual, como los retratos de familia al frente de los cuadros históricos; pero á la humanidad solo importan aquellas particularidades que conducen á consecuencias generales, y con estas es necesario dar vida y animacion á las biografías manifestando cuanto se encuentra de único, eterno, é infinito, bajo lo transitorio, diverso y finito que es su forma y el velo con que se cubre.

Todos confiesan, sin embargo, aunque lo hagan muy pocos, que la historia de las naciones debe ser escrita con relacion á las leyes generales del progreso de la humanidad: ¿por qué, pues, las biografías no deben dictarse bajo el aspecto general del desarrollo de la nacion? No son solo los hombres de Estado los que no es posible considerar sin colocarlos en el siglo y en las circunstancias en que vivieron y que influyeron sobre ellos; sino que es necesario creer generalmente que el hombre, como la idea, es hijo del tiempo, del lugar, de las circunstancias que le rodean y su resultado armónico. Para retratarlo bien convendria resucitar toda la vida del héroe por medio de la vida que está en nosotros y reproducirla con la variedad de sus accidentes y con la armonía del suyo juntamente. En este caso cesaria de ser una sencilla narracion de acontecimientos, sucesivos unos de otros, sin conexion, sin la inteligencia necesaria para aclarar aquella aparente confusion, y llegaria á ser para el individuo lo que la Historia Universal tiende á ser para la humanidad.

¿Es posible esta obra en la condicion presente de la ciencia social?

No lo creemos todavía; ciertamente no la vemos concluida y nos juzgamos tan lejos de ello valiéndonos de nuestras propias fuerzas que ni aun nos atrevemos á mirarla, á no ser como el viajero de las inmensas llanuras egipcias que fija su vista en las pirámides, no porque desee subir á ellas, sino para que le sirvan de guía.

Es un carácter comun á los hombres de genio el representar casi completamente el distintivo de su siglo. La historia de un pueblo en cierto modo está epilogada en la de su fundador, quien sin saberlo establece el principio por el cual aquel pueblo subsiste y que sus sucesores no tienen mas que comprender y desarrollar; de tal modo que si el pueblo se separa de él, perece. Algunos nombres se mezclan en la historia de todos los paises en un período dado de la historia, como Alejandro, Carlomagno, Napoleon; otros absorben tanta parte de la civilizacion nacional que parecen ella misma, como Moisés, Homero, Confucio, Mahoma, Dante; otros un acto social, como Cromwell, Washington, Mirabeau; otros la condicion de una clase entera, como Safo y Milton; otros, en fin, una idea, como los jefes de las escuelas, los fundadores de una religion ó de una creencia. Se estudia la Grecia en sus poetas y filósofos; Roma en sus generales; Francia en sus reyes; Inglaterra en sus oradores y hombres de Estado. Para esponer la vida de estos hombres no basta describir y coordinar, sino que es necesario reconocer el puesto que ocupan en la historia; no de un país, sino de la humanidad, y en los desig-

nias de la Providencia de quien son grandes agentes en el gobierno del mundo. Pues si los hechos se quieren juzgar segun las inflexibles leyes del mundo moral, sirve para el hombre la medida de su tiempo y de su país, sirve, decimos, no para justificarlo, sino para comprenderlo.

Este fin nos hemos propuesto al reunir las vidas de algunos hombres, que segun nuestro débil parecer, representan una época, ó una condicion de personas ó una faz social, ó nos proporcionan ocasion de describirla. Hemos hallado algunas perfectas y acabadas, y nos pareceria soberbia ó vanidad no valernos de ellas, aunque hemos introducido muchas variaciones. Otras las hemos tomado de diferentes autores para que formasen un todo segun nuestro plan. En las que son enteramente nuestras, esponemos algunas veces hechos ó consideraciones que han llegado á nuestro conocimiento despues de haber hablado de ellas en la Narracion, ó les damos una estension y una claridad que allí no supimos ó no pudimos darles; pero en cuanto á su fondo solo podemos reproducir las opiniones que entonces fueron nuestro constante apoyo, resignados, ó casi diríamos satisfechos, de encontra las mismas desaprobaciones.

---

algunos la toman por la narracion esclusiva de los acontecimientos; otros por una noticia exacta de los padres, del tiempo del nacimiento, y de la muerte, y de los títulos de las obras: escelente trabajo por cierto que economizaria muchas fatigas á los Tiraboschis futuros; ¿pero qué ganancia reporta con ello la filosofía? ¿y cuánto ha adelantado el conocimiento del hombre y de la sociedad?

Los antiguos reservaron al honor de la biografía á los reyes, conquistadores, grandes magistrados, y á los que durante su vida ejercieron una accion evidente sobre los destinos humanos. Esta accion mas general y mas fácil de definir, se revela suficientemente en los actos positivos de su vida, y su biografía se confunde con las tradiciones populares y con los fastos de las naciones, á lo menos en gran parte: pero los hombres verdaderamente grandes, los pensadores, los artistas, los virtuosos, llevaron una vida oscura muchas veces atormentados y vilipendiados y sin ninguna significacion á los ojos vulgares; al paso que la verdadera vida, la interior, toda de reflexion, de sentimiento, de entusiasmo, se une á la del país, á la del siglo y á las veces á la del mundo. Muy poco importan á la humanidad sus contingencias accidentales y esteriores, sino el desarrollo moral y la obra de Dios que por medio de ellas se efectúa entre los hombres y por la cual la naturaleza revela á la humanidad y la sociedad al hombre. Ademas que no hay hombre eminente sin una gran causa, ni causa sin una idea que al mismo tiempo sea su consagracion y su fruto.

El mundo lo ignora muchas veces, y no solo la gloria (pobre sueño) sino hasta la influencia es póstuma, porque el gérmen que ellos depositaron en el seno de la humanidad se desarrolla lentamente, y cuando ha crecido lo necesario para aparecer hasta á los ojos vulgares, se olvida la mano que lo sembró.

Mas inteligibles serian algunas vidas que se nos han trasmitido de filósofos y de sofistas griegos y la del mayor de estos, donde el hombre se estudia en sí mismo y en su doctrina; pero en ellas no se manifiesta la vida interior sino la accion del hombre sobre sí mismo: porque para los hombres pensadores la vida es el estudio. Ejemplos anteriores habian ofrecido los agiógrafos hebreos: despues los presentaron mejores las vidas de los santos cristianos, donde se penetra en el interior de la conciencia, donde se considera y espone el perfeccionamiento interior de cada uno y su elevacion á una grandeza muy diferente en verdad de aquella que el mundo conoce y aplaude. De este modo se transferia á mayor profundidad el campo de la ciencia y el de la vida, y sobre la personalidad humana se imprimia el sello de lo eterno y de lo infinito.

La literatura moderna no repudia ninguna de las partes buenas de la antigua; pero las funde y modifica y con esto las sublima. No queremos decir cuánto se ha adelantado sobre este punto: seria condenarnos anticipadamente, sabiendo cuán inferior debe parecer el presente trabajo al concepto que de él nos hemos formado. Es cierto que para un público reducido tiene interés la biografía anecdótica é individual, como los retratos de familia al frente de los cuadros históricos; pero á la humanidad solo importan aquellas particularidades que conducen á consecuencias generales, y con estas es necesario dar vida y animacion á las biografías manifestando cuanto se encuentra de único, eterno, é infinito, bajo lo transitorio, diverso y finito que es su forma y el velo con que se cubre.

Todos confiesan, sin embargo, aunque lo hagan muy pocos, que la historia de las naciones debe ser escrita con relacion á las leyes generales del progreso de la humanidad: ¿por qué, pues, las biografías no deben dictarse bajo el aspecto general del desarrollo de la nacion? No son solo los hombres de Estado los que no es posible considerar sin colocarlos en el siglo y en las circunstancias en que vivieron y que influyeron sobre ellos; sino que es necesario creer generalmente que el hombre, como la idea, es hijo del tiempo, del lugar, de las circunstancias que le rodean y su resultado armónico. Para retratarlo bien convendria resucitar toda la vida del héroe por medio de la vida que está en nosotros y reproducirla con la variedad de sus accidentes y con la armonía del suyo juntamente. En este caso cesaria de ser una sencilla narracion de acontecimientos, sucesivos unos de otros, sin conexion, sin la inteligencia necesaria para aclarar aquella aparente confusion, y llegaria á ser para el individuo lo que la Historia Universal tiende á ser para la humanidad.

¿Es posible esta obra en la condicion presente de la ciencia social?

No lo creemos todavía; ciertamente no la vemos concluida y nos juzgamos tan lejos de ello valiéndonos de nuestras propias fuerzas que ni aun nos atrevemos á mirarla, á no ser como el viajero de las inmensas llanuras egipcias que fija su vista en las pirámides, no porque desee subir á ellas, sino para que le sirvan de guía.

Es un carácter comun á los hombres de genio el representar casi completamente el distintivo de su siglo. La historia de un pueblo en cierto modo está epilogada en la de su fundador, quien sin saberlo establece el principio por el cual aquel pueblo subsiste y que sus sucesores no tienen mas que comprender y desarrollar; de tal modo que si el pueblo se separa de él, perece. Algunos nombres se mezclan en la historia de todos los paises en un período dado de la historia, como Alejandro, Carlomagno, Napoleon; otros absorben tanta parte de la civilizacion nacional que parecen ella misma, como Moisés, Homero, Confucio, Mahoma, Dante; otros un acto social, como Cromwell, Washington, Mirabeau; otros la condicion de una clase entera, como Safo y Milton; otros, en fin, una idea, como los jefes de las escuelas, los fundadores de una religion ó de una creencia. Se estudia la Grecia en sus poetas y filósofos; Roma en sus generales; Francia en sus reyes; Inglaterra en sus oradores y hombres de Estado. Para esponer la vida de estos hombres no basta describir y coordinar, sino que es necesario reconocer el puesto que ocupan en la historia; no de un país, sino de la humanidad, y en los desig-

nias de la Providencia de quien son grandes agentes en el gobierno del mundo. Pues si los hechos se quieren juzgar segun las inflexibles leyes del mundo moral, sirve para el hombre la medida de su tiempo y de su país, sirve, decimos, no para justificarlo, sino para comprenderlo.

Este fin nos hemos propuesto al reunir las vidas de algunos hombres, que segun nuestro débil parecer, representan una época, ó una condicion de personas ó una faz social, ó nos proporcionan ocasion de describirla. Hemos hallado algunas perfectas y acabadas, y nos pareceria soberbia ó vanidad no valernos de ellas, aunque hemos introducido muchas variaciones. Otras las hemos tomado de diferentes autores para que formasen un todo segun nuestro plan. En las que son enteramente nuestras, esponemos algunas veces hechos ó consideraciones que han llegado á nuestro conocimiento despues de haber hablado de ellas en la Narracion, ó les damos una estension y una claridad que allí no supimos ó no pudimos darles; pero en cuanto á su fondo solo podemos reproducir las opiniones que entonces fueron nuestro constante apoyo, resignados, ó casi diríamos satisfechos, de encontrar las mismas desaprobaciones.

---

los Cananeos, Vulcano el príncipe de Lemnos, Vénus la isla de Chipre. Los reyes de Etiopía (prosigue) vedaron que sus confederados, especialmente la Siria y el Egipto, buscasen la alianza de los Frigios y de los Griegos. Aquellos, sin embargo, incurrieron en transgresion, y los reyes etiopes no reclamaron; y sobreviniendo discordias y choques los dejaron combatir, hasta que en Frigia derramaron lo mejor de su sangre. Terminado el gran litigio con mútuos pactos, los capitanes usaron del derecho adquirido entrando en los puertos, lo cual se representa en los viajes de la Odisea.

A Stellini le parece que Homero quiso representar con sus caractéres los diversos tiempos y sus progresos sociales. Polifemo es el tipo de la edad bestial y feroz; sigue en Aquiles la fuerza invicta y el ánimo impaciente de freno; despues en Ulises la astucia asociada á la fuerza; en Nestor la prudencia sostenida por el valor; hasta que la justicia y la prudencia vienen á hacerse inermes con Antenor; y por último reina con Páris la licencia que todo lo pospone al placer.

El que estudia las historias se acostumbra á lo positivo, á esquivar las abstracciones y separarse lo menos posible de los hechos; por lo cual se inclina á ver en Homero un sábio de vulgar saber, en el sentido de Vico. Cuyo Vico vió claramente, y claramente afirmó, ser Homero la misma Grecia que narraba sus propias tradiciones en canto. Los dos poemas son dos tesoros del natural derecho de las gentes de Grecia. La persona desaparece, queda un pueblo. Asi resultan mas verdaderas las alabanzas, y los defectos se convierten en méritos, porque son documentos del tiempo. Esta especie de avenida de poesía que se esparramó por las comarcas de Grecia, la encanalaron los Pisistratos, y (cual es propio de tiranos) la dividieron y dispusieron en órden duradero.

Homero (dice Tomaseo) es el primer historiador del gentilismo. No porque viviese en los primeros tiempos, cuando las fábulas estaban henchidas de los elementos de la verdad; pues en su época ya se hallaban corrompidas, y atestadas de sentidos materiales. El es sin embargo anterior con mucho á Hesiodo. Y la Odisea dista de la Iliada un intervalo, no de años, sino de generaciones; tan grande es la diferencia no solo del estilo, sino de las costumbres: en la Odisea, mas corrompidas; en la Iliada, mas feroces: aquella, nacida entre el Occidente y el Mediodía de la Grecia; esta, entre el Septentrion y el Oriente. La una y la otra, sin embargo, especialmente la Iliada, son poesías no adornadas por el arte; porque el arte hace cultos á los ingenios, no grandes. Torrente es Homero ó rio, no arroyo ni lago. Los Hombres que él pinta son feroces, ligeros, celosos, rebosando orgullo, cólera y venganzas; séres entre el niño, el salvaje y la mujer. La evidencia y el esplendor de las imágenes y del estilo, la grandiosidad hermanada con la gracia, la negligencia misma y las licencias del metro, le hacen sentir á uno la voz de un pueblo, no de un hombre. Pero aquella barbarie es verdadera, abierta, fiel, generosa, magnánima; y bajo las tempestades de las pasiones humanas, reside, como en el fondo del Océano, un lecho quieto y profundo de moral verdad. En la Iliada se ve constantemente á los Dioses defensores del hombre; se encuentran juramentos furibundos, pero religiosamente observados, y tenida siempre por sagrada la religion de las promesas: en la Odisea, se ve á los Dioses, asíduos inspiradores de sensatez, y la fé en lo mejor siendo maestra de paciencia animosa. Por lo cual, los poemas de Homero, con su parte divina, aunque turbada por el sentido de las tradiciones, inspiraron á filósofos y poetas; y con la parte humana, á gobernantes y guerreros.

Es, pues, de buscar en aquellos poemas la primitiva condicion de los Griegos; pero para obtenerla, se hace preciso recurrir al original. Virgilio, que tanto imitó de este, corrompió no poco el concepto de aquellos tiempos, ingiriendo circunstancias de una civilizacion del todo diversa y de una crítica muy diferente. En cuanto á las versiones, los Italianos tienen dos altamente encomiadas; la Iliada de Monti y la Odisea de Pindemonte. Poetas uno y otro, debian hacer un trabajo poético, y especialmente el primero, cuya traduccion no será jamás suficientemente recomendada respecto á riqueza de giros, fluidez del verso y variedad de armoniosísimas cadencias. Pero no puede decirse otro tanto de la fidelidad. En donde veia llaneza, Monti variaba; aquella que Fenelon llamaba *amable sencillez del mundo naciente*, hace lugar á las pulimentadas gracias de un siglo esquisito y de un gusto melindroso; demasiado á menudo sustituye Monti á los usos heróicos otros mas refinados, y los héroes usan del acero en vez del cobre, y las naves levan el ancla, etc. Sea dicho esto con el mayor respeto hácia aquel gran poeta. Pindemonte le sobrepuja en fidelidad cuanto le cede en armonía y en sentimiento estético.

En los siete ú ocho siglos que mediaron entre Inaco y Homero, muchas colonias de Egipcios y de Fenicios vinieron á constituir la ciudad en medio de los Pelasgos, que ellos llamaban Jonios, ó hijos de Javan. Semejante constitucion era sacerdotal, y aun mas adelante aparecen sus vestigios en los misterios, en los símbolos, en los oráculos y en los mitos. Los Pelasgos, arrojados á las montañas de la Tesalia y del Epiro, se hicieron aguerridos y cayeron de nuevo sobre la ciudad con los variados nombres de Jonios, Dorios, Aqueos, Helenos, los últimos de los cuales comunicaron despues su nombre á toda la nacion. Aquí comenzó una lucha, que no destruyó la ciudad sacerdotal, pero la modificó; los indígenas se avinieron á entrar en ella, con tal que fuese ampliada, y destruidas las castas. Tal lucha está representada en los combates de Hércules, de Teseo, de Meleagro, de Belerofonte, de Edipo y de Apolo Pitio, contra serpientes, esfinges, quimeras y demás símbolos de la gente sacerdotal; y cuando las dos naciones se redujeron á dos partidos, el movimiento continuó, representado por la espedicion de los Argonautas y por la guerra de Troya.

Entonces una aristocracia sacerdotal y otra guerrera se hallaron dominando al vulgo; la primera con influencia religiosa, la segunda con poder político; y sobresalieron alternativamente por espacio de ochocientos años, hasta tanto que la breve monarquía de Pisístrato las volvió á igualar. En Homero aparece como vestigio de esto Calcas, siempre en contradiccion con los reyes; que impone á Agamemnon el sacrificio de su propia hija, y luego lo pone en litigio con Aquiles «que infinitos lutos acarreó á los Aqueos.» Asi en el canto II de la Odisea, un sacerdote procura reprimir la codicia y las usurpaciones de los próceres, alegando los portentos celestes y los auspicios, mientras el incrédulo Eurímaco se mofa de él y lo escarnece.

Y en efecto, no podia menos de perpetuarse la pugna entre la estirpe que enseñaba el fatalismo y la jónica que se sustraia á tales doctrinas, atestiguando con los actos la libre accion del hombre. Los poetas, que como hemos dicho, acompañaban á los reyes, se apoderaron de los símbolos sacerdotales, y los tomaron al pié de la letra; de modo que, de espresiones de una doctrina, se convirtieron en mitos, esto es, historias maravillosas, que multiplicadas y entretejidas, dejaron de espresar cosa alguna sublime.

En esta poesía profana, bien que se empezase (como hace Homero) por invocar á la musa, frecuentemente se reducia á irrision, no la divinidad, sino los dioses sacerdotales. En los himnos atribuidos á Homero, y por cierto antiguos, los dedicados á Venus y á Mercurio son verdaderas sátiras; y en los dos poemas homéricos se encuentran á cada paso frente á frente, y no pocas veces en oposicion, las dos creencias, una de reverencia á la divinidad, y otra de cómicas aventuras de los Dioses. En vano disfrazaron aquellos pasajes los gramáticos y los traductores, ennobleciéndolos; en vano los intérpretes buscaron en ellos alegorías; yo no acierto á ver allí mas que el genio crítico introducido por los Helenos entre los dogmas orientales, ó las burlas que un país derramaba sobre los númenes del otro.

Ni es menos notable en Homero la proclamacion del libre albedrío. En la Iliada no es tan evidente; pero la Odisea se abre con un concilio de númenes en que Júpiter plantea la cuestion del destino y de la libertad humana. «Los hombres nos acusan de que el mal parte de nosotros, y sin embargo, la causa de él está en ellos mismos; y de sus desatentadas resoluciones se derivan males, que el destino no les reservaba;» y aquí cita el ejemplo de Egisto, que hubiera podido libertarse de los males que se le siguieron por no haber escuchado á los Dioses. A lo cual advierte Minerva, que Egisto pereció justamente, pero que no habia razon para que Ulises debiese sufrir tantas desventuras. Esta es la objecion perpetua de por qué ha de padecer el justo. Padece, porque siempre tiene algun lado culpable, como Ulises, que se atrajo la cólera de Neptuno; sufre para fortificar su propia virtud; sufre (dirán ademas los Cristianos) por expiacion y preparacion.

El fatalismo panteista de la casta sacerdotal condenaba á los hombres desde su nacimiento á tal ó cual oficio, á tal ó cual condicion. La libertad helénica hacia prevalecer la actividad individual; tanto, que en Homero los héroes atacan á los Dioses, y los hieren; en las disputas no se remiten al oráculo y á la interpretacion del sacerdote, sino que aducen razones, recurren al arte de persuadir y de insinuarse; en fin, cada personaje se muestra allí como individuo, obrando conforme á su propio carácter y segun los antecedentes.

Si descendemos á las particularidades, los Dioses son considerados en estos poemas como entes poco superiores á los mortales, y el antropomorfismo ha prevalecido allí absolutamente sobre la antigua poesía sacerdotal, simbólica y teológica. Lo poco que de esta sobrevivió, se conservó en la sombra de los misterios ó en tal cual tradicion, bajo una forma que ya no se comprendia. Homero, como los mas iluminados personajes, aun despues de que el sacerdocio y las funciones de cantor se habian separado, conocia seguramente en parte aquellos sentidos recónditos, y era superior en mucho á las creencias vulgares, como lo muestra en varios pasajes, no obstante que ambíguos, y en otros en que hasta se diria que estimula la curiosidad del auditorio con destellos fugaces y doctas alusiones. No por esto ha de decirse que él, ni Hesiodo, poseyesen por entero el encadenamiento teológico; porque la forma humana y la histórica habian anublado sobremanera su idea fundamental.

Los Dioses homéricos son locales, de tribu, como todas las cosas en Grecia. Inmortales, quiere decir que su vida se prolonga mucho mas que la humana, y pueden otorgar la inmortalidad á los hombres, ya que por otro lado no pueden impedir su muerte, estando decretada por el destino, poder superior á ellos, pero con el cual contienden. Se distinguen de los mortales por su mayor agilidad, y por un andar del todo diverso, voz mas fuerte y estatura enhiesta. Marte cubre con su cuerpo siete yugadas; Neptuno en tres pasos llega del Olimpo á Ega. Invisibles por lo regular, se muestran á veces bajo forma humana, y rodeados de esplendor; pero el verlos suele resultar funesto. Tambien pueden hacer invisibles á sus predilectos. Su vida es la misma que hacen los jefes griegos; ni el Olimpo, palacio comun de los doce dioses mayores, es diferente de las moradas de los príncipes de aquel tiempo: como estos, consumen el dia en el juego, en el canto, en la gimnasia, en banquetes, en consejos. Pero su vida no es trabajosa, antes bien, es dulce y fácil; se alimentan de la ambrosía, manjar de la inmortalidad; la cual inmortalidad era, diria yo, una especie de lámpara, que necesitaba de aceite para no apagarse.

La vida futura no forma mas que el fondo tenebroso y lejano del mundo presente y sensible, el cual pasa entre goces, ansiados despues por los que perdieron la dulce luz.

En aquellos escritos se hace notar la igualdad de cultura entre las tribus helénicas, Tesalónicos, Peloponesiacos, Etolios y Beocios; ya que

no habia surgidó aun la gran superioridad de la Hélade oriental sobre la occidental, que causas posteriores originaron. El territorio se hallaba todo repartido entre pequeños señores; probablemente á imitacion de las tribus primitivas. Una mezcla de ferocidad y de cultura se advierte en la guerra; se maltrata al vencido, se contratan rescates. Se ven sustituidas lanzas y escudos á la clava de Hércules; pero no hay rastro de táctica alguna, limitándose al simple ejercicio del valor personal.

Las propiedades son estables. La familia se encuentra mucho mejor ordenada de lo que aparece en la historia posterior; no hay poligamia, no hay concúbinato adúltero. Sin embargo, la mujer dirige la casa y nada mas; el amor refinado no se conoce; hombres y Dioses buscan el goce. Los nobles sentimientos de los hombres, los delicados de las mujeres, dan indicios de una civilizacion bastante adelantada; si bien Homero en aquella su verdad sin sutilezas, mezcló siempre el corazon y el estómago, el sentimiento y los apetitos.

Acerca del estrellado cielo Homero sabe bastante menos que los sacerdotes egipcios: conoce pocas estrellas, é inexactamente determina su despuntar y su ocaso; por indicar al por mayor las grandes divisiones del año; nombra algunas constelaciones, el Toro, las Hiades, las Pleyades, Orion, Sirio, Arturo, la Osa mayor; lo cual no quiere decir que ignorase las demás; y las pone en movimiento, representando los ejércitos de estrellas como los de hombres (1).

¡Cuán atendibles y cuántos no debian ser sus conocimientos geográficos! (2) Tan profundo respeto tenian hácia ellos los Griegos, que hasta en los siglos mas cultos se vió á los doctos discutir gravemente las mas fabulosas particularidades del viaje de Ulises, y veinte versos de la Iliada dieron asunto para una obra dividida en treinta libros. Verdad es que algunos entendimientos superiores, como Herodoto, Polibio y Eratóstenes, osaron sacudir el yugo de la opinion comun; separaron en Homero la parte topográfica, exacta y verdadera, pero circunscrita á estrechísimos límites, de las ideas generales sobre la estructura del mundo, hijas de las preocupaciones que acompañaron á la infancia del género humano, de aquellos datos, ó vagos, ó desatinados, ó contradictorios, ó fabulosos, que dependiendo de una falsa cosmografía, cambiaban las regiones lejanas en paises encantados y maravillosos. Por otra parte los escritores mas elegantes y aceptos al público (y Estrabon era su jefe) pusieron en tortura su ingenio á fin de encontrar, hasta en las mas falsas ideas cosmográficas de su autor predilecto, una admirable conformidad con los descubrimientos posteriores. Por esto toda la geografía antigua seria un enigma inexplicable, si no la precediese una esposicion de aquellas ideas prácticas de, las cuales no pudo jamás desembarazarse enteramente.

El escudo de Aquiles nos ofrece la cosmografía de aquellos siglos, representándose á la tierra como un disco ceñido por todas partes por el rio Océano. Por mas estraordinaria que parezca la denominacion de rio, se reproduce tan á menudo en Homero y en los otros poetas antiguos, que se la habria de creer conforme con las opiniones que corrian con validez. Hesiodo describe hasta su nacimiento en la estremidad occidental del mundo; y Herodoto nos dice que los geógrafos de su tiempo dibujaban la tierra como un disco perfectamente redondo, que el rio Océano bañaba por todas partes.

El círculo de la tierra se hallaba cobijado por una bóveda consistente, bajo la cual giraban los astros del dia y de la noche sobre carros arrastrados por las nubes: por la mañana salia el sol del Océano oriental y al anochecer se precipitaba en el oriental; un bajel de oro, obra misteriosa de Vulcano, lo restituia con rapidez por el Norte al Oriente. Debajo de la tierra coloca Homero, no ya la mansion de los muertos ó las cavernas de Ades, sino una bóveda llamada el Tártaro, que correspondia á la del firmamento. Allí vivian los Titanes, enemigos de los Dioses; ni el soplo de los vientos, ni los rayos de la luz penetraban en aquel mundo subterráneo.

Los límites del mundo en la cosmografía homérica se hallan naturalmente envueltos en mucha oscuridad. Las columnas del cielo y de la tierra, de las que Atlante es como el sosten, no se sabe bien sobre qué estén basadas, y cesan de figurar en los sistemas posteriores á Homero. Fuera del misterioso recinto «en que terminaba la tierra y comenzaba el cielo,» se estendia indefinidamente el caos, mescolanza confusa de la vida y de la nada, abismo «en el cual los elementos del cielo, del Tártaro, de la tierra y del mar se encontraban unidos, abismo formidable para los mismos númenes (3).»

Tales ideas, aun luego que fue reconocida por los geómetras y astrónomos la forma esférica de la tierra, continuaron modificándose con arreglo á las relaciones de los viajeros, de los geógrafos y de los historiadores: y reproducidas y consagradas por los primeros geógrafos cristianos, aun hoy dominan en el lenguaje del vulgo de todas las naciones.

El disco de la tierra se hallaba dividido por el Ponto Euxino, por el mar Egéo y por el Mediterráneo en dos partes, la una septentrional y la otra meridional, á las cuales aplicó mas adelaste Anaximandro los nombres de Europa y de Asia, tomados anteriormente en sentido mas reducido. Esta divison no parece desconocida de Herodoto, y con alguna modificacion y contradiccion, se mantenia aun en los tiempos de Eratóstenes y mucho despues, y sirve para darnos á conocer por qué tantos autores antiguos tomaron el rio Fasis por confin de la Europa y del Asia. Creíase que este rio formaba la comunicacion del Ponto Euxino con el Océano oriental, asi como

(1) En la *Iliada* I, 592, Vulcano tarda un dia en caer desde el cielo á la isla de Lemnos. Con mayor precision, dice Hesiodo (*Teog* 722-25), que un yunque de bronce cayendo del cielo, estaria descendiendo por espacio de nueve dias y nueve noches, y que al décimo tocaria en la tierra. Serian, pues, 777,600 segundos; y puede calcularse el espacio teniendo en cuenta el rápido decrecimiento de la atraccion del globo á notables distancias. Gallè la valuó en 47,400 miriámetros, esto es, vez y media la distancia de la luna á la tierra.

(2) Véase A. G. Schlegel, *De geographia Homeri commentatio*, Hannover 1788; y Maltebrun.

(3) Hesiodo, *Teog*. 736.

el estrecho de Hércules formaba la del Mediterráneo con el Océano occidental. Hecatéo, considerando el Nilo (el rio *Ægyptus* de Homero) como un tercer canal de comunicacion entre el Océano y el mar Interior, hizo nacer la idea de una tercera parte del mundo llamada Libia, y despues Africa: pero cuatro siglos despues de Homero, el padre de los historiadores parece que considera todavía á la Europa y al Asia como las dos únicas partes del mundo.

El medio del disco terrestre se hallaba ocupado por el continente y por las islas de la Grecia, que en los tiempos de Homero no tenia ningun nombre complexivo. El centro de la Grecia se tenia consiguientemente por centro del mundo. En el sistema de Homero este centro era el monte Olimpo en Tesalia; pero los sacerdotes de Apolo en Delfos supieron presto acreditar una opinion con arreglo á la cual su sagrado recinto fue mirado como el verdadero punto medio de la tierra habitable. Al septentrion de él, los paises que despues tuvieron el nombre de Tesalia parecen indicados por Homero bajo el de llanura de los Pelasgos (ἄργος πελασγικόν). Entre las numerosas tribus de la Tesalia habia una que se conocia con el nombre de Helenos, que despues se hizo comun á todos los Griegos. El Penéo de las ondas de plata servia de confin á las naciones griegas por el Norte. Las partes mas occidentales eran la Etolia, llamada *Calidonia* por su ciudad principal; y el reino del sabio Ulises, formado de la isla de Cefalonia, de Itaca, de Zante y otras de aquella parte del continente en que estuvo despues la Acarnania; puesto que la patria de los voluptuosos Feacios era considerada fuera ya de Grecia. Dichos Feacios daban á la costa del continente griego el nombre de Epiro, esto es, tierra firme: esta provincia, que vino á ser griega con el tiempo, estaba habitada por pueblos ferocísimos: con todo, se indican en ella los Tesprocios como dados al comercio marítimo.

Hácia el Sur de Delfos señala Homero menudamente las numerosas tribus de la Beocia, aunque no pronuncia este nombre. El Atica no le es conocida sino bajo el nombre de Atenas, y observa que los habitantes eran Jonios. Los antiguos aseguran que comprendió todo el Peloponeso bajo el nombre general de Argos: distingue ademas la Arcadia, la Elide, el pequeño territorio de Pilos, gobernado por el sabio Nestor, y la ciudad de Lacedemonia, capital de un estado que comprendia el tercio meridional de la península. Ni habla aquí de los Pelasgos ó de los Dorios, ni suministra dato alguno acerca de las relaciones que debieron existir entre aquellas dos antiguas ramas.

Al Norte de la Grecia nos indica el poeta las vastas regiones de la Tracia, en las cuales parece que comprende las comarcas de la Pieria, Hemacia y Peonia, que formaron despues la Macedonia. Los rios Axio y Estrimon le son conocidos; pero no nombra el Ebro, ni tiene idea alguna del Danubio; indicado un siglo mas adelante por Hexiodo bajo el nombre de Istro. Los pueblos que Homero dice que se alimentan de leche de yegua, son Escitas á los ojos de Estrabon, pero el poeta parece haber ignorado este nombre.

La isla de los Feacios, esto es, la isla Esqueria, que despues fue Corcira ó Corfú, es la region mas occidental que Homero conocia distintamente, haciéndola próxima al mar inmenso. No hay, pues, que maravillarse si las costas meridionales de Italia no se le ofrecen sino á una grande y oscura distancia. El sitio llamado Temesa, al cual hace arribar á los navegantes de Tafos, isla próxima á Itaca, para cambiar hierro por cobre, puede igualmente ser Tamesa en Chipre y Tempsa en Calabria.

El estrecho que separa la Italia de la Sicilia es como el vestíbulo del mundo fabuloso de Homero. El triple flujo y reflujo, los aullidos de la monstruosa Scilla, los remolinos de Caribdis, los escollos flotantes, todo nos advierte que estamos para salir del mundo de la verdad, y que es ya tiempo de cerrar los oidos al canto de la sirena homérica. La Sicilia misma, aunque conocida ya bajo el nombre de Trinacria, es toda maravilla; aquí los rebaños del Sol guardados por las ninfas vagan por una deliciosa soledad; allí los Cíclopes, de un solo ojo, y los antropófagos Lestrigones tienen al viajero alejado de una tierra que sin embargo es fértil en granos y vinos. Dos pueblos verdaderamente históricos coloca Homero en Sicilia, los Sicanos, y los Siciles ó Sículos; no está, con todo, resuelto si los Sículos de Homero habitaban ya la isla que recibió de ellos su nombre mas usual, ó si habitaban todavía en Italia, su antigua morada. Todo lo que sabemos de él es que los Griegos hacian con este pueblo un gran comercio de esclavos; los amantes de Penélope proponen venderles á Ulises, y en Itaca se encuentran esclavos sicilianos. Este bárbaro tráfico era probablemente universal; los mismos Feacios, pueblo tan hospitalario, se ejercitaban en robar los esclavos en la costa del Epiro; no se trataba sin embargo de este modo mas que á individuos de otras naciones. Una vieja fenicia en la Odisea advierte que «no se venden hombres sino á naciones que hablan diverso idioma.»

Al Occidente de la Sicilia nos encontramos en la region de la fábula; las islas encantadas de Circe y de Calipso, la isla flotante de Eolo, quizá no deben buscarse en el mundo real. La situacion arbitraria, por otra parte, dada por el poeta á estas tierras, nos enseña que, segun su sistema, la Sicilia revolvia una de sus puntas al Norte, otra al Levante y la tercera al Mediodía, de modo que la costa septentrional se convertia en occidental. Y este trastorno del triángulo de la Sicilia se encuentra precisamente en todos los sistemas de los geógrafos griegos, y forma una de las bases elementales, sin las cuales no es posible reconstruir los mapas de Eratóstenes y Estrabon.

El mar Mediterráneo del lado allá de la Sicilia se halla tan acortado en el sistema de Homero, que le basta á Ulises un solo dia para ir desde la isla de Circe al ingreso del Océano, y volver igualmente en otro desde la mansion de aquella maga al estrecho de Sicilia. Aunque no hay que hacer gran caso de la distancia en un

viaje hecho bajo los auspicios de una encantadora, es cierto, sin embargo, que las ideas de Homero sobre este particular eran poco mas ó menos las de su siglo; puesto que los geógrafos é historiadores continuaron colocando el ingreso del Mediterráneo bastante inmediato á la Sicilia. Herodoto no habla de lugar alguno entre Cartago y las columnas de Hércules: un discípulo de Aristóteles, Heráclides del Ponto, hablaba de Roma como de una ciudad próxima al Océano; Dicearco, otro discípulo de Aristóteles, no encontraba tampoco mas que siete mil estadios desde la Sicilia á las columnas de Hércules, distancia que, por los tiempos de Estrabon, se valuaba en trece mil, y es prueba convincente de la lentitud con que se desarrollaban los conocimientos geográficos entre las mas florecientes de las antiguas naciones.

El mapa-mundi homérico terminaba con dos comarcas fabulosas, pero que dieron orígen á no pocas tradiciones entre los antiguos y discusiones entre los modernos. Cerca del ingreso del Océano, y no distante de las oscuras cavernas en que se reunian los muertos, encontró Ulises á los Cimerios, «pueblo desdichado, que envuelto siempre en las mas densas tinieblas, no goza jamás de los rayos del sol, ni al ascender aquel astro hácia los cielos, ni cuando desciende hácia la tierra.» Mas lejos aun, en el Océano mismo, y por consiguiente, fuera de los límites terrestres y del imperio de los vientos y de las estaciones, nos pinta el poeta un pueblo afortunado á que llama Eliso, «en donde no se conocen vientos ni tempestades, en que siempre susurra un dulce cefirillo, donde los elegidos de Júpiter, sustraidos á la suerte comun de los mortales, gozan de la felicidad eterna.»

Ya hayan tenido estas ficciones por base una alegoría moral, ya la oscura relacion de algun navegante descarriado; hayan nacido en Grecia ó en el Oriente, y especialmente en Fenicia, como podria hacerlo presumir la etimología hebrea de la palabra Cimerios (1), siempre será cierto que las grandes imágenes que presentan, transferidas poco á propósito al mundo real, aplicadas sucesivamente á diversos paises, y enmarañadas con esplicaciones contradictorias, embarazaron estrañamente por muchos siglos la geografía y la historia. Los Fenicios del tiempo de Homero, que habian fundado á Gades en las riberas del Océano, y que sacaban el ámbar amarillo de los paises del Septentrion de la Europa, se guardaban muy bien de disipar preocupaciones tan oportunas para hacer admirables sus descubrimientos y levantar el precio de las mercancías; sus pomposas mentiras habian pasado, por el contrario, como proverbios aun entre los Griegos. El Occidente quedó, pues, como un país fabuloso, mas de dos siglos despues de Homero, la aventurada correría de Colcos desde Samos proporcionó alguna nocion acerca de los Tirrenos y de los Ligios (Ligures), como asimismo acerca de Tartesso, la California de aquellos tiempos. Esperóse entonces por lo tanto haber descubierto la situacion precisa de las islas encantadas de Circe y del reino flotante de Eolo; se ha visto, en fin, se decia, esa terrible embocadura del Océano; nadie queria volverse de las cercanías del Eliso sin haber visitado los pueblos bendecidos por el cielo, de alta estatura, adornados de todas las virtudes, y que en aquellas felices comarcas occidentales veian alargarse sus dias á mas de mil años; «el néctar de las flores era su alimento y el rocío de los cielos su bebida.» Estos Macrobios ú hombres de larga vida fueron despues trasplantados bajo todos los climas, conforme lo pedia la imaginacion de los escritores; se multiplicaban las fábulas; al Eliso de Homero, sucedieron muchas islas afortunadas, y aunque brotadas de las cabezas de los poetas, se sostuvieron victoriosamente en la historia de la geografía. Los viajeros romanos en un siglo mas ilustrado, creyeron tambien reconocerlas en un grupo de islas al occidente del Africa, llamadas hoy Canarias; y á pesar de que estos observadores hubieran buscado en vano las delicias que la tradicion les atribuia, con todo, esta fábula, acrecentada con las ficciones filosóficas de Teopompo y de Platon sobre la Atlántida y la Meropide, se perpetuó hasta nuestros dias, y sirve aun de tema á tal cual vision histórica.

El ruido que metieron estas Islas Afortunadas, indujo á la mayor parte de los escritores á poner inmediatos á tan bienaventurado clima á los Hiperbóreos, pueblo portentoso á quien por unánime consentimiento se hace habitar al Norte de los montes Rifeos, mansion ordinaria del viento Bóreas, tan temido por los Griegos; y segun una mal entendida física, se creia que semejante posicion los ponia á cubierto del hálito glacial de los vientos del Norte; que tal es precisamente el significado de su nombre. Pero estos montes Rifeos, llamados Ripos por autores mas antiguos, no eran sino un agregado imaginario de objetos reales en sí mismos. Los montes de Tracia en que tiene su nacimientos el Estrimon, los sitios en que nace el Danubio, los Alpes, los Pirineos, los montes Hercinios, en una palabra, todas las montañas que se conocieron sucesivamente en Europa, hasta el Cáucaso y el mismo monte Tauro en Asia, fueron confundidos bajo esta denominacion general que no parece ser mas que un término apelativo de todo género de montañas, tomado de algun idioma gótico ó eslavo (2). Cuando se empezaron á conocer los Pirineos, y mas adelante los Alpes, se debió confinar hácia la Escitia á los montes Rifeos y toda su fabulosa comitiva. Parece que Herodoto buscó á los Hiperbóreos, y se duele bastante de no haber podido descubrir el menor vestigio de ellos; y habria preguntado de muy buena gana por ellos á sus vecinos los Arimaspas, gente que por tener un ojo solo veia las cosas muy bien, si hubiera encontrado quien hubiese sabido indicar tan siquiera dónde habitaban.

Se aprende de este historiador que los primeros indicios de tales pueblos milagrosos los

(1) *Kimeriré*, tinieblas densas. *Job.* III, 5.

(2) *Riff* en danés, escollo, peña. En dialecto slavo de la Carniola *hripat* quiere decir montaña. De la misma raiz pudieran ser las palabras italianas *rupe*, *riva*, *ripido*.

debemos á Hesiodo; y un escoliasta le atribuye las primeras narraciones sobre los Grifones, los cuales custodiaban poco lejos de los Hiperbóreos y de los Arimaspas los metales preciosos de los montes Rifeos. Las relaciones de Hesiodo no existen ya; pero los autores mas cercanos al siglo colocan á los Hiperbóreos, no al Septentrion, sino al Occidente. En efecto, precisamente hácia las fuentes del Istro, dirige Píndaro los pasos errantes de Hércules y de Perseo cuando fueron á visitar aquellos pueblos, que predilectos de Apolo, y coronados de laurel, pasaban su vida en danzas y banquetes, exentos de enfermedades y de vejez. De allí, dice él, recibió la Grecia el primer olivo: lo cual se aviene mejor á las regiones próximas á la estremidad occidental de los montes Rifeos que á la Escitia. De aqui es que las islas encantadas en que custodiaban las Hespérides sus manzanas de oro, y situadas por toda la antigüedad al Occidente no lejos de las Islas Afortunadas, son llamadas Hiperbóreas por autores versadísimos en las antiguas tradiciones. En semejante sentido habla Sófocles del jardin de Febo, rayando con la bóveda celeste, y no lejano del nacimiento de la Noche; es decir, del ocaso del sol.

Tantas espléndidas maravillas, acumuladas en la parte occidental del mundo primitivo de los Griegos, hicieron desaparecer á los Cimerios y á sus eternas tinieblas. A medida que las relaciones de los viajeros esclarecian el Occidente, se vió á los geógrafos y á los historiadores empujar á los Cimerios hácia el Norte; y como se hallaron en el Asia Menor y en la Germania dos pueblos de un nombre casi semejante, los antiguos procuraron combinar lo poco que supieron de las belicosas correrias de aquellas naciones con las antiguas descripciones poéticas: de todo lo cual resulta tal masa de contradicciones y oscuridad, que se podria sostener todo aquello que se quisiese acerca del orígen, las emigraciones y la estincion de los Cimerios ó Cimbrios, cuando se pretendiese, á ejemplo de los antiguos, considerarlos como un mismo pueblo. Pero no es este el único enigma geográfico nacido de las fábulas de las antiguas tradiciones. Los Hiperbóreos fueron tambien arrojados sin piedad de sus huertos Hespérides por viajeros y geógrafos mejor informados. Cuando los nombres históricos de los Iberos y Celtas hubieron llenado la parte occidental de Europa, se asignó á los Hiperbóreos una isla estraordinariamente fértil situada en el Océano enfrente de la Céltica, isla que corresponde sobre poco mas ó menos, á la Gran Bretaña. Aquí no hubo ya laureles ni olivos, pero quedaron todavía dos cosechas al año. Siempre amados de Apolo, conservaban aun el privilegio de ver la luna «mas de cerca que en cualquier otro lugar de la tierra.» Pero llegando á hacerse tambien la isla de Albion demasiado conocida, los geógrafos, como Plinio y Pomponio Mela, trasportaron á los Hiperbóreos á sus estremidades septentrionales. Su pais era el mas templado y placentero, bien que las noches y los dias de á seis meses indicasen hallarse situado al polo: de todos modos, ellos vivian siempre en el seno de la paz, de la inocencia y de todas las virtudes, sin saber qué cosa fuesen guerra y enfermedades: únicamente se hallaban sujetos á fastidiarse de cuando en cuando por esceso de felicidad: entonces, despues de un banquete, coronados de flores, se daban la muerte precipitándose al mar desde lo alto de una roca.

En un autor fiel á las antiguas tradiciones, la dulce temperatura de que disfrutaban los Hiperbóreos se esplica por la momentánea proximidad del sol cuando, segun las ideas de Homero, pasa de noche por el Occéano septentrional á fin de volver á su palacio de Oriente. Esta tradicion histórica no desagradó al mas filósofo de los historiadores romanos. Tácito refiere con toda ingenuidad, que á la estremidad de la Germania creia uno oir el estrépito del carro del sol al sumergirse en el mar; se distinguian los rayos de su semblante, y hasta se veia aparecer á los otros Dioses; despues añade: «Yo estoy por creer que asi como en el Oriente hace el sol nacer los bálsamos y el incienso, su mayor proximidad á las regiones en donde traspone ha de hacer traspasar en ellas los jugos mas preciosos de la tierra para formar el ámbar.» Los poetas lo habian dicho mucho tiempo antes y lo indicaba ya la bella alegoría de las lágrimas de oro derramadas por Apolo cuando fue á llorar entre los Hiperbóreos la muerte de su hijo Esculapio, ó de las hermanas de Faetonte convertidas en álamos; y lo indica el mismo nombre, puesto que *elektron*, ámbar amarillo ó sucino, significa piedra del sol. Largo tiempo antes de Tácito, habian dicho los griegos doctos que esta preciosa materia era una exhalacion de la tierra, producida y endurecida por la fuerza de los rayos solares, mas eficaces segun ellos en el Occidente ó en el Norte. Todo este sistema está evidentemente tomado del sistema cosmográfico de Homero, y vale ciertamente tanto como las otras esplicaciones, menos maravillosas en verdad, pero no menos falsas, que muchos geógrafos é historiadores antiguos procuraron dar de esta produccion natural; esplicaciones que fueron tantas cuantas sus opiniones acerca del rio Eridano, en cuyas márgenes se encuentra el ámbar sucino.

En las primeras tradiciones recogidas por Hesiodo, se pone el Eridano en los vagos y oscuros espacios que ocupan todo el Nordeste del mapamundi de aquel siglo, y la idea de este Eridano fabuloso, que iba á desembocar en el Océano atravesando aquel país que despues se llamó Céltica, subsistió por toda la antigüedad. No obstante, aquel griego, que presumia hallarse mas enterado de las cosas, aplicó sucesivamente este nombre al Pó, al Ródano y al Rhin, y aun á veces reunió estos tres rios; lo cual debe parecernos absurdo mientras no se entre en su sistema. Cuando los viajeros enviados por Neron hubieron dado á conocer sobre poco mas ó menos la patria del ámbar amarillo, ya adivinada, bien que oscuramente, en los tiempos de Augusto, el nombre de Eridano quedó como una memoria de los siglos poéticos y fabulosos; y el Pó obtuvo en herencia este vano título; pero los eruditos modernos persistieron

en querer volver á hallar hasta en Rusia el antiguo Eridano de Hesiodo. Hubiesen buscado á lo menos algun fragmento del carro de Faetonte, ó imitado mas bien la prudente desconfianza de Herodoto que ponia ya en duda la existencia de aquel rio y de las cosas admirables de que se habian engalanado sus orillas.

Ahora, veamos rápidamente los primeros conocimientos de los Griegos acerca del Asia. Homero describe exactamente el teatro de la guerra entre Griegos y Troyanos. La ciudad de Ilion, situada con su ciudadela Pérgamo sobre una de las cumbres inferiores del monte Ida, dominando una hermosa llanura bañada por el Simois, que brotaba de en medio del Ida mismo, y por el Escamandro ó Xanto, que se originaba bajo los muros de la ciudad de dos manantiales, frio el uno y caliente el otro; los repentinos cambios de estos rios en su curso hácia el mar, cambios que ya antes del siglo de Estrabon los habian hecho confundir uno con otro; el reino de Troya con sus nueve provincias, entre las cuales se comprenden los paises habitados por los Lícios, Dárdanos, Léleges y Cilicios, vasallos de Príamo; todos estos objetos justos dieron asunto á largas y doctas investigaciones sobre el terreno. Los Dárdanos habitaron las riberas del Helesponto, que parece comprender, segun Homero, la Propóntide y el Bósforo. El Ponto Euxino no es, sin embargo, nombrado por él; pero conocia á lo largo de las costas de aquel mar á los Caucones, los Paflagones, entre los cuales, los Enetos, reputados progenitores de los Venetos, formaban la tribu principal; y los Alizones, probablemente próximos al rio Halix, el país de los cuales, rico de minas, se llamaba Alibi, nombre en que cree ver Estrabon indicados á los Calibas, tenidos por algunos por los antepasados de los Caldeos.

Aproximándose á la estremidad del mar Negro, la geografía homérica toma de nuevo el carácter de fábula. Las Amazonas, asunto de tantas opiniones diversas, pertenecen todavía por mitad á la historia; pero la Colquide, el reino del sabio Aetes, no se muestra á Homero sino en una lejanía vaga y anublada de fábulas; no es mas que un país encantado lleno de mónstruos y de portentos: allí coloca el palacio del sol y el teatro de los amores de aquel númen con Persa, una de las numerosas hijas del Océano, cuyo nombre recuerda un pueblo célebre; y como otros poetas conocen igualmente aquel palacio solar en la capital de Aetes junto á las orillas del Océano, todas estas circunstancias puestas junto á la pretendida navegacion de los Argonautas sobre el Fasis en el Océano oriental, demuestran suficientemente que Homero tenia en general las mismas ideas que los poetas autores de las Argonáuticas, y que en su sistema y en el de los primeros Griegos, el Océano bañaba los bordes orientales del mundo no lejos de la Cólquide. Con todo, el lago del Sol, de que habla Homero, pudiera ser una oscura alusion al mar Caspio.

Yendo de Troya hácia el Mediodía, los conocimientos del poeta toman mayor estension; conoce el Hermo, el Meandro y los demás rios principales que bañan la parte occidental del Asia Menor. El nombre de Asia parece dado por Homero solamente á un pequeño trozo de terreno á las orillas del Caistro. Allí hacen vivir las tradiciones de los Griegos y de los Asiáticos á los personajes histórico-alegóricos á quienes atribuyen el orígen del nombre de Asia: allí se encuentra aun en tiempos posteriores una nacion llamada de los Asiones: en fin, todo concurre á hacer creer que el nombre de aquel delicioso distrito, uno de los primeramente habitados por los Jonios, haya venido á ser por una sucesiva aplicacion mas estensa el de una vasta parte del mundo. Homero no podia hablar en sus obras de la estable mansion de los Jonios y de las demás colonias griegas de Asia, habiendo acaecido su trasmigracion solo poco antes de la época de su supuesta vida. Contrayéndose á la de la guerra de Troya, nos muestra los Pelasgos y los Meonios como las naciones principales del Asia Occidental: mas al Sudoeste estaban los Carios, antes fundadores de la antigua Mileto, ciudad que, reedificada por los Jonios, fue la primera sede de la navegacion y del comercio de los Griegos. Los Licios y los Solimas habitaron la costa meridional al pié del monte Tauro: la llanura Alea de Homero ha sido hallada por los geógrafos griegos en Cilicia; pero no puede darse por segura semejante esplicacion: el centro del Asia Menor estaba ocupado por los Frigios, nacion numerosa, cuyo territorio se estendia por entonces hasta las playas del Helesponto.

Fuera del Asia Menor, y aun apenas traspuesto el cabo Calidonio, vuelve á hacerse incierta la primitiva geografía de los Griegos. Parece que los Arimas sean los Arameos ó Sirios; ¿pero habla Homero de los de la Siria ó de los de la Cilicia? Los rastros de las erupciones volcánicas á las cuales alude la fábula de Tifon, han sido buscados, por unos en Judea en los contornos del mar muerto, por otros en el centro del Asia Menor en el país llamado Catakecaumeno, esto es, el quemado. Menos dudosas son las relaciones de los Griegos con los Fenicios, cuya ciudad principal era entonces Sidon. Sus estofas teñidas en púrpura y sus manufacturas de oro y cobre, la ciencia naval, la avidez y las astucias de los mismos, suministran á Homero muchos de aquellos rasgos morales con que tiene gusto en variar sus pinturas.

La antiquísima reputacion del Egipto habia llegado á oidos de Homero, que elogia bastante á menudo la ciencia médica de los Egipcios, hijos de Esculapio. Atribúyeles hasta la preciosa habilidad de curar los males de ánimo por medio de un jugo llamado nepente, que es como si dijéramos quita-cuidados, probablemente el ópio. Homero sabe tambien nombrar á Tebas la de las cien puertas, cuya antiquísima gloria habia traspasado el Mediterráneo; pero no conoce el Nilo mas que bajo el nombre del rio Egipto. A una jornada de distancia por mar de una de las bocas de este rio, conocia el poeta el puerto y la isla de Faro, separados entonces del continente por un canal de siete estadios.

Las focas salian á retozar sobre aquella playa desierta en que se alzó despues la rica Alejandría. Por una mala inteligencia del vocablo *Ægyptos*, algunos geógrafos modernos pretendieron probar con aquellos pasajes de Homero, que el Delta se hallaba en su tiempo todavía cubierto por el mar. Sobre errores de semejante especie está basada casi toda la erudicion de los geólogos.

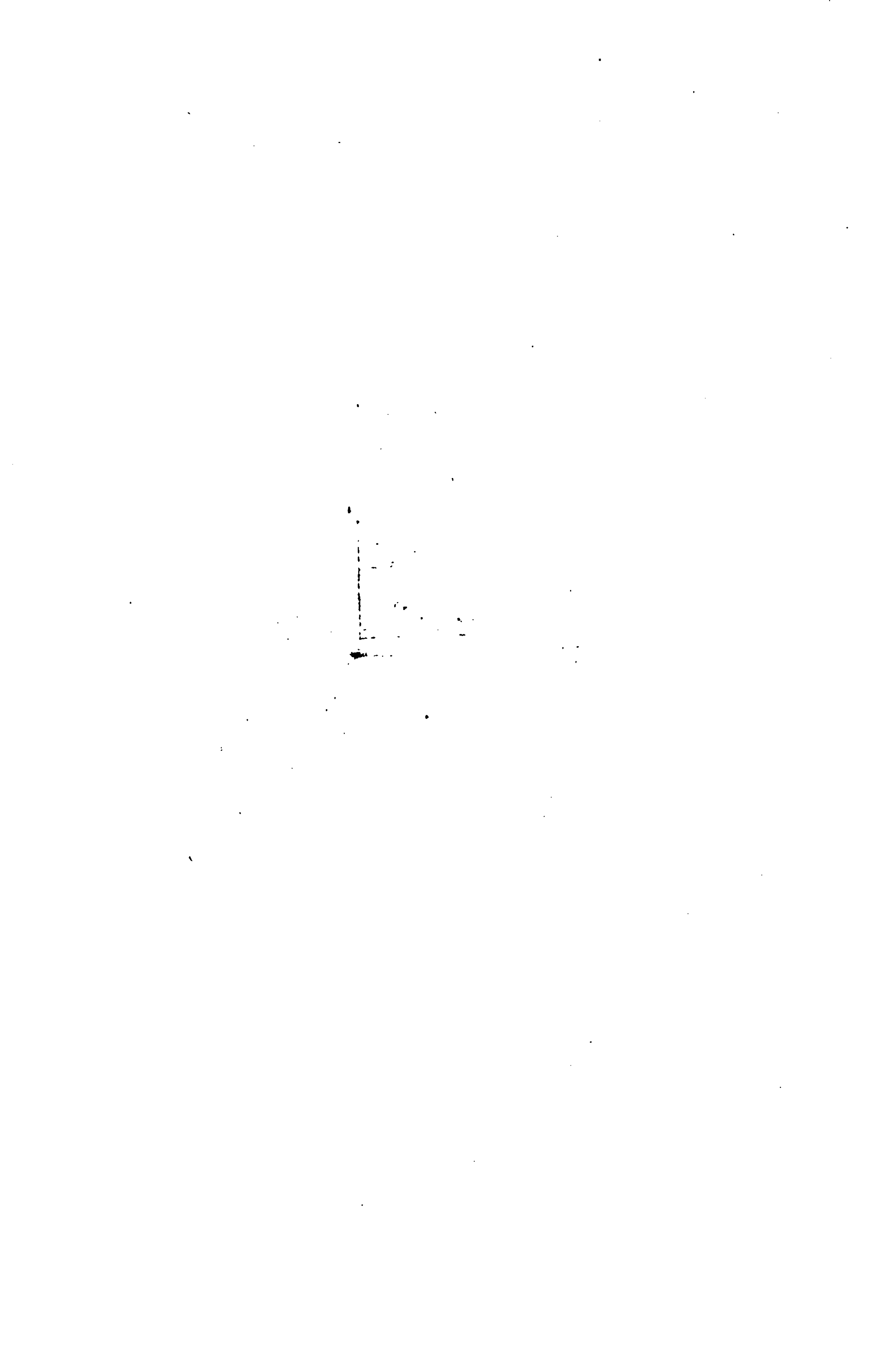
Desde el Egipto á la extremidad del Mediterráneo no debia mediar una gran distancia en el mapamundi de Homero, pues que en tiempos con mucho posteriores, asegura el autor de un libro atribuido á Aristóteles, que el Mediterráneo formaba, inmediatamente despues de las columnas, el golfo Sírtico. Esta pequeña porcion de Africa es conocida por Homero bajo el nombre de Libia, «país en que los corderos nacen con cuernos, y las ovejas hacen tres crias al año.» Esta descripcion se halla confirmada por otras autoridades. Homero conoce tambien el uso que los Africanos hacen del fruto del loto, y conduce al errante Ulises á una isla habitada por Lotófagos, que los geógrafos pretendieron fuese la de Cerbos junto á la pequeña Sirte. Un viaje á aquellas costas tan próximas á la Grecia era reputado en tiempo de Homero una empresa heróica. Menelao empleó ochos años en visitar la isla de Chipre, la Fenicia, el Egipto y la Libia, y solo los piratas «á riesgo de la vida» iban desde la isla de Creta hasta el Egipto en via recta. ¿Dirá quizá alguno que el poeta se divirtió en exagerar la ignorancia de sus compatriotas? No; porque á los Tereos, dos siglos despues, habiendo sido encargados por un oráculo de fundar á Cirene, les costó sumo trabajo hallar la direccion para llegar á Libia. El Egipto permaneció como un país fabuloso y lleno de maravillas hasta el siglo de Herodoto.

Cuanto menor es el número de los conocimientos positivos de una época, tanto mas árduos son los sistemas que esta se crea. Los Griegos de los tiempos de Homero atestaban el Oriente y el Mediodía de su mapamundi con la aplicacion de tradiciones oscuras y con fábulas que escitasen la curiosidad, en aquellos mismos términos que los hemos visto atestar el Norte y el Occidente, desde el punto de la supuesta comunicacion, que dejamos indicada, del Fasis con el Océano, hasta el otro ingreso occidental del propio mar. Homero coloca á los Etiopes sobre los límites del disco terrestre, «los últimos de sus habitantes, divididos en dos partes, la una hácia el saliente del sol, la otra hácia su ocaso.» Entre estos Etiopes se hallaban los Pigmeos, esparcidos igualmente todos en derredor del borde meridional de la tierra. Los Erembos, cercanos á los Fenicios y á los Egipcios, parece que debian ser los Arabes, cuyo nombre oriental se escribe *Ereb*. Los autores que escribieron despues de Homero comprendieron sucesivamente bajo la denominacion general de Etiopes á los Cefenos, esto es, Persas, á los Bactrianos, los Indios y todos los pueblos, en fin, que se iban descubriendo á Levante y á Mediodía. Herodoto mismo habla tambien de los Etiopes de Asia, y se cree que dió este nombre á los de la Colquide. En conclusion, estas ideas vagas de los Griegos primitivos acerca de los pueblos de color oscuro, mirados todos como una sola nacion, no fueron nunca enteramente olvidadas por las generaciones siguientes. Pero la geografía fabulosa del Oriente y del Mediodía no salió á la palestra sino dos ó tres siglos despues de Homero, y fue debida mas á las codiciosas esperanzas de los negociantes que á las desinteresadas invenciones de los poetas. La India con sus hormigas que buscaban tesoros, y con sus fuentes de oro; la Sabea con sus palacios resplandecientes de aquel metal, de marfil y de piedras preciosas, fueron imaginadas, no ya por los secuaces de Apolo, sino por los adoradores de Pluto. No parece que las caravanas griegas del tiempo de Homero tuvieran acceso al interior del Asia.

Solo la geografía homérica puede hacer inteligibles las tradiciones medio históricas medio fabulosas acerca de la primera navegacion larga de los Griegos, esto es, del viaje de los Argonáutas. Estos navegantes, que no podian volver á entrar en el mar Negro con el vellocino de oro por el Fasis, á causa de las tropas de Colcos, efectuaron su retorno á Grecia por mar. La tradicion mas antigua y conforme con el sistema homérico, hace llegar á Jason y sus compañeros por el Fasis al Océano oriental, dar desde allí la vuelta al país de los Etiopes, y como probablemente no habia golfo Arábigo en el mapamundi de aquellos tiempos, dichos héroes atravesaron la Libia por tierra arrastrando consigo su nave, y llegaron despues de un pasaje de doce dias á las playas del golfo Sírtico y del mar Mediterráneo. ¡Tan fácil cosa era atravesar el Africa en aquel bello siglo de las fábulas! Un poco mas tarde Hecateo de Mileto, habiendo oido ó creido oir, de boca de los sacerdotes egipcios, que el Nilo venia del Océano, hizo suceder la vuelta de los Argonautas por aquel sitio, en apariencia mas conforme á la razon. No hubo quien pensase en hacerlos volver por el golfo Arábigo, y esto, porque los primeros Griegos que tuvieron alguna idea de él, lo tomaron por un lago cerrado por todas partes. Algun poeta ó algun historiador mas moderno, queriendo combinar estas tradiciones con los descubrimientos de su siglo, conduce á los Argonáutas por la laguna Meotis y por el Tanais al Océano septentrional, y desde allí alrededor de los supuestos límites del mundo, por las regiones de los Hiperbóreos y de los Cimerios, hasta el estrecho de Hércules, por el cual entraban en el Mediterráneo y arribaban á la isla Esqueria. Tal es el camino imaginado por el falso Orfeo, que ya habla de la isla Yernes, que es nuestra Irlanda, de los Alpes y del promontorio Sacro, como la punta occidental de Europa; nociones tomadas sin duda de los Focenses, y que prueban que aquel autor no ha sido anterior á Herodoto. Finalmente, cuando los navegantes de Mileto y de Atenas se hubieron cerciorado de que no existia la supuesta comunicacion entre la laguna Meotis y el Océano, se creyó que los Argonautas subieron por el Istro ó el Danubio, que tambien, segun la opinion de los conocedo-

res, se dividia en dos brazos, uno de los cuales desaguaba en el Ponto Euxino y el otro en el Adriático. Este rio de doble curso sirve á Apolonio de Rodas para conducir á la patria á los héroes de la Grecia, á despecho de la geografía y de la escuadra de los de Colcos que bloqueaba el Bósforo. La hipótesis es lo que recomendamos á los estudiosos.

Ejemplo patente del lento progreso de los conocimientos geográficos, y prueba de la influencia del sistema semi-fabuloso en que bebió Homero. Si los Griegos no hubiesen imaginado ser la tierra un disco redondo bañado por el río Océano, dividido en dos por el Fasis y por el estrecho de Hércules, ¿cómo habrian podido inventar jamás los poetas de las Argonáuticas las diversas vías por donde conducen á sus héroes? Pero todo encuentra esplicacion en admitiendo que la cosmografía imaginaria de Homero fue la de su siglo, y aun, con alguna modificacion, la de muchas generaciones posteriores.





SAFO

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

NUM. III.

SAFO Y LAS LITERATAS GRIEGAS.

La mujer participa, no hay duda, de todo lo que es propiedad esencial de la humanidad; pero participa de ello en forma enteramente suya. Ningun don intelectual le fue negado; pero algunos, mas en armonía con todo su tipo ideal, parecen predominar en ella. Mientras el hombre, que en su eterna inclinacion á abstraer, reduciria de buena gana todas las cosas á un sistema de categorías, va despojando sin descanso lo ideal de su forma concreta, para penetrar hasta la esencia del verbo inteligible, la eterna compañera del hombre y su mitad, toma sin cesar de sus manos este ideal mismo, no ya cual era un tiempo, sino elevado, purificado, engrandecido, y lo obliga á refluir de nuevo en el mundo sensible. El hombre elabora la idea; la mujer la engendra en forma humana.

Fuera de la familia, como sibila y profetisa aparece primeramente la mujer en el órden social de los tiempos mas antiguos, y se recuerdan las profetisas hebreas, germanas y galas, las pitonisas griegas y latinas. En efecto, la inspiracion de la mujer es eminentemente religiosa y poseida de idealidad; ya que, si ella queda, si debe quedar envuelta en el mundo real, es con la mision de trasportar á él y hacer vivir allí al espíritu. Tal es en efecto su incansable inclinacion, inclinacion que se manifiesta hasta en los delirios de las orgías de Siva y de Baco.

Por una via análoga, esto es, por la poesía, se hizo ilustre la primera mujer históricamente conocida, cuya gloria ha consagrado su nombre. Pero la noble existencia de Safo, esta primera aparicion de una libre y potente personalidad de mujer que se produjo en el Occidente en el seno del mundo griego, no es un fenómeno escepcional, un hecho aislado. Despues de Safo, que probablemente fue precedida por otras cuyos nombres y obras han perecido, algunas mujeres griegas cultivaron la poesía con mas ó menos distincion; entre las cuales hay nueve de quienes nos quedan fragmentos, y á las que la antigüedad habia elevado sobre las demás, fundiéndolas casi en un comun sentimiento de admiracion y formando de ellas como un coro de musas terrenales. Entre los poemas hechos en su honor, nos ofrece una elegante enumeracion de ellas este epígrama de Antipatro de Tesalia:

«A estas nutrió de cantos el florífero Helicona y la macedonia roca Pieria, doncellas de habla divina; Praxila, Miro, Anita, igual á Homero; Safo honor de las Lesbias de larga cabellera; Erina y la noble Telésila, y tú, Corina, que osaste cantar la poderosa egida de Palas, y Nosida, la del femenil acento, y Mirtida del hablar suave, artífices todas de inmortales versos. Las nueve Musas son hijas del vasto cielo: hijas de la tierra son estas nueve para eterna alegría de los hombres (1).»

Fácilmente se echa de ver, sin embargo, que esta lista se ha reducido á nueve, ni mas ni menos, por concordar con el número de las Musas, con arreglo al prurito de los tiempos primitivos, sancionado por la filosofía de Pitágoras. Las nueve citadas por Antipatro, y de las cuales nombra algunas Meleagro en el proemio de su *Corona*, no son, pues, las únicas poetisas que alcanzaron celebridad en Grecia; y los nombres de otras se hallan esparcidos por los autores griegos, de donde cuidadosamente los sacaron Fabricio (2) y especialmente Oleario, y tales son Demófila, Megalóstrata y Clitagora (3).

Seria de interés, no solo romancesco, sino filosófico, el conocer la vida de estas mujeres, saber bajo cuáles condiciones se formó y desarrolló su genio, y qué modificaciones recibió su vida, por necesario resultado, del impulso de este genio y de la celebridad. Pero sobre tal punto no acertaria á ser satisfecha la curiosidad; los poetas antiguos eran *bocas* στοματα; y bajo el canto que, de eco en eco propagado, llenaba el mundo, desaparecia el cantor. Véanse los antiguos poemas de la India, véanse los de la Grecia heróica, los de los Germanos, el Mahabarata, el Ramayana, la Iliada, la Odisea, los Niebelungucn, y se observará que todos son anónimos; porque si en lo sucesivo se sintió la necesidad de nombrar autores de ellos, este nombre póstumo no es mas que una personificacion, un nombre mítico. Despues viene el tiempo en que la individualidad de cada uno se pronuncia y aisla mayormente, y este tiempo, máxime para la Grecia, vino muy presto, y el principio de independencia individual adquirió allí gran vigor. Entonces, cada poema quedó sellado con un carácter personal; á cada uno fue adherido un

(1) *Anthologia*, lib. I, c. 67.
(2) *Biblioth. græca*, t. II.
(3) Habria que añadir á Femone, sacerdotisa de Apolo, que inventó el verso exámetro, adoptado despues por Eumolpo, Orfeo y Lino. Véase Rizo-Nerulos, *Literatura griega moderna*.

nombre de autor; pero á querer decir verdad, el autor aquí no es todavía mas que el apéndice de la obra; su nombre queda ligado á ella indisolublemente y nada mas; su vida pasa oscura al través de la incuria de sus contemporáneos, y se borra en el olvido. ¿Qué sabemos nosotros de los trágicos indios Calidasa y Baavati? ¿qué sabemos de Sófocles, Píndaro y Simónides? ¿qué de los mismos poetas romanos? Casi nada de seguro.

Por lo demás, el descuido de los antiguos relativamente á la persona y á la vida de los escritores, es una particularidad de un hecho mas general. La vida interior y privada, todavía poco importante entre ellos, y pequeña, segun su ángulo visual, es la que queda en la sombra, y despues en el olvido. Bien es verdad que la historia se hace individual en ciertas personalidades, de modo que la vida y el carácter de los grandes hombres quedan allí consignados; pero en la parte pública, en cuanto se manifiestan en una empresa guerrera ó política y nada mas. El único hecho que razonablemente puede objetarse contra esta asercion, sirve para robustecerla; esto es, la vida de ciertos filósofos, descrita con minucioso cuidado, hasta en sus mínimas particularidades, hasta en los gestos y las actitudes; ¿pero eran estos hombres privados, fenómenos de vida interior? No por cierto; eran grandes artistas que trabajaban sobre sí propios. Asi, despojados de su carácter puramente individual y doméstico para revestir las altas y generales significaciones del arte, cada acto suyo se hacia memorable: salvos, sin embargo, algunos rasgos desparramados, raras anécdotas retenidas por su singularidad, nada privado obtendrá memoria, aun cuando se tratase de Temístocles, Cimon ó Pericles.

Los tiempos de la biografía no vinieron sino con el cristianismo. Ya en Plutarco y sus contemporáneos Tácito y Suetonio, y en los autores de la Historia Augusta, empiezan á aparecer; mas, para que la existencia privada adquiriese la debida importancia, era menester la prolongada influencia del cristianismo, la religion mas interior é individual; era menester que por un escesivo espiritualismo fuese trasferida del ágora y de los juegos olímpicos, asi toda gloria como toda virtud, á la sombra del cláustro ó de la casa, y sobre todo, al secreto de las almas; era menester enseñar al mundo, que en este aislamiento y oscuridad se realizan dramas divinos, existencias eternamente memorables.

La vida de aquel poético grupo de mujeres se halla pues casi toda irrevocablemente sepultada en el olvido. Las noticias que de ellas encontramos esparcidas en los escritos de los antiguos, ademas de ser raras y poco importantes, son variables y las mas veces destituidas de todo carácter auténtico. Si los cuatro libros que habia escrito Apolonio de Calcedonia, filósofo estóico, acerca de las mujeres ilustres en la filosofía ó en cualquier género, no se hubiesen perdido; si tuviésemos la noticia de las *mujeres célebres* de Coron de Cartago, nuestras listas serian ámplias, y poseeríamos por fortuna algunos hechos interesantes: con todo, sobre el punto que ahora especialmente nos ocupa, dudo que hubiesen podido ofrecernos grandes esclarecimientos.

Si os agrada saber hasta dónde llegaba en tal sentido la ignorancia é incertidumbre aun de los Griegos, ponéos á indagar la vida de Corina, una de las mas célebres, y por consiguiente mas conocidas. Tenemos, es cierto, acerca de ella algunas noticias, la mayor parte de fuentes inmejorables; pero examinadlas. Corina sabe todo el mundo que fue la émula afortunada de Píndaro, y que por cinco veces le *arrebató el laurel* en los concursos poéticos; hecho constante, notorio, asi en Grecia como entre nosotros. La estátua de Corina en Tanagra, representada con la *hoja envidiada sobre las negras trenzas*, perpetuaba la memoria del hecho glorioso referido por Plutarco, beocio tambien, por Heliano, por Pausanias, que viajó por Beocia recogiendo sobre el terreno las tradiciones, siguiendo á los cuales el *Anacarsis* de Barthelemy, le puso una solemne consagracion y un himno que Manzoni repudia en vano. Heliano trata de ignorantes á los jueces del certámen: Pausanias es de parecer que Corina salió vencedora no por superioridad de genio, sino porque sus poesías fueron compuestas en el dialecto propio de los jueces, el eolio, al paso que las de Píndaro lo fueron en dórico. Agréguese que Corina era hermosa, como atestigua Pausanias; y Barthelemy, hombre de su tiempo, sospecha, lo que no acontece á Pausanias, que la belleza de la mujer habia contribuido á la fortuna de la poetisa. Sea como quiera, Píndaro tomó el caso brutalmente, á decir de Heliano, y calificó á su émula con un término que Barthelemy no hubiera osado nunca repetir (1).

Hé aquí, pues, un hecho notorio y particularizado; y sin embargo, su realidad es muy problemática. Apolonio Díscolo en su libro de los *Pronombres*, manuscrito de la Biblioteca Real, cita un fragmento de Corina, curiosa muestra del dialecto eolio Μέμφομαι ιωνγα (ἔγωγε) τὰν λιγουραν Μυρτίδα, μέμφομαι ὅτί βάνα (γυνὴ) φοῦσα (φύσα) ἔβα Πινδαροιο ποτ' ερεν. «Yo vitupero á la armoniosa Mirtis, la vitupero porque siendo mujer entró en pugna con Píndaro.» Donde Oleario pregunta si se han de adjudicar á Mirtis las victorias con que se honra á Corina; ó si cuando la facultad poética creció en ella, cambió Corina de sentimiento, decida quién mas hubiere olfateado (*esto nasutiorum arbitrium*). Salmasio cae en igual embarazo. Pero supongamos, bien que tenga pocas trazas de verdad, que despues de vituperar solemnemente en un escrito la conducta de Mirtis, Corina hubiese cambiado; retoña de ello otra dificultad no advertida por Oleario. En tal caso, la plena madurez de Corina habria sido posterior al trozo referido, y á las poéticas competencias de Mirtis con Píndaro. Corina seria mucho mas jóven que este, ó lo que es lo mismo, habria llegado mas tarde á su sazon poética. Ahora bien, esto discorda de una relacion de Plutarco (2) en la que aparece que Corina, ya ilustre, fue guía y consejera del jóven principiante. Bien sé que, si ha de creerse á Suidas, Corina y Píndaro

(1) De marrana. PAUSANIAS, *Bœot.*, c. 22; HELIANO, *Var. hist.*, XIII. 25.
(2) *De gloria Athen.*

fueron discípulos de Mirtis, de modo que debian ser de la misma edad sobre poco mas ó menos; pero ademas de que la induccion no es rigurosa, el hecho sobre que se funda es una nueva incertidumbre que complica las demás. Entre estas *esto nasutiorum arbitrium*, y sacrificando la relacion de Plutarco, y contentándose con la estricta posibilidad, se podrá quizá encontrar un cabo á la madeja; pero toda certeza andará por los aires (1).

Todavía mas vagas son las demás particularidades de la vida de Corina. Suidas cuenta tres de este nombre, todas poéticas y líricas. Hija de Aquelodoro y de Procracia y discípula de Mirtis, es la mas ilustre de ellas, llamada la *Mosca* (μυῖα), y de Tebas ó de Tanagra, segun Suidas: otra es de Tespis, si no ya de Corinto: otra, llamada la jóven y tambien por sobrenombre *Mosca*, es de Tebas, como quizá la primera. Discernir la una de la otra, decir si no son mas que una ó si son tres, me parece imposible. Con todo, sin mas que leves presunciones, yo me iria con Tanaquilo Fabro, quien de tres hace una sola, acerca de cuya patria se estuvo en duda: á lo mas, las reduciria á dos, una tespia y la otra tebana ó tanagriana; y acaso el dictado de jóven no indica otra cosa sino que acerca de la edad de Corina se tenian tantas incertidumbres como acerca de su patria. Si estuviese en mí el decidir, elegiria á Tanagra; diria que era una de aquellas tanagrinas de los largos velos blancos (ταναγριδεσσι λευκοπέπλοις) de que ella habla en un fragmento, que nos ha conservado Efestion; diria que Tanagra era aquella ciudad que tanto júbilo sintió con su dulce y armoniosa cancion (Μέγα δ' ἱμὰ γέγαθε πόλις λιγουροκωτίλας ἐνοπας), si acaso el fragmento no quisiere decir precisamente lo contrario mediante un levísimo cambio (2).

Otro tanto se cuestiona sobre la patria de Erina, y se le han dado por cuna Rodas, Lesbos, Telos cerca de Gnido, y Tenos en el Peloponeso: Suidas y Eustacio añaden la jonia Teos, cosa poco verosímil; pero es menester leer, en vez de τεῖα como dice el testo, τηῖα, ó sea τηλία; cuya confusion de nombre tal vez produjo Tenos. En cuanto á su edad, Suidas la da por contemporánea de Safo, hácia la XLII olimpiada (612 antes de C.), lo cual parece bien á Oleario; pero segun Eusebio y el Sincello, superiores en autoridad porque son mas antiguos y porque su opinion se halla consentida por Fabricio, habria vivido por el tiempo de Demóstenes, es decir, hácia la CVI olimpiada (356 antes de C.), lo cual constituye la diferencia de dos siglos y medio. Una cancion famosa que de Erina conservamos, titulada εἰς Ῥώμην, nos podria dar alguna luz; mas, por singular fatalidad, su sentido es ambíguo desde el principio al fin, y ni se entiende si Ῥώμη es Roma ó la Fuerza, y puede tomarse en rigor por una y otra, aunque lo mas verosímil es lo primero, y asi lo interpretan Wolf, Tomás Sitzann, Justo Lipsio y otros grandes eruditos. En tal circunstancia, ó es menester quitar á Erina aquella composicion, como implícitamente hizo Fulvio Ursino, ó hacer descender á Erina, como Lipsio y Sitzann lo hacen, hácia la era de Pompeyo, ó suponer dos Erinas; toda vez que, imaginar como Wolf que la composicion en este sentido puede ser obra de Erina, y hacerla á la vez, de acuerdo con Sincello, contemporánea de Alejandro, es un sueño.

Si yo hubiese de aventurar mi opinion, diria que creo se trate de Roma en la oda, y que por lo tanto es moderna; esto es, del tiempo por lo menos hácia el II siglo antes de Cristo, y á Erina la haria, se entiende, contemporánea de la oda, y condescendiendo con Lipsio la pondria entre los 150 y los 100 años antes de Cristo. En apoyo de tal opinion, á mas de las razones de Lipsio, sacadas de la oda misma, podrian alegarse otras menos hipotéticas, y, que yo sepa, no presentadas aun. Diversos epígramas de la Antología (3) en honor de Erina son el mas antiguo monumento en que su nombre se halla citado. Pues bien, todos ellos llevan el sello de los tiempos alejandrinos, que fue cuando despuntó singularmente semejante género; y son amaneradísimos y enfáticos asi en el pensamiento como en la forma. Si se concede, como me parece evidente, que son en efecto de aquella época, la cuestion queda decidida, ya que la multiplicidad de ellos, su precision y concordancia hasta en las mas mínimas particularidades, la exageracion de los elogios y su forma trivial idénticamente reproducida en ocho ó diez epígramas diferentes, todo muestra que son de contemporáneos. Además, el asunto se nos confirma por este pasaje, que es formal, con tal que se acepte la puntuacion y el sentido que yo propongo, y que mas naturalmente se ofrece:

Αρτι λοχευομένην σὲ μελισσοτόκοις ἔαρ ὕμνων,
Αρτι δὲ, κυκνείῳ φθεγγομένην στόματι,
Ελασεν εἰς Αχέροντα κ. τ. λ. (4).

«Poco há, mientras tú dabas á luz tu primavera de himnos, dulces como la miel de las abejas, poco há, mientras el canto del cisne salia de tu boca, la Parca te arrebató hácia Aqueronte, etc.»

Añádase la presuncion que se deduce de la falta de monumentos anteriores, y de la no menos absoluta y mas estraña de alguno posterior, hasta cuando Erina comparece con mil y mil otros nombres en la Babel de los cronógrafos y lexicógrafos en el IV siglo de la era cristiana. Este silencio muestra que su reputacion, fruto exagerado y efímero de la admiracion de sus contemporáneos, no duró mas que un instante, la estension del cual se ratifica por los epígramas de la Antología. Si de allí paso á la misma Erina, si interrogo su vida y su obra, nada encuentro que no me confirme en mi opinion. El génio de Erina es enteramente alejandrino; sus epígramas y hasta el asunto de su obra femenil Ἠλακάτη, la *Rueca*, son modernos, de la época alejandrina. Considérese ahora la inseguridad y general inconstancia de las nociones biográficas de los Griegos, y espero que las precedentes reflexiones triunfarán de la autoridad de Eusebio,

(1) SALMASIO, L. I. *ep.* 14, *ad Voss.*; y *De helenistica*, p. 77. —OLEARIO, *Dissert. de poetriis*, p. 25.

(2) SUIDAS, en *Corina*.—TANAQ. FABER, *Abrégé de la vie des poetes grecques*, p. 67.—HEPHEST., *Enchirid.*, p. 60.—PAUSANIAS, *Bœot.*, c. 22.

(3) Lib. I, c. 67, ep. 14; lib. II, c. 10, ep. 4; lib. III, c. 25, ep. 65-69; lib. V, ep. 21, etc.

(4) Lib. III, c. 25, ep. 67.

de Sincello y de Suidas, escritores del IV y V siglo de nuestra era, cuyo testimonio, respecto á hechos de tal naturaleza, es siempre tan variable y dudoso. Es, pues, posible que Erina sea autora de la oda Εἰς Ῥώμην; ¿pero es cierto que lo sea? La tradicion de la antigüedad lo dice á menudo; para negarlo seria necesario un fundamento que nos falta; pero afirmarlo seria temeridad. ¿Habria existido una Erina mas antigua, que confundiéndose con la otra indujese á error respecto á la edad de esta? No lo creo, pero pudiera ser.

A falta de historiadores, los epígramas de la Antología nos dan graciosos pormenores sobre la vida de Erina: muéstrannosla sentada, niña aun vírgen, bajo la severa autoridad de una madre temida, teniendo en las manos la rueca y el huso, y tejiendo la tela. Con todo, los hilos se enredan, sin que ella piense en desenmarañarlos; mientras en silencio, jóven abeja del monte Pierio, elabora la miel de sus versos:

> Η καὶ ἐπ' ηλακατῃ, μητρὸς φόβῳ ἢ καὶ ἐφ' ἱστῷ
> Εστηκει..... (1)
> Παρθενική δ' Ηριννα λιγυθρὔος ἕζετο κούρη,
> Οὐ μίτον αμφαφοωσσα πολύπλοκόν, ἀλλ' ἐν ἱ σιγῆ
> Πιηρικῆς ραδαμμιγγας ἀποσταλάουσα μελἰσσης (2).

Muere á los diez y nueve años, vírgen; mientras cogia flores, el dios de la muerte la tomó tan niña para el himeneo:

> Παρθενικὴν νέαοιδον....
> Ηρινναν, μυσαν ἄνθεα δρεπτομένην,
> Αδης εἰς ὑμέναιον ἀνήρπασεν. (3)

Pocas noticias, pero mas significativas y ciertas, tenemos acerca de Anite y Telésila.

Anite fue de Tegea, no de Epidauro como quiso Ursino; vivió hácia la CXX olimpiada (300 años antes de Cristo) al tiempo que los escultores Eutícrates y Cefisodoto. Habitó en Epidauro, adicta al templo de Esculapio como χρησμοποιὸς, esto es, encargada de reducir á versos las respuestas del Dios: pudiera tambien creerse por simple relacion de Pausanias que Anite estuvo dotada de facultades especiales que le procuraban íntimas comunicaciones con aquella deidad (4). Allí, pues, se inició en la poesía; despues, enriquecida quizá con las liberalidades de aquellos á quienes habia proporcionado la curacion, se retiró para servir libremente á las musas.

Telésila fue de Argos y noble, habiendo florecido hácia la CXXXIX olimpiada (224 ant. de C.). Ella sola entre todas estas mujeres fue la que tomó un glorioso puesto en la historia por un hecho brillante y auténtico. Cuando Pausanias visitó á Argos, por el año 50 despues de Cristo, todavía se veia sobre una columna delante del templo de Vénus la estátua de Telésila; á sus piés habia algunos volúmenes; tenia en la mano un yelmo sobre el cual inclinaba la vista, como si estuviese para ponérselo en la cabeza. En efecto, fue coronada entre los antiguos de doble gloria, y dió, á mas de canciones, admirables ejemplos de heroismo patriótico. Hallábanse los Argivos en guerra con los Lacedemonios, y habiéndose dado un batalla, sufrieron una terrible derrota. Avanzaban los vencedores de Argos, que habia quedado indefensa, cuando Telésila, con ímpetu sublime, llamó á las armas á todas las mujeres, y puesta á su cabeza, dejó atónitos desde lo alto de las murallas á los Lacedemonios, los cuales, habiendo perdido algunos en un asalto, y sintiendo decaer su valor al frente de semejante generosidad y de semejante enemigo, se retiraron. Herodoto, Pausanias, Plutarco, Polieno, Clemente Alejandrino y Suidas refieren el hecho; todavía se celebraba en Argos una fiesta en su memoria en tiempo de Polieno, por la neomenia del mes de Hermes, cuarto del año, la cual se llamaba Ὑβριστικά: figuraban en ella las mujeres con túnicas de hombre y clámides, y los hombres con largos velos de mujer: ademas de que fue permitido á las mujeres de Argos tomar parte en el culto del dios de la guerra (5).

De Mirtis no sabemos sino que su patria fue Antedon de Beocia en tiempo de Píndaro (500 años ant. de C.); de Noxis nada, sino que era eolia, de la Magna Grecia, contemporánea de Rinton (520 ant. de C.); nada de Clitágora, Tesala, ó Lacedemonia ó Lesbia; nada de Miro, sino que era de Bizancio, alejandrina por genio, hija de Homero trágico: nada de Carixene, citada por Eustasio, autora de poesías para cantarse con música; tampoco de Praxila, una de las nueve musas terrestres, sino que era de Sicione; que un pasaje de su poema de Adónis suministró á los antiguos un ejemplo proverbial de estupidez; que segun un pasaje de Taciano se podria poner en duda la elevada direccion de sus poesías; que por lo demás, unia á la gloria de poetisa la de escelente escoliasta; y que fue contemporánea del escultor Lísipo (6).

Damófila y Megalostrata nos son conocidas únicamente, la una por un pasaje de Filóstrato en la vida de Apolonio (lib. I, c. 3.°); y la otra por otro de Ateneo (lib. XIII.) y un fragmento de Alcmano. Damófila, discípula de Safo, dice Filóstrato, es de Panfilia, donde sus cantos fueron oficialmente recibidos, de modo que su estilo se llamó panfilio. Ademas de sus composiciones originales, se complacia en reducir al estilo mas elevado, que los Panfilios pretenden como propio de ellos, los cantos compuestos por otros en el estilo eolio. De sus poemas propios los unos eran de amor, los otros cantos en honor de los Dioses; y como Safo, tuvo discípulos.

Megalóstrata, algo anterior á Damófila y aun á Safo, floreció el VII siglo antes de Cristo hácia la XXVII. Olimpiada; amada por el poeta Alcmano armónicamente συμμέτρως, como dice Atenéo, y ligada á él por relaciones del alma mas que de los sentidos. Ya que, si era bella y rubia como Vénus, su canto tenia mayor poder para ligar al amante, como dice Alcmano.

Casi todas estas mujeres eran μελοποιοὶ, líricas, y no es maravilla, siendo la poesia lírica lo que

(1) *Anthol.*, lib. I, c. 67, ep. 14.
(2) Lib. V, c. 21.
(3) Lib. III, cap. 25, 65.
(4) Pausanias, *Phoc.*, cap. 38.

(5) Herodoto, VI, 78.—Pausanias, *Corinth.*, c. 20.—Plutarco, *De virt. mulierum.*—Polieno, *Stratag.*, VIII, 33.—Clemente Alej., *Strom.* IV, 19.—Suida, *in Telesila.*—Mecesio, *De festis Græcorum.*—Máximo Tirio, *Diss.*, 21

(6) Cenobio, en *Andr. Scholti adogiis Græcorum.*—Taciano, *Orat. adv. Græcos*, 52.—Ateneo, XV.

hay de mas íntimo, de mas personal é instintivo; ni hay otra cosa que presente mejor aquella fusion de lo ideal en lo real, que es carácter de las mujeres. Algunas, sin embargo, sobresalieron tambien en otros géneros: la gloria de Erina, su *canto del cisne*, ó como dicen otros, su *panal de miel*, es un poema titulado *la Rueca*, de trescientos versos exámetros, en cuya medida la colocaban los antiguos por cima de Safo y al lado de Homero.

Anite, Noxis y Miro compusieron epígramas como Corina, la cual parece haber abarcado en su vuelo el campo mas vasto entre todas, como puede verse recorriendo en Fabricio (1) el catálogo de sus obras. De sus cantos, unos fueron líricos y otros épicos: celebró númenes y héroes.

Aquí está cuanto sabemos de estas mujeres; y podríamos consolarnos de tal penuria si tuviéramos los escritos en que su ser, su naturaleza, sino las circunstancias de su vida, se revelaran. Pero sus nombres quedan como epitafios sobre tumbas vacías, y todo se reduce á estos nombres y á tal cual fragmento. Estos fragmentos fueron atentamente recogidos por Fulvio Ursino y despues por Wolf, y nosotros los hemos meditado largamente para descubrir alguna cosa de aquella vida que los produjo. La mayor parte son epígramas; el mas gracioso de ellos, atribuido á Erina, representa á una niña á quien la muerte arrebató sus juegos, el grillo cantor de los surcos, y la cigarra, á los cuales alza llorando una tumba comun παρθένιον στάξασα κόρα δάκρυ. Muchos hay de Noxis, muchos de Miro, pero nada notables; algunos de Anite, todos graciosos y que respiran la Arcadia, con sus rebaños, sus canciones, las frescas fuentes de los valles y toda su pompa rústica y su dios Pan:

«Estranjero, siéntate en esta peña á dar reposo á tus fatigados miembros. Un suave vientecillo susurra sobre tí al través del follaje. Apaga tu sed en esta fuente cristalina que brota de la roca; aquí en el calor del dia es dulce al viandante el descansar.

»Rústico Pan, ¿con que por mí, sentado en la densa floresta en que vagan las ovejuelas, haces sonar dulcemente la zampoña, á fin de que por estas laderas húmedas de rocío pazcan mis novillas la cabelluda yerba?»

Salvo los epígramas, nada se encuentra entero, sino algun verso ó frase ó trozo inconexo, ninguno de los cuales importa á nuestro propósito, escepto los ya citados de Corina y dos versos de Praxila. Éstos, si es posible determinar su preciso sentido, nos ofrecen una graciosa imágen, cual se encuentra en parte en las Vírgenes de Rafael; la de una mujer que desde su puerta echa una prolongada é interesante mirada, vírgen por la frente, mujer por la circunspeccion del resto de su persona.

Para juzgar de la inclinacion moral de estas mujeres no basta esto ni remotamente, y tampoco para calificar su mérito literario; de modo que debemos atenernos al testimonio de la antigüedad. Que si las precisas y especificadas informaciones sobre esta ó aquella obra son en pequeño número, á lo menos, los atestados generales de aprecio y admiracion á cada una en particular ó á todas juntas, no faltan, en tales términos, que no seria ocasion de lamentarse de la insuficiencia, sino de la entusiasta aunque natural exageracion. La comparacion de ellas con el coro de las musas, no era invencion, sino sentimiento y voz comun de toda la Grecia; y al principio de su *Corona*, cuenta Meleagro las obras de algunas de ellas entre las flores de que se compone su guirnalda. Todas son calificadas de poetisas ilustres por los mas graves autores; pero despues de Safo, Corina se halla por cima de todas. Y no les faltaron honores, antes fueron orgullo y júbilo de sus ciudades nativas, en las cuales cada una tuvo su estátua.

Asi, no solamente ahora echan de ver las mujeres su génio, y su derecho á cultivarlo; derecho no cuestionado á ninguna de las antedichas, á las cuales no rehusó la antigüedad ni su simpatía ni la gloria.

Véase ahora una observacion importante. Entre estas no hay siquiera un nombre jónico: todas son dóricas ó eólicas, la mayor parte por nacimiento, las demás por adopcion. Si de las poetisas pasamos á las cultivadoras de la filosofía, el mismo hecho se reproduce; siendo estas en lo general pitagóricas, es decir, dóricas por adopcion, si no por nacimiento. ¿De qué proviene esto? ¿por qué bajo tal punto de vista, es tan inferior una de las principales ramas de la raza helena? Dígalo quien sabe la diferente condicion á que se hallan reducidas las mujeres por las leyes de Atenas, por el *gineceo*, por la constitucion de Esparta y su gimnasio. La condicion de las mujeres en Esparta, que en menor grado se encuentra en todas las ciudades dóricas y eólicas, parientes próximas de estas, puede dar esplicacion de la república de Platon y de la parte que las mujeres tuvieron en el pitagorismo, puesto que toda la doctrina de este sobre el amor se halla en el fondo de las leyes dóricas.

Entre las mujeres que se dedicaron á la poesía la mas ilustre es por cierto Safo, y si bien no nos quedan de ella mas que dos oditas, su fama no puede perecer, y estará siempre en el alto punto en que los antiguos la vieron, sin que otra se le ponga en parangon, tipo ideal de la poetisa.

Merced á tanta celebridad, ¿se habria sustraido á lo menos al olvido algo de la vida de Safo? ¿tendríamos aquí una biografía mas cierta que las precedentes, mas rica, mas circunstanciada? Rica sí lo es; pues que si sus contemporáneos hicieron poco por ella, la imaginacion de las edades sucesivas suplió abundantemente á su negligencia. Relaciones abundan; los hechos son numerosos cuanto interesantes: solo les falta acaso la autoridad.

Safo (tal es el compendio de la historia de convencion generalmente aceptada), Safo, natural de Mitilene en Lesbos, contemporánea de Alcéo, floreció al espirar el VII siglo antes de Cristo. Era hija de Escamandrónimo y de Cleida; tuvo tres hermanos, Larico, Eurigion y Caraxo, de los cuales el primero y el último obtu-

(1) *Biblioth. græca*, II.

vieron de ella celebridad, pero por títulos muy diversos. La amistad le inspiró versos en honor de Larico, el cual era en Mitilene administrador de los vinos, al paso que se ensañó con Caraxo por causa de una cortesana á quien este se abandonó.

Ella se casó con Cercola ó Cercila, un rico de la isla de Andros, y tuvo una hija llamada Cleida como su abuela, conforme al uso de los Griegos. La muerte la dejó en breve viuda, por lo que quedando jóven y libre, desde aquel punto empezó su sazon poética.

Conversó con ella la musa en las noches solitarias; pero la musa no vino sola, y la acompañó el amor; amor furioso, insensato que sacudió sobre ella todas sus teas. Antes bien, el amor y la musa no fueron sino uno solo; un solo canto vibra en su lira y exulta en su corazon y en sus venas en notas desarregladas; un solo incendio devasta su existencia, la hace correr perdida, desordenada, de amor en amor, y arde en sus versos:

> Vivuntque commissi calores
> Æoliœ fidibus puellœ (Horacio IV 9.)

Mujer, abrió pues su alma toda al soplo tempestuoso de la musa, y entonces se alzó en ella la tempestad, en la cual, al través de las pasiones sublevadas hasta en sus mas recónditos oleajes, hasta en las mas sucias profundidades, el genio tomó el vuelo. Mujer, no supo hacer de la vida dos porciones, una para lo presente, otra para el porvenir; la una toda real y domada, la otra espiritual toda libre, toda divina. Mujer, vivió, pues, como cantó, con todo el poderío de su ser. ¿Y por qué? Porque era mujer, porque á la mujer le es desconocida la abstraccion; porque para ella la intuicion no es mas que un deseo, y la idea un deseo insuperable; porque su destino es principalmente el de sentir la idea, y sentir es realizarla.

Desdichadas, pues, las mujeres que deben vivir á mitad del camino de un templo que se desmorona y de otro que se levanta; pues que no sabrán, como el hombre, morir contentas á la lejana vista de la tierra prometida. La mayor parte se adormecen como niñas sobre el camino, fantaseando la religion de lo pasado, y solo al umbral del templo despertarán; otras, al primer vislumbre de porvenir se precipitan en él, y caen deslumbradas en el abismo. ¡Curiosas Psiquis que quieren contemplar de cerca, á la luz de una lámpara terrestre, el semblante inmortal del Dios, de quien recibieron en la sombra las secretas caricias! ¡imprudentes Semeles, que exigen que el Dios se deje ver de ellas en todo el esplendor de su esencia, y tocarlo y estrecharlo en un abrazo de amor! El Dios las ama y llora sobre ellas; pero sin embargo, las consumirá con la mirada ó con el contacto devorador.

Tal fue la suerte de Safo; quedó libre antes de que una ley regulase esta libertad; amó desmedidamente cuando ninguna ley habia sido hecha para tanto amor. Lo ideal, lo diré tambien, le fue revelado ó inspirado; pero no la relacion de lo ideal con la realidad, no la práctica de lo ideal. Nadie le enseñó que si el amor debe difundirse sobre la tierra, no debe, sin embargo, sino atravesarla, siendo su objeto final la misma esencia de la infinita y eterna belleza. Entrábase en la era de la abstraccion; nadie le enseñó las reales existencias del mundo invisible; y la insensata confundió dos cosas bien distintas, tierra y realidad. Por esto atormentada de un amor que la tierra no saciaba fue de error en error; pero pronto huyó el Dios del pecho profanado, dejándole por suplicio la furia de los sentidos.

> Vidimus
> Æoliis fidibus querentem
> Sappho puellis de popularibus. (Horac. II 13.)

Mas prosigamos la relacion de su vida. De aquellos numerosos amores en que se estravió, la tradicion no nos habla mas que de uno; y escepto algun nombre demasiado significativo, las circunstancias quedan en el olvido. La tradicion tuvo este pudor. El único de tantos amores sobre el cual ha insistido la tradicion, aquel que se complació en embellecer, que se halla indisolublemente ligado con la vida de Safo, y cuya fama entre los antiguos y los modernos casi igualó á la gloria de la poetisa, es el solo que puede referirse. Comprendeis que hablo de Faon. A este amor no le faltó cosa que pudiese escitar en alto grado el interés de todos los siglos; fue grande, fue desgraciado; tuvo por desenlace la trágica muerte de Safo. Como símbolo, toda esta historia se halla marcada de una profunda y dolorosa verdad. Faon era, como hoy se diria, un elegante. En vano Safo descenderá á él, como el águila de Júpiter, para transportarlo en medio de los Dioses; él se negará. Safo es morena y pequeñita; su gloria y su genio le sirven de una falta mas; y él no la amará. No, Safo, tú eres demasiado grande, y él no te amará. ¡Insensata! tú le ofreces tu vida. ¿Qué haria él de ella? Deja pues, deja juguetear entre sí á estos donosos fantasmas; una vida de hombre seria para ellos escesivo peso. Faon subsistió insensible al amor y á los cantos de Safo; y conocido es de qué modo, para curarse ó morir, se precipitó ella de la roca de Léucades.

Tal, segun la tradicion, es la vida de Safo, biografía suficiente, á la cual daria gran mérito la falta de monumentos semejantes. Por desgracia, ni una siquiera de tales circunstancias es irrecusable ni irrecusada, y yo temo bastante que toda la relacion, ó á lo menos sus pormenores sean fábrica posterior.....

Safo ¿es hija de Escamandrónimo, segun Herodoto, cuyo testimonio como mas grave y mas antiguo, arrastró á casi todos los demás; ó de Simon, ó de Euónimo, ó de Erigio, ó de Eúcrito ó de Camon, ó de Etarco, como fue asegurado por varios? ¿Es de Mitilene ó de Ereso, otra ciudad de Lesbos? La Safo cortesana de Ereso, cuya existencia es probada por testos y medallas, ¿es diversa de la ilustre mitilenesa, ó son una sola, como cree Oleario, nacida en Ereso, establecida en Mitilene? ¿Floreció Safo en los tiempos de Alceo, ó mas adelante, en los de Anacreonte, como da á entender un pasaje de Ninfis en Ateneo? (XIII, 7.) ¿Se ha de ver en sus amores puramente un sentimiento del todo plató-

nico, un entusiasmo por lo bello, casto si bien delirante, como quiere Máximo de Tiro, y como propenden á admitirlo Wolf y Olearío? ¿Pasó á Sicilia por seguir á Faon, ó, como se pretende en la *Biografía Universal*, por haber tomado parte en las turbulencias que Alceo suscitó en Lesbos? Y Faon, ¿fue personaje real? Y ella, ¿se despeñó verdaderamente en Léucades? Todas estas cuestiones son disputadas y disputables, y el lector curioso puede verlas discutidas en Gregorio Giraldo, Olearío, Bayle, madama Dacier, Longepierre, Wolf, etc. Yo me limitaré á una sola observacion.

Seguramente la vida de Safo fue, si no del todo desnaturalizada, á lo menos bastante modificada, en los tiempos sucesivos. Primero, los poetas cómicos, Difilo de Sinope, Antifanes de Rodas, Efipo y Timocles, Atenienses, se valieron de su nombre y sus aventuras para asunto de composiciones fantásticas. Despues, la secta Epicúrea tomo este nombre ilustre para bordar en él sus modernas fantasías, tratando á Safo como los Epicúreos franceses hicieron con la amiga de Abelardo; falsas aventuras, falsas correspondencias, todas teñidas en epicureismo, fueron imputadas á la una y á la otra. Mas de un ejemplo tenemos entre los antiguos de tales fabricaciones novelescas: entre otras, las pretendidas cartas de Telésila. Por este estilo habrán sido imaginados los amores de Safo y de Alfeo, ó de Safo y Anacreonte, á despecho de la cronología. La historia maravillosa del jóven Faon, tal como la refiere Palífates, y la tradicion del salto de Léucades son cuentos populares que á mi modo de ver no carecen de cierta antigüedad; pero solo mucho despues, y en el tiempo del epicureismo, habrán sido acoplados al nombre de Safo, cosa que para mí es evidente, á lo menos respecto al salto de Léucades.

De esto resulta un hecho, esto es, que el egoismo de los Epicúreos tuvo alguna parte en la formacion de la biografía, en la creacion del drama ciudadano á la manera de Menandro y de la novela, así entre los antiguos como entre nosotros. Y no obstante, en cuanto al fondo, yo creo verdadera la historia de Safo, creo en los tumultos y en los estravíos de su vida, con tal que á su memoria se conceda piedad, simpatía y perdon. Perdon digo; no aprobacion: indulgencia á los estravíos que expía sobre la tierra de dos mil setecientos años acá con aquella parte vergonzosa de celebridad que subsiste mezclada á la gloria, tan legítima sin embargo y tan bella, y que quizá debió comprar á tal precio. Ademas de que para hacerle plena justicia, para entrar completamente en la inteligencia de sus hechos, seria necesario profundizar las doctrinas de los antiguos Helenos y sus costumbres; lo cual no haré, porque hay cosas que uno se sonroja de comprender, y que debe rehuir de esplicar. Dejemos al mal aquel poco de horror que le queda.

De las obras de Safo da Fabricio un catálogo (1) y nos quedan dos odas y algunos fragmentos bastante conocidos. Nada diremos del carácter y del mérito poético de Safo, no pudiendo hacer mas que repetir lo que dijeron en este punto los antiguos, Dionisio de Halicarnaso, Longino y Demetrio Falereo.

(1) *Biblioth. græca*, t. II.

De todo esto resulta, como ya he anunciado, que la condicion intelectual de las mujeres en la antigüedad no era tan enferma como alguno cree, y que sobre tal punto, no tienen que gloriarse las modernas de su progreso tanto como imaginan. No serian, pues, fuera de propósito los consejos siguientes que Plutarco dirigia á las jóvenes esposas, con los cuales termino esta biografía, á modo de moralidad:

«Respecto á vestirse bien y hacer buena figura, tú Eurídice, que has leido cuanto Timógenes escribió sobre el particular á Arístila, procura tenerlo presente. Pero, tú, Polieno, no te empeñes nunca en que tu mujer renuncie á las delicadezas de lo esquisito y suntuoso, mientras tú mismo no las miras con desprecio, y le haces ver encantado ricas vajillas de oro, pinturas en las estancias, mulas y caballos soberbiamente enjaezados. Es imposible desterrar el lujo del gineceo mientras reina entre los hombres.

»Entre tanto, cuando ya estés aleccionada por el estudio de las ciencias, fundadas en la razon y en el método, atiende, oh Eurídice, á adornarte con el trato de las personas que en esto puedan serte útiles. Pero tú tambien, Polieno, reúnele á tu mujer de todas partes, como hacen las abejas, todo cuanto creas que puede serle provechoso, trayéndoselo tú mismo y con tus propias manos. Comunícaselo y divídelo con ella, haciéndole familiares los mejores libros y los discursos mejores que pudieres encontrar; ya que, como dice aquel de la Iliada: *Tú eres su padre, su madre y su hermano*. Nada seria mas honroso que oir á una mujer decir á su marido: —Amigo mio, tú eres mi maestro, tú mi preceptor en la filosofía y en las ciencias.—Y estas ciencias, al principio retraen y preservan á las mujeres de otros entretenimientos indignos de ellas; despues, aquella que se hubiere prendado de los bellos discursos de Platon y de Jenofonte, no caerá jamás en los encantos de los magos, y si encontrare alguna hechicera que le prometiere sacar del cielo la luna, se befará de la ignorancia y bestialidad de las mujerzuelas que se dejan alucinar por tales medios, teniendo ella nociones de astronomía. No ha habido mujer que enjendrase sin cooperacion de hombre; pero se encuentran muchas que producen monstruosas é informes moles de carne. Cuídese de que no suceda otro tanto en el alma y en el entendimiento de las mujeres; porque si de fuera no reciben la semilla de los buenos propósitos, si sus maridos no les comunican alguna sana doctrina, por sí concebirán y enjendrarán pensamientos monstruosos, pasiones estravagantes.

»Asi, pues, oh Eurídice, aplica tu espíritu á las máximas de los sabios, y no ceses de tener en los labios las buenas palabras que poco ha niña oiste y aprendiste de nosotros, para regocijar á tu marido, y para que las demás mujeres se vean precisadas á alabarte y estimarte, viéndote tan bien adornada sin haber gastado en anillos ni en joyas. Ni tú acertarias á tener las per-

las de aquella mujer tan rica ni los trajes de seda de aquella estranjera, sino los adornos de Teano y Cleobulina, de Gorgona, mujer de Leónidas ó de Tímoclea, hermana de Teagenes, ó de la antigua Claudia romana, ó de Cornelia, la hija de Escipion, ó de aquellas otras mujeres que la antigüedad celebró por su virtud. Estos adornos puedes tener tú sin que te cuesten, y embellecerte con ellos. Asi vivirás afortunada y gloriosa á la vez; ya que, si Safo en el justo orgullo de su poético talento pudo escribir á una rica de su tiempo: *Cuando llegues á morir, yacerás sin que de tí quede memoria, porque no cogiste flores de los rosales que crecen sobre el monte Pierio; oscura descenderás á la mansion infernal, y no esperes volver á aparecer en tu fausto de doncella, una vez que volares á confundirte con las sombras*: ¿cuánto mayor derecho no tienes tú á enorgullecerte y hallarte satisfecha de tí misma, pues que no solo de los cantos y de las flores participas, sino de los frutos que las Musas producen y que dan á aquellos que aman las letras y la filosofía (1)?» *Por* G. MONGIN.

(1) PLUTARCO, *Conjug. præcep.*, 43, 44 y 45.—Puede verse G. CH. WOLF, *Sapphos poetriæ lesbiæ fragmenta et elogia, cum virorum doctorum notis integris, gr. et lat.* Amburgo 1733 —*Poetriarum octo, Erinnæ, Myrus, Myrtidis, Corinnæ, Telesyllæ, Nossidis, Anytæ, Elephantidis, fragmenta et elogia, gr. et lat.* Ibid 1735.—*Mulierum græcarum quæ oratione prosa usæ sunt, fragmenta et elogia, gr. et lat.* Gotinga 1739. Va unida una noticia de todas las mujeres ilustres de la antigüedad; pero no cumplió su propósito de dar la vida de las heroinas y de las reinas, con arreglo á las medallas y á los autores antiguos.

Publicóse despues en la *Revue des Deux Mondes*, junio de 1847, un bello estudio de Emilio Deschanel, *Sappho et les Lesbiennes*.



CONFUSIO

GASPAR Y ROIG EDITORES.

MADRID.

NUM. IV.

CONFUCIO.

(551—479. ant. de C.)

Los grandes *Cuadros cronológicos* chinos colocaron el nacimiento de Cung-fu-seu (Confucio) en invierno, á la undécima luna del año vigésimo segundo del reinado de Ling-vang (rey entendido), en el reino feudal de Lu, hoy provincia del Chan-tung (oriente-montuoso), 551 años antes de nuestra era, y 54 despues de Lao-tseu. Los historiadores hacen remontar sus ascendientes hasta el emperador Wang-ti; varios de ellos tuvieron cargos importantes, y el padre de nuestro filósofo, llamado Chiu-liang-o, era gobernador (ta-fu) de la ciudad, ó arrabal de Tseu, gobierno de tercer órden, hoy Tseu-ien en la provincia de Chan-tung. Habia tenido de su mujer de primera gerarquía nueve hijas. Una mujer de segunda clase le parió un hijo desmedrado que de allí á poco murió. Muerta su primera mujer, quiso tomar otra para tener un heredero directo y la buscó en la casa de Yen, el cabeza de la cual tenia tres hijas, y la mas jovencita consintió por obediencia en casarse con el viejo gobernador.

Realizado el matrimonio, pidió la esposa á su marido que la permitiese hacer un viaje á la colina de Ni-cheu, y habiéndose trasladado á ella, hizo su oracion al Chang-ti, supremo soberano, para obtener la fecundidad, y de allí á diez lunas dió á luz un hijo, al que puso por nombre Cheu (colina). Este niño prodigioso, anunciado como un don que el cielo otorgaba á los hombres, tenia, se dice, sobre su cuerpo diversas señales que presagiaban lo que debia ser un dia, y lo que debia hacer en el curso de su vida en cumplimiento de sus altos destinos.

Acerca de la vida de Cung-seu se han recogido las circunstancias mas minuciosas. El tierno Cheu se distinguia de los demás niños por la sumision sin límites á la voluntad de su madre, que habia enviudado; por su respeto á los ancianos y deferencia á los que tenian mas edad que él; por una gravedad prematura, y por la atencion que ponia en no faltar á ninguna de las ceremonias celebradas en honor de los vivos y de los muertos. Era tan inclinado á prestar los honores que creia debidos, que su mayor diversion con los de su edad era saludarlos con todo el ceremonial que las personas mas graves observan entre sí, invitarlos á tomar asiento, cediendo respetuosamente el puesto principal; otras veces ponia sobre una mesa lo que tenia á mano, lo disponia en ella con órden como para hacer un sacrificio á sus antepasados; prosternábase luego dando con la frente en el suelo, y hacia las demás ceremonias correspondientes á semejante acto.

La madre del jóven Cheu lo crió con muchos cuidados hasta los siete años; entonces pensó en un maestro, pero siendo viuda y jóven, creyó que los miramientos que su estado exigia no le permitian tomarle uno privado. Determinó, por tanto, mandarlo á la escuela pública que entonces sostenia un sabio de primer órden, magistrado y gobernador del pueblo, que no consideraba como oficio inferior á sí mismo el de instruir y formar la juventud. Al mandar á su hijo á la escuela le dió el sobrenombre de Cung-ni, por otra alusion á la colina Ni, y á su grado de segundogénito.

El jóven se hizo pronto distinguir de todos sus compañeros de estudio por la modestia, la aplicacion, la dulzura, y sobre todo, por sus progresos. El sabio maestro, movido por la conducta del discípulo y por sus precoces facultades, hizo de él en breve un pequeño doctor que lo secundaba en sus tareas, trasmitiendo á sus compañeros las leciones que con tanta facilidad habia retenido. Asi llegó á los diez y siete años. Estudiaba con constante asiduidad, y habiéndose familiarizado con los autores antiguos, imprimió en su corazon las profundas huellas de las virtudes civiles y morales que en ellos se veian practicadas. Solicitado por su madre á elegir un estado, aceptó un mandarinato subalterno que le daba inspeccion sobre la venta y distribucion de los granos.

Cung-seu (pues que al entrar en los oficios públicos se hizo llamar por su nombre de familia, que era Cung), no obstante que de ilustre estirpe, lejos de creerse humillado ó deshonrado con tan modesto empleo, lo consideró como un medio para servir al príncipe y á la patria. Era costumbre en el reino de Lu, como en la mayor parte de los reinos feudales en que estaba dividido el imperio, que las personas colocadas en un puesto confiasen á sus inferiores, ó á mercenarios, las funciones menudas de lo que dependia de su jurisdiccion. El jóven mandarin, considerando esta costumbre como un abuso, quiso verlo todo, oirlo todo y hacerlo todo por sí mismo. Al rayar la aurora era el primero en trasladarse á los sitios en que se hacian las ventas y

las compras; examinaba con escrupulosa atencion todo cuanto debia tener curso en punto á provisiones de boca, principalmente los granos, no olvidando nada para proporcionarse los conocimientos relativos á este punto. Hombres espertos y desinteresados le ayudaban á distinguir los diversos grados de bondad de cada especie de semillas, y á establecerles un precio, que sin perjuicio del vendedor, fuese en provecho de quien se proveia de ellas; desechaba sin compasion, y sin miramiento á nadie, todo lo que le parecia deber dañar á la salud del ciudadano. Por medio de tal conducta, constantemente sostenida, sustituyó en breve el órden y la buena fe á los abusos que antes de él reinaban en aquella parte de la administracion, y desarraigó enteramente los monopolios y los fraudes.

Cumplidas sus obligaciones, leia el jóven mandarin libros económicos. Si alguna vez salia de casa, era, ó para ir á instruirse junto á los agricultores de los contornos de la ciudad, ó para visitar los almacenes en que se entrojaban el arroz, el trigo y demás granos. Interrogaba á los primeros sobre la naturaleza del terreno que cultivaban, sobre los abonos mas á propósito, sobre las producciones que mas particularmente se daban allí, y sobre multitud de otros objetos no menos importantes, que no le habrian enseñado sus libros. Interrogaba en los otros acerca de las precauciones para impedir que fermentasen los granos, para preservarlos de la humedad, para garantirlos de los insectos, y mantenerlos hasta el tiempo de su despacho en un estado de bondad siempre igual. Informábase de las mermas que sufrian en ciertas épocas, del precio de primera adquisicion, del de la venta, de la perdida y ganancia y de las causas particulares que podian contribuir á ellas.

A los diez y nueve años lo indujo su madre á tomar mujer. Casóse, pues, con Chi-coan-chi, de antigua familia originaria del pequeño reino de de Suang; y al año tuvo un hijo á quien puso por nombre Pe-yu. El rey de Lu, informado del nacimiento de aquel niño, quiso tomar parte en el regocijo de una familia que distinguia; por lo cual, mandó un oficial á que presentase al padre sus congratulaciones, y le llevase un pescado apreciadísimo en el país, diciéndole que era para contribuir al servicio de una mesa á la cual iria á sentarse en el banquete de uso, luego que el recien nacido hubiese cumplido un mes. Fue recibido el presente con los sentimientos de gratitud que requeria, y á fin de perpetuar su recuerdo en la familia, añadió el padre al nombre de su hijo el de Li, que era el del pez que le habian enviado.

Los magistrados superiores, admirando la conducta del jóven mandarin, le propusieron al gobierno para la reforma de los abusos introducidos en los campos; sobre todo, en lo concerniente á ganado mayor y menor, y el ministro le confirió la comision de inspector general de las tierras y de la ganadería con ámplios poderes para derogar ó establecer aquellos usos que estimase conducentes á la comun utilidad. Tenia Cung-seu veinte y un años cuando fue investido de este cargo, y lo desempeñó con toda la inteligencia y el buen éxito que de él podia esperarse. Donde quiera que se detenia queria ver á los propietarios de los terrenos y discurrir con ellos: les insinuaba los grandes principios de que depende la felicidad del hombre en sociedad; interrogábales despues acerca de la naturaleza y propiedades del terreno de que eran poseedores, la cantidad y calidad de los ánuos productos; de si un cultivo esmerado no se los daria mayores ó mejores; si no sacarian con mas facilidad y abundancia cosechas diferentes de las acostumbradas; y otras cosas semejantes, acerca de las cuales, recibidas las oportunas aclaraciones, daba sus órdenes y tomaba las providencias necesarias para hacerlas ejecutar.

Cuando se le presentaban los campesinos en un estado que denotaba penuria ó miseria, queria saber la verdadera causa de estas; y si era involuntaria, la compadecia, y procurando darles ánimo, les dejaba socorros suficientes; si por el contrario dependia de ellos aquel estado, les hacia amonestaciones que muchas veces los inducian á cambiar de conducta. Luego les aconsejaba lo que debian hacer, y los despedia con algun donativo que disponia bien sus ánimos. Mucho trabajo le costó obtener que se cultivasen aquellos terrenos que una preocupacion de tiempo inmemorial hacia considerar como incultivables. No contento con exhortar, rogaba, solicitaba; unia á los ruegos las amenazas: no omitia nada, y se constituia en fiador de los empréstitos que algunos se veian precisados á tomar.

Atendió tambien á aquellos que mantenian ganados ó que tenian por única ocupacion el apacentarlos: quiso persuadir á los ganaderos de que debian estender sus miras mas allá de la ganancia diaria de que parecian únicamente ocuparse; convencerlos de que su mas real y sólido interés consistia en las ventajas que proporcionaban al público; que tales ventajas serian mayores ó menores, y por consiguiente mas ó menos considerable en totalidad su ganancia particular, en proporcion del cuidado que se tomasen en mantener, mejorar y multiplicar sus ganados. Los afanes que se tomó, su paciencia á toda prueba y su inalterable dulzura, le aseguraron el mas feliz éxito.

En los cuatro años de esta penosa incumbencia se vió cambiar de aspecto la campiña y volverse fértil; aumentarse, mejor manejada, la ganadería, y vivir los cultivadores en la paz y la abundancia.

Cuando solo tenia Cung-seu veinte y cinco años ya se habia señalado entre la multitud de los magistrados; y estaba para ser llamado á altas funciones, mas conformes á su mérito, cuando tuvo la desgracia de perder á su madre, apenas llegada á la edad de cuarenta. Entonces, como hoy dia, á la muerte del padre y de la madre quedaba vedado todo oficio público á los hijos, conforme al uso que los antiguos habian consignado en el ceremonial de la nacion, y que todavía no ha decaido. Cung-seu, rigidísimo observante de las antiguas costumbres, y que

hubiera querido hacer revivir todas las de la veneranda antigüedad, tuvo por un deber el conformarse con este con toda la exactitud que empleaban los primeros sabios del imperio, y se encerró en casa para no ocuparse mas que de la pérdida dolorosa que le habia alcanzado.

Observadas, pues, las ceremonias prescritas, hizo colocar el cuerpo de su madre junto al de su padre, diciendo que *los que han estado unidos en vida, no deben ser separados despues de la muerte*. Enterráronse, pues, el uno al lado del otro, el marido al Oriente y la mujer á Occidente, ambos con la cabeza hácia el Septentrion y los piés hácia el Mediodía; fueron precavidos de los animales carnívoros los cuerpos, cerrándolos en ataudes, cuyas tablas, bien unidas y dadas de barniz á óleo, tenian cuatro pulgadas de espesor; y para sustraerlos por mas tiempo á la corrupcion, se les colocó sobre andas en forma de montecillos.

Tal rito contrastó con el que á la sazon se observaba. Habíanse ido insensiblemente aboliendo los usos de la remota antigüedad, por lo cual, apenas podia uno formar idea de ellos viendo los que se observaban entre las personas de la mas alta esfera. El pueblo y la clase media sepultaban los muertos en el primer terreno inculto que encontraban, en un rincon de sus propios campos, si los tenian; y despues del luto de unos cuantos dias, todo quedaba concluido. Este poco respeto hácia los muertos era uno de los efectos de la corrupcion: se habian depravado tanto las costumbres, sobre todo desde que los príncipes feudatarios habian sacudido enteramente el yugo, que los hombres no se sonrojaban ya de nada, y se miraban con indiferencia los mas monstruosos abusos. El de dejar como en abandono los muertos, habia prevalecido en el mayor número; el soberano no se cuidaba en lo mas mínimo de prescribirlo, y el gobierno parecia en cierto modo autorizarlo.

Cung-seu emprendió la reforma de estos abusos; procuró persuadir á aquellos con quienes tenia ocasion de hablar, de que siendo el hombre lo que hay mas precioso bajo el cielo, todo lo que lo componia era digno del mayor respeto; que siendo por naturaleza rey de la tierra, todo cuanto sobre la tierra existia estaba sujeto á sus leyes y le debia homenaje; y que era en cierto modo degradarlo y ponerlo al nivel de los brutos el no teuer sino indiferencia por lo que de él queda despues que deja de animarlo el soplo de la vida. Habló de la obligacion de tenerse los unos á los otros aquel amor iluminado y eficaz, que abarcando la especie en general, se estiende á cada uno de los individuos que la componen; pues que no hay uno que no esté comprendido en la larga cadena que á todos liga. Esplicó cómo esta misma cadena ligaba á los que gozaban de vida con los que habian cesado de vivir: hizo comprender que los vivos eran deudores á todos los que les habian precedido de todo lo que eran en el órden civil, de cuanto sabian y de cuanto poseian; que el medio mas natural y sencillo de retribuirles era el de tributarles los honores y hacerles homenaje de cuanto tuviesen mas digno de serles ofrecido: que era oportuno fijarlos irrevocablemente por medio de ceremonias análogas á aquellas que estuvieron en uso desde los primeros tiempos de la monarquía. «No hay que dudar (decia el jóven filósofo) que los descendientes harán en la ocasion lo que hayan visto hacer á los que les han precedido. Los honores que tributeis á aquellos á quienes sucedísteis sobre la tierra, os serán restituidos por los que os sucedieren á vosotros.»

No tardaron en uniformarse con su conducta sus compatriotas; y por imitacion de sus compatriotas, los de los varios reinos en que entonces se hallaba dividido el imperio, restablecieron los usos establecidos por los antiguos para honrar á los difuntos, y desde semejante renovacion, los ha seguido la nacion hace dos mil años, y los observa todavía.

Los tres años que Cung-seu se mantuvo en su casa para llorar á su madre, y guardar el luto, los consagró al estudio, agregando temple al alma ya fortificada en el amor de la sabiduría. El anhelo de instruirse á fondo en cuanto forma la base principal de los conocimientos, se reanimó en su corazon; afirmóse en lo que en su tierna edad habia aprendido superficialmente, y aprendió, por decirlo asi, otra vez, con toda la atencion propia de la edad madura. Reflexionó profundamente sobre las leyes inmutables de la moral; remontóse hasta el orígen de donde proceden; convencióse de la obligacion que imponen á todos los hombres, y formó de aquí la meta de todas sus acciones; mas para llegar á ella con mayor seguridad, trató de descubrir en los King y en la historia las diversas vias que los antiguos sabios se habian ya abierto, para alcanzarla tambien ellos sin peligro.

A estos severos estudios, agregó otros de utilidad mas general: se aplicó á perfeccionarse en todos los *ejercicios del gimnasio*, como se espresan los Chinos; en las *seis artes liberales*, que, segun ellos, deben ser el objeto de la erudicion pública, y que ningun funcionario debe ignorar. Los antiguos filósofos las enseñaban á sus discípulos, y con solo enseñar, creian satisfacer á lo que cada uno debe en particular á la sociedad. Por esto, con los títulos de *sabio*, de *filósofo*, de *maestro*, ú otro nombre análogo, no se daba á entender uno que no se ocupara sino en cosas abstractas y de pura especulacion, sino uno que, al estudio de la naturaleza y á la práctica del saber, unia conocimientos mas que comunes de la música, del ceremonial religioso y civil, de la aritmética, de la escritura, esto es, del arte de conocer, delinear y y formar los caractéres; de la esgrima ó del modo de atacar y defenderse, segun la necesidad; y del arte, en fin, de guiar con seguridad y destreza un carro ó una carroza tirada por bueyes ó caballos.

Pasados los tres años de luto, fue Cung-seu á deponer este con toda ceremonia sobre el sepulcro de su madre, para volver á tomar los vestidos ordinarios. De vuelta á casa, procuró distraerse ensayando algunos aires en el *kim* (instrumento músico inventado por Fo-hi); pero no sacó mas que sonidos tristes y lastimeros. En vez

de presentarse, como era costumbre, al soberano ó á sus ministros, para volver á entrar en los cargos públicos, quiso continuar estudiando los antiguos monumentos de la nacion. Su reputacion de ciencia y de discrecion, ya divulgada, le hacian buscar para pedirle su parecer sobre puntos de moral y de política, y se esforzaba por responder conforme de él se esperaba. Un príncipe que se habia hecho rey de Yen (provincia septentrional de la China), le mandó un oficial suyo para pedirle reglas de conducta, mediante las cuales le fuese posible y aun fácil gobernar bien á sus súbditos. Cung-seu se contentó con responderle de esta manera. «No conozco ni á vuestro señor ni á los que viven bajo su dominio; ¿qué cosa podria decir que fuese útil para él y para los suyos? Si hubiese querido saber de mí lo que en tal ó cual circunstancia hacian los antiguos soberanos, y cómo gobernaban el imperio, seria para mí un placer y un deber el satisfacerle; porque no tendria que hablar sino de aquello que sé. Referidle exactamente lo que habeis oido.»

Fue fielmente trasmitida al rey la respuesta del filósofo: despues, al año siguiente, se trasladó Cung-seu cerca de él, y trabajó con éxito en la reforma de las leyes y de las costumbres. Cumplido su empeño de legislador, quiso volverse á sus hogares, y entonces fue cuando á las reiteradas instancias que se le hacian para que permaneciese junto al rey de Yen, respondió: «He hecho mi deber viniendo aquí; mi deber hago igualmente marchándome cuando puedo ser útil en otra parte.»

En esta visita al rey de Yen se convenció de una verdad importante: que es necesario viajar para juzgar sanamente de las costumbres de las naciones y de la índole particular de los pueblos; porque rarísima vez acaece que las relaciones agenas no vayan tomadas de error, de ignorancia ó de preocupaciones. «Estoy convencido de esta verdad (decia), y no dejaré de poner en práctica lo que enseña, siempre y cuando venga la ocasion.» En efecto, desde aquel momento, habiendo entrado Cung-seu en los veinte y ocho años, no cesaba de ir filosofando por los diversos reinecillos de la China, á las córtes de los príncipes á quienes su gran reputacion tenia deseosos de poseerlo.

Habiendo oido que en el reino de Chin vivia un músico tan afamado que hacia creibles las maravillas armónicas de los antiguos, quiso verlo y juzgar por sí del grado de verdad que pudiera encontrarse en aquellas narraciones. Fué, pues, á buscar á dicho músico, llamado Siang, y se hizo admitir entre sus discípulos. El artista le habló de la música como del mas precioso don que hubiesen recibido del cielo los hombres, pues que podia calmar el tumultuoso fluctuar de las pasiones, hacerles gustar placeres inocentes y tranquilos, y elevarlos en cierto modo sobre sí propios; recordóle el principio fundamental sobre que reposan todas las reglas que la constituyen; y despues de una breve esposicion de las mas esenciales de ellas, puso las manos sobre su kin y le hizo comprender la aplicacion de las mismas reglas en una pieza compuesta en otro tiempo por el sabio Ven-vang. A cada sonido que él sacaba de su instrumento, redoblaba Cung-seu la atencion; se hubiera dicho que su alma entera queria pasar al kin: estaba tan profundamente ocupado en lo que oia, que parecia hallarse en una especie de éxtasis; y largo tiempo despues de haber cesado el músico de tocar parecia continuar empleado en escucharlo.

«Basta para primera leccion (le dijo Siang); ejercitaos.» Pasados algunos dias sin que el filósofo pidiese nuevas explicaciones al maestro, este juzgó deberle continuar la misma leccion. Por espacio de diez dias no repitió en su presencia mas que la pieza de Veng-vang, y su dócil discípulo atendió en todo aquel tiempo á aquella misma pieza siempre con igual aplicacion. Siang se la hizo repetir delante de sus otros discípulos, y pareció contentísimo de la manera con que la ejecutó. «Vuestra ejecucion (le dijo) no se diferencia de la mia; ya es tiempo de que os ejercitéis en otro estilo.—Vuestro humilde discípulo Chien (le respondió Cung-seu) se atreve á rogaros que lo difirais aun; busco la idea del compositor, y no he podido dar con ella todavía.—Bien (replicó Siang), os doy cinco dias para encontrarla.» Espirado este plazo, Cung-seu se presentó de por sí, y dijo al maestro: «Empiezo á ver como al través de una nube; os pido otros cinco dias, despues de los cuales, si no he dado en el blanco á que miro, me consideraré incapaz de lograrlo jamás, y no querré volver á ocuparme de la música.—Consiento en ello,» respondió Siang con un estupor que tenia mucho de admiracion.

Despertándose Cung-seu al último de los cinco dias, se halló como transformado en otro hombre, respecto á lo que de quince dias atrás formaba el argumento de sus mas profundas meditaciones. Habiéndose presentado al maestro, le dijo: «Vuestro discípulo Chien ha encontrado lo que buscaba: soy como un hombre que puesto sobre un sitio eminente, distingue el paisaje á lo lejos. Veo en la música lo que hay que ver en ella. Con la aplicacion y la constancia he venido á descubrir en la pieza de la antigua música que me habeis dado á aprender, la intencion del que la compuso. Me he penetrado ejecutándola de todos los sentimientos de que se hallaba penetrado él mismo al componerla. Me parece verlo, oirlo, hablarle. Me lo represento como un hombre de mediana estatura, de rostro un poco largo, color entre blanco y negro, ojos grandes pero llenos de dulzura; de noble continente; el metal de su voz sonoro; toda su persona respira á la vez virtud, respeto y amor; él es, no tengo duda, el ilustre Ven-vang.»—El artista, atónito de la penetracien é inteligencia de su alumno, se le postró delante, diciéndole: «Vos sois un gran sabio; no teneis que aprender de mí nada mas; yo, mas bien, debo ser discípulo vuestro, y desde este momento por tal me reconozco.»

Despues de haber alcanzado al lado del sabio Siang las condiciones de que tenia necesidad para el gran designio de hacerse útil á los hombres presentes y futuros, regresó Cung-seu á su patria, resuelto á decidir acerca de la carrera que habia de seguir por el resto de sus dias (tenia en-

tonces treinta años). Examinóse de nuevo maduramente; reflexionó sobre sí mismo; pesó todas las ventajas y los inconvenientes que acompañan á cada estado de la vida civil en particular; pero no permitiéndole el profundo amor que á sus semejantes tenia permanecer indiferente á sus miserias y á los desórdenes de diversas especies en que los veia generalmente sumidos, no titubeó mas, y abrazó la penosa y arriesgada mision de llamarlos á todos á sus deberes, y de trazarles las diversas sendas que conducen á la virtud. Ningun interés fue capaz de detenerlo; en vano amigos y parientes le hicieron reiteradas advertencias para inducirlo á volver á la carrera de los honores y de las dignidades: «Esfuerzos inútiles (les respondia) para hacerme cambiar de resolucion: me mantendré fiel constantemente á ella. Yo me debo indiferentemente á todos los hombres; porque considero á los hombres como componiendo entre todos una sola y misma familia en la cual tengo la mision de instructor.» Desde entonces, no satisfecho ya con dar consejos de sabiduría á aquellos que recurrian á él, convirtió su casa en una especie de liceo ó de academia, como la de Atenas, en donde todo el mundo era bien recibido: prodigaba con efusion de sentimientos instruccion y cuidados; jóvenes y ancianos, pobres y ricos, magistrados y guerreros, vinieron pronto en muchedumbre, unos asiduamente, otros á intervalos, ó á pedirle reglas de conducta para el ejercicio de sus cargos respectivos, ó para hacerse instruir en cuanto hay de mas esencial en la moral, de mas útil en la historia y en la antigüedad, ó en fin para aprender de él el modo de hacerse útiles á la sociedad, sacando partido de cuantos talentos tenian.

No tardó en estenderse la fama del jóven filósofo mas allá del Lu: los reyes de los pequeños estados de que entonces se componia la China, se conmovieron: el de Tsi, cuyo teritorio confinaba con el de Lu, fue el primero á quien llegó la noticia del mérito estraordinario del descendiente de Ching-tang, fundador de la segunda dinastía, y mandó uno de sus grandes á invitarlo á pasar cerca de su persona, como Dionisio invitaba á Platon, mas por el honor de conversar con un sabio que por aprender de él á administrar bien su reino.

Algun tiempo despues se transfirió Cung-seu á la córte de Tsi, acompañado de varias personas que se habian hecho sus alumnos; apenas habia salido de la ciudad, una multitud de jóvenes que deseaban (decian) cultivar la sabiduría, acudieron á reunírsele; no rechazó á ninguno, persuadido de que no tardarian en abandonarlo si tenian para seguirlo otros motivos que los que alegaban. Llegando á los confines del reino de Tsi, oyeron el filósofo y su comitiva los gritos de una persona que parcia hallarse en sus últimos momentos y en breve descubrieron un hombre al pié de un árbol, el cual trataba de estrangularse: los discípulos que llegaron antes junto á aquel hombre, impidieron el cumplimiento de su resolucion. Habiéndose apeado Cung-seu del carro, se acercó al desdichado, y le preguntó con bondad el motivo de su desesperacion. Movido el incógnito de semejante benignidad, le dijo: «En mi primera juventud no tuve pasion mas fuerte que la de estudiar; despues de haber aprendido lo que en aquella edad puede saberse, el anhelo de saber mas hizo nacer en mí el deseo de viajar; dejé la casa paterna, y recorrí uno por uno todos los reinos que hay entre los cuatro mares. Vuelto á mi patria despues de algunos años, me casé; pero poco despues tuve la desgracia de perder á mis padres sin haber hecho aun nada para cumplir con cuanto les debia. Primer motivo de desconsuelo.

»Al emprender mis viajes, me habia propuesto adquirir la sabiduría estudiando á los hombres. Me persuadí de que luego que hubiese descubierto las causas de donde nacen las virtudes y los vicios de estos, me seria fácil elegir aquella en que debiera tomar lo que formaba el objeto de mis deseos. Creíme al volver bastante instruido para guiarme yo mismo y guiar á los otros, y apenas transcurrido el tiempo preciso del luto, fuí á ofrecer mis servicios al rey de Tsi. Este príncipe, sumido en las delicias de una córte voluptuosa, no daba importancia alguna á la virtud, y ni siquiera quiso escucharme. Segundo motivo de desconsuelo.

»Tenia algunos amigos en la patria, y me habia hecho con otros en los paises recorridos. Me lisonjeé de que alimentaban hácia mí los sentimientos que en ellos habia creido; fuí á visitarlos uno tras otro, y los hallé á todos cambiados. En vez de las demostraciones de afecto que aguardaba, no recibí sino frialdad, indiferencia y desprecio. Tercer motivo de desconsuelo.

»Ahora voy al mas reciente y cruel. Tenia de mi matrimonio un hijo; este indigno, en vez de estarse á mi lado para ayudarme, para consolarme en mis desgracias, corre ahora el mundo contra mi voluntad; va diciendo no tener padre ni madre y que perecieron pasando un rio... Esta última noche se han agolpado á mi mente todas mis desventuras con los mas negros colores. ¡Cómo! decia entre mí con el mas profundo sentimiento de dolor; yo queria ser un sabio, queria enseñar á los demás el arte de hacerse tales tambien ellos; creia haberme levantado por cima de las debilidades de la humanidad, y no he llenado siquiera los mas ordinarios deberes del hombre. No he sido buen hijo, porque abandoné á mis padres en ocasion en que tal vez tenian necesidad de mi ayuda y que yo me hallaba en estado de serles útil; ni buen ciudadano, si nada he hecho por la patria ni por la sociedad; ni buen padre de familia, habiendo descuidado la educacion de mi hijo, al cual no he sabido dirigir é inspirarle los primeros sentimientos que son comunes á todos los hombres. La idea horrible que he formado de mí considerándome bajo estos diversos puntos de vista, me hizo odiosa la vida, y he venido aquí para terminarla.»

Cung-seu le respondió enternecido: «Por mas grandes que sean los errores de un hombre, el mayor es el de sucumbir á la desesperacion; todos los demás pueden repararse; este es irreparable. Vos os habeis estraviado desde los primeros pasos que dísteis en la vida; tomásteis un falso camino creyendo seguir el que conduce

á la sabiduría. Era necesario empezar por ser hombre cuerdo, antes que sabio; porque no podria uno llegar á sabio, sino despues de haber llenado con exactitud un deber impuesto por la naturaleza á todos los hombres. Amar y servir á aquel de quien recibísteis la vida era la mas esencial de vuestras obligaciones; la habeis descuidado, y precisamente de esta negligencia provinieron todas vuestras desdichas. No creais, sin embargo, que todo esté perdido para vos; tomad ánimo, y procurad convenceros de una verdad que la esperiencia ha hecho indispensable. Mientras un hombre goza de la vida, de nada debe desesperar; puede pasar de improviso desde el mas profundo dolor al júbilo mas estremado, desde la mayor desgracia á la mas alta felicidad. Recobrad el ánimo, volveos á casa, y como si empezáseis hoy á conocer el precio de la vida, empleaos en sacar partido de ella á cada instante. Todavía podeis llegar á ser sabio.»

Dirigiendo en seguida el filósofo la palabra á los que le seguian, les dijo: «Lo que habeis oido de boca de este hombre es una escelente leccion para vosotros; reflexionadlo cada uno con relacion á sí propio.» Y volviendo á subir al carro, prosiguió su camino. Apenas habia pasado un instante, cuando varios jóvenes de la comitiva, presentándose á la ventanilla, lo saludaron profundamente, y se despidieron de él; sucedieron á estos, otros, y cuando hubo llegado al término de su viaje halló que trece de los que habian querido acompañarlo lo habian dejado para ir asistir á sus padres y cumplir á su lado con los deberes de la piedad filial.

Cung-seu se presentó al rey de Tsi, quien lo acogió con mucha consideracion; pero esto fue todo lo que aquel príncipe ligero hizo por de pronto por instruirse en la sabiduría. Cumplia un año desde que el filósofo se hallaba al lado del rey de Tsi, sin que este pensase en reformar la administracion de sus estados, y creia que el tratar regiamente al sabio, era cuanto se podia aguardar de él. Aun le ofreció el dominio de una ciudad de tercer órden, el cual rehusó Cung-seu, diciéndole no haber prestado ningun servicio que mereciese tal galardon. Algun tiempo despues insistió el rey y el filósofo rehusó nuevamente. Sus discípulos se llenaron de maravilla, y algunos se permitieron decirle: «Maestro, ¿esta obstinada repulsa de parte vuestra, no nacerá de soberbia?» El maestro les respondió que se equivocaban, que no le conocian á él ni al rey de Tsi, y que no habia venido cerca de este por interés personal. Todos los discípulos bajaron los ojos, y ninguno se atrevió á replicar.

Suscitáronsé por entonces turbulencias en el reino soberano de Cheu. Habiendo muerto el rey King-vang despues de haber designado por sucesor al mas jóven de sus hijos, fue este destronado y muerto al cabo de algunos dias por uno de sus hermanos, que tomó su puesto al instante. Semejante acontecimiento impidió á Cung-seu trasladarse al Cheu, como habia proyectado, y permaneció en el reino de Tsi. Creció allí de tal modo el número de sus discípulos, que el rey le asignó una habitacion mas espaciosa. «He sabido con placer (le dijo) que vienen de todas partes á consultaros y á aprender de vos. Os es necesario un alojamiento mas cómodo y vasto que el que ocupais; os será facilitada de mi órden una de las casas reales, en la que podreis habitar, y recibir á cuantos vengan á visitaros.»

Un dia que se entretenian juntos familiarmente, vinieron á entregar al rey los pliegos del enviado que mantenia en la córte del rey de Cheu. Hacíale saber este enviado que el fuego del cielo habia consumido una de las salas de los abuelos de su majestad imperial, y que todos se hallaban en consternacion. No habiendo dicho el enviado de cuál de los antiguos reyes soberanos era la sala que habia sido consumida por el fuego celeste, preguntó el rey al filósofo de cuál podria ser: «No hay que dudar (respondió este) que es la sala particular de Li-vang.—¿Por qué? (repuso el rey).—Ved aquí mis razones (contestó el filósofo). En tanto que los señores de la tierra se hallan en estado de dañar, un mal entendido respeto y un temor servil cierran todas las bocas acerca de sus defectos; pero el cielo, tarde ó temprano, da señales de su enojo contra la infraccion de sus leyes. Li-vang era un mal príncipe; abolió la mayor parte de las instituciones de Ven-vang; es el primer emperador que se ha atrevido á gastar vestidos de color amarillo ricamente adornados; el primero que ha edificado estensos palacios, elevados y de espléndida arquitectura; el primero que ha adornado sus habitaciones de precioso mueblaje; que ha tenido carros esculpidos, tirados por caballos magníficamente enjaezados; el primero, en una palabra, que ha introducido en la córte de los emperadores un lujo de que los sabios príncipes de la virtuosa antigüedad se hubieran sonrojado. Haciendo caer el rayo sobre el lugar destinado á las ceremonias respetuosas en honor de Li-vang, quiso el cielo dar á entender á los hombres que tal soberano no era digno de los homenajes que se le tributaban; quiso ademas hacer entrar en sí mismos á los otros soberanos que pudiesen sentirse tentados á imitarlo.»

El rey nada replicó, y habló de otra cosa; pero despues que se despidió del filósofo, despachó secretamente un correo para informarse de la realidad del suceso. Trajo este la noticia de que efectivamente habia sido la sala de Li-vang la que habia consumido el fuego. Al oir esto el rey quedó sumido en meditacion; despues, dijo á los que le rodeaban. «Felicitadme por la adquisicion de un inestimable tesoro; poseo en la persona de Cung-seu el mas grande hombre del imperio. No es un hombre ordinario, sino un filósofo que ha llegado al colmo de la sabiduría; es un verdadero santo. Ve las cosas que acontecen lejos, como si las tuviera bajo los ojos.»

Habia llegado el hijo de un grande del reino de Lu, porque el padre se lo habia recomendado antes de morir, á hacerse discípulo de Cung-seu. Sabiendo que su maestro tenia deseo de ir á ver los monumentos de la capital del imperio, tomó á su cargo el obtener al efecto el beneplácito de los reyes de Tsi y de Lu, el último de los cuales le escribió: «Para contribuir en algun modo á que viajeis mas cómodamente vos y vuestro

maestro, os mando un oficial que se pondrá á vuestras órdenes y un carro de dos caballos. Manteneos bueno.» Partieron, pues, acompañados del oficial que les habian dado por escolta.

Llegado que hubieron á la capital del imperio, salió á recibirles el sabio Chang-ung, músico filósofo, que quiso darles hospedaje. Condujo despues á Cung-seu á la córte, y lo presentó en ella á un antiguo ministro de Estado, el cual lo escuchó atentamente y le interrogó acerca de su doctrina y de su modo de enseñar. «Mi doctrina (respondió Cung-seu) es aquella que deben seguir todos los hombres, es la doctrina de Yao y de Chun. En cuanto á mi modo de enseñar, es sencillísimo: cito, por ejemplo, la conducta de los antiguos; aconsejo la lectura de los libros sagrados (*King*), y exijo que cada uno se habitúe á reflexionar sobre las máximas que allí se encuentran.» Y el ministro: «¿Por dónde empezaré para adquirir la sabiduría? Decidme alguna cosa que pueda retener y practicar fácilmente.—Me pedis mucho (contestó el filósofo). Tened bien presente las proposiciones que voy á sentar, que tendreis quizá ocasion de sacar de ellas provecho. Despedázase el acero, por mas que sea duro; lo que parece mas sólidamente constituido suele ser á menudo mas fácil de destruir. El hombre soberbio se sobrepone á los demás, y cree que todo le es debido; los otros, por el contrario, lo colocan en el último lugar y no le conceden nada. El hombre demasiado complaciente, que todo lo otorga para tenerlo todo, se ve arruinado por su propia facilidad. Estas máximas, por triviales que parezcan, pueden conducir al mas alto grado de sabiduría á aquellos que, despues de haber penetrado su sentido, se regulan segun lo que por ellas se indica.»

Vivia entonces en la córte de King-vang un personaje distinguido, conocido bajo el nombre de Lieu-ven-cung. Preguntó al huésped de Cung-seu, quién era aquel filósofo recientemente llegado del cual se decia tanto bueno. «Es un hombre (le respondió Chang-ung) con quien no podria parangonarse ninguno en nuestros dias. Su fisonomía denota el mas alto saber; sus ojos son como dos torrentes de luz; su estatura de seis piés y siete pulgadas; largos los brazos, el cuerpo un tanto encorvado. No tienden sus palabras mas que á inspirar la virtud; se asemeja á los sabios mas distinguidos de la alta antigüedad; no se desdeña de aprender de aquellos que son menos sabios y adoctrinados que él; aprovecha todo cuanto se le dice; procura restituirlo todo á la sana doctrina de los antiguos; formará la admiracion de todos los siglos, y será reputado como el modelo mas perfecto sobre que sea posible formarse.

—Pero (interrumpió Lieu-ven-cung) ese hombre, segun vos tan perfecto, ¿qué cosa dejará de sí que pueda formar la admiracion de los venideros?—Si se perdiesen las hermosas instituciones de Yao y de Chun (replicó Chang-ung), si se olvidasen los sabios reglamentos de los primeros fundadores de nuestro imperio, si las ceremonias y la música vinieran á descuidarse y corromperse, si los hombres se desnaturalizasen completamente, la lectura de los escritos de Cung-seu los llamaria de nuevo á la práctica de sus deberes, y haria revivir en su memoria lo que los antiguos han sabido, enseñado y practicado mas útil y digno de conservarse.»

Retiróse á Cung-seu este magnífico elogio, y dijo: «Es escesivo y yo no lo merezco en manera alguna. Bastaba con decir que sé un poco de música y que procuro no faltar á ninguno de los ritos.»

Hallándose Cung-seu en la capital del imperio, deseó ver los lugares augustos destinados especialmente á honrar al cielo y á rendir homenaje á los antepasados de la familia imperante. Conducido al templo de la Luz (Ming-tang), examinó todo con la mas escrupulosa atencion; quiso asistir á las ceremonias para comparar lo que se practicaba entonces con lo que se usaba en los tiempos antiguos. Allí le causaron principalmente impresion las pinturas que representaban á los antiguos reyes y emperadores. Hallábanse indiferentemente colocados en las paredes laterales los retratos de los príncipes buenos y malos. Viéndolos confundidos de aquella manera, exhaló Cung-seu un profundo suspiro volviéndose á los discípulos que lo habian seguido, y les dijo: «Ved ahí los retratos de Yao y de Chun en el mismo lugar que los de Hie y de Cheu, y unos y otros fueron emperadores, único punto de semejanza entre ellos. Los primeros han sido los predilectos del cielo y las delicias de los hombres; los segundos, por el contrario, han sido odiosos al cielo, detestados y mirados con horror por los mortales, porque aquellos respetaron al cielo, instruyeron é hicieron felices á los hombres, y estos despreciaron al cielo, é hicieron todo el mal que pudieron á los hombres.»

Quiso Cung-seu ver tambien la sala particular en que se rendia homenaje á Eu-si, reconocido por cabeza de la estirpe de Cheu, ó primero entre los ascendientes de esta, y pidió permiso para ello, el cual obtuvo al instante. A un lado de la sala, en el átrio que conducia á ella, habia una estátua de oro, de figura humana, puesta sobre un pedestal; tres agujas atravesaban á la vez sus dos labios para tenerlos siempre cerrados; su espalda estaba cubierta de carácteres chinos, que espresaban:

«Antiguamente los hombres eran circunspectos en los discursos; es menester imitarlos. No hablar demasiado, pues hablando demasiado, se dice siempre alguna cosa que no se deberia decir.

»No abarqueis demasiadas ocupaciones; los muchos negocios arrastran consigo muchos disgustos, ó á lo menos cuidados. No os metais mas que en aquellos que sean de indispensable deber.

»No busqueis la demasiada alegría ni la demasiada tranquilidad, porque el andarlas buscando es ya una pena y un obstáculo á la quietud.

»Guardaos de hacer cosa de que debais presto ó tarde arrepentiros. No descuideis poner remedio al mal, por pequeño que os parezca; un pequeño mal descuidado, crece poco á poco y se hace grandísimo.

»Si no procurais evitar que se os hagan pequeñas injusticias, os hallareis en breve en el

caso de usar de todo vuestro saber para resguardaros de ofensas mayores.

»Al hablar y al obrar, no creais, aun cuando esteis solo, no ser visto ni oido; los espíritus son testigos de todo.

»Un fuego escondido por largo tiempo se hace un incendio difícil de estinguir; un fuego cuya llamarada aparece á la vista, fácilmente se apaga. Muchos arroyuelos unidos forman un río; muchos hilos juntos forman una cuerda, que no se puede romper sino con trabajo.

»Un árbol jóven que no tenga todavía profundas raices, se puede arrancar con facilidad; necesitará usar de la segur el que lo dejare crecer.

»Pueden salir de la boca dardos agudos que hieran, fuego ardiente que devore; una vigilancia estremada puede poner obstáculo á los dardos y al fuego, é impedir que dañen. No os persuadais de que un hombre á quien haya cabido en suerte la fuerza, pueda, sin arriesgar la vida, esponerse á todos los peligros; el fuerte encuentra á otro mas fuerte que lo abate.

»Asemějase á los bandidos el que odia á sus propios y legítimos señores; se coloca al nivel de la vil gentualla el que murmura contra aquellos que gobiernan justamente. No se resiste al soberano mas que cuando exije demasiado; se le obedece sin dificultad cuando se contenta con poco.

»Los hombres comunes, ó mejor dicho, el comun de los hombres, no son de los primeros á hacer lo que todavía no ha sido hecho, ni á formar designios para una empresa; no hacen mas que aquello que ven hacer y necesitan de modelos. Viendo con frecuencia hombres circunspectos y respetuosos, hombres virtuosos é instruidos, se harán tales ellos tambien, y serán á su vez imitados por los otros.

»Tengo cerrada la boca, no puedo hablar; en vano se me propondrian dudas; yo no las resolveria. Por mi parte no tengo que preguntar. Mi ciencia, aunque oculta, no es por esto menos real. Aun cuando yo me hallo en un estado elevado, los hombres no pueden dañarme. ¿Quién de vosotros puede decir otro tanto?

»El cielo no tiene parientes; trata igualmente á todos los hombres.

»Por llenos que estén los rios y el mar, reciben las demás aguas y no se desbordan.

»Cuanto has leido merece las mas sérias reflexiones.»

Habiendo leido Cung-seu en alta voz esta antigua inscripcion, se llenó de placer. «Considero las instrucciones que contiene (dijo á los que estaban á su alrededor) como un resúmen de lo que puede decirse de mas útil, y estoy persuadido de que el que ponga en práctica cuanto enseñan, no estará lejos de la perfeccion. Procuraré sacar provecho de ellas; haga cada uno otro tanto.»

Queria ver Cung-seu todo lo que concernia á la antigüedad en la capital del imperio. Ansioso de instruirse de los ritos que se practicaban entre los Cheu, y de observar por sí mismo hasta qué punto se habia alejado de las antiguas instituciones, se hizo introducir en la sala en ue los reyes de Cheu rendian homenaje á sus abuelos. Los mandarines encargados de la guarda de aquellos lugares respetables lo invitaron á sentarse en la sala esterna en el mas honroso asiento, cual le era debido como estranjero. Cung-seu les dirigió algunas preguntas, y quedaron atónitos de su profundo conocimiento en las antiguas tradiciones y de la sabiduría de sus discursos.

El filósofo de Lu continuó tomando lecciones de música de su huésped, afamado en este arte. Hallábanse entre los Cheu hacia mas de un año sin haber podido ver todavía á aquel hombre célebre que la fama anunciaba por doquiera como estraordinario, cuya conducta y máximas eran de un género enteramente aparte de lo que hasta entonces se habia oido y visto; era el famoso Lao-seu. Este filósofo, fundador de la secta del Tao, estaba retirado en la soledad; á donde Cung-seu fué á buscarlo acompañado de varios de sus discípulos.

Un dia, habiéndolo sorprendido sus discípulos contemplando atentamente el curso de un río, no pudieron menos de manifestarle su maravilla: «Maestro (le dijo Sou-cung); ¿qué utilidad se puede sacar de contemplar el curso de las aguas? ¿no es cosa del todo natural?—Decis bien (les respondió Cung-seu); el correr de las aguas en el cáuce que la naturaleza ó la mano del hombre han abierto, es cosa sencilla en estremo, y todos pueden conocer la razon de ella; pero lo que no todos conocen es la semejanza entre las aguas y la doctrina; á este parangon tenia yo aplicado el ánimo. Las aguas, decia entre mí, corren de contínuo, corren de dia, corren de noche, hasta haberse reunido con todas las demás en el seno del vasto mar. Desde Yao y Chun en adelante, la sana doctrina continuó fluyendo sin interrupcion hasta nosotros; hagámosla correr tambien nosotros para transmitirla á aquellos que vengan despues, los cuales, á nuestro ejemplo, la transmitirán á sus descendientes, y así sucesivamente, hasta el fin de los siglos. No imitemos á aquellos hombres aislados, sabios tan solo para sí propios. Estas son las reflexiones que yo iba haciendo al mirar la corriente de estas aguas; ¿no os parece que se puede sacar utilidad de ello? Pensadlo sériamente.»

Este modo indirecto de instruir á sus discípulos era familiar á Cung-seu, el cual no dejaba de hacer uso de él cada vez que se le presentaba ocasion. Estaba persuadido de que las lecciones dadas sin que pareciese darlas eran siempre mejor acogidas y de mas aprovechamiento que las que daba con el aparato de un dogma ó precepto, porque entraban en el ánimo por los sentidos.

Antes de dejar el reino de Cheu quiso observar por menor lo que aun se conservaba en él de la virtuosa antigüedad. Habia en la sala del trono y al lado del trono mismo un cubo que servia para sacar el agua del pozo. Cung-seu, que sabia perfectamente á qué uso se aplicaba aquel cubo en los tiempos remotos de la monarquía, estaba dudoso de que se hiciese el mismo uso aun en sus dias. Dirigiéndose por tanto á los mandarines encargados de la custodia de lo que en aquel lugar respetable se conservaba, preguntó con qué fin se ponia junto al trono. Un oficial que

mas que los otros se creia al corriente de las cosas antiguas, dió una esplicacion que movió á sonrisa al filósofo, el cual, aproximándose entonces al pozo, dijo á aquel que tenia en la mano el cubo, que lo descolgase suavemente; pero como era ligerísimo, siendo hecho de aneas y juncos, no se llenó y quedó nadando en la superficie del agua, de donde fue retirado vacío. Con todo, Cung-seu mandó que se vaciase; los espectadores atónitos respondieron, que no contenia nada. «Si asi es (replicó el filósofo), es menester echar el cubo al pozo de otra manera.» Tomólo uno de los circunstantes y lo arrojó desde lo alto del brocal de modo que se llenó de pronto y se fué á fondo. Mira Cung-seu al pozo y busca con la vista el cubo: «No lo veo (dice), ¿dónde está, pues?—Hay mucha agua (le respondiéron) y en vano os cansaríais la vista para descubrir el fondo.—Decis bien (replicó el filósofo; recogeré el cubo y voy á servirme de él para hacer yo mismo el mas importante esperimento.» Recogiólo en efecto, y echándolo, lo hundió en el agua, ni con demasiada pausa, ni con escesiva fuerza; y agitándolo moderadamente, llegó sin trabajo á llenarlo hasta tal punto que se mantuviese en equilibro medio sumergido en el agua. «Ved aquí (dijo á los que le rodeaban y aguardaban con impaciencia el desenlace de aquella escena), ved aquí la imágen del buen gobierno y del justo medio en todas las cosas. Demasiada debilidad y demasiada violencia perjudican; es menester unir firmeza á la moderacion... Antiguamente, al principio de cada reinado, se hacia una vez en presencia del soberano esta esperiencia de que acabamos de ser testigos, y esta útil leccion se esculpia en su mente de un modo indéleble, porque el cubo puesto junto á su trono le renovaba constantemente la memoria.»

Habiendo visto Cung-seu cuanto apetecia ver en la córte de Cheu, deliberó regresar al lado del rey de Tsi. Cuando fue introducido en el palacio, asistia el príncipe á una academia en que se ejecutaba una pieza de música compuesta en tiempo de Chun, y cuya antigüedad por consiguiente se remontaba á mas de 1,730 años: llamábase *Chao-io*, ó sea *música que disipa las tinieblas del entendimiento, y afirma el corazon en el amor del deber*. Hizo tan profunda impresion en el filósofo, que no pudo pensar en otra cosa por mas de tres meses, y los manjares mas esquisitos habian perdido para él todo sabor. Viendo luego que no podia restablecer en la córte del rey de Tsi las buenas doctrinas, resolvió volverse al reino de Lu, su patria, dejando en el de Tsi algunos discípulos para continuar su obra. El rey de Lu lo volvió á ver con satisfaccion, pero sus ministros temieron la influencia que pudiera recobrar el sabio sobre su señor; por lo cual se esforzaron en evitarla. Idearon tenerlo lejos de la córte ofreciéndole un mandarinato subalterno ó de espectativa. Varios de sus discípulos, enojados por la injuria que se hacia á su maestro, trataron de persuadirlo á que renunciase «Yo me guardaré bien (respondió Cung-seu): mi negativa pasaria por originada de orgullo. Pues que queremos enseñar á los otros la senda de la virtud, empecemos por entrar en ella nosotros mismos, y nos seguirán.»

Tuvo en breve el filósofo ocasion de dar otra leccion á sus discípulos. Habiendo salido juntos de la ciudad para darse al placer del paseo, encontraron junto al camino real á un cazador de reclamo, el cual despues de haber recogido las redes, distribuia en diversas jáulas los pájaros apresados. Cung-seu pareció embebido en observar los vanos esfuerzos que aquellos débiles prisioneros hacian para recobrar la libertad; y viendo á sus discípulos pendientes de lo que pudiese hacer, dijo al cazador: «Aquí no veo mas que pájaros jóvenes; ¿dónde habeis puesto los viejos? (El cazador respondió) son muy desconfiados para dejarse atrapar; lo miran muy bien antes de acercarse á la liga; y si echan de ver las redes ó las jáulas, lejos de caer en el garlito, no solo lo evitan, sino que huyen y no vuelven, y aun los jóvenes que van reunidos con ellos hacen lo mismo: solo cojo aquellos que se desmandan de la bandada. Si por casualidad cae alguno viejo, es porque ha seguido á los jóvenes.

—«¿Habeis oido? (Se puso á decir Cung-seu á sus discípulos.) Las palabras del cazador nos sirven de ámplio argumento de instruccion. Me limitaré á algunas reflexiones. Los pájaros jóvenes evitan las asechanzas, cuando no se separan de los viejos; los viejos dan en las redes cuando siguen á los jóvenes: lo mismo sucede entre los hombres. Presuncion, atrevimiento, falta de prevision, poco cuidado de sí mismo, son las principales causas de los tropiezos de los jóvenes. Envanecidos de su reducido mérito, apenas tienen alguna tintura de saber, cuando ya se figuran saberlo todo; apenas han ejecutado algunos actos de virtud de los mas comunes, se creen en el ápice de la mas alta sabiduría. Con esta presuncion no dudan de nada, no vacilan acerca de ninguna cosa; emprenden temerariamente sin consultar á los sabios y á los viejos, se avanzan por falsa senda, la siguen con seguridad y sin la menor desconfianza; se estravian, se desorientan, y caen en el primer lazo que se les tiende. Entre los viejos ó de edad madura los hay, que deslumbrados por tal cual chispa que á veces reluce en los discursos ó en la conducta de los jóvenes, ponen imprudentemente en ellos su confianza; piensan, hablan como ellos; los siguen, y se pierden en su compañía. No olvideis lo que acabais de oir.»

En otra ocasion, hallándose tambien en el campo con sus discípulos, vieron algunos hombres armados que se venian hácia donde estaban. «Son cazadores (dijo Cung-seu); quiero unirme á ellos para enterarme de este ejercicio en términos de poder yo tambien cazar cuando fuere menester.—¿Qué le ocurre decir á nuestro maestro? (interrumpió impetuosamente uno de los discípulos) ¿es digna la caza de la atencion de un sabio? El tiempo, por lo menos, que se emplea en ella, se pierde para la adquisicion de las ciencias y para el progreso de la virtud.—Todo es digno de la atencion del sabio (respondió Cung-seu), y no hay cosa en que no pueda ó no deba ocuparse. La caza ha sido una de las

primeras ocupaciones de los hombres; por su medio han defendido el terreno de que sacaban su sustento, y lo han sustraido á la voracidad de los animales que lo devastaban: gracias á ella los mas ilustres soberanos de la remota antigüedad se aliviaban á intervalos de los penosos cuidados del gobierno; gracias á ella puede el sabio dar algun reposo á su espíritu de las profundas meditaciones á que ha estado entregado, y tomar nuevas fuerzas para continuar con fruto sus fatigosos estudios; por ella, en fin, puede procurarse todo el mundo la preciosa ventaja de ofrecer á sus ascendientes en la sala destinada para honrarlos, animales muertos de mano propia, como está prescrito en el antiguo ceremonial.» Conforme iba hablando de esta suerte, llegaron cerca de ellos los cazadores; y él se les unió con su consentimiento.

Para comprender bien las palabras del literato, es necesario recordar que, en los primeros tiempos del imperio chino, y aun en los de Yao y Chun, inmediatamente despues de la gran inundacion diluviana, habia tantas bestias feroces y aves de todas especies, que el hombre se vió precisado á hacerles contínua guerra para quedar dueño del terreno que habitaba, y sacar de este el sustento. Por largo tiempo dividió con los animales, que eran los primeros ocupadores, el dominio de aquel terreno inculto que él debia mas adelante tan completamente transformar y poseer solo ó casi solo. Esta necesidad primitiva produjo una ley, por la cual se obligaba á los habitantes de la campiña á hacer una ó dos veces al año una ó dos cacerías en comun. Los soberanos fueron los primeros á dar el ejemplo, y crearon cargos que tenian relacion con este objeto. Mas para dar mayor estension y eficacia á la ley, la cual en los primeros tiempos exigia la mayor puntualidad de observancia, fue sancionada por la religion, declarándose en el ceremonial que el mejor modo de honrar con ofrendas á sus antepasados era el de ofrecerles la caza muerta de propia mano. Este era el principal motivo que habia inducido á Cung-seu á ennoblecer de nuevo la caza á los ojos de sus contemporáneos, no obstante haber cesado las razones que la habian hecho recomendar en su orígen.

Despues de doce ó quince dias de cacería, volvió nuestro filósofo á sus acostumbrados estudios. Habia emprendido la refundicion de los King; operacion que tuvo lugar entre los antiguos pueblos cuando los progresos de la civilizacion ó de las costumbres exigieron que los primitivos monumentos que habian formado el período orgánico de la sociedad, fuesen revisados y puestos en armonía con las nuevas luces y con las nuevas necesidades. Pero semejante trabajo fue mas una revision que una correccion; es decir, que los sabios que llevaron á efecto esta obra se limitaron á eliminar lo que se habia hecho inútil ó discordante de los progresos de la sociedad, sin añadir preceptos nuevos. La historia misma y la tradicion nos enteran de estas reducciones progresivas. Cung-seu redujo el *Chu-king*, ó libro de los Anales, de cien capítulos, á cincuenta; el *Chi-king*, ó libro de los Versos, de tres mil odas, á trescientas once. Las leyes de Manú, que todavía rigen á las grandes poblaciones de la India, fueron en un principio reveladas en doscientos mil versos, despues reducidas á doce mil, despues á cuatro mil; y finalmente su compilacion actual no comprende mas que dos mil seiscientos ochenta y cinco. Arregló, pues, Cung-seu los King; y en el *Y-king*, ó libro de las Mutaciones, puso mayor cuidado, porque era de mas importancia.

Habiendo muerto el rey de Lu, y habiéndose dejado gobernar su sucesor por ministros pérfidos, dimitió Cung-seu su pequeño mandarinato. Tal dimision del sabio produjo gran sensacion en el público, é inquietó á los tres ministros que tiranizaban al pueblo. Resolvieron, por tanto, atraerse á un hombre tan universalmente estimado; pero no lo lograron. El filósofo continuó dándose asíduamente al estudio; levantábase muy de mañana, y acostábase muy tarde; y á escepcion de una hora ó dos de reposo hácia la mitad del dia, consagraba todo el resto del tiempo al trabajo solitario del bufete ó á la instruccion de los discípulos, cuyo número crecia considerablemente.

Hacia ya bastantes años que Cung-seu se habia vuelto á establecer en su patria, cuando resolvió visitar los diversos reinos que entonces componian el imperio, para juzgar de los progresos que pudiera haber hecho en ellos la sana doctrina de los antiguos, que intentaba resucitar. Empezó por el estado de Chu, situado á los confines del Onan actual, y por consiguiente, próximo al reino de Lu. Cuando llegó á aquel pequeño Estado, no se paró la atencion en él; únicamente las personas que conocia le dieron muestras de complacencia al verlo. Introdujéronle donde quiera que era permitido; presenció el fausto de los grandes, la miseria del pueblo y el descontento universal: los antiguos ritos se hallaban casi completamente abolidos, las costumbres corrompidas, y el egoismo en vigor. No fue menester mas para determinarlo á volverse atrás. El reino de Tsi, que tambien se habia propuesto visitar, no se encontraba en mejor situacion; el rey, no solo no queria ser instruido de los negocios, sino que no podia soportar que le diesen la que llamaba enfadosísima cuenta de ellos. Perdió el tiempo el filósofo en recordarle ejemplos de sabiduría y de virtud; todo fue en vano. Entonces, continuó estudiando y enseñando la sabiduría á algunos discípulos. Un dia que habian salido al campo, vieron á unos villanuelos que se ejercitaban en tirar al arco. Paróse Cung-seu por algun tiempo á considerarlos, y vuelto despues á los que lo acompañaban, dijo: «No se ejercitaban en semejantes juegos las gentes del campo en tiempo de los sabios príncipes de la alta antigüedad. Hoy dia todo el mundo quiere parecer guerrero. No por eso se hace mejor la guerra, y se cultivan peor los campos. Con todo, guerreros se necesitan; es un mal que se hace cada dia mas necesario. A propósito de lo cual, me vienen á la memoria aquellos hermosos versos del Chi-king:

«No se acierta, sino apuntando derecho;
No se gana, sino dando en el blanco.»

El rey de Tsi, que habia ido al reino de Lu, estaba de vuelta en sus Estados; y habiendo llegado ya á una cierta edad, creyó Cung-seu que con nuevas tentativas llegaria á hacerle reformar su administracion: por lo cual decidió trasladarse nuevamente á su córte. Partió con algunos de sus discípulos, tomando la via de la célebre montaña de Tai-Chan, en donde encontró todavía en vigor la mayor parte de las antiguas costumbres, cosa que lo colmó de alegría; y llegó en seguida al término de su viaje sin haber notado la fatiga.

Despues de uno ó dos dias de reposo, habiendo hecho lo que los usos requerian para obtener audiencia del rey, se presentó á él. Quedó estupefacto al encontrar que este se adelantaba hácia el ingreso del palacio, circundado de sus guardias y con el aparato de su grandeza: quedóle aun mas cuando, empezando á hablar el rey, le dijo: «He sabido que habíais venido de vuestro reino á mis pequeños Estados, con el designio de verme y de serme útil; y os he salido al encuentro para testificaros mi reconocimiento. Esta solicitud de mi parte debe manifestaros, mas que cualquiera cosa que pudiera deciros, el júbilo que esperimento en teneros conmigo. Venid, respetable estranjero, venid á darme alguna leccion de sabiduría.» Y profiriendo tales palabras, hacia señal al filósofo de que caminase delante. Cung-seu dió algun paso atrás, y con acento modesto, pero lleno de gravedad, dijo al rey que faltaba á lo que de él exigia la dignidad suprema, y que no debia rebajarse de aquella manera. «No me rebajo (replicó el rey de Tsi) honrando al sabio; el sabio es superior á los reyes. — Lo que estais diciendo (repuso Cung-seu), y la importancia en que parece teneis la sabiduría, os colocan por cima del puesto que ocupais. Pero, ¡oh señor! hay reglas de decoro para todos: los reyes, asi como los demás hombres, tienen las suyas. Vos faltaríais á vuestro deber, y yo al mio, si uno y otro atropellásemos el órden establecido. Donde quiera que esteis, á vos se debe la preferencia; es una de las prerogativas inseparables de vuestra dignidad.»

Rindióse el rey á tan buenas razones y no insistió mas en que Cung-seu pasase delante de él, pero fueron á la par á un aposento interior, y conversaron largamente. El discurso versó en parte sobre el modo con que en un Estado bien regulado se debia sacar partido de los hombres. Quedó el rey tan prendado de las miras del filósofo, que le prometió emplearlo en el gobierno, y darle en el ministerio uno de los primeros cargos. Entre tanto, le concedió por habitacion un palacio destinado á los embajadores de los reinos vecinos cuando venian á sus Estados.

Cung-seu aprendió muy en breve cuán poco habia que contar con el favor de los reyes. Uno de los ministros, temiendo verlo llegar al poder, y reformar los muchos abusos de que él y los suyos sacaban fruto, lo hizo mirar por el rey Tsi como inepto para las altas funciones á que lo destinaba, de modo que obtuvo que retirase su palabra. El filósofo, al oir esta mudanza, se contentó con compadecer á un rey que deseaba el bien, pero que no tenia fuerza para hacerlo, hallándose en dependencia absoluta de los que gobernaban en su nombre; y al dia siguiente se puso en camino para su patria.

Allí, un ministro que lo aguardaba con impaciencia, lo invitó á pasar al palacio. Habia habido muy mal año, y habiendo faltado casi todos los frutos, faltó tambien el tributo impuesto sobre ellos. Sabíase que durante la inspeccion de Cung-seu sobre la agricultura, habian llegado á ponerse las tierras en el mejor estado de que eran capaces; por lo cual, el ministro queria saber de qué modo se habia manejado, y qué era menester para llegar al mismo resultado. Acudió Cung-seu á la invitacion; mas penetrando las secretas intenciones del ministro, no le dió sino respuestas vagas y generales. El ministro aparentó quedar satisfecho; pero aquellos de los discípulos que habian seguido al maestro y asistido á la conferencia, quedaron atónitos y casi humillados. «Maestro (dijeron á Cung-seu), vos, tan benéfico, y que no cesais de exhortarnos á la caridad, por qué, conociendo tantos medios de hacer productivas las tierras, rehusásteis al hombre en cargo público las noticias que os pedia? No le habeis dicho mas que aquello que sabe todo el mundo. ¿Se habrán apagado vuestras luces, ú os hallareis disgustado de los hombres? ¿Habrá obrado algun cambio en vuestro corazon la ingratitud que de parte de ellos os alcanza? A nosotros nos parece que habeis desperdiciado una bella ocasion de hacerles bien. No comprendemos el motivo de vuestra conducta.

—Me dais un placer (respondió Cung-seu) abriéndome vuestro corazon; os abriré yo el mio con la misma franqueza. El ministro Ki-sun es un avaro; posee tierras considerables, y no piensa mas que en sacar gran provecho de ellas; percibe el tributo impuesto sobre los frutos, y su único pensamiento es aumentarlo. No imagineis que, movido de la miseria del pueblo, quiera emplear cuidados para hacerla desaparecer ó aliviarla: no piensa sino en nuevos modos de aumentarla, esquilmando al pueblo. Sabiendo sus intenciones, no quise responder á tenor de sus deseos y de sus caprichosas preguntas. De las luces que yo hubiera podido darle, no se habria valido sino para engordar á costa de los agricultores y de todo el público. ¿Os parece que he hecho mal, y que no amo ya á los hombres por no haber querido contribuir á que se agregasen nuevas penas y opresiones á las que ya gravitan sobre ellos?»

Los discípulos bajaron los ojos y aplaudieron su conducta. Un pariente del precedente ministro, ministro él tambien, buscó asimismo el favor del filósofo, y no perdia coyuntura de darle públicos testimonios de su alta estimacion. En la ocasion de la escasez de los víveres, originada de la falta casi general de las cosechas, le mandó un regalo de mil medidas de arroz. Cung-seu no rehusó el don, pero lo aceptó como un débito que se satisfacia por consideracion á él; ni una espresion de agradecimiento, ni una palabra de atencion tuvo para el obsequiante. Sus discípulos quedaron al pronto muy cortados; pero no

supieron ya qué pensar cuando vieron que su maestro hacia trasportar aquel arroz á uno de los *ting*, esto es, pabellones erigidos en gran número en la campiña de los contornos de la ciudad; y sin reservarse una sola medida, distribuirlo á los campesinos y á cuantos se presentaban.

Cung-seu dijo: «Sabed que en lo que he hecho no he faltado en nada á mi deber: sino por el contrario, he cumplido por entero con las intenciones del pretendido bienhechor: le he mostrado todo el reconocimiento que tenia derecho á exigir de mí, y ademas le he dado una leccion para provecho particular suyo y provecho del público. Él me regaló mil medidas de arroz, yo las he recibido, estas son las gracias que le debia; y estas gracias valen mas en su espíritu que las mas bellas palabras con que hubiera podido acompañarlas, si hubiera querido dárselas con palabras. No he rechazado con desprecio un don que me hacia un hombre en mala voz, aunque sabia muy bien que no se me ofrecia en sentido de beneficencia, sino únicamente por ostentacion y por orgullo. No haberlo devuelto con despecho, es mas que haber mostrado mi reconocimiento con discursos que mi corazon y la verdad habrian desmentido igualmente. Nada he conservado de cuanto me dió para mi uso propio, pero lo he distribuido todo á aquellos que tenian mas necesidad que yo de semejante socorro. Asi le he hecho comprender cómo ha de regularse él mismo, y lo que ha de hacer de sus riquezas: ¿hay en esto desprecio?»

No podemos referir todos los rasgos de tal género con que el filósofo instruia á sus discípulos en las circunstancias de la vida y de su conducta, que eran propensos á juzgar como la generalidad de los hombres. Con todo, no podemos abstenernos de citar el siguiente que, aunque sencillo en sí, contiene no obstante una útil leccion. Habian ido un dia Cung-seu y sus discípulos á pasear fuera de la ciudad hasta la aldea llamada Vu-in en que se ejecutaban las danzas practicadas en los sacrificios para obtener lluvias. Cuando llegaron á la entrada del pueblo, propuso Cung-seu á sus discípulos que fuesen á ver cómo se ejecutaban dichas danzas. Escandalizáronse estos, y uno de ellos, que se llamaba Fan-che, se puso á decirle: «Maestro, ¿qué ha de hacer el que quiera ser virtuoso y sabio, y tener reputacion de tal, si la merece, y evitar todo aquello que pudiera dar sospechas poco favorables?» Luego que hubo reflexionado un momento Cung-seu, le respondió: «Vos preguntais en pocas palabras muchas cosas. Adivino el motivo: es laudabilísimo en sí, y no puede tener orígen mas que en un corazon animado del amor á la virtud. Voy á responder á vuestra pregunta: haced bien en todo tiempo, en todo lugar, en todas las circunstancias en que pudiéreis hacerlo; y sereis, á no dudarlo, virtuosos y sabios. Haced el bien por él mismo, sin ningun motivo de interés personal; que se os hará la justicia que mereceis, y gozareis sin contradiccion del concepto de virtud y de sabiduría que se forma por sí propio en favor de aquellos que asi se manejan sin parecer ambicionarlo. Sed severos para con vosotros, cuando se trate de vuestros defectos; pero indulgentes para con los demás: no digais mal de nadie, ni hagais caso del mal que se pueda decir de vosotros: guardaos bien sobre todo de buscar ó de despreciar la aprobacion de los hombres, sino acoged alabanzas y desprecios con la misma indiferencia. Si no contentais á todos, á lo menos, ninguno os odiará. No tengo que daros otras respuestas por el momento. Vamos á Va-iu; basta con que me sigan dos ó tres de vosotros; á mi vuelta diré á los demás de qué se trata.»

Halló el filósofo las danzas muy diversas de las antiguas, que inspiraban la honestidad y la virtud, al paso que estas no espresaban mas que indecencia y lubricidad. Gimió por tanto delante de sus discípulos. «El sabio debe verlas una vez, para apreciarlas en cuanto valen. y estar en el derecho de hablar de ellas con desprecio.» No ignoraba el filósofo la naturaleza de aquellas danzas; pero quiso probar con el ejemplo, que hay circunstancias en las cuales el sabio puede ponerse por cima de las reglas ordinarias, si resulta de ello utilidad real para sí propio ó para los demás; porque se aleja de la regla inmutable del justo medio quien hace depender de la opinion de los hombres la moralidad de sus propias acciones. «Es bien entendido (decia á veces) tener miramientos á las preocupaciones comunes; pero es menester no conformarse con ellas en todo; antes hay casos en que se debe chocar con ellas de frente.»

Esto hará conocer cuánto amaba el filósofo la sinceridad hasta en las mas mínimas cosas. Un dia que, hallándose mas cansado que de costumbre, se divertia en jugar al *sse*, en la sala contigua al patio de entrada, vinieron á anunciarle que un tal Yu-pei, deseaba hablar con él sobre algunos puntos de ceremonial. «No puedo recibirlo (dijo Cung-seu). Id Yen-oei, á escusarme con él. ¿Qué le direis?—Le diré que jugais al *sse* para descansar de las fatigas. Añadiré que sin gran indiscrecion no se podria interrumpir vuestra distraccion para precisaros á hablar de cosas sérias.—Id (contestó Cung-seu), y haced lo que habeis dicho. ¡Oh, qué hombre tan cándido! (continuó en voz baja) no sabria decir las cosas de otro modo que como son; esta es la verdadera virtud.»

Aunque abolidos ó alterados casi todos los usos antiguos, se habia conservado, no obstante, el de ir á orar y ofrecer sacrificios sobre las montañas. Para llenar este piadoso deber, se transfirió Cung-seu á la montaña llamada Nung, seguido únicamente de Seu-lu, Seu-Cung y Yen-oei. Llegado que hubo á la cima, detúvose algun tiempo á considerar desde aquella altura el país por los cuatro puntos cardinales; alzó en seguida los ojos al cielo, y arrojando un profundo suspiro, descendió del monte, llevando en el rostro la marca de la mas viva afliccion. Preguntándole sus discípulos maravillados acerca de la causa, respondió: «Mirando desde la cúspide de la montaña las cuatro partes del mundo, me ha representado los pueblos que nos circundan, dedicados á tenderse lazos, á hacerse recíprocamente mal, á destruirse los unos á los otros, y

dispuestos á caer sobre nosotros, para procurar destruirnos tambien: ¿no basta esto para infundir tristeza? Mas triste aun es no poder remediar los males presentes, ni desviar los males futuros. Veamos entre todos; discurramos, á ver si podemos encontrar algun medio de conseguirlo. Seu-lu; hablad vos primero, decidme lo que pensais.»

Seu-lu, habiendo reflexionado por algunos momentos, respondió: «Creo que lo lograria fácilmente si se me diese un buen ejército. Antes de ponerme en campaña reuniria en particular y ejercitaria separadamente, los diversos cuerpos; designaria el lugar que deberian ocupar en la reunion general, y los conduciria en derechura al enemigo. Cuando estuviésemos en su presencia, haria desplegar las banderas y los estandartes, y quisiera que fueran tales que esparciesen un resplandor semejante á aquel con que brillan el sol y la luna. Haria tocar los tambores y los instrumentos de cobre, y quisiera que su estruendo igualase al trueno cuando estalla con mas fragor. Entonces me arrojaria con furia contra cuantos tuviese por delante; haria cortar la cabeza á los principales de ellos que cayesen en mis manos, y todas aquellas cabezas cortadas las espondria públicamente para servir de terror á los malvados, y de ejemplo á todos aquellos que tuviesen tentacion de llegarlo á ser. Despues de la victoria, me retiraria á mi capital, si era rey, y me valdria de estos dos compañeros mios para hacer observar las leyes y resucitar los usos antiguos.

—Sois un valiente, respondió Cung-seu.

«Pues yo (empezó á decir Seu-Cung) obraria de diversa manera. Los reinos de Tsi y de Tsu están próximos á venir á un rompimiento abierto: júntanse tropas por todas partes; los reinos vecinos se disponen á los acontecimientos; creo que podria conseguir que depusiesen las armas y se aviniesen á vivir en paz. Para esto, aguardaria á que los ejércitos se hallasen frente á frente, á punto de venir á las manos; entonces, vestido de luto, me presentaria en medio de los dos, suplicando á los jefes que intimasen silencio, me dejaran hablar, y me oyeran atentamente. Entonces espondria en un patético discurso las ventajas de la paz y los inconvenienientes de la guerra; la ignominia y la muerte, no menos que las desventuras que inevitablemente caerian con todo su peso sobre sus mujeres é hijos y sobre toda su raza. No hay que dudar, que movidos por mi discurso, depondrian las armas, y si fuese rey, me serviria de Seu-lu para ministro de la guerra, y de Yen-oei para ministro de lo interior.

—Sois elocuente, respondió Cung-seu.

Yen-oei guardaba silencio; no se atrevia, por modestia á declarar su pensamiento. «Hablad (le dijo Cung-seu); ¿qué se podria hacer para ocurrir á estos males?» Habiendo hecho algun esfuerzo para vencer su escesiva modestia, dijo Yen-oei; si algo hubiese de desear para emplearme eficazmente en la felicidad de los hombres, no seria por cierto el ser rey: mis miras no pican tan alto como las de mis condiscípulos. Desearia únicamente vivir bajo el gobierno de un rey virtuoso é ilustrado y que él pusiese los ojos en mí para sacar partido de mis débiles talentos, y me empeñára á cooperar con él á la buena administracion del reino. Las plantas *iun* é *teu* (la mas olorosa y la mas fétida de las plantas), le diria, no pueden vegetar en un mismo campo: Yao y Kie no hubieran podido gobernar juntos. Empecemos, pues, por remover de nuestro lado los aduladores y viciosos, y sustituyámosles hombres sínceros y de virtud: demos á estos el encargo de instruir al pueblo en los cinco deberes capitales (humanidad, justicia, amor al órden, fidelidad, y buena fe), y de enseñar á cumplirlos. Despues de esto, no teniendo ya enemigos que temer, no tendríamos necesidad de sostener tropas sobre las armas, ni de baluartes ni fosos; en los fosos sembraríamos granos, los materiales de los baluartes servirian para levantar edificios cívicos, y las armas para hacer instrumentos de labranza. Quedando inútil para nosotros la ciencia militar y el valor de Seu-lu, le aconsejaria no pensase mas en empresas militares, y que se atuviese á la práctica exacta y constante de todas las virtudes cívicas. No teniendo necesidad de usar de artificio para persuadir á hacer el bien, y rehuir el mal, se nos haria igualmente inútil el arte oratorio de Seu-cung; y yo le aconsejaria que no se ocupase mas de la elocuencia y que se contentase con persuadir por medio de su propio ejemplo á quien tuviese deseo de persuadir con sus discursos. Esto es lo que me parece mas conveniente para proporcionar á los hombres la mayor felicidad de que pueden gozar. Si me equivoco, ruego al maestro que me lo advierta.»

—Sois un sabio» respondió Cung-seu.

Ademas de la sala de estudio en que se reunian todos los que asiduamente frecuentaban la casa de Cung-seu, y ademas del gabinete y la biblioteca, habia una sala de honor para recibir á los forasteros y á los que venian únicamente para ilustrarse respecto de algun punto particular de historia, de moral ó de anticuaria. A esta sala se le daba el nombre de ting; y hoy mismo las hay en los palacios de los príncipes en los albergues de los grandes, y en las casas de los hombres de cargo ó categoría superior al comun.

Saliendo un dia Cung-seu de su ting, encontró á su hijo Cung-li que iba á ella para consultar algunos libros que allí se encontraban espuestos. «¿Qué tal, hijo (le preguntó) estais bastante adelantado en el estudio de la poesía? —No atiendo absolutamente á él (respondió Cung-li). —Si no aprendeis la poesía (replicó Cung-seu), si no os ejercitais en hacer versos, no sabreis nunca hablar bien.» El jóven, habiendo reflexionado sobre esta advertencia de su padre, se aplicó á la poesía, hizo versos, tuvo un éxito pasadero, pero aprendió á conocer perfectamente la lengua, á fijar el verdadero sentido de cada palabra, y á hacer siempre una aplicacion segura de ellas en el discurso.

Muchas veces las lecciones de Cung-seu eran menos indirectas. Su moral se resume en las líneas siguientes: «No hay nada mas natural y sencillo que los principios de la moral, cuyas saludables máximas procuro inculcaros. Todo lo

que os digo lo practicaron nuestros antiguos sabios, y esta práctica que en los tiempos remotos era generalmente adoptada, se reduce á la observancia de las tres leyes fundamentales de relacion entre soberanos y súbditos, entre padres é hijos, entre marido y mujer, y de las cinco virtudes capitales que basta nombrar para haceros comprender su escelencia y necesidad: la humanidad; esto es, la caridad universal entre todos los de nuestra especie sin distincion; la justicia, que á cada individuo da lo que le es debido, sin proteger á uno mas que á otro; la observancia de los ritos prescritos y de los usos establecidos, á fin de que los que forman la sociedad tengan un mismo modo de vivir y participen de las mismas ventajas é incomodidades; la rectitud; esto es, aquella sana direccion del corazon y de la mente que hace que en todo se busque la verdad, y se apetezca, sin querer engañarse ni engañar á otros; finalmente, la sinceridad y buena fe; es decir, aquella franqueza, aquella espontaneidad de corazon unida á la confianza, que escluyen toda ficcion y disfraz asi en la conducta como en el discurso. Esto hizo respetables en vida á nuestros antepasados, é inmortalizó sus nombres cuando dejaron de existir. Hagamos toda clase de esfuerzos por imitarlos.»

Véase de qué manera espone estas doctrinas morales el padre Amiot, á quien continuamos ateniéndonos:

Siendo el hombre un ser racional, ha nacido para vivir en sociedad; no hay sociedad sin gobierno, ni gobierno sin subordinacion, ni subordinacion sin una superioridad anterior al establecimiento de las condiciones, no concedida sino al nacimiento ó al mérito; al nacimiento la confiere la diferencia de edad; al mérito, ó por mejor decir, á los talentos, el arte de cautivarse los corazones. Asi, el padre y la madre reinan naturalmente sobre los hijos; los primogénitos, sobre los hermanos menores; y en las sociedades de los hombres, el que entre ellos sabe ganarse á sus semejantes hasta el punto de hacerse obedecer de ellos; talento raro, ciencia sublime, que á primera vista parece que no pertenecen mas que á un pequeño número de séres privilegiados, y que, por el contrario, son de toda la especie general, siendo la humanidad, y no siendo la humanidad sino el hombre mismo. El que tiene mas humanidad entre sus semejantes, es un ser mas hombre que ellos, merece mandarlos. La humanidad es, pues, el fundamento de todo, la primera, la mas noble de todas las virtudes. Amar al hombre es tener humanidad; tener la virtud que indica el vocablo *yin*. Es menester, pues, amarse á sí mismo; es menester amar á los demás. En este amor que debe tenerse para consigo y para con los otros, hay necesariamente una medida, una diferencia, una regla inmutable que á cada uno asigna lo que le es legítimamente debido; y esta diferencia, esta medida, es la justicia.

«La humanidad y la justicia no son arbitrarias; son aquello que son, independientemente de nuestra voluntad; mas para poder ponerlas en práctica, y hacer de ellas una sola aplicacion, es menester que haya leyes establecidas, usos consagrados, ceremonias determinadas. La observancia de tales leyes, la conformidad con tales usos, la práctica de tales ceremonias, forman la tercera de las antedichas virtudes capitales, aquella que á cada uno enseña sus deberes particulares (*li*); esto es, el órden.

»Para cumplir exactamente con todos su deberes sin turbar la economía del órden, es necesario saber conocer, es necesario saber distinguir, es necesario saber aplicar á propósito este conocimiento seguro, este sabio discernimiento; semejante aplicacion, es aquella rectitud de mente y de corazon (*chi*), aquella prudencia, aquella sabiduría, que hace examinar todas las cosas sin preocupacion, con el solo propósito de conocer la verdad, y que se atienda á esta verdad para hacerla prevalecer, ó para conducirse en conformidad de lo que ella indica. La humanidad, la justicia, el órden, y la rectitud misma, pueden estraviarse á cada paso: les es necesaria una compañera fiel que no las abadone jamás; les es necesario un escudo contra el amor propio, el interés personal y toda aquella turba de enemigos que las atacan de contínuo. Esta compañera fiel, este seguro escudo, es la sinceridad y la buena fe (*sin*). La sinceridad da precio á nuestras acciones, forma todo su mérito. Sin la sinceridad, la que parece virtud no es mas que hipocresía; lo que relumbra con mas esplendor, lo que nos deslumbra, no es sino luz pasajera, la cual no aguarda para estinguirse mas que el ténue soplo de la mas leve pasion.

»Estas cinco virtudes, como todos ven, se derivan unas de otras, se sostienen recíprocamente, forman una cadena que liga á todos los hombres entre sí y constituye su mútua seguridad y felicidad: y no se la podria romper sin despedazar al mismo tiempo los vínculos de la sociedad.»

Continuaba Cung-seu enseñando asi la sabiduría, y tomando gran amor á los intereses públicos. El rey de Lu, á quien habian llamado la atencion los servicios que el filósofo habia prestado indirectamente á la patria, quiso finalmente tenerlo por ministro. Habiéndolo hecho, por tanto, llamar, le comunicó las intenciones que respecto de él tenia. Cung-seu, que no buscaba mas que hacerse útil restituyendo á los hombres á la práctica de sus deberes respectivos, aceptó sin vacilar el fatigoso encargo. Empezó ejerciendo el oficio de gobernador del pueblo (título equivalente al de alcalde ó corregidor) en la ciudad misma en que tenia establecida el rey su córte, á los cuarenta y siete años de edad.

Al tomar posesion de su cargo, su primer cuidado fue atraerse al mayor número de sus gobernados, por medio de su beneficencia para con las clases inferiores. Hablábales á menudo, y procuraba descender al nivel de ellos; parecia mas bien consolarlos; y por tal medio, les insinuaba la conveniencia y la necesidad de lo que tenia resuelto. Luego que los habia persuadido, y que en vista de la disposicion que observaba en ellos estimaba poder emprender sus reformas sin recelo de comprometerse ó de rebajar la au-

toridad, publicaba órdenes, y las hacia llevar á cabo rigorosamente. A los tres meses de ejercicio, tuvo la satisfaccion de ver que todo habia cambiado de aspecto. Contentísimo Ting-cung de tal cambio, tan glorioso para su reinado, dió sincerísimas gracias al autor de él. «El reino de Lu (dijo á Cung-seu) se encuentra en el estado mas floreciente; mis súbditos se han hecho sumisos, dóciles y laboriosos. Esta es obra vuestra. Pero no está aun perfeccionada: espero que lo estará en breve.»

Esperanza nada vana: el nuevo magistrado dirigió su atencion á los agricultores, clase la mas útil de todas. Mandó hábiles peritos á visitar las tierras y tomar noticias exactas de ellas, con el fin de no hacer ó establecer nada que pudiese resultar en perjuicio de alguien. Luego que estuvieron de vuelta, aprovechó las luces que le dieron para hacer reglamentos análogos á la calidad de los diversos terrenos, los cuales distribuyó en cinco clases generales: en la primera los altos y áridos; en la segunda los húmedos y bajos, en la tercera los terrenos arenosos y casi estériles: la cuarta comprendia los compactos, sustanciosos y casi arcillosos, y la quinta aquellos que, mediante un cultivo mas ó menos esmerado podian ser llevados al mayor grado de fertilidad. Dejó á la inteligencia de los cultivadores clasificar bajo una de las cinco especies señaladas por él los terrenos de que no hacia mencion. Determinó para cada clase la siembra que se le podia confiar; estableció las épocas en que se habia de sembrar, plantar y recoger, á fin de que todos los frutos llegasen á una conveniente madurez. Tales reglamentos, exactamente observados, proporcionaron abundante y sano alimento; y ricos y pobres, propietarios y agricultores sacaron su provecho.

Los agentes mandados á examinar la naturaleza de los terrenos, le refirieron ademas, que los ricos, bajo pretesto de honrar á los muertos, erigian á gran costa sepulcros que ocupaban vastos espacios en donde las tierras prometian gran feracidad. «Es un abuso (dijo Cung-seu), á que pronto buscaré remedio.» En efecto se dió maña para destruirlo sin usar de la fuerza ni de la autoridad. «Los sepulcros (dijo en tal ocasion) no deben asemejarse á jardines de recreo y diversion: lugares de sollozos y de lágrimas los consideraban los antiguos. Celebrar suntuosos y magníficos banquetes en aposentos en que todo respira lujo y regocijo, junto á las tumbas que encierran las cenizas de aquellos á quienes somos deudores de la vida, es una especie de insulto á los muertos. Los lugares elevados y menos aptos al cultivo son mas convenientes para mansion de los muertos; no es necesario cercarlos de muros, ni decorarlos con árboles simétricamente alineados. Despojados de estos frívolos ornatos, serán puros y sinceros los homenajes que cada uno se apresure á rendir allí á los difuntos. Es, pues, necesario que el que quiera practicar ritos con arreglo á su verdadero espíritu, se atenga á lo que fue establecido por los sabios de la antigüedad. Por el reino de Lu se modelan hoy dia los demás reinos: hagamos que al imitarnos, no practiquen sino lo que nos ha sido trasmitido por el gran Cheu-cung.» Semejante espediente tuvo un éxito maravilloso: no se volvieron á enterrar los muertos mas que en terrenos inhábiles para el cultivo, y en las alturas, cuando las circunstancias lo permitian.

El rey de Lu, cada dia mas contento con la conducta de Cung-seu, lo hizo llamar para hablarle privadamente, y ofrecerle el cargo de *ssekeu*, ó presidente de la magistratura, tanto civil como criminal, de todo el reino, con autoridad únicamente inferior á la suya. Cung-seu, de cincuenta años de edad entonces, titubeó antes de dar contestacion; y el rey, creyendo que iba á rehusar, sin aguardar á que se esplicasele dijo: «Cuento con vos para la recta administraccion de la justicia. Reformad lo que há menester ser reformado; estableced cuanto os parezca conveniente y útil; yo apruebo anticipadamente lo que hiciereis.

—Estad seguro (respondio Cung-seu) de que pondré todo ahinco en hacerme digno de la bondad que teneis para conmigo y de las muestras de confianza que teneis á bien darme. Pero tengo que advertir á vuestra majestad que empezaré el ejercicio de mis funciones con la ejecucion mas estrepitosa, pero la mas necesaria, que de mucho tiempo acá se ha presenciado en vuestro reino. Uno de vuestros primeros funcionarios se ha hecho reo de multitud de culpas, una sola de las cuales bastaria para deber perder ignominiosamente la vida. El miserable de quien hablo es el mas rico y acreditado de vuestros tai-fu: es Chao-yeng-mao. Es forzoso que muera, y que su suplicio aterrorice á los malvados. Si lo dejais vivir, el pueblo continuará gimiendo bajo el peso de la tiranía, y pondrá en peligro vuestro mismo trono. El es el autor de todos los males que precedentemente afligieron el reino de Lu; atizó el fuego de la discordia; nada omitió para difundir el espíritu de la rebelion. Es menester que muera. ¿Os opondreis vos, si todos sus delitos están probados en términos de que confiese él mismo?»

El rey, despues de algunas observaciones, contestó: «Haced, haced lo que exijan la justicia, la fidelidad á mi servicio y la estricta probidad; no os pondré obstáculo.»

Con tal promesa, Cung-seu entró en posesion de su nuevo cargo, y comenzó su carrera con informaciones jurídicas sobre la conducta del alto dignatario. El proceso fue instruido en breve; y á los siete dias de instalado supremo juez, condenó Cung-seu al delincuente á pública decapitacion con el sable que se custodiaba en la sala de sus ascendientes. Semejante justicia hizo temblar á los mas audaces, en particular á aquellos de entre los grandes á quienes remordian algunas culpas; los discípulos mismos del filósofo quedaron en un estupor de que les costó trabajo salir. Seu-cung le hizo respetuosas reconvenciones, representándole las cualidades del condenado, y preguntándole si en su juicio no habia habido un poco de precipitacion. «Estoy contento (le respondió Cung-seu) de vuestro modo de pensar. Lo que habeis dicho merece de mi parte una respuesta que pueda satisfaceros. No ignoro ninguna de las cualidades, tanto

buenas como malas, de Chao-yeng-mao; y á pesar de tal conocimiento, he juzgado que no se le podia dejar vivir. No os hablaré de sus rapiñas, de sus despojos, de sus vejaciones y de los crímenes que se le podian echar en cara; os diré únicamente que hay cinco especies de delitos imperdonables. Tened bien presente lo que vais á oir, para poder reflexionar despacio sobre ello. Es bueno antes de ejercer un oficio, que con frecuencia pone al hombre mas inclinado á la dulzura en el caso de castigar con la severidad mas rigorosa, hallarse convencidos de ser esta una necesidad indispensable, y que demostraria no amar al hombre, no tener humanidad, quien obrase diversamente.

»El primero de los crímenes que no merecen perdon, es el de meditar secretamente las culpas, y ejecutarlas bajo máscara de virtud. El segundo, una incorregibilidad reconocida y á menudo probada en casos graves contrarios al bien general de la sociedad. El tercero, la mentira calumniosa, vestida con el manto de la verdad para engañar en materias importantes á aquellos que en algun modo influyen en la felicidad ó infelicidad del pueblo. El cuarto, la venganza ejercida con crueldad, despues de haber velado por largo tiempo bajo apariencias de amistad el odio que la hubo sugerido. El quinto, en fin, el decir, blanco y negro pro y contra sobre un mismo asunto, segun interese. Todos estos delitos merecen ejemplar castigo. Chao-yeng-mao se ha hecho culpado de todos cinco á la vez; culpado incorregible, y que á nada menos tendia que á subvertir el Estado: juzgad si yo debia, si podia perdonarlo.»

Esta esposicion del maestro no habia satisfecho plenamente á sus discípulos. Mientras la parte mas sana de la córte y de la ciudad aplaudia la justicia y la firmeza de Cung-seu, y el publico no veia en él mas que un protector ilustrado contra las vejacionas de las personas que ejercian jurisdiccion, algunos de sus discípulos trataban de quitarse todos los escrúpulos que conservaban respecto á aquella justicia ejemplar de su maestro. Recordáronle la antigua doctrina que establecia que los tai-fu no estaban sujetos á las leyes penales que se aplicaban á los demás delincuentes, y que sin embargo habia él hecho ajusticiar al tai-fu Chao-yeng-mao como á un reo comun, y aun mas rigurosamente.

«Tengo mucho gusto en satisfaceros (contestó Cung-seu), y esplicaros el verdadero sentido de aquella antigua ley de la que parece no conoceis mas que las palabras.

»En cuanto á los tai-fu, dice la ley, no es conveniente que sucumban á los suplicios como los demás; basta con representarles sus culpas, enseñarlos á sonrojarse de ellas, y abandonar á ellos mismos el cuidado del castigo. Con estas palabras no exime del suplicio la ley á los tai-fu que se hayan hecho culpados de los diversos delitos por que se castiga á los hombres comunes; quiere que se crea que hombres que, en virtud de la dignidad de que se hallan revestidos, están obligados á impedir los delitos, no los pueden cometer; quiere por otra parte que, en caso de que hubieren tenido la desgracia de cometerlos, sean irremisiblemente castigados; pero de modo que no quede envilecida su dignidad. El espíritu de la ley es el de honrar la dignidad en la persona misma del reo; y por esta razon no se hablaba jamás claramente de los crímenes cometidos por un tai-fu, y si era forzoso hablar de ellos, se hacia de un modo alegórico. Cuando por ejemplo merecia castigo un tai-fu por sus desórdenes criminales, se decia en público que los vasos y utensilios que servian para los sacrificios, se hallaban en un estado de indecencia y suciedad que causaba horror. Si debia ser castigado por haberse manchado con otros delitos indignos de su clase, se contentaban con decir que las tiendas que sirven de pabellon en el lugar en que se sacrifica se hallaban hechas girones y manchadas. Los tai-fu culpados eran castigados con arreglo á la gravedad de sus culpas; pero semejantes culpas no se anunciaban claramente, y proferian ellos mismos su sentencia, de la cual eran únicos ejecutores, porque nadie podia ponerles encima la mano. Ved aquí en qué forma se practicaba.

»Un tai-fu convencido con pruebas evidentes de algun crímen que mereciese la muerte, se citaba á sí mismo ante los jueces y comisarios nombrados por el soberano; se acusaba reo, concluia que no merecia vivir, y suplicaba se obtuviese para él el permiso de darse la muerte. Los jueces le decian en forma de exhortacion, cuanto era conducente á inspirarle vergüenza y arrepentimiento, é iban á tomar las órdenes del soberano. A su regreso, el tai-fu delincuente se cubria la cabeza con un gorro blanco, se vestia de luto, y se trasladaba á la puerta del palacio, llevando en la mano el sable lavado por sí mismo con agua pura en el lugar de los sacrificios. Apenas llegaba, arrodillábase con el rostro mirando al Poniente, y aguardaba se le intimase el castigo por él solicitado. *Nuestro comun señor*, le decia uno de los comisarios, *se ha dignado tener consideracion á vuestros ruegos*; *haced lo que conviene.* Entonces alzaba el reo el sable y se daba la muerte.

«Hace tiempo que esta sábia ley no se halla en vigor entre nosotros. Los tai-fu cometen los delitos demasiado á cara descubierta para que se les pueda indicar con nombres diversos de aquellos que se les dan comunmente. En vano se querria no hablar de ellos sino bajo el velo de la alegoría; porque el pueblo no se dejaria engañar. Testigo del lujo, del orgullo y de los vicios vengonzosos á que se abandonan estos grandes dignatarios; víctima de sus vejaciones y de su avaricia, ¿cómo podria persuadirse de que no se habian hecho culpados mas que de algunas negligencias en el desempeño de su cargo? La sencillez de nuestras costumbres primitivas permitia á los antiguos obrar como entonces se hacia. Todo ha cambiado despues, y si hoy dia se observase al pié de la letra la antigua ley que me habeis recordado, se emplearía esta contra su propio espíritu, haciendo despreciable lo que en su institucion se procuró honrar. Haciendo sufrir pública é ignominiosamente á Chao-yeng-mao la pena capital, he reparado en cierto modo con

este ejemplo de justicia, el mal ejemplo de impunidad que se da con harta frecuencia por las personas de alta esfera. Mas raros serian los delitos de la gente de todas clases cuando todos se hallasen convencidos de que nó habia condicion que pudiese poner á salvo de una pena merecida. Por lo demás, estad persuadidos de que he usado bastante indulgencia no condenando á muerte sino al solo culpado; pues esta es la menor de las penas que he podido imponerle. Siguiendo en rigor las leyes, quizá habria debido desaparecer de la superficie de la tierra toda su estirpe. La ley dice: *Se esterminará hasta la quinta generacion, por el delito de rebelion contra el cielo y la tierra; hasta la cuarta generacion, por el delito de rebelion contra los superiores y los magistrados; hasta la tercera, por el hábito de los delitos contra la ley natural; hasta la segunda, por la abolicion del culto de los espíritus superiores é inferiores* (*chin y cuei*): *y se dará irremisiblemente la muerte á quien quiera que haya muerto á alguno ó que haya causado su muerte de un modo injusto.*»

Esta ley fatal que Cung-seu no llevó á efecto, seguramente porque reconoció lo injusto y desproporcionado de su penalidad, se halla, sin embargo, todavía en vigor en la China en muchas circunstancias. Resto tradicional de aquel antiguo dogma de la mancha indeleble trasmitida á toda la estirpe por el cabeza de ella, y que se perpetuó hasta nosotros, si no en la penalidad física, á lo menos en la penalidad moral que se adhiere á los descendientes de un delincuente: porque no obstante la proteccion de nuestras leyes, el hijo de un ajusticiado por delitos se verá todavía perseguido en nuestra sociedad, por la fatal criminalidad del padre, como si toda la estirpe fuese solidaria de ella, y esto tambien hasta la quinta ó sesta generacion.

Mientras Cung-seu fue ministro del rey de Lu, no atendió mas que á reformar los abusos, á sostener dignamente los intereses de su gobierno y el honor de su país. Pidió por tanto al rey de Tsi la restitucion de tres ciudades fronterizas de que se habian apoderado sus ministros, y que pertenecian á los reyes de Lu; y se le respondió, que para arreglar aquel negocio á satisfaccion de ambas córtes, convenia que los dos soberanos se trasladasen personalmente á los confines. El rey de Lu, de acuerdo con el parecer de sus ministros, consintió en ello; pero Cung-seu, que tenia gran conocimiento de los hombres y de las cosas, le aconsejó no concurrir sino bajo buena guarda. «He oido siempre decir que en un Estado bien regido no iban nunca las letras sin las armas, ni las armas sin las letras para procurarse mútuamente auxilio. Cuando los antiguos reyes pasaban á los Estados vecinos, ó aunque no fuese mas que á sus fronteras, iban acompañados de los sábios y de los guerreros.»

El rey de Lu aprobó y siguió tal consejo. Estando todo dispuesto para la marcha, hizo Cung-seu ir delante á un tai-fu á la cabeza de trescientos carros armados y él salió despues de algunos dias con el rey, siguiéndoles otros dos tai-fu al frente de sus tropas á alguna distancia. Al llegar á los confines de sus Estados, hizo el rey tomar posiciones á sus dos generales, ordenándoles no hacer movimiento alguno si no veian la señal que se les daria en caso de que su persona se hallase en peligro. Al dia siguiente, el rey de Lu y su comitiva se adelantaron hasta el sitio indicado para la conferencia de los dos reyes en Kia-cu. El de Tsi habia llegado hacia algun tiempo, y habia hecho ya los preparativos al efecto con una magnificencia estraordinaria. Sobre una altura que dominaba toda la campiña, habia hecho construir un edificio mas semejante á un palacio que á una tienda erigida para algunos dias. Subíase á ella por tres órdenes de gradería, uno á la derecha, otro á la izquierda, y el tercero enmedio: habia en ella dos tronos enfrente uno de otro; aquel en que debia sentarse el rey de Lu, se alzaba á la izquierda del rey de Tsi, y por consiguiente en el puesto de honor; porque el reino de Lu habia sido erigido por Vu-vang en favor de su hermano Cheu-cung, y el de Tsi no era mas que una concesion hecha á un general suyo que habia asistido á aquel rey para fundar su dinastía sobre las ruinas de la de los Chang. Cung-seu quedó contento de tales disposiciones; pero como le refiriesen que el rey de Tsi tenia un séquito numerosísimo y que además se veian llegar todos los dias hombres de guerra á las fronteras de sus Estados, entró en desconfianza, y quiso tomar por su parte todas las precauciones que estaban en su mano. Hizo ordenar á los dos tai-fu que capitaneaban diez mil carros armados, que se aproximasen lo mas posible al lugar de la conferencia para ver las señales, y socorrer á su soberano si fuese menester; y puso al tercer tai-fu con todos sus guerreros en los contornos de la eminencia en que debian avistarse los dos reyes.

No eran inútiles semejantes precauciones. Uno de los tai-fu del rey de Tsi habia arrastrado á su señor á tender una emboscada al rey de Lu, y sorprenderlo para obligarlo á suscribir á cuanto se exigiese de él; pero el prudente y perspicaz Cung-seu hizo abortar sus designios. La noche que precedió á la entrevista, lo habia dispuesto todo el tai-fu de Tsi para su intento. Habiéndose trasladado los dos reyes con sus comitivas al paraje preparado, subieron simultáneamente á la altura, cada uno por el brazo de escalera que conducia á su trono. Cung-seu acompañaba al rey de Lu, y al rey de Tsi, Yen-ling, su primer ministro. Adelantáronse los dos ministros hasta el medio de la plataforma, y se inclinaron profundamente uno ante otro: estrecháronse la mano en señal de amistad, y en seguida se retiraron cada uno de su parte. Los dos reyes, en pié delante de su respectivo trono, se saludaron; y empezando á hablar el de Lu, dijo: «Desciendo del gran Cheu-cung, y vos descendeis del ilustre Taí-cung, su maestro y señor; debemos vivir unidos como lo estaban nuestros ascendientes.

—Esto (respondió el rey de Tsi) forma el mas placentero objeto de nuestros deseos.» Y en esto, hizo regalo al rey de Lu de algunas curiosidades que habia llevado de su reino; el rey de Lu hizo otro tanto por su parte, y despues de los cumplimientos de uso, dijo el de Tsi: «He conducido músicos y bailarinas que

ejecutan maravillosamente la música y las danzas de las cuatro partes del mundo; quiero daros el gusto de oirlos y verlas.» Y sin aguardar la respuesta del rey de Lu, dió la señal convenida con los suyos. Al instante sonaron muchos tambores, y los instrumentos empezaron á tocar el aire de las danzas de los bárbaros de Lai-i. Los bailarines en número de trescientos, unos llevando estandartes galoneados de todos colores, otros sables, picas y armas de diversas especies, rompieron en evoluciones frenéticas. Trepan de improviso las escalinatas, y avanzan agitándose en mil formas hácia los dos reyes. Ante espectáculo tan inesperado, apenas pudo Cung-seu contener su enojo; pero la prudencia lo precisó á disimular. Aproximóse al rey de Tsi y le dijo: «Vuestra majestad y el rey mi soberano han venido á este sitio, no para ser testigos de lo que sepan hacer viles bailarines, sino para tratar asuntos importantes de sus reines, y concluir una paz que pueda durar hasta los tiempos mas lejanos. Ambos sois chinos, ¿por qué no hacer ejecutar música y danzas chinas, en las cuales no hay cosa contraria á la decencia? Ordenad, os ruego, á estos impudentes saltarines de Lai-i que se retiren cuanto antes. El modo con que se avanzan tumultuosamente hácia nosotros puede tener siniestras consecuencias.»

El primer ministro del rey de Tsi, no menos enojado que Cung-seu, agregó á las instancias del filósofo las suyas, y los bailarines fueron vergonzosamente despedidos. El pérfido tai-fu del rey de Tsi, viendo fallido su golpe, lejos de desconcertarse, se fué audazmente á aconsejar á su señor que perseverase mientras él ponia en juego á los comediantes. Vuelto al pié de la eminencia, dijo á la compañía que estaba ya preparada, y que no aguardaba mas que sus últimas órdenes: «No olvideis aquello en que estamos convenidos. Id, y haced lo posible por conmover al rey de Lu con los atractivos de la voluptuosidad ó provocando su enojo. Superaos á vosotros mismos, en particular, cuando canteis la escena *Pi-schun-chi-shci*. Os recompensaré sobre cuanto jamás pudiérais esperar.»

Tal escena era una descripcion de las disoluciones y de las infamias de Ven-kiang, una de las reinas de Lu, que habiendo quedado viuda aun en estremo jóven, y poseyendo la autoridad soberana, se abandonó á todo género de escesos.

Cuando todos los actores estuvieron en órden, dijo el rey de Tsi al de Lu: «La comedia que se va á representar no tiene nada de estraño, es puramente china; espero que quedareis contento.» Llegaron en esto los cómicos y empezaron. Eran mas de veinte entre hombres y mujeres, magníficamente vestidos y adornados del modo mas espléndido; las miradas, los gestos, las posturas, todas sus palabras, inspiraban molicie y voluptuosidad. El rey de Lu quedó encantado del principio; pero su sabio ministro Cung-seu, poseido de indignacion, aconsejó á su soberano que no dejase proseguir. El rey de Lu aparentó no oirlo. Solo cuando los actores llegaron á la escena *Pi-schiun-chi-schi*, la vergüenza hizo cambiar de color al rey, y Cung-seu, no pudiendo refrenar por mas tiempo los ímpetus de su ira, se acercó al rey de Tsi, y mirándole fijamente, le dijo: «Poco hace asegurásteis que queríais vivir con el rey mi señor como dos hermanos; supuesto esto, cualquiera que insulta á uno de vosotros, os insulta á entrambos. Por esto, nuestros generales y las tropas que mandan están al servicio del rey de Tsi; voy á llamarlos para que ejecuten las órdenes que les intimaré de vuestra parte.» Y con voz terrible que llenó de espanto á todos los actores y á los mismos reyes, llamó la guardia que estaba al pié del terraplen, del lado del rey de Lu.

Presentáronse al instante á la cabeza de algunos soldados dos tai-fu, con el sable desenvainado. «Tai-fu (dijo Cung-seu, señalándoles los dos principales actores que declamaban aquella escena licenciosa), esos viles histriones han insultado frente á frente á los dos reyes; esta culpa no puede lavarse mas que con la sangre; de ahora mas no merecen vivir; dadles muerte.» Obedeciendo los tai-fu, cortaron la cabeza á los dos actores. Los otros comediantes se pusieron al momento en fuga, y los dos reyes quedaron por algun tiempo como petrificados por la resolucion súbita y atrevida del filósofo ministro, y no dieron órden de ninguna especie. Cung-seu se aprovechó de estos momentos para hacer retirar á su soberano, y retirarse él tambien, al cuerpo de ejército que habia tenido la precaucion de situar no lejos del congreso. Asi quedaron otra vez frustrados los pérfidos designios del tai-fu de Tsi por la firmeza de Cung-seu, y el rey de Tsi se vió precisado á enviar públicas escusas al de Lu; le restituyó ademas las tres ciudades usurpadas, con sus dependencias, y se conservó la paz entre los dos Estados.

Otro rasgo de firmeza de parte del mismo Cung-seu es el de haber rebajado las atribuciones de los tai-fu para realzar el poder real. Aquellos grandes oficiales de la corona habian llegado á hacerse formidables á su señor y odiosos al pueblo por su orgullo y vejaciones. A imitacion de los grandes vasallos del imperio chino, que se habian hecho reyes, se constituian en independientes en las ciudades de sus feudos; tres de ellos habian formado de ellas plazas fuertes, con altos y espesos muros y obras avanzadas que las defendian.

Cung-seu hizo presente al rey que súbditos que tomaban semejantes precauciones, no estaban distantes de declararse en abierta rebelion. «Es preciso (le dijo) hacer volver al deber á aquellos que de él se han apartado; es necesario particularmente que los tai-fu no usurpen mayor autoridad de la que les está concedida. Nuestras leyes determinan la altura de las murallas que han de circuir las ciudades de diferentes órdenes; sin respeto alguno á ellas, tres tai-fu han convertido sus ciudades en semejantes de todo punto á las reales; altos muros almenados y flanqueados de torreones las hacen parecer la morada de otros tantos reyes. Ordenad que se demuela la demasía de dichos muros y que se echen por tierra aquellas torres; yo

mismo, si fuere menester, iré á ejecutar vuestras órdenes.»

El rey no se hizo instar mas. Entonces, llamó Cung-seu á su discípulo Seu-lu, muy hábil en el arte militar, y que ocupaba un lugar distinguido entre los oficiales del rey, y dándole el mando de un cuerpo de tropas, lo envió á los tres tai-fu para intimarles en nombre del soberano que se redujeren á los límites legítimos de su autoridad. Apresuróse el digno discípulo del filósofo á llenar su peligrosa mision, y la ejecutó desde luego con buen éxito respecto á dos de los tres tai-fu que habian dado que sospechar; el tercero se sometió despues.

No solo dirigió Cung-seu su atencion á los abusos de las altas clases; sino que todos aquellos que encontraba funestos para el mayor número, eran inmediatamente atacados y destruidos por él sin remision. Sirva de prueba el siguiente ejemplar, que ojalá se repitiese con frecuencia! Un rico particular habia hallado medio de apropiarse el derecho esclusivo de vender la carne; y poniéndolo sus riquezas en estado de pagar puntualmente, y aun de hacer anticipos, compraba á bajo precio y vendia estraordinariamente caro. Habíase ido apropiando poco á poco todo el ganado de los contornos; labriegos y pastores estaban á su servicio, y á él pertenecian todos los terrenos idóneos para el pasto en los alrededores. No obstante ser el arroz cocido en agua, con algunas yerbas saladas por condimento, el alimento mas comun del pueblo de Lu, asi como de los demás de la China, estaba en los usos del país que en ciertas circunstancias no pudiesen escusarse los mas pobres y de inferior condicion de dar banquetes, y en tales casos, se hacia necesaria la carne. Comprarla un poco mas cara ó un poco menos tres ó cuatro veces al año, era para cada uno en particular cosa leve; pero este poco, multiplicado por el número de los habitantes, producia al monopolista una ganancia inmensa. Informóse Cung-seu de la conducta de aquel hombre, y habiéndolo hecho llamar, le dijo: «He sabido que sois de los mas ricos de la ciudad. Si tales riquezas fuesen el fruto de vuestro trabajo, ó de una honrada industria, me regocijaria con vos; pero desgraciadamente no son debidas sino á un monopolio de que deberíais ser severamente castigado. Os perdono, con la condicion de que os corrijais, y que *restituyais al público lo que por vos ha sido robado al público*. La forma de la restitucion pondrá á salvo vuestro honor. No os reserveis mas que lo suficiente para vivir en honrada holgura, y dejad lo demás á mi disposicion para las necesidades del Estado. No intenteis justificaros y mucho menos burlarme ó engañarme, porque no lo lograríais. Os dejo algunos dias para dar las disposiciones; pensad seriamente lo que habeis de hacer. No tengo nada mas que deciros: idos.»

El monopolista, que hasta entonces habia sabido impedir que se le atajase en su ilícito tráfico, granjeándose la impunidad de parte de las personas que mandaban, comprendió por este discurso y por el tono con que fue pronunciado, que le seria imposible lograr lo mismo de un ministro dotado de una incorruptibilidad á toda prueba. Resignóse á lo que se le habia prescrito, y Cung-seu, satisfecho de la manera exacta con que le habia rendido las cuentas, no le exigió mas justificaciones, y lo dejó vivir en paz con lo que se habia reservado para su manutencion.

Como cabeza de la justicia, tuvo Cung-seu ocasion de hacer resplandecer mas de una vez su sabiduría. Habia señalado ciertos dias del mes para conocer por sí de los procesos llevados á su tribunal supremo. Un dia de audiencia pública se presentó un hombre acusando á su propio hijo de haberle faltado esencialmente al respeto, y suplicó se le juzgase con todo el rigor de las leyes. Cung-seu, en vez de condenar desde luego al hijo por la denuncia del padre, hizo arrestar á uno y otro, y los tuvo tres meses en prision. Al cabo de este término, hizo traer á entrambos ante sí, y preguntó al padre, de qué culpa acusaba á su hijo. Respondió aquel inmediatamente, que su hijo no era culpado en modo alguno, que mas bien él tenia que acusarse de haber ido á dar queja hallándose encolerizado, y que si habia algun reo, lo era él. «Queria asegurarme de ello (respondió Cung-seu con bondad); id, é instruid á vuestro hijo en sus deberes. Y vos, jóven, no olvideis que la piedad filial es la primera de las obligaciones.»

Semejante juicio hizo gran ruido en la ciudad; en donde encontró, segun costumbre, panegiristas y censores. Un antigüo discípulo de Cung-seu, que habia llegado á ser tai-fu, fue de los mas ardientes entre los últimos. «Mi maestro me ha engañado (decia); la primera instruccion que me dió cuando entré en mi cargo fue la de hacer observar con la mayor atencion cuanto prescribe la piedad filial; porque *precisamente sobre la observancia de los deberes que prescribe la piedad filial, reposa el edificio del gobierno. Todo hijo*, me decia, *que ofenda esencialmente á su padre merece la muerte* (1). Esta doctrina nos ha sido trasmitida por los sabios emperadores de la antigüedad, y nada se ha de omitir para resucitarla y procurar volver á ponerla en vigor: y hé aquí que, en menosprecio de esta doctrina, perdona él á un hijo culpado.»

Se supone que el filósofo no carecia de buenas razones para justificar su conducta. Respondió, pues, que habia querido dar una leccion á tres especies de gente; á los hijos que no tienen para con sus padres el respeto debido; á los padres y madres que no se toman el cuidado de instruir en sus obligaciones á aquellos que han puesto en el mundo; y finalmente, á los jueces, para que no se apresuren á sentenciar sobre acusaciones dictadas por la ira ú otra pasion. Con haber suspendido el juicio habia puesto en espectativa á todos, y padre é hijo habian tenido tiempo de reflexionar acerca de sus recíprocos deberes. Si hubiera deliberado por la acusacion del padre, habria castigado á aquel hijo conforme á la ley, y ocasionado en tal

(1) Esta ley se observa todavía en la China en casos graves, que no llegan hasta el parricidio. Golpear á su padre ó á su madre, es delito de muerte.

modo la desventura del padre y de toda la familia.

«Un juez (dijo el filósofo á su antiguo discípulo), un juez que castigase indistintamente á todos los que pareciesen haber violado la ley, no seria menos cruel que un general que pasase á cuchillo á todos los habitantes de una ciudad tomada por asalto. Entre la gente de las clases inferiores, ó del ínfimo pueblo, uno que falta á sus deberes no es muchas veces culpado sino á medias; y (aun en ocasiones es inocente) porque ignora sus obligaciones; castigarlo en tal caso, seria castigar á un inocente. Los que merecen castigo severo son los grandes cuando dan malos ejemplos; los magistrados superiores que no han exigido de sus subalternos que instruyesen al pueblo; vos, yo, si en nuestros puestos faltamos á nuestros deberes, si no exigimos de los que tienen destinos el cumplimiento riguroso de sus respectivas obligaciones. Usar de indulgencia para con estos, y obrar con rigor respecto á las clases inferiores del pueblo, es injusto y contrario á la recta razon. Castigad, dice el antiguo libro; haced morir á los que lo merecen; pero no olvideis que nadie merece castigo, y mucho menos el de muerte, si no ha cometido yerros ó delitos voluntarios, y conociéndolos por tales. Empezad, pues, por instruir, y castigad despues á aquellos que con menosprecio de los amaestramientos recibidos hayan faltado á sus deberes.»

La sabia administracion de Cung-seu hacia cada vez mas floreciente el reino de Lu. King-cung, rey, ó mejor dicho príncipe (1) de Lu. quiso tener frecuentes coloquios con su ministro filósofo. Un dia que King-cung estaba discurriendo con él sobre ciertos usos de la antigüedad, le preguntó por qué los emperadores habian establecido el uso de unir sus antepasados al cielo en los sacrificios que solian ofrecer. «El cielo (respondió Cung-seu) es el principio universal, el manantial fecundo de que proceden todas las cosas. Los antepasados, procedentes de este fecundo orígen, son á su vez fuente de las generaciones que los siguen. Dar al cielo muestras de gratitud es el primer deber del hombre; mostrarse reconocido hácia sus antepasados es el segundo. Para llenar este doble deber, é inculcar su obligacion á las generaciones futuras, estableció el santo hombre Fo-hi ceremonias en honor del cielo y de los antepasados, determinó que inmediatamente despues de haber sacrificado al soberano supremo (Chang-hi), se hubiese de rendir homenaje á los antepasados: pero como el Chang-ti y los antepasados no son visibles con los ojos del cuerpo, imaginó buscar en el cielo que se ve, emblemas que los indicasen y representasen.

—Antes de que prosigais (interrumpió King-cung), decidme por qué no se honra al Chang-ti por do quiera del mismo modo (2).

—Porque es menester (respondió el filósofo) que en el ceremonial que se observe haya una diferencia positiva entre el *hijo del cielo* (el emperador ó rey superior) y los otros soberanos. El hijo del cielo, sacrificando al Chang-ti, representa el cuerpo entero de la nacion, le dirige sus plegarias en nombre y por las necesidades de toda la nacion; los otros soberanos, no representando cada uno de ellos mas que aquella porcion particular de pueblo que ha sido confiada á su cuidado, ruegan al Chang-ti solo á nombre de aquellos á quienes representan. Vuelvo á lo que os estaba diciendo: Al Chang-ti se le representa tambien bajo el emblema general del cielo visible, y se le representa igualmente bajo los emblemas particulares del sol y de la tierra; porque precisamente por medio de estos gozan los hombres de los beneficios del Chang-ti, respecto á subsistencia, utilidad y placeres de la vida.

»Con su calor benéfico da el sol alma á todo, todo lo vivifica. Es á nuestros ojos lo que hay mas brillante en el cielo; nos ilumina de dia, y nos hace alumbrar de noche por la luna. Observando el curso de estos, y comparando al uno con el otro, han llegado los hombres á distinguir los tiempos para las diversas operaciones de la vida civil, y á fijar las estaciones para no confundir el órden de los cultivos que deben á la tierra.

»Los antiguos, con la intencion de mostrar su gratitud en términos de que tuviesen alguna analogía con los beneficios y que fuesen propios para despertar la memoria de estos, al instituir el uso de las ofrendas al Chang-ti, determinaron el dia del solsticio de invierno; porque entonces el sol, despues de haber recorrido los doce palacios que parece tener señalados el Chang-ti para su anual habitacion, empieza de nuevo su carrera, para empezar tambien nuevamente á distribuir sus beneficios.

«Habiendo satisfecho en cierto modo los corazones sus deberes para con el Chang-ti, al cual, como principio universal de cuanto existe, estaban obligados por su propia existencia y la de lo que sirve á mantenerla, se volvieron como por sí mismos hácia aquellos que por vía de generacion les habian trasmitido sucesivamente la vida, fijaron en honor de ellos ceremonias respetuosas por complemento del sacrificio solemne ofrecido al Chang-ti; y asi terminaba aquel acto augusto de la religion de nuestros padres. Los Cue, estimando conveniente añadir algo á este ceremonial, instituyeron un sacrificio que habia de ofrecerse solemnemente al Chang-ti por primavera, para darle gracias en particular por los dones que hace á los hombres por medio de la tierra, y rogarle impidiese qué

(1) Los historiadores no dan el título de *rey (vang)*, durante las dinastías feudales de los Chen, mas que á los príncipes reinantes de la misma dinastía; á los jefes de los Estados feudales que eran denominados *reynos (cue)*, no les dan mas que el de *príncipes ó duques (cung)*.

(2) El padre Amiot añade aquí esta nota: «Por el contenido de las respuestas de Cung-seu resulta de un modo evidente; 1.° que las espresiones de *Cielo* y *Chang-ti*, son á veces sinónimas é indican el Ser Supremo; 2.° que el vocablo *Cielo* es tomado tambien alguna vez en sentido puramente natural, y que entonces no significa sino lo que nosotros llamamos firmamento; 3.° que los sacrificios ofrecidos en apariencia al *Cielo*, al *Sol*, á la *Luna*, á la *Tierra*, etc., son en realidad ofrecidos al *Chang-ti*, en agradecimiento de los beneficios de que colma á los hombres por medio del cielo material, del sol, de la luna, de la tierra, etc.; 4.° que lo que alguna vez se llama con el nombre de *Sacrificio á los antepasados*, no es en suma sino un testimonio esterno de gratitud y respeto hácia aquellos de quienes se recibió la vida.» No diré mas en la materia: el lector inteligente y sin preocupaciones, sacará por sí mismo todas las consecuencias que se desprenden.

los insectos, que por entonces empiezan á buscar alimento, no dañasen á la fecundidad de la madre comun. Estos dos sacrificios no pueden ofrecerse con solemnidad en el Kiao sino por el Hijo del cielo: el rey de Lu no debe ni puede ofrecerlos. Por esta prerogativa, aneja á su dignidad, se diferencia el Hijo del cielo de los otros soberanos.»

Pidió en esto el rey noticias circunstanciadas acerca del Kiao, el Tan, las víctimas, los utensilios y otros objetos que sirven al Hijo del cielo en los grandes sacrificios.

«Lo que se llama el Kiao (respondió Cungseu) es hoy un edificio circuido de muros, en cuyo recinto se levanta una eminencia ó terraplen que tiene el nombre de Tan. Eligióse para este edificio un sitio fuera de las murallas de la ciudad á la parte del Oriente; porque el Chang-ti es representado bajo el emblema del sol, y el sol se muestra, para empezar su carrera, en aquella parte del cielo. Se erigió en el recinto de aquella construccion el Tan, dándole forma redonda, para denotar que las operaciones del cielo y de la tierra, dirigidas por el Chang-ti en beneficio de cuanto existe, son sin fin, siguiéndose y sucediéndose de nuevo con la misma regularidad.

»En cuanto al gran sacrificio que el Hijo del cielo ofrece en el templo del solsticio de invierno, la única víctima que en él debe inmolarse es un ternero al cual empiecen apenas á despuntar las astas, que no tenga defecto alguno esterno, y que sea de pelo que tire á rojo, despues de haber sido alimentado por espacio de tres meses en el recinto del Kiao. Un buey, sea cual fuere, basta para el sacrificio menos solemne que, solo desde la época de los Cheu, ofrece el Hijo del cielo al Chang-ti en la estacion de la primavera. Asi, pues, bajo cualquier denominacion que se rinda el culto, sea cual fuere su objeto aparente, y sean de la naturaleza que se quiera las ceremonias esternas, siempre se rinde al Chang-ti.

»El rendir homenaje á los antepasados en el recinto mismo del Kiao, se usa de tiempo inmemorial. Túvose por objeto al establecerlo, el tomar por testigos de no haber cambiado nada de sus sabias instituciones, á aquellos á quienes se era deudores de la vida y de lo que somos en el órden civil. Antes del sacrificio, se les previene de lo que se va á hacer; despues del sacrificio, se les anuncia lo que se ha hecho.

»La tradicion nos enseña que antiguamente, cuando el Hijo del cielo debia ofrecer el gran sacrificio, se trasladaba primero al aposento en que se cree que los antepasados han fijado en comun su morada; informábalos del motivo de su visita, y les pedia sus órdenes: de allí pasaba al aposento particular de aquel á quien debia inmediatamente la vida, y le rogaba se complaciese en señalar él mismo el dia y hora del sacrificio. Pero como los retratos ó las reliquias del padre y de los abuelos del Hijo del cielo no tenian voz para hacerse entender, se ideó leer su voluntad en la concha de una tortuga á la cual se aplicaba fuego. Todo esto se hacia para mostrarles la mas respetuosa deferencia. Provisto el Hijo del cielo del consentimiento y de las órdenes de aquellos, se trasladaba solo al Tseu-cung, esto es, á aquel pabellon secreto rodeado de un canal lleno de agua, cuyo ingreso estaba vedado á todos escepto al sacrificador. Allí, permaneciendo modestamente en pié, se recogia por algun tiempo, como para oir las últimas instrucciones que estaban para dársele: adelantábase despues hasta el sitio en que estaban depositadas tales instrucciones por escrito; tomábalas, y volviendo atrás, las llevaba gravemente con ambas manos, y al llegar al umbral de la puerta de dentro, las mostraba á los grandes, á los mandarines y á los oficiales de su comitiva. Hecho esto, las volvia á llevar á donde las habia tomado, y se retiraba á su aposento. Llegada la hora del sacrificio, poníase la gorra *pi-pien*, y los mandarines anunciaban al pueblo que el Hijo del cielo, por órden de sus ascendientes, iba á ofrecer el sacrificio al Chang-ti, á beneficio comun, y á nombre de todos; y exhortábalo á respetuosa atencion, para no hacer nada que desagradase á aquel de quien se aguardaban los mas copiosos favores.

»En aquel dia, nadie se presentaba de luto: aunque hubiese muerto el padre ó la madre, no se lloraba, como suele hacerse en otras ocasiones. Los que para atender á sus negocios se veian obligados á salir de casa, no se presentaban por las calles sino con la mas respetuosa decencia. Aunque ningun dependiente del gobierno estaba encargado de precisarlos á ello, se conducian de esto modo de por sí, por amor á sus deberes y con la mira de concurrir en cuanto de ellos dependia, á la majestad del culto.

»Antes de salir de su aposento para trasladarse al sitio propio del sacrificio, se vestia el Hijo del cielo con la toga *ta-kieu* (hecha de piel de oveja con la lana negra, y forrada de piel de zorra blanca, ambas con el pelo de la parte afuera): sobre la toga se ponia el manto llamado *cuen*, en que se veian representados el dragon, el sol, la luna y las estrellas. Asi ataviado, subia en un carro, no pintado, liso, y desnudo de todo adorno. Iba el carro precedido de doce estandartes, en que campeaban el sol y la luna, como símbolos de lo que acaece en el cielo visible en el curso de un año; esto es, el tiempo que el sol emplea en recorrer sus doce casas para volver al punto de donde habia partido; lo cual era mas espresamente denotado aun por los doce cordones formados de piedras preciosas que penden de ambos lados de la gorra de ceremonia, en la que se hallaban igualmente representados con colores el sol y la luna. El camino por donde pasaba la religiosa comitiva desde la morada del soberano hasta el pié del Tan, ó del monton de tierra orbicular y realzado sobre que debia cumplirse el sacrificio, estaba preparado con el mayor esmero (Chia-iu).»

Habiendo fallecido el rey de Lu, su sucesor Ñai-cung, descuidó las instrucciones de Cungseu, á quien no miraba sino como un docto y un filósofo, cuyo principal mérito era el conocimiento de los libros y un celo desmedido por las costumbres antiguas. No teniendo ya el filósofo empleo en su patria, se retiró al reino de Vei, pero no tardó en volver á ser llamado. Fué el

príncipe en persona á aguardarlo á una casa real poco apartada de la ciudad, y lo acogió en ella con los honores que hubiera podido dispensar al embajador de un gran soberano: hízole multitud de preguntas pueriles, á las cuales no se desdeñó de responder el filósofo.

«Maestro (le dijo el príncipe), ¿deben vestir los filósofos de otra manera que los demás hombres? ¿qué traje les conviene mas, y por cuál se les puede distinguir?—Príncipe (respondió Cung-seu), no he aprendido todavía cómo deben vestir los filósofos. Lo que sé bien es que, vistan del modo que vistieren, su primordial objeto es lo esquisito de la sabiduría: me parece, sin embargo, que deberán vestir como se vista en el país en que vivan. Yo, que soy del reino de Lu, he llevado en la infancia el vestido *fung*, como los demás niños. Habiéndome hecho grande, fuí al reino de Sung, y adopté la gorrilla *yang-fu*, que allí se llevaba por los de mi edad. Si hubiera ido á otra parte.... Comprendo (interrumpió el rey); no hay nada determinado acerca del traje de los filósofos. Pero, ¿es quizá lo mismo respecto á su modo de vivir?» Quiso Cung-seu escusarse con las difusas particularidades en que le seria preciso entrar para satisfacer la curiosidad del rey; pero este, obligándolo á tomar asiento, le rogó se las dijese en compendio.

Entonces Cung-seu comenzó asi: «El verdadero filósofo no se ingiere por sí en los festines por tener ocasion de lucir, sino que aguarda á ser invitado. Si es del número de los convidados, asiste, y hace exactamente y sin ostentacion todo lo que el ceremonial prescribe. Y si acaso no se para la atencion en él, no se ofende de ello, ni da señales de descontento.

»Se ocupa de la mañana á la noche en aquello que puede proporcionarle alguna virtud, ó aumentar sus conocimientos. Si se siente con bastante rectitud y firmeza para llenar los altos empleos, no los rehusa cuando se le ofrecen, y hace toda clase de esfuerzos para desempeñarlos dignamente. No ambiciona honores, no procura acumular tesoros; la adquisicion de la sabiduría es el único tesoro á que aspira; merecer el nombre de sabio es el único tesoro que anhela.

»No emplea en los negocios mas que hombres sinceros y rectos; no da confianza mas que á los fieles y seguros. No se postra ante los superiores, no es soberbio con los inferiores; es respetuoso para con los primeros, y afable para con los segundos; y da á cada uno lo que le es debido. Hace estimacion de los hombres de letras, pero no mendiga sus sufragios; no se baja ante ellos, ni tampoco se realza. Inaccesible á todo temor cuando hace lo que debe, una conducta sin tacha, unida á puras y rectas intenciones, le sirve de escudo contra todos los dardos que se le pudieran disparar; la justicia y las leyes son armas de las cuales se sirve para defenderse y atacar. El amor que profesa á todos los hombres le confiere el derecho de no temer á ninguno; la escrupulosa exactitud con que practica las ceremonias, obedece las leyes y se sujeta á la observancia de los usos recibidos, forma su seguridad hasta entre los tiranos. Sea cual fuere la estension de su saber, se afana siempre por dilatarla; estudia sin descanso, pero no hasta aniquilarse.

«Por mas firme que esté en la senda del bien, vela continuamente sobre sí; en todo aquello que es honrado y bueno no ve nada de pequeño; las mas minuciosas prácticas refluyen por su parte en provecho de la virtud. Es grave cuando reprende; afable y bueno con todos; alegre y de humor igual con sus amigos. Se complace con preferencia en la compañía de los sábios; pero no rechaza á los que no son tales. En la vida íntima no muestra prediteccion por un miembro de su familia mas bien que por otro; en privado ó en público trata igualmente á los hombres. Si le hubiere uno ofendido gravemente ó con palabras injuriosas ó con acciones insultantes, él no da muestras de ira ni de ódio, y aquel esterior sereno y de calma es una prueba no equívoca de la tranquilidad de su ánimo.

»El verdadero filósofo procura hacerse útil al Estado en cualquier manera. Si por algun acto ruidoso ó por alguna obra importante merece bien de la patria, no hace valer sus servicios con la mira de ser recompensado; aguarda modestamente y con paciencia á que se le haga justicia; y si acontece que en la distribucion de los premios se olvidan de él, ni murmura, ni se queja. El voto de los hombres honrados, el honor de haber contribuido en algun modo á las ventajas de sus conciudadanos, es la satisfaccion de que goza su alma por haber hecho el bien por solo el bien; es para él la mas lisonjera de todas las recompensas. Y si su mérito le hace ganar la altura de los honores, no entra en su mente pensamiento alguno de orgullo; no pierde nada de su acostumbrada modestia, y es accesible á cuantos lo visitan para consultarlo ó instruirse como lo seria tambien si la fortuna adversa lo pusiese á la prueba de sus rigores. El cambio, en una palabra, ó en bien ó en mal, de la suerte, no altera lo mas mínimo sus costumbres ni su conducta; es siempre el mismo.

»Ocupado únicamente en llenar su papel en este mundo ó en sostenerlo del mejor modo posible; contento con el puesto que ocupa entre sus semejantes, no ambiciona ser lo que no es, no siente envidia de aquellos, cuyo mérito, discrecion, ciencia y talentos son iguales ó superiores á los suyos en la opinion de los hombres; no desprecia á quien acaso se halla privado de tales dotes; vive en buena armonía con los unos y con los otros; confórmase con todo y con todos, y los respeta igualmente como sus semejantes en el órden de la naturaleza. Este respeto y esta buena armonía hacen nacer la benevolencia: las suaves maneras decentemente agradables y afectuosas, son su fruto: y los elogios apoyados en la verdad, prodigados cortesmente, pero sin afectacion, y los servicios prestados en ocasiones oportunas, y sin que hayan sido solicitados, ponen el colmo á la perfeccion. De semejante conjunto sale consecutivamente aquella caridad universal que no hace distincion de personas y abraza todo el género humano; de cuya virtud, como de manantial vivo, se derivan

todas las demás; por esto el verdadero filósofo procura adquirirla antes que todas, y con preferencia á todo; por ella se distingue del hombre vulgar; ella dirige toda su conducta y esparce por decirlo asi, la vida sobre cualquiera accion suya.»

El autor del *Kia-in*, ó *Discurso familiar sobre la vida de Cung-seu*, que trae este coloquio, añade que desde entonces no volvió á admitir el rey al filósofo á su presencia sin darle pruebas de la mas solemne estimacion. Lo tuvo en su córte, se hizo su discípulo, lo trató con las distinciones que dispensaba á los embajadores, y no dejaba de consultarlo en todo, para recibir su instruccion. Quiero, le decia, mirar en adelante como amigos mios á todos los sábios; y el interés que desplegaré en colmarlos de honores formará una de las principales atenciones de mi gobierno.—Está muy bien (respondia Cung-seu), pero un rey grande debe proponerse un blanco mejor aun; debe profesar un tierno amor á todos sus súbditos; emplearse en proporcionarles los medios de atender honradamente á las necesidades de la vida; hacer de modo que la pasen felices y contentos, y apetezcan vivir bajo su reinado.—El asunto no es tan fácil (contestó el rey). ¿Cuáles son los medios para lograrlo?—Es preciso empezar por disminuir los impuestos, ó dejar únicamente aquellos cuya importancia conozcan todos; no sobrecargar al pueblo de trabajo; hacerlo instruir con exactitud acerca de sus deberes, y no olvidar nada á fin de que los cumpla.»

El rey no replicó, quizá porque cuanto habia oido dejó en su ánimo una impresion profunda; y apresuróse en seguida á distraerse, convidando al filósofo á un ligero almuerzo. A la mesa, Cung-seu empezó por donde el rey y los otros comensales tenian costumbre de acabar; y asi, comió primero los manjares de granos, reservando los melocotones para lo último. Los conmensales del rey no pudieron contener la risa, pensando que esto consistia, ó en falta de práctica ó en distraccion; el rey por su parte no rió, habiendo supuesto que Cung-seu obraba asi de intento y con la mira de darle una útil leccion. «Maestro (le dijo), mi gente se rie al veros comer las semillas antes que la fruta, y se maravilla de que un hombre que ha frecuentado la córte y que conoce los usos, pueda trastornar el órden de tal modo.»

—Príncipe (respondió el filósofo), yo no trastorno el órden, antes lo restablezco; lo que vos llamais uso no es sino un abuso. He dado la preferencia á los granos sobre la fruta, porque siendo aquellos el principal alimento del hombre en sociedad, merecen semejante primacía en comparacion con todos los demás manjares; mereciéndola ademas por sí mismos, por carecer de las cualidades mas ó menos nocivas de que rara vez están exentos los demás alimentos, de modo que es bueno cuanto los compone. Por eso en las oblaciones que siguen ó preceden á los sacrificios del emperador al Espíritu del cielo y de la tierra, no menos que en aquellos en que rinde homenaje á sus ascendientes, ocupan los granos el primer lugar. El ofrece granos, ó pasta cocida hecha con harina de grano, y no melocotones. El antiguo uso, que Yao y Chun no desdeñaron, y al cual se adhirieron despues de ellos los mas ilustres emperadores, era el de comer los granos antes de las frutas, y yo he creido deber conformarme con él delante de vuestra majestad para avivarle su recuerdo.»

Parece que hizo impresion en el rey de Lu la leccion del filósofo; porque, asegurándole que le gustaba mucho oir hablar de antigüedades, le preguntó al instante chanceándose de qué hechura era el gorro con que Chun se cubria cuando comparecia en público; lo cual dió ocasion á Cung-seu para suministrar al rey nuevas lecciones de antigüedad que no se esperaba de su pregunta. Por esto no le cansaron jamás los discursos del sábio, y un dia le dijo: «He determinado no emplear de hoy en adelante mas que filósofos en la administracion de los negocios de mi reino, y no tener á mi lado sino hombres que como vos cultiven la sabiduría. Espero que tendreis á bien indicarme por qué señales se les podrá conocer.

—En el siglo en que estamos (respondió Cung-seu) y en los tiempos en que vivimos, los filósofos son los que se consagran al estudio de la antigüedad, que visten como los hombres de la antigüedad, y que en lo demás se conducen en términos que inspiran respeto.

—Si no se requieren mas que esas condiciones para ser filósofos, no es ciencia muy difícil de adquirir (replicó el rey): fácil es llevar vestidos, bonete y faja cuales se llevaban en otros tiempos.

—No habeis dado en mi pensamiento (respondió Cung-seu). Para distinguir á los filósofos de los que no lo son, es menester tener una idea, á lo menos general, de las diversas clases que componen la sociedad. Pueden reducirse á cinco. La primera y mas numerosa abraza una multitud de hombres, de todos los estados, no distinguidos por cualidad alguna, los cuales no hablan sino por hablar, sin pararse en si dicen bien ó mal, si es su hablar oportuno, ó si puede resultar de él algun inconveniente; en una palabra, que apenas obran mas que por instinto, haciendo hoy lo que ayer, para volver á lo mismo mañana; que nada pueden por sí, mientras no sean dirigidos, y que se dejan guiar sin saber á dónde serán conducidos; que hallándose fuera de posibilidad de discernir las ventajas sólidas y reales y los intereses de mayor importancia, ven fácilmente un pequeño provecho, un vil interés, en las cosas mas ténues, y tienen suficiente destreza para procurárselo; que están dotados de entendimiento como los otros, pero que no alcanza mas allá de los ojos, de las orejas ó de la boca; en una palabra, aquellos que comunmente se denominan vulgo.

»La segunda se estiende á cuantos están instruidos en las ciencias, en las letras y en las artes liberales; que se proponen un fin en esto, y conocen los medios de alcanzarlo; que sin haber penetrado en la médula de las cosas, saben sin embargo lo suficiente para discurrir sobre ellas é instruir á otros; que, ya hablen, ya obren, se hallan en estado de dar razon de cuanto dicen ó hacen; que pueden confrontar los

objetos entre sí, y discernir en qué términos resultan nocivos ó provechosos; que sin hallarse al cabo de todas las leyes, están instruidos de ellas cuanto basta para obedecer las generales, y conformarse con los usos recibidos; que sabiendo ya mucho, no ignoran que les queda todavía mucho por saber; que con sus lecciones y ejemplos pueden influir sobre las costumbres públicas y aun sobre el gobierno; que procuran hablar bien, antes que hablar mucho, hacer bien lo poco que hagan, antes que emprender mucho; que sin codiciar las riquezas ni temer la pobreza, viven contentos con la fortuna de que disfrutan. Esta clase puede llamarse de los literatos.

»La tercera se refiere á aquellos que en sus palabras, en sus acciones y en el conjunto de su conducta no se apartan jamás de lo prescrito por la sana razon; hacen el bien por él solo, no incurren en ningun esceso, no se apasionan por nada, no se apegan á nada; son constantemente los mismos, asi en las vicisitudes prósperas como en las adversas; hablan hasta donde conviene que hablen, callan si conviene, siendo bastante firmes para no disfrazar nunca sus sentimientos en las ocasiones en que es conveniente espresarlos, aun á riesgo de perder su fortuna, y aun mas; que miran á todos los hombres poco mas ó menos con iguales ojos, como si todos abrigasen el gérmen de idénticos vicios y de idénticas virtudes; no anteponiéndose á ninguno, porque no hay ninguno que no pueda igualarles ó sobrepujarles aun en la parte buena, y porque pueden estos mismos llegar á hacerse semejantes á los mas viciosos; que no se limitan á adquirir las ciencias por los medios ordinarios con que se enseñan, sino que recurren hasta su orígen para encontrarlas sin mezcla de cosa estraña, no desalentándose cuando no pueden conseguirlas, ni enorgulleciéndose si las poseen. Estos pueden condecorarse con el nombre de filósofos.

»Coloco en la cuarta clase á aquellos que en ninguna circunstancia se desvian de la verdadera senda del medio; que tienen una regla fija de conducta y de costumbres, mas allá de la cual no se permiten nada; que llenan con suma exactitud y constancia invariable hasta sus mas pequeñas obligaciones, usando toda clase de esfuerzos para no contradecirse jamás, conteniendo sus pasiones en justos límites, y combatiéndolas cuando tratan de evadirlos; que velan siempre sobre sí propios, para impedir á los vicios que broten y se desarrollen; que no dicen una palabra que no sea medida y que no pueda servir de instruccion; que no ejecutan accion alguna no buena en sí misma y que no pueda proponerse por ejemplo; que no temen fatiga ni penalidad, cuando se trata de reducir á los límites del deber á quien se ha estraviado de ellos, de instruir en sus obligaciones á los ignorantes, y de prestar á todos los servicios que de ellos dependen, sin distincion de pobres ó ricos, de hombres de autoridad ó de simples artesanos, no teniendo mira alguna de interés, y sin exigir siquiera el sentimiento de una estéril gratitud de parte de aquellos á quienes hubieren hecho beneficios. Esta clase abraza los hombres síncera y solídamente virtuosos.

»La quinta es la mas elevada á que un hombre puede llegar, y es la de aquellos hombres estraordinarios que reunen en su persona las mas hermosas cualidades del espíritu y del corazon, perfeccionadas por el feliz hábito de cumplir voluntariamente y aun con júbilo todos los deberes que la naturaleza y la moral de consuno imponen á séres racionales que viven en sociedad; que hacen bien á todo el mundo, y que, como el cielo y la tierra, no interrumpen jamás sus benéficas operaciones; que son imperturbables en su género de vida, como el sol y la luna en su curso; que ven sin ser vistos, y obran de una manera invisible, á semejanza de los espíritus. Esta clase escasísima puede llamarse de los perfectos y de los santos (ching).

»Si fuese fácil hallar tales hombres, no os serian menester otros para ponerlos al frente del gobierno y á vuestro lado; pero siendo raros, podeis buscar en las otras clases los que creyéreis mas á propósito para secundar vuestro deseo. Haced cuanto esté en vuestro arbitrio para escoger bien. No se puede conocer la fuerza y la aptitud de un arco si no se le ha probado. Guardaos bien, sobre todo, de admitir á vuestra inmediacion y fiar el manejo de los negocios, á aquellos que obran tumultuariamente, que no tienen ningun sistema fijo, y que son inclinados á hablar mucho. Estas tres clases de hombres, aunque estén enriquecidos con los mas preciosos talentos, no son convenientes para el gobierno, y un soberano no puede, sin correr los mas graves riesgos, admitirlos á su lado.»

Seu-cung, discípulo de Cung-seu, elegido gobernador de una ciudad, vino á visitar á su maestro antes de recibir la investidura. Era del número de aquellos sabios que no miran la política sino como la ciencia de contribuir á la felicidad de los hombres; poseia ademas todas las facultades requeridas para el ejercicio de los cargos públicos. Cuando distinguió desde lejos la casa de Cung-seu, desmontó, y se hizo anunciar como si se tratase de presentarse al rey. Queriendo Cung-seu devolverle honor por honor, se hizo acompañar de dos discípulos, y salió á recibirle fuera de la primera puerta. «No es ya á mi discípulo á quien recibo (le dijo aproximándose), sino al primer magistrado de una gran ciudad;» é introdujo al nuevo mandarin en una sala en que acostumbraba acoger á los estranjeros y á las personas elevadas á quienes la curiosidad ó el deseo de instruirse conducia á buscarle. Confundido por tan insólito ceremonial el discípulo, dijo á su maestro: «Vengo á pediros algunas luces acerca del modo de regularme en el ejercicio de mi empleo, y me atendré exactamente á cuanto me prescribais.

—Yo no tengo nada nuevo que enseñaros (le respondió Cung-seu); pero por complaceros, os recordaré en pocas palabras las obligaciones de vuestra magistratura.

»Sed diligente en tratar los negocios; informaos exactamente de cuanto pueda contribuir á hacéroslos conocer y á distinguir la verdad de lo que tuviere tan solo su apariencia, y á faci-

litaros los medios de terminarlos plenamente.

»Sed justo, desinteresado, siempre igual á vos mismo. La justicia no admite distincion de personas, sino que da á cada uno lo que le es debido. El desinterés conduce á la equidad; cuando uno es interesado, pronto deja de ser justo. Cuanto se recibe de los inferiores, bajo cualquier título, es un verdadero hurto hecho á los mismos. La igualdad de humor en un hombre de jurisdiccion, le concilia la confianza, lo hace amar de los buenos, temer de los malvados, y respetar de todo el mundo.

»Presentaos condescendiente, no mostreis semblante severo á nadie, y recibid con bondad, sin diferencia alguna, á todos los que se dirijan á vos. Debeis consideraros el padre comun.

»Es menester tratar los negocios con la posible diligencia, y tener los ojos bien abiertos, para no terminarlos desgraciadamente. No pronuncieis sentencia sino despues de que sea conocida por entero la verdad.

»En cada una de las cuatro estaciones del año, reunid al pueblo á lo menos una vez, para esplicarle vos mismo sus deberes (1). Haced de modo que no carezca de instruccion en ningun tiempo; porque, si ignora lo que debe hacer, ¿cómo podria ser culpado por no hacerlo?

»No lo ocupeis nunca en trabajos serviles, cuando las labores del campo y las que son de necesidad para sí propio, deban entretenerlo.»

Estas instrucciones admirables del filósofo de Lu debian formar, y formaban de hecho, escelentes magistrados entre los jóvenes que en gran número acudian á él para amaestrarse. A mas de doce discípulos que no lo abandonaban casi nunca, tenia muchos otros (varios escritores hacen subir su número hasta tres mil), que concurrian á oirlo todos los dias por cierto período, y que se hospedaban en la ciudad, viniendo, no solo de las provincias del reino de Lu, sino tambien de todas las demás de la China.

Referiremos algunos otros discursos de Cung-seu al rey de Lu, sobre la naturaleza del hombre, sobre la edad viril, y sobre el estado del matrimonio en sociedad: cuestiones que darán á conocer mejor las costumbres chinas, ya que son hoy las mismas que en tiempo de Cung-seu.

«Os aguardaba con impaciencia de mucho tiempo acá (dijo un dia el rey de Lu al filósofo). Tengo que pediros esplicaciones acerca de la naturaleza del hombre. El hombre, segun dicen nuestros sabios, se distingue de todos los demás seres visibles por la facultad intelectual, que lo hace capaz de raciocinar; y recibe inmediatamente del cielo esta facultad preciosa. ¿Por qué no recibimos de nuestros padres por entero el ser, del mismo modo que las otras criaturas que se reproducen por via de generacion? Os pido me espliqueis esta parte de nuestra antigua doctrina, sobre la cual siempre he tenido, á mi pesar, cierta especie de duda.

—No es tan fácil (respondió Cung-seu) esplicaros claramente una cosa sobre la cual no tenemos sino luces bastante débiles. Sin embargo, por obedeceros, os haré en pocas palabras el resúmen de cuanto sé acerca de ella; y vuestra perspicacia os hará descubrir el resto.

»Una parte de la sustancia del padre y de la madre, depuesta en el órgano destinado, es la causa de nuestra existencia y el fundamento por el cual subsistimos. Este fundamento quedaria en estado de inercia y de muerte, sin el concurso de dos principios contrarios, denominados el *yang* y el *yin* (2).

»Estos dos agentes universales de la naturaleza, que están, en todo y por todo, obrando recíprocamente sobre él, lo desarrollan insensiblemente, lo estienden, lo combinan, y le hacen tomar una forma. Entonces es aquel un ser viviente; pero no se halla todavía elevado á la dignidad de hombre, ni llega á ser tal, sino mediante la reunion de la sustancia intelectual, con que el cielo lo enriquece, para hacerlo capaz de comprender, comparar y juzgar. Mientras este ente, animado y provisto de inteligencia, puede suministrar motivo á la combinacion de los dos principios para el desarrollo, la estension, el crecimiento y la perfeccion de su forma, goza de la vida; y cesa de vivir, apenas cesan de combinarse los dos principios; él no habia alcanzado la plenitud de la vida sino por grados y por via de espansion; del mismo modo no llega sino por grados y por via de decaimiento al término de la destruccion.

»Esta, sin embargo, no es una destruccion propiamente dicha; es una descomposicion que restituye cada sustancia á su estado natural. La sustancia intelectual vuelve á subir al cielo, de donde habia venido; el soplo animador Ki se reune al fluido aéreo, y las sustancias terrestres y húmedas se convierten nuevamente en tierra y agua. El hombre, dicen nuestros antiguos sabios, es un ser aparte, en el cual se reunen las cualidades de todos los otros séres. Está dotado de inteligencia, de perfectibilidad, de libre albedrío, de sociabilidad; es capaz de discernir, comparar, obrar por un fin, y de escoger los medios necesarios para llegar á este fin. Puede perfeccionarse ó depravarse, segun el uso bueno ó malo que haga de su libertad: conoce las virtudes y los vicios, y siente que tiene deberes que cumplir para con el cielo, para consigo mismo y con sus semejantes. Si llena estos diversos deberes, es virtuoso y digno de recompensa, y culpado y merecedor de penas, si los descuida. Este es un brevísimo compendio de lo que podria decir sobre la naturaleza del hombre.»

El rey de Lu, satisfecho de la dilucidacion, preguntó al filósofo si habia ceremonias y usos contrarios al comun provecho, como las ceremonias instituidas para los sacrificios con las que un particular no puede cumplir, y ciertos otros usos, cuya exacta práctica por parte del mayor número, seria perjudicial á la sociedad,

(1) Esta costumbre de reunir el pueblo para esplicarle sus deberes, se halla todavía en vigor; pero los magistrados solo cumplen con semejante saludable obligacion una vez al mes.

(2) Estos dos primeros principios reaparecen en todas las teorías cósmicas; mostrándose en el órden de los séres vivientes, el *principio masculino* y el *principio femenino*; en el órden de los elementos, el *principio luminoso* y el *principio oscuro*; en el órden de las sustancias de la naturaleza, el *principio fuerte* y el *principio débil*; en una palabra, ó la *dualidad* ó el *antagonismo*, necesarios para todo lo que se halla fuera de la *gran unidad primordial*.

como, por ejemplo, aquel que determina que un mozo no pueda casarse antes de los treinta años, ni una doncella antes de los veinte.

«Es cierto (respondió Cung-seu) que las ceremonias instituidas para los grandes sacrificios están vedadas á los particulares. Los primeros legisladores establecieron que estos sacrificios fuesen ofrecidos al cielo por solo el soberano con esclusion de toda otra persona: pero no tomaron en cuenta mas que los sacrificios solemnes y públicos que se ofrecen por las necesidades y en nombre de toda la nacion, de la cual es tenido por padre el soberano. Todos pueden y deben rendir en particular homenaje al cielo; darle gracias por sus beneficios, y dirigirle votos y plegarias para obtener de él otros nuevos; pero estos no son al cabo sacrificios propiamente dichos; y solo al hijo del cielo cabe el derecho de ofrecerlos tales.

»El uso que alegais relativamente á los matrimonios no debe ser interpretado en el sentido que le atribuís. La intencion de los primeros legisladores fue la de señalar un término del cual no se debiese pasar sin dar esposa á un jóven y marido á una muchacha; como si hubiesen dicho: el término mas largo para los matrimonios es el de veinte años para las doncellas y el de treinta para los mancebos. Un antiguo uso confirma esta interpretacion: prescribe este que cuando un mozo haya cumplido los veinte años se coloque entre los hombres hechos, y se le permita llevar el bonete viril, que es á los ojos del público el signo característico de ello; y que apenas llegue una doncella á la edad de quince años se le fie el cuidado de la familia durante un invierno, que se le permita ir á reconocer las moreras en la estacion en que se empieza á labrar la tierra: y esto significa que uno y otra se hallan en estado de ser cabezas de casa, y que no les falta para ser tales mas que inclinacion, y la voluntad y eleccion de los padres respectivos.»

El rey indujo á Cung seu á que se esplicase acerca del estado matrimonial.

«El matrimonio (contestó) es el verdadero estado del hombre, pues que por su medio cumple con su destino sobre la tierra: nada hay por consecuencia mas respetable, nada que sea mas digno de ocuparlo seriamente, para poder satisfacer con exactitud todos los deberes que de él se derivan. Entre estos deberes, los hay comunes á los dos sexos, y propios de cada uno de ellos en particular. El hombre es el jefe, y debe mandar; la mujer le está sometida, y debe obedecer. Las funciones del uno y del otro deben imitar á las operaciones del cielo y de la tierra que unánimes concurren á la produccion, al mantenimiento y conservacion de los séres. La ternura recíproca, la mútua confianza, la honradez, los miramientos, forman la base de su conducta; la instruccion y el mando de parte del marido, la docilidad y la complacencia de parte de la mujer, en todo aquello que no se aparta de las reglas de la justicia, del honor y de la decencia.

»En el estado de sociedad la mujer es deudora al marido de todo lo que es. Si la muerte se lo arrebata, ella no queda por esto dueña de sí misma, sino que, así como de muchacha estuvo bajo la autoridad de su padre y de su madre, y á falta de estos, bajo la de sus hermanos mayores, y cuando casada estuvo bajo la de su marido, cuando viuda, queda bajo la inspeccion de sus hijos, y del mayor si hubiere varios: cuyos hijos, sirviéndola con toda la adhesion y el respeto posibles, alejarán de ella los peligros á que la fragilidad del sexo pudiera esponerla. El uso le veda ademas pasar á segundas nupcias, y le prescribe por el contrario encerrarse en el recinto de su casa, para no salir de ella en el resto de sus dias. El cuidado de los negocios de cualquiera importancia fuera de aquella, le está prohibido, y no debe por consiguiente emprender ninguno: no se mezclará tampoco en los asuntos domésticos sino en cuanto la obligue una necesidad imperiosa; esto es, en el caso de que sus hijos fuesen aun menores. Durante el dia, es deber suyo el esquivar las ocasiones de mostrarse, aun al pasar de una habitacion á otra; y en el curso de la noche, la estancia en que se recoge á reposar no debe carecer nunca de una luz conveniente. Llevando en tal manera una vida solitaria, y no de otro modo, gozará en la opinion de los descendientes la gloria merecida de la mujer virtuosa que llena honestamente sus deberes.

»Dije que la edad de los quince á los veinte años es el término para que una doncella tome estado; y pues que de semejante mutacion depende la felicidad é infelicidad de los dias venideros, nada debe omitirse ni descuidarse para proporcionarse una honrada colocacion y la mas provechosa que las circunstancias permitan. Se evitará principalmente que entre la esposa en una familia que haya quedado envuelta en alguna conspiracion contra el Estado ó en algun proceso de abierta rebelion, ó cuyos negocios estuvieren en desórden, ó que se hallare agitada de discordias. Tanto menos convendria á una doncella un esposo deshonrado por algun delito que hubiese merecido el rigor de las leyes, ó uno que se hallase lastimado por enfermedad habitual con alguna imperfeccion de espíritu ó deformidad de cuerpo que lo hiciese impaciente, repugnante ó enojoso, ó que siendo el mayor de una familia, no tuviese padre ó madre. A escepcion de estas cinco situaciones, en todas las demás puede proporcionarse á una jóven marido que pueda correr con ella dias venturosos con tal que cumpla con los deberes de su nuevo estado.

»El consorte tiene el derecho de repudiar á su compañera; mas no puede usar de él sin una causa legítima. Las causas legítimas de repudio se reducen á siete: la primera se da cuando una mujer no puede vivir en armonía con el suegro ó con la suegra: la segunda, si fuere impotente para dar sucesion á su marido, por reconocida esterilidad; la tercera, en el caso de que con fundamento se sospechare que ha violado la fe conyugal, ó que hubiere dado pruebas de impudicicia; la cuarta, si con discursos calumniosos ó indiscretos introdujere desavenencia en la familia; la quinta, si tuviere de aquellas enfermedades, hácia las cuales cualquier hombre

siente natural repugnancia; la sesta, si fuere deslenguada é incorregible por esperiencia, y finalmente, la séptima si á escondidas del marido quitase los objetos de casa por cualquier motivo.

»Aunque basta una sola de las antedichas razones para autorizar á un marido al repudio de su mujer, no le es permitido en tres circunstancias el uso absoluto de tal derecho. La primera, el aislamiento de la mujer misma, en términos de que, falta de padres, no supiese dónde ó al lado de quién refugiarse; la segunda, si el repudio debiese acaecer en el discurso de los tres años que siguen á la muerte del suegro ó de la suegra por quienes llevase todavía luto; y la tercera, si el marido era pobre antes y se hizo rico á consecuencia del matrimonio. No diré mas sobre este punto importante de la doctrina de nuestros antiguos.»

Se ha hablado mucho, y todavía se habla no poco, sobre el estado de degradacion en que se tiene á la mujer en las naciones del Asia; el mismo Cung-seu fue acusado de haber conocido mal la naturaleza de esta interesante mitad del género humano, y de haber hecho perenne su envilecimiento. Pero las precedentes máximas bastarán á convencer de cuán gratuito es aquel juicio, y cuán contraria á la naturaleza de la mujer la nueva doctrina de su pretendida emancipacion.

Mas adelante se atrajo Cung-seu con sus advertencias el enojo del rey de Lu, y no esperando seguir siendo útil á la patria, se retiró nuevamente al reino de Vei con algunos discípulos. Llegado que hubieron á un pueblo de aquel reino, los habitantes apenas supieron el nombre del viajero, corrieron en tropel á verlo. Presentáronse en efecto á sus discípulos pidiendo licencia para ello, y estos sorprendidos de la vehemencia con que deseaban ser admitidos ante su maestro, quisieron saber el motivo. «Hace mucho tiempo (les respondió aquella buena gente) que conocemos por fama al sábio de Lu; mas de una vez hemos oido su elogio, y ensalzar su amor hácia los intereses del pueblo. Lo mucho bueno que se referia de él, nos ha inspirado un vivo deseo de conocerlo personalmente.»

Fueron pues introducidos, y los dos discípulos encargados de hacer los honores de la casa de su maestro, dijeron precediéndoles: «El sábio que venís á conocer, ha sido enviado por el cielo para que la sana doctrina que se va estinguiendo entre los hombres, reviva por su medio. El proporciona á cuantos lo escuchan, y se aprovechan de sus lecciones, bienes mas preciosos con mucho que las riquezas; la paz del corazon y la tranquilidad del espíritu. Si alguno de vosotros quisiere esperimentarlo, hágase secuaz suyo y esté á su lado por algun tiempo.»

Ninguno de ellos se propuso hacerlo. Entre tanto, la noticia de la llegada del filósofo de Lu al reino de Vei, se difundió con presteza; y el rey, contento de que un personaje de tan alto mérito hubiese ido á sus estados, apeteció darle un público testimonio de su estimacion con la mas magnífica acogida. Salió á su encuentro á alguna distancia de la ciudad, con todo el fausto de su grandeza; y al llegar cerca del filósofo, se apeó de la carroza, tirada por cuatro caballos en fila, y marchó bajo un palio, rodeado de los oficiales, hasta el humilde carruaje de Cung-seu, cubierto de simple estera y tirado por un buey segun era costumbre. Despues de los mas distinguidos saludos, señaló el rey por morada al filósofo un vasto y decoroso hospedaje, y le concedió la renta anual de mil medidas de arroz. El rey no habia hecho nunca mas para el recibimiento del embajador de una gran potencia. Prometióle además un puesto en el consejo para despues que se hubiese restablecido de las incomodidades del viaje: entre tanto, lo invitó á recorrer los alrededores de la ciudad para elegir una casa real de campo en que pasar temporadas de cuando en cuando á su placer.

Cung-seu, por no disgustar al rey Li-cung, eligió una de las casas de campo de unos ricos particulares que habian sido desposeidos por la justicia en provecho del rey por causa de malversaciones perpetradas. Un dia que se recreaba en aquella casa, pasó un aldeano que iba á vender sus frutos á la ciudad; y maravillado de oir cantar y tocar un instrumento de piedra llamado *kiu* en un lugar que él creia deshabitado, se paró, y en tono de voz bastante desenfadado y despreciativo, esclamó: «Si estos desocupados que estoy oyendo se viesen precisados como yo á trabajar para vivir, emplearian mejor el tiempo. ¿Por qué no se dedicarán á alguna cosa mas útil?...» Y continuando á este tenor espresando su mal humor contra los ociosos, uno de los discípulos de Cung-seu dijo á este: «Permitidme que vaya á castigar á aquel temerario.»

—¿Qué cosa se os pone en la cabeza (respondió el filósofo) ¿tan bien os habeis aprovechado del estudio de la sabiduría? Poco há, cuando el rey nos recibió, no respirábais mas que paciencia, modestia y dulzura; y hoy, por unas cuantas palabras, malamente consideradas como injurias, heos ya intolerante, orgulloso y colérico. Id, sí, á aquel hombre; no os lo prohibo; pero con el objeto de instruirlo con suavidad. Hacedle reflexionar que no somos tales cuales nos cree; que trabajamos; pero que nuestro trabajo es diferente del suyo; y que despues de haber trabajado á nuestra manera, buscamos un poco de alivio, entregándonos á algun honrado entretenimiento, como el de cantar, tocar, ó cosa semejante. Podeis añadirle, siempre en la manera mas suave que os sea posible, que así como nosotros dejamos que él haga tranquilamente cuanto le agrada, es justo que tambien él nos deje tranquilos á nosotros.»

El rey de Vei se complacia en conversar á menudo con el filósofo de Lu; pero no se tomaba la pena de llamarlo á su consejo. La filosofía era para él un asunto especulativo, mas bien que práctico: la presencia del sábio en su córte lisonjeaba su vanidad, y los grandes que lo rodeaban querian tambien hacer ver que ellos amaban la filosofía especulativa; por lo cual, buscaban frecuentemente los consejos del maestro y de los discípulos. Uno de ellos, encontrando un dia á Seu-conag, le rogó que le diese á conocer los principales discípulos del filósofo, y

Seu-conag le trazó el retrato de doce de ellos, á cuya cabeza colocó á Yen-oei, el discípulo predilecto de Cung-seu, cuya prematura muerte debia dejar en su ánimo de allí á poco una acerba impresion. Como se hablaba á menudo de aquellos sábios que se habian agregado á la córte del rey de Vei, se escitó de tal modo la curiosidad de Nan-seu, favorita del soberano, que exigió absolutamente de este príncipe una entrevista con el filósofo de Lu. El rey esperimentó al principio alguna repugnancia á concederle lo que pedia; pero vencido al fin por su importunidad, envió á uno de sus cortesanos, á aquel en cuya casa se hallaba precisamente hospedado Cung-seu, á que lo presentase á su favorita. El cortesano dijo al filósofo, que si hacia lo que el rey aguardaba de él, el rey mismo esperimentaria mayor placer del que sentiria al saber el triunfo de sus armas en una batalla, ó al conquistar una provincia entera. Pareció que Cung-seu se prestaba á semejante deseo, porque fué á palacio con el encargado de conducirlo; y cuando hubieron llegado al átrio del salon en que el rey recibia habitualmente á los grandes y á los mandarines, se detuvo al pié de la escalera, y rogó á su introductor que anunciase al rey que estaba aguardando sus mandatos.

«Sus órdenes están ya dadas (respondió aquel); debo conduciros al aposento de Nan-seu.— No puede ser (replicó el filósofo); el rey sabe muy bien que por una larga costumbre un hombre no puede entrar en el aposento de una mujer que no es suya. Id, pues, y referidle que yo aguardo aquí sus precisos mandatos; porque quizá vos no habeis entendido bien su idea, siendo probable que, enterado como está del género de vida de que hago profesion, me haya hecho llamar para pedirme algunos consejos relativos á la reforma de las costumbres y de los abusos que se han ido introduciendo en su reino, y hasta en su palacio.»

Semejantes palabras, que el mensajero se vió precisado á trasladar al rey, no desconcertaron en lo mas mínimo á la favorita, «Ese hombre se opone en vano (dijo); lo veremos; si él no quiere venir donde yo estoy, yo iré donde él está.» Y salió de la habitacion, dirigiéndose al salon de audiencia.

Apenas percibió Cung-seu el sonido de la pedreria y de las campanillas que las mujeres de condicion llevan en las guarniciones del vestido, se volvió de cara á la parte del Norte, y en la suposicion de que se aproximaba el rey, ejecutó con toda gravedad las ceremonias respetuosas de la usanza régia; despues de lo cual, se quedó por algunos instantes derecho é inmóvil, con los ojos bajos y con las manos al pecho. La modestia contuvo á Nan-seu, la cual, despues de haberlo visto, se volvió á entrar en su aposento.

El rey de Vei que habia querido justificar á los ojos de la córte y de sus súbditos las vergonzosas debilidades en que incurria para con su favorita, procurando una aparente aprobacion de ellas por parte del filósofo, se dedicó inmediatamente á reparar el descalabro recibido. Convidóle á una brillante fiesta que daba á la favorita misma; pero quedó frustrado en sus esperanzas, porque Cung-sou, no queriendo irritarlo con una negativa absoluta, lo siguió en la espedicion en su acostumbrado carruaje, pero á grandísima distancia, á fin de que fuese claro su sentimiento; esto fue causa de su desgracia.

Habiendo echado de ver el filósofo que sus proyectos de reforma habian encallado ante la intencion del rey de Vei, determinó visitar los otros pequeños reinos cercanos. Fué primero al reino de Sung, pasando por el de Tsao, y ni allí se detuvo sino brevísimos instantes; despues, á Cheng y á Chen, antes de llegar al último de los cuales corrió peligro su vida, por haber sido equivocado por los del país con uno que se habia concitado su odio por las muchas estorsiones cometidas en su nombre. Habiéndose sustraido á este peligro, despues de visitar dichos reinos, regresó Cung-seu al de Vei. Acogióle el rey placenteramente, pero continuó rehusando sujetarse á las reformas del filósofo. Este intentó tranquilizarse componiendo una pieza de poesía, cuyo sentido es el siguiente:

«La flor *Yan-oa* es de suave olor; una combinacion de útiles cualidades la hace preciosa á nuestra vista; mas, siendo de estremada delicadeza, el mas leve soplo la descompone, la desprende de su tallo y la hecha por tierra. ¿Qué es de ella entonces? Los vientos la agitan, la impelen y repelen, remuévenla de acá para allá, hasta que algun rincon le da protectora acogida. Quieta así en un estremo del desierto, queda inútil y cae de por sí en el comun abismo. La sabiduría proporciona á quien la cultiva el goce de los verdaderos bienes; ella sola deberia ser el blanco de nuestros votos; pero las pasiones la contrarían, los vicios la maltratan, y todas sus avenidas se cierran. ¿No se encontrará algun ser racional que la acoja y la honre? Yo estoy en mi declinacion; mi carrera se halla para concluir; es necesario que llegue á su término; el sabio se encuentra bien por do quiera, suya es toda la tierra.»

Cung-seu continuó en el reino de Vei instruyendo á sus antiguos discípulos y formando otros nuevos, que llegaban de todas partes, y en gran número, á oir sus lecciones. Pasó mas adelante al reino de Tsao, despues al de Sung, en donde el temor de verlo en breve reformar los abusos lo hizo sospechoso á los que se hallaban al frente de los negocios; pero los muchos discípulos que él iba reuniendo de dia en dia lo resarcieron del desprecio del poder, pues que le rogaron les diese instruccion en público, en un lugar que estuviese abierto para todos, á fin de que todos pudiesen aprovecharse de ella.

Habia junto á la ciudad, en un sitio aislado, un gran árbol, que con densa sombra resguardaba del sol. Este sitio, que ofrecia ademas una perspectiva campestre de las mas amenas, fue escogido para celebrar las reuniones. Empezaron en efecto estas, y cuando llegaron á ser frecuentes, los envidiosos del filósofo empezaron á concebir recelos; escitaron al general en jefe del ejército de Sung á impedirlas, representando á aquel hombre de guerra, que ocasio-

naba peligro la libertad del filósofo en esparcir dogmas; que tales asambleas en campo abierto, adonde todos podian concurrir y en que se discurria sobre usos antiguos, sobre antigua doctrina y antiguos emperadores, podian producir funestas consecuencias, porque en el paralelo de las costumbres primitivas con las modernas no se omitia acusar al gobierno y á cuanto entonces se practicaba. El guerrero, tomando estos discursos al pié de la letra, y no consultando mas que á sí mismo, se trasladó al lugar de las reuniones filosóficas; dispersó á sablazos á los discípulos, y obligó á algunos paisanos á cortar el árbol, á cuya sombra enseñaba Cung-seu la antigua doctrina, lo cual hizo que el filósofo tomase la determinacion de volverse al reino de Vei.

Detenido en su viaje por las crecidas de muchos rios, y hallándose cerca de la ciudad de Seu, de que su padre habia sido gobernador, se trasladó á ella, y paró allí por algun tiempo. Las grandes mudanzas que halló verificadas en su tierra natal llamaron á su memoria los primeros años de su vida, y la confrontacion que pudo hacer de aquellos con las vicisitudes de la edad madura, le inspiró sentimientos melancólicos, que espresó en una elegía, cuyo sentido es como sigue:

«¡Ay de mí! ¡la doctrina de Chea está acabando! las ceremonias y la música, florecientes un dia, caen en olvido; las leyes civiles y militares establecidas por el sabio Ven-vang y por su hijo Vu-vang, se ven despreciadas. ¡Oh dolor! ya no se hace caso de los usos antiguos; ¿quién podrá de hoy mas resucitar su memoria entre los hombres?

»Yo hice cuanto estaba en mí. Recorrí todo el imperio de Chen; ví abusos sin cuento, y porque los dí á conocer á fin de que fuesen reformados, se rehusaron mis servicios, y fui rechazado de todas partes. Despréciase el *fung-hoang* (la fénix china), y las aves que le acompañan; solo se hace caso de los *yao* y de los *che* (pajarracos de rapiña). Me estremezco de horror; la tristeza me abruma. ¡Sus! presto; dispóngase mi carro; quiero alejarme con la mayor premura posible. ¡Sitios un tiempo deliciosos, cuán diferentes sois de lo que fuisteis! Os he vuelto á ver, pero os dejo sin dolor, porque no estais ya conocido.

»¡Ay de mí! por mas profundas que sean las aguas del rio, por mas rápido que sea su curso, los mas menudos pececillos nadan allí en libertad y encuentran su alimento; estas aguas se irritaron cuando yo quise trasladarme á otras riberas, y me negaron el paso. Aguardando á que se apaciguasen, me detuve en Seu, para derramar lágrimas, y aliviar mi corazon de la tristeza que lo oprime. Ahora no deseo mas que llegar cuanto antes al Vei, para gozar en paz en mi antigua morada la libertad de suspirar sobre lo que he visto.»

Véase una nueva espresion de esos desalientos de la virtud, de esas desesperaciones de reformar las malas instituciones sociales, de hacer la felicidad de los hombres, de que los grandes, los mas perfectos mortales, no alcanzan á eximirse.

Algunos discípulos de Cung-seu que estaban en los reinos de Ye y de Tsai, invitaron á su maestro á pasar á aquellos Estados. Fué, pues, primero á Ye; luego, no habiendo podido ejecutar allí las esperadas reformas, se decidió á ir á Tsai. Pero llegando á un rio que habia que atravesar, halló todo el país inundado, y tuvo que aguardar á que las aguas se retirasen. Mandó delante á su discípulo Seu-lu, para informarse del sitio por donde se podia vadear el rio sin peligro. Habia dado este apenas algunos pasos, cuando vió dos hombres que, arando, conversaban entre sí, y habiéndose dirigido á ellos: «Amigos mios (les dijo) yo soy uno de los discípulos del sabio Cung-seu: el maestro quisiera ir al país de Tsai, decidme, os ruego, si hay algun paso cercano por donde podamos vadear el rio.

—No sabemos de ninguno (respondieron); todo se halla inundado, y si quereis creernos, no vayais mas adelante; en Tsai reina el mas horroroso desórden; la virtud anda sin asilo; el vicio se ve allí coronado; nosotros nos hemos salido para sustraernos á la persecucion de los bribones, y hacemos aquí una vida tranquila cultivando las tierras. Nuestras faenas no nos impiden atender á la sabiduría; nos reunimos lo mas á menudo que nos es posible; hablamos sobre lo que era en tiempos atrás el asunto de nuestros estudios; y al caer el dia, nos volvemos al seno de nuestras familias, en donde consagramos algunos instantes á la lectura: por lo demás, dejamos andar el mundo como quiera, sin concebir el pensamiento de reformarlo. En los míseros tiempos que alcanzamos, el partido mas seguro es el de no mezclarse en los asuntos de los demás, el de mantenerse ignorados y no pensar mas que en sí mismos. Lo hemos abrazado, y nos va bien; haced vos otro tanto, é invitad á vuestro maestro á que nos imite.»

Estas palabras fueron referidas á Cung-seu, quien se informó acerca del carácter de aquellos dos hombres, y supo que eran dos filósofos secuaces de Lao-seu. Mas adelante se erigió un puente sobre el rio que corre junto al sitio en que tuvo efecto el diálogo, y se le dió el nombre de *ven-sin-yao*, puente de la investigacion del vado.

Cung-seu y sus discípulos continuaron no obstante su camino para el reino de Tsai; pero permanecieron poco en él, y se volvieron al de Chen. El rey de este último Estado habia hecho construir junto á su palacio un observatorio (*ling-yang-tai*), para el cual desembolsó considerables sumas. Habia condenado á muerte en un primer ímpetu de cólera á tres oficiales, que estando encargados de vigilar los trabajos, no habian llenado su deber á satisfaccion suya; y habia ordenado que la sentencia de aquellos tres, en su opinion mas culpados que los demás, fuese ejecutada al pié del edificio, con el fin de que el pueblo conociese el motivo de ella. El dia de la ejecucion fué el rey en persona al observatorio para ser espectador. Mientras aguardaba el momento de aquella, le ocurrió el capricho de saber si aquel observatorio estaba construido como los de los fundadores de la dinastía Chen, y

trató de informarse de ello por sus cortesanos. Ninguno se halló en estado de responderle, salió sin embargo de entre ellos uno que refirió haber en sus Estados un hombre versadísimo en las antigüedades, que podria suministrarle cuantas luces desease. Invitóse, pues, á Cung-seu, por el rey, y yendo á encontrarle, le dijo: «Os he brindado á que veais el observatorio que se ha terminado; ¿os parece que es mejor que el de los Chen, construido por Ven-vang? No me hallo contento de él; me he visto precisado á condenar á muerte á tres oficiales encargados de velar sobre su construccion, para castigarlos de su negligencia. ¿Se vió Ven-vang obligado á usar de tales estremos?

—Príncipe (respondió el filósofo), el observatorio que Ven-vang hizo construir, era para uso, y no para vana esposicion. El pueblo acudió en tropel á levantarlo, y no costó la vida á ninguno. Por otra parte Ven-vang tenia en mucho la vida de los hombres para creer que podia disponer de ella á su antojo. Eran menester delitos muy probados para que él se determinase á condenar á muerte. No pronunciaba sus sentencias en ímpetus de cólera, ni por mal humor, ni por capricho, ni precipitadamente; hacia examinar, examinaba él mismo; y cuando el delito era conocido, interrogaba la ley, y no hablaba sino con arreglo á ella.»

El rey le interrumpio, cambiando de conversacion, entrando despues en la sala, hizo suspender la sentencia, y un momento despues dió el perdon á los condenados.

Habiendo querido Cung-seu dejar con sus discípulos el país de Chen para pasar al de Tsu, adonde era llamado, los primeros ministros de los reinos de Chen y de Tsai, temiendo que aquel gran filósofo fuese á iluminar con sus consejos á algunos reyes enemigos suyos, le urdieron emboscadas, y lo retuvieron prisionero y privado de alimento con sus discípulos. No fueron puestos en libertad hasta el sétimo dia, mediante haber acudido tropas en su socorro. En aquel duro cautiverio, tuvo ocasion el filósofo de desplegar la serenidad y la confianza de su ánimo en la Providencia que vela sobre los destinos de la humanidad, y de prodigar nuevas lecciones de resignacion á sus discípulos, que querian rechazar la fuerza con la fuerza. Dirigiéndose á uno de ellos, llamado Seu-cung, le preguntó, á qué causa atribuia el desprecio y el odio cuyos efectos esperimentaban en tantas ocasiones.

«Maestro (respondió aquel), creo que se derivan únicamente de la escesiva elevacion de vuestra doctrina, en comparacion con la capacidad del mayor número; ella condena las inclinaciones de la mayor parte de los hombres. ¿No podríais hallar medio para dulcificar en dicha doctrina cuanto haya en ella de demasiado severo? Vos seríais mejor escuchado, y vuestras fatigas no quedarian del todo infructuosas.

—Os engañais (respondió Cung-seu); yo no exijo de los hombres mas de lo que conviene; la doctrina que trato de enseñarles es la que enseñaron nuestros antepasados, y que nos trasmitieron. Yo no he añadido á ella una jota, ni le he truncado una sílaba; la trasmito en su primitiva pureza; ella es inmutable, el mismo cielo es su autor. Yo no soy respecto á ella mas que un agricultor que confia la semilla á la tierra; no depende de él dar á la semilla una forma diversa, hacerla brotar, crecer y fructificar; él la deposita en el terreno tal cual es, la riega y le dedica todo género de cuidados; hace cuanto puede, lo demás no se halla en su poder. Por otra parte, no os hagais ilusiones, dígase ó hágase lo que se quiera; en cualquier modo que se acoja, la doctrina tendrá siempre contradictores.»

Con todo, aquella alma tan fuerte y séria del filósofo, se abandonó á la tristeza de los crueles desengaños. Cuando uno ve próxima á estinguirse la vida, y gastados en vano por la felicidad de los hombres todos sus esfuerzos, le es muy difícil no dejarse abatir. Véase una nueva elegía de Cung-seu, en la cual se pintan los tristes pensamientos que afligieron su alma despues de haber visitado con sus discípulos el célebre monte Tai-chan, sobre el cual iban anualmente á ofrecer sacrificios al Soberano supremo los antiguos emperadores chinos, y cuyos senderos hallaron desiertos y abandonados.

«No se puede llegar á la cima de la montaña, sin pasar por trochas difíciles y escarpadas; ni alcanzar la virtud, sino á costa de muchos esfuerzos y fatigas. Ignorar la senda que se debe tomar, ponerse en camino sin guía, es querer estraviarse, es arriesgar la vida.

»Mi proyecto era subir á la cresta del Tai-chan, para gozar una vez mas desde ella el brillante espectáculo con que allí brindan simultáneamente las cuatro partes del mundo, á los ojos contemplativos. Ni su altura, ni los espesos árboles que la cubren, ni los derrumbaderos que se encuentran, bastaron á atemorizarme.

»Sabia que se encontraban senderos practicables al través de los bosques, que habia puentes sobre las barrancadas, y me tranquilicé. ¡Mas ay de mí! Todo habia desaparecido. Yerbas silvestres, abrojos y espinos, cubren todas las sendas; ¿por qué señales podré rastrearlas? Descuidados ó rotos los puentes, ¿cómo me preservaré de los precipicios?

»¿Trataré de abrirme nuevas vías, construir nuevos puentes? Los instrumentos de que necesitaria me faltan; las pasiones sofocaron todas las semillas de la virtud; ¿cómo se las podria hacer retoñar? Empleé vanos esfuerzos para poner en los caminos que conducen á la sabiduría á los que quisieran caminar por ellos; no habiendo podido lograrlo, no me queda otra cosa sino gemidos y llanto.»

Llegado que hubo á su hospedaje, bajó el filósofo del carro; los discípulos que no lo habian acompañado, creyeron ver en su persona cierto cambio. No bien entró en su casa le anunciaron la muerte de su mujer Ki-cuan-chi. Entonces dijo á sus discípulos. «Ha muerto mi mujer; no tardaré en seguirla; porque ya estoy en la edad de sesenta y seis años; debo sacar partido de los pocos dias que me restan. Procurad consolar á mi hijo, y haced por que no se abandone demasiado al dolor.»

El rey de Lu volvió á llamar al filósofo á su patria, de la que se hallaba ausente hacia ya catorce años. Dice sobre este punto el padre Amiot haberse podido convencer de que los diversos viajes del filósofo no habian escedido de una parte de la China actual. Por el Norte no pasó la frontera de Pe-chi-li; tampoco el rio Kiang por el lado de Mediodía; la provincia del Chiang-tung (*el oriente montuoso*) fue su límite hácia Levante, y la provincia de Chen-si hácia Occidente. No viajó, por tanto, por las naciones estranjeras, no tomó de ellas cosa alguna, y la doctrina que enseñó, fue la pura doctrina de los antiguos Chinos, cuya memoria procuraba renovar á sus contemporáneos que la habian descuidado en un todo, y dado al olvido.

Vuelto Cung-seu á su patria y desatendido por el gobierno, no cuidó mas que de enseñar y propagar su doctrina, de formar nuevos discípulos, de terminar las obras empezadas. Habia en derredor de la ciudad varios terrenos levantados, sobre los cuales se ofrecian en otro tiempo los sacrificios, y que ya no servian mas que de meta al paseo de los ociosos. Habíanse construido junto á aquellas eminencias, pabellones públicos donde guarecerse del sol y respirar el fresco ambiente de los campos. Elegia el filósofo alternativamente uno de estos para su *liceo* y su *academia*. Aquel á que con mas frecuencia se trasladaba, porque se acercaba mas á la sencillez antigua, era entonces conocido, y es ahora célebre, bajo el nombre de *collado de los albaricoques* (ing-tau).

Allí, rodeado de sus discípulos, compiló y esplicó el *Libro de los Versos* (*Chi-king*), el *Libro de los Anales* (*Chu-king*); perfeccionó su obra histórica titulada *La Primavera y el Otoño* (*Chun-sieu*), y esplicó los enigmas de Fo-hi, ó el *Libro de las mutaciones* (*Y-king*). Tuvo hasta tres mil discípulos, pero no se hallaban mas de setenta y dos en estado de esplicar los *ritos*, la *música* y las *artes liberales*, independientemente de la moral en que se ocupaban, y doce tan solo que, á mas de los conocimientos ordinarios, atendiesen con mayor especialidad á adquirir la sabiduría y á practicar la virtud. Eran estos últimos los compañeros del maestro, los depositarios de sus mas íntimos sentimientos, y los testigos de todas sus acciones. A estos esplicaba por menor todos los puntos de la doctrina que él se creia encargado por el cielo de recordar á los hombres, y á estos encargó á su vez de propagar aquella misma doctrina despues de su muerte. Pero como los talentos de estos no eran iguales, asignó á cada uno en particular cuanto consideró mas conforme á su respectiva inclinacion y capacidad.

Aquel de entre ellos á quien consideraba llegado á mas alto grado de virtud era el sabio Yen-oei, que hemos designado ya como el discípulo predilecto. Condújolo un dia á uno de aquellos pabellones, y allí, en presencia de otros discípulos, le dijo: «Mi querido Yen-oei, yo me avanzo á largos pasos hácia el término de mi carrera, y no está lejos el tiempo de mi disolucion. Vos habeis sido testigo de cuanto he hecho para tratar de inspirar á los hombres el amor á la virtud, y no ignorais cuán escaso éxito he obtenido. ¿Es quizá culpa mia? En tal caso, vos la reparareis, y llevareis á cabo todo lo que yo he intentado en vano. El conocimiento que tengo de vuestra buena índole, y los progresos hechos por vos en el estudio de la sabiduría, me hacen fundar en vos las mas gratas esperanzas. Vos amais á los hombres, os he visto compadecer su debilidad, escusar sus defectos, no ofenderos de su ingratitud, ni de sus demás vicios; os he visto hacerles todo el bien que podíais y desearles todo el que hubiérais querido para vos mismo; en suma, me he convencido, observando de cerca toda vuestra conducta, de que teneis la *humanidad* (*yin*) esculpida en el corazon con caractéres indelebles. Continuad haciendo de ella vuestra virtud favorita, y pues que sabeis perfectamente en qué consiste, y lo que ella exige de aquellos que quieren adquirirla, haced toda clase de esfuerzos para dar á conocer su escelencia, y tomaos el encargo de esplicar su doctrina cuando yo no exista. Esto os recomiendo sobre todas las cosas.»

Al hablar así el filósofo, estaba muy distante de prever que muy en breve habria perdido á su amado discípulo, el cual murió poco despues. Llorólo amargamente, y esclamó mas de una vez: «¡El cielo me ha muerto!» Siete dias antes de su muerte, en el sexagésimo tercer año de su edad, lleno de esta memoria, cantaba el filósofo, apoyado en el baston de caña de Indias, y con los ojos henchidos de lágrimas:

> Desplomóse una altísima montaña,
> Los mas robustos árboles rodaron...
> El sabio es una planta desecada.

Perdió en seguida á Seu-lu, otro de los doce discípulos que le eran mas estrechamente adictos (se estranguló con sus propias manos por no sobrevivir á un deshonor), y su único hijo Cung-li se vió arrastrado prematuramente á la tumba por el dolor de haber perdido á su madre. Sintiendo aproximarse su fin, confió al discípulo Tsen-seu su libro *Sobre la piedad filial* (*Yao-king*), que en su opinon contenia la doctrina sobre que se fundan la estabilidad de los imperios y el feliz estado de la sociedad.

Habiendo salido un dia por la puerta oriental de la ciudad con tres discípulos, se trasladó á una antigua esplanada levantada por un general para ofrecer en ella sacrificios al cielo en accion de gracias por una victoria alcanzada sobre el enemigo. El filósofo parecia profundamente pensativo y melancólico. Sus discípulos sospechaban que estaba indispuesto, y se manifestaban inquietos; pero él les dijo: «Tranquilizaos, no me siento indispuesto en lo mas mínimo. Divisando aquella esplanada en tal estado, empecé á meditar sobre la caducidad de las cosas humanas, y semejante reflexion me inspiró algunos versos que quiero recitaros.» Hízose llevar su kin, y cantó acompañándose los versos cuyo sentido es el siguiente:

«Cuando cesan los calores, pónese en camino el frio; despues de la primavera, se adelanta á largos pasos el otoño; apenas despunta el sol,

avanza rápidamente al Ocaso, y las aguas no corren hácia el Oriente (1), sino para ser absorbidas por el vasto Océano. Con todo, el calor y el frio, la primavera y el otoño, se renuevan todos los años, el sol reaparece cada dia en el punto en que debe alzarse, y nuevas aguas ocupan el lugar de las que ya se deslizaron. Pero el gran caudillo que hizo levantar esta esplanada, su corcel de batalla, y cuantos tuvieron parte en su empresa, ¿qué se han hecho? ¡Ay de mí! por todo monumento de su gloria queda tan solo un terraplen cubierto de silvestres plantas!»

Otro dia, recorriendo el libro de las mutaciones, le vino á la vista el símbolo titulado *Sun-y* ó *Signo de la destruccion y del renacimiento.* y se detuvo en él para meditarlo. Tseu-la, uno de sus discípulos, advirtió una alteracion en su semblante y cierta tristeza á que parecia abandonarse, y le dijo: «Maestro, os ocupais de símbolos, y pareceis melancólico; ¿habeis descubierto quizás algo que pueda afligiros? Si así es, no temais manifestarlo al menor de vuestros discípulos.

—Contemplaba el símbolo de la destruccion y del renacimiento (le respondió Cung-seu), y notaba en él, que cuanto existe tiene una sola época para mostrarse; que todas las cosas se van poco á poco alterando, se cambian en parte y se destruyen al fin, para tomar nuevas formas, las cuales tambien desaparecen, para ser reemplazadas por otras, que desaparecen igualmente. Semejante perspectiva ha suscitado en mi mente las reflexiones que han producido el efecto por que me preguntais.»

Algun tiempo despues, quiso Cung-seu, aunque ya sexagenario, ir otra vez á la célebre montaña Tai-Chan, acompañado de algunos discípulos; trepó sin fatiga hasta su cumbre, é hizo allí su oracion al Ente Supremo. Restituido á su morada, fue frecuentemente consultado por diversos soberanos de la China acerca de hechos estraordinarios, como el único capaz, por sabiduría y por grandes conocimientos de lo antiguo, de dar esplicacion de ello. No citaremos mas que la siguiente relacion cuyo asunto puede ofrecer algun interés á los naturalistas.

El rey de U llegó á conquistar el reino de Yué. Escavando en los cimientos de los muros de la capital, que habia ordenado demoler, se halló la osamenta de un hombre que se tuvo por de estatura desmesurada, *porque un hueso del esqueleto era tal, que podia llenar por sí solo una carreta*, como se espresa el testo chino. El rey envió un inteligente á consultar al filósofo de Lu, si habia habido en otros tiempos hombres de tan prodigiosa talla, y en caso afirmativo, ¿por qué no habia hecho mencion de elló la historia?

«El estudio particular que yo he hecho de lo antiguo (le respondió Cung-seu) me ha conducido á conocer que habia hombres antiguamente cuya estatura aventajaba con mucho á la comun, ó era tan diversa, que se les podia tomar por séres de otra especie; casos, sin embargo, rarísimos, pero de que no deja de hacer mencion la historia. El hombre mas pequeño de que ella habla, no pasaba de tres piés, y la estatura del mas alto, de diez.» Añadió despues al enviado, que él era de parecer de que los antedichos huesos serian de algun hombre famoso condenado á muerte por el emperador Yu por haber descuidado encontrarse, á la época establecida, en el sitio convenido, para custodia de los Estados generales del imperio. El rey de U y los cortesanos fueron de la misma opinion, y supusieron que aquellos huesos, habiendo vegetado en fuerza de los jugos nutritivos suministrados por la tierra, habian llegado á tan enorme dimension en una larga continuidad de siglos.

No es menestrer observar que esta segunda opinion no es del filósofo, sino de ciertas personas, á las cuales, en todo país y en todo tiempo, es lícito emitir opiniones de tal jaez.

De vuelta al reino de Lu, se habia ocupado Cung-seu constantemente en poner en órden los Libros canónicos (*King*); y habiendo dado cima á esta grande obra, no pensó mas que en prepararse á la muerte. Sin embargo, al terminar su mision filosófica y literaria, creyó de su deber dar gracias al cielo por haberle concedido vida y fuerza bastantes para llevarla á cabo. Reunió en seguida á sus mas adictos discípulos, aquellos en quienes mas confiaba para la publicacion de su doctrina despues de muerto, y habiéndolos conducido á la falda de una antigua esplanada, junto á la cual se habia construido un pabellon, les mandó levantar un altar sobre el cual depuso los seis King, y arrodillándose con la cara hácia el Norte, adoró al cielo, y le dió gracias con el mas sincero reconocimiento por el beneficio que le habia otorgado prolongando su carrera lo necesario para darle tiempo de llegar al objeto único que le hacia desear la vida.

Pocos dias despues reunió de nuevo los discípulos en la sala acostumbrada, en que con método les esplicaba los King, para darles sus últimas instrucciones. No nos es posible omitir una parte de aquella enseñanza, porque la inmediacion á la tumba comunica á las últimas palabras de un sabio un carácter casi divino, que impone á la humanidad el deber de recogerlas religiosamente:

«Está es la última vez que tomo para con vosotros la autoridad de maestro, y lo que voy á deciros será la última instruccion que de mí recibireis; retenedla bien, y no dejeis de ponerla en práctica cuando yo dejare de existir.

»No ignorais que un hombre, por mas sabio, inteligente é ilustrado que sea, no es al mismo tiempo apto para todo, y el punto capital para cada uno es el de conocer para cuál objeto es verdaderamente apto, con el fin de aplicarse á aquel con preferencia, y perfeccionarse en sus medios. Es muy frecuente engañarse en la eleccion, y no tener por esto el buen éxito que lograria quien hubiese escogido bien.

»Hace largo tiempo que me sois adictos, y me reconoceis por maestro; he apurado todos mis esfuerzos para cumplir las obligaciones que contraje con vosotros al recibiros por discípulos;

(1) Conforme á la direccion del declive de la China, casi todas las aguas vierten hácia Levante.

vosotros me habeis secundado, habeis compartido mis trabajos y mis penas, y habeis aprendido cuánto cuesta el instruirse sobre varios objetos que á cada uno es necesario conocer, cuando quiere llenar exactamente la mision que le ha cabido durante su mansion sobre la tierra.

»En el deplorable estado de las cosas hoy dia, y atendida la aversion que por do quiera se muestra á la reforma de las costumbres y á la renovacion de la antigua doctrina, no debeis lisonjearos de atraer fácilmente á la mayor parte de los hombres á la práctica de sus deberes. Tened presente el poco éxito que yo mismo he obtenido abrazando tal empresa, á pesar de no haber cesado de trabajar en ella en toda mi larga vida; podeis, no obstante, continuar con alguna esperanza de prósperos resultados, en la custodia del precioso depósito que os confio y de que no soy sino guardian. Esté será confiado por vosotros á personas que puedan hacer uso de él, y que lo trasmitan á su vez á otras, de modo que llegue á las generaciones futuras.

»Para llevar á efecto con fruto tan importante obra, es necesario que cada uno de vosotros se dedique en particular á aquella parte que mas le conviniere y que le fuere mas adaptada.

»Ming-seu-king, Yan-pe-nieu, y Chung-cung, deben atenerse á la moral: se hallan en disposicion de desenvolver sus principios, de inspirar la práctica de cuanto prescribe, y de llevar al punto mas alto de virtud á aquellos que se pusieren bajo su direccion. ¡Oh, si el cielo se hubiese dignado prolongar los dias del sabio Yen-oei!.. Pero estaba decretado que muriese en la flor de su edad, porque en estos tiempos de corrupcion y desórden no eran dignos los hombres de poseerlo.

»Sai-ngo y Seu-cung tienen naturalmente el don de la palabra, han perfeccionado con el arte sus naturales dotes, y alcanzarán triunfos si se contentan con cultivar la elocuencia; serales de gran auxilio la facundia para persuadir á sus contemporáneos de que no serán felices sobre la tierra sino cumpliendo puntualmente aquello para que en ella fueron colocados.

»Yan-yeu y Ki-lu, de mucha esperiencia de mundo, conocen los intereses de los príncipes, y saben cómo conviene gobernar á los hombres; pueden entrar en los empleos civiles, especialmente en aquellos que tienen relacion inmediata con el pueblo; pueden tambien, si fueren requeridos, prestar sus servicios á los soberanos en la administracion de sus Estados.

»Seu-yung y Seu-la, con su incansable ocupacion en el estudio de lo antiguo, han adquirido conocimientos seguros en diversos ramos de erudicion. Estos pueden ser verdaderamente útiles y contribuir por su parte á la felicidad de los hombres, instruyendo á los pueblos y á los mismos soberanos en la doctrina de las leyes, de los usos, de las costumbres y de toda la conducta de los fundadores de la monarquía; y haciendo oportuno paralelo entre lo que se practicaba entonces y lo que se hace actualmente, podrán inspirar á sus contemporáneos un saludable pudor, y obligarlos por lo tanto á hacer por lo menos algunos esfuerzos para imitarlos en algo, si no tienen bastante valor para imitarlos en todo.»

Todos los pensamientos del sabio fueron, en fin, por la felicidad del pueblo; y la anécdota siguiente muestra hasta qué punto se interesaba por ella. Un dia en que su discípulo Seu-cung habia ido á visitarlo, le dijo el filósofo: «Venís muy á tiempo, porque me disponia á ir á la torre oriental para ver desde lo alto cómo se divierten nuestros buenos campesinos, ya que este dia está, como sabeis, consagrado al culto de los espíritus de la tierra (1).» Llegado que hubieron á la torre, descubrieron multitud de personas que en diversos grupos se entregaban al regocijo, unas cantando y bailando, otras comiendo y bebiendo. Conforme Cung-seu las observaba, veíase alegrarse y hacerse sereno su semblante, como si estuviese tomando parte en sus distracciones.

«Os confieso (dijo á Seu-cung) que tengo un verdadero placer en ver á esa buena gente cómo olvida de ese modo sus desgracias y se cree por un momento feliz: ¿no os parece que hacen bien?—Por mi parte (respondió Seu-cung) soy de parecer, que seria mucho mejor que no se abandonasen nunca, como lo hacen, á un regocijo indecente, y desapruebo sobremanera que se deleiten en cantuquear y bailotear, comer y beber, en vez de dar espansion á sus almas en acciones de gracias por los beneficios recibidos, y en plegarias para obtener otros nuevos.

—Decís muy bien (respondió Cung-seu); es menester dar gracias al cielo por los beneficios recibidos, y rogarle que continúe dispensándolos. Mas tambien, al gozarlos como lo hace esa buena gente, cree dirigir acciones de gracias y plegarias: no les envidieis las lánguidas dulzuras de la felicidad imaginaria de un dia. La continuacion sin tregua del trabajo enervaria el cuerpo y el espíritu, y es bastante justo que, tras cien dias de penosa fatiga (2), restaure el campesino sus abatidas fuerzas abandonándose al júbilo. Es menester mostrarse respecto á ellos, mas bien indulgentes que severos; porque un arco siempre tirante, pierde necesariamente la elasticidad y se hace inservible.»

Otro dia en que el mismo discípulo habia ido á visitarlo, le dijo:

«Mi querido Seu-cung, siento que va faltando la luz á mis ojos, que me abandonan las fuerzas, y que mi vacilante salud no ha de restablecerse jamás;» y en esto, reiterados sollozos interrumpieron su voz: continuando tras un momento de silencio: «La montaña Tai-chan se desgaja: yo no puedo ya levantar la cabeza para contemplarla. Las vigas que sostienen el edificio están la mayor parte empodrecidas; no sé ya á dónde retirarme. La yerba, falta de jugo, se halla casi toda seca, no sé ya dónde sentarme á descansar. La sana doctrina habia desaparecido enteramente y se habia dado al olvido;

(1) Algunas ceremonias en honor de los ocho espíritus protectores de los bienes de la tierra, llamados *Fa-cha*, se celebraban en el equinoccio de primavera y en el de otoño.

(2) De esto resulta que la observancia del *séptimo* dia de reposo no era conocida, como se ha pretendido, por los antiguos Chinos como tampoco lo es por los modernos.

intenté resucitarla y restablecer su imperio; no pude conseguirlo. ¿Habrá alguno despues de mi muerte que quiera acometer tan penosa tarea?»

Finalmente, una mañana cayó en profundo sopor, de que no fue posible volver á despertarlo. Permaneció siete dias en aquel estado de letargo, al cabo de los cuales, entregó el último aliento, en el año de su edad sexagésimo tercero, 479 antes de nuestra era y noveno antes del nacimiento de Sócrates.

Siendo su nieto Seu-sse, único de la estirpe que le sobrevivia, demasiado jóven para encargarse de las atenciones de los funerales, las tomaron á su cargo dos de los discípulos. Estos, despues de haber cerrado los ojos á su maestro, le introdujeron en la boca tres pellizcos de arroz, y lo ataviaron con once clases de vestidos. El esterior era el que se ponia cuando iba de ceremonia á la córte; el sombrero, cual lo llevaban entonces los ministros de Estado; la condecoracion con que se distinguian los hombres de autoridad era de marfil, y el cordon de que pendia, tejido con hilo de cinco colores.

Asi vestido el cuerpo del filósofo, fue colocado en un doble féretro, construido de tablas del espesor de cuatro pulgadas de medida decimal, el cual fue despues colocado sobre un catafalco formado con arreglo al rito de los Cheu que ocupaban entonces el trono imperial: habia pendoncillos triangulares distribuidos alrededor del catafalco, conforme al rito de la dinastía Chang, y un gran estandarte que los dominaba era con arreglo al rito de la dinastía Hia. Satisfecho este primer deber, compraron los dos discípulos, á nombre del nieto de su maestro, un terreno de cien *mus* (cada *mu* es cien pasos y cada paso seis pies) á alguna distancia al Norte de la ciudad, para depositar en él el cadáver. A una de las estremidades levantaron tres montecillos en forma de cúpulas; el de en medio, mas alto que los otros, debia indicar la tumba, y Seu-cung plantó en él por sus propias manos el árbol *kiai*. Este árbol no es hoy mas que un tronco seco; pero subsiste todavía en el mismo sitio en que fue plantado veinte y dos siglos ha. Cuando todo estuvo dispuesto para la sepultura, los discípulos del filósofo que se hallaban mas en el caso de hacerlo, se reunieron á Seu-sse, y formaron el acompañamiento fúnebre, agregados á los parientes del ilustre difunto: el cuerpo fue puesto bajo tierra con el aparato del ceremonial antiguo; y los discípulos, antes de separarse, convinieron en llevar el luto por el maestro del mismo modo y por tanto tiempo como lo habrian llevado por un padre: Seu-cung, sin embargo, quiso llevarlo seis años, y se encerró á tal efecto en una cabaña que construyó junto á la tumba del maestro.

Los principales discípulos del filósofo que se hallaban en los diversos reinos de la China, acudieron por turno á celebrar las ceremonias fúnebres al sepulcro de su maestro, y cada uno llevó como tributo una especie de árbol peculiar de su país para contribuir á decorar el panteon. Un gran número de ellos fueron á establecerse con sus familias en los alrededores de aquel lugar reverenciado, y formaron allí un pueblecito que llamaron Cung-li, esto es, pueblo de Cung, ó perteneciente á la casa de Cung, de que quisieron declararse vasallos, y rogaron al nieto del filósofo que los considerase como tales, por respeto á su insigne abuelo.

Al rey de Lu le causó pesar la muerte del sabio, desatendido por él mientras vivió, y esclamó con dolor: «El cielo próvido está irritado conmigo, pues me ha quitado el mas precioso tesoro de mi reino, arrebatándome el sabio que formaba su principal gloria y su mas bello ornato.» Queriendo despues enmendar de algun modo su pasada injusticia, hizo construir en su honor en la cercanía de la tumba uno de aquellos edificios destinados á honrar precisamente á los ascendientes, «para que todos los amantes de la sabiduría, presentes y futuros, puedan trasladarse á él para hácer las ceremonias respetuosas al que les abrió el camino, y sobre cuyo modelo deben formarse.» Depositóse su retrato en aquel monumento juntamente con todas sus obras, trajes de gala, instrumentos de música, el carro en que viajaba y algunos muebles de su pertenencia.

Verificado todo, se dió aviso de ello al rey de Lu, el cual, habiéndose trasladado allí, ejecutó en persona las ceremonias, que despues se imitaron; esto es, lo reconoció solemnemente por maestro, y le rindió en calidad de tal los mismos homenajes que si estuviese vivo y se hallase todavía instruyéndolo en la moral, en las ciencias y en el gobierno. Los discípulos del filósofo renovaron en el mismo lugar los tributos, ya rendidos á su maestro, y decidieron que, á lo menos una vez cada año, concurririan á desempeñar iguales deberes, lo cual practicaron por todo el resto de su vida con una puntualidad que ha servido de modelo á todos los literatos que los sucedieron. Desde mas de dos mil años há se sigue constantemente este uso; y como no es posible que todos emprendan anualmente el viaje de Kiu-fu-kieu, en donde se alza la tumba del inmortal filósofo, se ha levantado en cada ciudad un templo (*miao*), y los que habitan en las provincias apartadas del imperio, se trasladan á él á celebrar las mismas ceremonias que ejecutarian en la tumba si pudieran concurrir á ella.

Ni aun los emperadores se dispensan de tal obligacion, y como representantes de la nacion, rinden homenaje á aquel á quien la nacion reconoció solemnemente por maestro; y el fundador de la dinastía de Han fue el primero á dar el ejemplo unos doscientos años antes de nuestra era. En esta época puede fijarse sobre poco mas ó menos el principio de la especie de culto público rendido por tantos siglos á Cung-seu por los que presidian á la instruccion y al gobierno del país; de modo que lo que hicieron en un principio espontáneamente y de bastante buena voluntad, se hizo despues una ley, y se erigió en regla que ningun literato fuese admitido á los grados académicos, ningun mandarin puesto al frente de la administracion de la justicia y del gobierno del pueblo, ni entrase en el ejercicio de su cargo, sino despues de haber llenado solemnemente las ceremonias respetuo-

sas en alguno de los templos erigidos esprofeso en cada ciudad en honor del filósofo y de sus principales discípulos.

Tales disposiciones fueron adoptadas bajo el reinado de Chin-sung, tercer emperador de la dinastía Sung, cuyo reinado empezó el año 998 de la era vulgar. Aquel emperador, durante un viaje que hizo á las provincias orientales de su imperio, se apartó del camino acostumbrado para ir con toda la córte á visitar la tumba del gran filósofo, y pasó al templo erigido en honor suyo, en el que cumplió con las ceremonias respetuosas, ante el féretro del difunto á quien adoptaba personalmente por maestro.

Al mismo tiempo que los emperadores honraban la memoria del sublime filósofo con monumentos suntuosos, le daban diversos títulos honoríficos: el rey de Lu, poco despues de la muerte del sabio, lo llamó el *padre Ni*; bajo la dinastía Han, se llamó *Cung* ó *duque*; la dinastía Tang lo llamó *el primer santo*; indicósele despues bajo el título de *predicador real*. Su estátua fue revestida de vestidura régia, y se le puso en la cabeza una corona. Bajo la dinastía Ming, se denominó *el mas santo*, *el mas sabio y el mas virtuoso de los instructores de los hombres*; cuyo título se le conservó por la dinastía tártara actualmente reinante.

Sus descendientes gozaron y gozan todavía, despues de mas de dos mil años, las grandes distinciones del imperio chino, y son los únicos que poseen el título de nobles hereditarios. Habia veinte *cung* (duques) en el Imperio en la quinta generacion, y en el reinado de Cung-i llegaban sus descendientes á once mil varones (1).

(1) Esta vida es compendio de la del padre Amiot, que ocupa un volúmen entero de las *Memorias de los misioneros á la China*.

NUM. V.

SOCRATES.

(470—400 antes de C.)

La evolucion del pensamiento filosófico no puede estudiarse en ningun pueblo mejor y mas completamente que en el griego, en donde la tuvo natural, uniforme, indígena y donde decayó por su propia índole. Qué parte tuvo el Oriente en la primitiva cultura de los Griegos, es cuestion que permanece todavía indecisa, militando tantos argumentos á favor de quien la impugna por entero, como de quien sostiene haber sido grandísima. Los primeros conocimientos de ella parece que habria que buscarlos en el templo; pero de las religiones, tales cuales llegaron á ser en Grecia, bien poco podian aprovecharse los filósofos griegos. Porque aquella mitología, transformando el sentimiento místico oriental, se dirigió á lo bello, á lo sereno, á lo humano; sus dioses fueron personas habitantes de la montaña del Olimpo, y ligadas con los hombres por odio y amor, mas bien que por la Providencia. El dogma tradicional de la unidad no se habia estinguido ciertamente, pero se hallaba confuso en tales términos, que la filosofía, cuyo oficio es precisamente encontrar el principio uno, no lo pudo desarrollar sino en pugna con la religion. Por esto algunos de los primeros filósofos se befaron de las creencias dominantes, como Jenófanes, Heráclito, Anaxágoras; otros trazaron una cosmogonía independiente de ellas, como Parménides y Empédocles; Aristóteles sostuvo (1) que no tenia cuenta investigar con seriedad las doctrinas mitológicas de los antiguos teologizadores; Platon se valió de ellas, pero como símbolos, y dándoles una interpretacion completamente arbitraria. Los Pitagóricos, secta religiosa y custodia del arcano, se aplicaban mas bien al culto privado. Sobre los misterios se halla estendido un velo hasta ahora impenetrable; y queda gran duda de si tendrian conexion con doctrinas mas elevadas. Pudiera ser que hombres reflexivos, disgustados de la religion popular, la cual no satisfacia ni al espíritu ni al corazon, y que á menudo ofendia el sentimiento moral, buscasen alguna cosa mejor en un culto secreto, sin tomarse la pena de mejorar el público. Esto removeria toda idea de unidad de creencias, y quizá conciliaria la estimacion que algunos le profesan con el desprecio que otros no disimulan.

(1) *Met.* III, 4.

Esta oportuna emancipacion de la razon individual de las tradiciones, favoreció el progreso de la filosofía, que en un principio se ejercitó con aquel vigor de juventud que prodiga sus fuerzas aun sin objeto determinado. En efecto, en aquel primer período todo es inconexo y á fragmentos; las ciencias no se hallan distinguidas entre sí; la sabiduría era ciencia, de donde salió el nombre de los Siete Sabios; hasta que algunos pensadores mas robustos fundaron escuelas, que crecieron contemporáneas, pero cada una independiente.

La Jonia, que dió el primer poema y la primera historia, vió tambien nacer una filosofía, ocupada únicamente en las cosas físicas, y en las morales tan solo por accesorio, y que por consiguiente no hizo estimacion sino de la esperiencia. Pitágoras llamó á la filosofía amor de la sabiduría, con lo cual la constituyó una ciencia general que contempla y juzga á las demás. Tambien examinó lo creado, siendo natural que los fenómenos suministren la primera ocasion de filosofar; pero no bajo un aspecto material y de puras observaciones; antes bien para buscar las leyes y la armonía en los principios del mundo, con arreglo á una determinacion moral del bien y del mal. Por tanto, los Jónicos indagan el cómo, los Pitagóricos el por qué, y ponian por objeto el mejoramiento del hombre. Segun ellos, el órden del universo es el desarrollo armónico del primer principio, no en belleza esterna, sino en virtud y sabiduría. La armonía del mundo, aunque imperfecta, fue ordenada conforme á ideas morales, y deja aparecer la justicia y la oportunidad, ó la virtud y la sabiduría. El ordenador de este mundo reservó premios y penas en el otro á particulares almas.

Otro de los caractéres de la doctrina pitagórica es el de dar por base á los fenómenos naturales las ideas matemáticas; por lo que, tratando de determinar todos los fenómenos del mundo por via de ciertas ideas, base de la armonía y esencia de todas las cosas, abria el paso á la investigacion de lo suprasensible: suponia que todas las cosas se componian de un elemento que dominaba el *uno*, número principio, que es todo, y en que todo está, y que comprende no solo la unidad, sino tambien la multiplicidad. Estas unidades son todas semejantes, ni sus diversidades aparentes provienen

sino de los intersticios. El vínculo que las mantiene adherentes, es la armonía. No solo el universo visible sino tambien la virtud están en la armonía, esto es en templar las pasiones y ponerlas de acuerdo con la razon.

Poniendo lo suprasensible por principio de lo sensible, provocaron los pitagóricos las investigaciones de los principios racionales de las cosas. Despues solo á lo suprasensible se dirigia la escuela eleática, distinta de la jónica y de la pitagórica en cuanto que no creia digno de ninguna atencion lo sensible. Esta fue la primera tentativa de rectificar el modo del conocimiento sensible por medio de las ideas puras de la razon, ó sea de reducirlas á su verdadero valor; fue la primera vez que el elemento especulativo del pensamiento se distinguió del empírico, preparándose de tal suerte la conciencia á la veraz idea de la filosofía.

Mas, la poca importancia asignada por los eleáticos á la moral (ya que no valuamos de tal á una piedad sacerdotal) impidió que distinguiesen suficientemente lo absoluto de lo relativo; y en la tentativa de reunir las ciencias físicas y las morales, llegaron hasta la identidad absoluta, al panteismo. Tales se muestran Jenófanes, Parménides, Meliso, y el mas conocido, Zenon. Habiendo este viajado con Parménides á Atenas, combatió á la secta jónica con sus mismas armas, para impugnar la pluralidad. Primeramente se valió del diálogo al esponer sus doctrinas, partiendo de aquello que se reputa verdad, como hacen los dialécticos; habilísimo en demostrar con forma científica lo contrario de las cosas. Con esto demostraba que el admitir la pluralidad, conduce á absurdos no menores que el admitir únicamente la unidad.

En la escuela jónica domina, pues, la doctrina de que toda cosa verdadera se encuentra en un constante desenvolvimiento; y prosiguiendo resulta, que la razon es lo que domina y ordena todo el curso de los fenómenos. Los pitagóricos conciben el mundo como un desenvolvimiento verdadero, en que lo armónico debe perfeccionarse por oposicion á lo indeterminado y á lo determinado, al mal y al bien; lucha sin la cual no se da vida. Los eleáticos se aplican aun mas á la razon, y fuera de ella, nada reconocen verdadero; miran á aquella como el ser, bien que no la distingan claramente de lo natural y corpóreo; mientras que la distinguen completamente de lo sensible, ya que los sentidos se engañan. Por lo tanto, niegan toda contingencia, y deben conducir al escepticismo.

La escuela jónica habia nacido fuera de Grecia y poco se estendió en ella; la pitagórica nació en Italia; la eleática resplandeció en Atenas con Zenon y Parménides. Anaxágoras y otros atomistas se acercaban á ella. Péricles Callias y otros políticos la escucharon, pero pocos prosélitos hizo, y jamás penetró entre la muchedumbre.

Esta reseña muestra ya la pujanza del genio griego, que sin esfuerzo recorria el intervalo que existe entre la forma y el pensamiento, y dando á la ciencia todo el poder de un arte, borraba hasta la diferencia que separa la verdad de la poesía. Aquellos filósofos procuran abarcar cada uno la totalidad de la inteligencia y hacer sistemas del mundo; el espíritu se hallaba en contínuo trabajo de construccion; la sutil sagacidad no perjudicaba á la fecundidad de la imaginacion; la análisis era creadora, y la crítica era inventiva.

Sin embargo, su actividad no iba dirigida sino por una curiosidad vaga é indefinida; aspiraban á coordinar en aparente armonía los elementos de aquellos sus sistemas, hechos para contentar la imaginacion, y cuyo dominio positivo y legítimo no se cuidaban de conocer, ni de designar sus confines. Nacia de ello una turba de cuestiones contradictorias é interminables; porque eran irresolubles por naturaleza, como que partian de puntos esclusivos; hipótesis levantadas á diestro y siniestro y destruidas casi al momento tan completamente, que á duras penas las puede reconstruir en el dia una crítica imparcial y estensa.

Semejante esclusivismo daba de sí que debiesen arruinarse cuando se reunieran. Y la tentativa de aproximarlas y de hacer que unas influyesen en otras, fue la obra de los sofistas.

A la palabra sofista suele acompañar una idea de desprecio; pero la historia no desprecia nada á no ser la cobardía. Es mérito de ellos el haber vulgarizado los conocimientos en un principio patrimonio de unos cuantos, y haber dado á los conocimientos especulativos una aplicacion práctica. Los sofistas tenian escuelas con las cuales regularizaron una educacion teórica por toda la Grecia, y recorriendo las ciudades daban á los jóvenes y aun á los adultos aquella instruccion que requeria el espíritu vivaz de los Griegos. Y no suministraban lecciones de ciencias especiales, sino de práctica y de aplicar las teóricas dispensadas por la filosofía; procuraban sobre todo formar políticos, y llamaban sabiduría el conocer lo que hace poderosos entre los hombres y en el Estado. Moral, política, elocuencia, eran, pues, las artes mas cultivadas por ellos; artes poderosas en un tiempo en que tocaba á la tribuna aquella preeminencia que hoy cabe á la palabra impresa.

Ademas de haber mejorado la lengua y el sistema de educacion, bastante merecieron con haber abarcado toda la ciencia del hombre, y vuelto hácia el hombre su contemplacion; con lo cual encaminaban á una filosofía que se propusiese examinar cada pensamiento con relacion á la idea de la ciencia, tanto respecto á la forma, cuanto á la materia.

Mientras prevalecia, pues, en todas las filosofías la consideracion de lo objetivo, y poquísimo se concedia al conocimiento y al pensamiento científico, los sofistas fijaron su mirada sobre la intencion subjetiva del pensamiento. Solo que, considerando la ciencia únicamente como obra de arte, no buscaban el conocimiento absoluto, y debian verse estraviados por sus mismos principios y modos.

Vagando de ciudad en ciudad, no encontraban en todas aquellas variadas legislaciones ningun punto fijo elevado para juzgar cuál fuese la verdadera; por lo cual de todas dudaban, y

concluyeron que ningun derecho nacia de la naturaleza, y sí únicamente de la ley (1). Asi desaparecia la creencia en la verdad, y no habiendo ya objeto de la vida para gente que deja de creer en la posibilidad de aquella, no quedaba mas que un ciego amor á la fama, fundada en el talento de la sutileza y del estilo.

La mitología de entonces sacaba todo de los sentidos, de lo cual no podia deducirse sino que nada hay fijo, ni aun la moral. Por esto llegó á ser la retórica el arte de persuadir de una proposicion, fuese esta la que fuese.

Ilustres representantes de esta secta fueron Gorgias Leontino, celebrado hasta las nubes por sus contemporáneos, y ávidamente buscado, y Protágoras, que dijo que en cuanto á los Dioses no sabia si existian ó no, que todo se resuelve en una diversidad infinita, no siendo nada en sí, sino relativamente á las demás cosas. Lo condenaron, pero no sé que lo refutasen.

Estos filósofos no se complacian, pues, sino en demoler y estudiaron las escuelas precedentes con la infeliz mira de aniquilar la filosofía por medio de la filosofía misma, y sustituir á ella el talento de la palabra. Y paso á paso, dando cada vez en peores manos, se hizo del instrumento un fin, no habia verdad que no se pusiese en cuestion, y derribada la fé, nada se ponia en su lugar (2).

La duda, cuyo gérmen habian esparcido los primeros filósofos, se habia desarrollado hasta el punto de asegurar que nada hay cierto, y que el hombre mas sabio es aquel que ha renunciado á la esperanza de la verdad. De la union entre las máximas teóricas y la actuacion social derivaron los públicos perjuicios y la declinacion de una república hasta entonces en estremo floreciente. En todos los pueblos se dan ciertos momentos en los cuales el oropel alcanza mas estimacion que el oro, hasta que una desventura general viene á advertirles que el vano relumbrar esterior no engendra otra cosa sino debilidad y cobardía, y que al hombre está reservado un destino mas alto que el goce material.

Entre aquella oscilacion de oposiciones no quedaba mas que una via; atenerse al bien práctico; oponer la persuasion del órden moral y de la verdad. Esto hizo Sócrates, y bastó para que la ciencia volviese á tomar su sendero.

Los antiguos caracterizaron á la escuela de Sócrates diciendo que se hallaba en oposicion con las otras y que estas se ocupaban de la naturaleza y aquella de la moral. Con todo, entre los socráticos se dan sistemas de lógica y de física, y no de otro modo podia encontrarse el reposo filosófico sino con ver una ciencia única, la del conjunto de la naturaleza. Los primeros filósofos habian procurado aquella identificacion con suponer una sustancia única y materiàl. Pero en breve les advertia la conciencia que la razon no es una fuerza de la naturaleza, y entonces demolian ellos mismos sofísticamente el mundo que habian descubierto de la conciencia refleja.

(1) Τὸ δικαῖον καὶ τὸ αἰσχρὸν οὐ φύσει, ἀλλὰ νόμῳ. PLATON in *Gorg.*, y demás.

(2) La mejor apreciacion de los sofistas, ha sido hecha por SANTIAGO GEEL, *Historia critica Sophistarum qui Socratis ætate Athenis floruerunt*. Utrecht 1825.

Mas, para salir de las aberraciones del pensamiento científico, era menester adelantar la ciencia distinguiendo la moral de la física material y panteista; la ley del espíritu de la de la materia; de modo que el lado moral del mundo hallase su legítimo puesto enfrente de la naturaleza.

Por esto Sócràtes, si bien quiso *conocer á todos los predecesores, y cuánto enseñaron Anaxágoras y Arquelao*, se aplicó mayormente al lado moral que habia sido hasta entonces el mas descuidado. Esto no bastaba á satisfacer al espíritu, ávido de la científica unidad, y se habrian puesto en contienda entre sí dos ciencias, cada una de las cuales que propendia á la misma generalidad. Para llegar á esto era necesario penetrar en las indagaciones lógicas y dialécticas, á fin de que desde la elevacion del pensamiento científico se pudiese discernir la necesidad de abrazar á la vez en la inteligencia la naturaleza y la razon. A tanto se dispuso Sócrates buscando el valor científico del pensamiento, el conocimiento de sí mismo como ser pensante, y el someterlo todo á la luz de la ciencia universal, en términos de que cada conocimiento pudiese juzgarse una rama necesaria en el árbol de la ciencia. Con esto se despojaba del carácter individual de las escuelas precedentes.

Por tanto, con asegurar que «No sabia mas sino que no sabia nada,» no formulaba el esceplicismo, sino que contradecia el descarado dogmatismo de los sofistas, los cuales hacian profesion de ignorarlo todo; mientras él no enseñaba ciencia alguna, sino á pensar bien, á conocerse á sí mismos; esto es, el valor moral de las propias acciones, y el valor científico de los propios pensamientos. Por tanto, él impele la actividad racional á tomar en cuenta los actos prácticos, y sobre ella funda la idea de la ciencia, pareciéndole que el hombre debe encontrar en sí el conocimiento de las cosas que importan á la vida.

¿Qué método empleaba para esto? desenvolver el pensamiento científico aun en las cosas de leve importancia; examinar un pensamiento por todas sus fases y combinaciones posibles. Esto incluye la suposicion de que cada ramo del saber representa un todo y no varía á capricho, y Sócrates fue el primero que mostró, que toda nocion, por mas que sea imperfecta, debe contener el concepto de la ciencia. Parte, pues, de ideas generalísimas, consentidas por todos; pasa á la idea intermedia, mostrando con cuáles se podia coligar la cuestion propuesta y con cuáles no; y asi, de una primera concesion viene por inducciones á obligar á otra que no se esperaba.

No estableció escuela, no compuso lecciones, no escribió nada; discutia paseando. La patria le suministraba el lenguaje mas bello del mundo; la conversacion, las finuras del aticismo; la libertad oyentes por las calles, hasta la cortesana y Simon el zapatero. Filosofaba de improviso sobre aquello que se le proponia y con arreglo al sentido comun, y siendo eminentemente práctico, posponia al conocimiento de sí mismo las doctrinas científicas.

Interroga á uno sobre cualquier punto, y luego que ha notado su no bien segura opinion procura suscitarle una duda, y lo induce á buscar

por si algo mejor. Acepta la mas débil respuesta, y prefiere las nociones vulgares, mostrándose él mismo ignorante y rogando se le instruya. La dialéctica es, pues, su método general, el particular la ironía.

Cuando el interlocutor ha manifestado su opinion, Sócrates saca de cada punto una conclusion del todo inesperada, esto es, no combate la proposicion, pero muestra que se halla inclusa en ella otra absolutamente opuesta; le revela las consecuencias de aquello que cree verdadero, y cómo las proposiciones creidas por él firmísimas encierran consecuencias que el sentido comun condena.

Asi convencia de que ellos no sabian nada, y confesaba no saber nada él mismo; no concluia nada, pero enseñaba á estraer del concreto las ideas abstractas, y á hacerlas accesibles á todas las inteligencias, y de un caso particular conducia á desenvolver las ideas generales que se hallan contenidas en nuestra conciencia, sin que ella lo sepa, por via de la reflexion, llevándo á lo bello, á lo verdadero. Hacia, en resúmen, de comadre, sacando de la conciencia de cada uno las ideas que virtualmente se hallan en ella comprendidas, lo abstracto de lo concreto, lo general de lo particular; y en segundo lugar analizaba lo general y las determinaciones del pensamiento, y mostraba su coincidencia con lo particular y lo concreto. Una sola afirmativa deducia él de estas sus dudas; el bien, que la conciencia saca de la conciencia; el bien, como causa final y objeto del individuo y del mundo. Asi con la mayor sencillez representaba lo que hay de mas elevado.

El punto capital consistia entonces en formar políticos y hombres aptos para los negocios, siendo la patria el todo para los Griegos. Por tanto Sócrates daba por regla de las acciones particulares las leyes del Estado (1), y aquellas otras no escritas que todo el mundo tiene, y que por esto no pueden ser sino de orígen divino.

Del respeto de estas leyes no escritas y sin tiempo, hay un trozo de oro en Sófocles. Creonte reprende á Antígona por haber sepultado á su hermano á pesar de la prohibicion; ella responde: «Tal prohibicion no me fue impuesta »por Jove ó por la Justicia que se sienta al lado »de los Dioses del Averno, los cuales imponen »honrar con la sepultura los despojos de los »fenecidos. No creí que tus decretos tuviesen »mas fuerza que las leyes de los Dioses, segu»ras y no escritas, que no desde hoy ó desde »ayer, sino á través de todos los tiempos están »en vigor, y no hay quien sepa cuándo salieron »á luz (2).»

Y Sócrates tambien las reverenciaba, y por medio de ellas refutaba ya desde entonces el *contrato social*. Hé aquí un ejemplo:

Sócrates. ¿Conoces tú algunas leyes que jamás hayan sido escritas?

Hipias. Sí; aquellas que en todo país son observadas.

Sócr. Y ¿podrias decir que hayan sido hechas por los hombres?

(1) Jenofonte, *Mem.* IV, 4, n.° 12, 13.
(2) V. 450.

Hip. ¿Cómo lo he de decir? En primer lugar, es imposible que todos los hombre se reunan; y en segundo, no hablando la misma lengua, no podrian entenderse.

Sócr. ¿Por quién crees, pues, que hayan sido hechas?

Hip. Soy de parecer que las hayan dado los Dioses á los hombres (3).

Y porque entonces se lanzaban los jóvenes á politiquear contra viento y marea, tuvo una vez Sócrates esta conversacion, que no será inoportuna tampoco en nuestros tiempos.

Glauco, hijo de Ariston, de unos veinte años de edad, habia emprendido hacerse orador, deseando presidir la ciudad; y teniendo muchos allegados y amigos, nadie podia hacerle desistir, no obstante que el tribunal lo echaba abajo y que era ridículo. Pero Sócrates, que lo queria bien por consideracion á Carmides hijo de Glauco, y por respeto á Platon, lo hizo desistir por sí solo.

Porque habiéndolo encontrado, lo paró al principio, á fin de que quisiese escucharlo, con estas palabras: «Glauco, ¿piensas presidirnos?

Glauco. Asi es, Sócrates.

Sócr. Bella cosa, si alguna hay en la vida humana. Porque es evidente que si obtienes eso, podrás conseguir cuanto desees; te hallarás en disposicion de favorecer á los amigos, levantarás la casa paterna, engrandecerás la patria, serás celebrado, primero en la república y despues en toda la Grecia, y quizá, como Temístocles, hasta entre los bárbaros; y do quiera te encuentres por todas partes serás ilustre.»

Oyendo Glauco este modo de hablar, engrióse, y se paró de buena voluntad. Despues de esto: «Por supuesto (dijo Sócrates) es cosa clara que si quieres, oh Glauco, ser honrado, es menester que proporciones á la república alguna utilidad.

Glauc. Ciertísimo.

Sócr. Por los Dioses, pues, no seas reservado, antes dime, ¿por qué principiarás á hacer bien á la ciudad?»

Y puesto que Glauco callaba como reflexionando entonces por dónde habia de principiar. «¿No es verdad (dijo Sócrates) que asi como si quisieses ensalzar la casa de un amigo procurarias hacerlo mas rico, asi te esforzarias en hacer mas rica á la ciudad?

Glauc. Seguramente.

Sócr. ¿No seria ella mas rica si se le aumentasen mas ingresos?

Glauc. Asi parece.

Sócr. Dime, pues, ¿De dónde provienen á la ciudad las rentas, y cuantas son? Porque es cosa clara que tú has meditado este punto para suplir á ellas cuando fueren escasas; y si van faltando, para agregar la adquisicion de otras nuevas.

Glauc. En verdad, sobre eso no hecho consideracion alguna.

Sócr. Pero si has descuidado eso, dime al menos á cuánto ascienden los gastos de la ciudad. Porque seguramente tú piensas en dar por el pié á los supérfluos.

(3) Jenof., l. cit. n.° 19.

Glauc. Es que tampoco he parado nunca la atencion en eso.

Sócr. Entonces dejemos para otro tiempo el enriquecer la república. Porque, ¿cómo es posible que pueda cuidar de estas cosas quien no está informado ni de los gastos ni de los ingresos?

Glauc. Pero se puede enriquecer la república con lo de los enemigos.

Sócr. Sí por cierto, y muchísimo, si uno es mas fuerte que ellos; pero si es inferior en fuerzas, tendrá que poner aun de su bolsillo.

Glauc. Dices bien.

Sócr. Es necesario, pues, que el que está para deliberar contra qué enemigos necesitará combatir, conozca las fuerzas de la ciudad y las de sus adversarios; á fin de que si se encuentra mas fuerte, pueda aconsejar que se emprenda la guerra; y si menos que los adversarios, persuada que se proceda con cautela. Dime, pues, primero las fuerzas de tierra y las navales de la república, y luego las de sus contrarios.

Glauc. Yo no sabré decírtelo asi de memoria.

Sócr. Bien, si lo tienes por escrito sácalo, porque lo escucharia de muy buena gana.

Glauc. No he escrito nunca ni aun esto.

Sócr. Trataremos, pues, en otra ocasion desde su principio la deliberacion de la guerra, porque quizás por lo vasto de este asunto, como tú has principiado recientemente esta prefectura no has podido hacer su exámen todavía. Pero en cuanto á las guarniciones de este territorio, sé que te has ocupado de ellas, y sabes cuántas son convenientes y cuántas no, y cuantos soldados bastan á guarnecerlo y cuantos no bastan, y que estás deliberando aumentar las puestos necesarios y suprimir los supérfluas.

Glauc. En verdad yo las quitaria todas por la razon de que custodian nuestro territorio de tal modo, que mas bien sirven para saquear la campiña que para otra cosa.

Sócr. Pero si se quitan los presidios, ¿no te parece que quedará á quien quiera la libertad de robar? ¿Y has ido tú mismo y has hecho esa averiguacion? ¿ó cómo has sabido que hacen de mala manera el servicio?

Glauc. Me lo figuro.

Sócr. ¡Ah! con que es decir que tambien sobre este particular habremos de decidir cuando no nos lo figuremos sino que tengamos certeza.

Glauc. Mejor será asi.

Sócr. Y á las minas de plata sé que no has ido para poderme decir de qué proviene que actualmente producen menos que antes.

Glauc. Verdaderamente no he ido á ellas.

Sócr. Se dice en verdad que el sitio es de malos aires; por tanto, cuando ocurra deliberar sobre esto, te será bastante esta misma escusa. Pero yo sé que no has echado á un lado, antes por el contrario, que te has entretenido sobre este otro asunto, esto es, por cuánto tiempo basta á alimentar nuestra ciudad el grano que se cria en nuestra campiña, y cuánto necesita aquella para todo el año, para no encontrarte á ciegas de si la ciudad carece de ellos; sino que hallándote con datos puedas, proveyendo á lo necesario, socorrerla y salvarla.

Glauc. Me dices una cosa inesperada: ¿tambien de eso se ha de cuidar?

Sócr. No puede uno administrar bien, ni siquiera su propia casa, si no sabe todas las cosas de que esta carece y no las suple. Mas, puesto que la ciudad consta de mas de diez mil casas, y es difícil cuidar de tantas á la vez, ¿cómo no has cuidado de aumentar primero la sola casa de tu tio? porque se halla necesitada. Si logras aumentar esa, emprenderás lo mismo en muchas otras. Pero ¿si no puedes proporcionar beneficio á una sola, cómo podrás beneficiar á muchas? Si uno no pudiese con un talento, ¿no es claro que ni siquiera debe probar si puede con muchos?

Glauc. Yo podria beneficiar la casa de mi tio, si él quisiera creerme.

Sócr. De modo que no pudiendo persuadir á tu tio, ¿juzgas poder hacer que todos los Atenienses juntamente con tu tio te obedezcan? Ten cuenta, oh Glauco, no sea que deseando hacerte famoso des en el estremo opuesto. ¿No ves qué peligro hay en hacer y decir cosas que no se saben? Piensa en cuantos otros conoces de esta manera, á quienes se ve decir y hacer lo que no saben, y repara si te parece que de tal modo consiguen mas bien alabanzas que vituperio, y si se les mira mas bien con admiracion que con desprecio. Piensa despues en aquellos que saben lo que dicen y lo que hacen, y hallarás, como creo, que en todas las acciones los que son celebrados y admirados son del número de los peritísimos, y que todos los que tienen mal nombre y son despreciados, son del de los imperitísimos. Si, pues, deseas fama y admiracion en la república, haz ante todo por hallarte enterado de las cosas que te propongas hacer. Porque, si siendo en ello superior á los demás, emprendieres á manejar los intereses de la república, no me maravillaré de que salgas fácilmente con lo que te propongas (1).»

Echaron en cara á Sócrates aquel dicho suyo de que *de la ignorancia proviene todo pecado* (2). En efecto, si la virtud es ciencia, no á todos será dado alcanzarla; si es especulacion intelectual, no pertenece á la voluntad, sino al entendimiento. Con todo, el absurdo cesa, toda vez que por ciencia se entienda, como él hacia, el conocimiento de sí mismo. Y en verdad, si se prescinde del estado sobrenatural á que la gracia eleva al hombre, no se da ningun elemento infinito, salvo en la razon humana. Dios es luz de la razon y de él saca el alma el ser y el conocer. Las ideas son entes que sobreviven al cuerpo, y que los estóicos digeron despues que se identificaban con Dios. En este sentido, la intuicion de las ideas constituia para Sócrates la virtud y la felicidad; ellas eran los Dioses; en cuyo modo venian á confundirse la contemplacion con la accion, la ciencia con la virtud.

En consecuencia, el bien moral, la perfeccion á que Sócrates aspiraba, no perecian con el cuerpo; y por esto era un bien la muerte, la cual nos volvia á reunir con aquellos Dioses. El colmo de la virtud está pues, en emanciparse cuanto sea posible del cuerpo no obedeciéndole, y desear salir de él cuanto antes. De modo que

(1) Jenof. ep. c. III, 6.
(2) Ibid, 9, núm. 4.

para Sócrates la virtud es un ejercicio contínuo del morir, y nada significa el mérito de vencer los obstáculos. Hé aquí por qué Bruto y Caton se mataron despues de haber leido el tratado de la inmortalidad.

Las vicisitudes personales de Sócrates importan á la historia, no como anécdotas, sino como parte y resultancia de su doctrina, y complemento y revelacion de ella: por esto nos la conservaron los antiguos, tan negligentes en lo general para revelar la vida interior.

Sócrates no salió casi de Atenas; pero entonces refluian en esta, como en un centro, los sistemas, despues de haberse formado en la periferia, y el genio ático adquiria el conocimiento del objeto científico. No creyó él que el estudio dispensase de los deberes de ciudadano, así que peleó y con valor. Su amor á la justicia y á la patria parece que debieran haberlo impelido á la política; pero él queria por una parte hacer oposicion á la manía entonces comun de ingerirse en la cosa pública, y por otra, declaraba que su mision era la de educar la juventud, verdadera base de la administracion de todo Estado. Para su otro intento de desenmascarar la falsa doctrina y las robadas reputaciones de los sofistas y de los políticos, le convenia mantenerse apartado, para no tener visos de émulo y de envidioso.

Sometida la patria á los treinta Tiranos, fue del senado, cuerpo que habia sustituido á las asambleas populares. No creia, pues, deber de un buen ciudadano eludir las magistraturas cuando la patria es esclava, pues de tal modo quedarian abandonadas á los hombres malos. Mostróse siempre firme contra las exageraciones de los aristócratas que habían subido al poder; pero por lo demás huyó de las ocupaciones públicas ¡Tantos otros las codiciaban! y él tenia una ocupacion de que los otros no se cuidaban; la de conocerse á sí mismo.

Los biógrafos las mas de las veces son panegiristas, y, como estos, se empeñan en que su héroe (así lo llaman) sea perfecto, y perfecto en aquella manera que ellos lo entienden, de aquí es que en Sócrates no saben reconocer defectos, ó atribuyen estos defectos al modo de ver y á los tiempos. En realidad Sócrates era eminentemente griego, y griegos sus defectos y sus virtudes. Por tanto estas se le presentaron únicamente bajo el aspecto de la política; fuertes en procurar lo mejor á los amigos y lo peor á los enemigos (1): y aun cuando soportaba las injurias de los enemigos y no queria vengarse ilegalmente, de su apología transpiran sentimientos bastante distantes de los benévolos.

Se interesaba mucho por los jóvenes como por quienes no estaban impregnados de opiniones preestablecidas; pero su cariño hácia los mas bien parecidos dió lugar á acusaciones. Sus adictos lo purgaron de ellas; pero esta es otra revelacion de las costumbres de entonces, en que los jóvenes y los viejos se hallaban mas á nivel en el libre amor de las mujeres, y en que la galantería que con estas no se usaba se volvia en cierto modo á los mancebos. Esto esplica tambien sus tertulias en casa de las famosas cortesanas, á las cuales conducia á la juventud; bailaba él mismo y pasaba las noches entre la bebida, actos demasiado diversos de nuestra idealidad.

A los hábitos patrios se atribuye asimismo alguna supersticion suya como el recomendar la adivinacion (2), el mandar á Jenofonte á que consultase al dios de Delfos acerca de la espedicion al Asia; el creer en sueños, uno de los cuales dice en el *Criton* haberle ordenado el estudio de la música; el sacrificar frecuentemente á los dioses domésticos y públicos; y hasta en su muerte pedir la inmolacion de un gallo á Esculapio. Otro tanto hay respecto á su genio, acerca del cual tanto dijeron antiguos y modernos.

Con tales cualidades no hay que maravillarse de que respecto á él variase el juicio de sus contemporáneos y conciudadanos; aun callando la implacable enemistad de las medianías contra las eminencias. Con aquel su confesarse ignorante, é interrogar, confundia á muchos y los obligaba á reconocer su verdadera ignorancia. Los jóvenes sus secuaces aprendian tal método, y confundian á otros ignorantes, los cuales se convertian en otros tantos enemigos. El ademas mezclaba lo serio con lo jocoso, la ironía con el buen sentido; admitia únicamente suposiciones; se envolvia en alegorías y medias palabras; de modo que se requeria una capacidad nada vulgar para comprenderlo, y era con frecuencia equívoco, y lo llamabán el *bufon ático*.

La malicia de sus enemigos procedió por los pasos que le vemos seguir todos los dias. La primera cosa fue confundirlo con aquellos sofistas á quienes él combatia. A la verdad no iria muy errado quien lo reputase el mayor de los sofistas; sino que el dirigia al bien y á la verdad el arte de aquellos. Y la falta de Aristófanes fue el haberlo tomado por el tipo de los sofistas vulgares, y haber esgrimido contra él el arma mas torpe, por ser la menos razonable y la que menos reparacion deja la del ridículo. Mientras se veia en la escena al supuesto Sócrates andar arriba y abajo por las nubes, y el pueblo aplaudia, el verdadero Sócrates, que asistia á la representacion, se puso en pié para que pudiese saciarse en él la petulante curiosidad.

Asi hacen su oficio los bufones, y el hombre grande no se deja turbar en sus deberes. Los legados espedidos por los Romanos á Taranto reciben villanos insultos de la plebe, por el camino y sin embargo, prosiguen; preséntanse al pueblo reunido en el teatro, esponen su mision, sin dar siquiera señales de las afrentas sufridas.

Quisieron disculpar á Aristófanes reparando en que habian mediado muchos años entre su befa y la acusacion de Sócrates. Oh, ciertamente la befa no mata, pero prepara el camino y ahorra á los malvados la vergüenza de herir á una virtud porque ya fue echada por los suelos por

(1) Ademas de Jenofonte, op. c. II, 2, núm. 2; 3, núm. 14; 6, número 35. Aristóteles dice (*Rhet.* II, 3): Και διὸ Σωκρατης οὐκ ἔφη βαδίζειν ὡς Ἀρχέλαον. ὕβριν γὰρ ἔφη εἶναι τὸ μὴ δύνασθαι ἀμύνασθαι ὁμοίως εὖ πάσχοντα ὥσπερ καὶ κακῶς. Tambien Esquilo en *Prometeo* (v. 970) dice: οὕτως ὑβρίζειν τοὺς ὑβρίζοντας χρέων.

(2) Jenof. op. I, 6.

aquellos infames que se jactan de generosos (1).

Y los malvados se presentaron. Eran un Melito, miserable poeta trágico. Un Licon, abogado; un Anito, hombre acaudalado que habia ayudado á Trasíbulo á libertar la patria y por esto se vanagloriaba de patriota y afectaba popularidad. Unidos en aquel plan que los malvados saben poner en juego al hacer el mal, acusaron á Sócrates de que negaba los Dioses, que introducia otros nuevos bajo el nombre de demonios, y corrompia la juventud ateniense.

Ademas de que, como indicamos, su modo de enseñar podia llevar ya á malas inteligencias, y sobre todo para quien lo juzgase por palabras aisladas, las acusaciones podian tener fundamento para quien mirase como culpa todo atentado contra la estabilidad de las leyes. Y que Sócrates inspirase á la juventud costumbres nuevas era cierto, mediante un nuevo género de educacion que revelaba las llagas sociales, y por eso ofendia á los gobernantes. Verdad es tambien que creia que era mas conveniente á la direccion de los negocios la aristocracia y desaprobaba la aristocracia ateniense, en que por las reformas populares de Péricles, los jueces eran elegidos por suerte y los juicios trasferidos del areópago á los tribunales públicos en los cuales todos los ciudadanos podian tomar parte; de modo que á veces eran hasta quinientos, mil y mil quinientos. Estos ignoraban la doctrina de Sócrates; y ¿cómo hubiera podido él esplicar un sistema de filosofía en presencia de tal muchedumbre? Atacar á los Dioses patrios para demostrar lo racional de su novedad hubiera repugnado á su sistema. Por otra parte sus mismos acusadores no lo conocian á fondo; y cuando Sócrates les preguntaba en qué corrompia á la juventud, no le daban sino vagas respuestas. Pero estos hicieron gala de elocuencia, multiplicaron las palabrotas de patria, de culto, de educacion; cebos con que el vulgo se deja coger.

Sócrates mismo queda desalentado y pide se le escuse si tiene que hablar en estilo llano, y con *vocablos vulgares*, por no estar acostumbrado á declamar en la tribuna. Ademas, el querer convencerles de la verdad de sus doctrinas hubiera sido locura, el renegar de ellas, cobardía. Debilísima es, pues, su apología tal cual nos la conserva Platon, que merece mayor crédito porque estaba presente. Nosotros no recordaremos sino que él creyó deber señalar la comedia de Aristófanes, el único, dijo, de sus acusadores cuyo nombre pudiese decir, pues que los demás hablaron donde él no se hallaba, y asi, no se podia defender. Tan falso es que el efecto de aquella hubiese sido insignificante, y que hubiese cesado de mucho tiempo atrás.

Recurrióse á la votacion, y de quinientos cincuenta y seis jueces, doscientos ochenta y uno votaron en contra, de modo que por solos tres quedaba Sócrates condenado. El grande hombre no sabe llevar en paz este revés, y cambia la apología en una ironía mordaz que llega hasta el vilipendio; confiésase vencido, no en razones, sino en audacia y en impudencia; y puesto que nada da tanto orgullo como la persecucion de los malvados, recita él sus propias alabanzas, como hizo Epaminondas, como hizo Publio Escipion.

Es evidente que la mayor parte lo hubiera dejado en vida con tal de que consintiese en callar; pero su génio no se lo permitia. Condénanlo, pues, á muerte, y no obstante, aceptan por fiador á Criton; ¡fiador para semejante reo! Ven á los mejores llorarlo, y con todo, lo matan. ¡Absurdos de legalidad!

Lo que sigue, todo estudiante lo sabe. Asi se cumplia un acto de ese drama, largo cuanto la duracion del mundo, de lo hecho, de lo que es y de lo que quiere ser, de las costumbres á que el tiempo diera sancion y de la conciencia que quiere el libre saber, el perfeccionamiento. En la tragedia antigua el hombre perece totalmente; en la cristiana se transforma, y encuentra en lo futuro la esplicacion de lo presente. Tal es Sócrates que engendra toda la filosofía griega. Los antiguos lo declararon el mas sabio y el mas virtuoso de los hombres; los modernos no han encontrado mas que un solo tipo que contraponerle, y este no era simple hombre.

Bien merece, pues, que frecuentemente se recuerde su memoria, no solo para conocimiento de la filosofía griega, sino por la historia de toda la humanidad (2). Mas como él nada escribió y todas las escuelas dijeron provenir de él, aparece rodeado de una aureola que le da el carácter de un ser místico.

Y en verdad el nombre de escuela no conviene á la suya sino por semejanza, debiéndose mas bien reconocer un espíritu, un modo socrático. Muchísimas personas de carácter y saber diferentes lo escuchaban, procuraban imitarlo, en términos que, de elementos tan heterogéneos no podia resultar sino gran disparidad en el modo de entenderlo. De aquellos mismos que particularmente se aplicaron á la filosofía, no comprendieron todos de una misma manera la doctrina socrática. Algunos conservaron la inclinacion á los deseos sensuales, y solo el esterior dejaron que se pareciese á aquel maestro. Otros no supieron descartar las preocupaciones de la antigua filosofía. Los hubo que abrazaron el principio socrático en su verdadero sentido y en sus verdaderas relaciones con las sentencias filosóficas anteriores, cuales son las platónicas.

Nuevas escuelas se formaron pues y multiplicadas, y que crecen separadas todavía, pero no en los términos que al principio. Entonces las diversas producciones del espíritu científico tenian fuerzas iguales; ahora prevalece absolutamente la jóven filosofía en medio de las débiles y retardadoras. Son varias en forma, pero todas

(1) Richter, *Aristophanisches*. Berlin 1845.

Pol, *De Aristophane poeta comico, ipsa arte boni civis officium præstante*. Croningben 1834.

Forschhammer, *Die Athener und Sokrates, die Gesetzlicher und der Revolutionar*. Berlin 1837.

Groth, *De socrate Aristophanis*. Utrecht 1843.

Van Limburg, *Apologia Socratis contra Meliti redivivi calumniam*. Croningben 1835.

Bauehauer, *Disq. litter. qua examinatur quam vim Ssophistæ habuerint Athenis ad ætatis suæ disciplinam, mores ac studia immutanda*. Utrecht 1844.

Aristophane et Socrate. En la *Revue des Deux Mondes*, julio de 1840; en aquel artículo dice De Meril que Sócrates *appliquait le jésuitisme à la logique*. En donde es interesante notar que Desmoulins llamaba á Aristófanes *un jesuite*.

(2) Lo hemos hecho en la *Relacion*, n.° I, pág. 739, y en la *Filosofía*, n.° VII.

parten de la unidad, no obstante que parezca que no hayan penetrado la conciencia científica de su maestro, desde que sacaron deducciones tan diferentes ó mejor dicho contradictorias.

Sócrates alza el estandarte del saber, y se le reunen en derredor los mejores, persuadidos de que es necesario buscar las ideas, la esencia de las cosas, pero que estas no se ven á la primera ojeada, sino únicamente por medio de una profunda cultura del entendimiento y de la razon. Buscan, pues, una ciencia que muestra el enlace general de todo pensamiento, un orígen comun del saber y de la verdad, de donde nace la necesidad de reconocer el *uno* en el múltiplo. Pero el saber debia escitar á obras fuertes, á acciones racionales; y por esto se debe asociar lo actual con aquello á que se aspira; y de aquí fue precisamente de donde tomaron orígen los diferentes sistemas.

Son capitales entre todos los de Platon y Aristóteles, espíritu iniciador el primero, espíritu ordenador el segundo. Pero todo lo que se constituyó despues en la filosofía (dice sobre poco mas ó menos Ritter) se encuentra ya apuntado en aquel gran maestro como en la conciencia de un niño, que ya se ve si hará bien y cómo lo hará, pero que apenas puede espresarlo. De aquí el obrar dubitativo de Sócrates, su profesar no saber nada, sus presentimientos, sus trasportes religiosos. Sabe que no llevará á cabo la regeneracion social del Estado y que no alcanzará la forma perfecta de la ciencia; y por esto se procura auxiliares, insinúa en los jóvenes su elevada idea de la ciencia y de la virtud, y cómo deba conocerse el hombre á sí mismo, pero que su verdadera ciencia debe buscarse en la razon divina, que no está solo en él sino que gobierna todo el universo, el cual por consecuencia está dispuesto de un modo racional; los enseña á encontrar las ideas de las cosas y la esencia que en ellas se revela; los ejercita en tal indagacion, conduciéndolos por una parte á lo individual, á lo intuitivo, procurando por otra determinar la forma general de las ideas. Cree en la ciencia con toda su alma; cree que esta reinará donde quiera que haya verdadero conocimiento racional; que el mal lo hacemos solo involuntariamente ó por ignorancia; que el cuerpo es mero instrumento de la razon, sin valor suyo propio; que la virtud consiste en la ciencia del bien, y que por consiguiente es una, y puede ser enseñada; que el hombre debe emanciparse de las necesidades del cuerpo si aspira á la verdadera felicidad; que su destino es acercarse á la divinidad, obrando, no por necesidad, sino por puro conocimiento del bien.

Doctrina tan indeterminada podia ser equívoca; pero aun las escuelas imperfectas que derivaron de ella, manifiestan su orígen en dos puntos; en el poco valor atribuido á la ciencia humana y en la prudencia de emancipar al espíritu por medio de la razon. No fue culpa de Sócrates si Arístipo tomó lo ideal suyo en sentido únicamente personal y si creyó encontrar que estamos reducidos á la conciencia de nuestra actualidad fenoménica. Tampoco Antistenes tomó el ideal sino del lado de la personalidad y desprecia todas las ciencias que no conciernen á la moral; y esta consiste en desmembrar la persona, y hacer que el hombre se baste á sí mismo. La doctrina de los Megáreses se eleva mas, reconociendo una razon universal, soberana, fuera de la cual no hay nada; una virtud única, independientemente de toda influencia física; una razon, no de la persona, sino del todo; empero, tampoco sabe reducir á esta á concordar con la conciencia individual.

Pero el progreso científico de las escuelas socráticas es menester estudiarlo en Platon, en Aristóteles y en los estóicos. El lado débil de todas las escuelas socráticas es la opinion de que este mundo en que vivimos y con que va ligada nuestra existencia en todo movimiento suyo, no esté destinado á llegar un dia á verdadera perfeccion. Estaba negado á la antigüedad el reconocer una plena emancipacion del mal.

Cuanto mas agitada se ve la filosofía por opiniones encontradas, por la mescolanza de la verdad y del error, y cuanta menos certeza ha adquirido la forma de la ciencia, tanto mas debe depender el desarrollo de la filosofía del carácter particular de un hombre, del estado de su ánimo ó de la época. En efecto, las escuelas socráticas principales nos representan las diversas edades del hombre. La juventud se revela en el vuelo atrevido, y á veces fantástico de Platon; que vive casi mas en lo futuro que en lo presente y se halla lleno de confianza en la ciencia y en la vida de los hombres; no creyendo imposible emanciparse cada vez mas del influjo de la necesidad. El génio viril de Aristóteles procede mas circunspecto, aplícase á la realidad actual, encuentra en ella grandes obstáculos y pequeña la fuerza del hombre. La fuerza de la razon activa penetra, es cierto, aun en esta esfera sublunar, y produce en el hombre la energía de la ciencia y de la virtud; pero las variadas influencias de las fuerzas superiores producen en este mundo mudable el incalculable juego de la eventualidad; la esperiencia es limitada, imperfecta, la felicidad es incierta, porque depende de condiciones esteriores. Aun en el caso de que la realidad no fuese demasiado halagüeña, es menester someterse á ella, y podemos hallarla tambien digna de alabanza. Los estóicos hablan destempladamente como la vejez que no encontró nicho acondicionado; celebran lo pasado, siguen vigorosamente la severidad moral; aspiran á lo que la razon tiene de mas elevado; mas solo por oponerlo abiertamente á la realidad. Nuestra ciencia no tiene mas que una imágen vulgar de lo que vive; y estamos bien lejos de la verdadera sabiduría que debiera mostrarnos la marcha de la naturaleza y la ley eterna y sabia que penetra todo el universo, llevándonos asi al conocimiento racional de nuestro fin y á una vida virtuosa.

Y nótese cómo el modo de ver de todos ellos se liga íntimamente á un cierto modo de sentir. Platon, animado de valor emprendedor, eleva los ojos á lo que es mas sublime y al porvenir en que debe alcanzarse; y descontento de lo presente, espera una vida mejor. Partiendo de este aspecto de la investigacion humana, por la cual

pensaba realizar un dia el ideal socrático de la ciencia, admitió que cada alma es una unidad en sí, y como tal es resto de una vida en eterno contingente. Cómo Sócrates, procuró llegar á la ciencia por via de la idea del ente, proponiéndose ligar asi lo particular con lo general, con la unida suprema, absoluta, primitiva, en que todas las ideas encontrarian su verdad. Asi llegó á la idea de Dios. Pero Dios, como bien y perfeccion absoluta, no puede ser sino un ente invariable. Cambia, pues, de aspecto el problema, debiendo conciliar, no solo lo general con lo particular, sino tambien la unidad con la pluralidad, la esencia con la contingencia. Y llegó á ello, partiendo del punto de vista humano. Comprendió que, como filósofos, no hacemos mas que aspirar á la ciencia, partiendo de la ignorancia, pasando por la opinion legítima. Comprendió que no podemos comprender á Dios, el cual se halla por cima de toda ciencia y de toda esencia; pero vió no obstante, que participamos ya de algo de la ciencia y de la eternidad, y en tal sentido desenvolvió su teórica de las ideas. Pero si llegó á elevar gradualmente la filosofía desde la diversidad á la unidad, no logró volverla de la unidad á la diversidad. La pluralidad de las ideas en la unidad de Dios es para él mera hipótesis, y tampoco sabe conciliarla con la idea de que Dios es un todo perfecto, pensando que ninguna idea puede ser considerada como cosa perfecta, siendo solo cierta cosa particular en comparacion con la general. Esta es para él la razon de la imperfeccion del mundo. A decir verdad, lo sensible no aparece á Platon mas que en nube; bien quisiera concebirlo como un medio de la vida racional; pero no sabe conciliarlo con el modo por el cual lo sensible se le presenta como un obstáculo, como un mal; y no acertando á esplicarlo por medio de la esencia racional de las ideas, se ve arrastrado hasta á considerarlo como un límite necesario, por el no ser, que deberia aliarse indisolublemente á la limitacion esencial á las ideas particulares, tales como se hallan establecidas en el mundo. De tal modo, abandona la esperiencia; espera encontrar la verdad sin auxilio esterno, por la sola fuerza interior de la razon propia; y pues es imposible pensar sin imágenes que nos hagan sensibles las cosas, prefiere recurrir á la imaginacion, antes que á la historia y á la observacion de la realidad. Hé aquí por qué su esposicion propende tanto á la forma poética y mística.

Pero el curso de la naturaleza y las relaciones determinadas de la sociedad humana, restituyen pronto ó tarde de las imágenes á la realidad. ¡Dichoso aquel que habiendo pasado de jóven á hombre, y aun conservando á la razon sus mas elevadas pretensiones, ha aprendido no obstante á acomodarse á la realidad, persuadido de que esa satisface en el fondo sus pretensiones, por mas que las apariencias digan lo contrario! Tal dicha no puede atribuirse sin restriccion á Aristóteles. Verdad es que, como Platon, se fia á la razon inmutable, á Aquel que mueve todo sin ser movido: verdad es que se abandona mas que Platon á la realidad, viendo la ciencia y la virtud en la energía divina de la forma. Pero en las cosas humanas y naturales, encuentra con demasiada frecuencia escepciones á la ley racional, monstruosidad en la naturaleza, desórdenes en la sociedad humana, que lo obligan á confesar que no todo se halla perfectamente ordenado por la razon; pero no tiene la esperanza de que un dia deban ser corregidos los desórdenes que descubre. No le queda, pues, sino admitir, al lado del principio perfecto, una necesaria causa de la imperfeccion, una materia, que no es nada en sí, pero que por toda la eternidad existe en el universo eterno como su condicion. Su punto cardinal es que todo fue, todo será cual presentemente es; que el mundo no está destinado á ser perfecto; que hay en él circulacion, no progreso contínuo.

En esta oposicion del principio formal y del material, debemos echar de ver un progreso de la doctrina, confrontándola con la esposicion vacilante de Platon; pero está compensado por otro defecto. Segun Aristóteles, no puede darse forma alguna pura, ningun general inmaterial, escepto Dios. El particular aparece como condicion del general; por lo cual, todo es perecedero, aun el alma; y sería tan insensato como inútil el quejarse de estos defectos de nuestra vida cósmica, y es menester tomarla como viene y procurar gozar del mejor modo entre los demás hombres.

Pero el hombre no puede vivir en semejante desesperacion, ni los Griegos, habiendo pasado por las escuelas de Aristóteles y de Platon, podian contentarse con esperanzas frívolas como la de Epicuro. Los estoicos, bien que no se fiasen puramente, como Arístóteles, de la energía de su vida, y á pesar de que no fuesen capaces de esfuerzos tan atrevidos como Platon, supieron mantener la dignidad de la razon y del ideal en la naturaleza, aun cuando poca esperanza abrigasen para sí mismos. La ciencia de los estóicos revela la contradiccion del hombre, precisado á reconocer las mas elevadas pretensiones de la razon, y al mismo tiempo la incapacidad propia y agena para satisfacerlas. Quieren la ciencia; reconocen que la verdadera consiste en la esperiencia de la ley racional que gobierna todo el universo; creen que tal ciencia debe ser posible en el mundo, y que el hombre deberia poder alcanzarla, ya que participa de la fuerza racional que viene á él del todo, y que forma la unidad dominante de su alma, exigen del hombre la virtud, piden que en posesion de esta ciencia viva conforme á la ley racional. ¿Pero cuán lejanos no están ellos de esta ciencia? Siéntense sometidos á la sensibilidad; no ceden á otra fuerza que á la física; el mayor punto de elevacion para ellos es el libre desarrollo de aquella; todo es material y corpóreo. Asi coronan su doctrina con una unidad que todo lo abraza, pero que se halla precisada á dividirse en pluralidad y sujetarse al vaiven de la vida imperfecta para mantener en movimiento su propia existencia. Partiendo de las unidades sensibles, poco propenden á las ideas generales; parece que se ven precisados á considerar lo general como aquello que gobierna el todo; y pues es un modo general empírico, su potencia absorbe efectivamente toda particularidad, toda personalidad que

se presente solo como fenómeno pasajero de la vida general. No renuncian á lo ideal, pero no lo miran mas que como fundamento de la actividad viva. El progreso representado por la doctrina estóica, consiste en que, reconociendo la antinomía entre la imperfeccion necesaria del mundo y su principio perfecto, se resuelve á poner la necesidad en el mismo ser perfecto. Con esto espresaron mas precisamente el modo como los Griegos antiguos consideraban el mundo, puesto que Platon y Aristóteles recorrieron mejor los límites de tal modo de observar, y se esforzaron en aventajarlos sin lograrlo.

Mientras mas manifiesto se halla el lado débil de una opinion, menos puede esta sostenerse. Mas para gran prueba de que la ciencia del hombre depende de las circunstancias de su vida esterior y de sus sentimientos, la doctrina del Pórtico fue eclipsada por el superficial escepticismo, por el tono declamatorio, por la teoría empírica de lo verosímil de los nuevos académicos; y todo pasó en la vulgaridad de la vida y de la ciencia; y conforme á aquella se creyó poder juzgar las antiguas doctrinas filosóficas.

No obstante, de mucho fruto para el siglo que sucedió fueron las investigaciones de entonces, tomando valor de la forma científica, precisa y severa de la ciencia á que se aplicaron, y todas dirigidas á buscar una ciencia que realmente apurase su objeto. Pero todos, desde la forma científica á que tendian sus trabajos, han sido conducidos á admitir las oposiciones que constituian el objeto de sus tentativas; pero á la vez no supieron encontrar entre ellas relacion alguna determinada, y es muy natural, pues que ateniéndose á su modo de ver, no podian advertir que este mundo esté destinado, en su mas puro principio, á alcanzar una perfeccion completa.

Es decir, que Sócrates permanece todavía, por medio de sus discípulos, á la cabeza de la moderna filosofía. Los estóicos pudieron considerarse como una preparacion al cristianismo, y hoy han desaparecido del todo, ó se han transformado en una escuela puramente moral. Aristóteles y Platon, aunque próximos en época, se hallan inmensamente apartados en ideas; y con este concluye la edad poética y creadora de la Grecia, con aquel empieza la edad crítica y de reflexion. Hasta hoy subsisten ambos como prototipos de las capitales divisiones de la filosofía, representando el uno el principio de la naturaleza, el otro el de la fuerza. De estos dos principios, en cuanto á la cosmogonía, el primero conduce al ateismo, ó, su forma, el panteismo; el otro al deismo, y por consecuencia al monoteismo; en cuanto á la antropologia, el primero niega la responsabilidad del *yo* y su duracion mas allá de la vida, ni reconoce ley moral ó ciencia; el otro se liga á un elemento espiritual, inmortal, responsable, y sanciona la autoridad de la conciencia (1).

A movimiento tan profundo, tan vasto, tan durable, daba impulso Sócrates con solo proporcionar el retorno de la conciencia sobre sí mismo. Porque lo que mas interesa á una sociedad conservar, despues de haber perdido sus creencias, son los principios; y así importa á lo sumo llamar á la lógica legítima sondeando las máximas del sentido comun, buscando su conexion, determinando los confines entre la certidumbre y la opinion, sacando lo verdadero de la confrontacion con la innata luz de la razon, y conciliando por tal medio las convicciones y la virtud, los intereses y los derechos, los cálculos y las creencias. Que si por ventura volviese un siglo ó un país en que los sofistas tornasen á apoderarse del campo; sofistas literatos á quienes el hábito de frívolos análisis constituye ineptos para toda síntesis eficaz; que con amables frivolidades distraen de las lecturas sérias; que invadiendo solo las vulgares tribunas, de donde aparta á los pensadores el sentimiento de la dignidad; que denuestan desde ellas á quien no los inciensa ó á quien se atreve á creer que el arte es una mision de nobleza y de generosidad; sofistas educadores, que ponen en el trono á la charlatanería, y que con la importancia de las futilidades y de las apariencias sofocan la necesidad de vital alimento; sofistas artistas que adoren puramente lo bello y busquen el arte solo por el arte; sofistas académicos, que por erigirse guardas de una antigüedad de que no temen emulacion hostilicen toda novedad; sofistas lógicos que pretendan someter la conciencia y la religion á las rígidas consecuencias de un silogismo; sofistas filósofos, que desvarien en vanas sutilezas y hagan ostentacion de paradojas, que no son mas que un cambio de frases convencionales; sofistas políticos, que hoy predican una sentencia y mañana la opuesta, conforme al interés y á la pasion, pero siempre estremas y no discutidas, exagerando los males, y renegando al mismo tiempo de los remedios; si por ventura se levantase un siglo, demasiado orgulloso para querer creer en la autoridad, demasiado tímido para fiarse solo de la propia razon; un siglo en que una general confusion enmarañe los libros siempre que hablen de certeza en los principios, en los medios, en los motivos por el órden natural y sobrenatural; un siglo en que no se sepa qué cosa sean razon, fe, autoridad, creencia en Dios y en sí mismo, ni cómo se distingan filosofía, teología, religion, y las competencias del espíritu humano y de la sabiduría divina, sin consentir que la una prevalezca sobre la otra; un siglo en que la especulacion sofoque la accion, y en que la necesidad de obrar se vea suplantada por la manía de agitarse, de modo que derive de esta una melancolía descontentadiza é ineficaz; un menosprecio del valor á cada paso y de las virtudes mas santas por ser populares; siglo, pues, que por carencia de principios sea vacilante en las consecuencias; siglo en que pretendan el derecho de la palabra aquellos que menos derecho tienen á él, porque no tienen convicciones; en que la incredulidad y la indiferencia roan los espíritus negados á toda obra, de modo que venga á ser necesario atestiguar, ya que no otra cosa, que la verdad subsiste: en tal siglo, los buenos invoquen un Sócrates; los demás, prepárenle un Aristófanes, un Melito y la cicuta.

(1) RITTER, *St. della filosofia*, I, XI, c. 6.

NUM. VI.

ALEJANDRO Y DEMOSTENES.

Los gérmenes que la Grecia recibiera del Oriente los llevó á aquella madurez desde la cual empieza el deterioro; obras maestras poseia en todas las bellas artes; la poesía la habia confortado en su cuna con robustos cantos; la filosofía se habia ordenado en sistemas. Tanto incremento no debia quedar en provecho de una sola ciudad ó de un pequeño pueblo, y era tiempo de que aquel agua se esparciese por otros campos, y que volviendo á mezclarse con aquellas de que se habia derivado, estendiese la fecundidad.

Los Persas habian intentado sofocar en su nacimiento la grandeza de la Grecia; pero la generosa resistencia que esta les opuso le sirvió mas bien de ocasion para conocerse á sí misma. Aun despues de que los sucesores de Ciro hubieron perdido la esperanza de dominar la patria de Leónidas y de Temístocles, continuó la enemistad, y los velados ó abiertos choques con la Persia constituyen la historia esterna de la Grecia, y esplican tambien gran parte de sus cambios interiores.

La primera invasion persa habia unido de nuevo á los Helenos, adormeciendo interinamente los celos y animosidades provenientes de la diversidad de razas; pero no tardaron en reaparecer. La Grecia formaba un conjunto de pueblos diferentes en orígen y en gobierno, semejantes en intereses y en idioma; que tenian entre sí menos un derecho social interno que uno público esterno: desconfiados unos de otros, bien que todos adversos á quien no pertenecia á su sociedad. El tener que resistir á los enemigos les hacia sentir como necesaria la union; pero no sabian hallarla sino con la preponderancia de alguno de ellos; y esto llevaba á la tiranía. Los Atenienses se habian mostrado primero sus libertadores contra los Persas, y despues aspiraron al dominio. Alzóse contra ellos Esparta que libertó de este señorío á los Griegos; pero bien pronto afianzó el suyo, mas inhumano. Desbaratáronlo los Tebanos, los cuales sin embargo no duraron en la supremacía mas que la vida de un hombre; y de este modo se adquiria siempre y se conservaba el imperio destruyendo y oprimiendo. A aquella vaga tendencia á la unidad se oponia el genio nacional, y la coexistencia de las estirpes heterogéneas sobre el mismo territorio; de lo cual vino el enflaquecimiento de todos y el desesperar de conseguir una asociacion civil diversa del comun y de la ciudad, y mas adecuada á la creciente civilizacion.

La Persia se mezclaba en aquellos movimientos fractricidas, y favoreciendo á los unos ó á los otros cercenaba la independencia de todos. Despues de la paz de Antálcidas quedaron aun mas sujetas al gran rey: el Asia Menor habia sido absorbida por aquel imperio, es decir, convertida en bárbara por consentimiento de Esparta y de Atenas; y gente griega quedaba vasalla de los Persas. No se resignaban, sin embargo á la servidumbre; y la idea de hacerse fuertes en términos de rechazar á los Persas, predominaba en los Griegos, aun cuando invocaban la ayuda de estos. Mas para aniquilar una potencia tan grande no eran de modo alguno suficientes aquellas comunidades desunidas; el valor basta para defender la casa propia y para morir combatiendo; pero la victoria no es mas que para los unidos. Un modo de dar unidad á la Grecia era el de poner el ejército bajo un mando único; y lo que habia sido por largo tiempo el proyecto de la nacion, y que ya habian intentado en parte Cimon y Agesilao, fue realizado por los Macedonios. Esta gente dórica, que se habia quedado en la patria al tiempo que los demás emigraron, como los hermanos desterrados habia cerrado la edad heróica para entrar en la república, pero ya se desviaba tambien de esta, para plantear otra mas vasta. País feudal presa de luchas intestinas y con los bárbaros Tracios é Ilirios, no habia participado de la civilizacion griega, por lo que parecia á los Griegos lo que á los Europeos los Moscovitas de un siglo há; pero que como los Moscovitas precisamente, tenia puesta con la mayor perseverancia su atencion en penetrar en la sociedad helénica.

Aminta, rey, esto es jefe de aquellos príncipes feudatarios, por haber destruido un cuerpo de Persas despues de la batalla de Platea, pidió el título de ciudadano de Atenas; Alejandro I, ser admitido á las solemnidades nacionales de Olimpia, en nombre de Hércules, padre comun de los Dorios; Arquelao II fabricó, hizo caminos, llamó artistas y póetas, lo cual pareció un homenaje al genio superior, no una amenaza. Las reformas introducidas despues de Perdicas se consideraban como un tributo á la ci-

vilizacion griega. Al fin Filipo halló todas las ocasiones de intervenir en las vicisitudes griegas.

Educado en Tebas bajo el gran Epaminondas, y habiendo aprendido de él, si no la rectitud la prudencia y perseverancia, reformó su ejército, dando al valor de este la nueva táctica, por cuyo medio, no solo habia de ser superior á los Tracios y á los Odrisios, sino que competiria con los Griegos. Como libertador entra en la Tesalia para aproximarse á la Grecia; como ejecutor de los decretos de un tribunal sagrado, penetra en esta en la guerra sacra de la Fócida, pasando las Termópilas; obtiene la presidencia en los juegos Pitios y la preferencia para interrogar al oráculo de Delfos. En tanto, honra las artes de Grecia, instituye juegos olímpicos en su país en honor de las Musas, confia al mas reputado filósofo griego la educacion de su hijo, es liberal con artistas, oradores y poetas.

Astucia y fuerza ponen, pues, en juego los Macedonios, pero siempre se mantienen moderados; es decir, sin recurrir á la violencia sino cuando es necesario.

Las obras de la Providencia no las entienden los contemporáneos, ni aquellos mismos que las efectúan. En efecto, los que en Grecia favorecian el incremento macedónico, veian en él un elemento de poder, una mano fuerte venida al servicio de las cabezas pensadoras. Para los contrarios, los Macedonios eran una raza guerrera que se habia sobrepuesto violentamente á otra culta; Filipo un conquistador bárbaro que confiscaba á su provecho la libertad helénica.

Pero gran prueba del aniquilamiento de las ciudades griegas es la indiferencia con que el pueblo veia tal incremento, y favorecia á los hombres de Estado que Filipo habia comprado á fin de que persuadiesen á las repúblicas, no el bien de estas sino el provecho suyo. ¿Diremos que habian comprendido como inevitable la caida de los gobiernos en comunidad? Demades decia en efecto que aquellos no gobernaban á la patria, sino á los náufragos de la patria (1); y harto se sabe que recibian oro á dos manos, y que los sofistas procuraban no persuadir lo mejor, sino adquirir triunfos oratorios y silogizar sutilezas.

Entre los que favorecian á Filipo, Focion lo era con pureza; mas ¿por qué lo sostenia? por desaliento, por materialismo. Hombre honrado, pero sin elevacion, veia condensarse aquella nube; y creyendo imposible oponerse á ella, aconsejaba no intentarlo siquiera, para no exasperar á Filipo, ni hacerlo cruel con la resistencia. Queria que se aceptasen las condiciones de paz que este presentaba y que se sobrellevasen con paciencia (2): si oia declamar contra él, subia á la tribuna á reprobarlo; si se proponia una espedicion, decia: *Creo que valga mas recurrir á las plegarias. Es menester ser ó los mas fuertes, ó los amigos de los mas fuertes.*

Tenia razon: nosotros en su posteridad lo decimos, nosotros, gente sensata, que hacemos por no dejarnos mover á actos de heroismo. Pero nosotros que lloramos sobre Venecia, ¿qué juicio hubiéramos emitido acerca de la patria de Milciades y de Epaminondas, si hubiese dejado cambiar sus instituciones sin defenderlas? ¿las instituciones bajo las cuales se habia cubierto de tanta gloria? ¿si habiendo renunciado á su propia independencia, no por aquellas ideas de utilidad universal que solo en gran distancia pueden presentarse, sino por miedo vulgar ó por racional reverencia á aquel fatalismo que cree reservada siempre al mejor la victoria?

Representando al partido, si se quiere imprudente, pero generoso, estaba Demóstenes. Nació en Atenas el año 381 antes de Cristo, y perdió en su tierna edad á su padre, hombre rico, que poseia una fábrica de armas. Abandonado al ciego cariño de su madre y á la negligencia de infieles tutores, desviado del estudio por debilidad de temperamento, su primera educacion no parecia preparar en él un grande hombre. La energía de su alma no apareció sino en los vicios de su índole; en términos que sus compañeros, objeto habitual de su malignidad, le pusieron el sobrenombre de *Serpiente*. A los diez y seis años, oyendo en una causa importante á Calistrato, abogado célebre, conoció el poder de la palabra y la dignidad del orador rodeado de homenajes y acompañado á su casa por ciudadanos libres; concibió la idea de la elocuencia y de la gloria y se dedicó á ella en cuerpo y alma.

La república ateniense reducida por las ordenanzas de Péricles á pura democracia se hallaba entonces fascinada por los oradores, razon por la cual hasta el artesano subia á los primeros puestos.

Do quiera que se hable al pueblo importa mas conmover que persuadir. Por esto era un arte el hablar bien, y se enseñaba en las escuelas á llegar á ser orador y popular, lisonjeando á las turbas, vituperando á los que disfrutan de gloria, ostentando sentimientos nobles, que tan poco cuestan de palabra; estudiando y favoreciendo las pasiones populares, sin cuidarse de si son razonables y oportunas, y diversas de lo que fueron ayer y de lo que serán mañana.

En tales ocasiones el charlatan prevalece sobre el hombre racional; son de gran mérito una buena voz, bello estilo, robustos pulmones, continente majestuoso; una chanza desvanece un raciocinio; y en vez de refutar las razones, basta garrulear mas alto. Si de este modo se triunfa hoy en los parlamentos y en los juicios, mucho mas en las repúblicas griegas en que se hablaba á una muchedumbre mas numerosa y mas vulgar.

Isócrates, que suele citarse como un pedante, y á quien Platon coloca por cima de todos sus contemporáneos y predecesores por la elevacion filosófica de su elocuencia, daba lecciones, pero tan costosas, que Demóstenes no pudo en un principio participar de ellas. Atúvose, pues, á Iséo; pero estudiando simultáneamente con Platon, daba muestras de que no se contentaria con la forma. Ademas meditaba sobre los antiguos, ejercicio importantísimo; puesto que cuando la lengua se debilita en la afectacion, aprovecha

(1) PLUTARCO, *en Focion*.
(2) Ibid, 48.

recurrir á las fuentes para beber en ellas energía y vivacidad.

Habiendo sido silbado las primeras veces, le manifestó un cómico la diferencia que hay entre una cosa dicha bien y la misma dicha mal, por lo cual se obstinó en vencer sus propios defectos. Y lo consiguió; y habiéndosele preguntado cuál fuese el primer mérito de un orador, respondió, la accion: cuál el segundo, cuál el tercero; tambien la accion. Quizás era una ironía de aquel hombre eminente; puesto que él buscaba bien diversos méritos, y su oracion por la corona gustó tambien recitada por Eschine, aunque este afirmó que mucho mas habria gustado de boca del autor.

Y no con menor celo proseguia el estudio del estilo y de la elocuencia; y los autores antiguos hablan de un gabinete subterráneo en que pasaba encerrado muchos meses, con la cabeza raida por mitad, copiando á Tucídides, ejercitándose en espresarlo todo oratoriamente, preparando escritos para todas las ocasiones, declamando contínuamente, meditando y escribiendo. Las arengas de Demóstenes olian á aceite, decia; pero él respondia con razon á sus detractores que su lámpara y la de ellos no alumbraban iguales trabajos.

Los estudios de Demóstenes le ocuparon muchos años de su juventud sin dejarle tiempo para presentarse en la tribuna ó en el foro. A los veinte y siete años emprendió la defensa de una causa que parecia al mismo tiempo pública y privada, y que á la vez participaba de la peroracion judicial y de la arenga política. Demóstenes escribia acusaciones en nombre de diferentes ciudadanos, que las recitaban ellos mismos, y de esta clase compuso ocho discursos solo para Apolodoro, y la prueba de que él no los recitaba, es que en el mismo negocio dió un discurso á cada una de las dos partes. Parece que toda su vida trabajó para el foro, aun cuando era superior en la tribuna y sus trabajos para los ciudadanos eran, despues de su patrimonio, el principal manantial de sus riquezas. Casi ninguno de los que nos quedan es apologético. La índole áspera y violenta de Demóstenes lo inducia siempre á acusar, acto tan penoso para Ciceron: lo cual hizo las mas veces en su propio nombre y por injurias personales. Habiendo sido insultado y golpeado en la cara por Midias, ciudadano rico y revoltoso, atacó á su enemigo á vista del pueblo con una invectiva admirablemente razonada: despues dejó de perseguirlo por algunos millares de dracmas. Poco despues recibió varias heridas en la cabeza y exigia una indemnizacion en dinero. Estos dos accidentes tan próximos uno de otro y el modo con que el orador se consolaba ó resarcia, hicieron que se dijese que su cabeza le producia tanto como una buena heredad.

A los treinta y un años ya habia entrado en la administracion pública, y comenzaba su inmortal lucha contra Filipo. Desde esta época en adelante parece que su vida se purificó en el fuego del amor pátrio, el cual exaltándole el ánimo, se lo conservó incorruptible. En medio de la venalidad de los oradores de Atenas, Demóstenes despreciaba los tesoros y las seducciones del Macedonio y se consagraba sin restriccion á su patria; pareciendo que toda su carrera pública no haya tenido mas que un solo objeto, la guerra contra Filipo; y se sabe que asi en política, como en lo demás, el genio no es muchas veces otra cosa que la perseverancia obstinada en una idea fuertemente concebida. Once arengas recitadas en el período de quince años, bajo el nombre de *Filípicas* y de *Olintias*, forman el complexo de aquella gran causa, promovida por el ciudadano de una república contra un monarca fraudulento y conquistador.

Segun Plutarco (1) el estóico Panecio decia que Demóstenes profesaba la doctrina de que solo lo bello (en el sentido elevado en que lo tomaban Sócrates y Platon) merece por sí mismo la preferencia; asi es que en vez de dirigir á los ciudadanos hácia lo fácil, dulce y útil, manifestaba siempre que la salud pública debia ser despues de lo bello y de lo honesto. Focion, hombre utilitario, para decirlo segun la locucion moderna, lo comparaba á los cipreses, que aunque grandes y elevados, no dan fruto, y Demóstenes conocia que era matar su elocuencia dirigir las cosas por el puro cálculo y decia: *Focion es el hacha de mis discursos.* ¿Qué puede perjudicar mas al entusiasmo que oponerle la verdad desnuda? Sin embargo, las naciones, no menos que los hombres, viven de la ilusion mas bien que de la verdad, y muchas veces aquella errando ennoblece, mientras que la fria razon salvando envilece.

Demóstenes era por conviccion hábil político; veia el peligro de lejos y lo anunciaba: conoció el vasto y hereditario proyecto de los Macedonios, y que aquella mezcla de audacia y astucia, de violencia y de consideraciones que se observaba en Filipo daria por resultado la ruina de la libertad griega. En su consecuencia contrarió todos sus pasos. Cuando Filipo quiso ocupar las Termópilas, él gritó á las armas, pero solo despues de tomada Olinto, vistas las espediciones contra la Eubea y la defeccion de los de Tesalia, resolvieron los Atenienses la guerra y enviarle una embajada. Demóstenes fue uno de los diez enviados, y exacerbado por la indiferencia de Filipo, manifestó con mayor ardor la necesidad de armarse y lo consiguió, siendo efecto de su elocuencia inducir al Macedonio á pedir la paz.

Pero muy pronto vuelve Filipo animado por las nuevas victorias que habia conseguido contra los bárbaros, y los Anfictiones lo eligen capitan de los Griegos para que castigase á los sacrílegos Locrios. Filipo entra en el sagrado suelo de Grecia con aspecto amenazador y Demóstenes, hombre de paz, da el grito de guerra; Focion, gran capitan, predica la paz, pero no es escuchado. Toman las armas, pero Filipo triunfa en Cheronea. Focion aconsejó bien, pero hasta en perecer hay gloria, siempre que sea noblemente. Demóstenes no desanimó por esto y trató de poner sobre las armas á toda la Grecia y fortificar á Atenas. El peligro, en verdad,

(1) En Demóstenes, 16.

era apremiante. Adquiriendo Filipo la Tracia se habia procurado tropas lijeras y asegurado la adquisicion de las ciudades que estaban sobre la costa, sin las cuales Atenas era nada.

Aunque Demóstenes declamase exajeradamente por ira ó por alcanzar su objeto, Filipo no pensó destruir la nacionalidad de Tesalia y Grecia ni estinguir en Atica la libertad, sin la cual es imposible vivir en aquellos peñascos. El pudo obtener la supremacia por medio de la fuerza, pero se satisfizo con reclamarla por medio de los oradores. El objeto que se proponia era acabar de una vez las enemistades de los Persas, hiriéndolos en el corazon; asunto nacional que hizo vencer las dificultades, por lo cual la asamblea general de Corinto nombró á Filipo generalísimo para castigar en nombre de todos los Griegos, los sacrilegios que los Persas habian cometido en los templos, dándole el derecho de fijar el número de hombres y dinero con que cada Estado debia contribuir.

Sazonaba su obra cuando fue muerto (336 antes de J. C.) y tal vez por alguna trama de la aristocracia macedónica, cuyo poder ve veia amenazado por la creciente autoridad de su jefe. Demóstenes dirigió por ello una danza indecente, aquel Demóstenes que tambien habia conocido que el mal no tanto estaba en el enemigo, cuanto en los Atenienses y dijo: *Si Filipo pereciese, vosotros fabricariais otro al momento.*

En verdad Alejandro sucedia á su padre con mayor energia y ambicion, mas vastos proyectos y la ventaja que tiene el que viene el segundo. Encontró su Macedonia agitada por los señores, los cuales esperaban volver á obtener aquel poder desenfrenado que Filipo habia reprimido, y donde Atalo y Amintas habian organizado una fuerte faccion resuelta á destruir el edificio construido por Filipo.

Las instituciones macedónicas eran semejantes á las de Tesalia, estando el país dividido entre caballeros, valerosísimos en la guerra, pero toscos y llenos del sentimiento de su propia fuerza. En sus fiestas debia permanecer sentado el que no se hubiese aun señalado en alguna empresa: sus juegos eran como los de los héroes de Homero. Era escesiva su pasion por las bebidas, y por condescendencia se abandonaron á ella Filipo y Alejandro, el cual, menos aun que su padre, supo contenerse; cualidad considerada como heróica. Cuando estos trataron de introducir en aquel país las artes griegas, tuvieron tambien por objeto aumentar su preponderancia entre aquellos feudatarios que en el ejército formaban un consejo político y militar, y se juzgaban entre sí, estando de este modo unidas la constitucion guerrera y la civil.

Alejandro desbarató las tramas de sus émulos y acarició á la aristocracia librándola de todo impuesto para que le siguiese en la guerra y confiándola los puestos de honor del ejército. Hasta los de Tesalia le proclamaron jefe de su feudalidad, y él mismo los llevó á Beocia para reprimir los movimientos hostiles, recibió grandes honores de la Grecia, despues venció á los Triballos y se internó entre los Getas; pero mientras que él acampaba á la otra parte del Danubio, se esparció la voz de su muerte. Repentinamente se puso la Grecia en conflagracion, pero á aquellos Comunes les faltaba acuerdo y perseverancia, y todo venia á reducirse á las declamaciones de los oradores y á decretos que no llegaban á ejecutarse.

Volvió Alejandro amenazador: los Tebanos que habian ocupado el castillo, aunque sorprendidos por su inesperada celeridad, se defendieron obstinadamente, de modo que él ordenó la destruccion de aquella ciudad, esceptuando solamente la casa de Píndaro. Este acto de rigor causó un gran desaliento é hizo imposible toda resistencia. En vano gritó Demóstenes á las armas; Focion respondió: *Basta que los Griegos lloren á Tebas; no hagamos que tengan que llorar tambien á Atenas.* Esta recibió con fiestas al héroe afortunado: la asamblea reunida en Corinto lo declaró jefe de la espedicion contra Asia; solo se opuso Esparta y él no la hizo caso, pero la conservó en la memoria. Entonces tranquilizó el país como pudo. Los Macedonios, que eran muy opuestos al gobierno de uno solo, los ganó con las inmunidades y dejó á Antípater con veinte mil hombres para que vigilase aquel país: de los Tracios é Ilirios, tributarios turbulentos, sacó las mejores tropas para su ejército: en Grecia dejó enteramente libre la administracion interior, persuadido de que sus facciones la debilitarian mas que su vigilancia; luego reclamó el contingente decretado por su padre para aquella guerra, y partió despues de haber celebrado la fiesta de las Musas.

Los capitanes, que habian aprendido á vender su valor, habian reunido tropas, cuyas armas y maniobras habian perfeccionado. Filipo mejoró la táctica segun el objeto á que la dirigia; hizo mas larga la sarisa ó lanza del soldado, multiplicó las filas, y teniendo necesidad de un ejército numeroso, hizo de modo que los restos de otras tropas pudiesen unirse á las masas robustas el dia mismo que llegaban al campo y que fuesen como si dijésemos llevadas por ellas.

La falange solia componerse de diez y seis hombres de fondo con lanzas tan largas que las de la sesta fila llegaban al frente de la falange: las otras filas solo eran masas muertas y servian para dar impulso á las primeras. Estas fuerzas tan mal empleadas, perjudicaban cuando tenian que batirse con tropas mas ágiles como las romanas; pero resultaban oportunísimas para destrozar los innumerables y pesados escuadrones persas.

Así como Napoleon se aprovechó de todos los adelantos modernos, del mismo modo Alejandro supo aprovecharse de cuanto los Griegos y su padre habian hecho para mejorar la milicia, y los aplicó á una estrategia, que jamás se conoció tan estensa. No varió el órden de las formaciones, escepto cuando las vastas llanuras del Asia le dieron campo para aproximar dos difalangias que fue el mayor aumento de la formacion falángica.

El ejército macedónico casi constituia una nacion: la falange de infantería, sacada del pue-

blo, se reunia para resolver sobre los negocios importantes y los casos de pena capital: los caballeros y la guardia de á pié con sus escudos de plata (*argiraspidós*) representaban la nobleza; por consiguiente no eran ciegos instrumentos, puesto que espresaban su voluntad.

Solo los Macedonios estaban ligados á Alejandro por nacimiento, costumbres é intereses, y él nunca reunió á los Griegos con los conquistadores macedónicos, distinguiendo á estos con los mandos supremos, con su familiaridad y liberalidades. Habiendo hallado 3,000 talentos en Arbela, les dió la tercera parte y pagó sus deudas antes de licenciarlos. Estos eran, pues, su nervio y á la vez su obstáculo, porque por ellos no podia hacer lo que queria, y se veia obligado á guardar consideraciones, á variar sus planes y vencer siempre para evitar que se disipase aquella fascinacion que produce la victoria.

Salió á la conquista de Asia apenas con treinta y cinco mil hombres, pero aguerridos, á las órdenes de escelentes oficiales y con toda clase de caballería. Decidido á que el pingüe Oriente le suministrase dinero y provisiones, solo llevó consigo 70 talentos (385,000 francos) y víveres para cuarenta dias. Distribuyó la Europa entre sus amigos, como hicieron despues los cruzados, y para sí, solo reservó la esperanza.

Las esperanzas, asi como las ilusiones, están todavía enteras á los veinte y dos años, que eran los que tenia Alejandro cuando pasó á Sesto con su ejército y sobre el sitio donde estuvo Troya, ofreció sacrificios á Neptuno, implorándolo para que le fuese propicio en esta empresa, que como aquella, reunia á todos los Helenos contra los Asiáticos.

La Persia, á quien él llevaba la guerra, habia sido asaltada por una precoz decrepitud: se componia de pueblos heterogéneos que tenian por centro el sátrapa de cada país, y todos ellos reunidos prestaban vasallaje al gran rey: débil vínculo, por el cual muchas veces el vasallo se presentaba en hostilidad con el jefe. Esto impedia aquella fusion de nacionalidades que da la fuerza, quedando siempre algunas hordas sin sentimiento comun, incitadas á la guerra por la aristocracia. La debilidad fundamental se manifestaba con frecuentes revoluciones. Oco acababa de destrozar la familia real, y él mismo y Arsetes, su sucesor, fueron asesinados por Bagoa, el cual puso en el tronó á un vástago lejano de la casa reinante, Dario Cadomano. Este poseia ciertamente el valor, pero no el arte de mandar, y los descontentos que la revolucion habia dejado, favorecieron la empresa del macedonio, el cual ya no procedia á la ventura, sino con un plan bien meditado, uniendo al valor la inteligencia y haciéndose secundar por su escuadra. Sometida el Asia Menor, derrotó en Ixo al rey enemigo, haciendo prisionera á toda su familia, á la que trató generosamente: se presentó como libertador de la Fenicia, de la Siria y del Egipto, que sustrajo de la dominacion persa, y se guardó de devastar: en Damasco le abrieron las puertas, y allí se apoderó del tesoro del rey. Tiro, la señora de los mares, fue tomada á la fuerza disminuyendo su poder hasta el dia en que pudiese elevarle una rival.

Tomada esta ciudad recorrió el Egipto, venerando sus dioses y aceptando el título de hijo de Ammon. Satisfecho de aquel dios que habia visitado en los oasis, fijó su mente en la península que se prolonga entre el Mediterráneo y el lago Mareotis; conoció cuán oportuna seria para un vastísimo puerto que aproximase el golfo Arábigo al Mediterráneo, y de este modo completó aquel sistema de navegacion que los reyes del Eufrates siempre habian mirado con predileccion, y fundó Alejandría como eslabon entre Asia y Europa.

En tres años completó la conquista de las provincias marítimas, y habiendo recibido refuerzos de Europa, se dirigió hácia la Alta Asia, donde solamente podia esperar una resistencia efectiva y nacional. Cerca de Arbela, Darío le opuso un millon de hombres; pero estas tropas irregulares mas bien eran obstáculo que fuerzas, tanto que Darío confió su persona á un cuerpo de mercenarios griegos, como único capaz de resistir á la falange. Llevó tambien doscientos carros armados y quince elefantes; pero los arqueros los mataron ó dejaron pasar por los intersticios de las falanges, y cincuenta mil soldados disciplinados dispersaron totalmente aquella multitud.

Entonces Alejandro ya no tuvo otra cosa que hacer sino volar sobre Babilonia, Susa, Persépolis y Ecbatana, residencias reales. Un traidor mató á Darío y de este modo Alejandro quedó rey legítimo segun las ideas orientales. Besso, que mató á Darío, trató de formarse un reino de la Bactriana; pero el Macedonio lo persiguió por paises mas elevados que los Alpes, sin tener mapas ni huellas anteriores, poniendo á prueba la admirable constancia de sus soldados. Lo castigó y se dirigió luego hácia Samarcanda, y habiéndose provisto de caballos en un país en que tanto abundan, fué al Sihun (Jasarte), donde fundó una nueva Alejandría. Los que hayan observado cuánta parte tuvieron siempre en todas las revoluciones del Asia las ciudades situadas á orillas de aquel rio, comprenderán cuán acertadamente procedió en ello Alejandro.

Señor del Caspio y con un camino militar hácia Herat y Nisciapua, abrió comunicaciones entre todas las partes de Persia y fundó ciudades griegas, las cuales han continuado hasta hoy siendo el centro de su comercio. Prosiguió entonces hácia el Cabul, país cuyas dificultades se han conocido hace poco tiempo. Muy diferente del Indostan por su civilizacion, reinaban allí el feudalismo y el vasallaje entre poblaciones mistas y heterogéneas, unas dominantes, otras súbditas, muchos Estados libres con una aristocracia militar cual nunca la hubo en la India propiamente dicha. Los feudatarios armados resistieron valerosamente, y Alejandro dirigió su cólera contra los monjes y penitentes, crueldad inútil cuando no la impulsaba el temor de tradiciones, á no ser que queramos creer, que como los modernos, saliesen de su inactiva contemplacion para escitar el patriotismo á la resistencia.

Si no encontró oposicion en el Indo, la tuvo en Chelum (Sdaspe), por donde pasó á la vista de un rey enemigo (Porro), y súbitamente dió la batalla y venció. Siempre se esponia personalmente, queriéndolo así el genio griego, formado sobre el tipo de Aquiles.

Ya indicamos que Alejandro fue obligado algunas veces á hacer la voluntad de sus tropas, las cuales se negaron entonces á pasar mas allá del Fasi (Beg-ah), por lo que tuvo que retirarse, dejando guarniciones desde Gazna á Cabul y en las marchas ocupó varios pasos, de modo que las montañas entre la Persia y la India quedaron accesibles; domó á los montañeses y estableció gobernadores despues de haberse grangeado amigos, de modo que el Indo le quedó abierto.

Habiendo reunido una escuadra á las órdenes de Nearco, él mismo bajó por este rio en una nave de treinta remos, queriendo someter el litoral desde la confluencia del Chelum con el Ichenab, hasta la embocadura del Indo que hubiera sido otra comunicacion con la Persia. Fundó otra Alejandría donde entran en el mar los cinco rios que dan nombre al Pengiab. Una division de la escuadra debia bajar á lo largo del Elmund hasta el lago Ierrah, despues atravesar el desierto de Seistan para introducirse en la Caramania, y completar de este modo el reconocimiento del país de la parte de acá del Indo y consolidar las relaciones. La otra con Nearco debia esplorar los puertos y las costas desde la embocadura del Tigris hasta la del Indo.

De aquí se deduce cuán grandioso era el plan estratégico de Alejandro y las particularidades reveladas por Polibio y mucho mas por Arriano, convencen de su inmensa capacidad. El volvió por el desierto de la Gedrosia, que sabia fue fatal á Semíramis y á Ciro; y en verdad sufrió horriblemente, perdió el botin y los bagajes, hasta que llegó á Pura su capital, donde concluyeron las penas y comenzaron los triunfos en los cuales quiso imitar á Baco.

Entonces fijó su atencion en establecer la conquista bajo cierto sistema. En Persia no destruyó la antigua administracion, pero la modificó; conservó las satrapías que estaban en armonía con la índole de aquellos pueblos; pero quitó las prestaciones personales que usaban; separó la autoridad civil de la administracion de las rentas públicas y del mando militar. En la India conservó los radjás nacionales pero los sometió á la vigilancia macedónica. Donde le parecian sospechosas las poblaciones, establecia colonias que fueron gérmenes de futuras ciudades. Entre tanto facilitó las comunicaciones por medio de caminos; domando á los Usos, los Concianos y otros bárbaros, hizo que los Sogdianos y Bactrianos pudiesen cultivar sus campos con seguridad; y preparó el cauce del Eufrates de modo que volviese á fertilizar las campiñas de Asiria.

Despues de la victoria de Arbela ya cesó de tratar á los Persas como vencidos, y luego con la idea de que hubiese una fusion entre vencedores y subyugados, hizo que las doncellas de estos casasen con sus oficiales; admitió á los Persas en la córte y en el ejército; colocó igualmente en los empleos á Medos, Macedonios y Griegos, y él mismo adoptó las costumbres y ceremonias de los Persas y casó con la hija de Darío.

Pero la victoria dió vértigos á Alejandro; persiguió á los Magos y no toleraba la oposicion de los Macedonios; estos, á pesar de su admiracion hácia el que los cubria de gloria, sufrian con disgusto, le difamaban, urdian sus tramas al paso que él se irritaba y llegaba á ser colérico, desconfiado y despótico. El asesinato de Clito, que Alejandro expió con un dolor implacable, fue efecto de embriaguez. Filotas, hijo de Parmenion, fue condenado al suplicio por sus mismos iguales por tramas, y Alejandro no solo lo dejó matar, sino que tambien hizo asesinar á su padre. Calístenes era un sofista que ensalzaba á Alejandro como á un Dios, pero pretendia reinar desde su altar; mas habiéndole contrariado, llegó á serle hostil y con una conspiracion le ofreció una causa ó pretesto para ser condenado. Para el poderoso toda resistencia parece ingratitud, y Alejandro se formó un ejército de Asiáticos, disciplinados á la europea, con los cuales podia en caso de necesidad asaltar á los Macedonios que ya llegaban á serle sospechosos.

Tampoco estaba inactiva la Grecia, la cual continuaba sus manejos en daño de Alejandro. Este encontraba siempre soldados griegos en las filas enemigas, y embajadores griegos entre los prisioneros, y sin embargo envió á los templos de Atenas una gran porcion del botin que encontró en Granico, y dejó que volviesen libremente á su país los embajadores que ella habia mandado á Darío, y le restituyó las estátuas de Armodio y Aristogiton halladas en Susa. Pero para Alejandro la Grecia no era mas que un apéndice de su estensísimo imperio, al cual destinaba por capital la ciudad de Babilonia. Los rios de que Mesopotamia toma su nombre y riquezas, se habian de habilitar de nuevo para la navegacion y ponerla en correspondencia con todo el mundo; nueve ciudades se levantarian en los lugares mas ventajosos, y por todas partes se verian monumentos que eclipsasen cuantos presentaban el Egipto y la Mesopotamia. Pero en medio de estos proyectos murió Alejandro (323 antes de C.) en la edad en que el hombre apenas puede llamarse completo.

Sus funerales fueron magníficos. «Siendo arconte en Atenas Filocles, y cónsules en Roma Q. Sulpicio y Q. Aulio; Arideo, encargado de la traslacion del cuerpo de Alejandro, habiendo hecho preparar el carro que debia conducir el real cadáver, se aprestaba para el viaje, y como aquel carro estaba arreglado de un modo verdaderamente digno de la majestad de Alejandro, y superó en gran manera á todo otro visto hasta entonces, no tanto por la magnificencia de su coste, cuanto por la maravillosa escelencia de su trabajo, juzgamos conveniente escribir sobre él algun recuerdo.

«La caja para el cadáver estaba trabajada á martillo, perfectamente adaptada al cuerpo que

debia contener, y en su mitad llena de aromas: la cubierta, que era de oro como toda la caja, la cerraba por todo el rededor, y sobre ella se estendia una clamide de bellísima púrpura y brocado de oro, junto á la cual estaban colocadas las armas del difunto, aludiendo á sus diferentes espediciones. El carro tenia ocho codos de ancho y doce de largo, y formaba una especie de tabernáculo de oro, cuya parte superior tenia la figura de una cúpula cubierta por fuera de escamas de preciosísimas piedras. Bajo de la cúpula se veia un trono de oro de forma cuadrada donde estaban retratadas varias cabezas de grifos y unidos á ellas aretes de oro de dos palmos, de los cuales pendian graciosamente coronas esmaltadas de distintos colores y tan bien hechas que las flores que representaban parecian verdaderas. De lo mas alto colgaba una franja en forma de red, que tenia suspendidas campanillas tan grandes que su sonido se oia lejos, y en los ángulos de la cornisa que estaba bajo de la cúpula habia en cada uno una victoria que tenia en la mano un trofeo. El peristilo del centro de la bóveda, tambien de oro, tenia columnas de órden jónico por cuyos intersticios corria una red de oro del grueso de un dedo, que sostenia cuatro cuadros emblemáticos, los cuales podria decirse que hacian las veces de paredes. Ved aquí lo que representaban. En el primero habia un carro cincelado, y sobre él sentado Alejandro con el cetro en la mano; á su rededor se veian guardias armados, por una parte Macedónicos y por otra Persas Melóforos, y delante de ellos los escuderos. En el segundo habia detrás de sus guardias elefantes enjaezados al estilo guerrero, que llevaban Indios delante y Macedonios detrás, todos armados segun acostumbraban. Aparecian en el tercero una multitud de caballos que imitaban los escuadrones de los ejércitos. Finalmente, en el cuarto habia ciertas naves preparadas al combate.

»A los piés del canecillo habia leones de oro mirando á los que querian entrar, y desde la mitad de cada columna salian unos tallos de acanto, tambien de oro, los cuales se estendian poco á poco hasta el capitel, y desde la cima de la cúpula bajaba un tapete de oro en forma de un pálio sobre el cual se veia una corona de olivo hecha igualmente de oro y de estremada grandeza, y cuando el sol batia sus rayos sobre ella, producia los brillantes colores del arco iris que de trecho en trecho tomaban la apariencia del rayo. El carro, que tenia dos ejes, á cuyo rededor giraban cuatro ruedas persas; sus cubos y sus rayos eran dorados y la parte de las ruedas que batia sobre la tierra de hierro. Los estremos de los ejes eran de oro y representaban caras de leones que tenian una lanza en la boca, y á una mitad de la anchura del centro se hallaba colocado con mucho artificio un gozne, con el cual no habia que temer que la cúpula sufriese ningun detrimento por los choques que pudiera esperimentar por cualquiera obstáculo del camino que le ocasionase algun sacudimiento. El carro tenia cuatro lanzas y á cada una se uncian cuatro órdenes de yugos, y cada yugo se componia de cuatro mulos, ascendiendo por consiguiente el número total de mulos á sesenta y cuatro, elejidos entre los mayores y mas robustos. Cada uno de estos animales iba adornado con una corona dorada, y á los lados de sus cabezas colgaban varias campanillas de oro, y del cuello collarines de piedras preciosas.»

Tal era el aparato de este carro, el cual siendo mas magnífico á la vista que cuanto pueda aparecer de su descripcion, atraia por su fama espectadores de todas partes. Por las ciudades que pasaba, acudian en tropel las gentes, y aun siguiendo el convoy mientras caminaba, no podian saciarse de admirarlo. Multitud de artífices y operarios, como era consiguiente á tanta magnificencia, precedian el carro, unos para dirigir la procesion y otros para abrir caminos y proveer á las demás necesidades.

Dos años pasó Arideo en los preparativos de esta translacion y despues la ejecutó llevando el cuerpo del rey desde Babilonia á Egipto, de donde Tolomeo, queriendo honrar á Alejandro, salió á su encuentro con su ejército, hasta Siria, y habiéndolo hallado lo tuvo á mucha dicha (1).»

Al morir Alejandro, su obra permanecia sin concluir pero no estaba destruida. Plutarco escribió un opúsculo para sostener que Alejandro no conquistó el Oriente, sino con la idea de civilizarlo. Esto es suponerle ideas mas precisas que las que suelen nacer en aquellos que la Providencia elige por sus mas nobles instrumentos. Es necesario conceder, pues, que no fue un instrumento ciego, y Eratostenes, examinando sus cartas, se aseguró de su pronto y exacto raciocinio; y en verdad se distingue mucho de todos los conquistadores antiguos que siempre y por todas partes aniquilaban la civilizacion de los vencidos y en muchos lugares llegaron hasta á sepultar su memoria. Para esto era preciso conocerla anticipamente y con este objeto llevaba consigo un estado mayor, semejante á los nuestros, una seccion de geografía, otra para formar planos, hacer las medidas y ordenar los campamentos; otros entre tanto recogian las cosas raras que se remitian á Aristóteles y libros á los griegos de Italia, porque quien se propone amalgamar los pueblos debe conocerlos á todos y con todos tener simpatías.

La fundacion de Alejandría en lugar tan oportuno bastaria para atestiguar el génio y los proyectos del gran macedonio, que abria comunicaciones entre Oriente y Occidente al comercio y al pensamiento. Nosotros no somos mas que admiradores de los vastos imperios; pero fue una cosa admirable para aquellos tiempos el someter á una misma y regular administracion pueblos acostumbrados hasta entonces á combatirse y tiranizarse. Aquel imperio pasó con él; sus generales al dividirlo renovaron las antiguas

(1) Diod. Siculo, lib. XVIII, c. 9. Repecto de este singular monumento se ocuparon muchos eruditos, los cuales trataron de hacer su mejor descripcion, esto es, sacar su dibujo; pero sin citar al marqués Poleni y el conde Caylus que trabajaron sobre ello antes que nuestro siglo nos descubriese tantas antigüedades griegas, Sainte-Croix tambien lo describió de un modo muy diverso del que lo habia hecho Quatremère de Quincy, el cual en las *Memorias del Instituto*, tom. III, hace su descripcion y presenta su dibujo con bastante extension.

satrapias, con solo la diferencia que los nuevos gobernadores obtuvieron un poder absoluto. No hizo, pues, otra cosa sino fraccionar el imperio persa y facilitar de este modo su conquista á los Romanos, sin la cual no les hubiera sido tan fácil estenderse por el Asia.

Pero si la obra política de Alejandro no llegó á su término, no sucedió lo mismo respecto de la intelectual por la cual suponemos que fundó á Alejandría; pues sus tres primeros sucesores fueron tan ilustres guerreros, como protectores de las ciencias, heredando el pensamiento del conquistador.

En la Grecia estalló la guerra á la muerte de Alejandro; pero ya no era por la libertad, sino por las ambiciones de sus generales. Focion tambien los disuadia de ella como inútil, y á uno de sus adversarios que lo tachaba de iliberal, le contestó: *Yo no aconsejo la guerra, á pesar de que en ella te mandaria á ti, como tú á mí en la paz*. Al fin fue decretada y Focion la dirigió valerosamente; pero fue fatal la superioridad de los Macedonios que habiendo ocupado á Munidio, pusieron en Atenas un gobierno de pocas personas que comenzó por venganzas.

Antes de la espedicion de Asia y despues de destruida Tebas, Alejandro amenazó á Atenas, y habiéndola humillado, la exigió que le entregase ocho oradores que consideraba como jefes de los revoltosos. Demóstenes era de este número, y recordó á sus conciudadanos la fábula de la oveja que dieron al lobo, los perros que debian ser sus defensores. Sin embargo, Atenas hubiera obedecido sin duda si Demades, orador muy querido de Alejandro, no hubiese obtenido gracia para los proscriptos. Despues de esta última prueba de debilidad, Demóstenes y los Atenienses quedaron en la inaccion que les imponia la esclavitud comun de la Grecia y la grandeza de Alejandro. Este ócio llegó á ser para el orador el momento de una terrible lucha. Ocho años antes Eschino se pronunció contra un decreto por el cual Ctesifonte proponia que se recompensase con una corona de oro la virtud, el valor y los servicios de Demóstenes, el cual habia reedificado los muros de Atenas á sus espensas. La batalla de Queronea, los desastres, los proyectos y los esfuerzos públicos habian suspendido la ejecucion de este decreto y la persecucion del acusador. Pero asegurada de nuevo la tranquilidad en Atenas, Eschino volvió á comenzar su plan con todas las ventajas que contra su enemigo le proporcionaban las desgracias y las humillaciones de su patria. La celebridad de los oradores atrajo á Atenas un inmenso concurso para asistir á este certámen de elocuencia y de ingenio (1). Triunfó Demóstenes, y no habiendo obtenido el acusador la quinta parte de los sufragios, fue desterrado segun la ley. Focio refiere que Demóstenes le siguió cuando salió de Atenas, lo consoló y le hizo aceptar una bolsa, y Eschino esclamó: *Cómo no he de llorar una ciudad, en la que dejo enemigos tan generosos, cuando apenas puedo esperar que encontraré en otra parte amigos que se los asemejen.*

Demóstenes vivió retirado durante la espedicion de Alejandro, con el disgusto de que se poseen los hombres eminentes; pero que no los debilita, precisamente porque son eminentes, y se le oyó esclamar: *Si desde el principio hubiese tenido que elegir entre la muerte ó la tribuna y hubiere conocido los males, las rivalidades y las calumnias de esta, habria preferido mil veces morir* (2). Estos son aquellos instantes de desanimacion que esperimentan todas las almas heróicas que están dispuestas á hacer cualquier cosa grande por la humanidad y que á Bruto moribundo hizo esclamar: *¡Oh virtud, no eres mas que un sueño!* á Gregorio VII: *He seguido la justicia y huido de la iniquidad, por eso muero en el destierro*: y á la misma sabiduría encarnada: *Padre, padre ¿por qué me has abandonado?*

Apenas supo Demóstenes la muerte de Alejandro salió á llamar de nuevo á los Griegos á la guerra y los Atenienses honraron aquella perseverancia mandando á Egina una galera para conducirlo con gran pompa. Entró nuevamente en Atenas en medio del regocijo público y se juzgó mas feliz que Alcibiades, puesto que sin armas y sin violencia, solo debia su regreso á la libre voluntad de sus conciudadanos; pero muy proto Antipater destruyó con una victoria la última liga del patriotismo. La muerte del orador fue decretada y sus conciudadanos la pronunciaron. Huyó de Atenas con algunos amigos que tambien habian sido condenados en cuyo número se contaba el célebre Iperides. Habiendo pasado solo á la isla de Calauria se retiró cerca del santuario de Neptuno. Archias uno de aquellos malvados tan útiles á los tiranos, que de cómico pasó á satélite de Antipater, acudió con algunos soldados para prender al orador y quiso sacarlo antes de su asilo con falsas promesas. Demóstenes, con su desprecio, hizo que á aquella dulzura fingida, sucedieran las amenazas. Pidió algunos instantes para escribir y se aplicó á los labios un cincel envenenado; despues, adelantándose hácia los soldados, dejó en sus manos su cuerpo moribundo (322 antes de J. C.). La frívola Atenas prestó homenaje al que le habia proscrito é hizo levantar una estátua á Demóstenes adornada con este dístico: *Demóstenes, si tu fuerza hubiera sido adecuada á tu ingenio, el Marte de Macedonia jamás habria domado á la Grecia.*

La vida de Demóstenes fue espuesta á todas las contradicciones de la envidia y Eschino y Dinarco le pintan como un ciudadano ambicioso é imprudente, hombre perverso y vilmente nacido. Es verdad que recibia sumas considerables del gran rey; pero entonces sacrificaba uno de sus odios á otro, persuadido que los antiguos enemigos de la Grecia eran menos peligrosos que Filipo. Thomas cree que Demóstenes fue inútil, si no perjudicial á su patria. Las inquietudes que el orador causaba á Filipo y el sobresalto del mismo monarca aun despues de la victoria, desmienten esta opinion: ademas conviene oir cómo el orador se justifica por sí mismo, conviene adoptar la nobleza de sus sentimien-

(1) Véanse nuestros documentos de Literatura, n.° III, §. 5.

(2) PLUTARCO, 32.

tos, y asi como él sabe introducir en la utilidad política aquella utilidad moral que resulta para un pueblo de la conservacion de su carácter y su dignidad, cualquiera que sea su fortuna, es necesario admirar que el orador se dirigiese contra la servidumbre en vez de esperarla. El esfuerzo podia tener buen éxito, y sino á lo menos quedaba á la nacion el conocimiento de haberlo emprendido y del espíritu que la habia inspirado. La usurpacion combatida no puede ser completa, ni durable.

Demóstenes pertenece especialmente á la posteridad, bajo el título de escritor, y su gloria se esplica mejor cuanto mas se la aproxima á los acontecimientos que la ocasionaron. Rousseau dice que *Demóstenes es un orador y Ciceron un abogado*. Quitando á la palabra abogado la injuriosa significacion que jamás fue dada con menos oportunidad, se puede observar que el mismo Demóstenes presenta la perfeccion del talento del abogado, la precision y vivacidad de la discusion, la agudeza del raciocinio y alguna vez del sofisma y el arte de elegir y utilizar las circunstancias. La dialéctica parece á primera vista su talento natural, y el entusiasmo de las pasiones ha podido por sí solo elevarlo hasta el sublime, pero los escritos, las leyes y costumbres de los Atenienses están tan lejos de nosotros que su lectura llega á ser fria y penosa. Los sabios sacan de allí curiosas particularidades de erudicion; y el hombre de gusto, el modelo de la brevedad que conviene al foro y que no escluye una prodigiosa fecundidad de pruebas y medios. Es verdad que entre los Atenienses la duracion de la arenga se regulaba sabiamente por una clepsidra; pero lo que facilitaba la victoria á Demóstenes, es el arte de atender esclusivamente á su causa, la cual desarrolla de todos modos con incomprensible rapidez, acumulando razones y economizando frases; demuestra velozmente y calla apenas ha probado. Es sabido que la precision de Demóstenes no quita nada á las particularidades, á los cuadros y á los efectos de la elocuencia ¿de otro modo hubiera sido gran orador? Pero la primera virtud de su estilo, es el movimiento; convendria seguirlo y correr con él. Todavía nos arrastran sus palabras dos mil años despues de haber existido Filipo y la libertad. Sus diccion es exacta, enérgica, familiar; sus conveniencias agudas y nobles; y todo su discurso está animado de una vida interior é impulsado por un soplo impetuoso. En medio de tal vehemencia no puede menos de admirarse la superior razon y los conocimientos políticos del orador.

Estos discursos llenos de poesía y de fuego, encierran las instrucciones mas precisas y mas saludables sobre todas las particularidades del gobierno y de la guerra. El orador jamás dirige sus invectivas á un objeto en el cual la invectiva pueda parecer elocuente. Si espone una empresa de Filipo, manifiesta sus medios, los obstáculos y peligros, pinta la desanimacion de los Atenienses, los escita á que hagan un gran esfuerzo, les instruye de los medios necesarios, los organiza un ejército, forma un gran plan de guerra, bastándole una breve arenga para decirlo todo. Tal precision en el discurso y tal estension de conocimientos son propios de un verdadero hombre de Estado, y el gran orador tiene el arte de añadir la riqueza y la popularidad de su lenguaje. Demóstenes (segun observa Dionisio de Halicarnaso) trasportó á sus arengas políticas, muchas de las dotes de Tucídides, aquellos rasgos rápidos y penetrantes, aquella aspereza, aquella amargura, aquella vehemencia que revela las pasiones; pero no ha imitado sus formas poéticas é inusitadas, porque no las juzgaba convenientes á la seria elocuencia de la tribuna; jamás busca figuras no exactas ó poco usadas ni frases atrevidas; se atiene á la sencillez del lenguaje habitual que adorna y anima con metáforas y casi nunca espresa su pensamiento sin imágenes.

Se dijo, sin fundamento, que la elocuencia de Demóstenes hubiera tenido mejor resultado en Roma y la de Ciceron en Atenas; pero aquellos dos grandes hombres no ignoraban ciertamente que el gusto de los oyentes debe ser la regla de los oradores. La elocuencia copiosa y periodica, las espresiones sabiamente calculadas de Ciceron que tan fácilmente se prestaban al elogio de un vencedor y al de un señor, le fueron siempre necesarias ante el senado ó ante el pueblo. Era preciso hablar con respeto á los Romanos, cuya altivez hubiera acogido mal las reprensiones á lecciones; pero la austera dureza de Demóstenes, imponia á la ligereza de los Atenienses; sus amargas reprensiones, y sus siniestras predicciones, á lo menos fijaban su atencion y su rápida concision satisfacia su inteligencia, tan pronto para concebir, como para desmayar. Demóstenes, dirigiéndose al pueblo, mas civilizado en Atenas que en otras partes, aunque pueblo sin embargo, tenia que buscar sobre todo aquella energía familiar y natural que adorna las mas grandes cosas con términos sencillos. Su arma es el criterio; pero un critero sublime, porque se ocupa de nobles pensamientos, de máximas generosas y parece que sepa dar á las virtudes mas heróicas un aspecto sencillo y vulgar. Este es el carácter comun de las diferentes arengas dirigidas contra Filipo.

A pesar de la sublimidad de estas se tiene como su obra maestra la arenga *sobre la corona* y esta verdad nos esplica cómo pude decir Ciceron que el debate judicial era la prueba mas elevada y difícil de la elocuencia; opinion poco concebible en boca de un orador que tanto habia manejado la elocuencia política. En la oracion sobre la Corona, lo que mas interesa en una lucha personal, esto es, el debate entre los dos adversarios, está ennoblecido por la grandeza de los recuerdos públicos; todos los efectos oratorios de la tribuna y del foro se hallan unidos á la vez; Atenas aparece siempre entre el acusador y el acusado y la patria es el objeto de la discusion. Esta arenga es una confutacion fuerte, una apología sublime y al mismo tiempo una filípica, un discurso nacional. De aquí se puede deducir, cuántos raciocinios, cuánta circunspeccion, cuántas astucias eran necesarias al orador, el cual para justificarse, recuerda á sus conciudadanos la toga deshecha y se jacta de haberles aconsejado la guerra en que fueron vencidos. La union

de tantos obstáculos con tantas bellezas, es la que, segun la opinion de los antiguos y del mismo Ciceron, decidia de la preeminencia de esta oracion, sobre todas las demás obras maestras de elocuencia.

Dionisio de Halicanarnaso en un tratado muy estenso sobre la elocuencia de Demóstenes, asegura que este sobrepujó en todos géneros á los escritores que, le sirvieron de modelo; á Tucidides en el género sublime y vehemente; á Lisias en el género sencillo; á Sócrates y Platon en el templado. Los modernos que no admiten esta antigua division pueden inferir que Demóstenes fue un gran orador, puesto que poseyó todos los estilos. Dionisio hace conocer mejor su verdadera superioridad con una reflexion que se puede traducir de este modo: «Cuando leo un discurso de Demóstenes, me parece estar poseido de un Dios; corro aquí y allá transportado por pasiones opuestas, la desconfianza, la esperanza, el temor, el desden, el odio, la cólera, la envidia; recibo todas las emociones que pueden dominar el corazon del hombre y me asemejo á los Coribantes, á los sacerdotes de la gran Diosa que al celebrar sus misterios el vapor, el estrépito, ó el soplo de los Dioses, agita á veces sus almas, llenándolas de mil diversas imágenes.» Este estro es proporcionado á la diversidad de los argumentos, aunque jamás abandona enteramente al orador. El lo sigue en el género sencillo, y por esto precisamente es superior á Lisias, el cual en su modesto y puro aticismo desfallece á las veces, al paso que Demóstenes lo anima. Esta es una nueva prueba de que el ingenio tiene siempre algun atributo personal que lo sustrae de aquellas divisiones arbitrarias, imaginadas por los retóricos.

Dionisio que no puede disimular esta verdad añade muchas particularidades sobre el artificio, la elegancia y la armonia del estilo de Demóstenes; él descompone algunas de sus frases para manifestar que por la mas leve alteracion pierden una parte de su gracia y energía. Sorprenderán semejantes observaciones sobre un escritor cual nos figuramos á Demóstenes; pero es necesario recordar la importancia que los antiguos daban á la parte esterna de la diccion, del uso que de ella sabian hacer, gracias á la riqueza y flexible variedad de su lengua. Nada les parecia inútil para llegar á la perfeccion oratoria, que se componia de una porcion de efectos artificiosamente combinados. Por otra parte, tal vez parezca algo minuciosa y escolástica la admiracion de Dionisio; pero Longinos, cuya crítica es mucho mas elevada, insiste no menos fuertemente sobre este género de bellezas y presenta de él un ejemplo sensible á nosotros mismos. Sin embargo, opina que Demóstenes todavía deja que desear bajo este aspecto; confiesa tambien que en la multitud de dotes que forman al orador, no es Demóstenes entre todos el que reune mayor número, aun cuando posea los mas raros y mas sublimes. Demóstenes en verdad tenia que hacer á las veces lo que los grandes hombres que descuidan las pequeñas virtudes, y segun su espresion, cuando se trataba de la salvacion de Atenas, «no se inquietaba siempre por la colocacion de una palabra.» Pero en general parece que su estilo formaba un tejido indestructible, en el cual la perfeccion se añade á la fuerza; tiene con frecuencia lo que llamamos espresiones de genio, es decir, espresiones tan elevadas como sus ideas.

Todos los antiguos le han criticado algunos chistes frios y groseros. Tiene otro defecto, que ciertamente proviene de una de sus dos mas grandes cualidades; posee en el mas alto grado el vehemente, y valiéndonos de las palabras de Longinos *es mas fácil ver con indiferencia los rayos que caen del cielo, que dejar de ser conmovido por las pasiones impetuosas que por todas partes brillan en sus obras*; pero parece privado del estilo patético y del poder de hacer derramar lágrimas, poder en que tanto sobresalia Ciceron. A pesar de este defecto, que él debia sentir, el orador romano da á Demóstenes la palma de la elocuencia y declara que en todo es el primero. Recordando siempre su nombre con nuevos elogios, añade solamente: «mi gusto es »tan difícil y esquisito, que el mismo Demóstenes no es bastante para mí. A pesar de su preeminencia en todos los géneros y sobre todos los »oradores, no llena mis oidos, tan ávidos, tan »exigentes, tan codiciosos son de una perfec»cion sin medida y sin límites.»

Demóstenes, segun la crítica de Eschino y la confesion de Ciceron y de Plinio, deja escapar algunas espresiones violentas y coléricas; pero generalmente no tiene menos pureza que vigor. Quintiliano lo recuerda de continuo á sus contemporáneos, como modelo de aquella belleza severa tan superior á los frívolos atavíos de la afectacion. Aunque el gusto moderno desea los adornos y la delicadeza del estilo, sin embargo, del modo que hoy concebimos la elocuencia, se puede creer que nos pareceria mas conveniente la vigorosa sencillez de Demótenes que el lujo oratorio que se mezcla en la verdadera y magnífica riqueza de Ciceron. Toda la gloria de Demóstenes se cifra en su elocuencia judicial política. Solo era orador, pero ningun hombre ha sostenido mejor tan gran título y toda la ciencia de la palabra, todo el imperio que en las antiguas repúblicas ejercia la voz de un ciudadano sobre la voluntad de un pueblo, se nos revela en sus obras, monumentos de estilo y de ingenio para aquellos mismos que ya no buscan las lecciones de una elocuencia impracticable (1).

Como ciudadano no le faltó á su patria; pero el elogio que esta escribió al pié de su estátua, era estremado, porque ni la generosidad de Demóstenes, ni el cálculo de Focion, pudieron salvar á Atenas. Este último aceptando, como hoy se dice, los hechos consumados, toma parte en el gobierno aristocrático de Atenas; pero cuando se restableció el democrático, los vencedores

(1) Estos últimos juicios están sacados de las lecciones de elocuencia de Villemain. De Demóstenes tenemos sesenta y una arengas, sesenta y cinco exordios, y seis cartas escritas desde su destierro. Es interesante el Demóstenes considerado como orador y como hombre de Estado, escrito por Becker, en 1816, en 8.°, y la segunda edicion de 1830-32, 2 volúmenes. El profesor Stievenart (*Une séance de l'Agora*, Paris 1833), dió interesantes particularidades sobre la elocuencia parlamentaria de Demóstenes. A. Bouillée publicó en Paris, en 1834, una *Vie de Demosthène, avec des notes historiques et critiques et un choix des jugemens portés sur son caractère et ses ouvrages.*

le condenaron á muerte, siendo de mas de noventa años. Bebió la cicuta con una serenidad muy comun entre los antiguos, recomendando á su hijo que jamás se acordase de esta injusticia. Poco tardó su patria en arrepentirse, reclamó el desterrado cadáver y erigió una estátua á Focion *el bueno*.

Pero el bueno y el elocuente se eclipsaron á la vista del fuerte; tan connaturalizada está en el hombre la veneracion á los conquistadores. Sobre Alejandro se acomularon tantas fábulas que le hubieran hecho parecer un mito, si hubiese vivido en tiempos menos ilustrados por los historiadores. En Quinto Curcio ya se pueden ver muchas de aquellas novelas (1), y todos saben cómo en la edad media se hizo objeto de un ciclo entero de romances.

Habiendo llegado al Oriente, fue tambien mezclado con las fábulas de aquel país. Se esperaba que entre tantos adelantos como se han hecho de los estudios orientales, debiese aparecer alguna novedad histórica respecto á un personaje tan vivo en las tradiciones asiáticas. En las *Transactions of the royal society of literature of the United Kingdom* (tom. I parte II, Lóndres, 1829), hallamos un discurso de Sir William Ouseley, el cual se habia dedicado precisamente á estas indagaciones, pero desesperó del buen éxito. Todas las anécdotas, con pocas escepciones (dice), que hallamos en las narraciones árabes y persas, que pueden ser consideradas como históricas respecto al Macedonio, son tomadas de autores griegos y latinos, y solo me parece nacido de la imaginacion oriental cuanto se encuentra en ellas de estravagante y fabuloso.

Muchas veces confunden á Alejando con Dhu'l Karnein ó el hombre de los dos cuernos de que hace mencion el Coran, tal vez porque vieron en las medallas la cabeza con cuernos de Ammon. En largos y desabridos romances da cima aquel héroe á empresas maravillosas y estravagantes, oportunas para las *Mil y una noches*, y donde principia sus cartas con la fórmula de un piadoso musulman.

Hemos visto en otra parte, que segun los historiadores persas, Alejandro es hermano de Darab II. Darab I llegó al trono despues de difíciles pruebas, tuvo guerra con Fikons (Filipo) rey de los Griegos y lo venció, obligándole á pagar un tributo anual de cuarenta mil huevos ó monedas de oro de esta figura, y pidió y tuvo por esposa á su hija. Aunque era de las mas hermosas de Grecia, notó en ella la primera noche un olor tan malo, que la volvió á su padre, hallándose ya en cinta de un hijo que despues fue Ascander ó Alejandro, el cual cuando llegó á mayor edad rehusó dar el tributo á Darab II, su hermano consanguíneo, y cuando este se lo pidió, Ascander respondió que los pájaros que habian producido aquellos huevos habian volado á otro mundo. Para sostener esta negativa se puso en marcha con su ejército, entró en Asia, venció á Darab en una batalla, el cual al morir por traicion de sus generales, rogaba á Ascander que castigase á sus asesinos, que se casase con su hija Rusceng (Rojana) y que no confiase las provincias del imperio á gobernadores estranjeros. Asi lo escribe Mirkondi. Otro autor (2) añade que Ascander lo hizo asi, á instancia tambien de Aristóteles, su primer visir.

Hasta aquí es fácil conocer que los escritores orientales bebieron en las fuentes griegas, pero en ellos se encuentran algunos hechos ignorados por los clásicos. Habiéndole preguntado por qué honraba mas á su maestro que á su padre, contestó: «Porque mi padre me hizo bajar del cielo »á la tierra, mientras que las instrucciones de »mi maestro me elevan de la tierra al cielo (3).»

A un consejero que habia estado mucho tiempo á su servicio le dijo: «No estoy contento »de tí, sé que soy hombre y estoy sujeto á errar »y sin embargo jamás me has corregido. Sino »lo has conocido, tu ignorancia te hace indigno »del puesto que ocupas; si lo conociste tu silencio es una verdadera traicion (4).»

Algunos se maravillaban de que tan jóven hubiese adquirido tanto poder, y mas aun, de que hubiese sabido conservarlo, y Alejandro dijo: «Lo conseguí observando dos máximas; tratar »bien á los enemigos hasta tal punto que encuentren su interés en tenerme amigo, y tratar »á los amigos de modo que se sujeten doblemente á mi servicio.»

Queriendo probar á un cortesano, lo trasladó de un elevado empleo á otro humilde. Despues de algun tiempo, le preguntó si le agradaba y cómo lo desempeñaba: «Demasiado bien (respondió el cortesano) porque el empleo no honra »al hombre, sino el hombre al empleo cuando manifiesta en él probidad y prudencia.» Alejandro por esta respuesta le volvió su primera categoría y le hizo un buen regalo (5).

Refiere Mirkondi que se presentó á Alejandro un hombre mal vestido con una peticion bien escrita, y que el príncipe admirado de su estilo y pensamientos, mirándole de piés á cabeza, le dijo; «Si te hubieses presentado ante mí con un »vestido tan decente como aquel con que vistes »tus pensamientos, tu presencia me hubiera sido »mas agradable.» El suplicante contestó súbitamente: «La naturaleza dió á vuestro siervo la habilidad de escribir que vos alabais, y á vos, cuya generosidad es pública, corresponde darme un traje que me haga digno de comparecer á vuestra presencia.» Esta justa y modesta respuesta agradó tanto á Alejandro, que no solo le regaló un magnífico vestido, sino tambien una crecida cantidad.

Iguales sentimientos se refieren en la relacion que hace Farea en el Baharistan. Habiéndose apoderado Alejandro de una ciudad, la abandonaba al furor de sus soldados, cuando los cortesanos le dijeron que en ella habitaba un ilustre filósofo. Hízolo venir y vió que su aspecto no estaba acorde con su fama; y volviéndose á los cortesanos, les dijo: ¿Qué me habeis traido

(1) Por ejemplo, l. V, c. 2; l. VII, c. 5, c. 10; l. VIII, capítulo 1, etc.

(2) Sabia al Casvini, en el *Lebtarikh*.
(3) Vit. Babalakiar.
(4) Hafez, in *Baharistan*.
(5) Moiaffhadi presso Herbelot, art. *Ascander*.

aquí? Al momento el filósofo improvisó estos versos:

Príncipe, cuyo talento
No iguala en mucho á tu fama
¿Por qué te inspira mi aspecto
Tal desprecio de mi alma?
¿No sabes que nuestro cuerpo
Es tan solo una cubierta
Que envuelve al alma invisible
Mientras dura la existencia?
¿No conoces que asi juzgas
Del mal temple de una espada
Cuando solamente has visto
La apariencia de su vaina?

Y luego añadió en prosa: «De un hombre des»pojado de virtud puede decirse que su cuerpo »es una prision tan ingrata al alma, que cual»quiera otro confinamiento le pareceria libertad; »el malvado sufre contínuos tormentos, y para »castigarlo no se necesita guardias ni verdugos; »porque su pellejo le forma una prision de don»de en vano desearia salir. Despues dijo: Nada »es tan irracional como envidiar á otros los do»nes que les concede naturaleza. El corazon del »envidioso está siempre lleno de despecho con»tra el Criador; cree que está mal distribuido »cuanto los demás poseen y codicia lo que no le »cupo en suerte. Siendo costumbre de los envi»diosos quejarse de aquel que gobierna el mun»do con infinita sabiduría, la boca que asi »murmura de la Providencia no merece otra res»puesta que llenarla de tierra. Un hombre seme»jante al ver el bien de su vecino, esclama:— »¿Por qué este debe tener mas que yo?»

Al llegar aquí calló, y Alejandro que admiraba igualmente su valor y su sabiduría, le mandó que continuase, aprobando cuanto habia dicho, y él prosiguió de este modo: «El sabio hace par»tícipes de sus riquezas á sus amigos mientras »vive; el avaro locamente acumula tesoros para »sus enemigos. Las burlas que los grandes ha»cen de sus inferiores, envilecen á los grandes »mismos y dispensan á los demás de los respe»tos que les son debidos. El que se fatiga en com»batir á los que no se atreven á contrarestarle, »será fácilmente vencido cuando encuentre quien »se atreva á resistirle, y el que sin piedad pasa »á otros por el filo de las espadas, conocera un »dia cuán injusto y doloroso es este tratamien»to.» Afectado Alejandro por estas razones perdonó á los ciudadanos que habia condenado á muerte y recompensó al filósofo el consejo que le habia dado.

El autor del *Nichiaristan* refiere, que habiendo presentado á Alejandro un famoso rebelde, lo puso en libertad, y un favorito le dijo: «Si yo »hubiera estado en vuestro lugar, no hubiera »usado de clemencia.» Alejandro contestó: «Y »yo le perdono, porque no estoy en el tuyo.» Es la sabida respuesta á Parmenion.

Conociendo que se acercaba su muerte, escribió á su madre: «Tu hijo, despues de haber »contado algunos instantes de vida, está próxi»mo á ser presa de la muerte; desaparecerá »como un relámpago y no dejará en pos de sí »mas que materia para discursos á las futuras »generaciones (1).»

Los escritores de otros paises de Oriente tambien mezclaron diversas fábulas en la historia de Alejandro. Juan Melalu, que escribio la de los emperadores de Constantinopla, aunque en su mayor parte sigue á los autores griegos, trae sin embargo algunas anécdotas, que evidentemente son de orígen oriental. Solia Alejandro, dice, en sus espediciones acompañar de incógnito á los embajadores que enviaba á varias córtes para facilitar sus designios por medio de sus observaciones. Habiéndolo sabido Candaces, reina de Etiopía, y llegando á su noticia que era bajito, que tenia los dientes largos, algunos de los cuales le salian por el labio, y que uno de sus ojos era ceniciento y el otro negro, apenas se le presentó le dijo: «Oh Alejandro, eres el mas »valiente de todos los hombres, pero una mujer »te ha vencido con su destreza.» El príncipe contestó: «Por eso tomo bajo mi proteccion tan»to á tí, como á tus súbditos, como una recom»pensa á tu superioridad y deseo llegar á ser tu »esposo.» Candaces aceptó (2).

El célebre historiador arabe Abul-Faragio, refiere lo siguiente: «Secander ben Filukuf reinó seis años antes de la muerte de Dario y seis años despues; sojuzgó muchas naciones, dilató su imperio hasta la India y las fronteras de la China; llamabase tambien Dhu'l-Karnein, esto es, *de dos cuernos*, porque su poder se estendia de Oriente á Occidente; venció treinta y cinco reyes, fundó doce ciudades... Redujo la India y murió envenenado en Babilonia; fue llevado en un féretro de oro por los nobles y el rey hasta Alejandría de Egipto, donde fue sepultado. Secander principió á construir la muralla de Yajuj, de piedra y hierro; con fuego se hacia colar el hierro entre las piedras, cada una de las cuales tenia doce codos de largo y ocho de ancho. Cuando se concluyó esta muralla se estendia hasta el lugar llamado Bab el-Abwah de donde se continuó sobre las montañas hasta el mar de los Griegos. Muchos reyes de Persia para librar sus Estados de las invasiones de los Turcos, buscaron el lugar donde ella comenzaba, pero fue en vano, hasta que la descubrió Isdegerd, si bien la concluyó Cosroes Nuscirvan, etc., etc.»

Esta muralla es otra de las fábulas orientales; se cree que estaba á la parte opuesta la nacion de Gog y Magog que tienen la cabeza de perro y que tratan continuamente de perforarla lamiéndola y lo conseguirán antes del dia del juicio y entonces traerán sobre la tierra males indecibles.

Creemos este lugar á própósito para insertar un apológo relativo á Alejandro, que sacamos del *Talmud*:

Siguiendo Alejandro su camino por estériles desiertos é incultos terrenos, llegó a un arroyuelo, cuyas aguas corrian ligeramente entre dos frescas riberas. Su superficie que no alteraba ningun viento, era la imágen del contento y parecia decir callando: *Ved aquí la mansion de la paz y del descanso*. Todo estaba en calma y solo

(1) HERBELOT, lugar cit.
(2) Κρονογραφία, p. 219.

se oia el murmullo de las aguas, las cuales parecia que repetian al oido del fatigado viajero: *Acércate á tomar la porcion que te pertenece de los beneficios de la naturaleza*, y que se quejaban de que esta invitacion fuese en vano. Mil deliciosas reflexiones habria sugerido esta escena á un alma contemplativa, ¿pero cómo podia fascinar la de Alejandro llena enteramente de ambiciosos proyectos de conquista y cuyos oidos se habian familiarizado con el choque de las armas y los gemidos de los moribundos? Alejandro pasó adelante. Sin embargo, desfallecido de hambre y cansancio, muy pronto se vió obligado á detenerse. Sentóse sobre una de las riberas del arroyo, tomó algunos sorbos de agua, que le pareció muy refrigerante y de esquisito sabor. Se hizo preparar pescados salados de los cuales se hallaba bien provisto, y los sumergió en el agua para moderar lo escesivo de su acre sabor; pero cuál fue su maravilla al observar que despedian una suave fragancia. «Ciertamente (dijo) que este arroyo privilegiado con tan raras virtudes debe tener su manantial en algun rico y bienaventurado país. Busquémoslo.» Y remontando contra la corriente del agua, llegó Alejandro á las puertas del Paraiso. Estaban cerradas; llamó y del modo acostumbrado pidió se le permitiese la entrada. «Tu no puedes ser admitido aquí (gritó dentro una voz) esta es la puerta del Señor.»

—«Yo soy el señor, el señor de la tierra (replicó el impaciente monarca); soy Alejandro el conquistador; ¿por qué tardan en abrir?»

—«No (se le respondió), aquí no se conoce otro conquistador que el que doma sus pasiones; solo los justos pueden entrar aquí.»

Alejandro trató inútilmente de forzar la mansion de los bienaventurados; no le valieron amenazas ni súplicas. Viendo que todo su estudio era en vano, se dirigió al guarda del Paraiso y le habló de este modo: «Tú sabes que soy un gran rey, que las naciones me prestan homenaje; si no quieres introducirme, dame á lo menos alguna cosa que demuestre al mundo admirado que he venido á este sitio que ningun mortal visitó antes que yo.»

—«Oh insensato (contestó el guarda), aquí tienes una cosa que puede curar los males de tu alma. Una simple mirada que le dirijas puede enseñarte mayor sabiduría que la que hasta aquí has recibido de tus antiguos maestros. Ahora sigue tu camino.»

Alejandro tomó ávidamente lo que se le daba y volvió á su tienda; pero ¡cuán sorprendido quedó al ver que el don que se le habia hecho, no era otra cosa que un pedazo del cráneo de un muerto! «¿Este es, pues (esclamó), el hermoso don que hacen á los reyes y á los héroes? ¿Este es, pues, el fruto de tantos trabajos, peligros y afanes?»

Furibundo y burlado en su esperanza, arrojó aquel miserable resto de los despojos mortales. Gran rey (le dijo un sabio que se hallaba presente), no desprecies ese donativo; por poco que parezca á tus ojos, tiene estraordinarias cualidades como de ello puedes tú mismo asegurarte si lo pesas con el oro y con la plata.

Alejandro mandó que se probase; se trajo un peso; el resto de cráneo fue puesto en uno de sus platos y oro en el otro, y con asombro de todos, el del hueso bajó. Se añadió otro metal y siempre fue mas ligero, de modo que cuanto mas oro se ponia en este plato tanto mas subia. «Es maravilloso (dijo Alejandro) que un pedazo tan pequeño de hueso pese mas que tanto oro. ¿No habrá ningun contrapeso que sirva para ponerlo en equilibrio?

—»Ciertamente que sí (dijo el sabio); poco basta para ello, y tomando un poco de tierra cubrió el hueso y al momento subió el plato que lo contenia.

—»Esto es tambien estraordinario (esclamó Alejandro); ¿sabrias esplicarme este fenómeno?

—»Gran rey (contestó el sabio), este fragmento de hueso es el que encierra el ojo humano, el cual, aunque limitado en su volúmen, es ilimitado en sus deseos; cuanto mas tiene, mas quisiera; ni el oro, ni la plata, ni ninguna otra riqueza terrena podria satisfacerle. Pero cuando ya ha bajado á la tumba y se halla cubierto de tierra, allí está el límite de su ambicion.»

NUM. VII.

CATON (1).

(234—149 ant. de J. C.)

Acostumbrando los Romanos á llamar hombres nuevos á aquellos que no tenian ningun lustre por su nacimiento y que empezaban á distinguirse por sí mismos, llamaban asi tambien á Marco Porcio Caton tusculano; pero este decia que era nuevo en cuanto á magistraturas y gloria; pero que en acciones y virtudes de sus antepasados era antiquísimo. Al principio su tercer nombre no era Caton, sino Prisco; mas despues se llamó Caton á causa de su sagacidad, pues que los romanos llaman *Catus* al hombre esperimentado y sagaz. Era de rostro sonrosado y ojos azules, y en cuanto á la complexion de su cuerpo, con la fatiga, la sobriedad y viviendo entre la milicia desde sus primeros años, llegó á poseerla muy sana y robusta.

Por lo que toca á la elocuencia, teniéndola como un segundo cuerpo y como un instrumento bello y necesario para el que no quiere llevar una vida abyecta é inactiva, se adiestraba en ella y la ponía en práctica defendiendo y patrocinando de cuando en cuando á aquellos de las tierras y aldeas vecinas que lo necesitaban; asi que, al principio fue tenido por un arrojado y valiente disputador y despues por orador de mucha habilidad. Asi se fue manifestando, mayormente á los que con él trataban, la gravedad de sus costumbres y su sabiduría, por las cuales se conocia que le competia manejar grandes negocios y una república dominante y soberana, pues no solamente se abstuvo de recibir ningun género de recompensa por su trabajo y contiendas en los litigios, sino que demostraba que no hacia gran cuenta ni se contentaba con la gloria que adquiria en ellos; pues que habiendo querido hacerse mucho mas célebre en las batallas y empresas militares contra enemigos, tenia el pecho lleno ya de cicatrices, cuando todavía era jóven, diciendo él mismo, que á la edad de diez y siete años fue por primera vez á la guerra, en aquellos tiempos en que Anibal llevaba toda Italia á fuego y sangre.

En las batallas manifestaba vigor en su mano, la firmeza y constancia en su pié, altanería y ferocidad en su semblante, lanzando palabras amenazadoras, con áspero tono, considerando justamente y enseñando, que semejantes artes intimidan á veces al enemigo, mas que la espada. En las marchas llevaba él mismo sus armas, haciéndose seguir con las provisiones por un solo criado, con el cual, dicen que nunca se encolerizó ni reprendió, sea cual fuese el modo con que le preparase la comida ó la cena, antes al contrario, concluidas las obligaciones militares él mismo le ayudaba á preparar lo necesario. En el campamento bebia siempre agua, escepto cuando sentia una sed ardentísima, en cuyo caso pedia vinagre, ó cuando estaba muy enervado que bebia un poco de vino de poca fuerza.

Junto á sus campos estaba la quinta de aquel Manio Curio que habia triunfado tres veces. Por allí paseando frecuentemente observaba la breve estension de aquel poder y cuán humilde y comun era la casa, deduciendo de esto cuál debia ser aquel personaje, que siendo grandísimo entre todos los romanos, habiendo subyugado gentes muy belicosas y arrojado á Pirro de Italia, cultivaba no obstante por sí mismo aquella propiedad, y despues de conseguidos los triunfos habitaba aquella casucha. En ella le hallaron una vez, los embajadores de los Sannitas, sentado junto al hogar asando nabos, y habiéndole ofrecido mucho oro lo rehusó, respondiendo que para nada lo necesitaba el hombre á quien bastaba aquella comida, y que, en cuanto á él, tenia por muchó mas lisonjero dominar á los que poseian oro, que poseerlo por sí mismo. Revolviendo estas cosas por su mente, retrocedió Caton, y considerando su propia casa, sus tierras, sus siervos y su modo de vivir, se dedicó con mas ahinco al trabajo y restringió sus gastos.

Cuando Fabio Máximo tomó á Tarento, Caton, muy jóven todavía, militó á sus órdenes, en cuyo tiempo, habiendo sido huésped de un tal Nearco, pitagórico, trató de comprender sus discursos. Oyendo disputar y decir las mismas cosas que Platon, el cual llamaba al placer un atractivo grandísimo para el mal, y al cuerpo la calamidad primaria del alma, del cual se purga y libra con las consideraciones que mas la separan y alejan de las pasiones del cuerpo mismo, sintió mucho mayor apego á la parsimonia y temperancia. Dícese tambien que, algo tarde, se dedicó al estudio de las letras griegas, que era ya de edad avanzada cuando hojeó libros de aquella nacion y que de Tucidides y mucho mas de Demóstenes sacó grandes ventajas para su elocuencia. Realmente sus escritos están abundan-

(1) Compendiado por Plutarco.

temente adornados de máximas é historias griegas, y entre sus apotegmas y sentencias, hay gran número de ellas traducidas literalmente de aquellos autores.

Valerio Flacco, personaje de la primera nobleza y de grande autoridad entre los Romanos, con su mucha agudeza, era apto para conocer la virtud, aunque fuese naciente, y dispuesto además, por su humanidad, á fomentarla y hacerla gloriosa. Este tenia propiedades que colindaban con las de Caton, y habiendo oido hablar á sus familias de lo mucho que trabajaba, su modo de vivir, y habiendo escuchado con admiracion, que por la mañana muy temprano iba al Foro para defender en los litigios á los que recurrian á él, y que volviendo á sus tierras se ponia á trabajar á la par con sus mismos criados, cubierto con una de aquellas túnicas llamadas *exomides* si era invierno, y desnudo si era verano, sentándose despues con ellos, comiendo un mismo pan y bebiendo de un mismo vino, y habiendo oido igualmente otros rasgos de su afabilidad y moderacion, como igualmente algunas sentencias, lo mandó convidar á cenar. Habiendo conocido, y frecuentando su trato, y esperimentado su natural benévolo y cortés, el cual era como planta que necesitaba ser cultivada y transportada á mejor terreno, le aconsejó y persuadió que se fuese á Roma á tomar parte en el manejo de la república. Fué, y muy pronto, por medio del ejercicio de la abogacía, adquirió admiradores y amigos. Habiéndole provenido del mismo Valerio mucho honor y autoridad, consiguió ser nombrado primeramente tribuno de los soldados, despues cuestor, y habiéndose hecho eminente é ilustre, concurrió juntamente con Valerio á los mayores cargos, siendo cónsul junto con él y censor mas tarde.

De entre los ciudadanos mas viejos, aquel con quien mas simpatizó fue Fabio Máximo, personaje glorioso y sumamente autorizado, á quien se propuso imitar en costumbres y género de vida, asi como en sus bellísimas acciones. Por esta razon no tuvo reparo ninguno en mostrarse adverso y contrario al grande Escipion, jóven todavía, que por emulacion y envidia parecia oponerse á la grandeza de Fabio, asi que habiendo sido enviado con el mismo Escipion, en calidad de cuestor, á la guerra africana, y visto que allí tambien se trataba este con su acostumbrada suntuosidad y que repartia inmoderadamente dinero entre sus soldados, habló con toda libertad, diciendo que lo que mas debia sentirse no éran los gastos desmesurados, sino que de este modo se corrompia la acostumbrada frugalidad de la milicia, la cual, con lo que le habia suministrado mas allá de sus necesidades, se entregaba al lujo y á los placeres. A esto respondia Escipion que no necesitaba de un cuestor tan exacto, al partir á velas desplegadas para la guerra, y que debia hablar á la ciudad, no del dinero sino de las empresas. Partió Caton de Cicilia, llegó á Roma y habiendo empezado á gritar, junto con Fabio, en el Senado, que Escipion gastaba cantidades indecibles, y que se entretenia puerilmente en teatros y palestras, como si hubiese sido enviado no para ser jefe de un ejército sino para celebrar fiestas, consiguió que se enviasen tribunos de la plebe para que lo condujesen á Roma si hallasen ser verdaderas las acusaciones que contra él se habian lanzado; pero despues de haberles demostrado Escipion que la victoria consistia en los grandes preparativos que hacia para aquella guerra y que era verdad que se solazaba con sus amigos el tiempo que le dejaban libre aquellas ocupaciones, pero que por efecto de su dispendiosa liberalidad no se habia descuidado ni emperezado en las cosas sérias é importantes, se incomodó y se fué á la guerra.

Entre tanto crecia cada dia mas el poder y autoridad que iba Caton adquiriendo por medio de su elocuencia, de modo que le llamaban el Demóstenes romano; pero mucho mas célebre y decantado lo hacia su género de vida, porque la elocuencia era ya entonces cosa á la cual, aspirando todos los jóvenes generalmente por medio del estudio, procuraban á porfía conseguirla; mas era muy raro que alguno quisiese trabajar por sí mismo la tierra, conforme á la antigua usanza de la patria, que gustase de una cena parca y humilde, una comida hecha sin lumbre, un vestido sencillo y de poco valor, y una habitacion vulgar; pocos, finalmente los que tuviesen en mas aprecio no buscar lo supérfluo que poseerlo, pues que ya, en su engrandecimiento, la república no conservaba su acostumbrada pureza, sino que con haber estendido su dominio sobre muchas naciones que habia sojuzgado, y con el mannejo de grandes negocios, se habian mezclado las costumbres y habia dado acogida á ejemplos y maneras de vida de todas clases.

Con razon, pues, era Caton admirado de aquellos que veian á los demás flojos para el trabajo y enervados por los deleites, mientras que él era infatigable en aquel y no se dejaba vencer por estos, no solo cuando era jóven todavía, deseoso de adquirir honores, sino cuando era ya viejo y cano, despues del consulado y el triunfo, como atleta que, conseguida la victoria, sigue todavía ejercitándose y manteniendo este método mientras vive.

Cuenta él mismo que nunca llevó vestido que costase mas de 100 dracmas, ni habia bebido, siendo capitan del ejército y cónsul, diferente vino del que bebian los soldados, que habia gastado, sí, treinta ases en proveerse de lo necesario para la cena; pero que lo hizo por el bien público para fortificar el cuerpo para las funciones militares. Tambien cuenta que habiendo heredado una alfombra de Babilonia, de varios colores, la vendió inmediatamente; que entre sus habitaciones campestres, ninguna habia enlucida; que no compró jamás esclavo alguno que costase mas de 1,500 dracmas, y que no los queria delicados ni bellos, sino trabajadores y robustos, pues tenia necesidad de hombres que cuidasen caballos y bueyes, y era de opinion que cuando estos esclavos eran viejos convenia venderlos, para no gastar con personas inútiles. En suma, decia que ninguna cosa supérflua puede llamarse barata; que lo que no se necesita debe reputarse como cosa costosa, aun cuan-

do se haya comprado por un as, y que es mejor poseer terrenos de pan llevar y de pasto, que jardines y casas de recreo. Algunos atribuian su conducta á tenacidad y otros creian que se reducia para corregir y moderar á los otros con su ejemplo; pero Caton dice, gloriándose de ello, que en Iberia hasta dejó el caballo de que se habia servido en las espediciones, siendo cónsul, á fin de que no se cargase en cuenta de la república el gasto del transporte.

El lector juzgará si semejantes hechos deben atribuirse á magnanimidad ó á mezquindad; mas escepto en esto, era admirable en su parsimonia, pues en el tiempo que fue jefe del ejército, no tomó para sí y su comitiva, mas de tres modios áticos de trigo al mes, y menos de un modio y medio de cebada al dia para sus caballos y animales de carga.

Habiéndole tocado el gobierno de Cerdeña, en el cual sus predecesores estaban acostumbrados á tener pabellones por cuenta del tesoro público, lechos y togas, gran número de siervos y amigos, infiriendo grandes perjuicios con sus dispendios y aparatos en las comidas, él por el contrario, se diferenció de ellos por su frugalidad, pues para nada necesitó gastar del público, de modo que cuando iba á las ciudades sujetas era, no en coche sino á pié, con un solo ministro público, que le llevaba un vestido y un vaso para hacer libaciones en los sacrificios.

Con semejantes acciones demostraba á sus gobernados, cuán fácil y sencillo era su carácter; pero mostraba por otro lado su gravedad y severo continente, siendo inexorable en las cosas justas y rígido é inflexible en querer puntualmente ejecutadas las órdenes que daba, por manera que la dominacion romana jamás fue para aquellas gentes mas amable ni mas terrible á un mismo tiempo. Semejante era su modo de raciocinar, esto es: suave y grave, dulce y violento, jocoso y austero, sentencioso y provocador, asi como dice Platon de Sócrates, que parecia esteriormente, al que por primera vez le hablaba, rústico, satírico y contumelioso, tratado á fondo se le veia lleno de seriedad y de sentimientos tales, que conmovia los corazones y arrancaba lágrimas á sus oyentes.

Siendo yo de opinion que la índole y costumbres de los hombres mas se manifiestan por el modo de producirse que por el aspecto, referiré algunos breves dichos suyos. Tratando una vez de disuadir al pueblo romano de la distribucion de los granos que querian se hiciese fuera de tiempo, principió su razonamiento en esta forma: *Ciertamente que es cosa desagradable* y *difícil, oh ciudadanos, hablar al estómago, puesto que no tiene oidos.* Otra vez, reprendiendo la soberbia suntuosidad, dijo que era empresa difícil salvar á una ciudad, en la cual se vendia mas barato un buey que un pescado. Tambien comparó los romanos á las ovejas, porque, asi como estas, separadamente y una á una, no se dejan conducir, pero que todas juntas siguen al que las guia, *asi vosotros*, continuó *cuando estais juntos os dejais guiar por aquellos consejeros, cuya opinion no os dignariais aceptar separados unos de otros.* Disputando sobre la autoridad que se arrogaban las mujeres. *Todos los hombres,* dijo, *mandan á las mujeres, nosotros á todos los hombres, y las mujeres á nosotros.*

Comparaba á los que con frecuencia intrigaban para obtener el consulado, á las personas que ignorando el camino quieren llevar siempre delante á los lectores para no equivocarse. Reprendiendo á los ciudadanos, porque muchas veces daban el mando supremo á los mismos personajes: *Parece*, decia, *que creeis que no sea cosa digna de honor semejante mando ó que no haya muchos dignos de tenerlo.* Cuando el rey Eumenes fué á Roma, el Senado lo recibió pomposamente obsequiándolo á porfía los principales; pero Caton mostró claramente que lo miraba con desagrado y desafecto, y cuando le digeron: *que era un rey bueno y amigo de los romanos*, respondió: *será; pero el rey es por naturaleza un animal carnívoro y ninguno de los reyes reputados por mas felices puede compararse con Epaminondas, Pericles, Manio Curio ó Amilcar Barca.*

Decia que sus enemigos le envidiaban porque descuidó sus asuntos privados y se levantaba todas las noches para atender á los públicos; que queria que no se le agradeciese el bien que hacia; pero que queria ser castigado por lo malo y que perdonaba las faltas de todos, pero no las suyas. Habiendo los romanos elegido tres embajadores para enviarlos á Bitinia, uno de los cuales padecia gota, otro tenia un hoyo en la cabeza, por haberle sido perforado el cráneo, y el tercero era tenido por imbécil, dijo Caton riendo, que los romanos mandaban una embajada que no tenia piés, cabeza ni corazon. Habiendo hecho Escipion, por respeto á Polibio, que intercediese á favor de los Aqueos desterrados, mientras que la cuestion se agitaba en el Senado, queriendo unos que fuesen llamados y contradiciéndolo otros, Caton se levantó y dijo: *Como si no tuviésemos otra cosa que hacer, estamos aquí sentados un dia entero, para disputar si aquellos griegos decrépitos han de ser llevados á la sepultura por nuestros sepultureros ó por los de Acaya.* Habiéndoseles decretado la vuelta pocos dias despues, Polibio, que era uno de ellos, procuraba entrar nuevamente en el Senado para hacer que los desterrados obtuviesen otra vez los honores que anteriormente habian obtenido en Acaya, tratando de indagar cuál era el parecer de Caton en esta materia; pero este, sonriendo, dijo que Polibio no hacia como Ulises, sino que queria volver á entrar en la caverna del cíclope para recuperar el casco y el cinturon que en ella habia olvidado.

Decia que los juiciosos sacaban mas ventajas de los necios, que estos de aquellos, porque los primeros se guardan de los errores de los segundos y estos no imitan las rectas operaciones de los juiciosos. Decia de los jóvenes que le gustaban los que se ruborizan mas que los que palidecen, y que no queria tener soldado que al marchar moviese las manos, y los piés al combatir, y que roncase mas fuerte durmiendo que gritando en la pelea. Reprendiendo á un hombre desmesuradamente gordo: *¿En qué*, dijo, *puede ser útil á la ciudad semejante cuerpo en el cual entre cuello é ingles no hay mas que vien-*

tre? Habiendo querido familiarizarse con él un voluptuoso, lo alejó diciendo: que no hubiera podido vivir con un hombre que tenia el paladar provisto de mejores sentimientos que el corazon.

Tambien dijo que el alma del amante vive en cuerpo ageno, y que en el curso de su vida solo se arrepentia de tres cosas: haber confiado un secreto á su mujer, haberse embarcado cuando podia haber ido á pié y haberse pasado un dia sin hacer nada. A un viejo que llevaba una vida depravada, dijo: *la vejez tiene muchas cosas feas; pero no quieras tú añadir la iniquidad á la fealdad*, y á un tribuno de la plebe, sospechoso de haber hecho uso de un veneno y que con grandes instancias proponia una ley mala y perniciosa, dijo: *muchacho, no sé qué cosa es peor, si beber lo que tú mezclas ó autentizar lo que escribes*. Insultado por una persona que vivia torpe y malvadamente, contestó: *desigual es entre nosotros la pelea, porque tú escuchas con facilidad los improperios que te dicen, y con gusto, tambien, los pronuncias, y á mí no me gusta decirlos, ni estoy acostumbrado á escucharlos*.

Nombrado cónsul con Valerio Flaco, su amigo y familiar, tocóle por provincia la España citerior, en la cual, mientras que subyugaba muchas gentes con las armas y á otras muchas aplacaba con su elocuencia, se vió acometido por un ejército de bárbaros, corriendo peligro de verse vergonzosamente rechazado; asi que, mandó llamar en su ayuda á sus vecinos los Celtíberos; mas habiendo estos pedido doscientos talentos en recompensa, decian los demás que no debia permitirse que los Romanos recompensasen su asistencia á los bárbaros; pero Caton hizo observar que semejante pretension nada tenia de grave ni intolerante, porque, si hubiesen vencido, les hubiera pagado, no de lo suyo, sino con lo de los enemigos, y si hubiesen sido vencidos, ya no hubiera habido ni quién pagase, ni quién exigiese la deuda.

Venció en aquella batalla, saliéndole todo lo demás perfectamente y con decoro. Dice Polibio que por mandato suyo fueron arrasadas en un solo dia las murallas de las ciudades que están á la parte de acá del rio Bétis, las cuales eran muchas y defendidas por hombres belicosos, y el mismo Caton asegura que el número de las ciudades que tomó fue mayor que el de los dias que permaneció en Iberia, lo cual no es una fanfarronada, porque fueron cuatrocientas. Si bien en aquellas espediciones sus soldados habian adquirido mucho, dió, no obstante, una libra de plata á cada uno, diciendo que era mejor que muchos romanos volviesen á su país con plata, que pocos con oro, y en cuanto á él, protesta que, de todo aquel botin, no llevó mas que lo que habia comido y bebido: *No porque yo quiera inculpar á aquellos que tratan de ganar en estas cosas, sino que prefiero competir en virtud con los hombres virtuosos, que en riquezas con los ricos, y en avaricia con los avaros*. Asi que, no solo él, sino ninguno de los que le rodeaban, permitió que se enriqueciesen con aquel botin. Tenia consigo en el ejército cinco criados, uno de los cuales, llamado Pacco, habiendo comprado tres jóvenes prisioneros de guerra, y sabiendo que esto habia llegado á noticia de Caton, antes que volver á presentársele prefirió ahorcarse. Caton vendió los prisioneros y llevó su producto al erario público.

Mientras permanecia en España, Escipion el grande, que era ya enemigo suyo y queria oponerse á sus felices progresos y suplantarlo en el manejo de los negocios, hizo que se le nombrase su sucesor en el gobierno de aquella provincia, partiendo con la mayor celeridad posible á quitar el mando á Caton; pero, este tomando cinco cohortes de infantes de pesadas armaduras, precedido por quinientos caballeros, subyugó á los Lacetanos, y habiendo cogido á seiscientos desertores suyos, los hizo degollar á todos; motejando despues irónicamente á Escipion que lo compadecia y mostraba tenerle mucho resentimiento, dijo, que Roma llegaria á ser grandísima cuando las personas principales y mas encumbradas no se dejasen superar en virtud por las menos nobles, y cuando compitiesen en virtud hasta los plebeyos, asi como él competia con los que por nacimiento ó gloria le eran superiores.

Habiendo decretado el senado que Escipion no debia cambiar ni remover nada de lo que Caton habia obrado, se vió aquel en su gobierno precisado á disminuir antes su propia gloria que la de Caton, pues tuvo que permanecer inactivo todo aquel tiempo. Caton, despues que hubo triunfado, no hizo como la mayor parte de los hombres, que combatiendo, no por la virtud, sino por la gloria, cuando consiguen llegar á los supremos honores y han conseguido el consulado y el triunfo, se retiran de la república, pasando el resto de su vida entregados al ocio y los placeres; por el contrario, él ni se relajó ni renunció á la virtud, sino que semejante á aquellos que por primera vez entran en los negocios públicos, y se sienten acosados por una sed ardiente de honores y gloria, tomando nuevos puntos de partida, dedicóse con mayor vigor al servicio de los amigos y de los ciudadanos, no rehusando nunca emplearse en la defensa de las causas y en los oficios de la milicia. Fue inútil su cooperacicon al cónsul Tiberio Sempronio, enviado á Tracia é Istro, y al cual acompañó como lugarteniente; pasó despues á Grecia, de tribuno de los soldados, junto con Manio Acilio, contra el grande Antioco, el cual, despues de Anibal fue el que llevó á los Romanos mayor espanto, habiendo recobrado poco menos que toda el Asia, poseida ya por Seleuco Nicanor, y sometido muchísimas naciones belicosas de bárbaros. Caton arrojó á estos de Corinto, de Patra y de Egio, permaneciendo despues mucho tiempo en Atenas.

Cuéntase que dirigió un discurso en griego al pueblo, en el cual celebró la virtud de los antiguos Atenienses, y el gran placer que habia esperimentado al ver la grandeza y hermosura de aquella ciudad; pero esto no es verdad, porque habló á los Atenienses por medio de intérprete, no porque dejase de saber hablar en griego, sino porque quiso mantenerse en los usos de su país,

riéndose de los que admiraban las cosas griegas. De aquí es, que habiendo Postunio Albino escrito una historia en griego y pedido por ello perdon, él se mofó, diciendo que realmente debia ser perdonado si habia sido obligado á ello por decreto de los Anfictiones. Dícese que los Atenienses se admiraron de su velocidad en el decir y de la fuerza de las espresiones, porque lo que él esponia brevemente, era referido por el intérprete con un largo giro de palabras; en suma, hizo que se creyese que á los Griegos las palabras solo salian de los labios y á los Romanos del corazon.

Habiendo Antioco apostado gente en los desfiladeros que rodean á las Termópilas y rodeado de estacadas y murallas aquellos sitios que naturalmente eran ya fuertes por sí mismos, se acampó en ellos y creyó que de aquel modo habia concluido la guerra; los Romanos desesperaban totalmente de forzar el paso, atacándolo de frente; pero habiendo recordado Caton el rodeo y giro que en otro tiempo dieron los Persas, tomando parte del ejército, emprendió de noche la marcha, superó los estrechos y venció al enemigo. Caton, que, segun parece, era pródigo siempre en darse alabanzas á sí propio, evitaba vanagloriarse abiertamente, y considerando aquel resultado como consecuencia de sus grandes operaciones, se envaneció mas que nunca y encareció con sus elogios aquella empresa; cuenta que los que en aquella ocasion lo vieron batir y perseguir al enemigo, quedaron bien persuadidos, que no era Caton tan deudor al pueblo, como el pueblo deudor á Caton, y que el mismo cónsul Manio, entusiamado aun por la victoria, abrazándole á él, que tambien lo estaba, y teniéndole largo rato las manos puestas sobre los hombros, esclamó lleno de alegría, que ni él ni todo el pueblo romano podrian recompensar plenamente los méritos de Caton.

Despues de la batalla fue él mismo enviado á Roma á llevar la nueva de sus propias operaciones. De las acciones de guerra llevadas á cabo por Caton, estas son seguramente, las mas considerables y decantadas. Despues, en cuanto á su conducta civil, se vió que no tenia en poco ni por cosa digna de ligera atencion el acusar y perseguir á los malhechores; asi que, persiguió personalmente á muchos, uniéndose con los que los perseguian, persuadiendo é instruyendo á otros á prestar aquel servicio, como indujo á Petilio contra Escipion; pero como este era de una gran familia y lleno de verdadero valor, despreciaba las acusaciones, asi que conociendo Caton que no podia vencerlo, lo dejó y se alzó con otros acusadores contra Lucio, hermano de aquel, y lo hizo condenar á pagar gran cantidad de dinero al erario público, y, no pudiendo satisfacerla, corrió peligro de ser puesto en prision; pero con mucho trabajo, apelando á los tribunos de la plebe, pudo librarse.

Habiendo un jovencito hecho castigar á un enemigo de su difunto padre, dícese que Caton, se le presentó, cuando cumplida la sentencia pasaba por la plaza, le tomó la mano y le dijo que se deben hacer las exequias y sacrificios á los padres, no con ovejas y carneros, sino con lágrimas y con el castigo de sus enemigos.

Pero él mismo no pudo eximirse en los negocios de la república, de las acusaciones, antes al contrario, cuantas veces dió motivo á sus enemigos para que lo atacasen, se vió siempre llamado á juicio y espuesto al peligro mientras que vivió. Cuéntase, pues, que fue acusado poco menos de cincuenta veces, la última de las cuales era ya anciano de ochenta y seis años; entonces fue cuando profirió aquel célebre dicho: que era cosa muy dura haber vivido entre unos hombres y entre otros tener que justificarse y defenderse. No puso fin allí á las contiendas, antes acusó á Servio Galba, cuatro años despues, esto es, cuando tenia noventa, de modo que vivió hasta la tercera generacion, siempre laborioso, habiendo estado muchas veces en controversia en el gobierno de la república, con el grande Escipion, como se ha dicho. Y llegado hasta los tiempos del otro Escipion, nieto adoptivo del primero é hijo de aquel Paulo que venció á Perseo y á los Macedonios.

Diez años despues de su consulado, Caton intrigó para ser nombrado censor. Semejante dignidad puede decirse que era el colmo de todos los honores, y en cierto modo el complemento de todos los empleos que podian obtenerse en la república, pues que tenia, ademas de su mucha autoridad en otras cosas, el cargo tambien de examinar la vida y las costumbres agenas, en atencion á que los Romanos creian que no se debia dejar al arbitrio de cada uno casarse, procrear, la vida cotidiana, ni dar convites á gusto y capricho del deseo, sin estar sujeto al exámen de alguno, y pensando que en estas cosas, mucho mas que en las acciones civiles y públicas, se descubre la índole de las personas, elegian á uno de los patricios y á uno del pueblo, ambos para custodios, moderadores y correctores de las costumbres, á fin de que no hubiese quien, estraviado del modo acostumbrado y nacional de vivir, se inclinase á llevar una vida á su gusto. A estos dos personajes daban el nombre de censores, los cuales tenian la facultad de quitar el caballo á los caballeros y de arrojar del senado á los senadores que viviesen irregular y disolutamente; tambien vigilaban sobre los sacrificios, prescribian los gastos de ellos, y distinguian y disponian segun su juicio de las categorías y empleos de la ciudad, al propio tiempo que tenian grande autoridad sobre muchas otras cosas.

Por esto se alzaron y opusieron al triunfo de Caton, casi todos los senadores mas eminentes, porque los patricios estaban atormentados de envidia, opinando que se envilecia totalmente la nobleza cuando hombres de ínfima y oscura estirpe se elevaban á los puestos de honor mas encumbrados y á tanto poder, y otros que conocian su propia mala conducta y que traspasaban los antiguos usos de su patria, temian la severidad de semejante personaje, la cual, en cargo tan autorizado, hubiera sido ciertamente en estremo rígida é inexorable; por lo que, habiéndose aconsejado entre sí y preparado á oponerse á sus designios, movieron contra él á

siete competidores, los cuales halagaban al pueblo, haciéndole concebir que debia fundar sobre ellos buenás esperanzas, puesto que el pueblo debia buscar personas que en aquel cargo se condujesen con suavidad y á gusto suyo. Caton, por el contrario, no mostraba contemplacion ninguna, ni mansedumbre, antes por el contrario, amenazando con el castigo á los criminales y gritando que la ciudad tenia necesidad de un grande espurgo, hacia presente al pueblo, que si tenia juicio debia elegir un médico, no el mas dulce, sino el mas rígido y resuelto, añadiendo que este era él, y entre los patricios Valerio Flacco, en union con el cual, esperaba tronchar y quemar, como la hidra, el lujo y la molicie, llevando á cabo, de esta manera, cosas de grande utilidad, al paso que todos los otros que tanto trabajaban para obtener aquel cargo, se conducirian mal en él, pues tendrian que temer de todos cuantos se hubieran en su caso conducido bien.

Sin embargo, á tal punto era verdaderamente grande el pueblo romano y digno de ser dirigido por personas grandes, que no intimidándose por sus severas amenazas y grave continente, rechazó á todos los que daban á entender que hubieran administrado con dulzura y á gusto del pueblo mismo, y nombró censores á Flacco, juntamente con Caton, como si este no pidiese semejante cargo, sino que lo poseyese ya y empezase á usar de la autoridad con el mando. Despues de esto, Caton hizo entrar en el senado á su colega y amigo Valerio Flacco, arrojando, por el contrario, á muchos que de él formaban parte, entre otros, á Lucio Quinto, que siete años antes habia sido cónsul, y lo que todavía lo hacia mas glorioso que el consulado, hermano de aquel Tito Flaminino que habia vencido á Filipo; la razon por la cual lo arrojó del senano fue la siguiente:

Tenia Lucio constantemente á su lado, en calidad de favorito, á un jovencillo de rara belleza, al cual, mientras fue jefe de ejército, daba mucho honor y autoridad, cuando no tenia otro mas que ser el primero de sus criados. Hallándose, pues, al frente del gobierno de una provincia consular, en ocasion que asistia á un convite, como de costumbre, tenia á su lado al espresado jovencillo, y entre las caricias que de él recibia, por las cuales, entre los vapores del vino se dejaba gustosamente halagar, le aseguró que á tal punto lo amaba que, *habiendo hoy un espectáculo de gladiadores, que nunca he visto, he venido no obstante con ardor, á sentarme á tu lado, aunque deseoso de ver matar á un hombre cualquiera.* Contestándole Lucio con igual amabilidad, díjole: *pero no por eso te aflijas, que aun cuando permanezcas sentado á mi lado, yo sabré muy bien indemnizarte.* Mandó entonces que fuese conducido á su presencia un condenado á muerte, juntamente con el verdugo y preguntó al amado jóven si queria verlo herir, y habiendo este respondido que sí, mandó Lucio que lo degollasen. Este suceso ha sido contado por muchos, y Ciceron en el *Diálogo de la vejez* lo pone en boca de mismo Caton. Dice Livio que el degollado fue un desertor galo y que Lucio no le hizo dar muerte por el verdugo, sino que se la dió con su propia mano, cuyo hecho fue asi escrito en una oracion del mismo Caton.

No pudiendo llevar pacientemente el hermano de Lucio, que este hubiese sido arrojado del senado por Caton, apeló al pueblo y quiso que espusiese aquel el motivo que tenia. Contó Caton detalladamente el suceso del convite; pero Lucio se empeñaba en negarlo, visto lo cual, llamólo Caton á juramento y no compareció; entonces dijeron que habia sido justamente castigado. Sucedió despues en una ocasion que habia espectáculo en un teatro, habiendo Lucio pasado mas allá del sitio de los senadores é ido á sentarse en un lugar muy apartado, despertó tal compasion en el pueblo, que á voces le obligó á que se colocase delante entre los demás, corrigiendo de este modo, cuanto estaba en su poder, y curando el mal que se le habia hecho.

Tambien alejó del senado á Manilio, personaje que, segun la opinion de todos, estaba próximo á ser cónsul, por haber besado á su esposa, delante de su propia hija, diciendo que él nunca habia abrazado á la suya mas que en tiempo de truenos, por lo cual, añadia festivamente, que él era feliz cuando Júpiter tronaba; y lo que en algun modo acarreó a Caton la nota de envidioso, fue lo que hizo á Lucio, hermano del Escipion, que habia ya triunfado y al cual mandó quitar el caballo, cosa que parece hacia para injuriar al Africano. Pero lo que pareció grave y doloroso á la mayor parte de las gentes fue la represion del lujo que habia ya corrompido á la multitud y al cual, no pudiendo oponerse de frente, mandó que todo vestido, coche, adorno femenil ó de mesa que costase mas de mil y quinientas dracmas, fuese estimado por su valor doce veces mayor, y segun fuese mayor la tasacion, se impusiese mayor contribucion, que fijó en tres ases por cada millar. Su objeto era que, sintiéndose la gente gravada con nuevos impuestos, al paso que verian que otros que poseian iguales facultades, pero que se mantenian con economía, frugalidad y moderacion, pagaban menos al Erario público, se abstuviesen de semejante lujo. Asi, pues, se enemistó no solo con aquellos que por mantener el lujo pagaban los impuestos, si que tambien con los que por no pagar tenian que abandonarlo; pues la mayor parte de los hombres piensan que es quitarles la riqueza el impedírles hacer ostentacion de ella, y que esta consiste, no en las cosas necesarias, sino en las supérfluas. El filósofo Ariston era el que obraba mas en consecuencia de la opinion que dice deber ser reputados por mas felices los que poseen lo supérfluo, que los que abundan de lo útil y necesario, y lo mismo opinaba el filósofo tesalónico Scopa, al cual habiendo pedido un amigo suyo alguna cosa que para Scopa de nada servia, añadiendo que no le pedia nada que pudiese serle útil ó necesario, respondióle: *sin embargo, yo me creo feliz y rico por estas mismas cosas supérfluas é inútiles.* Así, pues, el deseo que se tiene de riquezas no proviene de ninguna pasion natural, sino que es cosa que se

introduce en nosotros por opinion vulgar y estrínseca.

Tan lejos estaba Caton de hacer caso de los resentimientos que contra sí escitaba, que cada vez se hizo mas severo y rígido, haciendo quitar todos los acueductos por los cuales se conducia el agua de las corrientes públicas á casas y jardines privados, mandando demoler los edificios que se estendian sobre el terreno público, restringiendo las mercedes al trabajo, y aumentando estraordinariamente los impuestos sobre las ventas, de manera que llegó á concitarse grandísimo odio, y á hacer que contra él conjurasen hasta los que estaban por parte de Tito, quienes hicieron anular por el senado los contratos que habia hecho para dar á restaurar los templos y edificios públicos, como desventajosos, instigando ademas á los tribunos mas resueltos de la plebe, para que lo acusasen al pueblo y le hiciesen pagar una multa de dos talentos: tambien se le opusieron mucho á que edificase la basílica, la cual hizo construir á espensas del comun, al lado de la plaza bajo del senado, y la llamó Basílica Porcia. A pesar de esto, parece que el pueblo aprobó completamente su conducta en aquel cargo, pues que le erigió un simulacro en el templo de la salud, en cuyo pié escribió, no las espediciones militares de Caton, ni su triunfo, sino que consignó que aquel honor se le hacia porque, en tiempo que la república romana estaba en decadencia y tendia á empeorar, él siendo censor, con sus buenas instituciones, sabias costumbres y enseñanzas, volvió á enderezarla.

Mas adelante se rió de los que se afanaban por tales cosas, diciéndoles que á él no se le daba ser alabado sobre las obras de los fundidores y y pintores; pero que se vanagloriaba de que en los corazones de los ciudadanos hubiese bellísimas imágenes suyas. A los que se admiraban de que muchas personas destituidas de gloria tenian estátuas y él no las tenia contestó: *Quiero mas bien que se pregunte por qué motivo no me han erigido una estátua, que no que se busque por qué causa me la han erigido*. Pretendia, por fin, que un buen ciudadano no debe permitir que se le alabe, si la alabanza no redunda en provecho de la república, aun cuando se alababa á si mismo sobre todos los demás, á punto que cuando se reprobaba la conducta de aquellos que habian cometido alguna falta en su manera de vivir, dícese que acostumbraba á observar, que no se les debia reprender porque no eran Catones, y á aquellos que procuraban imitar alguna accion suya, pero que no lo hacian bien, llamaba Catones zurdos. Añadia que en las ocasiones mas difíciles y peligrosas, el senado lo miraba como se mira en las tempestades al piloto, y que muchas veces, cuando no estaba presente, se suspendian, hasta que él llegaba, los negocios de mayor importancia, cosas todas que otros han justificado, pues es verdad que por su género de vida, su elocuencia, y avanzada edad, gozaba de grande autoridad en la ciudad.

Era buen padre, y trataba á su esposa suave y benignamente, inclinado á lucros y ganancias, cosas que no miraba como leves ni de poco momento, asi que, me parece conveniente que refiera, sobre este particular, cuanto le concierne. Casó, pues, con mujer mas noble que rica, sabiendo de antemano, que tanto unas como otras, son altaneras y soberbias; pero que avergonzándose de las cosas torpes, son mas obedientes y están mas sujetas á sus maridos en las cosas honestas; añadiendo que el que pegaba á esposa ó hijo, ponia sus manos sobre las cosas mas sacrosantas, y que tenia en mas precio y por mayor elogio ser buen marido, que buen senador, no admirando al antiguo Sócrates, mas que por haber vivido siempre tranquilo y benigno con una mujer caprichosa y con hijos tontos.

Habiéndole nacido un hijo, no tenia negocio por importante que fuese (á no haber sido asunto público) que no dejare, por hallarse junto á su esposa cuando esta lo lavaba ó fajaba; esta lo alimentaba con su propia leche y muchas veces daba de mamar á los hijos de sus criados, para que con el tiempo, estos, en atencion á haber mamado la misma leche que él le fuesen adictos. Cuando el niño empezó á tener conocimiento, Caton mismo lo educó, á pesar de tener un siervo llamado Chilon, elegante gramático y preceptor de otros muchos niños, no creyendo conveniente, como él mismo dice, que su hijo recibiese palabras injuriosas ó que, por ser lento en el aprender, un siervo le tirase de las orejas, ni que á semejante persona tuviese que agradecer cosa tan importante como la educacion; así que, él mismo queria ser quien lo instruyese en las letras, lo amaestrase en las leyes y lo adiestrase en los ejercicios personales, enseñándole, no solo á arrojar dardos, á combatir armado y á cabalgar, sino á portarse bien en los combates, á soportar el calor y el frio, y pasar á nado los rios mas caudalosos y violentos. Dice que escribió por sí mismo la historia en grandes caractéres, á fin de que su hijo tuviese en su casa el modo de aprovechar y estar al corriente de los antiguos hechos de su patria; que se guardaba de decir palabras torpes ó indecentes en presencia de su hijo, como si hubiese estado en presencia de las sagradas vírgenes vestales, y que jamás entró con él en el baño. Estas, sin embargo, parece que eran costumbres universales entre los Romanos, pues que los yernos se guardaban de entrar en el baño con los suegros, avergonzándose de mostrárseles desnudos; pero con el tiempo, habiendo aprendido de los Griegos la costumbre de desnudarse sin reparo, á porfía y repetidamente enseñaron á hacerlo hasta en compañía de sus mujeres.

De este modo obró Caton para dar á su hijo formas perfectas y disponerlo á la virtud; pero este, si bien en cuanto á disposicion y buenos deseos era irreprensible y de natural dócil y obediente, en cuanto al cuerpo parecia ser mucho mas débil de lo que se requiere para las fatigas; así que Caton suavizó algun tanto su rigor y austeridad en el método de vida que le habia hecho adoptar. Mas á pesar de esto, débil como era, fue valiente en la milicia y combatió valerosamente contra Perseo, á las órdenes de Pablo Emilio. En una ocasion, habiéndole caido la espada de la mano, de un golpe que sobre aquella le dieron

y á causa de tener bañada de sudor la misma mano, se volvió afligido á algunos compañeros, unido á los cuales se arrojó de nuevo sobre los enemigos y abriéndose paso con gran violencia y dificultad la volvió á hallar entre montones de otras armas y cuerpos muertos de amigos y enemigos que habian allí caido. El cuidado, pues, con que Caton educó á su hijo obtuvo un feliz resultado.

Tenia muchos siervos que compraba entre los prisioneros de guerra, especialmente pequeñitos, á fin de que como perrillos ó potros, mas fácilmente aprendiesen la educacion y enseñanza. Ninguno de ellos entraba jamás en casa agena, á no ser enviado por el mismo Caton ó por su esposa, encargándoles que cuando les preguntasen qué hacia Caton, respondieran que no lo sabian. Era necesario que en su casa el siervo estuviese siempre ocupado en alguna labor, ó que durmiese, pues le gustaba mucho verlos dormir, diciendo que los que dormian eran de índole mas pacífica que los que velaban mucho, y que despues de dormir estaban mas ágiles para los quehaceres. Calculando despues que los siervos, especialmente por motivos amorosos, se volvian descuidados ó malos, mandó que mediante una determinada moneda, pudiesen usar de las siervas; pero jamás con otras mujeres. Al principio, cuando militaba y era todavía pobre, no era nunca melindroso, ni se incomodaba acerca del mejor ó peor condimento de las comidas, teniendo por cosa indecente reñir á un siervo por amor al estómago; pero con el tiempo, habiendo aumentado sus facultades y dando convites á sus amigos y colegas, castigaba con azotes despues de la comida, á los que habian cometido faltas en servir ó preparar alguna cosa. Procuraba siempre que los siervos estuviesen reñidos, siéndole sospechosa la concordia entre ellos, y á los que habian cometido algun delito que mereciese la muerte, creia que era conveniente que fuesen juzgados y condenados para hacerlos morir en presencia de los demás siervos.

Habiéndose entregado con mas ahinco á las ganancias, consideraba la agricultura como cosa mas de pasatiempo que de utilidad; y poniendo todo su cuidado en cosas que produjesen una renta mas segura y estable, compró lagos, manantiales de aguas termales, lugares propios para los tintoreros, bosques y terrenos por naturaleza fecundos en pastos; de este modo sacaba mucho producto de sus caudales, productos, que, como él decia, ni el mismo Júpiter le podia impedir.

Acostumbró despues á practicar la usura náutica, la mas reprensible de todas. Queria que aquellos á quienes prestaba con usura, se uniesen formando compañía con otros, de modo que llegasen á cincuenta; que tuviesen otras tantas naves, en cuyo cargamento interesaba una parte, teniendo por agente al liberto Quincio, que navegaba y comerciaba juntamente con los otros, el cual estaba encargado de pagarle la usura, así que él no arriesgaba todo su capital, sino una pequeña parte, de la que reportaba un gran lucro. Tambien daba dinero á aquellos de sus siervos que querian comerciar, los cuales compraban niños y los educaban é instruian á espensas de Caton, revendiéndolos al cabo de un año, muchos de los cuales compraba Caton mismo por el precio mayor ofrecido, deducido su capital. Exhortaba á su hijo á estas ganancias, diciendo que el disminuir los propios bienes no era cosa de hombre, sino de viudas; pero mucho mas notable es lo que dijo, tratando de este asunto, cuando se atrevió á asegurar que era hombre admirable y digno de una gloria divina, aquel que al morir deja demostrado en sus asientos, que eran mayores las riquezas adquiridas que las que habia heredado.

Siendo ya anciano Caton, fueron á Roma como embajadores de Atenas, Carneades, académico, y Diógenes, estóico, para conseguir que al pueblo Ateniense se perdonase una pena de quinientos talentos, impuesta por los Sicionenses á instancias de los Oropios, sin oir á la parte contraria. Apenas llegados, los jóvenes mas estudiosos fueron á visitar á aquellos personajes, permaneciendo junto á ellos, escuchándoles con atencion. Carneades principalmente, con su gracia que era de un poder grandísimo y de no menor reputacion, habiéndole tocado tener oyentes benignos y corteses sobre un asunto importante, vió llenarse de su nombre la ciudad, de modo que de boca en boca corria por todas partes que habia llegado un griego de una perfeccion maravillosa y sobrenatural, el cual se atraia y sometia todo y despertaba en los jóvenes tanta aficion á su persona, que olvidando todos los demás placeres y pasatiempos, llenos de entusiasmo se sentian llevados á la filosofía.

Tales cosas gustaban á los Romanos, quienes veian con satisfaccion á sus jóvenes hijos aplicarse á la disciplina griega y conversar con aquellos admirables personajes; pero Caton sintió disgusto desde que vió empezar á introducirse por la ciudad aquel amor á la erudicion, por temor de que volviendo los jóvenes á aquel lado sus deseos y ambicion, amasen mas la gloria que proviene de hablar, que la que se adquiere obrando y en los hechos militares; pero cuando vió que iba en aumento el crédito de aquellos filósofos y que sus primeros razonamientos habian sido trasladados al latin por Cayo Acilio, senador principal, que lo hizo por haber sido rogado y aunque ya por su propia voluntad, con la mayor premura habia emprendido la obra, deliberó sobre el modo de que, con decoroso pretesto, fuesen despedidos. Para ello se presentó al senado y se quejó de los magistrados porque, por tanto tiempo, sin desempeñar el cometido que á Roma les habia llevado, permaneciesen aquellos embajadores, los cuales eran hombres muy idóneos para persuadir con facilidad cuanto hubiesen querido, diciendo ademas que era conveniente resolver y determinar prontamente algo con respecto á la embajada, á fin de que, pudiendo aquellos filósofos volver á sus escuelas, enseñasen á los hijos de los Griegos, mientras que la juventud romana atendiese, como anteriormente, á obedecer á las leyes y á los magistrados.

No hizo Caton esto por odio á Carneades, sino por ser muy contrario de la filosofía y porque, á

causa de su ambicion y fausto desdeñaba las musas y la erudicion griega, diciendo que el mismo Sócrates, siendo bastante locuaz y violento, del modo que le era posible, se esforzaba en hacerse tirano de su propia patria, destruyendo las antiguas costumbres y llevando á los ciudadanos á opiniones opuestas á las leyes. Zahiriendo despues la escuela de Isócrates decia, que sus alumnos envejecian en su cátedra para ir á ejercer sus artes y defender las causas en el infierno. Para hacer desagradable á su hijo la disciplina griega, esclamaba con voz mas fuerte que la que es propia de un viejo, á manera de vaticinio; que cuando los Romanos estuviesen embebidos de las letras griegas, perderian á la república. El tiempo demostró ser vana semejante prediccion, pues que la ciudad, al propio tiempo que se elevaba al sumo grado de esplendor, se aplicaba á las doctrinas é instruccion puramente griegas.

No solo era enemigo de los filósofos griegos, si que tambien le eran sospechosos los que ejercian la medicina en Roma. Habiendo oido lo que contestó Hipócrates al rey de los persas, el cual le ofrecia muchos talentos si queria ir á su córte, esto es: que él no queria asistir á bárbaros que eran enemigos de los griegos, decia que este juramento universal lo hacian todos los médicos, por lo cual, exhortaba á su hijo que se guardase de todos ellos, añadiendo que él tenia ya escritas algunas advertencias, segun las cuales, podia asistir á los enfermos que tuviese en su casa y prescribirles el régimen de vida que debian seguir, no teniéndoles nunca á dieta, sino que deberia alimentarlos con verduras y carnes de ánade, pichon ó liebre, las cuales son ligeras y sanas para los enfermos, solo que si se comen con esceso producen pesadillas. Con semejante método aseguraba que se habia conservado sano él y los suyos; mas en cuanto á esto, lejos está de la verdad, pues que se murieron su esposa y su hijo; por lo que toca á él vivió largo tiempo sano, por ser de buena complexion y robusta, de modo, que aun siendo viejo, usaba de mujer y se casó con una jóven. El motivo de semejante casamiento fue el siguiente:

Despues que hubo perdido á su esposa, casó á su hijo con la hija de Publio, hermana de Escipion, y habiendo él quedado viudo, mantenia relaciones con una criada jóven, la cual iba ocultamente á su casa; pero siendo esta pequeña, y viviendo tambien en ella su nuera, traslució semejante comercio. Pasando una vez aquella mujercilla con mucho atrevimiento y petulancia por delante de la habitacion de los esposos, dando indicios de dirigirse á la de Caton, el jóven se guardó, sí, de decir una palabra; pero mirándola de reojo, volvió la cabeza con desden. Llegó esto á noticia del viejo, y habiendo comprendido que aquello desagradaba á los esposos, no tuvo por ello resentimiento alguno; pero habiendo bajado á la plaza, como tenia de costumbre, con otros amigos y llamando en alta voz á un cierto Salonio, que era su escribano, y que en aquel momento era de su comitiva, le preguntó si habia casado á su hija, el cual respondió que nunca la hubiera casado sin antes participárselo. *Pues bien*, replicó Caton, *yo te he buscado un yerno á propósito, si por su edad no disgusta, pues es bastante viejo; pero por lo demás no se le puede hallar falta ninguna.*

Respondióle Salonio que ponia el asunto en su mano, que lo pensase y diese á la muchacha el marido que quisiese escogerle; pues que ella era su cliente y dependiente de su patrocinio. Caton sin titubear, le pidió la jóven para sí propio. Semejante proposicion dejó atónito de pronto á Salonio, pues veia que Caton no estaba en edad de casarse, y se consideraba á sí mismo de condicion demasiado humilde para tener una hija consular y poder emparentar con personas que habian adquirido triunfos; pero conociendo que Caton decia verdad, aceptó gustosamente el partido y estendieron en seguida el contrato. Mientras que se preparaban los esponsales, el hijo de Caton fué á preguntar á su padre si le habia ofendido ó afligido en algo, puesto que queria darle una madrastra; á cuya pregunta, levantando Caton la voz, respondió: *No, hijo mio, no digas semejantes palabras; no tengo por qué quejarme de ti, pues que nada has hecho jamás que no me haya complacido; pero deseo tener mas hijos y dejar mas ciudadanos á la patria que sean semejantes á ti.*

De esta nueva esposa hubo un hijo que llamó Salonio por respeto á su madre. Su hijo mayor murió siendo pretor, y en sus libros hace frecuentemente mencion de él, como de hombre valiente y honrado. Dícese que sobrellevó semejante desgracia con mansedumbre como filósofo, y que ni por un momento descuidó el servicio de la república, pues pensando que su obligacion era administrarla, no por causa de su vejez dejó de atender á los negocios, como hicieron despues de él Lucio Lúculo y Metelo Pio, ni obró como antes habia hecho Escipion el Africano, el cual, por causa de la oposicion que la envidia de su gloria le promovia, tomó aversion al pueblo, y cambiando su manera de vivir, pasó el resto de su vida sin querer ocuparse en nada. Al contrario, así como hubo quien persuadió á Dionisio que era cosa muy bella morir en la tiranía, así él consideraba como cosa bellísima pasar su vejez en el gobierno de la república: cuando tenia un poco de descanso, su recreo y diversiones consistian en componer libros y cultivar la tierra: trató muchas y muy variadas materias y hasta escribió historias. Cuando era jóven se aplicó á la agricultura por necesidad, porque dice él mismo, que no tenia mas que dos medios para subsistir: la agricultura y la economía; viejo ya, no cuidaba de las cosas de su quinta mas que por pasatiempo y para hacer reflexiones; compuso un libro acerca del cultivo, en el cual trata tambien del modo de hacer lazos para cazar y del de conservar la fruta, procurando esponer todo con suma exactitud y especificar las particularidades. En la quinta su cena era mas suntuosa, invitando á ella todos los dias á aquellos vecinos con los cuales tenia franqueza, pasando con ellos el tiempo alegremente, siendo su conversacion jocosa y agradable, no solo para sus iguales en edad, si que tambien para los jóvenes, pues era hombre de mucha espe-

riencia y habia tomado parte en muchos acontecimientos dignos de ser oidos. Opinaba que la mesa es una de las cosas mas aptas para formar amistades; los discursos que en ella tenian eran las alabanzas de los ciudadanos honrados y valientes, no haciéndose nunca mencion de los inútiles y apocados, pues que Caton no daba acceso en sus convites ni á las alabanzas, ni á las injurias contra estos.

Se cree que lo último que dispuso en el gobierno de la república fue la destruccion de Cartago, empresa á que dió cima el jóven Escipion; pero segun el parecer y consejo de Caton, por quien fueron principalmente inducidos los Romanos á emprender aquella guerra, cuya causa fue la siguiente: habiendo Caton enviado á saber qué motivos de discordia existian entre los Cartagineses y Masinisa, que se hacian la guerra (á causa de que Masinisa siempre habia sido amigo del pueblo romano y los Cartagineses tambien se habian confederado con los Romanos despues de la derrota que Escipion les causó, el cual les quitó parte del imperio y les obligó á pagar un considerable tributo) y habiendo hallado á Cartago, no debilitada ni abatida, como creian los Romanos, sino provista de una escogida y numerosa juventud, abundante en riquezas y llena de armas y aparatos de guerra de toda especie, con cuyos medios sus miras no eran bajas ni humildes; pensó que los Romanos no tenian que perder tiempo en arreglar los negocios entre los Númidas y Masinisa, sino que debian sorprender inmediatamente á aquella antigua enemiga suya, la cual contra ellos conservaba resentimiento y odio y habia acrecentado su poder de un modo increible, para no hallarse de nuevo en el mismo peligro que anteriormente. Recorriendo despues la historia de Cartago hizo observar al senado que con las derrotas y desdichas que en tiempos pasados habian sufrido los Cartagineses, habiendo adquirido mas prudencia que fuerza, era de creer que se habrian vuelto, no mas débiles, sino mas esperimentados en el arte de la guerra, y que á la sazon sus combates contra los Númidas, eran preludios de los que tendrian dispuestos para mas adelante contra los Romanos; que la paz y las convenciones establecidas, no eran mas que nombres que habian dado al aplazamiento que pusieron entonces á la guerra, para esperar el tiempo oportuno.

Despues que hubo pronunciado estas palabras, cuentan que sacudiendo la toga, dejó caer á propósito en medio del senado; algunos higos que habia traido de Libia, y viendo que todos admiraban su belleza y frescura, añadió que el país que tales frutos producia no estaba separado de Roma mas que tres jornadas de navegacion. Desde entonces luego que esponia su parecer acerca de cualquiera materia que se tratase, añadia siempre estas palabras: *Y yo soy de opinion que se debe destruir á Cartago*. Al contrario Publio Escipion, llamado Nasica, concluia siempre sus pareceres añadiendo: *Y yo soy de opinion que debe dejarse subsistir á Cartago*. Es probable que Nasica pensase así, porque viendo que con la prosperidad el pueblo se insolentaba y crecia en atrevimiento y soberbia, á punto de dejarse gobernar difícilmente por el senado, queriendo con el poder que habia adquirido, que á viva fuerza se doblegase la ciudad entera á sus inclinaciones, pretendia que el temor de Cartago fuese como un freno para la multitud, con el cual se moderase su audacia, pensando que los Cartagineses no tenian bastante fuerza para superar á los Romanos, pero sí para hacerse temer de ellos. Lo contrario parecia á Caton, pues creia que era peligroso, por lo mismo que el pueblo estaba ocioso y que á causa de su poder cometia muchos escesos, dejar pendiente sobre ellos á una ciudad que siempre habia sido grande y adquirido ademas juicio y prudencia, instruida y corregida por sus mismas desgracias, lo mismo que no quitar al pueblo todo temor de estranjero dominio, temor que daba aliento á los crímenes interiores. De este modo, dícese que Caton hizo que se emprendiese la tercera y última guerra cartaginesa, al principio de la cual murió, profetizando quién debia ser el personaje que le daria cima. Este era jóven todavía; pero militando con el grado de tribuno hacia cosas que claramente demostraban su valor y entendimiento, cosas que habiendo sido referidas en Roma, llegaron á oidos de Caton, quien, segun se cuenta, pronunció aquel verso que dice así:

Prudencia solo él tiene,
Son los demás sombras que se mueven.

Esta prediccion fue muy pronto cumplida con los hechos de Escipion, al cual iba dirigida.

NUM. VIII.

CICERON.

(106—43 antes de C.)

Marco Tulio Ciceron, nacido en Arpino, de buena familia provincial, pero hasta entonces estraña á los elevados empleos de Roma, aplicó su fecundo ingenio á muy variados objetos. Empezó por los versos como acostumbraban *indocti doctique*; pero se ilustró poco en la poesía, á causa en parte de los malos temas que eligió, los cuales eran descripciones tales como *Pontio Glauco* y el *Nilo*, ó didascálicos como *Los Prados* y la traduccion de los *Fenómenos* de Arato, ó bien históricos como *Mario*, y mas tarde su propio consulado. Habiendo vestido, á la edad de diez y seis años, la toga viril, estudió derecho en la escuela de los dos Escévolas y, mas aun, en los debates del foro. Distrájose algun tanto de ellos con objeto de militar en la guerra de los aliados; pero muy pronto vuelve á Roma á escuchar á los filósofos y sofistas griegos de todas opiniones, que afluian á ella como á una tienda. Despues que se hubo hallado bien instruido en el derecho y la política, que eran allí compañeros, y en los cuales tomó por modelo á los Romanos, sintió la necesidad de auxiliarse de la literatura griega, aprendida la cual, empezó su carrera de orador. Fogoso como jóven, arruinaba su salud y obtenia efecto, así que, fué á viajar por Grecia y Asia para hacerse iniciar en los misterios eleusinos y para oir á los retóricos famosos, en atencion á que los maestros del pensamiento se habian reducido ya á maestros de la palabra. De esta manera corregido, atrajo sobre sí la admiracion de los Romanos, desplegando una fluidez cual convenia á la imponente gravedad de las formas esteriores romanas, así como la enérgica concision demosténica convenia á la impaciente y sutil vivacidad de los Atenienses.

Pero para asegurarse aquella admiracion, no era suficiente hablar bien; mas, para llegar á ser orador, le sirvió el perfecto conocimiento que tenia de las relaciones de los hombres, un esquisito sentimiento de la rectitud, la benevolencia para con los demás, el amor de los suyos, una laboriosidad portentosa, grande agudeza de ingenio y, añádase tambien, una buena dote de imaginacion, por medio de la cual muchas veces contemplaba el presente y el porvenir con ojos apasionados.

Atormentado por el deseo de adquirir importancia política, recordaba que Mario, su paisano, habia alcanzado el supremo grado; pero este habia llegado á él arrojándose francamente en el partido popular, cosa que Ciceron, hombre nuevo como él, no se atrevió á hacer, antes al contrario, prefirió pedir auxilio á la aristocracia, inclinándose, en realidad, á establecer un término medio entre las dos clases con el fin de reconciliarlas.

Dos grandes cuestiones se agitaban en la historia romana: la prevalencia de la aristocracia sobre la plebe y la de Roma sobre el resto de Italia y del mundo. El patriotismo á la antigua debia cifrar toda su virtud en conseguir estos dos efectos, oprimiendo á la plebe y á los estranjeros. Hacia ya tiempo que el verdadero patriciado, feroz y esclusivo, habia sucumbido á los lentos esfuerzos de los plebeyos, quienes, poco á poco, fueron adquiriendo, primero voz, y despues lugar en las majistraturas. Subsistia aun la diferencia en la propiedad, porque los nobles habian sabido allegar la mejor parte de los campos conquistados al enemigo y absorber, con las artes y las trabas, la pequeña parte que tocaba al plebeyo, que no pudiendo aplicarse á las artes mecánicas quedaba reducido á la condicion de mendigo.

Las tierras conquistadas se dividian en tres partes: una que se dejaba á los indígenas, otra que se vendia á favor del tesoro, y la tercera constituia un dominio público que se subdividia en porciones, de las cuales se concedia, no la propiedad, sino la posesion á los ciudadanos con una ténue retribucion. Era como el sueldo del guerrero; pero los patricios sabian adquirirlo, despojando á aquellos con cuya sangre habia sido conquistado. Licinio Estolon pidió una reparticion mas equitativa, y lo mismo hicieron mas tarde los Gracos con las leyes agrarias, que no tendian á desposeer á los ricos de los dominios habidos, contra los cuales nadie legalmente intentó; pero sí á hacer parte á todos en la distribucion de los campos conquistados, cuya pretension era tan justa, que el senado nunca se atrevió á negarla abiertamente, impidiendo tan solo su efecto con dolosas artes y violencias.

Cuando Roma hubo domado toda Italia, estendió fuera de ella sus conquistas, y tuvo entonces necesidad de los brazos de todos los Italianos, los cuales, como antes los plebeyos, no se prestaban si no eran recompensados con alguna parte de la autoridad soberana; pero la

aristocracia de Roma tenia una profunda aversion y rechazaba resueltamente semejante mancomunidad de prerogativas, queriendo rehusar á todos la ciudadanía romana.

No valió la conciliacion que tentaron los Gracos con su poderosa palabra y por medio de la sedicion, no quedando mas medio que la fuerza. Sostuvo su provocacion Mario, hombre nuevo, del país de los Volscos, acostumbrado á los campamentos y que se hizo jefe de la causa de Italia y de la democracia. Se le opuso Sila, campeon vigoroso del antiguo genio patricio, dedicado á asegurar la preponderancia de los nobles en Roma y de Roma sobre Italia, escluyendo toda pretension itálica; y como la aristocracia era vigorosa, porque estaba unida y provista de las formas legales, de modo que triunfó.

En estas guerras civiles cambia de naturaleza la pretension, no tratándose ya de repartir el *ager publicus*, sino atentando á los verdaderos patrimonios, no por legalidad sino por conquista. Algunas veces se consigue violentamente cancelando las deudas, compensacion injusta, en nada distinta de una espropiacion, de una quiebra legal; otras veces con la proscripcion que asesinaba al propietario para conceder á otros la posesion. Como se practicaba ya con los enemigos, asi á los ciudadanos vencidos se les confiscaba el poder, se distribuia á los soldados y el nuevo poseedor sucedia al anterior en sus mismos derechos.

De esta manera cambiaron de dueño las posesiones: muchos pobres llegaron á ser poseedores; soldados iberos y galos ocuparon los campos de Etruria y del Mantuano, hasta que, cansados de reposo, vendian su parte, derrochaban el dinero y pedian nueva ocasion de conquistas. Destruida la seguridad de la posesion, andaba descuidado el cultivo y se pervertian las costumbres, y mudados los poseedores, pero no la naturaleza de la posesion, la condicion de la plebe no por eso mejoraba. Esta queria pan y se lo daban, no elevando á la clase entera, honrando el trabajo y proporcionando medios de ganancia, sino derribando á unos poseedores para establecer á otros nuevos, los cuales dejaban siempre tras sí á una multitud ansiosa de elevarse con iguales artes.

Pompeyo, sucesor de Sila, pero de mucha menos fuerza, poseyendo, no la grande ambicion, sino la pequeña, llegó al primer puesto de la república; pero sin saberse conservar en él. Hubiérase dicho que el partido popular no existia ya, cuando por el contrario, adquiria nervio y osadía y estaba apoyado por la opinion de aquellos, que ofendidos por las injurias de los Silanos, miraban menos siniestramente á Mario y mucho mejor que él comprendian la situacion de Roma y los derechos de Italia. Aun entre los patricios mismos existian muchos que comprendian no ser ya posible conservar aquella antigua é impenetrable unidad, y que era conveniente abrir las barreras á pueblos siempre nuevos. ¿Quién preveia entonces la única solucion grande y posible de aquella dificultad, solucion que fue dada por el cristianismo?

Julio César, de ilustre cuna, pero que se habia agregado á la faccion popular, dirigia á este fin una mirada mas elevada y penetrante que ningun otro de su tiempo; pero reconociendo las dificultades de todo cuanto toca á las raices, de un mal, estaba atento á las ocasiones pronto á aprovecharse de ellas, como esperan todos cuantos abundan en tiempos de crísis y sienten la necesidad de un cambio sin saber de dónde ni cómo vendrá.

Las murmuraciones de los malcontentos habian sido aceptadas como esperanzas por Lucio Catilina, patricio, no solo de aquellas costumbres relajadas, que por ser tan comunes que no envilecian ante la opinion, si que tambien hombre de malvadas acciones, que la ley dejó impunes, porque sus muchos amigos y el estar la administracion de justicia en manos de los caballeros le aseguraban. Ministro de las crueldades de Sila, se hizo rico con ellas: mandó escribir en las tablas de proscripcion el nombre de su propio hermano y lo asesinó. Hizo sacar de un establo, donde se hallaba escondido, á Mario Gratidiano, hombre honrado, hízolo correr á palos por la ciudad, hasta que habiéndolo llevado en espiacion delante de la tumba de la familia Catulo, le hizo romper las piernas arrancar los ojos, cortar las orejas, la lengua y las manos, y le cortó por sí mismo la cabeza, que llevó al dictador: con sus mismas manos asesinó á su propio cuñado y á muchos caballeros, y fue nombrado por Sila jefe de sus sicarios galos. Mujeriego perdido, sedujo á una jóven noble; corrompió á una vestal, cuñada de Ciceron; tuvo intrigas con la que despues fue su suegra, de la cual tuvo una hija llamada Orestila, con quien casó y que no tenia mas cualidad que ser hermosa, habiendo antes arrojado lejos de sí á su hijastro y á la primera mujer. En su gobierno de Africa cometió tales vejaciones que fueron diputados á quejarse de ellas ante el senado, y á los cuales *faltó poco* para que fuese hecha justicia. Si todo ello es verdad ¿qué ciudad era aquella, en donde un hombre semejante llegó á ser cuestor, pretor, estaba rodeado de amigos y disputaba el consulado con personas honorabilísimas?

Decimos si es verdad, porque quizá fue calumniado como todos los partidos que sucumben. *Como yo*, decia Napoleon, *si hubiese perdido en las tentativas del vendimiario y fructidor*, y porque, al fin, sus costumbres eran enteramente las de su tiempo. El mismo Ciceron, que para disculparse de la violencia, debia presentarlo como un malvado, casi lo disculpa al defender á Celio Rufo, péximo sujeto, que mantenia relaciones con la lúbrica Clodia para obtener dinero de ella, y que trató despues de envenenarla para deshacerse de una amante vieja y una acreedora importuna.

Si él hubiese obtenido el consulado, hubiera sido un golpe para la aristocracia, la cual por lo mismo con todas sus fuerzas se propuso estorbarlo. Pero de tal modo se hallaba esta trastornada, que no se atrevió á oponerle ninguno de sus jefes, sino á un hombre nuevo, que habiéndose mantenido en equilibrio entre la plebe y los nobles, no debia encontrar una opo-

sicion muy viva, porque no era de temer un ataque por su parte: tal fue Marco Tulio Ciceron.

Habia este dado sus primeros pasos sobre las huellas de Lucio Craso, el orador mas reputado de aquel tiempo, ardiente sostenedor del senado contra los caballeros; pero que evitando el manifestar enteramente su pensamiento, se mantuvo en aquel justo medio que ayuda á seguir adelante, pero que no levanta á los altos puestos. Y en verdad, ¿cómo ponerse cordialmente al lado de la nobleza cuando esta no servia para nada? Ciceron lo conocia y comprendia el peligro de poner por jefe á Caton, tan diferente de fin y de medios del grueso del partido, y de humor tan intratable. Y á Caton ¿qué confianza debian inspirar las fracciones de aquel cuerpo en que sobresalia mas que ninguno? Tenia que escoger para consejeros é instrumentos entre viejos indolentes é inamovibles, despojados de todo sentido moral, de todo sentimiento de dignidad, y jóvenes violentos, cabezas ardientes, cuya sangre patricia ardia no menos de orgullo que de liviandad. Los primeros habian empezado con la vida de los campamentos, y, aunque vueltos á sus casas, los peligros de la república no les dejaban bastante tiempo para saborear las delicadezas de la civilizacion; mas tarde, cuando fué á encontrarlos la fortuna, cuando tuvieron á sus piés todos los goces del lujo, ignorantes como antes, no vieron mas felicidad que imitar groseramente la sensualidad oriental. El cuadro que los contemporáneos nos presentan de los vicios y de las torpezas está sacado de la aristocracia, y del comportamiento de los Gabinios y de los Pisones se puede deducir el de los demás. Aun los hombres mejores, mas adelantados en civilizacion, no eran capaces de infundir á los gobernantes: fuese pereza ó preocupacion, nada comprendian de lo que la época requeria.

En tiempo de los Escipiones y de los Flaminios, cuando los grandes se nutrian de la política de Polibio y de la filosofía de Panecio, pudo ser y fue cosa buena y fecunda para el carácter romano importar la civilizacion griega; pero el destino de la estirpe predominante prevaleció sobre todo; cada generacion se hizo de mas en mas guerrera; las costumbres de los campamentos destruyeron ó viciaron las enseñanzas de la escuela. Los que pasaban por amantes de la bella literatura, no buscaban en ella los goces intelectuales, las sencillas y tranquilas satisfacciones del verdadero literato. Los gustos de Ciceron, aunque separado de aquella sensualidad que mata el corazon junto con la inteligencia, eran mas que refinados; pero Lúculo y el orador Ortensio, que no era inferior á Ciceron, docto y espiritual, abogado y controversista notabilísimo, se dedicaron mas á rebajar que á realzar los gustos liberales por ellos ostentados. Lúculo, anticipándose á su siglo, abriendo y cerrando su biblioteca y su galería, creándose mas envidiosos que reconocidos, nos parece á primera vista un hombre magnífico, mucho mas grande en sus ideas que los pródigos vulgares que groseramente compran los favores del vulgo. Pero no consistia todo en esto, pues aquellos de sus amigos que lo veian mas de cerca, sabian lo que valia, el poco caso que hacia de los que parecian ociosos, siendo realmente activos. Separado de la vida política en sus últimos años, ocupó todo el resto de su energía en refinar el lujo de la mesa hasta formar escuela entre sus iguales.

Los nombres mas encumbrados de Roma patricia, se hallan, en los escritores de las siguientes edades, asociados á las invenciones mas estravagantes de que pueda ocuparse la imaginacion de los ociosos: un Gabino, un Celio, un Craso eran inmortales por su gracia en bailar; Ortensio y Filipo eran estimados entre ellos, no por su elocuencia, por su valor ó probidad, sino por los ricos viveros que poseian, en los cuales engordaban especies singulares de peces: saltaban de contento (su mortificado panegirista lo dice) cuando poseian salmonetes barbados y cuando habian acostumbrado á aquellos mudos esclavos á reconocer la voz de su dueño y acudir á recibir de sus manos el alimento.

Ciceron no se alió resueltamente con la aristocracia, sino que trató de conciliarla con la plebe y los nobles recientes; elogió á Mario, defendió á Roscio Amerino de un liberto de Sila; patrocinando á Aretina justificó las pretensiones que las ciudades italianas ostentaban á la ciudadanía romana, contra la ley del dictador que les escluia de ella y acusó violentamente á Verres, protegido por toda la aristocracia. Pero no por esto la hacia su enemiga, antes por el contrario, cuando el tribuno Manilio propuso que se diese á Pompeyo, ídolo de la clase elevada, á mas del mando de la guerra marítima, el del ejército que peleaba contra Mitradates, Ciceron, con una de sus mas estudiadas arengas, favoreció la hechura de los patricios: es verdad que tenia por sostenedor al popular César, al cual convenia establecer el precedente de confiar muchos ejércitos á un solo capitan. Con tales artes Ciceron se conservó en la gracia de todos, adquirió muchos amigos, mucho dinero y bienes y gastaba con profusion. Hasta se preparaba á defender á Catilina de una acusacion de peculado, con el fin de tenerlo de su parte en la pretension del consulado, y rehusó patrocinar á un amigo suyo contra un deudor de mala fé, porque este podia serle útil en la sublevacion. Asi pues, pareció hombre poco temible y obtuvo la preferencia para ser cónsul.

Catilina con la exacerbacion de una esperanza desvanecida, arrojóse á partidos estremos, viéndose interceptada la via legal; estrechó y estendió sus relaciones, no solo en Roma, sino en toda Italia, con los poseedores que Sila habia espropiado á beneficio de Roma, con los campesinos de Etruria arrojados por los nuevos colonos, y trabajaba para derribar la tiranía comun. Ciceron, que no lo perdia de vista, tuvo noticia de sus manejos, y como que la constitucion no le permitia prender á tantos ciudadanos, propuso reducir á Catilina á tal estremidad que la mina tuviese que estallar antes que estuviese completa. Para ello arma á los caba-

lleres, convoca urgentemente el senado, él mismo comparece á él con coraza y arroja contra Catilina, que ocupaba su asiento entre los senadores, un apóstrofe violentísimo. Aturdido Catilina del golpe y de ver descubiertas todas sus tramas, no sabe hacer otra cosa mejor que salir furibundo esclamando: *Yo apagaré este incendio bajo las ruinas de Roma.*

Corre, pues, á sublevar toda Italia, en donde estaba ya preparada la trama: mientras que se dirige á Etruria, se sublevan el Abrucio y la Apulia, hacen otros tentativas sobre el Alobroges; pero conspiracion descubierta está medio vencida. Marco Tulio tiene en su mano cuanto basta para poner en acusacion á muchos ciudadanos principales, y aunque César sale á su defensa, los hace condenar y ejecutar inmediatamente. Con la prontitud, que da siempre á un gobierno establecido ventajas contra una improvisada insurreccion, su colega Antonio sorprende al ejército improvisado agrupado en derredor de Catilina en Etruria, y este, ó confiado en su fortuna, ó desesperado, aun cuando no habia reunido mas que una cuarta parte de sus partidarios, acepta la batalla y combate como un héroe hasta la muerte.

Con su caida todo desaparece y no queda en el pueblo mas que aquel vago terror que acepta las habladurías y los asertos como hechos indudables y que hizo creer cuanto se quiso á aquella chusma de viciosos, deseosos tan solo de esterminio y saqueo. Ciceron fue saludado como salvador de la patria, y, no obstante, la patria, de la cual quedaba campeon, perecia. César, avergonzado de la duda de haberse mezclado con aquella escoria, pero salvado por la importancia que ya habia adquirido, prosiguió la obra en que habian aquellos fracasado; pero con artes mas estensas y generosas: muy pronto hizo publicar una ley agraria, yendo despues á las Galias á adquirir gloria y fuerza con que oprimir á la aristocracia.

Salustio, hombre desordenado, tomó aquella conjuracion por tema de una narracion en donde formular máximas y palabras antiguas y un poco de hastío hácia Ciceron, sin que por otra parte, revelase las verdaderas causas por las cuales, aquel, segun decia, conventículo de hombres depravados, hubiera podido llegar á ser peligroso á la república.

Inmenso fue el entusiasmo de Roma salvada, que aclamó á Ciceron por *padre de la patria* y le levantó estátuas; pero él mismo, repitiendo contínuamente sus alabanzas, llegó á hacerse fastidioso: la libertad se asustó del poder que le habia dado en un momento de terror, durante el cual habia él dispuesto de tantas vidas; las iras provocadas y ocultas, volvieron poco á poco á manifestarse, y cuando al dejar el consulado, se preparaba á dar cuenta al pueblo, el tribuno Metelo le quitó la palabra; pero él esclamó: *Juro haber salvado la patria* y un grito universal repitió: *Juramos que dice verdad.*

Otra especie de Catilina fue Clodio, patricio tambien de malas costumbres, que habia ofendido el tálamo de César y los misterios de la diosa Bona. Ciceron lo acusó; pero él sabia el modo de salvarse y despues de haberse valido de los patricios sus compañeros para quedar absuelto, preparaba la venganza haciéndose adoptar por una familia plebeya, llegando de este modo á ser tribuno de la plebe: ganó á esta con leyes generosas y á los cónsules prometiéndoles pingües gobiernos, y publicó despues una ley contra quien hubiese dado muerte á algun ciudadano sin procesarlo.

Conoció Ciceron que el golpe era dirigido contra él y se dió por perdido; lloró delante del Senado que solo pudo compadecerlo; Pompeyo, al cual habia sostenido, lo recibió friamente, no desagradándole ver derribada aquella segunda cabeza aristocrática. Hubiera podido Ciceron reunir tambien una tropa de revoltosos, y recurrir á aquellos medios y asechanzas que habia reprochado á Catilina; pero sus amigos le persuadieron que cediese mas bien á la tormenta; hízolo asi y se sustrajo al juicio, como era lícito á los ciudadanos romanos, yendo desterrado á Tesalónica. Por el camino oye que Clodio habia incendiado su casa y sus quintas, que habia ultrajado á su familia y su nombre: desanímase y llora como una mujer, desea morir y protesta que quiere matarse: nuevo modo de dar que hablar de sí cuando teme que el mundo lo olvide.

La vanidad era, si no el fondo, á lo menos el embarazo contínuo del carácter de Ciceron, pero era aquella mezquina vanidad que deja algunas veces deprimir su propia dignidad con tal que se eleve la fama; que siente la amistad, pero que se vanagloría de ella como de una cualidad estrínsica; que ama á la patria, pero que disminuye los servicios prestados exagerándolos, ó á lo menos repitiéndolos; que quiere hacer beneficios, con tal que se le permita hablar de ellos y si es necesario echarlos en cara á los ingratos; que ama la verdad, con tal que no le ofenda, y hasta rodea el estilo de tanta pompa, que obliga al lector á decir *¡qué grande ingenio tiene este hombre!* A esta vanidad son debidas sus vicisitudes, á ella en parte su grandeza, porque ella le llevó al estudio y á la accion.

Sus amigos lo habian olvidado en el destierro y por otra parte sus enemigos escluian ó eludian toda proposicion de volverlo á llamar; mas habiendo aquellos ofendido á Pompeyo, este para contrariarlos, se unió á la causa de Ciceron, buscóle por toda Italia un numeroso partido á cuya cabeza colocó á Tito Annio Milon, otro patricio revoltoso. Compareció este en el foro con una comitiva de bravos, los cuales combatieron á las hordas de Clodio, las alejaron con derramamiento de sangre é hicieron decretar por las centurias el llamamiento de Ciceron, que vuelve á su patria en triunfo; pero sea por la jactancia de ello, ó por alguna imprudencia, se enemista con Caton y otros de aquellos á quienes él llamaba hombres honrados; mas, lejos de cambiar de tono, habiéndole persuadido su vanidad de que solo él tenia razon, llama chocho al pueblo y dice: *ya que no puedo hacerme querer de los que nada pueden, haré que me quieran aquellos en cuyas manos está el poder.*

Consiguiente á esta amenaza se reconcilia con César y hace decretar dinero y públicas preces

para la espedicion de este á las Galias y prolongarle el mando; por condescendencia á Pompeyo, defiende á Vatinio y Gabinio contra los cuales habia compuesto violentas diatribas; patrocina á Domicio y á Escauro, mientras que escribe á Atico: *que muera yo si sé cómo sostenerlos.* ¡Cuánto debia sufrir su vanidad al verse reducido á parte tan secundaria! la compensacion no fue mas que algun billete cortés de los potentados, la dignidad de augur y despues el proconsulado de Cilicia. Siendo allí el primero y único, se condujo bien y sábiamente, y habiendo hecho una pequeña guerra contra los montañeses del Amano, pudo obtener el título de emperador y el triunfo.

Ciceron, dice Merival, tenia un plan político bien combinado y lo siguió toda su vida con la firmeza ilustrada de un hombre de fuerte voluntad. Muestra hácia las clases de que se habia constituido defensor, un interés, un afecto que es la parte mas bella de su carácter: atendió constantemente á elevar las clases medias, única garantía, segun él, de la integridad de la constitucion. Trabajó en desviar todo pretesto de conflicto entre patricios y plebeyos, entre romanos é italianos, entre vencedores y vencidos en las últimas guerras civiles. Su línea política no fue como la de su jefe Pompeyo, torcida por la ilegítima esperanza de sobreponerse á las leyes que aplicaba ó defendia, porque su ambicion noble y legítima no veia nada mas allá de los primeros honores posibles en la constitucion. Llegó á ellos por medio del consulado, cargo supremo del Estado, y aquel fue tan fecundo é insigne como el primero que recuerde la historia romana. Los celos de sus colegas y el egoismo de su primer patrono cortaron aquella carrera, tan noble al bien general. Embriagado por la felicidad, fácilmente olvidó cuán estraordinaria y precaria es la fortuna; su vanidad puede llamarse el secreto de su caida. Los nobles desearon probar al mundo la debilidad original de cualquiera que, aunque notable, se halla desprovisto de nacimiento y dinero, y Pompeyo, eligiendo á Ciceron por víctima de su cólera, quiso ostentar su propio poder y desafiar al senado, al cual no se atrevia á descargar golpes de aquellos que llegan hasta la carne viva (1).

No responde á estos elogios la conducta de Ciceron, hombre de equilibrio y por lo mismo llevado ya aquí, ya allá, mayormente cuando los tiempos se hacian mas turbulentos á causa de las guerras civiles. En ellas pedia la plebe participar de los derechos de la nobleza, y de los premios esteriores los conquistados querian tambien formar parte de la ciudad y ser iguales á su conquistadora, ya que no le eran inferiores en armas y civilizacion, y si bien la insurreccion no hizo mas que proporcionar nuevos triunfos á Roma, su consecuencia fue obtener toda Italia el derecho de ciudadanía, que tambien pretendian las provincias de todos los paises. Durante la guerra civil, semejante movimiento parecia absorto en las facciones y no obstante los partidos buscaban apoyo en las naciones, conociendo que su ensalzamiento provendria de destruir á Roma ó de merecer sus privilegios. Vimos á Mario sostenido por toda Italia y á Catilina pedir auxiliares en Etruria y entre los Alobroges. El efecto apareció mas evidente bajo César, cuando vinieron en tropel galos é iberos á poseer á Italia. De este modo se preparó el imperio, durante el cual, los estranjeros defendieron, los estranjeros reinaron y Roma no fue mas que la ciudad del universo. Asi debió perecer aquel estrecho patriotismo, que era la primera virtud de las antiguas repúblicas y fundamento de todas sus instituciones.

Preveian y querian prevenir tales efectos aquellos patriotas romanos que la escuela nos ha pintado como republicanos y liberales, contra César tirano. Habia en ambas facciones no pocos hombres de una regular habilidad práctica, acostumbrados á la vida de los campamentos y á los usos del foro; pero, escepto César, no habia ninguno de genio iniciador, que comprendiese bien los tiempos y lo que ellos requerian. En aquella época crítica el pueblo romano tenia necesidad de un guía de muy distinto temple, de otra prevision que Ciceron y Pompeyo, administradores realmente capaces y nada mas; pero incapaces de alcanzar el sentido ó evitar el mal de la revolucion de Sila, revolucion que habia truncado los progresos naturales de una reforma reclamada por la estension dada á la ciudadanía romana, que habia quitado las barreras de una constitucion sin bases, sin razon de existencia ni actualidad de costumbres.

Habíase verificado un cambio notable en las ideas y tendencias del pueblo, adherido todavía tenazmente á aquellas formas políticas, á las cuales faltaba su aliento vital. Importantes y rápidas conquistas abrian á cada uno el camino de la fortuna; los deseos ya no tuvieron límites; crecian cada año las locas prodigalidades del antecedente. Cuando murió Sila la casa mas magnífica era la del cónsul M. Lepido y en los treinta y cinco años siguientes se alzaron á lo menos cien que superaban á aquel viejo palacio. Igual fue la progresion en riquezas territoriales, esclavos, clientes, plata, alhajas y todo género de objetos de lujo: el enorme interés del dinero probaba que las nuevas salidas abiertas al espíritu de empresa superaban hasta el rápido aumento de las fortunas. Podia decirse que se abrian otras tantas ricas minas de oro al que era bastante rico para comprar terrenos, pues que el precio de adquisicion era nada comparado con los beneficios que producian; pero prosperase ó sucumbiese el especulador, el usurero hacia una fortuna de príncipe con toda tranquilidad. Separando las miradas de un pasado estéril, devoraban un porvenir que prometia una felicidad sin límites: los hijos se reian de los mezquinos pensamientos de sus padres y hasta de las ideas de su primera juventud. Una, dos veces en cada siglo, cuando cae un gran poder espiritual, la fantasía humana se engrandece en proporciones jigantescas. Cada generacion, como la nuestra, ha visto desarrollarse la industra estraordinariamente y multiplicarse al infinito la mecánica: cualquiera que haya observado cuánto se precipita la imagina-

(1) *Roma bajo los Emperadores.* Lóndres 1850.

cion en presencia del camino recorrido, desdeñe y empequeñezca lo pasado, admire complaciente lo presente y se anticipe al porvenir, comprenderá qué es lo que debia ser el espíritu publico en Roma en aquellos tiempos de agitacion social y delirio popular.

Cuando una nacion está tan embriagada de ardientes aspiraciones, busca en ausencia de un fin bien determinado una compensacion necesaria en la direccion de un jefe que tenga ideas mas précisas y accion mas resuelta; quiere un héroe para aplaudirlo ó para seguirlo en su triunfo, dispuesta á aceptar el primero que se presenta. Mario, Sila y Pompeyo recibieron alternativamente este homenaje: los dos primeros apenas duraron una generacion y el último engañó á sus admiradores, cuyo horizonte político no podia ensanchar. Ciceron con su elocuencia y actividad, deslumbró por un momento á la imaginacion popular; pero por desgracia suya no poseia la inteligencia que lleva á un pueblo adelante; Saludaronlo los romanos como padre y salvador de la patria, nuevo Rómulo, nuevo Camilo; pero eran accesos de aquel entusiasmo pasajero por el pasado, traslados momentáneos de las opiniones á los primeros fundadores y conservadores de la república, pues que los espíritus estaban ocupados única y constantemente del porvenir y hasta el momento que el genio de César los iluminó y se reveló por la rapidez y energía de su accion, no habian reconocido en ningun otro pretendiente, al verdadero capitan, al verdadero legislador, al profeta del siglo (1).

Pero ni el mismo César tuvo perfecta conciencia de su propia mision niveladora: sus contemporáneos no preven los efectos de ella; los inmediatos sucesores de César tampoco los descubren, y ¿qué mas? la sublime filosofía reducíase, durante el imperio, á admirar las antiguas virtudes romanas. Realmente, el que reconoce la libertad mas bien en los nombres que en las cosas, debe considerar á César como el matador de la libertad romana, estar de acuerdo con los que protestaron contra su tiranía y admirar á sus asesinos.

Pero César era grande, de inteligencia superior, de grandeza de alma mas que humana. ¡Qué entusiasmo inspira á su ejército! uno de sus soldados al intimársele la rendicion, contesta: *los soldados de César están acostumbrados á dar la vida á los otros; pero no á recibirla de nadie*, y se mata, lo mismo que aquel soldado de otro César que moria esclamando: *La guardia muere; pero no se rinde*. Como escritor, ¿quién iguala á César? rápido en su estilo como en sus empresas, halla la elegancia, no la busca; no tiene combinaciones preparadas, ni efectos calculados, sino espontáneo todo, todo de primera intencion. Es leido con mayor respeto que los demás historiadores y domina la limpieza de su estilo, la vivacidad de la pintura, la espedicion de la narracion y la sencillez, que realza su grandeza.

Así que, aquellos que respetan los derechos del genio, principiaron á vacilar en condenarlo. Vinieron despues las consecuencias á pronunciar su juicio sobre las causas, y apareció que César conducia al pueblo á la adquisicion de la propiedad y las naciones bárbaras á la adquisicion de la igualdad de derechos; y que en suma, él era el instrumento de un progreso providencial, preparacion de lo que debia ser cumplido por otras manos; pero manos inermes.

¡Con cuánto gusto se buscaria en Ciceron la historia de las opiniones contemporáneas acerca de una guerra civil, cuyas causas y vicisitudes son árduas de esplicarse aun por su misma posteridad! pero sus juicios son demasiado apasionados, mezquinos y varios segun el viento. César lo hizo su amigo, primeramente rogándole que mediase entre él y Pompeyo y que con sus consejos, con su crédito y autoridad reconquistase la paz. Obraba Ciceron contento con esta importancia; pero de pronto sabe que César se ve apurado en España y se pone de parte de Pompeyo. Satisfecha quedaba la mezquina vanidad de este último, viéndose á la cabeza de la flor de la ciudad y de los hombres sensatos de antigua virtud; pero el que manda un ejército de nobles temerarios, tiene con ello una difícil tarea. Llenos de vanidad de unos nombres históricos que son para sus hombros un peso escesivo, cargados de pretensiones, jactanciosos, presuntuosos, impotentes, ávidos de venganza y pródigos de amenazas, quieren disputar el mando y pretenden obediencia del jefe que solo funda en ellos toda su fuerza. Pompeyo se hallaba muy mal con ellos y Ciceron no podia tolerar á aquella juventud que no lo dejaba hablar, aconsejar ni arengar, por lo que, despechado, no tuvo para ellos mas que epigramas, con los cuales se atrajo su animadversion.

Demasiado conocidos son los sucesos que se siguieron. Despues de la batalla de Farsalia, Ciceron lo vió todo perdido y trató de persuadir *á deponer y no á arrojar las armas*, que él realmente arrojó y pasó á Italia recomendándose á César. Muy astuto este para temerlo lo acarició, aceptó sus recomendaciones y agradecióle sus panegíricos (2), bien persuadido en el fondo de que lo aborrecia con toda su alma.

Entre esta turba que se movia á impulso de la fortuna y las pasiones, fuerte como el dios Término, permanecia Cajo Porcio Caton, ideal de de las antiguas virtudes romanas. No comprendia claramente cuál de los dos partidos beligerantes tenia razon; pero sentíase sí, exento de ambicion y deseoso de justicia, difícil de conciliar con el egoismo y con las pretensiones rivales. Niño todavía, habia pedido una espada para matar á Sila; hombre ya, alimentó igual desconfianza con respecto á César y Pompeyo, y sufrió las burlas de Ciceron, que hallaba fácil arrojarlas contra el hombre persuadido y utopista; pero habiendo estallado la guerra civil, vistió luto, dejó de llevar corona, no se cortó las barbas ni el pelo, no haciendo mas que gemir aun despues que hubo quedado vencedora la faccion que habia elegido y que sin embargo, no era la suya; pero cuando la vió sucumbir se suicidó.

(1) MERIVALE, op. cit.

(2) Lo digo sin aceptar la oracion *pro Marco Marcello*, muy poco digna de su ingenio y que, no obstante, quieren muchos conservarle.

Todo el honor de este mártir se lo apropió la causa que habia sucumbido, y lo deificó cual símbolo de su odio contra César (1). Fruto de aquel odio fue una conspiracion en que tomaron parte los principales de Roma; pero á tal punto se hallaba entonces Ciceron decaido de la opinion, que los conjurados ni tan solo le participaron su proyecto. Sabian que en los grandes hechos se quiere una accion resuelta, y no sonoras palabras.

La habilidad de los conspiradores consiste en poner sus maquinaciones tiranicidas al amparo del autorizado nombre de Bruto. Atico que, entre las convulsiones políticas, sabia hallar tiempo para ocuparse en la genealogía, habia lisonjeado á Marco Junio Bruto atribuyéndole por cabeza de su estirpe á un pretendido hijo tercero del fundador de la república, cuyos hermanos habian muerto sin herederos bajo el hacha del lictor. Servilia, madre de Bruto, procedia de la famosa casa Ahala (ó Axilla), cuyo puñal detuvo la ambicion de Espurio Melio; pero sin dejar de heredar el fanatismo de su pretendido ascendiente, el Bruto de la república espirante aceptó la usurpacion de César con menos trabajo, en apariencia, que cualquier otro partidario de Pompeyo; en los dias de la desgracia desesperó; fue el último á reunirse y el primero en abandonar el estandarte republicano; despues de Farsalia, fue tambien el primero que buscó un asilo en el campo del vencedor; el primero que en la ciudad solicitó la amistad y confianza del dictador; empleó todo su celo en defender sus propios intereses aceptando funciones importantes y ni se avergonzó de gobernar la Galia Cisalpina, mientras que todavía sostenia su tio á Utica contra César. Un débil elogio de este sabio, al cual abandonaba, afectando adoptar sus máximas y copiar su carácter, fue cuanto pagó á tan noble pariente. Porcia, hija del filósofo, y con la cual casó despues del divorcio de Claudia, tenia un carácter mucho mas varonil que él; pero aquella fuerza y virtud que debia poseer por sus parientes y por la tradicion, la fortuna se lo habia negado á Bruto. Hacia profesion de amar el estudio y no pudo resolverse á abandonar, por la calma de la filosofía, las furibundas agitaciones de una era revolucionaria: consumíale la sed de ganancias; halagábanlo los vencedores y lo cortejaban los vencidos, mas grande hoy que ayer, creia caminar con segura planta por la senda de los honores. Con Bruto, revolucionario por circunstancias, sofista por carácter, la conjuracion nunca hubiera nacido. Su debilidad es la única disculpa de su delito; pero la muerte de todos los jefes notables le habia dejado una importancia que no merecia en su partido. Parecia iluminado por un rayo de la gloria de su tio; se le atribuian los sentimientos políticos de este: el nombre de Bruto lo colocó en el primer puesto de la oposicion, apenas se empezó á hablar de monarquía. El pueblo romano, poco moralista y genealogista, tenia una tradicion de cuatrocientos cincuenta años de horror, horror arraigado, aunque no razonable, contra el título de rey, y de ciega admiracion por el nombre de su primer cónsul.

La debilidad del carácter de Bruto aparece por los estímulos que se usaron con él. Para arrojar de su base aquella naturaleza de filósofo, bastó escribir debajo de la estátua del antiguo Bruto: *¡Ay! ¿por qué no vives?* ó mandarle un billete con estas palabras: *Bruto, ¿duermes? ó bien, tu no eres Bruto.* Habia ya halagado su vanidad un cumplido que se atribuia á César y que en seguida fue contado al nieto de Caton: *Bruto no espera mas que este cadáver*; con lo que se daba á entender que César, entre todos los Romanos, solo creia á Bruto digno de sucederle. Casio, cuñado de Bruto, é intimo amigo suyo, seguia con grande atencion el efecto de semejantes escitaciones sobre su ambicion y lo condujo paso á paso al punto preciso, donde sin miedo podia confiarle su proyecto. Rodeado asi, y empujado por los conspiradores, aceptó Bruto en sus consejos el primer puesto que parecian ofrecerle; su gran nombre formó su poder.

Cayó César atravesado; *empresa de niños ejecutada con un valor de héroes.* Estas palabras son de Ciceron que, lo mismo que en todo lo demás, varió de juicio acerca de aquel asesinato.

Esta *jornada de marzo* debia ser juzgada de diferentes modos, en tanto que viviesen aquellos que la habian presenciado; pero desde que Augusto hubo acostumbrado á Roma á la monarquía y al emperador, se abandonaron todos los límites y todas las formas de una constitucion aristocrática, y el asesinato del fundador de aquel estado de cosas, parece que deberia haber sido condenado como inútil si no como maldad; pero por otra parte los emperadores se convirtieron en tiranos y parecia mérito el haber matado al que les habia esplanado el camino. Cuando era delito de lesa majestad todo pensamiento contra, y aun sobre la vida del emperador, las alabanzas se dirigian á Bruto y los suyos, y la retórica, costumbre y daño de los Romanos, los ensalzaba; todo maestro de escuela, todo versificador trataba aquel asunto, y los emperadores los dejaban hacer. La filosofía estóica, tan eficaz en la época imperial, miraba como lícito y aun virtuoso el suicidio y honroso el regicidio. El aplauso concedido á los matadores de mónstruos como Calígula y Domiciano, redundaba en favor del asesino del primer César, asi que llegó á ser moda el alabar aquel heroismo, que adoptó la edad media y aun mas las modernas, y lo que es raro, pero no singular, los historiadores y declamadores que pretenden pasar por liberales, aplaudieron abiertamente al que mató al mayor liberal de la antigua Roma.

El teatro tuvo mucha parte en este juicio, porque se acomoda muy bien con el drama el torcer la verdad histórica, mostrando aquel délito como aconsejado por la justicia ó la necesidad, asi que Voltaire y Alfieri divinizan al regicida, no menos que Shakspeare, el cual hace profetizar á Casio que, andando los siglos, cuando su obra y la de Bruto sean representadas en la escena «por pueblos que aun no han nacido y en lenguas todavía ignoradas, serán aclamados siempre como hombres que dieron la libertad á su país.»

(1) *Causa Diis victrix placuit, sed victa Catoni.* LUCANO.

No se crea por esto que fuese vulgar el juicio comun. Séneca, estóico y declamador, tratando un asunto muy diferente, deja escapar este notable juicio : «El divino Julio fue muerto, menos »por sus enemigos que por amigos cuyas insa»ciables esperanzas no habia satisfecho. Nadie »usó jamás de un modo mas liberal de la vic»toria, no quedándose mas que con la potes»tad de distribuirla; pero, ¿cómo bastar á tan»tos ímprobos apetitos cuando cada uno desea»ba para sí todo cuanto él podia dar? Vió, pues, »alrededor de su trono los puñales de sus cama»radas, Cimbrio Julio, poco antes su ardentísimo »partidario y otros que se hicieron pompeyanos »cuando Pompeyo ya no existia.» En la edad media, Dante colocó á Bruto con Casio «en el mas profundo y tenebroso centro de los abismos» juntos con Judas. Gibbon esparció graves dudas sobre la virtud de Bruto; es verdad que este siempre duda de la virtud, aunque sea la mas pura. Drummond, en la *Vida de César*, presenta desnuda la trama de la conspiracion, con lo cual está muy lejos de admitirla. Los mas sérios de entre los recientes narradores dejan para los niños y retóricos aquellas virtudes de aparato.

En cuanto á Ciceron, habia al principio alabado á César y dijo en el senado que seria insensato aquel que no viese que la salud de todos estaba en la vida de este, al propio tiempo que en sus cartas familiares manifestaba aborrecerlo y elevaba al cielo al suicida Caton. Pero muy pronto aclamó con un gran golpe la muerte de César y se quejó de que no le hubiesen llamado á formar parte de la conspiracion; en el tratado de los *Deberes* ponia entre los primeros aquel para con la patria, ante el cual debian sacrificarse todos los demás; sin embargo, tardó poco en verse disgustado por los tiranicidas viendo que otros ambiciosos ocuparian el lugar de César sin tener los méritos de este.

Los vengadores de César tuvieron en el favor del pueblo un pretesto para elevarse á sí propios. Cuando Ciceron vió crecer la importancia de Antonio, se retiró de los negocios públicos casi desesperado y dió nuevo temple, en el estudio, á su alma, que los desengaños habian ya mejorado. Pero para aquel vanidoso, la dignidad del silencio era desconocida, y apenas le hizo Octavio proposiciones las aceptó con suma indignacion de Bruto que esclamaba : *Para tener quien lo alabe y le haga cortesías acepta cualquiera esclavitud.*

Cuando Bruto y Casio daban por tan perdida su causa que se mataron ¿quién debia conservar la fe? ¿á quién podia bastar el valor de obstinarse en servir la *virtud*, aun despues de reconocido que *era un sueño*? Quiero decir que la antigua libertad romana no podia ya parecer posible al que raciocinase, de modo que no quedaba otro partido que acercarse al tirano menos malvado. Tal parecia Octavio, que acogió bien al insigne orador, sintiendo la necesidad de adquirir crédito para su propia faccion; pero, una vez asegurada, lo sacrificó al antiguo rencor de Antonio. Ciceron huyó, mas alcanzado por los satélites del triunviro, se dejó matar con el valor que fue la última y la menos rara virtud de los Romanos.

Las dotes y defectos de Ciceron hombre, aparecen siempre en Ciceron escritor y filósofo, bajo cuyos aspectos es importantísimo estudiarlo como representante de la mas elevada cultura de Roma (1).

Aun cuando la correspondencia familiar de Ciceron sea quizá un poco oscura por sus alusiones ó por su prudencia, causa, no obstante, admiracion la singular versalidad de su ingenio, la latitud de sus conocimientos, la doctrina presentada bajo las formas mas graciosas é ingénuas, un raudal inagotable de imaginacion y una elegancia de espresiones muy diferente de la florida afectacion que en él prevaleció mas tarde. Si consideramos despues sus epístolas como el espejo de los sentimientos y opiniones del escritor y como reproductoras perpetuas de muchas de aquellas imperceptibles gradaciones de carácter que el historiador no puede representar en su narracion general, del mismo modo que el pintor no puede representar sobre el lienzo las luces y las sombras que atraviesan un paisaje, no es dable decir hasta qué punto son útiles al hombre estudioso. Aquellas cartas, cuya mayor parte son contestacion á otras de César, Pompeyo, Antonio, Bruto, Casio, Trebonio, Sulpicio, Polion y muchos de los principales de aquel memorabilísimo período, forman una série de documentos auténticos, á los cuales ningun otro de la historia antigua y pocos de la moderna, pueden igualar. Por su medio nos familiarizamos con los guerreros y con los estadistas, de quienes hablan, tanto en la vida pública como en la privada. Los escritores no rodeados ya de pompa épica, deponen aquel fabuloso heroismo, y se nos presentan con todas las ordinarias pasiones y locuras de la humanidad, y las tumultuosas escenas representadas en las provincias ó en las calles de la imperial Roma, mientras que estuvo en su apojeo, resucitan como por encanto.

La vida libre, que era la educacion de los Romanos, los hacia propender á la historia y á la elocuencia, únicas palestras en las cuales se elevaron á porfía con los Griegos, de quienes habian deducido la materia y forma de su propia vida; pero su historia, escepto tan solo los *Comentarios* de César, no poseyó la calma que forma la grandeza de la griega, antes bien traspira las pasiones políticas y se inclina mas á un juicio moral personal, que á una valuacion histórica. El campo universal era la elocuencia y de aquí proviene el aire de declamacion que domina en todas sus creaciones. Virgilio, panegirista de todo lo que es romano, concede fácilmente la inferioridad de su nacion en literatura y en bellas artes, arrogándole tan solo la gloria de vencer y gobernar bien.

La estimacion en que tenian los Romanos á los Griegos y su desprecio por la antigua cultura itálica, hicieron que buscasen de los Griegos los sistemas de filosofía bellos y perfeccio-

(1) F. L. KELLER, *Semestrium ad M. Tullium Ciceronem*. Turici 1831. Es un exámen y comentario de las obras de Ciceron, segun la historia del derecho romano.

nados ya, y que descuidasen los frutos de la antigua sabiduría italiana. Pero aquel que renuncia á su propia libertad adoptando agenas opiniones, se reserva escoger entre ellas, asi que, la filosofía latina se conservó ecléctica, vacilando entre Platon y Aristóteles y las diferentes escuelas que de ellos derivaron. Los austeros se atenian á los estóicos que inspiraban el orgullo de la personalidad y la estrecha obligacion de cumplir con los deberes costase lo que costase; en contraposicion de estos venian los epicúreos, cuya teoría fue presentada por Lucrecio y practicada por muchos aun de entre los hombres ilustres, que se proporcionaban una defensa contra los males políticos, negando otra existencia fuera de la tierra y procurando evitar en esta todo lo posible los sufrimientos con la moderacion.

Pero realmente, ya la filosofía de Epicuro regulaba las costumbres de los Romanos, y con el lujo griego se habia introducido una corrupcion desconocida de los pasados. Debia ser esta favorecida por la existencia de una clase entera destinada á la infamia y á la voluptuosidad, de modo que, verdaderamente, no podia existir moralidad donde los derechos y deberes no obligaban para con los esclavos. Las relaciones con el sexo débil fueron de mal en peor; el matrimonio, que al principio se habia respetado, se contaminó impúdicamente; los amores masculinos que al principio no se usaron mas que sobre los esclavos, se hicieron generales, y el frecuentar á las cortesanas no causaba vergüenza.

Ciceron nos ofreceria muchos rasgos para pintar la corrupcion romana, pues que él mismo, hombre austero y magistrado, nos cuenta ligeramente una noche de estravío en una casa de cortesanas; nótase despues su conducta para con su esposa y su hija. Pero el tipo del elegante epicurismo era Horacio, aquel poeta, al cual todos prefieren, porque sabe, mas que todos, unir pensamientos, sentimientos é imágenes; porque componiendo para la inmortalidad sobre sucesos diarios, habla siempre de sí mismo y de los suyos de modo tal, que de lleno nos introduce en la vida de estos ilustres antiguos. Este *cerdo*, pues, *del rebaño de Epicuro*, como él mismo se titula, tambien se sintió lleno de entusiasmo por Bruto, en Atenas, como otros jóvenes que con él estudiaban, quizá para consuelo de Ciceron; pero cuando vió sucumbir su propia causa, no se mató como Bruto, sino que arrojó el escudo y huyó, y vuelto á Italia se vengó con la sátira acerba, como de pobre, del desprecio que los vencedores prodigan siempre al partido vencido. Adquirió renombre de animoso, hasta que su mérito literario lo hubo acercado á los vencedores, con los cuales se familiarizó y á quienes aduló. En él, mejor que en Ovidio, puede descubrirse hasta qué punto llegaba la depravacion, porque los Romanos, grandes en todas sus obras, hasta en el epicurismo, debian llevar al estremo y llegar á ser inmensa su corrupcion como su imperio; pero no era esto efecto de doctrinas, ni tampoco desplegaron ningun sistema nuevo, por manera que los escritos de sus filósofos fueron conservados como obras literarias y sirvieron para trasmitir las opiniones de sus maestros. El mayor de ellos es realmente Ciceron, no filósofo, pero sí colector de las opiniones agenas.

No era su intencion filosofar, sino que cuando los asuntos lo disgustaban ó le menguaba el aura popular, se retiraba á meditar. Si su quinta del Palatino habia sido elegida á fin que el hombre que la habitase estuviese siempre presente á la memoria de sus conciudadanos, la de Tusculo era el asilo donde iba con mas gusto á buscar soledad y estudio. Allí, pues, aunque lejano de Roma cuanto bastaba para ocultarse á las miradas, las ventanas se abrian ante el espectáculo de su ciudad predilecta, la cual no podia por mucho tiempo dejar de ver. Desde lo alto de la colina donde estaba situada, Ciceron tenia delante de sí un cuadro vasto y variado, rico de memorias históricas cuanto de bellezas naturales. La llanura que tenia á sus piés habia sido el campo de batalla de los reyes de Roma y de la república naciente; por todos lados se veian marmóreos sepulcros de los patricios y de los hombres consulares; las largas líneas trazadas sobre el suelo eran las vías militares, pisadas por los ejércitos que habian llevado las águilas hasta entre los Partos y los Arabes; á la derecha prados, bosques, riachuelos, y encima de la primera terraza, las blancas torres de Esulo de Preneste y de Tivoli, graciosa guirnalda suspendida en las faldas de las montañas sabinas; á la derecha, Alba cobijada en su acurrucada cuna de verdura, el elevado monumento de Júpiter Lacial, las encinas de Aricia, los pinos de Laurento, y en fin, el mar, cubierto de naves de todas naciones, dirigiendo su rumbo á Hostia. Enfrente podia contemplar á la ciudad eterna, la reina del mundo, cuyos techos, dorados por un sol glorioso, tenian por dosel el cielo de Italia. La antigua ciudad no presentaba entonces las torres y cúpulas de la moderna; pero las siete colinas, separadas por muros, se distinguian mejor entre sí, y las estátuas de los dioses sobre columnas que adornaban las cumbres de los templos, parecian un ejército de séres inmortales, prontos á defender sus sagradas moradas. Desde el lago Regilo hasta las puertas de Tusculo, veíanse las quintas de las familias mas nobles, de modo que el mismo Ciceron cita las de los Balbos, de los Brutos, de los Catulos, de los Metelos, de los Gabinios, de los Luculos, de los Lentulos, de los Varrones, de los Pompeyos y de los Césares. Desde su retiro el orador penetraba en el centro de sus mas caros intereses; se veia rodeado por las habitaciones de sus amigos ó émulos. Allí, despues que su fortuna hubo declinado, compuso algunos de los tratados mas oscuros de su filosofía; pero aun aquellas mismas composiciones dejan traslucir su amor á las costumbres de la ciudad y los hábitos de su vida polítiea; los interlocutores de sus diálogos son personajes que habia dejado en el senado, nobles amigos, á los cuales podia encontrar en el campo, y si el testo no es siempre los negocios del momento, el lector es conducido á ellos por frecuentes alusiones (1).

(1) MERIVALE, op. cit.

De hecho, sus obras llevan todas el sello del carácter general de los Romanos, la inclinacion á la práctica, á tal punto que en el *Hortensio* cree deber escusarse si se aplica á la filosofía, alegando que aquella es la instructora de la vida y el único consuelo verdadero en los males. A este objeto no era necesaria aquella série lógica y compacta que se requiere en los sistemas, bastando coger alguna verdad acá y acullá, deteniéndose por lo demás en las opiniones probables que eran profesadas por la Academia Nueva. Propenso á Platon, no repudia á Aristóteles ni á los estóicos, é ingenioso y erudito, pero ni original ni profundo, trata de conciliar las varias doctrinas. La incertidumbre que domina en la filosofía, le parece que se encuentra hasta en la geometría, la medicina y en las ciencias físicas; por fin, en la moral siente el sacudimiento dado á las creencias y él mismo quizá la reduce á la sensibilidad, consecuencia natural de no levantar sus miras mas que á la aplicacion práctica.

Pero, si se burlaba de la estóica severidad de Caton, si en su conducta secundaba un modo de obrar flojo y tolerante, en su filosofía desaprobaba el ateismo de los epicúreos, como envilecedor de la naturaleza humana, creada para algo mas elevado que los deleites de los sentidos. Es verdad que encuentra muy débiles los argumentos con que los estóicos prueban á Dios; opina que se debe creer en la religion de los padres; pero que la filosofía tiene derecho á investigar las pruebas, de las cuales, la que mas fuerza le hace es la unanimidad en los hombres, puesto que reconocia un lazo entre el divino y humano espíritu. Mas, hasta la misma religion es para él un espediente social, al cual, sin embargo, debe servir de fundamento una cierta verdad general, que no es bueno dar á conocer al pueblo, pues que solo á la duda conduce. El alma humana es una parte de la divina; se manifiesta mediante su actividad, como la divinidad, y como ella deberia ser inmortal. Tal es la creencia del género humano; pero las penas del tártaro son cuentos de viejas.

La inclinacion práctica lo lleva á sostener el libre albedrío; pero diríase que lo mira como una condicion natural que no se diferencia de aquella por la cual caen los cuerpos graves. No consiente á los estóicos que no haya otro bien mas que el moral, pues debe procurarse un goce moderado; que debe evitarse el dolor porque impide la práctica de la virtud y que esta existe aun en aquel que no es perfecto. Los peripatéticos le parece que dan de la virtud una idea muy ténue, y si ellos hacian existir lo bueno en lo bello, él lo pone en lo honrado.

En política, como Aristóteles, preferia un gobierno misto (1). Nos ofrece bellas esposiciones y descripciones de las leyes, del derecho, de las relaciones íntimas de este con la honradez y la moral, queriendo deducir la ciencia, no de las doce tablas ó del edicto pretoriano, sino de la naturaleza del hombre. Dice que este es el único que se asemeja á la divinidad, porque tiene de comun con ella la razon; que como la recta razon constituye la ley, y esta ley es la fuente de la justicia, entre Dios y los hombres hay comunidad de ley y de derecho, debiendo todo el universo considerarse como una ciudad comun de los dioses y los hombres.

Sus obras son ciertamente de las mas apreciables é insignes que nos ha legado la antigüedad, y gracias á ellas, el genio de este ilustre personaje puede considerarse como connaturalizado en todas partes del mundo civilizado á pesar de las grandes variaciones acontecidas en literatura. No puede casi dudarse (así dijo no há mucho un moderno biógrafo suyo) (2) que desde su edad juvenil amó la que él tenia por causa de la libertad, y que á sostenerla dirigió toda su política cuando se halló en el poder. A este fin, durante su consulado, procuró unir el órden senatorial y el ecuestre, para que formasen una fuerte barrera contra la faccion popular, de la cual preveia, que por una reaccion natural, saldria el monstruoso despotismo. Con este fin tambien, cuando casi toda su órden corria furiosa á la guerra contra César, protestó contra aquella funesta revolucion, temiendo para la república las mismas calamidades, cualquiera que fuere el partido vencedor; pero hasta qué grado estaba dispuesto á sacrificar por la libertad su salvacion, su reputacion y riquezas es otra cuestion. De todos modos la destruccion de la conjuracion de Catilina fue una empresa que requeria á lo menos tanto valor como amor á la patria, y en sus posteriores tentativas para refrenar á los cesáreos capitaneados por Antonio, resplandece un espíritu de noble y heróica resolucion, igual á los mas grandes ejemplos de magnanimidad romana. Veia muy bien que en aquella crísis, perder hubiera sido para él una inevitable ruina; pero no obstante arroja el dado y no piensa en retroceder, como si de ello debiese seguírsele una terrible desesperacion.

Su inmoderada vanidad pudo tal vez incitarlo á la resolucion y constancia cuando quizá su patriotismo, á causa de su natural timidez, se hubiera debilitado y cansado su constancia, por amor á su propia conservacion. Cuando estaban fijos en él los ojos de sus conciudadanos y resonaban en sus oidos sus aplausos; cuando fue llamado al primer puesto de honor y peligro; cuando fue reconocido como alma y cabeza de su partido, contra un enemigo mucho mas terrible que Catilina; encargado de la correspondencia con los capitanes de los ejércitos de las provincias remotas y saludado por ellos como el representante principal de la ofendida majestad de la república, su valor no se mostró inferior á la empresa. Animado por la idea de un triunfo no vaciló en arriesgarse sobre las alturas de Amano y la esperanza de la misma recompensa lo hubiera llevado hasta desafiar las saetas de los Partos, si la fortuna lo hubiese llevado á guerrear. Pero cuando se vió obligado á descender de aquella altura y convertirse en súbdito despues de haber sido el principal personaje;

(1) *Quartum quoddam genus reipublicæ maxime probandum esse sentio, quod est ex his quæ prima dixi, moderatum et permixtum tribus. De rep.* I, 29.

(2) Hollings, *The Life of Cicero*, en la *Family Library*. Lóndres 1839.

cuando, como en la lucha entre César y Pompeyo, no podia mas que insignificantemente aumentar la fuerza de uno ú otro partido y que la recompensa hubiera sido proporcionada, volvió á dejarse dominar por su innata debilidad, que habia sido vencida por breve tiempo, por el poderoso estímulo de las alabanzas adquiridas ó esperadas, y volvieron á principiar sus vacilaciones y temores y sus naturales consecuencias, la doblez y el engaño.

En la vida privada hallaremos en él (como hasta cierto grado en todos los hombres mas eminentes, aun cuando se hallen bajo la influencia de los móviles mas sagrados é inspirados por la luz mas divina) una mezcla de virtudes y de vicios, un tejido de colores siempre variantes y encontrados. Fue padre tierno, afable, cortés, benévolo para con sus dependientes, y magistrado íntegro: como marido no puede asegurarse si es mas digno de lástima que de reprension; en sus diferencias con su hermano mas que haber hecho el agravio manifiesta haberlo sufrido; en la amistad de Alcio fue leal en sumo grado y por su epistolario se descubre que tuvo familiaridad con los personajes mas eminentes de su tiempo. Con cuánta predileccion favorecia el ingenio, díganlo los versos que la gratitud inspiró á Catulo, el cual es de creer que no fuese el único á quien benefició. Con la mayor liberalidad estaba abierta su casa á los literatos de todos los paises, y sus quintas, por el número y fama de sus huéspedes, se asemejaban muchas veces á las escuelas filosóficas de Atenas. Su propension á halagar á los poderosos, su no disimulada ambicion de aplausos, y uno ó dos casos en que su proceder tiene muchos visos de falta de honradez, forman las principales sombras de esta no desfavorable pintura.

La fama que desde muchos siglos rodea su nombre, debe únicamente atribuirse á las facultades de su mente, y solo por ellas la erudicion se complació en investigar los mas pequeños accidentes de su vida; pero un juez imparcial, al tratar de la verdadera naturaleza de su ingenio, diria que fue imitativo antes que inventivo; mas capaz de vestir con propio lenguaje los agenos pensamientos, que de producir por su fuerza natural conceptos nuevos y originales. Sus obras filosóficas se parecen á un jardin bien cultivado y repartido, cuya vista alegran infinidad de plantas exóticas y fragantes de lejanas tierras; antes que á una abierta é interminable estension de collados y valles, llena de la indigna munificencia de la naturaleza, mostrando su propia abundancia por medio de una vigorosa y silvestre vegetacion. Su imaginacion no se parece á la de Platon que continuamente se rebela contra las trabas voluntarias de la lógica, deseosa de elevarse á la mas sublime especulacion; pero sujeta siempre á las riendas de la razon, y sus facultades de investigacion moral parecen dirigirse mas á reducir á práctica principios ya reconocidos, que á buscar en los mas oscuros retretes de la verdad moral, manantiales de accion hasta entonces desconocidos, ó á descubrir la fuente de las de incierta naturaleza ó de oculto orígen. De esto puede atribuirse la culpa en gran parte al carácter predominante en la literatura de aque tiempo. Casi todo lo que el ingenio mortal podia inventar por via de hipótesis respecto á los fenómenos morales, habia ya sido espuesto en las varias escuelas, pareciendo que la inteligencia humana se inclinaba á reposar sobre lo que ya habia sido hecho, antes que á aventurarse á nuevas investigaciones. Ademas, como todos los demás objetos (escepto uno) que han encadenado á su voluntad la atencion de la mente humana, la sublime ciencia de la ética, que por tanto tiempo duró en la estimacion de los antiguos, empezaba ya en aquel, á seguir la ley comun de mutabilidad y decadencia.

Es su oratoria respecto á la de Demóstenes, lo que el grande épico romano respecto al «Primer pintor de las memorias antiguas.» Adaptada singularmente á causar efecto ó á persuadir, de una elegancia completa, y tonante muchas veces con fuerza irresistible, es sin embargo en su libre y natural poder, como en sus altas y felices osadías, muy inferior á aquella con que el orador ateniense procuraba suscitar la adormecida energía de sus conciudadanos, contra la insidiosa política del macedonio opresor. Se trasluce en ella el arte en la modulacion de casi todas las cadencias y en la estructura de cada gradacion y antítesis, y á pesar de todas sus cualidades, el orador romano carece á menudo de la parte mas noble, cual es unir la sencillez de los medios con la belleza del efecto, y deja de cautivar el ánimo de sus lectores por medio de una fuerza sin alarde. Si por otra parte consigue la perfeccion en la armónica disposicion de las partes, obtiene esta cualidad, tal vez en perjuicio de otra mas importante, pues que la sublimidad, la energía y la concentracion de la espresion, que en las oraciones de Demóstenes hacen tanta fuerza á los afectos, rara vez se encuentran en las de su rival, las cuales reflejando en nuestra imaginacion el carácter de la localidad donde fueron compuestas, descubren que fueron meditadas mas bien bajo los pórticos y susurrantes bosquecillos de Tusculo, que entre el ronco bramido de las olas al estrellarse contra las rocas del Pireo, ó entre el tumulto de los rios sobre la playa súnica.

Añádase que los grandes principios á que con tanta frecuencia y fortuna recurrió el orador ateniense, fueron evidentemente menos apreciados por Ciceron, cuyos hábitos forenses parece separaron algun tanto sus miradas del lado social y le indujeron continuamente á considerar con relacion á un partido lo que debia mirarse como perteneciente á toda la especie humana. La causa de Atenas, segun la trató Demóstenes, es la causa de la libertad, de la civilizacion, de la humanidad toda; y la voz del orador apela á sentimientos tan universales como los elementos y tan constantes como las leyes que los rigen. Pero para Ciceron la causa de la libertad es con frecuencia la del senado y la de la aristocracia romana, con cuyo restablecimiento no hubieran sido eximidas de un solo impuesto las provincias que gemian bajo el peso de sus insoportables exacciones, ni se hubiera detenido un instante la marcha de sus victoriosas legiones,

ocupadas en nuevas conquistas. El orador griego tomaba de la historia de su país sublimes imágenes, de que el latino no podia servirse. Las glorias de la época en que Atenas se elevaba como tutora de todos los sanos principios en la memorable lucha con la servil ignorancia y con la violenta tiranía de los monarcas persas, derramaban un contínuo brillo en las enérgicas exhortaciones de Demóstenes, y á la mas pequeña evocacion se le agolpaban á la mente las reminiscencias de aquella edad insigne en la historia del mundo. Pero á Ciceron le faltaban estos recursos. Roma habia sido desde el principio la opresora, no la libertadora de las naciones; los que eran sometidos á sus banderas, procuraban imponer el yugo á otros que nunca habian conocido su peso, no separarle del cuello de los oprimidos; y si Ciceron hubiese querido imitar el sublime entusiasmo de su gran maestro, que jura por la memoria de los primeros que se espusieron en la llanura de Maraton, toda la série de los métricos anales de Roma y los fabulosos libros de los sacerdotes hubieran sido revisados en vano para hallar una sola noticia.

Pero cualquiera que sea el puesto que los diferentes juicios y gustos señalen á Ciceron entre los principales ingenios de la antigüedad, nadie se negará á comprenderle entre los hombres de gran talento de los tiempos pasados. El haberse estudiado sus escritos cuando principiaron á renacer las letras en Europa fue de gran provecho para refinar el gusto de los hombres que los conocian, y para generalizar aquellos hábitos de investigacion que tanto beneficio produjeron y continuarán produciendo probablemente; lo cual es un motivo no pequeño para respetar su memoria. Sus producciones aliviaron en gran manera la austeridad y el fastidio de la soledad monástica, cuando tan escasos eran los recursos de que podia disponerse con tal objeto, y debe mencionarse, como un título menor á nuestro agradecimiento, que en aquellos cláustros góticos, cuya belleza esterior era el único recuerdo que quedaba del ingenio humano, nutrian hasta cierto punto la vida intelectual que iba languideciendo y corrompiéndose en aquellas circunstancias que le eran tan poco favorables, no debiéndose olvidar támpoco los grandes placeres que proporcionaban los tesoros de su elocuencia á las nacientes generaciones de Europa y de otras regiones que atravesaban en su tiempo rios desconocidos de los poetas, y cuyos desiertos estaban tan distantes del pensamiento como del poder de los conquistadores romanos.

En su patria se revela á cada paso la memoria de su nombre, porque son innumerables las reminiscencias de su pasada grandeza. El admirable edificio político, á cuya conservacion consagró su vida y que en sus obras se complace en llamar eterno, ha sido enteramente destruido, pero las verdes riberas de la Campania y las montuosas grutas de los collados de Albano le están consagrados todavía. En aquella metrópoli, poderosa un tiempo, reina y árbitra de la tierra, están profundamente grabadas las huellas de la destruccion; los dorados techos del capitolio, brillantes un dia cual majestuosa diadema de la ciudad cuyo ornamento eran, yacen en el polvo hace algunos siglos; el fastuoso sacerdote no sube ya seguido de la vírgen los cien escalones que conducen al ara de sus mentidos númenes; la yerba se balancea llena de vigor en el desierto Foro, y la columna, aun entera, es la única que habla de los magníficos edificios consagrados á la Concordia y á Júpiter Tonante, donde se reunia otras veces el senado para tratar de la suerte de los reyes subyugados: sin embargo la voz de Marco Tulio parece agitarse en aquellos sitios y hablar al oido al viajero. Tal es el sublime poder de la inteligencia, y el carácter del pensamiento, que sobrevive á las violencias y á las ruinas y permanece fijo ante las generaciones que se suceden; y así paso que el aspecto del mundo material, así como los monumentos erigidos por sus efímeros habitantes, revela la omnipotencia de los destinos humanos y aquella incansable fuerza que los trabaja incesantemente, destruyendo al hombre, sus tumbas, sus mas grandes obras y aun las ruinas, aquel conserva su primer aspecto de belleza siempre nueva é incorruptible.

APENDICE.

En la *Literatura* (N.° XIII, § 7) hemos examinado diversas tragedias que tienen por argumento la conspiracion de Catilina. Vamos á presentar ahora una que se separa de las demás; por el decidido empeño de ser fiel á la historia, traduciéndola libremente de los señores Pyat y Theo.

ACTO PRIMERO.

Interior de un comedor; una puerta en el fondo y otra lateral, encima de la cual está escrita la palabra Vomitorium. Se ven los preparativos de una fiesta. La mesa está preparada.

ESCENA PRIMERA.

Esclavos *que van y vienen*, Vercingetorix.

Esclavo 1.° No tener un momento de descanso; no parar de dia ni de noche por satisfacer el apetito de otros. ¿Qué naturaleza es la suya que les permite estar siempre comiendo?

Vercing. La naturaleza de los señores.

Esclavo 1.° ¿Y por qué son señores?

Vercing. ¡Silencio! esclavos.

Esclavo 1.° Sí, esclavos, á la fuerza; esclavos como el leon en la jáula; pero tú, esclavo de nacimiento, solo quisiste tener libertad para venderla y te has olvidado de tu nombre y de tu patria; de galo te hiciste griego; hablas todas las lenguas para poder decir en todas *obedezco*; por eso te escucha nuestro noble amo, lo cual es un triste favor que no te envidio.

Vercing. Silencio, he dicho.

Esclavo 1.° No he de callar; quiero decir cuanto me ocurre. Cuando todo se agita y se conmueve en Roma, cuando el pueblo se queja del senado, ¿por qué no hemos

de quejarnos nosotros de nuestro amo? Quiero hablar como cuando reunidos á la voz de Espartaco... Pero ¿qué son ya para tí estos recuerdos?

Vercing. No he olvidado nada.

Esclavo 1.° Tanto peor para tí. ¿Y no te causa vergüenza ser el primero de nosotros?

Esclavo 2.° Debemos tenerle lástima. Si el amo tiene hambre le llama á él; si no puede dormir, tambien; si está enfermo, lo mismo; si tiene miedo al rayo, igual. Os llevo la ventaja de haberme mostrado desobediente, y el látigo me libra de otros muchos tormentos.

Vercing. Siempre lamentos, siempre reconvenciones: yo no tengo mas que un amo.

Esclavo 1.° En tu mano estaria no tener ninguno.

Vercing. Sois unos locos; vuestra ciega cólera solo recae en uno; pero detrás de él está el verdugo.

Esclavo 2.° Preferiria el verdugo.

Esclavo 1.° Para llevar á cabo el proyecto de Espartaco, necesitamos otras armas mas que el azote y el hacha.

Vercing. Si él ha sucumbido, ¿qué podrias tu hacer? ¿cuál es tu intento? ¿De qué recursos dispones? ¿Será suficiente tu nombre para poner en conmocion la Sicilia, España, el Lacio? Nosotros no haremos mas que seguir á un grande hombre.

Esclavo 1.° ¿Qué podemos hacer?

Vercing. Destruir á los señores por medio de los señores.

Esclavo 1.° ¿Y cómo hemos de conseguirlo?

Vercing. Obedeciendo.

ESCENA II.

Los mismos, Bestia.

Bestia (*mirando la mesa.*) Está muy bien puesta. (*Hace seña á los esclavos de que se retiren.*) Tú quédate. (*A Vercing.*)

ESCENA III.

Vercingetorix, Bestia.

Bestia (*con aire pensativo*). Estoy arruinado y tú tienes la culpa, tú, mi médico, mi astrólogo, mi cocinero, mi confidente, y hasta mi amigo.

Vercing. Tu esclavo.

Bestia. Te llamo amigo. Tú me has arrojado como una presa á los Cétego, á los Catilina y á todos esos jóvenes libertinos de Roma que me traen todos los dias, ó por mejor decir todas las noches, sus vicios de comer y beber y su ambicion de gastar. Dinero, dinero y siempre dinero. ¿Y qué ha producido este dinero? ¿Dónde están los gobiernos de las provincias, las cuesturas, los consulados y todas las dignidades que, segun ellos dicen, se compran y no se las quieren vender á ellos? Por fin estoy harto de prestar sin mas garantías que un nombre y sobre esperanzas; estoy cansado de tener mesa para todo el mundo y de haberme hecho el huésped imprudente de todas esas miserias patricias y plebeyas, porque ahora reclutan gente en todas partes. No sé donde va á cogerlos ese maldito Curio su reclutador. Mi casa es el asilo de Rómulo, abierto para todos los que no tienen casa ni hogar; todos los dias me traen nuevos huéspedes; estoy viendo que dentro de poco me ponen á la mesa con sus esclavos.

Vercing. Habla mas bajo, señor.

Bestia. ¿Qué hable mas bajo? ¿Y por qué? ¿Qué tengo yo que temer? Quiero que esto tenga fin; mis riquezas están comprometidas y aun acaso mi vida; desde hoy para en adelante rompo con ellos y me pongo en seguridad al amparo de la ley, volviendo á ser ciudadano pacífico. Los citaré ante el pretor, y en este gran naufragio no perderé la vida ni mis bienes. (*Señalando á la mesa.*) Todos estos trastos son inútiles.

Vercing. Estos preparativos te salvan. Has avanzado demasiado, señor, para volver atrás ¿Qué puede la justicia contra los que no tienen otra mas que sus puñales? Escúchame. Tu crédito está garantido con su miseria y su ambicion que es una hipoteca segura; no la destruyas con una palabra, con una revelacion, que solo te valdria las estériles gracias del senado.

Bestia. ¿Qué he de hacer, pues, para salir de este abismo.

Vercing. Conspirar.

ESCENA IV.

Los mismos, Curio, Fulvia.

Curio (*á Bestia*). Yo siempre soy el primero, el mas puntual.

Bestia. Si, el mas hambriento.

Curio. Para honrarte.

Bestia. Tu apetito es demasiado lisonjero.

Curio. ¡Pues qué! ¿te irritas contra nuestros estómagos? ¿Te ha puesto acaso á dieta Vercingetorix? Vamos, al menos en esta cena pórtate bien; hazte honor (*presentándole á Fulvia*), y sé cortés.

Fulvia. No pedimos nada imposible.

Bestia (*aparte*). No nos faltaba otra cosa mas que traer aquí mujeres. ¡Vaya un capital!

Curio (*aparte á Bestia*). He estado á punto de traerte la mujer de Ciceron. (*Alto.*) Dice bien Fulvia. Por otra parte este buen Bestia no se ha obligado á ser amable y traspasaria mis derechos pidiendo tanto, y por lo mismo solo exijo la cena.

Bestia. ¿Para tí?

Curio. Para mí y para otros veinte amigos: acaso será la última.

Vercing. (*á Bestia*). ¿La última, has oido?

Curio. Catilina estará aquí dentro de un instante y no quiere malgastar el tiempo.

Bestia. ¿Y qué otra cosa gano yo con vosotros?

Curio. ¿Cómo? ¿Nos reconvienes la víspera del reintegro?

Bestia. Para vosotros la víspera no tiene mañana.
Fulvia. Ese es un chiste de usurero.
Curio. Los chistes cuestan caros; podria costar una provincia. Esta noche en la mesa se hará la reparticion del imperio.
Verecing. (*á Bestia*). ¿Oyes?
Bestia (*á Curio.*) ¿De veras? (*Lleva á Vercing. del brazo.*) Esclavos, á los hornillos. (*Vanse Bestia y Vercing.*)

ESCENA V.

Curio, Fulvia.

Curio. ¿Me crees ahora ó nó?
Fulvia. ¿Qué me has enseñado de nuevo?
Curio. ¿Dudarás todavía entre el cónsul Antonio y yo? ya sabes que puedo poner á tus piés todas las riquezas de Roma. La ciudad está en nuestro poder. ¿Quieres los jardines de Craso? ¿Quieres el haz de espigas de Ceres, ó prefieres el templo de Juno?
Fulvia. Me gusta mas la casa del cómico Lupa.
Curio. No tienes mas que elegir.
Fulvia. Me parece que no me creerás de la raza de los Bestia, y has de tener presente que no me dejo embaucar con meras promesas.
Curio. Ya te convencerás por tus propios ojos.
Fulvia. Hasta ahora no veo mas que una orgía; y si he venido aquí no ha sido por ambicion, sino por curiosidad.
Curio. Sé ambiciosa, te lo ruego.
Fulvia. Me han dicho que aquí se ven y oyen cosas que hacen estremecer á la naturaleza.
Curio. Deja que llegue Catilina; no es mas que cuestion de tiempo.
Fulvia. ¿Es verdad lo que de vosotros se cuenta? Dicen que no es vino lo que bebeis.
Curio. ¿Pues qué, és sangre?
Fulvia. Dicen que ayer os comísteis un niño.
Curio. Y nos comeremos otros.
Fulvia. Y que bebeis en cráneos de hombres.
Curio. El terror hace que se escriba mal la historia. Tanto mejor para nosotros: gracias á él nosotros estamos en todos los sitios de Roma, golpeamos á todas las puertas, hacemos brillar el puñal á los ojos de todos; y el negocio marcha.
Fulvia. ¡Muy bien! ¿Cuándo se ponen á la mesa?

ESCENA VI.

Los mismos, Catilina, Léntulo, Cétego, Varganteyo, Gabinio, Capiton, Porcio Leca, un diputado de los Alobroges y otros conjurados.

Catilina (*entrando*). No hay que dudar. Siempre ese hablador de Arpino trata de detenerme; ya es cónsul. A grandes males grandes remedios: ellos tomarán la toga y nosotros las armas. (*Reparando en Fulvia.*) ¿Una mujer aquí? ¿Quién la ha traido?
Curio. Yo: es una amiga.
Catil. ¡Imprudente!
Curio. Salgo responsable de su discrecion.
Catil. ¿Como de su fidelidad?
Curio. Deberías estarme agradecido: faltaba una mujer en nuestra conspiracion.
Catil. ¿Por lo demás no serás tú la única mujer que tengamos. (*A Fulvia.*) Pronto llegará César. ¿Estamos aquí todos? ¿Pero dónde está Bestia?
Curio. Está trabajando para nosotros. Se necesita todo mi celo para enardecer el suyo: cuando llegué me llenó de inquietud.
Catil. ¿Pues qué tiene? ¿Alguna indigestion?
Curio. No, él pensaba...
Fulvia. ¿De cuándo acá?
Curio. Parecia estar receloso, y creí ver en él un delator. (*Movimiento entre lo conjurados.*)

ESCENA VII.

Los mismos, Bestia, Vercingetorix, Esclavos *con viandas y flores*

Catil. (*á Bestia*). Te falta el valor, á lo que veo. Cuando los mas débiles se unen á nosotros, cuando aun las mujeres...
Bestia. Eso es precisamente lo que me da cuidado. Yo no sé qué hacer con las mujeres cuando hay un secreto que guardar.
Fulvia. ¡Oh qué gracia tan añeja!
Catil. Perdona Fulvia: Bestia es medroso y ha pasado de la edad de hacer justicia á las mujeres. Mujer, atiende bien á lo que vas á ver y oir. El que pone el pié aquí dentro, deja á la puerta todas las aficiones, todos los respetos humanos, toda piedad. Aquí solo se permite conservar la memoria de las injurias de los tiranos.
Vercing. En la Galia las mujeres aconsejan y los hombres ejecutan.
Curio. ¿De cuándo acá hablan en Roma los esclavos?
Catil. Mujer, esclavos, hablad: tenemos necesidad de las mujeres, de los esclavos, y ni aun los niños estorban en una conspiracion como la nuestra. No harian mas que gritar, pero el terror seria completo. Es preciso tambien que Craso nos preste sus leones.
Bestia. Craso no es tan bueno como yo y no presta nunca. (*Suspirando.*) La comida está dispuesta (*Se sientan los conjurados.*)
Curio. El asunto se va formalizando: ya estamos á la mesa.
Catil. (*contando*). Léntulo, Curio, Cétego, Gabinio, Varganteyo, Porcio, diputado de los Alóbroges, Bestia, Sura.... Cayo César.
Curio. Es el único que falta: está en casa de la hermana de Caton.
Catil. No importa. Los que estais aquí presentes, escuchad: conozco vuestra fidelidad, y si asi no hubiera sido, no habria acometido tan grave empresa. Hemos hecho comunes nuestros bienes y males: quiero lo que vosotros quereis; y me disgusta lo que no os agrada; esta conformidad de

inclinaciones y de aversion forma la amistad. Todos vosotros sabeis cuáles son mis proyectos y vuestro porvenir exige su ejecucion. La república está en manos de unos cuantos; son sus tributarios los reyes y los pueblos; y nosotros, hombres de valor, nobles y plebeyos, no somos mas que un vulgo sin nombre, sin crédito y sometidos á aquellos que temblarian ante nosotros, si triunfase la buena causa. Para ellos y para los suyos hay poder, honores, dinero; para nosotros las negativas, los daños, los juicios, la miseria.

Conjurados. Bien, bien.

Fulvia (*á Curio*). Habla muy bien: pero ¿cuándo ponen á la mesa el niño asado? Yo me aburro.

Curio. Espera.

Catil. ¿Hemos de estar siempre sufriendo?

Curio (*bebiendo*). Sí, ¿hemos de estar sufriendo siempre?

El diputado. El pueblo se muere de hambre. (*A Vercing.*) Echame vino. Sí, sí, siempre sufriendo?

Catil. Mas vale morir con valor que arrastrar una vida de oprobio y de miseria: no lo dudeis, la victoria está á nuestro favor; nosotros somos todos jóvenes de cuerpo y de corazon, y ellos están envejecidos mas por el oro que por la edad. Para concluir basta comenzar. Dejaríamos de ser hombres si consintiésemos que ellos tengan riquezas suficientes para cegar el mar y allanar las montañas, mientras á nosotros nos falta lo necesario; que sus palacios ocupen calles enteras, mientras nosotros no tenemos ni aun un hogar; que compren cuadros, estátuas, vasos cincelados, que fabriquen y destruyan, siembren y disipen á manos llenas el dinero, sin que por esto lo agoten; mientras que nosotros tenemos en casa necesidades, fuera deudas, un presente desdichado y un porvenir mas desdichado aun. ¿Qué nos queda sino una miserable existencia? Salgamos de este estado: ahí, ahí teneis aquella libertad tan deseada y con ella riquezas, honores, gloria: este es el premio que la suerte ofrece á los vencedores. Las comodidades, el peligro, la pobreza, y sobre todo el botin, que es el precio del combate, os enardecerán mas que mis palabras. Vuestro soy, capitan ó soldado; mi cabeza y mi brazo no os faltarán nunca.

Curio. Muy bien. Muy bien.

Fulvia. Mejor que Ciceron. (*En voz baja.*) ¿Y los horrores, cuándo vienen?

Bestia (*aparte*). Todo esto no significa nada y el imperio no se reparte.

Fulvia (*aparte*). Pero yo estoy bebiendo vino puro.

Catil. Los hombres cambiarán con las cosas. ¿Cuáles son vuestros deseos?

Curio. Yo pido la abolicion de las deudas.

Bestia (*levantándose*). ¡Eh! entendámonos; yo soy acreedor.

Catil. Tú te reintegrarás en una provincia.

Bestia. Entonces pido el gobierno de Asia.

Cétego. Yo la proscripcion de Lúculo y de Craso.

Vargunt. Regla general, la proscripcion de todos los ricos.

Porcio. Yo pido la cuestura.

Galbinio. Yo el sacerdocio.

Cétego. Yo el saqueo; esta palabra lo abarca todo.

Vercing. (*aparte*). ¿Quién pedirá la libertad?

Catil. Todos quedareis contentos... Manlio, digno de su antiguo nombre popular, levantó por nosotros el estandarte en Etruria; los esclavos de la Pulla se rebelan; los diputados de los Alóbroges sublevarán la Galia; Pison sale para España; Nacerino para la Mauritania con un ejército. No hay tiempo que perder, porque Pompeyo, sosten del senado, no espera mas que una órden para volver con sus legiones. Roma es nuestra sin oposicion: sofoquémosla antes de que grite pidiendo socorro. El recelo y el miedo trabajan por nosotros; dicen que yo he matado á mi hijo, que hemos encontrado el águila de plata de Mario y que le sacrificamos hombres, que asesinamos para ejercitar nuestros brazos y unirnos por medio del delito, que bebemos sangre....

Curio (*dando una carcajada y levantando la copa*). Sí, es verdad, sangre de Falerno. Echame vino esclavo (*Vercing. lo hace.*) Bebamos todos en esta copa por nuestra indisoluble amistad. (*Pasa la copa de mano en mano y llega á Fulvia.*)

Fulvia (*pasándola sin beber á Catil.*) A otro.

Catil. (*despues de haber bebido*). Mañana al ponerse el sol debe morir Ciceron. Tú Cétego y tú Varginteyo con vuestros gladiadores tomad el asunto á vuestro cuidado. Muerto ya Ciceron, debemos prender fuego á la ciudad por los cuatro ángulos: tus esclavos, Bestia, se encargarán de ello.

Vercing. Obrarán como hombres libres.

El Diputado. Yo haré que se subleven las Galias. (*Cae enteramente embriagado.*)

Catil. (*á Vercing.*) Galo, llévale al vomitorio Mañana todos en el senado.

Todos. Al senado. (*Se levantan.*)

Fulvia. Vuestra conspiracion no tiene absolutamente nada de divertida, se parece á todas las demás, y se come con mas alegría en casa de Caton. Aquí no hay el mas pequeño horror ni la mas mínima monstruosidad. No hay mas borrachos que ese obeso Galo que ronca como en el senado.

Vercing. (*aparte*). Cuando tengamos en nuestras manos el hierro y el fuego, vengaremos á Espartaco. (*Mientras sale la turba de conjurados, entra César.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, César.

Todos. Por fin ya está aquí César.

Curio. La hermana de Caton nos le devuelve.
Catil. (*á César*). Y bien; ¿estás decidido?
César. Ya no dudo; no soy de los vuestros. (*Sensacion.*)
Curio. ¿Qué dice?
César. Digo que aun no es tiempo, y es una locura conspirar cuando llega trigo de Sicilia todos los dias; cuando el pueblo harto, no carece ni aun de gloria; cuando aplaude los discursos de Ciceron y las victorias del Gran Pompeyo.
Catil. ¿Entonces á qué vienes?
César. Vengo á advertiros que el senado ha urdido contra vosotros una conspiracion con mas acierto que la vuestra. ¿No sabeis que el cónsul Ciceron propuso ayer que se condenasen las sublevaciones con diez años de destierro? ¿No os parece que este es un golpe directo? Mañana serás acusado en el senado.
Catil. ¿Tendremos senado mañana?
César. El senado ha dado sus disposiciones y acaso se alegra de no tener que sofocar mas que una conspiracion, al paso que con un poco mas de paciencia podríais destruirle con la guerra civil. No teneis soldados y todas vuestras fuerzas están aquí, porque los amigos ausentes para nada os sirven. ¿No conoceis que Craso con sus millones tiene el mayor interés en venderos? Hasta se dice que ha presentado el plan de la conspiracion y una lista de los conjurados. Esto lo sé por la hermana de Caton, por la misma Servilia, que me ha dado cuenta de todo temiendo que me hallase entre los conjurados.
Catil. Nosotros tenemos valor, que es lo que te falta á tí y á Craso.
César. El valor solo sirve para morir; lo que acabo de deciros es la última palabra de un amigo. ¡Si yo pudiese evitar el ir al senado! Adios, ya no hay nada de comun entre nosotros, ni aun la memoria. (*Llevando á Catilina aparte.*) Tú vas á hacer de Ciceron un hombre de Estado. (*Volviendo atrás.*) Se me olvidaba cuál debe ser mi juego. (*Váse.*)

ESCENA IX.

Los mismos menos César.

Fulvia. ¡Cómo! ¿César no es de la conspiracion? ¡Hola! me agrada.
Curio. Tanto mejor, con eso tocarán á mas los que quedan.
Fulvia. Tanto peor. Yo tampoco quiero tomar parte.
Catil. Uno menos: ¿qué importa? (*Señalando á Fulvia.*) Ademas, tenemos quien le reemplace.
Fulvia. ¿Quién se atreveria á sentirlo?
Bestia (*despues de un rato de reflexion*). César no toma parte... No sé esplicar lo que siento. Tengo escalofrios; estoy temblando.
Catil. Ya habeis oido á César: el senado conspira; Ciceron prepara tramas contra nosotros. Importa, pues, mucho averiguar cuáles son los designios del cónsul. En este momento querria tener á César.
Curio. ¿Por qué?
Catil. Porque es el marido de todas las mujeres.
Bestia. ¿Qué tiene que ver eso con la conspiracion?
Catil. ¿No lo adivinas? ¿No sabes que el mejor de los conspiradores es el adúltero y que el amante de la mujer sabe siempre los secretos del marido? ¿Hay entre nosotros quien se entienda con Terencia?... ¿Quién se compromete á hacerlo?
Curio. Yo no ciertamente. (*Bestia mira á Curio riéndose.*)
Cetego. Ni yó.
Vargunt. Yo me he encargado de matar al marido, y basta.
Fulvia. Pues echad suertes. Apuesto á que Bestia es el afortunado.
Todos. Sí, sí, Bestia.
Bestia. No, hermosa Fulvia... Curio no ha esperado á que le toque la suerte.
Fulvia. ¡Curio!
Bestia. Sí, señores, Curio. Mirad que encarnado se le pone hasta lo blanco de los ojos.
Curio (*á Bestia*). ¿Qué has dicho majadero? Fulvia, no lo creas.
Bestia. Digo que has estado á punto de traer aquí á la mujer de Ciceron...
Curio. Calla.
Fulvia (*á Curio*). ¡El encuentro hubiera sido gracioso! ¿por qué no lo has hecho? (*Aparte.*) ¡Me engañaba!
Catil. Tengo derecho para reconvenirte por tu discrecion, Curio. Si es cierto que está abierta para tí la casa de Ciceron, puedes y debes ayudarnos. Es preciso pues, que vayas antes que Vargunteyo, y te apoderes de las armas afiladas contra nosotros.
Fulvia. No seria justo dudar cuando se trata del bien de la causa. Yo como conjurado apoyo la peticion de Catilina.
Curio (*aparte*). Maldito Bestia.
Catil. Ya lo ves, Fulvia es suficientemente hombre para comprender que se trata del interés comun y que tu encargo es el mas difícil de todos.
Fulvia. ¡Me engañaba! Desde este instante mi mision se cambia.
Catil. Va amaneciendo; prepárate para visitar á Terencia.
Curio (*con negligencia*). Estoy muerto de cansancio.
Catil. Sé generoso: Fulvia lo permite. Esperaré tu vuelta en casa de Vargunteyo, y despues daremos las disposiciones convenientes.
Fulvia (*aparte*). Me engañaba. Vaya en buen hora á buscar á la mujer; yo iré á buscar al marido.
Catil. Nada ha cambiado de nuestros planes. Mañana caerá Roma en medio de las llamas y de la sangre. Nuestra justicia principiará por el cónsul, y acabará por el Senado. Patricios, plebeyos, gladiadores, esclavos, cada uno cumpla su co-

metido; y estad dispuestos mañana al ponerse el sol.

Conjurados. Hasta mañana. (*Vánse*.)

Catil. Tú y los tuyos cuidareis del incendio. (*Vése*.)

Vercing. ¡Nosotros cuidaremos del incendio, ¿Quereis ahora obedecer?

Esclavos. ¡Qué hermoso será el incendio! nuestros amigos le verán desde los montes de la Pulla.

ACTO SEGUNDO.

Interior de la habitacion de Ciceron.

ESCENA I.

Ciceron *solo*.

Siempre avisos indirectos, siempre cartas anónimas: zumba continuamente en mis oidos un grito amenazador. Vela, cónsul, abre los ojos: Roma está en peligro, hay conspiradores en todas partes... y luego no los hay en ningun punto, y en medio de estas siniestras predicciones Craso desde sus jardines me causa recelos; Craso amigo de Catilina, Craso absuelto por medio del dinero. No sé qué pensar ni qué hacer. ¿Quién se oculta detrás de la máscara? ¿A quien he de quitársela? Y en esta confusion la ley prohibe con sus nobles delicadezas tomar precauciones, y por respeto á la libertad individual, pone con peligro la libertad de todos... ¡Qué grave peso es el consulado en tiempos de discordias! ¡Maldito sea el dia en que me lancé á este camino de agitacion, abandonando la Grecia y sus dulces estudios por el Foro y sus ambiciones! ¡Atico, Atico, cuánto mas feliz eres que yo! Pero ya no puedo volverme atrás... Soy cónsul, y debo velar por la salud de la patria.

ESCENA II.

Ciceron, un esclavo.

Esclavo. Una mujer desea entrar para hablar á solas con el cónsul. Dice, que tiene un secreto de importancia que comunicarle.

Ciceron. Siempre revelaciones sin pruebas..... Bien, es preciso oirlo todo. (*Hace una señal al esclavo, y entra Fulvia*.)

ESCENA III.

Ciceron, Fulvia.

Ciceron. ¡Cómo! ¿Tú aquí, Fulvia? ¡Qué desórden en tu traje! ¡Cuanta tristeza en tu semblante! Aun no ha cantado el gallo, y ya vienes á llamar á mi puerta. Los pretendientes no son tan madrugadores. ¿Han cerrado acaso tu puerta los censores?

Fulvia. Tú eres demasiado amigo mio, y yo no soy ingrata.

Ciceron. Entonces me causas miedo.

Fulvia. No te burles; ahora te pondrás pálido.

Ciceron. ¿Es una epidemia? Tú la Vénus alegre y sincera de Roma.

Fulvia. Y no la Ceres discreta, tengo derecho á doble recompensa, porque poseo dos secretos que vengo á confiarte.

Ciceron. En el tiempo que corre no vale gran cosa un secreto, y el amante que te le ha confiado, te ha pagado en muy mala moneda. No estraño ya que se haya acabado tan pronto la noche.

Fulvia. Si hubiera de medirse el tiempo por lo que se ve y se oye, la noche ha sido sumamente larga.

Ciceron. ¿Y dónde la has pasado?

Fulvia. En casa de Bestia.

Ciceron. Tambien sé yo que te ha parecido larga.

Fulvia. Con Catilina, Lentulo, Cétego, Varguntevo, Capiton y otros muchos.

Ciceron. ¡Oh! El asunto se pone sério.

Fulvia. Mas sério de lo que te figuras, porque tengo que hablar al cónsul y al marido. ¿A cuál debo dirigirme antes?

Ciceron (*con gravedad*). A los dos.

Fulvia. Animo, cónsul, atentan á tu vida. Esta noche Vargunteyo y Cétego vendrán armados de puñales á llamar á tu puerta como amigos y clientes. Catilina los ha elegido para que te asesinen. Tú serás la primera víctima, y Roma debe ser tu pira. Ríete ahora si puedes; y sin embargo no lo he dicho todo. Esposo, se atenta contra tu mujer.

Ciceron (*consternado*). ¿Para asesinarla tambien?

Fulvia (*sonriéndose*). Al contrario. Uno de los conjurados, Bestia, es el amante de Terencia; y esta mañana debe venir á verla.

Ciceron. Mientes.

Fulvia. Estos son los hombres. Lo que acabo de revelarte, lo he visto y oido yo misma; tú puedes ahora verlo y oirlo. No te diré una palabra mas. Lo que he hecho, ha sido mas por mí, que por la patria; por mí y por el dinero, que la patria y el cónsul me deben en pago de haberlos dado este aviso. ¿Cuándo puedo ir á casa del cuestor?

Ciceron. Mañana. (*Sale Fulvia*.)

ESCENA IV.

Ciceron *solo*.

Mi cabeza vacila... Pero la acusacion de una cortesana puede contaminar á la mujer de un cónsul... ¡Curio! ese hombre de fama perdida... ¡Ah! no puedo creer en tal iniquidad... Solo me faltaban los sinsabores domésticos.

ESCENA V.

Ciceron, un esclavo, diputados alobroges.

Esclavo (*anunciando*). Los diputados alobroges.

Ciceron (*con aspereza*). ¿Qué quereis? Vuestra peticion para que se rebajen los impuestos ha sido presentada al Senado.

1.er *Dip.*° ¿Y crees que lo conseguiremos?

Ciceron. Esa es la cuestion.

1er *Dip.*° Nosotros podemos desvanecer la duda: un servicio merece otro. Ayer éramos clientes del Senado, y hoy somos due-

ños. Tenemos cartas que hablan por nosotros mejor que Publio Sanga nuestro defensor.

Ciceron. ¿Qué cartas?

1.er *Dip*. El plan de una conspiracion, escrito de mano de un conjurado que firma Curio.

Ciceron. ¿Curio?... (*Se pasea agitado.*)

1.er *Dip.*° Nosotros la llevaremos al Senado.

Ciceron. ¿Curio?...

1er *Dip.*° De este modo nos deberá Roma su salvacion.

Ciceron. ¡Curio! ¡Ese á quien ella prefiere!

1.er *Dip.*° ¿Cómo? ¿Le prefiere á tí? ¿Será acaso nombrado cónsul?

Ciceron. ¿He merecido semejante perfidia?

1.er *Dip.*° (*aparte*). En verdad que hemos hablado demasiado pronto. Dínos cónsul qué podemos prometernos de Roma.

Ciceron. ¡Pérfida! ¡ingrata!

1.er *Dip.*° ¿Qué te ha hecho?

Ciceron. Mil gracias: retiraos, se hablará en vuestro favor.

2.° *Dip.*° ¿Es este el famoso orador? ¿Qué está diciendo?

Ciceron. Retiraos, y no hableis una palabra de lo que os he dicho.

1.er *Dip.*° ¡Pobre Roma! su cónsul está enfermo. (*Vánse.*)

ESCENA VI.

Ciceron, un esclavo.

Esclavo. Por dos veces ha venido Terencia á entrar aquí, y ambas veces me ha preguntado si habias salido. Ahora vuelve de nuevo con una mujer.

Ciceron (*aparte*). ¿Qué querrá hacer durante mi ausencia?.. (*Al esclavo.*) Silencio: he salido. Que entre... vete. (*El esclavo se inclina y sale.*)

Ciceron (*se esconde detrás de una cortina*). Con una mujer... No eran suficientes mis desvelos consulares. Debo ser ademas de grave espía fuera de casa, espía ridículo dentro de ella. La adúltera con la cabeza erguida arrastrando por el suelo el manto del patricio viene á sentarse en mi habitacion, y yo debo esperarla humildemente, escucharla y tratar de sorprender á través de los impuros besos cualquier indiscrecion política; y todo esto por tí, ¡oh Roma!

Esclavo (*desde afuera*). El cónsul ha salido.

ESCENA VII.

Terencia, Servilia, *hermana de Caton*, Ciceron, *escondido*.

Terencia (*llevando á Servilia de la mano*). Ven, hermosa mia; el Dios ha abandonado el santuario: entremos en él nosotras, débiles mortales.

Servilia. ¿Y si volviese? Estoy temblando. Malditos sean los hombres y sus intrigas.

Ciceron (*aparte*). ¿Qué querrán estas mujeres?

Terencia. No debemos calumniar sus intenciones, porque trabajan para nosotras, querida amiga. ¿No ves que tambien nosotras tenemos interés en la revolucion que te causa miedo? Dicen que saldremos de este estado de dependencia en que nos tiene sumidas la fuerza brutal, que la mujer será igual al hombre, y que tendremos derecho á gobernar, ya te considero cónsul.

Servilia. Por favor, no te burles de mi terror, y aprovechémonos de la ausencia del señor.

Terencia. Nos reiremos y nos aprovecharemos de ella.

Servilia. Deseo salir de esta inquietud; deseo que arranquemos juntas, á tu marido el secreto que no puedo arrancar al mio.

Terencia. ¡Qué curiosa! Por Juno que me conformó y ya estoy esperando. Todo saldrá bien: los maridos no tienen ningun Dios.

Servilia. ¿Le hay para los amantes?

Terencia. ¿Y lo dudas impía? ¡ingrata! ¿No está cerca de tí Cayo César todos los dias como oculto por una nube a los ojos de tu esposo?

Servilia. Sí, siempre. Eso sucedia cuando era estraña á las locuras de la ambicion.

Terencia. Lo mismo puedo decir yo de Curio.

Servilia. ¿Comprendes ahora mi terror? Si algunas veces te lamentas de la ausencia de aquel á quien amas ¿qué seria si la muerte....

Terencia. Tú deliras. ¿Se comen acaso los lobos unos á otros? Si esa pretendida conspiracion fracasa, sacrificarán á un plebeyo y asunto concluido.

Servilia. Eso es suficiente para satisfacer la vindieta pública; pero no las venganzas particulares.

Terencia (*riendo*). Lo que es yo no temo por Curio. Ciceron no causa al mundo el menor recelo: es mas bien el marido de Roma que el mio. Pero en verdad que me causa risa: tú eres aun mas afortunada que yo: eres madre; tu hijo se llama Bruto, porque tu marido se llama Bruto, y pasas por la matrona mas severa de Roma.

Ciceron (*aparte*). ¡Pobre Bruto! ¡pobre marido!

Servilia. Para mí tienen grande importancia los presentimientos. Deseo avisar á César; quiero sacarle de la conspiracion, aunque tenga que enviar á buscarle en medio del Senado. Quiero escribirle Terencia, dáme el estilo. (*Escribe.*)

Terencia. Con tal que llegue la carta. Mira que las palabras vuelan y lo escrito queda.

Servilia (*doblando la carta*). Tengo un esclavo de confianza.... pero.... siento ruido.

Terencia. Es el manto consular que se enfada en el guardaropa.

Ciceron (*aparte*). No puedo mas. (*Va á salir cuando entra Curio y vuelve á ponerse detrás de la cortina.*) ¡Curio! ¡Oh Dioses!

ESCENA VIII.

Los mismos Curio.

Terencia (*volviéndose.*) ¿Qué nuevo cliente viene á casa del cónsul?

Curio. El único que hay de esta clase segun creo. Te buscaba, hermana Terencia y no esperaba encontrarte aquí... aquí donde Vulcano templa sus rayos.

Terencia. ¡Bien venido! Anima á esta pobre Servilia, á quien hace infeliz su César. Teme no se halle mezclado con la turba de conspiradores que hace tanto tiempo tiene sobresaltado al cónsul.

Curio. ¿Qué? ¿piensa en ellos el consul?

Terencia. ¿Qué si piensa? Hasta perder el apetito y el sueño.

Curio. ¿De verás? ¿Y qué dice?

Terencia. Nada. Está mudo como una tumba, y nosotras hemos venido aquí durante su ausencia para informarnos por nosotras mismas.

Curio (*registrando los papiros*). ¿Y qué habeis encontrado? Pero las mujeres no entienden esta lengua: yo buscaré por vosotras. (*Sigue registrando.*)

Terencia. ¡Buen oficio! ¿De cuándo acá aprecias tú tanto á César?

Curio. Por tí, hermosa Terencia, haré esto y mucho mas.

Terencia. Acaso tambien por tí: tú no eres mejor que César.

Curio (*registrando*). Nada de particular, cartas anónimas, habladurías, temores vagos. ¡Oh!... (*Aparte.*) *Oracion contra Catilina*.... Esto es cosa nuestra.... «y hasta cuánto, oh Catilina.... (*Toma el papiro y sin ser visto se lo guarda en el pecho.*)

Terencia. ¿Con que, Servilia, estás ya tranquila?

Curio (*aparte*). Era su improvisacion para la noche. ¡Cuánto se alegrará Catilina!

Terencia. Yo querría estar tranquila respecto de tí, como lo está Servilia acerca de César. Pero te veo tan pálido, tan preocupado, tan cambiado conmigo. Segun dicen las jentes las tienes por docenas. Eres ciudadano rebelde, y amante perjuro. Respecto de la república, cómo ha de ser; este es asunto de Tulio. Pero...

Ciceron (*asomando la cabeza*). ¡Infame!

Curio. Eso no es mas que una calumnia. (*Aparte.*) Es preciso ir á animar á Catilina. (*A Terencia.*) Te conduciré á tu estancia, dulce amiga; y mañana volveré libre de pensamientos y todo para el amor...

Terencia. Vámonos de esta oficina de arengas: aquí ya nada tenemos que hacer.

Curio (*agarrándola con familiaridad*). Sí, vamos. (*Salene.*)

ESCENA IX.

Ciceron *solo.*

¡Oh¡ Ya no hay duda. Héme aquí obligado á publicar mi vergüenza ó á sacrificar al Estado. ¡Terrible alternativa! Bruto, Bruto, tú inmolaste tus hijos á la república; yo le inmolo el honor de mi casa. Es preciso pensarlo todo: ya no hay esposo, ni esposa; aquí no hay mas que el cónsul. Se repudia á la mujer, pero no se repudia nunca á la patria. No me habia engañado Fulvia. Sí, Curio, mañana volverás libre de pensamientos, ¡todo para el amor! mañana no tendrás ya obstáculos, no habrá cónsul; se habrá consumado el delito. Todavía no, Curio..... aun no..... Pero ahora no son suficientes las palabras; deben ser armaduras, porque la toga no sirve para defenderse. ¡Esclavo! ¡Esclavo! Tráeme la coraza.—Pero me ha robado mi discurso.—Pronto, mi coraza.—No perdamos tiempo; se acerca la hora de ir al senado: ¡cuánto me embaraza este vestido de hierro!.... Cuando vean en el senado que Ciceron ha tomado la coraza, comprenderán que Catilina ha tomado el puñal.

ESCENA X.

Interior del senado.

Senadores, Marcio *príncipe del senado*, Sanga *cuestor*, Publio *gran sacerdote*, Fabio, César, Caton.

Fabio. Padres conscriptos, los alobrojes mis clientes, están aun esperando vuestra decision respecto de sus débitos.

Caton. Tenemos que tratar de otras cosas antes que de esas miserias. Roma é Italia son antes que todo. Me escriben de Fiesola que Manlio recorre los campos á la cabeza de una multitud armada: los esclavos se agitan en Cápua y en Pulla, y aquí no hay mas que desórden y confusion. La tempestad amenaza de cerca y de lejos: todos temen por sí y tiemblan como cuando vino Aníbal, y las mujeres en los templos ruegan á los dioses que alejen de nosotros unos males que ellos desconocen. El miedo es hoy la única divinidad de Roma; van, vienen, se chocan en la sombra, no distinguen á los amigos de los enemigos, y no se sabe de quién fiarse ni á qué atenerse. ¡Terrible situacion que no es la paz ni la guerra!

Publio. Y yo, pontífice de Júpiter ¿qué os diré? los espectros dejan sus tumbas, las estátuas vacilan en sus pedestales, Febo se ha levantado de color de sangre, y los pollos sagrados rehusan la comida. ¡Desgraciados de nosotros!

Caton. Cuánto tarda Tulio.

Marcio. No esperaré á que venga para leeros una carta del conjurado Manlio, mas franca y clara de lo que pudiera esperarse. (*Lee.*) «Los dioses y los hombres son testigos de que no tomamos las armas contra la patria, ni para atentar á la vida

de nadie, sino para defender la nuestra. Gracias á la tiranía de la usura, la mayor parte de nosotros carecemos de patria y todos de bienes y de honores. En vano, como nuestros abuelos, invocaremos la ley que deja en libertad al deudor mediante la cesion de sus bienes: ¡tan grande es el rigor de lo que llaman derecho pretorio! Vuestros abuelos se compadecian generalmente en sus decretos de la miseria del pueblo, y no hace mucho, porque nos acordamos de ello, lo enorme de las deudas alteró la moneda y se pagó el oro con cobre. Con frecuencia el pueblo bajo por la veleidad de la ambicion ó disgustado de la tiranía, tomó las armas y rompió con el senado. Nosotros no buscamos el poder ni las riquezas, que son comunmente el orígen de todas las disensiones humanas, sino la libertad á que no se renuncia sino con la vida. Suplicamos por tanto á tí y al senado que nos deis el apoyo de la ley, anulada por el pretor, y no nos obligueis á buscar el medio mejor de morir para vengarnos.

César. ¿Sabeis, padres conscriptos que si esa carta se fijase y leyese en los cuatro ángulos de Roma, no estaria el pueblo de nuestra parte?

Marcio. Yo le he contestado que el que quiera obtener algo del senado debe deponer las armas y venir á Roma con humildad, y que el senado y el pueblo son de tal manera clementes y generosos que no niegan la ayuda y el auxilio, á quien lo implora.

César. ¿Quién representa aquí el pueblo? ¿tú como senador, ó Manlio como tribuno? Es preciso que nos entendamos. Parece que el pueblo es quien hace la súplica y da la respuesta; pero además las pretensiones de Manlio no parecen tan absurdas.

Marcio. Siempre han sido una misma cosa el pueblo y el senado; el cuerpo obedece á la cabeza. Por otra parte, gracias á los rumores que corren, los conjurados son personas de diferentes clases; y el pueblo no tiene simpatías con incediarios ni con bebedores de sangre. En el órden social todo se encadena, y nosotros tenemos de nuestra parte á todos lo que poseen ó pueden poseer con razon ó sin ella, y nos los hemos atraido con la calumnia ó la verdad. Se ha dicho que era la guerra del que posee contra el que no posee y hemos sacado el interés público del fondo del egoismo.

ESCENA XI.

Los mismos, Ciceron, Lictores.

Todos. El cónsul, el cónsul.

Marcio. Te esperábamos.

César (*aproximándose á Ciceron*). Por Júpiter que eres tremendo ó mejor dicho temeroso. ¿Qué significa la coraza en el senado? ¿Qué has oido de nuevo?

Ciceron (*abatido*). El peligro se aproxima cada vez mas. Mis poderes son demasiado limitados para protejer la república: yo no respondo de nada si hemos de permanecer dentro de los límites ordinarios de la legalidad.

César. Exordio por insinuacion para llegar á la dictadura y tener derecho de vida y muerte sobre todos los ciudadanos. ¿Qué hay de nuevo? (*Un esclavo entrega una carta á César*.)

Ciceron. Lo sé todo. Todos vosotros debeis ser asesinados, padres conscriptos; Roma entregada á las llamas; y yo seré la primera víctima.

César. Lo mismo podria decirse del último muchacho de Roma.

Ciceron. No digo nada sin pruebas: una mujer me ha sacado de la horrible incertidumbre.

César. Y ¿quién es?

Ciceron. Todos la conoceis: Fulvia.

César. ¿Quién, Fulvia? ¡La cortesana! buen testimonio seguramente.

Ciceron. La conspiracion arde hasta en las provincias.

César. Cuanto estás diciendo es muy vago, y hoy lo mismo que ayer nos traes tu dósis de miedo y de sospechas, y nada mas.

Caton. La luz te causa miedo, César; tú te opones á la verdad cuando pide audiencia al senado, la rechazas con las burlas y los sarcasmos y guareciéndote detrás de una duda insolente, das tiempo de obrar á los conjurados. Cuando estemos bajo el hierro de los asesinos nos permitirás decir *habia peligro*.

César. La acusacion es grande, noble Porcio Caton.

Caton. Yo la sostengo antes de continuar y pido solo por prueba la carta que acaban de entregarte.

César (*abriendo la carta*). Tú no puedes exijir...

Caton. Yo nada exijo, pero pido que Marcio, príncipe del senado, que está presente, usando de su derecho, te obligue á poner en manos del cuestor esa carta para que se lea al senado.

César. ¿Tú lo quieres? Pues bien, cuestor lee en alta voz.

Sanga (*leyendo*). «¡Amado mio! esta noche te espero...

César (*interrumpiéndole*). Os advierto que es de una mujer.

Caton. Hasta ahora nada prueba que no sea de un hombre. Sigue, cuestor.

Sanga (*continuando*). «Estoy inquieta por tí á causa de la época que atravesamos. En nombre de nuestro amor no dejes de venir despues del senado; te lo ruego con toda mi alma.»

Caton. ¿Y la firma?

Sanga. Servilia.

Caton. ¡Mi hermana!

César. Tú lo has querido. De este modo es como se conspira.

Ciceron (*á Caton que está abatido, dándole la mano con simpática compasion*). No te sonrojes, noble Porcio Caton: solo es tu hermana, al paso que yo...

César. Contesta, te escuchamos, cónsul sublime. ¿A caso te impide respirar la coraza?

Ciceron. ¡Oh patria mia!

César. Hoy no tienes aliento.

Ciceron. ¡Fuera la vergüenza! Oh patria, tú vences. Esta mañana el orgulloso Curio se introdujo en mi casa y creyéndose solo con mi mujer, le habló de la conspiracion, y preguntó, fiado en su debilidad, el secreto de nuestros medios de defensa.

César. ¡Solo con tu mujer! ¡Sublime confesion! Yo voto porque seas nombrado padre de la patria. (*Aparte.*) Esta paternidad suplirá á la otra. (*Los senadores se rien.*)

Caton. ¿Qué propones, cónsul?

Ciceron. Primeramente acuso á Catilina y pido que se le aplique la pena marcada por la ley Plautía contra los revolucionarios.

ESCENA XII.

Dichos y los diputados alobroges.

Ciceron. Aquí teneis una prueba mas. Venid, nobles aliados del pueblo romano.

Primer diputado. Padres conscriptos; los conjurados nos han hecho la injusticia de contar con nosotros porque estamos miserables, y han prometido lo que solo vosotros podeis dar, la abolicion de nuestros débitos. Aquí está el plan de la conspiracion escrito por uno de los conjurados firmado Curio.

Ciceron. Curio, ¿oís?

César. Segun lo que veo, concluiremos por creerte, oh cónsul.

Ciceron. Pido ademas que se escluya del senado á Catilina.

ESCENA XIII.

Los mismos, Catilina, Lentulo, Varguntello *y demás compañeros.*

Senadores. ¡Catilina! ¡ah! ¡ah! (*Gran movimiento: Catilina y los suyos se colocan en sus puestos silenciosamente: los que están cerca se separan de ellos. Ciceron se levanta para hablar.*)

Senadores. Silencio: el cónsul va á hablar, silencio.

Ciceron. ¿Y hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? ¿Pues qué? ¿no te han conmovido ni te han dicho que tus planes están descubiertos, la guardia nocturna del monte Palatino, ni las escoltas preparadas en la ciudad, ni el temor del pueblo, ni el sentimiento de todos los buenos ciudadanos, ni la activa vijilancia ni el aspecto del senado? ¿Crees que nadie de nosotros ignora lo que hiciste la noche pasada y la precedente y dónde estuviste, con quiénes y qué determinaste? ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres!

Catilina. Hoy, cónsul, tenias necesidad de desfogarte; pero vosotros sabeis, padres conscriptos, qué objeto se propone, y no deis fe á vanas palabras contra mí. Tulio Ciceron, siempre mas retórico que cónsul, aprovecha todas las ocasiones de manifestar elocuencia. No creais, no, que yo, patricio cuyos antepasados tanto bien merecieron del pueblo romano, tenga necesidad de humillar á la república para enaltecerme, ni que Tulio Ciceron, el natural de Arpino, ese intruso en la ciudadanía, sea su apoyo. Silêncio, charlatan; silencio, profeta de desgracias, vete á otra parte con esas bravatas. ¿Quieres aplicarme la ley Plautia contra los conspiradores, y me acusas de que conspiro? ¡Ah! si es ilícito mostrar compasion hácia la miseria de los plebeyos, si es insulto defender la causa contraria á la usura, si es conspiracion pedir su diminucion, sí, soy culpado, insulto, conspiro.

Ciceron. Ni tú ni los tuyos debeis esperar ningun alivio. Pides la abolicion de las deudas, y nuevos registros; yo los presentaré pero serán de venganzas.

Catilina. Entonces todos vosotros que le escuchais, conspirais contra la república, quereis perderla; porque sois ricos, sois inexorables con los padecimientos de la necesidad; y sin embargo sabeis muy bien qué clase de equilibrio puede existir cuando todo está de una parte y nada de la otra.

Senadores. ¡Fuera, fuera! ¡impío! ¡parricida!

Catilina (*levantándose*). Promoveis un incendio contra mí; pues bien, yo lo apagaré con las ruinas.

Senadores. ¡Ah, ah! (*Salen Catilina y los suyos con aire amenazador.*)

ESCENA XIV.

Dichos, menos Catilina *y sus secuaces.*

Ciceron. Vosotros lo habeis dicho, senadores; impío, parricida. El mismo ha venido á declararnos descaradamente la guerra y á señalar sus víctimas. Guerra, pues; que Catilina y Manlio sean declarados enemigos de la patria.

Senadores. Sí, sí; enemigos de la patria.

Ciceron. Propongo que esta misma noche á la hora en que acostumbran reunirse sea invadida la casa de Bestia, asilo de esos infames; que Marcio salga para la Etruria á fin de detener á Manlio; Metelo Trítico para la Apulia; Pompeyo Rufino para Cápua, Metelo Celer para el Piceno; y que mi colega Antonio se ponga á la cabeza del ejército contra Catilina.

Senadores. Aprobado, aprobado.

César. Advertid que el interés público puede dar márgen á satisfacer las venganzas particulares.

Caton. Los enemigos no están todos fuera, y yo propongo que se conceda al esclavo que se haga delator, la libertad y cien sextercios, doscientos al libre y la impunidad si es cómplice.

César. La ley es moral.

Senadores. Aceptado, aceptado.

Caton. El tiempo urge; y para obrar con mas rapidez, pido que, como en las circunstancias difíciles, se deje á Roma á merced de los cónsules, los cuales revestidos del poder dictatorial, darán las disposiciones convenientes para que no sufra daño alguno la república.

Senadores. Aceptado, aceptado.

César. ¿No lo dije? Han hecho á Ciceron hombre de Estado.

ACTO TERCERO.

Casa de Bestia.

ESCENA I.

Bestia, Esclavos.

Primer esclavo. Cantemos, bailemos; seamos libres; ¡viva el senado!

Segundo esclavo. Ciceron es el bienhechor de la humanidad.

Bestia. Yo os mataré á palos.

Primer esclavo. ¿Qué? ¿No lo has oido? somos libres; aquí no hay ya esclavos, no hay mas que hombres. Hemos ido á denunciarte.

Bestia. Yo os haré enrodar, ladrones. ¡Los látigos! ¡los palos! ¡el capataz!

Segundo esclavo. Hemos ido á denunciarte, ¿has entendido, viejo sordo? ¡somos libres!

Bestia. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Vosotros, mis amigos, mis confidentes?

Primer esclavo. ¡Tus amigos! ¡tus confidentes! Dí mas bien tus bestias de carga. Ahora no somos ya ni aun tus libertos; somos libertos del pueblo, y si nos matases, cometerias un homicidio.

Bestia. Yo nunca os he hecho matar.

Primer esclavo. Porque nos hubieras perdido, viejo usurero. Tú no mandas matar ni aun á tus caballos cuando están sanos y robustos. ¿Quieres recibir de nosotros á interés cien sextercios? Has de saber que el senado nos ha dado dinero que seguramente te reclamará para reembolsarse. (*Bailan alrededor de Bestia echando al aire sus gorras. Bestia se arrodilla delante de ellos con los brazos estendidos.*)

Primer esclavo. Yo soy libre, Bestia (*tira al suelo su gorra*). Recoge mi gorra.

ESCENA II.

Los mismos, Vercingetorix.

Bestia. ¡Socorro, Vercingetorix!

Primer esclavo. ¡A buena parte vas! es tambien un hombre libre.

Vercing. Atrás: yo no soy espía. Ya no os conozco, porque valeis menos desde que valeis mas. ¿Por qué os habeis olvidado de mí en el tribunal del cónsul? ¿por qué habeis olvidado á todos vuestros hermanos que quedan esclavos en Roma? Marchad, sois libres; ¿hay acaso doble recompensa para el galo liberto que denuncia al galo esclavo?

Bestia. ¡Ah mi buen Vercingetorix!

Primer esclavo. ¿Con que no quieres volver á nuestra hermosa patria? ¿quieres hacer el virtuoso para tener otro amo? Te escribirán en la frente. *Esclavo fiel, conspirador mudo*; y te comprarán caro el dia que se vendan los bienes de Bestia.

Vercing. Vosotros no sois aun tan ricos que podais comprarme: acaso lo sereis. La delacion hace adelantar mucho; y no me estrañaria veros un dia sentados en el senado, y amos mios.

Primer esclavo. ¿Qué te prometes de esa graciosa colera? Ea, echate á los piés de Bestia, jura serle fiel y morir si es preciso, para enseñarle cómo se muere: ¡adhesion sublime! En cuanto á nosotros, atravesando la Italia, demasiado tiempo bañada con nuestras lágrimas y con nuestra sangre, volamos á ver de nuevo los lugares donde pasamos nuestra infancia y las verdes florestas de nuestra Galia.

Vercing. ¿Volvereis á ver la Galia? ¿Y qué hareis allí? Roma es hoy vuestra patria; la delacion os ha dado carta de naturaleza en ella; la delacion es vuestro derecho de ciudadanía. Ciudadanos, adios.

Los esclavos. Adios, esclavo. Toma nuestras cadenas como recuerdo. (*Vánse.*)

ESCENA III.

Vercingetorix, Bestia.

Bestia. ¡Maldito sea el dia que conocí á Catilina! Es cosa concluida: acaso perderé tambien la vida; pero tú lo has querido.

Vercing. Yo no tenia otra voluntad mas que la tuya.

Bestia. Lejos de mí la idea de hacerte reconvenciones; no seria el momento oportuno, mi fiel esclavo. Solo tengo envidia á tu estado, porque no pierdes ni ganas; pero yo (*golpeándose la cabeza*), yo bien decia que las mujeres nos traerian desgracias. No quiero volver á ver á ese terco de Catilina, ni hablar mas de él. Ese incendiario, asesino, conspirador, ladron que me ha quitado el dinero y ha venido á conspirar á mi casa..... Porque yo, ¿no es verdad? yo no he hecho mas que prestar mi casa y mis sueldos, pero yo no he conspirado. ¿No seria bueno denunciarle? Yo sé todas las particularidades. Por Júpiter que voy á.....

Vercing. Espera. Oigo á Catilina.....
Bestia. ¡Catilina!

ESCENA IV.

Los mismos, Catilina, Vargunteyo, Cétego, *embozados en sus mantos.*

Catilina (*dando la mano á Bestia y á los demás*). Todos nuestros planes han sido destruidos por la actividad del cónsul; ha puesto guardias en todas partes; han guarnecido de tropas el senado y el Palatino: tenian noticias del plan de nuestro asalto. ¡Maldito Curio! ¡Mis queridos y fieles amigos!
Bestia (*retirando la mano*). Yo no soy amigo tuyo.
Catilina. La desgracia une.
Bestia. A mí me aleja: solo tengo que darte el consejo de que te marches. Yo he sido delatado por mis esclavos.
Catilina. Y yo por Curio.
Vargunt. Sí, por Curio, Fulvia y Terencia.
Bestia. Bien decia yo que esas mujeres..... Pero marchaos. Me van á ahorcar como conspirador.
Catilina. Nos persiguen por todas partes; pero esperaremos un poco porque estoy inquieto por la suerte de mis amigos. Lentulo, Capiton y los demás no han llegado todavía. Todos están citados aquí. Esta noche debian intentar prender fuego á la ciudad, y temo no hayan sido cogidos con las teas en la mano.
Vargunt. Creo que no; los he encontrado en la via Apia, y vendrán aquí.
Catilina. Apenas lleguen, partiremos: saldremos de Roma é iremos á Etruria á reunirnos con Manlio, para vencer ó morir.
Conjurados. Vencer ó morir.
Bestia (*con inquietud*). ¡Si llegase el cónsul!
Catilina. Ten un poco de paciencia. Nuestros amigos estarán aquí en breve, aunque arriesguen su vida. Pero ¿qué rumor es ese?
Bestia. Yo estoy temblando.
Una voz á lo lejos. Se ha descubierto una gran conspiracion.....
Conjurados. ¡Silencio, silencio!
La voz que va aproximándose. Se ha descubierto una gran conspiracion por los desvelos del cónsul Marco Tulio Ciceron. Castigo para el infame Catilina. Los cómplices, Lentulo, Gabinio Capiton, Porcio Leca y Publio Sila ya lo están.
Catilina. ¿Grandes Dioses?
Conjurados. ¡Lo están!
Catilina. No ha nombrado á Curio.
Vargunt. Le habrán perdonado en premio de su delacion. Pero que tenga cuidado de no caer en nuestras uñas.
Vercing. Aquí le teneis.

ESCENA V.

Los mismos, Curio.

Bestia. ¡Traidor!
Vargunt. ¡Es preciso matarle! (*Se dirige hácia Curio.*)
Catilina. Detente, Vargunteyo. (*Dirigiéndose á Curio.*) ¿Qué tienes tú que hacer ya con nosotros? ¿Vienes á insultar unas desgracias de que tú eres causa? ¿Has precedido á los lictores del cónsul?
Curio. Dices bien, Catilina. He venido á salvaros y á advertiros que por órden del senado el cónsul Antonio ha tomado las armas, y de un momento á otro rodeará esta casa, por lo cual no teneis un instante que perder.
Catilina. ¿Y quién nos asegura de que no nos engañas aun? ¿tú que nos hiciste traicion por el senado y vienes á hacérsela al senado por nosotros? Los soldados del cónsul están ya acaso á la puerta ¿y nos aconsejas que huyamos?
Curio. Aquí tienes mi justificacion. Este puñal humea con la sangre de Fulvia, y por él juro que he sido menos culpado que imprudente. No retires tu mano de la mia.
Catilina. Pues ven á combatir con nosotros: tú á quien no esperábamos, suplirás á los que esperábamos; has huido del cónsul como nosotros; pero ¿quién te ha librado del marido?
Curio. La mujer.
Vargunt. Salgamos.
Catilina (*á Curio.*) Ahora no mas mujeres: ¡guerra!
Todos. ¡Guerra!
Bestia. ¡Si me hallase fuerte como vosotros! ¡si yo fuese jóven! pero no puedo ir á pié ni á caballo.
Catilina. Tu puesto es Roma: te quedarás aquí de esplorador.
Curio. Haz votos por tu dinero.
Catilina (*á Vercing.*) Esclavos, puede atizarse el fuego (*vanse.*)

ESCENA VI.

Bestia, Vercingetorix.

Bestia. Quieren que yo espere, que conspire todavía, que continúe bajo la cuchilla de la ley sin saber lo que es de ellos ni lo que será de mí; muerto ó vivo quiero salir de esta incertidumbre. Tambien me tocaria mi turno. Tengo deudores en el senado que no me olvidarian y no quiero ni puedo sobrevivir solo. Unos han sido muertos en la prision, los otros morirán en Etruria; conviene mas morir sin molestia y libremente de aquella muerte que mejor me parezca. Tú eres mi medio; á tí te corresponde obrar; pero muramos juntos.
Vercing. ¿Y para qué servirá eso?
Bestia. Te mando que muramos.
Vercing. Estraña locura.
Bestia. ¿Qué quieres hacer de tu vida? Yo soy viejo, estoy arruinado, enfermo, medio condenado.
Vercing. Pero yo..... No importa: soy tu esclavo y te obedeceré hasta el fin. Señor,

tu espada y tu garganta. (*Blande la espada de Bestia.*)

Bestia (*retirándose lleno de espanto*). El hierro me repugna; no me gusta ver correr la sangre.

Vercing. ¿Tienes miedo, noble romano?

Bestia. Ah, no..... te burlarás de mí. Recítame el tratado de la inmortalidad del alma.

Vercing. Para ganar tiempo. Veo que el cónsul y los lictores te cogerán sin haberte decidido.

Bestia. Me gustaria morir adormecido. ¿Es agradable ahogarse en un baño?

Vercing. Diez minutos de sufrimiento.

Bestia. Es demasiado; y ademas el calor me disgusta. ¿Y asfixiarse?.... pero no. Seria preciso hallar un medio de concluir sin padecer ni demudarse; querria morir sin advertirlo.

Vercing. ¿De qué modo?

Bestia. Piénsalo tú, médico. ¡Ah! le he encontrado: el veneno. No habia pensado en ello. El veneno, ¡viva el veneno! es muy á propósito. Los hay dulces, fuertes, lentos, terribles; los hay de todos sabores, ¿no es verdad?

Vercing (*aparte*). Este viejo chochea; adormezcamos su locura.

Bestia. Yo quiero uno dulce. Tú tomarás despues el que te agrade.

Vercing. En breve una dósis de adormideras....

Bestia, ¿Qué te detiene? pregunta á tu ciencia.

Vercing. Tú lo mandas, vuelo á obedecerte. Tengo lo que se necesita. (*Váse.*)

Bestia. Ahora puede venir el cónsul cuando le parezca, nada tengo ya que temer: no seré el menos animoso de los conjurados y mañana toda Roma hablará de mi muerte.

ESCENA VII.

Bestia, Vercingetorix *con un frasco en la mano.*

Vercing. (*presentando á Bestia el pomo*). Aquí está.

Bestia (*con repugnancia*). No: querria beberlo en mi hermosa copa de oro.

Vercing. ¿No sabes que ayer se la regaló Curio á Fulvia?

Bestia. ¡Otro inconveniente!

Vercing. Es un esceso de flaqueza.

Bestia (*tomando el pomo*). Muramos de una vez.

Vercing. Bebe; no amarga.

Bestia. Debias haberlo probado antes.

Vercing. Señor, no: es demasiado dulce para un esclavo.

Bestia (*con el pomo en la mano*). Júpiter, ayúdame. (*Bebe.*) Vercingetorix, no olvides mi cena en el reino de Pluton.

Vercing. Ultimo suspiro de un senador romano.

Bestia. Vercingetorix, gracias; no siento dolores. Aproxímame á mi lecho... (*Se echa.*) Bien... la cabeza me pesa... se me hincha el vientre... estoy como despues de haber comido... se me oscurece la vista... todavía te veo... ¡qué confusion en las ideas!... Qué debilidad... (*estiende los brazos y bosteza*); cúbreme con el paño de muerto. (*Vercingetorix estiende un manto sobre Bestia.*)

Vercing. La bebida hace efecto: ya está durmiendo.

Bestia. Ya estoy en el camino de los infiernos... estoy á la puerta... entro. ¡Qué feo sitio! ¡qué oscuro!... Cervero, aquí tienes mi torta... Caronte, toma mi óbolo. Estoy enterrado, estoy muerto... (*Se pone á roncar.*)

Vercing. Este ya cayó.

ESCENA VIII.

Los mismos, César.

César. ¡No hay nadie! ¿dónde están los conjurados?

Vercing. (*mostrando á Bestia echado*). Aquí tienes el que queda.

César. ¿Y los otros?

Vercing. Están muy lejos.

César. Gracias á los dioses, porque los cónsules están muy cerca, y no encontrarán mas que á Bestia, y esto vale poco.

Vercing. Dí mas bien que no vale nada, porque tal cual le ves se cree muerto, rematado.

César. ¿Cómo muerto?

Vercing. Sí: me ha pedido la muerte, y yo le he dado el sueño. ¿Le oyes?

César (*aproximándose á Bestia*). ¡Bestia! ¡Bestia!

Bestia (*levantándose*). ¿Quién me llama? Estoy muerto.

César (*sacudiéndole*). ¡Bestia!

Bestia (*enderezándose*). ¡Calla quién es! ¿Tambien tú muerto, César? Mira tambien la sombra de Vercingetorix. No has faltado á tu palabra. ¿Está la cena dispuesta? Te convido á tí tambien, César. ¿Has traido la sombra de Fulvia?

César. ¡Atiende, despierta viejo chocho! Los cónsules deben llegar al momento.

Bestia. No tengas miedo; no soy mas que una sombra en la morada de los justos: Vercingetorix, dame de cenar: porque aquí abajo encuentro todo lo que me gustaba en la vida. Seguramente no he cambiado en nada mas que en el nombre...

César. ¿Saldrás de ese delirio? (*Le sacude con violencia*).

Vercing. (*abre la puerta*). Démosle esta otra bebida. (*Se la hace beber y le mueve.*)

Bestia (*despues de haber bebido se restrega los ojos y recobra poco á poco la razon*). ¿Dónde estoy?

César. En tu casa.

Bestia. ¿Dónde?

César. En tu casa, en Roma.

Bestia. ¡Qué veo! ¡Qué oigo!

César. A mí me ves y me oyes; á César en carne y hueso.

Bestia. No es posible.

César. No tengas miedo por tu vida, soñador: el senado te absolverá en gracia de tu nombre.
Bestia. ¿Cómo? ¡el senado! Yo vengo de los campos Elíseos.
César. Tú no has salido de aquí: tu esclavo ha sido mas prudente que tú.
Bestia. ¡Qué! ¿no ha muerto todavía?
César. Ha muerto como tú: él ha adormecido tu miedo con la semilla de Morfeo.
Bestia. ¿De veras?
Vercing. Si hubiera muerto, seria libre: pido serlo vivo.
César. No pide mucho.
Bestia. Acércate; César es testigo. Pon la mejilla (*le da la guantada*). Esto basta.
Vercing. ¡Al fin soy libre! (*Se dirige á la puerta. Se oye ruido en la calle.*)

ESCENA IX.

Los mismos, Ciceron, Antonio, Guardias.

Ciceron (*desde afuera*). Seis lictores á esta puerta, diez á la puerta de la calle, y que no dejen salir á nadie absolutamente.
Bestia. ¡Los cónsules en mi casa! ¡Ah! ¿por qué he resucitado? César, tú me has engañado. Salgamos á su encuentro. (*A Ciceron.*) ¡Cuánto honor! yo no podia esperar... ¿Qué dios me ha hecho el insigne favor de recibirte, padre de la patria?
Ciceron. Tu casa es sospechosa. ¿No has visto á ninguno esta noche?
Bestia. ¿A quién?
Ciceron. A aquellos de quienes te has hecho huésped con tanto gusto.
Bestia. Dí mas bien á la fuerza. ¡Ah! No me hables de eso. Hoy lo he sabido todo: ellos conspiraban, los infames, contra nosotros los ricos que no pensamos en tal cosa: y yo creia que hacian honor á mi mesa, y alimentaba al delito, sostenia á la anarquía y embriagaba al parricidio sin saberlo.
Ciceron. No han dicho eso tus esclavos.
Bestia. Ellos no han hecho mas que adelantárseme, porque yo estaba á punto de ir á decirlo todo.
Ciceron. ¿Has visto esta noche á los conjurados?
Bestia. Sí, no lo negaré; pero los he recibido asi. ¡Cuánto me hubiera alegrado poder detenerlos para que los cogieses! Pero se libraron de quedarse. (*Aproximándose á Ciceron y en voz baja.*) Han tomado el camino de Etruria.
Ciceron. ¿Todos?
Bestia. Todos. Catilina, Vargunteyo, Cétego...
César (*interrumpiéndole y mirando irónicamente á Ciceron*). Y tambien Curio: yo avisaré á tu mujer.
Ciceron. El cónsul Antonio va detrás de ellos.
Voces fuera. ¡Los cónsules! ¡Los cónsules!
Ciceron. ¿Qué ruido es ese?
Un lictor. No podemos resistir á la violencia del pueblo. Senadores, caballeros, plebeyos, todos se agolpan á las puertas y quieren entrar para ver á su libertador.
Ciceron. Dejadlos entrar. (*Reflexionando.*) Siempre es un nuevo placer... bien... le he encontrado... que entren, que entren. (*Se abre violentamente la puerta á impulsos del pueblo, que derriba á los lictores.*)

ESCENA X.

Los mismos, Marcio, *príncipe del senado*, Sanga, *cuestor*, Publio, *gran sacerdote* diputados alobroges, lictores, pueblo.

Pueblo (*rodeando á los cónsules*). ¡Vivan los cónsules!
Marcio (*á Ciceron*). Recibe, cónsul Tulio, las felicitaciones del senado, que á tus cuidados, á tu vigilancia debe la conservacion de sus derechos: tú eres el libertador de la patria.
Ciceron. Siempre recibo con nuevo placer mezclado de orgullo las felicitaciones del senado; y puede contar con mi cooperacion en favor de la buena causa y de la defensa de los derechos de la ciudad.
Publio. Recibe, cónsul, las gracias de los dioses y del colegio de los sacerdotes, que deben la conservacion de los altares á tu valor y á tu diligencia: tú eres el salvador de la patria.
Ciceron. Siempre recibo con nuevo placer mezclado de respeto las gracias de los dioses y del colegio de los sacerdotes, y desplegaré siempre el mismo celo por la conservacion de las libertades públicas.
Uno del pueblo. Recibe, cónsul, las respetuosas gracias de los plebeyos. Por tí se ha librado Roma del hambre, del incendio, de los asesinatos, de la anarquía: tú eres el padre de la patria.
Ciceron. Siempre recibo con nuevo placer, mezclado de orgullo, las gracias de este buen pueblo, á quien mi corazon ofrece un amor eterno.
Marcio (*á Vercingetorix.*) Ahora tú, liberto.
Bestia (*adelantándose.*) Quita, quita. Recibe, cónsul...
Marcio. ¡Fuera de aquí, cómplice de los traidores! (*A Bestia.*)
Bestia. Yo quiero gritar. Sí, cónsul, tú eres el libertador, el salvador, el padre de la patria.
Publio (*señalando á Bestia*). Mueran los conspiradores. Pues que él es el único que nos queda, hagamos en él justicia por los demás. (*Se arroja sobre Bestia.*)
Ciceron (*deteniéndole*). Perdónale.
Marcio (*con voz alterada*). ¡Muerte á los conspiradores! ¡Vivan los cónsules!
Ciceron. Pueblo, la ley es fuerte; ha castigado á los reos; dejad á los cónsules el cuidado de ejecutarla. ¿No hemos destruido las tramas de los traidores? Castiguemos con la muerte á los jefes, y obliguemos á los otros á tomar una fuga vergonzosa. Estad tranquilos: el cónsul Antonio les sigue con las legiones, y yo me quedo en

Roma para velar por vuestra seguridad. ¡Oh afortunada Roma que has renacido siendo yo cónsul!

Marcio y los otros. Oh afortunada Roma, que ha renacido siendo él cónsul.

César (*aparte*). Su gloria sobrepuja á la del gran Pompeyo.

Ciceron (*aparte*). ¡Roma, bien vales una mujer!

Marcio. ¡Al Capitolio! ¡al Capitolio! ¡llevémosle al Capitolio! ¡Muera Catilina¡ ¡Vivan los cónsules! (*Llevan á Ciceron en triunfo: se aumentan los gritos y las voces.*)

Bestia (*siguiendo á la multitud con la vista y con los ademanes*). ¡Vivan los cónsules! ¡Muera Catilina! (*Su voz se va apagando en proporcion de los gritos del pueblo.*)

ESCENA XI.

César, Bestia, Vercingetorix.

César (*con ironía*). Oh afortunada Roma, que ha renacido siendo él cónsul. El lo ha dicho, lo dicen ellos y es un precioso coro. Bien sabia yo que harian de él un hombre de Estado, pero no que le harian poeta. Que ocurra otra conspiracion tan absurda como esta y le haremos rey.

Bestia. Curio le ha hecho otra cosa.

Verceng. (*á César*). Ya te tocará el turno de hacer de rey; no lo dudes.

César. ¿Es adulacion?

Vercing. Acaso una prediccion. Con un pueblo como este todo se puede esperar.

César. ¡Una prediccion! Creo que eres astrólogo.

Vercing. Ahora soy libre, ya no hay medicina ni astrología; la ciencia era buena para el esclavo; ahora me vuelvo galo y torno á la Galia. Solo allí hay hombres libres, porque este pueblo-rey solo es un rebaño de esclavos; lo he visto demasiado de cerca para conocer sus cadenas, y llevaré mi secreto á los que vosotros llamais bárbaros, y el Norte hará un dia su acometida. Adios.

Bestia. ¿Qué dice? Es un hombre peligroso y mas astuto que los otros; es preciso hacerle prender.

Cesar. Déjale marchar. Vercingetorix, vete: haz lo mejor que puedas, y seguramente nos volveremos á ver; porque para una conspiracion en las Galias se requieren otras barbas diferentes de las de Ciceron.



TIBERIO

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

NUM. IX.

TIBERIO.

(42 antes de C.—37 despues de C.)

Cada época tiene su secreto, sus pasiones, sus crísis; sus contradicciones se resumen en una palabra, que es preciso descifrar como la palabra de un enigma. Pero no se requiere que haya de buscarse siempre muy alto; el secreto de una época no es siempre un símbolo mistagógico ó una abstraccion filosófica: la buscamos con frecuencia en el cielo y la solemos tener debajo de los piés.

En los bancos de una escuela creo yo haber encontrado la clave de la época de Tiberio. Y ¿porqué no ha de ser así? ¿Donde se forman los hombres? En la escuela sin duda alguna. ¿De dónde nacen las convicciones mas firmes, las inclinaciones mas fuertes, las preocupaciones mas arraigadas? De la escuela. Veamos en qué consistia la educacion romana. La moral pública en Roma consistia enteramente en el patriotismo; pero este no era como entre nosotros un sentimiento mas ó menos indeterminado, un amor de una cosa muy mal definida, fecundo en palabras, estéril en hechos. El patriotismo antiguo decia: La república es Dios; Dios no os debe nada; vosotros se lo debeis todo, cuerpo y alma, vida y bienes; y los demás lo mismo. Aquello era hermoso y grande, pero absurdo; era la deificacion de la sociedad, el sacrificio del individuo.

Esto en lo relativo á la moral: respecto de la inteligencia (hablamos de los buenos tiempos de la educacion romana, no de la Roma helenizada que principia con los Escipiones), todos los hombres eran ocupados en todo. Las funciones públicas se dividian por grados, no por atribuciones como entre nosotros; el pretor administraba justicia en Roma, y fuera mandaba las tropas; el cuestor en lo civil era un intendente de provincia, en lo militar un proveedor general; el cónsul hacia la guerra, deliberaba en el senado, ofrecia sacrificios y oraciones, y era al mismo tiempo general, orador, pontífice y hombre de Estado

De aquí los cuatro grandes estudios de la educacion romana, guerra, culto, derecho y elocuencia. Estas las verdaderas ciencias romanas. No habia uno que no pronunciara un discurso en la milicia; que no fuese durante su vida acusado ó acusador; que no tuviese que ocupar algun cargo sacerdotal ó dar su parecer respecto á algun punto de derecho. Ciceron, aunque nació tarde y nos parece enteramente pacífico, fue general, abogado, hacendista, jurisconsulto, orador, poeta, filósofo, historiador y hombre de Estado. César fue todo esto y mucho mas.

Esto, no obstante, las antiguas costumbres iban en decadencia. Aquellas cuatro ciencias, ó por mejor decir, aquellas cuatro funciones públicas (que tales las consideraban los romanos) habian sido por espacio de mucho tiempo esclusivamente poseidas y celosamente guardadas por los patricios. Cuando en ellas tuvieron entrada todas las clases del pueblo, no pudieron cultivarse todas por todos, y por tanto quedaron divididas; uno tenia valor, y despues de haber defendido una causa en el foro, se dedicaba á la guerra; otro talento, y despues de una campaña, se entregaba á la abogacía: el que no se contemplaba bastante fuerte para la vida de los campamentos ni para las contiendas del foro, colocaba sobre su puerta un ramo de laurel, se sentaba en un sillon de brazos y esperaba que llegase alguno á consultarle. Si bien la educacion seguia basada en aquellas cuatro ciencias, hubo entonces tres carreras distintas para la juventud; la milicia, la elocuencia y el derecho.

Pero como por una parte la gloria militar conducia á los primeros cargos políticos, y surgian de aquí ocasiones de hablar, de deliberar y de acusar y ser acusado, y por otra el derecho era casi solamente el refugio de los hombres de poca importancia y de alma débil, todos se ensayaban en hablar en público. En la Inglaterra del siglo pasado, en aquella vida de *clubs*, de *hustings*, de parlamentos, no habia hombre, por pequeño que fuese, que no debiese una vez en su vida hacer de orador en su pueblo; todo se verificaba por medio de las arengas, de *meetings*, de acompañamientos; y por tanto se introdujo el *speech* en la conversacion. Lo mismo sucedia entre los romanos, que eran muy semejantes á los ingleses; tanto mas, cuanto que en vez del aire destemplado de Inglaterra, tenian el dulce clima de Italia, donde todo se trataba á campo raso, negocios públicos, negocios particulares, justicia, comercio, sociedad; en una palabra, vivian al aire libre. Es cierto que la lluvia hacia suspender los negocios, y que al primer rumor del trueno se aplazaba la cuestion para el primer dia de buen tiempo.

Por lo demás, las asambleas del pueblo en Gre-

cia y Roma, compuestas de tres mil, cuatro mil ó mas personas, tumultuosas y desordenadas, que discutian poco y decian mal, no eran en realidad otra cosa mas que un medio de publicidad. La plaza pública era al mismo tiempo parlamento, bolsa, sitio para conversar, tribunal y mercado. En Atenas era el Pnix cuando se reunian cinco mil hombres para escuchar con entusiasmo y decidirse con furor; y el Agora, paseo de los pedantes y charlatanes de Atica, oficina de novedades, centro de los adornados discursos, tribuna de los filósofos, *meeting* permanente, donde todos podian hablar al pueblo de sus negocios y de los propios, de su casa, de su industria y de su comercio; donde el pedestal de Demóstenes servia para los carteles; donde Diógenes arengaba con vehemencia; donde el misántropo Timon iba á decir, «¡Atenienses! yo tengo una higuera, en »la cual se han ahorcado cuatro ó cinco ciudada»nos; si alguno quiere servirse de ella para el »mismo objeto, puede darse prisa, porque pienso »cortarla.» Todos aquellos nombres de liceo, pórtico y academia nos recuerdan que la filosofía, como todo lo demás, estaba al aire libre; en una palabra, vivian en la tribuna.

Lo mismo sucedia en Roma. En tiempo de los emperadores, los baños y las basílicas disputaban al foro el privilegio de la publicidad; pero en la época de la república el foro era la reunion casi universal de todos los intereses. En los dias ordinarios se pronunciaban en él discursos familiares; en los dias de mercado, cuando la necesidad llevaba á todo el pueblo, se trataba delante de este de los asuntos sérios, tanto de los ciudadanos como del Estado; se adoptaba un hijo, se hacia testamento; en suma, el foro hacia las veces de la conversacion, grande elemento de la vida del siglo pasado, y de los periódicos, grande elemento de la nuestra.

Este hábito de la vida pública, unido á la gravedad romana, producia cierta magnificencia en las costumbres, y un no sé qué de grande, de afectado, de oratorio en todos los usos. La arenga era propia para todos los negocios y para todos los momentos; la plática es el *speech* de los ingleses. Se arengaba en la vida de familia, como en la vida política. Mientras Pompeyo se trasladaba de la nave al traidor Egipto, iba repasando el discurso que habia escrito para recitársele á Tolomeo. Germanico al morir arenga á sus amigos: un orador, cansado de vivir, va al foro, sube á la tribuna, y espone en tres puntos los motivos que tiene para morir; despues vuelve á su casa, se abstiene de toda clase de alimento y muere. Antonio, atacado violentamente por Ciceron en el senado, no se cree en disposicion de contestarle en el momento, y se marcha al campo, se encierra con un maestro de retórica, estudia, declama por espacio de quince dias, vuelve al senado y fulmina su victoriosa improvisacion. En Tácito, profundo escritor de los hechos contemporáneos, se lee que Séneca, á quien principiaban á disgustar las disposiciones poco amables de su imperial alumno Neron, se presentó á él y le hizo un *speech* con todas las reglas, pidiéndole licencia, y Neron le contestó como si hubiera estado en la Cámara: «Si »no temo contestar de repente á un discurso »largo tiempo meditado, á tí te lo debo, etc.»

Un abogado entre nosotros es generalmente un hombre vulgar, el cual, agitando los pliegues de su antigua toga negra, profiriendo con voz ronca frases poco limadas y de mal sonido, y golpeando con las manos en el banco, no ofrece ciertamente nada de pomposo ni de teatral. Pero un abogado entre los romanos era un magnífico artífice de palabras, que subiendo á su estensa tribuna, se paseaba de un lado á otro, se acomodaba hábilmente entre los pliegues de su blanca toga (un retórico del tiempo de los emperadores se lamentaba de que en su época se usasen mantos tan pequeños, en los cuales, dice, se halla empequeñecida la elocuencia), tomaba el *la* de un flautista para no principiar con tono de voz demasiado alto ni bajo; daba á su voz todas las estudiadas inflexiones de una declamacion dramática, arreglaba sus ademanes, se esmeraba en las cadencias, y deleitaba al menos los oidos cuando no hablaba al corazon ni al entendimiento; disipaba con persuasiva dulzura las preocupaciones de su auditorio, esponia con claridad, narraba con brio, razonaba sin pedantería, hacia sofismas con elegancia, injuriaba de un modo poético; dedicaba con gracia á su adversario á los dioses infernales, maldecia, se airaba, se enfurecia con frases armoniosas; en la peroracion lloraba con arreglo á la retórica, así como cuando se fatigaba ó se conmovia; porque es preciso no olvidar la facilidad con que se conmueven y la pasajera sensibilidad que abrigan las almas meridionales.

Tal era aquella vida de pompa y dignidad oficial, aquella vida oratoria para la cual se ejercitaban desde la infancia en el período ciceroniano. Todos recibian esta educacion, plebeyos, patricios, futuros soldados y futuros jurisconsultos. Pitt á los diez años se subia en una mesa é improvisaba delante de su padre discursos parlamentarios; Augusto á los doce hacia el elogio de su abuela. Esto sucedia en tiempo de la república; la vida parlamentaria era el objeto y el elemento de todas aquellas elocuencias nacientes. En tiempo del Imperio no existió ya el objeto; pero quedaron las escuelas, y se continuó formando oradores sin saber para qué tribuna. ¿Qué podia hacer la juventud? el arte militar y el derecho no son ciencias de escuela; por otra parte á la jurisprudencia se la suponia cierto carácter republicano; la vida militar estaba rodeada de peligros y de fatigas, cosas que no gustaban ya á los romanos del Imperio. Ya no habia foro, pero existia aun aquel sentimiento del arte que hace amar las bellas palabras, y que fue inspirado por los griegos á los romanos; ya no se deliberaba, pero se disputaba; se habia despedido á los oradores, y se conservaban los maestros de retórica.

Por otra parte la educacion romana habia perdido su primera moralidad; al patriotismo habia sustituido el despotismo y á la deificacion de la república la del emperador. Este dios era en estremo terrible; imbuia el miedo, pero no la fe. ¿Qué enseñanza moral podia fundarse en la adoracion de un Tiberio? Así era que la instruccion

no tenia ninguna importancia, y se ocupaba en los sofismas, las sutilezas y frivolidades de los Griegos.

Los antiguos tenian un fondo de dignidad pueril que algunas veces se deja traslucir. Era base de la primera educacion la mitología griega, la cual no era creida por nadie pero todos la aprendian. Estas poéticas niñerías eran lo primero que llenaba todos los cerebros y el primer carácter con que se impresionaban las imaginaciones nacientes, tiernas como blanda cera. A esto hay que añadir que se habrian introducido curiosas investigaciones y que sin creer en Vénus ni en Hércules, se disputaba concienzudamente acerca del color de los cabellos de Vénus y del dia del nacimiento de Hércules. Habia hombres llamados gramáticos, cuya ciencia consistia en esto, y á ellos se confiaba la naciente inteligencia de los niños. Cuando se trataba de elegir un preceptor, se le preguntaba el número de los caballos de Aquiles ó el nombre de la madre de Hecuba. El viejo y sombrío tirano, Tiberio, queria mucho á los gramáticos y en sus momentos de descanso les proponia cuestiones de esta naturaleza.

Desde la escuela del gramático pasaban los jóvenes á la del retórico; de la puerilidad de la religion á la puerilidad de la elocuencia. Los Griegos, que eran un pueblo locuaz, tenian una multitud de bellos habladores desde que dejaron de tener Demóstenes. Cuando se les dió entrada en Roma, fueron todos á enseñar y á abrir, como decian los viejos padres de la patria, sus escuelas de impertinencias. En aquellas escuelas se templó el espíritu sutil, infantil y disputador de los Griegos con el laborioso, grave y enfático de los Romanos, la declamacion con el sofisma. No teniendo otra cosa que hacer, se desarrolló la manía de declamar, de disputar, de esponer, de refutar, de improvisar y de responder. A su vez gritaron tambien, sofisticaron é hicieron de abogados los nuevos súbditos de Roma, los Bárbaros que se iban civilizando, los Galos, los Bretones, los Africanos y sobre todo los Españoles con sus estensos pulmones, sus fuertes pechos y su desordenada imaginacion, los cuales hablaban dias y noches enteras, declamando á la mesa, en los viajes y en el campo; la vida de aquellas gentes era una contínua monologia. Seria difícil esplicar cuán pobre era su facundia. Uno, para aumentar la dificultad, pedia que le diesen la primera palabra de su discurso; le daban, por ejemplo, *verubus*, y con *verubus* principiaba. Otro proponia por tema esta pregunta: «¿Por qué se quiebra un vidrio si se deja caer? ¿por qué aunque se caiga una esponja no se quiebra?»

Este era en pocas palabras su modo de proceder. Los principiantes se concretaban á discusiones oratorias; aconsejaban á Alejandro á que se contentase con la conquista de la tierra, sin conquistar el Océano; aconsejaban á Caton que no se matase y á Agamemnon que no hiciese morir á Ifigenia. Pero aquellas contiendas con los muertos eran juegos de niños; debian ir á los combates, probarse con un adversario, dar una batalla en el gran campo de la escuela. Los temas de aquellas controversias son increibles. Pongamos á continuacion algunos de aquellos procesos, en los cuales perdónesenos que insistamos porque eran la perfeccion de la educacion, el ejercicio mas intelectual de los jóvenes y de los adultos.

Un hombre y su mujer juran no sobrevivirse uno al otro. El marido disgustado de su compañera emprende un viaje y envía á decirle que ha muerto. Ella lo cree y en cumplimiento de su palabra se arroja por la ventana. Sin embargo no muere; se cura y sabe que su marido la ha engañado. Llega el padre y pide el divorcio pero ella no quiere. Defender al padre, defender á la hija.

Otro ejemplo. Un hombre recoge dos niños espósitos, luego les corta un brazo ó una pierna y les hace mendigar en tal estado, enriqueciéndose con las limosnas que ellos recogen. Acusad á aquel hombre, defended á aquel hombre.

La ley (que por lo demás no era del derecho romano, ni del griego, ni de ningun otro, sino hecha por los retóricos tan fabulosa como los sucesos) la ley manda que si una jóven fuese robada, tenga la eleccion de hacer morir al raptor ó casarse con él sin dote. Un hombre robó dos mujeres; una queria que muriese y la otra casarse con él. Disputad sobre esto.

Figuraos qué elocuencia seria aquella que se ejercitaba en tales objetos; los discípulos, unos despues de otros, adornaban con frases nuevas aquel absurdo argumento, perorando y acumulando antítesis, sumergidos hasta los ojos en un mar de tropos y de figuras, llamando en su auxilio el *ethos* y el *pathos*, todas las bagatelas sonoras, todos los absurdos sentenciosos con que decir algo con razon ó por fuerza sobre un asunto acerca del cual no se debia hacer otra cosa mas que callar; y esto en medio de los bravos y silbidos, los aplausos y los gritos; ruido de estudiantes en vez de los tumultos del foro. Uno de aquellos retóricos se volvió loco haciendo grandes esfuerzos y devanándose el cerebro. Tenemos un libro lleno de trozos de aquellas admirables arengas, de aquellos bellos conceptos que promovian los aplausos; es el mayor repertorio de palabras vacías, de fria elocuencia, de rebuscadas antítesis; libro curioso á fuerza de faltarle el sentido comun.

Esto es lo que estudiaba la juventud antes de entrar en el mundo. Todas las antiguas carreras estaban desacreditadas. Ademas, atendiendo á esta clase de educacion, parece que no debiera haber mas que una y que la sociedad debiera estar compuesta de abogados, y en la antigua Roma realmente no habia nadie que no principiase, cuál mas cuál menos, haciendo de abogado. Pero aun despues de haber vivido en aquel mundo de sortilegios, de encantamientos, de envenenamientos y de incestos, en medio de todas aquellas leyes imaginarias, de aquellas catástrofes milagrosas, de aquellos procesos imposibles, con la cabeza llena de tantas cosas bellas, ¡cuán desacertados debian sentirse en el tribunal del pretor, tratando de hipotecas, de corrientes de agua, ó de la cuarta falcidia!

De aquí que con frecuencia no figuraban en la

abogacia los grandes maestros del arte. Un dia se trataba de uno que pedia que se le recibiese juramento. El abogado contrario, retórico ilustre, sirviéndose de su arte le respondió: «Tú »pides el juramento, pues bien; jura, pero escu»cha la fórmula que te prescribo: jura por las »cenizas de tu padre, á quien dejaste sin sepul»tura, jura por la memoria de tu madre, ultra»jada por tí...» y lo demás. El adversario, fullero impudente, tomando al pié de la letra la figura retórica, se apresuró á decir: «Consiento en »ello.» El pretor concedió que jurase. «Pero, oh juez,» replicó el abogado, conmovido al ver que tomaban el asunto formalmente; «esto no era un consentimiento, era una figura.» —Habeis dicho *jure*, y jurará.—Pero, juez, entonces no se harán figuras en el mundo.—Se puede vivir sin ellas.» El pobre abogado perdió la causa, y lleno de ira encerró su elocuencia en el recinto de una escuela, donde durante todo el dia, en medio de los principiantes y lejos de la pérfida realidad del tribunal, podia hacer figuras retóricas sin perjuicio suyo ni de sus clientes.

Así, pues, el estudio mas comun, no solo de la niñez, sino de todas las edades, no era aplicable á las necesidades de la vida; y Roma estaba llena de jóvenes que entraban en el mundo con la cabeza llena de aquella mentida ciencia, con la memoria atestada de sentencias, de prosopopeyas, de antitesis, con un soberano desprecio de las penosas realidades de la vida, como el trabajo, la industria, la guerra, y con un amor sumo á las realidades agradables, como la fortuna, la reputacion, el placer. Todos eran ambiciosos, eran Romanos, es decir, severos en sus sentimientos, enfáticos en sus ideas. Se esforzaban por adquirir una gran fama buena ó mala y no tenian mas que un medio, la retórica y sus frases; estas de grado ó por fuerza tenian que elevarlos. Entonces no se contentaban fácilmente con una gran ganancia sino les resultaba tambien una pequeña gloria, ni con un rico estado que no hiciese ruido. Era necesario un nombre, un nombre que causase miedo ó fuese maldecido, pero que fuese un nombre, y mas tarde, aun cuando las riquezas eran el único fin que se proponian, era preciso hacerse notable. Aquel siglo tenia muchas necesidades; y aunque los patrimonios habian sido derrochados, se crearon nuevas necesidades de aquellas cosas que para nosotros hubieran sido escesos y locuras del lujo; sin centenares de esclavos, sin siete ú ocho casas de campo y lo demás á proporcion no se podia vivir, de manera que habiendo dilapidado Apicio en la mesa mas de once millones, se envenenó cuando no le quedaron mas que dos; las familias nobles eran las mas desarregladas y las que tenian mayor aficion al lujo y á la ostentacion. Aquellos patricios que en la antigua Roma habian sido los reyes del mundo, no renunciaban con facilidad al poder y á la dignidad real; en tiempo de la república, ahogado de deudas Catilina habia querido incendiar á Roma para aumentar la fortuna de su familia; y en el reinado de Tiberio un heredero de Sila, Libon, que habia venido á menos, consultaba á los adivinos y atravesaba el corazon á unas figuras de cera, esperando llegar á ser emperador.

Ya se concibe cómo seria aquella juventud, á la cual supo dar Tiberio un empleo, conforme con su corazon, teniendo aquel falso talento, aquellas necesidades, aquella ambicion y careciendo de freno moral. No es fácil conocer el carácter de Tiberio y me parece que Tácito le supone demasiado hábil. El secreto de su vida, asi como de la de todos los tiranos es, en mi concepto, el miedo. A pesar de la profunda capacidad que le conceden, le vemos siempre indeciso tímido, desconfiando de todo y de todos, no decidirse á nada ni á interrogar á un prisionero, ni á dar audiencia á un embajador, destruir lo hecho y prohibir qué saliese de Roma á los que habia dado un cargo en las provincias. Pasó su juventud en empequeñecerse para no dar celos; pensó en oscurecer á los sobrinos de Augusto y resolvió abandonar á Roma; y como Augusto se opusiere á su marcha, permanece tres dias (1) sin comer; le dejan salir por compasion y no va siquiera á abrazar á su mujer ni á sus hijos ni á despedirse de sus amigos; pero habiendo oido en el camino (y esto prueba la ambicion y el miedo que encerraba su pecho) que Augusto estaba enfermo, se detiene; sana Augusto, y él continúa su viaje. Llega á Rodas y se hace tan despreciable que el emperador que habia querido oponerse á su marcha, le condena á permanecer en aquella isla; allí vivió en compañía de los Griegos y no volvió á ponerse la toga ni á montar á caballo; abandonó el ejercicio de las armas, no recibió á ninguno de los viajeros que querian vistarle, fijó su estancia en el centro de la isla para evitarlos còn mas seguridad, y finalmente suplicó á Augusto que le pusiera una guardia para que vigilase sus acciones y se asegurase de que no conspiraba.

Con esta humildad existia en él una rudeza de maneras que no podia ocultar. Pertenecia á la familia Claudia, raza severa en que era hereditaria la orgullosa aspereza aristocrática. Si no tenia la soberbia de sus abuelos, obraba tan oculta y torcidamente como ellos; sabia fingirlo todo escepto la afabilidad y la atencion. Aunque tuviese necesidad del pueblo ó de los soldados, nunca dió espectáculos á aquel, ni concedió gracias á estos; agrardar y sonreirse eran cosas superiores á su naturaleza. Manifestaba una estraordinaria docilidad cuando no era señor; y cuando llegó á serlo tenia un carácter que nada podia contentar, ni franqueza, ni adulacion, ni independencia de ánimo, ni bajeza. Mandaba matar á sus enemigos y desterrar á los aduladores. «¡Oh miserables, nacidos para la esclavitud!» decia un dia al salir del senado aquel señor intratable que con la apariencia de sencillo y humilde, conservaba rencores que no borraba el tiempo. «Compadezco al pueblo romano,» decia Augusto, «porque caerá en tales garras.»

Augusto en realidad habia gobernado de un modo muy distinto. A fuerza de hacer favores, de afabilidad, de auxilios á las grandes familias, de gracia al pueblo, de juegos, de espectáculos, de fiestas, de monumentos, habia conseguido

(1) Suetonio dice que cuatro.

conciliar tantos intereses y provocar un reposo dulce para el mundo cansado de las guerras civiles. Cuando murió seguia aun este sistema é hizo al pueblo romano legados que no fueron pagados por Tiberio.

Estas memorias incomodaban á Tiberio porque no era propio de su carácter mostrarse dadivoso y liberal; y aun todo parecia ir en contra suya. Las legiones tratadas con dureza por Augusto, pues habia guardado para ellas toda su severidad, se rebelaron, pidiendo dinero y privilegios, y pretendiendo crear un emperador, y como Germánico se negare á serlo, estuvieron á punto de asesinarle. El senado estaba lleno de ambiciones aristocráticas profundas y concentradas. El mundo, en fin, habia descansado tambien y por largo tiempo de las guerras civiles, que podia principiar á convertirse el reposo en fastidio. Tiberio tenia miedo y espresaba su temor con una metáfora mas bella que noble: «Tengo al lobo agarrado por las orejas.»

Entonces, como al principio, su gran recurso fue el de empequeñecerse. Despues de haber rogado con insistencia no le obligasen á ser cesar, pareció empeñarse en serlo mientras pudiese. El senado le causaba recelos y fingió someter á su deliberacion todas sus acciones, enviándole todos los negocios, consultándole respecto de todo, animándole á la libertad, hablando (pero sin que nadie le creyese) de restablecer la antigua república, llamando sus señores á los senadores, dando la mano á los cónsules, rehusando los honores, no queriendo ser señor ni Dios, y sosteniendo respetuosamente el órden, la justicia, la tranquilidad pública; era, en una palabra un simple prefecto de policía bajo el gobierno del senado. Para atraerse el favor del pueblo pronunciaba á cada paso el nombre de Augusto, citaba sus palabras, adoraba su memoria, imitaba sus acciones: sin embargo, no pretendia, como aquel, regenerar las antiguas costumbres romanas; y cuando algun atrevido senador pobre ó viejo proponia leyes contra el lujo, las aprobaba en teoría y las modificaba en la práctica. Alivió las provincias disminuyendo las cargas, y vigilando á los prefectos no se cuidó del ejército; las legiones estaban lejos separadas á Oriente y Occidente y divididas por desiertos unas de otras y en consecuencia no le causaban recelo.

No sé cuál fue la razon de que no reinase largo tiempo; acaso porque no le aterraba solo el pueblo, las provincias y el ejército, sino mas que todos, su sucesor. El sucesor de Tiberio fue siempre su enemigo, y en cambio el amigo y el ídolo del pueblo. Hacia poco que habia muerto Augusto cuando su sobrino Agripa fue asesinado en la prision; el nuevo emperador protestó no haber tenido parte en aquella muerte y no se volvió á hablar mas de ella. Pero despues de Agripa apareció otro rival, Germánico, sobrino de Tiberio, á quien habia adoptado de mala voluntad. Hemos dicho que los soldados quisieron nombrarle césar, y Tiberio tuvo tanto miedo de que asi sucediese, que al principio de su reinado se fingió enfermo, para que Germánico esperase con mas paciencia la sucesion.

No continuaré esta historia con todas sus particularidades; por las admirables memorias de Tácito sabemos lo que sucedió á Germánico. Por fortuna para Tiberio, murió cuando su popularidad se iba haciendo peligrosa, cuando siendo querido de los soldados y del pueblo hacia un viaje triunfal por las provincias y habia obtenido el favor del Oriente. El pueblo que, como todos, tenia la íntima conviccion de su debilidad, perdió el ánimo con la muerte de aquel hombre. Era amigo de la libertad; era, como Marcelo y el primer Druso, un mártir del noble é imposible proyecto de restablecer la república. El pueblo fuera de sí á causa del dolor, que conocia á Tiberio á través de su disimulo y presentia lo que habia de llegar á ser, libre del respetuoso temor que le infundia su sobrino, pasaba las noches gritando: «¡Vuélvenos á Germánico.»

Muerto este, Roma deseaba tener otro ídolo y que Tiberio tuviese otra pesadilla. Entonces el presunto sucesor era Druso, hijo de Tiberio, á quien el pueblo por los bellos espectáculos que le ofrecia hubiera perdonado con gusto las inclinaciones sanguinarias que principiaba á manifestar, pero Druso no se cuidaba de representar el papel de Germánico y vivia en medio de los placeres.

Pero no tuvo mejor suerte. Un hombre de la clase media, de infames costumbres, pero atrevido, vigoroso de espíritu y de cuerpo, dispuesto á todo, llegó á ser el favorito de Tiberio, no adulándole, porque Tiberio no era hombre que se dejaba seducir, sino haciéndole buenos y útiles, aunque poco honrados servicios. La ambicion romana se dirigia en derechura al último fin. Seyano habia pensado acaso desde entonces en llegar á césar, y del mismo modo que Tiberio habia alcanzado el trono con la muerte de tres ó cuatro herederos, Seyano recurrió tambien al mismo recurso para quitar de en medio á Druso, primer obstáculo que se presentaba entre el trono y él.

No son necesarias largas esplicaciones para hacer comprender á aquella terrible familia imperial. Seyano no tuvo que hacer mas que seducir á Livia (lo cual ciertamente no era difícil) mujer de Druso, y este fue envenenado. Tiberio sufrió aquella desgracia como un estóico; él fue quien consoló al senado, recordó á cada uno sus deberes, antepuso á su dolor el cuidado del Estado; habló de nuevo de restablecer la república (¿era esto deseo de popularidad ó simple costumbre?), de dar nueva fuerza á las leyes y de ceder el gobierno á los cónsules. Despues llevó al senado como futuros herederos del trono á los hijos de Germánico. Aquellos niños presentados á los padres de la patria en medio de las lágrimas de todos y de los repetidos votos por su felicidad, se hicieron objeto del favor del pueblo que en breve se olvidó de Druso, de los temores de Tiberio y del odio de Seyano.

En aquella época en que habia tan pocos poderosos, era aun un poder la familia de Germánico. Agripina, madre de aquellos niños, verdadera matrona romana, casta, severa, orgullosa y fecunda; que inspiraba al pueblo admiracion

y amor por medio de sus virtudes impropias de su tiempo, pero que el orgullo romano se complacia en encontrar como tipos de su antigua grandeza; que por la fidelidad en su viudez, por la orgullosa pureza de su conducta y por el número de sus hijos se distinguia de las demás mujeres de la familia de los césares; que conservaba con antiguo cuidado los recuerdos del pueblo respecto de su marido, Agripina era la verdadera protectora y la fuerza política de los seis hijos de Germánico, sobre todo de los dos mayores Druso y Neron.

El pueblo miraba con esperanza aquella casa adonde estaba á punto de pasar la corona desde la cabeza de un príncipe que empezaba á envejecer. El ejército que despreciaba el genio poco belicoso de Tiberio, nada hubiera deseado mas que proclamar emperador al hijo de su general. La antigua nobleza, los hombres célebres, siempre mal vistos y peligrosos en tiempo de Tiberio, los generales separados del ejército y los compañeros de armas de Germánico, gente temida y sospechosa á un príncipe que desconfiaba de cualquiera que se levantase sobre la medianía, se unian alrededor de Agripina y de sus hijos.

Seyano puso en juego sus astucias é intrigas contra aquel poder demasiado confiado en sí mismo. Agripina se perdió por su orgullo y su franqueza en hablar, pues dejó traslucir las sospechas que le habian inspirado contra Tiberio. El jóven Neron, favorito del pueblo y de su madre, inconsecuente y ligero, se entregó enteramente á unos amigos que no eran sino espías, otros de los cuales exacerbaban contra él los celos de su hermano. Se dejó arrastrar por sus provocaciones hasta proferir imprudentes invectivas, que eran referidas á su hermano palabra por palabra. En aquel tiempo habia espías en todas partes y tambien entre la amable familia de Tiberio. Por medio de la mujer de Neron, hija de su amiga Livila (véase como era hereditaria la virtud en aquellas mujeres), Seyano no ignoraba una palabra, un lamento, un suspiro ni un sueño de aquel jóven. Poco á poco iba desapareciendo esta ilustre casa; los antiguos amigos de Germánico, espiados, denunciados, acusados y muertos, dejaban sin defensa á la imprudente familia de su patrono.

Asi es que pronto se desarrolló en ella el temor y la confusion que siempre le sigue. Neron no encontraba ya á nadie que quisiese hablarle; cuando le veian volvian la cabeza, los amigos de Seyano le habian convertido en un objeto de burla. Agripina, cuya única gloria consistia en haber sido *univira* como las antiguas romanas, un dia en una especie de delirio se presentó á Tiberio (1) y poniéndose de rodillas delante de él, le pidió que la permitiese volverse á casar. Habia quien aconsejaba que se fuesen al foro y abrazasen la estátua de Agusto; que invocasen el auxilio del pueblo contra esta guerra dura é irresistible que les hacian los delatores, ó bien que huyesen á Alemania, se presentasen á las legiones y se pusiesen bajo la proteccion de las águilas del pretorio. Y ellos cometieron el doble error de dar oidos á estos consejos y de no ponerlos en práctica.

Tiberio maquinaba una gran empresa; pero tenia miedo. Acudió á su acostumbrada astucia, hizo como que nada sabia y salió de Roma casi sin acompañamiento, solo con sus amigos gramáticos, sin admitir á su tránsito ni arengas ni felicitaciones. Los astrólogos, potentísimos en aquel siglo, predijeron que ya no volveria. Fingiéndose entonces el buen hombre, admirador tan solo de las bellezas de la naturaleza, vagó por pasatiempo en torno al golfo de Nápoles, Nola, Sorrento, sitios que hoy recorren los ingleses aburridos, y por último acabó por encerrarse en Caprea. No permitió que nadie se le aproximase; las cartas le llegaban por conducto de Seyano omnipotente en su ausencia. En vano le pidió el senado la gracia de verlo. Una vez tan sola se dignó Tiberio ir á habitar la córte de la Campania y la ribera se pobló de senadores y de caballeros, los cuales temiendo mas á Seyano y poniendo mayores esperanzas en el amo que en el servidor, pasaban las noches en la playa esperando el momento de hablar al príncipe, adulando á su portero Trajano, hasta que sin verlos aquel los envió otra vez á Roma. Su objeto era estar retirado en los momentos en que se cumplieran sus designios.

Desde Caprea, donde Tiberio parecia el prisionero de Seyano, llegó á Roma una carta vaga, oscura, pérfidamente ambigua como lo eran todas las suyas ordinariamente, en la cual acusaba de orgullo á Agripina y de impudicia á Neron. En aquel tiempo (ya trataré de esplicar los motivos) tenian unos tanto miedo de otros, que el senado sospechó temblando no fuese aquella carta una insidia que á él se le tendia mas bien que á la familia de Germánico. El hombre que se creia informado en los secretos de Tiberio, se figuró entretener la voluntad del príncipe y se decidió á esperar. Entre tanto el pueblo rodeaba el senado, llevaba en triunfo las imágenes de Neron y de Agripina y gritaba que la carta era falsa; pues tambien el pueblo tenia miedo á Tiberio, y tan lejos estaba de quererlo atacar de frente que gritaba; «¡Viva César!» La córte de Caprea respondió con amenazadoras quejas, porque el senado, despreciaba las quejas del emperador y el pueblo estaba sublevado y las leyes inmoladas. El senado tembló y se dispuso á obedecer en todo. Neron fue confinado á una isla casi desierta y Druso aprisionado en los subterráneos del palacio. Pocos años despues Neron era muerto en la isla Poncia y Tiberio hacia referir en el senado que Druso, habiendo quedado sin alimento en su prision, vivió nueve dias de la lana de su manto y que despues de ellos murió maldiciendo á su asesino, y por último, que Agripina igualmente relegada á una isla, se habia dado á sí misma la muerte.

Aquí es de notar la intencion del desterrado de Caprea. Ya, por decirlo asi, no tenia sucesores á quien temer á causa del gran vacío que habia quedado en su familia, ó mejor dicho, el sucesor de quien debia temer no era ya un césar, era el hombre detrás del cual se habia compla-

(1) Tacito, (IV, 52) dice: *At Agrippina... morbo corporis implicata, cum viseret eam Cæsar.*

cido en esconderse; era el hombre de quien se habia valido hasta aquel momento para deshacerse de los que le hacian sombra. Este instrumento, desde el instante mismo en que dejaba de ser necesario, era peligroso. ¿No le habia pedido Seyano por esposa una mujer de sangre imperial, Livila, su querida ya? ¿no podria este hombre tratar de sucederle? Y á los ojos de Tiberio un heredero era como un asesino. Ademas todos estaban acostumbrados á obedecer á Seyano, la fuerza del imperio estaba en sus manos y por tanto la lucha podia ser peligrosa.

Tiberio no atacaba nunca de frente. Primero buscó un rival á Seyano, y se fijó en Cayo, último hijo de Germánico, querido del pueblo y de los soldados por la memoria de su padre, y principió á indicarlo como su sucesor. Buscó tambien uno que le sustituyese, destinado á ser despues de Seyano, prefecto del pretorio, es decir, jefe de la única guarnicion de que no desconfiaba; y gobernador del imperio bajo Tiberio, y escogió á Macron.

Véase ahora qué medio empleó para abatir á Seyano. Principió por pertrecharse bien en sus rocas de Caprea; preparó buques dispuestos á una pronta fuga, y estableció señales para saber mas pronto el éxito de su proyecto. Entonces Macron llega en medio de la noche á Roma y encuentra á Seyano: «Tengo, le dice, una carta de César al senado; César te hace tribuno.» Esto significaba asociarle al imperio. Seyano lleno de alegría se dirige al senado y es felicitado por todas partes. En esto se lee la carta; era larga, sumisa, obsequiosa; hablaba en ella un poco de Seyano; despues discurria sobre cosas indiferentes, y volvia á Seyano, quejándose de él. Aquello produjo estupor; los amigos de Seyano se pusieron sérios y taciturnos, y los que menos directamente dependian de su fortuna, se disponian ya á separarse de él. Pero llegó el fin de la carta en que César, con palabras compasivas, humildes y dolorosas, mandaba que uno de los cónsules, con una guardia de soldados fuese á prenderle á Caprea, con objeto de conducirle con seguridad á Roma, para que se esplicase ante el senado. (¡Qué terrible amenaza era esta carta tan tranquila!) Entonces todo cambió de aspecto. El senado, que un momento antes hacia la córte á Seyano, le condenó, él se mordia los labios; los pretores le rodearon, las maldiciones cayeron sobre él como una tempestad, lo mismo que sucedió el 9 de termidor.

Y para que la semejanza fuese aun mas prefecta, los pretorianos, los soldados de Seyano le vendieron. Macron estaba entre sus filas distribuyendo dinero y enseñando las órdenes de César; los soldados, pues, dudosos, no atreviéndose á atacar ni á defender hallaron una salida mas ventajosa, y se pusieron á saquear á Roma. Pero el pueblo de la ciudad invicta tenia que hacer otras cosas; tenia que insultar en las calles á Seyano; que destrozar á su vista sus estátuas y trofeos; que arrastrar su cuerpo con garfios y precipitarle á las gemonias. Despues que le precipitaron pasaron nueve meses antes que Tiberio se creyese seguro y se atreviese á salir de la casa que habitaba.

Algunos hombres crédulos esperaban entonces un gobierno mas templado: pero debia suceder todo lo contrario. Los amigos de Seyano, es decir, todos los que le hacian la córte, todos los que habian adulado á sus primeros esclavos, eran un buen motivo de proscripciones. ¡A esta vasta é indeterminada persecucion se unian resentimientos de las personas elevadas entonces. El senado supo aprovecharse dos ó tres veces de esta ocasion para castigar con la multitud de los proscritos á algunos difamados delatores. Aquel era un momento arriesgado, un momento de gran fortuna ó de ruina! Sabido es el horrible suplicio de los hijos de Seyano. Las prisiones estaban llenas de amigos suyos, ó de los que se tenian por tales; y Tiberio enojado los hizo dar muerte á todos juntos. ¡Terrible matanza! Entre ellos los habia de todas edades y sexos, de ilustre y oscura gerarquía; cadáveres amontonados y cadáveres esparcidos; fueron arrojados al Tíber sin que los parientes pudiesen ni aun siquiera aproximarse á ellos; guardias puestas con este objeto observaban todos los signos de dolor, y todos aquellos cuerpos, flotaron en las aguas á la ventura, sin que ninguno (tan relajados estaban los vínculos morales de la vida) se atreviese á sacar á la ribera ni uno solo, ni á hacer los mas insignificantes honores fúnebres á aquellos desgraciados arrastrados por las olas.

Aquella fue la época de las mayores crueldades de Tiberio. Acostumbrado al terror universal, seguro en su retiro, atraido por la misma sangre que habia derramado, no conoció ya ni freno, ni moderacion alguna. Segun Suetonio fueron condenados á muerte niños de nueve años; el luto llegó á ser un motivo de acusacion; y las mujeres, á quienes difícilmente se podia condenar por otros pretestos, fueron condenadas por su dolor (*ob lacrymas*). Todo cedia ante Tiberio: la vileza del senado era tan escesiva, que era ya un motivo de pena para él mismo. Dion dice que los dos cónsules, apenas habian celebrado el vigésimo-sétimo año de su reinado con todo el lujo ordinario de alabanzas y adulaciones, fueron acusados y condenados á muerte. Galo, condenado por el senado, cuando se sentaba á la mesa del príncipe, esperó tres años la ejecucion de la pena. Era un placer para Tiberio el hacer padecer á los proscriptos que esperaban el suplicio; y respondió á uno de ellos que le pedia la muerte: «Aun no me he reconciliado contigo;» tres años despues de la muerte de Seyano, aun se procesaba á sus amigos: Tiberio, deseoso de saber el mismo dia los suplicios, iba no á Roma, adonde el temor no le prermitió volver á poner los piés, sino á sus puertas, y allí recibia diariamente las noticias, asistiendo de esta manera á los actos de su justicia, y estando sin dilacion alguna en correspondencia con sus verdugos.

Hasta este punto he continuado la narracion de los acontecimientos. La historia de Seyano concluye la de la familia imperial, que constituye la parte esterna, la parte dramática de la historia de Tiberio: la he compendiado todo lo que he podido: sin embargo tambien he hablado bastante de sus horribles pasiones. El palacio de los césares fue un verdadero cadalso doméstico:

antes del cristianismo no hubo espíritu de familia en las de los reyes.

Pero hasta ahora hemos hablado de los hechos y no de las causas, de los sucesos sin sus principios, del enigma sin la solucion. Examinemos ya cuál era la vida, el órden, la economía social del imperio.

Ya he dicho que Tiberio habia principiado por hacerse humilde y oscuramente administrador, magistrado de policía y juez, si bien de un modo conveniente á su carácter severo, rigoroso y tétrico. Entre tanto dejaba que cayesen poco á poco en olvido las antiguas tradiciones, que Augusto queria restaurar. Augusto, aunque de carácter amable y condescendiente, se habia opuesto, en lo que de él dependia, á las tendencias de su siglo: Tiberio, aunque dejase poco á poco censurar su gobierno, lo hacia siempre, sin embargo, con el semblante encolerizado y amenazador. Cuando se trataba de algunas de las cuestiones vitales de aquel tiempo, de las leyes suntuarias, de las del matrimonio, de todos los diques que Augusto habia querido establecer contra la decadencia de las costumbres romanas, y que el movimiento del siglo trataba de derribar á cada instante, Tiberio fruncia las cejas y con voz afectada y de reprobabion hablaba como los antiguos Apios sus antepasados, y venia á concluir en favor del siglo; le abria siempre una puerta para que saliese de la prision en que Augusto habia querido encerrarlo, ó á lo menos tenia medio abiertas aquellas, que viejos habladores, menos políticos que él, hubieran querido que estuvieran siempre cerradas. No le parecia un mal grave que los ricos y personas distinguidas, á quienes tenia él mismo temor, se empobreciesen gastando en vasos de oro, en vestidos de seda, en inmensos palacios y en multitud de esclavos; ni que las fuertes é insaciables pasiones que devoraban á la juventud, se hiciesen mas ardientes; ni que se enconasen de nuevo los odios de familia, ni que los nombres ilustres se deshonrasen y pereciesen en disensiones domésticas, en envenenamientos, en adulterios. Nada de esto contrariaba su política.

Tiberio principiaba á descubrir un nuevo medio de accion en su política. En tiempo de la república habia una ley Julia contra los que hubiesen *disminuido la majestad del pueblo* (1). Y ¿qué significaba *disminuir la majestad del pueblo*? Todo y nada: significaba lo que nosotros llamamos *lesa majestad*, es decir, traicion grande y pequeña, delito político, trama, palabras vagas é indeterminadas, cuya arbitraria generalidad, conviene decir que es necesaria, puesto que en todas partes hay leyes semejantes. Pero no olvidemos que la patria, el pueblo era Dios, divinidad mas severa que los dioses benignos del Olimpo, los cuales sabian comprender las locuras; de modo que la rebelion ó la conspiracion eran al mismo tiempo una impiedad; y las leyes de majestad (esta palabra no se aplicaba mas que á los dioses), añadian á la indeterminacion de las leyes políticas el rigor de las leyes sobre el sacrilegio. Una palabra, una sonrisa podia ininterpretarse como una blasfemia contra los dioses, asi como un atentado á mano armada era un atentado contra el príncipe.

Cuando concluyó la república, la divinidad del pueblo pasó naturalmente al emperador. César era la encarnacion de la patria y la patria era Dios y César fue Dios; y en esto no se presentó dificultad alguna.

En la antigüedad no habia nada mas fácil que ser inmortal, desde Hércules y Júpiter era un placer poco importante que no se negaba á nadie. El emperador fue, pues, revestido de toda la santidad del pueblo; como monarca debia estar á cubierto de toda traicion; como Dios debia ser vengado de los sacrilegios. La ley Julia se aplicó á la *majestad* de los emperadores, y Tiberio consultado sobre este punto no tuvo que responder sino: «observad las leyes.»

Por lo demas, como esta ley era aplicable á todo, podia auxiliar á la justicia, podia hacerlo todo, aun algun bien. Las primeras víctimas fueron caballeros oscuros y culpables, ricos publicanos que se habian enriquecido en las provicias, gobernadores que habian robado (¡y se robaba tanto!), mujeres de elevadas casas, cuya disolucion se complacia Tiberio en publicar, sacando asi partido de la antigua moralidad romana, que consideraba el adulterio como un delito capital. Tiberio era un admirable legista capaz de hallar armas para sus pasiones en el arsenal de las antiguas leyes, «de ocultar bajo antiguas nombres acusaciones completamente nuevas.» Hombre de una legalidad escrupulosa porque sabia que la legalidad lo permite todo: severo aun en la justicia se ocultaba en un ángulo del tribunal para ver si el pretor castigaba bien. Mientras vivió Germánico obró con humildad y con temor; poco á poco sintió que se hacia fuerte, y entonces supo emplear en su ayuda aquella juventud de las escuelas de que hemos hablado.

Entre los antiguos, como es sabido, todos tenian el derecho de acusacion, la acusacion era popular. Un jóven que acababa de abandonar las disputas de escuela, que habia entrado en la lid comunmente sangrienta de los partidos, no sabia hacer nada mejor que arrojar pronto el guante al partido contrario; observar á un hombre y acusarlo. ¿Y cuál era el motivo de la acusacion? ¡Poco importaba! ¿Tratábase de conseguir una victoria para su partido, de obtener de los jueces una sentencia favorable, de desterrar á un adversario? (porque comunmente no se les condenaba á muerte). Pues principiaban con una acusacion; esta indicaba mayor arrojo y era mas luminosa y honrada por la defensa: la humanidad entre los antiguos no era una virtud: Séneca prohibe ser humanos á los estóicos; y Virgilio dice del sabio: «Ni siente piedad del pobre, ni envidia del rico.» Craso fue acusador á los diez y nueve años, César á los veintiuno y Polion á los veintidos.

Esto está en conformidad con una particularidad de las costumbres antiguas: la enemistad

(1) Tácito dice (I, 72): *Legem majestatis reduxerat, cui nomen apud veteres idem, sed alia in judicium veniebant: si quis proditione exercitum, aut plebem seditionibus, denique male gesta republica majestatem populi romani minuisset. Facta arguebantur, dicta impune erant. Primus Augustus cognitionem de famosis libellis, specie legis ejus, tractavit... Mox Tiberius, consultante Pompejo Macro pratore, an judicia majestatis redderentur?— exercendas leges, respondit.* Traduttore.

no era, como entre nosotros, una cosa equívoca, que difícilmente se manifiesta, y se oculta bajo frases políticas ó bajo una afectada indiferencia; era una cosa abierta, auténtica, formal, declarada. Entablábase una enemistad, por decirlo así, como se entabla un proceso; se principiaba por intimar solemnemente á un hombre el rompimiento de la amistad; y el asunto se terminaba en el foro ante los jueces, haciendo que le prohibiesen, con sentencia política, el agua y el fuego. Muchas veces un hombre se arrojaba en brazos de una fraccion para poder desafiar á su enemigo: en suma, era el duelo de aquel tiempo, y en él entraba el honor. Ciceron se justifica con el público interés de haber abrazado la causa de aquellos que habian sido sus enemigos. Habia quien se gloriaba de tener enemistades, de provocarlas, de sostenerlas, de proseguirlas hasta el fin; algunas eran hereditarias en las familias; y para decirlo todo, en la rigidez de esta vida parlamentaria eran al mismo tiempo un deber, una gloria, un objeto de ambicion, y la elocuencia era el arma poderosa para sostenerlas.

Todo esto subsistió bajo el imperio, pero sin aquella union con la vida pública que daba á estas pasiones un objeto, utilidad, grandeza. Habia entonces, lo mismo que antes, odios personales, odios de familia, y espantosos desórdenes: y el lujo, la costumbre de envenenar, la disipacion de la hacienda, los hacian mas violentos. De estas familias privadas de todo vínculo y de todo pudor, de esta sociedad que no deseaba mas que herirse con las manos, salia aquella juventud que hemos pintado, ardiente, inmoral, casi siempre sin dinero, vendida al que le proporcionase una posicion ó un nombre, rebosando formas retóricas, que sentia agitarse en su seno su ambicion sin objeto y su inútil facundia.

Para estos jóvenes, lo mismo que para sus antepasados, la primera puerta abierta era la acusacion; pero despojada de la grandeza de la vida política, esta carrera se hacia una cosa infernal; no habia ni aun en apariencia un fin desinteresado; no quedaba mas que la venganza, y muchas veces un oficio. El oficio de delator (nombre clásico en toda la antigüedad romana), era un oficio lucrativo, porque el acusador tenia derecho á recompensas legales, y participaba de las confiscaciones. La delacion llevaba tambien á otros premios mayores; el delator daba ocasion á que hablasen de él; recibia saludos en el foro; por la mañana le esperaban en la antecámara; le seguian al campo de Marte una multitud de parciales; no imponia temor solo á los hombres, hacia temblar á las familias; ante él se humillaba el orgullo de las mas ilustres; le protegian ciudades y provincias; y un rey se creia afortunadísimo por ser amigo de un delator.

Se dedicaron al principio á este oficio hombres vulgares, innobles, despreciados; pero pronto le siguieron los ambiciosos y los grandes talentos. Los mismos nombres que en los temas del profesor Séneca, aparecen como nombres de grandes retóricos, y de escolares de grandes esperanzas, Aterio, Romano, Hispo, se encuentran en Tácito, como nombres de ilustres delatores: los dejamos en la escuela y los volvemos á encontrar en el senado enfrente de los acusados (1).

Y mientras aquellos hombres hacian uso de su libertad en los términos legales, llamaban *more majorum* al campo de la acusacion á todos los hombres cubiertos de gloria, á los grandes, á los ricos; publicaban delante de los jueces y ante todo el mundo las desgracias y disensiones de las familias, añadiendo siempre el delito de lesa majestad, estribillo obligado de todas las acusaciones. Tiberio podia estar tranquilo; él no entraba para nada en estas intrigas, cada uno estaba en su derecho. Los que no podian aspirar al noble oficio de delatores, mucho mas viles que estos formaban un ejército de testigos y espías, pagado como sus jefes, porque la ley les daba tambien recompensas; ejército activo, difundido en todas partes, que seguia con la vista los pasos, observaba las palabras, se insinuaba en todos los secretos, provocaba y denunciaba despues las impudencias; estaba siempre en correspondencia con César, á quien advertia de todo secretamente, dispensándole de tener policía.

Nunca faltaban motivos de acusacion: la divinidad del emperador era aun mas celosa de su dignidad que la del pueblo. Y no solo se trataba del príncipe vivo: la piedad de Tiberio hácia su predecesor no consentia que se ultrajase la memoria de Augusto; y romper una estátua de este, vestirse ó desnudarse delante de su imágen eran delitos capitales. Un poeta que en una trajedia hizo injuriar á Agamenon, faltó al respeto á la dignidad real. Otro, por una escesiva precipitacion habia compuesto el elogio fúnebre de Druso cuando aun vivia: esto era desearle mal y por lo tanto fue condenado á muerte. Todas las supersticiones de la antigüedad fueron llamadas en socorro de la tiranía.

En cuanto á los verdaderos motivos de la acusacion, bastaba la riqueza, un nacimiento ilustre, un poco de gloria, el odio de un delator. La avaricia, pasion desconocida para Tiberio por mucho tiempo, principió á insinuarse en su corazon. Las confiscaciones pertenecian al fisco, y el fisco no era mas que el tesoro del emperador. Los impuestos se dirigian á los bienes raices, y las delaciones á los muebles; y los primeros ciudadanos de Galia, España, Siria y Grecia fueron condenados solo porque tenian en sus posesiones mas de la tercera parte de su hacienda.

Véanse ahora cuáles eran los efectos de la acusacion; el que de ella era objeto se veia se-

(1) Léase lo que dice Tácito de estos hombres, que ejercian el oficio de acusadores: «Junio Oton habia sido al principio maestro »de retórica; despues con el favor de Seyano llegó á senador; y »procuraba, á fuerza de imprudencia, salir de su primera oscuri»dad... Brutidio tenia muy buenas cualidades; si hubiese seguido »una vida recta, hubiera podido elevarse á los puestos mas bri»llantes; pero la ambicion le arrastraba; primero quiso sobrepujar »á sus iguales, despues á los que estaban delante de él, y por úl»timo, á sus mismas esperanzas. *Anal.*, III, 66.—Aterio fue mas »odiado que ninguno otro, porque se entregaba al sueño y á licen»ciosas veladas, y tenia un carácter muy vil; no temia ni aun la »misma crueldad de Tiberio; meditaba entre el juego y la licencia »la ruina de los mas nobles ciudadanos. *Anal.* VI, 4.»

saludo con el dedo como un apestado; todos le abandonaban; si pasaba por la calle huian y despues volvian sobre sus pasos, y se hacian ver, por temor de haber dejado conocer su miedo; los amigos y parientes ponian una gran distancia entre ellos y él; porque la acusacion, asi como la peste, se propagaba de casa en casa; de un hombre pasaba á su familia, á sus amigos, al que le habia saludado, al que le habia visto. Entonces los amigos y los parientes para no ser acusados acusaban; tirada la primera piedra contra un proscripto, cada uno se apresuraba á tirar la suya; para salvarse debia arruinarle: el hijo denunciaba á su padre. Todavía se encuentran aquí las tradiciones del patriotismo romano, en favor del despotismo imperial: los delatores inmolaban sus parientes á Tiberio asi como Bruto habia hecho morir á sus hijos y Horacio á su hermana.

El acusado permanecia libre; y sin embargo no pensaba en huir: ¿por qué? por mil circunstancias de la antigua sociedad, que son estrañas á nosotros. El imperio era tan estenso, tan unidas estaban sus partes, tan rápida era la mano del poder, que la fuga parecia imposible. «Donde quiera que estés (escribia Ciceron á Marcelo) piensa que la mano del vencedor te puede alcanzar.» Un solo ejemplo tenemos de un hombre que trató de sustraerse al poder del emperador: un caballero romano que huyó al país de los Partos; y pareció á estos tan estraño aquello que le arrestaron y condujeron á Roma: pero Tiberio se cuidó tan poco de él, que le dejó vivir.

Por lo demás ¿á dónde huir? Mas allá de los confines del imperio no se conocia nada. No estaba el imperio como las demás monarquías confinadas por rios, por cadenas de montañas, por límites determinados; en sus confines reinos tributarios, pueblos bárbaros medio indómitos sucedian á las provincias gobernadas por pretores, y prolongaban el poder del imperio. ¿Y dónde estaba el fin? no se sabia: porque estaba allí donde ya no se conocia nada, donde vivian pueblos salvajes, donde la geografía era fabulosa. Era preciso vivir ó morir en Roma, vivir en aquella luz como dice Ciceron, vivir en la vida activa del campo de Marte y del Capitolio, como aquel veneciano desterrado, que volvió á Venecia seguro de encontrar en ella la muerte, deseando mas morir allí que vivir en otra parte.

¡Y no huir, ni esconderse! El proscripto en tiempo de Tiberio, no podia alimentar ninguna de estas esperanzas, que tanto socorrian al proscripto antiguo favorecido por la amistad. No habia quien tuviese fe en nadie. Roma estaba llena de esclavos, y estos eran los únicos que cultivaban los campos; y entre el esclavo y el hombre libre no habia ningun lazo de humanidad, porque unos y otros eran de diferente naturaleza. En tiempo de Sila, sin embargo, hubo esclavos que se sacrificaron generosamente por sus señores; pero en tiempo de Tiberio ni uno: el temor, la traicion, la espiacion voluntaria estaban en todas partes; y la policía creada por la traicion y el temor era mas inevitable que la policía del gobierno (1).

El acusado, pues, comparecia ante el senado, juez supremo de las acusaciones de lesa majestad. Se presentaba solo delante de todos aquellos hombres, cortesanos, íntimos cómplices, ó enemigos temerosos del príncipe; delante de aquellas antiguas nombradías, que debian disculparse de su celebridad ó conservar su oscuridad; delante de aquellos restos mutilados de la antigua aristocracia, enemigos unos de otros, confusos por su mismo nombre, y por su temible gloria. Tenia á su frente tres ó cuatro acusadores: si habia gobernado una provincia, esta mandaba algun elocuente orador, lleno de soberbia al presentarse en el gran teatro de Roma. Pero ni aun con los acusadores terminaba el asunto: los testigos no eran simples narradores como entre nosotros; discurrian, declamaban, y se encolerizaban con tanta libertad y retórica como cualquier otro; todos habian estado mucho tiempo en la escuela y no podian olvidar las bellas cosas que allí habian aprendido. Entonces caian como una tempestad sobre el acusado las injurias oratorias, las imprecaciones, las invocaciones, los apóstrofes; y todos los modos de la controversia, todos los recuerdos del retórico se usaban en la declamacion. Del defensor no se hable; no porque estuviese prohibida la defensa, sino porque ninguno se atrevia á pronunciarla. El acusado abatido por las invectivas, alzaba apenas la cabeza cuando la hipotíposis ó la prosopopeya llegaba á sofocarle, y enviaba el último suspiro ante los tiros del apóstrofe.

Esto puede parecer pueril; pero debe recordarse que los antiguos eran mucho mas pueriles que nosotros. El poder de las frases era inmenso. Cuando Maslio fue acusado ante el pueblo, se creyó hacer mucho contra él, con impedirle que usara una figura de elocuencia, quitándole de la vista del Capitolio, por él defendido. Escuchaban, admiraban, y se dejaban persuadir por el arte; poco importaba la moralidad del fin; era ya muy antigua la costumbre de separar el talento de la conciencia, de aplaudir el énfasis de la palabra sin pensar en la verdad de las cosas: un hombre habia hablado bien, ¿qué se le podia negar?

A aquellos acusadores y á aquellos testigos se añadia el gran auxilio de los procedimientos romanos, la tortura de los esclavos; nunca se sometia á la cuerda á un hombre libre; pero ¿qué otra cosa mejor podia hacerse á un esclavo? La ley prohibia solo poner en el tormento á los esclavos del acusado; pero Tiberio como hábil procurador supo eludir esta ley; hizo comprar al fisco los esclavos del acusado; y entonces ya se les podia aplicar la cuerda sin el menor escrúpulo legal.

El acusado estaba solo contra todo esto, contra tales testigos, contra interrogatorios hechos

(1) Esta era la mayor desgracia de aquel tiempo. Hasta los primeros senadores algunas veces abiertamente, y muchas en secreto, no se desdeñaban de ejercitar la delacion por infame que fuese. Habia desaparecido toda diferencia entre estraño y pariente, entre amigo y desconocido, entre un hecho nuevo y un recuerdo casi olvidado por el tiempo. Apresurándose todos á culpar al proscripto para salvarse á si mismos, cogian la primera palabra que salia de su boca en un banquete, en una reunion, en el Foro, á propósito de cualquier cosa. La mayor parte no buscaban sino su propia seguridad; pero tambien los habia que habian contraido el mal de la delacion como una peste. TACITO, VI, 17.

por la mano del verdugo, contra aquellos enemigos ardientes, impudentes, sostenidos por César, acostumbrados á hablar, solo, abatido, sin elocuencia, carecia de la fuerza suficiente para negar las imputaciones mas absurdas. Esto no obstante si tenia valor variaba alguna vez de aspecto el negocio. En aquel tiempo cada uno temblaba por sí, y al que se sobreponia al temor generali no le era difícil dominar á los demás, despertando en ellos el miedo. El acusado podia tambien hacer el papel de acusador, nombrar á sus pretendidos cómplices, ó tambien, sin confesarse culpable denunciar á su enemigo; y entonces si tenia un poco de elocuencia principiaba una lucha espantosa. Aquellos dos hombres, elevándose uno de ellos al papel de acusador y descendiendo el otro al de acusado, hablaban con estraordinario ardor tratando de su vida ó de su muerte; verdadero combate de gladiadores, duelo mortal, de que Tiberio era impasible y feliz espectador, porque deseaba siempre ver en lucha á los que tenian algun poder. Un acusador acusado de esta manera se confundió y huyó; Tiberio le hizo volver por la fuerza, para sostener la denuncia hasta el fin.

Aun hay mas. Despues de la caida de Seyano, cuando se procesaba á sus amigos, uno de ellos confesó serlo, y al mismo tiempo dijo al Senado que él tambien lo habia sido: «Hemos adulado á »los que estaban á su alrededor, hemos hecho la »córte á sus libertos; nos hemos creido afortuna»dos solo con darnos á conocer á su portero.» Este *nos* le salvó. Otro, á quien preguntaron los nombres de sus cómplices, principió á indicarlos entre sus jueces; y los padres *conscripti* temblaron en sus asientos; la desesperacion de este hombre podia ser funesta á todos; y se apresuraron á sofocar su voz con susurros y á condenarle.

Habia ademas otro motivo para obrar con presteza. La condena era, por lo comun, tanto mas segura, si el acusado desde el primer momento pensaba evitarla con el suicidio. Porque debia esperar en su casa que los pasos de los soldados viniesen á advertirle que era la hora de la muerte; que dos criados del verdugo le pusiesen el lazo al cuello en el fondo de un calabozo. Debia sufrir que su cuerpo fuese arrastrado por los garfios, y precipitado en las gemonias; que se vendiesen sus bienes en provecho del fisco; que sus acusadores se enriqueciesen con su patrimonio; que fuese roto su testamento, es decir, el acto mas solemne y mas arraigado en el corazon del romano. Pero si el acusado tenia prisa por morir, Tiberio y el fisco deseaban que esperase la sentencia. Apresurábanse, pues, con terrible porfía el acusado y los jueces, uno por salvar sus bienes y su memoria, los otros por no defraudar al tesoro. «Carnucio me se escapó de entre las manos» decia Tiberio hablando de un proscripto que se habia dado la muerte. Algunas veces Tiberio queria aparentar que era buen príncipe, y se dolia de que los acusados dándose la muerte le impidiesen manifestar su clemencia; nunca ni con nadie fue tan compasivo como con los muertos. Algunos acusados cuyo proceso duró varios dias, se valieron del tiempo, y se dejaron morir de hambre; otro que se habia herido con una espada, fue conducido al Senado todo ensangrentado, y vendado y curado por el verdugo; otro en fin, se envenenó delante de los jueces; y no perdieron el tiempo en condenarle. ¿Qué importaba la formalidad de la sentencia? Fue llevado moribundo, y le pusieron el lazo cuando ya habia entregado su espíritu.

En tal camino era preciso andar deprisa; pues no habia allí un tirano que oprimiese al pueblo; sino un pueblo que se heria á sí mismo en beneficio del tirano. Bien pronto se acusaron tambien los pobres, los de oscuro nombre, los que no ofrecian ningun motivo de enemistad mas que los odios personales. Los desterrados y los hijos de los desterrados fueron llevados á Roma desde lejanas provincias ó desde alguna isla medio desierta, como personas que hubiesen podido inspirar temor. Y se vieron algunos enteramente humillados por la miseria, desnudos, haraposos, que ignoraban tales venganzas. Y no era aquello ya una venganza; no habia sospecha; no se dirigia la acusacion contra una persona determinada; se acusaba al primero que se encontraba para atemorizar á los demás. En los últmos dias de su vida, Tiberio no pensaba ya en matar á sus enemigos, sino en matar mucho: era Marat pidiendo las veinte mil cabezas.

La vida privada de aquel tiempo, teniendo á la vista semejantes escenas, nos parece, por lo que podemos conocer, dominada por una profunda tristeza. En medio de un frenesí por el lujo, que parecia delirio, en medio de una inmensa corrupcion y de placeres frenéticos, sabian que antes de mañana una carta de un acusador á Tiberio ó de Tiberio al Senado podria condenarlos á una muerte deshonrosa en la infecta prision de Iugurta. Y estos hombres sin moralidad y sin creencias, no hallando dentro de sí mismos nada que les impulsase á mirar con la dignidad del verdadero valor aquel contínuo peligro que les amenazaba, se embriagaban para olvidarle; pero en medio de las orgías, pesaba sobre su corazon una amarga tristeza. Sin esperanza alguna, entregados á siniestras supersticiones sobre un destino en que creian ciegamente, pidiendo á la astrología y á los presagios el conocimiento de este furor inevitable, fatalistas y supersticiosos sin virtud, sin filosofía y sin fe, creian hacer una accion magnánima con el suicidio, sustrayéndose de este modo á la ley inevitable del destino. El suicidio, que era un gran recurso contra Tiberio, les parecia tambien un consuelo con respecto á sí mismos. Tantas muertes voluntarias como se dieron con alegría los proscriptos en el foro, en el senado en la prision, á donde podian, acostumbraron fácilmente á Roma á esta especie de valor, que se hace de ley imitar. Y no era solamente la causa del suididio el peligro del momento, una desgracia personal, lo era tambien el fastidio de la vida (*tædium vitæ*). Esta fue la palabra de convencion. Cerrábanse en un cuarto, rehusaban tomar alimento, y esperaban la muerte.

Lentulo, hombre riquísimo, habiendo tenido la desgracia de nombrar heredero suyo á Tiberio, fue impulsado por este, á fuerza de pesa-

dumbres y temores, á darse la muerte. Cocceyo Nerva, amigo y comensal del príncipe, ilustre jurisconsulto, y que no fue blanco de los acusadores, se dejó morir (Tácito lo dice en términos propios) por la profunda tristeza que le inspiraba su tiempo.

¿De qué provenia todo esto? Del temor, dios de aquel siglo. ¿Y la causa del temor cuál era? ¿Cuál era la causa de aquella indiferencia, de aquel aislamiento del proscripto, de aquella traicion universal, de aquella falta de fe recíproca entre personas que tenian comunes intereses y estaban espuestas al mismo peligro? Aquel pueblo tembloroso en las calles, que huye cuando pasa un proscripto, que odia á Seyano, no tiene valor ninguno contra él sino despues de su caida; aquel pueblo que adora la memoria de Germánico, cuando ve á su familia proscripta, apenas se atreve á conmoverse un poco en las calles, protestando siempre respecto á Tiberio. Aquel senado representante de la antigua aristocracia, que favorece los proyectos del príncipe contra ella y contra sí mismo, y el mismo Tiberio, causa del terror universal, que envejece en medio del temor recogido en su nido de Caprea, que consulta á los astrólogos sobre la duracion de su vida, y tiembla lo mismo que aquellos á quienes hace temblar. ¿Cuál era, pues, la causa de aquel terror sin escepcion, ilimitado?

El pueblo no temia una fuerza material poderosa. Diez ó doce mil pretorianos reunidos bajo los muros de Roma, gente que vivia en la crápula, fácil de comprarse, de ser vencida ¿hubiera sido suficiente barrera contra una rebelion en tan vasta ciudad? Las legiones estaban dispersadas en las fronteras, dispersadas por la política que las temia mas bien que contaba con ellas. ¡En sus filas habian buscado un refugio los hijos de Germánico!

Se dice que la multitud es mucho mas inerte, y su influencia sobre la vida social, mucho mas pequeña de lo que se cree; porque siempre gobiernan los pocos. En algun país septentrional, con medios algun tanto artificiales, fue en apariencia, si no en realidad, llamada al gobierno, una minoría mas numerosa; pero al fin minoría. En Francia vereis que mas facilmente se da la ley que se recibe por la multitud; los derechos que esta tiene se ven despreciados por un mercado ó por un dia de cosecha; y las salas de elecciones abandonadas á los procuradores y á sus clientes. En el Mediodía la doble facilidad de olvidar y de vivir, el placer del ócio, la carencia feliz de toda prevision, la vida solo del dia, del momento, alejan al pueblo y le hacen estraño á esta vacía y farsáica vida política; paises, si no me equivoco, poco aptos para ser gobernados por tales medios. Díganlo si no las impotentes revoluciones de España y de Italia, revoluciones pretorianas, hechas por un regimiento y deshechas por un batallon. ¿Y mientras tanto qué piensa la nacion? ¿Qué hace? La nacion está al estremo de la calle, echada en el suelo, si no puede tener otro lecho mejor; come sus macarrones, toma su chocolate, y fuma su cigarro si la revolucion le deja alguno; y goza á lo menos de aquello que no la pueden quitar, de su hermoso sol; mira impasible la revolucion que pasa, sufre sus consecuencias; pero no piensa en tomar parte en ella; y bien ó mal siempre obra lo mismo.

Sin embargo, aun esto no basta para esplicar la paciencia de veinte años, y aquel terror tan vil de todo un pueblo, ante un viejo deshonesto y decrépito, que á su vez temblaba delante del pueblo; en una multitud como la poblacion del imperio, donde solo la de Roma, que era la parte fuerte é inteligente, era bastante numerosa para emanciparse por sí sola. Los mismos pretorianos en el curso de la historia, parecen mas dispuestos á rechazar á un competidor que á sofocar una rebelion. Tiberio en medio de todos aquellos temores, parecia que solo temia un asesinato ó una rebelion.

¿Cuál, pues, era la causa de aquel estado? Véase, segun creo, el motivo fundamental. La antigüedad estaba basada sobre el principio del egoismo nacional; del patriotismo en las repúblicas, del despotismo en las monarquías; no se creia que el despotismo, á pesar del significado que hoy damos á esta palabra, no produjese un género de heroismo, propio suyo. Herodoto refiere que cuando Jerges vencido en Grecia huyó á su reino, se levantó una gran tempestad cuando atravesaba el mar: el piloto declaró que la nave llevaba una carga escesiva, y que la vida del rey estaba en peligro. El puente de la nave estaba cubierto de grandes de la Persia que habian seguido al rey. A esta declaracion unos despues de otros pasaron delante del rey, inclinando su frente hasta la tierra y se precipitaron en la mar. En la pureza de esta adhesion, por absurda que sea, hay cierta grandeza que nos admira, y que (suponiendo verídicos á los dos historiadores) puede ciertamente compararse á la accion de Curcio, que con su famoso caballo se precipitó en el abismo.

En el seno y casi á la sombra de este egoismo nacional, crecian, por decirlo asi, una porcion de egoismos parciales, de tribu, de casa, de corporacion. En este egoismo complejo se fundaba la existencia de la sociedad. El egoismo nacional, aunque fundado en el espíritu de hostilidad y de guerra, en el odio á los estranjeros (*hostis* significaba estranjero y enemigo), estrechaba los vínculos de toda sociedad, les daba mayor unidad, y la concentraba con la esclusion de todo lo que era estranjero, y con las ideas supersticiosas que eran su principio; la agrupaba en las repúblicas alrededor de la aristocracia, en las monarquías alrededor del soberano, que era el núcleo, y como ya hemos dicho, la divinidad de este sistema. Por su parte el egoismo de asociacion ó de tribu, y sobre todo el mas importante de ellos, el egoismo de familia, establecia entre las diversas partes de la sociedad vínculos, duros y sanguinarios, pero fuertes, que convergian todos hácia la unidad política. No es este el lugar oportuno para manifestar cuán imperfecto era este órden social, fundado en último análisis en la division y en el odio nacional, y de consiguiente en la guerra, en el esterminio y en la sangre; y cuán funesto era tambien en lo interior de las sociedades este sistema, que no re-

conociendo nada sagrado en la persona del hombre, no admitia ni los derechos, ni las razones que el súbdito podia presentar en contra de la república, y sacrificaba sin consideracion alguna á la justicia, el hombre, á la nacion, á la tribu y á la familia; lo que sí diré es, que este era el fundamento de todo órden social antes del cristianismo, y que tampoco podia ser otro.

Las conquistas romanas destruyeron este fundamento. Los egoismos nacionales, por decirlo asi, fueron fundidos todos en el gran egoismo romano; por lo menos descendieron al nivel de la escasa gloria de alguna pequeña ciudad. Al mismo tiempo, Roma que habia elevado este egoismo nacional á una altura mucho mayor que cualquier otra ciudad; Roma, cuya aristocracia concentraba á su alrededor las fuerzas de la sociedad, en la cual los egoismos parciales, y principalmente el de familia, eran mucho mas poderosos que en cualquier otra parte; Roma, estendiéndose demasiado, dejó escapar la primer malla de aquella red tan unida, y relajó en su mismo seno los vínculos del egoismo nacional, del mismo modo que los rompia en los demás pueblos. De tal suerte se quebrantó la antigua base de la sociedad romana; y faltó al mundo antiguo la base, en que, aunque viciosa, se sustentaba; y de aquí provino aquella agonía de cuatro siglos.

Pero al mismo tiempo cada egoismo de sociedad se descomponia en egoismos individuales. La enseñanza de la filosofía era indeterminada y sin fundamento; las narraciones religiosas, confusas y pueriles, de modo que no podian establecer entre los hombres ningun fuerte vínculo. La misma familia que era considerada por los antiguos, como una unidad política y rigorosa, mas bien que como una asociacion santa y natural, la misma familia no poseia ya bastante poder para conservar estos vínculos. No habia union entre los individuos, sino un completo aislamiento. Esta falta de toda union, esta anulacion de todas las relaciones, aun de familia, está probada de un modo terrible por Tácito. Nosotros no podemos formarnos idea de aquella época; porque todo lo que podamos imaginar de individualizacion, de relajacion en los vínculos sociales no es nada en comparacion de lo que habia; y una prueba de ello es, á mi parecer, la unidad escesiva del poder.

Estando, pues, todos divididos, todos eran débiles; y por lo tanto, todos tenian miedo; y aquí está todo el secreto de aquellos tiempos. Cada uno sentia la falta de apoyo. En tal situacion, el primero que ataca tiene una inmensa ventaja, porque ostenta su fuerza mientras que los demás sienten su debilidad. Entonces cada uno piensa en sí solo; y se ve anticipadamente solo enfrente de este enemigo, él tímido y el otro audaz, él débil y el otro fuerte; y no piensa mas que en estarse quieto, en estar en paz y en salvarse hoy; mañana ya verá lo que sucede. Por lo tanto, el primero que se ve atacado, permanece solo, todos le abandonan. Tal era aquel tiempo, como nos lo dice Tácito: el temor habia roto todas las relaciones sociales; ninguno pensaba en que le llegaria su turno; no defendian á los demás, y por consiguiente no eran defendidos. El sentimiento comun que nos impulsa á apagar el fuego aunque no llegue hasta nosotros cedia al temor del momento. Entonces hubiera sido una virtud sublime, no diré la caridad desinteresada, la caridad cristiana, sino el egoismo solidario, el egoismo nacional que socorre á los demás para ser socorrido en cambio á su vez.

No debe admirarnos el poder y la universalidad de este terror. El miedo desde el momento en que nace, crece; se tiene miedo del miedo que se ha tenido; se tiembla porque se ha temblado; se hace traicion porque se ha hecho traicion; el simple ciudadano denuncia porque ha denunciado ayer: el senado condena porque ha condenado. Preferido ya el sistema del temor al de la resistencia, no se puede menos de marchar por el mismo camino; de esta suerte algunos delatores consiguieron hacer temblar á un pueblo entero.

Y obsérvese una cosa: el primer instrumento de Tiberio era el senado; es decir, el cuerpo que mas le amenazaba, que mas le odiaba, que mas le hacia temer un asesinato. Ademas, el senado era el centro de todos los que Tiberio deseaba ver procesados; de los nobles mas distinguidos, de los mas ricos, de las personas mas célebres. Cuando le era pedido alguno de sus miembros, el senado temblaba; pero los iba entregando uno despues de otro; esperando quizá que la avidez del tirano se saciase; y cada uno se creia demasiado afortunado porque no le habia llegado su vez (1). De este modo se ponian en manos de Tiberio y se hacian la guerra á sí mismos el senado y la aristocracia; y no hay nada tan característico de aquella época como esta sencilla observacion de Tácito: «Por entonces murió Pison y ¡ cosa extraordinaria, teniendo tanta fama, murió en su lecho!

Tal era la sociedad, tal el pueblo y tal el senado. Pero dirijamos nuestra vista al rey del temor, á la causa de tanta desconfianza y al mismo tiempo al que mas temia en todo el imperio: observemos al mónstruo en su prision, tan fortificada por él que apenas podia salir de ella.

En el seno del mar de Nápoles, á tres millas de la costa, enfrente de las riberas de toda la Campania, aun mas hermosa, dicen los antiguos, que lo que la hizo despues el Vesubio, se elevaba Cáprea, prision por fuera, y lugar de delicias por dentro; roca escarpada, desde cuya cima se descubrian doce ciudades edificadas por Tiberio en honor de los doce númenes mayores, las termas, los acueductos y las galerías. Este rincon de la tierra, protegido por el mar del rumor del continente, por el monte Solano de los rigores del frio, habia sido ya muy grato á Augusto que vivió en él cuatro años. Despues de Tiberio le habitó tambien Neron; ambos, aunque tiranos, amantes de las bellezas naturales. En la gruta Azurra se encontraron los restos de los baños de Neron. La sensualidad romana, que nada dejaba escapar, habia hecho un subterráneo para

(1) Fueron acusados juntos Asinio Polion, el hijo de Viniciano, Apio Silano, y Escauro Mamerco, todos de noble casa, y algunos de ellos altos dignatarios. Temblaron los senadores, porque ¿quién no habia tenido relaciones ó amistad con tan ilustres personajes? TACITO, VI, 9.

llegar al mar, y esperimentar el placer de un baño incomparable, en esta maravillosa gruta. Al aproximarse á la isla, se dudaba poder llegar á tierra: lo escarpado de la roca no dejaba mas que un solo punto accesible á los barcos. Allí habia una guardia; por la cual era fácil conocer que cerca estaba el príncipe.

Hacia mucho tiempo que este habia abandonado á Roma, porque una ciudad tan grande no era para él. De aquel movimiento y de aquella vida, se elevaba un sordo murmullo que le reconvenia por sus crímenes. Ya era una carta que le tiraban á su sitio en el teatro; ya era la atrevida invectiva de un condenado en medio del senado; porque los condenados, que eran los únicos libres, se atrevian á decirlo todo. Un dia fué un testigo, hombre sencillo, deseoso de hacer bien, el cual creyendo que nunca podria decir lo bastante, puesto delante de los senadores y de Tiberio, á pesar del embarazo de este y de las reconvenciones de aquellos, repitió desde el principio hasta el fin, y palabra por palabra, todo lo que se decia en Roma secretamente contra el príncipe. Desde entonces Tiberio, abandonó á Roma, evitando las acusaciones, y tambien la adulacion que le era insoportable, haciendo apartar rudamente por sus soldados á la poblacion cortesana que iba á humillarse delante de él; y prohibiendo con un decreto que turbasen su reposo.

Fuera ya de Roma, los astrólogos habian dicho que no volveria á entrar en ella: y efectivamente pasaron asi once años hasta su muerte. No se crea que en Roma habia dejado de tomar precauciones para su seguridad: habia hecho decretar vergonzosamente á los padres *conscripti*, que le acompañaria una guardia en el senado; habia dispuesto tambien que al entrar los senadores fuesen registrados (1). Los senadores se bajaron á todo, y no tuvieron ni aun la triste recompensa de ver á César en medio de ellos.

Tiberio se aproximó á Roma (no sé por qué causa), yendo por caminos estraviados, como para observar á este enemigo. Tampoco sé qué causa le alejó de ella. Estaba á la distancia de siete millas y veia á Roma, cuando murió una culebra favorita suya picada por una multitud de moscones. «Temamos la multitud, porque es poderosa,» fue el augurio que sacó de este hecho, y se volvió á su segura y deliciosa mansion de Cáprea.

Si á través de las guardias y de los espías, con riesgo de la vida, penetrais hasta él, vereis un horrible viejo con el rostro cubierto la mitad de úlceras, y la otra mitad de emplastos, calvo, encorvado, de fétido aliento, con grandes ojos de gato que ven de noche, taciturno, adusto, de continente soberbio, consumido por monstruosas disoluciones, triste, sentado á la mesa para acabar de embriagarse y de disputar con los gramáticos sus buenos amigos, sobre aquellas cuestiones de que hemos hablado al principio, sobre los cabellos de Febo, ó la edad de los caballos de Aquiles, ó hablar en voz baja y sériamente á Trasillo, para que por la noche salga á la gran torre á leer en los astros.

(1) Dion. I, 58.

Trasillo era un griego que Tiberio habia conocido en Rodas. El futuro emperador compraba, permítaseme la palabra, un astrólogo: pero tenia un modo estraño de probarles. Los conducia á su casa por altas y espantosas rocas, seguido solo de un liberto. Desde el tejado de su casa observaban los astros; Tiberio consultaba y el astrólogo respondia: pero si creia que la respuesta era errónea ó engañosa, á la vuelta, cuando descendian por las mismas rocas, el liberto, hombre de gran fuerza, precipitaba al astrólogo en el mar. Cuando fue Trasillo, Tiberio le preguntó primero su horóscopo. Trasillo le predijo que obtendria la corona, y segun se dice, toda su vida futura. ¿Y tu horóscopo? le pregunta Tiberio. Trasillo examina de nuevo el cielo, duda, palidece, observa de nuevo, parece sorprendido, espantado, y por último esclama que en aquella hora le amenaza la muerte. La desconfianza de Tiberio no pudo resistir esta prueba de la ciencia, y le abrazó, se alegró de su exactitud en adivinar, le dió seguridades y le hizo su amigo y oráculo.

Trasillo, como el astrólogo de Luis IX, dominaba con el terror en el ánimo de su señor; y obtuvo hasta la libertad de algunos prisioneros. Tiberio, que no creia en la divinidad sino en el destino, tenia miedo del trueno, y en los dias de tempestad se cubria la cabeza de laurel; no tenia mas religion que su astrolabio. El fatalismo era la enfermedad de su siglo, uno de los principios de su disolucion, causa fecunda de las peores supersticiones ateas.

El príncipe está melancólico. Un dia recibe una carta del rey de los Partos, en la que aquel impolítico soberano le dice: «Eres un mónstruo, »el verdugo de tu familia: la mejor accion que »puedes hacer, es darte la muerte con tus pro»pias manos.» Y Tiberio escribe al senado: (Es imposible traducir bien la bárbara oscuridad de esta frase, que en un hombre que no carecia ni de razon ni de alguna fuerza de ánimo, debe hacer creer que estaba perseguido por los remordimientos.) «Padres conscriptos, que los dioses y »diosas me hagan morir de un modo mas cruel »que aquel con que me siento morir todos los »dias, ni sé qué os escribiré, ó cómo os escribiré »ó finalmente si os escribiré.»

Pero aun no basta esto. El príncipe está próximo á la muerte. Su salud largamente conservada, cede finalmente á los continuos desórdenes de su vida; ademas ya es viejo y casi decrépito. Pero si padece, si está melancólico, si le acosan los remordimientos lo oculta cuidadosamente, y dice: «Volved á poner la mesa, echad vino; el banquete no duró bastante.» Un dia en el anfiteatro quiso tirar una jabalina contra un jabalí, y la fuerza le hizo caer al suelo. No importa «no »quiero ningun médico: despues de los treinta »años solo un imbécil puede tener necesidad de »ellos.» Porque nadie debe saber lo que pasa en su cuerpo ó en su alma. Los festines y el teatro no bastan; y al borde del sepulcro se entrega á inauditos placeres. Aquel viejo repugnante y encorvado, á quien demuestran aborrecimiento las mujeres á costa de su vida, busca placeres disolutos que no se pueden describir; asi

como no pudieran imaginarse antes de saberlos.

César tenia cuidado de la justicia. Y si la habia en Roma, no la habia menos en Cáprea; si se acusaba en el senado, no se acusaba menos en el palacio del príncipe. Pero en este sitio habia un refinamiento en los tormentos, desconocido en Roma; en vez del simple lazo del verdugo, habia en Cáprea una série de padecimientos cruelísimos, despues de los cuales los culpables eran arrojados al mar. Y no solo entregaba Tiberio á semejantes tormentos á los acusados, sino á los que él convidaba, á los que se sentaban á su mesa. Habia llamado á su lado, impulsado solo por la amistad, á un hombre que habia sido huésped suyo en Rodas; llega este hombre, es preso y puesto en el tormento; y Tiberio para ocultar su error le manda dar muerte. Aquel miserable *formado de fango y de sangre*, como habia dicho muy bien uno de sus preceptores, de veinte consejeros que habia elegido al principio de su reinado entre sus antiguos amigos, apenas dejó con vida mas que dos ó tres: estaba próximo á entregar su alma y aun mandaba matar; y por último, cuando en un festin un enano situado detrás de él con los demás bufones, le dijo: ¿Qué haces de Paconio? ¿por qué vive tanto? al principio le mandó callar; pero en seguida escribió al senado, para que pusiese mano en el negocio de Paconio.

Entre tanto venian de las provincias desagradables noticias. La Galia se habia rebelado; el Oriente estaba desordenado; los Frisios declaraban la guerra impulsados por la avidez de los gobernadores romanos; los Partos ocupaban la Armenia; los Dacios y Sármatas la Mesia; mientras que Tiberio ajusticiaba y se embriagaba en Cáprea, se rompian los vínculos que unian las partes del imperio. Despues de la muerte de Druso habia ido perdiendo contínuamente su cuidado por los negocios públicos, y se habia apoderado de él el amor al dinero. Las provincias estaban sin gobernadores, mientras que él desconfiaba de todos, no nombraba á ninguno, ó bien desconfiando del electo, no le dejaba partir. Todo su cuidado era disimular el mal, curando la enfermedad del imperio como la suya, y temiendo sobre todo dar demasiado crédito á un hombre permitiéndole hacer la guerra. Por lo demás esta apatía era comun á todos. Algunas veces se quejaba Tiberio de que los hombres mas capaces de mandar los ejércitos rehusasen este cargo, teniendo él que humillarse á suplicar para encontrar hombres consulares que quisieran aceptar los gobiernos. Es verdad, sí, que Tiberio no daba tribuno á las legiones, y que Aruncio, á quien hacia diez años que habia nombrado gobernador de España, estaba desde entonces encarcelado en Roma, víctima de una acusacion. Pero, ¿quién habia de reconvenirle por esta negligencia? cuando cada uno solo pensaba en su peligro en Roma, ¿quién habia de tener cuidado del remoto? Cuando sucedió la rebelion de Sacrovir, que sublevó dos naciones galas, corrió la voz de que se habian rebelado sesenta y cuatro Estados de la Galia; que los Germanos habian sido invitados á aliarse con ellos, y que la España vacilaba. Estos rumores eran falsos; pero lo presente era tan triste que muchas personas los oyeron con alegría. «Por »fin se ha encontrado (decian) uno que con las »armas y con la guerra, interrumpa la san»grienta correspondencia de Tiberio y sus de»latores.»

La debilidad de este poder tiránico es verdaderamente una cosa maravillosa, terrible de cerca é impotente de lejos. Las provincias estaban mal defendidas, los ejércitos descuidados, no habia nadie dispuesto á reprimir al primer español ó al primer galo que quisiese rebelarse. Y asi preguntaban irónicamente si Sacrovir iba á ser acusado en el senado como culpable de lesa majestad.

Conviene saber cuál era la independencia de un general que estaba lejos de Roma y era querido de las legiones. Uno, acusado de haber querido casar á una hija suya con el hijo de Seyano, escribia á Tiberio: «No pensé emparentar »con Seyano, por consejo mio, sino tuyo. Yo »puedo engañarme como tú, y no es razon que »el mismo error sea reprensible en uno y funesto »en otro. Si nombras á un sucesor le acogeré »como una amenaza de muerte. Tratemos; qué»date dueño de todo lo demás y déjame mi pro»vincia.» Y Getúlico, que era el general acusado, conservó el favor. Tiberio viejo y aborrecido no se atrevia á nada donde no alcanzaba la mano de sus verdugos; y ádemas, dice Tácito con mucha verdad, conocia que su poder estaba basado en una ofuscacion, mas bien que en una fuerza real. Y es muy natural que asi lo creyese. Tiberio habia establecido su gobierno sobre el aislamiento y el temor. Al principio le hizo seguir esta política el amor al poder, y despues un sentimiento de odio universal y el temor por su propia vida le hicieron llevar su sistema hasta el estremo. Sabia que estaba amenazado por todas partes; no se trataba ya de política ni de gobierno, lo único que allí habia era una lucha entre él y los asesinos que creia le rodeaban siempre. Su poderío no consistia, como el de los demás soberanos, en la fuerza y regularidad de la administracion, ó en el poder y fidelidad del ejército, ó en la adhesion obligada y constante de los grandes cuerpos del Estado, ó en una hábil division del poder con la multitud, de modo que se satisfaga la ambicion de esta; no, su superioridad y su fuerza consistia solamente en tener mas medios de matar que sus adversarios, en anticiparse á los que querian quitarle la vida, en tener á su alrededer á los pretorianos y á los lictores, y en fiarlo todo á la fidelidad y prontitud del verdugo.

Véase á lo que se habia reducido la majestad del nombre de César y la gloria de aquella dinastía, aumentada con las adopciones y los matrimonios, y que iba estinguiéndose sucesivamente en alguna isla desierta ó en los tenebrosos subterráneos de palacio. Ya no se contaban entre los medios de fuerza del gobierno la minoría de Augusto y de César, y la veneracion religiosa hácia ellos. El primer aventurero que hubiese tenido la audacia de ocupar el puesto de Tiberio al lado del lictor, y cuya primera palabra hubiera sido una palabra de muerte para su predece-

sor, hubiera estado seguro de ser césar, tan legitimamente, tan divinamente ó tan poco seguramente como Tiberio.

En semejante situacion es fácil conocer, que el que como Getúlico, no se amedrentase en medio del terror general, debia ser amado y sostenido en medio del aislamiento universal, porque seria un hombre, no para ser provocado, sino para ser temido. Y hay una especie de consuelo al ver que en realidad son tan débiles los gobiernos mas sanguinarios. Considerándolo atentamente se ve que los príncipes que adoptaron este medio para conservar y aumentar el poder, y fueron casi admirados por la fuerza y energía de su política, fueron impulsados á este sistema por el miedo, y por consiguiente en muchas cosas demostraron una debilidad é impotencia increibles. El sistema de gobierno de Tiberio fue casi un legado impuesto á sus sucesores; en medio del egoismo y de la inmoralidad general, solo se reinó, puede decirse, por la desconfianza, y la desconfianza les arrastró muy pronto á aquel sistema. Los Antoninos se atrevieron á reinar de otra manera, se arriesgaron á no estar contínuamente en un estado de terrror y de amenaza, y bajo estos príncipes hubo una quietud casi milagrosa; pero despues de ellos volvió el imperio á su antiguo estado; la delacion, el abandono de los proscriptos, la influencia desordenada de la fuerza militar, quedaron como una cosa propia en la vida romana.

Pronto se conoció que en tal gobierno era muy fácil matar al emperador y reemplazarle; el señor era el que tenia á su lado al verdugo, sin mas sucesion ni legitimidad. Esta fue la causa de aquella precipitada sucesion de emperadores desconocidos, nombrados hoy y asesinados al dia siguiente, de aquella multitud de césares de todos los órdenes y de todas las naciones; para los cuales no se tiene mas que un poco de compasion por su muerte.

Temor y desconfianza sin límites; este fue por espacio de tres siglos el principio social que sirvió para gobernar el mundo. No hubo apariencia ninguna de castigo ó de represion, aunque fuese violenta, de temor legal, de acusacion, de juicio; sino que se diezmó el imperio, se mataba sin límites, y reinaba el terror no contra culpables ó enemigos, sino contra todos; un furor de matar para no dar tiempo á la venganza ó á la rebelion.

Nuestra edad ó la de nuestros padres vió una época algo semejante á esta; cinco ó seis hombres de talento muy inferior al de Tiberio, colocados por la ola revolucionaria á la cabeza del poder en un momento de crísis, asustados ellos mismos de la situacion en que se habian colocado, eligieron, á falta de otros medios que la medianía de su espíritu no les sugeria, el mas fácil de gobernar, el terror. Odiados de todos y á pesar de tanto odio bastante viles para ser despreciados, vivieron por medio del terror; tuvieron leyes de majestad como Tiberio; como Tiberio un senado que les obedecia en la consternacion general, y temblando condenaba á muerte á los proscriptos; como Tiberio tuvieron tambien sus gemonías; y las plazas y las barreras de París recibian en un dia, no veinte cadáveres (que fue la jornada mas sangrienta del tirano romano) sino ochenta y cinco de una vez.

No comparemos, sin embargo, las dos épocas; su paralelo no puede ser perfecto; pero como en tiempo de Tiberio se diezmó á todo el pueblo, no se trataba de matar á este ó al otro, sino al mayor número posible, para aterrar á todos, ejemplo único, creo, en la historia moderna. La delacion era igualmente premiada, la misma espiacion gratuita, hecha en lo general para salvarse á sí mismo, menos formas aun de juicio y mayor indiferencia en cuanto á la realidad de la acusacion, y por parte de la multitud aquella diligencia, que formó el terror, contagio universal del miedo, olvido de toda resistencia, á pesar de la realidad del poder; mas valor para morir que para defenderse y vivir; habiendo por el contrario, una facilidad para la muerte, para ir al suplicio, que se llamaba la fiebre del patíbulo.

Hubo tambien aquella educacion antigua, declamatoria y pueril, de frases y de antítesis, en que se formaron los Hispones y los Aterios de entonces, abogados medianos, autores silbados, médicos oscuros, á quienes se habia enseñado á admirar á Bruto y á Casio, y que adorando falsamente una antigüedad que no comprendian, creyeron realizarla, imitándola solo en su innoble decadencia; grandes retóricos que no mataban á un hombre sin echar sobre su cabeza algunas figuras retóricas; Anacreontes de la guillotina, hombres en quien nunca he podido descubrir mas que una profunda medianía; basta observar la pequeñez de sus frentes!

Tanto en unos como en otros puede encontrarse el temor, primer móvil de Tiberio, su aficion al oro, su infame lujo de Caprea, sus disoluciones y su mezcla de crueldad y de diversiones. Pero, gracias á Dios, hubo algunas diferencias.

Tiberio subió al trono en el momento mas pacífico, en medio de una sociedad tranquila, en que dominaba aun el espíritu paternal, apacible y conservador de Augusto. Los Jacobinos principiaron á regir los destinos de su nacion en medio de una crísis capaz de aturdir las cabezas mas fuertes. Aquel creó el terror, estos le encontraron ya. Ademas, ya no reinaba el antiguo egoismo; la sociedad estaba fundada en otras bases, y aunque se vió la misma debilidad, no hubo aquella inmoralidad, aquel abandono general, aquella falta de todo vínculo; la fuga ó el retiro no estaban sin esperanza alguna; pocos hombres fueron vendidos y muchos salvados milagrosamente, la caridad y la familia desafiaron al poder.

Pero la gran diferencia consiste en que la tiranía de Tiberio, contando solo desde la muerte de Druso, duró quince años. La otra fue mas violenta y mas cruel pero mas corta. Al cabo de algunos meses el paroxismo del terror, engendró el valor; el senado, amenazado de cerca, se rebeló, conoció su fuerza y derrocó á Tiberio. En la sociedad europea no podia durar mucho tiempo una cosa semejante, porque la Europa estaba aun basada en las máximas cristianas. Los sentimientos de humanidad y de justicia

viven con nosotros, y si se comprimen, vuelven despues á elevarse.

Nosotros somos mejores que los antiguos. César se distingue de toda la antigüedad porque era moderno en su modo de pensar; escribió á Ciceron una carta, que es única, creo, en la historia antigua: «Probemos si de este modo »podemos ganar las simpatías de todos los áni»mos, y hacer duradera nuestra victoria; la »crueldad de los demás no pudo evitarles el »odio público, ni asegurarles la victoria, desde »Sila á quien yo no imitaré. Quiero seguir una »senda nueva, hacerme fuerte con la bondad y »la clemencia.»

Las virtudes de la antigüedad, si entonces habia virtudes, no pueden convenir á nuestros tiempos, y se quisieron renovar demasiado seriamente en el 93, é inocentemente en los nuestros. He leido, no sé donde, pero estoy seguro de haberlo leido: «Queremos mas bien ver perecer á la mitad de la nacion que...» Ya esto no significa nada; no somos ya los antiguos, con sus muchos esclavos, á quienes se dirigian estas frases tan retumbantes. Somos ciudadanos honrados, hombres de bien, mas limitados en nuestro poder individual, que no queremos mas que ayudar en su marcha á la máquina social; sabemos unirnos y esponernos á los peligros para conseguirlo; pero no damos á quien nos lo pide nuestro último nombre, nuestro último escudo, y no entregamos ciegamente nuestros hijos á esa divinidad devoradora que se llama patria.

La Junta de Salvacion pública tuvo sus apologistas; y ¿por qué Tiberio no habia de tener los suyos? La base de estas apologías es siempre la máxima que no se cita: «El fin justifica los medios.» Los medios fueron espantosos, y esto es horrible. Lloraban á lágrima viva los mismos que los empleaban, pero eran necesarios para salvar al pais, pues si no ¿hubieran podido obrar de tal manera aquellos hombres tan puros y tan virtuosos? Por lo demás, si dejaban desierto el terreno de la sociedad, era para edificar en él. Tenian un magnífico órden social pronto para ponerse en práctica, una teoría de felicidad pública que necesitaba solo algunas cabezas para deselvolverse libremente ¿Por qué no habia de dejárseles su época? El momento estaba próximo, la patria exigia ya muy pocas ó ninguna proscripcion. Esta era de felicidad, de libertad, de riqueza universal, estaba ya á punto de principiar, y todos se abrazarian el 10 de termidor.

Todo esto puede aplicarse á Tiberio, y me admira que algun paradojista no lo haya hecho. Podria hacerse ver que hasta su tiempo habia habido en Roma una aristocracia, opresiva, enriquecida con los bienes que arrebataba al pueblo, ominosa especialmente á las provincias, en donde saqueaba á su arbitrio, y podria citarse á Verres y á otros muchos. Esta aristocracia vencida por César, no estaba aun destruida; aun era rica, poderosa por sus recuerdos, estaba rodeada de su clientela, participaba de todos los asuntos del Estado, y tenia aun mil ocasiones de sacar el jugo al pueblo.

En cuanto á Tiberio le pintarian como un hombre honrado que no exigia ni honores, ni adulaciones, ni pomposos homenajes, y esto es cierto, amante de los placeres interiores, «idolatrando las artes,» los banquetes de familia, como se dijo de los buenos señores de la Montaña; que nunca hubiera abandonado la quietud de su vida doméstica, la vida tranquila de los ciudadanos de Roma, si no le hubiese llamado el peligro público, si no se hubiera visto obligado á libertar al pueblo y al mundo, á terminar la obra de César, á desarraigar hasta en sus fundamentos aquella tiranía aristocrática, á establecer bajo un solo príncipe una perfecta igualdad; una inmensa y tierna fraternidad que hubiera abrazado á todos desde el árabe al breton, y desde el mauritano al sármata. ¿Quién podrá negar sus cualidades personales? ¿Entre los Jacobinos quién reparó á su costa, como lo hizo Tiberio, un barrio entero de la ciudad que se habia incendiado? Si, como se ha dicho, la Junta de Salvacion pública estaba compuesta de almas sensibles, amantes de la dulce literatura; si Robespierre se deleitaba leyendo la Nueva Eloisa y habia principiado sus arengas con un elegio de Gresset, Tiberio tambien se dió á conocer con versos elegiacos á la muerte de su primo Lucio César, imitaba á los enamorados poetas de la Grecia, Euforion, Riano, Partenio, y hacia poner en las bibliotecas públicas sus obras y retratos. Su figura, al decir verdad, era algo repugnante; sin embargo, era un hombre demasiado bueno para no deplorar en su retiro de Caprea la sangre que la necesidad le hacia derramar, y pasaba muchas noches de seguro vertiendo lágrimas; cuando podia indultaba á los culpables (y se citarian dos ó tres ejemplos); era muy compasivo principalmente con aquellos que se mataban antes de ser juzgados (respecto de los cuales aseguraba el senado que si hubieran vivido los hubiera absuelto); pero no permitia que la sensibilidad de su corazon impusiese silencio á sus deberes patrióticos, y para hacer uso de la frase ordenanza, conservaba toda su energía.

Todas estas apologías son del mismo modo justas. Tienen la atraccion de la paradoja que es grande verdaderamente; pero yo quiero tambien el fondo de la verdad de las cosas, y si alguna vez la verdad está de acuerdo con la opinion comun, yo seguiré la opinion. Yo no puedo encontrar su gran mérito en esa energía que no se sacrifica á sí misma sino que sacrifica á los demás, sin una gran justificacion en ese principio de la necesidad llamado por Milton la escusa de los tiranos; los delitos no me parecen absolutamente necesarios; ni creo que haya gran justicia á la apología de los medios por el fin: el fin en sustancia es una teoría buena ó mala, como se quiera, pero que no puede ser ni virtuosa ni culpable. A todos les es permitido soñar con la igualdad espantosa ó con la ley agraria de Baboeuf; y el fin es inocente pero los medios son culpables. Esto solo puede juzgarlo la historia; por este medio el genio fecundo en recursos se distingue de una medianía sanguinaria.

No olvidemos nuestro primer pensamiento, la

influencia de una educacion falsa y declamatoria en la época de Tiberio; esta influencia se sintió bien pronto, y es curioso el ver cómo trató de obrar sobre las ideas. En tiempo de Trajano, despues de un siglo en que se sucedieron sin interrupcion señores como Tiberio, parece que debian aprovecharse de aquel momento de reposo para combatir un mal que estaba en el fondo de la sociedad. Leed á Plinio que truena contra los delatores; á Tácito que aprovechando los primeros dias en que se pudo hablar, refiere desde su principio y desde su primer fundador Tiberio, la historia de la tiranía y la continúa hasta el fin para inspirar horror y evitar qué vuelva otra vez: su obra es un verdadero libelo lleno de elocuencia y de verdad, escrito con la energía de un sentimiento real, dirigido contra un espíritu que vivia aun, dictado en cierto modo por todos aquellos que habian visto la tiranía y temian volver á verla; sus escritos son las memorias de todos los buenos de Roma.

A esta inclinacion se unia manifiestamente la tendencia de reformar la elocuencia y la educacion: y son casi los mismos hombres, Plinio, Tácito, Juvenal, Quintiliano, los que combaten contra la escuela de Séneca, el preceptor y fraseador de Neron, á quien maldecia al mismo tiempo: este sistema de frases, de antítesis, de falsa elocuencia les parecia un grave mal; y comprimido el íntimo lazo que existe entre la controversia de la escuela y el litigio del foro no quisieron ya que hubiera aquellas escuelas en que se formaban los delatores. Cuando Quintiliano desenvuelve estensamente la tésis de «que el orador debe ser un hombre honrado,» no es esta tesis para él como seria para nosotros una verdad trivial; no, es un verdadero instinto que habla, es el recuerdo de todo el mal causado por una elocuencia viciosa, es todo lo que pudo decir del reinado de los delatores en vida de Domiciano. Aquellos preceptistas tienen un profundo y evidente deseo de purificar los pensamientos, de dirigir por mejor senda las inteligencias, de fortalecer la probidad, de dar buena direccion á la ambicion de la juventud que ven venir detrás de ellos, que es romana, es decir, que lleva en sí todos los vicios que forman á los delatores, que no conoce lo pasado y á quien enseña para hacer que le aborrezca; que no tiene regla ninguna para el porvenir, regla que procuran darles estos hombres virtuosos.

La educacion presente es, por fortuna, menos griega y romana de lo que fue en otros tiempos; pero si se conservan aun en algunas cabezas, sin ser afortunadamente muy comunes, todas aquellas ideas que tienden á hacer ver en la patria, no una asociacion de hombres, sino una especie de fantasma diviniza, á quien es preciso sacrificarlo todo, las doctrinas antiguas de inmolacion del individuo á la sociedad, de omnipotencia de la ley, de desprecio por la propiedad, de odio á todo lo estranjero, de honor al suicidio, la culpa la tiene la educacion, mas bien con su silencio que con sus preceptos; la educacion descubre solo á medias el velo que cubre á la antigüedad; nos hace ver solo algunos fragmentos sin esplicarlos, y permite que los jóvenes se admiren de lo que convienen en llamar virtud en un colegio. Yo no quiero proscribir el estudio de la antigüedad, lo que quiero es que se dé una idea justa, verdadera, completa de esta; diré lo que siempre he dicho, que es inferior á nosotros; y que tal como fue ó tal como la hicieron no es muy digna de imitacion; en fin, yo quiero presentar las cosas tales como fueron realmente. La verdad no es tan amarga, no está tan privada de atractivo como se dice; la verdad histórica no depone del trono á todos los hombres grandes: observad de cerca á César ó á Napoleon. Sin duda el vestido de casa nos hace descubrir algunas de las debilidades humanas que se ocultan bajo el manto del héroe; pero el genio y los grandes hechos no dejan de existir. Y si la historia es buena para algo, lo es para esto, para rectificar nuestras ideas sobre lo presente con el conocimiento de lo pasado. La frase es el tirano de nuestro siglo: si yo fuese escritor, si yo tuviese un poder, una influencia cualquiera, le haria la guerra. Estamos dominados por la declamacion, no de otra manera que los Romanos. Nuestro siglo negligente y poco filosófico se contenta con cinco ó seis palabras que toma por ideas y con las cuales vive. Todas las falsas ideas, todos los lugares comunes, falsos, dañosos, no eran originariamente mas que frases, períodos sonoros que se transformaron en ideas y alguna vez se transformaron en hechos. El primero que hizo la apología del suicidio no tenia intencion de quitarse la vida, sino de entrar en la academia ó recibir cualquier otro honor; y sus magníficos períodos hicieron perecer mucha gente.

Perdóneseme por haber abandonado la triste historia de Tiberio por mas tiempo del que debia.

Estaba Tiberio en el continente cuando supo que algunos acusados denunciados por él mismo habian sido absueltos sin interrogarlos. Esta estraña independencia del senado, le irritó estraordinariamente: apresuróse á volver á Cáprea, seguro retiro desde donde descargaba sus golpes; pero la muerte no se lo permitió. Refiérese esta de varios modos: unos dicen que fue envenenado; otros que al volver de su desmayo le negaron el alimento; otros dicen que fue ahogado debajo de un colchon cuando despues de un largo delirio pedia su anillo imperial que le habian quitado durante el letargo. La relacion de Séneca tiene algo de dramático. Dice este que sintiendo aproximarse la muerte de Tiberio se quitó del dedo el anillo y lo tuvo algun tiempo en la mano como para dárselo á otro, despues le volvió á poner en el dedo, permaneció por mucho tiempo inmóvil con la mano izquierda cerrada; de repente pidió socorro y ninguno le respondió; se levantó, le faltaron las fuerzas, y cayó al pié de la cama.

En todas estas narraciones hay una cosa notable; la vil sumision á aquel hombre mientras hubo esperanza de vida; el abandono cuando su muerte se confirmó. Se desmaya, su estancia queda desocupada; vuelve en sí y los que ya principiaban á sucederle palidecen, se callan y no esperan mas que la muerte. Segun Tácito,

le asesinaron temblando; mientras Calígula, que se habia proclamado ya emperador, se quedó pálido y estupefacto al oir que habia vuelto á la vida. Macron, el favorito de Tiberio, el sucesor de Seyano, unido secretamente á Calígula dijo estas palabras, «dadme un colchon que poner sobre este viejo y alejaos de aquí.» Esta es la narracion mas probable de la muerte de Tiberio.

Cuando llegó la noticia á Roma se resistieron á creerlo y sobre todo á alegrarse inmediatamente temian que fuese un falso rumor esparcido á propósito por los espías de Tiberio; pero la alegría se manifestó cuando se confirmó la noticia. Y aquí observo una cosa. A la muerte de emperadores mas crueles que Tiberio, en medio del odio público se vió alguna demostracion aislada de dolor; sobre la tumba oscura é infame de Neron se colocaron flores por espacio de mucho tiempo; el cuerpo de Calígula, custodiado por la noche, con peligro de la vida, por su mujer, quemado apresuradamente, enterrado en secreto, fue posteriormente colocado en una sepultura mas honrosa por sus hermanas. Tiberio, al contrario, fue sepultado con todos los honores imperiales, á pesar del odio del pueblo que queria que le precipitasen en el Tíber; pero no se elevó sobre su tumba ni un signo de dolor ó de cariño. En el alma depravada de sus dos sucesores habia alguna cuerda mas humana y mas tierna que habia hecho nacer simpatías en otras almas. En Tiberio no habia nada de esto; era un espíritu siempre desconfiado que rechazaba sin cesar y que no atraia nunca.

Un hecho notable pinta las costumbres públicas de aquel pueblo. Hallábanse entonces en las prisiones algunos condenados á muerte; las sentencias no se ejecutaban sino de diez en diez dias. Cuando llegó el dia fatal, Calígula no estába en Roma; y los guardas no queriendo responder de nada, los degollaron en la prision; y el pueblo vió aun sus cadáveres en las gemonias. Tal era el derecho de aquel tiempo: en la duda, la cosa mas segura era matar.

Asi, á pesar de todo el odio que habia contra Tiberio, su gobierno subsistia despues de él; parecia necesario á Roma y que está le llevaba en sí misma á pesar suyo; que el reinar consistia en tener dispuesto al verdugo y alrededor á los pretorianos; porque necesariamente y siempre todo se reduce á esta cuestion material. Asi era en efecto: la vida política de Roma quedó tal como la habia constituido Tiberio, ninguno pensó en nuevas instituciones, en los medios de impedir la vuelta de semejante calamidad. En sustancia, nada habia cambiado: habia un Cayo en vez de un Tiberio, siempre un Claudio y un César.

ESTRACTO DE CHAMPIGNY.

NUM. X.

NERON.

(37-68.)

Neron es el tipo del emperador romano; es el apogeo de la omnipotencia del mal, del desprecio á la humanidad entera, esceptuándose á sí solo, de la idolatría de la humanidad en sí mismo, de la aspiracion jigantesca y loca hácia todo lo sobrehumano, de la lucha contra Dios; es el punto mas alto del peligro siempre inminente, de la indecible fragilidad del poder, de la preponderancia del individuo humano tan colosal y tan precaria. El Nabucodonosor, llamado emperador romano, nunca elevó tan alta su cabeza de oro, pero nunca tan pronto se hundieron sus piés; y con razon se hubiera creido que la estátua de cien piés de alto que Neron mandó se le levantase delante de su palacio, no hizo mas que realizar el profético sueño del rey de Babilonia. Los trece años que reinó pintan mejor que otro tiempo alguno á qué estado habia conducido á la humanidad el último término de la civilizacion.

Pero para comenzar debo tomar un asunto serio. Desgraciado el que no cree que todas las cosas tienen su lado grave. Nada es tan triste como reirse de todo; la ironía, verdadera tal vez cuando consiste en la forma, miente siempre que está en el pensamiento. Dios me libre de esa falsa y miserable filosofía que no sabiendo llorar ni sonreir, suelta la carcajada á cada paso.

Las ideas (y bajo este nombre comprendo religion, filosofía, moral, en una palabra, cuanto elevaba al hombre de lo momentáneo á lo durable, de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto), las ideas, pues, nada tuvieron que adquirir en tiempo de Augusto y de Tiberio. El primero las habia visto agitarse cuando las guerras civiles y encontraba en ellas cierta levadura de aristocracia republicana. El segundo sospechaba de ellas, pues hubieran podido restablecer cierta unidad entre los hombres y reparar algun tanto la descomposicion social en que fundaba su poder. Entre sus sucesores pasó lo mismo, la ciencia era sospechosa y de aquí el destierro de los filósofos, la ruina de los Judíos, la persecucion de los Cristianos y hasta la destruccion de los Druidas y el odio á la Grecia, de donde por ser país que no podia vivir sin agitar alguna, venian las ideas y hasta la preponderancia del espíritu material y militar. Todo cuanto se presentaba con apariencias de filosofía ó aires de nacionalidad, ofendia al materialismo romano y al cosmopolitismo imperial.

Lo que llamamos religion, es decir, el cuerpo de doctrinas y de tradiciones sagradas, realizadas por ceremonias regulares, deberes precisos, enseñanza moral, no existia. No disputaré si se encontraba ó no en algunos misterios, pero estos no eran para todos, y cuando lo fueron desapareció. En la creencia pública y popular habia tradiciones mas ó menos respetadas, mas ó menos admitidas, mas ó menos coherentes, pero que no enseñaban con autoridad; hasta cierto punto cuando menos las tomaba cada uno ó por teología ó por ficciones poéticas ó por física encubierta bajo la alegoría: Homero, Hesiodo y todos los poetas que uno despues de otro, con autoridad siempre decrecente, venian á presentar su fábula y á refundir los dioses cada uno á su manera, no eran la Biblia. Es cierto que en aquella sociedad se encontraban todavía algunas claras nociones de moral conservadas por los poetas, principalmente por los trájicos; pero eran inspiraciones personales, eco de los misterios, restos de alguna revelacion órfica, sabe Dios qué mas; pero, poco conocidas, pasaban entre el vulgo sin ser comprendidas y no alcanzaban mas valor que las ficciones poéticas. Las fiestas eran cosas de arte, de lujo, de placeres; el culto público cosa de política; y el privado con sus mil supersticiones, materia de satisfaccion y de gusto personal.

De esta suerte el hombre vivia cómodamente con Dios. Grecia habia hecho á la divinidad accesible, familiar y colocada al nivel del hombre si ya no la habia hecho inferior á él. Teníase un Dios predilecto, al cual se rendia por favor una adoracion particular; para él eran las pingües hecatombes; para él las ovejas, negadas á los demás dioses; para él las gracias ó las maldiciones: segun era amado ó despreciado, así ó se le suplicaba de rodillas ó se le volvian las espaldas despedazando su estátua y quemando su capilla. Alejandro incendió el templo de Esculapio porque no sanó á su amigo.

La fe era nacional; la religion, ley para un pueblo no dogma para todos; cada nacion era propietaria de sus Dioses, pero las opiniones populares se acercaban poco á la nocion de una verdad absoluta. La religion, pues, y la filosofía no crecian en el mismo terreno: la una local



NERON

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

y relativa, la otra cosmopolita y abstracta, no era fácil se encontrasen. En Atenas, por casualidad, era preciso á la filosofía alguna mayor precaucion, era menester hablar menos claro, predicar virtualmente el ateismo, pero no con su nombre propio; suprimir blandamente la divinidad, á la manera de los epicúreos, sin decir nada personalmente contra este ó aquel Dios. La religion seguia su camino y el pensamiento el suyo: este en ocasiones se apartaba de él y se inclinaba; á aquella le eran necesarias hecatombes no creencias; era política para los Romanos, poesía para los Griegos, hábito y necesidad para todos, doctrina para ninguno; una ley, no una fe.

No se crea por esto que la filosofía era un poder mucho mas fuerte en el mundo que la religion; antes por el contrario no ha habido ninguna época mas supersticiosa. Los Dioses de Roma ya no son propicios; cayeron con el órden político que los sostenia: sin embargo, aun tienen adoradores; Júpiter en el Capitolio tiene siervos voluntarios de todas clases, lictores que están al pié de su trono, ugieres (*nomenclatores*) que le anuncian las visitas, otros que le gritan la hora; otros limpian y perfuman su estátua; mujeres peinan los cabellos de piedra de Minerva, mientras otras tienen delante el espejo. Tan verdad era, segun la pública creencia, que el ídolo es el Dios mismo, no imágen del Dios. Un hombre que ama al Dios viene á dar testimonio de él delante de los jueces; otro los presenta una súplica; este viejo actor viene á recitar su papel delante de él, y silbado por el público se resigna á no representar ya mas que para los Dioses. Calígula no era mas estúpido que todo su siglo cuando iba á dar conversacion a los Dioses, Júpiter tiene amantes que suspiran por él á pesar de los celos de Juno.

Fuera de Roma la Siria llora á su Adónis y adora á su misteriosa Diosa Madre: el Africa á despecho de la policía romana, sacrifica aun niños á Vénus, al Dios eterno, á Baal (1). Germánico se hace iniciar en los groseros misterios de Samotracia, en el culto de los hambrientos Cabiros; él, Agripina y Vespasiano consultan á los Dioses de Egipto. La Grecia custodia su religion homérica; y condescendiente mezcla con ella el culto de los emperadores, coloca á César en el trono de marfil de Júpiter, y al lado de la casta Diana pone á todas las Julias y Drusilas de Roma. No abandona por esto su antigua fe, ni los misterios del Eleusis carecen de iniciados, ni entre esta multitud de númenes hay uno siquiera tan poco importante que no tenga á lo menos su tabernáculo. Doscientos años despues Pausanias describe á millares los templos, los oratorios, las estátuas. Efeso vive de su templo; toda una clase de artesanos no hace mas que vender imágenes pequeñas de oro y de plata de la gran Diana; y cuando á la vista de esta tosca alegoría oriental San Pablo va á predicar el Dios crucificado, es arrojado de allí á los gritos de *Viva la gran Diana de Efeso.*

Y no bastan aun á estos ímpetus de la naturaleza hácia lo que es superior á ella, hácia la ciencia del porvenir, hácia las relaciones sobrenaturales, hácia el otro mundo, hácia el mundo de Dios; las necesidades del hombre, legítimas en su principio, son mas insaciables, y mas locas cuanto mas se corrompe su alimento. Roma tiene necesidad de cultos, de númenes y los llama á todos: desde las estremidades del imperio todas las locuras vienen á esta cloaca del mundo, como la llama Tácito; á este compendio de todas las supersticiones como la llama otro; «en el botin de cada conquista encuentra un Dios (2)»; y fue para ella un acto político el hacer la córte á los Dioses para ganarse el afecto á los pueblos y pagar su dominio con adoraciones (3): asi la religion de los Griegos no es ya distinta de la suya: una piedra negra que llamaban la gran Diosa fue solemnemente trasladada desde Vitinia por decreto del senado; y un cónsul no encontró un operario para demoler el templo de los Dioses de Egipto. Estos Dioses, á quienes habian dado carta de ciudadanía (*Dii municipes*), hacen mas fortuna que los Dioses ruinosos con quienes siempre habian vivido.

¿A quién no pedirá Roma los bienes, los placeres, las riquezas que codicia? ¿Quién podrá calmar el secreto terror que la persigue? El cielo está irritado; ¿quién podrá decirle *Perdona*? ¿Porqué este sentimiento de terror en presencia de un Dios irritado es uno de los caractéres de la supersticion antigua, que de aquí trae su nombre (δεισιδαιμονία, *temor á los Dioses*)? ¿Quién les dará plegarias, adoraciones, medios de purificarse? Bajo el despotismo caprichoso de los césares que eleva ó destruye un hombre de hoy á mañana ¿á quién no se pedirá seguridad para los suyos, defensa para las riquezas, salvacion de la propia vida, y uno de aquellos estraordinarios triunfos que llevan de un golpe al esclavo al apogeo? Donde se encuentra un poder menos inexorable, menos insensato que el de César, sea en la tierra, en el cielo, ó en los infiernos, ¿qué no se hará para conciliársele? En las sangrientas ceremonias de Mitra irá á colocarse bajo un tejido de hierro para recibir encima la sangre de la víctima. Una jóven irá á romper el hielo del Tíber, y á purificarse en sus frias aguas; y despues medio desnuda, temblorosa, atravesará el campo de Marte andando sobre sus rodillas ensangrentadas.

Roma está llena de religiosos vagabundos, que van á mendigar en sus calles: los Galos sacerdotes de Cibeles, con los cabellos sueltos y la voz ronca, con su Archígalo, de enorme estatura, sobreponiéndose con sus gritos al ruido de sus tambores, se hieren en el cuerpo con un cuchillo, hacen correr su sangre y la recogen sus fieles señalándose con ella en la frente. Al sonido del sistro aparecen otros vagabundos; y el sacerdote de Isis con la cabeza afeitada y vestido de lino; unos y otro con cabeza de perro: *Un Dios está irritado; estad preparados*; y el pueblo le escucha con un sa-

(1) S. Agustin, *De consensu Evangel.* 1, 23, §. 36.

(2) Prudencio, *contra Simmachum.* II, 358.
(3) Cecilio, *ap. Minucium.*

grado espanto. *El otoño amenaza, setiembre traerá grandes desgracias; estad preparados. Id á Meroe á buscar agua, agua del Nilo; derramadla en el sagrario del templo de Isis. Ofreced un ciento de huevos al pontífice de Belona; vuestros vestidos viejos al sacerdote de la grande Isis. La desgracia está pendiente de un hilo sobre vuestras cabezas. Ofreced vuestra túnica á los siervos de la gran Diosa, y tendreis paz y espiacion por un año entero* (1).

¿Habrá en Roma bastantes adivinos para descubrir el porvenir á este pueblo que aborrece lo presente? La ciencia oficial de Etruria habia caido en descrédito; los augures no pueden mirarse unos á otros sin reirse; pero la antigua y docta Asia ¿no tendrá que ofrecer los engaños mas delicados? Arúspices armenios, astrólogos de Caldea, augures de Frigia, adivinos de la India, acudid todos: esplicad al pueblo romano este sueño que le inquieta; prometedle el testamento de este viejo á quien acaricia y que no quiere morir. El rayo ha caido aquí ¿qué significa? las líneas de mi mano ¿qué quieren decir? cada presagio tiene su adivino; el encantador no es astrólogo; el quiromante no tiene nada que ver con los muertos; se cuentan hasta cien maneras diferentes de adivinacion; pero, sobre todo, salud á este gran hombre; es el mártir de la astrología, la mas acreditada de las ciencias ocultas, la mas perseguida por el poder, que la persigue porque cree en ella; ese hombre lleva la señal de las cadenas; ha vivido por mucho tiempo en el escollo de Serifo donde le tuvo prisionero ese general vencido á quien habia prometido la victoria; César le perdonó á duras penas. Si sois rico, llevadle á vuestra casa. Se tiene un siervo astrólogo asi como se tiene un siervo médico, un siervo literato; y por un tanto al dia tendreis al lado un confidente de los Dioses: raza venal, con la cual no puede contar ni el poder de los grandes, ni la esperanza de los pequeños; personas á quienes Roma proscribirá siempre y siempre conservará, y ninguno tendrá fama si no es condenado (2).

Pero pasemos á otra cosa; á la filosofía. En este pórtico, entre los gritos y las risotadas de la multitud, disputan dos hombres, ambos con larga barba, túnica sucia, y manto lleno de lodo (3). Uno es estóico con la cabeza afeitada, pálido el rostro por las vigilias, que se alimenta de habas y de pan mojado en agua, que tiene un santo horror á la cama, un gran desprecio á la vajilla de plata, defiende las creencias antiguas, la Providencia, la patria, la amistad; su clientela la forman los Dioses. Un cínico semi-desnudo con sus alforjas y el pan de avena, no argumenta sino que se burla brutalmente, desprecia todo lo que no sean los apetitos del cuerpo; se rie de los rancios nombres de patria, matrimonio, amistad, de todos los vínculos de la vida humana. ¡Triunfa porque hace reir al pueblo; es del pueblo y habla su lenguaje; dejó la tienda de peluquero, ó de perfumista por la profesion mas lucrativa de filósofo; da una vuelta por el circo y los óbolos llueven en sus alforjas. Animo filósofo; tú dejarás bien pronto el oficio; podrás deponer el baston, afeitarte la barba, y sábio en el retiro renunciar á todas las austeridades de tu maestro Diógenes. Entre tanto anda á buscar otros oyentes; los tuyos han desaparecido y han ido al templo de Isis á purificarse, á pedir la salud á la diosa, el valor al dios Terror. ¿Qué te importa á ti? Ya te han pagado.

Todas las grandes y sérias escuelas filosóficas han desaparecido. El estoicismo que habia sido casi un partido en las guerras civiles, se hizo por esto sospechoso de deslealtad al príncipe, de aristocracia al pueblo. No habia allí ni pirronistas ni pitagóricos, dice Séneca; el platonicismo, la doctrina mas alta, mas sintética, mas intuitiva, se estravió en una filosofía enteramente opuesta, la Academia nueva de Carneades, escepticismo templado que dice muchas cosas gratuitas de las cuales no está bien seguro, que se inclina á creer en los Dioses y en la inmortalidad del alma, pero que siempre se contenta con probabilidades, con espléndidas hipótesis, con frases espirituales; filosofía muy adornada, filosofía de literato, de hombre de mundo, propia entre otros de Ciceron que conocia tan profundamente las letras y el mundo. Hasta el epicureismo está en decadencia, y ya no es una doctrina sino un pretesto cómodo y filosófico de todo vicio; pero por lo mismo que no era una doctrina, la escuela de Epicuro adquirió muchos mas discípulos que las otras.

Esta carencia de toda doctrina en lo que se llamaba filosofía, esta ausencia de todo dogma en la religion, esta falta completa de toda idea abstracta ó superior producia un estraño espectáculo. A falta de doctrina abundaban tendencias vagas, caprichos, fantasías, hábitos, inclinaciones ateas, panteísticas, escépticas, supersticiosas, que no admitian la razon, y que á pesar de ser contradictorias no eran nunca inconciliables. Bajo el cetro de la tolerancia romana, que no temia miedo á las ideas sino cuando tomaban cuerpo, todo se encuentra, nada se choca.

Y sin embargo (verdad general que esplica la frecuente alianza de la supersticion y del ateismo), el hecho dominante de esta sociedad, el gran mediador de todas estas contradicciones, el dogma menos vagamente comprendido es el fatalismo. No se cree en los Dioses, y se cree en el destino; desesperando de dirigir el porvenir, se quiere á lo menos conocerle, y cuanto mas matemáticamente inmutables se creen sus leyes, mas esperanza se tiene de descubrirlas en los sueños y en los presagios.

Plinio, que en un pasaje que revela la última degradacion moral del pensamiento humano (4), tiene lástima de Dios, si es que le hay, porque no puede hacer cesar en sí mismo la desventura de la existancia, porque no puede tener tampoco el consuelo del suicidio; Plinio

(1) JUVENAL, *Sat.* VI, TERTULIANO, *Apologet.* 9; SÉNECA, *De vita beata* 27.
(2) JUVENAL, *Sat.* VI.
(3) LUCIANO, *Júpiter*.

(4) *Historia natural*, II, 7.

pone el dedo verdaderamente en la llaga. «El culto de los Dioses abandonado por unos, es en otros innoble y vergonzoso: sin embargo, entre estas dos doctrinas la especie humana se ha formado un término medio, una especie de Dios, que confunde aun mas nuestras ideas acerca de Dios; en todas partes, á todas horas, todas las voces invocan á la fortuna, y para hacer aun mas dudoso lo que puede ser un Dios, el destino se ha convertido ahora en Dios para nosotros.»

El único poder moral que queda, pues, es el de la Religion; pero no una fuerza de conviccion, sino de hábito, que se mezcla á todo porque no estorba nunca; identificada con la poesía y las artes, huésped familiar y cómodo en todas las casas, convidada indulgente de todas las mesas, antigua amiga de todas las familias; entra en todas las afecciones, en todos los usos, en todas las conveniencias de la vida.

El politeismo habia hecho á la sociedad un servicio enteramente político, deificando la cosa pública, y legitimando el patriotismo, pero ya no podia conseguir este objeto; y para sostener el órden social hubiera tenido que ejercer una accion moral é individual; mientras que la poca moralidad innata en el politeismo griego, el respeto á los ancianos, la piedad á los que la pedian, la fidelidad á los huéspedes habia pasado á Roma como pura poesía homérica. Las preces no pedian mas que los goces de la virtud; y en cuanto á virtudes habia demasiadas: *dadme la vida y las riquezas: la sabiduría yo me la daré á mí mismo*. Por lo tanto el politeismo, poderoso como cosa temporal, importante como moral y doctrina, era una cosa casi inútil para el bien, casi inútil para mantener el órden social.

Por lo tanto los padecimientos del mundo se multiplicaban cada dia; reinaba el egoismo con su córte, el espíritu de esterminio, la esclavitud, los sacrificios legales, las prostituciones religiosas, las esposiciones de niños, la matanza de los prisioneros, los combates de gladiadores, las guerras de esterminio, los asesinatos de pueblos enteros.

¿Y esta sociedad conocia el mal que la aquejaba? Ciertamente se queja de él con palabras, ¿pero á quien acusa de sus padecimientos? Tácito los atribuye a la batalla de Filipo y á César, á la caida de la aristocracia republicana; otro á Tiberio, á Seyano, á los espías: las causas superiores quedan incógnitas, como los remedios, aunque los habia fáciles de descubrir á la luz de la razon; todos aspiran á una cosa mas dulce y cómoda, no á una cosa mejor; cada uno queria estar mejor pero no piensa en ello, no lo desea, no espera que haya nada mejor en el mundo. Alguno supone que el instinto por lo mejor deberia estar en el fondo de la parte de la sociedad destinada á sufrir, entre aquellos ilotas de mil nombres diversos que tenian conculcados el egoismo antiguo. Pero ademas de que la historia no nos ofrece señal ninguna de esto, es una triste verdad que la degradacion esterior concluye por producir la degradacion moral, que los pueblos esclavos se envilecen, que los despreciados se hacen despreciables. Mucho me duele decir esto á mí que quisiera volver á la naturaleza humana la dignidad que otros quisieron arrebatarla; pero una esperiencia demasiado constante lo confirma; y si trato de conocer en el tiempo que describo la moralidad de las clases esclavas, encuentro muy poco que me consuele. Toda la compensacion, contra los padecimientos consiste en la revolucion material, no en la del pensamiento, en la insurreccion no hácia la virtud, sino hácia el desórden. Veo al señor en medio de sus millares de siervos temblar siempre por su cabeza, y asi lo dice el proverbio: *Tantos esclavos, tantos enemigos* (1); los suplicios mas espantosos no dan seguridad al techo doméstico. Veo aun un Espartaco, y el incendio y el saqueo y las renovadas insurrecciones de Sicilia; represalias legítimas en cierto sentido, pero cuyo buen éxito hubiera sido terrible para el mundo; y finalmente, como último y único remedio el suicidio, y entre otros ejemplos, uno que admira Séneca, un gladiador que siendo conducido al circo en la carreta, pone su cabeza entre los radios de la rueda que se la destrozan. El suicidio es el último refugio para todo, lo mismo para la saciedad del rico que para la desesperacion del pobre; y el ejemplo acostumbraba de tal manera á la muerte, que habia quien se suicidaba por fastidio, por desocupacion, por moda.

Y cuando llegamos á la conclusion de los tiempos antiguos, si reunimos en un solo pensamiento todos los hechos encontramos en la religion el esceso de la supersticion y la dureza del ateismo llevadas ambas al estremo; el poder esterior y la nulidad moral del politeismo antiguo; en filosofía el descrédito de todas las doctrinas que habian tratado de elevar la naturaleza humana, la propagacion de una filosofía no pensadora, y la doctrina menos pura humillada aun á una práctica inteligente; en la vida la relajacion de todos los lazos sociales al romperse el vínculo patriótico que habia tenido unidos á todos, la ausencia de sacrificios, fortificada con la facilidad del suicidio, ni una sola señal de reaccion hácia un estado mejor; véase, pues, que el mundo estaba muy mal preparado para recibir una doctrina mas elevada y mas pura, y que por lo tanto bajo este punto de vista el cristianismo vino muy fuera de propósito. En unos tiempos en que escepto las tradiciones mal comprendidas no habia nada en el mundo griego y romano que preparase el camino á una regeneracion del hombre, cada dia mas sumergido en la miseria; que en los confines del desierto de Arabia, no lejos del Eufrates y de las fronteras del imperio, en una subdivision de la provincia de Siria, en un país sin comercio ni navegacion, abierto á las desastrosas correrías de los Arabes, lejos de las grandes ciudades doctas, Roma, Alejandría, Atenas; lejos del poder romano y y de las ideas que este traia detrás de sí; que unos Judíos de Galilea, que hablaban una lengua bastarda, que escribian a fuerza de barbarismos, despreciados por la sabiduría helena, que no habian leido nunca á Platon y para los cuales era, como si no hubiese existido todo lo que ha-

(1) SENECA, *Ep.* 17.

bian pensado en tres siglos Grecia, Roma y Asia; que únicamente tenian la Biblia ya corrompida de los Rabinos, de la cual habian sacado tan falsas deducciones las sectas disidentes, y tantas sofísticas interpretaciones los Fariseos; que hombres semejantes, un pescador llamado Simon, un publicano llamado Mateo y pobres pescadores del lago de Genesaret descubriesen ó predicasen la doctrina mas opuesta en teología á la incredulidad y á la idolatria de su siglo, mas opuesta en la práctica á sus supersticiones, mas opuesta en la moral á sus costumbres, mas opuesta en filosofía á la incertidumbre y á la nada de sus ideas, es una cosa que nunca se hubiera creido.

Que despues estos hombres proclamen su paradoja en medio del mundo culto, supersticioso, idólatra, sin consideracion alguna á la oposicion que debia hacerles el mundo, es una cosa que yo no puedo esplicar. Asi, en esta hipótesis, la historia del origen del cristianismo es maravillosa y difícil de comprender. Gibbon y los suyos evitan esta dificultad no hablando de ella; hablan del cristianismo ya adulto, introducido en el órden social, desarrollado, sin decir una palabra de su infancia; suponen que ha nacido pero no dicen cómo. Considerando solo la posibilidad humana, lo mas racional es creer que el cristianismo no debiera haber aparecido.

Y sin embargo, apareció; y apenas nace, principia á ejercer su influencia sobre todo el mundo; hasta aquellos que no le conocen, le respiran y se impregnan en su esencia. No hay ningun hecho tan notable en aquel siglo, ni en los siguientes, como esta accion insensible, por decirlo asi, subterránea, del cristianismo sobre todo lo que no es él. Todos los sistemas de filosofía pagana, toman algunas tintas de su luz; y desde el reinado de Neron se desarrollan y esparcen en la atmósfera nociones mas elevadas que las del politeismo, mas puras que las del mismo platonicismo. La filosofía no es ya atea é irreverente, se somete al culto público, «no como á una verdad sino como á una costumbre; no para honrar á los Dioses, sino para satisfacer á las leyes;» adquiere pensamientos mas nobles; «Júpiter no es ese coloso dorado del Capitolio que tiene un rayo de metal en la mano; los Dioses son como los pintan los poetas, tan culpables como los hombres y mas poderosos en el delito; intolerable confusion de todas las ideas en que el vulgo considera á los Dioses al nivel de sus propios vicios. ¿Adorareis ya de buena fe á esa inmoble turba de númenes acumulados por siglos de supersticion, unos casados, algunas veces entre hermanos por los poetas, otros que no encontrando partido conveniente permanecen célives; diosas viudas, como la diosa Fulgor y la diosa Devastacion, á las cuales no es estraño que faltaran pretendientes. Creed en los Dioses, reconoced su santa majestad, reconoced su bondad, sin la cual no existe la majestad (1). Amadlos (2); someteos á su providencia que gobierna el mundo; en la obediencia á Dios está la libertad (3). Abandonad las pingües víctimas, los sacrificios de rebaños enteros; adorad con voluntad mas piadosa y recta (4); dad á los Dioses lo que con toda su opulencia no puede darles el hijo de Mesala, un pensamiento respetuoso á la justicia, un corazon lleno de nobleza y de virtud. Desterrad esas plegarias tan vergonzosas en sí mismas que causaria rubor el oirlas. No murmureis á los oidos de los Dioses, vivid públicamente (5).

Para dar á esta edad el colorido conveniente seria preciso recoger algunos débiles resplandores si los hay en la historia apócrifa de Apolonio, obra anticristiana escrita por el sofista Filostratos; tosca y evidente parodia del Evangelio en que el retórico de Atenas resucita despues de mas de un siglo la memoria de este Mesías muerto sin discípulos y le adorna con las pretensiones taumatúrgicas del neoplatonicismo de su tiempo; historia que pertenece á la época en que hubiera sucedido, no á la época en que fue inventada. Seria preciso tambien retroceder tres ó cuatro siglos é inventar una historia particular, la de la comunicacion entre el judaismo y la filosofía griega para esplicar á Filon; genio sorprendente de este siglo; inteligencia llena de una mezcla de cábala y de platonicismo; y al mismo tiempo de una piadosa ortodoxia mosáica, en la cual mezclaba los números de Pitágoras con ideas luminosas, que tomadas de los antiguos libros de Salomon, desarrolladas por los judíos de Alejandría, quedaban como un depósito en aquel rincon del mundo, en aquella colonia greco-judía hasta que el cristianismo, venido de otra parte, las desenvolviese bajo su influencia y las infundiese vida. Convendria valuar en su justa apreciacion y valor los diversos movimientos del orientalismo, del helenismo de Alejandría, del judaismo fariseo de Jerusalen; movimientos independientes, aislados, y que motivados unos por el cristianismo y esplicados otros por él, no tienen unidad sino en él mismo, porque el cristianismo es la unidad de aquel siglo asi como desde entonces lo es de todos.

No sintiéndonos con fuerzas para tan grande obra, volvamos á Roma para ver allí mas de cerca el pensamiento humano y busquémosle en Séneca y en San Pablo.

Séneca, hijo de un retórico español, educado en medio entre el énfasis de su padre y corrupcion de Roma en tiempo de Tiberio; elocuente á la moda que todo lo prueba con arengas, poemas, diálogos; confidente de Agripina, panegirista oficial de Claudio, preceptor y autor de los antiguos discursos de Neron, enriquecido por su terrible discípulo, no se nos presenta bajo el aspecto casi mitológico de un Pitágoras ó de un Platon; la culpa fue del mundo en que vivió.

Sus enemigos le decian: «¿por qué tu vida es tan inferior á tus palabras, por qué tienes esa quinta tan adornada, esas comidas no arregladas á la filosofía, ese vino de mas años que tú, ese patrimonio entero colgado de las orejas de tu mujer? Es preciso un arte para servirte á la

(1) SENECA, *ap. S. Agust. De civ. Dei* VI, 10; *De benef.* VII, 2; *Ep.* 96.
(2) Id. *Ep.* 42, 47, etc.
(3) Séneca *De vita beata* 15.
(4) Id. *De benef.* I, 6; *Ep.* 116.
(5) PERSEO, II.

mesa, una ciencia para colocar tu vajilla en el aparador, un gran talento para disponer tus triunfos.»

Séneca mismo pone en boca de sus enemigos estas acusaciones y prosigue: «Añadid los bienes de que yo no tengo cuenta y los esclavos mios á quienes no conozco.» Y responde, con una modestia rara entre los antiguos, que yo estimo mas que la pobreza ostentosa de muchos; «yo no soy un sabio; apacígüense vuestros celos, no lo seré nunca. No pretendo igualarme á los hombres mejores; trato solo de saber un poco mas que los peores. Me contento con disminuir cada dia un poco mis vicios, con reconocer cada dia algun error mio. Me siento aun sumergido en el mal; hago el elogio de las virtudes no el mio; y cuando combato los vicios, combato los primeros los mios (1).

El que habla asi tuvo el mérito de buscar el bien sin partido deliberado. La herida social era grave; ¿podia el filósofo pedir su remedio á los átomos encadenados de Demócrito? ¿ó debia ocuparse con los estóicos de probar á su siglo que la virtud es un animal y que cuando el hombre es aplastado bajo una piedra su alma comprimida no puede salir? La metafísica de los Griegos y en general toda la parte dogmática de su filosofía era demasiado incierta ó demasiado especulativa; pasatiempo de escuela; arma inútil del pensamiento, de la cual no podia esperar remedio el mundo enfermo. Pero Séneca, viendo mas claro que algunos modernos, sondeó la llaga, conoció que la inteligencia humana habia dado ya todo lo que podia, que el mal y el remedio estaban en el corazon del hombre y que no era la metafísica ni la política lo que era preciso reformar, sino la moral.

Colocado, pues, en este camino, sin espíritu de partido, unido al estoicismo que habia conservado la moral mas pura y eficaz, y que con Panecio y Posidonio habia vuelto á enseñar las obligaciones sin fundarse en la palabra del maestro, cita de contínuo á Epicuro y al cínico Demetrio; combate la absurda metafísica de los estóicos, su fatalismo y la materialidad de sus dogmas.

Se cree que conoció á San Pablo. Sea esto ó no verdad me parece evidente que Séneca, genio curioso, y en posicion de conocerlo todo, no ignoraria enteramente el cristianismo, que se esplicaba en Roma, que habia hablado públicamente en todas las plazas públicas de Grecia, delante de todos los pretores y entre otros de Galion su hermano; el cristianismo, cuyo apóstol se habia presentado dos veces á Neron habia sido despedido por sus contradicciones (2). No le conoció enteramente, no oyó su palabra suprema; pero algunas ideas suyas sobre la divinidad, mas puras y determinadas que las de Platon, una multitud de nociones impregnadas de espíritu cristiano, muchos pasajes que son traduccion elegante del testo griego de la Escritura, y algunas veces hasta el estilo evangélico, prueban hasta la evidencia que Séneca habia comprendido algo del lenguaje de aquella *gran multitud* (3) de que Neron hacia antorchas para su jardin.

Séneca no admite el dios ciego, impotente, corpóreo de los estóicos. «Ya se le llame destino, naturaleza, fortuna, providencia, es indudable que hay una voluntad superior, incorpórea, independiente, causa primera de todo, al lado de la cual todo es pequeño; que es su *propia necesidad*, que hizo el mundo, y que antes de hacerlo le tenia pensado (4). Este Dios no es indiferente á las cosas del mundo, ama á los hombres y nosotros somos semejantes á él y miembros suyos (5). Entre él y los hombres de bien hay amistad, parentesco, semejanza; sus almas son rayos de su luz; nadie es bueno sin él; y cuando la virtud nos ha hecho dignos de unirnos á él, él viene á nosotros, á nuestro lado, y aun dentro de nosotros. En el corazon del hombre virtuoso habita un Dios (6).»

Ademas, el alma celeste del hombre probo, viviendo entre los hombres queda unida á su orígen, asi como el rayo que nos alumbra, no está separado de su sol. Esta alma depende de Dios, le observa, recibe de él su fuerza; su padre es Dios (7); como él, vive en una alegría contínua que nada puede interrumpir (8); como él, es feliz sin los bienes de la tierra. Las riquezas, el placer ¿son bienes puesto que Dios no goza de ellos?

El hombre cumpla su destino; «imite á Dios (9). Forme dentro de sí mismo la imágen de Dios. Su imágen no es de oro ni de plata; de estos metales no se podria hacer nunca una cosa que se asemejase á Dios (10). El bien supremo solo consiste en poseer un alma recta y una inteligencia clara. El hombre debe sufrir con paciencia porque Dios no es para él una madre ciega sino que le ama estraordinariamente y como un padre. Nosotros vemos con cierto placer de admiracion á un valiente jóven que combate animoso con una fiera. ¡Espectáculo digno de niños! Pero el hombre de corazon que combate con la adversidad, es un espectáculo digno de Dios y cuya contemplacion parece distraerle de sus obras (11).»

Ya que no otra cosa, esta filosofía no deprime al hombre; tiene el mérito que falta á tantos filósofos de colocarse en la parte de la balanza en que no vence nuestra naturaleza, y contrapesa todas nuestras debilidades, á las cuales otros creyeron mas cómodo añadir el peso de sus doctrinas. «No, Epicuro; no debe confundirse la virtud con el placer. La virtud es algo mas elevado, superior, real, inmutable, invencible; la voluptuosidad es baja, servil, frágil, miserable; habita en las tabernas y en los malos sitios. La virtud está en el templo, en el foro, en el tribu-

(1) *De vita beata* 17.
(2) *Actos de los Apóstoles*, XXVIII, 22.

(3) TACITO, *Ann.* XV, 44.
(4) *Quæst. nat. proem.*, c. I, 1; III, 45; *De benef.* VI, 7, 23.
(5) *Ep* 95.
(6) *Ep.* 41, 73.
(7) *Deus et parens noster*. Ep. 110.
(8) *Gaudium quod Deos Deorumque æmulos sequitur, numquam interrumpitur*. Ep. 60. Tambien S. Pablo, *Semper gaudete*.
(9) *Satis Deos coluit qui imitatus est*. Ep. 95. Y S. Pablo, *Estote imitatores Dei*.
(10) *Te quoque Deo finge dignum. Finges autem non auro nec argento: non potest ex hac materia exprimi imago Dei similis*. Ep. 12. Compárese esto con actos de los Apóstoles XVII, 29.
(11) *De Provid.* 2.

nal, delante de las murallas, cubierta de polvo, con el rostro inflamado, las manos callosas; el placer se esconde, busca la oscuridad, está en los baños, en los salones, en los lugares que temen la vigilancia del edil; es afeminado, no tiene fuerza, despide perfumes, respira vino, está pálido por sus escesos, adornado, pintado (1).»

Tal es el fondo de esta moral; en los detalles se encuentran algunas cosas notables, y un sentimiento, puede decirse, de igualdad cristiana. «¿El espíritu divino puede estar lo mismo en el esclavo que en el caballero romano? ¿Qué quiere decir esclavo; liberto, caballero? Nombres creados por la vanidad y por el desprecio. Desde el fondo de una cabaña el alma puede elevarse hasta el cielo (2). La virtud no escluye ni al esclavo, ni al liberto, ni al rey. Todos los hombres son nobles porque descienden de Dios: si en tu genealogía hay algun escalon oscuro, pasa sobre él, sube mas arriba y en la cima encontrarás la nobleza mas ilustre; elévate á nuestro orígen primitivo; todos somos hijos de Dios (3).

Ciceron decia mas severamente: «es preciso ser justo hasta con las personas mas viles; la mas abyecta condicion es la de esclavo; pues debe tratárseles como mercenarios, exigir sus servicios y proveerles de lo necesario.» Séneca usa un lenguaje muy diferente. «Son esclavos, decid hombres, decid comensales, decid á lo menos nobles amigos, decid mejor compañeros de esclavitud, porque la fortuna tiene sobre nosotros los mismos derechos que sobre ellos.

«El que tú llamas esclavo nace del mismo tronco que tú: Consúltale, admítele en tus conversaciones, en tu mesa; no trates de hacerte temible para él; bástete lo que le basta á Dios, respeto y amor.»

En fin, ¿qué filósofo antiguo, qué romano principalmente ha tenido compasion del hombre, *cosa sagrada* cuando era arrojado á las fieras ó al hierro del anfiteatro? ¿Quién se habia atrevido á reprender al pueblo romano cuando *sin temor y sin cólera* mata solo por el gusto de ver matar? ¿Quién tenia sentimientos bastante humanos para decir, está bien que digais: ese hombre arrojado á las fieras ha cometido un delito y merece la muerte; pero vosotros qué delito habeis cometido para que merezcais ser espectadores de su suplicio? (4)»

Nobles ideas en verdad. Es muy bueno y muy fácil el exigir grandes sacrificios á la virtud humana; pero seria preciso hacer comprender que son necesarios: es muy bueno imponer deberes severos; pero seria necesario decir el motivo. Séneca es rígido, con el hombre, pero no cree que nuestro valor sea falible; para nuestros padecimientos tiene consuelos que son peores que el mismo padecimiento. «¿Eres desgraciado? ¡Valor! la fortuna te juzgó digno de ser adversario, te trata como ha tratado á los grandes (5). ¿Te llevan al suplicio? Animo: mira la cruz, el palo, todos los instrumentos del verdugo; pero mira tambien la muerte, la muerte te consuela (6).» Véase de qué estraña manera consuela á su madre en el destierro y lo mismo á todas los madres en sus dolores (7). Pero no se debe tener compasion del bueno (8); el sabio evita el tener compasion, porque la compasion es un mal; el sabio no tiene compasion, no perdona (9).

¿Y qué motivos tienen estas exigencias sobrehumanas? ¿Qué fundamento sostiene esta última hipérbole del heroismo filosófico? No es la fe en la vida futura, sobre lo cual hay muchas dudas (10); sino una palabra, el principio de la virtud; el seguir nuestra naturaleza. ¿Es pues nuestra naturaleza la que nos manda la abnegacion, el sacrificio; la que nos hace sufrir la pobreza, y temer el placer; la que nos prohibe la piedad y llorar á nuestros hijos? Sin embargo, en otra parte, por una especie de revelacion nos dice que «el hombre es demasiado despreciable si no se eleva sobre lo humano.» Habla de vencer á la naturaleza; y el tipo de su sabio está tan apartado de nuestra naturaleza que nunca existió sino en la mente de los filósofos. Ni Cleante, ni Cenon, ni aun Caton fueron sabios; todos los estóicos convienen en ello.

¡Contradiccion viva pero inevitable! Esplicar la naturaleza humana, decir por qué el vicio, tan repugnante á nuestra razon, es tan adicto á nuestra naturaleza, tan contrario al bien de la sociedad y tan íntimamente unido á todos nosotros, es el escollo de toda la antigüedad: en otros puntos es ingeniosa y sublime, pero en este no sabe nada.

¿Será preciso presentar aquí todas las miserias del estoicismo, todos los pueriles refugios de una falsa virtud, las mil razones secundarias acumuladas para sostener una cosa que se cae en vez de estar cimentada en una razon fuerte y superior? «No temais la pobreza; el pobre no tiene miedo á los ladrones. No lloreis á vuestros hijos; un dolor prolongado no es natural. La vaca á quien se quita el ternerillo muge un dia ó dos; pero despues vuelve á sus pastos. El hombre es el único animal que gime largamente por su hijos.»

¡Cuántas pretensiones y al mismo tiempo cuánta impotencia! Sabeis de dónde proviene la única pureza del estoicismo? Del orgullo; orgullo que llega hasta la impiedad. «La virtud de Dios tiene una vida mucho mas larga que la del hombre; pero no mas grande. Júpiter no es mas poderoso que nosotros; tiene menos valor; se abstiene de los placeres porque no puede gustarlos, y nosotros porque no los queremos; él está fuera de los padecimientos, nosotros estamos sobre ellos (11).»

Pero el orgullo, y el orgullo de la virtud puede elevar algun corazon estraordinario como el tuyo; pero nosotros, almas vulgares, nosotros la plebe necesitamos un alimento mas material, una esperanza que pueda satisfacernos mas que esa orgullosa contemplacion de nosotros mismos. Por esto, Séneca, tu filosofía será siempre la de

(1) *De vita beata* 27.
(2) *Ep.* 31.
(3) *De benef.* III, 18, 29; *Ep.* 44.
(4) *Ep.* 7, 95.
(5) *De Prov.* 3.
(6) *Ad Marciam consolatio.*
(7) *Ad Helviam consolatio.*
(8) *De Provid.* 1.
(9) *De const. sapientis*; *De Provid.* 3; *De clem.* II, 4, 5, 6.
(10) Véase la epistola 102, y el fin *de la Consol. ad Marciam.*
(11) *Ep.* 73; *De Provid.* 6.

unos pocos; ni tú ni ninguno de tus maestros creásteis una doctrina popular. ¡Y os quejais de que el pueblo os vitupere! Aristócratas de la inteligencia ¿no sois vosotros los primeros en vituperar al pueblo, en hablar con desprecio de la multitud (οἱ πολλοί)?

Y sin embargo, habeis hablado algunas palabras á su inteligencia; os habeis dignado confiarles la ciencia de un gran remedio contra las miserias de la tierra; les habeis dicho que «no sufrirán sino lo que quieran; que Dios tiene abierta la puerta para cuando no puedan vivir ya en el mundo: que nada es mas fácil que morir.» ¿Por qué, pues, no morir hoy mismo? ¿Para qué tanto aparato de valor contra males que pueden evitarse todos de un golpe? ¿para qué tantos discursos heróicos, á los cuales puede suplir un lancetazo en una vena? Los poetas, mas filósofos que los mismos filósofos, habian tratado de alejar el suicidio; pero vosotros abrísteis esa puerta y el siglo se precipita por ella. Pues si el acto heróico, el acto supremo del egoismo, el suicidio que rompe todo vínculo, que aniquila toda obligacion, que lo deja todo sin garantía alguna contra el hombre, si el suicidio es lo único que ha producido vuestra sabiduría, dejadme que la busque en otra parte.

Tu sabiduría, Séneca, no huye de las apariencias de la pobreza; hay dias en que por un capricho de tu virtud, en medio de tus vanas riquezas tratas de esperimentar la indigencia, durmiendo en el suelo, habitando el tugurio de un esclavo, viviendo con dos ases al dia. Tú no te hubieras, pues, desdeñado de ser aquel sencillo curtidor que fue á Roma en tus últimos años: un judío de poca apariencia, de pobre elocuencia, de escaso saber; á través de los hierros de una prision enseñaba á algunos griegos y judíos, y en su país habia sido azotado, aprisionado, perseguido; á quien vuestro señor Neron hizo por fin cortar la cabeza. Los doctores de la antigüedad hubieran despreciado á este idólatra. Tu, Séneca, amigo mas franco de la verdad, fuiste á escucharle y le viste comparecer ante Nerón. ¿Y bien, qué fue lo que dijo?

Yo no te pregunto solo cuál era su moral; ¿qué son los preceptos si no tienen mas apoyo que la voz del hombre? Pero ¿qué fundamento daba á sus preceptos? ¿Cómo esplicaba el contraste que forma el vicio de nuestra doctrina, entre nuestra razon que nos hace ver la bondad de la virtud, y la naturaleza que nos presenta tan cómodo el vicio? ¿Cómo fortalecia el interés de la sociedad sedienta de justicia, de moderacion, de piedad en los hombres, contra el interés particular que los impulsa al hurto, á la iniquidad, á la satisfaccion de sí mismos? Y si el resolver este problema satisfacia los nobles instintos de tu espíritu, daba á tu razon pruebas mas evidentes que las demostraciones insuficientes de Pitágoras y de Platon... ¿Acudia al supremo remedio de la muerte voluntaria? ¿Y si para mantener el órden del mundo mejor que vosotros la prohibia, cómo retenia al hombre, á pesar suyo, en la sociedad que tiene necesidad de él y de la cual no tiene él necesidad alguna?

Este hombre, al principio de su vida dirige su espada contra la nueva fe; despues de golpe, como una persona despertada de repente, discípulo de esta fe, prosélito nuevo y sospechoso habla á los judíos mas alto que nunca, hace frente á su jefe, los hace entrar como por violencia en la novedad de su propia doctrina, los hace romper los últimos vínculos con la fe judáica, abjurar de sus prácticas ya sin objeto, de los símbolos, de la nacionalidad que abre sus puertas para recibir al mundo. Hace sentir á los que le oyen la doctrina del maestro á quien él no oye; proclama el *Cristo, fin de la ley*; hace que se cumplan sus palabras: *no pone nadie remiendo de paño nuevo en vestido viejo: ni nadie echa vino nuevo en odres viejos.*

Los judíos no entienden este lenguaje y le rechazan; y él rechazará á los judíos y tendrá abierto el mundo. Nacido para acelerar el cumplimiento de la divina palabra, sabe que el maestro dijo: *Este pueblo será desechado, y su herencia dada á otro.* Y Pablo dice á los judíos: *vuestra sangre cae sobre vosotros; paso á las naciones* y á los demás discípulos. *Démonos la mano, dividámonos el mundo; para vosotros los circuncisos, para nosotros las naciones.* Y lleva su palabra á la Grecia, que comprende bajo el imperio de su civilizacion todo el Oriente. La antigua, humana, filosófica y religiosa Atenas no le rechazará; Pablo disputará en el Pórtico contra los filósofos; y llenará de cristianos la infame Corinto; cubrirá de iglesias la Bitinia, la Macedonia, el Asia menor y todos los puntos en que se habla la lengua de Homero.

Y este Apóstol que sufrió la contradiccion de todas las ciudades del imperio; este ciudadano romano que habló tan alto delante de los magistrados de Roma; este hombre que en prision, abandonado de los suyos, no tembló en presencia de Neron; este profeta que fue arrebatado por el cielo, y vió lo que la lengua humana no puede pintar, ¿de dónde saca, Séneca, su fuerza? ¿Del orgullo como tú? ¿De la ciencia, de la riqueza, como tú? Al contrario; Pablo no se glorifica sino en su debilidad, en su miseria: si se gloría de algo, es de ser despreciado é impotente; si se gloría es en la cruz de su maestro, porque su maestro ha muerto en un suplicio que apenas se atreven á nombrar, como dice uno de vosotros (1). Y á pesar de esto ¿cómo se hace popular y tú no? ¿Cómo el hombre de ayer, sin predecesores, tiene ya mas discípulos que tú y elegidos entre los hombres mas entregados á los sentidos que al pensamiento? ¡Oh, si tuviese tiempo para desarrollar sus ideas! En la triste edad que describo hay tan poco consolador para la humanidad, es tan desoladora aquella agonía del mundo antiguo, que deberia permitirle al historiador, para consuelo suyo, aun cuando no le fuese impuesto por verdad histórica, el echar una ojeada sobre el nacimiento de este nuevo mundo. Hoy me basta haber demostrado que desde el principio se colocan al lado del poder imperial de Calígula y de Tiberio, último fruto de la corrupcion antigua, los dos poderes que deben, uno derribarle, otro sustituirle, y ambos combatir sobre sus ruinas:

(1) Herodoto, III, 125.

el cristianismo y la filosofía. El primero, nuevo en el mundo, hijo de una sola fe reciente, que presenta al mundo una doctrina mas completa que cualquiera otra: la segunda con su insuficiencia, con su contradiccion, con su desigualdad, con su debilidad, deja conocer que la poca parte de verdad que contiene la debe solo á la reflexion de aquel. ¿Cómo resolverá el cristianismo los problemas que hemos enunciado? Quisiera decirlo, pero me detiene la estension del propósito; y por otra parte es la historia de cuatro siglos por lo menos.

Ademas, en tiempo de Séneca la cuestion cambió de aspecto. Nosotros no somos ya tan orgullosos, no tenemos tanto orgullo con el poder humano, tanta confianza en nuestro válor, nos formamos una filosofía mas cómoda, y pretendemos seguir la naturaleza á nuestro modo, no á la manera de Séneca. La carne, este antiguo enemigo del cristianismo, que le ha tenido tanto tiempo bajo sus piés, ahora se rebela, y en vez de creerla amiga de nuestra naturaleza, dulce y fácil soberana, la encontramos admirable, virtuosa, divina; no basta que nos dejen gozar, queremos que nos admiren y nos elogien porque gozamos. ¡Bello progreso! De modo que la inteligencia ha trabajado por espacio de veinte siglos solo para fundar en el porvenir el reinado de la carne deificada.

Pero sigamos con los filósofos antiguos. Ya Séneca, tomando la palabra *carne* en su sentido cristiano, fue el primero que dijo que «en vez de hacer consistir en la carne su felicidad, el alma debe sostener con ella una gran batalla (1);» y Epitecto, pobre filósofo que ponia en práctica sus lecciones, miserable esclavo que se dejaba romper una pierna por su señor, dice en lenguaje cristiano: «Rompe los vínculos que te unen á todas las cosas, sepárate de tu copa, de tu campo, de tus hijos, de tí mismo; recházalo todo; purifica tu intencion, no permitas que se una á tí nada que no te pertenezca verdaderamente, nada de eso que se adquiere por costumbre y no se deja separar sin dolor (2).» Segun Marco Aurelio, el cuerpo no es mas que polvo, huesos, podredumbre; estos filósofos despreciaban la carne tanto como los cristianos.

Verdad es que no tenian la razon de su doctrina, no sabian decirnos el por qué; sus nociones eran vagas, ineficaces, escasas ó exageradas; la nocion cristiana, mal conocida y comunmente desfigurada, está mucho mas razonada y es mas pura. Esta distingue tres cosas: la materia esterior, la carne, en el sentido literal, esto es, nuestro cuerpo, y la carne, en el sentido místico, esto es, los vicios y la inclinacion al mal. El cristianismo considera estas tres cosas desde su punto de vista constante, á saber, refiriéndolas á Dios. Frente á Dios todo es vil y pequeño ahora, el mundo es estrecho, la carne miserable, la inteligencia misma está separada de él por toda la distancia de lo finito á lo infinito; ¿quién puede dudar de esto? Por lo tanto el mundo, indigno por sí de amor ó de odio, es abandonado al hombre como una arcilla que este amolda para su bien y sobre la cual escribe la superioridad de su inteligencia. El cuerpo del hombre, no pudiendo conocer á Dios, es inferior al pensamiento que lo conoce; por lo cual debe gobernarlo la inteligencia, sostenerlo, hacerle vivir; si no pierde sus derechos. En cuanto á la carne, esto es, á la inclinacion al mal, debe ser domada, abatida, combatida sin tregua.

Esta doctrina, que no hago mas que enunciar, evita á lo menos los dos estremos que consisten en apocar la dignidad del hombre ó en exagerarla.

Volvamos á los pensamientos tiernos y graves del mundo naciente. Pablo, despues de sus pobres y laboriosos viajes al Asia Menor, á Macedonia, á Grecia, volvió á Jerusalen; fue encarcelado por los judíos y puesto á disposicion del prefecto Félix. Despues fue enviado á Festo y últimamente á Roma; la tempestad le llevó á Malta, y en Puzzoli pisó la tierra de Italia. Sus hermanos de Roma le salieron á esperar á las tres posadas y al foro de Apio, y juntos siguieron lentamente la via Apia franqueada de *villas* y de sepulcros.

En este doble distintivo reconoció la Italia. Aquí y allí, en medio de una campiña árida y cubierta de polvo, ó entre lagunas tercianarias, no lejos de un palacio magnífico, un esclavo, con grillos en los piés cultiva con disgusto una tierra que no es suya. El campo de los robustos Sabinos fue abandonado, segun la atrevida espresion de Séneca, «á manos encadenadas, á piés sujetos por los grillos, á rostros marcados;» el cultivo alegre y libre fue reemplazado por el servil y sin interés; el padre de familia por el esclavo de la tierra, que por la noche duerme encadenado en los subterráneos de la prision. Y no es esto solo. Los parques y las *villas* ocuparon el espacio destinado al arado; entre el trabajo negligente del esclavo y la estéril magnificencia del señor; entre el campo medio devastado por un azadon indolente y los jardines plantados á costa de inmensos gastos de árboles estranjeros é inútiles, el suelo del Lácio asolado por el capricho, aniquilado por el egoismo, se negó á producir para el hombre y tomó un aspecto profundamente desolador. De trecho en trecho las peligrosas emanaciones de sus lagunas, las ruinas de sus ciudades, son signos de la atonía de esta tierra que ya no alimenta á sus habitantes; y cuando al través de esta llanura cubierta de polvo se interrumpe el silencio de las *quintas* y de las tumbas, en que tanto abunda, por la voz quejumbrosa del pastor esclavo ó por el ruido de los hierros que arrastran los siervos, conoce el viajero que está cerca de Roma, respira el aire de magnificencia, de servidumbre, de muerte que difunde esta ciudad á su alrededor. Poco á poco, en la línea recta y clara que limita el horizonte se ve aparecer la gran ciudad, reunion de edificios confundidos en una nube de humo; Roma, á quien Virgilio llama *rerum pulcherrima*, ciudad comun de todos los pueblos, abierta á todos (3), compendio del mundo (4), ciudad

(1) *Ad. Marciam* 24; *Ep.* 71.
(2) Ap. Arriano, *Dis.* IV, 4.
(3) Aristides retórico.
(4) Ateneo.

de las ciudades (1); Roma, cantada por los poetas, ensalzada por los oradores, maldecida y admirada por los filósofos, llamada con verdad por sus panegiristas ciudad eterna. Eterna, sí, no por la fuerza, como ella pretende, sino por la inteligencia; no por las armas, sino por la palabra.

A medida que se camina, Roma circunda al viajero, nace, se condensa, por decirlo así, á su alrededor; «se sabe dónde principia, mas no se sabe dónde concluye, en cualquier punto que uno se coloque puede creerse en el centro (2);» poco á poco las casas distantes unas de otras al principio, las quintas del rico, el tugurio del pobre, los esparcidos sepulcros, las casas aisladas se aproximan, se unen, y se convierten en una ciudad. Desde el pequeño Palacio, Roma se estendió sobre las siete colinas y despues por la llanura; pasó despues el Pomerio; construyó puentes sobre el Tíber, y ya al otro lado de este, conquistó el Janículo; cubrió de techos el Vaticano y se fue estendiendo cada vez mas para encerrar, primero la Italia y despues el mundo, en lo que llama sus murallas. Estiende sus brazos de jigante hácia Aricia, hácia Tíboli y especialmente hácia Ostia por aquel camino del mar recorrido contínuamente por estranjeros que la llevan pan y placeres; á lo largo del Tíber, por donde el mundo desembarca en ella, y Neron proyectó abrir á su alrededor un foso que hubiera abrazado el puerto de Ostia.

Roma no tiene un solo centro como las demás ciudades; es una ciudad solemne, monumental, pública, en la estension de tres ó cuatro millas; pero en el Foro es donde mas se siente la vida; todo el pueblo circula contínuamente desde las casas al Foro, desde el Foro á las casas; en los demás sitios se habita, aquí se vive. La vida doméstica se busca lo menos posible; los nobles y ricos habitan el cuartel de las Carenas, sobre las colinas que dominan el Foro; los pobres en los fangosos laberintos de la Suburra ó mas allá en los arrabales del otro lado del Pomerio; á lo lejos las casas están distantes unas de otras, parecen ventiladas; pero mas cerca, á cada puerta del Pomerio acudió una ciudad entera así como acude un enjambre á una colmena, y aumentándose aquellas ciudades de los arrabales, concluyeron por encontrarse y formar todas con Roma una sola ciudad inmensa. Mas hácia el centro, las casas son la imágen de una multitud de pueblo que se amontona, dejando apenas entre sí largas, estrechas, tortuosas é irregulares calles, acumulan piso sobre piso hasta la altura de sesenta piés, límite fijado por Augusto; sobre el último piso construyen aun el tejado, suelo ficticio abierto á la multitud. Y como á las casas acuden allí en tropel no solo los hombres, sino los pueblos, los dioses y las lenguas. Allí hay una ciudad de Capadocios, otra de Escitas, otra de Judíos; un ejército de soldados, un pueblo de cortesanos, un mundo de esclavos; y en mayor número aun una turba de gente sin nombre, sin estado, sin patria, de todas las razas y de todas las creencias; monstruosa confusion de todos los elementos; pueblo romano, hijo casi todo de razas estranjeras; pueblo libre, casi todo en esclavitud; pueblo ocioso y afortunado que no posee mas que un sextercio, ni mas bien que el aire de Roma, el agua de los baños y de los acueductos, el sol del campo de Marte y la generosidad de los emperadores. César y Augusto, para divertir á esta multitud de mil lenguas, le dieron histriones, que gritaban en todos los idiomas y á la muerte del dios Julio que habia abierto las puertas de Roma á los estranjeros, alrededor de su hoguera, custodíada de dia y de noche por Judíos, todas las naciones fueron por turno á aullar, cada una á su manera, sus bárbaros cantos fúnebres.

Recojamos las voces de esta gran ciudad para comprender lo que es, en el momento que esta Babilonia, como la llama San Pedro, se retira por la noche. ¿Qué hace este pueblo? ¿cuál es su pensamiento? ¿cuál es su vida? Bastante hemos interrogado ya á las piedras, á los mármoles, á los bronces; interroguemos ahora al pensamiento humano.

La respuesta puede encerrarse en una sola palabra; ¡la esclavitud! La esclavitud propiamente dicha no solo es la base práctica de la sociedad, de modo que sin ella no habria ni república, ni fortuna, ni familia, ni libertad tal como existe; sino que en todos los órdenes, en todos los grados hay una esclavitud mas disfrazada, tan real como aquella, y todas las relaciones sociales están moldeadas con las que tiene el esclavo con su amo, así como en la edad media se modelaron por las del vasallo con su señor.

Para comprender esto bien examinemos los cuatro órdenes de la gerarquía romana: el esclavo, el cliente, el súbdito y el césar.

Ved al esclavo; no digo al esclavo predilecto de su señor, al cantante, al cómico ingenioso, al médico feliz, al preceptor erudito; menos digo aun al juglar, al bufon, al eunuco, al músico, al improvisador, sino al pobre esclavo comun, plebeyo de aquella nacion doméstica que habita el palacio de un rico; aquel que perdido en tal multitud conoce apenas á su señor, y no es conocido por este; aquel que es comprado por 400 francos en el Foro, en el banco del tormento; al portero, inmóvil por su destino, y que se vende con la casa, incrustado, por decirlo así, en el muro de su cueva con una cadena á la cintura, así como el perro cuya choza está enfrente de la suya, ó al vicario, esclavo del esclavo; ó á aquel que de pié en la mesa de su señor en las noches de orgía tiene á su vista el palo pronto á castigarle por una palabra, por una sonrisa, por un estornudo, por un sople (3); que arrastrándose á los piés de los embriagados bebedores, aspira los innobles restos de su intemperancia; ser tan despreciado que para no profanar su palabra, el señor no le habla comunmente mas que por señas, y en caso de necesidad por escrito (4); verdadero animal que vive entre azotes y prisiones, que

(1) Polemon sofista ap. GALENO.
(2) DIONISIO; ARISTIDES.

(3) SENECA, *Ep.* 47.
(4) Tácito hace decir al liberto Paladio: *Nil unquam se domi nisi nutu aut manu significasse, vel si plura demonstranda essent, scripto usum, ne vocem consociaret. Ann.* XIII, 23.

en la mas pequeña indagacion judicial el señor le envia sin dificultad al tormento, á condicion de que si muere en ella se le pague su precio (1).

Oprimido por toda la ignominia doméstica y por todo el desprecio legal; segunda especie humana, segun el derecho (2); no es ya un hombre ni una inteligencia, sino una cosa. Si le matan, lo mismo que á un buey ó á un caballo, le es pagado al señor. Es verdad que la generosidad del señor viene en su auxilio, y contra la ley que le prohibe el matrimonio, le permite un casi-matrimonio, un concubinato (*contubernium*); ilegal y pasajera union, que el señor concede algunas veces solo por dinero. En cuanto á sus hijos, ó mas bien en cuanto á los hijos de su concubina, ya que el derecho no reconoce la paternidad entre los esclavos, son un animal doméstico mas, una propiedad incontestable del señor: solo se disputó si debian pertenecer al usufructuario. Verdad es tambien que á pesar de la ley que no reconoce en el esclavo ninguna propiedad, el señor consiente que despues de muchas vigilias y ayunos voluntarios, y trabajos fuera de los trabajos ordinarios de la casa, se reserve alguna parte del dinero que gana en su industria, y tenga una especie de propiedad ilegal, y no pueda disponer de ella sino por un casi-testamento, salva siempre la aprobacion del señor; y en seis años, si es laborioso y sóbrio, y siempre si quiere el señor, puede rescatarse. Pero será preciso que sufra y trabaje; que se procure por el hurto y la disolucion el dinero que no puede sacar de la industria; pero necesitará renunciar al juego, en el cual mientras el señor goza del festin, los esclavos que esperan juegan á los dados, murmuran de él y cenan por dos ases; será preciso tambien que con este mísero peculio compre la futura generosidad del señor con regalos el dia de su santo, regalos por la boda de su hijo, regalos por la boda de su hija. Y se aprovechara de todo esto, si en el intervalo no le ha vendido el señor, reservándose el peculio que le pertenece de derecho; si alguna cláusula de su compra ó del testamento por que adquirió al esclavo, no interdice la emancipacion; si el señor cumple su palabra, si las leyes enemigas y celosas de la emancipacion (3) no lo impiden, el esclavo podrá ser libre. ¿Y si le parece muy largo el tiempo que ha de esperar? ¿huirá? Todo se pone en movimiento para alcanzarle; prender á un fugitivo es un asunto de Estado; todo el mundo civil corre detrás de él; los *fugitivarios* destinados á este objeto le cogerán bien pronto y le entregarán á su señor; y la letra F con que le marcan con un hierro candente, advertirá que hay que guardarle bien.

En cuanto al término de su vida, el estanque de Craso que engorda sus morenas con hombres vivos, ó el de Vedio Polion que los arroja un esclavo por haber roto una taza de cristal; las cruces infames siempre levantadas y los cuerpos abandonados en la puerta Esquilina le advierten que no debe ofender la omnipotencia del señor. Si llega á envejecer, en el Tíber hay una isla á donde son abandonados á la merced de Esculapio los esclavos enfermos ó delicados. Por otro lado, el antiguo Caton, cuya sabiduría se admira, decia: *Sé buen traficante: vende tus esclavos y tus caballos cuando sean viejos*. Y se revendian por unos cuantos sextercios á unos amos mas pobres y por lo tanto mas exigentes, hasta que un dia su cuerpo, arrojado de su estrecha celda, sea sepultado por sus compañeros de esclavitud en cualquier rincon difamado de las Esquilias.

Y el opulento romano en medio de esta multitud enteramente suya, de ciento, mil y hasta diez mil esclavos (4), tiembla siempre por su propia vida. Unos velan custodiándole en la puerta de la calle; otros en los corredores; los cubilarios defienden la entrada de su cuarto; pero ¿quién le defenderá de sus propias guardias? Oid: el Foro está turbado; el pueblo conmovido, casi en rebelion, se agrupa en las escaleras del senado; ved pasar una multitud de condenados, hombres, mujeres, niños, hasta cuatrocientas personas. Un consular ha sido muerto por un esclavo suyo, á causa, dicen, de una rivalidad de amor infame; y segun la ley, cuantos esclavos habia bajo su techo, culpables ó inocentes son condenados á muerte. Pero aunque romano, el hombre siempre es hombre; el pueblo se enternece y se opone á los lictores; en el mismo senado, á pesar de la gran admiracion de Tácito, algunos espíritus débiles se horrorizan de la ejecucion de esta terrible ley. Pero un anciano romano, profundísimo en la ciencia de lo justo y de lo injusto, el jurisconsulto Casio, trata de rechazar á estos innovadores, y de dar fuerza á las buenas y santas leyes de sus antepasados: «¿Buscaremos nosotros la razones de esta ley cuando la han proclamado nuestros antepasados mas sabios que nosotros? Entre cuatrocientos esclavos ¿es posible que ninguno haya sospechado, que ninguno haya sentido, que ninguno haya visto al criminal? ¿Ninguno le ha detenido y vendido?...» Y siguiendo esta dialéctica que estuvo siempre en uso entre los sofistas de todas las crueldades: «Vosotros decís que perecerán inocentes. Cuando á un ejército le falta el valor y es diezmado, los valientes y los cobardes sufren la misma suerte. En todos los grandes ejemplos hay algo de injusto; pero la iniquidad que se comete respecto de algunos queda compensada por la utilidad de todos (5).» Palabras notables que compendian toda la antigüedad. Tambien Caifás decia: *Conviene que perezca un hombre por todo un pueblo*.

Veamos ahora la historia de otro esclavo. Entre las irregulares casuchas del Aventino, entre las amontonadas casas que se introducen en el Tíber y que este arrastra en sus inunda-

(1) PABLO, *Sent.* lib. XVI, §. 3.
(2) FLORO, III, 20.
(3) *Libertates impedientem et quodammodo invidam.* JUSTIN. *Instit.*

(4) «Demetrio, liberto de Pompeyo, que no tuvo vergüenza de ser mas rico que Pompeyo mismo, hacia pasar lista como un general todas las tardes á sus esclavos; él que hubiera debido considerarse feliz con tener dos vicarios y una celda un poco mayor.» SÉNECA, *De tranquil. animi*. 8.
(5) TACITO, *Ann.* XIV, 42, c. seg.

ciones, en la tortuosa é infecta Suburra hay enormes *islas* de siete y ocho pisos que se alquilan. Allí habitan todas las miserias, todas las corrupciones romanas; allí en sucias y oscuras tabernas, un pan *plebeyo*, vino caliente, y cabezas de carneros alimentan al mendigo del puente Sublicio, á la haraposa meretriz, al gramático desgraciado, al *Gréculo* hablador, adulador, poeta, caballero de industria, al espósito que imposibilitado voluntariamente pide limosna en provecho de un señor, traficante en miserias humanas; en suma, á todos los que el orgullo aristocrático de los Romanos llamaba *tenuis*, *ignobilis*, *tunicatus*, *tribulis*.

Aun no es de dia y un hombre, recogida su vieja toga, corre apresurado hácia las altas habitaciones de la Carenas y del Celio. Cliente de todos, va á llamar á todas las puertas, espera en la via con otros muchos delante del dintel del rico, murmura, riñe con sus camaradas de servidumbre y de espera; se deja amenazar por el látigo del hostiario, solicita al portero encadenado y entra con gran trabajo en la primera habitacion; sobornando á los esclavos, penetra por fin en el átrio; ve pasar desdeñosamente delante de él á los amigos de primera y de segunda admision (porque tambien la amistad se clasifica): pronuncia al oido del *nomenclator* un nombre que estropea este esclavo; obtiene del patrono una sonrisa distraida, una mirada soñolienta, un adios despreciativo que se confunde con un bostezo; y en premio de tanto trabajo, guarda en su canastillo un pedazo de salchicha y el socorro de 25 sueldos.

Así, pues, en una sala romana, de cualquier dignidad, todas las relaciones de urbanidad llevaban este carácter de un homenaje hecho por un inferior. Habia deberes matutinos (*anteluca-na officia*); salutaciones inquietas y sofocadas. Nuestra urbanidad de igual á igual, fácil y dulce, que quiere rebajarse pero á condicion de ser realzada, y que cesa en el instante en que no es recíproca; este obsequio que en caso de necesidad sabe ser orgulloso; esta libertad que se presta á mil cosas sin comprometerse nunca, no era comprendida por la antigüedad. Todo esto es de orígen feudal; es la independencia noble y cortés del *baron*, del hombre libre, desconocida por los antiguos que no pudieron comprender nunca mas que la independencia de la ciudad; es su orgullo en el servicio que le realza con el honor; en fin, es aquel valor que la edad media supo dar al hombre: Entre una y otra hay la misma diferencia que entre la esclavitud y el vasallaje. En los tiempos modernos no han roto esta tradicion feudal ni la aristocracia de la córte, ni la aristocracia del dinero; los Palantis y los Mamurras de hoy al penetrar en el triclinio ceden el paso á su cliente; y si le llevan consigo en el *essedum* le hacen bajar primero. Pero el asentista y el cortesano de entonces, que quizá poco antes eran unos esclavos, hacian ir á pié á sus amigos al lado de su litera; les tenian esperando en la puerta, en el umbral; y en la mesa, siguiendo la injuriosa costumbre de clasificarlo todo, se tenian amigos inferiores, que se creian demasiado afortunados por comer sentados en banquetas mientras otros se tendian en cojines de púrpura; los convidados eran vigilados por un esclavo, que decia á su señor quién habia aplaudido bien, quién habia reido, quién habia comido bien, quién habia elogiado al anfitrion, y merecido por lo tanto ser convidado de nuevo (1).

Pero no siempre era así; y la esclavitud misma, siempre inhumana por principios, estaba menos degradada de hecho. Cuando no se tenia mas que uno ó dos esclavos, con los cuales se labraba poco á poco la tierra, y se los hacia sentar á la mesa, el nombre de *fámulo* dado al esclavo y de *padre de familia* al señor, no eran como despues una irrisoria trivialidad. La clientela en algun tiempo se asemejaba algo al vasallaje feudal; noble proteccion que dispensaba el rico al pobre, recompensada con los servicios que los muchos pueden hacer al hombre aislado; institucion política, indispensable instrumento de todo triunfo en el foro; vínculo sagrado, asociacion de todos los intereses, parentesco legal, tan santo como el de la sangre; tanto que Virgilio pone en el mismo sitio en el infierno al que ultrajó á su padre y al que hizo traicion á los intereses de su cliente. Pero la contínua degradacion de la antigüedad, mas sensible en los grandes imperios y á medida que se formaba la unidad política del mundo, y la sustitucion del patriotismo cosmopolítico al patriotismo local, llevaron las cosas á este punto. Llegaron, pues, á toda su crueldad las relaciones del rico que da de comer con el parásito que come, de la superioridad insolente con el servilismo ocioso y famélico; el pueblo romano, incansable y perpétuo mendigo, cliente universal, vivia humillado á los piés de tres ó cuatro mil *dichosos*, adorando las limosnas de una aristocracia rentística, que habia tolerado el poder de una aristocracia política; mendigando, solicitando, sufriéndolo todo con bajeza, con valor, con paciencia á costa de no trabajar. Tiene sus dias buenos y sus dias malos. Hoy casa un patricio á una hija; el hijo de un liberto de César, recibe la toga viril; gran fiesta. Habia un millar de convidados y cada uno recibia una propina estraordinaria de catorce ó diez y seis sueldos. Mañana no hay fiestas ni esponsales: el pobre parásito irá al baño á buscar entre los ricos que allí se reunen, á fuerza de humildes servicios, una invitacion para la cena. Otro dia Agrippa abre ciento setenta baños gratuitos en Roma; en las barberías de Agrippa se cortará grátis el cabello y la barba al buen pueblo por espacio de un año: Agrippa es hijo de los Dioses. Si los ricos se cansan de dar, vamos á implorar á César; es preciso que de tiempo en tiempo vuelvan al pueblo algunos millones de César. Augusto en su XII consulado, distribuyó entre trescientos veinte mil ciudadanos un *congiario* de mas de diez y seis millones de francos. Hoy César no es ya rico; pero si no da dinero, dará á lo menos grano; segun la ley sempronia todo el que está ocioso y es pobre tiene derecho á cinco medidas de grano al mes, ley suprema de la constitucion imperial, única que

(1) Seneca, *Ep.* 47.

puede ser peligroso violar. Augusto alimentaba doscientas mil personas, poblacion moribunda y amenazada, cuyo número habia disminuido, pero que tendia á aumentarse con todos los mendigos de Italia. Sin embargo, el Mediterráneo es un mar tempestuoso; la flota anual del grano no llega una vez á Egipto, el pueblo teme el hambre; César teme al pueblo (momento de tal angustia que una borrasca puso á Augusto muy cerca del suicidio); y en la punta de Cáprea una multitud ansiosa espera de pié y con impaciencia que la bandera anuncie la flota de Alejandría.

El servilismo romano tuvo sus tipos propios, desconocidos hoy ó que solo existen muy ocultos. Tal es el parásito, relegado en el estremo de la mesa, burlado, injuriado, maltratado, que busca un convite á costa de afrentas; tal es el que trataba de adquirirse una herencia, que á los piés de un viejo sucio y caprichoso, elogia hasta su belleza, aplaude hasta sus chocheces, calumnia á sus enemigos, le sacrifica á su libertad y hasta le prostituye su mujer. Esta corrupcion es proverbial en las costumbres romanas, y no solo la comedia y la sátira sino la historia, la filosofía, la jurisprudencia, atestiguan este apetito universal por los testamentos y los legados. Todas las leyes de Augusto contra el celibato no consiguieron hacer descender al rico sin sucesion del trono á que le elevaba la captacion: «reinado de la vejez sin hijos,» como le llama Séneca (1). A pesar de las precauciones de Augusto, eran tantas las ventajas de no ser padre, que algunos, desesperados por la fecundidad de sus mujeres, abandonaban á los reciennacidos ó los desconocian cuando eran ya mayores, solo con el objeto de tener aduladores y cortesanos, como aquel cuyo lecho habia sido bendecido por la esterilidad. Este servilismo universal le hacia aun mas degradante la naturaleza humana convirtiéndose en instrumentos y estímulo de la disolucion. «Execrables torpezas que yo no puedo comprender,» esclama Justo Lipsio al comentar un pasaje intraducible de Séneca, «¡Dios nos libre de iluminar estas tinieblas dignas del infierno!» Pero es muy fácil concebir hasta dónde debieron llegar con un poder tan absoluto y tan general sobre la criatura, con una libertad tan completa para satisfacer los caprichos del poderoso, la monstruosa aberracion de los sentidos, y el profundo envilecimiento de nuestra naturaleza. La prostitucion, consecuencia entre nosotros de la depravacion y de la miseria, era entre los Romanos una cosa de buen órden interior y de arreglo doméstico, nacida en casa ó comprada en el foro, alimentada, instruida, formada desde la infancia, mandada por el temor del suplicio, estimulada por la esperanza de libertad. De aquí nacia una doble y espantosa degradacion de las desgraciadas á quienes se hacia pasar por toda clase de ignominia, y del poderoso que tenia derecho á hacerles pasar por ella.

Séneca, condena estos desórdenes porque es puritano; pero aun los coloca solo en la misma línea que los escesos del lujo, los pájaros del Fasi, y que los jarrones de aroma. Y en el fondo, aunque esta censura sea muy imperfecta, habia una relacion mas grande de lo que puede creerse entre los escesos del lujo y la corrupcion de las costumbres; siendo el principio comun de uno y de otra la saciedad de las cosas ordinarias, una imaginacion llena de tedio y corrompida, un alma seca y degradada, que sin pasion lo mismo que sin virtud, sin instinto verdadero, deseaba ardientemente inventar y desesperaba de gozar porque todo era vulgar; todo era vulgar en lo que los hombres aman y admiran, y á falta del sentimiento de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero, y de lo grande, se lanzaba hácia lo imposible, hácia lo desconocido, hácia lo monstruoso; carácter dominante del siglo, esplicacion obligada de toda su historia.

Y ¿serán libres á lo menos aquellos á quienes precipitan en estas estravagantes depravaciones tantos serviles homenajes, y tal licencia para satisfacer sus caprichos? ¿A lo menos será libre el corto número de afortunados á cuyo alrededor gravita esta multitud de esclavos y de clientes; el rico, el elegante, el delicado que se aduerme al son de una dulce y lejana sinfonía, que se despierta con el fresco murmullo de una ficticia cascada; que despues de haber alargado desdeñosamente la mano para darla á besar á la multitud de sus clientes, por la mañana sale á la calle en litera y desde allí como desde un trono domina las serviles cabezas de los clientes que le siguen y de la plebe que pasa á sus piés? Si Roma le cansa, sin salir de su inmensa casa encuentra todos los placeres de Roma; el baño con sus innumerables accesorios, la multitud de siervos, gimnasio, los triclinios, la piscina, el estanque, el jardin. Si quiere respirar el aire con mas desahogo, tiene su quinta cerca del mar de Nápoles, la quinta en la cumbre de una montaña, la quinta en el mismo mar. No hay costa de Italia donde no pueda satisfacer en sus propiedades estas primeras necesidades de la vida romana; baños, sala de banquetes, una colonia de esclavos. Por lo tanto estas satisfacciones demasiado fáciles llegaron á ser una cosa insuficiente y vulgar; el pueblo romano agotó el bienestar; necesitaba la gloria. El lujo no era ya un goce, sino un conflicto. Una casa en regla (*domus recta*) no bastaba ya, era preciso una casa inmensa. Bronces cincelados, jarrones aromáticos eran ya un lujo vulgar. La taza para beber debe ser de piedra fina y de sola una pieza; el peligro de romperla es un placer mas (2). El pavimento de las salas debe estar cubierto de piedras de gran valor. Debe irse á las subastas á comprar á inmenso precio metales de Corinto; no se busca ya la perfeccion del metal, ni se paga caro la elegancia del trabajo, ni el nombre del artista, sino que se paga y valúa el nombre de los elegantes posesores precedentes. El tener delicados y magníficos peces no es mas que una avaricia; pero hacer coletear en una pila de mármol peces que pesquen los convidados, y hacerlos morir en vasos de cristal para gozar de las mil gradaciones

(1) *Dives regnum orbæ senectutis.* SENECA, *ad Marciam* 19.

(2) *Omnis rerum voluptas periculo crescit.* SENECA, *De benef.*, VII, 9.

diáfanas con que concluyen su agonía, ¡esto es, una gloria! Termas, piscinas, jardines plantados en el techo de la casa, y que la coronan con sus árboles agitados por el viento; termas construidas en alta mar desafiando las tormentas; una piscina inmensa, océano de agua caliente, cuyas ondas son elevadas por el viento, es un triunfo mayor, pero apenas es un goce mas (1). De aquí provienen todos los caprichos del rico fastidiado: hacer del dia noche, no dando estimacion á la luz del dia porque no se paga; alguna vez, saciado ya de las riquezas, ensayar la vida indigente, tener en casa la miserable celda del pobre (2) para vivir en ella un dia ó dos, y comer en el suelo, en platos de barro, una miserable racion para hallar mas placer al volver á la vida del lujo y de los goces; tener en invierno rosas y en el verano nieve; en el foro la túnica del banquete y si no basta la de la matrona; en conclusion hacerse un nombre. Roma está tan ocupada que una locura ordinaria no da que hablar, como tampoco los desórdenes que se pierden en la multitud; el mérito del vicio es el escándalo que produce (3).

¡Dichoso siglo de Neron, siglo de progreso y de genio! ¡dichoso siglo que esparce en las salas del banquete una atmósfera templada por medio de tubos calientes, que cubre las ventanas de piedras trasparentes, que en el anfiteatro sabe por ocultos medios derramar sobre el pueblo una lluvia refrescante, perfumada de azafran y de nardo; que espolvorea la arena del circo con ámbar y polvos de oro. En casa de Neron hay tapices de Babilonia que valen 4.000,000 de sextercios (800,000 francos); un jarron de aromas de 300 talentos; el afortunado César para descansar la vista, observa los combates del circo en un espejo de esmeraldas (4): un consular compró por 6,000 sextercios (1,200 francos) dos boquillas de un vidrio nuevo. La misma naturaleza se hace mas fecunda y magnífica, y envia á Neron por medio del procurador de Africa una espiga que tiene trescientos sesenta granos; abre para él á flor de tierra las minas de Dalmacia, donde se recogen cincuenta libras de oro al dia; envia de Panonia á los intendentes de sus juegos, cargados con enormes trozos de ambar. Verdad es que se pierden las artes que en otro tiempo fueron muy estimadas; que cuando Senodoro hizo el coloso de Neron no se halló un fundidor que supiera fundirla: verdad es que César y sus artistas echaron á perder el Alejandro, obra maestra de Lísipo, por dorarle y hacerle digno de ricos improvisados, para los cuales nada es bello si no está cubierto de oro. Pero en compensacion la pintura sobre tela hizo magníficos progresos, y Neron, ademas de su coloso de bronce, tuvo un coloso de ciento veinte piés pintado sobre lino y como en compensacion se sabia, con maravillosa perfeccion, dar á un mármol los colores y las vetas de otro. ¿Qué importaban las artes frívolas que Grecia llamaba bellas? El siglo es grande, el género humano marcha; la humanidad está en progreso. ¿No se habia inventado tambien el modo de teñir la concha de tal suerte que pareciese madera? Pues así se tendrán muebles comunes en la apariencia y que costarán mil veces mas.

¡Goza, pues, patrono, por haber nacido en el reinado de Neron favorecido de los Dioses! alégrate; nosotros te aplaudimos, nosotros, parásitos tuyos, compañeros asíduos (como dice un filósofo despreciable) de toda fortuna que camina hácia su ruina (5). Hé aquí el mas bello triunfo de tu lujo y de tu gloria; hé aquí el *mazonomum* plato inmenso; coronado de flores, llevado al son de los instrumentos en los hombros de tus esclavos, compendio del mundo culinario; el plato de Esopo donde se acumulan conchas, peces, pájaros preciosos, ostras sin concha, salmonetes sin espinas; todas las riquezas de todas las mesas del imperio. Pero ya es bastante: caes inanimado; tus siervos te levantan y conducen como á un héroe muerto en en el campo de la gloria, nos sepultas en tu triunfo, al son de músicas acompañadas del canto de los esclavos que repiten: *Fue* (6).

Y en verdad que tiene algo de grave esta fúnebre despedida en que concluye la orgía. Tú vives en la época un gran príncipe, patrono mio: ¿pusiste la atencion en ese espía á quien temes demasiado para no convidarle á comer, y que fijó sobre tí su mirada investigadora en el momento en que tú embriagado acercaste la efigie de César que llevas en un anillo á un objeto inmundo y profano? Esta mañana, cuando saliste de casa para aumentar la multitud, distraido, negligente, desocupado, y caminaste, oiste, hablaste y respondiste á la ventura, ¿sabes tú bien lo que has podido decir ó escuchar? ¿has reflexionado bien que en este siglo la mayor locura es la estravagancia de escuchar, que es muy peligroso el saber los secretos y que hay mil cosas en el mundo que no es conveniente decir ni saber? (7)

Ahora bien: escoge entre la angustia del suplicio y las humillaciones de la adulacion. Salva tu vida; besa la mano y el pecho de César como tus libertos besan la tuya; llámale como te llaman á tí tus libertos patrono, rey, dios (tambien á tí te llaman dios); corre ansioso á saludarle por la mañana; sigue á pié su litera; haz votos por su celeste voz y por esa diosa nacida ayer de Póppea; tú, pobre esclavo de Neron, así como nosotros lo somos tuyos. Déjate maltratar por ir á oir á Neron al teatro, y muere de hambre antes que salir de allí. Tus riquezas, tus *villas*, tus esclavos, toda tu gloria y tu magnificencia te será arrebatada con la vida por el descontento de Neron, si no tienes cuidado de dejar en un testamento público una gran parte al César, y otra buena parte tambien á Tijelino. Bebe tu vino de Chio, rie con tus amigos, oye tus conciertos, corónate de flores, sé feliz, rebosa de alegría; pero tiembla por tu vida, y

(1) *Ep.* 122, 90; *Controv.* V, 5.
(2) *Ep.* 18, 100.
(3) *Ep.* 122.
(4) A lo menos así debe entenderse en Plinio, *Historia natural* XXXVII, 5, de donde tomamos tambien los demás hechos.

(5) *Assectatur comes pereuntium patrimoniorum populus.* SENECA, *De tranq. animi* 1.
(6) *Βεβίωκε.* Id. *Ep.* 12.
(7) *De tranq. animi* 12.

ten cuidado de no perseguir al liberto de cualquier delator.

Ahora bien: si echamos una mirada general á este órden social preparado por la lucha de toda la antigüedad, cuyo camino habia abierto Julio César, cuyos cimientos habia puesto Augusto, cuyo edificio habia concluido Tiberio, hallaremos como base esencial y primitiva, el esclavo obediente al señor; un grado mas arriba, el cliente á los piés del patrono, y por último, el súbdito postrado delante de César: y por una fatal reciprocidad, el señor tiembla en medio de sus esclavos; el rico no se adquiere clientela en el pueblo, sino para tener una defensa contra el pueblo; y César que oprime á Roma y al mundo tiembla ante la plebe de Roma. Asi cada uno inspira y esperimenta el terror, cada uno tiene un esclavo á quien teme y un tirano de quien se hace temer: doble sistema de tiranía y de amenaza, de opresion y de terror.

Ahora nos falta describir al señor de todos. El hijo del brutal Domicio y de la infame Agripina, confiado primero á un bailarin y á un barbero creció en medio de la corrupcion materna y de la corrupcion imperial; entre aquella multitud de viles cortesanos que gozan de la vida y vilipendian á Claudio es aclamado emperador, es decir, es aclamado el hombre mas poderoso del mundo y el mas obligado á la corrupcion. En una edad que no puede llamarse aun juventud, no promete nada bueno: sin embargo, es el encanto del género humano, el ídolo del pueblo; cuando tiene que firmar la sentencia de muerte de un ladron quisiera no saber escribir. Y lo que es más admirable, celebra juegos sin que parezca ninguno; no se derrama ni una gota de sangre de un proscripto por órden suya; el verdugo está mano sobre mano, y el delator mendiga en el destierro; de modo que Trajano deseaba que los mejores años de su reinado fuesen semejantes á los primeros de Neron. Verdad es que bien pronto matará á su hermano, á su madre, á su tia; pero estos no son proscriptos. La familia de los Césares está sobre las leyes para dar y recibir la muerte; un emperador que no hace morir á los suyos es un soberano clemente, dulce, popular; y el mundo recibe de un príncipe parricida una tranquilidad que no habia vuelto á esperimentar desde los tiempos de Augusto. Sin embargo, al cabo de siete ú ocho años principia á obrar el veneno imperial; resucita el viejo demonio de Calígula y de Tiberio; este tigre domesticado aspira un poco la sangre y conoce cuál es su raza. Los delatores vuelven á presentarse, los suicidios ordenados se renuevan, la lanceta del cirujano sucede á la cuerda del verdugo y á la daga del soldado; es un Tiberio jóven, un Tiberio pródigo, voluptuoso artista, músico, pantomímico, estúpido y por lo tanto mas cruel. Es ya muy poderoso y está bastante seguro de su poder para abandonar en un dia tan largo disimulo. ¿Pero ha prodigado el dinero á sus pretorianos? ¿Ha hecho nacer en ellos el deseo de proscripciones? ¿Es bastante numerosa y valiente su guardia germánica? No: un dia, despues que el hombre le haya soportado por mucho tiempo sin hacer un poderoso esfuerzo para rechazarle, despues de muchas tentativas vanas, de conspiraciones de filósofos, de libertinos, de mujeres, despues de una última y amenazadora conjuracion, y en el momento en que vá á sucumbir, un hombre se presenta á los pretorianos, y, mandatario improvisado que no recibió comision alguna, promete en nombre de un general á quien no conoce sumas enormes, que nunca podrá pagar; y concluye una venta en virtud de la cual los soldados no deben matar, ni rebelarse, sino solo abandonar antes de tiempo su cuerpo de guardia del Monte Palatino para ir á pasearse por los arrabales; y el emperador perdido, porque estaba solo, va á darse una puñalada en un subterráneo que le presta un liberto suyo para morir.

¿Podremos á lo menos recurrir á las paradojas contra tan poco creible historia? ¿Podremos hacer como se acostumbra hoy una contra-historia? No estamos ahora en la oscuridad de los siglos primitivos, porque esta es la verdadera y positiva historia. Tácito, aunque pueda ser tachado de muy crédulo, es un analizador exacto, un cronologista escrupuloso, que como Muratori revuelve los archivos del senado, el *Acta diurna*, que era el boletin de aquel tiempo. Suetonio tiene la frialdad de un protocolista y de un erudito, que por todos los respetos y las parcialidades del mundo, no dejaria de publicar ni la mas pequeña nota en su obra. Estos dos historiadores bastante próximos á aquel tiempo para conocerle, bastante lejanos de él para no sentir demasiado sus pasiones, no son desmentidos en los hechos que refieren acordes, ni por Dionisio, ni por Plutarco, griegos á quienes importaban muy poco los resentimientos de la vieja Roma contra Neron.

Al referir esta historia trataré de esplicarla. El poder imperial era un poder de accion y de terror, fundado en el aislamiento, en la debilidad, en el temor de cada uno; y que cesa desde el instante mismo en que el lictor no previene con celeridad al asesino (1). Calígula nos hace ver el efecto de tanto poder en un alma débil y mal educada, y aquella enfermedad particular del espíritu que podria llamarse locura imperial; doble exaltacion producida por el peligro y por el poder, deseo inconmensurable é infinito, furor del placer y temor de la muerte.

Neron no tenia la fuerza suficiente para resistir al vértigo de tal poderío; y ¿quién la hubiera tenido á los diez y siete años? Débil de corazon como Calígula de espíritu, muelle y tímido, artista que se inclinaba ante sus jueces, emperador que temblaba ante el pueblo, y se ruborizaba con facilidad, y que por falta de espíritu ó sobra de conciencia se dejaba decir amargas verdades, escuchaba las reconvenciones con una especie de pudor y algunas veces sin castigarlas, supersticioso en los sueños, temeroso de los fantasmas, no era atrevido ni grande ni aun en sus vicios. El y su amigo Oton (dos perezosos que uno despues de otro fueron señores

(1) Véase la anterior biografía de Tiberio.

del mundo) salian de aventuras por las noches, con peluca y vestidos de esclavos, arrojaban á las personas en las cloacas, á otras hacian saltar sobre las que estaban cubiertas, daban y y recibian golpes, y algunas veces volvian á sus casas bastante maltratados. Neron se conservó siempre el mismo, siendo su suprema diversion el escitar tumultos en los espectáculos, y aunque tirano y parricida, siempre fue un bribonzuelo coronado.

Y como este miserable era una cosa espantosa; como, segun dice San Agustin, «este voluptuoso histrion de quien no podia temerse nada varonil, era el modelo supremo de los malos príncipes,» necesitaba su siglo y su córte, y su increible ambicion de servilismo, necesitaba á Narciso y á Tigelino, personas que aun en un alma pura hubieran sabido despertar, aumentar y desarrollar el vicio. Desde el principio, pues, cuando Neron era aun de suave genio, ya se disputaba cuál de los varios sistemas de corrupcion de la córte le habia de dominar. Por un lado Agripina, que asistia al senado detrás de una cortina, no queria autoridad para amansar su genio, sino para ejercer el poder largo tiempo, con la salvaje legitimidad del delito, como habia hecho Calígula; y como Agripina pensaban todos los que estaban unidos á la antigua popularidad del nombre de su padre, nobles cortesanos, amigos de casa, fieles libertos de Claudio, que se habian unido á esta despues que le habian envenenado. Por otro lado despertóse el estoicismo en el campo de Filipo, ostentábase por las calles de Roma la sucia barba que le distinguia, la cara arrugada, y algunos de sus discípulos se complacian en ir á las cenas de Neron á enseñar sus rostros mal encarados. Sus representantes cerca de César eran Séneca y Burro, virtudes relativas, honrados para lo que era su tiempo; pero que Burro, que á la muerte de Claudio habia ayudado á usurpar los derechos á Británico, y Séneca apologista si no consejero de la muerte de Agripina, tuvieron gran reputacion entre los hombres honrados. Asi una vez se pensó en hacer emperador á Séneca «por el esplendor de su virtud, y porque era inocente (*quasi insonti*)» dice Tácito; fijad vuestra atencion en esta palabra.

Agitábase, pues, la lucha. *La filosofía*, decia Agripina á Neron, *no sirve de nada á un emperador*. El antiguo instinto de los Césares olfateaba á su enemigo. *Respeta á tu madre, pero sé emperador*, le decia Séneca. La victoria debia ser del que mas le adulase. Los amores de Neron eran aun tímidos: Séneca le prestaba el nombre de uno de sus amigos para ocultarlos á Agripina; y Agripina sus habitaciones para ocultarlos á Séneca. Los filósofos permitieron que saliera su alumno en el teatro, con inquietud sí, pero sin hacer movimiento alguno por temor de que no fuesen las cosas muy allá; y Séneca que habia adivinado su fiereza, le dirigia el tratado *De la clemencia*, elogiándole por la sangre que aun no habia derramado, por temor de que la derramase al dia siguiente. Sin embargo, en realidad Agripina era novicia en la adulacion; los filósofos demasiado reservados, y Neron tenia otros amigos mas inferiores y por lo mismo mas íntimos; libertos de tanta vileza de alma como elevacion de imaginacion. Neron con sus placeres de voluptuosidad pueril y vulgar estaba en sus glorias entre sus criados; una madre ansiosa de dominio, pedagogos que la disputaban su educando, siervos libertinos que le corrompen; ¡historia de colegial! Pero este colegial de diez y siete años tenia en sus manos el cetro del mundo, podia en caso necesario jugar con el veneno y con la espada, con las cabezas de los senadores, y con el honor de las damas romanas. Asi, pues, en un momento se libra de su madre y de sus maestros; hace consultar al centurion que la custodia á la vieja envenenadora Locusta, á quien Burro queria hacer estrangular y que salvada á tiempo, consigue la impunidad, dinero y discípulos (1): escuela de envenenamiento fundada por el emperador.

Agripina, rodeada de iras y de iras femeniles, provocadas por el orgullo que la infundia su belleza y su corona, despues de haber agotado el último refugio del incesto, convertia en un arma y en una defensa los delitos cometidos por Neron: el hijo la temia porque la habia obedecido; y la mató porque la temia. La causa principal de su delito fue una mujer.

La vida de Póppea es una contínua intriga. Casada con un caballero romano, Oton hizo que se divorciara y se casó con ella: Neron se enamoró; Oton fue enviado de gobernador á Lusitania, y el emperador quiso que se divorciara de nuevo. Pero Póppea ¿consentirá en ello para ser solo la querida de César? ¿Dejará su puesto á la hija de Claudio? Esto pudo hacerlo la liberta Ate: pero ella patricia, vale tanto como Octavia, hija de Mesalina; por medio del desprecio llega á dominar á Neron, y sabe dirigir su alma pequeña y miserable. «Ella era casada, decia; y el matrimonio de Oton era legítimo y no debia romperse (2); la agradaba esta vida de lujo sin igual que gozaba al lado de su esposo, donde todo era grande, magnífico, honroso, digno de la persona mas elevada. Neron, por el contrario, amante de Ate, unido á una esclava, no habia adquirido en esta union mas que abyectas y mezquinas costumbres. Neron tenido en rígida tutela por su madre antes de pretender el imperio, ¿cómo habia de pensar en la libertad? ¿Temia casarse con ella? En este caso debia volver á Oton su esposa, que aun colocada á la cabeza del mundo queria mas bien oir el oprobio de su emperador que ser testigo de él.» Así se hablaba á Neron César. El parricidio se llevó pues á cabo, y para saber las particularidades de aquella tragedia remitimos al lector á Tácito. Pero una sola escena basta para dar á conocer la virtud de aquel tiempo. La primera tentativa de asesinato contra Agripina tuvo mal éxito, porque esta se salvó á nado; y el pueblo se conmovió á su favor. Pero Agripina puede armar á su esclavos, sublevar el ejército, implorar al senado y al pueblo. Neron llama á su consejo á Séneca y á Burro; ambos están callados algun rato, y despues á una mirada in-

(1) SUETONIO, *en Neron* 33.
(2) TACITO, *Ann.* XIII, 46.

terrogativa de Séneca, Burro dice: *Los pretorianos son fieles á la casa de su príncipe, se acuerdan de Germánico y no se atreverán á hacer nada contra su hija. Cumpla Aniceto su promesa.* Aniceto, comandante de la escuadra de Miseno, era el consejero de aquel asesinato frustrado; hé aquí á lo que se limita el filósofo para evitar el delito.

Sin embargo Neron «cometido el delito comprendió su horror.» Pero no sintió los remordimientos profundos y disimulados de Tiberio: el alma de Neron no tiene una fuerza tan grande como su delito; pasó toda la noche en un delirio contínuo, acometido de súbitos temores. Pero (traduzco á Tácito, admirable en este pasaje) «la faz de los lugares no cambia como la de los hombres; siempre tenia ante sus ojos aquellas riberas, donde ya se decia que se oian gemidos y flautas funerarias cerca del sepulcro de Agripina.» Hasta en Roma penetró la indignacion, y se encontró un niño expósito con este cartel: *Niño arrojado de su casa por temor de que mate á su madre.* Neron entonces soñó por primera vez en su vida; y debe ser una cosa terrible el primer sueño, y un sueño semejante (1). Sin seguir el órden de los tiempos, contemplad ahora el fin de la familia imperial; leed aun en Tácito la terrible relacion de las desventuras de Octavia. Su destierro de órden de Póppea, la espantosa piedad del pueblo que hablaba libremente á Neron, y exigió que la desterrada volviese á su patria; su tumultuoso agradecimiento, que atemorizó á Neron y aprovechó á Póppea, y que el emperador hizo reprimir á sablazos, asustado de haber sido clemente: al ver esta simpatía popular, una de las mas enérgicas que tuvieron lugar en el imperio, se comprendió que la hija de Claudio merecia encontrar un delator; y como sus esclavos en el tormento no pronunciaban mas que protestas de su inocencia, como era acusada de adulterio y habia que buscar un cómplice, y el antiguo sistema de Tiberio consistia en mezclar en todo la acusacion de lesa majestad, Neron encontró á Aniceto, instrumento del asesinato de Agripina, que á fuerza de promesas y de amenazas confesó que era amante de Octavia y su complice de conspiracion; Neron le hizo condenar por un «consejo de amigos,» y fue desterrado á Cerdeña, donde vivió rico y murió en su lecho. Ha habido siglos bárbaros; pero no ha habido ninguno en que haya sido tan docta la teoría del delito, ni tan razonada la práctica. Octavia y Agripina son un triste ejemplo de la suerte que esperaba á las mujeres colocadas cerca del trono de César; ya permaneciesen en los límites del deber, ó ya se propasasen como la madre de Neron á todas las ambiciones y á todos los crímenes. La familia imperial habia quedado compuesta solo de mujeres; y cuando Neron dió muerte á su tia Domicia (2) y á Antonia hija de Claudio, pudo gloriarse de ser el único vástago que podia tomar con derecho el título de César. Antonia murió por no haberse querido casar con él; habiendo sido perseguida largamente por Agripina, la justicia imperial la dejó viuda dos veces. Tal era la suerte de las princesas de sangre real: demasiado honradas para que dejaran de casarse con hombres ilustres; y estos hombres ilustres eran demasiado temidos para que dejasen de ser viudas muy pronto.

Entre la antigüedad y la historia moderna hay una diferencia que proviene de causas muy elevadas. La parte que toman las mujeres en la historia cristiana es en lo general noble y saludable. En la antigüedad, cuando tienen alguna parte es cruel y funesta, especialmente en tiempo de los Césares, cuando la mujer no era ya aquella mujer griega severamente encerrada en el gineseo; ni la matrona romana mas honrada pero sometida á una tutela que dura toda la vida, hija de su marido como dicen los jurisconsultos; la mujer, cuando no es esclava ó prostituta es atrevida, impudente; tiene las pasiones crueles, la actividad y la ambicion del hombre. Tales son Cesonia en tiempo de Calígula, Agripina y Mesalina en tiempo de Claudio, Póppea en tiempo de Neron, y la astuta Libia en tiempo de Augusto. Todo esto se mezcla á los sangrientos asuntos de Estado, hace agitarse en medio de tantas pasiones el veneno de sus envidias y de su furor; se dan y reciben la muerte lo mismo que los hombres. Cesonia, con el yelmo en la cabeza, recorre á caballo las filas de los pretorianos: Agripina se sienta en el trono de Claudio y da audiencia á los embajadores. La mujer recibia entonces esa emancipacion brutal que en nuestros dias ha sido defendida caprichosamente en contra suya; era libre, tomaba un marido, le repudiaba, le volvia á tomar, contaba sus años por el número de sus maridos; cuando es esposa solo piensa en el divorcio, se divorcia pensando solo en el matrimonio; la primera noticia de cada dia es un divorcio (3). No os vanagloriels tanto, libertinos de Roma; la mujer no tiene nada que envidiaros. Ella que antiguamente no asistia á los banquetes, velará en la orgía como vosotros, se embriagará como vosotros, provocará como vosotros el innoble vómito enseñado por la intemperancia; como vosotros destrozando á latigazos el cuerpo de sus pobres esclavos, en medio del estudio de las tablillas, llamará al verdugo para que los castigue; quiere todo lo que viene de vosotros, hasta vuestras miserias. Hipócrates se engañaba cuando atribuia castigos privilegiados á la intemperancia de los hombres; la mujer no se escapa ni de la calvicie, ni de la gota. ¿Hay siquiera una debilidad de su siglo de que ella no se haya libertado? Avergonzada de su fecundidad oculta con los pliegues de su manto el peso vulgar de su vientre; y si esto no basta se atreverá á concebir en vano. La vereis en el teatro, en el circo, con el puñal apoyado en el desnudo seno esperar al jabalí (4).

(1) SUETONIO, 46; TERTULIANO, *De anima*, 44, 49.

(2) Visitando Neron á su tia Domicia cuando estaba mala, esta acariciándole la barba imberbe aun, como suelen hacer los viejos, le dijo: *Solo quiero morir despues de haberla visto afeitar.* Neron, volviéndose á sus amigos, les dijo burlándose, me voy á afeitar inmediatamente, y mandó dar el veneno á Domicia. No estaba aun frio su cuerpo, cuando Neron se apoderó de sus bienes y anuló su testamento. SUETONIO, 34; SIFILINO, 61.

(3) *Uxorem nemo duxit nisi qui abduxit.... Nulla sine divortio acta.* SENECA, *De benef.* I, 9; III, 16.

(4) TACITO, *Ann.* XV, 32; JUVENAL, VI; SUETONIO, *en Domit.* 4; STACIO, *Silv.* I; MARCIAL, I.

Pero mientras corria la sangre imperial, sangre privilejiada, asunto doméstico en que el público no tenia la indiscrecion de mezclarse, Neron dejaba el imperio á Séneca y á Burro, olvidando los negocios públicos hasta el punto de abandonarlos á la direccion de hombres honrados. Despues de la muerte de Agripina, se aumentó su popularidad, revocó los destierros que habia impuesto su madre, y erigió sepulcros á sus víctimas, para poner de manifiesto su crueldad. Tres años despues del parricidio, Traseas elogiaba este gobierno que habia abolido la cuerda y el verdugo; y Roma que habia sufrido á Seyano, á Tiberio, á Calígula, á Claudio, á Mesalina, á Agripina, no debia manifestarse muy opuesta á la misericordia y á la clemencia.

Mientras tanto se desarrollaba el carácter imperial. Este carácter tenia su lado elegante, artístico, civil; pretensiones de talento y ambiciones inocentes. Calígula, aunque brutal, no fue un genio ocioso, ni una inteligencia embotada. Neron era, por decirlo así, demasiado emperador para no tener todos los gustos de su siglo. Poeta, reunia en su casa á todos los ingenios de la época que en sus tertulias literarias llevaban cada uno su hemistiquio, y de estos hemistiquios componia sus poemas. Orador, se hizo decretar la palma de la elocuencia, pero sin concurso, porque hablaba demasiado mal. Filósofo, convidaba á los estóicos á su mesa y se recreaba en sus disputas. Ademas era pintor, escultor, tocaba la cítara; era hasta áuriga. Pero su aficion á las artes ¿le hacia mas noble, mas bueno? No. Porque no todo consiste en el talento. Por otra parte, segun la moralidad y las leyes antiguas, este género de talento era una cosa reprobada, prohibida, deshonrosa; tocar la lira era una vergüenza; bailar era renunciar al pudor viril. La moral antigua, tan indolente contra las artes, tenia bastante poder para degradar á los artistas.

A estas ideas debe agregarse aquel espíritu romano que todo lo materializaba. La pintura y la escultura no eran ya las artes sagradas del tiempo de Fidias; pero era mucho mas popular el arte del áuriga y del pantomímico. La misma música, pasion favorita de Neron, que tenia todas las pasiones, la música, arte tan grave y tan santo en Grecia, donde se habia hecho de ella una de las bases de la civilizacion, no era ya mas que un oficio de mendigos; ya no acompañaba mas que á la muerte sangrienta de los gladiadores, á las evoluciones de los titiriteros, á la orgía de los banquetes, y el tránsito de las artes á la voluptuosidad, de la voluptuosidad á la corrupcion, y de la corrupcion al asesinato, era mucho mas rápido de lo que puede creerse.

En cuanto á Neron, estuvo contenido algun tiempo con aquella dignidad activa de su madre, dominado solo por su corrupcion y por la indulgente virtud de sus maestros. Al principio tuvo en sus jardines un circo, donde conducia los carros ante un público escogido; despues el pueblo principió á agruparse á las puertas y á solicitar la entrada. Tuvo tambien en su palacio un teatro de sociedad, donde cantaba en presencia de sus amigos, y á donde hacia asistir al grave Burro, pero el pueblo, buen cortesano, le hizo desaparecer, no quiso ya actores triviales y pidió que saliese Neron á las tablas (1). ¿Pero creeis que el emperador en la escena dejará de ser emperador? ¿Creis que le abandonarán su acompañamiento de centuriones y de tribunos cuando se presente temblando delante de sus jueces limpiándose el sudor de la frente, saludando al pueblo, templando la lira? ¿Creeis que no tendrá un consular que le lleve la lira y un cónsul que anuncie al pueblo el espectáculo, y reclame la indulgencia del público en favor de este tímido principiante? Si Neron canta quiere que le acompañe un coro de senadores, de consulares, de matronas; si sube á las tablas quiere que le acompañe toda la aristocracia. Se funda una escuela á donde acuden los jóvenes y los viejos y toda la nobleza á aprender el arte del histrion. Al principio, Neron reunió á costa de enormes gastos algunos nobles arrruinados; pero despues siguieron esta senda otros muchos impulsados por el temor, por el espíritu cortesano y por la fuerza (2).

Asi se acumulan todos los rencores. La aristocracia, que por sí misma se hubiera presentado voluntariamente, se indigna contra Neron por haberla obligado á presentarse por la fuerza. Neron ve elevarse á su grande y temible enemigo. El estoicismo ha moderado algun tanto el antiguo espíritu romano; entre la filosofía y el patriciado, entre la antigua Roma y la nueva Grecia, se forma una alianza defensiva contra el espíritu imperial, el senado, que despues de la proclamacion de Neron conserva alguna libertad en sus deliberaciones, deja conocer esta oposicion; el jurisconsulto Casio, uno de aquellos cuya raza parece no hubiera debido sobrevivir á la batalla de Filipos, conserva en su casa el retrato del asesino de César, su antecesor, con esta inscripcion. *Al jefe de nuestro partido* (*Duci partium*). En medio de la molicie romana, acuden los hombres y las mujeres á los jardines para oir al cínico Demetrio, aquel filósofo audaz, que respondia á Neron: *Tú me amenazas con la muerte y la naturaleza te amenaza á tí*; que en medio del gimnasio, en presencia del senado, de los caballeros, de César, clamaba contra los baños, contra el lujo, contra el refinamiento de los romanos, mientras toda la servidumbre de palacio «los centuriones de barba de chivo, la juventud robusta del pretorio, habiendo declarado la guerra á la filosofía, se burla del manto del estóico «y vende por 100 ases ciento de estos doctores griegos (3),» y por mas que haga el prudente Séneca para desterrar el estoicismo, el estoicismo que es un sistema esencialmente político, é impulsa al sabio á los negocios, va formando un partido.

Ya tiene su jefe, su futuro emperador. Un estóico, de la familia de los Césares, de esterior severo, de casta sencillez en su vida privada, rodeado de filósofos, retirado y por lo tanto mas

(1) *Ut studia sua publicaret.* TACITO.
(2) *Principe senatuque actoribus..... qui vim quoque adhibeant.* Id. ANN. XIV, 26.
(3) *Et centum Græcos nudo centusse liceatur.* PERSEO.

distinguido, Rubelio Plauto, es indicado á Neron como un hombre (fíjese en esto la atencion) «que no finge ni aun el gusto á la ociosidad;» ¡tan necesario era ser inútil si no se queria pasar por peligroso! Sus amigos se creian ya tan fuertes, que bastaba un cometa ó un relámpago para hablar de su reinado, y por lo tanto para arruinarle; pero no morirá de repente; le advierten que conviene evitar la calumnia, y sacrificarse por la tranquilidad pública; en Ásia tenia bienes con que poder vivir tranquilo sin temer á los enemigos ni á los delatores; y así fue alejado pacíficamente de Roma sin que Neron desease ardientemente que fuese desterrado; tanto se habia alejado el gobierno de la violenta tiranía de los primeros emperadores; ¡tan popular era aun la clemencia!

Pero cuando la muerte de Burro, acelerada por Neron, le puso ya fuera de tutela, cuando Tigelino, hombre del mismo temple que Neron, fue nombrado prefecto del Pretorio; cuando Séneca, entre los abrazos de su señor que le suplicaba no se retirase, y que sentia tanto mas la necesidad de hacerlo, se alejó de Roma para madurar su filosofía en una austera soledad, donde escribió sus obras mas graves, y especialmente las cartas á Lucilio; en fin, cuando Neron se vió libre de todos estos obstáculos, el genio imperial se manifestó en toda su desnudez. Dos desterrados infundian miedo; un Sila, aunque este nombre estaba ya desacreditado en Marsella y en Asia, y Plauto tan grave y tranquilo en medio de los filósofos; aquel era temido por ser indolente y pobre, este por ser rico y pensador. Los asesinos salieron de Roma, llegaron en seis dias á Marsella, y quitaron la vida á Sila estando cenando. La muerte de Plauto fue mas notable. Plauto era un hombre popular en Asia; en Roma le defendian los estóicos que le habian elevado, y el amor del virtuoso general Corbulon. Sin embargo, Neron no envió contra él mas que un Centurion con sesenta hombres, por lo cual hubo algunos deseos de oponerles resistencia. «Era preciso rechazar aquel puñado de hombres; mientras llegaba á noticia de César y enviaba nuevas órdenes, podian originarse grandes cosas.» Nueva y estraña coincidencia. Estuvo próxima á estallar una guerra contra César, y los estóicos estaban dispuestos á combatir. Pero esta idea de hacer la guerra al César asustaba los ánimos, y siguiendo el consejo de los filósofos, Plauto, hombre vigoroso y valiente, se dejó matar pacíficamente por un peloton mandado por un eunuco. Las dos cabezas fueron llevadas al César, que se burló de la temprana calvicie de Sila, y de la gran nariz de Plauto, y escribió al senado, no diciendo que era autor de su muerte, sino ultrajando su memoria, lo cual era bastante decir. Todo esto sucedia mientras Neron iba á hacer admirar su hermosa voz en Nápoles; mientras en Roma tenia magníficas cenas en todas las plazas, y «se servia de toda la ciudad como de su casa,» mientras Póppea paria en Ancio, ciudad predilecta de César para el nacimiento, y el senado votaba sacrificios *por su vientre*, y acudia todo el mundo á Ancio para celebrar este suceso; la niña, fruto de este parto, murió á los cuatro meses, y el senado la hizo diosa, y la dedicó un templo y sacerdotes; sucedian, en fin, todas estas cosas en medio de magnificencias tan grandiosas y tan romanas, por decirlo así, que Tácito se escusa por no hablar de ellas mas que una sola vez.

En medio de todo esto estalla el incendio de Roma. Suetonio y Dion acusan como autor á Neron; Tácito, mas severo, es tambien mas reservado. Yo no lo decidiré; el espíritu artístico y la aficion á los espectáculos, el amor de la poesía en accion, estaban tan exaltados en Neron, que quiso ver arder á Roma. Cuando á los tres dias del incendio llegó desde Ancio y vió las llamas, dueñas de la ciudad, correr por las tortuosas calles de Roma, ondular sobre las colinas, derribar en el Tíber los pisos irregularmente amontonados de aquellas inmensas casas; cuando oyó aquella confusion de gritos, aquellas luchas inútiles, la fuga, los silbidos de los ladrones, las amenazas de los incendiarios que gritaban á grandes voces: *No nos detengais, tenemos órdenes*; cuando vió aquella muchedumbre arrastrando sus heridos y sus muertos, refugiarse en el campo de Agripina, entre los monumentos y las tumbas, y buscar un asilo, donde no habia un techo siquiera; en fin, cuando vió que ya en la plaza no existia su palacio, y su habitacion, confinada hasta entonces miserablemente entre dos colinas, destruida por gracia de los dioses, y pensó que aquella vieja Roma innoble, mal reconstruida despues del incendio de Brenno, seria sustituida por una Roma *Neroniana*, magnífica por su simetría y grandeza, y que en esta destruccion de tantas casas, lloradas por los viejos, pero que á él nada importaban, habia oido el último grito de una ciudad vieja, de un palacio indigno de él; su genio de arquitecto, de pintor, de poeta, bien pudo hacer callar en su corazon el último resto de humanidad. Que Neron pensó hacer en Roma como hoy se dice, una destruccion monumental, para hacer despues una resurreccion monumental; que al cabo de seis dias, no habiendo concluido el fuego su proyecto, mandó á su amigo Tigelino que le atizase para que se prolongase tres dias mas; que hizo derribar con el ariete las viejas murallas que habian quedado en pié y que eran un obstáculo para su palacio; que en medio de estas escenas, desde la alta torre de Mecenas, vestido de trágico habia dicho que la llama era muy bella; nada encuentro yo inhumano para un César.

De los catorce cuarteles en que estaba dividida Roma, tres quedaron completamente arrasados, y siete no ofrecian mas que ruinas. Para los que, en política como en arquitectura no quieren mas que la línea recta, nada mejor que destruir un estado y quemar una ciudad; uno y otro renacerán construidos á cordel y con escuadra. Roma resucita, pues, como por encanto, hermosa y regular; las calles son anchas, los edificios de una altura ordenada; hay pórticos y terrados en todas las fachadas. La ignorante arquitectura de los Tarquinos, no ofenderá ya con su crudo contraste el clasicismo griego de los

emperadores; no se verán ya las tortuosas y oscuras calles de la edad media de Roma, ni los pisos desnivelados, ni las islas indecentemente pintorescas; aunque los viejos murmuren que de este modo Roma tan espuesta á los rayos del sol será menos sana, y los pintores, si es que habia pintores, reclamen en favor de aquellos efectos de luz, de aquellos contornos atrevidos, de aquellas formas primitivas que presentaba la ciudad. La arquitectura oficial es siempre la misma; es la que posteriormente derriba los balcones de las ciudades moriscas, y hace una calle para los coches en Venecia; es la que hacia resaltar en Roma las indecibles bellezas del ángulo recto; y Neron, admirado ante su propia obra, decretaba que Roma no era ya Roma, y que debia cambiar su nombre, no bastante glorioso, en el de Nerópolis.

Y si el pueblo es alojado con tanta magnificencia ¿cuál será la habitacion del César? ¿Qué ha sido de la pequeña casa de Augusto en el Palatino, suficiente para él, pero indigna de sus sucesores? Tiberio la agregó un palacio nuevo; Calígula le prolongó hasta el foro; Neron le ensanchó por el otro lado hasta la puerta Esquilina abrazando en su recinto los vastos jardines de Mecenas. Hoy Roma se separa del palacio de Neron y le deja campo libre para embellecerse y estenderse. Manos á la obra, pues, maravillosos instrumentos del genio de César, ministros de este Júpiter cuyo destino es hacer milagros; Severo y Celeres, genios atrevidos, que «manejando como un juguete el poder imperial, obteneis del arte todo lo que os negaria la naturaleza (1).»

Con una prontitud increible, en el Palatino, en el Esquilino, [illegible] el valle que los separa, hácia el sitio donde está hoy Santa Maria la Mayor, se eleva la Casa de Oro; delante de ella un lago; y alrededor de este, edificios esparcidos, que asemejan una ciudad; entre la fachada y el lago está el vestíbulo donde el señor hace esperar á todos sus clientes, es decir, donde Neron hace esperar á todos los pueblos del mundo, y en medio el coloso de Neron, de oro y de plata y de ciento veinte piés de altura; y mas allá pórticos de una milla con tres órdenes de columnas. En lo interior, todo está cubierto de láminas de oro, de piedras preciosas, de conchas, de perlas. En los baños, un conducto arroja agua del mar y otro agua mineral de Albula. El templo de la Fortuna construido con una piedra recientemente descubierta, blanca y diáfana, parece iluminarse con una luz interior estando cerradas las puertas (2). Las salas de los banquetes, tan multiplicadas y tan singularmente fastuosas en las casas romanas, tienen decoraciones que se cambian á cada servicio, bóvedas de márfil de donde llueven flores, tubos de márfil que despiden perfumes; y otras aun mas bellas, giran sobre sí mismas noche y dia como el mundo. Pero estas eran las menores grandezas del palacio de Neron. Allí se encontrarán lagos, vastas llanuras, viñas, prados; las tinieblas y la soledad de los bosques, y magníficas vistas; y en medio de Roma y en palacio saltarán los gamos y pastarán los rebaños. Por esto Neron está casi contento esta vez y esclama: *Por fin tendré una morada digna de un hombre.*

Sin embargo, su casa no durará mucho mas que él. Neron la habia dejado por concluir, y Oton gastó cincuenta millones de sestercios para acabarla; pero el incendió no tardó en restituir á Roma lo que le habia quitado; en el mismo sitio y con los restos del palacio se elevaron el anfiteatro de Vespasiano, las termas de Tito, y mas tarde la basílica de Constantino; parte del lago sirvió para construir el coliseo: en cuanto al coloso Vespasiano y Tito le quitaron la cabeza y pusieron en su lugar la del Sol. Cómodo sustituyó á esta la suya propia; trasformacion á que estaban acostumbradas las estátuas romanas.

Estas pasajeras grandezas costaron muy caras al imperio. No bastó á Neron poner su mano sobre todos los restos del incendio, y encargarse de las ruinas impidiendo á todos que volviesen á los escombros de sus antiguas moradas. Ni aun bastó una coleccion de coronas, ofrecidas en algun tiempo por la baja adulacion de las ciudades á Neron artista y que Neron emperador no habia querido recibir; salario despreciado en mejores tiempos, y solicitado hoy por este músico necesitado. Se llevó á cabo un saqueó general del imperio, que demostró que si el sistema imperial era duro para los grandes y para Roma, no era suave para los pequeños y para las provincias. Se abre una suscricion en todo el imperio, y Neron la solicita como un favor á que ninguno osaria negarse, y que arruina á las ciudades y á los ciudadanos, á Italia y á las provincias, á las ciudades libres y á las conquistadas, á los hombres y á los Dioses. Los Dioses, dice Tácito, fueron un botin; el oro de los triunfos y de los votos públicos fue arrebatado de los templos; los viejos penates de Roma, fueron fundidos; emisarios de Neron recorren la Grecia, van hasta los pueblos mas pequeños, y traen una coleccion de Dioses, la tercera, creo, y no la última que suministró á los emperadores la inagotable Grecia.

¡Pero cuán injusto es el pueblo romano! En vano Neron saquea el mundo en provecho suyo, y despues del incendio le abre sus jardines para que se refugie en ellos; hace venir de Ostia y de las ciudades próximas todo lo necesario, y les da el grano á tres ases la fanega; en vano sacrificando las casas, economiza los hombres; en vano para precaverle contra futuros caprichos de incendiarios ó nuevas manías de artista, da las mejores órdenes contra nuevos incendios; el pueblo persiste en imputarle el incendio; y este delito, el menos probado de todos los de Neron, es el que le hace mas odioso al pueblo.

¿Qué quiere pues el pueblo? Las supersticiones mas raras y mas olvidadas vuelven á renacer para espiar las contaminaciones de Roma, para que el cielo les perdone el delito de Neron; el empolvado libro de las Sibilas es consultado por los sacerdotes; los lectisternios y las vigilias sagradas, la procesion de las matronas que van á buscar con gran pompa agua del mar para rociar la estátua de Juno no bastan ya. Es necesa-

(1) Tacito, *Ann.* XV, 40.
(2) Plinio, XXXVI, 22.

rio derramar sangre; la sangre humana que es para los antiguos el gran medio de espiacion.

Roma, que se gloría de haber abolido los sacrificios humanos en toda la tierra, conservó la costumbre, en sus mayores adversidades, de sepultar vivos, un galo y una gala, un griego y una griega; y Neron siempre que apareció un cometa, buscó alguna gran víctima para el verdugo, siguiendo el consejo de su astrólogo. La sangre corrió pues, Roma fue purificada, el pueblo calló, y Neron pareció ya inocente.

El cristianismo, como hemos dicho ya, era un hecho legal y público, mal juzgado y evidente, mal conocido, pero conocido. Habia iglesias por un lado hasta en España, y por otro hasta lo interior de Egipto. Tácito, en pocas líneas, le da un nombre propio, una fecha, un orígen (y sin engañarse) una reputacion buena ó mala, que era la que gozaba entre el pueblo. Del mismo modo habla Suetonio, casi contemporáneo suyo. Pero ¿cuáles eran estas supersticiones estrañas, cuya invasion deploraba Claudio (1), y que el jurisconsulto Casio se lamentaba de encontrar difundidas entre los esclavos, y de que fue acusada la noble Pomponia griega «mujer grave, santa, respetada, cuando sometida al juicio de su marido, este segun la antigua costumbre la juzgó criminalmente en presencia de sus parientes y la declaró no culpable?» Verdad es, que poco despues, cuando principió la sangrienta persecucion, el cristianismo se ocultó y el pueblo pudo ocultarlo; por lo cual Tácito y Suetonio, que no sabian su historia, llegaron á creerlo muerto; tambien Plutarco que vivia con sus dioses y filósofos de Grecia sin examinar demasiado los archivos romanos pudo ignorar su existencia tambien la mayoría; de los paganos pudo confundirlo con el judaismo. Observad, sin embargo, que el poder conocia el cristianismo, porque Plinio, escribiendo á Trajano, le habla, como de cosa muy conocida, de los cristianos. Ademas los tres escritores que hablan del cristianismo, Tácito, Suetonio y Plinio, son los tres hombres mas positivistas, mas romanos, mas acreditados cerca de los príncipes, mas conocedores de los archivos imperiales. Principalmente en tiempo de Neron, los progresos de la nueva religion saltaban á la vista. La enemistad de los judíos y cristianos, habia sido pretesto, en tiempo de Claudio, para espulsar de Roma á los judíos. Mas recientemente, San Pablo, custodiado por los soldados del pretorio, y, como él dice, «habiendo escapado milagrosamente de las fauces del leon,» habia hecho servir sus prisiones en provecho del Evangelio, dando gloria á Cristo en todo el palacio, mientras que sus hermanos cobrando ánimo, osaban mas alentadamente hablar la palabra de Dios sin temor (2).

El espíritu imperial conocia ya, pues, á su enemigo; porque era evidente que el cristianismo declaraba una guerra abierta al espíritu de servilismo, de egoismo, de falta de misericordia, por decirlo asi, que Tiberio dió por fundamento al imperio. Llegó la hora en que Roma incendiada reclamaba víctimas mejores que toros y corderos, y César dirigió una sola mirada y encontró la suya. No os admireis de que Neron, que tanto temia toda clase de fuerza, toda doctrina, que desterraba á los filósofos, que perseguia á Apolonio, que provocaba la gran rebelion de los judíos, emplease el incendio de Roma como un medio para llegar hasta los cristianos y para tener al perseguirles, al pueblo en su favor. Los cristianos, pues, perecieron acusados por Neron de incendiarios, y por el pueblo de maleficio (3); y segun Tácito porque eran odiados del género humano (4). Murieron no solo en Roma sino en Milan, en Aquilea, en las provincias, en España; en Roma perecieron una inmensidad; *multitudo ingens*, dice Tácito.

Hasta entonces los césares no se habian cuidado de imponer á sus víctimas una muerte cruel; antes por el contrario, dejaban al condenado la eleccion y la ejecucion del suicidio. Ahora, en presencia, no ya de hombres, sino de un poder, César tuvo miedo, é invocó todos los refinamientos del verdugo. Aquella generacion recordó por mucho tiempo el espectáculo que le habian presentado los jardines del Vaticano y la misma plaza de San Pedro, cuando recibió su primera cruenta consagracion, cuando se vieron aquellas suntuosas alamedas iluminadas por hombres vivos á manera de fanales, y la caza de hombres vestidos con pieles de fieras, perseguidos por perros hambrientos, compadeciéndose de ellos hasta el mismo pueblo, el pueblo romano. Neron vestido con el trage que llevaba al circo guiaba su carro en medio de la fiesta. Juvenal y Marcial, un siglo despues, hablan de esta túnica dolorosa, del palo que atravesaba su garganta, del surco de sangre que humeaba en la arena (5). Juvenal nombra á estos, pero [illegible] á Tigelino y su comentador recuer[illegible]ueldad de Neron. Séneca me parece que se conmovió tambien con este espectáculo, cuando á cada momento habla de estas «pompas del suplicio, hierro, fuego, caballetes, fieras, palos que atraviesan el cuerpo, túnica tejida de cuanto puede servir para alimentar la llama, espada que vuelve á abrir las heridas semi-abiertas, y hace derramar nueva sangre de las heridas cicatrizadas;» cuando pinta á la víctima tranquila, sonriendo mientras mira sus entrañas descubiertas, y desde lo alto contempla sus propios dolores (6).

Recorramos ahora mas rápidamente lo restante de la carrera de proscripcion de Neron. Delante de César habia, puede decirse, una doble ciudad; una Roma filosófica, antigua y severa, una Roma imperial, voluptuosa y disoluta; dispuestas ambas á conspirar, una por virtud y ambicion, otra por fastidio, temor y libertinaje; una que seguramente hubiera querido practicar alguna quimera aristocrática y republicana; otra que separada de Neron por la diferencia de gustos en el placer ó solo por la rivalidad de los placeres, hubiera derribado á Neron, solamente por la

(1) Tacito, *Ann.* XI, 15.
(2) *Ad. Phil.* 1.

(3) Suetonio, en *Neron*, 16.
(4) *Odium generis humani*. En la Narracion esplicamos *por qué odiában al género humano*, y cómo debia entenderse esto. Este otro sentido es quizá mas antiguo. Bossuet (*Discours*, II, 26), esplica ambas interpretaciones.
(5) Marcial, X; Juvenal, VIII.
(6) *Ep.* 14, 85, 78.

ambicion de ser Neron. Esta division en dos razas, por decirlo asi, puede descubrirse en Tácito desde la muerte de Pretonio, de Antistio y Polucia; por una parte el libertino que muere riendo y haciendo estrofas, rompiendo un magnífico vaso para que no lo posea Neron, y que jugando con la muerte abre y cierra sus heridas, y deja en su testamento una narracion libertina; por otra una familia romana que despues de abrirse las venas se hace llevar al baño «envuelta en los vestidos por respeto al pudor, y las tres personas mueren con la vista fija uno en otro pidiendo cada uno á los Dioses un rápido tránsito del alma, para dejar vivos, aunque próximos á la muerte, á los dos seres que amaba.»

La conspiracion de Pison puso desde luego de manifiesto lo que era la Roma imperial; conspiracion de cuartel y de palacio, en que entraban centuriones descontentos de este emperador poco guerrero, que pasaba la vida entre estúpidos y cortesanas, que pagaba muy atrasado, y por consideracion á su hermosa voz no arengaba nunca á los soldados; y hombres de la misma clase de Neron que disputaban con él sus vicios y censuraban su mal gusto; gente demasiado delicada en punto á placeres para someterse al gusto de los demás y admitirle so pena de muerte; uno que se vengaba de una sátira de Neron, otro que era aun su íntimo amigo y compañero en la orgía; Lucano porque Neron envidioso no le dejaba recitar sus versos; un cómplice de la muerte de Agripina que no habia sido tan recompensado como queria; y por último la cortesana Epicaris, que demostró mas valor que todos ellos. La conspiracion mirada por el lado frívolo y libertino se fundaba en haber elegido para el imperio á Calpurnio Pison, hombre de distinguida familia, de costumbres indulgentes y que en su casa de Baya daba acogida á los desórdenes imperiales, pero que temia ocultas denuncias y este temor le hacia aventurarse á todo.

Hubo entonces un momento terrible. Figúrese el lector descubierta la conspiracion aprisionada y torturada pero viva en otro cuerpo truncado que se movia aun, á pesar de la mano de Neron que le sujetaba; el palacio rodeado de tropas, sin gente las calles, esplorados los campos, y Roma vigilada por rondas en que iban siempre mezclados los soldados germanos, porque se desconfiaba de los romanos; Pison libre aun, solicitado por los suyos que le aconsejaban que saliese al campo y llamase á los soldados, se presentase en la tribuna y llamase al pueblo. Neron temblando no se atreve á mandar mas que reclutas para arrestar á Pison, y se mantiene encerrado en la *villa* de Servilio, fortaleza para él y cárcel para los acusados: parte de los conjurados están encadenados á sus piés; otra parte armados á su lado, y aparentando lealtad, fidelidad, rigor, preguntando, acusando, llevando al suplicio, y sin embargo conspirando siempre; los cómplices aun no descubiertos, son verdugos; los cómplices arrestados, delatores. Las pasiones egoistas reunidas en esta conspiracion dieron el grito de sálvese el que pueda.

Los conjurados mueren de varios modos: Pison adulando al César en su testamento para conservar sus bienes á una mujer á quien amaba; Lucano recitando y corrigiendo sus versos; Séneca con una firmeza algo teatral; algunos centuriones con valor. Uno de estos preguntado por Neron por qué habia conspirado, le respondió: *Despues de todas tus infamias era el mejor servicio que te se podia hacer*. Otros absueltos por Neron se dieron la muerte. La venganza se estendió bien pronto; y Neron se sentaba en el tribunal entre Tigelino y Póppea, condenando como juez cuando habia un motivo de acusacion, mandando como emperador cuando no le habia (1). Era un delito ser pariente de un proscripto, haberle saludado ó encontrado; los hijos de los proscriptos eran espulsados de Roma, envenenados, muertos de hambre, ó degollados con sus preceptores y sus esclavos. «En Roma no habia mas que exequias; el Capitolio estaba lleno de víctimas inmoladas á los Dioses.» Los que habian visto matar á su padre, á un hermano, á un amigo, rodeaban de laurel las puertas de su casa, abrazaban las rodillas de Neron, besaban su clemente mano. El senado le hizo dios.

La filosofía se habia separado, estando representada solo por el jóven Laterano. Mas no por esto se salvó; Séneca pereció, el manto del estóico fue proscripto, los filósofos partieron á cientos al destierro (2), siendo acusados de mágia, asi como los cristianos de sortilegio. Este fue el principio de una larga lucha, entre el estoicismo y los césares, que fue el hecho dominante de la generacion siguiente: el estoicismo desterrado muchas veces, volvió al lado del trono y aun se sentó en él. Sin embargo la filosofía no murió por esto. Tráseas, que no se presentaba en el senado, ni prestaba juramento al emperador, que abandonaba la curia cuando se trataba de deificar á Póppea, muerta de un puntapié que le dió Neron, que no hacia nunca sacrificios por la divina voz del emperador, que despreciaba toda religion porque no adoraba al César panegirista de Caton, Tráseas era una protesta contínua contra el poder. Se decia que sus secuaces y satélites imitaban su gravedad al andar, su gesto severo, su alto modo de hablar; y pintábasele á Neron como un partido que amenazaba guerra. Neron mismo dudó en hacer acusar á Tráseas. En aquel dia los mejores delatores, á quienes la esperanza de un gran premio habia hecho desafiar el peligro se habian puesto de acuerdo; el senado estaba cercado de hombres armados, soldados con toga pero con las armas ocultas debajo amenazaban á los senadores en el foro. Neron no se atrevió á presentarse, é hizo leer una arenga en su nombre. El lenguaje de los acusadores fue amenazador aun para los jueces; en fin, «no hubo aquella tristeza fácil de reconocer y que habia hecho habitual la frecuencia de tales luchas, pero en la asamblea dominaba un terror nuevo y mas profundo.»

Con Tráseas fue condenado lo mejor su partido; fue sentenciado á muerte Sorano, amigo suyo y á quien un delator habia reclamado «como acusado suyo particular;» y desterrados su yerno Elvidio y Paconio. Este último esperaba tranquilamente su sentencia. *Se está viendo tu causa*

(1) Tacito, *Ann.* XV, 69.
(2) Tacito, *Ann.* XV, 71

en el senado, le dijeron.—*Bueno*, respondió; *pero es la hora de quinta, vámonos á los juegos*. Concluidos los juegos le dicen que le han condenado. —*¿Al destierro ó á la muerte?* pregunta.—*Al destierro.*—*¿Y mis bienes?*—*Te los dejan.*—*Pues vamonos á comer á Aricia*. Los delatores ganaron aquel dia un buen jornal; dos de ellos recibieron el uno cinco millones de sestercios. (Un millon de francos.) En recompensa, el otro un millon y doscientos mil y varios honores.

No faltaban traidores al estoicismo; Sorano fue acusado por un tal Ignacio estóico, hipócrita comprado por Neron. Pero tambien tenia fervientes amigos, uno de los cuales habló con tanto calor en defensa de los acusados, que fue castigado con la confiscacion y el destierro; otro jóven, mártir despues de sus creencias, fue persuadido á duras penas por Tráseas para que no emplease en su favor las abolidas prerogativas del tribunado. Nunca se habia visto tal valor ni tal union en tiempo de Tiberio. Sin embargo, Tráseas al tiempo de morir desesperando del porvenir de su causa dijo al jóven Rústico: *Mi vida termina; no abandonaré la línea de conducta que he seguido: tú principias ahora tu carrera, aun no te obliga nada el porvenir: reflexiona bien antes de resolver el camino que has de seguir en un tiempo como este.*

Asi, pues, la familia imperial habia sido ahogada en su sangre, el cristianismo olvidado en las catacumbas, la nueva Roma vencida con Pison y la Roma estóica con Tráseas; Neron habia visto á sus piés los sólidos cimientos de la Roma imperial, el suelo hollado por Tiberio y por Cayo; todos sus íntimos amigos le empujaban sin cesar por el camino resbaladizo de la persecucion. Ya habia escedido á Tiberio; tenia la misma sed de dinero y de venganza, y locuras insensatas, muchas ambiciones y muchos rencores, que Tiberio hubiera dominado pero que dominaban á Neron. Se habia roto el yugo de aquellos procedimientos sutiles que Tiberio respetaba como hombre legal en apariencia: Neron tenia procuradores mas hábiles que su tio; comprendia perfectamente lo que eran las leyes de lesa majestad. Cualquier hecho, cualquier palabra que se denunciaba era un delito; y cuando faltaba un delator se castigaba como si lo hubiera; un aviso dado por el tribuno, una hora de intervalo y la eleccion de la muerte eran todas las formalidades del proceso Si el acusado se resistia á morir, los cirujanos imperiales acudian á «tratar al enfermo.» Con menos fórmulas aun la espada y el veneno iban derechos á su objeto; y de este modo pereció el liberto Palas porque era demasiado rico y demasiado viejo; del mismo modo un tal Torcuato fue muerto porque se arruinaba y porque para salir de apuros debia conspirar necesariamente.

Aunque Neron aconsejaba el suicidio por clemencia y se practicaba por costumbre, no era esto bastante: y los jurisconsultos de la corona habian encontrado un remedio legal para la antigua facilidad de asegurar la herencia á los hijos suicidándose. El proscripto que se mataba era evidentemente ingrato para con Neron, y este era un título de nulidad del testamento. Para conservar una escasa porcion de sus bienes á sus herederos era preciso dejar mucha parte de ellos á Neron y á Tijelino, no bastaban ya los legados, se queria tambien la adulacion; por lo cual los testamentos de los proscriptos eran miserables elogios de sus verdugos, y hasta en la hora de la muerte aquellos desgraciados no podian evitar el servilismo: queríase la adulacion, queríanse tambien el espionaje y delaciones póstumas que designasen nuevas víctimas. Y si no las habia, Tigelino, provisto del sello de las víctimas y dueño de sus cartas, sabia hallarlas. Y asi los muertos temblaban, rogaban, adulaban y denunciaban como vivos. Parad vuestra atencion en esto y comprended lo que es la astucia de la civilizacion combinada con la ferocidad de la barbarie, y cómo estaríamos si un acontecimiento *fortuito* no hubiese interrumpido la marcha natural y progresiva del mundo en este camino de civilizacion sin moralidad. Desde entonces ya no hay mas que triunfos para Neron. Aun no está frio el cuerpo de Tráseas, y desde las puertas del senado donde la plebe esperaba la sentencia, corre á las puertas de la ciudad á recibir al rey de Armenia que viene á rendir homenaje á la supremacía universal del César. El parto Tiridates, humillando las armas romanas habia espulsado de Armenia al príncipe colocado en el trono por Neron, y Neron lo consentia con la esperanza de una gran fiesta. Y á fuerza de tratos, de ruegos, y gracias al temor inspirado por Corbulon, Tiridates se resolvió á reconocer la soberanía romana, á deponer su diadema á los piés de la estátua de Neron, obligándose á ir á recibirla de las manos de César. Llegó, pues, por tierra despues de nueve meses de viaje; porque la religion de los magos le prohibia contaminar el mar. Atravesó toda la Italia á caballo rodeado de sus hijos, de sus sobrinos los príncipes Partos, y de trescientos caballeros con sus mujeres á caballo al lado, que llevaban oculto el rostro con una celada de oró. Todas las ciudades le recibieron triunfalmente á costa de Neron; cada jornada costó 800,000 sextercios (160,000 fr.), suma que pareció exorbitante á Suetonio.

Neron le salió al encuentro en Nápoles, le condujo á Roma, que iluminada y cubierta de flores conspiraba á las fiestas preparadas. Despues Tiridates partió, llevando 100.000,000 de sextercios que le habia dado Neron, despreciando al príncipe que habia visto representar en el teatro y correr en el circo como un auriga; sin poder comprender, lo mismo que nosotros, como el viejo romano, el rígido soldado Corbulon fuese humilde súbdito de este cómico. La despótica monarquía de Oriente no le habia revelado el secreto del incomprensible servilismo de los Romanos; y dijo á Neron: *Tienes un escelente esclavo en Corbulon*; pero el emperador no comprendió la ironía de estas palabras.

Roma ha visto ya bastantes veces los triunfos de Neron; Grecia, patria de las bellas artes, le necesita asi como él a ella; todos los dias van diputados de las ciudades á llevarle coronas por los combates que no ganó; y él los admite á

gobiernan los pueblos del imperio no hay ninguno que no se complazca en matar hombres. Si se encontrase uno solo que no fuese asi, todos los pueblos del imperio bajarian su cabeza, levantarian los ojos hácia él y correrian en tropel á sometérsele, como el agua corre á precipitarse en el valle. ¿Quién podrá oponerse al torrente?

Siuan-Wang, rey de Tsi, interrogó á Mencio de este modo:—¿Podré obtener de tí el favor de que me cuentes los hechos de Honang-Kung, rey de Tsi, y de Wan-Kung, rey de Tsin? (1).

Mencio respondió:—Ningun discípulo de Confucio contó nunca los hechos de Honang, ni de Wan: no se revelaron á la posteridad, y tú súbdito no los has oido contar. Pero tú, que me haces tantas preguntas, ¿por qué no piensas en el modo de reinar? (2)

—¿Qué virtudes son necesarias para ello? dijo el rey.

—El que ama á su pueblo, no encuentra obstáculos para reinar, respondió Mencio.

—¿Soy yo capaz de amar á mi pueblo?

—Sí eres.

—¿Cómo lo sabes? repuso el rey.

Mencio respondió.—Tu súbdito ha oido decir lo siguiente á Hon-he (3): «Estaba el rey sentado en su sala de audiencia, cuando pasaron delante de él algunos hombres que conducian un buey: al verlos, les dijo: ¿Adónde llevais ese buey?—Vamos, respondieron, á bañar con su sangre la campana (4).—Dejadle ir, replicó el rey: no puedo verle tan tímido y asustado como un inocente que llevan al suplicio.—En ese caso, dijeron ellos ¿debemos renunciar á bañar la campana con la sangre de una víctima?—El rey replicó: ¿No podeis renunciar á esa costumbre? Sustituid á ese buey una oveja.» Asi habló Hon-he, y no sé si dijo la verdad.

—Dijo la verdad, respondió el rey.

—Los buenos sentimientos bastan para reinar, prosiguió Mencio: las cien familias (5) acusaron al rey de avaricia, mas tu súbdito sabe que él solo se dejó llevar de la compasion.

—Tú lo has dicho, repuso el rey; la acusacion de las cien familias se fundaba solo en la apariencia. En efecto, por pequeño y reducido que sea el reino de Tsi ¿hubiera perdonado yo un buey por avaricia? No pude verle tan tímido y asustado como un inocente que se conduce al suplicio: por esto le cambié con una oveja.

—No te maravilles, oh príncipe, dijo Mencio, de que las cien familias te hayan creido avaro. Sustituiste á una víctima grande otra mas pequeña, y no pudieron conocer el motivo. Pero si tuviste compasion del buey que iba á ser inmolado sin culpa, ¿qué diferencia hallas entre él y una oveja?

—Dices bien, respondió el rey sonriendo: mi pensamiento no era perdonarle por lo que valia, y sin embargo le cambié por una oveja: tuvieron razon las cien familias para acusarme de avaricia.

—¿Qué importa eso? dijo Mencio: la humanidad te sugirió aquel cambio: viste el buey y no viste la oveja. El sabio no puede ver morir á los animales que ha visto vivos, ni puede comer sus carnes, cuando ha sentido su agonía: por eso pone su cocina lejos de su habitacion.

—Satisfecho el rey con estas palabras, le replico:—En el *Libro de los versos* se lee: «¿He adivinado yo lo que pensó otro?» Maestro, tú has hecho esto. Yo obré asi, y cuando despues me pregunté á mí mismo la razon de haberlo hecho, no hallé ninguna; pero al oirte hablar, he sentido renacer la compasion en mi pecho. Mas ¿qué relacion tiene este sentimiento con el arte de reinar?

—Oh príncipe, dijo Mencio, si uno dijese al rey: Yo tengo fuerzas suficientes para levantar un peso de tres mil libras, mas no puedo levantar una pluma: mi vista es tan aguda que puede discernir las puntas de los pelos que salen á los animales en el otoño, mas no distingo un carro cargado de leña, ¿le creerias?

—Ciertamente que no, respondió el rey.

—Y tus beneficios, añadió Mencio, que han podido extenderse hasta los animales, ¿no se extienden á las cien familias?

—¿Cómo puede ser eso?

—Si dicho hombre no levanta una pluma consiste en que no emplea sus fuerzas. [illegible] ve un carro cargado de leña, es porque no hace uso de su vista: y si tú no amas las cien familias, es porque no usas de tu natural bondad: asi que si el rey no reina sobre todo el imperio es por desidia y no por impotencia.

—¿Qué diferencia hay entre desidia é impotencia?

—Si un hombre queriendo llevar bajo el brazo el monte Taichan para pasar sobre él el mar Boreal, se vuelve á los que están cerca de él y dice: *no puedo*, esto es porque hay impotencia en él. Pero si á este mismo se le manda hacer pedazos un ramo, y volviéndose dice: *no puedo*, entonces tendrá desidia y no impotencia. Asi si el rey no reina para todos, no se parece al que quiere llevar el monte bajo el brazo, sino al que recibió órden de hacer pedazos el ramo. Si mi respeto hácia mis padres y los mayores en edad produce igual respeto en los demás; si mi amor á los hijos y á los hermanos menores causa igual amor en los otros, habré hecho feliz al imperio con la misma facilidad con que muevo una cosa entre las manos. El *Libro de los versos* dice: «Yo obro bien con mi mujer y despues con mis hermanos mayores y menores para gobernar debidamente el reino, que es mi segunda familia.» Este pasage significa que penetrado de tales sentimientos Ven-Wang, los usaba con las personas que indica. Asi es como puede extender su afecto á todos los pueblos comprendidos entre los cuatro mares: el que practica el bien de ese modo; el que no obra asi, tampoco puede amar á su mujer, ni á sus hijos. Los antiguos no eran superiores á los otros hombres, sino porque esparcian sus beneficios por toda la naturaleza. Tú

(1) Príncipes famosos por sus empresas guerreras y disensiones, los cuales redujeron de nuevo al dominio de la dinastía de Tseu á todos los poderosos vasallos que se habian hecho independientes de él.

(2) *Reinar* significa casi siempre cuando habla Mencio, *reinar en todo el imperio.*

(3) Ministro del rey Tsi.

(4) Era costumbre, siempre que se fundia de nuevo una campana, inmolar una víctima, y llenar con su sangre el vaso.

(5) Esto es, todo el pueblo: el origen de esta expresion sube á una época de que no hay memoria.

que has extendido tus beneficios hasta los animales, ¿tendrás motivo para privar de ellos á las cien familias? El que pesa las cosas, sabe lo que es pesado y lo que es ligero, y el que las mide, sabe lo que es largo y lo que es corto. Esto es cierto por lo comun en todas las cosas; pero en cuanto al corazon, no es fácil practicarlo: mide, oh príncipe, yo te lo ruego, las fuerzas de tu corazon. Cuando alistas tropas y pones á tus soldados y generales en peligro, y atraes sobre tí todo el odio de los grandes vasallos, ¿está contento tu corazon?

—No, respondió el rey, ¿cómo puedo alegrarme de eso? Solo quiero por su medio conseguir el objeto de mis deseos.

—¿Podria yo saber cuál es el objeto de los deseos del rey? preguntó Mencio.

El rey se sonrió y no respondió.

—¿Acaso, continuó Mencio, no hay alimentos bastante delicados y gustosos para deleitar tu paladar? ¿No hay vestidos bastante ligeros ó pesados para cubrir tu cuerpo? ¿No hay colores bastante vivos para recrear tus ojos? ¿No bastan los sonidos de los instrumentos y las voces de los cantores para cautivar tus oidos? ¿O faltan en tu córte servidores para cumplir tus órdenes? Pero tus ministros pueden procurarte todos estos placeres, ¿por qué buscarlos con tanto afan?

—No consiste en nada de eso, repuso el rey, el objeto de mis deseos.

—Entonces yo sé bien, prosiguió Mencio, lo que desea el rey. Es engrandecer su Estado, someter al rey de Tsin y al de Tson, mandar el reino del centro y sujetar á los bárbaros de las cuatro partes del imperio. Mas obrar como él para satisfacer deseos semejantes á los suyos, es como subir á un árbol para buscar allí peces.

—Segun eso, la cosa es difícil, dijo el rey.

—Mas de lo que crees, replicó Mencio, porque el que sube á un árbol para buscar allí peces, no los encontrará; pero á lo menos no le sucederá ningun mal. Mas tú, por el contrario, si obras de ese modo para satisfacer tus deseos, agotarás en vano las fuerzas de tu alma, y no dejará de resultarte alguna desgracia.

—¿Y cuál será? ¿No puedo saberlo?

—Si los hombres de Tsen hiciesen la guerra á los de Tsu, ¿quiénes quedarian vencedores á tu parecer?

—Los de Tsu.

—Luego un reino pequeño no puede luchar con uno grande, ni un puñado de soldados con un ejército, ni la debilidad con la fuerza. Los paises que el mar circunda son nueve, y cada uno tiene una circunferencia de cien leguas. Si el reino de Tsi, que es uno solo, quiere someter á los otros ocho, ¿en qué se diferenciará del reino de Tsen? Vuelve, pues, oh príncipe, al verdadero camino; empieza un nuevo reinado, practica la humanidad, y todos los letrados del imperio desearán residir en tu córte, todos los labradores querrán arar tus campos, todos los comerciantes llevar sus mercancías á tus mercados, todos los viajeros y extranjeros pasar por tu reino, y todos los pueblos del imperio que suspiran por su libertad y detestan á sus soberanos, recurrirán en tropel á tí.

—Si es asi, ¿quién podrá detenerlos?

Un rey se queja á Mencio de que sus ministros no valen para nada, y le consulta sóbre el modo de elegirlos para remediar el mal estado de su administracion. El filósofo responde:—Eleve el rey á los empleos á los sabios como si no pudiera elegirlos: de este modo antepondrá á los nobles los del pueblo y á los parientes mas inmediatos los lejanos. ¿Puede excusarse de emplear todo su cuidado en esta eleccion? Si todos los que se sientan á tu diestra y á tu izquierda (*los ministros*) dicen tal hombre es un sabio, no los creas; si los gobernadores dicen es un sabio, no los creas; pero si todos los habitantes del reino dicen es sabio, entonces examínale, y si le encuentras sabio, empléale. Si todos los que se sientan á tu derecha y á tu izquierda dicen tal hombre es hábil, no los oigas; si todos los gobernadores dicen es hábil, no los oigas; pero si todos los habitantes del reino dicen es hábil, entonces examínale, y si le encuentras hábil, empléale. Si todos los que se sientan á tu diestra y á tu izquierda dicen tal hombre no es hábil, no los escuches; si todos los gobernadores dicen no es hábil, no los escuches; pero si todos los habitantes del reino dicen no es hábil, entonces examínale, y si no le encuentras hábil, deséchale. Si todos los que se sientan á tu diestra y á tu izquierda dicen conviene hacer morir á ese hombre, no les des oidos; si todos los gobernadores dicen conviene hacerle morir, no les des oidos; pero si todos los habitantes del reino dicen conviene hacerle morir, examínale, y si juzgas que conviene hacerle morir, hazlo: entonces se dirá los habitantes del reino le han hecho morir. Obrando asi, podrás ser mirado como el padre y la madre del pueblo.

Aquí se ve la teoría del voto universal.

Resuelta esta cuestion, Mencio pasa á otra mucho mas grave, que es la del regicidio. El citado Chuan-Vang preguntó á Mencio lo siguiente:—He oido contar que Tang desterró al emperador Kie, y que Vu-Wang acometió al emperador Cheu (1). ¿Son ciertos estos sucesos?

—La historia los asegura, respondió Mencio.

—Pero, prosiguió el rey, ¿puede un súbdito matar al príncipe?

—El que ultraja á la humanidad, repuso el filósofo, se llama asesino; y el que ultraja á la justicia, malvado; pero el asesino y el malvado son la hez de la especie humana. He oido contar que Vu-Wang mató á un hombre llamado Cheu; pero no que matase al príncipe.

Nos parece que tiene gracia y sencillez la siguiente parábola de Mencio sobre los que llegan al poder por medios ilícitos.—Un hombre del reino de Tsi tenia una mujer y una concubina, y ambas vivian bajo el mismo techo. Salia á veces de casa y volvia harto de comida y bebida. Cuando le preguntaban quien le habia hartado de aquel modo, respondia: Han sido unos hombres ricos y nobles.—Un dia la mujer volviéndose á la

(1) Kie, último emperador de la dinastía de los Hia, y Cheu, último, de la de los Chang, fueron destronados, el primero por Ching-Tang en 1766 y el segundo por Vu-Wang en 1122 antes de C.

concubina, le dijo: Mi marido sale y vuelve á casa harto de comida y bebida, y cuando le pregunto quién le ha hartado así, me responde: Han sido unos hombres ricos y nobles; mas ninguno de estos viene á verle: quiero averiguar secretamente á dónde va.—Se levantó una mañana muy temprano, y sin ser vista siguió á su marido por todos los sitios que recorrió. Ninguno se llegó á hablarle, y por último se metió en el arrabal de Oriente: aquí, en medio de los sepulcros habia un hombre que ofrecia un sacrificio: acercóse á él, se comió las sobras y no viéndose harto, se fué á repetir lo mismo en otra parte. Hé aquí el modo con que se hartaba. La mujer habiendo vuelto á casa, dijo á la concubina: Teniamos puesta en él la esperanza de toda la vida y mira lo que hace:—y las dos empezaron á llorar en medio de la habitacion. El marido no sabiendo nada de esto, entró en casa alegre, alabándose como acostumbraba. Reflexione el sabio esta historia y vea con qué medios buscan los hombres las riquezas, los honores, la ganancia y la elevacion: pocos son aquellos cuyas mujeres y concubinas no tienen que avergonzarse y llorar del mismo modo.

§ 3.

AFORISMOS MORALES SACADOS DEL *MING-SIU-PAO-KIEN*.

ESTO ES

ESPEJO PRECIOSO PARA ILUMINAR EL ESPIRITU.

1. El sabio sabe acomodarse á las circunstancias, como el agua á la forma del vaso que la contiene.

2. Las desgracias vienen por donde entran las enfermedades, esto es, por la boca.

3. El error de un instante suele ocasionar el tormento de toda la vida.

4. Las enfermedades se curan; pero el destino no se cambia.

5. Un alma sin ideas se halla dispuesta á recibir cualquiera pensamiento, como una montaña hueca repite todos los sonidos.

6. Cuando ha sido derribado un árbol, desaparece la sombra que producia (imágen de los parásitos que abandonan á los grandes luego que caen del poder.)

7. El que esté cazando ciervos, no se detenga en coger liebres.

8. Temes dejar señaladas tus huellas, y caminas sin embargo por la nieve.

9. Si dejas las raices, la yerba crecerá de nuevo (razon para exterminar la familia de los traidores.)

10. La flojedad en lo alto ocasiona el olvido en lo bajo (en la autoridad.)

11. El diamante adquiere su brillo á fuerza de frotarle: el hombre llega á ser perfecto despues de probado con la adversidad.

12. Cosa que se dice al oido, se sabe á menudo á distancia de cien millas.

13. Del diente del topo no se saca el marfil (se dice por desprecio.)

14. El hombre sabio olvida los odios antiguos.

15. Mejor es tener riquezas despues de haber sido pobre, que tener pobreza despues de haber sido rico.

16. Un pájaro puede descansar en una sola rama, y un topo estando cerca del rio, puede beber todo lo que necesita para apagar su sed (lo que basta para el alimento vale tanto como un banquete.)

17. Agotado el estanque, se ven los peces (ajustadas las cuentas aparece la ganancia.)

18. A una sola vaca no se pueden quitar dos pieles (tambien la extorsion tiene sus límites.)

19. El que come pronto, come poco (hablando del estudio.)

20. No hagas lo que no puedas decir.

21. El tormento de la envidia es como el que produce un grano de arena en el ojo.

22. El que quiera en el mundo subir á grande altura, debe revestir su ambicion con el trage de la humildad.

23. Del exceso de los placeres nace el dolor.

24. Al hombre que deja perder las ocasiones. ni aun los Dioses le pueden ayudar (1).

25. Abre el pozo antes de tener sed (está preparado para todo.)

26. Palabras dulces son veneno; palabras amargas son medicina (adular y reprender.)

27. Estómago harto no puede imaginar el tormento del hambre.

28. Algunos comen lo que roban sin limpiarse despues la boca (imitan á los bribones sin tener su astucia.)

29. El olvido conduce á la maldad.

30. Los huevos están muy bien tapados; pero á la larga salen los pollitos (el delito siempre se descubre.)

31. Si fuese posible, convendria andar en un pié (imágen de un carácter circunspecto.)

32. Si Yen-wang (el rey del infierno) condena á un hombre á morir dentro de tres dias, ningun poder le conservará la vida hasta el cuarto.

33. Mejor es ser perro y vivir en paz, que hombre y vivir en medio de la anarquía.

34. Las letras y la agricultura son las primeras profesiones.

35. Eso es poner piés á una serpiente (superfluidad de pruebas en un discurso cuando está agotado el argumento.)

36. Una buena pluma suple la memoria y el pensamiento.

37. El que aspira á lo mejor, se verá alguna vez sobre la medianía; el que solamente á esta, quedará mas abajo.

38. Eso es echar agua sobre un ánade (consejo inútil.)

39. Eso es ganar un gato y perder un buey (consecuencias de los pleitos.)

40. Parar el movimiento de la mano es parar el de la boca (el que no trabaja no come.)

41. Ningun remedio: hé aquí la medicina mas segura (compárase el medicinar con el matar.)

(1) Para ser hombre grande es menester saber aprovecharse de la fortuna. LA ROCHEFOUCAULD.

42. Nada puede volver su verdor á una flor seca, ni á la vejez.

43. No pongas mi plato de porcelana en roce con el suyo de tierra (expresion despreciativa.)

(44.) El que trabaja con fatiga comerá con placer.

45. Ni acreedores fuera de casa, ni médicos dentro (no tener enfermedades, ni deudas.)

46. La templanza es una joya doméstica.

47. Un jarro que una vez tuvo aceite no puede servir mas que para aceite (cada uno debe continuar en la profesion para que ha sido educado : *quo semel est imbuta*, etc.)

48. La cortesía obliga mas que un préstamo.

49. Dinero prestado acorta el tiempo : trabajar para otro le alarga.

50. La amistad de los mandarines empobrece: la de los comerciantes enriquece.

51. Todo lo que bebe el pez, le sale por las agallas (gastar en seguida lo que se gana, ó como decimos comunmente, tener las manos agujereadas.)

52. Si las familias no tienen hijos que se dediquen á las letras ¿de dónde se sacarán los que han de gobernar los pueblos? (necesidad de la educacion.)

53. El que no sabe alguna vez hacer que no ve ó no siente, no es á propósito para gobernar.

54. El derecho debe preferirse al parentesco (al conceder proteccion.)

55. La mujer no está obligada á dar cuenta de ningun delito: toda la responsabilidad debe caer sobre el marido.

56. Aun las abejas tienen su reina y sus ministros, y las hormigas sus relaciones sociales.

57. Los padres muestran mejor que aman á sus hijos, enseñándoles alguna profesion y la abnegacion de sí mismo.

58. Cada vez que se abre un libro, se aprende alguna cosa.

59. El ingenio se desarrolla ejercitándolo.

60. Si las leyes no tienen fuerza sobre la familia imperial, no serán respetadas.

61. La recompensa anticipada vuelve el alma desidiosa.

62. Para gobernar, el ejemplo es lo principal, y despues un rigor imparcial.

63. La suerte da las grandes riquezas : una mediana fortuna es el fruto de la industria.

64. Los inferiores llevan al exceso lo que hacen los superiores.

65. El hombre turbulento provoca los tumultos; pero apenas han empezado, no sabe hacer nada. El hombre astuto, por el contrario, hace que sean de poca importancia los tumultos graves y de ninguna los pequeños.

66. Los pájaros grandes no se alimentan de granos pequeños (los mandarines no se contentan con dones de poco valor.)

67. Un hombre verdaderamente de genio conserva siempre la sencillez de un niño.

68. Obtener *uno* conduce á desear *dos*.

69. El que asiste á un juego es mejor juez que los que juegan.

70. Ser respetado es la cosa mas apetecible, y ser amado, la mejor despues de esta: es cosa fea el ser odiado, y peor el ser despreciado.

71. Gallo gordo, pollos gordos (el amo rico tiene criados bien mantenidos.)

72. El pobre no puede competir con el rico, con el poderoso.

73. El que lleva botas no conoce al que lleva zapatos (las botas son entre los chinos el distintivo de los empleados.)

74. La prosperidad es un bien para el hombre sabio, y una maldicion para el necio.

75. Los hombres no queman incienso cuando son felices; pero se abrazan á los piés de Fó cuando los oprimen las desgracias.

76. Las palabras del hombre van derechas á su objeto como una flecha á su blanco : las de la mujer se asemejan á un abanico hecho pedazos.

77. Las faltas domésticas no se deben publicar fuera de casa.

78. Una buena accion no pasa el umbral de la puerta; mas el rumor de una mala, se propaga cien leguas alrededor (1).

79. La esposa debe ser virtuosa : la concubina bella.

80. El marido necio teme á su mujer : la mujer prudente obedece á su marido.

81. Si la viga superior está torcida, la de abajo no estará derecha (fuerza del ejemplo en los superiores.)

82. La complacencia proporciona amigos: la sinceridad los ahuyenta.

83 Al buen caballo basta un golpe, al hombre sabio una palabra.

84. El que no sube muy alto, sufrirá menos si cae.

85. El verdor de los campos dura tan solo una estacion; el hombre una generacion.

86. No es del vino la culpa, sino del que se embriagó.

87. El hombre que combate consigo mismo será mas feliz que el que combate contra los demás.

88. Mala señal es que un anciano duerma y que un jóven esté desvelado (axioma médico.)

89. El pez nada en el fondo del agua y el águila vuela por lo alto del cielo. Por alta que se halle esta, puede ser alcanzada por una flecha, y por bajo que esté aquel, puede ser herido por un arpon; pero el corazon del hombre no puede conocerse ni á la distancia de un pié (2).

90. Son igualmente culpados el que manda y el que obedece, cuando violan las leyes.

91. Cada uno quita la nieve que hay delante de su puerta y no se cuida del hielo que cubre el tejado del vecino.

92. No lleves zapatos cuando vayas á un melonar; ni te pongas el sombrero debajo de un ciruelo (sé prudente en todo tiempo que requiera circunspeccion).

93. El hombre debe corregirse con la misma severidad con que reprende á los demás, y excusar las faltas de los otros con la misma indulgencia que usa consigo.

94. Aunque la vida del hombre está limitada á cien años, él hace tanto caso de ella como si hubiera de durar mil.

(1) *Nihil tam volucre quam maledictum.*

(2) *Cœlum sursum, et terra deorsum; et cor regum inscrutabile.* Prov. XXV.

95. La naturaleza hace á todos los hombres iguales, mas la educacion los vuelve muy diferentes.

§ 4.

EL SIAO-HIO O ESCUELA DE LOS NIÑOS.

Este es el sexto libro clásico de los Chinos; está compuesto por el doctor Chu-hi, que vivia hácia el año de 1150 de la era vulgar, y es una compilacion de máximas y ejemplos sacados de los filósofos antiguos y modernos, aunque con poco órden. Nosotros, siguiendo á Duhalde, expondremos un compendio de él muy á propósito para dar una idea de las costumbres y modo de pensar de los Chinos.

Se divide en dos partes: una que llama intrínseca ó esencial, y otra extrínseca ó accidental.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO I.—*De la educacion de la juventud.*

El libro de las costumbres prescribe las reglas siguientes para educar bien los hijos.

Una madre debe elegir para nodriza ó aya de su hijo á una mujer modesta, de genio pacífico, virtuosa, afable, respetuosa, exacta, prudente y discreta en el hablar. Apenas el pequeñuelo sabe llevar las manos á la boca, se le debe destetar y enseñar á hacer uso de la mano derecha. A los seis años se le enseñan los números mas fáciles y los nombres de los principales paises del mundo; á los siete conviene separarle de sus hermanas y no permitirle que se siente á su lado ó coma con ellas; á los ocho se le enseña las reglas de urbanidad que debe observar al entrar en casa y al salir de ella y cuando se halla en compañía de personas de mas edad; á los nueve se le enseñará el calendario; á los diez se le envia á la escuela pública y no se le pondrán vestidos forrados de algodon, porque serian muy cálidos para su edad. El maestro le dará á conocer los libros y le enseñará á escribir y á sacar cuentas. A los trece años se dedicará á la música á fin de que cantando los versos, se le impriman mejor en la memoria las máximas sabias que contienen; á los quince aprenderá á disparar el arco y á montar á caballo; á los veinte se le pone el primer birrete con las ceremonias de costumbre y podrá ya llevar vestidos de seda y con pieles, y se aplicará enteramente al estudio hasta los treinta, en que se casará; entonces se dedicará al gobierno de la casa y continuará perfeccionándose en las letras. De cuarenta años podrá ser elevado á los cargos públicos y á las dignidades; pero no se le hará ministro hasta los cincuenta. En llegando á los setenta que renuncie á todo empleo.

En cuanto á las niñas en llegando á diez años no se las dejará salir de casa: importa habituarlas á ser afables, á hablar con dulzura, hilar, torcer y devanar seda, coser, tejer telas de seda, hacer cordones, y en suma á todas las labores propias del sexo. A los veinte años deben casarse.

El primer presidente del tribunal supremo de las costumbres, nombrará en cada distrito magistrados que ideen el modo de enseñar al pueblo principalmente tres cosas, que son: 1.° las seis virtudes, esto es, la prudencia, la piedad, la sabiduría, la equidad, la fidelidad y la concordia: 2.° las seis acciones laudables, que son: obediencia á los padres, amor á los hermanos, paz con el prójimo, afecto á los vecinos, sinceridad con los amigos y compasion con los pobres y desgraciados: 3.° las seis clases de conocimientos necesarios, que consisten en aprender las costumbre, la música, á disparar el arco, á montar á caballo, á escribir y á sacar cuentas.

La doctrina del maestro, dice otro libro, es la norma del discípulo. Cuando veo á un jóven que se atiene exactamente á ella y que procura ponerla en práctica; que por la mañana escucha las lecciones del maestro y por la tarde las repite; que estudia é imita la conducta de los sabios; que sin mostrar orgullo, tiene gravedad y compostura; que sabe guardar sus ojos, no dirigiéndolos nunca á objetos que no sean honestos; que entre los de su edad elige por compañeros á los mas sábios y virtuosos y que solo habla á tiempo y con respeto; entonces pienso que sin duda hará grandes progresos en la sabiduría y en la virtud.

CAPITULO II.—*De los cinco deberes.*

Deberes de los hijos.

El libro de las costumbres trata de todo cuanto debe hacer un hijo para mostrar sumision y amor á su padre y á su madre.

El hijo debe levantarse temprano, lavarse la cara y las manos, limpiar muy bien los vestidos que ha de ponerse para presentarse delante del padre con la decencia conveniente: despues de haber entrado con suma modestia en el cuarto de este, le preguntará cómo está, le echará agua para lavarse, le dará la tohalla para secarse, y en una palabra, le prestará todas aquellos servicios que demuestren su atencion y afecto hácia él.

Cuando un hijo que ha ascendido por sus méritos á alguna gran dignidad va á visitar al gefe de su familia, que es de una condicion algo humilde, no debe entrar en casa de este con el fausto y magnificencia correspondientes á su clase, sino dejar los caballos y criados á la puerta, mostrándose asi modesto, y no aparentando quererle insultar con la ostentacion de sus honores y opulencia. Tseng, discípulo de Confucio, dice:—«Si tu padre y tu madre te aman, alégrate y no los olvides; si te odian, teme y no provoques su enojo; y si cometen alguna falta, adviértesela, pero no les opongas resistencia.» En el libro de las costumbres se lee:—«Si tu padre ó tu madre cometen alguna falta, emplea las palabras mas dulces y mas respetuosas para advertírsela; si no escuchan tus consejos, no dejes de respetarlos como antes, y en cualquier momento favorable trata de advertírsela nuevamente, porque es mejor parecer importuno que verlos deshonrados. Si el nuevo consejo los irrita en términos que te den algun golpe, no te

enojes, y continua prestándoles obediencia y respeto.»

Aunque un hijo se vea reducido al estado mas miserable, no debe vender los vasos de que se ha servido en los funerales de su padre, ni aun cuando se sienta morir de frio, debe deshacerse de los vestidos que tenia puestos en aquella ceremonia, ni cortar los árboles plantados sobre la tumba de su padre.

Deberes del ministro.

El rey debe dar sus órdenes al ministro con dulzura y bondad, y el ministro ejecutarlas con prontitud y fidelidad. Los discípulos de Confucio cuentan que cuando él entraba en palacio, se inclinaba hasta el suelo y no se detenia nunca en el umbral de la puerta: cuando pasaba por delante del trono del rey, mostraba en sus maneras y semblante el respeto y la veneracion de que se hallaba poseido; caminaba á pasos tan lentos, que apenas alzaba los piés del suelo: cuando iba á la audiencia del príncipe, apenas entraba en la sala interior, levantaba con modestia el vestido, hácia una profunda reverencia y detenia tanto el aliento, que parecia no respiraba; despues que se separaba del príncipe, aceleraba el paso para quitarse cuanto antes de su presencia: en seguida volvia á tomar su acostumbrada gravedad, é iba á sentarse modestamente entre los grandes.

Si el príncipe regala al ministro un caballo, debe montarle al instante, y si le regala un vestido, póngasele inmediatamente y vaya á palacio á dar las gracias por el honor recibido.

Un primer ministro engaña al príncipe, si lisonjea sus vicios, y si es tan débil que no le advierte el daño que hace con ellos, á su propia reputacion. El que solo aspira á los primeros cargos de la córte por la utilidad que puede reportar de ellos, no ofrece ninguna ventaja al príncipe; este hombre se halla en una continua agitacion hasta que llega á ellos, y despues de haber obtenido la dignidad que con tanto ardor deseaba, teme á cada momento perderla. Un hombre semejante es capaz de cualquier delito para no dejar su puesto.

Asi como una mujer casta no se entrega á dos hombres, del mismo modo un ministro fiel no debe servir á dos reyes.

Deberes del marido y la mujer.

El libro de las costumbres dice: Conviene buscar esposa en una familia que no lleve el mismo nombre del marido. En los presentes que el esposo hace, debe proceder con sinceridad y poner atencion en que las promesas recíprocas se expresen en términos honestos á fin de que la futura esposa sea advertida de la sinceridad con que deberá obedecer al marido y del pudor que deberá presidir á sus acciones. Unida una vez á un esposo, esta union no debe terminar sino con la muerte, ni debe casarse con otro. El esposo irá á tomar la esposa á la casa de los padres de esta, la conducirá á la suya propia y la presentará un pájaro domesticado, tanto para mostrarla su amor, cuanto para enseñarla que debe dejarse dirigir con decilidad.

En la casa habrá dos habitaciones, la una exterior para el marido, y la otra interior para la mujer; ambas estarán separadas por una pared ó tabique, y la puerta estará bien guardada. El marido no debe entrar en la habitacion interior, ni la mujer salir de ella sin un motivo poderoso. Una mujer no es dueño de sí misma, no puede disponer de nada, y no puede mandar sino dentro de su propia habitacion, fuera de la cual no tiene ninguna autoridad.

A cinco clases de doncellas no se debe pensar en dar marido: 1.° á aquellas que pertenecen á una familia en la que se han olvidado los deberes del amor filial; 2.° á las de toda familia desarreglada y de costumbres sospechosas; 3.° á las que pertenecen á una familia que tiene alguna mancha ó nota de infamia; 4.° á las que son de familias que padecen enfermedades hereditarias y contagiosas; 5.° á las que siendo las mayores de la familia, han perdido á su padre.

Siete clases de mujeres pueden ser repudiadas por sus maridos: 1.° las que faltan á la obediencia debida á sus padres; 2.° las estériles; 3.° las infieles á sus maridos; 4.° las zelosas; 5.° las que están enfermas de algun mal contagioso; 6.° las que tienen tan suelta la lengua, que aturden con su charlar continuo; 7.° las que tienen el vicio de robar y que serian capaces de dejar en la calle á su marido. Sin embargo en algunos casos no es permitido al marido repudiar á su mujer, por ejemplo: cuando esta al casarse tenia parientes, y habiéndolos perdido despues no tiene adonde acogerse, ó cuando llevó luto por tres años en union de su marido por el padre y la madre de este.

Deberes de los jóvenes para con los ancianos.

El libro de las costumbres ordena lo que sigue: Cuando vayais á visitar á algun amigo de vuestro padre, no entreis en su casa, ni salgais de ella sin pedirle permiso, y no hableis sin que os pregunten.

Cuando encontreis á alguno que tenga veinte años mas que vosotros, respetadle como si fuera vuestro padre, y si tiene solo diez años mas, respetadle como á vuestro hermano mayor.

Cuando un discípulo va por la calle con su maestro, no se pare á hablar con ninguno que encuentre; ni camine á su lado, sino un poco detrás. Si el maestro se apoya sobre sus hombros para decirle alguna cosa al oido, tape con una mano su boca para no molestarle con el aliento. Si estando con el maestro, os hace alguna pregunta, no prevengais con una respuesta anticipada lo que va á deciros; ni le respondais antes de que haya acabado de hablar; si os pregunta sobre los progresos que habeis hecho en el estudio, levantáos inmediatamente y estad de pié todo el tiempo que empleeis en responderle.

Cuando esteis en la mesa con vuestro maestro, ó con alguno de edad avanzada, si os ofrece una taza de vino, poneos en pié para beberla; cuando os dé cualquier cosa, tomadlla, y si os manda sentar, obedeced. Cuando esteis sentados al

lado de alguna persona notable, si descubrís en ella cualquier inquietud, como si se vuelve á un lado y á otro sobre la silla, mueve los piés, mira la sombra del sol para saber qué hora es, ó pide de pronto licencia para marcharse, todas las veces que os pregunte, levantaos para responder.

Si os encontrais en compañía de algun superior, ya en dignidad, ya por tener muchos parientes, no le pregunteis nunca su edad: si le encontrais en la calle, no le pregunteis adonde va, y si se sienta á vuestro lado, mostraos modesto; no mireis á un lado, ni á otro; ni accioneis con las manos, ni movais el abanico. Los discípulos de Confucio dicen que cuando él se sentaba en algun gran banquete, no se levantaba de la mesa hasta que lo habian hecho las personas de mas edad que él.

Deberes entre los amigos.

El que desea verdaderamente llegar á ser sabio, elige para amigos aquellos hombres cuyas palabras y acciones le puedan hacer progresar en la virtud y en las letras.

Es un deber entre los amigos el darse alternativamente buenos consejos y exhortarse unos á otros á practicar la virtud.

De tres clases de amigos es siempre perniciosa la compañía, y son: los viciosos, los falsos y los habladores é indiscretos.

Cuando recibais á alguno en vuestra casa, no dejeis de invitarle á que pase primero, al llegar á una puerta, y cuando hayais llegado á la de la sala interior, pedidle licencia para entrar antes á fin de preparar los asientos; despues volved á conducirle con toda atencion á su sitio, que será siempre á vuestra izquierda. No debe empezar la conversacion el que visita: las leyes de la buena crianza exigen que el dueño de la casa comience primero á hablar.

Capitulo I.—*De la vigilancia sobre sí mismo.*

Reglas para dirigir bien el corazon.

Cuando la razon domina á las pasiones, todo va bien; pero si las pasiones tienen predominio sobre la razon, todo camina de mal en peor.

Un soberano que quiera ser feliz y procurar la felicidad de sus pueblos, necesita observar las siguientes reglas: evitar que la elevacion en que se encuentra le inspire maneras orgullosas y despreciativas; resistir á las pasiones desarregladas; no obstinarse en seguir una opinion de que se halla preocupado; amar solo los placeres honestos; tratar de ser popular y circunspecto, con lo que se hará amar del pueblo; si tiene deferencia hácia alguno, no desconocer sus defectos, ni cerrar los ojos á las buenas cualidades de los que aborrezca; ame las riquezas, mas sea para distribuirlas entre los demás, y últimamente no decida las cosas dudosas, y al decir su parecer, no manifieste afirmarle.

Cuando salgais de casa, mostrad en vuestro semblante la modestia que suele tenerse cuando se hace una visita á cualquier gran señor. Manifestad vuestras órdenes al pueblo con aquella gravedad con que asistiriais á una gran solemnidad. Medid á los demás con la medida que á vosotros mismos, y no hagais á otro lo que no querriais que os hiciesen á vosotros. Cuando esteis solos, no dejeis por eso de ser modestos, y cuando trateis algun negocio, poned en él toda vuestra atencion. En el trato ordinario de la vida civil, mostraos ingénuos. No debeis olvidar nunca estas virtudes aunque os encontreis confinados entre los pueblos bárbaros.

Puede decirse que un hombre merece fama de sabio si no tiene ansia por llenar de alimentos el estómago, si no busca con mucha afan sus comodidades, si es diestro en los negocios, discreto en sus palabras, y no se junta, ni asocia sino con personas sabias y virtuosas.

Reglas para adquirir buenos modales.

El libro de las costumbres dice: «La honestidad y la equidad distinguen al hombre sabio de los demás y estas dos virtudes traen su orígen de los movimientos arreglados del cuerpo, de la dulzura y tranquilidad del semblante, y de la decencia de las palabras.»

Cuando alguno os hable, no pongais los oidos para oir, ni alceis la voz para responderle, como si os gritase alguien: no le mireis de medio lado; ni esteis distraido á fin de que no crea que estais pensando en otra cosa. No andeis con paso altanero, ni aire orgulloso. Cuando esteis de pié, no levanteis el uno en el aire; ni cruceis las piernas, cuando esteis sentado. Cuando trabajeis, no esteis con los brazos desnudos; ni desabrocheis vuestros vestidos para respirar mas libremente. Cualquiera que sea la persona con quien esteis, tened siempre cubierta la cabeza. En la cama estad siempre en postura decente. Guardaos de mostraros orgulloso, ni burlon en la conversacion; no hableis con precipitacion; ni critiqueis de los defectos agenos; no asegureis nada por simples conjeturas, ni sostengais con obstinacion vuestro parecer.

Los discípulos de Confucio cuentan que su maestro hablaba en casa tan poco, que cualquiera al verle hubiera creido que no sabia hablar; pero en la córte se hacia admirar por su elocuencia: nadie sabia mejor que él acomodarse al gusto y á la clase de las personas con quienes hablaba; sabia infundir respeto á los mandarines inferiores con la nobleza que respiraban sus palabras, y se insinuaba agradablemente en el ánimo de los superiores con su elocuencia dulce y fácil: no hablaba sino á tiempo y cuando era necesario: y al comer y acostarse guardaba un profundo silencio.

Reglas sobre los vestidos.

El libro *Y-li*, hablando de las ceremonias que se usan al poner el primer birrete á los jóvenes, dice: —El maestro de ceremonias, al ponerle en la cabeza el birrete, pronunciará estas palabras: «Piensa que ahora tomas el vestido de los adultos, y que sales de la infancia: deja tambien los sentimientos y las ideas de esta: adquiere

gravedad y seriedad; aplícate de veras al estudio de la sabiduría y de la virtud; y hazte con esto merecedor de una vida larga y feliz.»

Segun las prescripciones del libro de las costumbres, no se permite á un hijo cuyos padres viven, vertirse de blanco, y está prohibido á todo gefe de familia á quien se han muerto los suyos, llevar vestidos de varios colores, aun despues de terminado el trienio del luto.

No se pongan á los niños vestidos de seda, ni forrados de pieles.

Confucio dice:—«El que pensando enmendar sus defectos, se avergüenza de vestir con modestia y de alimentarse solo de manjares groseros, muestra bien claramente que ha hecho pocos progresos en el camino de la virtud.»

Reglas que deben observarse en la mesa.

Cuando convideis á alguno á comer, ú os senteis á su mesa, observad con exactitud todas las reglas de buena crianza; no comais con ansia; no bebais de priesa; no hagais ruido con la boca; no roais los huesos, ni los echeis á los perros; no derrameis el caldo; no mostreis apetecer un plato ó un vino determinado; no os limpieis los dientes; no sopleis la sopa cuando está muy caliente; no pongais una salsa diferente á ningun manjar que se ponga en la mesa; comed los alimentos á pedacitos; mascadlos bien, y no lleneis demasiado la boca con ellos.

En la mesa de Confucio no se servian manjares delicados, ni muy apetitosos; pero él queria que el arroz estuviese bien cocido, y no comia nunca la carne ó el pescado sino en pedacitos. Si el arroz habia fermentado por la humedad ó el calor, ó la carne empezaba á corromperse, ó estaba mal cocida, al momento lo conocia y no tocaba á una cosa ni á otra. Era ademas bastante moderado en el uso del vino.

Los antiguos emperadores evitaron el abuso del vino, ordenando á los convidados que se hiciesen unos á otros muchas cortesías todas las veces que bebiesen.

Los que son aficionados á comer bien, dice Mencio, son dignos de todo desprecio, porque no pensando mas que en satisfacer los apetitos de los sentidos, y en tratar bien la parte mas vil del hombre, perjudican á la mas noble y digna de todo su cuidado y atencion.

Capitulo IV.—*Ejemplos sobre estas máximas, sacados de los hechos antiguos.*

Sobre la buena educacion.

La madre de Mencio habitaba en un lugar cerca del cual habia muchos sepulcros. El pequeño Mencio contemplaba con placer todas las ceremonias que en ellos se practicaban, y en sus juegos infantiles las imitaba con frecuencia. Habiendo advertido esto la madre, juzgó que aquel lugar era poco á propósito para la educacion de su hijo; mudóse de casa, y se fué á vivir cerca de un mercado público. El niño al ver tantas tiendas y mercaderes, y el mucho movimiento del pueblo que allí se reunia, solia imitar tambien aquel apresuramiento y las diferentes posturas de las personas que allí veia.—«Aun este lugar, dijo la madre, no es muy bueno para dar á mi hijo una educacion conveniente.» Abandonó aquella morada y tomó otra cerca de una escuela pública. Mencio que observaba con la mayor atencion todo lo que allí sucedia, viendo una multitud de jóvenes que ponian en práctica las reglas de urbanidad y buena crianza, que se hacian regalos unos á otros, que se respetaban, que se cedian el paso y que usaban las ceremonias prescritas al visitarse, no tenia mayor diversion que imitarlos.—«Ahora, sí, dijo la madre, que podré educar bien á mi hijo.»

Mencio, aun jóven, habiendo visto que un vecino mataba un cerdo, preguntó á su madre, para qué le habia muerto.—«Para tí, respondió ella sonriéndose, porque quiere regalártele.» Pero reflexionando despues que su hijo comenzaba á tener uso de razon, y temiendo que si advertia que habia querido engañarle, se acostumbrase á mentir y á engañar á los demás, compró el cerdo para dársele á comer.

Sobre los cinco deberes.

El príncipe Ki que tenia el título de Tsu, como si dijeramos marqués ó baron, viendo que el emperador Cheu, su sobrino, se abandonaba enteramente al lujo, á la molicie y á los mas vergonzosos placeres, le amonestó severamente sobre su conducta; mas el emperador, lejos de seguir sus consejos, le metió en una prision. Algunos aconsejaban al príncipe que huyese, y le ofrecian los medios para ello.—«Guárdeme el cielo de hacerlo, respondió, á donde quiera que yo fuese, mi presencia manifestaria al pueblo los vicios y la crueldad de mi sobrino.» Entonces tomó el partido de fingirse tonto, cometiendo necedades capaces de hacerlo creer asi: de resultas de esto solo se le trató en lo sucesivo como á un vil esclavo, y pudo asi sustraerse á las miradas del pueblo.

El príncipe Pi-kan, tio tambien del emperador, viendo que no habian surtido efecto los consejos de Ki, dijo:—«¿Qué será del pueblo si dejamos al emperador encenagado en sus vicios? Yo no puedo callar, aunque el no hacerlo me cueste la vida; le haré ver el daño que hace á su propia reputacion y el peligro á que expone al imperio.» En seguida fué á buscarle y le echó en cara los desórdenes de su vida: el emperador le escuchó con un aire lleno de indignacion y furor, y le respondió:—«Dicen que el corazon de los sabios es diferente del de los demás hombres: quiero asegurarme de ello,» y ordenó al instante que abriesen á su tio por medio del cuerpo, y que se observase atentamente cuál era la forma de su corazon.

Habiendo sabido esta muerte cruel el príncipe Nei, hermano del emperador, dijo:—«Cuando un hijo ha amonestado hasta tres veces á su padre sin sacar fruto, no se acobarda por esto, sino que trata de conmover su corazon con lágrimas y ruegos. Cuando un ministro ha dado por tres veces consejos saludables al príncipe y este no los ha escuchado, se cree que ha llenado ya su deber, y tiene derecho á retirarse. Esto haré

yo.» En efecto, se desterró voluntariamente de su patria, llevando consigo los vasos para las ceremonias fúnebres para que hubiese á lo menos uno de la familia imperial que hiciese dos veces al año los honores acostumbrados á sus abuelos difuntos. Confucio elogia mucho á estos tres príncipes, y habla de ellos como de unos verdaderos héroes que se señalaron por su celo hácia la patria.

La princesa Kung-kian habia sido prometida por esposa al príncipe Kung-pe, y habiendo muerto este antes de casarse con ella, quiso guardarle la fe prometida no tomando otro marido; y aunque la exhortaron sus parientes á contraer nuevas nupcias, ella no consintió en ello, y escribió una oda en la que juraba morir antes que casarse.

Los príncipes de dos reinos vecinos, teniendo contestaciones entre sí sobre cierta porcion de terreno, de la que ambos pretendian ser dueños, convinieron en escoger por árbitro á Ven-Wang: —«Es un príncipe equitativo y virtuoso, dijeron, y decidirá pronto la cuestion.» Parten juntos, y apenas llegan al territorio de Ven-Wang, ven á dos aldeanos que se cedian mutuamente una porcion de campo que podia ser disputada, y á varios transeuntes que se cedian el honor de ir por medio de la calle. Habiendo entrado en una ciudad, vieron á los jóvenes quitar á los ancianos las cargas que llevaban sobre sus hombros para aliviarlos de su peso llevándalos ellos mismos. Mas luego que estuvieron en la córte, viendo las maneras corteses y respetuosas de sus habitantes y las muestras de honor y aprecio que alternativamente se daban los unos á los otros, dijeron:—«¡Qué necios somos! Ni aun merecemos andar por el país de un príncipe tan sabio.» Y al punto el uno cedió al otro la tierra disputada, y como ambos se negaron á tomarla, quedó esta independiente y libre de todo derecho señorial.

No diré nada sobre el tercer parágrano que habla del modo de arreglar las costumbres, ni sobre el cuarto que trata de las leyes de la cortesía y la modestia, porque ya he presentado ejemplos de estas virtudes.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I.—*Pensamientos de los modernos.*

Sobre la educacion de la juventud.

El emperador Chao-li de la dinastía Han, estando para morir, dió al príncipe su hijo, que debia sucederle este consejo:—«Si se te ofrece ocasion de hacer alguna cosa buena ó mala, no digas nunca: eso nada importa. En efecto, de todo se debe hacer caso, pues no hay bien por pequeño que sea que no se deba hacer, ni mal que no se deba evitar.»

El ministro Lieu-pi enseñaba á sus hijos que quien no estima su buen nombre, deshonra á sus abuelos y cae en cinco vicios, contra los cuales no hay precaucion que baste. Voy á enumerarlos, para que les tomeis el horror que merecen.

El primero es que dichos hombres se encenagan en los placeres y la glotonería; piensan solo en las comodidades é intereses personales, y sofocan en su corazon todo sentimiento de piedad que hácia los infelices inspira la naturaleza.

El segundo, que no tienen ningun amor á las instrucciones de los antiguos sabios; ni sienten rubor, ni vergüenza, cuando comparan su conducta con los excelentes ejemplos que nos han dejado los grandes hombres de los tiempos pasados.

El tercero, que desprecian á los que son mas que ellos y aman á los aduladores que los divierten con chistes y frivolidades; miran con zelos las virtudes de los demás, y siempre están escudriñando sus defectos para publicarlos, y en fin, solo consideran como méritos el fausto y la vanidad.

El cuarto, que se cuidan demasiado de banquetes y comedias, y olvidan los deberes mas importantes.

En fin, el quinto, que desean con ansia los empleos y dignidades, y para obtenerlos recurren á cualquier vileza y se hacen esclavos de los que los dan.

No olvideis nunca, queridos hijos, añadió Lieu-pi, que á las dinastías mas ilustres les sirvieron de escalones para subir poco á poco al trono el amor filial, la fidelidad, la templanza y la aplicacion de sus gefes, y los precipitaron de él en un momento el lujo, el orgullo, la ignorancia, la pereza y la prodigalidad de los hijos que degeneraron de las virtudes de sus abuelos.

Fan-che, primer ministro y confidente del emperador, tenia un sobrino que continuamente le instaba á que le procurase algun cargo con su influencia; mas él, antes de hacer nada en su favor, le envió las siguientes instrucciones: «Si quieres merecer mi proteccion, querido sobrino, pon antes en práctica los consejos que voy á darte: 1.° Distínguete de todos los demás por tu amor filial, por tu modestia y por tu sumision á tus padres y á todos los que tienen sobre tí alguna autoridad, y no aparezca nunca en tus acciones la menor sombra de soberbia y orgullo. 2.° Ten bien presente que para desempeñar debidamente los grandes empleos, es necesario tener una aplicacion incesante y un gran caudal de conocimientos, por lo tanto no se debe perder el tiempo, sino ocuparse continuamente en enriquecer el entendimiento con las máximas que nos han dejado los antiguos sabios. 3.° No te estimes en mucho; confiesa el mérito ageno y dispensa á cada uno el honor que se le debe. 4.° No distraigas tu entendimiento de las graves ocupaciones, ni desperdicies el tiempo en diversiones poco convenientes al sabio. 5.° Vive alerta contra el placer del vino, que es el veneno de la virtud: el hombre de mejor condicion, si se abandona á esta vil pasion, bien pronto se hace intratable y feroz. 6.° Sé discreto en tus palabras; el que habla mucho se atrae el desprecio de los demás y muchas veces grandes pesadumbres. 7.° No hay mayor satisfaccion que procurarse amigos; mas para conservarlos conviene no ser demasiado sentido, ni hacer como los que se ofenden y encolerizan por cualquier palabra que se escapa á

otro y no les agrada. 8.° Pocos hay que no presten oidos á las palabras lisonjeras, y que despues de haber gustado la dulzura de las alabanzas dadas á tiempo, no formen de sí mismos una alta idea: procura evitar semejante defecto, y en vez de dejarte llevar de los astutos aduladores, considéralos como otros tantos seductores que quieren engañarte. 9.° Es costumbre del vulgo ignorante admirar á los hombres vanos que hacen ostentacion de muchos criados, de vestidos magníficos y de todo cuanto ha inventado el lujo para dar una preeminencia que rara vez se ve apoyada por el mérito; pero los sabios miran esas cosas con ojos compasivos y solo estiman la virtud. 10. Tú me ves en la cumbre de la prosperidad y de la grandeza; pero compadéceme, caro sobrino, antes que envidiar mi suerte. Yo me considero como uno que con piés vacilantes se halla al borde de un precipicio, ó camina sobre frágil hielo: Créeme: los grandes empleos no hacen feliz al hombre, y á duras penas conserva en ellos la virtud. Toma, pues, un consejo que voy á darte y es fruto de mi larga experiencia: enciérrate en tu casa, vive retirado, cultiva la sabiduría, teme mostrarte al público muy pronto, y merece los honores huyéndolos: el que camina muy de priesa se expone á tropezar y caer. La Providencia es quien reparte las grandezas y las riquezas: es menester esperar á que las dé.

Sobre los cinco deberes.

El autor habla en particular de los deberes de los criados, de las ceremonias prescritas para dar el primer birrete á los jóvenes, de los honores fúnebres que deben tributarse á los difuntos, del luto trienal, del cuidado con que han de evitarse las ceremonias introducidas por los sectarios, de los deberes de los magistrados, de las precauciones que deben tenerse en los matrimonios y del amor entre los hermanos y amigos. Pero como sus reflexiones sobre todo esto se hallan comprendidas en gran parte en el libro precedente, referiré solo aquellas de que no he hablado hasta ahora.

En otro tiempo hubiera sido un escándalo y una cosa digna de castigo el comer carne y beber vino durante el luto por los padres; pero ahora se ve hasta á los mandarines, en un tiempo como aquel consagrado al dolor y á la tristeza, visitarse el uno al otro y darse banquetes; ninguno tiene reparo en contraer matrimonio: entre el pueblo se convida á los parientes, á los amigos y á los vecinos á banquetes que duran todo el dia, y en los cuales no falta quien se embriaga. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Las costumbres del imperio exigen que durante el luto se abstengan todos de la carne y del vino, exceptuando solo de esta ley á los enfermos y á los que han pasado de cincuenta años, á los cuales se permite tomar caldo y comer carne salada; pero les está terminantemente prohibido el comer carnes delicadas y asistir á convites. Con mayor razon les está vedada toda clase de placeres y diversiones. No me extiendo á hablar de esto, porque hay leyes en el imperio para castigar á los que se hagan reos de tales excesos.

Los hombres supersticiosos que creen en las mentiras de la secta de Foo, creen haber satisfecho los deberes esenciales hácia sus padres difuntos cuando hacen muchos presentes al ídolo y ofrecen carnes á sus ministros. Pretenden estos impostores que semejantes ofertas borran los pecados de los muertos y les abren las puertas del cielo. Oid lo que enseñaba el célebre Yen á sus hijos:—«Nuestra familia ha refutado siempre con sabios escritos las falsas doctrinas de esta secta: guardaos bien, queridos mios, de dejaros llevar de esas vanas y monstruosas invenciones.»

Cuando pienses en casar á tu hijo ó á tu hija, no busques en el esposo ó esposa sino buena índole, virtud y haber recibido de sus padres una educacion esmerada: prefiere estas dotes á todos los honores y riquezas. Un marido sabio y virtuoso, aunque sea pobre y de condicion humilde, puede algun dia llegar á ser notable por sus dignidades y riquezas; por el contrario, es indudable que un marido vicioso, por rico y noble que sea, caerá pronto en el desprecio y en la indigencia.

La prosperidad ó la ruina de las familias proviene á menudo de las mujeres: si la que tú has elegido por esposa tiene muchas riquezas, te despreciará fácilmente, y su orgullo esparcirá la desunion en la casa; y aunque esto no suceda, si por haberte casado con una mujer rica, has llegado á enriquecerte, teniendo un poco de delicadeza, ¿no te avergonzarás de serle deudor de tus honores y riquezas?

El doctor Hu solia decir:—«Cuando cases á tu hija, búscala esposo en una familia mas ilustre que la tuya, para que ella le esté siempre obediente y le tenga respeto; de este modo reinará la paz en la familia. Por el contrario, cuando cases á tu hijo, dále una mujer que sea de familia inferior á la tuya; asi podrás estar cierto de que tu hijo gozará siempre de paz en su casa, y de que no echará menos en su mujer el respeto que le debe.»

El doctor Sing decia con razon que para que la amistad sea duradera, es menester que los amigos se respeten el uno al otro y se adviertan recíprocamente sus defectos. Si elegís por amigos á los que os adulan y divierten con palabras dulces, chanzas y chistes, pronto vereis acabarse una amistad tan frívola.

Sobre la vigilancia de sí mismo.

Un antiguo proverbio dice: «que el que quiere ser virtuoso se parece á un hombre que procura trepar por un monte escarpado, y el que se entrega al vicio, á uno que baja por una pendiente rápida.»

El doctor Fan-chung-siuen daba á sus hermanos é hijos las siguientes lecciones:—«Cuando se trata de censurar á los demás, los mas necios se vuelven sabios; y cuando se trata de censurarse á sí mismo, los mas sabios se vuelven necios. Emplead con vosotros la severidad con que censurais al prójimo, y usad con este la indulgencia que teneis con vosotros mismos.»

«El corazon del hombre se asemeja á un terreno fértil. Las semillas que se echan en él son

la virtud, la dulzura, la justicia, la fidelidad y la clemencia. Los libros de los sabios y los ejemplos de los hombres ilustres son los instrumentos con que el terreno se cultiva. Los errores del siglo y las pasiones son las malas yerbas, las espinas que crecen en él y los gusanos que roen y devoran las semillas. El cuidado, la vigilancia, la observacion de sí mismo y el exámen de la propia conducta, son los trabajos empleados para regar y cultivar la tierra, y cuando uno llega á la perfeccion, es el tiempo de la cosecha.»

El doctor Hu-ven-ting dice lo siguiente:—«El que aspira á la sabiduría debe tener en poco las delicias del siglo y no dejarse deslumbrar por el falso brillo de los honores y las riquezas. Para los príncipes orgullosos con su grandeza, la única distincion consiste en el fausto y la vanidad; en salas adornadas con pompa; en tener una mesa surtida de los manjares mas delicados, y dispuesta con toda la magnificencia imaginable, y en un gran número de señores y criados que los rodeen y hagan compañía. Mas en verdad que si yo estuviese en su lugar, me guardaria muy bien de imitarlos. El que desee ser verdaderamente sabio, debe detestar el lujo, y en vez de envilecer su alma ocupándola en frivolidades, engrandecerla con los conocimientos mas sublimes. Recuerda el ejemplo del célebre Chu-ko-kung-ming, que florecia en tiempo de la dinastía de Han. Este sabio vivia tranquilo, sin deseos ni ambicion, en la aldea de Nan-yang, ocupado en labrar sus tierras y en adquirir sabiduría. Pero Lieu-pi, general de las tropas imperiales, logró á fuerza de súplicas hacerle abrazar la carrera de las armas. Chu-ko adquirió tanta autoridad en el ejército, que despues de haber repartido los campos y las provincias, dividió todo el imperio en tres partes. Valiéndose de su autoridad, ¡cuántas riquezas hubiera podido acumular! Pero oid lo que dijo al heredero del imperio:—«Yo tengo en mi país natal ochocientas moreras para criar gusanos de seda y mil y quinientas yugadas de tierra que, cultivadas con cuidado, darán en abundancia con qué vivir á mis hijos y nietos. Esto les basta, y yo no trataré de aumentar mis riquezas: mi único deseo es procurar el bien del imperio, y para probar á Vuestra Magestad la sinceridad y verdad de mis palabras, le aseguro que á mi muerte ni se encontrará arroz en mis graneros, ni dinero en mis arcas.» Y en efecto, sucedió como dijo.

Capitulo II.—*Ejemplos sacados de autores modernos.*

Sobre la educacion.

Un letrato llamado Liu, natural de la ciudad de Lien-tang, formó en union de muchos conciudadanos suyos una sociedad para trabajar juntos en su perfeccion. Con este objeto acordaron entre sí las siguientes leyes que debian guardar inviolablemente: 1.ª Todos los miembros de la sociedad tenian obligacion de unirse á menudo para estimularse unos á otros á la virtud. 2.ª Debian advertirse alternativamente sus defectos. 3.ª Asistir juntos á las fiestas y solemnidades. 4.ª Ayudarse recíprocamente en sus necesidades y aliviarse en sus dolores y aflicciones. 5.ª Si alguno de la sociedad practicaba una accion digna de alabanza, se escribia en un libro dispuesto al efecto para conservar su memoria. 6.ª Si alguno cometia cualquiera falta grave, se anotaba tambien en el mismo libro. 7.ª Finalmente el miembro de la sociedad que advertido por tres veces de sus errores, no se enmendaba, quedaba excluido para siempre de ella, y su nombre era borrado de la lista.

El mandarin Hu-yuen se lamentaba frecuentemente de que los jóvenes que se dedicaban al estudio para abrirse el camino de la magistratura, se contentaban con adquirir una vana elocuencia, sin cuidarse de profundizar la doctrina de los antiguos sabios y de guiarse por sus consejos. Por esto explicaba tan solo á sus discípulos lo mas importante que enseñaban los libros antiguos sobre las reglas de las costumbres y las dotes que es necesario poseer para gobernar bien: en sus discursos procuraba únicamente explicar el sentido de dichos libros, y despreciando las flores de la elocuencia, no sentaba proposicion alguna que no se apoyase en sólidos raciocinios. En breve se esparció su fama por todas partes, y mas de mil discípulos llegaron á aprender á un tiempo la sabiduría y la virtud de un maestro tan excelente. Mientras era mandarin letrado en la ciudad de Hu-chu abrió dos escuelas: en la una eran admitidos solamente aquellos que estaban dotados de gran talento, los cuales aprendian á profundizar la doctrina de los antiguos y á penetrar lo mas sublime que contiene: la otra era para los que se distinguian por una prudéncia singular, quienes se instruian en la aritmética en el manejo de las armas y en el modo de gobernar. Todos estos discípulos se esparcieron despues por el imperio, y el que los veia tan diferentes de los demás hombres por su doctrina, modestia é integridad de costumbres, al momento conocia que eran discípulos de Hu-yuen.

Sobre los cinco deberes.

El único afan del jóven Si-pan era adquirir sabiduría y virtud. Habiendo pasado su padre á segundas nupcias, llegó á aborrecerle en tales términos, que le mandó salir de su casa. El jóven no pudiendo resolverse á separarse de su padre, lloraba dia y noche, y no queria abandonar la casa, hasta que aquel viendo que no servian las amenazas, empezó á maltratarle, y el hijo obligado á irse construyó una choza cerca de la casa paterna, y continuó yendo todas las mañanas á arreglar las habitaciones de esta, como acostumbraba hacer antes. Pero el enojo del padre siguió aumentando hasta el punto de mandar derribar la choza, y alejó enteramente de su presencia al hijo. No por esto cambió el ánimo de Si-pan, el cual habiendo trasladado su habitacion al sitio mas inmediato que pudo, iba por mañana y tarde á presentarse á su padre para cumplir con él. De este modo pasó un año sin que la aspereza con que le recibia el padre pudiese disminuir su amor y respeto filial. Pero

al fin reconoció el padre cuán injusto era su odio, y comparando su aspereza con el tierno amor de su hijo, mostró sentimientos mas humanos y le permitió volver á casa. Poco despues murieron los padres de Si-pan, y despues de haber pasado el trienio del luto, habiéndole propuesto sus hermanos menores que repartiese la herencia, él consintió en ello; pero ¿cómo se portó?—«Hay en casa, dijo, muchos criados de edad avanzada y que no están en situacion de poder servir: yo los conozco hace mucho tiempo y los tengo acostumbrados á mi género de vida: á vosotros os costaria mucho trabajo dirigirlos: se quedarán, pues, conmigo. Hay casas medio arruinadas y tierras estériles: las guardaré para mí, pues cuido á las unas y cultivo á las otras desde principios de mi juventud. En cuanto á los muebles que quedan por repartir, yo me quedaré con estos vasos medio rotos. y aquellos trastos viejos que se están cayendo á pedazos, supuesto que yo me he servido siempre de ellos, y asi constituirán alguna parte de mi herencia.» De esta manera Si-pan, aunque el mayor de la familia, tomó para sí todo lo que en semejantes divisiones suele desecharse, y habiendo despues disipado sus hermanos toda su herencia, él dividió aun con ellos lo poco que le quedaba.

Huen-yu, que llegó á ser tan célebre en todo el imperio, refiere que era deudor de la prosperidad de su casa á los sabios consejos de su madre.—«Un dia, dice, me llamó á parte y me habló asi: He estado á ver al primer ministro, pariente mio, y despues de los cumplimientos acostumbrados, me ha dicho: Vos teneis un hijo; pues bien, si él sube á las dignidades y ois decir que se encuentra necesitado, tened esto por buen agüero para su vida futura; mas si por el contrario ois que posee grandes riquezas, que su caballeriza está llena de caballos y que lleva vestidos magníficos, tened aquel lujo y aquella riqueza por presagio de pronta ruina. —Yo, añadió la madre, no he olvidado nunca estas reflexiones tan sensatas. Porque ¿cómo puede suceder que un hombre colocado en un empleo puede enviar cada año á sus parientes grandes sumas de dinero y ricos presentes? Si esto es fruto de sus ahorros ó lo superfluo de su gasto, no lo repruebo; pero si es el de sus injusticias, ¿en qué se diferencia de un asesino? Y si tiene la suficiente destreza para sustraerse á la severidad de las leyes ¿cómo puede sufrirse á sí mismo y cómo no se avergüenza y llena de confusion?»

Mientras reinó la dinastía de Han sucedió que una jóven llamada Chin, de edad de diez y seis años, se casó con un hombre que despues de su matrimonio tuvo que marchar á la guerra. Al tiempo de partir dijo á su mujer:—«Quién sabe si volveré: dejo aquí á una madre bastante anciana, y no tengo un hermano que pueda cuidarla ¿podré contar contigo para que lo hagas, si llego á morir?» La esposa respondió que sí de todo corazon, y el marido marchó tranquilo. De allí á pocos dias corrió la noticia de su muerte, y la viuda fiel á su promesa, tuvo por su suegra un cuidado especial; hilaba todo el dia y tejia telas para ganar con qué mantenerla. Despues de los tres años del luto, sus parientes pensaron en darla otro esposo, á lo que ella se negó, alegando la promesa hecha á su marido y protestando que se daria la muerte antes de pasar á otras nupcias. Una respuesta tan terminante hizo callar á sus partentes, y quedando dueño de sí misma, no cesó por espacio de veinte y ocho años seguidos de prestar á la suegra los auxilios que hubiera podido prestarle el mejor hijo, y habiendo muerto aquella de ochenta años, la nuera vendió sus campos, casas y cuanto poseia para hacerla unos magníficos funerales y proporcionarla una sepultura honrosa. Una accion tan generosa causó tal impresion al gobernador de las ciudades de Hoai-ngan y Yang-ceu, que mandó su relacion al emperador, el cual recompensó la generosa piedad de la mujer con el regalo de 4,240 onzas de plata y con la exencion de todo tributo mientras viviese.

En tiempo de la dinastía de los Tang el primer ministro del imperio, llamado Ki-che, tenia una hermana peligrosamente enferma. Sucedió que al hacerla calentar un caldo, se le pegó fuego á la barba, y la hermana sintiendo esta desgracia, dijo:—«¡Ah hermano! Teniendo tantos criados en casa ¿por qué os habeis expuesto á eso?»—«Es verdad, dijo él; pero ya somos viejos los dos, y tal vez no se ofrecerá ocasion de prestaros otro servicio semejante.»

Cuando Pao-hiao era gobernador de la ciudad de King-sao, que ahora se llama Sin-gon, se le presentó uno de lo mas ínfimo de la plebe, y le dijo:—«Tuve en otro tiempo un amigo que me mandó cien onzas de plata: habiendo muerto hace poco, quiero restituir esta suma á su hijo; mas él rehusa absolutamente recibirla. Os suplico que le hagais venir aquí y le mandeis que reciba lo que es suyo,» y depositó la plata en manos del gobernador. El hijo del difunto, habiendo sido obligado á comparecer, protestó que su padre no habia dado á nadie aquellas cien onzas de plata. El mandarin no pudiendo aclarar este asunto, deseaba entregar la plata al uno ó al otro; pero ninguno de los dos queria recibirla, diciendo que no era suya. Hablando de esto el doctor Liu-yang dice:—«Luego se dirá que no hay hombres de bien y que es imposible imitar á los emperadores Yao y Chiun. Al que sostenga una paradoja semejante, basta presentarle este ejemplo.»

Song-kuang, preceptor del príncipe heredero, presentó al emperador Siuen-ti una solicitud en la que, despues de haber expuesto que se hallaba en una edad bastante avanzada, pedia que le permitiese retirarse á su casa. El emperador se lo concedió, y le regaló una gruesa suma de dinero, á la cual añadió el príncipe heredero un rico presente. El buen anciano habiendo vuelto á su patria, hacia preparar todos los dias una abundante mesa para convidar á sus vecinos y parientes, y de cuando en cuando preguntaba á su mayordomo el dinero que le restaba y le mandaba comprar lo que mejor le parecia. Este gasto diario desagradó á los hijos, los cuales empeñaron á los amigos del padre para que le hicieran sobre él algunas observaciones.—«Es-

peramos con confianza, decian los hijos, que nuestro padre, tan colmado de honores y riquezas pensará en asegurar el bienestar de su familia y dejarla un rico patrimonio. Pero ya estais viendo los gastos que hace cada dia en banquetes y diversiones ¿no seria mejor comprar campos y casas?» Los amigos prometieron hablar al padre, y apenas se presentó una ocasion oportuna le expusieron los motivos de queja que daba á sus hijos.—«Me admiro mucho de mis hijos, les respondió; ¿ellos creen tal vez que yo chocheo ya, y que he olvidado lo que debo á mi posteridad? Pues sepan que yo les dejaré los campos y casas que basten y no sobren para satisfacer sus necesidades, si saben utilizarse de ellos; pero no crean que yo aumentando sus bienes, quiera contribuir á fomentar su desidia. Siempre he creido que conceder grandes riquezas á un hombre sabio, es debilitar su virtud, y dárselas á un necio, es aumentar sus vicios. El dinero que ahora gasto, me le dió el emperador para alivio y recreo de mi ancianidad. ¿No es justo que yo me aproveche de él, segun los deseos del príncipe, y que para pasar mas alegremente el poco tiempo de vida que me queda, me divierta con mis parientes y amigos?»

Tang-teu tenia dos hijas jóvenes, la una de diez y nueve años y la otra de diez y seis, dotadas ambas de una rara hermosura y de mayor virtud, si bien no habian recibido mas educacion que la que suele darse comunmente en los campos. En aquel tiempo infestaban el imperio unos bandidos, los cuales invadieron de repente el pueblo en que vivian estas jóvenes, y ellas para sustraerse á sus ultrajes y crueldad, se escondieron en la caverna de una montaña. Pero los foragidos las sacaron muy pronto de allí y se las llevaron como víctimas destinadas á saciar su lascivia. Despues de haber andado un buen trecho de camino, llegaron al borde de un precipicio, en cuyo sitio, volviéndose la mayor á la menor, la dijo: «Mejor es perder la vida que la honra,» y en seguida se precipitó en el abismo: la menor no tardó en imitar su ejemplo; mas no quedó muerta al caer, sino que solo se rompió las piernas. Los bandidos, aunque quedaron admirados de un suceso semejante, continuaron su camino sin cuidarse de lo que habia acontecido. El gobernador de la ciudad vecina participó al emperador lo ocurrido, y Su Magestad para eternizar la memoria de tan bella accion, despues de haber hecho un magnífico elogio de la virtud de las dos jóvenes, concedió á su familia y al pueblo en que habitaban una perpetua exencion de todo tributo.

Leao-yung perdió á sus padres siendo aun bastante jóven y vivia en la misma casa que sus cuatro hermanos y en perfecta union con ellos, siendo comunes los bienes de todos. Pero habiéndose casado dichos cuatro hermanos, inmediatamente se alteró la concordia entre las mujeres, pues cada una era enemiga de las demás, y á cada paso habia disputas y quejas. Al fin pidieron que se dividiesen los bienes y se fuese cada matrimonio á su casa particular. Leao-yung se afligió mucho con esta peticion, y para probar el dolor que experimentaba su corazon, reunió á sus hermanos y á las mujeres de estos en su cuarto, y cerrando la puerta, tomó un palo grueso y golpeándose con él fuertemente la cabeza, exclamó: — «¡Ah! ¡infeliz Leao-yung! ¿De qué te ha servido vigilar continuamente todas tus acciones, aplicarte tanto al estudio de la virtud y estar siempre meditando la doctrina de los antiguos sabios? ¡Crees poder algun dia reformar con tu ejemplo las costumbres del imperio; y no eres capaz de conservar la paz en tu casa!» Este espectáculo causó tal impresion en sus hermanos y en las mujeres, que echándose todas á sus piés, y con las lágrimas en los ojos, le prometieron mudar de conducta. En efecto, ya no se oyó en la casa la gritería que antes, se restableció la armonía, y reinó siempre en lo sucesivo una completa paz en los ánimos.

Sobre la vigilancia de sí mismo.

Cierto hombre preguntaba un dia al mandarin Ti-u-lun, si desde que se dedicaba á la adquisision de la virtud habia llegado á despojarse de todo afecto privado, y él respondió:—«Conozco que aun no he conseguido esto, y he aquí la prueba. Un sugeto me ofreció hace tiempo un caballo tan veloz, que andaba mil estadios en un dia, y aunque rehusé este presente de un hombre que podia tener miras interesadas al hacérmele, todavía cuando tengo que proponer á alguno para un empleo vacante, siempre se me viene su nombre á la memoria. Ademas cada vez que sé que mi hijo tiene alguna pequeña indisposicion, aunque conozca que su vida no está en peligro, paso toda la noche sin dormir y en tal agitacion, que me convenzo de que mi corazon no está enteramente libre de los afectos privados.

El mandarin Lieu-kuen tenia tal dominio sobre sí mismo, que ningun suceso, por extraordinario e imprevisto que fuese, podia alterar en lo mas mínimo la paz y tranquilidad de su ánimo. Un dia su mujer se propuso irritarle, y á este fin dió á la criada las órdenes oportunas, las que cumplió puntualmente. Queriendo el mandarin ir á la córte, se habia puesto los vestidos mas magníficos, y la criada pasando á su lado dejó caer á sus piés una holla llena de caldo de modo que los vestidos del mandarin quedaron manchados y no pudo aquel dia comparecer delante del rey. El mandarin sin mudar por esto de semblante, se contentó con decir á la criada con su acostumbrada tranquilidad:—«Te has quemado la mano?» Y en seguida se retiró á su cuarto.

El mandarin Yang-chin hizo grandes elogios de un literato llamado Vang-mi, al emperador, el cual con este motivo se resolvió á confiarle el gobierno de la ciudad de Chang. Sucedió que Yang-chin pasó un dia por aquella ciudad, y el gobernador que le era deudor de toda su fortuna, vino al punto á obsequiarle y á ofrecerle al mismo tiempo ciento sesenta onzas de plata. Pero Yang-chin, echando sobre él una mirada severa, le dijo:—«La primera vez que os conocí, os creí un hombre sabio, y por esto os recomendé al emperador ¿y vos no me habeis cono-

cido todavía?—Recibid, os suplico, esta pequeña muestra de gratitud, repuso el gobernador: es de noche y nadie lo sabrá.—A esto replicó el mandarin: ¡Cómo! ¡Nadie lo sabrá! ¿No lo sabrá Tien? ¿No lo sabrán los espíritus? ¿Y vos y yo no lo sabremos? ¿Cómo, pues, podeis decir que no lo sabrá ninguno?» Estas palabras hicieron avergonzar al gobernador, y se retiró confuso.

Chung-yn fue por tres veces general de todas las tropas del imperio. A pesar de hallarse en un puesto tan elevado no se jactó nunca de tener buenos caballos, ni de llevar los vestidos perfumados: si le quedaba algun momento de descanso, se ocupaba en leer; no hacia caso de los vanos presagios, ni de los rumores que se esparcen algunas veces por el vulgo y se guardaba de participárselos al emperador. Aborrecia á los sectarios, principalmente á los de Fo y del Tao. Era severo con sus subalternos cuando cometian alguna falta, y liberal en socorrer á los pobres y á los huérfanos. Sus graneros estaban siempre llenos de arroz para poder socorrer á los pobres en tiempo de carestía; tenia mucho cuidado en mantener hospicios públicos; y era espléndido en sus banquetes. Finalmente, cuando llegaba á saber que en su jurisdiccion habia niñas de buenas familias, pero pobres ó huérfanas, al momento trataba de proveerlas de lo necesario, les buscaba maridos de su misma condicion y les pagaba con liberalidad todos los gastos de boda.

El doctor Lieu cuando iba á visitar á sus amigos, se entretenia á veces con ellos mas de una hora, sin doblar en lo mas mínimo su cuerpo, de modo que parecia tener el pecho y espaldas de una sola pieza; no movia los piés ni las manos, y en una palabra se asemejaba á una estátua que hablaba: tanta era su modestia.

Li-uen-tsing hacia fabricar una casa cerca del palacio del emperador, y habiéndole advertido uno de sus amigos que el vestíbulo era tan reducido que con dificultad podria moverse en él un caballero, él respondió sonriendo:—«Esta casa pertenecerá un dia á mis hijos, y su vestíbulo es bastante capaz para celebrar en él las ceremonias de mis funerales.»

NUM. XV.

DOCTRINA NEOPLATONICA.

Los demonios.

Los Neoplatónicos, naturalmente empeñados en ceñirse á los tiempos antiguos, en sacar á luz cuanto habia de profundo en las antiguas creencias populares y en las doctrinas misteriosas, y revelar el sentido religioso de los primeros griegos, tan lleno de sutilezas, fundaban todas sus especulaciones en los dogmas orféicos, pitagóricos y platónicos; pero sin su nuevo contacto con las ideas del Oriente, en especial con las de los Judíos, y sin el progreso victorioso del cristianismo, nunca su doctrina de los espíritus se hubiera desarrollado tanto, ni hubiera llegado á ser tan sublime. Nosotros nos limitaremos á los puntos mas esenciales, reconocidos y en gran parte discutidos por los principales filósofos de esta escuela. Algunos de ellos escribieron tambien tratados especiales sobre los demonios; y Plotino, uno de los mas distinguidos entre ellos, atendiendo á las opiniones opuestas que sobre esta materia dominaban en su tiempo, se coloca, como tiene de costumbre, en medio de la cuestion, y sobre la esencia de los demonios manifiesta una opinion enteramente dogmática (1). Segun él, son las huellas ó sellos del alma del mundo que los engendró, como igualmente á los dioses. Destinados á llenar el mundo en que se desarrolla esta grande alma y á coordinar su poderosa armonía, forman diferentes especies; pero si participan de la materia, no es de la corpórea, sino de una inteligente, que solo hace posible la union de los espíritus con los cuerpos.

Lo mismo opina Jámblico; y queriendo salir de la dificultad que Plotino trataba de resolver, y Porfirio habia suscitado nuevamente cuando preguntaba cómo era posible que los astros fuesen dioses, mediante á que estos últimos no tienen cuerpo, admite la idea de un cuerpo celeste, muy próximo á la esencia incorpórea de los dioses; idea que los padres de la Iglesia aplicaron al dogma de los ángeles (2). Este filosófo explica en otro lugar (3) la distincion entre los demonios, los héroes y las almas. Segun él la esencia de los demonios es activa, y en virtud de su actividad lleva á la perfeccion los seres de que se compone el mundo, y la de los héroes es viva, racional y dispuesta para dirigir las almas. Los demonios poseen las fuerzas generadoras, presiden al nacimiento, y unen las almas á los cuerpos: á los héroes pertenecen las fuerzas vivificadoras, aquellas por medio de las cuales pueden guiar á los hombres y libertarlos de un segundo nacimiento. Los demonios tienen una esfera mas vasta de accion, la cual se extiende por todo el mundo; en tanto que la de los héroes se limita á cuidar de las almas (4).

Aquí, pues, encontramos aplicada la demonologia á la doctrina de la salvacion. Segun los misterios, de que se hallan indicios en Platon, y aun escritores mas antiguos, Jámblico atribuia el orígen de los demonios al poder demiúrgico de los dioses, lo que recuerda los diversos atributos y las diversas operaciones que los filósofos de entonces lo mismo que los Gnósticos, Valentiniano y otros atribuian á un demiurgo determinado y á sus relaciones con los eones: nociones que combinadas con las ideas posteriores de los sectarios de Mitras dieron ocasion de fingir un demonio Demogorgon, poder mágico de órden superior (5). Este ente singular merece tanta mas atencion, cuanto que los nombres propios de los demonios son raros en los escritos antiguos, excepto los de aquellos que forman la comitiva de ciertas divinidades (6).

Los Platónicos de entonces no hacian diferencia en la gerarquía de los demonios y en creer mortales á los unos, y á los otros no, y asi mientras algunos como Porfirio estaban por lo uno, segun Hesiodo, y otros como Amonio y Jámblico (7) sostenian lo contrario, Proclo quedaba indeciso (8). Mas respecto á su gerarquía, conformándose con Platon, decia que el universo estaba guardado por dioses y demonios, por aquellos en su conjunto y unidad, y por estos en sus partes, llenando el espacio y estando en relaciones mas íntimas con los seres guardados.

En torno de cada dios se agrupaba, segun él, una turba de demonios, entre los que se hallaba repartida la unidad y la totalidad de su vigilancia (9). En otra parte extendiéndose mas sobre este asunto, y reconociendo con Platon que toda la region intermedia entre los dioses y los hom-

(1) En lo fundamental, *Eneada*, III, 5, 6.
(2) *De myst. Ægypt.*, I, 17.
(3) Ibid. II, 1.

(4) Compárese esto con Proclo, en *Plat. Cratyl.*, p. 80, traduccion de Boissonade.
(5) Heyne, *Op. Acad.* III, 309.
(6) *Cf.* Porfir., *De abstin.*, II, 37.
(7) *De mist. Ægypt.*, III, 22.
(8) *Cf.* Cudworth, *Syst intell.*, p. 1154.
(9) Proclo, *ad Plat.*, Tim., p. 130.

bres estaba ocupada por demonios, dice que estos son demonios por naturaleza, mientras que los héroes, hombres de la edad de oro que llevan aquel nombre en union de los semidioses, no son demonios ó héroes por naturaleza, sino por sus hechos; siendo por naturaleza almas que quisieron participar del destino de los mortales, como el grande Hércules y otros. Las almas heróicas se hallan naturalmente dispuestas á ejecutar acciones grandes y á todo lo que es noble y elevado: estos son los héroes á quienes se debe honrar y ofrecer sacrificios fúnebres (1).

Dichos filósofos estudiaron tambien bastante el dogma del genio, del espíritu tutelar que cuida de cada hombre en particular. Plotino tiene un tratado especial *sobre el demonio que tocó en suerte á cada uno* (2), cuyas ideas y estilo son eminentemente platónicos. Uno de los puntos mas esenciales de aquella antropologia que se encuentra en los misterios, es esta disposicion de la naturaleza, segun la cual, cuando las almas descienden á los cuerpos, se asigna á cada una su demonio, que en cierto modo toma posesion de ella, y la *recibe en suerte*. Esta locucion caracterísca ocurre con frecuencia en el primer sentido desde Lisias y Platon hasta los últimos Pitagóricos.

Se puede creer muy bien que la tradicion del demonio de Sócrates fue la ocasion y motivo de muchas teorías sobre el genio tutelar á que cada uno de nosotros está confiado. Segun Hermias, comentador de Platon (3), la existencia de este se prueba con haber en la vida una infinidad de cosas superiores á nuestro poder, como es la eleccion de estado, y con estar nuestro espíritu no solo bajo el dominio de la razon, sino tambien bajo una influencia extraña, como lo prueban los sueños. Pero no es dado á todos oir la voz del genio, sino solo á las almas nobles. En qué consista esta voz es una cuestion accesoria, acerca de la cual no están de acuerdo (4). Por lo demás, Hermias sigue observando que si cada hombre al nacer recibe un genio principal que permanece unido á él en el curso de su vida, está periódicamente sujeto á muchos genios secundarios. El alma impura está confiada á un demonio apasionado; la pura y sabia á uno noble y bueno, de modo que Platon tuvo razon para decir en su *República* (X. 14), que no nos toca en suerte el demonio, segun la expresion vulgar, sino que le escogemos.

Apuleyo, tratando *del demonio de Sócrates*, nos transmitió las opiniones de los antiguos sobre demonologia; y aunque pudo exponer las doctrinas de Pitágoras y de Platon, es fácil ver que habló de creencias orientales. «Platon, dice, reconocia dioses superiores, inferiores é intermedios. Entre los superiores algunos son visibles, como el Sol, padre del dia, la Luna y cinco estrellas errantes: los otros no se ven sino con los ojos del alma, como Juno, Vesta, Júpiter y otros, cuyo poder se manifiesta solo por los beneficios que recibimos de ellos. Cree ademas que estos dioses son sustancias incorpóreas, animadas, que por toda la eternidad existieron y existirán, distintas de la materia por su propia esencia, que gozan de la felicidad suprema debida á su naturaleza inteligente, buenas sin la comunicacion de ningun bien exterior, sino por sí mismas y que poseen con facilidad, sencillez, libertad y perfeccion todo lo que les conviene. El padre de los dioses es el Ser Supremo, criador de todos los demás, libre de la necesidad de obrar y de sufrir, y no está sujeto á cuidado alguno.»

«Siguen las potestades intermedias que habitan el espacio entre la tierra y el cielo, y son los demonios, por cuyo ministerio llegan á los Dioses las plegarias y súplicas de los hombres, y los hombres reciben los auxilios y beneficios de los Dioses. Estos demonios presiden á todas las revelaciones, presagios, sueños, y á los milagros que hacen los magos.»

«Y en verdad asi como existen animales peculiares á la tierra, otros al fuego y otros al agua, y asi como vemos tantos astros diferentes sobre el aire, es decir, en el fuego elemental, es muy conveniente que tambien en el aire se engendren seres animados; y se equivocaria mucho el que mirase como habitantes del aire á los pájaros, los cuales apenas se elevan en sus vuelos mas rápidos á algunos estadios sobre la tierra. La razon dicta, pues, que concibamos seres animados que pueblen todo el espacio aéreo que se extiende desde la cumbre del Olimpo hasta la línea en que empieza el fuego elemental.»

«Estos seres animados, estos demonios están constituidos de tal modo, que no caigan sobre la tierra por su peso, ni se eleven por su ligereza hasta el fuego superior; se escapan á la vista del hombre á menos que no les ordenen los Dioses hacerse visibles, en atencion á que la materia de que se componen es tan resplandeciente, clara y sutil, que los rayos de la luz la atraviesan sin dejar señal de ello.»

«A diferencia de los dioses celestes, que son perpetuamente inmutables, y no experimentan dolor ni placer, ni tienen afecto ni aversion á nadie, los dioses intermedios ó demonios, aunque dotados de inmortalidad, participan de todos los afectos y pasiones de los habitantes de la tierra; la cólera los irrita, la piedad los enternece, se aplacan con las ofrendas, se mitigan con las plegarias, el desprecio los aleja y los atrae el respeto; por esto pueden definirse unos seres animados, cuyo espíritu es racional, y está sujeto á toda clase de impresiones, y cuyo cuerpo es aéreo y eterna su duracion.»

«En otro sentido se llaman demonios las almas libres de los lazos del cuerpo. Las que han vivido bien tienen cuidado de su posteridad, atienden al gobierno de las familias y mantienen en ellas la paz: entonces toman el nombre de lares ó demonios familiares. Las que han vivido mal no obtienen una morada fija, y con el nombre de larvas ó fantasmas están condenadas á andar errantes al acaso, asustando á los buenos y persiguiendo á los malos.»

«Por último, hay otros dioses de diversa especie y tambien en gran número, que superan en mucho á estos en dignidad y poder, habien-

(1) Proclo in *Plat. Cratyl.*, p. 75.—*Cf. in Alcibiad.*, I, 1, 10.
(2) *Περὶ τοῦ εἰληχότος ἡμᾶς δαίμονος. Enead.* III, 4.
(3) *In Plat. Phædr.* p. 93.
(4) Psello trató detenidamente estas cuestiones en su *Περὶ ὑεργεσιας δαιμόνων*

do estado siempre libres de las prisiones corporales.»

«En esta multitud infinita de genios sublimes pretende Platon que cada hombre tiene el suyo, árbitro de su conducta, siempre invisible, y testigo continuo no solo de sus acciones, sino de sus mas secretos pensamientos. Despues de la muerte este genio nos conduce á juicio delante de los Dioses, en donde es su deber reprendernos si en la defensa mentimos, jurar por nosotros si decimos verdad, y dar testimonio para autorizar la sentencia pronunciada.»

Los Neoplatónicos mas ilustres se mantienen fieles al objeto de Platon en la aplicacion moral de una doctrina por otra parte tan peligrosa, Plotino principalmente, que admitiendo el dogma de los demonios, no deja de poner impedimentos al principio de la libertad humana. Una prueba de esto es su tratado contra los astrólogos, tan lleno de ideas. Bien se sabe cuán perniciosa influencia ejercieron sobre la moralidad de los hombres de entonces los que se llamaban Caldeos, y qué imperio obtuvieron sobre los ánimos en todas las clases de la sociedad. Varios filósofos notables, como Panecio, Ciceron, Sesto y Favorino (1) emplearon toda su ciencia é ingenio para extirpar de raiz esta mala planta. Plotino intenta esto mismo en el libro que hemos citado, procurando demostrar que de las dos almas que existen en nosotros, la una que viene de la naturaleza depende verdaderamente de los astros y está sujeta á la fatalidad; pero la otra que procede de Dios es independiente de la fatalidad y de las estrellas, y basta para hacernos libres.

Mas aun en este punto de la emancipacion y purificacion de las almas las opiniones de los Neoplatónicos se dividen tambien. En general admiten la posibilidad de elevar el alma por grados hasta la divinidad, purificándola; por lo cual clasifican á los hombres entre sí como habian hecho con los demonios. El que posee el poder teúrgico, dice Psello (2), se llama padre divino, el que tiene el de la contemplacion hombre divino, el que tiene poder purificante es un hombre espiritual, y el que posee la virtud política un hombre de bien, un virtuoso (3). Olimpiodoro decia que no eran fieles á Platon los que transformaban el hombre en demonio, en ángel ó en dios (4). El mismo Psello no admitia una verdadera deificacion; sino que hablaba solo de una asimilacion, de una afinidad de alma con los espíritus puros. Jámblico en vez de aquella (5) reconocia casos en que el alma humana revestida de un rayo de luz suprema, se transformaba verdaderamente en ángel. Damascio procedió de otra manera, diciendo que el alma por un efecto del rayo divino, podia al fin llegar á ser deificada (6). Aquí lo mismo que en otros puntos los resultados de las especulaciones filosóficas se unian á aquellas purificaciones á aquellas transformaciones que en las ceremonias y en la enseñanza de los misterios se envolvian en el velo de los símbolos.

De este exámen rápido de la doctrina de los demonios y de los héroes se deduce que al través de las sucesivas modificaciones de la forma y expresion que sufrió esta doctrina entre los Griegos y Romanos, principalmente despues de haberse introducido el cristianismo, se ha seguido un mismo pensamiento, cual el fundamental y constante se deja ver en las creencias populares solo por medio de manifestaciones aisladas, mientras que en el dogma secreto y en las teorías de los filósofos ofrece mayor encadenamiento.

Véase á Creuzer *Simbolik. lib. VII.*

(1) Véase A. Gelio, *N. A.*, XIV, 1.

(2) *De omnifaria doctrina*, c. 55.

(3) *Θεοπάτωρ, θεῖος, δαιμόνιος, σπουδαῖος*. El primer nombre parece indicar que la gerarquía usada en los misterios de Mitras habia influido en semejante clasificacion.

(4) En su comentario sobre el Fedon de Platon. En el *Journal des Savans*, 1834-1835, Cousin hizo el análisis de los dos distintos comentarios de Olimpiodoro sobre el Fedon, en el segundo de los cuales se halla una clasificacion de la virtud mas ó menos análoga á esta de los hombres, y es en virtudes físicas, morales, políticas, purificadoras, contemplativas, ejemplares, y segun Jámblico, gerárquicas.

(5) *De myst. Ægypt.*, II, 2.

(6) *Θεοῦται*. *Cf.* Gale *ad Jambl.*

FILOSOFIA HELENO-JUDAICA.

NUM. XVI.

FILON.

Se refiere á la Narracion, lib. VI, cap. 30.

Filon se empeñó en probar á todos por medio del sistema alegórico que el códice de los Hebreos era la verdadera fuente de todas las doctrinas filosóficas y religiosas (1).

Para interpretarle de un modo acomodado á tan alta pretension, admite primero un sentido literal, por haber querido Dios, como dice, adaptarse á la débil capacidad de su pueblo. Pero este sentido que al principio se presenta al pensamiento del lector, no es realmente mas que para el vulgo, y el que ha meditado sobre la filosofía, el que se ha purificado con la virtud y elevado por la contemplacion á Dios y al mundo intelectual, sabe romper la cubierta grosera del sentido literal que oculta al vulgo las ideas mas sublimes é iniciarse en los misterios, de los cuales es solamente una sombra la enseñanza elemental ó literal. Aquí hay un hecho histórico, allí una imágen, mas lejos una palabra, una letra, un número, una costumbre ó la vision de un profeta, que esconden las verdades mas profundas que debe interpretar el que tiene la llave de la ciencia (2).

Sobre esta base se apoyan los tratados filosóficos y religiosos de Filon, apareciendo siempre en ellos las mismas ideas y las mismas observaciones. La fuente de donde saca todo lo que atribuye á los libros sagrados de su nacion, es la pretendida ciencia superior que, segun él, solo poseen los iniciados. Y si aun no emplea las voces *gnosis* y *gnósticos* en el sentido que se las dió poco despues en Egipto, su doctrina fue enteramente exclusiva y análoga á la que formaron mas adelante los Gnósticos. Así lo demuestra un pasage de su tratado *de los Querubines* (3): una ligera ojeada sobre él hará ver cuán semejante es al gnosticismo y hasta qué punto le preparó adhiriéndose al platonismo, del que tomó el sistema alegórico (4) que los Gnósticos, los Neoplatónicos, los Cabalistas y los doctores cristianos del primer siglo llevaron tan adelante.

El Ser Supremo, segun Filon, es la luz primitiva, el orígen de toda otra, de la que emanan innumerables rayos para iluminar las almas; es el alma del mundo y como tal obra en todas partes (5). Llena y limita todo su ser: sus potencias (6) y virtudes (ἀρεταὶ) colman y penetran todas las cosas: no tiene principio (ἀγέννητος), y vive del prototipo del tiempo (αἰών) (7).

Su imágen es el *logos*, mas resplandeciente que el fuego, supuesto que este no es luz pura (8). El *logos* no reside en Dios, porque en su inteligencia el Ser Supremo se forma los tipos ó las ideas de cuanto debe cumplirse en el mundo; es, pues, el vehículo por medio del cual Dios

(1) En su tratado sobre *que el mundo es incorruptible* insinúa con claridad que Aristóteles bebió en fuentes sagradas, lo que segun él significa que aprendió en el códice de los Hebreos. *Ἀριστοτέλης μήποτε εὐσεβῶς καὶ ὁσίως ἐπιστάμενος*. En el tratado *del juez* dice de un modo mas terminante: *τῶν παρ' Ἕλλησιν ἔνιοι νομοθετῶν μεταγράψαντες ἐκ τῶν ἱερωτάτων Μωσέως στηλῶν*, etc. Zenon se ve citado como imitador de Moisés en el tratado sobre *que todo hombre virtuoso es libre*: Ἔοικε δὲ ὁ Ζήνων ἀρύσασθαι τὸν λόγον ὥσπερ ἀπὸ τῆς πηγῆς τῆς Ἰουδαίων νομοθεσίας.

(2) *De los sueños.—Que Dios es inmutable.—De la confusion de las lenguas.*

(3) Despues de decir que por la mujer es necesario entender *alegóricamente* (τροπικῶς) los sentidos (αἴσθησιν), y que desentendiéndose de los sentidos se adquiere la ciencia, y despues de disertar mucho mas alegóricamente sobre algunas combinaciones citadas en el Pentateuco, exclama de repente: «Los hombres limitados se retiran con los oidos tapados. Nosotros transmitimos los misterios divinos á los que han recibido la sagrada iniciacion y á aquellos que practican una verdadera piedad y no están encadenados por un vano aparato de palabras ó por las preocupaciones de los Paganos» A esta exclamacion, semejante á la que precedia á la celebracion de los misterios, sucede otra enteramente mística apoyada en los ejemplos de Sara, Lia y Séfora para demostrar que las virtudes ni proceden de los hombres ni de sí mismas, sino que Dios las infunde y las hace nacer. Filon que se habia hecho cierta violencia para arrancarse á sí mismo esta revelacion, dirige despues á los que pueden entenderle las siguientes expresiones patéticas: «Oh iniciados, cuyos oidos están purificados, recibid esto en vuestra alma como unos misterios que no deben salir nunca de ella: no lo reveleis á ningun profano: escondedlo y guardadlo en vosotros mismos como un tesoro incorruptible, como si fuera oro ó plata, porque es mas precioso que cualquiera otra cosa, siendo *la ciencia de la gran causa, de la virtud y de lo que nace de la una y de la otra.* Y si encontrais á algun iniciado, suplicadle que no os esconda los nuevos misterios que puede conocer, y no pareis hasta que os los comunique. En cuanto á mí, aunque estuviese iniciado en los grandes misterios de Moisés, amigo de Dios, todavía habiendo visto á Jeremías, me ocurrió que este profeta no solo era un iniciado (μύστης), sino gefe de iniciados (ἱεροφάντης), y no vacilé en escuchar su voz.» *De los Querub.* No se puede manifestar mayor entusiasmo por la ciencia antigua y misteriosa de los Hebreos. La predileccion por Jeremías tambien es característica. Los Hebreos de Egipto algo zelosos y adversarios de los de Palestina, principalmente despues que el gran sacerdote Onias construyó el templo de Leontópolis, celebraban con particularidad á los sabios que como Jeremías habian estado en Egipto.

(4) Filon forma alegorías sobre Moisés, del mismo modo que Platon sobre Homero. *De rep.* II.

(5) *De los sueños*, p. 576.—*De la fabricacion del mundo*, página 2, 6, 39.

(6) Δυνάμεις, palabra adoptada por los Gnósticos para expresar la misma idea que Filon. Las *potencias* son espíritus diferentes de Dios, son las ideas de Platon hipostasiadas. *De los sueños*, p. 575. *De la conf. de las lenguas*, p. 344-49.

(7) *Que Dios es inmenso*, p. 289. *De la vida de Moisés*, I, página 612.

(8) *De la vida de Moisés. Ibid.*

obra sobre el universo y puede compararse con la palabra del hombre (λόγος προφορικός).

Siendo el *logos* el mundo de las ideas, el κόσμος νοητός, por medio del cual Dios crió las cosas visibles, es el θεὸς πρεσβύτερος relativamente al mundo, que aun cuando tambien es Dios, es un dios criado θεὸς νεώτερος. El *logos* considerado como el gefe de las inteligencias de quienes es representante, se llama arcángel, y considerado como tipo que representa todos los espíritus, aun los que animan á los seres mortales, se llama hombre tipo y hombre primitivo (1).

Solo Dios es sabio: toda sabiduría emana de él como de una fuente, siendo la sabiduría humana un reflejo é imágen de ella (2). La sabiduría puede llamarse madre de lo criado (3), de lo cual Dios es padre. Este se unió con σοφία ó la sabiduría, aunque no del modo que los hombres, y la comunicó el gérmen de la creacion con el que produjo el mundo material (4).

Aunque el mundo está formado segun las ideas ó tipos concebidos por el Ser Supremo, no puede suministrar el conocimiento de aquel Ser: puede solo preparar el espíritu para recibirle, pues el conocimiento propio es un don inmediato de Dios, siendo una especie de intuicion concedida solo á los que se desprenden de las cosas terrenas (5).

En este estado el hombre se hace digno de comunicaciones inmediatas, de irradiaciones por parte de Dios, ó de éxtasis que le transportan ante el Ser Supremo (6). Sin embargo, nadie es capaz de penetrar la naturaleza de este: solo puede conjeturarse que es análogo al espíritu humano relativamente al pensamiento, y á la materia solar relativamente á la sublime pureza de su esencia.

El mundo está compuesto de una materia bruta y desordenada, y fue formado en un tiempo dado, mientras que Dios es eterno (7). En el primer dia, esto es, en una época determinada, Dios crió el mundo ideal, despues hizo que sobre este tipo se formase el material por medio de su *logos*, que es su palabra, y que conviene distinguir del mundo ideal ó del archetipo del universo, y tambien de la sofía, cualidad, por no decir parte de su ser, que concibió los tipos. El *logos* es no solo criador, sino vicario del Ser Supremo; por su medio obran todas las potencias y atributos de Dios (8). Por otra parte, como primer representante del género humano, es defensor de los hombres y su mediador: en favor de ellos eleva sus súplicas al Padre del universo, los preserva de una degeneracion mas aflictiva, combate con las tinieblas, ahuyenta estas y mantiene la lucha entre ellas y la luz (9).

En cuanto al hombre que debia ser capaz de elegir y obrar el bien y el mal, no fue criado solo por el Ser Supremo: este no le dió mas que el alma ó la inteligencia que existia antes del cuerpo, y que él unió á este, como expresa el sagrado código, con la fórmula: *Dios echó su aliento sobre las narices del hombre.* Pero en el presente estado el alma humana posee un elemento que no es Dios, pues que se compone de un principio racional y de otro irracional (λογικὸν ἄλογον). Dios únicamente dió el primero que corresponde al *logos* y al νοῦς (inteligencia) (10): el otro principio irracional de las inclinaciones que producen el desórden θυμητικὸν y ἐπιθυμητικὸν), proviene de los espíritus inferiores (ψυχαί, λόγοι, δαίμονες) que llenan el aire, como ministros de Dios, y que son protectores de los hombres, pero que no tuvieron poder para obrar mejor (11).

Mas este cuerpo tomado de la tierra y este principio irracional poco digno de Dios son aborrecidos de él, y el alma racional que dió al hombre está como aprisionada en el féretro que la contiene (12). El estado presente del hombre es muy diferente del primitivo, en el que era imágen del *logos*. Una caida ocasionada por el deleite (13) le precipitó de su primera elevacion; mas puede levantarse combatiendo el mal, cuya existencia permite Dios solo para darle ocasion de ejercitar su libertad, y siguiendo las instrucciones de sofía y de los ángeles que Dios le envia para ayudarle á libertarse de las prisiones del cuerpo.

El pueblo de Israel descendiente de una familia que conservó puro el primitivo sacerdocio y la imágen de Dios impresa en el hombre, fue elegido por el Ser Supremo para darle su ley (14).

Las almas que se purifican con todos estos auxilios, se elevan á las regiones superiores para gozar en ellas una perfecta felicidad: las que perseveran en el mal, pasando de cuerpo en cuerpo, permanecen en la mansion de las pasiones y de los deseos perversos. Mas aquí conviene dejar hablar al poeta filósofo, pues se eleva tanto y da á su lenguaje tal sublimidad, que parece un nuevo Platon (15). Véanse sus palabras: «La region etérea no es un lugar deshabi»tado del universo, á manera de un inmenso de-

(1) *De la vida de Moisés*. 3, p. 672. *De la conf. de las lenguas*, p. 334. —*El que de las cosas divinas*, etc., p. 397.—Euseb., *Præp. evang*, XI, 15. Ideas tomadas de Platon, pero modificadas por el genio de Filon, y despues por los Gnósticos. Los talentos privilegiados toman prestado, no roban.

(2) *Del sacrif. de Abraham*, p. 141.

(3) Entre los Gnósticos σοφια es la madre de los siete espíritus creadores del mundo visible.

(4) *De la embriaguez*, p. 244.

(5) Ορασις. *De la fabricacion*, p. 15. *De la monarquia*, p. 16. «El que conoce á Dios solamente por la creacion, dice en otro lu»gar, le conoce por su sombra; pero el espíritu puro y perfecto »iniciado en los grandes misterios, no se halla limitado á conocer »la causa de las obras; se eleva sobre lo creado y recibe la reve»lacion del Eterno, de modo que le conoce en sí mismo, y en su »sombra el *logos*, el mundo.»

(6) Filon admite revelaciones por medio de los sueños, como todos los pueblos de Oriente. Del mismo modo las admiten los primeros Gnósticos.

(7) Filon se abstiene de decir que Dios crió primero la materia con que habia de formarse el mundo.

(8) Los principales entre estos seres ó atributos hipostasiados son la δύναμις ποιητική, κολαστική, βασιλική, etc.]

(9) *De la fabricacion*, p. 3, 6, 39. *De la agric.*, p. 195. Es el *Oromazes* de los Parsos y el *Christos* de los Gnósticos.

(10) El principio que comunica con Dios y con el *logos*: opinion adoptada por los Gnósticos.

(11) *De la emigrac. de Abraham*, p. 415. *De la conf. de las lenguas*, p. 346.—*De profug.*, p. 46.—*De eo quod*, etc., p. 180.—*De los sueños*, p. 572.- *De la fabricacion*, p. 31.—Filon toma ideas de Zoroastro y Platon, y despues de los Gnósticos.

(12) *De la emigr. de Abraham*, p. 389.

(13) Esta idea llegó á ser tan popular entre los Hebreos, que participaron de ella todos sus doctores; despues pasando á los padres de la Iglesia, fue comun entre los intérpretes del Génesis, aun entre aquellos que en los primeros capítulos de este quieren ver un mito mas bien que una historia.

(14) Filon no se atrevió á decir como hicieron los Gnósticos, que la ley fue dada á espíritus inferiores, mas les preparó el camino, desdeñando, como ellos hicieron, el sentido natural que ofrece.

(15) *De los sueños*, p. 586.]

»sierto, sino una ciudad poblada de ciudadanos »de alma inmortal é incorruptible, y tan nume»rosos como los astros del cielo. Algunas de es»tas almas mas vecinas á la tierra y mas apega»das á los placeres que esta ofrece, descienden »á ella para unirse á los cuerpos mortales que »aman (1): otras por el contrario se alejan de la »esfera terrestre para subir mas arriba, segun »el término fijado por la naturaleza; pero algu»nas vuelven á dejarse llevar del deseo de la »vida terrenal. Otras fastidiadas de las vanida»des de esta, huyen del cuerpo como de una »prision y se lanzan con alas ligeras á las regio»nes etéreas, donde cumplen el tiempo de su »existencia (μετεωροπολοῦσι τον αἰῶνα). Las mas puras »y mejores de todas llevadas de deseos mas pru»dentes, mas divinos y despreciando cuanto »puede ofrecer la tierra, se hacen ministros del »Dios Supremo, ojos y oidos del gran rey, vién»dolo y oyéndolo todo. Los filósofos las llamaban »*demonios*, y el sagrado código ángeles ó men»sageros divinos, nombre mas apropiado, pues »que traen á los hijos las órdenes del padre, »y llevan al padre las súplicas de los hijos; des»cienden á la tierra y se elevan á los cielos, »no porque el que lo sabe todo tenga necesidad »de advertencias, sino porque parece bien que »los mortales tengan mediadores é intérpretes »para que reverencien mas al árbitro supremo »de sus destinos.»

(1) Tal vez sacó esta idea de lo que el Génesis dice de la *union de los hijos de Dios* con las *hijas de los hombres*, en donde los místicos entendieron los ángeles.

Este conjunto de opiniones sobre que el Ser Supremo es un foco de luz, cuyas emanaciones penetran el universo; que la luz y las tinieblas, principios perpetuamente hostiles, luchan continuamente entre sí para arrebatarse el dominio del mundo; que este fue creado, no por el Ser Supremo, sino por un agente secundario que es su palabra, segun los tipos que son sus ideas, y con una inteligencia y una *sofia* que son sus atributos; que el mundo visible es imágen del invisible; que la esencia mas pura del alma humana es la imágen de Dios; que el alma existió antes que el cuerpo, prision ó sepulcro suyo; que se elevará á las regiones superiores cuando esté purificada de esta existencia; todo este cúmulo de opiniones, al que ciertamente no falta ni atrevimiento, ni belleza, fue transmitido por Filon á los Gnósticos. Es verdad que halló sus elementos en los sistemas de Zoroastro, de Platon y de Pitágoras, en los códices sagrados de los Hebreos y en las tradiciones ocultas de la Grecia y del Egipto; pero tambien lo es que formó con todo ello un cuerpo de doctrina superior á cuanto encontró. Filon no fue un simple compilador, ni adoptó á ciegas las opiniones agenas, sino que las modificó segun convenia á su sistema, por poseerlas, segun dice, en virtud de una ciencia superior, de una fuente universal de verdades, de la que las otras doctrinas pueden ser arroyuelos que manan de ella; mas en realidad no son mas que tributarios.

MATTER, *Hist. critiq. du Gnosticisme*, sec. *I*, c. 1.

NUM. XVII.

LA CABALA O TRADICION ESPECULATIVA DE LOS HEBREOS.

Segun muchos Cabalistas el mismo Dios enseñó la cábala á los ángeles despues de la caida de Adan; el ángel Raziel transmitió al primer hombre sus verdades y misterios principales, y de este modo tuvieron conocimiento de ella los patriarcas. Moisés la aprendió en el desierto y penetró hasta la puerta cuadragésima nona.

La ciencia de la cábala se divide en especulativa y práctica: la última es un cúmulo de supersticiones á propósito para hacer y obtener prodigios; la primera se subdivide en artificial ó simbólica, natural ó dogmática y real. La cábala artificial se vuelve á dividir en *gematria*, *notaricon* y *themoura*. La gematría (corrupcion de *geometría*) indica por medio del valor de los números el sentido oculto de las palabras y de las relaciones que existen entre ellas. Por ejemplo, en Zacarías III, 8 se lee: *Ecce enim ego adducam servum meum Orientem*. La palabra hebrea traducida en la Vulgata por *Orientem*, se compone de tres letras:

צ tsade, que vale. .	90
מ mem.	40
ח chet.	8
	138

La palabra hebrea que significa *consolador*, uno de los nombres del Mesías es en hebreo *menachem*, cuyas letras dan la misma suma, esto es:

מ mem, que vale. .	40
נ nun.	50
ח chet.	8
ם mem.	40
	138

El valor mumeral idéntico de las dos palabras, muestra á los Cabalistas que en este pasage se trata del Mesías. Asi la palabra *vino* (iiain) y la palabra *secreto* (sod) dan el mismo valor de 76, de donde se deduce que el vino hace descubrir los secretos. En el Exodo XXXIV, 14 se halla escrito: *Noli adorare Deum alienum*. *Alienum* se dice en hebreo *acher*, palabra compuesta de tres letras:

א aleph, que vale. .	1
ח chet.	8
ר resc.	200

El gran valor numérico de la última letra respecto de las anteriores indica la gravedad del pecado de la idolatría.

El notaricon (nombre derivado de *notarius*) consiste en notar las primeras ó las últimas letras de cada palabra de una frase para descubrir su sentido oculto. Abraham dijo á su hijo en el acto de sacrificarle: *Deus providebit sibi victimam holocausti fili mi* (Génesis XXII. 8.). Las palabras hebreas que corresponden á las tres primeras empiezan por aleph, jod, lamed, que unidas formarian la voz *ail*, que en hebreo quiere decir carnero, y en efecto el carnero se halla indicado en el versículo 13.

Pertenecen al notaricon las palabras artificiales, sin sentido propio, destinadas á conservar en la memoria muchas voces ó una palabra entera: asi en el estandarte de los Macabeos estaban escritas las cuatro primeras letras de las palabras que expresan: *¿Quién es semejante á tí entre los fuertes?* A veces para abreviar los nombres compuestos de muchas palabras, se reunen las iniciales de cada una de estas, como las que forman el nombre del rabino Mosche Ben Maimon se reducen á la voz *Rambam*, y asi se indica Moisés Maimonides.

La themoura ó *permutacion* cambia de lugar las palabras y frases para obtener otro sentido, como en los anagramas.

La cábala dogmática se divide en ciencia de la *mercava* y de la *beresith*. Esta última trata del mundo sublunar, esto es, de los fenómenos: la mercava del supralunar, esto es, de la teología y metafísica. Las explicaciones de la mercava son muy variadas y oscuras.

Los *sephiroth* son diez nombres ó atributos de Dios que componen el árbol cabalístico, á saber: 1.° la corona, 2.° la sabiduría, 3.° la inteligencia, 4.° la magnificencia ó la misericordia, 5.° el valor, 6.° la belleza, 7.° la victoria, 8.° la gloria, 9.° la base y 10.° el reino. Estos nombres están dispuestos de modo, que los superiores afluyen á los inferiores por medio de veinte y dos canales. Asi de la corona salen tres canales, de los que uno corre hácia la sabiduría, el segundo hácia la inteligencia y el tercero hácia la belleza, habiendo ademas un cuarto que hace comunicar la sabiduría con la inteligencia. Mas arriba de la corona se halla el mundo archetipo y angélico.

Cerca del cuarto canal están colocados los treinta y dos senderos de la sabiduría y las cincuenta puertas de la luz, por las cuales se llega á la sabiduría suprema y á la luz, que es Dios. Moisés no pasó de la cuadragésima nona, Josué solo llegó á la cuadragésima séptima y ni aun Salomon pudo obtener que se le abriese la quincuagésima.

El quinto canal conduce de la sabiduría á la misericordia y contiene las aguas de la bondad divina.

El sexto va de la sabiduría á la magnificencia ó la misericordia, de donde salen treinta y cinco principios de misericordia.

El séptimo de la inteligencia á la belleza, y contiene los fuegos de la justicia divina y del juicio.

El octavo de la inteligencia al valor, y salen de él treinta y cinco principios de severidad.

El nono conduce de la magnificencia al valor. Debajo del cauce de este canal está colocado el mundo de los astros.

El décimo comunica la magnificencia con la belleza, y cerca de él se encuentran los setenta y dos principios de equidad.

El undécimo va de la magnificencia á la victoria, y de él se derivan los doscientos cuarenta y ocho preceptos afirmativos de la ley.

El duodécimo del valor á la belleza, y á su lado se encuentran las setenta y dos potencias del medio.

El décimo tercero corre del valor á la gloria y de él se derivan los trescientos sesenta y cinco preceptos negativos de la ley.

El décimo cuarto va de la belleza á la victoria.

El décimo quinto de la belleza á la base.

El décimo sexto de la belleza á la gloria.

El décimo séptimo de la victoria á la gloria, y debajo de él se halla el mundo de los elementos.

El décimo octavo de la victoria á la base.

El décimo nono de la victoria al reino.

El vigésimo de la gloria á la base.

El vigésimo primero de la gloria al reino.

El vigésimo segundo de la base al reino.

En general el nombre de cábala despierta la idea de una especie de magia, á la cual condujeron las especulaciones de los filósofos cabalistas. El que desciende á estas particularidades encuentra una multitud de absurdos sin fundamento, y por consiguiente indignos de ocupar la atencion de un filósofo. Nosotros nos limitaremos á exponer sus principios generales y las formas de que fueron revestidos, porque se dan la mano con las teorías de los Orientales relativas al modo de ser producidas unas deidades por otras, y con las de Pitágoras y de Platon, segun habian sido reproducidas por las escuelas eclécticas del período alejandrino.

Explicaban, pues, la unidad y el desarrollo del universo por medio de una inmensa circulacion. Un artista, al ver una estátua de bronce, no contento con raciocinar sobre sus proporciones, quiere considerarla aun en el estado de fusion en que se encontraba antes de llegar por los canales al molde en que quedó modelada (1). Del mismo modo los Cabalistas, cuando observan el universo, quieren conocer cómo era cuando se hallaba en estado de fusion, es decir, cuando era una sustancia incomprensible al hombre, sin límites determinados.

Esta sustancia es el *Or Hœnsoph*, luz de lo infinito, pura, brillante y divina: *ensofica* en un principio, lo llenaba todo y era en todas sus partes idéntica; pero incluia en sí la virtud de producir exteriormente un número incalculable de atributos y de propiedades. Por medio de esta virtud se verificó la creacion. (*Scito, quod antequam emanarent emanantia, et creata essent creata, lux suprema extensa fuerit plenissima, et impleverit omne, adeo ut nullus daretur locus vacuus in notione lucis, nullumque spatium inane, sed omnia essent plena luce illa infiniti hoc modo extensa, quæ una quadam et simplici æqualitaite ubiques ibi erat similis.*—Rabbi Isrhak, *Introd. metaphys ad Kabalam denudatam.*)

¿Pero cómo se formó el lugar (*makom*) ó espacio destinado para servir de teatro á la creacion? La sustancia ensófica que no dejaba espacio á nada mas que á su propia naturaleza, verificó sobre sí misma dos movimientos. Uno que era de contraccion, se efectuó en su seno y produjo un inmenso vacio orbicular, en el cual quedaron á diversas distancias puntos luminosos para denotar el lugar preciso de los mundos futuros. *Illo tempore omnia plena erant luce substantiæ ejus, qui benedictus sit!... Dimensus est æstimatione sua, latitudinem et longitudinem circuli cujusdam evacuandi, intra substantiam suam, quæ benedicta sit! ubi foret statio mundorum. Illamque lùcem, quæ erat intra circulum hunc, compressit, complicavitque... atque sic relictus est locus prima luce vacuus. Non tamen omni modo evacuatus est locus iste luce sua; vestigia enim lucis primæ in loco superstitebant... Et hoc est mysterium illud quod scriptum est in Exodo, XXXIII*, 21, Ecce locus mecum. *Sic comentati sunt sapientes nostri bonæ memoriæ; ipse Deus est locus mundi, non vero mundus est locus ejus.* —Rab. Naphtali Hirtz, *Vallis regia, seu introduct. in lib.* Zohar; *Kabal. denud.*)

Creado asi el teatro del universo, se efectuó un nuevo movimiento contrario al primero, es decir, de expansion, el cual volvió la sustancia ensófica al espacio orbicular que habia quedado vacío. De la circunferencia de este espacio partió una enorme ola que con su rápido movimiento formó el primer canal de la circulacion interior. (*Produxit igitur infinitum illud lineam quamdam e luce concavi sui, a summis partibus deorsum vergentem, illamque derivavit atque demisit intra spatium modo dictum... adeo ut deflectat ad figuram circularem, orbemque illico constituat... Atque sic actum est hic: primum compressit sese lux et orta sunt vasa; mox vero iterum affluxit linea lucida, ut illa illustraret.* —Rab. Isrhak, en la obra citada.)

Mas si la sustancia divina se hubiese limitado á circular en un solo canal, hubiera permanecido siempre idéntica á sí misma y no hubiera producido nada exteriormente. Así, pues, del mismo modo que los Pitagóricos atribuian á la unidad el poder de componer los números, los Cabalistas dicen que la sustancia primitiva puede multiplicarse y dividirse á sí misma por decenas. Las diez facultades ó potencias inherentes á su propia naturaleza son los sephirot citados, y por su medio deben manifestarse las variaciones externas. (*Dici sephirot divinas perfectiones, neque etiam esse distinctas creaturas, sed tan-*

(1) Véase la nota G al tomo I de Salvador, *Jesus-Christ et sa doctrine, histoire de la naissance de l'Eglise, de son organisation et de ses progrès pendant le premier siècle.* Paris, 1838.

tum emanationes quasdam essentiæ conjunctas, perinde ut radii solares cum sole, flammas cum prunis ardentibus... Abraham pater noster vocavit eas sephirot; quasi ut saphirus omnes colores recipit, sic Deo omnes formas, benedictiones, emanationesque tribuit, ita tamen ut hææ omnia summam Dei unitatem prædicent.—Rab. Moses, *ad lib.* Jetsirah, *comment*).

Cada uno de ellos y sus emanaciones tenian la propiedad fundamental de descomponerse en décadas, del mismo modo que diez decenas forman una centena, y diez centenas un millar. (*Hæc quoque causa est cur tot sephiras sephirarum faciant Cabalistæ, et quamlibet sephiram sephirarum denarium in se habere dicant et sic in infinitum.*—Rab. Cohen Irira. *Porta cælorum*: *Kabal. denud*).

La enorme ola de la sustancia ensófica que de la circunferencia del espacio orbicular se habia lanzado al centro de dicho espacio, habia dejado emanar de sí misma un gran número de canales secundarios que se dividian y subdividian sin interrupcion.

Por medio de esta multitud de emanaciones (*oroth*) y canales (*kelim*), y de sus cruzamientos, la materia ensófica llenaba nuevamente el espacio que habia dejado vacío con su contraccion; pero le llenaba con condiciones diversas de su primera inmovilidad, es decir, moviéndose y desarrollando todas las propiedades, potencias ó resplandores, cuyo último resultado era producir el universo y todos los mundos que le componen. (*Omnia quæ sunt, tam corpori et materiæ innexa, quam ab hac separata, considerantur ut unumquid. Quamvis enim differant modis variis gradibusque, item generibus, proprietatibus, accidentibus, quoad entitatem attamen non sunt separata, quia omnia et singula sunt entia entium, propagines quodam modo coordinatæ, adeo ut quamvis mutentur naturæ atque conditiones eorum, semper tamen retineant statum essendi, ob quem sunt unumquid.*—Rab. Cohen Irira, en la obra citada).

Moisés habia dicho que el alma y la vida de toda carne está en la sangre; y esto lo acomodaron los Cabalistas á todo el universo, ideando una fisiología tosca de mundo personificado, y haciendo circular en él á modo de sangre una esencia infinita y divina.

Por eso Burnet dijo que la cábala tiene por objeto principal hallar el orígen de las cosas partiendo de una esencia suprema; su emanacion de una causa primera se ocupa de la gradacion de estas cosas desde las regiones mas elevadas á las ínfimas, haciendo, segun lo exige la necesidad, intervenir mundos, sephirot, potencias, personas, luces, rayos, puertas, vasos, canales, cubiertas y otras condiciones semejantes. (*Kabalam realem tractare potissimum de rerum originatione et gradationibus, sive de modo productionis a summo ente, aut profluxu rerum a prima causa, et earumdem rerum gradibus et descensu a summis a prima; atque hææ per suos mundos et sephirot, potentias et personas et portas, per sua lumina et radios, et vasa et receptacula et cortices, aliosque modos extulisse.*—*Archæol. philos.*, cap. VII.

Procuraremos indicar rápidamente la primera consecuencia de esta hipótesis: el principio, segun el cual explicaban la existencia de la materia y las malignas influencias de esta vida, y pasaremos despues á sus aplicaciones religiosas y morales.

Cuanto mas en línea recta viene de su fuente la materia circulante, tanto mas próxima á ella queda y tanto mas rica es en propiedades: al contrario cuantos mas mundos diferentes atraviesa, y cuanto mas se aleja de su foco con la multitud de sus giros, tanta mas luz, pureza y fuerza pierde.

Adaptando todo esto á las ideas de cosmografía que estaban entonces en boga, admitian los Cabalistas cuatro clases de mundos concéntricos, cuya espiritualidad iba decreciendo hasta el nuestro, que era el ínfimo, y al cual llegaba la sustancia ensófica privada de sus propiedades mas sublimes, y como un residuo, constituyendo lo que perciben nuestros sentidos con el nombre de materia. Entonces era cuando nacian de ella un gran número de influencias malignas, dotadas de personalidad con el nombre de demonios ó *klipot*. El desarrollo de estos bastaria á sofocar desde lejos todo principio de bien, si la misma sustancia ensófica no descendiese entre nosotros por canales tan directos, que no se despoja de su pureza, ni de su vigor al atravesar los mundos superiores. En este estado constituye las inteligencias y potencias de la tierra, los espíritus vitales y animales, y los humanos y divinos; imprime á toda la naturaleza un movimiento de ascension, la espiritualiza de nuevo y la permite volver á adquirir sus primitivas cualidades.

Y continuando en su inexacta comparacion con la organizacion humana, decian que del mismo modo en esta la sangre al salir del corazon está llena de vida y de partículas nutritivas; pero á medida que nutre los varios órganos y recorre las innumerables sinuosidades de tantos millares de canales, las va perdiendo y al llegar á los últimos límites de su carrera, no produciria mas que efectos nocivos, si una sangre pura no fuese llevada casi en línea recta á las partes mas remotas del centro comun, la cual da á estas la fuerza necesaria para desembarazarse de la sangre condensada y rechazarla á donde experimente una nueva restauracion.

Respecto á la moral y á la religion se enseñaba en aquella hipótesis que el hombre debe hacer todo lo posible para disminuir con la fuerza de su pensamiento y la santidad de su alma el intervalo que le separa del foco supremo, esto es, de Dios, y llegar á ser vaso de eleccion, capaz de atraer á sí y comunicar á otros los rayos de la esencia ensófica, directamente venidos de lo alto y dotados de las cualidades mas espirituales y puras.

Ademas de las treinta y dos puertas ó diversidades de accion asignadas á la inteligencia, los Cabalistas admitian cinco almas en lugar de una, ó mas bien cinco potencias ó desarrollos del alma, que se acomodaban á la naturaleza de las cuatro clases concéntricas de los mundos y á la materia ensófica, extendiéndose desde la

existencia enteramente física del individuo hasta el grado de elevacion en que este se identifica con el mismo Dios.

No contentos los Cabalistas con representar el conjunto del universo bajo la figura de Adan, le figuraban tambien con el árbol de la vida del jardin de Eden, y con la vid metafórica de los profetas, cuyas raices se bañaban en la fuente de la sustancia infinita, esto es, en la materia ensófica; sus troncos y sus ramos eran canales de emanacion, y las hojas y los frutos indicaban la diversidad de los seres y de los mundos.

Del mismo modo que los números de Pitágoras, las emanaciones especulativas de la cábala dieron lugar á abusos extraños y á aplicaciones teúrgicas. En el estilo de los libros santos y en la forma y disposicion de alguna palabra ó letra de aquellos libros decian que se debia hallar alguna razon poderosa que estuviese en relacion con las leyes segun las cuales su autor habia creado y distribuido la obra universal. (*Ipse infinitus radiando et corruscando effecit puncta. Puncta vero cuncta combinavit invicem donec fierent licteræ ad similitudinem imaginemque, quibus decreta sapientiæ proposuit benedictus... Postmodum vero combinavit singulas alphabeti literas cum literis omnibus... Unde in libro Jetsirah dicitur*: «*Libravit eas, combinavit eas, mutavit eas: aleph cum omnibus et omnes cum aleph; beth cum omnibus et omnes cum beth...*» *Et nisi in mundo primo aliquid fuisset, judicii litteræ non apparuissent, quonian ipsis non fuisset determinatio.*—Rab. Naphtali Hirtz, en la obra citada.

Ademas de esto, como todos los Orientales, imaginaban cadenas de cosas que saliendo de la tierra llegaban hasta el cielo, y á cada palabra y á cada número aplicaban la idea de una parte del cuerpo, de una planta, de un mineral, de un animal, de un vicio, de una virtud, de una desventura ó de una prosperidad, de un astro, de una estacion, de un demonio ó de un ángel. Cambiando y combinando las palabras, los números y los objetos sensibles de estas varias cadenas ó series, creian producir una agitacion simpática, que se correspondia en todos los elementos de que estaban compuestas. De aquí se originó entre otras cosas el arte de los encantos, de los talismanes y de operaciones que se creyó producian efectos milagrosos.

Se tiene por muy antiguo el uso de estas especulaciones y de las prácticas que de ellas se derivan. Los Hebreos decian que los que se dedicaban á estas trataban de conocer á Dios en la obra de *beresith*, esto es, de la generacion, ó de la creacion visible, y que los sectarios de las tradiciones especulativas querian conseguirlo en la obra de la *mercava*, ó del carro misterioso de Ezequiel, esto es, en la parte de la creacion que la debilidad de nuestros sentidos no puede alcanzar, porque está compuesta de la misma esencia y se halla constituida segun las mismas leyes de la precedente.

El rabino Akiba Gepher en el *Jetsirah* ó libro de la creacion, dejó escritas, por primera vez, segun se cree, algunas de las teorías misteriosas que solo se transmitian de viva voz. Habiendo muerto en el año 138, en la insurreccion de Barcochebas, Simeon Bar Jocai, su discípulo, adquirió mayor fama por el libro intitulado *Zohar*, ó esplendor, y que es uno de los mas oscuros y embrollados. En la edad media la cábala tuvo mucha influencia en las ciencias, descubriéndose sus huellas mas tarde en Paracelso, Fludd, Van Helmont y Bohme. Tennemann quiere que Raimundo Lulio sacase de la cábala su creencia de la identidad de Dios y de la naturaleza; pero dudamos que fuese esta la opinion del filósofo mallorquin, el cual fue un apóstol tan celoso del cristianismo. Pico de la Mirándola hizo revivir la cábala, y él fue quien dió este nombre al conjunto de tales doctrinas, y en virtud de su ingenio y del de Reuclin, la cábala excitó el interés general, y llamó la atencion de los eruditos. Cornelio Agrippa la admiró en un principio, despues dudó de ella, como de todo lo demás. Guillermo Postel, Pistorio y otros se ocuparon de ella sin contribuir á sus progresos. Justiniano de Voysin tradujo en 1651 algunos fragmentos del *Zohar* relativos á la naturaleza del alma. El P. Kircher solo conoció Cabalistas modernos, los que en su mayor parte se atuvieron á la letra muerta y á símbolos vacíos de sentido.

El trabajo mas importante fue la *Kabala denudata* de Cristiano Knorr, baron de Rosenroth, impresa en Francfort en los años de 1677 á 1683 en 3 tom. en 4.° de 2,600 páginas. El autor reunió en esta obra muchísimos escritos preciosos, entre los que figuraban principalmente los tres fragmentos mas antiguos del *Zohar*, traducidos fielmente: ademas análisis extensos, muchos extractos, tratados enteros de Cabalistas modernos, un diccionario de materias y otro de las palabras mas notables. Copió tambien en ella muchos pasages del Nuevo Testamento para confrontarlos con las doctrinas cabalísticas, queriendo ponerlas en armonía con el cristianismo. Aunque este libro no es en realidad un tratado de cabalística, sino mas bien una coleccion de materiales, hizo que dicha materia cesase de considerarse como una ciencia oculta y que ocupase un puesto en la filosofía, en la filología y en la teología racional. Tambien son importantes el *Diccionario histórico de autores hebreos* de Rossi y la *Bibliotheca magna rabbinica* de Bartoloeci.

Wachter en su *Spinosismus in Judaismo* admira tanto la antigua cábala, como desprecia la nueva. Brucker fue el primero que asignó á esta un lugar en la historia de la filosofía, aunque valiéndose para ello de las disertaciones del rabino portugués Abraham Cohen Ferreira. Otro tanto hicieron Tennemann y Tiedemann. Freystadt en el *Kabalismus et Pantheismus* (Königsberg, 1832) se propuso la extraña tesis de que no hay semejanza entre el panteismo y el sistema de la emanacion seguido por los Cabalistas. Despues del señor Tholuck vino el profesor Frank *La Kabala ó la Filosofía religiosa de los Hebreos* (París, 1843) manifestando la relacion que existe entre los antiguos Cabalistas y los Panteistas de hoy, aunque estos pueden muy bien no haber deducido directamente nada de la cábala.

cero y cuarto viaje por asuntos de comercio; aquel con su tio y tutor á Schorisc Hawasche, ciudad distante de la Meca seis jornadas, á Mediodía hácia el Yemen; este con Meisere, esclavo y agente de la hermosa y rica Cadiga, hija de Choweiled, la cual se ocupaba en especulaciones mercantiles. Mahoma no la conocia aun de vista. Su tio y tutor le habia aconsejado unirse á la gente de Cadiga en el difícil viaje á Siria, pues asi muchos se habian ya enriquecido. Cadiga se alegró, declarando que queria dar al hijo de Abdallah el doble de la ganancia ordinaria que dejaba á los demás. En el camino, Meisene se quedó atrás con dos camellos que se habian puesto cojos; y Mahoma tuvo la atencion de retroceder, y vendar él mismo el pié de los camellos. En el convento de Bosra no encontró ya á los monjes Sergio y Bahira, que le recibieron con tanta hospitalidad en su primer viaje; pero halló en su lugar al monje Néstor; y la leyenda imaginó tambien esta vez dos milagros, el del pabellon que estendió una nube sobre el árbol que cubria con su sombra á Mahoma; señal que le dió á conocer á Néstor como profeta; y el de los ángeles que desplegaban sobre su cabeza las alas para resguardarle del sol (1). Cadiga, desde su ventana, le vió entrar con la caravana en la Meca; y alegrándose de su vuelta, le concedió, segun habia ofrecido, el doble de la ganancia que tocaba á sus demás agentes.

Cadiga, hija de Choweiled, dos veces viuda, la primera de Aatik Ben Ais, la segunda de Abu Ale en Nebasck, á cada uno de los cuales habia parido un hijo y una hija, descendia de Abdol-Osa, uno de los dos hijos que, ademas de Abdol-Menaf, tuvo Kossa, cuarto abuelo de Mahoma, con quien principia esta biografía. Rayaba en los cuarenta, y de consiguiente era bastante madura para poder juzgar de su pariente lejano, jóven de veinte y cinco años, distinguido por su belleza y por su ingenio. Hizo que su confidenta Nefise le ofreciese su mano, y aceptada con placer por Mahoma, Abu Talib, su tio y tutor, profirió la fórmula del matrimonio. «Loor á Dios que nos hizo nacer de la estirpe de Abraham, de la tribu de Ismael; que nos encargó la custodia de la santa casa, eligiéndonos por sacristanes del santuario; que nos ha cubierto la casa y defendido el santuario; que nos concedió el dominio sobre los hombres. Mahoma, mi sobrino, hijo de Abdallah, supera en virtud á todos los Coreischitas; pero tiene pocos bienes de fortuna, que no son por otra parte mas que fugaz sombra. Mahoma, cuya parentela os es conocida, ha pedido en matrimonio á Cadiga, hija de Choweiled, prometiéndole lo que posee. Esta es para con Dios una gran noticia y un importante asunto.» Tomó entonces la palabra Werka, hijo de Naufil, hermano de Cadiga ó su próximo pariente: «Loor á Dios que nos colocó como habeis dicho, que nos adornó como jefes de lós Arabes y sus caudillos; y vos poseeis todas estas prerogativas. La tribu no niega vuestras grandes cualidades; ningun hombre impugna vuestra gloria y nobleza, y deseamos asociarnos á ellas. Apelo al testimonio del comun de los Coreischitas reunidos, en prueba de que caso á Cadiga, hija de Choweiled, con Mahoma, hijo de Abdallah por cuatrocientos dineros.» Abu Talib añadió: Lo acepto, y apelo tambien al testimonio del cómun de los Coreischitas, en prueba de que uno en matrimonio á Mahoma, hijo de Abdallah, con Cadiga, hija de Choweiled (2).» Terminada la ceremonia, Cadiga desplegó ante Mahoma un hermoso vestido teñido con azafran, y empezó el banquete.

Todas las historias y leyendas guardan silencio sobre los primeros diez años del matrimonio; y Mahoma, mientras duró su union con Cadiga, aunque esta le llevaba quince años, no tuvo otra mujer ni concubina. Á ella pertenece, con preferencia á sus demás esposas, el grandísimo mérito de haber formado su felicidad doméstica; y solo el ciego espíritu de partido de los Siitas pudo hacerle tomar á Ayesa, la mas jóven, y que fue causa de muchos disgustos. Todas las historias y leyendas nombran como las primeras mujeres del mundo á María, hija de Amram, y á Asia, hermana de Yazaon, antes del islamismo; y desde la aparicion de este á las dos esposas de Mahoma, Cadiga en primer lugar, y Ayesa en último. Los únicos acontecimientos que mencionan las historias en el quinto año del matrimonio de Mahoma, trigésimo de su edad, son los nacimientos de tres hombres importantes en la vida del Profeta; á saber: Alí, hijo de Abu Talib, su futuro yerno, y su cuarto sucesor como califa; Moavia, hijo de Sofian, que sucedió á Alí en el califato, de la familia de los Omeyas; y Moas, hijo Schebel.

Cinco años despues, los Coreischitas reedificaron la santa casa de la Caaba, destruida por un torrente de lluvia. Todos los nobles llevaban piedras, arrojando á un lado los mandíles. Mahoma, á quien su tio Abbas mandó hiciese lo mismo, oyó de repente gritar: ¡*Mahoma, cubre tus vergüenzas*! y desde entonces no se le vió mas nunca desnudo. Tal es, en el islamismo, el orígen de la rigurosa prohibicion acerca de las partes pudendas, que, en caso preciso, se permite tocar, pero no mirar (3). Los Musulmanes consideran aquella voz como el primer indicio de la revelacion, y precursor de la inspiracion divina; pero sin recurrir á milagros, puede esplicarse por la voz de un amigo bien intencionado, que aconsejaba al Profeta cubriese lo que podia dar materia á risa; y es natural que despertándose con aquel accidente en Mahoma el sentimiento del pudor, no volviera en la vida á descubrir sus partes, prohibiéndolo tambien á todos los Musulmanes.

Las tribus de la Meca se habian repartido la fábrica de las cuatro paredes de la Caaba; pero, al fin de la obra, se suscitó una grave disputa, que estuvo á pique de ensangrentarse, para saber á cuál debia tocar el honor de poner en la pared (á la izquierda de la puerta) la santa pie-

(1) Estos milagros se refieren como hechos corrientes, no solo en todas las biografías de Mahoma, sino tambien en los primeros historiadores, tales como Abulfeda y Mirchuand.

(2) Chaucis. fol. 176. Werka dice *Sevedschtu*, y Ebu Talib *Enkehtu*: aquel comprende la idea de la union social, este la de la union conyugal.

(3) Ibrahim Alebi, p. 45.

dra negra. Los Beni Abdeddar y los Beni Ada estaban resueltos á perder la vida antes que renunciar á sus pretensiones á tal honor, é hicieron circular un plato lleno de sangre, que les valió el sobrenombre de Lame-sangre. Por consejo de Hodaif, hijo de Moghaire, uno de los principales entre los Beni Coreisde, convinieron en tomar por árbitro al primero que entrase al amanecer por la puerta de *greco*, llamada entonces *de la vejez*, y hoy *de la salud*, sometiéndose á su sentencia. Fue Mahoma, por cuya decision, cuatro delegados de las cuatro partes tomaron cada uno un estremo del paño, sobre el que se elevó la santa piedra negra hasta el lugar correspondiente, introduciéndola allí Mahoma en la pared. En aquella ocasion apareció por la vez primera el viejo de Nosdch, y los Musulmanes, como nadie le conocia, le tuvieron despues en el concepto de Satanás. Burlóse de los Coreischitas porque habian confiado á un jóven de treinta y cinco años (1) obra de tanta importancia, y poco faltó para que esta burla produjese la guerra civil.

Poco mas sabemos de los cinco años siguientes hasta la manifestacion de la mision profética y la revelacion de los primeros versículos del Coran: sabemos tan solo que Mahoma pasó la mayor parte del tiempo en contemplacion ú orando en una gruta del monte Heran, cerca de la Meca. Los ulemas disputan sobre si el Profeta, antes de su mision, oró en voz alta ó baja, y sobre el libro, entre los que le fueron enviados por el cielo, á que se conformó en sus ejercicios de devocion. Los mas convienen en que siguió la doctrina de Abraham, de quien el Coran afirma tantas veces que fue *Hanif* y *Moslim*, es decir, *adicto á la verdadera religion y sumiso á la voluntad de Dios*. «¿Y quién es el que no abraza la religion de Abraham, teniendo cabal el sentimiento? Le escogimos en este mundo, y en el otro está á su derecha entre los justos. Cuando el señor le dijo: *Conságrate á tí mismo*; respondio: *Me consagro al Señor de los mundos.* Abraham no era ni hebreo ni cristiano; seguia la verdadera religion, obedeciendo la voluntad de Dios (*Kanif*, *Moslim*). Seguid la secta de Abraham, porque no era de los que suponen compañeros á Dios. Seguid la doctrina de Abraham, el cual seguia la verdadera fe (Hanif) y Dios le tomó por amigo (2).»

Siete pasajes del Coran, en que se repite que Abraham profesaba la verdadera religion y obedecia la voluntad de Dios, no dejan duda de que Mahoma, tan pronto como fijó sus ideas religiosas y antes de salir al campo como anunciador de la doctrina del Dios uno, habia decidido seguir la doctrina de Abraham, como la del que reconocia un solo Dios, criador del cielo y de la tierra; resultando que las conversaciones que pudo haber tenido con los monges cristianos Sergio, Bahira y Néstor, y con el monge ocu-lista Ebi Aamir, le indujeron mucho menos á inclinarse al cristianismo, que la Biblia á la religion de Abraham.

Seis meses antes de que le fuesen revelados los primeros versos del Coran, le asaltaron sueños y oyó voces oscuras, que le parecia pronunciaban su nombre; precursores síntomas de su mision profética. Los Musulmanes creen que la revelacion se anuncia, no solo por mensaje de los ángeles, sino tambien por voces de la naturaleza y sueños.

Finalmente, al cumplir los cuarenta años, se le apareció Gabriel con los versículos que están al principio del cap. XCVI: «¡Lee en nombre de tu Señor que te creó, que creó al hombre con la sangre coagulada! ¡lee, y honra á tu Señor, segun su mandato! Él enseñó á escribir por medio de las plumas, y enseñó al hombre lo que no sabe.»

Aunque aquella espresion de Mahoma acerca de sí mismo: *Soy uno del pueblo* (3), la han traducido muchos: *Soy un idiota*; deduciendo de ahí que no sabia leer ni escribir, sin embargo, de las mejores fuentes de la historia del Profeta resulta lo contrário. Dicen no obstante, que en su juventud no aprendió á leer ni á escribir, sino despues por sí solo en la gruta del monte Hara; y los mismos versículos del Coran precitados testifican una maravilla, pues Gabriel le manda leer, é inmediatamente despues pasa á hablar de las plumas con que Dios ha enseñado al hombre lo que no sabia; de suerte que las primeras palabras de la mision profética de Mahoma aluden á la lectura y la escritura. Con el afan del primer acceso de la inspiracion divina, fue Mahoma trémulo á su casa y llamó á Cadiga: ¡*Envuélveme, envuélveme*! ¡*temo por mi alma*! Cadiga cubrió con ropas y mantas á su marido que, segun parece, habia sido atacado de convulsiones; entonces le fue revelado el capítulo que lleva por título el *Encubierto*, y empieza con los siete versículos siguientes: «¡Oh encubierto! levántate y predica; glorifica á tu Señor, limpia tus vestidos de toda suciedad, y evita toda abominacion!» Algunos espositores del Coran opinan que estos, y no los que principian: *Lee en nombre*, etc., fueron los primeros versículos revelados. Tampoco convienen en el dia y el mes en que Gabriel le llevó la primera mision; cuando sobre esto no deberia haber duda, pues que en el mismo Coran se dice claramente, que fue la noche Kadr, esto es, la vigésima sétima de la luna ramadan. Parece que el capítulo *Kadr*, XCVII del Coran en el órden de la revelacion, siguió inmediatamente al de la *Sangre coagulada*, como le sigue en la disposicion del Coran; consiste en estos cinco versículos: «Enviámos el Coran en esta santa noche del poder. ¿Quién te esplica lo que es la santa noche del poder? Es mucho mejor que mil lunas que se pasan en vela. Los ángeles y Gabriel descendian diariamente á la tierra con noticias. Salud en esta noche hasta que despunte la aurora.»

Observamos en este capítulo una figura retórica, propia enteramente de los trasportes de

(1) Entre los Arabes un hombre de treinta y cinco años era todavía jóven, como entre los Romanos, donde el *juvenis Cæsar* lloró ante la columna de Alejandro.

(2) Cap. II, v. 130 y sig. hasta el 38, 66, 95; cap. IV, v. 124; cap. VI, v. 80 y 162; cap. XVI, v. 120. Mahoma declara con este pasaje que el islamismo existía mucho antes que él, como San Agustin dice que el cristianismo existia antes de Cristo.

(3) *Ens Ommium.*

entusiasmo profético mas animados por el soplo de la poesía: *¿Quién te esplica lo que es esto?* Encuéntrase tambien en el capítulo contemporáneo ó anterior del *Encubierto*: «¡Lo ocultaré en el estanque de fuego! ¿Quién te esplica lo que es el estanque de fuego? Es el que nada deja, el que todo lo destruye, el que devora la carne de los hombres; de lo cual están encargados diez y nueve (1) (demonios atormentadores).» Esta figura retórica no se encuentra menos de doce veces en el Coran, y siempre en los lugares mas sublimes de los capítulos mas breves y superabundantes de poesía, los cuales pertenecen á los primeros revelados.

Uno de los primeros es el que precede inmediatamente al LXXIV del *Encubierto*, esto es, el del *Envuelto*, que alude á las palabras de Mahoma: *¡Envuélveme, envuélveme, y vierte sobre mí agua fresca!* cuyo principio, bajo muchos conceptos, es en sumo grado característico y notable: «¡Oh envuelto! ¡Levántate por la noche un poco á lo menos! ¡Ruega la mitad ó poco menos, ó alguna vez mas, y continúa cantando el Coran en alta voz! Te hemos encomendado una palabra grave. El principio de la noche es mas alegre y propio para unirse á la esposa, y restaura mejor las fuerzas con los diálogos amorosos; ya que todo el dia estás sumido en los negocios. Recuerda el nombre de tu Señor y sepárate de los demás. El es el Señor del Oriente y del Occidente; no hay mas Dios que él; tómale por tu protector y reconócele como tal.» Mahoma, fluctuando entre la mas desenfrenada sensualidad y el mas sublime espiritualismo, no oculta que pasa la noche entre los abrazos de su esposa y la oracion; que descansa de las tareas diarias con los diálogos amorosos; y despues de media noche se levanta y canta el Coran.

En los dos últimos preceptos se espresa claramente la doctrina de la unidad de Dios y del amor á la soledad en que concibió la grande idea del anuncio de esa doctrina. Elévase aquí ya la barrera que separa al Profeta de los que no piensan como él, á los Musulmanes de los Infieles, la doctrina de la unidad de Dios, cuya profesion mas sublime se encuentra en el capítulo CXII: «¡Esclama! Dios es el único, existe al eterno, no ha engendrado, no fue engendrado, no tiene igual.» La doctrina del aislamiento y de la absoluta separacion de los Infieles se predica altamente en el capítulo CIX: «Diles: ¡Oh Infieles! yo no ruego como vosotros rogais, ni vosotros rogais como yo ruego; vosotros amais vuestra religion, y yo la mia.»

Los ciento cuarenta capítulos del Coran, que salieron á luz desde que Mahoma cumplió cuarenta años hasta su muerte, esto es, hasta el LXIII, aunque animados por un solo espíritu de doctrina fundamental, es decir, por la profesion de la unidad de Dios, sin embargo, tanto por su estension como por su forma, tienen en sí visibles marcas del tiempo en que fueron publicados. Mientras que en el arreglo segun el Fatiha, los capítulos legislativos, que son los mas importantes y largos, han sido colocados antes, y en seguida los mas cortos y poéticos; se puede con buenas razones sostener que la primera edad del Coran comprende los importantes capítulos legislativos escritos posteriormente; la segunda, los capítulos escritos anteriormente, en el entusiasmo poético. El capítulo primero que, á causa de sus siete versículos, se llama *Los siete miembros*, es como el compendio de todo el Coran, y debe por lo mismo citarse: «¡En nombre de Dios clementísimo y piadosísimo! ¡Alabado sea Dios, señor de los mundos! ¡Al clementísimo, al piadosísimo, al soberano á quien está sujeto el dia del juicio! Nosotros te rogamos é invocamos tu auxilio. Guíanos por el camino recto; por el camino de aquellos con quienes te mostraste benigno, y de aquellos que no yerran.»

De los capítulos y versículos del Coran que están en relacion inmediata con los acontecimientos de la vida de Mahoma, y de su crítica como código religioso y civil, hablaremos mas adelante; aquí hablamos solo del contenido poético de los mismos y particularmente de los mas cortos y publicados primero. Los orientalistas no han querido mirar el Coran como obra de poesía, porque no tiene la forma del metro, regularizado mucho despues por los gramáticos árabes. Sin embargo, nosotros no dudamos afirmar, que hay en él mas poesía que en todas las poesías árabes mas antiguas, por su grande aspiracion al mas sublime objeto, esto es, á Dios: por sus vivísimas figuras; por el anuncio de la unidad de Dios y de las mas eficaces verdades de la moral, con la sancion de eternos premios ó penas; por los goces del paraiso y los padecimientos del infierno, pintados alternativamente del modo mas halagüeño y terrible, ilustrados con imágenes y confirmados con juramentos, y que, ó están tomados de los mas sublimes objetos de la naturaleza, ó por medio de misteriosas palabras ejercen el poder de místicas fórmulas mágicas. Todo esto en el ritmo encantador de una prosa ricamente rimada, que halaga el oido, ora son versículos cortos como el murmullo de las olas, ora con cadencias mas largas y detenidas, como el lento estrellarse del mar en los escollos. Los árabes habian tenido antes de Mahoma poesías eróticas, panegirísticas, elegíacas y filosóficas en determinado metro; pero no presentan ninguna profecía ó salmo. Está demostrado hasta la saciedad (2) que el Coran debe á la Biblia gran parte de su contenido; y si esto perjudica al mérito de la originalidad y de la invencion de Mahoma, no así á la maestría de la palabra, que le pertenece enteramente. ¿Quién disputará á los salmos, á los profetas y al libro de Job el mérito de la mas sublime poesía, porque les falta un metro severamente regularizado? Ademas de que Mahoma debia evitar con cuidado el metro, introducido en su tiempo, de las casidas y mewals, esto es, de las poesías panegirísticas y elegíacas, y de las canciones populares, para no dar mas peso á la crítica de sus enemigos, de que no era mas que un poeta y el Coran una obra artística.

(1) El número de los 19 demonios atormentadores parece tomado del antiguo Egipto. Entre los Bizantinos sino en los 19 *accubitoribus regis*, y luego en el calendario como número aureo.

(2) Marracci, Ottinger y Geiger.

Mahoma queria ser mas que poeta; queria sobreponerse á los autores de las poesías suspendidas de la Caaba; queria salir al campo como legislador de su pueblo y profeta; era, pues, deber suyo rechazar solemnísimamente, en nombre del cielo, el título de poeta. Algunos pedantes han aducido esta necesidad de la mision profética contra el mérito poético del Coran. Merecen que se les enumere entre los giaures ó infelices: si *Kiafir* ó *Giaur* es el ingrato que se afana en oscurecer la luz, los verdaderos infieles son partidarios del oscurantismo, contra quienes habla el Coran en mas de un lugar: «Pretenden estinguir con su boca la luz de Dios; ¡por Dios! El cumple su obra, á pesar de la oposicion de los idólatras. Ha enviado á su profeta con la guía y la religion de la verdad para anunciarla á todos, aunque se le opongan los idólatras.»

¿Se atreverá nadie á negar la poesía de los siguientes pasajes del capítulo II, que es el mas largo y el mas importante para la legislacion? «Dios se burla de ellos, y los deja vivir, errantes acá y allá sin direccion. Compran el error á costa de la verdad; pero su comercio no les producirá ganancia alguna. Se parecen á los que encienden un gran fuego, y cuando este ilumina las cercanías, Dios les quita la vista y los sepulta en las tinieblas; sordos, mudos, ciegos, no saben volver atrás. O mas bien se parecen á los que sorprende el temporal en que alternan las tinieblas, los relámpagos y los truenos: se tapan los oidos por miedo á la muerte. ¡Por Dios! ¡El temporal envolverá á los incrédulos! Los relámpagos casi les privan de la vista; cuando iluminan, continúan andando, y cuando vuelven las tinieblas, se paran. Si Dios quisiera, podría quitarles el oido y la vista, porque es omnipotente.

»Vuestro Dios es uno; no hay mas Dios que él, clementísimo, piadosísimo. ¡Sí! En la creacion del mundo y de la tierra, en la separacion de los dias y las noches, en la nave que surca el mar, en el agua que Dios envía desde el cielo para reanimar la tierra, en la propagacion de todos los animales que en ella se crian, en la alternativa de los vientos y en las nubes suspendidas entre cielo y tierra, hay prodigios para los que poseen la luz del entendimiento.

»¡Dios! ¡No hay mas Dios que él, todo vida y constancia! No le sorprende ni el sueño ni el letargo. Cuanto hay en el cielo y en la tierra es suyo. ¿Quién se atreve á interceder con él, si no lo permite? Conoce lo pasado y lo futuro; nadie comprende de su ciencia sino lo que El quiere que comprenda. Ha estendido su trono sobre el cielo y la tierra, y custodia ambos sin fatiga. ¡Es el escelso, el altísimo! (1)

Sublimes son tambien los pasajes del capítulo XI acerca del diluvio; despues de leerlos, el poeta árabe Lebid, autor de una de las siete poesías suspendidas de la Caaba, arrancó la suya y reconoció el divino orígen del Coran: «Y Dios dijo: Entrad en el arca en nombre de Dios, en nombre del cual ella camina y está segura, porque el Señor vuestro Dios es clementísimo y piadosísimo. Y anduvo entre olas semejantes á montañas; y Noé llamó á su hijo (Kenaan) que se queria ocultar en lugares apartados: ¡Oh hijo mio! entra con nosotros en la nave, no te vayas con los incrédulos. Y él contestó: Me vuelvo al monte que me defenderá del agua. Noé dijo: Ninguno evitará hoy la suerte que Dios le tiene deparada, sino aquellos de quien se lastime. Y una ola inundó el monte, y el hijo se contó entre los anegados. Y resonaron estas palabras: ¡Oh tierra, absorbe tus aguas! ¡Oh cielo, cierra tus cataratas! Y el agua se disminuía, y se habia cumplido la órden de Dios sobre la tumba de los hombres, y el arca detuvo su curso en el monte Ciudi, y retumbó esta voz: Manteneós distantes de los que se anegan en los vicios.»

No menos poéticas que las citadas imágenes del capítulo II son otras del Coran, ya sublimes como las anteriores, ya comunes, como la de los que no hacen mas que ladrar, clase de personas que no ha dejado de existir nunca: «Se parece (el adversario, el incrédulo) á un perro; si le echas, ladra; si le dejas estar, ladra. Así son los que niegan nuestros milagros; cuéntales fábulas, y quizá hagan caso (cap. VIII).» Tal es la del árbol bueno y malo: «¿No ves cómo el Señor ha dado una imágen de la buena palabra en el árbol bueno? Sus raices son firmes, estiende sus ramas en el cielo, da fruto en todos tiempos, con permiso de su Señor. Dios propone las semejanzas á los hombres para instruirlos con ellas: y la imágen de la palabra mala es el árbol malo; será arrancado de la tierra, porque no tiene estabilidad. Dios fortifica á los creyentes con firmes palabras en este mundo y en el otro, y aleja á los opresores, y hace lo que le agrada (cap. XIV).» Tal es tambien la imágen continuada en diez versículos del capítulo XVIII sobre los dos jardines y sus dueños, el creyente y el incrédulo; y esta, sobre la vida mundana: «Propónles la imágen de la vida del mundo: se parece al agua que cae del cielo: restaura las plantas de la tierra, identificándose con ellas; pero estas se secan pronto, víctimas de los vientos (v. 46).»

Una de las imágenes mas misteriosas es la de la luz, que, como el versículo de la *Luz*, no es menos santa que el citado versículo del *Trono de Dios*: «Dios es la luz del cielo y de la tierra. La imágen de su luz es la de un nicho donde una lámpara guardada bajo cristales, resplandece como brillante estrella. Encendida con aceite de olivo bendito, que no es oriental ni occidental, sino mas escelente; cuyo aceite brilla hasta sin fuego, luz sobre luz. Dios envia su luz á quien quiere, y propone imágenes al hombre, y es omnisciente.» Sigue luego la imágen de las tinieblas, en contraposicion de la de la luz: «Sus maquinaciones (de los incrédulos, esto es, de los partidarios del oscurantismo) son como las tinieblas en el abismo del mar: lo cubren ola sobre ola, y encima de las olas hay nube oscura sobre nube, y tinieblas sobre tinieblas; el que saca su mano no la ve; y aquel á quien Dios no presta luz no tiene ninguna (cap. XXIV).» La imágen de las arañas: «Los que escogen un protector fuera de Dios, se parecen á la araña que se ha fabricado

(1) Este es el célebre verso del *Trono de Dios*, el mas poderoso entre los amuléticos.

una casa; la casa mas frívola es la de la araña: ¡Oh! ¡si lo hubieran sabido! (cap. XXXIX).» La imágen del asno que lleva libros: «Aquellos á quienes se encargó la custodia del Pentateuco, se parecen al asno cargado de libros (cap. LXII).»

Las comparaciones del Coran están tomadas del Antiguo ó del Nuevo Testamento, asi lo da á entender el versículo siguiente (29 del capítulo XLVIII) «Mahoma es el enviado de Dios, y sus secuaces son impetuosos contra los incrédulos, mansos entre sí; los ves cómo se doblegan en la oracion, cómo se postran en tierra para pedir su gracia al Señor; verás en sus rostros las huellas de la postracion. Su imágen está en el Pentateuco y en el Evangelio; la simiente que crece y germina cada vez con mas fuerza, y se ensancha, y se dobla sobre el tallo; así agrada al campesino y desagrada á los incrédulos. Dios ha prometido perdon y gran premio á los que creen y ejecutan el bien sin ostentarlo.»

Corren parejas con las parábolas las descripciones, en especial las tantas veces y con tanto afecto repetidas del paraiso; pero, entre las mas sublimes palabras del Coran se cuentan las referentes á la muerte y al dia del juicio:—«Toda alma esperimenta la muerte, y vuelve luego á su Señor (cap. III, v. 186; cap. XXI, v. 36; cap. XXXIX, v. 57; cap. LXXX, v. 18, 28). Donde quiera que os halleis, la muerte os encontrará, aunque sea en castillos fortificados (capítulo VI, v. 77). Dios no prolongará á ninguno el fin de su vida, cuando llegue (cap. LXIII, v. 11). Os espera el dia prometido, que no diferireis ni solicitareis una sola hora (cap. XXXIV, v. 30). Todo es pasajero en la tierra, pero dura constantemente el rostro de tu Señor, lleno de majestad y magnificencia (cap. LV, v. 27). Todo concluye, menos su rostro; la órden es suya, á él volvereis (cap. XXVIII, v. 87). Dios es Dios del Oriente y del Occidente, y á donde quiera que os volvais, allí está la faz del Señor, porque Dios es inmenso y todo lo sabe (cap. II, v. 116). Dios es del Oriente y del Occidente; guía por el camino recto á quien le agrada (id., v. 143). «—El dia del juicio: «El dia en que no valdrá ninguna intercesion, si no lo permite Dios clementísimo (cap. XX, v. 107); el dia en que ninguna alma resarcirá á otra alma, en que no se recibirá ninguna intercesion, ninguna compensacion, y en que no tendréis quien os auxilie (cap. II, v. 47); el dia en que toda alma perorará por sí, y hallará la recompensa de sus acciones (cap. XVI, v. 111) y no habrá mas protector que Dios (capítulo XLII, v. 45); el dia en que el hombre verá lo que sus manos han hecho bueno y malo, en que el incrédulo dirá: ¡Oh, si fuese polvo! (cap. LXXVIII, v. 40); el dia anunciado por la voz del terremoto (cap. XCI); el dia en que temblará la tierra, en que querrá descargarse de su peso, y dirá el hombre: Pero ¿qué tiene? En aquel dia dará conocimiento de lo que el Señor le manifieste: en aquel dia acudirán los hombres en legiones para recibir el premio de sus obras; el que haya hecho un grano de bien, allí lo hallará; el que haya hecho un grano de mal, allí lo hallará.»

El dia del juicio que es llamado el dia del *terremoto*, se presenta con algunos nombres inventados por Mahoma y siempre pone la fórmula arriba mencionada: *¿quién te hará comprender lo que es esto*? Preséntase aquel dia como el de la separacion, de la justicia, como el dia venidero, el futuro (cap. LXXIX, vers. 6), el revelador, el ocultador (cap. LXXXVIII, vers. 1), el dia decisivo, el dia en que ha de sonar la hora como dice el capítulo CXI: «¡El sonar de la hora! ¡el »sonar de la hora! ¿Y quién te podrá decir lo que »es el sonar de la hora? el dia en que los hom»bres serán como las langostas dispersas por el »viento, los montes como copos de algodon: »aquellos para quienes se inclina la balanza ten»drán bien en la vida eterna, y aquellos para »quienes se alce serán precipitados en el furor »de las llamas. ¿Quién te hará comprender lo que »es el furor de las llamas? Es el ardiente fuego »del infierno.»

Los juramentos del Coran son tan poéticos como sus comparaciones, descripciones é imágenes. No se encuentran sino en el capítulo L, donde empieza la mitad mas poética. El Señor jura por la letra K (con que comienza la palabra *Koran*) y por el Coran mismo, «por las pluviosas nubes, pomposamente hinchadas, veloces, distribuidoras de tesoros (cap. LI, vers. 10; capítulo LX, vers. 27). Jura por el Sinaí y por el libro escrito y por la casa, meta de peregrinos, y por el techo del cielo sublime y majestuoso y por el inmenso mar que el Señor castiga (capítulo LII).» Jura tambien «por la estrella que se pone, que no verra vuestro compañero Mahoma (cap. LIII).» Jura «por el tintero y la pluma (del destino) que Mahoma no es un endemoniado (cap. LXVIII).» Jura asimismo «por las legiones de ángeles, uno despues de otro volantes, que resonando resuenan, que esparciendo esparcen, que separando separan, que recordando recuerdan (cap. LXXLII);» y de nuevo «por los ángeles velozmente voladores, suavemente seductores que atraviesan las nubes á nado, que avanzan en la carrera y que imponen forma á todas las cosas (cap. LXXIX).»

Los veintiun juramentos del Coran son la sensacion mayor del inspirado profeta, y como tales pueden compararse con los de los poetas hebreos en cuanto á lenguaje y fuerza poética. El Coran no cede á las precedentes poesías de los Arabes ni en sentencias filosóficas, ni en preceptos morales, cuya mayor parte son otras tantas reglas de vida para los Musulmanes. Por merecerlo, haremos especial mencion de algunos. «La vida del mundo no es mas que fuego y burla y mercado de vanas ilusiones (cap. III, vers. 18, y tambien cap. VI, vers. 31; cap. XIII, vers. 28; cap. XXXIV, vers. 64; cap. XL, vers. 40; capítulo LVII, vers. 19, 20). Guardáos de muchas opiniones, porque algunas opiniones son delito (cap. XLIX, vers. 12). Hemos aconsejado el hierro, orígen en el hombre de gran fuerza y de sumo provecho (cap. LVII, vers. 25). La recompensa del beneficio, ¿es otra cosa sino beneficio? (cap. LV, vers. 60). Dios ordena al hombre justicia y beneficencia (cap. XVI, vers. 90). El tumulto (rebelion) es peor que la muerte (1). Una

(1) *El-fitnet escheld min el-Katil*, cap. XX, vs. 192.

buena ciudad y un señor clemente (cap. XXXIV, vers. 15). Las mujeres de ínfima clase son para los hombres de ínfima clase, los hombres de ínfima clase son para las mujeres de ínfima clase; las buenas mujeres para los buenos hombres, y los buenos hombres para las buenas mujeres (cap. XXIV, vers. 27). Aquellos que cometiesen injusticia sepan que los opresores son oprimidos (cap. XXVI, vers. 227). ¡Espera la ruina de los que esperan la tuya! (cap. XLIV, vers. 57). El bien no perecerá sino cuando Dios quiera (1). En su fuente toda vida es clara (2). La victoria viene de Dios y la conquista está cerca de ella (3). Al hombre no le pertenece sino aquello que se procura con su trabajo (cap. LIII, vers. 39). Salud (*selam*) es la palabra del Señor clementísimo (cap. XXXIV, vers. 57). Salud á quien sigue el hilo de la guía de la verdad (cap. XX, vers. 43). A Dios vuelven todas las cosas (cap. III, versículo 109; cap. XXVIII, vers. 70; cap. XLII, vers. 53; cap. XLIII, vers. 27).»

Estas sentencias llenas de sentido práctico fueron seguidas en las acciones y costumbres de los Musulmanes. La siguiente es digna de un Fenelon y es el fundamento de toda la mision profética y sumamente mística: «Dios no habla al hombre sino por medio de la revelacion ó bajo un velo (4); tambien suele enviarle un nuncio el cual con su permiso le revela lo que él quiere. El es el altísimo y el sapientísimo (cap. XVII, vers. 50).»

La palabra es Dios; de aquí que el Coran fuese revelado al Profeta. A Dios se atribuyen sus mas sublimes palabras, los nombres, los adjetivos de los cuales contó noventa y nueve la liturgia (el centésimo es Alá) y todas las fórmulas de las siete categorías de la oracion, *súplica, accion de gracia, confianza, resignacion refugio en Dios, espiacion y alabanza* que se leen en todos los sellos y talismanes de los Musulmanes, como: «En el nombre de Dios clementísimo y piadosísimo (fórmula abreviada en *Bismillah*, en el nombre de Dios.) «Alabad á Dios que nos ha conducido aquí, nosotros no hubiéramos venido si no nos hubiese conducido Dios (1). ¡Confiaza en Dios! él basta como protector (cap. IV, vers. 80). Yo confio en Dios y le hago mi procurador (cap. XLII vers. 9). En Dios confian los musulmanes (cap. V, vers. 12; cap. LVIII, versículo 10; cap. LXIV, vers. 14). Confia en Dios que no muere y alábalo (cap. XXV, vers. 58). Cuando emprendas alguna cosa confia en Dios, porque Dios ama á los que confian en él (capítulo III, vers. 160); confia en Dios porque él es la verdad visible (cap. XXVII, vers. 79). Nosotros confiamos en Dios; él es el mejor procurador (cap. III, vers, 174). Dios basta para patron, Dios basta para defensor (cap. IV, vers. 45). Estad unidos con Dios él es vuestro apoyo y buena ayuda (cap. XXII, vers. 79). Yo huyo del lapidable Satanás y recurro á Dios porque no soy de los ignorantes (cap. II, versículo 66, 67). «Me refugio en Dios, Dios me ha preparado una buena habitacion (6). Yo suplico á Dios que me perdone mis pecados (7). Alabad á Dios (8). La oracion se recomienda especialmente en la multitud de versos que empiezan: «¡Acuérdate de tu Señor! ¡oh alabanza! ¡oh Dios! ¡Alaba á tu Señor mañana y tarde! ¡Alaba al Señor desde la mañana hasta por la noche! ¡póstrate ante él de noche y alábalo toda la noche! ¡Alaba al nombre de tu Señor del Altísimo! (cap. VI, vers. 76; cap. XV, vers. 59; capítulo XXIX, vers. 37; cap. LXIX, vers. 52; capítulo LXXIV, vers. 26).»

Tres años despues de la rebelacion de los primeros capítulos del Corán, murió Werka, hijo de Naufil, primo de Cadiga, hombre de suma importancia en la historia de la mision profética de Mahoma, aunque inadvertida por sus biógrafos europeos. Estos se han esforzado en dar razon de los conocimientos de Mahoma sobre la Biblia por medio de los viajes á Siria y de su corta permanencia en el convento de Borra con Bahira y Nestor, pero no tienen noticia de Werka el cual en los primeros diez y ocho años de matrimonio del Profeta, vivió con él en estrecha relacion. Werka era no solo cristiano, sino cura y habia traducido del hebreo al árabe el Antiguo y Nuevo Testamento (9). Cadiga le habia comunicado la primera revelacion de su marido y el viejo Werka se congratuló de que Mahoma como Moisés recibiese por medio de Gabriel celestes anuncios. Asi, pues, Cadiga y su primo Werka fueron los primeros que reconocieron el islamismo, y la traduccion árabe de la Sagrada Escritura hecha por Werka da satisfactoria esplicacion de lo mucho que el Coran ha tomado de aquella. Mahoma sintió sobremanera la muerte de Werka y le lloró con las siguientes palabras: *He visto en el paraiso un sacerdote vestido con verdes vestiduras, y era Werka.* Solo despues de la muerte de este se manifestó Mahoma abiertamente como profeta y campeon de la doctrina de la unidad de Dios. Durante tres años la aparicion de Gabriel fue un secreto doméstico de Mahoma, Cadiga y Werka; solo cuatro años despues de la revelacion de los primeros versículos le fue enviado aquel que le ordenaba salir en público y anunciar en alta voz la doctrina. «Anuncia claramente lo que te fue mandado y mantente lejos de aquellos que dan á Dios compañeros. Nosotros daremos testimonio de tí contra el enjambre de los burlones, contra los que ponen otro Dios sobre Dios, y de ello tendrán esperiencia. Sabemos que angustian tu corazon las turbas de los burlones. Alaba á tu Señor y sé de los devotos que ruegan y sirve á tu Señor hasta que se propague la firme creencia de la verdad (cap. XV).» Mahoma cumplió el deber que se le

(1) Cap. XI, vs. 109: κτῆμα εἰς τὸ ἀεί.
(2) Cap. XXI, vs. 13; ordinaria inscripcion en las fuentes.
(3) Inscripcion puesta en las banderas, como tambien en el capítulo XLVIII de la conquista.
(4) Los espositores del Coran han entendido materialmente este sublime arte del símbolo, y lo refieren al velo con que se pinta cubierta la faz del Profeta, lo cual se apoya ademas en los capítulos ¡*Oh envuelto! ¡Oh encubierto!*
(5) Cap. VII, vs. 44; en los sellos de sus documentos, donde tambien se esplica por los Turcos de este modo: «Alabad á Dios que nos dió esto; nosotros no lo hubiéramos alcanzado si él no nos lo hubiese dado.» Véanse el cap. XXIII, vs. 30; cap. XXVII, vs. 16, 60; cap. XLV, vs. 37.
(6) Cap. XII, vs. 24; inscripcion puesta sobre las casas para librarlas del mal de ojo.
(7) *Irtaghferallah.*
(8) *Subhanallah.*
(9) IBRAHIM ALFBI p. 52.

imponia de anunciar claramente su mision; pero al mismo tiempo tuvo tambien el temor de la burla de los Coreischitas claramente espresada en este lugar. La asura del Coran que le fue inspirada despues le ordenó dar principio á su mision por su familia: «Predica á tus parientes mas próximos. Dirige tus alas hácia aquellos que creen en tí como enviado de Dios y aquellos que que te se oponen diles: Yo no tengo que dar cuenta de lo que haceis. Confia en tu Señor, venerandísimo, piadosísimo, que te ve cuando estás en oracion y cuando ruegas ardientemente con los adoradores, porque él lo oye todo, es omniciente (cap. XXVI).»

Los primeros conversos fueron Abubekr, Alí y Saidi, esclavo manumiso. Mahoma para cumplir con el precepto de la promulgacion pública, encargo á su cohabitador Alí, jóven de catorce años, que aprestase para el banquete un cordero y un gran vaso de leche, y que invitase á sus tios y primos miembros de la familia Abdol Motalleb. Fueron cuarenta, y terminada la refaccion, Mahoma quiso dar principio á su predicacion, pero su tio Abu-Leheb se lo impidió diciendo, que seria molestar á sus huéspedes entretenerlos por mas tiempo. Entonces Mahoma los hizo invitar á un nuevo convite por medio de Alí para la mañana siguiente. Habiendo comido el cordero y bebido la leche, dijo de este modo: «Yo no conozco árabe ninguno que haya traido á su pueblo cosas tan escelentes como las que yo os traigo á vosotros. Yo os traigo el bien de este mundo y del otro. Dios me mandó llamaros: ¿quién de vosotros quiere ser mi wisir, esto es, portador de mi carga, como mi hermano, mi procurador, mi ayudador (califa)?» Como todos callasen, esclamó Alí: «Yo romperé sus dientes y sacaré sus ojos y abriré sus vientres y cortaré sus piernas; yo seré, ¡oh enviado de Dios, tu visir contra ellos!» Entonces Mahoma lo abrazó y dijo: «Este es mi hermano, este es mi valedor, mi ayudador; escuchadle y obedecedle.» Echáronse á reir todos y digeron á Abu-Talib; «¿Conque en adelante deberás obedecer á tu hijo (Alí) (1).» Alí, que en tan verde juventud dió á conocer con sus palabras el valor de leon y el genio que lo animaba, felicitábase de ese modo en sus poesías: «Yo os precedí en el islamismo, cuando apenas en sueños era hombre (2).»

Para cumplir plenamente con el mandato de la promulgacion pública, Mahoma subió al monte Safa, situado frente á la puerta de la Meca, y allí esclamó: «Reunios Coreischitas, ¡oh hijos de Fehr, oh hijos de Galib, oh hijos de Leví, oh hijos de Addi!» Cuando estas diversas ramas de los Beni-Choreisc oyeron la llamada, subieron al monte Safa, y preguntaron: «Mahoma, ¿qué tienes?» y él les predicó los versos del Corán: «En verdad, ¡oh Coreischitas reunidos, vosotros y lo que vosotros adorais, fuera de Dios, son presa del fuego del infierno, y vosotros caminais á él. Si aquellos hubiesen sido dioses, no hubieran entrado en él, ni tampoco vosotros entraríais (cap. XXI). ¡Oh hombres, Dios os manda que lo sirvais, y que no le deis ningun compañero! (3) ¡Oh hijos de Coreisc! adquirid vuestras almas para Dios, nadie os satisfará como Dios. ¡Oh Abbas! ¡oh Abdol-Motalleb! ¡nada os satisfará ni regocijará como Dios! ¡Oh Safiyet! (tia de Mahoma) ¡nada te satisfará ni alegrará como Dios! Si yo os dijere que detrás de este monte se acampa un ejército para sorprenderos, ¿me creríais?» todos esclamaron: «Sí; porque te tenemos por hombre justo, y nunca hemos oido de tí una mentira.—«Pues bien, repuso Mahoma, yo os anuncio un mal mayor.» Y su tio Abu-Leheb, dijo: «Malhayas tú que nos has reunido en este dia,» y se salió de esta reunion. Entonces bajó del cielo el capítulo que lleva el nombre de *Abu-Leheb*, esto es, del padre de las llamas. «¡Corrompidas son las manos de Abu-Leheb, corrompidas! ¡No le ha servido su riqueza ni lo que ha allegado! El será precipitado en las llamas, las cuales le rodean todo; y su mujer llevará la leña con una cuerda al cuello hecha de filamentos de palma (cap. III).»

Abu-Leheb, el padre de las llamas, y Abu-Gehl, el padre de la ignorancia, á la cabeza de los adversarios de Mahoma, lo persiguieron de allí en adelante de todas las maneras que pudieron, ya arrojándole fango, ya piedras, y procurando hacerlo ó ridículo ó despreciable. Al inspirado predicador de la nueva doctrina le tocó una buena parte de las injurias con que el odio de las medianías persigue al genio; llamábanlo unas veces poeta, otras loco, ya mago, ya endemoniado. Muchos de los versos del Coran son como respuesta á esta difamacion de sus enemigos: «¡Predica, oh Mahoma, á los incrédulos! que, gracias á Dios, tú no eres ni un adivino ni un endemoniado. Dicen quizá que tú eres un poeta, y esperan que te acaben las desgracias; diles: «Esperad mi ruina, yo esperaré la vuestra. ¿Es sugestion de sueños que los perturba, ó son ellos un pueblo que se sublesubleva? (cap. LII)» Velid-Ben-Moghaira, uno de los mas ardientes, pero tambien de los mas sensatos del nuevo instructor del pueblo, con el cual consultaban los enemigos para ver si podian desacreditar mas eficazmente á Mahoma, como poeta, como mago ó como loco, los apartó de estos medios de persecucion por creerlos inútiles, pues que cualquiera que viese á Mahoma y le oyese hablar, deberia convencerse inmediatamente de que su maravillosa elocuencia no era la de un poeta, ni la de un adivino, ni la de un loco ó la de un endemoniado. Viendo que eran ineficaces las palabras pasaron á las obras, si no contra él, á lo menos contra sus secuaces escarneciendolos y maltratándolos. A él mismo, mientras estaba un dia haciendo oracion en la Caaba, Abu-Leheb le colgó en las espaldas un pedazo de piel llena de barro, con lo cual fue objeto de risa. En tales ocasiones, Mahoma invocaba siempre á Dios contra sus enemigos: ¡*Oh Dios mio, á tí te abandono á los Coreisitas*! Atba Ben Rebbiaa, otro de sus mas resueltos perseguidores, le preguntó un dia: «Mahoma, ¿eres tú mejor que tu padre Abdallah?» Maho-

(1) Abulfeda *apud* Gagnier, p. 19 y 20.
(2) Id. p. 17.

(3) Ibrahim Alebi, p. 54.

ma calló. «Mahoma, ¿eres tú mejor que tu abuelo Abdol-Motalleb?» El mismo silencio. «Pues si tú (prosiguió Atba) confiesas con tu silencio que no eres mejor que ellos, adora tú tambien nuestros ídolos como ellos hacian. Primo, bien sabes que por estirpe perteneces á los mas nobles Coreischitas y tú les has venido á traer el deshonor de que entre ellos haya salido un adivino ó un mago! ¿Apeteces mujeres? obtendrás las que desees; si eres pobre reuniremos dinero para tí; si ambicionas dominio te aclamaremos nuestro rey; pero si todo esto no es mas que enagenacion mental ó enfermedad, llamaremos al médico para que te cure.»

Cuando Atba puso fin á sus injuriosas palabras, Mahoma por toda respuesta recitó el capítulo XXI: «Oh revelacion del clementísimo, del piadosísimo. El libro cuyos versículos están separados los unos de los otros, llamado el árabe Coran por quien lo conoce.....» continuando asi hasta los sublimes versos: «¿Sereis vosotros incrédulos, esto es, ingratos para con el que ha creado el mundo en dos dias? ¿pondreis un compañero al lado del Señor de los mundos? El colocó los montes sobre la tierra y los bendijo en cuatro dias, formó el alimento á propósito para los que lo desean. El formó el cielo de vapores; preguntó al cielo y á la tierra: Venís contentos ó á disgusto, y ellos respondieron: Nosotros venimos obedientes. El formó los siete cielos en dos dias, señaló á cada cielo su destino, y los adornó de estrellas, y encargó la custodia de los ángeles y de las llamas: esta es la determinacion del venerandísimo, del sapientísimo. Si ellos se alejan de Dios, diles: «Yo os anuncio la ruina por medio de rayos, como el rayo que cae sobre las moradas de Aad y de Gemud.—Acaba, acabá (exclamó Atba interrumpiéndole), ¿no tienes otra cosa que predicar?» Pero el profeta sin turbarse continuó hasta el versículo de la adoracion: «¡En el número de sus prodigios están el dia y la noche, el sol y la luna! No adoreis al sol ni á la luna, pero adorad á Dios que los creó á ambos si quereis servirlo.» Al decir estas palabras se postró en oracion, y cuando se levantó dijo á Atba: «Ya has oido lo que he dicho.» Atba fué para los Coreischitas y les dijo: «Por Dios que he oido palabras cual nunca las oí, y que no son ni de poeta, ni de adivino, ni de mago.»

A medida que era mayor el éxito de la inspirada predicacion de Mahoma, crecia tambien el odio de sus adversarios, que eran los mas poderosos Coreischitas que llegaron hasta pedir á su tio y tutor que se lo entregase como á traidor y renegado digno de muerte. Abu-Tali quiso proteger á su sobrino y pupilo, y rechazó la peticion con estas palabras: «¿Habeis visto alguna camella que no ame al camellito que ha amamantado?» Despues hablaba de esta suerte en los siguientes versos con Mahoma: «¡Por Dios que no te echarán mano mientras mi cabeza no descienda á la tumba! ¡Anuncia en alta voz lo que te ha sido ordenado! alegra la vista con el fin de tu mision. Tú me amonestas con tus consejos, tú eres sincero; seguras son tus manos. Si no fuera por respetos á la tribu, mañana me encontraria convertido á tí. Tú enseñas una creencia que es el mejor don de todas las religiones.»

Si la autoridad y la proteccion de su tio defendió á Mahoma de bajos ultrajes, los que reconocieron su doctrina fueron desapiadadamente maltratados, y desde el primer año de su predicacion, diez hombres y cinco mujeres musulmanas resolvieron trasladarse desde Meca á Abisinia, entre los cuales se contaba Osman, hijo de Affan (despues el tercer califa), yerno de Mahoma, casado con su hija Rakiget. El año en que emigró la hija mayor de Mahoma, el cuarenta y cinco de la edad de este, nació Ayesa, la cual, á pesar de la gran diferencia de edad, se desposó con Mahoma siete años despues, figuró muchísimo en la historia del islan y durante la vida y despues de la muerte del Profeta, como la de mas ingenio, la mas docta y la mas amada de sus mujeres.

Estaban los emigrantes en la ribera cuando habiendo escuchado el falso rumor de que Mahoma se habia reconciliado con los Coreischitas, dieron la vuelta á la Meca. El orígen de aquella voz es digna de observacion para la historia del Profeta. Mahoma habia recitado en una reunion de Coreischitas el cap. LIII, titulado la *Estrella*, en el cual se encuentra esta pregunta relativa á los tres grandes ídolos de los antiguos Arabes: «¿No habeis visto vosotros á Asa y Allat? ¿y el tercer ídolo Menat?» Despues de esta pregunta, todos los circunstantes oyeron este versículo: «Estos son cisnes caidos de lo alto, cuya intercesion es eficaz.» Al llegar al último versículo del capítulo *Adorad á Dios y servidle*, Mahoma se postró en tierra, y los coreisitas anunciaron de pronto públicamente que habia adorado á sus ídolos Asa, Allat y Menat, mencionados en aquel capítulo. La nueva se difundió como un relámpago, y llegó á los emigrantes antes de su embarco, por lo cual volvieron atrás creyendo que los Coreischitas se habian pacificado con la nueva doctrina. Si el versículo en cuestion lo recitó efectivamente Mahoma, ó si lo introdujo alguno de la reunion, no puede determinarse históricamente con certeza; es probable que en el ardor del entusiasmo se escapase de la boca de Mahoma como una figura poética, pero conociendo la falsa interpretacion de los Coreischitas, suprimió inmediatamente el versículo y aun lo negó completamente. Negando tambien todos que ellos lo hubiesen dicho, debió necesariamente estar el diablo en aquella reunion para entrometer este verso con la palabra de Dios; por lo cual, bajó repentinamente del cielo este versículo: «No hemos enviado antes de tí ningun profeta ni enviado que no haya sido perturbado mientras predicaba por Satanás; pero Dios anula lo que Satanás ha introducido (1).» Este incidente se cuenta en todas las fuentes de la historia del Profeta como una interpretacion del diablo. Los emigrantes engañados emprendieron de nuevo su viaje para la Abisinia.

Al año siguiente se convirtieron dos de los mas firmes apoyos del islamismo, Amsa tio de

(1) Cap. XXIII, vs. 53. Raudeatol-Ahbab, fol. 80.

Mahoma y Omar Ben Chattab. Mahoma habia estado orando en la Caaba, yendo de un lado á otro, cuando su ardiente enemigo Abu Gehl lo llenó de improperios. Su tio Amsa, avisado por una esclava, se encendió en ira, y acudiendo, empezó á pegar á Abu Gehl. Los Coreischitas querian ponerse en medio, pero Abu Gehl les gritó: «Dejádle que me pegue, que desfogue su cólera, yo la recogeré para descargarla sobre el islam.» Amsa, mas encolerizado entonces, pronunció de pronto las palabras de la profesion de fe: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.*

No menos importante fue la conversion de Omar, cuyo ardiente celo contra Mahoma y sus secuaces, antes de hacerse musulman, como despues en favor de estos, se manifestó siempre en hechos, dispuesto á cada momento á echar mano del decisivo argumento de la espada. Con esta al lado salió un dia de su casa para asesinar á Mahoma, y en el camino le advirtió Saad Ben Vakkas que primero debia dar muerte á su hermana y á su cuñado, que se habian hecho musulmanes; Omar no lo queria creer: «Podrás convencerte de esto si te pones á la mesa con ellos (añadió Saad), porque no querrán comer contigo.» Y asi fue. Omar furioso contra su hermana y cuñado, los hirió á ambos: «Hiere, hiere,» le decia su hermana Fátima: «Nosotros confesaremos hasta la última gota de sangre: ¡No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta!» Omar cogió la hoja del Coran que habian leido ambos, era el capítulo LXI, conocido por algunos versículos sublimes y que comienza asi; «Cuanto hay en cielo y tierra alaba á Dios. El es el venerandísimo, el omnisciente. O vosotros los creyentes no digais lo que no haceis; Dios aborrece á los que dicen lo que no hacen. Dios ama á los que combaten en su camino bien ordenados semejantes á fuertes edificios.» Este principio debia causar viva impresion en un carácter tan enérgico como el de Omar; sin embargo, todavía tenia la mano en la espada y prosiguió leyendo hasta el versículo 6.° en que se recuerda la promesa de la venida de Ahmed como ya anunciada en el Evangelio: «Jesus, hijo de María, dijo: Oh hijos de Israél, yo soy el enviado de Dios; os confirmo el Pentateuco y os anuncio el enviado que vendrá despues de mí, por nombre Ahmed (el alabado): con todo, aun despues que les haya dado pruebas de muchas clases, ellos dirán:—Esta es mágia visible.» Este verso debia tambien causar efecto, porque en la version árabe de la Biblia de Vertra, *paracletos* se tomó por *paraclyto*, y el paracleto, esto es, el llamado, se mudó en Ahmed, esto es, el alabado (Mahoma).

Omar continuó leyendo: «¿Quién es injusto sino el que atribuye mentiras á Dios, cuando es llamado al islam? ¡Por Dios! ¡él no guia al pueblo de los injustos! ellos quieren apagar la luz de Dios con la boca: por Dios; él conduce á término su obra aunque se opongan los incrédulos. O vosotros los que creeis, ¿he de mostraros un medio para libraros de las penas y de los tormentos? Creed en Dios y en su profeta y combatid en el camino del Señor con bienes y con alma. Bien para vosotros si lo elegis.» Cada uno de estos versos penetraba en el ánimo de Omar, el cual era tan amante de la verdad, que despues Mahoma decia: *La verdad habla por boca de Omar*; por esto nada mas á propósito para llenarlo de entusiasmo que la predicada religion de la luz y de la verdad, la cual debe alcanzar su triunfo á despecho de los amigos del oscurantismo y de la idolatría, siendo provechoso á las almas combatir por ella con los bienes y la sangre. Leido el último versículo pronunció la profesion de fe del islamismo y despues continuó leyendo: «El os perdona los pecados, y os llevará á los paraisos regados por rios, con deliciosas habitaciones en los jardines de Eden: ¡qué felicidad! ademas allí se os dará cuanto deseeis, victoria y conquista próxima: esta es la buena nueva para los creyentes.» Omar, que ya lo era, encontró en estos versos la garantía del perdon de los pecados, las alegrías del paraiso en el otro mundo y en esto el grato anuncio de victorias y conquistas, que despues se realizó con tanto esplendor durante su califato.

La conversion de Omar y la noticia de la grata acogida hecha á los Musulmanes emigrados en la Abisinia por Neguse, enfurecieron doblemente á los adversarios de la nueva doctrina.

Los Coreischitas, descendientes de Abd Menaf, se dividian en cuatro ramas: los Beni Naufil, los Beni Abdeshem, los Beni Abdul-Motalleb y los Beni Ashim. Hubo á la sazon entre ellos una division formal, separándose las dos primeras de las dos últimas, y haciendo contra la nueva doctrina un pacto jurado, en virtud del cual quedaban prohibidos los matrimonios y todo linage de comercio con las otras dos. El documento original del pacto, firmado por los jefes, fue colgado en la Caaba. Los Beni Ashim y los Beni Abdul-Motalleb con su jefe Ebu Taleb, tio y tutor de Mahoma por efecto de este pacto de separacion, se encontraron como en estado de sitio, habiéndose roto todo lazo entre ellos y las otras dos tribus, é impidiendo los comprometidos á los individuos de las otras dos hasta el cumplir con el deber de la peregrinacion á la Caaba. Semejante estado de cosas duró tres años enteros, hasta que en algunos desconjurados se despertó la compasion hácia sus parientes. Shiam Beni Amru fué á su primo Soheir Beni Omeye y le preguntó si era cosa razonable y justa que ellos y sus hijos estuvieran nadando en la abundancia, mientras sus parientes los Beni Ashim padecian hambre. Soheir convino en ello, pero le advirtió que seria inútil levantar la voz hasta que no se pusieran de acuerdo con otros muchos. Shiam buscó de la misma suerte á otros cuatro, los cuales se reunieron de noche y unánimemente se comprometieron á hacer anular aquel documento de la injusticia. Al dia siguiente propusieron el negocio en la reunion, pero encontraron vivísima oposicion. Durante la disputa se presentó Abu-Taleb diciendo: «Mirad si el documento existe todavía, porque Mahoma nos ha anunciado que esta noche lo han roido los gusanos.» Fueron en efecto á buscar

el documento y lo encontraron todo corroido escepto su principio *En el nombre de Dios*. Por tanto, fue declarado como de ningun valor el pacto que la mano del cielo habia destruido; solo el padre de la ignorancia protestó contra esta deliberacion, queriendo que el roto documento continuase todavía en vigor. Abu-Taleb celebró este acontecimiento en un casida particular. La aniquilacion del documento cuyas palabras habrian sido borradas probablemente durante la noche por alguno de los conjurados, se tuvo por un milagro lo mismo que una paraselene observada en aquel año en la Meca, que las leyendas refieren como el milagro de la luna dividida por Mahoma, y á él refieren el capítulo LIV intitulado la *Luna*, que comienza con estas palabras: *La hora está próxima y la luna dividida*: otras veces los mas doctos espositores refieren este versículo, como es en efecto, al dia del juicio.

Los escritores de leyendas consideran tambien como milagro la victoria alcanzada aquel año por los Persas sobre los Griegos la cual dió ocasion al capítulo XXX, *Rum*, esto es, los nuevos Romanos (los Griegos), y cuyo principio fue mirado posteriormente como profecía de todas las victorias alcanzades por los Arabes y Turcos sobre los Bizantinos; y de aquí el que se hallen á menudo en los historiadores, principalmente de los Osmanes, las siguientes frases: «E. L. M. (letras místicas). Los Griegos son vencidos en el vecino territorio: despues de su derrota vencen de nuevo en otra ocasion. De Dios es el mando en algunos años, y antes y despues y en aquel dia los creyentes se regocijarán. Con la ayuda de Dios; él ayuda á quien quiere, él es el justísimo, el piadosísimo. Dios lo ha prometido, Dios no se opone á lo que ha prometido, pero los mas no lo saben. Ellos no conocen mas que lo esterior, lo que les agrada de la vida terrena, pero no se curan del otro mundo.»

El cuarenta y nueve año de su edad fue señaladísimo para Mahoma á causa de la doble pérdida de su tio y protector Ebu-Taleb y de su mujer Cadiga, muerta tres dias despues que aquel; por esto se llama tambien el año del *luto*. Ebu-Taleb, enfermo ya de muerte, llamó á Mahoma que acudió y se puso á la cabecera de su lecho, y le dijo estas palabras que nos ha conservado la tradicion: «Tú eres, en verdad, el mas grande de los hombres, y tu casa fue para mí la mas benéfica; en verdad que tú has sido para mí mas que mi padre.» En seguida Mahoma suplicó al moribundo que añadiese dos palabras, con que le garantizase la intercesion en el dia del juicio, esto es: «No hay mas Dios que Dios, el único sin compañeros.» Ebu-Taleb respondió: «Tú piensas como yo, sobrino mio, y no vacilaria en seguir tu consejo si no estuviese enfermo, si no debiera temer el perjudicar mi buen nombre; pues se diria que tú me has convertido por temor á la muerte.» Repitió despues los versos últimamente citados, y que habia dirigido á Mahoma cuando le protegió contra los Coreischitas: «Me aconsejas que me una á tí. ¡Eres sincero y tus manos son seguras! Si no fuese por consideracion á la tribu, mañana estaria ya convertido. Enseñas una doctrina, que es el mejor don de todas las religiones.»

Mahoma lloró su muerte, lavó y vistió su cuerpo, le acompañó al sepulcro y oró en expiacion de sus pecados. Esto se lo llevaron á mal los fanáticos entre sus discípulos, pues él les habia prohibido rogar por los parientes que muriesen en la idolatría. Mahoma podia á la verdad justificarse con el ejemplo de Abraham, que pidió el perdon de los pecados de su padre, aunque habia muerto idólatra; pero recitó tambien la prohibicion del Coran. Al Profeta y á los creyentes no conviene pedir el perdon de los pecados de los idólatras, sin embargo del parentesco que á ellos les unan, sabiendo que su mansion es el fuego eterno. Abraham no hubiera rogado por su padre si no se lo hubiese prometido; mas cuando supo que era enemigo de Dios, se consideró libre y absuelto de aquella promesa; y no obstante Abraham tenia un carácter dulce (cap. IX).» Este verso abrió ancho campo á los intolerantes califas del islamismo: las leyendas, con el espíritu fanático que los ha dictado, dicen que Abraham, el dia del juicio, en el momento en que, oida la sentencia del fuego eterno contra los idólatras, ruegue por su padre, verá á sus piés un espantoso lagarto, y aterrado lo arrojará con los piés en el lago de fuego. El lagarto será el padre de Abraham, á quien su hijo lanzará asi á las llamas para satisfacer el deber de musulman, sin haber violado el de hijo.

No menos grave que la de Ebu Taleb fue para Mahoma la pérdida de la anciana Cadiga, madre de todos sus hijos, escepto Ibrahim, que le parió diez años despues la esclava copta María. De Cadiga tuvo cuatro hijas, Rakiget, Seineb, Omm Kolsum y Fátima, y un hijo llamado Kasim, de donde provino apellidar á Mahoma Ebul Kasil, esto es, padre de Kasim.

A los tres meses de la muerte de Cadiga y de Ebu Talib, el Profeta, para librarse de la persecucion de los Coreischitas que se habia aumentado con el fallecimiento de aquel, fue, acompañado de Seid Ben Harise, á Taif, mansion de los Beni Sakif. Taif se encuentra á Levante de la Meca, á dos jornadas de camino, en el declive del monte Gaswan, el mayor del Edjaz, tanto que allí hiela. Por la pureza del aire y del agua, por la abundancia de frutos, en especial limones, naranjas y uvas, como por el cordoban y la zapa curtidos allí, es una de las ciudades mas amenas y ricas. Mahoma se detuvo en ella algunos dias, escitando á los habitantes á adoptar el islamismo; pero tan solo obtuvo burlas y pedradas, y huyó al fin chorreando sangre de los piés y el fiel Seid de la cabeza. En medio del camino, entre Taif y la Meca, hay un valle solitario, llamado el Vientre de las palmeras, donde Mahoma pasó la noche leyendo el Coran. Cuentan las leyendas, que aquella noche pasaron por allí siete duendes, procedentes de Nissibin, su principal morada, y que habiendo oido leer el Coran se detuvieron y se convirtieron al islamismo.

Entre los Arabes es muy antigua la creencia en los *duendes*, habitadores de los desiertos, del aire, del mar, criaturas intermedias entre los hombres y los demonios. El dominio de Salomon se estendia á los hombres, los duendes y los animales; la mision de Mahoma se estendió no solo á los hombres, sino tambien á los duendes. El Profeta se consoló de la mala acogida que habia encontrado en Taif leyendo en el desierto el Coran á los duendes, y la conversion de estos le indemnizó de la repugnancia de las ciudades. En efecto, la confirmacion de su diálogo con los duendes se ve en el capítulo LXII del Coran, que lleva el título de los *Duendes*, y que santificó para los Musulmanes tal creencia: «Me ha sido revelado que los duendes me escucharon y que dijeron: Hemos oido el milagroso Coran. Conduce al bien y creemos en él, y no ponemos ningun otro al lado de nuestro Señor. ¡Que nuestro Señor sea exaltado! El no aceptó ningun compañero, ningun engendrado. Aquellos de entre nosotros que son, dicen que el Señor cometió ese esceso; y nosotros creemos que ni los hombres ni los duendes dirán ya en lo sucesivo mentiras acerca de Dios. Hubo hombres que acudieron á los duendes; pero estos los confirmaron en su necia idea. Creian, como nosotros, que Dios no enviaria en adelante ningun profeta. Queríamos (dijeron los duendes) elevarnos al cielo, pero lo encontramos lleno de guardias y de llamas. Nos sentamos allí para escuchar; mas nadie escucha sin que le circunden las vigilantes llamas. No sabemos si el Señor ha hecho esto con daño ó beneficio de los habitantes de la tierra. Somos de los buenos; entre nosotros los hay malos, porque las sendas son muchas. Creíamos no podernos sustraer al poder de Dios, ni en la vía terrestre ni en la celeste; hemos oido la guía de la verdad y creido en el Coran; y el que cree en el Señor, no teme le sean disminuido los bienes ni que se le haga injusticia. Algunos de nosotros son musulmanes, otros se alejan del verdadero camino: los musulmanes buscan asíduamente la justicia; los que se desvian son condenados como yesca al fuego (del infierno).» Este capítulo contiene toda la doctrina del islamismo sobre los duendes, algunos de los cuales son musulmanes, otros infieles, y lo mismo que los hombres, se salvan ó se condenan. El Profeta trajo al islamismo hasta el reino de los espíritus, y los genios tendrán tambien paraiso ó infierno.

A los tres ó cuatro meses se consoló de la muerte de Cadiga, casándose con Suda, hija de Semaa, de los Coreischitas, y por el mismo tiempo contrajo esponsales con Ayesa, de edad de siete años, hija de su amigo y discípulo Abubekr, aplazando la boda para cuando estuviese núbil.

Habian trascurrido diez años desde la primera revelacion, y siete desde el anuncio público de la mision profética, sin haber sido reconocido como profeta en su patria y por su tribu. La tentativa de hacer prosélitos en otra ciudad, frustrada en Taif, debia tener mejor éxito en las tribus de Scharese y Aus, habitantes de Medina. Medina, esto es, la ciudad de las cien ciudades, conocida bajo este nombre en la geografía árabe, llamada la ilustre, originalmente Ialhreb, está á diez jornadas al Norte de la Meca, en el confin del gran desierto, cerca de la cadena de montañas que se estiende del Norte al Mediodía, como continuacion del Líbano. Los primeros habitantes de la ciudad fueron los Amalecitas, en seguida los Hebreos, estableciéndose en Medina las cuatro tribus de los Beni Nadhir, Hedel, Karisa y Kainokaa. Las tribus de Scharese y de Aus habian emigrado de Saba, á causa de la gran dilapidacion de Arem, y no tardaron en multiplicarse en Medina, emigrando parte á Siria, junto á otros de su estirpe. Los Hebreos se aprovecharon de este acontecimiento para subyugar á los restantes con ayuda de las tribus de los Arabes hebráicos Tasm y Cedis. Permanecieron sujetos á los Hebreos hasta que apareció Mahoma, declarándose entonces por su mision profética, como primeros *ansar*, esto es, auxiliares ó coligados. Mahoma, en la fiesta de la peregrinacion á que acuden de todas las tribus de la Arabia peregrinos á la Meca, dirigió un discurso á los Beni-Scharesc, allí presentes, y los invitó á abrazar el islamismo. Seis de ellos se declararon Musulmanes, y fueron los primeros ansar de Mahoma, esto es, coligados de tribus esteriores, cuya denominacion es anterior á la de los *moaschirin* (emigrados) dada á los habitantes de la Meca que abandonaron con él su patria.

Poco despues se verificó la nocturna ascension al cielo de Mahoma. No la referiremos con todo el séquito de leyendas posteriores, sino brevemente y con las palabras del mismo profeta, tales como las oyeron mas de veinte de sus compañeros y se registraron en los originales de la tradicion. De esta relacion y tambien del capítulo titulado *Ascension al cielo*, aparece innegablemente que Mahoma refirió el milagro como verdad infalible; y Abubekr, que fue quien primero la confirmó prestandole fe, mereció el sobrenombre de *verídico*. Mahoma, ó creyó verdadero su ensueño nocturno, ó lo que es mas probable, estimó necesario un milagro que consolidara su doctrina; pues sus enemigos le habian echado en cara á menudo que los profetas anteriores supieron probar su mision con hechos portentosos. El, á decir verdad, se anticipó á esta crítica indicando frecuentemente en el Coran, que los versos del mismo eran la mayor prueba de mision divina; pero ya que á pesar de todas aquellas divinas palabras, los mas de los habitantes de la Meca permanecian idólatras, parece que Mahoma juzgó preciso otro milagro, y en consecuencia refirió el de la ascension, confirmado con las palabras de Dios, mediante el capítulo XVII, titulado *Viaje nocturno*: «Alabanza á Dios que desde el oratorio del santuario (en la casa de la Caaba) trasportó al siervo al último oratorio (al templo de Jerusalem) cuyo recinto hemos bendecido para manifestar nuestros milagros. ¡Dios oye y ve todo!» Fuera de este versículo con que empieza el capítulo, en los otros ciento y nueve no se dice palabra del viaje nocturno; pero se refiere á las aventuras de este el principio del capítulo LIII

llamado la *Estrella*, los pasajes del LXVI acerca de la fuente Selsebil, y el CVIII titulado *Kenser*, esto es, la fuente del paraiso: «¡Por la estrella, cuando trasmonta! no yerra vuestro compañero Mahoma. No habla de su propio caudal, sino dice lo que le revelan. Le instruyó Gabriel, que está en pié vigorosamente, que se sienta en poderosa majestad, ó que aparece en el mas lejano horizonte. Se acercó á él (á Mahoma), cada vez mas, hasta distar apenas dos tiros de arco; y reveló á su siervo lo que hay de revelacion divina. El Profeta no miente á su corazon con lo que ve. ¿Le negareis lo que ha visto y vos no veis? El (Mahoma) lo vió otra vez descender (con majestad) al árbol del loto, que está al estremo del paraiso. Cerca de allí está el jardin adonde van, como á su mansion, los bienaventurados.»

Háblase aquí de la distancia de dos tiros de arco y del árbol del loto del paraiso que hallaremos, con las fuentes Selsebil y Kenser, en el relato de la ascension nocturna al cielo. Selsebil es nombrada en la descripcion del paraiso, como una de sus fuentes, cap. LXVI: «Dios premia sus padecimientos con vestidos de seda y con el paraiso. Allí se sentarán sobre cojines, y no sentirán calor ni frio. Allí la sombra se estiende por los prados, y las ramas se doblan ofreciendo sus frutos. Acá y allá, para comodidad suya, hay cálices de plata, botellas y copas de cristal. Beben vino en que arde el gengibre, y se refrescan en la fuente llamada Selsebil, cerca de la cual juegan niños al son de perpétuas melodías. Al verlos en las praderías del paraiso se cree ver perlas desparramadas; y si se les mira mas fijamente, pronto se contempla feliz superabundancia y un gran reino. Llevan vestidos de seda verde, adornados de brazaletes de plata, mientras el Señor completa su dicha suministrándoles una bebida pura.»

«Yo dormia (dijo Mahoma) en casa de Omne-Ani en el santuario de la Caaba, cuando Gabriel me despertó con estas palabras: ¡*Mahoma, levántate y sígueme*! Gabriel encargó á Miguel que me trajese una taza de agua de la santa fuente de Semsem; despues me abrió el pecho, me sacó el corazon, lo lavó, y con tres tazas de agua de la santa fuente me infundió fe, doctrina y sabiduría; en seguida me condujo por la mano fuera del santuario. Allí, en medio de los montes Safa y Merwe, estaba el Borrak (el querubin del islamismo) con rostro de hombre, orejas de elefante, pescuezo de camello, cuerpo de caballo, cola de mulo y uñas de toro. Brillaba su pecho como rubí, sus piés como perlas; y tenia una gualdrapa de seda del paraiso. *Sube, Mahoma*, dijo Gabriel; *este es el Borrak donde cabalgaba Abraham cuando visitó la Caaba*. La cabalgadura voló á Jerusalem con un ejército de ángeles á derecha é izquierda, por delante y por detrás. Tres veces fui llamado al camino, por dos hombres y una mujer; pero no respondí. *Hiciste bien en no responder*, dijo Gabriel; *el primero abogaba por la religion hebráica, el segundo por el cristianismo, la mujer por el mundo. Si hubieses respondido al primero, tu pueblo hubiera abrazado la religion hebráica; si al segundo, la cristiana, y si hubieses respondido á la mujer, habrias olvidado el otro mundo por este*.

En el templo de Jerusalem me saludaron los coros de los ángeles y de los profetas, diciendo: ¡*Salve, oh primero*! ¡*Oh último*! ¡*Oh congregante*! ¿Qué significa este saludo? pregunté á mis conductores; y Gabriel me contestó: *Eres el primero de los intercesores; el último de los profetas; tú congregarás á tu pueblo en el dia del juicio*. Luego que hube hecho allí una oracion y dos reverencias, al mismo tiempo que los ángeles y los profetas, Gabriel me condujo á la roca en que Abraham queria sacrificar á su hijo. Desde aquella roca (lugar del sacrificio de los mas tiernos sentimientos, de las mas caras propensiones, y de todo el libre albedrío) el camino guia al cielo; las gradas son alternativamente de oro y plata; los edificios á un lado de esmeraldas, al otro de rubíes. Entonces Gabriel me levantó sobre sus alas y voló á la puerta del paraiso, la puerta de la guardia, custodiada por una legion. Entramos en el primer cielo: *Aquí*, dijo Gabriel, *tienes á tu antepasado Adam; salúdale*. Lo hice asi, y Adam me devolvió el saludo con estas palabras: *Bien venido seas, Mahoma, hijo devoto, devoto profeta*. Adam, que estaba sentado entre dos puertas, miraba á derecha y á izquierda: cada vez que miraba á la derecha, se pintaba en su rostro la alegría y la risa; cada vez que miraba á la izquierda, lloraba lleno de tristeza. Pregunté á dónde conducian ambas puertas; y Gabriel contestó: *La de la derecha conduce al paraiso, la otra al infierno; y Adam llora ó rie segun ve á sus hijos ir al infierno ó al paraiso*. En el segundo cielo encontré al Señor Jesus, con Juan á su lado. Saludé y me respondieron: *Bien venido seas, Mahoma, hijo del devoto, devoto profeta*. En el tercer cielo ví á Josef, el ideal de la belleza; en el cuarto á Idris (Enoc); en el quinto á Aaron, en el sesto á Moisés y en el sétimo á Abraham. Saludé á cada uno de ellos y cada uno me respondió: ¡*Bien venido seas, Mahoma, hijo del devoto, devoto profeta*!

»Fuimos al celeste árbol de loto (el árbol de la ciencia) rodeado de una luz divina y de una legion de ángeles, ordinaria mansion de Gabriel. De sus raices brotaban cuatro fuentes; la primera espirituosa como vino, la segunda dulce como miel purificada, la tercera semejante á la mas pura leche, y la cuarta al mas límpido cristal. Gabriel me dijo sus nombres: Kewsen, Selsebil, la fuente de la benignidad y la de la misericordia. Me dió tres copas, una de diamante, otra de zafiro, la tercera de rubí: la primera llena de miel, la segunda de leche y la tercera de vino. Probé de la primera y bebí la segunda; Gabriel me preguntó por qué no bebia la tercera: *Mi sed*, respondí, *está apagada*. ¡*Alabado sea Dios*! esclamó Gabriel, *pues que en la eleccion de la bebida has comprendido la verdadera naturaleza del islamismo para tu pueblo*. Habíamos llegado al celeste tabernáculo, que está inmediatamente encima de la Caaba, formada por aquel modelo, tanto que si cayese una piedra del tabernáculo, daria en el techo de la Caaba. El tabernáculo se llama *la casa del culto*. Se-

tenta mil ángeles entran y salen cada dia para adorar, y jamás vuelven los mismos. Dije á Gabriel: *Vé delante*. Pero él contestó: *Vengo detrás de ti, porque para con Dios me superas en mérito*. Llegamos á un velo de oro que Gabriel tocó. Los coros de los ángeles cantaban: ¡*Testificamos que no hay mas Dios que Dios*! Y detrás del velo resonó la voz de Dios: ¡*Yo soy Dios*! ¡*No hay mas Dios que yo*! Los ángeles respondieron: ¡*Mahoma es el profeta de Dios*! Y la voz de Dios resonó: *Mis siervos dicen la verdad; he enviado á Mahoma como mi profeta*. Los ángeles cantaron: ¡*Ea, á la oracion*! ¡*al bien*! Entonces me sentí levantar por manos angélicas: ¿*Por qué no me sigues*? dije á Gabriel; y él á mí: *Cada uno de nosotros tiene su lugar fijo; el mio es en el árbol celeste del loto; solo por tu mérito se me ha concedido hoy el honor de llegar hasta aquí. Si tratara de aproximarme un paso mas, aunque fuese de hormiga, me quemaria*.

»Entonces continué al través de setenta mil velos de luz y de tinieblas; cada velo tenia el espesor de mil años; de un velo á otro eran mil años. Habia llegado al verde parapeto con cojines verdes, irradiando verde luz, la cual, mas clara que el sol, me circundó con el brillo de la esmeralda. ¡*Acercaos, siervo mio*! dijo la voz de Dios desde el trono del mas alto cielo, á cuyo fin me encontraba. Acerquéme hasta la distancia de dos tiros de arco, ó quizá mas, y le adoré, porque la mayor proximidad á Dios consiste en su adoracion. Entonces vi á mi Señor en la mas espléndida figura, y me fue revelado lo que me fue revelado, como se ve en el Coran, y ademas tres cosas: la oracion renovable cinco veces al dia, el último versículo del II capítulo, y el perdon de todos los pecados de mi pueblo, esepto la idolatría. La oracion habia sido fijada en cinco veces al dia. Bajé y se lo dije á Moisés: *Ruega*, respondió, *y que el Señor te la disminuya*. Volví á subir y rogué, y se redujo á cuarenta y cinco veces. Bajé y lo referí á Moisés: *Ruega al Señor que te la disminuya*, dijo. Subí, supliqué, y conseguí la disminucion de cinco, y continué bajando y subiendo veinte y cuatro veces, hasta quedar en cinco oraciones, cada una de las cuales vale por diez. Despues, ademas de la oracion renovable cinco veces al dia, me fue revelada aparte la siguiente: ¡*Oh Dios mio! te ruego me concedas el bien y apartes de mí el mal, y me inspires buenas acciones y el amor de los pobres; te ruego tengas piedad de mí, me perdones mis pecados, y cuando induzcas en tentacion á tus siervos, llámame á ti sin que esté sentado*. Dijo Dios: *Yo y tú; he creado el resto tan solo por causa tuya; y á no ser tú, no hubieran sido formados los cielos*. Y yo respondí: ¡*Señor! tú y yo, y á todo lo demás renuncio por amor á ti*. Una gota cayó desde el trono de Dios en mi boca, infundiéndome la ciencia de lo pasado y lo futuro. Dijo el Señor: *Salve*, ¡*oh profeta*! *La misericordia y la bendicion es contigo*! Respondí: ¡*Salud á nosotros y á los siervos de Dios, á los devotos*! Y los coros de ángeles cantaron: ¡*No hay mas Dios que Dios, y testificamos que Mahoma es su profeta*! Se puso fin con los últimos versículos del II capítulo: *El enviado de Dios cree en lo que le fue revelado por el Señor, y todos los creyentes creen en Dios, en sus ángeles, en sus libros y en su enviado; y nosotros no hacemos ninguna diferencia entre los enviados de Dios*. Ellos dijeron: *Hemos oido y obedecido; imploramos tu perdon y pedimos volver á ti el dia del juicio* (1).»

Por insípido que deba parecer este sueño á críticos ilustrados, y de ningun valor á los monopolizadores de fechas cronológicas, es sin embargo digno de atencion é importante, no solo para la biografía de Mahoma, sino tambien como fundamento de la parte mística del islamismo. Esta se reduce toda al negro gérmen de los apetitos pecaminosos estraidos abriendo el pecho, y al verde de los deseos celestes introducido en su lugar; á la fuente de Semsem, que infunde en el corazon ciencia y sabiduría; á las gradas, que desde el santuario del templo de Jerusalen conducen al cielo; porque todo ascenso en la celeste escala de la perfeccion, debe partir del santuario de los deberes religiosos llevados á cabo. Pero, ya que esto no es de nuestra incumbencia, nosotros aquí no consideramos este fabuloso sueño por el lado poético ni por el místico, sino por lo que contiene y por sus consecuencias, únicamente como legislativo é histórico. En él descansan las dos columnas fundamentales del islamismo, esto es, la oracion repetida cinco veces al dia, y la profesion de fe en Dios, en sus ángeles, en sus libros y enviados.

El capítulo II puede considerarse como el principal del Coran, tanto por la sublime inspiracion, pues contiene dos grandes milagros de Abraham y de Moisés particulares al Coran, esto es, el de los pájaros que aquel formó de arcilla, animó é hizo volar, y el de la ternera de Moisés, muerta por los hijos de Israel; de donde el capítulo trae su nombre; y dos de los mas sublimes pasajes del Coran, el versículo de aquellos que vagan en medio de los truenos y los relámpagos, mudos, ciegos y sordos, y el versículo del *trono de Dios*, cuanto por la legislacion. Ademas de las antedichas profesiones de fe, contiene los preceptos de los otros cuatro fundamentos del islamismo, á saber: el ayuno en el radaman, la peregrinacion, la limosna y la oracion; la prohibicion del vino, de los dados, de la usura, de la guerra en el territorio sagrado de la Meca, de los casamientos con los infieles; la manera de tratar á las mujeres durante el matrimonio, en la viudez ó en el divorcio; la pena del talion, y por último, la órden precisa de matar á los infieles: «Matadlos donde quiera que los encontreis; arrojadlos de donde os arrojaron; las turbulencias son mas perjudiciales que el asesinato.» El último versículo de esta suma del Coran, verdadera profesion de fe del islamismo, su dogma, como se enseña aun hoy, es la última revelacion recibida por el Profeta en el trono de Dios, y por lo tanto, propiamente el comentario de todo el edificio de la mision profética. Innovaciones tan grandes del dogma; leyes que se ingieren tan profundamente en la vida, como las conte-

(1) RAudhatol-Ahbab.

nidas en este capitulo, necesitaban de una sancion particular del cielo mas que todos los demás capítulos revelados hasta entonces, y que en su mayor parte contienen sublimes amenazas y promesas, pero ninguna ley civil, y Mahoma creyó hallar esta sancion en el milagro de la nocturna ascension al cielo, en la que se compara á los antiguos profetas y enviados de Dios, y hasta se arroga la preferencia con respecto á Gabriel.

No debe sorprender, pues, que Mahoma exigiese tanta fe en este milagro como en el divino orígen del Coran, y que, lo mismo que el nacimiento del Profeta, sea, hace ocho siglos, asunto inagotable de himnos. En las obras poéticas, la noche de la ascension al cielo es preferida á la noche del nacimiento, y en el exordio de todas las grandes poesías, la descripcion de aquella sigue inmediatamente á la alabanza de Dios y del Profeta. Es el símbolo del arranque hácia lo infinito y lo divino, la ascension celeste de la poesía; el Borrak ó querubin que llevó al profeta al cielo, y las alas de los ángeles que le levantaron hasta el trono de Dios, son el caballo Pegaso de los poetas musulmanes. Es una de las siete noches santas del año y la solemnizan con cánticos é iluminacion el 26 de Rageb.

El mismo año se verificó el primer homenaje formal de Musulmanes. Mahoma, como de costumbre, predicaba en la época de la peregrinacion, invitando á los peregrinos á profesar la doctrina de la unidad de Dios. Vinieron entonces á Akaba (altura fuera de la Meca) doce personas de Medina y le prestaron homenaje como á profeta, uniéndose con él en virtuosa liga y obligándose á abominar la idolatría, el hurto, la fornicacion y la estrangulacion de los niños, cosas que antes de Mahoma estaban en uso entre los Arabes; á no hablar mal de nadie; á no faltar á la ley; á obedecer los mandatos del Profeta tanto en las fáciles como en las difíciles empresas; á no disputar unos con otros, y á ser absolutamente verídicos. Los coligados no eran mas que doce; pero al siguiente año setenta hombres y dos mujeres de Medina prestaron el segundo juramento, de defender con las armas al Profeta, sus esposas y sus hijos. Abbas, su tio, intervino en esta reunion de los Bem Scharesc, y les dijo que Mahoma, habiendo sido escluido de la comunidad de los Coreischitas, no podia tomar mejor determinacion que ir á Medina, y le recomendó á su proteccion, que ellos le prometieron. *Hemos oido*, fue su respuesta, y Abbas, volviéndose á su sobrino, le dijo: *Ahora dispon de tí, ¡oh enviado de Dios! como mejor te parezca.* Y el Profeta, despues de leer el Coran, dijo: *Me ligo con vosotros, á condicion que me defendais, como defendeis á vuestras mujeres é hijos.* Hablaron entre sí, y luego preguntaron: *¿Y si perecemos por tu causa, qué premio nos espera?—El paraiso.—Alarga, pues, tu mano,* añadieron, y le ofrecieron homenaje, tomando en seguida el camino de la Meca. Mahoma iba enviando á Medina á los que abrazaban su doctrina, y no quedaron con él en la Meca sino su suegro Abubekr y su futuro yerno Alí.

Noticiosos de esto los Coreischitas se reunieron en la curia, donde compareció de nuevo entre ellos el desconocido anciano de Nedsc, que se llamaba Abu-Morret, esto es, el Padre de la amargura, y á quien por haber dado el diabólico consejo de matar á Mahoma, reputaron los Musulmanes el diablo en persona. Los encargados de matarle, esperaron á que Mahoma se durmiese, para no errar el golpe. Este, por inspiracion divina, mandó que en aquella noche se acostase en su puesto Alí, el cual espuso entonces por la primera vez la vida en favor del Profeta, á lo cual alude en sus poesías: «Con mi vida quise salvar la del mejor de los que viven en el mundo, la del mejor de los que giran en torno del santo armario, cerca de la santa piedra negra. El enviado de Dios estaba asustado, viendo que sus parientes le tendian lazos; pero de sus inícuas tramas le libró Dios, inmenso como los cielos.» Mahoma recitó el 9.° verso del capítulo XXXVI del Coran: «Hemos colocado una barrera delante y otra detrás de ellos; los hemos descubierto, y no lo conocen.» Habiendo ido á casa de Abubekr, huyó con él en la oscuridad de la noche á una caverna del monte Tur, uno de los siete de las cercanías de la Meca (1), cuya gruta desde entonces adquirió tanta fama como la del monte Hara, donde Mahoma se preparó á la mision profética por medio de la contemplacion. Los asesinos, que habian velado toda la noche, derribaron por la mañana la puerta de la casa, y encontraron á Alí envuelto en la capa verde de Mahoma, pero no le hicieron ningun mal.

Era la noche del jueves al viernes, vigésimo sesto dia de julio del año 622 del cristianismo, una de las épocas mas notables en la historia del mundo, porque en ella da principio la *Egira*, esto es, la fuga del Profeta de la Meca á Medina. Los enemigos de Mahoma, á cuyo frente estaba el padre de la ignorancia, persiguieron á los fugitivos, conocidos con el nombre de *emigrados*. Como no entraron en la gruta en busca de Mahoma, cuenta la leyenda que, apenas se ocultó allí Mahoma y Abubekr, una paloma formó su nido á la entrada y puso en él los huevos, una abeja labró su panal, y una araña fabricó su tela á modo de cortina, de suerte que los perseguidores creyeron, en vista de tales indicios, que ningun hombre habia pisado aquella gruta hacia mucho tiempo. Esta leyenda de la paloma y de la araña es conocidísima; los hermosos versos de la *Capa*, esto es, de la célebre cásida de Bussiri, andan en boca de todo musulman culto: «Estaba en la gruta la verdad y el verídico. Nadie hay dentro, gritaron los perseguidores. Las palomas revoloteaban allí y las arañas tejian su tela (sin que ellos lo imaginasen) sobre el mejor hombre del mundo. La defensa y proteccion de Dios valen mas que la doble coraza y el castillo torreado.»

Menos conocida y en la esencia enteramente ignorada hasta ahora en Europa, es la leyenda de las dos tortolillas que invitaron al Profeta á salir de la gruta. Merece citarse, aunque no sea mas sino porque, segun todas las probabilidades, fueron la base de la fábula tan repetida de la

(1) Esto es: 1 *Gebel nur*, 2 *Tur*; 3 *Thebir*, 4 *Ara*, 5 *Efdem*, *Ebi*, 7 *Kabis*. GIHANNUMA, 519.

paloma enseñada por Mahoma, y que le relataba al oido el Coran (1). Las dos tortolillas le decian con sus arrullos : «¡Oh tú! á quien acuden las criaturas, sal tranquilo de la roca, sal de la gruta, confiado en Dios (2).» Abdallah y Aamir, que habian seguido como sirvientes al Profeta, trajeron dos camellos, uno para Mahoma y Abubekr y el otro para ellos. Durante el viaje entraron en casa de la madre de Muid, la cual se dolia de no poder suministrarles alimento, porque su oveja estaba enferma y no daba leche; pero Mahoma la ordeñó con sus propias manos, y dió leche en abundancia; dicen que vivió aun diez y ocho años.

Gozan de mas crédito que estas leyendas las anécdotas (3) de Seraka Ben Malik, de la tribu Modlic, y de Berides, hijo de Schassib, de la tribu Eslem; ambos salieron en persecucion del Profeta, y ambos desistieron de perseguirle. El primero fue inducido por la promesa de cien camellos que le hizo el Padre de la ignorancia, si lograba entregarle el fugitivo. Seraka, segun un antiguo uso de los Arabes, echó suertes con tres dardos, en uno de los cuales habia escrito : *El Señor lo manda*; en otro *El Señor lo prohibe*, y en el tercero *Indiferente*. El dardo que salió á Seraka no correspondió á su esperanza, y con todo se puso en camino. Encontrábase ya casi junto á los fugitivos, cuando Abubekr dijo llorando : ¡*Enviado de Dios, nos alcanzan*! Mahoma le respondió : *No te aflijas, el Señor está con nosotros*. Y levantó la mano en actitud de orar; en el mismo instante el caballo de Seraka se hundió hasta el vientre. Seraka, asustado, llamó en su auxilio al Profeta, y el caballo salió inmediatamente del pantano. Dirigióse Seraka á Aamir, hijo Tehir, suplicándole que obtuviese de Mahoma un salvo conducto, y cuando se lo concedió, le dió las gracias con los siguientes versos muy conocidos en Oriente y escritos sobre las puertas de los edificios elevados : «Proteja Dios tu gloria, como un gran bien; continúa seguro tu viaje bajo su guardia, Dios es el mejor custodio (4).»

Berides, el otro perseguidor, guiando setenta hombres armados en camellos, habia alcanzado á los fugitivos, cuando Mahoma le preguntó de qué tribu era : *De la tribu Eslem*, esto es, la mas segura. *Estamos, pues, en seguro* (5), dijo Mahoma; *¿y de qué rama?—De los Beni Sehm*, esto es, de los hijos de la porcion (6). *Ahora bien, Abubekr*, esclamó el profeta, volviéndose á su suegro, *consuélate de tu porcion* (7). Berides quedó tan admirado de estos juegos de palabras, que eran, en concepto de los Arabes, el colmo del arte, que con sus setenta hombres armados se convirtió al instante al islamismo, y colocando un lienzo blanco en la punta de su lanza, le precedia como porta-estandarte. Sus compañeros, viendo la bandera, le tributaron el debido honor á son de trompetas, timbales y cornamusas.

Cuando Mahoma se acercaba á Medina, habiéndose divulgado por un hebreo la noticia de su venida, salieron á recibirle las tribus amigas de Aus y Schiaresc (8). Un lunes, diez dias despues de partir de la Meca, llegó Mahoma delante de Medina; se situó en la aldea de Koba, á tres cuartos de hora de distancia, tribu de Amrus Beni Auf, é inmediatamente destinó una casa para oratorio (*meschid*) primera mezquita del islamismo, de la que se dice en el Alcoran : «El lugar de oracion fundado sobre la piedad desde el primer dia (cap. IX v. 110).» El viernes siguiente (décimo-cuarto dia de la emigracion á Medina) Mahoma, concluidas las oraciones de la jornada, fué á Medina con cien discípulos, dejando que el camello eligiese donde pararse. Hízolo delante de la casa de Melik Ibn Neschar, donde está hoy la puerta de la gran mezquita del Profeta. *Aquí debemos detenernos, Dios lo quiere*, dijo y se apeó. Ebu Eyub (cuyo sepulcro encontrado tan oportunamente durante el sitio de Constantinopla por Mahomet II, da nombre hasta hoy á uno de los mayores barrios de aquella ciudad) y el esclavo manumitido Seid Ben Arise, llevaron los bagajes á casa de Abu Eyub, cuya parte superior ocupó Mahoma y la inferior el dueño. Pasó allí siete meses, durante los cuales, en el lugar de la casa comprada por diez ducados á Ibn Nechar, edificó la gran mezquita de la dimension de cien brazas cuadradas con la parte del altar mayor, ó propiamente el nicho del Coran, vuelto hácia Jerusalém, y tres puertas, la principal frente á la Kibla de Jerusalém; de las dos laterales, la una se llamaba *de la misericordia* y la otra *de la habitacion del Profeta*, porque junto á ella se fabricaron dos casas para las dos mujeres de Mahoma, Suda y Ayesa, como junto á la puerta principal estaba la de Osman, su yerno.

Al principio el Profeta, mientras predicaba en la mezquita á los infieles, acostumbraba respaldarse en un tronco de palma; pero cuando en lo sucesivo subió á un escabel de tres gradas, la palma gimiendo se hendió, lo cual fue considerado por los creyentes como espresion de su dolor, al verse despreciada. Mahoma los confirmó en esta opinion, que le era tan favorable, abrazando al tronco, como su amigo (9). Introdujo el uso de llamar á los creyentes á la mezquita con voz humana, para distinguir á los Musulmanes de los Cristianos, de los Judíos y de los Magos, los cuales invitan á ir á las iglesias, sinagogas y pireos, por medio de campanas, trompetas y fuego. Prescribióse entonces que en tiempo de paz, la oracion de mediodía, de la tarde y de la noche, consistiesen en cuatro postraciones; limitándose á dos en épocas de turbulencia (10). Por el mismo tiem-

(1) Los Musulmanes creen distinguir en los gemidos de las tórtolas estas palabras: «*¡la haiji!* esto es, ¡oh Todo vida! y *¡la kajum!* esto es, ¡oh Constantísimo!»

(2) Biografía de Weisi: impresa en el Cairo, p. 119.

(3) Anécdotas en el significado mas estricto de la palabra, pues hasta ahora no se han dado á conocer sus fuentes.

(4) *Allah jabres mescdek el-aali fesir fi ifeihi fallahu sciairu afsen*, en la biografía de Weisi, p. 122; el cual refiere tambien la anécdota siguiente, segun el *Seiri mochtasear*, esto es, la leyenda compendiada del profeta de Kiarsuni.

(5) *Selemna*.

(6) *Sehm* significa dardo y porcion *(nassib)*; que tiene el último significado.

(7) *Sciarasc sehmek jaani-sciarasc nassibek*; literalmente, «*Saca tu porcion*.» Weisi, p. 123.

(8) Weisi, p. 124.

(9) Id. p. 73; segun el *Insanolojun*, este tronco de palma fue llevado á la mezquita de Córdoba, donde los creyentes le tributaban la mas profunda veneracion.

(10) Ibrahim Alebi, p. 74.

po se formó una liga de cuarenta y cinco hombres, parte emigrados de la Meca, parte auxiliares de Medina, obligándose á ayudar al Profeta en cualquier peligro á mano armada y con sacrificio de su vida. Muchos sellaron esta liga con su sangre en la batalla de Bedr. Fue la primer órden instituida en el islamismo, esta hermandad militar, cuyos individuos heredaban unos de otros como hermanos carnales (1); y precedió casi cuatrocientos años á las órdenes de los Templarios y de los Hospitalarios de San Juan, establecidos sobre las mismas bases.

Los habitantes de Medina mostraban á porfía amor y adhesion á Mahoma, ofreciéndole dones en abundancia. La madre de Anes (ó Ins) Ben Malik, á falta de otro regalo le llevó á su hijo y se le presentó en clase de siervo. Este y Seid Ben Arise, esclavo manumitido, fueron los servidores mas celosos del Profeta. Una enfermedad que padeció Mahoma, se atribuyó á mágia del hebreo Lebid Ben Aasam, el cual, habiendo formado once nudos en la cuerda de un arco, la habia enterrado en un foso. La cuerda fue estraida y llevada al Profeta; y los once nudos del encanto se desataron cuando leyó los últimos versículos de los dos últimos capítulos del Coran, titulados la *Aurora* y los *Hombres*, ó con un nombre comun, *Los que acuden á Dios* (2). Merecen ser conocidos en toda su estension, como los versículos amuléticos mas poderosos del Coran contra cualquier influencia de mágia y de imprecacion: «Me acojo á Dios, Señor de la Aurora, para guardarme de los malvados que Dios ha creado, del mal de los eclipses de luna que debilitan oscureciendo, y del mal de las mujeres que soplan en los nudos, y del mal de los envidiosos que nos aborrecen. Me acojo al Señor de los hombres, al rey de los hombres, al Dios de los hombres, para no ser ofendido por el mal de los que promueven rebeliones, de los que seducen, de los que irritan las pasiones humanas; para no ser ofendido por el mal de los hombres.»

Cuando el Profeta leyó estos versos y se desataron los nudos mágicos, apareció tambien Gabriel congratulándose y llevando la fórmula para deshacer los encantos, que desde entonces se consideró como la mas eficaz: «En nombre de Dios, que te ha guardado de la mágia ¡Por Dios, que te libra de todo género de mal! (3)» Deshecho el encanto y curado el Profeta, se casó con Ayesa, que tenia solo nueve años, y la cual refiere el acto con la misma sencillez que se verificó: «Dormia en un columpio, entre dos palmas, cuando mi madre me mandó bajar, me lavó la cara y me condujo á la estancia del Profeta, á quien rodeaban muchos auxiliares. Mi madre me puso sobre sus rodillas, y despues de augurar fortuna con las palabras: ¡*Tuyas son estas familias; Dios te bendiga en ellas, y á ellas en ti! todos se retiraron.*»

Es aun mas notable que la boda de Ayesa, de edad de nueve años, con un hombre de cincuenta y cuatro, la conversion del escriba hebreo Abdollah Ben Selam, á quien Mahoma es ciertamente deudor de la mayor parte de sus conocimientos acerca de la religion judáica. Las tres preguntas que dirigió á Mahoma, así como las respuestas de este, son tontas. La primera fue: ¿De qué provenia la mayor semejanza de los hijos con el padre ó con la madre? La segunda: ¿Cuál era la principal comida de los habitantes del paraiso? La tercera, ¿Cuál será la verdadera señal del dia del juicio? Mahoma respondió á la primera: Que el niño se parece al padre ó á la madre, segun que el uno ó la otra sintió antes los estímulos de la concupiscencia; á la segunda; hígado de pez; á la tercera; un incendio destructor de Levante á Poniente. Sea que estas fuesen tradiciones hebráicas, que conociese ya Mahoma, sea que á Abdollah le gustase el hígado de pez, es lo cierto que se convirtió al islamismo (4).

El acontecimiento mas notable del segundo año de la Egira, es el envio de la órden espresa del Coran, mandando tomar en adelante las armas contra los infieles: «Matadlos hasta que no quede ningun disturbio, y solo exista la religion de Dios; pero si se abstienen de la idolatría perdonadlos. La hostilidad contra los injustos. Herid de muerte á los idólatras donde quiera que los encontreis; despojadlos, custodiadlos de todos modos; pero si arrepintiéndose, oran y dan limosna, dejadles seguir su camino. Si os matan, matadlos; pues este es el perdon de los infieles (cap. II, v. 149, 192, cap. IX, v. 6).»

Pronto se puso en práctica la órden del cielo; pero fue tan bajo el motivo de las primeras tentativas y tan escaso su éxito, que es casi ridículo el concederles un lugar en la historia, y solo puede permitirse á las leyendas representarlas como *combates* y *espediciones santas*. En el idioma de los Musulmanes hay diferencia entre estos dos nombres y el de la *guerra santa* ó *shadi*. Combates santos (*ghasa*) se llaman todas las empresas guerreras santificadas por la presencia del Profeta; cualquier otro hecho de armas se denominaba simplemente espedicion (*serijed*). En el sentido mas estricto, no hubo despues de Mahoma ningun combate santo, ningun *campeon santo* (*ghasi*); pero mas adelante la adulacion añadió este título, como sinónimo de vencedor ó triunfador, á los generales y príncipes cuyas armas vencieron á enemigos no solo esteriores sino interiores, muchas veces aun cuando estos últimos no fueron vencidos, sino meramente atacados; por ejemplo, el sultan Mahamud se firmaba *ghasi*, aunque no habia vencido, y sí atacado á los Griegos y al bajá de Egipto. Los escritores de la vida de Mahoma cuentan veinte y ocho combates santos, en los que intervino personalmente, y cincuenta espediciones emprendidas por su órden, en todo setenta y ocho hechos de armas. Pero las primeras seis ó siete empresas no fueron mas que pequeñas y miserables tentativas para sorprender y despojar caravanas.

Noticioso Mahoma de que una de comerciantes volvia de Siria á la Meca, envio para que la sorprendiese á su tio Amsa, con treinta Mohagirin. La encontraron en el territorio de Schoheina, á orillas del mar; pero viendo que la

(1) IBRAHIM ALEBI, p. 73.
(2) *El-moawetein.*
(3) *Bismillahi rakike Wallahi jeschfike min kullin dain fike.*

(4) *Sefer* del año segundo (agosto de 623.)

acompañaban trescientos Coreischitas, entre ellos el Padre de la ignorancia, uno de los mas ardientes enemigos del Profeta, la dejaron ir sin molestarla. Cuatro semanas despues, Mahoma envió con sesenta emigrados á Obeide, hijo de Haris (el tio mas viejo de Mahoma) para que sorprendiese una caravana conducida por Ebi Soffian. Mahoma dió á Mossah una bandera blanca (la primera del islamismo). Encontraron la caravana en el valle de Batn Radigh; pero como la escoltaban doscientos hombres, no se atrevieron á inquietarla; únicamente Saad Ben Ebi Wakkas les lanzó tres dardos, que fueron los primeros flechazos de la guerra santa del islam. De allí á poco Saad Ben Ebi fue enviado á Hoscla, aldea del Edgiar, para esperar una caravana, que habia pasado ya el dia anterior. Despues de estas tentativas de saqueo, honradas con el nombre de espediciones, Mahoma en persona, fue en compañía de sesenta emigrados á la aldea de Abwa, llevando el designio de saquear una caravana de Coreischitas y de asolar el territorio de la tribu de los Beni Damra. Dejó en Medina, como su lugar-teniente, á Saad Ben Ibade, y confió la bandera blanca á su tio Amsa. Pero como los Beni Damra querian vivir en paz, Mahoma les dió el siguiente salvo-conducto: «En nombre de Dios clementísimo, piadosísimo, este escrito está dirigido por Mahoma, enviado de Dios, á los Beni Damra. Nadie tocará sus bienes ni sus personas; se les socorrerá contra sus enemigos, pues que no combaten en la senda de Dios, el cual los ayuda; y si invocan su auxilio, él los oye. Esta es la garantía de Dios y de su enviado, para su seguridad.» En Bowat, esto es, en la falda de un monte, próximo al puerto marítimo de Ienbu, Mahoma queria sorprender con doscientos emigrados, una caravana escoltada por cien Coreischitas, que conducia á la Meca mercancías de Siria; mas llegó cuando ya habia pasado. Al tiempo de partir, nombró califa, en Medina, á Saib Ben Mesun, y entregó una bandera blanca á Saad Ben Ebi Wakkas. Cuando el Profeta no iba en persona, elegia el caudillo; y despues de este, el cargo de mas importancia en la tropa era el de porta-estandarte.

Informado Mahoma de que una caravana de Coreischitas, hombres y mujeres, en mil dromedarios, venia de Siria con ciento cincuenta mil ducados, marchó contra ella al frente de ciento cincuenta hombre; pero cuando llegó á Aschira supo que la caravana habia pasado ya, y se limitó á dar á la tribu de los Beni Modlec un salvoconducto por el estilo del de los Beni Damra, volviéndose á Medina. Diez dias despues fueron robados los camellos de Mahoma, que estaban paciendo; mandó á Seid Ben Arise que persiguiese al raptor, y confió á Alí la bandera blanca. Le persiguieron hasta la aldea de Sefwan, en las cercanías de Bedr, sin poderlo alcanzar. Tal es la espedicion de Sefwan, llamada tambien primera de Bedr; esta aldea poco despues se hizo para siempre famosa con la primera victoria de las tropas de Mahoma, y mas adelante volvió á ser teatro del valor musulman; tanto que se cuentan tres hechos de armas de Bedr.

En el mes de ragel, que con los dos últimos y el cuarto eran considerados hasta entonces por los Arabes como los cuatro meses santos del año, en que deponian las armas, mandó Mahoma á Abdollah Ben Asesc, con solo ocho emigrados á saquear una caravana de los Coreschitas, que conducia pasas y azafran de Taif á la Meca. La encontraron en el valle de las palmas, confiando en la seguridad del mes santo, que estaba á punto de concluir. Los nuevos Musulmanes la sorprendieron, mataron los jefes, y cogieron prisionero á uno de la escolta. Esta profanacion del mes de tregua encendió de nuevo la ira de los enemigos del Profeta, siendo censurados crudamente en Medina los nueve individuos que tomaron parte en aquella guerra impía. Entonces fue revelado el versículo del Coran que abrogó la santidad de los cuatro meses, y santificó el combate contra los infieles en todos los meses del año: «Te preguntaron ¡oh Mahoma! si es permitido combatir en los meses santos: dar batalla en esos meses es un grande acontecimiento; pero desviarse de la senda de Dios, ser ingrato con él y con el santuario de la mezquita, desterrar del santuario á los compañeros del enviado de Dios, es mas aun: la sedicion es un mal peor que la matanza (cap. II, v. 217).» El caudillo Abdollah Ben Asesc, que con sus ocho emigrados consiguió al fin matar á un hombre y hacer á otro prisionero, despues de ocho santos combates y espediciones en que no se habia derramado una gota de sangre, compuso á este propósito los siguientes versos: «Creen que es gran cosa combatir en el mes santo; pero mas es alejaros de la palabra de Mahoma y tacharle de incrédulo: Dios tiene la mirada fija sobre vosotros. Nuestra espada está bañada en la sangre de Ibnol-Adhram; en la fuente de las palmas se encendió el ardor de los campeones.»

En aquel año casó Mahoma á su hija Fátima, que tenia quince de edad, con su querido sobrino Alí, que le llevaba diez. Las menores circunstancias de esta sencilla boda son tanto mas notables cuanto que las fuentes de las tradiciones ponen el relato en boca del mismo Alí: «Mis bienes (dice Alí) consistian en un caballo y un camello, que vendidos para reunir la contradote (que entre los Arabes al marido da como precio con que se obtiene del padre á la hija) importaron cuatrocientas ochenta dracmas, que vertí en el seno del Profeta; el cual tomó un puñado y lo entregó al Belial para comprar perfumes. Los muebles de mi casa eran un colchon de lana y una funda de piel llena de hojas de palmera. *Si viene Sehra* (la resplandeciente, sobrenombre de Fátima) *que espere por mí*, dijo el Profeta. Fátima entró por un lado, yo por otro, y nos sentamos. Llegó el Profeta y pidió agua, que Fátima le trajo en una fuente. Él la derramó sobre la cabeza, los piés y las espaldas de la jóven diciendo: ¡*Oh Dios mio*! ¡*Pongo cerca de tí, al abrigo de Satanás, á ella y á su descendencia*! Cuando hubo alejado tambien de mí todo mal, valiéndose de las mismas plabras dijo: ¡*Ve á casa de tu mujer en el nombre de Dios y con su bendicion*!»

Otras fuentes de la historia de Mahoma trasmiten esta descripcion con alguna diversidad,

por boca de testigos oculares, como Omm Selma, mujer del Profeta, y Salmara, pregonador de la oracion. Los cuatro íntimos consejeros de Mahoma, Abubekr, Omar, Saad y Moas, estaban reunidos en su mezquita, cuando recayó la conversacion sobre Fátima, cuya mano habia negado el Profeta hasta entonces á los individuos mas respetables de la tribu de los Coreischitas. Abubekr, opinando que no la negaria á Alí, animó á este á pedirla; y Alí, oponiendo, por modestia, que no era digno de tal matrimonio, se dirigió á casa de Omm Selma, donde estaba á la sazon Mahoma. La peticion fue acogida favorablemente. «¿Cuál es tu hacienda? (preguntó Mahoma á Alí).—¡Oh enviado de Dios (respondió Alí). Sabes que no poseo mas que una coraza, una espada de la India y un camello de la Bactriana.—Espada y camello (repuso Mahoma sonriéndose) son para un campeon como sus manos y piés; pero, acerca del precio de una loriga del Yemen, que te es inútil contando con la proteccion de Dios, podremos ponernos de acuerdo. Sabe, ¡oh Alí! que esta noche se me apareció un ángel y me felicitó, en nombre del Señor, por el matrimonio de Fátima contigo; es uno de los que sostienen el trono de Dios, sus alas son de colores como los del Anka en el monte Kaf, y se llama Schitail. Apenas terminó su mision congratulatoria, cuando se presentó Gabriel con un paño de seda verde en la mano, en que estaban cosidas dos sartas de perlas; me dijo que en el paraiso se habia preparado una gran fiesta, erigiéndose un prodigioso tablado sobre piés de diamantes, ante el tabernáculo de la eterna Majestad (de quien es imágen en la tierra la Caaba), y que desde allí Rahil, el mas elocuente de los ángeles, anunció el matrimonio; en seguida todos los ángeles y los profetas empezaron á bailar la danza de la boda. Te juro, Alí, que Gabriel habia acabado apenas de hablar, cuando llamaste á la puerta, de modo que tu peticion no me cogió desprevenido.»

Despues del matrimonio, Mahoma pronunció el siguiente discurso: «Alabemos á Dios, cuya gracia esperimentan sus siervos, cuya omnipotencia es temida por el iracundo, cuyas órdenes obran enérgicamente en el cielo y en la tierra; que creó el mundo con un *Sia*, que lo distinguió con sus mandatos, lo elevó con su religion y lo honró con su profeta Mahoma (¡á quien dé bendicion y salud!) Dios (¡bendito y ensalzado sea eternamente su nombre!) ha establecido el matrimonio; él que creó al hombre, formándole del agua, y le impuso consanguinidad y cognacion; ¡Omnipotente es tu Señor! Dios omnipotente ha ordenado que su órden suceda segun su suerte, y su suerte segun su destino; toda suerte tiene un destino, todo destino un objeto, todo objeto un escrito; Dios anula lo que quiere, y confirma lo que le agrada; á su lado está la madre de la escritura (el Coran). Y asi Dios quiere, ¡el altísimo! Dios ha mandado que yo case á Fátima con Alí, hijo de Ebi Talib (del cual Dios esté satisfecho). Sed testigos de que la caso con él, llevando de dote cuatrocientos siclos de plata, si esto le satisface.» Alí declaró estarlo, y dijo que ofrecia como contra-dote á Fátima el valor de su lóriga, esto es, cuatrocientas dracmas de plata. Un plato de dátiles frescos formó el banquete nupcial. Osman compró la lóriga en cuatrocientas ochenta dracmas, y la dió de nuevo á Alí. El ajuar de la esposa no consistió, como el de las esposas persas, en la diadema, el collar, los pendientes, los brazaletes, el anillo, el ceñidor, etc.; sino como el de las esposas árabes, en un cobertor de piel lisa, una funda de piel llena de hojas de palmera, una colgadura de lana, un aba (sobretodo) de Schaiber, una sábana de lienzo burdo de Egipto, un cántaro de barro, y algunas copas. Omm Selma gastó diez dracmas en la comida, cuyo principal plato fueron dátiles cocidos en manteca con avellanas. Tres dias duró la fiesta, y al despedirse, en vez de la esclava que le pidió su hija, Mahoma le dió el consejo de decir treinta y tres veces al dia: ¡*Honrado sea Dios*! treinta y tres veces: ¡*Alabado sea Dios*! treinta y tres veces: ¡*Dios es grande*! y luego la profesion de fe: ¡*No hay mas Dios que Dios*! Este centenar de fórmulas constituyó desde entonces el rosario musulman. Alí no tuvo otra mujer hasta la muerte de Fátima, y vivió feliz con ella, no obstante algunas disputas domésticas. Cuando estas ocurrian, no iba á quejarse á su suegro, sino se encaminaba á la mezquita, y esparcia tierra sobre su cabeza, de donde le vino el sobrenombre de Padre de la tierra.

Mahoma, al principio, cuando oraba en la Meca, tenia el rostro vuelto al santuario de la Caaba; pero desde su ascension nocturna al cielo, se volvió siempre hácia Jerusalem, mostrándose en esta parte complaciente no menos con los Cristianos que con los Judíos, que miran á Jerusalem como la mas santa de las ciudades. En lo sucesivo, juzgando inútil, y hasta perniciosa, semejante consideracion del islamismo para con las religiones hebrea y cristiana, un versículo del Coran trasladó de nuevo la *Kibla*, esto es, el sitio donde debian volverse cuando oraban, de Jerusalem á la Meca: «De cualquier pais que seas, dirige siempre el rostro al oratorio del santuario (de la Caaba), pues esta es verdad de tu Señor; y á Dios no se esconde lo que haces (cap. II, v. 150).» Sin embargo, el Profeta, como se demuestra hasta la evidencia en el Coran, no atribuyó el mayor mérito de la oracion y del culto divino, al acto de dirigir el rostro á determinado sitio: «La justicia no consiste en volver la cara al Oriente ó al Occidente. Justo es aquel que cree en Dios, en el dia del juicio, en los ángeles, en el Coran, en los profetas, y distribuye, por amor de Dios, sus bienes á sus parientes, á los huérfanos, á los pobres, á los caminantes, á los mendigos, para el rescate de los prisioneros; que hace oracion y limosna, que cumple sus contratos, y que persevera con paciencia en medio de los peligros: estos son los verdaderos creyentes, los que temen á Dios.»

Junto con la traslacion de la Kibla, vinieron del cielo los versículos que imponen por obligacion á los Musulmanes, el ayuno del ramadan, la limosna y el sacrificio de la fiesta de los sacrificios: son los siguientes del cap. II del Coran,

el cual, como ya hemos dicho, contiene la suma de la legislacion religiosa del islamismo. El desayuno: «Creyentes, se os prescribe el ayuno, como estaba prescrito á vuestros antecesores: guardaos de faltar á él. En vez de los dias numerados, si alguno de vosotros está enfermo ó de viaje, se le prescriben otros tantos dias que compensen aquellos. El que falta á este precepto, expiará su culpa dando de comer á los pobres; y el bien que hiciere le reportará ventaja. Si ayunais, será mejor para vosotros, ¡oh si lo supiéseis! hacerlo en el mes de ramadan, en que el Coran fue revelado (Cap. II).» La limosna: «Te preguntarán qué deben dar de limosna. Diles: el bien que haceis redunda en ventaja de los padres, de las viudas, de los pobres, de los caminantes; y Dios sabe el bien que haceis (capítulo II, v. 271-75; cap. IX, v. 62).»

Lástima que la escelente doctrina de justicia, de temor de Dios, de beneficencia y de devocion, contenida en los anteriores versos, coincida con un homicidio ordenado por Mahoma, primera mancha indeleble de infamia impresa en su carácter por la verdadera historia. No se trata de un campo abierto, donde lidiando hombre contra hombre, sucumbiese la víctima defendiendo la santa causa de la fe; trátase de una mujer inerme, que pereció á manos de un asesino. La hebrea Asma, hija de Mewar, habia escitado á sus correligionarios contra los Musulmanes, y lo que mas profundamente atormentaba al Profeta, y acrecia su encono, era que se habia desatado en sátiras contra él. Estaba casada con uno de la tribu Schatemi. Omeir Ben Ada, de la misma tribu que su marido, no pudiendo, á causa de la ceguera, ganar la palma de la guerra santa en el campo de batalla, se encargó de ejecutar el homicidio ordenado por el Profeta. Introdújose de noche furtivamente en su cuarto, y cuando daba de mamar á su niño, la traspasó de parte á parte. A la mañana siguiente, hallándose el asesino detrás de Mahoma en la oracion, este le preguntó: *¿Has muerto á la hija de Mewar?* El asesino respondió que sí, y quiso saber si aquella accion le podia causar daño. *Dos cabras*, dijo Mahoma, *no se dan topetadas por eso*. Este chiste de sangre fria en boca del que habia ordenado el asesinato, es admirado por los biógrafos como una de las mas sublimes figuras retóricas del Profeta, y comparado á la energía de las siguientes palabras con que pinta el ardor de la batalla: «La batalla arde como la piedra en que se ha encendido el fuego para hacer cocer la carne.»

Omar, maravillado del hecho de Omeir, dijo: *Mostradme pronto á ese ciego*. Mahoma le interrumpió, esclamando: *No le llames ciego, sino mas bien perspicaz*. Omeir volvió á casa de su víctima, y cuando los de su tribu le preguntaron si el reo era él, contestó con las palabras del Coran: «Me armais lazos; y no esperais que pueda librarme;» añadiendo de su propia cosecha: «¡Por Aquel en cuya mano está mi alma! Si sostuviéreis eso que ha dicho Asma, os heriria con esta espada, hasta morir yo y vosotros!» Esta enérgica respuesta convirtió á toda la tribu judáica de Schateim, que desde entonces fue una de las que con mas celo defendieron el islamismo.

Despues Mahoma renovó la mezquita de Coba (la primera del islam) para volver hácia la Caaba el nicho adonde miran los creyentes durante la oracion, y que antes estaba vuelto á Jerusalem. Murió aquel año Rakiget, hija mayor de Mahoma, mujer de Osman hijo de Affan, y anteriormente de Ebu Leheb, asi como la hermana de Rakiget, Omm Kolsm, lo era de Oteib, hijo de Ebu; pero desde que fue revelado el capítulo: *Corrompidas están las manos de Leheb, ¡corrompidas!* Ebu Leheb y su hijo se separaron de las hijas de Mahoma, que tornaron á la casa paterna: suficiente causa de la exasperacion de Mahoma contra su tio.

Despues de cinco espediciones y tres combates santos, en los cuales no hubo mas que un enemigo muerto, y otro prisionero, tuvo lugar la gran batalla de Bedr (plenilunio) que oscurece á todas las demás del islamismo, como el plenilunio á las estrellas; primer hecho de armas en que tomaron parte los ansar, coligados ó auxiliares, esto es, los de Medina, mientras que en todas las espediciones precedentes no lidiaron mas que los moashirin, ó sea los emigrados. Noticioso Mahoma de que la caravana de Siria volvia con un rico bagaje, partió al frente de sesenta y cuatro emigrados y doscientos cuarenta y un coligados, en todo trescientos cinco combatientes, y solo setenta camellos, y tres caballos en que alternativamente montaba. Tres banderas, en vez de una, flotaban delante de la tropa; la blanca (velo ó sábana de Ayesa) y dos negras, una de las cuales, célebre bajo el nombre de águila, llevaba Alí. La caravana era de mil hombres, que conducian cien caballos y setecientos camellos. Tres dias antes de que llegase á la Meca la noticia del peligro que amenazaba á la caravana, Aatika, hija de Abdol-Motalleb, habia tenido en la Meca un sueño profético, con motivo del cual Ebu Leheb, el mas hostil de los tios de Mahoma, insultó á su hermano Abbas, junto á quien estaba Aatika, diciéndole: *No basta que vuestros hombres se atribuyan el espíritu profético; ya profetizan hasta vuestras mujeres.*

Tres dias despues, el sueño de Aatika se realizó, pues el Dandama enviado por la caravana á la Meca con la noticia de que Mahoma les armaba asechanzas, hizo resonar por todas partes el grito de guerra: *¡Los bofetones, los bofetones!* Y luego *¡Al socorro! ¡al socorro!* Los de la Meca marcharon en auxilio de la caravana. Sabedor de ello Mahoma, celebró consejo con los emigrados y los coligados. Los mas opinaban por contentarse con el saqueo de la caravana y evitar el pelear con los de la Meca. A esto se refiere el capítulo VIII del Coran: «Cuando el Señor te condujo fuera de tu casa, y parte de los creyentes se te opuso.» Abubekr, Omar y Mikdad, hijo de Eswed, declararon seguir al Profeta: «Nosotros te seguiremos adonde quiera que vayas; nosotros no decimos como los hijos de Israel á Moisés: *Vé con tu Señor, y combatid los dos*; nosotros permanecemos aquí y decimos: *Vé con tu Señor, combatid los dos*, y

nosotros á tu lado (cap. V. 30).» Los coligados pidieron que se les permitiese tambien participar de la gloria del combate santo, y Mahoma dijo: *¡Id con la bendicion de Dios!* Los Coreischitas habian llegado á Adwei Caswa, y aquellos estaban acampados al pié de una colina de arena, cerca de Bedr, donde no tenian agua. Esto habia desalentado á los Musulmanes; pero vino á reanimarlos una lluvia que regó copiosamente los valles. La agitacion escitada por la falta de agua se creyó obra de Satanás; y á esto alude aquel verso del Coran: «Cuando os cubrimos con un ligero sueño para que estuviéseis seguros, cuando cayó el augua del cielo para purificaros y apartar de vos la abominacion de Satanás, para unir fuertemente vuestros corazones y fortificar vuestros piés (cap. VIII, v. 11).» Entre las ramas de las palmeras se erigió la tienda destinada á Mahoma, y desde allí asistió sentado al combate.

Los tres porta-estandartes de los Coreischitas eran Asis Bec Omeir, Nadhar Ben Aris y Talha Ben Talha. Cuando las tropas estuvieron dispuestas en órden de batalla, se adelantaron tres de los mas valerosos guerreros Coreischitas, Otbe Ben Rebia, su hermano Scheibet y su hijo Welid, desafiando á los enemigos á singular combate. Tres de los coligados de Medina salieron de las filas; pero los campeones Coreischitas declararon, que no querian entrar en lid con los de Medina, sino con sus conciudadanos de la misma estirpe. Entonces Mahoma gritó: *¡Obeidet, Amsa, Alí, presentaos!* Así empezó la batalla de Bedr. Otbe hirió en la rodilla á Obeidet, el cual fue llevado á Mahoma; pero en cuanto cayeron sus campeones, los Coreischitas volvieron la espalda al enemigo. Mahoma oraba con Abubekr en la tienda; de improviso se tranquilizó y sonrió, pues habia visto ejércitos de ángeles bajar al socorro de los creyentes. Ningun historiador de Mahoma pone en duda el milagro de estos celestes auxiliares; y solo disputan si los ángeles eran mil, tres mil ó cinco mil. Al frente estaba Gabriel, montado en Aisum, su caballo de batalla. Los ángeles llevaban turbantes verdes, rojos y amarillos, cuyas puntas flotaban sobre sus hombros; y en el capítulo titulado *Botin*, enviado del cielo, la noche del combate de Bedr, se dice de ellos: «Vosotros no habeis matado (los enemigos en Bedr) sino Dios; tú no los rechazaste con piedras, sino Dios.» Pues Mahoma habia cogido y arrojado al enemigo fugitivo un puñado de arena.

La victoria fue completa. De los jefes Coreischitas, ademas de los tres mencionados, perecieron Omey Ben Schalef y Ebu Schehl, uno de los mas encarnizados enemigos de Mahoma. Se arrojaron los cadáveres en un foso, y al pasar el Profeta por delante, dió libre curso á su maligna alegría de un modo poco conveniente á su dignidad. Llamó por su nombre á cada uno de los muertos, y dijo: «¿Os habeis desengañado ahora de la verdad de lo que os prometieron Dios y su enviado? En cuanto á mí, he visto comprobado lo que me habia prometido el Señor. ¡Oh raza de miserables, que me desmentísteis! Los hombres, empero, confirman la verdad de mis palabras.» Omar, que se hallaba presente, esclamó: «¡Oh enviado de Dios! Hablas á cuerpos inanimados.» Y Mahoma repuso: «No por eso dejan de oir mis palabras; solo que no pueden responderme.» Entre los prisioneros se contaba Abbas, tio de Mahoma, y antes que pagar el rescate que le exigian, consintió en abrazar el islamismo; pero volvió de nuevo á la Meca. El rescate de los otros prisioneros (eran setenta, y otros tantos los muertos) fue dividido como botin. Mahoma mandó matar á dos de los prisioneros, vengando así ofensas personales; uno fue Ebi Schalef, que habia jurado en la Meca no descansar hasta que su puño abofetease al Profeta; y el otro, aquel mismo que en la Caaba, durante la oracion, le habia colgado de la espalda el cuero sucio, esponiéndole así á las burlas del pueblo. Dejó ir ileso y libre al poeta Ebi Asa, bajo la condicion de que en lo sucesivo no emplearia contra él, ni la espada de la lengua ni la lengua de la espada.

Poco despues del combate de Bedr murió en la Meca Ebu Leheb, el otro enemigo mortal del Profeta. Antes habia sido maltratado por Omm Fadhl, esposa de Abbas. Habiendo dicho Rafii, esclavo de su marido, que se habia visto á los ángeles en la batalla, como auxiliares de Mahoma, Ebu Leheb le dió un bofeton. Levantóse inmediatamente Omm Fadhl y gritó: *¡Maldito! ¿cómo te atreves á maltratar al siervo hallándose ausente su amo?* Y en seguida le dió con un baston en la cabeza. Una semana despues murió de la peste.

Al mes de la victoria de Bedr, el Profeta marchó de nuevo al frente de unos doscientos entre emigrados y auxiliares, primero contra una fuerza de los Beni Gatfam y Selim, que se habian reunido en Kerkeretol-Koder; y luego contra una tropa de habitantes de la Meca, que, guiada por Ebi Sofian, habia incendiado en Soweik, territorio de Aridh, las mieses de los Musulmanes de Medina, y matado uno. Ni una ni otra vez llegaron á las manos; pero no sucedió así poco despues con la tribu hebrea de los Beni Kainokaa, plateros de Medina, y que como las tribus hebreas Nadhir y Carisa, sus correligionarios, estaban con Mahoma, si no en relaciones amistosas, á lo menos en paz. La sanguinaria venganza encendió la guerra. Mahoma sitió durante catorce dias en su fortaleza á los Beni Kainokaa, que se rindieron á discrecion, saliendo trescientos armados y cuatrocientos sin armas. Mahoma queria que se les matara; pero Ben Ebi Seluk, que era amigo de ellos, intercedió á su favor, y colocando la mano en el corazon del Profeta, dijo: *¡Dame la vida de mis amigos!*—*¡Ay de tí! ¡déjame andar!* gritó Mahoma; y como Ben Ebi no cedia de su empeño, Mahoma les concedió la libertad con esta imprecacion: *¡Dejadlos libres; maldígalos Dios!* No se les permitió detenerse arriba de tres dias. Ibadet Ben Samit que, lo mismo que Ibn Seluk, era su amigo, pero los habia abandonado despues del sitio del castillo, condujo á los emigrados á Esraat en Siria. Sus armas se repartieron como botin, no tocando al Profeta mas que el quinto.

Muy distinta y por de mas odiosa fue la mision de que se encargó Selim, hijo de Omeir; á saber; asesinar pérfidamente al judío Ebu Aas, que es como decir el padre de la estupidez, anciano de mas de cien años. La autoridad de su vejez y su mucha elocuencia daba gran fuerza á las palabras con que escitaba á sus correligionarios contra Mahoma. *¿Quién me libra de ese miserable?* dijo el Profeta. Y el hijo de Omeir asesinó por la noche á la indicada víctima mientras dormia; y los historiadores musulmanes honran con el nombre de mision á su asesinato, como el de la hebrea satírica y otros dos posteriores.

Las dos espediciones siguientes, una de Eumar, ó Siemr con cuatrocientos hombres, contra los Beni Gatfan, y la otra de Boran con trescientos contra los Beni Selim, fueran incruentas; solo que la primera es famosa por la tentativa frustrada de Daassur (uno de los Beni Gatfan) para asesinar á Mahoma. Atacó espada en mano al Profeta, que descansaba en el monte; pero intimidado por su mirada y dignidad, no pudo dar el golpe. Se limitó á decir: *¿Quién me impide ahora matarte?—Dios, la mejor de las guardias*, respondió el Profeta, y derribó en tierra á Daassur de un puñetazo. En seguida agitó el sable sobre la cabeza de su enemigo, diciendo: *¿Quién me impide ahora matarte?* Y este respondió, como musulman: *Confieso que no hay mas Dios que Dios, y que Mahoma es su profeta.*

A media hora larga de Medina, por la parte del Norte, hay un monte que, á causa de su posicion aislada, se llama Ohod, esto es, *huérfano*, y que se ha hecho para siempre célebre con la única gran derrota de Mahoma. Los jefes de los Coreischitas vencidos en Bedr, Abdallah, hijo de Rebia, Akarına, hijo del Padre de la ignorancia, y Sifwan, hijo de Omeya, estimulaban el pundonor de sus compatriotas con el grito de guerra que hoy mismo repiten los Beduinos: ¡*La venganza, la venganza, no el deshonor*! ¡*El incendio, el incendio, no la infamia*! Propusieron gastat en preparativos de una espedicion contra Mahoma la ganancia de las mercancías traidas de Siria en la última caravana, que subió á seis mil monedas de oro. El partido fue aceptado. Sifwan, hijo de Omeya, prometió la mano de su hija al poeta Ebi Asa, aquel á quien Mahoma concedió la vida despues de la batalla de Bedr, con tal que á pesar de la palabra empeñada, inflamase la tribu al combate. Schebir, hijo de Molaim, cuyo sobrino habia sucumbido á manos de Amsa en la batalla de Bedr, prometió la libertad á su esclavo abisinio Waschi, esto es, el salvaje, si vengaba á su sobrino matando á Amsa. Tambien las mujeres tomaron parte en la irritacion de los maridos, y les siguieron al campo en camellos. Ebi Sofian, principal instigador de la empresa, partió á la cabeza de tres mil Coreischitas, y junto al monte Abeschi, en la parte inferior del territorio de la Meca, se unió con las tribus coligadas de los Beni-Mostalak y Benil-Aun. Habia en el ejército setecientos coraceros, doscientos caballos y tres mil camellos. Acamparon en Sul-Alifet, frente á Medina. Cuando pasaron por delante de Abrre, Ind, esposa de Ebi Sofian, hija de Odbe, muerto por Amsa en la batalla de Bedr, una de las mujeres mas vengativas y sanguinarias que menciona la historia del islamismo, queria sacar del sepulcro los huesos de la madre de Mahoma; pero la tribu de los Beni Cosaa, en cuyo territorio estaba sepultada, impidió aquella profanacion, fundándose en que entonces ni aun los sepulcros de los mayores estarian en lo sucesivo seguros. Mahoma, informado del número de los enemigos, y asustado por un sueño, propuso á los suyos no salir al campo, sino fortificarse en Medina. Pero, los jóvenes que no habian tomado parte en la victoria y el botin de Bedr, pedian á voz en grito que se les condujese contra el enemigo; y asi Mahoma dió, á su pesar, la órden de marcha. Abu-Bekr y Omar le pusieron dos corazas, una sobre otra. Al ir á partir, como algunos propusiesen de nuevo permanecer en la ciudad, Mahoma contestó: «Os he aconsejado defender á Medina; pero vosotros me habeis inducido á tomar una resolucion contraria, y que es preciso llevar á cabo. No conviene á un Profeta deponer las armas, una vez empuñadas, antes de haber combatido con los enemigos de la fe y conocido en el campo de batalla cuál es la voluntad del Señor.»

Tres banderas distinguian á las tres divisiones del ejército musulman; los Beni-Aus y los Beni-Schava, dos tribus de Medina amigas de Mahoma, y los que emigraron con él de la Meca. La bandera de estos la habia confiado Mahoma primero á su yerno Alí; pero, oyendo decir que Taki, porta-estandarte de los enemigos, era de la familia de Abdeddar, la quitó á Alí y la entregó á Mossaab Ben-Omeir, de la misma familia que Taki. El ejército de los Musulmanes consistia en mil hombres, esto es, setecientos entre emigrados y auxiliares, y trescientos Hebreos mandados por el hijo de Ebi-Ben-Seluk. Cuando las tropas llegaron al paso de Saschin, Mahoma despidió á todos los menores de quince años, á escepcion de Rafii-Ben-Cadisa, de catorce, escelente arquero. Entonces se adelantó Scheudeb-Ben-Semret, que tenia la misma edad, y pidió igual favor, porque era mas fuerte que Ben-Cadisa y le habia vencido en la lucha. Lucharon delante del Profeta, y Ben-Semret siguió, como vencedor, en el ejército. Durante la noche, el hijo de Ebi-Ben-Seluk se volvió con sus trescienios Hebreos á Medina. Esta disminucion de las tropas engendró discordias: los Beni-Arisa, de la tribu Aus, y los Beni-Selma, de la tribu Scharesc, disputaron sobre si debian marcharse ó combatir, y estuvieron á pique de llegar á las manos.

Para no encontrarse con los enemigos fue necesario tomar un camino lateral, que pasaba por en medio de los ganados de los Beni-Arisa. Entonces Morebba-Ben-Cobli, ciego, se levantó y empezó á injuriar al Profeta por semejante invasion. Los Musulmanes querian hacerle saltar la cabeza del cuello; pero Mahoma gritó: ¡*No le mateis! Es ciego, ciego de corazon y de*

rostro. Por la noche acamparon al pié del monte Ohod, de modo que tenia á este á la espalda y á Medina enfrente. Concluida la oracion de la mañana, el Profeta les dirigió estas palabras: «El santo ángel (Gabriel) me inspiró en el corazon: nadie muere hasta no completar todos los medios de su subsistencia, de suerte que ninguno falte, y aunque se los haya proporcionado con lentitud. Temed á Dios vuestro señor, y buscad los medios de subsistencia de un modo digno, á fin de que no se os impute la demora, ó que no los deseis con ofensa de Dios. El creyente es al creyente, como la cabeza al cuerpo; si aquella duele, todo el cuerpo se pone lánguido. Dios os salve.»

A la derecha habia un pequeño desfiladero, que permitia á los enemigos poder atacar á los Musulmanes por la espalda; y se encargó su custodia á cincuenta hombres, al mando de Abdollah-Ben-Schebir. Capitaneaba el ala derecha del enemigo Schalid-Ben-Welid y la izquierda Akarma, hijo de Ebu-Schel, contra quien colocó Mahoma á Sobeir-Ben-Awam. El grito de batalla de los Musulmanes era: ¡*Pueblo*! ¡*Pueblo*! Mahoma esgrimia una espada, en que se leian estas palabras: *En la cobardía está la infamia, en el ataque el honor; el cobarde no puede sustraerse á su destino.* Habiéndole rogado Ebu-Seschan que le cediese esta espada, para destruir con ella las tropas enemigas, Mahoma se la entregó. Ebu-Seschan se ciñó la frente con una cinta roja, signo de la muerte, y se lanzó contra los enemigos cantando: «Soy aquel que confia en el amigo, que hiere las palmeras con la espada. Este mundo no puede subsistir, pues lo hiero con la espada del Señor.»

Ertase, hijo de Scherschil, y Talha, porta-estandarte enemigo, desafiaron á los Musulmanes; pero, saliendo contra ellos los dos héroes del islamismo, Amsa y Alí, los hicieron pedazos. Osman, hermano de Talha, quitó á este de la mano, junto con la bandera, la espada, para vengar su muerte, y cayó bajo los golpes de Amsa. Cuando los cincuenta que custodiaban el desfiladero vieron estas ventajas, ansiosos de botin abandonaron el puesto que se les habia confiado; en vano los llamó su jefe Abdollah-Ben-Schebir; Schalid-Ben-Welid y Akarma, que empezaban ya á cejar, acudieron á aquella parte. El esclavo Waschi espió el momento oportuno, y asesinó á Amsa, el héroe del Islam, mientras que Ansala, otro héroe de los Musulmanes, caia á manos de Schedad. *Los ángeles*, dijo Mahoma cuando cayó Ansala, *le lavarán en el paraiso.* Por todos lados sucumbian Musulmanes al filo de la espada de los enemigos: solo catorce se mantuvieron firmes junto al Profeta. Ibn-Camige le arrojó una piedra; y Mahoma, limpiándose la sangre que le brotaba de la cabeza, contestó á la pedrada con esta imprecacion: *¡Dios te aniquile!* Poco despues Ibn-Camige, caia precipitado de la cima de una roca. Otbe-Ben-Ebi-Wakkas, enemigo mortal del Profeta, y hermano de Saad, uno de sus amigos mas sinceros, lanzó tambien una piedra á Mahoma, que le rompió los cuatro dientes incisivos de la mandíbula inferior. Ind, la vengativa esposa de Ebi-Sofián, arrancó el corazon á Amsa, que habia matado en Bedr á su padre, y empezó á comérselo, hasta que la repugnancia de la naturaleza, mas fuerte que la venganza, la obligó á arrojar el pedazo que habia comido. Mahoma, defendido por la espada de Alí y de Talha, hijo de Obeidollah, homónimo del porta-estandarte de los Coreischitas, se refugió en Medina. En un valle del monte Ohod lavó sus heridas, y dijo la oracion de mediodía no en pié, como está prescrito, sino sentado, á causa de su postracion. Ebi-Sofian volvió vencedor á la Meca con su ejército, y situado en una de las cimas de los siete montes, cantó el himno de la victoria: «¡Bien! ¡Vuestra es la batalla! ¡Esta jornada ha compensado la de Bedr! ¡Honor á Obaln en las alturas!»

En cuanto Mahoma llegó á Medina, preguntó por Ibu-Selma. Saad-Ben-Rebiaa, que fué en su busca, le encontró próximo á espirar, bajo un monton de cadáveres; y habiéndole anunciado la pregunta del Profeta, el moribundo dijo: «Dios le recompense, otorgándole los mayores bienes que puedan concederse á un profeta,» y murió. Cuando Mahoma supo la muerte de Amsa, juró vengarle con la de setenta Coreischitas. Los muertos fueron sepultados, y Mahoma dijo: «¡Os aseguro que no hay un solo herido entre ellos, que Dios no envie el dia de la resurreccion con las heridas oliendo á almizcle! ¡Envolvedlos en sus heridas!» A muchos se les sepultó sin lavarlos. Habian perecido tantos Musulmanes como Coreischitas; juró el Profeta inmolar en venganza de la muerte de Amsa, esto es, setenta; todos, menos cuatro; auxiliares de Medina; de parte de los Coreischitas quedaron en el campo veinte y tres. Al combate de Ohod se refieren los siguientes versos del Coran, que quita toda culpa á los fugitivos, atribuyéndola á las sugestiones de Satanás: «Cuando (en la jornada de Ohod) huyendo subísteis los montes sin mirar atrás, y el Profeta llamó á los últimos de vosotros, entonces Dios os envió afliccion sobre afliccion, porque no os afaneis por el botin de que os privó ni de las desgracias que os sucedieron. Dios sabe muy bien las cosas reprobables que hicísteis. Los que volvieron las espaldas el dia del combate, fueron seducidos por Satanás á causa de sus pecados. Dios los ha perdonado porque es clementísimo.»

Al dia siguiente Mahoma dió á entender que su firmeza no vacilaba ante la adversidad, yendo con alguna gente á Amrol-Esed (leones rojos) aldea situada á ocho millas de Medina. Todo el resultado de este santo combate consistió en la muerte del poeta Ebi Asa, quien, habiendo conseguido se le perdonase la vida despues de la batalla de Bedr, violó sus promesas escitando á los Coreischitas á la de Ohod. Cayó en poder de la tropa de Mahoma, y como el poeta pidiese segunda vez la vida, Mahoma le dió aquella respuesta que la tradicion ha conservado y que se usa ya á modo de proverbio: *No se ofende al creyente dos veces de un solo golpe.*

Si esta muerte de un poeta que quebrantó su

palabra no merece el honroso nombre de combate santo, mucho menos merecen el de espedicion los dos siguientes asesinatos, mas infames que los que van referidos, en especial el del rabino Caab-Ben-Esref, de la tribu Aus, uno de los hombres mas doctos y ricos entre los Hebreos. Benéfico y elocuente, y por esto amado de la tribu y sobre todo de las mujeres, se habia ligado, en union de setenta Judíos de la Meca, con Ebi-Sofian y con los jefes de los Coreischitas; y como se le preguntase á qué culto, siendo tan docto, daba la preferencia, si al nuevo de Mahoma, ó al antiguo de Obal y de Asa, se declaró favorable al último. Añadióse á esto la culpa, segun Mahoma muy reprensible, de haber llorado en sus elegías á los que perecieron en Bedr, y de haberle satirizado á él, esponiéndole á la burla de las mujeres.

Al oir la invitacion de Mahoma: *¿Qué valiente matará á Caab-Ben-Esref?* Ben-Moslema, sobrino de este, se ofreció á asesinar á su tio; el Profeta hizo que le acompañasen Ebu-Naile y tres miserables mas, nombrándole jefe de esta espedicion de cinco asesinos. Fue con ellos un rato estimulándolos á cometer aquel crimen, y los dejó en Balkii con estas palabras: *¡Ahora id en nombre de Dios; Dios os ayude!* Los asesinos se presentaron á su víctima como apóstatas del Islam que deseaban unirse á él. Caab-Ben-Esref, no fiándose, pidió en prenda de la verdad de su proposicion, primero sus mujeres y luego sus hijos. Ebu-Nail, que era respecto de Ben-Moslema, lo que Ulises respecto de Ayax, contestó, que el dar en rehenes á las mujeres era no solo deshonroso, segun las ideas de los Arabes, sino tambien peligroso, tratándose de un hombre tan guapo y feliz con el bello sexo como él; y le ofrecieron sus armas en prenda de sinceridad. La magnanimidad y la vanidad halagada de Caab se contentaron con la oferta. Por la noche, mientras paseaban á la luna cerca del castillo de Caab, le dijo Ebu-Nail: «Tus cabellos huelen delicadamente; deja que perfume mis manos tocándolos.—Tienes razon, contestó el vano Caab; ¡los mas preciosos perfumes y las mas hermosas mujeres de Arabia son mias!» Y dejó que Ebu-Nail pusiese las manos en sus cabellos; el cual, tirando hácia atrás, le derribó en el suelo y los asesinos le cayeron encima. Al dia siguiente se presentaron al que los habia enviado, y Ben-Moslema arrojó á los piés del Profeta la cabeza de su enemigo.

Este heroismo del asesinato ejecutado por uno de los Beni-Aus, escitó la envidia de los Beni-Schiarecs, que no menos adictos al Profeta que los Beni-Aus, quisieron tambien adquirir para con Mahoma el mérito de un asesinato. Tres de ellos eligieron por víctima á Ebu-Raffi, rico mercader hebreo que habitaba un fuerte castillo en el territorio de Schiaber, confines del Edjiar. Los asesinos se introdujeron furtivamente por la noche en el castillo, á cuyo amo un narrador de anécdotas acaba de conciliar el sueño en la azotea. Esperando á que estuviese dormido y su casa en silencio, llevaron á cabo su obra. Asi los primeros auxiliares de Mahoma, los Beni-Aus y los Beni-Schiaresc, competian en asesinatos.

La siguiente espedicion fue de saqueo de caravana. Seid-Ben-Arise, enviado con cien hombres, la encontró en Nescd, y el botin fue abundante: la quinta parte del Profeta importó veinte mil dracmas; las otras ochenta mil se repartieron entre los campeones, á cada uno de los cuales tocaron mil dracmas. No tuvo tan buen éxito la espedicion al rio Regii, en el territorio de los Beni-Udeil, adonde Mahoma envió á Aassim-Ben-Sabi con nueve compañeros para adquirir noticias acerca de los Coreischitas. Una mujer de la estirpe de los Beni-Lahyan, que pastaba allí sus rebaños, conoció por los huesos de los dátiles que comian los esploradores que eran de Medina, y descubrió de este modo su presencia. Los Beni-Udeil rodearon el monte donde se habian refugiado; siete fueron muertos á flechazos y tres se rindieron. Schiabib, uno de estos, fue vendido en la Meca, y lo compró Sifwan; hijo de Omeya; el cual difirió la venganza del suplicio hasta que espirasen los meses santos. Cuando condujeron á Schiabib al lugar del suplicio, oró: «¡Dios mio, dijo, cuéntalos, y no dejes ni uno, y mátalos dispersos!» Desde entonces, la oracion y dos reverencias antes de las ejecuciones, han quedado como *sunna*, esto es, precepto santificado. Igualmente desgraciada fue la espedicion nombrada *de los lectores del Coran ó del pozo Manna*. Aamir-Ben-Malik, el justador, era jefe de los Beni-Aamir y tio de Aamir-Ben Tofail. Tanto el tio como el sobrino tenian clara fama entre los valientes de la Arabia. El justador habia ido á Medina, y por invitacion suya envió Mahoma á Amru-Ben-Monser, con diez lectores del Coran, al territorio de los Beni-Aamir, para convertirles al islamismo. El sobrino, que no pensaba como el tio, abandonó á los misioneros á las tribus Raal, Sekivan y Assige, las cuales se reunieron en el pozo Mauna y los mataron. Aamir-Ben-Tofail concedió la vida únicamente á Amru, en consideracion al parentesco materno. Cuando Mahoma recibió la triste nueva, dijo: «Esta es obra del padre de la emancipacion, porque lo hice á pesar mio;» y maldijo á las cinco tribus Raal, Sekwan, Assige, Beni-Selim y Beni-Laagin.

Tambien se llama espedicion el asesinato cometido á instigacion de Mahoma por Abdollah-Ben-Enis en la persona de Sofian-Ben-Schalid. Introdújose diestramente en casa de Sofian, fingiéndose enemigo del Profeta y de la tribu de los Beni-Cosaa. Cuando se presentó á Mahoma, despues de perpetrado el crímen, este le preguntó: «*¿Está sano tu rostro?—Sano está el tuyo, ¡oh enviado de Dios!* respondió el homicida, arrojando á sus piés la cabeza del enemigo. *De ese modo* (dijo Mahoma) *vas por el camino mas corto al paraiso, y los que van por el camino mas corto son pocos.* Dió al homicida un baston, que este dispuso en su testamento fuese sepultado con él, para que le guiase por el camino mas corto al paraiso. Asi pues, en el Islam, el camino mas corto del paraiso es el asesinato, y el mas largo, las espediciones en cam-

po abierto, como la que de órden de Mahoma emprendió Ebu-Selma-Abdollah con ciento cincuenta hombres contra los Beni-Esed; mató tres pastores, y robó mas de tres mil cabezas de ganado, tocando en el reparto del botin, deducido el quinto del Profeta, diez y siete de cada uno.

Entre estas espediciones hubo dos matrimonios y dos nacimientos en casa del Profeta. No habiéndole dado hijos ni Suda ni la predilecta Ayesa, aumentó el número de sus mujeres, casándose con Seineb, hija de Osaima, de los Beni Ilal, y con Afsa, hija de su primer yerno Osman, á quien dió por segunda mujer su hija Omm Kolsum. Seineb, apellidada por su beneficencia *madre de los huérfanos*, murió á los dos ó tres meses. Osman, por haber sido dos veces yerno de su yerno, obtuvo el honroso título de *dotado de dos luces*. El mismo año en que se verificaron estas dobles nupcias, nació al Profeta de su hija Fátima el primer nieto Asan, y al año siguiente Osain.

Tuvo tambien la satisfaccion de ver cumplida la palabra dada á Ebi Sofian, despues del combate de Bedr, asegurándole que le encontraria allí otra vez. Con motivo del mercado de Bedr, Mahoma esperó al frente de mil quinietos hombres y diez caballos, las tropas de la Meca, conducidas contra él por Ebi Sofian. Pero, habiéndose estos retirado sin atacarle y no habiendo comido aquellos durante su ausencia mas que polenta, los de la Meca la denominaron por desprecio, la espedicion *de la polenta*. Mahoma despues de haber protegido ocho dias la venta de las mercancías de los suyos, volvió á Medina.

Una perfidia de los hebreos Beni Nadir, los cuales, mientras que Mahoma trataba con ellos de una venganza de homicidio intentaron matarle arrojándole una piedra del techo de una casa, motivó la espedicion siguiente. Mahoma queria que los Beni Nadir saliesen del territorio de Medina. El hijo de Ebi Ben Seluk mantuvo la disposicion hostil de esta tribu con falsas esperanzas de socorro por su parte y por la de los Beni Carisa, los Beni Kainokaa y los Beni Gatfan. En vano les aconsejaban mejor partido sus jeques Agi Ben Ahtal y Selana Ben Meskem. Mahoma marchó contra ellos, confiando como en las espediciones anteriores el gobierno de Medina á Ibn Mektum, y la bandera á Alí. Sitió durante catorce dias en su fortaleza á los Beni Nadir, que capitularon á condicion de que se les dejara salir libremente con ciento diez y seis camellos cargados. No habiendo sido conquistado su territorio con las armas en la mano, no se declaró botin, sino propiedad del Profeta.

El subsiguiente combate santo fue contra las tribus árabes Beni Maarib, Beni Saaleb y Beni Ennar, y se le llama comunmente *de los piés vendados*, porque los infantes, para que no les lastimase la arena, se envolvieron los piés en pedazos de trapo; ó bien *del milagro*, porque Mahoma hizo saltar la espada de la mano á un árabe que le atacó de improviso. Pero siendo muy fuertes sus habitaciones no se dió ningun asalto. Poco importante fue tambien la espedicion á Dumetol-cendel, castillo fronterizo á quince jornadas de Medina y cinco de Damasco, porque los Beduinos, al acercarse Mahoma con mil hombres se dispersaron. Lo mismo hicieron los auxiliares de los Beni Mostalak, rama de la tribu de los Beni Cosaa, contra quienes marchó el Profeta. Aris Ben Ebi Gerar, jefe de la tribu, abandonado por sus auxiliares, fue hecho prisionero con toda su familia; de los Beni Mostalak perecieron diez, de los Musulmanes uno.

Es mas importante el siguiente, llamado *del foso ó de las tribus conjuradas*, la gran batalla de los pueblos de la historia de Mahoma. Los Coreischitas, decididos á estirpar con fuerzas superiores la nueva doctrina, se coligaron con los Beni Gatfan, á quienes prometieron dejar por un año la cosecha de los dátiles de Sejaiber, con los hebreos Beni Carisa, con los Beni Fesare y con los Beni Mere, en todo diez mil hombres, los cuales pusieron cerco á Medina, esperando á tomarla por asalto ú obligarla á rendirse por hambre. Mahoma rodeó la ciudad con un foso: Naufil Ben Abdollah Ben Mogaire, respetable coreischita, esperó saltarla á caballo, pero cayó dentro de ella. Los Coreischitas ofrecieron un considerable rescate por el cuerpo; pero el Profeta dijo: *¿ Qué necesidad tenemos de dinero*? y mandó arrojarlo á los perros.

En el trabajo de la defensa una piedra se resistia á todos los golpes: Mahoma cojió el hacha, y con tres golpes la hizo tres pedazos. A cada golpe brotaron chispas de la piedra, que para el Profeta fueron tres luces: la primera le mostró en toda su magnificencia el palacio Ghamdam del rey del Yemen; la segunda iluminó el rojo palacio de Damasco, y la tercera el palacio de Cosroes en Medain. Fundándose en estas iluminaciones, el Profeta ofreció á los creyentes la conquista de los palacios de Sanaa, de Damasco y de Medain. Los enemigos y los secretos adversarios de Medina se burlaban: «Nos promete las conquistas del Yemen, de la Siria y de la Persia, mientras morimos de hambre en Medina.» Alivió su corazon, afligido por los cuidados del asedio, con los siguientes versos que improvisó y demuestran que Mahoma conocia bien el metro, habiendo por lo tanto preferido deliberadamente en el Coran la prosa rimada. «¡Por Dios! El solo nos guia; él solo con presentes y oraciones nos ayuda. ¡Ah! envíanos el tranquilo reposo; afirma nuestro pié en el suelo inseguro de las batallas. Los idólatras se han sublevado; no quieren sino el mal; ¡me son ya insoportables!» Despues repitió algunas veces el final: «¡Me son ya insoportables! ¡Me son ya insoportables!» Oyéndole, los creyentes trabajaron con nuevo celo en la defensa, y respondieron en coro; ¡Aceptemos el combate para siempre; prestemos homenaje al Señor de los profetas!» Y Mahoma replicó: «Solo en aquel mundo se encuentra el placer. ¡Oh Dios, perdona los pecados de los que se han ligado contra tí!»

Muchos habitantes de Medina desertaron, entre ellos Aus Ben Cofti con los suyos. Mahoma estaba dispuesto á escuchar las proposiciones de las tribus Gatfan y Fresan que ofrecian separarse de los enemigos si queria cederles la tercera parte de la cosecha de los dátiles de Medina. Es-

taba á punto de celebrar el convenio cuando comparecieron Saad Ben Mor y Saad Ben Ibade, á quienes consultó en el particular. El primero se postró en tierra y dijo : « Si es revelacion divina, entonces es un mandato; si es órden del Profeta, oigamos y obedezcamos; en otro caso, nuestra espada está contra ellos. » Mahoma añadió : « Si hubiese sido inspiracion divina, no os consultara;» y se rompieron las negociaciones. El coreischita Amru desafió tres veces á un musulman; Alí quiso todas tres salir al campo; Mahoma le detuvo dos; pero al fin él mismo le vistió con una coraza del Yemen, le puso en la mano la espada, y le acompañó orando de este modo: « ¡Dios mio! este es mi hermano y sobrino; no le abandones; ¡haz que torne salvo á mis brazos! ¡Tú eres el mejor de los misericordiosos!» Alí mató á su enemigo, y ahuyentó á los que asistian al duelo. Entonces Mahoma puso en juego la astucia.

La guerra es astucia; era su espresion favorita. Naim Ben Mesud desertó de las filas enemigas y ofreció sembrar cizaña entre los coligados presentándose como uno no convertido todavía. Manifestó á los Beni Nadir, á los Beni Carisa y á los Beni Kainokaa el peligro visible de ser desterrados, hizo que los Coreischitas sospechasen de los Beni Gatfam y estos de aquellos; se rompió el lazo de la corcordia; ademas tembló la tierra y un horrible huracan devastó el campamento de los sitiadores. Pero la inundacion no causó menos daño en Medina; solo trescientos fieles perseveraron junto al Profeta. Entonces exclamó : *¿Quién me da noticia de los enemigos?* Se le ofreció Schodaifa, y Mahoma le advirtió que no descubriese sus pasos con el estrépito de las armas, y se despidió de él con esta oracion: « *¡Vé! Dios te guarde por delante y por detrás á derecha y á izquierda, hasta que vuelvas á nosotros!*

Trajo la buena nueva que Ebi Sofian habia amenazado á los Coreischitas con el abandono de los Beni Carisa, induciéndolos á retirarse á pesar de las advertencias de Akarma, y que Amru y Schalid protegian con doscientos hombres la retirada. Ebi Sofian escribió á Mahoma: « En nombre de nuestros dioses, juro por Allat, Asa, Asaf, Nail y Obal. ¡Habiendo venido contra tí con poblaciones enteras, no queria volverme antes de esterminarte; pero veo que temes encontrarnos, y que te refugias detrás de defensas, no conocidas de los árabes antes de ahora. Ellos conocen solo la sombra de las lanzas y la defensa de las espadas. Solo los que huyen de nuestras espadas hacen lo que tú. Te prometo una jornada como la de Ohod.» Mahoma respondió: « En nombre de Dios clementísimo, piadosísimo! Mahoma, enviado de Dios, al escollo, hijo de la guerra. Ha llegado á nosotros tu carta y hemos leido tus vanas ilusiones. En cuanto al designio de esterminarnos, Dios decida entre tí y mí. El hará que triunfemos, y llegará dia en que veas aniquilados á Allat, Asa, Asaf, Nail y Obal. Los hijos del vencedor se acordarán hasta de tí, ¡oh ciego!»

Levantado el sitio de Medina, Mahoma sin perder tiempo, declaró la guerra á los Beni Carisa que eran los mas próximos y peligrosos auxiliares de los Coreischitas y salió al campo contra ellos con mas de tres mil hombres : así en el año despues de la batalla de Bedr su poder se habia decuplicado, en vez de los tres caballos de entonces, tenia treinta y seis. Alí aconsejó al Profeta que no se acercarse demasiado al castillo de los Beni Carisa para no esponerse á sus insultos: *Si me ven enmudecerán*, dijo Mahoma. Se acercó al castillo y esclamó : *¿Hermanos de armas! ¿No os ha arruinado Dios haciendo caer sobre vosotros su venganza por la maligna alegría de mi mal?*

El sitió duró veinte y cinco dias; finalmente querian entregar el castillo con la misma condicion de sus correligionarios, los Beni Nadir, y abandonar el país; pero el Profeta no aceptó sinó que se rindiesen á discrecion. Salieron setecientos cincuenta hombres armados, mil entre mujeres y niños. Los Beni Aus, con quienes estaban antes coligados los Beni Carisa, como los Beni Kainokaa con los Beni Scharesc, rogaron que se aceptase su mediacion en favor de aquellos como la del hijo de Ebi Ben Selik en favor de los Beni Kainokaa. Mahoma transfirió el derecho de decidir sobre su vida ó su muerte á Saad Ben Moas, el cual herido en el sitio de Medina, yacia en el hospital que se habia erigido inmediatamente en la mezquita del Profeta (hubo pues un hospital en el templo de Medina, cuatrocientos años antes que en el de Jerusalem). Saad Ben Moas, cuya natural dureza se habia aumentado á causa de las heridas de que poco despues murió, decidió que debia darse muerte á los hombres de los Beni Carisa, y en efecto, todos perecieron á manos de Alí y de Sobeir Ben Awam, arrojándoseles en un gran foso abierto al intento. De este modo la crueldad implacable contra los judíos se mostró con la esterminacion de una tribu entera que se habia rendido discrecionalmente. Las armas cogidas consistieron en mil quinientas espadas, trescientas corazas, quinientos escudos y mil lanzas. Entre los esclavos que tocaron al Profeta se contó Rihane, hija de Amru, á quien ofreció su mano Mahoma; pero como la jóven insistiese en querer conservar la fé de sus padres, retiró su propuesta. Las mujeres y los hijos fueron conducidos á Nesc, ó vendidos, y el dinero se repartió entre la tropa, de manera que un soldado de á caballo recibiese el triple que uno de á pié.

La fortuna de Mahoma que de dia en dia se mostraba mas serena y clara, merced á nuevos y repetidos triunfos, se vió entonces nublada por un desagradable acontecimiento de su harem. Su esposa Ayesa, de edad de quince años, que padecia mucho por no haber tenido hijos y haberse casado su marido con dos mujeres mas, se estravió una noche, á la vuelta del santo combate contra los Beni Mostalak, no pareciendo hasta la mañana siguiente, conducida por Sifwam Ben Moattal Eslemi. « Habia perdido (dice ella en la fuente de las tradiciones) mi collar de onix del Yemen que valia doce dracmas y salí de la litera para buscarlo. Como pesaba poco, los encargados de los camellos no advirtieron mi falta y tiraron de la litera. Cuando volví no se

veia esta ni los camellos; me acosté pues en el terreno y pasé así la noche. Por la mañana acertó á pasar junto á mí Sifwan Ben Moattal, el cual en cuanto me conoció, hizo echar á su camello y me subió á él.»

Ni el Profeta ni sus compañeros creyeron las palabras de Ayesa; sus enemigos le motejaron al saber el caso. Ayesa se fingió enferma ó lo estaba en realidad, de vergüenza y de temor. Así duraron las cosas un mes, y al fin Mahoma decidió ponerles término. Mandando llamar á Abubekr, Omar, Osman y Alí, las cuatro columnas de su consejo, les preguntó su opinion acerca de la culpa ó de la inocencia de Ayesa. Abubekr, padre de la jóven, Osman dos veces yerno y suegro de Mahoma, y Omar opinaron que se hallaba inocente; pero Alí respondió: «Vos mismo nos habeis contado, que cuando á la entrada de la mezquita os quitásteis una vez las sandalias y encontrásteis suciedad, Gabriel os prohibió quitároslas por segunda vez.» Esta respuesta, segun la cual Mahoma debia separarse de su esposa, no le fue perdonada jamás por Ayesa y costó la pérdida del califato á su familia. El Profeta adoptó el dictámen mas conforme con su honor y con la paz doméstica, y descendieron del cielo diez versículos que no dejaron duda de la inocencia de Ayesa, y amenazaron con eternos castigos á los calumniadores. Este capítulo empieza por la condenacion del adultero y la adúltera, que es apedreada; pero tan dura como es la pena, otro tanto difícil es probar su merecimiento, pues se requieren cuatro testigos oculares; y el que acusa de una accion impura á mujeres honradas sin probarlo segun queda dicho, debe ser castigado como calumniador, con ochenta palos. El honor del harem fue restablecido por el cielo; mas para evitar en lo sucesivo la ocasion de semejantes calumnias, Mahoma publicó dos leyes; la primera, mandando que las mujeres llevasen puesto un velo; la segunda, que hallándose en lugares desiertos donde no hubiere agua para la purificacion, la hiciesen con arena; pues segun otra fuente de la tradicion, Ayesa perdió su collar, por salir en busca de agua que no se encontraba en las cercanías.

Si con los versículos bajados del cielo salvó para siempre Mahoma su honor y el de Ayesa á los ojos de los creyentes, y lo comprometió para siempre á los ojos de los infieles, esto no impidió que castigase á la adúltera esposa dándole dos nuevas rivales, una fue la hija del jeque prisionero de los Beni Mostalak que se postró ante él suplicándole en nombre de su padre. Agradó tanto al Profeta, que en el momento la declaró su mujer; y Ayesa, que estaba presente, confiesa (en la tradicion) que apenas vió entrar á la hermosa Bere, su corazon se abrasó en zelos. Mahoma le cambió el nombre de Bere en Coveire. La otra fue Seinele, hija de Agesc mujer de Seib, su esclavo manumitido, cuya belleza le prendó como la de la hija de Aris; y como se murmuraba por estar prohibido segun la ley del islam casarse con la esposa de su liberto, el cielo envió un versículo esceptuando de nuevo al Profeta (cap. XXXIII, v. 36).

El año transcurrido desde el combate santo contra los Beni Carisa al siguiente que termino con la paz de Odaibe, se ocupó en una série de espediciones importantes solo para los genealogistas y geógrafos, á causa de los nombres de las tribus y de los lugares donde se verificaron los encuentros. A nuestro propósito basta recordar que Mahoma envió á Amru Ben Omeya y á Selma Ben Eslemi para que matasen á su mas poderoso enemigo Ebi Sofian; pero habiéndoseles descubierto en la Meca, volvieron sin llevar á cabo su crímen. A esta tentativa malograda de homicidio se la llama tambien espedicion.

En medio de tales robos, llegó el penúltimo mes del año, el santo mes silkide, en que todos los árabes van en peregrinacion á la Meca para celebrar en el décimo dia del último mes la fiesta del sacerdocio en conmemoracion de la que Abraham dedicó á Dios. Mahoma al frente de cuatrocientos infantes y doscientos caballos, recorrió toda la Meca á fin de satisfacer aquellos deberes. En Sulf Alifet se quitó el vestido, poniéndose el manto (*ilram*) con esta fórmula considerada luego como canónica: «Pronto á tí, Dios mio, que no tienes iguales; pronto á tí, pues tuya es la alabanza y el beneficio, tuyos los reinos, y no hay quien se te asemeje.» Los Coreischitas no queriendo permitir la peregrinacion de un ejército de creyentes guiados por el fundador, le salieron al encuentro y llegaron hasta Tawa. Schalid Ben Welid, jefe de la vanguardia, cerró con doscientos caballos el camino en Kiraaolgamm. Mahoma, como á su primera entrada en Medina, aflojó las riendas al camello Koswa que montaba, y se apeó en el sitio donde se echó, que fue junto al pozo de Odaibe, distante una jornada de la Meca. Los presentes presentaron todos homenaje al Profeta que estaba sentado bajo un árbol. Irve, hijo de Mesud, uno de los que tenian voz entre los Coreischitas se ofreció á negociar con él, y le halló en medio de Abubekr y de su sobrino Mogaire. Durante la conferencia, Irve tocó la barba del Profeta acariciándola amorosamente sin mala intencion; pero su sobrino Mogaire levantó al punto el sable para herir la mano del tio que habia tocado la barba del Profeta. Volviéndose este, y al ver bajar el golpe, dijo: «¡Ingrato! ¿Apenas te he perdonado la primera injuria, y ya cometes otra?» Mogaire habia matado poco antes en Alejandría trece custodios del templo de Allat (1) de la tribu de los Beni Malik, y robado su hacienda; volviéndose musulman para evitar la venganza de los individuos de su tribu. Mahoma dijo: «Acepto tu fe, pero no tus bienes injustamente adquiridos.» Habiéndose los Beni Malik levantado contra Mogaire, Mahoma restableció la paz restituyendo la hacienda de los trece que aquel privó de la vida. Irve cuando volvió al campo de los Coreischitas, les aconsejó un pacífico arreglo con Mahoma; y ellos enviaron á Soheil (el fácil) hijo de Amru, para que lo celebrase. Tratóse de paz con estas condiciones: que la peregrinacion tuviese lugar no en aquel año, sino en el siguiente, concediéndose entonces

(1) La Allat de Alejandría debe ser la Neith egipcia, que es lo mismo que la Anais persa, ó la femenina Mitra.

á los musulmanes residir tres dias en la Meca; que entre tanto, todo coreischita que se pasase á la nueva doctrina, fuese entregado; pero no asi los musulmanes que volviesen á la antigua creencia; que ambas quedasen en libertad de coligarse con tribus árabes. El armisticio debia durar diez años. Alí hacia de secretario del Profeta y escribió: «Esto es lo que Mahoma enviado de Dios, otorga pacíficamente.» Sobeil dijo: «Si te reconociésemos como enviado de Dios, no combatiríamos contra tí.» Mahoma cedió con estupor de todos los creyentes, y en especial de Alí, el cual escribió: «Esto es lo que amistosamente otorga Mahoma hijo de Abdallah.»

Apenas se firmó la tregua, los Beni Cosaa abandonaron á los Coreischitas y se coligaron con Mahoma; pero los Beni Bekr celebraron alianza con los Coreischitas. Gendal, hijo de Soheil, se convirtió al islamismo; mas, como su padre exigiere el cumplimiento de lo estipulado, Mahoma se lo entregó. No así entregó á Omm Colsum, cuñada de Osman, la cual, en compañía de su Aralce de la tribu Schiosaa, fué á casa de Omm Selma, esposa de Mahoma, á quien acompañó en esta espedicion. Habiendo sido reclamada, Mahoma la negó, fundado en el versículo del Coran (1) que prohibe tal entrega, y arregla los matrimonios entre creyentes é infieles: «Oh vosotros que creeis, si las mujeres creyentes buscan un asilo á vuestro lado, examinadlas; y si profesan de corazon el islamismo, no las devolvais á los infieles, porque las mujeres creyentes no pueden, segun la ley, unirse en matrimonio con hombres infieles; pero restituid á sus maridos el dote que les dieron. Os será permitido casaros con ellas, si las dotais convenientemente. Separaos de una mujer infiel, pero exigidla lo que le hubiéreis dado por contra-dote. Este es el precepto de Dios; él juzga entre vosotros y ellas. ¡Por Dios! él es sapientísimo.» Sin embargo, Scheudel y Ebu Baschir, otro desertor que Mahoma habia restituido en cumplimiento del tratado, se asociaron á trescientos individuos de las tribus Ghafar, Eskem y Coheime, para despojar en los caminos las caravanas. Quejándose Ebi Sofian inútilmente á Mahoma, el cual, conforme al pacto, le habia entregado los Coreischitas para evitar tales motivos de robos, concedieron al Profeta que el artículo de Odaibe concerniente á los desertores rigiese tambien para los Musulmanes.

Celebrado con los de la Meca el armisticio de diez años, Mahoma marchó en persona contra los Beni Lahjau, para castigarlos por el homicidio de Regii; y luego á Ghabet, para asegurar los pastos de sus camellos que molestaba Aiginet Beu Aschim. En este santo combate resonó por primera vez en las comarcas de Medina el grito de guerra que se usó siempre en lo sucesivo: «¡*Caballeros de Dios, montad á caballo*! Mahoma, dejando á Ibn Mektum como lugar teniente, y á Saad Ibn Ibade con trescientos hombres encargado de custodiar á Medina, partió á la cabeza de quinientos ó setecientos ginetes. Entonces alabó á Ebu Cotade y á Selma, como sus mejores caballeros; y cuando, en Silcardet, el jefe de la tribu de los Beni Scharesc, Saad-Ibade, le hizo un regalo de animales para matar y dátiles, dijo: «¡Dios tenga piedad de Saad y de la familia de Saad! ¡Es un hombre de bien Saad, hijo de Ibade!» Y añadió: «Los hombres del islamismo son mejores que lo fueron en el tiempo de la ignorancia, instruyéndose en la fe.»

Durante la marcha, llegó la esposa del pastor del Profeta, Ebeu Selma, que se sustrajo, con la camella Abba, de la prision de los enemigos. En el camino habia hecho voto de inmolar la camella y comerse su corazon, si lograba salvarse. En cuanto Mahoma supo este ingrato voto de la feroz beduina, dijo: «¡Qué mal te portas con esa camella! ¡Te ha salvado y haces voto de inmolarla! Ningun voto es válido si peca contra Dios; ese es uno de mis camellos.»

Mahoma con un versículo del Coran, libró de un voto mas grave á Aus, el cual se habia separado de Schaula, su mujer, con la forma de uso antiquísimo é irrevocable: *Tú me serás cara en adelante como mi madre*. Schaula acudió á la intercesion de Ayesa: el Profeta se levantó y recitó el capítulo de los *Querellantes*, que empieza así: «Dios ha oido la voz de la mujer que disputó con su marido, y quejándose recurrió á Dios. ¡Por Dios! ha oido vuestras palabras, porque oye y conoce todo. Los que juran que sus mujeres serán para ellos como madres, cometen injusticia; sus madres los han engendrado, y no pueden ser mujeres suyas. El señor es indulgente y misericordioso. Los que juran no volverá cohabitar con sus mujeres, y luego se arrepienten de su juramento, no podrán unirse á ellas antes de haber dado libertad á un esclavo. Es precepto de Dios, que conoce todas nuestras acciones. El que no halle esclavos que rescatar, ayunará dos meses antes de tocar á su mujer; y si no puede soportar este ayuno, dará de comer á sesenta pobres. Creed en Dios y en el Profeta. Estos son los mandatos de Dios; el que falte á ellos, será castigado rigurosamente.»

Del mismo modo que compuso Mahoma este versículo del Coran por complacer á Ayesa, llevado de la política contrajo enlace con Omm Abibe, hija de Ebi Sofian, su mas poderoso enemigo. Esposa de Obeidollah Beu Agese, como una de las primeras creyentes, pasó á Abisinia en union de su marido veinte años antes, de suerte que debia rayar en los cincuenta. Cuando murió Obeidollah, Mahoma pidió su mano (esperando asi atraer algun dia á su partido tambien al padre) por medio de Schalid Ben Saab Necuschi, rey de Etiopía, semi-cristiano y semi-mahometano, empleó, como representante del Profeta, la siguiente fórmula: «¡Loor á Dios, rey, santo, seguro, que asegura, honra y aflige! ¡Confieso que no hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta! Dios reveló el Evangelio por medio de Jesus, hijo de María, por la salvacion! ¡El enviado de Dios me ha escrito que case con él á Omm Abibe, hija de Ebi Sofian. Hemos aceptado, dotándola en cuatrocientos ducados.» Y Schahd, representante de la esposa, dijo: «¡Loor á Dios! Yo le alabo y le pido perdon y

(1) Cap. LX, v. 10, uno de los versículos mas largos del Coran.

ayuda, y confieso que no hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su siervo y enviado. El le ha mandado como guía de la religion verdadera para elevarla sobre todas las religiones, aunque los infieles se opongan. ¡Acepto la proposicion del Profeta, por la salvacion! y se casó con Omm Abibe, hija de Ebi Sofian. Dios bendiga á su Profeta, y le envie salud.» En aquel año se publicó tambien la prohibicion definitiva del vino. de todas las bebidas espiritosas, del juego de los dados y de la suerte de los dardos (1).

El sétimo año de la Egira, se verificó la grande espedicion santa contra los Judíos de Schaiber, la primera que por lo largo del tiempo (diez y seis semanas) como por el número de los ocho castillos conquistados y por sus resultas pudiera aspirar aun en otras historias al honroso nombre de espedicion decisiva.

Schaiber es un país que dista de Medina treinta y dos farsangas, y le dió nombre Schaiber, hermano de Iatrel, fundador de Medina; comprende ocho castillos. Mahoma animó á los suyos con la promesa del próximo cumplimiento de lo que se dice en el capítulo de la *Conquista*, enviado del cielo á la vuelta de Obaide y confió el gobierno de Medina á Sebaa Ben Aassaba. Al cabo de tres dias de marcha, el ejército de Mahoma, dividido en cinco escuadrones, llegó delante del castillo Natat. El montaba su caballo de batalla Sarb, é iba armado de doble coraza, yelmo, lanza y escudo. El sitio empezó por el corte de cuatrocientas palmas.

Tomado Natat, el castillo Naim resistió siete dias; el sétimo salió de él Merhab, uno de los héroes de Schaiber; provocando á duelo con estos versos: «Schaiber sabe que Merhab se presenta, el armado y probado héroe, que si alguna vez es vencido, mas á menudo vence, cuando levanta su flamígera espada.» Aceptó el reto, como rival de heróico valor, Aamir, hijo de Ehwa, diciendo: «Schaiber sabe que Aamir es el héroe que juega con las armas en el campo.» La espada de Merhab hirió el escudo de Aamir; pero Aamir, por apresurarse demasiado, se hirió con su propia espada en la rodilla, de suerte que murió como mártir de la fe. A los dos dias la guarnicion se refugió en Saab, que solo resistió tres; pero costó veinte la toma de Camus, el mayor y mas fuerte de los ocho castillos de Schaiber. Tomado por asalto, despues de un sitio de catorce dias los castillos Watih y Selam se rindieron espontáneamente. Durante el asedio de Saab, salieron del castillo treinta asnos, que los sitiadores mataron y se comieron inmediatamente; entonces se proclamó la prohibicion de comer carne de asno y de cerdo; pero se permitió comer la de los asnos salvajes, cuya caza era uno de los mejores preludios de la guerra. Prohibióse tambien para lo sucesivo el corte de la palmeras: «Honrad (dijo el Profeta) la palmera, vuestra tia, porque está formada del resto del loto de que fue creado Adan.»

Una vez tomados los ocho castillos, se exhibió el tesoro de cien mil monedas de oro enterrado en el de Camus. Los Beni Kenane, amigos de los Judíos de Schaiber, que querian tenerlo secreto, fueron condenados á muerte; y las mujeres y los niños reducidos á esclavitud. El ejército estaba compuesto de mil doscientos infantes y doscientos caballos. La quinta parte del botin perteneciente á ellos (tres quintas partes se destinaron al tesoro público para la manutencion de las viudas, de los huérfanos, de los caminantes y de los pobres, y la otra quinta parte era del Profeta) se dividió en diez y ocho porciones, de las cuales se dieron doce á los mil doscientos soldados de á pié y seis á los doscientos de á caballo, esto es, el triple que á los primeros. Lo que no era botin, sino que caia en poder de los Musulmanes por pacífica entrega, tocaba al Profeta; como sucedió con los terrenos de los dos castillos Watih y Selam, que se rindieron espontáneamente; y los terrenos de Fedek, cuya conquista, despues de la de Schaiber, pasa por un especial combate santo; y la conquista de Wadiol-Kora, cuyas tierras se dejaron á los Judíos que las poseian para que las cultivasen. Consecuencia de esta prudente conducta fue la voluntaria sumision de los Judíos de Wadioltalma, que, para conservar sus posesiones, se sometian al impuesto y á la capitacion. Del botin, el Profeta eligió para sí la hermosa hebrea Safia, cuyo padre hacia subir hasta Aron su genealogía; se casó con ella y la conservó, no habiendo rehusado, como Rihane, abrazar el islamismo. Pero Camus, habiéndose refugiado en casa de Seineb, hermana del héroe Merhab, se libró á duras penas del peligro de un trozo de carne envenenado por Seineb, leyendo (dice la leyenda) en el lomo del cordero: *No me comas.*

Despues de la conquista de Schaiber, los habitantes de la Meca no tuvieron ni fuerza ni valor para impedir á Mahoma la visita del santuario de la Caaba, consentida ya por convenio. Esta visita se denomina: *Peregrinacion de la suerte, de la paz, de la seguridad, de la recompensa*, segun las distintas circunstancias en que, antes de la paz de Odaiba, se intentó, impidió, re-

(1) IBRAHIM ALEBI, p. 203, y NABI, p. 74.—Como ensayo del estilo ampuloso de este último, damos aquí una parte, traducida literalmente: «Los embriagados con el jugo de las primicias de los documentos históricos, hacen girar así la copa de las noticias; hasta que la copa de la luna schewal del cuarto año de la Egira, anduvo alrededor por el círculo del cielo, la hija de la via, roja como tulipan, escitaba al baile la orla de la copa en las reuniones de los bebedores de vino; ó para decirlo con otras palabras, la lámpara del puro vino alumbrando la reunion irradiaba de la linterna del vaso en la compañía de los embriagados con tenebroso corazon. La luna nueva de la copa que vierte auroras, pasaba aun como dedo de la estimacion; y los frascos y jarros estaban aun sentados en el trono de la alta estimacion. El antiguo verso del Coran: *De los frutos de la palma y de la vid recabais embriaguez y buen nutrimento* (cap. XVI, v. 69), habia en verdad descendido del cielo, como iluminacion de los ojos, pero no acompañado de ninguna notificacion, cuyo significado, ornamento de los corazones, ha sido puesto como cubierta de la prohibicion sobre la copa del vino; por eso algunos cordiales de la fiesta de la confianza, tenian en la boca el verso persa: *¡Di que está preñada la copa, dime si lo sabes! Es la jóven preñada que pare el espíritu*; y bailaban con la hija de la vid, entrelazadas las manos, unidas las bocas; pero algunos razonables y templados, que veian cómo aquel líquido espirituoso posee la perversa y activa propiedad de mezclar la humana naturaleza sensual con la sustancia de la razon, como fuego y agua, acordándose del verso (turco): *El vino amargo te puede guiar solo al pecado; es la madre de todas las acciones vituperables;* se guardaron de mezclarse con aquella bruja que vierte fuego, que cabalgaba sobre el cacharro, hasta que algunos de los mas conspicuos compañeros del Profeta, abrieron un dia la boca para interrogar á aquel médico de las almas de la casa de la intercesion (el Profeta), sobre quién desciendan las mas completas bendiciones, sobre la naturaleza del vino; é iluminó á la reunion el versículo del Coran: *Ellos te preguntarán acerca del vino y el juego; diles: ambos son un gran bien y un gran mal para los hombres; pero el mal de uno y otro es mayor que el bien,* etc. (cap. II, v. 216.)

tardó y llevó á cabo finalmente con seguridad. Acompañado de dos mil infantes y cien caballos, se dirigió allí Mahoma sobre Korwa, su camello favorito, y cumplió los deberes del santo giro en torno de la Caaba.

De las seis siguientes espediciones solo dos son notables por los nombres de los que las capitanearon, á saber, los dos califas subsiguientes, Abubekr y Omar. Beschir, hijo de Said, emprendió una correria contra la tribu de los Beni Meere, establecida alrededor de Fedek; luego marchó con trescientos hombres contra los Beni Fefare y Asra, unidos bajo el judío Eginet Meere para hacer una incursion en Medina, y no les irrogó mas daño que el de coger prisioneros algunos pastores. Aasin Ben Ebil-Aus atacó á los Bein Selin, que en esta ocasion mataron á Beschir, jefe de las dos precedentes espediciones. Abubekr condujo prisioneros á algunos de los Beni Kelad, y Omar á algunos de los Beni Ilal. Por último, Galib, hijo de Abdo-llah Leisi, con solo treinta hombres marchó contra las tribus de los Beni Awal y Saalebe que habitaban en Missan, en el montuoso país de Nesc, distante treinta y dos farsangas de Medina.

El vencedor de Schaiber, que hasta allí no habia anunciado su mision profética sino á sus compatriotas de la Meca y de Medina, comprendió entonces en los vastos proyectos de su genio emprendedor los paises y pueblos que subyugados mas tarde ó mas temprano por la espada de los Musulmanes, debian estender el territorio del islamismo. Seis embajadores llevaron cartas á Heraclio, emperador griego en Constantinopla, al persa Cosroes Parvis en Medain, al negusc de Abisinia, al cofto Mokawkas, gobernador griego de Alejandría, al árabe Ben Aris, príncipe natural de los Beni Gasan, gobernador griego de la tribu del desierto en Damasco, y á Silit Ben Amru el Aamiri, gobernador persa de la Arabia meridional en Yemame. Las cartas, invitando á aceptar el islamismo, que llevaban los embajadores, tenian el sello adoptado á la sazon por el Profeta con esta inscripcion: *Mahoma, enviado de Dios*. De todos los emperadores, reyes y gobernadores, á quienes fueron dirigidas, solo el negusc contestó como musulman convertido. La acogida dada á los demás embajadores y las respuestas no fueron todas de un temor tan repulsivo é irritante como la de Cosroes, el cual rompió el escrito de Mahoma, y despidió al embajador sin contestar nada. «Como él rompió mi carta (dijo Mahoma) asi Dios dividirá su reino.» El copto que gobernaba el Egipto, en nombre del emperador griego, habiendo pedido tiempo para reflexionar, envió de regalo al Profeta dos esclavas coptas, Maria y Sirin, el caballo Maimun, el asno Giafir y el mulo Davdul (los nombres de las tres acémilas no son menos célebres en la histora del islamismo, que los de las dos esclavas, una de las cuales, María, fue madre de Ibrahim, único hijo de Mahoma); ademas aloe, almizcle, veinte vestidos egipcios, bandas y cántaros de miel. Aris Ben Schiamer despidió al embajador con ásperas palabras y amenazó de marchar en breve contra Medina. Mahoma dijo: «El y su reino se han arruinado.» El gobernador persa de Yemame envió negros, pero exigió que Mahoma dividiese el dominio de la Arabia con él, que era tambien poeta y orador. Mahoma dijo: «Aunque no pidiese sino un racimo de dátiles agrios, no se los daria.» Pero, la cosa mas estraña que las historias del islamismo refieren acerca del resultado de estas misiones, es la benévola acogida que los embajadores de Mahoma hallaron en Heraclio, y de la que nada dicen los historiadores bizantinos. Los Musulmanes creen aun en esa leyenda histórica; la prueba mas reciente y singular de ello es la última carta del emperador de Marruecos al emperador de Austria, donde se considera á éste como inmediato sucesor de Heraclio, y se atribuye la duracion de la casa imperial á la buena acogida dada por Heraclio, antepasado del emperador de Austria, al enviado del Profeta, ascendiente del emperador de Marruecos.

A medida que Mahoma estendia sus proyectos de conversion esterior, aumentaba tambien su harem. Habíase este compuesto hasta entonces de seis mujeres, de la predilecta y ligera Ayesa, y de Suda, con las que se habia casado á poco de muerta Cadiga, de su parienta Omm Selma, coreischita, á la que se unió dos años despues de la batalla de Bedr, y que desde el escándalo público de Ayesa acompañaba al Profeta en sus espediciones; de Sineib, que le cedió voluntariamente el liberto Seib; de Afsa, hija de Omar, y de Coveire, hija del jeque de los Beni-Mostalak. A estas se agregaron ahora las dos supradichas, esto es, la jóven y hermosa hebrea Safia y la hija de Ebi-Sofian, que habia vuelto de Abisinia; y finalmente Bere, hija de Aris, de la tribu de los Beni Ilal. La esclava copta María fue concubina, y nunca mujer legítima. Las bodas con la hebrea Safia, con la hija de Ebi Sofian y con la hija de Aris, se verificaron en el mismo año de las referidas espediciones santas.

La noche de la boda con la hebrea descendiente de Aaron, Ayub, porta-estandarte del Profeta, hizo espontáneamente la guardia delante de su tienda. Mahoma, al verle por la mañana, le preguntó la razon. Ayub respondió que lo habia hecho con precaucion, no pareciéndole seguro el reposo del Profeta en los brazos de Safia, cuyos compatriotas habian sido muertos, presos ó desterrados. Mahoma dijo: «¡Dios mio! guarda á Ayub, como él me ha guardado esta noche.» Los biógrafos turcos del Profeta consideran como consecuencia de este buen augurio el descubrimiento del sepulcro de Ayub en el sitio de Constantinopla, en tiempo de Mahomet II, sepulcro que fue desde entonces el palladium de Estambul, esto es, de la plenitud del islamismo.

Las segundas bodas fueron celebradas con la hija de Aris, de la tribu de los Beni Ilal, que se llamaba tambien Bere. Hemos visto que la hija del jeque de los Beni-Mostalak tenia el mismo nombre, mudado por Mahoma en el de Coveire, es decir, la pequeña vecina; el de

esta otra lo cambió en el Meimune, es decir, bendita con fortuna. Cuando aun duraba el sitio de los castillos de Schaiber, envió á la Meca á pedirla por esposa, como habia enviado á Abisinia por la hija de Ebi Sofian, ambas inducido de motivos políticos; de suerte que Mahoma, manejando la espada y contrayendo enlaces, llevaba á cabo sus designios por medio de santas espediciones y de matrimonios con nobles mujeres árabes, mientras que satisfacia su sensualidad en los brazos de la hermosa hebrea Safia y de la no menos hermosa concubina copta María. Cuando le trajeron á la hija de Aris, tenia puesto el manto de peregrino, y no se acostó con ella hasta dejarlo; tal es la causa de estar prohibido celebrar bodas durante la peregrinacion. El matrimonio con la hija de Aris se consumó en Sirk, entre Merwe (monte próximo á la Meca) y la mezquita de Ayesa; quince años despues, la hija de Aris murió en el mismo sitio donde habia esta tenido su lecho nupcial. Omm Abibe, hija de Ebi Sofian, vino de Etiopía acompañada de sesenta y dos Abisinios y ocho Sirios, á los cuales el Profeta leyó el capítulo XXXVI del Coran, ordinaria oracion de los Musulmanes por los moribundos, y los conmovió hasta arrancarles lágrimas y convertirlos al islamismo. Sin embargo de estar ocupado en sus matrimonios, no olvidaba los de los Musulmanes, y por aquel tiempo prohibió las denominadas *bodas de mercado*, en uso hasta entonces, para las que no se necesitaban testigos ni contrato, y que consistian en un simple convenio verbal por dias determinados mediante cierta suma, diciendo el hombre á la mujer: *Quiero vivir contigo por tanto tiempo, á tal precio.*

El mismo año de las precitadas bodas y de la conquista de Schaiber, se presentaron á Mahoma como neófitos del islamismo, las tribus árabes de Daus y de Eschiaar, y muchos Griegos y Abisinios. Aunque estos cuatro escuadrones de neófitos fueron bastante numerosos, les escedió con mucho en importancia la conversion de cuatro columnas de la nueva doctrina; Schalid, hijo de Welid, Amru Ben Aas, capitan general de la Siria, Osman Ben Talha, capitan general del Egipto, y Ebu Ureire, esto es, padre de los gatos, uno de los primeros apoyos de la tradicion. Tambien el Profeta amó mucho á los gatos; tanto que un dia, al ir á levantarse para orar, vió que su gata favorita estaba durmiendo sobre la manga de su manto, y prefiero cortar esta á despertar á aquella.

Los Eschiaar eran una de las tribus mas distantes del Yemen, y á ella pertenecen los primeros doctores de la doctrina ortodoja del islamismo. Mahoma se enorgulleció con tal refuerzo, y pretestó una violacion del contrato celebrado en Odaibe para hostilizar á la Meca. La antigua enemistad contra las dos tribus de la Meca, los Beni Cosaa y los Beni Bekr, se habia vuelto á encender inmediatamente despues de la paz de Odaibe; y mientras que los Beni Bekr se coligaron con los Coreischitas, los Beni Cosaa se pusieron bajo la proteccion de Mahoma. Estos habitaban en la puerta baja de la Meca, cerca del estanque Wetir. Cinco de los mas ilustres Coreischitas, Sifwan Ben Omeya, Akarma Ben Emi Gehel, Soheil Ben Amru, Ovaiteb de Ebil-Asu y Scheibe de Osman, sorprendieron y mataron á muchos Beni Cosaa. Ebi Sofian, en cuanto lo supo, declaró no tener parte en esta violacion de la paz, y se dirigió de motu propio á Medina para obtener de Mahoma, si era posible, que no se interrumpiese la tregua. El reciente enlace del Profeta con su hija Abibe le inducia á esperarlo asi. Entró en la estancia de su hija, y quiso sentarse en la estera donde de ordinario se sentaba Mahoma; pero Abibe la retiró al momento. «¿Juzgais la estera indigna de mí, ó á mí indigno de la estera?» preguntó Ebi Sofian. «La estera (respondió Abibe) que tuvo la fortuna de servir de asiento al enviado de Dios, no quiere ser profanada por un idólatra.» Ebi Sofian, irritado con esta conducta de su hija, fué á buscar á Mahoma, que permaneció sordo á todas sus súplicas para la renovacion de la paz. Igualmente inútiles fueron sus pasos con Abubekr, Omar, Osman y Alí, las cuatro columnas de la tienda del Profeta; viendo lo cual, se volvió á la Meca.

Mahoma podia contar ya con doce tribus coligadas (1), á las que escribió cartas de invitacion, haciendo al mismo tiempo esta súplica: «¡Oh Dios mio! priva á los Coreischitas de ojos y de oidos, hasta que me presente á ellos en su pais!» Atib Ibn Baltaa, uno de los primeros habitantes de la Meca que se convirtieron al islamismo, escribió á los jefes de los Coreischitas, en otro tiempo amigos suyos, avisándoles de los designios de Mahoma, y entregó la carta á la cantatriz Saa, que la ocultó bajo sus trenzas. En Sul-Alifet, donde Alí, Sobeir y Mikdad cerraban el camino entre la Meca y Medina, se la detuvo como sospechosa, y habiéndola hallado encima la carta, fue cortada á pedazos. Mal podria defenderse el que la habia escrito, al comparecer á dar cuenta de su contenido. Omar queria matarle inmediatamente; pero Mahoma le detuvo el brazo con estas palabras: «Se encontró en Bedr; ¿Sabes con qué ojos mira Dios á los compañeros de Bedr? Haced lo que os agrade, ¡oh vosotros que habeis combatido en Bedr! Os he perdonado de antemano vuestras culpas.» Mahoma se sentia ya bastante fuerte para no servirse del brazo de asesinos ó de fanáticos como Omar, con inútiles suplicios.

El 1.° de enero del año 630 de la era cristiana, Mahoma, al frente de diez mil hombres, marchó á la conquista de la Meca; entre ellos habia setecientos emigrados de esta, cuatro mil auxiliares de Medina, y los demás pertenecian á las tribus coligadas. El ejército habia llegado ya á Cofa, en las cercanías de la Meca, donde brillaron por la noche diez mil fuegos. «¡Oh padre de Amah! (dijo Abbas, tio de Mahoma á Ebi Sofian) ¿no ves los diez mil fuegos que anuncian la llegada de Mahoma?—¿Qué hacer, oh padre de Fahl? (respondió este).—

(1) Los Beni Gafar, Escgiaa, Eskem, Esed, Selim, Moseine, Coheine, Kaab, Kenane, Daus, Eschaar, Schiossa; sin contar los auxiliares primitivos Beni Scharesc y Aus.

No te queda mas medio de salvacion que rendirte» replicó Abbas. Y llevó consigo á Cofa, á Ebi Sofian y á su hijo Caafer. Mahoma recibió cortesmente á su tio; pero á las súplicas de Omm Selma en favor de Ebi Sofian y de su hijo, contestó: «No los necesito,» y los hizo custodiar toda la noche. Por la mañana mandó conducir á su presencia á Ebi Sofian, y le dijo: «¡Oh Ebi Sofian! ¿aun no te has convencido de que no hay mas Dios que Dios?» Ebi Sofian y su hijo adoptaron la nueva doctrina. Schalid Ben Welid, con mil hombres, formaba la vanguardia del ejército musulman; seguíale Sobeir con los emigrados: Mahoma montaba el came-Koswa á la sombra de su verde bandera. Ebi Sofian imploró indulgencia para su pueblo, cuyo dia fatal habia llegado. Mahoma respondió: «Este es dia de misericordia, en el que Dios glorificará á los Coreischitas.» Una poetisa coreischita, que habia oido la propuesta hecha por Saad, hijo de Ibad, caudillo de los auxiliares de Medina, de matarlos á todos, se arrojó á los piés del camello de Mahoma, esclamando: «¡Tú eres el puerto de salvacion, oh Profeta! tú la guía cuando no hay refugio para los Coreischitas, cuando la tierra es angosta para ellos; y el Dios del cielo enemigo, cuando Saad piensa esterminar á los habitantes de Baltra y de Aschim.» Mahoma, para amansar al capitan de los Ansar, mandó á Alí que cediese á Cais, hijo de Saad, la santa bandera; aquel Cais que, bajo el calificado de Alí, fue gobernador del Egipto, uno de los cuatro imanes sostenedores del cielo del Islam (1).

Mahoma, habiendo llegado á Tawa, frente á la Meca, ordenó á Saboir Ben Awan que plantase su bandera en Aschim, parte alta de la Meca y que le esperase allí tranquilamente; y á Schalid Ben Welid que se detuviera con la suya en la parte baja. Los Coreischitas Sifwan Ben Omeya, Akarma Ben Ebi Gehel y Soheil Ben Amru, que quisieron cerrar el paso al pié del monte Schandama, no tardaron en ser dispersados.

Mahoma, con vestido rojo, se encaminó directamente á la Caaba acompañado de Abubekr y de Esed Ben Schadir, y mandó destruir los ídolos, pronunciando las palabras del Coran: *La verdad ha venido*; *pasaron las vanidades*. Trescientos sesenta y cinco ídolos, tantos como eran los dias del año antiguo de los Arabes (cada uno tenia su protector particular), imágenes de Abraham y de Ismaél, en una colina, con los dardos de la suerte delante, fueron derribados al suelo por los Musulmanes. Una de las mas ardientes destructoras de ídolos era la fanática Ind, mujer de Ebi Sofian, aquella que en el combate de Ohd habia empezado á comerse el corazon de Amsa; musulmana ahora no menos fanática, desfogaba su furor contra los ídolos que no habian salvado á los Coreschitas. Un ídolo de los Beni Schiosaa estaba en la cima de la Caaba, de modo que Alí no podia llegar á él. Mahoma hizo subir á su yerno sobre sus hombros, y este se creyó trasportado al mas alto cielo. Habiendo Mahoma reunido al pueblo, despues de la acostumbrada alabanza á Dios, dijo: «Dios creador de los genios y de los hombres, ha santificado desde la creacion del mundo la casa de la Caaba; asi, á todos los que creen en Dios y en la resurreccion, les está probibido derramar sangre en el santuario de Dios. Dios no me ha permitido hoy combatir mas de una hora; lo restante del dia está santificado por hoy y por todos los siglos venideros. Los circunstantes lo anunciarán á los ausentes, los presentes á los futuros.» Era viernes, en adelante dia festivo del Islam, como el de su mayor triunfo, por la conquista de la Meca. Osman, hijo de Ebi y de Talha, en cuyas manos habian estado hasta entonces las llaves de Caaba, no queria cederlas; Alí se las quitó por fuerza, y luego, de órden de Mahoma, se las restituyó; en atencion á esto, el custodio de las llaves de la Caaba se hizo musulman y le dió gracias. Las llaves de la Caaba han permanecido en su familia hasta hoy, de suerte que los custodios de las llaves del santuario de la Meca son los mas antiguos chambelanes de la edad media.

La promesa hecha por Mahoma á Ebi Sofian de la glorificacion de los Coreischitas, no valió para los mas peligrosos y odiados enemigos del Profeta. Contra once hombres y seis mujeres, ó por defensa personal necesaria, ó por venganza, se pronunció sentencia de muerte, aunque no se ejecutó en todos. Merecen ser conocidos mas particularmente, porque sus relaciones con Mahoma dan mejor á conocer la historia y carácter de este.

Abdol Usa, hijo de Schatal, era antes musulman, y como tal le habia confiado Mahoma la distribucion de las limosnas. Mató á un Schosaa, robó las limosnas, y apostató por temor al castigo. Huyó á la Meca, y le descubrieron bajo la Caaba, cuando Mahoma fué en procesion alrededor de ella. Uno de los compañeros le divisó; y Mahoma, haciéndole sacar, mandó darle muerte. Abdollah, hijo de Saad, era hermano de leche de Osman, y amanuense de Mahoma, el cual le dictaba las revelaciones del cielo. Abdollah se atrevió á introducir cambios arbitrarios con inversion de palabras, jactándose en seguida de que tambien él hacia revelaciones, y evitó el castigo que merecia por semejante crímen contra las palabras de Dios huyendo á la Meca. Acogióse ahora á Osman, su hermano de leche, el cual intercedió por él dos veces; pero Mahoma permanecia silencioso; á la tercera vez le perdonó; mas apenas salió Osman, dijo: *¿No hay, pues, nadie que me libre de ese perro?* fórmula con que aconsejaba un asesinato, que no queria ordenar abiertamente. El celo de Bescr le dejó servido. Akarma, hijo del Padre de la ignorancia, habia heredado el odio de su padre, y lo manifestó en todas ocasiones con los hechos; dícese que murió musulman.

Uires, hijo de Nobeid, espió bajo la espada de Alí las muchas sátiras que habia proferido contra el Profeta. Mikias, hijo de Sababe, era un apóstata, que en el dia de la conquista be-

(1) Los tres restantes son Ahnef Ibn Cais, el mas dulce y paciente de los hombres; Scherih, el mas justo de los jueces, y Abdollah Ben Sobeir.

bió vino, y lo espió con la muerte. Obbad, hijo de Esweď, atacó en la calle á Seineb, hija de Mahoma, hiriéndola con la lanza de suerte que cayó de la litera y murió del golpe; uno de los que la acompañaban mató á Obbad. Safwan, hijo de Omeya, debió la vida, mas bien que á su conversion al islamismo, al gran nombre de su poderosa familia. El mismo dia de la conquista ejecutó Alí la sentencia de muerte pronunciada contra Aaris Ben Aatile por ofensas personales al Profeta.

El poeta Soheir, hijo de Caab, habia sido comprendido tambien, á causa de sus sátiras, entre los condenados á muerte; pero espió mas adelante aquella culpa con la célebre casside, por la que Mahoma, quitándose el borda (su capa), se lo regaló al oirle recitar aquel verso: *El Profeta es espada resplandeciente y curva; espada india desenvainada por Dios*. Otro poeta, Abdollah Ben Sibaari, que con bélicos cantos habia escitado á menudo a tomar las armas contra el Profeta, salvó la vida profesando el islamismo. Mahoma perdonó al esclavo abisinio Wahschi, que habia matado al héroe Amsa en la batalla de Ohod. De las mujeres condenadas á muerte, Ind, la mas feroz y violenta de todas, debió la vida al celo que desplegó el dia de la conquista contra los ídolos. Ertema, una de las cantatrices de Abdollah, hijo de Schatal, que habia merecido la muerte por sus canciones satíricas, se salvó haciéndose musulmana; pero su compañera Carita exhaló el espíritu en la cruz. Tambien sucumbieron Saa, liberta de Abdol Motallib, Erneb, liberto de Achtal, y Omm Saad. La sentencia de estas diez y siete víctimas, motivada por venganza pública ó personal, aparece con colores mas ó menos funestos, segun se decida la cuestion agitada entre los doctores del islamismo, sobre si la Meca fue conquistada á mano armada ó si se rindió espontáneamente; pues en el último caso, la condenacion seria imperdonable.

Despues de la conquista de la Meca, Mahoma hostilizó las tribus siempre enemigas de los Beni Ewasim y Sakif. Llámase esta la espedicion de Onein, ó tambien de Etwas, donde se retiraron los enemigos dispersos. Las tribus Ewasim y Sakif habian unido sus fuerzas con las de los Beni Cosem y Beni Saad (á los cuales pertenecia Alim, nodriza de Mahoma). Su desgracia fue que Malik Ben Aus, su caudillo, que estaba en la flor de la edad y sentia todo el ardor de la juventud, no siguió los consejos de Doreid Ben Sana, viejo de ciento veinte años. Mahoma marchó en persona á Onein, vistiendo dos corazas, llamadas Sofdiget y Sathol—fodhul, que segun la leyenda, vestia David cuando venció al jigante Goliat. Distribuyó las cuatro banderas del ejército, dando á Alí la de los emigrados, á Obab la de los Scharesc, á Esed la de los Aus, y la suya á Saad Ebi Wakkas. Tenia junto á sí á su tio Abbas y al neófito Ebi Sofian. Aquí, como en Bedr, vieron los fieles tropas auxiliares de ángeles; aquí como allí, un puñado de arena arrojado por el Profeta contra los enemigos, los puso en fuga. Abbas, cuya voz era tan fuerte, que si subia por la noche al monte Selaa y llamaba á su esclavo, distante ocho millas, este oia, llamó de nuevo á los Musulmanes desbandados al hervor de la pelea, que ardia como un horno. Mahoma que se habia servido de esta palabra para espresar la violencia de la batalla, pronunció tambien algunos versos rimados, habiéndose suscitado entre los doctores y biógrafos la disputa de si, no obstante la rima y el metro, son poesía ó inspiracion divina (1).

Mientras duró el peligro, Mahoma oraba: «¡Oh Dios! eres y serás; eres el viviente que no muere; los ojos duermen y las estrellas se oscurecen; pero tú eres el viviente, el inmutable, que no duerme ni se aletarga. ¡Oh viviente, oh inmutable!» Al fin la batalla se inclinó á favor de los Musulmanes; Rebiaa Ben Rafii penetró hasta la litera del anciano Doreid, y le asestó un golpe sin efecto: «¡Qué miserables armas (dijo el viejo sonriéndose) te ha dado tu madre! Toma mi bien templado acero si quieres matarme; pero ten cuidado de no herir el hueso y hacer saltar el cerebro; porque asi hieren los valientes! Si vuelves á tu casa, dí á tu madre que has muerto á Doreid Ben Sana con la espada con que él defendió mas de una vez á vuestras mujeres.» El vil Rebiaa mató al canoso anciano, y llevó la embajada á su madre, que le acogió con el desprecio que merecia. Los enemigos derrotados se retiraron á Etwas. De los Musulmanes perecieron cuatro valientes; setenta de los enemigos.

En el mismo año se verificó la espedicion de Taif contra los Beni Sakif, dueños de la ciudad. Taif, distante de la Meca dos jornadas, es famosa por lo esquisito de sus frutos, don, segun dicen, de la bendicion de Abraham. Durante el asedio, Mahoma oraba en la tienda de sus mujeres Omm Selma y Seineb Akim, que le acompañaron en este viaje. Omar y Schaula, mujer de Osman Ben Mesuun, aconsejaban dar el asalto á la ciudad; pero Mahoma contestó que no tenia el permiso de Dios. A pesar de esta respuesta, cedió á las súplicas de sus compañeros, ansiosos de victoria y de botin. Muchos de ellos salieron heridos del combate, pero el botin fue muy copioso. Dividieron entre sí seis mil prisioneros, veinte y cuatro mil camellos, cuarenta mil ovejas, cuatro mil occas de plata, y se dió una rica parte á Ebi Sofian y á sus dos hijos Moawia y Yesid. A cada soldado de á pié tocaron cuatro camellos ó cuarenta ovejas, y á cada soldado de á caballo doce camellos ó ciento veinte ovejas; de suerte que se apreciaba un camello en el decuplo de una oveja.

Al combate de Taif siguió una série de espediciones, cuya importancia consiste las mas de las veces en el nombre del caudillo, de las tribus, de su domicilio, y hasta de sus ídolos. Saad Ben Seid el—Escheli se encargó de derribar el ídolo Menat, venerado en el monte Moschelschel por las tribus Aus y Scharesc antes que se convirtiesen al islamismo. Ebu Amir el-Eschaari, junto con su sobrino Ebu Musa el-Eschaari, hicieron durante la espedicion de Onein una correria á Ewtas. Tofail, hijo de Amru, fue á que-

(1) *Eni Ennebi la ekseb Ena Ibn al-Motalleb*; «Soy el Profeta que no miente, soy el hijo de Abdol-Motallib.»

mar el ídolo de madera Sulkefeien, esto es, de las dos manos, de la tribu de Aus. Abdollah Ben Ebi Adrda se encargó de un reconocimiento en el territorio de los Beni Cosem, que le valió solo trece camellos.

Mas importantes fueron el motivo y el resultado de la espedicion contra Manta en Siria. Scherhebil Ben Amru, á quien Mahoma envió como embajador al emperador griego, habia sido muerto en Manta, y Seid Ben Arese partió á vengarle á la cabeza de tres mil valientes. Mahoma, cuando entregó la bandera al caudillo, mandó á las tropas que matasen ancianos y niños, que estirpasen árboles y vidas, que destruyesen edificios y monumentos: «Id á la guerra santa en nombre de Dios! ¡Matad á los enemigos de Dios y nuestros en Siria!» Cerca de Manta pereció el caudillo Seid Ben Arese, y tomó la bandera Caafer, hijo de Ebi Talib, primo de Mahoma; pero habiendo sucumbido tambien este, la empuñó Abdollah, hijo de Rewaha, que tuvo igual suerte que sus predecesores. Sabit Ibu Ercam la cogió entonces y dijo: ¡*Musulmanes! elegid un jefe*. Unánimemente aclamaron á Schalid, hijo de Welid, el cual rompió en esta batalla nueve sables sobre los cráneos de los enemigos, y ganó el honroso nombre de *espada de Diós*. Mahoma consoló á la viuda de Caafer asegurándola que su esposo volaba al paraiso con alas de rubíes; por lo que es famoso bajo el nombre de Caafar Tajar, es decir, *el volador*. El Profeta envió á Cais Ben Saad con cuatrocientos hombres contra los Beni Sadd en el Yemen; pero habiendo presentado Saad Ben Aris en el intermedio el homenaje de su pueblo, se llamó á Cais. Ebu Obeidet Ibnol Gerrah, uno de los principales héroes del islamismo, condujo trescientos valientes á una escursion contra los Beni Codeine y los Beni Bekr, para castigarlos por algunos robos. Al tiempo de partir, dió Mahoma á Ebu Obeidet un saquito con cuarenta dátiles, ordenándole comer uno cada dia; cuando se comió el último, la espedicion estaba terminada.

Schalid, hijo de Welid, confirmó el nombre ganado en Manta con otras dos espediciones. La primera contra Nacla, situada entre la Meca y Taif, para destruir allí el ídolo Asa, de los Beni Kenane: Satanás, que lo animaba, salió bajo la figura de una bruja que vertia sangre á los golpes de la espada de Dios. La segunda, emprendida con trescientos valientes, tuvo por objeto la conversion de los Beine Codeine, rama de los Beni Selim, conocidos entre los Arabes bajo el nombre de Chupa sangre, á causa de su crueldad. Habian matado al tio de Schalid y al padre de Abderraman Ben Auf, y otras muchas personas de consideracion. Vinieron armados á profesar el islamismo. Schalid quiso antes sus armas, y cuando se las entregaron, les mandó atar las manos á la espalda, y ajusticiarlos uno á uno. Al saber Mahoma esta infame crueldad, dijo tres veces: «Declaro no haber tenido parte alguna en ella.» Schalid se disculpó, diciendo que lo habia hecho tan solo para asegurar contra las violencias de los Beni Codeine á los sectarios del Profeta que le acompañaban. Entonces Mahoma pronunció aquellas palabras que nos ha conservado la tradicion: «No ultrajeis á mis sectarios; si alguno de vosotros acumulase oro capaz de competir en altura con el monte Ohvo, no adquiriria tanto mérito como ellos con un cuarto ó un octavo de fanega (1).»

Ebu Cotade, Galib y Amru mandaron sucesivamente dos espediciones cada uno, como Schalid. Ebu Cotade cogió la primera vez, con quince hombres, doscientos camellos y dos mil ovejas á los Beni Gatfan que habitaban en el país de Nec: en el reparto un camello equivalió á doce ovejas. La segunda vez fué con ocho hombres al monte Adham, distante de la Meca dos farsangas, y se reunió á Mohallim, jeque de la tribu Schandaf. En el camino encontraron á Aamir, jeque de la tribu Cais, contra quien Mohallim alimentaba de antiguo cierto rencor: Aamir le saludó, Mohallim devolvió el saludo, y no por eso dejó de darle muerte. A la vuelta, hallaron á Mahoma en Sabia, entre Medina y Safa. El Profeta, informado del caso, condenó la conducta de Mohallim tan ásperamente como habia condenado la de Schalid en el asesinato de los Beni Codeine, y descendió del cielo el versículo del Coran: ¡Oh creyentes! cuando vayais á la guerra santa, pesad bien vuestras acciones; al que os salude y saludeis, no le digais: ¡Eres un infiel! mientras que solo buscais los bienes de este mundo (cap. IV, v. 93).» El saludo del islamismo es este: *El-selam aleib* (¡salve!) y se responde con las palabras: *Aleibes selam* (¡la salud sea contigo!) En esta respuesta se contiene ya la seguridad de no atentar á la vida; y quitarla una vez dada tal seguridad, es proceder deslealmente. Aiginel Ben Asim pidió en nombre de la tribu del muerto, la multa por la sangre derramada, que se fijó en cien camellos. Cuando el homicida se presentó á Mahoma, suplicándole que perdonase su pecado, el Profeta esclamó tres veces, ¡*Dios mio, no le perdoneis!* Siete dias despues murió Mohallim; el sepulcro le arrojó de sí muchas veces, hasta que Mahoma ordenó sepultarle en otro lugar, donde sus huesos hallaron descanso.

Galib, hijo de Abdollah Leise, fue enviado la primera vez á Keded contra los Beni Molawah: cuando volvia cargado de botin, le salvó del escesivo número de enemigos que le perseguian una repentina lluvia que, hinchando el torrente del valle, detuvo á aquellos. La segunda vez marchó contra los Beni Merre que habitaban en las cercanías de Fedek; y volvió á Medina con un botin abundante. Amru Ibnol Aas fue mandado la primera vez con trescientos hombres contra los Beni Codhaa que se habian reunido detras de Wadiolcora, á diez jornadas de Medina; como se condujese á los prisioneros en cadenas, está espedicion se llamó tambien *de las cadenas*. La segunda vez salió de Medina para destruir el ídolo Sirwan, de los Beni Udeil.

En aquel año, señalado por la conquista de la Meca, y por las victorias de Onein y de Taif, Mahoma envió de nuevo tres embajadas á reyes estranjeros. Allai Ben Adremi fué con una carta á Monfer Ben Sawi, soberano de Bahrein, invitándole á aceptar el islamismo: Monser contestó

(1) «Con un mudd, ó con medio mudd.»

humildemente que algunos de sus súbditos eran musulmanes, y muchos judíos ó magos: Mahoma en su réplica le ordenó someter estos á la capitacion y abstenerse de los matrimonios con ellos y de comer la carne de sus víctimas. Cuando Amru Ben Aas volvió de las dos susodichas escursiones, fue enviado á Geifer, rey de Omman, invitándole á profesar la nueva doctrina. Geifer, despues de leer la carta, pidió tiempo para reflexionar; se aconsejó con su hermano Abd, y ambos se convirtieron al islamismo. La tercera embajada fue la de Schechaa Ibn Weheb á Gebele hijo de Eihem, rey de los Beni Gasan en Siria, donde la ciudad de Gebele lleva todavia su nombre. Gebele se convirtió al mahometismo; pero bajo el califado de Omar, en la procesion alrededor de la Caaba, rompió los dientes á una mujer del vulgo que le empujaba con fuerza. y cuando Omar le condenó á la pena del talion, dijo: «Si siendo, como soy, príncipe, debo sufrir cosas tan indignas en el islam, me hago de nuevo cristiano.—En ese caso (respondió Omar) te corto la cabeza.» Gebele pidió el plazo de una noche para arreglarse con su acusadora; pero aquella noche huyó á Siria, y de allí á Constantinopla, junto al emperador griego. La narracion de sus aventuras en la córte de Constantinopla contrasta con lo que la leyenda refiere acerca de la acogida que dió Heraclio á los embajadores de Mahoma. En este año la esclava cofta María parió al Profeta el hijo Ibruhim, y murió la hija Seineb.

Henos ya en la última espedicion santa de Mahoma, y la primera fuera de los límites del Arabia, preludio de las grandes conquistas de los califas que le sucedieron, y que se llama la espedicion *de Zebuk*, punto adonde se dirigió; *de las dificultades*, á causa del calor y de la penuria de agua que tuvo que soportar el ejército; y la *ignominiosa*, con motivo de los obstáculos que opusieron los públicos y secretos enemigos de Mahoma. El fundamento principal de la oposicion estribó en exigir el sacrificio de una contribucion de guerra; pues, para los gastos de las provisiones necesarias y para suministrar los camellos, se requerian sumas que solo podian reuninirse con subsidios estraordinarios de los creyentes.

Abubekr dió el brillante ejemplo de ofrecer todos sus bienes consistentes en cuatro mil dirhem; Omar dió la mitad, Talha la mayor parte de los suyos, Abderrahman doscientas cincuenta libras de plata, Osman doscientos camellos, que habia destinado á una empresa mercantil. Las mujeres compitieron con sus maridos en ofrecer oro y adornos. Pero el primer mal ejemplo lo dió Ged Ben Cais, que se habia abstenido tambien del espontáneo homenaje bajo el árbol en Odaibe. ¿*Vienes conmigo* (le preguntó Mahoma) *contra los hijos de los pálidos* (los Griegos)? Adujo la necia escusa de que, siendo como era ardiente adorador de todos los hermosos rostros temia arriesgar su fe en esta espedicion, á causa de los hermosos Griegos y de las hermosas Griegas. Mahoma le volvió las espaldas, y descendió el siguiente versículo del Coran contra los que, por diversos motivos, rehusaban tomar parte en la espedicion: «Algunos dicen: *Esceptúanos de la guerra y no nos espongas á la tentacion*: ¿no han caido ya? ¡Por Dios! ¡El rodeará de llamas á los infieles! (cap. IX, v. 51).» Noventa de los Beni Gatfan se negaron tambien á tomar parte. El Profeta se alejó, y á esto alude el versículo del mismo capítulo: «Muchos Arabes del desierto han venido á escusarse y á pedir que se les esceptúe de la guerra; son los que acusan de mentira á Dios y su Profeta! Un doloroso castigo los amenaza (cap. IX, v. 92).»

Pero la oposicion mas fuerte consistia en Ibn Ebi Seluk, con los Hebreos convertidos solo en apariencia. Los principales se reunieron en casa del judío Soilem, y dieron libre curso á su crítica de la espedicion. Entonces Mahoma ordenó á Thala Ben Abdollah que quemase la casa de Soilem, donde estaba el conciliábulo de la oposicion. Los descontentos decian de Alí, á quien Mahoma dejó en Medina como su lugarteniente, que se habia quedado porque no podia sufrir á la espedicion ni al Profeta. Mientras el ejército acampaba en Serf, llegó Alí, sabedor de aquellos rumores, y suplicó á Mahoma le permitiese desmentir la calumnia participando de la espedicion. Pero el Profeta dijo: «¡Oh Alí! ¿á qué cuidarse de las palabras de los mentirosos y de los hipócritas? ¿No te alegras de hacer mis veces, como Aaron las de Moisés? Despues de mí no vendrá ningun otro profeta; eres el visir del último de los profetas.» Alí volvió contento á Medina. Otros desertaron en el camino, sin pretesto alguno; al contrario de los que, separados accidentalmente, volvieron. Como el ejército murmurase, á causa de los desertores, Mahoma dijo: «¡No os aflijais! Si hay en ellos algo de bueno, volverán; si son malos, alegraos de su ausencia.»

El ejército, á pesar de la desercion, compuesto de treinta ó cuarenta mil hombres, marchó á Siria, en cuyas fronteras le esperaba otro griego de igual número. Cuando llegaron á Iser, capital un tiempo del pueblo que mató el camello del profeta Salih, donde ruge el espíritu de aquel animal encerrado desde entonces en la roca, Mahoma se cubrió la cabeza con su capa, y todos le imitaron, pasando adelante con gritos y acelerados pasos, para que no les aterrase el rugido del espíritu. Lo mismo hace todos los años la caravana de peregrinacion á la Meca. En Aila, puerto marítimo en la estremidad del golfo Arábigo, se presentó Yohana Ben Rubeli, señor de Aila, con diputados de las ciudades sirias Gerba, Asreh y Mina, para someterse al Profeta. Mahoma aceptó se sumision, con tal que en lo sucesivo pagasen el impuesto, y les dió el siguiente salvo conducto: «¡En nombre del Dios clementísimo, piadosísimo! Este lo da Dios y Mahoma, su enviado, á Yohana Ben Rubeh, á los habitantes de Aila y á su obispo; viajen por mar y tierra bajo la proteccion de Dios y del profeta Mahoma, y de los habitantes de Siria y el Yemen, y de las castas que siguen la doctrina. Los que en adelante les quiten su hacienda, se condenarán. Mahoma es bueno para los hombres que le toman por protector, él no permite que se

ponga obstáculo á su voluntad en la tierra ni en el mar.» La carta de franquicia para los habitantes de Gerba y Asreh estaba concebida en estos términos: «¡En nombre de Dios clementísimo, piadosísimo! Esta es la palabra del Profeta Mahoma para los habitantes de Asreh y Gerba. Estarán seguros en la seguridad de Dios y en la de Mahoma, si pagan bien y exactamente cada año cien monedas de oro en el mes de rageb.» A los habitantes de Mina dió un documento parecido, con la condicion de entregar la cuarta parte de su cosecha anual.

Mahoma hostilizó durante veinte dias á Tebuk, y al fin celebró consejo de guerra para deliberar si debia aventurarse una batalla ó volverse. Omar dijo: «Si Dios te ha ordenado dar la batalla, nosotros debemos absolutamente aventurarla.—Si el Señor me lo hubiese ordenado (respondió Mahoma) no os consultaria.» Se decidió la vuelta. En la retirada, doce de los enemigos secretos de Mahoma se apostaron en el repecho de la roca de Akaaba, para espantar al camello del Profeta y que se precipitase. Aamar Ben Yasir conducia su camello, y Schodaifa le escitaba á andar. Este último asustó á los facciosos gritando: *¡Caiga sobre vosotros, enemigos de Dios, su venganza!* Los desertores encarcelados é interrogados, juraron que estaban inocentes: Mahoma les auguró, por sus designios y perjurios, tumores en el cuello.

Con la espedicion de Tebuk coincidieron muchas otras. Mientras que Mahoma sitiaba á Tebuk, Schalid Ben Welid marchó contra Dumetol-cendel, y condujo á Mahoma Ekider, señor del castillo, y á su hermano, dos mil camellos, ochocientos caballos, cuatrocientas corazas y otros tantos arcos. Aime, hijo de Isn, hizo prisioneros once hombres, veinte mujeres y treinta niños de los Ben-Temin, por haber negado su limosna legitima. Sohak marchó contra los Beni-Kelab, de su misma tribu, y los derrotó, con la pérdida de sus campeones. Welid, hijo de Akaba, fue enviado contra los Beni-Mostalak, rama de los Schosaa, para exigir la limosna negada, y cuando se mostraron condescendientes, Mahoma les envió á Iba Ibn Besche como maestro, á fin de instruirlos mejor en los deberes del islamismo. Cataba Ben Aami hizo una escursion á Torbe contra la tribu Schosaam, y á Bischer, distrito perteneciente á la Meca. El combate fue reñido; casi ninguno volvió sin heridas; por lo cual á cada uno se le concedieron, en recompensa, cuatro camellos ó diez ovejas. Akarma marchó con trescientos combatientes á Gidde para defender el puerto de los corsarios; á la vuelta, mientras los suyos estaban acampados alrededor de un fuego de guardia, les mandó arrojarse á las llamas si le eran verdaderamente obedientes; muchos estuvieron á punto de hacerlo, pero él los detuvo. Cuando Mahoma lo supo, profirió aquellas importantes palabras de la tradicion: *Si alguno de vosotros manda cosas malas, no se debe obedecer*; palabras que justificaron tan á menudo la rebelion contra los tiranos. Los Beni-Asa, Beni-Beli, Beni-Coleb y Beni-Fesare, se habian reunido en Ibah; pero, viendo venir á Akasche, hijo de Mosin, se dispersaron. Alí rompió y quemó el ídolo Fols, de los Beni-Tai, y condujo como botin tres espadas, tres lórigas y algunas jóvenes, entre ellas Sifane, hija de Atim Tai, á quien Mahoma devolvió inmediatamente la libertad por respeto al gran nombre de su padre, *el mas generoso de los Arabes.*

Hemos hecho mencion, en el lugar correspondiente, de los monjes cristianos que influyeron en la juventud y en la edad viril de Mahoma, esto es, los monjes siriacos Nestor, Bahira y Sergio, á quienes vió en Basra, el monje oculista que visitó con su tio, y finalmente el eclesiástico, hijo de Naufil y primo de Cadiga: ahora, al concluir sus dias, nos encontramos aun con un monje árabe, Ebu Aamir, á quien Mahoma persiguió como maestro rival de religion. Era sobrino de Ben Ebi Seluk, el jefe de la oposicion de quien ya hemos hablado. Antes de promulgarse el islamismo, se habia hecho ya cristiano y monje, y Mahoma no le daba otro nombre que Aamir, el malo. Un dia preguntó al Profeta: *La doctrina que enseñas, ¿no es puramente la de Abraham?* Habiendo Mahoma contestado que sí, Ebu Aamir añadió: *Tambien yo la sigo.—No es verdad*, respondió Mahoma.—*Lo veremos*, replicó Ebu Aamir; *cubra Dios de ignominia al que de los dos mienta.—Sea asi*, dijo el Profeta. En el dia de la batalla de Ohod se acercó con cincuenta de los suyos á Mahoma, y le dijo: *Es muy justo que un infiel como yo, me ponga bajo la bandera de tus enemigos.* Combatió valerosamente en sus filas, hasta la batalla de Onein, y entonces se refugió en Siria. Desde allí escribió á su tribu, los Beni Ganem, que estaba en liga con el emperador griego, el cual habia determinado enviar un ejército contra Medina; que entre tanto preparasen armas y dinero, y fabricasen una mezquita, la cual, luego que los Griegos conquistasen el país, podria cambiarse inmediatamente en iglesia ó en cláustro. Durante la espedicion, se presentaron á Mahoma los Beni-Ganem, pidiéndole permiso de fabricar otra mezquita en Coba, donde él habia edificado la primera mezquita del islamismo. Mahoma, que entonces, á lo que parece, no tenia ningun conocimiento del promovedor de la fábrica, consintió; pero, cuando á la vuelta de la espedicion de Tebuk llegó á Si-Awan, Gabriel le llevó los versículos del Coran que le ordenaban destruir aquella mezquita como perniciosa: «Algunos edificaron un templo por infidelidad, para perjudicar á los creyentes, para desunirlos, y como una venganza de aquellos que hacen la guerra á Dios y á su Profeta. Juran diciendo: *Llevamos buen fin.*—Dios es testigo de que mienten. No entreis allí jamás; entra mas bien en el que fue fundado desde el primer dia por temor de Dios (el primer dia de la llegada de Mahoma á Coba); es mejor que entres en este que en aquel; pues en este se reunen hombres que desean ser puros. Dios ama á los que aspiran á la pureza. ¿Es màs justo el que fundó su fábrica en el temor de Dios y en el deseo de agradarle, ó el que fundó la suya en un cimiento socavado por el agua, pronta á precipitarse con él en el infierno? Dios no guia á los malos. El

templo que han construido será ocasion de duda en sus corazones, hasta que sus corazones perezcan. Dios es sapientísimo (Cap. IX).» Cuanto que se publicaron estos versículos, Mahoma envió á tres de sus fieles á demoler el edificio. Esta mezquita no es conocida en el islam sino con el nombre de *perniciosa*.

Mahoma acostumbraba decir que Dios habia puesto su felicidad en tres cosas: en la oracion, en las mujeres y en la fragancia. Como en estas palabras, asi en su biografía, á la destruccion de la mezquita perniciosa ejecutada por el celo devoto, va unida inmediatamente la famosa escena del harem conocida bajo el nombre de *Separacion*. Mahoma entró en la estancia de su mujer Afsa, hija de Omar, y no encontrándola, llamó á su esclava egipcia María, y se acostó con ella en el tálamo de Afsa. Esta, cuando volvió, dió libre rienda á sus zelos y al justo despecho por haber profanado asi el Profeta el tálamo de la mujer legítima. El, para aplacarla, le dijo: «¡No llores! renuncio de hoy en adelante á María; pero no hables á nadie de mi promesa.» Afsa no pudo contener su secreta alegría, y al momento la comunicó á Ayesa, que por haber sido hasta entonces la predilecta de las mujeres de Mahoma, tenia aun mas motivo que Afsa para estar zelosa de la esclava que acababa de parir un hijo al Profeta; asi, pues, exaltó su triunfo sobre la odiada esclava, divulgando la promesa de Mahoma. María, que era entonces evidentemente la favorita, como madre del único hijo, pretendia naturalmente las mismas consideraciones que las esposas, espuso sus justas quejas á Mahoma, y este, exasperado con aquellas conversaciones de Afsa y Ayesa, juró no acercarse en un mes á ninguna de sus mujeres, y cumplió su juramento, aunque grave. A los veinte y nueve dias, visitó de nuevo á Ayesa, y habiendo esta observado con respeto que el mes no habia terminado aun, Mahoma le mostró que aquel mes no era de treinta dias, sino de veinte y nueve.

La cólera de Mahoma por haberse divulgado el mandato secreto, la comprenderá quien reflexione que de ese modo vino á tierra toda su política del haren. Las fuentes de su biografía dicen que mantuvo la paz entre sus mujeres, sobre todo haciéndole creer privadamente á cada una que la amaba mas que á las demás. Con tal objeto entregó á cada cual un anillo como prenda del máximo favor, prohibiéndole enseñarlo á otra. Un dia, hallándose todas reunidas, le invitaron á declararse en ese punto, y él contestó: *La predilecta es la que posee mi anillo como prenda del máximo favor*. Cada una se alegró considerándose la elegida; pero Ayesa sabia que ella sola tenia el anillo legítimo de la mision profética.

La prudencia de Mahoma, como legislador del haren, se vió sometida á mayor prueba por otro incidente que felizmente no le concernia. Aamir, hijo de Aris, refirió al Profeta, que habia sorprendido á su mujer con Scherik, y que no podia probarlo, por faltarle los cuatro testigos oculares, que exigia la ley; de suerte que, ó debia dejar ultrajado su honor, ó si se presentaba como acusador, debia incurrir en la pena establecida contra los que no podian justificar el hecho legalmente. Entonces vinieron nuevos versículos del Coran á sustituir á los que requerian los cuatro testigos: «Respecto de aquellos que acusan á sus mujeres, sin tener los cuatro testigos, debe valer por cuatro su propio testimonio, con tal que juren cuatro veces ante Dios que dicen la verdad; el quinto testimonio consiste en invocar la maldicion de Dios sobre sí mismo, si miente. No se aplicará ninguna pena á la mujer, si jura cuatro veces ante Dios que su marido miente; y el quinto testimonio para ella consiste tambien en invocar sobre su cabeza la cólera celeste, si ha mentido (Cap. XXIV).» Aamir y su mujer Schanla juraron ambos que decian la verdad y que la parte contraria mentia; y como quinto testimonio, invocaron sobre sí la maldicion y la ira del cielo si habian mentido: de este modo ella quedó impune. Este versículo se llama *de la maldicion*.

La indulgencia de Mahoma hácia las mujeres no se ve solo confirmada por los versículos del Coran, sino tambien por sus palabras y acciones. El siguiente párrafo revela su profundo conocimiento del corazon femenino: «¡Tratad á las mujeres con indulgencia! fueron formadas de la costilla encorvada de Adan: la costilla es un hueso encorvado, y si quereis enderezarlo con violencia lo rompereis. ¡Tratad á las mujeres con indulgencia!» Las mujeres le debieron en Arabia la abolicion del infanticidio, mientras que antes era lícito á cualquiera ahogar á las niñas apenas habian nacido, y la igual participacion en las herencias. El precepto de ir siempre veladas y de no salir de casa, fue motivado por la aventura nocturna de Ayesa. Como Mahoma se creia obligado por su honor á que las mujeres se cubriesen con un velo y á justificar á Ayesa en nombre del cielo, de aqui mismo puede deducirse su grande indulgencia respecto á la infidelidad conyugal, para cuya justificacion se necesitaban cuatro testigos oculares. Es cierto que se estableció como pena del adulterio la lapidacion; pero Mahoma dió á entender en varios casos con qué poca seriedad pensaba que este llegara á verificarse. Maas Ben Madik, famoso adúltero, fué á casa de Mahoma esclamando: *Purifícame*.—¡*Ay de tí*! dijo Mahoma: ¡*márchate*! Tres veces le habia despedido del mismo modo, y por último, la cuarta le preguntó: ¿*De qué quieres te purifique*?—*Del adulterio*. Mahoma se figuró que aquel hombre estaba demente ó ébrio, y cuando le informaron que ni una cosa ni otra, dijo: ¿*Habrás pecado tan solo con los ojos ó con los labios*? Y viendo que Maas insistia en confesarse reo de verdadero adulterio, tuvo que mandarle aplicar, á pesar suyo, la pena del apedreamiento establecida en el Coran. Un incidente parecido le sucedió con una mujer de la tribu Esd, que por demasiado débil se hizo reo de impureza. Mahoma le ordenó que volviese á verle despues del parto, y en efecto fué y se acusó por segunda vez. El Profeta esperó á que hubiese criado al niño. Al cabo de dos años volvió con el niño que mascaba una corteza de pan: *Ya ves*, ¡*oh profeta*! dijo, *que*

el niño está ya destetado. No hubo, pues, mas remedio que apedrearla. Como tales ejemplos de acusacion espontánea son rarísimos, é igualmente rara la prueba de cuatro testigos oculares, apenas se encuentran otros dos ejemplos de apedreamiento por adulterio en toda la historia musulmana, y en la del imperio Osman solo hay uno llevado á efecto por un juez fanático.

En este año murió Omm Colsun, hija de Mahoma, mujer de Osman, al que, por haberle casado con dos hijas del Profeta, se le llama *poseedor de las dos luces*. Cuando Mahoma supo la muerte de su hija, dijo: «Daria con gusto una tercera hija por mujer á Osman.» Tan dolorosa como fue para el Profeta la muerte de su hija, otro tanto debió alegrarle la de su grande enemigo Ebi Ben Seluk. Siendo uno de los mas ilustres individuos de la tribu de los Ben-Scharesc, habia ademas aspirado á la dignidad real, y hasta se habia hecho preparar con tal fin una corona de oro. Esta grande influencia sobre la tribu Scharesc, la primera coligada con Mahoma en Medina, esplica la necesidad de mirar con cierta consideracion á aquel poderoso jefe de los que se oponian al islamismo. Mahoma le visitó en su lecho de muerte, y le dijo: «¿No te advertí muchas veces que te guardases de amar demasiado á los Hebreos? Pero no quisiste escucharme.» Ebi Ben Seluk rogó al Profeta que le diera su camisa para que le enterrasen con ella. Mahoma consintió por gratitud, pues Ebi Ben Seluk en la batalla de Bedr, habia provisto de camisa á su tio Abbas. Esta concesion de Mahoma es el orígen, no indicado hasta ahora, de la creencia religiosa de los Musulmanes en las camisas fúnebres, las cuales, con sentencias del Coran escritas, se tienen reservadas por los grandes y los ricos para la sepultura. Mahoma asistió al entierro de Ebi Ben Seluk, pero no recitó la oracion de los difuntos, porque fue el jefe de la oposicion durante la espedicion de Tebuk, y en el capítulo IX enviado del cielo contra los que rehusaron tomar parte en aquella espedicion, se prohibe al profeta orar junto á su sepulcro: «No reces por ninguno de ellos cuando muera, ni te acerques á su sepultura, porque han sido infieles ante Dios y su Profeta, y han muerto como delincuentes.» A fines de este año, Abubek condujo los peregrinos á la Meca, y allí recitó el precitado capítulo IX del *Arrepentimiento* ó de la *Absolucion*, que se publicó inmediatamente despues de la espedicion de Tebuk, y comienza asi: «Inmunidad de parte de Dios y de su Profeta para los idólatras con quienes hayais hecho alianza (1).»

El año siguiente (631) se llama de las *diputaciones de homenaje*, aludiendo á las que vinieron de todos los puntos de la Arabia á prestar homenaje al conquistador de la Meca, abrazando el islamismo. Desde el año anterior las cuatro tribus árabes de los Beni-Ewasim, Malik, Sadda y Saalebe, habian enviado comisionados con tal objeto; pero en este año acudieron de todos los puntos de la Arabia. Los biógrafos de Mahoma enumeran de cincuenta á sesenta; Ibrahim Alebi menciona cuarenta y nueve.

Coincidieron con la venida de los comisionados seis espediciones: la de Alí contra algunas tribus del Yemen que se habian rebelado; la de Schalia, hijo de Welid, á Nesran, para invitar á los habitantes á que adoptasen el islamismo, como lo hicieron; la de Musa el-Eschari y Moas Ben Gebel contra el Yemen; dos de Gerir Ben Abdollah, la primera para destruir el ídolo Sulchalla, y la segunda para invitar con la nueva doctrina á Sikelaa, gobernador del Yemen; y por último, la de Esame, en el segundo mes del siguiente año, inmediatamente antes de la muerte del Profeta, acaecida á pocos meses de la de su hijo Ibrahim. El dia que este murió, hubo un eclipse de sol que, como es fácil suponer, se refirió por todos á la muerte del hijo del Profeta; pero Mahoma pronunció aquellas palabras que tanto repiten los historiadores orientales á propósito de eclipses: «El sol y la luna son dos criaturas de Dios, que no se elipsan por la muerte de ningun hombre.»

Tan doloroso como este caso, debió ser sensible para Mahoma la aparicion de tres rivales, que querian probar fortuna como profetas. El primero fue Talha, hijo de Schiniled, jeque de la tribu Esed, que ilustre por su valor, mandaba mil ginetes. Schalid Ben Welid marchó á restituir al apóstata al seno del islamismo, y Talha le aseguró, que del mismo modo que Gabriel traia á Mahoma las revelaciones del cielo, á él se las traia el grande ángel Sulnun, esto es, la ballena. Talha huyó á Siria; pero mas adelante se hizo de nuevo musulman, y murió como campeon de la fe en la batalla de Cadesia, bajo el califato de Omar.

El segundo fue Caab el-Eseved, es decir, el Negro, de la tribu de Aus en el Yemen, jefe de los Beni-Modlesc. Afirmaba que dos ángeles, llamados Schehilo y Scherik, le cubrian siempre con velos, de donde provino su sobrenombre Sul-Schiman, esto es, *el velado*, á imitacion del cubierto y envuelto, como Mahoma se hizo llamar por Gabriel en el Coran. Mahoma dió á Yerwe, príncipe de la tribu de Murad, y á Ebu Muss el-Eschari, su capitan en el Yemen, el encargo de aniquilar al Negro á cualquier costa; sétima órden de asesinato. Era la recompensa del homicidio cometido por el Negro en la persona de Basan, lugarteniente de Mahoma, á quien habia sorprendido y asesinado, casándose luego con su mujer. Los agentes de Mahoma la exasperaron contra Eswed, matador de su marido y de su padre. Merseban (tal era el nombre de la mujer de Basan) enseñó á dos persas, parientes suyos, Firus Dilemita y Dadugie, el modo de evitar, mediante un camino subterráneo, la numerosa guardia de que se rodeaba el Negro. Este acostumbraba hablar bajo, cuando, como decia, la revelacion descendia hasta él. La guardia, al oir el extertor de Eswed, herido mortalmente por los dos asesinos, quiso entrar en la estancia, pero Merseban la detuvo, diciendo que la revelacion habia descendido en aquel momento; seguidamente resonó en las almenas del palacio esta voz: *Atestiguo que Mahoma es*

(1) De la primera palabra *Beraet*, absolucion, inmunidad, se deriva el nombre de los *Berate*, es decir, diplomas ó privilegios.

el profeta de Dios y que el impostor ha muerto.

Mas peligroso fue el tercer falso profeta Moseilema que, no desprovisto de talento político, osó publicar cotejos de algunos capítulos del Coran, como por ejemplo del CVIII, consistente en solos tres versos: «¡Les hemos dado á Kewser! ¡Te hemos enviado alegría á tu casa; ruega á tu Señor, y emigra! ¡El perverso sea para tí objeto de horror!» El poder de Moseilema, que amenazaba al islamismo, no fue destruido hasta despues de la muerte de Mahoma. Tambien la poetisa Sigiah pretendia que se la tuviese por profeta, al par que Moseilema. Ambos formaron el convenio de suministrarse sucesivamente las pruebas de su mision profética y convertirse, y en su certámen dijeron obscenos chistes rimados, hasta que Sigiah se rindió ingénuamente á la clara prueba de la mision profética de Moseilema.

Al espirar el décimo año de la Egira, Mahoma ejecutó por vez postrera los deberes de la peregrinacion con las siete vueltas alrededor de la Caaba. Esta última peregrinacion se llama *del complemento ó de la despedida*. Mahoma, sintiendo aproximarse su fin, declaró que esta peregrinacion era el complemento de su mision y del islamismo, con el versículo del último capítulo revelado entonces: «Hoy he perfeccionado vuestra religion y os he colmado con la plenitud de mi gracia; me plugo daros el islamismo.» Este capítulo lleva el título *de la mesa* ó *del pacto*, porque en él se hace mencion de la mesa enviada del cielo por Jesús, en la que dió de comer á cinco mil personas con cinco panes de cebada, y se discurre sobre el pacto de Dios con Moisés y con Jesús. Desde el principio se prohiben la caza, el robo, la guerra en el territorio del santuario, y ademas comer carne de cerdo y de animales muertos naturalmente, ó ahogados, ó matados sin arreglarse al método prescrito; luego se determina, el modo de purificarse con agua antes de la oracion, ó á falta de agua con arena; se prohibe el vino y los dados; al ladron se impone como castigo la amputacion de la mano; y por toda efusion de sangre y mutilacion la pena del Talion. No se confirma la superstición de los Arabes respecto á los camellos, pero sí se santifica la víctima de la peregrinacion y el mes en que esta se lleva á cabo. Lo mas notable es la tolerancia en favor de los Judíos, de los Cristianos y de los Sabeos: «Los que creen, los Judíos, los Sabeos y los Cristianos que creen en Dios y en el dia del juicio, y que hayan practicado la virtud, no tienen nada que temer y no serán perseguidos (1);» y el fin, no menos curioso: «El Señor ha dicho: En ese dia valdrá á los justos su justicia; jardines regados por rios serán su eterna morada. Dios estará contento con ellos, y ellos con Dios. Es una inmensa felicidad. Dios es el Señor del cielo y de la tierra, y de todo lo que en el uno y en la otra existe; Dios es omnipotente.» La mayor felicidad, pues, consiste en la mútua complacencia de Dios en los fieles y de los fieles en Dios. Asi pues, este capítulo es digno verdaderamente del honor de llenar la mision profética. Los versículos del Coran que Mahoma recitó en esta peregrinacion, han venido siendo hasta hoy las ordinarias oraciones de los peregrinos. Cada vez que, en las siete vueltas, pasaba por delante de la piedra negra de la Caaba, pronunciaba esta oracion: «¡Oh Dios mio! ¡danos el bien en este mundo y en el otro, y preservanos de las penas del fuego!»

Delante de la habitacion de Abraham recitaba el versículo del Coran: *Haced un oratorio de la casa de Abraham* (cap. XI, v. 126). Cuando salió por la puerta de la pureza frente á los montes de Safa y Merwe para dar siete vueltas con paso acelerado entre uno á otro, recitó este versículo: *Los montes Safa y Merwe son monumento de Dios; el que hace la peregrinacion de la Meca, ó visita la Caaba, no comete ningun pecado si da la vuelta de los dos montes* (capítulo II, v. 160). En las cimas de ambos oró, mirando hácia la Caaba: «No hay mas Dios que Dios; es el único sin compañeros; suyo es el reino, suya la gloria; vivifica y mata; es el Dios viviente que no muere; es omnipotente. No hay mas Dios que él; es único; cumple sus promesas y socorre á sus siervos y estermina las tropas de sus enemigos.» Con motivo de esta última peregrinacion, completa la mision profética, y perfecciona la legislacion del islamismo, Mahoma cambió el calendario, quitando el año intercalado (cap. XX, v. 38), mediante el cual los Arabes hasta entonces ponian de acuerdo cada treinta y tres años sus nuevos años lunares con el antiguo año solar; y aboliendo la libertad de transferir la santidad de un mes á otro, segun se habia hecho hasta allí. «El tiempo gira (decia Mahoma) como su forma fue cambiada el dia en que Dios crió el cielo y la tierra.» Tan profundas como son estas palabras, es tierna la oracion que pronunció Mahoma el primer dia de su última enfermedad en el cementerio general de Medina: «¡Salve, habitantes de los sepulcros! ¡Cuán tranquila es la mañana en que habeis despertado, al lado de aquella en que despiertan los hombres! Si supieran como Dios os ha librado (de las tempestades del mundo) desaparecerian las turbulencias, cual la oscura noche ante el claro dia: al primero sigue el último, y el último es peor que el primero.»

El dia despues de la visita á los sepulcros; Mahoma, sintiéndose atacado de un fuerte dolor de cabeza, se acostó. Ayesa pronunció junto á él la fórmula que el Profeta acostumbraba proferir á la cabecera de los enfermos: «¡Dios y Señor mio! haz que se disipe la enfermedad; sánale, pues que tú eres el que sana, y no hay mas cura que la tuya; cúrale, que tu cura es superior á la enfermedad.» Sus mas íntimos compañeros, y las cuatro columnas de la mision profética se reunieron en la estancia de Maimme, donde estaba el Profeta con la cabeza en el regazo de Ayesa. Pidió tinta y pluma para estender en su última voluntad el sumario de la reli-

(1) Vers. 78. Cuadra con este tolerante versículo el 46.° del capítulo XXIX, que contiene la polémica, y en el que se trata con especial miramiento á los Judíos y los Cristianos: «No disputeis con los que poseen escritos revelados, sino de un modo cortés. Decid: Creemos en los libros que nos fueron enviados, como vosotros en los vuestros. Nuestro Dios y el vuestro es todo uno. Somos los que nos conformamos enteramente con su voluntad (Musulmanes.)»

gion; pero Omar observó que esta se encontraba ya en la palabra de Dios, en el Coran. Es claro que esta reflexion no fue sugerida por motivos egoistas, sino solo por la férrea constancia de Omar, y quizá por el natural temor de que la gloria del Profeta pudiera empañarse con lo que escribiera en el calor de la fiebre. Para calmar su ardor, Mahoma pidió que se le salpicare con agua, lo cual se hizo varias veces. Sostenido por Alí y por Abbas, se arrastró hácia la mezquita, donde habló asi al pueblo: «¡Oh Musulmanes! He oido que os asustais porque se acerca mi muerte. ¿Se ha esterminado jamás ninguno de los grandes profetas en medio de su pueblo? Voy á reunirme con Dios, y antes os dejo esta otra exhortacion: Auxiliares y emigrados, respetaos mútuamente, y vivid en buena armonía.» En seguida leyó el capítulo del *Despues de mediodia* (cap. XXVI, v. 22): «Despues de mediodía el hombre está consagrado á la ruina, escepto los que creen y obran bien, y mútuamente se invitan á caminar por la senda de la verdad, y se exhortan á la paciencia.» Y prosiguió: «Auxiliares y emigrados, la marcha de las cosas depende de la predestinacion de Dios, y nada puede acelerar el término prefijado. El que quiere apresurar los decretos de Dios, se arruina; el que pretende sobrepujar á Dios, morirá en la demanda.» Renovó la exhortacion á la concordia entre los auxiliares y los confederados, y dió mas fuerza á la exhortacion con el versículo del Coran: «¿No estabais prontos á arruinaros y á romper vuestro parentesco?» Desde la mezquita volvió al lecho, y no se levantó mas. Encargó á Abubekr que presidiese la oracion. Al cabo de doce, ó segun otros, catorce dias de enfermedad, á los doce de la luna rebinlewel, en sábado, al despuntar la aurora (1) exhaló Mahoma el espíritu, contando sesenta y cuatro años de edad. En sus últimos anhélitos rechinó les dientes con gran fuerza.

Cuando hubo muerto, se levantó un grito de dolor; pero sus compañeros consolaron á la familia y á los creyentes con las palabras del Coran: *Todo viviente debe morir. Somos de Dios, y volvemos al seno de Dios.* Se lavó el cadáver, y se envolvió en dos paños blancos. Al siguiente dia se hicieron las preces fúnebres, y el cuerpo se enterró donde estaba su lecho de enfermo. De este modo se ejecutó su voluntad, espresada claramente en la última enfermedad, á saber: que no se sepultase en la mezquita, segun la costumbre de los Cristianos y los Judíos, que erigen en las iglesias las tumbas de sus santos y profetas. Sobre su sepulcro se edificó despues la gran mezquita de Medina, que es un deber en los Musulmanes visitar, como complemento de la peregrinacion á la Meca. Ayesa, la mas amada de sus mujeres, la hija de Fátina, las cuatro columnas de la mision profética (Abubek, Omar, Osman y Alí) y el poeta Asan Ben Sabit, desahogaron su dolor en fúnebres lamentos, conservados por la historia. Citamos solamente los tres dísticos del poeta, en vista de su mérito: «¿Por qué brillan tus ojos? Su ángulo interno está lleno de lágrimas derramadas por el guía que ha muerto, por el mejor de los hombres. ¡Ay de vosotros, auxiliares y compañeros suyos, desde que desapareció en el polvo del sepulcro!» La enumeracion de sus mujeres, concubinas y nodrizas, de sus sirvientes, libertos y esclavos, de sus vestidos y armas, de sus acémilas, de sus jueces, poetas, lugar-tenientes, amanuenses, heraldos de la oracion, embajadores, emires, porta-estandartes y capitanes, llenan otros tantos capítulos de su biografía, en los que los amantes de las leyendas se complacen haciendo otras tantas paradas.

Mas importantes que esta nomenclatura son sus palabras y sus costumbres, para el que desee juzgar al hombre, al legislador, al profeta. La tradicion ha recogido mas de siete mil de las primeras; pero apenas la décima parte merecería creerse. Asi, no nos detendremos á estractarlas, contentándonos con las del Coran, que creemos palabras de Mahoma tan sinceramente como los Musulmanes las creen de Dios. El mérito poético de los capítulos anteriores se ve por las muestras ya citadas; los posteriores contienen las conocidas leyes del islamismo, las imprecaciones contra los enemigos por mera personalidad, las reglas para el harem y para la conservacion de su honor; pero hay ademas muchos preceptos de moral y devocion mas puras.

Dios ama á los píos, á los benéficos, á los pacientes, á los puros, á los justos (cap. II, v. 196; capítulo III, v. 134), á los que en el comercio observan los pesos y las medidas, y á los que confian en él (cap. III, v. 160; cap. XLIX, versículo 9). No ama á los injustos, á los disipadores, á los exageradores, á los presuntuosos, á los transgresores de sus mandatos, á los traidores, á los atolondrados, á los infieles, á los pecadores (cap. II, v. 191, 277; cap. III, v. 56; capítulo V, v. 73; cap. VI, v. 141; cap. VIII; versículo 61; cap. XXII, v. 14; cap. XXVIII, versículo 76; cap. LVII, v. 23). Los justos heredan la tierra (cap. XXI, v. 105). Los que temen á Dios, recibirán el premio (cap. XXVIII, versículo 82). Dios libra de las angustias al que cree en él y le teme; proporcionándole el alimento de donde menos lo esperaba. Dios basta al que en él confia; él ejecuta sus decretos. Cada cosa tiene fijado su término (cap. LXV, v. 3 y 4). El que hace bien lo hace por su alma; el que hace mal, obra contra aquella (cap. LXI, versículo 46). El que se conforma absolutamente con la voluntad de Dios y practica el bien se ha asido á un firme apoyo; Dios es el término de todas las cosas (cap. XXXI, v. 22). Pero Dios maldice á los mentirosos (cap. III, v. 60; capítulo V, v. 11). Los pecadores llevan grabado un sello en el corazon, para que no oigan. Dios; no guia á los malos, á los infieles, á los injustos, a los pecadores; reprueba á los presuntuosos y á los escépticos; los opresores no hallan en él apoyo (cap. VII, v. 101; cap. XVI, v. 119; capítulo XL, v. 36; cap. LXII, v. 7; cap. XLIII, versiculo 6). Mira el fin preparado á los opresores (cap. XXVIII, v. 41). (Sobre todas las demás virtudes se recomiendan la justicia, la oracion, la piedad, la obediencia, la paciencia, la

(1) El 12 de rebinlewel del año 11 de la Egira, corresponde al 6 de junio de 632, que era sábado (letras dominicales E, D).

humildad, la fidelidad en el comercio, la beneficencia y la gratitud.) Dios ordena la justicia y la beneficencia (cap. XVI, v. 90). La virtud no está en dirigir la cara, cuando se ora á Levante ó á Poniente (cap. II, v. 178). Temeis á Dios, vosotros que estais dotados de prudencia; obedeced á Dios al Profeta y á vuestros jefes (capítulo IV, v. 57; cap. XLIX; v. 10 y 12; capítulo LXV, v. 11). Salvaos con la justicia y el temor de Dios; temed á Dios, porque todos os reunireis en torno á él (cap. LVIII, v. 9). Haz bien como Dios te lo ha hecho á tí (cap. VIII, v. 77). Bienaventurados los que dan limosna en la próspera y en la adversa fortuna, los que mitigan su cólera y perdonan á los hombres (cap. III, versículo 134). Cumplid vuestos contratos, pues se os pedirá cuenta; pesad y medid con justo peso y medida (cap. XVII, v. 34). Persevera, que Dios recompensará á los que practican el bien (cap. XI, v. 161; cap. XII, v. 19 capítulo LXIX, v. 5). Alaba á tu Señor antes que salga el sol y antes que se ponga, y en las horas de la noche y del dia, á fin de que puedas satisfacer á Dios y á tí mismo (cap. XI, v. 36; capítulo XX, v. 429; cap. XLII, v. 42; cap. LII, versículo 48). Espera con paciencia, porque la promesa de Dios es verdad; no imites la inconstancia de aquellos que no son firmes en su fe (cap. XXX, v. 60). Sé paciente como los mas grandes de los profetas y no te des demasiada prisa (cap. XVI, v. 128; cap. XLVI, v. 35). Satanás es ingrato con su Señor. Si sois agradecidos, se os dará mas. Dios es bueno con los hombres, pero estos son en su mayor parte ingratos. Pocos de mis siervos son agradecidos. El que desea el premio de este mundo, se lo daré, y el que desea el premio del otro tambien se lo daré; y premiaremos á los agradecidos. El hombre, cuando le sobreviene alguna desgracia, ruega á su Señor; cuando el Señor le asiste con su gracia, el hombre se olvida de él (cap. III, v. 145, capítulo XIV, v. 8; cap. XVII, v. 27; cap. XXXIV, versículo 13; cap. XXXIX, v. 10 y 66; cap. XL, versículo 63). No son iguales el bueno y el malo, no son iguales el ciego y el que ve ¿acaso lo son la luz y las tinieblas? (cap. XXXV, v. 21). (Quedan citados anteriormente los versículos del triunfo de la verdad y de los partidarios del oscurantismo que se esfuerzan en vano en apagar la luz de aquella.) Pero la verdad triunfa por su propia fuerza, y no por el celo intempestivo de la ignorancia; este celo y la tranquilidad de corazon en los verdaderos creyentes, son la diferencia esencial que distingue á los creyentes de los infieles, á los agradecidos de los ingratos etc. Mientras los infieles llenaron sus corazones de indignacion y de furor, del furor de la ignorancia, Dios envió la tranquilidad á su profeta y á los creyentes, y les inculcó la palabra de la devocion; por esto sus acciones fueron mas meritorias. ¡Por Dios! él es omnisciente (cap. XLVIII, versículo. 26).»

La Sunna, es decir, la segunda fuente del islamismo despues del Corán, se divide en dos puntos, de las palabras y del modo de vivir el Profeta. Pasemos en silencio las primeras, porque es imposible distinguir las verdaderas de las supuestas, y porque ya se han citado en otra parte (1). Pero, apoyados en las fuentes, presentaremos un cuadro de su tenor de vida diaria y de sus costumbres domésticas, poco conocidas hasta ahora. En la distribucion de la materia seguimos al *Jardin de los amantes*; esto es, hablaremos de su vestido, de su comida y de su bebida, de sus viajes, de su conducta con las mujeres, de su modo de portarse en sociedad, del ir á pié y del cabalgar, de su acostarse y levantarse, de sus buenas maneras, de sus sortilegios y juramentos, y concluiremos con la descripcion de su persona.

En el vestido no se detenia á escoger, poniéndose lo que le venia á las manos, camisa, calzones, chaleco ó capa. Usaba por lo comun telas de algodon; aunque tambien las llevaba de lana, ó de las que se trabajaban en el Yemen. Su color favorito era el blanco; sin embargo, no le desagradaba el verde, si bien aborrecia los vestidos enteramente rojos ó amarillos, escepto en las batallas. Se ponia los nuevos de ordinario en viernes, y daba los usados á los pobres. Llevaba en la cabeza una cinta blanca, cuyas puntas le caian entre los hombros; á veces solo un capillo. El dia de la conquista de la Meca tenia la cabeza ceñida con una cinta negra. Unos dicen que daba siete vueltas á la cinta, otros que daba doce. En los viajes usaba un gorro con dos orejas y se defendia del ardor del sol echándose encima un chal. Se perfumaba la cabeza y se ponia una especie de solideo. Hay discordancia sobre el tamaño de su capa y de las mangas. Odiaba los vestidos de seda; y en su lugar usaba una tela basta llamada por los Arabes *schamissa*, que le habian regalado. Para el viernes tenia dos vestidos festivos. Su capa era negra. Una vez Ayesa observó que dos de sus vestidos eran demasiado bastos y pesados, de modo que le hacian sudar, pero él nada respondió y continuó llevándolos. Tenia el anillo en la mano izquierda, y cuando queria acordarse de algo, envolvia en él un hilo. El calzado negro y sencillo, consistente en chinelas ó sandalias; y solia tambien ir con los piés desnudos. La figura de sus piés y de sus sandalias tiene casi tanta importancia en el islamismo, como la de las huellas de Budda para los Buddistas.

Nunca comia sin decir antes *en nombre de Dios*, lo cual fue desde entonces ley para los Musulmanes. Metia en el plato tres ó cuatro dedos, jamás dos; y estaba de rodillas, aunque á veces se sentaba sobre el pié derecho ó el izquierdo. Cuando concluia de comer, decia una oracion de gracias y se lavaba. No comió nunca con la mano izquierda, cosa propia únicamente del diablo. Queria que sus comensales lamiesen los platos y se limpiasen los dedos con la boca, porque hasta la mas pequeña parte de la comida que concede Dios está bendita. Esceptuando la carne de cerdo, comia de todas y legumbres; pero preferia un guiso de cebollas y leche y odiaba los ajos. Jamás probó los lagartos, que eran antes la comida ordinaria de los Arabes, porque decia ha-

(1) En las *Miniere dell' Oriente*; y en el *Giornale della letteratura*.

bian sido en su orígen hombres. Le gustaba mas que ninguno el pan de cebada, y entre las carnes la de cordero. Su alimento predilecto era la carne (1), y á veces tambien peces secos y carne salada. Acostumbraba á decir que la mejor carne es la del lomo (se entiende de camello). Comia de vez en cuando sopa de pan con carne picada, manjar ordinario de los Arabes. Prohibió desmenuzar la carne con el cuchillo, porque así lo hacen los Persas, y mandó que á tal fin se valiesen de los dedos y las manos. Entrando en una casa, si no hallaba otra cosa, mandaba le trajesen vinagre y comia pan empapado en él, diciendo : «El mejor aroma es el vinagre.»

Le gustaban mucho dulces y dátiles, y estos últimos constituian su ordinario alimento, comiéndolos de buen grado con leche, lo que los Arabes llamaban *triban*. Solia decir: «En la casa donde hay dátiles, no se padece hambre.» Una de las mejores especies de dátiles de Medina, se llama *aswet*, y Mahoma decia : «El que se despierta por la mañana con siete dátiles aswet, no tiene por qué temer aquel dia ni veneno ni encanto.» Rompia los huesos apretándolos con el dedo pulgar contra el índice, ó los recogia en la mano izquierda. Un dia que comia con la derecha dátiles frescos, se acercó á él una oveja y se puso á comer los huesos que tenia en la izquierda. Si los dátiles estaban viejos y agujereados, tiraba el gusano y comian el fruto. Le gustaban las calabazas, y decia : «Este es el fruto del árbol de mi hermano Jonás.» Una vez Anis le dijo: «Profeta de Dios, comes demasiadas calabazas. —Son buenas para el cerebro y aumentan el juicio.» Tambien era aficionado á la mermelada, á la gelatina de almendra, y hasta á pan y aceitunas. En la espedicion de Tebuk le llevaron queso, que cortó con el cuchillo y distribuyó. Comia dátiles y pepinillos juntos, diciendo que el calor de aquellos templaba al frio de estos, y vice-versa. Sus frutas predilectas eran sandías y uvas. Comia pimiento de Indias con sal, y decia: «Vuestro aroma es la sal.» Si alguien le ofrecia fruta pasada, solia exclamar : «¡Dios mio! bendice nuestra ciudad, nuestros celemines (2) y nuestras fanegas, y añade bendicion á bendicion!» Decia tambien: «¡El que se alimenta de leche (á él le gustaba mucho) debe pedir á Dios que la bendiga y aumente!» Y «La leche es la sola cosa que puede servir al mismo tiempo de comida y de bebida.» Al beber hacia tres pausas; las dos veces primeras decia: ¡*En nombre de Dios*! (3) la tercera; ¡*Alabado sea Dios*! (4) Cada dia bebia una copa de miel. A veces le mezclaba cebada ó centeno tostado, para mejorar el sabor del agua salada de Medina. Si estaba en compañía de otros, hacia beber á todos antes que él; de donde provenia su dicho : «El que da de beber á un pueblo, beba el último.» Bebia siempre con la mano derecha. Un dia, hallándose sentado entre Abubekr á la izquierda, y un árabe á la derecha, bebió una taza de miel con agua, y luego dió la taza al árabe. Omar, que estaba en frente, le preguntó por qué no la habia dado á Abubekr, á lo que contestó : «Los de la derecha son los derechos.» Prohibió beber por la boca del odre, y por tazas con el borde dentado. Su bebida predilecta era agua dulce y fresca, que le llevaban de una fuente distante dos jornadas de Medina. Mandaba cubrir de noche los platos y los vasos.

Emprendia sus viajes ordinariamente en lunes, y á veces en jueves ó miércoles. «Si viajais en años fértiles (decia), no dejeis que falte á vuestras cabalgaduras forraje y yerba; si en años estériles, apresuráos lo mas posible á fin de llegar al sitio determinado, para que aquellas no desmayen; y si de noche, descansad un par de horas, fuera del camino, y donde no os molesten los insectos.» Prohibió viajar sin compañía, diciendo : «Si el hombre supiese lo que hay en la soledad, jamás iria solo.» Prohibió absolutamente los viajes á las mujeres sin sus maridos; tampoco permitió servirse en el viaje de campanillas, que consideraba salmodias del diablo, y á los viajes cosa del infierno. Acudió á menudo á ayudar á los débiles y á los enfermos, y les hizo sentar detrás de sí. Un dia le salieron á recibir Abdallah, hijo de Cuafer, y sus dos sobrinos Asan y Usein; é hizo subir á los tres sobre su camello, el primero delante y los otros dos detrás, entrando así en la ciudad. Siempre procuraba entrar por la mañana, nunca por la noche, y mandó á sus amigos que le imitasen en esto. Hacia matar á un camello ó á un buey, para obsequiar á los que habian ido á recibirle; pero antes del banquete se encaminaba á la mezquita. A la vuelta de un viaje decia : «¡Bendigamos á Dios con himnos!» Entrando en la ciudad: «Con la ayuda de nuestro Señor, hemos llegado á nuestras casas, sin que nuestros pecados nos hayan causado perjuicio.» Ordenó que yendo de viaje tres hombres juntos, se nombrara á uno emir, esto es, jefe de la caravana. Cuando alguno al emprender un viaje iba á despedirse de él, le decia : «Declara á Dios tu religion y el fin de tus acciones;» ó bien : «Dios acrezca tu virtud, perdone tus pecados, y haga que encuentres el bien adonde quiera que te vuelvas.»

Era un modelo en las reuniones sociales en general, y en especial con las mujeres. Decia: «El mejor de vosotros sea el mejor con su esposa, porque yo soy el mejor de vosotros con la mia.» Bebia por el mismo lado del vaso que habia bebido Ayesa, y á veces comia carne del mismo hueso que ella tenia entre los dientes. Descansaba frecuentemente con la cabeza en su regazo, recitando el Coran. Una vez apostó á correr con Ayesa, y fue vencido : al cabo de algunos años, habiendo apostado de nuevo, la dejó atras y dijo: «Ahora estamos iguales.» Ayesa refiere lo que sigue : «Un dia disputábamos y el Profeta propuso que eligiésemos por árbitro á Ebu Obeide.» «No (le dije yo), es demasiado dulce y se inclinará á tí.» Entonces me preguntó: «¿Te parece bien Omar?—No (repliqué), hasta el diablo le tiene miedo.—¿Y Abubekr? añadió, y contesté que sí. Vino Abubekr, y el Profeta empezó á esponerle el objeto de nuestra disputa. Entonces

(1) Tan falso es el aserto repetido en muchas historias europeas, de que Mahoma solo se alimentaba con leche. ¡Qué debe, pues, pensarse de la abstinencia de leche atribuida á Zoroastro!

(2) *Medd.*

(3) *Bismillah.*

(4) *El hamd lillah.*

le dije: «¡Oh Profeta de Dios! sé justo. Y mi padre me dió tan fuerte bofeton, que la sangre me corrió de las narices. «Ninguno (dijo) te haria la justicia que mereces, sino el Profeta de Dios.»—«No exigia de tí eso, oh Abubekr,» observó Mahoma; y levantándose, enjugó la sangre que corria por mi rostro.»

Siempre que Ayesa se irritaba, le ponia la mano sobre los hombros y decia: «¡Dios mio! perdonad sus pecados, aplacad la ira de su corazon y preservadla de agitaciones.» Todos los dias, despues de la oracion de la tarde, visitaba á sus mujeres, informándose de su salud, y por la noche iba á la habitacion de aquella á quien tocaba el turno. Trataba á todas con la posible igualdad en cuanto á la comida, á la habitacion, al vestido. Le aconteció á menudo visitar en una misma noche sus nueve mujeres, y lavarse una vez sola; sin embargo, solia lavarse despues de visitar cada estancia. Selma, una de sus esposas, dice, que cuando estaba con ellas, cerraba los ojos, se cubria la cabeza con la capa y decia á la esposa: «Conservaos tranquila y digna.» Aunque poseia la fuerza de treinta hombres, solo tuvo nueve mujeres. «De vuestro mundo, decia, no amo sino las mujeres y las fragancias; y Dios ha puesto en la oracion el consuelo de mis ojos.»

Cuando estaba en compañía de los suyos, acostumbraba sentarse cruzando los piernas, y cogiéndose los piés con las manos; pero tambien se tendia boca arriba, y entonces tenia un pié sobre otro. Odiaba el hablar mucho, abreviaba el discurso todo lo posible, y frecuentemente se servia de gestos para economizar palabras. Al hablar golpeaba muchas veces con la mano derecha la pierna izquierda, y siempre que se sorprendia torcia la mano, volviendo la palma hácia afuera. Cuando montaba en cólera, se alisaba á menudo los cabellos; y si sus compañeros se admiraban de algo, él se admiraba tambien; pero si se reian, él permanecia sério, ó todo lo mas se sonreia. Ayesa asegura que no le vió nunca reirse. Si lloraba por un muerto ó de compasion, sus lágrimas eran pocas. Amaba la poesía, y se hacia leer versos, pero él no los leia, aunque citaba muchos en el metro *resces*. El único verso que repetia á menudo es aquel tan célebre de la poesía de Zebid:

Fuera de Dios, ¿no es todo vanidad?

Ayesa asegura en la Tradicion, que Mahoma odiaba los versos, y que no recitaba ninguno regularmente. Una vez se acordó de los célebres versos de un poeta árabe; y como los recitase mal, le dijo Abubekr: «Profeta de Dios, el verso está cojo.—No soy poeta,» respondió Mahoma. Le gustaba oir anécdotas, rodeado de sus compañeros ó de sus mujeres; y hasta se complacia en bromear con aquellos, si bien sus bromas no se fundaban nunca en mentiras. Decia: «Dios no desaprueba los chistes del que los usa con pura intencion.» Observaba los juegos y los bailes de las mujeres, pero sin tomar parte en ellos. Uno de sus chistes mas conocidos es el usado con Sofía, hija de Abdol Motallib, que le preguntó si las mujeres entrarian en el Paraiso; contestó: «Las jóvenes, pero no las viejas;» y cuando vió que la vieja se afligia, la consoló con los versículos del Coran: «Hemos creado estas mujeres (del paraiso), y conservado su virginidad.»

Caminaba lentamente y con dignidad, segun el versículo del Coran: «Los siervos del misericordioso caminan con modestia, y á los ignorantes que les dirigen la palabra, responden: ¡paz!» Unas veces iba calzado, otras descalzo; montaba caballos, camellos, mulos y asnos con sus esposas en las ancas. Antes de acostarse se quitaba el vestido que habia llevado durante el dia, y recitaba los tres últimos capítulos del Coran (1). Se acomodaba sobre el lado derecho, con la mano derecha bajo el rostro, y decia: «¡Oh Dios mio! ¡por tí vivo y por tí muero!» ó bien: «¡En tu nombre, Señor! tú me pones de lado, y de nuevo me levantarás.» Dormia sobre esteras ó simplemente en el suelo. Su funda era de piel, llena de hojas de palmeras. Esplicaba á sus amigos los sueños, recomendándoles que siempre que soñaran cosas malas, escupieran tres veces sobre el lado izquierdo, se colocasen sobre el derecho, y no hablasen á nadie del asunto. Al levantarse decia: «Alabado sea Dios, que nos da la vida, despues de habernos sumergido en la muerte!» En todas ocasiones recordaba la presencia del Señor, alabando y exaltando su nombre.

Era el mas bello, mas generoso y mas valiente de los hombres, y al par que valor tenia dulzura. La Tradicion ha conservado estas palabras de Anis, que le sirvió nueve años: «El Profeta no me ha dicho jamás: ¿Por qué haces esto ó aquello? Nunca me ha reprendido.» Esta dulzura esplica en parte el afecto de sus discípulos y compañeros. Si tocaba á alguno la mano, no era el primero en retirar la suya, y si tropezaba con cualquiera, no era tampoco el primero en alejarse; lo cual prueba afabilidad y cortesanía. Habiendo dejado con airado rostro á uno que le hablaba, se reprendia á sí mismo, en nombre del cielo, en el capítulo LXXX del Coran que empieza asi: *El se ha alejado*. Bochari, el mas ilustre compilador de la Tradicion, refiere en su libro *De las buenas maneras*, que Mahoma compró un dia una camisa por cuatro dirhem, y la regaló á uno de sus auxiliares, el cual, habiéndole encontrado á la vuelta, le dijo: «¡Oh enviado de Dios! cúbreme con una camisa, y Dios te remunere con el vestido del paraiso!» Le restaban solo dos dirhem: encontró en el camino una esclava que le suplicó le diese dos dirhem para comprar harina, y que lloraba por temor á los golpes del amo. La acompañó á casa de éste, y consiguió que en el acto la declarase libre. En sus discursos le gustaba marcar bien los acentos, y repetia muchas veces la misma palabra. Saludaba por lo comun tres veces y se despedia otras tantas. Decia de sí mismo: «El terror me ayuda; se me dieron áureas sentencias; cuando dormia, me fueron entregadas las llaves de los tesoros de la tierra.»

Supuesta la índole tan séria del Profeta, no

(1) *Quum recipiebat se somni causa, conjungebat ambas palmas manuum suarum, deinde expuebat in eas, et legebat Suram... deinde confricabat utraque palma id quod poterat de corpore suo, inclinans caput et convertens illud ad eam partem quam attrectabat de corpore suo, et hoc ter faciebat.* Ex relatione Aisæ, in MARRACCI, p. 835.

puede ser muy rico el capítulo de los *Chistes*. Seguramente ningun lector occidental reirá sino quizá de ver que á estas cosas se las llame chistes. Por ejemplo : Abubekr llegó mientras Ayesa disputaba con Mahoma, y gritaba mas que él; el padre queria, por esta causa, tirar de las orejas á su hija; pero el Profeta se lo impidió. Abubekr se marchó amostazado, y cuando luego volvió, los halló en paz. «Dejadme (dijo Abubekr) tomar parte en vuestras paces, como antes en vuestra disputa.» Pero Mahoma contestó : «Ya las hemos hecho, ya las hemos hecho.» Un beduino, llamado Sahir, trajo del desierto un regalo al Profeta, y cuando salia dijo Mahoma : «Él nos ha embrutecido y nosotros le hemos civilizado.» Un dia vino un quidan con mercancías, y Mahoma le asió por detrás sin que aquel le viese : «Libradme de este hombre, gritó el mercader, no sabiendo que era el Profeta quien le tenia asido.» «¿Quién quiere comprar un esclavo? exclamó Mahoma.—¡Oh Profeta de Dios! (dijo el quidam, volviéndose) no me encontrarás digno del precio.—¡Por Dios! ¡por Dios! pues no cuestas barato, sino caro.» Una vez fue á su casa un hombre llamado Abdollah Asino; el Profeta se sonrió al oir el apellido, y le dió de beber. «Dios le maldiga (dijo uno de los presentes), porque le has dado tanto.—No lo maldigas (respondió el Profeta), pues el asno agrada á Dios y al Profeta.» Son notables especialmente dos palabras con que Mahoma llamaba á Ayesa, la mas querida de sus mujeres, ó á Belal heraldo de la oracion, segun que estaba dispuesto á discursos de íntima confianza ó á meditaciones; en el primer caso decia : «Habla conmigo, ¡oh rojiza!» y en el segundo : «Espiritualízame, ¡oh Belal!»

Mahoma deducia buenos auspicios de las palabras y de los discursos ; pero prohibia que se dedujesen malos. Daba grande importancia á los buenos nombres, y decia que ante Dios los nombres mas ilustres son Abdolla (1) y Abderraman (2); y el nombre mas odiado de Dios, el de *rey de los reyes*. Cambiaba los nombres malos en buenos; como lo ejecutó con los de sus dos mujeres, que primero se llamaban Berre (3), mudándolos en Hineb (4) y Meimunei (5). Cuando encargaba á alguno algun negocio, no lo hacia sin preguntarle antes su nombre, y si no era de su gusto, revocaba la comision. Cuando se admiraba mucho de algo, y tenia el mal de ojo, decia: «Dios le bendiga, y no permita nada en su daño.» Recomendaba á sus compañeros que dijesen, cuando veian una cosa desagradable : «¡Oh Dios mio! ninguno da el bien, sino tú; y ninguno, sino tú, preserva del mal; solo en Dios hay fuerza y poder.» Mandó que no se entrase en las casas sin pedir permiso, y despues, que el saludo *Salud á vos* (6) fuese correspondido con *A vos salud* (7). Decia : «¡El saludo antes de la palabra! (8)» y «No convideis á nadie á comer antes de haberle saludado.» Prohibió á los suyos saludar primero á los Judíos, y Cristianos, pero no que les devolviesen el saludo. A los amigos les tocaba la mano, y cuando volvian de un viaje largo los abrazaba. Decia : «El que estornuda diga: Loado sea Dios, y los que le oyen respondan : Dios tenga piedad de tí.» (Esta fue desde entonces una costumbre del islamismo.)

Sus juramentos eran : «Por aquel en cuyas manos está mi alma.—¡Por aquel que cambia los corazones!—¡Por Dios!» Cuando dejaba la conversacion decia: «¡Alabado seas tú, Dios mio! testifico que no hay mas Dios que Dios, é imploro tu perdon y arrepentido me vuelvo á tí.»

Mahoma se arreglaba todos los dias los cabellos y la barba; ungia aquellos con aceite y se recortaba los bigotes. Decia : «Recortaos los bigotes y dejaos crecer la barba, al contrario de los magos.» Todos los viernes, antes de ir á la mezquita, recortaba los bigotes y se cortaba las uñas; se limpiaba de toda inmundicia con la mano izquierda; se pintaba los ojos con colorete de Ispahan, tres veces el derecho, tres ó solo dos el izquierdo. En sus viajes llevaba siempre consigo espejo, peine, mondadientes, tijeras, un pomito de colorete para los ojos, otro de perfumes y otro de aceite. Este es el *siete* del tocador del Profeta, imitado, á lo que parece, del *siete en siete* (9) del tocador de las mujeres orientales. Cuando murió, tenia solo unos cuantos pelos grises en la barba y en la estremidad superior de la cabeza. Un gran número de imanes disputaron sobre si empleaba realmente el azafran para teñirse el cabello, ó mas bien como remedio contra el dolor de cabeza, y si se bañaba tambien con otro objeto que el del lavatorio prescrito en ciertos casos por la ley. Era rojo de cara, su cabellera, que se creyó de color oscuro, parece debia tirar á lo menos á roja, pues que la teñia con azafran. Tenia la cabeza grande y lo mismo los ojos; espeso el cabello, la barba bien cuidada; el olor de su sudor era mas grato que el del almizcle (para los creyentes). Al principio Mahoma se dejaba caer los cabellos por todos lados hasta el codo; despues los dividia. Aun observan esta primera costumbre del Profeta muchas órdenes de dervises, los cuales se dejan caer los cabellos sin dividir ni peinar. Pero, en la peregrinacion de la despedida, se afeitó la cabeza, como está prescrito.

Estas particularidades relativas á las costumbres y maneras del Profeta, sacadas ahora por primera vez de las fuentes, como tambien algunas añadidas, que ó se ignoraban ó se conocian incompletamente, sobre muchos acontecimientos importantes de su vida; por ejemplo, las órdenes de homicidio y sus estrechas relaciones con el judío Naufil; llenan los vacíos de las anteriores biografías de Mahoma, de suerte que los futuros historiadores podrán hacer un retrato mas fiel y formar un juicio mas exacto del le-

(1) El siervo de Dios.
(2) El siervo del Misericordioso.
(3) Que libremente se abandona.
(4) Zenobia.
(5) La afortunada.
(6) *El selam aleikum*.
(7) *Kleikum el-selam*.
(8) *El-selam kiblelkelam*.

(9) *Eft der eft*, es decir, siete clases de afeites y siete de adornos para siete miembros del cuerpo: 1.° colorete de ojos; 2.° ungüento para las cejas; 3.° ungüento para el cabello; 4.° colorete rojo; 5.° colorete blanco para las mejillas; 6.° azafran para las uñas; 7.° polvo epilatorio. Los siete adornos son: 1.° la diadema; 2.° los pendientes; 3.° abrazaderas para la garganta del pié; 4.° para las manos; 5.° el collar; 6.° la sortija; 7.° el ceñidor; son las siete esferas en que se mueve el mundo cosmético de los Orientales.

gislador de los Musulmanes. A pesar de su sensualidad, de los delitos á que le arrastró la pasion, y principalmente la venganza de su honor perjudicado por sátiras y vituperios, y á pesar de la opinion contraria manifestada por historiadores y orientalistas de gran fama, de que Mahoma no hizo mas que mentir y engañar por la codicia de mando, nosotros insistimos en creer que no solo le impulsó la grande idea de apartar á su pueblo de la idolatría y conducirle á la adoracion del único Dios, sino que, dotado de gran talento poético y de vivo sentimiento religioso, exaltado en las horas de entusiasmo, se consideró órgano del cielo para guiar á su pueblo, como fundador de una nueva religion que se difundió en mucha parte de la tierra, sello, segun sus sectarios, y complemento de las profecías.

NUM. XIII.

HARUM AL-RASCHID.

(762?—809.)

¿Quién no conoce á Harum al-Raschid, aunque no sea sino por las *Mil y una noches*, como el soberano de los creyentes, el esposo de su parienta Zobeida, el contemporáneo de Irene y de Carlomagno, el espléndido y poderoso califa, el tirano y esterminador de la familia de Barmek? La escesiva abundancia de cosas conocidas y manoseadas nos dispensa de un relato circuntanciado, aunque no de una breve memoria de ellas; imponiéndonos por otra parte el deber de esmerarnos en dar á luz incidentes poco conocidos y nuevos. Desde la muerte de su abuelo Almanzor hasta la exaltacion de Harun al trono (786) trascurrieron once años, en los cuales reinaron Mahdi, su padre, y Adi, su hermano, aquel diez años y este uno solo. En el reinado del primero se agravaron los disturbios en el imperio del Islam, á causa de los secuaces del charlatan Mokannaa en el Corasan, de los impíos Mohammere, esto es, los rojos en el Corasan y el Tabaristan, y de los Seudike, partidarios del Zendavesta é incrédulos declarados en Siria y el Irak, y con motivo de las espediciones del Asia Menor contra los Griegos.

Harum, de edad de catorce años, hizo allí su primera campaña, en union de Rebii, mayordomo mayor de su abuelo Almanzor, de Schalid, hijo de Barmek, su visir, y de Fadhl, su secretario y hermano de leche. Al año siguiente marchó contra el emperador griego el mismo Mahdi con su hijo Harum, al frente de noventa y siete mil setecientos noventa y tres hombres; y le acompañaban los dos barmecidas, habiendo muerto uno de ellos, Schalid, durante la espedicion.

Mahdi habia dado á su hijo, para los gastos de la guerra, ciento setenta y tres mil cuatrocientas cincuenta monedas de oro, y veinte millones de dineros de plata. El resultado de aquella campaña fueron cincuenta y cuatro mil enemigos muertos, como mil seiscientos cuarenta y tres esclavos, veinte mil caballos y cien mil cabezas de ganado en poder del vencedor. Al año siguiente se presentó Harum delante de Constantinopla; pero Irene, que habia sucedido á Leon IV, pidió la paz y la obtuvo, mediante el tributo anual de setecientos mil besantes de oro.

Asi los Arabes, acaudillados por Harum, jóven de diez y siete años, fueron por la sesta vez á sitiar la capital del imperio griego. Cuatro años despues murió Mahdi, y subió al trono el primogénito Adi. Mahdi, conociendo las grandes cualidades de su hijo menor, habia querido nombrarle para que inmediatamente le sucediese; pero luego se limitó á declarar que sucederia á Adi. Este, envidioso del brillante mérito de su hermano, consultó al visir Iahia, hijo de Schalid el barmecida, para que le indicase algun medio de librarse de él; pero, habiéndole manifestado Iahia, que si quebrantaba la fe debida á su hermano y violaba la última voluntad de su padre, perderia la confianza del pueblo, Adí suspendió la ejecucion del sangriento designio, y urdió entre tanto hacer decapitar, no solo á su hermano, sino tambien al visir, y envenenar á su madre Schaseran, porque habia mostrado hácia Harum una predileccion merecida. Arseme estaba encargado de todo; pero, la misma noche en que iba á cometerse el crímen, murió Adí, segun unos envenenado por su madre, segun otros ahogado en el lecho con almohadas, sobre las cuales se colocó aquella hasta que le vió espirar, recompensando asi el proyectado parricidio. Schaseran no era de régia cuna, como Zobeida mujer de Harum, sino una esclava, como Meragiol, madre de Mamun, hijo primogénito de Harum, que le nació el mismo dia de la muerte de su hermano y de su exaltacion al trono.

Todos los historiadores orientales miran esta coincidencia de la muerte, del nacimiento y de la exaltacion de un califa en el mismo dia, como pronóstico singular del maravilloso reinado de Harum. La exaltacion de un califa en el mismo dia no tiene nada de singular; pues el que ha sido declarado anticipadamente heredero, entra á reinar en cuanto muere el predecesor; y el dicho: *El rey ha muerto, ¡viva el rey!* no se verifica en ninguna parte tan pronto como en el despótico Oriente. El único acontecimiento, pues, no ordinario fue el nacer Mamun en el mismo dia de la muerte de su tio y de la exaltacion de su padre al trono; aunque mas estraño que este nacimiento fue la ocasion que lo produjo.

Zobeida, princesa de la sangre, era la señora del harem, y lejos de ser humilde esclava de su esposo contradecíale á menudo y á veces altercaba con él, como ciertamente no se hubiera atrevido ninguna esclava. Un dia en que jugando al ajedrez se habian trabado de palabras,

convinieron en reconciliarse pactando que el que perdiese la partida siguiente habia de hacer lo que fuera voluntad del vencedor. Perdió Harum y Zobeida le ordenó que pasase la próxima noche en compañía de Meragiol, deforme esclava negra. En vano suplicó Harum que se le dispensase de aquella grave penitencia, no tuvo mas remedio que acostarse al lado de la deforme negra, probablemente para pasar una mala noche y desear otra mejor en los brazos de su mujer, porque Zobeida no habia ni pensado siquiera que fuera á cometer una infidelidad con la fea esclava negra. No obstante, Mamun fue el fruto de aquella mala noche; y la narracion de semejante nacimiento, repetida en cien obras históricas y morales va siempre acompañada en los autores de la buena máxima de que las mujeres no deben nunca altercar con sus maridos. Asi mismo aparece que Zobeida hizo en breve las paces con su marido, pues siete meses y veinte dias despues del nacimiento de Mamun dió á luz á Amin.

Harum tenia veintiuno ó veintidos años cuando ascendió al trono de los califas. La noche misma en que murió su hermano, hizo llamar á su hijo Giafar á quien Adí, contra la última voluntad de su padre, habia declarado sucesor, y le invitó á que renunciase á toda pretension al trono; y Giafar desde un alto palco declaró que renunciaba á toda participacion en el gobierno. Fue decapitado el emir Ebu Asm su mayor partidario, el cual un dia yendo á pasar un puente Giafar y Harum, detuvo á este para que pasase aquel primero como sucesor del trono declarado por Adi; Lahia barmecida fue nombrado visir.

Harum, que habia tenido dos guerras con los Griegos, puso su primer cuidado en el pais limítrofe del territorio griego y árabe. Los castillos de la frontera situados sobre el Tauro y el Amano, habian hasta entonces pertenecido á la Mesopotania y al Kinesrin: Harum los desmembró de estos paises y los erigió en provincia particular con el nombre de Awasin, esto es, protectores con Tarso ciudad de los confines del imperio de los califas hácia la parte de los Griegos, fundada en el mismo año en que Abderraman edificó la magnífica mezquita de Córdoba, el mas hermoso monumento de la arquitectura arábiga en España. Desde el principio de la dominacion de los Abaridas, España estaba sustraida á su poder; tambien en la estremidad occidental del Africa iban sacudiendo poco á poco el yugo de la sumision. Ademas de la dinastía de los Beni Rusten, fundada treinta y cuatro años antes, bajo el gobierno de Mahdi se estableció en Segelmessa la dinastía de los Beni-Modraa, y ahora en Fez la de los Beni Idris. La Siria continuaba fraccionada en los dos bandos de Yemanos y Caisios; y en Dilem se rebeló, como pretendiente al trono de la casa del Profeta, Yahia hijo de Abdalla, sobrino en grado segundo de Asam hijo de Alí.

En el sétimo año del reinado de Harum ocurrió la muerte de tres mujeres célebres: á saber, la de Schaseran su madre, y la de las dos bellísimas esclavas Gadir y Eilanet; la hermosa Gadir habia sido amante de Adí y despues lo fue de Harum que tambien tuvo por favorita al mismo tiempo á Eilanet. Tan ciegamente adoraba Adí á su esclava que aun despues de muerto queria tener zelos, como lo demuestra el que un mes antes de su fallecimiento la exigió el juramento, que si moria y su hermano Harum ascendia al trono, no se entregase á este; prestólo en la mas solemne fórmula añadiendo que ofrecia hacer la peregrinacion á Meca con los piés descalzos. Muerto Adí olvidó al instante su juramento, y fue una de las favoritas de Harum en cuyo regazo solia adormecerse sin que este se atreviese á turbar su sueño. Sucedió que una de las veces que esto hacia, se dispertó despavorida, siendo la causa el soñar que Adí se le habia aparecido, reprehendiéndola su perjurio con tres dísticos que recitó. En vano Harum trató de persuadirla, que aquella aparicion solo era un sueño; nada la distrajo de la profunda melancolía en que se sumió y que poco tiempo despues la llevó al sepulcro.

Eilanet habia sido amante de Yahia barmecida, lo mismo que Gadir lo fuera de Adí. Antes que muriese este la habia visto por casualidad Harum y declarándola su amor pidió á Yahia su dueño que se la regalase; accedió este y tan grande fue el amor que la tuvo, que lamentó su muerte en los siguientes versos. «¡Infeliz, infeliz de mi! yaces convertida en polvo y los zelos devoran mi corazon. Dame sufrimiento, porque ya no puedo disfrutar en el mundo amores ni placeres.»

Al año siguiente emprendió Harum su peregrinacion á la Meca, ceremonia religiosa que para él fue siempre muy sagrada y que verificó siete veces; último califa que lo hizo, pues sus sucesores ó no tuvieron bastante devocion ó no se creyeron muy seguros para efectuarlo en persona. Cien doctores de la ley le acompañaban, y aunque modestamente se comparaba con su abuelo Almanzor, le superaba con todo en magnanimidad y liberalidad obsequiando régiamente á los demás peregrinos.

Nombró por su heredero á la vuelta á su hijo segundo Amin habido con Zobeida. Medio año se llevaban sus dos hijos; y aunque Mamun aventajaba á su hermano en nobles sentimientos, recayó la eleccion en Amin por su escelso nacimiento. Harum decia hablando del primero: «Tiene la perspicacia de su bisabuelo Almanzor, la piedad de su abuelo Mahadi, la loable ambicion de su tio Adí, y si me atreviese á decir mas, la predileccion de su padre á pesar del hijo de Zobeida, pero no puedo.» Despues solia citar estos versos: «Obro contra la inclinacion natural; me sojuzga lo que me repugna. ¿Cómo he de recoger los bienes que ya he dado, supuesto que el botin está repartido? Temo la confusion de los negocios, y no quiero que se destruya lo que una vez mandé.»

Seis años duró la guerra civil en Siria sostenida por la faccion de los Cairios y la de los Yemanos, que ya al principio de la casa de Moawia aparecieron continuando hasta la época de Mahoma. Harum envió á su primo Muza, hijo de Isa, para sojuzgarlos, mas como no lo consiguió, le mandó á Muza hijo de Yahia bar-

mecida con cartas y mediadores, los que por fin trajeron á Bagdad á los jefes de las facciones. Harum los entregó al visir Yahia, quien mas adelante les restituyó la libertad. Los otros dos hijos del visir, Fadel y Xiafar fueron nombrados gobernadores del Egipto y del Corasan. Fadel hizo la guerra al rey de los Turcos, y llevo las armas victoriosas del islamismo á Cabul y á Transoxiana, estendiendo las fronteras de su gobierno. Su vuelta fue una marcha triunfal; pues salieron á su encuentro para felicitarle todos los magnates, literatos y poetas de Bagdad, entre quienes repartió mas de un millon y medio del botin, por lo que los poetas cantaron: «La magnanimidad de Fadel es suficiente para arreglar el pleito mas intrincado y para destruir por siempre la avaricia con una espedicion.»

La munificencia de Harum se estendia á los poetas y literatos, y en su tiempo murieron muchos y muy famosos. El mas ilustre poeta fue Ismail Ben Mohamed, conocido bajo el nombre de Seid el Omeiri, y desconocido enteramente en Europa; en sus poesías ensalza estraordinariamente á la familia del Profeta y á los sucesores de Alí, ultrajando sin miramiento alguno á sus adversarios Abubekr y Osman, y particularmente á la intriganta Ayesa. Al hablar de la espedicion de Bosra capitaneada por ellos contra Alí dice. «Que es como una sierpe que devora á sus hijos;» y lamentándose de la desgracia del Profeta con sus dos mujeres, Afsa que divulgó sus secretos y Ayesa que por su aventura nocturna con el hijo de Safwan se sublevó contra él, dice: «Una revela los misterios, la otra rebela la casa.»

Sus poesías, su pasion al vino y la opinion que tenia de que los hombres volvian al mundo en forma de animales, le valieron el apodo de Herético. Pidiéndole un dia un acreedor el dinero que le habia prestado le contestó: «Te pagaré cuando vuelva al mundo. Temo, contestó este, que vuelvas en figura de perro ó cerdo para que yo pierda mis monedas.»

Ademas del poeta Omeiri. murieron tambien, en el corto espacio de tres años, otros seis hombres doctos, cuyos nombres son la honra del reinado de Harum, siguiendo á estos los dos gramáticos Sibuye é Iben Yunis; aquel, apellidado por los Arabes Sibweih, á causa de sus carrillos colorados como manzanas, era el adversario del no menos célebre filólogo Cosai; contribuyendo sus doctas disputas á determinar y fijar los casos dudosos de la gramática arábiga. Su obra por escelencia lleva el nombre de *Libro*, como el Coran. Junis, hijo de Abib, maestro de Sibuge, que tan sobresaliente gramático fue, murió á la edad de cien años, tres despues de su discípulo. Malik, hijo de Enes, murió de ochenta y cuatro años, habiendo sido uno de los cuatro imanes fundadores de los cuatro ritos ortodoxos del islamismo. El iman mas célebre de estos fue Muza, sétimo de la casa de Alí, hijo del sincero Xiafar, al cual apellidáron El-Kiasim, ó el que reprime la ira, en señal de su virtud: murió en casa de Sindi, á quien Raschid lo habia encomendado, despues de pasar su vida en la oracion y el perdon de las ofensas: Malik, fundador del rito que lleva su nombre, fue sepultado en Medina en la sepultura comun de los Bakis, y Kiasim en Bagdad. El lugar donde está enterrado hace parte del arrabal septentrional de Bagdad á distancia de tres millas inglesas, y se llama Kiasimein, ó los dos Kiasim, porque con él está enterrado tambien su sobrino Mohamed, noveno iman de la casa de Alí. y este sitio es famoso como lugar de peregrinacion, por ser tantos los sepulcros de hombres buenos y piadosos que en él hay, razon por la que es llamado *el bastion de los santos*. Frente á la ciudad se halla el sepulcro del Iman Anife, fundador del rito ortodoxo del islamismo que domina en el imperio otomano. Tambien está sepultado en Bagdad el fundador del tercer rito ortodoxo, el iman Ahmed Ibn Ambeli, y seis de los mas famosos jeques místicos, Coneid, Sirri Soft, Maaruc Carchi, Schiobli, Almanzor Callac y Abdul-Cadr Gillani, fundador del órden de Derviches que derivan su nombre de él.

El espíritu del misticismo, ó sea la doctrina de los Sofis, hacia ya grandes progresos, y dos de los mas distinguidos místicos del islamismo, Aduge Rabia y Silte Mefiso, vivieron y murieron en el reinado de Harum y de Mamun. Abdul-Mobarik, hijo de Abderraman el de la Meca, natural del Corasan, ademas de aventajado literato y legislador, autor de obras gramaticales y de derecho, fue tan devoto y rico como ilustrado: pasó su vida entre la pequeña y la gran guerra santa, entre las espediciones militares y los estudios: empleó sus riquezas en socorrer á los sábios y en otras obras de beneficencia. Habiendo ido á Racca, donde se encontraba Harum, y acudiendo á su casa mas gente que á la del califa, dijo una mujer: «¿Qué hay de estraño en eso? este atrae los hombres con beneficios, aquel con latigazos: este no es el verdadero rey sino aquel.» Ultimamente Ebu Yusuf, que durante diez y seis años habia sido juez supremo en el reinado de Harum, fue el primero á quien se aclamó con el título de *juez de los jueces* del mundo, porque todos sometian sus contiendas á su fallo. Su nombre se encuentra con frecuencia en todas las recopilaciones de anécdotas del reinado de Harum. El siguiente dicho suyo, ha sido trasmitido á la posteridad por el historiador Ibn Kesir, quien añade que merecia escribirse con tinta de oro. «Quien busca la riqueza en la alquimia, es loco: quien busca en la tradicion solo lo maravilloso, se llena la cabeza de embustes, y quien pretende hallar la ciencia en las palabras, se hace incrédulo.»

Barmek, padre de Schialid, abuelo de Yahia, en el reinado del último Omniada, fue conducido desde el Corasan y presentado al califa como adorador de los astros y prisionero de guerra. Ya este le habia condenado á muerte, cuando reparando en un anillo con secreto que en un dedo llevaba Barmek, le preguntó qué contenia: «*Veneno*, contestó este, *para chuparlo en un caso desesperado.*» Chupar en lengua persa, se dice *bermegidem*; y de aquí provino desde entonces el apellido de la familia, cuyos miembros fueron los visires mas grandes y mejores,

mas magníficos y poderosos, mas generosos y magnánimos que la historia menciona. Fadel, hijo de Yahia, era hermano de leche de Harum, quien amaba con un afecto que escedia los límites de lo natural su hermano menor Xiafar; y tal era su frenesí que no contento con tener una mesa y un lecho para los dos, se mandó hacer una gran camisa ó túnica que encerrando los dos cuerpos sujetaba con la valona sus dos cuellos, y cubiertos con ella, á menudo paseaban juntos, comian y dormian.

Schialid, abuelo de Xiafar y de Fadhl, en su calidad de visir mayordomo, habia acompañado á Harum, cuando este tenia catorce años, en su primera espedicion al Asia Menor, y en ella murió. Harum confesaba que debia su vida á los sabios consejos y lealtad del hijo de su visir, pues Adi intentara matarle, y consultado Yahia supo este disuadirle de su conato de fratricidio apelando á la política; asi es que cuando Harum subió al trono, le nombró su primer ministro. Fadhl habia prestado al imperio grandes servicios con la prision del pretendiente á la sucesion de Adí en Dilem, y con la conquista del Corasam. Xiafar que era gobernador de Egipto y Siria, habia sofocado la peligrosa rebelion suscitada por la faccion de los Caisios y Yemanos, de los Mordarigios y Nasarigios. Tantos y tan sobresalientes servicios al Estado y á la persona del califa, la íntima amistad de este, la suprema autoridad del visir Yahia, y la omnipotente de su hijo y sucesor Xiafar, favorito de Harum, debian eternizar el poderío de aquella familia; pero la desastrosa y trágica muerte del valido consumó la ruina de tan potente casa. Este suceso por lo inesperado sorprendió á todos, mas las causas que lo motivaron y que acumularon sobre la cabeza de Fadhl y Xiafar tan horrorosa catástrofe hacia mucho tiempo que germinaban en el corazon del califa.

Cuando Fadhl se hallaba en el Corasan, fue acusado de dedicarse á los placeres de la bebida y de la caza con preferencia á los negocios de su gobierno. Harum leyó á Yahia la carta en que le amonestaba por estos defectos, y él añadió una posdata para su hijo que concluia con estos versos: «Emplea el dia en las atenciones del gobierno, la bebida durante él entorpece los sentidos; y solo cuando la noche haya estendido su velo sobre el mundo puedes hacerlo.» Fadhl respetó la advertencia paterna que solo le prohibia beber por el dia, y á su vuelta del Corasan recibió del califa las mayores pruebras de aprecio. Salieron á su encuentro todos los habitantes de Bagdad, felicitándole por sus victorias, ensalzando su generosidad y valentía, al mismo tiempo que los poetas cantaban su liberalidad aclamándole superior á Alim Tai y á Ulaan Saide. «Si la munificencia, decian, desapareció con Maan Saide, los hijos de la familia de Barmek la han heredado.» Estos elogios superaban á los que los poetas de la córte del califa le tributaban á este.

Mas poderosos motivos irritaron á Harum contra Xiafar, el visir omnipotente. Entre los muchos que la historia ofrece, señalaremos tres que aparecen ser los que motivaron su perdicion y la de su familia. Vencido Yahia, hijo de Abdalla, pretendiente al trono de Dilem, por Fadhl, fue reducido á prision y encargóse su custodia á Xiafar: conmovido este por compasion á aquel pobre anciano, descendiente del Profeta, le sacó de la cárcel y le hizo llevar á un lugar seguro. El mayordomo Fadhl, hijo de Rebí, enemigo de los Barmecidas, advirtió al califa de este hecho. Llamado Xiafar á contestar á este cargo, confesó la verdad á las primeras preguntas. Ocultó Harum su rencor, fingiendo aprobar aquella accion; pero despues que se marchó Xiafar; esclamó sollozando: «Perezca yo, si no consigo matarte.»

Esta idea fue tomando incremento por la pompa, poder y generosidad siempre creciente de los Barmecidas que eclipsaba la del califa. La circunstancia siguiente dió poco despues ocasion para averiguar sus inmensas riquezas. Harum quiso comprar una esclava llamada Bariá, la cual ademas de ser bellísima, era una maravilla en el canto, en la danza y en tañer el laud. Su dueño pidió por ella la enorme suma de cien mil monedas de oro, y Harum mandó que su tesoro la aprontase. Xiafar dijo á su hermano Fadhl y á su padre Yahia, que si el califa hacia tales economías, pronto quedaria exhausto el tesoro. Concertáronse con el tesorero que reuniese las cien mil monedas de oro en un sitio por donde tenia que pasar Harum. Asi se hizo, y el califa pregunto: «¿*Para qué es tanto dinero?*» Contestóle el tesorero era el precio de Bariá. Harum, asombrado de aquella cantidad de oro, desistió de la compra, y mandó que se depositase aquella suma con el nombre de *tesoro de la esposa*. Andando el tiempo reflexionó que la esposicion de aquel dinero no debia haber sido casual, y esto le dió motivo para informarse de los bienes que poseian los Barmecidas en sus Estados, y supo ser inmensos, por lo que eran mas respetados aun que él propio, dando lugar á que los poetas cantasen: «Si te ausentas de Bagdad mil farsanghas, el viento repetirá en tu oido los elogios de los Barmecidas.»

Por último los amores de Xiafar con Abasa, ó segun otros Maimona, hermana del Califa, cortaron el hilo del que pendia la espada suspendida sobre su cabeza y las de toda su familia. Harum que la amaba tiernamente, y no podia vivir sin su compañía ni la de Xiafar, la convidaba, quebrantando los preceptos de la ley del harem, á sus banquetes y tertulias nocturnas. Abasa no pudo ser insensible mucho tiempo á la hermosura y amabilidad de Xiafar, y conociendo que este nunca se atreveria á declararla su amor, lo verificó ella en un billete que contenia estas palabras: «Mi corazon está colorado como un círculo de granate, y pálidas como los membrillos mis mejillas: quisiera ingertar mis membrillos en el ramo de tus albérchigos.» Xiafar contestó: «Oh alma, hablas verdaderamente como mi alma; pero no me es permitido robar los jazmines.» Abasa, segura de que su amor era correspondido, y viendo la timidez de Xiafar, desatendió los miramientos y costumbres del harem, se disfrazó de esclava,

y ocultándose en su cámara, se arrojó en sus brazos. Dos niños fueron el resultado de estos amores secretos, que espiados por Zobeida fueron denunciados al califa. Entonces estalló la tormenta que se habia ido formando como hemos esplicado.

Dióse órden al eunuco Mesrur de ejecutar la sentencia de muerte contra Xiafar; su padre y hermano fueron llevados á la cárcel y en ella murieron al cabo de un año y un dia. La cabeza de Xiafar fue dividida en dos partes, de las cuales se clavó una en la puerta septentrional, y la otra en la occidental; el tronco encadenado quedó colgado en la plaza del mercado. Aquel mismo año Harum hizo su peregrinacion á la Meca, en cuyo santuario se criaban secretamente los dos hijos de Abasa; descubierto el lugar de su refugio, mandó que se los presentasen y á su vista los hizo quemar. El imperio del califa quedó horrorizado al saber tan horrorosa catástrofe.

El año anterior, Harum habia ido en romería á la Caaba acompañado de sus dos hijos Amin y Mamun, para asegurar con públicos documentos, testimonios y juramentos la sucesion al trono y la division del reino despues de su muerte. Ninguna de las siete ú ocho peregrinaciones que efectuó costó lo que esta, que se calculó en un millon cincuenta mil monedas de oro.

Firmóse un documento solemne por todos los schiatibos, fekires, scherifes y jeques de la Meca, retificado con juramento por Amin y Mamun, que se archivó en la Caaba, en el que se declaraba por sucesor al trono á Amin, y en caso de que muriese este á Mamun. Bagdad, Bosra, Wasit, Cufa, el Irak, la Siria, Arabia y Egipto, es decir, la mitad del imperio á Levante correspondia á aquel; y la otra mitad á Mediodía, es decir, el Irak pérsico, Fars, Tabaristan, Corasan, Transocsiana, Turkistan. Cabul, Sabul y Sagistan correspondian á estotro. Amin residiria en Bagdad, Mamun en Merw. Si este reparto se hubiera observado al pié de la letra, se habria dividido en dos ramas el islamismo en Oriente, asi como por la particion del califato de los Beni Omeyas estaba ya separado en oriental y occidental.

Casim, apellidado Mutemen, ó el asegurado, tercer hijo de Harum, se educaba bajo la vigilancia de Abdulmelik Ben Salib: sabida por este la distribucion del reino, en que se escluia á Casim y á sus ocho hermanos hijos de esclavas, escribió á Harum para inclinarlo á favorecer los derechos y pretensiones de este su tercer hijo: Harum le señaló en heredamiento la parte de la Mesopotamia que confina con Siria, y la provincia de Awasim, país en que el islamismo confinaba con la Grecia.

Como gobernador de la frontera, Casim acaudilló el ejército del califa contra los Griegos, cuando Niceforo, sucesor de Irene, quebrantó la paz que esta concertara y escribió á Harum en estos términos: «Niceforo, rey de los Romanos, á Harum, rey de los Árabes. La difunta (Irene) en el juego del ajedrez te habia colocado en el sitio de la torre, y ella en el de los peones, dejando que derrocharas sus tesoros. Esto era debilidad mujeril. Leida esta carta, restituye los tesoros que de ella recibiste, y rescata tu vida, de otro modo la espada decidirá entre los dos.» Luego que Harum leyó esta carta, montó en cólera tan furiosa que nadie se atrevia á acercarse á su persona. Pidió pluma y tintero y á su respaldo escribió lo siguiente: «¡En el nombre de Dios clementísimo, misericordioso! Harum, príncipe de los creyentes á Niceforo perro griego. He leido tu carta, ¡oh! hijo de madre infiel, y antes oirás la respuesta que la leas.»

Atacó en persona á Heraclea, la conquistó; taló los campos llevándolo todo á sangre y fuego, y obligó al emperador á pagar el tributo. Sin embargo al volverse Harum á Raca para pasar el invierno, Niceforo faltó á lo pactado, y al año siguiente Ibraim, hijo de Gabriel, capitaneó el ejército contra los Griegos llegando hasta Tebasia, que por sus sauces la apellidan los árabes Sifsaf, los turcos Sogud, célebre en la actualidad por el sepulcro de Ertogrul, padre de Osman, fundador del imperio turco. Tres veces probó fortuna Niceforo en los campos de batalla, y refiérese que perdió mas de cuarenta mil hombres y cuatro mil acémilas. Confirmóse á Casim el Roboth, la custodia de la frontera de la guerra santa. Al año siguiente se dió libertad á todos los prisioneros musulmanes, sin que quedase uno en las cárceles griegas, y Casim volvió de nuevo á su empleo de gobernador de la frontera en Marsc Dabik.

De aquí en adelante Harum alternó anualmente entre los dos objetos que llamaban su atencion, la guerra santa y la peregrinacion: si un año combatia con los Griegos, al siguiente iba á la Meca; si se ceñia la coraza en este año, al otro se cubria con el manto de peregrino. El año 806 marchó armado de casco y coraza á la cabeza de trescientos mil hombres, y el poeta Kelabí cantó con este motivo: «Vas recogiendo coronas de mérito: quien quiera encontrarte, que te busque en la Meca ó en la frontera. Te encontrará á caballo en el país enemigo, ó escoltado en tu reino por una multitud de camellos.» Se demolió á Heraclea, se conquistó á Tebasia y otras ciudades, y se taló el pais hasta Ancira. Niceforo envió tres embajadores á tratar de la paz, que fue concedida con la doble condicion de un tributo anual de treinta mil monedas de oro, y que no se reedificase Heraclea. No bien Harum habia retirado sus tropas, Niceforo la hizo fortificar de nuevo; esto obligó á Harum á conquistar segunda vez á Tebasia; y envió contra Chipre, Rodas y Candia una flota que destruyó las iglesias, arrasó á Chipre, y trasladó á sus habitantes como esclavos á otros paises.

Las revoluciones intestinas de su reino al oriente y septentrion en los tres últimos años de su reinado le impidieron cumplir con los deberes religiosos de la peregrinacion y guerra santa. Rafí, hijo de Leis, gobernador del Corasan, se sublevó declarando al califa destituido. En el Iraá Pérsico se amotinaron los Curremigios, ó alegres, especie de Epicúreos, que no observaban ningun precepto de la religion y del dogma: fueron sometidos por Osaimet, hijo de Asim. Ha-

rum al frente de su ejército marchó á combatir los rebeldes del Corasan, despues de encargar á sus tres hijos vigilasen los paises encomendados á su gobierno. En Raca le sobresaltó un sueño que tuvo y que en vano su médico Bactischio trató de distraer de su imaginacion. Se le apareció un brazo desconocido que le presentaba un puñado de tierra roja diciéndole: «En esta serás enterrado.» Al llegar á Tus, recibió la noticia que Rafi habia sido batido y muerto, y su hermano Beschir hecho prisionero. Harum hizo que un carnicero en su presencia desquartizase al mensajero; órden que fue cumplida y que debió darla, segun parece, en el momento que la fiebre le turbaba los sentidos; pues saltó de la cama andando de un lado á otro, y al suplicarle su médico que se estuviese quieto, contestó: «Me parece ver delante de mí la tierra roja que soñé en Raca: tráeme, Mesrur, un puñado.» Mesrur obedeció, y Harum dijo entonces: «Por Alá, que este es el mismo brazo que ví en mi sueño.»

Murió á los veinte y tres años de reinado y cuarenta y siete ó cuarenta y ocho de edad: la grandeza de su nombre y la gloria de sus hechos se comunica á cuantos le acompañaron en vida, pues su nombre aparece unido en historias y recopilaciones de novelas y anécdotas á los de su visir Xiafar, al juez Ebu Yusuf, al confidente y compañero Abas Ibn Mohamed, á Mesrur jefe de los Eunucos, á Behlul su bufon, á Fadhl mayordomo mayor, hijo de Rebi mayordomo de Almanzor, á su músico de cámara Ibraim de Mosul, á Abu Moawia narrador de la tradicion, á su novelista Asmais, á los poetas de su córte Mervan Ben Ebi Afsa, Ibn Nuvas, Abul Atabige, Ibnol Ahnef, y á su mujer y parienta Zobeida, fundadora de la capital del Aderbigiam, que por sus cálidos manantiales ó *burgas*, se apellidó Tebris, ó corriente tibia y dulce.

Tenia cien esclavas, cada una de las cuales sabia de memoria la décima parte del Coran, y tenian obligacion de recitarla todos los dias, resultando de aquí que su habitacion parecia una colmena, pues el mermullo de las voces imitaban el zumbido de las abejas. Cien doctores de la ley le acompañaban en sus peregrinaciones, é igual número de poetas poblaban sus antesalas, pues siempre los recompensaba con largueza. Regaló á Mervan en premio de una casida compuesta en loor suyo, 5,000 ducados, dos esclavas griegas, y un caballo régiamente enjaezado.

Mas de cien anécdotas referidas en la historia arábigo-griega de Harum, y de su córte, están motivadas de sus numerosas esclavas y poetas; y el historiador persa Mohamet Aufi ha intercalado unas cincuenta en su *Coleccion de cuentos y anécdotas*: el árabe Ibn Kesir nos ha trasmitido otras tantas y de él tomamos las siguientes.

Harum era ortodoxo severo, todos los dias hacia su oracion acompañada con muchas salutaciones, y daba de limosna diaria mil monedas de plata. Horrorizábase de la menor chanza contra la religion. Un dia le referia Abu Moavia, su relator de tradiciones, la que cuenta la disputa entre Noé y Adan, antes de la creacion del mundo, en el reino de las almas. El tio de Harum que se hallaba presente preguntó. «Dime, ¿en dónde se verificó esa disputa?» Harum montando en cólera le dijo. «Pues que dudas de la tradicion, te la enseñará el verdugo con su tapete y cuchilla.» Solo á fuerza de muchas súplicas conmutó la sentencia de muerte en cárcel. Otro dia mató con su propia mano á uno que se habia atrevido á afirmar que el Coran era obra humana.

Un dia caluroso tenia Harum muchísima sed, Ibnes Semak le trajo un búcaro con agua fresca y antes de dársele le preguntó: «¿Cuánto darias, ¡oh príncipe de los creyentes! por un búcaro como este lleno de agua fresca?—Daria la mitad de mi reino.—Bebe á tu salud» repuso Semak presentándole un vaso. Habiéndolo bebido manifestó deseos de otro; Semak, que volvió á llenarle, le preguntó. «Si te prohibiesen beber otro vaso, ¿cuánto darias por conseguirlo?—Todo mi imperio, replicó Harum.» Pues medita ahora, contestó el otro, ¿qué valor tendrá eso, cuando te lo doy de balde?» Harum lloró por aquella leccion.

Cortábase un viernes las uñas, y Asmai le advirtió que segun el Coran, no se debe hacer aquella operacion mas que en jueves, dia en que se las cortaba el Profeta. Harum le contestó que habia oido que el cortarlas en viernes evitaba el ser pobre. «Temes, pues, la pobreza, ¡oh principe de los creyentes!—¿Quién la teme, ¡oh Asmai! mas que yo?» repuso Harum.

Preguntóle en una ocasion al poeta Ibnol Ahnef cuál era el verso mas tierno que hubiese salido de la boca de un árabe. Ahnef contestó era el de Geinib hablando de Boseino. «Daria mis ojos y lengua por oir la palabra de Boseino.» Harum le dijo: «Mas tierno es tu dístico. Por entre las filas de los siervos de Dios rebosa la alegría, y mi pecho se convierte en santuario.» Ahnef replicó: «Mas tierno es aun, ¡oh príncipe de los creyentes! tu cuarteto: ¿No te basta el dominarme á mí á quien están sujetos todos los siervos de Dios? y aunque me cortases piés y manos diria que eras benéfico y benigno.»

Tambien son de Harum los siguientes versos dedicados á tres esclavas chinas que le servian. «Tres son las que gobiernan mis reinos, y embellecen mi corazon. ¿Quién se atreveria á regir el mundo, si las tres se rebelasen? Contra el amor no hay defensa, pues domina con el auxilio del deseo del placer.»

El español Abder Rabí, el siervo de su señor, autor de la mas antigua y célebre antologia arábiga, en su obra titulada *Los únicos lazos de perlas*, nos ha trasmitido los versos siguientes de Harum: «Esa que me vuelve las espaldas, me ama con todo su corazon. Su alma lo desea, aunque la mirada torva aparenta lo contrario. ¡Oh! tú que me envileces no seas tonta ni rústica. No reconozco mas señor que aquel que es afable y benigno.»

El reinado de Harum fue apellidado nupcial, porque todo él fue una festividad no interrumpida y por todas partes reinó la abundancia, la alegría y los placeres. Le gustaba jugar al ajedrez, y públicamente á la pelota. En su harem

habia cuatro mil esclavas, que todos los dias comparecian ante él, y hacian alarde de su maestría en relatar novelas, cantar, bailar, tañer el laud, é improvisar. Regaló una de ellas al amante primero que tuviera, á quien inspirara una loca pasion. Zobeida, despues de su muerte, introdujo una clase de esclavas, apellidadas *los mozalvetes*. Lo hizo con objeto de distraer á su hijo Amin de la amistad de los meninos, valiéndose de estas esclavas, á quienes vistió de hombre, y que estaban encargadas de escanciarle el vino en copas de oro, y de seducirle con sus atractivos realzados con el traje varonil. Estos mozalvetes femeninos siguieron en boga en el serrallo de los califas: y una vez que el egipcio Mohamet Ben Alí, en su *Cuadro de costumbres de los diez primeros califas*, leia á Kahe, décimo-nono califa abasida, el orígen de los mozalvetes, Kaher pidió una copa para beber á su salud.

Ebu Sceis en su elogio fúnebre á la muerte de Harum, refiriéndose á la parte oriental de su imperio, se espresa en estos términos: El sol retrocedió al Oriente, y el rocío de la noche se confundió con nuestro llanto. ¡Ojalá pudiésemos á costa de nuestra vida volverle la suya!

NUM. XIV.

SAN COLUMBANO Y SAN BONIFACIO.

Aunque los Germanos se convirtieron al Cristianismo en los primeros tiempos de su predicacion, cayeron en los errores de Arrio inducidos por sus mismos obispos; siendo los Francos, entre todos los Bárbaros, los que merecieron la gloria y el honor de observar mas fielmente la verdad católica, y eso que á pesar del bautismo no se habian refrenado las costumbres del rey ni la supersticion del pueblo: Revelábase, empero, al través de aquel desórden moral y político el destino reservado á los Francos, de cimentar la grandeza temporal de la Iglesia, de continuar el poder romano, y de poner coto á las invasiones. Clodoveo al combatir á los Arrianos, Visigodos y Borgoñones, tomó como pretesto la propagacion de la religion católica, y dió muestras con este paso de respetar la conciencia de los convertidos, que ya exigian miramientos de los ejércitos. Al poner el poder secular á disposicion de la religion fundaron los Francos los cánones, de donde emana la autoridad temporal de la Iglesia, y que mas adelante promovió las empresas de Carlomagno y de los Cruzados. Adoptáronse medidas que limitaban la barbarie, manteniendo lo bueno de la civilizacion antigua con un poder que la protegia: cuya importante mision escusa en cierto modo á los obispos que acataban á los reyes criminales, recordando la respuesta de San Remigio á los detractores de Clodoveo «*Mucho puede perdonarse á aquel que se ha hecho propagador de la fe y salvador de las provincias.*»

Difundida la fe al principio por mediacion de los obispos, encontraron estos fervorosos colaboradores en los monges, que no solo vivian en las ciudades sino que tambien iban con las turbas ambulantes y no se contaminaban con los vicios de la córte.

Al introducirse en la Iglesia los Bárbaros turbaron los santos hábitos primitivos, invadiendo el sacerdocio, y ocupando las sedes episcopales: estos obispos guerreros y cazadores no podian dar ejemplo de santidad, y la ignorancia era una gloria entre los nobles y el clero. Aquella aristocracia militar, apoyada por la simonia, perpetuada por el concubinato, hubiera convertido el sacerdocio en una familia y á la Iglesia en un feudo, si los papas no se hubieran opuesto y si no surgieran nuevos auxiliares que les ayudaran en la mision de convertir almas.

Estos auxiliares vinieron de Ibernia, país remoto, que recibiera la fe de San Patricio, discípulo de San Martino y de San German de Auxerre (1). Convertida la Irlanda en pocos años por la palabra de un hombre solo, en poco tiempo se cubrió de monasterios, y entre ellos los de Bangor, Lismore, y Clonaro, contaban cada uno tres mil monges: inflamados con el amor del estudio y del apostolado, nutridos en las letras divinas y humanas, en la ciencia y en la fe, necesitaban comunicarla á su alrededor. Atravesaron, pues, los mares y se difundieron sobre los escollos de las Hébridas, y sobre las montañas de Escocia, é impulsados por una especie de piedad filial se encaminaron á las iglesias de la Galia, de donde ellos recibieran el Evangelio. Allí llegaron con todo el vigor de una raza vírgen no infestada con las costumbres licenciosas del Mediodía, renovaron las filas del clero ocupado en la conversion de los infieles, y de este modo se encontraron unidos hombres de tres naciones: Galo-romanos, que por mucho tiempo formaron el núcleo del sacerdocio: Francos, á quienes no atraia la ambicion y la simonia: Irlandeses, que corregian la molicie de los primeros y la ignorancia de los segundos, y que formando una milicia con todos, los llevaban á la conquista cristiana por Alemania y Baviera atravesando el Rhin.

Las tribus germánicas, que habian formado una confederacion poderosa bajo el nombre de Alemanes, rechazados de la izquierda del Rhin por los ejércitos de Clodoveo, se retiraron á los valles de la Suevia y de la Suiza, y gobernados por jueces francos, conservaron la libertad de creencias y costumbres. Tenian templos y sacrificios públicos; y en los caminos se tropezaba con cuadrillas de Bárbaros, ocupados en contemplar el caldero donde hervia la cerveza consagrada á Wodan (2). Los pocos sacerdotes que en las poblaciones existian, eran insuficientes á evitar la ruina de las iglesias profanadas.

Al principio del siglo VI empezó la predicacion de los Irlandeses en este país; y es sublime la poesía con que se describe en las leyendas la navegacion de estos apóstoles de ultramar, sus heróicos viajes en los desfiladeros de los Alpes, al través de los hielos y los osos. Los sueños les

(1) Seguiamo A. F. Ozanam, *Del establecimiento del cristianismo en Alemania.*
(2) *Vita S. Columbani, auct.* Jona *monacho bobbiensi.*



S. BONIFACIO

GASPAR Y ROIG EDITORES,

MADRID

servian de aviso; los árboles se inclinaban para enseñarles el sitio donde podian reposar: las fieras venian á lamerles las manos: los muertos resucitaban para adorarlos (1). El jóven Findano, apresado por los piratas en la costa de Irlanda, se fuga y se oculta entre las rocas de un islote inhabitado; acosado por la marea que subia, se echa á nado, aporta á Belgia, se interna en el país de los Alemanes, construye allí una ermita y en ella muere (2). Le habia precedido Fridolino, que habia venido de las Galias, en el reinado de Clodoveo, para predicar la fe: se habia internado mas allá de Coira, y habiendo tomado posesion de la isla desierta de Seckingen, fundó un convento de monjas, con la santa intencion de vencer la incontinencia de aquel pueblo grosero con el espectáculo de la virginidad, y la fuerza con el respeto de la debilidad (3).

Tambien fundó el cláustro de San Hilario, cuna de Glaris. El ejemplo cundió, y los francos Ruprecht y Wickard fundaron monasterios en montañas que se creian inaccesibles. Su santa vida atrajo discípulos: los pastores y cazadores de los contornos se apresuraron á construir sus cabañas en torno de los siervos de Dios, y los dos monasterios llegaron á ser las ciudades de Lucerna y Zurich.

Pero de todas estas misiones, la que efectuó la conversion de la Alemania, y dejó huellas eternas en la historia de la emigracion de los Irlandeses fue la de San Columbano.

En el año 590, cuando estaban á punto de desaparecer las costumbres cristianas entre los Francos á consecuencia de los desórdenes de la guerra y el descuido de los prelados, apareció en la córte del rey Gontrando un monge estranjero, de treinta años de edad, de tan estremada belleza, que le habia valido el amor de todas las jóvenes, asi como su ciencia y piedad causaban la admiracion de los monges de Bangor, donde se refugiara (4). Cediendo á su inspiracion atravesó los mares para servir á Dios predicándole entre pueblos que no le honraban, y acompañado de doce hermanos de su órden, obtuvo del rey la eleccion de una mansion próxima á los Vogesios; y se retiró á las cercanías de Luxenib (*Luxovium*) que habia sido colonia romana, y cuyos ídolos existian aun en el bosque contiguo. Veinte años pasó trabajando, estudiando y rezando. Para vencer la apatía del ánimo dictó á sus discípulos reglas por este estilo. «El monge vive bajo la disciplina de uno solo y en la compañía de muchos, para aprender del uno la humildad, de los otros la paciencia... Siempre debe tratar de progresar, de rezar, trabajar, estudiar. Sea parco en el comer y hágalo por la tarde... El monge solo debe acostarse cuando le abrume el cansancio y debe levantarse sin terminar su sueño. No juzgará las decisiones de los ancianos: su deber es obedecer, conforme á las palabras de Moisés, *Israele, escucha y calla*.

El austero legislador hacia florecer en torno suyo el cultivo de las letras antiguas, y cuidaba que los suyos se instruyesen en la gramática, retórica y geometría; componia él mismo versos en el metro de los de Virgilio y Horacio: bajo tal disciplina se formó la abadía de Luxenib, que envió colonias que difundieron por toda la Germania ejemplos grandiosos y sanas doctrinas. La reforma, sin embargo, se verificó lenta y peligrosamente. Tierrico II habia sucedido á Gontrando, y Bruneguilda, su abuela, temiendo el crédito de una esposa coronada, le retraia del matrimonio; y le rodeaba de concubinas. Visitando Columbano un dia á la reina, esta le presentó los bastardos de su hijo, suplicándole que los bendijese. *Sabed*, le dijo este, *que no reinarán, porque son hijos de prostitutas.*

Esto le acarreó persecuciones, y arrojado de Luxeuib con los primeros compañeros de su peregrinacion, fué á buscar un asilo en el país de los Alemanes. Volvió á pasar el Rhin, recorrió el Aar, el Limmat, siguiendo hasta Zurich predicando siempre la fe, destruyendo los ídolos, sufriendo con frecuencia las amenazas, injurias y persecuciones de los Bárbaros. Por fin se detuvo á orillas del lago de Constanza, en un paraje fértil, coronado de montañas, y en el centro de las ruinas de la ciudad de Briganzio. En aquel sitio, y en una capilla dedicada á Santa Aurelia, los naturales adoraban y ofrecian sacrificios á tres ídolos de bronce, divinidades antiguas de aquella comarca. Llegó el dia de celebrar la festividad de la patrona de la Iglesia, y los estranjeros reunieron la muchedumbre, la exhortaron á abandonar sus falsos dioses, rompieron los ídolos y los arrojaron al lago: acto contínuo Columbano celebró el santo sacrificio en el altar purificado, y el cristianismo tomó posesion de aquella region. Los monges permanecieron allí tres años, unos cultivando la tierra, otros tejiendo redes, y todos predicando la fe.

Los paganos, obstinándose en su idolatría, los abrumaban de injurias, y los acusaban ante los nobles Francos diciendo que espantaban la caza de sus bosques, de cuyas resultas mataron dos monges los mesnaderos. Visto esto, dijo Columbano á sus hermanos. «*Habíamos encontrado una concha de oro; pero está llena de sierpes*, y sacudiendo el polvo de sus sandalias, atravesó los Alpes, pasó á Italia, donde fundó el monasterio de Bobbio, tercera estacion de aquella carrera gloriosa, que dejó tras sí una huella luminosa. Uno de los peregrinos irlandeses, atacado de fiebre, se habia quedado rezagado, viéndose solo, se retiró á las montañas circunvecinas donde se fabricó una celda, principio de la abadía de San Galo, destinada á ser una de las lumbreras de la Iglesia occidental que habia de iluminar la Germania meridional: principado poderoso que mas adelante civilizaria á sus numerosos vasallos; escuela donde se

(1) *Vita S. Fridolini*, ap. BOLLAND. 6 marzo.
(2) *Vita S. Findani*, ap. GOLDAST. *Scrip. Rer. alemanic.*
(3) *Vita S. Fridol.* En esta hay un pasaje de bondad estremada: *Magister tantæ mansuetudinis erat, ut, quando pueri, sicut mos est parvulorum, conscenderent arborum ramos causa colligendi poma, juxta stipitem stans observaret eorum descensum, qualcnus suo blandius impositi dorso nullatenus ruinam timerent, eisque tunc fugentibus dixit: Fugite, o miseri, fugite, ne veniat qui vos absque misericordia damnet!*
(4) *Puellarum amoribus ob elegantiam formæ exagitatus, patriam deserit, in monasterio Banchor accipitur.* Vita S, Colum.

habia de formar el genio nacional con el estudio de la antigüedad y donde por primera vez se escribiria la lengua tudesca: y andando el tiempo tras los teólogos y doctores saldrian los primeros poetas caballerescos.

La emigracion irlandesa no se limitó á una provincia solo; ya se revelaba esa inclinacion aventurera que en la actualidad los impele á enviar colonias á América, India y Occeanía. La caridad de los magnates fundaba hospicios en muchas poblaciones de la Galia para estos estranjeros, que traian consigo la ciencia: á San Lívino asesinado por los idólatras, sucedieron otros muchos predicadores; á fines del siglo sétimo, ocuparon la sede de Strasburgo dos irlandeses uno tras otro; en el año 689, Kiliano, obispo de la misma nacion, recibia en Roma la mision de convertir infieles, y habiéndose establecido en Wurzburgo del Mein, bautizó á muchos y padeció el martirio.

Así iban las misiones introduciéndose en toda la Germania, y abarcaban la poderosa nacion de los Bávaros, donde se refugiara Ruprecht, obispo de Worms, cuando tuvo que abandonar su sede; acogido en Ratisbona bautizó al duque, de allí marchó á la Pannonia, donde fundó la ciudad nueva de Salzburgo y tres abadías: aterrado el paganismo entre estos pueblos, vencido en los espíritus, se refugió en las pasiones; los ídolos cayeron sin mucho trabajo, mas la regeneracion de las almas costó sangre.

Existian, pues, á fines del siglo sétimo en Germania tres pueblos convertidos al cristianismo, Francos, Alemanes y Bávaros: la religion que ya dominaba á los hombres empezó á influir en las instituciones; se compilaron los estatutos nacionales, que una vez escritos, quedaban permanentes; y clasificados é ilustrados poco á poco traducidos al latin se acomodaron á la jurisprudencia, tomando paulatinamente la forma y el espíritu de las legislaciones ordenadas. Aun en el dia se trasluce en el fondo del código de estos tres pueblos su orígen pagano, pero se distingue tambien la introduccion y desarrollo de tres elementos beneficiosos; la monarquía en los Ripuarios, el derecho canónico en los Alemanes, y el romano en los Bávaros. Contrayéndonos al punto céntrico en todos ellos, donde, por decirlo asi, la Iglesia encadenó la barbarie con providencias que la sujetaron, vemos los bienes del clero amparados por la ley; á los reyes confirmando é imitando la piadosa munificencia de los emperadores; las mandas de los fieles consagradas con un auto auténtico, depositado en el altar en presencia de seis testigos; el robo hecho á un sacerdote castigado triplemente que el hecho á un seglar. Aun en tiempo de conquista, cuando la posesion de lo conquistado por la fuerza, con la fuerza se conservaba, y cada propiedad era una fortaleza, y las guerras civiles esponian los bienes á la eventualidad de la victoria, ya en los códigos de los Bárbaros se reconoce el dominio que provenga de orígen pacífico, y esté en manos débiles, bajo la salvaguardia del derecho: garantía que es la cualidad de la posesion entre las naciones modernas.

Tambien se ostentan las disposiciones que aseguran la inviolabilidad de los eclesiásticos. El homicidio y la mutilacion se castigaban pecuniariamente segun el grado del delito, siendo mayor la pena si el ofendido era preste ú obispo; pero el castigo metálico no era compensacion sacrílega entre el oro y la sangre; ofrecíase á la familia del muerto como una transaccion que evitaba el derecho de represalias. Ofreciendo y aceptando el rescate las partes renunciaban el duelo, y se sometian al imperio de la ley que establecia la indemnidad. La Iglesia no podia aprobar los desafios, y el matador no tenia que entenderse con los parientes, que por su corto número podia despreciar, sino con una sociedad poderosa que le hacia sufrir la humillacion forzosa del castigo. Protegiendo con pena doble, triple, ó cuadruple, la vida del eclesiástico inerme, sobreponíase el respeto al miedo, fundábase la seguridad individual sobre un principio nuevo, en lugar de la defensa propia, costumbre de los Bárbaros, se instituia un reglamento mejor, por el que la ley sola imperaba entre ciudadanos voluntariamente desarmados.

Completaba esta legislacion benéfica el derecho de asilo, contra el que tanto se ha declamado por no comprender su esencia. El asilo, es verdad, defendia al culpable, no de la justicia, sino de la venganza. En tanto que el ofensor estuviese en terreno sagrado, los ofendidos no podian desnudar la espada contra él; pero lo dejaban bajo la custodia del sacerdote, que de él respondia. De esto nacia la necesidad de la transaccion pecuniaria, que espiando la ofensa, evitaba las represalias y restablecia la paz.

Al mismo tiempo que el cristianismo conquistaba naciones, estendia por ellas la civilizacion: veinte y tres sedes episcopales se contaban entre el Rin y el Danubio, en la frontera que Augusto y Adriano señalaran como confines del imperio, de modo que al finalizar el sétimo siglo el cristianismo habia recobrado cuanto perdiera aquel; hacíase, pues, necesario penetrar en la Gran Germania si se habia de asegurar la paz, toda vez que las tribus idólatras, tras de estar siempre amenazando el destruirla ofrecian ejemplos de corrupcion; mas para esto se necesitaba que el cristianismo reuniese sus propias fuerzas, y que á las episcopales y monacales se uniese la intervencion pontificia, y que la autoridad espiritual se apoyase en el brazo secular, asi se verificó porque apareció un hombre que por su grandeza sirvió de lazo á tantos poderes reunidos y de instrumento á sus designios.

Hemos ya dicho, y lo repetimos ahora, que las iglesias germánicas, descuidadas por los papas, que indiferentes á sus fatigas solo se acordaron de ellas cuando llegó la ocasion de recibir homenajes y dinero, habian cumplido su tarea sin ayuda alguna; pero estas misiones dirigidas sobre diferentes puntos y por hombres de distintas naciones, mal se hubieran sostenido si no tuvieran un pensamiento comun que regulase su conducta. Los sacerdotes francos, irlandeses y galos, que hablaban un mismo idioma, versados en los mismos estudios, regidos por las mismas leyes, considerados como ciudadanos romanos en los

códigos de los Bárbaros, formaban un pueblo latino que reconocia por jefe supremo al pontífice romano. Para ellos Roma, aunque abatida, era siempre el centro de los destinos del mundo. El grán concurso que á ella afluia de todas las naciones, sus científicas escuelas, sus concilios, sus recuerdos, producian un movimiento de ideas y doctrinas que atraia á esta ciudad á los hombres del Norte. Muchos obispos y monges habian pasado los Alpes para satisfacer su piedad y reregularizar sus intereses: las peregrinaciones suplian á las negociaciones, porque en aquella época se escribia menos para obrar mas. Sobre el sepulcro de San Pedro recibieron su mision, Amando de Maestricht, Kiliano de Wurzburg, Corbiniano de Frisinga, y en el año 696 el monge anglo-sajon Wilibrod fue consagrado por el pontífice romano para convertir á los paganos de la Frisia. Estos fundadores de iglesias recibian el poder de los papas; otros recibian consejos, pues á eso solo venian, porque las colonias cristianas, temerosas de los infieles, alarmadas por la indisciplina del clero y las supersticiones de los neófitos, acudian al gobierno tutelar, residente en el Vaticano. La correspondencia de Gregorio el Magno, y las actas de los papas Ormisda, San Martino, Conon, Sergio, Constantino, manifiestan lo que por los Germanos hicieron estos infatigables ancianos, á quienes la salvacion de las almas ocupaba incesantemente.

La Germania en esta época necesitaba de Roma, y, cosa estraña, tambien Roma necesitaba de la Germania. Hacia mas de un siglo que la Italia estaba fatigada de sufrir la tirania teológica de los emperadores griegos y sus rapaces exacciones, y los pueblos irritados habian derribado las efigies de los césares heréticos, y desechado su moneda. Empezaba á desarrollarse la persecucion de los Iconoclastas, y cada vez se veia mas claro que el imperio de Oriente se segregaba de la cristiandad. Para sostener el equilibrio debia esta reparar sus pérdidas en Occidente. Sabian los papas que en él tenian hijos turbulentos, pero al mismo tiempo valientes. En la hermosa nacion de los Francos, entre las tribus ostrasianas, que eran la flor, reinaba, bajo el título de mayordomo de palacio, una familia de héroes. Pepino de Heristal con el poder de su ejército habia abierto camino en la Frisia al Evangelio y ensanchado la frontera cristiana: Cárlos Martel, su hijo, habia arrojado á los paganos de la Sajonia hasta el Weser.

Ocupaba á la sazon la silla apostólica Gregorio II; patricio por su nacimiento y amamantado en las tradiciones de la política romana, calculó los acontecimientos y no les tuvo miedo. Por una parte procuró ser fiel á lo pasado y no menoscabar la antigüedad del imperio: sostuvo á los Italianos en su deber sin abandonar sus derechos y negó á los Longobardos las llaves de la ciudad eterna. Por otra parte no renunció á ese porvenir infinito que ha sido prometido á la sociedad cristiana, y asegurando la adopcion de las naciones jóvenes del Norte le afirmó. Desde aquel momento solo tuvo dos móviles, animar los esfuerzos del apostolado en la Germania idólatra y consolidar las iglesias fundadas en las provincias de los Francos. Por su órden visitaron la Baviera tres legados, con encargo especial de restablecer la pureza del dogma y la severidad de la disciplina (1), pero estos legados no dieron completo resultado al pontífice que aun no habia encontrado el instrumento de sus designios; por fin, el año 719 se presentó á él un monge anglosajon, que despues de sacar de debajo de su manto una carta sellada por su obispo, se la presentó y humildemente esperó la respuesta.

Se llamaba Winfrido, y tenia cuarenta y cinco años de edad, era natural de Kirton, reino de Wessex; su mucha erudicion en las letras sagradas y profanas que adquiriera en los monasterios de Exeter y de Nuschell, y la reputacion de su doctrina, le valiera el ser nombrado para las cátedras de los conventos y que le consultaran todos los particulares en sus negocios; para todo tenia salida, pues su talento no encontraba obstáculos; mas renunciando á estos honores resolvió partir á Frisia á iniciarse en el apostalado bajo la direccion de los obispos Wilibrod y Wulfran; hubiera satisfecho este piadoso anhelo si la insurreccion armada de Ratbord, duque de los Frisones contra Cárlos Martel, no hubiera dispersado á los cristianos nuevos, por lo que Winfrido tuvo que refugiarse á la Gran Bretaña. De allí salió para Roma á confirmarse en su vocacion. Escuchóle el papa, le animó en su idea, y despues de asegurarse de su doctrina y piedad, le envió, en nombre de la indivisible trinidad, y por la autoridad de San Pedro, príncipe de los apóstoles, á llevar la palabra de Dios á las naciones infieles.

Provisto de tales poderes Winfrido se volvió por la Lombardía, la Baviera, la Turingia, la Francia, «tratando, segun las instrucciones de la Santa Sede, á los pueblos como á las abejas que zumban alrededor de las flores de un jardin antes de libar la miel en el cáliz que apetecen.» Cuando con la muerte de Ratbod terminaron las persecuciones que desolaban la Frisia, volvió al lado de Wilibrod, á quien ayudó en sus funciones por espacio de tres años, hasta que sobresaltado de la carga episcopal que el anciano queria trasmitirle, se retiró (722) á ejercer las faenas mas humildes al país de los Assianos, confinantes con los Sajones. Al encontrarse solo en aquellos bosques y entre pueblos peligrosos, parece que el horror de la soledad turbó un instante su calma; pues en la amargura de su corazon escribió á sus hermanos de los conventos de la Gran Bretaña, pidiendo consejos y consuelos, con especialidad al obispo Daniel de Winchester, maestro de su juventud. Daniel le contestó, infundiéndole valor y reanimando su celo. «No os detengais, le escribia, en predicar cóntra las genealogías de sus falsos dioses; dejad que repitan en vuestra presencia que sus dioses nacieron unos de otros por obra de varon; con esto podreis probarles que dioses y diosas nacidos de naturaleza humana no son mas que hombres, y que habiendo tenido principio su existencia no existieron, pues, siempre. Luego les preguntareis si el mundo tuvo

(1) SCHANNATI, *Concilio Germ. ad ann.* 716.

principio ó es eterno; y si tuvo principio, ¿quién lo ha criado? ¿y dónde existian antes de la creacion estas divinidades que nacieron? Si dicen que es eterno, ¿quién lo gobernaba antes de la venida de los Dioses? ¿Por qué sometieron á sus leyes este mundo que no las necesitaba? ¿De dónde vino el primero? ¿y por quién fue engendrado aquel que engendró á los otros? Estas y otras objeciones, hacedlas con moderacion y mansedumbre, no con dureza ni acrimonia. Si elogian el imperio inmemorial de sus Dioses, decidles que los ídolos fueron adorados en toda la tierra antesque esta se reconciliase con Dios por la gracia de Jesu-Cristo.»

Este miramiento con las tradiciones nacionales, esta tolerancia apoyada con tanta fuerza y austeridad, atrajeron poco á poco á los Bárbaros, que salian de sus chozas para escuchar al sabio estranjero que hablaba su idioma, y conocia las tradiciones de sus antepasados. Bautizáronse muchos, y se reconciliaron los que bautizados hacia mucho tiempo, habian vuelto á adorar los ídolos: dos hermanos conmovidos por los discursos del sacerdote, le dieron una posesion suya llamada Amnoburgo, donde construyó una iglesia y monasterio. En vista de estos resultados envió á su discípulo Binna para que diese cuenta de ellos al pontífice romano, y poco despues marchó él mismo en persona.

Con el segundo viaje de Winfrido á Roma empieza la segunda época de su mision. El papa le recibió en la basílica del Vaticano, conferenció largo rato con él, y le preguntó su profesion de fe, que dió por escrito, «para que no se le olvidase cosa alguna en materia tan grave en el trascurso de la conversacion.» Por último el dia de San Andrés del año 723, Gregorio II le consagró obispo regionario, ó lo que es lo mismo, sin límites de jurisdiccion, y cambió su bárbaro nombre por el profético de Bonifacio.

Al volverse Bonifacio á las naciones del Norte le dió el papa el libro de los sagrados cánones y cartas para Cárlos Martel, duque de los Francos, para los obispos, y para los cristianos, á quienes exhortaba á protegerlo, ayudarlo y favorecerlo; tambien les escribió á los idólatras turingios y sajones, cerca de los cuales le acreditaba como enviado de Dios para la salvacion de sus almas.

La primer persona que despues de su salida de Roma visitó Bonifacio fue Cárlos Martel, quien le dió un salvo-conducto firmado por su mano y sellado con su anillo, y en el cual ordenaba á los obispos, duques, condes, palatinos y oficiales de todas graduaciones, que respetasen al hombre apostólico «para que encontrase en su camino paz, justicia, y seguridad.» Volvióse, pues, á la Turingia y á la Assia, donde le esperaban muchos neófitos para que les impusiese las manos. Como aun habia muchísimos que en público ó privadamente ofrecian sacrificios á los árboles y fuentes, y practicaban la adivinacion y la mágia, consultando el canto de los pájaros, se determinó por consejo de los mas instruidos derribar un árbol estraordinariamente alto, que los paganos llamaban encina de Thor, cerca de Geismar, Acudieron infinidad de Bárbaros amenazando defender con las armas este último signo del culto de sus padres, y dispuestos á matar al enemigo de sus dioses. Apareció el obispo rodeado de su clero, y á los primeros golpes de la segur, la encina, como impulsada por un soplo divino, se desplomó bajo el peso de sus ramas y cayó dividida en tres partes, de modo que sin trabajo alguno se rompió en cuatro troncos grandes. La muchedumbre idólatra retractó sus amenazas y alabó al Dios de los Cristianos.

Esta victoria de un dia debia ser apoyada por el esfuerzo de muchos años. Del árbol consagrado se construyó un oratorio en honor de San Pedro, y en las cercanías de Altemburgo y de Ordruf se fundaron iglesias; y como no fuesen suficientes los pocos y pobres prestes que habia, Bonifacio escribió á los obispos de la Gran Bretaña, doliéndose de la responsabilidad que le imponian sus deberes episcopales. «Porque aquellos que son llamados al ministerio de la palabra no les basta vivir santamente, y perecerán si se cansan ó dejan de buscar á los descarriados, como aquellos que perecen por su silencio.» Reclamaba por tanto su ayuda, pidiéndoles ornamentos sacerdotales, campanas, y principalmente libros, *las preguntas* de San Agustin de Cantorbery, apóstol de los Anglo-Sajones con las respuestas de San Gregorio Magno; los comentarios de los padres sobre San Pablo, las epístolas de San Pedro; ademas pedia nuevos operarios para la predicacion del Evangelio: los monasterios anglo-sajones le suministraron lectores y escritores, futuros obispos, y monjas, ante cuya piedad se amansaba la ferocidad de los Germanos.

Pocos años despues Bonifacio daba leyes, ritos, y costumbres á mas de cien mil adeptos. Era tan inflexible en su disciplina que no quebrantaba los ayunos monásticos á pesar de las fatigas apostolicas, siendo incansable en introducir en sus nuevas iglesias los santos cánones en toda fuerza. En el año 731 recibió del papa el pálio, en señal de autoridad metropolitana, y con el establecimiento de los obispos sufragáneos completó el arreglo de la sociedad católica en una comarca donde nueve años antes plantara una cruz de madera entre las cabañas de un pueblo salvaje.

En este intermedio las empresas de Cárlos Martel, asegurando la victoria de los Ostrasianos en la Neustria, y de la aristocracia militar sobre la monarquía habian cambiado la faz del país. Los Francos orientales se abrazaron como conquistadores en las ciudades del Occidente y del centro que gobernaban pacíficamente los oficiales del rey, y todas las violencias de una invasion bárbara se confundieron en el cambio de una revolucion política. Por este tiempo los ejércitos sarracenos atravesaron los Pirineos y se estendieron por la Setimania y la Aquitania; en el valle del Ródano ocuparon á Leon, Besanzon, y avanzaron hasta Sens; cruzado el Garona y conquistado Poitiers, amenazaban incendiar el santuario nacional de San Martin de Tours. La batalla que salvó la iglesia de los Galos, les costó cara, pues sus bienes fueron dados en feudo á sus guerreros, y Cárlos, asediado de las importunidades de los suyos, arrojó á sus obispos y

abades. Ocuparon sucesivamente la sede de Maguncia dos soldados: Geraldo, que pereció en un combate contra los Sajones, y Gewielieb su hijo, que buscó al matador de su padre, le traspasó con su espada, y sin remordimiento alguno continuó oficiando (1). Prelados de esta clase mal pudieran refrenar al clero; el desórden no conció límites; desvaneciéronse los restos de la reforma verificada por San Columbano, y si hemos de creer á Incmaro, por un momento desapareció del todo el cristianismo y en las provincias orientales se restablecieron los ídolos; para cúmulo de desgracias la heregía griega, propagada en el mediodía de la Germania por los Godos y Erulos, renacia de sus cenizas; el arrianismo aparecia en Baviera, y unos monges africanos habian difundido las doctrinas maniqueas. De aquí resultó que se veian obispos sin sede, sacerdotes sin mision, siervos tonsurados que huian de casa de sus dueños, clérigos adúlteros que salian de las orgías embriagados y bamboleándose para ir á leer el Evangelio al pueblo. Sacerdote habia que despues de sacrificar toros y cabras al Dios Thor, bautizaba á los niños sin saber en nombre de qué divinidad. El herege Adalberto recorria las orillas del Rin, haciendo leer en su presencia una carta de Cristo, traida por los ángeles, ofreciendo milagros, y distribuyendo reliquias. La multitud, arrancada de los oratorios que ella misma construyera bajo su propia invocacion, desertaba de las iglesias, y ya no escuchaba la voz de sus pastores. Estos estravíos recordaban los errores del gnosticismo y demostraban el trabajo que costaba á la razon humana, seducida por la idolatría, doblegarse á la verdad (2).

Bonifacio tenia que salvar á la Germania cristiana de un peligro político y teológico y esto es lo que hizo en el tercer período de su mision; que como en los otros dos empezó por una peregrinacion. Ya, al visitar las riberas del Danubio, habia visto la tiranía de los grandes, la corrupcion de los eclesiásticos, la audacia de los sectarios; males eran estos que exigian una represion decisiva. Por muerte de Gregorio II, ocupara la silla pontificia Gregorio III, que seguia la marcha trazada por su antecesor y á él acudió, saliendo para Roma el año 738, acompañado de un numeroso séquito: allí recibió del sumo pontífice la hospitalidad mas fraternal, de los Romanos la veneracion, y la piadosa solicitud de los estranjeros Francos, Bárbaros, Anglo-Sajones, y de los peregrinos de todas las naciones, acompañándole siempre una multitud de personas que no querian perder sus discursos. Pasó un año entero en la ciudad eterna, ocupado en poner órden á los negocios de su diócesis en union de Gregorio III, en visitar los sepulcros de los santos para encomendar á sus oraciones el resto de sus ancianos años. Marchó por fin lleno de regalos, con tres cartas para todos los prelados, para las naciones convertidas, y para los obispos de los Alemanes y de los Bárbaros. Se le habia conferido una nueva y honrosa mision, la de instituir sedes episcopales, reformar el clero y el pueblo, y hacer cumplir la disciplina eclesiástica de aquel país.

El legado de la Santa Sede se dirigió principalmente á Baviera, y puesto de acuerdo con Odilon, duque de aquella comarca, empezó la reforma religiosa. Su primer cuidado fue convocar un sínodo (740?), en el que se acordó dividir la provincia en cuatro obispados, á saber Salzburgo, Frisinga, Ratisbona y Passau: en ellos se colocaron cuatro sugetos de reconocido mérito, y en torno suyo se agruparon los sacerdotes, y derrocada la heregía, cayeron para siempre los ídolos, empezando á florecer la semilla sembrada por San Severiano y San Ruperto. Bonifacio dió cuenta á la Santa Sede de su mision y partió hácia el Norte. El año 742 celebró un segundo sínodo para la Franconia que dividió en tres diócesis, Wurzburgo, Bamberg y Eichstœdt, uniendo á ellas el Erfurt por la Turingia: en las actas del concilio se profesó «la unidad de la fé católica, la sumision á la Iglesia Romana, y la obediencia á los preceptos de San Pedro, para ser admitidos en su grey.»

Al año siguiente se celebró en Leptine, cerca de Cambray, una asamblea presidida por Bonifacio, y á la que asistió Carlomano, hijo y sucesor de Cárlos Martel, como mayordomo del palacio de Austrasia. Todas las clases del clero, «obispos, sacerdotes, diáconos y clérigos inferiores, prometieron hacer renacer con sus costumbres y doctrinas las santas reglas de los Padres y las leyes de la Iglesia.» Los abades y monjes se sometieron á la regla de San Benito. En otros artículos se fijaban los bienes eclesiásticos, se prohibian el adulterio, el incesto, los desposorios ilícitos, la venta de esclavos cristianos á los idólatras, y las prácticas paganas bajo la pena de quince monedas. Para ilustrar el celo de los misioneros se hizo una lista de treinta supersticiones populares, monumento instructivo del paganismo germánico; y se propuso esta fórmula para los convertidos. «Renuncio al demonio, á la comunion del demonio, á las obras y palabras del demonio, á Dunnar, Woden y Saxnot, y á todos los espíritus impuros que están con ellos.»

Estas asambleas solemnes, santificadas por el pontífice, presididas por un santo, y bajo la proteccion de dos jefes poderosos, escitaron la admiracion del pueblo, renovando la série de los sínodos nacionales, interrumpida hacia ochenta años, y fueron asimiladas á los grandes de Nicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, pues si en estos se establecieron los dogmas de la Iglesia, en aquellos se establecieron las naciones.

Asegurada la paz interior, debia afirmarse la victoria esterior, y Bonifacio se encargó de esto, contando con aquella milicia monacal que habia formado en Orhdruff, enseñada en la observancia estricta de la regla, y del trabajo manual. El 12 de marzo del año 744, á orillas del Fulda, y en un bosque de hayas, siete monjes guiados por el discípulo Sturm, apoyados en una donacion del duque Carlomano, desmontaron el terreno donde se puso la primer piedra de la abadía de Fulda, émula de la de San Galo, colonia civilizadora de la Alemania central; baluarte y ejemplo á un tiempo para los nuevos cristia-

(1) Otelon, *Vita S. Bonifacii.*
(2) Wurdtwein, *Epist. Bonif.* 142; *Epist. p. Zachariæ*, 114 y 140.

nos. La aplicacion de los cánones de Leptine, se corroboró con sínodos posteriores: disposiciones adaptadas á aquellos paises, imbuyeron la fe cristiana en el espíritu y en la lengua de los Bárbaros: se previno á los sacerdotes enseñasen á todos los fieles de su jurisdiccion la oracion dominical y el símbolo; debiendo traducir en el idioma del país la abjuracion, la profesion de fe, y la confesion de los catecúmenos. Para que esta obra de tantos años pudiese conservarse, requeríase una sede potente, cuya autoridad se estendiese sobre la frontera cristiana y sobre el campo de batalla de las misiones. La asamblea de los Francos eligió á Maguncia para Metrópoli y á Bonifacio para metropolitano: el papa Zacarías aprobó la eleccion, y por solemne decreto, erigió á Maguncia en ciudad arzobispal, con jurisdiccion sobre Tongres, Colonia, Worms, Spira, Utrecht, con mas los pueblos de Alemania donde «la predicacion del venerable obispo habia difundido la luz de Cristo.»

La restauracion que se efectuaba en la Iglesia germánica, era necesario subiese hasta el Estado. El espíritu de disciplina, restablecido entre el clero, cundió entre los grandes, y todo se encaminó á la unidad. Ya era tiempo de que acabase la union anómala de un príncipe sin poder y de un mayordomo poderoso; consultó la nacion al papa, y este aconsejó se restableciese el estado verdadero de las cosas reuniendo bajo una sola cabeza el título y el poder, por cuya razon fue alzado sobre el paves Pepino el Breve, y Bonifacio le ungió rey.

Bonifacio, que habia llegado al colmo de su gloria, siendo legislador religioso de un nuevo imperio, y el mas enaltecido de la cristiandad despues del sumo pontífice, Bonifacio no olvidó sus juramentos y dedicó su solicitud á los intereses universales de la Iglesia. Visitó en Pavía á Liutprando, rey de los Longobardos, para contenerlo en sus miras ambiciosas que mas de una vez le condujeran á las puertas de Roma. Con sus cartas sostenia el fervor de los monasterios de la Gran Bretaña; tambien á Estibaldo, rey de Mercia, le reconvino por su vida relajada en una epístola: ni escaseaba á la Santa Sede consejos sinceros, animando con su celo el del papa Zacarías, á quien pidió la supresion de las danzas idólatras, celebradas en las plazas de Roma en las calendas de enero. Tantas atenciones no estorbaron á aquella alma grande, ocupada en los intereses temporales y eternos, el continuar cultivando las letras, ocupacion favorita de su juventud. Desde el fondo de su soledad en Turingia, siguió los progresos de las ciencias en la Iglesia floreciente de la Gran Bretaña, de la cual era discípulo, y pidió los escritos de Beda, que oyera elogiar como una luz enviada por Dios para consuelo de los suyos. Habiendo sus largas veladas empleadas en leer debilitado su vista, se procuró un ejemplar de las profecías en letra gruesa «sin abreviaturas ni nexos, para no cansar sus ancianos ojos.» Y en su inmensa correspondencia, entre las consultas á los papas, y las exhortaciones á los reyes, se hallan cartas de una monja anglo-sajona, que le envia algunos versos latinos, tímidos ensayos, para que se digne corregirlos é ilustrarla con sus consejos en el bellísimo arte poético, cuyos elementos le enseñaba su abadesa.

A principios del año 755, se difundió una noticia aflictiva por las orillas del Rhin; la Frisia, que desde la muerte de San Wilibrod no disfrutara de paz, habia abjurado el cristianismo y repuesto sus falsos dioses. Bonifacio, á la sazon octogenario, se acordó de los neófitos que allí tuviera siendo jóven, y escribió á Fuldrado, abad de San Dionisio, recomendándole encarecidamente sus sacerdotes y monjes, que vivian en la mayor pobreza en las fronteras de los Paganos; dimitió la dignidad arzobispal en su discípulo Lull, á quien encargó completase las iglesias de Turingia, construyese la basílica de Fulda, y conservase la fe en los pueblos. «Yo, continuaba, voy á ponerme en camino, porque se acerca el dia de mi partida, y nada puede distraerme de ella por ser mi mas ardiente deseo. Por esta razon, hijo mio, prepáralo todo poniendo en la maleta de mis libros la sábana que debe envolver mi anciano cuerpo.»

Llevó en su compañía al obispo Eoban, á los sacerdotes Walter, Wintrig, á los diáconos Amund, Skirbald y Bosa, y á los monjes Wacar, Gundwacar, Illesher y Bathowulf, y embarcándose en el rio, llegaron á Utrecht: allí descansaron unos dias, tras los cuales empezaron á predicar el Evangelio á las gentes, administrando el bautismo á millares de hombres, mujeres y niños. El dia 5 de junio se encontraban á orillas del Burda que separa los Frisones orientales de los occidentales, y la tienda del arzobispo estaba erigida cerca de Dockum: ya estaba preparado el altar, dispuestos los vasos sagrados para el sacrificio, y convocada una inmensa muchedumbre que debia recibir la imposicion de las manos, cuando al salir el sol apareció un gran tropel de Bárbaros armados de lanzas y escudos, que enfurecidos atacaron el campamento: los siervos empuñaron sus armas para defender á sus señores; pero el hombre santo, al primer rumor del combate, sale de la tienda rodeado de los clérigos que llevaban las reliquias, compañeras suyas inseparables. «Detenéos, hijos mios, les dice, acordaos que la Escritura enseña á volver bien por mal. Este es el dia que tanto he deseado siempre, y la hora de nuestra libertad se aproxima. Sed fuertes en el Señor, esperad en él, y él salvará vuestras almas.» Volviendose en seguida á los sacerdotes, y á los clérigos, dijo: «Hermanos, constancia, y no temais á aquellos que nada pueden sobre las almas; alabad á Dios que os prepara un asilo en la ciudad de los ángeles. No lloreis por los mundanos placeres, tened valor en este brevísimo paso de la muerte, para que podais entrar en el reino eterno.»

Al concluir estas palabras les acometieron los bárbaros y degollaron á los siervos de Dios; en seguida se precipitaron en las tiendas, donde en lugar de oro y plata solo hallaron reliquias y libros; irritados al ver frustrada su esperanza de un rico botin, y ébrios de vino y cólera, revolviéronse unos contra otros, visto lo cual por los cristianos, les atacaron y dispersaron. Encontróse el cuerpo de San Bonifacio y á su lado un libro

manchado de sangre, que debió caérsele de las manos, y el cual contenia varios opúsculos de los Padres, entre ellos el de San Antonio *De los beneficios de la muerte.*

Razonable y justo era que nos detuviésemos á reflexionar sobre tanta grandeza, considerando detenidamente una vida tan heróica que es el compendio de la revolucion verificada en el trascurso de algunos siglos y que cambió los destinos de las naciones. En vano por espacio de cuatrocientos años fluctuaron los Germanos entre las instituciones de la sociedad cristiana: la barbárie no se destruia: en vano se asociaron obispos y monjes para educar á estos pueblos ignorantes: mal podia la fé convencer espíritus dominados por la sensualidad, ni gobernar voluntades que no estaban acordes. Resentíanse los ánimos de los antiguos hábitos del homicidio, latrocinio y embriaguez; y no es cosa estraña que los sacrificios á Wodan ensangrentasen los altares de Cristo, cuando los Francos despues, de llevar treinta reyes católicos, recaian en la idolatría. Si el cristianismo hubiese estado sujeto al libre albedrío de los Germanos, pronto se hubiera convertido en una fábula mas que añadir á las de la mitologia septentrional.

Necesitaban los Bárbaros de un tutor que completase su educacion, pues sus espíritus indóciles, que se oponian á la ilustracion, solo podian ceder ante un gran poder, y este poder supieron los papas conquistarlo: ayudábales á ello el carácter paternal emanado de las instituciones divinas; la fuerza de su palabra, la costumbre del mando, el prestigio del tiempo y la distancia y la majestad del nombre latino: con estas circunstancias ventajosas dominaron á los Francos, y por medio de estos á los demás pueblos. Momento decisivo fue aquel en que Gregorio II dictó á Bonifacio, obispo, el juramento de fidelidad: Roma vió se cumplia lo que presintiera cuando los soldados de Alarico volvian á depositar con toda pompa los vasos sagrados en la Basílica de San Pedro: vió que las naciones que la humillaran se sometian de nuevo á su imperio; vió que un prelado sajon se postraba en nombre de la Germania á los piés de un ciudadano romano, y el representante de los Bárbaros se levantó legado del Vaticano: pro-cónsul de los tiempos modernos que sin lictores, ni espada, y sin tesoro, llevaba consigo el genio legislativo del antiguo senado. Por espacio de treinta y siete años continuó cumpliendo los designios de la política romana cuyo representante se hiciera, y su activa correspondencia con la Santa Sede, y las veinticuatro cartas de los papas Gregorio II, Gregorio III y Zacarías, demuestran evidentemente la fecunda docilidad de aquel gran genio. Los Septentrionales recibieron la dominacion benéfica, que venia, no ya con las águilas, sino con los símbolos de la paloma y el cordero, y dejaron de fluctuar entre los ídolos y el Evangelio como lo hicieran durante cuatro siglos. El legado apostólico renovó la consagracion de los reyes de Judá ungiendo la frente de los duques austrasianos: entonces los Francos, confiados en su mision se encontraron, por voluntad de Dios, defensores de la Iglesia, sucesores de los Romanos y barrera insuperable á las invasiones: reunidos el pasado y el porvenir, amalgamados los tiempos y los poderes, de esta union salió para la era cristiana la edad media.

NUM. XV.

CARLOMAGNO.

(742-814.)

Al comparar la decadencia é impotencia total de la Galia en los últimos tiempos de la dominacion romana, con el vigor que bajo la de los Merovingios desplegó en su regeneracion, nos inclinamos á creer, que el dominio de estos fue menos degradante que el de los Romanos.

Lo mas notable, en sentir de Schlegel (1), es la perfeccion gradual del gobierno Franco, necesario para un pueblo numeroso, y que hacia insuficiente el antiguo gobierno germano que se adaptara para una nacion reducida y de una sola raza. Entre los Germanos solo habia una clase; los príncipes y los nobles casi eran iguales, no estaba admitido el derecho hereditario; se elegian los duques; los libres, gradacion mas bien que clase, gozaban muchos privilegios de la nobleza, y podian usar armas, tomar asiento en las asambleas y defender su honor ultrajado.

Consolidada la conquista, ya no fueron los reyes solamente los primeros de la nobleza y del pueblo; sino soberanos circuidos de un fausto que los aislaba de la masa general. Cambió en cierto modo la condicion de los libres, en los que consistia la verdadera fuerza de la nacion como elemento principal que eran del ban y del retroban de las tropas reclutadas en masa; pues decayeron de su prestigio desde el momento que el conquistador procuró solo engrandecer sus Estados, y no atendió á su defensa ó á su gloria.

Los antiguos Germanos tenian dos clases de servicio militar; el ban, ó leva nacional; y el servicio feudal, con que contribuian al rey algunos vasallos particulares, elegidos entre los nobles. Enriquecidos los reyes, recompensaron su fidelidad con la distribucion de las mejores provincias, resultando de esto que se hicieron poderosos : engrandecidos proporcionalmente, en lugar de la antigua nobleza nacional se creó para en adelante una nueva y servil, que no ya con el pueblo, sino con la persona del señor estuvo íntimamente ligada.

Los hombres libres, es decir, el otro elemento del antiguo régimen germánico, menguaron proporcionalmente en prestigio, siendo algunos avasallados por la fuerza, y otros perdieron voluntariamente su libertad, admitiendo señores para eximirse del alistamiento que la estension del imperio hacia cada dia mas penoso.

Pero el medio adoptado por los reyes para crear esta nueva aristocracia á su alrededor, causó con el tiempo la decadencia de su poder, pues los vasallos encumbrados estorbaban la accion de tal poder, y el primero de ellos que ocupaba el puesto de honor en la córte, podia apoderarse del mando cuando el príncipe era débil y sin carácter, como sucedió á los Merovingios, desposeidos por sus mayordomos, que hicieran hereditario este cargo.

Aunque los cronistas lo mencionan, sin embargo tal vez no fue bastante considerado el carácter católico del principado franco. Clodoveo, al hacerse católico mientras los demás Bárbaros seguian el arrianismo, fundó la primera dinastía; pero la Francia solo era un ejército católico, en tanto que la sociedad gálica, es decir, los vencidos, permanecian romanos. Como general, el rey era despótico, y tenia el poder legislativo y judicial, necesario al jefe de un ejército : las asambleas eran consejos de guerra, donde se juzgaban bajo la misma fórmula los actos de disciplina, de política, y de justicia : la eleccion de oficiales residia absolutamente en el jefe, y podia disponer de ellos como de cosa propia : todo era elegible y sujeto á revocacion, escepto el pueblo militar y el general. De aquí nacia el órden de sucesion : el rey se nombraba sucesor dándole en la gerarquía del mando el grado que, muerto él, le colocaba en primer lugar, y si era niño de corta edad, le recomendaba á un tio ú otro pariente próximo. Por esta razon, en los últimos tiempos de los Merovingios, eran los jefes de los ejércitos los que trasmitian la monarquía, y si por gratitud la continuaban en la familia de Clodoveo, asi que vieron su envilecimiento colocaron á otra. Entre los ímpetus de independencia de cada duque y conde, se hubiera convertido la Francia en un cáos que la hubiera arruinado como al imperio romano, si los Pepinos no hubiesen resumido en sí el poder : pero esta nueva dinastía, asi como la primera, fue dada ó á lo menos consagrada por la Iglesia, y los Pepinos se titularon *Reyes por la gracia de Dios*.

Unos cuantos años antes de la sustitucion de la nueva dinastía á la merovingia, ocurrió una nueva invasion germánica, que casi fue una segunda conquista de la Gália verificada por los Francos de Austrasia, mas bárbaros y mas germa-

(1) Cuadro de la historia moderna.

nos que los Francos de la Neustria, que poco á poco se habian ido confundiendo con los Romanos (1). El resultado fue verdaderamente el mismo, pues se operó una reaccion natural, volvieron á prevalecer las costumbres originales, la constitucion y el idioma de los Francos; pero estos motivos esteriores no esplican los acontecimientos; hubo mas profundas y añejas causas que la continuacion y la renovacion de la grande emigracion germánica. Dominada la sociedad civil galo-franca por una precoz corrupcion, se encontraba en el mayor desórden, y no habia sistema ni poder alguno que pudiese ser estable y lograse regularizarla; si á pesar de la disension que entre los generales y el ejército existia, se conservaba la sociedad, esto se debia á la comunidad de hábitos y creencia, y á la superioridad de la Iglesia: tambien esta corria parejas con la sociedad civil y la militar; pero afortunadamente se habian desarrollado poco á poco dos elementos regeneradores; entre los Francos de Austrasia, los mayordomos de palacio; en Roma los papas. Estos dos poderes nuevos, naturalmente debian tratar de unirse estrechamente por la comunidad de intereses que tenian en la conversion de los Germanos: dos circunstancias favorables ayudaron á esta alianza, las amenazas de los Longobardos contra el papa, y la necesidad que Pepino el Breve tuvo de este para que sancionase su título de rey. Por medio de esta alianza, surgió en la Gália una nueva dinastía de soberanos; el reino de los Longobardos se destruyó, y la sociedad galo-franca civil-religiosa, tuvo la mision de hacer prevalecer la monarquía en el órden civil, y el papado en el religioso. Pero para conseguir este resultado fue necesario que el genio de la guerra y de la política se trasmitiese en la misma familia por espacio de cuatro generaciones consecutivas (Pepino de Heristal, Carlos Martel, Pepino el Breve, Carlomagno), completándose de este modo la gloria de los Carlovingios, y tal vez el monarca que heredó el poder de Pepino el Breve y lo aumentó con sus victorias, poseia menos capacidad que los tres antecesores, aun cuando eclipsó su gloria y marcó con su nombre la época mas grande de la edad media.

Costumbre inveterada entre los Francos, hija tal vez del sistema feudal, era la distribucion de un reino entre los hijos del monarca (2); asi que cualquiera de ellos que no hubiese recibido su parte, siendo valeroso, franco y atrevido, se adquiria partidarios, y con su ayuda conseguia con la fuerza honores y poder. Para obviar este mal estaban las particiones legales, aunque este medio demostró su ineficacia. Pepino repartió tambien su reino entre Cárlos, que despues fue apellidado Magno, y su hermano Carlomano; pero asi como en las anteriores particiones tuviéronse en cuenta la nacionalidad y el carácter de los pueblos, coincidiendo las fronteras de cada reino con las de los pueblos; en esta ocasion no se trató ya de formar un reino oriental y otro occidental, sino de hacer uno septentrional y otro meridional. Los Estados de Cárlos se estendian desde los confines de los Eslavos y Sajones hasta el Garona: los de Carlomano, fronterizos con los de su hermano de Oriente á Occidente, se estendian desde las fronteras bávaras al Pirineo. A la muerte de su padre (768), se separaron, acompañándolos sus secuaces y partidarios, y recibieron la consagracion de los prelados y el homenaje de los magnates en su capital respectiva.

Pepino habia sometido á los Aquitanos, pero no vivió lo suficiente para ver consolidada su conquista con un nuevo órden de cosas. Unaldo, su antiguo duque, salió de su retiro, y procuró reconquistar la Aquitania; pronto se halló á la cabeza de un gran ejército de sublevados: acudió Carlomagno á sofocar la rebelion; pero su hermano en lugar de auxiliarlo se enemistó con él, y para perjudicarle mas, se unió con Desiderio, rey de los Longobardos, y con Taxilon, duque de los Bávaros, que estaba resentido porque su ducado fuese feudo del reino de los Francos; habíase enlazado con Luitperga, hija de Desiderio, y esta alianza podia hacerlo temible á los Francos.

Por otra parte, en Roma las facciones se disputaban el pontificado, pues las donaciones de Pepino habian convertido al papa en un verdadero príncipe temporal. Estinguida la autoridad nominal del imperio griego, ningun poder igualaba al del papa, y su alianza con la nueva dinastía de Francia amenazaba al reino longobardo; era pues necesario ó reducirlo á la servidumbre, ó aceptarlo por señor, ó someterse á los Francos.

Muerto Paulo I disputáronse los partidos la sucesion, y una faccion á mano armada puso en el sólio á un seglar llamado Constantino, hermano del duque de Nepi, que gobernó un año entero. Dos romanos poderosos, amigos de Desiderio, le aconsejaron se aprovechase de aquella feliz coyuntura para apoderarse de Roma, y efectivamente envió un cuerpo de tropas, que vencieron y destrozaron á Constantino y los suyos. Nada adelantó con esto, pues los Romanos querian un papa que fuese enemigo de los Longobardos, y estos lo querian vice-versa: por último, despues de muchas intrigas y combates recayó la eleccion en Estéban III. Inmediatamente escribió al rey de los Francos pidiéndole obispos de reconocida sabiduría para que asistiesen á un concilio, lo que Cárlos obedeció, reanudando asi el lazo que sus padres estrecharan con los papas: mientras que Carlomano, ofendido de esta preferencia, estrechó sus relaciones con los Longobardos, enemigos del pontífice.

Estéban, desde los primeros dias de su pontificado les habia reclamado las tierras y bienes de la Iglesia que habian usurpado; pero Desiderio en contestacion á esto avanzó con sus tropas hasta las puertas de Roma, allí, despues de hacer parlamentar al papa, le arrestó en la misma iglesia de San Pedro, y eludiendo sus reprensiones, le hizo ver la necesidad que le obligaba á prenderlo, pues asi lo salvaba de mayores males en razon de que Carlomano iba á llegar con su ejército, y siendo prisionero suyo seria peor. Con todo, Carlomano no llegó, pues los Francos

(1) Opinion de Thierry, Guizot y sus partidarios.
(2) Los Godos no tenian esta costumbre, siendo entre ellos desconocido el feudalismo.

no quisieron atravesar los Alpes y seguirlo para defender una causa que nada les importaba. Berta, que á la sazon llegó á Italia, reconcilió al papa con Desiderio, y á este con Cárlos, ratificando la paz con casar á este con Ermengarda, hija de aquel, y á Adelco, hijo de Desiderio con su propia hija Gisela (770).

No agradó al papa este enlace que le privaba de su único defensor contra los Longobardos; y aunque, por mediacion de Berta, Desiderio habia devuelto muchas ciudades romanas, escribió á Carlomagno y á Carlomano para disuadirlos de formar aquel lazo monstruoso de fieles con infieles, de luz con tinieblas, y que prefiriesen las bellas y nobles hijas de Francia á las de un pueblo estranjero, *raza de leprosos*. Fundábase para esta oposicion en que Carlomagno ya estaba desposado con otra mujer, y seguia el ejemplo de Estéban su predecesor, que no habia permitido el divorcio á su padre (1). El matrimonio de Gisela no se efectuó; Carlomagno contrajo el suyo, pero al poco tiempo se fastidió de Ermengarda, y la envió á su padre, «con la vergüenza de un repudio en su rostro;» celebrando nuevas nupcias con Ildegarda, princesa sueva.

Esto consolidaba la alianza de Carlomagno con la Santa Sede y renovaba la enemistad de los Longobardos, y por añadidura la de Taxilon de Baviera. Carlomano esperaba recoger el fruto de estas discordias, mas su muerte acaecida en 771 vino á dar nuevo giro á los negocios. Inmediatamente Gerberga, su esposa, recelando por el porvenir de sus hijos, huyó con ellos á buscar un refugio en la córte de Desiderio, á donde la acompañaron muchos magnates. Tan luego como Carlomagno supo la muerte de su hermano, reunió una asamblea de próceres y vasallos del reino de este y se hizo aclamar rey por ellos: de este modo se encontró señor de todo el país de los Francos, y con una autoridad superior á la que tuvieran sus antecesores.

La adquisicion de las provincias del otro lado del Rhin le suscitó dos enemigos á quienes se vió obligado á sujetar: los Sajones, que de contínuo asolaban las fronteras de su nuevo reino, y los Longobardos, cuyo rey se habia propuesto proteger á los hijos de Carlomano fomentando el descontento en sus Estados. Si estas dos naciones hubiesen obrado de concierto, hubieran puesto el imperio franco en grande apuro; pero la fogosidad natural de los Sajones se adelantó á la política del rey longobardo, quien por su parte cometió la torpeza de provocar la guerra y esperarla en su país.

La profunda enemistad que entre Sajones y Francos existia hacia muchos siglos, traia su orígen de las guerras inmemoriales de los Cheruscos con los Catos. Igual era su procedencia, pues descendian del Noroeste de la Germania; pero los Francos se habian diseminado sobre el antiguo imperio romano, en tanto que los Sajones permanecieron en los paises bárbaros: aquellos se convirtieron al cristianismo, estos continuaron observando el paganismo. Apoderados los Francos de la Germania central, dirigian sus miras á posesionarse de la septentrional y meridional, y si aun no lo habian conseguido debíase á las circunstancias que imposibilitaran sus poderosos y constantes esfuerzos. Dos siglos hacia que los Sajones veian que su independencia estaba en peligro, y por esta razon estaban siempre alerta. Por otra parte, el clero del imperio franco, consolidada la unidad de la Iglesia, no podia tolerar el paganismo en paises fronterizos, y trató de convertirlos; de este modo se encontraron doblemente amenazados en su independencia nacional, y en sus creencias patrias. Así las cosas, estalló el ódio de las dos naciones; ódio tanto mas terrible, cuanto que no habia montes ni rios que sirviesen de fronteras, y á cada momento podia verificarse una irrupcion. Despues de varios combates en que hubo ventajas respectivas, los Francos comprendieron que no conseguirian una paz estable si no sometian y agregaban esta nacion á su imperio. Tal vez Carlomagno al emprender la guerra llevaba la intencion de someter á los Sajones, establecer la religion cristiana y el arreglo eclesiástico católico: tal vez solo queria distraer á los Francos fuera de su país á intimidar á los Sajones, para que no le estorbaran una espedicion proyectada á Italia: de cualquier modo, una vez rotas las hostilidades, difícil fue suspenderlas. Lejos de intimidarse los Sajones le hicieron frente con una obstinacion siempre en aumento, y si se doblegaron á su poder fue sin someterse; apeló á la crueldad, mas no tuvo resultado, y solo terminó la lucha por la postracion de ambos partidos y con transacciones honrosas para ambos.

Aunque nada cierto se sabe con respecto á los Sajones, con todo parece que conservaron las costumbres de sus antepasados. Divididos en numerosas familias, propietarios, libres de órden inferior, litos ó colonos tributarios, y esclavos, vivian distribuidos por los campos, reuniéndose solo en marcas y en fortalezas. En sus asambleas nacionales, compuestas de todos los libres acompañados de los litos, elegian los príncipes encargados de conservar el órden y hacer justicia. No tenian sacerdotes. Para en caso de guerra nombraban un jefe que acaudillase las fuerzas de los cantones reunidos contra el enemigo: las espediciones fuera de los cantones se hacian por los compañeros de los príncipes, escogidos al efecto. Los cantones estaban divididos en tres grupos; Westfalios, Ostfalios, Angrianos, ó pueblos de Occidente, Oriente y Mediodía, á los que se agregaba los Nordalvingios de la ribera derecha del Elba: difícil es esplicar el orígen de estos nombres y su significado, asi como la estension que ocupaban; es de creer que los Francos les dieran estos nombres, siguiendo la moda romana; lo cierto es que obraron siempre unánimes en todas sus empresas. Tampoco se puede fijar la época á que pertenece la institucion, por la cual todos los años, entre los edelingos, frilingos y litos, ó sean nobles, libres y colonos, elegian doce hombres por cada canton, los cuales, como representan-

(1) No me esplico la razon por qué Muratori supone apócrifa esta carta.

tes y diputados del pueblo, se reunian en asamblea general en Marklo sobre el Weser, para deliberar sobre los negocios generales.

Cárlos, resuelta la guerra en el campo de mayo (772), se convino con los elesiásticos para conseguir conversiones, y recomendando su causa á sus preces, engruesó su ejército con el de muchos reyes. En la asamblea de Marklo compareció Lebuino, misionero franco, para anunciar la palabra del Dios verdadero, la redencion de los hombres, y lo absurdo de las prácticas idólatras. Escucháronle los Sajones, hasta que dejándose llevar de su fervor les anunció que el Rey de los siglos habia mandado un rey valeroso y prudente, quien les abrumaria de males inauditos si no se hacian mas humanos y doblegaban la cerviz, pues era el vengador escogido por la cólera divina: al llegar aquí prorumpieron en amenazas y querian empalar al misionero, que gracias á la proteccion de los que le veneraban como enviado de Dios pudo salvarse.

Pronto recibieron al castigo, y Carlomagno vencedor acampó en el sitio donde 763 años antes Arminio derrotara las legiones de Varo. En aquel sitio, que se tenia por sagrado, se habia elevado un monumento, llamado Columna de Arminio (*Irmensul*), que despues la tradicion convirtió en un ídolo. Cárlos sin que le detuviera el respeto de los recuerdos de sus antepasados mandó destruirlo (1), y de su centro brotó una fuente en la que los Francos apagaron su sed. Recibidos los rehenes, Cárlos pasó á invernar en el solariego castillo de Heristal.

No pudo disfrutar de mucho sosiego, pues reclamaron su presencia los acontecimientos de Italia: Estéban III habia muerto y en su lugar ocupó la sede apostólica, Adriano, noble romano á quien Desiderio ofreció su amistad y alianza; contestóle el papa que su intencion era vivir en paz con todos los cristianos, pero que poca confianza podia tener en un príncipe que habia faltado á todas las promesas que á su antecesor hiciera.

Viendo Desiderio la opinion que de él tenian, resolvió tomar la delantera y ocupar el territorio romano antes que el papa recurriese á los Francos, y mientras estos estaban en guerra contra los Sajones. Dirigió, pues, su ejército sobre Rávena y sobre Roma, para lo cual lo dividió en dos partes, y á los embajadores que le mandó el papa para disuadirlo les puso por condicion que el pontífice consagrase reyes de los Francos á los hijos de Carlomano. Adriano rebusó acceder á esta proposicion insidiosa que para siempre le enagenaba el apoyo de los Francos sin asegurarle el de los Longobardos: Desiderio en virtud de esta negativa avanzó hasta Roma, á cuyas puertas llegó acompañado de su hijo y colega Adelco, y de los hijos de Carlomano. Allí encontró las iglesias de San Pedro y San Pablo sólidamente atrancadas con barras y toda la ciudad defendida por muchos hombres de armas. Adriano se negó á tratar con él ínterin ocupase el patrimonio de San Pedro, y al mismo tiempo escribió al rey de los Francos rogándole viniese pronto, como hiciera su padre, al auxilio de la Iglesia Romana. Cárlos ofreció primero á Desiderio una cuantiosa suma con tal que accediese á las justas reclamaciones de la sede apostólica, y viendo desechadas sus ofertas, reunió su ejército (773). Atravesó los Alpes y por medio de una estratagema se colocó á retaguardia de los Longobardos que los defendian: apoderóse de estos un terror pánico, que aumentó las defecciones y descalabros que les hicieron sufrir los vencidos italianos, prontos siempre como ahora á ayudar á los enemigos de sus enemigos; así es que sin tener en cuenta su reputacion de valientes, huyeron desbandados, refugiándose algunos acaudillados por Desiderio en Pavía, y otros á las órdenes de Adelco en Verona. Los Longobardos debieron contar con la costumbre de los vasallos francos de no servir sino en la estacion favorable, y confiaron que á la entrada del invierno volverian á atravesar los Alpes y entonces podrian posesionarse de las posiciones abandonadas; pero Carlomagno, si bien se ignora el como, persuadió á sus soldados á que permaneciesen con él, é invernando en Italia, marchó á Roma, recompensó á los traidores Longobardos, y por medio de ellos acaso logró apoderarse de la viuda é hijos de Carlomano; desde este momento la historia ya no vuelve á hablar de ellos.

El pontífice recibió á Cárlos (774), no como rey, sino como patricio, y por su consejo trocó el traje franco por la túnica larga y la clámide romana (2). Cárlos se apeó á una milla de la ciudad, y á pié se dirigió á San Pedro, cuya escalera subió besando devotamente las gradas que hollaran tantos piés santos: en la meseta le esperaba Adriano, acompañado de su clero, besó al electo de Dios, y mientras le llevaba al santuario el coro cantaba: *Bendito aquel que viene en nombre del Señor*. Postrados ante el sepulcro de San Pedro, se juraron sobre las santas relíquias amistad eterna. Las fiestas religiosas duraron tres dias, que empleó Cárlos en visitar las iglesias principales, donde se desplegó la solemne pompa del rito cristiano: en el cuarto dia y sobre el altar de San Pedro confirmó las donaciones que á la Santa Sede hiciera su padre, y de acuerdo con el papa se tituló rey de los Francos y de los Longobardos, y patricio romano. No tardó mucho tiempo Pavía en abrirle sus puertas y hecho prisionero Desiderio, fué á terminar sus dias en Corbia donde tomó el hábito de monge; por lo que hace á Adelco se fugó á Constantinopla. Tambien el duque del Friul prestó pleito homenaje á Cárlos, y si los de Benevento y Spoleto se libraron, debiéronlo á lo lejos que caian sus Estados.

Si la conquista no se llevó á cabo tuvieron la culpa los Sajones que de nuevo se sublevaran, destruyendo las iglesias á invadiendo el país de los Frisones; acaudillábalos Witikindo, poderoso prócer de la Westfalia, quien por sus nobles prendas mereciera la confianza del pueblo que lo miraba como representante de su nacionalidad, al mismo tiempo que los Francos le tenian por orígen de todas sus desgracias y desastres. Carlo-

(1) Grimm dice que era el Dios Irmin. Véase la Narracion, tomo III, pág. 471.

(2) Eginardo, *Vita Caroli M.* c. 23.

magno envió tropas para que sofocasen esta rebelion en su principio; y en cuanto llegó la primavera (775), resuelta la guerra en una asamblea, penetró con su ejército mas allá del Rin y sufrió pérdidas considerables.

En este estado recibió nuevas de Italia; su recien conquistado reino se habia rebelado; Leon, obispo de Rávena habia usurpado y sometido muchas ciudades que fueran dadas á la Iglesia Romana; por otra parte los duques aun no subyugados habian formado alianza con Adelco, que venia con una escuadra griega á arrebatar al papa y restaurar el reino Longobardo. De temer era en tal situacion de cosas que Taxilon de Baviera estuviese en connivencia con ellos, y ayudase al duque del Friul: Cárlos sin detenerse se puso al frente (776) de un cuerpo de voluntarios (pues lo avanzado de la estacion imposibilitaba la espedicion del ejército) y entrando en Italia por el Friul, cuyo duque arrolló, reconquistó las ciudades asombradas del de su vuelta rápida; distribuyó el ducado del Friul entre varios condes, uno por ciudad, no ya indígenas sino Francos, y se volvió á proseguir su malhadada espedicion contra los Sajones.

Como en el campo de mayo se resolviera el continuarla, allanó los obstáculos, construyó fortalezas, y citó á los Sajones (777) ante el nuevo parlamento de Paderbon. Queria obligarles á someterse al derecho político de los Francos, como vasallos del rey, á obedecer el eriban y aceptar la religion católica, que para siempre estaba indisolublemente aneja al sistema de vasallaje de los Francos: resignáronse los Sajones de hecho; pero Witikindo se refugió al otro lado del Elba.

Al tiempo mismo que ocurrian estos sucesos, otros enemigos amagaban las fronteras meridionales; estos eran los Arabes de España. De lo que Cárlos hiciera para reprimirlos hablan poco las crónicas, los romances mucho, y sin embargo tal vez no mientan, puesto que es imposible que Cárlos no previese el peligro de tales enemigos, ni que hubiesen cesado las intrigas de los jefes árabes de los Pirineos, que empezaran en tiempo de Pepino. Tambien al campamento mencionado antes de Paderborn acudieron algunos emires que se admiraban de ver á una nacion aceptar las leyes y la religion del vencedor. Abd-el-Rahman, último vástago de los Ommiadas, al pasar de Berbería á España, reunió en torno suyo á los Arabes del Yemen, enemigos declarados de la esclarecida raza modarita, y habiendo vencido, fundó una nueva dinastía; mas no todos los emires se le sometieron; muchos descontentos que no quisieron reconocerle se diseminaron por las provincias y tal vez de estos eran los embajadores que se presentaron á Carlomagno para invitarle á que se aprovechase de las discordias del país.

Soliman-el-Arabí, walí de Zaragoza, jefe de la rebelion, representó á Carlomagno los vejámenes que en España sufrian los Cristianos (*), y ofreció auxiliarle con todo su poder para decidirlo á que viniese á conquistar el país que riega el Ebro, confiando que este rey por estar lejos sus Estados no podria conservar su conquista, y asi debilitados sus contraríos podria él luego someterlos fácilmente.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que en la primavera del año 778, Cárlos se encaminó á España con fuerzas numerosas, que dividió en dos cuerpos: uno compuesto de Neustrianos, Austrasiasanos, Borgoñones, Bávaros y Alemanes: el otro de meridionales, es decir, Provenzales, Septimanos, Longobardos, ó lo que es lo mismo Italianos: estos debian atravesar los desfiladero orientales de los Pirineos, en tanto que Cárlos conducia á los Septentrionales al través de la Aquitania y Gascuña, donde su tolerancia ú otros motivos habian permitido que se posesionase de ellas Lupo, hijo de Gaiferos, émulo antiguo de los Carlovingios. Por el desfiladero de Roncesvalles desembocó Cárlos en Pamplona, que conquistó por entrega que le hizo un partidario de Soliman. Una vez pasado el Ebro llegó á Zaragoza: desde aquí la historia ya no tiene datos en qué apoyarse.

Los enemigos de Abd-el-Rahman que podian auxiliarle estaban mezclados con las tropas de los Yemenianos; los Cristianos de los Pirineos occidentales en vez de favorecer al rey franco recelaron atacase su independencia, que en Vizcaya y Navarra habian conseguido conservar contra los Moros; Lupo, que supo inducirlos se los agregó á su partido y este implacable enemigo de los Carlovingios se dispuso con su ayuda á esterminar al rey franco: tambien se unieron con los Arabes, como hicieron andando el tiempo los Vascos, que mas de una vez se conjuraron contra los Francos.

Cárlos, que sitiaba á Zaragoza, perdida la esperanza de tomarla y viendo que de todas partes los Arabes se le venian encima, determinó volverse reuniendo los dos cuerpos del ejército. En los desfiladeros de los Pirineos cayó en una emboscada que le tenian preparada los Vascos, y tal mortandad le causaron en Roncesvalles, que no dejaron vivo á ninguno de los que formaban la retaguardia. Cárlos desahogó su dolor haciendo ahorcar á Lupo, pero no pudo saciar su venganza en aquella raza irreconciliable gascona; repartió el ducado en dos hijos del muerto.

No tardó la Septimania, á donde se retirara Cárlos, en verse poblada de Cristianos que acudian de España, y tambien de Arabes que se habian comprometido en aquella espedicion, y venian huyendo de las persecuciones que sufrian; su posteridad fue siempre protegida por los Carlovingios en aquel país.

Aun cuando la mayor espedicion que Cárlos emprendiera le habia salido tan mal, y perdiera la esperanza de desterrar el islamismo del Mediodía como hiciera con la idolatría en el Septentrion, no por eso desistió de su idea, antes bien las causas que hicieran abortar sus proyectos estimulábanle á persistir en ellos. Abd-el-Rahman consolidaba su poder domeñando la anarquía, y pronto tal vez, reunidas todas las fuerzas

(*) A los walíes de Aragon les importaban mas sus discordias que la situacion de los cristianos.

(N. del T.)

de la España, dirigidas á una sola empresa nacional, se presentaria á resolver la cuestion que por espacio de medio siglo se agitaba á la falda de los Pirineos entre el islamismo y el cristianismo. Campeon de la fe y civilizacion de Occidente, Cárlos conocia la gran responsabilidad que sobre él pesaba y trató de adiestrar la Aquitania para tamaña empresa.

Asi se llamaba el país que habia mas allá del Loira, nombre debido á su posicion, y porque tenian tropas ligeras, á usanza de los árabes, que avezadas á la guerra de montaña y emboscadas en sus montes inaccesibles, se componian de personas fieles y celosas de su propia religion como los árabes andaluces de la suya. Como aun recordaban las batallas que sus padres ganaran á los primeros invasores árabes, no querian aliarse á los Francos por orgullo. Cárlos se propuso hacer de la Aquitania otra Italia, formando un reino particular, en cierto modo dependiente del Imperio, pero con libertad propia, y destinado á contener á los árabes andaluces en los confines de la península; modo político y el único de utilizar el orgullo nacional de los Aquitanos, halagando su pretension de formar un pueblo aparte, y su esperanza de conseguir la independencia.

En el tiempo que Cárlos se ocupaba en los negocios de la península, Witikindo volvió de su emigracion, y habiendo lanzado el grito de patria y libertad, todos los Sajones empuñaron las armas, arrojóse á los Francos, asesinóse á los sacerdotes, y se hicieron correrías en el territorio franco, talando la ribera derecha del Rhin que no se atrevieron á pasar. Acudió un refuerzo de Francos y volvieron á internarse en su país á donde tampoco los Francos se atrevieron á penetrar. Cuando la estacion lo permitió (779) Carlos llevó su ejército mas allá del Rhin, arrolló á los Sajones, se posesionó del Weser, y sometió con las armas los Westfalios; los Ostfalios y Angrianos se le rindieron, y al año siguiente en una nueva campaña acabó de subyugarlos y por todas partes se alzaron cruces y se fabricaron iglesias.

Llegado el otoño se encaminó á Roma con toda su familia para adorar el sepulcro de los Apóstoles. La ciudad santa era la inspiradora de su genio como de el tantos otros grandes hombres; aprendió el latin, y gustaba de que le leyeran los anales antiguos, manifestando siempre mas veneracion é inclinacion á los actos y sistema de los Romanos. Era su pensamiento capital (dice Eginardo, cap. 27) restituir á Roma su primitivo esplendor; y no creia suficiente que la Iglesia de San Pedro disfrutase de su proteccion, queria que superase á todas en riquezas, y de allí las cuantiosas remesas que durante su vida envió de plata, oro, piedras preciosas, y regalos sin cuento para el pontífice.

Por entonces falleció Leon II, emperador de Oriente, é Irene, su viuda, tomó la regencia á nombre de su hijo Constantino V. Esta señora formó el proyecto, para afirmar su poder, de casarse con Cárlos, el rey mas poderoso de Occidente, y de este modo reunir las naciones del antiguo Imperio Romano; pero temiendo que pudiese volverse en contra suya ó de su hijo tal enlace, la retrajo de su idea y se limitó á proponer un matrimonio entre su hijo y Rotruda, primogénita de Cárlos.

Esta alianza, que queria consultar con el papa, le obligó á volver á pasar los Alpes, aprovechando este paso para consolidar su nuevo reino, pues, como en toda dominacion reciente, agitábanse los ánimos recordando las grandezas perdidas y las esperanzas malogradas, creciendo de tal modo la miseria que se aumentó el tráfico de esclavos hasta llegar á venderse Romanos y Longobardos, no solo á los Griegos sino á los Sarracenos: el papa Adriano aseguró al rey que muchos Longobardos se entregaban esclavos de motu propio á los Griegos para poder conservar la miserable existencia.

Cárlos, despues de pasar el invierno en Pavía, volvió en la primavera (781) á Roma, donde hizo bautizar, confirmar, y ungir reyes á sus hijos Pepino y Ludovico; en esta ciudad concluyó los esponsales entre el emperador de Constantinopla y su hija. pero á condicion que no se llevarian á debido efecto. Complació al papa el coronar con su mano á los dos reyes de Lombardía y Aquitania, porque esto le daba una especie de superioridad; y á Cárlos le facilitaba el disponer de las provincias sin consultar á los Francos, salvo en caso de ocurrir algun desastre, que entonces recaia la responsabilidad sobre el papa.

Los Sajones tascaban el freno, y se aferraban á sus añejas creencias por odio y envidia contra los Francos, teniendo por leyes tiránicas la division de territorio, el censo de las personas, y por último cuantas medidas de órden y administracion se tomaban. Witikindo habia renovado alianzas con los Sorabos y otros pueblos eslavos, á quienes atemorizaba la proximidad de los Francos; imbuidos por Witikindo se sublevaron cuando menos lo esperaba Cárlos, que se mecia en falaces ilusiones, y destrozaron el ejército de los Francos. Acudió Cárlos y rechazado Witikindo se refugió á Normandía, mas exasperado el vencedor se ensañó con los rendidos, y despues de asolar el país mandó decapitar en un solo dia en Verden (782) á cuatro mil quinientos próceres.

Creia que el terror amenguaria el valor, y sucedió que se convirtió en desesperacion, costándole nuevas campañas y no pocos descalabros. Los Turingios quisieron aprovecharse de la rebelion de los Sajones y del descontento de Taxilon (783) para sacudir el yugo Franco; pero Cárlos previno el golpe, arrestó á los principales y á los jefes, que no negaron haber querido libertar la patria, y uno le dijo: *Si todos mis amigos y aliados hubiesen pensado como yo, jamás habrian vuelto á ver el Rhin.* Castigóles Cárlos sin ninguna generosidad, mandando matar á unos, sacar los ojos á otros, y desterrar á los demás, prévio el despojo de todos sus bienes, que se repartieron entre vasallos francos, para sofocar el espíritu de rebelion.

En lugar de licenciar sus tropas, Cárlos las llevó contra los Sajones (784) y avanzó desde el

Rhin hasta el Weser, hasta que las lluvias del invierno suspendieron las operaciones: para no perder el tiempo distribuyó su gente por todas partes (785) con órden de saquear, incendiar y arrasar las fortalezas, capitaneando él mismo alguna de estas cuadrillas de bandoleros. Para colmo de fortuna, Witikindo, desesperanzado del triunfo de la causa nacional, se presentó á él y le ofreció no combatir mas contra su persona, negándose resueltamente á batirse en su favor; cumplió su promesa y convertido á la fe de Cristo llegó á ser troncal propagador de una familia de la que muy nobilísimas casas se vanaglorían de descender. Así se pacificó la Sajonia y juntamente los Frisones, y se distribuyó la comarca legalmente en diócesis y condados.

Para la espedicion que emprendió contra los Bretones, pueblos que difícilmente renunciaran á su independencia, llevó sus soldados sin convocar.

Venciólos por entonces; mas no tardaron en rebelarse de nuevo, y solo al cabo de doce años pudo decirse que estaban realmente sometidos á la dominacion de los Francos. Afianzada la paz entre sus vasallos, determinó finiquitar su cuenta con los dos yernos de Desiderio, Arigiso y Taxilon, duque el primero de Benevento y el segundo de los Bávaros.

Avanzó hácia Italia en el otoño del año 786, y cayendo de improviso sobre Arigiso, lo arrolló sin querer escuchar propuestas de paz; y si no taló el país se debe á las súplicas que el mismo Arigiso le hiciera en union con los obispos apoyados tambien por el papa; por otra parte las muchas ciudades que cubren aquella comarca, y que cada una le hubiera costado una campaña contribuyeron á que mudase de opinion.

Taxilon envidioso de la grandeza siempre en aumento de Cárlos, si no se atrevia á declararse en contra suya, al menos rehuia el aliarse lealmente con él, inducido por su mujer, hija de Desiderio: en esta irresolucion habia malogrado todas las ocasiones de obtener ventajas de Cárlos, ó de favorecer á sus enemigos. Cárlos por su parte, que conocia la importancia de la Baviera, no se atrevia á obrar abiertamente contra el duque hasta que la Italia entera no estuviese pacificada; determinóse por consejo del papa enviar á llamar á Taxilon, quien se dejó convencer á reconocerse vasallo; pero observando que lo recibieran con desconfianza y que ademas le exigian rehenes, se volvió á su reino con sentimientos hostiles, y obró como independiente.

Cárlos convocó el parlamento en Worms, y allí manifestó el comportamiento de Taxilon; en vista de ello todos opinaron que se le debia declarar la guerra. Reducido á la estremidad (787), Taxilon recibió de nuevo el título de vasallo, entregando á Cárlos la Baviera como feudo ordinario, para cuyo efecto puso en sus manos un baston ó pértiga que terminaba con la figura de un hombre (1). Desde aquel momento vivió rodeado de espías, y estos revelaron ó inventaron que habia dicho en alta voz que preferia la muerte á tal ignominia, que trataba de unirse con los Avaros, con Arigiso, con la córte de Constantinopla, que envidiosa de las conquistas de Cárlos acogió las proporciones del Longobardo y aprestó una flota para Adelco.

Cárlos en vista de estos hechos citó (788) ante la dieta Ingelheim á Taxilon, que compareció muy confiado: inmediatamente fue arrestado, despojado y metido en la cárcel; se le secuestraron sus tesoros, y se le formó un proceso, cuyo resultado se adivinaba; efectivamente fue sentenciado á muerte, y conmutada esta por el cláustro. A sus hijos se les cortó tambien el cabello, y á los Bávaros que permanecieran fieles se les desterró ó encarceló; sus posesiones se dieron como premio á los partidarios de Cárlos. Así terminó la estirpe de los Agilulfingos; el pueblo perdió su independencia, mas no el nombre y la memoria.

Taxilon habia renunciado al mando del que fuera su reino, pero en él conservaba todavia estensas posesiones, que Cárlos anhelaba poder repartir entre sus fieles partidarios: con este motivo trató de ver otra vez al pobre príncipe é inducirlo á este último sacrificio. Compareció, pues, ante el concilio de Francfort, confesó de nuevo sus desafueros contra Cárlos y su familia, despues le abandonó todas sus riquezas recomendando sus hijos al rey: este le perdonó generosamente, lo volvió á remitir á su retiro, y ya no se volvió á hablar de él ni de sus hijos.

Carlomagno se encontró de este modo señor de un país tan importante como la Baviera; pero no tardó en emprender nuevas conquistas. Los Bávaros, por espíritu de conservacion, habian tenido á raya á los Bárbaros, manteniéndolos en sus confines orientales, sirviendo, por decirlo así, de baluarte á la Germania. Las últimas invasiones de los Avares y Hunos habian sido rechazadas, pero podian renovarse. Para resguardar la Baviera creyó Cárlos conveniente poseer algunas ciudades en la ribera del Ems que le sirvieran de apoyo contra los Avares ensanchando por este medio las fronteras de Baviera. Como esta espedicion tenia trazas de ser decisiva, empleó dos años en los preparativos, en cuyo tiempo dejó tranquilos á los pueblos eslavos situados entre el Elba y el Oder y en particular á los Wilzos. Pasó por fin el Rhin por Colonia, y despues de atravesar el Weser, se adelantó hasta el Elba, llamando á las armas el eriban de los Sajones, cuya sumision aquilataba de este modo con la prueba mas gravosa; y con ellos una escuadra de Frisones penetró entre los Wilzos. Los Germanos no tenian ciudades, y aun cuando Tácito en sus anales llama á sus poblaciones con este nombre lo hace por asimilacion; así los autores modernos no mencionan una siquiera en la derecha del Rhin y en la siniestra del Danubio, y solo hablan de lugares, alcázares y campamentos. Con todo en estos pueblos eslavos se encontraron, y en una de ellas residia el príncipe Dragawit, quien al ver la actitud de los Francos, acudió á someterse como tributario, imitándole los demás.

Conseguido este triunfo, Cárlos se dirigió contra los Avares (791) despues de revistar en Ba-

(1) *Anales Nazarianos*, ap. PERTZ, p. 43.

viera sus tropas que dividió en tres cuerpos: uno de Longobardos que debian avanzar por el Friul y la Istria: otro de Sajones y Frisones que despues de atravesar la Bohemia, debian estenderse por la derecha del Danubio: reservóse para sí los Francos, Suevos y Bávaros. Preparóse impetrando el auxilio divino por espacio de tres dias, y rompió las hostilidades contra los Hunos, á quienes rechazó hasta el Raab; sin embargo la epidemia que se declaró en los caballos y que causó la muerte de todos, suspendió la campaña.

La espedicion contra los Avares, á la que Cárlos obligara á ayudarle á los Sajones, demostró á estos cómo se entendia el eriban; así es que al verse lejos de sus hogares, teniendo ademas que mantenerse á su costa por espacio de tres meses, agregándose á esto el término lejano de la guerra, comprendieron cuánto habian perdido al perder su independencia. Impulsados de estos recuerdos al volver de nuevo á ser llamados á las armas asesinaron á los Francos y á los sacerdotes, arrasaron las iglesias, y «como perros hambrientos, volvieron al paganismo (1).» Por aquel tiempo, Grimoaldo, hijo segundo y sucesor de Arigiso en el principado de Benevento, se proclamó independiente, acuñó moneda con su efigie, construyó fortalezas, y era de temer que le apoyasen los Griegos. Carlomagno (792) envió en contra suya á Pepino rey de Italia; pero no fiándose de los Longobardos, le dió por auxiliar á Ludovico con el eriban de los Aquitanos. Entre tanto los Sarracenes amagaban por los Pirineos; y á tantos enemigos se agregaba el mas poderoso de todos, un hambre tan general que Cárlos puso á prueba su genio en esta ocasion. Esperó, pues, en Baviera estando á la defensiva con los Avares, y entonces concibió el proyecto grandioso y atrevido de unir el Rhin con el Danubio y de este modo comunicar el mar Germánico con el Negro. Cavaron el canal millares de obreros y abrieron unos dos mil piés de longitud; pero no sabiendo nivelar ni sostener las orillas, abandonóse la obra que quedó imperfecta, aunque solo el haberla ideado basta á honrar en alto grado á su inventor.

Sometido Grimoaldo, pudo Ludovico continuar teniendo en jaque á los Arabes, y Pepino dedicarse á proseguir la guerra contra los Avares, que sostuvieron ocho campañas. Puso fin á esta guerra y á la espulsion de los Avares del país entre el Danubio y el Theis la traicion de su príncipe Tudun: posesionáronse los Francos de círculo (*ring*) atrincherado, donde los Avares habian depositado los despojos que durante dos siglos habian ganado de todos los pueblos, especialmente del Imperio de Oriente; la flor de sus guerreros sucumbió, y quedó yerma la Panonia. Cárlos regaló á la Iglesia romana la mayor parte de tan riquísimo botin, repartiendo el resto entre sus magnates, guerreros y siervos. Ofendido Tudun de que Carlomagno hubiese elegido en su lugar otro Kacan, volvió á guerrear de nuevo, y los Avares tambien de vez en cuando repitieron sus esfuerzos por recobrar su independencia; pero quedaron sin resultado estas tentivas, y la Europa gozó de tranquila paz porque un gobierno particular que Cárlos fundó en Panonia en el país conquistado, llamado Marca de Baviera y Austria, enfrenó sus irrupciones y devastaciones.

Quedaba que saldar la cuenta con los Sajones, para lo cual acudió Cárlos en persona, y los replegó á sus cabañas. Al año siguiente (795) volvió contra ellos y asoló el país; la guerra, con todo, nada favorable producia, pues no habia estabilidad en la paz; tan luego como Cárlos se retiraba, los Sajones empuñaban las armas y se entregaban al paganismo, que para ellos era como el símbolo de la nacionalidad; la campaña que cada año se abria solo servia para aumentar los sacrificios. Asi, con el objeto de concluir de una vez, hizo trasladar á los mas influyentes con sus mujeres é hijos al interior de las Galias, para que espatriados para siempre no pudiesen sublevarse, y los bienes que estos dejaron los repartió entre sus soldados, obispos y sacerdotes.

No estaba muy pacífico tampoco el Mediodía, pues las correrías de Carlomagno en los Pirineos no sirvieran para nada, y Abd-el-Rahman, haciendo un esfuerzo supremo para someter á los emires rebelados, se apoderó de Zaragoza y Pamplona, y taló la comarca de los Vascos.

Ludovico, rey de la Aquitania, habia adoptado el traje nacional, y cuando se presentó á su padre iba vestido á la usanza gascona, ferreruelo corto y redondo, túnica de mangas perdidas, gregüescos anchos, botas con espuelas, y venablo en mano, vistiendo del mismo modo los jóvenes señores que formaban su comitiva (2). Cárlos conoció que no se habia estinguido la antipatía de los meridionales con los septentrionales, y procuró sujetarlos contra mano robusta, aunque la Gascuña de vez en cuando se pronunciaba contra el gobierno aquitano, aprovechándose de los acontecimientos de España, donde Hixem I, hijo de Abd-el-Rahman, se preparaba á conquistar toda la parte septentrional, Narbona, la Septimania y hasta el Rodano. Algo alarmaron á Cárlos estas disposiciones, pues los revoltosos gascones podian auxiliarlos; en su consecuencia preparóse á la defensa, aquietando los disturbios (789) y poniendo el país en pié de guerra.

En este intermedio Hixem hacia publicar en todas las mezquitas la guerra santa, y á su llamamiento acudieron cien mil hombres, que saquearon el reino de Asturias y la Septimania, llevándose innumerables cautivos; valióles que Carlomagno se hallaba á la sazon en el Danubio, y mal informado de lo que pasaba enviara á su hijo Ludovico á apoyar en Italia á Pepino contra los de Benevento, que en nada se habian mezclado. Aunque los Cristianos de Asturias hicieron prodigios de valor, y pagar cara á los Moros su victoria, irritados estos derramaron torrentes de sangre, se apoderaron de Gerona y Narbona (794), degollando tantos hombres que «solo Dios que los crió lo sabe.» Del botin se sacó la quinta parte que pertenecia

(1) *Chr. Moissiac.*

(2) ASTRONOMUS, *Ludovici vita.*

al rey Hixem y subió á cuarenta y cinco mil miztaclos de oro, que destinó para la construccion de la gran mezquita de Córdoba. Corriéronse sobre Carcasona, y encontraron el ejército aquitano, pero tan débil que apenas les hizo cara, de modo que la Septimania estaba á punto de volverse musulmana. Afortunadamente los Arabes necesitaban reponerse de las pérdidas sufridas anteriormente, y no prosiguieron sus conquistas. Por entonces volvió el ejército aquitano de Italia, y para mayor ventaja, muerto Hixem (796), bajo el reinado de su sucesor Al-Akem I surgieron en España numerosos pretendientes. Uno de ellos, llamado Abdallá, propuso al rey de los Francos que sublevase la Septimania (1), mientras él fomentaba la insurreccion interna: así se hizo, y los Franco-Aquitanos recobraron á Narbona y Gerona, y marcharon sobre Lérida y Huesca, cuyos emires se sometieron, como asimismo el de Pamplona. Al-Akem acudió á recuperar lo perdido, invadió la Septimania, llevándolo todo á sangre y fuego, y mereció el título de victorioso.

Las sublevaciones intestinas reclamaron su presencia, y Ludovico recibió en Tolosa los plácemes y enhorabuenas que los pueblos le tributaron: allí comparecieron los diputados de Alfonso I de Asturias que venian á concertarse contra los Musulmanes: preparóse una espedicion para el otro lado de los Pirineos, rescatáronse muchas poblaciones, y se formó un señorío dependiente de la marca de Gotia, que fue el núcleo del futuro condado de Cataluña. Quedaba en poder de los Musulmanes la ciudad de Barcelona, demasiado importante como centro de las espediciones contra la Septimania. Hicieron cuantos esfuerzos pudieron los Aquitanos por apoderarse de ella; y el duque Guillermo, que fue despues santo y que acaudillara todas las espediciones emprendidas, capitaneó las tropas que cada año iban á talar aquel rico territorio, en las estaciones de la siega y de la vendimia. Al fin se reunió un grueso ejército, con el que asaltada la ciudad (802) tuvo que rendirse, convirtiéndose desde aquel momento en baluarte de la parte ya conquistada del país entre el bajo Ebro y los Pirineos orientales, sirviendo de puesto avanzado, de donde salian las espediciones que corrian la costa hácia Tortosa, y por el interior hácia Lérida, Zaragoza y Huesca.

Tal fue el resultado de una guerra que duró quince años entre Arabes y Franco-Aquitanos por el lado del Pirineo perteneciente á la Gotia. En la marca de Gascuña tambien se luchaba aunque en menor escala, y en las correrías y en los tratados que se arreglaban con los revoltosos Musulmanes unas veces se ganaba, otras se perdia; pero siempre se talaba el país y se derramaba sangre.

Donde mayores esfuerzos se hacian era en los Pirineos orientales; conquistada Barcelona pensose en Tortosa. Duró muchos años, y siempre encarnizada, la lucha de los Cristianos de Aquitania con los Moros; peleábase de un mar á otro, en Galicia, en Asturias, á las cuatro puertas de los Pirineos, como decian los Arabes, y en las orillas del Ebro. La traicion de los Vascos apuraba con frecuencia á los Cristianos, hasta que en el año 812 se concertó la primera tregua entre los Arabes andaluces y los Cristianos de la Galia. Bien cumpliera la mision que Cárlos le dió el reino aquitano. Las conquistas conseguidas al otro lado de los Pirineos eran un motivo de animarse á emprender otras; y efectivamente en adelante los Arabes tenian que pensar en defenderse sin tratar de pasar al otro lado de los montes.

En el año 795 habia perdido Carlomagno un amigo en el papa Adriano, á quien lloró como á un padre. Leon III, elegido para sucederle, aunque lo fue por unanimidad, cosa que pasó por inspiracion suprema, tuvo enemigos que tacharon de ilegítima la eleccion y á él le acusaron de todos los vicios. Inmediatamente escribió á Carlomagno, remitiéndole las llaves del sepulcro de San Pedro, y el estandarte de la ciudad, rogándole enviase á Roma uno de sus consejeros que decidiese al pueblo á reconocer su autoridad y jurarle fidelidad (2). Con esto reclamaba proteccion pero no dominio; y efectivamente en nada se alteraron las antiguas relaciones del rey de los Francos con el papa: Cárlos le contestó felicitándose á sí propio, pues con aquel paso se estrechaba mas el lazo indisoluble de fidelidad y amor, que con su bienaventurado predecesor contrajera.

Pasaron algunos años, y los odios sofocados contra el papa estallaron en una conspiracion; Leon fue preso y maltratado, y gracias á Vinigiso, duque de Espoleto, que acudió á sacarlo del poder de los asesinos, pudo salvarse (799). Escribieron estos descaradamente á Carlomagno remitiéndole una relacion enteramente contraria donde se desfiguraban los hechos; visto lo cual conoció era precisa su intervencion en la cuestion y rogó al pontífice viniese á su cuartel general de Paderborn donde se hallaba preparándose á salir contra los Sajones.

Vencidos estos, pudo dedicar su atencion á los negocios de Roma, y como siempre habia tenido que estar á la mira, concibió tal vez la idea de aclamarse emperador, y como tal ostentar pretensiones sobre todo el antiguo imperio romano. Es poco creible que al papa le ocurriese semejante cosa, si se atiende á que este no podia prever si con esto perderia la Santa Sede la escelsitud á donde las necesidades de los pueblos la elevara. A Cárlos, por el contrario, no debió parecerle difícil hacerse reconocer en todo el antiguo imperio, visto el estado en que se encontraba el mundo. La imágen de la ciudad eterna siempre estaba ante sus ojos desde el primer momento que la viera, y la idea de esta gran capital le hacia comprender que era la única que de tal pudiera servir para sus vastos Estados. Y si el obispo de Roma tenia pleno poder sobre todos los del Occidente, y lo iba estendiendo tambien sobre los de Oriente, ¿por qué él no podria hacer otro tanto con los reyes de Europa siendo rey de Roma? La única denominacion que á las

(1) Todos estos hechos se hallan, por decirlo así, en la historia de Fauriel. *Hist. de la Galia merid.*, tomo III.

(2) EGINARDO.

varias naciones sometidas á Carlomagno convenia no podia provenir de los Francos, ni de los Longobardos, ni de los Bávaros, ni de otros tales; la única que sin escitar celos y rencillas se adaptaba á la índole de tantos pueblos era la de imperio romano.

El papa Leon, que mereció en Paderborn una acogida digna de su escelso carácter y de su inocencia calumniada, partió á Roma escoltado con fuerzas militares, y fue recibido solemnemente. «Los Romanos entusiasmados con la alegría de recobrar su pastor, salieron á recibirle: los obispos al frente del clero, los magnates, los senadores, la milicia, el pueblo, las monjas y diaconisas, las matronas, las mujeres, todas las escuelas de estranjeros, Francos, Sajones, Longobardos, todos en fin, se reunieron en Pontemole, y con sus estandartes y banderas y en medio de cánticos religiosos le condujeron á la iglesia de San Pedro apóstol, donde celebró misa de pontifical (1).» Comenzóse el proceso por una comision de eclesiásticos y seglares nombrados por Cárlos, para juzgar el desacato cometido con el papa: parecia que ya Roma estaba bajo el protectorado de los Francos.

Reuniéronse todos los prelados y próceres Francos y Romanos en San Pedro para juzgar los delitos que se imputaban al pontífice; pero los prelados declararon: *No tenemos facultades para juzgar á la cabeza de todas las iglesias; júzguenos á nosotros; á él nadie puede juzgarle; esa es la costumbre inmemorial.* Leon afirmó no haberse separado del camino trazado por sus antecesores, y que estaba pronto á purificarse de los crímenes que maliciosamente le imputaran; y subiendo al púlpito juró que era inocente. Inmediatamente los obispos y seglares dieron gracias á Dios, á la Santísima Vírgen, á San Pedro y á todos los santos. Los enemigos del pontífice, convencidos en juicio, fueron condenados, segun el derecho romano, á muerte, conmutada, por intercesion de Leon, en destierro allende los Alpes.

Despues el dia de Navidad (799), asistiendo Cárlos á la misa pontifical, le puso Leon en la cabeza una corona, y todo el pueblo esclamó: *Vida y victoria al augusto rey Cárlos, coronado por Dios, emperador grande y pacífico.* Poquísimas particularidades nos refieren los cronistas sobre este grande acontecimiento, que restauraba el imperio de Occidente, y lo dan casi como una sorpresa de Leon á Cárlos. Pero no podia ejecutarse asi un acto de tanta importancia, el cual debia haberse concertado de antemano en Paderborn. Solo que Cárlos pensaba quizá en el modo de hacer que este acto no supusiese en el papa ninguna superioridad sobre el poder temporal, y el papa aspiraba á lo contrario; consiguiéndolo con la inesperada coronacion, que pudo muy bien sorprender á Cárlos, aunque dispuesto ya á ella. De este modo se encontró emperador, no á causa de sus triunfos, sino por libre don del pontífice. De seguro no preveia los cambios que resultarian de ahí para la vida social de Europa, ni la importancia que se reconoció mas adelante á ese título.

(1) Anastasio Bibl.

Los donativos con que Cárlos enriqueció á la Iglesia no sorprenden á los que saben que el obispo de Roma poseia ya grandes territorios en tiempo de los emperadores romanos; riqueza destinada á las muchas necesidades de la Iglesia, á las misiones y á los pobres. Habiendo perdido parte en las invasiones de los Griegos, Longobardos y Sarracenos, el conquistador franco se la devolvia. Era política de Cárlos conservar la amistad del papa, que podia consolidar su reciente conquista sobre los Longobardos. Creia ademas que realzando la autoridad pontificia, comprimida por los Longobardos, reformaria mejor la Iglesia. Pero la conquista de Italia, las donaciones y la coronacion de Carlomagno son de los puntos mas interesantes, no solo en la historia de la península italiana, sino en la de todo el Occidente, pues que á ellos va unida la soberanía temporal de la Santa Sede.

Toca á Gregorio II la gloria de haber renovado las confederaciones italianas, pues reunió bajo su presidencia religiosa las que no querian recibir el yugo lombardo, ni soportar el griego. Por lo tanto, ciudades y provincias, abandonadas por los emperadores de Oriente, ó hartas de sus vejaciones, eligieron *duces* independientes, bajo la proteccion de la Santa Sede. Esta, ejerciendo la autoridad que le concedió el voto popular, parece no haber renunciado definitivamente á la dominacion del Imperio, hasta la donacion de Pepino, que si bien no hizo variar la situacion del pontífice, la consolidó y le libertó enteramente de los emperadores de Constantinopla, sin reservarse ningun derecho de soberanía. En efecto, desde entonces los papas dejaron de guardar consideraciones al emperador de Constantinopla, y por el contrario rechazaron con energía sus pretensiones al Exarcado de Rávena. Pepino, en la asamblea de Quercy del Oise, se obligó con el papa á hacer que se restituyeran á la Santa Sede el Exarcado y las demás ciudades y territorios usurpados por los Longobardos (2), y estendió un acta, firmada por él y por sus hijos, comprometiéndose á ponerla en posesion de dichas ciudades y tierras (3).

Venciendo por la fuerza de las armas á Astolfo, rey de los Longobardos, le obligó á *restituir* á la Iglesia y á la república romana la ciudad de Rávena con otras muchas; pero una vez pasado el miedo, Astolfo se negó á todo, y antes bien estendió sus usurpaciones; visto lo cual por el papa, llamó de nuevo á Pepino, quien estrechó á aquel á cumplir lo pactado, y envió á Roma al abate Fuldrado para que depositase allí, sobre la confesion de San Pedro, las llaves de todas las ciudades cedidas á la Iglesia y acta de donacion que hacia de ellas el rey longobardo (4). Eran veinte y dos ciudades, la mayor parte en las costas del Adriático y hasta el Pó y el Panano, sin contar á Narni en la Umbria, paises pertenecientes un tiempo al imperio oriental, que los habia abandonado, acogiéndose los mas

(2) Labbe, *Concil*; Anastasio Bibl., p. 1624.

(3) Anastasio Bibl., p. 1738; Cenni, *Monumenta donationis pontificiæ*, y Orsi, *Del origen del dominio y de la soberanía de los romanos pontífices*, y *Pouvoir du pape au moyen âge*. Paris 1845, part. I, c. 1 y 2.

(4) Anastasio Bibl., p. 1626-27.

á la proteccion de la Sede pontificia. En efecto, el emperador envió á decir á Pepino que le restituyese el Exarcado y sus dependencias; pero Pepino se negó á ello, alegando que habia emprendido aquella espedicion en descuento de sus pecados y para favorecer á la iglesia romana. En realidad reconocia la dominacion de hecho y la eleccion popular.

Asi desde entonces los papas se consideraron soberanos de Roma y del Exarcado, y en tal sentido están escritas las muchas cartas de Esteban II, de Paulo I y de Adriano, que viendo las redes que le tendian los Longobardos, le invitó á salvar á la Iglesia y á Roma. Cárlos fué á Roma, y no solo reconoció la soberanía papal, sino que la estendió y consolidó, venciendo á sus enemigos. A la sazon, la única garantía de independencia era el dominio temporal, pues el que no poseia era siervo, hombre de otro. Por lo tanto, la Iglesia, amenazada por los Longobardos y los Musulmanes, necesitaba tambien un centro de fuerza material, y lo tuvo. Durante el sitio de Pavía, Cárlos, habiendo ido á Roma, confirmó la donacion de Pepino, y añadió nuevos paises, entre ellos la isla de Córcega, el ducado de Benevento y otros, sobre los cuales no tenia derecho de conquista ni de soberanía. De esto se han prevalido algunos para desmentir aquel documento, aunque bien pudiera ser que esos paises, como tantos otros, se entregasen á la Santa Sede para que esta los protegiese en el abandono de sus señores, como lo verificaron muchas ciudades, que querian ser defendidas contra los Longobardos.

Napoleon mentia, pues, á la historia, quitando al papa los paises que le habia *donado* su *antecesor* Carlomagno.

El título de patricio de Roma que tuvieron Pepino y Carlomagno, no les daba ninguna soberanía en Roma ni en el Exarcado, sino solo la obligacion de proteger á la Sede pontificia; esto es tan cierto, como que ellos empleaban indiferentemente dicho título ó el de defensores de la Iglesia, y lo colocaban despues del de rey de los Francos y de los Longobardos. Cuando Leon III se ciñó la tiara, Cárlos le envió un secretario suyo para arreglar de comun acuerdo lo que creyese necesario á la exaltacion de la Santa Iglesia, al mantenimiento de su dignidad y á la firmeza del patriciado. «Como con el antecesor de vuestra »santa paternidad, decia, celebré un pacto, asi »deseo contraer con vuestra beatitud una invio»lable alianza de fe y de caridad, á fin de que, »con el don de Dios, la Santísima Sede de la »Iglesia romana sea defendida por nuestro de»voto celo (1).»

Ni se perdió esta soberanía del papa con la elevacion de Cárlos al imperio. Efectivamente, en su testamento distribuyó sus Estados, sin hacer mencion de Roma ni del Exarcado, y solo recomendó á sus hijos que «se encargasen al mismo tiempo de cuidar y defender la Iglesia romana, como lo habian practicado Cárlos Martel, su padre, y él.» El título de emperador no daba, pues, á Carlomagno soberanía en Roma, sino un carácter y un título mas augusto, y casi la ratificacion de su obra mas duradera, esto es, las relaciones establecidas entre el Estado y la Iglesia, base de los gobiernos sucesivos.

Las constituciones tomaban entonces un carácter determinado, y la idea de la union cristiana de todo el Occidente, era quizá el blanco de las alianzas que la Iglesia solicitaba. Habiánse mezclado de un modo estraño las cosas sagradas con las profanas; Cárlos procuró separar sus competencias, y fundó la constitucion sobre la nobleza y el clero, con lo que la idea del imperio se engrandecia moral y políticamente, y el cristianismo se diferenciaba por completo del gentilismo y el islamismo que concentraban en la misma mano la justicia y la fuerza.

Entonces el nombre de imperio no evocaba sino oscuros recuerdos, que enlazando en cierto modo las épocas germánica y romana, dieron quizá orígen á singulares ideas de grandeza y primacía; pero, su misteriosa accion se preparó meramente para lo porvenir. En efecto, la corona imperial pesó y hasta avergonzó á menudo la degenerada frente de los Carlovingios; no aseguraba ni consideracion ni poder; y sin embargo era vivamente deseada y disputada. Por lo mismo aumentó el movimiento vital, produjo agitaciones y discordias, y contribuyó á desarrollar las relaciones entre los pueblos del mundo germánico. Habiéndose dividido luego el imperio de Carlomagno en tantos Estados como naciones comprendia, cuando, un siglo despues de la coronacion de Cárlos, un rey de Alemania pasó á Italia y volvió á traer de allí la corona imperial, esta pareció adquirir un valor positivo; sin embargo, la apariencia engañaba. Ciertamente los Italianos tienen demasiado por que quejarse del imperio, lo cual no impedia que el jefe fuese nacional, como sucedió á Guido, Berenguer y Arduino. Juguete de las pasiones, entre tempestades y crueldades, aquella corona cayó en el desprecio y el olvido, hasta que al cabo de dos generaciones un rey poderoso del pueblo germánico le comunicó nuevo esplendor estendiendo su alto dominio sobre Italia. Pero debió todo su valor á los papas. Cuando estos llegaron á la entera conciencia del poder que, en épocas de vicisitudes y agitaciones, la necesidad de los hombres habia acumulado en torno de su sede, sostenidos por esa conciencia, se esforzaron en someter á su trono hasta el de los mismos reyes, para dominar sobre las armas y la sociedad civil, como sobre los ánimos y la Iglesia. Entonces trataron de representar á la corona imperial como el centro, mas aun, como la fuente de toda potestad temporal, para tener un objeto determinado á donde dirigir el poder, y hacer valer su victoria sobre el que se ceñia dicha corona, cual si la hubiesen alcanzado sobre todos los reyes y príncipes del mundo cristiano. La supremacía del imperio no podia menos de hacer sombra á la suya, y como tenian en sus manos aquella diadema, se aprovechaban de esta circunstancia, tanto mas cuanto mayor respeto profesaba el mundo á la cabeza en que resplandecia.

(1) *Sicut enim cum beatissimo prædecessore vestro sanctæ paternitatis pactum inii, sic cum Beatitudine vestra ejusdem fidei et charitatis inviolobile fædus statuere desidero.* Ap. BOUQUET, *Rec. des hist. de Fr.* V. 625; e LABBE, *Concil.* VII. 1128.

Cárlos en un principio no parece haber comprendido la ventaja real que debia reportar de tal corona, y continuó en la actitud de un gran rey en país feudal: solo que elevó sus pretensiones. Quizá esto le impulsó á ocuparse mas activamente en consolidar el órden legal y civilizar á los pueblos que reconocian sus leyes. A ello dirigió sus miras, segun el espíritu del sistema feudal, pero á la par trató de fundar y mantener la idea de la grandeza y de la supremacía inherente á la dignidad imperial, sea que estuviese penetrado de ella, sea que quisiese acostumbrar el mundo á la idea de un poder mayor debido á él, y de ser príncipe independiente, igual en todo al de Constantinopla. Al estilo romano, se rodeó de mayor fausto y esplendor; contó segun la Indiccion romana, ó mas bien segun los años de su consulado; en Roma y en el territorio romano se arregló la fecha por los años de su imperio, como antes por los del constantinopolitano, y todo súbdito de doce años de edad en adelante debió prestar nuevo juramento al emperador.

La fortuna de las armas le sonreia; Barcelona en España y Chieti en Italia se habian sometido á sus armas; Harun-al-Raschid le envió una embajada; otra la emperatriz Irene para requerir su amistad y que cesasen los socorros que el imperio griego continuaba prestando á los contumaces Beneventinos. El castigo de Irene impidió llevar á cabo el convenio, pero crecian las relaciones entre los dos imperios que ocupaban las dos orillas del Adriático, y que se tocaban en Iliria, Dalmacia é Italia, y entre los Griegos circulaba el proverbio de que á los Francos convenia tenerlos por amigos, pero no por vecinos (1). Al imperio debian tambien hacer sombra las relaciones cada vez mas estrechas de Cárlos con Harun; si bien estas se limitaron, segun parece, á obtener mejores condiciones para los habitantes y peregrinos de Tierra Santa.

Mas adelante (804) Cárlos celebró con Nicéforo, emperador griego, una paz que quitó á los Beneventinos el apoyo en sus rebeliones, y que fijó los confines de los dos imperios, quedando en el de Occidente la Istria, la Dalmacia y la Liburnia. Pero la posesion de la Dalmacia promovió disputas entre ambos emperadores, que combatieron en los mares, atacando Pepino las islas venetas que, conservándose neutrales en las disidencias de los dos imperios, lograron hacerse independientes. Pepino, cogido en medio, se salvó á duras penas. Tambien le salió mal la empresa en Dalmacia, y esta quedó en poder de los Griegos. En la paz (812) el rey de los Francos restituyó al Bizantino la ciudad de Venecia y las menos importantes de Trau, Zara y Espalatro.

Era preciso acabar de una vez con los Sajones, vencidos pero no domados, que seguian pertinaces en el antiguo culto, aborreciendo á los sacerdotes y sustrayéndose al pago del diezmo, tributo grandísimo, porque con él se tenia á sueldo á sus enemigos. Su importancia se aumentó con la amistad de otros enemigos del imperio, los Normandos.

(1) Τὸν Φράγκον φίλον ἔχῃς, γείτονα οὐκ ἔχῃς. EGINAR., c. 16.

El Norte de Alemania estaba habitado por pueblos ásperos y fuertes, de raza y costumbres germánicas, divididos en cantones, bajo condes electivos, ligados entre sí y contra los demás para el ataque y la defensa, y con un rey comun á toda la confederacion. Los propietarios eran ciudadanos, hombres libres, todos iguales y defensores por voluntad propia de la cosa pública (*Kehrer*, *Gerser*, *Neermanner*). Dueños absolutos en sus tierras, los padres trasmitian las propiedades á los primogénitos; pues en aquel clima avaro, no domado aun por el arte, era imposible repartir terrenos, que necesitaban un cultivo en grande escala. Los hijos segundos, rechazados de la casa paterna, ó mantenidos allí en estrecha sujecion, buscaban la libertad, la subsistencia, la gloria. Eligieron por teatro de sus empresas el mar; y arrostraron las tempestades y los escollos en medio de las infinitas islas y golfos que circundan aquel país. Dedicándose á la pesca, perfeccionaron los buques, se habituaron á los padecimientos como á los peligros, y adquirieron el orgullo propio del que no teme la muerte. Pronto sus empresas pesqueras se convirtieron en espediciones de piratería, caras á los jóvenes, como ocasion de aventuras, de valor, de gloria, y capaces de colocarles en situacion de igualar á sus hermanos mayores. Por lo tanto, unidas las barcas, elegian un jefe, rey del mar (*Sœkongar*), al que seguian á todas partes, formando un cuerpo libre de marina. Sin alejarse de las costas, desembarcaban en los escollos, se apoderaban de los islotes á las embocaduras de los rios, subian por estos, recorrian sus orillas, robaban donde podian, buscando ó evitando los combates, segun sus fuerzas. Aventurándose á veces en alta mar, sorprendian los buques mercantes, y apresándolos los llevaban a las costas patrias. Consideraban propiedad comun cuanto adquirian con la fuerza ó con la astucia, y lo repartian á la suerte.

Esta alternativa de seguridad y de peligros, de estremada miseria y de pingüe reposo, los formó temerarios y capaces de superiores esfuerzos. La historia de sus principios es imposible de seguir. Pero, mientras la juventud de la Suecia, de parte de la Noruega y de la Dinamarca, abriendo el camino del Oriente, y saliendo al mar Báltico, visitaba ora las costas de Alemania, ora las de Prusia y Livonia, llegando hasta el Neva, impulsada del comercio ó del saqueo, otros jóvenes, partiendo del opuesto lado de la Noruega, de la Dinamarca y de la Jutlandia, seguian las costas hasta mas allá de la Galia, y luego hasta la isla de Bretaña y aun la de Irlanda. Por la ignorancia de las posiciones y de los nombres, los Romanos llamaron Sajones á los primeros aventureros que aparecieron en las costas septentrionales del imperio, y se dió el nombre general de Normandos á los que se derramaron por el imperio de los Francos, denominándoseles de otro modo en Inglaterra é Irlanda. Solo mas adelante se supo distinguir á los Alemanes septentrionales de los Daneses, Suecos y Noruegos, y á estos pueblos entre sí.

Cuando los pueblos germánicos empezaron sus irrupciones en el imperio romano, y amenazaron

las costas, los Romanos hubieron de proveer á la defensa, é instituyeron el *comes limitis saxonici*; pero, aquellos piratas no cesaron hasta destruir el imperio. A mediados del siglo V habian ejercido tambien sus latrocinios en la intranquila Bretaña, donde luego se establecieron en las costas del Sudeste, luchando mucho tiempo con los naturales, pero adquiriendo cada vez mas terreno. Sobrevinieron otros, de suerte que se alargaron hasta la punta septentrional de Escocia y las islas Orcadas.

Ocupados allí, dejaron de molestar el continente en los siglos VI y VII y parte del VIII, aunque de vez en cuando reaparecian, siendo funestos á los Francos. Se les unian jóvenes Alemanes; y quizá mas de una vez los Sajones y los Frisones formaron la vanguardia, sirviéndoles de guía para que el botin fuese mas pingüe, hasta que, derrotados por los Francos, se encontraron espuestos á aquellos mismos ataques. Cuando los Normandos vieron á Cárlos someter á los Sajones, temblaron por sí; los muchos de esta última nacion refugiados entre ellos escitaron su miedo y sus pasiones, y empezaron de nuevo sus corrrerías en el continente, turbando el imperio de los Francos. Reuniéronse muchas fuerzas en la orilla septentrional del Elba inferior, bajo un príncipe llamado Götrick ó Godofredo, que dió que pensar á Cárlos porque podia auxiliar los esfuerzos de los Sajones. De consiguiente estableció fortificaciones y atrincheramientos en las costas y en la embocadura de los rios (1), despues una escuadra en el puerto de Boulogne, y los tuvo asi alejados del continente, sin impedir que atacasen y aun que ocupasen algunas islas en la costa de Sajonia y de Frisia.

Los Sajones estaban desanimados por las derrotas y el abandono de Witikindo, y mas porque la reunion de los pequeños pueblos del Norte contra los Francos era no menos difícil que lo habia sido un tiempo la formacion de grandes ligas entre los cantones germánicos contra los Romanos. El mismo Cárlos, viendo que aquella guerra diaria era un grande obstáculo para la civilizacion del imperio, usaba de miramientos y de clemencia con los Sajones; pero la repugnancia de estos á la religion cristiana los impulsó pronto á nuevas tentativas. Carlomagno, á su vuelta de Italia, determinó dar un golpe decisivo; dirigióse, pues, á las orillas del Rhin, para contar las fuerzas de que podia disponer; trató al mismo tiempo de impedir á los Sajones reunirse, con separar á los mas influyentes por sus bienes de fortuna, su reputacion ó sus empresas, ya llamándolos á su lado, ya comprándolos con favores, ya asignándoles feudos en otros paises; y desde entonces se notó que la munificencia conseguia mas que el terror. Habiendo despertado de este modo las pasiones y sembrado entre ellos semillas de discordia, quiso mostrarse «tan formidable en la ira, como dulce en la piedad;» y acampándose al otro lado del Weser, despues de atraer á su partido á los Obotritos, que para secundarle se trasladaron á la orilla derecha del Elba, cogió á los Sajones sin jefes, los dispersó, y arrastró á la otra orilla del Rhin hasta diez mil familias (804). Aquel Godofredo, rey de los Daneses, habia prometido socorrerlos; pero oyó el golpe antes de moverse; sin embargo, no escuchó las invitaciones que le hacia Carlomagno, ni este juzgó prudente castigarle por ello. En las tierras que dejaron despobladas los Sajones, á la derecha del Elba, se establecieron los Obotritos, obstáculo entre los Sajones y los Daneses.

Entonces los Sajones se sometieron definitivamente á las condiciones impuestas, y dejando la idolatría aceptaron los sacramentos y se les consideró como Francos. Cárlos quiso asegurar su obediencia fundando obispados; los obligó á asistir á los sermones, á bautizarse; dió leyes rigurosas contra los sacrílegos, considerando casos de muerte, robar en iglesia, violar la cuaresma, quemar un cadáver, ofrecer sacrificios á los demonios, creer en brujas, matarlas y comer de ellas, y sustraerse del bautismo. Los habitantes de cada canton debian dar á la iglesia dos predios y un corral, un esclavo y una esclava; de los ingresos del fisco y de las rentas del rey correspondia tambien á las iglesias y á los sacerdotes el diezmo; y todo Sajon, de cualquiera condicion que fuese, les debia entregar asimismo el diezmo de su trabajo ó de los productos de su hacienda. Las iglesias servian de asilo á los delincuentes.

Dividióse el país en condados, al uso de los Francos; todos los habitantes estaban sometidos al tribunal del conde; todos podian apelar al rey, el cual se reservaba el derecho de gracia. Hizo tambien compilar las leyes de los Sajones; pero no parece sean las que han llegado á nosotros con el título de *Legis Saxonum liber* (2), las cuales parecen posteriores si se atiende á la desproporcion del valor de los guidrigildos con los usados en las leyes de Cárlos. Existen las mismas dudas sobre la *Lex Frisonum*, confusa, incompleta, y que quizá no es mas que la compilacion de un juez para su uso particular, pues no valia la pena de que Cárlos mandase compilar un trabajo tan imperfecto y que comprende constituciones evidentemente referibles á los tiempos paganos.

Con esta victoria Carlomagno no solo veia coronado el objeto de toda su vida, sino que hacia un eminente servicio al Imperio germánico, promoviendo el desarrollo del espíritu nacional, á lo que contribuyeron mucho los Sajones, que no habian esperimentado aun alteracion de costumbres estranjeras.

Pero con tal conquista no se aumentaba la seguridad, la solidez ni la fusion de su imperio; y si los Alpes y los Pirineos no habian detenido á los enemigos, menos los detendria el Elba; antes bien, quedaban abiertos los pasos, por donde podian entrar los Normandos. Cárlos perdia su vigor á medida que se aumentaban sus años, y asi, fija la mente en el porvenir, se dedicó á regularizar lo interior de su imperio, y á cultivar

(1) *Fecit idem a parte meridiana in littore provinciæ Narbonensis et Septimaniæ, toto etiam Italiæ littore usque ad Romam contra Mauros nuper piraticam exercere aggressos.* EGINARDO, c. 17, y *Annales*, año 801.

(2) CANCIANI, III. 37.

las facultades mas elevadas. No dejó por esto las empresas guerreras, pero encargó de ellas á sus hijos y á sus generales.

Procurábase en Alemania propagar el cristianismo entre los Avares, adquiriendo gran mérito por ello Arnon, obispo de Salzburgo. Esto asustó á los Eslavos libres de la Bohemia, como tambien la union de los Obotritos con los Francos. Llamábase á los habitantes de la Bohemia Wendos, en vez de Chescos, que era su verdadero nombre, y amenazaban al Kacan de los Avares, adicto á Carlomagno; este, para defenderle, hubo de enviar un ejército, y la guerra continuó muchos años sin otro resultado mas que la construccion de algunas fortalezas, insuficientes al objeto.

Tambien Godofredo, rey de los Daneses, habia vuelto las armas contra los Obotritos, sostenidos por un ejército de Francos, al cual derrotó varias veces, invadiendo la Frisia y no cesando hasta caer asesinado. Su sobrino Emingo celebró un armisticio con Cárlos, y el Eider quedó como frontera entre los Daneses y el imperio Franco.

Los Sarracenos devastaban las costas del Mediterráneo; asi las Baleares, la Córcega y la Cerdeña se pusieron bajo la proteccion de Cárlos. La escuadra del rey de Italia atacó frecuentemente á los piratas; pero no impidió que hiciesen grandes presas. Cárlos opuso la intercesion de Harun-al-Raschid para contener las correrías de los Arabes Aglabitas de las costa de Africa; pero á su muerte empezaron de nuevo con mas furor.

Las cincuenta y tres espediciones emprendidas por Carlomagno no son ya, como las precedentes, guerras de tribu á tribu, de jefe á jefe, para robar ó establecerse; sino sistemáticas, políticas, con altas miras de gobierno, y determinadas por cierta necesidad.

Los Godos, Borgoñones, Francos, Longobardos y otros pueblos germánicos se habian establecido en el territorio del Imperio romano; entre ellos los Francos, mas poderosos, lo verificaron en el centro. Ningun vínculo político los unia, y se hostilizaban contínuamente; sin embargo, su situacion era semejante y su interés comun. A principios del siglo VIII, nuevos pueblos germánicos y eslavos estrechaban por el Nordeste, á lo largo del Rhin y del Danubio, á los conquistadores de la Europa occidental; por el Mediodía los atacaban los Arabes; encontrándose asi entre dos impulsos contrarios. Carlomagno pensó, pues, en reunir á todos los habitantes romanos y germánicos, contra los nuevos agresores. Al efecto sometió definitivamente por un lado á las poblaciones romanas que se empeñaban aun en sustraerse al yugo de los Bárbaros, como los Aquitanos; y por el otro á las poblaciones germánicas que no estaban todavía bien arraigadas, como los Longobardos de Italia. Unidos bajo la dominacion de los Francos, los dirigió contra aquella doble invasion: guerras esencialmente defensivas por el triple interés de territorio, raza y religion.

Cuanto mas desearíamos conocer los medios de que se valió Cárlos para efectuar tan grandes cosas, y dar nuevo impulso al pensamiento y á la civilizacion, tanto mas sensible es que los documentos no corespondan á ello de un modo adecuado, y que el crítico tenga que aventurarse á hacer conjeturas. Como soldado creyó que toda resistencia debia ceder ante su voluntad, y quiso ejercer, hasta en las cosas de gobierno, la omnipotencia de general y la prontitud de guerrero; asi conculcó las nacionalidades y los sentimientos particulares. Pero no podia edificar sino sobre las bases históricas que habia encontrado; ni sus predecesores habian sido mas que jefes de un cuerpo libre de compañeros. Este cuerpo con el tiempo se hizo estable y los beneficios constituyeron un vínculo comun entre los leudos, convirtiéndolos en *fieles* del rey, que podia contar con su brazo y su espada. Poco á poco los beneficios se trasmitieron de padres á hijos, tanto que se consideraron hereditarios. En tres siglos, el órden que fue preciso establecer para la distribucion de los beneficios, esto es, el sistema feudal, continuó formándose y desarrolló los gérmenes que encerraba su naturaleza.

Los grandes movimientos, en medio de los cuales cayó la casa de los Merovingios y le sustituyó la de los Carlovingios, habian sido fases de tal desarrollo, y la posicion de los leudos para con el rey era ya muy distinta de lo que habia sido en su orígen. Los leudos fueron cada vez mas exigentes; pero el poder del rey se fundaba en ellos, y Carlomagno los necesitaba indispensablemente, lo mismo que sus antecesores.

Bajo los Merovingios, la constitucion primitiva del reino de los Francos habia sufrido algunas alteraciones, emanadas mas bien de cambios en el estado civil de las personas y clases, que de la esencia misma del poder real. La autoridad suprema, con todos sus derechos regulares, residia siempre en la persona del rey; pero continuaba siendo electiva y estaba restringida en ciertos límites que el uso custodiaba y que solo la victoria permitia á veces traspasar. En el legítimo ejercicio de sus altas atribuciones el príncipe mandaba los ejércitos, convocaba las asambleas generales, proponia y sancionaba las leyes, juzgaba en persona ó por delegacion las apelaciones ó las causas graves, nombraba los generales y condes, instituia los obispos electos, acuñaba moneda con su busto, distribuia los beneficios seculares y disponia á su arbitrio de los dominios de la corona.

Pero al poder del rey, asi como á la libertad de los súbditos, les faltaban garantías públicas, dependiendo solo de la fuerza y de la fortuna del individuo. Carlomagno, poderoso de voluntad no menos que de genio, infundió nueva vida á la monarquía, que su padre habia sacado ya de su letargo, y fue déspota en interes de la nacion. Su autoridad se compuso de los derechos mal definidos de la monarquía germánica, y de las atribuciones ilimitadas de la autocracia romana. La aristocracia Franca, que en la época de los Merovingios se habia aprovechado del poder y de la libertad para producir la anarquía, se vió obligada por Cárlos á someterse á la ley y asociarse á los intereses generales. Pero no debia tardar en desquitarse bajo los sucesores de este gran rey.

Aunque el sistema feudal habia abrazado todas las partes del imperio, sometidas antes por los Francos, Sálicos y Ripuarios en las provincias del Rhin inferior y del Loira, de modo que era difícil hallar otras propiedades territoriales que beneficios, ó en manos de los leudos ó pertenecientes al fisco como dominios públicos, existian aun no obstante en otros puntos del imperio muchas propiedades libres, cuyo poseedor tenia con el monarca relaciones muy diversas de las de los beneficiados. Los bienes alodiales de esta especie se encontraban en mayor número al otro lado del Loira, en la Galia meridional, en la orilla derecha del Rhin y en los paises de los pueblos germánicos. Sometidos estos paises por los Francos, los poseedores libres habian tomadsin duda distinta posicion de cuando deliberaban sobre la suerte de la patria; donde un dia flotaban las banderas de la libertad, ya lo hacia la real, y al reves del órden señorial de los leudos régios, los antiguos poseedores libres eran una raza débil é inquieta. En efecto, los grandes propietarios que habia entre ellos y que eran un tiempo los primeros hombres libres, los principales entre los pares ó iguales, habian sido ó sometidos ó ganados, de suerte que casi todos abandonaron su causa y la de la libertad, se unieron á los conquistadores y prefirieron vivir como señores sujetos al servicio. Pero el espíritu de los antepasados vivia aun en los antiguos defensores; los cambios que habian sobrevenido no influyeron sino en sus relaciones con el imperio; y en sus cantones se conservaron todavía hombres libres, probando las luchas sostenidas en Sajonia lo que podrian ser para el imperio. Surgieron ademas enemistades entre los leudos régios y los hombres libres; aquellos poderosos, estos débiles y mirados con desprecio por los primeros; la discordia y las pasiones invadieron la sociedad, y las fuerzas del imperio se conmovieron en su base; luego se manifestó, entre los oficiales del imperio una doble inclinacion, que resultado de la diferencia de los feudos y de los alodios, puso en particular peligro su fidelidad. Funcionarios y vasallos trataron de adquirir alodios independientemente de sus feudos; y como los servicios á que habian sido sometidos los feudos no pesaban sobre los alodios, dirigieron todos sus esfuerzos á confundir los límites entre los alodios y los feudos, á unir á sus tierras alodiales porciones de feudos ó feudos enteros, ó á trasformar estos en bienes alodiales. El fisco territorial del rey se disminuyó, amenazando con desaparecer del todo.

Tal estado de cosas pareció intolerable á Carlomagno; pero no podia restablecer la libertad de los antiguos propietarios, inconciliable con la estension de su imperio, el esplendor de su trono y la autoridad de su dominio; ni tampoco podia desprenderse de los leudos, á quienes junto con los deberes tenia que dejar los derechos. Aunque conocia por la historia del imperio romano la fuerza que las legiones habian dado á los emperadores, no estaba en posicion de formar legiones.

Por otra parte el sistema feudal le pareció igualmente peligroso en la forma que habia tenido hasta entonces, pues los vasallos estendian cada vez mas sus usurpaciones, aumentaban sus propiedades, fuesen beneficios ó alodios, segun las circunstancias. Los libres del órden inferior se veian despojar de sus propiedades territoriales libres; oprimidos de todos modos, atribuian á fortuna conseguir la apariencia de libertad personal, llegando á ser vasallos de los vasallos. Si no se ponia coto á esto, era de temer que los vasallos del imperio se apoderasen de todas las propiedades libres, haciéndose asi demasiado poderosos aun contra el rey, y causando la total disolucion de las fuerzas del imperio.

Para impedirlo, esforzóse Cárlos en contener la inclinacion de sus vasallos á engrandecerse: aseguró á los libres del órden inferior todo el apoyo posible; veló severamente por la conservacion de los feudos y por la distincion entre estos y los alodios; impuso á todos los poseedores de dominios libres ó de feudos, dependientes del imperio ó de un vasallo, la obligacion comun del servicio militar. Esperaba de este modo asegurar al imperio el mayor poder, y al trono la fuerza que necesitaba. No podia trasformar enteramente las prodiedades libres en feudos, porque ademas de la injusticia temia que las mas de aquellas se concentrasen en pocos vasallos. Creia que le seria posible llegar indirectamente á colocar en la misma línea las propiedades territoriales, imponiendo el servicio militar á los poseedores de toda clase de terrenos, ó sometiendo á todos los hombres al eriban.

Con tal propósito, el ejército y el pueblo vinieron á ser una misma cosa por voluntad de Cárlos; y se armó al pueblo, visto que el eriban se imponia á todos. Sin embargo, no renació la antigua libertad; solo se introdujo en la vida un nuevo vínculo, del que nadie parecia poderse sustraer, sino por especial favor. Desapareció el nombre de leudo, porque todos fueron, ó á lo menos debieron ser conducidos á la misma dependencia; y aunque el emperador continuó usando el nombre de *fieles*, parece lo empleaba en el sentido genérico.

Pero la misma razon por que el emperador no habló ya de sus leudos, le determinó á sufrir diferencias en el derecho de los libres. En las Capitulares no hay rastro de una nobleza por oposicion á los otros libres. En el código de los Sajones existe tal distincion, y tambien se echa de ver en los de los Turingios y Frisones. ¿Como es que ni aun las Capitulares generales, concernientes á todo el imperio, hablan de los nobles mas que la ley sálica ó la ripuaria, no abolidas y si solo mejoradas entonces? La nobleza, entre algunos pueblos germánicos, parece no haber sido mas que provincial, pudiendo un vasallo gloriarse de ella á los ojos de otro vasallo; pero no hubo nobleza del imperio, nobleza políticamente reconocida en el reino de los Francos. Solo los funcionarios conservaron los antiguos privilegios, y se les indica como nobles, en oposicion al obediente vulgo.

Cuando el rey ó sus hijos salian á campaña, mandaban el ejército; en otro caso lo mandaba un general. Aun parece subsistia la distincion entre el ejército y las bandas, si bien estas se agre-

gaban al primero, como infantería ligera. Las bandas dependian enteramente del rey, que las enviaba á donde queria, mientras que el ejército no hacia sino aquello en que antes habia convenido. El rey se servia de las bandas en las empresas difíciles, como para atravesar los desfiladeros de los Alpes (*scara*); en los actos violentos, que requerian ilimitada obediencia y ejecucion pronta y secreta, como fue el de sorprender á los jefes sajones y arrancarlos de su patria; y tambien las ponia en campaña cuando el ejército se habia ya dispersado. A ellas confió la custodia de su persona y familia, y la guarnicion de las plazas.

Las bandas eran escogidas quizá entre las personas obligadas al servicio militar, de modo que estuviesen siempre prontas, á fin de que al rey no le faltase nunca fuerza; ó unidas libremente y de una manera particular; formaban las fuerzas permanentes de la casa real, y en consecuencia un ejército del imperio, dispuesto á marchar siempre. Eran en suma el desarrollo de aquellos cuerpos de compañeros que, desde las selvas germánicas, seguian á los jefes á la conquista. Mientras que los mas se situaron en los campos conquistados, con la obligacion de acudir al eriban, algunos leudos permanecian junto al rey por si ocurria algun caso de necesidad ó de peligro. Cuando despues el engrandecimiento del imperio exigió que el ejército se aumentase, y por otra parte los feudatarios se esforzaron en conservar sus posesiones á sus hijos, debió la banda formarse de jóvenes que no tenian aun beneficios. Pepino que sucedió á los Merovingios, tenia mas necesidad de un cuerpo á su disposicion contra los atentados de los vasallos, y con mayoría de razon Carlomagno en tantas conquistas que le proporcionaban medios de recompensarlos.

Pero la fuerza del imperio estaba en el ejército, formado de los libres obligados al eriban. En los primeros tiempos de los Francos, solo los leudos del rey debian acudir al eriban; tambien los Romanos conquistados, libres únicamente en el nombre, tenian que facilitar algunos individuos para reforzar el ejército de los Francos, y eran conducidos á la guerra por los condes. Estendiéndose al sistema feudal, los vasallos obtenian mayores bienes en recompensa á medida que los Merovingios se debilitaban. Asi mermó el número de los Romanos, que la arbitrariedad llevó á servir en las filas del ejército; y segun iban sus propiedades asignándose á los vasallos como beneficios, se veian bajo la autoridad de estos, y libres de las obligaciones inmediatas para con el imperio. Quizá tambien la disminucion de la poblacion de la Galia indujo á mas de un vasallo á dar algunas partes de dichos beneficios á otros libres que no habia encontrado en aquellas tierras, y al mismo tiempo se donaron grandes bienes á las iglesias, á los obispos, á los conventos, con pérdida de las propiedades comunes de los conquistadores, pues quedaban sometidos á las prestaciones, como los vasallos del rey.

Si los leudos y las iglesias hubiesen recibido, como alodios ó propiedades realmente libres, los bienes que obtuvieron del imperio, las personas que hasta entonces habian vivido en ellos libres, habrian tenido sin duda la condicion de los litos de la antigua Germania, y habrian quedado obligados solo respecto de sus nuevos propietarios al pago de un censo y á ciertos servicios como colonos. Tuvieron tales obligaciones, en efecto; pero no únicamente hácia el propietario. Asi como al vasallo del rey no se le concedió la propiedad del suelo, sino el usufructo, en recompensa de los servicios que debia al verdadero propietario, esto es, al rey y á la generalidad de los leudos, del mismo modo los hombres á quienes confiaba parte de su posesion feudal, no podian considerarse sino como usufructuarios ni ser mas que vasallos mediatos, retro-vasallos, valvasores; y ademas de las prestaciones impuestas por el feudatario tenian para con el rey ó el imperio las mismas obligaciones que el vasallo inmediato. Tal era la posicion de los vasallos de las iglesias y de los conventos, como de los vasallos de los leudos régios; pues los bienes de las iglesias y de los conventos, dados á estos á costa del fisco, continuaron considerándose, como los beneficios de los leudos, bienes fiscales, cuya propiedad pertenecia al rey y á la generalidad de los leudos.

Asi se formaron dos clases de vasallos; inmediatos y mediatos; vasallos del rey y vasallos de los vasallos, ó casulos ó valvasores, como se les llamaba en Lombardía; *seniores* aquellos, *juniores* estos.

A medida que las conquistas de los Francos se estendian en la Germania propiamente dicha, se pusieron allí en vigor las mismas instituciones. Los pueblos que, unidos en virtud de un tratado al reino de los Francos, conservaron por este hecho príncipes nacionales y hereditarios, como los Benaventinos y los Alemanes, tuvieron, es cierto, diferente posicion. Los duques estaban sí obligados á militar con determinado número de guerreros; mas se les dejó la eleccion. Entre los demás pueblos, Turingios, Sajones, Frisones y otros, despojados de príncipes hereditarios, se introdujeron los usos establecidos en la Galia. Los individuos que, á título de beneficio, obtuvieron una propiedad confiscada, hubiese esta pertenecido á príncipes y jefes, ó á simples particulares caidos en desgracia, se vieron obligados á servir militarmente, como cumplia á todo vasallo, y sus colonos fueron sub-vasallos. Los libres, por el contrario, quedando en posesion de sus propiedades hereditarias, hubieron de someterse á obligaciones arbitrarias como súbditos; y si en ellas vivian colonos, se los forzaba á seguir el ejército del señor territorial. Asi los antiguos libres, tanto grandes como pequeños propietarios, se vieron reducidos á peor posicion que los vasallos, y perdieron toda intervencion en los negocios públicos, permaneciendo súbditos y obligados á prestar los servicios de vasallo, pero sin su consentimiento. Sus colonos corrieron igual suerte, inferiores á los sub-vasallos, y sin la esperanza que estos tenian de alcanzar, mediante sus servicios, posesiones mas estensas, honores y dignidades.

Estas relaciones violentas produjeron el estado que acabamos de describir, y al que Carlomagno

trató de poner remedio alejando la arbitrariedad é introduciendo un órden legal. Mientras duró aquella situacion, los grandes propietarios debian necesariamente llegar á ser vasallos; los grandes vasallos, confundiendo los beneficios y los alodios, debian estender cada vez mas su usurpacion; los propietarios libres del órden inferior, espuestos sin defensa al antojo de los oficiales del imperio, debian desaparecer rápidamente; y si no encontraban proteccion en el vasallaje de las iglesias ó en el apoyo oficial del imperio, se rebajaban á la condicion de súbditos y siervos. Pero los remedios que Cárlos empleó fueron por desgracia tan malos como la misma enfermedad, sea que no conociese á fondo la posicion de los libres del órden inferior, ó que las inclinaciones de los grandes y poderosos del imperio le impidiesen valerse de otros; quizá tambien le dominó la idea de la supremacia imperial.

Parece que preparó el camino á las disposiciones administrativas de Cárlos el juramento que hizo le prestasen como emperador todos los libres del imperio, de doce años arriba. No nos meteremos á decidir cuáles fueron las intenciones del nuevo emperador; pero puede asegurarse que se tomó nota de todos los que lo prestaron y se pasó á Cárlos, con lo que conoció exactamente los hombres capaces de llevar las armas y cobró ardimiento. Empezó prohibiendo que se disminuyesen los bienes del fisco, ó que se transformasen los beneficios en alodios, con la fuerza ó con ventas simuladas (1); que se redujera una propiedad libre á feudal para restituirla luego como subfeudo al antiguo poseedor; que los libres cediesen sus bienes á la Iglesia, ó que se consagrasen á Dios sin su permiso, y al efecto mandó formar en cada canton el estado de todas las propiedades territoriales, comprendiendo no solo los beneficios mediatos é inmediatos, pertenecientes á la Iglesia ó á señores, sino tambien los alodios (2), con espresion de los hombres que vivian en cada heredad, cómo se hallaba esta administrada, y á qué heredades dedicaban mayor esmero los que poseian á un tiempo feudos y alodios.

Nuevas leyes debian corresponder á tales disposiciones; todo hombre libre que poseia un beneficio de cuatro fanegas de tierra cultivada, estaba obligado á armarse y entrar en campaña con su *senior*; los que poseian menos de cuatro debian unirse, de modo que cuatro fanegas equivaliese á un hombre. El número de los que se llamaban á las armas dependia del peligro y de circunstancias especiales. Por ningun concepto podia esceptuarse del servicio el individuo llamado (3), bajo penas bien determinadas. Los eclesiásticos estaban dispensados personalmente, contra el uso de los antepasados; y no desagradó quizá á los legos ver que se quitasen á los sacerdotes las armas temporales que garantizaban tambien las posesiones eclesiásticas.

Las personas llamadas debian reunirse en el puesto y dia prefijados, con espada, escudo y lanza á lo menos; ó en vez de la lanza, doce flechas: el poseedor de doce fanegas de tierra debia tener además una coraza ó el yelmo, y cada guerrero víveres para tres meses, contándolos desde que salia de la frontera. Los bagajes del rey, de los obispos, de los condes, y las provisiones y máquinas se trasportaban á costa de los propietarios. Cada conde en su jurisdiccion velaba por la conservacion de los caminos y puentes; y las tropas, siendo posible, se alojaban en las casas de los particulares. Quedaban á disposicion del conde en el país que le estaba sometido las dos terceras partes de toda la yerba y del heno para alimentar á los caballos y demás animales que seguian al ejército.

Por buenas que fuesen las intenciones de Cárlos al dictar tales medidas, y aunque estas podian detener la inclinacion de los grandes señores á oprimir á los pobres, semejantes leyes debian acabar por destruir á los pequeños poseedores de beneficios y alodios, y reducirlos á la condicion de siervos, mendigos ó ladrones. ¿Cómo era posible que entrasen en campaña cada año, ni que contribuyesen á dar un hombre, hallándose en la miseria? La corta estension de sus tierras, apenas suficientes á sus necesidades, no les permitia ausentarse ni sufragar tan grandes gastos, Si no obedecian, perdian la propiedad y á veces hasta la libertad.

Si ya en tiempo de Carlomagno aparecieron los abusos ¡cuánta menos fuerza debieron tener sus sucesores contra la violencia del sistema feudal, por su naturaleza enemigo de toda sujecion! El clero, á pesar de la piedad de algunos obispos, desaprobaba unas leyes que, prohibiéndole el uso de las armas, permitia despojarlo y oprimirlo. Los oficiales legos del imperio y los grandes vasallos tampoco las querian porque ponian coto á sus aspiraciones de engrandecimiento. Ni aun los mismos á quienes Cárlos creia proteger con ellas deseaban su conservacion, pues solo contemplaban ante sí la ruina. Entraban, pues, en la sociedad, nuevos elementos de confusion, ventajosos únicamente para los grandes (4).

La estension del imperio cambió por necesidad las relaciones del derecho público. El estado social de la época en que no llegaba mas que al Rhin y al Loira, no era ya posible despues de las grandes conquistas; y los caractéres nacionales conservados en los Germanos, no podian ser destruidos por su sumision. Agréguense á esto las perfeccionadas relaciones eclesiásticas. Sin duda Cárlos no se consideraba tan solo como defensor y abogado de la Iglesia universal, sino tambien como jefe temporal de las iglesias de su imperio. Miró los bienes eclesiásticos dentro de sus Estados como propiedad del imperio, ó como bienes comunes de los Francos, que los habian ganado por conquista, cediéndoles á la Iglesia con la esperanza de la eterna salvacion. De consiguiente, mantuvo á los eclesiásticos poseedores de bienes sometidos á su soberanía y en igual dependencia que los vasallos legos. Alcuino, abad de Tours, esperimentó, aunque amigo suyo, su severidad por haber dado asilo á un delincuente. Se reservó el nombramiento ó á lo menos la confirmacion de los obispos, quienes nada podian

(1) Cap. del 806, § 8.
(2) Cap. del 807, § 7.
(3) Cap. 3 del 811.

(4) He compendiado estas consideraciones, tomándolas de la *Historia de Alemania* de Luden.

resolver sin su licencia (*nobis præsentibus*). Creia deber tambien velar por las doctrinas de la fe; pero no puso trabas á los procedimientos de la Iglesia. El imperio de los Francos pertenecia á la Iglesia universal, y por eso se hallaba sometido al papa; y si las ideas de las relaciones entre el poder del pontífice y del rey eran oscuras y confusas, la generalidad prevalecia sobre los pormenores. Cárlos, pues, accedió mas de una vez á los consejos é intimaciones del papa; trató de cumplir sus votos y no se atrevió á decidir nada contra él. La herencia de la dignidad real dependia del pontífice; este habia colocado la corona imperial sobre la cabeza de Carlomagno, quien por lo mismo trataba de atraerle á su opinion; pero, en caso de no conseguirlo, preferia desistir á aventurarse á una discusion con el padre santo.

Entre tanto se dió la última mano á la gerarquía. Se necesitaba un órden severo en la Iglesia, a fin de que la religion adquiriese en el mundo la influencia debida á sus divinas verdades é indispensable en una sociedad tan confusa. Restablecióse, pues, la disciplina por medio de cánones, se aumentaron los monasterios, y se perfeccionó la vida monástica, imponiendo á veces las penas canónicas hasta al clero secular. Pero este formaba ya un órden en el Estado; sus riquezas crecian diariamente por la liberalidad del rey y la piedad de los fieles, sin contar otras causas. El pais de los Sajones dió nuevo campo á su admirable actividad; la lucha contra el paganismo acreció la estimacion de los misioneros que podian estar allí seguros del apoyo, del favor del rey y de los legos, y por imitacion, tambien en otros paises. En tal estado de cosas, la Iglesia se regia por derecho propio; llegando á constituir este una legislacion mas regular y perfecta que la política y civil de entonces.

La nueva constitucion militar de Cárlos y la sumision de todos los hombres libres al eriban, influyeron mucho en el derecho público. Con la obligacion del servicio militar se abolió toda libertad pura, cual existia entre los antiguos Germanos; los libres quedaron igualados á los vasallos, sin sus ventajas. Pero las pasiones se conmovieron. Entre los pueblos que habian sucumbido á la fuerza de las armas, como los Turingios, los Sajones, los Frisones, pudieran justificarse tales disposiciones; pero habíanse arrebatado los antiguos derechos á aquellos cuya union era efecto de un convenio, y que no veian compensada esta pérdida con la gloria de un grande imperio, que solo pertenecia á los Francos. Los habitantes de las orillas del Rhin, donde habia nacido y crecido el nombre Franco ¿podian olvidar que descendian de los abuelos mismos de los conquistadores, á quienes tenian á la sazon que obedecer? Asi, pues, los esfuerzos de Cárlos provocaron otros que les eran opuestos; y si, mientras vivió, se obedecieron en la apariencia sus leyes, tratóse sin embargo de eludirlas y conservar algun resto de la antigua libertad. Esta aspiracion impulsó luego á algunos grandes propietarios á sustraerse del yugo oficial, y á algunos libres de órden inferior que vivian en país lejano, á recobrar la verdadera propiedad. Los siervos y esclavos continuaban como antes: los emancipados trataban de asegurarse una posicion, ya en la iglesia ya en la vida civil. De los libres, algunos vivian en terrenos propios y en propiedades hereditarias, ceñidas de colonos, segun los usos de sus padres; pero contra estos mismos usos, obligados á acudir al ejército con sus operarios. Hubo libres de órden inferior, sometidos igualmente á tal obligacion: hubo vasallos regios y sub-vasallos que pasaban por libres: hubo libres en las tierras eclesiásticas y en las de seglares; libres que poseian al propio tiempo alodios y beneficios, y por consecuencia conservaban el aspecto de una verdadera libertad, y eran, sin embargo, ó vasallos regios ó sub-vasallos: hubo vasallos regios, que fueron sub-vasallos ó de la Iglesia ó de un gran vasallo lego: hubo infinitos colonos, que tenian derechos y deberes distintos los unos para con los otros; pero todos dependientes del imperio, mediante el eriban.

Hay que añadir á todo esto que las ciudades tenian cada una su constitucion particular. Sin embargo, no se habla de su posicion política; habian sido enfeudadas á obispos ó á grandes oficiales legos, ó formaban parte integrante del real fisco. Sus habitantes seguian viviendo entre sí segun el derecho romano, iguales á los colonos y tratados como sub-vasallos; en todo caso contribuyeron á aumentar la confusion.

No obstante, la constitucion general del reino en tiempo de Carlomagno, se diferenció poco de lo que era antes.

Considerábase el reino hereditario, aunque entre los Carlovingios la herencia descansaba en distinta base que entre los Merovingios. El rey era jefe de la comunidad dominante de los conquistadores, antes leudos, ahora vasallos, y señor de los demás hombres. A pesar de la majestad que parecia imprimirle el título imperial, el rey y el emperador necesitaban siempre del asentimiento de esta comunidad, que, desde el tiempo de San Bonifacio, se componia de clero y de legos. Pero el lenguaje nos induce á menudo á error, pues cambiadas las cosas se conservaban los nombres y las formas; y Cárlos habla, ora como amo, ora como príncipe elegido libremente, que suplica á sus subordinados obedezcan al poder de que le han hecho depositario; sucediendo lo propio con los fieles, que se esplican ya como súbditos, ya como señores libres.

En el otoño de cada año, Cárlos reunia á sus vasallos y oficiales de mas confianza, á los individuos de su consejo, á los gobernadores de provincia, so pretesto de presentar al rey los dones que le debian; y les exigia una estrecha cuenta del estado del imperio y de las relaciones interiores y esteriores; oia su dictámen sobre las necesidades públicas; despues deliberaba con la asamblea acerca de lo que mas convenia; y los acuerdos, tomados en secreto, se ponian por obra, á la sordina. Allí se discutian, en secreto, los intereses que importaban, no al imperio, sino á la casa real, á los vasallos, á los fieles;

se restablecia la paz, y se aquietaban las pendencias (1).

Luego, en la primavera, se convocaba una asamblea general, el antiguo Campo de Mayo; pero la estension creciente hizo imposible tal reunion, é imprudente por la diferencia de ideas y costumbres. Por lo tanto la dieta se separó por completo de la revista, aunque el lugar y la época coincidiesen.

Probablemente, como antes, la dieta se formaba del comun de los conquistadores, á cuya clase pertenecian, ademas de los príncipes de la Iglesia, todos los verdaderos Francos, y tambien los individuos de los pueblos reunidos que habian pactado igualdad de derechos y deberes. En cuanto á los antiguos hombres libres de Germania, que conservaban las propiedades puras, y no querian confundirlas con la gran propiedad comun de los conquistadores para recibirlas despues á título de beneficios ó de feudos, algunos fueron quizá convocados para atraérselos, pero á gusto del rey, no por derecho; ni se tenian en cuenta á los pequeños poseedores de alodios, aunque sometidos al eriban.

Asi como estos *seniores*, acudian tambien *juniores*, multitud de inferior grado, solo como escolta ó *ad honorem*, sin tomar parte en la deliberacion; pero el rey los veia, los interrogaba y procuraba captarse su voluntad. Los eclesiásticos decidian separadamente sus asuntos, y lo mismo los legos; mas lo que se acordaba en una cámara, se sometia á la aprobacion de la otra; y en los negocios mistos se reunian (2).

Los Estados del imperio eran tambien consultados distintamente sobre las cosas de su pais; y cada miembro, en el acto de despedirse, recibia encargo de informarse de naturales y estranjeros, de amigos y enemigos, de cuanto concernia al imperio (3).

El rey hacia proposiciones (4), probablemente relativas á objetos sobre los cuales se habia entendido ya con sus consejeros íntimos, y no comparecia sino cuando lo juzgaba necesario. Sus consejeros le presentaban el resultado de las deliberaciones y él decidia; las resoluciones que confirmaba se llamaban *Capitulares*, y tenian fuerza de ley. Las resoluciones que introducian cambios en las antiguas leyes de los pueblos, sálicas, ripuarias ú otras, debian someterse probablemente á la asamblea particular de dichos pueblos, compuesta de todos los hombres libres.

La coleccion de las Capitulares es la mas estensa fuente de noticias de aquel tiempo. Siendo en gran número, versan siempre sobre particularidades, y dejan por todas partes la duda y la incertidumbre; las mas son fragmentos, ó una série incoherente de prescripciones de diversa índole, como tenian que ser los acuerdos de la dieta. Sin embargo, importa mucho estudiarlas, tanto para ver lo que aun quedaba de las antiguas costumbres, como para conocer el aumento de la autoridad real y de la eclesiástica, mas fuerte y mejor organizada, y los progresos de la civilizacion.

(1) Incmaro, c. 30. 31. 33.
(2) El mismo, c. 29.
(3) El mismo, c. 30.
(4) El mismo, c. 21.

La ejecucion se confiaba á los mismos que habian preparado el acuerdo. En efecto, ademas de los consejeros, tenia el rey un ministerio permanente en el *sacro palacio*. Considerándose el imperio como una familia y el rey como padre, se creia que á este tocaba cuidar, con el dictámen y asentimiento de los vasallos, de la seguridad y el órden del Estado, mientras que la administracion interior se dejaba á la reina (5). Esta tenia, como diríamos hoy, el ministerio de Hacienda; de aquí la importancia de las mujeres en tiempo de los Carlovingios.

El rey se habia reservado muchas cosas de las que los Merovingios cometian á los mayordomos de palacio, en particular la direccion de la parte militar y la infeudacion de los beneficiados. Los demás asuntos se distribuian entre varios ministros, como lo exigian la estension del imperio, las relaciones entre los Estados, y la variedad desarrollada de la vida civil y eclesiástica; pero deslindar sus atribuciones seria tarea tan difícil como inútil.

En las provincias, la autoridad del gobierno era ejercida aun por los funcionarios de las precedentes épocas; condes, centenarios y tunginos. Pero en las tierras de eclesiásticos se distribuyó á estos la jurisdiccion de los centenarios y de los tunginos sobre los libres, los colonos, los sub-vasallos y los no libres al servicio de estos; cometiendo ellos esta jurisdiccion á abogados, jueces ó vicarios. Pero aun en tales tierras el conde conservaba la jurisdiccion que le pertenecia.

La organizacion legal y judicial sufrió muchos cambios, ó á lo menos tomó otra direccion. Las modificaciones hechas en las antiguas leyes conservaban su espíritu, en vez de debilitarlo. Pero, mediante una série de Capitulares aplicables á todo el imperio, surgió, al lado de las leyes particulares, un nuevo derecho comun, que luego debia producir tan grandes resultados, aunque á primera vista parezca limitarse á casos individuales. Entre tanto, se promulgaban las Capitulares de modo muy diverso del empleado con las leyes anteriores; de suerte que fueron, no obra de los usos nacionales, sino decretos. Sometiéndose los hombres á ellos, perdian su antiguo amor á la independencia, y se avezaban á recibir leyes de un consejo secreto, que hasta imponia un derecho estranjero. Ademas, las Capitulares partian de principios muy diferentes de los que dieron orígen á las antiguas leyes de los pueblos. Estas se habian mantenido solo por relaciones de la sociedad, no considerando delitos sino los actos ofensivos respecto de otro. Trataban de poner de nuevo al ofendido en paz con el culpado, y de consiguiente con la sociedad, desviándole de la venganza mediante una satisfaccion; si el ofendido no la reclamaba, la ley permanecia indiferente á los actos, por criminales y odiosos que fueran. Carlomagno, al contrario, miró mas bien al hecho que al delincuente; era preciso administrar justicia, escarmentar al malvado por medio del terror, y purgar á la sociedad del culpado.

(5) Incmaro, c. 15.

Cárlos, ademas de espresar tales principios en las Capitulares (1), los introdujo en las antiguas leyes de algunos pueblos, en particular de los Alemanes y los Longobardos; pero su ejecucion indujo al gobierno, ora á acrecer el rigor de los castigos impuestos á los delitos, cuando ya no aterraban los ánimos, ora á introducir la persecucion judicial del delincuente, haciendo mas severo el procedimiento, para que nadie esquivase la justicia. La primera de estas modificaciones tendia á perder de vista al ofendido; mirando solo el castigo del reo, para adquirir importancia con el servicio prestado y dar ejemplo. Por la segunda, ademas de quitarse en adelante la investigacion del derecho al pueblo, á la comunidad de los hombres libres de un canton, entregándola á un corto número de personas escogidas, se aumentaban los medios de descubrir la verdad. Innovaciones fueron estas cuyo conjunto impidió, en algunos casos, el curso de la justicia, eludió la prescripcion legal, y suavizó ó perdonó la pena.

Cárlos dió, pues, nueva forma (mejor ó peor, fuese cual fuera el impulso) á la organizacion jurídica y legal de los pueblos germánicos. La pena de muerte fue mas frecuente, y no se ejecutaba con la cuerda. El rey se reservó el derecho de indulto, y el indultado se consideraba como muerto civilmente, no contando para nada la vida anterior; podia pedir derechos por nuevas relaciones; debia someterse á la ley; pero estaba escluido de desempeñar cargos públicos, de servir de testigo, de prestar el juramento de purificacion. Se decretaron tambien otras penas aflictivas é infamantes, desconocidas antes á los libres, y hasta la mutilacion. Asimismo fueron nuevas las penas contra los conjurados.

Se advierte mucho mas el cambio en la legislacion germánica por lo acaecido con los tribunales, cuyos juicios eludiendo las leyes de la nacion, no se celebraron ya en parage público; lo cual necesariamente hubo de restringir el número de los espectadores. Los *sachibarones*, jueces subalternos, vicarios del conde en la ley sálica, cedieron el puesto á un vicario permanente. Los mensajeros reales elegian todos los magistrados, salva la aprobacion del monarca, el cual mandaba que se escogiesen personas hábiles y las destituia si no resultaban serlo. Las Capitulares insisten en no obligar á nadie á concurrir á los sitios de reunion, disminuyendo, so color de libertad, el *pueblo* asistente á los actos públicos; de este modo pronto el conde compareció sin mas que sus vasallos. Asi el espíritu de libertad del pueblo, que sucumbia con el eriban, perdió la ocasion de despertarse en la administracion de la justicia pública; el derecho, que vivia hasta entonces en el pueblo, fue desapareciendo poco á poco, tanto mas cuanto que las antiguas condiciones de eligibilidad dificilmente se mantuvieron. Los vicarios, los jueces, los abogados, los centenarios eran sin duda vasallos del rey, mientras que antes los jueces eran hombres libres, que poseian una propiedad verdadera. Este principio no fue destruido; pero estendiéndose el sistema feudal, y poseyendo tantos vasallos al mismo tiempo alodios y beneficios, no se les podia impedir que llegasen á ser escabinos; y si hasta allí la edad y la prudencia se habian considerado condiciones indispensables para los cargos jurídicos, en adelante solo fueron agraciados con ellos los ricos. Cada uno seguia defendiendo su causa, pero Cárlos concedió abogados á los débiles y al ignorante.

Estas novedades condujeron á una indagacion mas rigurosa. Las pruebas se presentaban como antes; el acusado y los conjuradores juraban; pero no se aceptaron con tanta facilidad los testigos y la parte contraria podia recusarlos; se les separaba y oia distintamente, debiendo estar en ayunas. No solo se conservaron los juicios de Dios, sino que se desarrollaron, añadiendo la prueba del agua fria, del hierro en áscuas, y de la cruz.

Se esceptuaba de tales pruebas á los eclesiásticos ante sus propios tribunales. En la cuestion, agitada tanto tiempo, sobre el modo de portarse con los eclesiásticos acusados que no pudieran justificar su inocencia por medio de testigos, el derecho eclesiástico prevaleció, ordenando Cárlos que no se admitiese como acusador de un sacerdote si no á quien pudiera serlo segun los principios de la Iglesia. Si este, añade, prueba la acusacion con el número suficiente de testigos honrados y sinceros, en presencia del obispo, la sentencia debe dictarse segun el derecho canónico, y se debe castigar al eclesiástico culpado, con arreglo á los cánones. Si no la prueba, el asunto se terminará conforme al derecho canónico. En caso de que subsista alguna duda contra el eclesiástico en la opinion del obispo, ó de sus colegas, ó de personas honradas y justas, debe el acusado, siguiendo el ejemplo del papa Leon, jurar sobre los santos evangelios para justificarse ante el pueblo con tres, cinco ó seis sacerdotes, y si necesario fuere aun con legos y conjuradores.

La sentencia pronunciada por los escabinos debia ejecutarse al estilo antiguo. Sin embargo, tambien aquí introdujo Carlomagno una modificacion que se apartó bastante del antiguo modo de proceder, y fue el derecho de apelar á un tribunal superior, y de este al emperador mismo, estableciendo asi una triple gradacion de autoridades jurídicas. Las disensiones entre príncipes del imperio, obispos, abades y condes, pertenecian inmediatamente á la decision del rey.

Cárlos añadió á la realidad del poder, la pompa esterior que lo adorna y á veces sostiene, y quiso que contrastase con la sencillez de su persona la magnificencia de su córte. En esta se encontraban, bajo otros nombres, los principales ministros de los emperadores romanos. A la cabeza de la doble jerarquía eclesiástica y civil estaban el apocrisario y el conde de palacio. Dependian del primero todos los clérigos empleados en el servicio del palacio; y sus funciones abrazaban cuanto se referia á la religion y al órden eclesiástico, las disputas de los cabildos y de los monasterios, y las reclamaciones hechas al príncipe sobre materias espirituales. En-

(1) Capit. 1 del año 80?, § 1. 25. 32; Cap. *extr. ex lege Longobard.* § 26; y *passim*.

tre las muchas atribuciones del conde de palacio, era la primera el derecho y el deber de decidir todos los asuntos que se elevaban al conocimiento del rey, como apelaciones, interpretacion de las leyes oscuras y mudas, antinomias de la legislacion civil y de los preceptos divinos; en suma, todos los casos reservados á la justicia soberana. Cuando sus luces y las de los asesores no bastaban para resolver las cuestiones, el conde palatino se dirigia al rey y á su consejo. El canciller, destinado un dia á sucederle, estaba bajo sus órdenes, y solo tenia que poner el sello y espedir los documentos eclesiásticos y civiles, emanados de la corona.

Al chambelan pertenecia la custodia de los ornamentos reales y el cuidado de la pompa esterior de la córte, y estaba encargado de recibir á nombre del rey los donativos de los vasallos y de los embajadores. El senescal ó mayordomo mayor mandaba al copero y al condestable, y debia atender á todas las necesidades de la real casa, á las provisiones, á los trasportes. Un prefecto de la caza tenia á sus órdenes cuatro cazadores y un halconero.

El territorio inmediato del imperio se componia de los reinos de Austrasia, Neustria, Borgoña, Aquitania, Italia, cuyas circunscripciones comprendian tambien las conquistas limítrofes, como la Sajonia, la Baviera, el Exarcado de Rávena, el ducado de Roma, el de Gotia, la marca de España, etc. Cada reino estaba dividido en muchas legaciones (*missatica*), llamadas á veces ducados; y cada legacion en condados, que ordinariamente eran doce y casi correspondian á las provincias metropolitanas y á las diócesis. Los condados se hallaban luego subdividos en pequeñas porciones, segun un catastro quizá antiguo, valuándose segun el número de los *mansos* ó posesiones que contenian, y cada manso en doce yugadas ó fanegadas de Paris. Esta division, aunque imperfecta, proporcionaba al rey el medio de conocer con escasa diferencia los recursos del Estado y las riquezas inmuebles de cada hombre libre. Carlomagno quiso conocer tambien el número y valor de los beneficios poseidos por los obispos y abades, por los condes y vasallos, como asimismo las tierras fiscales y sujetas á censo, pertenecientes aun á la corona «para saber qué poseemos en cada legacion (1).»

Ademas del conde palatino y del canciller, un tercer ministro, bajo la vigilancia suprema de la reina, dirigia la real casa y aquella parte del fisco que quedaba despues de la distribucion de los beneficios, y que se llamó la *cámara*, de donde se dió el nombre de *camarero* al ministro (2), con varias incumbencias que hoy tiene el ministro de lo interior.

Pero las necesidades de la sociedad eran mucho mas sencillas. No olvidemos que el verdadero propietario de las provincias era el rey, como jefe de los vasallos, propietarios del suelo. Del mismo modo que cada cabeza de familia, cada comunidad, marca ó canton, debian ejercer una gran vigilancia económica. Todo se mantenia por sí; se exigia mucho, y no se garantizaba nada; el gobierno del imperio no se cuidaba de los permenores, escepto de lo que personalmente interesaba al rey. Por eso la caja del Estado no devolvia nada de lo recibido en las provincias del imperio para fundar ó conservar instituciones, establecimientos, edificios públicos, etc. Antes bien, no habia ningun Tesoro en el sentido que lo entendemos hoy, pues la cámara solo contenia los productos de la gran propiedad comun, llamada fisco. El gobierno vigilaba los cantones únicamente en cuanto podia interesar al imperio, máxime respecto á las espediciones militares. Dejóse, pues, á todos los vasallos eclesiásticos y legos adoptar las providencias que creian convenirles, y si el rey queria fundar ó fomentar algun establecimiento, lo hacia con el producto de sus propiedades.

Tampoco los oficiales régios percibian sueldo de la caja pública, sino que se les recompensaba de tres ó cuatro maneras: obtenian beneficios; se nombraba condes á las personas que poseian grandes feudos en los cantones de su condado; su vida estaba mas asegurada, encareciendo el guidrigildo; por todas las contravenciones podian exigir una multa, y de todos los arreglos recibian una parte. Ademas, en las usurpaciones de los señores hallaban ocasion de estender sus propiedades con opresiones, exacciones y artificios de todo género.

En las fuerzas militares se gastaba muy poco; pues si el sistema feudal dió orígen á reinos estensos y fundados siempre en la propiedad territorial, no creó una sociedad civil cuyos individuos estuviesen sometidos todos á su influencia. Capítulo esencial eran las propiedades territoriales; seguian los hombres que vivian del suelo, y el que poseia la tierra poseia tambien á estos. Los grandes señores del país comprendido en el reino de los Francos, pensaron en defender las propiedades con las fuerzas que estas suministraban. Entregábanse al vasallo, á la par que la propiedad, los hombres que vivian en ella, y segun la estension de aquella debia contribuir á la defensa de la comunidad. Empleaba al efecto los hombres establecidos en las tierras, y que él armaba y mantenia, ó á quienes mas bien debia obligar á armarse y defenderse por sí. Los hombres que dependian inmediatamente del imperio recibian la órden de contribuir á esta defensa y se armaban á su costa.

Asi, pues, la real cámara no necesitaba de mucho dinero. Los mensajeros del rey vivian á costa de los cantones que recorrian, con derecho de trasporte, alojamiento y plato. El rey mismo, con su familia, vivia en los viajes á cargo de los habitantes; pero se alojaba con preferencia en las casas de los eclesiásticos de mas elevada categoría.

Los gastos del fisco se sostenian con ingresos difíciles de determinar, pero que procedian en su mayor parte de productos en especie; sus principales fuentes eran las *villas*, propiedades territoriales. Se consideraban ademas como parte del fisco las minas, las salinas, muchos peajes de diversa índole, las contravenciones y las

(1) Cap. del año 812.
(2) INCMARO, c. 22.

penas, las multas impuestas á los que no obedecian el eriban y el *fredum* con que se multaba á todo delincuente por haber turbado la paz pública. Los vasallos debian tambien prestaciones de todas clases; y habia, por último, una contribucion general, en parte territorial en parte por cabezas; sin contar la que se imponia á los pueblos sometidos, pero no incorporados al Imperio.

Para robustecer esta administracion, creó Cárlos enviados régios, cuyas misiones eran segun las necesidades, pero siempre con un objeto determinado. Aquel grande hombre hubiera podido prever la poca seguridad del suelo en que edificaba; cómo deberian enemistarse las varias partes, reuniéndolas; y cuán incierta seria la vigilancia de los mensajeros, que á su vez necesitaban ser vigilados.

La Iglesia fue un grande apoyo para Carlomagno; pero mas necesidad que él tenian de ella los pueblos; de consiguiente, se mostró político y benéfico en aumentar el prestigio de este cuerpo, mediante la influencia que dan la riqueza, el poder, la estimacion.

Cárlos, conociendo á fondo los grandes sacrificios que imponia á los libres de órden inferior, justificados solo por la necesidad, se creyó quizá mucho mas obligado á reparar bajo otro concepto lo que tenia que emprender contra ellos como jefe de imperio tan vasto. Tal reparacion no podia establecerse sino mediante la inteligencia, los rápidos progresos de la civilizacion, una religion y moral mas puras, y las ciencias mas nobles, apoyándose en la Iglesia, y sirviéndose de los eclesiásticos, únicos que las poseian. Favoreció por lo tanto de todas maneras á la Iglesia y á sus ministros, pues fuera de ahí no veia salvacion ni en esta ni en la otra vida. Procuró conservar la unidad de la Iglesia por medio del papa y de la jerarquía, á fin de que resistiese incontrastable á los ataques de una edad grosera y borrascosa, y asegurase mas y mas á su familia el trono de los Francos. Ademas de la influencia de la potestad temporal, le concedió de buen grado una vida interior propia, para que con mas libertad pudiera desarrollarse y adquirir las fuerzas necesarias contra las salvajes agitaciones del mundo. Como abogado y protector de la Iglesia, se reservó una severa vigilancia, que le permitiese asegurarse constantemente de que no se alejaba de la direccion conveniente á su objeto. Por otra parte, no prohibió á los eclesiásticos todo influjo en las relaciones de la vida civil; oía y aceptaba con gusto sus consejos y exhortaciones. En suma, no omitió ninguno de los medios temporales que le parecian contribuir á garantizar la independencia de la Iglesia.

Del mismo modo que defendió los dominios del Estado y el patrimonio de los pobres de la usurpacion de los magnates, tomó bajo su proteccion los bienes eclesásticos, distraidos muchos de ellos de su destino. La mayor liberalidad de Cárlos para con la Iglesia fue generalizar y hacer obligatorio el diezmo. Al mismo tiempo que dispensó á los clérigos del servicio militar, accedió á su peticion de que ninguno poseyese bienes de la Iglesia sino á título precario; y los detentadores debian pagar doble diezmo y conservar los monumentos consagrados al culto (1). Los eclesiásticos tuvieron garantida su seguridad personal, mediante la prohibicion á los jueces de prender á un clérigo sin avisar á su obispo.

Las Iglesias ejercian en su tierra, como los vasallos en su beneficios, jurisdiccion temporal. La mayor parte de las cartas concedidas á las Iglesias y á los monasterios contienen la fórmula de la inmunidad, por la cual ningun juez civil podia entrar en los dominios eclesiásticos para administrar justicia ó para ejercer algun otro acto de autoridad. Cárlos consagró el derecho jurisdiccional de la Iglesia, estendiéndolo tambien á los delitos capitales (2); y hasta invistió á los mismos obispos de atribuciones indagatorias, prescribiéndoles averiguar los grandes delitos que se cometiesen en sus diócesis.

Cárlos, por su parte, vigiló al clero, y mantuvo en sus justos límites la jurisdiccion episcopal. A ello debiera haber contribuido mucho la apelacion; pero no parece tuvo eficacia, pues que vemos repetida á menudo la órden. Restringió el derecho de asilo, escluyendo de él á los homicidas y quitándolo á las tierras de justicia eclesiástica (3). Para que no se sustrajesen al servicio militar, prohibió á los hijos de los arimanes entrarse clérigos sin su consentimiento; y recomendó que no se empleasen malas artes para obtener herencias. Estas concesiones, aunque parezcan exorbitantes, no lo eran, vista la perpétua tendencia del feudalismo á apoderarse de los bienes; y la repetida confirmacion de donaciones prueba cuán poco seguros de los barones estaban los bienes eclesiásticos, hasta el estremo de tener que defenderse la Iglesia en la edad siguiente.

Se puso remedio á la corrupcion introducida en el clero por dejar de convocarse concilios y admitir en su seno tanta aristocracia, restituyéndose al episcopado el legítimo ejercicio de sus derechos espirituales, renovando los sínodos y dando el apoyo secular á sus cánones. Cárlos pretendió que el clero volviese á la rigurosa disciplina, y se captase el respeto con la severidad de las costumbres y dejando el servicio militar, la caza y el estrépito mundano. A fines de su reinado cesó el uso de nombrar el rey los obispos, y restableció la eleccion eclesiastica popular (4); la practica, sin embargo, no sancionó esta última.

Inclinado á todas las ideas grandes y nobles, trató de remediar los males producidos por la guerra, con favorecer la cultura intelectual y la industria, y gracias á él la civilizacion de la Italia y la Galia penetró en la antigua Germania. Conociendo el valor de la economía rural quiso que se generalizase, y al efecto presentó como modelos sus vastas propiedades, que sometió á un órden riguroso, con prescripciones firmes y precisas y con la vigilancia perso-

(1) Capit. del año 803, § 2; años inciertos § 56.
(2) Capit. del 806. art. 1.
(3) Capit. del 779 y del 803.
(4) Capit. del 803.

nal (1). Los mejores productos de sus quintas, de sus jardines y de sus ganados, se servian á la mesa del rey, y el resto se vendia al público.

En Alemania no se podia, como en Italia y en la Galia, tener á mano los instrumentos necesarios á los diversos oficios; por lo cual ordenó Cárlos que en sus quintas (muchas de las cuales se convirtieron luego en aldeas y hasta en ciudades) se reuniesen artesanos y operarios de todas clases, que formaran discípulos. No se construian allí solo instrumentos de labranza, sino tambien de guerra, y para las comodidades y adorno de la vida; y junto á los grandes establecimientos de agricultura surgian otros no menores de industria, donde se veian hilanderas, tejedoras, tintoreras, costureras; zurradores, zapateros, carpinteros, tonceleros, plateros, vidrieros; gérmenes de la vida de las ciudades que debia en lo sucesivo desarrollarse con tanto fruto.

Daba asi un ejemplo utilísimo á los grandes señores eclesiásticos y civiles: escitó necesidades que enseñaba á satisfacer, y esta satisfaccion produjo necesidades nuevas, é hizo inventar nuevos medios. El comercio y el cambio se reanimaron, y ambos se habian aumentado ya entre la Germania y la Galia con la union de los dos paises. En sus ciudades se habia reunido, durante la dominacion romana, todo lo que la tierra daba á uno y negaba á otro, asi necesario como supérfluo; y á la sazon se renovaban los interrumpidos cambios. Constantinopla llevaba á Italia las producciones del Asia; los Germanos aprendian en Italia á conocer los placeres, las comodidades, las obras artísticas; los mercaderes de Venecia y de las ciudades de la Galia meridional y de la Italia estaban dispuestos á ofrecer á los Germanos lo que deseasen y pagasen.

Juntamente con los señores acudian á las dietas una multitud de curiosos, y las solemnidades escitaban los ánimos á los deseos y á los goces. Por eso los mercaderes cristianos y judíos iban á vender allí sus géneros; los del Mediodía y el Occidente armas y sables magníficos, especias, telas de seda, objetos de oro y plata; y los del Norte y el Oriente pieles y otros productos. En cuanto á los pueblos eslavos, su tráfico era en hombres.

Carlomagno reportaba beneficios de estos mercados, mediante las aduanas y los impuestos; y los grandes señores, siguiendo su ejemplo, abrieron otros mercados para lucrarse. Esto no favorecia al comercio, que sin embargo creció; y los Germanos debieron tratar de compensar con nuevas producciones de su país lo que traian del esterior. Ni faltaban materias para un comercio útil, aunque de este se aprovechasen solo los señores; y si bien aun no habia encontrado sus verdaderas vías en la Alemania interior, las ciudades del Rhin y del Danubio servian de intermedio á las mercancías procedentes de Italia, ó que se enviaban allí, valiéndose de los rios y caminos, pero sin direcciones bien determinadas ni con las necesarias comodidades.

No decidiremos si fue el genio ó la devocion lo que constituyó á Cárlos en protector de las letras; hasta tal punto se miraban entonces estas como cosa eclesiástica. Quizá el cristianismo le mostró el modo de expiar sus sangrientas conquistas imponiendo á los vencidos los beneficios de la civilizacion, y de legitimar la usurpacion sacando á sus súbditos de la degradacion moral en que los habia dejado caer la impotencia de los Merovingios. En efecto, el cristianismo predicado á los Sajones y establecido entre los Bávaros, dejó descubierto el último asilo de la barbarie, y opuso á las invasiones del Norte una barrera mucho mas fuerte que las espadas; aunque es cierto que la barbarie debia abrirse otro camino para invadir la Europa civilizada.

Despues de aplicar todos los esfuerzos de su voluntad y los medios de su poder á la reforma universal y á hacer á la nacion digna del porvenir que se preparaba, quiso, para empezar dando el ejemplo, que se instruyese á sus hijos en la literatura, no menos que en la guerra y en los trabajos femeniles. Si bien no sabia escribir (cosa entonces rara y propia de clérigos) Cárlos no era ignorante: sabia latin y griego; ademas, sus relaciones con Italia y con las córtes de Roma y Constantinopla le hicieron apreciar la ciencia; se inspiró á vista de los monumentos antiguos y conoció las disputas teológicas. La adquisicion de una persona docta le parecia un triunfo; deseó aproximar á su trono á cuantos valian en el imperio, y sabia estimar su mérito y recompensarlo, hasta con la amistad, como sucedió á Alcuino, con quien siguió una constante correspondencia epistolar sobre varios puntos de especulacion y de práctica. No temió á los historiadores, y protegió á uno de nacion enemiga, el cual conservó los fastos de los Longobardos.

Cárlos multiplicó tambien los monumentos para adorno y prosperidad del pais conquistado, y no solo mandó construir obras grandiosas, sino que se esforzó en ispirar á los grandes amor á las artes (2).

En vista de todo lo que antecede, no podemos convenir con Thierry y otros historiadores, que consideran á este *Karl* como un general bárbaro, representante supremo del elemento germánico. Todo en él nos parece inspiracion de la civilizacion cristiana y romana; tendió como esta á la concentracion, cual podia hacerse en sus dias, es decir, no á reducir todos los poderes á uno solo, sino á dar unidad al de los barones; y aunque se ve por las Capitulares que la constitucion primitiva de la nacion Franca permanecia siempre la misma, sin organizacion general, sin distincion de personas, ni de ciu-

(1) Véase la Capit. *De villis Caroli M.*; y el *Specimen breviarii rerum fiscalium Caroli M.*

(2) La tradicion le atribuyó luego muchos monumentos posteriores, como la fundacion de las universidades, máxime la de París; de los Estados generales, de la dignidad de Par, y otras instituciones notables. Interesando conocer las fábulas, obra de la tradicion, no menos que la historia verdadera, como testimonio del imperio que su gloria ejercia en las imaginaciones, el que lo desee puede consultar la *Histoire de Charles Magne* de Gaillard. Ademas de este y de los demás biógrafos de Cárlos, hemos consultado las historias generales, en especial á Luden y Fauriel, siguiendo las huellas del señor Aug. Savagner, en la *Encyclopédie Catholique*, para ampliar en muchos puntos el juicio que dimos en la NARRACION.

dades, tambien las Capitulares prueban que Cárlos obró con pleno conocimiento de su mision, y esto le coloca á la cabeza de la civilizacion moderna, mas bien que á la cola de la antigua barbarie.

Tenia el carácter noble y bueno, sentimiento religioso, verdadera piedad, y aquellos principios morales que no bastan ciertamente para refrenar las debilidades y las pasiones. Vestia de una manera sencilla y al estilo nacional; vivia sin ostentacion; pero incurrió en sospechas de lazos incestuosos, no bastando sus muchas mujeres á mantenerle fiel. Toleró los amores libres de sus hijas con tal que no se casasen, por no poder estar separado de ellas.

En su casa acaecieron no pocos desórdenes. Por de pronto, se comprende la discordia entre hijos de distintas mujeres. Ademas, tuvo de una concubina, llamada Imiltrudis, á Pepino, de hermosas facciones, pero jorobado, conservándole junto á sí, aunque no en la categoría de sus hijos legítimos, y se dice que este, durante la ausencia de su padre, conspiró con los descontentos. Descubierta la trama, á él se le encerró en un convento por toda la vida, y á sus cómplices se les cortó la cabeza. Algunos fueron despojados de sus bienes, aunque se purificaron con el juicio de Dios, y mas adelante Cárlos reparó, como mejor pudo, el escesivo rigor de estas medidas.

Ningun sentimiento humano era estraño á Cárlos, ni permanecia indiferente á ninguna idea grande, á ningun esfuerzo noble; con gusto habria dado á su imperio fuerza en lo esterior y sólida paz en lo interior, abriendo asi á todos los pueblos que le estaban sometidos cuantas sendas conducen á la civilizacion y á la dicha; pero encadenado, como sucede siempre, por las circunstancias, y sin poder prescindir de lo pasado, estas dos causas variaron la direccion de sus esfuerzos.

Desde muy temprano (806) destinó Cárlos el imperio de los Francos, despues de su muerte, á sus hijos Cárlos, Pepino y Luis. No cabe duda de que tal division era inevitable con el sistema de entonces, pues que la hizo él, testigo ocular de las fatales consecuencias que resultaron á los Merovingios, y convencido de que solo la casualidad le habia permitido á él y á su padre poner todas las fuerzas francas al servicio de una sola voluntad. Pero habiendo querido la Iglesia, al consagrarle emperador, restablecer la unidad política y social que este nombre reclamaba, Cárlos no podia en el reparto limitarse á las ideas y al ejemplo de sus predecesores. Por eso el acta de division es interesantísima para apreciar el genio político de su autor, é indica hasta qué punto se habia empapado en las ideas de la civilizacion romana, y en qué proporcion se hallaban estas mezcladas con las germánicas (1).

En esta division entran los tres hijos legítimos, una parte, que comprendia la Aquitania, tal como la habia poseido Luis el Piadoso, y ademas la Provenza y la mitad meridional de la Borgoña, tocó á Cárlos, el primogénito. Otra parte, que abrazaba la Italia y la Baviera, y todo el territorio de Alemania en la orilla meridional del Danubio, correspondió á Pepino; y la tercera, con el nombre de Francia, que comprendia la Austrasia, la Neustria, la Turingia, la Sajonia, la Frisia, y algunas porciones de la Borgoña, la Baviera y y la Alemania, tocó á Luis, el Piadoso. No se menciona á los demás hijos naturales, ni á Pepino el jorobado. En la distribucion no se habla una palabra que denote supremacía de un hermano respecto de los otros; á los tres se les considera iguales é independientes. En caso de muerte de alguno, su reino se dividirá entre los dos supervivientes, si no dejare hijos; si le queda uno, este se ceñirá la corona, aunque elegido y confirmado por el pueblo. ¿Y si deja mas de uno? El acta nada dice.

Les ordenó que viviesen en paz; pero haciendo estribase esta en los leudos respectivos de los tres reyes. Como la division daba á aquellos tentaciones y medios de intrigar, de que carecian bajo un solo jefe, Cárlos obligó á cada leudo á tener sus honores y beneficios territoriales en el reino particular del monarca á quien se habia adherido; no pudiendo, si se enemistaba con uno, ser recibido por los demás hermanos, ni separarse mientras viviese del servicio de uno de ellos para pasar al de otro. Todo aquí, como se ve, es germánico; no hay la menor huella de ideas romanas. El efecto probó la insuficiencia de semejante medida.

Viéndole elegir á Aquisgram por capital, y fundar aldeas desde Ingelheim, junto á Maguncia, hasta Nimega, en país tan fértil, á orillas de un rio navegable, entre la Germania y la Galia, no queda duda de que su intencion era establecer como centro de la gran monarquía la antigua patria de los Francos. A sus esfuerzos se debe el rápido progreso de las poblaciones situadas á orillas del Rhin. Mas, para que el centro estuviese seguro, era preciso ensanchar las fronteras septentrionales, y someter los Sajones á la Germania.

Su principal gloria es la de legislador. En cuanto al reino de los Francos, en particular, no hizo mas que restaurar la antigua constitucion; conservó el ban y el retroban en su integridad, é impidió el predominio de los nobles con las leyes opuestas á la herencia y restableciendo la nobleza inferior. Los tribunales se convirtieron en concilios, donde los obispos representaban á sus diócesis y los generales al ejército, lo cual significa que la sociedad civil era ya partícipe del poder legislativo. Pero, estos hechos, particulares á Francia, fueron destruidos pronto por las relaciones sucesivas.

Lo que duró fue la constitucion que hasta hace poco reunia los paises centrales de Europa, y el imperio que concibió en el sentido de la edad media y del cristianismo, como union religiosa de todas las naciones occidentales.

Si su imperio no duró, tuvieron la culpa las repetidas divisiones entre sus sucesores, sus guerras civiles, las invasiones normandas, y sobre todo la índole misma de las conquistas de Cárlos. En Francia se sentia la debilidad de una

(1) FAURIEL, *Hist. de la Gaule merid.*, tom. IV.

precoz corrupcion. En Italia, destruida la dominacion lombarda, apartada la influencia griega, reformada la unidad nacional con la conclusion de tantas discordias mezquinas, renació el deseo de la independencia. La Germania septentrional, subyugada y sometida, llegó á ser una potencia robusta por la unidad de lengua, de costumbres, de gobierno; y no podia permanecer mucho tiempo sujeta á un monarca lejano.

Ni tampoco hubo entre los sucesores de Carlomagno ninguno de esos grandes caractéres, que representan el pensamiento de toda una generacion; hechos parciales, litigios frecuentes, divisiones y uniones renovadas, llenan el intervalo entre Cárlos y la época en que la Germania se dió un rey de su eleccion, colocándose á la cabeza de Europa, donde estuvo hasta que pasó á la casa de Habsburgo.

NUM. XVI.

EL CID.

(1026?—99.)

Voltaire, que buscaba mas que la verdad lo paradógico y lo nuevo, elogió en su *Discurso sobre la poesía épica* la *Araucana* de don Alonso de Ercilla, presentándola como la epopeya de España, del mismo modo que presentó como epopeya de Italia la *Jerusalem libertada*. Incapaz, por su índole y hábitos, de comprender lo sublime, lo sencillo, lo puro; esclavo de las preocupaciones de escuela y del culto de la forma; mas atento á la distribucion que al fondo, pretendia ajustar todo poema al preconizado modelo de Virgilio. Sin embargo, poema de una nacion es el que contiene su vida, su creencia, sus conocimientos en una época dada, y especialmente en aquellos tiempos primitivos en que ninguna mezcla heterogénea habia aun alterado, ni la civilizacion pulido, las formas que constituian perpetuamente su carácter.

Bajo tal concepto, ocupa el primer lugar en Italia la *Divina comedia*, que á Voltaire pareció un delirio de bárbaro, y que nosotros encontramos tan llena de originalidad; retrato de la nacion italiana cuando aun brillaba sola en medio de las tinieblas del mundo. Por lo mismo, la epopeya verdaderamente nacional de España es el *Cid Campeador*, poema-crónica, que tiene toda la veracidad y grandeza de la poesía primitiva (1).

El héroe que da nombre al poema, representa vivamente las costumbres de España luchando con los Moros y atenta á regenerar su nacionalidad, con un heroismo primitivo, tosco y resuelto. Los nombres de los individuos que combatieron generosamente por la religion y por la patria en aquella cruzada, que hemos visto ya activa en los tiempos de Carlomagno, y que solo terminó con la espedicion de las Alpujarras, no fueron conservados por la historia, sino por la tradicion, ó para hablar con mas exactitud, aquella acumuló las empresas sobre los príncipes que, con la espada ó con las leyes, con la inteligencia ó con la mano, fundaron tantos pequeños reinos, destinados luego á unirse, pero no á fundirse; y esta exaltó algunos héroes, á quienes aplicó empresas de personas y épocas distintas, ciñéndoles una aureola que los hizo aparecer de un tamaño mayor que el natural. Así, pues, la crítica, cuando examinó esas tradiciones, llegó hasta dudar que tales héroes hubiesen existido, no deteniéndose á estraer el fondo de verdad oculto entre las muchas ficciones. Sin embargo, estas ficciones son tan verdaderas como la realidad misma, pues revelan, si no la historia, el sentimiento, el ideal, esto es, aquella parte noble y elevada, que importa mucho mas conocer que no la materialidad de las fechas y de las genealogías. Y á decir verdad, ¿qué memoria de héroes influyó tanto en el desarrollo del genio español, como la de Bernardo del Carpio, héroe de Asturias, y la del Cid, héroe de Castilla? La cancion popular que escitó á combatir contra los Moros, habló de ellos; sobrevivieron á la pacífica opresion de los sucesores de Cárlos V, que aspiraba, no tanto á arrancar como á sofocar los recuerdos de un glorioso pasado, y estimularon, en estos últimos años á los Españoles contra los nuevos enemigos de la patria independencia. No ha muerto ni morirá una nacion que recuerda sus héroes, y busca, en un pasado glorioso, fuerzas para resistir al envilecimiento actual, y confianza para llegar á un porvenir merecido.

Rodrigo Diaz, coloso de la tradicion, pásto del heroismo de los Españoles, terror de los Musulmanes que le saludaban con el nombre de *señor* (*sid*), orgullo de los cristianos que le recuerdan como un héroe muerto ayer, dicen nació en Búrgos de una nobilísima familia, pues toda ilustracion en España debe ser aristocrática; vanidad no risible donde la nobleza nació de la guerra contra los infieles, opresores de la patria, y se consolidó con la resistencia á todas las tiranías.

Don Diego Lainez, su padre, habia recibido de Gome Lozano, conde asturiano, una de esas injurias que no se lavan sino con sangre; pero la vejez le estorbó exigir satisfaccion como caballero. Afligido viendo estinguirse el lustre de su casa, y aproximarse su muerte mientra

(1) El *Poema del Cid el Campeador* fue escrito probablemente á fines del siglo XII, y se encuentra en la *Coleccion de poesias castellanas anteriores al siglo XV*, publicada por don Antonio Sanchez en 1775, y en la *Biblioteca castellana, portuguesa y provenzal* de Schubert. Otros romances alusivos al mismo asunto, pero mas modernos, se coleccionaron en el siglo XVI por Fernando del Castillo, y se reprodujeron en 1614 por Pedro de Flores en el *Romancero general*. Escobar publicó otros con el título de *Historia del muy noble y valeroso caballero el Cid Ruy Diaz.* Lisboa 1615, Sevilla 1632. Una tercera edicion se publicó en 1828, en Francfort del Mein, con la vida del Cid traducida por Juan Müller. Roberto Southey reunió lo mejor de las historias y de las tradiciones en su *Chronicle of the Cid from the Spanish*. Lóndres 1808. Tambien don Manuel José Quintana escribió la vida del héroe, pero clásicamente descolorida. Véase lo que digimos en la LITERATURA, página 1181.

que su émulo triunfaba impune, se consumia de dolor. Resolvióse al fin á llamar á sus hijos, y empezando por el primero, le apretó las manos con tanta fuerza, que aquel se puso á gritar y á pedir misericordia. Lo mismo hicieron el segundo y el tercero; mas al llegar su vez á Rodrigo, este se encandeció como brasa, y con ojos de tigre esclamó : *Suelta, ó ¡vive Dios! seas ó no mi padre, te arranco las entrañas.*

El viejo lloró de alegría al oir palabras tan enérgicas y que revelaban un alma incapaz de sufrir la injuria; le espuso la afrenta recibida y le invitó á vengarla, confortándole con su bendicion. El jóven ofreció morir por la honra, y aunque en la flor de su edad, corrió, encontró á Lozano, combatió con él, le venció y llevó la cabeza del conde á su padre, el cual conociendo á su enemigo, dió gracias á Dios y colmó de bendiciones al jóven héroe.

Pero Jimena, hija del muerto, no cesaba de pedir venganza al rey, y se le presentó cuatro veces de luto y acompañada de trescientos escuderos. El rey no queria perder al noble mancebo, antes bien propuso á la doncella reconciliarse con él y aceptar su mano. Jimena resistió al principio; pero cuando Rodrigo condujo á sus piés cinco moros prisioneros que le llamaban su Cid, se aplacó y se casó con él : *Maté á tu padre*, le dijo Rodrigo, *pero en justa lid, cara á cara y por vengar una ofensa. Maté á un hombre, y un hombre te devuelvo; en cambio del padre muerto, tienes un ilustre marido.*

España estaba entonces dividida entre los Moros, que la habian invadido dos siglos antes, y los Cristianos, que poco á poco se esforzaban en recuperar su patria. El ímpetu con que los Arabes se habian avalanzado sobre España, cesó desde que se establecieron en la Península. El antiguo espíritu de discordia entre las tribus estalló al siguiente dia de la conquista, tanto mas terrible, cuanto que, siendo todos estranjeros, aspiraban todos al dominio de esta nueva patria. El poder debia ser mayor en aquellos que se hallaban mas próximos á su orígen, y á cada instante se dirigian los ojos, aun despues del cisma de los Ommiadas, al otro lado del Estrecho, como buscando nuevo vigor.

Los competidores de Hixem I (-796) amenazaron con una segunda invasion de fuerzas africanas, siempre temida durante el mando de Al-Haken I y Abd el-Rahman II (-852). Mohammed I, hijo de este (-886), tuvo que combatir al Norte con los Bereberes, llevados allí por los Arabes, y que pedian proteccion á los Francos y Godos. Abd el-Rahman III (-961), sofocó los disturbios en lo interior, pero debió ir á combatirlos en Africa, guerras perpetuadas por su sucesor Al-Haken II (-976). En tiempo de Hixem II (-1015), el gran ministro Al-Manzor elevó á su mas alto grado la gloria de los Ommiadas, oprimiendo por la parte del Norte á los Cristianos, y á los Africanos por la parte del Sur; pero el Africa, obstinándose contra los dominadores que le habian sido enviados del Asia, los combatió en su nuevo reino de España, hasta que sucumbió á sus ataques la raza ommiada (1031).

Entonces la unidad se rompió; cada emir, cada valí se declaró independiente en su provincia ó en su ciudad; destruido el interés comun, no solo cesaron las grandes espediciones contra los Cristianos, sino que á menudo se obligaron á pagarles tributo con tal de no ser molestados. Asi la Península se dividió en infinidad de Estados pequeños, y las grandes familias que se repartieron el reino de Córdoba, continuaron aun sosteniendo durante sesenta años contra los Africanos una independencia feudal en los valles del Tajo, del Ebro y del Guadalquivir.

Los Cristianos hubieran podido prevalerse de tales disensiones; pero tampoco ellos conocian la fuerza de la concordia. Los Españoles habian conservado de los Iberos el espíritu tenaz y orgulloso, de los Romanos la celosa libertad de las instituciones municipales, y de los Visigodos el respeto á las creaciones de la civilizacion, y sobre estas bases reconstruyeron la suya. A medida que conquistaban un terreno, establecian en él poblaciones que, en recompensa de los peligros anexos á un país fronterizo, recibian privilegios, groseramente garantizados con *fueros*; de suerte que los reyes disminuian su poder á medida que aumentaban su territorio, y en el pueblo se asociaba el hábito del respeto con el de la independencia.

El país que los Romanos llamaron Galicia y los Arabes Romanía (*El-Roum*) conservó mayormente la superioridad de la estirpe y de la lengua latina, y hasta se mantuvo independiente del reino de Oviedo; delante de estos dos reinos se fundó despues el de Leon. Pero la estirpe goda, conservándose en las Asturias mas robusta, prevaleció y fundó un reino de mayores elementos germánicos.

En el territorio de la antigua Bardulia, en un valle surcado por dos rios, que los Arabes atravesaban para ir al reino de Leon, algunos colonos enviados por Alfonso I fundaron seis aldeas; Alfonso III las reunió en una sola ciudad, protegida por una fortaleza que la dominaba, de donde tomó el nombre de Búrgos. Las casas estuvieron en la altura hasta que las antiguas familias de los Vivar, de los Gonzalez, de los Porcellos y de los Rasura, aseguraron el valle con sus castillos. Dejando entonces la colina, se trasladó la ciudad á orillas del Arlanzon; ciudad, pues, que no echó sus cimientos sobre las antiguas murallas romanas, ni tuvo jamás las almenas coronadas de la aguja morisca, sino que nació y vivió con vida propia.

De la traduccion del nombre germánico de Búrgos se originó el nombre de Castilla, reino que creció hasta Fernando el Grande, el cual hizo tributarios á los reyes moros de Zaragoza, Toledo, Córdoba, y uniendo los señoríos de Leon y Galicia, estableció la supremacía que adquirió luego la nacion castellana sobre las demás de la Península. Pero estaba en las ideas de entonces que los reinos, como los patrimonios, se repartiesen, y á pesar de los deplorables ejemplos anteriores, dividió el suyo entre cinco hijos (1065): fatal medida, que encendió la guerra civil y produjo debilidad, cuando mas

fuerza y union eran menester contra el comun enemigo. Tocó, pues, á don Sancho la Castilla, Leon á don Alfonso, Galicia á don Garcia, á doña Urraca la ciudad de Zamora, y á doña Elvira la de Toro con sus alrededores. El padre les hizo jurar que conservarian esta division, y se ayudarian como hermanos; juramento cumplido como todos los que sirven de obstáculo á la ambicion. Apenas el padre cerró los ojos, cuando don Sancho, que se sentia mas fuerte y con mayor inteligencia, decidió despojar á sus hermanos y ceñirse solo la corona.

Le habia prestado muchos servicios el caballero Diego Laínez, y agradecido á ellos tenia en su córte á Rodrigo, altivo mancebo, que cuando su padre le presentó al rey, se mantuvo á caballo mientras la comitiva echaba pié á tierra, y no se apeó hasta oir el mandato paterno, besando entonces la mano al rey, pero de tal modo, que este sintió miedo y cólera. *Tus hechos son de leon, no de hombre*, le dijo Sancho; y Rodrigo contestó: *Besar la mano á un rey, no lo tengo á honor, y si mi padre la besó, me avergüenzo de ello.*

Pero no tardó en merecer la admiracion como guerrero. En la batalla de Grados, donde don Ramiro, rey de Aragon, hermano de Fernando, fue vencido y muerto, Rodrigo se condujo de manera que el rey le armó caballero, le eligió porta-estandarte, grado superior en la milicia, y luego condestable.

Sancho, vencedor de los enemigos esteriores, dirigió las armas contra sus hermanos, y antes que ninguno contra don Alfonso, confinante. Los historiadores tratan de indagar los motivos de esta agresion; pero ¿han faltado nunca á los ambiciosos? ¿Y no distan siempre de la verdad los que se ponen de manifiesto? El rey de Castilla venció con poco trabajo al de Leon, jóven y menos fuerte y diestro en las cosas de la guerra. Sin embargo, Alfonso, valiente con la desesperacion, logró por último desordenar las filas de su hermano; y ya el terror habia abatido los corazones, no avezados aun á la desgracia, y la causa parecia perdida, cuando Rodrigo, confortando á su señor, le ayudó á reunir á los dispersos, y cayendo por la noche sobre los vencedores, embriagados por la victoria y el vino, los desbarató y degolló. Alfonso pudo apenas salvarse en una iglesia, donde trató con su hermano, cediéndole el reino, y yendo desterrado entre los Moros de Toledo.

Don García se habia atraido el odio de los Gallegos con aumentar los tributos y proteger á un perverso favorito, tanto que los señores, disgustados, hicieron pedazos á este, ante los ojos mismos del rey. La discordia facilitó, pues, la conquista á don Sancho; don García, refugiándose en Portugal, reunió á sus fieles y probó la fortuna campal en Santarém, con tan buen éxito, que cogiendo prisionero al mismo don Sancho, y confiándolo á algunos de sus ginetes, prosiguió la victoria. Pero acudió Rodrigo, el cual no solo puso en libertad á don Sancho, sino que le trajo de nuevo á la pelea, y don García se vió arrebatar la victoria, el reino, y la libertad.

Restaba á don Sancho despojar tambien á las hermanas; y en efecto, no tardó en arrojar á Elvira de Toro y en sitiar á Urraca en Zamora. Pero Vellido Dolfos, soldado de esta, fingiéndose desertor, ganó la confianza del rey, y atrayéndole á un paraje donde pretendia mostrarle el lado débil de la fortaleza, propio para escalarla, le asesinó y huyó (1072). Vióle huir el Cid, y sospechando un delito, fué en su seguimiento; pero no pudo alcanzarle por no tener espuelas; con cuyo motivo en la cancion que recuerda este hecho, Rodrigo termina diciendo imprecaciones contra los caballeros que cabalgan sin espuelas.

Los vasallos de Castilla llevaron tristemente á sepultar al príncipe al convento de Oña; pero los Leoneses y los Gallegos se dispersaron pronto. Advertido de ello don Alfonso, dejó sin pérdida de tiempo á Toledo para ocupar la herencia fraterna. Sin obstáculo tuvó á Leon; don García, que habia salido tambien de su encierro, volvió á él, y aun la Galicia obedeció á Alfonso.

La vuelta de los Godos á las instituciones de sus abuelos se mostró principalmente por un robusto feudalismo, que mientras en otras partes no fue mas que una tardía reaccion de las costumbres germánicas contra el derecho romano, en España sirvió de ejemplo.

La nobleza castellana, que se formó con su espada y en tierras cogidas al enemigo, y que poseia á veces ciudades enteras, no dependia del rey sino por voluntad propia, ó en cuanto le habia prestado vasallos para mayor seguridad ó lustre. Si el noble no se encontraba ya bien en el país, enviaba á un vasallo suyo, tambien noble, el cual decia al rey: *Fulano de tal, señor, os besa la mano, y cesa de ser vasallo vuestro.* Si por el contrario, el rey se veia en el caso de espulsar á un noble rico, los amigos podian, y los vasallos debian seguirle, hasta que se hubiese arreglado con otro señor y entrado á poseer otros bienes.

A este rico desterrado se le concedia el plazo de treinta y tres dias, y el rey le proporcionaba una escolta que le acompañase hasta dejarle fuera del país, y los víveres indispensables para él y su séquito, por el precio corriente. Si lo necesitaba, el desterrado pedia al rey ó á otro cualquiera un caballo; y al que se lo negase, tambien él le negaria la libertad si llegaba á cogerle prisionero. El desterrado se encontraba entonces libre de todos sus deberes para con el rey, y podia moverle guerra por su cuenta ó la de otro, en cuyo caso el rey podia, á su vez, devastar sus propiedades, pero no las de su familia, ni ultrajar á las demás. Los vasallos que le habian seguido, despues que su señor se arreglaba en otro punto, podian volver á Castilla y jurar obediencia al rey. Si entraban con su señor al servicio de otro para mover guerra al rey, y saqueaban el país, debian coger toda su parte y enviársela, suplicándole que reparase el daño inferido por él á su señor. Si el rey no atendia á su ruego y ejecutaban otra invasion, bastaba le enviasen la mitad del botin, y la tercera vez nada. Observando esta regla, el rey no podia atentar contra sus bienes ni los de sus familias. Siempre que el rey salia contra ellos, le suplicaban cuidase de su persona y no se espusiese; si no obstante se aventura-

ba á tomar parte en la pelea, tenian todo género de consideracion con él y con su hijo.

A veces los nobles se confederaban entre sí, y entonces uno de ellos pronunciaba, en nombre de todos, el juramento: « Por el señor Dios omnipotente, y por la Santísima Vírgen su madre, juro que todos en general y cada uno en particular observaremos puntual y fielmente los artículos convenidos, obrando con sinceridad y buena fé. Jamás nos separaremos los unos de los otros para pasarnos al enemigo, ni contravendremos á los citados artículos. Al primero que, con conocimiento de causa, violare ni aun el mas insignificante de estos artículos, el Señor Omnipotente le prive de la vida, y despues de su muerte le condene á los mas espantosos suplicios en el infierno. A la misma hora le falten las fuerzas y las palabras; en el dia de la batalla las armas se nieguen á servirle; no pueda valerse de las espuelas; su caballo caiga muerto; todos sus vasallos le vendan, todo le abandone, y cuando necesite socorro..... » Y continuaban por este tenor las imprecaciones, á que los confederados respondian *Amen*. A veces para que el juramento fuese mas tremendo, dividian entre sí la hostia.

Al lado de este feudalismo de una especie particular, estaban los Comunes, que se habian formado tambien defendiendo su país ó rescatándolo de los Moros, y pedian derechos y fueros. Tenian concejo y magistrados propios, pagando un tributo al rey y contribuyendo con hombres para su ejército, ademas de la obligacion de militar cada ciudadano bajo la bandera del monarca. El que poseia cierta renta debia servir á caballo, y quedaba inmune de todo otro gravámen.

Tal era el reino que adquiria Alfonso; pero recelando los Castellanos que don Sancho hubiera sido asesinado por instigacion suya, no querian aceptarle si antes no probaba su inocencia. Un caballero la hubiera probado en buena lid con un igual suyo, refiriéndose al juicio de Dios; mas el rey no tenia igual, y asi debia apelar al juramento. Pero ¿quién le propondria esta condicion injuriosa y que necesariamente escitaria su cólera? Nadie se atrevió, escepto Rodrigo, el cual, sin aterrarle la idea de que al dia siguiente iba á ser su súbdito, en la solemne ceremonia que se verificó en la catedral de Búrgos, á la vista de toda la nobleza, le presentó un cerrojo de hierro y una ballesta de palo, y le dijo: *Jurad ¡oh rey Alfonso! que no habeis tenido parte en la muerte de don Sancho, aconsejándola ni ordenándola; si mentís, Dios os reserve el mismo fin, y á manos de un villano, no de un caballero, no con esto que, sino con venablo, no con puñal de mango dorado, sino con cuchillos montañeses* (1).

Fuera despecho, en vista de tal osadía, fuera remordimiento, por dos veces se encendió el rostro del rey; en seguida juró, en union de doce de sus principales vasallos; pero desde entonces concibió rencor contra el Cid. Disimuló, no obstante, como quien desea mas segura venganza, y como Rodrigo era pariente suyo por doña Jimena, le llevó el rey en sus viajes, sirviendo de campeon en algunos duelos judiciales, y siendo enviado á Córdoba y Sevilla para cobrar el tributo que se habian obligado á satisfacer aquellos príncipes. Este tributo era con pacto de proteccion; por lo cual, habiendo ido algunos caballeros cristianos, en union del rey de Granada, á atacar al de Sevilla, el Cid les intimó que respetasen al aliado de su rey, y como no hicieran caso, sino que mas bien recorrieran las tierras enemigas cogiendo botin y esclavos, Rodrigo se puso al frente de los Sevillanos y derrotó á aquellos, adquiriendo riquezas y honores.

De vuelta á su patria, cayó enfermo, y asi no pudo acompañar á don Alfonso en su espedicion contra los Arabes de Andalucía. El rey,

(1) Guillen de Castro, contemporáneo de Lope de Vega, hizo sobre las aventuras del Cid un drama ó mas bien dos, de donde tomó Corneille las principales bellezas de su tragedia mas alabada. Trascribimos la escena del juramento, que Guillen tomó á su vez, de los romances. Los nuevos súbditos prestan homenaje, y el Cid permanece aparte:

Rey. Don Rodrigo de Vivar,
¿Cómo tú solo has callado?
Cid. Oye el por qué no te juro,
Pues no te ofendo, aunque callo.
Señor, el vulgo atrevido
Locamente ha murmurado
Que fui cómplice por tí
En la muerte de tu hermano;
Y para que bien se entienda
Con la verdad lo contrario,
Será bien satisfacerle.
Rey. ¿Cómo?
Cid. Poniendo la mano
Sobre un cerrojo de hierro
Y una ballesta de palo,
Y encima de la ballesta
Un Cristo crucificado.

(Sacan el cerrojo y la ballesta.)

Rey. Yo prestaré el juramento;
¿Quién se atreverá á tomarlo?
Cid. Yo, que no conozco el miedo.
Don Diego Ordoñez. Por la vista arroja rayos.
Cid. Villanos mátente, Alfonso,
Villanos, que non fidalgos
De las Asturias de Oviedo,
Que no sean castellanos;
Con cuchillos montañeses,
No con puñales dorados;
Abarcas traigan calzadas,
Y no zapatos de lazo;
Capas traigan aguaderas,
No de contray delicado;
Y sáquente el corazon
Por el siniestro costado,
Si fuiste ni consentiste
En la muerte de tu hermano.
¿Júraslo asi?
Rey. Asi lo juro.
Es testigo el cielo santo.
Cid. Mueras de su misma muerte,
De otro Bellido pasado
De las espaldas al pecho
Con un agudo venablo,
Si mandaste, si supiste
En la muerte de don Sancho;
Y di: Amen.
Rey. Amen, digo.
Cid. Pon en la espada la mano.
Jura á fe de caballero
Que no has hecho ni ordenado,
Ni aun con solo el pensamiento,
La muerte que aquí lloramos.
¿Júraslo asi?
Rey. Asi lo juro.
Y, Cid, de un rey á un vasallo
Ya es ese poco respeto
Y ya es este mucho enfado.
Mucho me aprietas, Rodrigo,
¿Es bien que te atreves tanto
A quién despues de rodillas
Has de besarle la mano?
Cid. Eso será si me quedo
A ser tu vasallo.
Rey. Y cuando
No lo seas ¿qué me importa?
Y no me respondas.
Cid. Callo
Y vóime.....
Rey. Véte ¿qué esperas?
Cid. Donde el valor de mi brazo
Venza reyes, gane reinos.

marchando contra el emir de Toledo, que le habia dado asilo en la desgracia, y arrojando de allí á Yahia, hijo de Al-Mamum (*) colocó en Toledo una poblacion de Cristianos y un arzobispo primado de España y de la Galia visigoda; siguiendo luego adelante, se apoderó de las dos orillas del Tajo; pero los Arabes de Aragon, aprovechándose de su ausencia, invadieron el país cristiano, y saquearon la villa de Gormaz. En cuanto lo supo Rodrigo, aunque se sentia aun débil, les salió al encuentro, y no solo recobró lo robado, sino que entró en tierra de Moros y volvió con un gran botin y siete mil prisioneros (1076).

El emir de aquel país era aliado y huésped de Alfonso; por lo cual este tuvo á ofensa lo hecho por el Cid, y le desterró con los amigos y parientes que quisiesen seguirle, segun era de ley. El Cid partió sin besar la mano al rey, y con él marcharon trescientos caballeros armados. Asistió antes á la misa que mandaron cantar su mujer y sus hijas, y en la que el abad bendijo su bandera; juró entregar al rey las conquistas y el botin que hiciese, y despidiéndose de aquellas, se puso en camino. Montado en su Babieca, y llevando ceñidas sus famosas espadas Tizona y Colada, se mantuvo independiente, emprendiendo por su cuenta guerras y celebrando alianzas.

Entre los pequeños Estados en que se hallaba fraccionada España, acaecian frecuentes ocasiones de ejercitar el valor. El que se sentia con mas aliento y mejor brazo atacaba al vecino para despojarle ó exigirle un tributo. Si le iba bien, esta primera empresa le escitaba á acometer otra; un triunfo allanaba el camino á los subsiguientes; los aventureros acudian á él en busca de empresas y de gloria; a él los príncipes espulsados de sus respectivos paises; los débiles solicitaban su alianza, los poderosos temian su enemistad; hasta que otro mas fuerte ó mas afortunado le derribaba y le sustituia en su puesto. De este modo la agitacion era permanente y se conservaba el espíritu guerrero: bandas armadas se reunian en torno de algun valiente para ir á ofrecer sus servicios al que los necesitase; á un tiempo héroes y bandoleros, defendiendo y asolando, aficionándose á la causa por que combatian en aquel momento, sin cuidarse de si al dia siguiente le serian quiza enemigos.

Esto fue lo que hizo entonces el Cid; de suerte que la imaginacion pudo muy bien entretenerse en inventar empresas, que en el hecho se reducen á correrías sin resultado, sirviendo ora á los Cristianos, ora á los Moros. Saliendo de Castilla, vió á Barcelona, luego defendió en Zaragoza al rey moro Al-Moktamen contra su hermano Alfagi, don Sancho rey de Aragon y Berenguer, conde de Barcelona. Agradecido el emir de Zaragoza, que dominaba hasta el Mediterráneo, dió al Cid plena potestad en sus Estados, no pareciéndole nunca que le recompensaba segun merecia. A la muerte de aquel príncipe (1086), volvió Rodrigo á Castilla, donde el rey Alfonso le acogió cortesmente, concediéndole, entre otros favores, retener libres de tributo las ciudades que ganase á los Moros. Rodrigo reunió nueve mil combatientes; libertó á Valencia del sitio que le habia puesto el conde de Barcelona, y redujo á aquella ciudad á pagarle tributo.

Preparábase, sin embargo, nueva tormenta contra los Cristianos. Los Moros de España conocieron su impotencia; y como si las razas puras de Oriente hubiesen perdido su vigor en el suelo estranjero, no les quedó duda de que para conservar el gobierno de la península necesitaban invocar de nuevo el fanatismo religioso del Africa. Tribus fanáticas de Almorávides, que vagaban al otro lado del Atlas, habian salido del desierto de Zahara al mando de Abu Bekr, y se habian derramado por la Mauritania, hasta Tanger y Ceuta. Yusef, sucesor de Abu Bekr, fundó á Marruecos, centro del imperio de su nombre, y tomó el título de *emir al numenim*, esto es, capitan de los Musulmanes. Ben Evet, emir de Sevilla, queriendo apoderarse de toda España, creyó conseguirlo invitando á pasar el Estrecho á aquella formidable gente, para lo cual se puso de acuerdo con Alfonso de Castilla, su yerno, quien, esperando pescar algo en aquel rio revuelto, le escitó á dar un paso que tantas lágrimas habia de costar á la cristiandad y á él.

Vinieron en efecto los Almoravides, y enemistándose al poco tiempo con los Sevillanos, Alí, que los mandaba, sometió á todos los Moros, se sustrajo de la obediencia á Yusef, y se tituló tambien emir al numenim. Esta conquista restituia á los Moros la unidad que habian perdido; y de nuevo amenazadores para con los Cristianos, entraron en Castilla, y parecian deseosos de atravesar los Pirineos. Las dos veces que el rey Alfonso trató de oponérseles, quedó derrotado; pero mejor en la desgracia que en la prosperidad, rehizo el ejército, invitó á caballeros francos, y atacando otra vez al usurpador en nombre de Cristo, le obligó á encerrarse en Córdoba, y á comprar su salvacion á gran precio y mediante un tributo. Todo inútil; pues Yusef pasaba entonces el Estrecho para castigar al rebelde, y despues de mandar cortarle la cabeza, se estableció en Andalucía, y se dispuso á completar la conquista del país.

Alfonso aterrado envió á suplicar al Cid que se uniese con él; pero, no habiendo llegado á tiempo el aviso, sucedió que antes de juntarse sus fuerzas se dió la batalla y venció Alfonso. Aprovecharon la ocasion los enemigos del Cid para denigrarle á su rey, suponiendo que habia retardado deliberadamente la marcha; y Alfonso, no solo le desterró, sino que le ocupó los bienes y prendió á su mujer y a sus hijas. El Cid envió inmediatamente á la córte á un escudero, que, en presencia del rey arrojó el guante, retando al que presumiese tacharle de traicion. El reto no fue admitido, y el rey permitió á doña Jimena y á sus hijas reunirse con el héroe, el cual se halló de nuevo reducido al único patrimonio de su espada.

Entonces esperaron vengarse sus enemigos,

(*) El que habia dado asilo á Alfonso era Al-Mamun, no Yahia. (N. del N.)

en especial Raimundo y Berenguer, conde de Barcelona, acordándose de los daños que les habia irrogado. El último, en efecto, con el auxilio de Alfabig, emir de Zaragoza, atacó á Rodrigo, que con el puñado de sus hombres de armas se habia hecho fuerte en un valle. Allí creia Berenguer cogerle infaliblemente, y por lo mismo le envió un cartel de befa é insulto, llamándole villano, no campeador, pues que se estaba en las alturas en vez de bajar al llano. El Cid le respondió con otras tantas villanías é injurias, como era costumbre entre los héroes de la época, comparándole á él y á los suyos, á mujercillas. *Aquí conservo aun los despojos que te he quitado otras veces. Cumple tu amenaza; ven á cogerlos, si te atreves, y hallarás el mismo pago de siempre.*

De los insultos se pasó á las armas. Rodrigo vencia en todas partes, cuando cayó herido del caballo, y fue menester conducirle á su tienda. Pero los Castellanos, decididos á vengarle, se lanzaron como fieras contra los Catalanes y los Francos, los desbarataron, mataron á muchos, cogieron cinco mil prisioneros, y ademas todo el bagaje. El mismo Berenguer fue preso y llevado al cuarto donde yacia el Cid, quien oyó sus escusas y ruegos, sin contestarle ni mandarle sentar, y mandó á sus soldados que le custodiaran; sin embargo, dispuso se le tratase como cumplia á su clase, y poco despues le dió libertad. Con esto se atrajo su amistad y hasta le unió á sí por los vínculos del parentesco.

Tratóse del rescate; en cuanto á los jefes, pronto quedó arreglado; pero los soldados rasos no tenian de qué satisfacerlo. Se señaló, pues, una suma en conjunto, y volvieron á su patria á reunirla; pero no encontrando el total, condujeron en rehenes á sus hijos y sus padres. El Cid se consideró pagado y los dejó a todos en libertad, perdonando el resto del rescate, si bien lo necesitaba para mantenerse él y su ejército.

Por complacer al rey Alfonso, habia casado á sus dos hijas con los infantes de Carrion; pero viéndolas maltratadas por estos, pidió justicia al rey y se presentó en la córte de Toledo. El rey Alfonso, en cuanto lo supo, salió á recibirle, y el Cid se arrodilló y le besó la mano. Luego, en el juicio, espuso el hecho, y dijo que sus hijas no podian considerarse deshonradas por aquellas injurias, pues que el rey mismo las habia casado; pero añadió: *Yo di á mis yernos dos famosas espadas, Colada y Tizona, que habia ganado en buena guerra para honra mia y servicio vuestro, señor. Ahora bien; cuando los infantes de Carrion me enviaron mis hijas con la vergüenza del repudio en la frente, retuvieron las espadas. Si, pues, no les importa ya mi afecto, que me devuelvan las espadas.*

A los infantes de Carrion les pareció buen partido entregarle solo las espadas, aunque ricas, sin ninguna compensacion por la honra de las hijas. Alegróse el Cid cuando cogió la empuñadura de oro y vió brillar la buena hoja; pero entonces pidió tambien el dote. Los burlados infantes no pudieron negar tampoco este; pero, cuando creian haberle ya satisfecho, el Cid les respondió agriamente, echándoles en rostro su mal comportamiento, y quiso la satisfaccion por medio de las armas.

Entre tanto los Almoravides habian ocupado á Granada y una buena parte de la Andalucía, de suerte que Alfonso de Castilla redoblaba sus esfuerzos para contenerlos. Berta de Barcelona, su mujer, y los amigos del Cid escribieron á este, suplicándole que se apresurase á deponer los ódios y rencillas, y á unirse al rey en aquella espedicion, lo cual era un medio seguro de recobrar su gracia. El Cid, que tenia puesto entonces cerco á la plaza de Liria en el reino de Valencia, y la habia reducido ya al último apuro, no titubeó en levantarlo, para acudir al ejército del ingrato rey. Este le salió á recibir, y marcharon juntos sobre Granada. El rey se acampó en las alturas y el Cid mucho mas adelante en el llano. Despertóse con esto el rencor de Alfonso, y esclamó: *¿Cómo? ¡Ayer Rodrigo caminaba detrás de nosotros, como si estuviese cansado, y hoy se nos adelanta como pretendiendo la preeminencia!* y los aduladores decian por lo bajo: *El rey tiene razon.*

Los Moros no se atrevieron á medir sus armas con el ejercito cristiano; y Yusef, saliendo de Granada, se volvió á Africa, adonde le llamaban los cuidados del imperio. Alfonso, no teniendo ya que temer, dió libre rienda á su rencor contra el Cid, le insultó, le echó en cara las culpas que andaban en boca de los calumniadores; y sus escusas, en vez de calmarle, le exacerbaron. Rodrigo, temiendo por sí, dejó durante la noche el campo castellano, seguido de los suyos.

A este Alfonso, que en las vicisitudes de nuestro héroe aparece injusto, envidioso y perseguidor de la mejor espada de la cristiandad, se le representa en las historias magnánimo, liberal, lleno de templanza; y por esto, sin duda, no obstante los agravios que infirió al Cid, muchos se apartaron de él para quedarse con el rey. El Cid, no esperando ya reconciliacion, y habiendo salido viejo de su casa, volvia á ella con deseo: vió las puertas abiertas y sin cerrojos, no encontró sus azores de caza, y suspirando, dijo: *¡Bendito sea nuestro padre que está en los cielos! Todo esto me han ocasionado mis enemigos.* Por donde quiera que pasaba, á caballo en su Babieca, la gente corria á contemplarle, y las mujeres llorando esclamaban: *¡Qué buen vasallo si hubiese tenido un buen señor!* En Búrgos no hubo quien le alojase, porque el rey lo habia prohibido, y la amenaza de tan poderoso príncipe era temida. El Cid tomó, pues, prestados quinientos marcos á un judío, empeñándole dos cajas llenas de piedras, que supuso contenian el valor de los tributos recaudados; y seguido de algunos centenares de guerreros, marchó á combatir contra los Moros. Al salir de Castilla, esclamó: *¡Gracias, oh Rey de los reyes, que gobernais el cielo y la tierra! ¡Tu virtud me ayude, oh gloriosísima Virgen! Dejo á Castilla, obligado por el rencor del rey y no sé si podré volver á ella en lo que*

me queda de vida. Tu virtud, ¡oh Virgen gloriosa! me ayude en mi peregrinacion noche y dia. Si me oyes, estaré contento; enviaré ricos presentes á tu altar, y te mandaré cantar mil misas.

Los lectores, que quizá tengan á la vista las brillantes imágenes de los caballeros andantes, no podrán compararles con el Cid. En él se encuentra aun todo el heroismo primitivo, pero nada de caballeresco; se parece á los héroes de Homero, no á los del Taso y el Ariosto; y si respira ya la devocion de los paladines y los afectos domésticos, ignora aun aquella generosidad que no desea mas recompensa que la gloria, aquella lealtad que todo lo sufre antes que rebelarse contra su señor. Como aquellos, su primera pasion es la guerra; pero esta le reporta ganancia; al valor asocia la astucia; va á combatir donde encuentran ventaja; ni aun á la Santa Iglesia se muestra devoto, pues al oir las pretensiones del papa, marcha á Roma, entra armado en medio de San Pedro, y allí, desenvainando la espada, asusta al pontífice.

El Cid, desterrado de Castilla, entró en las tierras de Valencia, decidido á conquistarse un dominio independiente. Con tal objeto reconstruyó allí el castillo de Peñacatel, en medio de las montañas, y lo fortificó y pertrechó, dirigiéndose desde él sus correrías contra los emires de los alrededores; reconcilió los ánimos y adquirió asi reputacion y poder. Quien fomentaba principalmente la malevolencia del rey Alfonso contra él, era don Garcia Ordoñez, conde de Nájera, que mandaba en la Rioja, á nombre del rey de Castilla; personaje de numerosa parentela y muy rico, que ocupaba un puesto elevadísimo cerca del monarca. Asi, pues, el Cid entró como enemigo en la Rioja, devastando y saqueando como si fuese país de infieles, y se apoderó de las fortalezas. Entonces don Garcia reunió gente, y envió á decir á su enemigo que le esperase siete dias. Esperó, en efecto, el Cid; mas cuando las tropas del enemigo se aproximaron á donde estaba, sintieron un terror pánico, y Rodrigo, cargado de botin y satisfecho de su venganza, volvió á Zaragoza (1091).

Yahia, que al verse espulsado del reino de Toledo se habia reservado la rica é importante ciudad de Valencia, debió solo á la amistad del Cid el mantenerse en ella; pero, en cuanto Rodrigo se ausentó, los descontentos llamaron á los Almoravides, que tomaron tambien esta ciudad y arrojaron la cabeza de Yahia en una alcantarilla.

El Cid, exasperado con la triste suerte de su amigo y con la ocupacion de Valencia, se propuso una empresa digna de su valor, esto es, arrojar de allí á los Almoravides, y apoderarse de aquella ciudad, quitándola á Ahmed-ben-Geaf. Dirigió, pues, á ella sus fuerzas; ocupó el castillo de Chobollo, y lo constituyó en centro de sus operaciones. A principios del verano empezó á devastar las amenísimas campiñas, que se conocen con el nombre de la Huerta, y contestaba á los ruegos de los habitantes, que echasen de allí á los Almoravides y pronto cesaria de molestarles. Como no querian ó no podian hacerlo, se encerraron en la ciudad, y enviaron por mar aviso de todo á Yusef. Este escribió al Cid, que no entrase en Valencia, amenazándole si lo intentaba; pero Rodrigo le replicó con igual arrogancia, y dando á entender que Yusef no se atrevia á salir del Africa, estrechó vigorosamente el cerco antes que llegasen los refuerzos con que se le habia amenazado. Terrible fue la resistencia; pero no se pudo impedir que el Cid se apoderase de los dos pueblos de Alcudia y Villanueva. Usando generosamente de la victoria, dejó á los vencidos la libertad y los víveres, de suerte, que reinaba allí la abundancia, mientras que la ciudad se veia reducida á la mayor estrechez. Los habitantes ofrecieron, pues, arrojar á los Almoravides si, dentro de cierto tiempo, no les llegaban los socorros de Africa.

En los dos meses de armisticio, recorrió el Cid el país, devastó las tierras del señor de Albarracin, moro que se habia sublevado, y aumentó cada vez mas el botin reunido en Peñacatel. Cuando espiró aquel término, intimó la rendicion á los valencianos; pero estos se resistieron aun, confiando en los prometidos socorros. En efecto, llegó un ejército de almoravides; pero fuera que tuviesen miedo ó que no se arreglasen con los de adentro, es lo cierto que se desbandaron sin emprender nada, y dejando á los sitiados sumidos en la desesperacion. Esta los sostuvo, y mas de una vez pusieron al Cid en gravísimo peligro; pero el hambre los consumia, pues Rodrigo mandaba dar muerte á cuantos moros dejaban la ciudad, obligando á entrar á todos los que salieron durante la tregua. En tal estado, tuvieron que rendirse. Ahmed-ben-Geaf capituló, salvando su vida y hacienda, y las de los habitantes.

Esta espedicion puso el colmo á la gloria del Cid; y aunque aquella ciudad se hallaba circuida de moros, y era accesible por mar á las fuerzas africanas, decidió conservarla. Con tal objeto organizó su gobierno de modo que viviesen allí en paz moros y cristianos; al principio no habitó mas que un barrio; previno á los suyos cómo debian tratar á los vencidos para captarse su afecto, y estos no tardaron en perdonarle la superioridad, diciendo que jamás se habia visto un guerrero tan bueno y honrado, y que tuviese tan disciplinadas sus tropas. Les dejó sus leyes, no agravó los impuestos; dos veces á la semana oia personalmente los litigios; y un dia, reuniéndolos en su jardin, les habló asi: «Ni yo, ni ninguno de mi sangre hemos reinado nunca; pero desde que ví esta ciudad, me agradó, y pedí á Dios que me hiciese dueño de ella. ¡Ved hasta dónde alcanza el poder de Dios! El dia que sitié á Juballa, no tenia mas que cuatro panes, y ahora me ha dado Dios á Valencia. Si la gobierno con justicia, Dios me la dejará. Volvéos, pues, á vuestras casas, y poseed como antes. Los cobradores no percibirán sino el diezmo, segun vuestro uso. Venid á mí cuando os acomode; yo no me retiro, como vuestros señores, á cantar y beber en medio de mujeres; quiero ver en persona vuestras cosas, y defenderos como el amigo á su amigo, como el pariente á su pariente.»

Pero, despues de tales promesas, distribuyó las tierras á sus soldados, é hizo entender á los valencianos que el único medio de estar bien con él era entregarle á Ahmed-ben-Geaf, con quien sin embargo habia capitulado. En cuanto le tuvo en su poder, le encerró en una prision con todos los que habian intervenido en la muerte de Yahia. Entonces dijo á los valencianos: «Os he prometido que no os negaria nada. Pedid, pues, y os concederé lo que pidais, con tal que mi residencia esté en el alcázar de la ciudad, y las fortalezas en manos de los mios.»

Por la mañana mandó dar tormento al preso para que declarase los objetos preciosos que poseia: luego, convocando á los moros, quiso dijesen la pena que merecia el que habia quitado la vida á su señor: *Nuestra ley dispone que se le mate á pedradas*, respondieron; y en consecuencia, trescientos acusados perecieron de este modo.

Al dia siguiente reunió de nuevo á los moros, y rodeado de sus capitanes, dijo: «Sabeis cuánto serví y amé á vuestro rey Yahia, asi como tambien cuánto padecí antes de ganar esta ciudad. Ahora que á Dios plugo dármela, la quiero para mí y para los que me ayudaron á adquirirla, bajo la supremacía del rey don Alfonso. Todos estais á mi disposicion, y pudiera quitaros cuanto poseeis en el mundo, hijos, mujeres, vuestra libertad: no lo haré. Quiero y mando que los hombres honrados de entre vosotros, que siempre se mostraron leales, se queden en Valencia en sus casas, con sus familias; pero ninguno ha de tener mas de una mula y un criado, ni armas sin mi permiso. Los demás se marcharán no llevando nada consigo, y yo les haré conducir á paraje seguro.»

Dicho y hecho; los moros empezaron á salir de la ciudad con sus mujeres é hijos, mientras los cristianos la iban ocupando toda, de lo cual se alegráron mucho el Cid y los suyos. Rodrigo prohibió tambien á los cristianos dejar á Valencia sin su permiso, temiendo que, una vez enriquecidos con el botin, se desbandasen. Cambió en catedral la mezquita, y puso allí un obispo.

Los moros sintieron amargamente tal pérdida, y decia una cancion:

—¡Oh Valencia! Oh Valencia,
¡Digna de siempre reinar!
Si Dios de tí no se duele
Tu honra se va á apocar,
Y con ella las holganzas
Que nos suelen deleitar:
Las cuatro piedras caudales
Do fuiste el muro á sentar,
Para llorar, si pudiesen,
Se querrian ayuntar.
Tus muros tan preminentes,
Que fuertes sobre ella están,
De mucho ser combatidos
Todos los veo temblar:
Las torres que las tus gentes
De lejos suelen mirar,
Que su alteza ilustre y clara
Los solia consolar,
Poco á poco se derriban
Sin podellas reparar;
Y las tus blancas almenas,
Que lucen como el cristal,
Su lealtad han perdido
Y todo su bel mirar:
Tu rio tan caudaloso,
Tu rio Guadalaviar,
Con la otras aguas tuyas
De madre salido há:
Tus arroyos cristalinos
Turbios ya siempre vendrán,
Tus fuentes y mantiales
Todos secados se han:
Tus verdes huertas viciosas
A ninguno gozo dan,
Que la raiz de sus yerbas
Bestias roido las han:
Tus prados de cien mil flores
Olores de sí no dan,
Mustios andan y marchitos,
Sin color ni olor están:
Aquel honrado provecho
De tu playa y de tu mar,
En deshonra y daño torna,
¡Mal te puede aprovechar!
Los montes, campos y tierras
Que tú solias mandar,
El humo de los sus fuegos
Tus ojos cegado han:
Es tan grave tu dolencia
Y tanta tu enfermedad,
Que los hombres desesperan
De salud poderte dar.
¡Oh Valencia! ¡oh Valencia!
Dios te quiera remediar,
Que muchas veces predije
Lo que agora veo llorar.

Dos veces Yusef envió tropas para recobrar á Valencia; pero fueron derrotadas, y los despojos de los Moros enriquecieron al Cid. Entonces los príncipes á porfía piden su amistad. Pedro el Grande, de Aragon, alcanza con ayuda de su brazo la señalada victoria de Játiva, y tomando á Murviedro y otros paises vecinos asegura el Cid su conquista.

Cinco años vivió en Valencia; á su lado Jimena y sus hijas tejian y bordaban; y hasta de Oriente vinieron embajadores á tributarle respeto: Murió lleno de honores y riquezas (1099), precisamente cuando los Almoravides sitiaban de nuevo su ciudad. En el lecho de agonía se consolaba con la idea de haber cumplido su mision, espresando la confianza de que Santiago salvaria la amenazada herencia que dejaba á su esposa.

Toda España lloró su muerte, y el mismo Babieca, su fiel caballo, pareció sentir la pérdida de su señor. El Moro que sitiaba á Valencia, en cuanto supo que el héroe habia muerto, cobró ardimiento; pero, al cabo de doce dias, suenan las trompetas y se abren las puertas para verificar una salida. Habian puesto al héroe embalsamado sobre Babieca, con el manto salpicado de cruces de oro, y empuñando á Tizona. Detrás y en torno de él iban los valientes y tambien

Jimena. Los Moros huyen heridos de espanto; el cielo parece que combate contra ellos, y Santiago precede al héroe, el cual marcha orgulloso con esta victoria póstuma.

No obstante, viendo el rey Alfonso la imposibilidad de conservar á Valencia, por su situacion, sin el valor de un Rodrigo, mandó salir á todos los Cristianos, y prendió fuego á las habitaciones. Entonces la familia del Cid se llevó el cadáver del héroe, depositándole cerca de Búrgos, en el monasterio de San Pedro de Cardeña. Aquel sepulcro fue visitado siempre con veneracion. Hoy se ven aun esculpidos sobre un muro en Búrgos dos escudos; uno, ceñido de una cadena, lleva dos espadas entrelazadas á una cruz; y el otro una torre ceñida tambien de una cadena. Son las armas del Cid y de Jimena, y al pié se lee: «Aquí nació, el año de 1026, y vivió »Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador. Murió en 1099, y su cuerpo fue trasladado al monasterio de San Pedro de Cardeña, »cerca de esta ciudad. En honor y memoria »eterna del héroe se erigió este monumento en »1784 sobre las ruinas de su casa.» Tambien sobre la puerta de la ciudad, que dicen Arco de Santa Maria, está colocada la estátua de Rodrigo, con otros reyes y héroes del país. Por largo tiempo los reyes de Castilla, cuando procedian á alguna empresa difícil, mandaban traer ante ellos la cruz del Cid, esto es, su espada.

NUM. XVIII.

SALADINO.

(1132—1193.)

Saladino es de los pocos soberanos conocidos lo mismo en Oriente que en Occidente, pues los destinos de uno y otro están ligados con el suyo; y alrededor de su luminoso centro se concentraron los rayos de la gloria, formando una de las mas brillantes constelaciones de la historia del mundo. En las Cruzadas los nombres de Noradino y de Saladino esceden á los demás en esplendor; pero el segundo brilla mas por los grandes y decisivos acontecimientos á que va unido, y porque tiene frente á sí uno de los mas caballerescos de aquella época, Ricardo I de Inglaterra, aunque en el campo de la historia y de la novela no le iguala, ni con mucho. Las crónicas occidentales de las Cruzadas en Tierra Santa se estienden con el mayor interés sobre sus hazañas y sus dotes; y entre los historiadores de Oriente, algunos han tratado esclusivamente de su vida, considerándole rico y agradable tema. Behaeddin, embajador, y Omadeddin, secretario de Saladino, son sus biógrafos contemporáneos; vivian tambien en aquel tiempo el médico Movaffikeddin Abdollatif, historiador del Egipto, mas estimado por Saladino, é Iseddin Ibn Esir, el cual como, Guillermo de Tiro entre los Occidentales, deja muy atrás á los historiadores contemporáneos de Oriente. Medio siglo despues de Saladino escribian Kemaleddin, historiador de Alepo su patria, y Schelaleddin, testigo ocular de la espedicion egipcia de San Luis. Schihabeddin, conocido bajo el nombre de Abu Schamet, que florecia en Damasco en tiempo de la primera espedicion de aquel, escribió *Los dos Jardines*, vidas de Noradino y de Saladino. Con grande exactitud refiere la historia de este último Medyireddin, autor de una escelente historia de Jerusalem y de Ebron. El biógrafo Ibn Callikian y el historiador Sehebi, ambos apellidados Schemseddid; los dos historiadores egipcios Takdyedin y Schelaleddin, célebres el primero bajo el nombre de Makrisi, y el segundo bajo el de Soyuti; finalmente los escritores de historias universales, Abulfarax, Abulfeda, Noveiri, Aini, y los biógrafos Yafii y Tagriberdi, han tratado todos, con mas ó menos exactitud y amor, la historia de Saladino. La vida escrita por Behaeddin, mas circunstanciada que ninguna, es conocida hace un siglo en Europa, gracias á la traduccion de Schultens; de las otras se aprovechó Reinaud, no solo en sus estractos de historiadores árabes de las Cruzadas, sino tambien en una breve noticia sobre la vida de Saladino.

Hemos acudido á nuevas fuentes, siendo las principales la grande obra histórica topográfica de Makrisi, y el *Rosario de Coral* del historiador árabe Aini; luego vienen dos turcas, la *Maravilla de la Historia*, cuyo autor siguió principalmente á Aini, y la *Historia Universal* del Astrónomo, que en vez de las siete dinastías de los Ayubitas, hasta entonces conocidas, cita diez. Ademas, nos hemos servido tambien de obras geográficas, como es el *Dyihannuma*, y biográficas, como las *Vidas de los Sofíes de Schami*, para aclarar mas los pormenores relativos al jeque Ebn Nedyib Surverdi, consejero y director espiritual de Saladino, desconocido hasta ahora de los historiadores europeos. Behaeddin hace mencion de un jóven incrédulo, llamado Surverdi, ajusticiado en Alepo, de órden de Saladino, por el hijo de este, Melik Dahir; este es el filósofo Surverdi, de quien Abulfeda suministra noticias circunstanciadas al año de su ejecucion. Pero el jeque Nedyib Surverdi, guía de Saladino en la senda del reino, murió veinte y tres años antes que aquel, á los treinta y dos de su edad; es uno de los tres célebres jeques místicos de igual nombre; Abas Ahmed Surverdi, que vivió á principios del siglo cuarto de la Egira, Nedyib Surverdi, y su sobrino Schabeddin Surverdi, que murió cuarenta y ocho años despues del tio. Estos dos dejaron obras, lo mismo que el filósofo, con quien no deben confundirse. El piadoso jeque Nedyib Surverdi y el filósofo Surverdi, ajusticiado en Alepo veinte y tres años despues de la muerte de aquel, figuran ambos en la vida de Saladino. Las doctrinas religiosas del primero formaron del jóven Saladino un gran príncipe musulman; pero á la par sembraron en su ánimo la semilla de aquel escesivo celo, que tantas veces le hizo sanguinario á costa de los Cristianos, y le dictó la sentencia capital contra el filósofo Surverdi. Humano, dulce, magnánimo, siempre que se trataba de individuos ó de enemigos vencidos, era Saladino inexorable, áspero y hasta cruel cuando contemplaba á los Cristianos como nacion; era el héroe mas perfecto del islamismo, el príncipe mas caballeresco de su época, que oscurece á todos los príncipes contemporáneos de las Cruzadas y cuya pasajera crueldad es con mucho superada



SALADINO

GASPAR Y ROIG EDITORES,

MADRID.

por el religioso fanatismo de Ricardo corazon de leon.

El padre de Saladino fue Ayub Nexmeddin, hijo de Schadi, de la tribu Revadye, distinguidísima entre los Curdos. Habitaba en Derin, pequeña ciudad del Sanjacato de Ara en el gobierno de Schersor, que forma cerca del Aclat el último confin del Turquestan otomano hácia el Aderbiyan, cerrada en medio de montes por tres lados, en el fondo de la cuenca llamada Devin. El orígen de los Curdos es incierto; su lengua es á la verdad muy parecida á la de los Persas, pero tiene tambien mucha semejanza con la de los Judíos. Los geógrafos griegos los conocian como habitantes de los montes Gordieos, y tambien bajo el nombre de Caldeos: la tradicion musulmana los hace proceder de los Persas en tiempo del tirano Zohak. Este mandaba matar cada dia dos hombres para aplicar sus sesos como cataplasma á los carbunclos que le habian salido en la espalda. Un dia el verdugo, impulsado por un sentimiento de humanidad, se contentó con uno solo, y del otro fugitivo procedieron los Curdos. No merece mas crédito la historia de la tradicion de Mahoma, segun la cual Ogus-schan, príncipe contemporáneo de los Curdos, envió al Profeta un embajador de horrible aspecto llamado Bogos, y que el Profeta, en cuanto supo que era un Curdo, esclamó: *Dios mantenga siempre á ese pueblo en discordia, porque devastará el mundo.* Desde entonces (añade el geógrafo turco) los Curdos perdieron el dominio (esto puede valer solo respecto á su patria, mientras que en la familia de Ayub reinaron en Egipto, Siria, Arabia y Mesopotamia); son un pueblo sanguinario y atrevido, al cual basta un caballo, un par de ovejas ó una jóven, para expiar la sangre vertida del pariente mas próximo. El ilustrado viajero Makineir, coincidiendo con el geógrafo turco, los describe de este modo: «Los Curdos son desleales; mienten por sistema con tal que les resulte una lijera ventaja; envidiosos del estranjero, son con él descorteses y villanos; pero llenos de sentimiento pátrio, consideran el colmo de la fortuna habitar en santa paz en medio de sus montes. Tratan con menos rigor que los Turcos á sus mujeres, que llevan las mas de las veces el rostro descubierto; honran á los muertos y levantan monumentos á los hombres de bien. Los príncipes son mirados con gran veneracion por los vasallos, al paso que ellos tratan á estos familiarmente; su palabra es ley, y decide de la vida y de la muerte; salen rara vez sin gran séquito; y su discurso predilecto es la antigüedad de sus familias, que hacen subir hasta Moisés. Seria difícil á un conquistador estranjero subyugar un pais tan lleno de desfiladeros y de montañas inaccesibles, donde los naturales, seguros de cualquier agresion, pueden vivir meses y meses con leche de cabra y pan de bellota.»

¿Quién no cree estar leyendo una descripcion de la vida de hace ochenta años en las montañas de Escocia, cual nos la describe Walter Scott? Otra semejanza entre los antiguos montañeses de Escocia y los Curdos es la triste armonía que se nota en los cantos de los habitantes del Curdistan, donde se mezclan canciones melancólicas con el murmullo de las olas del brazo oriental del Tigris, llamado ya elegiaco por Plinio. No tienen aptitud para las ciencias, y aunque muchos han sido doctores de la ley, ninguno se ha hecho célebre por sus escritos. Ignoran la caligrafía y la elocuencia; pero, en cambio, son valientes por naturaleza. Los principales héroes de la antigua historia persa, Rustam, Behram Schopin, Gurdyin Milad, y hasta Ferad, que inmortalizó sobre las rocas del Bisutum su amor á Schirin, eran Curdos. La misma Schirin, que la poesía novelesca de Nisami supone georgiana, debe haber sido una Curda de la tribu de Güleran. La sangre de tan valientes y romancescos montañeses corria en las venas de Saladino.

Ayub Nexmeddin, su padre, se dirigió con su hermano menor Esededdin Schircu, á casa de Behrus, gobernador de los Selyúcidas en el Irak, su anciano amigo, que le nombró castellano de Tecrit, la antigua Birta, hoy capital del Sanjacato de igual nombre edificada por Schabur, hijo de Ardeschir Baoac. Situada entre Mosul, al Mediodía, y Bagdad, al Norte, á cinco jornadas de una y otra, ha pertenecido alternativamente á la jurisdiccion de esta ó de aquella. El pais circunvecino se conoce por el nombre de Boldol Schatib, esto es, el pais del orador, por haber residido allí el profeta orador Jonas. Los Persas llaman á esta ciudad Narenschabad, es decir, edificio de los naranjos. En los alrededores se encuentran manantiales de nafta. Cuando Omadeddin Zengui, padre de Noradino, derrotado por las tropas del califa, se refugió en Tecrit, Ayub le dispensó muchos honores, y le acogió hospitalariamente. Disgustado con esto Bechrus, lugarteniente del califa, le quitó el cargo que le habia cometido. Ayub se marchó con su familia y su hermano á Moral, donde Omadeddin les señaló bienes raices, y cuando Omadeddin, dueño ya de Alepo, se apoderó tambien de Balbek, confió el gobierno á Ayub. El año anterior habia nacido á este su hijo Yusuf, apellidado despues Saladino. Al cabo de siete años Balbek, en virtud de convenio, fue cedida á la familia de Taghtidyin, y entonces Ayub, con sus cuatro hijos Schamsed Deolet Turanshia, Yusuf Saladino, Seifeddin Taghtidyin y Melik el Aadil Abubekr, se estableció en Damasco; pero, su hermano Esededdin Schirca, valeroso guerrero, se quedó al servicio de Omadeddin, de cuyo hijo Noradino recibió, como feudos militares, á Ems, Rabba y Palmira. Habiendo ido el jóven Saladino con su tio á la guerra contra los Francos, se ganó la benevolencia de Noradino, y fue distinguido entre sus emires. Cuando Noradino, cediendo á las súplicas del califa fatimita Ahded, envió por la tercera vez á Egipto á su general Esededdin, Saladino, en la flor de su edad viril, como que contaba treinta y dos años, acompañó á su tio.

Cinco años antes habia perdido á su consejero espiritual, director y amigo, el jeque místico Nedyib Surverdi, cuyo tratado sobre el gobierno de las provincias y sobre los secretos del arte de mandar, fue el libro favorito de Saladino, y la estrella polar de su ciencia administrativa. El

emir Bucari envió el manuscrito de Nedyib de regalo á Selim I, cuando este fué de gobernador á Trebisonda, en nombre de su padre Bayaceto II. Selim, conquistador del Curdistan, y su historiador Idris de Bitlis, comisario organizador de aquel país, lo consultaban á menudo. Nenia, historiógrafo del Imperio otomano, trató en vano de proporcionarse una copia: el manuscrito, á lo que se presume, no salió del serrallo sino en tiempo de Ahmed III; y el ilustrado Nahisi Mohamed Soliman, glosador del Bordah, poema en elogio del Profeta, tradujo el tratado de Nedyib, lo dividió en veinte capítulos y lo tituló *Guía de los reyes en el córte del gobierno*. Como dicho tratado no es solo una guía moral para los reyes, de las mas estimadas entre los Arabes, sino tambien el libro á cuyas máximas se ajustaba Saladino en el arte de reinar, un breve estracto de él será el mejor comentario á las hazañas que van á relatarse.

I. Los súbditos necesitan la guía de los reyes, pues sin ella el Estado es á modo de nave en medio de una tormenta; el príncipe reinante es el piloto; ó si comparamos el Estado con un jardin, es el jardinero que estirpa los árboles dañosos y planta los útiles.

II. La moral es necesaria en todo; es el mas bello adorno del hombre. Los filósofos sientan como máxima que la laudable moral de los grandes reyes consiste en la pureza. Moral y humanidad son un vestido nuevo que no se consume; la ciencia es un tesoro que no puede destruirse.

III. Dos son los fundamentos de la moral de los reyes: el primero instruirse en los preceptos de la religion y de la ley; el segundo, reprimir los apetitos sensuales. Algunos doctores de la ley han dicho que la ignorancia es una cabalgadura que estravia al que la monta. Algunos filósofos han dicho que la razon es el marido, el alma la esposa, y el cuerpo la habitacion en que el marido debe predominar.

IV. De las cinco columnas del Estado: primeramente los visires, para cuya alta categoría se requieren nueve cualidades, á saber; conocimiento de la ley, edad avanzada, firmeza de carácter, sinceridad, no tener codicia de dinero, no profesar enemistad personal; buena memoria para acordarse de las órdenes del rey, perspicacia y destreza en los escritos; segundo, los súbditos, que se dividen en empleados y no empleados; los primeros sirven espontáneamente ó contra su voluntad, por inclinacion ó por la fuerza de las circunstancias; tercero, las virtudes necesarias al soberano, esto es, órden, tolerancia y juicio recto; cuarto, la hacienda; quinto, las defensas indispensables para la seguridad del Estado y del príncipe, que son de siete especies, á saber; fortalezas, soldados fieles, solícita provision de víveres, caballos veloces, sables afilados, buenos cocineros y hermosas esclavas, cuyo aspecto serena la vista.

V. De las quince laudables cualidades: justicia, prudencia, valor, generosidad, dulzura, fidelidad, sinceridad, benignidad, paciencia, indulgencia, gratitud, circunspeccion, mansedumbre, pureza, humanidad; apoyadas con testos del Coran y palabras de la tradicion.

VI. De las quince cualidades reprobables: injusticia, ignorancia, avaricia, prodigalidad, deslealtad, mentira, murmuracion, ira, alucinacion, orgullo, envidia, precipitacion, bufonería, befa, infidelidad, confirmadas tambien con testos del Coran y con pasajes de la tradicion. Luego, de los tres accidentes que alteran la templanza; esto es, cuidados, aflicciones y embriaguez.

VII. De la parte que los empleados deben representar en las reuniones públicas de la córte, segun el ejemplo de los califas abasidas. Estos dividieron á sus empleados en tres clases; primeramente, los simples soldados, despues los oficiales, por último los visires, emires, jueces y doctores de la ley.

VIII. De la escelencia del consejo, segun el dicho del Profeta: «Examinad vuestro entendimiento por medio de la persuasion, y ayudaos en vuestros asuntos por medio del consejo.»

IX. De las dotes del consejero: el consejero del rey debe ser perspicaz, verídico; no tener envidia de sus colegas, no profesar enemistad á nadie, no entregarse á placeres sensuales, y pertenecer á los magnates de la córte.

X. De los fundamentos del arte de reinar, que está representado con ocho emblemas, á saber: lluvia, sol, luna, viento, fuego, agua, tierra y muerte.

XI. Del divan, instituido por grandes reyes como remedio de las injusticias, y del tribunal, instituido por Noradino con la anécdota de los niños cantando á orillas del rio Baradi.

XII. De las advertencias que deben tenerse en cuenta al discurrir en presencia del rey: «Preséntate modesto en palacio, entra ciego y sal sordo.» No conviene aconsejar al rey delante de nadie: «Si quieres darme un consejo, que sea en secreto; si haces lo contrario, no te irrites al ver que no lo cumplo: el consejo en presencia de estraños es afrenta para mí y deshonor.»

XIII. De la precaucion contra la astucia de los enemigos, y especialmente contra el envenenamiento. Los enemigos tratan de envenenar al rey con diez objetos: la silla de la cabalgadura, el trono, el asiento ordinario, el anillo, el dedil para tender el arco, el espejo, los manjares, las bebidas, los vestidos y las alfombras. Todas estas cosas se deben examinar cuidadosamente, si hubiere sospechas de veneno. Es prudente que los reyes se rodeen de gatos y de monos, porque estos conocen el veneno.

XIV. De la disciplina militar y del mando de los ejércitos. El general debe dirigir su atencion sobre todo á diez y ocho puntos:

1.° Eleccion y cuidado de los caballos, segun los pasajes del Coran y de la tradicion: «Tened cuidado de vuestros caballos, porque su lomo es vuestro puesto de honor, su cuerpo es vuestro tesoro.»

2.° Marcha bien regularizada, sin demasiada fatiga, segun las palabras que dijo el Profeta á un devoto que se habia debilitado con las mortificaciones: «Esta religion es firme; internaos en ella poco á poco, porque el plantador no consume la tierra, y la espina dorsal no escede de su medida.»

3.° Las tropas ó son provistas con regularidad de víveres ó los reciben solo cuando les van faltando.

4.° Deben elegirse para oficiales únicamente hombres seguros y de entera confianza.

5.° Toda clase de tropas ha de distinguirse de las demás por un particular distintivo.

6.° Búsquese y aléjese á aquellos que, esparciendo noticias, desaniman el ejército antes de la batalla.

7.° No se castigue en el momento del ataque á los díscolos, á los indóciles y á los perezosos, segun las palabras del Coran: «No haya discordia entre vosotros, para que no decaiga vuestro ánimo ni se disminuya vuestro aliento.»

8.° Pónganse escoltas para preservarse de las emboscadas y sorpresas del enemigo.

9.° Elíjase por campo de batalla una llanura abundantemente provista de agua y de pozos.

10.° Cúidese de que los víveres no falten;

11.° De tener espías diestros;

12.° De pasar revista al ejército;

13.° De premiar á los mejores con aumento de paga y con terrenos;

14.° De alimentar á las viudas y á los huérfanos de los que mueren en la guerra.

15.° Llámense al consejo de guerra á los guerreros de edad provecta y esperimentados.

16.° Vélese por la conservacion de una rigurosa disciplina y de las buenas costumbres, segun la sentencia del Profeta: «Guardad del mal á vuestras tropas; de otro modo Dios os pondrá en el corazon espanto; guardaos de que vuestras tropas se mezclen con malas mujeres, de otro modo Dios les envia dos muertes.»

17.° No se permita al soldado ejercer el comercio ó la agricultura.

XV. De las cualidades necesarias á un ejército en campaña: paciencia, constancia, valor, fidelidad, entrega del botin y obediencia.

XVI. De la guerra contra los renegados, los rebeldes, los bandoleros. Los renegados, segun la tradicion, merecen la muerte. La guerra contra los Musulmanes rebeldes se diferencia en nueve puntos de la que se emprende contra los infieles:

1.° No está permitido atacarlos de improviso por la noche, sino en medio del dia.

2.° No se lleva intencion de matarlos, sino de atraerlos de nuevo á la obediencia.

3.° No se persigue á los fugitivos.

4.° No se mata á los heridos;

5.° Ni á los prisioneros;

6.° Ni se reduce á la esclavitud á las mujeres;

7.° Ni se pide contra ellos el auxilio de los infieles.

8.° No se hacen treguas; y si alguna, que dure solo el tiempo para empeñar de nuevo el combate.

9.° Sus casas no son quemadas, ni destruidas sus habitaciones. A los bandoleros se les ahorca, ó se les corta la mano.

XVII. Del reparto del botin: á un soldado de caballería el triple que á uno de á pié; el botin hecho por un cuerpo de esploradores, se divide entre todo el ejército.

XVIII. De las gracias que deben darse á Dios despues de una victoria, y de la recompensa á los vencedores.

XIX. Del consejo á hombres religiosos, con relatos para animar á aquellos que soportan impacientemente los males de la guerra y á los que descuidan las ocasiones importantes por intereses mundanos, subdividido en diez jardines.

Saladino, educado en la doctrina del islamismo y nutrido en la lectura de esta moral de los soberanos, fue con su tio á Egipto, y á la muerte de Eseddedin Schircu, obtuvo el empleo de visir (1164), cual otro José. Renunció desde entonces á las diversiones prohibidas por la ley, que los soldados jóvenes, aunque por lo demás celosos muzulmanes, no respetan tanto en esa parte, y mereció hasta el fin de su vida el hermoso apellido de Saladino (*Salah-Eddin*), esto es, *Bien de la religion*. El califa no era mas que una sombra; todo el gobierno estaba en manos del visir. Siendo Saladino, no menos que Noradino, un sunnita ortodoxo, los ulemas egipcios, todos siitas, es decir, herejes, se disgustaron al principio mucho con el nombramiento del nuevo visir; especialmente cuando, por órden de Noradino, exoneró á los siitas del empleo de jueces en todo el país, confiriéndolo á ortodoxos del rito anefi ó Schafii; pero, cuando de órden del mismo Noradino, abolió los nuevos y opresivos impuestos que sumaban todos los años cien mil monedas de oro, captóse con ello el afecto y el favor de los mercaderes y del pueblo.

Al lado del califica estaba un negro siita, confidente suyo, mayordomo y director de todas sus acciones, enemigo natural del visir, innovador de la ley. Saladino, contando con el afecto y favor populares que le habia conquistado la abolicion de los impuestos, no creyó peligroso quitarle de en medio, y envió soldados para que le matasen, poniendo asi en práctica, sin compasion, en beneficio de su autoridad, aquel versículo del Coran que dice: «La perturbacion daña mas que la muerte,» ámpliamente comentado en el capítulo de los *Rebeldes* del tratado del jeque Ebu Nedyib. Al saberse el asesinato del poderoso negro, se sublevaron, con grandísimo peligro de Saladino y de sus tropas sirias, los negros que habia en el palacio del califa y en el Cairo, cuyo número pasaba de cincuenta mil. Arrojáronse sobre los Sirios; se combatió durante cuatro dias entre los dos palacios; pero al fin las tropas de Saladino vencieron, y los Negros perecieron casi todos, siendo los restantes desterrados del Cairo. Saladino dió entonces el empleo de mayordomo del palacio, con el título de *motemenol califet*, esto es, confidente del califa, á un sabio griego, eunuco de su sobrino Takdyeddin Omer, hijo de Schemschiá su hermano mayor. Este eunuco griego se llamaba Caracusk, y era hombre de grande ingenio, segun asegura el docto médico contemporáneo Abdollatif, que en esta parte merece mas fe que Abulmeasin y Soyuti, el primero de los cuales le pinta como hombre de bien, pero de corta capacidad, y el segundo, en una obra particular alusiva á Caracusk, reunió anécdotas que corrian en boca del pueblo, y que le convierten

en una especie de bufon. Caratusk cumplió la orden de no introducir á ninguno en el palacio á hablar con el califa ni dejar que saliese nadie por sus puertas, sin ponerlo en conocimiento de Saladino.

En seguida este mandó pronunciar la oracion solemne, no ya en nombre del califa de Egipto, sino del de Bagdad y de su soberano; y como á poco muriese el califa Ahded (1171), alejó del palacio á sus mujeres, esclavos y parientes, señalándoles casa, alimento y vestido; y colocó en él porteros que prohibiesen la entrada y la salida. De este modo se apoderó de los tesoros acumulados por los califas fatimitas en el trascurso de doscientos cincuenta años, custodiados en diez habitaciones.

La primera comprendia los libros ó sea la biblioteca de obras clásicas de la filología é historia árabe, en muchos ejemplares. Desde el tiempo del quinto cafalifa fatimita Aziz Billah, cuando buscó el *Libro del Ojo*, célebre obra filológica de Schabis, se habian reunido treinta ejemplares de este, veinte de la historia de Taberi, entre ellos el manuscrito original, y ciento de las colecciones de Ibn Doreid. La biblioteca contenia en cuarenta estantes diez y ocho mil volúmenes sobre todos los ramos de las ciencias. En tiempo de Mostanser, octavo califa fatimita, no habia menos de dos mil cuatrocientos Coranes, muchos de ellos con letras de oro y plata. Varios de los libros estaban escritos por los afamados calígrafos Ibn Mocla é Ibnol Bewab. El autor de la obra titulada *Sacair*, es decir las *Provisiones de boca*, contemporáneo del citado califa Mostanser, refiere que vió en la biblioteca de la casa del visir Ebulferruc Mohamed, veinticinco catálogos de libros, tomados por la biblioteca del palacio en clase de préstamo. Los libros estaban encuadernados en piel ó en las mas ricas telas, y su número total pasaba de cien mil.

El segundo tesoro era el guarda-ropa, con los trajes de verano y de invierno del califa y del harem; los vestidos de casa y de gala en habitaciones particulares; collares y otros adornos de mujeres, uno de los cuales valia 200 zequíes. El tercero era el tesoro de las piedras preciosas, divididas segun las varias especies en diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas, perlas, cristales y porcelanas. Habia multitud de sortijas, brazaletes, collares, ceñidores, jarras para agua, cálices y copas de oro y plata, tres sortijas cuyas piedras cuadrangulares, á saber, una esmeralda, un zafiro y un rubí, se apreciaron en 12,000 monedas de oro. Se encontraban allí piedras de inestimable valor; una esmeralda cuyo precio no bajaba de 300,000 zequíes, un rubí de 27 quilates. Tambien habia perfumes de todas clases, almizcle, alcanfor, pedazos prodigiosos de aloe, sándalo, nardo y otros perfumes de la India, de la Siria y de la Arabia; ademas puñales, sables, sillas de montar, caparazones. Los adornos mas célebres eran un pavo real con ojos de rubíes y cola pintada de varios colores al natural; una gacela, cuyo blanco vientre era de perlas; un melon, hecho de un pedazo de alcanfor, que pesaba setenta mizcales, circuido de una red de oro; otro con peso de ciento sesenta menn, mitad almizcle y mitad oro; la mesa del mismo precioso metal; el rubí balax óvalo que pesaba veintisiete mizcales; la palmera de oro con racimos de piedras preciosas; y una cantidad inmensa de oro en barras.

La cuarta habitacion contenia mas de cincuenta mil objetos de las mas ricas telas de plata y oro; alfombras persas y turcomanas; telas con bordados de pájaros y animales de todas clases; cogines de seda bordados de oro, y otros con retratos de los reyes é inscripciones en caractéres de oro que indicaban su nombre y la época de su reinado; y entre las demás cosas una alfombra de seda, tejida de órden del cuarto califa fatimita Moez Ledinillah, donde se veia representada la tierra con todos los montes, rios, paises y ciudades; los rios en plata, los nombres de las ciudades en oro; cubria una gran sala, y trasladaba la imaginacion muy lejos, desde los confines del Egipto hasta las mas remotas playas de los mares orientales y occidentales.

El tesoro de las sillas de montar era el quinto; allí estaban las sillas de la caballería, mientras que las del califa estaban con las joyas. El califa Mostanser sacó en un dia cinco mil para sus Turcos, y cuatro mil del almacen de sillas de su madre Seidek: estaban colocadas tres á tres, y una sobre otra, de modo que la mas alta tocaba la pared; entre ellas se veian tambien las sillas que Amer Kamillah, décimo califa fatimita, habia mandado hacer para la espedicion contra Bagdad, y que siendo huecas, contenian agua en vasijas de estaño para la marcha al través del desierto. Allí se custodiaban asimismo las espadas de los mas famosos héroes del islam; de Husein, hijo de Alí, de Schaafez, sesto iman, y de Amru Maadi Kerb; la coraza de Amsa y la de Moez Ledinillah; ademas arcos, dardos y lanzas hasta el número de diez mil, de todas clases; lanzas de la India, del Yemen, de Rodas, del Catay, algunas de enorme peso; arcos de diverso calibre. El califa, inmediatamente antes de su exaltacion, era conducido á aquel arsenal para que viese las armas defensoras del trono que iba á ocupar.

El sesto tesoro era de las tiendas, conteniéndolas de todas clases, cuadradas, redondas, altas, bajas, de fieltro, de lienzo, de seda, de tela de oro, armenias, persas, curdas, árabes, egipcias y sirias. Muchas de ellas estaban bordadas con figuras semejantes á las que nos describe Motenabbi en una conocida poesía; las cuerdas eran parte sencillas, parte de seda torcida con hilo de plata y de oro; la gran tienda del califa, sostenida por una sola columna, tenia sesenta y cinco brazas de circuito. La mas magnífica era la hecha en tiempo del visir Abderraman Baveri, en la que trabajaron cerca de nueve años ciento cincuenta operarios, y costó 30,000 zequíes.

El sétimo tesoro contenia bebidas y manjares de toda especie, sorbetes de rosa, de violeta, de tamarindo y de ruibarbo con almizcle y ámbar. El octavo tesoro era el de las especias para la cocina del califa, donde el azafran, como producto del Egipto, competia con los de la India. El noveno era el de los dulces y las frutas en conserva, distinguiéndose entre estas los dátiles cocidos en miel y en azúcar. El décimo era el de

las banderas, en cuya fábrica y en otras necesidades del ejército se ocupaban treinta mil trabajadores, gastándose cada año de 80 á 90,000 zequíes. Allí estaba tambien el laboratorio de las botellas de nafta y de los cohetes á la Congrève de aquel tiempo, de los cuales una noche, en los dias de Moez Ledinillah, conquistador de Egipto, se dispararon diez mil. Despues, en el reinado de los Ayubitas, el lugar de este tesoro sirvió de prision para los emires y los mamelucos.

Estos diez tesoros, comparados por la historia árabe con los de Cosroes Pervis, estaban en poder de Saladino. Aini, autor del *Collar de coral*, dice que se encontraron setecientas perlas, únicas é inestimables por su tamaño; una esmeralda tenia un palmo de larga y el grueso del dedo pulgar. Era imposible calcular el oro, la plata, las joyas, las armas, los perfumes, las telas, las tiendas y los vestidos que allí habia. Saladino envió ricos cargamentos al califa de Bagdad y á Noradino; distribuyó generosamente á sus emires de los dos palacios del califa. De los dos palacios señaló el septentrional á sus emires, y el meridional, que daba al canal, á su padre Ayub, que habitó en él hasta su muerte; é hizo vender el resto de los tesoros por secretarios y custodios nombrados al efecto. Diez años duró la venta, y empleó las sumas que producia en la guerra Santa contra los Cristianos: á su muerte no quedaban de tan prodigiosas riquezas mas que los sables; elocuente prueba de su estremada generosidad; asi que en las historias árabes el nombre de Saladino brilla al lado de los de Hatim Tais y los Barmecidas.

El ilimitado poder con que Saladino gobernaba el Egipto, á pesar de que los primeros derechos soberanos del islamismo, á saber, la solemne oracion y la moneda llevaban el nombre del califa, daba á este justo motivo de inquietud y de cavilaciones, de suerte que formó el designio de relevar al demasiado poderoso gobernador. Habiéndolo sabido Saladino, redobló su celo en enviarle el tributo y donativos, y cuando se divulgó que Noradino estaba á punto de marchar con un ejército á Egipto, le escribió lo siguiente: «Todo el mundo sabe que yo, mis hijos, mis hermanos y mis tios, siervos de tu padre y tuyos, te hemos sido siempre fieles y adictos. En los paises que me has confiado se obedecen tus órdenes y se respetan tus palabras; tu nombre resuena en el púlpito y se imprime en oro y plata. Yo soy un lugar-teniente sumiso y humilde como los demás. Dicese que me vas á deponer sin motivo, y que quieres venir á Egipto con un ejército. ¿Para qué? ¿Quién se opondrá á tu mandato? Si en realidad has desviado de mí los ojos y piensas deponerme, envia al último de tus esclavos con órden de conducirme atado á tu presencia. Tres años hace que espongo en tu servicio á mil inquietudes y molestias la cabeza y el alma, tratando de sujetar á tu dominio el Egipto, objeto de envidia para los reyes; es, pues, justo que, despues de tantos sacrificios, me quites el gobierno de esta comarca, siendo de presumir que encontrarás un lugar-teniente mas fiel: por lo demás, eres el amo.»

Noradino aplacado respondió que no tenia tal intencion, y que sabia la justicia de Saladino, el cual podia continuar gobernando y defendiendo como hasta allí los paises confiados á su celo. Despues Saladino envió á su hermano mayor Schemsed Turanschá con un ejército á Siene, en el alto Egipto, y al Ibrim, castillo fronterizo, entre este y la Nubia, para sustraerla al dominio de los Negros. Por el mismo tiempo mandó al sábio eunuco Caracusk con otro ejército al Africa occidental para subyugar todo el país hasta Trípoli. Mientras que de esta manera sus capitanes ensanchaban y aseguraban los confines meridionales y occidentales del Egipto, Noradino le envió á decir que la frontera septentrional estaba amenazada por los Francos mediante la posesion de Kerek en el distrito de Belca; que él no podia ir en persona, pues se hallaba ocupado en la espedicion contra Mosul; que Saladino emprendiese el sitio, y él se le reuniria luego. Habia formado el designio de aprovechar aquella ocasion, y no dejar que Saladino volviese á Egipto; pero este, informado del proyecto, en cuanto supo que se acercaba Noradino, volvió á Egipto, despues de haber sitiado á Kerek tres meses, aduciendo por razon la grave enfermedad de su padre, que en efecto murió de allí á poco.

Sin embargo, para conciliarse de nuevo el aprecio de Noradino, y darle nueva prueba de fidelidad, envió al siguiente año á su hermano Turanschá contra el Yemen, que se hallaba entonces en poder de Abdon Nebi ben-Mehdi, el cual arruinaba el país. En Sebid, sobre el sepulcro de su padre, autor de una nueva secta semejante á la de los Carmatas, habia erigido un brillante templete, que dorado por dentro y cubierto por fuera de plomo tambien dorado, reflejaba á una hora de distancia los rayos del sol. Habia ordenado á los habitantes del Yemen que, en vez de ir en peregrinacion á la Caaba, lo hiciesen al sepulcro de su padre, llevando ricos regalos. Si alguno, contrariando esta órden, iba á la Meca, confiscaba sus bienes, de suerte que lo mismo le enriquecia la obediencia que la desobediencia. Turanschá, empeñando el combate con Abdon Nebi, le derrotó, le condujo prisionero y se apoderó de sus inmensos tesoros. Mandó demoler el templete; y como Abdon Nebi y su padre habian vertido la sangre de muchos inocentes Musulmanes, fueron desenterrados los huesos de este, y quemados junto con el cadáver de su hijo. En seguida Turanschá entró como vencedor en Aden Sana y en Taas, y en todos los púlpitos mandó decir la oracion en nombre del califa de Bagdad y de Noradino, enviando á este la noticia acompañada de magníficos presentes. Noradino, aplacado de nuevo, informó de todo al califa, que le colmó de elogios y le regaló un vestido de gala.

En la primavera siguiente estalló una sedicion en el Cairo. Los partidarios de los antiguos soberanos fatimitas formaron el proyecto de unas vísperas sirias, para restituir á aquellos el trono de Egipto. Saladino, advertido con tiempo, mandó prender á los jefes de la conjuracion, y consultando á los doctores sunnitas de la ley, ahorcó á unos y desterró á otros del Cairo. Un mes despues (1174) llegó de Damasco la noticia de la muerte de Noradino, y se dijo la oracion

en el púlpito á nombre de su hijo Melik el-Saleh Ismail, de edad de once años.

Cuando este dejó á Damasco para dirigirse á Alepo, Saladino queria ponerse en marcha á fin de preservar á aquella de un repentino ataque de los Francos; pero dos accidentes en los confines septentrional y meridional del Egipto le hicieron desistir de su empresa. Una escuadra siciliana habia desembarcado tropas cerca de Alejandría, y sitiaba la ciudad; mas una salida de los sitiados las puso en fuga, ocupando tambien el campamento, y Saladino recibió la noticia por medio de las palomas cuando, apresurándose á llevar socorros del Cáiro, estaba ya á la mitad del camino. Al propio tiempo, un rebelde llamado Kens habia hecho decir en Siene la oracion pública á nombre del último califa. Saladino mandó contra él á su hermano Melik Aadil, que le derrotó y mató, volviendo con un rico botin. Las victorias de Alejandría y de Siene se verificaron el mismo dia, de suerte que el 7 de setiembre de 1175, dia notable en la historia de los sitios, fue doblemente feliz para Saladino, asi por haber libertado á Alejandría y vencido á los Francos, como por haber derrotado al rebelde y conquistado á Siene.

Asegurados con esta doble victoria los confines septentrional y meridional de Egipto, marchó Saladino á Damasco, desde donde escribió á Saleh Ismail á Alepo: luego, despues del sitio de este, de la tentativa de homicidio hecha por los Asesinos á instigacion de Gümüsctiguin, de la toma de Ems, de Hama y Balbek, del renovado asedio de Alepo y de la renovada tentativa de asesinato, se cambió en la oracion pública el nombre de Saleh Ismail en el de Saladino. A pesar de que este, desde la muerte de Noradino era verdadero soberano de Egipto, su dominio independiente, segun la opinion de los Musulmanes, no principió sino el dia en que se verificó aquel cambio. Entonces se llamó Melik-an-Naser Salah-Eddin Yusuf, esto es, *el rey victorioso*, *el bien de la religion*, *Josef*. Mientras estaba sitiando aun á Ems, su hermano Turanschá vino de Arabia á traerle el rico botin de la espedicion. Al año siguiente venció las fuerzas unidas de Scheifeddin de Mosul y Saleh de Alepo, que se habian coligado por obra de Gümüsctiguin, mayordomo mayor de este último. Levantado por segunda vez el sitio de Alepo, y habiéndose salvado de nuevo del puñal de los asesinos, durante la marcha de Alepo à Damasco, determinó atacar el castillo de Massiat, residencia principal de los asesinos en Siria; pero, á instancia de Schabeddin de Hama, desistió de ello, concediendo la paz á los Asesinos, mediante la promesa de que en lo sucesivo no atentarian á su vida. De vuelta á Damasco, se casó con la viuda de Noradino, hija de Moineddin Inal, visir de Taghtidyin, que debia tener ya bastante edad, pues desde el principio del reinado de Noradino, en que se verificó el matrimonio con este, habian transcurrido treinta años: casamienco de política.

Dejando como lugar-teniente en Damasco á su hermano Turan-Schá, conquistador de la Arabia, volvió á Egipto: cuando se acercaba á las playas del mar Rojo, salió á recibirle su otro hermano Melik Aadil, que habia quedado en el Cairo de lugar-teniente. Allí mandó se levantase en defensa de la ciudad una grande y fuerte muralla, que sin embargo no se acabó hasta veinte años despues y contaba de circuito veinte y ocho mil trescientas brazas. Desde el Cairo, á los cinco meses de su llegada, pasó á Alejandría con sus hijos Melik el-Efdal y Melik el-Aziz. Allí oyó las lecciones de un afamadísimo doctor de la tradicion, como el califa Harun-al-Raschid, acompañado de sus hijos Amin y Mamun, habia tenido la fortuna de oir en Medina al iman Malik la lectura de las tradiciones del Muta. Ordenó tambien se construyesen y armasen buques para dar caza á los infieles y devastar las costas de los paises cristianos.

Al cabo de un mes volvió al Cairo, puso los cimientos de dos nuevos edificios, la *medressé* ó escuela superior, y el hospital que lleva su nombre. Se eligió para el hospital un sitio cerca del palacio y dotado con las rentas necesarias al mantenimiento de los médicos, oculistas, cirujanos, boticarios y enfermeros; institucion sin rival en el islamismo. Es probable que á una fundacion tan benéfica para la humanidad le indujese el ejemplo de los Cruzados, cuyos caballeros se consagraban al servicio de los enfermos. Saladino colocó á estos en una sala edificada doscientos años antes por el califa Aziz Billah, en cuyas paredes se leia el capítulo XXVII del Coran llamado de las *Hormigas*, como talisman contra estas. Informado Saladino de que, en virtud del talisman, no entraba allí ninguna hormiga, dijo: «El sitio es, pues, muy conveniente para un hospital.» La *medressé* se erigió en el barrio de los sepulcros, cerca de la tumba del iman Schafü, fundador de uno de los cuatro ritos ortodoxos. El profesor destinado á ella tenia de honorarios mensuales cuarenta zequíes, ademas de sesenta roties de pan diarios y dos cántaros de agua del Nilo. La dotacion de la *medressé* consistia en un baño, un horno, tiendas, y en la isla del Nilo, llamada Elefantina, se la denominó la *massirica*, escuela superior. Para proporcionarse piedras con que construir la murallas el sabio eunuco griego Caracusk demolió las pequeñas pirámides de Gizeh. Estas murallas abrazaban el antiguo y el nuevo Cairo y el espacio en medio de ambas ciudades, y se unian con la fortaleza erigida en el monte Mocatam. Caracusk fabricó la fortaleza y el doble pozo, célebre hoy todavía bajo el nombre de pozo de Yusuf, conservando gloriosamente el nombre, no del primer Josef, visir de Faraon, sino del segundo, esto es, de Saladino, visir del califa Ahded, ó mas bien de Noradino. Este pozo, al que se baja por trescientos escalones, pasa con razon por una de las maravillas del moderno Egipto. El agua sube por medio de tímpanos desde el fondo del pozo inferior hasta un estanque que se encuentra entre los dos pozos, y luego desde el estanque pasa al pozo superior: se sirven, al efecto, de bueyes. La escalera y la senda para los bueyes están abiertas en la piedra viva. Caracusk construyó tambien el puente de Gizeh de cuarenta arcos, y el camino empedrado que con-

duce del antiguo Cairo al Nilo. Niebuhr y Pococke describieron los restos del camino y del puente. La ciudadela del monte, concluida algunos años despues, se elevaba en el pasaje que se llama la cúpula del aire, y tenia detrás los sepulcros. A este propósito observa Macrisi, que la fortaleza del Cairo es el sétimo lugar que, despues del diluvio, sirvió de residencia á los soberanos de Egipto; el primero fue Menfis, residencia de los Faraones hasta que la destruyeron los Persas; el segundo Alejandría de los Tolomeos; el tercero Fostat, apellidada el antiguo Cairo y que debió su fundacion á Amru ben-Aas, conquistador de Egipto; el cuarto el-Afker, barrio edificado fuera de Fostat por un lugar-teniente de los Abasidas; el quinto el-Actaa, barrio que Ibn Taulun mandó construir para sus tropas; el sesto Cairet, fundado por Guever, capitan de Moisés, primer soberano fatimita. Por último, Yusuf Saladino trasladó su residencia de la ciudad á la fortaleza construida de órden suya en el monte Mocattam.

En noviembre de 1177 marchó Saladino por la primera vez, como rey independiente, á Siria contra los Francos: una tropa de Musulmanes, al mando de un renegado armenio, asoló á Ramla, cuya guarnicion se encontraba con el rey Balduino en Ascalon; otra se dirigió contra Lilla; otra atacó á Jerusalem, mientras que Saladino marchó en persona contra Ascalon. La guarnicion de esta ciudad, sabedora de que el ejército enemigo se habia debilitado dividiéndose, efectuó una salida bajo la direccion del rey Balduino y de Reinaldo, administrador del reino. El ejército cristiano no contaba mas que trescientos setenta coraceros; el obispo de Belen llevaba la Santa Cruz; las tropas de Saladino pasaban de seis mil ginetes, entre ellos mil Mamelucos vestidos de amarillo como el sultan. Pocos de los compañeros de Saladino hallaron su salvacion en la fuga. Entre los prisioneros se contó el doctor de la ley Isa, juez, maestro y amigo de Saladino, á quien este rescató despues con sesenta mil monedas de oro; entre los muertos, el hermoso jóven Ahnied, su sobrino, hijo de Takgdyeddin Omer (1178). Saladino, al anunciar esta derrota á su hermano y lugarteniente Turanschá, empezó transcribiendo las palabras del poeta Abul Ata Schendi: «Pensaba en tí en medio del choque de los ejércitos, cuando las lanzas destilaban sangre.» Le escribió que se habia visto á pique de morir varias veces, salvándose por milagro de la Providencia; y terminaba con los versos que siguen inmediatamente á los antedichos: «No hubiera resistido sin la energía de mi alma.»

Despues de su derrota, volvió Saladino á Egipto, donde su hermano Turanschá, entregado á la molicie, no se cuidaba del armamento del ejército. En Hama habia muerto Schabeddin de Arim, tio de Saladino, y tres dias antes su hijo, jóven distinguido por su rara belleza. Estas desgracias animaron á los Cristianos á atacar á Hama y Arim, que, no pudiendo contar entonces con el auxilio de Saladino, se rescataron, como Damasco, á fuerza de dinero. Viendo Saladino que su distancia del teatro de estos acontecimientos aumentaria el valor de los Cristianos, y espondria á Alepo, tornó de nuevo á Siria. Cuando llegó á Damasco, reprendió á su tio Ferruschá, gobernador de la ciudad por haber desperdiciado el dinero de los Musulmanes en tributos á los infieles, en vez de recordar el versículo del Coran que dice: «Muchas veces un grande ejército fue vencido por una reducida tropa.» Confirió el mando de Arim á su sobrino Takdyeddin Omer; el de Em, á su primo Nassireddin Mohamed, hijo de Essededdin; y permaneció el año siguiente en Damasco.

Turanschá, entonces su lugar-teniente, le pidió á Balbek que estaba en poder de Schemseddin Ibnol Mocaddem, á quien él habia cedido á Siffin en cambio de la devolucion de Damasco. No queriendo este ceder de buen grado la ciudad, fue obligado á ello por un largo sitio, y en compensacion se le señalaron otros paises. Desde el año anterior habia querido Saladino impedir las vejaciones que sufrian los peregrinos, á quienes el emir de la Meca sacaba dinero, prendiendo á los que no estaban en posicion de pagar. Envió al emir considerables presentes, y estableció ademas que todos los años se enviasen de Egipto á la Meca ocho mil fanegas de grano para las necesidades de la caravana de los peregrinos, que pedian en alta voz en la Caaba y sobre el monte Arafat la bendicion del cielo para el donante.

Al siguiente año hostilizó Saladino el castillo fabricado por el rey Balduino en el vado del Jordan, entre Panea y Damasco, allí donde Jacob luchó una noche entera con el ángel. Con este motivo el poeta de Damasco Saati, cantó: «¿Debe, pues, habitar en los lugares del Profeta un pueblo que no se avergüenza del perjurio? Abandonad, os lo aconsejo, la mansion de Alepo; pues viene Yusuf, el hombre de la inteligencia y de la fe.»

En el mismo año el ejército de Saladino combatió en los confines septentrionales de Siria, al mando de su sobrino Takgeddin, con el de Kilidye Arslan II, sultan de los Seljúcidas del Rum, que le escedia mucho en número; pues Kilidye Arslan habia enviado un ejército de veinte mil hombres á apoderarse del castillo Raaban, que estaba en manos de Ibnol Mocaddom, dueño en otro tiempo de Balbek. Takdyeddin puso en fuga con su ejército el de los Selyúcidas, y despues acostumbra alabarse con razon de haber derrotado con mil soldados á veinte mil. Turanschá, hermano de Saladino, á quien este habia dado hacia poco tiempo la ansiada posesion de Balbek, pidió que se le permitiese cambiar á Balbek por Alejandría, lo que tambien le fue concedido, y Balbek pasó á manos de Iseddin, hijo de Schemschá. Saladino marchó en seguida personalmente contra Kilidye Arslan y el castillo Raaban; pero, una embajada de este, no solo negoció la paz, sino tambien una liga defensiva contra Leon, rey de Armenia, que molestaba el territorio de los Selyúcidas. Acampó en Kara Issar con las tropas de Alepo que en el convenio se señalaron como auxiliares. Las tropas de Siria

y la Anatolia se reunieron en la orilla del rio Azul entre Behnesa y el castillo Mansur, desde donde, pasando el rio Negro, atacaron el territorio del rey de Armenia, y tomándole un castillo, le obligaron á pedir la paz y á dejar libres á los prisioneros Musulmanes. Otra embajada de Kilidye Arslan negoció una paz general entre los Estados orientales beligerantes y á orillas del rio Sindyar, afluyente del Eufrates, se firmó por Saladino con Kilidye Arslan y con los príncipes de Diarbekir y de Mosul. Saladino volvió á Egipto, donde acababa de morir su hermano Turanschá, el cual habia empañado su brillante gloria militar con la escesiva prodigalidad y una vida afeminada, y dejó por lugar-teniente en Siria á su sobrino Iseddin, señor de Balbek. Este sitió á Tiberiade por tierra, á Aden por mar, y obligó al rey Balduino y al conde de Trípoli á pedir un armisticio. Para apaciguar los disturbios suscitados en Arabia despues de la muerte de Turanschá, Saladino envió dos emires, los cuales tranquilizaron á Sebid y Aden, mientras que su sobrino, gobernador de Siria, sitiando á Carak, impedia al conde Reinaldo de Chatillon verificar sus designios contra la Meca y Medina. Habiendo muerto por aquel tiempo Saleh Ismail, soberano de Alepo, Saladino quedó libre de toda obligacion ulterior hácia el hijo de Noradino.

Los Cristianos habian violado con la empresa de Chatillon, que desconcertó Isedin, la tregua celebrada entre ellos y Saladino. Este, pues, decidió marchar en persona contra ellos, y el 11 de mayo de 1182 partió del Cairo en medio de una gran comitiva. Uno de los preceptores de los príncipes, hijos de Saladino, se avalanzó entre la multitud, y declamó dos versos de un antiguo poeta árabe: «Goza de la fragancia mientras el buftalmo exhale su aroma; este espira desde que el buftalmo desaparece.»

La intempestiva erudicion del preceptor de los príncipes turbó la serenidad de Saladino, que vió en los versos un presagio siniestro, el cual se verificó realmente pues durante su vida no volvió mas al Cairo. Envió á Arabia á su hermano Seiddin Taghtidyin para apaciguar los disturbios suscitados nuevamente en Sebid y Aden. Attan Kemanita, de la familia de Moncad, defendia á Sebid, pero cayó en la emboscada que le armó Seifeddin, quien le quitó todos sus tesoros, entre ellos setenta bolsillos llenos de oro, y le encerró en un castillo de donde no volvió á salir. Otman, hijo de Sendyil, que habia ocupado á Aden, advertido con el ejemplo de Attam, huyó por tierra á Siria; pero el buque cargado con sus tesoros cayó en manos de Taghtidyin, que fue el segundo soberano del Yemen de la familia de Ayub, dependiente sin embargo de su hermano, como el conquistador Turanschá. A las seis semanas de su salida del Cairo llegó Saladino á Damasco. Los Cristianos se habian reunido en Carak para observar desde allí su marcha. Iseddin aprovechó esta ocasion para sitiar y conquistar el Schakit meridional, llamado Aarun, á fin de distinguirlo del septentrional, que se conoce con el nombre de Torun. Encuéntrase aquel no lejos de la playa y dista poco de Sabid. Saladino, despues de detenerse un mes en Damasco, se dirigió hácia Tiberiade, asolando el país circunvecino, Panea, Ginin y Gur (el valle de la Celesiria que atraviesa el Jordan). Los Cristianos, en número de setecientos, ó de mil setecientos, se habian acampado en la fuente Sefori. Los dos ejércitos se encontraron cerca de la fortaleza de Beloir, fabricada poco antes entre Tiberiade y Beisan (Schotópolis), y aunque los Cristianos sacaron ventaja, Saladino volvió á Damasco cargado de botin. Entonces marchó al Norte, hostilizó á Beiruth, pasó el Eúfrates por Bire (Boitha), se reforzó con las tropas del príncipe de Aran, y ayudado del príncipe de Hosein Keif, conquistó la ciudad de Roha y la dió al señor de Aran. Marchó luego contra Schabur Kirkesia, Meksin, Arban, Schabur y el país que toma su nombre de este rio, afluente oriental del Eúfrates. Atacó y conquistó á Nisibin, y se presentó delante de Mosul, que no quiso rendirse. Habiendo empezado el asedio, y no saliéndole bien, tornó á Aran, pasando por Sindyar y Nisibin. En esta marcha supo la muerte de su sobrino Iseddin, señor de Balbek, en quien habia depositado mas confianza que en ningun otro pariente, y que era un príncipe no menos valeroso que instruido. En su lugar envió Saladino de gobernador á Damasco al hijo de Mocaddem, dejando en Balbek á Beranschá, hijo del difunto. Melik Aadil, hermano de Saladino y su lugar-teniente en Egipto, mandó contra la escuadra armada en el mar Rojo por el príncipe de Caratti, la suya al mando del mayordomo Asameddin Lulu. Este encontró en Rabig la escuadra cristiana y la derrotó; mató en el Cairo la mayor parte de los prisioneros y envió algunos á la Meca, para ser inmolados como víctimas en la fiesta de los sacrificios.

Saladino continuó sus conquistas en la Mesopotamia para reunir todas las posesiones diseminadas de los Atabegos y demás príncipes particulares. Despues de un corto sitio y de una batalla, tomó á Amid (Edesa) y la cedió á Noradino Mahmud, hijo de Kara Arslan, de la familia de Ortok, señor de Hons Keif; en seguida volvió á Siria, donde se apoderó del castillo de Tell Calid, situado en las cercanías de Alepo. Desde allí se dirigió á atacar á Anitab, poseida por el hermano del tesorero de Noradino, y en recompensa de haberse rendido á la primera intimacion, no solo le dejó la ciudad, sino que le admitió en el número de sus emires. Cuatro dias despues de tomar á Tell Calid, Saladino acampó delante de Alepo en el verde hipódromo, estrechando con vigoroso sitio la ciudad. Alepo estaba entonces en manos de Omadeddin II, sobrino del gran príncipe de igual nombre, de la familia Zendyin. Melik el-Saleh, hijo de Noradino, habia dejado á su muerte el señorío de Alepo al sobrino de Noradino Azzeddin Masud de Mosul, y este la cedió á su hermano Omadeddin, recibiendo en cambio las anteriores posesiones de este. Esta permuta de paises y de naciones no era entonces tan frecuente como en los últimos tiempos, y su pueblo se burlaba de él, diciendo: «¡Oh asno! cambiaste á Alepo por Sindyar, la leche dulce por la agria.» Omadeddin negoció

con Saladino la cesion de la ciudad y de su nuevo dominio, á condicion de que se le entregasen sus antiguos paises recientemente conquistados por aquel. Veinte y cinco dias despues que Saladino se presentó delante de Alepo, le fue éntregada la ciudad y á Omadeddin se le dió la posesion de Sindyar, Nisibin, Schabur, Racca y Soruscb, con la obligacion de que, en llamándole Saladino, acudiria á su servicio. Mohdyeddin Ibn Seki celebró la conquista de Alepo en una poesía donde se lee aquel verso profético: «La toma de Alepo en el mes de safen, te prómete la de Jerusalem en el mes de radyeb.»

La alegría de la conquista de Alepo fue turbada por la muerte de Tadyol Buri, hermano de Saladino, que murió de una herida en la rodilla. Encontrábase Saladino en un banquete con sus emires, cuando le refirieron al oido el caso. Tuvo bastante fuerza de ánimo para ahogar el dolor y que no se interrumpiese la fiesta, y despues anunció aquella pérdida á los emires, diciéndoles: «Hemos pagado cara á Alepo con la pérdida de mi hermano Burí.» Desde Alepo envió una intimacion á Serdyak, á quien Melik Saleh habia entregado el castillo, y no habiendo podido convenirse con los parlamentarios de Saladino sobre las condiciones de la rendicion, decidió ponerlo en manos de los Francos. La guarnicion columbró el proyecto, y prendiéndole, le entregó. junto con el castillo, á Saladino. Este, déjando por su lugar-teniente en Alepo al hijo de Melik el-Dahir, volvió á Damasco, donde se detuvo veinte y cuatro dias.

A mediados de setiembre salió de Damasco, y reuniendo el ejército en el puente de madera, se dirigió por el camino de Fevar y de Cossair sobre Beisan, cuyos habitantes huyeron, abandonando sus bienes. Los invasores se apoderaron de todo lo que podian llevar consigo y quemaron lo demás. Desde allí fué á acampar en Aindyalod, esto es, fuente de Goliath, una de las mas magníficas entre las célebres de Siria, que no debe confundirse con la fuente del mismo nombre en Damasco. En las crónicas de los Cruzados se la llama Tubania, y se halla situada en el distrito del castillo de los Habas, entre Naplusa y Beisan, á cuatro millas de Sefori. Los emires Gerdik y Dyavelli, en otro tiempo mamelucos de Noradino, que mandaban la vanguardia, se encontraron con los ginetes de Kerek y de Scherbek, que á las órdenes de Reinaldo de Chatillon atravesaban aquel valle, y haciéndoles cien prisioneros, los condujeron al campamento. Como llegase en viernes la noticia de la victoria, se consideró presagio de otra mayor. El sábado se dijo que los Francos, reuniéndose en la fuente Sefori, se habian puesto en marcha hácia el castillo de los Habas. Hallóles Saladino acampados en la fuente de Goliat, en posicion inespugnable; en vano con quinientos de sus mas valientes soldados procuró atraerlos al campo de batalla; despues de permanecer allí seis dias, se dirigió á Tor, que los Cruzados llaman Tobelet, y estos volvieron al castillo de los Habas. Sus tropas asolaron los alrededores de Beisan, Afrbela y Serain, que Guillermo de Tiro nombra el pequeño Guerin. Tornó Saladino á Damasco; pero, pasadas siete semanas, marchó contra Kerek, donde habia citado á su hermano Melik Aadil que venia de Egipto; fortaleza sumamente peligrosa para la seguridad de las caravanas. Un mes despues de su partida de Damasco se verificó la union de las tropas sirias y egipcias.

Reinaldo de Chatillon tenia en mucho aquel castillo; celebraba las bodas de su hijastro Hunfredo con Isabel, de edad de once años, hermana menor del rey, cuando la noticia de que Saladino se acercaba á Kerek aterró á los convidados. Reinaldo no habia seguido el consejo de quemar el caserío al pié de la fortaleza, que suministró á los sitiadores vino, grano y aceite en abundancia. Ocho máquinas lanzaron contra el castillo tales piedras, que tembló la roca que le servia de fundamento; pero, habiendo acudido á su auxilio un ejército de Cristianos, Saladino, al cabo de diez dias levantó el sitio y volvió á Dámaso con su hermano, á quien confió el gobierno de Alepo, separando á su hijo Dahir. Por grande que fuese su amor hacia este, no le cegó hasta desconocer la suma habilidad de su hermano en asunto de tanta importancia.

Desde Kerek envió á su sobrino Melik el-Mosaffer á Egipto de gobernador. Su hijo Dahir, aunque profundamente disgustado porque le hubiese depuesto, no faltó sin embargo á la debida sumision filial. De todas partes llegaban á Saladino embajadas, siendo la mas notable la del príncipe de Mosul, en que venia el ilustrado Behaeddin que, entrando luego al servicio de Saladino, fue el escritor mas distinguido de su vida. A fines de mayo del siguiente año, visitó á Damasco Kara Arslan, á quien Saladino salió á recibir hasta la fuente del Puente, acogiéndole del modo mas honroso; y luego, acompañado de Kara Arslan y de su hermano Melik Aadil, emprendió otra espedicion contra Kerek, á donde llegó tambien de Egipto Melik Mosaffer. A la noticia del segundo sitio de Kerek acudió de nuevo un ejército cristiano, que se acampó primero en el-Valí; y de allí marchó al castillo. Saladino, esparciendo su ejército por las costas desnudas de defensores, saqueó á Naplusa, á escepcion de sus dos castillos, tomó á Ginin; y en Resolma los combatientes se reunieron á Saladino que volvió triunfante á Damasco, en compañía de su hermano Melik Aadil y de Noradino Mahmud, hijo de Kara Arslan. Llegaron embajadores, en nombre del califa, con vestidos de gala para Saladino, Melik Aadil y el hijo de Esededdin.

Seineddin envió á pedir socorro contra el ejército de Mosul y Kisil que habia saqueado á Erbil y devastado los alrededores; Saladino decidió, pues, emprender una nueva espedicion contra Mosul. A fines del siguiente mayo estaba en Arau, donde sitió al hijo de Seineddin, y le quitó á Aran y Rohas, porque no se habia presentado inmediatamente al sultan; sin embargo, luego le perdonó y le entregó de nuevo la ciudad. En Resolma, esto es, en el cabo de las Fuentes, ilustre en la historia romana bajo el nombre de Resaina, por la victoria que alcanzó allí Gordiano contra los Persas, y que debe su nombre á trescientas fuentes que alimentan el Cabora, se pre-

sentaron embajadores de Kilidye Arslan, sultan de los Selyúcidas, amenazando con la guerra á todos los coligados confinantes si Saladino no renunciaba á sus pretensiones sobre Mosul y Mardi. Saladino, desentendiéndose, acampó delante de Mosul, y Omadeddin Kara Arslan, noticioso de la muerte de su hermano Noredino, deseó y obtuvo que se le permitiera volver á su casa. La noticia mucho mas importante del fallecimiento del señor armenio Aclat indujo á Saladino á marcharse de Mosul. Tres años hacia que estaba mal con él por el socorro prestado al soberano de Mosul; y el príncipe armenio habia querido inútilmente celebrar con Saladino un tratado de paz, por medio de su enviado Begtimur. Este negoció despues con Saladino la cesion de Aclat; pero Pelivan hijo de Ildiguis, separó á Begtimur de Saladino prometiéndole la mano de su hija y la sucesion en el dominio; por lo cual, los enviados de Saladino volvieron sin concluir nada. Este, pues, mudó de direccion y sitió á Miafarakain, la Martirópolis de los Bizantinos, capital de la antigua Sofene, logrando tomarla no obstante la valerosa defensa de Leon; y en seguida marchó á Mosul para sitiarla por tercera vez. Una grave enfermedad le obligó á hacerse llevar en litera á Aran; y se habia divulgado ya la noticia de su muerte, cuando su hermano acudió con médicos de Alepo. El soberano de Mosul aprovechó esta ocasion para firmar la paz. Dos embajadores, por nombre Behaeddin, uno de ellos el historiador, la firmaron, y Saladino enfermo la juró en la fiesta de los sacrificios; luego dió la vuelta á Siria.

La entrada de Saladino en Alepo fue una fiesta para la ciudad, que sintió la doble alegría de ver dentro de sus muros al sultan y de que hubiese recobrado la salud. Deteniéndose allí cuatro dias, continuó su camino á Damasco; en Tell es-sultan (colina del sultan) le salió á recibir Esededdin Schircu, sobrino del homónimo tio de Saladino, con su hermana y una numerosa comitiva. Despues de confirmarle en la posesion de la herencia paterna, esto es, la ciudad de Ims, entró en Damasco en medio de la mayor alegría. Por aquel tiempo los Curdos y los Turcomanos combatian encarcarnizadamente unos con otros en Nisibí. Llegada la noticia de que Moineddin habia levantado en Revend el estandarte de la rebelion, se dió órden al ejército de Alepo de sitiar al rebelde. Moineddin se rindió, y corrió á Damasco á hacer presente su sumision al sultan.

Saladino dió nueva organizacion á los gobiernos de su Estado en Siria y Egipto. A su hermano Melik Aadil, que no veia la hora de volver á Egipto, confió otra vez el gobierno de este país, pero colocando junto á él á su hijo Melik Aziz; á su otro hijo Melik el-Dahir, concedió de nuevo á Alepo con el título de sultan, para demostrar que Alepo es el fundamento y el eje de la Siria. Melik el-Mosaffer, á quien se quitó el mando del Egipto, no llevó con la paciencia y moderacion de su primo Dahir aquel relevo, y formó el proyecto de huir al desierto de Barka; pero al fin siguió el consejo de los magnates, que le indicaron se presentase al sultan, el cual le concedió la ciudad de Hama.

En la primavera del siguiente año (1187) emprendió la tercera espedicion contra Kerek. Habiendo salido de Damasco, acampó en Moneitra para esperar allí las tropas egipcias, y se detuvo en el confin de Kerek hasta que la caravana de los peregrinos volvió felizmente á Siria. Las tropas de Alepo no vinieron, por hallarse ocupadas en la guerra con Leon, rey de Armenia. A esta noticia, mandó Saladino á su sobrino Mosaffer, señor de Hama, que atacase el territorio enemigo. Mosaffer acampó delante de Arim, y Saladino volvió á Damasco, donde le recibió su hijo Melik el-Efdal con todas las tropas. Mosaffer, obedeciendo las órdenes del sultan, habia celebrado la paz con los Francos; pero aquel tramaba una espedicion contra los Cristianos en la parte austral de Siria. Revistó en Tell Tesil á las tropas de Mosul y Mardin unidas á su ejército, recomendando separadamente á las alas derecha é izquierda que conservasen su posicion.

Dió motivo á la espedicion la paz violada por el conde Reinaldo, que habia saqueado una caravana de Damasco á la Meca, y se habia negado á restituir los bienes robados que le reclamó Saladino. Este juró matar á Reinaldo con su propia mano si conseguia apoderarse de él. Despues de pasar revista al ejército en Asctan, cerca de Damasco, el 26 de junio, un viernes, entró en campaña. Elegia para todas sus espediciones guerreras el viernes, como dia de la oracion solemne, y la hora de las doce, esto es, de la oracion de mediodía, como la mas favorable. El ejército cristiano se habia acampado en Seforí, entre Nazaret y Acca (Tolemaida), donde se dice habitaron Joaquin y Ana, padres de María. El mismo dia Saladino se adelantó hasta la aldea de Sabire, á orillas del lago de Tiberiade, y luego fijó sus reales en la llanura al Poniente del lago, esperando el ataque de los Cristianos. Mas, viendo que estos no le atacaban, mandó esploradores á devastar desde Tiberiade á Nazaret y hasta los montes de Gelboe y de Fezael, de suerte que el país ondulaba como un mar de fuego, y el monte Tábor, donde aconteció la transfiguracion de Cristo, estaba horriblemente iluminado por las llamas. El atacó en persona á Tiberiade, y la ocupó sin dificultad; solo se mantuvo firme el castillo. El dia de la visitacion de María, los mensajeros del conde de Trípoli llevaron esta terrible noticia al ejército cristiano, y aquella misma noche los dos ejércitos enemigos se encontraron frente á frente. El alba del viernes 3 de julio empezó el sangriento combate, que continuó indeciso hasta el anochecer. Los combatientes descansaron en el campo de batalla sin deponer las armas, y solo al despuntar el siguiente sábado apareció la derrota de los Cristianos y la brillantísima victoria de los Musulmanes.

Entre Safed y el Tabor, á dos horas y media de Tiberiade, se eleva sobre una altura el monte de las Bienaventuranzas, desde donde se disfruta la deliciosa vista de Safed, de la cima nevada del Hermon y del lago de Genezaret. Llámase hoy el Corunol-Hittein, esto es, el monte de los cuernos de Hittein ó de Hittin; y la tra-

dicion musulmana supone allí el sepulcro de Jetro y de otros muchos profetas. A la hora tercera del dia el ejército cristiano fue rechazado por el musulman hasta las faldas de aquel monte, donde el suelo lleno de rocas impedia combatir. Allí el ejército cristiano se desbandó; los soldados de á pié huyeron á la cima del monte, é impelieron ferozmente á la muchedumbre agolpada en torno de la santa cruz que habia caido de la mano del obispo de Tolemaida, y que el moribundo entregó al obispo de Lidda. Los principes buscaron su salvacion en su fuga. Balduino de Ibelim, Reinaldo de Sidone y el hijo del príncipe de Antioquía huyeron á Tiro; el rey Guido de Jerusalem, Reinaldo de Chatillon señor de Kerek, Bonifacio marqués de Monferrato, el senescal Josslin, el condestable Almerico, el gran maestre de los Templarios Hunfredo de Toron y el obispo de Lidda Guiscardo, que llevaba la santa cruz, fueron cogidos prisioneros; hasta el santo madero desapareció.

Saladino mandó conducir á su presencia á los caballeros, tratándolos con dulzura y consideracion; solo al perjuro Reinaldo de Chatillon lanzaba terribles miradas; al rey de Jerusalem hizo presentar una bebida confortante, señal de que no queria quitarle la vida; pero, cuando el rey alargó la copa á Reinaldo, Saladino se volvió al intérprete con estas palabras: *Di al rey que él* y *no yo le ha ofrecido de beber*. Mandó llevar de allí á los prisioneros y dar á todos, en muestra de que les concedia la vida, de comer y de beber, escepto al señor de Kerek, á quien con su mano hendió de un golpe los hombros, acabándole de matar los que presenciaban el acto. Se ahorcó á los Templarios y los Hospitalarios; Saladino dió gracias á Dios por la victoria; al dia siguiente se rindió el castillo de Tiberiade, y Saladino concedió libre salida á la condesa.

Tiberiade, fundada por un tirano, esto es, por Herodes Antipa, asesino de San Juan Bautista, y que traia su nombre de otro tirano, Tiberio, era capital de la Galilea, adonde, despues de la destruccion de Jerusalem, fue trasladado el Sinedrín; una de las cuatro ciudades santas del Talmud, en union de Jerusalém, Hebron y Safed. Asi como los Musulmanes creen que el dia del juicio el Mesías bajará de los minaretes de la mezquita de los Ommiadas, asi los judíos creen que el Mesías se levantará del lago de Tiberiade, de aquel lago que cantó Montenebbi en una de las mas célebres cásidas: «Del lago cuyas olas espumean como los camellos cuando entran en amor; el pájaro ve las olas, y las toma por blancos corceles. Soplan los vientos, y las olas se agitan como ejércitos que ya vencen, ya huyen. De dia el lago presenta á la vista la luna circuida de un oscuro velo, cuerpo elástico y sin huesos. Tiene hijas y es vírgen pura. No da á luz como una mujer, ni su cuerpo se mancha con flujo sanguíneo. Los pájaros cantan alegres en la orilla, y la gracia de las olas refresca siempre la llanura. El lago tan ricamente adornado, es una jóven á quien ha quitado su esposo el vestido. Lo único que le afea, es que habita en torno de él la tropa de los infames.»

El último dístico de esta cásida fue mirado como una profecía concerniente á los Cristianos, que perdieron entonces el dominio del hermoso lago. Siete dias despues de la batalla de Hittin, se presentó Saladino delante de los muros de Tolemaida, que se le rindió, y mas de cuatro mil prisioneros musulmanes fueron sacados de los calabozos. Los tesoros de los ricos almacenes cayeron en manos del ejército, que esparciéndose por toda la Palestina, tomó y saqueó las ciudades de Naplusa (*Neapolis*), Haifa (*Caipha*), Caissaridye (*Cæsarea*), Safurid (*Sepharis*), Nassuri (*Nazaret*). Saladino se dirigió luego al castillo de Tebiun, del que se apoderó á viva fuerza, y de allí á Saide (*Sidon*), Bairut (*Berytus*), Gebel (*Gabala*) Sur (*Tyrus*), volviendo en seguida sobre Ascalon y ocupando en el camino con parte del ejercito á Ramla, Safea y Dar Runn, y con otra á Gaza y Beit-Gebrin, hasta que el 2 de setiembre se le entregó la misma Ascalon: consecuencias todas de la batalla de Hittin.

El colmo de la gloria militar de Saladino fue la conquista de Jerusalem, la ciudad santa, por espacio de noventa años en poder de los Cristianos, y la mas punzante espina en los ojos del islamismo. A aquellos santuarios del islam, que son para los Musulmanes los lugares mas santos del mundo despues de la Meca y Medina, se acercaba ahora Saladino, habiendo sido desoidas sus ventajosas condiciones; á saber, armisticio hasta la siguiente páscua de Pentecostés, provision de todas las cosas necesarias, determinacion de un espacio de cinco millas para el cultivo y el comercio y hasta 30,000 dineros por reparar los muros y bastiones de la ciudad.

Saladino renovó las proposiciones á los enviados de Jerusalem, que se encontraban en el campamento el dia de la toma de Ascalon; pero habiendo ellos declarado que querian verter la última gota de sangre en la ciudad donde el Salvador habia vertido la suya, juró ocuparla á viva fuerza. El 20 de setiembre, dia de lunes, se acampó hácia Mediodía, desde la puerta de Sion ó de David hasta la puerta de San Estéban (ó de la oveja ó del valle) de donde se va á Jericó. La rapidez del Moria y del Acra, la profundidad de los valles de Gehenna y de Josafat, no permitian elevar máquinas; pero Saladino esperaba aun obtenerla convencionalmente. Burlado en su esperanza, dió principio al ataque que duró doce dias; el octavo condujo el ejército a la parte septentrional, donde era mas fácil el acceso, y doce máquinas demolieron la muralla, cayendo junto con ella la gran cruz erigida allí por los Cruzados en memoria de la primera conquista hecha por Godofredo de Bullon. Mientras que los enviados de la reina Sibila, del patriarca y de Balian negociaban inútilmente en el campamento de Saladino, los Musulmanes plantaron sobre la brecha la bandera enemiga; pero un caballero aleman, escitando á sus camaradas, rechazó á los sitiadores y los precipitó en los fosos con la bandera de Saladino. Aquella noche cayó una torre con tal estrépito que todos se levantaron temiendo que el enemigo fuese ya dueño de la ciudad. Al siguiente dia recorrió la muralla una solemne procesion de clérigos y frailes

con estandartes y cruces y el cuerpo del Señor: las señoras mas distinguidas cortaron el pelo á sus hijas, y desnudas las metieron hasta el cuello en agua fria del Calvario; pero ni aun este bautismo de penitencia salvó á la ciudad. Balian negoció con Saladino, el cual al principio pidió en rescate 20 besantes por cada hombre y 10 por cada mujer; luego se conformó con la mitad, y últimamente, en vez de 100,000 besantes pedidos por siete mil pobres, se redujo la suma á 30,000. Cuarenta dias se concedieron para la venta de los bienes con que pagar el rescate y para la salida de los habitantes.

El 2 de octubre, un viernes, dia de San Leodegardo, en cuya noche celebraban los Musulmanes la ascension del Profeta, se llevaron á Saladino las llaves de la ciudad, en la que entró en seguida como vencedor y conquistador. Los caballeros vendieron sus armas por un ínfimo precio, y tomaron los vasos de oro de las iglesias, contra las estipulaciones, que estatuian no debiese ninguno llevar consigo mas del valor de 10 monedas de oro. Omadeddin, secretario y biógrafo de Saladino, le advirtió que de aquel modo se llevarian mas de 200,000 ducados en tesoros de iglesias; pero Saladino contestó: *Si se lo impidiese, me acusarian de haber violado la capitulacion*. Todos los que pudieron pagar el rescate, partieron; quince mil personas, esto es, siete mil hombres y ocho mil mujeres que no se hallaban en aquel caso, fueron distribuidos entre los vencedores en calidad de esclavos. La mezquita Aksa, donde los Templarios habian cubierto con un muro el altar de David, estableciendo su tribunal en la parte del Sur, fue restituida al culto del islamismo; se demolieron las paredes, la mezquita se lavó con agua de rosas de Damasco por los faquires y los ulemas, se derribó la cruz de oro del templo de Salomon; en vez de las campanas resonaron los gritos de los muezines; el Coran sustituyó al Evangelio; en la iglesia de la Eucaristía dió un banquete Melik Aadil, hermano del sultan; en el Gólgota retumbó el grito de *Allah Ekber* (Dios es grande). Los ocho dias despues del viernes de la conquista, disputaron los mas distinguidos teólogos y doctores el honor de decir la oracion pública al viernes siguiente; y al cabo Saladino decidió que fuese Monidyeddin es-Sendyi. Este, cubierto con un manto negro que le habia regalado el califa, subió al púlpito, y antes de la oracion pronunció un exordio, modelo de elocuencia árabe, que á continuacion estractamos:

«Alegraos, ¡oh hombres! de la gracia del Señor, que es el colmo de sus beneficios hácia vosotros. Alegraos de que haya arrancado la ciudad santa á los Infieles, en cuyas manos se encontraba hace cerca de un siglo. El ha purificado este templo, donde se santifica su nombre, y donde se proclama su unidad. El ha elevado el edificio de su gloria, y echado los fundamentos del templo para los que le siguen y preceden. Aquí habitó vuestro padre Abraham, desde aquí ascendió al cielo vuestro profeta, aquí está la primera Kibla del islamismo, adonde se volvian al principio los creyentes cuando oraban. Esta es la mansion del profeta, el refugio de los santos, el sepulcro de los profetas, el sitio adonde descendió la revelacion y fueron dados sus preceptos; el valle del juicio, donde los hombres serán en el último dia reunidos y dispersos; la tierra prometida de la sagrada escritura; la mezquita Aksa, donde el Profeta oró y saludó á los querubines, donde Dios envió al Señor Jesus, donde su aliento bajó sobre María. El Mesías, ha dicho Dios, consintió en ser su siervo lo mismo que los ángeles; mienten los que se colocan en lugar de Dios; se engañan profundamente; Dios no ha tenido ningun hijo, ni existe ningun Dios superior á él. Alabanza á Dios que preside al mundo real é ideal, que está muy por encima de los que se ha querido colocar á su lado. Digamos con el Coran:—«Los que dicen que el »Mesías, hijo de María, es Dios, son infieles. »¿Quién podria impedir á Dios anonadar al Me»sias, hijo de María, á su madre y á todos los »séres de la tierra? A Dios pertenece la sobera»nía del cielo y de la tierra, y del espacio que »los separa; él da la existencia á lo que quiere, »porque es todopoderoso.» Jerusalem es la primera de las dos Kiblas, el segundo de los dos santos oratorios, el tercero de los santuarios á donde se dirigen las caravanas de los peregrinos; honrada sobre las demás ciudades por todos los Musulmanes. Esta es la conquista que ha abierto las puertas del cielo, que ha colmado de alegría á los ángeles y á los profetas. ¡Qué dicha la vuestra de haber sido elegidos para la conquista de Jerusalem y para hacer flotar en sus muros las banderas del islamismo! Quizá esteis destinados á conquistas aun mas brillantes; y quizá la gloria de los que se han consagrado en silencio á la oracion supera la de los que combaten en la guerra santa. Esta es la casa sublime de la cual está escrito en el Coran:—«Alabanza á Dios, que »trasladó durante la noche á su siervo desde el »templo sagrado de la Meca al lejano templo de »Jerusalem, cuyo recinto hemos bendecido para »hacerle ver nuestras maravillas. Dios compren»de y ve todo.» Este es el país glorificado por Dios, donde envió á la tierra los cuatro libros santos (el Pentateuco, el Coran, el Salterio y el Evangelio); donde detuvo el curso del sol, para completar la victoria de Josué; donde por medio de Moisés mandó al pueblo que le siguiera; donde uno fue desobediente y los demás perecieron por tener parentesco con él. Alabanza á Dios, que os ha beneficiado sobre todos los pasados pueblos, que os ha enriquecido. Dios os mira siempre como á sus ejércitos, los ángeles os felicitan porque sois los defensores del verdadero culto, los destructores de la creencia en las tres personas y de toda supersticion. Los ángeles ruegan por vosotros, y ganan para vosotros el reino de los cielos. Conservad puro este don de Dios, y honrad este país santificado por Dios, el cual salva de los peligros á aquellos que le siguen. Guardaos de hacer mal para no caer de nuevo bajo la opresion de los enemigos. Aprovechad la ocasion de estirpar los restos de las tropas idólatras. Combatid por amor de Dios en su senda, y conservadle vuestras almas, vosotros á quienes él se digna elegir por sus siervos. No escucheis las lisonjas de Satanás, el cual os grita

al oido que debeis esta victoria á vuestra espada, á vuestro noble caballo, á vuestro valor. ¡No, por Dios! ¡la conquista solo procede de Dios! El es el altísimo, el sapientísimo.»

Despues Saladino dijo la oracion del viernes en el templo de Sachra con el pueblo reunido en el pavimento de la mezquita. El púlpito que Noradino el justo habia mandado hacer en Alepo, fue llevado á Jerusalem y puesto al lado de la Kibla y se nombró predicador á un jóven de Damasco que desde la cárcel donde le tenian los Cristianos habia escitado con los siguientes versos el celo religioso de Saladino á la conquista de Jerusalem: «Oh rey que abates el mundo de la cruz y defiendes la ley de islamismo, á tí va dirigido este santo escrito desde la santa casa. ¡Marcha á la conquista de Jerusalem: Tú purificas las mezquitas; solamente yo estoy aun cubierto de impureza.»

Saladino rehizo el nicho del altar y lo adornó con una inscripcion de oro, que recuerda el nombre del restaurador y la fecha. Todos los príncipes Ayubitas competian en celebrar la nueva conquista con fundaciones piadosas, sobre todo Melik Aadil, hermano de Saladino, y su sobrino Takdyeddin, hijo de Schen-schá. Este, encaminándose á la roca Sachra, la purificó con su propia mano de la tierra y de las inmundicias que la cubrian, la lavó primero con agua pura, luego con agua de rosas, y lo mismo las paredes y el templo, é hizo muchas limosnas á los pobres. Los príncipes Noradino Alí y Aziz Osman formaron en el nicho del altar de David y en otros un almacen de armas, esto es, una coleccion de corazas para todos los que combaten en la via visible del Señor. Saladino restauró el oratorio situado fuera de la mezquita, frente á la puerta de la ciudad, llamada de Abraham, el cual pasa por el segundo altar de David; y señaló á este, como al altar mayor de la mezquita, un iman, un muezin y muchos sacristanes. Melik Aadil fijó su tienda en la altura de Sion. Saladino mandó á los doctores de la ley que visitasen la escuela del rito Schafi y las de las otras sectas. En la descripcion de Jerusalem y de Hebron, titulada *El confidente de estas ciudades*, posterior al tiempo en que nos encontramos, se citan hasta treinta escuelas, parte en el recinto de las mezquitas, parte anexas, y otras tantas diseminadas por la ciudad. Cinco años despues de la conquista, Saladino fundó una en la puerta de las tribus, que era antes iglesia de Santa Ana, madre de María. Saladino se dirigió al patriarcado próximo á la iglesia del Santo sepulcro, cuya visita prohibió por entonces á los Cristianos. Muchos le aconsejaron que le derribase para destruir de un solo golpe la calamidad que atraia á Siria á los ejércitos de Europa; otros decian que con eso no se ganaria nada, pues los Cristianos seguirian yendo en peregrinacion aunque el polvo de todos aquellos edificios y del Santo Sepulcro se lanzase al aire; además de que Omar, en la conquista de Jerusalem, habia conservado la iglesia y permitido á los Cristianos visitarla; de consiguiente, se dió de nuevo este permiso. Saladino anunció la espléndida conquista al califa Nasireddin por medio de una carta que dictó Alí hijo de Surverdí, émulo en elocuencia del orador de la súplica, y escribió uno de los mejores calígrafos.

Diez y ocho dias despues de la conquista de la ciudad santa, Saladino se despidió de su hijo Aziz, que le habia acompañado un poco de tiempo, y seguido de su hermano Aadil tomó la direccion de Acca, donde no quiso entrar, y se apresuró á llegar á Tiro, cuya conquista deseaba. A los catorce dias de su salida de Jerusalem estaba delante de Tiro esperando al ejército, con el cual, dentro de otros catorce dias, dió principio al sitio. Respondiéronle decididamente los sitiados, y entonces Saladino ofreció á Conrado, marqués de Monferrato, como precio de la entrega la libertad de Bonifacio, su padre. El marqués desechó la propuesta, declarando que no daria en rescate de aquel ni la mas pequeña piedra de la ciudad. Saladino llamó á sí á su hijo Melik Dahir, gobernador de Alepo; y despues de haber construido diez y siete máquinas y reunido catorce buques, empezó el ataque el dia del solsticio de invierno. Una estratagema del marqués hizo perder á Saladino parte de su escuadra en el puerto de Tiro. El hijo de un emir, huyendo del campamento del sultan, se habia refugiado en la ciudad.

Conrado, aprovechándose de esta circunstancia, armó una emboscada en que cayeron los capitanes de la escuadra de Saladino. Por medio de una carta escrita en nombre del jóven emir desertor, y arrojada con una flecha al campo de Saladino, tuvo este aviso de que los Cristianos pensaban abandonar en la noche siguiente la ciudad y salvarse en las naves. El ruido que hubo en el puerto toda la noche confirmó la noticia en el ánimo de los capitanes de la escuadra. Cuando cerca de la mañana quedó todo tranquilo, los buques sarracenos se acercaron al puerto, y viendo quitada la cadena con que se cerraba, entraron sin temor. Pero, apenas estuvieron dentro, la guarnicion de la torre del puerto lo cerró nuevamente, y cinco galeras cayeron en poder de los Cristianos, siendo muertos los dos capitanes de la escuadra de Saladino, el-Haris Bedran y Abdolmochsin, el gefe de los dos mares. Llenas inmediatamente de Cristianos las conquistadas naves, Conrado atacó con ellas la escuadra, privada de sus jefes, y la rechazó hasta las costas donde el ejército del Sultan estaba formado en órden de batalla. Este combate naval se verificó en los últimos dias del año, y el primero del siguiente fue levantado el sitio. Convocados los emires á consejo de guerra, opinaron por la retirada, en atencion al mucho frio y la lluvia. Saladino, prendiendo fuego á las máquinas, se marchó con parte del ejército á Acca y despidió el restante. La derrota naval y el levantamiento del sitio de Tiro fueron los únicos desastres de Saladino en aquel año, tan fecundo en victorias y conquistas.

Como la toma de Jerusalem habia sido precedida y facilitada por la de todas las ciudades de los contornos, decidió tambien preparar la conquista de Tiro con las de las costas, castillos y fortalezas de la Siria septentrional, de mas fácil ocupacion. En los primeros dias de marzo pasó

sitio á Kevkeb, de donde los Francos habian hecho poco antes una salida. Habiendo enviado á Egipto á su hermano Melik Aadil, y á Alepo á su hijo Dahir, él, en medio de las frias tormentas del equinoccio, marchó derecho al castillo, donde le encontró Behaeddin, que en breve entró á servirle, y que refiere los acontecimientos subsiguientes como testigo ocular. Despues de hostilizar á Kevkeb durante dos meses sin ningun fruto, Saladino volvió á Damasco; pero, aunque llevaba diez y seis meses de ausencia, no se detuvo allí sino cinco dias, por haber recibido aviso de que los Francos se reunian alrededor de Gebele. Habiendo llegado á Alepo en este intermedio las tropas auxiliares de Mosul al mando de Omadeddin, Saladino marchó á fines de mayo al castillo de los Curdos, acampando sobre una altura, y envió hácia Antioquía á sus dos hijos Dahir y Mosaffer para que custodiasen las fronteras. Behaeddin le presentó allí su obra *sobre los deberes de la guerra santa*, que recibió con la mayor cortesía, y en lo sucesivo fue su libro predilecto, como la moral de los príncipes de Neydib Surverdi. El iman Ifa, consejero íntimo de Saladino, indujo al docto secretario del príncipe de Mosul á pasar al servicio de su señor. Saladino dió al castillo un ataque que duró un dia entero, pero sin resultado: sus tropas hicieron con mejor éxito dos correrías en el territorio de Trípoli: finalmente el último de junio, que era un viernes, se retiró en órden de batalla, él en el centro, y á sus lados su hijo Mosaffireddin y Omadeddin de Mosul. El decimo-sesto dia estaba delante de Antarad: al principio pensaba pasar adelante, atendido que el principal objeto de su espedicion era Gebele; pero, mudando de dictámen, la estrechó por todas partes, entró en ella por asalto y la abandonó al saqueo. *Si Dios quiere, comeremos en Antarad*, habia dicho Saladino por la mañana, y se realizaron sus palabras. Restaban todavía que tomar dos torres; de una se apoderó Mosaffireddin; la otra, defendida por un foso, causaba gran daño al ejército con sus ballestas y resistia heróicamente á todas las máquinas. Entre tanto fueron demolidos los muros de la ciudad, incendiadas las casas y en medio del estrépito resonaba el alegre grito de los Musulmanes en honor de Allah. Trece dias duró la devastacion; luego se dirigió á Gebele, y encontró en el camino á su hijo Dair, llamado de Antioquía. Gebele, famosa por el sepulcro de Ibrahim Edhem, le abrió sus puertas, y despues de una breve resistencia se le entregó tambien el castillo. Descansando allí cinco dias, partieron á Ladakia (Laodicea), distante de Gebele solo doce millas, «ciudad deliciosa y bien edificada (dice Behaeddin) con un magnífico puerto, y defendida por dos castillos sobre colinas.» Copiosísimo fue el botin, á causa del comercio floreciente de la ciudad. Los dos castillos resistieron dos semanas; mas al fin capitularon por medio del juez de la ciudad; al dia siguiente (sábado) se firmó la capitulacion, asegurando á los habitantes libre salida con sus familias y bienes, escepto las armas, los caballos y las provisiones de guerra.

De Ladakia marchó contra Sahiun (Sion), á una jornada de camino: el fuerte castillo Sion de los Ismaélidas ó Asesinos, está ceñido por tres lados de precipicios, y defendido, en la parte accesible, por un foso cortado en la roca de setenta codos de largo; ademas tres murallas ciñen, una la ciudad, otra el arrabal, y la tercera el castillo. Cuando el ejército de Saladino se acercaba, cayó la bandera del castillo, lo cual se consideró buen augurio; y en efecto, á los siete dias estaba ya tomado. Siguió á esta conquista la de los castillos circunvecinos Id, Figet y Belatinas, y tres dias despues se hallaba Saladino delante de Becos, fuerte castillo á orillas del Orontes, en el que desemboca otro rio que nace dentro de la fortaleza. A los tres dias se apoderó de él, y los que se libraron de la espada, cayeron en esclavitud. A corta distancia se encuentra el pequeño castillo Schoghr, el cual, ocupando un lugar sumamente escarpado, solo era accesible construyendo un puente sobre el rio. Pero, al cabo de tres dias capituló, á condicion de que se permitiese á la guarnicion retirarse á Antioquía. Saladino envió á su hijo Dahir contra el castillo Sermin, qué, como casi todos los demás, se tomó en viernes; *prueba* (dice Behaeddin) *de la eficacia de la súplica de los creyentes y de la fortuna del sultan*. De allí marchó al castillo Bursi, fuerte por la naturaleza y por el arte, situado en una roca de setecientos cincuenta codos de altura. Despues de considerarlo tres dias, dividió al ejército en tres escuadrones, no para que combatiesen al mismo tiempo, sino para no dejar respirar al castillo, sustituyendo sin cesar soldados de refresco á los fatigados. Omadeddin Zengui, príncipe de Sindyar, mandaba el primero, Saladino el segundo. En medio del grito universal de batalla, la fortaleza fue atacada y tomada, y la guarnicion pasada á cuchillo: únicamente quedaron con vida diez y siete hombres, que se enviaron al príncipe de Antioquía.

Descansando un dia en el puente de hierro del Orontes, el ejército se puso de nuevo en camino y llegó tambien en viernes á Derbesak, fuerte castillo en los alrededores de Antioquía. Despues de un ataque de tres dias, la guarnicion capituló á condicion de poderse retirar á Antioquía. Con el mismo pacto se rindió el castillo Bagra, mas próximo á esta capital. La partida de Omadeddin de Sindyar á su patria impidió á Saladino atacar á Antioquía; por lo cual celebró un armisticio de siete meses, siempre que se diera libertad en el acto á todos los prisioneros Musulmanes, y que si en aquel plazo la ciudad no era socorrida, se entregaria al sultan. Este queria entonces volver á Damasco; pero á instancias de su hijo Dahir, fue con él á Alepo. Dahir honró la presencia de su padre con fiestas que duraron tres dias y distribucion de gracias; lo mismo hizo su otro hijo Mosaffer en Ims, donde se detuvo tres dias y asistió una noche á la danza religiosa de los sofies. Le cedió las dos ciudades de Gebell y Ladakia, y prosiguió su marcha á Balbek. No estuvo quieto ni aun en el santo mes del ayuno, pues quedaban aun que conquistar en la provincia de Havran los fuertes castillos de Kevkeb y Safed. Esta es para los Judíos una ciudad santa, porque creen

que allí se apareció por la primera vez el Mesías, aunque no se hace mencion de tal cosa en la Biblia. Está situada en la cadena del Anti-Líbano, no lejos del camino que va de Acca á Damasco, á cuatro horas de Tiberiade, hácia cuyo lago se estienden sus jardines, y diseminada sobre tres colinas. Cerca de ella enseñan el pozo donde ocultaron á Josef sus hermanos. Este castillo, fuerte á causa de su escarpada altura, fue tomado á la mitad del mes siguiente; y Kerek se entregó tambien, devolviendo en consecuencia la libertad á su ejército, que habia sido cogido prisionero en una batalla dada delante de sus muros. Para celebrar la fiesta de los sacrificios, marchó Saladino á Jerusalem, donde dijo la oracion del viernes sobre la roca del sacrificio de Abraham. Acompañó á su hermano Melik Aadil á Ascalon, á quien separó del gobierno de Egipto, dándole en cambio á Kerek. Despues visitó las fortalezas de la costa y se dirigió á Acca, donde encargó á Behaeddin Caracusk que reparase las fortificaciones; y volvió en abril á su residencia de Damasco, deteniéndose allí un mes.

En Damasco recibió la embajada del califa Nasireddin Illah, el cual deseaba que, junto con la súplica solemne por él, se hiciere otra por su hijo, como sucesor en el califato, de suerte que el nombre de este debia ir entre los del califa y el sultan. En seguida Saladino se puso en marcha contra Schakif Arnun, fuerte castillo cerca de Panea. Acampó al principio en la llanura de la Pulga, luego en la de las Fuentes próximo á Schakif Armen, ó sea Belfort. Reinaldo de Sidon, su castellano, práctico tanto en la lengua como en la historia árabe, pues habia hecho sus estudios con maestros musulmanes, se presentó en el campo de Saladino como mameluco, ó sea siervo suyo, y le ofreció entregarle á Schakif, con tal que de allí en adelante pudiera disfrutar en Damasco la renta de sus bienes. Al propio tiempo llegó la buena noticia de que Scheubek, despues de un año de resistencia á las tropas del sultan, se habia rendido al fin; pero juntamente llegó la desagradable nueva de que el rey Guido y el marqués de Tiro, uniéndose con un objeto comun, preparaban tropas.

A últimos de junio la centinela avanzada avisó que los Francos de Tiro habian pasado el puente que divide el territorio franco de esta ciudad y el musulman de Saida. El sultan mandó inmediatamente á los suyos montar á caballo; pero antes de venir á las manos, ya los Francos se habian retirado al otro lado del puente. El sultan no tuvo que lamentar mas pérdida que la de uno de sus mas valientes mamelucos. En otra escaramuza, perecieron como mártires ciento ochenta y un musulmanes y el jóven y hermoso Alsasaru. En el consejo de guerra de Saladino se decidió pasar el puente, y para estirpar el mal, atacar sin demora á los Cristianos. Estos se hallaban acampados en el puente, distante solo una parasanga de Tiro; pero al acercarse los Musulmanes, se refugiaron en la ciudad. Saladino marchó á Acca para vigilar los trabajos de las fortificaciones; luego volvió á la llanura de las Fuentes, esperando la conclusion del plazo concedido para la entrega al señor de Schakif Arnun.

Advertido de que parte de los Francos se habia alejado hasta el castillo de Tebiun para hacer leña, dispuso una emboscada. Mandó á sus soldados de á pié que al atacarlos el enemigo se fuesen retirando hácia un paraje donde él los aguardaba con la caballería. Dividió esta en ocho escuadrones, y destinó los veinte mas valientes de cada escuadron á atacar, y luego retirarse, atrayendo á los Francos á los desfiladeros, hasta que las tropas de Acca los cogieran por la espalda. El combate duró un dia; pero la pérdida fue insignificante. Saladino volvió á su campamento delante de Schakif, esperando el término de la entrega; pero con grande ira se vió burlado por Reinaldo, el cual, difiriendo rendirse de dia en dia, pidió al cabo un nuevo plazo de nueve meses. Saladino se apoderó de su persona cuando vino al campo á entablar nuevas negociaciones; mas la guarnicion de Schakif no quiso entregar la plaza. En vano Reinaldo fue conducido de nuevo de la cárcel de Panea al campamento, y puesto en estrecho apuro. Saladino acampó sobre el monte que se eleva frente á Schakif, ya por gozar de aire mas puro, ya para examinar mejor la fortaleza, pues los Cristianos, al mando del rey Guido, se habian alejado de Tiro y dirigido á Acca por el camino de Nevakia.

El sitio bienal de Acca y su intrépida defensa es un acontecimiento importantísimo en la historia de las Cruzadas.

Saladino estaba aun delante de Schakif cuando recibió la desagradable noticia de que el ejército cristiano habia llegado á Ainbasa y que sus puestos avanzados se encontraban en Sib. Escribió inmediatamente á todos los capitanes que apresurasen su marcha; él tambien levantó las tiendas, y antes de aclarar el dia tomó el camino que conduce de Tiberiade á Acca, enviando una tropa de caballería ligera á esplorar la parte de Tebiun. Llegó á Aulan á mediodía, y sin detenerse luego en toda la noche, estuvo por la mañana en Munaya. Allí supo que los Cristianos habian acampado delante de Acca. Envió á Damasco al señor de Schakif, durísimamente tratado á causa de su deslealtad, y reunió el resto del ejército en la llanura de Safuria, donde habia citado á los soldados que se quedaron atrás y los equipajes. Desde Caruba le fue fácil enviar tropas á Acca y reforzar la guarnicion; y al dia siguiente se adelantó, en órden de batalla, de Caruba á Tell Caisan, donde empieza la llanura de Acca. Su ala izquierda se apoyaba en la llamada de Agua dulce y la derecha en el collado Adyadiyet ó Mahumeria, situado al Norte de la ciudad.

El campamento de los Cristianos rodeaba la mitad de la ciudad por la parte de tierra; la tienda del rey estaba en el collado de los Suplicantes, ó sea sobre el Turon, á Mediodía y frente al collado Adyiadiyet: dos mil eran los ginetes cristianos, treinta mil los soldados de á pié. Los Musulmanes estaban impacientes por venir á las manos; pero Saladino moderó su celo, y continuaba llamando tropas alrededor de sí, en-

tre las que se distinguian las de Mosaffireddin, hijo de Seineddin, y las del príncipe Mosaffer, gobernador de Hama. En este intermedio los Cristianos habian recibido tambien por mar un refuerzo de doce mil Cruzados de Damasco, de Siria y otros paises septentrionales ansiosos de empeñar el combate. Ambos ejércitos se estuvieron contemplando por espacio de catorce dias, y Saladino eligió para la batalla el dia de la exaltacion de la Santa Cruz, que cayó en viernes, dia en que la fortuna le habia sonreido siempre como á buen musulman. El pregon de la súplica fue la señal de la batalla, y el grito *Allah Ekber* resonó al mismo tiempo en la boca de los muezines, y en la de los sitiadores. Combatieron hasta la noche, quedando indecisa la victoria. A la mañana siguiente Saladino envió temprano una tropa escogida á la parte septentrional de la ciudad, donde no habia campamento enemigo, sino solo la caballería ligera que fue derrotada y huyó precipitadamente. De este modo el espacio de las murallas, desde la puerta de la torre á la de Caracusk se vió libre de enemigos, y nadie estorbó la entrada y la salida. Saladino mismo entró en la ciudad y observó desde los muros la posicion de los contrarios. Alentado por su presencia, el ejército de dentro verificó una salida, y el domingo siguiente se renovó el combate. Del viernes al lunes no habia descansado Saladino un momento ni casi probado la comida. El sétimo dia atacaron los Cristianos, pero fueron rechazados, y esto les obligó á permanecer quietos en el campo muchos dias, siendo libre entre tanto la entrada en la ciudad.

En ese tiempo entró tambien en ella el historiador Behaeddin, y hasta lanzó una ballesta contra los enemigos; de dia y noche se molestaban alternativamente sitiadores y sitiados. Para atraer á aquellos fuera de su campamento abrió Saladino el círculo, y llevó todos los equipajes al collado Advadiyet frente al de los Suplicantes, donde estaba el principal campmento de los enemigos. Parte de estos, saliendo á forrajear á orillas del rio, dió motivo á un nuevo combate, pues Saladino hizo que los Arabes les persiguiesen, y habiendo llevado á los piés del sultan sus cabezas, fueron premiados con vestidos de honor. Cada dia habia nuevos ataques y salidas, nuevas heridas y muertes. Sitiadores y sitiados se habituaron poco á poco á pelear entre sí de manera que, si unos estaban cansados, ambos reposaban; si estos cantaban, aquellos bailaban al compás del canto; á la gravedad del combate mezclaban chistes é ironías: *¿Hasta cuándo*, gritó una voz, *combatiremos aun los hombres? Es tiempo de que los niños nos releven*; y en seguida se dispuso un combate entre dos chicos cristianos y dos musulmanes. Uno de los chicos musulmanes cayó debajo del cristiano y este le tuvo firmemente en clase de prisionero; se le reconoció como tal por ambas partes y fue rescatado con dos zequíes. Los sitiadores confirmaron de este modo el buen augurio que habian deducido antes al ver uno de sus caballos, que cayó al agua durante el desembarco, venir nadando al puerto. Finalmente, el 4 de octubre el ejército cristiano bajó en órden de batalla del collado Turon á la llanura. La primera línea, compuesta de Hospitalarios y Templarios, estaba mandada por el rey Guido en persona, delante del cual llevaban cuatro hombres el Evangelio con cubierta de seda. El ejército cristiano se estendia desde el rio al mar. Saladino mandó á los Yauschos que invitasen al ejército á combatir con la acostumbrada oracion: *¡Oh familia del Islam! ¡Oh Señor de los unitarios!* Estaba en el centro; en el ala derecha su hijo Melik Efdal, con las tropas de Mosul y Diarbekir, de Hofu y Nablas, y al estremo, tocando en el mar, su sobrino Takdyeddin Omar. Formaban el ala izquierda las tribus curdas Mehran y Hakiari que subsisten aun hoy, y el ejército de Singuar con los Mamelucos, entre quienes eran nombradísimos por su valor los Esedisches, esto es, semejantes á leones, llamados asi de Eseddin Schirren, leon de la fe. Saladino con un enérgico discurso inflamó el ejército á la batalla.

Habian pasado ya cuatro horas del dia cuando se dió principio. El ala izquierda de los enemigos cayó sobre la derecha de los Musulmanes que se apoyaban en el mar, rechazándola hasta el pié del Advyadiyet, el cual fue tomado por asalto. Los Cristianos penetraron hasta la tienda del sultan y mataron á uno de sus camareros. El ala izquierda permanecia inmóvil y Saladino corria de uno á otro escuadron, animándolos con el grito de: *¡Oh familia del islam!* y con las mas brillantes promesas. Acompañado solo de cinco ayudantes, volaba como torbellino de una tropa á otra y luego al collado para reunir á los fugitivos, que en su mayor parte habian huido hasta mas allá del puente de Tiberiade, y algunos hasta Damasco. Cuando los enemigos, que habian llegado á la misma tienda del sultan, vieron la firme actitud del ala izquierda de los Musulmanes, retrocedieron. Saladino que los esperaba al pié del collado, los atacó por la espalda; el príncipe Mosaffer condujo de nuevo el resto del ala derecha á la batalla, cuya suerte se inclinó entonces á favor de los Musulmanes, decidiéndose enteramente despues de mediodía. Perecieron siete mil Cristianos. Despojados los fugitivos del botin, Saladino asistió al reparto para dar á cada uno lo que le correspondia. Las telas y las armas formaban un monton, y el pregonero sacába una pieza despues de otra; el dueño probaba que lo era con testigos y juramento, y al instante entraba en posesion del objeto, fuese poco ó mucho su valor. Para que el aire corrompido con el mal olor de los cadáveres no dañase al ejército, mandó Saladino retirar el campamento hasta Caraba, donde levantó su tienda, y en seguida reunió el consejo de guerra de sus emires, entre los cuales se encontraba el historiador Behaeddin. Despues de una larga discusion, se decidió conceder algunos dias de reposo al ejército, que hacia cincuenta dias estaba sobre las armas en Caruba, y aguardar á las tropas egipcias de Melik Aadil. Saladino descansó tambien algunos dias, que necesitaba tanto mas, cuanto que no se sentia bien de salud; pero entonces le llegó la alarmante noticia que le enviaba su hijo el príncipe Dahir desde Alepo, á saber, que esta-

ba en marcha, y habia desembarcado ya en Constantinopla el emperador de Alemania Federico Barbaroja, con un ejército que la fama suponia contar doscientos cincuenta mil hombres. Inmediatamente envió al historiador Behaeddin con una embajada al califa, á los príncipes de Mesopotamia, á los señores de Sindyar, Gesiret, Mosul y Arbil, para que concurriesen á salvar al islamismo del terrible peligro que lo amenazaba: en el término de seis meses cumplió Behaeddin su encargo, y volvió con magníficas promesas del califa.

En el intermedio afligió al sultan la muerte de Isa, doctor de la ley, su fiel amigo y consejero, á quien habia rescatado de la prision de los Cristianos. Pero cuatro meses despues le consoló de esta pérdida la rendicion de Schakif, que capituló al fin, retirándose la guarnicion á Tiro. Aprovechó el invierno, durante el cual habian sido despedidas las tropas, para proveer á Acca de armas y víveres, y aprontar una escuadra en los puertos de Egipto. En un consejo celebrado en la llanura de las Fuentes, propuso Saladino atacar sin demora el ejército sitiador y rechazarlo, porque despues, si los enemigos, parapetados con fosos, impelian adelante como sólida barrera sus lanzas, seria mas difícil acabar con ellos; pero prevaleció el dictámen de sus capitanes, quienes opinaron todos que convenia esperar á que el ejército cristiano se reuniese delante de Acca para destruirlo de un solo golpe. Saladino convino en ello, y la sentencia pronunciada por Mahoma acerca de Omar, dice Behaeddin, halló tambien aplicacion respecto á él: *Hay en mi pueblo oradores y filósofos morales, y Omar es uno de ellos*. A fines de abril, cuando en el dia de Fisr, custodio de la fuente de la vida, reverdece toda la naturaleza, reverdeció tambien la esperanza de Saladino con los refuerzos que le llegaban de todas partes y con una embajada del califa Nasireddin Illah. El enviado, jóven de nobilísima estirpe, le condujo dos camellos cargados de nafta y una compañía de lanzadores de nafta. Una carta del divan del califa le autorizaba para contraer un empréstito de 20,000 zequíes para la guerra santa, de cuya devolucion salia responsable. Saladino recibió los presentes; pero no quiso hacer uso de la mencionada facultad. Los enemigos estrechaban cada vez mas el asedio; y Saladino, por lo mismo, hizo avanzar su campamento desde Tell Caisan y Tell el Aguil, y envió nuevos mensajeros reclamando en marcha los socorros que estaban ya en camino. El 4 de mayo, un viernes, dia siempre favorable á Saladino, apareció antes que ninguno el cuerpo auxiliar del príncipe Melik Dahir, gobernador de Alepo, y el mismo dia uno de los lanzadores de nafta incendió una de las grandes torres de madera construidas por los sitiadores. El fuego se comunicó á las otras dos, y todas quedaron reducidas á cenizas. Este acontecimiento, que se atribuyó á la fortuna del príncipe Dahir, colmó de alegría al ejército musulman. Todos, y el sultan el primero, montaron á caballo y galoparon hácia el campamento enemigo, queriendo provocar á los Cristianos á la batalla; pero estos permanecieron inmóviles detrás de sus baluartes. La noche del siguiente dia se presentó la caballería de Mosaffireddin, hijo de Seineddin, que desfiló por delante del sultan á la vista del enemigo; pues Saladino acostumbraba revistar cada nueva tropa que llegaba, mostrarla á los contraries, y luego reunirla en su tienda y obsequiarla con las mejoras cosas.

Se combatió al mismo tiempo por tierra, para alentar á la escuadra que se aproximaba. Llegó finalmente Seineddin Yusuf, príncipe de Arbil, el cual, acogido de la manera mas honrosa, acampó junto á su hermano Mosaffireddin. El sultan recibió cartas de Keicawus, príncipe armenio, que le daban aviso de la marcha del emperador Federico al través del Asia Menor y de su muerte en el Karason (Cidno) rio de Seleucia; añadiéndole que el ejército de los Cruzados proseguia avanzando. Saladino envió contra estos á los príncipes de su ejército; á saber; Nasireddin, hijo de Takdyeddin, señor de Membsch; Iseddin, hijo de Mocaddem, señor de Kefrtab y Barin; Mosdyideddin, príncipe de Balbek, y Sabikeddin, príncipe de Seifer. Con ellos fueron las tropas de Alepo y de Hama, de donde eran gobernadores el hijo y el sobrino del sultan. El príncipe de Efdal y Bedreddin, gobernador de Damasco, habian abandonado el campo por hallarse indispuestos: tambien el príncipe Dahir se dirigió á Alepo para poder defender mejor sus fronteras, y Mosaffireddin á Hama. Queriendo reforzar el ala derecha debilitada con la partida de estos, Saladino confió el mando de la misma á su hermano Melik Aadil, y á Omadeddin el de la parte estrema del ala izquierda. Afligia horriblemente al campamento una grave enfermedad, que faltó poco para que contase entre sus víctimas á Mosaffireddin de Aran y á Melik Safir. Por último, el 25 de julio se dió la batalla. Los Cristianos salieron con repentino ímpetu de sus tiendas; Saladino se lanzó á caballo, y los heraldos gritaron: ¡*Oh familia del Islam*! «Yo mismo (escribe el historiador Behaeddin) le ví entonces, antes que los nuestros hubiesen subido á caballo, lleno de dolor como una madre á quien se le ha arrebatado el único hijo.» Al timbal de la batalla respondieron los timbales de todo el campo. Los enemigos habian penetrado hasta la tienda de Melik Aadil, donde se entregaban ya al saqueo y robaban vasos para beber; cuando Aadil saltó á caballo con los leones del islam, y avalanzándose sobre los enemigos los puso en fuga y los rechazó hasta su campamento. Saladino, cuando vió levantarse polvo en la tienda de su hermano, temblando por su vida voló allá: su heraldo gritaba: ¡*Oh familia del islam! ¡héroes unitarios*! *El enemigo de Dios está en nuestras manos*; *se aventuró á penetrar hasta nuestras tiendas*.

A este grito contestaron inmediatamente los Mameluços del sultan, el ejército de Mosul conducido por su príncipe Alaeddin y el egipcio al mando de Schunkar de Alepo. La tienda de Melik Aadil, quedó en breve limpia de enemigos. «Las espadas (dice Behaeddin) bebian la sangre enemiga basta embriagarse, y los leones de la batalla se enfurecian hasta que estaban hartos.»

El campo de batalla por espacio de una parasanga se veia cubierto de cadáveres: «Yo (prosigue el historiador) nadé con mi caballo en la sangre para descubrir el número de los muertos, y no pude porque estaban demasiado apiñados. Entre los cadáveres ví dos mujeres, y me dijeron que habian visto cuatro en la batalla, y que dos habian caido prisioneras.» Hubo pocos prisioneros, porque el sultan no quiso dar cuartel aquel dia. Todo esto sucedió en el ala derecha y en el centro; pues la izquierda no tomó parte. En tres horas se decidió la victoria, calculándose en ocho mil el número de Cristianos que perecieron. El historiador Behaeddin contó cinco filas de muertos entre las tiendas de Melik Aadil y las del campamento enemigo. La guarnicion de Acca, en cuanto vió el feliz éxito del combate, hizo tambien una salida despues de mediodía, y cogió muchas mujeres, telas de lana y seda y calderas con la carne. Al dia siguiente llegó de Alepo la noticia de que una tropa enemiga habia invadido los paises septentrionales; pero saliéndoles al encuentro los de Alepo, les cortaron el camino de manera que no se salvó mas que uno solo.

Timbales y cémbalos anunciaron la victoria, sonriéndole la aurora mas bella de lo que ha sonreido nunca á una esposa. La misma noche Caisan de Aran llevó proposiciones de un armisticio de parte de los Cristianos, trémulos como palomas, hasta la llegada de Enrique, conde de Troya. Cuando este llegó, los sitiadores cobraron ánimo, mientras que la embajada que Saladino recibió del emperador griego, no traia ninguna esperanza de socorro. Isa Behaeddin se encontraba hacia algun tiempo en calidad de embajador cerca del emperador de Bizancio, con quien existia un convenio celebrado, segun parece, inmediatamente despues de la conquista de Jerusalem, en cuya virtud se permitia á los Musulmanes el libre ejercicio de su culto en una mezquita. A tal concesion, que por lo demás no era mas que la renovacion de la libertad del culto musulman en Constantinopla, conseguida á viva fuerza por Togrul, solo podia haber inducido al emperador, de una parte el miedo á los ejércitos de los Cruzados que inundaban los paises del imperio, de la otra el temor al creciente poder de Saladino. Buscó la ayuda de este contra aquellos, mientras que Saladino instigaba á los Griegos á atacar á los Cruzados por la espalda. Sin embargo de que esta relacion diplomática entre el emperador griego y Saladino no tenia mas fundamento que el interés momentáneo, y podia interrumpirse de un dia á otro, prueba de todos modos que este, no menos hábil político que campeon de la fé, habia tratado de aprovecharse de la natural envidia que la córte de Constantinopla alimentaba del ejército de los Cruzados, quienes atravesaban como langostas la Romania y la Antolia. En la comitiva del embajador que Saladino habia enviado á Constantinopla, despues del convenio sobre el libre ejercicio de religion, iban imanes, heraldos de la oracion, predicadores, lectores del Coran con púlpito y facistol. En medio de los muchos Musulmanes que habitaban en Constantinopla por motivos de comercio, habia gritado el muezin: ¡*Dios es grande!* habia ejercido el iman su vigilancia en la súplica, y ejecutado el predicador la solemne oracion del viernes en nombre del califa abásida. Cuando este enviado del islam se marchó de Constantinopla, le acompañó un embajador griego con un sello de oro que anunciaba la ejecucion del convenio.

El historiador Behaeddin estuvo presente á la audiencia, sirviéndose el embajador en ella de un intérprete. Ahora vino otro embajador griego, para completar su embajada interrumpida por la muerte del primero. Las credenciales estaban dobladas y escritas en dos columnas, entre las cuales colgaba el sello de oro del peso de quince zequíes, con el retrato del emperador grabado en oro, como otras veces en cera. Pedíase en ellas el envio de la herencia del embajador muerto, aminorábase la espedicion de Federico Barbarroja, el cual (se decia allí) por las pérdidas hechas en dinero, acémilas y hombres, no podia emprender nada; ó Isaac el Angel se quejaba de que el sultan no le hubiese comunicado ninguno de sus planes, concluyendo con estas palabras: *Está visto que no he ganado con tu amistad mas que la enemiga de los Francos.* El embajador era hombre de edad, astuto y hábil; hablaba griego, árabe y franco, esto es, la *lengua franca* en su orígen. En Acca mandaban el grande emir Behaeddin Caracusk y el capitan supremo Osameddin Ebul-Eidya, los cuales resolvieron de comun acuerdo ejecutar una salida para destruir, si era posible, las máquinas de los sitiadores. Incendiaron la máquina de sitio, que habia costado mil quinientos zequíes al conde de Troya: un musulman se introdujo con disimulo en el puerto, y pasó desconocido por entre la escuadra enemiga con una nave cargada de cuatrocientos sacos de grano, queso, cebollas y ovejas. La tripulacion se habia afeitado la barba, vestido al estilo franco, izado banderas con las cruces y puesto hasta cerdos sobre cubierta, para que no quedase la menor duda de que eran Cristianos. El bloqueo se estrechó cada vez mas, de suerte que á los sitiados no restaba otro medio de comunicacion que el aire ó el agua, valiéndose de palomas ó de buzos: estos no eran siempre tan afortunados como aquellas; y uno de ellos, que por la noche habia salido ya á nado muchas veces, se ahogó próximo á la orilla del puente, con un saco de mil zequíes atado alrededor de los riñones. En el mes de Schaaban (setiembre), el ejército de los sitiadores fue reforzado por las tropas alemanas que, despues de la muerte de su padre, condujo de Antioquía Federico de Suabia; y al propio tiempo Caracusch, comandante de la fortaleza, y el mayordomo Lulu, almirante de la escuadra, enviaron á decir que no quedaban víveres mas que para dos semanas. Por fortuna, entraron en el puerto tres buques egipcios cargados de víveres, que fueron recibidos con el grito de alegría: *No hay mas Dios que Dios, y Dios es grande.*

A fines de schaaban los sitiadores trataron de incendiar la torre de las Moscas, que, eleván-

dose sobre una roca á la entrada del puerto, servia á este de defensa. Con tal objeto habian armado dos brulotes: uno llevaba una torre tan alta como la de las Moscas, y prendiéndole fuego y lanzándole hácia el puerto, debia incendiar la torre; el otro, dirigido hácia los buques musulmanes y el puerto, debia comunicar el fuego á aquellos: en una tercera nave iban soldados para apoderarse en seguida del puerto. Un cambio de viento hizo fracasar la empresa; los brulotes fueron rechazados, y ardieron en el agua sin dañar á la torre ni á los buques; en la nave armada se suscitó tumulto; y fuese obra del temor ó de la discordia, zozobró, ahogándose todos los que iban dentro, por estar cerrada por encima como con una concha de tortuga. El mal éxito de este primer ataque contra la torre de los Moscas no apartó á los sitiadores de la idea de renovar la tentativa, estimulándoles á ello la presencia de los Alemanes; Federico, duque de Suabia, preparó al intento tres máquinas terribles: la primera, llamada *delaket*, ó sea el insecto, era un ariete romano colocado sobre ruedas y defendido por un techo; este ariete con su cabeza de hierro rompia los muros; la segunda era semejante á esta, con la cabeza no redonda, sino cortante como la reja de un arado, y se llamaba el *gato*; finalmente una nave, con una torre en forma de trompa de elefante, que, en acercándose á la muralla, caia ruinosa sobre ella y abria la brecha, Saladino, aunque debilitado por la fiebre, montó á caballo con su hijo, el príncipe de Alepo, y los príncipes de Scheiser y de Balbek, y lanzando frascos de nafta, incendió el ariete y el gato dirigidos contra la torre de las Moscas. La cabeza del ariete, que pesaba diez mil libras, fue llevada al sultan, y el historiador Behaeddin la tocó con sus manos. Catorce dias despues incendió del propio modo las naves preparadas para el ataque de la susodicha torre.

El mal estado de su salud indujo á Saladino á retirar el campamento á las faldas del monte Scheferam; y el mismo dia Yusuf Seiheddin, señor de Arbil, enfermó de fiebre intermitente doble, de cuyas resultas murió á los ocho dias. Saladino confirió la señoría de Arbil á Mosaffireddin, príncipe de Arim y Roha; pero le quitó estas dos ciudades, y restituyó ademas la de Scheiser á la corona, dando luego las tres á su sobrino el príncipe Takdyeddin Omer, hijo de Schemschá. Este habia vuelto á conducir al campamento al jóven Moiseddin Singiarschá, hijo de Seifeddin Gasi, señor de Gesiret, el cual, á pesar de negársele el permiso, se habia puesto en camino hácia la patria. Takgeddin, encontrándose con él en la altura de Fik, le probó la imprudencia de su conducta. Moiseddin, viendo que si no accedia espontáneamente, seria obligado á ello por la fuerza, retrocedió. Melik Aadil, hermano de Saladino, y el historiador Behaeddin, que habian salido á recibir al príncipe Takgeddin, intercedieron por Moiseddin con Saladino, el cual se dejó aplacar. Omadeddin de Sindyar, tio de Moiseddin, insistió no menos vivamente en marcharse del campamento; pero Saladino no quiso acceder, porque su presencia era necesaria en el frecuente cambio de embajadas. Sin embargo, Omameddin suplicó de nuevo á Saladino, y solo se conformó á quedarse, cuando este de su propio puño escribió á la espalda de la súplica las siguientes palabras: «¡Oh! ¡si el que me hace perder la ocasion supiese el destino que le espera!»

Sabiendo que tambien á los sitiadores les faltaban víveres, y que la escasez era tal, que un saco de harina habia costado en Antioquía noventa y seis monedas de oro de Tiro, los sitiadores resolvieron hacer otra salida. Saladino, para sostenerlos, retiró la caballería del collado Adyadiyet al de Caisan: los Cristianos estaban acampados en el pozo del collado El-Agel. Saladino envió mensajeros á Nazaret y Caimun, y se colocó sobre una de las alturas del monte Caruba. Ordenó la batalla de modo que su ala derecha se apoyase en el monte y la izquierda en el mar. En aquella estaban el príncipe Efdal, soberano de Damasco, Dahir, señor de Alepo, y Safir, señor de Bósfora con Alaeddin Curemschá, hijo de Iseedin, príncipe de Mosne, y al estremo de la misma Melik Aadit con los principales emires; en el ala izquierda Omadeddin, señor de Singiar, Moiseddin, señor de Gesiret, y al estremo Takdueddin Omer; ocho príncipes gobernadores, entre ellos tres hijos de Saladino, su hermano y su sobrino. Omadeddin de Sindyar no pudo asistir por el estado de su salud, pero asistieron sus tropas. En el ala izquierda se encontraban tambien los Curdos de las tribus Mehran y Hakyari, y en el centro la guardia particular del sultan.

Los Cristianos se adelantaron por la orilla oriental del riachuelo que divide la llanura de Acca y desemboca en el Belo, hasta su manantial que se llama el cabo de las Aguas. Allí pasaron á la otra orilla, acampándose de modo que las tiendas llegaban hasta el rio. Acontecia esto el 12 de noviembre. En los dias siguientes hubo varios encuentros. Los Cristianos marchaban por la orilla occidental del riachuelo; y Saladino, que desde la altura de Caraba observaba sus movimientos, los hacia molestar continuamente por sus arqueros. El historiador Behaeddin, que estaba al lado del sultan, distinguió la bandera del ejército cristiano sobre el carro, con una cruz roja en campo blanco. Asi marcharon hasta el puente Dabak, destruyéndolo por miedo á que pasasen los Musulmanes. Finalmente los Cristianos al cuarto dia retrocedieron, sin empeñar un combate decisivo. Saladino creia que, padeciendo como estaba de la fiebre, no debia trabar batalla con las tropas enemigas; y oyendo á uno de su séquito quejarse del clima malsano de Acca, tan nocivo al ejército, respondió: «Matadme con Melik, matad á Melik conmigo.» El último hecho de armas de aquel año se verificó diez dias despues, al Norte de Acca, en el mismo paraje donde se habia vencido ya en Mayo. A los diez dias del indicado movimiento, Saladino puso allí en acecho una partida de ginetes, que se lanzó sobre doscientos caballeros cristianos y los mató ó cogió prisioneros. Entre ellos habia un capitan francés y el tesorero del rey de Francia, que acababá de lle-

gar. Saladino trató á los prisioneros con distincion; les dió á todos pieles, porque el capitan iba vestido asi; los señaló tiendas cerca de la suya; convidó una vez al capitan á su mesa; y permitiéndoles traer del campamento cristiano lo que necesitasen, los envió á Damasco. Asi, esta campaña habia empezado en el mismo sitio con la victoria de Aadil, y concluido con la de la emboscada. Saladino permitió ahora á las tropas volver á su patria, lo cual habian pedido muchas veces con instancia, en especial los príncipes de Mesopotamia. El primero que levantó las tiendas fue Omadeddin, señor de Singiar, siguió su sobrino Moiteddin, señor de Gesiret, licenciados con vestidos de gala y otros ricos presentes; despues Alaeddin, hijo del príncipe de Mosul y los príncipes hijos de Saladino, no quedando con este sino unos cuantos jefes y sus íntimos amigos.

Su primordial pensamiento era introducir víveres en la ciudad por el lado del mar. El último dia del año, siete naves egipcias se dieron á la vela con destino á Acca; pero una se estrelló al entrar en el puerto, y á las otras seis se las tragó el mar. Seis dias despues (1191), se arruinó parte de la muralla: los sitiadores tratando de aprovecharse de este accidente, dieron un ataque en medio de la noche; pero los sitiadores no dormian, sino que se ocupaban en levantar pronto muros mejores y mas sólidos. Ambos accidentes, el de las siete naves malogradas y el de la muralla derruida, contristaron profundamente al sultan, considerándolos como los primeros indicios de la pérdida de Ateca. El hambre afligia á la par la ciudad y al campamento de los Cristianos, tanto que una partida de estos desertó y fué á ofrecer sus servicios á Saladino en calidad de corsarios, obligándose á dividir las presas con los Musulmanes. Saladino acogió la oferta de estos piratas, que causaron graves daños á los buques mercantes de los Cristianos: llevaron al sultan por la parte que le tocaba, una mesa de singular hechura, en medio de la cual habia un globo perforado; pero no admitió la mesa ni cosa alguna, bastándole, y con él á todos los Musulmanes, que los infieles fuesen vencidos por sus propios correligionarios y compatriotas. Diez dias despues, el 20 de enero, murió Enrique, duque de Suabia. A principios de abril prosiguieron los hechos de armas en el mismo parage donde habia empezado y concluido la campaña del año anterior. Saladino mandó á Melik Aadil detenerse detrás de la colina que lleva su nombre en conmemoracion de la victoria antes mencionada; y él se puso tambien en acecho con sus guardias detrás del collado Agiadet. Encontrábanse en su séquito los sobrinos Melik, Mosaffireddin, Takeddin y el hijo de este, Nasireddin, Melik el-Moaasem Turanschá, Melik el-Saleh Ismail, y con ellos todo el divan y el historiador Behaeddin. Pero los Cristianos no cayeron en la emboscada; sin embargo, Saladino tuvo el consuelo de ver ante sí cuarenta y cinco Cristianos cogidos prisioneros en Beiruth, cuya vista le causó mas impresion que otras veces, principalmente la de un viejo que apenas podia sostenerse. «Anciano (le preguntó Saladino por medio del intérprete), ¿qué es lo que te ha inducido á abandonar tu patria? ¿A qué distancia se encuentra de aquí?—Mi patria (contestó el viejo) dista de aquí muchos meses, y yo vine para ir en peregrinacion al sepulcro del Salvador.» Conmovido el sultan por la devocion y edad de aquel hombre, le regaló un caballo y le dejó marcharse al campo enemigo. Los tres hijos de Efdal, sobrinos de Saladino, pidieron por conducto de Behaeddin que se les permitiese matar á los prisioneros; mas su tio les negó el permiso, á fin (decia) que no se acostumbrasen á verter sangre, y á mirar esto como un juego en una edad en que no eran aun capaces de distinguir á los creyentes de los infieles.

Soplando entonces de nuevo los vientos meridionales, refrescados por las nevadas cimas del Hermon, sobre la llanura de Esdrelon, é inflando las velas de las escuadras egipcias, acudian de todas partes tropas al campamento musulman. Pero, tambien los Francos recibieron refuerzo con la llegada del rey de Francia, el cual habia traido un halcon que tenia en grande estima. Este voló á la ciudad, y cayó sobre sus muros, lo que los sitiados miraron como feliz pronóstico. El rey envió 1,000 zequíes por el rescate del halcon, pero no fueron aceptados. Casi en los mismos dias llegó tambien el conde de Flandes, que en su anterior cruzada habia causado tanto daño á los Musulmanes con la conquista de Hama y Arum. Se dijo de Laodicea, que algunos súbditos musulmanes habian hecho un desembarco en Chipre, sorprendido en dia festivo una iglesia y cogido prisioneros al sacerdote y al pueblo, entre ellos veinte y siete señores; llevándose un botin tan copioso, que tocaron por cabeza á cuatro mil dracmas de plata pura. En contraposicion de esta alegre noticia, se recibió la de la llegada de cinco buques ingleses, uno de ellos cargado de mármol, víveres y armas. A fines de mayo los sitiadores empezaron nuevamente el ataque, haciendo obrar siete máquinas contra la ciudad. Saladino, en cuanto lo supo, montó á caballo, y con unos cuantos Mamelucos se adelantó hasta los fosos de los enemigos, subió el collado Tell el-Fodhul, desde donde pudo recorrer con la vista su campamento, y juzgar del efecto de sus máquinas; en seguida se volvió á sus tiendas. Algunos ladrones que se habian introducido de noche furtivamente en las tiendas de los Cristianos, le llevaron de regalo un niño de tres meses; pero cuando la madre vino á desahogar á sus piés, el dolor de tal pérdida, enternecido le restituyó su hijo y mandó que se la condujese á caballo al campamento. Saladino marchó con todo el ejército á Caruba, y de allí al collado Adyadiyet, donde plantó su tienda. Entre tanto el bloqueo de la ciudad continuaba cada vez mas apremiante, y de dia en dia su condicion era mas dura. Los sitiadores, para llenar el foso, arrojaban dentro no solo los carroños de sus acémilas, sino hasta los cadáveres humanos; y por su parte los sitiados se desembarazaban de ellos con gran trabajo, cortando algunos en trozos y arrastrando otros al mar. Saladino proseguia sus

ataques en los fosos y en las trincheras; de tiempo en tiempo se presentaba un parlamentario, invitando á entablar algun diálogo; pero Saladino respondia: «Si necesitais de algo, en vuestra mano está el proporcionároslo; para nada necesitamos de vosotros.»

El 8 de junio llegó con veinte buques Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra. Tres dias despues se acercó el gran buque mandado construir en Beiruth por Saladino, con una tripulacion de seiscientos cincuenta hombres, el cual sorprendido desgraciadamente por la bonanza, sucumbió al ataque de cuarenta naves inglesas. Su capitan Jacob de Alepo, viendo que se perdia sin remedio, lo hizo él mismo abrir por todos lados y se sumergió con cuanto traia á bordo, sin que el enemigo pudiese apoderarse de las municiones ni de las armas. Este fue el tercer aviso de la próxima caida de la ciudad, que en el mismo dia quedó vengada por el incendio de la gran máquina que, habiéndose situado á cinco brazas de Acca, amenazaba demoler los muros. Sus paredes de madera estaban revestidas de plomo, hierro y cobre. Contra ella se lanzaba incesantemente nafta, hasta que al fin prendió el fuego. Tres dias despues resonaron los timbales de la ciudad, señal de un ataque convenido entre el sultan y los sitiados; el campo de Saladino contestó al punto; y el combate duró hasta que el ardor de mediodía separó á los combatientes. Al cabo de cuatro dias resonaron de nuevo los timbales del campamento, y la lucha se renovó con mas ardor; los Musulmanes atacaron á los Cristianos en los fosos y en las trincheras, hasta que estos con soldados de á pié y de á caballo trajeron el combate á campo abierto, y los Musulmanes se abalanzaron sobre ellos. Un parlamentario cristiano pidió segura escolta para un enviado del rey de Inglaterra. El enviado, conducido primero á la presencia do Melik Aadil, y luego á la de Saladino, espuso á este el deseo del rey de Inglaterra de abocarse con él. Saladino, sin consultarlo ni pararse á pensar, contestó, «que los reyes solo debian abocarse despues de suspendida la lucha; pues no parecia regular combatir en seguida de haber estado sentados á una misma mesa. Que si el rey lo deseaba, podia hacer que precediese un acuerdo y buscándose luego un intérprete, de la confianza de ambas partes, tendria lugar la conferencia. Que tal era la voluntad de Dios.» En los dias siguientes alternaron escaramuzas de puntos avanzados y misiones de heraldos: dos musulmanes mamelucos de la hermana del rey de Inglaterra desertaron, yendo á reunirse con Saladino. Al cabo se convino en una entrevista de Ricardo y el sultan, á quien acompañaria su hermano Melik Aadil. «Los príncipes (dijo el enviado) se acostumbran enviar presentes, y el rey Ricardo tiene uno que gustaria al sultan.» Aadil lo admitia con la condicion de la reciproca. «Tenemos (replicó el enviado) admirables pájaros de caza; pero en la travesía se han puesto débiles y flacos; necesitamos de consiguiente pollos para nutrirlos y que estén dignos de hacer con ellos un regalo.—¡Oh! ¡oh! (esclamó Aadil) necesita quizá de pollos el rey, y nos los quiere sacar de ese modo?» Asi se interrumpió por esta vez la negociacion; pero se reanudó á los ocho dias, con motivo de haber enviado el rey de Inglaterra de regalo al sultan un musulman de Maaret prisionero. El objeto de la mision y el recibimiento de la embajada fue informarse de la fuerza y debilidad recíproca, de los designios é intenciones.

A últimos de junio, las tropas de los príncipes volvieron de los cuarteles de invierno al campo del sultan; capitaneaba las de Siudyar Tarenkusch, á quien Saladino salió á recibir, en señal de honor; Devadar Seifeddin guiaba el ejército egipcio; el de Mosul el príncipe Alaeddin, á quien Saladino acompañó hasta Caruba; pero ningun refuerzo llegó de parte del califa, no obstante las reclamaciones urgentes del sultan. El año anterior le habia escrito: «Los Cristianos no cesan de recibir socorros, en mayor número y mas nocivos que las olas del mar. Si perece uno en tierra, brotan de las aguas mil; la semilla es mas abundante que los trigos; el árbol echa mas vástagos de los que puede cortar la segur. Estos enemigos de Dios han convertido el campamento en una fortaleza inespugnable. Han perecido ciertamente muchos; pero, nuestros compañeros de armas están cansados de tan larga guerra, y nosotros nos apresuramos á implorar la ayuda del Señor. Dios nos oirá por la intercesion del príncipe de los creyentes. El papa impone á los Francos diezmos y ejercicios de penitencia obligándoles á llevar luto hasta que liberten el sepulcro de su Salvador. A vos, descendiente del Profeta, incumbe hacer lo que él haria si estuviere en medio de su pueblo; pues él ha confiado á vuestra custodia á todos los Musulmanes. Pluguiera al cielo que vuestro siervo estuviere libre de los trabajos que le afligen; entonces mostraria al médico del islamismo el mal que lo consume. ¡Ah! pudiera daros otras nuevas; pero temo trazar un cuadro demasiado fiel de nuestra situacion y contristaros mas de lo que conviene; sin eso, os diria cosas que os harian llorar amargas lágrimas y os despedazarian el corazon. No obstante, persevera, confiando en Dios y esperando la salvacion de él. ¡Dios mio! me resigno con mi pena y la de los mios, pues que á tí place enviárnosla! Sí, nos mantendremos firmes en el peligro.»

No produjo mas efecto una segunda carta; y viendo en esta primavera nuevamente burladas sus esperanzas, escribió asi al califa: «Vuestro siervo os profesa siempre igual respeto; pero está cansado de hablaros de sus enemigos, cuya crueldad y poder crecen de dia en dia. No, hasta ahora no se habia visto á un pueblo sitiar y ser sitiado, encerrar y ser encerrado. Fijar el número de los Francos seria imposible; no alcanza á tanto la imaginacion. Parecen referirse á ellos estos versos: *Estaban reunidos los pueblos con sus jefes. De tal manera, que nos faltan intérpretes para comprenderlos*, etc.»

Esta carta fue tan inútil como las demás. La guarnicion se disminuia, afanándose dia y noche en oponerse á la multitud creciente de los enemigos. Los sitiadores alternaban con regularidad, de suerte que hacian el servicio tropas

siempre frescas, al paso que los sitiados debian al mismo tiempo estar en las murallas y en el jardin, en los buques y cerca de las máquinas. Saladino mismo, al primer aviso de un ataque estaba pronto á montar á caballo, en medio del grito de alarma: *¡Oh familia del islam!* Y en dias de tanto calor, ni comia ni bebia; pero sus heróicos esfuerzos no pudieron salvar la ciudad. Despues de un hecho de armas vivamente batallado el 22 de junio, llegó de Acca una carta donde se decia que era imposible resistir mas, y que si al dia siguiente no se daba un golpe decisivo, se verian obligados á capitular. Esta noticia afligió en estremo al sultan; pues en Acca se encontraba reunida la flor de las tropas de Siria, Egipto y la Mesopotamia, al mando de los mas distinguidos capitanes, tales como Seifeddin Mesetub y Beaheddin Caracusch. Resonó el timbal del ejército, y se renovó un vivísimo combate; pero las tropas de Saladino pelearon con agotadas fuerzas, si bien los sitiados hicieron cuanto cabia en lo humano y hasta las mujeres tomaron parte en la lucha; llevóse á Saladino el arco de una de aquellas nobles damas vestidas de verde. Seifeddin Mesetub fué en persona al campamento cristiano para ver al rey de Francia é impetrar la vida y que los dejase retirarse libremente; pero el rey le contestó que serian sus esclavos. Al oir esto, muchos de los primeros oficiales de los sitiados se refugiaron en el campo de Saladino; aunque manteniéndose ocultos por temor á su cólera. Saladino queria probar otra vez á llenar los fosos; pero el ejército no secundó su ardor. Tres enviados del rey de Inglaterra vinieron á pedir á Saladino fruta y helados para su señor. El sultan los recibió honoríficamente y mandó á Ricardo la fruta y los helados.

Dos dias despues fueron otros mensajeros á tratar con Melik Aadil de la rendicion de la plaza; pero se volvieron sin concluir nada. El 7 de julio, lunes, un buzo trajo de la ciudad una carta en que se anunciaba la resolucion de defender á Acca hasta la última gota de sangre, aunque no habia medio de savarla. Un débil rayo de esperanza brilló al ver llegar al campamento cuatro dias despues á Eseddin Schircu, y los sitiados empezaron á construir un segundo muro detrás del primero asaz mal parado; pero el 12, viernes, un buzo trajo otra carta con la infausta noticia de que todo estaba perdido y la ciudad arruinada; que habian ofrecido entregar la fortaleza y las naves, desembolsar 200 zequíes, dar libertad á ciento cincuenta prisioneros y restituir la vera Cruz; que en cambio, les permitian salir libremente con sus mujeres, sus hijos y sus bienes; era preciso, ademas, entregar al marqués de Tiro, reconciliado ya con los suyos, 10,000 zequíes y 4,000 á sus tropas. Saladino reunió su consejo de guerra, y los pareceres se dividieron; pero el sultan habia decidido enviar por la noche el buzo á la ciudad con el no, cuando de repente, en medio del viernes, se levantaron en la muralla las insignias y los estandartes de la cruz, y se supo que se habia estipulado la entrega con las susodichas condiciones, y que el marqués de Tiro habia clavado tres banderas, una en el castillo, otra en la torre de los Templarios, y la tercera en el bastion del Elefante. Saladino no sabia qué pensar; en un viernes, dia en que habia conquistado á Jerusalem y vencido tantas veces á los Cruzados, acababa de caer en manos de estos el mas fuerte baluarte de la Palestina! El historiador Behaeddin, que estaba á su lado, trató de animarle, y le espuso la necesidad de ocuparse ante todo en lo relativo á Jerusalem y al rescate de los prisioneros. Saladino se retiró aquella misma noche á Scheferam, donde habia estado acampado anteriormente.

Al cabo de tres dias llegaron de la ciudad tres enviados con el tesorero Cus (que era el todo de su hermano Caracusk) para decir lo que se habia resuelto sobre los prisioneres y el rescate. Se les recibió con honor, y continuaron su camino hasta Damasco, para pasar allí revista á los prisioneros cristianos que debian ponerse en libertad. Los reyes de Inglaterra y Francia convinieron con los negociadores de Saladino en conceder á este que pagase en tres plazos el dinero estipulado. Vinieron al campo dos mensajeros del rey Ricardo para convencerse de que la vera Cruz, que segun la capitulacion debia restituirse, estaba realmente en manos de Saladino; y cuando se les mostró, se postraron todos en tierra adorándola y escondiendo en el polvo la frente. El 3 de agosto Saladino, con sus guardias reales y las del cuerpo, se trasladó del collado Scheferam, donde habia acampado hasta entonces, al collado vecino. Repetidos mensajeros insistian en el cumplimiento de los artículos de la capitulacion aun pendientes, esto es, en la entrega de la vera Cruz, de 100,000 zequíes que restaban por pagar, y de seiscientos prisioneros. Hacia ocho dias que habia trascurrido la tercera parte del plazo; Saladino pidió la libertad de los prisioneros musulmanes antes de cumplir las citadas obligaciones; pues con razon temia de la deslealtad del rey Ricardo, que no volveria á ver á los tales prisioneros, si le entregaba sin caucion la santa Cruz, los 100,000 zequíes y los seiscientos cristianos. Los mensajeros no quisieron oir hablar de caucion, pues en este particular nada se habia convenido, é insistieron en que el sultan debia contentarse con la palabra empeñada. El 20 de agosto finalizó la segunda parte del término, sin que Saladino hubiese cumplido las condiciones susodichas. Conforme á lo estipulado, si Saladino no desembolsaba el dinero, ni entregaba los prisioneros y la cruz, podian los Cristianos reducir á esclavitud á los Musulmanes con sus mujeres é hijos; pero ningun poder tenian sobre su vida. Sin embargo, Ricardo contaminó su gloria con una de las mas inhumanas crueldades que han cometido los grandes conquistadores, como Alejandro y Carlomagno I, Amurates IV y Napoleon despues. Los tres mil prisioneros musulmanes que estaban en sus manos, fueron degollados en la llanura entre Caifan y Adyadiyet, famosa desde entonces, como antes Gazna y luego Bagdad y Safa. Este degüello, ordenado á sangre fria, da mucho peso á la acusacion de los historiadores occidentales y orientales que suponen fue Ricardo el instigador del

asesinato del marqués de Tiro. Los ciegos admiradores del novelesco rey de Inglaterra han negado tal instigacion, como los deslumbrados adoradores de Napoleon el horror de la matanza de los prisioneros de Jafa; pero el Ricardo de Walter Scott no es el de la historia, y ni siquiera merece el apellido de Corazon de leon, porque el leon es demasiado magnánimo y noble para matar cruelmente y á sangre fria á los animales, como el inhumano lo hizo con los hombres.

Poco despues de aquel degüello, los Francos levantaron las tiendas, y siguieron las costas marítimas, acercándose á Ascalon, divididos en muchas partidas, la última de las cuales esperaba Melik Aadil segregar de las demás. Pero cuando Saladino llegó á las dunas, supo que habia pasado ya con toda felicidad el rio de Haifa, es decir, el Kischon. Saladino acampó por la noche en Caimun, y habiendo celebrado consejo de guerra, todos unánimes acordaron continuar la marcha con el dia. Así se ejecutó, y Saladino velaba sobre los bagajes, mientras que su capitan Yordik, picaba al enemigo las espaldas. Condujo los equipajes desde la aldea de los Tintoreros hasta las fuentes Negras, donde se puso de acuerdo con su hermano Melik Aadil. Desde allí se dirigió á Melahat y visitó todo el país hasta Caissaridye para ver si habia favorable campo de batalla, y por la noche volvió estenuado de fatiga. A la mañana siguiente subió el collado del Terremoto, donde debia esperar al enemigo, aun en Aifa, y revistó el ejército. Despues de mediodía distribuyó por caballos heridos y armas perdidas, 250 cequíes. En el consejo de guerra se decidió enviar delante los bagajes hasta Mogeddal en el camino de Jafa. Al dia siguiente se dirigió á la fuente del rio que pasa lamiendo á Caissaridye. Era tal la carestía en el campamento, que un pan de cebada costaba cuatro dirhem. Despues de las doce Saladino recorrió de nuevo el terreno, para ver en qué sitio convenia mas dar la batalla, y la siguiente mañana trasladó el campo al collado vecino. Dos Francos que cayeron allí en poder de los Musulmanes, fueron decapitados de órden suya, y sus cuerpos hechos pedazos por los soldados en venganza del degüello de los prisioneros de Acca.

Saladino estaba ya en Cesarea, cuando supo que el ejército enemigo no habia salido aun de Melahat. Otros dos prisioneros francos sufrieron allí igual suerte que los antedichos; pues la justa indignacion provocada por la inhumana conducta de Ricardo le escitó á dictar sentencia de muerte y mutilacion. Habiendo sido conducido ante él un caballero cristiano, le interrogó sobre el motivo de la lenta marcha del ejército Franco y sobre el número de sus muertos y heridos; y luego le mandó decapitar, pero no dividir su cadáver en trozos. El caballero, cuando el intérprete le dijo cuál era su sentencia, ofreció dar por su persona un prisionero musulman. La intercesion de los circunstantes y la belleza del individuo (nunca, dice el historiador Behaeddin, habia visto hombre mas hermoso ni ojos mas vivos y con mas espresion) dilataron su muerte, que se llevó á cabo despues de la oracion de la tarde: aquella misma noche fueron degollados otros dos prisionesros francos. Antes del dia se supo que el ejército cristiano habia salido de Malahat, y que marchaba á Cesarea. Al dia siguiente Saladino visitó los alrededores para escoger un buen campo de batalla. Tres francos cogidos uno tras otro y llevados á su presencia, murieron como los precedentes. Siete veces habia, pues, olvidado Saladino la generosidad y bondad con que acostumbraba tratar á los prisioneros, para dar libre rienda á la exasperacion de la venganza. Los que conocen sus grandes y nobles cualidades, deben con razon suponer que estas siete ejecuciones de prisioneros cristianos, procedieron, mas bien que de un sentimiento personal de venganza, de la necesidad de calmar la irritacion de las tropas; pues si Saladino hubiese sido capaz de pagar con otro el inhumano degüello de Ricardo, habria inmolado á la venganza los seiscientos prisioneros que tenia en Damasco. El 29 de agosto el ejército cristiano se hallaba en Cesarea, y Saladino lo estuvo observando todo el dia. Condujeron ante él catorce cristianos, entre ellos los hijos del hermoso caballero decapitado, cogidos en una nave en Beiruth; y mandó quitar las cadenas á los hijos del caballero y custodiar á los demás en el arsenal.

Al dia siguiente le avisó su hermano Melik Aadil que el enemigo habia levantado el campo de Cesarea. Inmediatamente el timbal del ejército dió la señal del ataque y llovieron de todas partes dardos sobre el ejército cristiano; pero la marcha de este estaba tan bien ordenada y la caballería tan cubierta por los soldados de á pié provistos de corazas impenetrables á los dardos, que los Musulmanes no les causaron ningun mal. Las flechas se clavaban en las corazas de madera, figurando un puerco-espin, sin que por eso detuviesen los Cristianos su marcha. Esta infantería formaba la defensa del ejército de los Cruzados por el lado de tierra, que era de donde llovian las flechas; pero la segunda línea de soldados de á pié que iban junto al mar, inaccesible á los dardos, remudaba de tiempo en tiempo á los fatigados de la línea última, con lo que no faltaban nunca tropas de refresco. El ejército cristiano marchaba en tres cuerpos, guiaba el primero el rey de Jerusalem, el segundo los reyes de Inglaterra y Francia, y el tercero los hijos del conde de Tiberiada: en el centro iba el carro con el estandarte de la cruz que flotaba en una alta torre. Así caminaban sin ser molestados, y cubiertos á la derecha por el mar que les aseguraba el trasporte de los víveres, acampando al fin en la orilla izquierda del rio de Cesarea.

Ambos ejércitos prosiguieron su marcha al siguiente dia. Saladino, acompañado de dos jóvenes, que conducian del diestro dos caballos, cabalgó por entre las tropas, animándolas al combate. Resonaron los timbales, las trompetas; subió á las nubes el grito de batalla: ¡*Allah, Ekber*! y los dos ejércitos marcharon combatiendo y llegaron á mediodía al rio de la Caña, donde los Cristianos levantaron sus tiendas. Los Musulmanes retrocedieron entonces; pues aquellos una vez acampados, se burlaban de cualquier ataque de arqueros. Saladino tuvo que

lamentar en aquel dia la pérdida de Agias, uno de sus mas valientes Mamelucos, á quien llevaron á sepultar en el estanque. Unos y otros pasaron este dia (2 de setiembre) en sus campamentos; pero al siguiente el sultan entró en la fuerza del calor en el bosque de Arsuf, y esperó sobre un collado próximo al convento del Monge, mientras que los Cristianos permanecian aun acampados en el rio de la Caña, donde recibieron los socorros que les llegaron en siete naves de Acca. Un heraldo que pidió hablar á Melik Aadil, manifestó deseos de paz, y que las partes beligerantes se retirasen á sus casas. Saladino envió á decir á su hermano que aplazase la contestacion hasta que llegara el anhelado refuerzo de los Turcomanos. Entonces el rey Ricardo quiso hablar personalmente con Melik Aadil, y sirvió de intérprete el hijo de Hunfredo. Ricardo se mostró dispuesto á la paz, con tal que se devolviesen los paises quitados por Saladino á los Cristianos. Al oír esta proposicion, quedó interrumpido incontinenti el diálogo, el ejército cristiano levantó sus tiendas y Saladino, despues de hablar con su hermano sobre el éxito de la conferencia, ordenó sus tropas en batalla. Los Cristianos plantaron sus reales cerca de otro estanque en la costa.

El viernes 7 de setiembre se prepararon al combate ambos ejércitos; y el musulman era, segun los Cristianos, tres veces mayor que el suyo. Los Cristianos se habian adelantado hasta los jardines de Arzuf, cuando resonó el timbal de los Musulmanes y el grito de batalla. El rey Ricardo habia dividido el ejército en doce escuadrones, de que formó cinco cuerpos: en el primero los Templarios, en el segundo los caballeros de Bretaña y de Anjou, en el tercero el rey Guido con los caballeros del Poitou, en el cuarto el carro de la bandera del rey, defendido por caballeros Normandos é Ingleses, en el quinto la flor de los caballeros guiados por los Sanjuanistas: protegia las espaldas un cuerpo de infantería, flanqueado por arqueros y ballesteros. Sobre esta retaguardia se avalanzaron con tanto ímpetu Turcomanos, Moros y Beduinos, que muchas compañías desordenándose buscaron asilo entre los escuadrones anteriores. Muchos Hospitalarios, privados de sus caballos por la lluvia de dardos, combatieron á pié con arco y ballesta. Los Turcos y los Negros, armados de mazas, sobre cuyos atezados rostros flameaba el rojo turbante, como una aurora boreal en una oscura noche, repartian golpes á diestro y siniestro; pero Ricardo se obstinaba en negar la señal del ataque, y antes que la diese, ya los Hospitalarios se habian lanzado contra el enemigo. Entonces Ricardo no rehusó mas tiempo el combate; sino que montando su escelente corcel quitado en Chipre al emperador Isaac, voló á la cabeza de los Hospitalarios, y rompió las filas enemigas con sus terribles mandobles. Continuaba sonando el bélico timbal en el ejército de los Musulmanes; no cesaba de oirse el grito. ¡*Oh familia del Islam!* y Saladino con Melik Aadil recorrian á caballo las filas, escitando el valor de sus soldados; pero este aflojó y la batalla de Arsuf se decidió á favor de los Cristianos. El hermano de Saladino, Aadil, y el príncipe Efdal, su hijo, habian hecho prodigios; á este último, en el ardor de la pelea, se le reventó un tumor que tenia en el rostro, cubriéndose así de sangre. Muchos de los mas valientes capitanes de Saladino perecieron; de los Cristianos uno solo cayó prisionero, que fue decapitado.

Saladino trasladó el campo desde Arsuf al rio Ausch, que desemboca en el mar al Norte de Jafa. En los tres siguientes dias procuró inútilmente atraer al combate á los enemigos con repetidas descargas de dardos; ellos lo evitaron, y llegaron en el mejor órden á orillas del Ausch, donde ambos ejércitos acamparon, como antes en el rio de la Caña, es decir, Saladino en la parte superior hácia el principio de las fuentes y montañas, y Ricardo en la inferior, hácia la desembocadura y las costas del mar. De aquí Saladino se adelantó hasta Ramla, donde fueron degollados otros dos francos; y los Cristianos estaban en Jafa. Saladino consultó en el consejo de guerra si Ascalon debia demolerse ó conservarse, y quedó resuelto que Melik Aadil se quedase atrás con una division, y que Saladino fuese á Ascalon para impedir que los Francos con la toma de esta ciudad le cerrasen el camino de Egipto. Muy á pesar suyo se determinó Saladino á destruir este baluarte del islamismo, una de las mas hermosas joyas de la corona mural de sus conquistas. «Preferiria (dijo al historiador Behaeddin, en presencia del príncipe Efdal, su hijo) perder todos mis hijos á arruinar aquí una piedra; pero si tal es la voluntad del cielo y el bien de los creyentes lo exije, debo obodecer.» Como un dia se confió á las tropas la defensa de los baluartes, asi ahora se les encargó demolerlos. Los habitantes lamentaban la pérdida de la hermosa ciudad, llenando el aire de gritos y de llanto. Acumulóse en las torres la madera, y despues se le prendió fuego. La obra de destruccion duró diez dias, y Saladino no quiso moverse de allí hasta que fuese derribada tambien la torre de los Hospitalarios, que alta y arrogante se internaba en el mar. Encargó á su hijo Efdal cuidar de la demolicion: la torre ardió por espacio de dos dias, hasta que las piedras cocidas por el fuego se desmoronaron.

Saladino volvió de Ascalon á Ramla, donde concedió á sí y al ejército un poco de respiro; resolviendo luego hacer con Ramla y Lidda, lo que con Ascalon. Ramla dista cuatro horas de Jafa, ocho de Jerusalem, una de Lidda, y está situada en la hermosa llanura de Saron sembrada de colinas, cuyas rosas celebra el Cántico de los cánticos, é Isaías el perfume de sus flores, de acuerdo en esto con todos los viajeros antiguos y modernos. Ramla, el Ramattaim del Antiguo Testamento, la Arimatea del Nuevo, no debe confundirse con Ramat en Gilead, que yace entre Jerusalem y Belen, y á la que llama la Escritura Ramat Mizpe. Rama se considera como la primera ciudad de Palestina, despues de Jerusalem. Soliman, hijo de Abdol Melik, séptimo califa onmiada, la ciñó de murallas despues de la destruccion de Lidda, y su tio la proveyó de acueductos; sus cisternas no ceden

en tamaño y belleza á las de Alejandría. La tradicion árabe coloca allí los sepulcros del sábio Locman y de San Jorge; este combatia á la cabeza de los ejércitos cristianos y era el protector de Inglaterra; aquel es el sábio del Coran, que da nombre al capítulo 31.° Ramla es el mayor mercado de los peregrinos despues de la Pascua. El país circunvecino abunda en olivos y algodon; sus albaricoques y cohombros no son menos célebres que su jabon. En sus cercanías está la iglesia de los cuarenta mártires, fundada por los Templarios en la época de las Cruzadas, que luego se convirtió en mezquita, y hoy se denomina la Sábia. Sobre los sepulcros de los cuarenta mártires ejecutan actualmente los Dervises Dreher sus danzas sagradas. Lidda, famosa en *hechos de los apóstoles* por la cura del paralítico, fue destruida primeramente de órden del romano Cestio, y luego de órden del susodicho califa Soliman, hijo de Abdel Melik. Allí se ve el sitio donde fue martirizado San Jorge, á quien el emperador Justiniano dedicó una iglesia, que restauró, segun dicen, Ricardo Corazon de Leon. En los alrededores crece un arbol llamado del azogue, donde, segun la tradicion musulmana, el Señor Jesus inmediatamente antes del juicio final matará al Degial, esto es, al Antecristo.

Siendo la iglesia de San Jorge tan grande y tan fuerte que se podia defender como un castillo, Saladino resolvió destruir á un tiempo á Ramla y Lidda. Repartió entre los escuadrones del ejército la obra de destruccion, y él, en persona, cuidó de que se llevase á cabo. Una vez distribuidos á los trabajadores los granos que habia en los almacenes, empezaron á demolerse ambas ciudades. Los habitantes fueron trasladados. En seguida Saladino, encargando á Melik Aadil que atendiese al derribo, se dirigió en secreto á Jerusalem para convencerse del estado de la ciudad santa. Tres dias se ocupó allí sin descanso en las necesarias reparaciones y en la provision de víveres; despues pernoctó, como á la ida, en Bait Nuba, entre Ramla y Jerusalem. A la siguiente mañana llegó el enviado de Moiseddin Caisarscha, señor de Malatia, hijo de Kilige Arslan, implorando el socorro del sultan contra su padre y sus hermanos que querian quitarle la ciudad. Melik Aadil salió á recibirle hasta mas allá de Lidda, y Saladino le recibió del modo mas honorífico.

Ahora es cuando principian las verdaderas negociaciones de paz entre Saladino y los príncipes cruzados, interrumpidas y vueltas á anudar muchas veces, hasta que á fines del año se logró restablecer la tranquilidad tan deseada por ambas partes. El genio político de Saladino aparece en estas negociaciones tan grande como su genio guerrero en las batallas, razon por la cual seguiremos paso á paso su curso. Primeramente el marques de Tiro, que se habia puesto á mal con los reyes, y en especial con el de Inglaterra, propuso una paz por separado, á condicion, de que Saladino, bajo juramento, le asegurase la posesion de Saida y de Beimth; en cambio el marqués le prometia sitiar á Acca con todas sus fuerzas de mar y tierra y conquistarla para él. Saladino le envió al noble Aadil con la concesion de las dos ciudades, siempre que conquistase á Acca y diese libertad á los prisioneros musulmanes que tenia en Tiro. Pero en la noche del mismo dia llegó tambien un enviado del rey de Inglaterra á renovar á Melik Aadil proposiciones de paz. Una vez destruida Lidda y Ramla, Saladino condujo su ejército de la llanura de Saron, donde era difícil reunir forraje, al monte de Natron, y empezó á demoler igualmente su castillo. Volvió luego á Lidda para hablar con su hermano Melik Aadil sobre las proposiciones de paz del rey Ricardo, quien, no bien supo las negociaciones entabladas entre Saladino y el marqués Conrado, corrió á Acca á reconciliarse de nuevo con este último.

La ausencia de Ricardo permitió al hermano de Saladino ir á Jerusalem para atender á la reparacion de las murallas. Los ladrones beduinos á sueldo del sultan, que se introducian de noche en las tiendas enemigas, y robaban armas, vestidos, caballos y hombres, le condujeron un caballo y un mulo de que se habian apoderado. Un mensajero del rey de Inglatrrra llevó un hermoso caballo á Melik Aadil, pidiéndole enviase un negociador, y Melik mandó á su secretario Saniat, el cual conferenció largamente en Basar con Ricardo, y de resultas de la entrevista, entregó á Saladino una carta del rey de Inglaterra en la que se exigian, como base de la paz, Jerusalem, los paises aquende el Jordan y la vera Cruz, que siendo tan preciosa en concepto de los Cristianos; para los Musulmanes no pasaba de ser un pedazo de madera. Saladino reunió su consejo y contestó en estos términos: «Jerusalem es tan santa á nuestros ojos como á los vuestros, y aun respecto de nosotros, su categoría es mas elevada, pues desde allí emprendió el Profeta su nocturna ascension al cielo, y allí se reunen los ángeles todas las noches. En cuanto á los paises aquende el Jordan, nos pertenecen originariamente, y solo se perdieron por imbecilidad de los Musulmanes de aquella época. Dios no os permite colocar aquí piedra sobre piedra, mientras la guerra dura, y nosotros gozamos de pingües rentas: ¡alabado sea Dios! Respecto á la cruz y á la muerte del Señor Jesus en ella, lo consideramos mera fábula, y no podemos restituirla sino en el caso de que el islam reporte de la devolucion grandes ventajas.»

El veinte de octubre Melik Aadil reunió á su secretario, al historiador Behaeddin y á varios príncipes del ejército, para comunicarles las nuevas proposiciones del rey Ricardo: Aadil se casaria con su hermana; estableceria su residencia en Jerusalem; Saladino engrandeceria este reino con todas las ciudades del litoral, desde Acca hasta Ascalon; Aadil entregaria la vera Cruz; se restituirian á los Templarios todas sus ciudades y castillos. El historiador Behaeddin llevó, de parte de Melik Aadil, esta proposicion á Saladino, el cual no vaciló en aceptarla, aunque no la consideró mas que como una estratagema del rey. Tres veces le preguntó Behaeddin si consentia, y otras tantas contestó Saladino que sí, con toda su alma. Ibn Nahal llevó esta respuesta, en calidad de enviado de Saladino y

Aadil, á Ricardo; pero cuando el rey espuso á su hermana el objeto de aquella embajada, esta se irritó en gran manera y juró que nunca dividiria su lecho con un musulman. Ricardo la persuadió de que ella atraeria á su esposo al cristianismo, y de este modo quedaron anudadas las negociaciones; pero la guerra, sin embargo, no cesó.

El sultan trasladó su campamento á Basor. El 1.° de noviembre recibió Saladino la triste noticia de la muerte de su querido hijo Mosaffer, y desahogó su dolor con un copioso llanto. Behaeddin le consoló, relatándole aquellas palabras del Coran: «Somos de Dios, y volvemos al seno de Dios.» Saladino mandó que se guardase el mas profundo silencio, á fin de que el enemigo, noticioso de lo que pasaba, no se aprovechase, ó se alegrara malignamente de su infortunio. Mosaffer habia muerto en el camino de Aclath á Miafaracain, y le sepultaron en Hama, donde Behaeddin visitó su sepulcro. Una carta del divan de Bagdad se quejaba, á nombre del califa, de Mosaffireddin, señor de Arbil, porque habia marchado contra Begtimor y cogido prisionero á Asan, hijo de Kipchak; al mismo tiempo pedia se enviase á Bagdad de embajador al juez Fadhil. Saladino respondió al divan del califa, que Mosaffireddin no habia obrado de órden suya, que el hijo de Kipchak habia merecido su suerte por sus robos y que el juez Fadhil no podia ir á Bagdad, á causa de sus enfermedades. Esta respuesta prueba el poco caso que hacia entonces Saladino del califa de Bagdad. Un enviado del rey de Inglaterra fué á quejarse de un ataque insidioso y repentino, y pidió una entrevista con Melik Aadil. Este se dirigió á los puestos avanzados, donde se erigió un gran pabelion para la música del ejército. Melik Aadil y Ricardo comieron juntos. Ricardo pidió avistarse tambien con Saladino; pero este contestó: «No conviene que los reyes combatan despues de haber conferenciado; ni conferencian los reyes sino cuando se trata de cosas importantísimas. Nosotros no nos entendemos, y necesitamos por lo tanto de un fiel intérprete que vaya y venga hasta que se concluya el convenio.» El rey Ricardo admiró esta diplomática contestacion. Por el mismo tiempo el marqués de Tiro proseguia sus negociaciones. El sultan recibió al príncipe embajador, Reinaldo de Sidon, con el señalado honor de regia tienda y traje de gran gala. El 9 de noviembre le dió solemne audiencia, seguida de banquete y conversacion confidencial, en la que el enviado del marqués queria se concluyese el tratado de alianza; pero el sultan, que no estaba dispuesto á consentir en la solicitud del marqués, ofreció dar pronto una respuesta decisiva.

En seguida se presentó una embajada de Ricardo, en que venia un anciano de mas de cien años de edad. «Mi rey (dijo el enviado) te invoca por juez entre él y tu hermano, á quien prometiste los paises del litoral. Debemos absolutamente conservar á Jerusalem; pero haz la division de manera que ni á tí entre los Musulmanes ni á mí entre los Francos resulte el mismo deshonor.» Saladino respondió al enviado con magníficas promesas é invitándole á tener otra entrevista; pero luego hizo averiguar en secreto cómo tratarian á los prisioneros, pues él queria, dijo, una paz que abrazara todos los puntos pendientes y los allanase. Todo esto, sin embargo, no era mas que un ardid diplomático, porque Saladino no pensaba sériamente en la paz. Cuando se marcharon los enviados dijo á Behaeddin: «No estamos seguros de la paz por parte de ellos, y si yo muriese, no volverian á reunirse ejércitos como los actuales, y los Francos adquiririan nuevas fuerzas; es, por lo tanto, preferible continuar la guerra santa hasta que limpiemos de ellos las costas marítimas.» Al siguiente dia reunió á los príncipes y á los magnates para deliberar acerca de las proposiciones del marqués y del rey, y ver cuáles debian oirse á fin de fundar una paz duradera. Proponia el rey ceder á los Musulmanes el país montañoso, ó hacer una division igual de las ciudades, de los mercados y de las aldeas. Ofrecia el marqués reunir las fuerzas de ambas partes en una alianza ofensiva y defensiva. Los consejeros opinaron que debia preferirse la paz con el rey, toda vez que la union de Musulmanes y Cristianos en un campo comun era un peligroso principio. Circularon entonces voces de paz y se pusieron en movimiento negociadores. La base de la paz propuesta por Ricardo era siempre el matrimonio de su hermana, ó si esta no accedia, de su sobrina con Melik Aadil. Entre tanto este salia de tiempo en tiempo á caballo con el príncipe de Sidon, embajador del marqués, y de este modo los enviados de Ricardo instaban por la conclusion de los negocios tanto mas cuanto mayor era su temor de que el sultan se ligase con el marqués de Tiro. El 15 de noviembre volvió Saladino á aconsejarse con sus príncipes y magnates sobre la respuesta que debia dar á los enviados del rey, y se decidió que los acompañasen dos embajadores, uno de parte de Saladino y otro de la de Melik Aadil, á quien el asunto tocaba de mas cerca. Estos manifestarian á Ricardo, que si el matrimonio tenia efecto, Saladino y Aadil cumplirian la palabra empeñada.

Saladino trasladó su campo á Tell el-Gesur, para proporcionarse mas fácilmente forrajes, y de allí fué á Jerusalem, donde pasó el invierno. El rey de Inglaterra, despues de acuartelar en Jafa sus tropas, se dirigió á Acca. Al cabo de algun tiempo un nuevo enviado vino á pedir una conferencia con Melik Aadil, quien tenia plenos poderes del sultan para ajustar paces. Saladino le dijo que reuniese las tropas de Gavr y de Kevkeb, y que con ellas marchase al sitio de la entrevista. Aadil pidió instrucciones, con el últimatum. En efecto, le fueron dadas, y la base era un reparto igual de todas las posesiones recíprocas. Si Ricardo insistia en Beiruth y Cainra, Aadil exigiria su desmantelamiento, conviniendo en la fundacion de Wahram. La cruz seria entregada, la custodia del Santo Sepulcro estaria á cargo de eclesiásticos, se permitiria la peregrinacion á todos los que fuesen sin armas. El sultan tuvo que consentir en todo esto, por el cansancio general de sus tropas, por la cuantía de las deudas, y por el deseo de los suyos de volver

á ver el suelo patrio, pues muchos no se habian separado jamás de su lado, y era imposible esperar de él permiso de alejarse.

En medio de estas negociaciones con los enemigos en Siria, llamaron la atencion de Saladino los acontecimientos de la Mesopotamia y del Asia Menor. Ordenó á su hijo Efdal que marchase á las orillas del Eufrates para quitar aquellos paises á Melik Mansur, hijo de Takdyeddin, el cual se habia sublevado contra el sultan. Melik Mansur halló un protector junto á Saladino en Melik Aadil, que trataba de paliar y disculpar la sublevacion; pero Saladino mandó á Efdal que se pusiese en marcha y encargó á su hijo Dahir, gobernador de Alepo, que le apoyase con todas sus fuerzas. El pronto fin de aquellos disturbios le interesaba tanto mas cuanto que impedian el progreso y buen resultado de las negociaciones con Ricardo, y era de temer que el hijo de Takdyeddin se coligase con Begtimur. Tambien el enviado del marqués habia partido, pero á poco fue muerto por asesinos que declaron los pagaba el rey de Inglaterra; lo cual no repugna ni á los intereses ni al carácter del verdugo de los tres mil prisioneros de Acca. El hijo de Takdyeddin, informado de la cólera del sultan, envió un embajador á su protector Melik Aadil pidiendo á las tres ciudades de Aaran, Rhoa y Samosata, con sus territorios, ó bien Hama, Mombese Salemgia y Maarret, bajo la caucion de Melik Aadil. Saladino accedió á la súplica de su hermano, y dió al protegido Aaran, las ciudades de Rhoa y Samosata, y Melik salió fiador de la tranquila conducta de aquel; sin embargo, el sultan, aunque juró cumplir estas condiciones, se negó á entregar el documento por escrito que deseaba su hermano. Esta repulsa interrumpió la negociacion, y Saladino estaba sumamente irritado de que la paz se turbase asi por obra de su nieito; pero al fin le persuadieron los reiterados ruegos de Aadil y la exhortacion del emir Osameddin Ebul Eigio, que le hizo comprender cuánto convenia mantener la concordia entre los Musulmanes, mientras podia seguir la guerra santa contra los Cristianos. El historiador Behaeddin se encargó de poner por escrito el convenio, dando fin asi á tan molesto asunto. Las ciudades quitadas en Siria al hijo de Takdyeddin, se dieron á Melik Aadil, que cedió cuanto poseia aquende el Eúfrates, escepto Carak, Schanbek, Salt y Beca, obligándose á enviar á Jerusalem cada año seis mil sacos de trigo. Salt y Beca son hoy dos distritos pertenecientes al sanjacato de Agelun; el primero trae su nombre del castillo situado en la pendiente oriental de la montaña de Gavr, esto es, del profundo valle del Jordan, á Mediodía de Ayelun, que dista de él una etapa; Beca, segun la tradicion oriental, es el pais de Lot, gobernador de Omman, en cuyas ruinas el musulman visita el palacio de Goliat, el sepulcro de Aarón y la plaza donde jugaba Salomon. Melik Aadil, una vez escrito el convenio, partió hácia el Eúfrates á arreglar las cosas del hijo de Takdyeddin.

Mientras se detenia sin volver el enviado de Ricardo, se presentó uno del emperador de Constantinopla que queria negociar con Saladino paz y amistad, poco mas ó menos bajo las mismas condiciones de Ricardo y el marqués de Tiro. A los dos dias fue despedido el embajador, y le acompañó el egipcio Ignol Besas, enviado por Saladino con la comision de desechar aquellas proposiciones, y de decir particularmente que el rey de Georgia habia ofrecido ya por la santa cruz 200,000 zequíes. Rotas por entonces las negociaciones, seguian las cosas de la guerra. Los Francos se apoderaron del castillo de Darum, para cuyo derribo se sirvió Ricardo de minadores de Alepo, corrompidos con dinero. Se acamparon en Asa, no lejos de Hebron, en el monte de Abraham; y de allí se alargaron hasta una encrucijada, desde donde el camino conduce por una parte á Ascalon y por la otra á Bait Gebrin. Saladino mandó contra el enemigo á su ejército, reforzado con nuevas tropas, mientras una indisposicion le detenia en Jerusalem. A principios de junio se recibió la noticia de que el enemigo con infantería, caballería y bagajes se habia adelantado hasta Tell Safiet. El 9 estaba en Natrun, y acampando al Norte de este, reunió víveres y refuerzos para marchar contra Jerusalem. Al dia siguiente llegó á Bait Nabet, en las cercanías de Jafa, distante una jornada de Jerusalem, donde entre tanto se disponian á la defensa. Cerca del Asia los enemigos sorprendieron una caravana, cogiendo tres mil camellos, quinientos caballos y otros tantos hombres. Esto conmovió profundamente al sultan, que continuó con mayor celo la defensa de Jerusalem. Hizo corromper el agua en torno de la ciudad, y cegar los pozos, enviando á todos lados por refuerzos. Melik Efdal, que se habia sustraido á los ojos de su padre en Damasco, vino al fin con sus hermanos Mélik Safir y Melik Corbeddin. Salió Saladino á recibirlos, y en honor de Efdal saltó de su caballo; luego reunió á todos los príncipes de su ejército en consejo de guerra, donde Behaeddin le escitó á seguir en tan grande apuro el ejemplo de los compañeros del Profeta, y jurar sobre la santa piedra del altar del sacrificio, morir en la guerra santa. Despues habló el mismo Saladino: les dijo que en sus manos tenian la sangre y los bienes de todos los Musulmanos; que Jerusalem era el baluarte del islamismo; que si (lo que Dios no permita), dejaban de cumplir con su deber, los paises del islam serian registrados como las hojas del libro de las buenas y de las malas acciones de los hombres por el ángel Segiol el dia del juicio. Todos le juraron fidelidad hasta la muerte, y él se mostró satisfecho; pero, por la noche confió al historiador Behaeddin una causa de nuevos temores. Ebul Eigia le habia participado que muchos mamelucos, desaprobando la resolucion de defender á Jerusalem, deseaban marchar contra el enemigo en campo abierto; que en tal caso dejase en Jerusalem á uno de su familia, pues de otro modo los Curdos no obedecerian á los Turcos, ni estos á aquellos. Al principio Saladino se resistia á salir; pero vió que el quedarse era imposible sin gran peligro del islam. Oró en la mezquita, y la siguiente mañana se recibió la fausta noticia de que el enemigo se habia alejado de Jerusalem.

Los reyes de Francia é Inglaterra estaban discordes en cuanto á emprender ó no el sitio de

Jerusalem: los Franceses insistian en que sí, diciendo que solo á causa de Jerusalem habian abandonado su patria; los Ingleses oponian á esto, que las aguas estaban corrompidas y los pozos cegados: replicaban los primeros que el rio Tekia, distante de la ciudad una parasanga, daba agua suficiente; pero Ricardo demostró la imposibilidad de tomar de allí agua, á vista de la guarnicion. No pudiendo convenirse, se cometió la decision á un tribunal de tres árbitros, escogidos entre doce sacados á la suerte de otros trescientos. Aquellos se declararon por la retirada, y en el mero hecho de alejarse de Jerusalem el ejército cristiano, se renovaron las negociaciones de paz. Primero un enviado del conde Enrique de Acca pidió la entrega de todos los paises marítimos, que le cedia el rey de Inglaterra; pero habiéndose Saladino irritado con esta proposicion hasta el punto de faltar poco para prenderle, añadió que el conde agradeceria á Saladino lo que tuviese á bien darle de aquellas posesiones. A los dos dias se le despidió con la respuesta de que respecto á Acca y á Tiro él y el marqués celebrarian iguales tratados. Por medio de Agi Yusuf, amigo del ministro Mesestub, se contestó: «Que el sultan queria ajustar paces con el conde Enrique, teniendo la posesion de Acca y libre mano en el tratado que debia concluirse con el rey de Inglaterra.» Al poco tiempo volvió Agi Yusuf con un enviado inglés, el cual manifestó que Ricardo deseaba paz y amistad con Saladino; que él no queria gobernar como un Faraon, y que en el sultan suponia las mismas ideas, que ponia al servicio de este á su sobrino el conde Enrique; que no esperaba que despues de haber restituido tantas iglesias á los monjes cristianos, se negase Saladino á devolver una sola (la del Santo Sepulcro); que desistia de cuanto habia pedido por medio de Melik Aadil, y casi se contentaba con un desnudo espacio de tierra en Jerusalem. Celebróse consejo, y opinando todos en favor de la paz, se contestó que, vista la moderacion del rey, su sobrino seria tratado como uno de los hijos del sultan, concediéndosele la grande iglesia de la Resurreccion; que las demás posesiones se dividirian de manera que Ricardo tuviese el litoral y Saladino el país montañoso, formándose dos partes del territorio de en medio; pero que Ascalon debia desmantelarse, pudiendo quedar quizá al rey las aldeas pertenecientes á la ciudad, mas esta nunca.

Al dia siguiente, Agi Yusuf, el amigo de Mesestub, volvió con un enviado inglés y la respuesta de que el rey reconocia la magnanimidad del sultan, y que solo le suplicaba recibiese veinte guerreros cristianos en la fortaleza de Jerusalem, los cuales no tendrian ninguna comunicacion con los Cristianos y Francos que habitasen en la ciudad; y que en cuanto á la division de los paises, convenia en que el sultan fuese dueño de la montaña y el rey de la llanura. El enviado añadió de su propia cosecha que Ricardo no daba á Jerusalem porque sus fuerzas se hubiesen debilitado, sino porque deseaba volver á la patria; y en seguida ofreció de regalo dos halcones. Al dia siguiente (24 de julio), se reunió el consejo y se respondió al enviado: «Que á los Cristianos solo se les concederia visitar el Santo Sepulcro.» El enviado añadió que estarian exentos de toda contribucion, en lo cual se convino, aunque siempre en el caso de que Ascalon fuese desmantelada. El enviado observó que las fortificaciones habian costado inmensas sumas al rey, y Mesestub propuso que se le entregasen en compensacion las aldeas de los alrededores. Asi se acordó, estableciendo que tambien se desmantelase á Darum, que las posesiones se dividiesen con equidad y que las costas desde Jafa á Tiro quedasen á los Francos. El enviado exigió le acompañasé un emir, encargado de jurar el cumplimiento de los artículos á nombre del Sultan. Saladino aplazó esto hasta que dichos artículos se hubiesen escrito en limpio, y correspondió á los regalos del rey con otros no menos espléndidos, pues no queria le escediese nadie en generosidad. Volvió por la cuarta vez el enviado pidiendo que las ciudades de Jafa, Ascalon y Darum se cediesen sin ser desmanteladas. Reunido el consejo, se insistió en las antedichas condiciones; pero concediendo al rey la posesion de Lidda por los gastos hechos en fortificar á Ascalon. Agi Yusuf volvió solo con el ultimatum del rey, espresando que no podia quitar una piedra de Ascalon; oido lo cual por Saladino, pensó de nuevo en la guerra.

Al oir que Ricardo se habia dirigido á Beiruth, el sultan salió de Jerusalem y acampó en el-Dyub, y luego en Bait Nobet, donde se le reunió con refuerzos su hermano Melik Aadil. Despues marchó hácia Ramla, y se detuvo en las alturas entre Lidda y aquella. Acompañado de una brigada, fué á Basur y Bait Gebrin para examinar á Jafa de cerca; y el 28 de julio dió principio al asedio de la ciudad. Peleóse tres dias con grande obstinacion; los sitiados, cuyo valor admira el mismo historiador Behaeddin, no cerraron las puertas, supliendo con sus pechos los baluartes y los muros derribados por los minadores. Pero cuando la muralla se desmoronó en toda su longitud, y el ejército se avalanzó furioso, la ciudad pidió capitular. Saladino estableció como condicion el cambio de ginete por ginete, y soldado de á pié por soldado de á pié. Los diputados suplicaron se suspendiese el saqueo hasta su vuelta; pero Saladino contestó, que se retirase la guarnicion al castillo, pues no podia demorar por mas tiempo el saqueo de la ciudad.» Mientras que en el consejo de Saladino se discutia si deberia ofrecerse capitulacion al castillo, ó tomarlo á viva fuerza, se presentó delante de Jafa la escuadra de los Cruzados, que en cuanto supo lo del asedio acudió desde Beiruth. Behaeddin, á quien Saladino habia concedido que notificase á la guarnicion su pronta salida del castillo, no pudo cumplir este encargo por la intempestiva humanidad de Yordik, el cual no quiso que la guarnicion dejase el castillo antes que se concluyese el saqueo, temiendo una desgracia. Behaeddin y Melik Aadil escoltaron á cuarenta individuos que habian salido de la fortaleza, creyendo pequeña la escuadra (esta llegó por la noche) é insuficientes las tropas que trajese á bordo para libertar el castillo; mas en cuanto vieron que consistia en treinta y cinco velas, el resto de

la guarnicion lejos de marcharse, se arrojó sobre los Musulmanes esparcidos por la ciudad y los expulsó.

Melik Aadil envió á Behaeddin con la noticia á su hermano. Inmediatamente el timbal puso en movimiento á las tropas, que, penetrando en la ciudad, encerraron la guarnicion en el castillo. El patriarca y el castellano acudieron á escusarse de lo ocurrido; pero Ricardo entre tanto habia desembarcado las tropas, no habiéndose hecho antes por el error en que estaba de que los Musulmanes tenian tambien el castillo. Pero cuando uno llevó á efecto la desesperada resolucion de saltar desde el castillo al puerto por encima de la muralla, y relató la verdad al rey, toda la escuadra, aumentada hasta cincuenta buques, desembarcó los guerreros, y estos, derrotando á los Musulmanes, les quitaron la mayor parte del botin. Entonces el rey Ricardo renovó las negociaciones de paz por medio de Abubekr, tesorero de Melik Aadil, con quien, como con otros prisioneros mamelucos, sériamente ó chanceándose, hablaba á menudo. Saladino contestó que, al paso que antes se trataba del desmantelamiento de Jafa y Ascalon, ahora solo habia que tratar del de esta última, estando ya Jafa desmantelada. Ricardo tornó á enviar al tesorero, con un embajador inglés, encargado de decir á Saladino que era costumbre entre los Francos, que el que recibia de otros ciudades y paises era su vasallo; pero que, no obstante, las tropas de las ciudades que pedia, Jafa y Ascalon, estaban al servicio del sultan. Saladino respondió que, ya que el rey era tan moderado en sus discursos, se quedaria con Jafa y con los alrededores de Ascalon. Estableció su campo en Lasur, donde revistó y ordenó la vanguardia y los minadores. De allí volvió á Ramla, y de nuevo apareció Abubekr con un enviado inglés: el rey daba las gracias por Jafa, mas pedia tambien á Ascalon, para poder cuanto antes volverse á su reino y no tener que invernar en Palestina. Saladino contestó que no se hablase de Ascalon; que el rey deberia adaptarse á pasar allí el invierno; y que resolviéndose á ello Ricardo, en la flor de la juventud, en la época de los goces de la vida, bien podia hacerlo él, que por su edad avanzada se cuidaba poco de los placeres del mundo; tanto mas fácilmente, cuanto que tenia dos ejércitos; uno para el invierno y otro para el verano; que creia cumplir asi su deber, y que no desistiria de combatir hasta que Dios concediese la victoria á quien fuera de su agrado.

Noticioso de que habian salido de Acca nuevas tropas para reforzar las de Jafa, marchó Saladino con un escuadron de caballería á Ausch, donde supo que el refuerzo enemigo habia llegado ya á Cesarea, y que Ricardo estaba acampado con poca gente delante de las puertas de Jafa. Saladino le atacó á la cabeza de sus ginetes; pero estos, que no podian olvidar el botin de Jafa de que se les habia privado, no le sostuvieron como convenia. Saladino irritado retrocedió, y dirigiéndose por Basur y Natrum á Jerusalem, dijo la oracion del viernes en la mezquita de Aksa, visitó las fortificaciones, y en la misma noche volvió á Natrum. Llegaron nuevos refuerzos á su campamento; Alaeddin, hijo del Atabeg de Mosul, las tropas egipcias y las de Mansur, hijo de Takdyeddin. Permitió á su hijo Dahir que saliese á recibir á su primo y le señaló sitio para acampar en las cercanías de Ramla. Decidido á atacar a Jafa, envió un escuadron de caballería á descubrir terreno.

Vinieron enviados ingleses en busca de fruta fresca y helados para su señor, el cual estaba indispuesto y deseaba comer peras y melocotones. Saladino condescendió gustoso con su deseo, y Ricardo le dió gracias por medio de un enviado acompañado de Abubekr, negociador favorito. Este dijo, que Ricardo le habia encargado en confianza tratase de obtener del sultan la paz, valiéndose de Melik Aadil; y, que si no podia lograr la cesion de Ascalon, le indujese á lo menos á compensar lo gastado en las fortificaciones. Saladino los envió á ver á Melik Aadil, y con ellos uno de sus servidores de confianza, para que dijese de su parte á Aadil que si el rey desistia de Ascalon, ajustase las paces. En seguida se presentaron cinco ingleses, á cuyo frente iba enviado Habat (nombre que figura hoy aun en la lista de los pares ingleses) con la declaracion de que el rey, deseando sinceramente la paz, no solo desistia de Ascalon, sino hasta de la compensacion de los gastos. Saladino respondió, por conducto de Bedreddin Duldurin, conmandante de la vanguardia, que el sultan habia reunido su ejército, y que no podia entrar en plática con el enviado hasta saber si se mantendrian las proposiciones hechas anteriormente. Bedreddin envió á decir que se habia asegurado de la fidelidad de la palabra del rey, y que los paises se distribuirian segun lo convenido con Melik Aadil. Entonces Saladino reunió el divan, donde determinó las ciudades y los lugares que debian cedérsele en los paises ocupados por los enemigos: del territorio de Jafa, á Ramla, Jafna y Mesedel; del de Cesarea, á Arsuf y Aifa; del de Acca, á Nazaret y Safuria. El emir Tarantai, que fué á ver al rey de parte de Saladino, dijo á su vuelta que Ricardo habia negado al principio la renuncia de la compensacion por lo gastado en las fortificaciones, pero que declarando unánimes su certeza los que la oyeron en union de Bedreddin, tuvo que conformarse. Aquella misma noche el historiador Behaeddin escribió en limpio los artículos y al dia siguiente, que era un miércoles, 22 de sehaaban (2 de setiembre), se firmaron. Dejóse ademas á los Cristianos á Ramla y Lidda; se estableció que el desmantelamiento de Ascalon se efectuase por medio de trabajadores de ambas partes; los príncipes de Antioquía y de Trípoli fueron comprendidos en la paz. Al otro dia se juraron solemnemente los artículos por los emires y por los jefes cristianos. De entre estos, juraron el conde Enrique, sobrino de Ricardo, Balian, príncipe de Tiberiade, los Hospitalarios, los Templarios y los demás capitanes; por parte de Saladino, su hermano Melik Aadil, sus hijos Esdal y Dahir, su nieto Melik Mansur, los emires Mesestub y Bedreddin, hijo de Mocaddem señor de Seheiser, y otros. Ricardo y Saladino, en vez del juramento, los confirmaron con su palabra y dándose las manos. Las fortificaciones

de Acca se demolieron; Cristianos y Musulmanes se abrazaron como amigos; se dió segura escolta á los peregrinos para ir á Jerusalem; y aunque Ricardo no mirase con buenos ojos su aglomeracion y hasta pretendiese que Saladino rechazara las turbas, el sultan los acogió de la manera mas hospitalaria, y se escusó con el rey diciendo que la santidad del lugar no le permitia alejar á los que iban á él en peregrinacion. El tenia tambien intencion formal de ir á la Meca y el dia en que se dejó libre á los Cristianos la peregrinacion á Jesusalen, invitó públicamente á todos los que deseasen acompañarle á la Meca, para que registraran su nombre y poder asi proveer a sus necesidades en vestidos, víveres y todo.

Ajustadas las paces, recibió Saladino una embajada del divan de Bagdad, que se dirigia con las mas brillantes promesas á Melik Aadil para obtener por su mediacion que el sultan enviase al fin un embajador al califa. Nombróse á Sia de Schersor. Antes de separarse de su hijo predilecto Dahir, le habló en estos términos afectuosos: «Te recomiendo el temor de Dios, principio de todo bien; observa sus preceptos; abstente de verter sangre, porque la sangre vertida no duerme; guarda los corazones de tus súbditos y sus negocios porque Dios y yo te hemos cometido su custodia; te recomiendo el cuidado de tus grandes y emires, pues yo he subido adonde estoy por haberlos tratado á todos amistosamente; no aborrezcas á nadie, pues la muerte á nadie perdona; no ofendas á los hombres que no perdonan, mientras que Dios perdona al que se arrepiente, porque es todo bondad.»

Opúsose á su proyecto de peregrinacion á la Meca el deseo de ir á Egipto; pero ni aun pudo satisfacer este. Dejó al historiador Behaeddin para que concluyese la fábrica empezada en Jerusalem de un hospital y de una escuela superior; encargó al emir Iseddin Yordik el gobierno de la ciudad, y él marchó á Damasco, que se alegró de volver á ver, despues de tanto tiempo, á su amado soberano. Salió á recibir, mientras cazaba, á su hermano Melik Aadil que, despues de visitar los paises á orillas del Eúfrates, volvia á Damasco; y pasó algunas semanas con él y con sus hijos en la diversion de la caza. Al recibir una embajada de los Francos, Amir, su hijo mas pequeño, asustado por la insólita aparicion de los enviados estranjeros y de sus trajes, rompió en un fuerte llanto. El amor de padre pudo mas que las formas diplomáticas; se escusó por aquel dia, y despidió al embajador sin oirle. Despues se puso á comer arroz con leche, pero con poca gana, y desde aquel dia le empezó la enfermedad de que no tardó en sucumbir. La noche antes de su muerte, el príncipe Efdal, su hijo mayor, hizo jurar á los emires fidelidad á Saladino mientras viviese, y despues de muerto, á su hijo y heredero Efdal. En la noche del 2 al 3 de marzo de 1193, el jeque Ebu-Grafer le leyó el Coran: estaba adormecido; pero cuando el lector llegó al pasaje: *El es Dios; no hay mas Dios que El; El sabe lo que está oculto y lo que no lo está*, despertó Saladino de su letargo y dijo: *Ciertamente*. Esta fue su última palabra; y al amanecer, conforme al testo del Coran: *¿No está cerca la mañana?* se durmió en el Señor. El dia mismo, poco antes de la oracion de la tarde, fue enterrado en el jardin de su palacio.

En su tesoro se encontraron únicamente veinte y siete monedas cristianas de plata y un zequí de Tiro; habíalo agotado no solo con los contínuos armamentos militares, sino tambien con su generosidad. Príncipe justo, como Noradino, que erigió en Damasco el tribunal; mas grande que aquel por la estension de sus conquistas y por la superioridad de su política; mediante la cual, despues de las negociaciones tantas veces empezadas é interrumpidas, obtuvo, con su asídua perseverancia, la paz segun las condiciones propuestas en un principio al rey de Inglaterra, á saber, la posesion de Jerusalem y el desmantelamiento de Ascalon: príncipe no solo superior con mucho al bárbaro Ricardo Corazon de Leon, indebidamente exaltado por los historiadores europeos; verdugo de los tres mil prisioneros é instigador probable del asesinato del marqués de Tiro, sino el mas ilustre de todos los Musulmanes de que hace mencion la historia de los Cruzados, y en nuestro dictámen, el mas generoso, tolerante, humano, noble, y de consiguiente el mas grande hombre entre los príncipes que en dicha historia figuran. Su prudencia como hombre de Estado se hizo notar de un modo brillante al principio de su gobierno en Egipto, no faltando nunca á la debida sumision á su señor y bienhechor Noradino; y al fin de su vida, por medio de las relaciones diplomáticas con el rey Ricardo: su talento militar se mostró en la batalla de Safurga, en la campaña de Alepo que le hizo dueño de veinte y cuatro ciudades, en la conquista de Jerusalem, y en la defensa de Acca. Todas sus acciones fueron conformes á las máximas de los tratados sobre el arte de reinar de Neschibeddin, y sobre la guerra santa de Behaeddin, y su vida entera consistió en realizar la idea de su nombre Saladino, esto es, *bien de la religion*.

Pero este nombre estaria privado del hermosísimo brillo con que resplandece desde la tenebrosa edad media hasta nuestros dias, si Saladino se hubiese dedicado á promover el bien de la religion tan solo por medio de sangrientos combates en el campo de batalla y no con el fomento de la ciencia. Esta *segunda guerra santa* que, segun la tradicion del islamismo, se llama la *mayor*, mientras que la *menor* es la que se da en el campo, no la sostuvo, á decir verdad, en persona como su gran predecesor el atabeg Noradino; pero, ya por su propio impulso, ya movido por el ejemplo de este y de otros califas, Saladino protegió del modo mas eficaz las ciencias con la fundacion de escuelas y academias, con el favor concedido á los juristas, á los filólogos, á los médicos y á los poetas. Hemos hablado ya de la escuela superior que instituyó en el Cairo, llamada la Nasirica, es decir, auxiliadora de la fe, y del hospital; siendo evidente que ni aquella pudo crearse sin personas de gran ciencia, ni este sin grandes médicos. Por la relacion que antecede se conoce ya bastante á los dos Surverdi, á Nedyibeddin, el piadoso jeque que

escribió el manual de los príncipes, y el filósofo Iahia, cuya ejecucion empaña la gloria de Saladino. Nos resta solo dar á conocer los demás grandes eruditos y poetas, cuya gloria, bañada de luz por el reino de Saladino, refleja sobre este nuevo esplendor; lo cual haremos con tanto mas gusto cuanto que todas las historias de Saladino hasta hoy conocidas, sin esceptuar la de su historiógrafo Behaeddin, son en esta parte defectuosas.

A la cabeza de estos doctos personajes que eran al mismo tiempo hombres de Estado, figura el visir Abderrahim el-Askelani, apellidado Misri, porque, habiendo nacido en Ascalon, estableció su residencia en el Cairo; llevaba el doble título de *juez escelente* y de *restaurador de la religion*, y á causa de su doctrina, como lo testifica el Plutarco árabe Ibn Callikian, fue sumamente apreciado por Saladino. El secretario de Estado Omadeddin le elogia mucho, llamándole *señor de la pluma y de la esplicacion*, y añade que oscureció á todos los predecesores, como la ley de Mahoma abolió todas las precedentes, venciendo á Ibn Cais en elocüencia y á Hatin Tai en generosidad. Ibn Callikian, que visitó repetidas veces su sepulcro en el Cairo, y trascribió del mármol la fecha de su muerte, ofrece un ensayo de su estilo epistolar y de sus versos. Askelani habia fundado una escuela superior en el Cairo, provincia de Mologuidya, donde él mismo dió la primera leccion. Otro visir de Saladino, gran literato, fue Kemaleddin de Schersor, secretario de Estado de Noradino, á quien el califa Moctadi habia enviado en calidad de embajador á Kilidye Arslan y á Saladino; este, cuando subió al trono, le nombró secretario de Estado. Kemaleddin buscó su gloria, no tanto en los versos, cuanto en las fundaciones piadosas que dejó en Mosul, su patria, en Nisibi y en Damasco.

Ninguna de las fundaciones del segundo visir Kemaleddin de Schersor fue tan famosa como la de la *medresé* del primer visir Abderrahim de Ascalon. A esta *medresé* legó por testamento su biblioteca de cien mil volúmenes, formada con los restos de la gran biblioteca de los califas, despues del incendio y el saqueo, la mayor y mas numerosa de otras doce bibliotecas, que en el curso de dos siglos fueron fundadas en el Cairo en otras tantas *medresés*, bajo el dominio de los sultanes mamelucos. Todas, comprendida la de la mezquita Esher, esto es, la floridísima, han desaparecido, como las siete bibliotecas públicas de Andalucía.

La historia cuenta pocas pérdidas que las ciencias hayan esperimentado por la ruina de bibliotecas, mayores que la de las bibliotecas de Alejandría á manos de los Arabes, de Bagdad á manos de los Mogoles, de Constantinopla y de Trípoli á manos de los Cruzados, y de Matías Corvino en Buda, debida á los Otomanos. Algunas de estas devastaciones pueden considerarse en verdad como represalias de otras anteriores; asi, el incendio de la biblioteca árabe de Trípoli, de increible riqueza, fue para vengar el de la de Alejandría; si Soliman el legislador arrastró los mas preciosos manuscritos de la biblioteca de Matías Corvino al tesoro del serrallo, Marsilli, en la reconquista de Buda por los Austriacos, saqueó la biblioteca de la mezquita mayor, y la legó á Bolonia su patria, donde hace siglo y medio yace como un tesoro inútil. Y vese igual represalia en el destino de la biblioteca de cien mil volúmenes del gran visir Ahmed Castellani, formada con los restos de la de los califas; y el modo de destruirla, segun ha notado Macrisi, fue singular y desconocido hasta entonces. Ciento cuarenta años despues de su fundacion, el año del hambre, se diseminó por todas partes; pues los estudiantes, autorizados por el sultan Ketboga, vendieron los libros para comprar pan; hasta el punto de que cuando escribia Macrisi (á principios del siglo XV), de los cien mil volúmenes solo quedaban unos pocos, entre ellos un gran Coran en caractéres cúficos, que pasaba por el de Osman. La biblioteca mas rica y mejor conservada en tiempo de Macrisi era la de la *medresé* Mahamudyet, cuya conservacion, como este escritor observa, se debió principalmente á la prudencia de su fundador, que prohibió se sacasen los libros de la *medresé*, no usándolos sino los que estudiaban en ella.

A los dos visiris Askelani y Schersori se oponen como secretarios de Estado dos eruditísimos biógrafos de Saladino, Behaeddin y Omadeddin. Yusuf Ibn Scheddad Behaeddin, tantas veces mencionado en el curso de esta biografía, como testigo ocular de las hazañas de Saladino que refiere, schafiítico doctor de la ley, se hizo célebre primero por la instruccion de la escuela superior de Nasiridyet, y luego por su obra titulada *Asilo del capitan en el fundamento de las leyes*. Al ir á salir en peregrinacion á Jerusalén y á la Meca, fue invitado en Damasco á ir á su castillo por Saladino, quien le habló sobre objetos científicos, y cuando partió, envió para que le acompañase al secretario de Estado Omadeddin, convidándole de nuevo á que le visitase á su vuelta de Jerusalem y Ebron. En esta peregrinacion Behaeddin escribió sobre el mérito de la guerra santa treinta cuadernos, con los cuales se presentó en Mosul á Saladino, y entró á su servicio. Dirigió su *medresé* de Mosul y acompañó al sultan en sus espediciones, quien le empleó como negociador. A la muerte de Saladino, obtuvo el puesto de juez en Alepo, que conservó mientras disfrutó de vida. Ademas de la obra ya citada, escribió la *Demostracion* de las leyes, la *Conviccion* en la jurisprudencia, y la historia de Saladino.

Como historiador de Saladino compite con él el secretario de Estado Omadeddin. Al principio fue, lo mismo que Behaeddin, doctor schafiítico de la ley, en la *medresé* Nisamiget en Bagdad; luego Melik Aadil le dió á conocer primero á su padre Ayub y despues á Saladino. En la introduccion á su historia de Saladino, titulada *Rayo de Siria*, refiere como fue presentado. Nombrado secretario por el grande atabey Noradino, á cuyo servicio estaban los emires de la Casa de Ayub, fue enviado á Bagdad en calidad de embajador, y á su vuelta á Dumasco obtuvo la *medresé* que indica su nombre; al año siguiente se le nombró individuo del divan, empleo que

conservó durante el reinado de Noradino. Muerto este, marchó á Mosul, y allí enfermó de gravedad, dirigiéndose cuando se sintió bueno á Damasco, donde le habia precedido Saladino: Felicitó al sultan por la conquista de Ims, y se quedó á su servicio como secretario de Estado. Además de la historia de Saladino, merece citarse la grande autología de los poetas contemporáneos, titulada *Perla grande del palacio*, y *Manuel del tiempo*, continuacion de la *Estátua del palacio* de Bachersi, como esta lo es de la *Unica perla del mundo* de Sialebi, y esta del *Excelente*, primera autología del astrónomo Aron ben-Alí, y quinta de las célebres autologias de poetas árabes del islamismo, que se sucedieron una á otra en órden cronológico; forma diez volúmenes, y siete la historia de Saladino. Escribió Öldemes la historia de Jerusalem con el título de *Apertura de los folios en la historia de Jerusalem*; una continuacion de la historia de Semaani, que lo es á su vez de la grande historia de Ibn Catib de Bagdad; una historia de los Selyúcidas, y finalmente una pequeña coleccion de poesías.

Si merecen con preferencia el epíteto de históricos aquellos siglos que abundan en hechos dignos de pasar á la posteridad, tal calificacion conviene á la época de Saladino, no solo por ser de la mayor importancia para el Oriente y el Occidente á causa de las Cruzadas, sino tambien porque no le faltan historiadores. Sin hablar de los europeos contemporáneos, nos ceñiremos á dar á conocer á los lectores las cuatro columnas de la historia; es decir, los ya nombrados Behaeddin y Omadeddin, y dos no menos grandes, Ibn Asakir é Ibn Amaret. Ibn Asakir, de Damasco, cuyo apellido significa *Estabilidad de la religion*, uno de los primeros historiadores y schafiíticos doctores de su tiempo, hizo sus estudios en Bagdad, y los perfeccionó viajando á Nidyabur, Herat, Ispahan, y al país montañoso del Irak. Escribió la historia de su patria en ochenta volúmenes, segun el método seguido por Ibnol Catib en su historia de Bagdad, reuniendo tanta materia histórica que cuesta trabajo creer, como dice Ibn Callikian, pudiese abarcarla la vida de un hombre. Saladino mostró cuánto le apreciaba, asistiendo á sus funerales. Este ejemplo de honrar el talento científico hasta en el sepulcro, dado por los soberanos orientales á los de Occidente, fue imitado por muchos sultanes de los Turcos, y recientemente por Mahmud en el entierro de su sábio médico Behdyet. Saladino quiso tal vez de ese modo reparar la culpa de haber hecho ajusticiar dos años antes al historiador y poeta Ibn Amaret. Esta ejecucion era á la verdad mas escusable que la del filosofo Surverdi, pues Ibn Amaret se habia puesto al frente de los descontentos del Cairo, conjurados para precipitar del trono á la familia de Ayub, pero fue, sin embargo, gran pérdida para la ciencia, por ser Amaret autor de dos escelentes historias árabes, esto es, de las *Noticias del Yemen* y de las *Anécdotas de los visires egipcios*, que han suministrado á Abulfeda, como lo confiesa él mismo, la mayor parte de la materia para su historia del Yemen y el Egipto. Es tambien autor de famosas laudas y elegías sobre la familia de Alí, á la que queria proporcionar el trono de Egipto, y una de ellas se lee en la historia de Abulfeda. Antes del visirato de Schaver existia estrecha amistad entre Amaret y Kiamil, hijo de Schaver. Cuando, bajo el último califa fatimita, Schaver obtuvo el cargo de visir, Amaret le dirigió una cásida, de la cual Ibn Callikian recogió algunos versos robustos. Despues cantó en alabanza de Saladino y de toda su familia, dedicándole otra cásida particular donde describió su estado, y tiene por título: *Lamento de los oprimidos y dolencias del contristado*. En seguida compadeció á los señores del palacio del califa por la pérdida de su poder, en una larga poesía sin la letra L, y entró con ellos en una conjuracion que les costó la vida á todos.

En cambio Saladino protegió á los literatos y poetas que no conspiraron contra el Estado: señaló á Ibn Dehan, astrónomo, legista y poeta, una pension mensual de treinta zequíes, é hizo erigir para él una tribuna en Damasco. Ademas de las efemérides astronómicas, escribió Ibn Dehan una obra sobre las divisiones de una herencia, otra sobre las singularidades de la tradicion, en diez volúmenes, el libro de la polémica y muchas poesías. Saladino era sobre todo favorable á los médicos, que le determinaron á fundar el hospital que inmortalizó su memoria en el Cairo, y de cuyos servicios necesitaba. Distinguia especialmente á Abolmonim Gillasi, sea por sus conocimientos oculistas, sea porque le cantó en muchas cásidas. Ebn Osaibidye nos ha conservado la que Gillasi dirigió á Saladino cuando los Cruzados sitiaron á Acca, titulada *Lazo de las joyas*. Dejó diez divanes, cada uno de los cuales lleva un título particular, y escribió ademas en prosa *El encomiástico* y el *Jardin de los monumentos y de las obras gloriosas* en loor de Melik el-Nasir Salaheddin; y luego el *Amuleto de la medicina y las cualidades de los remedios compuestos*. Tambien apreciaba mucho Saladino al médico Ibn Matran, aunque cristiano. Hijo de un metropolita, habia hecho sus estudios bajo la direccion del médico Ibn el-Telmissa, esto es, hijo del intérprete, hombre bien educado, de buena conversacion y amigo de vestir con elegancia. Por su crédito con Saladino reunió grandes riquezas, y le gustaba ostentar en todo régia magnificencia. Saladino, cuya tienda se diferenciaba de las demas del ejército por ser roja, vió una vez al recorrer á caballo el campamento, otra tienda roja, y oyendo decir que era de Ibn Matran, mandó derribarla. Matran irritado no se presentó en dos dias ante el sultan, que luego le dió en cambio una gran suma. Otra vez Matran se encolerizó en presencia de Saladino por envidia ó por zelos, pues este habia regalado al médico Ebulferex, tambien cristiano, telas y muebles que valian treinta mil dirhem para el ajuar de su hija, y Saladino, notándolo, mandó apreciar el ajuar, y entregar la correspondiente suma á Matran. Este empleaba sus riquezas principalmente en libros, y á su muerte se le hallaron diez mil volúmenes, ademas de los que hizo co-

piar por sí. Escribió gran número de disertaciones médicas en folletos, y llevaba siempre un par de ellos en la manga, aun cuando iba á la córte, probablemente para no perder el tiempo en la antecámara. La venta de sus libros importó tres mil dirhem, y compró la mayor parte el jeque Ben Amar, que despues los vendia en un dirhem cada uno á los apasionados. Pero el médico mas ilustre de la época de Saladino era Movaffikeddin Abdollatif, conocido en Europa por sus *Memorias del Egipto*, una de sus cien obras, cuyos títulos citó Ebn Ossaibidye en la *Biografía de los médicos*.

Concluiremos con una observacion sobre la predileccion de Saladino por el viernes, dia en que obtuvo sus mayores triunfos militares. Cuando recibió en un viernes la noticia de la victoria alcanzada en la fuente de Goliat, llamada Tubania por los Cruzados, la consideró pronóstico feliz de otra mayor. En viernes ganó la batalla de Huttin; en viernes (la noche en que los Musulmanes celebran la ascension de Mahoma) recibió las llaves de Jerusalem; en viernes obtuvo con obstinado combate la victoria en el bosque de Arsuf; y en viernes alcanzó sus mas notables triunfos. Este dia, pues, le pareció mas propicio que ninguno para las empresas del islam, como declarado festivo por el Profeta para la reunion de los fieles; al revés de los Cristianos, que miran el viernes como dia infausto, porque en él murió el Salvador. Y si Rodulfo de Habsburgo preferia los viernes para dar sus batallas, no es inverosímil que la heróica gloria y el ejemplo del mas insigne soberano del siglo precedente fueran las causas que le indujeran á separarse de la preocupacion cristiana.

NUM. XVIII.

SAN LUIS DE FRANCIA.

(1215.—1270.)

Los Bárbaros, viniendo del Norte, se establecieron en el antiguo imperio romano, divididos en bandas, cada una de las cuales obedecia al jefe que la habia guiado en la empresa. Para que el éxito de ésta fuese mas seguro, eligieron un general, un *konig*, que los vencidos tradujeron á su lengua *rex*; pero, aunque le obedecian durante la espedicion, no se creian dichos jefes obligados á lo mismo despues de ajustada la paz. Asi sus esfuerzos se encaminaron contínuamente á fraccionar el territorio conquistado, y á permanecer cada uno con autoridad absoluta en esas porciones, confundiendo el poder político con la propiedad territorial, de suerte que las estremidades prevalecieron sobre el centro, y el dominio de los Bárbaros á la unidad suprema.

El ejemplo de la centralizacion romana retardó este fraccionamiento de la autoridad real, y Carlomagno, con fuerte espada y altas miras, atrajo por algun tiempo á sus manos la unidad y trató de reconquistarla sobre respetables bases. Episodio insigne y que, semejante al reinado de Napoleon, detuvo algo el curso de las cosas, pero no impidió que volviese á seguir su antigua marcha en cuanto él faltó. Bajo el mando de los Carlovingios, débiles aun mas en fuerza de los accidentes que por carácter, trataron aquellas generaciones vigorosas de convertir en hereditaria la propiedad territorial y con ella la autoridad soberana, importándoles poco la grandeza de una patria que no era la suya. Ni la adhesion militar al rey elevado sobre el escudo, ni la pompa imperial resucitada, resistieron á los jefes territoriales y militares, y á medida que se borraban los recuerdos de las selvas germánicas y de la magnificencia de Carlomagno, la aristocracia territorial prevalecia. Y como toda idea nueva quiere un hombre nuevo, la estirpe de Carlomagno no tardó en ser reemplazada en Francia por otra, cuya exaltacion al trono fue resultado y garantía del triunfo de los feudatarios.

Los primeros sucesores del duque de Francia, á quien sus pares ciñeron la corona, dejaron sin oposicion fraccionarse la monarquía, tanto que la ruina de esta parecia consumada, y sin embargo, de en medio de aquella confusion surgió una unidad mas poderosa y mejor organizada que la de Carlomagno.

En Inglaterra, donde la monarquía se habia establecido desde la conquista, manteniéndose por la necesidad de una contínua defensa, todas las tentativas de las facciones y los cálculos de la ambicion de los príncipes se dirigian á formar la constitucion política y garantizarla. En Francia, por el contrario, la monarquía, asociada con los obispos y con las clases emancipadas, procuraba constituir la unidad territorial y monárquica, con detrimento del poder de los barones; esfuerzo que fue despues el símbolo de todas las revoluciones, sacrificándose siempre las cuestiones orgánicas á cuestiones nacionales.

El reinado de Luis IX es el punto en que se encuentran la monarquía moderna naciente y el declinante feudalismo, equilibrándose por un momento las dos opuestas fuerzas, cuya ondulacion constituye la historia de tanta parte de Europa. El resultado de la lucha, entonces mas que nunca agitada, era dudosísimo; pero nadie hubiera creido que venciese el elemento monárquico, y mucho menos en Francia, dividida en tantas soberanías, diferentes en intereses dinásticos, en orígen, lengua y costumbres, y separada por el Loira en dos naciones verdaderamente estrañas entre sí, y que pronto, en la guerra de los Albigenses, se retaron á muerte. Las provincias meridionales y los mas ricos feudos dependian de la corona de Inglaterra, con motivo de haber sido llamada á aquel trono la casa de Anjou; las leyes y tradiciones romanas continuaban en el Mediodía; en el Norte el elemento germánico y el derecho sálico; las invasiones normandas habian colocado á las puertas de la capital estranjeros emprendedores; la Armórica indómita protestaba contra una soberanía nacional; el idioma variaba con la nacionalidad, y la justicia con la condicion de las personas; los reyes tenian que emplear todas sus fuerzas contra pequeños señores, cuyos castillos veian desde la altura de París.

Entre tanto el principio feudal se estendia por Europa desde el Tajo á los Dardanelos, y las Cruzadas lo llevaban á Asia, pudiendo de consiguiente presumirse que esta seria la forma definitiva de la sociedad cristiana.

Si era posible esperar se levantase una barrera para contener tal torrente, solo cabia fuese obra de la autoridad moral de la Iglesia. Esta, con Urbano II, habia arrojado toda la Europa sobre el Asia, dado á Jerusalem un rey y una

legislacion, doblado á impulso del anatema la frente de Enrique III, de Federico Barbaroja, de Juan sin Tierra y de Felipe Augusto. La combinacion del principio federativo con la omnipotencia de los papas era la única eventualidad probable, cuando el reino de Inglaterra se habia convertido en feudo directo de la Santa Sede como las coronas del Norte, y el rey de Aragon solicitaba el título de vasallo de la Iglesia y se enorgullecian los monarcas de Nápoles que se elevaban y caian con la bendicion ó con el anatema de los pontífices. Sin embargo, á un hombre religioso, á un santo estaba reservado, tanto el arrancar las armas y la justicia de mano de los barones, como el reducir á justos límites las pretensiones papales.

Ningun grande hombre surge de improviso, y todas las obras duraderas han sido preparadas por una larga série de antecedentes. Los predecesores de San Luis habian allanado el camino á la concentracion del poder, este favoreciendo á los Comunes, aquel protegiendo los intereses de la naciente industria, esotro aprovechándose de la debilidad causada á los vasallos por las primeras Cruzadas. Principalmente Felipe Augusto, favorecido por grandes cualidades políticas no menos que por accidentes afortunados, se aprovechó de la debilidad de los barones y de los disturbios de Inglaterra; hizo que el tribunal de los pares de Francia pronunciase la confiscacion contra el rey Juan sin Tierra, apoderándose asi de la Normandía, del Anjou, del Maine, de la Turena, del Poitou; opuso á la formidable Casa inglesa una monarquía de reciente formacion; reunió á la corona feudos importantes; y preparó el predominio de la estirpe sálica sobre la galo-romana. De este modo puede decirse que fundaba la Francia; fundaba á París colocando allí la catedral, la universidad, mercados, hospitales; levantando murallas; fundaba la jurisdiccion real inaugurando la asamblea de los pares; se creaba un gran partido en la nobleza sustrayendo á los demás hijos de la dependencia de los primogénitos. Cuando luego en Bovines derrotó á sus grandes vasallos, confederados con el jefe del imperio germánico, la espada que manejaba escedió en robustez á las de todos los reyes de su raza.

Sin embargo, nada podia considerarse aun seguro; todavía no se habian deslindado las autoridades feudal, real, comunal y eclesiástica. Esta obra estaba reservada á un hombre que se granjease la veneracion de los pueblos hasta el punto de persuadirlos que lo que él queria era la justicia; un hombre cuya santidad hiciese parecer sacrilegio toda oposicion, al paso que destruyese toda idea de impiedad en su lucha con la córte romana. Tal fue Luis IX.

Nació un año despues que su abuelo Felipe Augusto dispersó en Bovines á un emperador, dos reyes y los grandes vasallos (25 de abril de 1215), y contando apenas diez años perdió á su padre Luis VIII. Segun la voluntad de este, los obispos del reino y los altos barones proclamaron tutora y regente á Blanca, hija de Alfonso IX de Castilla. Parecia estraño que una mujer mandase á tantos hombres; los señores, comprimidos por los reyes precedentes, esperaron recobrar, arrebatándolos á una mujer y á un niño, los trozos de autoridad con que aquellos habian venido reconstruyendo el trono; tanto mas, cuanto que Blanca era una especie de Santa que queria hacer un santo de su hijo. Le amó con predileccion desde la cuna, y mandó grabar un sello donde, en campo azul sembrado de lises de oro, surgia un lirio natural, con la divisa *Lilium inter lilia*. Cuidaba de inspirarle el temor de Dios, repitiéndole: *Hijo mio, amad á vuestra madre, y á vuestro pueblo; pero amad mas á vuestro Dios. En cuanto á mí, preferiria veros muerto antes que manchado con un pecado mortal.* Apenas llegó á la pubertad, le casó con Margarita de Provenza, que tomó por divisa: *Reina de la tierra y sierva del cielo*, y Luis le regaló una sortija de oro, esmaltada de lises y de margaritas, que separaba un záfiro con una cruz encima, alrededor de la cual se leia: *¿Dónde podremos hallar amor fuera de aquí?* Ni con las bodas se disminuyó la custodia materna, y hasta los castos goces del matrimonio estuvieron bajo la vigilancia de Blanca.

Declárase, pues, á Blanca guerra universal: Felipe, conde de Boulogne, tio del rey, pretende la regencia, y se liga con los barones descontentos, esparciendo calumnias contra la tutora, y tratando de quitar la corona al niño. La intrépida madre sigue constante en sus proyectos, se aprovecha de la felonía para engrandecer los dominios reales, vence las resistencias, abandona el sistema militar y germánico para entrar en la senda del espíritu moderno, y entrega consolidado á su hijo aquel cetro que parecia próximo á hacerse pedazos.

La idea del deber era predominante en Luis IX; y este se le apareció primero bajo la forma del mandato materno, y despues bajo la de las órdenes de la Iglesia. Niño, en medio de las asechanchas de los vecinos, reposa en el corazon de su madre, y no quiere abusar de la fortuna; cree en la utilidad práctica de la justicia. Lánzase en la batalla con el hacha en la mano allí donde mas reñido es el combate; pero le guia mas la idea del deber que esos ímpetus de gloria que admira el mundo. Subordina la fuerza á la justicia, el interés político al estricto derecho; restituye por escrúpulo de conciencia provincias ganadas con tanto sudor por sus padres, como complemento indispensable del reino. En la paz se dedica á los estudios y á los ejércicios piadosos; busca los libros y las bellas artes, siendo admirado de los estadistas por sus aspiraciones reformadoras, y de los austeros por sus ejemplos de humildad y mortificacion apenas creibles. Desperdicia el oro y la sangre de la Francia en espediciones; de que solo reporta cadenás; y en la historia patria deja los nombres de Mansura y de Cartago, funestos como los de Crecy y Waterloo.

¿Quién, pues, menos á propósito que él para dominar un siglo en que cada hombre iba armado, y medía el derecho por la longitud de su espada; en que infinitos reyezuelos abusaban

descaradamente de un vulgo sin nombre; en que las batallas diarias daban el sentimiento de la fuerza y la manía de usar de ella?

En efecto, asi acostumbran pintar la edad media los que no la contemplan mas que por un lado; la fuerza brutal de los señores, no el sentimiento de las multitudes, no esa inmensa necesidad de creer, esa exuberancia de virtudes sobrenaturales que habia infundido en ella el cristianismo, y que mas ó menos embarazadas por desgraciados sucesos, se manifestaron mas que nunca en el siglo de San Francisco y de Santo Domingo.

La gente, sometida á gravísimos padecimientos por obra de los poderosos, levantaba los ojos al cielo para buscar allí quien la consolase, y se creia continuamente confortada por milagros, por visiones, por la plenitud del sentimiento religioso. Esto esplica el efecto de la voz de Pedro de Amiens y del concilio de Clermont. Librarse de los padecimientos inefables de aquel siglo y satisfacer al mismo tiempo la irresistible necesidad de emocion y de sacrificio, fueron los dos motores de las Cruzadas; y á ellos cedieron los mismos papas, focos entonces de todos los rayos de la vida popular, sin comprender bastante aquella santa locura de la cruz, y la vaga esperanza de cambiar una condicion insoportable.

Lo que puede la estremada exaltacion para triunfar de la estremeda miseria, aparece de aquellos combates jigantescos, de aquellas largas peregrinaciones al través de paises desconocidos, en medio de hambres que destruian ejércitos enteros. Una fuerza desconocida no cesaba de impeler nuevos pueblos de Occidente á Oriente, como, algunos siglos antes, del Norte al Mediodía; mujeres, ancianos, monjas, niños se lanzaban con ardor, sin proveerse de pan, sino de fe, confiando mas en los milagros que en las armas. Dios lo quiere, y Dios manifiesta su voluntad con signos visibles; los millares de peregrinos ven ángeles caminar á su cabeza; un ganso, una cabra les muestra el sendero, y aunque miren ante sí precipicios no pierden la fe. Por el contrario, si alguien duda de la intervencion milagrosa, no vacilan en atestiguarla con su vida; y Pedro Bartolomé entra en una hoguera con la santa lanza.

En aquella continua intervencion de la divinidad, las reliquias eran el medio mas habitual de comunicar con el mundo superior; por lo tanto su precio era inestimable, las ciudades se las disputaban con la guerra y con la astucia, se escondian hábilmente, se imponia su entrega en los tratados de paz, como Napoleon hacía con las obras maestras del arte. Habiendo perdido el tesoro de San Dionisio uno de los clavos de la pasion, el reino se conmovió todo, y la paz pública estuvo á punto de ser comprometida: una embriaguez de alegría cundió por todo el reino, cuando la corona de espinas vino de Constantinopla á París, conseguida por el santo rey que nos ocupa.

Graves, horribles (dice Carné) fueron los padecimientos de Europa en dos siglos consecutivos de Cruzadas; pero ¡qué plenitud de vida en todo el cuerpo de la cristiandad, hasta en sus últimos miembros! ¡qué armonía en las creencias! ¡qué afan de sacrificarse por ellas! ¿Háse visto jamás una reconstruccion verificada con tanto concierto, como á principios del siglo XIII y el pensamiento dominante de una época apoderarse de un modo mas absoluto de las instituciones y de las artes, de las costumbres y de las leyes, de la vida pública y de la privada?

Europa rechaza á los Mahometanos á Asia; Francia sofoca en los Albigenses una de las heregías que mas amenazaban la unidad católica; la lucha del báculo con la espada ensangrienta á Italia y crea su grandeza; España ensancha mas cada año los campos que recobra de la media luna para la cruz; y entre tanto nuevas órdenes, hijas de una inspiracion pacífica y popular, sustituyen á las compañías de órdenes armadas que velan en el Santo Sepulcro ó conquistan el Norte á la civilizacion cristiana. Un mismo pensamiento, un mismo fin crea los Dominicos y los Franciscanos, que abrazan alegres la mas desnuda pobreza; y descalzos y con cilicio recorren la Europa feudal predicando la humillacion de los perversos, la exaltacion de los humildes; la igualdad de los hombres redimidos por igual precio; la vanidad de las cosas humanas, el peligro de las riquezas; y abrazan el universo en su inconmensurable caridad. Las órdenes militares llegan á ser como potencias que dan envidia á los reyes; las órdenes monásticas consuelan con la esperanza á los pueblos; pronto en las selvas húngaras y bajo las tiendas de Gengis Kan se encuentran Dominicos y predicadores; abren hospitales y lazaretos junto á las catedrales magníficas, é innumerables asilos de vírgenes consagradas á Dios. Desde entonces los muchos establecimientos de pública utilidad popular y práctica, fueron inspirados solo por la idea de aliviar á la humanidad doliente: las mujeres ennoblecidas por el culto cada vez mas espléndido tributado á María, entraron á multitudes en las nuevas religiones; y la santa palabra, predicada por legiones de vírgenes, meditada en la soledad del claustro, penetraba mas blandamente en el corazon del hombre. El pensamiento comun infundia á las artes una fecunda originalidad; y operarios desconocidos, cuyo genio robustecia mas bien la fe que la ciencia, no apelaban á invocar los procedimientos de habilidad técnica y de estéril imitacion, único asilo de una civilizacion ahogada en la duda. Todo era obra de unánimes esfuerzos, y la armonía de los sentimientos preparaba la igualdad social. El municipio emancipado anunciaba los goces de la reciente libertad erigiendo en el centro de la ciudad una catedral al patrono, ó una capilla á la patrona de todos; en los bosques, reservados poco antes á las cacerías de los barones, se construian lazaretos para los leprosos, y los reyes servian allí á los pobres, y con sus manos tocaban y lavaban llagas, que no eran nauseabundas desde el momento en que aquellos miembros se consideraban como de Jesucristo.

De la uniformidad de creencias nació la uni-

formidad de costumbres; á pesar de la insuperable distancia entre las varias clases de la sociedad, estaban mas en comunion que hoy: el monge y el señor llevaban piedras para edificar la catedral ó el monasterio; y San Luis mismo, despues de cantar por la mañana con los monges, se mezclaba entre los operarios que construian la abadía de Royaumont, empleaba el martillo y la llana, é impelia la grua que debia elevar las agujas hasta las nubes (1).

El cristianismo aplicado á la práctica de la vida, habia llevado hasta el fondo del corazon el sentimiento de la fraternidad religiosa; y los reyes, humillados en la contemplacion de la nada de las cosas humanas, abatian su corona de oro ante el Dios coronado de espinas. Santos de todas las categorías, confundidos en la tierra como en la gloria celeste, subian en gran número á los altares para dividir entre sí el amor y la veneracion de los pueblos. Las repúblicas italianas, edificadas por la virtud de Santa Zita, erigian magníficas capillas á esta pobre criada de Monte Sagrato; una meretriz convertida venia á ser la protectora de Cortona; y de Viterbo una muchacha del vulgo, que se atrevió á intimar al emperador el respeto hácia el papa. Santa Isabel de Hungría llenaba el mundo con la fama de sus dulces virtudes; Inés de Bohemia é Isabel de Francia prefirieron al tálamo imperial el cláustro; y llevaban ceñido el cordon de San Francisco una reina de Portugal, una de Galicia y otra de Polonia.

En un siglo en que eran habituales tales espectáculos, ¿no es natural que un príncipe haya adquirido mas poder y popularidad con sus virtudes que con las victorias, y que la reputacion de santo le haya valido mas que la de hábil?

Luis IX fue grande porque fue el hombre del siglo; devoto y creyente, ansioso de fe y de caridad, heróicamente pródigo de la vida, y animado sobre todo por el sentimiento del deber. Sus abuelos habian engrandecido mucho la herencia del duque de Francia, y la última guerra contra los Albigenses le aseguró los hermosos dominios del Mediodía; pero su adquisicion sabia á sangre, y Luis no vacilaba en renunciarlos si la conciencia le decia que no era justa la ocupacion de su padre ni la sentencia de los pontífices. Por lo tanto interrogó á los obispos sobre la legitimidad de sus posesiones, y restituyó ó compensó; al dia siguiente á la victoria, su primera idea era quitar al enemigo todo motivo legítimo de queja, y no dejar ningun gérmen de futuras disidencias; habiendo caido prisionero en la batalla de Saintes (1242) Enrique III de Inglaterra, le dejó huir previendo que semejante humillacion de la majestad real seria *grand subject d' ire et de mal talent*, y porque *le droit de despartir est grâce qu' il ne refusera oneques à ses ennemis*.

En medio de sus primeras y afortunadas empresas contra sus vasallos y los Ingleses, oye decir que amenazan á Europa nuevos Bárbaros. Los Tártaros Mogoles, lanzándose del corazon del Asia al Occidente y al Mediodía, lentos é irresistibles como la venganza de Dios, esparciendo por todas partes el terror y la muerte, parecian haber jurado la destruccion de todo vestigio de cultura y reducir el mundo á un vasto páramo donde pastasen sus ganados. Como á estos en otro tiempo, así ahora se echaban por delante las poblaciones, y si querian dejar en el desierto un monumento que recordase su tránsito, erigian pirámides de cráneos. Despues de devastar la Persia, este turbion cayó sobre Europa. Una de sus alas entraba ya en Rusia, en Polonia, en Hungría; los Carismos, empujados por otra, invaden la Tierra Santa, matan en Gaza á Cristianos y Selyúcidas, entre los primeros quinientos Templarios, es decir, todos, y llegando luego los Mogoles, toman á Jerusalem, degüellan á los habitantes, esparcen al viento las cenizas de los reyes, esponen á indecibles profanaciones las reliquias y los Santos Lugares. Inocencio IV levantaba la única voz oida en la cristiandad para escitar á los pueblos y los príncipes á una nueva espedicion que detuviese aquel torrente *tartáreo*; y Blanca aterrada hablaba de ello al rey, á su hijo, que, como siempre, confiaba en el Señor.

Por aquel tiempo (1244) cayó gravemente enfermo, de modo que todo el reino temia y rogaba por él; y Luis, en la agonía, estaba desolado con la imágen de los padecimientos de Tierra Santa, y el dolor de no poder remediarlos. Cae al fin en un letargo que se cree la muerte; pero, en medio del llanto, se levanta del paño mortuorio, y esclama: *La luz del Oriente se difunde por mí desde lo alto de los cielos. La gracia del Señor me vuelve á la vida.* ¡*Señor, Dios mio, bendito seas*! ¡*Recibe el juramento que hago de cruzarme*! Y pidiendo una cinta roja, forma una cruz, la besa y hace que se la pongan en el hombro; en seguida se alegra, considerándose curado. No tiene entonces mas que un pensamiento; cumplir el voto; y en cuanto consigue pacificar su reino y la Europa, parte.

Creíase, y no sin fundamento, que no podria conservar la Siria quien no poseyese el Egipto. Luis se dirige, pues, á este último país, y no queriendo solo conquistarlo, sino convertirlo en una colonia; lleva azadas, arados, semillas. Desembarcando en Damieta (1249), clava su lanza en el suelo egipcio y penetra en el valle del Nilo hasta Masurah; pero aquí el desórden causa la derrota; el conde d'Artois, su hermano, es muerto; los Mamelucos no cesan de perseguir á los Cristianos; falta la comida y se declara el escorbuto en el campamento francés (1250). Luis compartia los padecimientos de los suyos, y como le exhortaran á embarcarse para volver á Damieta, contestó: *No se dirá nunca que abandoné á mi pueblo*; *él y yo moriremos de la misma muerte*. Y en medio de los moribundos, les prodigaba aquellos consuelos que solo la caridad conoce.

Al fin cae prisionero; el héroe, el santo tiene que arrastrar cadenas; los caballeros que han quedado vivos lloran de dolor á su vista; pero él está tranquilo y resignado. ¿Eran compa-

(1) VILLENEUVE TRANS, *Hist. de S. Louis*, t. III, c. 116.

rables tales padecimientos con los de su Cristo? ¿No tenia culpas que espiar? ¿Culpas que quizá habian causado las desgracias de su pueblo? Al oir que le piden cuatrocientos mil besantes de oro por su rescate, esclama: *Pagaré esa suma de buena gana por mi gente; pero el rey de Francia no se rescata por dinero. Por mí daré á Damieta.*

Mientras se estaba en estas negociaciones, los Mamelucos se sublevaron y mataron ó su emir. El jefe de los rebeldes, aun chorreando sangre, penetra hasta Luis y exige le recompense por haberle librado de su enemigo; pero Luis aparta los ojos, y pretendiendo le nombre caballero, no contesta mas que las siguientes palabras: *Hazte primero cristiano.* ¡El asesino vencedor necesitaba el perdon y el aprecio de Luis prisionero! La magnanimidad de este, su dignidad en la desgracia, su humano comportamiento con los prisioneros sarracenos y su respeto á las mujeres y á los niños, habian conmovido á los infieles que confesaban no haber visto nunca un cristiano mas altivo. Llegaron hasta ofrecerle el mando de sus bandas; pero una nueva revolucion derribó á los vencedores del dia antes.

Al fin se rompen las cadenas de Luis; pero permanece cuatro años en Palestina consolidando la obra de los primeros Cruzados, reparando las murallas de las ciudades y concluyendo de rescatar á los prisioneros y de curar á los enfermos. A su vuelta, el buque en que iba choca contra un escollo, y en medio de tan grave peligro exhortan todos al rey á bajar al bote y salvarse; pero él esclama: *No; si yo huyese, quedarian cuatrocientas personas en peligro y sumidas en la desolacion. No me moveré, y los cuidados que se redoblen para salvarme, aprovecharán á todos.*

En seis años de ausencia, habiendo perdido la escuadra, el ejército, sumas inmensas y hasta la libertad; no obstante la muerte de su madre (1252), no obstante la interrupcion de las comunicaciones con su país, su autoridad permaneció incontrastable, y la única insurreccion séria fue la de los Pastorelli, que pretendian libertarle y socorrerle, mirándole como el único señor capaz de sentir los padecimientos del pueblo y de aliviarlos. Al volver solo y vencido de una espedicion á que habia marchado con sesenta mil hombres, obra como no se habia atrevido á hacerlo ningun conquistador victorioso; se rodea de hombres nuevos, organiza el reino sobre nuevas bases, y con disposiones legislativas bien combinadas completa la ruina de los barones, que empezó en las arenas de Egipto. ¿Y cómo? La decadencia de las dinastías feudales y las ventajas obtenidas en las provincias del Languedoc por Felipe Augusto y Luis VIII aumentaron, es cierto, la autoridad real bajo la regencia de la reina Blanca; pero no hubieran bastado sin el prestigio de la santidad. La autoridad moral adquirida por San Luis con solo su carácter, disiente hasta tal punto de las costumbres modernas, que los grandes maestros se esfuerzan en esplicarla con ingeniosas combinaciones. Pero ¿qué han de valer ante un rey que sériamente pensó en deponer la corona para vestir los hábitos de dominico; que pasaba la mitad de su vida en prácticas de una devocion claustral, en verter piadosas lágrimas, en entregarse á místicos éstasis; y que en cumplimiento de un voto se cruzó dos veces? ¿Qué se conseguiria hoy con esto? ¿Cómo pueden esplicar los grandes resultados que alcanzó, aquellos que consideran arte supremo la política?

Basta abrir los escritores contemporáneos y los mismos Arabes, para no dudar del prestigio que conservó siempre en torno de sí el piadoso monarca. En Palestina se presentaron en el campamento muchos Armenios con la pretension de ver al santo rey. «Entré en la tienda del rey (dice Joinville) y estaba sentado sobre la arena sin alfombra ni nada de lujo. Le dije: *Señor, están ahí muchos de la Grande Armenia que van á Jerusalem, y me suplican que les permita ver al rey santo. Pero mi deseo es que se pase aun largo tiempo antes de besar vuestras reliquias.* Y se rió con gana, y me contestó que fuese á buscarlos, y así lo ejecuté. Y cuando vieron al rey, le encomendaron á Dios, y él á ellos.»

Su virtud personal ejerció sobre sus súbditos una influencia irresistible, que se deja ver en los escritores que nos han trasmitido hasta sus mas insignificantes acciones y palabras: «Ningun hombre de nuestro tiempo (dice Joinville) ha vivido tan santamente desde que empezó á reinar hasta el fin de su vida. Dios que le inspiró su fe, le custodió siempre desde la infancia hasta la muerte, especialmente con los rudimentos de su madre que le enseñó á creer en Dios y á amarle, é introdujo en su pecho la religion, haciéndole asistir, cuando aun era niño, á las horas y á los sermones. Recordaba que su madre le habia dicho, que preferiria verle muerto á verle en pecado mortal.»

En Luis que, á consecuencia de los infortunios soportados heróicamente por la causa de Cristo, habia llegado á ser el tipo de las virtudes de cristiano y de rey, no se contemplaba al soberano feudal, supremo jefe de sus vasallos, sino al príncipe segun el corazon de Dios, al ungido del Señor, al que protegia el ángel, gritando: *Nadie le toque.* Y en efecto, él compendia todas las virtudes en la idea del deber, todos los deberes en los de cristiano, y poco le importan los sacrificios con tal de satisfacer su conciencia timorata.

Su larga residencia en Palestina, á las puertas de Jerusalem, donde no quiso entrar como peregrino, para no acostumbrar á los reyes cristianos á la idea de sustituir un viaje á una conquista; la poesía de los Santos Lugares que le rodeaba; tantos martirios sufridos heróicamente le imprimian como un sello de predestinacion, convirtiéndole en la mas alta espresion de la vida cristiana y nacional, como entonces se entendia. Esto hubiera hecho parecer impiedad la resistencia á un príncipe que realizaba el idealismo de aquella perfeccion cristiana; tipo único de las poblaciones, llenas de fervorosa fe, aunque groseras en lo tocante á costumbres.

Sintióse, pues, bastante fuerte para dar principio á sus grandes reformas, que debian subro-

gar el derecho romano al feudal, la instruccion criminal al combate jurídico, el poder político de los legistas al de los barones, la equidad al derecho. La crísis revolucionaria de las Cruzadas habia trastornado las bases de la sociedad; él las organizó: fue el legislador supremo de la Francia feudal, el árbitro de los rivales, y por último, el objeto de la admiracion universal.

La fuerza de la conquista era el único elemento conservador del órden: del órden como se entendia entonces, á saber, dominio de los pocos fuertes sobre un innumerable vulgo, y hostilidad contínua entre los jefes, que se consideraban estraños los unos á los otros, aunque solo distasen dos pasos y fuesen árbitros en lo interior. Luis, dominado por la idea de justicia, debia repugnar semejante órden; él, cuyas primeras impresiones habian sido las agresiones odiosas de estos vasallos, que le forzaron á ir de castillo en castillo, y que favorecian á los Ingleses y al Imperio, con perjuicio de la nacionalidad francesa, llenando entre tanto el país de desolacion y de miseria.

La poca cultura que habia podido adquirir, le mostraba por un lado á los reyes de los Hebreos, ungidos de Dios, apoyados en la ley, y sin intermedio entre ellos y el pueblo; y por otro, á los emperadores romanos, única fuente de la justicia y de la autoridad. Tenia luego á la vista los tribunales eclesiásticos, donde se administraba justicia sin distincion de personas, por títulos escritos ó testimonios, y no por las absurdas pruebas del duelo ó de la ordealia. Ademas, entonces se empezaron á publicar los monumentos mas insignes de la sabiduría romana, los códigos, tan superiores por el órden y la conexion al derecho consuetudinario de aquella época. Venerando á la par la santidad y el saber, habia conversado con los dos grandes doctores de la ciencia positiva y de la mística, Santo Tomás y San Buenaventura, y mas largamente con Vicente de Beauvais, con Roberto Sorbon, con Godofredo Beaulieu, á quienes el estudio de la civilizacion romana y del derecho canónico, enseñaba á conocer lo absurdo del derecho consuetudinario.

A nosotros, que hemos elogiado la edad media, pero protestando considerarla como un progreso, seguido de progresos mucho mayores, y de consiguiente admirable pero no apetecible, se nos ha dicho que echábamos de menos un pasado aristocrático y violento; y ahora se nos tachará de contradiccion porque alabamos precisamente en Luis el haber destruido ese pasado. El feudalismo fue, segun la espresion un tiempo usada, un accidente de la historia, ó segun diríamos hoy, un paso de la humanidad, que bajo aquel poderoso sistema ejecutó grandes cosas y pudo al fin sacudir su envilecimiento y restaurarse. Pero debia caer ante una idea mas vasta y profunda, ante la natural elevacion de las condiciones, ante la nivelacion de las fuerzas causada por la de las riquezas y doctrinas. Asi, culparemos á las edades modernas, no de haber combatido el sistema feudal, sino el sentimiento cristiano que, penetrando en él, lo trasformaba; las culparemos de haberse separado de la idea religiosa que entonces producia tanto heroismo, y de haber comprimido el gérmen vital hasta el punto de ser egoistas en sus obras, inciertas en sus aspiraciones. La constitucion feudal, viciada en su orígen, no supo resistir ni á la fuerza de los reyes ni á la astucia de las córtes, y cayó sin dejar en la memoria mas que el recuerdo de su prepotencia, y en las costumbres el sentimiento del honor, máscara de la virtud, y el duelo, parodia del heroismo y manto de una vileza peor, cual es la que quisiera sustituir aun hoy á la libertad del pensamiento la violencia de la espada.

No: la grandeza de la edad media no está en el feudalismo, y sí en el pensamiento católico, de donde nació el heroismo y el sentimiento popular. El mérito de conocer tal distincion, disimulada hasta hoy por ignorancia ó por astucia, pertenece á San Luis.

El rey nada podia en las provincias sometidas á los barones: en su mismo palacio ejercian su autoridad bailíos, prebostes y otros oficiales subalternos que, recaudando los impuestos, el censo debido por los valvasores y los subsidios de las costumbres feudales, desempeñaban el papel de magistrados del fisco. Eran al propio tiempo procuradores del rey en los Comunes, que gozaban cartas ó privilegios garantizados por la corona; de modo que concentraban en su mano la poca autoridad administrativa no ejercida por los señores y las ciudades. Los bailíos presidian tambien á la administracion de justicia en nombre del rey, y Luis los llamó al parlamento para ilustrar los muchos asuntos que se llevaban allí en apelacion.

Cuando volvió de la cruzada, engrandecido por la idea moral, á la par que decaido de fuerzas efectivas, dió el primer decreto, encaminado á sus dos fines. Por un lado estendió, precisándolas, las atribuciones de los empleados reales; por otro les aseguró la opinion de integridad con el juramento otorgado *en asisia plena* de administrar buena justicia á todos, de no recibir regalos ni hacerlos á los individuos del consejo del rey; con la prohibicion de adquirir propiedades en la jurisdiccion donde mandaban, y de contraer deudas ó parentesco; y con la obligacion de permanecer allí cuarenta dias despues que se les quitase el destino, para responder á cualquier queja alegada contra ellos. Para mas impedir la venalidad dominante, circulaban por las provincias comisionados que tenian el encargo espreso de informarse de las denegaciones de justicia; y aumentaba sobre todo el crédito de los empleados ver al mismo rey sentarse á menudo entre ellos.

Por su propio oficio y por admiracion á las leyes romanas y canónicas, los magistrados socavaron en todas partes los establecimientos feudales, tanto que Luis hubo de moderarlos, no fuera que el ímpetu perjudicase al buen éxito.

El derecho de justicia estaba identificado con la propiedad; pero, desde que los señoríos se multiplicaron, y de consiguiente se empobrecieron, los señores hallaban frecuentemente difícil constituir sus tribunales y tener los pares indispensables para celebrar juicio; veíanse, pues,

obligados á pedir jueces al supremo señor, reconociendo así la superioridad de la jurisdiccion de este. El uso del duelo, mandado en ciertos casos entre el acusador y los jueces ó los testigos, hacia que se evitasen los tribunales del feudalismo; de modo que la sociedad permanecia sin justicia, cuando es lo que mas necesita. Luis lo vió y se aprovechó de tal espectáculo, oponiendo á aquel desórden el establecimiento de los casos reales, las apelaciones y la abolicion del combate judicial.

Fundados en precedentes dudosos, declararon los bailíos reservados á la justicia directa del rey cierto número de casos privilegiados; y los barones no se opusieron, ó por no comprender las consecuencias ó por alegrarse de verse libres de dificultades. Al fin los casos reales abrazaron todos los asuntos personales y aquellos en que el señor podia tener interés inmediato, quedando solo á los barones las causas puramente territoriales. No tardó la corona en absorberlas todas.

Hizo mas Luis; quitó toda autoridad á las decisiones señoriales introduciendo la apelacion, y escitando á los vasallos inferiores á impugnar las sentencias de los tribunales feudales y recurrir á los del rey. Pero, como esta apelacion no era posible sino despues de abolido el duelo judicial, San Luis sustituyó á este el debate contradictorio, y en los *Establecimientos* fijó el procedimiento civil y criminal, tomándolo del derecho romano y del canónico. Con la *cuarentena del rey* prohibió, so pena de muerte, á los parientes de una de las partes ayudarla á mano armada, sino cuarenta dias despues de la injuria.

Cuando, en vez de combatir, se oia alegar razones en los juicios, ventilar el hecho y citar jurisconsultos, la violencia se desacreditaba, comprendiéndose que el porvenir se funda en lo pasado. Creció la importancia de los legistas, únicos intérpretes del derecho escrito, y procuradores ó abogados obligatorios en los tribunales; el parlamento adquirió un carácter jurídico mas que político, y las muchas apelaciones llevadas ante él le convirtieron en un verdadero tribunal dentro de poco permanente; los jurisconsultos, inspirados por las tradiciones romanas, proclamaron la omnipotencia del rey, y presentaron á este como única fuente del derecho é imágen de Dios en la tierra. Asi la magistratura consolidó el trono, abatiendo el régimen feudal; y los campos de Marte sucumbian ante los parlamentos.

De donde resulta que San Luis, aboliendo el combate jurídico é instituyendo los casos reales y la apelacion directa á su tribunal, derrocó la jurisdiccion de los señores, y afirmó la nueva monarquía reduciendo el parlamento á una simple magistratura, sin ninguna atribucion legislativa. En suma, empezó la obra de la unidad monárquica.

La autoridad real era auxiliada tambien por los Comunes, que se complacian en reconocerla inviolable para resistir al feudalismo. En la conquista de la libertad civil se cuidaba poco de los futuros peligros de la libertad política; y el único objeto de los juristas populares era conceder por entero al rey la autoridad que el pueblo romano habia entregado á los emperadores.

En tiempo de estos la potestad eclesiástica no se distinguia de la civil; el emperador era pontífice; y á la civilizacion de entonces repugnaba una doctrina religiosa, interpretada por un poder estraño á la jerarquía civil. Los jurisconsultos, inspirados por los clásicos, no recordaron la gran diferencia introducida por el cristianismo, y establecieron el derecho divino en política y el galicanismo en religion. Pero San Luis supo determinar los límites de las potestades, sin que una invadiese á otra: oficio muy superior á las mezquinas rivalidades de diplomacia y de cancillería, que pretendieron absorber la religion en el Estado; oficio digno del hombre que, en medio siglo de reinado, fundó el edificio de la monarquía francesa sobre la doble base de una poderosa organizacion administrativa y judicial en lo interior, y de un apoyo generoso y benévolo prestado en lo esterior á todos los grandes intereses de la cristiandad.

Tanto como repugnaba las guerras de la tiara con la espada, en que por una parte habia poca fe y por la otra poca caridad, otro tanto se mostró deseoso de estender los derechos pontificios sobre la disciplina eclesiástica, y de seguir su impulso en todo lo concerniente á los intereses generales de la comunion católica. Concertó con los papas los preparativos de ambas cruzadas; y viendo que el clero francés se negaba á dar el subsidio pedido y concedido por la Santa Sede sobre las rentas eclesiásticas, acudió á Roma, y el papa reprendió al clero su avaricia, y hasta lo amenazó con castigarla declarándole incapaz de poseer beneficios (1).

Su gran poder y sus grandes riquezas habian impulsado al clero á querer entrar en las costumbres feudales; no bastando todos los esfuerzos de Gregorio VII á estinguir la inclinacion á las cosas del siglo. Empleaba, pues, la influencia sacerdotal para conservar los privilegios feudales, y resistia á las reformas de Luis; pero este en la lucha, contó siempre con la córte romana para reducir al clero al derecho comun y á la estricta observancia de las leyes eclesiásticas.

Tendia en todo á restringir las prerogativas del clero galicano aquel rey á quien se quiere presentar, partiendo de algunas frases vagas y de unos cuantos hechos poco justificados, como introductor de las libertades galicanas. Pero, cualquiera que atienda á estas concesiones y reflexione sobre la continua intimidad de San Luis con los papas, difícilmente creerá que haya podido emanar de él la famosa Pragmática. Y á la verdad ¿en qué ocasion ó con qué objeto se habria promulgado esta? ¿Qué grave peligro la motivaria en medio de los penosos preparativos de la Cruzada? ¿Qué negociacion, qué debates la precedieron? Entonces la opinion en nada se ocupaba menos que en semejantes puntos, y Luis pensaba mas en reprimir al clero francés que en estender sus privilegios con perjuicio de la sede de Roma. Luis no tuvo mas que una

(1) RAYNALD, *ad ann.* 1267.

momentánea disidencia con Clemente IV á propósito de la *regalía* (1) en la vacante del arzobispado de Sens (1266); y cabalmente acerca del derecho de regalía, tan discutido en aquella época, la Pragmática no dice palabra. ¿Cómo acusar á la Santa Sede de esquilmar el reino, cuando Luis la habia invocado para inducir al clero á ayudarle en la Cruzada? ¿Cómo, en el momento de embarcarse para ir á emprender una guerra santa, habia Luis de indisponerse con el papa á quien debia tanto y de quien necesitaria en su larga ausencia?

Pero ¿cuáles son las quejas espresadas en la Pragmática? Entonces la colacion irregular de los beneficios y las exacciones de los pontífices no eran tan gravosas como fueron luego durante el rapaz gobierno de Aviñon; plaga que siguió hasta despues de concluido el gran cisma, y que indujo á los magistrados y reyes á echar mano de remedios no siempre modelos de delicadeza; y justamente entonces, á modo de prólogo de la Pragmática de Cárlos VII, apareció la supuesta Pragmática de Luis, sin fecha cierta, sin indicar cómo salió á luz, sin testo preciso y con variantes; de tal manera que, por lo menos, se puso en duda su verdad.

En aquel tiempo se fabricaban, como monedas falsas, decretales y edictos tambien falsos; y si se reflexiona en lo que debia importar á Cárlos VII y á su sucesor proteger con un nombre venerando un documento contra el que reclamaban los papas, no parece tan fuera de razon creer se inventase la antigua Pragmática como puntal de la nueva.

¿Es concebible que ni Joinville ni Nangis hiciesen mencion de tan importante documento? ¿Es concebible el silencio de los escritores y compiladores de Italia y de Alemania? ¿Cómo es que Gerson, tan versado en el derecho canónico, no la menciona para nada en sus largos discursos apologéticos sobre San Luis, escritos un siglo apenas despues de su muerte? ¡Tenemos el testo y la fecha de todos los actos administrativos de aquel reinado, y nada referente á esa ley, que afecta los intereses de la sede pontificia, de los obispos, de los beneficiados, de sus patronos legos! ¡Y no se ven sus huellas en la jurisprudencia, ni en los innumerables decretos registrados en los *Olim*, ni en las actas de los parlamentos! Solo en el concilio de Bourges de 1438 se alude á ella; y despues, cuando el error se habia hecho general, Luis XI evoca sus disposiciones con una exactitud estraña. (*Ordonn.* del año 1463.) Entonces apareció el testo del edicto; pero en singular forma, y precedido de la fórmula pontificia: *Ad perpetuam rey memoriam*, insólita á la cancillería francesa.

Estas pruebas históricas tienen en su apoyo la oposicion entre aquel tono de insulto y las propensiones contínuas de San Luis; ni la resistencia legal á las invasiones pontificias empezó en Francia antes de la esclavitud de Aviñon. Emprendida por Felipe el Hermoso, aumentada en tiempo de Felipe de Valois, de Cárlos VII y de Luis XI, tomó la consistencia de una doctrina y la aspereza de la pasion; pero las fisonomías de estos reyes se diferencian mucho de la del hombre piadoso, que mereció se le llamara el San Francisco de los reyes.

«En él, dice Tomassin, la nacion francesa, primogénita de la Iglesia, hallaba el representante mas fiel y completo de su primitiva política. Sus caballeros corrian á porfía al servicio de la Santa Sede, y la dinastía de los Capetos creció en fuerza y fama desde que San Bernardo persuadió á Luis el Gordo á reconocer á Inocencio II, que se habia refugiado en el territorio francés. Este pontífice, consagrando al heredero presunto de aquel rey, aseguró á Luis el jóven una corona que vacilaba aun en la frente de los Capetos. Desde entonces hasta Felipe Augusto no se interrumpió la buena armonía. Mas adelante, en la homérica batalla de Bovines, la monarquía francesa triunfó del imperio, únicamente por la autoridad moral de la sede pontificia, de quien se habia declarado tutora. Luis VIII se sintió animado del mismo espíritu, y fue recompensado igualmente de su devocion por la Iglesia.

»San Luis dió nuevo brillo á estas tradiciones de los Capetos. Así como Luis el Gordo habia acogido á Inocencio II, él acogió á Inocencio IV, y se aprovechó como su padre y su abuelo, en ventaja de Francia, de los derechos que el general asentimiento de la cristiandad atribuia al papa y consistian en deponer á los reyes y emperadores. Se aprovechó de la deposicion de Federico II, para casar á Cárlos, su hermano, con la heredera de Provenza; como despues dejó ir al mismo Cárlos á conquistar el reino de Nápoles contra el escomulgado Manfredi. No es del momento discutir si tales actos merecen elogio ó censura; lo esencial es que no admitan duda, y que gracias á esta política la sede papal fue redimida de nuevo de los peligros de un feudalismo recrudescente, como mediante los Francos se habia visto libre de Griegos y Longobardos.

»Nuevo Carlomagno, nuestro piadoso y gran monarca, íntimamente unido con los pontífices, habia sostenido, pues, su independencia, haciendo triunfar en todo el Occidente la distincion de los poderes políticos y religiosos, amenazados por las pretensiones anti-cristianas de los emperadores alemanes. Bajo la incesante accion de este principio, esencial á la civilizacion, la Santa Sede, fortificada con todas las libertades conquistadas por las iglesias particulares, se habia convertido en eje principal del sistema europeo, y su autoridad estaba reconocida como tribunal de apelacion en el derecho de gentes de la cristiandad. Por su lado Francia habia llegado al apogeo de su grandeza moral, y precisamente mediante las mismas causas que habian elevado la Santa Sede, esto es, emancipado la cristiandad. Desde entonces, proclamada por la opinion fuente de toda caballería, la nacion cristianísima habia arrancado junta con el imperio degenerado la espada temporal, que en sus manos vendia los intereses de la Iglesia en la Europa central y en Oriente. Ella, fiel al genio de las

(1) Esto es, el goce de las temporalidades de los beneficios vacantes, hasta el momento que el nuevo elegido reciba la aprobacion.

Cruzadas, y vigilando dentro y fuera del territorio, empleaba las armas de sus hijos allí donde lo exigia la causa de la cristiandad; por eso los corazones se volvian hácia Francia, y dejaban crecer todos los medios de influencia temporal que debian contribuir á la utilidad comun. Así, pues, en las guerras santas y en su alianza con la Iglesia, la Francia buscó al principio el reino de los cielos, y el resto nació de ahí naturalmente.

»En cuanto á la política interior, el reinado de San Luis puede compendiarse en estas palabras: alianza con la sede pontificia, y mediante esta, distincion mas libre y clara entre la Iglesia y el Estado, que se verificó realmente protegiendo al principio las jurisdicciones reales contra las usurpaciones del clero galicano, y limitando luego la aplicacion del interdicto eclesiástico, del derecho de asilo en las iglesias, y hasta de la jurisdiccion eclesiástica; pues los papas, á peticion suya, permitieron á San Luis prender á los eclesiásticos verdaderamente culpados, y remitirlos á los tribunales de la Iglesia para impedir su fuga (1).»

Luis distribuia innumerables limosnas á los pobres; y á ciertos embajadores que le preguntaron por sus perros de caza, los condujo al refectorio, que estaba lleno de pobres, y les dijo: *Estos son los perros que alimento, y con los cuales espero ganar la vida eterna.*

Al mismo tiempo hácia copiar manuscritos de hermosa letra, por los que principió la biblioteca real. Era la época en que las nuevas órdenes de San Francisco y Santo Domingo renovaban la arquitectura, y dice Joinville: así como el escritor, despues de hecho el libro, lo ilumina de oro y azul, así el santo rey adornó su reino con hermosas abadías y hospitales de franciscanos, dominicos y otros monges sin número. De tal manera se desengañó de las vanidades del mundo, que meditó volverle las espaldas, vestirse el hábito de dominico, é ir á llevar al estremo del mundo la buena palabra; pero le pareció una tentacion y venció el disgusto de la mision que Dios le habia impuesto, continuando con firmeza la comenzada obra.

Empleó en ella veinte años de un reinado inmortal; pero no podia olvidar á Jerusalem ni á los Hebreos sentados á orillas del rio de Babilonia. Y Jerusalem parecia ya perdida sin remedio. Los Musulmanes seguian ganando terreno; despues de los Mogoles se arrojaron sobre la Siria los Mamelucos de Egipto, que quitaron á los Cristianos las últimas plazas que allí les quedaban; mataron á millares á los que no querian renegar de la fe; diez y siete mil solo en Antioquía y cien mil que vendieron como esclavos. Luis sintió estas heridas como suyas, y escribió al papa que se disponia á emprender otra cruzada, pero Clemente IV le disuadió de ello. Poco debian valer las razones contra el sentimiento del hombre de Dios, afligido al ver, no solo perecer los cuerpos al filo de la espada, sino tambien las almas por apostasía, y contaminadas las vírgenes del Señor, y á Cristo hollado de nuevo en el sitio de su primera pasion. Ademas de que no habia casa ilustre francesa que no tuviese intereses directos en Palestina, Chipre y Morea; y defender aquellos reducidos reinos era combatir por la Francia, proteger sus glorias, sus recuerdos, sus esperanzas.

Luis no creyó que bastaba encomendar á otros la empresa; y sus antiguas convicciones, ó quizá un nuevo sueño, le impulsaron á esponer nuevamente su persona. Ni sin este arranque hubiera podido quizá llevar á efecto una espedicion que el país repugnaba, hallándose ensangrentado aun con el primer sacrificio. Cuando Luis se presentó en la gran sala del Louvre, donde habia reunido el Parlamento, teniendo en la mano la corona de espinas como símbolo de su resolucion, fue acogido con el silencio, que es la leccion que se da á los reyes; pero nadie osó resistir á la voluntad del príncipe que parecia espresar la voluntad del cielo.

Habian pasado ya los tiempos en que los pueblos arrastraban á los reyes á la cruzada; ahora era un rey quien debia arrastrar á los pueblos; un monarca sustituia á Pedro el Ermitaño. Sesenta mil combatientes se reunieron en Aigues-Mortes, recibiéndolos á su bordo doscientas galeras (1270); iban entre ellos los mas poderosos vasallos de Francia, los hijos de Luis, su yerno el rey de Navarra, el príncipe de Inglaterra su sobrino y el de Sicilia su hermano. Es sabido cómo desembarcó en Túnez, y cómo, mas que la oposicion de los Moros, la sed y la peste destruyeron su ejército y le privaron á él mismo de la vida. La noche antes de morir, suspiró y dijo conmovido: ¡*Oh Jerusalem, Jerusalem*!

Nada mas solemne que este gran rey, espirando junto á las ruinas de una gran ciudad, que escribe á su hija: *Querida hija, la medida con que debemos amar á Dios, es amarle sin medida*; y que exhorta á su heredero á mantener «las franquicias de los pueblos en favor y amor.»

Sus cenizas volvieron á Francia con los restos del ejército, mas gloriosas que despues de una batalla. El pueblo se precipitaba á su tránsito, invocándole como un mártir; las madres le imploraban para que volviese la vida á sus niños, próximos á dejarlas; tambien los hombres le invocaban en la agonía. El proceso de su canonizacion ofrece, en los curiosos pormenores que en él

(1) *De la pragmatique sanction*, pág. 363.—En el epílogo de su discusion, dice: «¿Qué hemos visto desde las primeras líneas? Una fórmula sin ejemplo en la redaccion de las leyes y decretos franceses, y que prueba la mano de un falsario. Sin detenernos en el estilo enfático y redundante, que dista mucho de la sencillez del siglo XIII, hemos examinado á fondo el documento, y en los hechos que omite como en los que enuncia, hemos demostrado que dejaba ver evidentemente su orígen fraudulento. La cuestion de las regalías, dificultad frecuente en el siglo XIII, y la única indicada entre San Luis y Clemente V á propósito del arcedianato de Sens, lejos de plantearse y resolverse con franqueza por el rey, ni siquiera se nombra en la Pragmática, donde en su lugar trátase de cuestiones posteriores En efecto, las pretensiones de los papas á la eleccion eclesiástica, de que nadie dudaba en tiempo de San Luis, fueron objeto de quejas cada vez mas activas, desde que se trasladó la Santa Sede á Aviñon.

»Las demás prescripciones de la Pragmática, son tambien inoportunas en todo el reinado de San Luis, al paso que convienen exactamente á la Iglesia galicana durante el gran cisma de Occidente. Entonces solo se repetia, y con justicia bajo ciertos respetos, que el reino de Francia estaba *miserablemente empobrecido* por las exacciones de la córte pontificia. Pero bajo San Luis, cuando el clero galicano era el mas rico propietario de Francia, cuando el rey para obligarle á contribuir á los gastos de su cruzada, tenia que acudir á la Santa Sede, quien diga que el Santo dirigia estas injurias al papa, le hace mentir á la verdad y á sus intereses de soberano; es una de esas locuras sin nombre, que solo la pasion ciega, unida á una calculada ignorancia, pudo inventar y podria aun sostener.»

se revelan, una de las mayores pruebas del aprecio universal hácia su persona: fueron allí discutidos sesenta y cinco milagros, que sucedieron entre los años 1270 y 1281. La Iglesia le colocó sobre los altares, y aquel dia pronunció el pontífice dos sermones con los testos: *Dad al César lo que es del César.—El rey pacífico es glorificado.*

«Esta pureza (dice un escritor, cuyos sentimientos no son siempre tan nobles), esta dulzura de alma, esta maravillosa elevacion á que el cristianismo elevó á su héroe, ¿quién nos la volverá?... Sin duda la moralidad es hoy mas ilustrada; pero ¿es mas fuerte? pregunta capaz de turbar á cualquier amante del progreso. Grandes pasos ha dado el genero humano, y los espera aun mayores. Este polvo vivo que los poderosos hollaban, ha tomado voz de hombre, y ha subido á la propiedad, á la inteligencia, á la participacion del derecho político. ¿Quién no se alegra al ver la victoria de la igualdad? Pero me temo que, al mismo tiempo de adquirir un sentimiento tan justo de sus derechos, el hombre haya perdido algo del sentimiento de sus deberes: estréchase el corazon viendo que, en el progreso de todas las cosas, la fuerza moral no se ha aumentado, y la nocion del libre albedrío y de la responsabilidad moral se oscurece de dia en dia. A medida que desaparece el viejo fatalismo de los climas y de las razas, que pesaba sobre el hombre antiguo, un fatalismo de las ideas le sucede y va agrandándose. Está bien que la pasion sea fatalista y quiera matar la libertad, tal es su papel; pero ¿la ciencia, el arte?... Así vacila la pobre faz de la libertad moral, mientras que la tempestad de las opiniones, el viento de las pasiones sopla de las cuatro partes del mundo. Arde viuda y solitaria, y cada dia, cada hora brilla mas débilmente, tanto que en ciertos instantes se cree sentir ya las tinieblas y la helada noche. ¿Puede morir? Jamás: necesitamos creerlo asi, para no caer en el desaliento. Pero ¿si se estinguiese? ¡No quiera Dios que vivamos entonces! (1)»

(1) MICHELET, *Hist. de France*, c. VIII.—Hemos consultado, ademas de las historias generales, á VILLENEUVE TRANS, *Hist. de S. Louis*; á MIGNET, *De la Féudalité et des Institutions de S. Louis*; á ARTURO BEUGNOT, *Essai sur les Institutions de S. Louis*; y una escelente disertacion de CARNÉ en el *Correspondant*.

NUM. XIX.

CRISTOBAL COLON.

(1441—1506.)

Duraba aun el invierno de 1491, y la populosa metrópoli de Andalucía, que ocho meses antes habia ofrecido un contínuo espectáculo de bailes, torneos y luminarias, suspendió de repente los gritos de victoria, y los cantos de alegría; de todos lados acudian nuevas tropas, los *caballeros de conquista* dejaban sus lujosos vestidos de fiesta; armas y municiones de guerra se amontonaban sobre los carros; en una palabra, se hubiera dicho que Sevilla estaba convertida en un campamento, pues Fernando é Isabel sé preparaban á emprender el último sitio de Granada.

Un hombre, que pocos conocian, séguia en aquel tiempo á la córte; el cual, mezclado entre la multitud de importunos pretendientes, alimentaba su imaginacion, en un ángulo de la antecamara, con el pomposo plan de descubrir un mundo. Triste y abstraido en medio del regocijo público, miraba indiferente y casi con desprecio la conclusion de una conquista, que colmaba de esperanza á los demás corazones (Mariana). Llamábanle *Cristóbal Colon*; y decia que habia *nacido en Génova* (1), donde su padre vivia de cardar lana, casi en estado de indigencia, á pesar de los débiles socorros que le enviaban de tiempo en tiempo sus tres hijos Bartolomé, Diego, y en especial Cristóbal, el mayor.

Se presentó en España por primera vez á fines de 1484. Yendo á pié, acompañado de un mancebo, detúvose un dia á la puerta del convento de Santa María de la Rábida, á media legua del puerto de Palos en Andalucía, y pidió un pedazo de pan y un vaso de agua para su hijo (2). El portero le invitó á que descansase, y el prior Juan Perez de Marchena, interesándole el aire de dignidad que contrastaba con el humilde vestido del desconocido, entró en conversacion con él y le suplicó que pasase la noche en el convento. Este hombre y aquel mancebo eran Cristóbal Colon y Diego, único hijo que habia tenido de doña Felipa Morico de Palestrello, hija de uno de los mas ilustres navegantes del reino de Portugal.

Aunque educado en un cláustro, el prior era hombre que sabia; versado en la cosmografía del papa Pio, se habia hecho con las primeras ediciones de Tolomeo y Estrabon, que la imprenta empezaba á esparcir por el mundo; y la proximidad del puerto de Palos, nombrado entonces por sus intrépidos marineros, le habia inspirado gusto á la navegacion. Colon, en pago de tan buena acogida, le refirió sus aventuras.

«Siendo aun muy jóven (empezó á decirle) dejé la universidad de Pavía, donde *una secreta inspiracion de la Providencia me guió hácia el estudio de la geografía, de la astronomía y de la navegacion.* Hice rápidos progresos en la aritmética, en la geometría, en la escritura y en el dibujo (Las Casas), y á los catorce años serví de grumete en un buque genovés, que cruzaba el Adriático. Formé parte de la espedicion intentada en 1459 por Juan de Anjou, duque de Calabria, contra el reino de Nápoles, con una armada de galeotes genoveses (Muratori). Al cumplir los veinte y seis, fui enviado á Tunez por el rey Renato de Provenza, á quien Dios tenga en gloria, para apresar la galera Ferdinandina. Cuando llegué á la isla de San Pedro en Cerdeña supe que con la galera habia dos buques y una carraca; lo cual de tal modo alarmó á mi gente, que no querian seguir adelante, sino volver á Marsella en busca de otro buque y de mayor número de tropas. Para contenerlos, fingí acceder á su deseo, dí vuelta á la brújula é hice fuerza de velas. Era por la noche; al alba nos encontramos á la altura de Cartagena, mientras que todos estaban persuadidos de que navegábamos camino de Marsella (3).

»El golpe salió mal al duque de Anjou, y yo, convertido de guerrero en mercader, recorrí las islas de la Grecia, de la Jonia y del Ásia Menor. *Ví á Chio, tan célebre por su almáciga, y me dijeron cómo se recoge allí esta preciosa goma* (4). Al fin volví á empuñar las armas con el famoso corsario Colombo, y el último viaje que hice en su compañía, decidió mi destino. Navegábamos con siete buques á lo largo de la costa de Portugal, cuando tuvimos aviso de que cuatro galeras venecianas volvian de Flandes lle-

(1) *Siendo yo nacido en Génova:* testamento de Colon, escrito de su puño y letra.

Pondremos en bastardilla las palabras tomadas de los escritos del grande hombre.

(2) *El qual* (Colon) *demandó á la portería que le diesen para aquel niñico, pan y agua que bebiese.* Declaracion del médico García Fernandez.

(3) Esta anécdota que algunos niegan, la conservamos por cuenta de Fernando Colon, su hijo, el cual, en la *Historia del Almirante*, dice que no refiere sino aquello de que fue testigo ó que encontró en los papeles de su padre.

(4) *Carta de Colon á los príncipes Católicos.*

vando á su bordo un rico cargamento; las esperamos, pues, entre Lisboa y el cabo de San Vicente. Conoceis, sin duda, los estatutos de la república de Venecia, segun los cuales los capitanes de sus galeras se obligaban á no rehusar jamás la batalla. La pelea fue reñida; se llegó al abordaje, combatiendo desde la mañana á la noche como leones, con gran pérdida por ambas partes. El buque que yo mandaba tenia empeñada la lucha con una enorme galera veneciana, y las granadas y la pólvora le prendieron fuego, sin que los maderos pudieran separarse, de suerte que el incendio envolvió á entrambos. Los marineros asustados se arrojaron al agua; yo tomé un remo, y como soy buen nadador, llegué á la orilla, aunque á dos leguas de distancia. Dios, que me reservaba para otras pruebas, me dió vigor para resistir á la violencia de las olas.

»Magullado aun por los escollos, me dirigí á Lisboa, donde encontré a varios de mis compatriotas. Lisboa es el punto de reunion de todos los geógrafos y navegantes de nota, gozando allí de mucho crédito los hombres de mar atrevidos: en Lisboa, pues, me establecí. Reinaba entonces el príncipe Enrique, el cual, en sus espediciones contra los Moros, habia adquirido preciosas noticias acerca del Africa, y le habian leido la relacion de Eudoxio de Cízico, que dió la vuelta al Africa con un buque fenicio que salió del mar Rojo: —Yo tambien (dijo) quiero ir á las Indias por mar, quiero quitar á los Venecianos el comercio de las especias.—En vano le citamos al gran maestro de geografía Tolomeo, que prolonga las tierras africanas hasta el polo austral; en vano le opusieron esa supuesta barrera de fuego que la zona tórrida eleva entre las dos temperaturas: fijo en su idea, formó una reunion de personas de arrojo é inteligencia, y se puso en marcha. El cielo sonrió á sus tentativas; el terrible cabo Bojador fue doblado, se rasgó el velo de los trópicos; su gente desembarcó en las islas de Cabo Verde; y quizá llegara hasta Catay, si la muerte no le hubiese arrebatado en 1474 (1).

»El amor me tenia encadenado en Lisboa. En una ceremonia religiosa me habia Dios revelado en su templo á la compañera de mi vida, Felipa de Palestrello, madre de Diego, este niño, y de cuyo padre, cuando murió, heredé todos los papeles, mapas, diarios de viajes. Aunque la guerra con España habia entibiado el ardor de los descubrimientos en el reinado de Alfonso, oia yo hablar cada dia de las maravillas de la costa de Africa, nuevo alimento á mi pasion á la geografía. Blanco de todos mis deseos era ir á las Indias por mar: estudié, medité las obras de los filósofos y geógrafos antiguos, comparándolas con las de los grandes sabios y navegantes de la época actual. ¡Oh padre! el Espíru Santo me iluminó, y me habló por boca de los profetas, inspirándomé la ida á las Indias por el lado de Occidente, para atraer á la verdadera religion á los pueblos idólatras que habitan en la estremidad del Asia.

»Estaba en correspondencia con el celebre geógrafo de Florencia Pablo Toscanelli; y habiéndole comunicado mi idea, la aprobó y me envió un mapa del mundo, donde las Indias están situadas frente á España con Cipango y las innumerables islas que obedecen al gran Kan. Esta idea me dominó hasta el punto de reproducirla en los mapas que dibujaba para ganar el sustento á mi familia (LAS CASAS). En mis largos viajes en las costas de Guinea y en las Azores, cuando me entregaba á meditar á orillas del Océano, la voz de las olas armonizaba con la secreta voz de mi alma para hablarme de esa nueva tierra. *En febrero de 1477 navegué cien leguas mas allá de Tule, cuya punta meridional dista 73 grados del Ecuador, y está al Oeste del Occidente de Tolomeo.* Aquel viaje que hizo vacilar mi fe en los geógrafos antiguos, y las voces que circulaban de una tierra desconocida de Occidente, confirmaron mi idea.

»Pero, ¿cómo aventurarse en medio del Océano, donde dicen no es respirable el aire? ¿Cómo romper las tinieblas de la naturaleza sin poder á cada instante determinar la posicion en el globo? No teníamos entonces mas que la brújula para guiarnos. Dios tocó el corazon del rey de Portugal, Juan, y le inspiró el deseo de llevar la gloria de su santo nombre entre los infieles; y la famosa consulta de sabios, presidida por Rodrigo y el judío Josef, médicos de cámara, nos valió la aplicacion del astrolabio á la navegacion. Sí, reverendo padre; hoy, con ayuda de las tablas de declinacion diaria del sol, podemos determinar inmediatamente, en medio de la líquida llanura, la distancia á que nos hallamos del Ecuador.

»Habia sonado la hora fijada por la Providencia para la manifestacion de mi designio. Solicitada y obtenida audiencia del rey Juan, le pedí buques para surcár el mar en derechura al Occidente y llegar á las Indias; le hablé de las inmensas riquezas de la isla de Cipango, de los palacios de oro del reino de Mangi, de los innumerables pueblos que la luz del Evangelio iluminaria y que le llamarian su salvador y su monarca. Me oyó con atencion, pero no se atrevió á resolverse, y encomendó el exámen de mi proyecto á una comision de habilísimos cosmógrafos. Pero ¿lo creeríais? aquellos grandes sábios trataron mis ideas de estravagantes y quiméricas; mas el rey, inflamado por el amor de la gloria, se remitió á otra consulta de todas las personas mas instruidas de su reino. Alimentábame de buenas esperanzas; pero las pasiones de unos pocos sobrepujaron á la caridad cristiana, y se sacrificó la salvacion de tantos millares de almas á los sórdidos cálculos de los gastos que ocasionaria. Los cortesanos envenenaron mi existencia: pasé por impostor, por aventurero; hasta la perfidia y la cobardía se añadieron á estas maldades; tanto que el rey, demasiado crédulo respecto de sus perversos consejeros, me envió á pedir mis mapas y mis planos, mandando á otro en busca de la verdad que Dios me habia revelado. Pero el Señor no permitió que el demonio abriese de ese modo el camino á la obra de su santo Evangelio, y desencadenó los vientos contra el mensajero infiel, que volvió á Lisboa esparciendo sobre mí la befa y el escarnio.

(1) *Itinerarium portugallense*, 1508; Viaje de Alvise Cadamosto, etc.

»Pensad el efecto que produciria en mí semejante conducta. Dios habia llamado á sí á mi mujer, de suerte que quedé solo en el mundo con mi Diego. En vano el rey quiso reanudar relaciones conmigo; pues irritado de aquella baja especulacion con mi secreto y mi gloria, sacudí el polvo de los piés en el umbral de su palacio y á últimos de 1484 dejé secretamente á Lisboa. Génova, mi patria, demasiado pobre para tan grande espedicion, desechó como onerosas mis proposiciones; y entonces decidí dirigirme á la córte de España, cuyos monarcas están dotados de ferviente celo por la gloria de Dios, y Dios los recompensará dándoles tesoros y pueblos enteros que conducir al cielo.»

Las facciones del viajero respiraban tal nobleza y decoro, tanta conviccion de lo que decia, que el buen prior, iniciado de golpe en aquellas sublimes concepciones, creyó ver brillar el fuego divino en los ojos de su huésped mientras iba desarrollando su proyecto y refiriendo sus desgracias. Llamó á su amigo García Fernandez, médico de Palos, que pareció, lo mismo que el fraile, despertar á una vida nueva; y no contento Perez con una fria é impotente aprobacion, quiso cooperar con todas sus fuerzas á la vasta empresa, y al efecto ofreció á Colon proporcionarle buena acogida en la córte, dándole una carta de eficacísima recomendacion para Fernando de Talavera, confesor de la reina é intimó amigo suyo.

Colon se detuvo algun tiempo en el convento, y pronto se formó entre él y el prior una estrecha amistad, con la que decia se consideraba honrado, aun despues que la fortuna le colocó en el apogeo de la grandeza. Diego quedó en la Rábida, bajo la direccion de Perez, mientras su padre, provisto de bendiciones y cartas de aquel buen monge, y lleno el corazon de sus grandiosos destinos, partió, en enero de 1486 á Córdoba, precisamente cuando Fernando é Isabel se preparaban á invadir el reino de Granada.

El momento era poco á propósito, en verdad, para proponer descubrimientos, pues entonces no se respiraba mas que guerra; y Talavera apenas se dignó recibir á Colon, mirándole como un maniático en vez de apoyar sus proposiciones cerca de los soberanos. ¿Cómo habia de llamar la atencion aquel hombre, estranjero, sencillo en el modo de vestir, y sin mas recomendacion que la de un fraile francisco? No le creian, ni aun se dignaban oirle (1); pero aun asi, supo hallar en su alma un mundo entero, y se ganó el sustento trazando y vendiendo mapas. Proporcionóse tambien algun amigo; pues cualquiera que se aproximaba á la esfera de actividad de este hombre eminente, se sentia atraido por ella; y no tardó en adquirirse poderosos protectores. Bastante le valió; pues la Inquisicion, que acababa de establecerse en España, podia hacerle pagar cara la sublime inspiracion de su génio. Alonso de Quintanilla, contador de Hacienda, Luis de Santo Angelo, recaudador eclesiástico en Aragon, el nuncio del papa y un hermano suyo, preceptor de los infantes de España, hasta el gran cardenal del reino Gonzalez de Mendoza, aplaudieron sus designios y le alcanzaron una audiencia real. Fernando reunió en Salamanca un consejo de astrónomos y cosmógrafos para examinar la nueva doctrina; celebróse este consejo en un convento de dominicos, donde Colon fue hospedado generosamente. Pero, estando en lo mejor de las conferencias, la primavera de 1487 encendió la guerra, la campaña de Málaga comenzó, y todas las comisiones nombradas para examinar la propuesta fueron arrastradas por el torbellino de las armas. Los entendimientos no estaban aun maduros para comprenderle; y por otra parte, la reciente y cruel memoria de Lisboa le inducia á temer que tratase otro de arrebatarle la gloria; y asi, al desarrollar sus proposiciones lo hacia con cautela, de suerte que el consejo se declaró por último contra él (2).

Desde entonces no se separó de la córte: á menudo sus gastos de traslacion eran pagados por el real tesoro; pero los años pasaban tan llenos de estrepitosos acontecimientos políticos, que no habia tiempo de atender á sus proposiciones: la toma de Málaga, la peste de Córdoba, la organizacion de las nuevas conquistas, ocuparon á España en los años de 1487 y 88. En este último el rey de Portugal trató nuevamente de reconciliarse con Colon, y le escribió instándole á que volviese á su córte; pero el ánimo del ilustre aventurero estaba ulcerado, y no quiso acceder. En la duda de que se tomasen ó no en consideracion las proposiciones, habia enviado en 1489 á Inglaterra á su hermano Bartolomé, para que esplorase la voluntad de Enrique VII, el cual le contestó con buenas palabras (3). En el intermedio combatia en las filas de los Españoles contra los Moros de Granada, dando pruebas del señalado valor que asociaba á la doctrina y vasta inteligencia (OVIEDO).

Llegó el invierno de 1491, los reyes Católicos se apresuraron á reunir todas sus fuerzas para dar el último golpe al reino de Granada. Colon tenia que trabajar mucho si queria que su proyecto fuese adoptado por la córte de España antes que la nueva estacion, abriendo otra vez la campaña, lo aplazase sabe Dios hasta cuándo. Talavera recibió entonces la órden de convocar los jueces y someterlo á exámen, presentando luego á los príncipes la decision del nuevo consejo. En una de las salas del antiguo palacio de los reyes moros se sentaron todas las altas dignidades de la Iglesia y cuanto habia en el clero regular ó secular de insigne en las ciencias sagradas y profanas, con encargo de fallar sobre el mas hermoso descubrimiento del entendimiento humano. En medio de aquella venerable asamblea se presentó Colon. Nada manifestaba en él la conmocion del miedo; paso firme, porte

(1) OVIEDO, testigo ocular.

(2) «Los cosmógrafos, dice Fernando Colon, no le comprendian como era de desear, y el almirante, temiendo tratasen de arrebatarle su gloria, como en Portugal, se esplicaba con reserva.» Herrera en sus *Décadas*: «Don Cristóbal no desarrollaba toda su idea...; razon por la cual la relacion de la Junta fue distinta de lo que se esperaba.»

(3) En Hackluyt se encuentran señales de la residencia de Bartolomé en Inglaterra. Regaló á Enrique VII un mapa, y el historiador cita los versos que servian de dedicatoria:

Terrarum quicumque cupis feliciter oras
Noscere, cuncta decens docta pictura docebit....

noble y desembarazado, la chispa del genio en los ojos; el acento conveniente de su voz cautivó al auditorio cuando, saludando profundamente á los jueces, y recogiéndose un instante para invocar la proteccion del cielo, empezó de esta manera:

«¡Ilustres señores y reverendísimos padres! En nombre de la Santísima Trinidad, Sus Majestades me han ordenado que someta á vuestra sabiduría un proyecto que me ha inspirado el Espíritu Santo mismo. Dios, por boca de su profeta, declaró que todas las naciones conocerán el Evangelio de Jesucristo, y que su poderosísima voz resonará en los últimos ámbitos de la tierra: *Et in finis orbis terræ verbo eorum.* Sin embargo, una vasta region de la India, que confina con el mar Atlántico, yace aun en las tinieblas de la idolatría, segun aseguran muchos viajeros modernos. Los tiempos están próximos á completarse. *El profeta Isaias da á entender claramente que de España debe partir la luz que brillará sobre esos pueblos, y conducirá al trono del Altísimo naciones hasta aquí desconocidas* (1). Las islas del mar esperan al Señor, y toca á los buques de España presentar ante sus altares á los hijos de las tierras australes, junto con el oro y la plata de sus minas. *Me enim in sulce spectant, et nave maris in principio; et adducam filios tuos de longe, argentum et aurum eorum cum eis.* Hace muchos años que los reyes de Portugal se esfuerzan en penetrar en aquellas distantes comarcas; y guiados por una antigua tradicion de los Fenicios, envian flotas con objeto de dar la vuelta á Africa por mar, y llegar pronto á las Indias. Hoy que el lujo se ha aumentado hasta el punto que las mujeres de simples artesanos visten trajes de seda guarnecidos de oro y piedras finas (2), quieren disputar á los Venecianos el monopolio de aquel rico comercio, trasladar Urmus á Lisboa (3) y convertir á esta última ciudad en el emporio de todos los productos de Oriente. Dios no ha coronado aun sus empresas, porque no están inspiradas por la gloria de su santo nombre.

»Nobles señores, hace cuarenta años que recorro los mares frecuentados por los hombres; hoy, abriéndome un nuevo camino, me propongo divulgar los misterios del Océano. *Jerusalem y el monte de Sion deben ser reconstruidos por mano de un cristiano; el emperador del Catai pidió alguno que le instruyese en la fe cristiana: ¿quién se ofrecerá á desempeñar esta mision? Yo me ofrezco á trasladarle allí sano y salvo* (4). Pido á España buques para ir á las Indias por el lado de Occidente... (Las Casas).»

Hasta aquí le habian escuchado en silencio; pero apenas pronunció la última frase, se levantó un murmullo general en la asamblea; un inquisidor arrugó las cejas como á la vista de un herege; los teólogos le cortaron la palabra; astrónomos y cosmógrafos se miraron con estupor, diciendo: ¡*Imposible*! Pero, algunos Dominicos de Salamanca, que habian acogido bien á Colon, y principalmente Diego de la Doza (5), profesor de teología y preceptor del príncipe don Juan, consiguieron restablecer la calma. Colon no se arredró por aquel primer movimiento, hallándose acostumbrado á ver rechazadas sus doctrinas; sintió, no obstante, que era preciso emplear todos los argumentos; y asi, fiado en la fuerza de estos, desenvolvió los mapas, tomó un globo y continuó con lisura:

«Reverendos padres, yo considero la tierra como un globo; opinion sostenida hasta por Aristóteles, que la cree antiquísima, fundándola en que el cielo nos muestra á todos los paises las mismas estrellas, observacion que hice en las costas de Guinea y bajo el clima polar de la última Tule. Del mismo modo que los Portugueses le dieron vuelta de Norte á Sur, estendiendo sus descubrimientos en la costa de Africa mas allá de cuanto conocia nuestro maestro Tolomeo, yo digo que se puede darle vuelta de Este á Oeste, yendo desde Cádiz por mar á las orillas del Catay. Aristóteles se inclinaba á creer que la India no está muy distante de las columnas de Hércules. Anneo Séneca, en las *Cuestiones naturales*, hablando de la tierra, dice: *¿Qué distancia separa las costas de la Iberia de las playas de la India? El espacio que puede atravesar en pocos dias una nave impelida por un viento favorable* (6). El árabe Alfargan se mostraba tambien convencido de esta verdad, pues que, en la *Historia de la Astronomía*, sostiene que la tierra y el agua forman un globo.

»Con Tolomeo, yo divido el Ecuador en 360 grados; pero las relaciones de Ctesias y de Marco Polo nos obligan á retirar mas hácia atrás la situacion de su Oriente; y las Azores, de que él no tenia noticia, pasan al Occidente el meridiano de las islas Afortunadas. La obra de Estrabon, la cosmografía de los Arabes, las relaciones de los viajeros modernos nos obligan á disminuir la primitiva estension de los grados; el mapa de mi amigo Toscanelli de Florencia coloca á mil leguas escasas de Lisboa la provincia de Mangi con todos sus palacios de oro, y las orillas sembradas de perlas y otras cosas admirables. Yendo al Catay, encontraria en el tránsito la célebre isla de Cipango (7) y quizá tambien la Antilia ó la Atlántida de Platon. Mil inciertas voces circulan entre los navegantes sobre la existencia de una vasta tierra al Occidente; los habitantes de las Canarias pretenden reconocerla en la famosa isla de San Brandon ó San Borondon, que la imaginacion les hace ver en las nubes. Es el sordo rumor que precede siempre en el mundo á un grande acontecimiento, y con que Dios se decide á anunciarlo. Este acontecimiento es la predicacion del cristianismo entre los Indios, y el comercio directo de aquel país con España. Las mismas olas del Atlántico, que azotan la

(1) *Carta de Colon á los príncipes Católicos.* Tercer viaje.

(2) A fines del siglo XV el lujo del vestido en España y Portugal escedia á toda ponderacion, á consecuencia de la espulsion de los Moros. Las mujeres de la mas baja clase, se confundian con las de mas alta alcurnia, y en vano las córtes de Palenzuela trataron de poner límite á aquel lujo que arruinaba las familias.

(3) Ormuz, en el golfo Pérsico, era el depósito de todas las riquezas de Oriente. Véanse Marco Polo y Rubruquis.

(4) *Carta de Colon* ya citada. Las ideas son las mismas de Polo y Toscanelli.

(5) En una carta dice Colon, que *Diego de la Doza fue la causa de que Sus Altezas poseyesen las Indias*.

(6) Averroes dice lo mismo.

(7) Y la isla de Nifon en el imperio del Japon, de la que habia hablado Marco Polo en términos vagos en su *Milboro*.

costa occidental de Europa, bañan tambien las playas de la India. Un piloto del rey de Portugal, Martin Vicente, encontró á cuatrocientas cincuenta leguas al Oeste del Cabo San Vicente un tronco de árbol, esculpido con una piedra cortante y empujado hasta allí por un viento occidental; mi cuñado vió en Puerto Santo (Azores) otro pedazo de madera igual; los habitantes de las Azores me enseñaron cañas de desmedido tamaño, que habian venido del Occidente, y que son como las que, segun Plinio, nacen en la India; por último, yo mismo he visto, entre las conchas de la isla de Flores, enormes pinos amontonados por el viento de Poniente, y los cadáveres de dos hombres cuya fisonomía era distinta de las conocidas...»

Y continuó desarrollando su sistema; mas la ignorancia y el fanatismo ahogaron su voz, y uno de los mas fervientes teólogos tomó la palabra para espresar la opinion de sus compañeros.

«¿Y qué? ¿Hay alguno que ose proponer á una junta de prelados la aprobacion de un proyecto que ofende la doctrina de la Iglesia Católica? Dios dijo : *Coloqué el cielo como una bóveda*, *lo he desplegado como una tienda, inclinándolo sobre la tierra.* ¡Atreverse en esta augusta asamblea á proclamar la existencia de los antípodas! Y eso cuando San Agustin, antorcha de nuestra fe, decide que la existencia de los antípodas se opone á nuestra creencia; porque pretender que hay tierras habitadas al otro lado del globo, seria como decir que hay naciones no descendientes de Adan, pues no hubiera podido pasar el Océano intermedio. Equivaldria á impugnar la Biblia, que declara espresamente que todos los hombres descienden del mismo padre. ¿Hay nada mas absurdo, esclama Firmiano Lactancio, que el creer existan personas con los piés opuestos á los nuestros? ¿personas que van con la cabeza vuelta hácia abajo y los piés en el aire? ¿que existe una parte del mundo donde todo está al revés, donde los árboles echan las ramas de arriba abajo, mientras llueve, nieva y ventea de abajo arriba? La idea de la redondez de la tierra fue el gérmen de esta fábula de los antípodas, porque los filósofos, una vez que se estravían, caminan de absurdo en absurdo, y para defender uno inventan otro nuevo. El santo cosmógrafo de Alejandría, el monge Cosma, apoyándose en el citado testo de la Biblia, demuestra que la tierra es cuadrada como el arca del Antiguo Testamento, que Dios elevó una inmensa muralla de diamante en medio del Océano, detrás de la cual el sol, despues de haber recorrido la bóveda de los cielos, termina su carrera al Occidente, y da la vuelta al polo para empezar de nuevo por la mañana su carrera en el Oriente. Un poco antes de esta muralla hay una tierra inaccesible, donde no puede estampar su huella ningun humano pié. ¿E iriamos á tentar á Dios queriendo reconocerla? La proposicion que se ha sometido á nuestro exámen, debe considerarse como herética.»

A esta palabra sintió Colon helarse su sangre, se persignó, protestó de su ciega sumision á los dogmas de la fe, pero en vano buscó apoyo en un razonamiento sucinto, pues el ultimo argumento de San Agustin prohibe toda discusion: *Major est scripturæ auctoritas, quam omnis humani ingenii capacitas.*

Por fortuna, algunos versados en las ciencias admitian la figura esférica de la tierra. Estos le objetaron con Ciceron que «cuando hablamos de la zona templada austral y de sus habitantes, y de los que se llaman antípodas, debe entenderse siempre que no tenemos de ellos ningun conocimiento ni relacion, y que ignoramos si está ó no habitada; la línea que recorre el sol entre los dos trópicos es la única que nos hace creer en su existencia. Los antípodas son para nosotros como si no existiesen (1). Supuesto que, dice Plinio, de cinco zonas, las dos polares no producen sino hielo, y reinan allí eternas las tinieblas, siendo solo el reflejo de las nieves lo que produce una claridad blanquecina, y la zona del medio está sin cesar abrasada por el sol; el paso de una zona templada á otra es impractible á causa del incendio del cielo constelado, de un estremo á otro del Ecuador. Por eso cuando los Portugueses, en el reinado de Enrique, pasaron el rio del Senegal, vieron con terror la especie humana presentarse bajo su nueva forma. Los hombres tenian la piel negra como el ébano, cabellos cortos y crespos, lábios gruesos, nariz chata; allí el calor desfigura la naturaleza humana, mas lejos la destruye; asi, aquellos atrevidos navegantes retrocedieron. Si vos, navegando siempre hácia Poniente, no bajais á esas abrasadas regiones, la circunferencia de la tierra es tan grande que no os bastarán tres años para dar la vuelta; ademas de que, á cierta distancia, la figura convexa os permitiria bajar, pero no subir. Por otra parte, ¿quién os asegura que el Océano tenga límites, y que no encontreis sus abismos poblados de mónstruos?»

Al oir tales objeciones tomadas de la naturaleza de las cosas, Colon respiró, y contestó sonriéndose : «Los últimos descubrimientos de los Portugueses han echado por tierra esa antigua teoría de las zonas; yo mismo pasé mas allá del Ecuador, y bajo la zona tórrida hallé una tierra fértil, cuyos habitantes recogen oro en abundancia, gomas, marfil y otras producciones de un clima apacible, aunque cálido. Hace algunos años (1486) que Bartolomé Diaz se adelantó hasta 33 grados mas allá de la Línea, y reconoció la estremidad del Africa, aquel formidable Cabo de las Tormentas, que el rey Juan, confiando en lo porvenir, tituló de Buena-Esperanza. Y como, á pesar de la redondez de la tierra, puede atravesarse el inmenso espacio que separa á Tule del Cabo Negro, y como el mismo poder que hace andar por la superficie del globo á los Britanos y á los Negros de Africa, da tambien el uso de sus piés á los Indios, creo que al otro lado del mar que nos separa de la India, no habrá Dios trastornado las leyes que ha impuesto á la naturaleza.»

Con la fuerza de este argumento ofendia Colon el orgullo de los doctores que le juzgaban,

(1) La teoría de las zonas se debe á Parménides; los descubrimientos hechos entre los trópicos obligaron á reducir grado á grado la estension de la zona tórrida; Posidonio le supone 24 grados, Eratóstenes solo 16.

y aunque muchos, heridos por la nueva luz que esparcia en sus entendimientos, apoyaron al fin su teoría, sin embargo la asamblea declaró que los dos hemisferios estaban separados para siempre; que era un esceso de presuncion en un hombre suponer que él solo poseia conocimientos superiores á los de todo el género humano; y que si las tierras que Colon se proponia descubrir existiesen en realidad, no hubieran permanecido ignoradas tanto tiempo. ¿Un piloto sin nombre, un genovés, seria capaz de revelar un mundo desconocido durante sesenta siglos?

Fernando de Talavera transmitió á los soberanos esta decision de la Junta; pero, los partidarios que Colon tenia en la córte, principalmente el digno fray Diego Doza, hablaron con calor por él, á fin de que no se mirase aquella como irrevocable; Fernando é Isabel se contentaron, pues, con responder que la guerra no permitia dar curso á su proposicion; pero que se la tomaria en consideracion despues de firmada la paz.

Durante quince años Colon habia soñado una gloria jigantesca, y creyó asirla en el momento que se presentó por último á la asamblea con tan ardientes votos implorada; pero, los sábios de la nacion declaran que su pensamiento, el mas vasto que ha concebido nunca la mente humana, no es mas que una quimera, y le esponen al ridículo y á los sarcasmos de la ignorancia. Porque la decision de aquellos sábios se habia divulgado entre los cortesanos; entre el mismo pueblo la malignidad le indicaba con el nombre del aventurero genovés; y por exacto observador que fuese de los deberes y de las prácticas de la religion, los fanáticos le evitaban como un herege destinado á un *auto de fe*; los chicos se tocaban la cabeza cuando le veian pasar por las calles, diciendo: ¡*El loco*, *el loco*! de suerte que Colon sintió un instante faltar la tierra bajo sus piés, y cayó en lóbrega desesperacion.

Pero, los seres privilegiados cuya existencia dominan el corazon y la imaginacion, encuentran una fuerza divina en el fondo de su alma; basta una sonrisa de su amada para devolverles el vigor y asegurarles contra los desprecios del mundo entero; y su genio, oscurecido un momento, vuelve á levantar el vuelo, cubriendo de baldon á los tontos y á los ignorantes. Colon tenia en Córdoba una amante. El era alto de estatura y bien formado; su porte noble y distinguido; la nariz aguileña y el rostro largo; el tinte vivo de la piel parecia indicar el ardor de su cerebro (1); su pelo, de color claro en la juventud, se habia encanecido antes de tiempo en medio de las inquietudes de una ambicion demasiado á menudo frustrada (2). Pero, su apasionada mirada y su lenguaje que agitaba todas las fibras del corazon, habian prendado á una noble dama cordobesa, la señora doña Beatriz Enriquez, y aunque el matrimonio no sancionase su union (3). tuvo de ella otro hijo, que quiso se llamase Fernando. Este doble vínculo del amor y de la ternura paterna le retuvo en España cuando, fatigado de las humillaciones que le habian hecho sufrir, se preparaba á abandonarla. Aquella alma ardiente abrazaba toda clase de amor; ferviente cristiano, halló consuelo al pié de los altares, y antes de llevar á otra córte la palabra del Espíritu Santo, se decidió á intentar todos los medios que pudieran aun darle esperanza de buen éxito.

(1) *Itinerarium portugallense.*
(2) Las-Casas. Colon mismo se queja de ello en una carta.
(3) Resulta así de una disposicion particular de su testamento.

En las tinieblas del feudalismo en que España estaba entonces sepultada, el derecho de accion de los particulares se consideraba una heregía digna de la hoguera. Colon se defiende con todas sus fuerzas de tal inculpacion en una de sus cartas: «¿Me creen, pues, tan estúpido que no sepa que aun cuando las Indias fuesen mias, no podria sostenerme sin el auxilio de un príncipe? (4)» Dirigióse, por lo tanto, á un poderoso feudatario de la corona de Aragon, el noble y rico duque de Medina-Sidonia, que deslumbrado al principio por el brillo de la empresa, la rechazó luego como el delirio de un italiano visionario. Fué en seguida á ver al duque de Medinaceli, cuya benévola hospitalidad le habia dado asilo en los dias de sus angustias, y el duque halló aquel proyecto demasiado vasto para un súbdito, pero le ofreció apoyarle en la córte de Isabel, y cumplió su palabra. Colon se irritó de andar así de repulsa en repulsa, y resuelto á cumplir la mision que Dios le habia revelado en la tierra, impuso silencio á las debilidades de su corazon y adoptó el partido de pasar á Francia para regalar al rey Cárlos un mundo que los soberanos de España rehusaban. Juan Perez le volvió á ver entonces en el convento de la Rábida, donde fué á pedirle á su hijo Diego y á darle gracias con todo su corazon, único modo de recompensar su noble y generosa amistad. El buen prior lloró, y le rogó que no se apresurase á arrebatar á España la mas hermosa de las conquistas, y habiendo obtenido una audiencia de la reina, cuyo confesor habia sido, montó en su mula, corrió á la córte, y defendió la causa de su amigo con tal ardor y tanta uncion evangélica, que Isabel, conmovida ante aquel celo, mandó llamar á Colon, y con la delicadeza de atenciones habitual en las mujeres, le entregó en secreto veinte mil maravedís para que pudiera presentarse decentemente en la córte.

Volvió, pues. El último de los reyes moros deponia entonces la corona á los piés de Isabel y Fernando; Granada abria sus puertas á los Españoles victoriosos, los colores de Castilla y Aragon flotaban juntos en lo alto de las torres de la Alhambra. Digno siempre, á pesar de sus desgracias, hizo con su elevacion admirar al consejo llamado á juzgar en última apelacion sus proposiciones, bajo la presidencia del mismo Talavera. Viles cortesanos, estaban prontos, sí, á especular con el genio audaz de un hombre de la plebe; pero consentir que el Estado, en premio de una sublime concepcion, de un servicio inaudito le elevase sobre ellos (pues aquel miserable aventurero ponia por primera condicion ser nombrado almirante y virey de todos los

(4) Carta á la nodriza del príncipe Juan, *ap.* Navarrete.

paises que descubriese), era cosa á que no pudo nunca reducirse su irritado orgullo. En vano Colon rechazó sus insultos proponiendo someterse á una octava parte de los gastos. Talavera declaró á la reina que conceder tales honores á un mendigo genovés seria una vergüenza para sus majestades. El grande hombre no quiso doblegarse ante los caprichos de una mujer, que no era mas que el eco de su confesor, y despidiéndose de sus amigos, marchó á Francia á principios de febrero de 1492.

A menudo se ve con sumo disgusto perdida una cosa, que se miraba con indiferencia cuando se poseia. A esta última resolucion de Colon todos sus amigos se conmovieron; los mas tibios se llenaron de celo; Luis de Santo Angelo corrió á la reina, y su entusiasmo causó impresion en Isabel; la marquesa de Moya, su favorita, trató de impulsarla, poniendo en juego el resorte de los celos: ¡si el rey Cárlos acepta, pertenecerán á Francia tanto poder, tanta gloria, todos los tesoros de la India, el honor inmortal de haber dado al cristianismo uno de tantos pueblos idólatras! Fernando permanecia impasible, pero Isabel se decidió: *Tomo*, dijo, *la empresa para mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para tener el dinero necesario* (1).

Santo Angelo confirmó lo dicho por la reina, ofreciéndose á sufragar los primeros gastos (2), é inmediatamente salió un correo en busca de Colon. Este se hallaba ya á dos leguas de Granada, con el alma llena de amargura, tanto que, cuando el correo le alcanzó, apenas dió oido á su mensaje, y continuó su camino. Pero al espresarle aquel maravillado el impaciente ardor de Isabel, pues que solo la pasion habla á las almas apasionadas, Colon volvió á Granada.

El mismo hombre que poco antes hasta los ayudas de cámara desdeñaban, se presentaba de nuevo en la córte, solicitado, honrado; pueblo y cortesanos, raza imbécil y perversa, aparecian convertidos por el favor del príncipe. ¡Qué estraña cosa es la opinion pública! Admitido en la intimidad de los soberanos, los inflamó con el fuego de su imaginacion, trasportándolos al través de los mares, haciéndoles recorrer las ciudades de los palacios de oro y de los baluartes de plata con que Marco Polo puebla el reino de Mangi, y luego, estimulando el fervor de su fe, les proponia emplear las riquezas de la India en libertar á Tierra Santa (3). Finalmente, el 17 de abril de 1492, el secretario de Estado presentó á la firma de sus majestades el tratado siguiente:

1. Colon tendrá para sí y sus sucesores el grado de almirante en todos los paises que descubra en el Océano, con los honores y las prerogativas de grande almirante de Castilla.

2. Será virey de los susodichos paises.

3. Tendrá derecho á la décima parte de todas las perlas, piedras finas, oro, etc., que se encuentren, compren, permuten, etc.

4. El ó su lugar-teniente serán los únicos jueces de las disputas en materia de comercio.

5. Se le permitirá, ahora ó despues, anticipar la octava parte de los gastos, compensándole con la octava parte de los beneficios.

6. El y sus herederos están autorizados á llevar el título de *don*.

Destinóse para el armamento y la partida de la espedicion el puerto de Palos, cuyos habitantes, en castigo de un motin, habian sido condenados á suministrar anualmente á la corona dos carabelas armadas. Fernando se aprovechó de este accidente, y Colon dejó la córte el 12 de mayo. ¡Qué alegría en el convento de la Rábida cuando le vieron de retorno! ¡Qué satisfaccion para Fr. Juan Perez! Quizá Colon debió la ejecucion de los reales decretos á la inalterable amistad de este hombre escelente. Apenas se supo en Palos el objeto de la espedicion, los soldados de mar, gente amiga de pendencias, empezaron á murmurar; y las mujeres, con ese poder que ejercen en las poblaciones marítimas, sublevaron á los marineros, y tiraron piedras á los operarios que preparaban las carabelas: «¡Cómo! ¡por saciar una odiosa venganza pretende el rey que nuestros maridos y hermanos sean pasto de los mónstruos del Océano! ¿Y qué quiere este estranjero? ¿Qué le importa la vida de las personas que nos son tan caras, con tal de ganar para sí un nombre?»

En vano el gobierno enviaba órden tras órden á las autoridades de la provincia; los mercaderes se negaban á suministrar los víveres y las municiones; los carpinteros de mar huian si se les queria obligar á trabajar en aquellas naves, destinadas á un fin desastroso. Pero el santo carácter del prior mitigó á los furibundos; y decidió á un rico é intrépido navegante á comprometer su persona y bienes en la empresa; tanto que, prévio el debido arreglo con Colon, preparó el tercer buque. Este armamento, con tanto trabajo obtenido, costó solo 300,000 francos; y el 3 de agosto zarpó la flotilla.

Todo sorprende en este hombre estraordinario; la elevacion de sus ideas y la audácia para llevarlas á cabo. Hoy que la navegacion se ha perfeccionado tanto ¿quién de nosotros se aventuraria en una débil barca á emprender semejante viaje? De tres carabelas que tenia á sus órdenes, una sola estaba provista de puente, mal aparejada, mal calafateada; todo para ellos era huracan; y la furia desencadenada contra el buen éxito de la espedicion, parecia suscitar obstáculos insuperables. De los noventa hombres que componian la tripulacion, quizá únicamente diez servian con gusto, los restantes lo hacian por temor, y se creian conducidos á una muerte cierta. ¡Ah! robusta tenia que ser el alma de este italiano, que triunfó á viva fuerza de la desconfianza, de la envidia, de la supersticion coligadas en contra suya; ¡que conduciendo hombres á paises donde hasta entonces la imaginacion no habia penetrado sino con espanto, supo atraérselos y dotarles de una fe ciega en las inspiraciones celestes!

No debilitaré con paráfrasis la relacion del mas famoso entre los navegantes, limitándome á estractar el diario de su primer viaje, segun nos lo ha trasmitido Las Casas.

(1) Los mismos historiadores.

(2) Fernando se apresuró luego á hacerse reintegrar hasta el último maravedí la débil suma que anticipó su tesorero.

(3) Carta de Colon á los reyes Católicos.

In nomine Domini Nostri Jesu Christi.

«Cristianísimos, altísimos, escelentísimos y poderosísimos príncipes, rey y reina de las Españas y de las islas del mar, nuestros soberanos.

»En el presente año de 1492, despues de haber dado fin á la guerra contra los Moros, que dominaban aun la Europa, y que tan gloriosamente terminó en la gran ciudad de Granada, donde el 2 de enero de este mismo año ví las banderas reales de Vuestras Altezas enarboladas en las torres de la Alhambra, y al rey moro salir y besar las reales manos de Vuestras Altezas y del Príncipe mi Señor; á consecuencia de las noticias suministradas á Vuestras Altezas sobre las tierras de la India y sobre un príncipe llamado el Gran Kan, que en nuestra lengua vale tanto como rey de reyes, y en atencion á que muchas veces él y sus antecesores habian pedido á Roma maestros de nuestra santa fe, que los instruyesen en las verdades del Evangelio, y á que el Santo Padre no habia provisto á esto, continuando aquellos pueblos sumidos en la idolatría y profesando doctrinas de perdicion; Vuestras Altezas, como príncipes católicos, propagadores de nuestra santa fe y enemigos de la secta de Mahoma, resolvieron enviarme á mí, Cristóbal Colon, á las tierras de la India, para ver á los antedichos príncipes, el país y los habitantes, examinar la naturaleza y el carácter de todos, y hallar medios de convertirles á nuestra santa religion; ordenándome que no fuese por tierra á Oriente, como se acostumbra, sino por mar, yendo derecho á Poniente, camino que no sabemos haya andado nadie hasta ahora. Y supuesto que Vuestras Altezas, despues de haber espulsado á todos los Judíos de sus reinos y territorios, me han mandado en dicho mes de enero, trasladarme con el conveniente armamento á las mencionadas comarcas de la India, colmándome de grandes favores, ennobleciéndome hasta el punto de que en adelante pueda usar el *don*, nombrándome grande almirante del Océano, virey y gobernador, etc., etc.; partí de la ciudad de Granada el sábado 12 de mayo del mismo año, para trasladarme á Palos, donde armé tres naves, y el viernes 3 de agosto, media hora antes de salir el sol, levé el ancla, llevando á bordo abundantes víveres y buen número de marineros, y me dirigí á las islas de Vuestras Altezas llamadas las Canarias, para navegar de allí á Poniente hasta llegar á las Indias y dejar cumplimentada la embajada de Vuestras Altezas. Al efecto, me propongo escribir exactísimamente, dia por dia, cuanto hiciere, viere y probare; y ademas de la relacion dirigida á mis soberanos, escribiré cada noche lo que haya acaecido durante el dia, y vice-versa; me propongo trazar una carta, donde anotaré las aguas y las tierras del grande Océano, en sus posiciones exactas y relativas, y añadiré una descripcion por escrito, marcando la latitud equinoccial y la longitud occidental. Por lo tanto será preciso que olvide el dormir y que atienda á la navegacion, para dar cima á lo que exigirá de seguro esfuerzos grandiosos (1).

(1) Y cumplió su palabra; ya veremos á costa de qué.

3 de agosto de 1492.—*A las ocho de la mañana salimos del banco de Saltes, y doblamos al Sur.*

6 de agosto.—*El timon de la caravela Pinta se rompe, y se teme haya sido roto adrede por Gomez Rascon, á sugestion del dueño de la caravela* (2); *antes de zarpar se les vió hablando solos. Los marineros lo miran como mal pronóstico y murmuran.*

9 de agosto.—Detencion en la Gomera para reparar los buques. La llama y el humo del volcan de Tenerife asustan á la tripulacion, y Colon les esplica el fenómeno. Muchos Españoles de la isla del Hierro aseguran que todos los años distinguen una tierra al Oeste: esto anima á los marineros.

6 de setiembre.—Parten de la Gomera.

9 de setiembre.—El almirante se resuelve á decir menos camino andado del verdadero, para que su gente no se asuste demasiado pronto (3).

13 de setiembre.—Nota, con un vago sentimiento de temor, que la aguja se desvia al Oeste; guarda para sí este terrible secreto, y redobla su atencion (4).

16 de setiembre.—Al ver las algas de que están cubiertos los mares de los trópicos, la tripulacion cree estar cerca de tierra; pero el almirante calcula por sus mapas que la tierra firme se halla mas lejos (5).

17 de setiembre.—*Hoy hemos vogado sobre un mar cubierto de yerbas; y el agua me pareció tan espesa, que temí fuesen á encallar las naves* (6). Al mismo tiempo los pilotos se pusieron pálidos de espanto viendo la declinacion de la aguja, que era de doce grados al Occidente. La tripulacion cae en gran desaliento, creyendo ver á cada instante realizados los peligros con que se la habia amenazado; pero el encuentro de una porcion de toninas la reanima.

22 de setiembre.—Viento de Oeste. *El viento contrario me fue utilísimo, porque mi gente estaba alborotada; murmuraban de lo largo del viaje, creyendo que en estos mares no soplaban jamás vientos para volver á España* (7).

23 de setiembre.—La tripulacion empieza de nuevo á lamentarse, temiendo le falten vientos para la vuelta; pero la mar se pone gruesa y cesan las quejas. *Así la mar gruesa me fue de grande ayuda, cosa no vista desde los Judíos acá.*

25 de setiembre.—El almirante habla con Pinzon sobre el mapa de Toscanelli, que situaba la tierra, con poca diferencia, donde estaban entonces. Pinzon sube á la gabia y grita: *¡Tierra, tierra!* Se oye un clamor general de alegría; Colon se arrodilla dando gracias á Dios; pero un

(2) No se olvide que estos buques se quitaron por fuerza á los dueños.

(3) Una estratagema casi igual habia empleado en la espedicion de Túnez, é hizo lo mismo en todos sus viajes posteriores, para que nadie sino él supiese el secreto de lo andado. Pequeña debilidad que debe perdonársele.

(4) Se ha disputado mucho acerca de la época en que se descubrió la declinacion de la aguja; y el diario de Colon lo decide. Por lo demás él creia que la estrella polar describia un círculo mucho mas considerable del que describe.

(5) Se guiaba por el mapa de Toscanelli.

(6) Esta frase no se encuentra sino en el tercer viaje; la hemos colocado en su puesto, para no interrumpir el relato.

(7) Es de admirar el feliz accidente que le determinó á viajar primero al Sur, pues así se aprovechó de los vientos periódicos; de otro modo quizá hubiere fracasado la espedicion.

rayo de sol no tarda en disipar aquella tierra fantástica, dibujada por la niebla en el horizonte.

1.° de octubre.—El piloto del almirante aterra á los marineros cuando les dice que se encuentran á 578 leguas de las Canarias. ¡Cuál hubiera sido su desesperacion si hubiesen sabido la verdadera distancia que era de de 707 leguas! Habiendo ofrecido la reina 20,000 maravedís de renta al primero que descubriese la tierra, no necesito decir si se afanarian en ganarlos, y los primeros dias los ojos no se apartaban del horizonte; pero inútilmente.

10 de octubre.—Los marineros desanimados se niegan á seguir adelante. El almirante los alienta como mejor puede, pintándoles las inmensas riquezas que los esperan. *Por lo demás, vuestros lamentos ni hacen ni deshacen; me he puesto en marcha para ir á la India, y seguiré hasta encontrarla, Dios mediante* (1).

11 de octubre.—Todo anuncia la aproximacion á tierra: un junco verde, una caña, un palo con cierta labor, una duela. A las diez de la noche, estando Colon á popa, vió una claridad algo mas abajo del horizonte; pero la oscuridad de la noche era tal, que no se atrevió á asegurar fuese tierra. Distinguió muchas veces como una luz que subia y bajaba como con las olas. A media noche, cuando los marineros se juntaron para cantar la *Salve*, el almirante, persuadido de hallarse cerca de tierra, les recomendó tener fija la vista, prometiendo un jubon de seda al primero que gritase: *Ahí está*. Navegaban á Poniente; la Pinta iba delante segun costumbre: á las dos de la madrugada Rodrigo de Triana prorumpió en el grito convenido, y un cañonazo anunció la fausta nueva á la escuadrilla. Omito decir con qué afan esperarian á que aclarase.

El 12 de octubre, á los primeros rayos del alba, desenvolviéndose del manto azul bajo el cual dormia, la jóven América presentó sus verdes playas á los ojos de los Españoles. Colon de rodillas y como hundido en éxtasis sublime, saludó con un cántico sagrado al nuevo mundo, debido á su genio.

Su divina mision estaba cumplida: ¿qué importa al mundo el resto de su existencia? Aunque hubiese muerto en aquel instante, sus compañeros, desandando el camino que él habia seguido, habrian anunciado al mundo antiguo la grande obra de su fe. En adelante no es ya mas que un hombre como los demás, dotado quizá de todo el vigor que da al alma la escuela de la desventura. La curiosidad histórica puede en los últimos catorce años de su carrera hallar lecciones contra los reveses de la vida y la ingratitud de los hombres; pero los destinos de América no le pertenecen ya: él, tan grande, tan generoso, no aparece, en medio de las revoluciones de los siglos, á los indígenas del nuevo mundo, sino como el genio tenebroso que abre la escena de su destruccion.

Haremos aquí algunas reflexiones, que esplican la conducta posterior de Colon y las estrañas ideas que sorprende encontrar en un hombre como él. A cualquier altura que se haya elevado el genio, existen siempre en él preocupaciones que le impone el siglo, y de las que no puede libertarse. Las Cruzadas habian establecido como principio, que las comarcas poseidas por los infieles, pertenecian al primer cristiano que se enseñorease de ellas. Cuando á la fiebre de aquellas espedidiciones guerreras, sucedió el ardor de los descubrimientos, este dogma recibió nueva estension, y se quiso que el mero hecho de haber puesto el pié en una playa hasta entonces desconocida, equivaliese á tomar posesion de todo el país: el clero hizo intervenir la autoridad papal en la concesion de esta supremacía, y los soberanos consintieron, porque esta formalidad daba á sus invasiones cierta apariencia de legitimidad (2). Nadie ignora el famoso meridiano con que el pontífice habia repartido el globo entre Portugueses y Españoles. Colon tenia una fe firme en la autoridad de los reyes; no obstante, educado en el tráfico y en los negocios, considerando el comercio como la riqueza de las naciones, no trataba de trasladar á la India la tiranía del sable, sino un poder tutelar, que asegurase á los particulares todas sus transaciones. Pero se sintió pronto arrastrado por la juventud noble, que se arrojó sobre el nuevo mundo como sobre una presa.

La física y la geografía no son ciencias de revelacion, sino ciencias prácticas; y es notable que á la combinacion feliz de dos errores, á saber, la escesiva estension al Oriente de las costas índicas, y un cómputo demasiado módico de los grados de longitud, debamos el descubrimiento de la América. Pero, la admiracion hácia Colon no se disminuirá porque se creyese en medio de las innumerables islas del mar de las Indias cuando desembarcaba en San Salvador (Guanahani).

En efecto, San Salvador, el gran banco de Bahama, era la isla baja y verde (3) donde enarbolaba el estandarte de Castilla y pronunciaba solemnemente la fórmula sacramental que, segun él, aseguraba su posesion á la corona de España. Los Indios, desnudos é indefensos, bailaban y saltaban alrededor de aquellos estranjeros, tomándolos por hijos de los dioses. ¡Desventurados! estaban lejos de imaginar que aquellos hombres de hierro no tardarian en estinguir su raza! Cuando los mismos ancianos en el esceso de su alegría, llamaban á sus compatriotas diciéndoles: «¡Venid á ver hombres descendidos del cielo! ¡Traedles de comer y de beber!» el mas ilustre, el mas humano de aquellos hijos del sol, firmaba su sentencia de muerte, y escribia á sus soberanos: «Si Vuestras Altezas ordenasen cogerlos á todos y tenerlos prisioneros en su misma isla, nada seria mas fácil (12 y 14 de octubre).»

Pero convenia llegar á la region del oro, ob-

(1) Robertson, apoyándose en la autoridad de Oviedo, dice «que prometió á los marineros hacer lo que quisiesen, con tal que obedecieran tres dias mas.» Esto se encuentra en absoluta oposicion con las palabras mismas del almirante.

(2) *Historia de Portugal.*—Obras de LAS CASAS.

(3) Corrigiendo en la carta marina los errores que la ignorancia de la inclinacion magnética pudo hacer cometer á Colon, hallo que este desembarcó realmente en Salvador, como afirman los mas. El señor de Navarrete dice que arribó á las islas Turcas. Washington Irving ha calculado exactamente su viaje.

jeto de todos los deseos. *Navegando al Mediodía hallaré un país, cuyo rey posee grandes vasos de oro: quiero ver este príncipe, el cual, segun el testimonio de mis indios, lleva vestidos cargados de oro, y tiene bajo su dominio todas las islas vecinas. Despues arribaré á Cipango, y cuando haya encontrado los sitios donde hay oro y especias en abundancia, allí me detendré.* Saliendo de San Salvador, se lanza al través de los millares de islas de que está sembrado el gran banco de Bahama y olvida por un instante sus sueños de oro, embriagándose con las bellezas de la naturaleza: *No sé por dónde principiar; mis ojos no se sacian de ver los nuevos árboles; las flores de la playa exhalan un perfume tan agradable y suave, que nada es capaz de halagar mas el olfato* (17 y 19 de octubre).

Vése en seguida al marino esperimentado. *Siendo peligroso fondear cerca de estas islas, sino con el dia claro para ver donde se echa el ancla, porque el fondo es desigual, y ofrece ora arena, ora escollos, me paso en vela toda la noche* (20 de octubre).

21 y 26 de octubre. *Antes de ir á la ciudad de Quinsay en tierra-firme para entregar al gran Kan las cartas de Vuestras Altezas, voy á la grande isla de Cuba, donde mis Indios dicen que se hace un comercio desmedido y que hay en abundancia oro, perlas, especias, grandes naves y mercaderes. Se cuentan de Cipango cosas estraordinarias, y en las esferas que yo he visto está situada precisamente en estos alrededores.*

28 de octubre. *En ninguna parte he visto cosas tan magníficas como en Cuba: las orillas del rio son un paraiso, que no me puedo resolver á abandonar.* Seguramente debió gozar mucho en medio de aquellas islas. Los Indios le hablaron de Cuba-Kan, que significaba *gente del interior*; pero él, siempre con la cabeza llena de Marco Polo, confundió esta tribu con Cublai-Kan: *Esta es sin duda la tierra-firme, y me encuentro delante de Zayto y Quinsay, á cosa de cien leguas de una ú otra metrópoli.* Las Casas, poco conocedor de la geografía de Marco Polo, dice, al citar esta frase: «No comprendo una palabra.»

2 de noviembre. Envia hombres prácticos á entregar sus credenciales á aquel rey imaginario; pero los mensajeros, á su vuelta, le dicen que no han encontrado nada que se parezca á la capital de un vasto imperio. Habian visto muchos habitantes, que llevaban yerbas secas envueltas en una hoja tambien seca, y las encendian por un estremo, mientras chupaban por el otro, tragándose el humo; añadieron que les daban el nombre de *tabacos*. Eran los cigarros.

Espero, Dios mediante, que Vuestras Altezas se resolverán pronto á enviarnos personas devotas ó religiosas para reunir á la Iglesia tan vastas poblaciones, y que las convertirán á la fe, del mismo modo que destruyeron á los que no querian al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Lo estraño es que nada bastase á desengañar á Colon, el cual hasta la muerte se obstinó en creer que se hallaba en las Indias.

21 de noviembre. Era opinion de los físicos que los paises mas cálidos criaban los metales mas preciosos; así, por el gran calor que se sentia en la punta meridional de la isla de Cuba, infirió que habria allí oro á montones. Este dia le dejó Alonso Pinzon con la *Pinta*, lo cual le disgustó en estremo.

11 de diciembre. Los Indios hacian relatos monstruosos acerca de los Caníbales. *Digo y repito que* Can-iba *no significa otra cosa que pueblo del gran Kan; cuyos Estados deben hallarse muy cerca de aquí. Ese monarca tendrá buques en que sus súbditos vayan á capturar á los Indios de las islas; y como no vuelven, sus compatriotas se figuran que se los comen.*

Formado en la política de los Portugueses, daba á España el siguiente consejo: *Vuestras Altezas no deben permitir que ningun estranjero ponga el pié en este país.* Descubre la Española (Haiti): *Finalmente, Dios mediante, me voy acercando al sitio donde nace el oro; algunos Indios lo conocen; es en Cipango, que ellos llaman Cibao.*

25 de diciembre. El buque costeaba con el mejor tiempo; habian dado apenas las once, cuando el almirante, que en dos dias y una noche no habia cerrado los ojos, fué á descansar. El piloto se aprovechó de la ausencia del jefe para él tambien dormir, y á pesar de estarle prohibido espresamente, confió el timon á un novicio. Todo era silencio en el buque, cuando á media noche la caravela encalló. Habiendo despertado al sentir el choque, el almirante ordenó el único movimiento que podia salvarla; puso algunos marineros en la chalupa para que echasen un ancla á lo largo; pero la chalupa se salvó á bordo de la *Niña* y el buque se hizo pedazos. ¡Qué fatigas no debió sostener! pero no veia en aquella desgracia sino el dedo de Dios, que todo lo dispone del modo mas conveniente. Un cacique de la Española, llamado Guacanagari, le habia mostrado un tierno afecto, que se aumentó con aquel desastre. Obligados á quedarse en tierra, los Españoles reunieron mucho oro y Colon consintió en que algunos de los suyos se establecieran allí hasta su próxima vuelta de España, y hasta les fabricó un fuerte. *Los hombres que dejo aquí, poseerán á mi vuelta una tonelada de oro ganado por medio de permutas, y habrán descubierto la mina y las especias. Los reyes podrán antes de tres años preparar la conquista de Tierra-Santa, pues ya he manifestado á Vuestras Altezas el deseo de ver los productos de mi empresa empleados en conquistar á Jerusalem. Vuestras Altezas se rieron, y digeron que la idea les gustaba, y que aun sin eso tenian muchos deseos de conquistarla.* Ultimo reflejo del espíritu religioso inspirado por las Cruzadas.

Reducido Colon á un solo buque se dispuso á volver á España. El 6 de enero de 1493 se le reune la *Pinta*; pero la insubordinacion reinaba á bordo. ¡*Cuándo*, esclama, *me veré libre de los pícaros que me rodean*! Tambien esta vez estuvo bien inspirado, pues se inclinó al Norte, y allí los vientos variables le condujeron á Europa. Se diria que habia tenido entonces un secreto presentimiento de las leyes físicas del globo.

13 de febrero. Le amenaza un gran peligro. Se encontraba al Poniente de las Azores, cuando

los relámpagos aparecieron tres veces hácia la parte Nor-nordeste: señal de una deshecha tormenta. El Océano se embravece; por la noche las olas son espantosas, de suerte que pierde de vista á la *Pinta*, y los vientos desencadenándose les infunden pavor. El buque, luchando con las olas no podia adelantar un paso, y contra sus costados iban á estrellarse montañas de agua: por la noche hizo sortear el voto de una peregrinacion, en que se debiese llevar una vela de cera de cinco libras, y le cayó á él; pero, como la violencia del huracan seguia, mandó sortear tres mas. Se creian perdidos; pero la idea que le ocurrió de llenar de agua salada sus toneles vacíos, fue mas provechosa al buque que todos los votos con que la tripulacion cansaba al cielo. Sosteníale un pensamiento religioso: *¿Es posible permita Nuestro Señor que las grandes noticias que llevo perezcan conmigo?* Mas, por otra parte, el vivo deseo que sentia de probar al mundo que sus promesas se habian cumplido, le inspiraba un gran temor de no llegar: *Cada mosquito que pasa me importuna y altera; debilidad causada por mi poca fe en la Providencia divina.*

El porvenir de sus hijos le acosaba: *Huérfanos de padre y madre en tierra estraña; ¿qué será de ellos? Los reyes ignoran los servicios de su padre.* Dominado por esta idea, cogió un pergamino y escribió en él todo lo que pudo relativo á sus descubrimientos; despues lo envolvió en un trozo de lienzo encerado, y metiéndolo dentro de un tonel, arrojó este al mar. Los marineros creyeron que era un acto de devocion: era la fe de nacimiento del nuevo mundo que Colon confiaba á las olas para que la condujesen al mundo antiguo.

Al fin la cólera del cielo se aplacó, y Colon arribó á las Azores, donde le esperaban otros peligros, pues el gobernador Castañeda trató de apoderarse de él, y arrebatar á España el honor de sus descubrimientos. El almirante se salvó, pero persiguióle la tempestad, obligándole á dar fondo en el Tajo, donde el rey de Portugal le acogió como merecia. De allí se hizo á la vela para Andalucía, y el 15 de marzo echó el ancla en el puerto de Palos (1).

El pueblo es siempre el mismo, ciego en la ira, ciego en el amor: la historia de todos sus héroes pende entre la roca Tarpeya y el Capitolio. Colon, á quien ocho meses antes se insultaba y escarnecia, fue llevado en triunfo; la gente se agolpaba para verle pasar, y hubo repique general de campanas. Fernando é Isabel le escribieron una carta que se volvia toda elogios y admiracion; el sobre decia: *A Don Cristóbal Colon, nuestro almirante en el mar Océano, virey y gobernador de las islas descubiertas en la Indiá.* ¡Y en qué términos lisonjeros se dirigian á el! «Sabeis de vuestro arte mas de lo que ha imaginado nadie, mas de lo que ningun viviente ha llegado á saber.» ¡Y qué acogida halló en la córte! hidalgos y cortesanos le acompañaban en su primera audiencia real; los soberanos le hicieron sentar delante de ellos, honor inaudito entonces; los músicos de la real capilla entonaron un *Te Deum*, repetido en coro por la asamblea con largas aclamaciones; se le concedió libre entrada en palacio, y las armas reales figuraron en su escudo con este mote:

Por Castilla y por Leon
Nuevo mundo halló Colon.

Todos los honores eran pocos para un hombre que decia: *Mi primer viaje no fue mas que una especie de escursion; pero ofrezco á Vuestras Altezas darles todo el oro que necesiten, por débiles que sean los auxilios que me presten; y especias y algodon y goma, como no se han encontrado hasta ahora sino en la isla de Chio, y que el Gran Señor vende el precio que mas le agrada; y aloe y esclavos, á medida del deseo.* En cuanto á él, aunque seducido un instante por su alta fortuna, triunfó modestamente, y su única venganza de los que le habian humillado fue proclamar la verdad de sus ideas: *Bendito sea Dios, que da la victoria á los que no se desvian del recto sendero! Lo ha probado evidentemente con los milagros hechos en favor mio. Me puse en viaje contra el dictámen de muchas personas de respeto ¡todas estaban contra mí, tratando mi proyecto de quimera! ¡Confio en el Señor, que el resultado honrará á la Cristiandad, etc!...* (2) *En cuanto á los mónstruos con que me amenazaban ninguno he visto.* En medio del esplendor, cuya luz repentina vino á deslumbrarle, tuvo á honor mostrarse amigo del prior de la Rábida, y se declaró obligado á fray Diego de la Doza, que fue despues obispo de Palencia.

Pronto su fama se esparció por Europa; en Italia, en Francia, en Inglaterra no se hablaba mas que de su espedicion; los ignorantes lo atribuian á milagro; entre las personas doctas se efectuaba una gran revolucion (3). Las cuestiones sobre la esfericidad de la tierra, sobre la existencia de los antípodas estaban ya resueltas: la autoridad de los Santos Padres en materia de ciencia venia al suelo: el descubrimiento de Colon era el preludio del sistema que á la sazon meditaba Copérnico (4).

Era el hombre necesario entonces. Los pueblos necesitaban ir en pos de una quimera: se requiere un alimento para los espíritus ardientes é inquietos que agitan á la multitud. La espulsion de los Moros dejaba desocupada toda aquella parte de la poblacion que solo vive de agitaciones, cuando el descubrimiento del nuevo mundo cayó como un rayo en medio de los hidalgos pobres y orgullosos que abundaban en España. La imaginacion vuela; caballeros, frailes, especuladores surgen por todas partes al oir los brillantes relatos del almirante, deseosos unos de conquistar reinos con las armas, otros de reno-

(1) El mismo dia fondeó en Palos Alonso Pinzon. La tempestad le habia arrojado al golfo de Gascuña, donde halló asilo, y creyendo á Colon ahogado, escribió á los reyes una carta atribuyéndose todo el honor de la espedicion é injuriando al almirante. Poco despues murió de desesperacion y de vergüenza.

(2) Estractado de las últimas palabras de Colon en la relacion del primer viaje.

(3) Pedro Mártir escribió á su amigo Pomponio Leto: *Præ lætitia prosiluisse te, vixque a lacrymis præ gaudio temperasse quando literas adspexisti meas, quibus de antipodum orbe, latenti hactenus, te certiorem feci, mi suavissime Pomponi, insinuasti*, etc.

(4) Copérnico meditaba su sistema en Italia cuando Colon descubrió la América, y no lo publicó sino despues de veinte años de reflexion.

var la santa mision de los apóstoles entre los idólatras, todos, en fin, de recoger aquel oro que los salvajes despreciaban. No ha habido espedicion mas popular que el segundo viaje (setiembre): se consideraba una honra formar parte de ella: diez y siete buques de varios tamaños se prepararon en un abrir y cerrar de ojos á hacerse á la vela en la rada de Cádiz; mas de mil ochocientos hombres se habian amontonado entre los animales y las plantas que se creian indispensables á la colonia. Los empleados del gobierno tenian órden de no negar nada á Colon; pero, en el ardor de que se sentia inflamado, tuvo que chocar mas de una vez con el monge Fonseca, cuyo odio influyó de una manera funesta en lo restante de su vida.

Aquí empieza la carrera administrativa de Colon. El manejo de los negocios públicos es el escollo de las personas doctas y que se distinguen por algun talento especial. Lo que me resta que referir de la vida de Colon es un largo tejido de errores; su ardiente imaginacion le hace escederse; pero será tambien un curioso espectáculo ver cómo se estravió tan vasta inteligencia. No escribo su elogio; procuro únicamente pintarle tal como su gran figura aparece en medio de su siglo.

Era en efecto un rico y fértil país la isla adonde conducia á los Españoles; los rios arrastraban allí arenas de oro, las montañas encerraban preciosas venas de este metal; pero allí, como en todas partes, la tierra no debia abrir sus tesoros sino á la fatiga. Avido de nuevos descubrimientos, se habia desviado de su camino para reconocer el archipiélago de los Caribes; y los aventureros que le acompañaban, sintieron pronto enfriarse su entusiasmo á causa de los trabajos y privaciones de una larga navegacion. Halagábale la esperanza de disfrutar otra vez las delicias de la Española, cuando, al llegar al puerto de la Natividad, encontró á sus compañeros degollados y sus vestidos en pedazos esparcidos por la orilla, pues los Indios del interior habian esterminado aquellos insolentes estranjeros que querian arrebatarlos sus bienes y sus mujeres. Antes de correr en busca de oro, debieron, pues, pensar en conquistar el terreno, edificar una ciudad y amurallarla. ¡Qué amargo desengaño! Aquella tierra prometida no les ofrecia mas que una ribera inhospitalaria, un clima devorador y malsano que cercenaba su número, pueblos irritados que á cada instante los amenazaban con reducirlos á morir de hambre! Las provisiones se disminuian, y era preciso esperar á que madurasen las mieses. Los orgullosos nobles se indignaron al verse obligados á manejar los instrumentos del trabajo; todos los corazones clamaron contra el intrigante italiano que los habia engañado de aquella suerte; los moribundos le maldecian; los que sanaban no tenian otro deseo que volver á su país, y por algun tiempo la naciente ciudad de Isabel presentó un cuadro desgarrador de desórdenes y de padecimientos.

Absorto siempre en sus brillantes ilusiones, Colon no sentia el huracan de las pasiones que bramaba á sus piés, figurándose que las instituciones humanas tenian su apoyo en el cielo; la autoridad que le habia conferido su rey le pareció incontestable, y trató de organizar su gobierno segun los principios de una sociedad que contaba largos años de existencia. La Memoria que dirigió á los soberanos al enviar á España su flota, indica sin duda grande estension de miras y vasto conocimiento de economía social, aunque con sus puntas de fanatismo; pero revela en todas sus partes al comerciante, que funda sus operaciones en un poder reconocido y sagrado, sin reflexionar en el carácter de los hombres de que se sirve:

Direis á sus altezas que desearia enviarles mas oro, pero que la mayor parte de mi gente ha caido enferma... Les direis que por el bien de las almas de los Canibales y aun de estos indígenas, nos ha ocurrido que cuanto mas lejos de aquí los enviemos, mejor será. Viendo la necesidad que aquí hay de ganados y de acémilas para el alimento y la labor de los futuros habitantes, sus altezas podrian disponer que cierto número de carabelas se ocupase en traerlos anualmente, á fin de poblar los campos y sacar partido del terreno. Estos ganados se venderian baratos y se podrian pagar con esclavos cogidos entre sus Canibales, hombres feroces y buenos para todo.

Hallábase en completa contradiccion con la gente que conducia; su objeto era fundar, el de esta destruir. Inflexible en sus creencias, quiso que la justicia, apoyada en los que él llamaba derechos del hombre, civilizase el Nuevo Mundo; idea que no estando en las costumbres ni en las opiniones de su siglo, no podia él por sí solo hacer triunfar. Pronto los descontentos conspiraron; tambien los Indios tramaron el esterminio de los Bárbaros que devastaban su país; sus medios de dulzura y de rigor parecieron igualmente odiosos. A todo lo cual hay que añadir una enfermedad cruel é inaudita que afligió á los Españoles en castigo de sus escesos, de suerte que la infeliz colonia parecia destinada á una próxima destruccion.

Una calma aparente sucedió á tantos males, pero no era mas que la postracion del delirio. Colon continuó sus planes de descubrimientos, y dejando el gobierno de la isla á una junta presidida por su hermano, salió el 24 de abril de 1494 con tres carabelas para reconocer la estremidad del Asia, aquel áureo Quersoneso, del que insistia en creer que Cuba formaba parte. Siguió la costa meridional de la isla y llegó á Jamáica; pero este viaje, que fue para él una constante alternativa de espléndidas fantasías y de penosos desengaños, fue para sus compañeros una dura prueba de fatigas y privaciones.

Al fin estaba ya para doblar el cabo San Antonio y entrar en el golfo Mejicano; Cuba no hubiera sido para él ya el continente; quizá arribara al vasto Imperio de Méjico; cuando se vió obligado á retroceder, pues los buques, roidos de los gusanos, hacian agua por todos lados y los marineros estaban muertos de fatiga.

Aplicado enteramente al engrandecimiento de su futuro reino, hizo constar de una manera auténtica, por medio de un acta solemne firmada por toda la tripulacion, que Cuba era el

continente (1). Volvió, pero apenas estuvo á la vista de la Española, cesó la exaltacion de espíritu que le habia sostenido hasta allí, las fuerzas le abandonaron y cayó en un letargo profundo.

Dicha suya fue encontrarse, al despertar, en brazos de su hermano Bartolomé, hombre de ánimo fuerte, lleno de inteligencia y ardimiento. El débil Diego habia dejado desprendérsele de la mano la autoridad que le estaba encomendada. Pedro Margarita, jefe militar, se habia declarado independiente de la Junta, entregándose, de acuerdo con un monge que formaba parte del gobierno provisional, á los mas terribles escesos, recorriendo la isla como capitan de bandoleros é irritando á los Indios con sus infamias. Para evitar el castigo, con que los amenazaba la vuelta del almirante, se apoderaron á viva fuerza de las carabelas que estaban en el puerto, y seguidos de los criminales y de todos los descontentos, se dieron á la vela para España, esperando con la calumnia hallar escusa en la córte. El monge Fonseca, á la sazon en auge, les apoyó, y hubieran logrado su objeto sin la inesperada llegada de Diego, que traia la noticia del último viaje de su hermano, cuyas maravillosas relaciones renovaron el entusiasmo, creyéndose que habia descubierto al fin las mágicas ciudades de la costa de Asia; asi Fernando se contentó con enviar un comisionado para que examinase el estado de la colonia.

En la Española las cosas se iban poniendo cada vez peor; la rebelion soplaba por todos lados; los Indios, para vengar sus ultrajes, se habian reunido; la isla entera se conmovió y decidió atacar á los estranjeros. Colon lo supo, y marchó con todas sus fuerzas contra el enemigo. Doscientos Españoles derrotaron un ejército de cien mil hombres, pues tenian las ventajas de las armaduras de hierro, de las espadas, de las armas de fuego, de los caballos, cuya sola vista asustaba á los salvajes, y de perros mastines (2) enseñados á devorar á unos hombres, cuya única defensa consistia en palos; ademas de que la opinion de que habian descendido del cielo, los rodeaba de un poder misterioso. En aquel momento aflojaron el freno á sus crueldades, y los Indios, viéndose cercados como fieras, se declararon vencidos y pidieron merced. Entonces llegó el comisionado de Castilla. Colon conoció que la autoridad se le escapaba de las manos, y resolvió volver á España para defender su causa en la córte. Dejando, pues, la direccion de los negocios de la isla á su hermano Bartolomé, á quien confirió el título de adelantado, se embarcó con todos los Españoles que no eran necesarios al servicio de la colonia.

Largo y penoso fue aquel viaje; pues en vez de remontar al Norte, una funesta curiosidad le determinó á dirigir el rumbo á Oriente, y tuvo que luchar dos meses contra los vientos regulares que le rechazaban de las costas de Europa. A tal estremidad se vieron reducidos, que la tripulacion quiso arrojar al mar á todos los Indios. Llegó por último el 11 de junio de 1496; pero no era ya el Colon llevado en triunfo por la admiracion pública; el entusiasmo se habia enfriado, y asi como habian divinizado su genio, exageraron tambien sus errores.

Los historiadores se diferencian poco de la muchedumbre, y pretenden que los hombres llamados por la fortuna á figurar en la escena política tengan algo de sobrenatural. Al ver la importancia que adquirió la América en tiempo de Cárlos V, acriminaron á Fernando porque no habia agotado los recursos de España para sostener á Colon. Pero, ¿qué importaba á un rey de España la gloria de un italiano? Oro era lo que queria; con la esperanza de obtenerlo pronto, habia concedido tantos honores á un estranjero desconocido; las guerras de Europa le habian empobrecido, y aquel Nuevo Mundo, por el método del almirante, mas bien era un grávamen que un beneficio. Como todos los hombres de su clase, Colon, ardiente y apasionado, sacrificaba las ventajas presentes al futuro esplendor de su empresa; Fernando, frio y positivo, guiado por el instinto seguro del interés, no se abandonaba sino á medida de este. El contrato formado con Colon era todo en beneficio del almirante; la corona hacia los gastos, él reportaba gloria, y queria asegurarse el vireinato de toda la India, pues por un convenio posterior se libró de contribuir con su octava parte de los sacrificios pecuniarios. Y sin embargo, cuando el espíritu público se alejó de él, halló apoyo en la córte. A pesar de la calumnia, los soberanos le recibieron bien y le otorgaron nuevos favores; la reina le ofreció un marquesado, que él rehusó por temor de escitar nuevas envidias; el decreto que permitia á cualquiera intentar nuevos descubrimientos, fue anulado como ofensivo de sus privilegios. «Nuestra intencion (decian aquellos príncipes) no fue nunca ofender los derechos de don Cristóbal Colon.»

El lenguaje de este diferia mucho del que habia empleado á la vuelta de su primer viaje; apelaba ahora al porvenir y á la generosidad de los príncipes. *Hace ya bastante tiempo que los reyes de Portugal empezaron la conquista de Guinea, pero hace poco que el pais da fruto.* Y en medio de incesantes guerras y de proyectos de nuevas alianzas, aquellos reyes pudieron aun destinar una considerable suma para una tercera espedicicion. Si Colon encontró muchos obstáculos, si interminables intrigas le embarazaron á menudo, la culpa seria de algun subalterno; debiendo nosotros añadir, en honor de Castilla, que la reina Isabel le prestó siempre generoso apoyo. Véase cómo pinta su posicion respecto á España: *Empezaron á hablar en términos despreciativos de la empresa, porque yo no habia enviado galeones cargados de oro, sin considerar el corto tiempo. Resolví venir en persona á echarme á los piés de Vuestras Altezas, les dí á conocer las obligaciones á que los habitantes de la isla Española estaban dispuestos á someterse, les llevé muchas muestras de oro, de especias, de maderas para tintes. Lo cual no valió para ciertas personas, etc.*

(1) Los sábios de entonces, apoyados en este ridículo documento, creyeron que Cuba era la estremidad del imperio del gran kan (Muratori, Robertson.)

(2) Estos animales eran tan hábiles en la caza de los Indios, que en un abrir y cerrar de ojos, despedazaban un salvaje. (Las Casas.)

Faltándole gente con que completar la tripulacion, hizo alistar malhechores á quienes, por instancias suyas, se les conmutó el patíbulo en deportacion; funesto recurso, de que recogió amargos resultados. Al fin se pusieron á su disposicion los seis buques que le estaban destinados; pero, antes de delinear la catástrofe que terminó su carrera administrativa, tal vez sea importante dar á conocer sus ideas sobre la física y la geografía, juzgándole por sus mismas palabras. Este tercer viaje, que tuvo principalmente un carácter científico, le dió ocasion de esponer una nueva doctrina.

Partí, en nombre de la Santísima Trinidad, el 30 de mayo de 1498, de Sanlúcar. Algunos dudosos relatos de una tierra situada al Mediodía le indujeron á aproximarse al Ecuador. Despues de encaminar á tres de sus buques hácia la Española, cayó en las regiones de las calmas, al encuentro de los dos vientos alíseos. *Allí*, dice, *esperimenté un calor tan sofocante, y los rayos del sol eran tan ardientes, que creí morir.* Impelido al Occidente hasta las bocas del Orinoco, descubrió el litoral del Para, y en todo el viaje padeció crueles dolores, colocándole la gota al borde del sepulcro. *Aunque en el precedente viaje, cuando descubrí la tierra-firme, pasé treinta y tres dias sin cerrar los párpados, nunca los ojos me habian dolido tanto.* Obligado por estos males á entrar en sí, reunió todas sus memorias, y buscó la interpretacion de los fenómenos que le habian sorprendido.

En el canal que separa á la isla de Trinidad del continente, halló que el agua se movia de Levante á Poniente con gran violencia, y creyó que no podria retroceder, á causa de las corrientes, ni seguir adelante por los bajos fondos. Ya muy entrada la noche, sintió un ruido terrible, y vió que el mar se elevaba de Poniente á Levante, formando como una colina, tan alta como el buque, la cual se acercó poco á poco á este, pero pasó sin hacerle daño, y llegando á la embocadura del canal, se detuvo allí largo tiempo.

Esplica este fenómeno, que los Indios llamaban *pororoca*, del siguiente modo: *Conjeturé*, dice, *que las corrientes y aquellos montones de agua que salian y entraban en los canales con tan terrible ruido, provenian del choque del agua dulce con la salada, oponiéndose esta á la salida de aquella. Pues encontrándome sobre una líquida colina, advertí que el agua de la parte interior era dulce y la de la esterior salada.* Hoy que se conoce perfectamente este fenómeno, no sabemos dar de él una esplicacion mas adecuada (1).

Continúa diciendo, que el mundo no es tan grande como el vulgo pretende; que un grado del Ecuador no es mas que de catorce leguas (2); que observó al Poniente de las Azores un gran cambio en el cielo y las estrellas, en la temperatura y en las aguas del mar; que á cien leguas de aquellas islas se encontró con que la brújula declinaba una cuarta de viento entera (12 grados); que el mar allí es denso y está cubierto de yerbas; que los vientos, aunque soplan con fuerza, no lo levantan; que en el paralelo de Sierra Leona la estrella polar describia un círculo de cinco grados de diámetro (3); que á pesar de haber leido constantemente que el mundo era esférico, las irregularidades notadas en sus viajes le habian hecho formar de la tierra distinta idea; y que en vez de ser redonda, como querian suponer, debia tener la figura de una pera, esto es, redonda por todos lados, escepto en la parte mas próxima al cielo, situada bajo la línea y en aquel Océano, á la estremidad del Oriente, donde se encuentran todas las tierras y todas las islas.

Pasando, añade, *al Occidente de las Azores, los buques se elevan lentamente hácia el polo, gozándose allí de una dulce temperatura; la aguja, por lo mismo, declina una cuarta de viento, y cuanto mas se adelanta, mas se sube y mas se inclina la aguja al Noroeste. Mi opinion está demostrada hasta la evidencia, porque en la costa de Guinea he visto naciones negras y una tierra calcinada, mientras que bajo la misma latitud, pasado el radio de que hablo, en la Trinidad la temperatura es agradable, los árboles verdes, los habitantes de buena estatura. Esto proviene de ser aquel el país mas elevado del mundo, y de no ser esférica la tierra. Además, la Sagrada Escritura dice, que en el paraiso terrenal hay una fuente, origen de los cuatro principales ríos. Admito que el paraiso se halla situado en la parte gibosa de la pera, y que la masa de agua dulce que encontré pueda provenir de allí.* A los lectores sensatos recomiendo este pasaje.

Volvió de nuevo á la Española, pero estenuado y casi moribundo; y en vez de hallar en ella el reposo que tanto necesitaba, tuvo que luchar vigorosamente con nuevos desastres. La isla estaba en completa anarquía; el delito y la rebelion dominaban; la gente de mal vivir que le habia acompañado, se negaba á reconocer ninguna autoridad legítima, y repartiéndose en bandos, á las órdenes de un jefe de su eleccion, cometian donde quiera los mas horribles escesos.

Pero, cuando todo se conjuraba para oprimirle, le sirvió de apoyo su viva fe en la Providencia. *Próximo á dejar la vida, el Señor me consoló, milagrosamente* y me dijo: *Cobra aliento, no te abandones á la tristeza y al temor, que yo proveeré á todo.* Vióse obligado á tratar con los revoltosos, y á reconocer los poderes creados por la rebelion; remitió al porvenir el cuidado de hacer triunfar la justicia, y contó con la prudencia del rey de España para castigar á los sublevados. Pero Fernando estaba asediado por la calumnia, y las reclamaciones de Colon no llegaban hasta él; se trató de disminuir la admiracion que escitaba; todos los intrigantes, cuya rapacidad no se habia satisfecho, le acusaban de barbarie, de dilapidacion; muchos de aquellos miserables fueron hasta el pié de las paredes del palacio á llenar de imprecaciones á los hijos del almirante, colocados

(1) LA CONDAMINE, *Mem. de la Academia de Ciencias*; MALTE-BRUN.

(2) Consecuencia de creerse erróneamente en la India.

(3) Otro error. La refraccion es muy considerable cerca del horizonte, y él no la sabia apreciar.

entre los pajes de la reina: «Esos son, esos (gritaban), los hijos del traidor villano que descubrió la tierra de engaño y vanidad, para que se convierta en sepulcro de toda Castilla.»

La malevolencia lo envenena todo; Fonseca irritó al desconfiado Fernando con pérfidas insinuaciones; y el mismo Colon se enagenó el alma sensible de Isabel, haciendo pesar sobre sus Indios la miseria de una cruel esclavitud. «¿Con qué derecho dispone el almirante de mis vasallos?» dijo con dolor, y firmó la ruina del hombre que habia escitado en ella el mas vivo entusiasmo.

Enviósе á Bobadilla para que examinase el estado de la colonia, encargándole que castigase á los culpados y destituyese al mismo almirante si encontraba que él tambien lo era. Bobadilla tenia interés en que Colon apareciese reo, y asi lo vió. Prevenido por algunos intrigantes que, apenas llegó, le rodearon, declaró destituidos al almirante y á sus hermanos, y sin verlos ni oirlos, los mandó prender y cargar de cadenas. *El nuevo comandante*, escribió Cristóbal á la nodriza del príncipe Juan, *se ha situado en mi casa, apropiándosela como mismo estaba, y con cuanto tenia dentro*; *no ha habido pirata que hiciese mas*. La canalla de que estaba lleno Santo Domingo, acudió á insultarle bajo la ventana de su prision, y llegaron hasta él sus atroces imprecaciones. El indigno trato que le daban, le indujo á creer que estaba destinado á una muerte ignominiosa. Asi, cuando Alonso de Villezo, capitan del buque que debia conducirle á España, entró en la carcel, se figuró venia para llevarle al patíbulo. «Villezo (le preguntó tristemente) ¿á dónde me conducís?

—Al buque en que debemos darnos á la vela, Excmo. Señor.

—¡Darnos á la vela! (repitió vivamente el almirante) Villezo, ¿hablais formalmente?

—Lo mas formalmente del mundo, os lo juro, Excmo. Señor.

A estas palabras, el almirante respiró. Villezo le trató simpre con el respeto debido á los grandes infortunios; quiso quitarle los grillos, pero el grande hombre se opuso, diciendo: «No, sus majestades me han escrito que me someta á lo que Bobadilla me ordene en su nombre; en su nombre me ha puesto los grillos, y los llevaré hasta que manden quitármelos, y despues los consideraré como un monumento de la recompensa concedida á mis servicios.» Y asi lo cumplió; y su hijo Fernando dice con tal motivo: «Yo los he visto colgados en su gabinete, y dispuso que, á su muerte, se encerrasen con él en el ataud.»

Por un estraño encadenamiento de desgracias, cuando todas las pasiones malévolas se ponian de acuerdo para privarle de las riquezas y de los honores, con tanto trabajo adquiridos, un mercader florentino le robaba tambien su mayor título de gloria á los ojos de la posteridad. Américo Vespucio, piloto de Alonso de Ojeda, sellaba con su nombre el descubrimiento de las Indias Occidentales.

El pueblo se guia mas por sentimiento que por reflexion, y el espectáculo de una gran desgracia le conmueve profundamente. Cuando se esparció de ciudad en ciudad que Colon volvia á España, cargado de cadenas por aquellos mismos á quienes habia regalado un mundo, la multitud murmuró contra la ingratitud de los reyes; los amigos del grande hombre acudieron, y Fernando é Isabel, arrastrados por la opinion pública, desaprobaron lo que Bobadilla habia hecho, dieron una honrosa acogida al preso, y enviaron inmediatamente una persona de confianza para juzgar las turbulencias de la colonia. ¿Qué mas podia hacer el reconocimiento de un soberano? Dios no ha concedido á los reyes una luz sobrenatural para apreciar el mérito de los hombres, y la mentira los rodea. Colon habia ofrecido tesoros, y cada espedicion era un nuevo gravámen; asi se le entretuvo dos años con magníficas promesas, pero sin devolverle sus honores. Otros mil aventureros que se lanzaban, en pos de él, proporcionaban al Estado inmensas riquezas. ¿Qué peso puede tener la justicia, puesta en la balanza con el oro?

Hay ciertos hombres que permanecen siempre fuera de las realidades de la vida. Colon, viendo írsele de entre las manos el vireinato de la India, meditó libertar el Santo Sepulcro. El espíritu que habia animado las cruzadas, se dejaba aun sentir en España. Apasionado por la lectura de los profetas, su imaginacion se exaltó al meditarlos; creyó que el Espíritu Santo le llamaba á realizar aquella empresa, y compuso un tomo de poesías sagradas para escitar el celo religioso de los reyes católicos. En los fragmentos que nos quedan, no he hallado nada que revele su carácter particular; son, sí, una paráfrasis de los autores sagrados, versificada por un entendimiento devoto.

Divulgóse entonces en España, que Vasco de Gama habia encontrado tambien el camino de la India por el cabo de Buena-Esperanza, y no se hablaba mas que de las riquezas de que Lisboa iba á verse llena con tal descubrimiento. Fernando tuvo envidia, y el entendimiento de Colon volvió á seguir su primer rumbo. Creyó que cumplia á su honor anticiparse á los Portugueses en aquella India, objeto de los ardientes deseos de la córte; y propuso un nuevo viaje en que abriria, al través de las islas y de los continentes ya descubiertos, un camino para ir á Calcuta, á orillas del Gánges. Hubo que luchar de nuevo con las prevenciones de Fernando; é Isabel destruyó todas las dificultades. El 11 de mayo de 1502 salió de Cadiz con cuatro carabelas. «¡Ahora sí que daré la vuelta al mundo!» esclamó, al dejar por cuarta vez las playas de España. Pero la fortuna reservaba esta gloria á Magallanes; y el destino, que habia acibarado tanto su vida, queria, antes que bajase á la tumba el ilustre anciano, herirle aun con crueles golpes. Su último viaje no es mas que una série de desastres; uniéronse los males físicos y los disgustos para consumirle; pero el almirante parecia rejuvenecer en la desgracia, y nunca le encontramos tan grande como cuando lucha cuerpo á cuerpo con la adversidad. La relacion que dirigió á los reyes Católicos el 7 de julio de 1503 es un trozo sublime de tierna melancolía y de noble resignacion; se diria que quiso depositar

allí todos los dolores de que estaba inundada su alma (1).

De Cádiz pasó á Canarias y luego á la Dominica. Cuando llegó á la Española, pidió por favor un buque pagándolo al contado, pues una de sus caravelas no estaba ya en posicion de navegar. Le prohibieron bajar á tierra, no obstante la violencia del huracan que sopló aquella noche. «El mismo Job, esclama, hubiera muerto de desesperacion al ver que, aun tratándose de mi salvacion, de la de mi hijo, de la de mi hermano, de la de mis amigos, me vedaban la tierra y los puertos descubiertos á costa de mi sangre.»

Navegó hácia Tierra-firme: la tempestad siguió por espació de sesenta dias, y la tripulacion habia llegado al colmo de la afliccion. El almirante cayó enfermo, y estuvo á las puertas de la muerte. En la costa de Veraguas se abrió su herida, y durante ocho dias se desesperó de salvarle. «El viento (dice) me retenia en aquel mar que parecia de sangre, y hervia como una caldera espuesta á un gran fuego. Nunca habia visto cielo mas terrible; un dia y una noche apareció á mis ojos como un inmenso horno ardiendo, y lanzaba tales y tantos rayos, que todos creian segura la pérdida de los buques.» Es imposible pintar mas fielmente un temporal bajo los trópicos.

En aquella costa, que él tomaba por el Quersoneso áureo, habia fundado un establecimiento para el laboreo de sus ricas minas; pero los Indios lo incendiaron, y mezclaron con sus cenizas las de muchos Españoles. Inumerables hordas lanzaban contra el almirante y los suyos gritos de muerte; era preciso huir, y entre tanto el mar batia la costa con sus espumosas montañas, y el viento rugia tormentoso. Colon llamó en su auxilio con lastimera voz los cuatro vientos, pero inútilmente. Durmióse al fin, oprimido por las fatigas, y le pareció oir una voz que le decia: «Insensato, hombre de poca fe en tu Dios, en el Dios de todos los hombres, ¿qué no ha hecho por tí tu Criador? No temas; confia en él. Todas estas tribulaciones están escritas en mármol, y no sin motivo.»

El interés que inspira la pasion del ilustre anciano, preocupa vivamente nuestro espíritu, y el trozo á que aludimos, escrito en el estilo de San Juan Crisóstomo, nos parece superior á cuanto hay de mas admirado en los Santos Padres. En él está la vida entera de Colon, en él el secreto de toda su gloria. ¿Cuándo ha resonado al oido de los reyes voz mas elocuente para acusarlos de ingratitud? Aquella alma ardiente no podia exhalar sus dolores sino en poéticos suspiros.

Por último, abandonó aquella costa funesta para volver á Europa. Partió con solo dos buques que se hallaban en el peor estado, sin provisiones, y teniendo ante sí dos mil leguas de mar. «El cacique de Veraguas (dice, dirigiendo una mirada profética al país que habia descubierto) poseia mucho oro, pero no creí conveniente robárselo. Creo mas importantes el comercio de este país y sus minas, que cuanto se ha hecho en la India; pero no debe fiarse á una madrastra tal hijo. No pienso sin llorar en la isla Española y en Para.... Aunque no mueren, agonizan, y la enfermedad es incurable.»

Resumiendo sus servicios y la recompensa obtenida, dice á los reyes Católicos, que las tierras que les obedecen son mas estensas y mas ricas que las de toda la cristiandad juntas, y que despues de haberlas sometido á su dominio, cuando esperaba buques para ir á anunciar á sus Altezas aquellas conquistas, fue preso en union de sus dos hermanos, cargado de cadenas y despojado, maltratado, sin oírsele.

Dentro de poco los buques no pudieron ya flotar, de suerte que tuvo que desembarcar en Jamáica, desde donde escribió una tierna carta, cuyo final desgarra el corazon: «Acababa de cumplir diez y ocho años, cuando entré al servicio de vuestras Altezas, y hoy no tengo un cabello en la cabeza que no esté blanco. Me hallo enfermo, he gastado cuanto me quedaba, y tanto á mí como á mis hermanos nos han quitado y vendido hasta el jubon. Aislado en mis padecimientos, enfermo, esperando todos los dias la muerte, rodeado de un millon de salvajes crueles, nuestros enemigos, todo el que tiene entrañas caritativas, todo el que ama la verdad y la justicia, me compadece!»

La heróica amistad de uno de sus compañeros, Diego Mendez, se encargó de enviar esta carta á España. Mendez, que en todo aquel viaje habia salvado muchas veces á los Españoles con actos de inaudito valor, intentó atravesar, en una piragua, un estrecho de cuarenta leguas, á pesar de los vientos y de las corrientes (2), y llegó á la Española, despues de haber visto morir de hambre y de fatiga á varios de los Indios que le acompañaban. Sin este sublime sacrificio, quiza la Europa ignorase las últimas desgracias de Colon.

Pero aun no habia apurado el cáliz de la ingratitud humana. Aquel puñado de Españoles, perdidos en el confin del mundo, abandonados á discrecion de pueblos salvajes que podian matarlos de hambre, no debia la vida sino al divino influjo que su jefe ejercia sobre los naturales; solo la union podia protejerlos; y sin embargo, un frenesí de rebelion se esparce por sus filas; algunos furiosos quieren degollar á aquel anciano, obligado á guardar cama por el disgusto y por los crueles padecimientos; y si se libra del puñal asesino, lo debe á la fidelidad de algunos valientes servidores. La banda de rebeldes recorrió la isla, y los Indios irritados con sus atrocidades, se negaron á suministrar víveres; de modo que á los Españoles no les quedaban sino unos cuantos dias que vivir.

En tal apuro, Colon convocó á todos los caciques de la isla, y les pidió víveres. Pero ellos prorumpieron en quejas: «¿Víveres? ¿y qué recompensa dais á nuestra hospitalidad?» Muchos de ellos mostraban los miembros mutilados y las manos cortadas por los feroces compañeros del almirante. «Pues bien (esclamó Colon) el Dios á quien sirvo, me vengará, y empezando desde esta noche, la luna os negará su luz.» Sabia que

(1) Véase la Aclaracion G al libro XIV de nuestra NARRACION.

(2) Entre Jamáica y Cuba soplan casi siempre los vientos de Levante.

aquel dia debia haber un eclipse. Los Indios, al ver aquella sombra que se adelantaba lentamente hasta cubrir el disco del astro nocturno, corren asustados á los buques, y suplican á Colon que aplaque la cólera de su Dios. El aparenta ablandarse, se encierra un momento en su habitacion, y cuando vió que la luna iba á salir del cono de sombra proyectado por la tierra, se presentó de nuevo, y les aseguró que habia aplacado á la divinidad.

Gracias á este artificio, los Españoles que se mantuvieron fieles tuvieron víveres en abundancia; pero los revoltosos, reducidos al último apuro, acudieron resueltos á matar á Colon y á su hermano Bartolomé, para robar las municiones que quedaban á bordo. Fue preciso venir á las manos; los Indios vieron con espanto el terrible y sangriento choque de aquellos blancos que creian bajados del cielo: la fortuna, fiel aun al grande hombre, le dió la victoria, y logrando prender y aherrojar á los rebeldes mas obstinados, reservó su castigo á la justicia del rey (1).

Por honor de la especie humana, quisiéramos pasar en silencio el comportamiento infame del gobernador de la Española, quien, sabedor por Mendez de la triste situacion de sus compatriotas, los dejó nueve meses en la mas cruel estremidad, y solo se decidió á socorrerlos cuando estuvo seguro de que su feroz conducta no bastaba á acabar con el grande hombre.

España le volvió á ver, pobre y abrumado de males; violentos ataques de gota y de oftalmia eran los únicos frutos que habia recogido de su celo por la gloria de los reyes. Se presentó en la córte para revindicar sus honores; pero la muerte de Isabel le habia dejado sin apoyo, y Fernando, no pudiendo ya reportar ninguna ventaja de aquel anciano encanecido en su servicio, no se dignó hacer que le administrasen justicia. Los viles que le habian vendido triunfaron; y el desgraciado, luchando al mismo tiempo con la miseria y con la muerte, pasó un año entero reclamando en vano el premio de sus nobles fatigas. No le restaba mas consuelo que las cartas de Diego, su hijo, el cual, viviendo entonces en la córte, trataba de hacer valer los derechos de su padre. Rogábale que le escribiese á menudo, y no cesaba de recordarle sus angustias. Pronto no le quedó mas esperanza que en Dios, y escribió desde el lecho de muerte á Diego de la Doza, diciéndole que Su Majestad no juzgaba á propósito cumplir sus promesas y las de la reina, y que se encomendaba á Dios, que siempre le habia sido propicio (2).

Murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506, entre los sesenta y ocho y los sesenta y nueve años de edad. El principal rasgo característico de este grande hombre era la fe viva, ardiente, omnipotente. Creia en la revelacion divina, en la dominacion universal del catolicismo con el trascurso de los siglos; corriendo á descubrir el nuevo mundo, imaginaba libertar á Jerusalem: creia en el derecho divino de los reyes, quienes le recompensaron con el desprecio; creia en la gloria, en el porvenir, y la posteridad dió al nuevo mundo el nombre de un oscuro aventurero. Consagró en su testamento estas creencias de toda su vida (3), Dios, los reyes, la gloria; tal es el compendio de Cristóbal Colon.

Tomado de un artículo de Teogénes Page. Añadiremos que en el devocionario de Colon que se conserva en la biblioteca Corsini, se lee:

Codicillus more militari Christophori Columbi. Cum S. S. Alexander papa VI me hoc devotissimo precum libello honorarit, summum mihi præbente solatium in captivitatibus, prœliis et adversitatibus meis, volo ut post mortem meam pro memoria tradatur amatissimæ meæ patriæ Reipublicæ Genuensi; et ob beneficia in eadem urbe recepta volo ex stabilibus in Italia redditibus erigi ibidem novum ospitale, ac pro pauperum in patria meliori substentatione; deficienteque linea mea masculina in admiralatu meo Indiarum et annexis juxta privilegia dicti Regis, in successorem declaro et substituo eamdem rempublicam S. Georgii.

Datum Valledolici, 4 maji 1506 S. S. A. S. X. M. Y. Xpoferens.

(1) *Historia del Almirante* ya citada.

(2) Véase la coleccion de cartas de Colon hecha por Navarrete.

(3) NAVARRETE. Parece atribuia un significado místico á las letras que preceden á su nombre, y á su disposicion relativa: *Cláusulas del testamento de Christóval Colon.*



BAYARDO

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

NUM. XX.

BAYARDO.

(1472—1425.)

Se diria que la caballería, estando á punto de sucumbir ante las nuevas armas, la nueva organizacion civil y la política poco generosa, quiso dejar una brillante personificacion de sí misma en el *buen Caballero sin miedo y sin tacha*.

Pedro del Terrail, señor de Bayard, nació cerca de las fronteras francesas de la Saboya por los años de 1470, de un padre que poseia la pequeña señoría de Grignon, á ocho leguas de Grenoble. Su tio, obispo de esta última ciudad, veló sobre su primera infancia, inspirándole con su ejemplo fe y piedad, que le acompañaron toda su vida. En las escuelas del país aprendió tambien las bellas letras, y conservó siempre el gusto á la lectura, tan escaso entre los militares de aquel tiempo. En las cartas suyas que nos quedan hay mucha correccion.

Pronto de vuelta en el castillo paterno, oia atentamente las empresas de sus abuelos, referidas por los ancianos, ó recordadas por los escudos y trofeos de armas depositados en las salas. Aymon, su padre, que mutilado en la batalla de Guinegate, se habia visto reducido antes de tiempo á un desagradable reposo, reunió un dia á sus cuatro hijos, para consultarles sobre la profesion que querian elegir. Cada cual escogió la que mas armonizaba con sus inclinaciones; y cuando llegó su turno á Bayardo, que tenia entonces catorce años y era vivo como una centella, dijo: «Señor padre, lo que nos habeis relatado diariamente de los nobles hombres de otros »tiempos y de los de vuestra familia, ha causado »en mí tal impresion, que desearia, si no os parece mal, seguir la carrera vuestra y de vuestros antepasados, esto es, la de las armas; y »espero con la ayuda de Dios que no os haré »avergonzar.» Alegróse el anciano, y contestó con los ojos bañados en llanto: «Hijo mio, Dios »te favorezca. En el rostro y en el corazon te pa»reces ya á tu abuelo, que fue en su época un »modelo de los caballeros de la cristiandad.»

Preparóse, pues, á partir, y cuando salia á caballo del paterno castillo, su madre Elena de los Alemanes dejó por un instante los cuidados domésticos, y llorando al separarse de su hijo, aunque le veia en buena senda, hablóle así: «Que»ridísimo Pedro, vas á servir á un príncipe cor»tés; y en cuanto una madre es capaz de acon»sejar bien á un hijo, tres cosas te recomiendo, »que si las ejecutas, estoy segura de que vivi»rás triunfalmente en el mundo. La primera y »mas importante es que ames, temas y sirvas á »Dios, sin ofenderle nunca si es posible; pues »él nos creó y nos conserva á todos, él nos sal»vará y sin su gracia no haremos nada bueno. »Por la noche y por la mañana encomiéndate á »él, y te ayudará. La segunda, que seas afable »y cortés con toda persona noble, desechando »de tí el orgullo; sé humilde y servicial con to»dos, y no díscolo ni maldiciente; en la comida »y la bebida no faltes á las reglas de la sobriedad; »evita la envidia, pues es un vicio torpe; no »adules ni andes con cuentos, pues los que tal »hacen no llegan fácilmente á la perfeccion. Sé »leal en obras y palabras, cumple lo que ofrez»cas, socorre á las infelices viudas y á los huér»fanos, y Dios te premiará. La tercera cosa es »que tengas caridad con los pobres, pues el di»nero que se da por amor á Dios no empobrece »á nadie, y esas limosnas, hijo mio, te aseguro »aprovecharán mucho á tu alma y tu cuerpo. Te »recomiendo todo esto: á tus padres les queda »poco que vivir; pero, plegue á Dios que, mien»tras vivamos, no oigamos hablar mas que bien »de tí.»

El jóven prometió seguir los consejos de su madre y le pidió que rogase por él; entonces la buena y gentil señora sacó de la manga un bolsillo con seis escudos de oro y se lo dió á Bayardo.

Las advertencias maternas no fueron inútiles, pues el nóble mancebo se mostró en su juventud modesto, púdico, cortés y devoto. Su tio, el obispo, le presentó en Chambery al duque de Saboya, el cual le colocó en el número de sus pajes, y se hizo amar de señores y de damas; saltaba, luchaba, cabalgaba mejor que nadie. Pero no estuvo allí mas que seis meses; pues habiendo ido á Lyon Cárlos VIII, rey de Francia, donde «empleaba el tiempo en placeres, entre príncipes y nobles, justando todo el dia y bailando por la noche con las mujeres del país, que son verdaderamente hermosas y dotadas de mucha gracia (1),» el duque fué á prestarle homenaje y llevó consigo á Bayardo, cuyo buen aspecto y destreza agradaron tanto al rey, que le pidió al duque.

Habiendo pasado de este modo al servicio de

(1) *Mem. de Bayard.*

Cárlos VIII, le confió el rey al cuidado de Pablo de Luxemburgo, conde de Ligny, que le nombró hombre de armas de su compañía, y le mostró siempre el corazon de un padre. Muy jóven aun, se señaló Bayardo en los torneos, triunfando á menudo de ilustres caballeros.

Entre los modos de buscar empresas y gloria durante la paz, eran famosos los pasos de armas, donde uno ó mas se ponian á defender un puente ó un camino, clavando en un árbol ó en un poste el escudo con sus insignias, de suerte que cualquier caballero que pasase estaba obligado á combatir con aquel de los mantenedores cuyo escudo hiriese; y si era vencido, debia cumplir las condiciones que se le imponian. Oliveros de la Marche describió varios, entre ellos uno en Borgoña cerca de Chalons en 1441, llamado el Paso de la fuente de Plours. Colombiere habla de otro en el castillo de Cendricourt en 1396, arreglado por el heraldo Orleans, donde los escudos de diez mantenedores pendian ante la puerta del castillo, y el que iba á combatir debia probar los cuatro cuarteles de nobleza materna y paterna, por medio de un heraldo de armas. El primer lugar en que se ejercitaban los cuatro caballeros contra todo el que se presentaba, se denominaba la *Barrera peligrosa*, peleándose á pié con lanza y espada, hasta que las damas y los jueces los hacian separar. El segundo, para combatir á caballo en tropel, se conocia por la *Encrucijada tenebrosa*, campo cerrado por tabiques de madera, con tiendas y pabellones, vino y manjares para el que llegase. El tercero era el *Campo de la espina*, para combatir á caballo de hombre á hombre. Y el último *La selva inaccesible*, donde estaban los de dentro, empeñando la batalla con todo el que venia de fuera, como caballeros andantes que buscaban aventuras, á manera de los antiguos caballeros de la Tabla redonda; y al entrar, se acercaban á un pino verde para tomar lanzas y espadas, todas de una misma medida, y despues recorrian el bosque peleando á pié y á caballo, segun el genio de cada uno.

Nuestro Bayardo se ilustró primeramente en el famoso paso de armas sostenido por Claudio de Vauldré, noble borgoñon, mientras que el rey Cárlos permanecia en Lyon. Existe de este paso una descripcion antigua, cuyo cap. 10 refiere un torneo publicado por Bayardo, que creemos deber reproducir,

Comment le bon Chevalier fit crier dedans Ayre un tournoy pour l'amour des dames, où il y avoit pour le mieulx faisant un brasselet d'or, et un bel diamant pour donner à sa dame.

Combien que grand besoing eust de repos le bon Chevalier sans peur et sans reproche, à cause du long travail, peur le propos que luy avait tenu son compaignon Tardieu, ne dormit pas trop la nuict: ains pensa comment seroit fondé son tournoy. Ce qu'il meit en son entendement, et delibera en soy mesme de l'executer, comme vous orrez. Car quand Tardieu le veinct veoir le matin, et luy amena la trompette, trouva desja par script l'ordennance comment debvoit estre ledict tournoy. Qui estait telle. C'est que Pierre de Bayard jeune gentilhomme et apprentif des armes, natif du Dauphiné, des ordonnances du roy de France,, soubs la charge et conduicte de hault et puissant seigneur monseigneur de Ligny, faisoit crier et publier un tournoy au dehors de la ville d'Aire, et joignant les murailles à tous venans, au vingtiesme jour de juillet, de tróis coups de lance sans lice, à fer esmoulu, et en harnois de guerre, et douze coups d'espée, le tout à cheval; et au mieulx faisant donnoit un brasselet d'or esmaillé de sa livrée, et du poids de trente escus. Le lendemain seroit combattu à pied à poux de lance, à une barriere de la hauteur du nombril; et apres la lance rompue, à coups de hache, jusqu'à la discretion des juges, et de ceulx qui garderoient le camp; et au mieulx faisant donnoit un diamant du prix de quarante escus.

Quand Tardieu eust vu l'ordonnance, il dit: Par Dieu compaignon, jamais Lancelot, Tristan, ne Gauvain ne feirent mieulx. Trompette allez crier cela en cette ville, et puis irez de garnison en garnison d'icy à trois jours, pour en advertir tous nos amis.—Il faut entendre qu'en la Picardie y avait pour lors sep ou huict cent hommes d'armes, comme la compaignée du marescal des Cordes, celle des Escossois, du seigneur de la Palisse, vertueux et triomphant capitaine, et de plusieurs autres, qui par ledit trómpette furent informez du tournoy. Si se meirent en ordre ceulx qui s'y voulurent trouver, car le terme n'estoit que de huict ou dix jours; toutefois il ne s'en trouva pas si peu qu'ils ne fussent quarante ou cinquante hommes d'armes sur les rencs.

En ces entrefaictes, et en attendant le desiré jour, arriva ce gentil chevalier le capitaine Louys de Ars, lequel feut tres joyeulx d'estre venu d'heure, pour en avoir son passatemps. Sa venue sceue par le bon Chevalier, luy alla faire la reverence, et se feirent grande chere l'un à l'autre. Encore pour mieulx renforcer la feste, le lendemain arriva son compaignon Bellabre. qui donna grand rejouissement à toute la compaignée. Si se delectoient tous les jours à essayer leurs chevaulx, et faire banquets aux dames, où entre autres le bon Chevalier feit tresbien son debvoir, de sorte que les dames de la ville et plusieurs autres de alentour, qui estoient venuest pour estre au tournoy, lui donnoient lé los sur tous les autres, dont toutefois ne se mectoit en orgueil.

Or veinct le jour ordonné pour commencer le dict tournoy, que chascun se meit sur les rencs. L'un des juges estoit le bon capitaine Louys d'Ars, et le seigneur de Sainct-Quentin, Escossois l'autre. Si se trouverent les gentil-hommès sur les rencs, qui feurent nombrez à quarante six, et par sort sans tromperie feurrent partis, vingt et trois d'un costé, et vingt et trois d'un autre; et ceulx estans prests pour commencer à bien faire, la trompette va sonner, et apres declara de poinct en poinct l'ordre du tournoy. Si conveint au bon Chevalier se presenter le premier sur les rencs, et contre luy veint un sien voisin du Daulphiné, nommé Tartarin, qui estoit fort rude homme d'armes (1).

(1) Este Tartarin, citado con frecuencia, en el torneo, y que se

Si laisserent courre l'un à l'autre, de sort que le dict Tartarin rompit sa lance à demy pied du fer, et le bon Chevalier l'assenna au hault du grand gardebras, et meit sa lance en cinq ou six pieces, dont trompette sonnerent impetueusement; car la jouste feut belle à merveilles. Et apres avoir parfourny leur poindre retournerent pour la seconde, et fut telle l'adventure de Tartarin, que sa lance faulsa le gardebras du bon Chevalier, à l'endroict du canon, et cuydoient tous ceulx de la compaignée qu'il eust le bras percé. Le bon Chevalier luy donna au dessus de la veue, et lui emporta un petit chapelet plein de plumes. La tierce lance feut aussi bien, ou mieulx rompue que les deux autres. Leurs courses faictes, veint Bellabre, et contre lui se prepare un homme d'armes, escossais, qu'on nommait le capitaine David de Fougas: qui pareillement feirent de leurs trois lances ce qu'il estoit possible à gentils hommes de faire; et ainsi deux contre deux jousterent jusques à ce que chascun eust parfourny ses courses. Apres conveint combattre à l'espée, et commença selon la premiere ordonnance, le bon Chevalier, qui du troisieme coup qu'l donna, rompit son espée en deux pieces, et du reste feit si bien son debvoir jusques au nombre des coups ordonnez, que mieulx n'eust sceu faire.

Apres veindrent les autres selon leur ordre; et pour un jour, au rapport de tous les voyans, mesme ainsi que dirent les deux juges, ne feurent jamais mieulx courus de lance, ne combattu à l'espée. Et combien que chascun le feist fort bien, les mieulx faisans feurent le bon Chevalier, Bellabre, Tartarin, le capitaine David, un de la compaignée de Monseigneur des Cordes, nommé le Bastard de Chimay, et Tardieu.

Quand veint sur le soir, que chascun eut faict son debvoir, se retirent tous au logis du bon Chevalier, qui avoit faict dresser le souper triomphamment, où il y eut force dames; car de dix lieues alentour toutes celles de Picardie, ou la pluspart estoient venues veoir ce beau tournoy, et y feut faict grande et triomphante chere. Apres le souper y eut danses, et plusieurs autres esbatements, tant qu'il feut si tard, avant que personne se voulust ennuyer, qu'une heure apres minuict sonna. Alors s'en allerent les uns apres les autres en leurs logis, menant les dames jusques au lieu où elles debvoient reposer. Si feut assez tard le lendemain avant qu'elles feussent bien esveillées, et croyez qu'il n'y en avait nulles, qui se lassassent de donner merveilleuse louenge au dic bon Chevalier, tant des armes que de l'honnesteté qui estoit en luy; car nul plus gracieux, ne courtois gentil-homme n'eust ou sceu trouver en ce monde.

Or pour parfaire ce qui estoit commencé, le lendemain les soldats tous ensemble se trouverent au logis de leur capitaine Louis d'Ars, où estoit desjà le bon Chevalier, qui l'estoit venu prier de disner en son logis, avec le seigneur de Sainct-Quentin, en la compaignée des dames du soir precedent, qui feut accordé. Il conveint aller ouyr messe, laquelle chantée, eussiez veu les jeunes gentils-hommes prendre les dames par dessous les bras, et icelles mener pariant d'amours, et autres joyeulx devis, jusques au logis du dict bon Chevalier, où s'ils avoient fait bonne chere le soir devant, à disner la feirent encore meilleure. Gueres ne demeurerent seigneurs, ne dames au logis depuis le disner; car environ lex deux heures chascun qui estoit du tournoy, se tira sur les rencs, pour achever l'ordonnance du second jour, où celuy qu'à son penser n'estoit pas pour avoir le prix de la premiere journée, esperoit avoir la seconde.

Les juges, seigneurs, et dames arrivez sur le lieu, commencea le bon Chevalier sans peur et sans reproche le pas en la maniere accoustumée; et contre luy veint un gentil-homme de Hainault fort estimé, qui s'appelloit Hannotin de Sucre: qui padessus la barriere à poux de lance se ruèrent de grands coups, et jusques à ce qu'ils feussent par pieces. Apres prindrent leurs haches qu'ils avoient chascun de leur costé, et se ruèrent de grands et rudes horions, tellement qu'il sembloit la bataille estre mortelle. Toutefois enfin le bon Chevalier donna un coup sur son adversaire à l'endroict de l' oreille; de sorte qu'il le feit tout chanceler, et qui pis est, agenouiller des deux genouils, et en rechargeant par dessus la barriere, luy feit baiser la terre, voulust ou non. Quoy voyant par les juges, crierent: Hola, hola, c'est assez, qu'on se retire.

Apres ces deux veindrent Bellabre et Arnaulton de Pierre Foradel, un gentil-homme de Gascogne, lesquels feirent merveilles aux lances, qui feurent incontinent rompues; puis veindrent aux haches, et se donnerent de grands coups: mais Bellabre rompit la sienne, parquoy les juges les departirent. Apres ces deux veindrent sur les rencs Tardieu et David l'Escossois, qui feirent tres-bien leur debvoir: si feit chascun en son endroict, de sorte qu'il estoit sept heures devant que chascum eust achevé. Et pour un petit tournoy, ceulx qui y estoient, veirent aussi bien faire qu'ils avoient veu de leur vie. Quand tout fut achevé, chascun se retira à son logis, pour soy desarmer; puis apres veindrent tous à celuy du bon Chevalier, où estoit le banquet apresté, et ja y estoient les deux juges, les seigneurs d'Ars, et de Sainct-Quentin, et toutes les dames. S'il y eust devisé de deux journées ne fault pas demander, chascun en disoit ce qu'il luy sembloit; toutefois apres le souper conveint en donner resolution, et par les juges declarer qui debvoit avoir les prix. Si en demanderent à plusieurs gentils-hommes experimentez aux armes en leur foy, et puis apres aux dames en leur conscience, et sans favoriser l'un plus que l'autre. En fin tant par les gentils-hommes, que par les dames feut dict, que combien que chascun eust faict si bien son debvoir que mieulx ne pourroit, ce neantmoigns, à leur jugement, de toutes les deux journées le bon Chevalier avoit esté le mieulx faisant, parquoi remectoient à lui mesme, comme celui qui avoit gaigné les prix, de donner ses presens où bon luy sembleroit.

Si y eut grande altercation entre les deux ju-

hirió en París á la entrada de la reina María de Inglaterra, mujer de Luis XII, se llamaba propiamente Almon de Salvaing, señor de Boissieu.

ges, à qui prononceroit la sentence : mais le bon capitaine Louys d'Ars pria tant le seigneur de Sainct-Quentin, qu'enfin promeit de le faire. Si sonna la trompette pour faire silence, qui feut faicte. Si dict le dit seigneur de Sainct-Quentin: Messeigneurs qui estes icy tous assemblez, et mesmement ceulx qui ont esté du tournoy, dont messire Pierre de Bayard a donné les prix par deux journées, monseigneur d'Ars, et moy, juges deleguez par vous tous à donner sentence raisonnable, où seront les dicts prix mieulx employez, vous faisons à sçavoir que apres nous estre bien deuëment enquis à tous les vertueux et honnestes gentils-hommes, qui ont esté presens à voir faire vos armes, et semblablement aux nobles dames que voyez cy en presence, avons trouvé qne chascun a tres-bien et honnestement fait son debvoir. Mais sur tous la commune voix est que le seigneur de Bayard, sans blasmer les autres, a esté de toutes les deux journées le mieulx faisant; parquoi les seigneur et dames lui remectent l'honneur à donner les prix où bon lui semblera.—Et s'adressant au bon chevalier lui dit: Seigneur de Bayard, advisez où vous les delivrerez.

Il en feut tout honteux, et demeura un peu pensif; puis apres dict: Monseigneur, je ne sçay par quelle faveur cest honneur m'est faict; il me semble qu'il en y a qui l'ont trop mieulx merité que moy; mais puis qu'il plais aux seigneurs et dames que j'en soye juge, suppliant á tous Messeigneurs mes compaignons qui ont mieulx fait que moy, n'en estre desplaisans, je donne le prix de la premiere journée à monseigneur de Bellabre, et de la seconde au capitaine David l'Escossois.—Si leur feit incontinent delivrer les presens, ny depuis homme ne femme n'en murmura, ains commencerent les danses et passetemps. Et ne se pouvoient saouler les dames de bien dire du bon Chevalier, qui tant feut aymé en la Picardie, qu'oncques homme ne le feut plus. Il y feut deux ans, durant lequel temps se feit plusieurs tournois et esbatemens, où en la pluspart emporta toujours le bruit. Et la plus grande raison pourquoy tout le monde l'aymoit, c'estoit pour ce que de plus liberale ne gracieuse personne n'eust on sceu trouver sur la terre; car jamais nul de ses compaignons n'estait desmonté qu'il ne le remontast. S'il avoit un escu, chascun y partissoit. Quelque jeunesse qu'il eust, la premiere chose qu'il faisoit quand il estcit levé, c'estoit de servir Dieu. Il estoit grand aumosnier, et ne se trouva durant sa vie homme, qui sceust dire avoir esté refusé de luy en chose dont il ait esté requis, s'il a esté en son possible. Au bout de deux ans le jeune roy de France Charles entrepreint son voyage de Naples, où le seigneur de Ligny alla: parquoy envoya de bonne heure querir le bon Chevalier; car cognoissant ses vertus, et les honnestes propos qu'on tenoit de luy, ne le vouloit pas laisser derriere.

Pero ya era tiempo de que Bayardo pasase de las batallas fingidas á las verdaderas.

La época del feudalismo habia concluido; su mision de detener las olas de los pueblos y de reunir las naciones en derredor de un castillo estaba terminada. Los reyes aumentaban su poder sujetando uno tras otro á los barones, ó adhiriéndolos á su córte, de modo que de tantos poderes separados resultase uno solo, capaz de fomentar la nueva civilizacion. Las naciones, creciendo en importancia, empezaban sus guerras recíprocas, al antojo de un príncipe.

Era la época de las grandes aventuras, de las grandes revoluciones, de las grandes conquistas. La imprenta comenzaba á producir resultados; la Reforma sublevaba al pensamiento contra la autoridad y la historia; aplicábase la pólvora á los ejércitos, de manera que el fusil de un plebeyo traspasaba la armadura de su opresor: en Inglaterra se habia visto tres veces en quince años una corona ganada en una batalla; Fernando el Católico é Isabel atraian las miradas de toda Europa con el último acto de las Cruzadas, la estincion del dominio de los Moros en España; la erudicion griega y romana resucitaba á los antiguos héroes, ciñendo su frente con laureles de la edad media; la India ofrecia nuevas riquezas á Portugal y un nuevo mundo surgia del mar á la voz de Colon.

Cárlos VIII, animándose ante tal espectáculo, quiso conquistar la Italia, para abrirse paso a Constantinopla y á la restauracion del imperio de Oriente. Por eso emprendia Francia aquellas espediciones, que debian perjudicarla en la apariencia, reportando de ellas no obstante frutos que no se esperaban, esto es, el conocimiento de las artes, del saber y de la filosofia.

Italia escitaba entonces la admiracion y la codici› de los Franceses: enjambres de aventureros iban de vez en cuando de Francia y del Languedoc á buscar allí fortuna, y á su vuelta ostentaban hermosas armaduras de Milan, sedas de Florencia, joyas de Venecia, no cesando de encomiar las ricas ciudades, el delicioso clima, los vinos escelentes, las mujeres de aquel país, tantos nuevos manantiales de goce descubiertos. Estos relatos hacian olvidar las crueles enfermedades, las derrotas y el gran número de personas que habian sucumbido al otro lado de los montes; y al primer grito de guerra «ensillaban dos negros corceles, se cubrian la frente con las cimeras» y bajaban á Italia á montones, entonando cánticos guerreros.

Por otra parte Italia, tan adelantada á las demás naciones en cultura, carecia de aquel espíritu público y de aquel sentimiento de legalidad, que crea las nacionalidades ó las conserva. Los litigios de Comun á Comun habian dado nacimiento á una porcion de pequeños príncipes, ninguno de los cuales fue capaz de someter á los otros, como habia hecho el rey de Francia; y en sus envidias recíprocas desperdiciaban el valor y destruian al sentimiento de la fraternidad. Los barones napolitanos, ofendidos por el rey Fernando, volvian los ojos á Cárlos VIII, suplicándole hiciese valer los derechos de la Casa de Anjou á su país. Los barones de Roma, que se complacian en apellidarse los *grillos del papa*, favorecian á quien los librase de los Borgias. En Florencia, Savonarola esparcia el odio contra los Médicis, anunciaba los Bárbaros que irian á castigar á los señores de Italia, y disponia los

ánimos á dejar paso á los instrumentos de Dios. El Piamonte era medio francés desde Luis XI. En Milan Luis Esforcia, deseando pasar de tutor á señor, instigaba al rey de Francia, para que los movimientos de Italia le distrajesen y no pensase en hostilizar su usurpacion, y seducia á De Vese y á Briconnet, obispo de Saint-Malo, favoritos de Cárlos, quienes, en efecto, indujeron á su señor á acometer dicha empresa (1495).

Pésima era entonces la condicion de los ejércitos. Italia habia estado un tiempo toda sobre las armas, cuando el sentimiento gibelino dominaba, de modo que no habia altura que no estuviese protegida, ni llanura sin su castillo. Prevalecieron las libertades populares, la gente amiga del comercio y de las artes trató de escusarse del servicio de las armas, y tomó á sueldo hombres que elegian el mas innoble oficio, á saber, el de combatir por la persona que les pagase. Como no les escitaba el odio ni el sentimiento de patria y de honor, debilitaron las guerras, hicieron incruentas las batallas, y redujeron todo el arte militar á evoluciones lentas y cómodas, á algunos encuentros, todos en defensa propia. Nada les importaba, pues, perfeccionar las armas, porque tenian contra sí otras iguales á las suyas; usaban las molestas armaduras antiguas; las bocas de fuego no progresaron; y toda su artillería consistia en ciertos cañones pesados que eran arrastrados por bueyes, y que solo servian para asustar á los caballos.

De repente se precipitó sobre ellos una turba de estranjeros; «gente que olia á horca (dice Brantôme), la mayor parte con la marca de los delincuentes; llevaban camisas largas, sin mudarse mas que cada tres meses, y se veia su pecho velludo, etc.» Acudian á gozar de las riquezas y comodidades de aquella Italia tan celebrada; pero entre ellos iban buenos soldados y una artillería ligera, capaz de secundar todas las evoluciones de la infantería y la caballería. Es verdad que el rey no habia preparado nada, ni víveres, ni tiendas, aunque se acercaba el invierno; pero esto contribuia á que fuesen mas terribles y funestos á la pobre Italia, á cuya costa debian vivir. Los señores italianos trataron mas bien de corromper que de vencer á estos agresores, y ya en Turin salieron á recibir al rey hermosísimas mujeres, y Luis el Moro le envió otra porcion, que no tardaron en poner su vida en peligro.

Bayardo, con la compañía del conde de Ligny, bajó en pos de Cárlos, el cual recorrió fácilmente toda la península, y subyugó el reino de Nápoles, perdiéndolo con la misma facilidad.

La guerra de los Franceses en Italia era propia de Bárbaros; aquellos nobles armados despreciaban á todo el que no pertenecia á la nobleza; degollaban á millares los soldados de á pié, sin perdonar viejos, mujeres, ni niños. En Florencia saquearon el palacio de los Médicis; la biblioteca con preciosísimos manuscritos y las colecciones formadas con tanta paciencia y á costa de tanto dinero por Cosme y el magnífico Lorenzo, fueron víctimas de una multitud de mercenarios y de nobles que se jactaban de no saber escribir *porque eran nobles*. Los prisioneros de guerra, que antes se cangeaban, ahora eran degollados, porque no valian sino cinco ó seis sueldos, de suerte que convenia desembarazarse de ellos.

Asi los Franceses eran aborrecidos, como autores de aquella larga guerra, cuyo fin no se veia aun. Por lo tanto, los príncipes y los señores, disgustados pronto del estranjero que habian llamado ó favorecido, se coligaron contra él, disponiéndose á cortarle la retirada, lo cual dió motivo á la batalla de Fornovo, donde Bayardo figuró entre los mas valientes; le mataron dos caballos, y quitó á los Italianos una bandera de cincuenta hombres de armas que regaló al rey, el cual le recompensó con quinientos escudos y el título de caballero.

Luis XII, sucesor de Cárlos VIII (1498) quiso desgraciadamente continuar las espediciones contra Italia, y apoderarse del Milanesado. Lo mismo en otras partes que en Italia, las tropas mercenarias constituian la principal fuerza de los ejércitos; lo demás eran milicias suministradas por los feudatarios ó por los Comunes durante cierto tiempo, y que de consiguiente volvian á sus casas y sus campos cuando espiraba el término. Cuando la autoridad del rey prevaleció sobre las locales, necesitó un ejército permanente y regularizado, y el primer ejemplo se vió en Francia bajo Cárlos VII. En cuanto espulsó de su país á los Ingleses, estableció quince compañías de ordenanza, de cien hombres de armas, ó sean lanzas; y cada lanza estaba compuesta del hombre de armas montado, dos arqueros tambien montados, la persona que conducia el caballo de batalla y un paje. Mas adelante se añadió un artillero con arma de fuego, de modo que la lanza constaba de seis individuos.

En estas ordenanzas hacian su aprendizaje los jóvenes de la nobleza, primero como pajes y luego como arqueros. Aquella nueva gendarmería cobraba sueldo del rey, y no dando ya ninguna prerogativa en el ejército el título de caballero, desaparecieron las banderas y los estandartes que acostumbraban llevar algunos vasallos á la cabeza de sus hombres, y asimismo la caballería como órden, desviada ya de su destino primitivo.

Tal era la organizacion de la caballería, única arma en que podia servir un noble. Los nobles que no se alistaban en aquellas ordenanzas, formaban la *retaguardia*, esto es, una milicia estraordinaria. Tambien la infantería fue organizada por Cárlos VII, el cual obligó á cada parroquia á suministrar y mantener por lo menos un soldado de á pié, con el nombre de *franc-archer*, hombres que en caso necesario servian como las tropas ligeras de los antiguos.

Pero este método no podia tener importancia, cuando empezaban las armas de fuego y sobre todo la lanza. Los mas famosos lanceros eran los Suizos, principalmente á causa de haber salido victoriosos en las guerras contra los mejores guerreros de aquel tiempo, los Borgoñones de Cárlos el Temerario. Siguiendo su ejemplo y el de los lansquenetes alemanes, organizó tambien Francia los suyos, que sirvieron bien á Cár-

los VIII en su retirada del reino de Nápoles. Pero casi todos se tomaban de los Suizos ó de entre los aventureros, que tiranizaban el pais.

Luis XII trató de librarse de esta dependencia, estableciendo lanceros nacionales, é indujo por lo tanto á algunos señores á ennoblecer la tropa de á pié, formando bandas de infantes con la pica. Entonces muchos señores dejaron la lanza por la pica, y uno de ellos fue Bayardo, el cual, con cincuenta compañeros de armas, derrotó trescientos caballos, obligándoles á refugiarse en Milan (1499); pero, encontrándose allí solo, fue cogido prisionero. El duque Luis el Moro le mandó traer á su presencia, asombrado de su temeridad: «¡Y qué! le preguntó, ¿creeis tomar vos solo á Milan?» Su respuesta le satisfizo hasta el punto de ponerle en libertad inmediatamente, sin aguardar el rescate. Bayardo le ofreció que, siempre que no se opusiese el interés de su señor y su propia honra, estaria á sus órdenes, y Luis dijo: «¡Ay de mí, si todos los Franceses se os parecieran!» é hizo que le escoltasen hasta Binasco, donde el ejército francés se hallaba acampado.

Las primeras guerras de Luis XII en Italia tuvieron algo de miserable y de vergonzoso, habiendo jugado en ellas el principal papel el miedo y la traicion, que apenas dejaban el campo libre á las empresas personales de los últimos héroes caballerescos, quienes presentaban ese estraño contraste que ocurre siempre al pasar de un estado á otro de la civilizacion. Asi como la guerra carecia de lealtad, faltaba á los tratados franqueza y decoro. Italia no era mas que una presa diplomática que se disputaban los fuertes; y en vano protestaba con estériles agitaciones contra el protectorado de los Barbaros, en vano invocaba á los papas, que nada podian; obligada, pues, á dejar que los estranjeros hiciesen sus revoluciones, tenia que aceptar su yugo, y el último le parecia siempre el peor.

Quizá esto contribuyó á engrandecer la fama de Bayardo, pues obraba con generosidad y desinterés, uniendo la bravura á la bondad, mostrándose impetuoso y moderado, sencillo y grande, heróico y sensato. Sin embargo, como los valientes de la época, se cuidaba poco de la causa que defendia; fiel á la bandera y al rey, amaba las batallas, no tanto por la patria, como por el honor.

El conde de Ligny marchó á castigar á Tortona, Voghera y otros paises que se habian rendido á Esforcia; pero algunos diputados acudieron á aplacarle, prometiéndole fidelidad y ofreciéndole dos mesas cubiertas de vajilla de plata. Al principio prorumpió en terribles reprensiones, mas al fin se dejó apaciguar. «En cuanto á la plata, dijo á Bayardo, tomadla; os la cedo para vuestra cocina.» Bayardo respondió: «Gracias; pero no admitiré bienes de traidores; me harian daño;» y distribuyó la plata entre los presentes, no quedándose con nada. Ligny esclamó: «¡Lástima que no haya nacido rey!» y le envió un magnífico vestido de terciopelo, forrado de raso, un caballo de gran precio y un bolsillo con trescientos escudos, que él repartió inmediatamente entre sus compañeros.

Es sabido que Luis XII se ligó con Fernando el Católico para conquistar el reino de Nápoles (1501); pero no tardaron en enemistarse, y se empeñó entre ellos la guerra. Bayardo combatió entonces, pero no con el conde de Ligny, pues este se habia resentido al ver confiada la empresa á d'Aubigny. Mientras estaba de guarnicion en Minorbino, fastidiábase Bayardo por no acometer una empresa digna de él, y un dia exhortó á sus compañeros á ir á Andres ó Barletta para encontrar con quien medir sus armas. En efecto, treinta jóvenes nobles salieron, y encontraron cuarenta ó cincuenta nobles á caballo, que conocieron eran Españoles en las cruces rojas, y los atacaron gritando: *¡Francia, Francia!* Aquellos respondieron: *¡España, España!* y *¡Santiago!* Despues de una reñida pelea, Bayardo los desbarató, y cogió prisionero á Sotomayor, su comandante. Habiéndole conducido á Minorbino, le dejó libre dentro de la fortaleza bajo su palabra, hasta que llegase el rescate de mil ducados (1). Sin embargo, aquel sobornó á un albanés, y huyó con él; pero, logrando alcanzarle, fue encerrado en la prision, á pesar de asegurar que tan solo iba en solicitud de su rescate. En cuanto este llegó, Sotomayor volvió libre á Andres, y dijo que Bayardo se habia portado con él como perfecto caballero; pero que desde que se le encerró en la cárcel, no se le habia tratado como noble.

Sabedor de esto Bayardo, mandó á pedirle satisfaccion, y respondiendo el español que no era hombre capaz de desdecirse, se señaló tiempo y sitio para el duelo, á pié, armados de punta en blanco, con el yelmo y la visera levantados, estoque y puñal. Bayardo se arrodilló y oró en el campo de batalla, besó la tierra, tornó á levantarse persignándose, y marchó contra el enemigo, con la misma serenidad que si fuese á una diversion. Sotomayor le salió al encuentro con igual intrepidez, diciéndole: «¿Qué me quereis, señor de Bayardo?» Bayardo contestó: «Quiero defender contra tí mi honor, que has ultrajado falsa y perversamente.» Y lanzándose uno sobre otro, siguieron combatiendo hasta que Bayardo hirió gravísimamente al español, que cayó, y su padrino esclamó: «Señor Bayardo, es muerto; habeis vencido.» Bayardo (continúa su historiador) por cuanto tenia en el mundo, hubiera querido vencerle sin matarle; pero ya no era tiempo. Sacando, pues, el cuerpo y entregándolo al padrino, le dijo: «Señor Diego, ¿he hecho bastante?—Demasiado, señor Bayardo, para el honor de España,» respondió el padrino, y habiendo Bayardo regalado aquel cadáver, aunque le pertenecia, se le sepultó con todos los honores debidos.

Esto exacerbó mas á los Españoles contra los Franceses, y durante la tregua habia todos los dias combates de diez contra diez, ó de veinte contra veinte, quedando los vencidos prisioneros de los vencedores. Bayardo sorprendió á me-

(1) En aquel tiempo Gonzalo y el general francés habian tratado el rescate de los prisioneros, de modo que el soldado de á pié pagase el sueldo de un mes, y el hombre de armas el de tres meses; el capitan de infantería el de seis y el de caballería un año. En cuanto á los caudillos de fama, quedaba al arbitrio del capitan general. ULLOA, *Vida de Cárlos V.*

nudo grandes convoyes y dinero, que repartia entre los camaradas.

A la conclusion de la guerra, defendió solo por algun tiempo el puente del Garellano, contra doscientos hombres de armas españoles (1503), por cuya empresa se le comparó á Horacio combatiendo contra toda la Etruria; y fue su divisa el puerco-espin con este mote: *Vires agminis unus habet*. Sostúvose aun algun tiempo en la Pulla con su compañía, despues que el resto del ejército hubo marchado en derrota, y no salieron sino por espresa órden del rey.

Apenas curado de la fiebre cuartana que llevó de Italia y que le molestó siete años, y de un tiro de falconete que le rompió una costilla, Bayardo acompañó á Luis XII contra Génova, que habiéndose entregado á los Franceses, se sublevó luego, y no contribuyó poco á la toma de aquella ciudad. En 1509 Luis XII le dió el mando de treinta hombres de armas y quinientos infantes, con los cuales combatió bizarramente en Aguadello, donde Venecia perdió todo, escepto la prudencia, con la cual todo lo recobró. Bayardo, atacando por la espalda á los Venecianos, decidió la victoria, y en el resto de la campaña mostró tal valentía, que Maximiliano esclamaba: «Señor de Bayardo, vuestro rey es »muy feliz en poseer un servidor como vos. Per»deria contento cien mil florines con tal de tener »una docena de hombres que os igualasen.»

En efecto, en todas aquellas batallas, que afligieron entonces á Italia, preparándola al yugo inminente, Bayardo no desmintió un solo instante su lealtad, su valor, su firmeza de espíritu, y una gran fecundidad de recursos y estratagemas; siempre se encontraba en los ataques mas peligrosos, y en las emboscadas, parte principalísima de las guerras de aquella época. Padua estaba sitiada é iba á empezar el asalto; con tal motivo el cronista describe todo el ejército atento á confesarse, á enterrar el oro ó confiarlo á los confesores, pues jamás se habia visto tanto dinero en un ejército: «No dudo »(añade) que los curas se hubieran alegrado de »que todos los que les confiaban su dinero que»dasen en la brecha.» En dos millones de escudos se calculaba el botin hecho en el territorio paduano, de suerte que cada dia desertaban centenares de lansquenetes, llevándose á su país animales y muebles de todas clases. Los soldados de á pié alemanes no tenian valor para subir á la brecha, pues eran rechazados vigorosamente. Para animarles, Maximiliano escribió á La Palisse que echase pié á tierra con sus hombres de armas y subiese al ataque en union de sus lansquenetes; pero Bayardo no se conformó con semejante órden, mientras se disponian á cumplirla los nobles que seguian á La Palisse, cansados de las noches frias y de la escasez de buen vino. «¡Cómo! (dijo) ¿cree justo el empe»rador esponer al peligro á tantos nobles entre »la gente de á pié, compuesta de herreros, de »zapateros, de veterinarios, á quienes el honor »no importa ni con mucho lo que á la nobleza? »Condes, barones, nobles hay bastantes en Ale»mania; que los haga echar pié á tierra con los »hombres de armas de Francia, y les mostrare»mos gustosos el camino; despues seguirán los »lansquenetes.» ¡Tal era el desprecio que entonces se profesaba á la infantería; tal el orgullo de la noble sangre! En efecto, los ginetes alemanes contestaron á Maximiliano que su obligacion era combatir á caballo y no á pié, y que no les correspondia subir á la brecha; de modo que fue preciso levantar el sitio.

En 1511 Bayardo formó parte del ejército enviado á sostener á Ferrara contra Julio II. Sirviéndole perfectamente los espías, á quienes pagaba bien, estuvo un dia á punto de coger al mismo papa; otro dia sorprendió y desbarató las tropas pontificias, ocupadas en sitiar á Bastia de Genivolo en el territorio ferrarés. Alfonso, duque de Ferrara, convencido como su poeta de que

El vencer siempre fue laudable cosa,
Vénzase por fortuna ó por ingenio (1),

ideó envenenar al papa; pero Bayardo que lo supo, se persignó mas de diez veces, rechazando en voz alta «tan negra traicion contra el vicario de Dios en la tierra,» y obligó al duque á desistir de tal pensamiento, amenazándole si no con avisar al papa.

Julio II quiso salvar los estrechos límites en que se encerraba el papazgo, y formó una liga santa con los Suizos, con Venecia y con Fernando el Católico, para arrojar de Italia á los Bárbaros. Los Franceses le opusieron á Gaston de Foix, duque de Nemours, jóven de veinte y dos años y sobrino del rey, que derrotó donde quiera á los enemigos y sitió á Brescia.

La siguiente relacion de un testigo contemporáneo hará ver, á quien lo ignore, la manera que se tenia entonces de guerrear:

«Cuando Andrés Gritti supo que los Franceses debian ir á Brescia, empezó á dudar de sí mismo, y se preparó á la defensa con la poca gente que tenia consigo. Hizo derribar casi todas las puertas, colocando guardias donde era preciso y sobre todo no perdiendo de vista la fortaleza, que antes habia atacado y estrechado, tanto con los baluartes esteriores que los Italianos habian construido sobre el monte, y que luego los Franceses les quitaron á viva fuerza, como con las muchas guardias y algunas defensas interiores. No la supo separar de la ciudad por médio de un foso, segun aconsejó algun digno soldado, ofreciendo que asi se salvaria la ciudad, si los enemigos, como parecia razonable, venian á recobrarla, y asi se efectuara si el conde Aluise Avogaro, que en virtud de los tratados gozaba de grande autoridad, no lo hubiera contradicho. Pues, para que sus campesinos no se fatigasen en cavar, espuestos al peligro de la artillería de la fortaleza, decia que no era menester abrir tal foso, y que sin la pérdida de tantos hombres como sucumbirian en aquel trabajo, por otra parte costosisimo, se ganaria el castillo antes que los Franceses pudieran socorrerlo, impidiéndoselo á la sazon los Españoles de la Romanía. Como los Franceses cercaban el país, no aproximándose á las murallas, era claro que se proponian entrar por la fortaleza; asi, pues, re-

(1) Ariosto, *Orl. Fur.* XV.

paró de repente el camino que baja desde allí á la ciudadela, abriendo al pié del monte un foso con sus diques, cuya custodia encomendó á muchos soldados de á pié y no pocos hombres de armas, á las órdenes de Baldissera Scipione, hombre de gran valor y digno de estar donde apremiase mas el peligro. Tambien puso allí los infantes de la Romanía, pues se consideraban los mas valientes, distribuyendo el resto de sus tropas en otros puntos de la ciudad y dejando en la plaza gran número á caballo para acudir adonde se necesitasen con mas urgencia. No fiándose de una parte del pueblo, prohibió salir de sus casas, so pena de la vida, á los que no quisiesen formar con los soldados, y encargó á Juan Pablo Manfrone, anciano muy autorizado, que animase á estos...

»Era el jueves siguiente al martes de carnaval, cuando Foix, haciendo desmontar unos quinientos hombres de armas hacha en mano, les mandó adelantarse desde el castillo contra la ciudadela. Detrás venia una numerosa tropa de fusileros, los cuales disparaban crudamente contra los nuestros, bajándose al suelo los hombres de armas para que descargasen, y levantándose en seguida. Al pié del monte encontraron el foso arriba dicho, no sin que nuestra artillería les causase bastante daño. Podria comparárseles á un muro movible, que bajaba y subia con el mayor órden, para permitir á sus fusiléros tirar. Sin embargo, no hubieran pasado mas allá del baluarte construido al pié del monte, donde se combatia reñidamente, á no ser la falsa sospecha suscitada entre los Estradiotas de que los Franceses habian pasado el foso y tomado la ciudadela. Esto les infundió tal pavor, que yendo con el conde Aluise, el cual temia por sí, á la puerta de San Lázaro, se apoderaron de ella á la fuerza, empezando á salir muchos Estradiotas. Monseñor de Allegre, que se encontraba allí con bastante caballería, italiana y francesa, viendo que aquellos salian, no se opuso, é hizo entrar algunos de los suyos, y cuando calculó que eran en número suficiente, comenzó á atacar y matar á los Estradiotas, quienes, agolpándose para huir, retardaban verdaderamente su fuga y sucumbian sin defensa.

»Luego que llegó á la plaza la noticia de que se habia abierto aquella puerta, repitiéndose lo mismo entre los que combatian al pié del monte, el terror se generalizó. La infantería fue la primera que abandonó los diques, y la de los Franceses, que habia entrado ya toda por la fortaleza, subió, siguiendo despues los hombres de armas. Los Franceses se introdujeron en gran número por la mencionada puerta, y llegando á la plaza, se empeñó allí un reñido combate, siendo en corto tiempo tal la matanza, que los caballos no tenian donde fijar el pié, y caminaban por encima de los cadáveres. Muchos soldados italianos prefirieron morir á quedar prisioneros de los Franceses, imitándoles algunos de la ciudad, que formaban en las filas de los Marcheschi. No pudiendo el conde Aluise atravesar la susodicha puerta, fue hecho prisionero por dos soldados del señor Juan Jacobo Triulzio, uno francés y otro italiano, que le conocieron y presentaron á Foix, el cual le colocó en el monasterio de Observantes de Santo Domingo, con buena guardia.

»Perecieron muchos nobles, y especialmente jefes de caballería ligera y no pocos valientes Griegos; pero fue mucho mayor el número de prisioneros de la nobleza..... Gritti, retirándose de la plaza cuando la vió llena de enemigos, se trasladó á la puerta de la ciudadela, donde Baldassera Scipione combatia aun con gran vigor, aunque casi solo y herido en tres partes del cuerpo. Despues que los enemigos tomaron los diques, Baldassera se redujo á la puerta de la ciudadela, defendiéndola incansable y contemplando en torno de sí los cadáveres á montones. Cuando Gritti vió el altísimo valor de aquel héroe, lloró de desesperacion y dijo:—«Baldissera, »con vuestra valentía y la de unos cuantos mas »habria bastado para defender esta ciudad, si el »desaliento de muchos y la fortuna no se hubie»sen declarado contra ella. Cesad, ahora, de »combatir; pues es vano vuestra porfía. Seguid»me, y ceded á la persecucion del cielo, que »nos es contrario.»

Baldassera no queria partir diciendo que debia continuarse peleando, en atencion á que hasta el fin de las batallas permanecia dudosa la victoria; pero instándole Gritti y refiriéndole lo que habia pasado, dejó al fin dolorosamente la puerta, y marcharon juntos á constituirse prisioneros de monseñor Santa Colomba.

«Comenzó el saqueo; las puertas de las casas vinieron abajo, y los enemigos, precipitándose dentro, arrojaron por las ventanas á sus amos. En pocas horas hubo por las calles de la ciudad mas cadáveres brescianos que soldados; ¡tal era el ódio que les profesaban los Franceses! Y de este modo recobraron á Brescia los Franceses, diez y siete dias despues de haberla perdido mediante un contrato, pereciendo en la empresa mas de seis mil hombres; y siendo saqueada de modo que no se libraron los monasterios ni las cosas sagradas; asi el botin ascendió á inmensas sumas. Créese que ninguna otra ciudad de los Venecianos, ni aun quizá de Lombardía, escepto Milan, fuese entonces tan rica como esta: es verdad que el haber tenido los Franceses pocos carros (á causa de su marcha rápida de Milan á Bolonia y luego de Bulonia á Brescia) sirvió de mucho á la desventurada ciudad, pues no se pudo sacar de ella cuanto se queria; sin embargo, en el tiempo que duró el saqueo, que fue desde el jueves hasta el domingo, empezando entonces los Franceses á dirigirse contra Bohemia, debe creerse que no omitieron ninguna clase de tortura para descubrir la plata y oro, el dinero y otros objetos preciosos y ocultos. Tampoco dejaron de cometer actos deshonestos; por lo cual se veian de contínuo en la ciudad grandes gritos de los que atormentaban y lastimeros llantos de mujeres, muchas de ellas abrazadas con los cadáveres de sus padres, hermanos, maridos, hijos. Gran parte de las cosas de la ciudadela se salvaron por favor de los Gambareschi, que al principio del tratado con los Franceses se habian retirado á la fortaleza.

»Los soldados prisioneros se vieron libres por un pequeño rescate, pues los Franceses estaban

hartos de botin; si bien enviaron á todos los Venecianos á Milan, y á Gritti á Francia; pero no permitieron rescatar al conde Aluise Avogaro ni le dejaron salir de Brescia. Anunciáronle la muerte por medio de un fraile agustino de la órden de Predicadores de Observancia, dándole tiempo para confesarse y hacer de palabra sus disposiciones. En seguida levantaron en la plaza un gran tablado, alrededor del cual se colocaron los hombres de armas, y á él subió el infeliz conde. Pidió hablar en secreto á Foix, y este, mandando que le bajasen, le oyó á solas. Dícese que el conde reveló muchos tratados de que tenia conocimiento y que existian en muchas otras ciudades de Lombardía contra los Franceses, esperando salvar su vida y que le enviasen á Francia. Pero de nada le valió; pues Foix, cuando le hubo oido, le contestó que subiese al tablado para morir como traidor al rey. Monseñor Foix, habiendo sabido despues, por el fraile agustino, que Avogaro espresó el deseo de que se restituyesen algunas de sus cosas, fruto de anteriores saqueos, y que se diese dinero á algunos monasterios, lo hizo asi ejecutar. De este modo murió y fue dividido en cuatro partes el conde Aluise Avogaro, en medio de la ciudad donde mandaba poco antes, y que le honraba y amaba entrañablemente. Hacia poco que los Venecianos le habian escrito cartas, no selladas con plomo, sino como se acostumbra escribirlas á los papas y emperadores, con finísimo y pulido oro. ¡Tan vanos son los honores de los hombres, tan breves sus placeres, tan dañoso lo útil á veces! (1)

Bayardo habia sido de los primeros en el ataque y cayó herido de una pica. Los suyos se animaron á vengarle, y venciendo su resistencia le condujeron á una casa cuyo dueño habia huido, dejando su esposa y dos hijas espuestas á los peligros del saqueo. La señora le hizo colocar en un bonito cuarto, y arrodillándose ante él, le dijo:—«Noble seigneur, je vous présente ceste maison, et tout ce qui est dedans, car je sais bien qu'elle est votre par le debvoir de la guerre, mais que votre plaisir soit me sauver l'honneur et la vie, et de deux jeunes filles que moy et mon mari avons, et qui sont prestes a marier.» Le bon chevalier, qui onques ne pensa méchanceté, lui respondit:—«Madame, je ne scay si je pourray eschapper de la plaie que j'ay; mais tant que je vivray, à vous ni à vos filles ne sera fait desplaisir, et vous assure au surplus, que vous avez ceans un gentillhome qui ne vous pillera point, mais vous feray toute la courtoysie que je pourray.» Quand la bonne dame l'ouit si vertueusement parler, fut toute asseurée...... Environ un mois ou cinq semaines feut le bon chevalier sans sortir de son lict, dont bien luy ennuyoit, car chacun jour avait des nouvelle du camp des François, et l'on esperoit de jour en jour la bataille, qui à son grant regret auroit esté donnée sans luy.»

Una vez curado se dispuso á partir; entonces la señora de la casa, de quien podia recaudar doce mil escudos sin empobrecerla, le presentó una cajita llena de ducados. «Le gentil seigneur qui jamais en sa vie n'avoit fait cas d'argent, se prist à dire et dist:—«Madame, combien de ducats y a-t-il dans ceste boëte?» La pauvre dame eut paour qu'il feust courroucé d'en veoir si peu, luy dist:—«Monseigneur, il n'y a que deux mille cinq cents ducats, mais si vous n'estes content, en trouverons d'autres.» Alors il dist:—«Ma foy, madame, de vos ducats je n'en veuil point, et vous remercie; reprenez-les. Toute ma vie ay plus aymé beaucoup les gens que les escus, et ne pensez aucunement que ne m'envoise aussi content de vous, que si cette ville estoit en votre disposition, et que vous me l'eussiez donnée.»

Como la señora insistiese, el caballero añadió: —«Bien donques, madame, je les prends pour l'amour de vous; mais allez moi quérir vos deux filles, car je leur veuil dire adieu.» La pauvre femme qui cuydoit estre en paradis de quoy son présent avoit esté enfin accepté, alla quérir ses filles, lescuelles estoient fort belles, bonnes et bien enseignées, et avaient beaucoup donné de passatemps au bon chevalier durant sa maladie, parce qu'elles scavoient fort bien chanter, jouer du luz et de l'espinette, et fort bien besogner à l'aiguille. Elles arrivées se vont jecter à genoulx, mais incontinent furent relevées. Puis la plus aisnée des deux commença à dire:—«Monseigneur, les deux pauvres pucelles à qui vous avet fait tant d'honneur que de les garder de toute injure, viennent prendre congé de vous, en remerciant tres-humblement votre seigneurie de la grace qu'elles ont reçue, dont à jamais elles prieront Dieu pour vous.»

»Le bon chevalier, quasi larmoyant en voyant tant de doulceur et d'humilité dans ces deux belles filles, réspondit:—«Mesdamoiselles, vous faictes ce qui je devrois faire, c'est de vous remercier de la bonne compagnie que vous m'avez faicte, dont je m'en sens fort tenu et obligé. Vous scavez que gens de guerre ne sont pas voulontiers chargés de belles besognes pour présenter aux dames. De ma part me deplais fort que n'en suis bien garny pour vous en faire présent comme je suis tenu. Vecy votre dame de mère qui m'a donne deux mille cinq cent ducats que vous voyez sur ceste table; je vous en donne à chacune mille pour vous aider à marier, et pour ma recompense vous prierez, s'il vous plaist, Dieu pour moi; aultre chose ne vous demande.»

»Si leur mist les ducats en leur tablier, voulloissent ou non. Puis s'adressa à son hôtesse, à laquelle il dict:—«Madame, je prendrai ces cinq cents ducats à mon prouffit pour les dispartir aux pauvres religions de dames qui ont esté pillées, et vous en donne la charge; car entendrez mieulx où est la nécessité que toute aultre, et sur cela je prends congé de vous.» Si leur toucha toutes dans la main, à la mode d'Italie, lesquelles se mirent à genoulx plorant si très-fort, qu'il sembloit qu'on les voulsist mener à la mort. Si dict la dame:—«Fleur de chevaleire, à qui rien ne se peut comparer, le benoist sauveur et redempteur Jésus-Christ, qui souffrit mort et passion pour tous les pécheurs, le vous les veui-

(1) *Cartas históricas de* Luis do Porto.

lle remunerer en ce monde cy et en l'autre (1).»

Bayardo habia temido siempre que la batalla se diese sin él; sin embargo, llegó á tiempo á la de Rávena (1512, 11 de abril). Mientras se preparaba, Bayardo con Gaston de Foix y con otros señores, se paseaban á orillas del canal, observando desde allí los movimientos del campo español. Viendo salir veinte ó treinta ginetes españoles, y entre ellos al general de caballería, Bayardo se adelantó, los saludó y les dijo: «Señores, os paseais como nosotros esperando á que principie la accion. Haced que vuestros arcabuceros no disparen contra nosotros, y os prometemos lo mismo por nuestra parte.» Asi se convino, y sabedor el español de que estaba hablando con Bayardo, le mostró grande aprecio, diciéndole que hubiera preferido ver el ejército enemigo reforzado por dos mil hombres, que por un brazo como el suyo.

Los Franceses vencieron; pero perdieron á Gaston de Foix, y al noticiarlo Bayardo á su tio, el obispo de Grenoble, le escribia: «Si el rey ganó esta batalla, los pobres nobles pueden decir que la han perdido.» Y el mismo rey decia: «Deseo victorias como esta á mis enemigos.»

Los caballeros aborrecian y despreciaban las bocas de fuego, juzgándolas armas propias de cobardes y muerte del verdadero valor. Asi era el dictámen de Bayardo, y se fundaba en el estrago que hacian, segando la flor de los héroes, sin saberse de dónde procedia el mortal golpe. Un tiro de falconete le alcanzó al pié de los muros de Pavía, teniendo que ir á curarse á casa de su tio en Grenoble. El mal se agravó de modo que llegó á desesperarse de su vida. Nobles, plebeyos, comerciantes, frailes, monges llenaban dia y noche las iglesias, rogando á Dios por él; salvóse, y antes del fin del año pudo dar fiestas á las damas de Grenoble y recibirlas, como asimismo tomar parte en la guerra de Navarra, cuyo desgraciado éxito no fue bastante su valor á impedir.

Entonces (1513) partió, á las órdenes del señor de la Pienne, en auxilio de Teronanne, ciudad sitiada por Enrique VIII y por el emperador Maximiliano, que se habia puesto á sueldo de aquel. Bayardo consiguió abastecer la plaza, reducida al último apuro; pero á su vuelta los Franceses, sorprendidos por los Imperiales y los Ingleses, se desbandaron; y se llamó á aquella la *Jornada de las espuelas* (17 de agosto), porque los gendarmes franceses se sirvieron de estas mas que de las espadas. Solo Bayardo, con un puñado de hombres de armas, se defendió largo tiempo, hasta que, convencido de ser inútil la resistencia, persuadió á los suyos á rendirse.

Mientras que estos entregaban las armas á los nobles enemigos, divisó á un lado un guerrero imperial que se habia quitado las armas, y atacándole de repente, le gritó: «Ríndete, ó eres muerto.» El guerrero, cogido de improviso, no opuso resistencia; y entonces el buen caballero le dijo: «Soy Bayardo, y tambien me rin»do á vos; tomad mi espada.» A los pocos dias declaró que, siendo prisionero voluntario, queria marcharse. «Está bien (dijo el hombre de armas) pero ¿y el rescate?—¿Qué rescate? (respondió Bayardo). Antes me debeis vos el vuestro, pues fuísteis mi prisionero.» Esta singular cuestion fue sometida al emperador y al rey de Inglaterra, quienes decidieron que ambos prisioneros estaban recíprocamente absueltos de su deber. El rey de Inglaterra propuso á Bayardo que entrase á su servicio; pero él respondió que no tenia mas que un Señor en el cielo, Dios, y otro en la tierra, el rey de Francia.

Entre tanto Francisco I sucedió á Luis XII (1515), rápido tránsito del *buen rey*, á este jóven brillante é impetuoso, el cual imprudentemente se obstinó tambien en la costosa esperanza de poseer á Italia, sin haber aprendido nada con los desastres de su predecesor. Habia nombrado á Bayardo teniente general del Delfinado, y á los pocos meses le envió á Italia por el marquesado de Saluzzo, al frente de su compañía y de tres mil infantes, á fin de que preparase el camino al rey, que le siguió pronto con el ejército. En la jigantesca batalla de Mariñan, donde perecieron quince mil Suizos y seis mil Franceses, Bayardo se mantuvo en lo mas fuerte de la pelea junto al rey, el cual despues de la victoria, quiso ser armado caballero por su mano. Bayardo se resistió un poco; mas luego dijo: «Preciso »es que obedezca, señor; valga, pues, como si »fuese Roldan ú Oliveros, Godofredo ó Baldui»no, su hermano; y en verdad que ningun prín»cipe mas insigne que vos ha sido armado ca»ballero. Líbreos Dios de huir jamás de una »batalla.» Y sacando la espada, le dió los tres espaldarazos, pronunciando la fórmula ritual; luego esclamó: «¡Feliz espada mia, que has con»ferido la órden de caballería á tan bueno y po»deroso rey! serás custodiada como una reliquia, »y jamás te esgrimiré sino contra Turcos, Sar»racenos ó Moros:» y en seguida la envainó.

Rota la guerra entre Francisco I y Cárlos V, las tropas imperiales avanzaban por el Norte de Francia, desprovista de fortalezas. Bayardo propuso defender á Mezieres, y como se le dijese que las fortificaciones eran débiles, contestó: «No hay plaza débil, si la defienden hombres de corazon.» Nombrado su comandante, rechazó los ataques del duque de Nassan y del capitan Sickingerd, que tenian cuarenta mil hombres y cien cañones. Cuando le intimaron rendirse, respondió que no saldria de Mezieres sino por un puente de cuerpos enemigos. Encontrándose en grande apuro, acudió á una estratagema, y escribió al señor Roberto de la Mark, que estaba en Sedan, anunciándole que los dos ejércitos le habian puesto sitio, uno aquende y el otro allende el Mosa; pero que estaba para llegar un numeroso cuerpo de Suizos, que se arrojaria sobre Nassan, mientras él verificase la salida; añadiendo que, si continuaba en su idea de atraerle al servicio del rey, se diese prisa á librarle de una muerte segura.

Hizo caer de intento al mensajero en manos de Sickingen, el cual, recelando una mala pasada por parte de Nassan, con quien se habia trabado de palabras, y figurándose que le habrian colo-

(1) *Le loyal serviteur.*

cado á la otra orilla del Mosa para sacrificarle, mandó tocar á retirada, y pasó el rio, librando así á Bayardo del daño que le causaban sus baterías. Fue tal la disension que se suscitó entre los dos jefes, que en breve hubieron de abandonar á Mezieres. Francia se entusiasmó con esta hermosa defensa, y en todas las parroquias, el sacerdote al celebrar la misa, decia al pueblo: «Rogad por el rey y por Bayardo que salvó la Francia.» El rey le dió el collar de San Miguel y el mando de una compañía de cien hombres de armas.

En la peste de Grenoble (1522) Bayardo mostró que no le faltaba tampoco el valor cívico, mas difícil que el guerrero; y su generosidad en esponerse contribuyó no poco á disipar aquel azote del Delfinado.

En todo este relato se habrá visto que, aunque la fama y el valor de Bayardo fuesen grandes, no habia mandado nunca en jefe un ejército ó una espedicion. Sus biógrafos dicen que amaba mas el honor que el mando; que siempre modesto, se sonrojaba al oirse elogiar, desconfiaba de sus talentos, y propendia á permanecer aparte; y las córtes, añaden, olvidan fácilmente á los que se olvidan de sí mismos. Pero quizá no unia al valor personal esa estension de miras que se requiere para mandar un ejército. Los nuevos métodos de hacer la guerra eran causa de que no bastase el valor personal, y de que el oficio de capitan fuese distinto del de guerrero. Gaston de Foix, Bayardo, Lautrec, Francisco I, que se lanzaban á la pelea, perdian comparados con Cárlos V y sus generales, que se contentaban con disponer sus victorias. Bayardo estaba siempre donde era mas reñido el combate, y mató mas Venecianos y Albaneses é hizo mas prisioneros, que hombres tenia á su servicio. Pero no merece alabanza solo por ese desprecio de la muerte que puede asociarse con todos los vicios y hasta con la cobardía, sino que tenia tambien prudencia y aun sutileza; conocia las estratagemas; calculaba los partidos; era, en suma, libro de batalla, como le llamaban los generales. Sabia disponer los soldados de manera que se doblasen sus fuerzas y su aspecto; era muy entendido en todo lo relativo á sitios y ataques; pero se distinguia sobre todo en las escaramuzas, en los ataques repentinos, en las retiradas difíciles. Podremos, pues, compararle á Desaix, Ney, Murat, á los mas valientes soldados de Napoleon, pero que no valian sino á las órdenes de este.

Las victorias francesas no daban, de consiguiente, fruto estable, en atencion á que muy pronto la política astuta del emperador sabia socavar su dominio. Y por aquel tiempo Cárlos formó la mas estensa alianza entre él, el papa, el archiduque de Austria, Inglaterra, el Milanesado, Florencia, Génova y Venecia, contra Francia, que solo contaba con los Suizos, infieles mercenarios.

Francisco I preparó un ejército que enviar al Milanesado; y aunque la voz pública designaba como jefe á Bayardo, las intrigas cortesanas hicieron se prefiriese al almirante Bonnivet, ligero, imprudente, vano, inferior á los tres capitanes del ejército enemigo, Próspero Colonna, el marqués de Pescara y el condestable de Borbon. Este último, gran señor, irritado de que el rey Francisco intentase disminuir sus posesiones, para despedazar aquel último resto de las grandes fortunas feudales en Francia, habia dado oidos á Cárlos V, que le ofreció uno de los tres grandes cargos de la corona de España, tierras por valor de cien mil escudos de renta, y la mano de Leonor, su hermana, viuda del rey de Portugal. Con tales condiciones y la de tener parte en las conquistas, el condestable se obligó á poner en pié de guerra en sus tierras trescientos hombres de armas y cinco mil infantes. ¡Desgraciado! habiéndose frustrado sus grandes promesas, Cárlos V le despreció, y le envió con Próspero Colonna y Pescara á mandar el ejército en el Milanesado. Despues de asolar la Italia al frente de una cuadrilla peor que de Bárbaros, marchó á atacar la metrópoli de la religion y de la civilizacion, para caer allí traspasado por el fusil de Benvenuto Cellini.

Bayardo, sin resentirse de que se le pospusiera á Bonnivet, pidio formar parte de aquella espedicion. Pronto se evidenciaron los errores y las imprudencias del general, en cuya virtud el ejército, abandonado por los Suizos, se vió reducido á retirarse, y Bonnivet, herido gravemente de un arcabuzazo al atravesar el Sesia, entregó el mando á Bayardo (1524).

Lejos de renunciar Bayardo un cargo ingrato y peligroso, y aunque podia vengarse del olvido anterior y de los ultrajes que habia recibido de Bonnivet, aceptó, y al punto renació el valor en las tropas. «El buen caballero, tranquilo como si hubiese estado en su casa, hizo marchar á los hombres de armas, y retirándose con paso mesurado, siempre con la espada en la mano y el rostro vuelto al enemigo, les inspiraba mas miedo que ciento.» Pero entre Romagnano y Gattinara un arcabucero le rompió la espina dorsal. «¡Jesus mio, Dios mio, me han muerto!» esclamó, y pidió le bajasen del caballo, y le colocasen en el terreno, apoyado á un arbol, con la cara al enemigo; pues no queria morir volviéndole las espaldas. Conservó en la mano la espada, cuya empuñadura tenia la forma de una cruz, rezó y la besó; despues, no habiendo allí ningun sacerdote, se confesó con su escudero Joffrey, el cual se deshacia en lágrimas como todos los presentes; Bayardo le consolaba con palabras de piadosa resignacion; comunicó á d'Allégre su testamento militar, y le encargó que saludase por la última vez en su nombre al rey y á los principes de la sangre. Como se acercase luego el enemigo, mandó á todos que se reuniesen con el ejército, para no caer prisioneros en su compañía, y que le dejasen allí á solas con su conciencia.

De repente llega el marqués de Pescara, general imperial, y encuentra á Bayardo moribundo con su escudero. Le acuesta en su propio lecho militar, y le cubre con su tienda. Traen un médico; pero Bayardo dice que no necesita mas médico que el del alma, y pide un sacerdote, al que renueva su confesion.

Tambien el condestable de Borbon, persi-

guiendo á sus compatriotas, llegó donde yacia el moribundo, y le espresó su sentimiento. Pero Bayardo, reanimándose, le dijo con voz firme: «Monseñor, os doy gracias; pero no se me debe »compadecer, pues muero sirviendo á mi rey; á »vos sí, que llevais las armas contra vuestro prín»cipe, contra vuestra patria y contra vuestra »fe.» El condestable se retiró abochornado, y Bayardo, penetrando solo en su alma, recibió la Eucaristía y espiró con el nombre de Cristo en los lábios (30 de abril). Feliz, pues, al morir, pudo ver las lágrimas de los enemigos á quienes hacia antes temblar, y que le tributaron honores fúnebres propios de un rey.

Era de alta estatura, derecho y delgado, con el rostro dulce y agradable, los ojos negros, la nariz afilada y algo aguileña, la barba castaña y afeitada, el cútis muy blanco y delicado. Tal nos le describe su escudero que, bajo el título de *leal servidor*, nos ha trasmitido sus hazañas ó mas bien su panegírico, presentándole como tipo de la generosidad caballeresca, en una pintura animada y de ingénua elegancia (1). El título de *Sin miedo y sin tacha* que le conservó la posteridad, espresa suficientemente su carácter. Por lo demás, los contemporáneos le llamaban el *buen Caballero*, y lo era en efecto, siempre alegre ante el peligro. Modesto, atribuia á los compañeros su gloria; jamás montaba en cólera; aunque algo melancólico de suyo, se acompañaba gustoso con personas joviales. Su gravedad estaba mezclada siempre de dulzura y conservaba siempre el órden en todo. Se entregó á esa clase de amoríos, que facilitaban la vida campestre y la costumbre de la época; pero no le ocuparon nunca hasta el punto de apartarse de los negocios. Dejó una hija, fruto de su amor con una bella de Cantú, de la familia Trechi, que se casó luego con el señor de Bocfozel.

Unia á la galantería la continencia. Habiéndole una madre, por pura necesidad, ofrecido su hija, hermosa como un ángel, le echó en rostro semejante vituperio, y respetó y dotó á la jóven. Siendo paje en la córte de Saboya, habia amado honestamente á una señorita noble al servicio de la duquesa. Despues de una larga separacion la encontró en el Piamonte, casada con un rico propietario de Fluxas, y ella le mostró todo género de cortesía y amabilidad en memoria del antiguo afecto, hablando largamente de aquel tiempo recordado siempre con suspiros. La dama, dotada de suma gracia y hermosura, alababa al buen caballero hasta hacerle ponerse colorado. Por complacerla, dió Bayardo un torneo, donde sustuvo la parte de ella y salió vencedor. El señor de Fluxas cesó de tener zelos de tan leal caballero; y al despedirse, ni la dama ni el buen caballero pudieron detener las lágrimas, y se amaron toda la vida, y no pasaba año sin que se enviasen mútuos regalos. «Seño»ra (la decia), sabeis que desde jóven os he ama»do; sois la primera mujer que ha sometido mi »corazon con su gracia. Estoy seguro de que ja»más me concedereis otra cosa que la boca y las »manos; y por mi alma, os juro, que preferiria »morir á lanzaros en el deshonor.»

Los amores y la licencia no le apartaron nunca de la devocion. Cada vez que iba á la guerra ó debia combatir en duelos, rezaba antes de echar mano á la espada, y si vencia, se dirigia á la iglesia mas próxima para dar gracias á Dios. Era el recuerdo de las amonestaciones maternas.

Su cuerpo fue llevado á sepultar en Grenoble, en el convento de los Mínimos: el duque de Saboya le hizo los mismos honores que á un soberano, y mandó que le acompañasen hasta la frontera muchos nobles. Pero sobre su tumba no se escribió ni aun su nombre. En 1600 un noble del Delfinado le erigió un mausoleo con su busto y una inscripcion por el estilo de las que se usaban entonces, donde se le comparaba á Hércules. La Revolucion no lo respetó; pero la monarquía, al restaurarse, reparó el sacrilegio, y en 1823 se le levantó una estátua en la plaza de Grenoble, donde su memoria se recuerda vivísima.

Mauroy escribia: «Aconsejaria á los nobles »que, en vez de tantos libros fabulosos, hiciesen »leer á sus hijos la historia de Bayardo; tanto »mas, cuanto que sin encontrar allí nada inútil, »tendrian con qué cultivar y fortalecer las semi»llas de la virtud sembradas en su seno por la »naturaleza (2).» Y Fortin de la Houguette decia á su hijo: «Quiero que esta sea la primera his»toria que leas y me relates; procura imitar al »buen caballero: de tan admirable original, »preciso es sacar buena copia. Si no te es posible »tener su valor sin ejemplo, sé á lo menos fiel »á tu patria y hombre honrado como él (3).»

(1) Fue publicado á poco de su muerte con el título: *La très-joyeuse, plaisante et recréative histoire, composée par le loyal Serviteur, des faits, gestes, triomphes et prouesses du bon Chevalier sans paour et sans reprouche, le gentil seigneur de Bayard, dont humaines lovanges sont expandues par toute la chrétienté*: Teodoro Godefroi la volvió á publicar un siglo despues con notas. Es tambien obra conocida *Les gestes et ensemble la vie du preux chevalier Bayard, pour Symphorin Champier*: la tercera edicion pareció en 1651 con suplementos. En 1760 Guyard de Berville publicó una historia de Bayardo, de la cual tengo á la vista una impresion hecha en Lyon en 1840. En 1822 Cohen compiló esta. Tambien el señor de Terrabasse escribió una vida de Bayardo, y hace poco otra el señor Massas.

(2) *Histoire de la Vallette.*
(3) *Avis d'un bon père à son fils.*



JUAN J. MEDICIS

GASPAR Y ROIG EDITORES.

MADRID.

NUM. XXI.

JUAN JACOBO MEDICIS.

(1498—1555).

Juan Jacobo, llamado el Medeghino, habia nacido en Milan, en 1498, de Bernardo de los Médicis y de Cecilia Serbelloni. Su padre, mas rico en prole que en dinero, adornó con las letras humanas el entendimiento de su hijo, el cual, leyendo las alabanzas prodigadas á los asesinos romanos, llamados héroes, se propuso imitarlos; culpa, ni la primera ni la última, de aquellos que encomian á los destructores de los hombres. Entró Juan Jacobo en el mundo en una época «en que (traduzco las palabras de Ericio del Pozo) (1), la voluntad individual era ley. La juventud del agitado imperio, fecunda en intrigas y disoluta, se insolentaba, armaba tumultos, hacia fuerza: los magistrados, depuesto el amor de la patria y de la virtud, no se cuidaban mas que de sus propios negocios, abusaban de la justicia, siendo condescendientes con los malos, graves con los acusados: el dinero lo conseguia todo: la virtud y el ingenio servian de ludibrio, los buenos eran odiados: era la nobleza cruel, impía, intolerable: la ambicion, la avaricia, el antojo ocupaban el lugar de la ley: el derecho se veia escarnecido: hacíase obsceno mercado público de matronas y doncellas; y en caso de resistirse, se empleaba la fuerza.» Viendo, pues, el Medeghino dividido el mundo entre opresores y oprimidos, se decidió por los primeros, y teniendo apenas diez y seis años, con *varonil venganza* (2) mató á un enemigo: funesto preludio de una carrera de sangre y de ira. Buscado para aplicarle el castigo, se refugió en el oficio de las armas, y sin que fuesen para él freno las dificultades ni la conciencia, en un tiempo que era audaz sinónimo de bueno, adquirió renombre.

El deslinde de las fronteras no habia devuelto la paz á la Lombardía, y mucho menos al territorio comarcano. Antonio, apellidado el Loco de Brinzio, tierra del lago de Como, malvado de agreste estirpe, de ejecucion pronta, perseguia con una cuadrilla de bravos á los partidarios de Francia, capturaba, robaba, tenia á los hijos en rehenes, y luego, una vez recibido el rescate, los mataba, refinando el ingenio en la invencion de los suplicios. Muchos, especialmente de Torno y de Menaggio, tomando por su mano la venganza que la ley desatendia, y estimulados en secreto por el mariscal Trivulzio, que pretendia para su castillo de Musso el dominio de las Tres Parroquias, como llaman las últimas tierras del lago, cogieron al Loco y le dieron muerte; ejecutando lo mismo, seis dias despues, con el otro capitan de bandoleros Pelosio de Sala. Pero Juan, hijo del Loco, malvado de profesion, que habia hecho la guerra como simple soldado, bajo los Venecianos, reunió la banda de su padre, y so pretesto de vengarse, saqueó mas de dos años el lago, renovando todos los escesos del Loco. Ayudado por las tres Ligas grisones, se reia de la fuerza y de la astucia empleadas para cogerle, y la cosa iba de mal en peor, hasta que al cabo de mucho tiempo se consiguió esterminar á los malsines subalternos, pero no al jefe. Este, viendo pregonada su cabeza por 400 escudos, para no pagar caras sus maldades, marchóse á continuarlas en el Trevisano. Los Menagginos sorprendieron tambien en su guarida y ahorcaron á otro jefe de bandidos, llamado Gisbelo de Val Porlezza, que los habia estado asolando durante quince años. Perdido, pues, todo espíritu público, toda virtud generosa, los historiadores tienen que llenar sus páginas con miserias, con fútiles pompas, con delitos, única herencia que legaron á Italia los malos gobiernos estranjeros.

Juan Jacobo Médicis, fue amigo y vengador del Loco, carísimo á Gerónimo Morone, y trabajó mucho á fin de reponer en el ducado á Francisco Esforcia: entró en Milan con los primeros soldados de Cárlos V, donde se vengó de su destierro; combatiendo luego á orillas del Lario, venció a menudo á los Franceses, y se hizo muchos amigos y enemigos. Peleó en los alrededores del castillo de Musso, se libró de manos del enemigo, y pareciéndole que la suerte le sonreia, formó el proyecto de adquirir la alcaidía del fuerte. Con esta esperanza, fué á pedirla á Milan, en premio de sus muchos servicios. Pero se le dieron largas, hasta que el duque, decidido á aprovechar, como los demás señores de la época, las traiciones que le podian reportar ventajas, le hizo entender que de él dependia adquirir aquella fortaleza, con solo borrar del número de los vivos á monseñor Astor Visconte, caballero milanés de gran nombre, cuya popularidad é ingénio suscitaban temores de que intentase algun movimiento para restaurar la antigua grandeza de su casa. Juan Jacobo lo ejecutó al pié de la letra; pero viéndose el duque abor-

(1) *Historia cisalpina*, l. I.
(2) Palabras del mismo.

recido porque dejaba impune el asesinato de Astor, trató de deshacerse de aquel. Le envió, pues, al castellano de Musso, con órden de entregarle el castillo; pero en secreto le previno que le matase. Médicis, receloso como todos los de su calaña, abrió la carta y vió el peligro que corria; mas sin asustarse por esto, falsificó una órden ducal al castellano, mandándole que se presentase inmediatamente en Milan, y entregara á Juan Jacobo la fortaleza (1). El engaño le salió bien, se posesionó del castillo, y aparentó no saber nada de las intenciones del duque, quien, por su parte, conoció que le convenia cerrar los ojos. ¡Tanta era entonces la lealtad de los príncipes y de los particulares!

En la cima de un áspero promontorio del lago de Como, dominando la aldea de Musso, se eleva aquel castillo, que llaman de Santa Eufemia, y cuya natural defensa consiste en tres hileras de rocas inaccesibles y por detrás enormes pedruscos. La torre de en medio pertenece á tiempos anteriores á la tradicion. Entre ella y el lago construyeron los Visconti un castillo cuadrado, para defensa y sujecion de los paises vencidos. Cuando lo tuvo el mariscal Trivulzio, como la artillería habia cambiado el método de hacer la guerra, levantó junto al lago y al principio de la pendiente un baluarte, para colocar las bombardas, y cerró con una muralla ambas fortalezas. Médicis halló sin concluir estas obras, las terminó, y dificultó el paso en los pocos sitios por donde era posible; abrió hácia el monte un foso, llenándolo de zarzas y agudos picos; dispuso almenas, garitas, troneras, todo con tal solidez, que aquel lugar, fuerte por naturaleza, llegó á ser inespugnable, siempre que no faltasen agua y provisiones. Hasta las mujeres trabajaron en las obras, animadas por el ejemplo de Clarina y Margarita, hermanas de Médicis: Clarina se casó despues con Wolfang Teodorico Sittich, señor de Altemps, y Margarita con el conde Giberto Borromeo, de cuyo matrimonio nació San Cárlos.

Allí, pues, reunió Médicis un pueblo de bandidos, acogiendo á cuantos querian asilo y paga, sin pararse en si eran mejores ó peores. En la fortaleza todo se volvia preparativos bélicos. Donde quiera ruido de armas, sonido de pífanos y tambores; quién aprende á montar á caballo, quién hace cartuchos, quién balas, quién tira al blanco; y para enseñar á aquel populacho el arte difícil y tan necesario de obedecer, tenia un consejo de togados, dirigido por el integérrimo Juan Antonio de Nava, que administrase justicia. Contaba tambien con esperimentados capitanes y artífices, bastando nombrar á Agustin Ramelli de Pontetresa, maquinista de gran fama, que inventó ó simplificó muchas máquinas para levantar el agua, los puentes y los pesos (2).

Juan Jacobo trató de captarse la voluntad de Esforcia con algun importante servicio; y este consistió en oponerse á los Grisones, que dejaban su áspero suelo natal por la primavera del cielo italiano, adonde los invitaba el rey Francisco I de Francia á prodigar su sangre por una causa estranjera. Juan Jacobo echó á pique ó se apoderó de todas las naves, de suerte que se vieron precisados á costear el lago y entrar en el Bergamasco, acosados sin tregua por Juan Jacobo. Este, despues, para obligarlos á retroceder, atacó las Tres Parroquias, donde tenia conocimientos, y proclamando libertad, recorrió el valle de Chiavenna, seguido de la ruina y el ultraje. El gobierno acudió al peligro enviando contra Médicis tropas al mando de Dietegano Salis, que, si bien contuvieron las insolentes correrías de Juan Jacobo, no pudieron arrancarle cuanto habia ya ocupado. Dirigiéronse, pues, al duque; y este, deseando hacérselos amigos, los confirmó en todas sus posesiones y les restituyó las barcas que les habia quitado Médicis, con tal que ofreciesen no volver á hostilizar el Milanesado. Sin embargo, Médicis, cuidándose poco del convenio, conservó, á viva fuerza, el territorio de las Tres Parroquias.

Al poco tiempo renovó el rey Francisco sus hostilidades contra el ducado; y los Grisones, luego que les sonrió algo la fortuna, quebrantaron la fé jurada, tomaron de nuevo las armas contra el Milanesado, y con grandes promesas y la confianza en los socorros y en el dinero de Francia, procuraron atraerse al Medeghino. Pero este habia sido ganado antes por el duque, quien, posponiendo el ódio á la ventaja, le señaló un estipendio y el perpetuo gobierno de Musso, del lago, de la Valsassina y de Chiavenna, si lograba apoderarse de todos estos puntos. Fue aplicar espuelas á un buen caballo; pero era, cuanto importante, árduo ocupar el castillo de Chiavenna, el cual, dominando los caminos que desembocan de la Spluga y de la Pregalia, es antemural contra los Grisones.

Algunos quieren atribuir á los Galos la construccion de aquel castillo, parte del cual se estiende por la llanura, como para custodiar el pueblo; y la otra parte, llamada el Paraiso, está sobre la cima de una escarpada roca, que ciñen un doble muro y el Mera, y es solo accesible por una estrecha senda y una larga escalera abiertas en la piedra viva, y fáciles de guardar por unos pocos. Era, pues, imposible tomarlo á la fuerza, y asi el Medeghino recurrió á la astucia, y encargó la empresa á Mattiolo Riccio de Dongo, uno de los mas valientes entre los suyos. Este y una partida de bravos de toda confianza se colocaron con mucho secreto dentro del primer muro que rodeaba la senda antes descrita, donde casualmente el rio tenia abierta una brecha, y allí estuvieron esperando en el rigor de una noche de invierno, muertos de frio, pero reanimados por el valor. Era tarde ya cuando Wolf Silvestri, castellano grison, volvia de un banquete, en Chiavenna. Los bravos se le echaron encima, exigiéndole con el cuchillo á la garganta, que les dijese el santo y seña para bajar al puente. El hombre resistia, prefiriendo la muerte á hacer traicion á los su-

(1) Asi lo cuentan. Pero ¿es creible que se le confiase una carta tan importante? ¿Cómo pudo falsificar la letra ducal un hombre que escribia tan groseramente, cómo lo he visto por sus firmas?

(2) Imprimió en francés y en italiano *Las varias y artificiosas máquinas* (Paris 1588), con ciento noventa y cinco hermosas láminas, obra dedicada á Enrique III, y en el prólogo habla de los servicios prestados á Médicis. Sirvió despues á los franceses, y murió en el sitio de la Rochela.

yos; pero un niño que traia consigo, asustado por el ruido de las armas y por las amenazas, empezó á gritar y á llamar á su madre, la cual acercándose é imponiéndose del peligro que corrian sus caras prendas, hizo bajar el puente. Penetrando de este modo los bravos, permanecieron sin meter ruido. Al otro dia, que era festivo, los principales del país fueron á visitar al castellano, como de costumbre, y entraron uno, dos, tres, hasta veinte sin que saliese nadie. Por fin hubo alguno que divisó en las almenas gente de distintas armas, y concibiendo sospechas, tocaron alarma y empezó el combate. Pero los soldados de Médicis resistieron bien, hasta que llegó el mismo Juan Jacobo, sirviéndose de los prisioneros como de rehenes, y se apoderó de Chiavenna, recorrió la Pregalia y concedió el botin á los soldados, nueva escitacion á la guerra. La toma de Chiavenna costó á Médicis un fusilazo, que le impidió poder ser en adelante padre.

Le ayudó en aquella empresa Gerardo, conde de Arco y gobernador de Como, con quien concertó conquistar la Valtellina. Sin perder tiempo entró y ocupó á Delebio y Morbegno; pero, apenas se hubo retirado, Juan Travers, gobernador del valle, cayó sobre el conde de Arco con las milicias rurales y le obligó á soltar la presa. Por otra parte los Grisones, aunque en el rigor del mes de enero, marchaban á recobrar á Chiavenna; pero conociendo que nada harian sin tropas regulares, mandaron órden á los suyos que militaban con los Franceses para que volviesen, pues la primera victoria era conservar lo adquirido. Y este fue el mayor servicio que Médicis prestó á Esforcia; pues con la partida de dichas tropas empeoró tanto la causa del rey Francisco, que en la famosa batalla de Pavía fue derrotado y cogido prisionero, *perdiendo todo menos el honor*. Poco debió, de consiguiente, importarle que la victoria sonriera á los Grisones en la Valtellina, de donde espulsaron á los partidarios del duque, y en Chiavenna, que recobraron. Tambien el castillo, despues de resistirse bastante, se entregó al fin, con buenas condiciones, la víspera de la batalla de Pavía, y los Grisones hicieron llevar á la Pregalia la artillería y desmantelar la fortaleza, como los demás castillos y ciudades amuralladas de la Valtellina. Quedaron, sin embargo, á Médicis las Tres Parroquias, y ganando parciales á fuerza de dádivas, se dedicó al oficio de corsario, apresó naves, cobró rescates cuantiosos, y atento á estender su dominio, se apoderó de Porlezza y la Valsassina.

Entre tanto cayó gravemente enfermo Francisco Esforcia, y temiéndose que muriese, se tramó el dar sus Estados á su hermano Maximiliano, para que no recayesen en Cárlos V, odioso á los príncipes por su creciente poder, y á los pueblos, por su desenfrenada soldadesca; pero entendiéndolo el marqués de Pescara, ocupó á Milan en nombre del emperador, y puso tambien en Como, á invitacion de los habitantes, una guarnicion española, mandada por el capitan Pedro Arias. Asi perdió Esforcia el Estado.

Médicis no se habia doblegado á los Españoles; antes bien usaba con ellos obras de leon y de zorra, y todo le salia á pedir de boca. Una vez fingió que habia partido á un largo viaje, y envió á aquellos uno de los suyos, el cual les ofreció entregarles el castillo. Los Españoles le creyeron y mandaron á algunos en su compañía; de los cuales se apoderó Juan Jacobo, ahorcándolos con befa. Deponiendo entonces toda máscara, se puso á favorecer abiertamente la Liga Santa, y desahogó su irá contra Como, amiga, ó mejor dicho, esclava de los Cesáreos. Muy débiles eran las providencias que se tomaban para impedírselo, y asi, recorriendo en ligeras naves el lago, robaba y aprisionaba á todos los que le venian á mano, estendiéndose hasta Vico de Como. Por tierra ganó el castillo de Monguzzo, cerca del Pian d' Erba, y puso en él á su hermano Bautista, asi como en Civello á un desterrado de Como, Luis Borserio, que ejercian las mayores atrocidades. En seguida él, al frente de cuatro mil hombres, sacados los mas de Lugano, Bellinzona y Chiavenna, tomó á Cantu, ocupó los principales puntos de la Brianza, cuyos castillejos estaban dominados por feudatarios, y corrió hasta los fuertes de Brivio y de Trezzo en el Adda, que los Españoles guarnecieron diligentemente. Estos, mientras Juan Jacobo se preparaba á socorrer á Milan, le derrotaron completamente en Carate, junto al Lambro; sin embargo de lo cual conservó todas sus posesiones.

No menos que los enemigos perjudicaban á Como sus defensores, lobos custodios del rebaño, que chupaban la sangre á ciudadanos y campesinos, y que, ademas de los alimentos, que costaban al comun 100 escudos de oro diarios, robaban trigo, licores, telas. Si quedaba alguna cosa, se la llevaban los comandantes, violentos exactores de las cargas públicas (1); de modo que, para saciar la codicia de los Españoles, fue preciso vender no solo los bienes de los ausentes, sino los de los presentes, encerrándose en las cárceles á muchos nobles, y hasta señoras, por no poder pagar los impuestos. Inspiraba tambien recelo la fuerza de Como, que en las pasadas guerras se habia mostrado mas ó menos capaz de resistir; asi, so pretesto de que Médicis pudiera ocuparlos, se demolieron muchos castillos; y hasta el de Baradello, donde habia escolta y provisiones de comida y de armas, fue demolido de órden de Leiva, destruyendo con gran trabajo las fortificaciones, los aposentos, la capilla de San Nicolás, y dejando apenas la torre, que, en medio de los escombros, recuerda aun cuándo fue restaurado y cuándo destruido aquel edificio. Interrumpido luego todo comercio con el lago, cerrado el puerto para preservarse de la escuadra medicea que mandaba Francisco del Matto, la penuria era mayor cada dia, todo se volvian llantos y quejas, miseria y muerte.

Requeríase algo mas que los débiles esfuerzos

(1) Un cronista escribia: «El país está arruinado por las tropas »y por el hambre; y he visto personas, al ir á arrancar yerba para »comer, caer al suelo y morir estenuadas. Rogad, pues, al Todo»Poderoso que nos libre de tal situacion, y de las manos de los es»tranjeros.»

de los Cesáreos para reprimir al terrible Juan Jacobo. Era este de mediana estatura, pero bien formado; tenia el pecho ancho, el rostro blanco y risueño, la mirada dulce y penetrante, el discurso persuasivo; vestia poco mejor que un soldado; hablaba milanés, y esto, unido á sus maneras soldadescas, le hacia muy popular: era estricto observador de la disciplina, audaz en imaginar, pronto en llevar á cabo las empresas, enemigo de la paz y de los placeres voluptuosos, soldado de á pié ó capitan segun era preciso, amado y respetado á un tiempo de sus súbditos, feroz, cruel, inflexible con los enemigos y con los que dejaban de cumplir sus órdenes.

Sitió á Lecco en 1528, y aunque tuvo que desistir de su empeño, por la llegada de los que acudieron á socorrerla, sin embargo, los de la Liga Santa, conociendo su valor, procuraron atraerle á su partido, y lo consiguieron: asi pues, convertidas en rojas las cruces blancas, pasó del servicio del duque al del emperador; se le dió la investidura del castillo de Musso, con título de marqués, y ademas el dominio del lago, desde Nesso arriba, y á Lecco, con título de conde. Para ejercer por completo los derechos de la soberanía, hizo acuñar moneda en sus Estados, siendo no mas reprehensible en esto que los republicanos y los reyes de entonces, todos falsarios legales del dinero (1). Leiva, siempre escaso de recursos, los pedia al Medeghino, y este le ofrecia grandes sumas de dinero, si le daba en prenda á Como, faltando poco para obtenerla. A fin de consolidar su dominio en las tres Parroquias, reforzó la torre de Olonio, y especialmente la suya de Musso; y despues salió a piratear por el lago, mientras que Bonserio saqueaba la campiña. Su escuadra se componia de siete naves de tres velas y cuarenta y ocho remos, provistas de bombardas que disparaban balas de cuarenta libras, y ademas muchos barcos ligeros. Tenia reservado para sí un bergantin de gran cabida, con los mejores remeros, y entre estos algunos fusileros; á su bordo dominaba Médicis el lago, aunque soplasen los vientos mas contrarios, y en él flotaba la bandera de las bolas de oro en campo raso; el mismo bergantin, con el mote: *Salva, Domine, vigilantes*, habia sido elegido por él como emblema.

Y como la virtud se ve á menudo obligada á postrarse ante el delito y á pedir que se le permita servirle de apoyo, se consideraba feliz el que adquiria la amistad del Medeghino; por el contrario ¡ay del que escitaba su encono! Testigo de ello Polidoro Boldoni de Bellano, el cual, habiéndole Juan Jacobo pedido una hermana en matrimonio, contestó que no queria alianza ni parentesco con rebeldes y ladrones; respuesta que le valió la muerte de casi toda su familia (2).

Los dueños del mundo tuvieron al fin piedad de la Lombardía, arruinada sin ningun beneficio; y celebraron la paz (1629) obligándose Cárlos V á restituir el ducado á Francisco Esforcia, mediante el pago de 900,000 ducados de oro, garantizados con la ocupacion, por parte del emperador, de Como y el castillo de Milan. Pero Médicis, negándose á obedecer al duque, poderoso en oro, hombres y delitos, estendia cada vez mas sus ambiciosos designios. Su cuñado, el conde de Altemps, le tomaba á sueldo tropas en Alemania; estaba en tratos con Borromeo para obtener á Arona, y poner asi el pié en el Lago Mayor; poseia ya una fortaleza en Valsolda, barcas en el lago de Lugano, conocimientos en Bellinzona; tenia fijos los ojos en la Levantma; pensaba formar alianza defensiva con los Suizos; y como el mas osado alcanzaba mas, en la discordia de pareceres esperaba lograr para sí el ducado de Milan.

Dedicado á realizar este sueño, y orgulloso ya con la mera esperanza, empezó por la empresa de la Valtellina, disponiendo su pensamiento á los engaños. Procuró hacer obispo de Coira, á Juan Angelo, su hermano, entonces arcipreste de Mazzo, y despues papa, bajo el nombre de Pio IV; pero, entrever los Grisones su intencion y hacerla abortar, fue todo uno. Envió luego á uno de sus amigos, el cual, echándola de peregrino, se estableció en la Rasega, lugar mas allá de Tirano, donde, con piadosas palabras, como traidor que era, persuadió á los pueblos á la devocion hácia San Roque, y los indujo á poner los cimientos, segun decia, de una iglesia, que debia convertirse en fortaleza. Fascinados por la supersticion, daban los Valtellineses oro y manos para construir el castillo, pero, descubierta al fin la trama, las obras se demolieron, y el falso peregrino salvó á duras penas su cabeza.

Recurriendo entonces Juan Jacobo á la fuerza abierta, tomó á sueldo Alemanes, Españoles, caudillos que se habian quedado sin paga á consecuencia de la paz, hombres todos acostumbrados á despreciar las leyes, con tal de satisfacer su deseo; y al frente de ellos desembarcó en la Valtellina, donde sostenido por sus amigos y en especial por los frailes, se apoderó de Morbegno, dispersó las tropas de los Grisones, mató á Juan de Marmora, gobernador del valle, y á los valientes Martin Traverso y Dietegano Salis, y anunció con tono triunfal á todos los príncipes tan señalada victoria. Como decia que obraba de acuerdo con el duque, los Grisones enviaron á este un embajador que averiguase la verdad; pero el Medeghino le hizo asesinar en una emboscada. Quedaron entonces convencidos los Grisones de las bravatas del marqués, hasta que un enviado de Esforcia les impuso de lo que pasaba, asegurándoles que el duque, en vez de tener parte en la empresa, los invitaba á ayudarle contra aquel audaz rebelde, prometiéndo-

(1) Algunas de las monedas de Juan Jacobo publicó Bellat, en su obra titulada: *Discrtacion sobre varias monedas antiguas*, Milan 1775. Carli publicó una de cobre pequeña, que tenia en un lado la cabeza é inscripcion. IO. IA. DE MEDICIS. M. MUSSI. †. y en el otro el Lario, con una nave. En el bando del conde de Lautrec se nombran las monedas de Musso, esto es, los testones de 16 1/2 s., los grosos de 9 y de 5 1/2 s. Las de Lecco fueron impresas por Argelati, *De monetis Italiæ*, *appendix ad par.* 3, pág. 74. V. CARLI, *De las monedas de Italia*. Otra mayor tiene á un lado el águila con una bolsa y alrededor el nombre; en el reverso una cruz, y en torno *Marchio Mussi Co. Leuci*. Otra de plata tiene la barca con el sol naciente, y el mote *Salva Domine vigilantes*. Otra á Médicis á caballo y el nombre; en el reverso el arma con el yelmo, y *Marchio Mussi Co. Leuci*. Cuando Gonzaga, sabiendo por Caravecca el santo y seña, sorprendió á Lecco, hizo acuñar otra de cobre plateado, donde se ve, á un lado, F. F., y al otro *Jo. Ja. M M. Le. Ob.* 1531; esto es, *fides fracta.—Jo. Jacobus Medici marchio Leuci obsidio*. Otra tiene las mismas palabras y ademas un águila sobre una bolsa, y al lado una X; en el reverso una cruz, y en sus cuatro ángulos las letras IA TE.

(2) BOLDONI, ep. 59.

los 30,000 reneses si recobraba cuanto poseia antes de la guerra. Impidió ademas que llegasen hasta Médicis los socorros que esperaba, y llamó á los Españoles que le servian, y que, viendo la cosa mal parada, obedecieron fácilmente. El Medeghino sustituyó en su lugar valientes laguistas, y continuó obstinado, aunque se habian puesto á un precio muy subido su cabeza y las de sus hermanos.

Pero el cielo se oscurecia. Por un lado marchaban doce mil Grisones, por el otro las tropas de tierra del duque al mando de Juan Bautista Speziano, y las de mar al mando de Luis Vestarino; mientras que Alejandro Gonzaga, duque de Mántua, se dirigia contra Monguzzo y los demás castillos mediterráneos, que sometió. Médicis, que jamás habia creido quisiesen los ultramontanos á su costa la guerra, disimuló su sorpresa; y rechazado de la Valtellina, reunió los suyos en Mandello, y en las aguas de Menaggio empeñó el combate con la escuadra ducal; pero, aunque mostró un valor digno de mejor causa, llevó la peor parte. Entre tanto los Retos y los Suizos, sobreponiéndose con el número al valor de los Mediceos, se adelantaron á las Tres Parroquias, y sitiaron el castillo de Musso, arrastrando con inmenso trabajo las piezas de artillería á aquella inacesible roca. Pero vuelve en su auxilio Médicis, á quien no desanima la mala fortuna, y seguido de los mas esforzados, por sendas conocidas solo á él y á las cabras, se sitúa sobre la montaña, precipita en el lago las bombardas de los Grisones, desbarata á los sitiadores, y en el ardor de la victoria los desaloja de Bellagio, de Varena, de Bellano; despues se traslada á Lecco, donde no solamente frustra los esfuerzos de Gonzaga, sino que, aprovechando la ocasion, penetra de noche en su campamento, le coge prisionero, y en Malgrato alcanza sobre las tropas del duque una insigne victoria.

Pero habia perdido á Francisco del Matto, jóven temerario; á Borserio, su brazo principal, y lo que mas le dolió á su hermano Gabriel; por todo lo cual, desanimado, faltándole tambien dinero, y quizá cansado de luchar entre las esperanzas y los temores de su ambicion, trató de recoger velas. Primero se ofreció á Francisco de Francia, diciéndole que estaba á sus órdenes para cuanto le necesitase, pues le podria ser muy útil si volvia á Italia; pero aquel no quiso volver, aunque muchos le exhortaron á que no desperdiciase la ocasion. En vista de esto, Médicis acudió á Cárlos V y á Fernando, pidiendo buenas condiciones: y ambos instaron tanto á Gonzaga, que el duque estipuló con Juan Jacobo lo siguiente: el marqués restituiria las fortalezas de Musso y Lecco, recibiendo en cambio 35,000 escudos de oro y un señorío por valor de 1,000 ducados al año; Gonzaga renunciaria toda reclamacion ulterior, para siempre, y trasportaria á su costa los cañones y demás arneses militares del Medeghino.

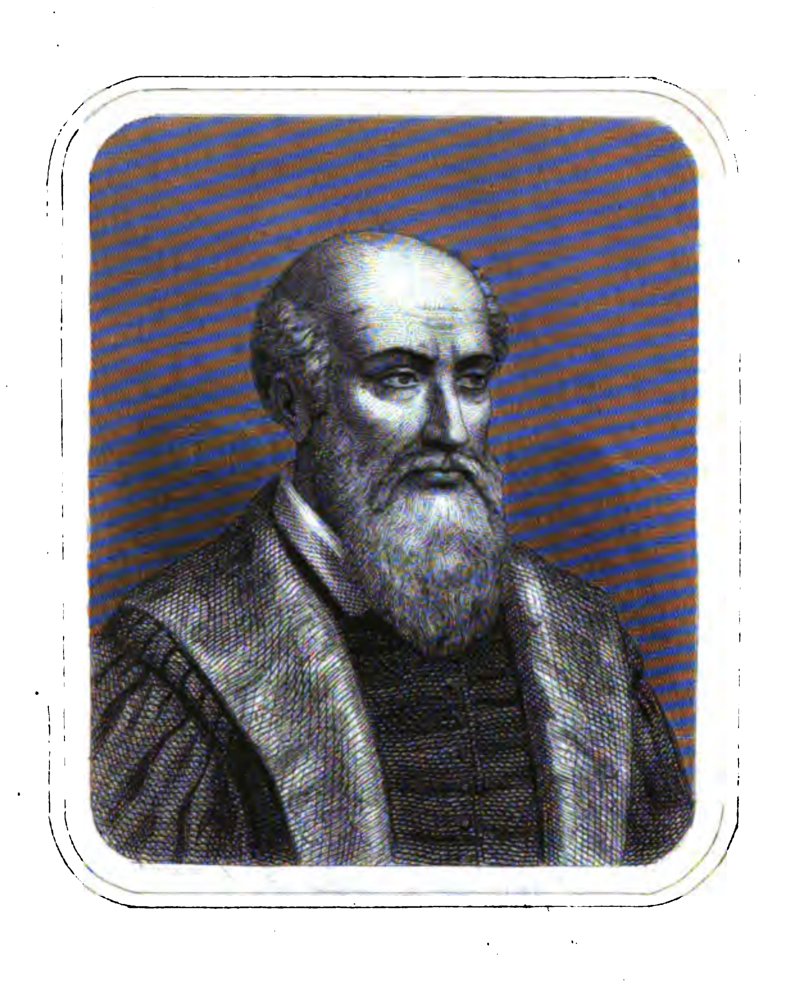
En marzo de 1532, aquel famoso aventurero, á cuyo orgullo se resistia obedecer un solo instante, allí donde se acostumbraba gobernar con un movimiento de ojos, zarpaba de su Musso. Pero, apenas batieron los remos el agua, cuando, volviéndose á mirar su asilo de tantos años, divisó á los Grisones, que se precipitaban impacientes á demolerlo. A tal vista no pudo contenerse, y sintiendo renacer en su corazon todo su antiguo brio, hace que le bajen á tierra, desbanda aquella chusma, y lleno de ira les ordena respetar su nido, á lo menos hasta que esté lejos de aquellos lugares. Inmediatamente cesaron los martillos, y cuando Médicis estuvo fuera de alcance, se empezó de nuevo la obra de demolicion: las ruinas, empero, vastas y sólidas, como una construccion romana, permanecieron largo tiempo, cual espectáculo de terror para los navegantes, que señalándolas desde lejos con el dedo, referian los sucesos de que habia sido teatro. Hoy existe aun, y en el centro intacta la pequeña iglesia de Santa Eufemia, que permaneció firme entre tantos desastres, como el alma del justo en medio de las tempestades de la vida.

Este aventurero, á quien ni por la fuerza de las armas, ni por las artes del engaño, pudieron domeñar el duque, los Grisones, el rey de Francia ni Cárlos V, dueño de media Europa y de la América, prueba hasta la evidencia la debilidad de los gobiernos de entonces, y nos trae á la memoria á Alí, bajá de Janina, que resistió invicto en nuestros dias á todo él poder de los Turcos.

Juan Jacobo, titulado marqués de Marignano, se puso al servicio del duque de Saboya: el marqués del Basto, que tenia con él cierta rencilla antigua, halló un pretesto para prenderle; pero los príncipes y reyes escribieron tanto en su favor, que se le dió libertad. Pasó de allí á España, donde Cárlos V le acogió perfectamente, y le invitó á reprimir á los ciudadanos de Gante, que se habian sublevado. Se traslado á Hungría en socorro del rey Fernando, y contra Flandes, que combatia por su libertad; fue hasta virey de Bohemia en las guerras de religion; siempre, en una palabra, ministro de la tiranía. Nombrado luego general de la liga de los Médicis florentinos, del papa y el emperador, contra la libertad toscana, multiplicó los horrores de aquella guerra; y á él en parte se debe que hoy el viajero miré aun con dolor la vasta soledad, en torno de la florida Siena. Entonces se inventaron genealogías para probar que era del mismo tronco que los duques de Florencia; pero él podia decir, como Napoleon: *Mi nobleza principia conmigo.*

En el Elba y el Tibisco no olvidó sus antiguos proyectos; y despues de 1547 escribió á Cárlos V, induciéndole á conquistar la Valtellina, y ofreciendo al emperador anticipar la mitad de los gastos y el 10 por 100 de la otra mitad, con tal que le entregase en feudo aquel territorio. Pero Cárlos no le dió oido. Se casó en Milan con Marcia Orsina, hija del conde de Pitigliano; y cuando murió, el 8 de octubre de 1555, el senade se vistió de luto, depositándosele con gran pompa en la metropolitana, donde se admira el mausoleo erigido á él y á su hermano Gabriel, segun el diseño de Miguel Angel y bajo la direccion de Leon Leoni Aretino, cuyo coste fue de 7,800 escudos. El que lo mira, no puede menos de meditar sobre las miserables empresas en que tuvieron que ocuparse el valor y la perseverancia italiana.

Marco Antonio Missaglia escribió la *Vida de Juan Jacobo Médicis, marqués de Marignano, valerosísimo é invicto capitan general, etc.* (Milan, 1605), con arreglo á memorias que le dejó su padre, secretario de Francisco II Esforcia. Ericio del Pozzo, en su *Historia Cisalpina*, quiere mostrarnos en él un héroe; á esta historia va adjunto un libro de Galeazzo Capella, *De bello mussiano*. Véase tambien á Sprecher, libro IV, á Quadrio, dis. 7, §. 3, á Rebuschini y á Jovio. Tambien dió su historia Gabriel Chiabrera, publicada en estos últimos años (Génova, 1826). El primer libro escrito en lengua grisona, es un poema de la guerra de Musso, obra de Juan Travers que sirvió en ella.



L'HÔPITAL

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

NUM. XXII.

L'HOPITAL.

(1505—1573.)

Me ha agradado siempre la idea de aquel sábio antiguo que, para corregirse, elegia en la historia un personaje virtuoso, á cuyos ojos imaginaba pasar la vida, y cuyo sufragio procuraba merecer. Espectador invisible y mudo, de continuo estaba en su presencia, sin apartar de él la vista, siguiéndole en las pruebas de la vida pública, como en el recogimiento de la privada, que tiene tambien las suyas. Siervo voluntario de la virtud que evocaba de la tumba, desnudaba su corazon ante ella, y la admitia á las mas íntimas deliberaciones de su alma. Nada ilustra y fortifica tanto como semejante manera de personificar la conciencia en un hombre de bien que habita dentro de nosotros, y que, quitándonos la eventualidad de esa impunidad secreta que nos permitimos de una culpa sin confidente y sin testigo, nos preserva de las tentaciones del aislamiento. Esta ficcion de un perpetuo diálogo, de una confesion mental constante, fue adoptada por una sociedad religiosa de nuestros dias, aplicándola á la perfeccion de la vida mediante la devocion y ante los ojos siempre abiertos de la divinidad.

Desde luego se comprende cuán importante y difícil seria para nuestro sábio la eleccion de ese árbitro supremo; estudiaba sus conveniencias como la de una union indisoluble, pues una vez elegido, resultaba un inexorable pacto, del cual una buena conciencia no pretendia desembarazarse. Nada mas sagrado que estos votos internos, que suponen en nosotros los dos hombres tan bien conocidos por Luis XIV: un juez demasiado indulgente hubiera sido un casuista hábil en capitular con el vicio; demasiado severo, hubiera reducido la fragilidad humana á desesperar de sí misma. Los unos se dirigian á la escuela de Epicuro, en la que Aristipo legitimaba el deleite con el ingenio y el gusto; los otros se ajustaban al modelo de Sócrates, cuya frente creian ver alargarse ó encogerse conforme se alejaban ó se acercaban á su moral; los mas fuertes, ó si se quiere los mas audaces, pedian al estoicismo un censor inexorable. Cuando la prosa ingenua y pintoresca de Amyot dió á conocer en Francia á Plutarco, los personajes ilustres de aquel tiempo se empeñaron en imitar á los de Atenas y Roma; el duque de Guisa escogió á Escipion, aunque propendia hácia César; el marqués de Brissac á Fabio; el condestable de Montmorency á Caton el censor; Châtillon á Caton de Utica; predilecciones fastuosas, estériles para ellos y para su patria.

Si un magistrado de hoy, que no puede separar sus deberes de las dificultades políticas que le rodean, quisiera fortificarse adoptando un gran modelo ¿con cuál, entre los genios de los tiempos antiguos ó de los modernos, contraeria alianza? No bastaria una vida irreprensible, pues que nuestro peligro no es contaminar la nuestra, ni de tales socorros necesitamos. Nos seria preciso un elevado entendimiento que ejercitado en la vida pública en tiempo de pasiones, formado en esa gimnástica de los hombres de Estado, y saliendo de las pruebas en que nosotros entramos las empezase de nuevo con nosotros, y nos sirviese de guía. Esa vida entera de magistrado, que despues de atravesar todas las peripecias de una larga revolucion adquirió la verdadera filosofía de tan difíciles tiempos, puede ofrecérnosla Miguel de L'Hôpital.

L'Hôpital pertenece al siglo XVI, una de esas épocas laboriosas y fecundas, en que las sociedades humanas se proponen resolver alguno de sus mayores problemas, primero con la especulacion y luego con las armas. Un dardo encendido parte de las regiones de la filosofía, atraviesa los pueblos que inflama y sube á la esfera positiva; siendo tal el órden establecido por la Providencia, que una crísis intelectual es la preparacion necesaria de toda revolucion que debe llegar á ser nacional. Entre dos partidos furiosos que anuncian la guerra con sus disputas, y se degüellan argumentando, en medio de muertes, conjuraciones, suplicios, represalias, se ve aparecer como un busto antiguo al través de una nube de polvo, el semblante noble y sencillo de L'Hôpital, en el que sus contemporáneos creian distinguir las facciones homéricas de San Gerónimo.

Su infancia fue una verdadera felicidad de su destino, rodeada de ejemplos domésticos, propios para sembrar en su alma las altas virtudes que estaba llamado á practicar. Su padre era vasallo y médico del condestable de Borbon, y algunos beneficios de este habian estrechado con el reconocimiento el vínculo feudal; de modo que cuando el condestable, de enemigo de Francisco I y de la reina madre, pasó á ser enemigo de la Francia, hallóse el padre de L'Hôpital en una perplejidad, como la que han esperimentado

muchos en nuestros dias. Pero no confundió lo que debia á este príncipe con lo que debia á la patria; acompañado de su hijo, siguió al condestable al destierro, fiel á su desgracia sin asociarse á su atentado, y Cárlos V no le vió en su campo. Asi L'Hôpital, al entrar en el mundo, aprendió desde la primera leccion cómo se ha de entender la fidelidad. La enemistad personal no es un pretesto para formar alianza con los estranjeros; ni aun la injusticia daria derecho á ello; pues si un hombre puede agraviarnos, jamás nos asiste la razon contra la patria, que es inviolable.

El jóven L'Hôpital pasó el tiempo de la guerra en las escuelas entonces tan célebres de Italia; la universidad de Padua le hizo profundo jurisconsulto, y cuando el condestable recibió la muerte al pié de los muros de Roma, la ciencia de L'Hôpital, no menos que el crédito del cardenal de Grammont, desarmaron la cólera de Francisco I, en la que aquel habia sido envuelto con su padre, pudiendo entrar en Francia y enriquecer los tribunales de París con los tesoros de erudicion que traia de Italia: pues L'Hôpital fue primero abogado, y en esta noble profesion acabó de formar su razon y de fortalecer su alma.

La circunstancia de su matrimonio, en que se ha fijado poco la atencion, no dejó de influir en el curso de sus ideas, dirigiéndole á la tolerancia. Era la época en que el catolicismo, molestado en el dominio esclusivo de las conciencias, se ensañaba contra la Reforma que pretendia entrar en participacion con él y se propagaba por medio de suplicios. Morin, lugar-teniente criminal, pertenecia á esos entendimientos estrictos y severos á los cuales una fe viva escita á la persecucion, y á quienes el sentimiento del deber hace crueles. Su hijo, por un fenómeno que se ve reproducido en las turbulencias de Inglaterra, se separó de la religion paterna, convirtiéndose al protestantismo en vista de los suplicios con que se le perseguia. Es sabido que el padre de Clarendon, entusiasta por la revolucion inglesa, y que queria depositar el gérmen de ella en el alma de su hijo, fue atacado de apoplegía en el fervor de una declamacion política; y aquel espectáculo hirió de tal modo la imaginacion del hijo, que despues siguió el partido de los Estuardos. La violencia ha sido siempre mal medio de proporcionarse sectarios.

L'Hôpital, católico sincero, se casó con la hija del lugar-teniente criminal, que se habia vuelto calvinista por indocilidad concienzuda hácia su padre. El que cuidaba de la gloria del futuro canciller parece haber colocado junto á L'Hôpital un adepto de la secta proscrita, para enseñarle que una opinion censurada puede residir en un corazon digno de ser amado, y moderar el esceso del celo religioso mediante la dulce y modesta virtud de una esposa. Para un hombre condenado á vivir en medio de las facciones, es una fortuna poder acercarse así á su adversario y esperimentarlo; en la distancia á que solemos situarnos la vista se deslumbra, el espíritu se exalta, el odio germina; los objetos examinados de mas cerca, se reducen á las proporciones naturales; las ideas se rectifican, y nos admiramos de poder vivir con quien nos causaba horror. Cuando las circunstancias no sirven al hombre político espontáneamente, de modo que conduzcan á su lado al adversario, convendria que colocase el pensamiento en la parte opuesta al punto que ocupa, y se identificase un instante con aquellos que tienen encargo de refutar y combatir. El acaso ahorró este esfuerzo á L'Hôpital, dándole por compañera á una calvinista.

Acercábase el tiempo de las grandes pruebas; el protestantismo se habia fecundizado con su propia sangre; el suplicio de Ana Dubour irritó á los Reformados y la impotente conjuracion de Amboise á la córte. El príncipe de Condé, que se habia dejado poner al frente de los Reformados, yacia en una especie de cautiverio, protegido solo por su nacimiento: el duque de Guisa, elevado á lugar-teniente general del reino, veia aumentarse su poder, como acontece siempre despues de una conspiracion reprimida: de una á otra parte se dirigian odiosas reconvenciones y terribles amenazas; la guerra civil bramaba debajo de tierra; un no sé qué lamentable y siniestro dominaba esta escena del siglo XVI y esparcia cierto pavor en las cercanías del poder. En tales coyunturas fue llamado á desempeñar el cargo de canciller un hombre, cuya máxima era que *las opiniones se mudan, no por la violencia, sino por la súplica y la razon*, y que aceptaba el ministerio firmemente resuelto á llevar á cabo este dogma suyo.

Detengámonos un poco, que bien merece contemplarse semejante espectáculo. Orgullosos hijos de este siglo tan adelantado en la ciencia de las franquicias sociales, nosotros á quienes basta abrir los códigos para hallar en ellos la libertad de cultos protegida por la ley, no nos haremos cargo del valor que necesitaron nuestros padres para conquistar un derecho hoy ya inatacable (*). ¡Ah! ¡tal es nuestra condicion! Pocas verdades existen que no hayan costado inmensas fatigas, llegando hasta nosotros al través de la sangre de una guerra civil ó de las manos del verdugo. Dios, abandonando el mundo á nuestras disputas, no esceptuó siquiera la evidencia; y el derecho de adorar cada cual á su manera, este derecho tan sencillo que no se comprende cómo haya podido ponerse en duda, necesitó una larga tormenta que lo arrojase sobre nuestras orillas, donde el siglo XVIII no acudió á recogerlo sino despues que las olas se hubieron retirado. Existen otras verdades, que nuestros nietos se admirarán de que encontraran tantos tropiezos en el presente siglo.

El primer adversario contra quien el nuevo canciller tuvo que medir sus fuerzas, fue la Inquisicion, que trataba entonces de introducirse en Francia bajo los auspicios del cardenal de Lorena. La resistencia de L'Hôpital tomó toda la energía de la virtud indignada; y el edicto de Romorantin, obra suya, arregló la jurisdiccion *eclesiástica* en materia de heregías y cerró la Francia á aquel azote.

L'Hôpital empezó sin mas demora el grande

(*) No necesitamos decir que en España lo inatacable hoy es la intolerancia, habiendo llegado la ceguedad hasta el punto de quererla erigir en dogma religioso. Esperamos sin embargo que antes de terminar el presente siglo habrá la España conquistado este precioso derecho.

(N. del T.)

asunto de toda su vida, la obra de la paz religiosa. Su primera idea en esta calamidad pública, fue invocar la ayuda de los Estados generales, representacion ciertamente imperfecta de una nacion apenas formada, pero tradicion preciosa de la libertad de la edad media. La ambicion de los Guisas se creyó amenazada si los Estados generales salian de su largo sueño, y L'Hôpital tuvo que recurrir á la asamblea de los Notables, como medio preparatorio. Coligny se presentó allí, y defendió patéticamente á sus hermanos: dos prelados, el obispo de Valence y el arzobispo de Viena se inspiraron de los preceptos del Evangelio para desaprobar la persecucion, y los Guisas no osaron resistir á inclinacion tan generosa, y el edicto que convocó los Estados generales, suspendió las persecuciones por culpas de heregía. L'Hôpital triunfaba y se acercaba á su meta; pero el ardor indisciplinado de la faccion calvinista, por quien intercedia, lo separó pronto de ella. Los Calvinistas se sublevaron en el Mediodía, y al abrirse los Estados generales, el príncipe de Condé preso, no debió la vida sino á haberse negado L'Hôpital á firmar una sentencia espedida por una comision judicial. Así el canciller esperimentó el dolor de verse refutado por los escesos de los que defendia; no siendo por eso menos noble su discurso á las tres órdenes, reunidas en Orleans: «Quitemos para siempre »estos nombres funestos, nombres de partidos y »de sediciones, luteranos, hugonotes, papistas; »no cambiemos el hermoso nombre de cristianos.» Pero semejantes discursos, donde brilló la primera chispa de elocuencia deliberativa en Francia no hallaron mas que corazones cerrados por la cólera á la persuasion.

L'Hôpital procuró consolarse de esta derrota política con prudentes reformas en los tribunales. De las dolorosas ocupaciones de la guerra civil, solia descender á los mas sencillos pormenores de la administracion judicial; el edicto de las segundas nupcias es del mismo año que la conjuracion de Amboise; el decreto de Orleans corresponde al tiempo del triunvirato. Esta facultad de abstraerse en el seno de las crísis sociales ha sido concedida á pocos; necesítase tanta fuerza de entendimiento como de alma para encerrar en sí la tranquilidad cuando ruge la tormenta, para meditar las leyes en medio de cadáveres, y escribirlas entre la sangre.

Entre tanto los Católicos penetraban en el domicilio de los Protestantes para impedir las reuniones ilícitas. Es inútil decir que el edicto con que L'Hôpital prohibió tan violentas pesquisas, escitó la indignacion del parlamento. El ministro hubo menester de su firmeza basta contra los órganos de la justicia; y pronto, á pesar de aquella oposicion, un nuevo edicto permitió á los Calvinistas la celebracion de su culto dentro de las casas. Pero el cardenal de Lorena no les dejó gozar en sosiego de la incompleta concesion, y concibió la idea de una proposicion que basta para pintar el espíritu de aquel siglo disputador y guerrero. Hoy la lid se hubiera empeñado en los periódicos: el cardenal ofreció terminarla en una conferencia, donde se oyese á los doctores de ambas comuniones; especie de cartel que en el siglo XVI suplia por la prensa periódica actual, y donde la erudicion y la dialéctica iban á aguzar armas mas peligrosas. Una discusion en que la primera proposicion de una de las partes es un escándalo para la otra, deberia evitarse como un peligro. Entonces los entendimientos se irritan sin convencerse; cada comision cantó victoria en un proceso, que no era aun decidido por su verdadero juez; y la guerra civil progresaba en virtud de los mismos esfuerzos intentados para impedirla.

L'Hôpital conoció que no le restaba mas que suplir con el vigor de su voluntad una transaccion ya imposible, y usar de un poder absoluto para imponer una paz en que no se queria de buen grado convenir. En enero de 1562 un edicto proclamó la tolerancia religiosa, con la simple precaucion de que los Calvinistas predicasen fuera de las ciudades. Primer decreto en Francia, en que la libertad de cultos revistió formas legislativas.

Pero nuestro gran magistrado debia ser vencido por la violencia cuantas veces saliera vencedor en el terreno legal. Apenas creia haber completado su obra en el inmortal edicto de enero, cuando, atravesando el duque de Guisa con numeroso séquito el pueblo de Vassy, mientras los Protestantes asistian á un sermon, sus secuaces, para vengar el insulto recibido, se precipitaron sobre aquella poblacion desarmada, matando á muchísimos. ¡Acto funesto, que abrió la larga carrera de las guerras civiles, cerrada por Richelieu! La campana de Vassy sonó de un modo lúgubre en las llanuras de Dreux, de Saint Denis, de Jarnac, de Moncontour, prolongándose el sonido hasta morir sesenta años despues ante los muros de la Rochela. Ignórase si Guisa aprobó aquella vil barbarie; pero cuando se le habló del edicto de enero, dicen que contestó echando mano á la espada: El canciller hubiera querido someter al órden legal esta independencia facciosa.

La perseverancia en reanudar una trama continuamente rota, no es el rasgo menos marcado de su fisonomía, y él mismo comparó su fatiga á la de Sísifo. La batalla de Dreux habia sido perdida por los Reformados, y Guisa sucumbió á los golpes de Poltrot. Despues de este desastre de los Calvinistas y de este asesinato que podia imputárseles, tuvo la constancia de intentar otra pacificacion, y la inesperada fortuna de alcanzarla; el principio del edicto de enero sobrenadó aun algunos dias, para sumergirse pronto en olas de sangre.

¿Háse meditado bien cuánto valor se necesita para tener uno solo razon contra los contemporáneos, especialmente en medio del pueblo del mundo donde mas impera la preocupacion, y que mejor sabe vengarse de los que le contrarían? Los Franceses están siempre próximos al desaliento, cuando esteriormente todo los abandona y rechaza, y cuando, para aliviar el peso de sus incertidumbres, no les queda mas recurso que concentrarse en sí mismos. Solo las almas elevadas son capaces de entusiasmarse por una verdad especulativa, cuya época no ha llegado aun. L'Hôpital era uno de esos hombres ardien-

tes en la conviccion, que cuando un principio no puede desarrollarse en un suelo rebelde, arrojan las semillas al acaso en el porvenir, y las recomiendan á las generaciones futuras. ¡Qué hermoso monumento del año 1562 quedó en pié en medio de las ruinas!

Ni el aislamiento de L'Hôpital en una córte donde su presencia era una reconvencion, ni el vértigo universal que arrastraba á la guerra civil, pudieron vencer su constancia. Habiendo sido convocada otra asamblea de los grandes del reino, el inflexible magistrado, ante una córte contaminada de delitos y que meditaba el mayor de todos, osó desenvolver esta hermosa idea: «No hay en ningun caso razon para no aplicar la ley.» Delante de tantos criminales que creian la grandeza inaccesible á la justicia, elegir semejante tésis era pecar de temerario; asi la virtud de L'Hôpital se hizo importuna. Catalina de Médicis habia traido de sus conferencias con el duque de Alba un sentimiento de prevencion hácia el canciller. El espíritu de partido le reservaba como última prueba la mas cruel calumnia, inspirando sospechas respecto de su catolicismo; pues siempre la faccion cuyos escesos no se quiere compartir, acusa al que no marcha en fila, de ir contra ella. Por último, L'Hôpital conoció su derrota, y se retiró de un siglo donde él solo representaba á la posteridad. La córte de Cárlos IX, como un torrente despues de roto el dique, se precipitó entonces en los horrores de la jornada de San Bartolomé. La casa de L'Hôpital se vió rodeada de asesinos, á los cuales iba abrir las puertas cuando un destacamento enviado por la reina acudió á protegerle; socorro que debió envenenar un perdon que le envió Catalina, y que él declaró no comprender. Murió de dolor tan poco tiempo despues de aquella horrible jornada, que se le cuenta entre sus víctimas; el filósofo, envuelto en su capa, terminó la hermosa vida que tantos panegiristas han celebrado y cuyo estudio ofrece todavía un interés que parece renovarse para nosotros.

Me agradaria pedir inspiraciones á semejante personaje; al enumerar sus nobles esfuerzos, me he persuadido de que la moral no es nunca tan poderosa como cuando se la ve residir y funcionar en un grande hombre, y que todo precepto es inferior á ejemplo tan insigne.

Supongamos ahora que L'Hôpital visitase nuestro mundo, al cual las pasiones políticas, si no el fanatismo religioso, han hecho tan parecido al suyo: ¿qué espíritu adoptaria entre nosotros? ¿En qué señales conoceria á sus imitadores? O he comprendido mal su vida, ó lo que lo hermosea es la alianza, estoy por decir clásica, de la firmeza con la moderacion; de la firmeza, virtud rara y difícil, próxima á un esceso con el cual se confunde, y que no se mantiene pura sino apoyándose en una razon superior; de la moderacion, que es una de las modificaciones de la fuerza, como la violencia es uno de los síntomas de la debilidad, y que, en tiempo de pruebas, colocada entre la rebelion y la inquisicion, entre Guisa y Condé, entre Montluc y Des Adrets, tiene su heroismo, su sublimidad. La energía hace sin duda las revoluciones; pero la moderacion las consolida, y asegura su duracion; no la moderacion pérfida, hipócrita, enemiga de las virtudes cívicas, y cuyo soplo helado no deja nunca, en los dias de peligro de la patria, de insinuarse en los corazones para estinguir allí el fuego sagrado; sinò aquella moderacion que procede del alma, cuya resistencia misma es generosidad, que distingue el verdadero momento en que es necesaria la energía, que mide cuanto conviene emplear, que la alimenta refrenándola, y á la que definiria con gusto diciendo que es la economía de la fuerza. Una verdad de observacion que nos cuesta muy cara es la de que toda revolucion, aun despues de consumada, conserva una propiedad escitante contra la que debe luchar la virtud. Cuanto mas generoso es su principio, mayor es la escitacion. Fórmase entonces no sé qué rápida generacion de escesos; de cada partido que se eleva brota uno nuevo, á riesgo de debilitarse, mientras que la moderacion consigue que una revolucion no se despedace en su triunfo, como la bomba dando en el blanco.

Lo que admiro en L'Hôpital es un amor de la humanidad, una piedad afectuosa hácia sus semejantes, no entibiados por los mas detestables furores. Los tiempos de perturbacion social engendran ordinariamente las pasiones sombrías, las crueles paradojas, las leyes sañudas, y no es el menor delito de las guerras civiles depravar los corazones con el odio ó el desprecio de los hombres. Es notable que el entendimiento humano haya dado los mayores escándalos en las épocas peores de la historia. Cuando Lucrecio, abusando de la poesía, la estravió de su origen celeste hasta hacerla cómplice del ateismo, habia visto las facciones de Mario y Sila. Si Maquiavelo fundó la funesta ciencia á que dió nombre, la posteridad ha hecho responsables de este crímen del genio á los disturbios de su país. Los desastres de Inglaterra en tiempo de Cárlos I presentaron á la melancolía de Hobbes los negros fantasmas con que pobló su libro. Privilegio de las almas grandes es conservar, en medio de los delitos, aquella filosofía que solo ve nuestras desgracias y busca en ellas un remedio. Se escoge mal el momento en que la humanidad padece, para corregirla.

El virtuoso magistrado que, desde la infancia, habia aprendido á no sacrificar la patria á sus afectos, que no comprendia que se destrozase el país, ni aun por el interés del cielo, aun menos lo comprenderia por el sórdido interés del poder. Las pasiones del siglo XVI eran, en su sinceridad, mas dignas de indulgencia que las intrigas del nuestro, y mas escusable me parece la fé ingenua de un mundo que se despertaba á la vida social, que nuestras paradojas sin conviccion y nuestros furores sin fanatismo. En otro tiempo, despues de una escena de matanza, levantábase el pueblo lleno de indignacion y de espanto, y el incendio se propagaba como el rayo; hoy se sopla cada año sobre carbones que se apagan, y brotan algunas chispas que pronto desaparecerán.

La desgracia de los hombres de Estado contemporáneos de L'Hôpital, era no poseer su ge-

nio, y quedarse atrás de un magistrado que se anticipaba á su siglo. Nuestros jefes de partido tienen luces que no ven, una esperiencia que muestran no querer; tratan de olvidar lo que saben, persuadir el error de que están desengañados; retroceden en la civilizacion, y se rebajan.... no solo carecen de la ilusion del fanatismo, pero ni siquiera tienen la escusa de la necesidad. Las creencias del siglo XVI estaban reducidas, para proporcionarse un puesto insignificante que la sociedad les negaba, á crearselo con la espada, junto al hogar doméstico ó en el desierto; mientras que cada opinion del siglo XIX ocupa un ancho puesto, con la condicion única de no cometer actos culpables.

C. G. Hell, *Discurso en la apertura del tribunal de Casacion en* 1832.

NUM. XXIII.

BARNEVELDT.

(1549—1619).

Juan Olden de Barneveldt, abogado de los Estados de Holanda en tiempo de la guerra de la Independencia, uno de los mas ilustres ciudadanos de la república de las Provincias Unidas, nació en 1549 en Amsterdam de una antigua familia del país de Utrecht. Recibió una educacion esmeradísima, y dejó escritos los pormenores de sus primeros años. Empezó á estudiar derecho en el Haya, y de allí pasó sucesivamente á Lovaina y á Bourges para concluir los estudios; obligado por la guerra civil, como muchos otros estudiantes, á abandonar la Francia, se dirigió á Basilea y en seguida á Colonia. Al estudio del derecho y de la política habia unido, como era costumbre general, el de la teología, y en la escuela de Heidelberg acabó de perfeccionarse en esta ciencia, entonces de grande importancia. Viajó luego dos años por Alemania é Italia, y volvió á establecerse como abogado en el Haya, de edad de veinte y tres años. Se estaba entonces en lo mas reñido de la guerra de los Paises Bajos contra España, y Berneveldt se alistó como voluntario en la milicia; llevó las armas delante de Harlem y de Leiden; pero la índole de su ingenio no le llamaba á los campamentos, sino á combatir gloriosamente por la libertad de su país en la difícil arena de la diplomacia y de los trabajos parlamentarios. En 1576, no contando aun treinta años, fue nombrado consejero y pensionario de la ciudad de Rotterdam, y empezó á tomar parte en los asuntos políticos de su país, que se hallaba entonces en ese estado de complicacion y de incertidumbre, que sigue siempre á una gran revolucion política, particularmente cuando con ella se mezclan cuestiones religiosas; y Holanda tenia que sufrir aun mucho antes de librarse de las malas pestes.

En 1584 el asesinato del príncipe de Orange agravó la condicion de los Paises Bajos. Continuaba, es verdad, el tratado, de union; pero era fácil conocer que las ligaduras federales se aflojaban y perdian fuerza. Los Estados Generales habian nombrado *stathouder*, en lugar de su padre, al jóven Mauricio, que no tenia diez y siete años; pero su juventud impedia que las provincias depositasen en él gran confianza. Al contrario los Españoles, mandados por el duque de Parma, se encontraban en excelente estado; poseian muchas de las mejores ciudades, y habian sitiado y estrechado vivamente otras; los Vallones habian cedido; Flandes estaba sometida; el Bravante reducido al último apuro; amenazadas la Holanda y la Zelanda; mal defendido el resto del país, pues el ejército no contaba arriba de cinco mil soldados, y casi exhausto el erario. Los Estados Generales, conociendo su impotencia, enviaron una diputacion á Enrique III de Francia, á principios de enero de 1585, ofreciéndole la soberanía de los Paises Bajos, con la sola condicion de que no introdujese mas religion que la reformada, y de que nombrase gobernador general á un señor protestante, asistido de un consejo de personas del país, cuya eleccion aprobarian los Estados Generales, facultados para reunirse dos veces al año. De este modo consentian en reconocerle por rey, con los mismos derechos que habia gozado Cárlos V. Enrique, á quien daban mucho que hacer en su reino, tanto la Liga como los Protestantes, y que por otra parte no queria atraerse la enemistad de España, despues de alguna dilacion, rehusó definitivamente; asi, pues, los Estados, cada vez mas apremiados por los Espanoles, que eran dueños de Amberes y de Bruselas, acudieron en último caso á Inglaterra.

En junio una nueva embajada fué á ofrecer á Isabel la soberanía de los Paises Bajos, con las mismas condiciones que á Enrique; y en ella figuraba dignamente Barneveldt, elegido por Holanda. La reina, harto precavida para empeñarse asi de repente en asunto tan dudoso, y cargar sola con todo el peso de la guerra, respondió que no queria se la echase en cara haber invadido un Estado, al que su corona no le daba ningun derecho; pero que haria lo posible para libertar de la opresion á antiguos y fieles aliados. Declinando, pues, la calidad de soberana, se limitaba á la de auxiliar. Los Estados Generales rectificaron en octubre el convenio, estipulando que la reina enviase á la mayor brevedad, como gobernador general de las Provincias Unidas, á un personaje de los mas respetables y de religion reformada, y á la par un ejército mantenido á su costa mientras durase la guerra. Cuando se restableciese la paz se le reembolsaria lo gastado, y entre tanto se le darian en fianza Briel y Flesinga con sus castillos. El gobernador general se encargaria de lo concerniente á la guerra, trabajaria, juntamente con el consejo

de Estado, en la reorganizacion de la Hacienda, mantendria la disciplina y pagaria las tropas nacionales y estranjeras; los Estados provinciales no nombrarian estathouderes particulares, sino de concierto con él, y de este mismo acuerdo necesitarian los Estados Generales en lo que emprendiesen. Barneveldt conoció al instante que era secreta política de la reina sondear y preparar bien el terreno antes de hacer públicos sus designios; que lo que deseaba era que las provincias se debilitasen, lo cual no tardaria en suceder teniendo que defender por sí solas su independencia; y luego, cuando no le inspirasen temor los Españoles, apoderarse de la soberanía, rehusada en un principio, no por falta de voluntad, sino con objeto de conseguirla á menos costa. El conde de Leicester, su favorito, elegido para tan importante mision, llevaba órden de estudiar atentamente la condicion de las Provincias, á fin de conocer sus fuerzas, asi en tropas como en dinero, de mezclarse poco á poco en todos los asuntos del gobierno, de ganar partidarios, y por último de ir poniendo sucesivamente en todos los castillos, guarniciones inglesas.

Los Estados, por consejo de Barneveldt, tomaron el partido de disimular y aprovecharse entre tanto del socorro de los Ingleses, sin perderlos un momento de vista. Como, en virtud del tratado, las provincias, aunque sujetas todas al gobernador general, podian nombrar estathouderes particulares, Barneveldt opinó que debia elevarse á tal puesto al jóven Mauricio, para que sirviese de contrapeso á las ambiciosas miras de Leicester; y propuso conferirle, antes de la llegada del favorito, el cargo de estathouder de Holanda y de Zelanda. Consintieron, primero los Holandeses, despues los Zelandeses; tanto que Leicester cuando llegó, encontró, con gran pesar suyo, todo concluido, y al príncipe colocado en un empleo de alta influencia. El encargo que Mauricio recibió de los Estados de Holanda y Zelanda, espresaba que, en calidad de estathouder, de capitan general y de grande almirante, debia mantener la dignidad de los Estados, los privilegios de las ciudades, el bien público y la religion reformada; hacer lo posible para inducir á Utrecht y la Frisia á unirse bajo su estathouderato; ejercer el poder ejecutivo y velar por la defensa del territorio, respetando siempre, no obstante, y obedeciendo al gobernador general en las cosas á él relativas.

Mientras que los Estados de Holanda garantizaban asi su soberanía, apoyándose en el estathouder, llamaban á su seno como abogado á Barneveldt, quien en todo habia dado pruebas de gran capacidad. Este cargo, con el grande aprecio de que principiaba á gozar, era de suma importancia, pues le correspondia conservar la soberanía y los derechos de los Estados, convocarlos, estender los informes, publicar las decisiones, promover los sufragios de las ciudades, y últimamente velar por la ejecucion de lo mandado; Mauricio tenia; pues, por un lado parte en el poder ejecutivo, y por el otro formaba equilibrio á Barneveldt con el influjo que le daba su empleo en todas las determinaciones del poder soberano, á que tan estrechamente estaba ligado. Por tanto, estos dos personajes debian, para bien de la patria, seguir paso á paso á Leicester, á fin de descubrir sus astucias é impedir sus usurpaciones; y ambos lo hicieron con invencible perseverancia, en particular Barneveldt, quien, estraño en las atribuciones de su cargo á la jurisdiccion del gobernador, no podia ser molestado por él en su oficio, y mantuvo constantemente aquella noble y firme actitud que salvó los Estados. En nombre del poder supremo se presentó á Leicester, manifestándole las quejas de la república contra él; persuadió á esta á que enviase una embajada á Isabel con el propio objeto; en fin, repitiendo valerosamente que el Inglés aspiraba á la autoridad soberana, consiguió desacreditarle en la opinion pública, y le obligó á publicar una apología de su conducta. Las cosas llegaron al estremo de que el gobernador, acosado por todas partes, merced á las ocultas y diestras maquinaciones del abogado, no hallaba salvacion mas que en las conjuraciones y en los golpes de mano. Trató de llevarse de allí á Barneveldt y Mauricio, pero el plan le salió mal; como asimismo el de sorprender, con las tramas de sus agentes, algunas ciudades. Los Estados habian fijado su residencia en la ciudad fuerte de Arlem, de modo que se hallaba á cubierto de sus tiros. Reducido al último apuro y perdida toda esperanza de llevar á cabo sus designios, abandonó el campo de su audaz política, y dejando el mando de las tropas á su lugarteniente, volvió á Inglatera á fines de 1587, y las provincias se vieron libres de un enemigo que puso su libertad en no menos peligro que los que la amenazaban con las armas en la mano.

Los Estados recobraron su majestad y el gobierno de la república todo su vigor. Barneveldt, que tanto habia contribuido á hacer abortar la política de Inglaterra, tuvo ademas la gloria de darle el último golpe algunos años despues. Habiendo ido de embajador para tratar de la restitucion de las tres fortalezas de Flesinga, Briel y Ramekens, entregadas á los Ingleses como fianza de su crédito por razon de los gastos de la guerra, supo aprovecharse de los apuros rentísticos de aquel gobierno para terminar la cosa con tal prudencia y economía, que le valieron el sufragio de todos. A él debió Holanda ver borrada de su territorio toda huella estranjera, y las llaves de su navegacion interior volvieron de nuevo para siempre á manos de la patria.

No entraremos aquí en los pormenores de la guerra, pues los honores de esta pertenecen mas bien á Mauricio que á Barneveldt, el cual no tuvo jamás en ella parte activa. Su campo era la diplomacia, que á menudo da mas resultados que las batallas, pues casi siempre decide en última apelacion los movimientos de los ejércitos. En 1598, época de las primeras maquinaciones de España para separar á Francia de la Triple alianza é inducirla á la paz, fue enviado Barneveldt con el príncipe Justino de Nassau á París para impedir los tratados, ó conseguir á lo menos que no perjudicasen tanto á las Provincias Unidas. Sully, que estimaba mucho á Barneveldt, nos dejó en sus Memorias los pormenores de cuanto hizo; pero sus esfuerzos se malo-

graron en parte, pues Enrique IV necesitaba de la paz para reparar los daños causados á su reino por una larga guerra civil; y en la primavera se firmó la paz entre Francia y España, en el congreso de Vervais. Barneveldt obtuvo, sin embargo, que la república no fuera abandonada enteramente por su antigua aliada; y el rey, aunque sin comprometerse de un modo público, ofreció suministrar á los Estados dinero para proseguir la guerra, y disponer las cosas de manera que pasasen á su servicio las tropas que la paz le permitia licenciar. Apenas concluida esta embajada, recibió órden Barneveldt de marchar á Inglaterra; pues España, viéndose ya libre de Francia, trataba de celebrar un convenio análogo con Inglaterra. á fin de poder dirigir todas sus fuerzas contra las Provincias Unidas. Barneveldt insistió acaloradamente en que se conservase la alianza; y aunque las disensiones atrás citadas lo dificultaban mucho, pues la reina no miraba con buenos ojos á los Estados, sin embargo los embajadores lograron su objeto, y un nuevo tratado, suscrito por las partes en Westminster en el verano de 1598, confirmó el de 1585.

La cesion de la soberanía de los Paises Bajos, hecha al espirar aquel siglo, por Felipe á la infanta Margarita y al archiduque Alberto, su esposo, cambió, es cierto, la posicion general de las potencias políticas, pero no mitigó en nada el rigor de la guerra; igual obstinacion por ambas partes, las mismas quejas, gastos idénticos. Felipe habia creido que los Estados se someterian sin tanta resistencia, al mirarse en la palestra solos con España; pero el mero nombre de dominio bastaba para lanzarlos al combate, y mas que el odio contra los Españoles, los impulsaba el aborrecimiento de la servidumbre y el deseo de la independencia. Por fin, en 1607, despues de cuarenta años de guerra, las dos partes comenzaron á pensar formalmente en la paz. Los archiduques se resolvieron á hacer las primeras proposiciomes; pues, aunque la guerra los habia favorecido en las últimas campañas, encontrábanse exhaustos de medios para continuarla. El rey de España tampoco se veia en posicion de soportar los inmenso gastos que irrogaba; jóven, poco amante de la guerra, inclinado á medir su prosperidad por el número de los placeres que gozaba, mas bien que por la estension de los paises que poseia. Por otra parte sus súbditos, sobre todo los Portugueses, se quejaban á voz en grito de que la formidable marinería de los Holandeses habia arruinado su comercio, mediante el bloqueo de sus puertos, la frecuente derrota de sus escuadras, el robo no menos frecuente de sus convoyes mercantiles, la guerra de las Molucas y el saqueo de aquellos ricos establecimientos.

Era ya tiempo de poner término á tan ruinoso estado de cosas, debiendo temerse tambien que los Estados renovasen sus antiguos convenios con Francia, y se entregasen irrevocablemente á esta nacion rival. En la república no era, sin embargo, unánime el deseo de la paz. Mauricio se habia elevado con la guerra, y conocia que nada convenia menos á la conservacion de su autoridad que la paz. Barneveldt, al contrario, viendo que la tendencia del estathouder á la dictadura no podia ser contrarestada con nada mejor que con el restablecimiento de la tranquilidad, instaba para que se arreglasen las diferencias. El partido de la guerra era el mas fuerte, y no le faltaban buenas razones: decian, que siendo el temor el único vínculo que tenia ligadas entre sí á las Provincias, cesaria la armonía tan pronto como cesase el comun peligro; que Felipe proponia la paz para adormecer la vigilancia de la república, dar ocasion á los celos de las ciudades de manifestarse y dejar tiempo á la federacion de disolverse. Por lo demás, nadie creia que el rey consintiese en preliminares que garantizasen como convenia, la dignidad y libertad de las Provincias Unidas. Barneveldt, que observaba hacia tiempo las ambiciosas miras de Mauricio, y que no queria que la república sacudiese el yugo de España para recibir el de otro soberano, no se rendia á estas razones á pesar de su aparente solidez y del poder de los que las sustentaban. Veia llegado el momento oportuno para tratar: un profundo exámen de las cosas de España no le dejaba duda de que conseguiria arrancarle todas las garantías apetecibles; finalmente, la autoridad de los Estados le parecia consolidada por un ejercicio bastante largo, y la veia conservarse y hasta adquirir su completo desarrollo con la ruina de la autoridad militar; esto sin contar la probabilidad de buen éxito que ofrecia la mediacion de Francia é Inglaterra, ambas favorables á la república por simpatía y por su propio interés.

No costó mucho á Barneveldt persuadir á Mauricio á oir las proposiciones de los archiduques. Creia poder á su antojo romper los tratados ó inutilizarlos, y no queria manifestarse desde el principio contrario á una paz que no conocia aun. Los archiduques en sus cartas declaraban haber resuelto tratar con ellos «como con un pueblo libre, al cual no tenian ninguna pretension;» y aunque estas palabras en rigor podian entenderse de un modo ambiguo, no eran suficiente pretesto para una negativa. Ambas partes firmaron, pues, un armisticio de ocho meses, para arreglar en este tiempo eficazmente las condiciones de la paz. El 13 de abril lo anunciaron asi á las Provincias, invitándolas á deliberar sobre dichas condicienes y á consultar a los príncipes aliados y amigos. Francia, Inglaterra, Dinamarca, Brandeburgo y el Palatinado se escogieron como potencias mediadoras. Francia, mas interesada que ninguna por su posicion y su política en la organizacion de los Paises Bajos, tuvo la principal parte. Enrique IV no habia podido renunciar hasta allí enteramente á la idea de unir á su corona aquellas opulentas regiones, y habia hecho preguntar en secreto á los Estados qué condiciones le propondrian si declaraba la guerra á España, y que, en caso de que consintiesen entregarse á Francia, si aceptarian la tolerancia de la religion católica, como en el resto del reino. Mientras esperaba la respuesta, supo los convenios entablados con los archiduques; pero no era tiempo ya de oponerse á ellos, pues, merced á la destreza de Barne-

veldt, se habia firmado el armisticio antes de recibir la noticia oficial. Al principio se mostró descontento, mayormente porque se habia divulgado el secreto de sus designios, no contribuyendo poco á que España se inclinase á la paz; pero su rencor no tuvo consecuencias, y pronto se decidió á sobreponerse á sus miras personales y tomar parte en el congreso. Encargó al efecto al presidente Jeannin, entendido político y sagaz diplomático. Debia cuidar de que no se acordase nada sin ponerlo antes en conocimiento del rey, y ver de formar con las Provincias Unidas una alianza defensiva. Ademas, como Enrique IV desconfiaba de las intenciones de Barneveldt respecto á lo interior, recomendó á Jeannin que, sin perjuicio de conciliar la paz, procurase estender mas bien que restringir la autoridad del estathouder.

El convenio particular con Francia, celebrado entre Barnevedt y Jeannin, se firmó á principios del año 1608. Estatuia que «el rey de Francia tomaba bajo su proteccion á los Paises Bajos; prometia ocuparse sinceramente en proporcionarles una paz ventajosa, y en caso de guerra les suministraria diez mil hombres y aun mas si fuese necesario, manteniéndolos á su costa hasta obligar al enemigo á hacerles justicia.» Los Estados por su parte se comprometian «en el caso que su reino fuese atacado, á suministrarle, con las mismas condiciones, cinco mil hombres ó una escuadra equivalente, á eleccion suya. Las dos partes ofrecian no concluir paz ni tregua sino por mútuo consentimiento; los súbditos de ambos Estados gozarian recíprocamente en uno y en otro los mismos derechos de los regnícolas (1).» Asi es que, desde el principio del congreso, la república bátava y el reino de Francia aparecieron estrechamente unidos. Estas dos grandes potencias, divididas en cuanto al gobierno interior, estaban enteramente de acuerdo respecto del enemigo y de las relaciones esteriores; y Francia, segura de hallar en el vecino un fiel aliado, le ayudaba con todas sus fuerzas á constituirse y consolidarse.

Los plenipotenciarios españoles llegaron á principios de febrero, teniendo á su cabeza á Espínola, sucesor del duque de Parma, y á Richardat, presidente del consejo de Flandes. El congreso se abrió con solemnidad. La república se hallaba representada en la asamblea, no solo por los comisionados de las Provincias, sino tambien por los Estados Generales, ademas del consejo de Estado y el príncipe Mauricio. Barneveldt, á quien se concedió la palabra, insistió desde luego en el punto de que la libertad de las Provincias Unidas fuese reconocida plenamente y sin reserva. Despues de algunas contestaciones, los Españoles la reconocieron asi. Continuando los preliminares, cuando se llegó á hablar de la libertad de comercio, la discusion se acaloró: los Españoles pedian que los Holandeses renunciasen á la navegacion de la India, dejándoles á ellos monopolizarla por completo; declaraban que este solo motivo los habia inducido á la paz; afirmaban que les pertenecia tal privilegio en virtud de la concesion del pontífice y del derecho de primeros descubridores, y finalmente que habian negado esta libertad á los Franceses en la paz de Vervins, á los Ingleses en el tratado de Lóndres, y que era inconcebible que las Provincias Unidas pretendiesen poseer mas que aquellas dos potencias.

Pero en tal pretension los Holandeses tenian en su favor no solo la justicia, sino tambien todas las potencias amigas invitadas al Congreso. Grocio, que escribió un tratado especial en defensa de la libertad de los mares, proclamada abiertamente en todos tiempos por los Holandeses, nos dejó en sus anales el conjunto de las razones alegadas contra España. Punto capital en la historia del mundo. Primeramente los embajadores de Francia é Inglaterra, mostrando que ningun artículo espreso en sus tratados con España les cerraba el Océano, afirmaron que les estaba abierto en virtud del derecho natural. Los Holandeses por su parte dijeron que, hallándose confinados en un país estéril y pantanoso, no tenian mas que el mar para adquirir gloria y riqueza; que por esto habian batallado tanto; que las costas de Europa no podian bastar al sostenimiento de su poblacion; que sus buques se habian dedicado al comercio de la Guinea, de las islas de Cabo Verde y de América; que cuarenta se ocupaban solo en el comercio de la India; que ocho mil marineros, empleados en tales viajes, quedarian privados de pan, ú obligados á abandonar la patria por un tratado tan injusto; ó que si se consideraba el interés general ó el particular, todos sabian que el comercio de la India iba progresando, de modo que era fácil prever nuevo y mayor desarrollo; que les quedaba que formar relaciones con Cambaya, Malabar, Ceilan, Coromandel, paises hasta entonces desconocidos, ó á que apenas se habia llegado; que la China, las partes de América que daban al mar del Sur, y las tierras esparcidas en el Océano Austral parecian aguardar esploradores procedentes de Holanda; que España no habia llegado al grado de esplendor que la hacia despreciar ahora todas las potencias, sino por sus establecimientos en América y en la India; que ellos defendian la causa de todos los príncipes, pidiendo la libertad de los mares, sin la cual no era nada la república y ninguno su peso en la balanza; que los Holandeses tenian á su favor la autoridad de las leyes divinas y humanas, que conceden por igual á todas las naciones el derecho de la navegacion y del comercio como del aire y de la tierra; que ninguna posesion, por antigua que fuese, podia anteponerse al derecho de gentes; ademas, que si el rey daba la paz, tambien la recibia á su vez; que sus cosas no se hallaban en tan buen estado que pudiese venderla; que si no lo creia asi, lo esperimentase nuevamente; pero que equivaldria para ellos á arrojar el fruto de tanta sangre vertida en cuarenta años, de tantas batallas empeñadas por la independencia y la libertad del comercio, el consentir en aquella indigna servidumbre, dejándose espulsar por su enemigo de la mayor parte del mundo, cuando no habian querido tolerarlo de un soberano.

El sábio Barneveldt, al establecer la libertad

(1) *Negociaciones de Jeannin*, t. II.

del mar como una condicion esencial para la paz y la libertad del territorio, lo hacia guiado por el profundo convencimiento de que la república no llegaria á ser potencia política y respetada, sino mediante el comercio. A sus ojos, el único elemento de grandeza para la patria eran los campos ilimitados del Océano. O las Provincias Unidas quedarian reducidas á una mezquina nacion perdida en sus propias lagunas; ó echando raices en todas las ricas costas del globo y poblando el mar con sus flotas y marineros, llegaria á ser una de las mas respetables naciones marítimas del mundo.

En este punto capital de discusion con los plenipotenciarios españoles secundaba al abogado el príncipe de Orange, que, impelido por diferentes causas, mostraba sin embargo la misma insistencia. El, en efecto, calculaba que esto seria el óbice á todo acuerdo, pues España no accederia y habria que apelar otra vez a las armas. Francia, que aunque deseosa de la consolidacion de la república no dejaba de envidiar su marina y su comercio, influia en Barneveldt, por conducto de su embajador, para que cediese, vista la oposicion de los Españoles, y se celebrase al fin la paz.

Jeannin, en sus *Negociaciones*, nos refiere que Enrique IV, proyectando establecer en Francia una compañía de las Indias Orientales, se hubiera alegrado de ver caer la de los Holandeses; queria atraer á sí á los mas ilustres comerciantes, ofreciéndoles ventajas de todo género, y enriquecer de este modo su reino con el jugo vital de los vecinos. Pero la firmeza de Barneveldt triunfó: los Holandeses continuaron surcando los mares; sus viajes contribuyeron á completar el descubrimiento del mundo; los primeros resultados de su actividad y perseverancia fueron la organizacion de la pesca en las regiones polares y la fundacion de la importante estacion de Batavia y otros establecimientos conquistados ó creados en América y en la India: el mar fue para ellos fuente de riquezas cada vez mayores; jamás se disminuyeron la riqueza ni la gloria de la nueva república; y Le Maire, al descubrir un paso en el estremo de América, dió á una de las tierras situadas á la entrada el nombre de Barneveldt, consagrando asi la memoria del insigne político con un monumento colocado en aquel imperio del Océano, cuyo libre acceso habia contribuido tanto á dar á sus compatriotas.

Sin embargo, la determinacion de no ceder en el punto de la navegacion, hacia imposible, como Mauricio habia previsto, todo arreglo. Las consecuencias de este preliminar eran demasiado importantes para el porvenir de España, y esta potencia no podia resolverse á ceder. Entonces Barneveldt propuso una trégua sobre la que habia apuntado algo en el tiempo de las estipulaciones, pareciéndole que los Españoles no desecharian el partido. Inglaterra y Francia, que veian cuántos sacrificios de gente y de dinero les costaria socorrer la república é impedir que fuese vencida, si otra vez se apelaba á la razon de las armas, abrazaron de comun acuerdo este término medio. Jeannin, que se habia esforzado en persuadir á Enrique IV que la tregua favorecia sus intenciones tanto como la paz, se encargó de proponer aquella á la asamblea de los Estados, pronunció un discurso en que decia que, desesperando de obtener la paz con condiciones razonables, el rey su señor le aconsejaba estipular una tregua, siempre que los archiduques reconociesen la libertad de los Estados y del país y declarasen no pretender ningun derecho sobre la república; que durante la tregua tendrian el comercio libre en la India, en España y en los paises Bajos, y conservarian cuanto poseian á la sazon; que con un gobierno sabio como el de los Estados, semejante tregua valdria tanto como una paz, que seria su necesaria consecuencia; que durante ese tiempo la república podria arreglar sus cosas, satisfacer sus deudas y reformar el gobierno.

Mauricio, que en la apariencia no se habia mostrado contrario á la paz, por creerla imposible, se alarmó en cuanto vió sacar á relucir una proposicion aceptable, y que lo mismo que la paz haria abortar sus designios. Sus partidarios despertaron, y en breve toda la república se conmovió, declarándose unos en pro, otros en contra de la tregua. Se esparcieron libelos; acusábase á Barneveldt y á los suyos como gente vendida á Francia ó á España; circuló una carta de Justo Lipsio, aconsejando la tregua á Felipe, como el mejor medio de adormecer la rebelion de las Provincias, abandonándolas por algun tiempo á sí mismas, y á las disensiones, sin renunciar á sus derechos. Corria ademas la voz vaga de que Barneveldt y otros pocos habian sido comprados por Enrique IV; y era cierto que Jeannin, conociendo la avaricia del abogado, defecto que empañaba todas sus buenas dotes, le habia hecho aceptar varias sumas de parte de su rey, no como precio, sino en señal de liberalidad y gratitud. La aceptacion de los favores de un rey estranjero era una flaqueza, indigna de quien ocupaba tan elevado puesto. Todo esto acrecia las dificultades del arreglo. Mauricio habia determinado dar á conocer abiertamente su opinion, y dirigió á todas las ciudades de la república una circular, diciendo que el enemigo, despues de haberles entretenido con engañosas proposiciones de paz, mostraba ahora, en la tregua que les ofrecia, haber querido solo ganar tiempo para reponerse, desbaratar la union corrompiendo á los magnates y hallarse luego capaz de continuar la guerra con mayor vigor. En el intermedio espiró el plazo fijado para el congreso, y los plenipotenciarios hubieron de marcharse, con lo que la posicion de Mauricio mejoraba, y eran mas probables las hostilidades. Reinaba gran fermentacion, hasta pedir que Barneveldt fuese juzgado y sentenciado á muerte. Pero aprovechándose el abogado de la ira concitada contra él, para realzar su reputacion, y contando con la necesidad que tenian de su ingenio y esperiencia, se presentó á la asamblea de los Estados. Deploró la ceguedad del partido que le atacaba, sin omitir el recuerdo de sus pasados servicios, y declarando que no queria atraer sobre una medida ventajosa á la patria el odio escitado contra su persona, suplicó se admitiese su renuncia y se retiró. Los Estados pasaron inmediatamente á

deliberar; y algunas personas fueron á suplicarle que no abandonase en aquellas críticas circunstancias á la república. Recibió el mensaje, se dejó persuadir, y volvió triunfante, rodeado de nuevo prestigio, como que hasta sus mismos adversarios le felicitaron. En tan propicia ocasion, ganó casi todos los votos; solo se opusieron á la tregua las ciudades de Delft y Amsterdam; por último, el mismo Mauricio tuvo que ceder: Jeannin allanó las demás dificultades, y á principios de abril de 1609 se firmó en Amberes la tregua, como prenda de la paz definitiva.

El tratado constaba de treinta artículos. En el primero los archiduques, en nombre del rey de España, declaraban que querian tratar con los Estados Generales de las Provincias Unidas «considerándolas como país, provincias y Estados libres, á los cuales no tenian ningun derecho.» En el segundo se estipulaba una tregua de doce años por mar y tierra, sin escepcion de personas ni de lugares. En el artículo acerca del comercio, que, por las razones antes citadas, era el mas difícil y delicado, se emplearon palabras que, dejando en el fondo indecisa la cuestion de la India, mantenian sin embargo las cosas como hasta allí. Decíase «que los súbditos y los habitantes de los paises sometidos á los archiduques y á los Estados, podrian ir á residir los unos en los territorios de los otros, y ejercer allí el comercio marítimo, fluvial ó terrestre, con toda seguridad; lo que el monarca católico entendia sin embargo limitado á los reinos, paises y señoríos que poseia en Europa, y en las otras plazas y mares donde los súbditos de los reyes y príncipes aliados y amigos de Felipe ejercian tráfico por recíproco consentimiento.» Este artículo que venia á ser la estipulacion tácita de la libertad de comercio de la India, pues igualaba á la república con Inglaterra y Francia, que jamás habian renunciando á ella, fue sugerido por Jeannin, y allanaba todos los obstáculos, habiendo consentido ademas los diplomáticos españoles en testificar que «los Estados no habian dado su asentimiento para que se suprimiese el nombre de la India en el artículo de comercio, sino con la reserva de oponerse á mano armada, sin que la tregua se entiendiese rota, contra cualquiera que tratase de interrumpir su navegacion.»

Este acontecimiento importante ponia en cierto modo el último sello á la creacion de la república. Grocio se detiene aquí como en la conclusion natural de su historia. Ante este tratado, dice, cayeron todas las armas, tanto en Europa como en el otro hemisferio. El país entero, esceptuando quizá la Holanda, acogió la noticia con orgullo y esperanza. Los Estados y los archiduques se apresuraron, cada uno por su parte, á divulgarla. El mundo se admiró de que una república aun naciente, en un país cubierto de pantanos y desprovisto de medios, sostenida tan solo por sus aliados y vecinos, hubiese hallado en su energía y perseverancia fuerza bastante para triunfar de una monarquía opulenta y temida, y arrancarle la doble concesion de su libertad y la del comercio; ejemplo nunca visto. Desde aquel momento surgió, pues, donde quierá una alta idea de la prudencia y valor de un Estado que habia logrado dar feliz cima á tan árdua empresa, y las naciones empezaron á dirigir sus miradas hácia las Provincias Unidas, como hácia una potencia nueva y capaz de caminar al nivel de las mas famosas.

Pero esta tregua, que habia tenido divididos los ánimos tanto tiempo, no debia ser fin de todas las disensiones. Cuando hay facciones, si se cierra un campo otro se abre. Cabalmente la paz volvia á abrir el mas terrible y decisivo entre todos aquellos en que combaten los hombres, el campo de las opiniones religiosas; en él los Paises Bajos comenzaron á separarse de España, y en él debian continuar destrozándose.

De Jacobo Arminio trae su nombre una de las principales sectas protestantes, llamada el Arminianismo. Jacobo nació en 1560, en el mayor ardor de la revolucion protestante, en Udewater, pequeña y amena aldea de la Holanda meridional. Su nombre holandés era Jacobo von Harmine ó Jacobo Harminson, que es como decir, Jacobo hijo de Arminio. Habiendo perdido á su padre cuando estaba aun en la infancia, fue recogido por un sacerdote católico, al que agradaban las opiniones de los Reformados, y que, por no verse obligado á decir misa, mudaba á menudo de residencia y acabó llevándose á Utrecht á Arminio. A su muerte, el jóven halló otro protector en un holandés llamado Snell, versado en las matemáticas. Este, asustado por la marcha de las tropas españolas, huyó á Marburgo en el Hesse, donde Arminio, entonces de quince años, habiendo oido decir que los Españoles habian saqueado su pueblo nativo, no pudo menos de volver á Holanda. Cuando llegó y supo que su madre, hermana, hermanos y todos sus demás parientes, habian sido degollados con casi todos los habitantes de Udewater, tomó otra vez á pié el camino de Marburgo. Al poco tiempo volvió á Holanda, donde recomendado únicamente por las desgracias á la atencion y caridad de los magistrados, se le puso á estudiar en la academia de Leiden, de fundacion reciente, y allí abrazó con ardor la nombrada filosofía de Ramus. Esta propension á innovar le atrajo en la academia persecuciones que le obligaron á abandonar la ciudad. En Basilea dió con buen éxito lecciones públicas, de allí fué á Ginebra y luego á Italia.

En todas estas circunstancias de su juventud, y en la fe que le hacia abrazar el partido de Ramus, y que le arrastraba á Italia, se ve un alma entusiasta y un entendimiento ávido de saber. De vuelta en Amsterdam supo que le habian calumniado, diciendo á sus protectores que durante su viaje habia manifestado á menudo grande inclinacion al papismo; pero, en breve, predicando con buen éxito, destruyó toda preocupacion contraria. Fue quince años ministro en la iglesia de Amsterdam, y por aquel tiempo empezó á sostener la opinion acerca de la Gracia, que dió márgen despues á tantas disputas, mezcladas de guerra civil. Algunos eclesiásticos de Delft habian publicado un libro, en el que se combatia la doctrina de Calvino y de Beza sobre la predestinacion. Se dió encargo de refutarlo á Arminio, el cual, examinándolo halló fundadas

las dudas de los teólogos de Delft, y no solo adoptó sus opiniones, sino que las desarrolló aun mas. Desde el principio se dirigieron muchas acusaciones contra él; pero la disputa no empezó á meter ruido sino despues que en 1603 se le nombró profesor de teología en Leiden. Gomar, otro profesor de teología en aquella misma academia, tomó la defensa de las opiniones de Calvino y Beza; asi Arminio y Gomar formaron en Holanda dos partidos. La disputa se acaloró hasta el punto de ordenar los Estados de la provincia conferencias públicas entre los dos adversarios. Pero Arminio, oprimido por la fatiga y los trabajos que le causaban sus enemigos, no tardó en caer en una enfermedad de languidez, de la que murió en 1609, á la edad de cuarenta y nueve años.

Su muerte no detuvo los progresos de sus opiniones; antes bien, solo despues que murió se mezclaron el nombre y la doctrina de Arminio con las discusiones políticas de Holanda; pues hasta 1612 limitóse la disputa á escritos y controversias, pero, desde aquel año hasta 1619 se cambió en guerra civil.

Para probar que los habitantes de los Paises Bajos no eran, como han pretendido escritores superficiales, unos necios en dividirse en facciones respecto á esta discusion teológica, verdadera espresion de la vida y de las necesidades morales de los Holandeses, es menester remontarnos un momento á los principios mismos de la Reforma protestante, y se verá que el arminianismo no fue, como se ha dicho, fruto de los hábitos teológicos de aquel siglo; que no provino de ociosas é inútiles indagaciones sobre puntos inaccesibles á la mente humana; que la locura y el acaso no tuvieron parte en esta lucha de ideas, que concluyó con batallas y muertes; sino que fue un choque inevitable, consecuencia del anterior establecimiento de la Reforma en Holanda y en todos los paises protestantes; y que ademas esta disputa, lejos de ser infructuosa, produjo escelentes efectos.

El objeto especial de Lutero en la Reforma fue, como es sabido, llamar á los pueblos á la libertad; osó á su vez escomulgar al grande escomulgador, esto es, al papa. Sucesor de todos los enemigos de la Iglesia que habian surgido desde el siglo XII en adelante, siendo vencidos uno á uno, los vengó á todos, Enricianos, Albigenses, Valdenses, Lollardos, Wiclefitas, Husitas, y debió su victoria á los gérmenes con que sus predecesores fecundizaron el mundo. La obra de Lutero fue, pues, repito, llamar á la insurreccion y á la libertad; su mision, ante todo, fue abatir la Iglesia, y esta obra de emancipacion se manifiesta en todos sus actos, y hasta en el título de su principal libro: *De la libertad cristiana.*

Pero lo singular es que Lutero llamó los hombres á la libertad, negando cabalmente la libertad moral del hombre. Le hizo depender en un todo de Dios, para sustraerle de la dependencia de los hombres que se proclamaban en la tierra representantes de Dios. Esta negacion radical del libre albedrío fue la base de toda la polémica de Lutero, y por lo mismo fue tan necesaria como útil.

Estaba entonces el mundo lleno de frailes, entregados, en la apariencia ó realmente, á todo género de austeridad; el clero regular y el secular dominaban al pueblo con todo el ascendiente que les daban las prácticas piadosas. ¿No se colocaba el celibato por encima del matrimonio? ¿No constituian la oracion, la abstinencia, el ayuno, una clase de vida mas aceptable á Dios que las comunes ocupaciones de la vida legal? El sacerdote secular, que reunia en parte todos estos méritos, y en especial el cenobita consagrado únicamente á la vida devota, eran, pues, con razon, superiores á las leyes; y como si no bastase la turba de clérigos y de frailes que formaban la Iglesia en la tierra, habia tambien otra invisible, una caterva de santos, ordenada por gerarquías. Los pasados méritos de todos estos santos se consideraban revestidos siempre para con Dios de una virtualidad presente; se vivia bajo la invocacion y el patrocinio de estas milicias del cielo, cuyas gracias estaban en mano de los pontífices de la tierra, que á su antojo y en virtud de los méritos respectivos, derramaban sus favores sobre quien querian, es decir, sobre los que tenian el corazon sumiso y la voluntad obediente. Así se subia paso á paso hasta Dios; pero el pueblo cargaba con todo este pesado panteon. Tratábase de destruir esta gerarquía, tanto de la tierra como del cielo.

Lutero, en su lucha con la Iglesia, tropezó siempre con la misma dificultad; la cuestion del libre albedrío: si trataba de las indulgencias ó de los votos monásticos, de la virtud de los sacramentos ó del modo de entenderla, ó de cualquiera otro punto del edificio católico, constantemente se le oponia la cuestion del libre albedrío.

En efecto, todo el edificio católico estaba fundado sobre la virtud de las obras satisfactorias, á saber: el ayuno, la penitencia, la continencia, las maceraciones, la limosna, etc. Si el hombre era libre, debia adquirir méritos practicando dichas obras; de donde resultó la superioridad de los que las practicaban sobre los que no se sometian á ellas; y proporcionalmente tenia que ser mucho mas aceptable á Dios el que mejor las cumplia. Pero ¿no era justo que aquel que por su santidad y austeridad no necesitaba para sí el favor celeste, pudiese aplicarlo á otros? De aquí nacia, con un raciocinio invencible, la veneracion de los santos, la eficacia de los votos monásticos, y una verdadera virtud, inherente á la persona misma del sacerdote; de aquí, por consiguiente un modo de entender los sacramentos, que daba á la Iglesia, en la persona de sus ministros, una intervencion efectiva en la aplicacion de los sacramentos mismos; de aquí, por último, aquella teología y al propio tiempo aquel poder temporal que queria destruir Lutero.

Lutero fue, pues, conducido siempre á la misma conclusion; mas él cortó la cabeza á los argumentos católicos, negando atrevidamente el libre albedrío; pretendió que Dios hace todo en el hombre, así el bien como el mal; que el libre albedrío, cual se esplica por los teólogos, es incompatible con la corrupcion del hombre y con la certidumbre de la presciencia divina.

¿Qué decimos hoy para abatir los privilegios del nacimiento y de la riqueza? Hablando de un noble ó del que ha heredado grandes caudales, decimos con Beaumarchais: «Se ha tomado la molestia de nacer.» A todos aquellos santos, al papa y á todo el clero, á todos aquellos monges que encarecian sus dones especiales, las abstinencias y las visiones celestes; en suma, á toda aquella gerarquía, Lutero y sus Alemanes respondian, como hoy nosotros, al hombre de orígen ilustre y que disfruta de privilegios: «El santo, el hombre piadoso, el sacerdote es uno que se ha tomado la molestia de nacer.»

Dios hace todo en nosotros; cualquier don de que nos jactámos, nos viene de él; el ayuno, la penitencia, la continencia, las maceraciones, la limosna, son, pues, cosas enteramente superfluas para la salvacion; son obras indiferentes en sí mismas y de ningun modo meritorias; y lejos de tratar de perfeccionarnos por medio de ellas, debemos guardarnos de abusar, pues, á menudo practicándolo, solo conseguiremos afear en nosotros la obra de Dios. Tal es el principio fundamental de la refórma de Lutero.

Asi el pueblo, que desaparecia abrumado por la superioridad de la clase devota, se levantó intacto: sus méritos y su vida vulgar, que poco antes solo servia para aumentar el valor de la vida puramente religiosa, cobraron nueva fuerza. Los frailes con su austeridad y con sus votos, el celibato de los clérigos, toda clase de prácticas supererogatorias, se consideraron escesos ridículos y odiosos. La sociedad lega se ostentó sola en el campo de la vida, donde hasta allí puede decirse que era meramente tolerada, y en el que iba escoltada y dominada por todos los que llevaban vida devota.

Lutero y la confesion de Augsburgo establecieron, pues, como base de la emancipacion laical, una opinion que se acercaba mucho á la predestinacion y á la fatalidad, si no lo era propiamente. Pero cuando apareció Calvino, el organizador, el severo lógico, inflexible hasta el punto de no repugnar la ejecucion de actos calificados de feroces, esta opinion fue mucho mas lejos.

El dogma de Lutero se prestaba igualmente á la indulgencia y á la severidad. Siendo en nosotros todo obra de Dios, difícilmente podrian imputársenos nuestras acciones y creencias. Asi, pues, el que mirase las cosas bajo un punto de vista fuertemente humano, y se dejase guiar por la dulzura y la caridad, debia ser modelo de tolerancia. Pero, bajo el aspecto político y teológico del mismo principio, podia nacer la intolerancia mas cruel y absoluta; pues habiendo Dios predestinado todo, y habiéndonos hecho de antemano, á su antojo y por su omnipotencia, buenos ó malos, bienaventurados ó réprobos, es tambien obedecer los juicios de Dios ensañarse contra los réprobos, ejecutando en ellos las venganzas que Dios les destina. Tal fué la consecuencia que Calvino sacó sin asustarse del principio de Lutero.

Siguiendo su índole, se valió de este principio para organizar la Reforma políticamente. Cuando apareció Calvino, los Reformados no tenian ni cuerpo ni doctrina, ni disciplina ni símbolo; bajo el nombre de Reformadores y de Reformados, se comprendian aquella multitud de sectarios Luteranos, Carlostadianos, Anabaptistas, Zwinglianos, Ubicuitarios, etc., de que estaba llena la Alemania, y que se habian esparcido por Italia, Francia, Inglaterra y los Paises Bajos; toda su doctrina consistia en declamaciones contra el clero, contra el papa, contra los abusos, y contra las potestades eclesiásticas y civiles. Calvino intentó fundar la Reforma sobre los principios teológicos, formando un cuerpo de doctrina que reuniese todos los dogmas que habia adoptado; en una palabra, quiso dar á los Reformados un símbolo, y al efecto publicó la célebre obra de las *Instituciones cristianas*. El autor de las *Instituciones cristianas*, y no el de la *Libertad*, iba á la sazon á desarrollar el principio generador de la Reforma.

Calvino, como hombre de ingenio que era, buscó ante todo un fundamento de certidumbre, y lo encontró en la revelacion individual aplicada á la Sagrada Escritura. Con la revelacion individual se alejaba de la Iglesia romana; y con la necesidad de la Escritura, de aquellos Reformados que pretendian tener únicamente fe en la revelacion individual. Era este un terreno sólido, que permitia á Calvino esgrimir sus armas, como lo hizo, contra los Católicos y contra aquellos que, segun él, exajeraban la Reforma, fanáticos é insensatos que se desdeñaban de leer la Escritura.

Por tanto, segun él, un primer acto de fe inspirado directamente por Dios y efecto de su gracia, era el fundamento de la condicion del cristiano. Esta especie de inspiracion particular, única necesaria, es la que nos da la certeza de la verdad de la Escritura; pero en seguida, la Escritura es nuestro guía infalible. No nos es lícito ya abandonarnos á los caprichos de la imaginacion y á los delirios místicos. Una vez que Dios, por efecto de su gracia, nos ha hecho conocer que la Escritura es revelada, una vez que el Espíritu Santo mismo, que habló por medio de los profetas, ha entrado en nuestros corazones para asegurarnos que los profetas no dijeron sino lo que Dios les enseñó, el sentimiento individual no puede mas, ó á lo menos no puede sino conforme á la base fija é inconcusa de la Escritura. Ahora bien, la Escritura se presta, hasta cierto punto, á las interpretaciones del sentimiento individual, pero evidentemente da tambien el justo valor al sentimiento colectivo. El sentimiento colectivo, ó de otro modo, la autoridad, robustecida con testos positivos y precisos, constituyen naturalmente la certidumbre; y sería necio aquel que, despues de admitir la Escritura como fin del conocimiento, pretendiese que su conocimiento, dirigido por la Escritura, en todos los casos, ó solo en los puntos esenciales, fuera independiente del sentimiento general; pues siendo la Escritura el fin comun á que se dirige la inteligencia de cada hombre, y habiendo dado Dios evidentemente este código para conducirnos al sentimiento unánime, no queda duda de que el resultado producido en nuestro ánimo, por la lectura y la meditacion de la Es-

critura, es decir, la interpretacion que espontáneamente hagamos de ellas debe convenir con el producido en el ánimo de los demás.

Asi Calvino, aunque siguiendo distinto rumbo, restablecia la autoridad y reconstruia la Iglesia. Diferenciábase la nueva fundamentalmente de la católica: 1.° por el modo de entrar en ella, esto es, por la inspiracion individual y no por una autoridad estrínseca; 2.° porque la Escritura era regla y base de la creencia, regla siempre presente, sustituida á la tradicion del clero católico romano y á la influencia personal de los sacerdotes, y puesta como insuperable barrera al predominio, asi de la Iglesia como de la creencia individual de cada miembro; de suerte, que los individuos parecian asi garantizados contra la sociedad, y la sociedad á su vez contra los errores individuales. Pero, aunque muy diferente de la Iglesia Católica, no dejaba por eso de ser una Iglesia, con regla y autoridad, y no era ya una anarquía sin regla ni principio. Por lo mismo, apenas hubo Calvino adquirido en Ginebra potestad absoluta, se le vió organizar una disciplina; como no conocia aun la Reforma, estableció consistorios, conferencias, sínodos, ancianos, diáconos, inspectores; regularizó la forma de las súplicas y de los sermones, el modo de celebrar la cena, de bautizar, de enterrar á los muertos. Hizo mas: habiendo pretendido regularizar la fe, compuso un catecismo, y obligó á los magistrados y al pueblo á prometer conservarlo siempre; en fin, stableció una jurisdicion consistorial, á la que pretendió poder dar la facultad de dictar censuras y penas canónicas, y hasta de lanzar escomuniones.

Calvino por otra parte no se separaba del dato primitivo de Lutero. Para él, creer en la Escritura era una gracia particular de Dios; como el no creer una condenacion que procedia de la misma fuente. Entender la Escritura como la entendia la Iglesia reformada de Calvino, era esclusivo privilegio de los elegidos de Dios; como entenderla en otro sentido, ó en un sentido condenado por esta Iglesia, era la suerte predestinada de aquellos que Dios habia condenado anticipadamente.

Calvino y sus discipulos, como Teodoro Beza, insistieron, pues, quizá con mas fuerza aun que Lutero, en el dogma de la predestinacion; y como hacian de él un arma terrible contra sus adversarios, y la Reforma, de rebelde habia pasado á señora este dogma en sus manos tomó un carácter peculiar. Empleado por Lutero principalmente para protejer á los legos contra el despotismo del clero, en manos de Calvino sirvió al despotismo y á la intolerancia de una nueva Iglesia, que su genio elevó sobre las ruinas de la antigua. Este dogma que consideraba á Dios autor del pecado, asustó á muchos Protestantes; dogma terrible y lúgubre, que repugnaba á todas las ideas que se habian formado de la divinidad. Tal es la línea que separó al luteranismo del calvinismo.

Por lo demás, se ve bien claro cuán favorable debia ser semejante principio, tomado de la rebelion luterana y entendido como Calvino lo entendia, á la organizacion y defensa de la Iglesia reformada. Apoyándose en él rechazó y persiguió, casi con tanta saña como la inquisicion católica, á todos aquellos que, como los Anabaptistas y los Socinianos, querian llevar el movimiento de las ideas y la revolucion material de la sociedad mas allá de los límites que plugo á Calvino fijarle. En fuerza de tal doctrina hizo ó dejó quemar vivo á Servet, y tal vez hubiera deparado la misma suerte al teólogo Bolsec, que le habia contradicho sobre la predestinacion, como tambien á Gentile, Ochino y todos los Socinianos de Italia, si afortunadamente no hubiesen logrado huir de las prisiones de sus magistrados. Asi el calvinismo, ligado por afinidad con el poder secular, y muy favorable al despotismo, aunque ofreciendo al mismo tiempo un lado útil, un medio de órden y de organizacion, se difundió rápidamente en los Paises Bajos.

La insurreccion luterana se manifestó allí desde 1521, despertando el noble entusiasmo de los primeros tiempos de la revolucion, y aquel ímpetu de libertad contra el que chocó y se estrelló la autocracia de Felipe II. Pero luego el calvinismo se fue introduciendo en todas partes; cuantos se habian sustraido al yugo, sentian la necesidad de organizarse y de limitar el impulso de la Reforma. Presentábase el calvinismo con su principio de certidumbre y de organizacion para reemplazar al luteranismo; presentábase como antídoto del anabaptismo, que parecia brotar naturalmente de los principios y de las obras de Lutero. Las clases ricas habian abrazado, sí, con ardor la insurreccion contra el gobierno y la religion de España; pero temian las consecuencias, y temblaban ante aquellas falanges de *Mendigos* y de Anabaptistas que iban, en la apariencia, á destruir la misma sociedad. Es verdad que Lutero habia combatido aquella gente extraña á que dieron vida sus escritos, y hasta suscitó contra ellos en Alemania un sangriento exterminio; pero su doctrina no se creia suficiente barrera contra el movimiento por él iniciado. Calvino fue su áncora de salvacion. Desde 1559, cuando los Protestantes de los Paises Bajos publicaron su profesion de fe, se vió que era enteramente calvinista: Calvino se sustituyó al papa y Ginebra fue la capital de la Reforma de los Paises Bajos.

Cuando Arminio, cuarenta años despues, empezó á divulgar sus opiniones, la Reforma estaba victoriosa; pero dominaba el calvinismo con despotismo é intolerancia. Los teólogos calvinistas usaban y aun abusaban de los buenos servicios que su doctrina habia producido á la causa de la revolucion, preservando á las Provincias Unidas de la anarquía, estableciendo un órden regular en medio de la guerra y la invasion, y oponiendo una barrera á los principios incoherentes y á menudo insanos de los Anabaptistas y de todas las sectas mas ardientes, hijas de la Reforma. Y ahora que los Anabaptistas vencidos y perseguidos solo pedian sosiego, y los Socinianos y demás sectas libertad de conciencia, los teólogos calvinistas continuaban mostrando el mismo celo duro é intolerante contra todos los que no pensaban como ellos; negaban á los

Anabaptistas y á los Socinianos, no solo la libertad de manifestar sus opiniones, sino hasta el derecho de asilo en la república, y atacaban como hereges á los propios Luteranos. En los sermones y en los escritos clamaban contra la indulgencia de los magistrados, sosteniendo que estos no tenian derecho de conceder la libertad de conciencia, y sí la obligacion de castigar á los hereges. ¿Se habian mostrado los Estados hospitalarios con las diferentes sectas? Entonces predicaban contra los Estados, y ecxitaban al pueblo á desobedecer sus decretos. En suma, asi como la Inquisicion arrojó del suelo de España á cuantos no eran católicos, ellos hubieran querido abolir la hospitalidad y la tolerancia, característicos de Holanda, y expulsar de golpe á Socinianos, Anabaptistas, Luteranos y cuantos no se sujetaban á su dominacion.

Era, pues, digno de verse, si la Reforma se convertiria en la Iglesia mas intolerante y tirana de todas. Apenas habia transcurrido medio siglo desde que se verificó la rebelion contra la autoridad del sacerdocio, y ya este habia aparecido bajo otra forma. La emancipacion del entendimiento humano tuvo con Lutero una falaz aurora, y ya Calvino y su Iglesia pretendian haber tocado el límite de lo que á la mente humana era permitido conocer y practicar; carácter de todas las instituciones, que no prestándose á desarrollo ni á cambio, se convierten tarde ó temprano en una tiranía que es preciso derrocár. Pero los que consideren la rápida decadencia del protestantismo y como se destruyeron mutuamente sus fases, deberán inferir que su parte mas vital y fundamental era haber demostrado la libertad del entendimiento humano, y que cabalmente su imperfeccion consistió en no saber hacer de esta libertad un dogma positivo, ni elevarse á una teología bastante sublime para abrazar aquella movilidad misma que debía tan pronto destruirlo. Aun en vida de Lutero, é inmediatamente despues de su muerte, el luteranismo se dividió en veinte sectas diversas, que no fue posible luego aproximar; y el calvinismo no contaba todavía cincuenta años, cuando surgió el arminianismo.

Esta fue, por decirlo asi, la tercera religion protestante. Resucitó en gran parte las ideas de emancipacion que habian sido el primer núcleo del luteranismo. Lo que Lutero hizo contra la Iglesia de Roma, Arminio y sus secuaces lo intentaron en círculo mas estrecho contra la Iglesia de Ginebra; y asi como no cabe duda de que la idea doctrinal de Lutero era mas conforme á la de Calvino, es igualmente cierto que el sentimiento que habia guiado á Lutero armonizaba mas con el que inducia á obrar á Arminio.

Se comprende desde luego que los que amaban la libertad y necesitaban para el entendimiento un campo libre; los que sentian una tendencia secreta á lo porvenir, fuesen mas bien Arminianos que Gomaristas; en una palabra, que el arminianismo llegase á ser el partido de la libertad y de la república, abrazado por Grocio y Barneveldt; y que, al contrario, los que se inclinaban al despotismo y á la autoridad, los que miraban solo á lo presente, á cuya cabeza estaba Mauricio, aspirante á la tiranía, fuesen los campeones del calvinismo, como lo entendian Gomar y sus sectarios.

Habiendo visto ya que los Reformados se encontraban divididos por dos doctrinas en otros tantos bandos, pasemos ahora á considerar al arminianismo bajo el aspecto político. La principal diferencia era que los unos, partidarios del libre albedrío, y poco favorables á los sentimientos de unidad y despotismo sustentados por Calvino, se inclinaban á resolver el problema de la conciliacion entre las autoridades espiritual y temporal mediante un acuerdo celebrado amistosamente entre todas las ciudades, y de este modo tendian á un federalismo poco estricto; mientras que los otros, partidarios de los severos principios de la fatalidad, unidos en un solo cuerpo por el vigor de su dogma, pedian violentamente la unidad y los sagrados derechos de la autoridad central. El partido popular apoyaba á Gomar; el de las personas acomodadas y cultas á Arminio. Habia ademas disensiones entre ciudad y ciudad, entre provincia y provincia. Los dos jefes de la república, Barneveldt y Mauricio, se habian puesto al frente de distintos partidos: Mauricio esperaba, con el favor del pueblo y con la ayuda de los motines, vencer el espíritu federalista, y marchar asi á pasos rápidos hácia la soberanía, meta de todos sus deseos; Barneveldt, al contrario, trataba de poner la libertad de la república bajo la garantía de cada ciudad, y preservarla de la esclavitud con la misma division en fracciones independientes. La disension habia empezado desde 1608, durante el arreglo de las diferencias con España; pero solo despues de terminado este, el fuego, cobrando fuerzas, acabó por invadir todo el país. Al cabo de diez años las cosas habian llegado á tal estado, que hubiera podido decirse que las conciencias se encontraban divididas por dos religiones enemigas y los corazones prontos á la guerra civil. Mauricio, seguido de la flor de la nobleza y del valor de sus muchos capitanes, afectaba ir solemnemente á la iglesia de los Gomaristas, que se llamaba la iglesia del Príncipe: Barneveldt, acompañado de los ciudadanos ricos y de la mayor parte de los individuos de los Estados, se dirigia todos los domingos á la iglesia mayor, elegida por los Arminianos. En ambas, los apasionados discursos de los ministros, recayendo con el ascendiente de una palabra elocuente y respetada sobre las cuestiones que se agitaban en todos los círculos y escitaban todos los ánimos, servian para aumentar la exaltacion de los partidos.

Barneveldt, asombrado de los progresos de Mauricio hácia el poder soberano, no tenia esperanza mas que en la firmeza de los Estados y en los consejos de las ciudades. A los primeros recomendaba sin cesar que velasen para que el príncipe no se escediese de los límites que á su autoridad estaban prescritos, y á los segundos que se pusiesen en guardia contra las sediciones populares. Lo cual no impedia que muchos diputados envidiosos ó enemigos de Barneveldt favoreciesen en secreto los intereses de la casa de Nassau; á las municipalidades les era ademas

cada dia más difícil contener los motines; tanto porque estos iban agrandándose, cuanto porque Mauricio, contento al ver que molestaban á los magistrados, habia prohibido á las guarniciones intervenir bajo ningun pretesto en los tumultos que surgiesen por las cosas de la religion. Fuera de que en muchas ciudades habia llevado él la cautela hasta retirar todas las tropas, á fin de dejar en mas libertad al pueblo. En tales circunstancias los Estados de Holanda, prévia propuesta de su abogado, resolvieron dictar una órden rigurosa y capaz de desconcertar todos los designios del príncipe si hubiese sido bien observada: «Impuestos de cuanto se habia ejecu»tado en muchas ciudades, como Harlem, Ams»terdam, Oudewater, etc. contra la libertad y »los derechos de las mismas, y á fin de impedir »las violencias contra las personas, las casas y »la hacienda tanto del público como de los par»ticulares, los Estados autorizaban provisional»mente á los magistrados de las ciudades para »que, en caso necesario, levantasen tropas; or»denando á los que tuviesen que alegar alguna »queja respecto de la conducta de dichos magis»trados en consecuencia de tal resolucion, que »acudiesen á los Estados (1).»

Este decreto era uno de los mas atrevidos golpes de Estado. La autoridad de Mauricio, fundada en gran parte en el mando supremo de todas las fuerzas que le concedia la constitucion, quedaba destruida desde que las ciudades podian tener una milicia propia, y hacer que las tropas á sueldo les prestasen un juramento particular. Los que consideren las cosas en sentido absoluto, verán claramente que semejante division del poder tendia nada menos que á la disolucion total de la union; pero téngase en cuenta que esto era ya una necesidad, á causa de los manejos del partido contrario; siendo por otra parte muy reducido el número de casos en que se concedia aquel armamento. Grocio se esfuerza en justificar, bajo los dos puntos de vista del derecho y el hecho, la atrevida resolucion de los Estados de Holanda, en que él mismo debió tener parte: «Objetan (dice) que se podia impedir todo mal con la milicia ordinaria. Sin duda, deber de esta era obedecer las órdenes de los Estados y hacer respetar á los magistrados; pero, primeramente, muchas ciudades como Harlem, Leiden, Hoorn, carecian de milicia; en segundo lugar, el príncipe (y todos saben cuán adicta le era la tropa) enemigo de los Estados de Holanda, habia dicho públicamente que prohibia cualquier movimiento contrá los de la religion reformada, nombre que afecta reservar esclusivamente para los contra-reclamantes. Se habia ademas declarado con bastante claridad, cesando de tomar parte en las asambleas eclesiásticas y asistiendo ostentosamente á la reunion de la iglesia del Convento. En cuanto al derecho, si se reflexiona que cada Estado ha poseido siempre su soberanía, la cual comprende el derecho de las armas, y que el tratado de union no ha destruido este derecho, habrá que deducir que subsiste aun en toda su fuerza. Concedido que la union prohibe emprender ninguna guerra sin el prévio asentimiento general; pero hay gran diferencia entre hacer la guerra y defenderse contra los motines populares (2).»

Varias ciudades de Holanda, Amsterdam particularmente, se negaron á obedecer las órdenes de los Estados, y á pesar de enviarles á Barneveldt y á Grocio para que las persuadiese, insistieron en la negativa. Por el contrario, en otras muchas, como Utrecht, Harlem, Gonde, Hoorn, se empezaron á levantar milicias. Barneveldt, que habia dado este consejo, aceleraba su ejecucion; pues, aunque bastante entrado en años, no habia perdido náda de su actividad. En esta última lucha, en que la libertad corria tan grave peligro, el ilustre anciano mostraba todavía el mismo ardor que diez años antes para librar la república de los artificios del príncipe de Orange, efectuando la conclusion de la tregua.

El principal pretesto para los motines era la convocacion de un sínodo general, que los Gomaristas no cesaban de pedir á voz en grito, esperando que pondria fin con sus decisiones á las pretensiones de los Arminianos. Estos, apoyándose en el artículo XIII de la Union de 1579, conforme al cual cada provincia se reservaba la soberanía en materia de religion, pedian en su lugar los sínodos provinciales, seguros de conservar por este medio la preponderancia en los paises, donde la habian adquirido realmente. Holanda, Owerussel, Utrecht, protestaron contra el sínodo nacional que, formado de las diputaciones de todos los paises, tendia á aniquilar el partido de los Reclamantes con una enorme mayoría fanáticamente convocada de todos los puntos del esterior. El mismo Mauricio incitaba al pueblo á impedir la ejecucion de la medida adoptaba por los Estados; recorria con una numerosa escolta las ciudades, desarmando ó licenciando las milicias urbanas, sin que nadie osara oponerse, reanimando donde quiera el celo y la osadía de su partido, y viendo en cierto modo hasta dónde el favor público le permitiria avanzar. Entre tanto, no cesaban de llover sobre Barneveldt libelos, acusaciones, ultrajes; le imputaban que bajo el velo de Arminio, queria someter de nuevo los Paises Bajos al yugo de Roma y España; y sus actos eran tachados públicamente de infamia, llegando á pedirse su muerte. Nunca Barneveldt habia visto la tormenta aglomerarse sobre él tan amenazadora; presentó la renuncia, pero no se quiso aceptar; y para mantener su buena reputacion, tuvo que publicar la apología de su conducta en forma de memoria, dirigida á los Estados de Holanda. «Señores »(decia terminando), os suplico únicamente que »veleis con sumo cuidado sobre todo lo que mira »á vuestros derechos, privilegios y seguridad. »Por lo que á mí toca, ya mas de una vez me »he visto en iguales peligros, y gracias á Dios »me he librado de ellos. Recuerdo los años 1586 »y 87, bajo el conde de Leicester, los años 1588 »y 89 bajo el baron de Willugby su sucesor, el

(1) *Resoluciones de Holanda.*

(2) *Apol.*, cap. X.

»año 1600 despues de la batalla de Flandes, y »el año 1608 cuando se trataba de la tregua. »Hace hoy treinta años que la calumnia fue ven»cida y que la verdad triunfa; confio en que »Dios combatirá por la verdad, aniquilará la »calumnia y confundirá á sus autores. Otros »mejores que yo, no solo en nuestras provin»cias, sino tambien en paises vecinos, tanto en »los presentes como en los pasados tiempos, han »logrado salvarse de calumnias semejantes y aun »mas odiosas. Ruego á Dios os tenga alerta, y »os afirme en un gobierno favorecido por la ben»dicion de su celeste gracia.»

Esta conclusion, en que concede tanto á la Gracia, parece mostrar cierto temor de chocar demasiado con sus enemigos, manifestando abiertamente sus sentimientos acerca de la Gracia. Pero, mientras aspiraba á robustecerse con el apoyo de los Estados de su provincia, Mauricio mas poderoso se unia á una autoridad mas elevada y central, como lo eran los Estados Generales. Sostenido por una comision nombrada por ellos, y provisto de todos los poderes necesarios, marchó atrevidamente á Utrecht, reunió los Estados de Holanda, y sin andarse en rodeos propuso el proyecto de licenciar las milicias y convocar en el acto un sínodo nacional. No disimuló los motivos que tenia de queja, exagerándolos mas bien para que fuese mayor el miedo. «Sé (dijo) que »se ha tratado de destituirme y espulsarme del »país; pero cuento con cinco provincias y con »las principales ciudades de Holanda, que en»viarán sus diputados para sostenerme.» Se quejó de Barneveldt, atribuyéndole todo el mal, y le acusó formalmente de haber pretendido trasladar á los Estados Provinciales la autoridad propia de los Estados Generales. Sin perder tiempo, marchó adonde quiera que creia necesaria su presencia; llevó el terror á todas partes; las municipalidades desarmaron por sí mismas las milicias; el partido de los Arminianos sucumbió. Mauricio, que dió el ejemplo de ponerlo fuera de la ley, fue felicitado á su vuelta por la asamblea de los Estados Generales; decretóse la convocacion de un sínodo nacional, y esta importante medida fue el primer paso de la revolucion monárquica. Barneveldt y los partidarios de la libertad política y moral habian dejado de existir.

De órden de la comision de los Estados Generales se redujo á prision en el mismo dia á Barneveldt y á los dos ministros pensionarios de Holanda, Grocio y Hogerbeets. Muchas personas huyeron. En Leiden, Hoorn, Rotterdam, Harlem, Amsterdam, y demás puntos donde se necesitaba vigor, las municipalidades fueron cambiadas revolucionariamente por el príncipe. No restaba mas que concluir el proceso; y el resultado, como en todos los procesos políticos, no podia ser dudoso. El embajador de Francia trató en vano de prestar algun auxilio á los presos; los Estados de Holanda, sin atreverse á resistir, los habian abandonado á la justicia de los Estados Generales, y el enemigo los habia condenado de antemano. Nombróse en febrero una comision de veinte y cuatro individuos, en cuyas manos se puso el proceso. Era uno de esos tribunales, ante los cuales no queda al acusado, como dice un jurisconsulto italiano, mas recurso que hacer testamento. El 17 de marzo se verificó el primer interrogatorio de Barneveldt; el 12 de mayo estaba escrita ya la sentencia. La clausura del sínodo nacional, terminado tres dias antes con plena satisfaccion de los Gomaristas, ofrecia á sus adversarios una garantía mas contra él. Al anochecer se le notificó, á nombre de los Estados Generales, la sentencia que le condenaba á muerte. «¿Qué decís? ¡A muerte! (esclamó); no lo hubiera creido. ¿Quitarán tambien la vida (añadió) á mi querido Grocio?» Como se le respondiese que no se hablaba una palabra, dijo: «Seria gran lástima; pues él y Hogerbeets son jóvenes y capaces de prestar á la patria relevantes servicios.» Oyéndole repetir los carceleros: «¡Si á lo menos supiera por qué me condenan á muerte!» le contestaron: «Lo sabreis mañana.»

En efecto, al siguiente dia le condujeron ante los veinte y cuatro, y allí se le leyó la sentencia. Los principales puntos de acusacion eran «haber sostenido que cada provincia tenia derecho de arreglar sus asuntos eclesiásticos en el propio distrito; haber redactado sin órden de los Estados la protesta de las tres provincias contra el sínodo; haber publicado libelos contra los que sostenian la sana doctrina; haber redactado la declaracion del 4 de agosto de 1617; haber hecho decretar el alistamiento de las milicias urbanas; haber aprobado la nueva instruccion para las tropas é imaginado un nuevo juramento, por el cual se obligaban á servir al magistrado contra todos, sin esceptuar el capitan general; haber calumniado y acusado á S. E. de que aspiraba á la soberanía, etc. Por estas razones se le condenaba á cortarle la cabeza y á confiscarle los bienes.»

Concluida la lectura quiso hablar, pero uno de los jueces le dijo: «Habeis oido vuestra sentencia; partid.» Frente á las ventanas de la sala estaba dispuesto el patíbulo, alrededor del cual se agrupaba una numerosa soldadesca. Levantóse el anciano, y apoyado en el baston se dirigió al sitio del suplicio. Cuando hubo llegado, se arrodilló y permaneció en oracion un cuarto de hora. En seguida se puso en pié, y volviéndose al pueblo, dijo en voz alta: «Amigos, no me creais traidor. He obrado siempre sinceramente y conforme á las reglas de la probidad. ¡He vivido como buen patriota, y como tal muero!» Dicho esto, se arrodilló otra vez y dijo al verdugo que acabase pronto. Contaba entonces mas de setenta años. Apenas fue cortada la cabeza se arrojó el pueblo furioso al tablado; quién recogia la arena ensangrentada, quién empapaba en sangre los pañuelos; todos querian llevar una reliquia del ilustre mártir. Parecia que la muerte, elevándole sobre los partidos, habia estinguido los odios y héchole mas grande. En los registros de las deliberaciones de los Estados, con fecha del dia de su muerte, se lee esta especie de epitafio, que, considerados los autores y el tiempo en que se escribió, no puede ser sospechoso:

«El 13 de mayo de 1619, en el Haya, sobre

»un tablado elevado al efecto en el patio interior, cerca de la escalera de la sala, fue ajusticiado, cortándole la cabeza, el señor Juan de »Olden Barneveldt, caballero, etc., abogado de »la Holanda y de la Frisia occidental, con la »confiscacion de bienes, por los motivos que en »su sentencia se mencionan, despues de haber »servido treinta y dos años, dos meses y cinco »dias. Fue hombre de grande actividad, infatigable en el trabajo, de consumada prudencia, »de profundo criterio y singular bajo todos conceptos. ¡El que está en pié, tema caer! ¡Dios »tenga piedad de su alma! Amen (1).»

(1) Tomado de J. Reynauld y P. Leroux.

El célebre Lemierre eligió como protagonista de una de sus tragedias á Barneveldt, y fue muy aplaudido el verso en que su hijo, aconsejándole que se liberte con la muerte de la ignominia del suplicio, le dice:

Caton se la donna;

pero Barneveldt responde:

Socrate l'attendit.



SULLY

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

NUM. XXIV.

SULLY.

(1560—1641.)

No puede separarse de la de Enrique IV la noble figura de Maximiliano de Béthune, baron de Rosny, duque de Sully; no solo por su amistad y por la parte, no sé si decir anecdótica de su vida, sino porque llevaron juntos á cabo una grande obra que á ambos por igual pertenece, y de la que no era capaz solo ni el uno ni el otro. Son verdaderamente dos compañeros, dos hermanos en política, dos hombres nacidos uno para otro con un objeto providencial, y en el fondo de su época se destacan con una originalidad particular, y unidos, porque esta originalidad procede de entrambos, y ninguna fisonomía contemporánea se les asemeja.

En el siglo XVI la destruccion del feudalismo estaba consumada en Francia: los reyes de la tercera raza, en especial la rama de Valois, apoyándose en los Comunes, habian logrado elevar la unidad monárquica del poder sobre la unidad monárquica del territorio. En 1547, á la muerte de Francisco I, la Francia, organizada monárquicamente, no debia volver á ser víctima de guerras civiles; y los reyes podian libremente entregarse á la vida ociosa, ó al pasatiempo de la guerra estranjera.

Sin embargo, aun tenian que causar turbulencias la ambicion, el orgullo, la rivalidad de los señores; y si en ciertas circunstancias el rey podia elevarse hasta derribar algun príncipe vecino para ocupar sus Estados, nada quitaba al noble en determinadas situaciones, elevarse hasta derribar al rey, su señor, y colocarse en su puesto.

En tal estado de cosas, el protestantismo infiltrándose en Francia debia naturalmente ofrecer vasto campo al turbulento carácter de los nobles. Severamente rechazado por los reyes, pero siempre protegido por los nobles, y fecundado por el Renacimiento, el protestantismo adquirió tal fuerza, si bien ficticia, que pudo luchar de una manera embozada contra la monarquía que le perseguia, y hacer surgir, en el seno de una nacion profundamente monárquica, una guerra civil y religiosa de medio siglo. Este fenómeno aconteció en tiempo de Cárlos IX y Catalina de Médicis. Queriendo un dia usar de rigor con el protestantismo, los reyes advirtieron que el espíritu de ambicion, de inquietud, de indiferencia, soplaba de un modo terrible en las filas de los nobles que llevaban aun sus banderas y las del catolicismo, y que si era peligroso dejar vivir en paz á los Hugonotes, no lo era menos permitir á los Católicos combatirlos libremente; pues si los Hugonotes contaban en sus filas príncipes de la sangre y á Enrique de Navarra, los Católicos tenian á Enrique de Guisa y á sus hermanos, mas hábiles y mas audaces.

En tal apuro, Cárlos y su madre, y despues Enrique III, no vieron nada mejor que emplear los artificios de la política italiana; y si el corazon se indigna al recordar los delitos que esta aconsejó, el entendimiento debe reconocer la intrepidez, la calma, la grandeza, el genio que desplegaron en aquella personal defensa de la vida y de la corona.

Con todo, tenian que sucumbir; pues encontrándose solos, y no viviendo sino á la sombra de la guerra civil, no podian durar tanto como estas dos facciones de la nobleza que se oponian constantemente la una á la otra; ni les era dado trasmitir su causa y su política á sus hijos, no habiéndolos procreado. Ninguna raza real se ha visto mas claramente destinada á perecer que la de los Valois, y desde que estalló la guerra civil no se trató sino de cuándo se estinguiria.

Un solo medio quedaba lógicamente á aquella familia para evitar la fatal sentencia; ¿pero podia comprenderlo, fascinada como estaba por la astuta política en que depositaba su confianza? Era buscar en el pueblo, y fuera de la nobleza espuesta á los furores de la guerra intestina, un elemento de fuerza, una sólida base. Tal era el único remedio eficaz, igualmente necesario, sino accesible, á todos los competidores que se disputaban la Francia, Protestantes, Católicos, Enrique de Navarra, Enrique de Guisa, Enrique de Valois; y si Enrique de Navarra subió al trono y pacificó la Francia, lo debió á haberlo descubierto y utilizado.

Enrique habiendo nacido en las montañas del Bearne, habiendo sido educado rudamente, acostumbrado desde temprano á la vida de los campamentos, siendo su religion la áspera doctrina de Calvino y su divisa *Vencer ó morir*, por su ingenio, su corazon, sus costumbres y su nacimiento, era el hombre predestinado por el cielo para recoger la herencia de los Valois, proscritos en sus eternos decretos. En vano vacila y se engaña al principio de su carrera, prestando fácil oido á las insidiosas promesas de la córte, ó marchando valerosamente sin

segunda idea á la cabeza de los Hugonotes; su enérgica naturaleza le conduce é impele siempre á colocarse al frente de los pueblos, tanto del de las ciudades como del de los campos; siempre esta naturaleza le descubre que en el pueblo está el punto de apoyo que el destino oculta á las miradas de sus competidores. Noble y rey de nacimiento, tiene todos los generosos instintos populares; sus mas profundas simpatías son por el pueblo y para el pueblo. En el curso de la guerra intestina y cruel de la nobleza, mientras que todos los suyos se ocupan de un modo mezquino y estéril en sus intereses ó en los de su bandería, sin pensar mas que en el triunfo ó en las derrotas de su respectiva religion, Enrique es el único que se acuerda de que existe una Francia, el único que compadece profundamente las miserias del pueblo, hollado y aprisionado por todas partes. Bajo ciertos respectos inferior á la elevada fortuna que el cielo le destina, si no sabe prepararla con anticipacion, si no sabe ambicionarla como haria un Guisa, á lo menos no falta nunca á su llamamiento: á cada nueva situacion que los dias que se suceden le crean, corresponde hábilmente, y su inteligencia, cogida de improviso por su fortuna, pronto recobró su equilibrio, y le hizo digno de una fortuna aun mas elevada. Es uno de esos hombres del pueblo, á quienes la prosperidad educa y corona á un tiempo. ¿Qué importa oirle decir al canciller, naturalmente maravillado de verse en París, despues de la rendicion de París: «¿Creeré estar donde estoy? Cuanto mas lo pienso, menos lo comprendo. En todo esto no hay nada de humano; es obra del cielo.» En el Louvre es verdaderamente rey, rey de la Francia, no ya hugonote ni católico, no cabeza de partido; y la guerra que los nobles se hacian entre sí, oculta bajo el manto de la religion, cesa de derecho y de hecho ante esta nueva majestad, ó mas bien se trasforma en una guerra de pacificacion, guerra del pueblo y del rey contra los individuos recalcitrantes de la nobleza, sea la que quiera su religion.

La historia de Enrique IV está toda aquí. Su obra es obra de pacificacion; y si pacificó á Francia, lo logró introduciendo al pueblo en la lucha de los nobles, y conservándole el nombre y la bandera. No le llamó para colocarle bajo los estandartes del protestantismo ó del catolicismo, detrás de la nobleza; sino para combatir, en nombre de sus miserias, contra los nobles, protestantes ó católicos, que turbando sin descanso la paz, ó impidiéndola nacer, tendian á aumentar las desdichas eternizándolas.

Conviene trasladarse con el pensamiento al siglo en que se dió cima á esta obra, si se quiere apreciar dignamente su grandeza y sus dificultades, tales que, á pesar del ardiente amor al pueblo y de la estension del genio de Enrique, no tememos asegurar que si no hubiese sido secundado por un entendimiento mas maduro, mas sólido que el suyo, por un hombre de ciencia y de virtud mas robustas, en suma por Sully, habria dejado en la historia otra reputacion que la que acompaña á su nombre. Guerrero y príncipe popular, podia quizá acabar por sí la guerra civil y religiosa de los nobles, y subir al trono vacante de los Valois; pero, una vez sentado en él durante la paz ¿hubiera sabido vencer las dificultades de administrar un reino reducido al último apuro, con tanto honor y buen éxito como supo vencerlas de la mas desastrosa guerra? Ante una nobleza, no sojuzgada, no destruida, sino reducida un instante al silencio de la vida civil, quizá se inclinara al despotismo como Luis XI; quizá entregado á la molicie, juguete de amantes y cortesanos, hubiera contaminado el esplendor de sus primeros años con una vejez vergonzosa. Sully, impeliéndole firmemente hácia el pueblo que le habia ayudado á triunfar, supo preservarle de semejante alternativa.

La buena voluntad es algo; pero, si del corazon, donde nace, no pasa al entendimiento que la fecunda ¿qué viene á ser? Un vano transporte. ¿Y cual es su resultado? ninguno. Ahora bien, este vínculo del entendimiento y el corazon, del deseo y el acto, es el perfecto símbolo de la union entre Enrique y Sully. Sully fue para Enrique lo que es el entendimiento para el corazon: el corazon hacia decir á Enrique: *Quisiera que los campesinos tuvieran gallina en la olla todos los domingos*; y el entendimiento inspiraba á Sully esta máxima: *Pastos y agricultura son las dos fuentes de vida del Estado.*

No hay sin duda en lo pasado nada mas grande ni mas tierno que la historia de Enrique y de Sully, los cuales bajo muchos conceptos pudieran considerarse como un solo individuo, de tal modo el uno parece complemento del otro; y por un accidente extraño, secundado por la casualidad del nacimiento, Enrique, el corazon, rey; y el entendimiento, Sully, ministro. Que se cambien los papeles, y toda esta admirable historia se deshace en humo; Sully y Enrique IV son imposibles; Enrique, que tambien está en el primer puesto se eclipsa en el segundo; y lo contrario sucede á Sully.

Pero ¡qué fuerza, qué amistad profunda é ilustrada, qué unidad de sentimiento y de idea, debieron subsistir entre estos dos grandes hombres, para permanecer siempre unidos en medio de la tempestad que tronó sobre ellos! Se dirá que no fue nada vivir ó señalarse durante la guerra civil; pero, cuando la muerte arrebató á los Guisas y los Valois, cuando el pueblo y las armas introdujeron á Enrique y á Sully en el Louvre, fue preciso liquidar los cincuenta años de guerra. Los Protestantes pedian recompensa de sus buenos y leales servicios; los Católicos recompensa por dejar las armas; los extranjeros recompensa por no intervenir ó por ser intervenidos; ¡y no habia vencidos que pagasen! A los ojos de la ávida nobleza, este no era siquiera un problema; pues si no habia vencidos, allí estaba el pueblo. Pero precisamente el pueblo era el amigo, el apoyo, la fuerza, el sólido y vivo antemural de Enrique y de Sully. Entre el rey y aquella nobleza ávida y orgullosa, continuó, pues, naturalmente la guerra; pero en un nuevo terreno, el del dinero y de la paga, no menos difícil é importante, siendo ahora el héroe Sully, no Enrique.

El primero salió vencedor con los mismos medios de su señor, amigo y rey, esto es, apoyán-

dose en el pueblo. Sully empezó á fundar en grande, sobre la ruina de las rentas de los nobles, las que hoy se llaman rentas del Estado; bastando algunos hechos para que se comprendan sus intenciones y modo de proceder en el particular.

En el arreglo de la Hacienda Sully observó igual órden que los reyes para establecer su dominacion; arrancar al pueblo de manos de la nobleza y ligarlo á sí de una manera nueva y provechosa al mismo pueblo. En virtud de autoridad privada ó por intriga poseian los nobles infinidad de gavelas é impuestos; y Sully libró al pueblo de ellos apenas pudo, pues su gran principio en materia de rentas era la unidad. Madama de Verneuil fué un dia á visitarle, y le encontró que salia con direccion al Louvre, llevando envuelto en el dedo un papel. «¿Qué es eso?» le preguntó:

—. «Negocios en que os toca una buena parte.» Y desenvolviendo el papel, le leyó una lista de veinte ó veinticinco edictos de contribuciones establecidas sobre el pueblo, todas en beneficio de los nobles, entre quienes ella ocupaba el sesto lugar.—«¿Qué pensais hacer?» repuso Mad. Verneuil.—«Pienso, replicó Sully, hablar al »rey en favor del pobre pueblo, que lo pasará »mal, si tales vejaciones se aprueban; y el rey »puede despedirse de sus impuestos, que no »volverá á recibir.»—«Despacio estaria, dijo la »Verneuil, en daros oido y disgustar á tantas »personas de distincion por satisfacer vuestros »principios. ¡Oh! ¿á quién querriais que el rey »protegiese, sino á los individuos contenidos en »el papel, todos cortesanos, parientes ó amigos? »—Seria verdad (respondió Sully), si S. M. sacase el dinero de su bolsillo. Pero sacarlo de »comerciantes, artesanos, campesinos, pastores, »no será fácil; pues estos son los que alimentan »al rey y á todos nosotros; y les basta un solo »señor sin necesidad de tantos cortesanos, pa»rientes y amigos.»

Esta anécdota nos da á conocer el espíritu general que animaba á Sully en su ministerio, y el medio de que se valia para lograr de ordinario sus fines. Ministro del rey, todo lo llevaba al tribunal del monarca, cuya autoridad suprema realzaba de este modo: pero en aquel tribunal su elevada inteligencia le constituia dueño y soberano, y dictaba decretos que luego él mismo, cubriéndose humildemente con la autoridad del rey, hacia ejecutar.

Sin embargo, esta política hábil, honrada, concienzuda, y que para conseguir su objeto necesitaba el misterio, debia naturalmente dar á Enrique y á Sully el aspecto de conspiradores. Hablan en secreto á horas en que la nobleza duerme; conciertan entre sí preguntas y respuestas que dirigirse en público, para visitarse sin despertar sospechas; pretestan viajes, partidas de caza; á veces fingen desavenencias. ¡Cuántas intrigas, cuántas comedias para que no se vuelvan á unir los miembros despedazados y sangrientos de la hidra de la nobleza! Se distribuyen con rara habilidad los papeles; el rey dirá siempre *sí*, el ministro con los guarismos y el estado presente del pueblo dirá siempre *no*, y la voluntad del rey aparecerá siempre forzada.

La mejor comedia de este género que sostuvieron fue aquella en que la clase media representó el papel de héroe ó de víctima. Si Enrique y Sully inclinaban gustosos la corona de Francia hácia el pueblo, su socio de conspiracion, era á condicion de que el pueblo no se presentase jamás. En esta parte, Enrique era rey, y rey de antigua raza: en cuanto á Sully, amaba como noble la nobleza, pero la habria querido austera, puritana, formal; de consiguiente, no como en sus tiempos, sino como la pasion se la fingia en lo pasado. Su voz, hablando de la nobleza de su época, recordaba la del viejo Caton echando de menos el buen tiempo antiguo y censurando el presente. Pero, veamos esta comedia, representada por Enrique y Sully á la clase media en provecho de la misma, es decir, del Estado y de las rentas públicas.

El dinero es el nervio de la guerra, y á Enrique IV le faltaba para completar su obra de pacificacion. El duque de Mayenna se habia sometido, pero el de Marcœur y la Bretaña se sostenian aun; las bandas españolas estaban en el centro de Francia, y se dirigian á Amiens. Esto sucedia en 1596; y en tales circunstancias se le ocurrió á Enrique convocar los Estados generales en Ruan, para que acordasen los medios de suministrarle un ejército, numeroso y bien provisto. Lleno, pues, de confianza en la legitimidad y necesidad de la peticion, apoyado en el sano juicio natural de los que formaban la asamblea, les dejó en el discurso de apertura completamente libres para acordar, suplicándoles tan solo «que se propusiesen como principal ob»jeto de sus deliberaciones, devolver al reino y »á la dignidad real toda su antigua gloria, toda »su amplitud y brillantez, la paz, el reposo y la »tranquilidad pública; el alivio del pueblo, y en »especial de los mas pobres.»

Pero, el primer uso que aquellos diputados hicieron de su libertad y autoridad fue protestar contra los nobles, dicidiendo que no se separarian en tres órdenes, y tomando el nombre de *Asamblea de los Notables*. En efecto, los nobles, perdidos en el número de las personas de iglesia, de judicatura, de hacienda, de cancillería, y eclipsados por el lujo y la ostentacion de los empleados públicos, se retiraron en su mayor parte de la asamblea, dejando el campo libre á la clase media. Tocó entonces á la monarquía pasar bajo las horcas caudinas de la ciudad vencedora. Para responder á la peticion, llena de confianza y grandeza, del rey Enrique, los Notables de Ruan no encontraron mejor medio que apoderarse ellos del gobierno de Francia, creando un consejo de Estado, cuyos individuos serian nombrados por la asamblea y por los tribunales supremos, siendo sus atribuciones ordenar y disponer, de un modo absoluto, de la mitad de las rentas del reino, á fin de pagar «sueldos de empleados, feudos y limosnas, rentas, atrasos, obras públicas, deudas generales y particulares.» La otra mitad se concedia al rey y á su consejo de hacienda para subvenir á los gastos «de la persona real, de su casa, de los militares, artillería, fortificaciones, guarnicion, embajadas, pensiones, donativos, recom-

pensas, beneficios, fábricas, y otros gastos de S. M.» Finalmente, para remediar la urgencia del momento, imponian un sueldo por franco «en toda clase de víveres y mercancías, por pequeñas que fuesen, vendidas á destajo;» contribucion que, segun decian, debia subir á mas de 5.000,000 de francos, permitiendo al rey poner en pié de guerra un ejército de veinte mil hombres.

Tal fue la obra de los Notables de 1596, donde se ve que la clase media no iba á ciegas, y que «como primer ensayo, intentaba un golpe maestro.» Desgraciadamente faltaban á esta organizacion rentística y política del reino, elementos de buen éxito que aquellos ciudadanos no podian adivinar, y que pronto llamaron la atencion de Sully.

Cuando fue sometida al exámen del rey y de su consejo de hacienda, se levantó un grito unánime mostrando á Enrique la culpable audacia de aquellos Notables, que propendian nada menos que á elevar altar contra altar, á formar un Estado en el Estado, á establecer dos reyes en la monarquía. Convencido Enrique de la solidez de tales argumentos, y resuelto á desechar las culpables proposiciones de la asamblea, quiso sin embargo que en el consejo cada cual expresase su opinion acerca de las mismas. Cuando llegó el turno á Sully, este calló contra su costumbre, declarando entre formal y burlesco, que no podia opinar sino como los demás. El rey quedó admirado, y recelando que habia respondido asi para salir del paso, y que sin duda tenia algo que manifestarle particularmente, remitió la decision al dia siguiente y se fué á comer.

Terminada la comida, Enrique y Sully se encontraron solos. Las proposiciones de los Notables eran sin duda impertinentes y absurdas; pero ¿de qué servia alarmarse por ellas? ¿Podian llevarse á cabo? ¿No disentian de la forma de un Estado puramente monárquico, del valor, la prudencia y la experiencia de un gran rey, de la calidad de los negocios corrientes, de la condicion de los tiempos, de la disposicion de los ánimos, hasta el punto que caerian por su propio peso en cuanto se tratase de ejecutarlas? «Pero (dijo el rey) ¿qué seguridad teneis en »vuestro dictámen opuesto al mio y al de los de»más de mi consejo? ¿En qué razones apoyais »vuestro modo de ver, para que os crea, y me »persuada de que, siguiéndolo, no atraeré sobre »mí la censura, ni correré peligro?»

A esto contestó Sully que, consideradas naturalmente las proposiciones de los Notables y refiriéndolas á lo que habia observado del carácter de cada uno, sin olvidar lo mal administradas que se hallaban las rentas en las provincias, habia deducido consecuencias infalibles, y formado razones cuya solidez apreciaria fácilmente Enrique; que no las habia expuesto en el consejo porque deseaba comunicárselas á él solo, y que pudiera aprovecharse de ellas y acrecer su gloria personal, contrariando la opinion de todo el consejo. Hizo notar á Enrique, que en el nombramiento de los individuos del consejo de Estado ocurririan dificultades sin número, y que si llegaran á nombrarse les costaria infinito trabajo ponerse de acuerdo sobre cualquier punto, impulsados de contrarios intereses y de pasiones envidiosas; que estas disidencias aparecerian especialmente al tratar de distribuir el dinero de que podian disponer; que en aquellas circunstancias, era imposible calcular con exactitud las rentas del reino, hallándose unas en aumento, otras en disminucion, y algunas próximas á desaparecer; que si quisiese plantear aquel sistema, los Notables incurririan en mil errores, redundando estos en su descrédito y vergüenza, de modo que hallarian arrepentimiento, bochorno y disgusto, donde habian imaginado provecho, gloria, autoridad «pues »no estaba en su mano impedir que S. M., he»chos los aprecios, eligiese las rentas que le »agradasen para componer su lista civil de cinco »millones de escudos, con que deseaban se con»tentase»; que en tal caso, él, Sully, indicaria las elegibles, para que sus rendimientos se aumentasen en una tercera parte al poco tiempo, y fuesen en dinero de fácil salida, sin apariencias falsas, ni quejas del pueblo, mientras que lo que tocase á los notables decaeria rápidamente, atrayéndose por lo tanto el ódio del pueblo, y las quejas, reprensiones é importunidades de los poderosos; que el ejemplo del sueldo por franco seria una indudable prueba de lo dicho, pues destinando los productos de este impuesto á su porcion, no sacarian jamás arriba de doscientos mil escudos netos; y tomando en su lugar las rentas de las provincias empeñadas, las partidas casuales, las gabelas, los bosques, los dominios mal enagenados, los impuestos sobre rios, las patentes de provincias, los subsidios antiguos, etc., era indudable que se doblarian y triplicarian en dos años; que este aumento era tan seguro, como que personas de caudal, á quienes habia recomendado el silencio, le habian firmado ya las ofertas.

Enrique se convenció, y presentándose á la asamblea de los Notables, declaró que aprobaba las tres proposiciones; tanto era su deseo de complacer á sus súbditos, de acceder á sábios consejos y de probar que amaba al pueblo como á sus hijos. Que les suplicaba nombrasen dentro de veinte y cuatro horas las personas que debian componer el consejo de Estado, que habian pedido con tal urgencia, y que procediesen en seguida al aprecio de las rentas de Francia, comprendido el nuevo impuesto del sueldo por franco, que con tanto acierto habian ideado; que teniendo este aprecio á la vista, haria luego la distribucion entre ellos y él, conforme á su deseo, no dudando se le permitiria escoger entre los lotes aquellos que reputase mas á propósito para su ejército, en quien descansaba la defensa del Estado y la seguridad de todos. Que, por lo demás, se alegraba de tal distribucion, para ver cuáles eran mejores administradores, si ellos ó él y su consejo.

Sucedió como habia dicho Sully. El consejo de Estado no tardó en conocer cuán erróneo habia sido el cálculo de las rentas del reino; de donde se originaron disputas y recriminaciones entre sus individuos; y mezclándose el amor

propio, tuvieron que apelar á Sully. Este, sin embargo, declinó tal honor, hasta que el rey, á quien se rogó interviniese entre ellos y él, le mandó que accediese á sus deseos; pero ni aun asi se mostró Sully mas dispuesto á favorecerlos y auxiliarlos; visto lo cual por ellos, se dirigieron en cuerpo al rey y se despidieron, confesando que «habian cometido una gran falta en »querer entrar á la parte con él, que sabia mas »que todos, y que administraria mejor por sí »solo todo el reino, que ellos juntos una parte.» El rey se hizo de rogar; pero únicamente *para dar mas valor á su mercancía*, como dicen los sectarios de Sully.

Tal es la historia, y nos hemos extendido algo, porque nos pareció curiosa, instructiva y característica, del modo de proceder de Enrique y Sully en general. ¡Qué profunda diferencia entre aquel siglo y el nuestro, en el cual vemos realizado en la cámara de diputados el consejo que inventó la clase media en tiempo de Enrique IV y que Sully condenaba á perecer al cabo de tres meses «como compuesto de tantas cabe»zas, escogidas en las diferentes provincias, to»dos de distinto carácter y con diversos intere»ses, tanto por consideracion á sí como á sus »provincias, sin poder ser regularizadas por la »absoluta autoridad de ninguno!»

Encontrábase, pues, la autoridad soberana concentrada en Sully y Enrique IV, y usaban de ella de un modo insigne respecto á la Francia y al pueblo. Fuera de los dos no se veia mas que fracciones, egoismo ignorante y grosera sumision. La nobleza, descansando de las fatigas de la guerra civil, se dedicaba á buscar honores y recompensas; los ciudadanos aprovechaban la abundante mina que la industria y el comercio ofrecen siempre despues de guerras diarias; de suerte que ninguna idea política verdaderamente general y encaminada al bien de todos brotaba, á no ser de la cabeza de Enrique y de su ministro. La forma y el fondo eran completamente monárquicos en Francia. En tal situacion un problema de alta política surgió de repente entre ambos gobernantes, y sugiriendo dos soluciones distintas, los opuso el uno al otro, en cuanto oponerse podian Sully y Enrique. Tratábase de las manufacturas del país dirigidas al lujo, y de si se debia permitir ó no al pueblo dedicarse á esta industria naciente, Sully estaba por la negativa y Enrique por la afirmativa. Sully habló duramente contra el lujo y el envilecimiento de la nobleza, consecuencia inevitable del incremento de las manufacturas; Enrique, no queriendo enemigos que combatir, y pareciéndole que los únicos verdaderos y hasta posibles los hallaria en la nobleza, deseaba abrir á la actividad turbulenta de esta el desahogo corruptor del lujo. Sully practicaba las virtudes enérgicas, Enrique las fáciles y dóciles. Ninguno de los dos vió claramente el desarrollo social del pueblo en el fondo de la cuestion; pero Sully á lo menos tuvo sobre su señor una inmensa ventaja; pues, sin proponerse por punto principal y directo el desarrollo social del pueblo, la rectitud de su corazon y de su entendimiento le llevó á sostener y defender esta causa; y hablando en la apariencia á favor de los nobles, se encontró que habia sustentado una tésis popular, apoyándola con altas razones no rechazadas por el porvenir.

Era el año de 1603; y queriendo Enrique introducir en el reino las moreras, la fábricacion de la seda y las demás manufacturas estranjeras no conocidas aun en Francia, llamaba operarios y construia edificios á propósito, todo lo cual producia grandes gustos; Sully se oponia á estos desembolsos y suscitaba mil obstáculos. Enrique incomodado fué un dia al arsenal, y pasó entre ellos el siguiente diálogo:

El rey. No sé qué capricho os induce á oponeros á lo que quiero establecer por mi satisfaccion particular, por hermosear y enriquecer mi país y desterrar del pueblo el ócio.

Sully. Señor, en cuanto á vuestra satisfaccion, mucho sentiria oponerme á ella directamente, costase lo que costase; pues habiendo pasado al través de tantas fatigas, adversidades, peligros, desde vuestro nacimiento hasta hoy, es justo, ahora que vuestro Estado reposa, y que va mejorándose, que tambien vos disfruteis algun recreo; asi, si el gasto fuese exorbitante, os diria solo que no convenia con el designio que me hicísteis proponer, como espontáneo, al rey de Inglaterra; y os obedeceria con los ojos cerrados. Pero decir que en esto estan unidos á vuestro placer, la comodidad, la hermosura y la riqueza del reino y de vuestros pueblos, no lo puedo comprender. Si pluguiese á V. M. oir con paciencia mis razones, estoy seguro, conociendo como conozco la penetracion de su ingenio y la solidez de su juicio, de que aceptaria mi opinion.

El rey. Sin duda, quiero que hableis; y me alegro de escuchar vuestras razones; mas quiero que vos tambien oigaís las mias, pues valdrán mas que las vuestras.

Sully. Si hubiese creido, señor, que os inclinábais tanto á las opiniones de las villas y de los Comunes, me hubiera abstenido de esponeros las mias, que nunca tendrán otro fundamento que vuestra voluntad. Pero, en cuanto á mis razones, ya que V. M. se digna oirlas, las expondré de manera que, si ahora las desprecia, quizá en lo sucesivo sienta no haberlas atendido. En primer lugar, debeis considerar que Dios ha querido dar abundancia á cada país de ciertas propiedades y comodidades, mercancías, materias, artes, oficios particulares, no comunes á los demás, ó á lo menos no de calidad tan superior, para que el tráfico y comercio de unos artículos con otros, segun escasean ó abundan, mantengan entre las naciones mas distantes el trato, la conversacion y sociedad humana: prueba de ello son los grandes viajes á las Indias orientales y occidentales. En segundo lugar, debe examinarse si este reino tiene un clima, una situacion, una elevacion de sol, una temperatura de aire, una calidad de terreno, una inclinacion natural de pueblos que contrarien los designios de V. M. En tercer lugar, si la estacion de primavera no es fria, húmeda y demasiado tardía, tanto para que nazcan y vivan los gusanos de seda, como para criar la hoja con que se les ha de mantener, y que por

prisa que se den los cultivadores á plantar moreras; no se tendrán, en cantidad suficiente, hasta dentro de cuatro ó cinco años. En cuarto lugar, si emplear á vuestros súbditos en este método de vida, que parece mas bien meditabundo, ocioso y sedentario, que no activo, los distraerá de la vida laboriosa en que necesitan ejercitarse para formar buenos guerreros y para sacar provecho de tantos buenos territorios que Francia posee en mas abundancia que ningun otro reino del mundo, escepto Egipto, y cuyos productos son causa de todo el oro y la plata que entran en el reino; de suerte que tales ocupaciones valen mas que todas las sedas y manufacturas procedentes de Sicilia, España é Italia. Tan lejos está de acomodar á vuestros pueblos y de enriquecer al Estado la introduccion de esas caras y ricas telas y mercancías, como que les harian entregarse al lujo, á los deleites, á la holgazanería, á los escesivos gastos, principales causas siempre de la ruina de los Estados, porque los privan de soldados leales, valientes y laboriosos, que V. M. necesita mas que de todos estos pisaverdes de la córte y la ciudad, vestidos de púrpura y oro. En cuanto á que se lleven fuera de nuestro reino el oro y la plata, nada es mas fácil de evitar, sin perjuicio de ninguna especie, prohibiendo todo lo que es mera pompa y superfluidad, y reduciendo á las personas de todas las condiciones, hombres, mujeres y niños, en cuanto á los vestidos, muebles, habitaciones, jardines, piedras preciosas, plata, caballos, carruajes, equipajas, tren, perfumes, etc., á lo que se practicaba en los tiempos de Luis XI, Cárlos VIII y Luis XII, máxime á los empleados de justicia, policía, hacienda, secretaría, y á los individuos de la clase media, que son los que mas se entregan hoy al lujo. En aquellos reinados se vió que cancilleres, presidentes, secretarios y altos empleados de Hacienda tenian muy medianos alojamientos, sin pizarra, tejas, colgaduras, dorados ni cuadros; que no usaban ricas telas de seda, sino tafetan, y las esposas de algunos no tenian mas que la capucha de paño; no se ostentaban alfombras de gran valor, ni lechos de seda, ni vasijas de plata para la cocina, ni fuentes; daban á las hijas pequeños dotes, y no convidaban á parientes y amigos sin que cada uno llevase su parte á la mesa. Por el exceso de tales cosas se consume hoy diez veces mas oro y plata, que todo el que se dice ganaríamos con tener en nuestro suelo las manufacturas estranjeras.

El rey. ¿Son esas vuestras buenas razones? Mucho mejores son las mias; quiero experimentar las proposiciones que se me han hecho, y preferiria combatir contra el rey de España en tres batallas campales, que habérmelas con toda esa gente de justicia, de Hacienda, de escritorio y de ciudad, y lo que es aun peor, con sus mujeres é hijas, que me echariais encima con tantos y tantos reglamentos, los cuales soy de dictámen dejemos para otras circunstancias.

Sully. Si tal es vuestra obsoluta voluntad, señor, no digo una palabra mas; el tiempo y la esperiencia os probarán que Francia no está dispuesta para esas necesidades. En cuanto al edificio que quereis construir en las Tornelle para vuestros operarios, me alegraria eligiéseis otro sitio, tanto mas cuanto que tengo el proyecto de hacer allí una de las fábricas mas magníficas de Francia, sin que os cueste un sueldo; y estoy seguro de que cuando veais concluidos tres lados, mandareis demoler para el cuarto lo que se haya construido para vuestros operarios.

El rey. Pues bien, entonces veremos.

Habiendo entrado á la sazon el señor Zamet á anunciar que estaba pronta la comida, el rey se marchó.

No alcanzo, en conciencia, cómo Condorcet pudo decir en el siglo XVIII que Sully no tenia un sistema de administracion, y que protegia igualmente la agricultura y las manufacturas. ¿No está probado que protegió estas de mala gana y por voluntad expresa de Enrique? Enrique queria, y él obedeció; pero despues de resistir, despues de exponer sus razones y de combatir las del rey en una disputa en toda forma. En cuanto á sistema; ¿cuál mas claro y evidente que el suyo? ¿En qué términos elevados no lo expone en la amistosa conversacion que acabamos de citar? La economía política no ha superado despues esta alta y sencilla elocuencia; nadie ha tenido una idea mas grande y mas clara de la verdadera naturaleza del comercio. Francia no es el mundo; los Franceses no son la humanidad; y el mundo y la humanidad toda son necesarios al hombre, al individuo, á la coleccion de individuos, á la Francia. Sully anuncia este hecho divino; establece este gran principio, del que saca las consecuencias, 1.° de la necesidad del comercio, y del *trato, conversacion y sociedad humana* de todas las naciones; 2.° de la especie de lesa-divinidad y de lesa-humanidad que se encuentra en las tentativas de ciertas naciones, que para colmo de gloria quisieran encerrar en su territorio á todo el mundo, y á toda la humanidad en su escasa poblacion. Estas en Sully son dos ideas puras y vírgenes, que mas adelante, contaminadas y alteradas, se dividieron entre la escuela económica francesa de Quesnay y la inglesa de Adam Smith. Sully no dice que el comercio sea improductivo; ni pretende que la industria manufacturera autóctona, digámoslo asi, aquella que indica claramente en estas palabras: «Dios ha querido dar abundancia á cada país de ciertas propiedades y comodidades, mercancías, materias, *artes y oficios especiales y particulares, no comunes ni* tan buenos en otros puntos,» sea improductiva y deba proscribirse; ni afirma que solo la agrícola produce. Al contrario, declara que el comercio, la agricultura y las manufacturas son productivas y de derecho; pero solo cuando son auctótonas, pues entonces su carácter es ser esencialmente humanitarias, esto es, tender á realizar la unidad de la tierra bajo el aspecto del suelo y de los hombres. Tampoco dice Sully: «Libertad de comercio; y las manufacturas que han prosperado largo tiempo, sucumban ante sus jóvenes rivales,» dice así: «Libertad de comercio, pero no competencia; las manufacturas, una vez exhaustos los jugos nutritivos de un suelo, surjan en otro, pues la tierra es una, y una la humanidad; las naciones, los hombres todos deben vivir en trato, conversacion y so-

ciedad humana.» Nada conozco mas verdadero, mas grande y fecundo que este modo de observar la cuestion de la industria manufacturera en particular, y de tratar la economía política en general. ¡Qué profunda y característica diferencia entre las razones espuestas por Sully y las de Enrique! ¡Cuán pequeñas y débiles son las de Enrique comparadas con las altas y religiosas de Sully! Dios, la vida en el hombre y fuera del hombre, en las naciones, en la humanidad, en el mundo, son las causas primeras y últimas en que Sully apoya su parecer.

Diríase, sin embargo, que Sully retrocede, no al siglo de Luis XIV, sino al de Luis XI, Cárlos VIII, Luis XII. Conoce tan poco la verdadera naturaleza del hombre, impelida de contínuo á buscar nuevas riquezas, que se opone obstinado á los descubrimientos de la industria por la acusacion frívola y vulgar de lujo y corrupcion. ¡Cuánta sed de grosera barbárie! ¡qué amor á la austera y ruda ignorancia de los abuelos! ¡qué teoría la suya respecto al oro y la plata!

Pero, tales formas ásperas y repugnantes ocultan una idea profunda. No sin razon, ciertamente, han clamado los filósofos en todos tiempos contra el lujo de los vestidos, de las mesas, de las casas; Cristo y sus discípulos alabaron las dulzuras y las virtudes de la pobreza, estendida hasta el reino de la inteligencia; los pueblos anatematizaron á las clases ricas, y Rousseau en el siglo XVIII consideró en el individuo aislado al pensamiento como un lujo nocivo y corruptor; por último, la historia llamó siempre lujo á la causa principal de la caida de Roma y otras naciones antiguas, ¿y el motivo de esto? El mismo que, en la disputa suscitada por el capricho de Enrique, hace á Sully hablar de Dios y de la Providencia. La tierra es una, una la humanidad, uno el hombre; todas las naciones, todos los hombres deben vivir en trato, conversacion y sociedad humana; y por lo mismo, todo el que vive solitario, no en comunicacion con todos, es un ser depravado, cuyas razones de esistencia se encontrarán tarde ó temprano insuficientes contra la justicia divina. Ahora bien, el rico orgulloso; el rey que vive en la molicie y en la opresion de sus pueblos, el pensador insensato á quien Dios jamás se revela, la clase que prospera á costa de las que sucumben bajo el peso del trabajo y de los padecimientos, la nacion que especula con la ruina de las demás, están en ese caso; todos los solitarios, todos los que se sitúan fuera de la comunion general, y no practican el trato, la conversacion y la sociedad humana, son gente depravada, y no podrán luchar con la justicia divina que, tarde ó temprano, los borrará del libro de la vida; así pues, el objeto que los hizo ser tales, esto es, el amor insensato, ignorante, egoista de las riquezas y los deleites, es un objeto digno de reprobacion. De donde resulta que la oposicion en el discurso de Sully es solo aparente, y se encuentra no en el fondo, sino en la forma; y se engañaría mucho el que tomase á la letra la ignorante apología que Sully hace de las costumbres francesas en tiempo de Luis XI, Cárlos VIII y Luis XII: los que, como él, tienen el sentimiento vivo de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad de los hombres, y no saben resolver este problema, han errado como él, presentando todos la misma solucion, la vuelta hácia el buen tiempo antiguo, pintado idealmente, el nivel de la miseria y la pobreza, que Robespierre y Babœuf intentaron poner otra vez en boga en tiempo de la revolucion.

Con justicia fue, pues, Sully mirado instintivamente por los pueblos como un pensador en economía política; y hay mas verdad de la que cree Condorcet en la imágen que representa á Sully en oposicion con Colbert, como jefe de escuela política y económica; ó para hablar con mas acierto, segun nosotros, Sully no pensó ni hizo nada, durante su administracion, que pueda servir de testo á ninguna de las sectas posteriores, las cuales, dejándose llevar de su esclusivismo, redujeron los límites de la ciencia económica. Sully consideró la economía política de un modo vasto; no como resultó de los erróneos sistemas indicados, sino cómo el porvenir la conocerá. Tuvo el sentimiento de la asociacion humana, de la asociacion de todos los pueblos por la produccion; tuvo el sentimiento de que la produccion no se debe regular segun el egoismo, pues que la utilidad individual ha de estar ligada á la de todos. De este principio, que es en suma la solidaridad de los hombres y la unidad de la especie, no formó el miserable sistema del egoismo mercantil, ó de la libertad de comercio, cuyas bases son el antagonismo y la competencia: al contrario, por el sentido en que se espresa, tendia á la union comercial, y no a la rapiña, bajo el nombre de competencia; á la produccion relativa á todos y á cada uno en todos, y no por miras individuales y por odio ó desprecio de todos. Esto no es mas que un gérmen de doctrina en Sully; pero un precioso gérmen, puro y virginal; mientras que la idea económica de la escuela inglesa, que evidentemente se refiere en la forma al mismo concepto, carece de moral y de profundidad, está contaminada por el egoismo y vale de consiguiente poco; idea que el porvenir mas ilustrado condenará, no solo como inmoral, sino como ininteligente y científicamente falsa.

En segundo lugar, sobre la cuestion de la industria agrícola y manufacturera diremos, que propiamente Sully no rechazó esta última, ni el lujo bien entendido, sino el lujo egoista, perverso, que sirve para oprimir á los mas en favor de los menos. En esto tambien es pueblo, aun cuando parece exaltar á la nobleza y reclamar para ella una grandeza quimérica. Conoce que ese lujo egoista, separando á los hombres, separa las naciones y las pierde. Teme las manufacturas que le dan pábulo, y quisiera que sobre el lujo privado prevaleciese el lujo universal, es decir, las artes útiles á todos, y ante todo la agricultura y los pastos, fuente de vida del Estado. Colbert, dando incremento á las manufacturas, caminó directamente á enriquecer la clase media, y solo indirectamente y como por fatalidad fue mejorada la condicion de los inferiores: Sully sin rechazar la industria, la miraba respecto á to

dos. Estaba determinado que las clases se elevasen sucesivamente, tiranizándose una á otra, y olvidando ú oprimiendo á las inferiores, que de este modo servian de escabel. Colbert y su escuela, esto es, el *mercantilismo*, cooperaron asi al incremento de la humanidad. Pero, como hoy vemos el fondo propiamente de las naciones, que es el pueblo, osamos decir que Sully, dotado de sentimiento religioso, tuvo una intuicion superior de la verdadera economía política, y que su sistema, si tiene sistema, era todo en beneficio de la multitud; osamos decir que, al través de las preocupaciones que le encubrian la verdad tal como aparecerá en el porvenir, descubria sin embargo esta verdad y con la intencion se dirigia á ese porvenir. Si tal es la propiedad de los grandes hombres, dejemos á Colbert sus méritos, pero no comparemos lo que es incomparable: en Colbert aparece un grande administrador; en Sully un filósofo.

Nos hemos estendido en esta parte de la vida de Sully, en que figura mas que Enrique IV, imitando al botánico que consulta primeramente la flor y el fruto del árbol que encuentra. Pero, ¡qué larga mies la de la parte guerrera y épica, en que Enrique figuró mucho y Sully poco! ¡Cuántas anécdotas curiosas é interesantes, que nos mostrarian á Sully vivo y respirando en medio de nosotros! La tomaremos desde los doce años (1572) cuando su padre le entregó al príncipe de Navarra. En la pasion única de aquel padre por restaurar su casa decaida, y en los consejos que dió á su hijo, hallaremos el orígen de la inclinacion económica de nuestro héroe. Le veremos en el colegio de Borgoña estudiar principalmente historia y matemáticas, y su ejemplo nos probará la desmedida influencia de la historia, que le convirtió, por decirlo asi, en un antiguo romano, y no le permitió ver en lo sucesivo á Enrique sino bajo la máscara de César. Sorprendido á los diez y seis años por la vida militar celebraremos su ardor que le hacia buscar hasta los mas vulgares peligros, y el instinto del genio enteramente popular, que le indujo á estudiar el oficio de las armas, no como noble y teórico, sino de un modo varonil y práctico, llevando al principio en la infantería la ruda existencia del simple soldado. No pasaremos en silencio sus maneras francas, y sin embargo llenas de reserva y prudencia, en medio de aquella nobleza católica y protestante que seguia la bandera de Enrique; su aislamiento absoluto de los intereses distintos, opuestos y personales de los jefes de dicha nobleza; la especie de culto solitario que tributaba á la Francia y á la monarquía en la única persona de su señor. Es tambien digno de mencion el episodio de su viaje con el duque de Alenzon á los Paises Bajos; su vuelta al lado de Enrique, sus servicios en varios géneros, sus disposiciones domésticas para subvenir á los gastos personales requeria que la renovacion de las hostilidades, el celoso cuidado de sus bienes, sus beneficios en la guerra y en la venta de la leña y del heno, y el uso que hizo de ellos en provecho de su rey. Pero ¿de qué sirven tantos pormenores? Baste decir que fue en la guerra lo que era en la paz; que en ningun otro apareció mejor la unidad de la vida, producida por una conviccion profunda en principios ciertos y suficientes; que su firme voluntad le ayudó á vencer obstáculos insuperables para otro cualquiera.

No nos detendremos tampoco en los planes de Enrique sobre la política estranjera; Sully habla varias veces de ellos, calificándolos de magníficos y adoptándolos por completo; Voltaire los trata de fábula ridícula, y no creemos que los historiadores les atribuyesen grande importancia. Pero ¿por qué este mentís dado á Sully? ¿Son indignos del carácter de Enrique esos proyectos? El mismo Sully dice, que cuando le fueron comunicados la primera vez, le parecieron absurdos é impracticables; pero que despues de maduras reflexiones, no solo cesaron de parecerle tales sino que le asombró su grandeza. En efecto, nada menos se trataba que de fundir juntamente la idea política y religiosa de las Cruzadas con la de la monarquía universal, acariciada tambien por Cárlos V. Ahora bien, ¿cómo fundirlas siendo entrambos impotentes al efecto? Del siguiente modo. Enrique sometia la idea de Cárlos V y de Carlomagno al espíritu protestante, y asi toda Europa venia á ser una república cristiana. Componíase de quince dominios, sujetos á cuatro formas; aristocrática, monárquica, democrática y mista; estension casi igual; una especie de concilio anfictionico para decidir sus disputas; solo tres religiones admitidas. Todas contribuirian á sostener un ejército que guiado por jefes hábiles, combatiese á los infièles y los rechazase á Asia.

Nos asisten muchas razones para creer que Sully no mintió al suponer á Enrique esta grandiosa idea, y si faltan otras pruebas en los archivos de Francia ó del estranjero, resta para convencerse observar la posicion especial de los dos *conspiradores*. Conspiraban en lo interior contra la nobleza, y en lo esterior contra los reyes, y estaban solos, enteramente solos. Realistas en Francia y por la Francia, eran ardientes republicanos en Europa y por la Europa. En lo interior buscaban la mas alta espresion de la monarquía, cuyo modelo inimitable es Dios, con sus atributos de poder, justicia, bondad; en lo esterior procuraban disponer un mundo cristiano, pacífico en sus elementos, guerrero y conquistador ante el mundo infiel. Muy bien pueden abrigarse en la mente tales ideas, y hacerlas dominar en sus acciones, aunque se viva en un reino agitado todavía por las últimas emociones de una guerra civil y religiosa, y aunque todas las naciones circunvecinas sean víctimas de guerras de ambicion, de religion, de libertad; pero á condicion de tenerlas bien ocultas en sí, y no esponerlas á la brutalidad de un mundo, que no solo las ignora sino que las rechaza, porque profesa ideas contrarias y hostiles.

Tienden á abatir la casa de Austria, y á debilitar en política y territorios á España, y por lo mismo que esto podia hacerse, fue declarado públicamente. En cuanto á los historiadores, no vieron mas que la señal y el apogeo de la política esterior de Enrique, lo cual reducia esta á las miserias de la política general de los reyes de los siglos XVII y XVIII, y creyeron no deber tener en cuenta una política intermedia entre la de

Cárlos V y la de las córtes de aquellos dos siglos. Nosotros, sin embargo, queremos ver una intuicion mas vasta de la verdadera política, casi un pronóstico en el alma de un príncipe como Enrique, y nos obstinamos en creer á Sully.

Hallándose contenido virtualmente en Enrique y Sully cuanto pertenecia á la política interior y esterior, todo debia venir á tierra, ó á lo menos correr gran peligro, á la muerte de cualquiera de los dos, y este espectáculo presentó Francia cuando Enrique murió á manos de Ravaillac (1610). Como un hombre herido por una bala se mantiene unos instantes en pié y luego vacila y cae, asi le sucedió á Sully. Traspasado en Enrique á la mitad de su carrera, arrastró en la soledad largos dias, pero inútiles á la Francia. La política de su señor y la suya desaparecieron á un tiempo; se volvió á la antigua idea de la monarquía que no tomaba por tipo el Dios, sino la imágen alterada de Dios, el hombre, el propietario, que puede usar ó abusar segun le plazca, y en la historia el reino de Enrique fue escepcional, estraño, sin pasado ni porvenir, arrojado entre la raza espirante de los Valois y la naciente de los Borbones.

Superior á la nobleza y á la plebe, no mirando ante sí mas que la Francia, Enrique habia podido sin verter sangre, dominar á plebeyos y nobles, no obstante las anárquicas inclinaciones de los unos y la soberbia de los otros; pero no pudo hacer lo mismo la monarquía, descendida de golpe á la persona de Luis XIII, y que tropezando con la nobleza imprudente, empezó de nuevo la lucha, lucha terrible en que el sucesor de Sully no fue noble ni protestante sino sacerdote y político y se llamó Richelieu.

Ayudado por Enrique IV, Sully cuidaba del pueblo y servia en esto tambien á la nobleza: Richelieu, protegido por Luis XIII, abandonó al pueblo, y sacando únicamente á salvo la monarquía de en medio de la nobleza enemiga de la obra de Enrique IV, no lo favoreció sino de un modo indirecto: hiriendo en el bosque los árboles de la nobleza, tan elevados como la encina real, hizo surgir solitario y sin rival este árbol. y al mismo tiempo dió luz y aire á los arbustos populares.

Pero apenas murieron Luis XIII y Richelieu, otra sublevacion de la nobleza, como la ola muerta de un inmenso Océano, fue á estrellarse al pié del naciente trono de Luis XIV, mezclándose con el murmullo mucho mas significativo de la multitud. Esta nobleza, sin porvenir, queria tener un presente, y no pudiendo ser soberana, aspiraba á ser la fuente inspiradora y el objeto de la monarquía. El pueblo, por otra parte, pedia un presente porque habia carecido de pasado, porque queria un porvenir, porque aspiraba á la soberanía. Este movimiento y estos rumores son reprimidos fácilmente por Luis XIV, y Colbert inclina la autoridad real, no hácia el pueblo, como Sully, sino hácia la fraccion dominante del pueblo, á la que tiene mas viso á causa de sus riquezas, los comerciantes.

Tales son los diversos caractéres de estos tres ministros. Junto al poder soberano, al poder que con el nombre de real cubre el germen de la *unidad* que revelará el porvenir, son los enviados y representantes de los tres estados, pueblo, rey, ciudadanos; fuentes de tres soluciones distintas. El pueblo envia á Enrique á su ministro Sully; el rey mismo, Luis XIII, coloca en primera línea á Richelieu; los ciudadanos, la clase media, dan á Luis XIV el ministro Colbert. Y cada uno de estos es en sí un signo de alianza y una condicion de ser para la monarquía. Si se les suprime, todo degenera, el órden desaparece, reina la anarquía, la Francia no tiene unidad.

Pero ¡qué falsa unidad, qué órden bárbaro produce cada uno de estos ministros! El argumento mas fuerte contra la grosera idea que cada cual se forja de la verdadera política, es la historia de sus propias obras. ¿Qué es la política? La alianza en el corazon de cada hombre, y por lo tanto de hombre á hombre, en el seno de lo que se llama Sociedad ó Estado, de los tres sentimientos espresados con las voces de *libertad*, *fraternidad*, *igualdad*; en otros términos, es la realizacion, en la sociedad humana, de los tres atributos de Dios, *poder*, *bondad*, *justicia*. El órden político, en su perfeccion, debiera ser, como Dios, poder, bondad, justicia, á fin de que cada hombre fuese un poder ó una libertad, una bondad ó una fraternidad, una justicia ó una igualdad; pero realmente, en su imperfeccion comparativa con este ideal, ha estado hasta hoy compuesto de tres términos: una *aristocracia*, que corresponde al poder de Dios ó á la libertad del hombre; un *pueblo*, que corresponde al término de bondad en Dios ó de fraternidad en el hombre; un *rey* ó una *monarquía*, que corresponde á la justicia divina ó á la igualdad humana. Hágase caminar de acuerdo á estos tres términos, hágaseles bajar, digámoslo asi, del cielo á la tierra, y pasar del ideal divino á la política, y se tendrá el órden verdadero, la verdadera política; pero si se sacrifican dos términos al tercero, ó uno á los otros dos, el órden se convierte en desórden. Ahora bien, supóngase (y esta suposicion ha sido hasta aquí la realidad) que un rey ó un ministro se crea investido de la monarquía como de una propiedad, y que, en virtud de este supuesto derecho, usando y abusando de ella la falsee, ciñéndose á realizar un aspecto solo; asi se tendrán los tres tipos de los grandes pero imperfectos ministros Sully, Richelieu y Colbert, que sucesivamente hicieron predominar en la política de sus señores uno de los tres términos de la verdadera política sobre los otros dos, y no sirvieron mas que para engendrar fases realmente bárbaras del verdadero órden, como lo concibe hoy el entendimiento humano. Sully, quizá el mas insigne, y sin duda el mas simpático, consiguió solo que prevaleciese el atributo bondad, y este predominio constituye la unidad del reinado de Enrique: lo cual no deja de ser un error, pues al paso que prevalece la bondad, no existe unidad ni órden, el poder y la justicia son vanas sombras conocidas con el nombre de arbitrariedad y despotismo, y la misma bondad da malos frutos. Richelieu no ve posible la unidad sino en el predominio del atributo justicia: error igual, aunque diferente, y cuyas consecuencias son tambien la arbitrariedad y el despotismo, ademas de la crueldad en ma-

yor dósis; pues esta justicia real, que no se regula sino por el príncipe ó su ministro, no estando dirigida, en el corazon mismo del omnipotente ministro, por la bondad, es necesariamente despótica por esencia, y aun cruel si asi conviene; se la llama y cree justicia, y es solo su fantasma. En fin, Colbert, en pos de otro error igual, pero distinto, reproduciendo, como los dos anteriores, pero en dósis diferentes, el despotismo, la crueldad, la arbitrariedad, ve la unidad en el predominio del atributo poder; y las obras de cada uno nacen con él y con él desaparecen, dejando á las sociedades humanas la duda y la anarquía por eternas bases de su existencia.

Observemos ademas la miserable índole de la monarquía, segun se ha entendido hasta ahora, impelida en tres sentidos diversos, perpetuo juguete de la aristocracia ó de la democracia. En todos los tiempos y lugares, la nobleza feudal, guerrera, honorífica ó ciudadana, se atraviesa en su camino, y quiere sujetarla y dirigirla contra el pueblo de los campos y de las ciudades, artesanos, comerciantes, pastores ó proletarios, el cual, á su vez pretende lo propio; ó se encuentra perseguida por un hombre solo, que la quiere para sí únicamente. Y aun en los casos en que se mantiene libre, aprovechándose con habilidad del inmenso conflicto que surge y se perpetua entre el pueblo, el rey y la nobleza, todos animados del mismo instinto, del mismo amor á la riqueza, de la misma creencia en el modo de gozar, de la misma ciencia para proporcionárselos, se ve obligada á adoptar los colores de uno ú otro, hostil á los demás. Con Enrique IV toma los colores del pueblo; con Luis XIII los del rey; con Luis XIV los de los ciudadanos ricos y fastuosos.

Se ha dicho que la monarquía de lo pasado era la unidad, representaba la unidad; tal vez sea cierto; pero ¿caracteriza la unidad el ser tán versátil en sus expresiones; el verse continuamente atacada, amenazada, y pasar y volver á pasar bajo uno ú otro yugo?

Tal nos parece el sentido de la vida de Sully: ¿qué es lo queda de los hechos y costumbres de su época, del mundo de su tiempo? El recuerdo en la historia. A los pocos años de muerto Enrique se presentó Sully en la córte de Luis XIII, y su aire extraño y el corte de sus vestidos, excitaron las burlas de los cortesanos. Nosotros no hemos querido seguir el ejemplo de estos, que se aficionaban á la forma despreciando el fondo, y de los cuales se vengó Sully, diciendo á Luis estas admirables palabras: «Señor, cuando el »rey vuestro padre, de gloriosa memoria, me ha»cia el honor de consultarme, antes de entrar »en materia, mandaba pasar á la ante-cámara á »los bailarines y bufones de la córte.»

Tomado de la *Enciclopédie Nouvelle.*



SMITH (el capitan)

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

NUM. XXV.

EL CAPITAN SMITH.

(1579—1631).

El capitan Juan Smith, nació en 1579 en Willoughby, condado de Lincoln. Desde la infancia admiraba por su temerario ardimiento á sus condiscípulos y hasta á su maestro. A los trece años deseó ver el mar; y habiendo vendido libros, juguetes y todo para reunir algun dinero, se disponia á marchar, cuando murió su padre. Cayó entonces bajo la tutela de personas flemáticas, á quienes el carácter novelesco del jóven pareció una locura lamentable, y decidieron velar sobre él con benevolencia, es cierto, pero con mas severidad de la que podia resistir un alma de suyo independiente. A los quince años le colocaron en casa de un comerciante, que no economizó, respecto de él, amonestaciones ni trabajo.

Era uno de los principales de Lynn; hacia gran comercio por mar, y el jóven Smith esperaba le cometiese algun encargo que le permitiese embarcarse; pero no oyendo palabra alusiva á esto, se cansó, y con 10 chelines en el bolsillo, abandonó al comerciante y los negocios, sin decir á Dios ni al diablo. Su buena estrella le hizo tropezar con un jóven lord, que iba á dar la vuelta á Europa, seguido de numerosa comitiva. Smith entró á su servicio, pero á los pocos meses se disgustó y fué á sentar plaza en el ejército holandés. Allí permaneció tres ó cuatro años; luego, acogiendo las ofertas de un noble escocés, que le prometia eficaces recomendaciones en la córte de Jacobo VI, volvió á pasar el mar, y marchó á Escocia. Burlado en su esperanza, partió de la córte y se trasladó á su ciudad natal; pero repugnándole los frios cálculos de sus compatriotas, se fué á vivir solo en medio de los bosques, con libros de táctica é historia militar, un caballo y una lanza. Asi pasaba el tiempo entre el estudio de la guerra y el ejercicio de las armas, sin ver otra cara mas que la de un escudero italiano del conde de Lincoln, y habiendo entrado en posesion de una parte de los bienes de su padre, se le despertaron los deseos de viajar, y empezó otra vez á correr aventuras. Llegó á Flandes, dejándose allí robar por cuatro perillanes franceses, los persiguió, alcanzó á uno, combatió con él, le hirió, le obligó á confesar su delito, y se puso de nuevo en viaje con valor de unos cuantos reales que le facilitó un antiguo amigo de su familia. Recorrió el litoral de Francia, desde Dunkerque á Marsella, visitando arsenales y fortificaciones, y se embarcó para Italia.

Por desgracia encontrábase solo, inglés y hereje, en medio de una partida de peregrinos que iba á la vírgen de Loreto y á Roma. De repente estalló la tempestad, y los peregrinos, echándole la culpa, le arrojaron al mar, como otro Jonás. Pudo llegar á nado á la isla de Santa María, cerca de Niza, y allí se detuvo tan solo el tiempo necesario para subir á otro barco que debia dirigirse á Alejandría, y que trabándose de palabras en alta mar con un buque veneciano cargado de riqueza, le atacó, le tomó al abordaje y le quitó cuanto llevaba. Smith, con su parte de botin, hizo le desembarcasen en Antibo, pasó á Italia, atravesó el golfo de Venecia, llegó á Estiria, y entró de voluntario al servicio del emperador, en guerrá entonces con los Turcos.

Smith, no solo valiente y emprendedor, sino tambien rico en recursos, halló modo de obligar á los Turcos á levantar el sitio de Olimpach, y ganó asi el grado de capitan en el regimiento del conde de Meldritch, noble transilvano. Despues de muchas proezas, encontrándose en el sitio de Regal, en Transilvania, se presentó un dia un heraldo del campamento turco anunciando que Turbashaw, turco célebre por su valor, retaba al mas valeroso de los cristianos á singular combate, para divertir á las damas y pasar el rato. Habiéndose echado la suerte entre todos los guerreros cristianos, tocó á Smith. El combate se verificó con toda solemnidad; las mujeras turcas estaban sentadas en los baluartes de Regal; los sitiadores formados en las trincheras; la música sonaba dentro. Smith mató al otomano, y en seguida á otro caballero turco que quiso vengar á Turbashaw. Adelantóse otro turco, un jigante, el terrible Bonny-Mulgro. En el primer encuentro Smith es casi sacado de la silla por un hachazo; los Turcos gritan alegres, sus mujeres aplauden; pero mientras seguian aun los gritos y los aplausos, Bonny-Mulgro pasado de parte á parte yacia en tierra y Smith le cortaba la cabeza. Poco despues fue tomada la ciudad.

Empero, la fortuna de las armas es variable; y antes de mucho los Cristianos fueron vencidos, y Smith quedó por muerto en el campo de batalla. Conociendo los Turcos en la riqueza de su armadura, que era persona distinguida, le trataron como á uno de quien esperaban buen res-

cate. Apenas se curó, le condujeron al mercado de esclavos de Axiópolis, donde un bajá le compró y envió de regalo á la dama de sus pensamientos en Constantinopla, diciéndole que era un señor bohemio, á quien habia cogido prisionero en la guerra. De poco sirvió al bajá esta baladronada; pues Carazza Tragabigzanda, asi se llamaba su dama, sabia italiano, y Smith lo hablaba tambien. Contóle sus aventuras, su gloria é infortunios: Tragabigzanda se compadeció de Smith, y nueva Desdémona, como dice un biógrafo del capitan,

Ella se enamoró del desgraciado,
El de su noble y celestial agrado.

Esperaba Smith un poco de reposo y de bienestar, cuando la dama, fuera por alejar las sospechas de su madre, fuera para hacer aprender el turco á Smith, le envió á su hermano Timur, bajá, á orillas del mar de Azof. Tragabigzanda le recomendó con mucho calor, no disimulando á su hermano sus sentimientos hácia el esclavo; pero el bajá se irritó de que un perro cristiano hubiese encendido el amor en el pecho de su hermana. Smith, que esperaba ser bien acogido, á las dos horas de estar en casa de Timur, habia sido ya castigado, despojado y tenia afeitada la cabeza; le pusieron un collar de hierro, le echaron encima un capoton y le mandaron á trabajar con los demás cristianos del bajá. Todos los dias el cruel Timur iba á ver el trabajo de su prisionero, y le llenaba de injurias y de golpes. Una vez que Smith se encontró con él á solas, Timur empezó á reñirle por el modo como batia el grano, y aquel, hiriéndole en la cabeza con el trillo, le derribó muerto á sus piés, le ocultó debajo de la paja, montó en el caballo árabe del otomano y huyó á escape. Cuando llegó al desierto, se orientó como mejor pudo, y al cabo de diez y seis dias de camino llegó á Exápolis, en las orillas del Don. Una señora rusa, de corazon tierno y caritativo, la princesa ó baronesa Palamata, mostró vivísimo interés por Smith, el cual, despues de unos dias de descanso, marchó á Transilvania, donde sus amigos lloraron de alegría al volverle á ver, y le proveyeron de metálico. De allí salió para Inglaterra, tocando en Alemania, Francia, España y el reino de Marruecos.

Llegó á su patria en el momento de partir una espedicion militar para establecer una colonia en América. Invitado á ingresar en ella, aceptó, contando á la sazon veintiocho años. La espedicion zarpó del Támesis el 19 de diciembre de 1606, entró en la bahía de Chesapeak el 26 de abril siguiente, y el 13 de mayo desembarcó en una península, donde se fundó la colonia de James-Town. El viajero que sube hoy por el James-River en buque de vapor, ve huir detrás de sí en aquella península una torre resinosa y los restos de un cementerio, únicos objetos que quedan de aquel primer establecimiento.

Los compañeros de Smith eran hombres medianos, que no le perdonaron su superioridad. Apenas salieron del Támesis, le acusaron de que aspiraba á hacerse rey de la colonia, y con tan frívolo pretesto le tuvieron preso durante el tránsito. Cuando desembarcaron, y abrieron las instrucciones selladas que traian, se encontraron con que el gobierno de la colonia estaba confiado á un consejo de siete personas, una de ellas Smith. Sin embargo, sus colegas le escluyeron por las supuestas tramas, y aunque pidió que se le juzgase, no pudo conseguirlo. Usó, pues, de paciencia, y marchó á hacer descubrimientos en los alrededores de James-Town, subiendo los rios, trabando conocimiento con las tribus indígenas, y visitando al rey Powhattan, el mas poderoso de los príncipes salvajes. Entre tanto la colonia estaba mal administrada; no se advertia la menor prevision, no se construia ningun edificio para el próximo invierno, se sembró poco ó nada, no se tomó precaucion alguna militar contra los salvajes que habian mostrado por dos ó tres veces malas intenciones. Un dia los soldados de Powhattan atacaron de improviso la colonia, mataron á un hombre é hirieron diez y siete. Estalló entonces el descontento contra el consejo, y en especial contra el presidente Wingfield; y habiendo aprovechado Smith la ocasion para pedir que se le juzgase, tuvieron que concedérselo. Fue absuelto, y Wingfield condenado á pagarle 200 libras esterlinas por costas y daños, que él cedió generosamente en beneficio de la colonia. Despues de esta sentencia hubo una reconciliacion no muy sincera; todos los colonos comulgaron el mismo dia en señal de olvido de lo pasado; y el capitan Newport, que los habia conducido de Inglaterra, se volvió con su escuadrilla, dejando la colonia compuesta de quinientas personas.

Pero sobrevino la escasez, y con ella las enfermedades y luego la discordia, peor aun que la peste; cincuenta colonos sucumbieron tristemente. En medio de la desesperacion general, el presidente Wingfield, de acuerdo con algunos de sus colegas, resolvió apoderarse en secreto de la única nave que la colonia poseia, y huir á Inglaterra. La trama fue descubierta, Wingfield depuesto y elegido otro en su lugar, el cual tuvo el sano juicio de dejarse dirigir por Smith, cuya hora favorable habia llegado. Smith fijó las obras que debian construirse, asignando á cada uno su parte, y fue obedecido. Se fabricaron casas, se fortificó y custodió la ciudad; él daba ejemplo á los trabajadores, afanándose mas que ellos. Como no bastaba tener donde habitar en el invierno, sino que era preciso reunir provisiones, se dedicó á almacenar víveres, especialmente maiz, que los Indios cultivaban. Habiendo encontrado en una escursion una numerosa tribu, se apoderó de su ídolo, y por el rescate del dios se hizo entregar no sé cuantos modios de maiz y tambien aves silvestres; en seguida volvió á James-Town, adonde llegó á tiempo, pues Wingfield habia renovado sus proyectos de fuga, y esta vez fue menester venir á las manos, para reducir á los conspiradores á cumplir con su deber. Por último, la autoridad se confió enteramente á Smith.

Apenas hubo restablecido el órden, cuando se abandonó á las inspiraciones de su imaginacion aventurera, mas de lo que convenia á un hombre del cual dependia el bien de la colonia. Marchó un dia á esplorar el rio Schickahomi-

ni; habiendo subido lo mas arriba que le fue posible, dejó el buque con la mayor parte de su gente en una cala, seguro de todo peligro, y se alejó solo en una balsa con dos blancos y dos indios. Los que dejó en el buque, apenas le perdieron de vista, olvidaron por su desgracia las órdenes de Smith; y como quisiesen desembarcar, fueron atacados por una tropa de Indios, que guiaba Opeschancanugh, hermano de Powhattan, el cual aborrecia á Smith. Uno de ellos fue preso y le obligaron á decir á dónde habia ido el capitan; los demás lograron embarcarse y ponerse en salvo.

Entre tanto Smith habia llegado á las lagunas cerca del nacimiento del rio. Opeschancanugh le sorprendió por la noche, mató á los dos ingleses, y Smith se encontró rodeado de doscientos hombres, y una flecha le hirió en un muslo. Se defendió con la *prevision de la serpiente* y con la *fuerza del leopardo*; mató á tres enemigos, y se escudó con uno de los dos indios, que se ató al brazo. Los enemigos atónitos permanecieron á cierta distancia; él se adelantó hácia donde tenia el esquife, pero en el camino se metió en un pantano y se hundió hasta la cintura con el indio. Habia inspirado tanto temor á los salvajes, que aun asi nadie osó acercársele, hasta que hubo arrojado las armas; entonces, sacándole del pantano medio muerto de frio, le llevaron junto al fuego, y le dieron frotaciones hasta que recobró el uso de los miembros.

Suponíase Smith perdido, viendo al lado los cadáveres de sus compañeros con la cabeza pelada (1); y le ocurrió sacar de la mochila una brújula para mostrarla á Opeschancanugh. El salvaje estaba asombrado de que aquella aguja continuara moviéndose; y mas aun, no teniendo nociones de la transparencia, de no poder coger la aguja con los dedos, aunque la veia perfectamente bajo el vidrio. Smith, para aumentar la admiracion del *sachem* y de sus soldados, se puso á hablarlos del movimiento de los cuerpos celestes, del tamaño y la figura de la tierra y de los mares, del sol y la luna, en suma, de todos sus conocimientos astronómicos. Los oyentes estaban con la boca abierta; pero triunfó el instinto salvaje; y cuando acabó de hablar, le ataron á un árbol y se colocaron al rededor de él con los arcos tendidos. Smith se daba por muerto; pero en vez de mandar disparar las flechas, Opeschancanugh ordenó que no se le tocase. Queria llevarle en triunfo á la córte de los príncipes vecinos y especialmente de Powhattan, soberano de todos; pues los sachem formaban una confederacion del James-River, como hace treinta años los príncipes alemanes formaban la confederacion del Rhin, y Powhattan era su Napoleon protector.

El valor, la fuerza física y la fecundidad del talento de Smith contribuian á que los Indios le mirasen como un ser estraordinario, como una cosa sobrenatural. Celebróse su captura con ceremonias muy largas, en que se le prodigaron todas las demostraciones de respeto que cabia imaginar á salvajes. Le ofrecian de comer con tal premura, que al principio creyó le querian engordar para comérselo; fue exhorcizado por los juglares y se consultó al Espíritu Supremo para descubrir los pensamientos del capitan. Powhattan le recibió con gran lujo, una reina le vertió agua para las manos, otra le presentó un puñado de plumas por servilleta. Le condujeron de tribu en tribu, y al fin le propusieron hacerse salvaje y dirigir el si io de James-Town; entonces tendria cuantas mujeres y tierras quisiese. Pero él se negó á ello, y el consejo de los sachem y de los reyes decidió que se le diera muerte y se ejecutase al momento la sentencia. Esta vez no habia remedio: se traen dos piedras á los piés del rey, y encima se estiende á Smith. Rodéanle los jefes; detrás el pueblo en silencio profundo. El mismo Powhattan quiere inmolarle, y al efecto se acerca á él con la clava levantada, ¡toda esperanza ha desaparecido!... De repente una mujer (donde quiera las mujeres eran para Smith ángeles tutelares), atraviesa por en medio del gentío, y coloca su cabeza entre la de Smith y la clava de Powhattan; es la hija mayor del rey, su predilecta, la hermosa Pocahonta, que tendiendo los brazos hácia su padre, le suplica con lágrimas en los ojos que perdone al prisionero. El rey al principio se muestra indignado; pero ama demasiado á Pocahonta para que su llanto no le conmueva, mira á sus soldados, y busca en sus ojos la resolucion que no acierta á tomar; los ve enternecidos y esclama: *Que viva.* Al dia siguiente Smith tomaba el camino de James-Town con dos guias; comprometiéndose á enviar á Powhattan en prenda de paz dos fusiles y un molino de mano.

Una vez libre, ocupóse Smith en poner en órden los asuntos de la colonia, y despues de arreglado bien todo, empezó de nuevo sus correrías. Subió el Potomac, y en medío de mil peligros esploró las orillas de casi todos los confluentes del Chesapeake. Su valor, el terror religioso que inspiraba á los salvajes, y especialmente la generosa asistencia de Pocahonta, le salvaron siempre á él y á la colonia casi por milagro. A Pocahonta le faltó solo hallar un Chateaubriad para tener la celebridad de Atala. Jóven y hermosa, como la doncella Muscogulga, tuvo mas heroismo, y no salvó á un hombre solo. Aunque débil (tenia entonces de doce á trece años) emprendió muchas veces solá y de noche, largos viajes al través de los bosques y pantanos, en medio de los huracanes, que son terribles en Virginia, para advertir á Smith y á los colonos de los designios de los salvajes. Cuando estaban próximos á morirse de hambre, Pocahonta se aparecia, como una hada benéfica, seguida de criados con víveres, y en cuanto saciaban su hambre no la veian mas. Hasta entonces ninguna colonia habia podido establecerse en el continente americano, al Norte del golfo de Méjico; la Providencia se valió de esta misteriosa vírgen para establecer una. Grecia le hubiera erigido altares, haciendo de ella una diosa entre Diana, señora de las selvas, y la sábia y previsora Minerva. Los colonos tomaron otro partido; cuando no tuvieron ya á Smith,

(1) Los Indios acostumbraban cortar la cabellera á los enemigos que mataban, y llevarla en triunfo; s rviéndose al efecto de un cuchillo con el que en un abrir y cerrar de ojos hacian un círculo alrededor de la cabeza.

robaron á Pocahonta para que les sirviese de rehenes contra su padre Powhatan, y al poco tiempo, habiéndola tratado siempre con mucho respeto, la casaron, prévio su consentimiento y el de su padre, con el señor Rolfe, que la condujo á Inglaterra. Asi la bella, la modesta, la heróica Pocahonta se convirtió en la señora Rolfe, ciudadana de Lóndres ó de Brentford, y murió muy prosáicamente á la edad de veinte y dos años, en el momento que debia embarcarse para América (1). Si su fin hubiera sido mas trágico, fuera quizá la heroina de veinte poemas.

Los hechos gloriosos del capitan Juan Smith son en tan gran número y tan admirables como los de Hércules, y segun lo que él mismo cuenta (pues escribió sus memorias como César) de una fiesta que le dieron las damas en la córte de Powhattan, debemos creer que pasó todas las aventuras del hijo de Júpiter, hasta las que pertenecen á la crónica secreta. Una vez hizo mas que Hércules con Anteo, pues ató por sí solo á uno de los jefes, de estatura jigantesca, el rey de los Pashypay, que le habia armado asechanzas, y le llevó acuestas á James-Town. Otra vez, habiéndole hecho Opeschancanugh rodear por setecientos hombres, de repente Smith cogió de los cabellos al sachem, le arrastró trémulo y humillado en medio de los atónitos Indios, y los obligó a deponer las armas. Tuvo que vencer innumerables dificultades, escaseces y pestes, las astucias y las flechas de los salvajes, el espíritu inquieto de parte de los colonos, las quejas de los que suspiraban por las *cebollas de Egipto*, la cobardía é ignorancia de los aventureros que iban á la colonia en busca de oro, la traicion de algunos alemanes y suizos, que se pasaron á Powhattan porque allí llevaban mejor vida. Todo se declaró contra él; se le rebelaron, y hasta trataron de asesinarle con puñal ó veneno; se vió reducido á los mayores apuros; y un dia sus compañeros, contemplándole ya en la agonía, le abrieron la sepultura. Su perseverancia y su valor triunfaron de todos los obstáculos, y gracias á él, la colonia se estableció definitivamente, y se fundaron muchas ciudades. Obligado á detenerse dos años en Virginia, por la grave herida que le causó el incendio de un barril de pólvora, abandonó á James-Town para no volver á pisar sus calles. Estuvo algunos años en Inglaterra; continuó luego sus correrías, esploró el litoral de la Nueva-Inglaterra, y le dió el nombre que conserva todavía. En uno de sus viajes, apresado por un buque francés, permaneció algun tiempo prisionero en Burdeos y en la Rochela; allí encontró mucha simpatía, especialmente entre las mujeres, y en sus memorias alaba muchísimo á la *buena señora Chanoyes*. Despues de su partida, la colonia sufrió aun bastante; pero habia echado raices y no tardó en prosperar.

Tal es el orígen de la Virginia. Era el Estado mas poderoso cuando estalló la guerra de la Independencia, y continuaria aun siéndolo, sin la institucion de la esclavitud, que retarda su marcha, cual si tuviese grillos en los piés. Dió este Estado á la revolucion americana á Washington, Jefferson, Madison, Monroe y otros muchos hombres de Estado célebres. Los rasgos generosos y caballerescos que distinguen el carácter virginiano, provienen en parte de los recuerdos que el ejemplo y las lecciones de Smith dejaron en el corazon de sus compañeros de aventuras.

MIGUEL CHEVALIER.

(1) Dejó un hijo que fué á establecerse despues en Virginia, y por medio del cual descienden de Pocahonta varias familias distinguidas de aquel punto.

NUM. XXVI.

CROMWELL.

(1599—1658.)

Queriendo estudiar una de las revoluciones violentas que han trastornado, no solo el estado político, sino tambien el social, ninguna lo mereceria mejor que la francesa, y ofreceria muchos grandes hombres que en sí comprendian su fuerza, su organizacion, sus resultados. Pero está lejos de haberse completado; vivas están aun las pasiones que la impulsaron; ensangrentadas las llagas que abrió, fervorosas las esperanzas que suscitó, y asi, para ir mas seguros, hemos preferido la revolucion inglesa, con tanta mas razon, cuanto que en muchos y graves puntos tiene semejanzas con la francesa, de modo que esta parece imitacion de la primera; si bien cuando se pasa mas allá de la corteza, se ve que se diferencian radicalmente.

La conquista normanda, verdadera ocupacion de estranjeros armados, estableció en Inglaterra el feudalismo; pues los conquistadores se repartieron sus terrenos, conservaron la gerarquía militar y ejercieron dominio de señores sobre los indígenas desposeidos. Las leyes no eran mas que pactos entre los vencedores estranjeros, sin consideracion á los conquistados; habiendo quedado á su arbitrio el tributo, la administracion de justicia, el uso de armas. El general, convertido en rey, procuraba que cada oficial en el país que le habia tocado en suerte no oprimiese demasiado á los habitantes, á fin de que esta útil raza no pereciese, ni el país quedase despojado y el ejército con hambre. Pero, la sujecion interior á que habia reducido á los vencidos, le inclinaba á robustecer su autoridad, hasta respecto de sus mismos compatriotas. Sin embargo, los oficiales no podian llevar con paciencia que el rey arrancase hombres de sus terrenos para que fuesen á trabajar en las fortalezas, los puentes y los caminos; que dispusiese del forraje y del alimento para los lugar-tenientes que enviaba con órdenes, y que cazase allí á su antojo. Le fijaron, pues, límites en la *Carta Magna* (1215); pero el rey estipuló á su vez en ella que los feudatarios no pudiesen exigir de los vencidos sino impuestos regulares, y que dejasen á los mercaderes libertad de viajar; tomó á su cargo la proteccion de las ciudades y asociaciones industriales; concedió salvo-conductos á los viajeros, en atencion á que la riqueza y el aumento de hombres le facultaban para cobrar mayores contribuciones.

A fin de dar á estas cierta medida, y ver hasta qué punto podia mamarse de la vaca sin agotarla, se empezaron á llamar algunos diputados de las aldeas, los cuales esponian de mala gana el estado del país, antes de verificarse las revistas anuales del ejército, y luego se marchaban.

Pero, al mirar frente á frente á sus reyes, los súbditos perdieron el miedo, y viendo que formaban un cuerpo de *comunes*, se atrevieron á alegar quejas y razones ante el parlamento de los señores y del alto clero, esto es, de los lores espirituales y temporales, y se negaron alguna vez á pagar el impuesto si primero no se atendian sus reclamaciones. La ínfima clase del ejército, los caballeros que no poseian sino pequeñas propiedades, y por lo mismo tenian que dedicarse á la industria plebeya, se unieron con los plebeyos y se presentaron en su compañía al parlamento.

Este era convocado por el rey siempre que necesitaba dinero, y la necesidad fue mayor cuando se quisieron emprender guerras contra la Escocia y la Irlanda vecinas, ó contra Francia. El rey debió, pues, halagar á los Comunes, para tener los subsidios que los lores solian negarle; pero aquellos se hicieron cada vez mas de rogar, pues con la condescendencia arruinaban su tráfico, y porque el tiempo y la vida de las ciudades habian disminuido en ellos el miedo á los antiguos conquistadores, y enriqueciéndose con los matrimonios, se habian mezclado á la ínfima clase de estos, obteniendo el derecho de adquirir propiedades territoriales. Asi la cámara de los Comunes, en que se unieron al pueblo conquistado los caballeros, adquirió alguna importancia y aspiró á tenerla mayor; valiéndose de ella ora el rey para predominar sobre los barones, ora el parlamento para cercenar las pretensiones del rey. Viendo los reyes que la fuerza no bastaba á contener á los vencidos, decidieron apoyarse en otro principio, á saber, que Dios los habia elegido, mediante la victoria, para reinar, y que de consiguiente su poder era de derecho divino. Cuando llegaron á conocerse luego las leyes romanas, los reyes hicieron declarar á los jurisperitos que dominaban como absolutos, porque del mismo modo habian dominado los antiguos emperadores, tipos de la sabiduría civil.

Pero si la obediencia al derecho divino, proclamada por el clero ó en nombre de la religion,

tenia la misteriosa é impenetrable sancion de la fe, esta otra no se apoyaba sino en el raciocinio, y el raciocinio se rebeló y convirtió en arma moral contra las materiales. En vano los jurisperitos querian consagrar con los cánones los hechos de la fuerza, llamados prerogativa real; el interés y la necesidad de seguridad inducian á los súbditos á examinar aquellos derechos, á que se habian limitado á resignarse cuando eran impuestos por la espada ó sostenidos en nombre del cielo; tanto mas cuanto que, creciendo el comercio y la industria, hacian sentir la necesidad de tener seguras las personas y las propiedades, y multiplicaban las relaciones, que llegaron á ser vínculos entre los vencidos, mientras hasta allí no habian tenido otros sino la comunidad de padecimientos.

Asi en las cámaras se oyó por una parte á los reyes proclamar con soberbia su prerogativa, y por la otra á los Comunes declarar que no querian seguir sometiéndose á los crecientes gravámenes, pretender mejor justicia, y proponer leyes que moderasen la arbitrariedad. Pero los lores se colocaban al lado del jefe, de modo que estas propuestas eran ineficaces y el rey prendia á los diputados y cerraba los parlamentos.

Esta lucha se empeñó en tiempo de los últimos Tudor; pero Enrique VIII unió á una voluntad enérgica y feroz el poder religioso, y habiéndose puesto al frente de la Iglesia (1533), aprisionó ó degolló, como rebeldes á esta, á los que desobedecian al rey. Isabel, dotada de gran genio y favorecida por la fortuna, continuó la obra de su padre, y estableció el despotismo, pero paliándolo con sus eminentes cualidades y con la conquistada gloria.

Sin tales ventajas, coincidieron en defender la misma causa los Estuardos, quienes no abandonaron nunca la idea del derecho divino, que al principio constituyó su fuerza y despues fue su ruina. Habiendo subido al trono de Escocia, á la muerte de David II, por medio de Roberto, esposo de una hija de Roberto Brucio (1370), siguieron unidos á Francia, en perjuicio de Inglaterra. Jacobo I desplegó la política estuarda sujetando á los insurrectos, y comprimiendo con los suplicios y la fuerza á los señores, que en medio de los montes y como partidarios embarazaban la autoridad real. Pero, no estando estos acostumbrados á tal conducta, le asesinaron. Jacobo II continuó la obra y el castigo, y habiendo salido victorioso, revocó los empleos hereditarios, y los prohibió en lo sucesivo; estendió la jurisdiccion real sobre los pequeños feudos; abolió las ventas del real patrimonio, y mientras Inglaterra estaba ocupada en las luchas fratricidas de York y Lancaster, él sometió á la aristocracia.

Murió jóven como sus antecesores, y su hijo Jacobo III siguió y exajeró la obra paterna, rechazando á los nobles á los castillos. Allí sin embargo pudieron conspirar, y uniéndose con el duque de Albany y el conde de Mar, hermano del rey, volvieron á la carga, confinaron á Jacobo en el castillo de Edimburgo, y mataron á sus fieles adictos. Los Ingleses los sostenian, guiados por el que fue despues Ricardo III y que dictó la paz; pero, durante esta, Jacobo recobró el poder y espulsó de la córte á los señores; y habiéndose coligado nuevamente los del país meridional, le mataron en una batalla.

Jacobo IV, que se habia puesto de acuerdo con ellos, se arrepintió apenas fue rey, y continuó la obra de su padre; pero en vez de la fuerza empleaba el halago para aquietar á los nobles, habituándolos á la humildad; al mismo tiempo hacia observar la justicia; protegió el comercio y la marina, y se casó con Margarita, hija de Enrique VII, primer Tudor que reinó en Inglaterra. Entonces pudo creerse que Inglaterra se uniria á Escocia, cesando la larga rivalidad, mas acerba cuanto mas vecinas estaban una de otra; pero Francia insistia en tenerlas separadas, y sus consejos fueron funestos á aquella raza. En efecto, Jacobo IV, impulsado por Luis XII á invadir la Inglaterra contra Enrique VIII, pereció en la batalla de Flodden con la flor de la nobleza de Escocia (1513).

Margarita, regente de Escocia, á nombre de Jacobo V. que apenas contaba dos años, gobernó favoreciendo á los Ingleses, por lo cual los descontentos llamaron al duque de Albany, desterrado, que hizo prevalecer los intereses de Francia. Pero, á pesar del oro de Francisco I, tuvo que salir: el conde de Angus, rival de los Douglas, uno de los cuales se habia casado con Margarita, se consolidó y abusó del poder, hasta que Jacobo V, ya mayor de edad, proscribió á los Douglas, y se mostró enemigo de todos los privilegios, celoso de la justicia, riguroso contra los malhechores y los clanes de la frontera; y estendió asi la autoridad real.

Los progresos de esta fueron detenidos por la reforma religiosa. Los reyes, á la conclusion de la edad media, continuaron su larga obra de reducir los reinos á un estado homogéneo, en lo cual los ayudó mucho la unidad religiosa, tanto que se temió que la individualidad sucumbiese ante la nivelacion política. Pero la reforma religiosa proclamó de nuevo la individualidad, y los esfuerzos de las voluntades aisladas; de suerte que el espíritu de insubordinacion, espresado desde entonces por el feudalismo, tomó nuevo aspecto, y destruyó la monarquía absoluta. Pero en Escocia el clero era propagador de civilizacion, y apoyo del trono, en medio de las enemistades de los barones insubordinados y de la barbarie del pueblo. Jacobo V no dió, pues, oidos á Enrique VIII, que queria se emancipase del papa; y en vez de casarse con su hija, se casó con María de Guisa, esto es, se emparentó con los mas fervorosos católicos del continente.

A poco de dar á luz su mujer, una niña, murió Jacobo, empezando otra de las muchas regencias de aquel país y la mas borrascosa. Enrique VIII pensó entonces unir los dos países, mediante el matrimonio de María, hija de Jacobo, y de Eduardo, su hijo; pero el parlamento de Escocia se demoró tanto en contestar á la propuesta de Enrique, que al fin predominó el partido francés, y se verificó el enlace de María, con el Delfin, pareciendo inminente la union de Escocia y Francia. Ni la madre de María, ni esta, cuando despues de viuda volvió á su país, soportaron el culto re-

formado, y aun quisieron continuar contra el nuevo elemento la guerra hecha al antiguo, no viendo de la Reforma sino la anarquía. Impulsábala á esto la Francia; pero solo consiguió probar una vez mas cuánto perjudica dejarse conducir por estranjeros que no conocen el país.

Oponíanse á la autoridad absoluta, no los nobles únicamente, sino tambien los reformados; de modo que María debió navegar entre estos diferentes escollos. Quiso tomar parte Isabel de Inglaterra, en los asuntos de Escocia; y origináronse de ahí las disensiones que condujeron á María Estuardo al patíbulo, por venganza de su prima y émula (1587). Hubiérase dicho entonces que habia sucumbido la estirpe de los Estuardos; pero al contrario, en la desgracia se elevó mas de lo que se atreviera á esperar en los dias de mayor grandeza.

Jacobo VI, débil niño en medio de tales tormentas, dejaba prevalecer en la córte la influencia francesa; pero Isabel supo hacer á esta desocupar el puesto, y obligar á aquel á ligarse con la homicida de su madre. La sangre de María unió ambas coronas, pues á la muerte de Isabel, Jacobó VI se llamó Jacobo I de Inglaterra (1603). Su madre murió como representante del partido católico; él no subió al trono sino despues de asegurar que favoreceria á la iglesia de Inglaterra; la cual, en su abstracta unidad, debia enlazar ambas razas establecidas, pero no unificadas en el suelo inglés. Hombre erudito, aunque tímido é inepto para el gobierno, Jacobo vió que el culto anglicano se adaptaba mejor al despotismo y á la unidad divina que los reyes, segun su creencia, estaban destinados á representar en la tierra.

Pero Inglaterra, mucho mas adelantada que Escocia en materia de libertad política, no debia ser vencida con violencias y astucias. Enrique VIII se habia separado de la raza conquistadora, reinando independientemente de su voto y afirmando la prerogativa monárquica. Así el rey no era ya ni hechura de los conquistadores, interesados en sostener su prepotencia, ni esperanza de los vencidos, que le consideraban antes como una barrera opuesta á los escesos de los barones; pero estos y aquellos se unian para mirarle como á un tirano, y sentir la necesidad de garantías, que podian en lo sucesivo ser comunes á las dos naciones. Los dos partidos supradichos se distinguieron, llamándose uno *del país* (*country-party*) y el otro *de la córte*, (*court-party*); aquel queria cesar de mantener á los conquistadores, y este pretendia continuase manteniéndolos, porque siempre lo habia hecho. Además, el pueblo no hizo la revolucion religiosa por sí, como en Escocia, sino que la habia recibido por decretos sostenidos con las armas y los patíbulos, y sin conseguir aquella verdadera utilidad, que preferia á las abstracciones.

Enrique VIII habia establecido el cisma que se tituló *Iglesia anglicana*, conservando muchos dogmas y ritos de la católica, y la gerarquía eclesiástica. Era, por el contrario, aristocrático el culto introducido en Escocia; y los calvinistas de esta, con el nombre de presbiterianos, se habian difundido mucho en Inglaterra, desaprobando las fastuosas ceremonias que allí se conservaban. Ni se trataba solo de vencer á los nobles y al clero, oponiéndoles los unos á los otros; pues se habia formado la clase media, poderosa por su comercio y su doctrina, y en cuya mano estaba la riqueza pública. No se podia sujetar con la fuerza la insubordinacion, pues la inercia y la opinion constituían su eficacia. Póderes nuevos que aun no se sabian combatir ni eludir. Los Estuardos creyeron poder emplear las mismas armas que habian usado en Escocia; pero se embotaron contra enemigos que tenian el vigor de la novedad.

Un elocuente historiador pinta como sigue el estado de Inglaterra de entonces: «Allí, como en el resto de Europa, se manifestaba la revolucion verificada en las ideas monárquicas, por lo cual, las libertades de los súbditos no se dejaban subsistir sino como derechos subordinados, como concesiones de la generosidad soberana. Pero mientras en el continente esta revolucion encontraba á los pueblos incapaces aun de resistirla y quizá dispuestos á acogerla, en Inglaterra, habiéndose verificado en la sociedad una revolucion contraria, habia minado ya el suelo bajo los piés de la monarquía pura y preparado su ruina.

«Cuando en la coronacion de los Tudor, la alta aristocracia dobló su frente ante el trono, los Comunes ingleses no estaban en posicion de tomar parte en la lucha de la libertad contra el poder; ni tampoco hubieran osado pretender el honor del combate. En el siglo XVI, en el instante de sus mas rápidos progresos, habian limitado su ambicion á hacer declarar sus principales derechos y conquistar algunas garantías incompletas y vacilantes; su pensamiento jamás se habia elevado hasta creer posible asociarse á la soberanía é intervenir de un modo permanente y decisivo en el gobierno del país; alta posicion solo conveniente á los barones.

»En el siglo XVI, los Comunes, afligidos y arruinados por las guerras civiles, como los barones, necesitaban órden y reposo, y la monarquía se los proporcionó, aunque imperfectos, mas seguros y mejor regulados que nunca. Aceptaron, pues, el beneficio con ávida gratitud; separados de sus antiguos jefes, casi solos en presencia del trono y de los barones ya entonces aliados, su lenguaje fue humilde, su conducta tímida, y el rey creyó con cierto fundamento, que en adelante el pueblo seria tan dócil como los grandes.

»Pero en Inglaterra el pueblo no era como en el continente, una coalicion inconexa de ciudadanos y campesinos, emancipados lentamente y encorvados bajo el peso de su antigua servidumbre; en los Comunes ingleses se habia instalado desde el siglo XIV la parte mas numerosa de la aristocracia feudal, todos aquellos propietarios de pequeños feudos, si no bastante influyentes y ricos para participar con los barones del poder soberano, orgullosos de un orígen igual y desde mucho tiempo en posesion de idénticos derechos. Jefes de la nacion, habíanla muchas veces prestado sus fuerzas, y un ardimiento del que la ciudadanía por sí sola hubiera sido

incapaz. Debilitados y abatidos como ella, por los largos infortunios de las guerras civiles, tardaron poco, durante la paz, en recobrar su importancia y su orgullo. Mientras que la alta nobleza, afluyendo hácia la córte para reparar sus pérdidas, recibiá de esta una grandeza prestada, tan corruptora como precaria, y que sin volverle su pasada riqueza la separaba cada vez mas del país, los nobles, meramente tales, los pequeños propietarios, los ciudadanos, ocupados solo en sacar provecho de sus tierras ó de sus capitales, crecían en riqueza y crédito, se unian cada dia mas estrechamente, atraian todo el pueblo bajo su influencia, y sin ruido, sin designio político, casi sin saberlo, se apoderaban de las fuerzas sociales, verdaderas fuentes del poder.

»En las ciudades el comercio y la industria se aumentaban á ojos vistas; Lóndres adquirió inmensas riquezas; el rey, la córte y casi todos los grandes señores del reino fueron sus deudores, siempre insolentes, pero siempre necesitados. La marina mercante, plantel de la real, fue numerosa y activa; los marinos tuvieron parte en los intereses y en las disposiciones de los comerciantes.

»Lo mismo aconteció en los campos. Las propiedades se dividieron; un decreto de Enrique VII abolió en parte las leyes feudales que se oponian á la venta y subdivision de los feudos, y la alta nobleza, recibiéndolo como un favor, se apresuró á aprovecharse de él y enagenó la mayor parte de los vastos dominios que le distribuyó Enrique VIII. El rey favorecia tales ventas para acrecer el número de los propietarios, y añadió los bienes eclesiásticos; los cortesanos vendian para acudir á sus necesidades. Por último, Isabel para no pedir subsidios, siempre onerosos hasta al poder que los obtiene, vendió muchos dominios de la corona. Estos bienes eran comprados casi todos por nobles que vivian en sus tierras, por propietarios que cultivaban las suyas, por ciudadanos que se retiraban de los negocios, y á fuerza de trabajo y economía habian adquirido con qué pagar lo que no podian custodiar el príncipe y los cortesanos. La agricultura prosperaba; condados y ciudades se llenaban de una poblacion rica, activa, independiente, y la transicion fue tan rápida que en 1628, cuando se abrió el parlamento, la cámara de los Comunes se encontró tres veces mas rica que la de los Pares.

»A medida que esta revolucion se verificaba, los Comunes iban impacientándose de la tiranía. Teniendo mayores bienes necesitaban mas seguridad; derechos ejercidos por el príncipe mucho tiempo sin reclamacion y hasta sin obstáculo, parecian abusos desde que mayor número de personas sentian su peso. Preguntábanse unos á otros si los habia poseido siempre, si los habia debido poseer; poco á poco recordaba el pueblo su antigua libertad, los esfuerzos con que habia conquistado la Magna Carta y las máximas consagradas por esta. Mientras que la córte hablaba de aquellos remotos tiempos como de una época bárbara y grosera, el país los respetaba y amaba como libres y dignos; sus gloriosas conquistas no servian ya de nada, y sin embargo no estaba perdido todo. El parlamento no habia cesado de reunirse; los reyes hallándolo dócil, le habian empleado á menudo como instrumento de su poder. En los reinados de Enrique VII, María é Isabel, el jurado se habia mostrado complaciente, y aun servil; pero subsistia; las ciudades habian conservado sus córtes, las corporaciones sus franquicias, en fin, los Comunes, aunque hacia tiempo tenian perdida la costumbre de la resistencia, poseian, sin embargo, los medios, habiéndoles faltado no las instituciones, sino la fuerza y la libertad de servirse de ellas. La fuerza les volvia con la revolucion, que tantos progresos proporcionaba á su grandeza material, y para que la voluntad se reprodujese bastaba que otra revolucion viniese á darles la grandeza moral, á hacer que su ambicion cobrase audacia, á elevar sus ideas, á formar de su resistencia un deber, de la dominacion una necesidad. Tal fue el efecto de la reforma religiosa.

»La Reforma proclamada en Inglaterra por un déspota, empezó allí con la tiranía; apenas habia nacido, persiguió juntamente á enemigos y partidarios; Enrique VIII levantó con una mano patíbulos para los católicos, con la otra hogueras para los protestantes que no querian aceptar el símbolo y el gobierno impuestos por él á la nueva Iglesia.

»Hubo, pues, desde el orígen dos reformas, la del príncipe y la del pueblo: una incierta, servil mas adicta á sus intereses temporales que á creencias de ningun género, la cual, asustada del movimiento de que era causa, se esforzaba en pedir al catolicismo todo lo que podia retener de él al tiempo de separarse; la otra espontánea, ardiente, despreciando las consideraciones humanas, aceptando las consecuencias de sus principios; en suma, verdadera revolucion moral emprendida en nombre y con la pasion de la fe.

»Unidas algun tiempo bajo la reina María por sus padecimientos, y bajo Isabel por sus comunes alegrías, las dos reformas no podian tardar en dividirse y combatirse. Pero su situacion era tal que el órden político se encontraba necesariamente interesado en su lucha. La Iglesia anglicana, separándose del jefe independiente de la Iglesia universal, habia perdido toda fuerza propia, y no hacia proceder ya sus derechos y su poder sino de los derechos y el poder del soberano del Estado; estaba, pues, entregada á la causa del despotismo civil, y obligada á profesar sus máximas, á legitimar su origen y á servir sus intereses para salvar los suyos propios. Por su parte los no-conformistas, atacando á sus adversarios religiosos, tenian que atacar tambien al soberano temporal, y si querian que se consumase la reforma religiosa debian reclamar la libertad del ciudadano. El rey habia sucedido al papa; el clero anglicano heredero del católico, obraba solamente en nombre del rey; por todas partes en un dogma, una ceremonia, una plegaria, la ereccion de un altar, la forma de una túnica, el poder real estaba comprometido como el de los obispos, y el gobierno en cuestion como la disciplina y la fe.

»En esta peligrosa necesidad de una doble lucha contra el príncipe y la Iglesia, de una reforma simultánea de la religion y del Estado, los no-conformistas vacilaron al principio; el papis-

mo y cuanto se le parecia, era vilipendiado y se consideraba por ellos ilegítimo; y cuando la autoridad real, aunque despótica, gozaba aun de prestigio, Enrique VIII empezó la Reforma é Isabel la salvó. Los puritanos mas atrevidos vacilaban en medir los derechos, en establecer los límites de un poder al que tanto debian; y si algunos daban un paso hácia este santuario, la nacion admirada lo agradecia, pero no iba en pos de ellos.

»Era tambien necesario que la Reforma retrocediese ó que interviniera en el gobierno, porque este era el único obstáculo á sus progresos. Poco á poco los ánimos se acostumbraron á ideas belicosas; la energía de las conciencias dirigió la audacia de las ideas y de los proyectos; las creencias religiosas necesitaban de los derechos políticos; se empezó averiguando por qué no se gozaba de ellos, quién los usurpaba, con qué título y qué debia hacerse para recobrarlos. Ciudadanos oscuros, que antes al solo nombre de Isabel se inclinaban con respeto, y que no se hubieran atrevido á fijar en el trono sus miradas, si en la tiranía de los obispos no hubiesen encontrado la de la reina, interrogaron á ambas acerca de sus pretensiones cuando se vieron obligados á hacerlo por defender su fe. Principalmente entre simples nobles, cultivadores y ciudadanos, se difundió un gran espíritu de exámen y de resistencia en materia de gobierno como de dogma, pues la reforma religiosa era la que fermentaba y queria adelantar. La córte y parte de la nobleza media, menos apegadas á sus creencias, se habian contentado con las innovaciones de Enrique VIII ó de sus sucesores, y sostenian la Iglesia anglicana por conviccion, por indiferencia, por cálculo, por lealtad. Los Comunes ingleses, mas estraños á los intereses y al mismo tiempo mas espuestos á los atentados del poder, cambiaron desde aquel instante, en sus relaciones con la monarquía, de actitud y de pensamientos; su timidez fue gradualmente desapareciendo, y surgió en su lugar la ambicion. Las miradas del ciudadano, del cultivador, se fijaron mucho mas arriba de lo que les consentia su clase; eran cristianos y en su propia casa escudriñaban atrevidamente con sus amigos los misterios del poder divino: ¿qué poder terrestre, pues, debia librarse de su exámen? En los sagrados libros leia los mandamientos de Dios; para obedecerlos tenia que desobedecer otras leyes, conviniéndole por lo tanto conocer los límites de estas. El que busca los límites de los derechos de un señor, no tardará en querer buscar su orígen: la naturaleza del poder real, de todos los poderes; sus límites primitivos, las recientes usurpaciones, las condiciones y fuentes de su legitimidad, se examinaron y discutieron en toda Inglaterra; exámen al principio modesto y emprendido por necesidad mas bien que por gusto; discusiones secretas durante mucho tiempo, y en las cuales los ciudadanos no osaban internarse; pero que emancipaban los ánimos y escitaban sentimientos hasta entonces desconocidos. La misma Isabel, popular y respetada, sintió los efectos de esta naciente disposicion y la rechazó con dureza, aunque procurando no provocar el peligro.

»Peor sucedió en tiempos de Jacobo I, que débil y despreciado, queria se le creyese déspota: la ostentacion dogmática de sus impotentes pretensiones escitó nuevos ardimientos que irritó sin reprimir. El pensamiento de los ciudadanos tomó libre vuelo, sin que nada le refrenase ya; el monarca fue objeto de risa y sus favoritos escitaron indignacion. En el trono, en la córte, la arrogancia carecia de fuerza y hasta de brillo; una corrupcion innoble inspiraba á las personas sensatas un disgusto profundo, y rebajaba todas las grandezas al nivel de los insultos plebeyos; no fue ya privilegio de los entendimientos firmes mirarlos de frente y medirlos con frialdad. En breve la oposicion pareció tan soberbia y mas confiada que el poder; no la oposicion de los grandes barones de la cámara de los Pares, sino la de la cámara de los Comunes, decidida á ocupar un puesto en el Estado y á ejercer en el gobierno una influencia que no le habia pertenecido jamás. Su indiferencia al oir las fastuosas amenazas del príncipe, el orgullo, si bien respetuoso, de su lenguaje, dejaron entrever que todo habia cambiado, que sus pensamientos eran altivos, y que queria obrar con imperio; y el sentimiento secreto de esta revolucion moral se habia difundido hasta el punto de que en 1621, esperando Jacobo una diputacion de la cámara que debia presentarle una reclamacion severa, dijo con ironía: *que se preparen doce asientos, pues voy á recibir á doce reyes* (1).»

El parlamento, compuesto de personas de la clase media, empezó por negar los subsidios y la union con Escocia; asi Jacobo no pudo hacer mas que suprimir las aduanas en las fronteras y titularse rey de la Gran Bretaña. Para preparar la fusion quiso imponer á los Escoceses el episcopado inglés, mientras daba una buena administracion á la Irlanda que habia permanecido católica. Fiel á las tradiciones de sus antepasados, amaba el gobierno despótico, pero no supo servirse de él para hacer grande y poderoso al país. En vez de tener frente á sí, como sus abuelos, barones tumultuosos, tenia las cámaras, que se vengaban de sus arbitrariedades, disponiendo un exámen minucioso de sus gastos, lo cual le obligó á dirigirse en lo interior hácia la libertad, y á separarse, en lo esterior, de las alianzas católicas.

Despues de estas dos derrotas le sucedió Cárlos I, en 1625, y no resignándose con ellas, empezó desde luego á luchar con el parlamento. Dotado de un corazon elevado y tranquilo, de un carácter sin atrevimiento, pero á la par sin timidez, necesitando apoyo, aunque no viles favoritos como su predecesor, supo conciliarse hábilmente á los nobles. Reunió el parlamento; pero al oirle quejarse y concederle únicamente un subsidio que por su insignificancia parecia una burla, declaró que sabria reprimirle usando del poder que habia recibido del cielo y lo disolvió. Obligado á convocarlo de nuevo, apenas halló en él resistencia lo volvió á disolver, para conservar el empleo y el favor á su predilecto Buckingham. Pero la necesidad de dinero le hizo reunir otro, al que concurrieron los hombres mas decididos de ambas

(1) Guizot, *Hist. de la revol. d'Angleterre*, I, 15.

parcialidades. Antes de votar los subsidios, presentaron una *peticion de derechos*, ante los cuales querian se humillase la prerogativa real. Comprendia esta peticion el derecho de negar las contribuciones que tuviesen la apariencia de requerimiento militar, es decir, que se repartiesen sin el acuerdo de las cámaras; libertad individual; abolicion de la ley marcial, con prohibicion de suspender el curso ordinario de la justicia y de las leyes. El rey se vió precisado á sancionar estas franquicias, habituales ya al país, pero viendo que los Comunes se preparaban á pedir mas, prorogó el parlamento; despues, cuando este le negó el derecho de tonelada y peso, que la corona exigia para sí de todas las mercancías, Cárlos encarceló á los individuos mas osados de la cámara Baja, y se propuso gobernar solo. Ocupóse entonces en amoldar el país al despotismo, hizo la paz con Francia y España, impuso contribuciones, empleó el rigor en los asuntos religiosos, mostró celo por el episcopado y tolerancia hácia el catolicismo, lo cual indujo á acusarle de condescendencia con este.

Asi duraron las cosas hasta 1640: pero el descontento, que no podia manifestarse ya en alta voz en las cámaras, se iba envenenando en silencio, y se estendia á los pueblos y á las familias. Aumentábanlo los impuestos, cobrados arbitrariamente, y las pasiones religiosas: los puritanos, como se titularon los presbiterianos en Inglaterra, crecian en aspereza y ardimiento; y los que no podian resistir pasaban á América, en tal número que el gobierno creyó deber impedir su embarque. Hampden era uno de estos; hombre que bajo un esterior frio y dulce, poseia un entendimiento capaz de inventarlo todo, una lengua capaz de persuadir sobre cualquier materia, y un brazo capaz de ejecutar la empresa mas difícil. Tenia que pagar la contribucion de mar que solo importaba 20 chelines; pero no quiso, y pidió que la cuestion se decidiese jurídicamente. Fue condenado; pero los largos debates que de aquí se originaron fueron la primera señal de la resistencia, y la nacion, que habia asistido tranquila al suplicio de los puritanos, se conmovió por una cuestion de impuestos.

Discusiones de rito eclesiástico agitaban la Escocia: Cárlos habia instituido allí una comision con encargo de aproximar su liturgia á la inglesa; pero cuando, despues de dos años de fatiga, el dean de Edimburgo se presentó á poner en ejecucion el nuevo ritual, sonó un grito en el templo, que el país repitió luego; reapareció el presbiterianismo, y la alta nobleza, los caballeros, el clero presbiteriano, los simples ciudadanos, reunidos en cuatro juntas, estendieron un acta de alianza (*Covenant*) que declaraba las libertades religiosas y políticas de Escocia, y que con la unanimidad que da el entusiasmo, fue firmada al mismo tiempo en todo el reino.

Cárlos pensó remediar el mal y salvar el episcopado concediendo la derogacion de la liturgia; pero la asamblea eclesiástica de Glagcow suprimió los obispos y todas las leyes sobre dogma y disciplina publicadas desde que los Estuardos habian subido al trono inglés, y reunió un ejército, al que Richelieu ofreció armas y dinero. Francia insistia, pues, en fomentar el odio de Escocia contra su vecina. Cárlos fué en persona á atacar á los confederados; pero el fanatismo envalentonaba á estos y los soldados del rey permanecian indiferentes á la causa porque se lidiaba, de suerte que Cárlos tuvo que venirse á buenas y ordenar la próxima convocacion de un sínodo y un parlamento escoceses.

Cárlos necesitaba de alguno que lo sostuviera; oficio que desempeñó primeramente Buckingham, luego la reina y en seguida Laud, el cual sistematizó la Iglesia anglicana. Cuando surgieron las complicaciones de la escocesa, Cárlos se apoyó en Strafford, hombre de energía é inteligencia, que habia mostrado grandes dotes en el gobierno de Irlanda, y que aconsejó la adopcion de providencias fuertes y decisivas.

El sínodo y el parlamento, reunidos en Escocia, aumentaron la agitacion de los ánimos; y Cárlos, confiando en el odio de los Ingleses contra los Escoceses, convocó un parlamento en Lóndres para que se le proveyese de dinero, pues no podia conseguirle sin su acuerdo. El pueblo se alegró al ver otra vez aquella salvaguardia de la libertad. El parlamento no mostró una oposicion sistemática, limitándose á pedir que se hiciese justicia á sus reclamaciones antes de votar los subsidios. Presentó, pues, una súplica, como era costumbre; pero no á los lores ni al rey, sino al pueblo é impresa; no ceñida á sumisas advertencias, sino recapitulando todos los actos del poder que no se querian tolerar mas. El rey, habituado al despotismo hacia once años, cerró el parlamento á las tres semanas.

Strafford habia obtenido grandes sumas del parlamento irlandés, y con otras que le proporcionó el clero anglicano y otras que reunió de donativos voluntarios creyó tener bastante para emprender la guerra de Escocia, aunque el pueblo de Lóndres hacia votos por aquellos rebeldes. Pero el ejército conducido por Cárlos y por Strafford no tardó en dispersarse; peticiones de paz llovian sobre el rey, que asustado de estas y del implacable vigor de Strafford, decidió convocar un nuevo parlamento, que fue llamado Largo.

Venia este parlamento con la irritacion consecuente á cinco tentativas para destruirlo, cuyo mal éxito mostraba cuán necesario era al rey. Desde el principio se mostró, pues, enemigo de la corona, pero era imposible prever el resultado de tal pugna. La cámara Baja, representante de la clase media, prevalecia sobre la de los Pares, símbolo de la aristocracia; pero no tendia á abolir la autoridad real, contentándose con refrenarla. Por lo tanto cada uno empezó á proclamar las quejas de su país, de las cuales resultaba como una proscripcion general de los agentes del poder, calificándolos de delincuentes. Este golpe asustó á la córte y alentó á los oprimidos; empezaron de nuevo las reuniones, y la palabra libre retumbó.

Strafford conoció que estaba perdido, tanto mas, cuanto que el partido de la reina, al cual no habia querido halagar nunca, le achacaba todas las providencias demasiado fuertes. Cárlos, sin

embargo, no le consintió retirarse: «vuestros »consejos me son necesarios, le dijo, y tan cierto »como soy rey de Inglaterra, os juro que nadie »tocará un cabello de vuestra cabeza.» Apelando al último recurso en vista del peligro que le amenazaba, Strafford acusó atrevidamente ante la cámara Alta á los gefes de la de los Comunes, que habian ayudado á los Escoceses. Pero Pym le previno, acusándole de alta traicion, y sostenido por los Comunes, llevó la acusacion ante los lores, que la admitieron; Strafford fue preso, condescendiéndose asi por la primera vez con el espíritu público.

Los Comunes envalentonados, ejercieron un poder de que ya no podia privárseles, y ante todo hicieron adoptar puntos sobre los cuales se estaba públicamente de acuerdo; la renovacion trienal del parlamento, la inamovilidad de los jueces, la abolicion de los tribunales escepcionales, de las prisiones arbitrarias, de los impuestos ilegales, la publicidad de las cuentas, la responsabilidad de los ministros. Solo que de estos se pasó á muchísimos otros insignificantes y contradictorios, y la elevacion que faltaba en política á la cámara le fue dada por la religion.

Oliverio Cromwell no es el principal personaje de esta revolucion, pero siguió sus fases, y en su carácter y política se ven delineados los partidos. Sus detractores quisieron hasta suponerle un orígen oscuro y una educacion pésima; pero era de familia sajona, rica y noble, emparentada con los Estuardos. Recibió una educacion austera, cual convenia á los nuevos reformados y puritanos, y vivió como los suyos modestamente, disfrutando de comodidades campestres, no sin crédito. Los que han querido pintarle como un impostor astuto, ignoran que solo en la persuasion está la fuerza. Por lo demás, el grotesco historiador Carlisle publicó la correspondencia privada de Cromwell, que revela una profunda conviccion en todas las épocas de su vida, un fanatismo capaz de insinuarse en los otros y de convertirle en héroe de la revolucion puritana. Como otros puritanos no tolerados, queria pasar á América, cuando una real prohibicion le detuvo en el Continente. Entró en el parlamento de 1628 sin meter ningun ruido, y asistió silencioso á aquellas primeras discusiones donde Pym, Cook y el presidente lloraron al ver la obstinacion del rey en sostener á su favorito Buckingham. El único temor de Cromwell era que los Papistas prevaleciesen sobre los lectores de la Biblia; y cuando se examinaron los abusos eclesiásticos, denunció á algunos obispos como sospechosos de actos políticos.

Habiéndose retirado, se ocupó mas bien en las cosas eternas que en las temporales, hasta la convocacion del parlamento de 1640. Pasó el primer año sin que nadie reparase en él, como un noble del campo, rústico, que no se distinguia por las riquezas, el ingenio ni las intrigas; solo que un celo en estremo fervoroso de su opinion le colocaba entre los mas avanzados en las opiniones particulares. Pero el partido religioso perdia mucha de su fuerza por la demasiada subdivision de opiniones y de sectas que mútuamente se hostilizaban.

No marcharon de acuerdo sus miembros mas que en renovar las severísimas prescripciones de Isabel contra los Católicos; y ademas simplificaron el culto, quitando de las iglesias los adornos y las imágenes que recordaban el papismo, y que Laud habia restablecido. Fuera de estos puntos, disentian enteramente. Los Escoceses, causa primera de la convocacion del parlamento, pedian se aboliese el episcopado, y propagaban con fanático ímpetu sus creencias. Pero esta constante predicacion escitó mala voluntad contra los que pretendian imponer á la ilustrada Inglaterra un culto que apenas convenia (decian) á los bárbaros de los Clanes. Jacobo lo habia dicho: «Faltando los obispos, no habrá ya reyes;» por eso querian conservar la gerarquía eclesiástica todos los que deseaban se conservase la monarquía bajo la tutela popular.

Los puritanos eran hombres que se habian formado un carácter particular en los hábitos de la vida espiritual. Siempre en contemplacion ante seres de naturaleza superior, siempre absortos en el pensamiento de la eternidad, no contentos con admitir una Providencia omnipotente, atribuian el mínimo evento á la voluntad del Altísimo, cuya incesante autoridad abrazaba todo, cuyos ojos velaban sobre el mas pequeño átomo. Conocerle, servirle, gozar de su presencia; tal era la principal ocupacion de su vida. Rechazaban con desden el ceremonioso homenaje que las demás sectas sustituian al culto puro de las almas; en vez de entrever de tiempo en tiempo la divinidad al través de un velo, aspiraban á resistir su inmortal brillo y á comunicar cara á cara con ella. De aquí su desprecio hácia las distinciones de la tierra; pues la diferencia entre el primero y el último de los hombres parecia desvanecerse, en comparacion de la inmensidad que separaba á toda la raza humana del Ser en quien tenian fijos siempre los ojos. No reconocian otros títulos ni mas superioridad que el favor de Dios; y seguros de alcanzarlo, rechazaban las dignidades y los honores que les ofrecia el mundo. Si eran ignorantes en cuanto á obras de filósofos y poetas, no asi en los oráculos de Dios, en que se habian abismado. Sus nombres no figuraban en las listas de los heraldos de armas, pero tenian esperanza de leerlo un dia en el libro de la vida; no llevaban un magnífico tren de esclavos, pero les servian de escolta legiones de ángeles; sus palacios no eran de piedra y cal, y las diademas de sus frentes resplandecian con eterno brillo.

Asi en el puritano habia dos hombres distintos: uno todo humildad, penitencia, gratitud, pasion mística; el otro orgulloso, tranquilo, inflexible, sutil; postrábase en el polvo ante su Dios; pero ponia el pié sobre la cabeza de su rey; en su devoto retiro suplicaba con lágrimas y sollozos; tenia las gloriosas y terribles alucinaciones de un loco; oia las armonías de los ángeles y los rugidos del tentador; percibia un rayo de la vision beatífica, ó se despertaba asustado con un sueño del fuego infernal. Creíase, como Vane, armado del cetro del año milenario; y como Fleetwood, esclamaba amargamente que el Señor habia desviado de él su rostro. Pe

ro, cuando se sentaba en el consejo, ó ceñia la espada para combatir, no se percibia la huella de las luchas borrascosas del alma.

El entusiasmo podia arrastrarles alguna vez á un fin justo, pero nunca á escoger malas sendas, iban por el mundo como los Talos de la *Reina de las hadas* de Spencer, ó el hombre de hierro de sir Artegal con su azote; combatiendo y derribando á los opresores, mezclándose con séres humanos, pero sin nada comun con las humanas flaquezas; insensibles á la fatiga, á los placeres, á los dolores; invulnerables á toda clase de armas; no retenidos por ninguna clase de barreras.

Tal nos parece el carácter de los puritanos. Callamos sus absurdas maneras; nada decimos de la triste severidad de sus hábitos domésticos; reconocemos que su inteligencia se estravió á menudo, á fuerza de querer alcanzar cosas superiores á la inteligencia de los mortales; sabemos que, profesando odio al papismo, cayeron demasiadas veces en los defectos que á este se reprenden, la intolerancia y la estravagante austeridad; y tuvieron anacoretas y cruzadas, milagros, casuistas, inquisicion. Sin embargo, bien pesado todo, no vacilamos en proclamarlos hombres valerosos, hábiles, sinceros, útiles.

Adoptaron la causa de la libertad civil, solo por ser causa de la religion; pero hubo otro partido, no nuevo, aunque sí señalado por el saber y el talento, que los ayudaba, fundado en motivos muy diferentes. Hablamos de aquellos á quienes Cromwell solia llamar Paganos; personas, que segun la fraseología de la época, eran ó Tomases sumidos en la duda, ó Galiones indiferentes en materia de cuestion religiosa; pero apasionados partidarios de la libertad, exaltados por el estudio de la literatura antigua, que se forjaban un ídolo de su patria y se proponian como modelo los héroes de Plutarco; algo semejantes á los Brisotinos de la revolucion francesa, seria difícil, no obstante, tirar una línea divisoria entre ellos y sus devotos aliados, cuyo tono y maneras creyeron á veces conveniente afectar, si como es probable, no los adoptaron alguna que otra vez imperceptiblemente.

En medio de estas disidencias empezaban á surgir los independientes, colocados entre los episcopales, los puritanos y las demás sectas. Para ellos todo hombre era sacerdote, inspirado por Dios, y toda la religion consistia en la libre é inmediata comunicacion de cada individuo con la divinidad. Inútiles eran, por lo tanto, para ellos el culto, la religion; el hombre solo subsistia ante Dios.

Lutero, negando el libre albedrío, sustrajo al hombre de toda tutela y direccion eficaz con respecto á su salvacion; pero poniendo en Dios únicamente la razon de nuestros méritos, y en la fe la única comunicacion entre la conciencia y el cielo, preparó la opresion de los individuos en nombre de Dios, ó la absoluta soberanía individual, segun se interpretase su sistema, como medio ó como fin de la salvacion. Creyó impedir el abuso, reconociendo al poder temporal, ó á la ley el derecho de gobernar las sociedades políticas; pero la barrera era arbitraria, y pronto los anabaptistas se sometieron al despotismo sacerdotal, como mas tarde los independientes predicaron la emancipacion del individuo.

Dos ventajas proporcionaron á Inglaterra. Proclamando la inviolabilidad individual, llegaron á la libertad de conciencia; no aceptando ninguna regla religiosa, á escepcion de la que el individuo se revelaba á sí mismo en sus comunicaciones directas con Dios, eran tolerantes en cuanto á la manera de adorar al Ser Supremo, menos respecto de la católica.

Cárlos hubiera podido aprovecharse de tales discordias. Hubiera acertado llamando á tomar parte en el poder á los jefes de ambas cámaras, y á sentarse en los escaños de su consejo privado á algunos opositores. Pero viendo á la cámara baja tan disidente entre sí, creyó que no podia esperar nada de ella, y que mejor le apoyaria el ejército compuesto de nobles descontentos, los cuales clamaban contra el parlamento, y pedian marchar sobre Lóndres. Descubrióse su intencion, y los Comunes, poniéndose de acuerdo contra el general adversario, decidieron aterrar á Cárlos hiriendo á Strafford. La acusacion de alta traicion no era sostenible, aunque Strafford pareciese hostil á las libertades populares; pero los Comunes traspasaron las formas y le hicieron condenar por la cámara Alta. El rey le abandonó débilmente; y su cobardía resaltó mas, por la generosidad con que Strafford padeció y murió. Rey débil y rey perdido son una misma cosa.

La muerte de aquel ministro dejaba sin apoyo á Cárlos, el cual sintió entonces pesar sobre él las medidas, cuyas consecuencias le tocaban inmediatamente. Viendo cuánto repugnaba al genio inglés la política traida por el de Escocia, esperó poder apoyarse en los Escoceses y servirse de las antipatías nacionales y de la proteccion de Francia; mas esta tentativa se le frustó como todas.

Quedaba la Irlanda católica. ¿Estaria mas dispuesta á sostener al rey? Pero cabalmente de ahí partió el golpe que inclinó la balanza: aludimos al famoso degüello de todos los protestantes del país, que se habian aprovechado de los motines de Inglaterra y Escocia para elevarse. Este golpe irritó al pueblo, y aumentó el poder de los enemigos de la córte, los cuales, haciendo circular la noticia de que el rey y la reina lo habian escitado, mostraban la necesidad de proteger su seguridad contra iguales atentados. La cámara acogió estos miedos y estos odios, y habiendo el rey, para purgarse de ellos, llevado el asunto al parlamento, los Comunes se aprovecharon de la ocasion y publicaron la *Amonestacion*, en que se erigian en consejeros del rey. Desde entonces las dos soberanías se colocaron frente á frente, y se aclararon las pretensiones recíprocas; de suerte, que si el rey no consentia en inclinarse ante la supremacía de la cámara y renunciar á lo que estaba acostumbrado á considerar como su derecho, no quedaba mas remedio que apelar á la fuerza.

Con esto se proporcionaba tambien como un punto de reunion á los disidentes; pero los nobles de las ciudades, los soldados de fortuna, los legistas que tomaban aires aristocráticos, juzga-

ron exuberante el poder de los Comunes, y se acercaron al rey, que habian sido los primeros en censurar, pero que ahora no querian que sucumbiese á los golpes de la clase media. Al contrario, el pueblo que vivia del comercio, conoció entonces los vínculos que le unian al parlamento, y deseó robustecerlo. Asi empezaron á usarse los títulos de *Caballeros* y *Cabezas redondas*, á cuyo nombre se renovaban diariamente las injurias y los motines. El parlamento, para dar pasto á los puritanos, y que no viniesen luego pidiendo la completa abolicion del episcopado, quitó á los obispos todo derecho político, y aun el de sentarse en la cámara alta. Por su parte el rey, creyéndose fuerte con el apoyo de los caballeros, osó acusar de alta traicion á los jefes de ambas cámaras. Pero los Comunes rehusaron entregárselos, aunque fué á buscarlos en persona, y la misma resistencia encontró en el consejo de la ciudad, que les habia dado asilo.

Cárlos comprendió la humillacion á que se trataba de reducir al rey. «Si os concediese es»tas pretensiones (respondió á los comisionados »del parlamento) se vendría aun hácia mí con »la cabeza descubierta, se me besaria la mano, »se me llamaria majestad; vuestros mandatos »llevarian aun la fórmula de voluntad del rey, »espresada por las dos cámaras; podria aun ha»cerme preceder por la maza y la espada, y di»vertirme viendo el cetro y la corona; ramas »estériles despues de muerto el trono; pero yo »no seria mas que una imágen, un fantasma de »rey.» En consecuencia, dispuesto á emplear la fuerza, abandonó á Lóndres, marchó á buscar apoyo en la nobleza de los condados, y se estableció en York, convertida en capital del rey, mientras que Lóndres lo fue del parlamento. Desde allí ajustó la paz preparándose al combate, y rodeado por todos los que se habian declarado á favor de la real prerogativa.

La cámara, lejos de acobardarse, vió la necesidad de parecer y de ser fuerte. Aquella parte de la nobleza que conservaba la antigua envidia contra la monarquía, secundaba á la clase media, sola ahora en la cámara, pero no pensó esta aun en abolir la autoridad real; antes bien, siguió negociando con el monarca, y propuso condiciones, que debian ser luego la base del gobierno representativo. Entonces la cámara acordó que el rey no podria oponer su veto á las leyes que el parlamento decretase; que el mando de las tropas no le correspondia esencialmente; que el alistamiento se haria, no en su nombre, sino en el de las cámaras; que la seguridad pública podia inducir al parlamento á enseñorearse de los arsenales y de las fortalezas. Tenemos, pues, al parlamento armado; por una gran mayoría se decretó la guerra contra los realistas, confiriéndose al conde de Essex, juntamente con el mando, la mision de conducir al rey á Lóndres, en union de sus hijos, separándole de pérfidos consejeros (1642—9 de julio). El rey, no obstante la nueva órden, alistó soldados, como si estuviese decidido á recobrar con la fuerza lo que habia perdido con la legalidad, y dió asi al parlamento el aspecto de provocado.

Al reinado del derecho histórico, sucedió de este modo el reinado de la voluntad y de la audacia, engrandeciéndose á su sombra Cromwell, el hombre resuelto. Cromwell conoció la situacion; y mientras en el triunfo de la Amonestacion veian los liberales el triunfo de la Iglesia calvinista sobre la anglicana (1), él vió sucumbir ambas ante la libertad de conciencia, é impelió al parlamento hasta el punto de llegar á ser todo. Hasta allí se babia visto solo á la clase media de Inglaterra aliarse con los calvinistas de Escocia, para restringir la autoridad del rey y de los obispos, sin destruirlos. Cromwell era independiente, es decir, estaba persuadido de la inspiracion individual, que concitando los ánimos, creaba soldados invencibles y aseguraba asi la revolucion. Una constitucion es idea tan complicada y tan fácil de adulterarse, que no es posible escite á hacer sacrificios fanáticos. Cromwell desterró aquel aletargamiento, proponiendo mas alto fin; la adquisicion del paraiso.

Comprendió que le bastaban un puñado de entusiastas para elevarse mucho mas, y triunfar de la política del rey y del parlamento. Dejó, pues, la palabra por la espada, y consiguiendo ser capitan de caballería, levantó en su provincia una compañía de gente selecta. En la caballería consistia aun el vigor de la guerra; y Cromwell conoció no debia oponerle hombres envejecidos en la servidumbre y el vicio, sino gente persuadida de su causa; en suma, las armas con que la Francia de 1793 triunfó de la escéptica Europa. Por lo tanto alistó los suyos entre los independientes, esto es, personas que querian libertad de conciencia, y que reconocian en cada individuo la inspiracion directa como única autoridad legítima en materia de fe, rechazando toda mediacion entre el hombre y Dios. Este punto, una vez resuelto, estimulaba mucho mas que la frialdad calvinista, la cual aborrecia á los republicanos y anabaptistas, tanto como á los católicos, y declaraba respetar á los gobiernos establecidos. La fuerza de Cromwell consistió en el entusiasmo, por cuyo medió organizó á los indisciplinados, y formó tropas regulares y devotas y que ejercitó del mejor modo, especialmente infundiéndoles una poderosa confianza en sí mismos; escluyendo á los débiles, entregándose al entusiasmo, invocando al Espíritu Santo en medio del fragor de las armas. Este debia ser el escuadron modelo, y de él salieron, en efecto, los oficiales, que en el resto del ejército infundieron igual fanatismo. En él las oraciones y las alusiones bíblicas ó cristianas eran contínuas; se mandaba hacer fuego *en nombre del Señor*; de la Biblia se tomaban el santo y seña; y en las paradas se entonaban himnos y salmos.

Durante la guerra se buscó apoyo en los otros dos reinos. El parlamento formó un *covenant* con Escocia, la cual vivia como independiente y regida por leyes propias, y se obligó á abolir el episcopado en Inglaterra y á reunir las Iglesias de ambos reinos. Cárlos apeló á Irlanda y le dió un armisticio, de modo que pudó llamar de allí

(1) En algunos artículos de F. Charles en la *Révue des Deux mondes*, aparece Cromwell como representante del mas puro calvinismo. Dichos artículos han sido publicados á propósito de la obra de Tomás Carlisle, *Letters and speeches of O. Cromwell*. Lóndres 1846.

todas las tropas y reunirlas en Oxford, nuevo centro de su partido. Pero Cromwell le atacó resueltamente.

Este no tardó en ascender á teniente general; en cuyo puesto atrajo á sí las miradas de Inglaterra, mucho mas despues que hubo vencido á los realistas y salvado á Lóndres, enseñando á dar esos grandes golpes que deciden de las campañas, y que eran estraños á la tibieza calvinista. Sintió entonces despertarse su ambicion; Pym y Hampdem, jefes del parlamento, habian muerto; los generales eran sospechosos y se dejaron derrotar. A su vez el parlamento se convenció de que nada tenia que temer ya por parte del rey, y sí de este nuevo poderoso. Hallándose compuesto de calvinistas, enemigos de Cromwell, se trató de perderle, y no siendo posible, se propùso la paz al rey; pero la obstinacion de Cárlos impidió que se realizase.

Los empleos del gobierno y del ejército se encontraban todos en manos de hechuras del parlamento, que en efecto lo podia todo. ¿Cómo arrancarle esta autoridad? Cromwell se atreve á poner en ejecucion uno de los actos mas decisivos y cuyo feliz éxito dependia del estado de entusiasmo de las tropas. «¿Se eternizará esta »guerra? El reino murmura, dice; nos llama sol»dados aventureros, que prolongamos una situa»cion desastrosa para disfrutar sus ventajas; dice »que los individuos de ambas cámaras, habién»dose proporcionado grandes empleos y mandos, »quieren perpetuarlos en sí, haciendo que la »guerra no se concluya. El pueblo no lo sufrirá »mas tiempo, y ya el crédito del parlamento está »en decadencia. La acusacion es igual para to»dos; y el único remedio que resta es renunciar »cada uno á sí mismo, sacrificar el interés per»sonal al público, aceptando la decision del par»lamento, cualquiera que sea.»

Era esto tan conforme á las opiniones del partido dominante, que la cámara de los Comunes aceptó la *renuncia de sí misma*, que la escluia de la direccion del ejército; la de los pares tuvo que acceder tambien, de modo que el parlamento perdió el poder ejecutivo; y mientras en la cámara dominaban los Calvinistas, los independientes prevalecieron en el ejército, unido todo bajo las órdenes de Fairfax.

Cromwell quedaba herido por su misma proposicion, y en consecuencia escluido del mando; pero sabia que Fairfax le era fiel, que todo el ejército le pedia y en especial sus valientes, como la única persona capaz de asegurar el triunfo; asi la cámara se vió obligada á prorogarle el privilegio del mando. Y él justificó la eleccion, pues con la victoria de Naseby (1645-14 de junio) redujo á la desesperacion la causa del rey Cárlos, el cual, abandonado en los suyos, habiendo perdido á Bristol, sin asilo en Inglaterra, se refugia en el campo de los calvinistas escoceses, confiando en la comunidad de patria. Pero esta se olvida tratándose de religion; por lo tanto aquellos, que le habian atraido con falsas esperanzas, pero que no tenian ninguna razon de sostenerle, le entregaron al parlamento. El cautiverio pareció realzar la fortuna de Cárlos, árbitro entre ambos partidos. El parlamento, creyó terminada la lucha, y pensó efectivamente licenciar las tropas, árbitro de la revolucion y en cuya mano estaba detenerla.

Políticamente el parlamento no pensaba destruir el poder real, antes bien conservaba con cuidado las formas de respeto. Tampoco el pueblo odiaba la córte, viendo en todo esto una mera lucha de partidos, deseando ante todo la paz, y luego aprovechándose de la guerra para despojar á amigos y enemigos. Cuando el rey fué conducido á Lóndres, el pueblo le festejó en todo el tránsito; y aunque las cartas que se le encontraron y publicaron probaban que habia obrado siempre de mala fe y que aspiraba al poder absoluto, aun por medio de estranjeros y hasta de asesinos, no por eso el pueblo cejaba en su respeto dinástico. Asi, pues, si el parlamento, ahora que tenia entre sus manos al rey, se entendia con él y le hacia aceptar las proposiciones, el gobierno monárquico quedaba restablecido.

Pero licenciado el ejército, los independientes tornaban á ser la faccion menor y mas desparramada; mientras que las Iglesias anglicana y calvinista, ambas intolerantes, reprimirian la libertad de conciencia, y ellos serian perseguidos como traidores y herejes.

Cromwell reanimó el ardor, no ya en el parlamento, sino en las tropas, y desde entonces puede decirse empezó la revolucion, no estando ya en lucha dos Iglesias protestantes y sin objeto político, sino el ejército con el parlamento, sin ninguna apariencia de legalidad política. El ejército se negó á dejar las armas, si antes no se le pagaban los sueldos atrasados, y se le ofrecian garantías, señalándose ademas pensiones á las viudas y los huérfanos. Declaróse permanente, y formó un parlamento militar con dos cámaras, elegida una por los oficiales y la otra por los soldados.

El parlamento civil, sin fuerza é incapaz de resistir á las insolentes pretensiones de las tropas, tuvo que pedir apoyo al rey y á los ciudadanos, y parecia próximo á transigir con Cárlos, accediendo á lo que este reclamaba. Cromwell, que no queria semejante arreglo, hizo que el ejército se apoderase del monarca. «Ahora que tengo »en mis manos al rey, llevo al parlamento en el »bolsillo,» esclamó, y uniendo al ejército con el rey, creia poder dominar á las cámaras. A Cárlos no dejaba de convenirle esta liga, pues no pudiendo esperar ya el triunfo de la Iglesia anglicana, debia aborrecer la intervencion calvinista, constante blanco del parlamento; al contrario las tropas toleraban todos los cultos, de suerte que sus proposiciones fueron mas moderadas; dejaban subsistir los atributos mas esenciales de la real prerogativa, y solo exigian se quitase al clero todo poder civil y coactivo. Parece que hasta allí Cromwell creia conveniente á la seguridad pública el restablecer la autoridad real, como barrera contra la eclesiástica que queria restringir; pero á la sombra del monarca pretendia él dominar, reservándose el mando del ejército, dando el gobierno de Irlanda á su yerno y los primeros grados en el ejército á sus amigos. Quizá de este modo hubiera efectuado

tranquilamente lo que la obstinacion del rey le arrastró á ejecutar con violencia.

El ejército y Cromwell, deseaban, pues, venderse, pero caros; queríalos Cárlos mas baratos, y no hizo caso de los suyos que le aconsejaban que admitiese. Halagado por sus relaciones con estranjeros, en vez de aceptar al ejército como árbitro entre él y el parlamento, se le figuraba que pronto le llamarian á él como árbitro entre el parlamento y el ejército, creyendo imposible que ni aquel ni este dominasen en Inglaterra. Respondió, por lo tanto, á los comisionados del ejército: «Nada podeis sin mí, y vuestro partido viene á tierra si yo no lo sostengo.» Ignoraba la fuerza que adquieren los partidos, colocados en el último estremo. La indignacion reanimó el entusiasmo y alejó toda idea de arreglo.

Pero en semejante senda se necesitaba triunfar á la par de los amigos del monarca y de los del parlamento, hacer obrar á las tropas, y conservar sin embargo en ellas el respeto á las leyes del país y á la disciplina. Tanto prometian el celo y la union del ejército, especialmente hallándose Inglaterra despedazada por facciones.

Cuando el rey, que se hallaba á la sazon en la isla Wight, rechazó las últimas proposiciones del parlamento, este se mostró irritado, hasta pedir un individuo de su seno que no se dirigiesen mas á él, obrándose con independencia respecto á los negocios públicos. Cromwell se declaró abiertamente contra el rey, como hombre de quien nadie podia fiarse, y encargó que no se disgustase al ejército, pues de él era de quien debian esperar apoyo y salvacion. Esta era una amenaza; y se decidió no enviar mensajes á Cárlos ni recibirlos suyos, so pena de alta traicion. Los Pares vacilaron, pero los obligó á convenir en ello una peticion de los soldados; debilidad que mostraba el predominio de estos.

Inglaterra, aun realista, se estremeció y protestó como si tratase de una traicion; en Lóndres y en los condados estallaron motines y se organizaron conjuraciones; donde quiera habia sublevaciones, incendios, armamentos; la escuadra, al grito de *viva el rey* se dió á la vela con direccion á Holanda, donde estaba la reina. Escocia, disgustada de ver sucumbir á los presbiterianos, puso en pié de guerra cuarenta mil hombres para invadir á Inglaterra y sostener al rey y el *covenant*. No era, pues, insensata en Cárlos la esperanza que fundaba en el amor del pueblo; pero en los grandes casos es preciso saber aprovecharse de las ocasiones, y á él, por el contrario, le faltó el atrevimiento ó la prudencia, dotes que poseian en alto grado sus enemigos.

Si se lograba vencer á los sublevados, el parlamento quedaba vencido tambien; si se vencia al ejército, el rey era el dueño de la situacion, y el parlamento quedaba anulado. Este procuró salvarse, declarando que podria seguirse negociando con el rey, y que no se alteraria el gobierno fundamental del reino compuesto de un rey y de dos cámaras; pero era demasiado tarde, y la iniciativa no le pertenecia ya.

La guerra civil ardia, y en ella era parte principal Cromwell, secundado por Fairfax. Alegre de tener esta ocasion en que usar de la fuerza, derrotó á los Escoceses, y los persiguió hasta su país; una vez alcanzada esta victoria, se decidió á someter el parlamento. Habiéndolo circuido de soldados, intimó á los representantes que se marchasen.—«¿Con qué derecho?—Con el de la espada.» *Purgó* de este modo el parlamento, no dejando mas que independientes, que acusaron al rey, y nombraron una comision que le juzgase. Cromwell se instaló en el palacio de White-hall, y dió gracias á Dios (1649).

Cárlos se portó en el curso del proceso con la dignidad propia de un hombre acostumbrado á las adversidades, sin cejar un solo paso en sus opiniones sobre el derecho divino de los reyes. «Cárlos Estuardo, al subir al trono de Inglaterra, »recibió en depósito una autoridad limitada; »despues hizo la guerra al pueblo y á sus repre»sentantes para ampliar la real prorogativa; »por eso le declaramos tirano, asesino, enemigo »del país.» Mentian; pues Cárlos habia nacido rey, recibiendo el poder, no en depósito, sino por derecho de nacimiento. Su única limitacion era la fuerza; esta le habia derribado, y los súbditos vencedores *querian* que muriese (*). Los reyes Tudor y Estuardo, atrayendo á sí la plenitud del poder monárquico, se constituyeron únicos responsables de los abusos de la autoridad real; debian, pues, expiarlos. No habia mas razon (**). El pueblo asustado y ceñido de soldados, no se movió, y triunfaron los independientes.

Ocho dias despues la cámara dictó el decreto que sigue: «La esperiencia ha probado, y esta »cámara declara que el oficio de rey en este país »es inútil, oneroso y peligroso para la libertad, »la seguridad, el bien del pueblo; queda de «consiguiente abolido.» El dia antes habia sido disuelta la cámara de los Pares; los negocios públicos se sometieron á consejo de Estado; reclamábase al mismo tiempo libertad de conciencia, las leyes en el idioma nacional, la igualdad de todos ante ellas, el rápido juicio de los presos la esclusion de la fuerza militar de todo asunto civil. Habia tambien quien pedia la distribucion igual de los goces y de las prerogativas, la suspension de toda ley, y que la individualidad se sustituyese al principio de la comunidad que habia dominado hasta entonces. Era natural que se calificase á estos últimos de turbulentos y de chusma, y que la historia ratificara el juicio contra tales niveladores.

Cromwell se opuso con energía á las teorías antisociales, y contituyó una república posible; en seguida trató de reprimir el presbiterianismo y el catolicismo, entrambos favorables á los Estuardos.

Dejando á Fairfax de generalísimo del ejército; Cromwell, contento de ocupar el segundo puesto, marchó á someter la católica Irlanda. Los Ingleses conquistaron la Irlanda, como los Hebreos la

(*) Sin pretender justificar la muerte de Cárlos I, antes bien condenando el hecho, diremos que fue consecuencia natural de sus anteriores abusos. Cuando los reyes apelan á la fuerza para ensanchar sus prerogativas, se someten á lo que decida ese tribunal de la fuerza, al cual han llevado su causa. *(N. del T.)*

(**) Habia tambien la de que no tenian derecho para concentrar en sus manos el poder absoluto. *(N. del T.)*

Palestina, esterminando á los hombres y repartiendo la tierra entre los vencedores; pero desde la antigüedad, no se habia ejercido con tanto furor el derecho de guerra, y causa horror la frialdad con que los jefes de la espedicion cometian las mayores atrocidades. Comwell, que no escribia ninguna carta á sus amigos y familia sin suplicarles que rogasen por él, refiere la mortandad de los Irlandeses, y concluye: «Lo »siento, pero Dios lo ha querido.»

Vencidos los anglicanos en Inglaterra, y los católicos en Irlanda, quedaban los calvinistas en Escocia. Esta no habia sido agresora, pero guardaba el silencio de la desaprobacion, lo cual podia llegar á ser muy funesto. Allí se presentó Cárlos II, resignándose en Edimburgo á todas las exigencias del parlamento escocés, las mismas negadas por su padre al de Inglaterra; la Iglesia calvinista era la del Estado; el parlamento se consolidaba, apoyado en el rey; en suma, habia obtenido aquel órden de cosas que en Inglaterra habian deseado todos, escepto los independientes. Era, pues, de temer que Inglaterra quisiese imitarlos y aceptase á Cárlos II; asi Cromwell fué á desalojarle de allí, lo cual consiguió; de suerte que la Escocia debió seguir los principios que reinaban en Inglaterra.

Cromwell, dando gracias á Dios por aquella victoria, se mostró mas humano é intentó los medios de la persuasion; puso en libertad á los prisioneros, no inquietó á sus adversarios, se dedicó á reconciliar ambas naciones, y no pretendió, en cuanto á religion, mas que tolerancia. Al efecto disputaba con sus ministros; estableció discusiones y les escribia: «¿No os agrada que se »predique en nombre de Jesucristo? ¿Os parece »reservada la predicacion á vuestro ministerio? »¿Escandaliza nuestra libertad á vuestras Iglesias? ¿Es contraria á la ley? En ese caso que la »ley sea anatematizada. Os engañais sobre el »sentido de la Escritura. La ordenacion es un »acto de conveniencia, no de necesidad. Vuestro temor de que el error se introduzca durante »la libertad, se parece á la prudencia de aquel »que tuviese bajo llave los vinos del país para »no dar márgen á embriagarse. Seria injusto é »irracional negar á alguno un derecho natural »so pretesto de que puede abusar de él. Si abusa, castigadle; si habla inconsideradamente, »sufridle pues que sois sábios; si se engaña, »mostradle la verdad en vuestra respuesta; cerradle la boca con palabras razonables á que no »tenga que replicar; si blasfema y turba el órden público, dejad que los magistrados le castiguen; si dice la verdad, alegraos de ello (1).» Esta libertad no tenia entonces mas apoyo que las espadas; asi, pues, no podia desarrollarse como cuando fue favorecida por el progreso del razonamiento de la civilizacion.

La fuerza habia sido el único motor de aquella revolucion; pero el ejército creia tener una mision divina, procedente de su directa comunicacion con el Señor, el cual le guiaba especialmente como en otro tiempo habia guiado á Israel; de modo que el derecho de la victoria era el derecho de Dios. Cromwell no se entregaba á tales ilusiones, y conocia que un gobierno para durar, debe estar justificado por la razon pública; por lo tanto buscó siempre apoyo en algun principio de legalidad reconocida. Primeramente trató de aliarse con el rey y despues con el pueblo, conservando cierta apariencia de parlamento. Pero no se le ocultaba que Inglaterra conocia la nulidad de este, espuesto á las arbitrariedades del soldado, desacreditado como una oligarquía de usurpadores, infieles á su mandato y á sus colegas, y deseosos tan solo de conservar los empleos y los puestos elevados y lucrativos. Reducido de quinientos trece á ciento cuarenta individuos, se le envileció con el nombre de *rump* ó rabadilla.

Cromwell debia pues destruirlo y quitar del medio esta sombra de legalidad, hecho de los hombres, para apoyarse únicamente en la necesidad, ley de Dios, y dar á Inglaterra un gobierno vigoroso y adaptado á las costumbres y á la tradicion del país, mas que el improvisado á la muerte del rey. La república no era deseada; ni tampoco comprendida por la multitud, sino solo por algunos exaltados y unos cuantos militares de avanzada edad. En una reunion de los principales individuos del parlamento y del ejército se propuso llamar á uno de los hijos del rey. Pero era peligroso retroceder tanto de improviso é inconsideradamente, y confesar que los Estuardos eran necesarios en Inglaterra.

Cromwell pensó tomar por sí mismo esta autoridad suprema cuya necesidad confesaban todos; pues en las revoluciones, cuanto mas violentas son, mas pronto se conoce que es menester detener sus escesos con mano fuerte y hasta tiránica. La parte mas fanática del ejército, atraida por su aire de piedad, le secundaba en todo y le creia, no solo inspirado por Dios, sino algo mas que hombre y precursor del futuro reformador. Asi, pues, no bien el parlamento, único cuerpo republicano de la revolucion, mostró envidiar la omnipotencia de Cromwell, y pretendió dirigir un movimiento cuyo impulso procedia de él solamente, cuando este lo disolvió de un modo insultante y se metió en el bolsillo las llaves del edificio (1653-25 de abril). Esta disolucion agradó generalmente, porque aquel cuerpo era detestado y de todas partes llovieron las congratulaciones.

Ya no quedaba mas que el gobierno militar sin oposicion, pues las cuestiones religiosas, que ocupaban los ánimos, habian gastado las instituciones políticas. Tan cierto es esto, que el mismo Cromwell no cesó nunca de vacilar, porque la política era mero accidente, y la religion el único móvil de aquella revolucion; queríase regenerar la Iglesia, no el gobierno. De consiguiente Cromwell introdujo muy pocas variaciones en el gobierno real; prudencia conveniente en un país donde el mayor número deseaba se le siguiese gobernando como antes. Asi, cuando los soldados le dieron el título de *protector*, nadie se opuso; era casi un paso á la restauracion.

Convocó un parlamento; pero le nombró él mismo, no queriendo abandonarse al capricho de la eleccion, y calculando que si merecia el aprecio público, contribuiria á asegurar la vali-

(1) Thurloe's, *State papers*.

dez de su poder, y en otro caso daria realce á su fuerza. Este parlamento tan ilegal por la circunstancia de haber sido elegido personalmente, consolidó la revolucion inglesa, dando á la república una constitucion (11 de diciembre) que no era mas que la transaccion propuesta antes por Cromwell á Cárlos, escepto la herencia monárquica. La soberanía legislativa se confiaba al lord protector de la república y al pueblo reunido en parlamento. El poder ejecutivo, al protector ayudado por el consejo de Estado. De él procedian los honores, los empleos, los títulos; á él correspondia el derecho de indulto y el tratar de la paz y de la guerra con los gobiernos estranjeros. La fuerza militar dependia de él y del parlamento, y de él solo en los intervalos de las legislaturas. El parlamento debia reunirse cada tres años, no pudiendo ser disuelto contra su voluntad sino cinco meses despues de abierto. Las leyes votadas por el parlamento empezaban á regir veinte dias despues de presentadas al protector, el cual no tenia derecho á negarles la sancion. El protector no podia ni hacer leyes nuevas ni abolir las antiguas sin acuerdo del parlamento; pero en el intervalo de la legislatura podia, salva la ulterior revision del parlamento, hacer las leyes y dictar los decretos necesarios, en su concepto, á la salud y al bien del Estado, y hasta á la recaudacion de los impuestos.

Tales son las conquistas políticas á que se habia limitado la revolucion; en cuanto á la reforma social, nada; los diputados de Inglaterra, Escocia, é Irlanda debian reunirse en un solo parlamento. Esta unificacion era obra de la espada de Cromwell y fue el definitivo engrandecimiento de la Gran Bretaña.

La religion cristiana, cual está contenida en las sagradas Escrituras, era la profesion pública del Estado; sus ministros se pagaban por el Tesoro, aunque de un modo mas conveniente que si se mantuvieran del diezmo. Todo el que creia en Cristo, á escepcion de los Católicos y los Anglicanos, tenia derecho á ser protegido en el ejercicio de su culto, con tal que no alterase el órden público, quedando asi abolida la Iglesia del Estado y triunfante la libertad religiosa. Esta obra pertenecia toda á Cromwell; pero con él pereció.

Apenas el parlamento quiso revisar las bases de semejante constitucion, Cromwell lo disolvió con la misma autoridad con que lo habia reunido. El subsiguiente fue mas dócil, y mostró que el país habia vuelto á cobrar su aplomo. Cromwell era mas monarca que ninguno de sus predecesores; sin embargo, no podia considerársele un nuevo Estuardo, y el objeto político de la revolucion estaba alcanzado, pues la clase media solo queria defender la política de los Tudor contra la del derecho divino proclamada por los Estuardos, y hacer consagrar la autoridad parlamentaria, lo cual se habia conseguido.

La revolucion inglesa ejerció poca influencia en lo esterior, limitándose á desenvolver sus fuerzas interiormente. Se ha supuesto que Cromwell se presentó como jefe del Norte emancipado contra el Mediodía servil, queriendo establecer un consejo de reyes protestantes, que sirviese de contrapeso al Vaticano; pero nada de esto aparece de sus alianzas ni de sus enemistades. Cromwell tuvo con la Holanda, que habia crecido á la sombra de Isabel, una guerra provocada por la envidia mercantil, cuando hubiera debido ser su amigo natural. Al contrario, formó alianza con Francia en perjuicio de España, quizá porque, viendo los males que agitaban aquel país, no presintió la grandeza á que se dirigia; la ayudó, pues, rompiendo el equilibrio entre la casa de Austria y la Francia.

Pero si se engañó en esta parte, en cambio condujo el país á una prosperidad, cual no se habia visto hasta entonces. La marina británica llegó á su apogeo; la soberanía de los mares fue proclamada soberbiamente y sostenida por la fuerza; se conquistó la Jamáica, se castigó á los Berberiscos, se humilló á España y Holanda y se aseguró el dominio del canal de la Mancha conquistando á Mardyke y Dunkerque.

Mientras el debate se agitaba dentro de los límites de la legalidad precedente, y la clase media se apoyaba en la constitucion antigua para sostener la aristocracia y restringir el poder real, todo se reducia á una crisis política. Pero los independientes la convirtieron en revolucion no contentándose con limitar el despotismo, sino sustituyendo al antiguo derecho social un nuevo ideal, esto es, la emancipacion definitiva del individuo. Adaptábase este nuevo derecho al egoismo inglés; mas para vivir le faltaban dos condiciones. Tal como la lógica la deducia de la reforma, alteraba la simetría de la sociedad y nunca hubiera podido gobernar un pueblo. El principio que constituia su base no habia pasado al través de largas discusiones y por la prueba de la conciencia y de los hechos, ignorándose de consiguiente lo que tenia en sí de aplicable y de eficaz. Asi la soberanía individual se habia refugiado en Cromwell; él protegió este sistema, no concediendo á sus partidarios mas que lo que instintivamente juzgaba compatible con la administracion del país. Conservó algunos hábitos propios de sus convicciones, y el don de la perspicacia profética, que no solo le justificaba para con los independientes, sino que era la revelacion del individualismo británico, el cual librando al hombre de la tutela social, le obliga á una misteriosa correspondencia con Dios. La nacion aprendió de él ese modo de obrar sombrío y exaltado, que le era propio, y que, unido al orgullo nacional, formó el tipo del inglés, tan positivo y á veces tan sublime.

Pero habiendo cesado el fanatismo que le habia servido de apoyo, y que tenia que ser personal, nada quedó de él. Lo positivo volvió á prevalecer, y el cálculo se antepuso á la Biblia.

La autoridad de Cromwell (dice Banckroft) no señaló sino un período de transicion, en el cual hizo contínuos esfuerzos por conciliar su poder con la conservacion del órden público; pero en vano, pues la imposibilidad de conseguirlo era inherente al orígen mismo de aquel poder, procedente del avasallamiento y no de la voluntad del pueblo, de la espada y no de la nacion, ni de costumbres nacionales establecidas. Cromwell vió que por entonces era imposible una repúbli-

ca, y alegó como escusa de sus persecuciones, el derecho del mas fuerte á restablecer la tranquilidad, antiguo pretesto de los tiranos y de los opresores, desde los primeros dias del mundo. Despues de haber convertido el entusiasmo por la libertad en escabel de su enaltecimiento, trató de sostenerse halagando las sectas mas opuestas. Para los republicanos tenia apologías: «Los hijos »de Zerniah, los legistas y los ricos son dema»siado intolerantes con nosotros. Si hablamos de »reformas, dicen que atacamos la propiedad.» A las censuras del jóven cuáquero, dirigidas contra los sacerdotes y la guerra, respondia: «Muy bien, »es cierto; si tú y yo estuvieramos juntos solo una hora, quedariamos enteramente de acuerdo.»

Desde el campamento de Dembar recomendaba al parlamento Largo «que reformase los abu»sos y no multiplicase el número de pobres por »complacer á los ricos;» pero cuando estaba en Lóndres, buscaba el apoyo de los ricos y de los abogados «á quienes solo él podia salvar de los »niveladores, gente mas propia para destruir »que para reformar.» Si los sinceros niveladores, los verdaderos republicanos hablaban acaso de sus proyectos delante de él, les aseguraba «que preferia un cayado de pastor al oficio de »protector, y que resignaria toda clase de poder »cuando Dios le notificase su voluntad defini»tiva;» invitándoles á rogar para que fuese pronto: «Conviene (dijo un dia al poeta Waller) »hablar á esta gente su propio idioma.» Si la pasion de la igualdad política llegaba á inflamar el corazon del pueblo de los campos, principal fuerza de sus tropas, sabia apagarla incontinenti con el terror de algun suplicio militar. Respecto de los presbiterianos escoceses, gente difícil de manejar, procuró atraérselos por el lado del orgullo, empleando contra su despotismo religioso la doctrina de Roger Williams y de Descartes, la libertad de conciencia. «Apro»bar las doctrinas agenas (decia, y con sinceri»dad de conviccion, segun mi dictámen) es no »solo un acto necesario, sino conveniente. ¿Se »vale alguno de discursos insensatos? Sufrámos»le con paciencia, pues para eso somos sábios. »¿Propala errores? cerrémosle la boca con pala»bras que no tengan réplica. ¿Dice la verdad? »alegrémonos con él (1).»

Para ganarse á los realistas, publicó un decreto de amnistía, prenda de futuro favor dispensado á los que se sometiesen. Halagó á la nacion, despertando y satisfaciendo el orgullo nacional con hábiles negociaciones, victorias y conquistas. Finalmente, supo atraerse las simpatías religiosas y el entusiasmo del pueblo, tomando en Inglaterra la tutela del protestantismo, y dirigiendo todas las antipatías de las sectas contra la córte de Roma.

Sus últimos momentos fueron de un hombre persuadido y entusiasta. Existe una carta escrita á poco de muerto Cromwell (1658), por persona que le conoció de cerca, y en la que se le describe, lo mismo que en otros escritos de la época, como un hombre naturalmente bueno, *a good natured man* (2). «Era de constitucion poderosa y robusta; su estatura de menos de seis piés; su cabeza tan grande, que se comprendia encerrase un tesoro de facultades intelectuales; carácter ardiente; aunque este fuego se estinguia de suyo, ó se apaciguaba pronto por sus cualidades morales, Compadecia á los desgraciados hasta rayar en afeminacion (*even to an effeminate measure*). Aunque Dios le habia dado un corazon en que no cabia el miedo, era escesivamente afectuoso con los desgraciados. Raras veces ha residido alma tan grande en este cuerpo de barro. Si su historia se escribiera con imparcialidad, y el mundo la recibiese sin prevencion, añadiria su nombre al de los nueve héroes. Vivió y murió en perfecta union con Dios, como observaron personas sensatas que estaban á su lado.»

En cuanto se esparció la noticia de la muerte de Cromwell alrededor de Whitehall, que estaba lleno de fanáticos orando, un capellan se levantó, y volviéndose á la multitud consternada: «Es una buena noticia» esclamó; «si nuestro »protector era tan útil y misericordioso en esta «vida mortal, ¡cuánto mas no lo será en el cie»lo, donde reside en Jesucristo, á la diestra de »Dios!»

El mismo Thurloe escribia á Enrique Cromwell: «El protector ha muerto ayer á las cuatro de la tarde. No tengo fuerzas para hablar ni para escribir: tan cruel é inesperado ha sido el golpe. ¡La providencia de Dios es inesplicable! Si se considera al hombre que ha muerto, el tiempo y el momento en que Dios le llamó á si, y otras circunstancias, no me queda mas que imprimir los labios en el polvo, y esclamar: ¡*Esta es la mano del Señor*! Es imposible describir la consternacion del ejército y el pueblo; su nombre está ya consagrado; ningun hombre ha sido objeto de tantas oraciones durante su enfermedad. Cada dia se celebraban solemnes reuniones para pedir á Dios le prolongase la vida; de manera que subió al cielo embalsamado por las lágrimas de su pueblo, y llevado en alas de la oracion de los santos.»

¡Un viejo confidente de Cromwell (observa Villemain), un antiguo ministro de Estado, es el que habla asi en un momento en que es supérfluo el lenguaje místico, y parece impulsado por la verdad misma del dolor y del sentimiento! ¿Podia creer Thurloe en la santidad de Cromwell? ¿Podia atribuir tanta virtud á la oracion de aquellos fanáticos imbéciles, tan á menudo engañados por su amo y por él? ¿O ha de suponerse que el ascendiente de Cromwell, y los hábitos de su lenguaje influyeron hasta en el hombre que mejor conocia su política? ¿No era mas bien una especie de hipocresía involuntaria y contagiosa, que se contraia al acercarse á Cromwell? Todos los hombres estraordinarios han fascinado á sus admiradores, formando en derredor de sí, segun la diversidad de los tiempos, un prestigio de opiniones, de lenguaje, y, por decirlo asi, un nuevo órden moral, que la ambicion, la adulacion, y no sé qué pasion, mezclada de orgullo y de servilismo, adoptan sin creer en su certeza, aunque no confiesan que no creen. Por otra parte, en el favor, en la confianza del poder hay

(1) Thurloe's, tom. I, pág. 161.
(2) Id., pág. 766.

una especie de embriaguez, que seduce hasta la conciencia, y forma aun mas ilusos que hipócritas.

La estraordinaria fortuna de Cromwell justificaba esta larga ilusion, principal carácter de su autoridad. Haber llegado, siendo de condicion oscura, al poder supremo; lanzarse de en medio de tantas sectas furiosas al primer puesto, elevado sobre todos los partidos, despedazándoles á medida que se iban inutilizando, eran sin duda hechos prodigiosos que debian asombrar, cegar á los de mejor vista, y mezclar dónde quiera la admiracion al odio. Lo mas admirable de tal destino es que un hombre solo haya podido darle cima.

Un hombre solo parece no bastar á las diferentes épocas de una revolucion, cada una de las cuales tiene su héroe. A Cromwell se le ve en todas partes, y atrae la atencion desde el principio; no es de esos que vienen al fin á aprovecharse del cansancio comun, y á recoger la herencia de la república espirante. Solo y llenando todas las épocas, mira hacer la revolucion, la secunda, la sigue, la termina y reduce á la unidad de su poder. Las desventajas personales, que no detuvieron su elevacion, no son menos sorprendentes que las grandes cualidades que desplegó para subir hasta allí. Este hombre, que dominó con las armas y con la palabra, no habia hecho la guerra hasta los cuarenta y dos años, y parecia desprovisto de elocuencia para seducir; pero como si tuviese ocultas dentro de sí fuerzas é ideas propias de todas las eventualidades de su fortuna, se mostró sucesivamente teólogo, capitan, político, legislador, soberano, manifestando siempre el talento ó el vicio que necesitaba. Elevó el patriotismo de su nacion, la oprimió con su misma gloria, y la hizo respetar en lo esterior para mejor subyugarla. Exigia se tuviesen con sus embajadores mas consideraciones que las concedidas por ninguna córte á los de los reyes de Inglaterra. Tal era su política; asi, halagando la quimérica soberanía de aquel pueblo cuya libertad habia destruido, decia: «la dignidad de la corona pertenece á la nacion;» y «siendo siempre la nacion la misma, quiere que sus ministros sean tan respetados como los de los reyes»

Sus palabras y sus sentimientos se engrandecieron con su fortuna; á la trivialidad habitual de sus maneras sustituyó la altivez y gravedad de un señor. Un noble realista que habia notado la abyecta familiaridad y el vestido descompuesto de Cromwell cuando entró la primera vez en el parlamento, esclamaba algunos años despues: «He visto á este mismo hombre, despues de »grandes prosperidades, dueño del poder real, »aunque usurpado, tomar mejor sastre, y mez»clándose con la buena sociedad, presentarse en »Whitehall con mucho garbo y grandeza.» De vez en cuando esta dignidad se convertia en estravagancia.

Abrumado de tantos cuidados, el protector, naturalmente melancólico y severo, solia prorumpir en chistes triviales y burlescos, como si despreciase su fortuna al despreciar á los hombres. «Se burlaba de nuestros padecimientos (dice Cowley), y se complacia en decir y hacer cosas fantásticas y disparatadas, aunque no fuese mas que por mostrar que podia decirlo y hacerlo todo.»

Los mas rígidos censores, hasta los enemigos de Cromwell, no le negaron mucho talento, admirable prudencia é intrépida firmeza; pero, despues de la audacia, el mas poderoso instrumento de su elevacion fue el conocimiento de los hombres y del espíritu de su época. Esta penetracion que le permitió ver lo que podia esperar del fanatismo, esplica su hipocresía, justificada por la historia, y que no podria ponerse en duda sin quitar algo á la idea de su genio; pues los hombres hallarán siempre menos grandeza en un fanático de buena fe que en un ambicioso que crea entusiastas. Cromwell condujo á los hombres con el dominio que le dejaban tomar sobre ellos; solo la ambicion le inspiró delitos, cuya ejecucion encomendó al fanatismo de los demás. En todo lo que no se rozaba con su autoridad, obró conforme al espíritu generalmente moral de su siglo; su razon superior rara vez le consintió perseguir á nadie; no se vengó de rival ni enemigo alguno, contento con dominarlos á todos; sus costumbres privadas eran puras y severas. Su breve dominacion llevó la Inglaterra á la mayor grandeza que habia disfrutado antes de que se completase su constitucion; y solo la libertad le fue mas favorable que este odioso déspota. La fuerza de su genio se descubre en la impotencia misma de consolidar un poder, que conservó sin embargo incontrastable hasta la última hora, consiguiendo que, despues de su muerte, reinase todavía su nombre algun tiempo bajo el débil Ricardo.

Todo el celo religioso de Cromwell (continúa dicho historiador) se concentraba en su ódio á Roma; punto de reunion que proponia á todas las sectas de Iglaterra. Por lo demás, parecia bastante indiferente á la forma del cisma, y acogió con igual favor á los independientes, á los presbiterianos y á los anabaptistas; en sus últimos tiempos se manifestó favorable hasta con los episcopales, dejándoles abrir sus iglesias. Los capellanes de que se rodeaba eran escogidos de todas estas varias sectas; y semejante neutralidad respecto á la forma del culto, comparada con el fervor que afectaba de continuo, bastaria á probar su hipocresía. En aquel siglo fanático la fe iba siempre unida á la intolerancia; y si Cromwell hubiese sido sincero, habria escogido una secta que seguir. Pero, en su religion enteramente política, evitó ofender á muchas sectas adhiriéndose á una sola, al propio tiempo que satisfacia el espíritu supersticioso de la época con una demostracion general de fervor y de piedad; proponiendo constantemente el dogma al entusiasmo, se ocupó en dominar las imaginaciones, sin ofender ninguna creencia. Cálculo de hombre de Estado, que elige el objeto de su fanatismo, y no de un sectario á quien arrastra el ascendiente que ejerce sobre los demás.

La mayor prueba que dió de esta tolerancia, estraña á su siglo y á su fanatismo, fue, respecto de los judíos, tanto tiempo víctimas de las

preocupaciones, especialmente en Inglaterra. Manasés Ben-Israél, famoso rabino, tuvo muchas conferencias con el Protector, pidiendo para su nacion la libertad de comercio y de conciencia, vistas la persecucion y las injurias que esperimentaba en los Estados católicos. Cromwell pareció favorable á la peticion, pero quiso someterla á la discusion de una junta de teólogos, que no pudieron ponerse de acuerdo. El mismo Cromwell insistia en favor de los Judíos con un argumento teológico: «Pues que existe la promesa de su conversion, deben emplearse todos los medios capaces de facilitarla; y ninguno mas seguro que la predicacion del Evangelio cual se hace en Inglaterra, con sinceridad y verdad, sin mezcla de las supersticiones papistas, que les han inspirado ódio á la religion cristiana.» Muchos judíos, animados por semejante proteccion, fueron á Lóndres á esperar el resultado; pero la mayor parte de los teólogos se declaró contra ellos, y lo mismo los comerciantes, por otro motivo ó por temor á la competencia que ofrecian la riqueza é industria de los Judíos. Cromwell desistió, pues, diciendo que no tenia empeño especial, sino que queria hacer únicamente lo que estaba permitido por la Sagrada Escritura. Algunos historiadores aseguran que los Judíos se habian proporcionado el favor de Cromwell prometiéndole mucho dinero; otros dicen, que detenido en sus empresas por la insuficiencia del erario, habia contado con el auxilio de aquellos. La actividad y las correspondencias de los Judíos en todos los paises no fueron inútiles al Protector; y segun Brunet, le sirvieron de espías en toda Europa, principalmente en España y Portugal; y por su medio adquirió noticias preciosas sobre los proyectos y la situacion de las córtes estranjeras.

La condescendencia de Cromwell con las preocupaciones de los sectarios, está conforme con la política que le indujo siempre á hablar su lenguaje y á imitar su fanatismo. Asegúrase que aquella afectacion tan bien sostenida se desmentia á veces en la libertad de la vida privada y en la espansion de la confianza. Waller, el ingenioso poeta que cantó sucesivamente á Cárlos I, Cromwell y Cárlos II, y que, despues de haber conspirado á favor de la monarquía, fue acogido por el Protector, su pariente, referia á tal propósito una estraña anécdota. Admitido en el gabinete de Cromwell, su conversacion familiar era á menudo interrumpida por algun jefe de secta que iba á hacer la córte al Protector: Cromwell, de pié, los recibia á la puerta, y llegaban al oido de Waller estas palabras, repetidas con frecuencia: «El Señor revelará, el Señor vendrá en auxilio, etc.» Cromwell, una vez despedidos los fanáticos inoportunos, le decia: «Caro primo, á esos es menester hablarles en su jerigonza. Continuemos (1).»

El vencedor de una revolucion parece fácilmente grande, como aquel que permanece de pié en un campo de batalla donde todos han perecido. En cuanto cesa el pesar de las perdidas ilusiones, de las esperanzas desvanecidas, nos apasionamos de aquel afortunado ser, aunque haya sido antes nuestro enemigo; y aplaudimos los golpes con que destruye la causa por la que combatíamos y en nombre de la cual se habian ejecutado tan grandes cosas, cuyo mérito le concedemos. Así aconteció á Cromwell, que pareció grande porque era fuerte; pero empleó la fuerza para refrenar el ímpetu de los independientes y de los niveladores, quienes empujaban la revolucion mas allá de donde él queria. Dejó, pues, la libertad aniquilada, estendida la opresion, y esa tiranía robusta que los admiradores de la fuerza apellidan grandeza, y que indujo á muchos á llamarle grande hombre.

Pero asi que murió, la esperanza de la libertad, sofocada durante diez años, renació, y su hijo Ricardo (pastor árcade, como le llama Carlisle) no supo mas que combatir al parlamento con el ejército y al ejército con el parlamento; método vacilante; en consecuencia del cual abdicó poco despues (1659). La legalidad no servia donde se estaba acostumbrado á buscar las decisiones de la fuerza. El general Lambert trató de reproducir el personaje de Cromwell, contando solo con el ejército; pero con el ejército vino Monk, hombre que si bien no tenia nada de grande, estaba dotado de sano juicio y de valor. Conoció á dónde convenia que el país llegase, y se propuso conducirle hasta allí sin lucha ni sacudimientos. No deseando gloria ni poder, desprovisto de elevados planes, lo mismo acerca de su persona que del país, acérrimo enemigo del desórden y de las iniquidades cubiertas con aura popular, no declamador charlatan, sino soldado é inglés, firmemente resuelto á restaurar el único gobierno que podia ser estable y regular, sacrificaba á esto todo, hasta la moral; sentóse como árbitro en medio de los partidos fraccionados, y juraba querer vivir y morir por la libertad con los patriotas, mientras que aseguraba grados y poder á los ministros de la tiranía de Cromwell. En el partido realista habia gran division de ideas, de pasiones, de intereses, y sin embargo tuvieron la prudencia de dejar á un lado las disensiones y encerrarse en el círculo del interés comun, subordinando lo que hubieran preferido á lo que querian. Hasta se echaron en brazos de un hombre de quien tenian razon de desconfiar, cual era Monk, que habia servido al rey, á la revolucion, á la república, á Cromwell, al parlamento, y marchaba envuelto en tinieblas á menudo en sentido contrario, mintiendo friamente. Los realistas si no se entregaron ciegamente á Monk, le secundaron como el hombre impuesto por la situacion, vigilándole, es verdad, pero dóciles y tranquilos como los que siguen á un jefe.

El éxito justificó á los realistas y al que los capitaneaba. En vez de consolidar el poder guerrero, segun parecia deber temerse de un soldado vencedor, reunió el parlamento, llamó á él á los puritanos que habian sido escluidos y que restauraron la religion esclusiva, y á los fieles de Cromwell que restablecieron la monarquía. Las peticiones de los niveladores fueron declaradas por él como por Cromwel, metafísica inaplicable y no elaborada por la discusion; de suerte que

(1) Willemain, II, 200.

los que el Protector habia perseguido fueron tambien perseguidos. El calvinismo desde que faltó la mano que lo reprimia, alzó de nuevo la cabeza en el parlamento y se reanudaron los proyectos de reconciliacion. En su virtud los Estuardos volvieron en 1660: habian sufrido un golpe, efecto del acaso, y cuando cayó el que lo habia dado, continuó su curso el derecho nacional.

Monk quiso que en las patentes que consagraban su gloria y su fortuna se insertase la frase *vencedor sin sangre*. Cárlos II volvia tan déspota como sus abuelos, sin condiciones y pronto á continuar el sistema de aquellos. Los viles que habian adulado é instigado á Cromwell se apresuraron entonces á adquirir la gracia del rey, y convertidos en jueces reales arrastraron al suplicio á los que Cromwell habia perseguido como fieles á la libertad é incorregibles patriotas.

Cárlos restableció el calvinismo y mostró apoyarse en el estranjero. ¿Qué resultó? que él llamado por el voto de la nacion, no tardó en ponerse en lucha con esta, y en acudir al estranjero, sin el cual habia venido resignándose al contrario de sus predecesores con la política de Francia. Inglaterra no podia menos de estar en pugna con Luis XIV como antes con Felipe II, como representante del partido monárquico y católico, y Cárlos se ingeniaba para sacar dinero á entrambos; vendió Dunkerque á Luis XIV y para captarse su voluntad declaró una guerra costosa y desgraciada á los Holandeses, los cuales habian osado dar asilo á los patriotas que habian censurado los escesos del Protector y merecido sus persecuciones. Pero los Bátavos se vengaron manifestando que los Ingleses eran sus amigos y que por ellos combatian al déspota. Por lo tanto los Ingleses vieron con alegría á Ruyter y á De Witt, quemar los buques de Cárlos II, y cuando este pidió subsidios, el parlamento licenció al ejército y rehusó toda clase de impuestos si Cárlos no aceptaba el bill del *test* que imponia á los empleados públicos la obligacion de jurar que no creian en la transubstanciacion. Con esto se escluia á los católicos y especialmente al duque de York, presunto heredero y católico. Shaftesbury para determinar al rey hizo estallar la conspiracion papista, con cuyo motivo se multiplicaron absurdos suplicios; y el parlamento escluyó del trono al duque de York y de su seno á las hechuras de la córte con la ley de incompatibilidades; declaró ilegales las tropas permanentes, hasta la guardia real, y consagró la libertad individual con el *Habeas Corpus*.

Estos hechos se verificaban en medio de la conmocion universal. La Escocia se habia sublevado contra el episcopado que se queria imponerla, y con los soldados se esterminaba á los presbiterianos. Los montañeses de aquel país escitaban á andar á los animales con la voz *whig*, que se aplicó á ellos é indicó en lo sucesivo el partido que tomaron en Inglaterra. Los puritanos desengañados aplicaron á sus enemigos el nombre de *tory* que se daba á los proscritos católicos de Irlanda. Inglaterra estaba, pues, agitada aun entre los presbitarianos escoceses y los Irlandeses católicos, y Cárlos II no sabia cómo manejarse. Quiso gobernar sin parlamento, mendigando subsidios de la generosidad de Luis XIV; pero la tiranía socavaba su trono, y los suplicios no bastaban á acabar con las conjuraciones.

No obstante el bill, le sucedió el duque de York con el nombre de Jacobo II (1685), el cual, sin contar lo demas, era católico y se le consideraba autor de los consejos tiránicos dados á su hermano. Los muchos prófugos conspiraron, pero él los venció y creyó entonces poder dedicarse á restaurar la religion romana; en consecuencia abolió el *test*, hizo público el culto y recibió á los Jesuitas y á un nuncio del papa.

La religion y el interés dieron de nuevo el impulso á que no bastaba la política. Guillermo de Orange, que representaba el partido reformado en oposicion al católico de Luis XIV, conspiró contra su suegro con los barones creados por la revolucion y que querian asegurar los bienes adquiridos, pertenecientes á los emigrados, que á su vuelta pedian les fuesen devueltos. Con el consentimiento secreto de la mayor parte de los reyes protestantes y católicos, y hasta del papa Inocencio XI, á quien la altivez de Luis XIV habia inspirado un vivo resentimiento, y la loca temeridad de Jacobo I, un profundo desprecio, desembarcó y convocó las cámaras, que declararon vacante el trono, proclamando á Guillermo (1689). Este acto concedió la soberanía á la clase media, la cual en su triunfo indujo al nuevo rey á firmar la *Declaracion de derechos*: constitucion nueva, que prohibia al rey suspender en ningun tiempo las leyes, cobrar contribuciones sin acuerdo de las cámaras y mantener tropas permanentes contra la voluntad de las mismas; que le imponia la obligacion de dejar libres las elecciones y los debates, y de reconocer á cada inglés el derecho de peticion. En cambio el rey podria convocar, prorogar y disolver el parlamento, negar la sancion á las leyes que se le propusiesen, elegir los individuos del consejo, nombrar los principales empleados, hacer la paz, declarar la guerra, celebrar alianzas, administrar la justicia y dirigir el gobierno general del Estado sin dar cuenta á nadie.

Esta transaccion zanjaba las disputas entre realistas y parlamentarios; el pueblo la contempló con indiferencia. No se combatia ya en defensa de su causa como en 1640, ni en la de los derechos humanos: eran sí unos cuantos descontentos que no habiendo obtenido empleos ó temiendo perder los que desempeñaban, derribaron á un rey para sustituirle con otro, manchado con la sangre de los mas nobles patriotas holandeses. Podian, pues, proclamar la libertad, visto que reinaban ellos; pero al convenio habian concurrido solo el rey, los lores y los prelados, es decir, la casta privilegiada, y no se habia tomado ninguna disposicion contra el desórden y la iniquidad de las leyes, contra la constitucion aristocrática del Estado, contra la intolerancia religiosa ni contra las preocupaciones. El antiguo orígen estranjero y armado de la autoridad real, se justificaba con las fórmulas conservadas: «*Le roy le veult*; *le roy s'advisera; le roy mercie se loyaux sujets et ainsi le veult*». El despotismo no era ya posible, pero le reemplazó la oligarquía, procedente de un sistema de elecciones vedadas

al pueblo. Tampoco era posible el papismo, pero quedaba la creacion absurda de Enrique VIII, el derecho de ocupar los empleos públicos reservado á los Anglicanos, asegurado asi en su favor el monopolio que habian reprendido á los Católicos. El rey jura «guardar intacta la religion protestante reformada» de modo que la conservacion de la casa de Hannover en aquel trono se funda en la intolerancia. Se administraba justicia á todos; pero complicada, bárbara, formalista; se quitó la libertad de imprenta. En suma, en aquella revolucion no se consagraron principios generales, pero se generalizaron algunos hechos; las franquicias privilegiadas de la edad media existian en vez de las comunes libertades modernas. Mientras que los Estuardos alegaban el derecho divino, la nueva dinastía ostentaba nombres pomposos y sonoros: dinastía nacional, eleccion del pueblo, libertadores de la patria, antemurales del papismo etc.

Sin embargo, allí donde algunos no quieren ver sino el triunfo de la aristocracia, hallamos nosotros dos efectos popularísimos: la declaracion y garantía de los derechos personales y universales de los simples ciudadanos, y la participacion decisiva del pueblo en el gobierno.

El que haya leido la historia de aquella revolucion, no en este resúmen de las ideas mas bien que de los hechos, sino en los autores que esponen su parte efectiva y dramática, habrá encontrado en ella innumerables puntos de contacto con la francesa (1). Tan cierto es esto como que algunos historiadores de Francia, durante la Restauracion, describieron los acontecimientos ingleses como una eterna alusion á los de su patria, amonestando á los príncipes, que como los Estuardos, fundaban en el derecho divino su prerogativa y en los estranjeros la esperanza de cercenar la libertad.

Pero segun dijimos en un principio, las semejanzas son mas bien esteriores que interiores, accidentales que en el fondo. La revolucion inglesa fue obra de los partidos independientemente del pueblo; la francesa fue obra esclusiva de este. Ambas grandes como aquella en que se trata de nacion y de libertad, la inglesa es un acontecimiento parcial en la historia de un pueblo; la francesa es un acontecimiento europeo; la primera emana de principios secundarios, la otra es enteramente general é ideal. Objeto de la primera fue dar á los Comunes y á los Pares la preponderancia sobre el poder real; el parlamento que la guió, respetó la Carta y no pensó alejarse de la legalidad constitucional; solo quiso sobreponerse á la administracion del rey y contribuir con las advertencias y la negativa de los subsidios á la eleccion de los ministros. En medio de la lucha se pasó mas allá, pero la nacion se mostró en todos los períodos sin la instruccion republicana necesaria y aceptó al hombre que la satisfizo en los puntos, objeto del debate y que estableció un gobierno de hecho sin cuidarse del derecho. La francesa, despues de los primeros pasos aplicó la segur á la raiz, borró de su derecho cuanto se fundaba en la historia y quiso reconstituirlo nuevamente. En un momento destruyó los privilegios: mientras que la inglesa preocupada de la cuestion religiosa, dejó los privilegios intactos y toda la propiedad en manos de los ricos. La revolucion inglesa se apoyó en la Iglesia nacional, y todos los partidos tomaron por aliada á la reforma, esto es, se dieron una base comun y conocida: en Francia al contrario la Constituyente pensó un instante en ponerse de acuerdo con la religion establecida, pero esta la rechazó y la enemistad recíproca entre el poder nuevo y el antiguo espiritual no hizo mas que ensañarse. La inglesa se estableció en el campo de los derechos; no arrastró los hechos primitivos, si bien los eludió; reconoció los derechos que la victoria habia dado al antiguo ejército, y trató de consolidar los que los dominadores concedieron á los súbditos. La francesa dijo á los conquistadores: «Hoy los conquistados sois vosotros, sufrid, pues, la suerte que hasta aquí nos habeis hecho sufrir á nosotros, que somos el pueblo.» Por lo tanto la revolucion inglesa conquistó libertades políticas, la francesa libertades sociales: aquella influyó en la isla, esta en toda Europa: aquella no suscitó ni el miedo de los fuertes ni las simpatías de los pueblos; esta conmovió á toda Europa, y los pueblos la aceptaron como un preludio, los señores como una amenaza, y mientras era tiempo se armaron para comprimirla. La inglesa concluyó por temor de una abstraccion radical que hubiera derribado á los aristócratas, sus autores; la francesa por la reaccion de todos los estranjeros, pero despues de haber constituido una sociedad nueva con ideas que no han muerto, que han sobrevivido á la opresion imperial y que esperan quien las reorganice y les dé proporciones gigantescas. El estado presente de Europa prueba que aun no ha pasado el terror que escitó, y la cautela dominante trata de reprimir sus consecuencias, no completas todavía.

(1) En 1804 circuló un opúsculo titulado *Paralelo entre César, Cromwell, Monk y Buonaparte*. Metió mucho ruido, pero es ligero y se fija en las diferencias esteriores. Cromwell está pintado como un fanático, sanguinario, regicida, que devasta las universidades de Oxford y Cambridge, que no vence sino en guerra civil, y que á lo mas pudiera compararse con Robespierre. Buonaparte, al contrario, no habia tomado parte en los delitos de la Revolucion; los habia, sí, cubierto de inmensa gloria. A él se debia la abolicion de la fiesta del regicidio, á él que hubiesen terminado los horrores del fanatismo revolucionario; á él la apertura de las escuelas y el honor tributado á las ciencias y artes; á él la conquista de reinos enteros. Se declaraba un ultraje compararle á Monk, pues la restauracion era imposible sin los horrores de una nueva revolucion. El único digno de comparársele era, segun el citado opúsculo, César, gran guerrero y político: solo que este, al frente de los demagogos, abatió á los mejores, y destruyó la república, mientras que Buonaparte elevó á los mejores y abolió á los perversos.



MILTON

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

NUM. XXVII.

MILTON (1)

(1608—1674.)

Milton, poeta, periodista, filósofo, gloria de la literatura inglesa, campeon de la libertad, fue colocado por la poesía entre los que se ciernen sobre los demás como el águila; no redujo sin embargo al silencio á sus detractores, y hay críticos que, al mismo tiempo de alabar las poesías censuran al poeta. Reconocen que sus obras, consideradas en sí mismas, merecen contarse entre las mas nobles conquístas del entendimiento, pero no quieren colocar al autor entre los grandes hombres que, nacidos en la infancia de la civilizacion, suplieron con el genio la instruccion que les faltaba, y privados de modelos, los han trasmitido á la posteridad, capaces de desafiar á sus imitadores. Milton (nos dicen) heredó lo que sus precursores habian creado, vivió en un siglo culto, recibió una educacion esmerada; circunstancias que deben tenerse en cuenta al querer juzgarle.

Nosotros, por el contrario, sin temor de que se nos tache de paradójicos, nos atreveremos á sostener que ningun poeta ha tenido que luchar con tantas contrariedades: el mismo Milton confesó que creia haber nacido un siglo demasiado tarde. El doctor Johnson se burló de él con este motivo; pero, segun nosotros, el poeta conocia la naturaleza de su arte mejor que el crítico; sabia que su genio poético no sacaba ninguna ventaja de la civilizacion contemporánea ni de la ciencia adquirida en los libros y en las escuelas; y volvia los ojos con tristeza á la época inculta de las palabras sencillas y de las vivas impresiones.

Opinamos que á medida que la civilizacion progresa, la poesía declina casi necesariamente. Las grandes obras de imaginacion de la poesía primitiva son mas admirables, por lo mismo que aparecieron en siglos de ignorancia; sostenemos, sin embargo, que la prueba mas brillante y maravillosa del genio es un gran poema escrito en un siglo de alta civilizacion. Es artículo de fe literaria ortodoxa, que los poetas primitivos son generalmente superiores á los que les sucedieron. ¿Por qué, pues, los que esto creen, se sorprenden de la regla como de una escepcion? Sin duda la uniformidad del fenómeno descubre uniformidad correspondiente de la causa.

El hecho es que los observadores ordinarios infieren de lo que pasa en el progreso de las ciencias esperimentales, lo que debe suceder en el de las artes de imitacion. La perfeccion de las ciencias es lenta y gradual; trascurren siglos recogiendo materiales, y siglos escogiéndolos y combinándolos; aun despues de formado un sistema, queda siempre algo que añadir, cambiar ó desechar. Cada generacion disfruta de un vasto tesoro que le ha trasmitido la antigüedad, y que trasmite á su vez á las generaciones venideras, aumentado con nuevas conquistas.

En tales trabajos pierden, pues, mucho los primeros maestros; y si no logran el fin á que aspiran, tienen derecho á mas indulgencia. Sus discípulos, con facultades intelectuales muy inferiores, los sobrepujan rápidamente mediante los conocimientos adquiridos. La niña que lee los diálogos de la señora Marcet sobre economía política, daria lecciones en este punto á Montagne y á Walpole. Todo hombre inteligente, que se aplique con perseverancia algunos años á las matemáticas, aprenderá mas de lo que supo Newton despues de meditar cincuenta años.

No sucede lo mismo con la música, la pintura, la estatuaria, y menos aun con la poesía: los refinamientos de las sociedades civilizadas rara vez les suministran asuntos dignos de imitacion. Los refinamientos pueden, no hay duda, perfeccionar los instrumentos de la parte mecánica del músico, del escultor, del pintor; pero la lengua, instrumento del poeta, está mas propia para la poesía cuando apenas se ha formado. Los pueblos, como los individuos, empiezan por percibir; á la abstraccion no llegan sino mas adelante; proceden de las imágenes particulares á los términos generales; de suerte que el vocabulario de una sociedad ilustrada es filosófico, y el de un pueblo semi-bárbaro es poético.

Los cambios del idioma son en parte causa y en parte efecto de un cambio análogo en la naturaleza de las operaciones intelectuales; cambio en el cual la ciencia gana y la poesía pierde. Es necesario á los progresos de la ciencia generalizar; pero especialmente en las creaciones de la imaginacion á medida que los hombres saben y piensan mas, quieren mas atencion á las clases y menos á los individuos. Por eso surgen mejores teorías y peores poetas; nos dan frases vagas en lugar de imágenes, y en vez de hombres cualidades personificadas. Sabrán analizar la natura-

(1) Este escrito, obra de uno de los mas insignes autores contemporáneos, presenta la revolucion inglesa bajo un aspecto muy distinto del que aparece en la biografía de Cromwell, y en las últimas obras de Guizot sobre el mismo asunto.

leza humana mejor que sus predecesores; pero el análisis no pertenece al poeta, cuyo objeto es pintar, no anatomizar. Puede creer en un sentido moral, como Shaftesbury; puede referir todas las acciones humanas al interés, como Helvecio; ó no pensar en lo uno ni en lo otro; su creencia en tales cuestiones influirá tanto en su poesía como las ideas sobre las glándulas lagrimales ó la circulacion de la sangre servirian á un pintor para las lágrimas de Niobe ó las sonrisas de la Aurora. Si Shakspeare hubiese escrito un libro sobre los motivos de las acciones humanas, no sé si hubiera sido un buen libro; probablemente no hubiera igualado á la *Fábula de las abejas* de Mandeville; sin embargo ¿hubiera Mandeville creado á *Yago*? Aunque hábil en desenvolver los elementos de un carácter, ¿hubiera podido combinarlos de modo que formasen un ente real, un hombre, vivo, distinto de los demás hombres?

Nadie puede ser poeta, ni aun gustar de la poesía, sin cierta enfermedad del espíritu, si puede llamarse enfermedad lo que proporciona tan intenso placer. Entendemos por poesía, no todo lo que está escrito en versos, aunque sean buenos versos; escluimos muchas composiciones en lengua poética, que bajo otros conceptos, son dignísimas de estimacion; entendemos por poesía el arte de emplear las palabras de modo que produzcan ilusion en la fantasía; en suma, el arte de hacer con las palabras lo que el pintor con los colores. Asi, el primero de los poetas definió la poesía en aquellos versos admirables por la fuerza y la espresion, y todavía mas por el vasto sentimiento que suponen de su arte:

La fantasía de un objeto ignoto
La forma evoca, y súbito la pluma
Del poeta le presta cuerpo y nombre,
Y el sitio indica de la aérea imágen (1).

Tales son los resultados del bello frenesí (*frenzy*) que Shakspeare atribuye al poeta; bello, pero frenesí. La verdad es sin duda esencial á la poesía; pero lo es tambien la verdad de la demencia; justos los raciocinios, falsas las premisas, Una vez hechas las primeras suposiciones, todo marcha bien; pero esas primeras suposiciones exigen una dósis de credulidad que llega hasta el desconcierto parcial y temporal de la inteligencia. De donde nace que los pueblos niños son los que tienen mas imaginacion, se abandonan sin reserva á todas las ilusiones y toda imágen vivamente representada á su espíritu, produce en ellos el efecto de la realidad. Un hombre, cualquiera que sea su sensibilidad, no se interesará por Hamlet ó por el rey Lear, tanto como una niña por la historia de Juan sin miedo: sabe que todo es falso; y sin embargo cree, llora, tiembla, no osa entrar en un cuarto oscuro temiendo ver aquellos ojos, aquellas piernas: tan despótica es la imaginacion sobre los entendimientos incultos.

En un estado de sociedad grosero, los hombres son niños, con mayor variedad de ideas. En tal estado debemos esperar hallar el temperamento poético en su apogeo. En un siglo culto se poseerá mucha inteligencia, gran suma de ciencia y de filosofía, clasificaciones exactas, análisis sutiles, agudeza, elocuencia, versos y buenos versos en abundancia; pero poca poesía. Los hombres juzgarán y compararán; pero no creerán: harán críticas finas de los antiguos poetas, los comentarán, y hasta cierto punto gozarán con sus bellezas; pero concebirán á duras penas el efecto que la poesía produjo en sus ignorantes abuelos, sus lágrimas, sus trasportes, su éstasis, su fe ilimitada. Los rapsodistas griegos, segun Platon (2), se desmayaban recitando á Homero; el guerrero americano sentia apenas el hierro que le cortaba el cráneo, cuando entonaba su cántico de muerte; el poder de los antiguos Bardos de Gales y de la Germania sobre los oyentes tenia algo de milagroso. Tales sensaciones son raras en sociedades civilizadas, y mas raras aun entre las personas que ocupan una alta posicion; duran mas tiempo entre los campesinos.

La poesía produce ilusion sobre los ojos del alma, como una linterna mágica sobre los del cuerpo; y como el efecto de esta es mayor cuanto mas oscuro está el cuarto, asi sucede á la poesía. Apenas la luz de la ciencia brilla en el teatro; apenas las formas palpables de la certidumbre son mas marcadas, y mas distintas las sombras de la probabilidad, los colores y perfiles de los fantasmas evocados por la poesía aparecen mas pálidos; no es posible reunir las incompatibles ventajas de la realidad y del engaño, la demostracion evidente de la verdad y el esquisito goce de la ficcion.

El que en una sociedad civilizada y literaria aspire á ser un gran poeta, debe empezar por volverse niño, romper la trama de su entendimiento, olvidar muchos de los conocimientos que constituyen quizá el principal título de su superioridad; hasta sus talentos le servirán de obstáculo; tendrá mas estorbos cuantas mas riquezas intelectuales haya adquirido con el estudio, y que en tal caso ofrecerian el compas para medir la actividad y el vigor de la inteligencia del poeta. ¡Feliz si despues de tantos esfuerzos y sacrificios, su poesía no parece una ingenuidad sencilla, ó la vanilocuencia de una vejez precoz!

Supuesto lo que antecede ¿qué poeta ha superado mayores dificultades que Milton? Habia recibido una educacion científica; era un erudito; un clásico elegante y profundo; habia estudiado los misterios de la literatura rabínica; conocia á fondo todos los de las lenguas europeas, que podian entonces dar instruccion ó deleite; era, quizá, el único gran poeta moderno señalado por sus escelentes versos latinos. Las composiciones del Petrarca en este último idioma, aunque admiradas por aquellos que no las han leido, son mezquinas; Cowley, dotado de tanto talento, carecia de imaginacion y no creemos que su estilo clásico pueda compararse al de Milton. La versificacion en una lengua muerta es una produccion exótica, una imitacion forzada,

(1) . . . . *As imagination bodies forth*
The forms of things unknown, the poet's pen
Turns them to shapes, and gives to airy nothing
A local habitation and a name.

(2) *Diálogo de Sócrates y Io.*

mezquina de lo que pudiera ser la espresion perfecta y espontánea del genio poético; y el terreno donde germina esta rareza es, en general, tan poco favorable á la vigorosa poesía nacional, como las vasijas de una estufa al desarrollo de una encina. Sorprende que el autor del *Paraiso Perdido* haya escrito la *Epístola á Manso*; ni se habia visto nunca tanta originalidad unida á tanto talento de imitacion. En realidad los poemas latinos de Milton conservan admirablemente aquella forma artificial, indispensable á semejantes obras; y al mismo tiempo la rica imaginacion del poeta y la elevacion de sus sentimimentos, le prestan un encanto particular, un aire de libertad y de nobleza que los distingue de las demás composiciones del mismo género, y nos recuerdan las diversiones de aquellos ángeles guerreros que componian la cohorte de Gabriel. La fuerza de su fantasía triunfaba de todos los obstáculos; la llama que abrasaba su espíritu, comunicaba calor y brillantez á cuanto parecia deber sofocarla y estinguirla.

No tratamos de hacer un completo exámen de las poesías de Milton. Todos están acordes sobre el mérito de los pasajes mas notables, sobre la incomparable armonía de los versos, sobre la perfeccion del estilo que nadie ha igualado, que ninguna parodia ha podido rebajar, que muestra de cuánto es capaz el idioma inglés, y qué en todas las lenguas antiguas y modernas supo hallar algun elemento de gracia, de energía y de melodía. Entramos en el vasto campo de la crítica, despues de muchos segadores, y sin embargo aun queda que espigar.

El carácter principal de la poesía de Milton, es influir sobre el lector, no tanto por lo que espresa, como por lo que sugiere; no tanto por las ideas que hace nacer directamente, como por las que vienen en tropel á asociarse á las primeras.

Es fácil, aun al lector dotado de escasa imaginacion, comprender la *Iliada*, pues Homero no nos deja indecisos acerca de su pensamiento, presentando sus imágenes con tanta claridad, que es imposible no conocerlas sin esfuerzo. Las obras de Milton no pueden comprenderse ni apreciarse, á menos que la imaginacion del lector no añada algo á la del poeta; Milton no concluye su pintura; bosqueja su cuadro á grandes rasgos y nos deja el cuidado de llenar el lienzo; no ejecuta un trozo de música para un oyente pasivo, sino que da el tono y espera á que se encuentre la melodía.

Háblase á menudo de la mágica influencia de la poesía; frase que, en general, no espresa nada; pero que aplicada á los escritos de Milton, es eminentemente propia. Su poesía obra como un encanto; consistiendo su mérito, no tanto en el sentido directo de las palabras, cuanto en su virtud oculta. A primera vista se diria que en aquellas no hay mas de lo que se encuentra en otras; pero las suyas son palabras de encanto: apenas se han proferido, cuando lo pasado se convierte en presente, lo remoto se aproxima, nuevas formas de belleza nacen á la vida, y por decirlo asi, las sepulturas de la memoria se abren para restituir sus muertos. Si se altera la construccion de la frase, si se sustituye un sinónimo á otro, el efecto queda destruido, cesa la fascinacion, y el que esperase valerse de ella, se encontrará embarazado, como Cassim en las *Mil y una noches* cuando esclamaba: *Abre cebada, abre trigo,* á la puerta que solo se abria diciendo *abre sésamo*. El desgraciado ensayo de Dryden, al querer refundir algunos fragmentos del *Paraíso perdido*, lo prueba de un modo notable.

Podemos añadir en apoyo de esto mismo, que en los poemas de Milton, no hay pasajes mas conocidos generalmente, ni que se repitan con mas frecuencia, que los que se reducen á una simple enumeracion de nombres. Y no porque aquellos nombres sean mas melodiosos que los otros, sino porque están encantados: cada uno es el primer anillo de una cadena de ideas colectivas. Como la morada de nuestra infancia, cuando volvemos á verla en la edad madura; como el canto de la patria, cuando lo oimos en tierra estranjera, producen en nosotros un efecto independiente de su valor intrínseco: uno nos conduce á un tiempo remoto de la historia; otro nos trasporta en medio de las costumbres de un país lejano; este evoca todas las memorias de la primera edad de colegio, nuestro ejemplar usado de Virgilio, los dias de vacaciones, los premios que tanto alegraban á nuestra madre; aquel presenta ante nosotros las brillantes imágenes de novelas de caballería, la liza de los torneos, los trofeos de armas, los palafranes de caparazones recamados, los escudos con las divisas originales, los bosques encantados, los jardines de las hadas, las proezas de los paladines amorosos, las sonrisas de las princesas libertadas.

El estilo particular de Milton se revela, mejor que en ninguna otra parte, en el *Alegre* y el *Pensativo*; es imposible llevar á mayor perfeccion la lengua. Estos poemas se diferencian de los demás, como la esencia oriental de nuestra agua de rosas diluida; no son tanto pensamientos, como una coleccion de indicaciones, de donde el lector pudiera tomar otras tantas ideas de poemas; cada epíteto es un testo para un canto.

El Comus y el *Samson Agonistes*, obras de diferente mérito, ofrecen algunos puntos de semejanza. Son los poemas líricos bajo forma dramática. No existen quizá géneros mas distintos por esencia, que el drama y la oda. El poeta dramático debe mantenerse oculto, y dejar hablar á los personajes; si llama apenas la atencion sobre sus sentimientos personales, la ilusion se desvanece, y resulta un efecto tan desagradable, como cuando se oye la voz del apuntador, ó se ve á un maquinista atravesar el palco escénico. Por eso las tragedias fueron las composiciones menos felices de Byron. Como en esas figurillas de carton, en que una cabeza movible se sobrepone á veinte cuerpos diferentes, de modo que la misma fisonomía nos mira, ora sobre los hombros de un hugier, ora bajo la piel de armiño de un juez ó los harapos de un pordiosero; asi en todos los caracteres de Byron, patrióticos ó tiránicos, traidores ó amorosos, el ceño de Childe Harold, se manifiesta desde luego. Esta especie de egoismo, funesto al drama, es la inspiracion de la oda: el poeta lírico tiene derecho á entregarse sin reserva á sus emociones.

En medio de elementos tan opuestos, algunos escritores eminentes han intentado una especie de arreglo, pero sin conseguir todo el fruto apetecido. El drama griego, modelo del *Samson*, nació de la oda; introdújose el diálogo en el coro, y contrajo algo de su carácter. El mayor trágico ateniense añadió la propension de su genio á la circunstancia en que habia nacido la tragedia, pues Esquilo era poeta lírico de cabeza y de corazon. En su tiempo, los Griegos se comunicaban mas con el Oriente que en tiempo de Homero; aun no habian adquirido la superioridad en las artes, ni la ciencia de la guerra, que llenaron de orgullo á la generacion siguiente, y la indujeron á tratar con desprecio á los Asiáticos. Era, pues, natural que la literatura griega tomase entonces un color de estilo oriental, y nos parece fácil distinguir este estilo en las obras de Píndaro y Esquilo. El último nos recuerda á menudo á los escritores hebreos, y el *libro de Job*, por la forma y el estilo se asemeja á alguno de sus dramas. Estos, considerados como piezas de teatro, son absurdos; pero considerándolos como coros, son sublimes. Que se lea, por ejemplo, el discurso de Clitemnestra á Agamemnon, cuando este llega, ó la descripcion de los siete jefes argivos: podrá censurarse la descripcion y el discurso segun las reglas dramáticas; pero si se olvidan los personajes y se atiende solo á la poesía, se convendrá en que nada los escede en energía y magnificencia. Sófocles hizo al teatro griego tan dramático como era posible, sin apartarse demasiado de la forma prometida; si sus retratos tienen cierta similaridad, no es la de la pintura, sino la del bajo relieve; sugiere una semejanza, pero no produce una ilusion. Eurípides quiso llevar mas lejos la reforma; pero era empeño superior á sus fuerzas y quizá á las de todos; así, en vez de corregir lo que no parecia tan bueno, echó á perder lo escelente, y sustituyó muletas á zancos, malos sermones á buenas odas.

Milton admiraba mucho á Eurípides, mas de lo que merecia; y su parcialidad por el *cantor de la triste Electra* nos recuerda á veces á la hermosa reina de las hadas, prodigando caricias á las orejas grandes de Bottom. Sea como quiera, es lo cierto que su veneracion hácia el trágico ateniense, merecida ó no, perjudicó al *Samson*. Si hubiese tomado por modelo á Esquilo, se habria entregado á la inspiracion lírica, abriéndonos todos los tesoros de su imaginacion, sin cuidarse de las reglas dramáticas, que la índole de la obra rechazaba. Erró en querer conciliar cosas contraditorias, y otro cualquiera, en su caso, errara del mismo modo. No podemos identificarnos con los personajes, como en una buena tragedia; no podemos identificarnos con el poeta, como en una buena oda; los elementos opuestos de la composicion se eluden uno á otro. Esto no quita que conozcamos el mérito de tan célebre obra, la dignidad severa de su estilo, la solemnidad patética del principio, ni la estraña melodía que tan admirable efecto añade á las palabras del coro; pero la consideramos como el parto menos feliz del génio de Milton.

El *Comus* está modelado sobre la ópera ó el intermedio italiano, como el *Samson* sobre la tragedia griega; y es sin duda la mas noble composicion de este género que se conoce, superior á la *Fiel pastora de Fletcher*, tanto como esta al *Amintas*, ó el *Amintas* al *Pastor fido*. Fue una fortuna para Milton no tener aquí un Eurípides que le estraviase. Poseia y amaba la literatura de la Italia moderna, pero no le profesaba igual veneracion que á los restos de la poesía de Atenas y de Roma, consagrada por tan dulces y graves recuerdos. Ademas, los defectos de sus predecesores italianos, eran cabalmente los que escitaban su mas decidida aversion. Podia alguna vez descender á un estilo sencillo y hasta vulgar; pero el oropel le repugnaba; su musa no se desdeñaba de vestir el traje rústico; pero sí rehuia los relumbrones de Guarini: si lleva adornos, son de oro puro.

En el *Comus* atendió Milton á la distincion olvidada en el *Samson*, y creó así una ópera esencialmente lírica, que solo tiene de dramática el nombre. No intentó una lucha inútil con un defecto inherente á la índole de esta especie de composicion; de suerte que salió del empeño todo lo bien posible. El que lea los discursos como majestuosos monólogos, quedará atónito de su sublime elocuencia y armonía. Pero las interrupciones del diálogo embarazan al poeta y destruyen la ilusion del lector. Los pasajes mas bellos son los que tienen la forma y el espíritu líricos.

«Alabaria mucho (le escribió Enrique Wolton) »la parte trágica, si la lírica no me arrebatase »mas por cierta delicadeza dórica. Pero con»fieso francamente que no conozco nada en »nuestro idioma comparable á vuestras estrofas »y odas.» Cuando Milton se libra de las trabas del diálogo, cuando no tiene que cuidarse de conciliar dos estilos incompatibles, cuando puede entregarse sin reserva á sus inspiraciones, y espresarlas con la poesía de los coros, entonces se escede á sí mismo, hace admirar su libertad y su celeste belleza, como su buen Genio cuando deja las costumbres y la forma terrestre de Tirsis.

Con gusto nos detendríamos á hablar de varios pequeños poemas de Milton, y haríamos con mas gusto aun el análisis del admirable *Paraiso recobrado*, que solo se menciona para citar un nuevo ejemplo de la ciega parcialidad que profesan los literatos á las mas débiles creaciones de su genio. Que Milton hacia mal en preferirlo, aunque escelente, al *Paraiso perdido*, es innegable; pero tanto como supera este á aquel otro tanto supera el *Paraiso recobrado* á todos los demás poemas posteriores. Los límites que nos hemos propuesto no nos consienten tratar ahora esta cuestion; por lo cual pasaremos á la estraordinaria produccion, que el voto general de los críticos ha colocado en el mas alto puesto de la literatura.

El único poema de los tiempos modernos comparable al *Paraiso perdido*, es la *Divina comedia*. El asunto de Milton se parece al de Dante, bajo algunos conceptos, pero lo trató de un modo asaz diferente, y no podremos espresar mejor nuestra opinion acerca del gran poeta inglés

que cotejándole con el padre de la literatura italiana.

La poesía de Milton difiere de la de Dante, como los geroglíficos egipcios de las letras pintadas de Méjico. Las imágenes que Dante emplea hablan por sí, se dan simplemente por lo que son; las de Milton tienen un sentido no comprensible á menudo sino de los iniciados; su valor depende menos de lo que directamente representan, que de lo que sugieren al entendimiento. Por estraña y risible que sea la imágen que Dante quiere describir, no retrocede; le da la forma, el color, el olor, el sonido; calcula números y dimensiones; sus metáforas son propias de un viajero, y á diferencia de los otros poetas, y especialmente de Milton, las conduce con material sencillez, no porque añadan un adorno al poema, no porque reclamen una figura bella en sí misma, sino solo para aclarar el sentido del escritor. Así, las ruinas del precipicio que guian del sesto al sétimo círculo del infierno, se parecen á la ruina que el Adigio hizo en el lado del monte cerca de Trento, la catarata de Flegetonte á la de Aguacheta, y el sitio donde espian sus culpas los herejes en tumbas ardientes, al vasto cementerio de Arlés.

Compárense con los exactos pormenores de Dante las oscuras alusiones de Milton, á lo menos alguna. El poeta inglés no pensó jamás en medir á Satanás, contento con darnos una idea vaga de su gigantesca estatura: en un pasaje, el demonio cubre un largo espacio con sus miembros estendidos, como los Titanes enemigos de Júpiter, ó aquel mónstruo marino que el marinero toma por una isla flotante. Cuando reta á los ángeles fieles, y se levanta como el pico de Tenerife ó el Atlas, su cabeza toca el firmamento. ¡Qué contraste entre estas descripciones y los versos en que Dante describe el espectro jigantesco de Nemrod!

La faccia sua mi parea lunga e grossa
Come la pina di San Pietro a Roma
Ed a sua proporzion eran l'altr'ossa,
Sì che la ripa c'era perizoma
Dal mezzo in giù, ne mostraba ben tanto
Di sopra, che di giunger alla cima
Tre Frison s'averian dato mal vanto.

(Su rostro me pareció largo y grueso, como la piña de la catedral de San Pedro en Roma, y á proporcion los demás huesos; de suerte que cubría la roca de medio abajo, y sobresalia tanto, que tres frisones se hubieran empeñado inútilmente en llegar á la cima).

Cotéjese tambien el hospital del canto XI del *Paraiso perdido* con la última division de Malebolge en la *Divina Comedia*. Milton evita los pormenores asquerosos, y emplea una série de imágenes confusas, pero solemnes y formidables: la desesperacion que corre de una cama á otra para insultar con su presencia á los desgraciados; la muerte que agita su dardo sobre ellos, y á pesar de sus súplicas, dilata el herirlos. ¿Qué dice Dante?

Lamenti saettaron me diversi
Che di pietà ferrati avean gli strali,
Ond'io gli orecchi con le man copersi.
Qual dolor fora se degli spedali
Di Valdichiana tra l' luglio e'l settembre
E di Maremma e di Sardegna i mali
Fossero in una fossa tutti insembre,
Tal era quivi, e tal puzzo n' usciva
Qual suol venir dalle marcite membre.

(Me traspasaron, como aceradas flechas, agudos lamentos; obligándome á cubrirme los oidos con las manos. Como si se juntasen en una fosa los padecimientos de los hospitales de Valdichiana, Maremma y Cerdeña, entre los meses de julio y setiembre, tal sucedía allí, exhalando el olor fétido que se desprende de los cuerpos corrompidos).

No trataremos de fijar la preeminencia entre estos dos grandes hombres: cada cual en su género es incomparable; y merece notarse que cada uno escogió el asunto mas propio para dar realce á su carácter particular. La *Divina Comedia* es una narracion personal: Dante es testigo ocular y auricular de cuanto refiere; oyó con sus propios oidos á las almas afligidas exhalar quejas é implorar la segunda muerte; leyó con sus propios ojos las palabras de color oscuro escritas sobre la puerta donde el que entra deja toda esperanza; se cubrió los ojos al divisar las serpientes de la Gorgona; huyó para evitar los gárfios y la resina hirviente de Barbariccia y de Draghignazzo: con sus propias manos *se prendió de las velludas espaldas* de Lucifer; sus piés subieron al monte de la espiacion; su frente fue marcada por el ángel purificador. El lector rechazaria este relato con disgusto é incredulidad, si no estuviese hecho con el aire de la mas firme conviccion, con cierta reserva, aun en medio de sus horrores, y con la mayor precision en sus multiplicados incidentes.

La narracion de Milton se diferencia de la de Dante, bajo este aspecto, tanto como las aventuras de Amadis de las de Gulliver. El autor del la *Amadis* hubiera hecho ridículo su libro introduciendo en él los minuciosos pormenores que dan tanto atractivo al de Swift, las observaciones náuticas, la exactitud puntual de los nombres, los documentos oficiales trascritos en toda su longitud, toda aquella charla impertinente, toda aquella maledicencia de la córte, aquellos nadas que á nada tienden. No estrañamos que se nos diga que una persona, que ha vivido no se sabe en qué tiempo, ha visto cosas estraordinarias, y fácilmente nos entregamos á la ilusion de la novela; pero cuando Samuel Gulliver, cirujano que habita hoy mismo en Rotherhite, nos habla de pigmeos y de gigantes, de islas que vuelan y de caballos filósofos, se necesitaban todos esos pormenores para engañar un instante nuestra imaginacion.

De todos los poetas que han introducido en sus obras seres sobrenaturales, Milton es el que ha obtenido mejores resultados; y Dante le es con mucho inferior. Para responder á muchos juicios temerarios y erróneos, permítasenos una digresion en este punto. El error mas funesto que un poeta puede cometer al emplear lo maravilloso, es tratar de ser demasiado racional. Se

noble, digna, pura, serena, señalada con el dedo y saludada con burla por semejantes sátiros y genios malignos. Si ha habido hombre capaz de justificar su despecho y su misantropía, fue Milton; pero la energía de su alma se sobrepuso á la desdicha. Ceguera, gota, vejez, indigencia, aflicciones domésticas, desengaños políticos, ultrages, proscripciones, aislamiento, no consiguieron turbar su tranquila y majestuosa paciencia. Su humor, aunque no alegre, era siempre igual; tenia un carácter serio, quizá hasta austero, pero de esos que el padecimiento no convierte en irascibles. Cual se le vió al inaugurarse los grandes acontecimientos de su siglo, á la vuelta de sus viajes, en el vigor de la edad, radiante de varonil belleza, cargado de coronas literarias, henchido de esperanzas patrióticas, tal fue siempre, cuando, despues de esperimentar todas las adversidades de la vida humana, viejo, pobre, ciego, sin amigos, se retiró á morir en su miserable casa.

De donde resultó que, aunque compuso el *Paraiso perdido* en una edad en que las imágenes de la belleza y de la ternura comienzan generalmente á decaer hasta en los ánimos que resistieron siempre al desaliento y á los desengaños, adornó su poema de cuanto hay de hermoso y dulce en el mundo moral. Ni Teócrito ni Ariosto poseian un sentimiento mas delicado y fresco de la naturaleza esterior; ninguno de los dos amaba mas que él las flores doradas por el sol, el canto del ruiseñor, las sabrosas frutas y las fuentes murmurando á la sombra de los árboles. Su idea del amor reune toda la voluptuosidad del harem oriental y toda la galantería del torneo caballeresco, con el puro y tranquilo afecto del hogar doméstico de la vieja Inglaterra. Su poesía recuerda el maravilloso paisaje de los Alpes, donde se descubren de improviso encantados valles sobre las mas escabrosas cimas, donde el rosal y el mirto florecen al borde del alud.

El sello particular del carácter de Milton se nota en todas sus obras, pero especialmente en los sonetos. Estas notables composiciones han sido deprimidas por críticos que no comprendieron su índole. No tienen el chiste epigramático ni la delicadeza de Filicajá en la idea; tampoco tienen el espléndido estilo del Petrarca; son sencillos, pero solemnes trasuntos de las impresiones del poeta, que, lo mismo que el diario de su vida, no se escribieron para el público. Una victoria, el ataque de una ciudad, un momentáneo acceso de desaliento ó de alegría, una burla lanzada á alguno de sus libros, un sueño que por un instante le reproducia la imágen de aquella belleza que el sepulcro abrigaba para siempre, tales eran las circunstancias que exaltaban su fantasía, y que delineaba naturalmente en sus versos. La unidad de sentimiento y la severidad de estilo que caracterizan estas pequeñas composiciones, les dan cierta semejanza á la antología griega, ó mejor aun á las *colectas* de la liturgia anglicana. La diatriba contra la matanza de los Valdenses es una colecta en verso.

Los sonetos interesan mas ó menos, segun que las ocasiones á que han debido su orígen son mas ó menos interesantes; pero casi todos están ennoblecidos por una sabiduría y grandeza de alma que nos parece sin igual. No seria prudente juzgar el carácter de un escritor por pasajes directamente personales; pero las cualidades que hemos atribuido á Milton, aunque tal vez mas vigorosamente impresas en aquellas partes de sus obras donde domina su emocion individual, se distinguen tambien en cada página, y prestan á cuanto escribe, prosa ó poesía, inglés, latin ó italiano, una admirable semejanza de familia.

La conducta pública de Milton fue cual debia esperarse de un alma tan elevada, de una inteligencia tan poderosa. Vivió en una de las épocas mas memorables de la historia, en la crísis del gran conflicto entre Oromazes y Arimanes, entre la libertad y el despotismo, entre la razon y la preocupacion. Esta gran batalla no se dió por una generacion sola y para un solo pais; pues los destinos de la raza humana estaban en el mismo platillo de la balanza que la libertad del pueblo inglés. Entonces por primera vez se proclamaron los principios que luego se abrieron paso en el fondo de los bosques americanos, que libertaron á la Grecia de una servidumbre y una degradacion de dos mil años, y que resonaron en todo el mundo.

Milton fue el mas adicto y absoluto campeon literario de tales principios. Admiradores de su conducta política, no podemos disimular que muchos de sus conciudadanos la consideran aun injustificable. En efecto, la guerra civil fue mas controvertida y es menos comprendida que otro hecho cualquiera de la historia inglesa. Los Cabezas redondas tuvieron la desventaja de que tanto se queja el leon de la fábula; triunfaron, pero debian pintarlos sus enemigos. Como faccion, habian hecho todo lo posible para desacreditar y perder la literatura, y la literatura vengó sus agravios, como hará tarde ó temprano con todos los que esgrimen armas contra ella. Su mejor libro son las Memorias de la señora Hutchinson. La *Historia del parlamento* de Muy es buena, pero queda interrumpida en el momento mas interesante de la crisis. Ludlow produjo tan solo un libro violento y absurdo. La mayor parte de los escritores modernos, afiliados a la misma causa, por ejemplo, Oldmixon y Catalino Macaulay, se distinguieron mas por su celo que por su candor y talento. En el bando opuesto están las obras históricas mas populares de la literatura inglesa, como las de Clarendon y Hume. La del primero está escrita, no solo con arte, sino con un aire de decoro y sinceridad que hace respetables hasta sus errores y preocupaciones. Hume, á quien aprecia aun la generalidad de los lectores, fascinada por la gracia de su relato, odiaba la religion hasta el punto de aborrecer la libertad porque se habia asociado á ella, y defendió la causa de la tiranía con la habilidad de un abogado, afectando sin embargo la imparcialidad de un juez.

La conducta política de Milton es aprobada ó condenada segun parece justificable ó criminal la resistencia del pueblo á Cárlos I. Permítasenos, pues, tocar esta importante cuestion. No

argumentaremos sobre generalidades; no acudiremos á aquellos principios primordiales, de que debe deducirse el derecho de obediencia que todos los gobiernos revindican. Podríamos colocarnos con ventaja en ese terreno, pero renunciamos á él; y confiando en nuestra fuerza imitaremos la altiva generosidad de esos antiguos caballeros que juraban entrar en liza sin yelmo ni escudo contra cualquier enemigo, y conceder á sus antagonistas la ventaja del viento y el sol. Sin mas armas que la cuestion constitucional, nos atreveremos á afirmar que todas las razones aducibles en favor de la revolucion de 1688, son igualmente alegables en favor de la que se denomina gran Rebelion.

Bajo un solo aspecto pudieran los mas ardientes admiradores de Cárlos pretender que el padre fue mejor soberano que el hijo; no era papista ni de nombre ni de creencia: lo decimos, porque el mismo Cárlos, y Laud, su miserable hechura, abjurando la inocente enseña del papismo, conservaron sus vicios, esto es, la total sumision de la razon á la autoridad, la preferencia de la forma al fondo, la pasion pueril de las representaciones, la veneracion idólatra del carácter sacerdotal, y sobre todo una estúpida y feroz intolerancia. Pero prescindamos de esto; concedamos que Cárlos fue buen protestante; pues asi y todo, sostendremos que su protestantismo no introdujo la menor diferencia entre su causa y la de Jacobo.

Los principios de la revolucion, tan á menudo desnaturalizados, no lo son nunca mas groseramente que por esa clase de personas que, declarando respetar los grandes nombres y las grandes acciones de lo pasado, solo buscan en ellas una escusa de los abusos existentes. Dejando á un lado lo esencial, no aprovechan sino lo accidental, apartan los ojos de lo que es saludable, y proponen á la imitacion pública lo que merece vituperio. Si en algun memorable ejemplo de la historia hay una pústula, estos zánganos de la corrupcion política tienen un instinto seguro para distinguirla, y se arrojan sobre ella con voraz deleite. No siempre logran impedir que los promovedores de una buena medida alcancen su objeto; pero conocen como Satanás, que su mision es pervertir este objeto, y sacar del bien un arma para el mal.»

Semejantes individuos permanecen insensibles á todos los beneficios que Inglaterra reportó de la revolucion. La espulsion de un tirano, el solemne reconocimiento de los derechos del pueblo, la libertad, la seguridad, la tolerancia, no son nada para ellos: hubo una secta á la que, por causas desgraciadas, pero transitorias, se creyó necesario aplicar providencias escepcionales y estralegales; hubo una parte del imperio británico tan fatalmente situada con respecto á las otras, que en aquella época su infelicidad fue necesaria á la fortuna, y su servidumbre á la libertad de los Ingleses. Los políticos de que hablamos se complacen en contemplar estas culpas de la revolucion, y con ellas equilibran en cierto modo, ó á lo menos palian el bien que produjo. Si se los cita á Nápoles, España, la América del Sur, se muestran celosos campeones de la doctrina del derecho divino, que despues de deportado volvió á nosotros, como un ladron, bajo el nombre de legitimidad. Pero si se les habla de las miserias de Irlanda, entonces Guillermo es un héroe, Sommers y Shrewsbury dos grandes hombres, la revolucion una época gloriosa, y las mismas personas que no pierden ocasion de resucitar todas las calumnias de los Jacobitas sobre los Whigs de entonces, brindan en Irlanda por esa inmortal memoria.

Los atrevidos asertos de tales críticos persuadieron hace poco á una parte del público, que Jacobo II habia sido espulsado por el solo motivo de ser católico, y que la revolucion de 1688 era esencialmente protestante. No fue asi sin embargo; y los mismos que no conocen la historia de aquel tiempo mas que por el compendio de Goldsmith, creen que si Jacobo hubiese conservado sus opiniones religiosas sin desear hacer prosélitos, ó si se hubiera contentado con ejercer, para lograrlo, tan solo su influencia constitucional, jamás se invitara al príncipe de Orange á desembarcar en Inglaterra. Nuestros abuelos sabian el valor de las palabras que empleaban; y si hemos de creer estas, su hostilidad se dirigia al principio, no al papismo, sino á la tiranía. No espulsaron á un tirano por ser católico, sino que escluyeron á los católicos de la corona porque desconfiaban de su tendencia á la tiranía. ¿En qué razones fundaron la famosa revolucion declarando vacante el trono? *Jacobo II habia violado las leyes fundamentales del reino.* Todo el que aprueba la revolucion de 1688, cree que la violacion de las leyes fundamentales por parte del soberano justifica la resistencia de los súbditos. La cuestion debe pues plantearse como sigue: *¿Cárlos I habia violado las leyes fundamentales de Inglaterra?*

No podrá negarlo quien no niegue todo crédito, no solo á las acusaciones dirigidas contra Cárlos por sus enemigos, sino tambien á las narraciones de los realistas mas celosos y á lo depuesto por el rey mismo. Si se encuentra la verdad en un historiador ó partido, cualquiera que sea, el cual haya referido los sucesos de aquel reino, se verá que la conducta de Cárlos, desde que subió al trono hasta la convocacion del parlamento Largo, fue una serie de traiciones y de actos opresivos. Los que aplauden la revolucion y condenan la rebelion, citen un acto de Jacobo II que no tenga equivalente en su padre; designen un solo artículo de la declaracion de derechos presentado por el parlamento á Guillermo y María, que Cárlos no haya violado. Por confesion de sus amigos, habia usurpado las funciones legislativas, cobrado impuestos no votados por las cámaras, vejado ilegalmente al pueblo con alojamientos de tropas y guarniciones. Ninguna legislatura habia concluido sin algun ataque inconstitucional contra la libertad de los debates; el derecho de peticion habia sido vilipendiado; juicios arbitrarios, multas exorbitantes, prisiones sin formacion de causa, eran actos de todos los dias, de todas las horas. Si estos actos no justifican la resistencia, la revolucion fue una traicion; si la justifican, la rebelion merece elogio.

Pero, dicen ¿por qué no proceder con mas suavidad? ¿Por qué, habiendo consentido el rey en tantas reformas y renunciado á tantas prerogativas opresoras, el parlamento continuó aumentando sus peticiones, á riesgo de provocar una guerra civil? La contribucion sobre los buques yacia abandonada; estaba abolida la cámara Estrellada; precauciones y estatutos garantizaban en lo sucesivo la frecuente convocacion de los parlamentos, y aseguraban que se respetarian sus deliberaciones. ¿Por qué no aspirar á obtener ese fin, sin duda laudable, por medios pacíficos y regulares?

Acudamos otra vez á la analogía de la revolucion. ¿Por qué se espulsó al rey Jacobo? ¿Por qué no se le conservó con pactos? Tambien él habia ofrecido convocar un parlamento libre, y someterle la decision de todas las controversias. Sin embargo, los Ingleses se alaban de haber preferido una revolucion, una sucesion disputada, una dinastía estranjera, veinte años de guerra esterior y civil, un ejército permanente, una deuda nacional al gobierno, aunque restringido, de un tirano conocido y esperimentado. El parlamento Largo obró conforme al mismo principio; y tiene derecho á iguales alabanzas; no podia fiarse del rey. Este habia sancionado ciertamente leyes útiles; pero ¿qué seguridad habia de que no las violase? Habia renunciado á prerogativas opresoras; pero ¿qué garantía daba de que no las volviese á reclamar? Se trataba de habérselas con un hombre al que no podia encadenar ningun lazo, que prometia y olvidaba con igual facilidad. El parlamente está en mejor terreno que la convencion de 1688. Ningun acto de Jacobo puede compararse á la imprudente conducta de Cárlos respeto á las peticiones de derechos. Los Lores y los Comunes le presentan un bill en que se determinan los límites de su poder constitucional; vacila, elude, hasta regatea su consentimiento. Acuerdan concederle los cinco subsidios que pide; el bill recibe su sancion solemne, se votan los subsidios, y en seguida el tirano vuelve á seguir el curso de sus arbitrariedades, contra todo lo prometido, y viola una por una las cláusulas del documento que se le habia pagado al contado.

Durante otros diez años vió el pueblo quebrantar derechos que le pertenecian por doble título; á saber, una herencia de tiempo inmemorial y un contrato reciente, cuando al fin las circunstancias obligaron á Cárlos á convocar un nuevo parlamento. Otra vez se ofrecieron probabilidades de libertad á los que habian sido pérfidamente burlados: ¿debian perderlas tambien? ¿debian dejarse de nuevo fascinar por la frase: *el rey lo manda*? ¿Seguir anticipando su dinero sobre prendas de cuyo ningun valor no podian quedar ya dudas? ¿Depositar otra peticion de derechos á los piés del trono, consentir otro subsidio en cambio de otra ceremonia ridícula, y despues marcharse, hasta que, pasados otros diez años de fraude y opresion, el príncipe volviese á necesitar dinero y se lo proporcionase con otro perjurio? Obligados á elegir, entre fiarse de un tirano ó derribarle, creemos que su eleccion fue sabia y noble.

Los defensores de Cárlos, como todos los abogados de los reyes á quienes abruma la evidencia de las pruebas, se niegan generalmente á disputar sobre hechos, contentándose con hacer la apología del carácter de su cliente. ¡Tenia tantas virtudes privadas! Pero ¿faltaban acaso á Jacobo? ¿No las tenia tambien el mismo Cromwell, á quien reputaban débil sus mas encarnizados enemigos? Por último, ¿qué virtudes eran esas atribuidas á Cárlos? La piedad: pero ¿era esta mas sincera que la de su hijo? No; aunque no fuese menos débil ni menos mezquina. Añádanse algunas buenas cualidades domésticas, como esas que decoran la mitad de las losas sepulcrales de nuestros cementerios: *buen padre, buen esposo*...; buenas escusas, ciertamente, por quince años de persecucion, de tiranía, de perfidia!

¿Le acusamos de haber violado el juramento de su coronacion? Responden que fue fiel al de su matrimonio. ¿Le acusamos de haber espuesto á su pueblo al implacable rigor del mas pertinaz y duro prelado? Responden que tomó á su hijo sobre sus rodillas y le besó. ¿Le reprendemos que faltó á los artículos de la peticion de derechos, prometida con contrato recíproco? Nos revelan que acostumbraba á orar á las seis de la mañana. A tales consideraciones, á sus muebles pintados por Vandyk, á su fisonomía dulce y bella, á su barba puntiaguda, debe en nuestro concepto, la popularidad de que goza en la generacion actual.

En cuanto á nosotros, nos cuesta tanto trabajo comprender la frase vulgar: *hombre honrado, pero mal rey*, como concebir un hombre de bien que al mismo tiempo sea padre desnaturalizado ó pérfido amigo. Al apreciar el carácter de un hombre no podemos prescindir de examinar su conducta en las mas importantes de todas las relaciones sociales; y si nos parece egoista, cruel, embustero, nos tomaremos la libertad de llamarle malo, á pesar de su templanza en la mesa y de su asídua asistencia á la capilla.

Toquemos aun otro argumento que alegan los defensores de Cárlos. «Si gobernó mal á su pueblo (dicen) le gobernó á lo menos segun el ejemplo de sus predecesores; si violó los privilegios, provino de que no estaban bien determinados. No se le imputó ningun acto opresivo, que no tenga otro análogo en los anales de los Tudor.» Hume se sirvió de este argumento con un arte admirable para una arenga, pero que desacredita una historia. La respuesta es clara, breve, decisiva. Cárlos habia concedido su asentimiento á la peticion de derechos; habia renunciado á todos los privilegios opresivos que se pretende ejercieron sus predecesores, y renunciado por un precio no pequeño: ningun título tenia, pues, para revindicar pretensiones caducadas despues de tal renuncia.

Nuestras réplicas son de una lógica tan evidente, que seria supérfluo insistir en ellas; pero los que saben cuánto se trabaja por desnaturalizar los acontecimientos de aquella época, nos agradecerán que hayamos refutado, con la simple esposicion de la causa, todo lo que se repite tan á menudo.

Los enemigos del parlamento no se cuidan, es verdad, de argumentar sobre los puntos esencia-

les de la cuestion; prefieren referir algunos de los delitos inevitables en toda conmocion política; lamentan la inmerecida suerte de Strafford, reclaman contra las violencias del ejército; se burlan de los nombres bíblicos de los predicadores, de las estorsiones de los generales, de los robos de los soldados, de las pingües ganancias de los cobradores de impuestos. Estas acusaciones nos importan poco; aunque fuesen mas graves no alterarian nuestra opinion sobre un acontecimiento á que Inglaterra debe sus presentes franquicias. Sin duda produjo muchos males la guerra civil, pero su precio fue la libertad: es propio del demonio de la opresion herir y mutilar los cuerpos que abandona: ¿son acaso los tormentos de una prolongada obsesion menos horribles que la espantosa crisis del exorcismo?

Si fuese posible que un pueblo, nacido bajo un sistema de intolerancia y de arbitrariedades, pudiese destruir este sin violencias ni locuras, la mitad de las objeciones contra el poder despótico se desvanecerian; tendríamos que confesar, por lo menos, que no produce ningun efecto pernicioso sobre el carácter moral é intelectual del pueblo. Deploramos los escesos que acompañan á las revoluciones; pero su violencia es siempre medida por la ignorancia y ferocidad del pueblo, y esta lo es á su vez por la opresion y degradacion en que ha vivido. Aplíquese este raciocinio á la guerra civil inglesa. Los jefes de la Iglesia y del Estado recogieron el fruto de la semilla sembrada por ellos. Habian prohibido la libre discusion, habian procurado tener al pueblo ignorante de sus derechos y de sus deberes... la retribucion fue justa y natural. Si padecieron los efectos de la popular ignorancia, la culpa fue suya: fueron atacados con ciego furor por lo mismo que habian exigido una sumision ciega.

Es destino de tales revoluciones hacer sentir al principio cuanto tienen de peor; pues los hombres, hasta que han sido algun tiempo libres, ignoran el uso de su libertad. Los habitantes de los paises en que se produce el vino son mas sóbrios que los de aquellos donde es raro. Un pueblo, acabado de emanciparse, puede compararse á un ejército de bárbaros del Norte, acampados en el Rhin ó en Jerez; los soldados empiezan por entregarse á la embriaguez; pero pronto la abundancia enseña la discrecion, y despues de recibir, durante algunos meses, una racion diaria de la peligrosa bebida, se abstienen mas de lo que se abstenian en su país. Asi la libertad da por resultados definitivos y permanentes la prudencia, la moderacion, la humanidad: los resultados inmediatos son á menudo delitos atroces, errores contradictorios y funestos, esceptísimo en las cuestiones mas evidentes, dogmatismo en las mas dudosas. Sus enemigos se complacen en sacarla á relucir en este período de crisis; derriban la andamiada antes que el edificio haya llegado á la mitad; muestran un torbellino de polvo, ladrillos que caen, salas desamuebladas, espantoso desórden en todo; y preguntan con aire de desprecio, dónde están esos esplendores prometidos, dónde el bien que se esperaba. Si semejantes sofismas prevalecieran, no habria en el mundo ni casa cómoda ni gobierno bueno.

Ariosto nos habla de una encantadora, que por la ley misteriosa de su naturaleza, estaba condenada en ciertos tiempos á aparecer bajo la forma de sierpe maligna: los que la ultrajaban entonces, se véian para siempre privados de sus beneficios; pero aquellos que, á pesar de su horrible aspecto, le concedian proteccion y piedad, cuando recobraba luego la forma celeste que le era natural, obtenian todo su favor; la encantadora guiaba sus pasos, cumplia sus deseos, llenaba sus casas de riqueza, y los hacia afortunados en amor y vencedores en la guerra. Esta hada es la libertad. Por algun tiempo toma la forma de odiosa reptil; se arrastra, silba, muerde; pero ¡ay de aquel que osa conculcarla! Los que aceptaron su terrible metamorfosis, serán recompensados en el dia en que brille con toda su gloria y hermosura.

Para los males producidos por la libertad no hay mas que un remedio; la libertad. Cuando un preso que deja la cárcel no puede sufrir el esplendor del dia, distinguir los colores ni reconocer los semblantes, el remedio no es encerrarle de nuevo en la prision, sino acostumbrarle á los rayos del sol. La doble luz de la libertad y de la verdad, fácilmente deslumbra al principio y estravia á las naciones, cuya vista se debilitó en la vasta prision de la servidumbre; pero que levanten la cabeza, que la miren y pronto la soportarán. Al cabo de algunos años, los hombres aprenden á raciocinar, la estremada violencia de las opiniones se modera, las teorías hostiles se corrigen mútuamente, los elementos esparcidos de la verdad se reunen y armonizan, y surge del caos un sistema de justicia y de órden.

Muchos políticos modernos repiten como axioma, que á ningun pueblo se le debe dar la libertad hasta instruirle en el modo de hacer buen uso de ella. Máxima digna de aquel antiguos imbécil, que resolvió no entrar en el agua hasta saber nadar. Si se quiere que los hombres esperen la libertad hasta que se hayan hecho buenos y sabios en la esclavitud, bien pueden esperar eternamente.

Por eso no desaprobamos absolutamente la conducta de Milton y de los demás que, á pesar de la ridiculez y odiosidad que caracterizaba los actos de su fraccion, permanecieron firmes sostenedores de la causa de las franquicias públicas. No se reprendió al poeta, que sepamos, ninguna participacion personal en los reprobables escesos que se cometieron entonces; sus enemigos insisten en lo que hizo respecto al suplicio del rey. Nosotros reprobamos el suplicio de Cárlos; sin embargo, para ser justos con los grandes hombres que concurrieron al famoso proceso, y especialmente con el gran poeta que los defendió en sus escritos; debemos decir que nada es mas absurdo que las imputaciones dirigidas contra los regicidas de ciento sesenta años á esta parte. Hasta aquí hemos evitado acudir á los primeros principios; pero ahora apelaremos á ellos, ateniéndonos al caso análogo de la revolucion de 1688. ¿Qué diferencia esencial puede establecerse entre el suplicio del padre y

la deposicion del hijo? ¿cuál es la máxima constitucional que se aplica al uno y no al otro? «El rey no puede hacer mal:» segun este axioma, Jacobo era tan inocente como Cárlos.—«Los ministros son los responsables de los actos del príncipe:» si es asi, ¿por qué no condenar á Jeffries y conservar á Jacobo?—«La persona del rey es sagrada:»—¿fué considerada como sagrada la de Jacobo en la batalla de Boyne? ¿disparar contra el ejército en que está el rey, no se parece mucho á un regicidio? Cárlos, recuérdese bien, fue condenado á muerte por personas á quienes exasperaba una resistencia de muchos años, y que no le habian estado ligados por otros vínculos mas que los de cualquier súbdito. Las personas que arrojaron del trono á Jacobo, que sedujeron su ejército, que le enajenaron la voluntad de sus amigos, que empezaron por aprisionarle en el palacio y concluyeron por espulsarle de él, que interrumpian su sueño con mensajes imperiosos, que le persiguieron á fuego y sangre de provincia en provincia, que ahorcaron, atormentaron y descuartizaron á sus adictos, que comprendieron en la sentencia su inocente heredero..... eran su sobrino y sus dos hijas. Cuando se reflexiona sobre esto, cuesta trabajo creer que los mismos que el 5 de noviembre dieron gracias á Dios por haber conducido de la mano milagrosamente á su siervo el rey Guillermo hasta el trono de Inglaterra, pudiesen, el 31 de enero, asustarse de la sangre del rey mártir, y rogar al cielo que impidiese recayera sobre ellos y sobre sus hijos.

Repetimos que no aprobamos el suplicio de Cárlos, no porque la constitucion exima al rey de toda responsabilidad, pues sabemos que tales máximas, aunque escelentes, admiten escepciones; no porque sintamos la mas mínima simpatía hácia su carácter, pues creemos que le definió exactamente su sentencia: *tirano*, *traidor*, *homicida* y *enemigo público*; sino porque estamos convencidos de aque aquel paso perjudicó mucho á la causa de la libertad. El hombre condenado á morir era un prisionero, un rehen; su heredero, á quien inmediatamente se transfirió el homenaje de todos los realistas, era libre: los prebisterianos no se hubieran reconciliado jamás con el padre; pero la enemistad no era tan profunda entre ellos y el hijo. Además, la multitud miró este acto con sentimientos, que aunque irracionales, no podian arrostrarse impunemente por ningun gobierno.

Censurando, pues, la conducta de los regicidas, consideramos, sin embargo, la de Milton, bajo muy diverso aspecto. El acto estaba consumado, consumado irrevocablemente; en otros términos, estaba hecho el mal, y se trataba de disminuirlo en lo posible. Censuramos al jefe del ejército por no haber cedido á la opinion popular; pero no podemos censurar á Milton por haber deseado cambiar esta opinion. El mismo sentimiento que nos hubiera impedido cometer el acto, nos habria inducido, una vez consumado, á defenderlo contra las estravagancias del servilismo y de la supersticion. Por amor á la libertad pública, nos pesa de que el hecho aconteciese, pues que el pueblo lo desaprobó; por el mismo amor hubiéramos querido que el pueblo lo aprobase despues de consumado. Si alguna razon faltara á la justificacion de Milton, nos la suministraria el libro de Saumaise. Esta miserable produccion es hoy considerada justamente como un aviso para esos charlatanes que la echan de escritores políticos; y solo la celebridad del que lo refutó, le ha dado algun valor ante la generacion actual. Entonces, el estado de las cosas no era el mismo; no se comprendia aun bien el vasto intervalo que separa al simple erudito clásico del filósofo político; y es indudable que un tratado que, llevando á la cabeza el nombre de tan eminente crítico, atacaba los principios fundamentales de todos los gobiernos libres, hubiera producido un efecto perniciosísimo sobre el espíritu público si hubiese quedado sin respuesta.

Los enemigos de Milton le objetan ademas su conducta bajo el gobierno del Protector. A primera vista parece estraordinario que un hombre entusiasta de la libertad, aceptase un puesto bajo un usurpador militar; pero todo era entonces estraordinario en la situacion del país. La ambicion de Cromwell no era vulgar; ni está probado que desease el poder despótico. Al principio combatió sincera y lealmente en favor del parlamento, cuya causa no abandonó hasta que el parlamento dejó de cumplir con su deber. Si acabó disolviéndolo en nombre de la fuerza, fue solo despues de convencerse que el pequeño número de sus individuos, que habian sobrevivido á tantas muertes, divisiones, espulsiones, pensaban apropiarse un poder que no habian recibido jamás en depósito, y de aplicar á Inglaterra el azote de una oligárquia á la veneciana. Pero aun cuando se encontró colocado por la violencia al frente de los negocios, Cromwell no se arrogó un poder sin límites; dió al país una constitucion mas perfecta que ninguna de las conocidas hasta la fecha y reformó el sistema representativo con reglamentos que arrancaron elogios al mismo lord Clarendon. Es verdad que pidió para sí el primer puesto en la república; pero con poderes casi iguales á los de un estathouder holandés ó de un presidente americano. Concedió al parlamento intervencion en el nombramiento de los ministros, y le dejó toda la autoridad legislativa, sin reservarse mas que el *veto*; ni siquiera reclamó la herencia de la principal magistratura en su familia. Asi, pues, considerando imparcialmente las circunstancias del tiempo y las ocasiones que tuvo de consolidar su grandeza, nada perderá en la comparacion con un Washington ó con un Bolivar. Si á la moderacion de Cromwell hubiese correspondido el Parlamento con igual moderacion, no hay motivo para creer que hubiera traspasado el límite que él mismo se fijara; pero cuando vió á sus parlamentos poner en duda la autoridad que presidia sus reuniones, corriendo riesgo de ser despojado del poder restringido, absolutamente necesario á su seguridad personal, adoptó una política mas arbitraria.

Sin embargo, aunque creemos que las intenciones de Cromwell fueron al principio leales, y que la fuerza irresistible de las circunstancia le obligó á desviarse del noble camino que se habia trazado; aunque admiremos, de acuerdo con los

hombres de todas las opiniones, el talento y energía de su administracion, no propendemos á un gobierno arbitrario é ilegal, ni aun en tales manos, convencidos como estamos, de que una buena constitucion, vale infinitamente mas que el mejor déspota. Pero creemos, que en tiempo del protectorado, la violencia de las iras politicas hizo casi imposible un gobierno estable y regular. No se trataba de elegir entre Cromwell y la libertad, sino entre Cromwell y los Estuardos. ¿Fué acertada la eleccion de Milton? No lo dudará cualquiera que compare los sucesos del protectorado con los de los treinta años siguientes, los años mas funestos y vergonzosos de la historia inglesa. Cromwell establecia evidentemente, aunque de un modo irregular, las bases de un admirable sistema; pero hasta entonces la nacion no habia gozado tanta libertad religiosa y de discusion; nunca el honor nacional habia sido mejor mantenido en lo esterior ni el puesto de la justicia mejor ocupado en lo interior. Las instituciones de Cromwell, tales como constan en los documentos constitutivos (*Instrument of government.—Humble petition aud advice*) eran escelentes. Es verdad que su práctica disentia demasiado á menudo de la teoría; pero si hubiese mandado algunos años mas, es probable que sus instituciones le sobrevivieran, y que las arbitrariedades muriesen con él. Su poder no estaba consagrado por inveteradas preocupaciones ni se sostenia mas que por sus grandes cualidades personales; así, era poco de temer un segundo protector, no siendo un segundo Oliverio Cromwell. Los acontecimientos que siguieron á su muerte son la mejor justificacion de los que le apoyaron en vida; pues aquella muerte fue la señal de una descomposicion social. El ejército se sublevó contra el parlamento; los varios cuerpos del ejército se sublevaron unos contra otros; las sectas contra la sectas; las facciones contra las facciones; en la impaciencia de vengarse de los independientes, los presbiterianos sacrificaron su libertad y abandonaron sus antiguos principios: sin echar una ojeada á lo pasado, sin exigir ninguna condicion para lo porvenir, arrojaron sus derechos de hombres libres á los piés del mas frívolo y egoista de los tiranos.

Entonces siguieron aquellos dias vergonzosos, dias de servilismo sin realismo, de sensualidad sin amor, de pequeños talentos y grandes vicios; el paraiso de los corazones frios y de las almas mezquinas; la edad de oro de los viles, de los fanáticos, de los esclavos. El rey de Inglaterra se humilló ante el de Francia, su rival, para poder pisotear á su propio pueblo; se contentó con reinar á gusto de Luis XIV, y doblegándose sin escrúpulo, presentó la mejilla á sus bofetadas, la mano á su oro, estimándose feliz con su complaciente infamia. Caricias de prostitutas y burlas de bufones de córte regularon las órdenes de un gobierno que solo tenia talento bastante para engañar, y religion para perseguir. Los principios de la libertad sirvieron de mofa á los cortesanos y de anatema á las dignidades de la Iglesia. En todos los altares se tributó homenaje á Cárlos y á Jacobo, el Belial y el Moloc de Inglaterra, ídolos obscenos y crueles, á quienes la nacion sacrificaba sus mejores y mas valientes hijos; un delito sucedió á otro delito, una humillacion á otra humillacion, hasta que la raza maldecida de Dios y de los hombres fue espulsada segunda vez y anduvo errante sobre la haz de la tierra, marcada por el desprecio de las naciones.

Muchas de nuestras reflexiones acerca del carácter político de Milton, no le convienen sino como á uno de los individuos de una numerosa clase; indiquemos algunas particularidades que le distinguen entre sus contemporáneos. La Inglaterra se dividia en muchos partidos; pero aquí no hablamos de los hombres que pasaron de uno á otro, pues en las conmociones públicas cada partido tiene, como un ejército en la India, una multitud supernumeraria, que ronda alrededor del campamento, ó sigue su marcha, esperando coger algun botin á la sombra de la bandera, y que deserta el dia del combate, y á menudo despues de la derrota se pasa al vencedor para esterminar con él á los vencidos. No faltaban á Inglaterra esos políticos egoistas y cobardes que sirviendo á todo gobierno nuevo, habian besado sin repugnancia ni vergüenza la mano de Cárlos en 1640, y le escupieron al rostro en en 1649; que saludaron con sus aclamaciones á Oliverio Cromwell, entronizado en la abadía de Westminster, y ultrajaron su cadáver en Tyburn; que comieron con *cabezas de ternera* para burlarse del rey, y con *rabos* para burlarse del parlamento. No nos cuidamos de tales gentes ni juzgamos á los partidos sino por la conducta de aquellos que realmente merecen llamarse hombres de partido.

Empecemos por los puritanos, es decir, por el partido mas notable quizá en la historia. Lo que habia de odioso y ridículo en su carácter, no pasa de la superficie, encontrándose observadores bastante malignos para darlo realce sin profundizar mas. Despues de la restauracion, la burla y la invectiva se ocuparon durante algunos años en zaherirlos, sacándoles á relucir en los periódicos y teatros. Sin instruccion é impopulares como secta, no podian defenderse por sí, ni el público los habiera tomado bajo su proteccion; de suerte que se vieron entregados sin misericordia á las sátiras y á los escritores dramáticos. La afectada sencillez de su vestido, su tétrico aspecto, su acento nasal, sus prolijas oraciones, sus nombres bíblicos, las frases de la Escritura que citaban á cada propósito, el desprecio de los conocimientos profanos, la aversion á las distinciones sociales, daban materia á los burlones; pero no debe estudiarse entre estos la filosofía de la historia. Escelentes escritores no han sabido librarse del ridículo:

> Ecco il fonte del riso, ed ecco il rio
> Che mortali perigli in sè contiene.
> Or quì tenere a fren nostro desìo,
> Ed èsser cauti molto a noi conviene (1).

(Ved la fuente de la risa, ved el rio que contiene en sí peligros mortales. Aquí es preciso refrenar nuestros deseos y ser muy cautos.)

(1) *Jerus. lib.*, XV 57.

Pero no eran, no, fanáticos vulgares esos hombres que impelieron al pueblo á la resistencia; que dirigieron al país durante una larga série de años; que con los materiales mas ingratos formaron el mejor ejército de Europa; que derribaron al rey, la Iglesia, la aristocracia; que en los breves intervalos de la sedicion y de la guerra civil, esparcieron por todo el globo el terror del nombre inglés. La mayor parte de sus absurdos no eran mas que signos esteriores, como los de los francmasones ó el hábito de los frailes. Lástima que estos signos no tuviesen mas atractivo; lástima que esta asociacion, á cuyo valor y talentos tanto debió la especie humana, no mostrase la noble elegancia de algunos cortesanos de Cárlos I, ó las fáciles maneras de la córte de Cárlos II, pero, en caso de eleccion, imitaremos al Basanio de Shakspeare, que se alejó de las cajas brillantes que contenian la cabeza del muerto y la del loco, y prefirió el atahud de plomo donde estaba el tesoro.

No contaremos á todos los realistas en el número de aquellos palafreneros, de aquellos jugadores y espadachines, á quienes la esperanza de la licencia y el saqueo indujo á salir de las guaridas de White-Friars para ponerse bajo la bandera de Cárlos, y que deshonraron á sus compañeros con escesos no tolerados jamás por la disciplina del ejército parlamentario. Aunque persuadidos de que la causa del rey no era la de la nacion, no podemos menos de mirar con complacencia á los caballeros honrados de su parcialidad; muy superiores á esos instrumentos que los déspotas tienen que emplear en otros puntos, á los mudos de sus ante-cámaras, á los genizaros que custodian sus palacios. Los realistas ingleses no eran abyectos cortesanos, que se arrodillaban á cada paso, que se sonreian á cada palabra del señor; no eran simples máquinas destructoras, con divisa, valientes á fuerza de vino, que defienden el trono sin amor y hieren al enemigo sin ira. Habia libertad en su afecto, nobleza en su sumision; el sentimiento de la independencia vivia en ellos; servian una mala causa, pero no por motivos bajos y egoistas. La compasion del régio infortunio, un sentimiento de honor novelesco, preocupaciones de la niñez, los nombres venerables de la historia, formaban á sus ojos una fascinacion poderosísima como la de Alcina, y como los paladines, creian combatir por una belleza ultrajada, mientras que defendian á una pérfida encantadora. En realidad, se cuidaban poco del principio de la cuestion política; tomaban las armas solamente para sostener la antigua bandera que en tantas batallas habia flotado sobre la cabeza de sus padres, ó los altares donde habian recibido la mano de la esposa. Cualquiera que fuese el error de sus opiniones, poseian en mas alto grado que sus enemigos las cualidades que hermosean la vida privada; adoleciendo de muchos vicios de la Tabla Redonda, tenian tambien muchas virtudes, como por ejemplo, la cortesía, la generosidad, la franqueza, la ternura, el respeto á las mujeres; cultivaban mejor que los puritanos las ciencias y la literatura; sus costumbres eran mas cultas, su humor mas amable, mas elegantes sus gustos, mas alegre el interior de sus casas.

Milton no pertenecia precisamente á ninguna de las especialidades que acabamos de designar; no era puritano, libre pensador ni caballero; su carácter reunia las mas nobles cualidades de todos; habia en él como una eleccion de dotes y elementos armónicos, que pertenecian juntamente al parlamento y á la córte, á los conventículos protestantes y al claustro gótico, á los círculos fúnebres de los Cabezas redondas y á los hogares hospitalarios de los caballeros; como los puritanos, vivia siempre *á la vista del Divino Criador*; elevaba, como ellos, constantemente el pensamiento á un juez todo poderoso y á una recompensa inmortal; á ellos debia el desprecio de las circunstancias esteriores, el valor, la constancia, la inflexible resolucion; pero el mas frio escéptico y el burlon mas profano no estaban mas esentos que él del contagio de sus alucinaciones estravagantes, de sus rudas maneras, de su ridícula jerigonza, del desprecio de las ciencias humanas, de la aversion á los encantos de la vida. Aborreciendo francamente la tiranía, poseia sin embargo todas las cualidades estimables que se consideraban patrimonio esclusivo de los partidarios de la monarquía. Nadie apreciaba mas que él la literatura, las artes, el honor caballeresco, las delicadezas amorosas. Aunque de opiniones democráticas, tenia gustos de realista y de noble, sentimientos de caballero; pero ni era amo ni esclavo. Como el héroe de la *Odisea*, gozaba de todos los placeres del encanto, sin estar encantado; oia la cancion de la sirena, y se deslizaba junto á la fatal orilla, sin ser seducido; llevaba los labios á la copa de Circe, pero poseia un antídoto seguro contra los efectos del mágico brevaje; jamás las ilusiones de la fantasía turbaban su razon. El político estaba revestido de una coraza á prueba de los encantadores que fascinaban al poeta. Para comprenderlo, basta comparar sus tratados contra el episcopado con los delicados versos sobre la arquitectura eclesiástica y sobre la música del órgano en el *Pensativo*, poema publicado entonces. Aquella contradiccion aparente realza, mas que nada, su carácter en nuestro aprecio, mostrándonos cuanto debió sacrificar de sus inclinaciones interiores, de sus secretos afectos, á lo que consideraba un deber para con los hombres.

Réstanos mencionar lo que forma la mayor gloria del carácter político de Milton. Lo que intentó para derribar á un rey perjuro y á una jerarquía perseguidora, lo intentó asociando sus esfuerzos á los de los demás; pero le pertenece esclusivamente el honor de otra lucha, de la lucha que sostuvo por la libertad del alma humana. Millares de voces se levantaron con la suya contra el impuesto sobre las naves y contra la cámara Estrellada; pero hubo pocos que denunciasen los males mucho mas funestos de la servidumbre moral é intelectual, y que apreciasen los beneficios que resultar debian de las libertades de imprenta y de conciencia. Milton miraba estas cuestiones como capitales; deseaba que el pueblo pudiese pensar por sí, como imponerse por sí las contribuciones, y que se viese libre de

la tiranía de las preocupaciones, no menos que de la de Cárlos. Sabia que los que no se cuidaban de tales reformas, contentándose con derribar al rey y á sus partidarios, imitaban á los hermanos imprudentes de su poema de *Comus*, que con la furia de arruinar la banda del nigromántico, olvidaban el modo de libertar á la prisionera; solo pensaban en vencer, cuando hubieran debido ocuparse en deshacer el funesto encanto que cerraba aun el paso al sano juicio popular.

Este noble objeto de emancipar la razon humana, era el punto de mira de Milton; por él se unió á los presbiterianos, por él los abandonó; partícipe de los peligros de su guerra, torció la faz para no ver su insolente triunfo. Conoció que eran hostiles á la libertad de pensar, por lo cual se unió á los independientes, y suplicó á Cromwell que rompiese la secular cadena y que «salvase la conciencia libre de las uñas del lobo presbiteriano (1).» Por iguales motivos atacó el *sistema de las licencias* (*Lycensyng system*) en aquel sublime tratado que deberia ser la carta y el evangelio político de todo hombre de Estado. Sus ataques, eran generalmente mucho menos directos contra los abusos particulares, que contra aquellos errores arraigados, en que se fundan casi todos los abusos, contra el culto servil de los hombres eminentes y el miedo infundado á la innovacion.

A fin de poder destruir con mas seguridad tales opiniones degradantes, eligió siempre el servicio literario mas atrevido. Para entrar en la plaza no esperaba á que se abriese la brecha; siempre se le veia en los primeros puestos y á la cabeza de los que subian al asalto. Al principio de la revolucion escribió con singular energía contra los obispos de Inglaterra; pero desde que su sentimiento pareció prevalecer, pasó á hablar de otros asuntos, y abandonó el episcopado al tropel de escritores que gustan de insultar á los partidos caidos. No hay empresa mas arriesgada que llevar la antorcha de la verdad á aquellos lúgubres asilos, donde la luz no ha penetrado nunca; pero Milton encontraba placer en lanzarse al través de los mortíferos vapores de la mina, y en arrostrar el terror de la esplosion. Los que mas desaprueban sus opiniones, deben respetar su valor; generalmente dejaba á los demás el cuidado de esplicar y defender las partes populares de su creencia política y religiosa, para encargarse de aquellas que la pluralidad de sus conteporáneos rechazaba como culpables, ó á lo menos como paradójicas. Asi escribió en defensa del divorcio y del regicidio; ridiculizó el *Eikon Basilike*, y censuró el sistema dominante de educacion. Su luminosa carrera puede compararse á la del Dios de la luz y la fecundidad:

Nitor in adversum; nec me, qui cætera, vincit
Impetus, et rapido contrarius evehor orbi.

Sus obras en prosa, muy poco leidas hoy, merecen, bajo el aspecto literario, la atencion de todo el que quiere conocer las riquezas de la lengua inglesa; abundan en pasajes que dejan atras las mas bellas amplificaciones de Burke, y no se puede uno cansar de admirar aquel tejido de espresiones enérgicas, á veces duro, siempre resplandeciente, semejante á una rica tela de oro y seda, en que el estilo es rígido por la magnificencia de los bordados. Ni aun en los primeros libros del *Paraiso perdido* se eleva como en aquellas partes de sus obras de controversia, en que sus sentimientos, escitados por la lucha, hallan desahogo en arrebatos religiosos y líricos. Es, para hablar como su maestro de lenguaje, «un coro de aleluya y de sinfonías.» Sentimos no podernos detener á analizar el *Areopagita*, el *Iconoclasta*, el *Tratado de la reforma*, las *Advertencias sobre el amonestante*. Cuando, hace poco, un manuscrito suyo inédito (*De doctrina cristiana*) vino á reanimar esta preciosa memoria, de golpe nos volvimos contemporáneos del gran poeta. Retrocediendo en el tiempo unos ciento cincuenta años, casi pudimos figurarnos revivir con este hombre escepcional, gran poeta y gran patriota, cuya vida y escritos no es posible estudiar sin esperimentar deseos de imitar, no las sublimes obras con que enriqueció la literatura, sino su celo por la causa pública, su valor en soportar las desgracias privadas, su altivo desprecio de las tentaciones y de los peligros de este mundo, su odio á los hipócritas y tiranos, por último, la severa fidelidad que conservó á su país y á su gloria.—

De ninguno de sus poetas han escrito los Ingleses tantas vidas como de Milton. La mas antigua se encuentra en los *Fasti Oxonienses* de Wood; el doctor Nicolls escribió la que se lee en la *Biographia britannica*; hay otras en Aikin, Chalmers y demás diccionarios biográficos, y ademas al frente de varias ediciones de sus obras. Las memorias, en que se fudaron los biógrafos sucesivos, fueron escritas por Eduardo Philips, su sobrino, en 1694. Cuatro años despues apareció la vida escrita por Toland, donde se contienen curiosas indagaciones sobre el autor del *Eikon Basilike*. Existe tambien una escrita por Fenton en 1727; otra por Peck en 1740, con hechos nuevos pero con escasa crítica; la del obispo Newton, en 1750; la de Birch, en 1755; la del pintor Richardson, de poco mérito; la de Johnson, á la que siguió una de Hayley, tan galante, como áspera era la precedente; mencionaremos asimismo la estravagante Memoria del doctor Simmonds, y una de Todd, que recogió minuciosidades no observadas por los anteriores; Juan Mitford publicó una nueva vida, escrita con esmero y con calma. La de Egerton Brydes, que precede á la edicion de los poemas, hecha en 1835; es de escaso mérito. En la de Guillermo Carpenter se observa un objeto político. Ultimamente, en 1839, escribió Roberto Bell otra para la *Cabinet Cyclopœdia* de Lardner en 1839.

El juicio anterior está tomado de Macaulay, y sin que aceptemos todos sus asertos, ni mucho menos las inducciones, nos ha parecido deber insertarlo, sobre todo para dar una idea del poeta de los tiempos cultos.

Hazlitt, que consideraba viles los artificios de la crítica, mientras llenaba su altísimo objeto,

(1) Soneto á Cromwell.

nos ha dejado algunos hermosos rasgos sobre la índole del ingenio de Milton; y es de lamentar solamente que este escritor, tan capaz bajo todos conceptos de penetrar hasta el fondo del asunto, no se estendiese mas en la materia. En sus *Lectures on the english poets* ofrece vislumbres de la grandeza de Milton, demasiado escasos para satisfacer nuestra curiosidad, pero que revelan algunos de esos delicados carácteres que, vistos una vez, jamás se olvidan. Júzguese por el siguiente pasaje:

«Milton no escribe movido de un impulso casual, sino despues de considerar detenidamente su fuerza, y con la resolucion de hacer cuanto de él dependa. Trabaja siempre y casi siempre con buen rusultado. Se fatiga mucho para decir cosas bellísimas, pero las dice. Adorna y ennoblece el asunto cuanto es dable al ingenio humano, y lo rodea de hermosura y grandeza moral, intelectual ó física. Perfecciona las descripciones de la belleza, añadiendo dulzura á dulzura, y eleva las imágenes del terror á una altura gigantesca, en comparacion de la cual el monte Osa se convierte en un simple peñasco. En Milton se ve siempre el esfuerzo; en Shakspeare jamás.

»Milton ha tomado prestado mas que ningun otro escritor y bebido en todas las fuentes de imitacion, así sagradas como profanas; sin embargo, se diferencia enteramente de todos los demás escritores. Es compilador de centones, y á pesar de eso, cede apenas en originalidad á Homero. El poder de su inteligencia está impreso en cada verso, y el fervor de su imaginacion funde, digámoslo así, y hace maleables, como dentro de un horno, las materias mas hetereogéneas.

»Leyendo sus obras, nos sentimos como bajo la influencia de un entendimiento poderoso, que se distingue de los demás, cuanto mas se acerca á ellos. En él la cantidad del arte muestra la fuerza de su ingenio, pues el peso de las obligaciones que imponia á su entendimiento, hubiera abrumado á cualquier otro escritor. La doctrina de Milton deja entrever la intuicion; describe objetos que solo conoce por la lectura, y los describe con la misma vivacidad que si los hubiese visto con sus propios ojos. Su imaginacion tiene la fuerza de la naturaleza, y hace hablar las palabras cual si fuesen pinturas.»

En otro lugar venga á Milton de la acusacion de infidelidad que algun crítico habia hecho á sus imágenes:

«Igual profundidad de impresion se encuentra en sus descripciones de los objetos sensibles, sean colores, olores ó sonidos; su mente penetra del mismo modo en todo lo que atrae su atencion. La crítica objetó, es cierto, á Milton que sus ideas eran mas bien musicales que pintorescas; como si por ser musicales en sumo grado, debiesen (para mantener el equilibrio de la balanza crítica, que exige no posea ninguno á un tiempo dos cualidades) escasear proporcionalmente bajo otros respetos. Pero la poesía de Milton no es tan pobre en asuntos; su culto de las musas no era tan sencillo y circunscrito. Se eleva un sonido, semejante á un vaporoso perfume; sentimos la melodía del órgano, pero aun está el incienso sobre el altar y colocadas alrededor las estátuas de los dioses. Es verdad que el oido predomina sobre la vista, porque esta mas inmediata la accion que obra en ella, y porque la lengua de la música se funde mas inmediatamente, y forma un acompañamiento mas natural con las variables é indefinidas asociaciones de ideas presentadas por las palabras. Pero cuando las asociaciones de la imaginacion no son lo principal, el objeto individual es representado por Milton con igual fuerza y belleza. En efecto, las personas de Adan, Eva, Satanás, etc., van siempre acompañadas en nuestra imaginacion por la grandiosidad de lo desnudo, y nos dan la idea de la escultura.»

Hablando de su versificacion dice:

«El verso de Milton es el único verso suelto (si se esceptúa el de Shakspeare) que merece el nombre de tal. Johnson, que habia modelado sus ideas de versificacion por el sonido regular de Pope, condena el *Paraiso perdido* como áspero y desigual. No diré que no se le pueda quizá imputár esto, pues cuando se aspira á un grado de perfeccion que traspasa las reglas mecánicas del arte, el poeta no puede menos de caer alguna vez. Pero, en mi dictámen, hay en Milton mas ejemplos perfectos de espresion musical ó de una adaptacion del sonido y del movimiento del verso al significado del pasaje dado, que en todos los demás rimadores ó versificadores juntos, esceptuando siempre á Shakspeare. Spencer es el mas armonioso de nuestros poetas, como Dryden el mas sonoro y variado de nuestros rimadores; pero ni uno ni otro alcanzan con mucho al grande épico en oido músico y en la facultad de acercar las variedades del ritmo poético á las de la música. El sonido de sus versos se forma en la espresion del sentimiento, y aun diré de la misma imágen. Se elevan y caen; se detienen ó marchan rápidamente con un arte delicadísimo, pero sin artificio ni afectacion, segun la ocasion lo requiere (1).»

Añadiremos parte del retrato que Canning nos da de Milton, presentando los atributos del poeta en un cuadro mas vasto que los demás escritores generalmente. El crítico observa con justicia que el brillo de la fama de Milton como poeta ha oscurecido sus demás derechos á la celebridad de docto y de filósofo:

«Hablando de las cualidades intelectuales de Milton, podremos notar que su misma fama poética ha servido con su esplendor á oscurecer y ocultar lo vasto de su inteligencia y la variedad de su doctrina y sabiduría. Para muchos no es mas que poeta, mientras que en realidad fue profundo erudito, hombre imbuido en todos los conocimientos antiguos y modernos, y apto para dominar, dar forma é impregnar de su poder intelectual sus grandes y variados conocimientos. No habia aprendido las doctrinas que adquirieron boga poco despues, y que establecen que la poesía florece casi siempre en un suelo inculto, formando la imaginacion las mas espléndidas visiones con las nieblas de una edad supersticio-

(1) *Lectures on the english poets*, por William Hazlitt. Lóndres 1818.

sa, y no temia que el cúmulo de los conocimientos oprimiese y ahogase su ingenio. Estaba instruido de aquella parte interior que da vida á todo el saber y lo maneja con facilidad; que liga por medio de vínculos vitales y de misteriosas afinidades los mas lejanos descubrimientos, y que levanta edificios de gloria y de belleza con la materia bruta que otras inteligencias habian reunido. Milton poseia la universalidad que indica el mas alto órden de entendimiento. Aunque acostumbrado desde la infancia á la fuente de la literatura clásica, no tenia nada de la pedantería de aquellos que desdeñan otra cualquiera. Su mente sana se complacia en la contemplacion del genio, sin considerar el suelo ni la época en que hubiese crecido y fructificado. Comprendia demasiado bien los derechos, la dignidad y altivez de la imaginacion creadora, para imponerle las leyes de la escuela griega ó romana, no siendo el Parnaso, en su concepto, el único terreno consagrado al ingenio. Sentia que la poesía era como una presencia universal, y que las grandes inteligencias de todos los paises del mundo tenian cierto parentesco con la suya. Sentia el encanto de las ficciones orientales; se prendaba de las estrañas creaciones de la Arabia Feliz, y mas aun del espíritu novelesco de la caballería y de las maravillosas relaciones que le servian de espresion. Asi su poesía nos recuerda el Océano que añade á su inmensidad las contribuciones de todas las comarcas de la tierra. Sus conocimientos no eran solo vastos en el reino de la imaginacion; Milton recorrió todo el campo esplorado del saber. Impuesto en muchos idiomas, podia muy bien apropiarse la doctrina atesorada en todos los paises donde el entendimiento se habia cultivado. La historia natural, la metafísica, la moral, la historia, la teología y la ciencia política, tanto de su tiempo como de las edades pasadas, le eran familiares. No ha habido entendimiento mas vasto que el suyo, y nos complacemos en citar á Milton como un ejemplo práctico de las ventajas de la cultura universal que forma uno de los caracteres distintivos de nuestra época, y que algunos miran como contraria á la originalidad del pensamiento. No debe olvidarse que la mente humana es de suyo espansiva. Su objeto es el universo; este es estrictamente uno, ó está ligado por medio de infinitas conexiones y correspondencias. Asi su natural progreso consiste en pasar de uno á otro campo del pensamiento y donde quiera que se encuentre poder original, genio creador, la mente, lejos de distraerse ú oprimirse por la variedad de sus conocimientos, verá siempre mejor las relaciones comunes y las ocultas y hermosas analogías en todos los objetos del saber; verá difundirse una luz recíproca de verdad á verdad, y obligará, como por medio de un poder régio, á todo lo que comprende, á conceder algun tributo de prueba, de ilustracion ó de esplendor á cualquier asunto que se proponga tratar (1).»

Por último, Victor Hugo dice:

«Si alguna composicion literaria lleva en sí el sello indeleble de la meditacion y de la inspiracion, es el *Paraíso perdido*. Una idea moral que toca al mismo tiempo las dos naturalezas del hombre; una terrible leccion dada en versos sublimes; una de las mas altas verdades de la religion y de la filosofía, desarrollada en una de las mas bellas ficciones poéticas; la escala entera de la creacion recorrida desde el grado mas elevado hasta el mas ínfimo; una accion que empieza por Jesus y termina con Satanás, Eva arrastrada por la curiosidad, por la compasion, por la imprudencia, hasta la perdicion; la primera mujer en contacto con el primer demonio: todo esto lo presenta la obra de Milton, drama sencillo é inmenso, cuyos artificios son sentimientos; cuadro mágico que hace suceder á todas las tintas de luz todas las gradaciones de tinieblas; faena singular que atrae y asombra (2).

(1) *Remarks on the character and writing of Milton*, por el doctor Canning.

(2) *Idées au hasard.*

NUM. XXVIII.

CRISTINA DE SUECIA.

(1622—1689).

A la muerte de Gustavo Adolfo se discutió un momento en Suecia, como en 1619 en Austria y en 1640 en Portugal, y en tantos otros paises por la misma época, si convenia declararse independiente del poder real y constituirse en república (1). Esta proposicion fue desechada y se prestó fe y homenage á la hija del rey; pero no teniendo mas que seis años, ni habiendo en la familia real nadie que se encargase del gobierno, recayó este en unos cuantos señores. La inclinacion antimonárquica hallaba eco en Suecia, donde los ánimos sentian la influencia del parlamento Largo inglés, y mas aun la de la Fronda en Francia. La misma Cristina dijo un dia en el senado: «Veo que se desea convertir á Suecia en un reino electoral ó en una aristocrácia.»

Pero la princesa no dispuesta á dejar que decayese la autoridad real, quiso ser reina en toda la estension de la palabra. Entregóse con admirable ardor á los negocios apenas tomó la direccion del gobierno en 1644; no faltó á una sola sesion del senado, asistiendo hasta un dia que estaba con la fiebre y sangrada; se preparó como mejor pudo leyendo documentos de muchas páginas, cuyo contenido hizo suyo, y meditando los puntos controvertidos, por la noche antes de dormir, y por la mañana al despertarse (2). Sabia plantear una cuestion con grande habilidad sin dejar entrever hácia qué parte propendia, y despues de oir á todos, decia su opinion, que siempre se encontraba bien fundada, adoptándose no pocas veces, lo cual asombraba á los viejos senadores. Influyó mucho personalmente en la celebracion de la paz de Westfalia, aunque los oficiales del ejército y su embajador sintieron repugnancia al congreso, y muchos en Suecia no aprobaron las concesiones hechas á los católicos, principalmente respecto de los Estados hereditarios austriacos. Pero Cristina no quiso encomendarse á la fortuna: nunca la Suecia habia tenido tanta gloria y poder; y complacida en tal situacion, deseaba fuese unido á ella su nombre.

En aquellos dias humilló el poder arbitrario de la aristocracia, la cual no podia lisonjearse de realizar en seguida sus sueños de independencia pues Cristina, á pesar de su juventud, se apresuró á proponer por su sucesor á su tio Cárlos Gustavo, conde palatino. Decia que este príncipe no habia osado jamás concebir tal designio contra la voluntad del Senado que ni siquiera quiso deliberar sobre ello, y contra la voluntad de los Estados que habian accedido solo por consideracion á ella: sin embargo la sucesion quedó establecida irrevocablemente (3).

Dotada de tanto ardor por los negocios, es admirable verla entregarse con una especie de pasion á los estudios. En los años infantiles su mayor placer habian sido las lecciones; gusto precoz, que pudo nacer de habitar con su madre, sumida en el dolor de la viudez. Cristina no veia pues, la hora de que la sacasen de aquellos oscuros y lúgubres aposentos. Tenia estraordinaria facilidad para los idiomas, y aprendió muchos sin maestro (4); cosa tanto mas maravillosa cuanto que poseia algunos como el suyo natal. A medida que crecia, se aficionaba mas á los goces literarios. Era el tiempo en que la literatura salia insensiblemente del círculo de las discusiones teológicas, y sobre los dos partidos se elevaban reputaciones estimadas generalmente. Deseaba tener á su lado á los mas célebres talentos y aprovecharse de sus instrucciones. Vinieron en primer lugar filósofos é historiadores alemanes, como Freinshem, á instancias del cual perdonó la mayor parte de las contribuciones de guerra á Ulma, patria del filósofo (5); despues sabios holandeses, é Isaac Vosio que puso en moda el estudio del griego. En breve adquirió gran práctica en la literatura de los antiguos, cuyas obras eran mas difíciles é importantes, y conoció á los Padres de la Iglesia. En 1650 se presentó Dalmacio á quien la reina habia mandado á decir que si él no venia, la obligaria á ir á ella; y habitó en palacio un año. Resolvióse luego Descartes, el cual todas las mañanas, á las cinco, era admitido en su biblioteca y se pretende que, con grande admiracion del filósofo, supo deducir de Platon su sistema. Lo que si es cierto es que en las con-

(1) *Vida de Cristina, escrita por ella misma, en* ARCKENHOLZ, *Mem. para servir á la hist. de Cristina,* tom. III, p. 41. «Quisieron »persuadirme que en algunas juntas particulares se habia tratado la »cuestion de si convendria declararse libres, no teniendo á la ca»beza del gobierno sino una niña de quien era fácil deshacerse, y »erigirse en república.» Compárese la nota de Arckenholz.

(2) *Pablo de Casati al papa Alejandro VII, sobre la reina de Suecia,* ms.

(3) Reinado de Cristina hasta la abdicacion, en ARCHENHOLZ, III' página 162.

(4) «A catorce años sabia todos los idiomas, todas las ciencias, »todos los ejercicios de que querian instruirme; pero despues he »aprendido muchas mas sin maestro, no habiéndolo tenido para »aprender el aleman, el francés, el italiano y el español.»

(5) Arenga panegírica de Freinshemio á Cristina, 1647, en ARCKENHOLZ, II, apéndice 2.°, p. 104.



CRISTINA DE SUECIA

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

ferencias con este filósofo y en el Senado, mostró la memoria mas feliz, unida á una concepcion pronta y á gran penetracion. «Su talento es verdaderamente estraordinario (esclama Naudé), ha visto todo, leido todo, sabe todo (1).»

¡Asombrosa creacion de la naturaleza! Jóven, no conoce la vanidad ni trata de ocultar que tiene un hombro mas alto que otro; oye elogiar su hermosísima cabellera y no la dedica ni aun los cuidados ordinarios; las pequeñas preocupaciones de la vida no caben en ella; jamás tuvo pasion á los festines; jamás volvió la cara á ningun plato; bebia agua. Fue para ella misterio inesplicable su organizacion femenil: agradábale oir decir que al nacer la tomaron por varon; que en sus primeros años, lejos de asustarse con el estruendo de los cañones, aplaudia como verdadera hija de soldado. Montaba atrevidamente, iba á galope con un solo pié en el estribo; en la caza derribaba al jabalí del primer golpe. Estudiaba á Tácito y á Platon, comprendiéndolos á veces mejor que los filósofos consumados. Tenia alta idea de la importancia que le daba su nacimiento y de la necesidad de no dejarse usurpar la autoridad; no consentia que un embajador se pusiera en relacion directa con sus ministros, ni que un súbdito suyo llevase condecoracion estranjera, que «uno de su grey se dejase marcar por otra mano», sabia tomar una actitud, ante la cual enmudecian los generales que habian hecho temblar la Alemania, y si hubiese estallado una nueva guerra, sin duda se pusiera al frente de sus tropas.

Tales sentimientos, disposicion tan decisiva á dominar, le hacia insufrible la idea de casarse, de dar á un hombre derechos sobre su persona; y se consideraba dispensada para con su país de la obligacion de elegir marido, puesto que habia establecido el órden de sucesion. Despues de coronada declaró que preferia la muerte á un esposo. (2)

¿Podia durar mucho tiempo semejante situacion? ¿No habia en ella algo de estraordinario, de forzado, sin la calma de una existencia natural y contenta de sí misma? La pasion á los negocios no impulsaba á Cristina á aplicarse á ellos con ardor; impulsábala sí, la ambicion, el orgullo de su clase. No ama á su patria, las fiestas, las costumbres ni la constitucion religiosa ó política; detesta las ceremonias oficiales, los largos discursos que está obligada á oir y las funciones en que es necesaria su presencia; desprecia el círculo de cultura intelectual en que viven sus compatriotas; sino hubiera poseido el trono desde la infancia, le pareciera, quizá, la meta suprema de sus deseos; las facultades instintivas de su alma aquellas que forman el destino del hombre, tomaron una direccion que la desvió constantemente de su país. El amor á lo estraordinario domina toda su vida, le hace descuidar los miramientos que le impone el decoro, le impide oponer á sus instantáneas impresiones la superioridad de una alma serena y señora de sí misma; posee sentimientos elevados, es valiente, está llena de ímpetu y energía, pero á la par es estravagante, violenta, se esfuerza en no parecer mujer, no quiere mostrarse amable ni respetuosa, no digo con su madre, pero ni con la memoria de su padre, á la que no sacrificaria un dicho mordaz; á veces parece no saber lo que se dice (3). Al fin y al cabo semejante conducta no puede menos de producir una reaccion que destruya todo contento de sí mismo, toda felicidad.

Esta inquietud, esta agitacion de espíritu toman con frecuencia un rumbo religioso, y asi sucedió á Cristina. Detiénese con gusto en sus Memorias á hablar del doctor Juan Mathias, su maestro, alma sencilla, pura y dulce, que la prendó desde los primeros años, y fue su mejor confidente hasta en los mas insignificantes negocios de la vida (4). Como ninguna de las Iglesias subsistentes propendia ya á derribar á la otra, despertóse en algunos individuos el deseo de unirlas, y tal era el que animaba á Mathias que publicó un libro sobre la union de las dos Iglesias protestantes. Agradó entonces á la reina esta idea, y pensó fundar una academia teológica que se ocupase en conciliar las dos confesiones. Pero el fanatismo indómito de los luteranos se opuso á ello; un superintendente de Calmar respondió con violencia; hasta los Estados hablaron de aquel libro; los obispos recordaron al Consejo del reino la obligacion que tenia de velar por la religion del país; el gran canciller se dirigió á la reina, y tales advertencias le hizo, que le arrancó lágrimas (5).

Cristina pudo muy bien haber reflexionado que no movia á los luteranos un celo enteramente puro; figurándose que querian engañarla dándole una falsa idea de Dios, con el único objeto de conducirla á un fin premeditado. La manera de representarle á Dios no le parecia digna de la divinidad que el hombre adora (6). Los discursos prolijos que la habian fastidiado siempre y que tenia que oir ahora por exigirlo asi la constitucion de su reino, se le hicieron insoportables. Mostraba á menudo su impaciencia moviéndose en el asiento y jugando con la perrita, sin que por esto se pusiese término á tales discursos. La llegada de entendidos estranjeros la fortificó en las disposiciones que en sí sentia, y que interiormente la alejaban de la religion de su país. Algunos eran católicos, otros, como Vosio, incrédulos; Bourdelot mas favorecido de Cristina porque la habia curado una enfermedad peligrosa, se reia de todo y pasaba por materialista.

La princesa cayó poco á poco en insolubles dudas; parecíale que toda religion positiva era una invencion de los hombres, que todo argu-

(1) Naudé á Gasendi, 19 de octubre de 1652: «Puedo decir de la »reina, sin adulacion, que desempeñaba mejor su parte en las fre»cuentes conferencias con Bochart, Bourdelot, Du-Fresne, y con»migo, que ningun otro de la compañía. Y si os dijese que su ta»lento es estraordinario, no mentiria, pues ha visto todo, ha leido todo, y sabe todo.»

(2) «Ciertamente me hubiera casado, si no hubiese sentido en »mí suficiente fuerza para vivir sin los placeres del amor;» esto lo dice en su vida, y se la debe creer, tanto mas, cuanto que es una especie de confesion.

(3) No puede inferirse otra cosa de la conversacion con su madre. CHANUT, III, 365, mayo de 1654.

(4) «Muy capaz de instruir bien á una niña, cual yo era, con »una honradez, una discrecion, una dulzura, que le hacian amar y estimar.»

(5) Carta á Apel Oxenstiern, 2 de mayo de 1647, en ARKENHOLZ, IV, apénd. n.° 21, ó particularmente del conde Brahe, id. IV, página 229. El libro de Mathias se titula *Idea boni ordinis in ecclesia Christi*.

(6) «Yo creí que los hombres hablaban segun su capricho, y que»rian engañarme y meterme miedo para dirigirme á medida de su »deseo.» Asi dice Cristina en una nota comunicada por Galdenblad, en ARCKENHOLZ, III.

mento valia lo mismo para una què para otra, y que era indiferente profesar esta ó aquella creencia. Sin embargo, no llegó hasta la verdadera irreligion, porque poseia algunas creencias indestructibles. En la vida aislada que llevaba no hubiera podido prescindir de Dios; mirábase por el contrario mas próxima á él, y decia: «Sabes, »Dios mio, cuántas veces te supliqué en una len»gua desconocida á los entendimientos vulgares, »aclarar mis tinieblas, y cuántas hice voto de »escucharte, aunque debiese sacrificar mi vida y »felicidad.» Y comparando estos ímpetus de su corazon con ótras ideas: «Renuncié (añade) á »otro amor cualquiera, y me dediqué á este.»

Pero ¿dejaria Dios á los hombres sin una religion verdadera? Una máxima de Ciceron, por la que se establece que la unidad es un carácter necesario de la verdadera religion causa en ella grande efecto (1). Todo consistia en saber cuál era la verdadera.

Tenia nueve años cuando la esplicaban por la primera vez los dogmas de la Iglesia Católica, enseñándole, entre otras cosas, que en esta Iglesia se miraba como meritorio el celibato. «¡Ah! (ex»clamó) ¡Que hermoso! Quiero abrazar esta re»ligion». Como se la reprendiese por ello, perseveró obstinadamente: «Cuando uno es católico »(decia) tiene el consuelo de creer lo que tantas »nobles inteligencias han creido por tantos siglos; »posee la gloria de pertenecer á una religion »confirmada por millones de milagros y martirios, »una religion que produjo tantas admiradas vír»genes, las cuales triunfando de los flaquezas de »su sexo, se consagraron á Dios.»

La constitucion de Suecia descansa en el protestantismo, que constituye su poder y posicion política; así pues, estando impuesto á Cristina, como una necesidad, decidió sacudir tal yugo, y se separó de él espontáneamente, dirigiéndose hácia la religion católica, que solo conocia imperfectamente. Lo que sobre todo le parecia admirable y propio de la bondad de Dios, era la infalibilidad del papa. Cada dia se entregaba mas resuelta á esta creencia, como si satisfaciese asi la necesidad de abandono natural á las mujeres. La fe hacia en su corazon lo que el amor en otro; amor tal vez inadvertido, amor condenado por el mundo y que quiere permanecer oculto; amor en que se complacia un corazon de mujer y por el cual estaba decidida á cualquier sacrificio.

Cristina, para acercarse á la córte de Roma, empleó astucias misteriosas; y urdió una especie de intriga para hacerse católica. El primero á quien comunicó sus disposiciones fue el jesuita Antonio Macedo, confesor del embajador portugués Pinto Pereira, el cual, no conociendo otro idioma, se servia de él como intérprete. La reina se complacia hablando con el intérprete sobre controversias religiosas, en las audiencias que daba al embajador, mientras que este creia trataban de negocios de Estado; y de este modo confiaba su mas íntimo secreto en presencia de una persona que nada comprendia.

De improviso Macedo desaparece de Estocolmo; la reina aparenta buscarle cuando ella misma le habia enviado á Roma para comunicar directamente su intencion al general de los jesuitas y pedirle le enviase algunos individuos de su órden. Llegaron estos á Estocolmo en febrero de 1652, y haciéndose presentar como nobles italianos que iban de viaje, fueron convidados á comer con la reina. Cristina; adivinó inmediatamente quiénes eran, y en el comedor dijo en voz baja á uno de ellos: «¿Teneis cartas para mí?» El jesuita respondió que sí sin mostrarlas; ella le intimó que no dijese palabra, y despues de comer envió á un camarero de su confianza por las cartas, mandando venir á los jesuitas á su palacio al dia siguiente con el mayor secreto. En el palacio Adolfo se reunieron de esta suerte los enviados de Roma con la hija del mas fervoroso defensor del protestantismo, para tratar de su conversion á la religion católica.

Los buenos de los jesuitas se proponian al principio seguir el órden del catecismo; pero pronto conocieron que este método no podia practicarse con Cristina, la cual hacia preguntas de muy distinto género. ¿Hay diferencia entre el bien y el mal, ó todo depende solo de la utilidad ó del daño que resulta de las obras? ¿Cómo destruir las dudas que nacen contra la existencia de Dios? ¿El alma del hombre es verdaderamente inmortal? ¿No es mas prudente seguir en lo esterior la religion del país, y vivir segun los cánones de la razon humana? Los jesuitas no refieren las respuestas dadas; creen, sin embargo, que en los diálogos que tuvieron con la reina, recibieron inspiraciones que no habian sentido hasta allí y que despues olvidaron, y dicen que el Espíritu Santo influyó en el corazon de Cristina. La verdad es que la reina, como hemos notado, tenia una inclinacion decidida al catolicismo que completaba todas las pruebas y determinaba la obra de la conviccion. El discurso giró á menudo sobre el principio de que el mundo no puede existir sin la verdadera religion; al que iba unido el de que entre todas las religiones existentes la católica es la mas racional. «Nuestro principal objeto (decian los jesuitas) era mostrar que los dogmas de nuestra santa creencia son superiores pero no contrarios á la razon.» La dificultad mayor, era la concerniente á la invocacion de los santos al culto de las imágenes y de las reliquias; «pero S. M. comprendió con un talento penetrante toda la fuerza de las pruebas que adujimos, sin lo cual hubiéramos necesitado demasiado tiempo.» Cristina les habló tambien de los obstáculos que hallaria para efectuar su conversion, en caso de decidirse; tal vez parecieron insuperables; y un dia viendo volver á los jesuitas, les declaró que podian marcharse, que su conversion no se verificaria y que le seria muy difícil llegar á ser católica de corazon. Los buenos padres se quedaron atónitos, y emplearon todos sus esfuerzos para mantenerla en sus resoluciones representándole á Dios y la eternidad, y protestando que sus dudas debian ser tentaciones del espíritu de las tinieblas. Lo que caracteriza, sobre todo á Cristina, es que en aquel momento estaba mas determinada que nunca á cambiar de religion. «¿Qué diríais, esclamó, si estuviese mas próxima á ser católica de lo que pensais?» — «Imposible es describir el senti-

(1) Pallavicini, *Vida de Alejandro VII.*

miento que experimentamos (dice el jesuita, cuya relacion seguimos); creimos volver de la muerte á la vida.» La reina preguntó si el papa no podria permitirle comulgar una vez al año segun el rito luterano; y habiéndole ellos contestado que no, dijo: «No hay, pues, remedio; es preciso abdicar la corona.»

A esto se dirigian cada vez mas sus pensamientos. Los negocios del país no marchaban siempre segun ella deseaba. Para contrabalancear á la poderosa aristocracia estrechamente unida, formó un partido, que puede considerarse estranjero, pues se componia de los personajes de cada país de que se habia rodeado, del sucesor que habia destinado á Suecia y del conde Magno de la Gardie, su confidente, al que la antigua nobleza sueca no podia reconocer por noble. Su desmedida liberalidad habia agotado el tesoro público; y llegó el momento en que todas las rentas se habian consumido. En octubre de 1651 habia anunciado ya á los Estados su intencion de abdicar la corona, precisamente cuando acababa de enviar á Macedo á Roma; pero desistió del proyecto, por haberle manifestado el canciller del reino que la situacion de la Hacienda se mejoraria, á fin de que el lustre de la corona se conservase intacto. Cristina conoció que su idea no pareceria tan heróica como imaginaban; y cuando el príncipe Federico de Hesse quiso abdicar, ella le disuadió, no por motivos religiosos, sino recordándole que el que cambia de religion es odiado de los que abandona y despreciado de aquellos cuya fe abraza. Pero insensiblemente estas consideraciones fueron perdiendo en ella su fuerza. En vano trataba de crearse un partido en el consejo del reino, que aumentó de veinte y ocho á treinta y nueve individuos: la autoridad de Oxenstiern, que se habia debilitado por algun tiempo, volvió á cobrar incremento, merced á una poderosa parentela y á un talento en cierto modo hereditario en su familia: la reina quedó vencida en importantes cuestiones, como la del arreglo con Brandeburgo: el conde Magno de la Gardie decayó de su favor: y el dinero empezó á escasear, no bastando muchas veces á sufragar los gastos diarios del palacio. ¿No valia mas reservarse una renta anual, y vivir en país estranjero, segun su gusto y de acuerdo con los sentimientos de su corazon, sin sufrir tantas contradicciones por parte de fanáticos predicadores que no veian en sus acciones sino una curiosidad estravagante, una apostasía de la religion y de las costumbres del país? Disgustada de los negocios, se sentia infeliz siempre que sus secretarios iban á despachar con ella, y solo encontraba placer en la conversacion de don Antonio Pimentel, embajador español, el cual entraba en todas sus reuniones y asistia á las juntas de la órden de los *Amarantos*, fundada por Cristina, cuyos individuos se obligaban á una especie de celibato. Pimentel conocia sus ideas de conversion, y las participó al rey de España, el cual prometió recibir en sus Estados á la princesa, y ser su patrono cerca del papa. Los jesuitas habian vuelto á Roma para hacer algunos preparativos referentes al cambio de religion.

No hubo ya motivo alguno que la impidiese abdicar. Su carta al embajador francés Chanut demuestra las pocas esperanzas que tenia de que se aprobase su conducta; pero al mismo tiempo afirma no importársele nada de ello; y añade que será feliz, fuerte con la tranquilidad de su conciencia, sin temor ante Dios y los hombres, y que verá serena, desde el puerto, las tempestades de los que arrastra el torbellino de la vida. Su único pensamiento fue asegurarse la renta de modo que no le pudiese ser quitada en lo sucesivo.

La ceremonia de la abdicacion se verificó el 24 de junio de 1654; y á pesar del descontento que escitó generalmente, todos, grandes y pequeños, se conmovieron al presenciar la renuncia del último vástago de los Wasas al trono de su país. El anciano conde Brahe se negó á recoger la corona que, tres años antes, le habia puesto en la cabeza; miraba como insoluble el lazo entre el príncipe y los súbditos, é ilegítima aquella renuncia; de suerte que la reina tuvo que quitarse por sí la diadema, y únicamente de sus manos consintió el conde en recibirla. Despojada de las insignias reales, con un sencillo traje blanco, se despidió Cristina de sus Estados; presentóse por último el presidente de de la cámara de los campesinos, el cual, postrándose ante la reina sin corona, le estrechó respetuosamente la mano y se la besó varias veces; los ojos se le arrasaron de lágrimas, y enjugándoselas, se levantó sin poder decir una palabra y volvió á su puesto.

Los pensamientos y deseos de Cristina se dirigian á comarcas lejanas; y asi no quiso permanecer ni un momento en un país donde habia renunciado en favor de otro el poder soberano; ya habia enviado los objetos de mas valor, y luego, mientras se disponia la escuadra que la condujo á Wismar, Cristina, disfrazada y con unos cuantos servidores fieles, aprovechó la primera proporcion para sustraerse á la vigilancia de sus antiguos súbditos y marcharse á Hamburgo.

Aquí empieza su viaje al través de Europa. En Bruselas secretamente, y públicamente en Innspruck abrazó el catolicismo; invitada á recibir la bendicion del papa, corrió á Italia, y cumpliendo la peregrinacion á Loreto, ofreció á la Vírgen la corona y el cetro. Los embajadores venecianos se admiraron de los preparativos que se hacian en todas las ciudades de Romanía para acogerla con magnificencia; el papa Alejandro, satisfecho con que tan ruidosa conversion hubiese acontecido en su pontificado, agotó la caja apostólica para solemnizarla; y Cristina entró en Roma mas bien con el aparato del triunfo que con la humildad de penitente.

Los primeros años continuó sus viajes por Alemania, Francia, donde estuvo dos veces, y aun Suecia. No renunció del todo á la política como se habia propuesto, y mostró bastante empeño por alcanzar la corona de Polonia, donde hubiera podido permanecer católica; se sospechó que queria intentar un ataque contra Nápoles en favor de Francia; la necesidad de velar por su pension, irregularmente pagada y no muy segura, no la dejaba vivir en completa tranquilidad. Sin corona, y pretendiendo aun entera

independencia y privilegios de testa coronada, especialmente como ella los entendia, las consecuencias fueron graves. ¿Cómo escusar la condenacion á muerte pronunciada en Fontainebleau contra Monaldeschi, individuo de su casa, á quien hizo matar por sus acusadores y enemigos personales? Solo le concedió una hora para disponerse á morir, y miró como delito de lesa majestad la infidelidad con que dicen la ofendió este desgradiado. Estimó impropio de su dignidad someterle á la justicia de un tribunal superior, esclamando: «No tener superior vale mas que reinar en la tierra.» Despreciaba la opinion pública, y despues de un suplicio que habia escitado la indignacion general, sobre todo en Roma donde se conocian mas que en ninguna otra parte las discordias entre sus servidores, volvió á esta última ciudad. Por lo demás, ¿dónde vivir mejor que en Roma? Hubiera estado en rivalidad permanente con cualquier poder temporal que ostentase las mismas pretensiones. Tuvo violentas disputas con los papas, hasta con Alejandro VII, cuyo nombre habia adoptado al convertirse.

Pero poco á poco su índole se mitigó; su situacion fue tranquilizándose; consiguió dominarse y se sujetó á los usos y las leyes del país donde habitaba; ademas de que los pontífices concedian ancho campo á sus privilegios aristocráticos y á su independencia personal.

Tomó cada dia mayor parte en el esplendor, en las ocupaciones, en la vida de la córte; adquirió un palacio, é insensiblemente llegó á ser íntimo individuo de la sociedad de los pontífices. Aumentó á tanta costa y con tal gusto las colecciones monetarias y arqueológicas traidas de Suecia, que sobrepujó á las familias romanas y supo hacer que este género, cesando de ser simple curiosidad, fuese importante y fecundo para la erudicion y para el arte. Personas doctas como Spanheim y Havercamp encontraron sus monedas y medallas dignas de estudiarse: Sante Bartolo consagró su habilidad á reproducir sus piedras grabadas: los Correggio de su coleccion constituyeron siempre el mejor adorno en las galerías donde se les colocó; sus manuscritos contribuyeron no poco á conservar la celebridad de la biblioteca del Vaticano, á que se incorporaron mas adelante. Este uso de la riqueza llena la vida de una satisfaccion esenta de amarguras. Tomó tambien interés en los trabajos científicos: merece gratitud por la proteccion concedida al pobre Bonelli, que, desterrado y viejo, tuvo que dedicarse de nuevo á dar lecciones, y cuya famosa obra hizo Cristina imprimir á su costa.

No creo pueda sostenerse que Cristina, en la madurez de su ingenio, ejerció un poderoso y duradero influjo, particularmente en la literatura italiana. Nadie ignora el estilo sobrecargado de figuras, pretencioso, insignificante, que caracterizaba la poesía y la elocuencia italiana. Cristina tuvo bastante gusto y talento para no dejarse arrastrar por la corriente; y en 1680 fundó en su casa una academia, dedicada á ejercicios políticos y literarios, cuyo artículo mas notable era la obligacion de abstenerse de la locucion moderna, hinchada y metafórica, no siguiendo sino la dura razon y los modales del siglo de Augusto y de los Médicis (1). Sorprende leer, en la biblioteca Albani en Roma, los trabajos de dicha academia, ejecutados por abates italianos y corregidos por una reina del Norte. De allí salieron hombres, tales como Alejandro Guidi, antes sostenedor de la moda de las metáforas ampulosas, y que luego renunció á ella conviniéndose con algunos amigos para destruirla, si era posible. La Arcadia, á la que se atribuye el mérito de haber completado esta obra, se formó en la sociedad de Cristina.

Es innegable que conservó una noble independencia de espíritu en medio de las diversas impresiones que influian en ella. No estaba dispuesta, como acontece á los nuevos convertidos, á exajerar la piedad y ostentarla; aunque sincera católica, aunque protestaba que se hallaba convencida de la infalibilidad del papa y de la necesidad de creer cuanto manda la Iglesia, aborrecia á los fanáticos; no se privaba de las alegrías del carnaval, de los conciertos, de las comedias, de cuanto podia ofrecer la vida de Roma; buscaba sobre todo el movimiento íntimo de una sociedad ingeniosa y activa; amaba la sátira y á Pasquin. Se la encuentra envuelta siempre en las intrigas de la córte, en las disensiones de la familia papal, en las facciones de los cardenales; formó parte de la faccion del *escuadron volante*, cuyo jefe Azzolini era su amigo, y persona reputada como de las de mas talento de la córte romana, pero que ella calificaba de divino é incomparable, añadiendo que era el único á quien creia superior al anciano canciller Oxenstiern; á este amigo quiso levantar un monumento en sus Memorias. Lástima que no se haya publicado mas que una parte de ellas; pero esta parte descubre una severidad, una veracidad consigo misma, un entendimiento libre y sólido, que impone silencio á la calumnia. No son menos notables sus *Sentimientos y dichos memorables*, que conservamos como obra de sus ocios. En medio de observaciones tan agudas, de un conocimiento tan perfecto del desórden de las pasiones humanas y del mundo, se ve siempre en ella una decidida inclinacion hácia lo que es esencial en la vida, un vivo convencimiento del sublime destino del hombre y de la nobleza de su espíritu, una estimacion exacta de las cosas humanas, ni demasiado débil ni demasiado exagerada, y sentimientos que solo buscan la satisfaccion de Dios y de sí misma. El movimiento de las inteligencias que creció á fines del siglo XVII, comenzando una era nueva, se verificó tambien en esta princesa; y por eso le fueron, sino absolutamente necesarias, muy favorables, la mansion en uno de los centros de la civilizacion europea y el sosiego de la vida privada; y apasionada por aquella ocupadísima oficina de la actividad intelectual, no creia poder vivir sin respirar el aire de Roma.

RANKE.

(1) Constitucion de la academia real, en ARCKENHOLZ, IV, página 28. Otro artículo prohibe todo panegírico á la reina. En el tomo IV de la *Vida de Urbano VIII*, por Nicoletti, hay una descripcion de esta academia, de la que resulta que Angel de la Noce, José Suarez, Juan Francisco Albano, despues papa, Estéban Gradi, Octavio Falconieri y Estéban Pignatelli, eran sus mas insignes individuos.

NUM. XXIX.

VAUBAN.

(1633—1707.)

Vauban nació en 1633 en Saint-Léger de Foucheret, en Borgoña, de una familia noble pero poco acomodada, y tuvo la suerte de ser educado entre aldeanos. A los diez y siete años entró al servicio del príncipe de Condé, á la sazon en guerra con el rey; pero, hecho prisionero al cabo de un año, fue presentado á Mazarino, que descubrió su mérito y le ligó para siempre á la Francia. La guerra le condujo á la geometría, habiéndole inspirado la importancia de las fortalezas en la estratégica de entonces el deseo de ser ingeniero. Sirvió en los sitios de Stenai, Clermont, Landrecies, Condé, Saint-Guilain, Valenciennes, Montmedy, Gravelinas, Ipres, Oudenarde; y despues de la paz de los Pirineos, encargado de establecer nuevas fortalezas, echó las bases de su reputacion de constructor. Cuando estalló de nuevo la guerra en 1667, tuvo que dirigir los sitios que el rey puso en persona, y al año siguiente las obras de fortificacion destinadas á asegurar el incremento de Francia en el Franco-Condado, en Flandes y en el Artois. En 1672 dirigió de nuevo todos los sitios á que el rey asistia; y la paz de Nimega, que suspendió por algun tiempo las operaciones, no hizo, como las precedentes, mas que abrir otra carrera á sus servicios, pues entre los militares es el único, como dice Fontenelle, que trabajaba tanto en la paz como en la guerra. En suma, fue el grande ingeniero de aquel reino; mariscal de campo en 1676, comisionado general de las fortificaciones en 1678 y mariscal de Francia en 1703: en 1707 murió de edad de setenta y cuatro años, con el honor de haber ligado perpétuamente su nombre al de su inmortal monarca. Sin seguirle en los pormenores de sus acciones militares, baste decir que reparó trescientas plazas antiguas y construyó treinta y tres nuevas; que dirigió cincuenta y tres sitios y se encontró en ciento cuarenta hechos de armas.

Generalmente se exagera la gloria de Vauban en la ciencia de la fortificacion, como si toda se le debiese á él; suerte comun á los grandes hombres, en quienes el pueblo, por una especie de síntesis poética, acumula con gusto cuanto pertenece á sus precursores y hasta á sus sucesores. Sin hablar de los estranjeros, Errard en tiempo de Enrique IV, el caballero de Ville bajo Luis XIII y el conde de Pagan en el reinado de Luis XIV habian contribuido ya mucho á los progresos del arte de construir fortalezas, y las dificultades que Vauban esperimentó en los asedios prueban cuán adelantada estaba á la sazon la ciencia. Tampoco Vauban escribió ningun tratado didáctico sobre el arte de la fortificacion, contentándose con dejar modelos que, estudiados por sus sucesores, permitieron perfeccionar mas aun este arte tan importante á las naciones, y en especial á Francia, que gozando casi de sus fronteras naturales, tiene mayor interés en conservar que en engrandecerse. La conservacion de los hombres y de sus establecimientos, fue siempre uno de los principales objetos de Vauban, no solo en los planos generales, sino en cuanto imaginó para el ataque y defensa de las plazas. Avaro de la sangre de los soldados, inventó su famoso método de las paralelas y de las plazas de armas, usado por la primera vez en el sitio de Maestricht. «No debe hacerse »nunca descubiertamente y por fuerza lo que »puede conseguirse por arte. La precipitacion »no acelera la toma de las plazas, sino que la »retarda y á menudo ensangrienta la escena.» Contra la cruel costumbre de su tiempo, introdujo la de respetar en lo posible los edificios civiles y los habitantes, principio que tuvo la gloria de hacer adoptar á toda Europa, que despues se olvidó de él mas de una vez, pero del cual parece no permitirian ya alejarse nuestras presentes costumbres. Este espíritu de prudencia militar y al mismo tiempo de humanidad, presidió á su *Tratado del ataque y defensa de las plazas*, obra que resume cuanto ha creado en la materia, y que debe colocarse entre las obras maestras del siglo de Luis XIV. «Nacido para ejercer un arte destructor (decia Carnot), su mas tierno cuidado, su deseo mas ardiente fue la conservacion de los hombres. Todas sus ideas, todas sus máximas estaban, por decirlo asi, impregnadas de ese espíritu de bondad y de humanidad que formaba su carácter; no cesaba de recomendar la moderacion, ni podia sufrir que se destruyesen los edificios y se disparase contra las casas de las ciudades sitiadas. Hablaba con gusto de sus plazas de armas que habia imaginado, para que contribuyesen mas que nada á economizar tropas, sustrayéndolas de la vista del enemigo. Procuraba buscar *los medios menos sangrientos*; y asi los soldados le adoraban

y obedecian siempre con el entusiasmo que inspiran la confianza y el buen éxito.»

El mérito de Vauban consiste, menos quizá en invenciones particulares, que en la sagacidad con que supo unir el arte de la fortificacion con la estrategia. «Vió las cosas en grande; buscó las relaciones de las plazas de guerra entre sí, y de la fortificacion con los otros ramos del arte militar y con la administracion política. Empequeñece, pues, á este hombre el que no ve en sus fatigas mas que orejones, flancos redondeados, torres almenadas: dejemos que los ignorantes plagiarios se estasíen contemplando cosas tan indiferentes á la gloria de Vauban como á los progresos de su arte» (Carnot). Mas de una vez se ha censurado su inclinacion á multiplicar las plazas fuertes, que inmovilizando á tantos hombres, suelen servir de grande obstáculo; pero se sabe que combatió esta inclinacion en Luis XIV, el cual hubiera querido cubrir de bastiones todas sus fronteras; como quiera que sea, los estratégicos modernos no tienen derecho á criticarle. Lo que se trata de averiguar es, en nuestro dictámen, si Vauban puso ó no la fortificacion en la mejor relacion posible con la estrategia de su tiempo, y parécenos que sobre esto no cabe duda. En cuanto á sus principios generales de que «las fortalezas en último análisis, no están hoy destinadas mas que á disminuir el consumo de hombres; que donde no consiguen este efecto, son inútiles; que son perniciosas al Estado cuando por la multiplicidad llegan á producir el efecto contrario,» parecen admitidos sin ninguna oposicion.

Las muchas plazas fuertes que este famoso ingeniero construyó ó perfeccionó, han escrito su nombre en el territorio francés y en la memoria de los pueblos con caractéres que durarán por mucho tiempo. La frontera francesa al Norte, mas espuesta á estranjeras invasiones, está casi toda fortificada de mano de Vauban; y á pesar de lo que modifiquen este gran sistema los futuros cambios en el arte militar y el probable engrandecimiento de la Francia por aquel lado, á pesar de cuantas críticas pueda hacer la actual estrategia, él tiene su puesto fijo en la historia del mundo; puesto que le han adquirido los servicios prestados al engrandecimiento de Francia, los que hubiera podido prestar, y los que le prestaria aun, si fuese necesario. «Vauban (dice Napoleon) organizó paises enteros en campos atrincherados, cubiertos de rios, de inundaciones, de plazas, de bosques; pero jamás pretendió que tales fortalezas bastasen á formar la frontera; y quiso que esta, fortificada, protegiese un ejército inferior contra otro superior; un campo de operaciones mas favorable para mantenerse é impedir al ejército enemigo avanzar, y ocasiones de atacarle con ventaja; finalmente los medios de ganar tiempo para que llegasen los socorros. En la época de los desastres de Luis XIV, este sistema de plazas fuertes salvó la capital. El príncipe Eugenio de Saboya perdió una campaña en tomar á Lila; el sitio de Landrecies ofreció á Villars la ocasion de hacer mudar de faz á la fortuna. Cien años despues, en 1793, en el tiempo de la traicion de Dumouriez, las plazas de Flandes salvaron de nuevo á París; los aliados emplearon una campaña en tomar á Condé, Valenciennes, Le Quesnoy y Landrecies. Esta línea de fortalezas fue útil en 1814; pues los aliados que violaron el territorio suizo se comprometieron en las gargantas del Jura para evitar las plazas, y les fue preciso desprenderse, para bloquearlas, de un número de hombres superior al de las guarniciones. Cuando Napoleon pasó el Marne, y operó á espaldas del ejército enemigo, si la traicion no hubiese abierto las puertas de París, las plazas de esta frontera hubiesen producido grande efecto, el ejército de Schwartzenberg no se hubiera atrevido á pasar el Marne sin los acontecimientos políticos de la capital; y puede asegurarse que las plazas que permanecieron fieles influyeron en las condiciones del tratado y en la conducta de los reyes aliados en 1814 y 1815.»

El elevado aspecto bajo el cual consideraba Vauban la defensa de Francia, le habia inspirado un plan que no llegó á realizarse y en el que no hubiera consentido nunca Luis XIV; sin embargo, fuerza es convenir en su grandeza, atrevimiento y perfeccion estratégica. Napoleon lo aprobó, mirándole justamente como el complemento del sistema de defensa de las fronteras, destinado á constituir, si se combinaba con la línea esterior, un órden compuesto no visto antes en ningun territorio, y capaz de preservar por sí solo de las conquistas; consistia este plan en fortificar á París: lo cual, unido á las fortificaciones de la frontera, habria convertido á Francia en una especie de red jigantesca, donde se hubieran encontrado cogidos los ejércitos que se aventurasen á entrar en su territorio. Vauban conoció que era un país tan centralizado como era ya la Francia de su época, la invasion es inútil cuando se ve reducida á algun débil lado de la frontera, sin esperanza de caer pronto sobre la capital. Junto á la cuestion puramente técnica y de evidencia indudable, Vauban divisó la cuestion política, que constituye su mayor dificultad. En efecto; protegido París por un recinto de murallas, ofrece el peligro de que su poblacion, empuñando las armas, dé la ley al Estado: para impedirlo proponia Vauban unir á la defensa contra el estranjero un sistema de defensa del gobierno contra la ciudad, mediante dos ciudadelas á orillas del Sena, una en la parte superior y otra en la inferior, las cuales, custodiadas por el jefe del Estado, pudiesen á una señal suya, bombardear á París ó incendiarlo. Asi este sistema, cuyo objeto era librar á Francia de las invasiones, la esponia á las sediciones populares, y para preservarla de estas la sometia luego á los atentados tiránicos. No detenia, pues, los ejércitos del estranjero sino dando de un modo ú otro armas á la guerra civil. Terrible alternativa, cuya principal razon está en la monstruosidad de la guerra. Y bajo un punto de vista político aun mas alto ¿no hay en ese sistema un peligro todavía mas formidable, el de hacer perder á los ciudadanos la noble creencia de que todo el territorio de la patria es

igualmente sagrado, y que tanto en la frontera como en la casa propia conviene saber vencer al enemigo? Pero, á no ser profeta ¿cómo tener segura la balanza entre los intereses de la paz y los de la guerra?

Por eminente que sea Vauban en los anales militares, puede decirse en su elogio que se hubiera colocado aun mas alto en los de la administracion, si hubiese tenido ocasion de desarrollar su genio. La historia debe reprender á Luis XIV por haberle empleado solo á medias, estimando en él al ingeniero, no al hombre de Estado. Sus intenciones se diferenciaban quizá demasiado profundamente en política para poderse entender; pero aunque Vauban no se ocupase sino en perfeccionar las fronteras, y en lo interior no sirviese al reino mas que en pormenores poco importantes, me parece conveniente insistir en sus proyectos sobre este particular, que le colocan entre los mas sábios reformadores políticos. Aunque rechazados por la córte, sus planes, debidos á un profundo conocimiento de la Francia de entonces, merecieron la aprobacion de las personas mas cuerdas y convenian al pueblo, si no á los nobles y al rey. Hasta me parece que Vauban representa, al fin del reinado de Luis XIV, un papel semejante al de Turgot al principio del de Luis XVI, esto es, el gérmen secreto de la revolucion, fomentado en el seno de la exhausta monarquía. El valor de los escritos de Vauban crece cuando se sabe que su autor conocia todas las particularidades de la Francia. Su amor al bien público le hacia aplicarse de contínuo á todo lo que podia contribuir á la prosperidad del país, en cualquier direccion que fuese, sirviéndole sus viajes para reunir datos estadísticos, en los que debe apoyarse por necesidad toda buena especulacion administrativa. «Ocupábase (dice Fontenelle), en imaginar lo que hubiera podido mejorar el país; grandes caminos, puertos, nuevas navegaciones, proyectos cuya completa realizacion no era de esperar; especie de sueños si se quiere, pero que, como la mayor parte de los sueños, indicaban, sino otra cosa, la inclinacion dominante. Sé de algun intendente de provincia á quien no conocia, y al que escribió felicitándole por un establecimiento nuevo y útil que habia visto en su departamento, mientras viajaba.»

Despues de la paz de Ryswick, no teniendo mas ocupacion que la de inspeccionar las fronteras, se propuso escribir sus pensamientos, no solo sobre diferentes partes del arte militar, sino tambien sobre la administracion civil, el clero, la hacienda, la agricultura, el comercio y las colonias. Todo esto reunido formaba doce tomos en fólio que tituló *Mes Oisivetés*, que no habiéndose impreso nunca, yace en los archivos de su familia. Fontenelle, que conocia en parte esta obra, se contenta con decir en el elógio de Vauban, que «sus ocios no serian menos útiles que sus fatigas:» frase sencilla, pero que significa mucho. Hoy que Francia se encuentra tan cambiada, quizá no interesarian mas que á la historia; quizá sucediera lo contrario; lo que sí puede afirmarse es que no acontece lo propio al proyecto del diezmo real que Vauban destinaba á reformar el sistema del Estado, y que osó presentar al rey, como último remedio de la monarquía. Es tan importante este ensayo de una reforma política, bajo el reinado de Luis XIV, y procedente de un hombre como Vauban, que no parecerá estraño nos ocupemos en su exámen mas que en las cuestiones puramente militares. Para darle mas carácter, dejaré esplicar á Saint-Simon la composicion y presentacion de dicha obra.

«Siendo como era Vauban patriota (dice este autor), toda su vida se habia sentido afectado por la miseria del pueblo y por las vejaciones que sufria. Conociendo, á causa de sus empleos, la necesidad de los gastos, y la poca esperanza de que el rey quisiese cercenar los de mero lujo, gemia por no hallar remedio á una opresion que de dia en dia iba aumentándose. Asi, en sus viajes (atravesaba á menudo el país en todos sentidos), recogia donde quiera datos exactos sobre el valor y producto de las tierras, sobre la suerte del comercio y de la industria de las provincias y ciudades, y sobre la índole y percepcion de los impuestos. No contento con lo que podia ver y hacer por sí, envió secretamente á los parajes donde le era imposible ir, y aun á aquellos donde habia estado, para instruirse de todo y comparar lo que se dijese con lo que él mismo habia observado. Dedicó los veinte últimos años de su vida por lo menos á tales indagaciones, que ocasionaron muchos gastos; y al fin se convenció de que las tierras eran el único bien sólido; y empezó á elaborar un nuevo sistema. Estaba muy adelantado, cuando aparecieron varios folletos del señor Boisguilbert, teniente general en el sitio de Ruan, hombre de mucho ingénio, y de no menos trabajo, hermano de un consejero del parlamento de Normandía, que, movido de las mismas consideraciones que Vauban, se entregaba hacia tiempo á igual tarea. Vauban desde entonces quiso entenderse con él. Poco aficionado á sus propias obras, pero deseando ardientemente aliviar al pueblo y ayudar al Estado, retocó sus planes de reforma, teniendo á la vista los de Boisguilbert, y les dió la última mano. Convenian en los puntos principales, aunque no en todo. Boisguilbert queria dejar algunos impuestos sobre el comercio estranjero y sobre las mercancías al estilo de los Holandeses, y procuraba suprimir los gastos odiosos, en especial aquellos que, sin entrar en las arcas reales, abrumaban á los pueblos á discrecion de los exactores y de sus empleados, que se enriquecian escandalosamente. Vauban, de acuerdo en abolirlos, no perdonaba tampoco los impuestos; pretendia dejar uno solo, y con tal simplificacion llegar al objeto comun de una manera insensible. Tenia sobre Boisguilbert la ventaja de haber examinado, pesado, comparado, calculado por sí todo en viajes de veinte años, aprovechándose del trabajo de los que, con la misma idea, habia enviado á las provincias; cosas que Boisguilbert residente en Ruan, no habia podido hacer; ademas de servirse de las luces y los trabajos de este, lisonjeábase, pues, con razon de escederle en exactitud, base de tales asuntos. De modo que la obra mereció los aplausos públicos y la aprobacion de las personas mas inte-

ligentes y versadas en tales materias. Pero su libro tenia un gran defecto: presentaba como verdades al rey cosas que no se deducian de las prácticas conocidas hasta entonces; salvaba á los pueblos de la ruina y de las vejaciones, dejándoles todo lo que no entraba en las arcas reales; pero arruinaba un ejército de rentistas y empleados de todas clases; los reducia á vivir á su costa y no á costa del público, y daba por el pié á los inmensos caudales improvisados. Bastaba esto para condenarlo á desaparecer; pero lo peor fue que esta nueva práctica disminuia la autoridad del contador general, su favor, su riqueza, su omnipotencia, y á la par las de los intendentes de rentas y de provincias, sus secretarios, empleados, y protegidos, que no podian ejercer ya su capacidad é industria, sus conocimientos y crédito, y que el mismo golpe colocaba en la impotencia de hacer bien ni mal. No debe sorprender, pues, que estos conspirasen contra un sistema tan útil al Estado, tan beneficioso para el rey y los pueblos, pero que á ellos los arruinaba. Los magistrados temblaron por su propio interés, siendo moderadores de los impuestos para los cargos de la administracion que les eran privativos, y que se creian mas ilustres por la necesidad del registro de los edictos sobre contribuciones. Los lazos de la sangre fascinaron á dos yernos de Colbert, de cuyo espíritu y gobierno se apartaba mucho aquel libro, y se dejaron engañar por los raciocinios vivos y capciosos de Desmarets, en cuya capacidad tenian plena confianza, como único discípulo de Colbert, su tio y maestro. Chamillart, no menos ansioso del bien, y que habia cooperado con Boisguilbert á conseguirlo, cayó bajo la misma fascinacion con respecto á Desmarets. El canciller, que se resentia siempre de haber sido, aunque á pesar suyo, contador general de hacienda, se irritó; en suma, solo los impotentes y los no interesados se declararon á favor de Boisguilbert, es decir, los eclesiásticos y la nobleza; pues el pueblo, para quien era toda la ganancia, ignoraba haber estado tan cerca de su dicha. Se comprende, pues, que el rey, mal informado, no recibiese bien al mariscal de Vauban cuando le presentó su libro, y que sus ministros no le diesen mejor acogida. Desde aquel instante sus servicios, su sin igual capacidad militar, sus virtudes, el afecto que el rey le habia profesado hasta el punto de creer que se coronaria de laurel elevándole, todo desapareció; y Luis no vió en él ya mas que un insensato por amor al público, y un criminal que atentaba á la autoridad de sus ministros, y de consiguiente á la suya. Y lo dijo asi; y el eco de sus palabras resonó en todos los que se creian ofendidos, y que abusaron de la victoria. El infortunado mariscal no pudo sobrevivir á la pérdida del favor de su rey, por quien habia hecho todo, y murió á los pocos meses, sin que nadie le visitase, consumido por un dolor que nada era bastante á calmar, y al que Luis XIV permaneció insensible hasta el punto de no advertir la falta de un servidor tan útil y famoso. Esto, sin embargo, no disminuyó su celebridad europea, y cuantos en Francia no eran estraños á la hacienda no cesaron de echarle de menos.

Para apreciar como es debido este importante asunto se necesita ante todo formarse una idea exacta de la poblacion de la Francia de aquella época; idea que Versalles, verdadero cuadro de Francia, donde se ve ordinariamente todo el siglo de Luis XIV, no puede dar sino por contraste. Vauban nos ofrece el siguiente cuadro estadístico:

«La vida errante que llevo hace mas de cuarenta años, me ha proporcionado ver y visitar á menudo y de muchas maneras la mayor parte de las provincias del reino, ya solo con mis criados, ya en compañía de ingenieros, y he tenido ocasion de reflexionar sobre el mal y el bien del país, de examinar su estado y situacion y la del pueblo, cuya pobreza, escitando á menudo mi interés, me ha inducido á investigar la causa. En consecuencia puedo responder con exactitud á cuanto escribió el autor del *Détail de la France*, el cual desarrolló y puso en claro los abusos cometidos en los impuestos y en la exaccion de las contribuciones, subsidios y aduanas provinciales. Seria de desear que hubiese hecho lo mismo con los asuntos estraordinarios, la capitacion, el prodigioso número de exentos que se encuentran ahora en el reino, y que no le han causado menos perjuicio que los otros tres, descritos por él tan perfectamente. Sin duda es un mal que pasa de la medida, y si no se remedia, el pueblo de las últimas clases caerá en una postracion de donde será difícil que se levante; pues en los caminos y las calles no se ven mas que mendigos á quienes el hambre y la desnudez arrojan de las casas. De mis indagaciones en tantos años, resulta que en estos últimos tiempos, casi la décima parte de la poblacion tiene que mendigar, y mendiga en efecto; de las otras nueve partes, cinco no están en disposicion de hacer limosna á aquella, porque su miseria es tambien estremada; de las cuatro partes que restan, tres lo pasan muy mal, abrumadas de deudas y litigios; y en la última, que comprende á todos los militares, togados, eclesiásticos y legos, la alta nobleza, los funcionarios públicos, los comerciantes al por mayor, las personas de la clase media que disfrutan renta, no se cuentan arriba de cien mil familias, y creo no mentir cuando afirmo que no hay diez mil, entre grandes y pequeños que puedan considerarse desahogados. Si se rebajan luego los hombres de negocios, sus afines y adherentes, cubiertos y descubiertos, y los que el rey sostiene con sus propios beneficios, algunos comerciantes, etc., aseguro, que el resto se reduciria á poquísimos.»

El fundamento de la reforma de Vauban es que todos los ciudadanos deben contribuir á los gastos del Estado en proporcion de su haber, sin distincion de alta ni de baja clase. Deduce este principio de no haber ningun hombre que para subsistir no necesite de la proteccion del Estado, debiendo por lo tanto concurrir á sostenerlo. «De semejante necesidad, resulta: 1.° una obligacion natural á todos los súbditos, sin escepcion, de contribuir segun su renta y su industria; 2.° que basta ser súbditos de un Estado para tener tal obligacion; 3.° que todo privilegio que tienda á eximir del impuesto, es injusto y

abusivo, y no puede ni debe prevalecer con perjuicio del público.»

Para aplicar este gran principio de igualdad al sostenimiento de la Francia, prepone reducir todos los impuestos á cuatro:

El 1.° se compone de una cantidad en especie que se saca de todas las cosechas, segun la proporcion variable conforme á las circunstancias, de la vigésima á la décima parte; fondo destinado á reemplazar la talla, los subsidios, los diezmos del clero y las aduanas provinciales. Aunque este impuesto no produzca inmediatamente dinero, la esperiencia de lo que sucede con el diezmo del clero prueba que su conversion en metálico no ofrecerá ninguna dificultad. Hasta podria arrendarse como el del clero, se recaudaria de la misma manera, y asi no llamaria la atencion en los campos, tanto mas, cuanto que no tardarian en ver cuán beneficioso les era, proporcionando seguridad, justicia, libertad para la venta de sus productos en lo interior del reino. «El diezmo eclesiástico, que consideramos como modelo de este, no suscita pleitos, no escita quejas y desde que está establecido no sabemos se haya introducido en él ninguna corrupcion; no necesita, pues, ser corregido. Entre todas las rentas, es la que menos gente emplea en la cobranza, la que menos gastos ocasiona, y la que se percibe con mas facilidad y dulzura. Respecto de las otras rentas procedentes de los frutos de la tierra y cuyo diezmo tambien se propone, el rey podrá cobrar la mayor parte por medio de sus recaudadores; el resto, una vez regulado, no ofrecerá obstáculos. De todos los métodos de cobrar dinero es el mas pacífico, el que menos rumor y malevolencia escitará en los pueblos, pues que cada cual pagará con arreglo á su haber.»

El 2.° fondo comprende el diezmo de las casas, de los molinos, de las fraguas, de los buques, etc., de las rentas del Estado, de las pensiones, de las prendas, en suma de todas las rentas no comprendidas en el fondo 1.°

El 3.° se compone de la gabela sobre la sal repartida con equidad á todas las provincias, de modo que todos los franceses sean iguales en esto como en todo lo demás. Los defectos principales de este impuesto consisten, segun él, en no pertenecer al rey las salinas; en haber gran número de esenciones; en obligar á las provincias que gozan la franquicia de la sal á mantener gran número de guardas en las fronteras; por último en las muchas personas que el contrabando enviará cada año á presidio, causando infinitas vejaciones á los particulares. En vez de esto el rey pudiera adquirir todas las salinas del reino y vender este género á un precio igual en toda la Francia.

El 4.° fondo comprende los derechos reales, las multas, la renta de correos, el registro, las aduanas, los impuestos suntuarios. «Tales son los del tabaco, aguardiente, té, café, chocolate; á los que se pudieran añadir útilmente otros sobre los objetos de lujo y los adornos de oro que se ven en los vestidos, cuyo brillo escede á la clase y muchas veces á los medios de los que los llevan; sobre los carruajes que llenan las calles, hasta el punto de impedir el paso, y cuyos dueños no siendo de condicion á propósito para usar semejante tren, merecerian comprar un poco caro el permiso; como el de llevar espada aquellos que, no siendo nobles ni militares, no tienen derecho á ello; y otros de la misma índole, que impuestos prudentemente en castigo de los desórdenes y excesos causados por la mala conducta de muchos, pueden producir bastante bien y ningun mal.»

Para examinar este sistema convendria discutir todos los principios del impuesto; por lo cual prefiero observar que supone una estadística exacta de la poblacion. Vauban lo habia entendido así, y en efecto á su plan de las rentas va unido otro muy razonable para formar una estadística general: proyecto sencillísimo y en mi dictámen muy oportuno. Vauban propone crear en cada parroquia un capitan del rey, con un teniente por cada treinta casas; y á estos agentes se confia la estadística, cada uno encargado en su pequeño círculo de informarse de cuanto concierne á las familias, y de llenar los formularios remitidos por la direccion general. Para que estos emplados cumplan con su deber bastarán algunas distinciones honoríficas, acompañadas de un ligero estipendio. Una vez establecido este órden, nada mas fácil que tener inmediatamente, cuando el rey lo exija, el cuadro general de la Francia, resultante de la reunion sistemática de todos estos cuadros particulares. Pudieran pues, sin dificultad formarse estadísticas parciales de todo género, bases escelentes para muchas operaciones administrativas. «Por ejemplo, una contendrá todas las familias nobles del país; otra todas las casas ó comunidades eclesiásticas, seculares y regulares, segun las órdenes y los sexos; otra los empleados de justicia; otra los artesanos mas necesarios, como carpinteros, carreteros, ebanistas, etc... Se sabrá fácilmente, si se quiere, cuántos jóvenes de ambos sexos hay en edad de contraer matrimonio, cuántas viudas ó casadas. Convendrá, para mejor instruirse, hacer una suscinta descripcion del país, en la que conste su estension, su calidad, situacion, fertilidad, el producto de las tierras, su cultivo; de cuántas clases es este, qué granos se plantan, si se labran todos los años y el número de fanegas; qué relacion tienen entre sí las medidas; cuánto producen las tierras á sus dueños; si las hay incultas, cuántas y por qué; si tiene rios navegables ó que puedan volverse tales; si el país es montuoso ó llano, lleno de bosques ó descubierto; cuál es el comercio; si hay muchísimos particulares; si crecen granos ó plantas que no crecen en otra parte; si es bastante poblado; si los rebaños abundan y cuáles; si ocurren particularidades notables de lo pasado ó de lo presente, y especificarlas. A ninguno será mas útil que al rey esta enumeracion del pueblo; pues los demás no la necesitan sino para servirle á él; estando seguros de que su primero y principal interés es la conservacion y el incremento de sus súbditos, y la peor desgracia su decadencia. Ahora bien, el medio de impedirla, es conocerlos y saber su número, sus diferentes calidades, sus disposiciones generales y particulares;

lo que les hace bien ó mal, lo que puede turbar su reposo ó proporcionarlo; contribuir á su aumento ó disminucion; saber como se conducen, las novedades que aceptan; en fin, cuánto forma su pobreza ó riqueza, de qué subsisten y trafican; las ciencias, artes y oficios que se profesan allí y los que faltan. Esto no puede saberse sino por medio de revistas á menudo repetidas, con exacta distincion de sus varias condiciones, que habrán de examinarse y distinguirse curiosa y diligentemente. ¡Qué satisfaccion para un gran rey, saber cada año con exactitud el número de sus pueblos en general y particular, con todas sus diferencias! ¡Qué placer no esperimentará al verlos desarrollarse y crecer por su buena conducta! Al mismo tiempo ¡qué deseo no tendrá de apaciguar las partes discordes por motivos de guerra ú otros! ¿No deberá tambien serle grato, poder recorrer por sí mismo desde su gabinete, en el término de una hora, el estado presente y pasado de un gran reino, cuyo supremo señor es, y conocer con certeza en qué consisten su grandeza, sus riquezas, sus fuerzas, el bien y el mal de sus súbditos, y que conviene hacer para que uno se aumente y el otro se disminuya? No hay batallon en el reino, por malo que sea, que cada año no tenga doce revistas de comisario, y tres ó cuatro de inspeccion, lo cual se verifica con cuidado y exactitud. Sin embargo, dicho batallon se encuentra destinado á usos limitadísimos, y forma pequeñísima parte del pueblo de que se compone este gran reino, y que jamás se revista, aunque infinitos servicios al rey le hagan mil veces mas importante que un batallon, pues de él se deriva toda su grandeza, riqueza y reputacion, y por él se hace temer y respetar de los vecinos. ¿Y no se comprenderá al fin la importancia y necesidad de conocer mejor los pormenores, de saber cuál es el fuerte y cuál el débil, á lo menos una vez al año? El rey tiene por sí solo en esto mas interés que todo el reino, y nada es mas fácil que darle esta satisfaccion tan importante á su servicio y al bien del Estado.»

Vauban conoce que su reforma, destinada principalmente al alivio de las clases inferiores, y por lo tanto á restaurar el Estado, ofende los privilegios de la nobleza y del clero, lo cual le atraerá la enemistad de ambos; pero cree que la autoridad real logrará hacer que consientan, no teniendo ninguna objecion que oponer al principio de que todos deben contribuir al sostenimiento del Estado. Ademas de que no debe atenderse á la conveniencia de las clases privilegiadas, sino á la del pueblo. «Los verdaderos fondos de las rentas de los reyes (dice á Luis XIV) son los mismos hombres, que á la par les sirven en los demás acontecimientos. Ellos pagan, hacen todo, se esponen á cualquier peligro para conservar los bienes y la vida del príncipe; cabeza, brazos, piernas, todo lo emplean en su servicio, tanto que no pueden casarse ni engendrar hijos sin que el príncipe se aproveche de ello, pues son otros tantos súbditos que adquiere. Estos fondos son de muy diversa índole que los de los particulares, por su nobleza y utilidad inteligente, y porque estan obrando siempre y aplicándose á mil cosas útiles á su señor. Conviene, pues, cuidar de este fondo, procurando su incremento por todos los medios legítimos, y manteniéndolo en buen estado sin esponerlo á disipacion; lo cual acontecerá infaliblemente cuando los impuestos sean proporcionados á las fuerzas de cada uno, las rentas esten bien administradas, y los pueblos no se hallen espuestos á la codicia de los rentistas ni á la talla arbitraria, á los subsidios, á las aduanas, á las gabelas, y á tantos otros derechos onerosos que han dado orígen á infinitas vejaciones, ejercidas á diestro y siniestro, llevando á miles de personas al hospital y despoblando en parte el reino. Conviene librar el precioso fondo, esto es, el pueblo, de esa tropa de recaudadores, sub-recaudadores ó sus dependientes de todo género, sanguijuelas del Estado, cuyo número bastaria á llenar las galeras y que despues de mil hechos dignos de castigo caminan por París con la cabeza levantada, vestidos de los despojos de sus conciudadanos, con tanto orgullo como si hubiesen salvado la nacion. Para concluir, al rey interesa tratar bien y conservar al pueblo, mayormente cuando á él están unidas con lazo indisoluble su calidad de rey, su bien y su fortuna.»

No es de admirar hiriesen á Luis XIV ideas tan opuestas á aquellas á que estaba habituado. Gustaba de ver la Francia en el fastuoso recinto de Versalles, persuadiéndose de que el resto del país eran tan solo raices oscuras, destinadas á alimentar esta flor magnífica; no conocia otro blanco á la política, que la gloria de la nacion para la gloria del rey; en suma, puede decirse que era ciego de nacimiento respecto al verdadero valor de la institucion monárquica. ¿Cómo habia de recelar que, en el mal estado del pueblo, que tan poco le importaba y que le parecia su condicion ordinaria, residiese el principio de un movimiento natural, en cuya virtud, desembarazándose de cuanto le impedia constituirse en un órden mas favorable, haria descender á sus nietos á la categoría de simples particulares? Una nacion no sufre largo tiempo la miseria, porque instintivamente conoce que no ha nacido para un estado tan infeliz, y que si los soberanos que la gobiernan no saben aliviar sus males, á ella toca darse otros mas capaces, y si es preciso partiendo de principios diferentes. Esto es lo que Vauban, con profético instinto, inspirado por la contemplacion de los infortunios populares, y por el sentimiento profundo de la solidaridad de todo el cuerpo político, osaba insinuar á Luis XIV, al presentarle su ensayo de reforma. «No es posible (le decia), que el cuerpo humano padezca lesion en sus miembros sin que se resienta la cabeza. Lo mismo sucede al cuerpo político, y si el mal no ataca tan pronto á la cabeza, consiste en que el cáncer marcha poco á poco, corrompiendo gradualmente todas las partes del cuerpo, hasta llegar al corazon, si no se le mata, lo cual no se consigue sino con la pérdida de algun miembro. Comparacion que se adapta mucho al estado en que nos encontramos, y que puede dar lugar á largas reflexiones. Esto me autoriza á repetir lo que ya he dicho, á saber; que *los príncipes tienen un interés verdadero y esencialísimo en no sobrecargar á los pueblos de contribuciones hasta privarlos de lo necesario.*»

Ochenta y cinco años despues, el mismo año de la *Declaracion* de la asamblea Constituyente, la academia francesa sometia á certámen, como asunto de circunstancias, el elogio de Vauban, y el autor premiado, consagrando su discurso á las verdades políticas propuestas desde el principio del siglo por este grande hombre decia: «Fue preciso que estas verdades madurasen en el silencio; fueron precisos la leccion de un siglo entero, las elucubraciones de muchos grandes filósofos, el progreso de los conocimientos, los escesos mismos del despotismo, ya vil, ya insolente, la aniquilacion de las rentas, el descontento de todas las clases de los ciudadanos, y aquella inquietud que enseña á un pueblo á avergonzarse de su dilatada esclavitud, y le revela el secreto de su fuerza y de su dignidad; fue precisa una reunion de hombres intrépidos, cuyo valor indómito, desafiando todos los peligros y triunfando de todos los obstáculos, superior á las tímidas consideraciones que en casi todas las revoluciones han impedido la total regeneracion de los Estados, aplicase con mano segura el hacha á la raiz del árbol inmenso de las preocupaciones que fascinaba toda la Francia.»

Tomado de la *Encyclopédie Nouvelle*.

NUM. XXX.

VOLTAIRE.

(1694—1778.)

«No se puede alabar á Voltaire sin cierta reserva, y como de mala gana. La admiracion desenfrenada que muchos le profesan, es señal infalible de alma corrompida. No nos hagamos ilusiones; si alguno, recorriendo nuestras bibliotecas, se siente atraido hácia las obras del patriarca de Ferney, Dios no le ama. Ha provocado la burla á menudo la autoridad eclesiástica que condenaba los libros *in odium auctoris;* sin embargo, nada mas justo que negar los honores del ingenio al que de él abusa. Si esta ley se observase, pronto desaparecerian los libros venenosos; pero, ya que no depende de nosotros promulgarla, guardémonos á lo menos del esceso, mucho mas reprensible de lo que se cree, de exaltar desmedidamente á los escritores criminales, y en especial á este. El mismo sin advertirlo, pronunció su sentencia, cuando escribió: *el talento corrompido no será nunca sublime.* Palabras de gran verdad; y por eso Voltaire á pesar de los cien tomos que componen sus obras, no consiguió ser mas que agradable. Esceptuó las tragedias que, por su índole particular, le obligaban á espresar sentimientos nobles, agenos á su carácter; pero, aun en la escena, su triunfo no fascina á ojos ejercitados. En sus mejores dramas se parece á sus dos grandes rivales, como un hábil hipócrita á un santo; sin que se entienda por esto que trato de negar su mérito dramático. Cuando Voltaire habla en su propio nombre, no es mas que agradable; nada le exalta, ni aun la batalla de Fontenoy. Esta calificacion de agradable, que otros le dan, debe considerarse en mí como una censura. Por lo demás, rechazo la exageracion que le llama universal, pues que tantas escepciones veo de semejante universalidad. En la oda es nulo; y no podia menos de serlo, pues la impiedad habia estinguido en él la divina llama del entusiasmo. Es igualmente nulo y hasta ridículo en el drama lírico; pues su oido era insensible á las bellezas armónicas, lo mismo que sus ojos á las bellezas artísticas. En los géneros que mas análogos parecen á su talento natural, se arrastra, por lo cual es mediano, frio, y á menudo (¡quién lo creeria!) pesado y grosero en la comedia, porque el malo no es nunca cómico. La propia razon le impidió hacer un epígrama, necesitando cien versos, por lo menos para desahogar su bilis; si intenta escribir una sátira, escribe en su lugar un libelo; en la historia es insoportable, á pesar de su arte, de la elegancia y de las gracias de su estilo, pues que ninguna cualidad puede suplir las que le faltan, y que son la vida de la historia, á saber; la gravedad, la buena fe y la dignidad. En cuanto á su poema, no tengo derecho á hablar de él, porque para juzgar un libro se necesita haberlo leido, y para leerlo es preciso estar despierto. Una monotonía soporífera reina en la mayor parte de sus escritos, los cuales no tienen mas que dos asuntos, la Biblia y sus enemigos; la blasfemia ó el insulto. Su chiste tan celebrado merece reprobarse; pues la risa que escita no es legítima, es una mueca. ¿No habeis observado que el anatema divino estaba impreso en su rostro? Aun es fácil verlo despues de tantos años. Id y observad su semblante en el palacio del *Ermitage*, que yo no miro jamás sin congratularme de que no nos haya sido trasmitido por algun buril émulo de los Griegos, el cual hubiera quizá esparcido por sus facciones cierta belleza ideal. Todo aquí es naturaleza; se nota la misma verdad que en una máscara tomada del cadáver; aquella frente abyecta que el pudor no coloreó jamás; aquellos dos cráteres apagados que parecen aun vomitar lujuria é ira; aquella boca—quizá digo mal, pero no es culpa mia—aquel *rictus* espantoso que llega de una á otra oreja; aquellos labios contraidos por la cruel malicia, como un resorte pronto á saltar para lanzar la blasfemia ó el sarcasmo. No me hableis de este hombre. ¡Ah! ¡cuánto mal nos ha hecho! semejante á aquel insecto devastador de los jardines, que solo muerde la raiz de las plantas mas preciosas, Voltaire no cesa de morder las dos raices de la sociedad, los jóvenes y las mujeres; y empapándolos en su veneno, trasmite este de una á otra generacion. En vano para velar increibles atentados, sus estúpidos admiradores nos aturden con sonoros trozos en que habló elocuentemente de las cosas mas venerandas. Esos ciegos voluntarios no ven que de ese modo completan la condenacion del criminal escritor; si Fenelon, con la misma pluma que pintó la alegría del Elíseo, hubiese escrito el libro del *Príncipe*, seria mil veces mas vil que Maquiavelo. La gran culpa de Voltaire es el abuso del talento, y la prostitucion meditada de un genio creado para celebrar á Dios y la virtud. Ni puede como otros alegar en su defensa la edad juvenil, la imprudencia,

las pasiones, la debilidad de la naturaleza humana. Nada le absuelve; su corrupcion es de un género que pertenece á él solo; está arraigada en las últimas fibras de su corazon, y robustecida por todo el vigor de su entendimiento; asociada siempre con el sacrilegio, desafia á Dios perdiendo al mismo tiempo á los hombres. Con un furor sin ejemplo, este insolente blasfemo llega á declararse personalmente enemigo del Salvador de los hombres; se atreve desde el fondo de su nulidad á darle un nombre ridículo y llama á la adorable ley que el Hombre-Dios legó á la tierra, la *infame*. Abandonado de Dios, que castiga retirándose, no conoce ya freno. Otros cínicos hicieron asombrar la virtud. Voltaire hace asombrar al vicio; abandona su imaginacion al entusiasmo del infierno, que le presta todas sus fuerzas para arrastrarle hasta los límites del mal. Inventa prodigios y mónstruos que ponen espanto. París le coronó, Sodoma le hubiera desterrado. Profanador descarado de la lengua universal y de sus mas ilustres nombres, el último de los hombres despues de los que le aman ¿cómo os describiré los sentimientos que en mí escita? Cuando veo lo que podia hacer y lo que hizo, sus inimitables talentos no me inspiran mas que una especie de ira santa que no tiene nombre. Suspendido entre la admiracion y el horror, á veces quisiera mandarle levantar una estátua..... por la mano del verdugo (1).»

Este juicio de De Maistre tendria mayor peso si no existiesen de él otros análogos sobre casi todos los hombres insignes del siglo XVIII. El rayo, hiriendo á ciegas todas las eminencias, nos muestra que no hiere al impío, sino que obedece á una ley de la naturaleza.

De Maistre, anatematizando de este modo á Voltaire, obedecia á una especie de predestinacion fatal. Era su ley combatir á toda la posteridad de Lutero, y dar el último ataque contra los muchos batallones del protestantismo y la filosofía, capaces, por su número, de cubrir el mundo. En consecuencia, sus anatemas absolutos cayeron sobre Rousseau, Diderot, d'Alembert, Locke, Condillac, lo mismo que sobre Voltaire; si no retrató á Bayle, Fontenelle y otros precursores de la filosofía del siglo XVIII, con colores tan negros é hijos de igual inspiracion, fue porque no queria estender el campo de la discusion, llevándola hasta el siglo XVII. Pero, sin duda contra estos últimos esperimentaba la misma *ira santa sin nombre*: dos, sin embargo, son los mas atacados, cuerpo á cuerpo, cual si se tratase de un duelo, ó como si en ellos se encerrase todo el campo enemigo: Bacon y Voltaire.

Bacon y Voltaire son héroes superiores únicamente á los ojos del vulgo; lo cual no quita que sean los jefes reservados por el destino, indicados por la voz popular, que todos reconocen y obedecen hasta el dia del triunfo; dia seguido de anarquía, de estragos entre los vencedores, de guerras civiles, discordias eternas, naufragios, ruinas. En todos los ataques se quieren jefes que sean lo que los geómetras llaman un término medio ó un medio proporcional entre el vulgo y los héroes, entre lo real y lo ideal; jefes que el vulgo comprende por hallarlos en cierto modo semejantes á él, y que puedan no obstante conversar y brillar con los héroes; capaces de hacerse adoptar por las distintas especies que comprende la variedad humana; capaces de mandar al pueblo en nombre de los héroes, y á los héroes en nombre del pueblo. Tales hombres son defectuosísimos, lo cual no les impide ser grandes.

No es justo pedir al hombre que sea lo que la naturaleza no le hizo, y condenarle por no haber tenido las cualidades propias de un cargo que la Providencia no quiso cometerle; y sin embargo, así se procede condenando á Agamemnon porque no se parece á Aquiles, ó pidiendo á Voltaire las cualidades de un profeta ó de un Cristo.

¿Cómo la grandeza, verdadera aunque parcial, puede existir con tantas imperfecciones y manchas? De Maistre no lo vió, y por eso vaciló entre dos ideas irreconciliables, la estátua ó el verdugo. Consideró á Voltaire sin atender á su época, á su mision, á su género de gloria; y ayudado por la falsa admiracion que le deslumbró largo tiempo, acepta á Voltaire, como le representaron sus idólatras, especie de pontífice de la verdad, profundo filósofo, rival de Cristo; é indignado se irrita y despedaza al ídolo, confesando estar poseido de una «ira santa que no tiene nombre.»

Esta ira se concibe ante la insensata admiracion de los que creian ver un nuevo Cristo en el hombre que ha parecido á otros *el antecristo necesario*. El mismo Voltaire, puede servir de escusa, pues no comprendió la esencia filosófica del cristianismo; y cuando se le preguntaba qué se sustituiria á esta religion, era tal su ceguedad, tan esclusivamente dedicado estaba á destruir las formas opresivas de lo pasado, que respondia: *Os he librado de una fiera que os devoraba, y me preguntais; ¿qué ha de sustituirsele* (2)? Y su biógrafo Condorcet, cuando analiza su filosofía, encarece como principal mérito haber libertado al humano entendimiento de la religion de lo pasado, sin reemplazarla con nada sólido ni dogmático, y se admira tambien de que se pregunta *qué se pondrá en su lugar*. Los hombres no comprenden jamás la necesidad de la vida despues de sí y de sus obras.

Pero, apartad á un lado esa mision falsa y mentirosa que los admiradores de Voltaire le atribuyeron á fines del último siglo y principios del actual, tomadle por lo que realmente es, y os convencereis de que el anatema de De Maistre está desprovisto de caridad y de religion.

Es fácil ver, en el seno del siglo XVIII, de qué modo se formó Voltaire. No llegó, como Rousseau, al través de mil aventuras é innumerables dificultades, á la posesion de su genio, al conocimiento de su fuerza y de su destino. Si, como es incontestable, formó su siglo, le debió tambien mucho por lo que se llama ca-

(1) De Maistre, *Soirées de Saint-Pétersbourg*, IV entrétien.

(2) *Examen important.*

ualidad del nacimiento. Si precedió é inició la falange de pensadores revolucionarios de que luego fue jefe, preciso es convenir en que ninguno de sus rivales habia recibido ventajas mas marcadas.

Antes de apreciarle como filósofo, es menester considerarle como hombre perteneciente á su tiempo y á su país. En tal concepto, representa á todas luces el tercer Estado, que se adelanta á ocupar el puesto de la nobleza, del clero, de la monarquía. Desde temprano se sintió impelido por el hervor de libertad, de ambicion y de audacía que se encontraba en la clase media, y que despues de él y gracias á él se reveló al mundo en la Revolucion de 1789. Vióse entonces claramente que Voltaire representaba á la clase media; pues la asamblea Constituyente fue volteriana, al paso que la Convencion siguió la bandera de Rousseau.

En efecto, el desarrollo de Voltaire no fue una anomalía en su siglo. La clase media se engrandecia entónces á la sombra de las mismas ideas, preparadas de antemano, y marchaba instintivamente á idéntico fin. Voltaire nació en su seno, caminó á la par de ella, haciéndola acelerar el paso. Le valió mucho haber nacido en medio de aquella clase media ascendente: educacion, bienes de fortuna, todo le favoreció.

Montesquieu nace en provincia, en medio de la nobleza de segunda clase, y le embarazan toda su vida las preocupaciones de toga; Diderot, educado tambien lejos de París, no encuentra allí mas que una existencia precaria, escaso de dinero, sin libertad propia; D'Alembert tiene que luchar con el abandono de su nacimiento; Rousseau viene desde lejos á mezclarse en el movimiento de la ideas, como un alud que se desprende de los Alpes; pero Voltaire nace rico, en medio de ciudadanos, y todo parece allanarle el camino. Los jesuitas mas famosos le educan con los hijos de los nobles, y respira á un tiempo el hálito de la independencia epicúrea bajo las alas de los discípulos de Chapelle y de Chaulieu; mucho antes de ser recibido en la sociedad del Temple, el abate de Chateauneuf, su padrino, y Ninon, que le hizo un legado, habian sido, por decirlo asi, las hadas que enriquecieron su cuna.

Vió terminar la monarquía de Luis XIV, y contaba veinte años al principio de la Regencia. Presenció las orgías de los príncipes, de los nobles, de los eclesiásticos, de que no se repusieron la monarquía, el clero, la nobleza, sorprendiéndolas en semejante estado la Revolucion. Jóven, se dejó seducir por los halagos de aquella época licenciosa. ¿Por qué no habian de darse la mano la clase media rica y la nobleza? ¿No podia el ingenio marchar á la par con el nacimiento? Pero una injuria que recibió de un noble le despertó de aquel letargo, trazándole mas claramente su carrera. Hasta allí la gloria poética habia sido su única ambicion; aspiró á todos los géneros, pues queria ser poeta trágico de la escuela de Corneille y Racine, y poeta epicúreo de la escuela de Chaulieu. Procuró tambien dotar á Francia de una epopeya, despues de las veinte epopeyas del siglo anterior ya olvidadas; mas el sentido de su poesía no estaba aun bien deslindado. Habia unido, es cierto, ideas nuevas de tolerancia y libertad religiosa al fondo poético recibido de sus maestros; pero el carácter de su obra era vago é indeciso. Caminaba, como pensador y poeta, á la cola del siglo XVII, aunque algunos rasgos atrevidos revelaban su porvenir. La injuria que recibió entonces y sus consecuencias le abrieron los ojos, y el siglo XVIII comenzó en él.

Condorcet conoció la influencia que este suceso debia tener en su vida. «La *Henriada*, *Edipo*, *Marianne*, habian elevado á Voltaire sobre sus contemporáneos, y parecian asegurarle una brillante carrera, cuando un fatal acontecimiento vino á turbar su existencia... A Voltaire no se le ocultó que un adversario, que disponia á su antojo de la autoridad ministerial y del poder judicial, podria arruinarle. Por lo tanto, se encerró en su retiro, desdeñando ocuparse en su venganza; ó mas bien, no quiso vengarse sino abrumando á su enemigo con el peso de su gloria, obligándole á oir repetir, en medio de las aclamaciones de toda Europa, el nombre que habia querido envilecer. Halló asilo en Inglaterra. Newton no existia ya, pero su espíritu reinaba en sus compatriotas, enseñados por él á no reconocer mas guia en el estudio de la naturaleza que el cálculo y la esperiencia. Locke, que acababa de morir, habia dado por la primera vez una teoría del alma fundada en la esperiencia, mostrando la senda que debe seguir en metafísica el que no quiera estraviarse. La filosofía de Shaftesbury, comentada por Bolingbroke y hermoseada por los versos de Pope, habia originado en Inglaterra un deismo, que anunciaba una moral fundada en motivos capaces de conmover las almas elevadas sin ofender la razon.»

Un *deismo*, tal es (verdadera ó errónea) la idea capital que Inglaterra inspiró entonces á Voltaire, la luz con que de golpe le inundó en su destierro. Adviértanse las palabras de la última frase de Condorcet, pues revelan la mision providencial de Voltaire; y detengámonos un poco en este deismo *inglés*, que adoptó con demasiada facilidad, y que fue sin embargo orígen de toda su grandeza!

El deismo *epicúreo* de Shaftesbury y de Bolingbroke no es mas que el optimismo ideal de Leibnitz, algo desfigurado. Estos pensadores, discípulos de Locke, propendian naturalmente al sensualismo puro, y á rechazar toda clase de teología y metafísica; encontraron al paso las ideas de Leibnitz y se sirvieron de ellas para sustituir pura y simplemente el *reino de la naturaleza* al ideal de los teólogos, mientras que en el pensamiento de Leibnitz se conservaba el ideal, solo que se le ponia en armonía con la naturaleza.

Los *Characteristiks* del conde de Shaftesbury, amigo de Locke, aparecieron en Lóndres en 1711, casi al mismo tiempo que la *Teodicea* de Leibnitz, impresa en Amsterdam el año antes; pero las ideas reunidas en la *Teodicea* hacia quince años que circulaban por Europa en varias memorias de Leibnitz insertas en los periódicos y

en su controversia con Bayle. El mismo Leibnitz, en su juicio de las obras de Shaftesbury, observó con finísima ironía cuantas cosa habia tomado este de él, y por su medio la escuela de Locke. Despues de esponer su dictámen añade: «Creia haber penetrado muy adentro en los sentimientos de nuestro ilustre autor; pero al llegar al tratado que titulan injustamente *Rapsodia*, advertí que no habia estado sino en la antecámara, y quedé atónito al verme en el gabinete, mejor dicho, en el sagrario de la mas sublime filosofía. La m rcha del discurso, el diálogo, el nuevo platonismo, la manera de argüir por interrogaciones, y sobre todo la grandeza y hermosura de las ideas, el entusiasmo luminoso, la divinidad apostrofada, me sumian en mudo éstasis. Habiendo vuelto en mí al fin del libro, tuve campo para reflexionar. Primeramente encontré allí casi toda mi *Teodicea* (aunque con mas gracia vestida). El universo, su hermosura, la armonía universal, la desaparicion del mal verdadero, especialmente con respecto al todo; la unidad de las sustancias, la grande unidad de la sustancia suprema, de la que todas las demas son solo emanaciones é imitaciones, veianse allí bajo el mas brillante aspecto; casi no falta mas que mi armonía pre-establecida, mi supresion de la muerte, mi reduccion de la materia y de la multiplicidad á las unidades ó sustancias simples. No habia creido encontrar mas que una filosofía semejante á la de Locke, pero esta obra me condujo mas allá de Platon y Descartes. Si hubiese visto esta obra antes de publicar mi *Teodicea*, me habria aprovechado de ella tomando largo trozos; solo me parece digno de censura el título, por lo poco que promete, y siento que el libro no ocupe un tomo entero.»

En cuanto á Bolingbroke, que fue realmente quien formuló el deismo epicúreo del siglo XVIII, solo veinte años despues de publicada la *Teodicea* escitó la musa de Pope, y aun diré la musa de Voltaire, á cantar el optimismo. Merece observarse que la misma relacion que existió antiguamente entre Demócrito y Epicuro, se reprodujo en el siglo XVIII entre Leibnitz y Bolingbroke, considerado como jefe del epicureismo moderno. Demócrito enseñaba la doctrina de la emanacion, como teoría general del universo, y deducia de ella cierta relacion moral: Epicuro quitó cuanto habia *de infinito* en la doctrina de su maestro, é hizo en física la doctrina materialista de los átomos y en moral el sistema anti-idealista á que se unió su nombre. Lo mismo sucedió en el siglo XVIII. Leibnitz habia enseñado la doctrina de la emanacion engrandecida, perfeccionada, transformada por la idea de un progreso continuo del mundo y de las criaturas, deduciendo de ella un optimismo religioso é ideal: Bolingbroke suprimió todo lo que habia *de infinito* en la doctrina de Leibnitz, y resultó el deismo epicúreo, ó mejor dicho, el epicureismo material del siglo XVIII, seguido de cerca por el ateismo: —Punto de alta importancia en la historia de la filosofía, y no observado hasta aquí, á lo menos que yo sepa.—

Limitándonos á Voltaire, ¿quién no ve por esta sola enunciacion de hechos incontestables, la filiacion de esa que aun se llama *su filosofía*? ¿Quién no vé de dónde provino su fuerza y de dónde su debilidad? Abrazó sin mucho discurrir el deismo, que robaron á Leibnitz, Shaftesbury y Bolingbroke, pero alterado por estos y *desidealizado*, si se me permite la espresion: así fue al mismo tiempo fuerte y débil, pues no habia nada mas hermoso y divino que aquella filosofía, de que los amigos y discípulos de Locke formaron un sistema para su uso particular, sistema el mas defectuoso imaginable.

Alegraríame de poder esponer con la estension debida, este punto de la historia filosófica del siglo XVIII; pero no siendo ahora posible, me limito á las conclusiones siguientes:

El deismo, que llamaremos *epicúreo* por su carácter, ó *inglés* por su orígen, no es la verdadera filosofía, ni aun respecto del siglo XVIII, pero suscitó la filosofía verdadera; de aquí su fuerza relativa y su debilidad.

La filosofía es siempre progresiva, aunque su esencia correspondiendo á la esencia infinita, sea siempre permanente. La filosofía, despues de haber reposado largo tiempo en los tabernáculos y de haber estado espuesta al vulgo en las formas de la idolatría y la supersticion, debió llegar necesariamente, pasadas la edad media y la era protestante, á cierto grado de sublimacion, digámoslo asi, como un pedazo de oro que refinan muchos crisoles. Asi aconteció, y la filosofía que tuvo mayor parte de verdad absoluta á fines del siglo XVII y principios del XVIII, fue la de Leibnitz.

Si se llama *deismo* la verdadera filosofía, el deismo de Shaftesbury, Bolingbroke, Pope y Voltaire, es una heregía; de suerte que ni los Católicos pueden querer abatirlo para restaurar sus creencias, ni los Ateos para consolidar las suyas; tampoco los escépticos pueden apoyarse en el escepticismo de Voltaire, el cual si triunfaba de pasados errores, tomaba indirectamente su fuerza de una filosofía no escéptica sino dogmática. (1)

Ateniéndonos á Voltaire, diremos que el suelo en que cayó esta semilla de deismo epicúreo estaba demasiado bien preparado á recibirla y desarrollarla; pero es indudable que aquella vino de otra parte, y que oyendo á Bolingbroke y leyendo los versos de Pope (2), instruyéndose en la filosofía de Locke y viendo los grandes descubrimientos que la física esperimental hacia entonces entre los Ingleses, Voltaire se reveló á sí mismo, se esplicó sus instintos, si esta palabra es aplicable á la inteligencia, y conoció el partido que podia sacar de sus facultades. Condorcet espresó perfectamente esta importante crísis, en la marcha de su héroe. «Desde aquel momento se sintió Voltaire llamado á destruir las preocupaciones de todas clases que afligian á su país, y conoció la posibilidad de lograrlo con una mezcla de audacia y de condescendencia, sabiendo ora ceder á los tiempos, ora aprovecharse de ellos y dominarlos; sirviéndose alternativamente del racioci-

(1) Los lectores no deben perder de vista la escuela de que emanan estos asertos. En cuanto á nosotros, nos limitamos á enviarles á nuestra NARRACION, para corregir los elogios y moderar la aprobacion que se da aquí á autores y sistemas reprobados.

(2) El *Ensayo sobre el hombre* no se escribió hasta 1731; pero Pope se limitó á poner en verso las ideas de Bolingbroke.

nio y de la burla, del halago de los versos ó de los efectos del teatro; en suma, haciendo á la razon bastante sencilla para que llegara á popularizarse, bastante amable para no asustar á la frivolidad, bastante aguda para ponerse de moda. Este gran proyecto de ser, con solo las fuerzas de su genio, bienhechor de todo un pueblo, destruyendo sus errores, inflamó el alma de Voltaire, juró consagrar la vida á realizarlo, y cumplió su juramento.»

Para convencerse de que Condorcet no exagera, bastará echar una ojeada á la lista cronológica de las obras de Voltaire. Animado de un verdadero entusiasmo, no solo sintió el vigoroso impulso que le comunicó el mundo en que habia penetrado, sino que creyó haber hallado la *verdad* entre sus maestros; creyó en el deismo; creyó en Bolingbroke, acerca del cual escribia: «El que suministró á Pope todos los principios de su *Ensayo sobre el hombre* es sin duda el mas insigne maestro de sabiduría que ha existido jamás» (1). Creyó sinceramente en la superioridad no solo de Newton sobre Descartes, sino de Locke sobre todos los metafísicos pasados, presentes y futuros. Creyó que los descubrimientos de Newton y la filosofía de Locke eran todo uno; y encontrando al mismo tiempo á Newton y á Locke en Inglaterra, quiso junta é indivisiblemente introducirlos en Francia. Sorprendido, aunque con alguna confusion, por las cosas que vió entre los Ingleses, se formó una especie de *creencia*, en la que los descubrimientos de los físicos representados por Newton, el sensualismo psicológico de Locke y el deismo de Bolingbroke eran eslabones de la misma cadena. De esta doctrina debia deducir, como dice Condorcet, «una moral fundada en motivos capaces de mover las almas elevadas sin ofender la razon.» Vulgarizar á Newton, Locke, Bolingbroke, ó impeler el mundo hácia la nueva moral, tal fue la empresa que Voltaire se propuso llevar á cabo activa y sincemente. Luego, cuando en su retiro de Cirey la señora de Chatelet se empeñó en que comprendiese á Leibnitz, era demasiado tarde; su entendimiento estaba ya lleno, y no cesaba de repetir: *¿Que sirve cuidarse de lo que pensó Leibnitz?*

Este contacto de Inglaterra y Francia fue semejante al choque eléctrico de dos nubes; la comunicacion se efectuó por medio de Bolingbroke que habia vivido diez años en Francia, y de Voltaire y Montesquieu, que casi al mismo tiempo pasaron dos años en Inglaterra. Montesquieu, encerrado en límites mas estrechos, no dedujo de la comparecion sino ideas de gobierno; Voltaire lo cotejó todo, se inspiró de todo, y basta la fecha de sus obras para convencerse de que su verdadera formacion, y estoy por decir su virilidad, corresponden á esta residencia en Inglaterra. Allí escribió las *Cartas filosóficas*, refundidas despues en su *Diccionario*, y donde se encuentra el gérmen determinado, casi invariable en lo sucesivo de cuanto pudo decir, asi narrativo como dogmático, sobre ciencias y filosofía. En la misma época sus facultades morales y poéticas se exaltaban á la par con el vuelo de su inteligencia, y sintiéndose animado de una fe realmente elevada, compuso sus mejores dramas, aquellos en que mas abundan la vida y el sentimiento: *Bruto*, la *Muerte de César*, *Zaira*. Para que la escuela francesa pudiese producirlos, fue preciso el auxilio de Shakspeare y el espectáculo de aquella Inglaterra, á donde Montesquieu decia que debia irse á pensar, mientras que en Francia habia que limitarse á vivir. La escuela francesa no habia concebido nunca la antigüedad con tanta sencillez, con tanta fuerza y naturalidad como Voltaire en estos dos dramas: se conoce la impresion que debieron causar en el ánimo del poeta los dramas históricos de Shakspeare, y el efecto de la constitucion inglesa comparada con la arbitraria monarquía de Francia. Montesquieu herido por aquel contraste, nos guió al gobierno constitucional; Voltaire sacó de él acentos republicanos, que enardecieron las almas, conduciéndolas, en la práctica, mas lejos de lo que él se figuraba.

Esta fue la época en que Voltaire tuvo mas fe, esperanza y amor. El porvenir, aquel porvenir que debia ser el siglo XVIII, se le aparecia como un nuevo mundo, un mundo de luz y de paz, porque creia sinceramente en los pilotos que habia elegido, á saber: Newton, Locke y Bolingbroke.

Voltaire no abrazó mas que un fantasma de la verdad. Aquel deismo que formaba entonces su fuerza no era la verdad sino un pálido reflejo de ella. Empleó el resto de su vida en conocer que solo habia abrazado porciones de verdad diseminada; volviéndose de consiguiente escéptico, mientras que en la apariencia permanecia fiel al deismo, cuya bandera habia enarbolado tan á menudo cuando jóven, y para el que halló aun algun calor en la vejez. Hoy que podemos contemplar toda su obra, produce en nosotros dos efectos diversos: por un lado nos parece, segun se le proclama, el apóstol del deismo, no el padre, como equivocadamente ha dicho alguno; por el otro, su deismo no nos parece serio, no creemos en él, ni creemos que él creyese; le encontramos escéptico. Verdadero creyente no fue en nuestro dictámen, sino pocos años; luego le faltó la fe, y no queriendo volver á sus pasados ídolos se convirtió en destructor implacable, y salió victorioso con la sola porcion de verdad que poseia. No se diga, pues, que sin religion ni fe pudo Voltaire dar cima á su grande obra de demolicion, pues en el sol de la verdad hay tanta luz que bastó á Voltaire tener un presentimiento fugitivo de ella mediante el deismo, para llegar á ser el Hércules esterminador de las quimeras.

En 1745 Juan Jacobo Rousseau, escribia á Voltaire: *Hace quince años que trabajo por merecer vuestras miradas*. Deduciendo estos quince años de la indicada fecha, nos trasladamos cabalmente á aquel año de 1730, en que Voltaire, de vuelta de Inglaterra, daba á luz á *Bruto*, *Cé-*

(1) En su vejez mostró Voltaire conocer mejor el origen de esta filosofía, que habia adoptado. En el art. POPE del *Diccionario filosófico*, reconoció indirectamente cuanto habia tomado á Leibnitz: «El *Ensayo sobre el hombre* me parece el poema didáctico mas hermoso, mas útil y mas sublime que existe. Es verdad que en el »fondo sus ideas son las mismas que las de los *Característicos* de »Shaftesbury, y no sé por qué Pope las atribuye solo á Bolingbroke, sin mentar para nada á aquel. Como la metafísica es comun á »todas las épocas y á todos los pueblos que cultivan su inteligencia, este sistema tiene muchos puntos de contacto con el de »Leibnitz, etc., etc.»

sar, *Záira* y las *Cartas filosóficas*. En 1730 tenia treinta y seis años y Rousseau diez y ocho. Ved aquí las dos generaciones: puede, pues, decirse que si Voltaire influyó en Rousseau como una calamidad, fue en los momentos en que su genio era mas verdadero, mas puro, mas elevado, mas divino. Consideracion tan consoladora como sólida: nada sucede por acaso en el mundo de las inteligencias. Voltaire despues de aquel memorable año de 1730 no se engrandeció, no se elevó mas, se mantuvo, sí, equilibrado largo tiempo, y luego descendió lentamente, arrojando aun vívida luz como el astro del dia en su ocaso. Si treinta años despues tuvo de nuevo un momento de gran fermentacion, lo debió á la emulacion algo envidiosa que escitó en él Rousseau ya hombre, aquel mismo Rousseau á quien habia despertado con sus escritos y con su gloria, cuando el hijo del relojero, filósofo mas sério y profundo que él, destinado á mayores padecimientos, vivia oscuro en un valle de los Alpes, inquieto y quejándose de su triste suerte hasta en los brazos de madama de Warens.

Sé muy bien que en ese mismo año de 1730, en que acabo de decir que la inspiracion de Voltaire era relativamente tan alta y pura, empezó á escribir el poema que dictó á De Maistre la sangrienta frase: *París le coronó, Sodoma le hubiera desterrado*. El deseo de mostrar la estension y variedad de su talento poético; la emulacion de Pope, que trataba asuntos serios y burlescos, y que habia escrito una epopeya sobre un rizo robado, hasta cierta aficion á vengarse de aquellos *Francos* (como dice Condorcet) que tan mala paga habian dado al autor de la *Henriada*; en fin, la necesidad de encontrar una forma para todas las ironías filosóficas y revolucionarias que le inspirase el espectáculo del mundo, le indujeron á emprender aquel poema, ¿Y quién sabe lo que hubiera sido este si lo hubiese acabado entonces? Pero á escepcion de algunos fragmentos escritos en aquella época, dicho poema pertenece á otra faz de su vida, faz de decadencia y abyeccion, no habiéndolo publicado hasta treinta años despues. Ademas de que conviene no perder de vista la mezcla que hubo en Voltaire: por un lado fe elevada, sublime, la fe en la ciencia, la fe en aquella religion imperfecta que llamaba deismo, el sentimiento de la perfectibilidad humana, el amor á la humanidad; por el otro un escepticismo absoluto, un decidido desprecio de todas las tradiciones, el sentimiento de una radical impotencia para llegar á la certidumbre y á la verdad, el desprecio de los hombres y de sí mismo. Se parece á aquellos faros que en su movimiento circular presentan alternativamente una faz luminosa y otra oscura; resultado de encontrarse demasiado cerca y demasiado lejos de la verdad. ¡La verdad! ¿Puede el hombre lisonjearse de conocerla tan á fondo que no sienta dentro de sí los efectos del dualismo que combatia en el alma del filósofo?

Repito, que en 1730 prevalecia en él la luz sobre las tinieblas; la religion del deismo era mas fuerte que el escepticismo. Pero con sus fuerzas y todo, Voltaire pertenecia á su época; y aquella época era una disolucion y disolucion necesaria. Las creencias se debilitaban ó desaparecian; la sociedad iba disolviéndose; prelados y reyes, nobles y plebeyos, se precipitaban en la orgía, arrojaban las coronas en el fango, rompian como ridículos juguetes, coronas, tiaras, bastones de mando, que los pueblos solian respetar en sus manos. La monarquía de Luis XIV estaba ya bastante corrompida, y su despotismo no distaba mucho de la anarquía que siguió; pero ¿hubo rey despues de Luis XIV? ¿Merece Luis XV tal nombre? ¿Dónde están los ministros, dónde los hombres de Estado? Esceptuando á Turgot, posterior á aquel tiempo ¿fueron hombres de Estado los miserables cortesanos y las cortesanas que dirigian la nave del gobierno en Francia? Todo es decadencia, caos, nada en el siglo XVIII.

Ante los hombres de su época ¿qué se reprende á Voltaire? ¿La inmoralidad? Antes de él ya reinaba. ¿Formó él la Regencia? ¿Formó la córte de Luis XV? Influyó, es cierto, en los soberanos septentrionales, Catalina y Federico; pero la historia está ahí para probar que no fue él quien los echó á perder; la barbarie, fuente de espantosos delitos, reinaba entonces en aquellas córtes, como en Francia la mas refinada corrupcion.

Voltaire, superior en aspiraciones á aquel rebaño vulgar de grandes, que se agitaban á su alrededor, no tenia, sin embargo, en la vaga religion que de sus maestros habia aprendido á llamar deismo, sólida base; por lo cual vacilaba y á menudo la nube luminosa desaparecia ante sus ojos. Entonces no era mas que un destructor. ¿La culpa es toda suya? ¿no llenaba con la medida de verdad que poseia, un oficio acaso necesario, útil? La vieja sociedad era fétida nube en un estanque fangoso; y era preciso que el rayo estallase para disiparla y renovar la atmósfera.

A fin de que la obra se cumpliese, no faltaron á Voltaire persecuciones que acrecian su valor, inflamaban su cólera, y producian en él esa embriaguez, ese furor ciego que los toreadores escitan en su enemigo cuando quieren atraerle al combate. Siendo aun jóven, el regente le habia mandado encerrar injustamente en la Bastilla; luego el caballero de Rohan le hizo apalear por sus criados y el cardenal de Fleury le desterró por haber querido vengar su injuria. A su vuelta de Inglaterra le acusan de ateismo, y esto le cierra la entrada en la academia; no se permite imprimir la *Muerte de César*, por los sentimientos republicanos en que abunda; su elegia á Mlle. Le-Couvreur, en la que se indignaba de que se negase á esta actriz la sepultura, dió motivo á una séria persecucion; á cada instante le amenazaban con prenderle; por decreto del Consejo y á instancias del clero eran suprimidas las *Cartas filosóficas*; el parlamento quemó el libro, y el guarda-sellos desterró al autor. Durante estas persecuciones, el director de policía Herault le dijo: *Aunque os empeñeis, no lograreis destruir la religion cristiana.—Lo veremos*, respondió Voltaire.

Existen *Memorias* escritas por el mismo Voltaire sobre su vida, desde 1733 hasta 1760, empezando por el retiro en Cirey. Este y la amistad con madama Châtelet, que duró diez y seis

años, forman un nuevo período bastante distinto en la vida del filósofo.

Es evidente que quiso entonces penetrar en el fondo de lo que no habia visto, sino superficialmente, durante el viaje á Inglaterra; intentó entrar en el santuario del deismo, que le habia parecido un templo tan augusto. La inspiracion que le impelia á estudiar metafísica, física, química, geometría, fue sin duda laudable, y produjo grandes frutos; pues aunque no llegó á ser lo que la naturaleza no le habia hecho, esto es, profundo filósofo, gran geómetra, ni escelente físico, vulgarizó á lo menos estos conocimientos, los infiltró en el vulgo, y contribuyó así en mucha parte á fundar esa nacion instruida, ilustrada y de una curiosidad universal, que fue la Francia de fines del siglo XVIII. Pero ¿qué sucedió? Que pronto encontró los límites de su genio. Se aplicó con gusto á todas la ciencias, pero no se apasionó seriamente de ninguna.

Vanini, cuando sus jueces le echaron en cara que no creia en Dios, recogió del suelo una paja y dijo: «Esto me basta para probarme la existencia de Dios y elevarme hasta él.» Los genios dotados de entusiasmo y de profundidad, se elevan así con todo; ven inesplicables maravillas en la menor obra del Altísimo, y toda ciencia, revelándoles el infinito, atrae su contemplacion. Voltaire no era uno de esos; ni Newton, su ídolo, ni Locke, otro ídolo, ni Leibnitz, á quien no comprendió, lograron despertar en él ese sentimiento de lo infinito que fija las ideas en una ciencia particular, y hace que nos remontemos á la unidad, á propósito de los pormenores mas pequeños. Estudió á sus maestros como un alumno; vió que las ciencias eran imperfectísimas; conoció los abismos que dejaban; hubiera necesitado una síntesis de todas estas ciencias, síntesis no formada aun, y se volvió escéptico. Continuó diciendo que Locke habia fijado los límites de la razon humana, y que Newton «era respecto del hombre, lo que el hombre respecto del mono;» pero cuando hubo terminado aquella incursion en la ciencia, se encontró con que su religion del deismo, y de consiguiente su moralidad, se habian disminuido en vez de aumentarse.

«Despues de dedicar algunos años á la física (dice Condorcet) Voltaire consultó sobre sus progresos á Clairaut, el cual tuvo la franqueza de responderle, que con un asiduo trabajo, no llegaria á ser mas que un mediano sabio.» El modo como Voltaire habla de Leibnitz en sus *Memorias*, prueba tambien cuán poco hecho estaba para esa ciencia de las ciencias que se llama metafísica. «Nuestra principal atencion (dice) se dedicó largo tiempo á Leibnitz. Madame Châtelet nos esplicó parte de su sistema.... Si las ideas de Leibnitz tienen alguna verosimilitud, es menester buscarla en su libro. Pero se empieza ya á no cuidarse de lo que Leibnitz pensó.»

Es estraño semejante desprecio hácia Leibnitz, si se reflexiona que Voltaire, sin saberlo, no habia tomado de sus maestros Shaftesbury y Bolingbroke, sino una especie de *imitacion fraudulenta* de la filosofía leibnitziana. Este es verdaderamente el naufragio de Voltaire; pues si de Shaftesbury, de Bolingbroke y de Pope, hubiera podido volver al verdadero inventor de lo que llamaba deismo, habria sido incomparablemente mas grande. Pero ¿qué digo? Si Voltaire hubiese sido capaz por sí mismo de tal esfuerzo, escediera de los límites de la naturaleza humana, y no fuera tan solo el destructor de sistemas envejecidos. Habló, por lo tanto, de Descartes, de Leibnitz, de Espinosa, de los grandes metafísicos como aquel á quien la naturaleza habia negado el sentido de la metafísica. La metafísica es la fuerza de síntesis que nos hace encadenar todos los fenómenos y remontarnos á las leyes; es la fuerza creadora, mientras que la análisis es el arma de la disolucion, de la separacion, de la destruccion. Voltaire no tenia mas que espíritu de análisis; cuantas veces trató de elevarse á la síntesis, sucumbió en la empresa.

Esta falta del espíritu de síntesis, se ve claramente en lo que dice de sus estudios históricos, emprendidos entonces, y del modo como concibió su obra, notabilísima á lo menos por su importancia, y que tituló *Ensayo sobre las costumbres*. «Cultivábamos en Cirey todas las artes; compuse allí la *Alzira*, *Mérope*, el *Hijo pródigo*, *Mahoma*; escribí para madama Châtelet un Ensayo sobre la Historia general, desde Cárlomagno hasta nuestros dias, cuya época elegí por haberse detenido en ella Bossuet y no atreverme á tocar un asunto tratado antes por aquel grande hombre. Sin embargo, la *Historia universal* de dicho prelado no la satisfacia, por no parecerle elocuente y girar casi toda en torno de una nacion tan despreciable como la hebrea.»

No puede negarse que Voltaire, hizo dar un gran paso á la ciencia histórica; y ya que las tentativas frustradas de Vico no tuvieron eco en el mundo literario, á él despues de Bossuet (el cual fue, no su modelo, sino su iniciador) debemos el haber concebido la historia bajo un punto de vista mas vasto que los antiguos. Hume, Robertson, Gibbon salieron de su escuela; él preparó esta ciencia verdaderamente nueva, que será una de las columnas fundamentales de la doctrina dogmática del porvenir: la filosofía de la historia. Sin embargo, observemos la manera filosófica que tiene de concebir su obra. Se trata de la filosofía de la historia, y emprende su libro como si fuese un drama ó una novela; elige la época de Carlomagno, porque en ella se detuvo Bossuet; su vanidad no le permite tratar los asuntos tratados antes por hombre tan insigne; y no obstante, en el fondo no está menos descontento que madama Châtelet del Ensayo de aquel prelado. ¡Oh! no se acercaba así el oscuro Vico, atormentado por el destino humano, á la historia; el italiano se perdia en los prolegómenos, mientras que Voltaire recorria rápidamente los siglos. Pero Voltaire se limitó á mezclar con su narracion comparaciones; y el espíritu de cotejo no es el de síntesis. Bossuet habia atado al género humano á una cadena providencial, formada con relacion al cristianismo. Voltaire, sin buscar nada que sustituir á la cadena de Bossuet, continúa la obra, empezando desde Carlomagno; no se cuida de si la providencia ó el destino ha conducido hasta allí la humanidad; porque antes ó despues de aquella

época no acierta á ver sino hechos, y estos unidos solo por el acaso.

El *Ensayo sobre las costumbres* y el *Mahoma* fueron las dos obras capitales de los treinta años que representan la edad madura de Voltaire en su vida casi secular, y se reflejan una en otra. Si Voltaire hizo mal en concebir á Mahoma únicamente como un impostor, provino de que á sus ojos, el acaso era quien presidia á los destinos humanos y á la historia.

Asi, cada dia se iba en él entibiando aquel ardor verdadero que habia traido de Inglaterra; su fe en el deismo se disminuia; el escepticismo progresaba, empezando á invadir toda su alma. Para el que comprende de dónde emana la fuerza de los hombres y en qué consiste realmente su grandeza, Voltaire era mas grande y fuerte en 1730 que en 1750; tenia mayor genio antes que despues de sus estudios de Cirey, porque estaba en cierto modo menos ofuscado el sentimiento de la verdad. En 1734 escribió sus *Discursos en verso sobre el hombre*, que marcan el mas alto punto de filosofía á que llegó, esto es, el deismo, cantado ya por Pope, el deismo epicúreo de Shaftesbury y de Bolingbroke. Su confianza en este sistema estaba, sin duda, mal fundada; pero por mucha que fuese entonces la ceguedad de Voltaire, á lo menos su creencia le ponia en relacion indirecta con la verdad, la verdad religiosa. En 1750 conoció la inperfeccion y el error de este deismo; pero nada lo reemplazó en su entendimiento. Solo le quedaba el recurso de la queja, y escribió los versos sobre el terremoto de Lisboa y el *Cándido*.

Cándido es una legítima protesta contra el optimismo, no de Leibnitz, como dice Voltaire, sino de Shaftesbury y Bolingbroke; y es notable que, cuando se disgustó del deismo, clámase contra Leibnitz, en vez de quejarse de sus maestros. La *Doncella de Orleans*, que concluyó entonces, denota aun mas claramente la decadencia de su genio.

En 1749 perdió á madama Châtelet, y se ligó por algun tiempo á Federico; pero sus pasiones no armonizaron: la vanidad los aproximó y la vanidad no tardó en desunirlos. Entonces, harto de los reyes que consentian en ser sus discípulos, despreciando las córtes, los ministros, los cortesanos, las queridas de los príncipes, superior aun en todo al vulgo, pero exhausto de ese entusiasmo generoso que habia poseido en otro tiempo, imaginó hacerse independiente. Una página de sus *Memorias* nos da casi el tono de su alma en aquella época: «A ningun católico se permite establecerse en Ginebra ni en los cantones suizos protestantes; y me halagó la idea de adquirir propiedades en el único país de la tierra donde me estaba vedado tenerlas. Compré de un modo especial y sin ejemplo en el país, una heredad de cerca de sesenta fanegas, por doble precio de lo que hubiera costado junto á París; pero el placer nunca se paga demasiado caro. La casa es hermosa y cómoda; la vista amena; admira y no sacia.... Tengo otra casa mas hermosa y una vista mas estensa en Lausana; pero mi casa de Ginebra es mas agradable. En estas dos habitaciones disfruto de lo que no dan, antes bien quitan los reyes; reposo y libertad. Tambien disfruto lo que suelen dar, pero que no debo á ellos. Pongo en práctica cuanto he dicho en el *Mundano*:

¡Qué siglo de oro es esta edad de hierro!

Todas las comodidades de la vida en muebles, equipajes, mesa, se encuentran en mis dos pequeños palacios; una dulce sociedad de personas de talento llena los momentos que me dejan libres el estudio y el cuidado de mi salud; bienes todos capaces de hacer reventar de dolor á mas de uno de mis caros colegas literarios. Sin embargo, no nací rico. Me preguntan, cómo he llegado á crearme la posicion de un arrendador general, y es bueno que lo diga, para que sirva de ejemplo á otros. He visto tantos literatos pobres y vilipendiados, que me decidí á no acrecer su número. En Francia es necesario ser yunque ó martillo; yo habia nacido yunque. Mi escaso patrimonio iba reduciéndose mas cada dia, porque el precio de las cosas se aumentaba y el gobierno habia alterado las rentas y la moneda. Conviene fijar la vista en las operaciones que el ministerio, siempre necesitado é inconstante, hace en las rentas públicas; pues siempre hay alguna de que pueda aprovecharse un particular, sin contraer obligacion para con nadie; y es grato sobre todo hacer fortuna por sí. El primer paso cuesta algo, pero los demás son fáciles; y luego en la vejez se encuentra uno con un capital que sorprende; no debiendo olvidarse que el tiempo en que mas se necesita la riqueza, es este en que yo la disfruto: despues de haber vivido en los palacios de los reyes, me he hecho rey en mi casa, no obstante las inmensas pérdidas.»

¿No resalta demasiado la rivalidad con los reyes por el lado pequeño de su grandeza en este desahogo de Voltaire? ¿No se coloca á su nivel bajo un punto de comparacion trivial? ¿No respiran las palabras sensualidad y egoismo? ¿No es evidente la codicia? ¡Se compara á un arrendador general, y cifra su felicidad en las riquezas; ¡Goza pensando que la contemplacion de sus bienes de fortuna hará *reventar de dolor* á los literatos, sus hermanos, y la única moralidad que encuentra á su vista, es que su ejemplo sirva á otros para aprender á enriquecerse.

Diríase que Diós le envió entonces á Rousseau para realzarle á sus ojos, hacerle comprender su mision y atraerle de nuevo (valiéndonos de la frase de Mirabeau) al pudor, cuando (por una coincidencia no estraña á mis ojos, pues se refiere al fondo de las cosas, esto es, á la ley de desarrollo de los grandes talentos del siglo XVIII) Juan Jacobo, aun poco conocido, le escribia: «No renunciaré jamás á mi admiracion de vuestras obras. Habeis pintado la amistad y todas las virtudes como hombre que las conoce y ama. He oido á la envidia murmurar, he despreciado sus clamores y he dicho sin temor de engañarme: Los escritos que me elevan el alma é inflaman mi valor, no son producciones de un hombre indiferente á la virtud... Ofreciéndoos el bosquejo de mis melancólicas fantasías, no he creido haceros un presente digno de vos, sino cumplir un deber, y tributaros el homenaje que

todos os debemos como á nuestro jefe. Por otra parte, sensible al honor que concedeis á mi patria, participo de la gratitud de mis conciudadanos que espero se aumentará cuando se hayan aprovechado de las instrucciones que podeis darles. Hermosead el asilo que habeis elegido, ilustrad un pueblo digno de vuestras lecciones, y ya que sabeis pintar tan bien las virtudes y la libertad, enseñadnos á amarlas en nuestras costumbres como en vuestros escritos. Cuanto se os aproxime debe aprender de vos la senda de la gloria y de la inmortalidad (1).»

Rousseau no vió jamás á Voltaire, ni quiso le presentasen á él, y solo le escribió tres veces; pero debe notarse la época de esta correspondencia, pues las palabras del ciudadano de Ginebra son nuevas en el siglo, y parecen una respuesta directa á la confesion íntima de sus debilidades, que Voltaire, propietario de las *Delicias*, se hacia á sí mismo en las *Memorias* entonces secretas.

Cuando este parece cansado del camino y como desengañado de la obra divina que un dia habia entrevisto, viene Rousseau á recordársela; cuando Voltaire remeda á los reyes, viene el filósofo ginebrino á decirle que su reino no es semejante al de ellos, cuando aquel la echa de grande y rico señor, Rousseau le pone á la vista otra metamorfosis, y con sus escritos despierta el ardor del anciano atleta, ya próximo á bajar á la tumba. ¿Qué importa, pues, que no se hayan conocido nunca y que se hayan tratado como émulos con alguna envidia? No es por eso menos cierto que en el desarrollo de la humanidad, de esa humanidad llamada á formar una alma sola, pues que en el fondo es una sola alma, sus entendimientos se mezclan y se unen; hay entre ellos un indestructible vínculo de solidaridad, tanto que Voltaire sirvió para producir á Rousseau, y Rousseau para sostener é impeler hácia delante á Voltaire. El primero devolvió al segundo en 1760 cuanto de él habia recibido en 1750. Ni ellos mismos, sin duda, ni sus contemporáneos advirtieron este lazo intelectual; antes bien los dos filósofos se creyeron, y los demás á su vez los creyeron, enemigos. Pero Dios, *vínculo de los entendimientos*, como dijo Malebranche siguiendo á Platon, vió en su seno á aquellos dos seres imperfectos prestarse mútuamente apoyo.

El siglo marchaba; aquel siglo que Voltaire habia precedido, empezaba á alcanzarle y aun á dejarle atrás. No solo le seguia en pos la multitud, sino que sucesores mas jóvenes llevaban la vista mas lejos, y Voltaire, escitado y sostenido por ellos, debia dar en la carrera un último paso. De todos los grandes ingenios del siglo XVIII solo Montesquieu nació antes de Voltaire; los demás vinieron cerca de veinte años despues. Sin embargo, Montesquieu no conservó la precedencia que tenia sobre Voltaire; pues aunque le precedió con las *Cartas persas*, que aparecieron como programa del nuevo siglo en 1721, luego tardó mucho tiempo antes de publicar el *Ensayo sobre la grandeza y decadencia de los Romanos*, impreso en 1734, y el *Espíritu de las leyes*, que no vió la luz hasta 1748, cuando ya se conocian casi todas las obras maestras de Voltaire. Por otra parte, cualquiera que sea el mérito de estas obras de Montesquieu, nada hay en ellas que sobrepuje, en cuanto á innovacion, á las obras análogas de Voltaire. Pero desde 1750 á 1762, cuando Voltaire se abismaba en el escepticismo, surgieron Rousseau, Diderot, d'Alembert y Helvecio. La *Enciclopedia* empezó á publicarse en 1751; el discurso de Rousseau *Sobre las artes* pertenece al año de 1750; el que escribió *Sobre la desigualdad* al de 1754; el libro *Del espíritu* se imprimió en 1758; las principales obras de Rousseau, la *Nueva Eloisa* y el *Emilio*, salieron á luz en 1761 y 1762.

Condorcet, filósofo tambien de aquella época, dice: «La profesion de fe del vicario saboyano no contenia nada sobre la utilidad de la creencia en un Dios para la moral, y la inutilidad de la revelacion, que no se encontrase ya en el poema de la *Ley natural*; pero los atacados conocian que de ellos se trataba, y que se les sacaba á la escena personalmente, no á los sacerdotes de la India ó del Tibet. Voltaire se sorprendió de tanto atrevimiento, y se sintió escitado á igualarlo. El buen exito del *Emilio* le estimuló, no asustándole la persecucion... podia estar seguro de evitarla ocultando su nombre, lanzando sus dardos tan solo contra la religion, sin tocar al gobierno. En breve por toda Europa, bajo todas las formas que fue capaz de inventar la necesidad de encubrir la verdad y hacerla punzante, se difundió gran número de obras, en que puso en juego ya la elocuencia, ya la discusion, y especialmente la burla. El celo contra una religion que miraba como causa tanto del fanatismo que desde su principio habia asolado á Europa, como de la supersticion que la habia deshonrado y que consideraba orígen de los males que estos enemigos de la humanidad continuaban aun haciendo, parecia redoblar su actividad y sus fuerzas. «Estoy cansado (decia un dia) de oirles repetir que doce hombres bastaron para establecer el cristianismo, y deseo probarles que con uno solo basta para destruirlo.»

Dejemos á Condorcet afirmar que nada habia en Rousseau que no se encontrase antes en Voltaire, y creer que la profesion de fe del vicario saboyano no se diferenciaba sino en la forma del poema sobre la *Ley natural*; nosotros nos contentaremos con mostrar la escitacion que determinó la última faz de la vida de Voltaire.

Al oir, pues, las palabras de Rousseau, y al saber que iba á emprenderse la Enciclopedia, Voltaire, ya sexagenario, se reanima para hacer resonar la última palabra de su vida y cumplir la última parte de su mision. ¿Es menester recordar lo que todo el mundo sabe? ¿Y seria decir demasiado, afirmar que fue el verdadero rey, ó mas bien el verdadero papa de fines del siglo XVIII? Véase descrito por mano de Condorcet su poder en aquel tiempo: «Voltaire se encontró naturalmente á la cabeza de todos los pensadores de Europa, por su edad, su fama, su celo y su ingenio. Contaba antes algunos amigos y muchos admiradores; pero entonces tuvo

(1) Cartas de 1750 y 55.

un partido, habiendo la persecucion reunido bajo su bandera á todos los hombres de algun mérito... A los gritos de los fanáticos oponia Voltaire los favores de los soberanos. La emperatriz de Rusia, los reyes de Prusia, Polonia, Dinamarca y Suecia, tomaban interés en sus trabajos, leian sus obras, buscaban sus elogios, secundándole á veces en su beneficencia. Donde quiera los grandes y los ministros que deseaban la gloria y aspiraban á oir resonar su nombre en Europa, se captaron los sufragios del filósofo de Ferney, confiándole asi sus esperanzas y temores por el progreso de la razon, no menos que sus planes sobre aumento de las luces y destruccion del fanatismo. Habia formado en toda Europa una liga de que era jefe, y cuyo santo y seña eran razon y tolerancia. ¿Se cometia en un pais alguna grande injusticia? ¿se oia hablar de un acto de fanatismo, de un insulto á la humanidad? Inmediatamente Voltaire con sus escritos denunciaba á la Europa entera los culpados. ¡Cuántas veces quizá el temor de esta venganza segura y terrible habrá detenido el brazo de los opresores!»

Sus últimos veinte años confirman nuestra distincion entre Voltaire deista y Voltaire escéptico. Mostrándose abiertamente enemigo de la religion que denomina *infame*, marcha adelante y completa su obra; pero ¿lo consigue solo con el escepticismo? No; su deismo volvió á presentarse en la palestra. Los escritos de Rousseau, animados por un deismo mas ardiente que el suyo, le inspiraron de nuevo alguna fe. Su carácter moral se realzó tambien. Cuando fundó la colonia de Ferney, no hubiera ciertamente escrito aquellas páginas frias y egoistas que llevan la fecha de las *Delicias*; no las hubiera escrito, cuando defendia á Calas y Sirven, al caballero de Labarre ó á los aldeanos Saint-Claude. Encontraba en su corazon este hermoso verso:

J'ai fait un peu de bien, c'est mon plus bel ouvrage.

Se habia despertado en él la fe, y los escritos de su vejez en defensa del deismo contra el ateismo no son una vana comedia, como tampoco lo es el templo que erigió en Ferney al Ser Supremo: *Deo erexit Voltaire*. Y juntamente con una esperanza y una fe á su modo, habia vuelto á abrigarse en su corazon alguna caridad.

No existe en los tiempos modernos ni en toda la historia espectáculo mas hermoso que el de Voltaire, á los ochenta y tres años, bañando con sus lágrimas la mano de Turgot: «Dejadme besar, esclamaba, esta mano, que ha firmado la salvacion del pueblo;» y bendiciendo al nieto de Franklin en nombre de Dios y de la libertad. Despues de haber vacilado toda su vida entre el escepticismo y el deismo, Voltaire concluyó por ser deista.

Rousseau le habia hecho comprender que aquel deismo profesado por él treinta años antes y que se habia entibiado luego, se parecia á la verdad. Viéndose, pues, sostenido por tan poderosas inteligencias, cobró confianza, se reanimó en el seno de la jóven generacion que vino en pos de él, y pudo entonces presentir la que debia seguir á esta y llevar á cabo la revolucion. ¿Por qué no habia de presentirla él, cuando la presintió en su nulidad Luis XV? Aquella generacion debia arrastrar á Luis XVI al patíbulo y divinizar á Voltaire.

Verificóse entonces en él una evidente transformacion, siendo indudable la causa, que no fue otra sino la emulacion y la confianza que le inspiraron entendimientos mas jóvenes. La prueba se ve en sus escritos y ademas en la impresion que produjo en sus contemporáneos. Diderot nos ha dejado en sus cartas un fiel espejo de sus sentimientos. Antes del año 1760 no amaba á Voltaire; al contrario, sentia hácia él cierto desprecio. Entonces escribió: «Habíame propuesto, en verdad, no escribir á ese triste y estraordinario *hijo de las Delicias*... Pero se quejó amargamente de mi silencio á Grimm, diciendo que era por lo menos un deber de política dar gracias á su abogado. Pero ¿quién diablos le ha suplicado que defienda mi causa? Querida amiga, á ese hombre no se le puede tocar á un cabello sin que arroje altos gritos. Lleva mas de sesenta años de autor, y autor célebre, y aun no se ha acostumbrado á sufrir, ni se acostumbrará jamás. El porvenir no le corregirá, y hasta que la vida le abandone estará esperando la suerte favorable (1).» Esto no quiere decir que Diderot no sintiese desde entonces toda la grandeza de Voltaire, pues en aquel mismo tiempo escribia: «Es preciso nos conserve una vida que miro como la mas preciosa para el universo. Reyes, soberanos, jueces y ministros abundan siempre; pero se necesitan siglos para producir un hombre como él (2).» Y poco despues: «Es Voltaire quien escribe en favor de esa desgraciada familia de los Calas. ¡Qué hermoso uso del ingenio, mi querida amiga! Se necesita que ese hombre tenga mucho corazon y mucha sensibilidad, para sentirse hasta tal punto indignado contra la injusticia y atraido por la virtud. ¿Qué relacion existe entre él y los Calas? ¿Qué es lo que le interesa por ellos? ¿Qué motivo le induce á suspender las obras de su ingenio para ocuparse en su defensa? (3) Si Cristo existiese, os aseguro que Voltaire se salvaria (4).»

¡*Si Cristo existiese, Voltaire se salvaria*! Grandes y hermosas palabras, que la posteridad confirmará, reconciliando al Divino maestro del Evangelio y al destructor de la supersticion.

Antes de concluir haremos unas breves reflexiones sobre el anatema lanzado por De Maistre contra Voltaire, en nombre de la religion y de Dios. No es lícito aislar á un hombre de su época y de los hombres entre quienes vivió, y juzgarle sin consideracion al tiempo anterior á él y al subsiguiente. ¿Qué es Voltaire? ¿Qué parte tuvo en el desarrollo de la humanidad? ¿Cuál es su verdadero carácter? En el fondo Voltaire no es iniciador del porvenir, sino un crítico de lo pasado; no fundó, sino que destru-

(1) *Memorias*, año de 1760.
(2) Id.
(3) Voltaire respondia al señor de Argental, que le pedia la tragedia de la *Olimpiada* para el teatro francés: «No espereis »os envie ninguna tragedia, mientras no se concluya la de Tolosa» (donde se juzgaba la causa de los Calas)
(4) *Memorias*, 1762.

yó; pudiera llamársele el *antecristo fatal*. ¿Cómo se hubiera establecido el cristianismo, si tres siglos antes de Cristo no hubiesen los filósofos empezado á socavar por sus cimientos el politeismo, la estrecha ciudad griega ó romana, las leyes y las costumbres? ¿Creeis que los sacerdotes omnipotentes de Júpiter y Venus hubieran dejado ocupar el puesto de sus ídolos al hijo de Dios? ¿Creeis que Caton hubiera visto gustoso á sus esclavos, á quienes azotaba, participar con él de la cena eucarística? Voltaire pensó poder ser en el siglo XVIII el patrocinador del género humano, que ansiaba romper sus cadenas.

Para ser justo con Voltaire conviene no ir contra la corriente de los siglos, sino creer al porvenir tan fecundo como lo pasado. ¿Era necesaria la obra de la destruccion de lo pasado, que Voltaire emprendió despues de otros que le precedieron en la carrera? Preguntadlo á la naturaleza, que ha unido con lazo indisoluble la nueva vida á la muerte; preguntadlo á Dios mismo, autor de la ley que se revela en la existencia, tanto de la humanidad entera, como de cada una de las criaturas, esto es, destruir para llegar á una nueva vida, destruir para revivir. Solo se debe, pues, preguntar á Voltaire si contenia en sí el gérmen de la nueva vida. ¿Con qué destruyó? ¿Destruia virtualmente para reconstruir? Tal es la verdadera pregunta que debe hacerse.

Algunos admiradores de Voltaire han constituido de la nada su gloria, porque á sus ojos ninguna cosa escede en hermosura á la nada. Segun ellos, lo sublime consiste en no tener en el corazon fe, esperanza ni caridad; y tal, en su opinion, fue Voltaire. ¡Insensatos! no comprenden á su héroe. A su vez, los defensores pertinaces de lo pasado, se han atenido á la porcion necesaria de escepticismo que habia en Voltaire, para no ver en él mas que un empedernido escéptico. Escéptico fue, no cabe duda, pero religioso, pues que fue deista. Su doble mision consistió en destruir y preparar: escéptico para destruir, deista para preparar.

Cuando llega el invierno, los árboles se despojan, caen las hojas y se marchitan, los frutos han desaparecido, y parece que la naturaleza no se ha visto nunca adornada de flores. La tierra, cubierta de nieve, oculta en su seno las semillas que le devolverán su hermosura, y le darán nuevas flores y frutos nuevos. Tal es el invierno de la humanidad. Esta tierra fria y cubierta de nieve, encierra sin embargo el gérmen de una nueva cosecha: ¿sabeis cuál será?

Encyclopédie nouvelle.

NUM. XXXI.

ROUSSEAU.

(1712—1778).

Desiderio Rousseau, librero parisiense, huyendo de las persecuciones religiosas, se trasladó en 1529 con su familia á Ginebra, donde entró en clase de ciudadano. De Isaac, su descendiente, y de la hija del ministro Bernard, nacieron dos hijos : uno de ellos, apenas salió de la infancia, huyó, sin que se volviese á saber mas de él; el otro, Juan Jacobo, costó al nacer la vida á su madre, y sobrevivió á fuerza de cuidados. Pero hasta los cuarenta años el futuro autor del *Emilio* y de la *Nueva Eloisa* vegetaba ignorado, juguete de una incierta fortuna y de su propia inquietud. Habiéndose quedado huérfano, á consecuencia de un lance de honor que obligó á su padre á espatriarse, entró de aprendiz de un grabador, hombre duro é ignorante, que le trataba mal, y le volvia estúpido. Huyó, pues, de su lado, y se encontró á los diez y seis años sin familia, patria ni asilo. Una favorable casualidad le proporcionó la asistencia de una amable patrona, la jóven baronesa de Warens. Llevado al hospicio de los Catecúmenos en Turin, abjuró la religion protestante. A su salida de allí, luchó con la miseria y fue, ora palafrenero de la condesa de Vercelli, ora criado del conde de Gonvon, hasta que volvió á los brazos de su protectora, la cual, conmovida al ver su mala suerte y su juventud, le concedió un asilo en su casa. Ensayó sucesivamente varias carreras; estudió en el seminario, trabajó en el catastro, enseñó música sin saberla todavía, y arrastró asi una inconstante vida de Annecy á Friburgo; de Friburgo á Lausana; de Lausana á Neufchatel; de Neufchatel á Berna y á Soleura; de Soleura á París; de París á Chambery; y atraido siempre por su corazon hácia Mad. de Warens, de la cual no se separaba sino para reunirse pronto con ella. Asi trascurrió sin gloria, pero no sin errores, su juventud, ó mejor dicho, su larga infancia. Tal era la vida del hombre singular, que debia asombrar al mundo entero.

A los veinticuatro años, atacado de una enfermedad que se creyó mortal, fué á convalecer, en compañía de Mad. de Warens, á un sitio pacífico y solitario, y allí se consagró á los estudios con mayor empeño del que habia mostrado hasta entonces, atesorando conocimientos y aprendiendo á reflexionar sobre sus deberes. Vivió en aquel retiro muchos años, y solo deseaba pasar toda su vida junto á Mad. de Warens, que era para él mas que una amiga. Desgraciadamente una ausencia de algunos meses la entibió algo respecto á Juan Jacobo, y este no pudo resolverse á dividir con otro un corazon que antes habia poseido sin rival; renunciando, pues, á toda esperanza de felicidad, aceptó el cargo de maestro en Lyon, en casa del señor de Mably.

No tardó en convencerse de que no era propio para tal ocupacion, y despues de un año de prueba, volvió á su querida soledad, en busca de una dicha que no encontraba; pero desengañado entonces del todo, pensó en crearse un estado independiente. Sabia música; en sus estudios habia llegado á inventar un nuevo sistema de notas musicales; apresuróse á darle la última mano; y provisto de algunas recomendaciones, marchó á París y presentó su trabajo á la academia de ciencias.

Pocos y estériles elógios fueron el único resultado por entonces. Frustrándosele tambien esta tentativa, consintió en seguir, como secretario, al conde de Montaigu, embajador en Venecia, pero la estraña índole y el compartamiento villano del embajador le condujeron nuevamente á Francia, donde trató otra vez de vivir de su ingenio. Introducido en casa de Mad. Dupin, que recibia á la flor de los literatos, se relacionó con algunos. Sin embargo, el éxito no correspondia aun á sus esfuerzos : la ópera de las *Musas galantes*, cuya letra y música habia compuesto, no pudo representarse ; las *Fiestas de Ramiro*, composicion de Voltaire y Rameau, que tuvo encargo de arreglar para el matrimonio del Delfin, consiguió solo un éxito infructuoso; los artículos que escribió para la *Enciclopedia* le produjeron poco. Entre tanto corria el tiempo; Rousseau habia cumplido ya treinta años, y desanimado por tantas pruebas inútiles, se habia colocado en casa de Mad. Dupin, en el humilde empleo de secretario, con 800 ó 900 francos de sueldo, cuando en 1750 la academia de Dijon abrió concurso público, proponiendo esta singular cuestion : ¿La introduccion de las ciencias y las artes ha contribuido á corromper ó á depurar las costumbres?

Habiendo ido á visitar á la torre de Vincennes á su amigo Diderot, preso por algunas atrevidas proposiciones literarias, Rousseau, hojeando un número del *Mercurio*, reparó en aquel programa, que le causó una impresion vehemen-

te. «Sintióse de golpe deslumbrado por mil luces; multitud de ideas le asaltaron á un tiempo, con una fuerza y confusion indescriptibles; esperimentó un aturdimiento, parecido á la embriaguez; el corazon le latió con violencia. Pudiendo apenas respirar, se dejó caer bajo uno de los árboles del camino, y pasó allí media hora en tal agitacion que, cuando se levantó, halló toda la parte superior del vestido empapada en lágrimas, sin advertir que las habia derramado.» Diderot, á quien confió la causa de aquella turbacion, le animó á presentarse al concurso, y entreviendo la opinion de su amigo sobre el tema propuesto, le dijo estas notables palabras: «El partido que eligireis será distinto del que abrazaria otro cualquiera.» Y acertaba; porque ya Rousseau pronunciaba en sus adentros la sentencia condenatoria de las artes y las ciencias, y cediendo á aquella viva inspiracion, escribió y obtuvo el premio.

Desde entonces principió la vida de Rousseau para la posteridad.

Apenas se supo el juicio de la academia, y la obra que habia sido coronada, cuando surgió un grande escándalo en el mundo literario: no se trataba sino de ver quién se encargaria de la defensa de las letras y las ciencias ultrajadas. Rousseau con el hervor del primer triunfo, hizo frente á todos sus adversarios, y en aquella polémica su entendimiento adquirió mayor solidez. El discurso en el fondo, no era mas que una ampulosa amplificacion de retórico, cuyo estilo, rico en pasiones é imágenes, pero á menudo vago y declamatorio, revelaba á cada instante la poca esperiencia del escritor. Defendiéndose contra sus críticos, el autor aprendió á escribir de una manera mas firme. La respuesta á Gautier, académico de Nancy, fue apreciada como un modelo de burla; pero, contando á poco á un rey entre sus opositores, tuvo que adoptar un estilo mas grave. Estanislao refutó aquel discurso, y fue á su vez refutado con respetuosa dignidad, que honraba al monarca sin degradar al ciudadano. Los amigos de Rousseau temblablan al ver su atrevimiento; pero él no se propasó en lo mas mínimo con tan noble adversario, y la lealtad del príncipe justificó la confianza del escritor.

Rousseau, al principio, no veia en el uso de sus talentos mas que un medio de subsistencia; pero considerando mejor el temple de su ingénio, se creyó llamado á ejercer una mision mas augusta, la de decir la verdad á los hombres; y apoyado en su sinceridad, en su valor, concibió desde entonces el voto tan célebre: *Vitam impendere vero.* Convertido en otro hombre, su alma se engrandeció, sus principios se consolidaron. Para sacrificar solo á la verdad, convenia ponerse al abrigo de los golpes de la fortuna y de la opinion, y Rousseau resolvió divorciarse de la opinion y de la fortuna. Semejante designio, al mismo tiempo que libertaba de trabas su conciencia, halagaba la pereza y la timidez que le eran naturales. Introducido en las grandes reuniones, mas por el acaso que por atractivo que para él tuviesen, Rousseau sentia hácia ellas repugnancia, ignorando su lenguaje y usos, y aborreciendo su aparato y molestias. Animóle el triunfo obtenido, hasta el punto de sacudir el yugo de las preocupaciones y de las prácticas sociales, cuya tiranía le exageraba su inquieta irritabilidad; y exento de ambicion, contento con su pobreza voluntaria, se consagró á la paz y á sus nuevos deberes. Pronto formó su plan: redujo los gastos domésticos, dejó un empleo lucrativo que desempeñaba en casa de un arrendador, juró no recibir ningun presente, á no ser de la mas íntima amistad; y no queriendo depender de su ingenio, por temor de que su ingenio dependiese á su vez de la fortuna y de los hombres, para ganar el sustento se hizo copista de música. Las primeras personas á quienes comunicó su proyecto, le creyeron loco; en seguida le calificaron de singular; y por último todos le admiraron. En las reuniones no se hahablaba sino de «un filósofo, que para vivir independiente habia dejado el escritorio de un arrendador general, y habitaba en un quinto piso copiando música á seis sueldos la hoja.»

El *Adivino de la aldea* le concibió el favor público de un modo estraordinario. Esta opera pastoril, débil respecto al estilo, pero sencilla y graciosa, halagó los oidos franceses, cansados á la sazon de la fatigosa salmodia de la antigua ópera. Se representó por la primera vez en el teatro de la Córte; y Juan Jacobo, entonces en todo el fervor de sus nuevos principios, asistió con traje descuidado, barba larga y peluca en desórden. Semejante rareza no indispuso los ánimos; quizá les pareció ver algo de singular en aquel contraste de una imaginacion fresca y tierna, oculta bajo un esterior inculto y salvaje. De él solo dependia ser presentado al rey y alcanzar una pension; pero, fiel á sus máximas, desdeñó ambos favores. Por el mismo tiempo se representó en el teatro francés *Narciso*, pieza compuesta en su primera juventud; pero su éxito fue menos feliz que el del *Adivino*. Rousseau, que durante los ensayos habia conservado el mas rigoroso anónimo, al salir del teatro se declaró públicamente autor de la obra mal recibida por el público. Esta confesion, efecto de un amor propio bien entendido, se celebró como un acto de valor, y *Narciso* salió á luz con un prólogo, en que se entreveian ya las opiniones filosóficas de Juan Jacobo.

Presentósele luego ocasion para desarrollarlas con mas amplitud cuando la academia de Dijon abrió nuevo concurso «sobre el orígen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres.» Hasta entonces no se habia propuesto cuestion mas sublime á la meditacion de los filósofos. Inflamó la vena de Rousseau, que descendió de nuevo á la palestra. Esta vez entraba en ella armado de punta en blanco; pero, aunque el discurso *Sobre la desigualdad*, es muy superior en ideas y estilo al de las ciencias, no halló igual fortuna. Habiendo sido tan criticado su primer juicio, la academia temió comprometerse, premiando una nueva paradoja. El discurso de Rousseau fue, pues, desechado, y se adjudicó el premio al del abate Talbert, que hoy nadie conoce.

La fama de Rousseau crecia diariamente; pero le imposibilitaba de llevar á cabo sus designios.

Las distracciones, las importunidades llovian sobre él aunque las rechazaba de mala manera; cuanto mas ganaba en reputacion, mas perdia en independencia y tranquilidad. Estos contrastes que se renovaban de continuo, le hicieron aborrecer la mansion en París, y volvió á Ginebra, donde le llamaban varios afectos y los recuerdos de la infancia.

Su patria le acogió con los honores debidos á un ciudadano que la habia ilustrado. Durante su residencia allí, feliz con respirar en aquel suelo, rodeado de homenajes y de benevolencia, errante á orillas del hermoso lago, embriagó su alma de amor patrio y de libertad. Poco faltó para que se decidiese á fijarse el resto de su vida en su país natal; volvió á profesar el culto de sus padres, y fue restablecido en los derechos de ciudadano. Asi, cuando imprimió, de regreso á Francia, el discurso *Sobre la desigualdad*, se denominó ciudadano de Ginebra. Su intencion era entonces volver á finalizar allí sus dias en el seno de la paz y de la amistad; pero la suerte decidió otra cosa.

Entre los amigos que Rousseau contaba en Francia, se distinguia por la gracias de su ingenio y la amenidad de su índole madama de Epinay, mujer de un arrendador general. Poco distante de la quinta que poseia su marido en los alrededores de Montmorency, habia un sitio campestre y apartado, al que se daba por su posicion el nombre de *Ermita*. Habiéndole conducido un dia allí su amigo, Rousseau quedó prendado del sitio; y cuando volvió al poco tiempo, fue grande su sorpresa y conmocion al encontrar una nueva habitacion que madama de Epinay habia mandado construir para él: «Aquí teneis le dijo) vuestro asilo; os ha gustado, y la amistad os lo ofrece.» Vencido por tanto afecto y delicadeza, Rousseau renunció á volver á su patria y no pensó mas que en irse á habitar la Ermita. En el mundo se rieron de su determinacion; pero él siguió firme en su propósito, y sin especar la primavera, corrió á su nuevo asilo. Creia hallar su felicidad ¡desgraciado! y no sabia el maligno influjo que llevaba consigo.

A su vuelta de Venecia habia conocido Rousseau á una jóven modista; y necesitando su corazon y sus sentidos una compañera, depositó en esta un afecto que creyó sinceramente correspondido. Los fáciles favores de la jóven le parecieron prenda de un sincero amor; y en la sencillez de una alma inculta se figuró ver la ingenuidad de un corazon sin artificio. Llegando á ser ama de llaves y amiga de Rousseau, Teresa Levasseur adquirió sobre él aquella preponderancia que las personas de cortos alcances ejercen casi siempre en la vida doméstica sobre las almas privilegiadas. Los amigos de Rousseau se disgustaban en vista de aquel indigno lazo; y previendo demasiado la especie de sortilegio que Teresa ejerceria sobre él en aquella soledad, trataron de envenenar la fuente de donde emanaba. Comprendió ella sus designios, y decidió ponerlos á mal con su amo: sus informes y hábiles manejos se enseñorearon pronto de aquella alma impetuosa, haciendo germinar en ella las desconfianzas que tan cruelmente atormentaron los últimos dias del infeliz Juan Jacobo.

Los primeros momentos de su residencia en la Ermita trascurrieron para él en una envidiable calma. En medio de los bosques, solo con la naturaleza, se sumergia á su gusto en dulces éxtasis; y disfrutaba con delicia de aquella vida interior y contemplativa que forma el encanto de las imaginaciones sensibles. En sus largos paseos evocaba, bajo un cielo hermoso y rodeado del silencio de los bosques, las divinas imágenes de *Clara* y de *Julia*; registraba ya en su fantasía las encantadas páginas de la *Eloisa*. Entre él y madama de Epinay reinaba la mas amable confianza; á porfía le felicitaban por un lado los amorosos cuidados, las finas atenciones de la amistad delicada; por el otro, la viva efusion de la amistad tierna y agradecida; pero, tan dulces y caras relaciones fueron ¡ay! demasiado pronto turbadas.

Grimm, á quien Rousseau creia su amigo, entró en relaciones amorosas con madama de Epinay; y esta, dominada por un hombre envidioso de la celebridad de Juan Jacobo, sintió quizá entibiarse el afecto que á este profesaba. Por su parte Rousseau, á quien los años, los padecimientos y los severos principios hubieran debido preservar de una loca pasion, se enamoró de madama de Houdetot, cuñada de madama de Epinay, aunque sabia que esta amaba ciegamente á Saint-Lambert. Esta debilidad, que tuvo la imprudencia de dejar entrever, y que le espuso por algun tiempo á la censura de las personas austeras y á las habladurías del vulgo, disminuyó su afecto á madama de Epinay. Hasta se atrevió á acusarla, fundándose en los asertos poco verídicos de Teresa, de traiciones probablemente imaginarias; de donde resultaron sinsabores, quejas, arreglos. Madama de Epinay, queriendo ocultar á su marido las pruebas demasiado visibles del cariño que tenia á Grimm, decidió ir á Ginebra con objeto de consultar á Tronchin, é invitó á Rousseau para que la acompañase. La invitacion era injuriosa por mas de un concepto; negóse Rousseau, insistió ella, los ánimos se acaloraron; aquel escribió una estravagante carta á Grimm; Grimm aprovechó la oportunidad para fingirse irritado; clamó contra el ingrato, y rompió con él ruidosamente, acompañándole en sus quejas madama de Epinay. Rousseau, que con una palabra hubiera podido justificarse, prefirió soportar la calumnia en silencio, mas bien que revelar los secretos de su antigua amiga: abandonó la Ermita, donde habia residido casi dos años; y dejando que sus enemigos le destrozasen á su sabor, se retiró, sin responder una palabra, á Mont-Louis en las cercanías de Montmorency. Este inesperado accidente, que le hirió en lo mas vivo, aumentó su natural desconfianza, y con Diderot rompió para siempre, sin mas motivo que alguna falta de consideracion que tomó por perfidia.

En aquel retiro escribió á d'Alembert *sobre los espectáculos*; y concluyó el *Proyecto de paz perpetua*, la *Eloisa*, el *Emilio* y el *Contrato* social. La carta á d'Alembert metió mucho ruido; y mas satisfactorio fue aun el éxito de la

Eloisa. En especial las mujeres se prendaron del libro y del autor: su imaginacion vivamente conmovida creia ver á Juan Jacobo en Saint-Preux; ilusion favorable de que se aprovechó Rousseau, sin acreditarla ni desmentirla. El *Emilio*, que consideraba como su *mejor y mas estimable* obra, fue la causa de su ruina, sirviendo la amistad de involuntario instrumento.

El modesto asilo donde Rousseau vivia estaba próximo al castillo de Montmorency, residencia del mariscal de Luxemburgo durante la primavera. Este amable y buen señor quiso visitar al ilustre solitario, y le indujo á fuerza de halagos á que frecuentase su casa. Juan Jacobo, acogido y obsequiado en el castillo, no tardó en estrechar relaciones con toda la familia, á pesar de su mal humor contra los grandes. Allí conoció al príncipe de Conty, á la condesa de Boufflers, al virtuoso Malesherbes, entonces presidente de la censura. Madama de Luxemburgo, al ver á Juan Jacobo, víctima siempre de su desinterés en los contratos con los libreros, quiso encargarse de la edicion del *Emilio*. Rousseau dudaba de que la obra pudiese imprimirse en Francia, y espuso sus razones; pero la mediacion de Malesherbes destruyó toda dificultad. ¿Y qué podia temer un libro publicado bajo los dobles auspicios de un mariscal de Francia y del director de la censura? Rousseau, confiando en tales seguridades, entregó el manuscrito, y el *Emilio* vió la luz; pero, apenas trascurrieron algunos dias, cuando el libro fue proscrito, se amenazó al autor con encerrarle en la cárcel, y Juan Jacobo tuvo que abandonar apresuradamente el territorio francés.

Por aquel tiempo fueron suprimidos los jesuitas, y el parlamento que los habia condenado, temia, protegiendo á los filósofos, que se le acusase de incredulidad. Rousseau fue el primero que esperimentó los efectos de aquella política. Hubiera podido defenderse manifestando la verdad del hecho; pero como esto habria comprometido á Malesherbes y á madama de Luxemburgo, se sacrificó por la amistad y consintió en alejarse. Al borde de la tumba, en el instante en que, libre de sí mismo, trataba de dejar la pluma para siempre y concluir en paz los pocos dias que le quedaban, Juan Jacobo se vió á su pesar lanzado otra vez á las tempestades de la vida.

Ginebra, á quien él habia colmado de honor, hubiera debido tenderle los brazos y ofrecerle á lo menos un asilo; pero Ginebra estaba bajo la influenza del ministerio francés, y la aristocracia ginebrina no habia perdonado á Rouseau sus principios populares, y la negativa de dedicar al consejo el discurso *Sobre la desigualdad*. El consejo no esperó á ver el libro para condenarlo; sino que anatematizó á Rousseau con solo la requisitoria de Joly de Fleury. El senado de Berna, imitando al consejo ginebrino, espulsó tambien de su territorio á Juan Jacobo. Rechazado de todas partes, se refugió por último en las tierras de Neufchatel, pequeño Estado independiente bajo la proteccion de la Prusia. El fanatismo queria perseguirle aun allí; pero el gobernador le impidió descargar sus crueles tiros.

Lord Keith, antiguo mariscal de Escocia, unia á algunas rarezas de carácter, las cualidades de un alma recta y generosa. Salió de su país natal por cuestiones políticas, y habiéndole acogido Federico, que le estimaba, descansaba en el dulce gobierno de Neufchatel de las fatigas de una agitada vida. Rousseau se presentó á él, y desde la primera entrevista, estos dos hombres se sintieron atraidos mútuamente, no tardando en ser amigos. Keith, poco semejante á los demás hombres, conoció al momento la índole de Juan Jacobo, que pocos sabian comprender; apreció su desinterés, respetó su natural reserva, y toleró sus rarezas; Juan Jacobo, que rehusaba todos los regalos, no rehusó la pequeña pension que le asignó el lord mariscal, á quien llamaba padre; á su vez el anciano lord le llamaba su *hijo el salvaje*, y añadia con gracia: «En verdad, tenemos poco que envidiarnos.»

Tranquilo en la aldea de Moutiers, en la pendiente de un profundo valle, envuelto en un traje armenio, á propósito para sus achaques, Rousseau no deseaba mas que el olvido. El estudio de la botánica le servia de entretenimiento durante el dia, recreándole en sus paseos solitarios. Pero, los gritos de la persecucion llegaron hasta allí: el escrito de la Sorbona turbó sus ócios y el despacho del arzobispo de Paris obtuvo una respuesta.

Habian pasado diez meses, y ninguna voz habia protestado en Ginebra contra el decreto del consejo. Obligado á administrarse justicia por sí mismo, Juan Jacobo renunció solemnemente el título de ciudadano. En vista de este acto de justa cólera, con que echaba en cara noblemente á la ingrata patria la gloria que habia esparcido sobre ella, Ginebra despertó; se hicieron varias peticiones, al consejo; pero Rousseau, creyéndolas ya tardías, trató de prevenirlas, y no queriendo servir de obstáculo á la paz, juró no volver á entrar en Ginebra aunque le llamasen sus conciudadanos. Sin embargo, los memoriales continuaron; Tronchin, procurador general, respondió con destreza en sus cartas escritas desde el *Campo*. Rousseau, en contestacion, publicó las suyas escritas desde la *Montaña*, donde probó la injusticia de sus perseguidores y la ilegalidad del decreto; y llevando mas lejos sus pesquisas, descubrió las miras ambiciosas de la aristocracia ginebrina. Entonces el resentimiento llegó al colmo: la Suiza resonó con declamaciones: Montmillon, pastor de Moutiers, que poco antes habia admitido á Juan Jacobo á la comunion, se puso al frente de sus enemigos, y sublevó contra él al populacho. Casualmente por aquel tiempo marchó el mariscal á Berlin, y desde entonces la persecucion no tuvo límites. Amenazado de dia, atacado por la noche á pedradas en su misma casa, Rousseau se vió en la precision de ceder á la tormenta. Pasó á la isla de San Pedro, amena soledad en medio del lago de Bienne; pero, cuando se recreaba con la perspectiva de aquel risueño asilo, recibió la órden de dejar sus costas.

El autor del *Emilio* se veia, por lo tanto, sin tener tierra en que fijar el pié. Cansado de andar

de destierro en destierro, pidió inútilmente el favor de una cárcel perpétua. Obligado á buscar un nuevo asilo, corrió á Berlin en busca del mariscal. En Estraburgo le acogieron con trasporte, y descansaba tranquilo en aquel suelo hospitalario, cuando, á instigacion de sus amigos de Francia, resolvió visitar á Inglaterra, donde el famoso historiador David Hume le prometia una suerte pacífica y la proteccion del gobierno. Consigue el permiso de atravesar por Francia, llega á París, se hospeda en casa del príncipe de Conty, el cual considera meritorio recibir en triunfo al ilustre degraciado; y á los pocos dias, deseoso de librarse de las miradas del público, se apresura á marchar á Inglaterra.

Allí todo parece sonreirle; se le acoge perfectamente; el heredero del trono va á visitarle; su nuevo huésped le colma de atenciones, le proporciona en el campo una habitacion agradable y tranquila, le consigue una pension del gobierno. ¿Qué le faltaba para ser feliz? ¡Ah! Rousseau no era ya capaz de gustar la felicidad. Le hemos visto de vez en cuando víctima de un natural inquieto y receloso; no sabiendo si atribuirlo á disposicion ingénita, ó á algun accidente de la primera juventud que desarreglase su temple moral. Los frecuentes engaños que debió sufrir en el trato de los hombres aquella alma acostumbrada á un mundo ideal, la astucia de Teresa que, para mejor dominarle, le separaba de todos, los fantasmas de la Soledad, las intrigas de la Ermita, fortificaron aquella inclinacion, que poco á poco degeneró en una verdadera afeccion mental. Los primeros síntomas de su monomanía se manifestaron con estravagantes temores cuando se estaba imprimiendo el *Emilio*; la persecucion le irritó; el lúgubre cielo de Inglaterra contribuyó á exasperarle enteramente. Apenas llegó á Lóndres, Hume era casi un dios para Juan Jacobo; seis meses despues, se habia convertido en un detestable bribon que le habia arrastrado á Inglaterra para infamarle. Sus relaciones con los enemigos de Rousseau despiertan las sospechas del supersticioso viajero: mil pequeños accidentes interpretados por su imaginacion enferma, una mirada de Hume, una palabra dicha en sueños, se cambian pronto para él en certeza. El desventurado se contempla blanco de una vasta trama urdida para cubrirle de infamia y hacerle execrable en la memoria de los hombres. Grimm es el inventor; Voltaire, Tronchin, el duque de Choiseul, los cómplices; Hume el principal instrumento. Desde entonces corta con este toda correspondencia; renuncia la pension que un traidor le habia proporcionado. Hume atónito pide una satisfaccion, y recibe en respuesta un escrito acusándole que no contaba menos de cuarenta páginas. No obstante la locura que revelaba su contenido, Hume no ve en él sino la mas negra ingratitud. Una noche, varios comensales que se reunian en París en casa del baron de Holbach, se quedaron asombrados al oir las primeras palabras de una carta de Hume: *Rousseau es un malvado*. Hume tuvo la debilidad de responder públicamente en una sucinta esposicion, que tradujeron y comentaron Suard y d'Alembert, á las acusaciones confidenciales de Rousseau. Quién tomó partido por uno y quién por el otro; se puso el grito en el cielo, y parecia como si hubiese estallado una guerra entre dos potentados. Entre tanto Juan Jacobo, tranquilo en Wootton, estudiaba Botánica, y se divertia en escribir las memorias de su vida.

De repente, atacado de un nuevo acceso, se cree prisionero en Inglaterra, y teme que quieran entretenerle allí para cargarle de oprobio. A tal idea se enfurece; arroja á las llamas las notas dispuestas para una nueva edicion del *Emilio*; sale á pié de su casa, sin avisar á nadie; atraviesa los caminos de Inglaterra; corre en pocos dias enormes distancias; escribe á los ministros cartas insensatas. Cuando llega á Dover, arenga en francés á la asombrada multitud. En fin, admirado de que no se le impida embarcarse, pasa el canal de la Mancha, y no torna en sí hasta pisar el territorio francés. De Calais se traslada á Amiens; de aquí á Fleury, junto al padre del célebre Mirabeau; de Fleury al castillo de Trye, donde el príncipe de Conti le ofrece hospitalidad; de Trye á Bourgoin en el Delfinado. Aquí, en presencia de dos testigos, con toda la sencillez *de la naturaleza*, da por último á su compañera el título de esposa. Acogido en todas partes con benevolencia y trasporte, no ve sino odio, burla é insulto; donde quiera provoca escenas ridículas, enteramente nuevas é incomprensibles para los que se le acercan, porque, fuera de aquella triste manía, su entendimiento conservaba aun fuerza y perspicacia, y su alma nobleza y bondad. Al mismo tiempo ávido é incapaz de reposo, concibe mil proyectos tan pronto formados como destruidos; piensa volver á Inglaterra, pasar á Grecia, visitar á Chambery; pero cambiando de repente de idea, esclama: «¡Oh! no hablemos de Chambery; no soy llamado allí. El honor y el deber hablan, y no escucho mas voz que la suya.»

Perseguido siempre por el fantasma de una conjuracion contra su honor, Rousseau queria apelar á un nuevo recurso de triunfo. Trazar con toda la sinceridad del corazon el cuadro de la vida pasada, de sus sentimientos, de su índole; volver á entrar en la sociedad con sus *Confesiones* en la mano, multiplicar su lectura; citar severamente á sus acusadores á esplicarse; á obtener de este modo la manifestacion de los delitos que se le imputaban, y que una generacion conjurada contra él se obstinaba en ocultarle de un modo solemne; tal es el plan que en su delirio se proponia. Con tal pensamiento parte y llega á París. Aun subsistia el decreto del parlamento; pero la opinion cubria al acusado con su poderosa egida y nadie pensó en turbar su sosiego. Su vuelta despertó la mas viva emocion. Continuando con provecho su antiguo oficio de copista, frecuentó las reuniones; y en los primeros momentos se presentó en ellas con una facilidad de modales y una amenidad enteramente nuevas, solo de tarde en tarde interrumpidas por algunos accesos de capricho é irritabilidad. Se escucharon con avidez las repetidas lecturas de sus *Confesiones*; pero en breve, á instancias de madama de Epinay, la censura prohibió circulasen los ejemplares.

Engañado hasta en su última esperanza, volvió poco á poco á la vida solitaria, no queriendo oir hablar de correspondencia ni de visitas. Sin embargo antes de consumar su nuevo divorcio del mundo, habia ilustrado con mas de un triunfo aquellos últimos momentos. Cediendo á las instancias del polaco Wielhorski, espuso en un estilo libre algunas elocuentes *consideraciones* sobre el gobierno de la Polonia; y mas adelante el drama lírico *Pigmalion*, representado en la escena francesa, renovó los aplausos del *Adivino*.

En los últimos años de su vida, fuera efecto de la edad, fuera el fastidio de la mansion en París ó la escasez de medios de subsistencia, su natural tomó cada vez un aspecto mas lúgubre; sobre un papel, único confidente de sus pensamientos, estendió las dolorosas *Fantasías de un solitario*; y en tres diálogos, monumento de la mas triste aberracion, constituyó á Roussea juez de Juan Jacobo. Intentó depositar en el altar mayor de la iglesia de la Vírgen aquella estraña apelacion contra una opresion imaginaria. Sordo á las ofertas de muchos admiradores que se disputaban el honor de darle un asilo, mendigó el favor de ser admitido en un hospital con su mujer; y en los billetes que distribuyó al público, imploraba de la piedad de los transeuntes la *limosna de un poco de afecto y de justicia*.

Seis semanas antes de morir aceptó Rousseau por último un asilo en casa de madama de Girardin, señora de la hermosa posesion de Ermenonville. La amenidad de los campos, la amabilidad de sus huéspedes, la ingénua alegría de los niños de estos, parecian haber refrescado su sangre y esparcido alguna calma en aquel agitado espíritu: empezaba á revivir, cuando en la mañana del 3 de julio de 1778 un ataque de apoplegía le arebató de improviso á las esperanzas de la amistad. Murió pidiendo que se le permitiese ver por la última vez el sol y el verdor de los campos. Treinta y cuatro dias antes habia bajado Voltaire al sepulcro.

Roussea tenia sesenta y seis años cuando murió. Muchos han creido que, cansado de padecer se libró por sí mismo del peso de la vida; pero esta opinion, fundada en simples indicios, parece desmentida por pruebas incontrastables.

Ermenonville recogió sus mortales despojos; alzóse un modesto monumento á su memoria en la isla de los Alamos; y mas adelante sus cenizas fueron trasladadas al Panteon. El 31 de diciembre de 1790 la asamblea Constituyente, á instancia de Mirabeau, habia decretado ya levantar á Rousseau una estátua y asignado una pension á su viuda. Cuando en 1814 la Francia fue invadida por el estranjero, la memoria de Rousseau protegió los lugares en que habia habitado, y el soldado respetó la aldea de Ermenonville, como el victorioso Alejandro habia respetado la casa de Píndaro.

La mujer que Juan Jacobo habia tomado por esposa, no tardó en renunciar á su noble viudez. A los cincuenta y cinco años, se enamoró de un palafrenero, y arrojada de la quinta de Ermenonville, despues de haber consumido la herencia literaria de su esposo y los donativos de la asamblea Constituyente, arrastró en la miseria una vejez despreciada, y murió en 1801 en Plessis-Belleville, contando ochenta años de edad.

Ningun hombre ha sido juzgado de mas diferentes modos que Juan Jacobo Rousseau. Los errores de su juventud, la rareza de su carácter, el estravío de su razon en sus últimos dias, han dado pié para las imputaciones de sus enemigos, suscitándole odios que el tiempo no ha estinguido aun, y que una falta grave é inescusable pareció justificar. Lo que mas resalta en su vida, es el fenómeno sublime del rescate moral de sí mismo, debido á la energía de su voluntad, y que de un alma largo tiempo vulgar y frágil formó, á los cuarenta años, un alma nueva, superior á la fortuna, idólatra de la belleza moral, y que llevaba hasta el mas alto grado el culto del deber y de la justicia. La posteridad imparcial debe juzgar á Rousseau desde aquel instante. Libre entonces de la influencia de la primera educacion y del siglo, se presenta á nuestra vista con todas sus cualidades buenas y malas; irritable, supersticioso, estravagante, novelesco en las ideas; violento, impetuoso en los afectos y en las máximas; inhábil por esceso de sensibilidad para conversar con los hombres; pero al mismo tiempo, generoso, sincero, desinteresado, magnánimo. Tuvo muchos enemigos; y sin embargo, no se encontrará en sus obras, ni aun en la correspondencia mas confidencial, una línea dictada por el odio. Se vengó de Palissot consiguiendo se le perdonase, y de Voltaire suscribiéndose á su estátua. Se le vió siempre huraño con los grandes y atento con los humildes; á pesar de su pobreza, se negó á admitir pensiones y fue caritativo. Todos los que le conocieron, tributaron homenaje á la bondad de su corazon, á la sencillez de sus costumbres; y donde quiera que habitó, el pueblo honró su memoria como sagrada.

Entre todos los hombres que han ejercido sobre su siglo el imperio de la inteligencia, pocos pueden igualarse á Rousseau. Ninguno ha reunido en tan alto grado la fuerza del pensamiento, la suavidad de la imaginacion, el calor del alma y la magia del lenguaje; ninguno ha presentado con colorido mas encantador una moral mas elevada y pura, ni ha hablado de la virtud con mas ardor, ni del deber con mas gracia. Ninguno ha ofrecido mas feliz armonía de todas las modulaciones de la elocuencia; sério y persuasivo en el *Emilio*, apasionado en la *Eloisa*, sencillo y gracioso en la *Carta á d'Alembert*, vehemente en la *Respuesta al arzobispo de París*, lleno de atractivo y de ingenuidad en las *Confesiones*, aparece siempre el hombre de la razon, y el mas suave y admirable pintor de la naturaleza y el amor. La elocuencia, la filosofía, el énfasis de Juan Jacobo, tienen poco de comun con los demás escritores de su siglo. Cuando se presentó en la escena del mundo, la sociedad moria de languidez; la frivolidad y la corrupcion reinaban en Francia; licencia en las costumbres, desórden en las familias, anarquía en el cuerpo político. La filosofía del siglo XVIII, que moderó el fanatismo, destruyó la supersticion, y estendió sobre todas las opiniones contemporaneas

una mirada escudriñadora y una crítica burlesca, habia contribuido tambien por un momento á dejar los entendimientos sin convicciones fuertes ni energía moral. Rousseau vino á conmover é inflamar con la palabra aquel siglo entumecido por los años. Su voz austera, aguda y elocuente, hizo resonar á veces en los oidos de un mundo frívolo, los solemnes acentos de la conciencia y el deber, y con las cosas de la vida mezcló pensamientos mas sérios. Realzó la dignidad de la condicion humana; reanudó los lazos de las familias; invocó las leyes de la naturaleza; enseñó á las madres á dar de mamar á sus hijos, y á los esposos á respetar la santidad del vínculo conyugal. Llevando mas lejos sus miradas, citó las instituciones humanas al tribunal de la verdad; denunció los desórdenes verdaderos ocultos bajo el nombre de órden social; osó tributar honor á las virtudes oscuras y á la ruda libertad, en medio de una elegante servidumbre. Al mismo tiempo que encadenaba la intolerancia, ponia algunos límites á la incredulidad; y como cantó Monti,

Los sacerdotes combatió y el trono,
Mas hasta Dios no se estendió su encono.

En todas las páginas de Rousseau se advierte un sentimiento esquisito, un ardiente amor de lo bello, que le inspiran las seductoras fantasías de la *Nueva Eloisa*, que imprimen de gracia y pureza la imágen ideal de Sofía, que difunden tiernas inspiraciones. De aquí provinieron aquel noble énfasis que enardeció su alma y sus escritos, y el carácter de alta dignidad que tanto le recomienda.

Predomina en Rousseau una idea: conducir al carril de la naturaleza al hombre estraviado por una falsa civilizacion. Sus escritos verifican bajo este respecto una feliz reforma en nuestras instituciones y costumbres. Lástima que una idea tan verdadera y tan fecunda no se le haya aparecido siempre bajo un aspecto suficientemente verdadero. En el seno de una sociedad ficticia, no conoció que el estado social es para el género humano el verdadero estado de naturaleza. Se abandonó, á lo menos en sus primeras obras, á la ilusion de un estado natural en que viviese el hombre separado de sus semejantes; ilusion que su mágico lenguaje supo hacer por un momento contagiosa, y que le llevó hasta proscribir las artes, la propiedad, la sociedad misma. Le faltó tambien el sentimiento material especulativo, cuando escribió el *Emilio* y el *Contrato social*.

La humanidad le aplaude cuando interroga á la naturaleza para fundar en sus eternas leyes la familia y la ciudadanía, la religion y la moral; cuando opone, aquí la educacion de las cosas y de la necesidad á la educacion arbitraria del hombre, allá las conveniencias naturales á las ficticias (1).

Pero, en último resultado, su filosofía es paradógica, y su elocuencia, muchas veces separada de la verdad, suele ser una armoniosa y férvida declamacion, que agrada á las imaginaciones jóvenes, pero no satisface á los entendimientos maduros. Rousseau no comprendió el Cristianismo, porque, según costumbre de los incrédulos, lo consideró en su aspecto estrínseco, sin ir mas lejos. Sin embargo, no fue tan irreligioso como sus contemporáneos; el corazon le salvó en parte de la maléfica influencia. Su doctrina pedagógica del *Emilio*, está apoyada en una base falsa, ademas de que repugna á sus doctrinas. La verdad es que el hombre no nace bueno, y sí con alguna inclinacion al mal, necesitándose para mejorarle una educacion enérgica y positiva. Sus opiniones sobre la perfeccion del hombre salvaje y sobre el orígen artificial de la sociedad, le conducian directamente al materialismo y al ateismo. Pero el afecto prevaleció sobre la lógica; y si el temple de su ingenio, los vicios de la educacion, y las vicisitudes de la fortuna le impidieron conocer y apreciar el cristianismo en su esencia, su alma conservó siempre, dos amores; Dios y la virtud.

(1) Hasta aquí hemos dejado al señor de Berville, para que su admiracion corrigiese lo que pudiera aparecer hostil en nuestro texto. Lo que sigue es de un culto filósofo italiano.

NUM. XXXII.

TURGOT.

(1727—1781.)

Consideraremos sucesivamente en Turgot al filósofo y al hombre de Estado; al filósofo, término esencial en la historia de la doctrina de la perfectibilidad; al hombre de Estado, que representa uno de los mas enérgicos esfuerzos de la antigua Francia para reformarse por sí, y evitar de ese modo la necesidad de una destruccion y de una renovacion radical de su constitucion política. Bajo cualquier aspecto que se le considere, siempre se advertirá la unidad del mismo hombre, pues la economía política de Turgot no es mas que una consecuencia de su idea de los anteriores cambios sociales, y su administracion, consecuencia tambien del pensamiento histórico, no es mas que una tentativa de efectuar pacíficamente los progresos que él juzga inevitables. Compendiaremos antes los acontecimientos de su vida.

Ana Roberto Turgot, nació en París el 10 de mayo de 1727, de una nobilísima familia de Normandía. Su padre fue cónsul del Tribunal de comercio de París, consejero de Estado, y primer presidente del Supremo Consejo. El jóven Turgot, fue educado en los colegios de Luis el Grande y de Plessis, y luego en el seminario de San Sulpicio. Teniendo la desgracia de contar hermanos mayores que él, sus padres, segun la costumbre de entonces, le destinaron al estado eclesiástico; y su amor al estudio, la tranquilidad de su carácter, la modestia de sus costumbres parecian inclinarle á esta vocacion. Pero, le detuvieron los escrúpulos de su conciencia, despertados por buenos estudios teológicos y sólidas reflexiones. En vano sus condiscípulos trataron de inducirle, poniéndole á la vista las dignidades que en aquella carrera le prometian su nombre, su ingenio y el aprecio de que empezaba ya á gozar; insistió virtuosamente en la determinacion de no progresar en las Ordenes, y dejando el oficio de prior de la Sorbona, fue en 1752 nombrado sustituto del procurador general; luego consejero del parlamento, y finalmente refrendario. Tenia apenas veinte y cinco años, cuando le fueron abiertas de este modo las puertas de la administracion, y desde entonces, en vista del aprecio que le profesaban, pudo medir el camino que estaba llamado á recorrer. No habia renunciado todavía á los estudios favoritos de su juventud, y relacionado estrechamente con los compiladores de la *Enciclopedia*, escribió en 1753 para ella los artículos *Etimología*, *Existencia*, *Espansibilidad*, *Feria*, *Fundacion*; debia escribir tambien los de *Hospital*, *Inmaterialidad* y otros; pero las persecuciones de que fue objeto la *Enciclopedia*, le indujeron á retirarse, no por cobardía, sino por espíritu de conducta; pues temió le acusasen de formar parte de una secta, cuando solo habia creido seguir la bandera de la filosofía en general, y ser responsable únicamente de sí mismo. Y como cada cual tiene derecho á elegir la carrera para que se juzga mas apto, Turgot se dedicó de nuevo al estudio de las ciencias de Estado. Ayudóle mucho en él la amistad de Quesnay y Gournay, superintendente del comercio, y uno de los mejores economistas del siglo; tanto que puede considerarse á ambos como las fuentes de todo el saber político de Turgot.

En 1761, á la edad de treinta y cuatro años, fue nombrado superintendente del distrito del Lemosin, donde permaneció trece años; y la Revolucion, que en los demás puntos destruyó completamente los recuerdos de la antigua administracion, no hizo olvidar allí su nombre. Voltaire, cuando supo el cargo que se le habia confiado, le escribió lo siguiente: *Uno de vuestros cofrades me ha escrito que un superintendente no puede hacer sino mal; espero probareis con las obras que puede hacer mucho bien.* Asi sucedió en efecto, y el dolor de aquellos habitantes cuando se retiró de entre ellos, muestra el mérito raro de su administracion. En su elogio baste decir que trece años de una vida tan preciosa, pasados en una oscura provincia, no fueron perdidos para el mundo. Turgot no se ocupaba solamente en los particulares relativos á su jurisdiccion; y aunque lejos de París casi todo el año, mantenia correspondencia con los hombres mas señalados de aquel centro luminoso y activo. Durante su residencia en el Lemosin, escribió el *Tratado de la formacion y distribucion de las riquezas*, que precedió nueve años al que compuso Adan Smith sobre el mismo asunto y con igual espíritu; y aunque los defectos y peligros del sistema de absoluta libertad de industria son conocidos hoy de todas las personas entendidas, ese sistema contribuyó mucho á destruir otro mas perjudicial, y en que Turgot representó un papel principalísimo en la gran revolucion del gobierno económico de los Estados. ¡Cuán preferibles no son las presentes condiciones de la industria, á pesar de tantos

males como son su inevitable consecuencia, á las de la Francia antigua! Ni proponiendo su teoría, ni invocándola, se hizo, pues, traicion á la causa de la perfectibilidad.

Como quiera que sea, Turgot, con sus filosóficas fatigas y sobre todo con su administracion, supo adquirirse desde el fondo del Lemosin tal fama de doctrina y humanidad, que su nombre era venerado en toda Francia. Sus escritos en materia de Hacienda y de política se citaban como autoridad; y cuando, á la ascension de Luis XVI al trono, se sintió la necesidad de sostener al nuevo rey con un ministerio que inspirase respeto, se llamó á Turgot. Secretario de la Marina por algunas semanas, pasó de allí á Hacienda, sucediendo á Terray, á quien la voz pública calificaba de incapaz. Estos dos ministros, bajo todos conceptos eran el uno el reverso del otro; y si Turgot, para elevarse mas alto, hubiese debido buscar un contraste, no lo habria hallado mas á propósito que en la persona de su antecesor. Pronto tendremos que volver á hablar de este glorioso, si breve, ministerio, mas grande, en verdad, por sus intenciones que por sus actos. Turgot lo ocupó tan solo veinte meses, pues nombrado en agosto de 1774, tuvo que renunciar en abril de 1776. Soportó su desgracia con ánimo sereno, doliéndole únicamente los padecimientos del pueblo, que hubiera querido aliviar, y el inminente peligro de una revolucion, que preveia. Pasó tranquilo el resto de sus dias en el cultivo de las letras y las ciencias y en medio de los placeres de la amistad. Fue nombrado individuo de la academia de las Inscripciones; y el 18 de marzo de 1781 murió célibe, de edad de cincuenta y cuatro años. «Fue una verdadera calamidad pública (dice su amigo Dupont de Nemours) que no dejase posteridad.» Pero Turgot tenia una idea harto elevada de la santidad del matrimonio, y despreciaba demasiado la manera de formarse comunmente entre nosotros tal vínculo, para resolverse á contraerlo. Deseaba encontrar unidas muchas buenas cualidades, y ante todo un afecto intenso, como seria el suyo. Fue desgracia que no lo hallase, porque hubiera contribuido á la dulzura, la paz y el consuelo de su vida.

Daremos principio al análisis de algunas obras de Turgot por los dos discursos pronunciados como prior de la Sorbona en la ceremonia de la apertura y de la clausura de los estudios de esta facultad. Las ideas elevadas que contienen, adquieren mucho mas interés por la condicion del orador, por la clase del auditorio, y por la circunstancia del tiempo; esto es, á mitad del siglo XVIII.

Trata el primero de los beneficios del cristianismo. Si el género humano progresa, deben considerarse como progreso los cambios acaecidos en el mundo desde que reina el cristianismo. Asi, pues, la doctrina de la perfectibilidad demuestra, contra los ciegos admiradores de lo antiguo, que el mundo cristiano lleva al que le precedió grandes y singulares ventajas. Esto se propone Turgot en el primer discurso. Alaba al cristianismo con delicado juicio, pero quizá con demasiada reserva; y aunque la tésis de su superioridad sobre el paganismo es, por decirlo asi, tan antigua como él, la presenta sin embargo tan despojada de supersticion, que parece nueva. Empieza echando en cara á la antigua filosofía las contradicciones, las incertidumbres, las debilidades; cita en contraposicion á los grandes pensadores de la Escolástica, los cuales, en medio de la barbarie, tuvieron, sobre todos los grandes problemas del alma humana, nociones mas ciertas, elevadas y comunicables que los filósofos de la Grecia. Les debemos el progreso de las ciencias filosóficas de la edad media; y cuando la historia, la física y todas las ciencias naturales, sepultadas aun bajo las ruinas de Roma, esperaban de la general transformacion de las costumbres la señal para resucitar, la teología, tan estrechamente unida con la metafísica, elevaba á esta á una altura que no alcanzó nunca el genio de la Grecia. Sin el cristianismo ¿qué hubiera sido de la Europa inundada por el terrible diluvio de Bárbaros y sujeta á su yugo? Para juzgar de ello, compárense las partes del imperio romano en que se ha difundido el cristianismo con aquellas cuyos conquistadores no sintieron su influjo. ¿Qué vestigios quedan de la civilizacion y el saber que reinaban en otro tiempo en Grecia, Egipto, el Asia Menor, el Africa Septentrional, en suma, donde quiera que el cristianismo no ha echado raices? Roma debe solo al cristianismo la conservacion de cuanto bueno tenia en su antiguo Estado. El cristianismo impidió al latin sucumbir en medio de los idiomas bárbaros que lo invadieron todo, y salvó los preciosos restos de la literatura clásica. Y si durante largo tiempo, gracias á las luchas y divisiones de los conquistadores, á su rudo gobierno, al aislamiento de la aristocracia confinada en los castillos, y á la falta de comunicaciones y de comercio, esta herencia no dió los frutos que eran de esperar, fue á lo menos respetada para tiempos mejores. Mérito es del cristianismo haber establecido una instruccion regular para el pueblo. ¿Qué magistratura tiene una antigüedad comparable á la de los curas párrocos? ¿Cuántas luces no ha esparcido en el pueblo, asi por medio de este sacerdocio, como de las escuelas destinadas á su educacion y formadas de personas de todas categorías? A pesar de la barbarie, la educacion literaria se generalizó en Europa mas de lo que habia estado en los buenos tiempos de la antigüedad.

Pero de todas las cosas nuevas que el cristianismo introdujo en el mundo, el amor de Dios es la mas hermosa. Es un bien en que no soñó siquiera la antigüedad. Se temia á los dioses, se les rogaba por interés, se los adoraba, pero nadie se cuidaba de amarlos. El cristianismo vertió en los corazones los infinitos tesoros de la devocion; y no solo enseñó á los hombres las virtudes puramente divinas, sino que ademas robusteció las puramente humanas, que sus adversarios le acusaban de descuidar. Desde el principio destruyó las barreras entre judíos y gentiles, y por consiguiente las que existian entre los pueblos de razas distintas. Creó la igualdad, proclamando á todos hijos de Dios; hizo que los hombres se amasen como hermanos

y que los reyes tuviesen mas humanidad; esta última palabra, sin equivalente en ninguna lengua anterior, fue introducida por él en el mundo. Se vió (cosa que la antigüedad no habia sospechado siquiera) á los pobres y los enfermos llegar á ser objeto de los afectuosos cuidados de todos; los huérfanos, los ancianos, los prisioneros, todos los que padecen, tuvieron instituciones especiales; y los templos erigidos á Dios en la persona de los afligidos, parecieron con razon á los amigos del género humano mas preciosos que las antiguas maravilas de las bellas artes. En suma, el amor á la piedad se generalizó tanto como en los tiempos antiguos el amor á los placeres, y las iglesias marcan en la faz de la tierra las huellas de Roma cristiana, como los anfiteatros de los gladiadores marcaban las de Roma pagana. Es indudable, pues, que la felicidad de los hombres considerados en sí mismos se ha aumentado, asi como la de los hombres considerados en las sociedades civiles.

En efecto, el cristianismo influyó en la bondad de las leyes y de las personas encargadas de ejecutarlas, lo cual constituye toda la política. Ve claramente esta influencia todo el que trata de examinar las antiguas sociedades, con los horrores de la esclavitud y de la guerra, sobre todo si se admite la felicidad de las clases inferiores igual á las privilegiadas. «Ni los progresos lentos y sucesivos (dice el orador), ni la variedad de los acontecimientos que elevan á un Estado sobre la ruina de otro, han podido destruir un vicio fundamental, arraigado en todos los pueblos, cuyas leyes contenian la misma injusticia. En todas partes veo que la idea de lo que se llamó bien público, se limitó á un pequeño número de personas; veo que los legisladores mas desinteresados respecto de sí mismos no lo fueron igualmente respecto de sus conciudadanos, de la sociedad ó de la clase de que formaban parte. Asi, en las antiguas repúblicas la libertad se apoyaba menos en el sentimiento de la dignidad natural del hombre, que en un equilibrio de ambicion y de poder entre particulares: el amor patrio era, no tanto el amor á sus conciudadanos, cuanto un odio comun á los estranjeros. De aquí las atrocidades de los antiguos contra los esclavos, y la institucion de la esclavitud esparcida por toda la tierra; de aquí las horribles crueldades en las guerras de los Griegos y de los Romanos, y la bárbara desigualdad entre los dos sexos que reina aun en Oriente, de aquí el desprecio al mayor número de los hombres, inspirado casi en todas partes como una virtud, y llevado en la India hasta el esceso de temer tocar las personas nacidas en baja esfera; de aquí finalmente la tiranía de los grandes con el vulgo y la opresion recíproca de los pueblos. La ley fue hecha siempre por los mas fuertes para oprimir á los mas débiles; y si alguna vez se consultaron los intereses de la sociedad, de contínuo se descuidaron los de la especie humana.»

Vino, pues, el cristianismo á poner en claro los derechos de la humanidad, y á dar á conocer los verdaderos principios de la union de los hombres y de las diferentes sociedades entre sí. Aunque los hombres hallasen en sí mismos aquel afecto que Dios les inspiró hácia todos sus semejantes indistintamente, conservaron no obstante cierta predileccion hácia la sociedad en que nacieron, formándose de este modo las distintas naciones, enlazadas cada dia mas estrechamente con amistosos vínculos. Merced á la religion, cambiaron los usos de la guerra; no hubo ya ciudades reducidas á montones de cenizas, ni pueblos degollados ó vendidos; cesaron las atrocidades del derecho público de los antiguos, y si la esclavitud, último resto de aquellas costumbres duras é injustas, subsiste todavía, á lo menos no es en Europa. La monarquía se moderó por el solo hecho de la mansedumbre, mayor á causa del cristianismo. Las costumbres fueron un freno para todos y particularmente para los reyes, que antes no conocian ninguno; y por eso los antiguos no tenian idea de la autoridad real de los tiempos modernos. Aristóteles creia incompatible la dulzura del gobierno con el mando de uno solo, porque en sus dias no se conocia mas monarquía que la de los tiranos de las repúblicas, ó la de los déspotas del Asia; la misma que aun subsiste en los paises donde los reyes no son educados por la disciplina cristiana, ocupando el trono las pasiones individuales. El que desee conocer cuán diversas son las monarquías cristianas de las otras, dirija una mirada á los paises que profesan la religion de Mahoma. La creencia cristiana ha disminuido donde quiera el despotismo. «Indicando (dice el orador al terminar su discurso) el supremo tribunal de un Dios que juzgaria la causa de ellos y de los pueblos, ha hecho desaparecer ante sus ojos la distancia entre el monarca y los súbditos, destruida casi pot la distancia infinita que separa á todos de Dios. En la comun humillacion casi los ha igualado: los príncipes y los súbditos no son ya dos potencias opuestas que alternativamente victoriosas hacen pasar á los Estados de la tiranía á la licencia, y de la anarquía al despotismo. Los pueblos, por la sumision que les inspira, y los príncipes por la moderacion que les impone, concurren al mismo fin, es decir, á la felicidad de todos..... Almas viles, que creeis agradar á los reyes vendiendo la causa de la humanidad, y persuadiéndoles que no deben cuidarse sino de sus personas, y que los pueblos existen solo para ser la base de su grandeza y sobrellevar todo su peso, vuestras vergonzosas adulaciones son un ultraje á los reyes dignos de este nombre.»

El segundo discurso desenvuelve el mismo principio de la perfectibilidad, pero mas estensamente; pues en él se considera al género humano, no ya en un solo período de lo pasado, sino por completo. Es un bosquejo de historia universal, que, aunque imperfecto, tiene el mérito de honrar á toda la especie humana, cosa que no habia hecho antes ninguna historia universal. En efecto, para que surgiese la idea de la unidad de todos los siglos y de todos los pueblos, se necesitaba que la idea de la perfectibilidad hubiese adquirido ya cierta fuerza, no siendo posible á otra inspiracion una idea histórica tan general. Este discurso no tie-

ne, ni con mucho, el vigor y la profundidad del de Bossuet; pero tampoco envilece la familia humana, y lejos de reducir, como aquel, la filosofía de la historia á estrechos límites, deja por el contrario entrever sendas aun no esploradas, que prometen esperar otros puntos de vista, consecuencias lógicas de aquel de donde parte.

El autor indica primeramente la diferencia que existe entre los fenómenos de la naturaleza y los de la sucesion de los hombres: la naturaleza gira en un círculo en el que se repiten siempre las mismas revoluciones; el género humano, al contrario, ofrece cambios siempre nuevos. «En las sucesivas generaciones (dice), de los animales y las plantas, el tiempo se limita á repetir á cada instante la imágen de lo que hizo desaparecer: la sucesion de los hombres presenta de siglo en siglo un espectáculo de continuo variado: la razon, las pasiones, la libertad producen siempre accidentes nuevos. Todas las edades están ligadas por una série de causas y efectos que enlazan el estado del mundo á cuantos le han precedido. Los multiplicados signos del idioma y de la escritura, ofreciendo á los hombres el medio de asegurar la posesion de sus ideas y de comunicarlas á los demás, han formado de todos los conocimientos particulares un tesoro comun, que una generacion trasmite á la otra, como una herencia sin cesar aumentada por los descubrimientos de cada siglo; y el género humano, considerado desde su orígen, parece á los ojos de un filósofo un inmenso todo que, lo mismo que el individuo, tiene su infancia y sus incrementos. Se levantan y caen imperios; sucedénse leyes y formas de gobierno; artes y ciencias se descubren y perfeccionan. El interés, la ambicion, la vanagloria cambian contínuamente la escena del mundo, y en medio de los destrozos las costumbres se suavizan entre sí; el comercio y la política por último reunen todas las partes del mundo, y la especie humana, con alternativos períodos de calma y de agitacion, de bienes y de males, camina siempre, aunque á pasos lentos, hácia una perfeccion mayor.»

En seguida Turgot se interna en los pormenores de la historia, y dejando á un lado las dificultades de los primeros capítulos del Génesis, toma á los hombres despues del diluvio y de la division de las lenguas. Obligados por la esterilidad del suelo á separarse, se derraman en breve por toda la superficie de la tierra. Las naciones desunidas por la distancia de los lugares, la diferencia de idiomas y la falta de comunicaciones, se encuentran en la misma situacion en que hoy vemos aun á los pueblos salvajes. Luego empieza algun vislumbre á aclarar tan densas tinieblas; los Caldeos, los Egipcios, los Chinos, dejan atrás á los demás pueblos; las distintas naciones se desarrollan desigualmente, pues unas marchan á grandes pasos hácia la perfeccion, mientras que otras permanecen en su estado de infancia; y como efecto de tal desigualdad, el estado actual del universo, ofreciendo á la vez todas las varias gradaciones de la civilizacion, nos presenta á una simple ojeada las huellas de todos los pasos del humano entendimiento y el compendio de la historia de todas las edades. Las cadenas de montañas, los grandes rios, los mares, deteniendo dentro de ciertos límites las correrías de los pueblos, y por consiguiente su mezcla, determinan varias lenguas generales que llegan á ser el vínculo de muchas gentes, y se dividen todas en cierto número de familias. La ambicion de los conquistadores, formando los grandes Estados con fragmentos de muchos pequeños, restringe la estension de la guerra juntamente con la de las fronteras; las ciudades y los campos empiezan á gustar de la paz, la comunicacion de los conocimientos es mas rápida y general; las artes, las ciencias y las costumbres se perfeccionan. «Desaparecen los males inseparables de las revoluciones, como las tormentas que agitaron las olas del mar; el bien queda y la humanidad se perfecciona.» Se inventa la escritura, y ya el progreso tiene una base positiva; esta invencion sirve para unir los tiempos y los lugares, perpetuar la memoria de los grandes hombres, enlazar los proyetos, la esperiencia y los productos de todas las edades, y formar una escalera cuyas gradas sirvan á la posteridad para elevarse.

Pero ¿que leyes regulan la sucesion las opiniones de los hombres?

Aquí Turgot aparece impotente; no basta á sostenerle la historia de la filosofía, ni la del derecho, ni la de la religion, ni aun la de las ciencias; las misteriosas vías por las que la Providencia guia al entendimiento humano, son un laberinto en que el orador se pierde. Busco (esclama), en la sucesion de las opiniones el progreso del entendimiento humano, y solo veo la historia de sus errores.» En efecto, ¿cómo penetrar el secreto de los grandes desarrollos de la vida con el mezquino principio de la sensacion, única metafísica de Turgot? Por eso ve él la ley del progreso tan solo en el enlace de los acontecimientos.

Llegando al orígen de la Grecia, se ofrece á su consideracion un nuevo fenómeno, es decir, un pueblo entero de naciones, al cual una debilidad igual y la naturaleza del territorio interrumpido por montañas y por el mar, impiden estenderse, y que forma un solo cuerpo en virtud de las confederaciones y los intereses, de las mismas guerras y emigraciones, de un idioma y una religion idénticas, de costumbres casi iguales, del comercio, de los juegos públicos y de un tribunal federativo. Allí la inteligencia humana recibe un desarrollo y perfeccion incomparables. En tiempo de Alejandro, la Grecia se arroja sobre el Asia, y de las ruinas de las satrapías de Darío surgen reinos griegos. Alejandría sustituye á Atenas, y al propio tiempo empieza á distinguirse á Roma en el Occidente. Esta reune bajo su dominio toda la Italia, triunfa de Cartago, y finalmente somete la Grecia. Allí completa su educacion intelectual: la lengua latina se ennoblece y difunde por toda la superficie del vasto imperio; el gusto se perfecciona en los diversos ramos, y la civilacion romana, hija de la griega, se convierte en rival. Y cuando Roma envilecida y corrompida ha perdido toda grandeza moral, entonces vienen los pueblos del Norte á abatir el gran coloso, y de nuevo la barbárie estiende su reino por toda Europa. En aquel momento em-

pieza el cristianismo á esparcir sus beneficios, la idolatría desaparece, se corrigen las costumbres, echa raices la verdadera piedad, los Bárbaros se civilizan. Este benéfico cambio va propagándose poco á poco hasta el Norte, formidable orígen de las invasiones, y civilizándole da estabilidad á la poblacion, é impide se reproduzca la emigracion. Carlomagno se esfuerza inútilmente en resucitar el romano imperio; y á su poder, aniquilado al poco tiempo, sucede un sistema de Estados pequeños, independientes los unos de los otros.

¿Qué utilidad resulta del fraccionamiento del imperio romano en diversas naciones, y de la constitucion federal de estas? Aquí tambien el orador se ve asediado por la incertidumbre, y el cuadro que traza del imperio de la edad media, no ofrece mas que desolacion. «Reyes sin autoridad, nobles sin freno, pueblos esclavos, campos sembrados de fortalezas y devastados á cada paso; la guerra encendida entre las ciudades, entre las aldeas, invadiéndolo todo; el comercio destruido, las comunicaciones interrumpidas, las ciudades pobladas de artesanos pobres é inertes; las riquezas y comodidades que aun se gozan, disipadas en el ocio de los nobles, dispersos en los castillos, que solo saben desafiarse y empeñar combates inútiles á la patria; crasa ignorancia en todos los paises, en todas las profesiones: ¡triste, pero verdadero cuadro de Europa, durante muchos siglos!

Pero en el seno de la barbarie, se preparan los gérmenes del futuro progreso: se constituyen las ciudades, centros naturales del comercio y de la riqueza social en todos los pueblos civilizados; y atacan los castillos, sostenidas por los reyes, que tienden la mano á las oprimidas poblaciones para que estas les sirvan de apoyo contra los grandes vasallos. La filosofía de Aristóteles se mantiene merced á la Escolástica; y el ingenio de ignorados artífices va creando en silencio los varios ramos de la industria. ¡Cuántas invenciones en la edad media, que ni siquiera soñaron los antiguos! Las letras de cambio, el arte de fabricar relojes, los instrumentos de óptica, la pólvora, la náutica. Al mismo tiempo las naciones, segun las distintas circunstancias de cada una, toman los rasgos que las caracterizan. Las guerras contra los Musulmanes les enseñan á unirse en un interés comun, y dan orígen á las relaciones diplomáticas. Francia, España é Inglaterra se elevan á la unidad política. El globo es conocido por entero, y los pueblos occidentales llevan sus leyes al nuevo continente. Empiezan tambien entonces á reflorecer las maravillas de la antigua civilizacion. Los Turcos, destruyendo el imperio griego, arrojan á Italia toda la riqueza de doctrina que aun quedaba allí: la imprenta, no solo asegura, sino que suministra nuevo vigor á las obras de la inteligencia: Europa regenerada rivaliza con los mejores siglos de Grecia y Roma en obras maestras de poesía y bellas artes: las ciencias se elevan á donde no llegaron en los antiguos tiempos: hasta la filosofía despliega sus alas; Descartes, Bacon y Leibnitz abren al entendimiento humano la senda del progreso: en suma, Europa marcha de nuevo á la posesion de cuanto habia honrado la antigüedad, y á ello añade la inmensa superioridad de su religion.

Tal es la sustancia de estos dos discursos, que contienen la esencia de cuanto escribió Turgot en otras obras acerca de la perfectibilidad. Sin embargo, en ellos no aparece gran profundidad de filosofía; se considera solo la esterioridad de los fenómenos, y la teología está escesivamente descuidada, aun en el primero; el cual hace presentir que el autor, cediendo al torrente, está para abandonar la Sorbona y entregarse á la Enciclopedia. Turgot tenia el designio de desenvolver, como Bossuet, en una série de discursos históricos, las ideas contenidas en estos dos; pero no lo llevó á cabo. Poseemos, no obstante, muestras de dos discursos que debian formar parte de dicha obra; uno sobre el progreso de los gobiernos y de su moral, y el otro sobre el progreso del entendimiento humano. Hay mas fuerza en el título que en el contenido de ambos discursos, á pesar de que osó imaginar las principales condiciones de la historia filosófica del género humano. «La historia universal (dice) considera los progresos graduales del género humano y las causas que á ellos han contribuido; da á conocer los primeros principios de los hombres, la formacion y la mezcla de las naciones, el orígen y los cambios de los gobiernos, los progresos de las lenguas, de la física, de la moral, de las costumbres, de las ciencias y las artes; las revoluciones que han sustituido imperio á imperio, nacion á nacion, religion á religion; muestra al género humano siempre el mismo en los diferentes cambios, como el agua del mar en las tempestades, y encaminándose siempre á la perfeccion.» Pero ¿cómo habia de satisfacer las condiciones de este programa el siglo XVIII, cuando ni aun el siglo XIX se encuentra en posicion de conseguirlo? Me contentaré con observar que, entre el momento en que el entendimiento humano emprende su marcha, y aquel en que se siente capaz de determinar la norma del camino en todos los puntos, debe necesariamente pasar un intervalo, marcado por nuevos progresos.

Asi Turgot no tardó en renunciar á su designio; y si se hubiese encontrado con fuerzas para ejecutarlo, ninguna consideracion le distrajera de tan magnífica empresa. Pero, la reflexion le demostró que su deseo de contribuir á la felicidad de los pueblos se efectuaria mas fácilmente mejorando su estado económico y moderando el desnivel social. Abandonó, pues, el designío de la historia, sin renunciar por eso á los sentimientos de humanidad que se lo habian inspirado, y de que dan evidentes pruebas todas las acciones de su vida. La circunstancia de tener parte en la administracion y sus relaciones con Gournay le determinaron especialmente en favor de la política económica. Gracias á la independencia y solidez de su entendimiento, no tardó en conocerla á fondo; y tanto por los escritos como por los actos de su ministerio, es uno de los principales actores de aquella gran conspiracion á favor de la libertad de la industria, que caracteriza la segunda mitad del siglo XVIII, notabilísimo preludio de la revolucion que lo termina.

Gournay, versado en el comercio, habia sentido por sí mismo los muchos obstáculos que en todas las partes del reino ponian las leyes á la produccion de las riquezas. Los viajes á Inglaterra y á Holanda le habian hecho familiares los principios económicos adoptados en la administracion de aquellos paises, tan distintos de los de la administracion francesa, y que habian permitido sin embargo que el comercio y la industria prosperasen de un modo envidiable. Fijaron en particular su atencion los escritos de Juan Witt, holandés, y los de Child y Culpeper, ingleses. Estos dos últimos, sobre todo, le condujeron en derechura á la economía política. En suma, cuanto mas estudiaba el estado de Francia, menos dudoso le parecia que el órden resultante de la libertad por el solo hecho de la competencia, debia producir ventajas mayores sin comparacion que el sistema de reglamentos viejos, inaplicables ó absurdos, que impedian en vez de favorecer las mas sencillas operaciones de la industria y el comercio. Celoso del bien de Francia, no tuvo mas idea que atraer á todos á su opinion; y en los pocos años que dirigió los negocios públicos, logró producir á lo menos, por medio de sus prosélitos, algun movimiento. De él decia Turgot en 1750: «Al ardor que mostraba en persuadir á cuantos hombres de ingenio conocia que se dedicasen al estudio del comercio y de la economía, y á la facilidad con que comunicaba á los demás los conocimientos que habia adquirido, debe atribuirse aquella feliz animacion que se manifestó dos ó tres años despues que Gournay fue intendente del comercio, y que ha producido ya obras llenas de laboriosas indagaciones y de miras profundas, las cuales han quitado á nuestra nacion la tacha de frívola, demasiado merecida por su indiferencia hácia los estudios verdaderamente útiles.»

Las ideas de Gournay diferian de las de Quesnay por su inclinacion menos esclusiva en favor de la agricultura, y en general por su carácter mas práctico que especulativo; pero convenian en las principales consecuencias, esto es, la libertad de la industria, del comercio, y la sencillez del impuesto. Gournay gustaba de compendiar su sistema en este axioma: *Cada uno conoce su interés mejor que un estraño*. Parece, en efecto, indudable; pero debe deducirse de aquí, no como lo hicieron con demasiada precipitacion los liberales exaltados, que el Estado es esencialmente incapaz de imprimir al comercio una direccion útil; sino que, si el Estado no tiene los conocimientos ni la moralidad necesarios para dar semejante direccion, es mejor confiar los negocios del comercio y de la industria á particulares que tengan en ellos interés. Esta verdad se aplicaba admirablemente al régimen económico de Francia, y el exámen atento de este se la habia sugerido á Gournay, resumiéndose en la conocida fórmula de: *Dejad hacer, dejad pasar*, que debe conservarse como la protesta de la industria contra las antiguas leyes. Tal fue el maestro de Turgot.

Sin embargo, no debe creerse que, en materia de economía política propiamente dicha, Turgot siguiese á la letra la escuela de Gournay, pues mas bien se acercó á la de Quesnay, pudiendo considerarse esto como orígen de la predileccion de Turgot hácia la propiedad territorial. Dupont de Nemours dice que Turgot era un ecléctico, colocado entre ambas escuelas, de las cuales tomaba lo que queria, pero sin afiliarse enteramente á ninguna; y bajo ciertos respectos es verdad, si bien en cuanto al principio fundamental, esto es, á la naturaleza de la riqueza, habia adoptado la teoría de Quesnay. Hoy la idea de Quesnay se considera una mera paradoja; mas, por su influjo en la opinion pública del siglo XVIII, en algunas partes de la revolucion francesa, y hasta en el presente período, ha adquirido considerable valor, á lo menos en la historia. En el fondo, no es mas que un corolario de la célebre máxima de Sully: *La agricultura y los pastos son las dos fuentes de prosperidad del Estado*. Colbert probó con escelentes razones, que las manufacturas podian suministrar otras muchas fuentes por el estilo; y Gournay, que en vez de haber nacido como Quesnay en medio de los trabajos agrícolas, habia pasado su vida rodeado de empresas industriales, no aceptó jamás aquella máxima. A pesar de todos los razonamientos de la escuela contraria, costaba trabajo imaginar que un operario que fabrica una pieza de tela, no añade al caudal del Estado una verdadera riqueza, tanto por lo menos como aquel que ha recogido el cáñamo ó la seda de que está elaborada. En este punto Turgot convino con Quesnay; y cuando se reflexiona cuánto le apreciaban los economistas de su época, no puede dudarse que su opinion influyese mucho en la opinion general. Por otra parte, nos parece que el efecto de este erróneo modo de ver fue entonces muy ventajoso. Cabalmente los propietarios debian destruir la antigua organizacion económica de Francia; y debiendo la industria, á lo menos por algun tiempo, pasar á la conclusion del feudalismo, bajo una direccion despótica, conviene creer en la necesidad de que el poder de esta clase fuese despertado momentáneamente por teorías favorables. Solo el que tiene la persuasion de combatir por un derecho pleno, sale victorioso de la batalla; y si para dar á las clases de los propietarios el gobierno general de la industria, en vez de invocar los grandes nombres de libertad y de justicia, no se hubiese hecho mas que presentar á la vista las ventajas rentísticas que debian resultarle á la nacion, es verosímil que no se desarrollara suficiente fuerza para asegurar el triunfo. Así pues, los errores mismos del siglo XVIII, tan evidentes hoy, no deben despreciarse, sino anotarse con respeto en la historia de la civilizacion francesa.

Segun Turgot, la primacía en la economía política corresponde á la agricultura. El producto de la tierra es el único elemento de la riqueza pública; anima los demás trabajos y constituye el fondo de los salarios que reciben en recompensa de sus fatigas los otros miembros de la sociedad. Sirviéndose estos del precio de sus afanes para comprar las producciones de la agricultura, no hacen mas que restituirle lo que han

recibido de ella como alimento. Síguese de aquí una depresion natural de la poblacion manufacturera. ¿No es de admirar que algunos se hayan dejado engañar por la apariencia de los hechos, hasta el punto de persuadirse que el operario, en el estado de opresion en que le pone la competencia, no ganando mas que el sustento, solo produzca con su trabajo el valor de aquel, y no añada nada por consiguiente á la riqueza pública?» El simple operario que no cuenta mas que con sus brazos y su industria (continúa testualmente Turgot), nada posee sino en cuanto se le proporciona vender á otros su trabajo. Lo vende á mayor ó menor precio; pero no depende de él solo fijar este, pues á ello contribuye tambien el que paga, y que procura pagar lo mas barato posible eligiendo entre los muchos operarios aquel que menos pide. Los operarios se ven, pues, obligados á rebajar los precios, acaeciendo en cada género de trabajo que su salario se limita á lo puramente necesario para proporcionarse el alimento. Es muy diferente la condicion del agricultor. Sin depender de ningun hombre ni de ningun contrato, la tierra misma le paga desde luego el precio de su trabajo; la naturaleza no regatea con él para obligarle á contentarse con lo meramente necesario, y lo que le da no está proporcionado ni á la necesidad ni á ninguna valuacion convencional del precio de sus jornales, sino que es el resultado físico de la fertilidad del suelo y de la conveniencia, mas que de la dificultad de los medios empleados para hacerlo fecundo. Cuando el trabajo del agricultor produce mas de lo que este necesita, puede con el esceso comprar el trabajo de los demás individuos de la sociedad, que al vendérselo no ganan mas que el alimento, mientras que el agricultor, ademas de su subsistencia, recoge una riqueza independiente y disponible que no paga, sino que al contrario vende. Es, pues, la única fuente de las riquezas, que circulando dan vida á todos los trabajos de la sociedad. *Porque el agricultor es el único cuyo trabajo produce mas del salario*.

La sociedad, pues, se divide primeramente en dos clases: una que saca de la tierra con que satisfacer sus necesidades; y la otra que se limita á dar á las riquezas producidas por la precedente, las preparaciones que hace para ellas, recibiendo en cambio su propia subsistencia. Pero la clase de los cultivadores engendra naturalmente otra, porque, dando la tierra, ademas del alimento del cultivador, una renta considerable, el propietario se contenta con el esceso y encarga el cultivo á brazos mercenarios. Turgot llama á la clase propietaria la clase disponible; «única (dice) que, no ligada por la necesidad á un trabajo particular, puede emplearse en las necesidades generales de la sociedad, como en la guerra y en la administracion de justicia, ó sirviendo personalmente ó pagando parte de sus rentas, con las que el Estado ó la sociedad tiene á sueldo gente para desempeñar tales funciones.» Al lado, pues, de esta clase, la sola aplicable á los empleos sin estipendio, y la única capaz de sostener la carga de los impuestos, porque posee mas de lo que necesita para subsistir, están los asalariados. De estos, los que se dedican al cultivo de la tierra, y no cobran mas de lo necesario, dan orígen á toda la riqueza social; los restantes, entregados á la industria, no producen mas que el equivalente de cuanto consumen. Turgot, llevando el sofisma de Quesnay al estremo, califica esta clase con el nombre de *estéril*. «Aunque el cultivador y el artesano (dice) no ganan mas que la retribucion de su trabajo, el cultivador produce, ademas de esta, la renta del propietario, y el artesano no produce ninguna renta para sí ni para los demás. Pueden, pues, distinguirse las dos clases no disponibles, en clase *productora*, que es la de los cultivadores, y en clase *estéril*, que comprende á los otros individuos asalariados de la sociedad.»

Sin embargo, no todos los que pertenecen á la clase disponible en el actual estado, poseen terrenos. Un propietario que ha reunido suficiente cantidad de su supérfluo anual, puede vivir tranquilamente sin trabajar, con el fruto de sus ahorros, aunque su propiedad cese de existir; puede sacar un partido aun mas ventajoso de estas riquezas acumuladas, prestándolas á intereses. Pero no por eso cree Turgot que los capitales así acumulados tengan la misma naturaleza que los bienes territoriales, es decir, que sean capaces de producir nuevas riquezas: opina por el contrario, que los capitales, cualesquiera que sean, no pueden ser mas que riquezas muebles, objeto de consumo y mercancías. Son esencialmente estériles: por lo cual la razon de que paguen un censo aquellos á quienes se prestan, es necesariamente diversa de la que se alegaria para que lo pagasen aquellos á quienes se prestan bienes territoriales; pues si dichos capitales no son productivos, su interés no puede ser, como el de la tierra, porcion de la riqueza á que dan orígen. Efectivamente, en esta hipótesis no se encuentra otra razon del censo de los capitales, sino la de que hay personas que necesitan pan con que alimentarse mientras esperan la cosecha, y para conseguirlo de aquellos que han sabido economizarlo, los inducen á dárselo, prometiéndoles devolvérselo luego en mayor cantidad: es, en suma, la fábula de la cigarra y la hormiga.

Pero contra todos los argumentos existe en la teología cristiana un cánon incontrastable, el cual, no penetrando mas allá de la corteza de los fenómenos económicos, proscribe el censo de los capitales, admitiendo sin embargo el de los terrenos; pues seria, en cierto modo, inícuo exigir una retribucion por un préstamo que no ha producido ninguna riqueza á la persona agraciada. Por lo tanto, la clase de los prestamistas de capitales, con arreglo á la doctrina de la esterilidad de esta especie de bienes, está en una condicion moral muy inferior á la de los prestamistas de fundos. Turgot responde á esto con una justificacion particular del préstamo á interés; y tiene que justificarlo, si no quiere ver condenada, por deduccion lógica de su teoría, una de las bases fundamentales del sistema económico que se propone sostener. Sin entrar en una formal discusion, nos limitaremos á

decir, que la parte mas sólida del razonamiento de Turgot está fundada en que los que poseen demasiados bienes territoriales y pocas riquezas muebles, tienen que cambiar una porcion de aquellos bienes por cierta cantidad de estas riquezas; de modo que las riquezas muebles, aunque estériles, pueden considerarse siempre como el equivalente de un fundo. El que posea, pues, un capital reportará de el una legítima ventaja, empleándolo en la compra de una propiedad territorial. Asi, cuando renuncia el beneficio en favor de otro, justo es que este le remunere.

En este razonamiento se nota un círculo vicioso. Si el que posee demasiados fundos hallase un prestamista que, sabiendo que los capitales no producen riqueza, quisiera facilitarle los suyos gratuitamente, á nadie sin duda se le ocurriria considerar los bienes productores como equivalentes de los estériles, de donde resulta que la equivalencia en que se apoya Turgot para justificar el préstamo, es al contrario una consecuencia de lo que se quiere justificar. Pero, los capitales, cuando se manejan bien, producen riqueza lo mismo que los terrenos; esta es la verdad, y ella nos da la razon del empréstito como de toda la economía política. Del error respecto á la supuesta esterilidad de los capitales, deduce otro Turgot, grave en materia de hacienda; á saber, que los capitales deben estar libres de impuestos. En efecto, si los capitales no producen riqueza, si una nacion no tiene mas renta que el producto neto de las tierras, justo es que se les exima de contribuir, y que la riqueza del Estado no se funde sino en los dones naturales del suelo. «Si se consideran (dice) los miles de escudos que saca cada año el que ha prestado sesenta mil francos á un comerciante, respecto al uso que puede hacer de ellos, no queda duda de que son del todo disponibles; pero no se sigue que lo sean en el sentido de que el Estado puede apropiarse una parte para las necesidades públicas. Los miles de escudos no son una retribucion que la agricultura ó el comercio da gratuitamente al que ha hecho la subvencion, sino el precio y la condicion de esta subvencion misma, sin la cual la empresa no pudiera efectuarse. Si esta retribucion se disminuye, el capitalista retirará el dinero y la empresa caerá. Debe, pues, ser sagrada dicha retribucion y gozar completa inmunidad, porque es el precio de una subvencion hecha á la empresa, sin la que esta no podria subsistir. En suma, el capitalista que presta dinero debe considerarse como vendedor de una mercancía absolutamente necesaria á la produccion de las riquezas. Es, pues, tan injusto imponerle un gravámen, como imponérselo al estiércol que sirve para abonar la tierra. De consiguiente, el prestamista de dinero pertenece á la clase disponible en cuanto á su persona, porque está libre de toda ocupacion, pero no en cuanto á la índole de su riqueza, sea que le pague el censo del dinero el propietario con una porcion de su renta, sea que se lo pague el empresario con parte de sus ganancias, debidas á la subvencion.

«La clase disponible se divide, pues, en dos, segun las mismas leyes que la asalariada, y como hay quien se dedica á dirigir á los asalariados con los fundos ó con los capitales que posee ó presta, nacen de aquí dos nuevas clases; la de los propietarios activos y la de los empresarios, sea de agricultura, de industria ó de comercio. Tales son las diferentes clases que por efecto de sus materiales relaciones concurren al sostenimiento económico de una nacion. Si el Estado se limita á protegerlas, la formacion y distribucion de las riquezas caminarán como deben por sí. Con tal que no haya ningun reglamento que embarace el curso de los cambios y de los arriendos, las leyes de la competencia harán reinar donde quiera la baratura y la abundancia. De este modo la propiedad gozará de todos sus derechos, la justicia será observada, y la libertad no se verá ofendida en ninguna parte.»

Por mas objeciones que puedan hacerse á este modo de concebir la sociedad, no dejará de conocerse que, respecto á la igualdad y á la libertad, es muy superior á la sociedad feudal, y que Turgot, abrazando y sosteniendo tal opinion, se arregló, como cuando bosquejaba la historia del cristianismo y de la antigüedad, á la idea de la perfectibilidad social. La esperiencia ademas probó con un argumento invencible, que tal debia ser realmente el enlace entre los progresos anteriores á Turgot y los que se verificasen en lo sucesivo. Por último, en este sistema se estirpa de raiz la institucion de la nobleza, pues no conserva ninguna verdadera calificacion sino la de propietaria, y como en él la propiedad, gracias al trabajo y al ahorro, se propone á los individuos de todas las clases, encuéntranse estas por lo menos virtualmente colocadas al nivel de la nobleza. Hay mas todavía; en semejante modo de cultivar el suelo, no existe, como en el primitivo por medio de esclavos, un derecho directo del hombre sobre el hombre, sino uno indirecto, fundado, en el hecho, en la mediacion de la tierra, y en principio, en el trabajo anterior, orígen de la propiedad de la tierra misma. Es una diferencia para la dignidad humana bastante notable, y aunque no tuviese otra ventaja, esta seria inmensa. Pero encontrándose entonces las manufacturas poco desarrolladas, y no habiendo producido aun la competencia los escesos que hoy (*) se ven, esa absoluta libertad, moderada por ella y sirviendo de motor á toda la economía social, debia mirarse con mas favorables ojos que hoy, pues se advertian las ventajas sin preverse los inconvenientes. Es sobre todo necesario, en nuestro dictámen, estar en guardia contra la tendencia de atribuir al sistema los errores que los economistas, queriendo esplicarlo, han cometido respecto á la índole de la riqueza, de las funciones del propietario, del capitalista ó de los asalariados, y á la base del impuesto; porque, á pesar del defecto y de las esplicaciones, estas cosas no dejan de ser en la práctica lo que deben ser: la riqueza es el producto del trabajo de todas las clases laborio-

(*) Los escesos de la competencia, hoy deben en parte su orígen á que la libertad se ha dado de un modo incompleto. Ha venido la libertad de industria á establecerse donde no hay todavía ni libertad de comercio ni otra clase de libertades.

(N. del T.)

sas; los propietarios y capitalistas, son los encargados de la distribucion y de la direccion de los instrumentos de trabajo; los asalariados, son los encargados de ponerlo por obra, y el impuesto, es una contribucion de todos los individuos trabajadores de la sociedad. En política como en cualquiera otra ciencia, los hechos deben considerarse en sí mismos, no en las aplicaciones de los teóricos, pues casi siempre hay mas belleza en la profundidad de la realidad que en las hipótesis. Como quiera que sea, la sociedad guiada por las leyes de su desarrollo, caminaba por sí en fuerza de los desarrollos anteriores hácia su nueva organizacion; y cuando no aparecia este cambio, era mucho que, á la mitad del siglo XVIII hubiese quien, previéndolo, no solo no lo impidiese, sino que al contrario lo facilitase. Tal es el mérito de Turgot.

Tal vez fue un bien que la economía política, por dar á la clase media mas vigor, cayese entonces en semejantes errores. No son estos ciertamente los que han reducido la clase de los asalariados á la triste condicion de la organizacion actual, que venia preparándose desde muchos siglos antes. Pero podria en verdad contribuir á conservarla en ella si no se tratase de destruirlos ilustrando mas la economía política. En efecto, si fuese cierto que el artesano no crea ninguna riqueza, ¿con qué derecho podria esperar para sus hijos un régimen industrial menos duro? Si con su fatiga no produce sino lo equivalente á su subsistencia, ¿qué mas pretender? Si se pusiesen en comun todas las riquezas que produce anualmente la tierra, deducidos los gastos de cultivo, ¿qué mejora proporcionaria al estado general de la poblacion este pequeño esceso? Por último, ¿quién no ve que la mayor parte de los hombres deberán resignarse á una eterna miseria, pues cuando el suelo se encuentre en su mejor estado de cultivo, la riqueza pública no podrá recibir mas incremento? Menester es destruir estas ideas, propalando principios mas verdaderos y mas elevados. Censuramos á Turgot haber dejado á las clases asalariadas sin medios de salir de la perplegidad en que las ponia el cambio de las relaciones sociales; haberse contentado, despues de rotos sus antiguos vínculos, con abandonarlas á la discrecion de los propietarios; no haber visto las consecuencias de la competencia de los brazos y de la acumulacion de las mercancías; haber reducido la esfera del trabajo, limitándolo á la produccion de lo que es indispensable para la subsistencia de los asalariados y la satisfaccion de los propietarios; no haber hecho otra cosa en conclusion mas que allanar el camino á una nueva aristocracia. Hubiera debido reflexionar mas maduramente en lo que él mismo habia dicho de Gournay, á saber, que «el mayor inconveniente de los principios que reprobaba, era que favorecian siempre la parte rica y ociosa de la sociedad, con perjuicio de la pobre y laboriosa.» Por lo demás las recriminaciones en nombre de esta parte pobre y laboriosa, tan olvidada por él, en favor de la rica y ociosa, se hicieron tambien antes de la revolucion francesa, la cual formó contra tales principios una protesta enérgica y solemne que resonará largo tiempo en la posteridad. Los admiradores de Turgot trataron en vano de justificarle, bajo este concepto, con los actos de su ministerio; pues aunque estos favoreciesen momentáneamente la clase asalariada, ni se dirigian al bien de esta, ni hubieran sido nunca de un alivio duradero. Paréceme acertado reproducir aquí las palabras escritas por Necker en la *Legislacion de cereales*, que publicó contra Turgot cuando este fue ministro: «Casi todas las instituciones civiles se han hecho para los propietarios. Diríase que un corto número de hombres, despues de dividir la tierra entre sí, han dictado leyes de union y de garantía contra la multitud, del mismo modo que hubieran construido en los bosques defensas contra las fieras. Sin embargo, fuerza es decirlo, despues de establecer leyes de propiedad, de justicia, de libertad, aun no se ha hecho casi nada por la clase mas numerosa de los ciudadanos.»—«¿Qué nos importan vuestras leyes de propiedad? (pudieran decir); nosotros nada poseemos. ¿Qué vuestras leyes de justicia? Nada tenemos que defender. ¿Qué vuestras leyes de libertad? Si no trabajamos hoy, mañana moriremos.»

Cuando Turgot ascendió al ministerio de Marina en 1774, ocupaban á los políticos en Francia tres cuestiones. ¿Se conservará el gabinete de Luis XV? ¿Se restablecerá el Parlamento? ¿Con qué medios se restaurarán las rentas?—A la primera pregunta respondia el sentimiento general, y bastaron pocos meses para que el conde de Maurepas, elegido por el rey jefe del ministerio, se librase de los odiosos colegas, difamados ó despreciados, entregándose los sellos á Miroménil, primer presidente del antiguo Parlamento de Rohan, y confiando el ministerio de Hacienda á Turgot. La resolucion del primer problema comprendia implícitamente la del segundo y la caida del ministro, que por adhesion al poder absoluto habia osado destruir el parlamento, era la señal de la reconstitucion de dicho cuerpo. Sin embargo, el nuevo ministro no sentia hácia él ninguna propension, y especialmente Turgot, que no veia salvacion para Francia sino en las innovaciones y reformas, temia una magistratura turbulenta é inclinada, por espíritu de cuerpo, á conservar los antiguos usos. Parecíale que estando ya abatida, la astuta política debia dejarla estinguir, y no esponer de nuevo la monarquía, sobre todo en las circunstancias que pensaba hacer nacer, al peligro de la censura. Pero lo dispuso de otro modo la opinion pública, que miraba al parlamento como contrapeso de la autoridad real; y el 12 de noviembre de aquel año, proclamó el rey el restablecimiento de la antigua magistratura. De todos los ministros, Turgot era el que con mas calor se habia opuesto á tal providencia, creyendo deber manifestar al monarca que la resurreccion de aquel poder político le inspiraba temores tocante al buen éxito de sus designios. *Nada temais*, le dijo el rey; *os sostendré yo*. El desventurado monarca se lisonjeaba de ejercer un poder que se le huia ya de las manos, y no imaginaba que antes de dos años, flotando entre ambos partidos, espondria él mismo al ministro á la ciega conspiracion de los conservadores.

La situacion en que Turgot encontró la Hacienda, puede compararse á aquella en que la halló Colbert. La suspension de los pagos, la reduccion de la deuda pública y de los salarios, el aumento de los impuestos mas onerosos, habian sido los recursos ordinarios de su predecesor para mantener el equilibrio entre los ingresos y los gastos, á riesgo de arruinar el crédito del Estado y la riqueza de la nacion, sin mas objeto que hacer frente á las dificultades del momento. Acrecian los obstáculos dilapidaciones de todo género, abusos convertidos en usos por los cortesanos y los rentistas, el desórden en la contabilidad y una deuda espantosa con tendencia á empeorarse. Los síntomas eran alarmantes, y cualquiera que no hubiese tenido confianza en una reforma política á no ser un ambicioso vulgar, no habria aceptado aquel ministerio. La economía en los gastos, la restauracion del crédito, el aumento de la riqueza nacional en virtud de la mayor libertad industrial y comercial, la abolicion de los privilegios feudales y de los impuestos vejatorios, parecieron á Turgot suficiente garantía contra la necesidad de una bancarrota y de una catástrofe. En la carta á Luis XVI, escrita á poco de ser nombrado ministro, manifiesta claramente sus sentimientos y la política que queria seguir:

«Señor, me limito por ahora á recordar estas tres palabras: nada de bancarrota, nada de aumento en las contribuciones, nada de empréstitos. Nada de bancarrota, ni pública ni disimulada con reducciones forzosas; nada de aumento de contribuciones, y la razon de ello está en la situacion de los pueblos y mas aun en el corazon de V. M.; nada de empréstitos porque disminuyendo la renta libre, producen necesariamente al cabo de algun tiempo, la bancarrota ó el aumento de las contribuciones. En épocas de paz no es lícito contratar empréstitos sino á fin de satisfacer deudas antiguas ó reembolsar otros empréstitos de censo mas oneroso. Para conseguir estas tres cosas no hay mas que un medio: reducir los gastos de manera que haya un escedente de ingresos, bastante para ahorrar cada año veinte millones con que estinguir las antiguas deudas. Sin esto, el primer cañonazo obligaria al Estado á declararse en bancarrota. Si se pregunta en qué se pueden hacer reducciones, cada director sostendrá que todos los gastos de su seccion son indispensables. Sus razones serán escelentes, pero como no las hay para hacer lo que es imposible, es necesario que cedan á la absoluta necesidad de introducir economías..... V. M. sabe que uno de los mayores obstáculos al ahorro es el gran número de peticiones diarias, autorizadas desgraciadamente por la fácil acogida que les dieron vuestros predecesores. Preciso es, pues, señor, que os armeis de vuestra bondad contra la misma bondad vuestra. Reflexionad de dónde os viene el dinero que distribuis á vuestros cortesanos, y comparad la miseria de aquellos á quienes se arranca alguna vez por medio de ejecuciones violentas, con el estado de las personas que alegan pomposos títulos para obtener vuestras liberalidades. Se ha creido poderles conceder mas fácilmente algunas gracias porque no recaen desde luego sobre el tesoro público; tales son los intereses, la participacion en las ganancias (*les croupes*) y las esenciones; sin embargo, estas son las mas peligrosas y abusivas. Cualquier beneficio sobre los impuestos que no sea absolutamente necesario para la recaudacion, es una deuda que pesa sobre los contribuyentes y el Estado. Ademas, esa participacion en las ganancias de los empresarios es fuente de corrupcion para la nobleza y de vejaciones para el pueblo, porque da á todos los abusos protectores ocultos y poderosos. Mejorando la agricultura, suprimiendo los abusos en la recaudacion y repartiendo mas equitativamente los impuestos, se conseguirá aliviar á los pueblos, sin disminuir mucho las rentas públicas; pero ninguna reforma puede verificarse sino precede la economía, porque ninguna existe sin el riesgo de causar alguna interrupcion en la marcha de las exacciones, y porque deben esperarse los multiplicados obstáculos que provocarán los manejos y clamores de todas las personas á quienes interesa sostener los abusos de que viven. Mientras que la administracion de las rentas tenga que acudir á ciertos recursos para satisfacer las necesidades apremiantes, V. M. estará á disposicion de los rentistas, y estos poseerán siempre el medio de hacer que se frustren las mejores operaciones. No será posible ninguna mejora ni en las contribuciones para aliviar á los pueblos, ni en lo relativo al gobierno interior y á la legislacion. La autoridad no estará jamas tranquila porque jamás será amada, y porque el descontento de los pueblos es siempre el medio de que se sirven los agitadores y los mal intencionados para suscitar disturbios. De la economía depende, pues, la prosperidad de vuestro reinado, la tranquilidad en lo interior, la estimacion fuera, la felicidad de la nacion y la vuestra.»

No creemos haya nadie que dude despues de leer las minuciosas cuentas presentadas por Dupont de Nemours, sobre el estado del tesoro en la época de Turgot, que si las circunstancias hubiesen permitido á este ministro obrar tranquilamente por unos diez años, se habria restablecido el órden en el sistema rentístico de Francia. Del estado compilado por Turgot al entrar en el ministerio, y destinado á regular el presupuesto de 1775, resulta que los gastos escedian entonces en cerca de 22.000,000 á los ingresos; que los anticipos sobre las rentas, ademas de una deuda activa muy considerable, importaban mas de 78.000,000; y añadiendo 15.000,000 para el reembolso de parte de la deuda activa, Turgot hacia subir 37.000,000 el déficit corriente de 1775: sus operaciones en aquel año produjeron el reembolso de cerca de 66.000,000, inclusa la deuda consolidada y un aumento de renta de cerca de 15.000,000. El estado de 1776 presenta un déficit de 14.000,000, ademas de 9.000,000 para el reembolso de la deuda activa; total 23.000,000; pero habiendo sido los gastos menores de lo que se pensaba, el déficit fue solo de unos 16.000,000 que se hubieran reducido á 7.000,000, no empeñándose Turgot en continuar el reembolso de la deuda activa, y como en el transcurso del año se habian pagado cerca de 26,000,000 de la deuda consolidada, resulta que haciendo abstraccion del

reembolso y atendiendo únicamente á lo ordinario y al pago de los intereses, los ingresos de 1776, escedian á los gastos forzosos en mas de 18.000,000 Ademas, habiéndose mejorado las rentas aquel año en 14.000,000 síguese de aquí que, rigurosamente hablando, en 1777 el déficit habria desaparecido, existiendo por el contrario un escedente de cerca de 7.000,000 tres de los cuales estaban vinculados para reembolsar á la administracion de hipotecas, y los otros cuatro se podian seguir dedicando al pago de la deuda activa, ó á otras urgencias. Tal es el estado en que segun las cuentas de que se trata y de cuya verdad no puede dudarse, dejó Turgot la Hacienda á su sucesor. Estas cuentas continuadas para el exámen de los derechos y de las obligaciones del erario en los años posteriores á la retirada de Turgot, hasta 1781, prueban que en los presupuestos de este año el fondo libre aplicable á los gastos estraordinarios, era de unos 26.000,000. No hay duda de que con los ahorros propuestos por Turgot, con el aumento de la riqueza publica, y por consiguiente de la renta á consecuencia de las reformas políticas que iba á llevar á cabo, esta suma se hubiera elevado á un guarismo mucho mayor. Solo los ahorros que queria introducir poco á poco en lo ordinario del departamento de la guerra, subian á 17.000,000; los de la marina á 8.000,000, los de la casa Real á 14.000,000, los de la reforma de los subsidios á 15.000,000. Turgot estaba para obtener, fuera de esto, dos empréstitos de 70.000,000 al 4 por 100, que no se realizaron por la retirada del ministerio, y que le habrian permitido descargar mucho al Tesoro. Asi, aun concediendo como quiere Bailly en la *Historia rentística*, que la deuda corriente que encontró Turgot fuese doble mayor de lo que mostraban los datos oficiales, la situacion, merced á la reorganizacion gradual, cuyos elementos hemos indicado, habia podido mejorarse en unos cuantos años de buen gobierno. Llamarla próspera seria dar pruebas de cortos alcances, pero aunque distante de la prosperidad, lo estaba mas aun de la bancarrota, particularmente por la animacion que debia producir en Francia la reforma política que meditaba Turgot. En lugar de este ministerio filósofo, se sucedieron Clugny, Necker, Fleury, Ormesson, Calonne, Fourqueux, Brienne, hasta que la monarquía se vió obligada á convocar los Estados Generales, invitando á la Francia á salir por sí misma del aprieto. Diez años bastaron para consumar tan gran ruina. En 1781, cinco años despues de la retirada de Turgot, la deuda corriente subia ya á 89.000,000, y calculando el pago de los anticipos de los años precedentes, la deuda total ascendia á 218.000,000. Semejante gangrena no podia remediarse con reglamentos, sino con sabias mejoras en la constitucion.

La cuestion de las subsistencias fue la primera á que Turgot dirigió sus cuidados. La cosecha de 1774 habia sido escasa y se necesitaba hacer llegar granos á todos los puntos amenazados de escasez. Turgot se limitó á suministrar al comercio todas las facilidades posibles para que efectuase el abasto. Quitó las trabas en todo el reino; suspendió el comercio de granos que hacia una compañía privilegiada por cuenta del rey, y se enviaron al mercado los que habia en almacenes por valor de 4.000,000 Turgot pensaba añadir á este primer acto en favor de la libertad de comercio, la libertad de esportacion; y si hubiese seguido al frente de los negocios, lo hubiera hecho, no persuadiéndole la esperiencia otra cosa. Pero la opinion pública no le permitia este segundo paso; y aunque se lo permitiese, habria sido casi ilusorio en aquel momento, porque la momentánea carestía de los mercados franceses, retraia naturalmente á los estranjeros. Se ciñó pues, á establecer la libertad en lo interior, y aunque esta era una base sólida para la unidad de la Francia, y no podia impugnarse en principio por sus adversarios, siendo sus efectos tan distintos de los de la libertad absoluta; sin embargo, como ofendia grandes intereses y podia servir de pretesto á las declamaciones de los pueblos, los antagonistas de Turgot lo emplearon contra él. Añadiremos que las sediciones que estallaron en varias partes de Francia con motivo de los granos, y los que en la primavera de 1775 turbaron el órden en París y Versalles, fueron el principio de su ruina, por el partido que supieron sacar contra su propension á las teorías. La antigua escuela administrativa no podia hallar ocasion mas favorable que una escasez para justificar contra los asertos de los economistas, el principio de que el Estado debe velar por la subsistencia del país, llevar exacta cuenta de los auxilios y de las necesidades, y acudir por sí á todo. Pero tales habian sido los escándalos de esta supuesta paternidad del Estado en las operaciones de granos hechas bajo el ministerio Terray con los fondos del Tesoro, que la teoría de dejar el abasto á los particulares debia prevalecer á lo menos momentáneamente, sobre la teoría de la administracion. El mismo Turgot en el preámbulo del edicto de 1774, habia comparado las operaciones del comercio y las del gobierno, resultando necesitar este para salir de su postracion mas prevision y moral.

«La atencion del gobierno (dice el decreto del Consejo) dirigida á demasiados objetos, no puede ser tan activa como la de los negociantes, ocupados solo en su comercio. El gobierno llega á conocer tarde y con menos exactitud las necesidades y los remedios; sus operaciones, casi siempre precipitadas, se hacen con mayor gasto; sus agentes, no reportando ninguna ventaja de la economia, compran mas caro, efectuan los trasportes á precios mas subidos, conservan con menos cuidado y se pierde mucho grano. Pueden los mismos, ó por falta de habilidad ó por infidencia, aumentar el gasto de sus operaciones; pueden permitirse, sin conocimiento del gobierno, actos criminales; y aun cuando sean inocentes, no es fácil eviten las sospechas, sospechas que recaen siempre sobre la administracion que los emplea y que se atrae el odio del pueblo por los mismos cuidados que toma para socorrerlo. Ademas, cuando el gobierno se encarga de proveer á la subsistencia de los pueblos, comerciando en granos, solo él hace este comercio, porque pudiendo vender con pérdida, ningun comerciante es tan temerario que quiera competir con él. Toca

entonces á la administracion sola suplir la falta de la cosecha, para lo cual necesita emplear sumas inmensas, siguiéndose de aquí pérdidas inevitables. El interés de los anticipos, la cuantía de las pérdidas, forman un aumento de cargas para el Estado y de consiguiente para el pueblo, y son otros tantos obstáculos á los auxilios mas justos y eficaces, que el rey, en tiempo de escasez, pudiera prodigar á la clase indigente de sus súbditos.»

Tales son los principios de que ha nacido la teoría de la no intervencion del gobierno en los negocios del comercio y de la industria, y que, con perjuicio de los principios de Colbert caidos en desuso, fueron despues la regla de la administracion francesa, especialmente respecto á los granos. Turgot, sin proclamarla abiertamente, activaba con premios la importacion, providencia á propósito para estimular á los especuladores, asi como antes los asustaba la formidable competencia del erario. No puede, pues, negarse que esta política contribuyó á realzar el comercio, poniéndole de nuevo en plena posesion de uno de sus mas importantes elementos; á reanimar la agricultura con la concesion hecha á los cultivadores de disponer libremente de los frutos y á mejorar la condicion del pueblo, uniformando mas la circulacion de los granos en toda la estension del reino; siendo tambien indudable que aseguró en todas circunstancias abastos tan económicos y arreglados como los que pudieran esperarse de la solicitud de los gobiernos encargados en lo sucesivo de presidir los destinos de la Francia.

No bastaba haber establecido de un modo general la libertad interior del comercio de granos; era menester ademas librar á este comercio de muchísimos obstáculos particulares, capaces de anular en parte el beneficio de tal franquicia. Nombróse por lo tanto una comision para examinar los títulos de los derechos que la municipalidad, los empresarios reales y los señores, exigian, bajo diversas formas, de los granos, suprimir los que no se estimasen justos, y determinar la indemnizacion que debia darse á los poseedores de los otros, en caso de que se creyese conveniente redimirlos. Entre tanto se suspendieron todos los derechos de esta especie que percibia la municipalidad. El que quisiese formarse una idea del absurdo á que habia llegado poco á poco la administracion, merced á la acumulacion de instituciones de otros tiempos y otras circunstancias, deberia internarse en los pormenores del antiguo régimen. Añádase la falta casi absoluta de espíritu de reforma. Por ejemplo, en Rohan el comercio de granos pertenecia á una sociedad de comerciantes privilegiados, única que tenia derecho de venderlos á los tahoneros y á los particulares, y de comprarlos á los cultivadores y á los comerciantes estranjeros. Otra sociedad tenia el derecho de trasportar estos granos, y necesitaba reportar una ganancia conveniente á su dignidad de corporacion privilegiada, y que le diese ademas para el pago de sus empleados. Finalmente, la municipalidad gozaba el privilegio de los molinos, y aunque no tenia mas que cinco, los cuales no bastaban al servicio del público, permitia, mediante cierto precio, moler en otros puntos. De este modo la ciudad estaba garantizada contra el peligro de la falta de granos, costaleros y molinos. Turgot restableció en ella el derecho comun, lo mismo que en Lyon, Burdeos y la mayor parte de las grandes ciudades, cuyas instituciones no eran en este punto mas sabias. El ministro queria que fuesen abolidos definitivamente todos los derechos exigidos, tanto por los comunes como por los particulares. Aunque no habia atacado todavía los derechos de los señores, su derecho de propiedad no le inquietaba lo mas mínimo, á lo menos en la conciencia, porque, mediante la indemnizacion correspondiente á los poseedores, llevaba á cabo cualquiera operacion espropiando so pretesto de utilidad pública y apoyado en el principio de que el derecho de imponer cargas es privativo del soberano. Obrando asi respecto á este comercio, que es á un tiempo el mas considerable en el órden rentístico y el mas importante para la subsistencia del pueblo, aspiraba Turgot á poner á la Francia dentro de poco en las mismas condiciones que hoy se encuentra.

Otro acto importante de su ministerio en favor de la libertad del comercio y de la industria, fue la abolicion de las corporaciones de mercaderes y operarios, y la supresion de los reglamentos impuestos por el Estado á las manufacturas. Estas corporaciones y estos reglamentos, que eran consecuencia del principio de que la administracion debe ejercer la alta superintendencia sobre la industria del país, habian producido al fin inconvenientes análogos á los que hemos mencionado á propósito del abasto, y no ofendian menos que estos á la nueva economía política.

Mucho tiempo antes, Turgot los habia reprobado, y en el elogio de Gournay, decia en 1759: «Gournay era de parecer que todo hombre que trabaja, merece la gratitud pública; y le sorprendia que un ciudadano no pudiese fabricar ni vender, si antes no habia comprado el derecho para ello, pagando una suma no pequeña, si queria ser admitido en un gremio; siendo ademas notable, que despues de comprar este derecho, debiese aun averiguar, si entrando en tal ó cual corporacion, habia adquirido el derecho de vender ó de hacer tal ó cual cosa. Creia que un operario que fabricase una pieza de tela, habia añadido á la masa de las riquezas del Estado una riqueza verdadera; pues si la tela era inferior á otras, en la multitud de los consumidores habria alguno á quien conviniese esta inferioridad. Nunca hubiera imaginado, que aquella pieza de tela, por no estar conforme á ciertos reglamentos, debiese cortarse en pedazos de tres varas, condenando al trabajador á una multa, que podia reducir á la mendicidad á toda una familia; ni juzgaba útil que una pieza de tela fabricada diese pié á un proceso ó á una discusion difícil, para conocer si estaba conforme á un reglamento largo y oscuro; que esta discusion debiese tener lugar entre un fabricante, que no sabia leer, y un inspector que no sabia fabricar; y que el inspector fuese, sin embargo, juez inapelable. Gournay no habia ima-

ginado tampoco, que en un reino donde el órden de las sucesiones ha sido establecido según el uso, y en el que la aplicacion de la pena de muerte por muchos delitos está abandonada, aun en la jurisprudencia, se hubiese dignado el gobierno regular con leyes espresas el largo y el ancho de cada pieza de tela, el número de hilos de que debia componerse, y consagrar con el sello de la potestad legislativa cuatro tomos en 4.°, llenos de tan importantes pormenores, ademas de un número infinito de estatutos, dictados por el espíritu de monopolio, cuyo objeto es embarazar la industria, concentrar el comercio en pocas manos, con la multiplicidad de las formalidades y de los gastos, añadiendo un aprendizaje de diez años para oficios que se aprenden en diez dias, escluyendo á los hijos de profesores ó que han nacido fuera de ciertos límites, prohibiendo emplear á las mujeres en la fábrica de telas, etc.»

Estas palabras encierran la reprobacion del antiguo sistema económico de Francia, cuyas prescripciones, considerando especialmente los progresos de las relaciones comerciales y de los procesos tecnológicos, eran en efecto intolerables. Ciertos reglamentos, escelentes en tiempo de Colbert, impuestos á las manufacturas para asegurar sus primeros pasos é inspirar al público confianza en sus productos, habian llegado á ser, en el espacio de un siglo, muy defectuosos; pues en general, si la autoridad pública quiere inmiscuirse en la disciplina de las manufacturas, es necesario que tenga á lo menos tanta practica como los operarios, y que esté tan pronta á reformar sus disposiciones como las manufacturas á cambiar sus métodos.

La misma observacion debe hacerse respecto de la disciplina de los gremios de artes y oficios; tanto mas, cuanto que dependiendo esta disciplina del estado de las costumbres, requiere mayores cautelas que la fabricacion y el comercio, el cual aspira especialmente á conceder estímulos, á impedir el desórden y á prevenir los abusos de la mala fe. No queremos decir que la completa libertad del comercio y de la industria, no sea tambien manantial de inconvenientes, tanto como una organizacion legal mal entendida, y que cambiando de sistema, no pueda hacerse un cambio en sentido opuesto. La antigua escuela administrativa, cuyos principios conviene distinguir del defecto propio de las instituciones, no se engañaba al indicar anticipadamente al economista los peligros de la teoría de la libertad. Asi Turgot, ademas de las oposiciones egoistas, halló otras, inspiradas por un sentimiento político, tan profundo á lo menos como el suyo; y sus colegas distaban mucho de participar de su opinion, achacándole que se dejaba alucinar por las falsas doctrinas de los Ingleses. Sartine, entonces ministro de Marina, pretendia ver manejos de Inglaterra en el fondo de la conjuracion de los economistas, los cuales, en caso de buen éxito, no podrian, á su juicio, lograr otra cosa sino la decadencia del comercio y de la industria de la Francia. Hubo, pues, tanta repugnancia, que el parlamento se negó á registrar el edicto sobre los gremios; y para obligarle, á pesar de sus observaciones, fue menester acudir á medidas estremas. Acerca de esto se leen en Monthyon algunas reflexiones, que eran seguramente las hechas por los individuos mas honrados de aquel cuerpo. «El sistema reglamentario, que dirigia la industria (dice) parecía á Turgot una usurpacion del poder social sobre los derechos naturales del hombre. Casi todas las carreras de la industria y del comercio, se abrieron á cuantos querian entrar en ellas; cada cual pudo aplicarse á aquel género de fabricacion que mas le agradaba, sin ser sometido á una prueba de capacidad. Las mercancías de todas clases, con pocas escepciones, pudieron ser puestas en venta sin que se reconociese su calidad. Aquellos puertos estranjeros en que se admitian solo los buques de ciertas compañías de comercio, admitieron ahora á cualquier buque mercante francés. Se abolieron las distinciones, las restriciones y las prerogativas que contaban largos años de establecidas, segun los usos de los demás paises y que estaban justificadas por el buen éxito. Estos vínculos, demasiados estrechos, habian perjudicado los progresos de las artes y las especulaciones; pero la libertad ilimitada hubiera degenerado en licencia, llegando á ser aun mas perniciosa. En muchas mercancías, la ventaja del fraude y la facilidad de ocultarlo á los ojos del público, habrian inducido á alterar su fabricacion, perdiendo las mercancías francesas en el estranjero la ventaja obtenida desde que se las habia sometido á reglamentos que garantizaban su buena calidad (1).»

Nosotros, que á causa de la proximidad sentimos quizá mas vivamente los escesos, tanto de la franquicia ilimitada como de los reglamentos, nos pondríamos de parte del parlamento en esta disputa, si la historia no nos obligase á considerar el antiguo sistema, no solo en su teoría, sino tambien en los abusos introducidos (*). A la reprobacion de Gournay y Turgot añadiremos la de Condorcet. «Los maestros de arte (dice este filósofo, dando gracias á Turgot) formaban una pequeña república, cuyos jefes, so protesto de vigilancia, habian llevado á un grado difícil de prever el arte de estrechar las cadenas de los pobres operarios, de sobrecargar de gastos inútiles á los municipios, y de hacer insoportable el estado mismo de maestro á los que no tenian mas que su industria y el amor al trabajo. Esta odiosa y ridícula esclavitud fue abolida; el habitante de las ciudades obtuvo al fin el derecho de disponer de sus brazos y de su trabajo. Este derecho que es uno de los primeros que nos ha dado la naturaleza y que puede mirarse como necesaria consecuencia del vivir y comer, parecia ya borrado del corazon y de la memoria de los hombres, y es uno de los títulos de la humanidad, perdidos en la noche de los tiempos bárbaros, que nuestro siglo ha encontrado. Las ventajas de la supresion de los gremios no se limitaban solo á este grande acto de justicia; habia tambien para el pueblo y para todos los ciudadanos la disminucion de los precios del pan, de la carne, de todas

(1) MONTHYON, *sobre los ministros de Hacienda.*
(*) Consecuencia inmediata y necesaria de semejante teoría.
(N. del T.)

las mercancías y de todas las produciones de las artes. Las manufacturas se sustraian del duro yugo que les habia impuesto Colbert, al fijar por medio de leyes el tamaño de las telas, el método de formar los tejidos, los procedimientos del tinte, con multas y hasta penas aflictivas á los contraventores. Estas leyes fueron dictadas al ministro por fabricantes ignorantes, que presumian que sus conocimientos y su práctica eran el último límite de los progresos de las artes, y que habian creido poder sujetar los gustos y las necesidades de los hombres de todos los siglos, á los gustos y necesidades de su tiempo» ¿Qué responder á esto? Aunque pidamos al porvenir una administracion mas perfecta, mas protectora de las clases trabajadoras, que sepa dirigir mejor la riqueza pública y que sea mas conforme, bajo todos conceptos al espíritu general y á la tradicion de la Francia, no negaremos los progresos debidos á las instituciones que ahora reprobamos y que, ademas de sus propias ventajas, eran segun las apariencias. condicion necesaria de nuestros progresos hácia un nuevo órden de cosas.

Al ministerio de Turgot se debe tambien la abolicion de las servidumbres personales. Habíase introducido poco á poco el uso, especialmente en el trascurso del siglo XVII, de hacer construir y reparar los caminos por la gente del campo; gravámen vejatorio, y aunque menos grave que la talla, mas detestado que esta, tanto que su nombre (*corvée*) se ha hecho característico en la lengua. Cuando habia que emprender algun trabajo, se reunia á todos los campesinos del rádio de tres ó cuatro leguas, con su carros y acémilas, de suerte que las tareas de la labranza quedaban suspensas por un tiempo mas ó menos largo, y muchas veces en momentos en que la mas pequeña demora era para los campos una calamidad. De donde provenia que este servicio, el cual á primera vista podia parecer gratuito para la hacienda pública, le era al contrario escesivamente oneroso, como perjudicial á la riqueza del país. En general los campesinos estimaban unánimes el daño causado por esta clase de servidumbres, en la mitad del producido por la talla, importando, segun este cálculo, unos 50.000,000 lo menos para toda Francia; y cuando Turgot decidió que, estos trabajos se ejecutasen á costa del Estado, no llegaron á 10.000,000; prueba indudable del alivio que, sin contar la cesacion de las vejaciones, debia proporcionar al país semejante providencia. Ademas de que los caminos, como lo ha demostrado la práctica, se conservan mejor por el nuevo método, que por el de las servidumbres personales.

Los economistas del siglo XVIII hacia tiempo que tenian fijada la vista en este punto; pero como todos los innovadores lo resolvian en el mismo sentido que Turgot, el partido conservador se oponia cada vez mas tenazmente. Un folleto de Voltaire, que pedia la abolicion de las servidumbres personales, fue denunciado al parlamento por d'Esprémenil, el cual quiso envolver en la acusacion á todos los filósofos, y hasta al mismo Turgot. Este respondió con un decreto del consejo suprimiendo las tales servidumbres, y sustituyendo en su lugar un impuesto adicional sobre todas las propiedades que pagaban el 5 por 100. La nobleza y el clero pusieron el grito en las nubes, pues estas dos clases tenian que contribuir tambien á la conservacion y reparacion de los caminos. ¿Servir con el dinero (decian) no equivale á servir con las personas? ¿Se podria, dando latitud á este principio, obligarles, como á los campesinos, á trabajos mecánicos? Herida su dignidad con tan grave afrenta, ni aun su existencia creian segura. El parlamento se negó á registrar el edicto; sostuvo que la constitucion fundamental de la Francia recibiria un golpe mortal si se infringia la máxima de que «el pueblo francés puede ser sometido arbitrariamente á tallas y servidumbres personales;» y respecto del decreto, como habia sucedido sobre los gremios, fue preciso recurrir al solio de justicia.

Este cambio, en la mente de Turgot, era conforme no solo á sus ideas de economía política, sino tambien á un sistema general de las vias de comunicacion de todo el reino; era, en suma, el gérmen de nuestra administracion de caminos y canales. Estendíase á todas las tierras, sin escepcion, el principio de la espropiacion forzosa, indemnizando á los dueños convenientemente; nuevo atentado contra las inmunidades de los nobles.

El ministro pensaba tambien en perfeccionar la navegacion interior, una de las principales bases de la prosperidad del comercio y de la riqueza pública, uno de los mas señalados beneficios de los últimos reinados. Con este fin se habia instituido una comision de inspectores generales, compuesta de d'Alembert, Condorcet y Bossut, y á pesar de las escaseces del erario se señaló una suma en el presupuesto de 1776 para los trabajos urgentes. «Turgot (dice con este motivo Condorcet) consideraba un sistena general de navegacion interior, y de obras para hacer navegables todos los rios, como el único medio de dar al comercio interior la actividad necesaria al progreso de la agricultura y de la industria, y ademas garantizar contra casos imprevistos las subsistencias del pueblo y el buen éxito de las manufacturas, con una circulacion mas estensa.»

Respecto del impuesto, Turgot tenia el designio de sustituir el directo al indirecto, fiel á sus principios de economía política; pero conocia que tan importante reforma, cualesquiera que fuesen sus ventajas, solo podria intentarse lentamente y á medida que la opinion pública le ofreciese apoyo. Lo primero habia de ser la supresion de la gabela, sustituyéndole una cuota fija, igual para todos los contribuyentes; pero que, por la economía de la recaudacion, beneficiaria al erario en cerca de 30.000,000, aligerando asi la talla, tan onerosa para el pueblo, y los derechos de tráfico tan perjudiciales al comercio esterior. Mas, á pesar de todos los inconvenientes de las contribuciones indirectas, no cabe negarles sus ventajas; y quizá Turgot, con una innovacion tan atrevida que estaba en sus manos suspender, se hubiera espuesto á nuevos obstáculos que la necesidad no le exigia. Por lo demás, él compren-

hacer indispensable un día este sacrificio, el cual seria peligroso tanto para la nacion como para el rey siempre que no fuese enteramente voluntario y hecho por el mismo soberano antes de que se empezase á sentir su necesidad.»

Por lo demás, solo la institucion de las dos primeras clases de asambleas, que no podia inspirar grandes recelos al rey, era ya un paso atrevido en la reforma. Turgot queria ante todo que le ayudasen á reformar el impuesto. Les hubiera encargado compilar el catastro y repartir la contribucion territorial, sustituida á todas las existentes. Una vez compilado el catastro general de la Francia con el ausilio de todas estas asambleas, hubiera sido fácil al gobierno verificar el reparto entre los distritos, dejando á estos el cuidado de fijar la contribucion de cada propietario. Asi se hubiera simplificado la contabilidad, limitándola á la correspondencia entre el tesoro y los tesoreros de distrito, á quienes correspondia el percibo de las contribuciones y el pago de los gastos locales. Las obras públicas, las aguas y bosques, las casas de educacion, los establecimientos de beneficencia y de utilidad pública, el alistamiento de las tropas, habrian sido dirigidos por estas asambleas segun las reglas generales prescritas por el gobierno. A su cargo hubiera estado ademas la administracion del real patrimonio, y poco á poco habria surgido la idea, como Turgot esperaba, de vender este para conservar al rey lo único esencial é inagotable, que es el impuesto. Contaba, pues, principalmente con ellas, segun dejamos dicho, para llevar á efecto sus designios tocante á los derechos feudales. Mientras con su actitud hubieran ejercido sobre los poseedores de tales derechos una influencia conveniente, se habria procedido amistosamente á la redencion, con arreglo á la norma dada por el rey. Finalmente, como dice Condorcet, el cambio de los bienes del clero en una retribucion anual por cuenta del Estado, era otra de las reformas previstas por Turgot para el tiempo en que el espíritu público hubiese adquirido suficiente fuerza. De este modo la nacion, libre de todas sus trabas, se habria iniciado progresivamente en el conocimiento de los negocios propios, y la clase media habria tenido tiempo de suministrar tambien á su vez hombres de Estado. Secundaria el movimiento la reforma de la instruccion pública, gracias á una direccion central, á cuyo frente pensaba Turgot poner á Malesherbes. Aparece de la citada Memoria, en la que ambos proyectos se confunden, que la idea de la instruccion pública se ligaba estrechamente en la mente del ministro con la de las asambleas. «La primera y mas importante de las instituciones que creo necesarias (se lee en ella), la que me parece mas á propósito para inmortalizar el reinado de V. M., la que debe tener mas influjo en la estabilidad del reino, es, señor, la formacion de un Consejo de instruccion pública, bajo cuya direccion estén las academias, las universidades, los colegios, las escuelas menores. El primer vínculo de las naciones son las costumbres; y la primera base de las costumbres, la instruccion dada desde la infancia sobre los deberes del hombre en sociedad. Al presente, solo en un ramo de instruccion se nota uniformidad; en la instruccion religiosa. Pero, aun esta uniformidad no es perfecta, pues los libros de testo son diferentes en las distintas diócesis. La instruccion que vuestro Consejo mandaria dar, no adoleceria de tal inconveniente. Si este plan merece el agrado de V. M., me atrevo á salir garante de que en diez años la nacion estará del todo cambiada, sobreponiéndose á los demás pueblos en doctrina, buenas costumbres ó iluminado celo en el servicio de V. M. y de la patria.» De donde resulta que la política de Turgot, por su simpatía hácia la perfeccion regular, se fundaba no solo en la reforma de las leyes, sino especialmente en la educacion.

Resta saber si la nacion hubiera obedecido el impulso de regeneracion que Turgot pretendia imprimirle; si las asambleas municipales, una vez constituidas, no hubieran pedido la inmediata convocacion de la asamblea nacional; por último, si esta asamblea, reunida alrededor del trono, se habria contentado con hacer lo que le estaba prescrito, sin arrogarse, como la asamblea constituyente, la soberanía. Pero cuando se reflexiona que pasaron mas de diez años desde el ministerio de Turgot al tiempo en que la nacion, acosada de contínuos temores y contrariedades, se vió, digámoslo asi, forzada á tomar la iniciativa, se convendrá en que Francia, en la época en que hablamos, estaba dispuesta de modo que las operaciones preliminares de Turgot, sobre todo suponiéndolas secundadas por el estado próspero de la hacienda, bastaria á dejarla satisfecha. Su política activa, asi preparada, se hubiera manifestado, pues, tranquilamente y sin ruido. Ademas de que el rey, en vez de negar á la asamblea nacional los cambios ya necesarios en la constitucion de la monarquía, la hubiera convocado, en esta hipótesis, para proponérselos. Pero ¿esta constitucion enteramente monárquica hubiera obtenido el sufragio duradero de la clase media? ¿Verse en el Estado sin rivales le pareciera á esta suficiente ganancia, una vez libre de la superioridad de la nobleza y el clero? ¿No aspiraria, despues de la primera victoria, á atraer á sí el principio del poder, y á triunfar del rey, despues de vencer á los señores? Lo creemos tanto mas fácilmente, cuanto que parece inherente á la esencia misma de la clase media formar donde quiera y en cualquier tiempo un poder envidioso, impaciente de dominio y absoluto. Es, pues, muy probable que la constitucion municipal de Turgot, desviándose naturalmente de la intencion de su autor, si no en vida de Luis XVI, á lo menos en el reinado de uno de sus sucesores, se habria cambiado en la constitucion que rige hoy la Francia, y en la que claramente se ve la supremacía de la clase media. Pero, si Francia hubiese llegado de ese modo á aquella especie de oligarquía que conviene al estado actual del saber y de la moralidad de la nacion, la responsabilidad de Turgot, aunque no se considere la revolucion francesa bajo un aspecto muy elevado, no perjudicaria á su memoria, pues Francia habria alcanzado igualmente su presente estado, y con

muchos menos sacrificios, sangre y dolores.

Resulta, pues, que esta política, aunque tenga su lado débil, en atencion á que no era posible que la autoridad real sin nobleza ni clero conservase largo tiempo la supremacía sobre los ciudadanos, fue inspirada, sin embargo, por el sentimiento del carácter de Francia, que es justamente una nacion monárquica; porque el pueblo, como lo demuestra la esperiencia, ha gustado siempre de verse reflejado en una persona gloriosa, complaciéndose en contemplar esta gloria, que de él procede; hasta el punto de haber amado largo tiempo sus reyes hereditarios, aun los mas medianos, á falta de representantes mas dignos. Turgot, pues, se mantenia fiel á la tradicion francesa, queriendo conservar á la nacion un jefe supremo; pero, sin lanzarse al porvenir, comprendia toda la nacion en la clase media, y para la personificacion de la autoridad soberana no ideaba otro medio, fuera de la herencia. Consecuencia inevitable de esta falsa constitucion, hija de una falsa economía política, era la usurpacion de la autoridad soberana por la clase privilegiada, el desórden administrativo y la pérdida de todas las ventajas que ofrece el gobierno unitario. De suerte que, en conclusion, el defecto radical de este cambio consiste en omitirse la clase asalariada, sin la cual la clase de los propietarios carece de equilibrio, exagera su papel, y no es mas que una corporacion. De una nota añadida á la *Memoria al rey* aparece que Turgot habia sospechado este inconveniente fundamental de su proyecto. «Hubiera deseado (dice su amigo) que á esta constitucion se agregasen providencias de tal índole que ofreciesen clara y entera garantía de la libertad de las personas, de la industria, del comercio y de toda propiedad mueble á los hijos del país y á los habitantes que no poseyeran bienes territoriales y cuya prosperidad es la única promesa de una activa y eficaz competencia en el cultivo del terreno, en las fábricas, en las manufacturas, en todos los medios interiores y esteriores de aumentar valor al país.» Si se compara el proyecto de Turgot con el primer período de la revolucion francesa y con la constitucion actual de Francia, podrá considerarse la citada nota como un oscuro compendio de la segunda parte de aquella revolucion y de los cambios que son menester ahora, para continuar el progreso normal de la Francia. Creemos que en el ensalzamiento de la clase asalariada llevará Turgot la razon contra la oligarquía de la clase media, en lo que respecta á una suprema magistratura que representa todas las clases de la nacion con igual título, y digna de respeto por la ilustre persona elegida para desempeñarla.

Cualesquiera que fuesen los resultados ulteriores de la tentativa de Turgot, de hacer pasar á la Francia, sin sacudimientos, del antiguo régimen al nuevo, exigido por la condicion de las costumbres, es lo cierto que sus primeras medidas escitaron el general entusiasmo en toda aquella parte de la nacion no maleada por el egoismo ó por las preocupaciones... Es verdad que este entusiasmo no tuvo la fuerza necesaria para impedir que el ministro cayese, ó para volverle á elevar; pero, conviene no perder de vista que el público no conocia aun toda la estension de los planes de Turgot, ni era posible la conociesen sino los entendimientos mas ilustres. *No sé lo que hará*, decia Voltaire, *pero sí que hará lo contrario de lo que se ha hecho hasta aquí*. En una oda dedicada en 1775 á Turgot, el ilustre anciano, comparando lo pasado con lo presente, y entregándose á la esperanza, saludaba la aurora de un nuevo dia; este cambio político le parecia completar la revolucion, y olvidando la dificultad con que los pueblos mudan de forma, cantaba en medio de su trasporte, como Virgilio, la restauracion de los tiempos:

La aurora fúlgida luce
Anunciando un nuevo dia;
El genio del mal ha muerto,
La tierra se reanima.

El nombramiento de Turgot para ministro le causó tal alegría, que el mismo Turgot, en su delicada posicion, tuvo que rogarle la moderase. En 1778, en la embriaguez de su triunfo, se le vió adelantarse hasta el ministro caido, cogerle la mano, y esclamar con una voz ahogada por las lágrimas: *Dejadme besar esta mano que ha firmado la salvacion del pueblo.*

Pero, cuanto mas se alegraba el partido liberal de una política tan diferente de la seguida hasta entonces en los consejos del rey, tanto mas disgusto mostraba el partido contrario. La nobleza amenazada en su existencia, el clero en sus inmunidades, los cortesanos en el goce de los favores, los rentistas en el orígen de sus ingresos, el parlamento en sus tradiciones, la administracion en sus hábitos, y en sus principios considerados como los mas sabios, una parte tambien del tercer Estado descontento con la abolicion de los monopolios; finalmente, todos los enemigos de Voltaire y de los filósofos, formaban una liga, contra la que era imposible resistiese Turgot. Maurepas, al llamarle al ministerio, no creyó que promoveria tantas innovaciones, y á la misma mano que le habia elevado le era fácil abatirle. En vez de moderarle, le dejó seguir adelante en un camino que hubiera necesitado mas cautela, con objeto de que irritase á todos los que debian resentirse de sus reformas.

Entonces se levantó en la córte un grito contra el contador general; y Luis, seducido al principio por los buenos sentimientos que en él veia, no tardó en arrepentirse de su ceguedad y en mudar de dictámen. Habia esperado que Turgot restaurase la Hacienda; pero se le mostró que en las cuentas de 1776 habia aun un déficit, aduciendo este resultado como prueba de que el ministro habia salido mal én su intento. Recibia ademas cartas en que se pintaba á Turgot como un ambicioso, cuyo designio era trastornar el Estado, lo cual tenia cierto fondo de verdad. Por último, el rey, que hacia algun tiempo le ponia mala cara, formó su resolucion. En el consejo, habiéndole Turgot pedido permiso, segun costumbre, para leer una *Memoria* destinada á aclarar un punto importante, esclamó Luis XVI:

¡*Otra Memoria mas*! Concluida la lectura, le preguntó: ¿*Habeis acabado*? Y al oir la respuesta afirmativa de Turgot, dijo: *Tanto mejor*, y se marchó en seguida. A las dos horas recibió el ministro el decreto destituyéndole, decreto que no era, dice Monthyon, cual debia esperarlo un hombre á quien el rey habia dicho pocos meses antes: *Vos y yo somos los únicos que amamos verdaderamente al pueblo.*

Asi se desmoronó, por la debilidad de la base, tan hermosa y filosófica empresa. La reaccion fue pronta; nuevos decretos, contrarios á los espedidos por Turgot, borraron un momento toda huella suya. Se revocaron los edictos sobre los gremios y las servidumbres personales; se interrumpieron las operaciones rentísticas, y se dió al olvido la política preventiva. El banquero que le sucedió, aunque menos político y amante de reformas, corrió en breve la misma suerte. Solo en tiempo de Calonne empezó la córte á respirar, viéndose por fin al gabinete del rey seguir plenamente las tradiciones de Luis XV; la convocatoria de los Notables, decretada por Calonne, precipitó la revolucion. La muerte que sorprendió á Turgot, á fines del primer ministerio de Necker, le impidió ser testigo de las principales consecuencias de esta reaccion; pero pudo anteverlas. «Esperimentó mas dolor (dice Condorcet) con la revocacion de los edictos sobre servidumbres personales y gremios, que con la pérdida del ministerio.» Hasta entonces habia creido que el bien que habia proyectado se realizaria al fin; y como estaba ya abolido todo lo que afligia mas al pueblo, se consolaba pensando que los progresos de las luces, aunque mas lentamente, traerian consigo los cambios, cuya utilidad conocian todas las personas ilustradas, y que al cabo seria conocida de la generalidad.

Turgot, al retirarse, escribió al rey una carta llena de los mas elevados sentimientos políticos, y algunos trozos son verdaderamente proféticos: «Deseo podais creer siempre que he juzgado mal, mostrándoos peligros quiméricos. Hago votos porque el tiempo no me justifique, y porque vuestro reinado sea siempre feliz para vos y para vuestros pueblos, correspondiendo á las esperanzas que les hicieron concebir vuestros principios de justicia y de beneficencia.» Si Luis XVI se acordó de esta carta, cuando la Francia, en vez de las pacíficas asambleas propuestas por Turgot, impelida de la necesidad, acudió á aquella grande y terrible Convencion, ¡cuál no debió ser su sentimiento! Sentimiento supérfluo y quizá mal fundado; porque ¿hubiera sido posible estirpar de Francia, sin mas medios que los pacíficos propuestos por Turgot, las viejas raices del feudalismo? Solo lo sabe la Providencia, supremo árbitro de los cambios políticos. Pero suponiéndolo posible, se habria necesitado un rey que igualase por la fuerza de su carácter á Luis XIV ó á Napoleon. La Providencia hubiera debido hacer este presente á la Francia, si en sus designios, por una razon profunda de utilidad, no hubiese entrado la revolucion. Pero, aunque reconozcamos los inmensos, si bien costosos beneficios de la revolucion, no neguemos á Turgot nuestra admiracion sincera. Procurando efectuar tranquilamente las mejoras de que creia capaz á la Francia de su época, hizo lo que cumple á todo filósofo amante de los hombres y de la perfeccion de las naciones. Los sabios deben tratar de descubrir anticipadamente las señales de los tiempos, y ayudar á los pueblos á verificar sus cambios con madurez, y sin caer, por falta de prevision, en la dura necesidad de las guerras civiles, de los suplicios y de las reacciones. No desenvainemos las espadas antes de haber agotado todos los medios de conciliacion; pues cuando sobrevienen esos sacudimientos espantosos, á que es fuerza resignarse, si la salvacion de la humanidad exige absolutamente la guerra, entonces ha concluido la mision del filósofo, y se abre la escena á los hombres fatales.

J. Regnaud.

NUM. XXXIII.

FRANKLIN.

(1706 — 1790.)

Un jóven de veinte y un años se encaminaba un dia á Filadelfia, sin llevar en el bolsillo mas que unos cuartos, con los que compró tres panes, poniéndose uno bajo el brazo derecho, otro bajo el izquierdo, y comiendo del tercero. Venia de trescientas millas de distancia á buscar fortuna; ¡buscar fortuna, sin amigos, conocimientos ni títulos, en una ciudad populosa, donde cada cual mira por sí y trata solamente de salir adelante!

Pero ¿qué capitales trae este jóven á un mundo que calcula y envidia, que considera pérdida propia la ganancia agena? Trae industria, economía, aplicacion, perseverancia, observacion; y bastarán para abrirle paso, es indudable; y el jóven llegará á ser un físico insigne, un fundador de la libertad de su país, y sobre todo un grande hombre.

Pero, entendámonos, un grande hombre, no como los de la antigüedad y de Plutarco, que esterminan veinte mil enemigos en una batalla; que por celo de libertad matan á su hermano y asisten al suplicio de su hijo; que por magnánimo desprecio del sentimiento, trafican en esclavos y prestan las mujeres; que por avidez de gloria se sublevan, conspiran, conquistan aturden al mundo; en suma, héroes, pero no hombres. ¡Ah! el heroismo moderno es muy distinto; pacífico, sufrido, espera la obra lenta, pero tranquila del tiempo; calcula los efectos, y sobre todo ahorra lágrimas y sangre. Aquellos eran rayos que aterraban y herian; estos son fabricantes de máquinas de vapor, que, despues de un largo trabajo, consiguen producir efectos que se admiran y bendicen.

Benjamin Franklin, el jóven de quien acabamos de hablar, nació en Boston en 1706, siendo el décimotercio de una familia de artesanos; y apenas aprendió á leer y á escribir, le dedicaron, de diez años, á hacer velas, como su padre. Aplicábase Benjamin; pero, siempre que lograba un momento libre, corria al mar, donde adquirió grande esperiencia como nadador y remero; los pocos cuartos que ahorraba del alimento, los convertia en libros de viajes y de historia. Su padre, descontento con la conducta del que llamaba el *literato de casa*, le puso á aprender el oficio de impresor bajo la direccion de otro hermano, y allí estuvo hasta los veinte y un años, manejando letra y cajas, regletas y prensas. Como trabajaba con pasion, no tardó en ser uno de los mas hábiles operarios, y los dependientes de los libreros amigos suyos, le proporcionaban libros que leia ansioso. El *Ensayo sobre los proyectos* de Foe, autor del *Robinson Crusoé*, y un tomo suelto del *Espectador* de Adisson, le inclinaron á una instruccion variada, á una delicada moral, á ver en todas las cosas las mejoras factibles. Quiso escribir, y compuso algunas coplas de ciego, que le valieron elogios; pero, por fortuna, un amigo sincero le dijo la verdad, y le salvó así del peligro de ser un mal poeta, ó lo que es aun peor, un poeta mediano.

Comprendió entonces la necesidad de limar el estilo, y no dejarlo á la casualidad como muchos. En cuanto á los períodos, repitió las pruebas que las personas sábias conocen y de que se burlan los presuntuosos; pruebas diarias y oscuras, compensadas luego por la facilidad y precision con que se compone. A diez y seis años leyó á Locke *Del entendimiento*, la *Lógica* de Port Royal, los *Memorables* de Jenofonte, y aprendió á esplicarse sus ideas y á esclarecerlas. Dirigió este análisis á su vida. Se impuso un régimen estricto de alimento y la mayor economía en cocer las patatas y el arroz; renunció al vino, para ahorrar algun cuarto y no imitar á sus beodos camaradas; con lo que se captó el aprecio de estos, cual acontece al que no se halla nunca desprovisto de dinero ni de juicio, dos cosas cuya falta hacen al hombre tan despreciable, desde que Esparta fue destruida.

Analizaba y descomponia la virtud en sus va-

rios elementos, como Newton la luz y Lavoisier el aire; y al fin del dia, cuyos gastos y horas tenia distribuidos con igual exactitud, examinaba los maravedises que habia gastado fuera de lo necesario, los defectos corregidos, las buenas cualidades desarrolladas. Y como la persuasion es uno de los obstáculos mas fuertes á la mejora, se acostumbraba á no decir jamás: *Estoy cierto*; *Está bien*; *Apuesto á que.....*; sino *Me parece*; *Seria de dictámen*; á anularse para llegar á su objeto; á dejar á otros el humo para obtener lo sólido; *á bajarse á tiempo*, como un viejo le habia enseñado una vez que dió con la cabeza contra una viga; á confiar en su actividad, sobriedad, paciencia y perseverancia.

Su hermano, el impresor, se propuso publicar una gaceta, la segunda que se habia visto en América; y Franklin intercaló allí un artículo suyo, conservando el incógnito, para evitar la crítica. En efecto, ignorándose el autor, alabaron la obra, y gustó; y ya luego pudo darse á conocer. Si se quiere saber las espinas con que tropieza el hombre honrado al entrar en la carrera de la literatura y el periodismo, pregúntese al que esperimenta aun sus efectos; y no sorprenderá ver á Franklin irritado con su hermano, con el gobierno, con sus rivales, quejarse, como muchos otros, de la *ingrata patria* y marcharse á Nueva-York y á Filadelfia. Allí, á fuerza de trabajar, consiguió algo; pero un proyectista, de esos que consideran demasiado largo camino para hacer fortuna el trabajo, la paciencia y el ahorro le aconsejó ir á Lóndres; á Lóndres, el pais de las riquezas y de los empleos.

Fué efectivamente; pero ¿quién se cuida en Lóndres del estranjero que llega allí sin título ni guineas? Deshechos sus castillos en el aire, consumido lo poco que le quedaba, encontróse Franklin solo en aquel inmenso caos, sin medios ni apoyo; y en amistades, amor y protecciones, esperimentó esos desengaños que tanto cuestan, que envilecen al débil, y acaban por persuadir al fuerte de no confiar mas que en sí mismo. Hízolo asi Franklin; puso su confianza, no en poderosos amigos é influyentes patronos, sino en sus propios brazos, con los cuales ya manejaba las prensas de una imprenta, ya los remos de una navecilla en el Támesis; enseñaba tambien á nadar, y de este modo ganaba su pan cotidiano.

De vuelta á Filadelfia, pensó formalmente en adquirir dinero y reputacion; y consiguió ambas cosas trabajando dia y noche, viviendo sóbriamente, dando buen ejemplo, y respondiendo con los hechos á las detracciones de la envidia. Asi pudo establecer una imprenta, se casó y empezó á publicar el *Almanaque de Ricardo Bueno*, coleccion de consejos y verdades prácticas, espresadas en forma de proverbio, que están en la memoria de todos y se aplican cien veces á los casos propios y agenos:

«La llave que se emplea á menudo, se conserva luciente como plata; no empleándola, se llena de herrumbre. Asi sucede á nuestro entendimiento. La constancia obtiene las cosas mas difíciles en poco tiempo. El hombre que se acuesta temprano y madruga, se mantiene sábio y rico.

»El que sabe trabajar no se muere de hambre. El hambre está en acecho á la puerta del hombre laborioso; pero no se atreve á llamar.

»No te pongas guantes cuando tengas que andar en la olla: gato con zapatos no caza ratones.

»La contribucion con que nos abruma la pereza, es doble de la que nos impone el gobierno; la soberbia la triplica y la locura la cuadruplica; los cobradores no desfalcan nada.

»Te quejas de que la vida es corta; pero el tiempo es el hilo con que se teje la trama; ¿por qué, pues, lo arrojas? La zorra que duerme no come gallinas.

»El que vive de esperanza, muere de sentimiento.

»El que tiene un oficio, tiene un campo: el que tiene una profesion útil y honrosa, tiene un empleo.

»No he visto nunca echar grandes ramas á un árbol á menudo trasplantado, ni enriquecerse á una familia que muda frecuentemente de casa. Tres mudanzas equivalen á un incendio.

»Un vicio cuesta tanto como dos hijos.

»Cocina gorda, testamento flaco. La gula deja sin camisa. Los locos dan banquetes y los cuerdos gozan.

»El que pide dinero prestado, pide una mortificacion. La cuaresma es muy corta para los que deben dinero en páscua. Mejor es irse á acostar sin haber cenado, que levantarse con deudas.

»La ambicion que á medio dia se alimenta de vanidad, por la noche se alimenta de desprecio. El orgullo se desayuna con la abundancia, come con la pobreza y cena con la infamia.

»La esperiencia tiene una escuela muy cara; pero es la única donde pueden aprender los locos.

»La senda que lleva á la riqueza, si quereis saberlo, es llana y tan fácil como la que conduce al mercado. Para seguirla se necesitan dos cosas; asiduidad y sobriedad; ó en otros términos, no desperdiciar nunca el tiempo ni el dinero, y hacer de ambos el mejor uso posible.»

La filosofía de Franklin, como se ve, es el deismo de Locke. Shaftesbury y Collins lo habian arrastrado al escepticismo y á la indiferencia de lo que está de tejas arriba; asi carece de dogmas, de pasion; estricta probidad, pero ningun arranque, como aquel vaso que él inventó, y en el que la llama baja en vez de subir. Eliminando de la moral la idea divina, quitó el tipo supremo de lo bello y de lo justo, la llave maestra de todas las teorías, y formó una doctrina buena para un hombre pacífico, tranquilo, como hijo de padres profundamente religiosos, como él, pero incapaz de resistir el choque de las pasiones.

¿Quién no ve este defecto en la ciencia de *Ricardo Bueno*? El mismo Franklin lo conoció en edad mas madura; pero si á su análisis se escapaba la idea á un tiempo tan compleja y sencilla de la divinidad, preciso es confesar que jamás se desvió de la moral, árida alguna vez, pero siempre recta, amiga del hombre, aunque sin grandes sacrificios, incapaz de crear héroes, bastante para formar hombres de bien.

Siempre recto en la aplicacion práctica, halaga la curiosidad con los títulos mismos de sus obras, y con la brevedad, pues los escritos para que sean útiles conviene que sean breves. Como un divino modelo gusta de emplear parábolas, forma tan popular. Nos cuenta de cuando era muchacho, y que habiéndole los suyos llenado el bolsillo con motivo de una fiesta, corrió á vaciarlo en la compra de un flautin, bonito á la verdad, pero muy caro, segun todos le decian. Desde entonces, cuando veia á alguno gastar por adquirir nombre, despreciar la paz y la libertad por obtener un grado, arruinarse por conseguir el aura popular, ó desperdiciar el ingenio y las fuerzas por correr tras los deleites, le decia : *El flautin te cuesta demasiado caro.*

Ya indica el medio de tener sueños agradables, que es irse á acostar con la conciencia limpia; ya saca del ajedrez una buena y hermosa moral. Refiere de uno que tenia una pierna bien hecha y otra flaca y corta, y cuando se encontraba con alguien ó trababa conversacion, se detenia á ver quien fijaba la mente en la bien formada y quien se burlaba de la otra; huyendo de estos últimos, peste de la sociedad. Así nosotros que tenemos todos una pierna hermosa y otra deforme, despreciamos á los malignos que nos consideran siempre por el lado peor.

Dice que la lámpara mas económica es acostarse temprano y madrugar; combina con vasos un armónico; aconseja abonar el trébol con yeso, y viendo que no le hacen caso, lo esparce como si quisiera escribir: *Este trébol ha sido abonado con yeso*; letras que luego se leen, señaladas por el mayor desarrollo de la planta. Inventa las chimeneas que han conservado su nombre para gastar poca leña y calentar mucho; y no admite el privilegio de invencion, declarando que quiere sobre todo el bien general.

Lo difícil para un hombre nuevo es conseguir el primer escudo, y dar el primer paso : lo demás viene por sí. Benjamin no tardó en ir de diputado á la asamblea general de Pensilvania; despues fue nombrado director de correos; y puede calcularse cuán útil seria un hombre de las condiciones de Franklin en un país donde todo estaba por hacer. Instituyó un gabinete literario, un cuerpo de bomberos, una asociacion para defenderse de los Indios limítrofes, mostrando de contínuo la importancia de reunir pequeñas fuerzas para obtener grandes efectos. En suma, fue el representante espiritual de su país; fue su verdadero rey, aunque impresor, como tú, lector, eres aun el niño que mecia tu madre, y sin embargo andas, piensas, trabajas, y quizá raciocinas.

Pero existen trabajos que son hijos de meditaciones solitarias como los de Franklin sobre la electricidad. Hacia algun tiempo que las personas estudiosas se dedicaban con ardor á observar esa misteriosa fuerza de la naturaleza; pero esta parte de la ciencia, limitada en sus resultados, nula en sus aplicaciones, objeto de mera curiosidad, se consideraba la parte mas especial de la física. Ni aun se conoció su importancia cuando en 1746, Muschenbroeck y Allamand descubrieron la botella de Leiden, simplificada por Watson, que intentó ademas medir la rapidez de este flúido. Franklin se dedicó á esplicar aquellos fenómenos en una série de cartas que la Sociedad Real de Lóndres no quiso insertar en sus *Actas* por celos académicos, pero que se tradujeron pronto en todas lenguas. Restituyó á la electricidad el carácter de ciencia física, mientras que el sacudimiento causado por la botella parecia darle el de ciencia fisiológica.

Al principio suponia dos electricidades, la vítrea y la resinosa; pero despues se vino en conocimiento de que no habia mas que una, ya positiva ya negativa. El hombre del análisis sometió tambien á este la botella de Leiden, deduciendo de aquí su teoría de la electricidad, presentada despues, en traje metafísico, por Epino y Cavendish, y que consiste en suponer un solo flúido eléctrico, cuyas partículas se rechazan entre sí, mientras que la materia las atrae. Sabido es que los progresos de esta ciencia echaron abajo muchas de sus hipótesis.

Pero asentó en bases firmes dos insignes doctrinas: la desaparicion de la electricidad por medio de las puntas, de suerte que no puede acumularse en cuerpos puntiagudos; y la produccion del rayo por un esceso de electricidad en la atmósfera, resultando que el mismo flúido que produce los juegos de la botella de Leiden, es el que hiere los palacios y los montañas. Véase, pues, nuevamente destruidas por su análisis las ilusiones fantásticas que daban al rayo cierto aspecto sobrenatural.

Asociando ambos principios, imaginó que se podria con las puntas descargar la atmósfera del esceso del flúido; y tal fue el orígen de los pararayos. Para someter esta hipótesis á la esperiencia, armó con una punta á una cometa, y obtuvo la chispa eléctrica; deduciendo de este juego pueril la práctica que atraeria los rayos á los piés del hombre, el ente mas débil de la creacion por sus fuerzas corporales, el mas sublime por los arranques del espíritu.

Estas consideraciones, como se deja ver, no las hacia Franklin; el cual veia, observaba, esperimentaba, deducia, y nada mas.

Originándose cuestiones entre la metrópoli y las colonias inglesas de América, que empezaban á mirarla con malos ojos, como un hijo ya grande que se siente capaz de gobernarse por sí, fue enviado Franklin á Lóndres, en representacion de muchos paises norte-americanos. Su mision era conseguir la *revocacion* del acto por el cual la metrópoli queria imponer una contribucion nueva y no consentida por las colonias; y logró que se le oyese ante la cámara de los Comunes (3 de febrero de 1766). Allí con firmeza, precision y facilidad, respondió á las preguntas; dió las noticias que se pidieron sobre el comercio, la hacienda, la política, la administracion, y salió bien de su empeño. Creció, pues, en estimacion; conoció mejor á los hombres y las doctrinas; y la misma academia que no habia admitido sus escritos, quiso entonces honrarse, contándole entre sus individuos. Fútil recompensa á una gloria ya formada, aunque hubiera podido servir de estímulo á una naciente.

Franklin habia procurado infundir á las colo-

nias de la América inglesa la idea de un gobierno único, bajo la presidencia del rey de la Gran Bretaña; pero como acontece á los que aconsejan términos medios, pareció realista á los liberales y republicano á los realistas; y se le acusó de americano en Lóndres y de inglés en América. Mas él, viendo el camino emprendido por Inglaterra, previó que la opresion conduciria á la libertad; y no lo calló á amigos ni enemigos. Queria, sin embargo, que no se separasen de la legalidad, principal arma de los oprimidos que quieren emanciparse. No valieron los términos conciliatorios, y nació la revolucion que debia abrir una nueva era en la historia del mundo y asegurar á las opiniones el predominio sobre los hechos. Diez años de contiendas políticas habian acostumbrado á los Americanos á ocuparse en los fundamentos de la legislacion y de los gobiernos; la guerra con Francia les permitió conocer sus fuerzas; ademas de que las revoluciones hacen los hombres. Franklin comenzó trabajando á fin de que los suyos adquiriesen fama de gente honrada, equitativa, pacífica; verdadero modo de hacer recaer la culpa sobre los opresores.

Desde 1773 decia á sus conciudadanos: «No »os deis demasiada prisa, muchachos: mirad que »sopla la tormenta. Vamos en progreso; y den»tro de poco seremos tan fuertes, que no se »nos podrá negar nada. Una lucha prematura »nos detendria, ó quizá nos retrasaria un siglo. »¿Y qué? ¿Entre amigos es acaso orígen de »duelo cualquier falta mínima? Tampoco entre »las naciones debe cualquier injusticia provocar »la guerra y la rebelion. Bástenos por ahora »sostener nuestros derechos, sin ceder uno solo, »sin descuidar ningun medio de encarecerlos en »la estimacion de nuestros compatriotas. Man»tengamos sobre todo en buena armonía las »provincias, á fin de que Europa vea que influi»mos algo en los negocios. Con tal conducta, en »pocos años habremos adquirido definitivamente »el poder é independencia que deseamos.»

Le llamaron tal vez pusilánime y rémora; pero en cuanto la paciencia agotada justificó la insurreccion, se le vió hacer el primer papel en los tres teatros de aquella accion única: América, Lóndres, París. Al principio mostró su valor con escritos satíricos populares: *El edicto prusiano*, *Arte de convertir en un pequeño imperio uno grande*. Su ida á Inglaterra desconcertó los designios de los ministros, y aumentó los obstáculos; desde allí daba avisos á sus conciudadanos de los preparativos secretos, y les envió cartas del gobernador Hutkinson, que se habia atrevido á interceptar, y que descubrian su mala disposicion hácia ellos. A su vuelta decia: *Os tratan con cierto miramiento porque os temen; si cedeis, os tratarán como rebeldes; armaos.* Asi, cuando llegó la hora oportuna, dió la señal de la insurreccion, él que hasta no verla madura, la habia desaprobado.

Conducirse con templanza en una revolucion es inmensa gloria, pues se requiere menos valor para resistir en el campo de batalla á los enemigos, que para atreverse á desagradar á los amigos. Y Franklin la mereció, aconsejando siempre la calma; pero dispuesto siempre á arrostrar la tormenta con sus compatriotas. Estraño á la guerra, se empleó en los consejos y tratados para estender la insurreccion, consolidarla con la concordia, persuadir que los términos medios no valen en los casos graves, y hacer decretar la independencia de su país.

Entonces, aquellos hombres tranquilos y virtuosos, que habian crecido en medio de los plantíos y de las tiendas, redactaron el fulminante preámbulo que declaraba los derechos del hombre y del ciudadano; gente de práctica, aplicaron al caso político los principios abstractos de la filosofía, y dijeron: «Cuando en el curso de »los acontecimientos humanos, necesita un pue»blo deshacer los vínculos políticos que le unian »á otro pueblo, y ocupar entre las naciones del »mundo el lugar distinguido á que le dan dere»cho las leyes naturales y divinas, el respeto »debido á la opinion, exige que declare los motivos »que le han impulsado á obrar asi. Es evidente, »en nuestro concepto, que los hombres nacieron »todos iguales, y que el Criador les dotó de de»rechos imprescriptibles, entre los cuales se »cuentan la vida, la libertad, la investigacion »de lo que mas conviene; que para asegurar es»tos se establecieron los gobiernos, cuyo poder »legítimo emana del consentimiento de los súb»ditos; que cuando una forma de gobierno con»traría tales fines, el pueblo puede alterarla y »hasta abolirla, fundando otra nueva, apoyada »en dichos principios, y lo mas sencilla que le »parezca convenir á su felicidad y seguridad. La »prudencia prescribe no se altere por frívolas »y pasajeras causas un gobierno establecido; y »la esperiencia enseña que los hombres se incli»nan mas á soportar los males, mientras son to»lerables, que á tomarse la justicia por su ma»no, aboliendo el antiguo sistema. Pero cuando »una larga série de abusos y usurpaciones, diri»gidas invariablemente a un fin, revela el plan »de establecer el despotismo, es su deber des»truir semejante forma de gobierno, y proveer á »su futura salvacion organizando de nuevo el »Estado. Tal ha sido la paciente tolerancia de »estas colonias, y tal la necesidad que ahora nos »obliga á mudar el antiguo sistema de go»bierno.»

No me consta si este documento lo escribió Jefferson ó Franklin; pero ¿no se ve en él, sino la mano, á lo menos el espíritu que dictaba *Ricardo Bueno*? ¿No se advierte la misma moderacion; la misma esperiencia, el mismo sano juicio natural?

La simpatía que las buenas y generosas acciones hallan siempre en los Franceses, indujo á los Americanos á buscar su amistad, á cuyo efecto enviaron allá á Franklin. Franklin no amaba la Francia; y en tiempo de la guerra del Canadá, cuando esta, segun acostumbra siempre que le conviene, instigaba á los colonos contra sus dominadores, escribió una cancion que decia:

«Tenemos una madre anciana, que se ha vuelto regañona; nos pega como á chiquillos, y no se acuerda que hemos crecido ya y que podemos pensar por nosotros mismos; nadie lo negará, lo negará.

»Si no obedecemos, monta en cólera; y de-

vez en cuando nos sacude de lo lindo: nadie lo negará, lo negará.

»Sufrimos como mejor podemos su mal humor; pero ¿por qué tolerar las injurias de sus esclavos? Cuando los esclavos cometen necedades, se desquitan apaleándonos: nadie lo negará, lo negará.

»Pero vosotros, malos vecinos (los *Franceses del Canadá*) que quisiérais separar á los hijos de la madre, tened entendido que ella es nuestro orgullo; y que si la atacais, todos nos pondremos de su parte: nadie lo negará, lo negará.»

Sin embargo, el triunfo de Franklin estaba verdaderamente en París. Escribia: «Demóste»nes, como le preguntasen cuál era la cualidad »principal del orador, contestó: *La primera es la »accion, la segunda la accion, la tercera tambien »la accion*. Asi yo, refiriéndome al hombre pú»blico, digo que es la apariencia, la apariencia »y la apariencia. Si quieres conseguir lo que bus»cas, es necesario que crean tus palabras y tu »capacidad: una vez logrado esto, las tardanzas, »los obstáculos las dificultades desaparecen.»

Ahora bien, nadie ignora cuánto cautivan las apariencias á los Franceses; por lo que Franklin puso en esta parte todo su estudio. Físico, deista tolerante, satírico, seguia la corriente de las ideas de aquella nacion: hombre del pueblo, habiendo llegado por sí solo á la gloria y la fortuna, defensor de los derechos en medio de un país cansado del poder absoluto, fiel á su orígen y mision hasta en las menores particularidades de la vida, halagaba las pasiones mas generosas, favorecia las mejores esperanzas, pedia libertad para América, la llevaba á Europa;—la libertad que, no contaminada aun con tantos delitos, era el objeto á que aspiraban todas las almas nobles. ¡Calcúlese como le encomiarian! Aquellos héroes con su peluca y su espadin cincelado, no se saciaban de oir al filósofo de sombrero redondo, cabello liso, vestido negro, zapatos sin hebillas y calzones sujetos con correas de cuero; y los guarda-infantes voluminosos y las tabaqueras de oro se eclipsaban ante la estameña y la tabaquera de raiz del Americano. Todos se exaltan en derredor de él, precursor de otra época, símbolo vivo de las ideas nuevas, mientras que Franklin, fino, observador, comerciante, no se deja arrebatar, no juzga por capricho, sino pesa, mide y concluye.

En el siglo en que se proclamaba el análisis, aunque se hiciesen durante él las síntesis mas sublimes, habia analizado el fuego, los sonidos, la luz, los gobiernos, la hacienda, la virtud; obrando sobre el hombre, como sobre la materia en los esperimentos físicos. Esto le grangeaba el afecto de los filósofos, árbitros entonces de la opinion. Uniendo á la figura de Focion el talento de Sócrates, parecia en medio de la frivolidad parisiense un sabio de la antigüedad, considerándose feliz el que era admitido á hacerle compañía. Mirándole como tipo de su nacion, la encontraban madura para la libertad: los sabios admiraban en él la actividad paciente del genio que se obstina en un grandioso descubrimiento; los filósofos le consultaban acerca del hombre y de la sociedad; el pueblo leia su *Ricardo Bueno* y el *Arte de hacerse rico* (1); las mujeres gustaban de su ingenuidad, si bien esta no era mas que aparente, pues él se aprovechaba del aura popular, y mientras le creian un bonachon, tenia la vista fija en las intrigas de los ambiciosos, en aquella mezcla de magnificencia y abandono, en aquella ostentacion mayor cuanto menores eran los medios, en aquella repeticion de palabras que sonaban mas porque estaban huecas. Concurria á su casa un *tal* Mirabeau, noble que declamaba contra la nobleza, y un *tal* Marat, que le mostró una Memoria sobre el fuego elemental. Quién le consultaba acerca de un proyecto dirigido á asolar las costas de la isla Británica, quien acerca de una máquina, que andaria sin que la moviesen; quién sobre el modelo de vestir y armar húsares, como si fuesen viajeros. Franklin oia y se reia para sí, principalmente de las constituciones y reformas universales que estaban de moda, y que alguno le presentaba por la noche para que le digese su opinion por la mañana.

Habitaba en Passy una casa con su jardin, todo diminuto, donde se reunia la flor y nata de los ciudadanos. El que entraba en su estudio, veia libros en todas partes, un sillon al que daba, segun se le antojaba, un movimiento ondulatorio para mecerse; encima un abanico que agitaba con el pié; al lado un baston de gancho para coger los libros mas altos sin molestarse: circunstancias verdaderamente estrañas para pintar, á los ojos de los entusiastas, un Bruto y un Timoleon modernos.

A veces se acercaba con una vara á un arroyuelo agitado por el viento, y sacudiéndola á fuer de mágico sobre el agua la hacia calmar, lo cual esplicaba á los atónitos filósofos, diciéndoles que era efecto del aceite que por medio de aquella vara espárcia en el arroyo. Otras veces se burlaba de estos filósofos remedando sus frases y paradojas: á Morellet escribia el elogio del vino; los hombres antes de Noé no lo conocian, y por eso se estraviaron; desde que fue descubierto, se originaron de él las palabras *divino*, *divinidad*, *adivinar*, palabras que prueban, contra Gebelin, que el idioma francés es antiguo; y demostraba con dibujos, que el fin providencial de Dios al formar el codo habia sido que el hombre pudiese beber el vino con mas comodidad que lo hubiera bebido teniendo el brazo mas corto ó mas largo (2).

Parecia serle indiferente hasta la gloria, el mas lisonjero atractivo de las almas nobles; y mientras los parisienses le convertian en un ídolo, él se comparaba al maniquí que los parisienses peinaban, componian y coronaban. Iban á ofrecérsele personas ansiosas de combatir por la causa republicana, y él se reia de aquel entusiasmo, sin dejar entrever que lo creia inútil. Para los muchos que le pedian cartas de recomendacion, habia escrito esta circular: «Señor,

(1) Las ediciones anteriores de algunas obras de Franklin, son inferiores á la última, riquísima en cosas nuevas, y sobre todo apreciable por su correspondencia, titulada: *The works of B. Franklin, containing several political and historical tracts not included in any former edition, etc. by Jared Sparks*. Boston 1840, 10 vol., gr. en 8.°

(2) MORELLET, *Mem.* I, 198.

»él dador de la presente, que marcha á América, »me ha pedido una carta de recomendacion, »aunque no sé ni aun su nombre. En lo que »toca á sus virtudes y méritos, os remito »á él, que los conoce sin duda mejor que yo. »Por lo demás, tened con él todas las atencio»nes que merece un estranjero desconocido, y »dispensadle todos los favores á que se haga »acreedor.»

Entre tanto se le hallaba siempre al lado de la generosidad, del progreso. ¿Háblase de la inoculacion de la viruela? Es de los primeros en sostenerla. ¿Se plantan las patatas? Siéntase junto á Parmentier en el banquete, donde no se sirvió sino de estos tubérculos. Si Mesmer ostenta sus milagros, él es uno de los que asisten á los esperimentos, y ve cuánto debe atribuirse á la influencia de la imaginacion. Si Montgolfier hace los primeros ensayos de aeronáutica, él está allí, y á los que le preguntan: *¿Para qué sirve eso?* responde: *¿Para qué sirve el niño recien nacido?* A Voltaire, ídolo de la época, á Voltaire, representante del escepticismo metafísico y religioso, él, representante del genio práctico y del espíritu político y moral, presenta su nieto para que le bendiga, y aquel lo hace, diciendo: *Dios y la libertad; esta es la única bendicion que conviene al nieto de Franklin.*

Condescendiendo asi con los demás ¿cómo no habia de obtener el incienso de todos? En un baile se eligió de trescientas mujeres á la mas hermosa, para que ciñese con una corona y besase la frente inmaculada del filósofo; y donde quiera se ven sus retratos, con aquel famoso verso de Turgot que pareció tan verdadero, aunque contenga dos mentiras:

Eripuit cœlo fulmen, sceptrumque tyrannis.

¿Y de qué servia todo esto á su mision?

¿De qué servía? ¿No nos ha dicho que se necesita apariencia, y siempre apariencia? El buen Luis XVI no sabia qué hacer de aquel rey republicano, y dicen que empleó su retrato en un uso injurioso. Pero no solo él, sino hasta la misma hija de María Teresa y hermana de José II debió inclinar la frente á la opinion casi universal; y se trató con Franklin como sabio y como hombre, antes de reconocerle por embajador; y fue el milagro de la roca de Moisés, verle, con solo sus cualidades personales, sacar á la Francia, abrumada de deudas, 3.000,000 prestados en 1776, otros tantos en 1781, 4.000,000 en el siguiente año, ademas de un regalo de 6.000,000 que le dió el rey.

Francia favorecia, pues, la libertad americana con el mismo entusiasmo con que algunos años antes, corria á comprar acciones del banco de Law, y pocos años despues á ver cortar cabezas; y la córte, arrastrada de ilusiones generosas, ó impelida por la opinion, emprendió una guerra contraria no solo á sus ideas, sino á sus intereses, que arruinaba la autoridad monárquica y preparaba la banca-rota nacional. Pero entretanto la causa de la patria y de la libertad triunfaba; los Estados-Unidos de América ofrecian un nuevo modelo á la posteridad; y cuando Franklin volvió de Francia ¿quién podrá decir las fiestas triunfales con que le recibieron en aquella ciudad donde sesenta años antes habia entrado con un pan debajo de cada brazo y comiendo de otro?

Allí continuó dedicado al bien del país: «Adop»to, dijo, esta constitucion con todos sus defec»tos, porque creo necesitamos un gobierno ge»neral, y no hay forma de gobierno que no dé »buenos resultados si se administra cuerda y »sabiamente.» Aplicóse á corregirla y consolidarla, segun los consejos del tiempo y de la esperiencia; y en cuanto esta le mostró que iba errado en pretender la unidad del cuerpo legislativo, se retractó, como se habia retractado ya acerca de la electricidad vítrea y resinosa. En los consejos, en vez de disertar, raciocinaba; fundó una sociedad para mejorar la suerte de los presos, otra para abolir el tráfico de esclavos, y combatió las razones de sus sostenedores, haciendo el elogio del gobierno de Argel y de la piratería: nuevo ensayo de la aguda ironía socrática que se advierte en todos sus escritos y no se entiende sino donde hay hombres de ingenio culto, de sentimiento delicado, de razon ejercitada.

Catones suicidas, Aticos que espirásteis de hambre voluntaria, Vespasianos que queriais morir de pié, venid á presenciar la muerte del héroe moderno. El 17 de abril de 1790, vió, sin terror ni ostentacion, acercarse el fin de sus ochenta y cuatro años: *Componedme la cama para morir con comodidad*, dijo, y espiró.

En su testamento dejó capitales que, acumulándose con el tiempo, sirviesen para grandes obras públicas, y pequeñas sumas con que ayudar los fatigosos pasos del que empieza una carrera ó quiere ejecutar algun noble designio; al general Washington legó su baston de manzano silvestre, mejor que un cetro.

¡Adios, pues, héroes magnánimos y temidos; héroes de la espada y de la fiereza! Hoy os han reemplazado las clases trabajadoras, los héroes del comercio ó del cálculo, la renta, lo positivo; os anuncian una nueva época esa límpida inteligencia sin poesía, esa honradez sin grandeza. Franklin quiso prolongar mas allá de la tumba la sonrisa ática, y destinó para su losa sepulcral este epitafio de operario:

EL CUERPO
DE BENJAMIN FRANKLIN.
IMPRESOR
COMO EL FORRO DE UN LIBRO VIEJO
DEL QUE ESTÁN ARRANCADAS LAS HOJAS
Y BORRADOS EL TÍTULO Y LOS DORADOS
AQUÍ YACE VÍCTIMA DE LOS GUSANOS.
LA OBRA SIN EMBARGO NO SE PERDERÁ
SINO QUE VOLVERÁ Á APARECER
SEGUN CREIA
EN UNA NUEVA EDICION
REVISTA Y MEJORADA
POR EL AUTOR.

NUM. XXXIV.

WASHINGTON.

(1732—1799.)

Dos cosas grandes y difíciles hay que constituyen un deber para el hombre, y que pueden producirle gloria: soportar las adversidades con firmeza; tener fe en el bien, y aplicarse á él con perseverancia. El espectáculo de un varon virtuoso que, colocado al frente de una buena causa, asegura su triunfo, no es menos bello ni menos saludable que el del hombre honrado luchando con la desgracia.

Si hubo causa justa y merecedora del buen éxito, fue la de las colonias inglesas, que se sublevaron para convertirse en los Estados Unidos de América. Hicieron preceder á la rebelion la resistencia; resistencia fundada en el derecho histórico y en los hechos, en el derecho racional y en las ideas.

Honra á Inglaterra haber puesto en los primeros fundamentos de sus colonias el gérmen de la libertad; pues casi todas, ó al tiempo de su fundacion ó poco despues, recibieron cartas que conferian á los colonos las franquicias de la metrópoli. Aquellas cartas, lejos de ser un vano cebo, una letra muerta, establecian y aprobaban instituciones eficaces, que inducian á los colonos á defender sus libertades, á vigilar sobre el gobierno y participar de él, á saber: la votacion de los subsidios, la eleccion de los grandes consejos públicos, los juicios por medio de jurados, el derecho de reunirse y deliberar acerca de los intereses comunes. Asi, pues, la historia de aquellas colonias no es mas que el práctico y difícil desarrollo y engrandecimiento del espíritu de libertad, á la sombra de las leyes y de las tradiciones del país, y se la tomaria por la historia de la misma Inglaterra; semejanza tanto mayor, cuanto que las colonias de América, á lo menos las mas considerables, fueron fundadas ó recibieron su primer incremento cuando Inglaterra preparaba y sostenia contra las pretensiones del poder absoluto aquellas ardientes luchas, que debian proporcionarle la honra de ofrecer al mundo el primer ejemplo de una gran nacion libre y bien gobernada. Desde 1578 á 1704, en tiempo de Isabel, Jacobo I, Cárlos I, el Parlamento Largo, Cromwell, Cárlos II, Jacobo II, Guillermo III y la reina Ana, fueron sucesivamente aprobadas, combatidas, reducidas, ampliadas, perdidas y reconquistadas las cartas de Virginia, Massachussets, Mariland, la Carolina y Nueva York; estas colonias no cesaron de ser agitadas por las luchas y vicisitudes que acompañan á la libertad, mejor dicho, que forman su esencia; pues los pueblos libres pueden aspirar á la victoria, no á la paz.

Juntamente con los derechos legales, los colonos tenian creencias; querian ser libres, no solo como ingleses, sino tambien como cristianos; y mas que las cartas amaban su fe. No consideraban aquellas sino como emanacion é imágen muy imperfecta de la gran ley de Dios, el evangelio. Sus derechos no hubieran perecido, aunque les faltasen las cartas; pues por el solo impulso de sus almas, sostenido por la Gracia divina, los hubieran tomado de una fuente superior é inaccesible á todo poder humano.

En el siglo XVIII la razon humana, impelida por el progreso de la riqueza, de la poblacion, de todas las fuerzas sociales, y hasta por el impetuoso curso de su propia actividad, intentó la conquista del mundo. Las ciencias políticas se ensancharon, y el espíritu filosófico, soberbio é insaciable, aspiraba á penetrar en todas las cosas y á dirigirlas. Sin ímpetu, sin sacudimientos, siguiendo sus inclinaciones, mas bien que emprendiendo una nueva senda, la América inglesa tomó parte en el gran movimiento, y asoció las ideas filosóficas á las creencias religiosas; las conquistas de la razon á las posesiones de la fe; los derechos del hombre y los del cristiano. Hermosa es la union del derecho histórico con el racional, de las tradiciones con las ideas; la energía de los pueblos y la prudencia, se aprovechan de ella igualmente. Cuando hechos antiguos y respetados dirigen al hombre sin esclavizarle, y le moderan sosteniéndole, puede adelantar y elevarse, sin peligro de dejarse arrebatar por el temerario vuelo de su espíritu, y estrellarse pronto contra escollos desconocidos, ó entorpecerse de cansancio. Y cuando (asociacion aun mas hermosa y saludable) las creencias religiosas se unen en el espíritu mismo del hombre con el progreso general de las ideas, y la libertad de la razon con la firmeza de la fe, entonces los pueblos pueden confiarse á las mas atrevidas instituciones; pues las creencias religiosas son un auxilio inestimable para el buen gobierno de los negocios humanos. El hombre que quiera llenar bien su mision en este mundo, debe mirarla de muy alto; si su alma no es superior á lo que pone por obra, tarda poco en rebajarse y volverse incapaz de cumplirla dignamente.

Tal era en las colonias inglesas el feliz estado del hombre y de la sociedad, cuando se le antojó á Inglaterra disponer con arrogante agresion, y sin su consentimiento, de sus bienes y de su suerte. La agresion no era nueva ni del todo arbitraria, sino que tenia sus fundamentos históricos, y podia creerse asistida de algun derecho.

El grande arte social está en coordinar los diversos poderes, marcando á cada uno sus límites y su medida: acuerdo siempre dudoso y agitado; pero que, puede obtenerse por medio del mismo contraste, en el grado imperiosamente requerido por el interés público. A las sociedades nacientes no es dado conseguir este difícil resultado; en ellas ningun poder esencial se desconoce ni está abolido enteramente; al contrario, todos los poderes existen allí y se manifiestan, aunque de un modo confuso, cada cual por cuenta propia, sin vínculo necesario ni justa proporcion, y capaces de producir, no la lucha que trae en pos de sí el acuerdo, sino el desórden que hace inevitable la guerra.

En los fundamentos de las colonias inglesas, habia, junto con sus libertades, tres diferentes poderes establecidos por las mismas cartas; la corona, los propietarios fundadores, fuesen compañías ó individuos, y la madre patria. La corona, en virtud del principio monárquico, con sus tradiciones de la Iglesia y del imperio: los propietarios fundadores, á quienes se concedió el territorio en virtud del principio feudal, que atribuye á la propiedad parte de la soberanía; la madre patria, en virtud del principio colonial, que en todos los tiempos y pueblos, por una conexion natural de los hechos y de las ideas, ha atribuido á la metrópoli predominio sobre las poblaciones procedentes de su seno.

Al principio, tanto en los acontecimientos como en las cartas constitutivas, fue muy grande la confusion entre los poderes alternativamente dominantes ó abatidos, unidos ó separados, que unas veces protegian á los colonos y sus franquicias, y otras se ponian de acuerdo para atacarlos. En medio de esta confusion y vicisitudes, todos encontraban títulos que aducir, hechos que alegar en defensa de sus actos y pretensiones. A la mitad del siglo XVII, cuando el principio monárquico sucumbió en Inglaterra con Cárlos I, se creyó un instante que las colonias aprovecharian la ocasion para emanciparse. En efecto, algunas, principalmente el Massachussets, poblado de rígidos puritanos, se mostraron dispuestos, si no á romper todo vínculo con la madre patria, á lo menos á gobernarse por sí ó con leyes propias. Pero el parlamento Largo, en nombre del principio colonial, y en virtud de los derechos de la corona que habia heredado, mantuvo con moderacion la supremacía británica. Cromwell, heredero á su vez del parlamento Largo, ejerció el poder mas gloriosamente, y con una proteccion hábil y firme, previno ó reprimió en los colonias realistas ó puritanas, toda veleidad de independencia.

Fuéle esto fácil, por hallarse en aquel tiempo las colonias débiles y divididas. Virginia, en 1640, no contaba mas que de tres á cuatro mil habitantes y en 1660 solo tres mil; Maryland, lo mas doce mil (1). En estas dos provincias dominaba el partido realista, que se alegró de la restauracion; al contrario en Massachussets, donde el espíritu general era republicano, los regicidas fugitivos, Goff y Walley, hallaron favor y proteccion; y cuando la administracion local tuvo que proclamar á Cárlos II, prohibió que aquel dia hubiese ninguna reunion ruidosa, ninguna fiesta y hasta que se brindase por el rey. No existian aun la unidad moral ni la fuerza necesaria para fundar un Estado.

Despues de 1688, cuando Inglaterra se aseguró un gobierno libre, las colonias experimentaron apenas sus benéficos efectos. Las cartas abolidas ó mutiladas por Cárlos II y Jacobo II, no les fueron devueltas sino incompletamente. Reinó la misma confusion, y las mismas luchas se empeñaron entre los poderes. La mayor parte de los gobernadores, depositarios pasageros de las prerogativas y de las pretensiones reales, las sacaban á plaza con mas altivez que fuerza, durante una administracion, por lo regular incoherente, contenciosa, poco eficaz, á menudo ávida, mas atenta á sus propias disputas que á los intereses del país. Ademas, las colonias no tenian ya que ver solo con la corona, sino con esta y con la metrópoli unidas. El verdadero soberano no era ya el rey, sino el rey y el pueblo de la Gran Bretaña, representados y confundidos en el parlamento; y el parlamento miraba las colonias con aquellos ojos, y empleaba, respecto de ellas, aquel lenguaje, que poco antes afectaban con él los reyes á quienes habia vencido. Un senado aristocrático es el mas duro de los señores; pues todos en él poseen el poder supremo, y ninguno es responsable.

Entre tanto, las colonias crecian á ojos vistas en poblacion, riquezas y fuerza interiormente y en importancia fuera; en vez de establecicimientos oscuros, ocupados solo de sí y capaces apenas de conservar su propia vida, se formaba un pueblo que por su agricultura, su comercio, sus empresas y sus relaciones, adquiria un puesto en el mundo. La metrópoli, no sabiendo gobernarle bien, ni podia ni queria tampoco oprimirlo absolutamente: le ponia embarazos y le ofendia sin detenerlo. A la par con las riquezas del país se desarrollaban los entendimientos, y se elevaban los corazones. Gracias á una admirable distribucion de la Providencia, existe entre el estado general de la patria y la disposicion interior de las ciudades, un misterioso vínculo, un eco oscuro pero cierto, que une sus progresos como sus destinos, y hace de modo que el labrador en sus campos, el negociante en su banco, y hasta el operario en su taller, ostenten mas confianza y valor, á medida que la sociedad, en cuyo seno viven, se engrandece y fortifica. En 1692, el tribunal real de Massachussets, decretó que «no se podia imponer ningun gravámen á los súbditos de S. M. en las colonias, sin el consentimiento del gobernador del consejo y

(1) Marshall, *Vie de Washington* (trad. franc.), t. I, página 89, 91, 99; Bancroft, *History of the United States* (Boston 1839) t. I, pág. 210, 232, 265.

de los representantes reunidos (1).» En 1764, la asamblea Legislativa de Nueva-York, renovó las mismas declaraciones (2). El gobierno británico las rechazaba, unas veces callando, otras con sus actos, siempre algo indirectos y reservados. Frecuentemente los colonos calculaban á su vez, y no pedian todas las consecuencias de los principios; pero estos se difundian en la sociedad colonial, con las fuerzas destinadas á hacerles triunfar un dia.

Llegado que hubo este dia, cuando el rey Jorge III y su parlamento, mas bien por orgullo, y para impedir la limitacion del poder absoluto, que por aprovecharse de ellas, pretendieron imponer contribuciones á las colonias sin su consentimiento, se levantó al instante, numeroso y ardiente el partido nacional, pronto á resistir en nombre del derecho y del honor del país. Tratábase, en efecto, de derecho y honor, no de intereses materiales: las contribuciones eran ligeras, y no causaban perjuicio á los colonos; pero los colonos eran de aquellos que sienten las heridas en el alma mas que ningunas, y que no aman el reposo á costa del honor. «¿De qué se trata y sobre que disputamos? ¿Acaso el pagar la libra de té á 6 sueldos es una contribucion demasiado onerosa? No; lo que disputamos es el derecho (3).» Tales eran al principio de la contienda el lenguaje del mismo Washington y el sentimiento público, sentimiento no menos político que moral, y que prueba tanto juicio como virtud.

Agrada ver las muchas reuniones públicas que se formaron entonces en las colonias; reuniones locales ó generales, momentáneas ó permanentes, cámaras de ciudadanos, de representantes, convenciones, congresos. Se encontraban allí hombres de inclinaciones opuestas, los unos llenos de respeto y adhesion á la metrópoli, los otros apasionados por aquella patria americana que nacia á su vista y que era obra de sus manos; estos afligidos é inquietos, esotros ardientes y confiados; todos escitados y unidos por un mismo sentimiento de dignidad, por una misma resolucion de resistencia. Manifestaban libremente sus diversas ideas é impresiones, sin resultar entre ellos ninguna separacion profunda ni duradera; antes bien, se respetaban en su libertad recíproca, y trataban juntos la gran cuestion del país, con esa conciencia y ese espíritu de circunspecion y de justicia, que aseguran la victoria y la hacen menos costosa.

En junio de 1775, el primer congreso reunido en Filadelfia, se disponia á publicar una solemne declaracion para justificarse de haber echado mano de las armas. Jefferson y Dickinson, diputados, el uno de Virginia y el otro de Pensilvania, formaban parte de la comision nombrada para estenderla. «Preparé (dice el mismo Jefferson) un proyecto de declaracion; pero el señor Dickinson, que alimentaba esperanzas de reconciliarse con la metrópoli, y no queria usar de palabras ofensivas, lo juzgó muy fuerte. Era hombre tan apreciado y tan hábil, que hasta aquellos que no compartian sus escrúpulos, le consideraban mucho. Le rogamos que se llevase el proyecto y lo rehiciese; lo cual ejecutó, no conservando del primero sino los cuatro últimos párrafos y la mitad del párrafo precedente; en seguida lo aprobamos y comunicamos al congreso, el cual lo adoptó.... dando así claras pruebas de su aprecio al señor Dickinson, y de sus vivísimos deseos de no marchar de un modo que se creyese precipitado por una de las fracciones respetables de la asamblea. La humildad del proyecto disgustaba á los mas, y muchos lo votaron por consideracion al señor Dickinson. En seguida, aunque cualquiera observacion era ya irregular, no pudo menos de levantarse y manifestar su satisfaccion, concluyendo con decir: *Una sola palabra desapruebo, señor presidente, en ese escrito, y es la palabra Congreso.* Oido lo cual, se puso en pié Benjamin Harrison, diciendo: *Y yo, señor presidente, no apruebo en este escrito mas que una sola palabra, la de Congreso* (4). Tan buena armonía en medio de tanta libertad, no supone una prudencia pasajera ni el feliz resultado del primer entusiasmo; por espacio de diez años, mientras duró la gran lucha, los hombres mas diferentes del partido nacional, jóvenes y viejos, exaltados y moderados, obraron siempre de acuerdo, los unos bastante prudentes y los otros bastante firmes para impedir todo rompimiento. Y cuando, al cabo de cuarenta y seis años, despues de haber asistido al nacimiento y á la violenta lucha de los partidos enjendrados por la libertad americana, Jefferson, jefe del partido vencedor, escribia las Memorias de su juventud, no sin un sentimiento mezclado de placer y de dolor, encontraba en aquella época esos hermosos ejemplos de moderacion y de justicia.

Los hombres dotados de sentimiento y virtud consideran un acto gravísimo la insurreccion, el trastorno del órden establecido y la fundacion de otro nuevo. Los mas previsores no aprecian nunca toda su importancia; los mas resueltos temblarian si conociesen todo su peligro. La independencia no era el designio premeditado ni tampoco el deseo de las colonias; algunas inteligencias penetrantes ó ardientes, la presentian ó la deseaban al terminarse la resistencia legal; el pueblo americano no aspiraba á ella ni impulsaba á sus jefes por ese camino. «A pesar de vuestra decantada lealtad (decia á Franklin en 1759 Pratt, que fue luego el ilustre lord Camden), á pesar de vuestro decantado afecto hácia Inglaterra, sé muy bien que un dia despedazareis los lazos que os unen á ella, y desplegareis la bandera de la independencia.—No existe ninguna idea de tal magnitud (respondió Franklin) ni jamás se ocurrirá á los Americanos si vosotros no los maltratais escandalosamente. —Es verdad, y cabalmente esa es una de las causas que preveo han de producir tal acontecimiento (5).»

Lord Camden no se engañaba: la América inglesa fue escandalosamente maltratada; y sin

(1) STORY, *Commentaries on the constitution of the United States* (Boston 1853) t. I, p. 69.

(2) MARSHALL, t. I, p. 62.

(3) Washington á Bryan Fairfax. *Writings* (Boston 1834) tomo II, p. 392.

(4) JEFFERSON, *Memoirs and correspondence.* (Lóndres 1829) tomo I, pág. 9-10.—Jefferson escribia sus memorias en 1821.

(5) *Writings*, t. II, pág. 496.

embargo, en 1774 y hasta en 17·5, un año apenas antes de la declaracion de la independencia, y cuando era ya inevitable, Washington escribia al capitan Mackenzie (1): «Os hacen creer que el pueblo de Massachussets es un pueblo de rebeldes que se han insurreccionado para conquistar su independencia. Permitid que os diga, querido amigo, que estais engañado, groseramente engañado. Puedo aseguraros que la independencia no es el deseo ni el interés de esta colonia, ni de ninguna otra de Tierrafirme, separada ó colectivamente. Pero al mismo tiempo podeis estar seguro de que ninguna de ellas tolerará jamás la pérdida de los privilegios y preciosos derechos que son esencialmente necesarios á la felicidad de todo Estado libre, y sin los cuales la libertad, la propiedad, la vida están inseguras.» Y Jefferson al señor Randolph (2): «Creed, que no existe en todo el imperio británico un hombre que desee mas cordialmente que yo la union con la Gran Bretaña. Pero por el Dios que me crió, os juro que moriré antes que aceptar esta union con las condiciones propuestas por el parlamento; y en esta parte creo espresar los sentimientos de la América. No nos faltan motivos ni medios de declarar y sostener nuestra separacion. Solo nos falta la voluntad, y esta va creciendo poco á poco con la conducta de nuestro rey.»

En efecto, Jorge III, comprometido é irritado, sostenia y hasta escitaba á la lucha á los ministros y al parlamento. En vano le llegaban nuevas peticiones, siempre leales y respetuosas, sin hipocresía; en vano su nombre era siempre pronunciado y recomendado á Dios, segun costumbre, en las solemnidades religiosas. No se cuidaba ni de las súplicas que se le dirigian, ni de las que se hacian por él al cielo; y la guerra continuaba de órden suya, sin habilidad, sin esfuerzo eficaz ni bien combinado, sino con la obstinacion dura y orgullosa, que destruye en los corazones el afecto y la esperanza. Habia llegado evidentemente el dia en que el gobierno perdiera el derecho á la fidelidad; y nacia para los pueblos el de protejerse por sí mismos con la fuerza, no hallando ya en el órden establecido, ni seguridad ni apoyo: dia formidable é ignorado, que ninguna ciencia humana puede prever, ninguna humana constitucion regularizar, y que sin embargo, está marcado por la mano divina. Si la prueba que entonces comienza, estuviese absolutamente vedada, si desde el punto misterioso en que se encuentra, no pesase ese gran derecho social sobre la cabeza de los gobiernos mismos que lo niegan, el género humano, uncido al yugo, hubiera perdido hace mucho tiempo toda dignidad y felicidad.

A la legitimidad de la insurreccion de las colonias inglesas, se agregaba, como condicion esencial, la razonable esperanza de un buen éxito. No dirigia entonces la política de Inglaterra ningun hombre de vigoroso entendimiento; el ministerio de lord North era mediano en todos conceptos; y el único varon insigne del país, lord Chatam, se encontraba con la oposicion.

(1) 9 de octubre de 1774. Id. p. 400.
(2) 29 de noviembre de 1775.—Jefferson, t. I, pág. 153.

Habia pasado la época de la gran tiranía. Las proscripciones, las crueldades militares y judiciales, la devastacion general y sistemática que poco antes, en el corazon mismo de Europa, en una causa igualmente justa, habian sufrido los Holandeses, no podian tolerarse en el siglo XVIII por los espectadores de la lucha americana. En el seno mismo del parlamento Británico, hubo oradores elocuentes apoyados por un partido poderoso, que hablaron á favor de las colonias y de sus derechos. ¡Admirable gloria del gobierno representativo, la de asegurar defensores á todas las causas, é introducir en el campo de la política las garantías instituidas para el santuario de las leyes! Ademas, no era posible que Europa contemplase con indiferencia tal lucha. Dos grandes potencias, Francia y España, tenian recientes injurias y graves pérdidas que vengar contra Inglaterra en la misma América. Dos potencias de nueva grandeza, Rusia y Prusia, manifestaban hácia las máximas liberales un afecto algo altivo, pero inteligente, y se mostraban muy dispuestas á aprovechar aquella ocasion para desacreditar á Inglaterra ó perjudicarla en nombre de la misma libertad. Una república, gloriosa y temida poco antes, rica y respetada todavía, Holanda, no podia menos de prestar á América sus capitales y su crédito, contra una antigua rival. Finalmente, todas las potencias de órden inferior, á quienes por su posicion era nocivo y odioso el despotismo marítimo de Inglaterra: Nápoles, Toscana, Génova, debian esperimentar hácia el nuevo Estado una benevolencia, tímida quizá y sin inmediato resultado, pero útil y consoladora.

Todo, pues, por una rara fortuna, concurria á favorecer á las colonias insurrectas. Justa era su causa, su fuerza grande, morales y prudentes sus disposiciones: en el propio suelo, las leyes y costumbres, los hechos antiguos y las ideas modernas, se ponian de acuerdo para sostenerlas y animarlas en su vasto plan: preparábanse en Europa grandes aliados á apoyarlas: en los mismos consejos de la metrópoli enemiga, contaban con poderosos atletas: jamás en la historia de las sociedades humanas, el derecho nuevo y disputado habia obtenido tanto favor, ni habia empezado la lucha con tanta probabilidad de un éxito feliz. Y sin embargo, ¡cuántos obstáculos encontró la empresa! ¡Cuántos esfuerzos, cuántos males impuso á la generacion destinada á llevarla á cabo! ¡Cuántas veces pareció y estuvo realmente próxima á fracasar.

En el mismo país, en medio de aquel pueblo, aparentemente y por algun tiempo en realidad tan unánime, la independencia, declarada que fue, halló pronto muchos y activos adversarios. En 1774 se habian disparado apenas en Lexington los primeros tiros en medio del entusiasmo general, y ya era preciso un cuerpo de tropas del Connectitut para sostener en Nueva-York al partido republicano contra los Toris ó Leales, como ostentosamente se apellidaban los partidarios de la metrópoli (3). En 1775, Nueva-York envió, en efecto, importantes refuerzos al

(3) Marshall, t. II, pág. 151.

ejército inglés, capitaneado por el general Gage (1). En 1776, cuando el general Howe llegó á las costas de la misma provincia, multitud de habitantes manifestaron su alegría, renovaron el juramento de fidelidad á la corona y empuñaron las armas en su favor (2). Iguales eran las disposiciones en Nueva-Jersey; y las tropas leales, alistadas en estas dos provincias, igualaban en número á los contingentes republicanos (3). En medio de esta poblacion no estaba seguro ni aun el mismo Washington; se conspiró para entregarle á los Ingleses, y entraron en la conspiracion algunos de sus guardias (4). Maryland y la Georgia estaban divididas. En la Carolina septentrional y en la meridional (1776 y 79) se formaron en pocos dias dos regimientos leales, uno de mil y quinientas plazas y el otro de setecientas (5). Contra estas hostilidades interiores, el congreso y los gobiernos locales emplearon al principio mucha moderacion: reuniendo los amigos de la independencia sin cuidarse de sus adversarios, sobre todo se dedicaron, por medio de escritos, correspondencias, reuniones, envio de comisionados á los condados indecisos, á reanimar los ánimos, quitar escrúpulos y mostrar la justicia de su causa, la necesidad de sus actos. Sentimientos sinceros y respetables, la fidelidad, la gratitud, el respeto á las tradiciones, el amor al órden, habian dado origen y fuerza al partido leal. Por un poco de tiempo se contentaron con no perderle de vista, y en algunos distritos llegaron hasta tratar con él, para asegurarse su neutralidad; pero el curso de los acontecimientos, el peligro inminente y la violencia de las pasiones los indujeron á usar en breve de mayor rigor. Menudearon las prisiones y los destierros, se llenaron las cárceles, empezaron las confiscaciones; juntas de seguridad disponian, segun la voz pública, de la libertad de sus conciudadanos; á los rigores arbitrarios de los magistrados, se unieron á veces los escesos de la multitud; un escuadron de caballería partió espresamente de Connecticut, para romper las prensas y llevarse la letra de un impresor de Nueva-York, adicto á los leales (6). El espíritu de odio y de venganza se encendió mas y mas. En la Georgia y en la Carolina meridional, en la frontera occidental del Connecticut y de la Pensilvania, la lucha fue terrible (7). Apesar de la legitimidad de la causa y de la virtuosa prudencia de los jefes, la naciente república conoció los dolores de la guerra civil.

Males y peligros aun mas graves nacian diariamente del mismo partido nacional. Los motivos de la insurreccion eran puros, tanto que no podian bastar por largo tiempo, á lo menos en las masas, á la humana imperfeccion.

En nombre de los derechos que habia que mantener y del honor que era preciso salvar, el primer movimiento fue general. Pero en las altas empresas, por grande que sea el favor de la Providencia, la obra es difícil, el resultado lento, y la generalidad de los hombres esperimenta pronto el cansancio ó la impaciencia. Los colonos no se habian sublevado para sustraerse de una atroz tiranía; no tenian, como sus padres al huir un tiempo de Inglaterra, que recobrar los primeros bienes de la vida civil, á saber, la seguridad individual y la libertad religiosa. Tampoco les escitaban motivos personales é imperiosos, ni tenian que dividir despojos sociales, ni que satisfacer antiguas y profundas pasiones. La lucha se prolongaba sin crear en millares de familias ignoradas, esos poderosos intereses, esos lazos groseros, pero fuertes, que formaron tan á menudo, en nuestra vieja y violenta Europa, la fuerza y á la par la angustia de las revoluciones.

Cada dia y á cada paso se necesitaban nuevos esfuerzos, nuevos sacrificios. «Creo, ó á lo menos espero (escribia Washington), que habrá aun entre nosotros bastante virtud, política para privarnos de todo, escepto del necesario sustento, á fin de llevar á cabo nuestra empresa» (8). Sublime esperanza, que merecia ser recompensada, como lo fue por el triunfo de la causa; pero que no podia elevar á su altura á aquella poblacion sin cuyo apoyo era imposible lograr el fin apetecido. El desaliento, la tibieza, la inercia, el deseo de sustraerse de las cargas, de las fátigas, fueron pronto el mal esencial, el peligro apremiante con que debian luchar incesantemente los jefes. En estos y en las primeras clases continuaban el entusiasmo y la adhesion: asi como en otros puntos en ocasiones análogas, el impulso de la perseverancia y del sacrificio ha procedido del pueblo. En América, las clases independientes é instruidas tuvieron que sostener y reanimar al pueblo en la lucha empeñada en nombre del país. En el órden civil los magistrados, los ricos cultivadores, los grandes comerciantes, se mostraron constantemente decididos y firmes; en el ejército, los oficiales, daban el ejemplo y el consejo, y la poblacion, lejos de impulsarlos, los seguia de mala gana. «No tomeis por oficiales sino á nobles,» recomendaba Washington al cabo de tres años de guerra (9); pues se habia convencido de que aquellos eran los mas adictos á la causa de la independencia, hallándose dispuestos á cimentarlo todo, á sufrirlo todo con tal de lograr un buen éxito.

Ademas eran los únicos que podian con sus propios medios sostener el peso de la guerra, pues el Estado apenas suministraba nada. Ningun ejército ha pasado quizá por mas duras pruebas que el americano: casi siempre inferior en número al enemigo; sujeto á una desercion periódica y en cierto modo legal; teniendo que marchar, que acamparse, que combatir en un país inmenso, despoblado, inculto en partes, al través de vastas lagunas, de selvas vírgenes, sin almacenes de provisiones, muchas veces sin dinero para comprarlas ni autoridad para proporcionárselas; obligado al hacer la guerra á respetar á los habitantes y sus propiedades como tropas de guarnicion en tiempo de paz; espuesto

(1) Marshall, t. II, p. 198.
(2) Id., pág. 209, 348.
(3) Id., pág. 445; III, pág 55.—Sparks, *Washington's Life*, tomo I, pág. 261.
(4) Id., t. II, pág. 326.
(5) Id., t. II, pág. 309; III, pág. 50; IV, pág. 41.
(6) Id., t. II, pág. 209.
(7) Id., t. IV, pág. 72-78.

(8) Washington á Bryan Fairfax. *Writings*, t. II, pág. 395.
(9) 19 de enero de 1777, en las instrucciones al coronel Jorge Bailor. Id. t. IV, pág. 269.

siempre á exigencias, sujeto á padecimientos inauditos. «Por algunos dias (escribia Washinton en 1777), casi tuve hambre en el campapamento. Parte de las tropas no recibió durante una semana ninguna especie de carne, el resto careció de ella tres ó cuatro dias. Los soldados están desnudos y se mueren de hambre... Algunos me censuran por haber puesto al ejército en cuarteles de invierno, figurándose sin duda que los soldados son de madera ó de piedra, insensibles al frio y á la nieve, y capaces, á pesar de su escaso número y de todas estas molestias, no solo de sujetar á tropas numerosas, bien equipadas, abundantemente provistas, y encerrarlas en Filadelfia, sino tambien de preservar de todo saqueo, de toda devastacion á los Estados de Pensilvania y Jersey. Puedo asegurar que es mas fácil y menos penoso hacer observaciones en un cuarto cómodo junto al fuego, que ocupar una colina fria y estéril, sin vestidos ni cobertor... Sufro tambien mucho por los pobres soldados, y compadezco miserias que no me es dado aliviar ni prevenir (1).»

El congreso, á quien habia acudido, no podia mucho mas que él. Privado de fuerzas para hacer ejecutar sus órdenes, y hasta de derecho para decretar nada sobre impuestos; reducido á indicar las necesidades y pedir á los trece Estados confederados que las remediasen; con un pueblo cansado, un comercio arruinado y un papelmoneda sin crédito, esta asamblea, aunque firme y hábil, solo podia dirigir nuevas exhortaciones y encargar á Washington que consiguiese de los gobiernos locales los alistamientos de tropa, el dinero, los víveres, en suma, todo lo que requeria la guerra.

Washington aceptó esta difícil comision, pero no tardó en tropezar con nuevos obstáculos y peligros. Ningun vínculo, ningun poder central habia unido hasta entonces las colonias. Fundadas y administradas cada una separadamente, encargadas de proveer por sí mismas á su seguridad, de atender á las obras públicas y á los negocios grandes y pequeños, habian contraido hábitos de aislamiento y casi de rivalidad, que la recelosa metrópoli cuidaba de fomentar. Hasta la ambicion y deseo de conquistas se introdujeron en sus relaciones, como si se tratase de Estados estranjeros: las mas poderosas intentaron alguna vez ocupar los establecimientos vecinos; y en sus mayores apuros, que era cuando tenian que defender las fronteras contra los salvajes, seguian demasiado á menudo una política interesada y se abandonaban recíprocamente. ¿Cómo reunir de golpe elementos tan discordantes sin usar de medios violentos? ¿Cómo, si se les dejaba libres, hacerles obrar de consuno bajo el impulso de un poder único? Las disposiciones individuales eran contrarias como las públicas instituciones, y las pasiones como las leyes. Las colonias desconfiaban unas de otras; todas desconfiaban del congreso, nuevo y vacilante rival de las asambleas locales; y mucho mas aun del ejército, que consideraban igualmente peligroso á la independencia de los Estados, y á la libertad de los ciudadanos; en lo cual las nuevas y doctas máximas convenian con los instintos populares. Una de las ideas favoritas del siglo XVIII es el peligro de los ejércitos permanentes y la necesidad para los paises libres de contrariar y atenuar continuamente su fuerza, su influencia, sus costumbres. En ningun punto se ha adoptado quizá esta máxima mas generalmente ni con mas ardor que en las colonias de América. En medio del partido nacional, las personas mas exaltadas y mas decididas á luchar vigorosamente y hasta el fin, eran tambien los amigos mas celosos de la libertad, y miraban con ojos hostiles al ejército y al espíritu y disciplina militar; de modo que se encontraban obstáculos justamente donde se iban á buscar esperanzas y medios.

En aquel mismo ejército, objeto de tantas desconfianzas reinaba el espíritu mas independiente y democrático: todas las órdenes eran discutidas; todos los cuerpos pretendian obrar por sí, y segun su conveniencia particular. Las tropas de los varios Estados, querian obedecer solo á sus generales; los soldados á oficiales, á veces elegidos directamente, y siempre á lo menos aprobados por ellos. El dia despues de una derrota ó de una victoria, regimientos enteros se desbandaban y retiraban, sin esperar la llegada de los que debian reemplazarles. Una triste y dolorosa duda se despierta en el alma al ver tantas y tan duras pruebas infligidas á la mas legítima revolucion, tantas y tan peligrosas vicisitudes impuestas á la revolucion mejor preparada para un éxito feliz. ¡Injuriosa y precipitada duda! El hombre por orgullo es ciego en la esperanza, y ciego por debilidad en el desaliento. La mas justa, la mas afortunada revolucion deja entrever el mal moral y material, siempre grande, que toda sociedad humana encierra en su seno. Pero el bien no perece en esta prueba ni en la impura liga á que se ve condenado; aunque imperfecto y confuso conserva su poder lo mismo que su derecho, predominar y cuando en los hombres, prevalece tambien tarde ó temprano en los acontecimientos, y nunca faltan instrumentos para su victoria.

Conservan eternamente los Estados-Unidos respetuosa y agradecida memoria de los jefes de la revolucion que conquistó su independencia y fundó su gobierno; Franklin, Adams, Hamilton, Jefferson, Madison, Jay, Henry, Mason, Green, Knox, Morris, Pinckney, Clinton, Trumbull, Rutledge: no puedo nombrarlos á todos, porque en el momento que se empeñó la contienda habia en cada colonia, casi en cada condado, algunos hombres apreciados por sus conciudadanos, probados en la defensa de las libertades públicas, autorizados por su riqueza, talento y carácter, fieles á las antiguas virtudes y partidarios de las nuevas doctrinas, sensibles al lustre de la civilizacion y adictos á la sencillez de las costumbres, de corazon altivo y ánimo modesto, ambiciosos y á la par prudentes en sus patrióticos deseos; hombres raros que esperaron mucho de la humanidad sin presumir demasiado de sí mismos, y arriesgaron por su país mucho mas de lo que debian recibir de él despues del triunfo. Washington era su jefe.

(1) Al presidente del Congreso. *Writings*, t. V, pág. 199.

Muy jóven aun, habia ya despertado grandes esperanzas. Empleado como oficial de milicia en algunas espediciones á la frontera occidental de Virginia contra los Franceses y los salvajes, habia escitado la admiracion de los superiores y de sus compañeros, de los gobernadores ingleses y de la poblacion americana. Los primeros escribian á Lóndres recomendándole á la bondad del rey (1): los otros, reunidos en los templos para invocar la proteccion divina, veian con orgullo á un elocuente predicador, Samuel Davies, esclamar, celebrando el valor de los de Virginia (2): «Debo citaros un glorioso ejemplo; el de ese heróico jóven, el coronel Washington, á quien la Providencia salvó milagrosamente; sin duda por hallarse destinado á prestar á su país algun importante servicio.»

Dícese tambien, que quince años despues, en un viaje que Washington hizo al Occidente por las orillas del Ohio, un anciano jefe indio, á la cabeza de su tribu, suplicó que le permitieran verle, refiriendo que en la batalla de la Monongahella habia disparado repetidas veces su escopeta contra el comandante de Virginia y lo mismo los suyos; pero que, con admiracion de todos, las balas no dieron en el blanco. Convencido de que el Grande Espíritu protegia al coronel Washington, cesó de tirar contra él, y venia á la sazon á tributar homenaje á aquel á quien el cielo habia librado de la muerte en el campo de batalla. Los hombres se complacen en pensar que la Providencia les deja presentir sus secretos designios. La relacion del anciano jefe se esparció por América, y sirvió de argumento á un drama titulado: *La profecía india.*

Esta oscura esperanza, esta confianza precoz en el destino, no me atrevo á decir en la predestinacion de un hombre, no ha sido nunca quizá tan natural como á propósito de Washington; pues ninguno ha parecido, ni sido realmente, desde su juventud y en sus primeras acciones, mas adaptado á su porvenir y á la causa que debia hacer triunfar.

Era labrador por condicion y por inclinacion, y estaba entregado á los intereses, á los hábitos, á la vida agrícola que constituian la fuerza de la sociedad americana. Cincuenta años despues, Jefferson, para justificar su confianza en la constitucion absolutamente democrática de esta sociedad, decia: «Nuestra confianza no nos puede engañar mientras seamos virtuosos; y lo seremos en tanto que la agricultura forme nuestra principal ocupacion.» Asi la consideraba Washington, de edad de veinte años, conformándose perfectamente con las inclinaciones dominantes, con las buenas y enérgicas costumbres de su país. Viajes, cacerías, esploracion de tierras lejanas, relaciones amigas ú hostiles con los Indios de las fronteras; tales fueron los placeres de su juventud. Tenia aquel activo y osado temperamento que se complace en las aventuras y en los peligros suscitados al hombre por la naturaleza grande y silvestre; la fuerza física, la perseverancia y la prontitud de ánimo que le hacen triunfar. En la primera juventud sentia hasta una confianza algo presuntuosa: «Puedo afirmar que poseo un temperamento capaz de soportar las mas duras pruebas, y la suficiente resolucion, creo, para aspirar á cuanto está en la esfera humana (3).»

A semejante índole, mejor que la caza ó los viajes debia adaptarse la guerra; y habiéndosele presentado la ocasion, la acogió con ese ardor que en la primavera de su vida no prueba siempre inclinacion ó habilidad. En 1754 el rey Jorge III se hacia leer un despacho enviado á Lóndres por el gobernador de Virginia, y en el que el jóven mayor Washington terminaba la relacion de su primer combate con esta frase: «He oido el silbido de las balas; y he encontrado en él algo que enamora.—No hablaria asi (dijo el rey), si hubiese oido muchas.» Washington pensaba como el rey; pues cuando el mayor de la milicia de Virginia ascendió á general supremo de los Estados-Unidos, como alguno le preguntase si habia dicho aquella frase, contestó: «Si la he dicho, es señal de que era muy jóven (4)».

Pero su juvenil ardor á la par grave y sereno, tenia toda la autoridad de la edad madura. Desde el primer dia, le agradaba en la guerra mas que el combate, aquel grande uso de la inteligencia y la voluntad provistas de fuerza y encaminadas á conseguir un buen plan, aquella poderosa mezcla de accion humana y de fortuna que conmueve y trasporta asi las almas mas sublimes como las mas sencillas. Colocado por el nacimiento en las primeras clases de la sociedad colonial, educado en las escuelas públicas, en medio de sus compatriotas, llegó naturalmente á ponerse á su cabeza, siendo al mismo tiempo superior é igual, formado en las propias costumbres, hábil en los propios ejercicios, ageno como ellos á toda instruccion elegante, á toda afectacion de doctrina, no pidiendo nada para sí y empleando solo en el servicio público esa autoridad que en una situacion desinteresada y segura da siempre un alma penetrante y serena, una índole enérgica y tranquila.

En 1754 entra en la sociedad y en la profesion militar. Es un oficial de veintidos años que conduce batallones de milicia, ó tiene correspondencia con el representante del rey de Inglaterra, sin que le embarace ninguna de estas dos ocupaciones. Ama á sus compatriotas, respeta al rey y al gobernador; pero ni el amor ni el respeto alteran la independencia de su juicio y de su conducta; dotado de un admirable instinto de accion y de mando, sabe, vé con qué medios, con qué condiciones puede dar cima á las cosas que emprende por el rey ó por el país. Si se trata de disciplina, de exactitud, de actividad en el servicio militar, pide esas condiciones, esos medios á los soldados; si de la paga de las tropas, de las provisiones, de la eleccion de oficiales, al gobernador. Sus ideas, sus palabras, sea que se dirijan al superior á quien da cuenta, ó á los subalternos que le obedecen, son siempre claras, prácticas, decisivas y revestidas de aquel imperio que la verdad y la necesidad dan al que obra en su nombre. Desde entonces Washington es

(1) *Writings*, t. II, pág. 97.
(2) 17 de agosto de 1755. Id. pág. 89.
(3) Al gobernador Dinwidie. *Writings*, t. II, pág. 29.
(4) Idem.

el eminente americano, el fiel representante de su país, el hombre que mejor lo comprenderá y servirá, ya se trate de discutir ó de combatir por él, ya de defenderlo ó de gobernarlo. Antes que el hecho le revelase, sus contemporáneos le presentian. «Se brinda á vuestra salud y á vuestra fortuna en todas las mesas» le escribia en 1756 el coronel Fairfax, su primer protector (1).

En 1759, elegido por la primera vez individuo de la cámara de los Ciudadanos de Virginia, cuando tomó asiento en la sala, el señor Robinson le espresó con palabras animadas y lisonjeras el reconocimiento de la asamblea por los servicios que habia prestado al país. Washington se levantó para darle gracias; pero su turbacion era tal, que no acertó á pronunciar una palabra; se le encendia el color, balbuceaba, temblaba; y el orador acudió en su auxilio, diciendo: «Sentaos, señor Washington; vuestra modestia es igual á vuestro valor, lo cual escede al poder de la palabra que acaso yo posea.» Finalmente, en 1774, estando próxima á estallar la gran lucha, al salir del primer congreso que se celebró para prepararla, Patrick Henry, uno de los mas ardientes republicanos de la América, como se le preguntase cuál era el primer personaje del congreso, respondió: «Si se trata de elocuencia, el mas eminente orador es el señor Rudledge de la Carolina meridional; pero si se trata de conocimiento sólido de las cosas y de sano juicio, incontestablemente es el coronel Washington (2)».

Aun sin mentar la elocuencia, faltaban á Washington aquellas dotes brillantes estraordinarias, que arrebatan la imaginacion. No era de esos genios ardientes, ansiosos de manifestarse, arrastrados por la grandeza de su idea ó de su pasion, y que esparcen en torno de sí las riquezas de su naturaleza. Aquella alma tan firme, aquel corazon tan elevado, era profundamente triste y modesto. Capaz de los mas ilustres destinos, hubiera permanecido ignorado sin importársele de ello, hallando en el cultivo de los campos la satisfaccion de sus facultades, que debian bastar al mando de los ejércitos y á la fundacion de un Estado.

Pero cuando se presentó la ocasion y la necesidad, sin esfuerzo por su parte, ni maravilla por parte de los demás, antes bien segun esperaban, el sabio plantador se encontró un grande hombre. Poseía en grado eminente las dos cualidades que, en la vida activa, hacen al hombre capaz de cosas grandes; confianza firme en su opinion, y resolucion para obrar conforme á esta, sin temor de incurrir en responsabilidad.

La conducta débil proviene, sobre todo, de débiles convicciones; porque el hombre obra, mas que por otros motivos, por impulso de sus ideas. En cuanto estalló la guerra, se convenció Washington de que la causa de su país era justa, y que por lo tanto no podia faltarle un éxito feliz. Para conquistar la independencia con las armas, se necesitaron nueve años; diez para fundar el gobierno con la política. En este largo intervalo no faltaron á Washington obstáculos, contratiempos, enemigos, traiciones, errores, cansancio público; pero su fe y esperanza no vacilaron un momento. En los dias mas aciagos, decia: «No puedo dejar de esperar y creer que al fin el sano juicio del pueblo triunfará de sus preocupaciones..... No puedo pensar que la Providencia haya hecho tanto para nada..... El gran Soberano del universo nos ha conducido tan lejos en la senda de la dicha y de la gloria, que no querrá abandonarnos á la mitad. Nuestra locura y mala direccion es fácil nos desvien del buen camino de tiempo en tiempo; pero estoy convencido de que conservamos el sano juicio y la virtud suficientes para volver á él, antes de perdernos del todo (3).» Luego, cuando la misma Francia, que le habia sostenido tan bien en la guerra, le suscitó, durante su presidencia, obstáculos y peligros aun mas formidables; cuando la agitada Europa pasó sobre él como la América, todavía creyó y esperó: «La rapidez de las revoluciones no es menos admirable que su grandeza. ¿Cómo concluirán? Lo sabe solo el gran Regulador de los acontecimientos. Confiando en su sabiduría y bondad, podemos descansar en él, sin esforzarnos en penetrar lo que escede al humano conocimiento, y cuidando únicamente de llenar nuestro cometido segun nos dicte la razon y la conciencia (4).»

Energía de conviccion, confianza en su manera de juzgar le acompañaban en la práctica de los negocios, asi como en la estimacion general de las cosas; dotado de entendimiento muy libre, mas bien á fuerza de exactitud que por riqueza y flexibilidad, no recibia de nadie sus ideas, no las adoptaba por prevencion, sino las formaba con la simple vista ó con el atento estudio de los hechos, sin ninguna interposicion ó influencia, siempre en relacion directa y personal con la realidad. Por eso, cuando habia observado, meditado y fijado su plan, nada le interrumpia; no se estancaba en la duda ó en la incertidumbre por las ideas de otro, ni tampoco le detenia el deseo de aprobacion ó el temor de que le contradijesen. Confiaba en Dios y en sí mismo: «Si fuera dado á algun poder terreno, o si el gran Poder Supremo quisiera desplegar el estandarte de la infalibilidad en las opiniones políticas, ninguno acudiria á alistarse bajo él mas pronto que yo, mientras sirviese al público. Pero habiendo visto hasta ahora que la mejor guia son las rectas intenciones y el atento exámen de las cosas, mientras viva no seguiré otras máximas (5).»

Unia al entendimiento libre y firme un gran corazon, dispuesto siempre á obrar segun le dictaba su pensamiento, y que aceptaba la responsabilidad de su accion. «Lo que admiro en Cristóbal Colon (dice Turgot) no es que haya descubierto el Nuevo Mundo, sino que marchase en su busca confiando en una idea.» Fuese la ocasion grande ó pequeña, próximas ó remotas las consecuencias, Washington, una vez convencido, seguia adelante, fiando en su conviccion. Al ver

(1) *Writings*, t. II, pág. 145.
(2) Sparks, *Washington's Life*, t. I, p. 107 y 152.

(3) Washington á Jonathan Trumbull. *Writings*, t. IX, pág. 5;—á Lafayette. Id. pág. 383;—á Lincoln. Id. pág. 392.
(4) A David Humphreys. Id. t. X, p. 331.
(5) A Enrique Knox. Id. t. XI, p. 70.

su tranquilidad, se hubiera dicho que le era natural decidir asuntos y salir garante de ellos: indicio seguro de un genio nacido para gobernar; admirable poder cuando va unido á un desinterés concienzudo.

Si entre los grandes hombres, algunos han esparcido mas vivos destellos, ninguno se vió sujeto á mas completa prueba en la guerra y en el gobierno: resistir en nombre de la libertad y del poder, al rey y al pueblo; empezar una revolucion y llevarla á cabo.

Desde el principio la mision de Washington se manifestó en su estension y en su conjunto. Para hacer la guerra no necesitó solamente crear un ejército: faltaba para esta obra, por otra parte tan difícil, hasta el poder creador, por no haber en los Estados-Unidos ni gobierno ni ejército. El congreso, mera apariencia, unidad mentirosa, no tenia derecho, no podia, no osaba, no hacia nada. Washington desde su campamento debia, no solo pedir sin cesar, sino sugerir providencias, é indicar al congreso lo que era menester hacer para llenar su cometido, á fin de que este y el ejército no fuesen un vano nombre. Sus cartas eran leidas en sesion, y se discutia acerca de ellas; discusiones llenas de inesperiencia, de timidez, de desconfianza; terminando todo por prometer y remitir la ejecucion á los gobiernos locales, inducidos del temor cual les causaba el poder militar. Washington contestaba respetuosamente, obedecia, insistia luego, mostraba la falacia de las apariencias, la necesidad de una fuerza real para aquel poder que le habian conferido, para aquel ejército al cual se exigia la victoria. En esta asamblea, tan poco acostumbrada á gobernar no faltaron hombres inteligentes, intrépidos, adictos á la causa. Algunos se dirigian al campamento, lo veian todo con sus ojos, hablaban con Washington, y llevaban á su vuelta la autoridad de sus observaciones y de sus consejos. La asamblea se ilustraba, se robustecia, adquiria confianza en sí misma y en su general, decretaba las providencias y le conferia los poderes de que necesitaba. Entablaba entonces correspondencias, negociaciones con los gobiernos locales, y tambien con juntas, magistrados, simples ciudadanos, esponiéndoles los hechos, invocando su sano juicio, su patriotismo, sacando partido en beneficio público de sus amistades personales, respetando las desconfianzas democráticas, las susceptibilidades de la vanidad, conservando su categoría, hablando con cierta autoridad, pero sin ofender, y con persuasiva moderacion; siendo admirablemente hábil, en medio de los mas prudentes miramientos hácia las debilidades humanas, en ejercer influencia sobre los hombres con los sentimientos honrados y con la verdad.

Despues de lograr que, primero el congreso y luego los diferentes Estados le suministrasen lo necesario para formar un ejército, aun no habia llegado al término; la obra de la guerra estaba aun sin principiar; el ejército no existia. En esta parte la inesperiencia era tambien absoluta; reinaba la misma falta de unidad, el propio deseo de independencia individual; igual lucha de intenciones patrióticas y de instintos anárquicos. Era preciso reunir elementos discordantes, retener elementos siempre prontos á disolverse, ilustrar, persuadir, obrar por medio de consideraciones é influencia, obtener, en suma, sin arriesgar su dignidad ni su poder, la adhesion moral, la cooperacion libre de los oficiales y hasta de los soldados. Entonces, y solo entonces podia Washington obrar como general, y pensar en la guerra; ó por mejor decir, durante la guerra, y en medio de sus escenas, de sus peligros, tenia que volver á empezar siempre en el país y en el mismo ejército aquella obra de organizacion ó de gobierno.

Algunos han puesto en duda su mérito militar. Verdad es que no dió de él esas brillantes pruebas que en nuestra Europa han formado la gloria de los capitanes. Al frente de un pequeño ejército en una inmensa estension de país, no pudo practicar la grande estrategia, ni dar grandes batallas. Pero su superioridad reconocida, proclamada por sus compañeros, nueve años de guerra, y el éxito definitivo constituyen tambien una prueba, y justifican su gloria. Su valor personal rayaba en temeridad, y á menudo se abandonó á él con doloroso trasporte; á menudo las milicias americanas, sobrecogidas de terror, emprendieron la fuga, é intrépidos oficiales murieron por enseñar á los soldados á ser valientes. En 1776, en un encuentro de esta clase, Washington irritado, se obstinó en permanecer en el campo de batalla y detener á los fugitivos con su ejemplo y hasta con su mano. «Hemos hecho (escribia al dia siguiente al general Green) una retirada miserable, por el mal comportamiento de la milicia..... Las brigadas de Fellows y de Parsons huyeron de cincuenta hombres, dejando á S. E. casi solo, á cuarenta varas de distancia, y tan desesperado al ver la infamia de las tropas, que buscaba de todo corazon la muerte (1).»

Cuando la ocasion le pareció favorable, Washington se mostró mas de una vez tan cuerdo general como valiente soldado. Le llamaron el Fabio americano, diciéndose que su talento, así como su inclinacion, consistia en evitar los hechos de armas, frustrar los designios del enemigo y ganar tiempo. En 1775, delante de Boston, al principio de la guerra, este Fabio la queria terminar de golpe, atacando resueltamente al ejército inglés al cual esperaba destruir. Tres consejos de guerra le obligaron á desistir, pero sin alterar su conviccion y muy á pesar suyo (2). Al año siguiente, en el Estado de Nueva-York, cuando el frio era mas riguroso, durante una retirada, con tropas medio desordenadas, que se disponian en su mayor parte á abandonarle y volverse á sus casas, Washington tomó de repente la ofensiva, atacó sucesivamente en Trenton y Princeton los diversos cuerpos del ejército inglés, y ganó dos batallas en ocho dias.

Pero, cosa mas importante y difícil, ademas de saber hacer la guerra, sabia dirigirla. La consideraba solo como un medio, dependiente siempre del fin principal y definivo, el buen éxi-

(1) *Writings*, t. IV, pág. 94.
(2) Id., t. III, pág. 82, 127, 259, 287, 290, 291, 292, 297.

to de la causa, la independencia del país. Cuando en 1798 supo en Mont-Vernon la posibilidad de una guerra con Francia, hallándose ya entrado en años y amante del reposo, escribió asi al señor Adams, su sucesor en el gobierno de la república: «Veo claramente, que si nos empeñamos en una lucha formal con Francia, la guerra será muy distinta de la que acabamos de sobrellevar. Entonces importába ganar tiempo, usar de una prudente reserva, dejar que el enemigo se debilitase hasta hallarnos mejor provistos de armas y de tropas disciplinadas para combatirle; ahora si tuviésemos que pelear con los Franceses, seria preciso atacarles á cada paso (1).»

A este sistema de una guerra viva, ofensiva, que se proponia adoptar á los sesenta y seis años, no habian podido inducirle veinte y dos años antes, en el vigor de la edad los consejos de algunos generales amigos suyos, ni las calumnias de sus rivales, ni las quejas de los Estados devastados por el enemigo, ni los clamores populares, ni el deseo de la gloria, ni las instancias del congreso. «Conozco mi mala posicion; sé que se espera mucho de mí; sé que sin tropas, sin armas, sin municiones, sin ninguna de las cosas necesarias á un soldado, no se puede hacer casi nada. Y lo mas doloroso es que no me puedo justificar ante el mundo sino declarando mis necesidades, divulgando me debilidad, y perjudicando la causa que defiendo. He decidido no hacerlo..... Mi situacion me desagrada á veces tanto que, si no atendiese mas al bien público que á mi reposo, mucho tiempo hace que hubiera aventurado todo á la suerte de una batalla (2).»

Perseveró sin embargo nueve años. Cuando la duracion de la lucha y el cansancio nacional producian un desaliento demasiado próximo á la apatía, entonces únicamente se decidia á obrar, á probar fortuna, para hacer sentir al país la presencia de su ejército y confortar los corazones: asi en 1777 dió la batalla de Germantown. Cuando en medio de desastres sostenidos con paciencia se le preguntaba qué haria si el enemigo continuara avanzando, si Filadelfia, por ejemplo, fuera tomada: «Nos retiraremos (respondia) al otro lado del rio Susquehanna, y si es menester á los montes Alleganis (3).

Añadia á esta paciencia patriótica otra aun mas meritoria. Los sucesos prósperos de sus tenientes no le causaban ni molestia ni envidia; al contrario, cuando el bien público lo aconsejaba les proporcionaba generosamente las ocasiones y los medios de alcanzarlos. Desinterés admirable, raro aun en las almas mas grandes, hermoso en medio de las envidias de una sociedad democrática, y que quizá se unia en él á una profunda tranquilidad interior sobre su superioridad y su gloria.

Cuando el horizonte estaba oscuro, cuando repetidos desastres y largos padecimientos parecian poner en peligro al general; y provocaban los desórdenes, las cábalas, las insinuaciones hostiles, levantábase pronto una voz poderosa, la voz del ejército que rodeaba á Washington con afectuoso respeto, y le ponia á cubierto de quejas y enemistades.

En el invierno de 1777 á 78, mientras el ejército, acampado en Walley-Forge, estaba espuesto á las mas duras pruebas, algunos hombres desleales urdieron una trama contra Washington, la cual llegó hasta el congreso. El general les opuso una severa franqueza, diciendo sin reserva, sin falsas consideraciones lo que pensaba de sus enemigos, y dejando que hablase por él su conducta. Era aventurarse mucho en aquellos momentos; pero la estimacion pública se hallaba tan arraigada, y le sostenian tan calorosamente sus amigos lord Stirling, Lafayette, Green, Knox, Patrick, Laurens, y el ejército manifestó tan vivamente su opinion, que triunfó casi sin defenderse. El irlandés Conway, principal autor de la cábala, despues de retirarse, seguia injuriándole. El general Cadwalader se irritó, y de aquí nació un duelo. Conway, herido gravemente y creyéndose próximo á morir, escribió lo que sigue á Washington: «Pudiendo aun sostener la pluma algunos minutos, los aprovecho para espresar á V. E. mi sincero sentimiento de haber hecho, escrito ó dicho nada que haya podido desagradarle. Mi vida se acerca á su término; la justicia y la verdad me impulsan á hablar asi. Considero en V. E. un grande hombre, un hombre escelente. Dios deje gozar por muchos años á V. E. del amor, del aprecio y de la veneracion de estos Estados, cuyas libertades ha sostenido con sus virtudes! (4)»

En 1779 los oficiales de un regimiento de Nueva Jersey, mal pagados, cargados de deudas contraidas durante el servicio, temerosos de su suerte futura y de la de sus familias, declararon solemnemente á la asamblea de aquel Estado que harian dimision todos si no se les trataba mejor. Washington los censuró severamente, y exigió que se retractasen; pero ellos insistieron: «Hemos estado siempre, y estamos aun prontos á marchar con nuestro regimiento y cumplir nuestro deber hasta que la asamblea Legislativa envie nuestro reemplazo; pero, en seguida, no nos detendremos un dia mas. Rogamos á V. E. se persuada de que conocemos la grandeza de sus virtudes y de sus talentos, de que hemos ejecutado siempre sus órdenes con placer, de que amamos el arte militar y nuestra patria. Pero cuando la patria es tan injusta que olvida á los que la sirven, estos tienen que renunciar á su servicio (5).»

Asi el respeto á Washington se revelaba aun en las cábalas urdidas contra él, encontrándose hasta en la desobediencia.

En el estado de penuria y de desórden en que recaia continuamente el ejército americano, la influencia personal de Washington, el afecto que le profesaban, el deseo de imitar su ejemplo, el temor de perder su estimacion, ó solo de afligirlo, deben contarse entre las principales causas que impidieron dejar las filas a muchos oficiales y soldados, reanimando su celo y formando entre

(1) Writings tom. XI, pág. 309.
(2) Id., tom. II, pág. 284.
(3) SPARKS, *Washington's Life*, tom. I, p. 221.
(4) *Writings*, t. V, pág. 517.
(5) MARSHALL, t. IV, p. 156.

ellos ese espíritu militar, esa amistad de los campamentos, fuerza grande, noble compensacion de una profesion tan fatigosa.

Es un privilegio, frecuentemente corruptor, de los hombres grandes, inspirar afecto y adhesion sin esperimentarlos á su vez. Washington estuvo exento de este vicio. Amaba á sus compañeros, á sus oficiales, á su ejército; se lastimaba de sus males y protegia sus intereses, no solo por justicia y deber, sino por un tierno sentimiento que le unia á ellos y en el que se mezclaban la compasion y la gratitud. Cuando en 1783, concluida la guerra, en Nueva York, en la taberna de Francia, á punto de separarse para siempre, los principales oficiales desfilaron silenciosamente ante él, estrechándole cada uno la mano al pasar, el corazon y el rostro de Washington estaban mas conmovidos y alterados de lo que parecia permitir la serenidad de su alma.

Sin embargo, jamás se mostró débil ni condescendiente con el ejército; no sufrió nunca que este pensase ante todo en si mismo, aprovechando todas las ocasiones para inculcarle que la subordinacion y adhesion, no solo á la patria sino tambien al poder civil, eran su condicion natural y su primer deber.

En tres circunstancias solemnes le dió la mejor y mas eficaz de las lecciones; el ejemplo. En 1782 rechazó «con grande y dolorosa sorpresa (son sus palabras), el poder supremo y la corona que le ofrecieron oficiales descontentos (1).» Al año siguiente, próximo ya el licenciamiento, supo que circulaba por el ejército un proyecto de memorial y que debia celebrarse una reunion general para buscar los medios de obtener con la fuerza lo que el congreso injustamente les negaba, y espresó en una órden del dia su desaprobacion de aquel acto; seguidamente convocó otra reunion, donde trató de despertar en los oficiales el sentimiento del deber y del bien público, retirándose antes de que se tomase ninguna determinacion, pues quiso dejarles el mérito de la enmienda, que fue en efecto pronto y general (2). Finalmente, en 1784 y 87, cuando los oficiales retirados para conservar algun vínculo en su dispersion, y sostenerse reciprocamente y á sus familias, trataron de formar la asociacion de *Cincinato*: Washington, viendo á la sola palabra de asociacion militar, de órden militar, surgir la desconfianza y el descontento en su recelosa patria, no obstante su personal inclinacion, hizo modificar los estatutos, rehusó la presidencia, y hasta cesó de formar parte de allá (3).

Por el mismo tiempo (¡singular coincidencia! Gustavo III, rey de Suecia, prohibió á los oficiales suecos que habian militado en los ejércitos franceses durante la guerra de América, llevar la orden de Cincinato, «institucion de tendencia republicana, y poco conveniente á su gobierno (4).» — Si no podemos convencer al pueblo de lo infundado de sus temores (decia á este propósito Washington), es preciso ceder (5).»

Cuando mediaba el interés público, no cedia ni aun al pueblo; pero sabia apreciar harto bien la importancia de las cosas para emplear la misma inflexibilidad cuando no se trataba sino de interés ó sentimientos particulares, aunque legítimos.

Obtenido el objeto de la guerra, al separarse de sus compañeros de armas, junto con un afectuoso pesar y con la alegría del reposo despues de la victoria, asomó en su alma otro sentimiento, si bien oscuro y quizá desconocido á él mismo; á saber: el sentimientos de dejar la vida militar, noble profesion, á que habia dedicado con tanta fortuna sus años mas preciosos. Esa vida agradaba mucho á Washington, genio regular, mas firme que fecundo, justo y benévolo con los hombres, pero grave y algo frio, nacido para el mando antes que para la lucha, que en la accion amaba el órden, la disciplina, la gerarquia, y preferia en una buena causa el empleo sencillo y poderoso de la fuerza á las complicaciones sutiles y á las acaloradas cuestiones de la política.

«La accion marcha por último á su término... La víspera de Navidad por la noche, vieron las puertas de esta casa entrar un hombre, nueve años mas viejo de lo que yo era cuando las abandoné... Empiezo á sentirme bien, y libre de cuidados públicos. Procuro perder la costumbre de meditar al despertarme cada dia sobre los cuidados del siguiente; y despues de pensar, en muchas cosas, descubro no sin sorpresa, que ya no soy magistrado, que ya no tengo nada que ver con la cosa pública... Espero pasar el resto de mis dias cultivando el afecto de los hombres honrados y practicando las virtudes domésticas... La vida de un agricultor es la mas deliciosa de todas; es honrosa, alegre, y conduciéndose con prudencia, hasta lucrativa... No solo he dejado los cargos públicos, sino que entro en mí mismo. Puedo en la soledad mirar alrededor y cruzar los senderos de la vida privada con una conciencia tranquila. No envidiando á nadie, estoy dispuesto a contentarme con todos, y en esta disposicion descenderé suavemente el rio de la vida hasta que me adormezca con mis padres (6).»

Hablando así Washington no espresaba solo una impresion momentanea, la alegría del reposo despues de una larga fatiga, de la libertad despues de una pesada sujecion. La existencia activa y tranquila del rico propietario, las faenas abundantes en interés y exentas de cuidados, el poder doméstico de poca responsabilidad, la buena armonía entre el hombre inteligente y la naturaleza fecunda, la hospitalidad grave y sencilla, los nobles placeres de la estimacion y la beneficencia obtenidos sin esfuerzo; todo esto formaba la preferencia constante de su alma. Esta es la vida que él hubiera escogido probablemente, y disfrutaba de ella con la añadidura de la gratitud pública y la gloria, caras aunque importunas.

(1) A lcorone Lewis. *Writings*, t. VIII, pág. 300.
(2) Al presidente del Congreso. Id. pág. 392-400.
(3) Al general Knox, Id. t. IX, pág 26, — á Arthur Saint Clair. Idem pág. 127.
(4) Id. pág. 56.
(5) A Jonatan Trumbull Id. pág. 35.
(6) Al gobernador Clinton. *Writings*. t. IX, pág. 1; — á Lafayette. Id. pág. 17; — al general Knox. Id. pág. 21; — á Spotswood. Idem página 323.

Grave y activo siempre, mejoraba el cultivo de los campos, hermoseaba su casa, se ocupaba en los intereses locales de Virginia, proyectaba la gran navegacion interior del Este al Oeste, que debia dar un dia á los Estados-Unidos la mitad del Nuevo-Mundo; fundaba escuelas, arreglaba sus mapas, mantenia una estensa correspondencia y se complacia acogiendo en su casa y sentando á su mesa á sus leales amigos. «Deseo (escribia á uno de ellos, pocos dias despues de su vuelta á Mount-Vernon), que el aprecio y el afecto recíprocos, sembrados por nuestras manos y que han crecido en el tumulto de la vida pública, no se entibien y mueran en la calma del retiro. Deberemos al contrario hermosear nuestras horas de la tarde cultivando esas caras plantas y promoviendo el desarrollo de toda su belleza, antes de que sean trasplantadas á mejor clima (1).»

A fines de 1784 fué á Mount-Vernon Lafayette, á quien Washington profesaba un cariño verdaderamente paternal, quizá el mas tierno de su vida. Aparte de los servicios prestados, aparte del aprecio personal, del atractivo del carácter, y aun de la entusiasta adhesion que le mostraba Lafayette, este jóven de la nobleza, elegante, caballeresco, que habia dejado la córte de Versalles para llevar á los plantadores de América su espada y sus riquezas, agradaba mucho al austero general americano. El lo consideraba un homenage tributado por la nobleza del antiguo mundo á su causa y persona, como un vínculo entre él y aquella sociedad francesa tan brillante, tan ingeniosa, tan celebrada. En su modesta gravedad sentíase complacido, y su mente se fijaba con gusto en aquel amigo jóven, único en su vida, y que lo habia abandonado todo por militar á su lado.

«Al separarnos (le escribia) en el camino, durante el viaje, y desde entonces acá he sentido siempre todo el afecto, toda la consideracion que el trascurso de los años, una estrecha amistad y vuestro mérito me inspiraron hácia vos. Mientras nuestros coches se alejaban uno de otro, me preguntaba á mí mismo si os habria visto por la última vez, y á pesar de mi deseo de decir *no*, mis temores respondian *sí*. Recordaba los dias de la juventud, y conocia que habian huido para no volver, y que bajaba la colina que habia subido durante cincuenta y dos años; pues sé que, no obstante la fuerza de mi temperamento, pertenezco á una familia en la que se vive poco, y que debo prepararme á descansar pronto en el sepulcro de mis padres. Estas ideas anublaban mi horizonte, y esparcian una nube en mi porvenir, robándome la esperanza de volveros á ver. Pero, no quiero quejarme; he tenido mi época (2).»

A pesar de este siniestro presentimiento y de la sincera inclinacion al reposo, ocupábase su mente sin cesar en la condicion y en los negocios de su país. El hombre no puede separarse del sitio donde ha ocupado un gran puesto. «Aunque retirado del mundo (escribia en 1786), confieso con franqueza que no soy un espectador indiferente (3).» Pero, tenia motivos para vivir disgustado é inquieto. La confederacion perecia; el congreso, su vínculo, estaba dotado de escaso poder, y no se atrevia á usar ni de ese poco. A la debilidad política de las instituciones se agregaba la debilidad moral de los hombres: los Estados volvian á las enemistades, á las desconfianzas, á las miras mezquinas é interesadas: los tratados que habian asegurado la independencia nacional, eran cumplidos imperfecta y precariamente. No se pagaban las deudas en el antiguo ni en el nuevo mundo, y las contribuciones destinadas á ese fin, no entraban en el tesoro público: la agricultura decaia, el comercio se atrasaba, la anarquía se iba estendiendo. En el país mismo, fuese la causa el gobierno ó la falta de gobierno, supiésese ó no el estado de las cosas, todos estaban descontentos. En Europa, la reputacion de los Estados Unidos declinaba rápidamente; se dudaba que lograsen consolidarse; y la Inglaterra fomentaba esta duda, esperando hora y ocasion de sacar provecho. El dolor de Washington era estremo, lleno de agitacion y de humillacion, como si aun pesara sobre él la responsabilidad de los acontecimientos. «Buen Dios (esclamó al oir los disturbios de Massachussets) ¿qué es el hombre para mostrar en su conducta tanta inconstancia é infidelidad? ¡Ayer derramábamos nuestra sangre para obtener las constituciones bajo que vivimos, y que han sido elegidas por nosotros; y hoy desnudamos la espada para destruirlas! Esto es tan incomprensible, que me cuesta trabajo creer sea verdad y persuadirme de que no estoy soñando (4)..... Al fundar nuestra confederacion, formamos probablemente demasiado buena opinion de la naturaleza humana. ¡La esperiencia nos enseña que, sin la intervencion de un poder coactivo, los hombres no adoptan ni ejecutan las providencias mas encaminadas á su felicidad (5)!... Cuando lloraba la muerte de nuestro pobre amigo el general Green, no dejé de preguntarme á mí mismo, si no hubiera él preferido salir de este mundo, antes que asistir á las escenas que es probable tengan que deplorar sus conciudadanos (6).»

Sin embargo, el curso de los acontecimiento y el progreso de la razon pública mezclaban con este patriótico dolor la esperanza; esperanza llena de inquietud y de afan, la única que la profunda imperfeccion de los negocios humanos concede á las inteligencias elevadas, pero que basta á sostener su valor. En toda la confederacion se sentia el mal y se entreveia el remedio. La envidia de los Estados, los intereses locales, las antiguas costumbres, las preocupaciones democráticas repugnaban los sacrificios que debia imponerles una organizacion mas importante y mas fuerte del poder central; pero con todo, el espíritu de órden y de union, el amor á la patria americana, el disgusto de verla declinar en la estima-

(1) A Jonatan Trumbull. Id. t. IX, p. 5.
(2) *Writings*, t. IX, pág. 77.

(3) A John Jay. Id. t. IX, pág. 189.
(4) A David Humphreys. *Writings*, t. IX, p. 221.
(5) A Jonh Jay, Id. pág. 167.
(6) A Henry Knox. Id. pág. 226.

cion del mundo, de presenciar las agitaciones subalternas, interminables y estériles de la anarquía, la evidencia de los males, el conocimiento de los peligros, todas las ideas justas, todos los sentimientos nobles que llenaban el alma de Washington, se difundian, se acreditaban y preparaban un porvenir mejor. Apenas habian transcurrido cuatro años desde la paz que sancionó la independencia, cuando una convencion nacional, impulsada del público instinto, se reunió en Filadelfia, con encargo de reformar el gobierno federal. Abierta el 14 de mayo de 1787, eligió el mismo dia por su presidente á Washington. Desde el 14 de mayo al 17 de setiembre, deliberando diariamente, á puerta cerrada, y conducida por los mas sabios y puros principios que han presidido jamás á una obra de esta clase, formó la constitucion que gobierna, hace cincuenta años los Estados-Unidos. El 30 de abril de 1789, al mismo tiempo que se abria en París la asamblea Constituyente, Washington, elegido por unanimidad de votos presidente de la república, juró custodiar y hacer cumplir la nueva constitucion, ante los grandes magistrados creados por ella.

Ningun hombre ha subido á la cúspide por camino mas recto, en virtud de un voto mas universal, ni con mas estenso y aceptado influjo. Vaciló mucho tiempo. Al dejar el mando del ejercito habia declarado altamente y se habia prometido á sí mismo con sinceridad vivir en paz, lejos de los negocios públicos; era, pues, para él un inmenso esfuerzo cambiar sus designios, sacrificar sus inclinaciones y su reposo á una cosa de incierto éxito, á ser quizá acusado de inconsecuencia y de ambicion. El congreso tardó en reunirse; la eleccion de Wasington para la presidencia, aunque sabida, no le habia sido anunciada. «En cuanto á mí (escribia á su amigo Enrique Knox) este retardo puede compararse á un respiro. Os lo digo en confianza, pues el mundo no me creeria; mis pasos hácia la capital del gobierno se parecerán mucho á los de un condenado que va al suplicio; tanto se me resiste abandonar, á fines de una vida consumida enteramente en los cuidados públicos, una mansion tranquila para engolfarme en un mar de dificultad, sin esa medida de industria política, sin esos talentos é inclinaciones necesarias para dirigir bien el timon del Estado (1).»

Apenas llegó el mensage, partió. «Hoy 16 de abril á las diez, he dicho, adios á Mount-Vernon, á la vida privada, á la felicidad doméstica; y con el corazon oprimido por dolorosos sentimientos; he salido para Nueva York, dispuesto á servir á mi país, obedeciendo á su llamamiento, pero con poca esperanza de corresponder á lo que de mí aguarda (2).» Su viage fue un triunfo; en el camino y en las ciudades, toda la poblacion acudia, y le aplaudia rogando por él. Entró en Nueva York conducido por los comisarios del congreso, en una barca elegantemente adornada, con trece remeros en nombre de los trece Estados, en medio de un inmenso concurso de gente que se agolpaba al puerto y á la orilla: su disposicion interior no cambió. «El movimiento de las barcas (dice en su diario), los cantos populares, el ruido del cañon, las aclamaciones de la multitud, llenaron mi alma de sensaciones á la par violentas y suaves, porque pensaba en las escenas enteramente opuestas que podrian quizá acaecer un dia, á pesar de mis esfuerzos por el bien (3).»

Casi siglo y medio antes en las orillas del Támesis un aplauso igual y demostraciones parecidas habian acompañado á Westminster, á Cromwell, proclamado protector de la república de Inglaterra. «¡Qué concurso! ¡qué aclamaciones!» decian sus aduladores; y Cromwell respondia: «habria mas si me llevasen á ahorcar.» Analogía estraña y gloriosa diferencia entre los sentimientos y las palabras del grande hombre pervertido y del grande hombre virtuoso! Washington consideraba justamente, el empeño que contraia. La penetracion del saber unida á la adhesion del héroe, forman el supremo honor de la humanidad. Apenas formada, la nacion que habia conducido á la independencia, y que le pedia un gobierno, entraba en una de esas transformaciones sociales que hacen el porvenir tan oscuro, tan peligroso el poder.

Se ha repetido á menudo con general asentimiento, que en las colonias inglesas antes de su separacion de la metrópoli, el estado de la sociedad y de los ánimos era esencialmente republicano, y estaba preparado á esta nueva forma de gobierno. Pero el gobierno republicano puede dirigir y ha dirigido en efecto sociedades muy diversas; y la misma sociedad puede esperimentar grandes cambios sin cesar de vivir en república. Las colonias inglesas se mostraron casi todas igualmente inclinadas á la constitucion republicana. Al Norte y al Sur de la Union, en la Virginia y en las Carolinas, en el Connecticut y en el Massachussets, fue una misma la voluntad pública tocante á la forma de gobierno.

Sin embargo, consideradas en su organizacion social, en el estado y en las relaciones de sus habitantes, aquellas colonias eran muy diferentes entre sí. Al Sur, señaladamente en la Virginia y en las Carolinas, el suelo pertenecia por lo general á grandes proprietarios, rodeados de esclavos ó de pequeños cultivadores; las sustituciones y las primogenituras conservaban allí las familias; la Iglesia estaba constituida y dotada; la legislacion civil de Inglaterra, que conserva tantas huellas del feudalismo, habia sido mantenida casi por entero; el estado social era aristocrático. Al contrario al Norte, en el Massachussets, en el Connecticut, en el Nuevo Hampshire, en el Rhode Island, etc., los puritanos fugitivos habian introducido su rigidez democrática y su fervor religioso; no habia esclavitud ni grandes propietarios en medio de una poblacion inferior, no habia tampoco inmovilidad en la posesion del terreno, ni Iglesia gerárquica y fundada en nombre del Estado, ni superioridades sociales legalmente instituidas; el hombre esperaba todo de su trabajo y de la gracia divina; el espíritu de independencia y de igualdad habia pasado del órden religioso al civil.

(1) Henry Knox, pág. 488.
(2) WASHINGTON'S *Diary*; *Writings*, tom. X, pág. 461.
(3) WASHINGTON'S *Diary*; MARSHALL, t. V, pág. 68.

No obstante esto, aun en las colonias septentrionales, y bajo el imperio de las máximas puritanas, otros motivos demasiado poco observados atenuaban el carácter del estado social y modificaban su desarrollo. Existe gran diferencia entre el espíritu democrático religioso, y el espíritu democrático puramente político. Por ardiente é intratable que sea el primero, tiene algo de su orígen y conserva en su accion un poderoso elemento de subordinacion y de órden, el respeto, á pesar de su orgullo. Los puritanos se doblegaban diariamente ante un amo, sometiendo á su voluntad la mente, el corazon, la vida; y en las costas de América, cuando ya no tuvieron que defender su independencia contra ningun humano poder, cuando se gobernaron por sí mismos en presencia de Dios, la sinceridad de su fe y la severidad de sus costumbres, impidieron que el espíritu democrático se inclinase á la insolencia individual, al desórden. Aquellos magistrados tan vigilados, tan precarios, tenian sin embargo un punto de apoyo que los hacia ser firmes y á menudo hasta rígidos en el ejercicio de su autoridad. En aquellas familias tan amantes de sus derechos, tan enemigas de las pompas políticas, de las grandezas de convencion, la autoridad paterna era fuerte y respetada; la ley, lejos de limitarla, la sancionaba; estaban prohibidas las sustituciones y la desigualdad de las herencias, pero el padre disponia libremente de sus bienes y los distribuia á su beneplácito entre los hijos. En general la legislacion civil no se habia sujetado á las máximas políticas, y recordaba las antiguas costumbres; de suerte que el espíritu democrático, aunque dominante, encontraba por todas partes obstáculos y oposicion. Ademas un hecho material, pasagero, pero decisivo, ocultaba su presencia y retardaba su imperio. En las ciudades no habia multitud; en los campos habia una poblacion agrupada alrededor de los principales plantadores, propietarios en su mayor parte del terreno y revestidos de las magistraturas locales. Las máximas sociales eran democráticas; las situaciones individuales lo eran poco; faltaban los instrumentos á la aplicacion de los principios. La influencia residia aun en las condiciones elevadas; mientras por otra parte el número no pesaba todavía lo suficiente para inclinar la balanza.

Pero la revolucion, precipitando el curso de las cosas, imprimió á la sociedad americana, en el sentido democrático, un movimiento general y rápido. En los Estados en que aun prevalecia el principio aristocrático, como la Virginia, fue atacado y vencido inmediatamente: las sustituciones desaparecieron: la Iglesia no solo perdió sus privilegios, sino su representacion en el Estado; el principio electivo entró en todo el gobierno; el derecho de sufragio tuvo grande estension; la legislacion civil, sin cambio radical, se inclinó cada vez mas á la igualdad.

El progreso democrático fue mas decidido aun en los hechos que en las leyes. En la ciudad se aumentó mucho la poblacion, y en la poblacion la plebe. En los campos, hácia Occidente y al otro lado de los montes Alleganis, por un movimiento continuo y acelerado de emigracion, se formaron ó prepararon nuevos Estados, llenos de un pueblo diseminado, ávido de riquezas, por todas partes en lucha con las rudas fuerzas de la naturaleza y los feroces odios de los salvages, él mismo medio salvage, ignorante de las formas y consideraciones de una sociedad numerosa y culta, abandonado al egoismo de su aislamiento y de sus pasiones, atrevido, soberbio, grosero, imprudente. De este modo, así en las orillas del mar como en medio del continente, en los grandes centros de poblacion y en los bosques casi vírgenes en medio de la actividad comercial y de la vida agrícola, el número, el simple individuo, la independencia personal, la igualdad primitiva, todos los elementos democráticos crecian, se estendian, ocupando en el Estado y en sus instituciones el puesto preparado para ellos y que no ocupaban antes.

En el órden intelectual, el mismo movimiento trasportaba los ánimos con mucha mas rapidez, y las ideas dejaban atrás á los hechos. En medio de los Estados mas cultos, las teorías radicales obtenian no solo favor, sino poder. «Las tierras de los Estados-Unidos se libertaron de las confiscaciones de la Gran Bretaña por los esfuerzos de todos: deben, pues, ser propiedad comun. Cualquiera que se oponga á esta máxima, es enemigo de la justicia, y merece ser quitado del mundo... Es preciso abolir todas las deudas públicas y privadas, y establecer leyes agrarias, lo cual puede hacerse mediante un papel-moneda sin prenda y de circulacion forzosa (1).»

Estos sueños demagógicos eran acogidos en el Massachussets, el Connecticut y el Nuevo Hampshire por una parte considerable del pueblo, y doce ó quince mil hombres empuñaban las armas para realizarlos. El mal parecia tan grave, que Madison, el mas íntimo amigo de Jefferson, y contado entre los jefes del partido democrático, consideraba la sociedad americana casi perdida, y osaba apenas alimentar alguna esperanza (2).

Dos fuerzas contribuyen á mantener y á desarrollar la vida de un pueblo; su constitucion civil y su organizacion política, las influencias sociales y los poderes públicos. Lo segundo mas bien que lo primero faltaba al Estado americano. En una sociedad tan agitada y de tan poca conexion, el antiguo gobierno habia desaparecido y aun no se habia formado el nuevo. He hecho ver la nulidad del congreso, único vínculo de los Estados, único poder central, poder sin derecho, sin fuerza, que firmaba tratados, que nombraba embajadores, que proclamaba que el bien público exigia tales leyes, tales gravámenes, tal ejército; pero ni tenia leyes que dar, ni jueces ni empleados para aplicarlas, ni impuestos con que pagar á los embajadores, empleados y jueces, ni tropas que hiciesen pagar sus impuestos, respetar sus leyes, sus jueces, sus empleados. El estado político era aun mas débil y dudoso que el social.

Para remediar este mal se redactó la constitucion que debia dar á la Union un gobierno. Con ella se consiguieron dos grandes cosas: que fuese verdad el gobierno central, libertándole

(1) Knox á Washington. *Writings*, t. IX, pág. 207.
(2) Madison á Washington. Id. pág. 208.

de los gobiernos de los Estados, y confiriéndole una accion directa sobre los ciudadanos, sin interposicion de los poderes locales, y que tuviera los medios necesarios para hacerse obedecer, como impuestos, jueces, empleados, soldados. Respecto á su organizacion particular é interior, el gobierno central fue bien concebido y calculado; los derechos y las relaciones de los diversos poderes se regularon con mucha prudencia y profundo conocimiento de las condiciones de órden y vitalidad política, á lo menos para la forma republicana y la sociedad á que se aplicaba.

El que compare la constitucion de los Estados-Unidos con la anarquía de donde salió, no podrá menos de admirar la sabiduría de sus autores y de la generacion que los eligió y sostuvo.

Pero la constitucion adoptada y promulgada no era aun mas que una palabra; suministraba armas contra el mal, pero no destruia este. Las grandes magistraturas que aquella creó, encontraban frente á sí los hechos que la habian precedido y hecho necesaria, los partidos procedentes de estos hechos y que se disputaban la sociedad, y la constitucion para amoldarlos á sus ideas. Desde luego el nombre de estos partidos admira. Federalista y democrático; entre estas dos cualidades, entre estas dos tendencias, no hay ninguna oposicion verdadera y esencial. En la Holanda del siglo XVII, en la Suiza de nuestros dias, el partido democrático es el que ha querido reforzar el vínculo de la confederacion, que es el gobierno central; mientras que el partido aristocrático se ha puesto al frente de los gobiernos locales y defendido su soberanía. El pueblo holandés sostenia á Guillermo de Nassau y el estatuderato contra Juan de Witt y los ciudadanos ricos. Los patricios de Schwytz y de Uri son los mas obstinados enemigos de la dieta federal y de su poder.

Los partidos americanos en su lucha se han calificado á menudo de un modo diverso. El democrático se arrogaba el título de republicano, y llamaba al otro monárquico, monócrata. El federalista llamaba á sus enemigos anti-unionistas. Se acusaban mútuamente de tender el uno á la anarquía y el otro al aislamiento; de querer destruir este la república, aquel la union; prevencion fanática ó astucia de guerra, pues ambos querian sinceramente la república y la union de los Estados. Los nombres que se daban para desacreditarse eran falsos, como sus primitivas denominaciones incompletas, y sin fundamento opuestas entre sí.

En la práctica y en los negocios inmediatos del país diferian menos de lo que decian ó pensaban: en los principios y en las tendencias disentian de un modo esencial y permanente. El partido federalista era al mismo tiempo aristocrático, propenso á la preponderancia de las clases elevadas, como á la fuerza del poder central: el democrático era juntamente el partido local, deseoso del imperio del número, y de la casi total independencia de los gobiernos de los Estados. Sus diferencias, concernian, pues, al órden social y al órden político, á la constitucion de la sociedad y á la de su gobierno. Las cuestiones principales, eternas, que han agitado, y seguirán agitando el mundo, dependientes del mas importante problema de la naturaleza y el destino del hombre, se encontraban todas entre los partidos americanos y se ocultaban bajo sus nombres.

En medio de una sociedad tan agitada y trabajada, Washington, sin ambicion ni ilusiones, mas por deber que por inclinacion, confiando en la verdad antes que en el buen éxito, trató de fundar el gobierno que la constitucion habia decretado. Subia al poder provisto de un grande influjo, que sus mismos adversarios reconocian y aceptaban. Pero «la influencia no es el gobierno» dice él mismo con profundo discernimiento (1). En la lucha de los partidos, interesábale poco lo que pertenecia á la organizacion del estado social. Son cuestiones oscuras, recónditas, que no se manifiestan claramente sino á la meditacion del filósofo, y despues que se han visto pasar ante sí las sociedades humanas en todas sus formas y en todos sus grados. Para Washington no eran fáciles la contemplacion y la ciencia. En 1787, antes de dirigirse á la convencion de Filadelfia, trató para instruirse de meditar las principales confederaciones antiguas y modernas; y el estracto de aquel trabajo, hallado entre sus papeles, demuestra que habia reunido hechos en apoyo de las sencillas ideas de su corazon, en vez de estudiar la íntima naturaleza de aquellas complicadas asociaciones.

Ademas Washington se inclinaba por carácter al estado social democrático: de entendimiento recto mas bien que estenso, de corazon justo y tranquilo, lleno de dignidad pero exento de toda pretension apasionada y orgullosa, amante del aprecio público mas que del mando, lejos de ofenderle ó molestarle la equidad y la sencillez de las máximas y costumbres democráticas, armonizaban con sus inclinaciones y satisfacian su razon. No se cuidaba de buscar, con los partidarios del sistema aristocrático, si eran menester combinaciones mas doctas, clasificaciones, privilegios, obstáculos artificiales para conservar la sociedad: vivia tranquilo, en medio de un pueblo igual y soberano, sometiéndose sin trabajo á su dominio, que tenia por legítimo. Pero cuando la cuestion pasaba del órden social al político, cuando se trataba de la organizacion del gobierno, era un federalista declarado, opuesto a las pretensiones locales y populares, partidario de la unidad y de la fuerza del poder central.

Bajo esta bandera y para hacerla triunfar ascendió al primer puesto, sin que su eleccion se considerase victoria de ningun partido, por juzgarle superior á todos, no solo el público, sino tambien sus adversarios: «Era el único hombre en los Estados-Unidos (dice Jefferson), que poseia la confianza general... No habia ningun otro que pasase de ser jefe de partido (2).»

Washington habia aspirado constantemente á este hermoso privilegio: «Quiero conservar mi entendimiento y mis acciones, resultado de mi reflexion, libres é independientes como el aire... Si es mi destino inevitable administrar la cosa

(1) A Henry Lee, *Writings*, t. IX, pág. 204.
(2) JEFFERSON'S, *Memoirs*, t. IV, pág. 481.

pública, llegaré á la presidencia sin empeño anterior de ninguna clase..... (1) Publíquese lo que se quiera respecto á mí, no responderé con recriminaciones; ni aun sé si me justificaré algun dia... (2) Todo eso no tiende mas que á alimentar la declamacion.... (3) Los entendimientos de los hombres difieren como sus rostros: cuando las causas de sus acciones son puras, no se les pueden imputar las ideas, como tampoco las facciones... (4) Las disidencias en materia política son inevitables, y en cierto modo quizá necesarias... (5) Pero, me duele ver que hombres de talento, celosos patriotas, que se proponen en general el mismo objeto, y tratando conseguirlo con intenciones igualmente rectas, no empleen mas liberalidad y caridad en sus juicios sobre sus opiniones y acciones recíprocas (6).» Asi, alejado de toda polémica personal, de las pasiones y prevenciones de sus amigos y de sus enemigos, empleaba toda su política en conservar esta posicion, y daba á esta política su verdadero nombre, llamándola *el justo medio* (7).

Es ya mucho querer conservar el justo medio; pero la voluntad, aunque hábil y firme, no lo consigue siempre. Washington lo logró por la natural disposicion de su ánimo y de su carácter, no menos que porque tal era su plan; realmente estraño á los partidos, su país, al juzgarle asi, no hacia mas que tributar homenaje á la verdad.

Hombre de esperiencia y de accion, tenia una exactitud de juicio admirable y ninguna pretension sistemática; no le dirigian prevenciones ni preocupaciones. De consiguiente, no se notaba en su conducta dureza lógica, empeños de amor propio ni de rivalidad intelectual. Cuando prevalecia su opinion, su triunfo no era para sus adversarios un empeño perdido, ni una condenacion general; él no vencia en nombre de la superioridad de su genio, sino en nombre de las cosas mismas y de su necesidad.

Sin embargo, su triunfo no era un hecho sin moralidad, un simple resultado de la industria ó de la fuerza de la fortuna. Distante de toda teoría, tenia fe en la verdad, y la tomaba como norma de su conducta. No se proponia la victoria de una idea contra los partidarios de una idea contraria; pero tampoco obraba en nombre del interés únicamente, y con la mira sola de triunfar. No emprendia nada sin creer que le asistian la razon y el derecho; de suerte que sus acciones, sin tener un carácter sistemático, humillante para sus adversarios, tenian un carácter moral que imponia respeto. Además, todos estaban profundamente convencidos de su desinterés; gran dote á que los hombres se confian gustosos; fuerza inmensa que atrae los ánimos, y á la par les da la seguridad de que sus intereses no serán sacrificados á miras personales y ambiciosas.

La formacion del ministerio, su primer acto fue la prueba mas luminosa de su imparcialidad. Nombró á Hamilton y Knox, federalistas; á Jefferson y Randolph, demócratas; Knox, soldado probo, mediano y dócil; Randolph, irresoluto, de probidad ambigua y de poca fe; Jefferson y Hamilton honrados, sinceros, apasionados, hábiles, los verdaderos jefes de ambos partidos.

Hamilton es contado entre los hombres que mejor han conocido los principios vitales y las condiciones fundamentales del gobierno; no de un gobierno cualquiera, sino de uno digno de su mision y de su nombre. En la constitucion de los Estados-Unidos no hay un solo principio de órden, de fuerza y de duracion, que él no haya cooperado enérgicamente á introducir y hacer predominar. Quizá creia preferible el gobierno monárquico al republicano; quizá dudó que saliese bien el esperimento intentado en su país; quizá tambien, arrastrado de su viva imaginacion, y del lógico ardor de su mente, era esclusivo en sus miras, exagerado en las deducciones. Pero elevado de carácter como de alma, servia lealmente á la república, y se dedicaba á darle solidez, no á debilitarla. Sabia que, naturalmente y por ley esencial de las cosas, el poder está en lo alto á la cabeza de la sociedad; que debe constituírsele conforme á esta ley; y que todo sistema, todo esfuerzo contrario introducen, tarde ó temprano, en el cuerpo social debilidad y confusion. Pero se engañó al querer atenerse demasiado y con una obstinacion algo arrogante, á los ejemplos de la constitucion británica; en atribuir á veces en estos ejemplos, la misma autoridad al bien y al mal, á los principios y al abuso; y en no conceder á la la variedad de las formas políticas, á la flexibilidad de la sociedad humana una parte bastante grande, una confianza bastante generosa. Existen épocas en que el génio político consiste en no temer lo nuevo, respetando lo eterno.

El partido democrático, no de la democracia turbulenta y grosera de la antigüedad ó de la edad media, sino de la gran democracia moderna, no ha tenido representante mas fiel y mas eminente que Jefferson. Amando con ardor la humanidad, la libertad, la ciencia, en cuyas virtudes y derecho tenia sincera fe; profundamente afectado de las injusticias que la masa de los hombres ha sufrido y sufre, buscaba sin cesar con admirable desinterés el modo de repararlas ó de impedir su reproduccion; aceptaba el poder como una necesidad peligrosa, casi como un mal contra otro mal, y se dedicaba no solo á contenerlo sino á batirlo; desconfiaba de toda grandeza, de toda gloria individual, como de una usurpacion próxima; y era franco, benévolo, indulgente, aunque fácil en preocuparse é irritarse contra los adversarios de su partido; de ánimo osado, vivo, ingenioso; mas bien penetrante que previsor, pero demasiado cuerdo para precipitar las cosas, y capaz de hallar contra el mal y el peligro apremiante una prudencia, una firmeza, que empleadas antes y de un modo mas general, los hubiera quizá impedido.

No era fácil empresa unir aquellos dos hombres y hacerles proceder de acuerdo en un mismo ministerio. El estado tan crítico de los negocios cuando empezó á regir la constitucion, y la preponderancia imparcial de Washington, po-

(1) A Harrison. *Writings*, t. IV, p. 481.
(2) A William Goddard. Id. p. 108.
(3) A Samuel Vaughan. Id. p. 148.
(4) A Harrison. Id. p. 475.
(5) A Hamilton. Id. p. 283.
(6) A Jefferson. Id. p. 280.
(7) A Lafayette. Id. p. 236.

dian solo conseguirlo. Obró con singular constancia y prudencia. En el fondo preferia á Hamilton y sus máximas. «Algunos (decia) le consideran ambicioso y por lo tanto peligroso. Concedo que sea lo primero; pero su ambicion es laudable; es la ambicion que escita al hombre á distinguirse en todo. Hamilton es emprendedor; está dotado de penetracion vivísima, y de gran discernimiento (1).» Pero Washington no se espresó así hasta 1798, en la libertad de su retiro. Mientras estuvo al frente del gobierno, y en medio de sus dos secretarios de Estado, empleó con ellos mucha circunspeccion, y les mostró la misma confianza, creyéndoles á ambos sinceros y capaces, á ambos necesarios al país y á él. Jefferson, ademas de servirle de vínculo, de medio de influencia en el partido popular, que luego se convirtió en oposicion, le servia en el interior mismo del gobierno de contrapeso á las tendencias, sobre todo á las palabras á veces escesivas é impremeditadas de Hamilton y de sus amigos. Los consultaba á parte sobre los negocios que debian tratar juntos, para destruir ó disminuir con anticipacion las discrepancias. Sabia convertir el mérito de cada uno y el favor que gozaba en su partido, en ventaja del gobierno y hasta de ellos á su vez. Aprovechaba todas las ocasiones de envolverlos en una responsabilidad comun; y cuando la escision demasiado profunda, ó las pasiones demasiado vivas parecian provocar un rompimiento, él se interponia, exhortaba, rogaba, y con su influencia personal, con invocar franca y afectuosamente el patriotismo y la buena intencion de los dos rivales, retardaba á lo menos el desarrollo del mal que no podia sanar.

Con la misma prudencia, con el mismo miramiento que á los hombres, trataba las cosas: solícito de su posicion personal, no suscitaba ninguna cuestion inoportuna ó supérflua; ageno al frenesí de regularlo todo, de dominarlo todo, dejaba que los grandes cuerpos del Estado, los gobiernos locales, sus propios empleados obrasen cada cual en el círculo de sus atribuciones, y no anticipaba, sin una necesidad clara y positiva, su opinion y responsabilidad.

Esta política tan imparcial, tan circunspecta, tan atenta á no arriesgar las cosas ni arriesgarse á sí misma, no era la de una administracion inerte, irresoluta, incoherente, que busca y recibe de todos lados pareceres é impulsos. Por el contrario, no ha existido gobierno mas resuelto, mas activo y firme en sus ideas, mas eficaz en sus deseos.

Formado contra la anarquía, y para consolidar el vínculo federal, el poder central se mantuvo inviolablemente fiel á su mision.

Desde la primera sesion del congreso abundaron las grandes cuestiones; era preciso llevar á efecto la constitucion. Las relaciones de las Cámaras con el presidente, el modo de comunicarse este y el senado acerca de los tratados y de la provision de los principales empleos, el órden judicial, los departamentos ministeriales, todos estos puntos fueron discutidos y arreglados; vasto trabajo, en el que la constitucion fue otra vez abandonada á la lucha de los partidos. Sin pompa, sin intriga, sin ninguna tentativa de usurpacion, pero previsor y firme en la causa del poder que se le habia confiado, Washington, con sus conferencias, con su declarada adhesion á las sanas máximas, contribuyó eficazmente á que se diese cima á la obra con el mismo objeto que se habia empezado; el de constituir un gobierno fuerte y digno.

La práctica corresponde á los principios. Cuando este hombre, tan tolerante en la formacion de su ministerio, se colocó en medio de los negocios y de los partidos, imprimió á su administracion una enérgica unidad de miras y de conducta. «Mientras tenga el honor de presidir los asuntos públicos, no concederé á sabiendas ningun empleo importante á hombres cuyas máximas políticas sean contrarias al objeto general del gobierno. Esto seria, en mi dictamen, una especie de suicidio político... (2)» «En un gobierno libre como el nuestro (escribia á Morris, embajador de los Estados-Unidos en Lóndres) en que los ciudadanos son dueños de manifestar y manifiestan efectivamente sus sentimientos, á menudo con imprudencia, á veces con injusticia, por hallarse mal informados, es preciso tolerar algunas efervescencias accidentales; pero, despues de la declaracion que he hecho de mi fe política, podeis afirmar sin temor que el poder ejecutivo de este país no ha sufrido ni sufrirá jamás, mientras yo esté á su frente, que acto alguno culpable de sus agentes quede impune (3).»

Hasta en las cosas de mera forma y agenas á los hábitos de su vida, le iluminaba y dirigia un exacto discernimiento, un instinto seguro del decoro. Causa de graves disputas entre los partidos fueron, despues de su eleccion, las ceremonias que debian observarse con el presidente. Muchos federalistas, amantes de las tradiciones y del esplendor monárquico, triunfaban cuando en un festin se colocaba un asiento mas elevado que el piso de la sala, y en el que no podian sentarse sino Washington y su mujer (4). Estas pompas parecian á muchos demócratas preliminares de una nueva tiranía, y no llevaban á bien que, recibiendo á hora determinada en su casa á todos los que iban á verle, se contentase con hacerles una reverencia seca y profunda. Washington se reia de las alegrías de los unos y de la cólera de los otros, y perseveraba en las reglas, ciertamente muy modestas, que habia adoptado. «Si siguiera mis inclinaciones, pasaria en el retiro todos los instantes que pudiese hurtar á la fatiga de mi puesto. No lo hago, porque creo que conviene dejar á todos libertad para que se presenten á mí, en cuanto lo consienta el respeto debido á la cabeza del gobierno; respeto que, á mi juicio, no puede adquirirse y mantenerse, sino guardando un justo medio entre la pompa y la familiaridad (5)».

Dificultades mas graves pusieron pronto á mas

(1) A John Adams. *Writings*, t. XI, p. 312.

(2) A Pickering. Id. pág. 74.
(3) *Writings*, t. XI, pág. 105.
(4) JEFFERSON'S *Memoirs*, t. IV, pág. 499.
(5) A David Huart. *Writings*, t. X, pág. 99.

difícil prueba su constancia. Establecida la constitucion, las rentas públicas eran para el país una cuestion importantísima, quizá la principal. El desórden era grande: la Union debia á los estranjeros y á los nacionales, debian los Estados particulares, á su nombre, pero por la causa comun; habia bonos de requerimientos, contratos de suministros, arriendos no pagados, y otros créditos de diversa naturaleza y orígen, mal conocidos, no liquidados; y en medio de este caos, ninguna renta segura y bastantes empeñadas.

Muchas personas, y fuerza es decirlo, el partido democrático en general, se oponian á que se aceptasen todas estas cargas, ó á que reuniéndolas se aclarase aquel caos. Querian que cada Estado corriese con el pago de sus deudas, por desigual que fuese la distribucion del peso; que se hiciesen entre los acreedores distinciones y clasificaciones, fundadas en el orígen de sus créditos y en el desembolso efectivo; en suma, que se adoptasen todas esas medidas que bajo la apariencia de escrupuloso exámen y verdadera justicia, no son en el fondo mas que subterfugios para eludir y cercenar las obligaciones del Estado.

Hamilton, como secretario del tesoro, propuso el sistema contrario: concentrar por cuenta de la Union, y pagar por entero todas las deudas que hubiesen servido á la causa comun, estranjeras ó americanas, sin distincion de contraventes, de orígen, ni de dueños; establecer contribuciones suficientes á pagar los intereses de la deuda pública y amortizarla; fundar un Banco nacional que ayudase al gobierno en sus operaciones rentísticas y sostuviese su crédito. Sistema moral, sincero, conforme con la probidad y la verdad, que consolidaba la Union, asociando por medio de las rentas á los Estados, como lo estaban políticamente; que fundaba el crédito americano, con aquel grande ejemplo de fidelidad tributado á los contratos públicos y con las garantías que presentaba para su satisfaccion; que robustecia el gobierno central, atrayendo á su alrededor á los capitalistas, y dándole sobre ellos y por medio de ellos, poderosos medios de influencia.

Los adversarios de Hamilton no se atrevian á oponerse abiertamente á este plan; pero se esforzaban en debilitar la autoridad del principio, contestando el mérito igual de los créditos, discutiendo la moralidad de los acreedores y clamando contra los impuestos. Partidarios de la independencia local, en vez de aplaudir las consecuencias políticas de la union rentística, las miraban de reojo, y pedian, en virtud de sus principios generales, que se dejase á los Estados tanto respecto á lo pasado como á lo futuro, salir como pudiesen de los peligros de su situacion y de su destino. Les parecia que el crédito americano se pagaba á un precio demasiado subido; que se obtendria con medios menos gravosos, y mas sencillos; y tachaban de oscuras ó ilusorias las teorías de Hamilton sobre el crédito, la deuda pública, la amortizacion y los bancos.

Pero el último efecto del sistema escitaba principalmente su cólera. La aristocracia del dinero es un alivio peligroso para el poder, como que es la que inspira mas envidia y menos aprecio. Cuando se trataba de pagar la deuda pública, el partido federalista alegaba los principios de legalidad y de honor. Cuando la deuda pública, y las operaciones consiguientes, se convertian en medios de crearse una riqueza improvisada y tal vez en influjo ilegítimo, la severidad moral pasaba al partido democrático y la probidad acudia en apoyo de la envidia.

Hamilton sostenia la lucha con su energía acostumbrada, con pureza y conviccion, mas como gefe de partido que como rentista, preocupado cual estaba, en la administracion de la Hacienda pública, de su fin político; á saber; la fundacion del Estado y la fuerza de su gobierno.

Washington estaba sin saber qué decidir. Estraño á los estudios rentísticos, carecia, respecto al mérito intrínseco de las medidas propuestas, de toda conviccion personal y razonada. Conocia su equidad, su utilidad política; tenia confianza en Hamilton, en su juicio, en su virtud; pero cuando la discusion se prolongaba, cuando se multiplicaban las objeciones, algunas turbaban su mente, otras inquietaban su conciencia, y se preguntaba á sí mismo con cierto afan si la razon estaba toda de parte del gobierno.

No se si debe admirarse mas la imparcialidad que le inspiraba estas dudas, ó la firmeza con que al fin, bien pesado todo, sostuvo siempre á Hamilton y sus providencias; acto de gran criterio político. Aunque en los planes rentísticos del tesoro entrase alguna ilusion, y en su ejecucion algun abuso, dominaba en ellos una verdad importantísima: fundando la fe pública, y ligando estrechamente la administracion de las rentas con la política del Estado, dió desde los primeros dias al nuevo gobierno la consistencia de un poder antiguo y bien establecido.

El éxito superó á las mas halagüeñas esperanzas: la seguridad volvió á los ánimos, la actividad á los negocios, el órden á la administracion; la agricultura y el comercio se estendieron, el crédito creció rápidamente; la sociedad prosperaba, sintiéndose libre y gobernada; el país y el gobierno crecian juntos en esa buena armonía que es la salud de los Estados. Washington vió con sus propios ojos en todas las partes del territorio americano aquel espectáculo para él tan querido y tan glorioso. En tres viajes solemnes recorrió á pasos lentos la Union, acogido donde quiera con esa admiracion agradecida y tierna, única recompensa digna del magistrado: «Me alegro de haber emprendido este viaje (escribia á su vuelta): el país parece progresar mucho; el trabajo y las costumbres frugales están de moda... el pueblo tranquilo, y adicto al gobierno general... el agricultor encuentra fácil venta á sus productos. La esperiencia diaria parece consolidar el gobierno de los Estados-Unidos y hacerlo cada vez mas popular. La pronta obediencia á sus leyes prueba la confianza de los ciudadanos en sus representantes y en las rectas intenciones de los hombres que administran los negocios (1)».

(1) A David Humphreys. Id. t. X, pág. 170.

Y casi al mismo tiempo, como si la Providencia hubiese querido que la posteridad recibiera de todas partes el mismo testimonio, Jefferson escribia: «Han terminado las nuevas elecciones para el congreso y ha habido muy pocos cambios; prueba cierta entre otras muchas, de que los actos del nuevo gobierno han producido general satisfaccion..... Nuestros negocios continúan prosperando estraordinariamente: fruto de los verdaderos progresos de nuestro gobierno, y de la confianza ilimitada que en él depósita el pueblo, celoso en sostenerle, y convencido de que una firme union es la mejor garantía de nuestra seguridad (1).» Cuando se acercó el término de la presidencia de Washington y la necesidad de dar un nuevo gefe al Estado, hubo un movimiento general hácia él, suplicándole que aceptase por segunda vez aquel encargo. Movimiento muy distinto en su aparente unanimidad: el partido federalista queria conservar el poder: la oposicion democrática conocia que no podia aun aspirar á él, y que el país necesitaba de la política y del hombre que se proponia sin embargo combatir. El público temblaba de ver interrumpirse aquel órden, y la prosperidad tan preciosa y todavía tan precaria; pero públicos ó secretos, patrióticos ó interesados, sinceros ó hipócritas, todos los sentimientos, todos los pareceres concurrian al mismo fin.

Solo Washington vacilaba. Aquella alma tan tranquila, y sin embargo, tan llena de penetracion, hallaba en su desinterés una libertad que le preservaba de toda ilusion sobre las cosas y sobre sí mismo. Ni las brillantes apariencias, ni la prosperidad de los negocios públicos le impedian ver los peligos que amenazaban la situacion. En lo esterior, el rumor de la revolucion francesa agitaba ya la América. Una guerra inevitable y mal principiada contra los Indios, requeria grandísimos esfuerzos. En el ministerio, la escision entre Jefferson y Hamilton habia llegado al estremo de que las exhortaciones del presidente no bastaban á contenerla, y se manifestaba casi oficialmente en dos periódicos, la *Gaceta nacional* y la *Gaceta de los Estados-Unidos*, enemigos ardientes en nombre de los dos rivales: un tal Freneau, empleado en el departamento de Jefferson, era el redactor conocido del primero. Estimulados de este modo, los periódicos de la oposicion se entregaban á la mas amarga violencia, y Washington esperimentaba por ello suma inquietud. «Si el descontento, la desconfianza y la irritacion se esparcen asi á manos llenas (escribia al procurador general Randolph); si el gobierno y sus empleados tienen que sufrir continuamente el ultraje de los periódicos, sin tener siquiera la paciencia de examinar los hechos ó los motivos, temo que llegue á ser imposible á quien quiera que sea dirigir el timon y mantener unidas las partes de la máquina.

En algunos puntos, sobre todo en la Pensilvania occidental, uno de los impuestos decretados para satisfacer la deuda pública, despertó el espítitu de sedicion; numerosos grupos habian declarado que no lo pagarian; y Washington se vió obligado á anunciar, en una proclama solemne, que haria ejecutar la ley. Hasta en el congreso la administracion no tenia ya un apoyo tan constante y eficaz. Hamilton era blanco de acusaciones, cada dia mas satíricas; la oposicion no salia bien en las proposiciones que contra él presentaba; pero tampoco las proposiciones del ministro eran siempre adoptadas. Finalmente, aunque el estilo de la cámara de los Representantes con el mismo Washington, continuaba siendo respetuoso y adicto, no era sin embargo, tan delicado, tan tierno; y en 22 de febrero de 1793, aniversario de su nacimiento, se combatió fuertemente la proposicion de suspender por media hora la sesion para ir á cumplimentarle, decidiéndose en su favor por una mayoría de solos veintitres votos.

Ninguno de estos hechos, de estos síntomas, se ocultaba á la vigilante sagacidad de Washington, el cual sentia redoblarse su natural inclinacion á la vida privada y al reposo de Mount-Vernon; el pasado triunfo, lejos de tranquilizarle, le daba mas timidez para el porvenir. Modestamente amante de su consideracion y de su gloria, no queria sufrir el mas ligero detrimento. Las instancias universales no hubieran bastado á determinarle; su conviccion personal, el bien público, el evidente interés de los negocios, el deseo, ó mas bien el deber de consolidar un poco mas su obra aun vacilante, podian solo contrabalancear en su ánimo la prudencia y la inclinacion. Pesaba y ventilaba consigo mismo estos diversos motivos, mostrándose mas sólicito de lo que parecia propio de su naturaleza, y acababa por decir en el cansancio de su espíritu: «El Señor, soberano y soberanamente sabio de los acontecimientos, ha guiado hasta ahora mis pasos, y en la importante resolucion, que quizá tenga que tomar dentro de poco, espero me indicará la senda tan claramente, que no pueda engañarme (2)».

Reelegido por unanimidad, siguió desempeñando su cargo con el mismo desinterés, con el mismo valor y quizá, no obstante el buen éxito, con menos confianza que la primera vez. Tenia un exacto presentimiento de las pruebas que le estaban reservadas.

Hay acontecimientos que la Providencia no permite á los contemporáneos comprender; tan grandes, tan complicados, que superan la inteligencia del hombre, y hasta cuando se manifiestan permanecen largo tiempo oscuros en aquellos abismos, donde se preparan los golpes que deciden de la suerte del mundo. Tal fue la revolucion francesa. ¿Quién la ha medido? ¿Cuántas veces no engañó la opinion y la espectativa de los amigos y los enemigos, de los entusiastas y los detractores? Cuando el alma y la sociedad humana se agitan y conmueven de ese modo, surgen cosas que ninguna imaginacion habia concebido, que ningun plan puede abarcar.

Lo que á nosotros nos enseñó la esperiencia, Washington lo previó desde el primer dia. Empezaba apenas la revolucion francesa, y suspen-

(1) Jefferson's *Memoires*, t. III, pág. 93, 113.

(2) A Randolph. *Writings*, t. X, pág. [illegible].

diendo su juicio, se aisló de todos los partidos, de todos los expectadores, ajenos á la presuncion de las profecías, á la ceguedad de los sentimientos hostiles ó de esperanza. «El acontecimiento es tan estraordinario en su principio, tan admirable en su progreso, y puede llegar á ser tan prodigioso en sus consecuencias, que yo me quedo como perdido en la contemplacion..... Nadie desea mas ansiosamente que yo su favorable éxito; nadie forma votos mas sinceros por la prosperidad de la nacion francesa.... Si las cosas concluyen como anuncian las últimas noticias (1), será la mas feliz y poderosa de Europa. Pero aunque haya vencido el primer parasismo, me temo no sea el último.... El rey será mortificado cruelmente: las intrigas de la reina, el descontento de los príncipes y de la nobleza, fomentarán divisiones en la asamblea Nacional: la licencia del pueblo y la sangre derramada, asustarán á los mejores amigos del nuevo régimen.... Es difícil no pasar de uno á otro estremo, y en ese caso la nave pudiera estrellarse contra escollos ahora invisibles, y nacer de ahí un despotismo peor que el antiguo.... Es un mar inmenso, desde donde no se divisa ya la tierra (2).»

Desde aquel punto observó gran circunspeccion respecto á las naciones y á los acontecimientos de Europa. Fiel á los principios que habian fundado la independencia y la libertad de América, y animado de benévola gratitud hácia Francia, aprovechaba todas las ocasiones de manifestarla; pero silencioso y reservado, como si presintiese alguna grave responsabilidad, no queria espresar con anticipacion su opinion personal, ni la política de su país.

Cuando llegó el dia difícil, cuando la declaracion de guerra entre Inglaterra y Francia encendió en Europa la gran lucha de la revolucion, Washington proclamó la neutralidad de los Estados-Unidos: «Mi política es sencilla; relaciones amistosas con todas la naciones del mundo sin depender de ninguna, ni tomar parte en sus disidencias; observar con todas nuestros tratados, proveer por medio del comercio á las necesidades de todas, tal es nuestro interés, nuestro derecho.... Quiero un comportamiento americano, la reputacion de una política americana, pero que las potencias europeas se convenzan de que obramos por nosotros mismos, y no por agenas inspiraciones.... El trastorno general de Europa no es suposicion absolutamente quimérica. La prudencia nos aconseja acostumbrarnos á no contar mas que con nosotros mismos, y á regir con nuestras manos la balanza de nuestro destino.... Situados en cierto modo en medio de los imperios que se desmoronan, debemos procurar conservar esta posicion, y no ser arrastrados con ellos al abismo.... Nada, sino el respeto de nosotros mismos y del honor nacional, debe escitarnos á la guerra: tengo la seguridad de que si este país se mantiene en paz veinte años mas, podrá desafíar en una buena causa á cualquiera potencia: tan grandes serán entonces su poblacion, su riqueza y sus medios (3).»

Al principio la aprobacion fue general. Los ánimos, dominados por el deseo de la paz, vacilaban en manifestar una oposicion capaz de hacerla peligrar. El ministerio habia estado unánime en cuanto al principio de la neutralidad. Pero las noticias de Europa llegaban y se difundian con la rapidez del rayo: la liga urdida contra Francia atacaba los principios tutelares de América, la independencia y la libertad interior de las naciones. Al frente estaba Inglaterra, odiosa como enemigo reciente, y á la que se miraba con recelo como á un antiguo amo. Sus decretos, sus actos acerca del comercio de los neutrales y el alistamiento forzoso de los marineros, ofendian la dignidad y los intereses de los Estados-Unidos. En la gran cuestion de la neutralidad se suscitaron otras especiales, bastantes para dar pié ó pretesto á la variedad de pareceres, á la manifestacion de los sentimientos. Respecto de algunas, por ejemplo, de la restitucion de las presas marítimas y del recibimiento que debia hacerse al embajador francés, el ministerio cesó de estar unánime. El embajador, M. Genêt llegó, y desde Charleston á Filadelfia, su viaje fue una ovacion popular. A su paso, las sociedades democráticas, numerosas, ardientes, se reunian, le invitaban, le arengaban, los periódicos difundian con rapidez en el país la relacion de aquellas fiestas y las noticias de Francia. La pasion pública se encendia. Mr. Genêt, deseando arrastrar á la guerra á los Estados-Unidos, en socorro de su patria, se creyó con derecho á atreverse á todo, y en estado de salir bien de todo, distribuyó contraseñas, alistó americanos, armó corsarios, adjudicó presas, obro como soberano en aquel territorio estranjero, en nombre de la fraternidad republicana. Washington que al principió se quedó atónito é inmovil, decidió pronto revindicar los derechos del poder nacional; y entonces Genêt luchó abiertamente con él; mantuvo sus pretensiones, se desató en injurias, fomentó la sedicion, amenazó hasta con invocar al pueblo contra un presidente que faltaba á sus deberes y á la causa general de la libertad.

Ningun jefe de gobierno ha sido mas circunspecto que Washington en el ejercicio del poder, ni mas cauto en contraer compromisos y obrar; pero tampoco ninguno ha sido mas fiel á sus palabras, á sus designios, á sus derechos. Era presidente de los Estados-Unidos de América; en su nombre, y en virtud de su constitucion, habia proclamado la neutralidad; la neutralidad debia ser, pues, tan verdadera y respetada como su poder. En cinco reuniones sucecesivas dió á conocer á su ministerio toda la correspondencia, todos los documentos concernientes á aquella estraña lucha; y el ministerio decidió á una voz que se debia pedir al gobierno francés la sustitucion inmediata de Genêt.

Este fue reemplazado; Washington triunfó en la opinion de América. Los federalistas indignados se estrechaban á su alrededor; muchos de-

(1) 1 de agosto de 1789.

(2) Al marqués de Lazerne. *Writings*, t. X, pág. 89.—á Morris. Idem pág. 40.—á Henry Lee. Id. pág. 344.

(3) A Lafayette. Id. t. XI, pág. 382.—á Morris. Id. pág. 102.—á Patrick Henry. Id. pág. 82.—á James Mac-Henry. Id. pág. 350.

mócratas habian desertado de la filas de Genêt, á causa de sus pretensiones y de sus trasportes; Jefferson no habia vacilado en colocarse al lado del presidente; se manifestaba una reaccion favorable y la lucha parecia terminada.

Pero en el gobierno como en la guerra hay victorias que cuestan caras, y dejan en pié el peligro. La fiebre revolucionaria que se habia despertado en los Estados-Unidos no se calmó con la salida del embajador. En vez de la reconciliacion de los ánimos, del sosiego de las pasiones, de la prosperidad y templanza general que disfrutaba poco antes la república americana, dos partidos se encontraban frente á frente, mas separados é irritados que nunca. La oposicion no se limitaba á censurar la administracion, las medidas rentísticas, alguna aplicacion dudosa de los poderes legales; sino que encubria en su seno, en las sociedades democráticas, en los periódicos, entre los estranjeros que inundaban el país, una verdadera faccion revolucionaria, ansiosa de trastornar el país y el gobierno, para reconstituirlo sobre otras bases. «Existe en los Estados-Unidos (escribia Washington á Lafayette) un partido que combate todas las disposiciones del gobierno, y poniendo obstáculos á su manera, quiere cambiar indirectamente su naturaleza y destruir la constitucion. Se han intentado todos los medios para llegar á ese fin. Los amigos del gobierno que desean mantener la neutralidad y la paz, son llamados monárquicos, aristócratas, violadores de la constitucion, que segun ellos, no es mas que una mera cifra, un vano nombre. Se jactan de ser los únicos amigos de Francia, mientras que en realidad se cuidan de ella lo que del Gran Turco, y solo aman lo que los interesa. Acusan á sus adversarios, hombres de principios puramente americanos, y que aspiran á la estricta observancia de la neutralidad, de estar vendidos á Inglaterra, y conducirse por sus consejos.... Si la conducta de semejante gente se mira con indiferencia; si unos son activos y falsos, mientras otros se entregan á la apatia; los estranjeros, intrigantes ó descontentos, que han venido aquí por haberse indispuesto con su gobierno, mejor dicho, con todos los gobiernos, aumentarán de dia en dia su partido, y solo Aquel que todo lo sabe, puede prever las consecuencias (1)».

En tan apremiante peligro, poco dispuesto á continuar la lucha, quiso Jefferson decididamente salir del ministerio: hacia seis meses que lo habia intentado, impidiéndole las instancias de Washington llevar á cabo su designio.

La crisis era espantosa; el país estaba en fermentacion, los condados occidentales de Pensilvania no querian pagar el impuesto sobre las bebidas espirituosas, en Kentucky y la Georgia belicosas insurrecciones, suscitadas quizá desde el estranjero, amenazaban invadir la Luisiana y las Floridas, y poner á mal al Estado con España. La guerra de los Indios seguia siempre difícil y dudosa. Habíase reunido un nuevo congreso, lleno de respeto hácia Washington; pero la cámara de Representantes andaba mas remisa en aprobar la política esterior, y elegia su presidente entre la oposicion con una mayoría de diez votos. Inglaterra deseaba la paz con los Estados-Unidos; pero, sea que no esperase el triunfo del sistema de Washington, sea que cediese al impulso de su política general, ó por arrogante desprecio, es lo cierto que continuaba dictando medidas cada vez mas vejatorias contra el comercio de los Americanos, cuya irritacion crecia con esto. «No es la menor de nuestras dificultades (escribia Washington) haberse desarrollado con mas fuerza en esta crísis el espíritu dominante de la Gran Bretaña, dando armas á los descontentos y exacerbando á los amigos de la paz con la conducta injuriosa de algunos de sus empleados (2).

Indicaba los obstáculos esparcidos en su vida sin intencion de prevalerse de ellos para debilitar su política ó encarecer su mérito. Exento de vanidad como de irresolucion, pensaba separarlos, no hacer alarde de ellos.

Cuando el partido democrático parecia triunfar, cuando los mismos federalistas vacilaban, y las proposiciones que se presentaban en el congreso contra Inglaterra, inducian á creer inevitable un rompimiento, Washington anunció de improviso al senado la eleccion del señor Jay, uno de los principales federalistas, como enviado estraordinario cerca de la córte de Lóndres, para intentar la via pacífica de las negociaciones. El senado aprobó el nombramiento; la oposicion, que queria la guerra, y con la guerra un cambio de política, puso el grito en el cielo. Permaneciendo los negocios en el mismo estado, podian lograr su objeto; en una situacion tan agitada, en medio de los crecientes rencores, una voz que llegase de Europa, un nuevo ultraje á la bandera americana, el menor accidente, podian dar principio á las hostilidades. Washington con su repentina resolucion daba otro rumbo á los acontecimientos. Las negociaciones podian tener buen éxito, y daban al gobierno derecho de esperar. Si salian mal, podia hacer por sí la guerra y dirigirla, sin cambiar de política.

Para dar á sus negociaciones la autoridad de un poder fuerte y sólido, al mismo tiempo que frustraba en lo esterior las esperanzas de sus adversarios, decidió Washington reprimir sus tentativas en lo interior. La resistencia de algunos condados de Pensilvania á pagar el impuesto sobre las bebidas espirituosas, se habia convertido en rebelion; y él manifestó su firme intencion de hacer ejecutar las leyes: al intento, convocó las milicias de Virginia, Maryland, Nueva-Jersey y la misma Pensilvania, y marchó á aquellos puntos, decidido á tomar el mando si la lucha se formalizaba, y no volvió á Filadelfia hasta cerciorarse de que los rebeldes no osarian sostener el ataque. En efecto, se dispersaron á la vista del ejército, una parte del cual quedó estacionada en aquellas comarcas.

En tal acontecimiento, esperimentó Washington una de esas alegrías severas, pero profundas, y concedidas á veces en los paises libres al

(1) *Writings*, t. XI, pág. 378.

(2) A Patrick Henry. Id. pág. 390.

hombre de bien que lleva con firmeza la carga. Donde quiera, y especialmente en los Estados próximos á los insurrectos, los buenos ciudadanos, comprendieron el peligro, y la obligacion de ayudarle á hacer respetar las leyes; los magistrados fueron intrépidos, solícita la milicia; una opinion pública claramente abierta impuso silencio á las hipócritas sutilezas de los partidarios de la rebelion, y Washington llenó su deber con el consentimiento y el apoyo del país.

Modesta recompensa á nuevas y amargas pruebas. Por el mismo tiempo, su ministerio, los compañeros de su gloria y sus fatigas, se separaron de él. Hamilton, espuesto á un ódio que se aumentaba mas cada dia, despues de sostener la lucha en cuanto lo requeria el buen éxito de sus designios y el honor propio, se retiró para pensar finalmente en si mismo y en su familia; Knox tomó igual partido, y Washington se vió rodeado de hombres nuevos, adictos á su política, pero mucho menos autorizados que sus predecesores, cuando Jay volvió de Lóndres con el resultado de sus negociaciones, cuyo solo anuncio habia despertado tanta cólera.

El tratado no resolvia todas las cuestiones, no garantizaba todos los intereses de los Estados-Unidos; pero terminaba las principales disidencias de ambos pueblos; aseguraba la completa ejecucion, diferida hasta entonces por la Gran-Bretaña, de las convenciones celebradas al reconocer la independencia, y preparaba el camino á nuevas y mas favorables negociaciones: en suma, era la paz, paz segura, y que atenuaba hasta los mismos males que dejaba subsistir. Washington no vaciló, hallándose dotado del raro valor que consistia en elegir con firmeza una idea principal, y aceptar pacientemente las imperfecciones é inconvenientes á ella anejos. Comunicó en seguida el tratado al senado, que lo aprobó salvo una modicacion que debia reclamarse de Inglaterra; con lo que la cuestion quedó aun suspensa.

La oposicion intentó un último esfuerzo. De Boston, Nueva-York, Baltimore, Jorge-Town, etc. se enviaron peticiones desaprobando el tratado y pidiendo que el presidente no lo ratificase. El pueblo bajo de Filadelfia se sublevó y recorrió la ciudad, llevando en la punta de un palo los artículos del tratado, que quemó solemnemente delante de la casa del embajador y el cónsul de Inglaterra. Washington, que habia ido á pasar algunos dias á Mount-Vernon, volvió presuroso á Filadelfia, y consultó á su ministerio sobre ratificar inmediatamente el tratado sin esperar de Lóndres la modificacion, que el mismo senado habia declarado necesaria.

El paso era atrevido: Randolph, individuo del ministerio, hizo objeciones; pero Washington se desentendió de ellas y ratificó el tratado, lo cual motivó la retirada de aquel. El gobierno británico concedió la modificacion pedida. Quedaba la ejecucion, que requeria providencias legislativas y la intervencion del congreso. Renovóse la lucha en la cámara de los representantes: la oposicion triunfó varias veces; pero Washington permaneció firme en nombre de la constitucion que tambien sus adversarios invocaban contra él. Finalmente, al cabo de seis semanas, convencidos estos de que el presidente seria inflexible, fatigados mas bien que vencidos, cedieron, por no romper la paz, y se adoptaron, con mayoría de tres votos, las providencias necesarias para la ejecucion del tratado.

En lo esterior, tanto en las reuniones públicas como en los periódicos, el furor de partido llegó al colmo. De todos lados se dirigian peticiones contra Washington, cartas anónimas, invectivas, calumnias, amenazas, hasta se atacó escandalosamente su integridad; pero él permaneció impasible. A las peticiones respondia: «Nada tengo que decir; he dado á conocer mi dictámen acerca del tratado ratificándolo. A su tiempo demostré los principios que me inducian á obrar asi. No me agrada la diversidad de opiniones; pero, si algunas buenas cualidades, manifestadas en el curso de una larga y trabajosa vida, me han merecido la confianza de mis conciudadanos, pueden estar seguros de que aquellas existen intactas, y de que continuaré ejerciéndolas siempre que se trate del honor, de la felicidad y de la seguridad de nuestra patria comun (1).» Y á los insultos de los periódicos: «No creia, ni imaginaba hasta estos últimos tiempos, no digo la probabilidad, pero ni siquiera la posibilidad de que, cuando me dedicaba con los mas penosos esfuerzos á establecer una política nacional, una política nuestra, y á preservar este país de los horrores de la guerra, todos los actos de mi administracion se alterasen y desfigurasen del modo mas grosero é insidioso, valiéndose de palabras tan exageradas é indecentes, que apenas serian aplicables á un Neron, á un malhechor, á un bribon vulgar. Pero basta: he dicho mas de lo que queria (2).»

Al fin los hombres honrados, los amigos del órden y de la justicia, conocieron que dejaban á su noble campeon sin defensa y espuesto á indignos insultos. En los paises libres la mentira camina con la cabeza levantada, y es inútil querer obligarla á ocultarse; pero, al propio tiempo debe la verdad levantar tambien la suya: solo asi es saludable la libertad. Washington recibió á su vez muchas felicitaciones, adhesiones, cartas de agradecimiento. Y en atencion á aproximarse el término de su segunda presidencia, en todos los puntos de la Union, aun en aquellos donde la oposicion parecia predominar, se manifestaron grandes deseos de que aceptase por tercera vez la suprema magistratura.

Pero él habia tomado su partido, y no admitió siquiera discusion. Ahora mismo, despues de mas de cuarenta años, es objeto de recuerdo y casi de afecto popular la carta de despedida con que, al volver á entrar en el seno del pueblo que habia gobernado, esparció sobre él los últimos rayos de su dilatada esperiencia:

«Mis queridos conciudadanos; no espero que estos consejos de un viejo y leal amigo produzcan la impresion fuerte y duradera que deseara, ni que repriman el ordinario curso de las pasiones é impidan á nuestro pueblo seguir la senda que le ha trazado el destino. Pero sí puedo li-

(1) A Tomás Taylor. *Writings*, t. XII, pág. 212.
(2) A Jefferson. Id. t. XI, pág. 139.

sonjearme de que causen algun bien, aunque parcial y pasajero, de que contribuyan á moderar el furor de los partidos. y á escitar la vigilancia de mi país contra la intriga estranjera y las imposturas del falso patriotismo, esta sola esperanza compensará ámpliamente mi solicitud por vuestra dicha, único móvil de mis palabras.....

»Aunque, al repasar los hechos de mi administracion, no me acuerde de ninguna intencion criminal, estoy demasiado persuadido de mis defectos para no pensar que habré cometido probablemente muchas faltas. Suplico con toda mi alma á Dios que remueva ó disipe los males que de ellas pudieran resultar, y llevaré conmigo la esperanza de que mi país no cesará nunca de mirarlas con indulgencia, y de que cuarenta y cinco años de mi vida empleados en servirle con celo y rectas intenciones, harán caer en olvido las culpas de un mérito insuficiente, asi como yo mismo caeré en breve en la mansion del reposo.

»Confiando en la bondad de mi país, y amándole mucho, lo cual es muy natural en quien ve en él su cuna y la de sus padres por muchas generaciones, esperimento una complacencia anticipada contemplando ese retiro, donde espero gozar tranquilamente, á la par que mis conciudadanos, el dulce beneficio de buenas leyes, bajo un gobierno libre, primero y principal objeto de mis deseos y grata recompensa de nuestros esfuerzos, de nuestras fatigas y de nuestros recíprocos peligros (1).»

¡Incomparable ejemplo de dignidad y de modestia! ¡Modelo perfecto de ese respeto al público y á sí mismo, que forma la grandeza moral del gobierno!

Washington tenia razon para retirarse de los negocios. Se habia encargado de dirigirlos en uno de esos momentos á la vez difíciles y favorables, en que las naciones, rodeadas de peligros, reunen para superarlos á todos los hombres cuerdos y virtuosos. Convino admirablemente á esa situacion: participaba de las ideas y de los sentimientos de su época, sin fanatismo ni servidumbre. Los tiempos antiguos, sus instituciones, sus intereses, sus costumbres, no despertaban en él odio ni disgusto. Su mente, su ambicion no se lanzaban con impaciencia á lo futuro: la sociedad en que vivia se adaptaba á sus inclinaciones y á su razon: tenia confianza en sus principios y destinos, pero una confianza ilustrada por un sentimiento seguro de los principios eternos del órden social, y la sirvió con simpatía é independencia, con esa mezcla de fe y de temor que constituye la prudencia en las cosas del mundo, como ante Dios. Estas dotes principalmente le hicieron apto para gobernarla; pues la democracia necesita dos cosas si quiere vivir con sosiego y buena suerte; sentirse amada y contenida; creer en el sincero afecto y en la superioridad moral de sus jefes. Solo asi se regula desarrollándose y puede aspirar á colocarse entre las formas duraderas y gloriosas de la sociedad humana. El pueblo americano tiene el honor de haberlas comprendido y aceptado en aquel tiempo; Washington la gloria de haber sido su intérprete y su instrumento.

Hizo las dos mayores cosas que en materia política es dado al hombre intentar: mantuvo con la paz la independencia de su país, que habia conquistado con la guerra; fundó un gobierno libre en nombre de los principios de órden y restableciendo su imperio. Cuando dejó la administracion, ambas obras estaban completas; podia estar satisfecho; pues en tan altos designios, poco importa la fatiga que han costado; no hay sudor que semejante palma no enjuguee en la frente donde Dios la coloca. Retirábase libremente como vencedor; su política habia predominado hasta lo último; si hubiese querido, continuara dirigiendo los negocios; le sucedió uno de sus mas leales amigos, que él indicó para que le votasen sus conciudadanos.

A pesar de todo, los tiempos eran difíciles. Habia gobernado y triunfado ocho años; plazo largo en un Estado democrático y naciente. Empezaba á introducirse una política diferente de la suya; la sociedad americana parecia dispuesta á emprender nuevas sendas, quizá mas conformes á su inclinacion. Habia llegado tal vez para Washington la hora de ceder el campo á otros. Su sucesor arrastró una vida lánguida: Jefferson, jefe de la oposicion, reemplazó á Adams, y desde entonces el partido democrático gobierna los Estados-Unidos.

¿Es un mal ó un bien? ¿Podia suceder otra cosa? ¿Hubiera sido mejor prolongar el gobierno del partido federalista? ¿Era posible? ¿Qué consecuencias tuvo para los Estados-Unidos el triunfo del partido democrático? ¿Han terminado ya ó solo han dado principio? ¿Qué cambios sufrieron y sufrirán aun bajo su imperio la sociedad y la constitucion americanas? Cuestiones inmensas, difíciles de resolver por los nacionales, imposibles para un estranjero. Como quiera que sea, no cabe duda de que ninguna otra política hubiera podido dar cima á la obra de Washington: fundar un gobierno con el órden y con la paz. El tuvo la purísima gloria de triunfar mientras gobernó, y de hacer posible en lo sucesivo el triunfo de sus adversarios sin turbar el Estado.

Este resultado se le ocurrió muchas veces sin alterarse por ello. «Un motivo dominante ha dirigido mi conducta: dar tiempo á mi país de establecer y perfeccionar sus instituciones aun nuevas, y elevarse sin sacudimientos á ese grado de consistencia y fuerza que solo puede asegurarle, humanamente hablando, el gobierno de sus propios destinos (2).» En efecto, el pueblo de los Estados-Unidos se gobierna á sí mismo; tal habia sido el sublime objeto de Washington, y lo consiguió. ¿Quién como él ha triunfado? ¿Quién ha visto tan de cerca y tan pronto su triunfo? ¿Quién ha poseido como él hasta lo último la confianza y la gratitud de su país?

Sin embargo, cerca ya del sepulcro, en el noble, dulce y deseado retiro de Mount-Vernon, el grande hombre tan sereno sentia en el fondo de su alma un poco de cansancio y de tristeza;

(1) *Writings*, t. XII, pág. 233-235.

(2) Carta de despedida. *Writings*, t. XII, pág. 234.

sentimiento muy natural al fin de una larga vida empleada en los asuntos de los hombres. El poder es una carga pesada; la humanidad es difícil de servir para el que lucha virtuosamente contra las pasiones y errores. No obstante, el buen éxito borra las tristes impresiones engendradas por el combate; y el cansancio que produce esta arena se prolonga hasta el seno del reposo.

En una sociedad democrática libre, es un hecho grave esta aversion que los hombres mas eminentes, y los mejores entre los mas eminentes, tienen al manejo de los negocios públicos. Washington, Jefferson, Madison aspiraron ardientemente al retiro; como si en semejante estado social la administracion fuese demasiado difícil para hombres capaces de apreciar su importancia, y deseosos de gobernar dignamente.

A ellos sin embargo conviene y debe confiarse tal encargo. Gobernar seria, siempre y en todas partes, el principal empleo de las facultades humanas, y por consiguiente aquel en que se necesitan los mas elevados entendimientos. El honor, no menos que el interés de las sociedades, exigen que estos se encarguen en la administracion de los negocios públicos; pues no hay instituciones ni garantías capaces de hacer sus veces.

Todo cansancio, todo mal humor, aunque legítimo, es una debilidad en los hombres acreedores á tal destino. Su mision es el trabajo; su recompensa el buen éxito. Mueren á menudo abrumados bajo el peso antes de obtener la recompensa. Washington la recibió: mereció y obtuvo el triunfo y el reposo: de todos los hombres grandes ha sido el mas virtuoso y el mas feliz. Dios no tiene en este mundo favores mas insignes que conceder (1).

(1) De GUIZOT. Este, en un opúsculo sobre las causas de haber salido bien las revoluciones de Inglaterra y de los Estados Unidos, dice, á la conclusion, lo siguiente:

«Los Estados Unidos entraron en la revolucion bajo la bandera de la justicia y del derecho. Para ellos la revolucion con que empieza su historia fue al principio un acto de defensa. Reclamaban garantías y principios escritos en sus cartas, que el parlamento de Inglaterra habia reclamado ya antes, y hecho triunfar en la metrópoli con mayores violencias y desórdenes.

»Realmente no intentaban una revolucion. Su empresa era sin duda grande y peligrosa; para conquistar su independencia, necesitaban sostener la guerra contra un poderoso enemigo, y establecer un gobierno central que reemplazase el poder lejano, cuya coyunda sacudian. Pero no les era preciso cambiar sus instituciones locales; cada colonia gobernaba ya libremente sus negocios interiores, y al convertirse en Estado tenian pocos cambios que introducir en las máximas y en la organizacion de los poderes públicos. No habia allí ninguna institucion social antigua que temer, que odiar, que destruir; la adhesion á las leyes y costumbres existentes y el respeto afectuoso á lo pasado, eran al contrario el sentimiento general; el régimen colonial bajo la proteccion de una monarquía distante, se trasformó sin esfuerzo en régimen republicano, con el vínculo de un gobierno federal.

»De todos los sistemas de gobierno, el republicano es ciertamente el que mas necesita el asentimiento general y espontáneo del país. Se comprenden Estados monárquicos fundados por la fuerza; pero la república impuesta á una nacion, el gobierno popular establecido contra el instinto y el voto del pueblo, choca con el sano juicio y el derecho. Las colonias inglesas de América, para convertirse en república de los Estados-Unidos, no tuvieron que vencer tales dificultades. Eran republicanas de corazon, y al adoptar el gobierno republicano, no hicieron mas que cumplir el voto nacional, y desarrollar en vez de abolir su anterior gobierno.

»El órden social no esperimentó mas cambios que el político. No hubo allí lucha entre las diversas clases, ni remocion violenta de influencias. Aunque la corona de Inglaterra conservase en las colonias partidarios, el mismo espíritu, el mismo plan dominaba en todos los grados de la escala social; las familias ricas y considerables eran, sin embargo, las mas firmemente decididas por la conquista de la independencia, y por la fundacion del nuevo gobierno. El pueblo progresaba, y el hecho se consumó bajo su direccion.

»No habia mas revolucion en los ánimos que en la sociedad. Las ideas filosóficas del siglo XVIII, su escepticismo moral, su incredulidad religiosa, penetraban y circulaban sin duda en los Estados-Unidos de América; pero no invadian completamente los ánimos no se ingerian en ellos con sus principios fundamentales y con sus últimas consecuencias; la gravedad moral y el sano juicio práctico de los viejos puritanos, no se habian estinguido en la mayor parte de los Americanos, admiradores de los filósofos franceses; y la masa de la poblacion permaneció constantemente cristiana, tan adicta á sus dogmas como á sus libertades, sometida á Dios y al Evangelio al mismo tiempo que se sublevaban contra el rey y el parlamento de Inglaterra, y regida, mientras luchaba para conseguir su independencia, por la misma fe que habia impulsado á sus abuelos en aquel país á echar los fundamentos sobre que se fundaba el nuevo Estado.

»Las ideas y las pasiones, que en nombre de la democracia agitan hoy la sociedad, son poderosas en los Estados-Unidos de América, donde fermentan con todos los errores contagiosos y todos los vicios destructores que contienen. Pero, hasta ahora, las han contenido y purificado eficazmente la fe cristiana, las buenas tradiciones políticas, y los hábitos de legalidad arraigados en la poblacion. Al propio tiempo que los principios anárquicos se despliegan audazmente en aquel vasto territorio, los principios de órden y de conservacion subsisten sólidos y enérgicos en la sociedad y aun en el hombre; su presencia y su influjo se advierten donde quiera, en el seno mismo del partido que se califica con el nombre de partido democrático por escelencia; lo moderan, lo regulan, y muchas veces lo salvan, sin él saberlo, de sus furiosos trasportes. Estos son los principios tutelares que han presidido al origen de la revolucion americana, cooperando á su buen éxito. ¡Haga el cielo que en la lucha terrible que sostienen hoy en todas partes, continuen prevaleciendo en medio de aquel poderoso pueblo, y le desvien siempre con tiempo de los abismos próximos á la senda que atraviesa!

»Tres grandes hombres, Cromwell, Guillermo III y Washington, aparecen en la historia como los jefes y representantes de esas crisis supremas de que ha dependido la suerte de dos grandes naciones. Por la estension y la energía de su talento natural, Cromwell es quizá el mas eminente de los tres; tenia el entendimiento admirablemente pronto, firme, exacto, flexible, ingenioso, y un vigor de carácter que no retrocedia ante ningun obstáculo, que ninguna lucha fatigaba, que le impelia en la ejecucion de sus designios con un ardor y una paciencia igualmente perennes, ya por las vias mas remotas y lentas, ya por las mas rápidas y atrevidas. Era superior á todos en el arte de ganar ó dominar á los hombres en sus relaciones personales é íntimas, en la organizacion y direccion de un ejército ó de un partido. Tenia el instinto de la popularidad y el don de la autoridad, y supo con la misma audacia desencadenar y reprimir las facciones. Pero, habiendo nacido en el seno de una revolucion, y llegado de sacudimiento en sacudimiento, al poder supremo, su genio era y continuó siendo esencialmente revolucionario. Habia aprendido á conocer la necesidad del órden y del gobierno; pero no sabia ni restaurar ni practicar las leyes morales y permanentes. Fuese vicio de su situacion ó de su naturaleza, faltábanle regla y tranquilidad en el ejercicio del poder; acudia á medidas estremas, como un hombre atacado siempre de peligros mortales; y perpetuaba y agravaba con la violencia de los remedios, los males que queria curar. La fundacion de un gobierno, es una obra que exige un procedimiento mas regular y conforme con las leyes eternas del órden moral. Cromwell pudo someter la revolucion que habia hecho; pero no logró consolidarla.

»Menos felizmente dotados quizá por la naturaleza, Guillermo III y Washington, dieron cima á la empresa que salió mal á Cromwell. Fijaron la suerte y fundaron el gobierno de su patria, y ni aun en medio de una revolucion aceptaron ni practicaron la política revolucionaria. No buscaron ni sufrieron esa situacion fatal que consiste en tener al principio las violencias anárquicas, por escabel y luego las violencias despóticas por necesidad de su poder. Hánse encontrado, ó bien colocado por sí mismos, desde los primeros pasos, en las vias regulares y en las condiciones permanentes del gobierno.

»Guillermo era un príncipe ambicioso; y es puerilidad creer que hasta la invitacion que le dirigió Lóndres en 1688, habia permanecido estraño al deseo de ceñirse la corona de Inglaterra, y á la obra emprendida hacia tiempo para ascenderle al trono. Guillermo seguia paso á paso los progresos de dicha obra, sin aceptar su complicidad, pero sin rechazar su objeto, sin estimular, pero protegiendo á sus autores. Su ambicion tenia al propio tiempo ese carácter que va unido al triunfo de una causa grande y justa, la causa de la libertad religiosa y del equilibrio europeo. Ningun hombre ha convertido mejor que Guillermo un gran plan político en el pensamiento y fin único de su vida. Amaba la obra que debia llevar á cabo, y su propia grandeza no era para él mas que un medio. En su perspectiva de obtener la corona de Inglaterra, no trató de triunfar con la violencia y el desórden; tenia el entendimiento demasiado sublime y bien regularizado, para no conocer el incurable vicio de tales triunfos y para aceptar su yugo. Pero, cuando la carrera le fue abierta por la misma Inglaterra, no se detuvo ante los escrúpulos del hombre privado; queria la victoria de su causa y los honores del triunfo. ¡Gloriosa mezcla de habilidad y de fe, de ambicion y de fervor!

»Washington carecia de ambicion; su patria le necesitó, y él se hizo grande por servirla, mas bien por deber que por gusto, y á veces hasta con un penoso esfuerzo. Las pruebas de la vida pública le eran amargas; preferia la independencia de la vida privada, el reposo del alma, al ejercicio del poder. Pero aceptó sin vacilar la fatiga que su país le impuso, no permitiéndose ninguna condescendencia para aliviar su peso. Habiendo nacido para go-

bernar, aunque poco aficionado al mando, decia al pueblo americano lo que creia la verdad, y mantenia lo que creia útil, con una firmeza tan constante como sencilla, y un sacrificio de la popularidad, tanto mas meritorio, cuanto menos compensado estaba por la alegría del dominio. Siervo de una república naciente, donde predominaba el espíritu democrático, obtuvo su confianza, y aseguró su triunfo, sosteniendo los intereses de la misma contra sus propias inclinaciones, y practicando aquella política á la par modesta y severa, reservada é independiente, que no parece pertenecer sino al jefe de un senado aristocrático, puesto al frente de un Estado antiguo. Triunfo raro, que honra igualmente á Washington y á su país.

»Sea que se considere el destino de las naciones ó el de los grandes hombres, que se trate de una monarquía ó de una república, de una sociedad aristocrática ó democrática, la misma luz brilla en todos los hechos; el éxito definitivo no se consigue sino en nombre de los mismos principios y por idénticos medios. El espíritu revolucionario es tan fatal á las grandezas que eleva como á las que abate. La política que conserva los Estados, es tambien la única que termina ó consolida las revoluciones.»

NUM. XXXV.

WARREN HASTINGS.

(1743—1818.)

Warren Hastings, descendiente de una antigua familia arruinada, nació en el condado de Oxford, á 6 de diciembre de 1732. Su abuelo, á quien le entregó su desarreglado padre, le puso á aprender á escribir en la escuela de la aldea con los hijos de los campesinos donde adquirió fama de estudioso, y por algun tiempo se conservó memoria de él, como de uno cuya razon habia madurado desde muy temprano, y que iba á pasearse á orillas de los arroyuelos con un libro en la mano. Parece que la vista misma de los predios de Daylesford, que sus mayores habian poseido y perdido, daba que pensar al alumno, y le inspiraba desde entonces proyectos ambiciosos. Cincuenta años despues escribia á un amigo: «Una de mis diversiones predilectas era sentarme junto á este arroyo, y fabricar castillos en el aire. Asi, en un hermoso dia de verano, á la edad de siete años, recuerdo me decidí á rescatar á Daylesford; y eso que entonces me mantenia un pariente, el cual se encontraba apenas á cubierto de la indigencia. Sin embargo, aquel plan infantil no me pareció imposible, y nunca se apartó de mi mente. Dios sabe si las circunstancias me permitieron renunciar, sin tacha de cobarde, á ambicion tan honrosa; pero he vivido para satisfacerla. Asi, aunque pocos hombres públicos tienen mas derecho que yo de quejarse de la injusticia del mundo, daré sin cesar gracias á Dios por haberse dignado concederme que pasase la última parte de una larga, pero no inútil existencia, en estos sitios caros para mí por tantos recuerdos personales y tantas tradiciones de familia.» Llamarse un dia Hastings de Daylesford, no cesó de ser el blanco de aquella fuerza de voluntad tranquila, pero invencible, que constituia su carácter.

El futuro gobernador de la India empezó con tiempo sus difíciles pruebas. Colocado por su tio Howard en un colegio de Newington á la edad de ocho años, tuvo tan malos alimentos que atribuyó siempre á aquella comida espartana su débil temperamento y pequeña estatura. Dos años despues pasó á la escuela de Westminster, donde por haberse señalado en el estudio, obtuvo un puesto gratuito: triunfo estudiantil, escrito, segun costumbre, en letras de oro sobre la pared de los dormitorios donde hoy mismo puede leerse. Alli estudió con Cowper, poeta religioso y fantástico, que no le volvió mas á ver; pero que, en su soledad, rechazó siempre como calumnias las acusaciones lanzadas mas adelante contra su antiguo condiscípulo. El satírico Churchill, los dramáticos Colman y Cumberland fueron tambien condiscípulos suyos, no menos que Elizah Impey, que debia representar á su lado un importante papel en el Indostan.

Preparábase el jóven Hastings á recoger las palmas académicas en Cambridge ó en Oxford, cuando murió Howard, dejándole recomendado á un tal Chiswick, lejano pariente, que para verse libre de él trató de buscarle una colocacion en la Compañía de la India; esto es, enviarle á morir de mal del hígado, ó ponerle en la senda de la fortuna. El doctor Nichols, rector de Westminster, clamó contra el bárbaro que queria privarle de su mejor alumno, y á las universidades inglesas de tan notable laureado, llegando á decir que lo mantendria de su cuenta; pero Hastings abandonó sin importarle mucho sus clásicas coronas, é imponiéndose en pocos meses de la contabilidad mercantil, fué por dos años empleado al Fuerte William.

El Fuerte William era entonces un establecimiento puramente comercial. En la India meridional la polítiea de Dupleix habia convertido á los empleados de la Compañía, á pesar suyo, en diplomáticos y generales. La guerra de sucesion asolaba el Carnático, donde el genio de Roberto Clive habia de improviso amenazado la á Francia. Pero en Bengala los Europeos, en paz con los indígenas y entre sí, solo se ocupaban en el comercio.

Al cabo de dos años, Hastings fue enviado á la ciudad de Cosimbazar, á orillas del Hougly, distante una milla de Murshedabad, y que era entonces, en pequeño, respecto de esta ciudad, lo que Londres respecto de Westminster; allí residia el príncipe que, sujeto en apariencia al gran Mogol, pero independiente de hecho, gobernaba las tres provincias de Bengala, Orisa y Behar; allí estaban la córte, el harem, los magistrados; allí el puerto y la plaza de comercio, célebre por sus sederías; recibia y despachaba buques sin parar; la Compañía fundó allí una pequeña factoría, dependiente de la del Fuerte Williams. Mientras Hastings desempeñaba su destino, Purusha Dulah subió al trono, y declaró la guerra á los Ingleses: la factoría de Cosimbazar fue sorprendida por el tirano, y Hastings, conducido á la

cárcel de Courshedabad, necesitó de la intercesion de la Compañía de la India para no ser muy maltratado. El vencedor atacó luego á Calcuta; el gobernador y el comandante huyeron, y se rindieron la ciudad y la fortaleza. Es sabido el terrible episodio de la caverna oscura; espantoso entre todos los horrores de que fue teatro la India, pero que al fin provocó la caida del nabab y aseguró el triunfo de Inglaterra. Estos desastres pasajeros favorecieron directamente la elevacion de Hastings. «Habiéndose refugiado el gobernador Drake (dice el mismo) en Fulda, el consejo me encargó escribirle desde Murshedabad, y á esta correspondencia debo mi primer ascenso en el servicio de la Compañía.» El jóven agente diplomático, no satisfecho aun, entró en una conspiracion; pero descubierta esta, evitó, huyendo á Fulda, la venganza del nabab, que no hubiera perdonado á tan peligroso prisionero.

A poco de llegar él, apareció la espedicion de Madrás, al mando de Clive; y Hastings, queriendo imitar á este general que habia empezado como él, dejó la pluma por el fusil. Clive no tardó en confiarle funciones mas dignas de su inteligencia. Ganada la batalla de Plassey, y proclamado Mir Shafa nabab de Bengala, envió á Hastings á la córte del nuevo príncipe, como agente de la Compañía; permaneció, pues, en Mushordabad hasta 1761, en que elegido miembro del consejo supremo, tuvo que volver á Calcuta.

El intervalo de la primera á la segunda administracion de Clive habia impreso á la Compañía de la India una marcha, que no pudieron borrar muchos años de un gobierno humano y justo. El gobernador Vansittart estaba al frente de un nuevo imperio, compuesto por una parte de empleados ingleses atrevidos y capaces, pero ansiosos de enriquecerse; y por la otra, de una numerosa poblacion indígena, tímida y acostumbrada á doblarse bajo el yugo. El genio y la energía de Clive habian bastado apenas para proteger la raza mas débil. Vansittart, con buenas intenciones, no bastó tampoco, y la civilizacion presentó el horrible espectáculo de ese despotismo egoista, que se aprovecha desapiadadamente de la ignorancia y la paciencia de un pueblo conquistado. Por lo general la tiranía pone término á sus escesos cuando teme que la desesperacion engendre la rebelion; pero aquí era el reinado de los lobos sobre las ovejas. ¡Felices los pobres habitantes de Bengala que tenian riquezas que sacrificar para salvar sus vidas! Los empleados de la Compañía no tenian mas pensamiento que el de sacar á los Indios 200 ó 300,000 libras esterlinas en el mas breve tiempo posible, é irse á Inglaterra, antes de sentir los funestos efectos del clima, á casarse con la hija de un par, comprar una aldea arruinada(*) en Cornwall y dar bailes en Lóndres. Hastings aspiraba á otra cosa; y en su honor debe decirse que, sea cual fuese el motivo que le indujo á no querer formar parte del consejo supremo, volvió á Inglaterra, despues de quince años de residencia en la India, casi pobre. No habia podido impedir la devastacion y la opresion; pero lejos de ser partícipe de ellas, protestó contra los abusos con el propio desinterés; y cuando posteriormente el odio y la prevencion sometieron á exámen esta parte de su vida, como el resto, no se descubrió en ella la menor mancha. No era codicioso ni rapaz; y sin ser muy escrupuloso en los arreglos pecuniarios, tenia un alma demasiado elevada para considerar un vasto imperio con los ávidos ojos de un pirata americano, fijos en un galeon español. Aunque careciese quizá de principios, era sin embargo hombre de Estado y no bandolero. Se hizo tan solo anticipar una suma bastante módica de los considerables emolumentos de su empleo; y aun esta se redujo pronto á nada por su liberalidad y por la manera de ponerla á interés. Regaló generosamente 1,000 libras esterlinas á su hermana casada con un tal Woodman; aseguró una renta de 200 á una tia; y el resto lo dejó, segun parece, en la India, donde debia producirle mas que en Inglaterra; pero una quiebra acabó con intereses y capital. Hastings pasó cuatro años en Inglaterra, estudiando sobre todo las lenguas orientales, y solicitando de la Compañía la suma necesaria para fundar en Oxford cátedras de los idiomas persa é indio.

Entre tanto, habiéndose discutido en el parlamento los asuntos de la India, se nombró una comision que examinó varios testigos. Hastings fue interrogado, y en sus respuestas manifestó ideas tan claras, un juicio tan seguro, que los oradores y ministros comprendieron de cuánto podia servir. A la primera indicacion recibió un puesto superior al que habia dejado cuatro años antes, con la espectativa de la presidencia de Madrás. No obstante serle forzoso contraer deudas para proveerse de lo necesario, dejó intacta la pension de su tia, y confiando siempre en su buena estrella, siempre con la esperanza de recobrar un dia las posesiones de sus padres, se embarcó en Dover, el 23 de marzo, en el *Duque de Grafton*. Escribió á sus hermanos: «Querido hermano y hermana, he llegado á Dover en escelente estado. El práctico va á dejarnos, y aprovecho esta ocasion, la última de escribiros de esta parte del mundo. Un buen camarote, menos confusion y molestia de lo que creia, viento favorable, y un tiempo admirable, son felices presagios de mi partida. Adios, dentro de algunos años estaremos reunidos.»

Una verdadera novela estuvo para pasar á bordo. Entre los pasajeros habia un tal Imhoff, aleman y supuesto baron, que hallándose mal de bienes de fortuna, iba de pintor á Madrás, esperando hacerse con algunas de las pagodas, que los Ingleses de entonces ganaban y espendian tan fácilmente en la India. El baron-pintor iba acompañado de su mujer, natural de Arkangel, de agradable presencia y seductores modales, que desde el círculo polar ártico pasaba á figurar como reina bajo el trópico de Capricornio. Despreciaba de corazon á su marido, y no sin motivo, como se probará por lo que sigue. La oficiosidad de

(*) Recordaremos al lector que en Inglaterra al principio solo ciertos pueblos tenian voto en el parlamento. Con el transcurso del tiempo, así como unos se engrandecieron, otros se arruinaron sin quedar de ellos mas que algunos paredones: pero no perdieron por eso su derecho, y los propietarios de aquellas ruinas eran diputados. Así se podia comprar el derecho de entrar en las cámaras.

(N. del T.)

Hastings le interesó: un buque de la Compañía es el sitio mas propio para engendrárse ardientes amistades ú odios mortales. En el fastidio de una travesía que dura meses, todo lo que interrumpe su monotonía divierte; la aparicion de una vela la vista de un alcion, un marinero que cae al mar; algunos pasajeros se divierten multiplicando las comidas; pero para engañar el tiempo nada es mejor que una disputa ó una intriga amorosa. ¡Qué facilidad para dos amantes ó dos enemigos de reunirse en esa cárcel flotante, llamada nave! Todas las comidas, todos los ejercicios se hacen en común; las ceremonias se dejan pronto á un lado; cada dia encuentra uno ocasion de repetir sus trapacerías, como un político viajero la de prestar pequeños servicios. A menudo un peligro repentino descubre un heroismo ó una vileza, que en el curso ordinario de la vida hubieran permanecido ignorados para siempre

Warren Hastings y la baronesa Imhoff se entendieron al momento; y á decir verdad, ninguna córte de Europa hubiera podido unir dos personas de mas amables cualidades. Hastings era soltero; la baronesa estaba casada con un hombre poco apreciable y que se estimaba á sí mismo en poco. Hastings se puso malo, y la baronesa le prestó aquellos cuidados que son tan dulces cuando proceden de una mujer tierna. *Antes que el Duque de Grafton* llegase á Madras, Hastings estaba enamorado, pero con un amor particular; como el odio, como la ambicion, como todas sus pasiones, este amor era enérgico sin vano ímpetu, tranquilo, profundo, sério, paciente.

Imhoff comprendió filosóficamente el papel que debia representar. Se convino en que la baronesa reclamaria el divorcio de los tribunales de la Franconia; el marido, en premio de su adhesion, recibiria una cantidad de dinero; y llevarian su nombre la prole que naciese mientras estuviera pendiente el pleito; y una vez obtenido el divorcio, Hastings, al casarse con la baronesa, adoptaria los hijos del primer matrimonio. No nos detendremos á alabar ni á censurar.

En Madrás encontró Hastings el comercio de la Compañía descuidado desde que sus empleados se habian convertido en guerreros y comerciantes. Aunque mas inclinado á la política que á los negocios, sabiendo que el valor de los directores dependia de los dividendos que cobrasen, se aplicó con celo al aumento de estos; y gracias á su talento, bastaron algunos meses para llevar á cabo importantes reformas; de suerte que los directores, satisfechos de su trabajo, le encargaron el gobierno de Bengala. En 1772, dejando el fuerte de San Jorge se dirigió á su nuevo puesto; y los Imhoff, aun marido y mujer, le siguieron á Calcuta, donde continuaron dos años mas en el mismo vergonzoso acuerdo.

Cuando Hastings fue elevado á la presidencia del consejo supremo, Bengala estaba aun gobernada segun el sistema que Clive habia inventado quizá para preparar secretamente una revolucion; pero que, consumada esta, no podia producir sino inconvenientes. Habia dos gobiernos, uno de hecho, el otro solo aparente; la autoridad suprema correspondia á la Compañía, cuyo poder era absoluto. La tiranía de los Ingleses no tenia mas límites que su justicia y humanidad; ningun obstáculo constitucional circunscribia su voluntad; era inútil toda resistencia á sus órdenes; pero esta soberanía sin el título parecia siempre un vasallaje del trono de Dehli; se percibian los impuestos en virtud de un mandato imperial; el sello público llevaba los títulos del mogol, en las monedas se veia su efigie. Existia aun un nabab de Bengala que vivia como soberano en Murshedabad; pero en el gobierno de su reino tenia menos autoridad que el agente mas jóven de la Compañía.

La organizacion del consejo de Calcuta era distinta en un todo de la que Pitt y Dundas le habian dado. El gobernador ejercia el poder ejecutivo por completo, derecho de guerra y de paz, de nombrar y quitar á los empleados públicos, á pesar de la oposicion unánime y de las protestas de los individuos del consejo. En 1772 no tenia, por el contrario, mas que un voto, decisivo únicamente en caso de division; de suerte que muchas veces era vencido en las mas graves cuestiones, y años enteros se le podia escluir de la direccion de los negocios públicos.

El gobierno interior de Bengala estaba confiado á un gran ministro indígena, que residia en Murshedabad. A parte de los negocios militares y esteriores, reservados á los Ingleses, este ministro gobernaba como soberano absoluto; su asignacion anual subia á cerca de 100,000 libras esterlinas; la lista civil de los nabab, de 300,000 libras esterlinas al año, pasaba por sus manos, y dentro de ciertos límites, á él correspondia fijar su importe. Por lo demás, daba cuenta solo á la Compañía del ejercicio de su inmenso poder. Un puesto tan importante, tan lucrativo, tan honorífico, debia naturalmente escitar los deseos de todos los indígenas ambiciosos. Obligado á elegir entre muchos pretendientes, vióse Clive en grande aprieto, pues habia dos, dignos por varios títulos de su preferencia, y representantes uno y otro de una raza y una religion.

Uno era Mohammed Reza Kan, musulman, de orígen persa, capaz, activo, religioso por el estilo de su nacion y estimadísimo de los suyos. En Inglaterra se le hubiera considerado avaro y corrompido; segun la moral india, era un hombre íntegro y apreciable.

Su competidor era un braman indio, el maharajah Nuncomar, cuyo nombre debia ir mas adelante asociado inseparablemente al de Hastings por una funesta catástrofe. El nombre de Nuncomar habia figurado en todas las revoluciones que desde Sudya Dulah, se habian sucedido en Bengala. A la consideracion que goza en la India una casta elevada y pura de toda mezcla, agregaba la autoridad de las riquezas, de los talentos y de la esperiencia. Para juzgarle, es preciso antes dejar á un lado la moral inglesa. El muelle habitante de aquellas ardientes comarcas vive en un baño de vapor perpétuo; sedentario por hábito y por inclinacion, delicado y lánguido, lleva hace siglos el yugo de las razas mas robustas y valientes; su constitucion y condicion desdicen del valor, de la independencia, de la franqueza, de todas las cualidades elevadas, no-

bles ó generosas. Existe una analogía singular entre su alma y su cuerpo. Se rendirá sin resistir; pero su docilidad y su astucia escitan al mismo tiempo el desprecio y la admiracion de los Europeos. Grandes promesas, escusas triviales, mentiras, perjurios, son las armas ofensivas y defensivas de los que habitan á orillas del Ganges inferior. Todos aquellos millones de hombres no suministran un cipayo á los ejércitos de la Compañía; pero como usureros, banqueros y agentes, no hay pueblo que les iguale. A pesar de su debilidad, el Bengales es implacable en el odio, y raras veces cede á la piedad, á no mediar el temor. Está, además, dotado de cierto valor, que falta á menudo á sus señores. Las desgracias inevitables no le alteran, semejante en esto al sabio ideal de los estóicos. Un soldado europeo, que se lanza con gritos de alegría contra la boca de un cañon, gritará de dolor bajo el bisturí del cirujano, ó se desesperará si un consejo de guerra le condena á muerte. Si tropas enemigas asolan y someten el país, incendian los bienes y matan ó deshonran la familia, el Bengales no tiene corazon para dar un golpe; pero soporta el tormento con la firmeza de un Mucio, y sube al patíbulo con la seguridad y serenidad de Algernon Sidney.

Disgustaba mucho á Clive confiar á un musulman el gobierno de Bengala; mas, por otra parte, Nuncomar reunia en sí todos los defectos y los vicios de su nacion. Los agentes de la Compañía le habian sorprendido mas de una vez en intrigas criminales; habia hecho uso de documentos falsos en una causa; decia que era adicto á los Ingleses, y conspiraba contra ellos, dándose el aire de mediador entre la córte de Dehli y las autoridades francesas del Carnático. Despues de vacilar mucho tiempo, Clive tuvo la prudencia y probidad de elegir á Mohammed Reza Kan. Siete años llevaba este de ejercer sus altas é importantes funciones, cuando Hastings fue nombrado gobernador general. Un hijo de Mir Shafa, aun en la infancia, ocupaba el trono de los Nabab; y el ministro tenia á su cargo la guardia y tutela del jóven príncipe.

Desde aquel dia Nuncomar no pensó en otra cosa mas que en la ruina de su afortunado rival; y no le faltaban los medios. Las rentas de Bengala eran siempre inferiores á las quiméricas esperanzas de la Compañía. Nadie imaginaba en Inglaterra que la India escediese en pobreza á las pobres comarcas de Europa, de Irlanda, de Portugal y de Suecia. Atribuyeron esto los directores á la mala administracion de Mohammed Reza Kan; y jamás conocieron, ó no quisieron conocer la verdadera causa, esto es, la crasa ignorancia que en ellos existía del país que les estaba encomendado. Nuncomar, que tenia agentes secretos hasta en el mismo Lóndres, los confirmó en su error. Apenas llegó Hastings á Calcuta, recibió una carta particular donde se le mandaba destituir á Mohammed Reza Kan, prenderle con su familia y sus parciales, y examinar del modo mas severo la administracion de la provincia, valiéndose al efecto del auxilio de Nuncomar. Hastings detestaba á este, pues habia tenido con él una violenta disputa en Murshedabad y no le asistia ninguna razon para ser enemigo de Mohammed Reza Kan; sin embargo, obedeció con tanta mayor premura, cuanto que meditaba hace tiempo abolir el doble gobierno de Bengala. A media noche el palacio del ministro fue ocupado por un batallon de cipayos. Despertóse de improviso, y al oir que estaba preso, inclinó la cabeza, resignándose con la voluntad de Dios. Schitab Roy, gobernador de Bahar, participó de la misma suerte. Los individuos del consejo no tuvieron conocimiento de estos sucesos sino cuando los presos se acercaban á Calcuta.

Mientras que Mohammed Reza Kan esperaba en la cárcel el principio de su proceso, diferido bajo varios pretestos, Hastings llevaba á cabo sin obstáculo la gran revolucion meditada; abolido el cargo de gran ministro, daba á los empleados de la Compañía la administracion interior del país; y establecia un sistema, á la verdad imperfectísimo, de justicia civil y criminal bajo la vigilancia y autoridad de Inglaterra. El nabab, privado de todo poder real ó aparente, pero tratado siempre como soberano, recibia una pension anual considerable. Durante su menor edad, la custodia y administracion de los bienes fueron confiadas á Muny Begum, una de las mujeres de su padre. Nuncomar no obtuvo nada para sí, creyendo Hastings bastante recompensados sus servicios con nombrar á su hijo Gurdas, tesorero de la casa del nabab.

Consumada la revolucion, disuelto el doble gobierno, y reinando la Compañía absoluta en Bengala, Hastings no tenia ya motivo de tratar severamente al último ministro. Conducidos ante una comision presidida por el gobernador, Mohammed Reza Kan y Schitam Roy fueron puestos en libertad, á pesar de las acusaciones de Nuncomar. La inocencia de Schitam Roy fue proclamada solemnemente, escusándole del injusto trato que se le habia dado y usando para con él del respeto que se acostumbra en Oriente; pero como se alterase su salud en la cárcel y su noble corazon se sintiese cruelmente ofendido murió al poco tiempo en Patna de disgusto. La inocencia de Mohammed Reza Kan no fue demostrada con tanta claridad. No obstante Hastings declaró insuficientes las acusaciones que se le habian dirigido y le mandó poner en libertad. Nuncomar se habia propuesto destruir la administracion musulmana, y elevarse sobre sus ruinas; pero el odio y la ambicion de este indio se frustaron completamente. Hastings se servia de él como de un instrumento para trasladar el gobierno desde Murshedabad á Calcuta, de las manos de los Indígenas á las de los Europeos; aquel rival tan envidiado, aquel enemigo tan implacablemente perseguido, habia sido absuelto, aquel puesto, tanto tiempo y con tanto ardor deseado, estaba abolido. El vengativo braman juró odio eterno al gobernador; sin embargo conoció que le convenia por entonces ocultar en el fondo del corazon tales sentimientos; pero se acercaba el dia en que esta larga enemistad debia convertirse en una lucha desesperada y mortal.

Por aquel tiempo Hastings, obligado á buscar

y hallar dinero para el exhausto tesoro del Estado, decidió apelar á todos los medios, buenos ó malos, á fin de proporcionarse los millones de rupias que necesitaba el gobierno; y estableció la máxima de que el mejor sistema era quitarlo á los que lo poseian. Los directores de la Compañía no ordenaban ni aprobaban ningun delito; al contrario sus cartas estaban llenas de escelentes preceptos, de los sentimientos mas justos y generosos, pero todas concluian pidiendo dinero.

Obraban con los indios como la Inquisicion en otro tiempo con los herejes, que al abandonar las víctimas al verdugo le rogaba las tratase con la posible bondad. Sus instrucciones equivalian á decir: «Sed el padre y el opresor del pueblo; sed justo é injusto, moderado y codicioso.» No les acuso de hipocresía. Quizá escribiendo á cinco mil leguas de distancia del país donde tales órdenes debian ejecutarse, no advirtieron semejante contradiccion; pero su lugar-teniente en Calcuta la comprendió muy bien. El erario estaba vacío, las tropas mal pagadas, las cosechas eran insuficientes, no cobraba puntualmente sus emolumentos; los asentistas del Estado huian sin cumplir su deber, y á él se le pedian millones. O era preciso ejecutar las órdenes que recibia, ó dejar el puesto y renunciar á todas las esperanzas de gloria y de fortuna. Decidido á conservarlo, y obligado entonces á desobedecer las instrucciones morales, ó los pedidos de dinero que se le hacian, calculó las probabilidades de perdon en ambos casos, y resolvió desentenderse de los sermones y proporcionarse las rupias.

Dotado de entendimiento fecundo y poco escrupuloso, no debia tardar en descubrir muchos medios de reponer el estado de la Hacienda. Redujo á la mitad la pension anual de 320,000 libras esterlinas que se pagaban al nabab de Bengala; negó al gran mogol el tributo anual de 300,000 libras esterlinas á que se habia obligado la Compañía, pretestando que no era ya en realidad independiente; haciendo ocupar por tropas inglesas los distritos de Corah y de Allahabad, cedidos á aquel por la Compañía, los vendió por 1.000,000 á Sudya Dulah, príncipe de Uda y nabab-visir. Pero quedaba que celebrar un contrato mas importante entre el nabab-visir y el gobernador, del que dependia la suerte de un pueblo entero, no menos generoso que valiente. El sacrificio de este pueblo fue resuelto, con eterna infamia de Hastings y de Inglaterra.

Las naciones del Asia Central habian inspirado siempre á los habitantes de la India un gran terror, como los guerreros de los bosques germánicos á los súbditos de Roma y á los mismos romanos en la decadencia del imperio. El débil y tímido Indio evitaba temblando toda lucha con las tribus robustas y valerosas de la vertiente opuesta de las montañas. Es creible que, desde muy antiguo, el pueblo que habla el flexible y rico sanscrito, se trasladase desde las comarcas al otro lado del Ifasis y del Hidaspes á subyugar á los habitantes primitivos de los paises donde se estableció; pero lo que no deja duda es que, en los últimos diez siglos, numerosos ejércitos marcharon del Occidente á saquear y conquistar el Indostan sin ser jamás rechazados, hasta aquella memorable campaña que plantó la cruz de San Jorge sobre los muros de Ghizni.

Tambien los emperadores del Indostan vinieron de la vertiente septentrional de la gran cadena asiática, y continuaron escogiendo sus soldados entre aquella raza de hombres robustos y valerosos á que pertenecian sus abuelos. Entre los aventureros que abandonaron los alrededores de Cabul y de Candahar para alistarse en los ejércitos mogoles, los Rohilla fueron los mas intrépidos y útiles, y por sus servicios y valor se les dieron vastos terrenos en la fértil llanura que el Ramganga, bajando de las nevadas cimas del Kuman, recorre antes de confundir sus aguas con las del Ganges. En medio de la confusion general que siguió á la muerte de Aurengzeb, esta pequeña colonia de guerreros se hizo independiente. Distinguian á los Rohilla de los demás habitantes de la India la singular belleza de sus carnes, su bravura é industria. Mientras asolaba una horrible anarquía el país desde Lahore hasta el cabo Comorin, su reino gozaba los beneficios de la paz bajo la salvaguardia del valor; florecian en él la agricultura y el comercio; hasta se cultivaban allí las letras y la poesía. Muchas personas que aun viven oyeron á los viejos echar de menos el tiempo feliz en que el valle de Rohilcund era gobernado por príncipes Afgánes.

Sudya Dulah habia resuelto añadir esta rica provincia á su principado. No tenia derecho á ello; ¿pero qué le importaba el derecho? Vacilaba sin embargo en emprender tan deseada conquista. Habia visto combatir á los Rohilla; sabia que sus jefes, unidos por un peligro comun, podian poner en pié de guerra ochenta mil hombres; pero sabia igualmente que estas fuerzas no estaban en posicion de resistir á la ciencia, á la disciplina y al valor británicos. Pidió, pues, á Hastings que le alquilase parte de las tropas inglesas, y Hastings condescendió. Cada uno de los dos tenia lo que faltaba al otro: Sudya Dulah el dinero que Hastings necesitaba para el gobierno de Bengala; y este el único ejército capaz de vencer á los Rohilla, blanco de los deseos de Sudya Dulah. Convínose, pues, en alquilar las tropas inglesas al nabab-visir por la suma de 400,000 libras esterlinas, ademas de mantenerlas durante la guerra; la Inglaterra se envilecia mas que esos mezquinos príncipes alemanes que por aquel mismo tiempo le vendian soldados para combatir contra los Americanos. Hastings, conocedor de las costumbres indias, no ignoraba el abominable uso que Sudya Dulah haria de la fuerza que ponia á su disposicion; y sin embargo no estipuló ninguna garantía, no exigió ninguna promesa, ni siquiera se reservó el derecho de romper el tratado en caso que Sudya Dulah abusase de la fuerza que se le confiaba para cometer inícuas y monstruosas atrocidades. ¡Y ha habido quien tratase de justificar tal conducta! Los Rohilla, se dijo no eran raza india, sino colonos de comarcas lejanas. Pero ¿no sucedia lo mismo á los Ingleses?

¿Les tocaba á ellos predicar una cruzada para la espulsion de los pueblos que habian invadido el país regado por el Ganges? ¿Qué hubieran respondido si otra potencia, apoyándose en la misma razon, hubiese atacado á Madrás y á Calcuta y matado á sus habitantes sin la menor provocacion? Semejante escusa aumenta aun la infamia del contrato: la hipocresia de la apología iguala á la atrocidad del delito.

Una de las tres brigadas de que se componia el ejército de Bengala fué á unirse al mando del coronel Champion, con las tropas de Sudha Dulah. Los Rohilla pidieron la paz, ofreciendo una gran cantidad de dinero; pero no siendo oidos, decidieron pelear hasta derramar la última gota de su sangre. Combatieron como leones y ahuyentaron al vil soberano de Uda que los habia atacado; y si no pudieron resistir á los Europeos, no abandonaron sin embargo el campo hasta que vieron sucumbir á sus mas valientes jefes. Entonces el nabab-visir y sus viles tropas volvieron á presentarse, deseosas de saquear el campamento de sus ilustres é intrépidos enemigos, cuya mirada no habian osado nunca resistir. Los hermosos valles y las floridas ciudades de Rohilcund fueron víctima de los horrores de una guerra india; todo el país incendiado; mas de cien mil personas, abandonando sus casas, se refugiaron en medio de pantanos corrompidos y prefirieron el hambre, la fiebre y la proximidad de las fieras, al dominio de un déspota que habia comprado á un inglés, á un cristiano, sus propiedades, su país, sus vidas, el honor de sus mujeres y de sus hijas. El coronel Champion hizo observaciones al nabab-visir, y escribió al Fuerte William; pero el gobernador no habia estipulado mas que el pago de las cuatrocientas mil libras esterlinas, sin importarle lo demás; y aunque censurase las infames crueldades de Sudya Dulah, no creyó tener derecho para interponerse. No contento con haber superado con su violencia los últimos esfuerzos de una nacion inocente que combatia por su libertad, vió sin conmoverse las aldeas quemadas, los hijos degollados, maltratadas las mujeres; pero acortemos esta horrible y vergonzosa historia. La guerra cesó; la mas valerosa poblacion de la India fue sometida á un tirano codicioso, vil y cruel: el comercio y la agricultura decayeron: y la rica provincia deseada por Sudya Dulah llegó á ser el país mas miserable de su miserable reino. Sin embargo la nacion vencida no habia perecido enteramente; de vez en cuando brilló con su antiguo esplendor; y hoy todavía distinguen á la raza afgana el valor, el noble orgullo, los sentimientos caballerescos, tan raros entre los Asiáticos y conserva amargos recuerdos del gran delito de Inglaterra. Un viajero moderno ha dicho con razon que en la India no se encontraban *gentlemen* sino entre los Rohilla.

Fórmese el concepto que se quiera de la moralidad de Hastings, no puede negarse que los resultados rentísticos de su política, hicieron prosperar su administracion. Dos años despues de nombrado gobernador, habia aumentado, sin añadir ningun gravámen al pueblo sometido á su autoridad, en 450,000 francos la renta anual de la Compañía, enviado á Inglaterra un millon en metálico, y obligado al nabab de Uda á pagar todos los gastos del ejército, que sumaban unas 250,000 libras esterlinas al año.

Durante estos acontecimientos, el parlamento inglés habia entrado en una larga é importante discusion sobre los negocios de la India.

El ministerio de lord North hizo adoptar un *bill*, que varió enteramente la constitucion del gobierno indio. Es el *Regulating act*; segun el cual el presidente de Bengala debia estender su autoridad á los demás paises sometidos á la Compañía con el título de gobernador general, y ayudado de cuatro consejeros, quinquenales como él; un tribunal de justicia, compuesto de un juez superior y de tres jueces inferiores, debia residir en Calcuta, independiente del gobernador general, y provisto así en lo civil como en lo criminal de un poder casi ilimitado. Hastings era el primer gobernador general. De los cuatro nuevos consejeros, el señor Barwell, antiguo empleado de la Compañía, estaba entonces en la India; los demás, el general Clavering, Monson y Francis, supuesto autor de las *Cartas de Junio*, salieron de Inglaterra para su nueva presidencia, junto con los jueces del tribunal supremo. El gran juez sir Elías Impey era un antiguo amigo de Hastings, y el gobernador no hubiera podido hallar en todos los tribunales del reino un instrumento mas dócil. Pero los individuos del consejo no parecian lo mismo. Hastings desaprobaba la nueva forma de gobierno, y no tenia grande opinion de sus colegas; y estos, que lo sabian, se escitaban de ante mano á mostrarse desconfiados y severos.

En ánimos dispuestos de esta suerte, la mas leve circunstancia bastó para encender la discordia. Los individuos del consejo esperaban ser saludados con veinte y un cañonazos por las baterías del Fuerte William; pero Hastings no les concedió mas que diez y siete: desembarcaron de mal humor; en las primeras entrevistas reinó una fria reserva; y al siguiente dia empezó aquella larga lucha que, despues de durar tanto tiempo en la India, se renovó en Inglaterra, y en la que tomaron parte los principales estadistas, y los grandes oradores del siglo de Jorge III. Barwell sostenia á Hastings; pero Clavering, Monson y Francis formaron la mayoría, desde la primera reunion del consejo. Quitar al gobernador general el gobierno, reprobar sus últimas negociaciones con el nabab-visir, destituir al agente británico que residia en la córte de Uda, y poner en su lugar uno que les era enteramente adicto, mandar á la brigada que habia vencido á los infelices Rohilla volver á entrar en las posesiones de la Compañía, y dar principio á una severa investigacion; tales fueron los primeros actos de su gobierno. Ademas, no obstante las advertencias del gobernador, ejercieron de un modo indiscreto su nueva autoridad sobre las presidencias dependientes de la de Bengala, introdujeron la mas deplorable confusion en los negocios de Bombay, y con increible alternativa de dureza y debilidad, se mezclaron en todas las disidencias interiores del

gobierno marata. Al propio tiempo se dedicaban a la administracion interior de Bengala, censurando abiertamente todo el sistema fiscal y político; sistema defectuosísimo sin duda; pero que no podia reformarse en un dia. El principal efecto de estos cambios fue privar á los habitantes de la India de la eficaz proteccion y seguridad que hasta allí disfrutaban. Sus vidas y sus propiedades se vieron á cada instante espuestas; cuadrillas de ladrones cometian impunemente los mas horribles delitos en las puertas mismas de Calcuta. Hastings continuaba habitando el palacio del gobierno; recibia siempre el sueldo de gobernador general, presidia el consejo, y hacia prevalecer su opinion en todos los asuntos ordinarios, pues sus adversarios veian que, en ciertas cosas, poseia la esperiencia que á ellos les faltaba; pero su autoridad suprema habia cesado de existir, y no era ya el dispensador de los honores y de los empleos.

Los Indios no tardaron en conocerlo, y consideraron á Hastings como á un soberano destronado; aquellos sicofantas que, un dia antes, se hubieran apresurado á mentir, á estender documentos falsos, á cometer todos los delitos posibles por captarse su gracia, trataron de mendigar el favor de sus enemigos victoriosos acusándole, y la mayoría del consejo acogió con alegría y gratitud las deposiciones aparentemente graves de los acusadores. Los consejeros eran sin duda bastante honrados para sostener concienzudamente acusaciones mentirosas; pero ignoraban por desgracia que en aquella parte del mundo el mas pequeño estímulo del gobierno produce en una semana mas testigos falsos que los que cuenta en un siglo el tribunal de Westminster.

Un hombre como Nuncomar no podia permanecer simple espectador de semejante lucha; la maldad, la avaricia y la ambicion, le impulsaban á tomar parte en ella. Era tiempo de vengarse de su enemigo, de satisfacer un odio de diez y siete años, de obtener el favor de la mayoría del consejo, de elevarse sobre todos los Indios de Bengala. Desde que llegaron los nuevos consejeros, no cesó de hacerles la córte, por lo cual fue espulsado vergonzosamente del palacio del gobernador. Entonces con afectada solemnidad entregó á Francis una memoria, donde se acusaba á Hastings de haber vendido empleos, y recibido mucho dinero por librar de la accion de la justicia á algunos grandes criminales, entre ellos Mohammed Reza Kan.

Francis la leyó en consejo, y se suscitó con tal motivo una violenta disputa. Hastings se quejó amargamente del modo como se le trataba; habló con desprecio de Nuncomar y de sus acusaciones, é impugnó en el consejo el derecho de juzgar al gobernador. En la sesion siguiente, Nuncomar presentó otra memoria, pidiendo ser admitido ante el consejo, para sostener y desarrollar sus asertos. Empeñóse entre los dos partidos un debate no menos violento que el anterior; y á pesar de las protestas del gobernador, el consejo decidió tomar en consideracion la cosa. Levantóse Hastings declarando levantada la sesion, y salió seguido de Barwell; pero los demás individuos no dejaron el puesto, y constituyéndose en consejo presidido por Clavering, mandaron entrar á Nuncomar. Este, segun la costumbre oriental, además de robustecer con pruebas mas ó menos falsas las primeras acusaciones, reveló muchos hechos nuevos; entre otros, el de que Hastings habia recibido sumas considerables para nombrar al radja Gurdas tesorero de la casa del nabab, y confiar la custodia de su persona á Muny Begum. La mayoría declaró á Hastings culpado, y le condenó á restituir de 30 á 40,000 libras esterlinas, que se suponian mal adquiridas. Aunque la opinion de los Ingleses de Bengala le era favorable, Hastings vió oscurecerse su horizonte. Podia todavía apelar á una autoridad superior; pero una vez apurado este último recurso, su suerte estaba echada. Envió su dimision al coronel Macleane, su agente en Lóndres, recomendándole hacer uso de ella tan solo en el caso de que la pluralidad de los individuos de la Compañía le fuese manifiestamente contraria.

El triunfo de Nuncomar parecia completo; un inmenso tropel iba todas las mañanas á cumplimentarle, y hasta los individuos del consejo se rebajaron un dia hasta tributarle tal honor; su casa se habia convertido en una especie de establecimiento público, donde se recibian denuncias contra el gobernador general. Pero el juego era malo. Una persona hábil y resuelta como Hastings, no debia dejarse vencer por un indio sin recurrir antes á todos sus medios, y hacer la mas obstinada resistencia. Por otra parte, Nuncomar no se cuidó bastante de las instituciones británicas; vió que tenia á su favor la mayoría del consejo, que decidia la paz y la guerra, que disponia de los empleos, que cobraba las contribuciones; pero no comprendió la separacion de los poderes ejecutivo y judicial; no reflexionó que habia en Bengala una autoridad independiente del consejo, la cual podia proteger á los que el consejo queria arruinar, y arruinar á los que el consejo protegia. Tal era sin embargo, el estado de las cosas. En el límite de sus atribuciones, el tribunal supremo no recibia órdenes del consejo; y Hastings que lo sabia, y que mucho antes habia previsto la gran ventaja que le reportaria esta arma favorable, conoció que habia llegado el momento de valerse de ella.

De repente corre por Calcuta la noticia de que Nuncomar habia sido preso y conducido al tribunal supremo por delito de falsedad, cometido dos años antes. Su acusador es un indígena, de quien Hastings se sirve, como de un instrumento, para quitarse de delante al formidable enemigo. Al oir esto, la mayoría del consejo monta en cólera, y protestando contra la decision de los jueces, pide que Nuncomar sea puesto en libertad bajo fianza. Los jueces responden con un no soberbio y absoluto. Empiezan pronto las asisias, el gran jurado declara haber lugar á proceder, y Nuncomar comparece ante sir Elías Impey, y un jurado compuesto de ingleses: terminados los debates, el jurado declara culpado á Nuncomar, y el juez superior le condena á muerte.

Segun el *Regulating act*, solo el tribunal pe-

dia suspender el suplicio de un reo de muerte hasta que fuese conocida la decision del soberano; el consejo no tenia derecho á mezclarse en la administracion de justicia civil y criminal. Impey hubiera debido conceder una dilacion á Nuncomar, pues la ley que castigaba entonces con la muerte á los falsarios en Inglaterra, no era aplicable á los habitantes de la India, que no la conocian, que jamás la habian visto ejecutar y que no comprendian la diferencia que una civilizacion mas adelantada y distinta de la suya ha establecido entre los delitos de falsedad y las demás especies de fraude. Un juez imparcial hubiera, á no dudarlo, sometido tan grave caso á la decision soberana; pero Impey no quiso oir hablar de gracia ni de dilacion.

Pronunciada la sentencia, manifestóse estraordinaria agitacion en todas las clases de la sociedad. Francis y sus parciales calificaron de asesinos al gobernador general y al juez superior; Clavering, dicen, juró que Nuncomar seria salvado, aunque estuviese al pié del patíbulo. Aunque abiertamente favorable á Hastings, la generalidad de los Ingleses compadecia á un hombre que, á pesar de sus delitos, habia figurado en la historia de su país. Los Indios estaban aterrados. Cualquiera que fuese su moralidad, Nuncomar era considerado siempre como jefe de su raza y de su religion, un braman de los bramanes, esto es, un santo, que, segun sus antiguas leyes nacionales, no podia ser condenado á muerte, ni aun por grandes delitos. Solo los mahometanos esperaban el fin con impaciente alegría; y la historia musulmana de entonces dice, que se descubrió en casa de Nuncomar una cajita con sellos falsos de los particulares mas ricos de las provincias.

Entre tanto se acercaba el dia de la ejecucion, y Nuncomar se disponia á morir con la tranquila firmeza que muestra el bengalés, tan cobarde en los hechos personales, cuando no puede evitar el peligro que le amenaza. Cuando el jerife le fue á ver la víspera del dia señalado, y le aseguró que se tendrian con él todos los miramientos permitidos por la ley, Nuncomar se lo agradeció, sin advertirse en él la menor turbacion. Poniéndose un dedo en la frente respondió que debia cumplir su destino, pues los hombres tienen que ceder á la voluntad del cielo. Envió su saludo á Francis, Clavering y Monson, rogándoles protegiesen al radja Gurdas, que ascenderia á jefe de los bramanes de Bengala. El jerife partió muy conmovido, y Nuncomar se sentó tranquilamente para escribir algunas cartas y examinar cuentas. Al dia siguiente, antes de salir el sol, una multitud inmensa se agolpaba en la plaza donde se habia levantado el patíbulo. Todos los rostros espresaban los mismos sentimientos de dolor, de ira, de horror; y sin embargo, hasta el último instante, nadie creia que los Ingleses osasen ajusticiar al gran braman. La procesion fatal llegó por último. Nuncomar dirigia la vista á todos lados con inalterable serenidad. Se habia despedido de las personas que le eran mas caras; los gritos y convulsiones de estas habian hecho horrorizar á los Europeos presentes, sin producir el menor efecto en el estóico preso, que se limitó á pedir fuese entregado su cadáver á sacerdotes de su casta. Despues de suplicar á los consejeros que no le olvidasen, subió al patíbulo con paso firme, y dió él mismo la señal al verdugo. Cuando bajó la cuchilla; todas las bocas lanzaron un grito de dolor y desesperacion, centenares de espectadores volviéron la cabeza con horror y corrieron á arrojarse en la sagrada corriente del Hugli, como para lavarse de la mancha contraida en el mero hecho de asistir á la consumacion de aquel gran delito. Toda la provincia participó de la tristeza y de la cólera de Calcuta.

La conducta de Impey en todo este asunto merece la mas enérgica reprobacion; no asi la del gobernador. Nadie exige de un interesado la severa equidad de un juez; todos los dias personas probas presentan á los tribunales demandas que un juez incorruptible tiene que rechazar. Hastings combatia por su fortuna, por su honor, por su libertad, por todo lo que nos hace cara la vida; le acusaban enemigos desleales, vengativos, malvados, y no podia esperar de sus colegas, no digo socorro, pero ni imparcialidad ni justicia. ¿Puede censurársele de que en tal situacion desease confundir y abatir á sus acusadores? El memorable suplicio de Nuncomar debe atribuirse evidentemente á Hastings; pero seria injusto contarle entre sus delitos. Observado bajo cierto aspecto, hasta parece un acto de profunda política. No tenia mayoría en el consejo, y probablemente no debia conseguirla en mucho tiempo. Conocia á fondo el carácter de los indígenas; sabia que en toda la poblacion negra de Bengala no habia un solo empleado, ni un aspirante á serlo, ni un agente subalterno, que en tales circunstancias no quisiese hacer carrera enviando al gobierno acusaciones contra el gobernador general. Quiso mostrar á esta turba de acusadores y de falsos testigos que, aunque en minoría en el consejo, no era por eso menos formidable; y la leccion produjo en ellos una impresion profunda. Desde aquel dia, todos los que habian hablado contra él callaron. Algunas horas despues de la muerte de Nuncomar, mientras todo el imperio estaba sumido en la mas viva agitacion, mientras una casta poderosa y antigua bañaba con lágrimas los exánimes restos de su jefe, Hastings, vencedor en la mortal lucha, escribia (¡cosa singular!) con característica calma una carta muy interesante al doctor Johnson, acerca de las Hébridas, de la gramática persa de Jones, de la historia, de las artes, de las producciones naturales de la India.

Por el tiempo de la muerte de Nuncomar, llegó á Lóndres la noticia de la guerra de los Rohilla y de las primeras disidencias entre el gobernador y sus colegas. Los directores se declararon favorables á la mayoría, y escribieron á Hastings severas reflexiones sobre su conducta; censuraban en términos enérgicos pero justos las guerras emprendidas con el único objeto de proporcionarse dinero; pero se desentendian de que si su gobernador habia acumulado millones por medios ilícitos, lo habia hecho para satisfacer sus exigencias. La Compañía recomendaba siempre la probidad, y pedia lo que no podia

conseguirse sin delito. Semejante á Macbeth, queria jugar limpio, pero ganar siempre.

El *Regulating act*, que habia nombrado á Hastings gobernador general por cinco años, concedia á la corona el derecho de destituirle, prévia peticion formal de la Compañía. Lord North que deseaba poner á Clavering al frente del gobierno de la India, trató de inducir á la Compañía á presentar una súplica al rey. En el tribunal de los directores, once individuos votaron contra Hastings, y diez en pro; pero el tribunal de los simples propietarios, á pesar de los esfuerzos combinados de la mayor parte de los directores y del ministerio, se declaró favorable á Hastings. Exasperóse el ministerio, Lord North, tan tranquilo ordinariamente, amenazó con convocar el parlamento antes de Navidad, y hacer adoptar un bill que, privando a la Compañía de todo poder político, la obligase á no ocuparse, como en otro tiempo, sino en el comercio de la seda y el té. En tal peligro Macleane creyó que debia presentar la dimision de que era depositario. Habia defendido con el mayor celo la causa de su amigo; pero temió que la cámara de los Comunes le procesase, y estimó prudente proporcionarle un seguro y honroso retiro. Esta dimision era irregular en la forma; pero los directores, no parándose á pensar mucho, la aceptaron apresuradamente, y enviaron al general Clavering, decano del consejo, la órden de ejercer las funciones de gobernador general hasta la llegada de Wheler, sucesor designado.

Entre tanto habian acontecido grandes cambios en Bengala. Monson murió y no contando ya el consejo sino cuatro individuos, la mayoría pertenecia de hecho al gobernador, el cual, sostenido por Barwell contra Clavering y Francis, tenia voto decisivo en caso de discordia. Así, pues, Hastings, privado por dos años de todo poder é influencia, llegó á ser dueño absoluto del gobierno, y usando represalias contra sus adversarios, revocó sus providencias y destituyó á las personas colocadas por ellos. Al mismo tiempo empezaba á meditar vastas conquistas que otros debian llevar á cabo mas adelante. De repente sabe que no es ya gobernador, que se ha aceptado su dimision, que Wheler está para llegar y que entre tanto Clavering debe ocupar su puesto. Si entonces hubiese vivido Monson, Hastings se habria retirado quizá sin resistencia; pero dueño de la India britanica, no quiso deponer su regia autoridad. Negó que hubiese enviado á nadie su dimision; sostuvo que, siendo nulo el documento presentado por Macleane, nulos eran los actos de la Compañía á él consiguientes. Como él mismo afirmó despues, quizá, á pesar de todo, hubiera obedecido las órdenes de la Compañía, si la imprudencia de sus enemigos no le hubiese suministrado ventajas de que supo aprovecharse hábilmente. El general, le envió á pedir las llaves del Fuerte y del Tesoro, se apoderó de los archivos y conferenció con Francis Hastings ayudado siempre de Barwell, echó mano de dos recursos que le aseguraron la victoria. Resuelto á emplear la fuerza, si era necesario, advirtió á los oficiales de la guarnicion del Fuerte Williams y de los demás de aquellos alrededores, que no obedecieran mas órdenes que las suyas. Al propio tiempo propuso a sus enemigos someter la cuestion al tribunal supremo, y conformarse con la decision de este. ¿Quién no habria de acceder á ello? Despues de algunas escusas, Clavering y Francis consintieron. El tribunal declaró que la dimision era nula, y que Hastings continuaba de gobernador general. Nadie hubiera osado tomar la defensa de un gobierno, calificado de usurpador por los jueces; por tanto, Clavering y Francis tuvieron que someterse á esta decision del tribunal.

En el intermedio recibió Hastings la noticia de que, despues de un proceso de muchos años, los tribunales de Franconia habian pronunciado por último el divorcio de Imhoff y su mujer. El baron marchó de Calcuta, llevando con qué comprar una buena hacienda en Sajonia, y su mujer se convirtió pronto en mistress Hastings. Hubo grandes fiestas, á que fueron convidados todos los ingleses residentes en Calcuta, sin atender á opiniones ni partidos. Clavering, enfermo física y moralmente, se negó al principio a asistir á la fiesta del gobernador; pero Hastings fué en persona á buscarle, y atravesó como triunfador por todas las salas con su vencido rival. Era demasiado para el temperamento de Clavering, que los pesares y las enfermedades tenian tan gastado, y así, á los pocos dias murió.

Wheler que, en vez de ser gobernador general, se veia reducido á un puesto de consejero, opinó casi siempre con Francis; pero el voto de Barwell y su preponderancia, en caso de divergencia, conservaron á Hastings la autoridad. Por el mismo tiempo el tribunal de los directores y el ministerio mudaron de parecer respecto al gobernador general; y habiendo espirado el plazo de cinco años fijado por el *Regulating act*, le reeligieron de comun acuerdo, por necesitar del talento, de la esperiencia y del valor de su enemigo.

El peligro era grande. Las faltas de un ministerio insensato impelian a Inglaterra hácia un abismo, cuyo borde tocaba ya. En América, millones de ingleses se habian sublevado contra la madre patria, á la que amaban poco tiempo antes tanto como los habitantes de los condados de Norfolk y de Leicester. Las grandes potencias de Europa espiaban la ocasion de vengarse solemnemente de las derrotas y de las humillaciones pasadas. Se acercaba el dia en que Inglaterra, en guerra con sus antiguas colonias perdidas para siempre, amenazada de mas cerca por la descontenta Irlanda, iba á tener que luchar con Francia, España, Holanda y la neutralidad armada del Báltico; en que se pondria en duda su supremacía marítima, dominando escuadras enemigas el Estrecho de Gibraltar y el golfo Mejicano, y bastando apenas la bandera británica para proteger el Canal de la Mancha. No obstante las faltas cometidas por Hastings, Inglaterra debió congratularse de que en aquella época, la mas peligrosa quizá de cuantas ha atravesado, ejerciese una autoridad absoluta en las posesiones indias.

No era de temer que Bengala fuese atacada por mar; pero sí que las potencias europeas

enemigas de Inglaterra, se ligasen con los indígenas, proveyéndoles de tropas, armas, municiones, y atacasen las posesiones inglesas por tierra. Los Maratas daban sobre todo qué pensar al gobernador. Este pueblo singular se habia establecido antes en la cadena montuosa que flanquea la costa occidental de la India; despues, bajo el reinado de Aurengzeb, invadió, con el gran Sevadye su rey, las posesiones de los ricos y pacíficos vecinos. Enérgicos, fieros y perspicaces, los Maratas ocuparon pronto el primer puesto entre las nuevas potencias que surgieron de las ruinas de la antigua monarquía. Ladrones al principio, y luego conquistadores, se apoderaron de la mitad de las provincias del imperio: bandidos, tomados de las últimas castas se encontraron de improviso convertidos en poderosos radjas.

Toda la India estaba entonces sometida á un doble gobierno, y en todas partes el título y la autoridad se hallaban divididos. Los nabab musulmanes, que habian adquirido un poder absoluto, el visir de Uda y el nizam de Idrabad eran aun vireyes de la casa de Tamerlan. Los Estados maratas, aunque en realidad independientes, pretendian no ser mas que principados de un mismo imperio, y se sometian ó de palabra ó con ceremonias á la supremacía del heredero de Sevadye, rey ocioso, encerrado en una cárcel de Estado en Sactara, y á la de su peschua ó mayordomo, magistrado hereditario de Punah, cuya autoridad se estendia a las vastas provincias de Arungabad y Bedyapore. Algunos meses despues de haberse declarado la guerra en Europa, Hastings oyó con cierto terror que habia llegado á Punah un aventurero francés, tenido por hombre de importancia. Segun las voces que corrian por Calcuta, se le habian hecho los mayores honores; llevaba para el peschua cartas y regalos de Luis XVI, y se habia celebrado ya entre los Maratas y la Francia un tratado, en perjuicio de Inglaterra. En atencion á que parte del país se mostraba favorable á un rival del peschua, Hastings decidió sostener la causa del pretendiente, enviar un ejército á la península índica, y formar alianza con el jefe de la casa de Bonsla que gobernaba como príncipe absoluto el Berar y que no cedia en poder y autoridad á ninguno de los príncipes maratas. El ejército estaba ya en marcha y se proseguian con ardor las negociaciones, cuando Hastings supo por el cónsul inglés del Cairo que la guerra habia sido proclamada al mismo tiempo en Paris y en Lóndres. El gobernador general, sin perder un instante, tomó todas las providencias que el caso requeria; se apoderó de los establecimientos franceses de Bengala; mandó á las tropas de Madras que ocupasen a Pondichery; fortificó los alrededores de Calcuta, para impedir a un ejército enemigo acercársele; defendió con un fuerte marítimo las orillas del rio; levantó nueve batallones de cipayos y formó un cuerpo de artillería indígena con los restos de los valerosos Lascar del golfo de Bengala. Hecho esto, declaró segura de todo ataque la presidencia, con tal que los Maratas no se uniesen á las tropas francesas para destruirla.

La espedicion á la península occidental no fue feliz al principio. El general que la dirigia obraba con lentitud; las autoridades de Bombay cometieron graves errores; pero el gobernador general perseveró. Un nuevo general reparó las faltas de su antecesor; algunos felices encuentros hicieron brillar la gloria británica en paises donde hasta entonces no se habia desplegado ninguna bandera europea. Si un peligro imprevisto y formidable no hubiese obligado á Hastings á cambiar de política, hubiera procedido inmediatamente á realizar sus proyectos de reunir el imperio de los Maratas á las posesiones de la Compañía.

Las autoridades inglesas nombraron comandante de las tropas de la India é indivíduo del consejo, á uno de los mas ilustres guerreros de la época, y que habia contribuido á fundar el imperio inglés en aquellas apartadas comarcas; pero desde la batalla de Wandewasle y la toma de Pondichery, habian trascurrido veinte años y sir Eyre Coote no poseia ya la actividad física ni la fuerza intelectual de su juventud; mas caprichoso y lento cada dia, amaba demasiado el dinero; y cuidaba mas de sus emolumentos que de sus deberes. No obstante esto, era uno de los mejores oficiales del ejército; entre los soldados indígenas su nombre producia un efecto mágico; su influencia no tenia igual. Coote no fue siempre, como Barwell, del dictámen del gobernador; pero tampoco le hizo una oposicion sistemática; y en la mayor parte de las cuestiones sometidas al consejo, sostuvo la opinion de Hastings, el cual, con sus solícitas atenciones, y sobre todo con su exorbitante liberalidad se esforzaba en satisfacer las pasiones del veterano guerrero.

Por aquel tiempo una general reconciliacion pareció deber poner fin á las discordias intestinas que hacia años debilitaban y deshonraban el gobierno de Bengala. Hastings y Francis, inducidos por los peligros del imperio, olvidaron sus enemistades particulares y se ligaron sinceramente para trabajar en beneficio comun. Coote no habia sido nunca hombre de partido: Wheler estaba cansado de las luchas de las facciones: Barwell, dueño de inmensos tesoros, á pesar de sus promesas de no dejar á Calcuta mientras sus servicios fuesen necesarios al gobernador, deseaba volver á Inglaterra, y ponía el mayor empeño en la realizacion de un arreglo que le dejaria libre. Los dos partidos convinieron en que Francis renunciase á toda clase de oposicion, y en que Hastings hiciese partícipes á los amigos de aquel de los honores y empleos públicos. Durante algunos meses reinó en el consejo una aparente armonia.

Era necesaria, pues amenazaban á Bengala calamidades interiores mas formidables que la misma guerra. Los autores del *Regulating act* de 1773 habian establecido dos poderes independientes; el judicial y el político; pero (descuido escandalosamente comun a todos los legisladores de la Gran Bretaña) no fijaron los límites. Los jueces queriendo aprovechar este silencio de la ley, resolvieron apropiarse la autoridad suprema, no solo en Calcuta, sino en todo el inmenso

territorio sometido á la presidencia del Fuerte Willian. La justicia inglesa, á pesar de todas las reformas modernas, es aun demasiado lenta y costosa; sin embargo, en Inglaterra se está acostumbrado á sus menos soportables inconvenientes; y aunque escitan quejas, aquellos males no causan tanto horror y espanto como un mal menos grande pero nuevo. No sucede asi en la India. Trasladada á aquel suelo la justicia, por razones fáciles de comprender, se hizo cien veces mas lenta y dispendiosa. Añádase que, ofendiendo todos los sentimientos, chocó contra todas las preocupaciones; el honor, la religion, la modestia femenil se opusieron sucesivamente á esta innovacion. Empezó entonces una época de terror; terror aumentado por una inquietud misteriosa; pues los males que los Indios sufrian eran menos horribles que los que esperaban. Nadie sabia lo que debia temer de aquel estraño tribunal. Traido del otro lado del agua negra (como los Indios llamaban el mar), se componia de jueces que no hablaban la lengua del país, que no conocian los usos y costumbres de los millones de hombres sobre quienes iban á ejercer ilimitada autoridad. Sus archivos estaban escritos en caracteres desconocidos; las sentencias se pronunciaban en un idioma ininteligible. Habíase rodeado de un ejército formado de la hez de los indígenas, de delatores, testigos falsos, trapaceros, procuradores y principalmente de esbirros que no respetaban nada, ni aun las inviolables habitaciones de las mujeres. Una invasion de Maratas no habia causado nunca tanto espanto, como esta de los legistas ingleses. Las injusticias de los antiguos opresores asiáticos y europeos parecian beneficios comparadas con la justicia del tribunal supremo. En vano todas las clases protestaron contra tan horrible opresion; los jueces permanecieron inflexibles. Sesenta años, y la virtud y la prudencia de los eminentes magistrados que se sucedieron en tan largo período, no lograron borrar de la mente de los Bengaleses aquellos fatales dias.

Respecto de la enunciada cuestion, los indíviduos del consejo estaban conformes. Hastings habia obsequiado á los jueces, y los habia hallado útiles instrumentos; pero no queria que llegasen á ser los amos ni de la India. Dotado de entendimiento vasto y elevado, conociendo mejor que nadie el carácter de los indígenas, vió que el sistema del tribunal supremo era el deshonor del gobierno y la ruina del pueblo, y decidió combatirlo. Asi los lazos que le unian á Impey se aflojaron por algun tiempo; el gobierno se colocó entre la nacion y el inícuo tribunal que la oprimia. Entonces el juez superior se escedió. El gobernador general y los individuos del consejo recibieron órden de comparecer ante los jueces del rey para dar cuenta de sus actos públicos. Hastings irritado, en vez de obedecer, mandó poner en libertad á las personas injustamente presas por el tribunal, y se dispuso á usar, si era preciso, hasta de la fuerza contra las insolentes tentativas de los esbirros del jerife. Meditaba, sin embargo, la manera de evitar el acudir á las armas. Sabia que Impey continuaba siendo venal y le compró. El parlamento habia nombrado á Impey juez independiente del gobierno de Bengala, con el sueldo anual de 8,000 libras esterlinas: Hastings le propuso ser juez de la Compañía, removible á beneplácito del gobierno de Bengala, ofreciéndole 16,000 libras en lugar de 8,000, con tal que renunciase á las ambiciosas pretensiones del tribunal. Celebróse el contrato, Bengala se salvó, no hubo guerra civil, y el gran juez quedó rico y tranquilo, pero sin honra. Otros han reprobado severamente en esta parte al gobernador general, no yo. Es, en verdad, deplorable el partido á que le redujo la necesidad; pero ¿tenia él la culpa? ¿En vez de comprar un juez venal, permaneceria impasible espectador de todas las atrocidades cometidas á su vista, ó acudiria á la guerra civil para detenerlas? ¿Cuando un misionero paga á un corsario el rescate de sus prisiones, inducido de los deberes de hombre y de cristiano, no seria absurdo acusarle de haber corrompido la virtud del pirata?

Francis se opuso á este contrato, por aversion personal á Impey, posponiendo sin vacilar el interés general y prefiriendo entregar á Bengala en manos de sus opresores, á libertarla enriqueciéndolos. Tenia, además, otros motivos de oponerse á los designios del gobernador. La paz que se habian obligado recíprocamente á mantener, duró solo algunos meses, y en esta breve tregua creció su odio recíproco y estalló al fin. Hastings acusó públicamente á Francis de haberle engañado. «No me fio (dijo ante el consejo), de la palabra de Francis, porque es capaz de violarla. Juzgo de su conducta pública por la privada, que he encontrado sin honor y desleal.» Levantada la sesion, Francis desafió al gobernador general, que aceptó el reto. Los dos campeones tiraron al mismo tiempo, y la bala de Hastings pasó á Francis de parte á parte; pero el golpe, aunque gravísimo, no fue mortal. Hastings se informó muchas veces de la herida de su enemigo y aun manifestó deseos de ir á visitarle; pero Francis se negó á recibirle, no debiendo volver á verse sino en la sala del consejo.

Poco despues se conoció el horrible peligro á que habia espuesto el gobernador general el país, esponiéndose á sí mismo, pues si Hastings no hubiese estado al frente de los negocios en los años de 1780 y 81 hubieran sido tan funestos á las posesiones inglesas de Asia, como fueron á las de América.

Los Maratas escitaban principalmente los temores del gobernador general. Sus disposiciones para abatir el poder de aquellos se frustraron al principio, como ya se ha visto, por los errores de los capitanes del ejército y de las autoridades de Bombay; pero su perseverancia y habilidad iban al fin á triunfar, cuando un peligro mas formidable vino á amenazarle en país lejano.

Treinta años antes, un soldado musulman habia empezado a señalarse en las guerras de la India meridional. De educacion descuidada, y orígen oscuro, probó, apenas se puso al frente de un cuerpo de tropas, que habia nacido para vencer y mandar. Entre los muchos jefes que se disputaban los trozos de la India, ninguno le igualaba como capitan y como hombre de Estado. Llegó á ser general, luego príncipe: de los

fragmentos de los antiguos principados formó un imperio grande, compacto, poderoso y lo gobernó con la habilidad, con el rigor, con la vigilancia de Luis XI. Licencioso en los placeres, implacable en los ódios, comprendia sin embargo que la prosperidad de los súbditos da mas fuerza al gobierno. Fue tirano; pero tuvo el mérito de proteger á sus súbiditos contra toda otra opresion. Avanzado ya en años, conservaba la mente lúcida y los sentimientos elevados como en el vigor de su edad. Tal era el grande Hyder Alí, fundador del reino musulman de Misur, uno de los mas terribles enemigos que encontraron los Ingleses en la India. Si Hastings hubiese sido gobernador de Madrás, hubiera asegurado la neutralidad del soberano del Misur ó emprendido con él una lucha desesperada. Desgraciadamente las autoridades inglesas de aquella parte de la India provocaron á su poderoso vecino antes de poseer los medios de resistirle. Inmediatamente un ejército de noventa mil hombres, muy superior por su valor y disciplina á las demás tropas del país, bajó de lo alto de aquellos collados y de los espesos valles que, regados por torrentes y cubiertos de pantanos, descienden de la planicie del Misur hasta las llanuras del Carnático. Este grande ejército tenia cien cañones y le mandaban oficiales franceses, educados en las mejores escuelas militares de Europa.

La victoria sigue los pasos de Hyder. Al acercarse él, los cipayos de muchas guarniciones inglesas toman las armas; casi todas las fortalezas se le entregan, ó por traicion ó por miedo. En pocos dias el país situado al Norte del Colerun es suyo. Los Ingleses residentes en Madrás podian ver de noche, al Oriente de la cumbre del monte de Santo Tomás, el reflejo del incendio que devastaba un inmenso país. Sus blancas quintas, rodeadas de tulipíferos, donde por las noches iban á respirar el ambiente marino, yacian abandonadas, pues los terribles ginetes de Misur, se adelantaban, llevando las devastaciones y saqueos hasta las puertas de la ciudad. Ni la misma ciudad estaba segura; y los mercaderes y empleados públicos se apresuraban á ponerse en salvo, detrás de los cañones del fuerte de San Jorge.

Las tropas inglesas reunidas á la sazon en aquella parte de la India, podian bastar sin duda a defender la presidencia y rechazar al enemigo á las montañas. Sir Hector Monro mandaba fuerzas considerables; Baillie avanzaba al frente de otro importante cuerpo. Unidos hubieran podido ser formidables hasta para un enemigo como Hyder; pero desgraciadamente dilataron su union; y atacados uno despues de otro, su derrota fue completa. Tres semanas despues de rotas las hostilidades, el imperio británico de la India meridional parecia amenazado de los mas graves peligros. Quedaban pocas fortalezas. La fortuna parecia abandonar las armas inglesas, y se esperaba dentro de poco tiempo una grande espedicion francesa en la costa de Coromandel. Inglaterra, circuida y estrechada donde quiera por enemigos, no podia pensar en proteger tan remotas comarcas.

Entonces el génio fecundo y el valor tranquilo de Hastings, alcanzaron el mayor triunfo. Un barquichuelo, impelido por el monzon del Sud-Oeste, llevó en pocos dias á Calcuta tan infaustas nuevas. Veinticuatro horas despues ya el gobernador habia concebido y fijado su plan de campaña. La lucha con Hyder era de vida ó muerte; los demás intereses carecian de importancia, al lado de la conservacion del Carnático. Posponiendo, pues, todo á esto, hizo la paz con los Maratas y envió inmediatamente á Madrás tropas y dinero. Pero estas disposiciones, por oportunas que fuesen, eran insuficientes si el mando del ejército no se confiaba á un general mas hábil. El tiempo urgia: Hastings, sin pararse en miramientos, depuso al inepto gobernador del fuerte de San Jorge, y envió á sir Eyre Coote contra Hyder, con la plena administracion de la guerra. A pesar de la inesperada oposicion de Francis, que habia vuelto á ocupar su puesto en el consejo, este aprobó la política sábia y vigorosa del gobernador general. Los refuerzos llegaron á tiempo. Coote, gastado por la edad y las enfermedades, no era el Coote de Wandewasle, pero era todavía un general hábil y valiente, Hyder se vió de improviso detenido en medio de su triunfal carrera, y á los pocos meses la importante victoria de Puerto-Nuevo restituyó el perdido honor á las armas británicas.

En este intermedio Francis volvió á Inglaterra, y Hastings desde entonces no tuvo ya que temer oposicion alguna por parte de sus colegas. El buen éxito de la última guerra aumentó su gloria y su influjo. Parecia deber gozar ya en paz aquella autoridad tan disputada, y con tanto trabajo adquirida; pero nuevos obstáculos turbaron de repente su reposo. El tesoro estaba otra vez exhausto, y era preciso, sin embargo, subvenir á todos los gastos del gobierno de Bengala, sostener en el Carnático una guerra costosísima contra indígenas y Europeos, y enviar sumas enormes á Inglaterra. En circunstancias análogas habia sabido reunir dinero, saqueando el Mogol y vendiendo á los Rohilla; los recursos de su entendimiento no se habian agotado aun.

Al principio puso los ojos en Benarés, ciudad contada entre las mas ilustres del Asia por sus riquezas, poblacion, fama y santidad. Se decia que medio millon de habitantes circulaba en aquel laberinto de calles estrechas, con sus altas casas adornadas de minaretes y de balcones esculpidos, por donde los sagrados génios trepaban á centenares. El viajero podia con dificultad abrirse paso al través de la multitud de devotos de mendigos y de bueyes no menos sagrados. Las anchas escaleras estaban todo el dia pisadas por un vasto enjambre de seres humanos que bajan á bañarse á orillas del Ganges. Todos los meses, millares de indios iban á morir allí, persuadidos de que un feliz destino esperaba despues de la muerte á aquellos que pasasen de la santa ciudad al rio santo.

Los estranjeros frecuentaban la gran metrópoli por motivos ajenos á la supersticion. Surcaban las aguas del venerable rio, flotas cargadas de ricas mercancías. Los telares de Benarés fabricaban esas sedas finas y mórbidas que des-

lumbraban luego en los bailes de San-James y del Petit-Trianon: los bazares desplegaban profusamente á los atónitos ojos de los compradores las muselinas de Bengala, las cimitarras de Uda, las joyas de Golconda y los chales de Cachemira. Esta rica capital, y todo el país circunvecino, habia estado largo tiempo bajo el inmediato dominio de un príncipe indio, á quien el emperador consideraba como vasallo. En la época de la grande anarquía, los soberanos de Benarés se declararon independientes de la córte de Dehli; pero no tardaron en verse sujetos á la autoridad del nabab de Uda. Oprimidos por aquel formidable vecino, invocaron la proteccion de los Ingleses; y la Compañía, al concedérsela, obtuvo del nabab visir, que le cediese mediante un solemne tratado, sus derechos sobre Benarés. Desde aquel dia el radja, convertido en vasallo del gobierno de Bengala, reconoció su supremacía y pagó un tributo anual á las autoridades del Fuerte William. El príncipe reinante Scheite Sing, habia observado puntualmente las obligaciones contraidas por sus antecesores.

A la caida de la casa de Tamerlan hallóse la India en el mismo estado que la Europa al disolverse el imperio carlovingio. Las palabras *derecho constitucional* ó *derecho público*, no podian tener allí significado alguno; la reciente ocupacion era el único título que alegaban los gobiernos; la soberanía verdadera estaba completamente separada en todas las provincias de la soberanía nominal. Desde el Himalaya hasta Misur, ningun príncipe lo era al mismo tiempo *de facto* y *de jure*; ninguno poseia juntamente los medios de hacerse temer de vecinos y de súbditos, y la autoridad moral que proviene de la ley y de una larga posesion. La sociedad antigua habia sido destruida y la nueva no se habia formado aun tiempo de transicion, de obscuridad, de desórden.

Hastings vió el ventajoso partido que podia sacar de tal situacion de cosas, un hombre de Estado tan hábil y poco escrupuloso como él. En todas las cuestiones internacionales podia elegir estre el hecho y el derecho, debiendo siempre, ó sostener las pretensiones que le pluguiese hacer valer ó rechazar las reclamaciones de sus adversarios. Sin duda los otros gobiernes podian tambien emplear en su favor los mismos sofismas; pero en las cuestiones de los soberanos ó de los pueblos, los sofismas no valen sino en cuanto se apoyan en un ejército.

Hastings por lo demás, obraba siempre segun aquel principio tiránico: «el derecho del mas fuerte es siempre el mejor.» El gebierno inglés, como que era el mas fuerte en la India, podia, pues, hacer lo que mejor le acomodase.

Al principio habia convenido al gobierno inglés tratar á Scheite Sing como príncipe soberano: á la sazon, queriendo sacarle dinero, le convenia tratarle como súbdito. Un gobernador menos hábil que Hastings, hubiera podido hallar fácilmente, en aquel caos general de leyes y de costumbres, argumentos á favor de todas las determinaciones posibles. Scheite Sing tenia inmensas rentas y pasaba por haber acumulado un tesoro. Hastings necesitaba sumas considerables. Ademas Scheite Sing pidió una vez auxilio á Francia y á Clavering; y Hastings, que perdonaba con dificultad una injuria, queria que la suerte de Scheite Sing sirviese de leccion á los príncipes vecinos. Estas dos razones principales le parecieron mas que suficientes para justificar su conducta. En 1778, cuando estalló la guerra entre Francia é Inglaterra, el radja de Benarés recibió órden de pagar, ademas del tributo anual, una contribucion estraordinaria de 50,000 libras; al año siguiente soportó la misma necesidad; pero habiéndosele hecho la misma peticion en 1780, ofreció al gobernador general 20,000, libras con tal que no exigiese aquel impuesto exorbitante. Hastings aceptó esta suma y sus enemigos supusieron que tenia intencion de guardarla para sí. La verdad es, que por algun tiempo nada dijo de este secreto tratado al consejo de Bengala ni á los directores de la Compañía; silencio que no esplicó nunca de un modo satisfactorio. Sin embargo, habiéndole determinado un motivo desconocido á resistir á la tentacion, depositó en el tesoro del Estado las 20,000 libras recibidas, é intimó al radja que satisficiese inmediatamente las reclamaciones del gobierno inglés. El radja, segun costumbre de los suyos, usó de astucias, suplicó, se quejó de su pobreza; y Hastings le impuso una multa de 10,000 libras por la tardanza, y envió tropas para exigir el impuesto que se resistian á pagarle.

Finalmente, Scheite Sing consintió en lo que se le exigia; y sin embargo, Hastings no se mostró aun satisfecho. Los últimos acontecimientos de la India meridional habian aumentado los apuros rentísticos de la Compañía, y Hastings decidió despojar de todo al radja de Benarés. Mas para poder tratar de culpado á su poderoso vasallo, necesitaba un pretesto; y el sistema que adoptó á fin de obtenerlo, fué obligarle con escesivas exigencias á una negativa, y castigarle por ello confiscándole los bienes. En vano Scheite Sing le ofreció 200,000 libras esterlinas; Hastings queria medio millon; y mientras reclamaba imperiosamente el pago de esta suma, pensaba ya en vender el distrito de Benarés á Uda, como habia vendido antes á Allahabad y Rohilcund. Semejante contrato no podia celebrarse sino en el mismo Benarés, por lo cual se determinó á trasladarse á dicho punto. Scheite Sing acogió á su poderoso señor con todos los honores posibles; le salió á recibir con sus guardias á la distancia de sesenta millas; se mostró pesaroso y arrepentido de haberle causado el menor disgusto; hasta se quitó de la cabeza el turbante, colocándole sobre las rodillas de su huésped; señal en la India de la mas profunda sumision del mas humilde homenaje. Hastings observó por el contrario, una fria y repugnante severidad; y á penas llegó á Benarés, manifestó al radja las exigencias del gobierno de Bengala. El radja trató de justificarse de las acusaciones que se le hacian; pero Hastings, que queria dinero no escusas, no se dejó sorprender por los amaños ordinarios de la diplomacia oriental; y mandando prender al radja, le entregó á dos compañías de cipayos para que le custodiasen.

Hizo mal, y no tardó en conocerlo. Hastings ignoraba sin duda, que los Indios de las provin-

cias superiores, en nada semejantes á los Bengaleses, son robustos y valientes. El radja era amado de sus súbditos; las preocupaciones nacionales y religiosas, tan generales en la India contra los Ingleses, ejercian una influencia particular sobre la metrópoli de la supersticion bramínica. En pocos instantes, las calles vecinas al palacio, se vieron llenas de una multitud armada; el tumulto se convirtió en refriega y la refriega en mortandad. Los oficiales ingleses se defendieron desesperadamente de aquella muchedumbre furiosa que se aumentaba sin cesar, y murieron combatiendo como héroes. Los Cipayos fueron degollados, las puertas del palacio derribadas. El preso, abandonado por sus carceleros durante el combate, descubrió una puerta que daba á la orilla del Ganges; y formándose una cuerda con los turbantes de sus criados, bajó hasta el borde del rio y embarcándose en una falúa, llegó salvo á la orilla opuesta.

Una imprudente violencia habia colocado á Hastings en difícil y peligrosa situacion; pero su acostumbrada habilidad y prontitud le sacó de ella. Ayudado solo de cincuenta de los suyos, y atacado por todas partes por los insurrectos, conservó sin embargo su natural firmeza. El radja, escusándose de su fuga, le hizo liberales promesas; pero ni aun se dignó responderle. Algunos hombres astutos y valerosos se encargaron de llevar á los alojamientos ingleses la noticia de lo acaecido. Los Indios acostumbran llevar grandes pendientes de oro, y cuando viajan se los quitan por temor á los ladrones, sustituyendo en su lugar pequeños rollos de papel, para impedir que la abertura se cierre. Hastings puso varias cartas en las orejas de aquellos mensajeros, dirigidas las mas de ellas á jefes de las tropas inglesas; en una calmaba las inquietudes de su mujer; en otra daba instrucciones al enviado que negociaba la paz con los Maratas. Desde aquel palacio, donde estaba asediado por una multitud furiosa, Hastings dirigia todos los negocios del Estado, con la misma frialdad que si estuviese sentado pacíficamente en su escritorio de Calcuta.

Pero los peligros que le amenazaban eran mayores cada dia. Uno de sus oficiales, mas valeroso que prudente, deseando distinguirse con un hecho brillante, atacó antes de tiempo á los insurrectos, apostados en la otra orilla del rió. Sus soldados rechazados hácia estrechos desfiladeros, perecieron casi todos, y él mismo cayó víctima de su temeridad. Este accidente produjo l efecto que causaban siempre en la India los desastres de los Europeos. Manifestóse de improviso estraordinaria agitacion en el circuito de cien millas. Toda la poblacion tomó las armas en el distrito de Benarés, y los campesinos, abandonando sus trabajos, corrieron á defender al príncipe. El contagio se comunicó á Uda. Los infelices habitantes de aquella provincia, insurreccionándose contra el nabab-visir, se negaron á pagar los impuestos y espulsaron á los recaudadores. Tambien el Behar parecia á punto de rebelarse. Scheite Sing, empezó á alimentar esperanzas de triunfo; y lejos de implorar humildemente el perdon de Hastings, habló como conquistador, amenazando, segun dicen, á los usurpadores blancos, con arrojarlos á todos de la India. Pero las tropas inglesas llegaban con afan y estraordinario entusiasmo, en auxilio de su gobernador general. Los mandaba el mayor Popham, valiente militar, que se habia señalado en la guerra de los Maratas. El ejército indisciplinado del radja, fue vencido desde el primer encuentro. En pocas horas, treinta mil soldados dejaron las banderas, y volvieron á sus faenas de costumbre. El infeliz príncipe salió del país para no volver mas á él, y desde aquel dia su hermoso reino se incorporó á las posesiones británicas. Es verdad que uno de sus parientes recibió el título de radja; pero como el nabab de Bengala, no debia ser mas que un simple pensionado.

Esta revolucion añadió 200,000 libras esterlinas á la renta anual de la Compañía; pero por entonces no produjo las ventajas que se esperaban: el tesoro de Scheite Sing, que se creia importaba 1.000,000, no subia mas que á 250,000 libras esterlinas, y el gobernador general se vió obligado á distribuirlo todo al ejército.

El éxito de la espedicion de Benarés, hizo á Hastings mas exigente respecto de Uda, que se hallaba en iguales circunstancias. Sudya-Dulah habia muerto hacia tiempo. Su hijo sucesor Asaf-al-Dulah, el mas débil y vicioso príncipe de Oriente, descendió poco á poco de soberano independiente á vasallo de la Compañía. Para librarse de los ataques de los vecinos que despreciaban su cobardía, ó de la venganza de sus súbditos que detestaban su tiranía, invocó el socorro de una brigada de tropas inglesas, obligándose á pagarlas, vestirlas y mantenerlas. Desde entonces perdió la independencia, y en vano trató de reparar el yerro cometido. Hastings se negó á retirar las tropas, so pretesto de que Uda, en ese caso, entregada á la anarquía, seria presa de los Maratas. Proponíase, por lo demás, trasladarse pronto á Luknow, para arreglar este asunto con Asaf-al-Dulah; pero el nabab-visir salió con una corta comitiva á recibir al gobernador general, y se abocaron en una fortaleza sobre la cúspide de las escarpadas rocas de Chunar, que domina las aguas del Ganges. Al principio pareció imposible que se entendiesen. Hastings reclamaba nuevos tributos; Asaf-al-Dulah pedia la condonacion de las antiguas deudas; y ninguno de los dos queria renunciar á sus pretensiones. Se arreglaron, sin embargo, habiendo encontrado un medio de restaurar al propio tiempo las rentas de Uda y de Bengala; medio sencillísimo, que consistia en despojar á un tercero, y este tercero era la madre de uno de los ladrones.

La madre del último nabab, y su viuda, madre del nabab reinante, llevaban el título de *begum* ó princesas de Uda. Habian ejercido grande influjo en el ánimo de Sudya Dulah, que les legó al morir sus inmensas rentas, y su tesoro estimado en 3.000,000. Continuaron habitando su palacio favorito de Fyzabad, mientras que Asaf-al-Dulah tenia su córte en Luknow, ciudad fabricada por él á orillas del Gumti, y adornada de mezquitas y colegios.

Asaf-al-Dulah habia sacado ya otras veces considerables sumas á su madre. Asustada por sus amenazas, la begum invocó el auxilio del gobierno inglés, que se apresuró á interponerse. Un tratado solemne puso fin á aquella disputa de familia; la madre se obligó á pagar anualmente una determinada suma á su hijo; y este, por su parte, ofreció no atacar los derechos de su madre; el gobierno de Bengala salió fiador de la ejecucion del tratado. Pero ahora los tiempos eran otros. El gobernador, deseoso de dinero, olvidó su promesa, olvidó las ordinarias leyes de la humanidad y la justicia, y hasta la gran ley del amor filial, que aun entre los pueblos mas salvajes conserva cierta autoridad. La insurreccion de Benarés habia causado algunos disturbios en el país de Uda; se atribuyó la culpa á las princesas; y aunque no existian pruebas, Hastings y Asaf-al-Dulah, declararon confiscados en provecho de la Compañía, todos los bienes muebles é inmuebles de las begum, y el gobernador aceptó el producto de aquel vergonzoso latrocinio, en compensacion de las sumas que le debia el nabab-visir. Posteriormente Asaf-al-Dulah, afectado por las lágrimas de su madre y de su abuela, trató de enmendar lo hecho; pero Hastings fue inexorable. El nabab-visir ejecutó el tratado, protestando solemnemente que cedia solamente á la fuerza. Los bienes muebles fueron ocupados sin dificultad; mas para obtener el tesoro, hubo que usar de la violencia. Un piquete de soldados de la Compañía marchó á Fyzabad, y derribó las puertas del palacio. Las princesas, encerradas en su cuarto, rehusaban aun someterse, y es imposible recordar sin dolor y vergüenza los medios que se emplearon para obligarlas á entregar aquellos últimos restos de sus riquezas. Habia en Fyzabad dos eunucos, en quienes las begum tenian toda su confianza y que por lo tanto debian saber dónde estaba oculto el tesoro. Se prende á estos dos infelices viejos, se les conduce á Lucknow, se les carga de cadenas, se les niega el necesario alimento, y ya próximos á la muerte, se les lleva a respirar un poco de aire al jardin de su prision y allí los verdugos los aplican el tormento. Mientras se cometian estas atrocidades en Lucknow, no se pierde de vista á las princesas en su palacio de Fyzabad; los víveres les llegan tan escasos, que se ven expuestas á morir de hambre. Habiendo sacado á las prisioneras, con este trato, durante muchos meses, 1.200,000 libras esterlinas, Hastings empezó á creer exhausto realmente su tesoro é inútiles los rigores; por tanto los dos eunucos presos en Lucknow fueron puestos en libertad. Cuando se les quitaron las cadenas y se abrió la puerta de la cárcel, sus pálidos labios, las lágrimas que regaban sus descarnadas mejillas y las gracias que daban al Padre comun de los cristianos y los musulmanes, conmovieron hasta á los endurecidos soldados, testigos de aquel espectáculo.

No nos olvidemos de hacer á Sir Elias Impey la justicia que merece. Apenas supo lo que sucedia, corrió á Lucknow: varias personas le entregaron declaraciones juradas contra las begum, que él no leyó porque las mas estaban en persa y en indostánico, y no tenia intérprete. Se limitó á disponer que los acusadores prestasen juramento, sin dirigirles una sola pregunta, ni aun la de si conocian en realidad los hechos que afirmaban. En seguida se volvió apresuradamente á Calcuta. Segun su propia confesion no tenia derecho de juzgar á las begum ni pretendió tampoco juzgarlas; emprendió aquel largo viaje solo para sancionar irregularmente, pues regularmente era imposible, los delitos de aquellos que poco antes habian comprado sus servicios; y para que la masa confusa de declaraciones, cuyo valor no examinó ni siquiera leyó, adquiérese con la simple firma del juez superior de la India, la legalidad que le faltaba.

Acercábase el dia en que Impey debia ser despojado de la toga que ningun juez inglés habia deslustrado con tantas y tan vergonzosas manchas. Hacia algun tiempo que el parlamento se ocupaba sériamente en examinar el estado de la India. Al concluirse la guerra de América, dos comisiones nombradas por la cámara de los Comunes recibieron el encargo de inspeccionar todos los asuntos concernientes á aquella parte del imperio. Presidia una de ellas Edmundo Burke, y la otra Enrique Dundas. A pesar de las revoluciones de los últimos sesenta años, las relaciones hechas por estos comisionados á la cámara, contienen muchas noticias curiosas aun hoy é instructivas. No existia entonces ningun vínculo político entre la Compañía y los dos partidos que se disputaban el poder; por lo que no asistia á los ministros ninguna razon para defender los abusos cometidos en la India. Las relaciones de los dos comisionados produjeron profunda impresion. Despues de una viva discusion, la cámara, á propuesta de Dundas, decidió que la Compañía debia destituir á un gobernador general que tan indignamente habia tratado á los Indios y deshonrado el nombre britanico. Otra decision de aquel tiempo limitó la jurisdiccion del tribunal supremo: fue reprobado enérgica y severamente el contrato del juez superior con Hastings; finalmente se presentó una peticion al rey para que mandase que Impey volviese inmediatamente á Inglaterra á dar cuenta de su conducta.

El secretario de Estado destituyó á Impey; pero los propietarios de la India se negaron á ejecutar lo mismo con Hastings, declarando que la ley les concedia el derecho de nombrar ó destituir al gobernador general, y que no estaban obligados á obedecer las órdenes de un solo ramo de la legislatura, respecto á tal nombramiento ó destitucion.

Hastings, sostenido asi por la Compañía, permanecio al frente del gobierno de Bengala hasta la primavera de 1785. Su administracion, tan tempestuosa y llena de acontecimientos, concluyó en una calma casi perfecta. Los individuos del consejo no se oponian ya á su voluntad. La India gozaba de una paz universal. La guerra de los Maratas habia cesado; Hyder Alí habia muerto; se habia celebrado un convenio con su hijo Tippo y desembarazado al Carnático de las armas de Misur. Desde la conclusion de la guerra de América, Inglaterra no tenia ya enemigos ni rivales en los mares del Asia.

Cuando en febrero de 1785 se embarcó Has-

tings en Calcuta con direccion á Inglaterra, una muchedumbre inmensa llenaba ambos lados del camino desde el palacio del gobierno hasta el muelle del Hugli. Su nave bajó por el rio acompañada de una flotilla, sus mas queridos amigos no se despidieron de él hasta que las costas de Bengala se perdieron de vista, y cuando el práctico se disponia á abandonar el buque. Alejábase Hastings, sino sin conmocion, á lo menos sin dolor de aquel país, donde habia sido soberano diez y seis años. Satisfecha su ambicion y cumplida su mision, habia renunciado voluntariamente á la autoridad, sin que los ruegos de los Europeos y de los Asiáticos le hiciesen desistir de su propósito. Sentia la necesidad de respirar otra vez los aires nativos; iba á volver á ver y á comprar aquel Daylesford, donde queria concluir sus dias; iba á reunirse con su mujer que tanto amaba y que poco antes por el mal estado de su salud habia tenido que marchar á Inglaterra. La nave hiende rápidamente las holas del Occéano viento en popa; pero por feliz que sea la travesía tiene que ser larga hasta Plymouth. Dejemos, pues, al ilustre viajero distraerse del fastidio del viaje traduciendo en versos ingleses algunas odas de Horacio; y mientras dobla el Cabo, echemos una ojeada á los principales resultados de su administracion.

Hastings habia hecho importantes servicios á la patria. Inglaterra habia atravesado una crisis peligrosa, conservando apesar de todo su puesto entre las naciones europeas, y probando con su resistencia á sus enemigos, cuán grandes eran su valor y su fuerza. No obstante esto, el país gobernado por Hastings fue la única parte del mundo en que ganó en el terrible juego de la guerra. Reconoció la independencia de trece colonias, de hijos suyos; para calmar su justa efervescencia, concedió á los Irlandeses el derecho de darse leyes; en el Mediterráneo, en el golfo de Méjico, en la costa de Africa, en el continente americano tuvo que ceder los frutos de sus pasadas victorias, dejando que España se enseñorease de nuevo de Menorca y de la Florida, y Francia del Senegal, de Gorea y de varias islas de las Indias Occidentales. Al contrario en Asia, á pesar de los esfuerzos reunidos de los Europeos y de los indígenas, el poder de Inglaterra se aumentó, estendiéndose su influencia y ensanchándose sus posesiones. Glorioso resultado, debido á la capacidad y á la firmeza de Warren Hastings.

Por muchas y deshonrosas que sean las manchas que la deslustran, su administracion interior bastaria para colocar á Hastings entre los hombres mas eminentes de su país. Quitó el doble gobierno; puso en mano de los Ingleses la direccion de los negocios públicos; y llegó á establecer cierto órden en medio de la mas espantosa anarquía. Administracion, justicia, hacienda, ejército, todo fue creado y organizado por él. Esa máquina tan vasta y complicada que se llama gobierno, la construyó él desde los cimientos sin auxilio de nadie. No está completa; pero existe, sirve y el porvenir la perfeccionará. Nadie enseñó á Hastings la ciencia política. ¿Dónde recibió su segunda educacion? En una casa de banco. ¿Cómo pasó su juventud? En hacer cuentas y operaciones de comercio. No solo carece de la instruccion necesaria, sino que debe enseñar á los demás lo que él mismo ignora. Un ministro europeo cuando ocupa su destino se ve rodeado de una multitud de empleados de categorías diversas, depositarios de las tradiciones del gobierno. Hastings no tiene quien le aconseje, quien le guie, quien lo conforte. Despues de educarse á sí mismo, debe educar á los instrumentos que necesita en todas las partes de la administracion. Sus únicos auxiliares fueron la inteligencia y la voluntad.

Mientras él tiende directamente á su objeto, los directores de la Compañía le suscitan siempre nuevos obstáculos, á cada paso le detiene la mayoría de sus colegas; pero todo es en vano. Ataque ó defiéndase, triuhfa siempre, corre, vuela, llega: ha cumplido su mision; ha salvado el imperio de una formidable liga; ha fundado un gobierno. Ningun hombre de Estado de su vida política se ha visto sometido á pruebas mas duras; ninguno las ha soportado con mas valor. Se distinguia no por la dulzura sino por la calma. Nadie tuvo jamás inteligencia mas pronta y mas robusta; sin embargo, la paciencia con que soportó las mas crueles vejaciones, hasta encontrarles el remedio, se parece á la de los seres privados de inteligencia. Aunque sentia vivamente las injurias, y conservaba de ellas largo recuerdo, su cólera le arrastró tan raras veces á delinquir, que casi todas sus venganzas personales fueron actos de profunda política.

Gracias á esta singular serenidad, tenia á mano todos los recursos de su ingenio, uno de los mas fecundos que ha existido. Asi ninguna complicacion de peligros y de obstáculos le causaba la mas pequeña perplejidad. Aunque surgieron en derredor de él imprevistas y graves dificultades, halló inmediatamente el medio de superarlas. Estos medios, preciso es confesarlo, no eran siempre justos, honrados, humanos; pero casi nunca dejaban de dar en el blanco.

Ademas de esta facultad estraordinaria, Hastings poseía en grado eminente el talento, no menos indispensable en su posicion, de entablar y sostener una controversia política. Como un hombre de Estado debe necesariamente en Inglaterra saber hablar en público, asi debe en la India saber escribir. Entre todos los despachos dirigidos á la Compañía por sus muchos agentes, los mas notables son fuera de duda los de Hastings. En este particular nadie pudo rivalizar con él, v hasta el mismo Francis debió confesarlo. Ningun otro gobernador supo esponer mejor un asunto, oscurecer lo que era útil sustraer á las miradas, y aclarar lo que debia atraer la atencion. Su estilo, sin embargo, no está exento de defectos; generalmente enérgico, puro, limado, se convertia á menudo en ampuloso, y dos ó tres veces se levantó, ó mejor dicho, cayó en el estilo apasionado. Quizá la pasion de Hastings á la literatura persa contribuyó á corromper su gusto.

Dió juiciosos estímulos á las ciencias y á las letras. No llevó á la India los conocimientos del

Occidente, no enseñó á la juventud de Bengala á apreciar á Milton y á Adam-Smith, no sustituyó la geografía, la astronomía y la medicina de Europa á los errores de la superstician bramínica y á la ciencia imperfecta de los antiguos griegos trasmitida por los Arabes á los habitantes de las orillas del Ganges; mision reservada á un gobernador mas virtuoso que Hastings.

Sin embargo, este calculista, separado de sus libros de cuentas para ponerle de improviso á la cabeza de un inmenso imperio, oprimido por cuidados de todas clases, rodeado de otros hombres no menos activos, alejado miles de leguas de toda sociedad literaria, dió con el ejemplo y con la munificencia un grande impulso al saber. Conocia á fondo la literatura de los Persas y de los Arabes; y aunque ignorante del sanscrito, estimuló á los filólogos que enseñaron por primera vez esta lengua á la juventud europea, y fue, por decirlo asi el fundador de la Sociedad asiática. Este célebre cuerpo le nombró su primer presidente; pero él tenia demasiado juicio y modestia para aceptar, é hizo que se eligiese á sir Guillermo Jones. Hasta entonces los doctores bramínicos de Bengala se habian mostrado muy recelosos de todas las tentativas de los Europeos para penetrar los grandes misterios contenidos en el dialecto sagrado. Los mahometanos habian perseguido la religion; la conducta observada por los Portugueses les inducia á temer las persecuciones de los cristianos. Gracias á la prudencia y á la moderacion de Hastings, depusieron este legítimo temor. De todos los soberanos estranjeros, fue el primero que llegó á captarse la confianza de los sacerdotes hereditarios de la India, y que los decidió á revelar á los sabios ingleses los secretos de la antigua teogonía y jurisprudencia de los Bramanes.

En el grande arte de inspirar á poblaciones enteras sentimientos de confianza y de afecto, Hastings no ha tenido igual. Jefe de un pequeño ejército de estranjeros que ejercia una autoridad ilimitada sobre millones de indígenas, se hizo respetar y amar de los vencidos y de los vencedores, de aquellos innumerables rebaños de esclavos y del corto número de señores. Todos los empleados civiles le daban asiduas pruebas del ardor y la constancia de su adhesion. Los soldados le adoraban; y ningun ejército tributó jamás un culto igual á los mas ilustres generales que le guiaron á la victoria. Gozaba entre los naturales de un favor que pudieron merecer, pero que no obtuvieron otros gobernadores. Hablaba su lengua con facilidad y precision, conocia sus costumbres, comprendia sus sentimientos. Una ó dos veces la gravedad de las circunstancias, la importancia de los resultados necesarios, le decidieron á ponerse en abierta lucha con sus opiniones; pero entonces ganó mas en respeto que lo que perdió en amor. En general, evitaba con cuidado cuanto tendia á ofender las preocupaciones nacionales ó religiosas del país. Su administracion era bajo ciertos conceptos muy imperfecta y defectuosa; pero, al Bengalés debia necesariamente parecerle muy superior á aquellas con que la comparase. Las fuerzas inglesas protegian sus sembrados contra las invasiones anuales de los Maratas, de modo que nunca habia disfrutado mayor seguridad; los mas entrados en años no recordaban haber visto época mas próspera. Era la primera vez que en algunos siglos, el gobierno de aquellas ricas y desgraciadas comarcas habia sido bastante fuerte para aterrar á los ladrones que constantemente las asolaban, y bastante honrado para no saquearlos él mismo. Ademas, los incesantes triunfos de Hastings y el admirable talento con que vencia todas las dificultades, le conciliaban una admiracion supersticiosa: la régia magnificencia que ostentaba á veces, deslumbraba á aquellos pueblos, fáciles de seducir y de divertir, como niños. Aun hoy, despues de casi sesenta años, los habitantes de la India hablan de Hastings como del mas insigne genio de Inglaterra; y las madres, para dormir á sus niños, les cantan baladas populares, alusivas á los rápidos corceles y elefantes ricamente enjaezados de Sabid Waren Hostein.

No quiera Dios que yo trate de atenuar las grandes culpas de Hastings; mas para adaptar el castigo al delito ¿no es preciso atender al verdadero motivo que ha inducido á obrar al culpado? Consideradas en sí mismas, sus intenciones eran dignas de elogio. Si conculcó sin pudor ni remordimiento las reglas de la justicia, si sofocó en sí mismo los sentimientos de la humanidad, si violó la fe debida á los tratados, fue porque, respetando las leyes divinas y humanas, cediendo á los impulsos de su corazon, observando escrupulosamente la palabra dada, hubiera podido perjudicar los verdaderos intereses del Estado. No era ambicioso para sí, sino para el país; sacrificó su reputacion al engrandecimiento de Inglaterra. Repruébense los actos, pero respétense los motivos. Hastings no estaba ávido de dinero: si hubiese tenido este defecto, que sus enemigos le imputaron, habria sido á su vuelta á Inglaterra, el particular mas rico de Europa. Su mujer, menos escrupulosa, admitia los regalos con vergonzosa premura, y se formó, sin conocimiento de su marido, un tesoro privado; pero las riquezas que Hastings llevó á su patria, podia fácilmente haberlas reunido en tan largo espacio de tiempo con sus legítimas economías.

Despues de una travesía de cuatro meses, desembarcó Hastings en Plymouth en junio de 1785; y ya en Lóndres, se presentó en la córte, y fue á visitar á los directores en Leadenhall-street, retirándose en seguida con su mujer á Cheltenham. La acogida que recibió le dejó muy complacido. El rey le recibió con particular distincion: la reina se habia espuesto ya á violentas censuras con el favor que, á pesar de la severidad ordinaria de su virtud, habia mostrado á la elegante Mariana; no se manifestó, pues, menos agradable con Hastings. Los directores le recibieron en solemne sesion, y el presidente le leyó un voto de gracias acordado por unanimidad. En una carta escrita por Hastings tres meses despues de su llegada decia: «Por lo que veo y oigo, poseo el aprecio de mis conciudadanos.»

Satisfaccion y tranquilidad tanto mas sorprendentes, cuanto que conocia ya á aquella hora los proyectos de sus enemigos. A la semana de su

desembarcó en Plymouth, habia anunciado Burke á la cámara de los Comunes que queria acusar á un personage recientemente llegado de la India, pero la legislatura se hallaba entonces demasiado adelantada. Hastings no comprendió el peligo de su situacion; parecia haber perdido aquel discernimiento, aquella prontitud en inventar recursos, en una palabra, todas las cualidades de que dió en la India tan brillantes pruebas. Sus facultades mentales no habian padecido nada; pero como dijo bien Grattam, no se puede trasplantar una encina de cincuenta años. Cualquiera que deja muy jóven á Inglaterra, y vuelve despues de treinta ó cuarenta años de residencia en la India, se convence de que, por grandes que sean sus talentos, debe aprender ú olvidar muchas cosas, si aspira á figurar entre los hombres de Estado de su país. Cercado de nuevas máquinas, atacado con una táctica que desconoce, se encuentra embarazado como hubiera sucedido á Anibal en Waterloo, ó á Temistocles en Trafalgar. Su perspicacia le desvia, su propia fuerza le hace tropezar á cada paso. Tal fue la posicion de Hastings; en la India tenia mal juego, y sin embargo ganaba todas las partidas; en Inglaterra las cartas eran escelentes, pero no sabia jugar: sus errores le condujeron al borde del precipicio.

El mas grave fue quizá la eleccion de un defensor. Clive habia tenido la suerte de confiar su causa á Wedderburn, que fue despues lord Loughborough, abogado tan elocuente en la cámara como en el tribunal. Hastings fió su defensa á un tal Scott, mayor del ejército de Bengala, antiguo agente del gobernador general. Recompensado con demasiada magnificencia y nombrado á su vuelta de la India individuo del parlamento, no podia tener aquella autoridad propia de una posicion independiente. Faltábanle ademas los talentos necesarios para ocupar la atencion de una asamblea que, acostumbrada á admirar grandes oradores, habia llegado á ser muy difícil de contentar. Las cartas que escribia casi diariamente á los principales periódicos, bajo el nombre de *Asiáticus* ó *Bengalensis*, los opúsculos que publicaba cada mes en honor de su cliente, no obtenian mejor éxito que sus discursos. Como prueba de su gusto y de su criterio, baste decir que hablando del hombre mas eminente de la época decia: «ese réptil de Burke.»

Sin embargo, á pesar de esta mala eleccion, el triunfo de Hastings pareció al principio seguro. El rey le era favorable: ardientes partidarios, la Compañía y sus agentes; entre los hombres políticos contaba con lord Mansfield y lor Landsdowne: á escepcion de Dundas todos los ministros estaban de su parte; y en particular el lord canciller Thurlow defendia su causa con escandalosa violencia. Pitt, aunque habia censurado algunos actos de la administracion de la India, no profirió jamás una palabra áspera contra su gobernador; antes bien confesó á Scott en audiencia particular, que Hastings era un hombre admirable, digno de todos los favores del gobierno; queria elevarle á la dignidad de par; pero el voto de censura registrado en los libros de la cámara de los Comunes le impedia esta recompensa. Dundas disentia, pero ¿qué podia hacer sin sus colegas? Hastings debia, pues contar con el apoyo del ministerio, y este ministerio era omnipotente.

La oposicion era mas violenta cada dia; pero por formidable que la hiciesen la riqueza, la influencia, los talentos y la elocuencia de algunos individuos, no prevalecia en el parlamento, y tenia contra sí la opinion pública.

Por lo demás vacilaba en aventurarse á empresa tan larga, incierta, difícil y peligrosa, como la de acatar á un gobernador de la India. Sus jefes prefirieron deshonrar é Hastings antes que proceder contra él: aprovecharon todas las ocasiones de unir su nombre al de los mas execrables tiranos. Los ingenios de la época lanzaban sus mas finos dardos contra la vida pública ó privada del gobernador, sacando á relucir los regalos hechos por él á la reina. Un poeta propuso que las grandes acciones del esposo actual de la hermosa Mariana fuesen eternizadas por el pincel de su predecesor, y que Imhoff se encargase de pintar en las paredes de la cámara de los Comunes á los Rohilla degollados, á Nuncomar en el patíbulo, á Scheite Sing en el acto de precipitarse al Ganges. Otro poeta, parodiando la tercera égloga de Virgilio, preguntaba cuál era la piedra preciosa cuyo brillo habia podido hacer á la mas austera princesa amiga íntima de una dama galante. Estas sátiras, y quizá la proposicion de un voto de censura, hubieran satisfecho á la mayor parte de la oposicion; pero habia dos hombres cuya indignacion no podia calmarse de ese modo: Felipe Francis y Ermundo Burke.

Francis nombrado hacia poco individuo de la cámara de los Comunes, habia adquirido gran reputacion de habilidad y de talento. Es verdad que hablaba con dificultad; pero á veces se esplicaba con la dignidad y energía propias de los mas insignes oradores. Pocos dias despues de entrar en el parlamento, provocó el desagrado de Pitt, que le trató en adelante siempre con dureza en cuanto se lo permitian las formas parlamentarias. Por lo demás Francis conservaba, en todo su vigor y acritud, el odio que habia traido de la India. Segun su costumbre habia convertido la cólera en virtud, alimentándola como enseñan los predicadores á fomentar nuestras buenas inclinaciones, y haciendo alarde de ella en todas circunstancias con farisaica ostentacion.

La indignacion de Burke era mas ardiente, pero mas pura. Hombres incapaces de comprender la elevacion de sus ideas, trataron en vano de atribuir á vergonzosos motivos su violencia y tenacidad. La conducta de Burke no necesita esplicaciones. Hastings se habia hecho culpado de grandes delitos, y con solo imaginarlos sentia Burke hervir su sangre, como sucedia á Las Casas y Clarkson cuando se trataba de los padecimientos de los demás hombres. Consagró como ellos muchos años de su vida á la venganza de un pueblo al que no le ligaban nacionalidad, lengua ni religion, y del que no debia esperar ni reconocimiento, ni gratitud, ni aplausos.

Burke conocia la India mejor que la mayor parte de los Europeos que habian pasado allí muchos años; habia estudiado la historia, las le-

yes, los usos del Oriente con una paciencia que rara vez va unida a tanto génio y sensibilidad. Otros escritores han llegado quizá á reunir tantos materiales camo él; pero ninguno ha sabido aprovecharse de ellos mejor. De aquellos documentos oscuros é informes su razon estrajo cuanto contenian de útil; su imaginacion los animó y les dió color; la India y sus habitantes no fueron para él lo que para sus compatriotas, es decir, simples nombres y abstracciones, sino un verdadero país que habia visitado, un verdadero pueblo en que habia vivido. El sol ardiente, la estraña vegetacion de la palmera y del cocotero, los campos de arroz y las fuentes, los árboles inmensos, tan antiguos como el imperio del Mogol, á cuya sombra se reúne una aldea entera, el techo de paja de la cabaña del campesino, y las ricas cúpulas de la mezquita donde el imam hace oracion con la cabeza vuelta á la Meca; los tambores, las banderas, los ídolos grotescos, el fanático suspendido en el aire, la graciosa jóven que, con el cántaro en la cabeza, baja las gradas que conducen al Ganges; los negros rostros, las barbas largas, las listas amarillas, señal de las diversas sectas; los turbantes y los vestidos en ondas, las lanzas y las mazas de plata, los elefantes con sus régios pabellones, las magníficas literas del príncipe y de la noble dama; Burke vivia en aquel mundo, como si aquel mundo se moviese realmente entre Beaconfield y la calle de San James. Veia toda la India á la luz de su entendimiento, empezando por las salas donde los pretendientes depositan el oro y los perfumes al pié de los soberanos, hasta los pantanos en cuyo centro se encuentran los campos de los Zingalos; desde los bazares, frecuentados por una agitada multitud, hasta los sitios cenagosos donde el solitario correo sacude su sarta de anillos de hierro para alejar á las fieras. Conocia tan exactamente la insurreccion de Benarés como las sediciones de lord Jorge Gordon, el suplicio de Nuncomar como él del doctor Dodd, y no distinguia la opresion ejercida en Bengala de la practicada en las calles de Lóndres.

Burke vió que Hastings se habia hecho culpado de algunos actos que no admitian justificacion; y escitadas que fueron su imaginacion y sus pasiones le trasportaron mas allá de los límites de la justicia y del sano juicio. Su razon, aunque vigorosísima, se sometió á sentimientos que hubiera debido dominar; y su indignacion, antes virtuosa, tomó poco á poco todos los caracteres del odio personal. Si bien generoso y benévolo, habia sido siempre muy irritable; y las enfermedades físicas, unidas á los dolores morales, le volvieron casi selvático. Tenia la conciencia de su talento y de sus virtudes, y en edad avanzada, hallándose poco menos que indigente, era odiado de una córte pérfida y de una nacion ciega. El parlamento no comprendia ya su elocuencia; una nueva generacion, que no le habia conocido, llenaba la cámara de los Comunes. Si se levantaba para hablar, su voz era ahogada por las interrupciones injuriosas de los jóvenes que lloraban aun en la cuna cuando sus discursos arrancaban los aplausos del gran conde de Chattam. Todas estas causas habian producido en aquella alma altiva y sensible un efecto que no debe sorprendernos. No podia discutir ya una cuestion con la debida calma, ni admitir la mas leve disidencia de opinion. En el proceso de Hastings, como en las discusiones sobre el tratado de comercio con Francia, sobre la regencia, sobre la revolucion francesa, Burke se mostró siempre grande y honrado, arrastrándole hasta la estravagancia aquella ardiente sensibilidad que dominaba todas sus demás facultades.

Sin embargo, ni la antipatía personal de Francis, ni la indignacion mas noble de Burke hubieran inducido á la oposicion á acusar á Hastings, si este hubiese observado una conducta mas juiciosa. No debió olvidar nunca que los grandes servicios prestados á su país, no habian borrado sus muchos delitos; y así debió contentarse con evitar un proceso merecido, sin aspirar á los honores del triunfo. Pero Hastings y su agente esperaban con impaciencia las recompensas que se habian, por decirlo así, prometido conseguir, cuando la ira de Burke se aplacase; y decidieron empeñar un combate decisivo. El dia que se abrió la legislatura de 1786, preguntó el mayor Scott á Burke si pensaba verdaderamente intentar una acusacion contra el último gobernador general. La oposicion se vió, pues, obligada, á recoger el guante que se le arrojaba, ó á declararse culpada de difamacion y calumnia. Sus jefes dieron la sola respuesta que el honor permitia y se decidieron á proceder irrevocablemente contra Hastings ante la cámara.

Burke pidió primero que le comunicasen todos los documentos relativos al asunto. Los ministros le negaron parte, y sus discursos en este primer debate confirmaron la opinion esparcida generalmente de que querian sostener á Hastings. En abril, los varios capítulos de acusacion fueron entregados en la secretaría de la cámara de los Comunes. Burke, encargado de estenderlos, lo habia hecho con singular talento; pero su relacion se parecia demasiado en la forma á un libelo. La cámara mandó dar á Hastings una copia de aquel importante escrito, manifestándole al propio tiempo, que si lo creia acertado, podia venir á defenderse.

Hastings se presentó, en efecto; pero tambien allí le persiguió la fatalidad que no le abandonaba desde su llegada á Inglaterra. Una improvisacion elocuente, animada, le hubiera salvado; un discurso escrito debia arruinarle. ¡Si á lo menos hubiese leido una defensa breve y concisa! pero leyó, por el contrario, una relacion escesivamente larga. Cuando hubieron satisfecho su curiosidad, cuando se saciaron de contemplar el aspecto y garbo de un estranjero tan ilustre, los diputados abandonaron la cámara, dejando á Hastings referir hasta media noche su fastidiosa é interminable historia á los secretarios y hugieres.

Terminados los preparativos, Burke, á principios de junio, sometió á la discusion de la cámara la acusacion relativa al asunto de los Rohilla: acto de hábil político, porque Dundas habia propuesto anteriormente y la cámara adoptado una *resolucion* que reprobaba de un modo severo la conducta de Hastings respecto á

Rohilcund. A pesar de este antecedente, Dundas se opuso á la proposicion de Burke; Pitt no habló, pero votó con Dundas; y Hastings fue absuelto por ciento diez y nueve votos contra sesenta y siete.

Desde entonces se creyó seguro de la victoria. Entre todas las acciones que sus acusadores le reprendian, la mas grave sin duda era la guerra de los Rohilla. El tribunal de los directores, la cámara de los Comunes y Dundas la habian reprobado; y sin embargo, en aquel campo, tan bien escogido, sucumbió Burke.

Nadie esperaba que triunfase en otro. En los clubs y en los sitios públicos corria la voz de que se someterian al voto de la cámara uno ó dos capítulos mas de acusacion; y que la oposicion, en viendo que apoyaba al acusado la misma mayoría, no pasaria adelante. En seguida Hastings seria elevado á la dignidad de par y nombrado caballero de la Orden del Baño; se le admitiria en el consejo privado, y auxiliaria con sus talentos y esperiencia al consejo de la India. Habia elegido ya su título; en adelante se llamaria lord Daylesford; pues, á pesar de las estrañas vicisitudes de su fortuna, conservaba siempre el primer sueño de su ambicion, un vivo afecto á aquellos lugares, testigos de la grandeza y decadencia de su familia.

Sueños que pocos dias bastaron para disiparse. El 13 de junio, Fox presentó el capítulo de acusacion referente á Scheite Sing: Francis habló luego en el mismo sentido. Los amigos de Hastings parecian triunfantes, cuando Pitt se levantó, sostuvo al principio que el gobernador general habia tenido razon en exigir del radja de Benarés socorros pecuniarios, y en castigar su negativa con una multa; alabó mucho el valor y la prontitud de Hastings durante la insurreccion; censuró amargamente la conducta de Francis en la India y en el parlamento, calificándola de poco honrada y de malévola; pero con sorpresa de todos los partidos, acabó confesando que la multa impuesta á Scheite Sing habia sido escesiva; y por esta sola causa, sin que en todo lo demás cesase de elogiar la conducta de Hastings, declaró Pitt que apoyaba la proposicion de Fox.

El asombro general fue tanto mayor cuanto que, veinte y cuatro horas antes, los ministeriales habian recibido de la tesorería órdenes en sentido opuesto; pero pronto se supo que aquella misma mañana Dundas habia estado hablando muchas horas con Pitt, y que los dos ministros habian resuelto abandonar al gobernador general á la venganza de la oposicion. El mas poderoso ministerio no hubiera logrado que todos sus partidarios cambiasen de opinion de un dia á otro, sin razones evidentes, sin motivos plausibles. Algunos empleados públicos, el procurador general, Grenville y lord Mulgrave, votaron contra Pitt; pero ciento diez y nueve votos contra setenta y tres sostuvieron la proposicion de Fox.

Guillermo Wilberforce, ese grande y escelente hombre, referia á menudo los acontecimientos de aquella noche memorable, el asombro de la cámara, las amargas reflexiones de los defensores ordinarios del gobierno, la especie de vergüenza esperimentada por el primer ministro. Pitt conoció que su conducta requeria una aclaracion, y dejando el banco de la tesorería, fué á sentarse junto á Wilberforce, y en íntima conversacion le declaró que su conciencia no le permitia defender mas tiempo á Hastings. Wilberforce le creyó, y quedó convencido de la injusticia de las sospechas engendradas por este misterioso asunto: sospechas que siento recordar.

Algunos amigos de Hastings, entre ellos muchos diputados ministeriales, afirmaban que la envidia era el único motivo de la determinacion tan imprevista de Pitt y de Dundas. Hastings gozaba el particular favor del rey; era el ídolo de la Compañía de la India oriental y de sus agentes. Absuelto por los Comunes, creado par del reino, nombrado individuo del consejo privado, ligado con un ministro tan hábil é imperioso como Thurlow ¿no podia llegar á ser un rival formidable en el gabinete? Al contrario, si era acusado en la cámara de los Comunes cesaba de inspirar temor; el proceso, aunque concluyese en su favor, duraria evidentemente muchos años; entre tanto el acusado seria escluido por fuerza de todos los empleos públicos, y no osaria presentarse en la córte. A esto atribuyó la opinion pública el temor del jóven ministro cuya pasion dominante era la *avaricia del poder*.

Una próroga del parlamento suspendió las actuaciones; pero al año siguiente Sheridan desarrolló el capítulo de acusacion relativo al despojo de las begum. Su instancia que por lo mal reimpresa pudiera considerarse como enteramente perdida, fue la mas notable de todas las producciones de su ingenio.

Ningun discurso ha causado jamás tanta impresion. Cuando Sheridan se sentó, toda la asamblea prorumpió en aplausos y aclamaciones; ningun otro orador pudo hacerse oir; veinte años despues, Windham y Fox declaraban aun que el discurso de Sheridan, á pesar de algunos errores, era el mas bello y elocuente que se habia pronunciado ante el parlamento Inglés. Continuando la discusion, los amigos de Hastings no trataron siquiera de resistir. Pitt se declaró favorable á la propuesta de Sheridan, y ciento setenta y cinco votos contra sesenta y ocho admitieron aquel nuevo capítulo de acusacion.

Desde aquel dia la mayoría de la cámara de los Comunes aprobó, casi sin discusion, una série de cargos, pertenecientes los mas de ellos á los arreglos pecuniarios. Se detuvo por último en el vigésimo, encargando á Burke que acusase ante la cámara de los Lores al último gobernador general por su mala conducta y sus grandes crímenes (*high crimes, and misdemeanours*). Al mismo tiempo se prendia á Hastings y se le llevaba ante la cámara de los Pares; pero, debiendo terminar la legislatura dentro de diez dias, el proceso se aplazó necesariamente hasta el año entrante, y Hastings, prévia fianza, fue puesto en libertad.

No bien se reunió el parlamento, los Comunes nombraron una comision acusadora, compuesta de los principales individuos de la oposicion, presididos por Burke. La candidatura de

Francis habia causado un violento tumulto. Windham sostuvo enérgicamente que la imparcialidad, primer deber de un juez, no era necesaria á un abogado; pero la mayoría de la Cámara creyó poco conveniente elegir como acusador público al enemigo personal del acusado; y escluyó á Francis.

Los preparativos del proceso habian continuado activamente, y el 13 de febrero de 1788 celebró el tribunal su primera reunion. Ha habido sin duda espectáculos mas magníficos y deslumbrantes que el que presentaba entonces Westminster; pero ningun proceso ha debido producir jamás tan viva impresion sobre las almas grandes, sobre las imaginaciones ardientes, pues reunia cuantas clases de interés pueden ofrecer todos los tiempos y paises. El parlamento constituido en supremo tribunal iba á juzgar segun las formas usadas en la época de los Plantagenet, á un inglés acusado de actos tiránicos, ejercidos contra los soberanos de la ciudad santa de Benares y las mujeres de la régia casa de Uda.

Teatro digno de tal espectáculo era la gran sala de Guillermo el Rojo; la sala que habia resonado con alegres aclamaciones en la coronacion de treinta reyes; que habia oido pronunciar la justa condena de Bacon y la justa absolucion de Somers; donde la elocuencia de Strafford habia inspirado por un instante cierto respeto y casi remordimiento á sus enemigos victoriosos é irritados; donde Cárlos se habia presentado al supremo tribunal de justicia con aquel noble valor que hizo tal vez olvidar sus culpas.

Todas las pompas civiles y militares se desplegaban interior y esteriormente. Filas de granaderos protegian las entradas; la caballería tenia distante á la multitud; los pares cubiertos de oro y armiño, eran introducidos por heraldos; los jueces asistian con traje de ceremonia para esponer su dictámen en las cuestiones de derecho. Ciento sesenta lores, casi todos los individuos de la cámara de los Comunes, se habian dirigido en solemne procesion desde el sitio ordinario de sus sesiones hasta el tribunal, llevando á la cabeza al mas jóven de los barones presentes, lord Heathfield, ennoblecido recientemente á consecuencia de su memorable defensa de Gibraltar contra las escuadras y los ejércitos coligados de Francia y España. Cerraban la comitiva el duque de Norfolk, conde mariscal del reino; los grandes dignatarios, los hermanos y los hijos del rey, y por último el príncipe de Gales, cuya belleza y noble estatura escitaban la admiracion universal. En lo interior, tapices de terciopelo encarnado cubrian las paredes. Inmensas galerías contenian á cuantas personas eran nombradas á la sazon por su gracia, su hermosura, su talento ó su ciencia en una nacion grande, libre, ilustrada y próspera. Los jóvenes herederos de la casa de Brunswick rodeaban á la reina. Los embajadores de todas las monarquías y repúblicas de Europa contemplaban admirados aquel magnífico cuadro, que ninguna otra nacion libre hubiera podido presentar. Siddons, en la flor de su magestuosa belleza, esperimentaba cierta emocion al asistir á tal espectáculo. El historiador del imperio romano pensaba en los dias en que Ciceron defendia la causa de Sicilia contra Verres, y en aquellos en que Tácito, ante un senado que conservaba todavía algun resto de su pasada independencia, maldecia al opresor del Africa. En la misma tribuna estaban, uno junto á otro, el pintor y el erudito mas insignes de la época, Reinolds y Parr. Mas lejos atraian todas las miradas los voluptuosos encantos de la seductora hermosura, á quien el heredero del trono habia empeñado secretamente su palabra. Mas allá, entre las damas cuya elocuencia, mas persuasiva que la de Fox, habia hecho triunfar la eleccion de Westminster, á pesar de la córte y la tesorería, brillaba como una estrella circundada de otras estrellas, la bella Georgina, duquesa de Devonshire.

Por intimacion de los hugieres, Hastings se adelantó y arrodilló. El acusado merecia ciertamente aquel auditorio: habia gobernado un reino estenso y populoso, hecho leyes y tratados, coronado y depuesto soberanos. Los que le habian temido, los que le habian amado, los que le odiaban, no podian negarle sino un solo título de gloria; la virtud. Desde que entró en la sala, todos los ojos se fijaron en él; no era un gran delincuente, sino un grande hombre que comparecia. Cuerpo débil, delicado y flaco; porte digno; frente alta; fisonomía pensadora y grave sin aspereza ni austeridad; boca que indicaba un carácter inflexible; aspecto pálido y fatigado, pero sereno, en el que se leia claramente, como al pié del retrato colocado en la sala del consejo de Calcuta: *Mens æqua in arduis*: tal apareció el gran procónsul al presentarse á sus jueces. Iba acompañado de sus consejeros abogados que debian en lo sucesivo, por su talento y doctrina, elevarse á las primeras dignidades de su profesion: Law, Dallas y Palmer.

Pero, mas aun que el acusado y que sus consejeros, llamaban la atencion del público los acusadores. En medio de aquellos tapices de brocado y terciopelo, habia un espacio adornado con escabeles verdes y mesas para los individuos de la cámara de los Comunes. La comision, con Burke á la cabeza, toda de gran gala, verificó su entrada solemne. Se notó que Fox no iba desaliñado, como tenia de costumbre. Pitt no hubiese querido figurar en el procedimiento; los años y su ceguera impedian á lord North prestar á sus amigos el poderoso auxilio de su juicio profundo, de su criterio y de su urbanidad; pero, no obstante la ausencia de aquellos dos individuos de la cámara de los Comunes, nunca, desde el siglo de la elocuencia ateniense, semejante auditorio habia visto tan gran número de ilustres oradores empeñados en la misma causa, el Demóstenes y el Hipérides británicos, Fox y Sheridan, Burke, Windham, y el conde Cárlos Grey.

Dos dias duró la lectura de los artículos de acusacion y de las respuestas del acusado. Al tercero se levantó Burke á hablar. Su discurso que contenia la esposicion general de todos los cargos, ocupó cuatro audiencias. Al principio describió con incomparable profusion de ideas y brillantez de elocuencia, el carácter y las insti-

tuciones de los pueblos de Asia; refirió la historia de la fundacion del imperio inglés en la India; analizó la constitucion de la Compañía y de las diversas presidencias. Despues, examinando uno á uno los actos de la administracion de Hastings, probó que eran contrarios á los principios de la moral y á los preceptos de la ley. Su energía y fuego arrancaron al mismo canciller involuntarias aclamaciones de admiracion, y hasta el acusado, á pesar de su firmeza, parecia participar de la emocion general. Las bellas de las galerías agitaban sus pañuelos y aspiraban esencias; se oian sus sollozos; y mistress Sheridan se desmayó. Finalmente, el orador, con una voz capaz de conmover el viejo techo de encina de Westminster--Hall, concluyó asi su discurso: «Los Comunes de la Gran-Bretaña me han encargado, pues, acusar á Warren Hastings de los mayores crímenes y delitos. Y yo le acuso en nombre de los Comunes de Inglaterra, á cuya confianza ha faltado; en nombre de la nacion inglesa, cuyo antiguo honor ha contaminado; en nombre del pueblo de la India, cuyos derechos holló, cuyas fértiles comarcas convirtió en horrible desierto; en nombre de la misma naturaleza humana, en nombre de los dos sexos, en nombre de todas las edades, de todas las clases, acuso á su enemigo, á su opresor comun.»

Repuesta la asamblea de su conmocion, se levantó á hablar Fox, discutiendo sobre la manera de proceder. Los acusadores querian que el tribunal juzgase uno á uno los capítulos de acusacion: Hastings y los consejeros querian obligar á sus adversarios á desarrollar todas sus acusaciones, presentar todos los testigos, y esponer todas las pruebas antes de que empezase la defensa. Los lores se retiraron á su cámara á deliberar. La primera decision acerca de esta cuestion prévia no dejó duda del resultado del proceso, pues las pretensiones de los Comunes fueron rechazadas por las dos terceras partes de la cámara Alta.

Continuando la audiencia, Fox, ayudado de Grey, desenvolvió el capítulo de acusacion relativo á Scheite Sing. La lectura de los documentos y las declaraciones de los testigos duraron muchos dias. La direccion del siguiente capítulo sobre las princesas de Uda, se habia confiado á Sheridan, que habló dos dias en medio de la mayor ansiedad pública: la sala estaba tan llena, que parecia faltar la respiracion; y dicen que por un billete de entrada se pagaron hasta cincuenta guineas. Sheridan, al terminar su peroracion con un acto escénico que su padre hubiera envidiado, cayó casi desvanecido en los brazos de Burke, que le recibió con toda la energía de una noble admiracion.

Entre tanto caminaba á su fin el mes de junio, la legislatura iba á concluir, y la acusacion no daba un paso. De los veinte capítulos solo se habia discutido uno. La curiosidad pública se cansó, porque el espectáculo cesó de tener el atractivo de la novedad. Exámenes de testigos, discusion de cuentas, lectura de documentos, diálogos muchas veces acerbos y triviales entre los acusadores y los defensores del acusado, quitaban á las audiencias su primitiva importancia.

Añádanse á esto, las idas y venidas de los Pares desde su cámara á la sala de Westminster; pues, siempre que surgia una cuestion de derecho, sus señorías se retiraban á discutirla y deliberar en secreto: lo cual hizo decir un dia al último lord Stanhope: «Los jueces caminan mucho; pero el proceso no marcha adelante.» Además, cuando empezaron los debates en la primavera de 1788, ninguna gran cuestion interior ó estranjera ocupaba la atencion pública; pero, al año siguiente, la enfermedad del rey, las discusiones parlamentarias sobre la regencia y la esperanza de un cambio de ministerio, hicieron olvidar casi enteramente los asuntos de la India: quince dias despues que Jorge III fué á San Pablo á dar gracias á Dios de su cura, los Estados Generales se reunieron en Versalles.

Inútil es enumerar las varias causas que convirtieron aquel proceso en uno de los mas largos entre todos los que recuerdan los anales del crímen. En 1788 la cámara de los Lores le consagró treinta y cinco dias; en 1789 solo diez y siete; en 1790 se disolvió el parlamento, y los amigos de Hastings esperaron que la nueva cámara de los Comunes desistiese de la acusacion. El año antes habian conseguido un voto de censura contra Burke por algunas espresiones demasiado fuertes á propósito de la muerte de Nuncomar y de las relaciones de Hastings y de Impey; animados con esto, trataron de sostener que una disolucion anula los procedimientos criminales empezados por el parlamento disuelto. Esta grave cuestion de derecho constitucional, se habia ventilado ya en tiempo de Cárlos II, con motivo del proceso del conde de Danby, y entonces se resolvió definitivamente, decidiendo los lores que las acusaciones continuasen de uno en otro parlamento. Entonces los consejeros del acusado pidieron formalmente el abandono del proceso; pero recibieron otra negativa. No obstante, la mayoría consintió en retirar muchos capítulos de acusacion; sin lo cual no se hubiera concluido el proceso antes de la muerte del acusado.

Por último, en la primavera de 1798 pronunció el tribunal la sentencia. Habian transcurrido diez años desde que Hastings fue llevado la primera vez por los hugieres desde los Comunes á la cámara de los Lores. Una cámara Alta no será nunca imparcial, principalmente teniendo que juzgar á un gran funcionario público, acusado de un gran delito de Estado. Nadie dudaba, pues, que Hastings seria absuelto; sin embargo, parecia que la última audiencia habia escitado la curiosidad pública. Multitud de espectadores se agolpó de nuevo á la vasta sala de Westminster; pero ¡cuántos de los que asistieron á las primeras audiencias habian muerto! ¡Qué cambiados estaban los que aun vivian! Adonde quiera que se dirigiese la vista ¡qué ejemplos dolorosos de la inconstancia de las cosas humanas, de la instabilidad del poder, de la fama, de la vida, y de la instabilidad mas triste aun de la amistad! De setenta individuos de la alta nobleza que formaban parte de la procesion el primer dia, sesenta dormian el sueño eterno en los sepul-

eros de sus familias; los antiguos individuos de la oposicion se sentaban en los bancos del ministerio; los diputados ministeriales votaban con la oposicion. Aquella noble falange de hombres grandes, ligada un tiempo por tantos vínculos públicos y privados, no existia ya; se habia roto violenta y públicamente con lágrimas y borrascosas recriminaciones. Si sus individuos, un dia tan amigos, tenian que reunirse para tratar de los deberes comunes, se trataban como estraños; graves, frios, reservados, saludándose apenas: Burke y Windham á un lado; Fox, Sheridan y Grey al otro. De veinte y nueve pares que tomaron parte en la votacion, solo seis declararon á Hastings culpado en los capítulos relativos á Scheite Sing y las begum; en los demás capítulos la mayoría fue aun mas considerable, y en algunos hubo unanimidad á favor de Hastings. Mandado venir al acusado, el presidente le declaró que los lores le habian absuelto: Hastings hizo un respetuoso saludo á los jueces, y se retiró.

Resultado previsto y que satisfizo á la mayoría de la nacion. Todo cuanto habia sido contraria á Hastings la opinion pública en un principio, otro tanto le fue despues favorable. Tal es la naturaleza humana. En los individuos como en la multitud, á una violenta conmocion sucede casi siempre una perfecta calma, á veces hasta una reaccion no menos viva. Estamos dispuestos siempre á rebajar el mérito de lo que hemos elogiado demasiadamente, y á ser indulgentes con aquellos á quienes hemos tratado con inmerecido rigor. Cuando el pueblo inglés se declaró favorable á Hastings, incurrió en los mismos escesos que cuando se le habia mostrado contrario. Un proceso de diez años despertó la compasion hácia el acusado; y por grandes que fuesen sus delitos, se consideró aquel como suficiente pena. Las grandes causas políticas, decian, no deben juzgarse como las causas ordinarias; un hombre que gobernó un inmenso imperio durante trece años, no es estraño cometiese algunos actos reprobables, sin que por eso deje de merecer recompensas y honores, no multas ni cárceles. Los periódicos, eficaz instrumento descuidado por los acusadores, eran afectos ó estaban vendidos á Hastings y á sus amigos.

Cuantos llegaban de Madrás ó de Bengala, le defendian con ardor estraordinario; y entre los suyos tenia la autoridad de un oráculo. Aunque destituidas de verdadera importancia las muchas cartas que le enviaban los indígenas, causaron profunda impresion en Inglaterra; hasta se decia que los habitantes del Benarés le habian erigido un templo y le adoraban como si fuese un Dios. «¿Por qué admirarse (esclamó Burke) de semejante deificacion? ¿No es conocida la mitología de los Bramanes? ¿Quién no sabe que si adoran á Dios por amor, no le adoran menos por miedo? ¿Quien no sabe que elevan templos, no solo á las divinidades benéficas de la luz y la abundancia, sino tambien á los genios que presiden á las enfermedades y á los homicidios? En cuanto á mí, no disputaré jamás á Warren Hastings el derecho de obtener un puesto en este panteon.»

Hastings habia conseguido una absolucion solemne; pero si su reputacion no se hubiese resentido de ello, le habria valido mas declararse culpado desde el primer dia, y pagar una multa de cincuenta mil libras esterlinas. Los gastos del procedimiento, los honorarios del mayor Scott y de los defensores, las subvenciones de los periódicos, los salarios de los escritores, habian consumido casi todo su caudal. En 1790 el favor de los periódicos le costaba ya veinte mil libras esterlinas, como Burke lo declaró á la cámara de los Comunes. Mientras Logan le defendia en prosa, Simpkins hacia una parodia poética de los discursos de sus acusadores; John Williams, bufon malicioso que se llamaba á sí mismo Antonio Pasquin, le defendia en el escenario de su teatro; aliados que le costaban sumas enormes. Por otra parte, el banquero á quien mistress Hastings habia confiado su tesoro particular, quebró y desapareció. No obstante, si Hastings hubiese observado una prudente economía, no le faltaran aun suficientes medios; pero, por desgracia, no supo administrar bien su hacienda. El mismo año que empezaron los debates de su proceso, habia logrado al fin realizar el mas caro deseo de toda su vida; la compra de Daylestord. Pero este antiguo castillo, vendido hacia setenta años, estaba ruinoso; y las tierras á él anexas permanecian sin cultivo. Hastings tuvo que edificar; plantó un parque, formó estanques de peces, y cuando le absolvieron, llevaba ya gastadas 40,000 libras esterlinas en hermosear á Daylesford.

Los directores y los propietarios de la Compañía de la India oriental se mostraron ingratos con Hastings. Sus amigos habian pedido que se le indemnizase de todos los gastos del proceso, y que se le fijara una pension de 5,000 libras esterlinas. Dundas, entonces presidente del consejo de revision, hizo desechar esta proposicion, y despues de largos debates, se decidió que la Compañía pagaria á Hastings 4,000 libras esterlinas anuales, y que en atencion á la estrechez en que se encontraba, le anticiparia diez anualidades. Se le prestaron ademas 50,000 libras esterlinas sin interés. Estas cantidades hubieran debido bastarle para vivir hasta con lujo; pero no conocia regla, y tuvo que pedir á la Compañía nuevos socorros pecuniarios, que esta se apresuró á concederle.

La subsistencia de Hastings estaba asegurada, pero no satisfecha su ambicion. Mientras que Pitt fuese ministro no tenia esperanza de conseguir el poder ni las dignidades que deseaba; y cuando Pitt salió del ministerio, estaba próximo á cumplir setenta años. Una vez absuelto, trató (y fue su única y poco honrosa tentativa política) de impedir que la coalicion de Fox y de Pitt derribase á Addington; prevaleciendo en él el deseo de venganza al amor patrio y su odio personal al interés general.

Hastings pasó en Daylesford los últimos veinte y cuatro años de su vida, ocupándose en hermosear sus propiedades, en montar hermosos caballos árabes, en engordar ganado, en domesticar algunos animales de la India y aclimatar los vegetales mas preciosos. Consagraba

tambien parte del dia á la literatura; y los libros, que siempre habia amado, se habian convertido para él en una necesidad. Sin ser poeta, hacia versos agradables con bastante facilidad; y cada mañana, á la hora del almuerzo, leia á la familia y á los huéspedes alguna nueva produccion. ¿Por qué no le hemos de perdonar una debilidad que, como él, tuvieron dos grandes hombres, Dionisio y Federico?

Siendo ya de edad muy avanzada, Hastings volvió á escitar la atencion universal. En 1813 la Compañia de las Indias orientales pidió la renovacion de su carta, y con este motivo se empeñó en el parlamento una larga discusion sobre los asuntos de la India. La cámara de los Comunes resolvió interrogar testigos, é invitó á Hastings á presentarse. Veinte y siete años antes habia leido allí su respuesta á la acusacion de Burke; pero en tan largo intervalo, la nacion habia olvidado sus culpas, no recordando mas que sus servicios. La inesperada reaparicion de uno de los hombres mas distinguidos de la generacion precedente, que pertenecia ya á la historia; de un hombre que parecia salir del sepulcro, debió producir una impresion tierna y solemne. La cámara de los Comunes le acogió con aclamaciones, dispuso le trajesen un sillon de brazos, y al retirarse, la mayoría de la asamblea se levantó y se descubrió la cabeza; solo algunos de sus acusadores que asistian, permanecieron sentados sin descubrirse. Los lores le dieron las mismas muestras de respeto, y por último, la universidad de Oxford le confirió el grado de doctor en leyes.

Tampoco le faltaron pruebas del favor real. Nombrado individuo del consejo privado, tuvo una larga conferencia particular con el príncipe regente, que se le mostró afectuosísimo. Cuando el emperador de Rusia y el rey de Prusia visitaron á Inglaterra, formó parte de su séquito á Oxford y al Guildhall, y en medio de la turba de príncipes y generales, fue recibido donde quiera con respeto y admiracion. El regente le presentó á Alejandro y á Federico Guillermo, declarando públicamente que se debian y concederian las mas altas dignidades al grande hombre de Estado que habia salvado las posesiones inglesas en la India. Hastings partió, convencido de que pronto seria nombrado par; pero tambien esta vez sus esperanzas se convirtieron en humo.

Sobrevivió cuatro años á este último engaño, conservando hasta la muerte el entero uso de sus facultades y una perfecta salud. Espiró el 22 de agosto de 1818, de edad de ochenta y seis años, con la tranquila dignidad de que habia dado tantas pruebas en sus muchas vicisitudes.

El juicio, ante todo, debe ser imparcial. Su moral era demasiado relajada, su corazon demasiado duro; no respetó cual debia los derechos de sus semejantes, ni esperimentó ninguna simpatía hácia sus padecimientos; pero si le acusamos de injusticia y de crueldad, admiramos la fuerza y la fecundidad de su mente, su raro talento para el mando de los ejércitos, para la administracion, para la discusion; su indómito valor, su honrosa pobreza, su ardiente celo por los intereses del Estado, su serenidad noble que resistiendo á todas las pruebas de la fortuna, permaneció inalterable en la desgracia como en la prosperidad.

MACAULAY.

NUM. XXXVI.

MIRABEAU (1).

(1749—1791).

En una de las frecuentes revoluciones ocasionadas por la lucha de los Güelfos y los Gibelinos, en el año de 1268, Azon de los Arrighetti emigró de Florencia á Provenza, donde su nombre se alteró y convirtió en el de Riquetti. Un descendiente suyo compró allí la heredad de Mirabeau, bajo cuyo título fue conocida aquella familia, ilustre por haber producido al inventor del canal del Mediodía (2), y una série de guerreros y de hombres de negocios. Victor Riquetti mezcla singular de buenas intenciones y de malos hechos, de rencores y de buen humor, embebido en las máximas de los economistas de la época, que creian innovar el mundo con las teorías y eran tiranos á fuerza de liberalismo, trató de la economía pública y del impuesto; y con su *Amigo de los hombres* en cinco tomos, traducido á muchas lenguas, aunque indigesto, difundió muchos conocimientos de agricultura y estadística, y miras liberales. Pasó la vida en solicitar de los ministros que adoptasen sus ideas, y se consideraba el primer hombre del siglo, asegurándoselo asi sus parásitos. Pero no es raro hallar á estos preconizadores de teorías filantrópicas convertidos en mónstruos domésticos. Victor conservó durante quince años amor y respeto á su mujer, y luego sintió disgusto hácia ella: eran el uno tiránico é injusto y la otra violenta é indiscreta. La infidelidad conyugal los separó; él llevó á su casa otra mujer, sin importarle el escándalo que daba á sus hijos, los cuales veian ora á la hija que habia engendrado venir á él y obligarle á lo menos á dotarla; ora oian esclamar á su madre: «Vuestro padre me hizo abortar dos »veces; tuvo celos de su hermano; tres veces me »comunicó una enfermedad vergonzosa; me dejó »morir de hambre, á mí, madre de once hijos, »que aporté al matrimonio 50,000 francos de »renta.» El escándalo de su conducta fue mayor porque vulgarmente se le llamaba, conforme al título de su libro, el Amigo de los hombres; pero persuadido de su infalibilidad, seguia impértérrito por la senda que se habia trazado, envanecido de sus abuelos y de la sabiduría de la época, cuyo carácter era la presuncion; y obtuvo contra su familia cincuenta y siete órdenes de prision.

Gabriel Honorato, su quinto hijo, tenia una cabeza enorme, que se volvió horrible con las viruelas; y como todos sus hermanos eran tipos de hermosura, la deformidad de Honorato inspiró á su padre una repugnancia que no trató de vencer. En compensacion, la inteligencia del niño se desarrollaba con precocidad. A cinco años su preceptor le dijo que escribiese lo que le viniera á las mientes, y él escribió; «Señor »mio, os ruego que atendais á vuestra escritura, »y no hagais garabatos; cuidado con lo que se »hace; obedeced á papá y á mamá; no ataqueis »á nadie, si no os atacan primero. Defended »vuestra patria. No trateis mal á los criados ni »os familiariceis con ellos. Ocultad los defectos »del prójimo, por lo que pueda sucederos» (3). Cuando contaba once años, el duque de Nivernais escribia á su tio: «Antes de ayer ganó el »premio de la carrera, que era un sombrero; se »volvió á un chico que tenia un gorro, y poniéndole en la cabeza su sombrero, que se ha»llaba aun en buen estado, le dijo: *Toma, no »tengo dos cabezas*. En aquel instante me pare»ció emperador del mundo; no sé qué cosa divi»na revelaba su actitud; yo hacia reflexiones,

(1) Es la tercera vez que reformamos esta vida de Mirabeau. La presente va de acuerdo con lo dicho en la NARRACION, y le sirve de apoyo y complemento; pero, si logramos un momento de menos ocupacion y de mas paz, la reharemos por completo y con mayor amplitud. Se han escrito muchas vidas de Napoleon, y sin embargo, habrá muy pocos que sigan la senda por él trillada; al contrario, las revoluciones y los revolucionarios son de todos los dias. Pero, mientras abundan los Desmoulins ¿dónde está un Mirabeau? ¿Qué leccion no debe ser para el orgullo humano la de este hombre tan elevado y tan soberbio, que al ver sus ideas realizadas quiso retroceder, y ya no pudo?

Ademas de las historias de la Revolucion, véanse:

Mémoires biographiques, littéraires et politiques de Mirabeau, écrits par lui-même, son père, son oncle et son fils adoptif (Lucas de Montigny), 1841, 8 tomos; obra de gran trabajo, pero difusa, y sin crítica. Montigny hubiera podido hacerla muy útil, publicando la coleccion de las cartas que la familia le entregó; pero suprimió y omitió hasta el punto de quitarles su peculiar mérito.

VICTOR HUGO, *Mirabeau*.

DROZ, *Mirabeau et l'Asemblée constituante (App. à l'Hist. du regne de Louis XVI)*. Paris 1842. Empieza por el problema: *Mirabeau seul homme de génie qu'ait vu apparaître la révolution de* 1789, *serait-il parvenu à raffermir la monarchie sur les bases d'une constitution libre, si la mort ne l'eût arrêté au milieu de sa carrière? Ce doute suffirait pour révéler en lui une puissance extraordinaire.*

ET. DUMONT, *Souvenirs sur Mirabeau et sur les deux premières Assemblées législatives*. Bruselas 1832.

ET. MEJAN, *Collection complète des travaux de M. Mirabeau l'aîné à l'Assemblée nationale*. Paris 1791.

Es muy importante la *Correspondance entre le comte de Mirabeau et le comte de la Mark pendant les années* 1789-90-91, *recueillie par* M DE BACOUR. Id. 1851.

(2) Tal es la opinion general; pero el mérito, segun parece, corresponde á Francisco Andreossi, tambien oriundo de Italia, y que en Italia se perfeccionó en la hidráulica.

(3) La inserta testualmente su padre en la carta 9 de diciembre de 1754.

»lloraba, y la leccion me llegó muy á lo vivo.» A diez y seis años el príncipe de Conti le preguntó: «¿Qué harías si te diese un bofeton?» A lo que contestó Honorato: «La pregunta seria »embarazosa antes de la invencion de las pisto»las de dos tiros.»

Su padre se mostraba con él duro, contradictor, envidioso, como sucede siempre á los hombres medianos respecto del genio, y decia: «Ar»roja pólvora por los ojos, pero nunca será mas »que la cuarta parte de un hombre, si es algo.» Le mudó maestros y escuelas, y hasta el nombre, para que no deshonrase su alcurnia; y le rodeó de espías, incomodándole ver que ganase el aprecio de sus maestros.

Con tan severa é injusta disciplina, Mirabeau estaba siempre esperando el castigo, y no podia adquirir aquella nobleza y tranquilidad de espíritu, que son elementos supremos de la virtud y el honor. Con los años su inquietud, pues «no se sentia nacido para ser esclavo,» tomó un carácter mas peligroso; y su padre, lamentando sin cesar su cobardía y su bajeza, quiso que fuese militar, á fin de que aquella disciplina corrigiese su viciada naturaleza. Encontrándose sin dinero, se cargó de deudas, y huyó á París; su padre, que al principio pensó enviarle á las colonias de la India, se limitó por último á hacerle prender en la isla de Rhé. Honorato habló al gobernador y consiguió formar parte de la espedicion contra los Corsos que querian la libertad. El jóven, mezcla de pasiones selváticas, de estudios incesantes, de deseos de distinguirse, meditó sobre el arte militar, y la idea del peligro junto con la esperanza calmaron su índole turbulenta. Leyó cuantos libros encontró escritos sobre táctica y escribió á su hermana: «Me siento nacido para la vida de »los campamentos; en la guerra estoy sereno, »alegre, reflexivo, y mi carácter se engrandece »y eleva.»

Sin embargo, su padre, amigo de los hombres, no queria que se dedicase á la vida militar, y cuando Honorato le rogó que le comprara un regimiento, contestó que no era asi como habian hecho sus carreras los Bayardos y los Duguesclin. Llamándole á su lado, se empeñó en que leyese sus libros de estadística y se aplicase á la economía política. Resignóse á ello el hijo; pero á su exuberante actividad no bastaba ninguna otra carrera; y todo le parecia descolorido y trivial. Sin embargo, se aplicó á este estudio para contentar á su padre, y merecer le devolviese su nombre, como aquel lo hizo aplacado por la manifestacion de tan gran talento.

Honorato se entregó con igual violencia al estudio y á los placeres; pero estos no pudieron borrar sus siniestras disposiciones, fruto de la mala educacion paterna, y el estado de irritacion y descontento. La pedantería, la economía, la terquedad y la arrogancia del marqués, estaban en perpétua contradiccion con el genio, la actividad, la negligencia y la franqueza del hijo; y aunque aceptaba los proyectos económicos de su padre, y le daba oido, este escribia: «Su infan»cia fue monstruosa, su adolescencia turbulenta; »digno exordio de una vida, mezcla de indiscre»cion, de mala conducta y de garrulidad.» Le permitió visitar á París y presentarse en la córte de Versalles, persuadido de que «no contamina»ria los quinientos años de reputacion de la casa »Mirabeau.» En efecto, allí le distinguieron y amaron; y el marqués, que por afectado orgullo no habia querido nunca *enversallarse* «pájaro »medroso, cuyo nido estuvo entre cuatro torre»cillas, decia; Es tan insinuante como intratable; »agita á los grandes á su placer; tiene el terri»ble don de la familiaridad de que hablaba Gre»gorio el Magno.»

Viendo el mal estado de los negocios paternos, á consecuencia de los procesos y las utopias, Honorato se proporcionó una subsistencia independiente, casándose con Emilia de Marignano. El suegro le aseguró 300,000 francos, pero solo le dió una pension de 1,000 escudos; el marqués añadió otro tanto, y entonces Honorato puso casa. Pero en vez de portarse con juicio y moderacion, se lanzó á las estravagancias y los desórdenes. Para alimentar el fausto de su mujer, contrae en un año 160,000 francos de deuda, y á fin de pagarlos forma planes económicos, que no convienen con las ideas de su padre; el cual se opone á todos sus pasos, le intercepta todos los caminos, y consigue al fin una órden del rey confinándole en la pequeña ciudad de Manosque, donde sufre las mayores escaseces.

Habia merecido todo esto por su vida galante, que no le impidió ser celoso; y la fama no respetó siquiera el amor que profesaba á su hermana, pues este era, por lo menos, tan desmedido como todas sus pasiones. Un baron insulta á esta hermana, y él, violando la relegacion, corre á desafiarle, y como no aceptase el desafío, le da un bofeton. Originóse un proceso, y su padre consiguió se le encerrase en el castillo de If. Pareciéndole que su conducta era solo viciosa, y que sin embargo se le estaba castigando como criminal, escribió al marqués: «Li»bertadme; dignáos libertadme; salvadme de la »espantosa agitacion en que vivo, capaz de des»truir los efectos de mi reflexion y de la adver»sidad. La actividad que todo lo consigue, y sin »la cual nada se lleva á cabo, es turbulenta y »puede llegar á ser peligrosa, si permanece sin »objeto y sin empleo.»

Pero su padre seguia inexorable, pretestando que queria hacerle digno de su favor, mientras sus cartas demuestran que lo que queria era conducirle al último estremo. Y asi sucedió. Su mujer obtuvo entonces la separacion, y Honorato, encerrado, sin visitas ni cartas de nadie, sedujo á la única mujer que se encontraba en el fuerte. Ganó la confianza del comandante, que intercedió por él con el marqués, el cual respondió haciéndole trasladar al fuerte de Joux en el Franco-Condado. Aquí tambien su inexplicable ascendiente cautivó al gobernador, el cual le presentó en casa de Sofía de Ruffey, de edad de diez y ocho años, casada con el marqués de Monnier, que rayaba en los setenta años, y á quien hacia la córte dicho gobernador sexagenario. Honorato no tardó en prendar á la jóven; pero habiendo sido descubiertos, ella se vió espulsada del tálamo nupcial y él encerrado por

su padre en la ciudadela de Doullens; sin embargo, los amantes lograron huir á Suiza, y despues de varios accidentes dramáticos, se refugiaron en Holanda.

La ley social condena justamente el vínculo de Sofía con el hombre que no era su marido; pero ella se dispuso generosamente á sufrir todas las desgracias que acompañan á un afecto ilegítimo; y le parecia que su conciencia estaba justificada por el derecho que tenia de cambiar su violenta union con un marido decrépito por la del hombre que su corazon preferia. Estranjeros, perseguidos, necesitados, su amor recíproco crece en el infortunio; Honorato trabaja para los libreros, soportando su arrogancia, y con tal de tener cincuenta luises escribe el *Ensayo sobre el despotismo*. Agradó, y á los tres meses podia trabajando desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, ganar un luis al dia, componiendo y traduciendo.

Entre tanto en Francia, condenado por rapto y seduccion, fue decapitado en efigie: su padre que, olvidando la avaricia cuando se trataba de castigarle, habia gastado 6,600 francos para hacerle prender por la policía, se alegró de ver á su hijo escluido para siempre de Francia, y de poder olvidar su existencia. Pero los parientes de Sofía, por una mezcla de cariño mezclado de resentimiento, fueron en su busca, esperando restituirla á su marido; y de tal modo trabajaron que al fin descubrieron su paradero. Honorato podia salvarse; pero quiso seguir á Sofía; la cual fue encerrada en un convento y él en Vincennes: su padre esclamó: «Al fin está preso »el malvado.» ¡De este modo se educaba á un hijo noble!

Allí, hijo y representante de una edad de amor, de impaciencia, de corrupcion, pudo abandonarse á los siniestros consejos de la soledad y del rencor, y á la corrupcion que es consiguiente á la cárcel. Se puso á traducir lo mas lúbrico que han escrito los clásicos, y lo enviaba á Sofía por condescendencia del comandante, el cual les permitió tambien escribirse, leyendo él antes las cartas, y exigiendo su entrega despues de leidas por los interesados; de este modo se conservaron y publicaron. El comandante no queria que él la tratase de *tu*, y dejaba pasar sin embargo espresiones de brutal concupiscencia, que solo aquel siglo pudo imaginar, escritas en el castillo del rey, en papel del rey, bajo la custodia de un hombre que escrupulizaba el darle una navaja y un espejo para afeitarse, y luego vendia á los libreros lúbricas composiciones, como la *Erótica Bíblica* y *Mi conversion*, digna de Aretino. Dedicóse Honorato tambien al trabajo: estudió á Tácito, escribió contra las órdenes de prision y las cárceles de Estado, esponiendo los principios del derecho natural, base de toda sociedad y civilizacion, para mostrar la injusticia de estos procedimientos sumarios.

Al año de estar preso, le acometió la desesperacion y quiso suicidarse; pero al fin aceptó la vida, que el amor no tardó en endulzar. La correspondencia con Sofía, quien le habia hecho padre de una niña, empezó de nuevo; y como siempre sucede en casos de persecucion, él se obstinaba en no querer dejarla y persistia en la esperanza de verse ambos en buena posicion. Envió súplicas al rey y al ministro Maurepas, ofreciendo servir en América y en la India, pero en vano: su padre le abandonaba en la última miseria, y viendo que se carteaba con su madre y su hermana, osó esparcir dudas de un doble incesto. Honorato, colocado en tal estremidad, opuso á aquellas dudas imputaciones igualmente horrendas, que parece no disminuyeron en nada la buena reputacion del amigo de los hombres. Honorato se consumia al ver á aquella alma de hielo, y desahogaba por medio de cartas de indignacion contra una tiranía que se refinaba al negarle todos los consuelos debidos á su tristísima situacion: «Un hombre que tenga »alma y entendimiento no puede resistir á tan »bárbaro método de vida, en que sus talentos, »sus conocimientos, sus sentimientos mejores, »en vez de alivio, producen su ruina.»

Uno de los motivos que escitaban la ira del marqués economista, era que su hijo siguiese las ideas filosóficas del siglo. «En cuanto á ese »loco rabioso que está preso en Vincennes (es»cribia á su hermano el bailio), toda esa bulla »no es mas que la charla filosófica de la época, »impudente reminiscencia. Tres ó cuatro necios, »como Diderot, d'Alembert, Rousseau ú otros »maniquíes vestidos de oropel, cuya biblioteca »es el inventario de la torre de Babel, no te»niendo los mas de ellos de original sino la »impudencia, fueron el almacen de estas filoso»fistiquerías modernas que solo merecen el hos»pital de locos (1).»

Pero de repente el único hijo legítimo de Honorato murió de edad de cinco años, con circunstancias tales que indujeron á sospechar de un colateral. El peligro de ver estinguirse su nombre alarmó á toda la familia, y en especial al marqués, que pensó entonces en salvar al hijo para que renovase la raza. «Si hubiese vi»vido mi nieto, perseveraria en tener preso á su »padre, y destruir toda huella suya; pero, ha»biendo muerto el pobre Victoriano, preciso es »impedir la estincion de nuestro nombre.» Puso, sin embargo, por condicion que la mujer de Honorato intercediese, y ella lo hizo asi. Hasta Sofía, con aquella generosidad que fue la causa y la escusa de sus estravíos, escribió al marqués, atribuyéndose toda la culpa y exhortando á Honorato á reunirse con su esposa. El mismo viejo economista quedó admirado de semejante conducta, y con todo pasó mas de un año antes de que aquel se viese libre, lo cual sucedió solo despues de cuarenta y un meses de padecimientos, que causaron gran deterioro en su salud. Mirabeau salió de la cárcel con el espíritu robustecido, y escribió á su hermano: «Ya estoy libre, »pero ¿de qué me sirve la libertad? Rechazado »por mi padre, olvidado de mi madre, persegui»do por los acreedores, privado de los medios »de subsistencia, amenazado por mi esposa, »desprovisto de todo, de rentas, de carrera, de »crédito. ¡Oh! ¡pluguiese á Dios que mis ene»migos no fuesen tan cobardes como son mali»ciosos!»

(1) *Mém. de Mirabeau*, t. II, p. 353.

La hija de Sofía y Honorato habia roto con su muerte el vínculo mas fuerte entre los dos amantes; pero Sofía no quiso reunirse á su marido. Honorato acudió al convento en que ella estaba, para disipar las dudas que se habian esparcido astutamente sobre su recíproca fidelidad; pero la entrevista terminó dividiéndolos para siempre. Entonces él se constituyó en manos de la justicia, para hacer anular la sentencia dictada en el Franco-Condado; y al defenderse escribia, no con la mira de la ganancia, sino para salvar su cabeza, no por el pan sino por el honor; verificándolo de modo que el procedimiento quedó anulado, y declarada la separacion de Sofía de su marido con una pension. Pronto quedó viuda, y se portó con bastante prudencia en este dificilísimo estado; hasta que enamorada de otro y habiendo perecido su amante al tiempo de casarse, se estranguló.

Honorato orgulloso con el triunfo de su talentó, pero abrumado de deudas y sin medios de ninguna especie, trató de reunirse con su mujer la cual le rechazó. Entonces acudió á los tribunales; pero la familia Marignano publicó contra él un libro virulento, y el asunto fue llevado ante el tribunal de Aix. Convencido de que el público era el juez que le convenia persuadir, arengó por sí mismo: acudió mucha gente á oirle; el escándalo aumentó su fama, y triunfó en la opinion atrayéndose la admiracion de su auditorio; pero, como quisiese llevar la defensa hasta presentar cartas en que su mujer se presentaba culpada, el abogado de esta aprovechó el incidente para mostrar que por lo mismo no podia vivir bajo el techo marital; y la demanda de Honorato, fue desechada.

Habiéndole negado su padre una pension, vivió de la pluma, trabajando bajo la direccion del académico Chamfort en París. Allí contrajo con la señorita de Nehra, natural de Holanda, un vínculo que duró mientras ella vivió y á pesar de las infidelidades. Huyó en su compañía á Holanda, y despues de consumir la pingüe hacienda, se encontró en la última miseria: «no tengo en el mundo (escribió) mas »que diez francos; entre la condesa y yo no »nos queda ni un harapo que llevar á casa del »judío; y no nos es posible salir de aquí sin pa»gar lo que debemos.» A tal estado le reducia la pasion al lujo que no le abandonaba jamás; y enviaba á Nehra en busca de recursos, importándole poco el precio á que los adquiriese. Tenia un secretario llamado Hardi, que le prestó á menudo algunos ahorros, y hasta los calzones y las camisas; pero, como este un dia lo exigiese la restitucion, no solo negó la deuda y le insultó sino que le citó de calumnia ante los tribunales. Hardi le probó por medio de testigos que la camisa y los calzones que en aquel momento llevaba encima eran suyos.

Honorato confiaba siempre en crearse un nombre á fuerza de ingenio y de fatigas. Para sacar provecho del rencor de las dos naciones, publicó en Inglaterra las *Consideraciones sobre la órden americana de Cincinato*, criticando una institucion que parecia establecer una aristocracia militar en una república democrática; y obtuvo grande efecto. Metieron mas ruido las *Dudas sobre la libertad del Escalda*, en cuya obra, para adular al ministerio francés se burlaba de los proyectos de José II contra el comercio de Holanda. Habiendo vuelto á Francia durante el ministerio Calonne, cuando se renovaron los juegos de bolsa de Law con mayor riesgo, y cuando no se hablaba sino de rentas, de acciones, de compañías, se puso á sueldo de los agiotistas que sacaban partido de atacar el sistema rentístico de Calonne, é impugnó la caja de descuentos, el banco de San Cárlos y la compañía de las aguas. Desde entonces se vió en él la falta de conciencia, y la venalidad ocasionada por la escasez de recursos. Los escritos en materia de hacienda se debian á Clavière; la *Caja de descuentos* era obra del mismo y de Dupont de Nemours y Brissot; en el prólogo del *Banco de San Cárlos*, Mirabeau dice: «he podido prestar mi talento á mis amigos, pero prestar mi nombre hubiera sido indigno de mí;» y tambien esta frase era de Clavière, el cual redactó aquel prólogo (1).

Entre tanto se abandonaba á los placeres, al fausto, á los amores; amores á su manera, fuertes, estraordinarios, personales, atrayendo irresistiblemente á las mujeres, y sin embargo despreciándolas; lo cual no sorprenderá á nadie que recuerde las costumbres de la época: en que se vivia entre cortesanas como Ninon y la Dubarry; entre príncipes como un Orleans, un Rohan, un Luis XV y demás héroes de las Saturnales de Versalles; cuando el amor era vendido, alquilado, ostentado, y las damas usurpaban una infame ganancia á las cortesanas, que nada tenian ya que enseñarles; cuando en los gabinetes dorados circulaban libros que no se pueden nombrar siquiera; cuando Voltaire divertia á una meretriz colocada en el trono arrastrando por los suelos á una virgen patriota; cuando hasta el reformador Rousseau preparaba pasto á los torpes gustos de la envilecida aristocracia.

Quizá Mirabeau no era peor que los demás; pues mientras que otros habian sufrido merecidas condenas, él habia sido absuelto. Los demás gozaban en silencio; y él haciendo ostentacion de las persecuciones domésticas y de la opresion de que habia sido objeto, ofendia la hipocresía pública: unia á sus vicios un vigor y un talento que faltaban á los otros; y las almas fuertes llevan tras sí los favores y los amores indómitos, como las iras implacables. Pues si en teoría y mirado de lejos aprobamos al hombre reposado que carece de toda culpa, una especie de instinto nos arrastra á preferir al que es vivo, alegre, original, aunque sea malo.

Reputado falso amigo, y tambien enemigo peligroso, sus rivales le temen y por lo mismo le halagan; el ministro Calonne le compra, y le envia como esplorador á las córtes de Alemania, y especialmente de Prusia, para estudiar al futuro príncipe. A este, el dia que ascendió al trono, presentó Mirabeau un plan de gobier-

(1) Véase *Mém. de Brissot*, Bruselas 1830, t. III, c. 14, c. 18. Mirabeau habia dicho á este: «Si quereis hacer fortuna en el mundo, matad vuestra conciencia.»

no (1): á su vuelta publicó (*De la monarquía prusiana*) anécdotas escandalosas para hacer dinero y ruido, y se burló de los iluminados, introducidos entonces por Weisshaupt; él que habia dado nombre á todas las lógias masónicas. Siempre pobre y disipador, continuó una guerra á muerte de ingenio, de acusaciones, de calumnias, contra el sistema rentístico y contra Necker, denunció al rey y á la opinion el agiotage, y sostuvo la necesidad de convocar los Estados Generales y dar una constitucion (2). Algunos libelos suyos, entre otros el referente á Prusia, fueron quemados por el verdugo. El rey mandó encerrar al autor en el castillo de Saumur, de donde salió cuando la convocacion de los Estados Generales prometia tanto á Francia, y á él un rio revuelto en que pescar..

Aquí cesa la novela y principia la historia; de hoy mas será la patria, y no Sofía, el ídolo de Mirabeau; ya no le juzgará su familia, sino la nacion. Pero, habia sido educado de modo que un vicio se desarrollase sobre el tallo de cada virtud. ¿Qué ha encontrado hasta ahora? Un padre que le odia, una madre que le enseña á aborrecer á su padre, un maestro que no le quiere porque es pequeño y deforme, un criado espía y soplon, un coronel inexorable, una mujer que le rechaza, un parlamento que le condena á muerte, un rey que firma órdenes para prenderle, una familia, una sociedad que le envilecen, que le castigan. ¡Ah! cuando se ve á uno perseguido por todos, se concluye de ahí que es culpado: juicio justo, como otros del mundo. Mirabeau sufria y roia la cadena, esperando tener un dia razon. El resto de su familia no valia mas que él: reprendiendo en cierta ocasion al vizconde, su hermano, porque se entregaba á la embriaguez, este le contestó: «¿Qué quieres? Es el único vicio que me has dejado.»

Con tales ejemplos el pueblo perdia el respeto ingénito hácia la nobleza, pues sabia que en el conde veneraba quizá al hijo del palafrenero, y en el criado apaleaba quizá al vástago del gran señor. El pueblo habia sufrido mucho tiempo las supercherías de la clase superior como una necesidad, como un efecto natural; pero ahora volvia los ojos, conocia sus derechos, y pensaba hacerlos valer. No le instruyeron, no, los grandes filósofos, predicadores de la impiedad, pues sus libros estaban reservados á la clase alta y culta, hasta los menos aristocráticos, como los de Rousseau. Al pueblo no llegaban mas que las canciones, alguna novela, uno que otro proceso y la comedia.

La prision habia dado estudios á las disposiciones de Mirabeau, direccion á sus pasiones, entusiasmo á su genio. El efecto que su elocuencia produjo en el pleito con su mujer, le inspiraba la confianza de desplegar un dia su grandeza; disponíase entre tanto en silencio. «Dejadme en mi oscuridad; me he propuesto »no salir de ella, hasta que un órden regular de »cosas suceda á la presente confusion; hasta »que un gran movimiento, sea para bien ó para »mal, intime á todos los buenos ciudadanos la »obligacion en que están de levantar la voz, no »menos con su sufragio que con su talento. Ese »gran movimiento no puede tardar. La nave »pública ha entrado en un peligroso estrecho: »quizá fuera capaz un hábil piloto de sacarla á »alta mar, pero no sin el consentimiento de la »chusma; y en tan desecha borrasca ni un »solo marinero debe perderse de vista.» Era en 1787.

Sentia, pues, que la revolucion se acercaba; y lo sentia tanto mas, cuanto que habia padecido todos los males del antiguo régimen. Tambien su padre escribia: «No hay mujer que no »lleve en su seno un Arteveld ó un Masanielo;» y todos creian que bajo aquella corrupcion se ocultaba algo, como los gérmenes bajo el estiercol. El desórden de la sociedad aristocrática habia llegado á su colmo; á los escándalos de la regencia siguieron las costosas torpezas de Luis XV; la violencia de los ministros y de los parlamentos probaba la falta de fuerza; la corrupcion descendia de los grandes al pueblo, de la córte al santuario, y á falta de otro argumento, bastaria al lector lo poco que hemos dicho de la familia de Mirabeau. Luis XVI, que era un santo, vino como víctima espiatoria á cargar con los delitos de sus padres; y la monarquía que resistió al delito y á la torpeza, no resistió á la debilidad.

Beaumarchais espresó la reaccion de la opinion contra la clase dominante. De poco genio, pero de suma influencia, resumió en sí todos los ataques de los precedentes, y llamó juez al pueblo, él que procedia del pueblo y que no cesó de ser pueblo aun despues de ascender á gran señor, escritor del pueblo, petulante, burlon, flexible, maligno, y sobre todo paciente como el pueblo.

A este (importa estudiarle como otra faz del hombre que procuramos pintar), todo sirve para abrirle paso; los relojes que su padre fabrica, el arpa de que da lecciones á la córte, un proceso que se intentó contra él. Amado de Luis XV «porque le decia la verdad,» obtuvo de él permiso para visitar la escuela militar fundada por París-Duverney. Este se propuso hacer la fortuna del jóven, y aunque Beaumarchais no adquirió con él mucho dinero, aprendió sí á conocer los negocios.

Cuando murió París-Duverney, su heredero reclamó de Beaumarchais 150,000 francos. Se instruyeron diligencias, y Beaumarchais, segun costumbre, ofreció á Gætzmann, relator del proceso, 100 luises y un reloj montado en brillantes, si ganaba. Perdió Beaumarchais, y Gætzmann restituyó el dinero y el reloj; pero aquel, pretendió haberle dado 15 luises mas. Gætzmann contestó que era una calumnia, y se querelló de él judicialmente. Beaumarchais por

(1) A propósito de este libro, Rivarol escribió el siguiente epigrama:

Puisse ton homélie, o pesant Mirabeau,
Assomer les frippons qui gâtent nos affaires;
Un voleur converti doit se faire bourreau,
Et prêcher sur l'échelle en pendant ses confrères.

Véanse *Mém. de Brissot*, t. III, c. 15 y 17.

(2) No olvidemos que, habiéndose relacionado con el gran matemático de Turin Lagrange, y viendo que este no se encontraba bien en Berlin, le indujo á no aceptar las proposiciónes de Florencia, Nápoles y hasta del Piamonte, su patria, y á preferir las que, á instancia suya, le hizo el gobierno francés.

aquellos 15 luises se disparó contra el relator y contra toda la judicatura. Era el tiempo en que Maupeou habia reformado el parlamento, sustituyendo á los antiguos, venales pero venerados por su antigüedad, otro que disgustó á los ricos sin obtener la confianza del pueblo. Beaumarchais resolvió apelar á la opinion pública, y dió á luz sus *Memorias*, en que abunda el ingenio, la burla, el estro, la imaginacion, la ironía, descubriendo que con la palabra se puede vencer la costumbre. Tambien descubre el nombre que conviene á aquella raza de vencidos y oprimidos; y esclama: «Soy ciudadadano; no cortesano, ni abad, ni noble, ni rentista, ni favorito, nada de lo que se llama poder. Soy ciudadano.» Palabra y cosa nueva en Francia (1771), hechas para crecer, y que crecieron.

El público se quedó atónito ante tal revelacion. Se habian visto reyes combatir con reyes, parlamentos oponerse á la justicia de los príncipes, jesuitas y jansenistas, hostilizarse con las tesis y las bulas; pero un hombre solo, acusado, sin abuelos, sin familia ¿qué mas? ¡sin patrocinio de nadie, levantar la cabeza, medir sus fuerzas con el parlamento, y no permitir, siendo plebeyo, que un consejero le pise! ¿Y por qué? Porque es ciudadano.

Todos dan importancia á sus escritos; los unos para burlarse del parlamento Maupeou, los otros para que sirvan de capítulo de acusacion contra el temerario, todos para oir á un orador que no pertenecia al foro ni al púlpito, da publicidad á las sutilezas judiciales y apela al sano juicio. El parlamento Maupeou, juez en causa propia, y exasperado por las Memorias, no osa condenarle, y le inflige solo la nota de deshonor; pero el público protesta, el príncipe de Conti le invita á comer, la córte se declara á su favor. Beaumarchais hace triunfar de este modo el título de ciudadano que se habia dado; su causa se convierte en la causa de todos. Preséntase como víctima de la tiranía ante la opinion pública; multiplica escritos que son al mismo tiempo proceso, sátira, drama, comedia, galería de cuadros, arena; y puede al fin decir: *os perdono*. Perdona en consideracion al nombre, á la categoría, á las personas que se disgustarian de ello; recobra los bienes y el honor; el pueblo aplaude al hombre que le vengaba de un parlamento bastardo, y la filosofía penetra en la hasta entonces insuperable empalizada del parlamento.

Beaumarchais asociaba tambien lo positivo á la literatura; se casó con dos ricas viudas, compró varios empleos, contribuyó á obras buenas, á una caja de descuentos, á una casa de socorro para las mujeres en Lyon, á una sociedad para la bomba que surtiese de agua á la ciudad. En esta última tuvo por contrario á Mirabeau, el cual, irritado al principio con la respuesta y luego con el silencio, descendió á brutales personalidades. Sin embargo, Beaumarchais calló, que era la mayor injuria que podia hacer al nombre anheloso de meter ruido de cualquier modo que fuera.

Por lo demás, tambien Beaumarchais tuvo procesos por adulterio, por muerte de sus dos mujeres, por malversacion. ¿Y qué? El pueblo no miraba la moralidad del escritor, sino sus propias pasiones que aquel habia escitado. Aun mas las escitó en otro ataque contra la aristocracia y el clero. Beaumarchais habia compuesto dramas llorones, que entonces eran una novedad, y fue mas feliz en esto que en sus teorías estrañas, superficiales, sin gusto; poro su *Fígaro* causó una imprecion imperecedera. No le midais por la regla del arte; es muy largo, licencioso, lleno de mal gusto; pero adulaba las pasiones de la época; mostraba en el palco escénico aquellos nobles y abates, de quienes tanto se habia hablado, y pintaba á lo vivo la afortunada lucha del pueblo con la aristocracia, del criado con el amo. Fígaro gobierna todo con la astucia y la impudencia, hijo de príncipe y aventurero; mientras que Almaviva, noble, guapo, generoso, en suma, verdadero castellano, ve á aquel disputarle los amigos, las queridas y por poco tambien la mujer.

El buen rey Luis protestó que jamás permitiria su representacion, y Beaumarchais protestó que se representaria, aunque fuese en la catedral de París. Y en efecto, se ejecutó setenta y dos veces, y poco despues fue representada en el Trianon, haciendo de Rosina María Antonieta y de Fígaro el futuro Cárlos X. El mismo autor nos ha descrito, por boca de un noble, la impresion que causó dicho drama:

«Me acuerdo de la primera vez que tuve el honor de conducir á mi señora madre al teatro francés. Con mucho trabajo conseguimos un palco y nos fuimos á él desde muy temprano; era la primera vez que mi señora madre esperaba. Cuando entramos, la sala estaba enteramente llena; en todos los rostros se veia la ansiedad; hasta se decia que algun espectador, para estar seguro de su puesto, habia pasado la noche en las galerías; y me pareció verlos como que acababan de despertar por el ruido de la multitud.

»Mi madre tenia la costumbre de permanecer impasible; deber sagrado, deber de ceremonia; y esperó con paciencia hasta que se levantó el telon, que fue al cabo de cuatro horas. Entonces asistimos á un drama inaudito, cual no lo hubiéramos imaginado, ni aun en sueños. Presentóse al principio un criado galante, de buenos modales, hablando con elegancia y enamorado, como conviene. Habla de todo, y en especial de su amo; critica, intriga, no respeta nada, ni aun á la querida de aquel; declarado zurcidor de argucias, habla mucho para no decir nada; libertino, jovial, á todo se atreve, á todo está dispuesto, hasta al adulterio; poeta, orador, diplomático, antiguo periodista y albeitar, músico y barbero, político desenfrenado, salta, rie, menea los piés: es el héroe del drama. Mi señora madre no comprendia una palabra.

»Vino luego un gran señor, un español nobilísimo, elegante, bien formado, afable, algo filósofo, que sabia lo que vale una mujer, escelente señor de un escelente castillo, donde ejercia el mero y misto imperio, y no abusaba de él en estando exento de pasion. Su criado le

hace burla, le ataca, le estrecha, le escita á obrar, le asedia con intrigas, le aniquila; le disputa una camarera, que habia llamado la atencion del pobre conde Almaviva; le disputa hasta la condesa. ¿Y qué? ¡Si se escucha á este impertinente, no habeis tenido sino el trabajo de nacer ilustrísimo! ¡El trabajo de nacer!.... ¡qué frase, qué contrasentido para una señora de tres cuartéles como mi madre, princesa de Wolfenbüttel!

»Entonces mi señora madre no pudo contenerse mas. ¡Cómo, cómo! ¡Hasta la camarera cuenta todo á su futuro esposo! Vasalla inútil, astuta, bribona, tan fácil en la apariencia, elegante como una dama, habladora, loca de amor y sin andarse en misterios. ¡Qué costumbres en casa de un grande de España, de un caballero del Toison de oro! ¡Qué casa y como está gobernada! Mi señora madre estaba atónita.

»Pero ¡cuál quedó cuando, en medio de la pieza, vió llegar una figura toda de negro, con traje talar, sombrero de grandes alas, vueltas blancas, ojos cóncavos, aire tonto, cabellos dados con pomada, porte innoble, sonrisa maligna, andar hipócrita! Es el cortesano de siempre, el forjador de las argucias del amo, el obsequiante del ama, el criado de los criados de la casa, el adulador titulado: el custodio de la perrita..... envuelto en una trisca de amor.

»Entonces, ligero y brillante como una mariposa, imprudente, alegre, perfumado, tarareando, ignorante é ingenuo, corriendo por instinto tras de las mujeres, aparece Querubin; Querubin trasparente, que cuenta á las nubes, á las plantas, á las flores, á la fuente, á Marcelina, todos los latidos de su corazon. ¡Cuidado con vos, si sois mujer! Temed su primer fuego, su sonrisa, su gesto, su pasion vaga. Susana le abraza con pena y remordimiento; una condesa, casada con un gran señor, le mira suspirando: él abraza á la vieja Marcelina: le quitan el vestido, y miran su mano blanca, su brazo torneado, su pecho que late con fuerza. Le adoran; tiene envidiosos, enemigos; pero es adorado.....

»Al lado de Querubin existe un ser, aun mas ignorante; una niña que nada sabe, que se deja instruir; pero que por sí sola nada aprenderia. Querubin repite con ella las lecciones que pesca acá y allá..... Velad sobre la niña que suspira por lo bajo, que se oculta para suspirar, que espera, que adivina, que morirá antes de dar un paso hácia la ciencia; mas para quien la ciencia es deliciosa.

»Todas estas pasiones confundidas, mezcladas, agrupadas, producen el resultado mas interesante, mas antisocial, mas inmoral que se ha osado concebir, ejecutar, presentar jamás á tan numerosa y escogida reunion. Tal era aquel drama infernal. En él se trastornaba todo el edificio social, se ridiculizaban atrozmente todas las virtudes domésticas; el criado engaña al amo, el marido á la mujer, la mujer al marido; una mujer es madre sin ser esposa, un padre tiene un hijo por reconocer, la madre quiere casarse con su hijo, el hijo insulta á su madre, el juez se vende, el villano raciocina, la niña cede al amor, el chico es libertino antes de conocer el bien y el mal, allí todas las clases se rozan, se codean, se tutean; es una noche oscura, hay gabinetes oscuros, padres crédulos, criados bribones; es la intriga del siglo el poder del siglo, las mujeres, las costumbres, el amor, el espíritu del siglo. No es ya la comedia antigua, con sus criados que hacen de confidentes: ahora los criados se han sobrepuesto á los amos; ellos son los que tienen pasiones, los que forman intrigas, los que aman, los que se casan; se han convertido absolutamente en amos, y si conservan la librea, es por pura vanidad.

»La ciudad y la córte aplaudian tan estraño espectáculo; el pueblo, oyente activo y apasionado, se divertia viendo aquel gran señor tan cruelmente burlado, y gozaba en contemplar en el teatro, no al avaro, al hipócrita, al misántropo, sino al fuerte, al poderoso. La comedia habia hecho un singular progreso; asestaba sus tiros al trono, á las creencias, á la fuerza; despedazaba cetros y coronas, marcaba á sus víctimas con el hierro candente y en el rostro: era una lucha en favor de las pasiones y emociones populares, era una adulacion perpetua del pobre con perjuicio del rico, del débil con perjuicio del poderoso: el pueblo representaba el primer papel, y el traje de córte sé eclipsaba ante el traje de los ciudadanos. La multitud aplaudia entusiasmada, y su gozo era sereno como una justicia. Mucho se podia prever desde la platea; pero en aquel tiempo nadie preveia.

»En los palcos principales las señoras estaban enternecidas; lloraban, seguian con la boca abierta y el aliento fatigado los infortunios de las cinco mujeres, acompañándolas con sus votos. Las mujeres de entonces no veian mas que el amor; y sintiendo acercarse el fin de los tiempos, se apresuraban á amar, como la córte á mandar, los mosqueteros á andar á estocadas, el gobierno á embriagarse, y el poeta á hacer versos. Solo el pueblo esperaba con paciencia, y el por qué, él lo sabia, aunque confusamente. El pueblo decia en voz baja, como Fígaro: *¡y yo, pardiez!* Los grandes señores, heridos en lo vivo, imaginaron sonreirse, y creyeron que hacian bien en no sentir el suplicio. La córte se divertia en aquel espectáculo por vanidad, riéndose del conde Almaviva, mas ingenioso, mas amable, mas fino, que cuantos la frecuentaban.....

»Difícil me seria pintaros la indignacion y estupor de mi señora madre. Asistió á la representacion como bajo un horrible peso; anhelante, irritada, exhalando mil esclamaciones y suspiros. Estuvo varias veces para gritar escandalizada; pero el miedo no se lo permitió. Esperó largo tiempo una reaccion á tanta infamia, un castigo á tantos delitos; largo tiempo invocó el espectro que lleva á don Juan al infierno; pero el espectro no vino; la comedia terminó con un tranquilo matrimonio. Mi pobre señora madre ocultó el rostro en las manos. Pensaba en qué diria la Alemania, si la Alemania sabia que ella habia asistido á semejante espectáculo, en palco abierto, y con su hijo. Despues me miraba, sonrojándose con un aire inesplicable de pesar y de

lástima, como si quisiera decirme: *Perdóname.* De vuelta á casa, despidió al mayordomo, por no parecerle bastante respetuoso, sin que le valiesen su edad ni sus servicios. A mí me dijo únicamente: *Lo contaré á la reina; mañana la reina lo sabrá todo.* Y á la verdad, ahora que me paro á pensarlo, creo que ningun terror era mas justo que el de mi señora madre (1).»

En efecto, aquella representacion pudo calificarse como el primero, y uno de los mas importantes actos de la revolucion, que habia empezado ya en el público, antes que buscase por las vias legales una existencia reconocida.

Mezclad todo esto con el filosofismo que se habia propagado; recordad el juicio que formaba el padre de Mirabeau, y comparadlo luego con las palabras de Röderer en su escrito sobre la *Diputacion de los Estados Generales*: «Cuarenta »años hace que cien mil franceses se entretienen »con Locke, Rousseau, Montesquieu; cada dia »reciben de ellos grandes lecciones sobre los de»rechos y deberes de los hombres de Estado. El »momento de ponerlas en práctica ha llegado.» Y las pusieron; pero hombres que no sabian leer, sacaron las consecuencias necesarias de doctrinas decantadas por literatos.

Pronto Francia se conmovió para elegir los diputados de los Estados Generales, que todos presentian iban á ser el principio de grandes cosas, sin adivinar su índole. Mirabeau conocia la época, y en Ginebra dijo á algunos ciudadanos: «Los Estados se convocarán; seré elegido; »y en pago les daré la libertad.» Cuando en Berlin le anunciaron la convocacion de los Notables, contestó: «Deseo ese dia como el mas her»moso de mi vida, pues los Notables se conver»tirán pronto en asamblea nacional, resultando »un nuevo órden de cosas, que regenerará la mo»narquía.» Publicando un opúsculo de Milton sobre libertad de imprenta y otros libros, sacó el dinero necesario para ir á Aix, donde esperaba le elegirian. La nobleza provenzal le hubiera tolerado como á otros muchos no mejores que él; pero asustada con sus máximas y con su descaro, le escluyó so pretesto de que no poseia feudo, siendo aun hijo de familia. Clamó contra tal injusticia y fue escuchado; halagó al pueblo, y dijo: «Creo que el pueblo que se queja, tiene »siempre razon; creo que es poco cuanto haga »para obtener la reparacion de sus agravios; creo »que ignora demasiado que, para ser formida»ble, le bastaria permanecer inmóvil. El poder »mas inocente é invencible es, creo, negarse á »obrar.»

Asi esplicaba su objeto y sus medios; y el pueblo, que se califica de ciego y ve sin embargo tan bien, conoció que Mirabeau era el hombre que necesitaba; y como acostumbra, se adhirió al genio. Su tránsito, pues, por aquellos paises, fue un verdadero triunfo con todas las demostraciones propias de los pueblos del Mediodía; y Marsella y Aix se disputaron su eleccion. El hambre dominaba allí, escitando sublevaciones, sobre todo en Aix, donde, habiéndose dejado decir un señor que el pueblo no era digno de comer la paja de sus caballos, estalló un tumulto y se contaron algunos muertos. Las autoridades carecian de fuerza; pero el tribuno que habia hecho escribir en sus tarjetas: *Mirabeau, mercader de paños*, se presentó y restableció la calma. El pueblo habia encontrado, pues, su rey, que le escitaba y contenia; y los Notables le odiaban por su eficaz influjo sobre la multitud, por el motivo mismo que se ensañó Cárlos III contra los jesuitas.

Entre tanto el rey nominal confia en el dictámen ageno, se adormece en los consejos, y al discutirse sobre la conveniencia de abrir los Estados Generales en Blois ó en Compiegne, dice: «En Versalles, por las cacerías.» Luis XVI, no ve, pues, el precipicio, ó se acerca á él irremisiblemente; fue héroe tan solo en el patíbulo. Tambien los ministros presumian evitar la revolucion cambiando el sitio y la época de reunion de la asamblea; y en medio de tanto desórden y debilidad, se ostentaba un orgulloso despotismo. Disputándose en el consejo sobre el modo de conferir los grados militares, el conde de Artois, dijo: «Toca al rey distribuir las gracias.» Pero el ministro Saint-Priest, le respondió: «Los empleos no son gracias.»

La historia de aquella asamblea, escrita cien veces, dejará siempre cosas nuevas que decir, que aprender, que deplorar. Eran mil ciento treinta y nueve individuos, casi el duplo de los diputados ingleses; doscientos setenta de la nobleza; doscientos noventa y uno del clero, entre ellos cuarenta y ocho obispos, treinta y cinco abades, doscientos curas; y quinientos setenta y ocho individuos del tercer Estado, dos eclesiásticos, doce nobles, diez y ocho magistrados civiles, ciento y dos individuos de bailía, doscientos doce abogados, diez y seis médicos, doscientos diez y seis comerciantes y agricultores. Si se les hubiese preguntado á qué venian, no habrian sabido qué responder. Eran deseos vagos, esperanzas desmedidas, una inmensa necesidad de variacion, de demolicion; pero ninguno habia pensado en lo que se edificaria sobre las ruinas. La córte lo sabia menos que nadie: veia solo en todo aquello el instantaneo resguardo contra un abismo, y cuidó mucho de arreglar el ceremonial, y prescribir los vestidos, pero no de tomar la iniciativa. Hasta pareció que queria exasperar los rencores fijando legalmente la distincion de las tres Ordenes: mandó que el clero y los nobles asistiesen de toda gala, con plumas, bordados y mantos; y los Comunes vestidos simplemente de negro, como lacayos detrás de sus amos: al entrar aquellos debian abrirse las dos hojas de la sala, y una sola al entrar estos, despues de haberlos hecho esperar, espuestos al aire y la lluvia, en medio de la multitud que gritaba: *Viva el tercer Estado.*

(1) G. B. Guidi, boloñés encargado por el ministro Miromesnil de examinar la comedia las *Bodas de Figaro*, lo desaprobó bajo el concepto moral y literario, hallando en la obra cierta pesadez que impediria tuviese buen éxito. Beaumarchais opuso mas adelante contra este juicio, el entusiasmo que escitó la comedia; á lo cual respondió Guidi: «Si se anuncia se que una noche las bailarinas de »la Opera se presentarian á hacer sus mudanzas sin calzones ¿no »creeis que la multitud seria inmensa y la risa inagotable?»

Habiendo pedido Mirabeau á Beaumarchais doce mil francos prestados, este contestó á las repetidas instancias del primero: «Todo ló que me decis es verdad; pero tambien lo es que deberia »romper con vos en el momento de vencer el pagaré; mejor es, »pues, romper desde ahora, con lo cual me ahorro doce mil »francos.»

No tardó en suscitarse una disputa, para saber si se votaria por órden ó por cabeza, si se formarian tres cámaras separadas ó se unirian en una deliberacion comun. Estas primeras cuestiones indispusieron á la parte aristocrática con los Comunes, resultando ser imposible la concordia; y pronto se verificó lo que en boca de Sieyes habia parecido un delirio, á saber: que el tercer Estado era todo. Aquellos diputados se habian educado todos bajo la impresion de las ideas filosóficas; eran audaces, burlones, innovadores; despreciaban lo pasado, las viejas instituciones, y mas aun el cúmulo indigesto de las costumbres monárquicas; quisieron, pues, destruirlas de golpe.

Entre las estrellas que brillaban al ponerse el sol monárquico, se distinguió presto Mirabeau. Al presentarse con el traje modesto del tercer Estado, circuló un susurro entre los nobles, y él lo acalló con su orgullosa mirada y su aire amenazador. Cuando la sociedad se siente invadida por la necesidad universal de hablar, de refutar, de proponer, de gobernar, no bastan ya los libros, y los reemplazan los periódicos. Estos, hasta entonces, habian permanecido en pañales; en 1777 empezó el *Journal de París*, primer periódico diario; despues salieron otros á la palestra á tratar las cuestiones del dia. Pero cuando toda Francia estaba ocupada en las elecciones, se deseó introducir la innovacion que consiste en asociarse á un periódico, para que su redactor hable desde una tribuna mas estensa. En esa arena se ensayaron Marat, Carrier y Desmoulins, futuros proveedores del patíbulo.

Mirabeau, arrastrado por una pasion entonces nueva, la popularidad, al dia siguiente de la primera reunion de la asamblea, habló de los debates en un periódico con libertad y altivez nunca vistas. Censurando los escesivos aplausos, dijo: «Los representantes de la nacion de»ben comprender mejor la dignidad de su mision »y del carácter de que están revestidos; no deben »mostrarse entusiastas sin motivo, ni aparecer á »los ojos de la Europa como estudiantes que se »alegran de que se prolonguen una semana mas »las vacaciones, sino como los primeros hombres de la nacion, que necesita solo una constitucion »para ser la primera del mundo.»

Asi se mostraba ya órgano, jefe y regulador de la asamblea; asi ejercia de hecho la libertad de imprenta. Si suprimen su periódico, empieza otro, encabezándolo con una queja contra los ministros, que «encubren su torpeza con la autoridad del monarca.» Asi separa á los ministros del rey, estableciendo otra de las principales bases del sistema constitucional.

Ningun diputado llevaba á la asamblea mayor aptitud real y notoria, y desde los primeros dias fue reconocida: acogido con odio y entusiasmo que probaban su inmensa capacidad de hombre de Estado, y haciendo ostentacion de la audacia que formó la mitad de su genio, guió la clase media al través del laberinto en que se arrojaba en busca de un confuso porvenir. Era fuerte, y en los grandes trastornos el mundo pertenece á los fuertes: el pueblo, deseoso de un campeon que combata por él, no mira su procedencia; cuanto mas terrible es, mas le ama. Asi adoraba á Mirabeau, el cual encontraba su fuerza en el odio, como otros en el amor de los demás; orador popular, pero no plebeyo, poderoso por su risa, por su ironía, por su cólera, y que queria arrastrar á la asamblea con la novedad de sus proposiciones. Cada vez que subia á la tribuna decian: «No ha hablado nunca con tanta elocuencia.»

Su talento no era tan estenso como su voluntad, sostenida por vigorosas pasiones: se mostraba mas rico en instintos que en ideas, en los discursos que en obras de razon. Gracias al pueblo, dominaba el porvenir: formulaba los vagos instintos populares en una voluntad razonada y en sistemas de mejora: aquellas cabezas confundidas iban errantes de opinion en opinion, y Mirabeau decidia siempre, y reanimaba á los flacos, pronunciando esas palabras decisivas que es dado tan solo proferir á los grandes hombres, y que aceptadas como sentencia final, se repetian luego por todas partes. ¿Trátase de aplicar un nombre á esta asamblea? Mirabeau propone el de *representantes del pueblo francés*; pero la palabra *pueblo* tenia un sentido tan bajo, que se levantó un murmullo en toda la reunion y fue preciso á Mirabeau justificarla.

En esa terrible vorágine de ideas, donde se funden las sociedades, cuya época ha pasado, se engrandecia como Flegias en el infierno, derivándose su poder de la amalgama de la pasion con el genio. Se parecia al pueblo de entonces: considerado, como él, menor á pesar de sus años, bajo una patria potestad rígida, legal, inexorable; mal educado, pobre en medio de las riquezas, vilipendiado en medio de los privilegios, venia á revindicar sus derechos; desigual, violento, cínico, sublime, prolijo, terrible, despierto de su letargo como aquel pueblo, y como él al mismo tiempo ávido y generoso. El hecho de pertenecer á la clase que combatia, daba á Mirabeau el aire de sacrificio; al paso que sus padecimientos alejaban de él el ridículo que acompaña al sacrificio cuando es escesivo. Su inmoralidad le aseguraba el influjo entre los malos, que solo tienen fe en sus semejantes. Por eso su grandeza, aun en la tribuna, procedia del pueblo. Los diputados y los ingenios frívolos continuaron silbándole mientras vivió; pero el pueblo aplaudia; y cuando se trataba de una cuestion importante, todos los ojos se volvian maquinalmente hácia él, como invitándole á formar la opinion pública.

Por aquella época escribia Mirabeau á un amigo: «Sois demasiado bondadoso en conmoveros »por los escesos que los periodistas cometen »contra mí, y hace ya tiempo que considero ta»les torpezas como el salario de mi caballerosi»dad. ¡Ay de aquel que tratase de hacer una »revolucion y no fuese calumniado! A mí me »sucede una cosa peor; se me inquieta en to»dos sentidos, con el encarnizamiento de la ira »y la actividad de la intriga. Recibiré cien »ataques al discutirse las actas, los recibiré »en el seno de los Comunes, y quizá tengan la »vergüenza y la desgracia de triunfar. En las »clases privilegiadas no se nos trata con tanta

»ceremonia: *Es menester desembarazarse del* »*conde de Mirabeau*, tal es su frase favorita. »Pero ¿de qué modo? ¿quién tomará á su cargo la empresa? ¿*quién*? ¡*Ah pardiez! ¿el rio* »*no lleva olas para todos*? Estas y otras proposiciones análogas andan en boca de los grandes personajes de Versalles. ¡Estraño destino »el mio! Si se oye á los privilegiados, *mi* »*funesta é insidiosa elocuencia* fue la que tuvo »á los Comunes en el estado de indolencia que »á decir verdad los enerva. Pero, escuchad á »los Comunes, y les oireis decir: *Mirabeau per-* »*derá la causa pública por el esceso de su celo;* »*dice cosas escelentes, pero con un calor que...* »y el calor de este hombre ha producido... ¿qué »ha producido? La inaccion de los Comunes, que »si hubiesen hecho algo antes de haber formado »un plan, antes de que reinase entre ellos el »acuerdo, la armonía, habrian tropezado á cada »paso, atrayéndose las burlas de Europa y convirtiéndose en azote del reino, impotentes para »todo menos para producir el mal; en ese caso el »gobierno no hubiera podido menos de disolverlos. Es una mision difícil y terrible la de marchar al bien público sin adular á ningun partido, »sin incensar al ídolo del dia, sin otras armas »que la razon y la verdad, respetándolas donde »quiera, no teniendo mas amigos que ellas, mas »enemigos que sus adversarios, mas monarca »que la conciencia, mas juez que el tiempo. »Quizá sucumba en la empresa; pero no retrocederé.»

Continuaba entre tanto su vida epicúrea, y como le agradase Camilo Desmoulins, el Ganimedes de la revolucion, le tuvo consigo. Este último escribia á su padre: «Hace ocho dias que »estoy en Versalles con Mirabeau. Somos grandes amigos, ó por lo menos él me da este dictado: á cada instante me toma las manos y me »las estrecha entre las suyas; luego va á la »asamblea, recobra su dignidad al entrar allí, »y dice cosas admirables. Concluida la sesion »vuelve á casa, donde come en compañía de sus »amigos y á veces con la querida, y bebemos »esquisito vino. Conozco que su mesa, demasiado delicada y abundante me corrompe: sus »vinos de Burdeos y su marrasquino tienen un »mérito al que trato en vano de resistir, costándome en seguida mucho recobrar mi austeridad republicana y detestar á los aristócratas »cuya culpa consiste en dar escelentes banquetes (1).»

Al estallar la revolucion nadie pensaba en usar de violencias; pues ni los filósofos las habian sugerido, ni se adaptaban á la civilizacion tan decantada ni al carácter condescendiente de Luis XVI. Por otra parte Mirabeau habia organizado el movimiento recomendando el sistema de resistencia pasiva, que asegura el predominio al número. Luis, en la sesion régia del 23 de junio, propuso modificaciones gubernativas que no destruian sin embargo la distincion política de las clases. No se sabia si aplaudir ó desaprobar, y Mirabeau dijo: «Sin duda pudieran resultar ventajas de cuanto se nos ha ofrecido, »sino fuesen siempre peligrosos los dones de los »déspotas. Cumplid tan solo el juramento prestado de no separaros hasta concluir la constitucion.» En efecto, ninguno se movió y Mirabeau propuso se declarase á los diputados inviolables.

Pero el color de rosa dura poco tiempo en las revoluciones. Para justificar las violencias con el pretesto de la defensa, se esparció el rumor de que la córte queria acudir á la fuerza de las bayonetas y que concentraba tropas á fin de dirigirlas sobre París. Mirabeau hizo cuanto pudo para impedir aquel suicidio de la monarquía; pero la insurreccion que estalló probó que ya no era posible la legalidad y aseguró el predominio de las armas. Entonces cayó la Bastilla, símbolo del despotismo: el rey quiso refugiarse en el seno de la asamblea; y al ver Mirabeau que se trataba de acogerle con regocijos, esclamó: «No, acójasele con triste respeto. El silencio de los pueblos es la leccion de los reyes.»

Comprendió lo inconveniente de la *Declaracion de los derechos del hombre*, paladion de los utopistas y de los alborotadores; queria á lo menos que se suspendiese hasta despues de publicada la carta constitucional; pues era suponer existente en la naturaleza un hecho que no subsiste sino por las convenciones humanas; y convenia ante todo establecer buenas leyes, que aproximando á los hombres, los acostumbrase poco á poco á someterse espontáneamente al freno de la igualdad. Sin embargo, para no perder nada del aura popular, sostuvo la proposicion, y aceptó el ser uno de los compiladores. Era una bajeza.

La declaracion de los derechos sacrificaba el hombre real y verdadero al hombre público, el hecho á una quimera. Puesto en práctica semejante estado, hubiera sido la esclavitud absoluta de cada uno y la igualdad en tal esclavitud, escluyéndose hasta aquellos placeres, que son privados por esencia. Luego las penas ó las recompensas necesarias para realizar dicho sistema, habrian alterado la igualdad.

Las clases mas imbuidas en ideas generosas, eran las de los literatos y los nobles. De la nobleza emanaron las proposiciones mas liberales, y será eternamente memorable la noche del 4 de agosto, en que de acuerdo renunció á sus títulos. Mirabeau escribia en el *Correo de Provenza*: «Sin duda la reunion presentaba un singular espectáculo. Hombres de clase distinguida que »proponian la abolicion del gobierno feudal, y la »restitucion de los primeros derechos del pueblo (¿no son ellos los que deshonraron tales actos llamándolos sacrificios?) escitaron aplausos »universales; especie de tributo que se paga hoy »á frases puramente de moda, y que no podia »negarse á sentimientos patrióticos. Para quien »conoce las grandes asambleas, la emulacion de »sobrepujar á los colegas, el honor del desinterés personal, en fin, aquella especie de noble »embriaguez que acompaña á una efervescencia »de generosidad; para quien reflexiona en el »concurso de tales cosas, todo lo que en aquella reunion parece estraordinario, entra en la »clase de las cosas comunes. La asamblea estaba

(1) *Correspond. inédite de C. Desmoulins*, pág. 40.

»impulsada de un torbellino eléctrico; y las con»mociones se sucedian sin intervalo.» Y á un amigo íntimo le decia: «Imposible es arrancar »del corazon de los hombres el poder de las me»morias. La verdadera nobleza en este sentido »es una propiedad tan indestructible como sa»grada; variarán las formas, pero quedará el »fondo. Que cada hombre sea igual ante la ley; »que desaparezca todo monopolio, especialmente »los morales; lo demás se reduce á un cambio de »vanidad.»

Desde entonces podia mirarse como conseguido el objeto declarado de la asamblea; la igualdad de todos ante la ley. Pero se fue mas allá, y constituyeron el principio de la soberanía del pueblo, principio de peligrosa aplicacion. Si el pueblo es soberano (decian) delega un poder indivisible; si la soberanía es una, una debe ser tambien la asamblea. De aquí la consecuencia de que los poderes sean electivos, sin distincion de órden ni de gerarquía, y que solo el rey sea hereditario.

Un tercer axioma resultaba de tal soberanía; que todas las funciones debian delegarse á pequeñas asambleas, elegidas en el comun, en el distrito, en el departamento, de suerte que el poder ejecutivo no era ya libre en sus actos ni en su voluntad. De ahí las muchas contradicciones, como la de hacer responsables á los ministros, y no dejarles sin embargo el nombramiento de los empleados.

Mirabeau estaba ausente cuando se nombró el corregidor de París; así la eleccion recayó en Bailly, mientras que él solo hubiera bastado para eclipsar á Lafayette, que era poderosísimo como jefe de la guardia nacional, elemento de desórden ó de órden segun se la emplease; y se hubiera puesto en contacto con el rey, cuando aun cabia indicarle medidas que le salvasen. Despues, á fuerza de intrigas, llegó á ser presidente del club de los Jacobinos, y en seguida de la asamblea nacional, mostrándose sumamente apto para ello por la dignidad que imprimió á las deliberaciones, por la sencillez de los resúmenes y por la oportunidad de las respuestas.

Su constante objeto fue derribar el despotismo y mantener la monarquía; alejar las arbitrariedades y establecer sólidamente la libertad; abolir los privilegios y garantizar la propiedad; curar (eran sus palabras) á la Francia de la superstición de la monarquía, y sustituir en su lugar el culto de esta. Ya en el *Ensayo sobre el despotismo* habia escrito: «No nacen en cuatro si»glos cuatro personas capaces de saber hasta »dónde pueden llegar las innovaciones; es pre»ciso, pues, inferir que los cambios y las nove»dades constitutivas son siempre muy delicadas »y á menudo peligrosas.» En 1788 escribía: «En las asambleas seré celoso monárquico, por»que conozco profundamente cuánta necesidad »tenemos de matar el despotismo ministerial, y »de realzar la autoridad régia.» Queria, por lo tanto, establecer la monarquía sobre una constitucion; pero, desde los primeros pasos se convenció de la dificultad de la situacion, y en carta particular, al dia siguiente de constituida la cámara en asamblea nacional, escribia: «La »nacion no está aun madura. La escesiva impe»ricia, el espantoso desórden del gobierno han »dado orígen á la revolucion.» Y á uno le decia: «El sistema que sigue la córte es absurdo é in»sensato. Abandona la asamblea á sí misma, »lisongeándose ó de someterla con la fuerza, »como pretende el partido aristocrático, ó de »convertirla con las frases vacías y rimbomban»tes de Necker, mientras que convendria que »el gobierno tratara de formarse un partido me»diante los hombres capaces de escitarla y cal»marla.»

Pasiones, y aun pasiones abyectas, la codicia, la ambicion, ejercian sin duda grande influjo en su política. Si los nobles no le hubiesen repudiado, quiza hubiera sido su mejor sosten. Pero si le desagradaba la arrogancia de los nobles, no le disgustaba menos la dictadura de la plebe, y sabia resistir á las tormentas populares. No era entusiasta por la guardia nacional: «Es increible cuánto contribuyó á alboro»tar las cabezas de los franceses la frívola vani»dad de estar armado, de llevar uniforme, de »hacer papel de militar, de obtener un mando, »y principalmente de conseguir cierta impuni»dad... Por muchos motivos considero la guar»dia nacional de París como un obstáculo al res»tablecimiento del órden. La mayor parte de los »oficiales son jacobinos, y llevando los princi»pios de este club á las filas de sus soldados, »los acostumbran á obedecer al público, como »la primera autoridad. Es demasiado numerosa »para adquirir espíritu de cuerpo; está dema»siado unida con los ciudadanos para atreverse »á resistirles; es demasiado débil para oponerse »á una gran insurreccion; demasiado fácil de »corromper, no toda junta, sino individualmen»te, para que no sea un instrumento siempre en »la mano de los facciosos; demasiado notable »por la aparente disciplina, para que no dé »el tono á las demás guardias nacionales del »reino (1).»

Entraba en París en el momento de discutirse si debia concederse al rey el *veto*; y la plebe, que no sabia lo que era el veto, pero que habia oido decir era una gran cosa, de la que dependia el destino de la nacion, apenas le ve, quita los caballos del carruaje y le arrastra gritando: «Con»de de Mirabeau (solo quedó su título despues »de abolirse todos) sois el padre del pueblo; »debeis salvarnos, defendernos contra esos mi»serables que nos quieren abandonar al despo»tismo. Si el rey obtiene el veto, la asamblea »es inútil; todo se pierde, y seguiremos siendo »esclavos.» Pero él nada ofreció: *Veremos*, dijo; y luego en la asamblea defendió el veto absoluto.

La concesion del veto hacia odiosa la monarquía; pues no teniendo el rey derecho de proponer el bien, tenia sí el de impedir cualquier acto de la asamblea. Y como la asamblea gozaba del poder popular mas que el trono, este se veia amenazado por la oposicion del vulgo dirigida contra toda prohicion. Mirabeau queria

(1) Correspondencia con La Mark, t. II, p. 418.

que se estableciese á lo menos el veto absoluto, y gritó: «Hombres frenéticos, ¿qué cosa »peor hariais si hubiéseis jurado aniquilar la »libertad?» Y aunque no lo logró, sus esfuerzos despertaron la esperanza de la córte, pues el hombre de Estado moderaba en él las primitivas exageraciones del tribuno. Pero la córte tenia la fatalidad de resolverse siempre muy tarde.

A veces el poder de Mirabeau se descubria en breves palabras, que bastaban á decidir la suerte de un partido. Se ha tachado su elocuencia como de mal gusto, añadiéndose que, por salir de las frases comunes, caia en el neologismo, en la estravagancia, en lo trivial. Pero, hubiera sido préciso no leerla, sino oirla, cuando en medio del ruido de las tribunas, que comunica nuevo vigor á una voz poderosa, entre los silbidos y ahullidos de muerte, se levantaba su cabeza de tigre. Con su feroz mirada amenazaba é insultaba á la asamblea; y con el puño apretado, la cabellera erizada, vertia un torrente de palabras plebeyas, sarcásticas, sublimes; y ahogaba á los adversarios con la hiel de su sarcástica risa y la espuma de su cólera.

Cuando se lograba irritarle, cuando se le heria en el costado con uno de esos golpes que hacen saltar al orador y al toro, aun en medio del discurso lo dejaba todo al instante, dejaba las ideas que habia empezado á desarrollar, importándole poco que la bóveda de razonamientos á medio construir se desmoronase tras él por falta de clave; abandonaba la cuestion, y se precipitaba sobre el incidente. Entonces ¡ay del interruptor! ¡ay del torero que le habia introducido la pica! Mirabeau se arrojaba sobre él, le cogia por el vientre, le lanzaba á los aires, le hollaba con sus piés. Consideraba al hombre cual era en sí, grande ó pequeño, malo ó nulo, fango ó polvo, con su vida, con su carácter, con su ambicion, con sus vicios, con sus ridiculeces; no omitia, ni perdonaba nada; hacia temblar, hacia reir; toda palabra era un golpe, toda frase una flecha; tenia la furia en el corazon, terrible y soberbio, verdadera ira de leon. ¡Grande y poderoso orador, sobre todo en aquellos momentos! Era preciso ver entonces cómo disipaba las nubes de la discusion! ¡Cosa singular! Nunca raciocinaba mejor que cuando se sentia trasportado; la mas violenta irritacion, lejos de perjudicar su elocuencia, desarrollaba en él una especie de lógica soberbia. Encontraba argumentos en su furor, como otros en las metáforas; y fuerza que hiciese rugir su sarcasmo sobre la pálida frente de Robespierre, terrible desconocido que dos años mas tarde debia tratar las cabezas como Focion los discursos; fuera que mordiese con cólera los duros dilemas del abate Maury para lanzarlos al lado derecho medio devorados y cubiertos con la espuma de su rabia; fuera que introdujese las uñas de su silogismo en la frase blanda y húmeda del abogado Target, era grande y magnífico; tenia cierta majestad formidable, que no perdia jamás su aplomo. Quien no ha visto á Mirabeau irritado, no ha visto á Mirabeau: asi nos decian nuestros padres: entonces su genio resplandecia con todo su brillo: la cólera le sentaba bien, como la tempestad al Océano (1).»

Pero si Mirabeau dominaba las tribunas de los espectadores, no tenia partidarios en los diputados; estando en contra suya asi los adictos á la antigua monarquía, como los precursores de la república. Sus enemigos trataron de arruinarle primero con procesos, y luego con duelos; y él, que era la audacia en persona, no quiso admitir, sin que las bravatas de aquellos cobardes le atrajesen en la nota de cobarde (2). Debia saber que en los duelos no hay mas que un valor de pompa, un heroismo de convencion; y que no parece regular pueda el primer espadachin obligar á un hombre honrado á un paso en que compromete no solo una vida capaz de hacer el bien, sino los dolores de dos familias, para proporcionarse un remordimiento á sí mismo si triunfa, y á su rival si sucumbe. «Nada abunda »mas que los espadachines. Pero ¿vale la pena »de arriesgar mi cabeza contra la de un atolondrado?» Otra vez, provocado, contestó: «Escribiré á mis comitentes, si me han enviado á »aventurar mi vida con la pistola ó con la espa»da; y si responden que sí, les suplicaré me den »el mas bravo espadachin para ser mi su»plente.»

La envidia, que siempre hiere el mejor lado, atacó á Mirabeau, como orador: se dijo y escribió que no componia sus discursos: como si fuese plagiario el que compra el carbon, á que solo él sabe aplicar la chispa; y como si su poder no consistiese mas en la palabra que en la escritura. ¡Cosa notable! fácil, vehemente, abundante en ideas, cuando hablaba desde la tribuna, superior en la conversacion á todos los interlocutores, si cogia la pluma trabajaba con gran dificultad. Apenas escribia una línea sin borrar ni intercalar, hasta el punto de no poder á veces él mismo leerse; é impaciente alargaba el manuscrito á un secretario, diciéndole: *Salid del apuro como podais*. Esta dificultad de escribir, mas bien esta superabundancia de ideas, se notaba hasta en las cartas mas familiares. Yo creia que esta era una cualidad propia de los ingenios que, lejos de contentarse con sus ideas á medida que les ocurren, les hacen sufrir el exámen de la reflexion y de la comparacion del pensamiento. Se ha dicho que Mirabeau no era autor de las obras publicadas bajo su nombre, ni de los discursos que proferia en la Asamblea; y literatos de mas ó menos fama no han temido revindicar parte en sus obras, despues de muerto. Pretension insostenible. A Mirabeau le faltaba muchas veces el tiempo necesario para lo

(1) VICTOR HUGO.—Droz por el contrario, dice que las frases de energúmeno que se encuentran en sus discursos, no eran pronunciadas con ímpetu; pues le dominaba con la calma que prueba la superioridad. «Su calor no era el calor vulgar que se manifiesta »mediante la agitacion del orador; decia á menudo palabras amena»zadoras con el tono grave con que se da un consejo; Mirabeau era »sobre todo imponente.»

(2) Este recurso de quitar de en medio á las personas mas temidas, fue empleado con frecuencia durante la asamblea, llegando á proponerse considerar como asesinos á los provocadores. Barnave, que mas de una vez tuvo que andar á estocadas, dijo desde la tribuna: «El verdadero medio de impedir las venganzas personales y de »quitar de la mano á los ciudadanos las armas que dirigen contra »los ciudadanos, es armar la ley contra ellos. Castíguense las in»jurias, y estas acabarán.» Despues de su duelo con Cazalés, llamaba á la bravura de los espadachines *el honor de los que no lo tienen*.

que emprendia; necesitaba acudir á escritores á quienes daba sumariamente sus ideas, empleándolos segun el talento de cada uno. ¿Diríase por esto que no es el verdadero autor de las obras y de los discursos que llevan impreso el sello de su genio? Seria preciso negar á los grandes escultores las obras admiradas bajo sus nombres, porque el mármol fue pulido por artistas á veces de gran mérito (1).»

Para los unos grande orador, grande hombre de Estado, para los otros aristocrático y demagogo; Erostrato del edificio social, vil desertor de la causa del pueblo, le tacharon de venal y de voluble, porque ya opinaba con uno ya con otro, y á veces solo; y no veian que era constante cabalmente en las cosas, porque no las sometia á consideraciones humanas.

Mirabeau daba pretesto á las acusaciones con su carácter, con su ambicion, sus deudas, su reputacion torpe, sus vicios divulgados y el nuevo fausto con que vivia. Aunque no existe ningun documento que lo compruebe, parece se entendia con el duque de Orleans, aspirando á ponerle en lugar del rey como regente, y haciéndose él su ministro, medio transitorio de salvar la cosa pública. La opinion imputaba al duque de Orleans los atentados del 5 de octubre, y á Mirabeau haber dicho: «queremos un rey; poco importa que sea Luis XVI ó Luis XVII;» pero el mismo Maury, su enemigo, se levantó á justificarle.

Pronto el tribuno desesperó de esta otra nulidad, de poco corazon y menos cabeza. Su alma estraordinaria estaba agitada por infinitas ideas y esperanzas entre virtuosas y cobardes; desde el principio trató de apoyar al gobierno, con tal que participase de él; pero el orgullo de los ministros y la debilidad del rey irritaron con sus repulsas al demagogo; despues los acontecimientos se adelantaron á las ideas; los caballos se habian desbocado, y se lanzaban de modo que no bastaba la fuerza humana á detenerlos hasta hacerlo pedazos todo. Se pensó en sacar de la asamblea un ministerio hábil y fuerte, compuesto de personas importantes del partido popular; pero lo impidieron precisamente aquellos á quienes semejante paso hubiera sido mas provechoso; pues los monárquicos se unieron con los republicanos para que se aprobase la disposicion prohibiendo á los individuos de la asamblea aceptar ningun puesto en el ministerio. Era un dardo dirigido al corazon de Mirabeau, el cual se encontró entonces rechazado del poder y comprometido en la asamblea; siendo sospechoso á los amigos é inútil al rey; y en vano trabajó para sostener, como prerogativa del trono constitucional, el nombramiento de los empleados judiciales y administrativos, el derecho de indulto, la declaracion de guerra. Recobró su popularidad en las cuestiones sobre la constitucion civil del clero, sobre la venta de los bienes eclesiásticos, y la creacion de los asignados para adquirirlos; y en la violencia con que sostuvo estos últimos partidos quizá llevaba la intencion de comprometer á la asamblea de manera que desacreditada cayese.

Mirabeau sabia, que era necesario, y tanto por interés propio como por interés de la Francia queria ser ministro, persuadido de que sin él no podia la Francia salvarse. Desde que el grave error de la asamblea le impidió gobernar ostensiblemente, halagó á los ministros y á la córte; pero cada cual queria guiar la revolucion segun su interés, y bajo las agitaciones populares se anudaban las intrigas de gabinete. Uniéndose á los monárquicos, que eran los prudentes de la asamblea, hubiera podido quizá salvar la monarquía; pero sus manchas alejaron de él á las personas no corrompidas, contribuyendo á ello tambien su envidia. Asi como temia á Lafayette, porque, disponiendo de la guardia nacional era árbitro de los movimientos populares, del mismo modo aborrecia á Necker por su influjo en el gobierno, y entre ambos se sentia como sofocado, él cuyas pasiones necesitaban dinero, cuyas facultades necesitaban poder. De Necker decia: «Nunca fue mas que un mediano hacendista, »sin los elementos naturales ni los talentos ad»quiridos de hombre de Estado; arruinaria diez »imperios, antes que comprometer su amor pro»pio.» Tuvo con él una conferencia, y hallándole duro y altanero, no pensó mas que en suplantarle y ponerse en su lugar. «Es un buen jugador de cubiletes, decia. Estraña vocacion del hombre que camina á la inmortalidad con las dos muletas del hambre y el papel moneda.» No por esto sacrificaba el patriotismo; sostuvo providencias buenas de Necker, y propuso se le concediese entera confianza, con tal que respondiera del uso que hiciese de ella.

No habia, sin embargo otro medio de salvar la monarquía que unirse á Lafayette y á Bouillé, el uno comandante de la guardia nacional, y el otro jefe del ejército. Pero Bouillé, ardiente aristócrata, aborrecia al desertor de su casta: Lafayette, leal y puro, no solo huia de un hombre cuyas manchas eran notorias, sino que no sabia acomodarse á las intrigas cortesanas. Mirabeau, génio sin virtudes domésticas, desdeñaba la virtud sin genio de Lafayette, y cuando oia alabar su probidad y desinterés, se irritaba como si recibiese una injuria, y le llamaba mayordomo de palacio, añadiendo: «tiene que habérselas con»migo si quiere ser algo mas que un gran ciuda»dano, y por eso me tiende mil lazos.»

Necesitando, sin embargo, verse empleado en dar consejos, procuraba por todos los medios posibles introducirse cerca de aquel hombre, el único á quien temia entre los muchos que le importunaban, y le escribia: «Yo deberia ser vues»tro consejero habitual, vuestro amigo fiel, el dic»tador (permitidme que os lo diga) del dictador. »Richelieu fue Richelieu contra la nacion en pró »de la córte; y al paso que hizo mucho mal á la »libertad publica, hizo mucho bien á la monar»quía. Sed Richelieu sobre la córte y para la na»cion, y rehareis la monarquía engrandeciendo y »consolidando la libertad pública. Pero Richelieu

(1) Corresp. con La Mark.—Uno de los colaboradores de Mirabeau, era José Cerutti, de Milan. Cuando se suprimieron los jesuitas, á cuya órden pertenecia, escribió su apología, á la cual el gobierno francés contestó como de costumbre, obligándole á retractarse. Despues que hubo firmado, preguntó: *¿hay algo mas que firmar?* y contestó el magistrado: *El Coran, pero ahora no lo tengo aquí*. Se prendó de los principios proclamados en 1789, y escribió diversas memorias ademas de trabajar para Mirabeau, cuyo elogio fúnebre pronunció despues.

»tenia á su fray José; tened vos tambien el vuestro »ú os perdereis sin salvarnos. Vuestras grandes »cualidades necesitan de mi impulso, y mi impul»so necesita de vuestras grandes cualidades. Vos »creeis á hombres poco importantes, que con mez»quinas reflexiones, pequeñas intrigas y pobres »miras quieren hacernos inútiles el uno al otro; y »no veis que os conviene uniros á mí, y creerme »tanto mas, cuanto que vuestros estúpidos parti»darios me han desacreditado. ¡Ah! no conoceis »vuestro destino.»

Pero al mismo tiempo hablaba de él del peor modo: «¿Qué importa á ese (decia) el interés pú»blico, el del rey ó el de la monarquía? ¿Acaso »tiene mas fuerza que la que encuentra en la anar»quía y para la anarquía, otro medio de hacerse »necesario que los motines, otro objeto que el de »perpetuarlos, otro modo de ocultar su nulidad »que popularizarse á toda costa? (1)» Y fuese verdad ó mentira (pues en Mirabeau no se está seguro de hallar sinceridad) ponia en boca de Montmorier las siguientes palabras: «Vos deberíais »ser enemigo irreconciliable de Lafayette. Os ha »engañado; pero ¿á quién no engañó Lafayette »voluntariamente, ó sin saberlo, ó sin quererlo? »¿Creeis que es ambicioso? Su única ambicion »es ser elogiado. ¿Creeis que desea el poder? »Busca sus apariencias mas bien que su realidad. »¿Le suponeis fiel á la amistad? No se ama mas »que á sí mismo y para sí mismo. Con semejante »carácter ¿cómo no habia de engañaros? (2)»

Tampoco el buen Luis XVI sabia acomodarse á un hombre tan sin honra, y mucho mas despues que habia visto su aversion al alto clero (3). Fuera de que el que da consejos necesita tener cierta autoridad, á que renuncia el que se los hace pagar; y Mirabeau fue pagado, no cabe duda.

Vivia entonces en París el conde de La Mark, príncipe de Arenberg, de una de las mas ilustres familias de los Paises Bajos, honrado y estimado en la córte, principalmente por María Antonieta. De orígen austriaco, era independiente como príncipe, y en atencion á poseer una gran propiedad en Francia, fue elegido miembro de los Estados Generales. Mirabeau se presentó á él diciéndole: «No sé á donde acudir; no tengo ni un escudo. Prestadme algo.» La Mark le dió cincuenta luises, y ofreció hablar por él al rey.

El príncipe conocia lo necesario que era Mirabeau; asi pudo entrar en algunos pormenores y se mostró convencido de que el tribuno «no habia sacrificado al dinero ningun principio, habia denunciado el agiotaje en opúsculos que no le redituaban casi nada, mientras que los agiotistas le brindaban con grandes sumas para que escribiese en su favor, ó á lo menos callase; y sin embargo, entre tanto enviaba al Monte de Piedad cuanto poseia. Del mismo modo recibió dinero del rey, pero fue para salvar al rey, no como precio del sacrificio de sus opiniones, que cobraron mayor desarrollo y fuerza, pues el observador puede ver que, en medio de todas sus declamaciones democráticas, era en el fondo mas monárquico que los ministros.»

Mirabeau le mostró la lista de sus deudas, que subian á 200,000 francos, entre ellas el ajuar de boda, esto es, una cuenta de diez y siete años antes. No se atrevia á pedir su pago, y queria 100 luises al mes; pero Luis XVI prometió pagar aquellas deudas, le señaló 50,000 francos, mensuales y le entregó cuatro billetes de 250,000 francos, pagaderos al concluirse la asamblea (4). En la caja de Luis XVI se encontró el convenio con Mirabeau, escrito por el que fue luego Luis XVIII: «Primeramente, el rey ofrece á Mirabeau una embajada. Segundo, el rey le señala 50,000 francos mensuales, lo menos por cuatro meses. Mirabeau se obliga á ayudar al rey con sus conocimientos, influjo y elocuencia, en todo cuanto juzgue oportuno al bien del Estado y al interés del rey, dos cosas que todo buen ciudadano debe considerar inseparables. En caso de que Mirabeau no se convenza de la solidez de las razones que se le espongan, se abstendrá de hablar en el asunto.»

Es bajo el hombre que dice: *Pagadme, y callaré ó hablaré; pagadme, y os daré consejos.* Es imposible estimar á semejante hombre, por mucho que él se fatigue en llevar con orgullo su infamia, como una meretriz que se esfuerza en persuadir que se vende por amor; por mas que repita que la córte le pagaba para que no hiciese mal y que admitia porque queria hacer bien.

La Mark describe la alegría infantil de este ilustre miserable cuando vió ante sí una vida mas cómoda, y una ocupacion mas asídua. Daba notas sobre la situacion de cada dia, que nos fueron conservadas por La Mark, que se han publicado recientemente; y que son un documento curiosísimo. Desde el principio se muestra lleno de confianza. Escribia á su amigo: «Exagerais dema»siado los desórdenes de la revolucion. Hay pocos »ejemplos en los fastos del mundo de un trastor»no tal, ni de un gran sacudimiento político, he»cho á menos costa, y si quisieran entenderse, »y sobre todo gobernar, la revolucion no conta»ria mas verdaderos mártires que unos cuantos »sátrapas, demasiado escandalosamente repletos »de goces opresivos y vejatorios, y la inevitable »contrariedad de muchos millones de hombres »cuando es preciso cambiar de ideas y de hábitos »y disimular sus preocupaciones. Tales personas, »mas contrariadas que infelices, deben buscarse »en las clases superiores, es decir, poco nume»rosas de la sociedad, y en las personas de cua»renta años arriba. Las clases populares é in»dustriosas están en efervescencia, cuya primera »necesidad es sentirse conmovido. ¿Trabajan »poco? Es un mal, pero se remediará con usura »por el vigoroso arranque que dará la libertad »tranquila y asegurada. Entonces renacerá la »confianza, y con ella el crédito: entonces, no »solo no se agravará, sino que se aliviará mucho »el peso de los campesinos, que no entienden »nada de nuestra filosofía, y para quienes nues»tro amor á la libertad, cualquiera que sea, no

(1) Nota XXVIII en la citada Correspondencia.
(2) Nota XLVI.
(3) A propósito de la constitucion del clero, el conde La Mark escribia: «Mirabeau en este asunto, como en muchos otros, ha »tomado el peor partido. Propuso un decreto bastante moderado, »despues de un discurso violentísimo, y desagradó á todos, en »especial á la Córte; todo por su manía de correr tras la popula»ridad.»

(4) Otros dicen que fueron seis mil francos y ocho billetes.

»puede ser durante algun tiempo sino un acceso »de fiebre. Sin ellos no es posible consolidar la »revolucion; y solo se interesarán por el buen »éxito de esta, si encuentran alivios inmediatos »y notables. Entonces, todos los vínculos de la »industria y del comercio se aflojarán, hasta que »caigan enteramente; y las inagotables riquezas »de la industria humana, á la sombra de la libertad »inaugurarán un nuevo órden de cosas, cuya at»mósfera no distingue nuestra miope mirada. No »acuseis, pues, á la revolucion, querido conde; »no acuseis á los hombres que juegan esta gran »partida por cuenta del gobierno.»

Habia comprendido que la asamblea no era enemiga del rey ni de la monarquía; que «habia venido para capitular, no para vencer; y que no habia sospechado siquiera su destino (1);» si cambió, la culpa (á su parecer) era de la córte, «por su falsa conducta, por haberse mostrado debil cuando se necesitaba resistir, inerte cuando era preciso obrar; y porque lenta y retrógrada, ó simple espectadora, persuadiendo á los ánimos débiles que tenia proyectos secretos, hacia multiplicar á los ardientes, las exageradas medidas de resistencia (2).» El rey, incurablemente perezoso, teniendo que luchar con tan terribles dificultades y no comprendiendo la fuerza de una revolucion, ponia en uso los mezquinos recursos de la antigua política contra tiempos y hombres nuevos, y no sabia tomar una decision ni persistir en ella. Como sucede á los flacos, temia ceder al influjo de los fuertes; envidioso hasta de la reina, gustaba de contrariar sus resoluciones. Pero si viéndose á menudo vendido, y rodeado de lazos de todo género, desconfiaba ¿no es digno de lástima? Por último se refugiaba en la resignacion, que constituia el fondo de su carácter, y que equivocaba con el valor.

No es, pues, de estrañar que desconfiasé de Mirabeau, tan poco á propósito para inspirar confianza. Este aceptaba un sueldo; mas no queria considerarse vendido; queria ser consejero de la córte, y que esta siguiese sus consejos; pero decia: «¿Cómo pueden los reyes adquirir una »cualidad que les es tan importante; á saber, el »discernimiento de las personas? Viviendo, como »viven, fuera de la sociedad, no saben qué parte »atribuye la opinion pública á cada una. No me »siento dispuesto á servir á quien no se fia de »mí. Gravadlo bien en esas cabezas de príncipes »y altos funcionarios... Lo único cierto es que »quisieran hallar, para su uso, entes anfibios, »con el talento de un hombre y el alma de un la»cayo. Los perderá irremisiblemente ese miedo »á los hombres, y esa manía de trasladar siem»pre las pequeñas repugnancias y los débiles »atractivos de otro órden de cosas á aquel en »que el mas fuerte no lo es bastante, y aun sién»dolo, necesitaria rodearse de personas tambien »fuertes.

Los reyes prefieren ser servidos segun sus gustos y carácteres á serlo conforme á su interés y sus necesidades. Mirabeau, que habia vendido su conciencia, no su inteligencia, no sabia acomodarse á tal transaccion, ruinosísima en tiempo de revolucion; y parecia desleal porque hacia cosas que ellos desaprobaban. Seguian pagándole; mas era para que hiciese el menos mal posible.

Avido de accion y de dominio, iba á la asamblea decidido á sostener al rey; pero el calor de la discusion y las palabras de los demás le trasportaban á pesar suyo. Exasperado principalmente por los realistas que no sabian se hubiese vendido al rey, se lanzaba á sostener medidas subversivas, pues de un modo ú otro queria ser importante. La córte se indignaba al verle andar á caza de popularidad, no perdonándole ni aun que hablase violentamente para concluir por hacerlo con moderacion. «Conviene (escribe) que »adopte el diapason de aquellos á quienes quiero »obligar gradualmente á adoptar el mio. Para ad»quirir el derecho de lanzarme con buen éxito en »la carrera cuando se trata de defender los ver»daderos intereses del trono, es menester prepa»rar al pueblo á que escuche sin desconfianza mi »voz, remover las sospechas, contarme entre sus »amigos mas seguros; y bajo tal concepto mi po»pularidad, lejos de asustar á la córte, deberia »merecer toda su aprobacion.

Pero La Mark le decia el 22 de noviembre de 1790: «Esperaba el informe de Rabaut sobre »la guardia nacional. En las gacetas he leido que »le aplaudieron. Esto nada significa; quisiera que »no os cuidáseis de semejantes resultados; pues »deberíais aspirar á otros mucho mayores; y la »asamblea al presente es capaz de aplaudir lo que »la razon reprueba y lo que es justo que la pos»teridad ignore. No me agrada la decision que »hicísteis adoptar á propósito de Aviñon. Pero »me direis, la asamblea sin eso habria tomado »una determinacion peor, y era preciso transigir »con ella. Os contestaré, que en tales casos la »dejeis hacer cuantas necedades se le antojen, »permaneciendo vos firme en las cosas de prin»cipio y de justicia. Dios me ha puesto en la »tierra tan solo para amar y velar por vuestra »gloria. Recordad que os impedí contraer una »ligera aversion hácia la revolucion cuando no »creía llegase al punto en que hoy la vemos: »ahora quiero dirigiros contra el incendio, y me »afligís cuando lo atizais.»

Consejero sin crédito ni autoridad, reducido á una perfidia prudente, obligado á vacilar entre el servicio del rey y una popularidad que apetecia, se irritaba, y despechado gritaba contra los alborotadores. Viendo que la córte no hacia nada, mientras que el país todo se conmovia, esclamaba: «¡Oh! ¡qué fardos de algodon! ¡que pusila»nimidad! ¡qué imprudencia! ¡qué mezcla gro»tesca de ideas viejas y proyectos nuevos, de »mezquinas repugnancias y deseos infantiles! Y »cuando no han seguido ninguno de mis consejos, »ni aprovechado ninguna de mis conquistas, nin»guna de mis operaciones, se quejan y dicen que »no ha cambiado en nada su posicion, que no hay »que contar conmigo, y todo esto, porque no »me arrojo á sostener ideas, cosas y personas, »cuyo triunfo seria su ruina (3)... Lo que no veo »aun es una voluntad; y repito que aspiro á de»terminarla, es decir, á demostrar que fuera de

(1) Corresp. t. II, p. 325.
(2) Id.

(3) Nota del 27 de enero de 1790.

»ella, hoy mismo, no hay salvacion. Y si, por no »sé qué fatalidad, no se acepta mi opinion, me »veré reducido á declarar lealmente que, habiendo la sociedad llegado al último estremo, necesito pensar en combinaciones particulares, para »cuando sea inútil el sacrificio que estoy pronto »á hacer altamente y entero (1).»

Aludia á María Antonieta «único hombre» y decia de ella con tremenda prevision: «Su seguridad está solo en el restablecimiento de la autoridad real. Quizá no querria la vida sin la »corona; pero de seguro si pierde la corona no »conservará la vida (2).» María Antonieta de vez en cuando se elevaba á resoluciones heróicas, pero impracticables; y Mirabeau, que conocia su tremendo poder sobre las mujeres, deseaba hablarla, aconsejarla, y halagaba su vanidad escribiendo: «Pudiera llegar el momento de ver lo »que pueden á caballo una mujer y un niño; es»tas son para la reina tradiciones domésticas.» De este modo heria la imaginacion de la reina, y al paso que esta nunca habia querido abocarse con Lafayette, á quien habló á menudo el rey que luego no tuvo valor para hablar con Mirabeau, ella aceptó una entrevista con el terrible tribuno.

Para un hombre ambicioso y que necesitaba regenerarse, sino de otro modo, mostrando que se le creia bueno para algo, debió ser un gran momento el de presentarse á la hija de María Teresa, cuyo corazon debian haber traspasado tantas veces sus palabras, y sobre la cual creia esparcir ahora el bálsamo de la esperanza. Tambien ella se estremeció al verse en presencia del gran libertino, del gran demagogo; sin embargo, la noble cortesía de Mirabeau, los destellos de su ingenio, su admirable palabra, y la esperanza de contar con él, mitigaron la emocion de la infeliz. La guillotina no bastó á proteger contra la malignidad aquella entrevista, de cuyo misterio se traslucia ó tan solo que él, al retirarse, dijo á la reina, besándole la mano: «Señora, la monarquía está salvada.»

¡Qué atrevimiento en esta palabra! ¡Y qué leccion para los demagogos que se creen capaces de dominar una revolucion despues de provocarla y derrocar los poderes constituidos, imaginando que les es fácil volverlos á levantar á su antojo! La union de Mirabeau con la córte se divulgó y fue denunciada á la asamblea; y él se defendió poniendo indecible dignidad al encubrir su vergüenza.

De todos sus deméritos formaban sus adversarios un trono en que enaltecer á Barnave. Este, que habia venido de Grenoble á la edad de veinte y siete años para tomar parte en la asamblea, se alistó en las filas de los partidarios mas celosos de las nuevas ideas y de los mas ardientes enemigos de la córte. Entusiasta por las instituciones liberales que habia estudiado en la constitucion inglesa, el celo le hacia cometer escesos, y la elocucion elegante y fácil, la oposicion constante, el ingenio vivo, la imaginacion ardiente, la gran calma despues de un violento arranque, la reputacion sin mancha, le valieron el poder colocarse frente á frente de Mirabeau. El fue quien propuso que el nombre de Comun se sustituyese al de Tercer Estado: y formó despues con Lameth y Dupont un triunvirato, interesante por su juventud y pronto influyente por su accion, el cual, exagerando las inclinaciones revolucionarias, iba derecho á derribar la monarquía, sin conocerlo.

El sufrágio del pueblo le sostuvo; pero no tardó en convertirse en un peso exorbitante, y quiso asegurarlo con la exageracion y con el apoyo de los clubs, organizados en toda Francia por su amigo Dupont. Hizo decretar al efecto la permanencia de las municipalidades, la organizacion de la guardia nacional, la declaracion de los derechos del hombre, la justicia estraordinaria para los delitos políticos, la confiscacion de los bienes del clero, la igualdad de derechos civiles en los protestantes, judíos y cómicos; y como último golpe inferido á la monarquía, consiguió que los decretos tuviesen fuerza de ley sin la sancion régia, y que el juramento cívico no hablase de fidelidad al monarca, atento que este formaba parte integrante de la constitucion (3).

Realmente su talento consistia en enlazar hábilmente consideraciones vulgares; y Mirabeau, viendo que este jóven le tomaba la delantera, decia irritado: «Los retóricos hablan para las »veinticuatro horas que pasan; los hombres de »Estado para lo porvenir.» Despues, al contemplar los triunfos de Barnave, mientras á él se le denunciaba como intérprete de la córte, esclamaba: «Tambien á mí me llevaron en triunfo, y »hoy se proclama: ¡*La gran traicion del conde »de Mirabeau*! No necesitaba de este ejemplo para »saber que solo hay un paso desde el Capitolio á »la roca Tarpeya. Pero el hombre que combate »por la razon, por la patria, no se confiesa fácilmente vencido. El que tiene la conciencia de »haber merecido bien de su país, y de serle aun »útil, no busca una vana celebridad, y prefiere »al triunfo de un dia la verdadera gloria. El que »aspira á decir la verdad y á hacer el bien público, independientemente de los mudables impulsos de la opinion popular, lleva consigo la »recompensa de sus servicios, al precio de sus »peligros; ni debe esperar su cosecha, su destino, el destino de su nombre, sino del tiempo, »juez incorruptible...... Estos golpes de abajo »arriba no me detendrán en mi carrera: diré, »responded si podeis, y luego calumniad cuanto »querais.»

«Siempre que se levantaban en la asamblea (dice Victor Hugo), Barnave era acogido por una sonrisa y Mirabeau por una tempestad. A Barnave tocaba la ovacion del momento, la gloria en la Gaceta, el aplauso de todos; á Mirabeau la lucha y el torbellino. Barnave era buen hablista; Rivarol llamaba á Mirabeau un *monstruoso charlatan*, Barnave era de esos que todas las

(1) Nota del 13 de agosto de 1790.
(2) Nota del 20 de junio de 1790.

(3) Mi digno amigo Berenger, en otro tiempo par de Francia, puso al frente de la coleccion de las obras de Barnave (Paris 1843, 4 tom) una interesantísima noticia sobre este orador, á quien presenta como «modelo para los que entregándose á la carrera de hombre público, no saben la enérgica resolucion que se necesita para arrostrar los peligros, y cuanta abnegacion se requiere para resistir á los impetus propios, y elevarse sobre los partidos y sobre su época.»

mañanas toman la medida á su auditorio y el pulso á su público, que buscan constantemente el aplauso, que besan siempre la sandalia de la fortuna, que suben á la tribuna con la idea de hoy, quizá con la de ayer, jamás con la de mañana, para no aventurarse; que tienen una elocuencia igual, tranquila, fluida; que por temor de espresar ideas demasiado impregnadas de la atmósfera comun, ponen siempre su juicio en la calle como el termómetro en la ventana. Mirabeau era al contrario, hombre de la idea nueva, de la aclaracion repentina, de la proposicion arriesgada, fogoso, desordenado, imprudente, inesperado, chocando por todas partes, hiriendo, destruyendo, no obedeciendo mas voluntad que la suya: buscaba sin duda el triunfo, pero despues de otras muchas cosas, y preferia ser aplaudido por sus propias pasiones en su corazon, que serlo por el pueblo en las tribunas; atronador, rápido, profundo, rara vez trasparente, arrastraba confundidas en su espuma todas las ideas de su época. La elocuencia de Barnave al lado de la de Mirabeau, era un camino real al lado de un torrente.»

No conoce el corazon humano el que se admira de que Mirabeau montase en cólera al sentir los ataques de sus adversarios, y de que alguna vez esperimentase desaliento; en medio de su admirable discurso sobre la regencia, cinco dias antes de morir, pronunció palabras melancólicas, resignadas y soberbias que merecen meditarse por todo aquel que ejecuta acciones de que no son capaces los cobardes y se ve insultado por estos: «mientras espresaba yo mis primeras »ideas sobre la regencia, he oido decir, con esa »imperturbabilidad á que me he acostumbrado »hace tiempo: ¡*Es absurdo*! ¡*es estravagante!* »¡*inadmisible*! Pero convendria reflexionar.»

¡Reflexionar! esto es lo que menos hacen los enemigos, cuyo único estudio consiste en envilecer, cuyo único arte es denigrar. ¿Y seremos nosotros capaces de calificar á Mirabeau de vil y traidor á su causa? ¿Repetiremos la frase de Necker, á saber: «que era tribuno por cálculo y aristócrata por inclinacion?» Vendió sus servicios, no sus opiniones; recomendaba á La Mark que conservase sus notas, para que le sirviesen de justificacion; pues esperaba que el porvenir le tendria en cuenta haber abandonado el movimiento cuando conducia al precipicio. Persuadido, como toda la primera asamblea de que la revolucion podria dominarse siempre que se quisiera, no tardó en conocer la importancia de asentar en bases firmes la autoridad, y en 1790 decia: «No, el reloj no andará; hará ruido, pero »no marcará la hora; los falta el muelle; ó el »muelle era un poder admitido y consentido por las almas.»

Aborrecia los privilegios injustos y el despotismo, que tanto le habia hecho sufrir; pero se contentaba con la monarquía y con la constitucion inglesa. Sostenia aquel juramento de los diputados, los obligaba absolutamente á guardar fidelidad al rey constitucional: decia á la asamblea que corria delirante tras las teorías: «La »libertad no fue nunca fruto de una doctrina »abstracta y de deducciones filosóficas;» añadiendo que «las buenas leyes resultan de la es»periencia diaria, de los raciocinios que nacen »de la observacion de los hechos.» Pero veia por un lado las máximas republicanas de Lafayette estenderse en la guardia nacional; por el otro al pueblo, á disposicion de los Lameth, pronto á cometer cualquier esceso. Mirabeau, como todos los regeneradores radicales, se fijaba mucho mas en las cuestiones sociales que en las políticas: no es su obra la república, sino la revolucion. La prueba de que era el verdadero grande hombre esencial de la época, está en que no fue sobrepujado por ninguno de los que se distinguieron despues en el mismo órden de ideas. Al través de los horrores de la revolucion, vió la mision grande de esta, y esclamó: «La Francia »enseñará á las naciones que el Evangelio y la »libertad son las bases inseparables de una ver»dadera legislacion, y el fundamento eterno del »estado mas perfecto del género humano.»

No imiginaba, pues, una contra-revolucion, sino un gobierno constitucional, y queria consolidar la revolucion moderándola. Cuando fue elegido jefe del club jacobino, dijo: «Todos los »franceses son amigos de la libertad; no queda »mas que hacerlos enemigos de la licencia.» Y otras veces: «Combatiré á todos los facciosos que »ataquen los principios de la monarquía, en cual»quier sistema y en cualquiera parte de la Fran»cia.» Y á La Marck que le preguntaba á dónde queria llegar, con su incendiario proceder, respondió: «La suerte de Francia está decidida; las »palabras de *libertad* é *impuestos consentidos* »*por el pueblo*, han resonado por todo el reino, »y tendremos al fin un gobierno mas ó menos se»mejante al de Inglaterra.—Estoy (solia decir), »por el restablecimiento del órden, pero no del »órden antiguo;» y escribia á la córte: «el mo»vimiento que induce á un gran pueblo á darse »leyes mejores, merece ser secundado en vez de »detenido, aun cuando se pudiera sin locura pre»tender que la nacion francesa volviese á su an»tiguo estado, renunciase á todas sus esperanzas »y perdiese el fruto de todos sus esfuerzos.»

Creyéndose dueño de la opinion, Mirabeau pidió la revision de aquel estatuto, que no siendo republicano ni monárquico, conducia á la anarquía, y ademas pidió garantías para los intereses monárquicos, inseparables ya de la libertad. A este propósito escribia: «Cuando se habla de los »efectos de la revolucion y de los males de la »constitucion, se olvida siempre que el resultado »mas terrible es la accion inmediata del pueblo, »casi diria esa especie de ejercicio de la sobera»nía nacional, cuyo efecto mas sensible es con»vertir al legislador mismo en un mero esclavo, »obedecido cuando agrada á aquella y desauto»rizado en cuanto choca contra el impulso dado »por él. Con semejante espíritu público poco im»porta que la teoría del gobierno sea monárquica »ó democrática; la masa del pueblo es todo; sus »movimientos impetuosos son las únicas leyes; »halagar al pueblo, adularle, corromperle, es »todo el arte del legislador y el recurso de los »gobernantes (1).»

(1) Corresp. t. II, p. 144.

La Mark, que fue su ángel tutelar ó su demonio, dice: «Yo sostenia que conviene gobernar á los hombres *para ellos*, pero no *por medio de ellos*, esto es, por la opinion de la multitud; »y establecia con citas históricas y ejemplos demasiado presentes, que la razon y el sano juicio se alejan de los hombres á medida que se »reunen en mayor número. Mirabeau, ordinariamente de buena fe en las discusiones, confesaba »que mi modo de ver no carecia de exactitud, y »sin embargo insistia en la necesidad de adular »á los pueblos para gobernarlos: no podia prescindir de los compromisos contraidos en nombre de esa libertad halagüeña é ilusoria, á que »debia tan hermosos rasgos oratorios. En cuanto »á la igualdad, le parecia enteramente absurda »en el sentido que le atribuian los intérpretes de »entonces, diciendo que era *un parasismo violento de la enfermedad revolucionaria.*»

Y como La Mark dijese que cualquier inepto charlatan puede atacar una institucion humana con apariencias de triunfo, pero que este triunfo es aniquilado por la robusta razon del hombre de Estado hábil y profundo, que sepa defender las bases del órden social, Mirabeau respondia: «Bien, pero ahora no se trata de eso. Ningun »hombre por sí solo basta para volver á conducir á los franceses al sano juicio; únicamente »el tiempo podrá restablecer el órden en los »ánimos; con ellos nunca se debe presumir ni »desesperar. Hoy los franceses están enfermos »de gravedad, y es preciso aplicarles los remedios con precaucion.»

De aquí resultó su vacilacion entre proposiciones prudentes y frases demagógicas; pero cada vez que sus adversarios atacaban su pasada vida, Mirabeau inclinaba la frente como el que está seguro de merecer el ataque, y lamentaba que sus culpas impidiesen unirse á él los personajes mas insignes de la revolucion. Desde el principio habia dicho: «¡Cuánto mal causa á la Francia »la inmoralidad de mi juventud!» Y ya al fin esclamó: «¡Ah! si mi reputacion igualase á la »de Malesherbes, ¡qué suerte hubiera asegurado »á mi patria!» Sirva esto de aviso á esos teóricos »que creen bastar á un hombre de Estado un poco »de astucia y de audacia, y que se rien cuando se »habla de ideas morales.

Sintiendo la necesidad de regenerarse, pensó tambien por un momento en reunirse con su mujer, é interpuso la mediacion de su hermana, á la cual hizo escribir una carta, que tenemos del propio puño de Mirabeau, y que nos parece digna de insertarse aquí:

«He tardado en responder á vuestra carta, »aunque tan amable como racional y juiciosa, »porque antes de escribiros, quise ver á mi hermano y hablar con él detenidamente. En el »torrente que le arrastra, con la mejor voluntad del mundo, no puede disponer de una hora »para sí. Os causaria lástima su fatiga, el estado de su salud, sus afanes de todo género. Al »fin logré traerle á comer á casa de mi hija (madama de Aragon), y hable con él; el resúmen »de nuestra conversacion es como sigue:

»La carta de la señora de Mirabeau, muestra »un ingenio escelente y aun estenso, y está llena »de la razon que á mí me agrada, es decir, escrita con gracia y con agudeza. Pero no lo sabe »todo, y como no posee todos los elementos de »la cuestion, no puede resolverla por completo. »Ella me cree ambicioso, y se engaña, á lo menos en el significado vulgar de la palabra; jamás he conocido la ambicion de las cruces, de »las dignidades. He querido preparar, acelerar, »quizá determinar una gran revolucion en las cosas humanas con provecho de la especie; y secundado por el espíritu del siglo y por inconcebibles circunstancias, lo he conseguido hasta »cierto punto, mas de lo que debia esperar un »hombre ordinario, á quien sus errores y los de »los demás habian suscitado tantos obstáculos. »Provocado atrozmente por la nobleza provenzal, es natural que se crea haya influido en mi »conducta algun espíritu de venganza. Falso: la »impericia y perfidia del gobierno por una parte, »y por la otra la imbecilidad é imprevision del »partido anti-revolucionario, me han arrastrado »mas de una vez fuera de los límites que me habia prescrito; pero jamás he abandonado el »principio aun viéndome obligado á exagerar su »aplicacion, y he deseado siempre permanecer ó »volver al justo medio. Tres enemigos tenia la »libertad nacional; el clero, la nobleza y los parlamentos. El primero no es ya de este siglo, y »la triste situacion de nuestra hacienda hubiera »bastado para matarle. La nobleza es de todos »los siglos, tanto que conviene transigir con »ella, lo cual no es posible sin refrenarla, ni »esto sin asociar al pueblo con la autoridad real. »La autoridad real no se asociará jamás de buena »fe con el pueblo mientras subsistan los parlamentos que conservan, como la nobleza, la »funesta é ilusoria esperanza de restablecer el »antiguo órden de cosas. Se necesita, pues, otra »sola destruccion; pasar mas adelante seria demasiado. Esta es mi política, estos son todos mis »secretos. ¿Qué queda que hacer despues? Reanimar el poder ejecutivo, regenerar la autoridad »real y conciliarla con la nobleza nacional, lo »cual no se conseguirá sin un nuevo ministerio; »hermosa y difícil empresa, hasta el punto de »desearse tomar parte en ella. Pero un nuevo »ministerio no será cual corresponde sino en tanto que los ministros pertenezcan á la asamblea. »Es preciso, de consiguiente, deshacer el decreto »sobre los ministros, ó la revolucion no se consolidará jamás. Esto se conocerá apenas el reinado del charlatan concluya. La derrota sufrida »(*es decir, el decreto del 7 de noviembre de* 1789, »*prohibiendo á los diputados entrar en el ministerio*), es fruto de sus manejos; y no me ha causado sorpresa, pues hace tiempo que he dicho: »¡*Ay de los pueblos agradecidos!* Ni cambió mi »posicion tanto como parece á primera vista. En »general no puedo ni quiero triunfar sino por la »necesidad de las cosas; si no existe tal necesidad, es claro que no triunfo. Asi, no he querido »transigir, ni transigiré: por lo demás, me acerco al fin de mi vida, y no siento desaliento, sino »cansancio. Las circunstancias me han aislado; »aspiro al reposo mas de lo que se cree, y lo »abrazaré en cuanto pueda con honor y seguridad. Entonces, si me encuentro con hacienda

»suficiente, buscaré la felicidad, aunque sea jugando á la taba. Sino tengo bastante, creo posible conseguir una embajada, y esta seria una »retirada honrosa y dulce. Pero es preciso empezar por algo, y dar remate á la obra; hallándome convencido de que equivaldria á abandonarla, entrar en el consejo con personas »incapaces de hacer el bien.»

Mirabeau procuró que el rey aceptase la revolucion ya realizada, para evitar la venidera, constituyéndose su jefe y libertador; procuró impedir que la monarquía provocase con violencias la insurreccion, por querer retroceder á un despotismo ya imposible. No logrando su objeto, y viéndole perder terreno cada dia, se asustaba de su obra y esclamaba: «Hemos tomado la hoz »del tiempo, pero no su reloj; y sentiria muchísimo haber trabajado solo para llevar á cabo una »vasta demolicion.»

En el seno de la asamblea Constituyente fermentaba ya la Convencion; los mas previsores veian la nube aproximarse, sin medio de detenerla; y los futuros destructores de la sociedad se formaban al lado de los destructores de la monarquía. Solo Mirabeau, gigante de la revolucion, parecia aun contenerlos, y gritando *Silencio á las treinta voces*, oponia su fuerza escepcional á la nueva fuerza naciente. Decia á Crillon: «No me amais; y añadiré no me estimais... Pudiera dar esplicaciones de mis desórdenes; pero no quiero andar con escusas. Sin embargo, mirad en torno vuestro, y os convencereis de que »yo, yo solo, puedo destruir la anarquía, que os »devorará, y á vuestros amigos, y al trono, y á »la Francia. Es preciso oirme, seguirme, ó perecer todos.»

Pero este egoismo, que le inducia á considerarse el único capaz, una vez trastornado el presente órden de cosas, de sustituirlo con otro, obra suya, disminuia su prevision. Sorprenden y causan dolor las sucesivas notas que dirigia á la córte, tan vacilantes en mezquinos recursos, tan estériles en ideas efectivas. Ve á fondo la situacion, aprecia los hombres, predice los peligros inminentes, pero no sabe evitarlos, no sabe cómo manejar los partidos sin ser esclavo de ninguno; y como si midiese á los demás por sí, no acierta á sugerir otros medios sino los de comprar agentes que informen y soldados que defiendan. El valor de sus notas no escede al de unos artículos de periódico; y la córte debia conocer que las pagaba bien caras. Quizá no ofrezca la historia ejemplo mas insigne de los estravíos en que incurre el mas poderoso ingenio cuando no le ilustra la conciencia.

Mirabeau aconsejaba al rey que saliera de París, no siendo posible ningun gobierno en aquel desórden, en que toda persona turbulenta mandaba á nombre del pueblo. «No se han visto reunidos nunca tantos combustibles en un solo hogar. Cien agitadores de las masas, cuya única »ventaja es el desórden; multitud de estranjeros »independientes, que siembran la discordia en todos los sitios públicos; todos los enemigos de la »antigua córte; un inmenso populacho, acostumbrado hace un año á victorias y delitos; muchos »grandes propietarios, que no se atreven á dar la »cara porque tienen demasiado que perder; la »reunion de todos los autores de la revolucion y »sus principales agentes; en las clases inferiores »la hez de la nacion, en las elevadas lo que tiene de mas corrompido: tal es París. Esta ciudad conoce su fuerza; la ha ejercido alternativamente sobre el rey, los ministros, las tropas, »la asamblea; la ejerce sobre cada diputado individualmente; quita á los unos la facultad de »obrar, á los otros el valor de retractarse; y »gran número de decretos han sido resultado esclusivo de su influencia (1).»

Y asustado del caballo que le habia tomado la delantera, esclamaba: «El estado de nuestra hacienda no es una agonía convertida en consuncion, sino una descomposicion absoluta, ¡y, ojalá »que no cunda á todo el cuerpo político! ¡Ojalá »que la revolucion no sucumba á impulso de esta »vergonzosa enfermedad!» Y añadia: «Me acerco al fin de la vida; y no siento desmayo, sino »cansancio; nos amenaza un grave peligro. Nunca »me he asustado como hoy... ¡Oh nacion ligera, »ligerísima!»

En efecto, la larga prision, los abusos de la juventud, las pasiones violentas habian gastado la salud de Mirabeau, y recibió el último golpe inferido por un trabajo estrordinario y estraordinarias orgías. Cuando ya no tuvo esperanza de curarse, se entregó á la idea de la muerte con estóica serenidad, si bien sus últimos momentos carecieron del aspecto teatral que Cabanis les supuso (2).

Su peligro pareció una calamidad pública; no se hablaba de otra cosa en París desde las verduleras hasta la córte. Apenas espiró, se esparció la noticia por la ciudad; en la asamblea, Barrère sollozando pidió que se tomase acta del dolor universal; y habiéndose propuesto que una comision acompañase el cadáver, la asamblea contestó: *iremos todos*. La seccion de París pidió que se le sepultase en el campo de la Confederacion bajo el altar de la patria: otros propusieron que «el templo de la religion se convirtiese en templo de la patria, y la tumba de un grande hombre en altar de la libertad;» de resultas de esta proposicion se dió á la iglesia de Santa Genoveva el título de *Panteon*, siendo Mirabeau el primero de los *grandes hombres á quienes lo consagró la patria reconocida*.

«Mientras que las campanas tocaban á muerto, y el cañon tronaba de minuto en minuto, haciéndose á un simple ciudadano, en una ceremonia que habia atraido doscientos mil espectadores, funerales propios de un rey; mientras que el Panteon á donde se le llevaba, parecia apenas un monumento digno de tales cenizas ¿qué pasaba en el fondo de los corazones? El rey que tenia á sueldo la elocuencia de Mirabeau y la reina con quien celebraba entrevistas nocturnas, le lloraban quizá como su última áncora de salvacion: sin embargo les habia inspirado menos confianza que terror, y la humillacion del socorro pedido por la corona á un súbdito, debia respirar ante aquel poder de destruccion, caido antes que el tro-

(1) Corresp. t. II, p. 418.
(2) Véase en nuestra NARRACION la nota de la pág. 563 del tomo VI.

no. La muerte vengaba á la córte de las afrentas que él le habia hecho sufrir. La aristocracia irritada preferia su caida á sus servicios; pues los nobles le miraban como un apóstata y se hubieran avergonzado de ver restaurada su dignidad por el que los habia deprimido. La asamblea estaba cansada de la superioridad de Mirabeau. El duque de Orleans sentia que una palabra del tribuno decidiria de sus prematuras ambiciones. Lafayette, el héroe de la clase media, debia temer el oráculo del pueblo; debiendo existir una secreta envidia entre el dictador de la ciudad y el dictador de la tribuna. Mirabeau, no atacado nunca en los discursos de Lafayette, habia lanzado en la conversacion contra su rival palabras de esas que no se olvidan. Muerto Mirabeau, Lafayette parecia mas grande y lo mismo todos los oradores de la asamblea. No tenia allí rivales, pero sí muchos envidiosos; su elocuencia, aunque popular, era la de un aristócrata; no tenia nada de ese sentimiento egoista y rencoroso, que escita las pasiones viles del corazon humano, y que en el bien hecho al pueblo no ve sino un insulto á la nobleza. Sus sentimientos populares no eran en cierto modo mas que una liberalidad de su génio: la magnífica espansion de su alma no aconsejaba la mezquina irritacion de los demagogos: conquistando derechos para el pueblo, parecia regalárselos: era un voluntario de la democracia y su actitud recordaba demasiado que desde los Gracos hasta él, los tribunos mas poderosos habian sido patricios. Su talento, sin igual por la filósofía de la idea, por la estension de la reflexion y la grandiosidad del estilo, era otra especie de aristocracia igualmente imperdonable. La naturaleza le habia formado para figurar en primera línea; y la muerte desocupaba el sitio á todos los talentos secundarios, prontos á disputarse un puesto superior á sus aspiraciones. Las lágrimas que habian vertido junto á su féretro eran fingidas; solo el pueblo lloraba sinceramente, porque el pueblo es fuerte hasta el punto de no poder ser envidioso y lejos de echarle en cara el nacimiento. amaba en él la nobleza, como un ópimo despojo, conquistado á la aristocracia. Ademas, la nacion inquieta, que veia caer una á una sus instituciones, y temia un trastorno total, conocia por instinto que el génio de un grande hombre era la última fuerza que le quedaba. Una vez estinguido este génio, no veia mas que tinieblas y precipicios bajo los pasos de la monarquía. Los únicos que se alegraban sin rebozo eran los Jacobinos, porque solo él podia contrabalancear su influjo (1).»

Despues de una vida de desgracias y opresiones, Mirabeau murió cuando quizá se aproximaba al poder que tanto habia ambicionado; murió cuando aun todos estaban de acuerdo acerca del fin y no habian tenido tiempo de dividirse en cuanto á los medios; murió oportunamente para su gloria, en el acto de pasar del brillante ataque á la siempre fria resistencia; murió con la persuasion de su importancia personal, y al criado que le sostenia dijo: puedes jactarte de sos»tener la cabeza mas fuerte de Francia;» y á sus amigos: «cuando yo muera, los facciosos se »repartirán los trozos de la monarquía.»

Boissy d'Anglas dijo: «Pareció que con Mi»rabeau la revolucion habia perdido su provi»dencia;» y en efecto, muchos opinaron que hubiera podido dominarla y salvar á la monarquía, y que del mismo modo que abatió el trono despótico hubiera acabado con la despótica guillotina. Pero aunque puede darse el empuje á la revolucion ¿quién es capaz de detenerla? Lo pasado estaba destruido, empresa no difícil; era preciso edificar lo porvenir, obra fatigosísima; y habiendo bajado el trono al nivel de la revolucion, Mirabeau era ya menos fuerte. Como Eolo, enfrenó los vientos ansiosos por romper sus cadenas; pero la compresion misma habia multiplicado su fuerza, é iban pronto á desparramarse. Mirabeau murió á tiempo; mas adelante no hubiera bastado contra una violencia mayor, y la guillotina habria cortado tambien su enorme cabeza. Esta era demasiado para el absolutismo antiguo, y Mirabeau derribó el absolutismo; era demasiado para la república, y la república la hubiera hecho pasar bajo el nivel de la envidia.

Ya no sabia imaginar mas que reconstrucciones quiméricas y pueriles, que fueron el sueño de cada faz de la revolucion. La asamblea Legislativa pereció buscando ese equilibrio: los girondinos creyeron verlo en una república federativa, y perecieron: los terroristas inventaron la dictadura del pueblo, personificada en el verdugo: Robespierre sabia menos que los demás, pero conocia la necesidad de la virtud y entre tanto asesinaba: Napoleon creyó ser el punto de apoyo en que se detendria la agitacion; pero si por algun tiempo su espada mantuvo el equilibrio, tambien hubo de precipitarse: precipitóse del mismo modo la monarquía constitucional, que creia contrabalancear un poder con otro. ¿Quién sabe cuando se establecerá el equilibrio?

Entre tanto, ¿qué era de las otras personas mencionadas en la historia de Honorato Mirabeau?

Su padre pudo en los últimos dias ver la importancia de aquel hijo de quien no habia pronosticado mas que mal y leia con avidez los periódicos que insertaban sus discursos. Como cumplia á un anciano de la antigua raza, murió el dia antes de la demolicion de la Bastilla, y Mirabeau supo interesar á toda la Francia con su luto por un padre ni amable ni amado.

Beaumarchais quedó olvidado por la revolucion, como todos los que no cayeron víctimas del movimiento que aceleraron; especuló con la necesidad de armas; faltó poco para verse envuelto en un proceso capital; y se vió reducido á la miseria por otras armas que suministró á los Estados-Unidos y que no se le pagaron. Despues, cuando al través de la rueda implacable de la revolucion se puso la única barrera capaz de moderar su velocidad, la espada de un héroe, se le encontró un dia muerto de apoplegía, y se le sepultó como á cualquier desconocido.

La muerte de Mirabeau, fue para Barnave la señal de pararse, y no cegado por una peligrosa emulacion, se dedicó á contener las exageraciones de la faccion demagógica. Enviado á en-

(1) *Lamartine, Girondins.*

cargarse en Varennes de conducir á la familia real á París, en cuanto conoció á las personas á quienes odiaba quedó prendado de la hermosura, de la flaqueza, de la desgracia, y á la vista de aquel grande infortunio sufrió la ley de todos los jefes populares, que se ligaban sucesivamente al poder á medida que se acercaban á su zona. Entró, pues, en las ideas moderadas de la sociedad constitucional de Lafayette, y decia á Malouet: «He »debido pareceros muy jóven; pero, estad se»guro de que en pocos meses he envejecido bas»tante.» Dió á Luis XVI dictámenes que este no aceptó; pero que, habiéndose encontrado luego en el armario de hierro juntos con los de Mirabeau, valieron para arrastar al suplicio á Barnave, retirado tiempo hacia de los negocios.

Sièyes, que pareció dar impulso á los movimientos mas decisivos de la revolucion, no tardó en declarar en el *Monitor* que «creia preferible á cualquier otro gobierno la monarquía, porque en esta habia mas libertad que en la república; y preferible no en esta ó en esotra posicion, sino en todas las hipótesis.» Esto no obstó para que votase la muerte del rey; ni semejante votacion impidió que fuese cortesano de Buonaparte, y que la córte del rey de Prusia le recibiera en calidad de embajador imperial con singulares distinciones.

En cuanto á Luis XVI «al juzgarle (diremos con Ponjoulat) no se atendió bastante á las dificultades inmensas á los embarazos inauditos que se habian agolpado violentamente en torno del infeliz. Ningun soberano se ha encontrado en peor situacion. Es el universo entero que cambia; y el cambio, aunque preparado desde mucho tiempo antes, se cumple rápidamente en medio del mas espantoso desenfreno de las pasiones. Sin duda un genio, un carácter poderosamente enérgico ó una grande espada, habian logrado hasta cierto punto dictar la ley á la revolucion; hubieran sido menos los desórdenes y los delitos; pero no se habian resuelto todos los problemas. Lo que guia al jefe popular es la esperiencia, el recuerdo de lo pasado, la comparacion de los tiempos; y Luis no podia apoyarse en nada de esto, no podia interrogar nada que fuese capaz de responder á todas las ansiedades y temores de su espíritu. Encontrábase en los últimos confines de un mundo que habia desaparecido, á orillas de otro mundo naciente, aun en estado de caos. Otras instituciones, otras costumbres, otras ambiciones se estaban formando; nuevos dias surgian en el universo. Luis, con su instinto de la verdad, comprendia, adivinaba muchas cosas; pero ¡qué genio no se hubiera necesitado para no incurrir en error, para juzgar preventivamente la importancia de cada decision, de cada acontecimiento en un órden tan estraordinario de ideas y de hechos! ¡Cuántos peligros en una transicion tan pronta de una época á otra tan diversa.

Las cosas sobrevivian á los hombres, y la asamblea nacional quedará para eterna memoria. Venció sin armas á un poder provisto de trescientas mil bayonetas y apoyado en el hábito de dos siglos; empobreció al clero, pero lo conservó; hizo ciudadana á la nobleza; proclamó principios que no se borrarán del derecho público; dejó muchas instituciones suyas como preciosa herencia; elevada en su objeto, desinteresada en su modo de proceder, estirpó abusos inveterados, introdujo la humanidad en la legislacion, y la igualdad en la sociedad civil.

Estaba llamada (y Mirabeau lo conoció) á abrir con la violencia el abismo, para que no se pudiera retroceder, y luego á restringirlo, para que no devorase tanto. Poniéndose, no á reformar, sino á rehacer el mundo, tuvo que discutir á priori la mayor parte de las cuestiones del derecho público y natural; hizo tres mil doscientos cincuenta decretos, ningun cuerpo poseyó tantos poderes, ni los ejerció tanto, destruyendo el feudalismo, colocando el principio electivo frente á frente del hereditario, subordinando la corona, aboliendo los parlamentos y proclamando el derecho del pueblo á votar las contribuciones. Una vez rota la unidad provincial, obligóse la asamblea á crear un nuevo mundo, y lo verificó reconstituyendo la Francia, dividiéndola en departamentos cuyos nombres y límites eran totalmente agenos á las tradiciones, á los hábitos, á las costumbres, á la Iglesia y solo quedó en pié una idea, un interés; la nacion. Al propio tiempo habilitaba á los no católicos para desempeñar toda clase de empleos civiles y militares; vendia los bienes del clero; discutía sobre establecer un banco nacional y otro de crédito; empezaba la reforma criminal con la publicidad de los debates y con la prohibicion de retardar mas de veinte y cuatro horas el interrogatorio del detenido; decretaba que todos los delitos del mismo género se castigarian con la misma pena, cualquiera que fuese la categoría y estado del reo; hasta fundaba revolucionariamente la hacienda, creando 400.000,000 de asignados que se recibiesen en pago de los bienes nacionales.

Sus conquistas se hallan aseguradas, pero ninguno las preveia, verificándose lo que dijo Mirabeau: «Hoy todos confiesan que Francia se »preparó á la revolucion mas bien por el senti»miento de sus males y los errores de su go»bierno, que por el progreso general de la inte»ligencia. Todos sabian lo que era preciso der»ribar, ninguno lo que convenia establecer: el »deseo del pueblo se conocia solo por sus que»jas, y las circunstancias, lanzando á sus re»presentantes á imprevistas medidas, los con»virtieron de repente en legisladores.» La asamblea, llamada á dirigir la tormenta, no logró enfrenarla, ni aun comprenderla; vaciló entre aspiraciones, tan vastas como el movimiento; y las miserias del egoismo de casta, en medio de arranques heróicos y de deseos vulgares, escitaron á la par desprecio y entusiasmo; creyó fijar en el papel las verdades perpetuamente movedizas del destino; formó una constitucion efímera, y proclamó eternas verdades, guiada é impulsada por dos fuerzas distintas, el sentimiento de sí misma y la accion que le imprimian los pueblos.

Con el último acto de abnegacion, impidiendo las reelecciones, llevó á la asamblea Legislativa gente nueva, sin esperiencia, y que incur-

rió en exageraciones. Pero la Legislativa desocupó tambien el sitio para dejárselo á la Convencion y luego esta al Terror. La revolucion, marchando mas lejos de lo que habian querido y previsto Mirabeau y Barnave, despedazó la corona del descendiente de los Capetos, hasta que llegase el dia de cortarle la cabeza.

Entonces el furor sucedió á la esperanza; en medio de contínuas incertidumbres reinaba una rabia de destruccion, una obstinacion soberbia; y la gran revolucion se corrompió, destituida de principio moral, y digna de ser calificada de «el delito que tuvo mayor número de cómplices.» Aparecen entonces esos nuevos malvados, á quienes se ha querido convertir en héroes; un Camilo Desmoulins, falso en la piedad como en el furor, cuando abraza á su mujer, como cuando impele víctimas hácia la guillotina; satélite del que está en auge, llámese Mirabeau, Marat ó Danton; engañado y engañador, que disimula con el insulto y la provocacion su cobarde miedo; —un Marat, inexorable consigo mismo como con los demás, que no hace mas que denunciar, concentrando en sí los rencores y las venganzas de todos para constituirse en órgano público de un terror que, entre mil inocentes, alcanza á algun culpado; —un Rabespierre, la envidia personificada, que corta á centenares las cabezas, cabezas de hombres, para que triunfe la idea, la abstraccion, la virtud.

¡Santa libertad! en vano tus prostituidos adoradores querrán hacernos creer que semejantes mónstruos fueron necesarios para que triunfases!

Cuando Luis XVI cayó bajo la cuchilla, se encontraron en su armario de hierro, como hemos dicho, los contratos de Mirabeau con la córte: se maldijo, pues, al *grande hombre* antes divinizado; decretóse su destierro, el destierro de un muerto; y se arrancaron sus cenizas del Panteon, colocando en su lugar las del hidrofobo Marat. Este pasó luego del Panteon á una cloaca; y por último el Panteon volvió á ser iglesia. Un brazo de hierro detuvo algun tiempo aquel carro, que aplastaba á todo el que se detenia. Napoleon, heredero de Mirabeau, decidido á recomponer lo que la revolucion habia descompuesto, se eleva sobre una columna, de donde se le derribará y adonde se le volverá á subir pronto. La estirpe de Capeto, á la que se habia jurado eterno ódio, es recibida nuevamente con entusiasmo, y espulsada despues á pedradas y tiros, para sustituirle los hijos de aquel Felipe de Orleans, á quien no salvó del patíbulo el apellido de Igualdad; sucede un reinado que acepta la mayor parte de los principios establecidos por la asamblea Nacional; pero, tampoco él dura, pues abolido el derecho no queda sino la fuerza; y el entusiasmo quiere postrarse ante un dios fetiche, simbolizado en una espada.

Nos resta solo decir una palabra á los que desean la popularidad. Luis XVI, viéndose aplaudido al principio de su reinado, se embriagó con aquel filtro, el mas suave de todos; é impulsado á luchar contra la suerte, decia: «Sé »que no va bien, pero quiero sobre todo ser »amado.» De donde resultó que accediese á ideas que no creia buenas y que le condujeron al patíbulo. Mirabeau sintió lo insuperable de esta necesidad del aura popular, y faltó por ella á sus compromisos, á los que le ligaban con la nacion, con la moral eterna, con su ingenio; y allanó el campo á aquellos que, una vez derribada la monarquía por medio de la rebelion, derribaron la libertad con la anarquía, é hicieron que pareciese remedio necesario la servidumbre.

Los hombres desaparecen en la importancia de sus obras; pero quedan las cosas; ninguna de las ideas justas que entonces nacieron murió; se las ve sobrevivir al despotismo imperial, vegetar á la sombra de las constituciones, doblarse pero no romperse bajo la violencia del estado de sitio, ó con los sofismas de los pontífices de la fuerza, de los cantores del triunfo que quisieran plegar lo pasado con lo futuro á los caprichos de su inconstancia, y por último llegar á madurar un porvenir de unidad y de concordia, para el que no se necesitan un Mirabeau ni un Napoleon. Solo se busca quien reconstruya, quien reduzca á verdad esas ideas, y haciendo cesar la incertidumbre de las pruebas, dirija en lo sucesivo la obra de la reedificacion y consolidacion de esa democracia que consiste en asegurar á cada hombre el goce de sus derechos personales y reales, y que contribuya al mantenimiento de la seguridad en proporcion de su interés; que ayude á la providencia en la nivelacion de las clases que va efectuando con hacer descender hasta las últimas los conocimientos, la razon, la prevision y la moralidad. Lo que sabemos de cierto es que la restauracion no puede verificarse sino en las ideas, y jamás por medio de la violencia, ni de las reacciones; jamás repudiando la obra del tiempo ni las adquisiciones de la libertad y de la civilizacion.

NUM. XXXVII.

GUZMAN EL BUENO.

(1255—1309. (*)

Reinaba en Castilla Alfonso el Sabio, y era ya el tiempo en que la suerte habia convertido las glorias de sus primeros años en una amarga serie de desventuras. Fue la señal de ellas su viaje á Francia en demanda del imperio de Alemania, pues aunque habia arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el Estado, todos los males se desataron á un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda á Aben Jucef, rey de Fez, inundan la Andalucía, llevándola toda á fuego y sangre; don Nuño de Lara, comandante en la provincia, muere en una batalla; el príncipe heredero, gobernador del reino, fallece en Villareal, y el arzobispo de Toledo don Sancho que salió con un ejército á encontrar al enemigo, empeña un combate con mas ardimiento que prudencia, y es hecho prisionero y despues muerto.

Debió en tal conflicto la monarquía su salud á la actividad y acertadas medidas del infante don Sancho, hijo segundo del rey, ayudado poderosamente del señor de Vizcaya don Lopez Diaz de Haro, que con toda la nobleza castellana bajó al socorro del Mediodía. Con don Lope vino entonces don Alonso Perez de Guzman, jóven de veinte años, nacido en Leon, de don pedro de Guzman, adelantado mayor de Andalucía, y de una noble doncella llamada doña Teresa Ruiz de Castro (1). El señor de Vizcaya atajó el ímpeto de los bárbaros, los derrotó junto á Jaen, y vengó la muerte del Arzobispo. Este fue el primer combate en que se halló Guzman, y no solo se señaló por sus hechos entre todos, sino que tambien tuvo la fortuna de hacer prisionero al moro Aben Comat, privado de Jucef; lo cual fue gran parte para la conclusion de la guerra, porque vuelto Alfonso de su inútil viaje, y escarmentados los enemigos con aquel descalabro, empezaron á moverse condiciones de concierto, y Guzman, que fue el ministro de esta negociacion, pudo con el influjo de Aben Comat, antes cautivo suyo y ya su amigo, ajustrar treguas por dos años con el rey de Berbería (1276).

En celebridad de este suceso se hizo un torneo en Sevilla delante de la córte, donde, del mismo modo que en la batalla, Guzman se llevó la prez del lucimiento y bizarría. Llegada la noche, el rey, que no habia presenciado la fiesta, preguntó á sus cortesanos quién se habia distinguido mas en ella; á lo que contestaron muchos á un tiempo: «Señor, don Alonso Perez es el que lo hizo mejor.» ¿Cuál Alonso Perez? repuso el rey, porque habia algunos otros del mismo nombre. Entonces don Juan Ramirez de Guzman, hijo del adelantado don Pedro, que se habia criado en palacio, y que despues sucedió á su padre en la casa de Toral, dijo al monarca: «Señor, Alonso Perez de Guzman, mi hermano de ganancia.» Pareció mal esta razon á todos, y mas que á nadie á Guzman, que creyo ver motejada en ella la ilegitimidad de su nacimiento, porque entonces llamaban hijos de ganancia á los que nacian de mujeres no veladas, y su madre no lo habia sido. Viéndose, pues, sonrojado asi delante de los reyes, de las damas y caballeros presentes, respondió mal enojado: «Decís verdad, soy hermano de ganancia, pero vos sois y sereis de pérdida, y si no fuera por respeto á la presencia de quien nos hallamos, yo os daria á entender el modo con que debeis tratarme. Mas no teneis vos la culpa de ello, sino quien os ha criado, que tan mal os enseñó.» El rey, á quien al parecer iba arrojada esta queja, dijo entonces: «No habla mal vuestro hermano, que asi es costumbre de llamar en Castilla á los que no son hijos de mujeres veladas con sus maridos.—Tambien es costumbre de los hijosdalgo de Castilla, replicó él, cuando no son bien tratados por sus señores, que vayan á buscar fuera quien bien les haga: yo lo haré asi, y juro no volver mas hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia. Otorgadme, pues, el plazo que da el fuero á los hijosdalgo de Castilla para poder salir del reino, porque desde hoy me desnaturalizo y me despido de ser vuestro vasallo.» Quiso reducirle el rey, mas siendo vanos sus esfuerzos, hubo de concederle el plazo que pedia, en el cual Guzman vendió todo cuanto habia heredado de sus padres y adquirido por sí mismo en la guerra, y se salió de Castilla acompañado de algunos amigos y criados, en todos treinta, que quisieron seguir su fortuna.

En las estrechas relaciones que habia enton-

(1) Barrantes la llama doña Isabel.

(*) Esta biografía y las siguientes hasta la conclusion del tomo, no se hallan en la obra del autor. Están tomadas de la de nuestro eminente historiador y literato Quintana; y hemos creido que habiendo sido tan parco César Cantú respecto de los españoles, debiamos suplir este que para nosotros es defecto. *(N. del T.)*

ces entre las dos naciones que se disputaban el señorío de España, era muy comun ver á los caballeros cristianos irse á servir á los moros, y á los moros venir á los Estados de los cristianos. Estaba todavia en Algeciras Aben Juecf, y Guzman se resolvió á seguirle, prometiéndole que le asistiria en todas sus empresas menos contra el rey de Castilla ó cualquiera otro príncipe cristiano. El monarca berberisco recibió á él y á sus compañeros con el mayor agasajo, y dándole el mando de todos los cristianos que estaban á su servicio, se le llevó al Africa consigo.

La primera espedicion en que le ocupó fue la de ir á sujetar los árabes tributarios de su imperio, que debiéndole ya dos años de contribuciones, se resistian á pagarlas (1). Estos árabes, siguiendo siempre la costumbre de andar divagando, no tenian asiento ni domicilio fijo; no pagaban jamás sino forzados, y entonces orgullosos con su muchedumbre, llevaron la insolencia hasta amenazar al rey de Fez que le quitarian la corona. Guzman, encargado de reducirlos, propuso á Aben Jucef que comprase ó hiciese dar libertad á todos los cautivos cristianos que hubiese en la ciudad, los cuales, agregados á sus soldados, bastarian á sujetar á los rebeldes, sin necesidad de llevar muchos moros consigo. Hízolo asi el rey, y Guzman, al frente de mil y seiscientos cristianos, y de algunos moros que tambien le siguieron, salió en busca de los rebeldes, á quienes arremetió y con grande estrago ahuyentó hasta sus tiendas. Espantados y escarmentados sus alfaquíes, vinieron al campo cristiano, y no solo ofrecieron las pagas que debian, sino que añadieron muchos dones para sus vencedores á fin de que los dejasen en sosiego. Habia muchos en el ejército de Guzman que opinaban porque no se admitiesen sus ofertas; y ensoberbecidos con su fortuna, querian que se destruyese del todo y aniquilase aquella gente amotinada. Mas el caudillo español, conociendo que la seguridad de los cristianos de Africa consistia en la necesidad que de ellos tuviese el rey para tener sujetos á los árabes tributarios, no consintió su destruccion, y aceptó las pagas y dones que le hicieron. Con esto dió la vuelta á Fez, y el rey hizo generosamente merced de una de las pagas á Guzman, el cual la partió con sus soldados.

Con este servicio, con su prudencia y sus demás virtudes, se hizo un lugar tan distinguido en aquella córte, que Aben Jucef ponia en él toda su estimacion y confianza. El poder y autoridad que allí disfrutaba resonaban en Castilla á tiempo que la monarquía, desgarrada en dos facciones, estaba en el punto de padecer una revolucion lastimosa. En medio de las prendas eminentes que adornaban á Alfonso el Sabio, veíase en sus consejos y determinaciones una irresolucion y una inconstancia muy ajenas del carácter entero y firme que tan respetable habia hecho á su padre. A los dos grandes errores de su reinado, la alteracion de la moneda y la aceptacion del imperio, añadió al fin de sus dias la intencion de variar la sucesion del reino, solemnemente declarada en córtes á favor de su hijo Sancho. Es verdad que esta declaracion habia sido hecha en perjuicio de los hijos del príncipe heredero don Fernándo de la Cerda, muerto en Villareal al tiempo de la invasion de los Moros. Pero Sancho habia defendido el Estado, y el vigor y la prudencia que manifestó en aquella ocasion, ganándole las voluntades de los grandes, de los pueblos, y aun del rey, fueron recompensados con llamarle á la sucesion, escluyendo de ella á sus sobrinos. Si esto fue una injusticia, ya estaba hecha, y cualquiera innovacion iba á causar una guerra civil, porque Sancho no era hombre de dejarse despojar tranquilamente del objeto de su ambicion, conseguido ya por sus servicios. Estaban anteriormente encontradas las voluntades de hijo y padre con disgustos domésticos, enconados miserablemente por los mismos que debieran concertarlos. Asi, cuando el rey propuso una nueva alteracion en la moneda, y que se desmembrase el reino de Jaen para darle á uno de sus nietos, rompió por todas partes el descontento, y juntos en Valladolid los ricoshombres con don Sancho, declararon inhábil á administrar y gobernar el reino al legislador de Castilla. Las mas de las ciudades, los prelados, los grandes, sus hijos, su esposa, todos le abandonaron, menos Sevilla, que se mantuvo sola en su obediencia. Los otros príncipes de España aliados y parientes suyos no le acudieron, y el rey de Granada, su enemigo, confederado con su hijo, hacia mas espantoso el peligro y mas escandalosa la rebelion.

En tan amargo apuro el infeliz monarca, todo entregado á su desesperacion, pensó meterse con todas sus riquezas en una nave que hizo preparar y pintar de negro, y dejando su ingrata patria y su desnaturalizada familia, abandonarse á las ondas y á la fortuna. Mas antes de poner en obra este desesperado designio, volvió los ojos al Africa, y se acordó de Guzman, y quiso implorar la autoridad y el poder que disfrutaba en la córte de Fez. Entonces fue cuando le escribió la carta citada por casi todos nuestros historiadores, monumento singular de afliccion y de elocuencia, al mismo tiempo que leccion insigne para los príncipes y los hombres. Su contesto literal es el siguiente:

«Primo don Alonso Perez de Guzman: La mi »cuita es tan grande, que como cayó de alto lu»gar, se verá de lueñe; é como cayó en mí, que»ra amigo de todo el mundo, en todo él sabrán »la mi desdicha é afincamiento, que el mio fijo »á sin razon me face tener con ayuda de los mios »amigos y de los mios perlados; los cuales, en »lugar de meter paz, no á esceso ni encubiertas, »sino claro metieron asaz mal. Non fallo en la »mia tierra abrigo, nin fallo amparador ni vale»dor, non me lo mereciendo ellos; sino todo bien »que yo les fice. Y pues que en la mia tierra me »fallece quien me habia de servir é ayudar, for»zoso me es que en la ajena busque quien se duela »de mí: pues los de Castilla me fallecieron, na»die me terná en mal que yo busque los de Be»namarin. Si los mios hijos son mis enemigos, »non será ende mal que yo tome á los mis ene-

(1) La *Crónica del rey don Alonso XI* y Barrantes Maldonado les dan el nombre de *rehalíes*; y este último dice que son los mismos que los que entre nosotros se llamaban *alarbes*.

«amigos por fijos, enemigos en la ley, mas non »por ende en la voluntad que es el buen rey Aben »Jucef, que yo le amo é precio mucho, porque »él non me despreciará ni fallecerá, ca es mi »atreguado é mi apazguado. Yo sé cuánto sodes «suyo, y cuánto vos ama, con cuánta razon, é »cuánto por vuestro consejo fará. Non miredes á »cosas pasadas, sino á presentes; catá quien so- »des é del linaje donde venides, é que en algun »tiempo vos faré bien; é si lo vos non ficiese, »vuestro bien facer vos lo galardonará; que el »que face bien nunca lo pierde. Por tanto, el »mio primo Alonso Perez de Guzman, faced á »tanto con el vuestro señor y amigo mio, que so- »bre la mia corona mas averada que yo he, y »piedras ricas que ende son, me preste lo que »él por bien tuviere; é si la suya ayuda pudié- »redes allegar, no me la estorbedes, como yo »cuido que non faredes; antes tengo que toda la »buena amistanza que del vuestro señor á mí »viniere será por vuestra mano, y la de Dios sea »con vusco.—Fecha en la mia sola leal ciudad »de Sevilla, á los treinta años de mi reinado y »el primero de mis cuitas (1282).—*El Rey*.

Guzman, olvidando el desabrimiento pasado, expuso á Jucef la triste situacion del monarca castellano, y le presentó la corona que habia de ser prenda del auxilio que se pedia. «Vé, respondió el generoso moro, y lleva á tu señor 60,000 doblas de oro (1) para que de pronto se socorra; consuélale y ofrécele mi ayuda, y vuélvete luego para ir conmigo. La corona del rey quiero que quede aquí, no en prendas, sino para memoria continua de su desgracia y mi promesa.» Guzman pasó el estrecho, y vino á Sevilla acompañado de una muchedumbre lucida de amigos y criados, y presentó al rey desvalido el tesoro que le traia. Asi cumplió con gloria suya la terrible palabra que dió al salir del reino, de no volver á él sino cuando pudiesen llamarle verdaderamente de ganancia. Recibido de Alfonso con el honor y agasajo debidos á tal servicio, entre las demás señales de agradecimiento que mereció fue la de unirle con doña María Alonso Coronel, doncella noble de Sevilla, y por su hermosura, su riqueza y sus virtudes el mejor partido de toda Andalucía (2). Tenia entonces Guzman veinte y seis años, y la boda se celebró en Sevilla, haciendo el rey donacion de Alcalá de los Gazules á los desposados. De allí á pocos dias dió la vuelta al Africa, de donde vino despues acompañando á Jucef, que seguido de gran tropel de ginetes berberiscos, trajo el socorro prometido.

Viéronse los dos príncipes juntos á Zahara en el campamento moro, rindiendo el africano toda clase de obsequio y de respeto al rey de Castilla. Hizo que entrase á caballo en su tienda magníficamente aderezada, y le obligó á colocarse en el asiento principal, diciendo: «Siéntate tú, que eres rey desde la cuna; que yo lo soy desde ahora en que Dios me lo hizo ser.» A lo que respondió Alfonso: «No da Dios nobleza sino á los nobles, ni da honra sino á los honrados, ni da reino sino al que lo merece; y asi Dios te dió reino porque lo merecias.» Tras de estas y otras cortesías trataron amistosamente del plan que habian de seguir en sus operaciones. «Dame un adalid, dijo el moro, que me lleve por la tierra que no te obedece, y la destruiré toda, y haré que te rinda la obediencia. Dióséle, con efecto, el rey de Castilla, pero encargándole que llevase á los moros por donde menos mal hacer pudiesen; cuidado paternal, bien digno del que, despidiéndose públicamente de los Sevillanos al ir á las vistas con Jucef, «amigos, les dijo, vedes á qué so venido, que por fuerza he de ser amigo de mis enemigos, é enemigo de mis amigos: esto sabe Dios que non place á mi (3).»

Las huestes confederadas llegaron á Córdoba, donde ya estaba el príncipe don Sancho. El moro quiso tentar las vias de negociacion, y envió á don Alonso de Guzman y á un intérprete á exhortarle al deber y á reconciliarse con su padre. Ya eran entrados en la ciudad y admitidos á la presencia del príncipe, cuando este supo que los moros se habian acercado á las barreras y habian muerto algunos peones. «¿Cómo me venis vosotros con tal mensaje, les dijo irritado, cuando los Moros están dando muerte á los mios? Idos pronto de aquí; no esteis un punto mas en mi presencia, pues vive Dios que no sé quién me detiene de haceros morir y arrojaros por encima de los adarves.» Ellos salieron dando gracias al cielo por haberles salvado de tanto peligro, y causando admiracion á todos que en el justo motivo de la indignacion de Sancho su cólera parase en amenazas.

Su presencia en Córdoba y su diligencia inutilizaron las esfuerzos de los Africanos, los cuales, despues de haber talado y destruido las dehesas y pueblos de la Andalucía y la Mancha, se volvieron con su presa, sin haber hecho cosa de momento en favor de su aliado. Sospechas y desconfianzas sembradas entre unos y otros, y creidas por el rey de Castilla, que, como tan ultrajado de los hombres, á todos les tenia miedo, los separaron al fin, yéndose Alfonso á Sevilla, y Jucef á Algeciras, para desde allí volverse á sus Estados.

Con él se fue al Africa Guzman, llevándose su esposa, la cual era tratada en Fez con el respeto que su honestidad merecia. El caudillo español asistió al rey Jucef en todas las guerras que por aquel tiempo tuvo que mantener con sus vecinos, debiendo en todas ellas á su valor y á su consejo la victoria y ventajas que conseguia. Las espediciones mas señaladas fueron las dos que se

(1) Estas doblas eran probablemente *marroquies*, que, segun la valuacion que en otro tiempo me comunicó mi difunto amigo don Manuel de Lamas, ensayador mayor y sugeto muy práctico en estas materias, equivalian á 60 reales de vellon de nuestra moneda actual. Las de la banda correspondian al valor de 61 á 62 reales, las moriscas al de 58 á 59.

(2) Era hija de Alonso Hernandez Coronel, ya difunto, y de doña Sancha Iñiguez de Aguilar: su dote se componia de muchos pueblos y heredades en Castilla, Galicia y Portugal, y tambien en el reino de Sevilla, con joyas y dineros en abundancia. Guzman no efectuó su casamiento sin pedir permiso á Jucef, que se le dió, añadiendo que sentia no hallarse presente para regocijarse en su boda.

(3) Palabras copiadas á la letra de una crónica antigua que cita Mondejar. El lector hallará en estas Vidas otras muchas sentencias y aun discursos tomados tambien literalmente de los autores consultados; pero es cuando por su contestura y espresion ha parecido que contribuian á pintar mejor el carácter de los personajes á que se atribuyen y las costumbres del tiempo á que se refieren. La misma diferencia de su lenguaje y estilo los hará conocer sin necesidad de advertirlo.

hicieron sobre Marruecos: en la primera las armas de Jucef ayudaban á Budeluz, un moro principal que se habia alzado contra el miramamolin Almortuda, de quien era pariente muy cercano. Guzman, por cuya direccion se gobernaba el ejército de Fez, presentó y venció en batalla al miramamolin, á quien dió muerte por su mano peleando con él. Con esto Budeluz fue alzado por rey de Marruecos; pero á poco tiempo, hallándole Jucef ingrato á sus beneficios, y viendo que no queria cumplir las condiciones estipuladas en su confederacion, envió á Guzman contra él. Vencido y muerto Budeluz en la batalla que se dió junto á Marruecos, este Estado vino á parar á la dominacion de Jucef. La misma fortuna siguió á Guzman despues en la espedicion contra Segelmesa, que tuvo tambien que sujetarse al imperio de aquel rey. Al leerse estas proezas segun las cuentan los cronistas de la casa de Medinasidonia, y viéndolas seguidas de la aventura de la sierpe y del leon, parece que su intento ha sido hacer de su héroe un paladin, y de su narracion una leyenda caballeresca. Pero aun cuando por ventura haya alguna exageracion en sus *Memorias*, lo que no tiene duda es que la fama de los hechos de Guzman, saliendo de los términos de Africa y de España, llegaba á Italia á oidos del Papa, que le escribia á él y á sus compañeros en términos y elogios magníficos. Las riquezas adquiridas con tan nobles trabajos fueron tantas, que los dos esposos llegaron á recelar de la codicia de los bárbaros que los perdiesen por ella. La confianza y amor de Jucef hácia Guzman eran siempre los mismos, pero su hijo Aben Jacob y un sobrino que tenia, llamado Amir, envidiaban su privanza y le aborrecian, siendo de temer que, faltando el rey, el favor y la fortuna que hasta allí habia gozado se convirtiesen en persecucion y desgracia. Acordaron pues separarse, aparentando estar desavenidos y no poderse llevar bien viviendo juntos. El rey creyó el artificio y favoreció la separacion, de modo que doña María Coronel se pudo volver á España con sus hijos y la mayor parte de los tesoros de su marido.

Murió de allí á poco Jucef, sucediéndole en el señorío de Fez y de Marruecos su hijo Aben Jacob. Cuanto el padre habia tenido de generoso, de franco y de leal, tenia el hijo de feroz, vengativo y alevoso. Aborrecia á Guzman y á los Cristianos defensores de su imperio; y su rencor, atizado por Amir, no tenia mas freno que el temor de que el pueblo se sublevase por la desgracia de Guzman, cuyas virtudes se amaban y respetaban del mismo modo que se admiraban sus hazañas. En esta época es donde los historiadores colocan la batalla con la serpiente monstruosa que tenia aterrada á Fez y á sus contornos; mas las circunstancias increibles con que se cuenta esta proeza tienen demasiado aire de fábula para adoptarla como cierta, y el valor de Guzman no necesita de semejantes ficciones para recomendarse á la admiracion de los hombres.

Resueltos ya los bárbaros á perderle, tomaron el arbitrio de enviarle con pocos cristianos á cobrar el tributo de los Arabes, avisando á estos que le atacasen con la mayor muchedumbre que pudiesen, y ofreciéndo perdonarles la contribucion si acababan con él y sus compañeros. Supo él esta alevosía por Aben Comat, aquel moro que fue su cautivo en la batalla de Jaen, y que despues se habia constantemente mostrado amigo suyo. Estaba ya por aquellos dias pensando en los medios de salir de Marruecos; y pareciéndole aquella ocasion oportuna, aceptó la comision que se le daba, y partió con sus cristianos; mas determinado á oponer artificio al artificio, derramó escuchas por todas las veredas para ver si podia coger al mensajero que llevaba á los Arabes el aviso acordado. Consiguiólo; y sustituyendo otro en que se les decia que Guzman iba á ellos con gran número de gentes, envió con él á uno de los suyos. Los Arabes, que con tanto daño habian esperimentado su valor, no quisieron volver á hacer la prueba, y le enviaron con sus alfaquíes las pagas atrasadas, y muchos dones para él y sus gentes.

Hecho esto, manifestó á los soldados las pérfidas intenciones de la corte de Fez, y les propuso salir del Africa y volver á España. Díjoles que ya tenia avisado al general de las galeras de Castilla que le esperase en una cala junto á Tánger; repartió con ellos las riquezas adquiridas en aquella espedicion, y todos á una voz le prometieron seguirle. Revolvió luego hácia el mar, y atravesando por los lugares de la costa, donde echó voz que iba por mandado del rey para defenderla de las invasiones de los Castellanos, se acercó al sitio convenido. Allí le aguardaban las galeras, donde embarcado con sus compañeros, que serian hasta mil, entró por fin en Sevilla con toda la solemnidad y regocijo de un triunfo (1291).

Ya en esta sazon habia muerto Alfonso el Sabio, y reinaba en Castilla su hijo Sancho. Guzman fué á verse con él á poco tiempo de su llegada y á ofrecerle sus servicios. Admitiólos el príncipe, diciéndole costesmente «que mejor empleado estaria un tan gran caballero como él sirviendo á sus reyes que no á los Africanos.» Informóse largamente de las cosas de aquel país, del poder de sus jefes y de la manera mas ventajosa de hacerles guerra. Habia en aquellos dias ganado nuestra escuadra una victoria de los Berberiscos, tomándoles trece galeras; y á Sancho pareció ocasion oportuna de embestir á Tarifa, plaza importante, situada en la costa, y una de las puertas por donde los Africanos entraban fácilmente en España. No habia dinero para la empresa; Guzman lo aprontó, y junto el ejército, atacó á Tarifa por mar y por tierra. Duró el sitio seis meses, siendo siempre Guzman el voto mas atendido en los consejos y el brazo mas fuerte en los ataques. Los Moros se resististieron con el mayor brio; pero al cabo la plaza fue entrada por fuerza y sus moradores hechos esclavos, y aunque hubo pareceres de que se desmantelase, creyendo imposible mantenerla, por su situacion, el maestre de Calatrava se ofreció á defenderla por un año, esperando que á ejemplo suyo algun otro caballero se encargaria despues de ella, como efectivamente sucedió.

En aquel tiempo Guzman, pagando el tributo á la flaqueza humana, se dejó vencer del amor.

Su edad no llegaba á los cuarenta años; su esposa, doña María Coronel, por indisposiciones que han llegado á nosotros mal disimuladas en el incidente del tizon, se habia hecho inhábil para el uso del matrimonio, y el clima de Sevilla, donde Guzman de ordinario residia, es á maravilla ocasionado á la galantería y los amores. Tuvo, pues, de una doncella noble de aquella ciudad, con quien trataba, una hija natural, á quien se llamó Teresa Alfonso de Guzman. Los festejos y profusiones á que con este motivo se abandonó su corazon franco y generoso fueron tales, que llamando la atencion de doña María, la hicieron rastrear el secreto, y conocer que si poseia toda la estimacion, respeto y confianza de su esposo, no asi su corazon ni su gusto. Disimuló, sin embargo, su desabrimiento, y tomó el partido que convenia á una matrona tan prudente y virtuosa como ella. Hizo en primer lugar traer cerca de sí á la niña, y la crió y educó como si fuera propia suya, y andando el tiempo la casó con un caballero sevillano, y la dejó heredada en su testamento. Demás de esto, sin quejarse ni acriminar á su marido, le empezó á insinuar suavemente que seria mejor se fuesen á vivir á algunos de sus lugares ó castillos, á la manera que lo hacian los señores en Francia, pues de este modo ó harian bien á sus vasallos viviendo con ellos, ó desde algun castillo fronterizo harian daño en los Moros y servirian al Estado; que la residencia en Sevilla era espuesta á gastos, para los cuales sus rentas no eran bastantes, y que al cabo tendria que vender las posesiones y heredades que con tanto trabajo habian adquirido para establecer sus hijos; y solia añadir que las ciudades no se habian hecho para vivir en ellas los caballeros, sino los mercaderes, oficiales y tratantes. Dejóse persuadir don Alonso, como quien tanto la estimaba y conocia á qué fin se dirigian aquellos consejos, y resuelto á dejar á Sevilla, tomó una resolucion verdaderamente digna de su reputacion y valor. Complíase á la sazon el término que el maestre de Calatrava habia señalado á su tenencia de Tarifa; y como ningun otro caballero se ofreciese á sucederle, Guzman tomó sobre sí aquel servicio, y dijo al rey que él la defenderia por la mitad del coste que hasta allí habia tenido. Llevó allá su familia, reparó los muros, pertrechóla de todo lo necesario, y encerróse en ella, sin prever que el sacrificio de sus bienes y su persona no era nada en comparacion del grande y terrible holocausto que habia de hacer muy pronto al pundonor y á la patria.

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse al infante don Juan, uno de los hermanos del rey. Inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abondonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fue siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el rey su hermano de darle libertad de la prision á que le condenó en Alfaro cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á don Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos. Aben Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al rey de Castilla, le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir, al frente de cinco mil jinetes, con los cuales pasaron el estrecho y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fue desechada con indignacion. Atacáronla despues con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron, mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias, y manifestando á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que, pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro descercarian la vila. «Los buenos caballeros, respondió Guzman, ni compran ni venden la victoria.» Furiosos los Moros, se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la córte de Portugal, con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, se le llevó al Africa, y le trajo á España consigo, y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcaidesa del alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues, con la humanidad y la justicia, violaba á un tiempo la amistad, el honor y la cofianza. Al ver al hijo, al oir sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre, pero la fe jurada al rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. «No engendré yo hijo, prorrumpió, para que fuese contra mi tierra; antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si don Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia

en el mundo y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza y faltar á mi deber, allá vá mi cuchillo si acaso les falta arma para completar su atrocidad.» Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, lo arrojó al campo, y se retiró al castillo (1294).

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entre tanto el infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los Cristianos que estaban en el muro prorumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de donde nacia, volvió á la mesa diciendo: «Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa.» De allí á poco los Moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco, que habia durado seis meses, y se volvieron á África sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oidos del rey, enfermo á la sazon en Alcalá de Henares. Desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham, le confirma el renombre de *Bueno* que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, escusándose de no ir él á buscarle en persona, por su dolencia. Don Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes que de todas partes del reino acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salian á verle las gentes á los caminos, señalábanle con el dedo por las calles, hasta las doncellas recatadas pedian licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos viendo aquel varon insigne que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la córte toda á su encuentro por mandado del rey, y Sancho al recibirle dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes: «Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca teneis el dechado.» A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; entonces fue cuando le hizo donacion para sí y sus descendientes de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete.

Tuvo, pues, en la estimacion pública y en la veneracion de aquel siglo toda la recompensa que cabe en los hombres la accion heróica de Guzman. Estaba reservado para nuestro tiempo, tan pobre de virtudes civiles, disminuir esta hazaña, achacándola mas á ferocidad que á patriotismo. Injustos y mezquinos, medimos las almas grandes por la estrechez y vileza de las nuestras; y no hallándo en nosotros el móvil de las acciones sublimes, queremos ajarlas mas bien con una calumnia, que admirarlas y agradecerlas. ¿Y á quién vamos á tachar de ferocidad? A quien no presenta en toda la serie de su vida un rasgo sólo que tenga conexion con semejante vicio, al que en las grandes plagas de hambre y peste que afligieron á la Andalucía en su tiempo, tuvo siempre abiertos sus tesoros y sus consuelos á la indigencia y al infortunio; al que mereció, en fin, de la gratitud de los pueblos el renombre de *Bueno* por su índole bondosa y compasiva, antes que la autoridad viniese á sancionárselo por su heroismo.

El rey don Sancho falleció en Toledo, aquejado de la enfermedad que contrajo por sus fatigas personales en el sitio de Tarifa. Príncipe ilustre sin duda por su actividad, su prudencia, su entereza y su valor, su memoria seria mas respetable si no la hubiera amancillado con su inobediencia y alzamiento, y con el rigor escesivo y cruel que á veces usó para escarmentar á los que eran infieles á su partido: triste y necesaria condicion de los usurpadores, tener que cometer á cada paso nuevos delitos para sostener el primero. Fuera de esto, es innegable que poseia cualidades eminentes. Su mismo padre, aunque injuriado y desposeido por él, le hacia esta justicia; y cuando le dieron la falsa nueva de que habia muerto en Salamanca, el lastimado viejo lloraba sin consuelo, y exclamaba «que era muerto el mejor home de su linaje». De diez y ocho años salvó el Estado de la invasion de los Sarracenos; y declarado heredero, supo mantener y asegurar su derecho incierto al trono contra su mismo padre, que le queria despojar de él, contra las voluntades enemigas de muchos pueblos y grandes, contra la oposicion de casi todos los reyes comarcanos. Pero estas circunstancias, que constituian la gloria y mérito de su vida, se reunieron á atormentarle al tiempo de morir. La mano que habia sabido contrarestarlas iba á faltar, y su hijo en la infancia se veria espuesto sin defensa alguna á la borrasca que iba á arreciarse con mas ímpetu que al principio. Conociendo los grandes talentos de su esposa, la célebre reina doña María, la nombró por gobernadora, y antes de espirar dijo á Guzman estas palabras: «Partid vos á Andalucía, y defendedla, y mantenedla por mi hijo; que yo fío que lo haréis, como bueno que sois, y yo os lo he llamado.

Muerto el rey, todo los partidos levantaron la cabeza. Los Cerdas, apoyados por Francia y Aragon, querian apoderarse de la corona; el infante don Juan, desmembrarla, haciéndose rey de Andalucía; el de Portugal, dilatar su frontera; los grandes y pueblos desfavorecidos ó castigados por Sancho, vengarse y satisfacerse en la menor edad de su hijo; otros personajes, tener parte en el gobierno para mantener su ambicion y su codicia; todos procediendo con una villanía, un descaro y una sed tan hidrópica de Estados y dinero, que difícilmente se encontrarian ejemplares de escándalos iguales en las clases mas necesitadas ó en las profesiones mas viles. A estos males se añadió otro mayor, creyendo que fuese un remedio para los demás. Era venido por aquellos dias de Italia el viejo don Enrique, hermano de Alfonso el Sabio, y habíase acordado en córtes del reino darle parte en el gobierno, para que su autoridad fuese un freno que contuviese á los otros. Pero este infante era tan malo ó peor que su sobrino don Juan: su ge-

nio inquieto y sedicioso le habia llevado desde Castilla á Aragon, desde Aragon á Túnez, y desde Tunez á Italia, sin que en parte ninguna se le pudiese tolerar. Ejerció el empleo de senador de Roma, dignidad á que entonces estaba afecta casi toda la autoridad civil de aquella metrópoli del mundo; y haciéndose gibelino, asistió á los príncipes alemanes en su espedicion contra Carlos de Anjou. Hecho prisionero despues de la batalla de Tagliacozzo, tan fatal á Conradino, estuvo privado muchos años de su libertad, hasta que al fin, unos dicen que huido, otros que á ruegos, pudo volverse á su patria. Los años le habian privado del esfuerzo personal, única cualidad brillante que tenia, y las desgracias no habian corregido los vicios de su carácter. Ansiando administrar solo la tutela á cuya parte habia sido admitido, incapaz de órden ni de sosiego, y abusando torpemente de la confianza que habian hecho de él, trataba á un tiempo con el rey de Portugal, con el de Granada y con los grandes sediciosos, engañando á unos y otros, y destrozando el Estado con sus maquinaciones insidiosas. Su venida á España fue un agüero infausto, su autoridad una calamidad pública, y su muerte una alegría universal.

Contra este raudal de males la reina oponia en las ocasiones pequeñas las artes de su sexo, el disimulo y la condescendencia; y en las grandes una entereza y una superioridad de espíritu, que á nada se doblaba ni vencia. Guzman entre tanto, considerado como el principal personaje de Andalucía, defendió aquellos reinos de las invasiones de Portugal y Granada, y aseguró su quietud con la prudencia de su gobierno. En una de las salidas que tuvo que hacer de Sevilla para contener á los Portugueses, estuvo la ciudad á punto de perderse; porque, de resultas de una diferencia entre los naturales y los Genoveses sobre asuntos mercantiles, se alteró el pueblo, dió muerte á algunos de aquella nacion, y saqueó y quemó sus casas. El hecho era injusto y lastimoso, y esponia la ciudad á todo el resentimiento de la república genovesa, floreciente entonces por su riqueza, su comercio y sus fuerzas marítimas. En esta crísis volvió Guzman de su espedicion, y propuso á los Sevillanos satisfacer á los Genoveses los daños que habian sufrido, imponiéndose todos una contribucion para este fin. Aprobado el acuerdo por los hombres buenos de Sevilla, se hizo el convenio con los Genoveses, y los males que amagaban por esta parte se desvanecieron.

No era tan fácil desviar los que amenazaban por la de los Moros. Si para ello hubiera bastado vencerlos, la ventaja que les llevó Guzman con su hueste sevillana en todos los reencuentros pudiera escarmentarlos; pero confiados en las tramas que urdia con ellos el artificioso Enrique, no sosegaban jamás, y esperaban hacerse dueños de Tarifa, ya con las armas, ya con la negociacion. Ofrecian por aquella plaza veintidos castillos y pagar todas las parias atrasadas: el infante venia en ello; pero Guzman tenia á mengua cederles una de las puertas de España, ganada anteriormente con tanta gloria, y defendida tan á costa suya. La reina conocia las malas artes de Enrique, y no se atrevia á hacerle frente; Guzman, al contrario, se opuso abiertamente á ellas, y le hizo jurar solemnemente en Sevilla que no daria ni seria en consejo de dar á Tarifa á los Moros. No contento con esto, y viéndose sin fuerzas para resistir si los bárbaros, ayudados del infante, se ponian sobre la plaza, escribió al rey de Aragon pidiéndole dinero para pertrecharla, y ofreciéndole que la mantendria á su nombre hasta que el rey de Castilla, llegado á mayor edad, pudiese satisfacerle. Recordábale al mismo tiempo la honra que ganaria en amparar á un príncipe huérfano y desvalido contra las injurias de los estraños y contra los engaños y falsedad de sus parientes mismos. El aragonés alabó mucho su lealtad y su celo, y no envió socorro alguno; mas en medio de todas las contrariedades, el esfuerzo y la industria de Guzman fueron mas poderosos que ellas, y Tarifa se mantuvo por el rey.

No toca á nuestro propósito referir todas las inquietudes y agitaciones de aquella minoridad borrascosa. Los príncipes de la casa real, la mayor parte de los grandes, á manera de bandidos, siempre con las armas en la mano, y siempre destruyendo y guerreando, desgarraban el Estado con su ambicion insolente y descarada codicia. La reina acudia con su prudencia á todas partes: contemporizaba con los unos, ganaba á los otros, cedia á estos lo que no podia defender, y con las fuerzas que asi se procuraba resistia el embate de los demás. Consumiéronse en estas agitaciones una gran parte de los labradores; y los campos de Castilla, huérfanos de los brazos que los cultivaban, dejaron de producir. Una hambre espantosa como nunca se habia conocido vino á colmar aquellas desventuras. Faltos de los granos alimenticios, recurrieron los hombres á la grama, sin que este pasto miserable les impidiese caer muertos de hambre por las plazas y por las calles. Asi castigaba la naturaleza la ferocidad de estos bárbaros, y les enseñaba que los brazos se les habian dado para otra cosa que para matar y destruir.

Entre tanto crecia el rey, y á medida de su edad iba aumentándose el respeto y serenándose la tormenta. Luego que tomó en su mano las riendas del gobierno, hizo la guerra á los Moros, y se puso sobre Algeciras. Cercó la por mar y tierra, y mientras duraba el sitio envió á Guzman con el arzobispo de Sevilla y don Juan Nuñez á atacar á Gibraltar. Llegado allí, y viendo la obstinacion del enemigo, hizo levantar una torre que dominaba sobre la muralla, y los Moros, aquejados del estrago que desde ella les hacia, se rindieron por fin, entrando los Cristianos en esta plaza por la primera vez desde que los Sarracenos la tomaron quinientos años antes. Este fue el último servicio que Guzman hizo á su patria: de allí á poco, enviado por el rey á contener las correrías de los Moros convecinos, que inquietaban el campo de Algeciras, se entró por las serranías de Gaucin, y en un encuentro que tuvo con los bárbaros, ya los habia ahuyentado, cuando adelantándose imprudentemente cayó mortalmente herido con las flechas que de lejos le dispararon. Su cadáver, llevado primeramente

á los reales del rey de Castilla, fue despues conducido á Sevilla por el Guadalquivir. Aquella ciudad, gobernada por sus consejos y defendida por sus armas, le salió á recibir con la pompa mas lúgubre y magestuosa. Todos á una voz y llorando le aclamaban su mejor ornamento, su amparador, su padre. Sucedió esta desgracia en 1309, cuando él tenia cincuenta y dos años de edad; y sus huesos fueron depositados en el monasterio de San Isidro del Campo, fundado y dotado por él para que sirviese de enterramiento á sí y á su familia.

Tal fue en vida don Alonso Perez de Guzman el Bueno, primer señor de San Lúcar de Barrameda y fundador de la casa de Medinasidonia. En un siglo en que la naturaleza degenerada no presenta en Castilla mas que barbarie, rapacidad y perfidia, él supo hacerse una gran fortuna á fuerza de hazañas y de servicios, sin desviarse jamás de la senda de la justicia. El espectáculo de sus virtudes, en medio de las costumbres de aquella época tan desastrada, suspende y consuela al espíritu, del mismo modo que la vista de un templo bello y magestuoso que se mantiene en pié cercado de escombros y de ruinas. Su memoria escita entre nosotros un respeto igual al que inspiran los personajes mas señalados de la antigüedad: un Scipion, por ejemplo, ó un Epaminóndas; y su nombre, llevando consigo el sello del mas acendrado patriotismo, no es pronunciado jamás sino con una especie de veneracion religiosa.

APENDICES A LA VIDA DE GUZMAN EL BUENO.

I.

Se han omitido de propósito en esta vida dos sucesos, que aunque creidos comunmente por los cronitas de la casa de Medinasidonia y por los historiadores, parecen hijos del amor á lo maravilloso que siempre reina en los siglos de ignorancia. Para que el lector pueda formar juicio, he creido debia hacer mencion de ellos en este lugar.

El primero es el combate con la sierpe. Dícese que al tiempo en que ya reinaba Aben Jacob, una sierpe, dejando la selva donde hasta entonces se habia ocultado, se vino á las cercanías de Fez y empezó á infestar los caminos, devorando los ganados y asaltando y despedazando á los hombres. Su grandeza era monstruosa; su piel, cubierta de conchas durísimas, era impenetrable al acero, y las alas que tenia la hacian mas ligera que un caballo. Nadie se atrevia á atacarla, y el envidioso Amir aconsejaba á su primo el rey que mandase á Guzman ir contra ella á ver si perecia en la demanda. No quiso Aben Jacob dar la órden; pero Guzman, noticioso del consejo, salió una mañana con sus armas y caballo, acompañado de solo un escudero desarmado, y se dirigió al sitio donde el monstruo hacia sus estragos. Al acercarse encontró con algunes hombres que huian espantados, y de ellos supo que la sierpe no lejos de allí reñia con un leon. Guzman los hizo volver, y llegando al sitio, vió la lucha de las fieras, y que el leon herido se defendia á saltos de los ataques de su enemigo. El héroe acometió con su lanza á la sierpe, que le salió á recibir con la boca abierta, y por ella entró la lanza hasta las entrañas. En esto el leon, mas atrevido, la arremetió impetuosamente y acabó de derribarla: murió, y Guzman hizo venir á los hombres, mandó que la cortasen la lengua, y llamó al leon, que se vino para él haciéndole mil halagos con la cola, y le acompañó hasta Fez. La presencia de este animal agradecido, la lengua de la fiera, y la admiracion de aquellos hombres fueron allí los testimonios de su victoria, cuya fama se estendió á lo lejos por Africa y por España. Los discípulos de Buffon y de Linneo podrán decir si hay en la naturaleza individuo que se parezca á la sierpe que va pintada, y si en la índole y costumbres conocidas del leon cabe la conducta que se le asigna en este cuento, que el historiador sensato desterrará sin reparo alguno al país de las fábulas caballescas.

A esta misma época pertenece la historia del tizon, que algunos atribuyen á la esposa de Guzman doña María Coronel. Cuentan que á los tres años de haberse venido de Africa, donde quedaba su marido, fueron tan vivos en ella los estimulos del apetito sensual, que para libertarse de ellos sin mengua de su virtud, se abrasó con un tizon ardiendo la parte misma en que los sentia; remedio que no solo los apagó por entonces, sino que la dejó inhábil por el resto de su vida para el uso del matrimonio. La naturaleza estremecida se niega á creer semejante esfuerzo, que mas parece acto violento de una frenética vacante, que medio acomodado á la condicion de una dama virtuosa. La variedad con que se cuenta el hecho, atribuyéndole otros á una señora del mismo nombre que vivió despues, y añadiendo que se le siguió la muerte al instante, ayuda á la incredulidad, sin embargo de haber sido adoptado por tantos. A él alude Juan de Mena en la copla 79 de sus Trescientas.

Poco mas abajo ví entre otras enteras
La muy casta dueña, de manos crueles,
Digna corona de los Coroneles,
Que quiso con fuego vencer sus hogueras.
¡Oh ínclita Roma, si de esta supieras,
Cuando mandabas el gran universo!
Qué gloria, qué fama, qué prosa, que verso,
Qué templo vestal á la tal hicieras!

II.

Carta del rey don Sancho á Guzman, despues de alzado el cerco de Tarifa por los Moros.

Primo don Alonso Perez de Guzman: Sabido

habemos lo que por nos servir hábeis fecho en defendernos esta villa de Tarifa de los Moros, habiéndoos tenido cercado seis meses y puesto en estrecho y afincamiento. Y principalmente supimos y en mucho tuvimos dar la vuestra sangre y ofrecer vuestro hijo primogénito por el mi servicio y del de Dios delante, y por la vuestra honra. En lo uno imitasteis al padre Abraham, que por servir á Dios le daba el su hijo en sacrificio, y en lo leal quisisteis semejar la sangre de donde venides; por lo cual merecedes ser llamado *el Bueno* y yo ansí vos los llamo, y vos ansí vos llamarédes de aquí adelante. Ca justo es que el que face la bondad tenga nombre de Bueno, y no finque sin galardon de su buen fecho, y á los que mal facen les tollan su heredad y facienda. Vos, que tan gran ejemplo y lealtad habeis mostrado y habeis dado á los mis caballeros y á los de todo el mundo, razon es que con mis mercedes quede memoria de las buenas obras y hazañas vuestras, y venid vos luego á verme; ca si malo no estobiera y en tanto afincamiento, naide me tollera que no vos fuera á ver y socorrer. Mas harédes conmigo lo que yo no puedo hacer con vusco, que es venires á mí, porque quiero hacer en vos mercedes que sean semejables á vuestros servicios. A la vuestra buena mujer nos encomendamos la mia é yo, y Dios sea con vusco. De Alcalá de Henáres á 2 de enero, era de mil y trescientos y treinta y tres años.—*El Rey*. (Medina, *Crónica de la casa de Medinasidonia*, capítulo 27, lib. 1.)

NUM. XXXVIII.

ROGER DE LAURIA (1)

(1240?—1305).

Cuando el infeliz Conradino, último resto de la casa de Suevia, oyó la sentencia de muerte á que le condenó su inhumano vencedor Cárlos de Anjou, despues de reclamar contra la iniquidad de aquel juicio, dícese que, sacándose un anillo que traia al dedo, le arrojó en medio del concurso que asistia al funesto espectáculo, dando con él la investidura de sus Estados al príncipe que le vengase. No faltó allí quien recogiese esta prenda de discordia, y trayéndola al rey de Aragon Pedro III, le hiciese entender con ella las voces del príncipe moribundo, y le recordase el derecho que tenia á los reinos de Nápoles y de Sicilia, usurpados por los Franceses. Estaba Pedro casado con Constanza, hija de Manfredo, tio natural de Conradino, que, señor de aquellos Estados, habia sido antes vencido y muerto por Cárlos en los campos de Benevento; y esta alianza daba mas peso á las pretensiones del monarca aragonés, que entonces se hallaba en el vigor de la edad, lleno de valor y codicioso de gloria y poderío.

Mas la ambicion de este príncipe quizá se habria ejercitado solamente contra los Sarracenos sin la conducta que tuvieron los Franceses en el país conquistado. Su petulancia, avivada con el orgullo de la victoria y apoyada en la persuasion que tenian de la santidad y justicia de su causa, no conociendo límites ni freno, se abandonó á los mayores escesos, y atropelló todos los derechos domésticos y civiles. Entonces la indignacion rompió los lazos del miedo, y enseñó á los hombres oprimidos las fuerzas que en su abatimiento desconocian. Un insulto hecho á una dama por un francés en las calles de Palermo, dió ocasion á aquella matanza horrible que se conoce en todas las historias con el nombre de Vísperas Sicilianas (30 de marzo de 1282). Los Franceses, sus hijos y sus mujeres, aunque fuesen del país, cayeron á manos de la venganza, sin que les quedase en toda Sicilia mas que un pueblo de corta consideracion, llamado Esterlinga.

Cogieron estas alteraciones al rey Cárlos en medio de los preparativos formidables que destinaba á la conquista del imperio griego, y parecia humanamente imposible que los infelices Sicilianos pudiesen resistir á estas fuerzas, que al instante vinieron sobre ellos. Mecina es sitiada, embestida, y á pesar del ardor de sus defensores, conoce su flaqueza y trata de capitular; pero el implacable enojo del rey se niega á todo concierto, y solo quiere entrar en la plaza rodeado de suplicios y de verdugos. Los Mecineses entonces juran desesperados comerse primero unos á otros que entregarse á sus duros opresores, y dan con esto lugar á que llegue el defensor y vengador de Sicilia.

El célebre negociador Juan Prochita, que no perdonaba medio ni fatiga para traer socorros á su desvalida patria, habia podido confederar entre sí al papa Nicolao III, al emperador de Grecia y al rey de Aragon. Tres años antes se habia hecho esta alianza en ruina y odio del poderío francés, ofreciendo el papa para la empresa socorros espirituales, que valian mucho en aquel tiempo; el emperador dinero, y el rey tropas y su persona. La muerte de Nicolao, y la adhesion de su sucesor á los interes de la Francia, no pudieron estorbar los efectos de la liga, y Pedro III, desde la costa de Africa, donde se habia acercado con pretesto de hacer guerra á los Moros, aportó con su escuadra á Palermo, cuando ya los pobres Mecineses se hallaban en el mayor aprieto y agonía. Los habitantes de Palermo le alzaron al instante por su rey, y él envió á Mecina un corto refuerzo de Almugávares, que en diferentes salidas que hicieron ahuyentaron siempre al enemigo. El déspota, estremecido, conoce entonces que la fortuna se le trueca; y temeroso de alguna alteracion en Nápoles, no se atreve á medirse con su rival, y le abandona la Sicilia.

Los Sicilianos y Aragoneses acometieron al instante las costas de Calabria, y á vista de Regio se dió la primera batalla naval entre ellos y los Franceses, siendo estos vencidos, con pérdida de veintidos galeras y cuatro mil prisioneros. Mandaba á la sazon la escuadra aragonesa, como almirante, don Jaime Perez, hijo natural del rey: llevado del ardor juvenil, quiso embestir á Regio, contra la órden espresa de su padre, y perdió en aquella faccion algunos soldados, sin poder ganar la plaza; de lo que irritado el rey le quitó el mando de la armada, y nombró por almirante de ella á un caballero de su córte llamado Roger de Lauria (1283).

Era nacido en Scala (2), pueblo situado en la costa occidental de la Calabria Superior, y su

(1) Es grande la variedad con que se escribe este nombre, producida acaso por el diferente valor que se da al primer diptongo. Los Italianos le llaman *Loria* unos, y otros *del'Oria*; los Catalanes *Luria*, y en su testamento tambien está escrito así; los Franceses y los Castellanos *Lauria*.

(2) Así consta de una carta latina que se conserva en el archivo real de la corona de Aragon, escrita por Roger al rey don Jaime II en 19 de julio de 1297.

padre, señor de Lauria, habia sido privado del rey Manfredo, y muerto á su lado en la batalla de Benevento. Roger fue traido á España por su madre doña Bella, ama de leche segun unos, y dama segun otros, de la reina de Aragon doña Constanza, á quien vino asistiendo cuando su casamiento con Pedro III. Crióse en la cámara de este príncipe; el rey don Jaime le heredó en el reino de Valencia, y por su educacion y por las mercedes que habia recibido estaba incorporado con la nobleza aragonesa. Los historiadores no señalan los hechos y los méritos que le sirvieron para el empleo eminente á que fue elevado, y el diploma del rey no habla de otra cosa que de su probidad, de su prudencia y de su amor á los intereses de su corona. Asi puede presumirse que la primera mitad de su vida nada ofreció á la curiosidad y al ejemplo, aunque es fuerza confesar tambien que semejante oscuridad está ámpliamente compensada con el lustre que sus hazañas dieron á la segunda.

Fue bien glorioso para el monarca aragonés que su enemigo, no atreviéndose á hacerle frente en Sicilia, buscase todos los pretestos de la política para alejarle de allí. Cárlos le desafió personalmente, y Pedro aceptó el duelo, que debia verificarse en Burdeos, autorizándole el rey de Inglaterra, señor entonces de aquella parte de Francia. El papa Martino IV, tan adicto á los Franceses como contrario les habia sido su antecesor Nicolao, descomulgó al rey de Aragon, puso entredicho en sus Estados, y segun el estraño derecho público que reinaba entonces en Europa, le privó de ellos, y dió su envestidura á uno de los hijos del rey de Francia. Pedro partió á Sicilia á conjurar esta nube; mas para asegurar á sus nuevos vasallos con la confianza de su proteccion, hizo venir á la isla á la reina su esposa y á Jaime y Fadrique sus hijos, declaró por sucesor suyo en aquel Estado al primero; y dejando á Lauria la instruccion sobre el órden que habia de guardarse en el armamento de la escuadra que debia defender á Sicilia, se hizo á la vela para España.

Las aguas de Malta fueron el teatro de la primera victoria de Roger. Tuvo aviso de que las galeras francesas navegaban la vuelta de aquella isla para socorrer la ciudadela sitiada por los Aragoneses, y al instante se dirigió con las suyas á encontrarlas. Hallólas descuidadas en el puerto, y aunque pudo acometerlas de improviso sin ser sentido, quiso mas bien esperar el dia para la batalla, y les envió un esquife á decirles que se rindiesen ó se apercibiesen á la pelea. Sin duda que quiso dar crédito á sus armas, manifestando á los enemigos que desdeñaba los medios de la astucia, y solo queria servirse del esfuerzo; mas el éxito únicamente podia absolver de temeraria esta bizarría (1283). Eran las galeras enemigas veinte, y las suyas diez y ocho: al rayar el dia embistieron las unas con las otras, y pelearon con tanto teson y encarnizamiento como si de aquella jornada dependiese la restitucion de la Sicilia. Medio dia era pasado, y aun duraba la accion, cuando el general francés vió que sus galeras cedian y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Corner, y estaba dotado de un valor estraordinario : encendido en saña por la flaqueza de los suyos, quiso aventurarlo todo de una vez, y con denuedo terrible acometió contra la Capitana de Lauria, creyendo librada su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa : él con un hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos. Roger le salió al encuentro, y los dos pelearon entre sí con el esfuerzo que los distinguia y el furor que los animaba. En medio de su refriega una azcona arrojada clava á Roger por un pié á las tablas del navío, y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenia en la mano; entonces el general español que habia podido desclavarse la azcona, la arrojó á su contrario, que, atravesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y Lípari, volvieron triunfantes á Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo á mayores cosas, Roger, armando cuantas galeras habia en la isla, costeó con ellas toda la marina de Calabria, y se dirigió á Nápoles, en cuyas cercanías se puso como provocando al enemigo. Para mas irritarle se acercó á los muros y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadizas. Despues recorrió la marina occidental de Pausilipo, infestando la costa, saqueando los lugares, y talando y destruyendo los jardines y viñedos de la ribera. Miraban los Napolitanos desde sus murallas esta devastacion, y ardian ya por salir á castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El rey Cárlos no se hallaba allí entonces; mas el príncipe de Salerno, su hijo, á quien habia dejado el gobierno del Estado en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta, hizo armar los barones y caballeros que con él estaban, y llenando de gentes y pertrechos bélicos las galeras que habia en el puerto, salió él mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que habia de una parte y de otra, aunque todos afirman que eran muchas mas las enemigas. Roger, viéndolas venir, hízose á la vela, como que rehusaba el combate, para alejarlas del puerto; lo cual visto por los Napolitanos, les acrecentó el orgullo en tal manera, que ya denostaban á los Catalanes y Sicilianos, y les mostraban de lejos las sogas y cuerdas que habian de servir á su esclavitud y á sus suplicios. Cuando ya estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquife, y recorriendo con él por los buques de su armada, exhortaba á los suyos á la pelea, y les señalaba la pompa y la riqueza de los barones y caballeros franceses como despojos ciertos de su aliento y su destreza: hecho esto, volvió á subir á su galera, puso con ligereza increible la escuadra en órden de batalla, y partió furiosamente á encontrar con la enemiga.

Trabóse el combate, que ya por las fuerzas que concurrian, ya por la animosidad de los combatientes, ya por las consecuencias importantes que tuvo, fue el mas ilustre de los que hasta entonces se habian dado por mar en aquel tiempo (1284). Animaba á los nuestros el deseo de conservar el dominio y gloria recientemente ganados, mientras que los Franceses ardian en an-

sia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestíanse con furor, procurando romper con el ímpetu y la fuerza la muralla que oponian los contrarios; y aferradas las galeras por las proas, revolvíanse de una parte á otra á buscar el lado en que mas pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercanía se disparase tiro que no fuese mortal. Pero, aunque las fuerzas del príncipe eran superiores á las de Roger, se vió muy desde principio del combate cuánta ventaja llevaban los soldados prácticos en las maniobras navales á los cortesanos y caballeros, poco ejercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas que pudieron desasirse tomaron la vuelta de Nápoles con el genovés Enrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron á su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenian. Roger desde su navío animaba á los suyos al seguimiento, y cuando los sentia flaquear, los amenazaba furioso si dejaban escapar la presa. Entre tanto se peleaba terriblemente alrededor de la galera de Cápua, donde iba el príncipe de Salerno. Allí estaba la mejor gente, allí los mas bravos caballeros, unidos, apiñados entre sí, formaban un muro delante de su caudillo, y peleando desesperados contrastaban la industria y esfuerzo de los nuestros, y ponian en balanza la victoria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera y desfondarla para echarla á pique : entonces el príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar y le entregó su espada, pidiéndole la vida y la de los que iban con él. Roger le dió la mano y le pasó á su galera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el general de la escuadra enemiga Jacobo de Brusson, Guillermo Stendardo y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros fieros con el suceso, dieron la vuelta á Nápoles, y presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron á escitarla á la sedicion y á la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo francés, y en altas voces gritaban : « Viva Roger, muera Cárlos. » Costó mucho afan á los ciudadanos amigos del órden contener esta agitacion, y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina. Pero antes en la isla de Capri mandó cortar la cabeza á dos caballeros de los que se habian rendido, por desertores del partido aragonés: ejemplo de rigor que desluce el lustre de su victoria, por mas que se autorizase en la necesidad del escarmiento. Mas noble accion fue la de pedir al príncipe que pusiese en libertad á la infanta Beatriz, hermana de la reina Constanza, custodiada en prision desde la muerte de Manfredo su padre. Con ella y con sus prisioneros entró triunfante en Mecina, y se presentó á la reina, que para disminuir al príncipe la humillacion vergonzosa de su situacion, tuvo la atencion delicada de alejar á los infantes sus hijos al tiempo de recibirle. Despues mandó que se le custodiase en el castillo de Matagrifon, y en la misma fortaleza hizo guardar á todos los caballeros de su comitiva.

Vióse entonces un acontecimiento que manifiesta la necesidad de respetar la justicia en la victoria, y el peligro de ultrajar insolentemente á los pueblos. El de Sicilia, á pesar de los triunfos y victorias que conseguia, guardaba vivo en su memoria el mal que habia recibido de los Franceses. Creyeron los Sicilianos que aquellos bárbaros, que tan indignamente abusaron de sus antiguas victorias, no merecian estar al abrigo del derecho de gentes; y amotinándose furiosos, rompieron los encierros donde se guardaban los prisioneros, y antes que los magistrados pudiesen atajar el alboroto, ya eran muertos mas de sesenta de aquellos infelices. No contentos con esta demostracion tumultuaria, se juntaron en Mecina los síndicos de las ciudades, y en córtes generales de la isla decretaron que el príncipe cautivo debia pagar con su cabeza la muerte que su padre habia ejecutado en Conradino. Cuando Cárlos de Anjou hizo morir á este príncipe, estaba bien lejos de pensar que llegaria un dia en que su hijo y heredero se veria tratado con la misma severidad, y que en tal aprieto solo deberia la vida á la generosa hija de aquel Manfredo, á quien despues de vencido y muerto habia tratado tambien con una barbarie sin ejemplo. Con efecto, la reina Constanza hizo entender á los feroces Sicilianos que un negocio tan grave no podia tratarse sin conocimiento del rey don Pedro; y al mismo tiempo mandó trasladar al prisionero á otra fortaleza mas segura, donde estuviese guarecido de todo insulto popular. Asi le salvó, ganándose con esta accion magnánima la veneracion de su siglo y de la posteridad, al paso que con ella hacia mas detestable la conducta sanguinaria del rey Cárlos, condenado á la infamia en todos los tiempos y por todos los escritores.

Tres dias despues de la derrota de su hijo llegó á Gaeta con grande refuerzo de galeras y gente de guerra, al tiempo que Nápoles estaba alterada de resultas de aquel suceso. Indignóse tanto, que tuvo propósito de entregar la ciudad á las llamas, y duró mucho tiempo en él, hasta que á ruegos del legado del papa se templó algun tanto, y se contentó con hacer perecer en los suplicios ciento y cincuenta ciudadanos de los mas culpados. Despues, sin entrar allí, se dirigió con todas sus fuerzas á la Calabria para cobrar todo lo que los Aragoneses habian ganado en la costa, y hacer la guerra á Sicilia.

La escuadra de Roger, reforzada con las galeras que el rey don Pedro le habia enviado para que pudiese hacer frente á las de Cárlos, se hizo á la vela y costeó la Calabria. Avistó á los enemigos en el cabo de Pallerin, y no osando los Franceses venir á batalla, el almirante español saltó en tierra de noche, y atacó y saqueó á Nicotera, plaza fuerte y bien guarnecida, con tal celeridad, que sin ser sentido de la escuadra enemiga, ya al alba se hallaba en el cabo unido al grueso de su armada. De este modo y con igual felicidad saqueó á Castelvetro, tomó á Castrovilari y otros pueblos de la Basilicata, en tanto número, que ya fue preciso enviar de Sicilia un gobernador que por parte del rey de Aragon defendiese y mandase toda aquella parte de

la Calabria. Despues de estas facciones Roger, dejando aquella costa y acercándose á la de África, llegó á la isla de los Gerbes, y saltando en tierra con su gente, los Moros, que entonces la poseian, no pudieron resistirle, y se la rindieron (1285). Allí mandó alzar una fortaleza, y dejó un capitan que la guardase. Para colmar su fortuna, una galera catalana hizo cautivo á un régulo berberisco, y con él y los despojos de los Gerbes dió la vuelta á Mecina con igual gloria que otras veces.

A principios del año de 1285 murió en Foggia el rey Cárlos, rendido al dolor que le causaban tantas desgracias. Hombre esforzado, guerrero ilustre si no hubiera manchado sus hazañas y su fama con la inhumanidad y la fiereza que manifestó en toda su vida. Se hacian estos vicios tanto mas estraños en él, cuanto mas se comparaban á la moderacion y dulzura de su hermano el rey de Francia San Luis. Ganó grandes batallas, se apoderó de grandes Estados, y de simple conde de Provenza, se vió rey de Napoles y de Sicilia, árbitro de la Italia, y objeto de espanto á Grecia, adonde ya amagaba su ambicion. La fortuna, que le habia acariciado tanto al principio de su carrera, le guardó al fin de ella los amargos desabrimientos que van referidos, frutos todos de la fiereza implacable de su carácter y de la insolencia de su gente; porque si él hubiera regido los pueblos subyugados con alguna especie de moderacion y justicia, su dominio, apoyado en la benevolencia de sus súbditos, sostenido por los papas, y defendido con todo el poder de la Francia, no era posible que se resintiese de los débiles embates de un rey de Aragon. Leccion insigne dada á los ambiciosos para que se acuerden que los hombres no disimulan ni sufren la usurpacion y la conquista sino á quien los hace mas felices. El murió en fin, y el odio que se le tenia publicó que se habia ahogado á sí mismo por no poder con su rabia. Pedro, su rival, al saberlo elogió mucho sus prendas militares, y dijo que habia muerto el mejor caballero del mundo. Por su falta un hijo del príncipe prisionero tomó la gobernacion del Estado, auxiliándole el conde de Artois, primo de su padre, y Gerardo de Parma, legado de la Santa Sede.

La guerra entre tanto seguia. El rey de Francia, Felipe el Atrevido, habia invadido el Rosellon, apoyando con las armas la investidura que el papa habia dado á uno de sus hijos de los Estados del rey enemigo. Sus preparativos de guerra fueron formidables: ciento y cincuenta galeras amenazaban las costas españolas, mientras que las fronteras eran embestidas de cerca de doscientos mil combatientes, entre ellos diez y ocho mil caballos y diez y siete mil ballesteros. El rey don Pedro, descomulgado por el papa, vendido por su hermano el rey de Mallorca, abandonado del de Castilla, y acometido de todas las fuerzas de la Francia, lejos de intimidarse en tanto apuro, hizo frente á su enemigo por todas partes. Los Franceses ocuparon el Rosellon, atravesaron el Ampurdan y pusieron sitio á Gerona. Defendiéronse los de dentro animosamente, hasta que, de resultas de un choque que hubo entre las tropas del rey don Pedro y una parte de las francesas, se rindieron á partido y capitularon. Mas la fortuna, favorable hasta entonces, les volvió la espalda: declaróse la peste en el campo francés, y sus capitanes trataron de volverse por tierra á su país. Despidieron ademas por economía una gran parte de las naves que tenian en Rosas, con lo cual enflaquecida su escuadra, no pudo resistir á la de Roger de Lauria, que llamado por su rey venia á toda prisa á socorrerle desde Italia.

Acababa de conquistar la ciudad de Taranto y de reducir casi todo lo que faltaba en la Calabria, cuando don Pedro le envió órden de que se viniese con su armada á Cataluña. Hízolo así, y llegó á Barcelona sin que los enemigos le sintiesen. Allí le fué á encontrar el rey, y le mandó que saliese en busca de las galeras francesas, diciéndole: «Ya sabes, Roger, por esperiencia, cuán fácil es á los Catalanes y Sicilianos triunfar de los Franceses y Provenzales por mar.» El con tan buen auspicio, salió á buscarlos, á tiempo que sus almirantes, dejando quince galeras en Rosas, se venian con otras cuarenta hácia Barcelona, adonde el rey de Francia pensaba llegar por tierra. Hallábanse en San Pol cuando avistaron una division de diez galeras catalanas, y destacaron tras ellas veinticinco de las suyas: escapóseles la division, y antes de que pudiesen las veinticinco reunirse á sus compañeras, dieron con la escuadra de Roger, á quien no creian todavía en Cataluña. Era de noche, pero esto no le detuvo en enviarlas á desafiar; cayó en los Franceses gran desmayo al saber el adversario que tenian en frente, y se apercibieron flojamente á la pelea; pero confiados en la oscuridad, intentaron desordenar la escuadra española, tomando la misma voz y las mismas señales. Decian los nuestros «Aragon,» y ellos repetian «Aragon;» los buques de Roger llevaban un farol encendido, y tambien le encendieron en los suyos: mezclados así, y confundidos los unos con los otros, la batalla se trabo, mas no duró mucho tiempo. Roger acometió á una galera provenzal, y del primer encuentro la derribó todos los remos de un costado, cayendo al mar los remeros y gente que allí habia, con grandes alaridos. Igual esfuerzo hacian los demás buques españoles por su parte; y la ballestería catalana, entonces la mas formidable del mundo, causaba tal estrago en los Franceses, que, perdido el ánimo y la confianza, doce de sus velas escaparon con Enrique de Mar, y las demás se rindieron con Juan Escoto, su almirante. Roger trasladó su gente á las galeras apresadas, por estar en mejor estado que las suyas, estas las envió á Barcelona, y se dispuso seguir al alcance de las fugitivas.

Pasaron de cinco mil los enemigos muertos en el combate, y á otro dia quiso el vencedor tomar en los prisioneros la represalia de los estragos y crueldades que los de su nacion habian cometido á su entrada por el Rosellon. Solo el almirante y otros cincuenta caballeros fueron esceptuados de esta resolucion inhumana, y con fiereza indigna de su gloria mandó arrojar al mar á trescientos, ensartados en una maroma, y á doscientos sesenta, que no estaban heridos, les hizo

sacar los ojos y los envió al campo francés. Corrió despues tras de los que huian, entró en el puesto de Dadaqués, que estaba por el enemigo, rindió el castillo, y apresó tres buques, y en ellos el tesoro que venia para la paga del ejército. No estaba todavía en este tiempo ganada Gerona, que habia conseguido una tregua de treinta dias, para rendirse al fin de ellos si no era socorrida. Los Franceses, viendo la actividad y fortuna de Roger, querian que se tuviese por comprendido en aquella tregua, y le enviaron al conde de Fox para que cesase en sus hostilidades. Mas él contestó que ni á Franceses ni á Provenzales la concederia jamás. Motejóle el conde de soberbio, y le dijo que al año siguiente pondria su príncipe una escuadra de trescientas velas, y que el rey don Pedro no podria presentarle otra igual. «Yo la aguardaré, replicó: Dios que hasta ahora me ha dado victoria, no me dejará sin ella, y yo fio que no osareis combatir conmigo.» Y creciéndole el orgullo con la contestacion, «sabed, le dijo, que sin licencia de mi rey no ha de atreverse á andar por el mar escuadra ó galera alguna; ¿qué digo galera? los peces mismos si quieren levantar la cabeza sobre las aguas han de llevar un escudo con las armas de Aragon. Sonrióse el conde al oir esta jactancia; y mudando de conversacion, se despidió de él y se volvió á sus reales.

Con esta respuesta, los generales franceses, obligados á quemar los buques que tenian en Rosas para que no cayesen en poder del enemigo, desesperanzados de todo socorro por mar, viendo ya entrada la peste en su campo, y enfermo de muerte el rey, sin embargo que ya tenian ganada á Gerona, se vieron constreñidos á retirarse á su país. Pusiéronse en movimiento para ejecutarlo, y el desórden y el estrago que sufrieron en su vuelta (1285) fueron iguales á la presuncion y pujanza con que entraron. El monarca aragonés, siempre sobre ellos, hostigándolos con encuentros continuos, cortándoles los víveres, no los dejaba ni marchar ni descansar, y aquel ejército que contaba por suya á Cataluña, sin haber perdido una batalla, entró en Francia roto, desordenado y disperso, dejando los caminos cubiertos de enfermos y despojos, muerto su rey del contagio, y con poco aliento en los que se habian salvado para venir otra vez.

Gerona al instante se redujo á la obediencia de Pedro, el cual, libre de los Franceses, volvió su ánimo á castigar la perfidia del rey de Mallorca, su hermano. Dispuso á este fin una armada, y dió el mando de ella al príncipe don Alonso, su hijo. En este estado le acometió una dolencia, de que murió en Villafranca á los cuarenta y seis años de edad. Sicilia conquistada, Nápoles amenazada, su reino defendido de tan formidable invasion, Mallorca castigada, pues se rindió á su hijo, fueron las operaciones brillantes de su reinado. Los Aragoneses le dieron el nombre de Grande, y si este título es merecido por el valor, la capacidad y la fortuna, no hay duda en que está justamente aplicado á Pedro III, no solo para distinguirle de los demás reyes de su nombre, sino de todos los de su tiempo, á quienes se aventajó en muchos grados. Pero despues de la estension que habia dado á sus Estados el rey don Jaime su padre, mas grandeza y mas gloria hubiera cabido á su sucesor si empleara en civilizarlos las grandes dotes que empleó en aumentarlos con conquistas tan lejanas, despoblando sus reinos para mantenerlas, y estableciendo aquella serie interminable de pretensiones, sostenidas por sus sucesores con rios de sangre española.

Muerto el rey, Roger, antes de volver á Sicilia, exigió de don Alonso, su heredero, palabra real de ayudar con todas sus fuerzas y contra cualquier enemigo al infante don Jaime, jurado ya sucesor en el dominio de aquella isla. Con esta seguridad y pacto se hizo á la vela en su armada, y tuvo el contratiempo de una tormenta que dispersó los buques, y echó á pique seis en que iban la mayor parte de los tesoros que habia ganado en sus batallas anteriores. Duró el temporal tres dias, y sola la gran diligencia y actividad de los pilotos pudieron salvar la armada, que compuesta de cuarenta galeras, llegó á Trápana en muy mal estado. El almirante fue por tierra á Palermo, y dió á doña Constanza la noticia de la muerte del rey don Pero. Al instante su hijo don Jaime tomó el título de rey de Sicilia y se coronó en aquella ciudad; lo cual ejecutado, mandó volver á Roger á España para que manifestase á su hermano el estado de cosas de Sicilia y de Calabria, y para que nada se tratase en perjuicio suyo en las negociaciones de paz que ya mediaban con el príncipe de Salerno, á quien don Pedro, poco antes de su muerte, habia hecho traer á España.

Deseaba la paz el rey de Aragon para atender á la tranquilidad de sus Estados y quitarse de encima un enemigo tan poderoso como la Francia; deseábala el príncipe para recobrar su libertad y disfrutar de su corona; deseábala tambien el rey don Jaime para cimentarse en su nuevo Estado, que siempre creia le seria asegurado por las convenciones que se ajustasen. Mediaba el rey de Inglaterra á ruegos del príncipe; pero á pesar de su influjo y del deseo comun, lo estorbaban las miras del papa y del rey de Francia, que no se mostraban fáciles á acceder á las condiciones con que el rey de Arágon consentia en la libertad de su prisionero. Se ajustaban treguas para hacer la paz, y estas treguas se rompian sin haber concertado nada. El almirante Roger, en este intermedio armó seis galeras, y con ellas hizo vela para Aguas-muertas, corrió la costa de la Provenza, combatió á Santueri, Engrato y otros pueblos, hizo grande presa en ellos, y se volvió á Cataluña (1286) sin que la armada francesa, muy superior en número, pudiese contenerle ni alcanzarle.

En su ausencia el rey de Sicilia habia dado el cargo de su armada á Bernardo de Sarriá, uno de los mas valientes caballeros de aquel tiempo, el cual, con doce galeras armadas de catalanes corrió toda la marina de Capua; tomó las islas de Capri y de Prochita, entró por fuerza á Astura, y se volvió á Sicilia, talando y quemando los casales y tierras de Sorrento y Pasitano, y cargado de un botin inmenso. Estos estragos

obligaron á los gobernadores del reino de Nápales á aprestar una armada y juntar gente para invadir á Sicilia: las atenciones que distraian al rey de Aragon, la ausencia de Roger y la inteligencia que tenian en algunos pueblos de la isla, les prometian buen éxito en su empresa, y aplicaron todos sus esfuerzos á conseguirla. Iban por capitanes de la primera armada que enviaron, el obispo de Maturano, legado del papa, Ricardo Murrono, y por almirante un caballero muy estimado entonces, llamado Reinaldo de Avellá. Esta armada arribó á Agosta, y el ejército que llevaba saltó en tierra, puso á saco la plaza y fortificó el castillo: hecho esto, la armada dió la vuelta á Brindis, donde el grueso del ejército enemigo esperaba para pasar á Sicilia.

La ausencia de Roger habia ocasionado gran descuido en los armamentos navales de la isla, y cuando llegó á ella y supo la rendicion y toma de Agosta, empezó al instante á reparar la falta y á preparar la armada. Los Sicilianos que vieron á los enemigos otra vez dentro de su país y amenazados del grande armamento que se hacia contra ellos en Brindis, empezaron á culpar de esta situacion al almirante: la envidia apoyaba la queja, y echándole en cara que por piratear en la Provenza habia abandonado las obligaciones de su cargo, osó llevar á los oidos del rey aquella odiosa imputacion y calumniarle con ella. Llegó á Roger la noticia de esta maquinacion á tiempo que se hallaba en el arsenal dando priesa á los trabajos del armamento; y asi como estaba, lleno de polvo, mal vestido, ceñido de una toalla, subió indignado á palacio, y puesto delante del rey y de aquellos viles cortesanos, «¿quién de vosotros, dijo, es el que, ignorando los trabajos mios, no está contento de lo que he hecho hasta ahora? Presente estoy, diga su acusacion, y yo le responderé. Si despreciais mis acciones y mis fatigas, por las cuales teneis vida y tesoros, mostrad lo que habeis hecho y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivis, el lujo que ostentais. Vosotros os divertiais mientras que á mí me oprimia el peso de las armas; ningun cuidado os agitaba mientras que yo disponia mis campañas; ociosos estabais, y no temí ni la muerte ni la fatiga; yo andaba á la inclemencia del mar, y vosotros estabais abrigados en vuestras casas; un banco de remero era mi lecho, y mis manjares fastidiosos y repugnantes á vosotros, acostumbrados á mesas regaladas; en fin, el hambre y el afan me consumian, mientras que, nadando en deleites, hallábais vuestra seguridad en mis trabajos. Considerad mis acciones, y ved si la guerra dura, quién ha de ser el martillo de vuestros enemigos, pues no me da tanta vergüenza vuestra calumnia, como dolor vuestro peligro si olvidais lo que valgo y me desechais de vosotros.» Vuelto entonces á los que le habian acompañado, «id, esclamó, y traed al instante los testigos de mi valor, los monumentos de mis victorias y de mi gloria: la bandera del príncipe de Salerno, los despojos de Nicotera, Castrovechio y de Taranto; los de la Calabria cuando hice huir al rey Cárlos de Regio; traed las cadenas serviles de los Gerbes, las insignias del triunfo que conseguí en San Feliu y en Rosas, y las riquezas conseguidas en Aguas y en Provenza; traedlas, y pues que aun dura y durará la guerra, si entre estos hay alguno mas valeroso que yo, ese dirija las armas y escuadras de Sicilia, y defienda el Estado contra sus enemigos.» La magnificencia y dignidad de sus palabras impusieron silencio y admiracion á toda la córte que le escuchaba; los malsines no osaron contradecirle; y él, despreciando sus viles intrigas y su miserable envidia, volvió á entender en la preparacion de la armada, que á fuerza de su increible actividad y diligencia, á breve tiempo estuvo dispuesta en número de cuarenta galeras bien pertrechadas.

En ellas se hizo á la vela, y salió á buscar á los enemigos al mismo tiempo que el rey, despues de haber asegurado á Catania, que tenia inteligencia con ellos, puso sitio sobre la fortaleza de Agosta para arrojarlos de aquel punto, uno de los mas fuertes é importantes de la isla. Los sitiados se defendieron valientemente; pero al fin, siendo mucha gente y faltándoles bastimentos, tuvieron que rendirse á partido de que salvasen las vidas. Fueron en aquella ocasion hechos prisioneros los tres principales personajes del armamento enviado anteriormente por los gobernadores de Nápoles, que eran el legado del papa, el general Murrono y el almirante Reinaldo de Avellá. Entre ellos se hallaba un religioso, llamado fray Prono de Aydona, dominicano, el cual habia traido letras y provisiones del papa para alterar la isla. Ya anteriormente, venido con la misma mision, y cogido, habia sido perdonado generosamente por el rey, que respetando su estado tambien mandó ahora ponerle en libertad; pero él quiso mas bien estrellarse la cabeza contra un muro que sufrir la confusion de parecer á la presencia del monarca ofendido.

Mientras esto pasaba en Agosta, Roger supo que la mayor parte de la armada enemiga se hallaba en Castelamar de Stabia esperando tiempo para pasar á Sicilia. Componíase esta de ochenta y cuatro velas, y él no tenia mas que cuarenta, pero llevaba consigo su pericia, su esfuerzo, su fortuna, y sobre todo su nombre. Asi, luego que llegó á Sorrento envió un esquife al almirante enemigo, diciéndele que se apercibiese á la batalla, porque él iba á presentársela. Con este aviso los Franceses pusieron en órden su armada, en donde iban un número considerable de condes y señores provenzales. Colocaron en medio de dos grandes taridas los dos estandartes del príncipe y de la Iglesia, y vinieron á encontrarse con los nuestros. Roger dispuso sus galeras en órden de batalla, señaló las que habian de guardar el estandarte real, que colocó en medio, ordenó en cada buque su terrible ballestería, y dió la señal de embestir. Rompióse la batalla por una galera siciliana, que fue rodeada de cuatro francesas, y al fin rendida; pero acudieron mas velas españolas y sicilianas, que la represaron. Otras acometieron el centro enemigo, donde iban los condes, y empeñada asi la batalla, los Franceses se distinguian por el número y la valentía, los nuestros por la osadía y la destreza. Veíase á Roger armado sobre la

popa de su galera animando á sus capitanes y dirigiendo sus movimientos. A su voz y á sus gritos, que resonaban feroces en medio de aquel estruendo, los suyos se alentaban, y se estremecian los enemigos. Declaróse, en fin, la fortuna por la pericia: su misma muchedumbre impedia á los Franceses maniobrar con acierto, y moviéndose tumultuariamente y en desórden, mas parecia que peleaban por conservar el honor que por alcanzar la victoria. Los nuestros, que sintieron su desconcierto, empeñaron mas la accion, y empezaron á hacer grande estrago en ellos, que ya desbaratados y confundidos, no osaban hacer resistencia. Derribados los dos estandartes, vencidas y ganadas las galeras en que iban los condes y gente principal, apresadas cuarenta y cuatro, el resto se puso en huida con Enrique de Mar, hombre muy diestro en escaparse de estos peligros. Roger envió á Mecina las galeras apresadas, con cinco mil hombres que tomó en ellas, y se puso otra vez á vista de Nápoles, que alborotada con tan grande derrota, se volvió á alterar y aclamar el nombre del almirante español (1287).

En tan gran conflicto los gobernadores del reino tomaron el partido de asentar treguas con Roger. Este creyó que la suspension de armas seria útil al rey, y la ajustó por un año y tres meses, exigiendo que se le habia de entregar la isla y fortaleza de Iscla, que habian cobrado los Franceses; pero don Jaime no quiso confirmar esta convencion, hecha sin consulta suya, y se tuvo por mal servicio del almirante, á quien al instante empezó á acusar la envidia, imputándole que se habia dejado ganar por dinero de los enemigos. El envió un comisionado suyo al rey de Aragon para que la confirmase por su parte; mas tampoco vino en ello este monarca, ya prevenido por su hermano; y le respondió que él la aceptaria y guardaria si don Jaime la admitiese.

Al año siguiente de 1288 consiguió su libertad el príncipe de Salerno bajo las condiciones siguientes: que pagase 23,000 marcos de plata, diese en rehenes á Roberto y Luis, sus hijos, y alcanzase del papa y el rey de Francia una tregua de tres años, en la que habia de entrar el príncipe mismo. Otras muchas convenciones hubo, que no son de este propósito; baste decir que Nicolao IV, pontífice entonces, y el rey de Francia no las aceptaron; que el príncipe fue coronado por el papa mismo, rey de Sicilia y señor de Pulla, Capua y de Calabria, y que la guerra volvió á encenderse con mas furor que nunca. El rey don Jaime pasó con su ejercito á Calabria á reducir los lugares que se le habian rebelado en aquella provincia, y con intento de dirigirse despues á sitiar á Gaeta. Escarmentados y reducidos muchos pueblos y fortalezas, y arrojando de allí al conde de Artois, que habia con un grueso ejército querido hacer frente á los nuestros, don Jaime se dirigió á la playa de Belveder para combatir el lugar, que era muy fuerte. Hallábase allí el señor de él, Roger de Sangeneto, que habiendo sido antes prisionero del rey de Aragon, por medio del almirante habia conseguido su libertad, haciendo homenaje de reducirse él y sus castillos á la obediencia del rey, y dejando en rehenes para seguridad dos hijos que tenia. Pudo mas con aquel caballero la fe jurada á su primer señor que el amor de sus hijos, y al punto que se vió libre siguió haciendo toda la guerra que podia desde sus posesiones. Fue, pues, combatido con el mayor teson el castillo de Belveder; pero Sangeneto se defendia valerosamente, y con una máquina bélica que tenia en la muralla, dirigida contra la parte del real donde se hallaba el rey, hacia en los sitiadores un estrago terrible. El almirante, que asistia á don Jaime en toda aquella espedicion, acudió entonces á uno de los medios condenados en todos tiempos por el derecho de gentes, y abominádos de la humanidad y de la justicia. Armó una polea con cuatro remos, y puso en alto sobre ella al hijo mayor de Sangeneto, haciéndole blanco de los tiros de la máquina. Todos los triunfos de Roger de Lauria no bastan á cubrir la mancha que deja en su carácter semejante atrocidad, y todo su heroismo se eclipsa delante de la entereza de aquel infeliz padre, que sordo entonces á los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su ejercicio. Cayó el mozo inocente á la violencia de un tiro, que le dividió en dos partes la cabeza, y parece que su desgracia despertó en el bárbaro Roger algunos sentimientos de virtud. El cadáver, cubierto con una rica vestidura, fue enviado al padre; y don Jaime, no queriendo perder mas tiempo delante de aquella fortaleza, levantó el sitio y envió á Sangeneto el otro hijo que tenia en su poder (1289).

La armada y el ejército se dirigieron despues á Gaeta, en cuyo puerto entraron sin oposicion. El rey intimó á la plaza que se rindiese, y á la repulsa arrogante que de ella recibió, mandó hacer todos los preparativos del sitio, y comenzó á combatirla. El rey de Nápoles acudió al instante á la defensa con un ejército poderoso, cifrando los dos monarcas rivales su reputacion y su fortuna en el éxito de aquella empresa. El de Sicilia tenia á su favor la compañía de los mejores capitanes del mundo, victoriosos por mar y por tierra, y el empeño de salir con una empresa, la primera en que empleaba su persona; mientras que al de Nápoles instigaba el ansia de reparar los daños y afrentas recibidas, el deseo de dar reputacion al principio de su reinado, y la esperanza que tenia en el brillante ejército que habia juntado en Provenza y en Italia, mandado por uno de los mejores generales de aquel tiempo, que era el conde de Artois. Al principio los Franceses embistieron la parte oriental del campamento siciliano, donde se hallaba el almirante Roger, y fueron rechazados y obligados á retirarse del combate. Pero sus fuerzas iban cada dia aumentándose con auxilios que les venian del partido güelfo en Italia, y los nuestros parecian ya mas sitiados que los de Gaeta. Una batalla era inevitable en esta situacion, y de ella iba á depender el destino de Nápoles y de Sicilia; pero el rey de Inglaterra, continuando el bello papel de pacificador con que se mostró en estas sangrientas alteraciones, envió un embajador al papa, exhortándole á que procurase al-

gun concierto entre los dos príncipes; el papa condescendió con los deseos de aquel monarca, y envió un legado á Gaeta, el cual, con el embajador inglés, persuadió á los dos reyes que asentasen treguas por dos años, con la condicion de que el de Nápoles levantase primero su real. Asi lo hizo, y tres dias despues don Jaime se volvió con su armada y ejército á Sicilia.

Mas á pesar de estas ventajas y mediaciones, la suerte de los infelices Sicilianos, iba á conducirlos al riesgo de volver al yugo de sus antiguos opresores. Ellos no tenian otro escudo ni otros valedores que las fuerzas de Cataluña y Aragon, y estas iban á faltarles, y quizá á volverse en contra suya. El rey don Alonso, no juzgándose bastante fuerte para hacer frente á un tiempo á la Francia, á las disensiones intestinas movidas en sus Estados por los ricos-hombres, celosos de la conservacion de sus fueros y privilegios, atropellados por el rey difunto; al rompimiento que amenazaba de parte de Castilla, y á sostener el Estado de Sicilia contra las fuerzas de Nápoles, del papa y del partido güelfo en Italia, tuvo por mas conveniente dar la paz y la tranquilidad á sus Estados que sostener sus pretensiones á costa de una guerra á la cual no veia fin. Hizo, pues, la paz con sus enemigos, ofreciendo, entre otras condiciones, renunciar su derecho á los Estados de Sicilia, sacar de allí sus fuerzas y sus generales, persuadir á la reina, su madre y á su hermano, que abandonasen el pensamiento de mantenerse en el dominio de la isla, y aun obligándose, en caso necesario, á arrojarlos él mismo de allí con sus propias fuerzas. Mas cuando Cataluña y Aragon empezaban á respirar con la esperanza de la paz, y aquel príncipe se disponia á celebrar sus bodas con una hija del rey de Inglaterra, falleció arrebatadamente en Barcelona á los veinte y siete años de edad, en 1291. Su muerte fue generalmente sentida, asi por su amor á la virtud, á la justicia y á la liberalidad, en la cuál fue muy señalado, y obtuvo por ella el sobrenombre de *Franco*, como por haber mostrado la paz al mundo, segun dice Mariana, si bien no se la pudo dar. Llamó por su testamento á sucederle á su hermano don Jaime, con tal que dejase el reino de Sicilia á don Fadrique, sustituyendo á este en primer lugar en la sucesion, y despues de él al infante don Pedro, en caso de que don Jaime prefiriese quedarse en Sicilia. Pero este príncipe, luego que supo la muerte de su hermano, se hizo á la vela para España, y celebró su coronacion en Zaragoza, protestando en este acto que no recibia los reinos y señoríos por el testamento de su hermano, sino por el derecho de su primogenitura. Con esto anunció que tambien queria quedarse con los Estados de Sicilia y de Italia, y al instante empezó á tomar medidas para la seguridad y defensa de ellos Dió el cargo de gobernador y general de Calabria á don Blasco de Alagon, hombre de un esfuerzo á toda prueba y de una capacidad y prudencia consumada. Este guerrero, despues de haber con su sagacidad y moderacion establecido la autoridad y preeminencia de su cargo en las tropas de la provincia, que se rehusaban á obedecerle, retó á los Franceses que el rey de Nápoles tenia tambien en Calabria, y los desharató, haciendo prisionero á su general Guido Primerano. Esta victoria aseguró la provincia del estrago que los enemigos hacian en ella, y acabó de afirmar la autoridad de don Blasco. Mas, como nunca faltan envidiosos al mérito cuando se levanta, fue acusado ante el rey de haber tomado á Montalto quebrando la tregua que habia con los enemigos, y de haber batido moneda, en desdoro de la preeminencia real. Mandado venir á la córte para responder á estas acusaciones, obedeció, y vino á España; pero antes hizo homenaje al infante don Fadrique, lugarteniente de su hermano en aquellos Estados, de que luego que hubiese dado los descargos á las culpas que se le imputaban, y satisfecho su honor, volveria á la defensa de Sicilia.

Roger de Lauria, en este intermedio, despues del sitio de Gaeta, habia corrido con una armada las costas de Africa y tomado á Tolometa por asalto. Enviado á España por don Jaime, á ruego de don Alonso, para asegurar las costas, al instante que murió este príncipe navegó hácia Sicilia, de dondo vino acompañando al nuevo rey; mas luego por su mandado, volvió á hacer vela para la isla á defender sus mares y los de Calabria. Mandaba por los Franceses en esta provincia Guillen Estendardo, el cual, teniendo noticia de que la armada siciliana iba á surgir junto á Castella, puso en celada cuatrocientos caballos en aquella marina, esperando sorprender á Roger. Mas este, que prevenia siempre los accidentes y vencia las asechanzas con ellas, hizo desembarcar su gente con tanto concierto como si tuviese delante los enemigos. No pudo Estendardo escusar de venir á batalla, la cual fue muy reñida, sin embargo de darse con poca gente (1292); pero herido el general francés, y sacado á duras penas del riesgo, se declaró la victoria por Roger, el cual, siguiendo las fieras instigaciones de su índole inhumana, hizo degollar á uno de los prisioneros, Ricardo de Santa Sofía, porque siendo gobernador de Cotron por el rey de Aragon, habia entregado aquella plaza á los enemigos. Ganada la batalla y recogida la gente á la armada, dirigióse hácia levante, costeó la Morea, entró de noche y saqueó á Malvasia, taló la isla de Chio, y cargado de presas y despojos, dió la vuelta al puerto de Mecina.

Seguian entre tanto las negociaciones de paz entre los príncipes enemigos, y era difícil al de Aragon lograrla á buen partido en aquel estado de cosas. La union tan estrecha entre las casas de Nápoles y Francia, la adhesion de los papas á su partido, por el dominio directo que afectaban sobre la Sicilia; el entredicho puesto en Aragon, y la investidura dada á Cárlos de Valois, no consentian concierto ninguno que no tuviese por base la renunciacion de la isla, á menos de que don Jaime consiguiese en la guerra unas ventajas tales, que obligasen á sus adversarios á consentir en la ocasion de aquel Estado. Pero estas ventajas no podian esperarse del poder que le asistia, y mucho menos de su espíritu, que estaba muy distante de la magnanimidad, entereza y valor del gran don Pedro su

padre. Blandeó pues al fin, y ajustó su paz con la Iglesia, con el rey de Nápoles y el de Francia, renunciando su derecho sobre la Sicilia, y obligándose á arrojar de ella con sus armas á su madre y á su hermano, en caso de que no quisiesen dejar la posesion en que estaban. Concertó casarse con una hija del rey de Nápoles, y por un artículo secreto le prometió el papa la donacion de las islas de Cerdeña y Córcega en cambio de la Sicilia.

Al rumor de estas negociaciones, los Sicilianos enviaron embajadores á don Jaime á pedirle que reformase ó revocase una concordia tan perjudicial para ellos. Entretúvolos el rey algun tiempo mientras se terminaba el tratado: y cuando ya estuvo confirmado, al tiempo de celebrar sus bodas en Villabertran con la infanta de Nápoles, les dió su respuesta final, anunciándoles la renuncia que habia hecho de los reinos de Sicilia y Calabria en el rey Cárlos, su suegro. Oyeron esta nueva como si recibieran sentencia de muerte; y delante de los ricos-hombres y caballeros que á la sazon se hallaban presentes, es fama que Cataldo Russo, uno de ellos, se esplicó en estas palabras:

«¡Con que en vano ha sido sostener tan grandes guerras, verter tanta sangre y ganar tantas batallas, si al fin los mismos defensores que elegimos, á quienes juramos nuestra fe, y por quien con tanto teson hemos combatido, nos entregan á nuestros crueles enemigos! No ganan, no, á Sicilia los Franceses, tantas veces derrotados por mar y por tierra; el rey de Aragon es quien la abandona; teniendo menos aliento para sostener su buena fortuna, que perseverancia y tenacidad sus contrarios para contrastar la adversidad de la suya. Afirmado, como lo está, el reino de Sicilia, conquistada la Calabria toda y la mayor parte de las provincias vecinas, vencedores siempre que hemos combatido, nada nos faltaba á los Sicilianos sino un monarca que nos tuviese en mas precio y supiere estimar su prosperidad. ¡Desventurados! ¿Qué nos puede valer ya por nuestra parte delante de un rey que confunde todas las leyes divinas y humanas, y no solo abandona á sus mas fieles vasallos, sino que pone á su madre y hermanos en poder de sus enemigos? ¡Qué de atrocidades no harán cometer la rabia y la venganza á estos hombres, ya antes tan soberbios y crueles, cuando vuelvan á nuestras casas y las vean teñidas aun con la sangre de los suyos! Decid, ¿á quién quereis que nos demos? ¿Será á aquel que, siendo príncipe de Salerno y prisionero por vuestra causa, y á presencia vuestra, condenamos á muerte? ¿Entregaremos vuestra madre y hermanos al hijo de aquel que en un dia quitó el reino y la vida al rey Manfredo, su padre? Pero la miseria y la injusticia producen al fin la independencia. Los pueblos de Sicilia no son un rebaño vil que se compra y se enajena por interés y dinero. Buscamos á la casa de Aragon para que fuese nuestra protectora la juramos vasallaje, y con su ayuda arrojamos de la isla á los tiranos y castigamos sus atrocidades. Si la casa de Aragon nos abandona, nosotros alzamos el juramento de fidelidad que le hicimos, y sabremos buscar un príncipe que nos defienda: desde este momento no somos vuestros ni de quien vos quereis que seamos; mandad que se nos entreguen las fortalezas y castillos que se tienen por vos ahora; y libres y exentos de todo señorío, volvemos al estado en que nos hallábamos cuando recibimos por rey á don Pedro vuestro padre.»

Estas palabras, acompañadas de lágrimas y demostraciones de desesperacion y dolor, conmovieron á todos los circunstantes; pero el rey, que ya habia tomado su partido, les admitió la protestacion de libertad que habian hecho, dió las órdenes que le pedian, y les encargó que cuidasen de su madre y su hermana, añadiendo que nada les decia acerca del infante don Fadrique, porque este, como buen caballero, sabria bien lo que habia de hacer (1295).

Ocupaba en aquella sazon la silla pontificia Bonifacio VIII, papa célebre por su ambicion su sagacidad y sus desgracias. Antes de su eleccion habia tenido algunas relaciones con don Fadrique; y el infante luego que le vió papa le envió una embajada á congratularle y hacérsele propicio. Bonifacio le pidió que viniese á verle con Juan Prochita, Roger de Lauria y algunos barones de Sicilia, con el objeto, segun decia, de arreglar las cosas de la isla y tratar del acrecentamiento de aquel príncipe. Estas vistas se hicieron en la playa de Roma; y como el papa viese la gentil disposicion del infante y la magnanimidad y discrecion que mostraba en sus palabras, desesperó de poderle traer á los fines que queria, y eran que la Sicilia se pusiese bajo de su obediencia sin oposicion. Abrazóle, y viéndole armado, dió á entender que sentia ser la causa de que tan mozo se aficionase á las armas. Volvióse despues á Roger, y considerándole despacio, «¿es este, dijo, el enemigo tan grande de la Iglesia y el que ha quitado la vida á tanta muchedumbre de gentes?—Ese mismo soy, padre santo, respondió Roger; mas la culpa de tantas desgracias es de vuestros predecesores y vuestra.» Tras de esta y otras pláticas Bonifacio se separó con Fadrique, y persuadiéndole que se conformase con la paz que su hermano habia concertado, le prometió casarle con Catalina, nieta de Balduino, último emperador latino de Constantinopla, y ayudarle con las fuerzas de Francia y las suyas á conquistar aquel imperio. El infante admitió la oferta, prometió no oponerse á la restitucion de la Sicilia, y se volvió á la isla.

En ella no se creyeron al principio las noticias de la paz ajustada entre el rey de Aragon y sus enemigos. Mas cuando los embajadores enviados á este fin volvieron con la respuesta y declaracion definitiva de don Jaime, sacando fuerzas de su desesperacion misma, los Sicilianos en parlamento general del reino, celebrado en Palermo, pidieron al infante don Fadrique que se encargase de aquel estado, lo cual consentido y admitido por él, se señaló dia para juntarse en Catania los barones y señores principales de la isla con los síndicos y procuradores de las ciudades á prestar el juramento de fidelidad. Roger en aquella ocasion, si bien al principio estuvo perplejo por las relaciones estrechas que tenia

con el rey de Aragon, y por la incertidumbre en que se hallaba de su renuncia, luego que estuvo cierto de ella y vió el consentimiento general de toda Sicilia, acudió al parlamento señalado, y en la iglesia mayor de Catania, delante de todo el reino, convocado allí á esto fin, él fue quien aclamó rey de Sicilia al infante, y él fue quien probó que esto le era debido por disposicion divina (1296), por la sustitucion que habia hecho en él su hermano don Alonso y por general eleccion de todos los Sicilianos.

El papa, sabiendo esta resolucion, envió allá embajadores para estorbarla; pero fueron arrojados de la isla sin ser oidos. Don Jaime publicó un edicto mandando á los guerreros aragoneses y catalanes que estaban en Sicilia se viniesen para él, viendo la necesidad que tendria de ellos en la guerra que ya preveia entre él y su hermano. Algunos obedecieron, pero los mas se quedaron en Sicilia á persuasion de don Blasco de Aragon, que, á despecho de don Jaime, habia vuelto allá, cumpliendo con la palabra que antes habia dado á don Fadrique. Este caballero les dijo que, perteneciendo al infante aquel reino, y siendo los Franceses enemigos comunes de Sicilia y de Aragon, nadie debia tenerles á mal caso el que ellos le defendiesen con todo su poder de su bárbara dominacion, y se ofreció á sustentarlo con las armas delante de cualquier príncipe. Era don Blasco uno de los mas señalados de aquel tiempo, por su linaje, sus hazañas y sus virtudes; su autoridad contuvo una gran parte de sus compatriotas, y puede decirse que su presencia en Sicilia fue lo que mas contribuyó á mantener su independencia en la gran borrasca que la amenazaba.

Llegaba ya el tiempo en que iba á ser privada de su mejor defensa con la desercion de Roger. Este, aunque habia sido nombrado almirante por don Fadrique, y le acompañó en su primera espedicion á Calabria, empezaba á flaquear en la fe que le habia prometido. La primera demostracion del disgusto se manifestó en Catanzaro, plaza fuerte de la baja Calabria, y que estaba entonces defendida por Pedro Russo, uno de los barones mas acreditados de Nápoles. Habia el rey ganado á Esquilache, y llamó á sus capitanes á consejo para tratar si habia de embestir ó no á Catanzaro. El almirante fue de parecer que se acometiese antes á Cotron y otros pueblos que estaban descuidados, los cuales rendidos, la empresa de Catanzaro seria mas fácil. En un hombre tan arrojado como Roger pareció estraño que propusiese el partido mas tímido, y todos lo atribuyeron al parentesco que tenia con Pedro Russo. Sin embargo, ninguno osaba contradecirle, hasta que el rey, que deseaba ganar crédito en aquella empresa y autorizar sus armas, dijo que si los enemigos le veian acometer las plazas débiles y huir de embestir á las fuertes, menospreciarian su poder, y que por esto convenia acometer desde luego lo mas árduo, y con una victoria conseguir muchos triunfos.

Prevaleció este dictámen, y el ejercito embistió á Catanzaro. Su defensor, conociendo desde los primeros encuentros que no era bastante á resistir, pidió treguas de cuarenta dias, á condicion de rendir la plaza si en ellos no era socorrido. Concediósele este partido, y todos los pueblos de la comarca siguieron el ejemplo de Catanzaro, y se aplazaron del mismo modo; entre ellos Cotron, en cuyas cercanías asentó don Fadrique su campo. Sucedió que entre los vecinos del lugar y los Franceses que le guarnecian se movió un alboroto y vinieron á las armas. Los vecinos llamaron en su ayuda á los Sicilianos: y estos, no teniendo cuenta con las treguas, entraron en la plaza, acometieron á los Franceses, que retirados al castillo creyeron que todo el ejército enemigo venia sobre ellos, y no tuvieron aliento para defenderle de aquella poca gente dispersa y desmandada. Cuando la noticia de este tumulto llegó á don Fadrique, desarmado como estaba subió á caballo, y tomando una maza corrió con algunos caballeros hácia el castillo á contener á los suyos, que ya andaban robando. Hirió y mató algunos de ellos; mas el socorro no llegó tan presto, que ya los Franceses no hubiesen recibido grande daño, y el rey lo reparó en la manera posible, mandando restituir lo que pudo hallarse, pagando el resto de su cámara, y haciendo poner en libertad dos franceses de los que tenia al remo por cada uno de los que habian muerto en el rebato.

La tregua habia sido ajustada por Roger, y su violacion, aunque imprevista, fue para su ánimo orgulloso un desaire a su autoridad. Impaciente de cólera, llegó á la presencia del rey, y renunciando su empleo de almirante, se despidió de él diciéndole «que él no era mas famoso por sus servicios y sus victorias que por su exactitud y puntualidad en guardar los pactos y conciertos que hacia; que esta fama de leal le hacia ilustre entre Italianos, Franceses, Españoles, Moros y Orientales; que aquella violacion era una mancha en su fe, la cual mancillaba su buen crédito y disminuia su autoridad; que le diese pues licencia para retirarse de su servicio; y que presto llegaria tiempo en que sus émulos confundidos con el peso de los negocios y defensa de aquel reino, confesarian la sencillez y la fidelidad con que Roger servia á su rey.» Este, alterado con aquella resolucion, le respondió indignado «que se fuese donde gustase, aunque fuese á sus contrarios; porque si sus servicios eran muchos, no eran menores ni menos conocidos los premios que se le habian dado, sobre todo, era mucho mayor que ellos su soberbia y su jactancia, la cual no queria él sufrir por nada en el mundo.» Hubiera pasado á mas la alteracion, á no haber mediado Conrado Lanza, cuñado de Roger, persona de gran autoridad por sus muchos servicios. A su persuasion se aplacó el rey, y Roger pidió perdon de la demasía, y se reconcilió en su gracia. Mas sus contrarios no por eso se desalentaron en sus intrigas y en sus imputaciones. Sabian que el rey de Aragon habia intimado públicamente á Roger que entregase al rey Cárlos el castillo de Girachi, y que de no hacerlo procederia contra él y sus bienes como señor contra vasallo; sabian que, ademas de este requerimiento público, habia tratos secretos entre el almirante y don Jaime, y juzgaban que aquel enojo de Roger era un pretesto para dejar el servicio de don Fadrique.

Mas sea que estos tratos aun no tuviesen la correspondiente madurez, ó que todavía Roger estuviese de buena fe asistiendo á este príncipe, lo cierto es que despues de este lance él mandó la armada siciliana que se envió al socorro de Roca Imperial, sitiada por el conde Monforte. Noticioso de que el sitio se habia levantado, costeó las marinas de la Pulla, haciendo á los enemigos de Sicilia toda la guerra que él acostumbraba en esta clase de correrías. Asaltó y puso á saco á Lecce, y volviendo con el despojo á Otranto, entró sin resistencia en esta ciudad, entonces abierta y sin defensa; y viendo la oportunidad de su situacion y la escelencia de su puerto, hizo reparar sus murallas y fortalecerla con baluartes. De allí pasó con la armada á Brindis, donde habian entrado de refuerzo seiscientos soldados escogidos del rey Cárlos, mandados por un francés distinguido llamado Gofredo de Janvila. Roger desembarcó la caballería que llevaba en sus galeras, fortificó un puesto, y desde él comenzó á talar los campos y estragar la tierra. Al dia siguiente, como estuviese sobre el puente de Brindis cubriendo con sus caballos los trabajos de los gastadores, estos se desmandaron; y Roger, temiéndose alguna celada, salió del puente con gran parte de los suyos á recogerlos. Al instante los enemigos embistieron al puente casi indefenso. El puesto fortificado por los sicilianos, y las galeras donde podian recogerse estaban lejos, y solo haciéndose fuertes en el puente podian evitar el riesgo de ser muertos ó presos. Cargaron pues unos y otros á aquel punto, en que consistia la salvacion de los unos y la venganza de los otros. Dos caballeros de Sicilia pudieron sostener el ímpetu enemigo, mientras que Roger, animando á los suyos con el nombre de Lauría, que repetia á gritos, entró de los primeros en el puente; y cerrando con el general francés, le hirió en el rostro y le hizo caer del caballo. A esta desgracia juntándose el estrago que hacia en los enemigos la terrible ballestería del almirante, volvieron al fin la espalda, y abandonaron el puente, desde donde los nuestros se recogieron libremente á su campo fortificado.

Cuando Roger dió la vuelta á Mecina halló en ella al rey don Fadrique y á dos embajadores del rey de Aragon, que venian á pedir se viese con su hermano en alguna de las islas de Isela ó Prochita. Traian tambien una carta para el almirante, en que don Jaime le encargaba persuadiese al rey de Sicilia que consintiese en aquella conferencia. Para tratar este punto se celebró parlamento en Chaza, y en él Roger habló largamente sobre la conveniencia y utilidad de acceder á los deseos del rey de Aragon, á quien así don Fadrique como toda la Sicilia debian reconocer por superior. Las razones en que el almirante fundó su parecer eran tomadas de la pujanza de aquel príncipe, de la flaqueza de la Sicilia, y de la esperanza que podia haber en que se venciese por las súplicas y amonestaciones de su hermano para no entregarlos á los enemigos. Pero el parecer contrario, apoyado en el consentimiento de todos los barones y síndicos de las ciudades, dictado por la entereza y el valor, prevaleció en el esforzado corazon del rey, saliendo acordado del parlamento que no se diese lugar á las vistas, y que si don Jaime venia armado contra su hermano, este le recibiese á mano armada tambien, y la guerra decidiese su querella.

Vuelta la córte á Mecina, Roger mostró á don Fadrique una carta del rey de Aragon en que le mandaba se fuese para él, y le pidió licencia para ejecutarlo, ofreciendo delante de Conrado Lanza que solicitaria con aquel monarca todo cuanto conviniese á su servicio. Diósela el rey, y le concedió ademas dos galeras que pidió para ir á visitar y abastecer los castillos que tenia en Calabria, antes de partir á Aragon. En su ausencia sus émulos acabaron de irritar á don Fadrique en su daño: imputábanle que en su espedicion á Otranto, y en aquel mismo viaje que hacia para visitar sus castillos, se habia avistado con los generales del rey Cárlos, y tratado con ellos en perjuicio de la Sicilia; y decian que su cuidado en pertrechar sus fortalezas manifestaba su intencion de pasarse á los enemigos. Volvió Roger á despedirse del rey, y llegando á su presencia, le pidió la mano para besársela, y el rey se la negó. Pregunta la causa de aquel desaire, y don Fadrique le responde que un hombre que se entiende con sus enemigos ya no es su vasallo, mándale ademas que quede arrestado en palacio, y entonces el almirante, dejándose llevar de la ira, á que era tan propenso: «nadie, esclama, hay en el mundo que pueda privarme de la libertad mientras el rey de Aragon esté con ella; ni es este el galardon que mi lealtad y mis servicios han merecido.» Ninguno osaba llegarse á él; y respetando al cabo la palabra del rey, se tuvo por arrestado, y se apartó á un lado de la sala en que se hallaba. Dos caballeros sicilianos, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palaci, que tenian grande autoridad con el rey, salieron por sus fiadores y le llevaron á su misma casa. En la noche salió á caballo y se dirgió á una de las fortalezas que tenia en Sicilia, y las hizo pertrechar todas. Allí se mantuvo sin hacer guerra y sin pedir concierto; pagó la suma en que sus fiadores se habian obligado; y el rey, temiéndose un escándolo y movimiento perjudicial, cesó de proceder contra él.

Los embajadores del rey de Aragon llevaban tambien el encargo de pedir á la reina doña Constanza y á la infanta Violante su hija, que se fuesen con ellos á Roma á celebrar las bodas concertadas entre la infanta y Roberto, duque de Calabria, heredero del rey Cárlos. Vino en ello don Fadrique; y su madre y su hermana, acompañadas de Juan de Prochita y Roger de Lauria, salieron á un tiempo de Sicilia (1297). Era ciertamente un espectáculo propio á manifestar la vicisitud de las cosas humanas, que á un tiempo y como espelidos dejasen á Sicilia la hija y nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y consejo habia libertado la isla, y el guerrero invencible que la habia defendido á costa de tanta sangre y con tanta gloria; y que saliendo de allí se dirigiesen á buscar un asilo entre los mismos de quienes eran mortales ene-

migos. Roger perdia en la separacion no solo los grandes Estados que tenia en Sicilia, sino caudales inmensos que habia puesto en poder de mercaderes. El rey don Fadrique se apoderó de todo, y arrojó de las fortalezas á Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno, y el otro hijo del almirante, que desde ellas habian empezado á hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de almirante de Aragon, el de vice-almirante de la Iglesia, el estado de Concentaina, y el enlace de su hija Beatriz con don Jaime de Ejérica, primo hermano del monarca aragonés, consolaron á Roger de las pérdidas que hacia en Sicilia, y le pagaron su desercion. Es preciso confesar, sin embargo, que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que pareceria mas grande al frente de las fuerzas sicilianas y defendiendo aquel Estado, objeto de tanta porfía, que no al frente de sus poderosos enemigos, atraido por dones y empleos, todos por cierto desiguales á su mérito y á su fama.

El alma de aquella nueva confederacion era el papa, y á nombre de la Iglesia se hacia todo. El rey don Jaime fué á Roma, celebró allí las bodas de su hermana con el duque Roberto, recibió la investidura del reino de Cerdeña, y se volvió á Aragon á hacer los preparativos del armamento que habia de embestir á Sicilia. Entre tanto Roger, acaudillando la gente de guerra que le confió el rey de Nápoles, entró en Calabria con intento de ganar, ya con la fuerza, ya con la astucia, los pueblos que en aquella provincia estaban por don Fadrique. Hallábase ausente don Blasco de Aragon, general en Calabria por Sicilia, y en su ausencia el vecindario de Catanzaro alzó banderas por el rey Cárlos, y puso el castillo en tanto aprieto, que su guarnicion concertó rendirse si dentro de treinta dias su rey no enviaba socorro tal que pudiese ponerse en batalla delante de Cantazaro. Un dia antes de cumplirse el plazo llegó don Blasco á Esquilache, y dió vista á las tropas enemigas que estaban en la plaza, acaudilladas por Roger de Lauria y el conde Pedro Russo. Tuvo por la noche noticia de haber llegado refuerzo á los enemigos; y ocultándolo á los suyos para no desanimarlos, llegó con su tropa en la tarde del último dia concertado, faltándole muchas compañías, que por la precipitacion de la marcha no acudieron á tiempo. Púsose con los estandartes tendidos en órden de batalla delante de la ciudad; y el almirante confiado en el número de los suyos, que eran setecientos contra doscientos hombres de armas y unos pocos almugávares, acometió con todo el vigor y la impetuosidad que solia. Mas la gente que entonces acaudillaba no eran aquellos catalanes y aragoneses que con solo oir el nombre de Lauria ya se creian seguros de la victoria; el sol era contrario, y el guerrero que tenia contra sí estaba tambien acostumbrado á pelear, mandaba soldados aguerridos, y sobre todo no sabia ceder. Murieron muchos: Roger, herido en un brazo, caido y abandonado junto á un valladar, fue salvado por un soldado, que le subió en su caballo, y aquella misma noche le recogió en el castillo de Badulato. Su herida y su caida, haciendo creer que estaba muerto, desalentaron á los Franceses, que huyeron dejando el triunfo y la victoria en manos de los Españoles (1297). Este fue el primero y único desaire que recibió Roger de la fortuna, la cual en aquella ocasion quiso pasar á las sienes del guerrero aragonés los lauros que adornaban las de Lauria.

Roger, furioso de ira por aquel revés, y acusando altamente á los Franceses delante del rey Cárlos, de su cobardía y del desamparo en que habian dejado á su general, salió de Italia y se vino á Aragon á precipitar los medios de la venganza. Esta se le cumplió, aunque no tan pronto como deseaba ni tan exenta de reveses como estaba acostumbrado. Puesta á punto la armada aragonesa, el rey don Jaime navegó á Italia, donde recibió de mano del papa el estandarte de la Iglesia, y despues se juntó con todas las fuerzas del reino de Nápoles, que le aguardaban para embestir á Sicilia. Este fue el armamento mas considerable que se hizo en aquel tiempo: Roger tenia la principal autoridad militar en él, y parecia imposible que la isla resistiese á una invasion tan formidable. Don Fadrique salió con su armada á la vista de Nápoles, y se apostó en la isla de Iscla para combatir á los Aragoneses antes de su union con las galeras francesas. Estando allí, se dice que su hermano le amonestó que no tuviese la temeridad de atentar á la fortuna lejos de su casa, y que se volviese á Sicilia. Fadrique siguió el consejo, y vuelto á la isla, se aplicó con gran diligencia á pertrechar y fortalecer los lugares y castillos de la marina. La escuadra combinada llegó á la costa de Patti; y desembarcado el ejército, Patti y otros muchos pueblos y castillos, parte por fuerza, parte por inteligencias del almirante, se dieron al rey de Aragon. Mas como llegase el invierno, y la armada necesitase de abrigo, se escogió á este fin el puerto de Siracusa, y la armada dió la vuelta á la isla y entró en aquel puerto. Siracusa se defendió con una constancia que no se esperaba: entre tanto los vecinos de Patti se volvieron á la obediencia del rey don Fadrique, y estrecharon el castillo, guarnecido con tropas de don Jaime. Este envió á socorrer á los sitiados por tierra al almirante, y por mar á Juan de Lauria, su sobrino, con veinte galeras escogidas armadas de catalanes. El almirante atravesó la isla: á la fama de su venida los sitiadores alzaron el cerco, y despues de provisto el castillo de gente y municiones, se volvió á sus reales. Juan de Lauria pasó con sus galeras el Faro, visitó y pertrechó los lugares y fortalezas de la comarca y marina de Melazo, y dió la vuelta hácia Siracusa. Pero los Mecineses le salieron al encuentro con veinte y dos velas, le atacaron animosamente, y le ganaron diez y seis galeras, haciéndole prisionero á él mismo. Fulminósele proceso como á traidor, y sentenciado á muerte por la gran córte, le cortaron la cabeza en Mecina: rigor quizá tan inhumano como impolítico, y que, pareciendo hecho menos en castigo de aquel desdichado mozo que en odio del almirante, anunciaba á este su destino si algun dia venia á parar en manos de sus enemigos.

Para su genio colórico é impaciente debió ser terrible este contratiempo; tanto mas, que por entonces se le dilataba la venganza, pues el rey de Aragon, desesperando ganar á Siracusa, abatido con las pérdidas que cada dia hacia su ejército y con el desastre de su escuadra, levantó el cerco, y como huyendo de su hermano, se fue precipitadamente á Nápoles, y de allí dió la vuelta á España. Mas ardiendo en deseo de lavar la mengua de su campaña anterior, al año siguiente volvió á Nápoles con Roger y con su armada, combocó á la empresa todos los pueblos de la Italia, y luego que estuvieron juntas las fuerzas de los dos reinos, pasó á Sicilia. Su hermano, no queriendo esponer el interior de la isla á los estragos que habia sufrido en la invasion pasada, confiando en la fuerza y destreza de sus marinos, confirmadas por la victoria conseguida contra Juan de Lauria, salió de Mecina con su armada, determinado á esponer su Estado y persona al trance de una batalla decisiva. Avistáronse las dos armadas en el cabo de Orlando, y era tal la confianza y soberbia de las Sicilianos, vencedores siempre en el mar por tantos años, que quisieron acometer sin órden ni concierto á las galeras enemigas, que los esperaban arrimadas á la costa, enlazadas y trabadas unas con otras por disposicion de Roger, á manera de un muro incontrastable. Su rey las contenia, y siendo puesto el sol cuando se avistaron unos y otros, pareciéndoles poco el tiempo que quedaba, esperaron al otro dia para la ejecucion de sus furores.

Fue esta batalla (junio 4 de 1299) sin duda la mas escandalosa y horrible de cuantas se dieron en aquellas guerras crueles. Unas eran las banderas, unas las armas, una la lengua de los combatientes. Los dos caudillos eran hermanos, concurriendo uno con otro, no por delito, ni por usurpacion, ni por interés que hubiese en medio de ellos, sino por contentar la ambicion ajena, y despojar el uno al otro de lo que su valor y su sangre y la aclamacion de los pueblos le habian dado. Apenas habia guerrero que no hubiese ya combatido por la misma causa, y en compañía de los mismos á quienes iba á ofender. Las insignias de la Iglesia, que tremolaban junto á los estandartes de Aragon, recordaban la odiosidad de su actual ministerio, y en vez de ser señal de paz y de concordia, daban con su intervencion á aquella guerra el carácter de sacrilegio, y á las muertes que iban á suceder el de abominables parricidios.

Roger por la noche hizo sacar de sus galeras todos los caballos y gente inútil, reforzólas con los soldados de los presidios que el rey tenia puestos en los lugares vecinos de la costa, y luego que rayó el dia hizo desenlazar sus buques y se lanzó en alta mar. Eran sus galeras cincuenta y seis, y las sicilianas cuarenta. Los dos reyes se pusieron en medio cada uno en su capitana, siendo los principales guerreros que asistian al de Sicilia don Blasco de Aragon, Hugo de Ampúrias, Vichiguerra de Palici y Gombal de Entenza, entre quienes repartió el mando de las divisiones de su escuadra. Al de Aragon acompañaban en la capitana el duque de Calabria y el príncipe de Taranto, sus cuñados. Peleose gran espacio de lejos con las armas arrojadizas, mas Gombal de Entenza, impaciente por señalarse, cortó el cabo que amarraba su galera con las demás de su bando, y se arrojó á los enemigos. Salieron á recibirle tres velas, y la batalla empezó á trabarse de este modo, combatiéndose de ambas partes con igual teson hasta medio dia. El calor era tan grande, que muchos soldados morian sofocados sin ser heridos. Cayó muerto Entenza, y su galera se rindió; otras de Sicilia siguieron su ejemplo, hostigadas de una division que Roger habia dejado suelta para que acometiese á los enemigos por la popa. Desmayaban con esto los Sicilianos, y el rey don Fadrique, viendo declararse la fortuna por su hermano, determinó morir, y mandó que llamasen á don Blasco de Aragon, para juntos acometer al enemigo y acabar como buenos. La fatiga y la rabia, ayudadas del calor insufrible que hacia, rindieron sus fuerzas y le hicieron caer sin aliento. Entonces los ricos-hombres que le acompañaban acordaron que la galera se retirase de la batalla tras de otras seis que que tambien huian. Don Blasco que no quitaba los ojos de la capitana, luego que la vió huir mandó á su alférez, Fernan Perez de Arbe, que moviese el pendon para acompañar al rey; «No »permita Dios jamás, respondió aquel valiente »caballero, que yo mueva, para huir del ene»migo, el pendon que me entregaron;» y sacudiendo de la frente la celada, se rompió desesperado la cabeza contra el mástil del navio, y murió á otro dia. No peleó con menos aliento el rey don Jaime: clavado por el pié con un dardo á la cubierta de su galera, sufrió el dolor sin dar muestras de estar herido, siguiendo peleando y animando á los suyos con el ejemplo. Este teson era digno de la victoria que conseguia, y la hubiera merecido con mas razon, si no la dejara manchar con la inhumana venganza que ejecutó Roger en las diez y ocho galeras sicilianas que fueron apresadas. La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Mecina, pagaron con su vida el suplicio de Juan de Lauria. Dióseles muerte de diversos modos, y mientras los espectadores de esta crueldad, aunque agitados del combate, se movian á compasion y lloraban de lástima, Roger miraba el estrago con ojos enjutos, y en altas voces animaba á la matanza. Saciado ya de muertes, cesó el castigo, y los prisioneros fueron llevados delante del rey. No faltó entre ellos quien echase á los Españoles en cara su inhumanidad y su furor, su olvido de los obsequios y favores que habia recibido en Sicilia; en fin, su ingratitud con aquellos marinos mismos que en San Feliú y en Rosas habian libertado á Cataluña de la invasion de la Francia. Don Jaime oyó estas quejas con indulgencia, y entre los circunstantes habia muchos que las aprobaban, y aun murmuraban de su victoria.

Con ella las cosas de Sicilia parecian ya desesperadas. El rey de Aragon, creyéndolo asi, y que para apoderarse de la isla no tendrian los Napolitanos mas que presentarse, dió la vuelta á sus Estados, con gran disgusto del rey Cárlos y del papa, que quisiera que no hubiese abandonado la empresa hasta arrojar él mismo á su her-

mano de aquel reino. Dejó empero al almirante para que asistiese al duque de Calabria á tomar la posesion de Sicilia, y con él á los principales capitanes que le acompañaban; los cuales todos se dirigieron á la costa oriental de la isla, y se pusieron sobre Rendazo.

La resistencia que hizo esta plaza, y la variedad que tuvieron los sucesos, dieron al mundo un nuevo ejemplo, de que no es fácil poner á un pueblo un yugo que él unánimemente desecha, y que la constancia, la entereza y el horror á la tiranía prestan á las naciones, por desvalidas y abatidas que estén, una fuerza sobrehumana. Los Sicilianos, abandonados á sí solos, vencidos completamente por mar, cón dos ejércitos enemigos en la isla, hicieron frente por todas partes al peligro, y le sacudieron de sí. Vuelto don Fadrique á Mecina con las naves que le quedaron de la derrota, dió aviso de ella á los pueblos, y manifestándose con confianza en medio de aquella adversidad, les enseñó á no desmayar por ella, y todos se apercibieron á la resistencia. El duque de Calabria y el almirante no pudieron tomar á Rendazo, se dilataron por el Val de Noto, rindiéndoseles de fuerza ó de grado casi todos los castillos y plazas fuertes, entre ellos Catania, Noto, Cásaro y Ragusa. Ya un legado del papa habia venido á aquella parte á reconciliar los pueblos con la Iglesia, y el rey Cárlos, para apresurar el suceso, habia enviado otra armada y otro ejército, con su hijo el príncipe de Taranto, á apoderarse del Val de Mázara. Estas fuerzas arribaron á Trápana, y luego que don Fadrique tuvo noticia de su llegada, determinó ir á encontrarse con el príncipe y darle batalla. El con su ejército estaba en medio de sus dos adversarios, cubriendo el país que no ocupaban y conteniendo al duque de Calabria. Don Blasco de Aragon, su principal caudillo, no era de parecer que aventurase el rey su persona en aquella empresa, y se ofrecia con toda la seguridad de su esfuerzo y de su fortuna á buscar al príncipe y vencerle. Pero don Fadrique por su ánimo y su constancia era digno de su elevacion: ¡tuvo á cobardía este consejo, y quiso arriesgar su persona y su reino al trance de la batalla. Salió, pues en busca del príncipe, que confiado en la suerte que favorecia su partido, no dudo de aceptar el combate que los Sicilianos le presentaron. Al principio el éxito fue muy dudoso, y aun adverso á don Fadrique, y se dice que uno de los barones que le acompañaban le requirió qué saliese de la batalla. «¿Salir yo? respondió el rey; he aventurado hoy mi persona por la justicia de mi causa: huyan los traidores y los que quieran imitarlos; que yo ó he de morir ó he de vencer.» Dicho esto, mandó al caballero que llevaba su estandarte que le tendiese enteramente, y con los que tenia á su lado arremetió el primero adonde el peligro era mas grande. Fue herido en el rostro y en un brazo: pero al fin hizo suya la victoria, contribuyendo mucho á ella la disposicion que don Blasco de Aragon dió al ejército, y el valor y destreza de los terribles Almogavares. El príncipe de Taranto fue hecho prisionero, y el rey mandó que se le custodiase en el castillo de Cefalú, guardado por Martin Perez de Oros, el mismo caballero que en la batalla le habia rendido.

Roger habia previsto esta desgracia, conociendo la sagacidad y actividad de don Fadrique y don Blasco, y su dictamen en el consejo que tuvo el duque de Calabria cuando supo la llegada de su hermano al Val de Mázara, era de que al instante los dos ejércitos marchasen uno á otro á coger en medio al rey de Sicilia, y unirse pára concertar sus operaciones. Púsose esto por obra, pero ya fue tarde, y sabida la derrota y prision del príncipe, se volvieron tristemente á Catania. Con este suceso y la victoria que junto á Gallano consiguió don Blasco en un encuentro que tuvo con los Franceses mandados por el conde de Brena, que fue hecho tambien prisionero, los Sicilianos, confiados y orgullosos, armaron veinte y siete galeras, y juntándose á ellas otras cinco genovesas, salieron al encuentro á Roger, que con la armada napolitana habia ido á Nápoles á buscar refuerzos de gente para el duque de Calabria. Era almirante de ellas Conrado de Oria, genovés, muy estimado de don Fadrique, y uno de los mejores marinos de su tiempo. Pero ¿quién podia arrostrar á Roger de Lauria en el mar sin nota de temerario? Las galeras genovesas no osaron entrar en batalla, y las sicilianas, inferiores con mucho en número, y mas todavía en fuerzas y en destreza, fueron vencidas y apresadas casi todas. La capitana, en que venia Conrado de Oria, hizo una resistencia digna del nombre y reputacion de aquel caudillo y acreedora á mejor suerte. Rodeada por todas partes, sola y sin esperanza, contrastó por gran tiempo su mala fortura, haciendo una gran carnicería en los contrarios con la ballestería genovesa que llevaba á bordo. Viendo Roger que ni se rendia ni era posible entrarla, mandó que la desfondasen, y como ni aun esto pudiese ejecutarse, determinó que se acostase una galera y la pegase fuego: entonces Oria se rindió, y entregó al almirante el estandarte real. Fue esta batalla junto á la isla de Ponza, y Roger, segun su inhumana costumbre, manchó la gloria adquirida en ella con la crueldad que usó en los ballesteros genoveses de la capitana de Sicilia, á quienes hizo sacar los ojos y cortar las manos, en venganza del daño que le habian hecho. Apenas él habia dado este ejemplo de barbárie tan odioso, Oria y el rey don Fadrique dieron uno bien loable de generosidad y entereza. Fue Oria tratado en su prision con todo rigor, y aun amenazado de muerte si no entregaba el castillo de Francavilla, que tenia en Sicilia: el se negó á la propuesta (1300), diciendó que el castillo era del rey don Fadrique; y este, estimando mas la persona de aquel caballero, mandó rendir el castillo, sin embargo de la importancia de su posicion.

Esta fue la postrera batalla y última victoria señalada de Roger. Cansado ya de vencer y fatigado de triunfos, se avistó con don Blasco de Aragon, para que entre los dos acordasen un medio de concierto entre aquellos príncipes. Púdose estrañar mucho en el carácter duro del almirante este movimiento á la paz: tal vez desconfiaba ya de sojuzgar la Sicilia, y temia que se le tro-

case la fortuna. Mas cualquiera que fuese el motivo que le instigase, ni él ni don Blasco fueron los mediadores de la paz, que dos años despues se ajustó al fin entre don Cárlos y don Fadrique. Habian sitiado los Franceses á Mecina, y á pesar de la estrechez en que la pusieron, fuéles forzoso levantar el sitio, porque el hambre y miseria que sufrian los cercados las empezaron á padecer los sitiadores. Concertáronse treguas por medio de la duquesa de Calabria, hermana de don Fadrique, y no habiéndose efectuado la paz, los Franceses quisieron hacer el último esfuerzo para sujetar la isla. A este fin pasó á ella el conde de Anjou, hermano del rey de Francia, con una poderosa armada y un florido ejército. Las cosas de Sicilia estaban tan desesperadas, que parecia ya temeraria la resistencia. Don Blasco habia muerto de enfermedad en Mecina durante el sitio; los pueblos que estaban por don Fadrique se hallaban en el estado mas miserable, sin comercio y sin recursos; una gran parte del reino en poder de los enemigos. Mas el invencible corazon del rey sobrepujó á todo: el conde de Anjou entró en la isla, ganó algunos lugares, y se detuvo en Siacca, que defendida por un hombre de valor no quisó rendirse, y le hizo perder cuarenta y tres dias. La peste que se declaró en el campo, matando gran número de hombres y caballos, los disminuia y hostigaba, cuando don Fadrique, aprovechándose de esta situacion, se acercó á los Franceses con intencion de darles batalla. El conde entonces, no queriendo aventurarse al trance de la pelea, ni dejar vergonzosamente el sitio comenzado, creyó que lo mas oportuno seria inducir á los príncipes á hacer la paz. Esta al fin se concertó, quedándose don Fadrique con el reino de Sicilia, renunciando lo que tenia en Calabria, y casándose con Leonor, hija del rey don Cárlos.

Tal fue el fin de esta célebre contienda, que duró veinte años, y en que Roger de Lauria fue el principal y mas glorioso concurrente. En los conciertos no se tuvo la cuenta que al parecer se debia con su persona, y no se estipuló recompensa alguna ó indemnizacion por los grandes Estados que habia perdido en Sicilia ni por los servicios señalados que habia hecho á los reyes de Aragon y de Nápoles en los últimos años de la guerra. Pero era preciso que asi fuese: el rey de Nápoles perdia á Sicilia á pesar de sus triunfos, y á pesar tambien de ellos quedaba siendo rey de la isla don Fadrique. Asentada la paz, él se retiró á España, y murió en Valencia en 17 de enero de 1305. Su cuerpo está enterrado en el monasterio de Santas Cruces, del órden de San Bernardo, en Cataluña, debajo del panteon del rey don Pedro III, cuyo mayor amigo habia sido: allí mandó él enterrarse, en el testamento que otorgó en Lérida, año de 1291, en caso de que su muerte acaeciese en alguno de los Estados de Aragon, Cataluña, Valencia y Mallorca. Su epitafio, aunque algo gastado por el tiempo, dice asi, traducido de la lengua catalana, en que está escrito: «Aquí yace el noble Roger de Lauria, almirante de los reinos de Aragon y de Sicilia por el señor rey de Aragon, y pasó de esta vida en el año de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo 1304, á 16 de las kalendas de febrero.»

La sencillez y modestia de esta inscripcion hace resaltar mas la gloria de Roger, y avergüenza á los que habiendo sido nulos en vida quieren despues engañar á la posteridad con los pomposos epitafios que se les ponen en los sepulcros. Ningun marino, ningun guerrero le ha superado antes y despues en virtudes y prendas militares, en gloria, ni en fortuna. Era de estatura mas pequeña que grande, alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura grave y moderada anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que habia de tener. En las ocasiones de lucimiento y en los torneos y justas nadie podia igualarle en magnificencia ni contrastar su esfuerzo y su destreza. Es lástima que juntase á tan grandes y bellas cualidades la dureza bárbara, que las deslucia: su corazon de tigre no perdonó jamás, y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, se hacia indigno de las victorias que conseguia. Puede escusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió, y con la naturaleza de aquellas guerras, verdaderamente civiles. Mas distinguiéndose él entonces en la crueldad y en la venganza, parece que su corazon era mas terrible y mas inhumano que las circunstancias y los tiempos. Fue casado dos veces: la primera con una hermana de Conrado Lanza, deudo de doña Constanza, mujer del rey don Pedro; la segunda con una hija de don Berenguer de Entenza, y su descendencia, enlazada á las primeras casas de Aragon y Cataluña, todavía dura, conservando entre sus apellidos el nombre ilustre del almirante. Si á pesar de haber nacido fuera de España y ser su linaje estranjero, le he colocado entre nuestros hombres célebres, es porque, venido á Aragon desde muy niño, aquí se educó, se formó, se estableció; por Aragon combatió, y al frente siempre de fuerzas aragonesas: su pericia, sus combates, sus conquistas, su gloria, sus virtudes, hasta sus vicios mismos, nos pertenecen.

APENDICES A LA VIDA DE ROGER DE LAURIA (1).

I.

Título de almirante espedido á Roger por Pedro III de Aragon. (20 *de abril de* 1283.)

Noverint universi præsentem paginam inspecturi. Quod nos Petrus etc. Attendentes merita probitatis prudentiæ et devotionis nobilis Rogerii de Loria dilecti militis consiliarii et familiariis nostri de quibus excelentia nostra plenam gerit fiduciam ab experto officium Amiraciæ regni Cathaloniæ et Siciliæ eidem duximus fiducialiter comitendum exercendum per eumdem ad honorem et fidelitatem culminis nostri usque ad nostræ bene placitum voluntatis. Mandantes universis et singulis hominibus armatæ eiusdem quod ipsi Rogerio tamquam Almirallo nostro pareant fideliter et intendat in omnibus quibus Amiratis prædecesoribus suis officium ipsum gerentibus sunt intendere et parere. Dantes et concedentes dicto Rogerio plenariam potestatem faciendi si oportuerit ab hominibus stolii seu armatæ prædictæ et de omnibus aliis hominibus qui sunt de foro Amiraciæ prædictæ ratione jurium ipsius officii tam in mari quam in terra justitias civiles et criminales et omnia alia exercenda circa dictum officium quæ consueverunt exerceri per alios Amiratos cui Amirato nostro prædicto concedimus quod habeat, et percipiat iura omnia quæ ad prædictæ Amiraciæ officium pertinere noscuntur. In cujus rei testimonium præsens privilegium fieri jussimus et sigillo pendenti nostri fecimus communiri. Dat. Mesanæ, duodecimo kalendas Maij anno Domini millesimo ducentesimo octuagesimo tertio.

II.

Provision de Jaime II por la que se obliga á no pedir á los sucesores y herederos de Roger cuentas ningunas de la administracion del almirante en caso de que muera sin darlas (7 *de marzo de* 1291.)

Jacobus etc. Bono animo et spontanea voluntate etc. per nos et per omnes hæredes et succesores nostros promitimus bona fide vobis nobili Rogerio de Loria fideli nostro Almirato Aragoniæ etc. à nobis legitime stipulanti pro vobis et pro omnibus hæredibus et succesoribus vestris et Petro Marti notario publico Barchinonæ à nobis legitime stipulanti nomine ipsorum hæredum et succesorum vestrorum, quod si contingat vos finire dies vestros antequam nobis reddideritis compotum seu rationem de gestis et administratis per vos in officio vestri Almiratus vel de quibuscumque aliis quæ usque ad dies obitus vestri de bonis nostris ex quacumque alia causa receperitis procuraveritis et administraveritis, nos non movebimus nec moveri faciemus nec moveri sustinebimus post obitum vestrum contra hæredes succesores vestros ex testamento vel ab-intestato, nec contra testamenti exequtionem et commissarios testamenti seu ultimæ voluntatis vestræ, nec contra quoscumque alios nomine vel ratione vestri aliquam petitionem quæstionem demandam vel causam in judicio vel extra judicium, nec exigemus à prædictis hæredibus et succesoribus vestris, nec ab aliis quibuscumque personis aliquibus rationibus supra expressis, vel aliis quibuscumque, ita etiam quod ibi assereremus nos in vobis invenisse faticam de computo reddendo, vel etiam penes vos aliquid modo aliquo remansisse, et non posimus contra vos et hæredes et succesores vestros allegare proponere vel dicere nos fatigam de compoto redendo in vobis invenisse, nec etiam per dolum per vos et per hæredes aut successores vestros aliquid romansisse. Immo cualicumque actione vel jure contra vos vel hæredes aut successores vestros agere possemus, illi actioni et juri penitus renunciamus facientes vobis et vestris hæredibus et successoribus et notario in frascripto, nomine ipsorum hæredum et successorum vestrorum per nos omnes hæredes et successores nostros de prædictis omnibus et singulis bonum etc. hæc omnia prædicta et singula ut superius dicta sunt promittimus per nos et omnes hæredes et successores nostros vobis et notario infrascripto à nobis legitime stipulanti pro vobis et pro omnibus hæredivus et successoribus vestris tenere complere et observare perpetuo et non in aliquo contravenire aliquo jure causa vel ratione. In cuius rei testimonium præsens instrumentum jussimus fieri per prædictum Petrum Marti notarium publicum Barchinonæ, et fecimus sigillo nostro sigillari. Actum est hoc Barchinonæ, nono idus Martij, etc.—Signum.

(Segun el registro pertenece al año de 1291).

III.

Provision del mismo rey, en que se contienen las diferentes gracias y la autoridad adictas al empleo de almirante mientras sea ejercido por Roger (2 *de abril de* 1297.)

Jacobus Dei gratia Rex Aragonum, Majoricæ, Valentiæ et Murciæ, Comesque Barchinonæ ac Santæ Romanæ Ecclesiæ Vexillarius Ammiratus et Capitaneus generalis: Prælatis Ecclesiarum Comitibus, Baronibus, Procuratoribus, Vicariis, Justitiis, Capitaneis, et cæteris aliis quibuscumque officialibus et personis per omnia Regna Aragonum, Majoricæ, Valentiæ et Murciæ, Cerdenyæ et Corcicæ ac Comitatus Barchinonæ constitutis tam prœsentibus quam futuris dilectis et fidelibus suis, salutem et dilectionem: Ad eximiæ

(1) Los cinco primeros documentos existen originales en el real archivo de la corona de Aragon, y de allí se han trasladado á la letra; el último está copiado del testamento de Roger, que se conserva en pergamino en el archivo del monasterio de Santas Cruces.

laudis et famæ præconium magnificencia regalis extollitur dum subjectos quos extrenuitas, fidelitatis integritas et generis nobilitas corroborant et decorant honoribus et dignitate sublimant: Attendentes igitur extrenuitatem nobilis Rogerii de Loria Regnorum nostrorum et Comitatus prædictorum Ammirati dilecti consiliarii familiaris et fidelis nostri devotionis et fidei grata servitia per eum præstita Illustribus Dominis parentibus nostris et nobis et quæ nobis confert et in futurum auctore Domino conferre poterit gratiora nec minus labores et pericula quæ in stragem et confusionem nostrorum hostium subiit et etiam subire paratus per exaltationem nostri nominis et honoris, eumdem Rogerium omnium Regnorum nostrorum et Comitatus prædictorum Ammiratum in tota vita sua duximus statuendum, volentes et præsentium tenore mandantes quod idem Ammiratus per se suosque Vice-Admiratos ordinatos et alios Commissarios et nuncios suos præditum Ammiratiæ officium in omnibus Regnis et Comitatu prædictis toto tempore vitæ suæ ad honorem et fidelitatem nostram nostræque Curiæ... et profectum fideliter et diligenter exerceat et faciat exerceri. Et ut circa diligentem et legalem constructionem et reparationem vassellorum nostræ Curiæ quæ processu temporis reparari et de novo fieri et construi contigerit efficatius et studiosus intendatur: volumus et præcipimus quod idem Ammiratus per se et ordinatos suos in constructionibus et reparationibus prædictorum vassellorum quoties ea repa rari fieri et construi de mandato nostro oportebit curam et cautelam adhibeat et faciat adhiberi. Quodque in singulis tercianatuum prædictorum Regnorum et Comitatus debeat et possit statuere loco sui unum vel duos probos et legales viros qui intersint sciant et videant ad occulum constructionem et reparationem prædictorum vassellorum construendorum et reparandorum et omnes expensas propterea faciendas et de introitu et exitu totius pecuniæ et rerum expendendarum et recipiendarum per illus qui ad hoc sunt per nostram Curiam statuti et in antea statuentum plenam notitiam et conscientiam habeant. Ita quod eosdem Ammiratum et ordinatos suos nihil ex inde lateat quoquomodo et de introitu prædictæ pecuniæ et aliarum rerum et expensis faciendis in constructione et reparatione vassellorum ipsorum fiant tres quaterni consimiles quorum unus sub sigillis singulorum statutorum per nostram Curiam super prædicta constructione et reparatione penes prædictum Ammiratum remaneat, alium prædicti statuti per Curiam sub sigillis predictorum ordinatorum per prædictum Ammiratum sibi retineant et tertius sub sigilis prædictorum estatutorum et dicti Ammirati nostræ Cameræ annis singulis transmittatur. Nemini quoque in eisdem Regnis et Comitatu liceat contra quosqumque per mare hostiles discursus et piraticam exercere sine licentia prædicti Ammirati et illius quem ad hoc loco sui duxerit deputandum. Ita tamen quod ipse et ordinati sui priusquam per eos super hoc personis aliquibus licentia concedatur, recipiant ab eis idoneam et sufficientem fideiussoriam cautionem de non offendendis amicis fidelibus et devotis nostris in personis vassellis mercibus et rebus eorum. Quodque si eos post modum offendere impedire vel molestare præsumpserint tam offendentes et molestantes eosdem, quam fideiussores propter ea dati, ad integram emendam et restitutionem pecuniæ et aliarum quarumcumque rerum et mercium ab ipsis amicis et fidelibus ablatarum per prædictum Ammiratum et statutos suos cohertione qualibet compellantur. Et si forte ipsi et fideiussores præstiti insufficientis et non solvendi fuerint idem Ammiratus totum deffectum et insufficientiam eorum suplere de suis bonis propriis teneatur ad quod se voluntariè obligavit. Si vero aliquis de nostris fidelibus per aliqua vassella aliquarum communitatum et specialium personarum communitatum ipsarum per mare dirrobari et capi contingerit statuimus et præcipimus quod prædictus Ammiratus comunitaten seu comunitates illas per quam seu quas cuius seu quorum speciales personas dicti fidelis nostri more piratico seu alia quavis causa dirrobabuntur et capientur per mare per suas litteras requiere debeat ut nostris fidelibus dampna passis vassella pecuniam merces et omnes alias res eorum ab eis prædicto modo ablatas et captas restituat et restitui faciat. Et si prædictæ communitates vel earum aliqua receptis prædicti Ammirati litteris predicta dampna prædictis nostris fidelibus restituere et resarcire neglexerint, idem Ammiratus auctoritate præsentium super bonis et rebus et de bonis et rebus communitatis seu communitatum quæ seu cujus speciales personæ contra prædictos fideles nostros prædictam dirrobationem et piraticam exercebunt et emendam et restitutionem facere neglexerint quæ ubicumque per Regna nostra inveniri poterunt prædicta dampna prædictis nostris fiedelibus restituat et faciat integraliter resarciri. Volumus in super quod de causis et quæstionibus tam civilibus quam criminalibus quæ inter homines generalis et specialis armatæ nostræ et quorumlibet vassellorum armandorum ad exercendum piraticam movebuntor idem Ammiratus et ille quem ad hoc loco sui statuerit summarie secundum statutum et consuetudinem armatæ ad suum arbitrium cognoscat et singulis conquerentibus justitiam administret quam cognitionem exerceat et exerceri faciat de causis et questionibus videlicet quas moveri contingat à quindecim diebus in antea postquam pro prædicta armata et vassellis armandis incipient solidi exhiberi usque ad quindecim dies postquam vassella ipsa fuerint exarmata. Concedimus etiam eidem Ammirato quod homines deputati et deputandi ad servitia nostrarum tercianaruum de quæstionibus civilibus et criminalibus auctoribus seu accusatoribus coram prædicto Ammirato et ordinatis suis et non officialibus aliis respondere in judicio compellantur et causæ ipsæ per eum secundum justitiam fine debito terminentur. Volumus præterea quod idem Ammiratus comitos deputatos et deputandos ad armatam nostri felicis extollii quos ad hoc insufficientes et minus utiles viderit ab officio comitiæ ipsius amovere valeat et loco eorum alios in arte maris expertos idoneos et sufficientes ad hoc in eodem officio deputare. Ceterum quia multa et diversa servitia in-

cumbentia in nostra Curia sic mentem nostram undique occupant quod ad exequendum et expediendum omnia pertinentia exaltationi nostri nominis et honoris vaccare comode non valemus, ut per illorum industriam de quibus confidimus defectos hujusmodi suppleatur, providimus et precipimus quod idem Ammiratus tempore tam guerræ quam pacis per prædicta regna nostra et comitatum absque mandato nostræ celsitudinis et quorumcumque nostrorum officialium de pecunia nostræ Curiæ sibi per nos seu officiales ejusdem Curiæ assignanda in quantitate sufficienti, quam propterea requisiverit, possit armare usque ad galeras duas deputandas at nostra servitia et alia requirentia negotia quæ pro exaltatione et honore nostro tunc temporis imminebunt. Ad hoc cum idem Ammiratus et ordinati sui de pecunia et rebus aliis solutis et solvendis per eos pro prædicta armata et negotiis aliis propter perplexitates multorum negotiorum recipere nequierit apodixas, volumus et mandamus quod idem Ammiratus de pecunia et rebus aliis quas per se et ordinatos suos propterea receperit et solverit, ponat nostræ Curiæ per quaternos tantummodo finalem et debitam rationem et de his stetur fidei quaternorum ipsorum instrumentis apochis et cautelis aliis omnino exclusis. Si vero et in debellatione et conflictu extollii et rebellium et inimicorum nostrorum Ammiratum ejusdem extollii per nostrum felix extollium in quo idem Ammiratus præsit capi contingerit, volumus et dicto Ammirato nostro concedimus quod Ammiratum extollii revellium et hostium nostrorum cum omnibus rebus suis in eodem extollio existentibus habeat suis utilitatibus applicandum. De navibus quoque et aliis quibuscumque vassellis capiendis per prædictum nostrum extollium idem Ammiratus habeat et habere debeat omnia arma et ropas usitatas pecias pannorum non integras sed incisas saccarias et inbolias vacuas in eisdem vassellis et navibus existentes. Et si naves et vassella ipsa frumento et ordeo fuerint onerata idem Ammiratus de victualibus oneratis in qualibet navium et vassellorum ipsorum habeat usque ad palmum unum. in oireo in paliolis cujuslibet navis et vasselli ipsius quæ suis commoditatibus adquirantur. Habeat præterea idem Ammiratus annis singulis pro expensis suis de pecunia Curiæ nostræ à die videlicet quo armata ipsa fiere incipiet usque quo completa fuerit die quolibet exaginta solidos Barchinonæ. Ad hoc volumus et mandamus quod præfatus Ammiratus habeat et habere debeat omnia vasa armati nostri extollii ad navigandum inutilia et non apta vireda etiam affisos et alia guarninenta nostræ Curiæ vetera inutilia existentia in nostris tercianatibus et extra tertianatos eosdem suis utilitatibus applicanda, proviso prius per aliquos providos et discretos viros in arte maris expertos per nos ad hoc eligendos, quæ vasa prædicta sint ad navigandum inutilia en non apta. Concedimus equidem prædicto Ammirato de gratia speciali quod de Sarracenis capiendis cum nostri vassellis armandis per eum vel alios de mandato suo ipse vicesimam partem consequatur et habeat reliquis partibus Sarracenorum ipsorum fisci nostri commoditatibus applicandis. Concedimus ei etiam ut si contingat eumdem Ammiratum sua pendentia et tractatu à Sarracenis quibuslibet aliqua forsam solita recuperare tributa seu servitia, et insolita in nova adquirere tributis solitis et insolitis antiquis et noviter adquisitis nobis integrè remanentibus ad quantitatem æqualem decimæ prædictorum tributorum ipso Ammirato Sarracenos cogente prædictos eum ad opus suum illam de speciali gratia volumus obtinere. Naves vero et vassella exterorum sive extraneorum quæ in Regnorum nostrorum partibus naufragium patiuntur, de quo naufragium jus consuetum et debitum nostra Curia consequitur, idem Ammiratus habeat suis utilitatibus acquirendis seu etiam acquirenda. Prædicto enim Ammirato concedimus quod habeat et habere debeat omnia jura quæ Ammirati alii præcessores sui ratione Ammiratiæ afficii tam à Curia quam à marinariis et aliis per mare navigantibus consueverunt recipere et habere. Attennentes itaque pericula et labores immensos quæ pro nobis sustinuit et sustinet Ammiratus prædictus, concedimus eidem de liberalitate mera et gratia speciali quod de omnibus rebus et mercibus licitis et permissis quas de suo proprio emi fecerit honerari immiti et extrahi in quibuscumque et de quibuscumque portubus et locis maritimorum Regnorum et Comitatus prædictorum nullum jus nostræ Curiæ solvere teneatur: volentes ac universis et singulis officialibus nostris præsentium tenore mandantes quod ab eodem Ammirato et ejus nuntiis de rebus et mercibus emendis per eum et ejus nuntios de sua pecunia propia honerandis immittendis et extrahendis in quibuscumque et de quibuscumque portubus et locis maritimorum Regnorum et Comitatus nostrorum prædictorum nullum jus ab eodem Ammirato et suis nuntiis exigant nec per alios exigi patiantur. Ut autem in armatæ nostræ negotiis cujuscumque occasionis pretextu nullus deffectus eveniat quoquomodo, volumus et vobis universis et singulis officialibus et personis per prædicta Regna nostra et Comitatum constitutis tenore præsentium mandamus, quod eidem Ammirato et ordinatis suis de omnibus quæ ad ipsius armatæ negotia expectare noscuntur ad honorem et fidelitatem nostram devote pareatis et efficaciter intendatis. Dat. Romæ, quarto nonas aprilis, anno Domini milesimo ducentesimo nonagesimo septimo.

IV.

Concesion que hace el mismo Rey á Roger de ejercer mientras viva el mero imperio en Concentaina, Alcoy, Ceta, y otros pueblos (*4 de diciembre de 1297.*)

Noverint universi quod nos Jacobus Dei gratia Rex Aragonum Majoricarum Valentiæ et Murciæ Comesque Barquinonæ ac Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Vexillarius Ammiratus et Capitaneus generalis: Considerantes et attendentes plura grata et accepta servitia per vos nobilem Rogerium de Loria regnorum nostrorum Ammiratum dilectum conciliarum familiarem et fidelem nostrum nobis exhibita et quæ speramus nobis per vos exhiberi in antea gratiora volentes vos propterea prosequi gratiis et favore concedimus et damus vobis de liberalitate mera et gratia speciali me-

rum imperium per vos vel per quos volueritis loco vestri utendum et exercendum in tota vita vestra tantum et non amplius tam in loco de Concentayna quæ pro nobis tenetis ad fœdum honoratum quam locis vestris infrascriptis videlicet Alcoy, Ceta, Calis, Altea, Navarres, et in loco vocato Podio de Santa María Balse[illegible] et in Castronovo, prout ipsum merum imperium per nos vel offic ales nostros exercebatur et exerceri poterat in locis ipsis. Mandantes procuratori regni Valentiæ ac universis et aliis officialibus et subditis nostris ejusdem Regni, quod prædictam concessionem et donationem nostram vobis dicto nobili Rogerio in tota vita vestra observent et faciant observari et non contraveniant nec aliquem contravenire permitant aliqua ratione. Dat. Valentiæ II, nonas Decembris anno à nativitate Domini millesimo ducentesimo nonagesimo septimo.

V.

Breve del papa Bonifacio VIII al rey de Aragon pidiéndole que defienda á Roger de las correrías que algunos émulos suyos hacen en sus tierras (1.° *de octubre, año 6.° de su pontificado, esto es, de* 1300.)

Bonifacius Episcopus Servus servorum Dei carissimo in Christo filio Jacobo Regi Aragonum illustri salutem et apostolicam benedictionem. Grata et utilia servitia quæ dilectus filius nobilis vir Rogerius de Loria nobis et Romanæ Ecclesiæ jam impendit et iugiter continuato studio impendere non desinit, promerentur ut idem nobilis nos et apostolicam Sedem non solum circa conservationem suorum bonorum et jurium, verum etiam in gratiarum exhibitione debeat favorabiles invenire. Ex parte siquidem eiusdem nobilis gravius nobis est oblata querela quod Gilibertus de Castronovo et nonnulli alii milites de partibus Aragoniæ et Cataloniæ ad sugestionem ut creditur quorumdam æmulorum suorum de partibus supra dictis in castris et terris quæ dictus nobilis in eisdem partibus obtinet et graves molestias et dispendiosa gravamina per pignorationes depredationes multiplices, et aliis diversis modis inferre præsumunt. Nos igitur volentes huiusmodi molestias et gravamina per tuæ potentiæ præsidium submoveri, Regalem Excellentiam rogamus et hortamur attente quatenus prædictum nobilem habens pro nostra et prædictæ sedis reverentia propensius commendatum cum à prædictis militibus et quibuslibet aliis dictarum partium eidem iniuriantibus favorabiliter tuearis, iniuriatore huiusmodi potestate tibi tradita efficaciter compescendo. Huiusmodi autem preces nostras Celsitudo Regia sic admittat quod memoratus nobilis eas sibi sentiat profuisse. Nosque serenitatem tuam possimus exinde dignis in Domino laudibus commendare. Dat. Anagniæ, kal. Octoc. Pontificatus nostri anno sexto.

VI.

Testamento de Roger (1291.)

Noverint universi quod nos Rogerius de Luria regnorum Aragoniæ et Ceciliæ Almiratus, gratis et spontanea volutate, ac sola propria devotione ductus, damus et offerimus cum testimonio huius præsentis publici instrumenti corpus nostrum Deo, et beatæ Mariæ monasterii Sanctarum Crucum, et ibidem eligimus sepulturam in manibus, et potestatem vestri fratris Natalis Cellerarii majoris nomine fratris Bonati Abbatis, et conventus eiusdem monasterii: promittentes vobis, et conventus eiusdem loci legitima stipulatione quod si in Catalonia, vel in regni Aragonum, Valentiæ et Majoricæ nos mori contingerit, quod ad prædictum monasterium nostrum corpus afferatur, et ibidem sepeliatur, et quod nullo tempore de prædictis voluntatem nostram præsentem mutemus, nec in alio loco in prædictis partibus Cataloniæ, Aragonum, Valentiæ et Majoricæ sepulturam notram eligamus. Et si forsitam alibi eligemus in prædictis partibus, illud penitus ex certa scientia revocamus. Et si extra partes prænominatas nos fortase mori contingeret, sepeliri in dicto monasterio nulatenus teneamur. Et quod corpus nostrum sepeliatur in sole diota ecclesiæ ad pedes sepulcri Illustrisime Domini Regis Petri claræ memoriæ ubi sepultus est quod plane, sicut per solum aliud ecclesiæ super lapidem sepulturæ suprapositum possint euntes lapidem ipsum pedibus calcare; et quod in lapide ipso fiat suprascriptio litterarum ad nostrum beneplacitum sicut concessum est novis per vos, et conventum dicti monasterii juxta tenorem instrumenti perpetuum inde confecti. Et ut prædicta omnia, et singula melius, et firmius à nobis attendantur, et compleantur, juramus super sancta quatuor Dei evangelia nostris propriis manibus tacta suprádicta omnia attendere, et complere, et non aliquo contravenire aliquo tempore, modo aliquo, jure, ratione, vel causá sic Deus nos adjuvet, et ejus crux, et sancta evangelia. Quod est actum quarto idus Septembris, anno Domini millesimo ducentesimo nonagesimo primo. — Sig†num Rogerii de Luria supradicti, qui prædicta omnia concedimus et firmamus firmarique rogamus. — Sig†num Raymundi Dez-prats. — Sig†num Leonardi nostri dicti Domini Almirati testium. — Z

Ego Michael Gasol publicus not. Illerdæ hoz instrumentum auctoritase regia à memor., per me recepi escribi feci, et clausi et his omnibus suprascrisps. præsens fui, et hoz sig†num impposui.

NUM. XXXIX.

DON ALVARO DE LUNA.

(1395.—1493.)

El espectáculo que presentan los sucesos públicos de Castilla en el reinado de Juan el Segundo, aunque aflige el ánimo por el desórden tumultuoso de las pasiones, llama poderosamente la atencion con el movimiento y con la variedad. Peleóse encarnizadamente treinta años seguidos entre los próceres del reino sobre quién se había de enseñorear del rey, incapaz de gobernar y falto de fuerza y de carácter para mandar y hacerse obedecer. Todo aquel largo período no fue mas que un flujo y reflujo continuo de facciones y de intrigas, de confederaciones y guerras, de convenios mal guardados y de rompimientos sin fin; y en medio de esta agitacion luce á las veces una audacia y una energía, una generosidad y magnificencia que honran sobremanera á la nobleza castellana; al paso que en otras ocasiones se descubren unas miras tan interesadas, una ambicion y codicia tan sin freno, y una falta de fe tan sin pudor, que desdicen sin duda alguna de tan altos príncipes y señores. El personaje que al fin sobrepuja á todos en fortuna y en poder, y sabe, á pesar de sus embates, sostenerse en la esclusiva privanza á que su diligencia y esfuerzo le subieron, ese cierra aquel dilatado drama con una catástrofe sangrienta, tan inesperada como inconcebible: fácil ocasion á moralistas é historiadores para declamaciones vagas y triviales sobre el frágil favor de los reyes, y sobre la inconstancia y caprichos de la fortuna. Pero otras lecciones harto mas graves é importantes resultan de los acontecimientos en que nos vamos á ocupar; y como el reinado de Juan el Segundo no es, propiamente hablando, mas que el reinado de don Alvaro de Luna, las vicisitudes de su vida dan mejor razon de aquellos contínuos movimientos que otra cualquiera descripcion, porque él es el orígen de donde nacen, el pretesto que los mantiene, el blanco adonde constantemente se encaminan.

Este célebre privado, semejante á tantos hombres ilustres de Castilla y del mundo, no fue hijo del himeneo, sino del libertinaje ó del amor. Húbole su padre en una doña María Fernandez Xarava, á la cual, si la diligencia de los genealogistas ha podido restablecer en el concepto de mujer noble y distinguida, no ha bastado por eso á reponerla en el de mujer honesta y virtuosa (1). Los tres hermanos que ella dió al condestable, todos de padres diferentes, manifiestan el poco recato de su conducta y costumbres, y justifican el desprecio en que sus contemporáneos la tuvieron. No así al padre de nuestro don Alvaro, que tuvo el mismo nombre que su hijo. Era señor de Juvera, Alfaro, Cornago y Cañete; copero mayor del rey Enrique III, tenido por uno de los buenos caballeros de su tiempo, y estimado no solo por su nobleza, una de las primeras de Aragon, sino tambien por los importantes servicios que su casa habia hecho á la familia reinante en Castilla. Ignórase el lugar y el año en que nació aquel niño que habia de ser tan poderoso y célebre despues, y aun los principios de su vida son á la verdad bien oscuros. Siete años tenia cuando murió su padre, y si ha de creerse á su cronista, fué acogido y educado en todos los ejercicios propios de caballero por su tio don Juan Martinez de Luna, hermano de su padre y alférez del infante don Fernando. Fue ayo suyo un Ramiro de Tamayo; á los diez años ya sabia leer, escribir, montar á caballo, cuidar de sus armas, traerse galan y hablar con afabilidad y cortesía. Ya mancebo, y deseoso de señalarse y de servir en la córte, fue llevado á ella por su tio el arzobispo de Toledo don Pedro de Luna, que de acuerdo con su primo don Juan puso á su sobrino la casa y estado que correspondia á su nacimiento. Esto fue en la primavera de 1408, y dos años despues el rey le recibió por su paje, comenzando de este modo la carrera de su engrandecimiento.

La tradicion preferida por los detractores del condestable, y consignada en la crónica del rey, es algo diferente, y para algunos mas anovelada y picante. Segun ella, el señor de Juvera tuvo siempre abandonado á su hijo, dudoso de que lo fuese por las estragadas costumbres de su madre. Enagenados en vida sus señoríos, y hechas sus disposiciones testamentarias, el viejo don Alvaro iba á morir sin dejar nada á aquel niño, cuando uno de sus escuderos, Juan de Olio, movido á compasion, le pidió que no usase de

(1) Los enemigos del Condestable la llamaban por apodo *la Cañeta*, sea porque su padre y marido fueron alcaides de Cañete, sea porque ella era natural y vecina de aquel pueblo. Algunos la llaman *María de Urazandi*, del nombre de su madre, que se decia asi. El cronista de don Alvaro guarda un silencio absoluto sobre esta materia, y se dilata en ponderar la calidad y nobleza de su padre y familia paterna, con lo cual al parecer confirma el concepto en que era tenida la madre. La crónica del rey la califica de *mujer muy comun*, y en esto tiene razon probablemente. Fernan Perez, en sus *Generaciones*, dice que el Condestable «se preciaba mucho de linaje, no se acordando de la humilde é baja parte de su madre.» Importa poco ciertamente que ella fuese buena ó mala, noble ó plebeya, puesto que estas calidades nada influyen ni en el carácter ni en la educacion ni en los sucesos de su hijo.

semejante rigor con tan inocente criatura, que ciertamente era su hijo, y no debia dejarle miserablemente desamparado. Oyó el moribundo los ruegos de aquel buen servidor, y mandó que se diesen al niño ochocientos florines que quedaban despues de cumplidas las mandas del testamento, y falleció sin darle otra prueba de afecto paternal. Con el dinero y el niño partió al instante el escudero, y se presentó al antipapa Benedicto XIII, hermano de don Juan Martinez de Luna, abuelo del pobre huérfano. El prelado le reconoció sin dificultad por su deudo, le dió la confirmacion, mudándole el nombre de Pedro, que antes tenia, en el de Alvaro, y le crió con todo esmero y regalo en su palacio. En fin, cuando despues el sobrino de Benedicto, don Pedro de Luna, arzobispo de Toledo, se vino á Castilla y se presentó en la córte, trájosele consigo, y por medio de Gomez Carrillo, ayo de Juan el Segundo y deudo suyo, pudo conseguir que se le admitiese al servicio de palacio y se le pusiese en la cámara del monarca.

A pesar de la diversidad de estas noticias, siempre resultan de ellas dos hechos positivos que no pueden controvertirse: el uno, que don Alvaro de Luna quedó muy niño huérfano de padre, sin casa, sin estado y sin fortuna, y puede decirse que abandonado; el otro, que su presentacion en la córte de Castilla fue hecha por el arzobispo de Toledo en 1408. Que entrase de pronto en el servicio de palacio, ó que esto se verificase dos años despues, es cuestion de poco momento; pero en lo que todos convienen es en el ascendiente prodigioso que empezó á tomar al instante en aquel teatro. La gracia sin igual que se veia en sus modales, el atractivo de sus palabras, la prudencia de su conducta en una edad tan temprana le hacian querer y estimar de sus inferiores, á quienes siempre trataba con afabilidad y con llaneza; de sus iguales, que encontraban en él un amigo y un muy divertido compañero; de sus superiores en fin, á quienes sabia ganar con su respeto y cordura. Festivo y bullicioso con los niños, gentil y bizarro con los mancebos, galan y discreto con las damas, sabia prestarse á todo, y en todo sobresalia (1). Lo mas admirable fue el instinto ó el arte con que se supo hacer amar del rey, y cautivar su ánimo con unos vínculos tan fuertes en medio de la disparidad de las edades. El tenia á la sazon diez y ocho años (2), el rey no mas de tres, y á poco tiempo de la entrada del nuevo doncel en palacio, ya no solo le preferia á los demas cortesanos de cualquiera clase y edad que fuesen, sino que no sabia respirar ni vivir sino con él. El solo halago de la adulacion y de obsequio no basta á dar razon de este fenómeno moral: todos los palaciegos aspirarian á lo mismo y adularian y obsequiarian á porfía; pero con cuál prestigio supiese don Alvaro ganarse la preferencia, y tomase un dominio tan absoluto y tan largo sobre la voluntad del rey, no es fácil decirlo ahora con una puntualidad que satisfaga. Sus ignorantes enemigos lo atribuyeron entonces á hechizos vanos y artes del demonio. Ahora se diria tal vez que fue una incomprensible simpatía. Pero no es muy difícil comprender, atendidas las prendas y habilidades de don Alvaro, que el rey se aficionase con tanta vehemencia á aquel que sobresaliendo entre todos los que le rodeaban, era el que mas gusto le daba cuando niño, el que mejor le entretenia cuando muchacho, y el que mejores y mas sanos consejos le daba cuando jóven. Añádase á esto la habilidad con que el favorito supo aprovechar estas propicias disposiciones, la eminencia de sus servicios, y el predominio que necesariamente toma toda alma fuerte sobre otra indolente y débil que se acostumbra á ser subyugada por ella.

La primera vez que se manifestó esta inclinacion esclusiva fue con motivo de un viaje que hizo don Alvaro á Toledo para visitar al arzobispo su tio. El rey niño empezó de pronto á mudar de semblante, á no manifestar el contentamiento que solia, á no complacerse con nada ni con nadie. La reina su madre, conociendo el motivo de su disgusto, mandó venir á don Alvaro, y con su presencia el rey volvió á su alegría acostumbrada. Crecia en años, y crecia con ellos la gracia y la privanza del doncel afortunado. Una mitad de la córte le obsequiaba y se postraba delante de su grandeza futura, mientras que la otra intentaba derribarle de aquel valimiento anticipado, y trataba de separarle de palacio. Creyóse haber hallado la ocasion oportuna para ello en el viaje que la infanta doña María, hermana del rey, iba á hacer para casarse con el príncipe heredero de Aragon. Nombrados los prelados, grandes y caballeros que habian de acompañarla, fue tambien nombrado don Alvaro entre ellos, como para honrarle y proporcionarle el gusto de visitar y reconocer á los parientes que tenia en aquel pais. Bien conoció él, á pesar de estas aparentes ventajas, el tiro que se le hacia; pero no siendo llegado aun el tiempo de mandar se resignó á obedecer. Dispuso su partida, y se llegó á besar la mano y despedirse del rey, que manifestó desde luego su repugnancia á aquella separacion; y cuando don Alvaro le hizo presente que convenia á su servicio que él partiese con la infanta, el rey entonces, arrasados de lágrimas los ojos, y echándole sus pequeñuelos brazos al cuello, le dijo que si todavía queria su servicio, se viniese luego para él. Así partió á Aragon, donde fue aplaudido y obsequiado á porfía por su familia, segun su calidad y esperanzas, y donde el anciano Benedicto, á quien duraba aun su poder pontificio, se regocijó con él y le echó su bendicion. Mas la impaciencia del rey por tenerle junto á sí no le dejó disfrutar mucho tiempo estos

(1) «E mayormente veyendo cuánto dispuesto era don Alvaro para todas las cosas. Ca si habian de luchar ante el rey los fijos de los grandes, ó sacar el pié del foyo, ó danzar, ó cantar, ó facer otros fechos ó burlas de mozos, don Alvaro de Luna se aventajaba sobre todos; ó si habian de correr monte, él feria el puerco ó el oso ante todos; ca era muy montero de corazon, é muy osado é gran cabalgador é braccero.» *(Crónica de don Alvaro*, tít. 6.)

(2) Esta edad le da la crónica del rey: si se atiende á algun pasaje de la suya particular, debia tener menos, pues en el tít. 7, que se refiere al año de 1417, dice que entonces no habia don Alvaro llegado á los veinte. Pero esta regulacion no está conforme con la que resulta en los títulos 99 y 122, donde el autor vuelve á tratar de la edad de su héroe, sin estar nunca acorde consigo. Todo manifiesta la poca diligencia con que han sido examinados y tratados los acontecimientos de los primeros años del condestable.

obsequios: la reina le mandó venir, y el monarca y la córte volvieron á recobrar la gentileza y alegría que, segun su coronista, les habia sido robada toda con su ausencia.

A quien mas parte cupo de este regocijo público fue á las damas, que prendadas de su gracias ó ambiciosas de su fortuna, unas le querian por su galan, otras le codiciaban para marido. Correspondia él á los halagos de las unas con la amabilidad y el agrado que siempre le acompañaban, y se defendia de las otras con cautela y con prudencia, diciéndoles que un caballero tan jóven y sin fortuna no era bien que tomase estado todavía. Sus miras eran mas altas, como se vió despues; pero la obra de su circunspeccion estuvo á pique de venir al suelo por la prontitud y voluntariedad de la reina, que intentó á deshora casarle casi por fuerza. Entre las damas que le favorecian se señalaba con mas esmero y cariño una Inés de Torres, favorita de la reina y la persona mas poderosa de palacio. Esta le distinguia entre los demás donceles del rey con un afecto particular y constante, le llamaba hijo, le consolaba cuando triste, le cuidaba cuando enfermo. Sus finezas en fin eran tales, que llegaron á causar cuidado al caballero que la galanteaba, Juan Alvarez de Osorio, un señor poderoso en Leon y entonces el cortesano de mayor influjo. Ya por quitarse esta sombra habia sido el aconsejador principal del viaje de don Alvaro á Aragon. Pero como esta intriga no produjo efecto ninguno, y don Alvaro volvió de su viaje mas poderoso y peligroso que nunca, se dió á pensar que haciéndole casar cuanto antes se desembarazaria de tán incómodo rival. Tuvo pues arte para persuadir á la reina que aquel mozo estaba prendado de Constanza Barba, otra dama de palacio agregada al servicio de la infanta doña Catalina, añadiendo que ella no lo estaba menos de él, y que era conveniente al decoro de la casa real, y tambien al de los dós, que prontamente se desposasen. La reina, prevenida, llama á su cámara á don Alvaro, le manda esperar allí, y entrándose en su retrete, donde tenia ya llamadas á Constanza y á su madre, las previene que el desposorio de los dós iba á celebrarse al instante. El doncel, que entreoyó lo qüe se trataba y estaba convencido dé cuán poco le convenia, tomó al instante su partido con resolucion, y se salió de la cámara y del palacio, dejando así plantada la novia, el casamiento y la casamentera. Mantúvose en su casa sin presentarse en la córte, y quejándose altamente á todo el mundo de la violencia de la reina, que así queria atropellar y perder á un jóven desvalido. Mas este retiro no podiá durar mucho tiempo; y el rey echándole menos, segun su costumbre, y no pudiendo vivir sin él, fue necesario que el doncel volviese á su puesto cerca de su persona, y no se habló mas de lo pasado.

No perdió por eso con las damas el favor que antes tenia; antes bien, como les quedaba aun la ilusion ó la esperanza de hacerle suyo, todas á porfía le festejaban, y él continuó por mucho tiempo siendo el ídolo de todas. Mostróse esta inclinacion de un modo bien halagüeño en el funesto accidente que le aconteció en la justa celebrada en Madrid cuando entrado el rey en la mayor edad, se entregaba de la gobernacion del Estado. Esmeróse él aquel dia en gallardía y lucimiento, como para justificar el amor del rey y el favor de la córte; y despues de haber roto muchas lanzas y hecho diferentes carreras bizarras y vistosas, quiso su desgracia que en el último encuentro que tuvo con un gran justador que allí se hallaba, y se decia Gonzalo Cuadros, el roquete de la lanza de este le rompió la visera y le quebrantó el casco de la cabeza. Empezó al instante á arrojar la sangre como á rios, de que se inundaron las armas, las sobrevistas, y las trenzaderas de oro de que pendia la joya que le habia dado su amiga. No cayó por eso del caballo; mas sus amigos acudieron, le desarmaron y le llevaron en andas á su casa. El rey le envió sus físicos para curarle, le fué á ver muchas veces, y á su ejemplo toda la córte. Las damas sobre todo hicieron gran duelo por su desgracia, como si se les enlutara su alegría: rogaron, rezaron, prometieron, y los votos á que algunas se obligaron los tendríamos ahora por estravagantes, á no considerar que estos actos se resienten siempre ó se complican con las opiniones, con los gustos y con las costumbres del tiempo en que se celebran (1).

La cura fue peligrosa y larga, y por lo mismo no pudo seguir la córte, que á principios de abril se trasladó de Madrid á Segovia. En su ausencia los grandes y caballeros que rodeaban al rey arreglaron los destinos de palacio y los oficios de cámara sin tener la debida cuenta con él ni guardarle las promesas y pactos que con él tenian hechos. Así, cuando don Alvaro, sano ya de su herida, se presentó en Segovia, todo lo encontró mudado: la córte dividida en bandos, él sin puesto alguno distinguido cerca del rey, y sus rivales triunfando ya de su desaire. Mas cuando una noche el monarca, delante del condestable y otros cortesanos que en vano habian pretendido el mismo favor, le dijo que se acostase á los piés de su cama, ellos salieron corridos y enojados de aquella preferencia singular, con la cual caian al suelo sus maquinaciones y esperanzas.

Ayudóle mucho en esta ocasion el mayordomo mayor del rey, Juan Hurtado de Mendoza, casado con doña María de Luna, prima hermana suya, y desde aquel punto la direccion y principal influjo en los negocios empezó á depender de los dos: de Juan Hurtado mas al descubierto, por el puesto que obtenia; de don Alvaro con mas disimulo, por no tener todavía destino ni cargo alguno en el Estado. Pero esta oscuridad no podia durar mucho tiempo: ya era hombre hecho, el rey cada vez mas prendado de él, su alma sintiendo en sí los talentos que llevan al mando y á la gloria, y estimulada con todos los incentivos de la ambicion, y si se quiere de la soberbia. Todo pues le impelia á salir de aquella estacion indecisa, propia de un muchacho, y no de hombre, y á entrar en la carrera de honores y poder

(1) «E muchas ovo ende, dice su coronista, que prometieron con gran devocion de no comer cabeza jamás en algun tiempo, de ninguna cosa que fuese, por él ser ferido de tal manera como habemos contado en la cabeza, por tal que Dios le librase é le diese salud.» *(Crónica de don Alvaro*, tít. 8.)

que veia abierto delante de sí y á que le convidaba la fortuna. Lleno de estas ideas y de tan grandes esperanzas, se empezó á tratar con mas solemnidad y aparato; y aquel mancebo que tres años antes, cuando la reina le quiso casar, se llamaba pobre y desvalido, al partir el rey de Segovia para Valladolid, y sin tener mas título que el de su doncel, sacaba ya su hueste de hasta trescientos hombres de armas, siguiendo su estandarte diferentes mancebos nobles é ilustres caballeros. Señalábanse entre ellos García Alvarez, señor de Oropesa; Alfonso Tellez Giron, señor de Belmonte; don Alfonso de Guzman, señor de Santa Olalla; Pedro de Portocarrero, señor de Moguer (1): cuyo séquito y cuyo nombre daban autoridad y ostentacion al jóven ambicioso que los acaudillaba, y empezaban á mostrar al mundo el futuro regulador de Castilla.

Ocupados hasta ahora en dar alguna idea de sus principios y mocedades, hemos dejado para este lugar la esposicion del estado en que se hallaba la monarquía: esposicion necesaria para entender los sucesos que van á referirse, y que nos obliga por lo mismo á volver los ojos mas arriba, y examinar por un camino diverso el periodo de tiempo que acabamos de recorrer.

El cetro de Castilla al morir Enrique III había pasado á las manos de su hijo Juan el Segundo, niño entonces de veintidós meses (24 de diciembre de 1406). Quedaban por gobernadores del reino y por tutores del rey, doña Catalina su madre y el infante don Fernando su tio, hermano del rey difunto. Mas á pesar de esta prudente disposicion de Enrique, todavía los ánimos recelosos temian las agitaciones y peligros que amenazaban en una minoría tan dilatada. Movidos de este instinto, se dice que convidaron al infante con el trono, y le incitaron á que se llamase rey (2); y que él, desechando unas sugestiones tan indignas de su carácter, hizo proclamar á su sobrino con una solemnidad no conocida hasta entonces, y fue el primero á jurarle obediencia y lealtad. Era sin duda don Fernando un príncipe muy cabal y digno de dar este virtuoso ejemplo á los hombres. Pero en aquel caso la prudencia se hermanaba perfectamente con la justicia, y aconsejaba con igual eficacia desatender las voces de la lisonja y de la ambicion. Reunia el rey niño en su persona los intereses de las dos casas contendientes; y el partido vencido en los campos de Montiel tenia en fin la satisfaccion de ver sobre el trono de Castilla al descendiente del infeliz don Pedro. El trastorno en la sucesion hubiera dado un pretesto justísimo de descontento á aquel partido, no bien sosegado todavía, y el medio imaginado para precaver los desórdenes de la minoridad fuera cabalmente la ocasion de darles principio y movimiento con la usurpacion del infante.

De cualquiera modo que esto fuese, él correspondió dignamente á la confianza del rey su hermano. Tenia una cualidad, harto rara por desgracia en los que se hallan en la cima del poder, que era una inclinacion y amor sincero á la equidad y á la justicia: de modo que su gobierno fue benigno y recto con los pueblos, firme y respetado con los grandes, al paso que terrible y glorioso para con los Moros. La guerra que tenia proyectada contra ellos el rey difunto fue realizada por él y de un modo el mas brillante y afortunado. Ganóles la batalla de Antequera, se apoderó de esta villa, y tambien de Zahara, Cañete, Pruna, Ortexicar y la torre de Albaquin; y no se sabe hasta qué punto los hubiera reducido con la fuerza de sus armas si en medio de sus sucesos no hubiera venido á suspenderlos la fortuna, ciñendo á sus sienes la corona de Aragon, para lo cual quizá tuvo mas parte su buen nombre y sus virtudes que su derecho, por grande que se le suponga.

No así la reina gobernadora, alma comun, carácter ordinario, inhábil al mando, indócil al consejo y neciamente celosa de su autoridad. Entregada sin reserva á mujeres y hombres oscuros, que abusaban de su confianza, daba, como todos los ánimos pobres y rastreros, fácil oido á chismes, rencillas y sospechas; y sin la noble condicion y cordura del infante, mas de una vez hubiera estallado en debates escandalosos aquella tutoría de justicia, de tranquilidad y de gloria. Estimábala el rey su esposo en lo poco que ella merecia, y si juzgó de necesidad política darla parte en el gobierno, no juzgó conveniente dejarla el cuidado de la custodia y educacion del príncipe heredero. Así que mandó espresamente en su testamento que fuese puesto en poder de dos caballeros de su confianza, Diego Lopez de Stúñiga, justicia mayor de Castilla, y Juan Velasco, camarero mayor del rey; los cuales, en compañía del sabio obispo de Cartagena, don Pablo de Santa María, le guardasen, rigiesen y educasen cual convenia al bien del Estado que despues habia de gobernar. Esta cláusula del testamento no se cumplió: doña Catalina alegó los derechos de madre, á quien á la verdad parecia duro desapoderar de su hijo; el infante y los testamentarios quisieron consentirlo, y esta condescendencia fatal fue la primera causa de todas las agitaciones y desgracias que sobrevinieron despues.

Porque recelosa de perder la ventaja que acababa de conseguir, y en la cual cifraba ella toda su importancia y poderío, su principal cuidado, ó mas bien su único pensamiento en toda aquella larga tutoría, fue tener al rey siempre á su vista y casi siempre encerrado para que no se le quitasen. Nadie le veia sino las pocas personas

(1) «E venian ya con él, e so los fondos de su bandera,» dice su Crónica. Allí mismo espresa que para este tiempo ya era maestresala del rey; pero en los documentos del año 19 y en algunos del año 20, no se le da mas título que el de doncel.

(2) Este hecho, en mi opinion muy dudoso, parece en la Crónica mas bien una conversacion vaga que un caso pensado, y por consiguiente no era acreedor á la importancia moral y aun política que le han dado los historiadores. Véase en la Historia latina de Lorenzo Valla el pasaje relativo á la solemnidad de la aclamacion del rey de Castilla, escrito y compuesto con mas visos y formas de declamacion que de verdad histórica. Véase tambien á Mariana, que toma ocasion de este supuesto desprendimiento para poner en boca del condestable Dávalos una bella arenga sobre el origen de las sociedades e institucion de la autoridad real. El buen Condestable, nombrado por el rey Enrique su primer ejecutor testamentario, no es creible que pensase en el proyecto que Mariana le atribuye ni que supiese las buenas cosas que le hace decir; y en esta parte el historiador retórico faltó á la conveniencia, tan fielmente observada por sus modelos los historiadores antiguos. Si la invitacion hubiese tenido la solemnidad que se le atribuye comunmente, el cronista Alvaro de Santa María, tan parcial á don Fernando y tan prolijo en sus obras, no la contara tan de paso, ni tampoco guardaria Fernan Perez el silencio que guarda acerca de ella en el capítulo de sus *Generaciones* en que trata de este rey.

de quienes ella se fiaba, y el no veia nada de lo que pudiera despejar su espíritu y fortalecer su carácter. Crióse asi con mas señas de cautivo que de monarca, contrayendo en aquel dilatado y estrecho pupilaje dos vicios que desgracian mucho á cualquier hombre, por privado y poco importante que sea, y desdicen del todo de la condicion de rey: la servidumbre y la indolencia. El encierro en que estaba aquel miserable príncipe en los seis últimos años de su menor edad fue tal, que cuando su madre murió de repente en 1.° de junio de 1418, la primera providencia de los grandes que componian el gobierno fue mandar abrir las puertas del palacio y que el rey saliese por las calles de la ciuciudad á ver y ser visto de los Castellanos, reputándose aquel dia en la opinion general como el de un segundo nacimiento.

Ocho meses despues fue declarado mayor y se entregó del gobierno. Habia cumplido ya los catorce años requeridos por la ley; en la cual se han querido atajar los inconvenientes de las regencias, aunque sea á costa de dejar abierta la puerta á todos tos males que nacen de la imcapacidad y la inexperiencia propias de edad tan temprana. Asi sucedió desgraciadamente con Juan el Segundo. El se sentó en el trono de Castilla, pero ni sus manos estaban en aquella época mas firmes para manejar el cetro, ni su cabeza mas hábil para dictar leyes á su pueblo, que cuando catorce años antes los Castellanos le habian jurado en la cuna por heredero de la monarquía. Niño era entonces, niño fue despues: el vacío que se descubria en la silla del poder era demasiado grande para no escitar el ansia de llenarle; y si la ley escusaba ya al príncipe de tutor, la necesidad y su carácter propio se le volvian á imponer.

La ambicion turbulenta de los grandes de Castilla, contenida tantos años por la firmeza de Enrique III y por la prudencia del infante gobernador durante la minoría de su hijo, tenia abierto ahora un campo bien ancho en que ejercitarse. Dábales mayor facilidad para ello una circunstancia que al parecer debia refrenarles, y era la intervencion de los dos infantes de Aragon don Juan y don Enrique. Primos hermanos del rey de Castilla, heredados ampliamente en el reino, hijos de un príncipe cuya memoria y servicios eran tan gratos á los Castellanos, necesariamente tenian que ser los primeros en poder, los mas atendidos en el Consejo, los mejores defensores de la autoridad del rey su primo. Pero estos príncipes demasiado jóvenes todavía, seguian el impulso de las pasiones de los que los gobernaban, y luego que fueron hombres no atendieron á mas que á contentar y satisfacer el interés y el frenesí de sus pasiones propias. Para mayor confusion, los ánimos é intereses de los dos estaban divididos y discordes. Los grandes, que no podian disputarles la autoridad, se dividieron entre ellos segun la aficion, el interés, la ocasion y las obligaciones y pactos que de antes los enlazaban. Al infante don Juan seguia el arzobispo de Toledo don Sancho de Rojas, que en la época anterior habia tenido la mayor parte en el gobierno; don Fadrique, conde de Trastamara; Juan Hurtado de Mendoza y otros muchos. Los principales que seguian á don Enrique eran el arzobispo de Santiago don Lope de Mendoza, el condestable de Castilla don Ruy Lopez Dávalos, y el adelantado Pedro de Manrique. Cada uno de estos dos infantes tenia pues su partido para torcer las cosas en su favor cuando le conviniese, y el rey no tenia aun ninguno para gobernar y administrar el Estado segun conviniese al bien público y al decoro de su autoridad.

Cuando la córte, hecha la solemnidad de la entrega del gobierno al rey, pasó de Madrid á Segovia, los próceres que componian su consejo, ademas de disponer de los oficios y dignidades del Estado y de palacio en la forma que les convino, establecieron el órden en que habian de intervenir en la gobernacion, sin estorbarse los unos á los otros. Eran en número de quince y acordaron que cinco nada mas estuviesen en ejercicio, y alternasen de cuatro en cuatro meses en la asistencia á la córte y en el despacho de los negocios: forma en sí misma insuficiente para gobernar bien, y menos para conservarlos en paz. La córte pasó despues á Valladolid, de donde partió á Navarra el infante don Juan á celebrar sus bodas con la princesa hereditaria de aquel reino, doña Blanca, hija de Cárlos el Noble (1420). Y como el infante don Enrique anduviese ya quejoso de que no se guardaba con él lo que se habia capitulado en su favor en Segovia, y envidiase la mayor cabida que su hermano tenia en la direccion de las cosas y en la aficion de los hombres, hubo de aprovechar la ocasion que se le ofrecia con su ausencia, y mejorarse en fortuna y en partido. El fatigó con recados importunos y proposiciones á cual mas escesivas á Alvaro de Luna, Juan Hurtado de Mendoza y Fernan Alonso de Robres, que eran los que estaban mas en la intimidad del rey, para que atendiesen á sus negocios y le favoreciesen en ellos. Su anhelo principal entonces era casarse con su prima la infanta doña Catalina, hermana del rey, á la cual se diese en dote el marquesado de Villena. Con esta rica presea, y con el maestrazgo de Santiago, que él tenia, le parecia estar ya con todos los medios de grandeza, de riqueza y de poder á que su corazon aspiraba, para no ceder á ninguno y abrirse paso á todo lo que su orgullo ó su capricho le sugiriese. Los privados del rey, ó por celo ó por desvío, no prestaron oido fácil á sus propuestas, y él, despechado entonces, concibió en su ánimo una temeridad que coronada al principio por la fortuna, fue el primer eslabon de aquella cadena de desastres que despues sobrevinieron.

Hallábase el rey en Tordesillas; allí estaba tambien la infanta doña María de Aragon su prima, con quien acababa de desposarse, y su hermana la infanta doña Catalina. El infante don Enrique hizo venir á la desfilada trescientos hombres de armas, y sorprendiendo de noche el palacio con ellos (12 de julio de 1420), entró en él acompañado de su mayordomo mayor y consejero íntimo Garcí Fernandez Manrique, del condestable don Ruy Lopez Dávalos, del adelantado Pedro Manrique, del obispo Juan de

Tordesillas y de otros caballeros de su bando, todos cubiertos de capas pardas para no ser conocidos. Lo primero que hicieron fue prender á Juan Hurtado de Mendoza y á su sobrino Pedro de Mendoza, señor de Almazan; á quienes sin duda consideraban como personajes de mayor oposicion. Hecho esto, se fueron á la cámara del rey, que estaba abierta, y le hallaron durmiendo, y á sus piés á don Alvaro de Luna. El infante se acercó al rey y le dijo: «Señor, levantáos, que tiempo es.—¿Qué es esto? dijo el monarca, despavorido y turbado.—Señor, contestó el infante, yo soy venido aquí por vuestro servicio, para separar de vos las personas que mal os sirven y para sacaros de la sujecion en que estais.» Dióle parte en seguida de la prision hecha en los dos Mendozas, y prometió hacerle mas larga relacion de todo luego que se levantase. Menos satisfecho el rey con la contestacion que se le daba, «¿cómo es esto primo? esclamó reconviniéndole; ¿esto habíades de hacer vos?» Procuraron al instante darle razon del hecho el condestable y el obispo, esponiéndole los muchos desórdenes que se cometian en su casa y en la gobernacion del Estado por todos los que en ello influian, y persuadiéndole á que aquello se hacia por su servicio y bien universal del reino.

Entre tanto en el palacio todo era agitacion y desórden: cruzaban los unos por entre los otros; estos armados, aquellos desnudos, mezclados confusamente damas, sirvientes, hombres de guerra: todos despavoridos, y preguntándose con asombro y con dolor qué rebato y atropellamiento era aquel. Mientras duró la confusion y el alboroto tuvieron cuidado los conspiradores de que el rey no saliese de su cámara, y para aquietarle y contentarle le decian que aunque los demas cortesanos eran malos, Alvaro de luna era muy buen servidor suyo, y debia conservarle cerca de su persona y hacerle muchas mercedes. Su coronista segura que él de pronto les afeó mucho su atentado; pero la crónica del rey nada dice en esta parte, y es probable que él entonces, ó sorprendido ó cauteloso, guardase un silencio que la situacion le prescribia. Lo cierto es que los facciosos vencedores procuraron ganarle con toda clase de obsequios: entonces se le nombró del consejo del rey, y se le señalaron los cien mil maravedís anuales, que disfrutaban los que servian igual cargo y dignidad.

Como el objeto principal de don Enrique era apoderarse del rey, y lograr de ese modo casarse con la infanta y adquirir el grande Estado á que aspiraba, la revolucion que acababa de realizar en palacio no fue sangrienta á ninguno. Contentóse con quitar los guardias y oficiales del rey y poner otros de su valía, con desterrar á Fernan Alonso de Robres á Valladolid, y tener preso á Juan Hurtado de Mendoza. De este exigieron que hiciese entregar el alcázar de Segovia, adonde el infante queria llevar al rey, temerosos de que su hermano viniese en fuerza á deshacer aquel hecho. Mas como el alcaide que tenia el alcázar por Juan Hurtado no quisiese entregarle sino á él en persona, dieron á Juan Hurtado licencia, con pleito-homenaje que prestó de hacer luego la entrega por sí mismo, dejando para ello en rehenes á su mujer doña María de Luna y dos hijos pequeños. El salió, pero en vez de ir á Segovia, se fué á Olmedo al infante don Juan, dando por disculpa de su falta de palabra que el pleito-homenaje se le habia tomado estando preso y para cosas de servicio del rey. Por esta razon el viaje á Segovia no tuvo efecto, y se determinó que la córte fuese á Avila. Mas al moverse de Tordesillas hubo otra dificultad, y fue que la infanta doña Catalina, sabedora de los intentos de su primo, y entonces no gustosa de ellos, quiso quedarse en Tordesillas, y para eso se entró como á despedir de la abadesa del monasterio de monjas que allí habia, de donde envió á decir á su prima la esposa del rey, que se fuese en buen hora, porque ella no entendia salir de allí. Llamada y vuelta á llamar de parte del rey, y visto que á todo requerimiento se negaba, fué necesario que el obispo amenazase á la abadesa de proceder contra ella, y que Gaci Fernandez amagase con que iba á derribar el monasterio. Entonces salió la infanta con pleito-homenaje que la hicieron de que no se la haria fuerza ninguna para casarla con don Enrique, ni le quitarian á María Barba su haya.

Esto allanado, el infante llevó la córte á Avila, ya que no podia ser á Segovia, y allí hizo llamamiento de sus parciales, al mismo tiempo que el infante don Juan, el infante don Pedro, su hermano, y el arzobispo de Toledo, primero en Cuellar y despues en Olmedo, hicieron llamamiento de los suyos, y reunieron la gente de armas que pudieron para venir á poner al rey en libertad. Las cosas amenazaban un rompimiento escandaloso, sin la reina viuda de Aragon que empezó á intervenir en ellas y á procurar concertar entre sí á los infantes sus hijos. Moviéronse algunos tratos de convenio, que no tuvieron efecto, porque don Enrique no queria absolutamente dar entrada á partido ninguno que le quitase la preponderancia esclusiva que tenia usurpada cerca del rey. Su hermano, por respeto á la mediacion que intervenia, y cumpliendo con uno de los artículos del convenio en que los dos partidos se acordaron, licenció la gente de guerra que habia juntado en Olmedo. Don Enrique y los suyos acordaron conservar mil lanzas en la córte á sueldo del rey, para quedar así los mas fuertes. Y como don Juan y el arzobispo hubiesen enviado cartas á las ciudades y villas del reino afeando el hecho de Tordesillas, y convidándolas á que por sus diputados se prestasen con ellos á entender en lo que tan grave caso requeria, don Enrique envió tambien las suyas en sentido contrario, afeando la conducta del partido opuesto, asi antes como despues de aquel acontecimiento, y convocándolas á córtes generales, para con su consejo proceder á lo que fuese mas del servicio del rey y provecho del reino.

Ya antes en Tordesillas, deseoso de tener la opinion popular en su favor, habia negociado con algunos procuradores de córtes que acaso allí se hallaban, que escribiesen á sus pueblos

poniendo en buen lugar lo que entonces se hizo, y les mandó de parte del rey que aunque el tiempo de sus procuradurías era pasado, usasen, sin embargo, de ellas y le acompañasen para tomar su consejo en las cosas que á su servicio cumplian. Mas las córtes se celebraron despues en Avila, tuvieron otra solemnidad, y debian producir en concepto del infante un resultado mas favorable á su causa. Acudieron con efecto los procuradores de las ciudades al llamamiento del rey. Las córtes que se celebraron solemnemente en aquella catedral, y el jóven monarca, sentado en su real trono, manifestó á los grandes, prelados y procuradores presentes, que los habia juntado allí por las razones que les daria de su órden el arcediano de Guadalajara don Gutierre Gomez de Toledo. Este eclesiástico, que tenia entonces opinion de gran letrado, salió al instante al púlpito, y en un discurso artificioso y lleno de autoridades y de citas (1), probablemente poco entendidas del auditorio, espuso las injusticias y desaguisados que se cometian por los que gobernaban el reino anteriormente; la necesidad de lo hecho en Tordesillas para remediarlos y estorbar la perdicion del reino, que iba á verificarse con ellos; la aprobacion que el rey hacia de aquel hecho, y su mandato á todos los grandes de su reino, á los de su consejo y á los procuradores que lo aprobasen tambien. El rey, acabado el discurso, repitió el mandato, y los grandes y los mas de los procuradores obedecieron, diciendo que lo aprobaban; de todo lo cual se estendió un largo testimonio por los escribanos de cámara que lo presenciaron. En medio de esta docilidad general es digna de notarse la noble oposicion de los procuradores de Búrgos, que dijeron no poderse llamar córtes donde no estaban ni habian sido llamados los principales que en ellas deberian estar; añadiendo que antes que aquellas córtes se hiciesen deberian ser convocados y oidos todos los señores y prelados que faltaban, y acordadas todas las divisiones que parecia haber en estos reinos (2).

No satisfecho el infante con esta aprobacion, al parecer nacional, quiso tambien tener la del papa, y para ello diputó á su orador don Gutierre, para que hiciese saber al Santo Padre de parte del rey el estado del reino y las cosas pasadas, justificando á don Enrique, y cargando toda la culpa al infante don Juan y á los prelados y señores de su parcialidad. Llevaba ademas aquel enviado una comision mas importante á don Enrique, y era una suplicacion del rey para que el papa consintiese en que todas las villas y lugares del maestrazgo de Santiago fuesen del infante por juro de heredad para él y sus descendientes, con título de ducado. Con este objeto se dieron al arcediano cartas de creencia del rey y de los de su consejo, y la crónica añade que ademas de sus dietas se libraron en Sevilla diez mil doblas de oro del tesoro del rey para que allá las repartiese entre quienes fuese menester: hecho que pone bien de manifiesto el descaro con que en aquella noble gente se mostraban á porfía la codicia y la ambicion.

Solo faltaba al infante para el total logro de sus miras efectuar su casamiento con doña Catalina. El rey se habia velado con la infanta doña María, su esposa, hermana del infante, en los primeros dias del mes de agosto (1420). Quisiera luego don Enrique conseguir sus miras con su pretendida esposa, pero ella lo repugnaba con igual teson que al principio, y aun habia enviado á su aya María Barba al infante don Juan, recomendándose á él para que no se la hiciese fuerza en ello. Mas en el viaje que la córte hizo desde Avila á Talavera el infante pudo hablarla y verla en la torre de Alamin, donde el rey hizo parada. Y sea inconstancia femenil, ó que don Enrique se hubiese hecho amar, ó que se hiciese temer, lo cierto es que contra la espectacion de todos, ella consintió allí en el casamiento, y luego que llegaron á Talavera se celebró el desposorio y se velaron. El rey hizo donacion á su hermana del marquesado de Villena, otorgó diferentes mercedes á los caballeros que servian al infante, y aun entonces se dice que dió la villa de Santisteban de Gormaz á don Alvaro de Luna, el cual por aquellos dias se veló con doña Elvira Portocarrero, hija de Martin Fernandez Portocarrero, señor de Moguer y nieto del almirante don Alonso Enriquez (3).

Pero esta máquina de artificio y de violencia no podia durar mucho tiempo. El infante desde Talavera pensaba llevar al rey á Andalucía, donde su partido era mas poderoso que el de su hermano, y ya en este tiempo los principales grandes que le seguian, y con especialidad el conde don Fadrique y el de Benavente, estaban descontentos de él por la desigualdad con que distribuia entre ellos el favor y la confianza. El rey, por otra parte cansado de ser juguete de aquel tropel de ambiciosos, anhelaba por salir de la opresion en que le tenian, y durante el viaje de Avila á Talavera habia manifestado mas de una vez el deseo de escaparse de entre sus manos. Don Alvaro de Luna, con quien solamente lo consultaba, se lo desaconsejó por entonces, haciéndole ver las dificultades que en ello habia por la vigilancia estraordinaria con que don Enrique le guardaba. Mas luego que llegado á Talavera y casado el infante con doña Catalina, se le vió acudir mas tarde de lo que solia á su receloso cortejo en palacio, entretenido con el regalo y gusto de su nuevo estado; entonces don Alvaro creyó llegada la ocasion que deseaba, y tomó con el rey las disposiciones necesarias para la evasion.

(1) Estas autoridades eran tomadas de la Escritura, de los doctores de la Iglesia y de las leyes canónicas. Lástima es que no se haya conservado el sermon á la letra; porque seria curioso ver el tormento que en él se daba á los textos para que autorizasen el atentado de Tordesillas.

(2) Dijeron, por ejemplo, que faltaba el infante don Juan, que por el señorío de Lara, era la primera voz del estado de los hijosdalgo; que faltaba tambien don Sancho de Rojas, el cual por arzobispo de Toledo, era la primera dignidad en córtes por el estado de la Iglesia; faltaba igualmente el almirante don Alonso Enriquez, tio del rey; el canciller mayor don Pablo, obispo de Búrgos; el justicia mayor, el mayordomo mayor, etc.

(3) El infante se veló en 8 de noviembre de aquel año de 1420, y don Alvaro diez dias despues. Véase en el Apéndice el poder enviado en esta ocasion por doña Elvira á don Pedro Portocarrero su hermano, que por su contexto es un documento muy curioso,

La mañana pues del dia en que se determinó ejecutar (viernes 29 de noviembre de 1420), el rey se levanta al alba, oye misa y monta á caballo. Al cabalgar manda se avise al infante y á los demás caballeros que solian acompañarle en sus diversiones cómo él se iba á caza tras una garza que tenia concertada, y dada esta órden, parte á carrera acompañado solamente de don Alvaro, de su cuñado don Pedro Portocarrero, de Garci Alvarez, señor de Oropesa, que llevaba el estoque delante, y de otros dos caballeros que solian dormir en su cámara. El alconero mayor iba detrás con sus dependientes sin saber nada del secreto de la marcha. Pensaban dirigirse á algun castillo que estuviese cerca, y hacerse fuertes en él hasta que llegasen gentes á reforzarlos y libertarlos. Llegados á la puente del Alverche, el rey y don Alvaro, que iban montados en mulas, toman los caballos que para el caso iban prevenidos, hacen subir tambien al alconero mayor, y bajo el pretesto de ir á correr un jabalí que andaba en aquel soto, se arman de las lanzas que llevaban algunos pajes, se alejan de la comitiva, y aguijan su camino de modo, que no eran pasadas dos horas desde la salida cuando llegaron al castillo de Villalba, distante cuatro leguas de Talavera. Mas este castillo no servia de defensa, y fue preciso dirigirse al de Montalban á la otra parte del rio. Ya la comitiva era mayor: el conde don Fadrique y el de Benavente, sabedores del secreto, y algun otro caballero, habian podido alcanzarlos. El rey se metió en la barca con don Alvaro, los dos condes y algun otro que cupo en ella; pasó el rio y marchó á pié hasta el castillo de Malpica, donde esperó á que la demás gente llegase con los caballos. Apenas se ponen en camino, cuando se encuentran con una porcion de gente á caballo, que podia atajarles el paso. Don Alvaro se adelanta y les gana la accion; el rey se nombra y les manda que dejen sus caballos á su comparsa, y se lleven las mulas en que iban todavía algunos que le acompañan (1). Mejor montados asi, siguen su camino, y llegan á Montalban al empezar la tarde. Dos caballeros se habian adelantado de órden del rey á tomar la puerta del castillo, que casualmente se halló abierta. Ellos entraron, se apoderaron de la torre del Homenaje, y como hablaban á nombre del monarca, ni el alcaide ni nadie de los de dentro les opuso resistencia alguna. El rey llegó en seguida con los condes y don Alvaro; el resto de la gente entró tambien de allí á poco, y asi pudieron entonces tomar aliento y creerse á salvo de los que venian en su alcance.

Volaban con efecto los del infante en pos de ellos, ansiosos de enmendar su descuido con la diligencia. Don Enrique al primer recado del rey se levantó y se puso á oir misa muy despacio. En esto llegó su privado Garci Fernandez, y le dijo que dejase la misa y acudiese al rey, que se iba huyendo á toda priesa y no se sabia dónde. Turbáronse todos los circunstantes, y mas cuando se añadió que sin duda el rey se habria ido á juntar con el infante don Juan, que estaba allí cerca esperándole con mucha gente de guerra. La noticia era falsa, pero el sobresalto y la probabilidad la hacian fácil de creer. Pues ¿cómo era de presumir que sin tener quien les guardase bien las espaldas, el rey y sus nuevos consejeros acometiesen tal hecho? El infante, sin embargo, no se dejó abatir por aquel contratiempo, y mandó que todos los caballeros y grandes que estaban en Talavera, con la gente de guerra que allí hubiese, se armasen y cabalgasen para ir con él en demanda del rey. Entróse á armar él tambien, y á la sazon entraron su hermana la reina y su esposa la infanta á disuadirle de aquel intento, y pedirle con ruegos y con lágrimas que no diese lugar á las desgracias que de aquel conflicto podrian seguirse, yendo el rey tan acompañado como se decia; suponian que el infante don Juan iba con él. El insistia en partir, y en el largo rato que habló con las dos para persuadirlas de la necesidad de ir en busca del rey, hubo tiempo para que se desvaneciese la nueva que les causaba á todos el mayor cuidado. Ellas cedieron, y él partió acompañado de todos los grandes que entonces componian la córte, entre ellos el arzobispo de Santiago, don Lope de Mendoza, el condestable Dávalos, Garci Fernandez Manrique, y el célebre Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita, que fue despues marqués de Santillana. Componian, entre próceres, caballeros y escuderos, hasta quinientos hombres de armas, que todos tomaron á toda prisa el camino de la puente del Alverche, por donde el rey habia ido. Llegados á ella, y sabiendo cuán pocos eran los que huian, acordaron que el infante se volviese á Talavera para ordenar y dirigir desde allí todo lo que conviniese á la consecucion de sus designios, y que el grueso de la gente, mandado por el condestable, siguiese en pos del rey hasta alcanzarle y hacer que volviese á Talavera. Asi se hizo: el infante se volvió, y los demás siguieron el alcance, sin ser parte para que don Enrique mudase de propósito haber llegado á él Diego de Miranda, un guarda del rey y despachado por él al pasar la barca del Tajo, avisándoles que iba él al castillo de Montalban á ordenar las cosas que cumpliesen en su servicio, y mandándoles que no saliesen de Talavera hasta que él les diese órden de ello.

Los del castillo entre tanto, viendo la falta absoluta de viandas y provisiones que en él habia, y recelando que iban al instante á ser cercados, procuraron por todas vias recoger vituallas con que poderse sustentar, y de hecho pudieron reunir algunas en la mañana del dia siguiente al que llegaron. Lo que mas les acongojó de pronto fué que aquella noche, reconociendo á oscuras las defensas del castillo, el rey se hincó un clavo en la planta del pié, y todos de pronto creyeron que aquel accidente podia traerles mucha desazon. Porque ¿qué se diria de la lealtad castellana, que asi habia arrancado á un rey casi niño todavía de las delicias de su córte y de los regalos de su esposa, para traerlo tan aprisa á un casti-

(1) Este encuentro con los caballeros le refiere la crónica del Condestable de un modo dramático y agradable de leerse; pero su relacion no es muy consistente con las circunstancias que cuenta antes el mismo escritor, y por eso es preferible la de la *Crónica general*. (Véase la *Crónica de don Alvaro*, tít. 11.)

llo sin muebles, sin víveres, sin luz, y donde le dejan herir, y desgraciarse quizá, tan indignamente y con tan poco decoro? Un atentado semejante se hubiera graduado de traicion, y la desgracia casual si se hubiera consumado se acusará de regicidio. Pero la mujer del alcaide quemó luego la herida con aceite, y la curó lo mejor que le fue posible, hasta que despues vinieron los cirujanos de la córte. Dióse en seguida órden á todos los pueblos comarcanos y á las hermandades que viniesen á servir y socorrer al rey: convocacion que tuvo su efecto, porque ellos al fin acudieron; pero como ya los sitiadores habian llegado, estos los engañaron, y tomaron para sí todas las provisiones que traian para el castillo.

El condestable y los caballeros que le seguian, antes de formalizar el sitio enviaron sus mensajeros al rey á manifestarle la maravilla en que estaban del modo en que allí era venido, á pedirle que les diera sus órdenes, y á insinuarle que no siendo aquella fuga decorosa ni útil á su servicio, ellos creian que no era con voluntad suya, sino por sugestiones de los que le acompañaban. Los mensajeros dieron su embajada desde la barrera del castillo, y el rey la oyó desde las almenas, contestándoles que él estaba allí de su voluntad, que ya lo habia enviado á decir asi con Diego de Miranda, y que no pusiesen duda ninguna en ello. Querian instar todavía, y el rey, irritado, les mandó que no tratasen de altercar mas y se fuesen en buena hora.

Visto este mal despacho, el condestable y sus caballeros formalizaron el sitio del castillo, y su plan fue no combatirle, por guardar este respeto á la persona del rey, sino rendirle por hambre, cerciorados como estaban de la falta de provisiones que en él habia. Asentaron pues el real de modo que no pudiese entrar ni salir del castillo mas que un caballo de frente, y diéronse á esperar el efecto de su bloqueo. Todos los dias se enviaba al rey un pan, una gallina y un pequeño jarro de vino para comer, y otro tanto para cenar. Tambien le enviaron al instante cama en que dormir, pues la primera noche habia reposado en la del alcaide, y luego dejaron que viniese y entrase la suya. Al entrar, un repostero del rey tuvo modo de que en ella fuesen escondidos algunos panes, con que pudiesen socorrerse. Otro portero del rey intentó tambien hacer lo mismo por su parte, y con mas audácia todavía; porque cargando con pan y queso unas alforjas y las mangas y seno del vestido, y subido en una mula, andaba por todo el real como mirando por curiosidad lo que allí habia, y de repente metió espuelas á la mula y subió la cuesta del castillo, y los de dentro le abrieron y dieron las gracias por su oportuno socorro. En fin, hasta un simple pastor, oyendo la necesidad en que tenian al rey, subió al castillo como pudo con una perdiz en el seno, y pidió que le llevasen al príncipe, á quien dijo: «rey, toma esta perdiz.» El rey holgó mucho de este don, y despues le hizo merced.

Pero estos miserables socorros podian ser muestras de celo y de lealtad, mas no servian de auxilio efectivo para el intento de los sitiados, que era ganar tiempo. Serian hasta cuarenta y cinco ó cincuenta, los mas hombres de córte y delicados, no hechos á semejantes descomodidades. Mas viendo al rey sufrirlas con tanta entereza como el primero, nadie se podia quejar, y resueltos á sostenerse, solo pensaron en los medios de librarse de la necesidad que mas los estrechaba. Al cuarto dia de su entrada en el castillo acordaron matar los caballos para que les sirviesen de vianda. El rey quiso que el primero fuese el suyo, y comido aquel, mataron otros dos: con ellos se mantuvieron el resto de los dias que duró el cerco; y aun el rey, como para mostrar la constancia con que pensaba resistir allí, mandó adobar los cueros para zapatos.

El condestable y sus compañeros, vista la determinada resolucion del monarca, no se atrevieron á cargar solos con la responsabilidad que traia de suyo aquella odiosa faccion; y bajo el pretesto de que se andaba en tratos de concordia con el rey, enviaron á rogar al infante que se viniese para ellos con la reina, la infanta y el resto de la córte, que habia quedado en Talavera. Accedió el infante á su ruego, y se vino á Montalban con las dos princesas, los caballeros, prelados y procuradores que estaban con él. Del consejo que hubo á su llegada resultó que se continuase el cerco segun se habia comenzado, sin dar lugar á que entrasen viandas ni persona alguna en el castillo. Tomada esta resolucion, dejaron ir para el rey al obispo de Segovia, el cual le habló largamente, afeando mucho el modo con que se habia venido al castillo y su mansion allí, y procurándole persuadir que la estada del infante y los demás no era en deservicio suyo ni por darle enojo: aconsejóle que debia irse á Toledo, donde estaria muy á su placer, acompañándole solamente los que quisiese tener consigo, y que nadie le contradiria; aseguróle tambien que luego que saliese del castillo, el infante y los demás caballeros irian á donde él los mandase. La respuesta del rey fue la misma que habia dado á los enviados primeros, que por salir de entre ellos y procurar por su libertad y por el bien de sus reinos se habian venido á aquel castillo; que ya lo sabian; que su permanencia le era muy enojosa, y si su servicio querian y cumplir sus órdenes, se partiesen de allí, con lo cual saldria él y se iria donde mas le conviniese.

No por eso el infante mudó de propósito, y se intentó otro camino, que fue una conferencia del condestable Dávalos, adelantado Pedro Manrique y Garci Fernandez con don Alvaro de Luna. Dadas las seguridades de una parte y otra, don Alvaro, acompañado de su cuñado y de otro caballero, Rui Sanchez Moscoso, salió a verse con los tres que querian hablarle (1). Lle-

(1) Al tiempo de tratarse las seguridades de esta entrevista pudo suceder lo que refiere la crónica del condestable sobre la propuesta del conde don Fadrique, de prender con engaño y sobre seguro al adelantado. Don Alvaro no lo consintió, diciendo que la mayor virtud de un caballero era la fe y la verdad, «é que non pluguiese á Dios que donde el rey su señor estaba, ninguno fuese preso por cautela nin engaño.»

Nada apunta la crónica del rey sobre esta circunstancia: en los pormenores casi siempre difieren una de otra. La del condestable dice que no solo fue una conferencia, sino varias: espresa que el infante asistia á ellas, y que á consecuencia de las proposiciones que le hizo don Alvaro, y la seguridad que le dió de la imparcialidad é igualdad con que seria tratado uno y otro infante, levantó el cerco al tiempo que ya los auxilios de las ciudades, Hermandad y demás venian en socorro del rey.

gados unos á otros, el condestable, separado de los suyos, habló con don Alvaro que tambien se apartó de los que le acompañaban: quejóse el condestable de que por su consejo el rey hubiese hecho aquella fuga tan en desdoro suyo y en tan grave daño y descrédito del infante y su parcialidad; y con tanta mas razon se quejaban, cuanto él era el solo á quien consintieron estar con el rey, él á quien habian hecho tantas honras y mercedes, él, en fin, á quien se las harian mayores cada vez si influia con el rey en lo que ellos pretendian. El contestó confesando los favores y la consideracion que les habia merecido, y ofreciéndose de buena voluntad á todo lo que fuese en honra y servicio suyo; pero en cuanto á la evasion del rey, tuviesen entendido que era propia voluntad del monarca, y que él no habia hecho mas que acompañarle y servirle como era su obligacion; añadiendo que supiesen que desde la salida de Tordesillas siempre habia estado violento con ellos. Las mismas palabras tuvo sucesivamente con el adelantado y Garci Fernandez; de manera, que sin hacerse cosa alguna, trataron de volverse los unos al real y los otros al castillo. Al despedirse pidió el condestable á don Alvaro que le consiguiese una audiencia del rey: don Alvaro le desengañó, y le dijo que no le convenia; que lo que debian hacer todos era hacer lo que el rey les mandaba, el cual no creyesen que era venido allí para hacerle mal á él ni á ninguno del infante, ni tampoco para entregarse á la parcialidad del infante don Juan; que su determinacion era arreglar y ajustar aquellos hechos sin que unos ni y otros interviniesen, y que despues los llamaria á todos, para dar la órden que conviniese al bien general de sus reinos.

A la inútil diligencia de estos caballeros sucedió la de los procuradores que el infante envió al castillo por si lograban persuadir al rey. Esta fue todavia de resultado mas desagradable, pues el rey se quejó á ellos ágriamente de todo lo que con él se habia hecho desde que se atropelló y sorprendió su palacio en Tordesillas; les rogó que sintiesen con él aquellos hechos tan feos, y los despachó con la órden de que repitiesen de su parte al infante y á los sitiadores el mandato que ya les tenia hecho de que partiesen de allí, pues de su permanencia no les podia seguir provecho alguno. Ellos volvieron al real, significaron la órden que tenian, y en tal modo hubieron de hacerlo y tales cosas decir, que ya no pudo dudarse de cuál era la voluntad del monarca. Fue pues necesario someterse á ella, y con tanta mas razon, cuanto el infante don Juan, á quien el rey habia enviado aviso de lo que pasaba y órden para que acudiese á asistirle, venia á largas marchas desde Olmedo, acompañado del infante don Pedro su hermano, del justicia mayor Pedro de Stúñiga, de otros muchos caballeros, y hasta ochocientos hombres de armas. A esta fuerza no era fácil resistir, y mas, apoyada en la autoridad del rey y en la opinion de los pueblos, que ya empezaban á resentirse de un escándalo tan grande. Cedió en fin el infante bien á su pesar, y hubo de dejar la presa que con tanto afan y riesgo tuvo tanto tiempo en su poder. A los diez dias de la estada del rey en el castillo, y ocho del cerco, fue dejado el paso libre para entrar mantenimientos y gente. El infante antes de partir pidió que se le permitiese entrar á besar la mano al rey: no se le consintió, y se le mandó que fuese á Ocaña, donde se le ordenaria lo que conviniese. Tres dias despues de alzado el cerco se movió con sus caballeros y hueste, y pasando por delante del castillo, hizo reverencia al rey, que estaba en las almenas, y se fué para su destino.

Partido asi don Enrique, el rey podia reputarse libre. Pero el designio del favorito despues de haber aventurado y sufrido tanto para sacarle de aquella opresion, no era ni debia ser el de entregarle á la del infante don Juan. La primera medida que se tomó luego que se hubo alzado el cerco fue darle aviso del suceso, y encargarle de parte del rey que se detuviese con su gente en el punto en que le cogiese el aviso, y no se moviese de allí hasta que se le dijese lo que habia de hacer. Dióse órden á la reina para que se fuese á Santa Olalla, y á su ruego se la permitió ir á Toledo. A los procuradores de las ciudades se les mandó que se quedasen en una aldea vecina á Montalban, para enviarlos á llamar cuando se necesitase de su consejo.

Llegaron en esto al castillo el almirante don Alonso Enriquez, tio del rey, y Fernan Alonso de Robres, el contador mayor, separado de la córte y desterrado á Valladolid cuando el suceso de Tordesillas. Habíaseles avisado para que viniesen en ayuda del rey antes de que se estrechase el cerco, y ellos traian hasta cuatrocientos hombres de armas en su socorro. Con este refuerzo tan oportuno, y la demás gente y caballeros que de una y otra parte habian acudido al rey, pudo don Alvaro apoyar su plan de independencia y quitar hasta el pretesto de seguridad que podia alegarse por don Juan para empeñarse en venir á escoltar al monarca con su gente de guerra. El infante envió á su privado el adelantado de Castilla Diego Gomez de Sandoval, que fue despues conde de Castro, con el encargo de cumplimentar al rey, de solicitar licencia para venir con su hermano don Pedro á besarle la mano, de ofrecerle sus servicios, pedirle sus órdenes, y aconsejar que saliese cuanto antes de aquel castillo, donde no le era decoroso permanecer. Sandoval fue recibido con mucha gratitud y agasajo, y se le repitió en sustancia lo que se dijo en el aviso anterior, añadiéndose que el rey dispondria su partida muy en breve, y que se le haria saber al infante y le comunicaria lo que debia hacer. Insistió don Juan en venir, y su demanda fue puesta en consejo. Resistíanla don Alvaro y el contador Robres bajo el pretesto de que no era conveniente admitir los dos infantes á la presencia del rey hasta que sus debates con don Enrique estuviesen allanados: la verdad era que no querian ver en la córte á los que podian sobrepujarles en influjo y en poder. Los demás consejeros, sin embargo, y los procuradores decian que no era justo y honesto negar la entrada para con el rey á sus dos primos, que nunca habian estado fuera de su servicio, y aun permanecian en él; y sobre todo eran venidos allí á ruego del rey y para libertarle del aprieto en que se hallaba. Este

dictámen venció y se les envió á decir que el rey era contento de que se viniesen á él, y que esto fuese cuando él saliese del castillo. A la reina viuda doña Leonor, que se movió para venir tambien sin duda á mediar entre estas querellas de sus hijos, se le advirtió que no se tomase esta pena; que el rey iria á Talavera, y allí podria conferenciar con él. En fin, al infante don Enrique, que permanecia armado aun con toda su parcialidad en Ocaña, se le mandó que desarmase la gente, y los caballeros se fuesen á sus casas, so pena del enojo del rey si lo contrario hiciesen.

Dadas estas disposiciones, salió de Montalban á los veinte y tres dias de haber estado allí, acompañándole mas de tres mil hombres entre los grandes, caballeros, ballesteros y lanceros de las hermandades que habian acudido á libertarle ó defenderle. Al salir de la barca se le presentaron los infantes y le besaron la mano. El les dió paz y los recibió con el mayor agrado y benevolencia. Hubo muchas razones entre ellos: de parte de don Juan con sumision, lealtad y reverencia; de parte del rey, de agradecimiento y ofertas de honores y mercedes para él y los suyos. Fuéronse en seguida al castillo de Villalba, adonde el rey comió, acompañándole á la mesa los dos infantes y don Alonso Enriquez. En él se acordó que el infante y su comitiva volviese á Fuensalida, de donde habia venido, y allí estuviesen hasta que el rey despachase en Talavera los negocios que urgian para su servicio. Quisiera don Juan quedar todavía algunos dias en la córte, y habló para ello con don Alvaro; pero este le respondió que la voluntad resuelta del rey era arreglar los negocios de don Enrique, y entre tanto que ninguno de ellos continuase en su compañía, para que no se digese que influian los unos en perjuicio de los otros; que él podia dejar al adelantado Sandoval en la córte para atender á sus intereses, los cuales serian tan favorecidos como si él estuviera presente. Hablóle tan resueltamente don Alvaro en este sentido, como aquel que ya con Alonso Fernan de Robres y con el conde de Benavente habia acordado resistirlo á la fuerza, y para ello habian hecho venir disimuladamente sus hombres de armas. El infante se persuadió y se fué á Fuensalida, y el rey siguió su camino para Talavera.

Tal fue el éxito de la evasion del rey y cerco de Montalban, en cuyos acontecimientos ha debido detenerse algun tanto mas la pluma por haber sido el cimiento principal de la elevacion política de don Alvaro. No porque se acrecentase con ellos el cariño que el rey le tenia, que en esto no cabia mas, ni por las mercedes que entonces le hizo, que fueron muy grandes (1), sino porque debió aumentarse en gran manera el aprecio y confianza que merecian su esfuerzo y su capacidad. El era creador de aquel partido que podia llamarse del rey, pues que pugnaba porque el rey mandase ó pareciese mandar; los otros dos eran realmente de los infantes, no del monarca ni del Estado.

(1) Entre otras le hizo señor de Ayllon y de Santistéban, de que recibió despues título de conde.

Siguiéronse á aquellos sucesos las negociaciones prolijas para obligar á don Enrique á deshacer el armamento con que permanecia en Ocaña (13 de junio de 1422), y á impedirle que ocupase las villas y los lugares del marquesado de Villena, que él decia pertenecerle como dote de la infanta su mujer. Resistia él lo primero por seguridad, lo segundo por codicia y ambicion. Mas en fin, intimidado con los preparativos del rey, que se dispuso á marchar en fuerza contra él, y confiado en las seguridades que se le dieron, se presentó en Madrid, donde se hallaba la córte, acompañado de su privado Garci Fernandez y de sesenta caballeros de su órden, armados solamente con espadas y dagas. Recibióle el rey con gravedad y sin hacer con él las demostraciones de cariño que solia; y queriendo el infante disculparse de lo pasado, le atajó diciéndole que se fuese á descansar, y que otro dia le oiria delante de su consejo.

Este se juntó al dia siguiente, y llamado el infante, que fue mandado sentar en unos almohadones junto al trono, el rey se volvió á él y le dijo: «Primo, yo os llamé á mi córte para conferenciar con vos sobre los hechos pasados y ver lo que en su razon debiera hacerse. No era ciertamente mi intencion acriminarlos tanto cuanto ellos merecian, por respeto á vuestro honor. Pero despues que yo envié por vos, y antes que llegáseis aquí, me ha sido dada noticia de algunos tratos que vuestros caballeros mas íntimos tenian, en grande servicio mio y grave daño de mis reinos. Estas cosas yo no puedo ni debo disimularlas, y es preciso que se aclaren del modo conveniente para que yo sepa la verdad y provea lo que corresponda. A este fin escuchad unas cartas que me han sido dadas, y se os van á leer ahora.» Leyéronse en seguida estas cartas por Sancho Romero, secretario del rey. Eran catorce, todas al parecer firmadas con el nombre del condestable Dávalos y selladas con su sello; de las cuales se deducia un trato secreto hecho con el rey de Granada para que entrase poderosamente en el reino de Castilla, á lo cual le darian lugar el condestable y sus amigos: con esto el rey don Juan se veria precisado á valerse del infante, y haria lo que él quisiese. Implicábase en este trato no solo á Garci Fernandez y al adelantado de Leon Pedro Manrique, sino tambien al infante, á quien se daba por sabedor, y se espresaban como negociadores en él á Alvar Nuñez Herrera, mayordomo del condestable, y á Diego Fernandez de Molina, su contador; los cuales aparecia por aquellos escritos que habian ido y venido con mensajes y respuestas al rey de Granada.

La sangre del conquistador de Antequera debió bullir en las venas de su hijo al escuchar tan villana imputacion. Reportándose sin embargo, hincó la rodilla en el suelo luego que se finalizó la lectura, y dijo asi al rey: «El condestable y los demás caballeros que han estado conmigo estuvieron por vuestro servicio, y lo guardaron siempre en cuanto fue de su parte. Yo me maravillo que un caballero tan leal y tan bueno como es él haya sido en cosas tan feas; y si por verdad se hallare que haya caido en tales

vueros, á mí placerá el que vuestra señoría mande proceder contra él por la forma que las leyes de vuestros reinos disponen. Supóngase en esas cartas que yo soy sabedor de tal hecho. Dios sabe que no lo soy, ni que por pensamiento me ha pasado hacer cosa alguna en deservicio vuestro y en daño de vuestros reinos. Yo os suplico, señor, que mandeis averiguar la verdad, y si yo fuere hallado culpable, lo que no plegue á Dios, ni puede ser, quiero que procedais contra mí como contra el hombre mas bajo de vuestro reino. En cuanto al condestable, repito que no creo ni puedo creer lo que en esas cartas se dice, siendo tan buen caballero y habiendo recibido tantas mercedes de vuestro padre, de quien fue crianza y hechura.» Garci Fernandez con mas fuerza y mayor indignacion se defendió á sí y al infante de aquella calumnia, desafió á combate de igual á igual al que se atreviese á pensar otra cosa, acusó las cartas de calumniosas y falsas, y pidió, como el infante, que se supiese la verdad y que se castigase con todo rigor al que resultase autor de cosas tan feas (1). Volvióse entonces el rey al infante, y le dijo: «Muy bien dicho es que yo sepa la verdad de este caso, y tal es mi intencion. Pero en tanto que la verdad se sabe, pues este caso á vos toca, es mi voluntad que seais detenidos vos y Garci Fernandez Manrique; así pues, vos, primo, id con Garci Alvarez de Toledo; y vos, Garci Fernandez, con Pedro Portocarrero.—Sea, señor, como vuestra merced lo mandare,» contestó el infante haciendo una reverencia, y luego, siguiendo cada uno de los dos al alcaide que se les señalaba, fueron encerrados separadamente en dos torres del alcázar.

La nueva de esta prision llegó aquella misma tarde antes de anochecer á Ocaña, donde estaba la infanta doña Catalina, y sin detenerse un punto, temiendo ver venir al instante tras ella á los que habian aprisionado á su marido, huyó á todo correr con muy poca gente á Segura, en cuya fortaleza le pareció que estaria defendida por entonces. Allá fué á reunirse con ella el condestable desde Arjona, donde estaba cuando le llegó la nueva del mandamiento de su prision. Enojóse el rey de esta partida de la infanta, y mas todavía de que el condestable la acompañase: envióla diferentes mensajes para persuadirla que se viniese á él, pues así convenia á su honra, á su estado, y aun al remedio de la prision del infante. El consejo era bueno, y probablemente dado de buena fe, y por lo mismo provechoso; pero ella no quiso fiarse de él; y sabiendo que el rey, malcontento de su resistencia, enviaba gente de armas para impedir la salida, ella y el condestable huyeron al reino de Aragon y fueron acogidos en Valencia. Igual suerte tuvo el adelantado Pedro Manrique, mandado tambien prender cuando el condestable. Hallábase cerca de Logroño al tiempo de saber aquella novedad, y no queriendo tampoco fiarse ni en la templanza ni en la justicia del bando contrario, partió á toda prisa á Tarazona y despues á Zaragoza, donde para mayor seguridad se hizo recibir de vecino.

Habianse aprehendido todos los efectos y papeles que los dos presos tenian consigo; se les mandó formar causa, igualmente que al adelantado y condestable; se les embargaron sus bienes, se les tomaron los castillos y lugares de que eran señores, se nombró administrador del maestrazgo de Santiago. Novecientos marcos de plata en vajilla que tenia el condestable en uno de sus castillos fueron traidos al rey, el cual los puso en calidad de secuestro en poder del infante don Juan, del arzobispo don Sancho de Rojas, del almirante don Alonso Enriquez y otros consejeros suyos hasta el número de nueve, entre ellos don Alvaro de Luna. La Crónica dice que de esta plata se hicieron diez partes, y que de ellas hubo dos el infante y una cada cual de los otros depositarios. Dice mas, y es que entonces fue cuando estos consejeros suplicaron al rey, que pues ellos habian tomado tanto trabajo y peligro por la prision del infante y en todas las otras cosas que le habian servido, tuviese á bien que si en algun tiempo fuese su voluntad de soltar al infante y á Garci Fernandez, y dar lugar á que el adelantado y el condestable volviesen á Castilla, no lo hiciese sin consejo de ellos; lo que el rey les otorgó. Lástima da por cierto ver esta miserable y absurda transaccion colocada en tal lugar: allí toma el aire de ser motivada por el anhelo de asegurarse su miserable botin, y en tal caso aquellos ricos-hombres mas parecen bandoleros que políticos ni señores.

Seguíase entre tanto el proceso; y como en esta clase de causas hay ordinariamente algo de ridículo ó de estravagante, propio de los odios que en ellas intervienen, en esta hubo la singularidad de que no se demandase al principal reo por el delito que en ella se perseguia. Así, mientras que á Alvar Nuñez de Herrera, mayordomo del condestable, que fue preso tambien, se le acusó por el fiscal del rey como confidente y mensajero de su señor en los tratos con el rey de Granada, don Ruy Lopez Dávalos fue sola y esclusivamente acusado por su entrada en el palacio de Tordesillas, por no haber obedecido al rey cuando le mandó ir á sus tierras, por su venida al Espinar con gente de guerra, y en fin por haberse llevado la infanta doña Catalina á Aragon. Estos hechos eran tan fáciles de probar, como difícil ó imposible su trato con el rey moro. Y en consecuencia fue dado el fallo definitivo, en que se le condenó por ellos á ser privado de la condestablía y demas dignidades, oficios y rentas que tenia en Castilla, y al perdimiento de todos los lugares, castillos y bienes que poseia, y fueron confiscados por el rey. Repartióse al instante este rico despojo entre el infante don Juan, el almirante Enriquez, el adelantado Sandoval y demas cortesanos de la parcialidad opuesta (1423). A don Alvaro, ademas de diferentes pueblos y señoríos que se le dieron entonces, cupo tambien el título de conde de Santistéban y la dignidad

(1) «Ni creo en ninguna guisa que lo contenido en ellas sea verdad. Vuestra alteza, señor, no debe dar fe á semejantes levantamientos é falsedades, é mande vuestra señoría saber la verdad cómo ó por qué manera estas cartas fueron hechas ó venidas á vuestra merced; las cuales yo cierto, como Dios es trino, ser falsas é falsamente fabricadas; pues á vos, señor, como á rey pertenesce saber la verdad de cosas tan feas, é mandarlas castigar con todo rigor.»—(Crónica del Rey, pág. 218.)

de condestable; con lo cual quedó de allí en adelante tan rico en honores y en poder como lo era ya en influjo y confianza.

Pero si Dávalos, su antecesor, pudo perder así todos sus títulos y bienes en Castilla, no perdió por eso el honor con la mancha de la traicion que sus enemigos le imputaron. Aquel Alvar Nuñez su criado era hombre de una hidalguía y constancia á toda prueba. Sus contestaciones en el proceso hacian clara su inocencia, y sus amenazas de no parar hasta descubrir el orígen de aquella imputacion columniosa estremecian á sus calumniadores. Ofreciósele la libertad, y aun se le prometieron mercedes, con condicion de no hablar mas en el asunto. «No plegue á Dios, respondió él, que por nada en el mundo deje yo de proseguir este negocio sin probar quién es el que ha hecho tan gran falsedad; y de tal modo lo haré patente, que la fama del condestable mi señor quede sin la mancilla de maldad tan conocida. ¡Primero morir que dejar este hecho en duda!» Así lo dijo, así lo cumplió. Tenia un hijo, hombre de teson como él, y comendador en la órden de Calatrava. Este en sus pesquisas y averiguaciones no paró hasta dar con un Juan de Guadaljara, secretario que habia sido del condestable, autor y falsificador de aquellas cartas. Hízolo prender y llevar á Valladolid, donde se le dió tormento, confesó su delito y fue degollado por ello. El falsario en su confesion no solo dijo su maldad, pero tambien declaró quién le habia inducido á ella y cuánto se le habia dado; mas esta confesion se mantuvo siempre secreta, y hasta ahora no han traspirado los autores de semejante alevosía (1). Pudo con esto Alvar Nuñez conseguir su libertad y acreditar su celo y lealtad para con su señor; mas no aprovechó en nada al condestable, que continuó viviendo en Valencia desterrado, pobre y desvalido. Dícese que algunos años despues su sucesor le envió una visita de cumplimiento, y que el desgraciado anciano le contestó con estas palabras proféticas: «Decid al señor don Álvaro que cual él fuimos, y cual somos será.»

De esta manera uno de los primeros hombres de Castilla, esforzado, candoroso, llamado por sus amables cualidades *el buen condestable*, cayó víctima de sus imprudencias, ó mas bien del celo y lealtad con que servia al partido que se resolvió á seguir. Honrado y enriquecido por tres reyes, Juan I, Enrique III y Juan II; reuniendo bajo su mando una estension tal de señoríos, que se decia podia ir desde Sevilla á Santiago descansando siempre en posesiones suyas ó sujetas á su autoridad, murió pobre, viejo y lleno de achaques, en Valencia, algunos años despues de su desgracia (1428). No hay duda en que sus yerros eran grandes, y que sin una escesiva indulgencia no podian disimularse. Pero la política y la equidad los disimularon despues á los que habian sido compañeros y acaso instigadores suyos, y no habia por cierto razon para ser mas rigorosos con él. Lástima de verle mal asistido de la córte de Aragon, poco atendido de los príncipes en cuyo obsequio se habia sacrificado, y olvidado en los convenios del año de 425, cuando se dió libertad al infante don Enrique y se ajustaron las cosas de unos y otros. Mas grande sin duda que todos ellos fue aquel Alvar Nuñez, que despues de haber espuesto su libertad y su vida por la fama y la honra de su buen señor, supo tambien consagrarle su fortuna. El vendió la mayor parte de los bienes que tenia, y el producto de su venta, escondido en los maderos huecos de un telar, y conducido por un hijo suyo disfrazado, sirvió á sostener al sin ventura condestable con algun mas desahogo las miserias de su destierro y de su vejez. Ejemplo de lealtad y gratitud raro en todos tiempos, y mucho mas en aquel, en que por tan grandes señores se daban tantos de inconsecuencia, de olvido y de codicia.

Tal era el estado que tenian estos debates cuando el rey de Aragon volvió de Nápoles á España. Ya sabia él la discordia de sus hermanos los infantes, la prision de don Enrique, el enojo del rey de Castilla, y la fuga de la infanta y demas caballeros á sus Estados. Pero ocupado en aquellos negocios, y ausente en pais estraño, no habia dado á los de Castilla toda la atencion que se merecian. Así, despues de los primeros mensajes de respeto y cortesía que los dos monarcas se enviaron, se empezó á tratar del negocio principal, queriendo el rey de Aragon venir á verse con su primo, y ajustar personalmente entre los dos estas tristes diferencias. Esta conducta era propia de su carácter franco y resuelto, y convenia tambien á la urgencia con que le llamaban sus pretensiones en Italia. No desplacian al rey don Juan las vistas propuestas, y una buena parte de sus consejeros las aprobaba tambien como el mejor medio para tomar un arreglo seguro y provechoso; pero los mas íntimos consejeros suyos, aquellos que no querian desnudarse de los despojos adquiridos ni perder la esperanza de los que pudieran haber, se oponian á las vistas de los dos reyes y ponderaban los inconvenientes que de ellas podrian seguirse. Estos eran muchos, y al fin pudieron mas, porque les ayudaba tambien la opinion que se tenia del infante, el cual, rencoroso, vengativo, audaz y valiente, procuraria por todos medios vengarse de cuantos habian influido en su prision, y el Estado por consiguiente seria espuesto á nuevas revueltas. Eludióse por lo mismo la proposicion del rey de Aragon bajo pretesto de tener que consultar con las ciudades y con los grandes, y aun se eludió tambien al principio la de que fuese admitida á vistas la reina doña María, hermana de don Juan, ya que no pudiese serlo su esposo. Despues se aparentó ceder en esto último, convencida la córte de Castilla de lo duro é inhonesto que era negar la presencia del rey á su misma hermana, reina de un Estado tan principal, y que en nada les habia ofendido. Mas ya don Alonso, cansado de aquellas dilaciones, instigado

(1) El cronista del rey dice que no lo pudo averiguar, aunque añade que es de presumir quiénes serian por las cosas que despues parecieron y el fin que algunos tuvieron. Por la regla comun de *is fecit cui prodest*, la mayor parte de esta iniquidad deberá imputarse á don Alvaro. Mas ningun motivo aparece en la Crónica para rebozar la sospecha y afectar esta especie de disimulo. Su último compilador no era amigo ni parcial suyo, y aun se sospecha que despues fue interpolada y viciada por otro enemigo mas encarnizado. ¿Qué razones pudieron tener los dos para estar tan contenidos en sus sospechas si fueran dirigidas contra él?

del amor que tenia á su hermano, y acalorado quizá por los caballeros ausentes, empezaba á prepararse para entrar armado en Castilla y verse de fuerza ó grado con el rey, suponiendo que aquellas dificultades no nacian de su voluntad, sino de las sugestiones de sus consejeros. Esto enconó mas los ánimos en la córte de don Juan, donde tambien se empezó á hablar de guerra y á hacer preparativos para defenderle la entrada. Conformábase con estas disposiciones el espíritu general del reino, ofendido de la actitud hostil del rey de Aragon, y nada favorable á la intervencion armada que pensaba atribuirse en los negocios interiores de Castilla. Asi es que los procuradores de las ciudades fueron de parecer que si el rey de Aragon insistia en entrar se le resistiese poderosamente, y para ello ofrecieron cuanto fuese menester. Bien que añadieron que mientras se detenia en intentarlo seria bien tentar los medios de paz y de concordia, tan propios del parentesco que habia entre los dos príncipes.

En esto don Alonso envió á su hermano el infante don Juan órden perentoria de que fuese á su presencia para conferenciar con él en negocios muy árduos y concernientes á su servicio. Como este infante era entonces tenido por la cabeza visible del partido contrario á don Enrique, creyó el príncipe aragonés que con traérselo á si quitaba á los enemigos del preso su apoyo principal. Dudaba don Juan de lo que haria, temeroso de enojar al rey de Castilla si obedecia la órden, y recelando las consecuencias de su resistencia al llamamiento de su hermano, rey natural suyo y de quien era heredero presuntivo. De esta perplejidad le sacó el rey de Castilla con darle licencia para ir á la córte de Aragon, y al mismo tiempo poder ámplio para negociar con su hermano del mismo modo que si el rey tratara en persona. El fue, y de pronto no halló buena acogida en don Alonso, que le consideraba autor de aquellas desavenencias y de la humillacion del otro infante. Mas en los mismos dias acertó á morir el rey don Cárlos de Navarra, y el infante, ya monarca de aquel reino por su esposa doña Blanca, pudo tratar de igual á igual con su hermano, y dar á sus propuestas en aquella negociacion prolija y dilatada la gravedad é importancia de una mediacion, y no el espíritu interesado de cabeza de partido.

En fin, despues de muchos mensajes y tratos que, como dice el cronista, serian graves de escribir y enojosos de leer, se acordó, con otros diferentes capítulos que tenia el concierto, la libertad del infante, con la condicion de ser puesto en poder del rey de Navarra hasta que el de Aragon, que se hallaba á la sazon dentro de los confines de aquel reino, volviese al suyo y licenciase sus gentes. De esta manera se daba á la soltura del infante el aspecto de deberse á los ruegos del rey y reina de Aragon, y no á sus amenazas. En consecuencia fue entregado á los comisionados del rey de Navarra (miércoles 10 de octubre de 1425), que fueron por él al castillo de Mora, adonde se le trasladó desde el alcázar de Madrid á pocos dias de ser preso. No bien salió del castillo cuando las ahumadas, sucediéndose por momentos de cerro en cerro y de sierra en sierra, llevaron en dia y medio esta noticia al rey de Aragon, que la deseaba con impaciencia y tenia dispuestas estas señales para cuando se llegase á verificar. El, contento y satisfecho con haber logrado su principal deseo, se movió de San Vicente de Navarra, en donde estaba, se entró en Aragon y licenció su gente, segun lo acordado. Don Enrique fue llevado á Ágreda, donde lo esperaba su hermano don Juan, que le salió á recibir honrosamente, pasando entre los dos muchas muestras de cordialidad y cortesía. Al dia siguiente marcharon á Tarazona: allí los recibió el rey de Aragon con toda la pompa y solemnidad de un triunfo; y despues de tres años de prision y de infortunios, pudo así don Enrique recibir el beso de paz y las amantes caricias de su generoso libertador.

Cuál fuese el influjo personal del condestable en toda esta transaccion no puede determinarse fácilmente. Su cronista le hace siempre el autor único de cuanto se hacia entonces en la córte; en la crónica del rey no se mienta mas que al príncipe en todos los actos de gobierno, y su voluntad es la única que suena al referirlos. Pero sin temor de equivocarse puede decirse que á no entrar don Alvaro gustoso en aquellas negociaciones y en la concordia que al fin resultó de ellas, no era dable que se hubiese hecho el concierto con la facilidad que se ajustó. Su privanza estaba entonces en su punto mas alto: él cuando nació el príncipe del Enrique habia sido uno de sus padrinos (1); él acompañaba al rey en todos sus viajes, aun cuando no hubiese de ir grande ninguno con él; él era su consejero hasta en las cosas mas leves; él le ocupaba, él le entretenia, y puede decirse que él era su vida, su existencia toda. Unase á esta intimidad y favor obsoluto la alta dignidad de que estaba revestido y la preponderancia que debian darle en las deliberaciones su capacidad y su audacia, y se hallará que el aspecto de conciliacion y de sosiego que tomaban entonces los negocios del reino era debido principalmente á su direccion y á su influjo, y que la libertad del infante y la rehabilitacion civil y política de sus parciales no se hubiera verificado á no haberlo él consentido. La série de los acontecimientos que van á seguirse manifestará cómo correspondieron aquellos príncipes á su deferencia y buena fe, y en qué manera los esfuerzos hechos para el sosiego y la tranquilidad fueron otros tantos estímulos y agentes de turbulencia y confusion.

Puesto en libertad el infante, quedaron otros muy principales artículos que concertar: tales eran la restitucion de su Estado, honores y bienes, que se le embargaron; la designacion de dote competente para la infanta su esposa, el pago de lo que se la debia de la herencia de su padre, la reabilitacion del adelantado Manrique, y el desembargo y restitucion de sus bienes, rentas y honores; probablemente otros estremos no tan importantes, pero igualmente

(1) El príncipe nació en 5 de enero de 1425, y se le bautizó ocho dias despues. Fueron padrinos suyos, ademas del condestable, el almirante Enriquez, el duque, antes conde de Arjona, don Fadrique, y el adelantado Sandoval. A don Alvaro desde entonces solia llamar el rey *mi buen compadre*, y con este título conversaba con él.

empachosos y complicados. Fuéronse arreglando unos tras otros, mas no con la celeridad que los interesados anhelaban: algunos de ellos á la verdad no eran tan fáciles y espeditos cual parecia á primera vista, tales como el dote de la infanta y el ajuste de sus créditos. Pedro Manrique, que habia venido á la córte con poderes del infante y de su esposa para entender en sus negocios, cumplió con su comision de un modo que descontentaba y aun daba que recelar. Artero, intrigante y denodado, mostraba el aspecto y la petulancia de vencedor, y no cesaba de tener conferencias sospechosas y entrar en ligas y confederaciones con los descontentos. Teníase ya noticia en la córte de que, con achaque de ir á cumplimentar al infante por su libertad, los maestres de Calatrava y de Alcántara y algunos otros caballeros habian enviado un nuevo mensaje ofreciendo sus servicios á los dos hermanos para el caso que quisiesen ser contra ellos que tenian entonces mayor influjo en la córte. Sabedor el rey de estas hablas, habia dicho al de Navarra con resolucion y entereza que semejantes manejos le desagradaban mucho, y que si el infante don Enrique seguia dando oidos á los intrigantes, se veria forzado á proveer sobre ello sin consideracion alguna á los tratos y concordia hecha; los cuales en tal caso aprovecharian poco.

Pero esta amenaza, en vez de arredrar de su propósito á los agitadores, les añadió fuego y alas para proseguir en él. Ya tenian de su parte al rey de Navarra, que descontento sin duda del predominante influjo del condestable, queria ser mas bien el primero del bando opuesto que el segundo en el de la córte. Habíase conservado el rey mil lanzas para su guarda al deshacer el armamento dispuesto cuando el amago de Aragon: los procuradores del reino, instigados por algunos cortesanos, pidieron que se suprimiesen para escusar los escesivos gastos que causaban (1); y el rey, aunque con mucha repugnancia, las redujo á ciento, cuyo mando dió al condestable. Pero este no podia estar bien guardado con cien lanzas solas: los tratos entre los caballeros eran ya tan escandalosos y feos, que el cronista dice ser mas dignos de callarse que de escribirse en crónica; y el mayordomo mayor Juan Hurtado de Mendoza, que falleció por aquellos dias, protestó muriendo, á su confesor, que iba contento al otro mundo por no ver los males que iban á pasar (2).

Crecian las sospechas entre unos y otros; y á la par sus precauciones. Viniéronse don Juan los caballeros de su valía á Zamora, llamados por él rey; pero vinieron mas prevenidos para guerra que para córte. El condestable por su parte, viendo aquella disposicion siniestra, aumentó la guardia con algunos hombres de armas de su casa: de aquí quejas y reconvenciones de una parte y otra. Si tal vez se tenia el consejo en casa del rey de Navarra, don Alvaro dudaba de asistir por miedo de alguna asechanza, el rey de Navarra, que solia diariamente apearse en palacio y ver al rey, dejaba á las veces de hacerlo por el mismo recelo. Celebrábanse los consejos sin la debida asistencia de los individuos que en ellos debian deliberar, y hubo á veces que tenerlos en el campo, porque allí recelaban menos los unos de los otros. Tal era la triste situacion en que se hallaban las cosas, cuando vino á aumentar la confusion y la agrura la determinacion que tomó de presto el infante, de venirse á la córte desde Ocaña. Decia él que se alargaba el despacho de sus negocios por culpa de los que los trataban, y queria venirlos á procurar en persona. Vedóselo el rey, enviándole á decir por dos veces que no emprendiese semejante viaje hasta que se le mandase, y que de no obedecer se esponia á alguna resolucion que no se hallaria bien de ella. Vana amenaza de que el infante no hizo caso alguno, seguro con el apoyo de los dos reyes sus hermanos y de una gran parte de los próceres de Castilla, que estaban ya en su favor. Los maestres de Alcántara y Calatrava le acompañaban, tambien otros muchos caballeros, y el séquito que llevaba parecia, por el número y por los arreos, que iba mas para la defensa y el ataque, que para el lucimiento y el obsequio. Detúvose antes de llegar á Valladolid, porque aparentando dar todavía algun respecto á la majestad real no quiso entrar en la villa sin tener licencia de la córte. Consiguiósela al cabo de muchas instancias el rey de Navarra. Con esto los dos hermanos se reunieron allí: los grandes parciales de uno y otro vinieron tambien á juntárseles, y hechos un bando los que antes eran dos, alzaron declaradamente el estandarte de oposicion contra el condestable, y enviaron al rey, que estaba á la sazon en Simancas, una peticion para que le separase de su lado y del gobierno.

El rey, perplejo, no sabia qué hacer; ni su edad ni su prudencia ni su carácter eran bastantes para tomar la resolucion que correspondia en semejante crísis. El condestable, que por interés propio y por el influjo que sobre él tenia era quien se le podia inspirar, no tenia seguridad de que él lo llevase adelante, ni tampoco de que los grandes, los doctores del consejo y los procuradores del reino que en la córte habia, le confirmasen en su opinion, y la ayudasen con sus esfuerzos. Todo era dudas, sospechas, temores, tratos clandestinos y aleves confianzas. Si se presentaban galanes por de fuera, *los soforros*, como decia Fernan Gomez, *eran de mas que muy buenas corozas*; mientras que se amenazaban en público, de secreto se carteaban. Así lo hacia el infante con el condestable; los recados iban y venian, y nada al fin se llegaba á concluir. Por eso, aquel ladino médico del rey aconseja á Pedro de Stúñiga, el justicia mayor, que no se inclinase

(1) El gasto que hacian estas mil lanzas eran ocho cuentos de maravedises anuales. La peticion considerada en sí misma era justa y racional, porque la suma era fuerte para aquel tiempo, y espendida sin necesidad aparente. El rey tenia su guarda propia, ordenada de antiguo, y no necesitaba de otra; pero las circunstancias tal vez la hacian entonces precisa.

Segun el bachiller Fernan Gomez, los instigadores de la peticion fueron el conde de Benavente, y los adelantados Manrique y Sandoval.—(*Centon epistolar*, epístola 5.ª)

(2) «Todo anda de ventisca; é bien lo oteaba Juan Hurtado de Mendoza, que decia al padre Finestrosa, cuando era para finarse, que andaba de buena gana por no quedar á gustar las desaventuras de nuestros dias.»—(*Centon*, epístola 5.ª)

mas á un bando que al otro, pues no estaba decidido por quién habia de quedar el campo en aquella contienda de intrigas y de arterías (1).

Adoptóse en fin el medio de nombrar cuatro caballeros de un bando y otro, en quienes se comprometiesen estos debates, y decidiesen lo que se debia resolver para evitar los escándalos que amenazaban, y fijar las cosas en paz. Estos fueron el almirante don Alonso Enriquez; don Luis de Guzman, maestre de Calatrava; el adelantado Pedro Manrique, y Fernan Alonso de Robres, contador mayor del rey. Nombróse tambien para el caso de discordia al prior de San Benito, y se les dieron diez dias de término para la deliberacion y la sentencia. Todos juraron, y el rey tambien, estar á lo que estos compromisarios decidiesen, y ellos se encerraron en el monasterio de San Benito, dando su fe de no salir de él en el término propuesto sin haber evacuado su compromiso.

De los cuatro encargados, el adelantado y el maestre eran francos y seguros parciales de los infantes; los otros dos no podian servirles de equilibrio, porque aunque al parecer inclinados á don Alvaro, el uno por la afinidad que con él tenia, y el otro por la antigua amistad y confianza, el almirante sin embargo, anciano respetable y virtuoso, sacrificaria cualquiera cosa á la paz y al sosiego del reino, y el contador era mas fiel á sus intereses y esperanzas que á cualquiera otro afecto humano. De aquí debia precisamente resultar que la causa del condestable perdiese en la decision. Acordaron primero que el rey con la córte saliese para Cigales y el privado quedase en Simancas. Para la resolucion de lo principal estuvieron mas discordes, de modo que hubo de entrar á deliberar tambien el prior. Este era un pobre religioso, entregado todo á su retiro y ejercicios de piedad, que nada entendia en los negocios del mundo, y que por conocerlo él asi se esquivaba de intervenir en asunto semejante. Hubo mucho trabajo en persuadirle, y al fin el contador Robres le rindió diciendo que de su cuenta correrian los males que resultasen de no tomarse el concierto que se aguardaba. Cedió, hizo oracion al cielo para que le iluminase, dijo la misa delante de ellos, y con la Hostia consagrada en la mano les rogó y amonestó que le dijesen la verdad de todo sin ficcion alguna, para que él no cayese en error y ellos cumpliese con su encargo sin fraude y sin afecto: donde no, aquel Dios que allí veian les daria muy pronto la pena á que eran acreedores. Acabada la misa, se juntaron á deliberar, y últimamente pronunciaron que el condestable saliese de Simancas dentro de tres dias sin ver al rey, y estuviese separado de la córte á quince leguas de distancia por el tiempo de año y medio: los empleados que él habia puesto en palacio debian ser tambien separados de la misma manera que él.

Publicada la sentenoia, el condestable se dispuso con entereza de ánimo á cumplirla, y lo hizo escribiendo al rey una carta de despedida, en que, como hábil cortesano, se manifestaba sin enojo de la sentencia: recomendó al rey sus perseguidores como buenos y leales servidores suyos, y concluyó con que solo le desplacia el término que le ponian al destierro, porque le quitaban este tiempo de estarle acatando de rodillas (2). Salió de Simancas y se dirigió á su villa de Ayllon, acompañado de Garci-Alvarez de Toledo, señor de Oropesa; de Pedro de Mendoza, señor de Almazan; de otros muchos caballeros que llevaban acostamiento suyo, y de los escuderos de su casa, y doscientas lanzas brillantemente armadas y montadas. En aquel lugar permaneció todo el tiempo que duró su destierro, que tal vez fue la época mas dichosa de su vida. Allí, segun su cronista, pasaba los dias en montear, en hacer sala y placer á los muchos señores y prelados que le iban á hacer compañía, en responder á las frecuentes preguntas que se le hacian del gobierno, en cartearse con el rey, que diariamente le escribia ó recibia cartas de él. Asi honrado, rico y divertido donde se hallaba, deseado en palacio, respetado en todo el reino, su destierro, en vez de ser una mengua de su fortuna, podia mas bien llamarse un ascenso, y mas cuando se vuelven los ojos á lo que entre tanto pasaba en la córte de Castilla.

Porque no bien salió de ella don Alvaro cuando todos á porfía quisieron llenar el vacío que dejaba, como si fuera tan fácil ocupar el lugar que tenia en el corazon del rey. Para eso era necesario haber poseido su flexibilidad, su gracia, sus modales, su conversacion y recursos: en fin, aquel largo influjo que da la costumbre de tantos años, que convierte el trato y el cariño en una segunda naturaleza y como en segunda vida. Con cualquiera de ellos que el rey comparase á su privado haria sobresalir mas las amables y grandes calidades que tenia, y la desigualdad en que se hallaban con él (3). Asi es que no se le vió con rostro alegre desde que se ausentó de la córte, ni miró con buenos ojos á los que habian sido causa de tan grande novedad. Don Juan el Segundo, aunque débil y flojo en sumo grado, no era falto de entendimiento ni de capacidad. Viose entonces, en el diferente modo con que

(1) «Por ende vuestra merced no se desmembre de los amigos que son declarados por el infante, ni menos se malavenga con el Condestable.» *(Centon, epist. 8.ª)*

(2) Aquí el cronista de don Alvaro pone una arenga suya al rey, que, como casi todas las de su obra, es enteramente de invencion. Sus yerros en este lugar son bastante notables, y su anhelo por ensalzar á su héroe no le deja decir las cosas como ellas fueron: la arenga la pone en Simancas, estando ya el rey en Cigales separado de su favorito, á quien no volvió á ver mas hasta su vuelta de Ayllon. Generalmente este cronista compone los hechos mas bien que los refiere.

(3) Mariana, que en este lugar hace una disertacion metafísica y moral sobre la aficion recíproca del rey y de don Alvaro, se deja llevar de su vehemencia y de su prevencion hasta el punto de comparar á aquel privado con los Seyanos, Patrobios, Asiáticos y otros favoritos de los emperadores romanos. La alusion es tan vaga como inexacta, aun prescindiendo de llamar á Seyano liberto, que no lo fue. El odio á aquellos era general en todas las clases, y sus vicios, sus delitos, sus crueldades lo justificaban. El odio al condestable era solo de los grandes, y esos no todos, por la parte que él les quitaba en el mando; y son pocas las muestras de odio público y popular hácia él. En cuanto á su carácter moral y á sus acciones, la comparacion seria injustísima. Toda la culpa de don Alvaro para con Mariana, consiste en no haber puesto alguna moderacion en su privanza, y templado su poder para no llamar tanta envidia contra sí, y de este modo no se hubiera despeñado desde tan alto ni tuviera el fin miserable que tuvo. Yo prescindo de si esto era tan fácil como parece al historiador, atendida la índole general del corazon humano; pero sí entiendo que no eran necesarias para esto tantas sentencias ni repetirlo tantas veces, ni tratar al condestable casi siempre como un embrollon ambicioso, sin mérito y sin talentos.

acogia y recibia á los cabezas del bando vencedor, que sabia hacer distincion discreta del porte de unos y de otros. Al infante don Enrique, que le fue presentado al instante que la transacion fue acordada, recibió con benévolo semblante, se dió por satisfecho de sus disculpas, admitió su propósito de lealtad y servicio para adelante, y le mostró de ordinario un agasajo y afabilidad que negaba al rey de Navarra y al adelantado Sandoval, ya entonces hecho conde de Castro-Jeriz. Decia del infante y de su partido que no era de estrañar su encono con el condestable, puesto que desde el suceso de Montalban eran enemigos suyos. Pero al rey de Navarra, al conde de Castro y demás de aquel bando los reputaba poco fieles á su compañero, y desleales al partido real, y á la verdad que no iba muy fuera de razon.

Su enojo era mucho mayor con el contador Robres, á quien creia mas culpable que á todos en el destierro del condestable. Este hombre, que desde muy bajos principios habia, á fuerza de talento y de malicia, subido á la altura de la privanza en tiempo de la reina madre; que despues debia á la amistad de don Alvaro la conservacion de su poder y el acrecentamiento de su fortuna; que tuvo la honra de ser nombrado con tan grandes señores para decidir el debate entre el condestable y los grandes, parecia que debia ser mas consecuente á los vínculos que le unian con el privado, y sostener mejor su causa en aquel juicio. Don Alvaro lo creia asi, y por eso consintió en que fuese nombrado, á pesar de las sospechas de sus amigos, que recelaban lo contrario y se lo decian. Mas don Alvaro, que se detenia mucho en dar su amistad y confianza, era otro tanto duro y difícil en quitarla, y respondia á los sospechosos que si él no habia de tener confianza en sus amigos, ¿en quién la podria tener ó en dónde la podria hallar? Robres, ó por flaqueza, ó por liviandad, ó por ambicion, consintió en aquella sentencia, y aun se decia que él mismo la habia ordenado. El rey lo llevó tan á mal, que en la misma noche del dia de la pronunciacion dijo á los que le desnudaban: «Fernando Alonso es desleal al condestable, que le ha sublimado; mal podrá serme leal á mí (1).» El semblante que le hizo en los dias siguientes fue conforme á estas palabras. De manera que los grandes, ya indispuestos de antiguo por sus artificios, sus malicias y su altivez, irritados mas á la sazon por verle afectar el lugar y la privanza que habia tenido el condestable, tanto, que á las veces se fingia doliente para que los consejos se tuviesen en su posada, formaron una conspiracion contra él, á cuya frente estaban el rey de Navarra y el infante. Acordábanse de las humillaciones que les habia hecho sufrir en tiempo de la reina doña Catalina. Un escribano, subido á contador mayor por el favor de la fortuna, solia tener á sus piés á los ricos-hombres de Castilla. Su figura era fea, su ingenio capaz y penetrante, sus modales ásperos y altivos, sus tesoros muchos, sus artificios mas. El odio, por tanto, que se habia adquirido era tan vivo como universal, y la ocasion de perderle aprovechada con ansia. En pleno consejo fue acusado delante del rey de ser él la causa de todos los disturbios del reino; que no cesaba de dividir á unos y otros con sus malas artes, sus chismes y mentiras; que aun del monarca hablaba con desprecio y temeridad; en fin, tales cosas le acumularon, que el rey, que no deseaba otra cosa, vino en ello, y fue acordado que al instante se le prendiese. Esto se ejecutó en el mismo dia por Ruy Diaz de Mendoza y un alcalde de corte (2), y fue llevado al alcázar de Segovia, y despues al castillo de Ubeda, donde murio tres años adelante. Pena escesiva, quizá mayor que sus yerros: á nosotros ha llegado la noticia del odio en que era tenido, mas no la de sus delitos, y como su prision y su desgracia se hicieron sin juicio y sin proceso, al paso que nos dan una triste idea de la insuficiencia de las leyes de aquel tiempo para la seguridad personal, se nos presentan mas como un desquite de orgullo y de venganza que como un ejemplo de justicia.

Arreglábase entre tanto todo lo que correspondia á las pretensiones del infante don Enrique y de su esposa, igualmente que á las indemnizaciones del rey de Navarra por los gastos que habia hecho en obsequio y servicio del rey. Todo se dispuso á satisfaccion y gusto de los interesados; pero ni esta condescendencia ni otras disposiciones igualmente benévolas y conciliadoras que se tomaron (3) fueron bastantes á conservarlos quietos y acordes entre sí; y los que antes estuvieron tan unidos para alejar al condestable de la persona del rey, ya se dividian en bandos y comenzaban bullicios, y mostraban la confusion que en ellos causaba el ansia de poseerle solos. Los dos cabezas de la liga, el rey de Navara y el infante, no se entendian como antes, y volviéronse á dividir, queriendo cada uno ser esclusivamente el instrumento del poder y confianza real. Y como la pasion del rey hácia el condestable, en vez de entibiarse, se habia exaltado mas con la ausencia, y era evidente que acabado el término del destierro habia de volver mas poderoso que nunca, cada uno de los dos partidos quiso tenerlo á su favor y adquirir el mérito de anticiparle la venida. Comenzaron pues á tratar secretamente con él: estos tratos se descubrieron, y en la acusacion que recíprocamente se hacian de faltar á lo convenido, cada uno echaba sobre el otro la imputacion de haber sido el primero (4). La conclusion de todo fue,

(1) «Por aventura sopieron esto el rey de Navarra, é el infante; é los otros grandes, é como dicen, son tres al mohino.» (*Centon*, epist. 14.)

(2) Esta prision se hizo, segun Fernan Perez en sus *Generaciones*, en 22 de setiembre de 1427. Es muy notable el pasaje de este mismo capítulo en que el autor se indigna contra la bajeza con que los grandes hacian la corte á este contador en el tiempo de su prosperidod y privanza con la reina madre. «E ansi, dice, con el favor é autoridad de ella todos los grandes del reino no solamente le honraban, mas aun se podia decir que le obedecian: no pequeña confusion é vergüenza para Castilla, que los grandes, perlados é caballeros... á un hombre de tan baja condicion como este asi se sometiesen.

(3) Tales como la de declarar el rey nulas todas las ligas y confederaciones que se hubiesen hecho entre sus vasallos, y la de publicar perdon general á todos sus súbditos de cualquiera acto criminal en que hubiesen incurrido, desde el caso menor hasta el mayor, salvando el derecho de tercero. San Fernando publicó tambien igual perdon á principios de su reinado, cuando trató de llevar sus fuerzas contra los moros. La medida entonces produjo su efecto; pero San Fernando era otro hombre que Juan el Segundo.

(4) «¡Oh gente non bien acordada! esclama en este lugar el cro-

que asi el rey de Navarra como el infante y los mas de los grandes y señores de una y otra parcialidad, se convinieron en pedir al rey que mandase venir al condestable á la córte. Esto era, segun decian, lo que convenia á su servicio, y la misma vehemencia ponian entonces para que viniese, que antes habian puesto para su salida. El rey, que ninguna cosa mas deseaba, les concedió inmediatamente su demanda, y el condestable fue mandado venir á Turuégano, donde á la sazon se hallaba la córte. El lo ejecutó con una magnificencia verdaderamente regia: los trajes, los arreos, las armas y los caballos, el gran séquitó de gente, y los grandes, prelados y caballeros que le acompañaban, hacian una pompa bellísima y triunfal. Distinguíanse en su acompañamiento los señores de Almazan y de Oropesa, Lopez Vazquez de Acuña, señor de Buendia y Azenor; los obispos de Osma y de Avila. A una legua de la villa le salieron á recibir el rey de Navarra, el infante su hermano y todos los grandes y caballeros de la córte. La gente que acudió de toda la comarca á ver aquel espectaculo era infinita; él, recibiendo los parabienes de todos y saludándolos con la gracia inimitable que tenia, llegó en medio de aquel inmenso concurso á palacio y entró á hacer reverencia al rey, que al instante que le vió se levantó de la silla, salió á él hasta el medio de la sala, le echó los brazos al cuello, y le tuvo asi algun tiempo. Pasó en seguida á la presencia de la reina, cuyas damas y doncellas manifestaron el mayor gusto en su venida y la de sus caballeros, pues solo cuando él estaba presente decian ellas que tenia la córte la nobleza y resplandor de tal. Dióle sala y convite aquel dia el rey de Navarra, que habia hecho todo ahinco para ello, y para mas honor sirvieron á la mesa hombres muy distinguidos por su nobleza y sus prendas. «De allí en adelante, dice la crónica del rey, él tornó á la gobernacion como de primero.»

A la satisfaccion y alegría que causó en la córte esta vuelta de don Alvaro, siguieron despues los regocijos tenidos en Valladolid en obsequio de la infanta doña Leonor. Era hermana de los reyes de Aragon y de Navarra, y venia á despedirse del rey de Castilla para ir á Portugal á celebrar sus bodas con el príncipe heredero de aquel reino. Esmeróse la córte en obsequiarla y honrarla: hubo justas, torneos, convites y saraos, y la misma porfía que antes tuvieron unos y otros por la primacía en el poder, tenian á la sazon por llevarse la palma de la gala y de la bizarría. El infante, el rey de Navarra, el de Castilla, y últimamente el condestable, dieron cada uno su fiesta á competencia, cuyas circunstancias pueden verse en las memorias del tiempo: cosas en aquella época bien interesantes; ahora menos, por la mudanza absoluta que ha habido en los gustos y pasatiempos, y porque, si bien nos parecen magníficos y caballerescos aquellos, no dejaban de tener sus grandes inconvenientes, á lo menos el de convertir en luto la funcion mas lucida, como sucedió en la que dió el infante, donde un sobrino del conde de Castro, el gran privado del rey de Navarra, Gutierre de Sandoval, perdió la vida de un encuentro que le dió Alonso de Urrea, un muy amigo suyo, que de despecho no quiso seguir justando. Don Alvaro en aquella grande ocasión no solo se manifestó igual en la magnificencia de aquellos príncipes, sino que se llevo la palma por su destreza y manejo en toda clase de ejercicios de caballero y justador (1).

En las danzas y saraos la novia llevó la gala de graciosa y bien apuesta. Tenia donaire y desahogo con discrecion. Al arzobispo de Lisboa, que habia venido de Portugal para acompañarla, rogó una noche que bailase con ella una zambra. El prelado, que era de la familia real, nieto de don Enrique II, escusóse cortesmente, diciendó: «que si supiera que tan apuesta señora le habia de llamar al baile, no trajera tan luenga vestidura».

Pasadas las fiestas y partida la infanta, los regocijos dieron lugar á los negocios políticos. Quiso el rey que se desembarazase la córte de tantos grandes y prelados como lo componian, y solo servian de gasto y de embarazo. El infante don Enrique tambien se despidió con el objeto de hacer una romería á Santiago, y tambien se consiguió que el rey de Navarra se fuese para su reino. Repugnábalo él, pero al cabo tuvo que ceder en vista del mensaje que le envió el rey de Castilla con dos doctores de su consejo, en que le amonestaba que partiese, una vez que todos los negocioo, asi suyos como de su hermano y de la infanta doña Catalina, estaban ya fenecidos. Ofrecíale que siempre tendria por muy recomendadas sus cosas y que miraria por ellas bien, como de rey tan cercano pariente y amigo. Vínole tambien á esta sazon al rey de Navarra un aviso de su esposa doña Blanca, instándole á que se fuese para alla; y asi hubo de hacer lo que por todas partes se le rogaba, y despedido amigablemente del rey su primo, se fué á Navarra con todas las apariencias de buena armonía.

Eran no mas que apariencias: los dos hermanos estaban ya descompuestos, y don Enrique era quien mas habia avivado el pensamiento de hacerle marchar. Pensaba asi quedar solo, no desconfiando de derribar al condestable cuando la ocasion se presentase. Entre tanto se carteaba y correspondia con él; lo mismo hacia el rey de Navarra: los dos se acusaban recíprocamente de venderse al enemigo comun, mientras que don Alvaro, mas grande ó mas hábil que ellos, en vez de sacar partido de sus disensiones para acrecentar su poder, envió á decir espresamente al rey de Aragon la discordia que entre ellos habia, y lo bien que seria remediarla, ofreciéndose de su parte á concurrir en ello conforme él se lo mandase (2). Don Alonso respondió: «que siempre tendria muy grande satisfaccion en

nista de don Alvaro: con él non pueden vivir, sin él non saben qué se facer.»

(1) «El Condestable llevó la loa de ardido, é andó acá y allá del turco, é mostró que le habia mostrado bien el bohemio el cabalgar á la brida, porque andó tan tieso como si con la silla fuera uno.» *(Fernan Gomez, epíst. 16.)*—En esta correspondencia y en la *Crónica del Rey*, se puede ver mas á la larga la descripcion de estas fiestas, de las cuales ni una palabra dice el historiador de don Alvaro.

(2) *Crónica del Rey*, año de 1429, cap. I.

cualquiera honra y favor que se hiciese al infante, y que el rey de Navarra estaba bien en su reino. Añadió tambien, como por via de consejo, que si el condestable queria el sosiego de Castilla, debia echar de la córte al adelantado Pedro Manrique, porque él era quien habia puesto en discordia á sus hermanos, él quien habia causado todos los disgustos y turbulencias pasadas, él en fin, quien no dejaba haber paz mientras tuviese alguna cabida en los negocios. Tal vez el adelantado era asi, y el consejo provechoso á darse de buena fe; pero en esta habia mucha duda, y los sucesos que despues siguieron pusieron de manifiesto el poco candor con que se daba.

Creíase ya desembarazada la córte de Castilla de los disturbios domésticos, y tratábase en ella de renovar la guerra contra los Moros, suspendida desde la gloriosa campaña de Antequera. Los deseos de la opinion pública estaban siempre de acuerdo en este designio, y las córtes del reino tenidas entonces en Valladolid (á principios de 1429) concedieron fácilmente al rey para esta guerra igual subsidio que las de Toledo, otorgaron veinte y tres años antes con mayor dificultad á su moribundo padre. Veia el condestable en esta empresa abierto delante de sí aquel camino de honor que tanto debia anhelar. Justificar la estimacion y confianza de su príncipe, mostrarse por su talento y su justicia digno del gobierno de las armas que tenia á su cargo, reducir al silencio la envidia á fuerza de hazañas y de sacrificios, y servir noblemente al Estado y á su rey contra los enemigos del nombre cristiano, eran todos motivos de esperanza y de alegría para su noble ambicion en la grande ocasion que se le presentaba; pero su mala suerte le negó esta gloria, y en vez de mostrarse al mundo como el campeon de la religion y de la patria, tiene que aparecer otra vez casi con el carácter de un jefe de partido, que bajo el pretesto de defender la independencia y las prerogativas de su rey, no combate en realidad sino por defender su privanza; equívoco en sus miras, aislado en sus intereses.

Ya el rey de Aragon se habia negado á firmar el tratado de paz y confederacion entre los tres reinos, que el rey de Navarra habia ajustado con el rey de Castilla, y firmado por sí y á nombre de su hermano con poderes que de él tenia. Ya habian empezado los dos á prevenirse de armas y de gente y á abastecer y fortificar las plazas fronterizas. Ya se anunciaba su venida en aparato y séquito de guerra para no ser impedidos de ver al rey de Castilla, y tratar con él de las mudanzas que debia hacer en su gobierno y en su córte. Ya en fin, para que este rompimiento llevara los mismos pasos que el anterior, llamó el rey de Aragon al infante don Enrique, que á la sazon se mostraba uno de los mas fervorosos parciales del bando de la córte. Por eso y por las muchas protestas que hizo de no faltar jamás al deber, logró licencia del rey de Castilla para ir á verse con su hermano. Asi los tratados, las confederaciones, los juramentos, todas las muestras de paz y de armonía desaparecieron como el humo, y los cuatro príncipes aragoneses, á pesar de la division y mala inteligencia en que al parecer estaban, volvieron a coligarse con mas ahinco que nunca para apoderarse del gobierno y disponer á su arbitrio de Castilla (1).

En vano el rey, queriendo evitar por medios honestos el rompimiento, les envió á decir y á rogar, no una vez sola, que desistiesen de aquel dañado propósito: todo fue inútil, y ellos se dispusieron á realizar sus designios, entrando á mano armada precipitadamente en el reino. Entonces ya las fuerzas que iban á emplearse contra los Moros, tuvieron que ser empleadas contra aquellos príncipes agresores. El rey hizo llamamiento general de todos los grandes y caballeros de sus reinos para que le vinieran á asistir en aquella justa guerra. Tardaban de venir de parte de los grandes el infante don Enrique, el duque de Arjona, Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita, que fue despues Marqués de Santillana, y algun otro. De aquí se tomó sospecha que no todos estaban de buena voluntad de servir, antes bien que gustaban de la venida de los reyes, y tal vez los ayudasen. Para poner algun reparo á este mal, se acordó que todos suscribiesen y pusiesen sus sellos en la fórmula de un juramento, por el cual se obligaba á servir al rey don Juan de Castilla leal y derechamente, «cesante toda cautela, simulacion, fraude ó engaño,» asi contra los reyes de Aragon y de Navarra como contra todos los que les diesen favor, y aun contra los que fuesen inobedientes al rey, y esta obligacion era sopena de ser, si otra cosa hiciesen, perjuros, fementidos y traidores conocidos por el mismo hecho, sin otra sentencia ni declaracion, y de que sus bienes fuesen confiscados por ello para la cámara del rey, sin otra esperanza de vénia ni de otro recurso alguno. Juró tambien por su parte el rey de amparar y defender á todos los que hiciesen aquel juramento y pleito-homenaje, como tambien sus bienes, honras y Estados, y de poner su persona por ello; prometiendo tambien que si algun trato ó concierto le fuese movido, él se lo haria saber, y no vendria en ello sin el consentimiento de todos ó de la mayor parte. Este acto solemne se hizo en Palencia, donde la córte estaba á la sazon (30 de mayo de 1429). Acto que manifiesta por sí mismo cuán desconcertados estaban los vínculos de lealtad entre aquellos ricos-hombres, pues era necesaria semejante formalidad para creerlos mas obligados por ella á cumplir con sus deberes, y aun bien inútil por cierto para semejante fin, segun lo que los sucesos dijeron despues.

La invasion entre tanto amenazaba: el rey aun no tenia prontas las fuerzas que debian acompañarle en su marcha, y se resolvió que el condestable con dos mil lanzas partiese apresuradamente á resistir la entrada á los reyes. Esta

(1) Es notable la injusticia con que Mariana en el preámbulo que pone á esta guerra de Aragon trata á don Alvaro, echándole esclusivamente la culpa de aquellos debates; mientras que los que realmente la tuvieron fueron el infante y los dos reyes sus hermanos. Desde los conciertos hechos, ningun agravio, ninguna injusticia habian recibido. Don Alvaro no era ni mas ni menos que antes y al tiempo de hacerlos; ¡qué querian pues! Mandar ellos solos y usar del rey á su antojo. Esto mismo era lo que queria y conseguia don Alvaro, con la diferencia de que el rey estaba por este, y no por ellos.

era su primera campaña, y si bien iban con él como cabos de aquella fuerza don Fadrique el almirante, el adelantado Pedro Manrique y el camarero mayor Pedro de Velasco, todos mas antiguos en servicio que don Alvaro, el mando superior se le dió á él, asi por su dignidad de condestable como por el favor y privanza que gozaba. Llegados á Almazan, supieron que los reyes eran ya entrados en Castilla por la Huerta de Ariza, y se dirigian hácia Hita, donde se decia que Iñigo Lopez de Mendoza los aguardaba de amigo. Su tardanza en venir al llamamiento del rey daba cuerpo á esta sospecha, que despues resultó infundada. Los caballeros castellanos siguieron el mismo camino que los enemigos, no importándoles nada que se hubiesen internado, pues asi los creian mas fáciles de desbaratar. Iban bien cerca los unos de los otros y cuando los reyes levantaron su real de Jadraque y lo fueron á poner cerca de Cogolludo, el condestable fué á asentar su campo en Jadraque, en el mismo punto de donde ellos le habian levantado, y despues se avanzó á Cogolludo y acampó á legua y media del sitio en que ellos estaban. La fuerza era desigual: los castellanos no eran mas que mil y setecientos hombres de armas y cuatrocientos peones entre ballesteros y lanceros; los contrarios tenian hasta dos mil y quinientos hombres de armas perfectamente equipados ellos y sus caballos, y hasta mil hombres de á pié armados á la manera de Aragon. Al real de Cogolludo llegó en aquella sazon á juntarse con sus hermanos el infante don Enrique, despues de haber intentado, aunque en vano, metiendo hombres y armas ocultamente en Toledo, apoderarse de aquella ciudad. De este modo cumplia con las protestas que habia hecho al rey de Castilla, de no faltar de su servicio, con el juramento que prestó por él y por sí su privado Garci Fernandez, igual al que habian hecho los demás grandes en Palencia, y con la obligacion que se hallaba habiendo recibido sueldo del rey para servirle en esta guerra (1). Llevaba solamente consigo pocos mas de doscientos caballos entre hombres de armas y ginetes: pequeño refuerzo para los grandes prometimientos que antes hizo. «¿Estos son hermano, le dijo el rey de Aragon, los mil y quinientos caballos que me habíades de tener puestos para cuando entrase?—Tantos y mas os hubiera traido, contestó el infante, si no me faltaran los que conmigo se comprometieron.»

Cuando los reyes vieron tan cerca de sí á sus contrarios, y cuán desiguales les eran en número, resolvieron aprovecharse de la ventaja que les llevaban y darles batalla antes que se reforzasen. Movieron, pues, sus haces á pelear (viernes 1.° de julio de 1429), mientras que los castellanos se dispusieron á recibirlos en su mismo campo, barreado con sus carros, y supliendo con su esfuerzo y con la ventaja que el terreno les daba la desigualdad del número. La vanguardia la mandaba Pedro de Velasco, el segundo cuerpo lo gobernaban el almirante y el adelantado, y el tercero el condestable, habiéndose pregonado que nadie cabalgase ni echase silla á caballo so pena de la vida. Ya los corredores estaban cerca del real, y las armas arrojadizas iban á empezar la batalla, cuando el cardenal de Fox, legado del papa en Aragon (2), se presentó á toda prisa en el campo con el intento de atajar aquella contienda y evitar el derramamiento de sangre en una guerra que se podia llamar mas que civil. Llegóse al condestable y requirióle de parte de Dios que no quisiese dar lugar á las muertes que iban á suceder, y á que se perdiese España en una pelea donde lo mejor de ella iba á combatir, y en que ninguno podia ser vencedor sin gran daño de sí mismo. «Cuánto desplacer nos cause, respondió el condestable, que las cosas hayan venido á este estado, Dios lo sabe, reverendo padre: nosotros hemos venido aquí por mandado del rey mi señor á defender su dignidad y su honra contra el deshonor y agravio que los reyes de Aragon y Navarra le hacen en entrar en su reino contra su voluntad. Vos, señor, lo veis, y debeis considerar que no nos conviene hacer otra cosa de lo que hacemos.» A la justicia de estas razones y á la valentía de la resolucion no era fácil contestar; sin embargo, el cardenal insistió en que por lo menos el adelantado saliese á hablar con el infante, que lo deseaba. Consintióse en ello, y salieron con efecto el adelantado y el infante, cada uno con dos personas de compañía. Al estar cerca uno de otro, «¡maldito sea, esclamó el infante, por quien tanto mal ha venido!—Asi plegue á Dios, respondió el adelantado.—No perdamos tiempo, ved si hay algun remedio para que España no perezca el dia de hoy.—Señor, respondió el adelantado, nosotros quisiéramos serviros, pero guardando el servicio del rey nuestro señor: vosotros habeis querido veniros á buscar, forzoso es que nos defendamos; si os venciésemos, gran merced nos hará Dios, si morimos, él nos premiará en el cielo, porque morimos por su servicio, por el del rey y por el de sus reinos.—Pues que asi es, pártalo Dios,» replicó el infante; y sin decir mas cada uno volvió á los suyos. Esta seca y desabrida conclusion era casi la señal de pelear, y con efecto, ya el cuerpo que mandaba el rey de Navarra se movia para el campamento castellano y las escaramuzas empezaban. Pero aquel hombre bueno y piadoso no cesaba en su humano propósito, y andaba de una parte y otra con un crucifijo en la mano, requiriendo, amonestando y rogando que se abstuviesen de combatir. Pudo recabar al fin que saliese otra vez Pedro Manrique á hablar con él, y le pidió que le diese palabra de que los castellanos se estuviesen quietos aquel dia y noche siguiente, asegurándole que él lograria del rey de Aragon el mismo seguro por igual tiempo. «Eso es de ver á los reyes,» respondió el condestable y sus compañeros, con quienes lo consultó el adelantado. En fin, tanto trabajó y se afanó el buen

(1) Garci Fernandez, segun parece, no faltó al juramento ni se separó del rey, pues este le volvió á agraciar con el señorío de Castañeda, que le disputó mas adelante Pedro de Velasco. (Véase el *Centon epistolar*, epist. 24, y la *Crónica del Rey*, año 29, capítulo 21, fol. 260, y el cap. 15 del mismo, fol. 267.

(2) Era hermano del conde de Fox, varon de mucho concepto en religion y santidad, y enviado á España por el papa Martino V para acabar de estirpar el cisma, que duraba aun sin embargo de haber muerto el antipapa don Pedro de Luna.

cardenal, que consiguió aquellas breves treguas; y el combate se dilató hasta el otro dia.

La dilacion fue provechosa á los castellanos, que aquella noche recibieron el refuerzo de doscientos ginetes, con los cualas mas seguros y confiados, se dispusieron á recibir á sus enemigos, que muy de mañana movieron sus huestes otra vez, y las ordenaron en batalla en el mismo sitio que el dia antes. Pero el pacífico anhelo de aquel respetable eclesiástico, quizá ya endeble para atajar el furor, fue ayudado entonces por otro poder mas grande, que dió dichoso remate á sus esfuerzos. Apareció la reina de Aragon de repente en aquel campo, venia á grandes jornadas con el mismo intento que el cardenal (1). Ella se llegó al real castellano, pidió al condestable que la diese una tienda, y la hizo plantar entre los dos campos. No se atrevieron aquellos hombres furiosos á atropellar tal sagrado, y faltar á un tiempo á toda la atencion de vasallos, parientes y caballeros, hollando los respetos que se debian á una dama tan principal, prima de los dos infantes, hermana del rey de Castilla, esposa del rey de Aragon. Suspensas asi las armas, ella pidió á los generales castellanos que le otorgasen tres cosas: una, que no se quitase al rey de Navarra nada de lo que tenia en Castilla; otra, que no se hiciese daño al infante don Enrique; y la tercera, que cesasen los pregones de guerra que se hacian en Castilla contra Aragon y Navarra; y con esto prometia que los reyes se retirarian luego á sus Estados. Respondió el condestable que conceder aquellas demandas no estaba en su mano, sino en la del rey, y que lo mas que ellos podian hacer era suplicárselo por merced y persuadirle á ello en cuanto pudiesen. Ella, conociendo la razon que les asistia, les dijo que con tal que le asegurasen de hacerlo asi, seria contenta. Y vuelta al rey su marido, que acaso ya estaba pesaroso de haberse dejado arrastrar en aquel paso imprudente y temerario, le persuadió á que aprobase aquellas treguas condicionales; y á pesar del rey de Navarra, que, como mas fiero y rencoroso, queria de todos modos pelear, el concierto se concluyó conviniendo los reyes en retirarse, y el condestable y sus compañeros haciendo pleito-homenaje de suplicar al rey que otorgase las tres concesiones pedidas. Quiso la reina todavía salvar el honor de los príncipes pretendiendo que el condestable y los caballeros castellanos levantasen el campo primero. «Eso no nos está bien, respondieron, ni por cosa alguna del mundo lo haremos»; ella trabajó, afanó, porfió: todo en vano: por manera que perdida la esperanza de rendirlos á su deseo, dejó de rogar, y los reyes tuvieron que volverse como fugitivos á Aragon.

Mas aquella mujer varonil, que pudo estorbar una batalla poniéndose en medio de los combatientes, no logró la satisfaccion de terminar tambien la guerra. La fácil condescendencia que halló en sus primos y en su esposo no la pudo conseguir de su hermano. Los mansos por indolencia son inexorables cuando se llegan á embravecer, y tal era el rey de Castilla. Honor y fortuna suya fue entonces que su enojo estuviese escudado con tanta razon, y que el poder que le asistia fuese proporcionado á su enojo. Acababa de rendir la villa de Peñafiel, obligando á encerrarse en su castillo al infante don Pedro y al conde de Castro, que la defendian; y al frente de toda la nobleza castellana, seguido de diez mil caballos y cincuenta mil peones, dilató sus huestes por los campos de Castilla, y se acercó á grandes marchas á la frontera de Aragon, con intento resuelto de dar batalla á sus contrarios donde quiera que los encontrase. Pregonó guerra contra Aragon y Navarra en todas las ciudades y villas de sus reinos, envió á Estremadura al conde de Benavente á secuestrar todas las villas y lugares de don Enrique, asi del maestrazgo como suyas, y un rey de armas fue de su parte á desafiar á los dos reyes y á decirles que sentia no le hubiesen esperado para verle, una vez que con este intento habian á su despecho entrado en su reino; que supiesen que él iba á ellos, y les rogaba que se aguardasen donde les encontrase aquel mensaje. Alcanzólos el rey de armas en Ariza y les espresó lo que el rey su señor les decia: ellos respondieron con atencion y con brio, pero no tuvieron por conveniente esperarle, y se retiraron hasta Calatayud.

Entre tanto la reina de Aragon y el cardenal de Fox se le presentaron en Piquera, adonde el ejército castellano hizo descanso. El, sabiendo que su hermana venia, salió á encontrarla como una legua del real, la recibió con alegria y ternura, y la mandó poner una rica tienda junto á la suya. Pero todas las demostraciones de aprecio y de cariño que le hizo no alteraron en nada la resolucion firme que llevaba de tomar venganza del atrevimiento de los reyes coligados, ó de recibir la satisfaccion correspondiente á su dignidad ultrajada y á su independencia y soberanía ofendidas. Asi, por mas súplicas y consideraciones que su hermana le hizo para que aquellos debates cesasen, y quisiese perdonar á su esposo y sus primos, quedando las cosas en el estado que tenian antes de la desventura tentativa, no pudo sacar mas respuesta sino de que por su honor le convenia á él entrar en los reinos de ellos, como ellos lo habian hecho en el suyo; y que si en adelante el rey de Aragon se enmendaba y le guardaba los respetos que le debia, él se los guardaria á él y miraria por su honor, segun el deudo que habia entre los dos. Ella no se dió por contenta con esta respuesta, y como ya en aquellos dias, entrados que fueron los reyes en Aragon, el condestable y sus compañeros habian venido á hacer reverencia al rey, habló con unos y con otros reclamando la intercesion que la habian ofrecido. Mas no adelantando nada tampoco por este camino, les decia afligida bien ásperas palabras, y les echaba la culpa del enojo y dureza del rey su hermano. Despidióse en fin: el rey la acompañó como media legua del real, y el condestable, el almirante y otros caballeros la siguieron hasta mas adelante, mostrando ella á todos, y mucho mas al condestable, el grande sentimien-

(1) «E como aquella que tenia el cuidado doblado, vino á jornadas no de reina, mas de trotero,» dice la *Crónica del Rey*.

to que llevaba por lo poco que por ella se habia hecho.

Fue esta despedida en el real de Belamazan, adonde el rey se habia acampado, siguiendo derecho su camino á la frontera. Allí se dió otra muestra de rigor, que por entonces se atribuyó al genio vindicativo del rey, que despues se imputó al condestable, y que la posteridad, aun dudosa, no sabe á quién verdaderamente atribuir. Ya se dijo arriba que la tardanza de Iñigo Lopez de Mendoza y la del duque de Arjona en venir al llamamiento del rey se habia hecho muy sospechosa. El primero se le presentó en Santisteban de Gormaz, fue recibido con semblante alegre, y supo disculparse de modo que el rey perdió toda sospecha, y él prestó el juramento que los demás grandes habian hecho en Palencia y con la misma solemnidad (1). El duque de Arjona no fue tan feliz: su venida habia sido mas lenta, el armamento que traia consigo era numeroso, seguíanle caballeros de mucho estado, y á las cartas que el rey le enviaba mandando que acelerase la jornada, pues por la detencion suya no era entrado ya en Aragon, respondia que su gente no era llegada aun toda, y por eso no iba con la prisa que se le mandaba. El siguió siempre su marcha, pero despacio: de manera que los unos sospechaban si queria irse á Aragon, los otros que queria dar largas á ver cómo se declaraba la fortuna. En un pariente tan cercano al rey, tan favorecido por él, y cuya conducta en tal caso era de tanta importancia, el aspecto que presentaba no era franco ni seguro: por ventura no era culpable mas que de flojedad y tibieza. Pero, aunque con pretestos diferentes, los caminos le fueron tomados para que no pudiese escaparse á Aragon. El entre tanto se acercaba al campo del rey, incierto y dudoso ya de la suerte que le aguardaba. Aconsejábanle algunos de los suyos que exigiese del rey seguro para presentarse á él, otros lo contradecian, diciéndole que no le convenia tener esta conducta con el rey, lo cual por otra parte seria en algun modo declararse culpable y poner dudas donde acaso no las habia. Llegó en fin, plantó su campo media legua del del rey, y despues se vino á él con los caballeros principales de su casa y hasta sesenta hombres de armas. Saliéronle á recibir todos los grandes señores del campo, y él se presentó al rey, que á la sazon estaba á la puerta de su tienda. Arrodillóse ante él, y comenzó á disculparse de la tardanza (miércoles 20 de julio de 1429). El Rey le interrumpió, y le mandó entrar en la tienda para oirle en ella delante de su consejo. Hízole allí los cargos que resultaban contra él, á los cuales respondió que no habia errado en cosa alguna de aquellas; que en caso de ser culpable no hubiera venido al rey con tanta seguridad y con tanta voluntad de servirle: suplicóle que mandase saber la verdad, y despues de sabida hiciese lo que su voluntad fuese. El rey le dijo entonces que esto era lo que él queria, pero que entre tanto convenia que fuese detenido. En seguida le mandó meter en la cámara de madera que habia en su tienda, y dió el cargo de guardarle á Pedro de Mendoza, señor de Almazan. Los caballeros que con él iban fueron asegurados por el rey mismo que aquel rigor no se entendia con ellos. El miserable preso fue despues llevado al castillo de Peñafiel, en donde al año siguiente falleció, con lástima y compasion de todos aquellos que le amaban por su afabilidad, generosidad y cortesía. Era primo del Rey, hijo de don Pedro, conde de Trastamara, segundo condestable de Castilla (2), y nieto del maestre de Santiago don Fadrique, hermano del rey don Pedro. La crónica del rey nada espresa de los motivos reales y efectivos de su prision ni si se le formó causa alguna. El médico Fernan-Gomez en su correspondencia da á entender que le pesaba de su muerte, y aun se inclina á creer lo que algunos decian en su favor, «que era la médula de la humanidad y cortesía, é el vero acogimiento de los que le demandaban ayuda.» El rey se puso luto por su muerte, y le hizo muy honradas exequias en Astudillo, donde se tuvo la noticia de ella. El no haberse hallado el condestable ni el almirante en el consejo en que se le prendió, dió á entender á muchos, que ellos eran sabedores del caso, y tal vez sus acusadores, si se atiende bien á la espresion que hay en la *Crónica de don Alvaro*: «Muchas cosas se fallaron contra este duque por que el rey habia razon de haberle en su ira.» En la pasion del cronista por su héroe, este fallo rigoroso contra el preso da gran sospecha de que don Alvaro tuvo parte en su desgracia, y por eso le justifica de aquel modo indirecto. De todos modos, el castigo del duque de Arjona no escarmento á otros grandes, que siguieron su ejemplo despues y fueron harto mas venturosos. Pero esto manifiesta las vicisitudes que tenia el poder del rey, segun los consejos ó firmes ó dudosos que le regian.

Ya empezaba la guerra á arder en la provincias fronterizas de Aragon y de Navarra, escitados los castellanos por los pregones del rey á vengar con guerras, talas y estragos en los pueblos limítrofes el agravio hecho al país con aquella invasion insolente. El ejército castellano desde Belamazan pasó á Medinaceli, y de allí á Arcos para efectuar su entrada en Aragon. Pero antes el rey don Juan, consiguiente á lo que habia prometido á su hermana, envió embajadores al rey de Aragon á hacerle las mismas proposiciones que antes hizo á la reina, á saber, que él suspenderia su entrada en Aragon y dejaria de hacer en él los males y daños que tan me ecidos le tenian, con tal que él dejase de ayudar al rey de Navarra y al infante don Enrique en los debates que tenian en Castilla, pues que aquel, por los Estados que aquí tenia, y el otro por ser vasallo suyo, debian es-

(1) Tal vez los estudios de este señor y su habilidad para hacer versos, talento en que no cedia sino al solo Juan de Mena, le tenian mejor dispuesta la voluntad en su favor. El rey se deleitaba mucho en leer poesía, y no seria de estrañar que el aprecio y aun respeto que se le vió mostrar siempre al marqués de Santillana naciesen de este principio.

(2) El primero fue don Alonso, marqués de Villena, hijo de don Pedro, infante de Aragon; el tercero don Ruy Lopez Dávalos, y el cuarto don Alvaro de Luna.

Esta dignidad se habia instituido nuevamente en Castilla á imitacion de Francia. (Véase la *Crónica de Juan el Primero.)*

tar sujetos á lo que el rey mandase, sin tener que dar cuenta á nadie de sus procedimientos con ellos, mas que á las leyes y á su justicia. Fueron por embajadores don Gutierre Gomez de Toledo, obispo de Palencia, y Pedro de Mendoza, señor de Almazan. Recibió el rey de Aragon estos embajadores en Calatayud: la conferencia fue algo acalorada; y cuando don Alonso les dijo que él no podia ni en la ley de naturaleza, ni en la de equidad, ni en las positivas, faltar á la defensa de sus hermanos y de las personas á quienes fuese obligado por pleitesía y defension, el obispo respondió denodadamente que ninguna ley divina ni humana le obligaban á ser juez en el reino de otro ni á amparar á aquellos que se partian del homenaje del rey. A lo que el monarca aragonés inmediatamente replicó: «Obispo don Gutierre de Toledo (*Centon epistolar*, epíst. 25), andad á predicar á vuestros parientes, que me demandan que los guarisca.» Prueba clara de que la entrada habia sido hecha en la esperanza de que habia muchos quejosos que la deseaban, y aun que la habian concertado.

Como los embajadores, aunque despedidos con buenas palabras, no volvieron con la contestacion terminante y positiva que el rey deseaba, la entrada en Aragon se resolvió, y el condestable fue el encargado de hacer esperimentar á aquel país la venganza de Castilla. Con mil y quinientas lanzas entre hombres de armas y ginetes entró seis leguas adentro, talando los campos, quemando los lugares y haciendo huir los hombres delante de sí, que despavoridos se huian á las sierras con su ropa y sus pobres alhajas. Rindiósele el lugar y fortaleza de Monreal, donde puso alcaide por el rey; destruyó á Cétiva, que fue tomada á fuerza de armas, pero no llegó á tomar la fortaleza por no poder detenerse. Volvióse con esto al rey, que ya, como despejado el campo, entró al dia siguiente con el grueso del ejército en Aragon, poniendo espanto en toda la comarca. Diez mil caballos y sobre cincuenta mil peones que llevaba asombraron á todos los pueblos convecinos, que se veian espuestos á aquella inundacion sin defensa y sin abrigo. Todos ellos se despoblaron: el rey de Castilla llegó á Ariza, que fue combatida y medio quemada; y esperó á ver si los reyes de Navarra y de Aragon, que en aquel punto habian recibido su cartel de desafío, querian venir á encontrarse con él. Ellos se estuvieron en Calatayud sin moverse; y el campo castellano, vengado asi, y satisfecho al parecer el honor de la nacion, no habiendo enemigos con quien combatir, se volvió para atrás á hacer nuevos y mejores preparativos de guerra y ataque para la siguiente campaña.

Ofrecióse el condestable á quedar por capitan en aquella frontera, y á guardarla con los caballeros y escuderos de su casa. El rey no venia en ello, asi por contemplacion á ser aquella gente la que mas habia trabajo hasta entonces, como por necesitar de su persona á su lado para su asistencia y consejo. Y aunque el condestable porfiaba por quedar allí, alegando que mientras mas trabajo hubiese, mas merced se le hacia en encomendárselo, hubo en fin de ceder á la voluntad del monarca, que quiso llevarle consigo; quedando por fronteros de Aragon y de Navarra Pedro Velasco, Iñigo Lopez de Mendoza, Fernando Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja, y Alonso Yañez Fajardo.

El rey con su ejército tomó el camino de Peñafiel con deseo de rendir el castillo, que antes no pudo tomar por la prisa con que quiso acudir á la frontera. Apenas le hubo tomado, cuando le vinieron nuevas de los males y estragos que los infantes de Aragon don Enrique y don Pedro hacian en la tierra de Estremadura. El primero cuando sus hermanos los reyes se salieron de Castilla los acompañó hasta Huerta, allí se despidió de ellos, y se vino á Uclés, donde estaba la infanta su mujer. De Uclés pasó á Ocaña; mas no creyendo aquella villa bastante fuerte para hacerla centro y base de las correrías con que pensaba infestar la provincia, llevó la infanta al castillo de Segura: y dejando con ella una buena guarnicion que la defendiese, él se vino para Trujillo. Allí le fué á encontrar su hermano el infante don Pedro, á quien la gloriosa muerte que despues recibió en el sitio de Nápoles no puede lavar la nota que justamente ponen en su nombre sus hechos en Castilla. A pesar de sus juramentos y promesas, habia resistido al rey don Juan en el cerco de Peñafiel, despues en Medina del Campo habia tomado sin pagarlas muchas mercaderías de valor á los traficantes estranjeros; y por último, se habia venido por Portugal á reunirse con su hermano en Estremadura, y á ayudarle en sus robos y saqueos. Porque tales eran los medios con que estos dos príncipes querian corroborar sus reclamaciones al gobierno esclusivo del Estado. El conde de Benavente, enviado por el rey para secuestrar los pueblos y fortalezas del infante don Enrique y asegurar el país, no tenia fuerzas suficientes para resistir á los dos hermanos, y pedia á gritos ayuda, pintando y aun quizá exagerando el estrago. El rey, ofendido de tales demasías, quisiera pasar en persona á reprimirlas; mas no era conveniente que se alejase tanto de las fronteras de Aragon y de Navarra, donde el peligro podia ser mas inminente y las necesidades mayores. Ninguno de los grandes se presentaba á tomar aquella empresa sobre sí, esquivando comprometerse con aquellos señores, tan altos como obstinados y rencorosos. En tal estado el condestable se presentó al rey y le pidió la capitanía de Estremadura. «Sabido es, señor, le dijo al pedirla, por qué los caballeros de vuestra córte se escusan de hacer esta jornada contra los infantes: los unos porque los aman, los otros porque los temen; yo no amo ni temo sino á vos.» El rey le agradeció mucho su demanda, y se la concedió gustoso, teniéndosela en mucho servicio. Las órdenes se dieron al instante para marchar: mandóse á los maestres de Alcántara y Calatrava que pusiesen á su disposicion doscientos hombres de armas, á los capitanes de Andalucía que le enviasen cuantos ginetes les pidiese, y á las ciudades y villas las cartas de creencia acostumbradas en iguales casos, y con la mayor amplitud. El par-

tió de la córte á la provincia (1), llevando consigo los caballeros y escuderos de su casa, toda gente muy lucida, y acompañado de diferentes señores, entre los cuales se distinguian por su esperiencia y destreza en las armas el adelantado de Cazorla, Alonso Tenorio; don Juan Ramirez de Guzman, comendador mayor de Calatrava, y el célebre don Pedro Niño, señor de Cigales y despues conde de Buelna.

A nadie en realidad correspondia mejor que al condestable el cargo de la espedicion. El servia de pretesto á aquella discordia civil, y él debia por lo mismo tomarse el mayor cuidado de atajar sus consecuencias: á él tocaba defender lo que el infante trataba de asolar, él iba á probarse en armas con su personal enemigo, y despues de haberle vencido en consejo y en la córte, mostrarle que no le era inferior tampoco en la guerra y en el campo. Lo primero que hizo al entrar en la provincia fue escribir al rey de Portugal que guardase mejor las treguas que tenia asentadas con Castilla, y mandase restituir á sus dueños los ganados robados por los infantes y acogidos en su reino. Aquel rey contestó tener entendido que los ganados que se reclamaban eran de los infantes ó de vasallos suyos, y que en este supuesto los habia dejado abrigar en sus tierras. Marchó en seguida el condestable á Trujillo, donde los enemigos, no atreviéndose á esperarle, quemaron los arrabales de la villa, y con trescientos hombres de armas y mil peones se fueron á encerrar en Alburquerque, la plaza mas fuerte de toda la comarca y que por su proximidad á Portugal podia ser fácilmente socorrida. Los de la villa salieron á recibir al condestable como á un dios tutelar que venia á defenderlos del robo y saqueo con que los infantes les amenazaban. Pero si la posesion de la villa no costó dificultad ninguna, la del castillo la presentaba muy grande, asi por su fortaleza como por los defensores que en él habian quedado. El título de alcaide le tenia Pedro Alonso de Orellana, un caballero de Trujillo; pero el comandante en realidad era un bachiller llamado Garci Sanchez de Quincoces, criado de la infanta doña Catalina, que con el cargo y título de corregidor habia sido dejado allí para mantener la fortaleza por sus señores. Convenia á don Alvaro entregarse de ella por inteligencias, á fin de no perder tiempo para ir á encontrar á los infantes, que era lo que mas anhelaba. Los tratos que para ello tuvo con el alcaide Orellana fueron en vano, aun cuando intentó reforzarlos con el peligro de dos hijos suyos que pudo haber á las manos, á quienes amenazó degollar si el castillo no se le entregaba. El alcaide respondia que esto no estaba en su arbitrio, y que mientras el bachiller Quincoces no se allanase á la entrega, escusado era que él lo ofreciese por su parte. No era esto fácil lograrlo del bachiller: el hombre era robusto y membrudo de cuerpo, tenaz é inflexible en el ánimo, muy pagado de su saber como letrado, leal á sus señores y fiel á su obligacion particular, que segun la moral que rige en tiempos de partidos, aun entre hombres de bien es siempre preferida á las obligaciones públicas (2). Costó al condestable gran dificultad que saliese á vistas con él; pero al fin convino en ello, con tal que fuese á poca distancia del castillo, en una cuesta que iba á parar á unos derrumbaderos: los dos torreones de la fortaleza, que dominaban la cuesta y registraban el campo á lo largo, le aseguraban de cualquiera celada que contra él se intentase. El condestable mandó la noche antes que se entrasen en una ermita que estaba en el campo no lejos de la cuesta en que habia de ser la conferencia, hasta treinta hombres de armas, sin decirles para qué los ponia allí. El cabalgó en una mula, que dejó al pié de la cuesta con su alférez Juan de Silva, á quien para lo que pudiese ofrecerse llevó consigo en hábito de mozo de á pié. Llegó á la mitad de la cuesta, donde al mismo punto se presentó el bachiller: los dos iban armados de solo espada y puñal, que asi estaba convenido; y despues de hacer Quincoces la debida reverencia al condestable, comenzaron á tratar del asunto. Duró largo rato la conferencia, alegando el letrado la fe que debia á sus señores, su palabra dada y las leyes de Partida, que él esplicaba á su modo: el condestable, al contrario, le decia que era mas obligado que nadie á guardar las leyes, pues tan bien las sabia; le ponia delante los derechos de la preeminencia y prerogativa real, le hacia cargo de los daños y males que se siguiesen por su resistencia, y prometíale en fin mercedes muy grandes de parte del rey si cedia á lo que era tan de razon.

Terco el uno, obstinado el otro, de las palabras vinieron á las manos, y el condestable abrazándose de pronto con aquel alto jayan, y burlando con su maña y destreza los esfuerzos impotentes de su membrudo contrario, se echó cuesta abajo con él. Veíanlos rodar desde el castillo, veíanlos rodar desde la villa; pero cuando los unos acudieron á defender á su alcaide, ya este pobre, estropeado un brazo, y atado á la mula del condestable, estaba entre los hombres de armas, que quitaron á sus contrarios, que ya salian, la esperanza de rescatar el prisionero. Con esto se rindió el castillo, y don Alvaro, poniendo en él un alcaide de su confianza, prosiguió su marcha contra los infantes. Costóle esta proeza un carrillo que se le deshizo, un pié que se le malparó, y á pesar de cuanto digan sus panegiristas, no poca mancha en su buena fe. El hizo sin duda alguna prueba de maña y de fuerza como atleta; pero faltando al seguro que habia dado, no la hizo de honradez y de pundonor como caballero.

(1) Adoleció en Jaraicejo, y luego que el rey lo supo le envió á su médico Fernan Gomez para que le asistiese, diciéndole que se lo tendria en el mismo servicio que si fuese á su persona. Cuando el médico llegó ya don Alvaro estaba restablecido, pero de órden del rey se mantuvo con él mientras duró la campaña. Son de ver en las cartas de aquel facultativo cortesano las aventuras de su viaje y los sucesos de la guerra de que fue testigo; pero de esta comision suya personal nada se dice en una ni en otra Crónica. (*Centon*, epístolas 30, 31 y siguientes.)

(2) «Ome bullicioso, dice el cronista de don Alvaro, menospreciador de los mandamientos del rey, grande de cuerpo, é non de pequeño esfuerzo, alborotador del pueblo, é muy arrebatado en la fabla.»

El médico Fernan Gomez pinta en dos palabras su fuerza y estatura: «Ca bregando brazo con brazo con el alcaide Quincoces, que es un bachiller como un alcornoque de esta tierra, le fizo su prisionero.» (Epist. 35.)

Seguíase en el órden de reduccion el castillo de Montanches; pero el condestable, dejando el cuidado de bloquearlo á uno de sus caballeros, pasó adelante con su hueste hasta dar vista á Alburquerque, donde estaban los infantes. Vociferaban ellos que darian batalla á cualquiera que viniese á encontrarlos, como no fuese el rey en persona, y no estaba en el carácter ni quizá en la posicion de don Alvaro dar ocasion á que se dijese que no lo buscaba de miedo. Envióles pues un faraute suyo á decirles que ya estaba en el campo y los esperaba á batalla: ellos contestaron con Juan de Ocaña, su prosevante (1), que en la villa no tenian gente bastante para pelear de poder á poder; pero que si al condestable y conde de Benavente contentaba hacer campo con ellos dos solos, prontos estaban, y aguardaban la respuesta. «No pudieras traerme nuevas que mas gusto me diesen,» dijo al prosevante, y le dió en albricias la rica sobreveste que encima de las armas traia; y aceptando el reto por sí y por el conde, les respondió con Juan de Ocaña que esperaba le dijesen la hora y el sitio en que habia de ser el combate; «y porque el infante don Enrique, añadió, es mas valiente de persona y de cuerpo que el infante don Pedro, y yo soy el mas flaco de la parte de acá, decirle has que le pido por merced que á él plegue que él y yo le hayamos.»

Los infantes, que creyeron eludir la batalla con la jactancia del desafío, imaginando que por miedo ó por respeto su adversario no le aceptaria, viéndose tambien engañados en esta parte, dejaron correr el tiempo con varias dificultades, sin embargo de que don Alvaro llegó ya á señalar las armas para el combate y se ofreció á pelear con ellos en la plaza del castillo, para que de este modo los vencedores quedasen dueños de la plaza, y los muertos fuesen arrojados afuera por los adarves. Asi nada quedó por su parte para manifestar que en hecho de armas y valentía nada tenia que ceder á los príncipes que tanto encono mostraban contra su privanza (2).

Si esta fue una leccion de valor, tambien supo darles otra de generosidad y cortesía, propias de las costumbres caballerescas del tiempo. Solia el infante don Pedro, como mozo poco advertido, salir á una de las buitreras del castillo á tirar desde ella á los buitres. Algunos de la hueste del condestable se determinaron á meterse en la buitrera por la noche, y allí atacar al infante á tiros de ballesta, y matarle si podian. Dijeron su pensamiento al condestable antes de ponerle en ejecucion, en la creencia de que quien con tanto ahinco deseaba combatir con los infantes tendria gusto en que de cualquier modo pereciesen. «No permita Dios, contestó él, que en la hueste que yo gobierno se haga una alevosía semejante, y perezca por ella hijo de tan noble rey como fue el rey don Fernando de Aragon. No penseis en tal cosa, y sabed que si las leyes de caballería permiten tomar venganza de sus enemigos en público rigor de batalla, no asi por asechanzas cautelosas, donde la fuerza es salteada y la virtud no puede defender al que la posee.» Con tales razones los despidió, y al punto envió, segun se dice, á avisar al infante que tuviese mas recato con su persona (3).

Cayó el mismo infante enfermo por aquellos dias. Y como no hubiese en Alburquerque disposicion, ni facultativo que le pudiese asistir, vióse don Enrique en la necesidad de enviar un mensagero al condestable, pidiéndole seguro para tomar un médico de Portugal. El condestable no solo dió aquel salvo-conducto tan cumplido como pudiera desearse, sino que mandó tambien al físico Fernan Gomez, que á la sazon se hallaba con él, fuese á asistir al infante, mientras el médico portugués venia, ó por el tiempo que fuese su voluntad. El médico, aunque receloso de ir temiendo el éxito de su comision, la desempeñó sin embargo con discrecion y fortuna (4). No solo el infante enfermo cobró salud en sus manos, sino que por su cuerda conducta y oportunas razones estuvo á punto de componer aquellas diferencias. Porque sensible don Enrique á aquel buen porte del condestable, cuando Fernan Gomez entró á su presencia no pudo menos de manifestar su agradecimiento, añadiendo que siempre le quiso bien, y como vasallo natural del rey de Aragon su padre, siempre *le habia agradable amistad*; pero que el condestable le pagaba mal: sin duda le escocia todavía la escapada de Talavera. Tambien hablaron los infantes con él de los términos en que se hallaban con el rey, culpando su mala ventura y echando la culpa de todo á malos yentes y vinientes. El les aseguró de la buena voluntad del rey, y de las honras y mercedes que les haria si no estuvieran siempre huyendo de su obediencia y respeto. Escribia todas estas cosas al rey y al condestable; y al partir de Alburquerque podia lisonjearse de que á lo menos habia sido un ministro de salud, y en cuanto estuvo de su parte tambien de reconciliacion y de paz (5).

Pero era muy dudoso que estas disposiciones pacíficas de que él se lisonjeaba fuesen sinceras ó á lo menos si lo fueron se desvanecieron bien pronto. El condestable tenia ya tratado con el alcaide del castillo de Montanches que la fortaleza se rendiria viniendo el rey en persona á entregarse de ella, y esperaba que lo mismo podria suceder con Alburquerque, cuyos defensores, faltos ya de vituallas, querrian tal vez aprovecharse de la buena disposicion en que la córte estaba de recibirlos de paz, y poner al fin un

(1) Oficial de armas inferior á los farautes y reyes de armas, pero que solia en algunos casos hacer el mismo oficio que ellos.

(2) «Vuesa merced tiene mas justicia de sentirse, no digo he que no le repuso, mas de que no acató á los apercibimientos que le ficisteis cuando para acá partió; ca como si fuera Dominguillo, su mozo de espuelas se mete al otero de las buitreras, é cobija su coraje con manto de la honra para codiciar batallas cuerpo á cuerpo con los infantes; ca si lo quisieran acoger en Alburquerque, desordenadamente se metiera allí á facer batalla.» *(Centon epistolar*, epist. 38, dirigida al mariscal Diego Fernandez, señor de Baena.)—Este caballero sin duda era de mucha conexion ó intimidad con don Alvaro, y las espresiones del físico son un modelo de gracia y de esquisita lisonja, si es que se puede llamar asi un elogio fundado en la verdad.

(3) *Crónica de don Alvaro*, tit. 32, pág. 102.

(4) «El estaba repleto de internas congojas, dice Fernan Gomez en una carta al rey, ó corruta la sangre, de los caminos é cabalgadas continuas, é con dos fiebres, menguante é creciente; é yo non resté contentó de ser venido, ca podria ser que del mal finase, é cargasen la su muerte al físico é al honor del condestable, que me mandó.» *(Centon*, epist. 40.)

(5) «E si yo lo vero atino, gozques son que mientras se comen el hueso, los canes grandes se amagan con las presas descubiertas. Estos gozques son los que á vuesa señoría e á los infantes aguzan.» *(Centon*, epist. 40.)

término á aquellos debates interiores. Vino con efecto el rey, llamado del condestable, desde Medina del Campo, donde estaba, y el castillo de Montanches se le rindió, segun lo pactado. Mas cuando se acercó con su hueste á la villa de Alburquerque y mandó hacer con toda solemidad la intimacion de que se le abriesen las puertas y los infantes se viniesen para él (2 de enero de 1430), ofreciendo perdonar á los que estaban con ellos los yerros en que hubiesen incurrido, desde el caso menor, hasta el mayor, los infantes, en vez de aceptar aquel perdon, harto generoso por cierto, levantaron otro pendon real sobre la torre de la villa en que tenian sus estandartes, y empezaron á llover al instante piedras, saetas y aun tiros de pólvora, sobre el pendon del rey y los que le acompañaban, sin miramiento á su presencia, ni retraerse por respeto alguno de un desacato tan enorme. Repitióse la misma intimacion dos dias despues con el mismo mal suceso, y aun con insultos mayores: de modo que no quedó ya al rey de Castilla otro término que usar con aquellos hombres tenaces y temerarios mas que la justicia y el rigor. A fin de justificar las medidas severas que iba á tomar, publicó en carta que hizo circular por todos sus reinos, los desacatos cometidos contra él en las murallas de Alburquerque. Aplazó todavía á mayor abundamiento á los infantes para que en el término de treinta dias se presentasen á deducir su derecho ante él, y en el de cuarenta los que estaban con ellos, y se volvió á Medina del Campo con el condestable y la mayor parte de las fuerzas que allí habia, dejando por frontero de los infantes y el encargo de defender la tierra al maestro de Alcántara don Juan de Sotomayor, y á don Juan Ponce de Leon, hijo del señor de Marchena.

Llegado el rey á Medina, llamó allí todos los individuos de su consejo, los grandes del reino y los procuradores de las ciudades y villas, y reunidos en córtes hizo esponer ante ellas todos los escesos y delitos cometidos por los infantes y los que los seguian, y pidió su parecer de lo que debia hacer contra ellos. Los dictámenes variaban: los unos decian que pues las leyes determinaban las penas á que se hacian acreedores los que tales yerros cometian, fuesen tratados con todo el rigor del derecho, y se hiciesen las declaraciones competentes en su razon. Otros seguian un dictámen mas suave: los delitos eran tan feos, que no les parecia bien se mancillase con el oprobio de una sentencia pública á príncipes tan conexionados con el monarca. Bastaba, segun ellos, desheredarlos de las posesiones y Estados que en Castilla tenian, y aun penarlos en sus personas si pudiesen ser habidos. Los procuradores no quisieron dar su voto en un negocio para el cual decian que tenian que consultar á los pueblos de donde eran enviados. El rey, en medio de esta diversidad de dictámenes, acordó el desheredamiento; pero se abstuvo de declaraciones odiosas, y aun dilataba la reparticion del despojo, que sus cortesanos anhelaban. Por ventura esperaba que los infantes se redujesen al deber, y escusarse los inconvenientes grandísimos que resultan siempre para las concordias de esta clase de repartimientos. Mas cuando supo que en aquellos dias el infante don Pedro, venido desde Alburquerque por Portugal, habia entrado en tierra de Zamora, tomado el castillo de Alba de Liste, y comenzado desde allí á talar y robar la tierra, segun su costumbre, entonces, dejando aparte todo respeto, procedió á la reparticion deseada, y contentó á sus servidores con los bienes de sus enemigos. Dióse entonces á don Alvaro la administracion del maestrazgo de Santiago, y si ya seria molesto y poco interesante nombrar á todos los agraciados, la verdad de la historia y su justicia no permiten que se prescinda de nombrar algunos, para que se vea que no solo el condestable sabia sacar partido de esta clase de revueltas, y que los mas buenos, los mas respetables de los grandes tomaron de muy buena gana cuanto pudieron pescar de aquella redada. Al camarero mayor Pedro de Velasco se dieron las villas de Haro y Villorado, elevándose poco tiempo despues la primera á título de conde. Con este motivo se dió al justicia mayor Pedro de Stúñiga la villa de Ledesma; á Iñigo Lopez de Mendoza tocaron unos pueblos de la infanta doña Catalina, que por estar cerca de su villa de Hita le convenian; al adelantado Manrique la villa de Paredes, que era antes del rey de Navarra; al obispo de Palencia don Gutierre Gomez de Toledo, la villa de Alba de Tormes, que habia sido del mismo; y asi á otros muchos de la córte, tanto grandes como doctores. Muchos de estos caballeros habian sido antes parciales de los infantes, y tal vez algunos se entendian todavía con ellos. No deja de causar admiracion ver en la lista de los agraciados á Garci Fernandez Manrique, conde de Castañeda, con la villa de Galisteo, que habia sido del infante su señor. Pues disculpar la admision de estas gracias con la necesidad y el peligro á que en las córtes de los reyes espone la repulsa, tampoco es posible en este caso. Semejante escusa podria valer para Afranio y para Séneca en la córte de Neron, pero el rey don Juan no era un tirano como el de Roma. Aun en aquella misma ocasion un hombre de mas baja gerarquía dió á los próceres un ejemplo que pudieran imitar: el relator del consejo del rey, Fernando Diaz, á quien se agració con quinientos vasallos en las tierras que él señalase de los príncipes desposeidos, se escusó de recibirlos, diciendo al rey «que ni á su honor ni á su hacienda convenia ser heredero del rey de Navarra ni del infante don Enrique (1).

La guerra entre tanto, que no se habia realmente hecho mas que con palabras y algunas facciones y escaramuzas de poca importancia en las fronteras (2), iba á arreciarse por momentos,

(1) Este ejemplo de entereza y desprendimiento, era demasiado noble y singular en aquel teatro para que dejase de ser interpretado en el peor sentdio por la malicia de los cortesanos. Ya el físico Fernan Gomez dice que aquella respuesta se atribuia á que el relator referendario estaba quejoso de que á él se le diese menos premio que al doctor Rodriguez, que habia servido menos que él. «Párteles Dios; que el rey no podrá,» esclama á esta sazon malignamente el médico, y con esto parece que acredita aquel rumor. Yo sin embargo me inclinaria á tomar la repulsa en el sentido mas honroso.

(2) A fines del año anterior Pedro de Velasco habia tomado la villa de San Vicente en Navarra á fuerza de armas. Diego Perez Sarmiento habia hecho prisionero al mariscal del rey de Navarra, que entró á hacer daño en la tierra en una refriega que tuvieron cerca de la Bastida, é Iñigo Lopez de Mendoza fue vencido en el campo

porque todos los preparativos militares de Castilla estaban hechos y arrimados á la raya. El rey don Juan desde Búrgos habia hecho llamamiento general de sus capitanes y de los grandes de su reino, para entrar poderosamente en Aragon, y asegurar allí á fuerza de armas su independencia y sus prerogativas, ultrajadas y holladas por las pretensiones de los príncipes sus contrarios. Mas por la parte del rey de Aragon no habia hechos los mismos preparativos ni por ventura el mismo deseo de hacer la guerra. Sus reinos no debian estar bien dispuestos á auxiliarle en una empresa en la cual no se trataba mas que de los privados intereses de sus hermanos en Castilla, y de contentar su ambicion de mandar ellos solos en los negocios de acá. El mismo debia conocer el papel desairado que hacia en sostener aquellas pretensiones pueriles; y á la verdad, en todas estas transacciones suyas en España por aquel tiempo se desconoce al príncipe tan amable como discreto, y tan grande como feliz, que despues fue el moderador de la Italia, el protector de las letras, el modelo de los reyes y el objeto de las alabanzas de los pueblos y de los ingenios. Su anhelo y sus esperanzas le llamaban á Nápoles, y le era forzoso dar algun corte á este fastidioso debate, en que se habia dejado enredar por las pasiones y miras estrechas de sus hermanos.

Al tiempo pues en que ya el rey de Castilla se hallaba en el Burgo de Osma á punto de hacer su entrada en Aragon, llegaron embajadores de aquel rey y del de Navarra: por el primero venian el obispo de Lérida y otros dos caballeros de su reino; por el segundo un fraile menor, que se titulaba arzobispo de Tiro, confesor de la reina de Navarra; un dean de Tudela y un caballero llamado mosen Pierres de Peralta, mayordomo mayor de aquel rey. Dióles el de Castilla audiencia delante de su consejo de Estado, y tomando la palabra el obispo de Lérida, se hizo cargo al principio de las quejas que el rey de Castilla tenia del de Aragon y sus hermanos por su mala correspondencia respecto de las grandes mercedes y favores que de él recibieron. Descargó el embajador en la manera que pudo á su rey y á los infantes de la nota de ingratitud, y ponderó en razones magníficas los servicios hechos al rey de Castilla por su tutor y tio el infante de Antequera don Fernando, despues rey de Aragon; servicios que él decia eran dignos de todas aquellas mercedes y aun de mas. Que lejos de haber por parte de Castilla la consecuencia que á ellos se debia, los infantes sus hijos se veian separados de la gracia y presencia del monarca, agraviados y desposeidos en gran parte de lo que tenian; el rey de Aragon no admitido á las vistas que tenia propuestas, y la reina su mujer, hermana del príncipe castellano, desairada y desatendida: todo por culpa de los que cerca del rey andaban, los cuales le daban estos malos consejos en desdoro de su persona y familia y no menor perjuicio de sus reinos (1). Cuando este embajador hubo cesado, el fraile arzobispo su compañero tomó la palabra, y con mas atrevimiento que respeto y conveniencia, añadió á las razones dichas que el rey don Fernando si quisiera pudiera haber sido rey de Castilla cuando murió don Enrique III su hermano; dando á entender con esto que los agravios y desaires hechos á sus hijos eran un pago bien poco correspondiente á la entereza y lealtad con que entonces aquel justísimo príncipe se habia conducido.

Cesaron en fin; y como el blanco principal á que tiraban en sus palabras era culpar á los consejeros del rey, y principalmente á don Alvaro, aun cuando no le nombraban, tomó este la palabra, y manifestó con tanta claridad como vehemencia que de las cosas pasadas ni el rey su señor, ni los que cerca de él estaban, ni mucho menos él, tenian culpa ninguna: recordó los desacatos, desafueros y agitaciones de los infantes contra la persona del rey y la tranquilidad de sus Estados: ahora mismo ¿no acaba el rey de Aragon de dirigir cartas á muchos de los grandes de Castilla, prometiendo repartirles villas, lugares y vasallos del rey, si querian seguir su opinion? Mostró estas cartas allí en prueba de su verdad; y añadió que por lo que á él tocaba ninguno de cuantos andaban cerca del rey deseaba mas la paz entre los dos monarcas, así por la confianza que merecia á su señor como por la naturaleza que en ambos reinos tenia, y por el linaje de donde procedia, señalado, como era notorio al mundo, por los muchos y eminentes servicios que á unos y á otros reyes tenian hechos, premiados tambien con altas mercedes y honores. Abstúbose, tal vez por consideracion, de contestar á la indecorosa inculpacion del arzobispo de Tiro; pero el conde de Benavente no quiso que quedase sin respuesta, y despues de confirmar cuanto el condestable habia dicho, añadió que se maravillaba mucho de que nadie se atreviese á decir que el infante don Fernando pudiera ser rey de Castilla cuando murió don Enrique III, puesto que aun cuando su lealtad y su virtud le permitieran semejante pensamiento, lo cual no era de presumir, no se lo permitiera jamás la lealtad castellana ni incurriera en tan grande esceso contra su rey y señor. Y por tanto, que lejos de deberle este la corona al rey de Aragon, como se queria dar á entender, don Fernando era quien debia la suya al rey de Castilla, quien, sin los respetos que le eran debidos, hiciera valer los derechos que tenia al trono aragonés, mas fuertes por ventura que los del rey don Fernando. A esto contestó vivamente mosen Perellós que estos habian sido declarados en justicia por mayores que los de otro cualquier

de Araviana por un capitan del rey de Navarra, aunque el caudillo castellano se portó con el mayor esfuerzo. Anteriormente el rey de Aragon en persona habia hecho una entrada en Castilla, mientras el rey don Juan estaba en Peñafiel, y tomó la villa y castillo de Deza y los castillos de Romedian, Ciria y Borobia, parte por armas, parte por engaño é inteligencias, y anduvo unos cinco dias por la tierra haciendo quemas, talas y robos: espedicion á la verdad mas de un salteador que de un monarca. (*Crónica del Rey*, año 30, cap. 18, pág. 300.)

(1) Mariana adorna á su modo esta arenga con pensamientos é imágenes que no son de verdad histórica, aun cuando tengan mucha conveniencia dramática y moral. Estas á la verdad son muy felices. «Las espadas que una vez se tiñen en sangre de parientes con dificultad y tarde se limpian. No de otra manera que si los muertos y sus cenizas anduviesen por las familias y casas pegando fuego y furia á los vivos, todos se embravecen, sin tener fin ni término la locura y los males.» Manera enérgica, que toca ya en poesía. La *Crónica del Rey* se contenta con referir sumariamente los discursos, y con su acostumbrada ingenuidad añade: «E sobre esto dijeron tantas cosas, que no se deben escribir.»

concurrente, y á esta declaracion dada por valientes letrados debia la preferencia que obtuvo. Dícese que á estas palabras se siguió el retar á quien otra cosa pensase ó dijese. Disimulóse el desacato en obsequio del motivo que le inspiraba : la presencia del rey contuvo la réplica, y la audiencia se levantó sin pasarse á vías de hecho ni resultar de ella efecto ninguno positivo mas que el descubrimiento causado por la disputa.

Asi es que el rey de Castilla resolvió marchar adelante para entrar en Aragon. Entonces los embajadores, que segun las costumbres de estas legacías, empezaron braveando para aflojar despues, trataron en particular con los grandes que componian el consejo del rey sobre ajuste de treguas, y tanto al fin hicieron y prometieron, que se concertaron en el real de Almajano entre los dos reinos por cinco años, contados desde el dia 25 de julio de aquel año (1430). Los artículos principales fueron que desde aquel dia cesase toda hostilidad, quedando las cosas en el estado que á la sazon tenian; que se abriese la comunicacion y tráfico con los tres reinos, como antes de la guerra; que se nombrasen siete jueces por cada parte, y que estos decidiesen y determinasen sobre todos los debates que se habian causado, para poder ajustar una paz duradera, y los reyes estuviesen á lo que estos jueces determinasen : los infantes eran comprendidos en la tregua; no se les haria mal ni daño en sus personas ni en sus bienes aunque se mantuviesen en los castillos donde entonces se hallaban; ellos tampoco habian de cometer hostilidad ninguna, so pena de no ser auxiliados en nada por los reyes sus hermanos, ni aun recibidos en sus Estados. A cualquiera de las partes contratantes que quebrantase algun capítulo de la tregua se le impondria la multa de 2.000,000 de coronas de oro de Francia para la parte obediente perjudicada; mas que no por eso se entendiese quebrantada la totalidad de la tregua ni la concordia hecha para todo aquel tiempo. La muchedumbre de interesados y su voltariedad hizo probablemente poner este artículo para la conservacion del ajuste; que á la verdad se guardó bien poco por los infantes (1). Por parte del rey de Castilla otorgaron la tregua el condestable don Alvaro y don Lope de Mendoza, arzobispo de Santiago, y los mismos nombraron los siete diputados castellanos para el arreglo y determinacion de las diferencias ocurridas, y señalaron la villa de Agreda para su residencia durante su comision, así como la de los aragoneses fue la ciudad de Tarazona.

Con esto el rey de Castilla se volvió al Burgo, y hecho allí el alarde de su gente, les mandó ir á sus casas, aplazándolos para el mes de marzo siguiente, en que pensaba hacer la guerra poderosamente al rey de Granada. El, despues de haber ido á Segovia á ver al príncipe su hijo, y á Madrigal, donde estaba la reina, pasó á Salamanca, y allí le hallaron los procuradores de córtes, que habia mandado llamar para consultar con ellos los auxilios con que el reino debia asistirle para la guerra que meditaba. La proposicion del rey fue recibida muy graciosamente por las córtes : ofrecieron para aquella justa y santa empresa cuanto sus ciudades y villas podian, y acordaron servir al rey con cuarenta y cinco cuentos, para lo cual se repartieron quince monedas y pedido y medio.

El condestable, viudo á la sazon de su primera mujer doña Elvira Portocarrero, se casó en segundas nupcias por aquellos dias con doña Juana Pimentel, hija del conde de Benavente. Las memorias del tiempo, que no dan idea ventajosa de las prendas personales de doña Elvira, la dan muy lisonjera de la apostura de doña Juana (2). Una y otra eran nietas de don Alonso Enriquez, almirante de Castilla. Y como doña Juana de Mendoza, viuda de este señor, falleciese en aquellos dias (3), la cual habia sido una dama muy notable y estimada en su tiempo por las prendas sobresalientes de alma y cuerpo que en ella habia, su estrecho parentesco con la novia hizo que las bodas no se festejasen con la gala y magnificencia correspondientes. Celebráronse en Calabazanos, cerca de Palencia, y no hubo mas grandeza en ellas que haber sido padrinos el rey y la reina de Castilla.

Mas no bien fueron terminadas las solemnidades de aquel nuevo imeneo, cuando el condestable, arrancándose á los halagos de su bella desposada, y dando de mano á las intrigas y solicitudes de la córte, quiso ir al instante á Andalucía á probar sus fuerzas con los Moros. Pidió licencia al rey para que mientras se concluian los negocios que debian quedar fenecidos antes de la grande entrada que el monarca habia de hacer, le permitiese ir con la gente de su casa y con las que habia en la frontera á hacer una entrada en la tierra enemiga, y como á allanarle el camino para cuando él se presentase con toda la fuerza de Castilla. Diósela el rey, agradecido á su buen deseo; y él, dispuesta y armada la hueste de su casa, marchó á Córdoba, y allí hizo venir á que se uniesen con él los capitanes de la frontera y toda la gente que tenian. Vinieron ellos, y al frente de tres mil caballos, cinco mil peones, y de la flor de la nobleza de Andalucía, que tambien quiso seguirle, entró por las tierras de Granada hácia la parte de Illora, quemando y talando cuanto encontró en su camino. Sembrados, plantíos, casas de campo, alquerías, arrabales de pueblos fuertes, lugares tambien enteros, todo lo arrasaba aquella devastacion, sin que los Moros saliesen á impedirla ni hiciesen demostracion alguna de querer combatir con él, como ansiosamente lo anhelaba. Llegaron sus gastadores y caballos ligeros hasta una legua de Granada, y allí envió un mensaje al rey convidándole bizarra y caballerosamente al combate (4). Sentó despues su campo en un cerro,

(1) No mucho tiempo despues de ajustada la tregua, pero ya bien sabida por los infantes, supo el rey don Juan que habian escrito á algunas ciudades y villas del reino diferentes cartas muy en deservicio suyo. (*Crónica del Rey*, año de 30, cap. 25, pág. 306.)

(2) Véanse en el *Centon* de Fernan Gomez la carta 1.ª y la 42.

(3) Dueña muy notable la llama dos veces la *Crónica del Rey*. «Si la nieta es tan ardiosa como la abuela, dice Fernan Gomez, de apuesta no le debe envidia.» (Epist. 48.)

(4) El mensaje fue «que pues él era venido para cerca de su ciudad de Granada con alguna parte de la caballería del rey de Castilla su señor, le pedia por merced que él quisiese salir á verse con él en el campo.»—Respuesta : «Que como quiera que por entonces no saliese á ver á él ni á sus caballeros, que prestamente seria tiempo en que él los pudiese salir á ver é fallarse con ellos.»

frente de Tajara, y allí estuvo un dia esperando la respuesta. El moro se escusó; él se volvió Genil abajo hácia Loja y Archidona, cuyos alrededores taló y estragó tambien, sin que los Moros de aquellos pueblos se les defendiesen sino con ligeras escaramuzas. La falta de provisiones le hizo bajar hasta Antequera, donde pensaba tomar víveres para diez dias, y entrar á talar y destruir las tierras de Málaga, como habia hecho en las de Granada. Su pensamiento no se le cumplió por la mala voluntad del peonaje que llevaba, el cual, no hallando en Antequera las provisiones que esperaba, comenzaba á desertarse y marchar. «Las viandas vendrán, les decia él, pero esperad algun tanto mientras llegan; que yo comeré yerbas con vosotros si menester es, por el gran servicio que vamos á hacer al rey y á toda esta tierra.—Nosotros no somos bestias para comer yerbas, respondian los capitanes de aquellos peones, ni estamos tampoco aquí mas.» El castigo siguió de pronto á la insolencia, y los mas culpables de aquellos capitanes fueron degollados. Pero la necesidad no se remedió por eso con la prontitud que era precisa; y el condestable, ó de despecho ó de fatiga, ó mas bien de todo á un tiempo, cayó gravemente enfermo, de modo que se desesperó de su salud, y los Sacramentos se le administraron. Cobróse de la dolencia á tiempo que no era oportuna la irrupcion sobre Málaga, porque el rey y el grande ejército estaban ya en Córdoba, y él debia ir á reunirse con ellos. Pasó pues con la hueste desde Antequera á Ecija, dando asi fin á aquella entrada, que un escritor de aquel tiempo, bien práctico en la guerra, llama á boca llena *famosa* (1). Ninguna, con efecto, de las espediciones de esta clase hechas por aquel tiempo se hizo con mas órden, con mas audacia ni con mas daño del enemigo; ninguna pudo dar mas confianza en el feliz éxito de la guerra; y el valor castellano pudo y debió considerarla como un anuncio venturoso de victoria.

El condestable juntó su hueste con la del rey en el castillo de Alvendin, ocho leguas de Córdoba, y desde allí el ejército castellano, casi por los mismos pasos que habia llevado don Alvaro, se precipitó sobre la vega. El intento, segun lo resuelto antes en el consejo de guerra tenido en Córdoba, era encontrar al enemigo donde quiera que estuviese, y pelear con él de poder á poder, y seguir despues á lo que las consecuencias de la batalla mostrasen conveniente. Teníanse esperanzas de que las divisiones que habia entre los Moros por causa del mando no les dejarian hacer grande resistencia; y aun se creia que al acercarse á Granada se les pasarian muchos, y con ellos un personaje muy principal, infante de la casa real de Granada, llamado Benalmao, descontento á la sazon con el monarca reinante, y aspirante á la corona. Aun sin estas inteligencias el poder del rey de Castilla era tan superior al de los infieles, que no era posible dejarles de vencer y arrollar. Seguíanle sobre ochenta mil hombres de guerra, y de ellos hasta diez mil caballos, entre hombres de armas y ginetes. Toda la nobleza castellana iba allí ansiosa de combatir y vencer á los ojos de su rey, el cual, si bien indolente y descuidado y nada á propósito para las ocupaciones del gobierno, estaba en la flor de la juventud, era codicioso de gloria, intrépido, ó á lo menos sin cuidado alguno en el peligro, y puesto en aquella espedicion todo lo que podia dar al instinto de la religion y al de la celebridad. El condestable reasumió en sí el gobierno de las armas, que por su cargo le correspondia: ordenó las haces, se puso con su hueste en la vanguardia, y mandó ir por descubridores delante mil ginetes suyos, al mando del adelantado Diego de Ribera y del comendador mayor de Calatrava Juan Ramirez de Guzman. La entrada se hizo en 26 de junio de aquel año (1431), y los daños y estragos que el ejército iba haciendo en la tierra enemiga eran correspondientes á su número y á su rencor (2). Nada quedó en pié: ni torre, ni casa, ni árbol, ni alquería; todo lo allanaba aquella plaga devastadora. Tres veces se asentó el real, una en Moclin, otra en Mallerena, y por fin en las faldas de la sierra de Elvira. Antes de sentarle en este punto, los Moros salieron ya en crecido número de la ciudad, y empezaron á escaramuzar con los ginetes delanteros castellanos, á los cuales acudió el conde de Haro con su hueste, que estaba acaso mas cerca. Los Moros se retiraron porque vieron mover todo el ejército hácia ellos, y el real se sentó en el sitio señalado. Y como allí habia de ser la base de las operaciones, el condestable le hizo cercar de un palenque fuerte y bien hecho, y dió las órdenes para que las guardias y la disciplina se hiciesen y observasen con la mas exacta puntualidad. Segun su cronista él fue quien dió el primer ejemplo de esta exactitud, pues le tocó hacer la guardia la primera noche. A la segunda tocó hacerla al conde de Haro, á Fernan Gomez, señor de Valdecorneja, y á don Gutierre, obispo de Palencia, el cual, con mas apariencias de guerrero que de prelado, andaba por aquel campo, ahorrado de faldas y con corazas dobles. Estos, ganosos de señalarse, se adelantaron mas allá del término que les fue señalado, se encontraron con los Moros y empezaron á escaramuzar con ellos. Mas como los enemigos cargasen en demasía, pidieron socorro, que les retardó el condestable á cuidado, como para castigarles su inoportuna osadia. Al fin fué á ellos con gente bastante á desembarazarlos del mal paso en que se hallaban, y les reprendió bien colérico su desobediencia y la ocasion de rebato que habian dado en el real. «¿Creeis por ventura, les dijo, que yo por mengua de fuerza y de valor dejé la noche pasada de pasar mas adelante? Poder de gente y valor me sobran, como veis; pero era necesario no salir de la órden dada, y aguardar

(1) Gutierre Gomez, en la *Crónica del conde don Pedro Niño*, parte 3, cap. 11, pág. 207.

(2) Con dos cuarentenas y mas de millares
Le vimos de gentes armadas á punto,
Sin otro mas pueblo inerme allí junto,
Entrar por la vega talando olivares,
Tomando castillos, ganando lugares,
Y hacer con el miedo de tanta mesnada
Con toda su tierra temblar á Granada.
(Juan de Mena.)

El poeta no exagera aquí ni el poder ni los estragos: hasta los temblores de tierra son un incidente histórico, pues en los mismos dias se sintieron diferentes, asi en el real castellano como en la ciudad, donde se desplomaron muchas casas.

el lugar en que á cada uno se pone. Y vos, obispo, añadió volviéndose á don Gutierre, que por vuestros muchos años y vuestra dignidad debierais templar y corregir nuestras demasías, vos tambien os escedeis y desordenais á los otros.» El obispo, ruboroso, confesó que habian errado, y prometió que no saldrian de lo que el rey mandase y de la ordenanza que el condestable les diese.

Los Moros entre tanto no habian estado tan descuidados como parecia, ni la defensa que opusieron á aquel nublado que vino sobre ellos fue desacertada y bárbara, como acaso pudo presumirse. Mandaba entonces allí el rey Mahomad, dicho el Izquierdo, el cual, si por haber sido puesto en el trono, quitado despues, vuelto á poner y vuelto á quitar, hace tan triste papel en la historia política de Granada, en aquella ocasion á lo menos no cayó de ánimo, y supo resistir al temporal con esfuerzo y osadía y con prudencia laudable. No pudiendo defender sus campos y alquerías, ni aventurarse al combate lejos de la ciudad, hizo retraer á ella sus gentes de todas partes, los hizo acampar junto á los muros, y la capital les servia á un tiempo de arsenal, de alcázar y de refugio. En los dias que mediaron desde el 27 al 30 no cesaron de molestar con alarmas y escaramuzas, asi á los trabajadores como á los descubridores que salian algo mas lejos. Sentado sin embargo el real castellano á la falda de la sierra, hecho el palenque y ordenadas las tiendas, ellos adelantaron el dia 29 sus reales, y los pusieron entre la ciudad y el campo castellano, ocupando las viñas y olivares que habia en medio. Su muchedumbre era grande, pues aunque sean difíciles de creer los doscientos mil peones que les dan las memorias del tiempo, para cuatro ó cinco mil á que ascienden no mas los caballos, la misma exageracion prueba la multitud; aunque á la verdad, siendo la mayor parte de gentes inespertas en la guerra y armadas entonces tumultuariamente para acudir al peligro comun mas podian servirles de estorbo que de provecho (1). De cualquier modo que esto sea, ellos se sentaron sus reales allí, donde no podian ser fácilmente forzados por los Cristianos, y todo aquel dia y el siguiente se pasó en inútiles escaramuzas, no habiendo podido los nuestros traerlos al llano para quitarles la ventaja que les daba su posicion.

Al otro dia, que era 1.° de julio de 1431, prosiguieron los Castellanos la devastacion que hacian en el campo y el trabajo de allanar las acequias y terraplenar los barrancos. Estaba esta faccion encargada al maestro de Calatrava don Luis de Guzman, el cual, aunque vió venir los Moros sobre sí, no creyendo que fuesen mas en número que otras veces, empezó á pelear con ellos con la esperanza de rechazarlos. Cargaban ellos por momentos, de manera que no pudiéndolos ya sufrir, envió á decir al condestable y al rey que le ordenasen lo que debia hacer. A la nueva de su peligro el rey mandó al conde de Niebla don Enrique de Guzman, al conde de Ledesma y al conde de Castañeda que le fuesen á socorrer: volaron ellos al instante, empezaron á combatir; pero los Moros eran mas y les fue necesario enviar por mas socorro. El rey, que no tenia pensado dar la batalla aquel dia, mandó al condestable que fuese allá con la vanguardia y los desembarazase de los enemigos, y los retrajese al real para combatir otro dia con mas órden y mas tiempo. Pero cuando llegó el condestable ya casi todo el poder de Granada estaba sobre el maestre y los condes, y ellos de tal modo enredados y peleando, que solo pareciendo que huian podian retirarse, con desdoro de Castilla y dando acaso ocasion de confusion y desórden al ejército. Entonces tomó resueltamente su partido, mandó á todos los caballeros del real que cada uno por su parte moviese sus huestes para embestir, y al rey envió á decir que viniese lo mas pronto que pudiese con la gente que estaba con él; que ya tenia en las manos la batalla que tanto deseaba, y que él con la ayuda de Dios le anunciaba la victoria. Esperaba el rey armado de piés á cabeza á las puertas del palenque lo que resultaria de la ida de don Alvaro, y oido su mensaje, dió al instante la señal de marchar al grueso del ejército, que ya estaba prevenido y sobre las armas, y salió del real con las vanderas tendidas, rodeado de sus grandes y capitanes. Sus nombres se ven en las crónicas del tiempo: allí estan, puede decirse todos los personajes visibles del Estado (2), y la igualdad de esfuerzo y de pujanza, con que todos acometieron á los enemigos y los arrollaron delante de sí, no dejó distinguirse á nadie en particular, ni las circunstancias ó la fortuna favorecieron á ninguno para ello. El condestable luego que vió que el rey se movia movió su batalla contra los enemigos y se metió en lo mas recio del combate: los demás capitanes hicieron lo mismo cada cual por la parte que les habia sido ordenado; y los Moros, aunque tantos en número, y rabiosos y soberbios con la ventaja que habian llevado en lo demás del dia, no pudieron sufrir el choque de aquella caballería, tan superior en fuerzas y en número á la suya. Diéronse, pues, á huir con la misma prisa y celeridad con que habian venido á pelear, y al caer de la tarde ya no habia en el campo mas enemigos que los muertos y los heridos. Los unos huyeron á la ciudad, los otros á las sierras, otros á unas huertas que habia no lejos de allí en sitios ásperos y montuosos. Siguieron los Cristianos el alcance: el condestable hasta cerca de Granada, adonde el mayor tropel de

(1) Véase la carta 51 del *Centon Epistolar*, y la *Crónica de don A'raro*: la del *Rey* no les señala número.

(2) Hasta los doctores del consejo del rey, Periañez y Rodriguez, iban allí con él, y tambien el relator Fernan Diaz, que «mas contentos, dice graciosamente Fernan Gomez, estovieran en Segovia en la gobernacion, ca de aquella facienda se les entiende mas que de barallas.» Siendo fastidioso y ya bien poco interesante nombrar espresamente todos los caballeros y personajes que fueron á la espedicion, bastará señalar los principales que llevaban pendon separado, bajo el cual combatian respectivamente los caballeros y nobles que los seguian: primero el condestable, cuyo séquito era el mas numeroso y lucido; y despues por su órden el conde de Haro don Pedro de Velasco, el conde de Ledesma don Pedro de Stúñiga, el conde de Niebla don Enrique de Guzman, el obispo de Palencia don Gutierre de Toledo, el conde de Castañeda don García Fernandez Manrique, el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel. Fernan Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja; el célebre Iñigo Lopez de Mendoza, que no pudo hallarse á la jornada por haber quedado gravemente enfermo en Córdoba, pero su gente y pendon los conducia Gomez Carrillo de Albornoz, sobrino suyo.

moros se fué á refugir; su hermano el obispo de Osma, don Juan de Cerezuela, con los caballeros que don Alvaro le habia dejado para su escolta asaltó y saqueó los reales de los Moros puestos en los olivares; otros, en fin, persiguieron á los fugitivos por puntos y direcciones diferentes. La noche puso fin á la matanza. Habia en medio del campo plantada una higuera, que acaso pudo salvarse de la devastacion general, y de ella tomó nombre esta batalla, en la cual perdieron los Moros treinta mil hombres entre muertos y heridos (1). En los Cristianos fue poco el daño, y no faltó hombre ninguno de importancia. El rey, puesto en fuga el enemigo, se volvió al campo, de donde le salieron á recibir en procesion sus capellanes y demás eclesiásticos que allí quedaron, con las cruces altas y entonando el *Te Deum*. El al llegar á ellos se apeó del caballo, adoró la cruz, dió gracias á Dios por el suceso, y entre vivas y salutaciones alegres se encamino á su tienda. Asi este monarca, conocido solamente por su negligencia, incapacidad y descuido, pudo aquella noche descansar sobre un laurel que hubiera honrado dignamente las sienes del vencedor del Salado ó del conquistador de Sevilla.

El condestable volvió mas tarde de seguir el alcance á los enemigos, y fue recibido por el rey con las muestras de regocijo y gratitud debidas á las felices disposiciones y al valor con que le habia conseguido aquella señalada victoria. Pero estaba escrito en sus destinos que aquel habia de ser el único dia verdadero grande de toda su carrera, pues la gloria adquirida en él era peleando con los enemigos naturales del Estado. El resto de su vida volvió á ser un obstinado y enojoso combate contra la envidia y malicia de sus émulos y rivales, y contra la odiosidad que aun en los ánimos imparciales le granjearon los escesos de orgullo, de soberbia y de venganza á que se abandonó despues, agitado siempre en el torbellino de las intrigas de palacio, ó enredado en los escándalos de la guerra civil. Dias tuvo, sí, de orgullo satisfecho, de ambicion contenta, de venganza saciada; pero dia en que el noble anhelo de señalarse fuese tan favorecido de la fortuna, de acuerdo con la virtud, ninguno en su larga carrera le amaneció como aquel.

Ya despues de ganada la batalla, en vez de sacar de ella el ventajoso partido que el temor de los Moros y la confianza de los Castellanos prometia, el rey y el ejército á los diez dias se pusieron en camino para Córdoba, sin hacer cosa de momento. No era esta la espectacion y los clamores de muchos de aquellos capitanes, que esperaban rendir á Granada con solamente embestirla (2), ó por lo menos caer sobre Málaga ú otra plaza importante que coronase una campaña tan gloriosa. Las razones que se dieron para esta resolucion insperada eran que la estacion avanzaba, que el pais estaba todo agostado, y que para ponerse sobre Granada eran necesarias muchas provisiones de boca, las cuales les faltaban y eran costosas y difíciles de traerse; siendo para los de esta opinion mas conveniente que el rey volviese á su reino, é hiciese sus preparativos para entrar con mas tiempo en campaña al año siguiente y continuar su buena fortuna y sus conquistas. Esto se hizo porque á este parecer se allegó el condestable. Fue muy válida entonces en el vulgo la opinion de que esta retirada la consiguieron los Moros de don Alvaro por una gran suma de oro que le enviaron, oculta en un presente de higos y pasas que le hicieron. El regalo de la fruta se efectuó, pues existe el testimonio de quien de ella comió; mas no existe, ni entonces hubo el menor indicio del cocecho, y solo es de sentir que el carácter y la opinion del condestable no le pusiesen á cubierto de tan ignominiosa y vil imputacion. La verdad fue que la gerra de intriga que sus enemigos le hacian no habia podido cesar ni aun con la guerra estranjera (3). Apenas se ganó la batalla cuando hubo sospechas y aun noticias de los conciertos é intentos de algunos grandes para la pérdida de don Alvaro y para poner en nuevas dificultades al rey. Hablábase de inteligencias particulares de varios de ellos con los reyes de Navarra y de Aragon, y del riesgo que habia de que se valiesen de aquella ausencia del rey don Juan para hacer en Castilla una entrada favoroble á los intentos de los que deseaban la mudanza de gobierno. La desgracia fue que se encontraban iniciados en estas sospechas los principales caballeros que aconsejaban la continuacion de la jornada y el ataque de la capital enemiga, el conde de Haro, el obispo de Palencia, Fernando Alvarez de Toledo su sobrino. Parece que una acusacion como esta no debia hallar cabida en el crédito del rey ni en el de su privado. Pero los oidos de los príncipes y de sus ministros son fáciles á oir el mal, y sus pechos muy tiernos á las sospechas. Con aquel recelo no era prudente seguir en la campaña comenzada: el ejército se volvió á Córdoba, y los temores siguieron tomando cuerpo bastante, pues á principios del año siguiente aquellos se-

(1) Mariana lo rebaja á diez mil, número que parece mas probable; pero como este historiador pone aquí en boca del rey una arenga que no dijo, y pinta con colores retóricos una batalla de fantasía, no puede ser autoridad bastante para seguirle con seguridad. Las crónicas del rey y de don Alvaro no fijan número de muertos. El físico Fernan Gomez, que se hallaba en la jornada, dice que serian treinta mil hombres los muertos y heridos que quedaron en el campo, y eran los *mas ricamente ataviados*, sin duda los de mas obligaciones y los que pelearon mejor. Esta relacion se puede decir que es la mas auténtica y original. El médico estuvo desde la víspera de la batalla, como él mismo dice, con la pluma en la mano por mandado del rey para escribir la noticia del suceso al arzobispo de Santiago don Lope de Mendoza, y á Juan de Mena, ya entonces reconocido cronista. Es de creer que todos los pormenores le fueron exactamente referidos. Se conoce ya la especie de formacion que tomó la hueste del rey, cuando dice: «En llegando mas á la cara de los Moros un buen galope de caballo, se emparejaron las haces, una á mano diestra de otra, é otra á mano siniestra de esta, hasta que ficieron una pared con calles ámplias entre las unas é las otras.»

(2) Tembló en aquellos dias la tierra en el real, y tembló tambien en Granada, donde muchas casas cayeron. Decian los que querian ir allá, que era imposible que los Granadinos pudiesen resistirse á los dos azotes de guerra y terremotos que á un tiempo los afligian. El conde de Haro, el señor de Valdecorneja y su tio el obispo de Palencia, con otros caballeros de menos nota, eran los que mas se señalaban en este dictámen de proseguir la campaña.

(3) «De esa narracion yo vide las pasas é los figos, é comí de ellos, ca especialmente eran de estima; mas las monedas de oro ni las ví ni las toqué, ni menos las vide, ni creo que ser pudiese vero; ca los enemigos del condestable todo lo por él aconsejado al rey lo procuran facer ó traicion á su señoria ó á fin de derribar á otros.» (*Centon epistolar*, epíst. 51.)—Poco antes habia dicho hablando de los que deseaban atacar á Granada: «Mas no pudieron vencer á los muchos que les placia tornar á casa, é como se decia, á facer la guerra al rey é al reino, metiendo adelante las discordias.»

ñores fueron presos, como se dirá despues.

Pero si las consecuencias inmediatas de la batalla de la Higuera no fueron correspondientes al atuendo y aparato con que el rey hizo su espedicion, no por eso debe absolutamente calificarse de estéril. El príncipe Benalmao, que con alguna gente de su parcialidad se habia pasado al real castellano, quedó encargado á los dos capitanes fronteros, don Luis de Guzman, maestre de Calatrava, y adelantado Diego de Rivera, á quienes se dejaron fuerzas suficientes para proseguir la guerra con ventaja. Tanto hicieron ellos con sus armas y con sus inteligencias, que Septenil, Illora, Ronda, Archidona, y al fin Loja, rindieron su obediencia á Benalmao. Por último, tambien Granada tuvo que ceder, y Mahomad, con la gente de su parcialidad salió de su córte y hubo de dejar el trono á su rival, que sentado en él, se reconoció vasallo y feudatario del rey de Castilla, y ajustó todas las relaciones de Estado á Estado á gusto y voluntad de los Cristianos, que le habian subido á tanta altura. Esta situacion de cosas duró poco tiempo, porque habiendo fallecido Benalmao pocos meses despues, Mahomad, que se habia refugiado á Malaga, que siempre se le mantuvo fiel, tuvo forma de volver a entronizarse en Granada, y la guerra se continuó con diferentes sucesos en la frontera, hasta que las inquietudes y estrecheces del rey de Castilla pudieron hacer que se le concediesen unas treguas que habia estado siempre deseando.

Mas la elevacion de Benalmao no sucedió hasta principios del año de 432: entre tanto el rey de Castilla, despues de celebrar su triunfo en Córdoba y Toledo, y de asistir en Escalona á los regocijos y fiestas magnificas que le tuvo don Alvaro, partió a Medina del Campo, para donde tenia convocados los procuradores del reino. Las córtes allí, deseosas de contribuir por su parte al grande anhelo de su príncipe por la continuacion de la guerra, le otorgaron 45 cuentos de maravedises para la campaña siguiente; y á fin de que no se gastasen en otros objetos, acordaron que este subsidio se pusiese en dos personas de su confianza que le tuviesen en su poder, y no le fuesen dando sino á las atenciones a que se destinaba. Pero en los sucesos que sobrevinieron despues el subsidio, pudo aparecer supérfluo y la precaucion por demás. La mudanza que tuvieron las cosas en Granada con la espulsion de Mahomad hacia ya inútiles los preparativos de guerra, al paso que las inquietudes, los disgustos y las sospechas que volvieron á brotar con mayor fuerza en la córte de Castilla, fueron una distraccion funesta de aquel objeto esencial, al que segun la opinion pública debian dirigirse esclusivamente todas las fuerzas activas del Estado. Mas ya el objeto primero en interés y ocupacion era la adquisicion del poder: don Alvaro no era hombre de dejárselo arrancar, sus adversarios no se le querian consentir; y la serie de intrigas, animosidades y partidos, que rompiendo al cabo en una guerra civil, se terminaron por la catástrofe del condestable, llena los últimos veinte años de un reinado que, a emplearse bien las fuerzas y lozanía que entonces tenia Castilla, fuera la época de sus triunfos mas gloriosos.

Dióse la señal á estos desabrimientos en Zamora, donde se ordenó la prision del obispo de Palencia don Gutierre de Toledo, de su sobrino Fernando Alvarez, señor de Valdecorneja; del conde de Haro don Pedro de Velasco, y del señor de Batres Fernan Perez de Guzman, el célebre cronista, primo tambien del obispo. Acusados de inteligencias secretas con los reyes de Aragon y Navarra, duraba desde el anterior estío la prevencion ó la intriga contra estos señores, y en vez de desvanecerse con el tiempo, fue tomando cuerpo bastante para dar aquel estallido. Era estraño por cierto y difícil de creer que aquellos caballeros manchasen su carácter, su nobleza y sus servicios con semejante indignidad. El conde era un varon señalado en aquel tiempo como espejo de honradez, integridad y bondad, de donde le vino el bello dictado del *buen conde de Haro*. El obispo, aunque afectaba mas las costumbres y modales de caballero ó de militar que de eclesiástico, en ninguna de sus acciones dió antes ni despues motivo á dudar de su franqueza, pundonor y lealtad al servicio del rey y del Estado. Su sobrino habia siempre servido en las banderas del condestable, y se hallaba en el mismo caso, sin haber tenido ni unos ni otros motivos de separarse del deber, ó por lo menos de aquel partido en que eran considerados los primeros para la estimacion y para el consejo. Debió, pues, escandalizar á la córte el rigor que con ellos se usó, y mas cuando se oyó al rey, reconvenido por el obispo de Zamora sobre que don Gutierre habia sido preso por seglares, responder irritado «que á todo obispo que fuese revolvedor en sus reinos le faria emprisionar la persona, é doblar y limpiar su habito para lo enviar al Santo Padre.» Alcanzaba tambien la acusacion ó la sospecha á Iñigo Lopez de Mendoza, que se hallaba entonces en Guadalajara, y luego que supo las prisiones ejecutadas en sus amigos no quiso que la malicia de sus acusadores le encontrase desprevenido, ni fiar su seguridad á su justicia ó a su merced. Fuese, pues, á su castillo de Hita, uno de los mas fuertes del reino, y empezólo a abastecer á toda priesa de viandas y municiones, encerrandose en él con mas gente de la que solia. Parecieron de mala sonada en la córte estos preparativos hostiles, y el rey le escribió su disgusto, asegurándole que no tenia motivo de recelar por su persona. Él se escusó atribuyendo sus medidas a otros motivos, pero no desamparó su guarda hasta que la tormenta contra el obispo se fue serenando, como sucedió poco despues (1).

A lo menos en aquella ocasion no se puede acusar al privado de Juan II de rencor y de mala fe. El rey manifestó a los grandes de su consejo y procuradores del reino las causas que tuvo para prender a estos caballeros. Ellos tuvieron en su arresto todos los alivios y mira-

(1) *Centon epistolar*, epist. 52. Es notable el modo con que Fernan Gomez espresa la relacion de este acontecimiento: «Hanle venido á pelo al condestable las cosas que son descubiertas ara, á fin de que se tenga por buena ventura haber vuelto de Granada; ca al rey lo han dicho, etc.» De aqui se deduce que en la opinion pública los motivos de dejar la espedicion de Granada no estaban suficientemente claros todavía.

mientos que se debian á su clase y á sus méritos anteriores. El camino y los medios para su defensa y reposicion, les fueron generosa ó justamente abiertos; y antes de cumplirse el año de su desgracia, ya pudieron deshacer de tal modo las nieblas opuestas contra su concepto y confianza, que no solo se les volvió la libertad, sino que fueron recibidos á brazos abiertos en la córte, agasajados por el rey y por el condestable, y ganada su confianza en términos, que Fernando Álvarez fue enviado de frontero á las tierras de Granada, y el obispo y el conde restituidos á sus puestos y honores de palacio como primero.

Por el mismo tiempo fue destituido el maestre de Alcántara don Juan de Sotomayor, procesado el conde de Castro, y hecho prisionero el infante don Pedro, por un conjunto de circunstancias y acontecimientos casuales, que parecen mas propios de novela que de historia. No hay para qué detenerse en referirlos por menor, pues en ellos el condestable no aparece intervenir directamente. El de mas importancia es la prision del infante: para conseguir su libertad tuvo su hermano don Enrique que entregar al rey de Castilla á Alburquerque y todas las fortalezas que tenia en el reino. Con esto concluyó la guerra de Estremadura (á fines de 1432), que duraba cerca de tres años con gravísimo perjuicio del país, y sin provecho ni honor ninguno de los que la promovian. Poco tiempo despues fueron llamados los infantes por el rey de Aragon para asistirle en la guerra de Nápoles: ellos partieron y su ausencia fue un suceso de bendicion para Castilla, que se vió libre asi por algun tiempo de su perniciosa influencia.

Mas de cuatro años mediaron entre la terminacion de estos bullicios y los que se suscitaron despues; y este puede decirse que fue el período mas tranquilo y mas feliz del reinado de don Juan II. Las paces ajustadas el año anterior con Portugal, las treguas que se mantenian con Aragon, los Moros ya poco temibles, humillados y enfrenados siempre por los capitanes de la frontera; los grandes quietos y obedientes, los pueblos seguros y sosegados, daban lugar á que los nobles castellanos se entregasen al gusto de las fiestas y diversiones del tiempo. Justas y torneos, empresas y pruebas de valor y destreza en armas, banquetes, saraos, contiendas de versos, y tambien de amores, llenaban apaciblemente los dias de aquellos ricos hombres, entonces al parecer tan acordes, y despues tan contrarios y enconados entre sí. Don Álvaro, á la sazon en lo mas alto de su privanza, usaba de su poder sin contraposicion y sin rivales, y era el que mas frecuentemente se señalaba en aquella clase de funciones. Al nacimiento de su hijo don Juan se redoblaron estas demostraciones de magnificencia, y mas con la satisfaccion de haber sido el rey y la reina padrinos del recien nacido, manifestándose el gusto de los príncipes en el regalo que hicieron á la parida, el rey de un rubí, la reina de un diamante, que cada uno valia 1,000 doblas de oro. Es lástima que el condestable diese en aquellos años tanta rienda á la ambicion desmesurada, y aun á la codicia, que en él no se oponia á la magnificencia, y de que le acusaban sus rivales con mengua de su carácter y desdoro de su dignidad. Entre las adquisiciones que le granjearon mas odio fue la del castillo de Montalban, que era de la reina, heredado de su madre la reina viuda de Aragon, y por lo mismo lo tenia en mucho precio. Ansiábalo don Álvaro, asi por la oportunidad de su situacion con otras fortalezas y lugares suyos, como por haber sido el teatro de sus primeros servicios en obsequio del rey y de su autoridad. Don Juan, que nada sabia negarle, tanto hizo con su esposa, que al fin logró se le diese al privado; y las tercias de Arévalo, que se la concedieron en indemnizacion, no pudieron quitarle el desabrimiento de quedarse sin aquella alhaja. Mostró ella bien su disgusto cuando al leerle la escritura, en que el secretario Simon de Leon, que la habia estendido, repetia tantas veces la frase de que «hacia la donacion de su grado, dijo con tanta agudeza como malicia, que no se acordaba haberse confesado tan cumplidamente con Simon de Leon (1).»

Y no eran estas adquisiciones personales, ni la muchedumbre de cargos y empleos que sobre sí tenia, las que solas le hacian odioso en aquel teatro de envidia y de interes: ayudaba á ello tambien la esclusiva preferencia que tenian sus parientes, sus criados y sus adictos á las gracias y honores del Estado. El mas indiferente y hasta el mas desinteresado debia mirar, no solo con estrañeza, sino tambien con escándalo, á un hombre sin virtud, sin letras, sin servicios, como don Juan de Cerezuela, hecho en pocos años obispo de Osma, despues arzobispo de Sevilla, y al fin de Toledo, sin otros méritos que ser hermano de madre del condestable. La promocion última fue la que debió causar mayor sentimiento: mediaban dos canónigos respetables, entre quienes estaban divididas las opiniones de los electores; uno el arcediano de Toledo don Vasco Ramirez, y el otro el dean de la misma iglesia don Ruy García de Villaquiran: la interposicion de la córte dirimió la competencia, y el elegido fue Cerezuela (1434) (2).

Añadir mas pormenores de esta clase, seria envilecer la historia. Es fuerza sin embargo, no omitir que cuando la plaza de ayo del príncipe vacó por muerte de Pedro Fernandez de Córdoba (1435), el condestable la deseó y obtuvo para sí; y como sus obligaciones de córte no le dejaban lugar para cumplir con esta nueva atencion, la encargó á un caballero que llamaban Pedro Manuel Lando, y ordenó que siempre estuviesen cerca del príncipe como en guarda suya, su hermano el arzobispo de Toledo y el mayordomo mayor de palacio Ruy Diaz de Mendoza, tambien allegado á él por su padre Juan Hurtado. Tenia entonces el príncipe diez años, edad á propósito todavía para la enseñanza y para la direccion, si de ello verdaderamente se tratara.

(1) *Fernan Gomez*, epist. 72.

(2) El físico Fernan Gomez, que á fuer de cortesano dió su parabien al arzobispo electo, decía en otra carta al conde de Niebla, interesado por su pariente don Vasco: «Buena gana tuvo el clero de que don Vasco Ramirez de Guzman colase de arcediano á arzobispo; mas do fuerza hay, derecho se pierde. Faza vuesa merced tantas cartas para el cabildo de Sevilla como fizo para Toledo; ca si el condestable no ha otro hermano, Dios nos ayudará á endilgarlo, etc.» (Epist. 65.)

Pero jamás hubo educacion mas mala, ó por mejor decir, mas abandonada que la del malhadado Enrique IV. Entregado para la instruccion á un fraile ignorante que nada le podia enseñar, abandonado á la compañía y sugestiones de mozuelos viciosos é intrigantes, que estragaron y aniquilaron su fuerza física con deleites ilícitos y viles, y corrompieron su alma con los vicios de la ligereza, ingratitud y falta de vergüenza, jamás en príncipe alguno la degeneracion moral llegó á un grado tan bajo como en él: hijo irreverente y revoltoso, mal padre, dado caso que lo fuese; mal marido, mal hermano, y un rey á todas luces odioso y despreciable. Y no porque yo lo suponga de un carácter tan perverso como le atribuye la historia; pero un cuerpo enfermo, un alma torpe y débil, una mala educacion, la falta de capacidad, el ningun saber, y un total abandono á consejos interesados, pérfidos y siniestros, deben llevar á un príncipe á tantos errores y á desgracias iguales ó mas grandes que las suyas. Él fue al fin la víctima miserable de sus enormes defectos; pero su funesto influjo cayó primeramente sobre el condestable, y del mal que de esta parte le vino, no hay por qué compadecerle, pues él se lo granjeó por sí mismo, queriéndose encargar de una educacion que ni pudo, ni supo, ni quiso desempeñar.

Acercábase ya el término de las treguas concertadas con los reyes de Navarra y de Aragon. Ellos por la misma época (5 de agosto de 1435) vencidos en la batalla naval de Ponza por los Genoveses y prisioneros de guerra, teniendo que hacer frente á su adversa fortuna y á los grandes negocios que tenian sobre sí en Italia, no podian atender á la guerra de Castilla si su rey queria renovarla cuando fenecciese la tregua. Pero Juan II y su consejo, lejos de abusar de aquella situacion deplorable, tuvieron el porte generoso que correspondia á la dignidad de su poder y á los vínculos de sangre que le unian con los príncipes desgraciados. Y no solo se concedió á la reina de Aragon, que vino consternada á verse con su hermano, la prolongacion de las treguas que pedia, sino que recibida con el mayor agasajo y cordialidad, y tratada con toda magnificencia y respeto, salió de Castilla con la esperanza de ver convertidas muy pronto aquellas treguas en paces. Verificóse así el año siguiente, y ajustóse la concordia entre los tres reinos con condiciones tan ventajosas para los reyes de Aragon y Navarra, que el tratado no se resiente en parte alguna de las dificultades y apuros en que á la sazon se hallaban. La principal condicion fue el casamiento del príncipe de Asturias don Enrique con la infanta doña Blanca, hija de los reyes de Navarra, dándosele en arras diferentes villas de Castilla y el marquesado de Villena: no se hizo novedad en la administracion del maestrazgo, bien que se dió alguna indemnizacion al infante don Enrique y á su mujer por lo que perdian en el reino. Concertóse que ni los reyes ni los infantes habian de entrar en Castilla sin consentimiento del rey; y por último, se concedió perdon general á todos los caballeros que se habian ido con el rey de Navarra y con el infante. Fueron esceptuados de esta indulgencia don Juan de Sotomayor y el conde de Castro; pero este último, aunque procesado antes y condenado por su desobediencia á perder cuanto tenia, fue probablemente indultado á ruegos de su protector el rey de Navarra, pues no mucho tiempo despues del ajuste de la paz, se le veen la córte de Castilla acompañando al rey entre los demás grandes. Error grande fue en don Alvaro, ó necesidad muy fuerte, dejar venir cerca de sí á un enemigo tan implacable, y hombre cuyo carácter y teson no podian menos de contribuir en gran parte á los disgustos y turbulencias, que se renovaron despues con mas confusion y encono que jamás.

Porque no bien se habian ajustado las paces y celebrándose el desposorio del príncipe, en que don Alvaro se señaló con su bizarría y magnificencia acostumbrada, cuando la serenidad que estos sucesos anunciaban se alteró en Medina del Campo con la prision repentina de Pedro Manrique (17 de agosto de 1437). Era tenido por inquieto y voluble este adelantado, y por intrigante tambien. Pero en los once años que habian mediado desde su reconciliacion con la córte, en 1426, lejos de dar motivo alguno de queja, habia merecido toda la confianza del rey y del consejo; y en las dos espediciones de Estremadura y de Granada habia quedado al frente del gobierno para despachar los negocios civiles en ausencia del monarca. Quizá era mas indiscreto que intrigante y que voluble: la órden de su prision sonaba que era por tratos y hablas concontrarias al servicio del rey, y hasta averiguarse la verdad. Creyóse por lo mismo que no habia en el caso mas que sospechas poco fundadas de parte del rey y del privado, y se estrañó mucho que tan de ligero se procediese y con semejante rigor con un hombre que por su dignidad, por sus servicios, por sus conexiones de familia y por todas sus circunstancias era uno de los primeros personajes de Castilla. Sus hijos, hombres ya de grande estado, y su hermano el almirante, alterados con tan grande novedad, comenzaron á agitarse, á pertrechar fortalezas, mover tratos, buscar alianzas. Vedólas el rey por edictos, llamó y sosegó al almirante, prometiéndole que la prision del adelantado no seria mas que una detencion de dos años, permitiéndosele en ella toda clase de alivio, la compañía de su familia, y aun á veces la diversion de la caza. Mas cuando sus parciales creian que se le iba definitivamente á dar la libertad, fue llevado al castillo de Fuentidueña y guardado allí con mayor estrechez. Entonces todos ellos se pusieron en movimiento y ajustaron sus ligas para defenderse de las violencias de la córte, y cuando estos tratos estuvieron suficientemente adelantados, Pedro de Marique se escapó de su prision con su familia, y acogido en un castillo de su yerno Alvaro de Stúñiga, hijo del conde de Ledesma, se hizo centro y cabeza principal de la confederacion.

Allá volaron á juntarse con él todos los señores descontentos: los principales eran el almirante y el conde de Ledesma, y el grueso de sus gentes se empezó á reunir en Medina de Rioseco. Tambien el rey y el condestable hicieron llamamiento de las suyas, y desde Madrigal, donde

les cogió la nueva de la soltura del adelantado, se vinieron para Roa. La guerra de pluma se empezó, como es de costumbre, antes de venir á la de espadas. A las inculpaciones de la córte sobre su desobediencia contestaron los grandes disidentes con una carta al rey, firmada del almirante y del adelantado, en la cual, bien que con formas sumisas y respetuosas, venian á concluir en que ellos, cumpliendo con las obligaciones que tenian como ricos-hombres, y á imitacion y ejemplo de lo que habian hecho sus mayores en semejantes casos, le pedian que gobernase solo con el príncipe su hijo, pues ya tenia edad para ello; y que separase de sí al condestable, de quien venian todos los males y daños que el reino esperimentaba (1). Muchos de aquellos señores, que por razon de sus cargos militares ó de conciertos anteriores recibian acostamiento del condestable, le escribieron al mismo tiempo renunciando á su servicio y despidiéndose de él. Su bando por momentos crecia: Pedro de Quiñones, merino mayor de Asturias, se habia apoderado de Leon, los Stúñigas de Valladolid, y para colmo del mal y aumentar la confusion, ya el rey de Navarra y el infante don Enrique, abandonando las palmas de gloria que les ofrecia la Italia, se presentaban en las fronteras de Castilla á recoger en ella los frutos de la sedicion y de la discordia, mas sabrosos para ellos.

Cada uno de los dos partidos quiso ganarlos para sí, pero sea que no estuviesen acordes en sus miras, ó que considerasen serles mas provechoso dividirse, el rey de Navarra resolvió juntarse con el de Castilla, y el infante con los grandes. De este modo, puesto el uno á la cabeza del partido disidente, y el otro en la córte con el carácter de mediador imparcial, les era fácil tener la preponderancia en los tratos que debian seguirse, y no se tomaria resolucion ninguna positiva, fuese en bien, fuese en mal, sin su participacion y conocimiento. Las conferencias continuaron por muchos dias y en parajes diferentes, sin lograr hacerse un convenio que tranquilizase el Estado; porque los intereses que habia de por medio eran demasiado grandes y complicados para que fácilmente se aviniesen. De estas conferencias la mas célebre fue la que se conoce en las memorias del tiempo con el nombre de *Seguro de Tordesillas*, en que, no bastando la palabra del monarca para asegurar á los interesados en las vistas de que se trataba, fue necesario que interviniese, revestido de la autoridad suprema y como asegurador principal, un particular caballero, en cuya palabra y fe asi el rey como los grandes de uno y otro bando descansasen. Cupo este insigne honor al buen conde de Haro, que nos ha dejado una relacion curiosa de todas las formalidades, negociaciones é incidentes de aquella transaccion sigular. Pero á pesar de sus esfuerzos generosos (2), y á pesar de la aparente cortesanía con que uno y otros se trataron en Tordesillas, nada se adelantó allí para el intento principal; y los dias del seguro se emplearon y concluyeron en formalidades supérfluas, en efugios, cavilaciones é inconsecuencias, tan odiosas como inesperadas, y tan cansadas de escribirse y de leerse como indignas de guardarse en la memoria.

Conservóse el equilibrio entre los dos partidos mientras el rey de Navarra se mantuvo unido al de la córte. Pero esta union era aparente, y en su ánimo enconado y ambicioso no habia menos anhelo de arruinar al condestable que en el del infante su hermano. Imaginábase otra vez que espelido don Alvaro de la córte, nadie podria hacerle frente, y á la sombra y con el nombre del rey dispondria de todo á su antojo. Arrastrado de esta orgullosa esperanza, intentó en Medina del Campo, villa suya propia, en que se hallaba casualmente con el rey, apoderarse de su persona con tanta perfidia como insolencia y desacato. Pero el rey llamó en su socorro al conde de Haro, que acudió desde Tordesillas con hasta mil hombres de guerra, y le salvó de aquella afrenta. Perdido el lance por entonces, trató el rey de Navarra de aplacar su enojo disculpando lo hecho, y puso por intercesor al conde para que le oyese y permitiese acompañarle. «Acatando, le respondió el rey, al amor que mostrábais á mí servicio, he venido á vuestra villa y á vuestra casa desarmado y confiado como pudiera venir á la del rey mi padre. Debiérades pues, en razon de esta buena fe mia, mirar mas por vuestra opinion y decoro y no proceder como lo habeis hecho: á hablaros la verdad, el sentimiento que tengo por una conducta tan estraña no es fácil perderlo tan pronto: eso será segun os porteis en adelante.» Dicho esto, partió con el conde de Haro á Tordesillas, sin consentirle que fuese en su compañía.

Pero esta tentativa escandalosa, que por su mismo mal éxito debiera favorecer á las miras del rey y su privado, produjo un efecto contrario, y los señores descontentos, seguros del apo-

(1) La fecha de la carta es de 20 de febrero de 1439. «Señor, »cerca del apoderamiento quel vuestro condestable tenia en vues»tra persona y corte, notorio es, é por notorio lo alegamos; é »manifiesto es á todos los grandes de vuestros reinos y á todas las »otras personas de ellos, que de mucho tiempo acá se ha hecho é »hace lo que á él le place é quiere, agora sea justo ó injusto, sin »contradiccion alguna. E muy poderoso señor, bien sabe vuestra »alteza, ó puede saber si le pluguiese, que las leyes de nuestros »reinos nos constriñen á vos pedir y suplicar lo que suplicado é »pedido habemos, acatando los males y daños que en ellos son é »han seido; é donde esto no hiciésemos, cayéramos en mal caso »nos é todos los otros grandes de vuestros reinos, que vuestro »servicio derechamente amamos, é asi lo hicieron los de donde »nos venimos.» La carta puede verse en la *Crónica*, cap. 5. año 1438, donde no es su verdadero lugar, pues este capítulo y el siguiente deben estar en el año de 37, como sucesos pertenecientes á él. Esta es una de las pruebas de que la redaccion de la Crónica empieza ya á desordenarse. Tambien desde aquí empiezan á contarse las cosas del condestable con menos justicia ó favor hácia él, lo que indicaria que el trabajo de Juan de Mena, si es que siguió escribiendo los sucesos de esta época y las siguientes, ya empieza á ser viciado por las manos que despues compilaron los trabajos anteriores. (Véase cap. 6, último de este año 38.)

«La carta, dice Fernan Gomez, aunque sea de palabras polidas é humildes compuesta, el tuétano es soberbioso, é no cosas para el rey dichas, en que postrimeramente le ruegan que arriedre de sí al condestable, é le señalan, como un pupilo ó á home sin mando, aquellos que á su lado han de estar.» (*Centon*, epístola 77.)

(2) Este señor era por ventura el único que caminaba derechamente al bien del rey y del Estado, y anhelaba de buena fe la conclusion de la concordia. Como la mayor dificultad en aquel laberinto de negociaciones, era la restitucion á los infantes de lo que habian perdido y las compensaciones que debian hacerse en su caso, él se fue al rey, y le dijo que se devolviese á los infantes lo que antes poseian, y ninguna equivalencia se diese á los grandes, ofreciéndose por su parte á dejar las villas de Haro y Belorado, que le habian tocado en la distribucion anterior, sin pretender directa ni indirectamente compensacion ninguna por ellas. Este ejemplo de desprendimiento no tuvo resultas, y segun la costumbre de tiempos tan estragados, le alabarian unos pocos, le escarnecerian los mas, y no le imitó ninguno.

yo del rey de Navarra, insistieron mas que nunca en la salida del condestable. Firmes en su propósito, se negaban á todo partido en los demás puntos de la discordia, mientras esto no se arreglase primero, y asi se lo dijeron resueltamente á don Alvaro, el adelantado Manrique y el conde de Benavente, en unas vistas que tuvo con ellos. Fue, pues, preciso al condestable ceder, y convino en ausentarse de la córte, segun se deseaba, pero con condicion de que se habia de dar la órden conveniente para que fuesen aseguradas se persona, su casa y su dignidad. Diéronsele cuantas seguridades apetecia, hasta con protestas de amistad y de confederacion, que constan en los documentos del tiempo, y luego que se concertaron los demás estremos principales de las negociaciones, el condestable, dejando muy particularmente encomendadas sus cosas al almirante, se despidió del rey y salió á cumplir su destierro. (29 de octubre de 1439.)

Este habia de durar seis meses, y en ellos no habia de escribir al rey ni tratar cosa alguna en perjuicio del rey de Navarra ni del infante su hermano, ni de ninguno de los caballeros de su valía. Pero si habia sido difícil arrancar á don Alvaro de la córte, lo era mucho mas arrancarle del corazon de Juan II, y mientras esto no se hiciese, nada habian conseguido sus émulos. El almirante al principio cumplió como caballero leal con los encargos del condestable, y obtuvo fácilmente el primer lugar en la atencion del monarca. Los príncipes, que en todo querian ser los primeros, envidiosos de su favor y despechados de verse todavía contrariados con las intrigas de don Alvaro, le hicieron retraer de su propósito á fuerza de reconvenciones y de quejas, y él se sometió del todo á su voluntad y á su ascendiente. Mas no por eso se hallaron mas adelantados en la privanza y poderío á que esclusivamente anhelaban en el ánimo del rey. Privaban de preferencia con él don Gutierre de Toledo, ya arzobispo de Sevilla; su sobrino Fernando Alvarez de Toledo, ya conde de Alba; don Lope Barrientos, obispo de Segovia, y Alonso Perez de Vivero, contador mayor. Eran todos ellos parciales del condestable, y con todas sus fuerzas procuraban separar al rey de los infantes y caballeros que lo seguian. Dábales él fácil oido, como que le inclinaban al rumbo á que él propendia, y sin discrecion ni seso se puso á huir de sus primos, de los grandes y de su consejo, á manera de pupilo fugitivo que se arroja á salvarse y escapar de los amagos y rigor de un ayo ó de un tutor cruel. De Madrigal, con pretesto de la caza, va al Horcajo, de allí pasa aceleradamente á Cantalapiedra, despues á Salamanca, y desde Salamanca á Bonilla; fortificándose en todas partes luego que llegaba, y saliendo de ellas al instante que entendia que los príncipes sus primos se movian para seguirle. En esta especie de fuga le acompañaban el príncipe su hijo y los señores antes mencionados. Mas como este estado, igualmente violento que absurdo, no pudiese durar mucho tiempo, y al cabo llegase á entender qúe por aquel camino los escándalos y bullicios iban á comenzar con mas furor que primero, desde Bonilla se resolvió á enviar un mensaje al rey de Navarra y al infante, pidiéndoles salvoconducto para tres parlamentarios que queria enviarles, y asegurándoles que él vendria en todo lo que fuese razon para dar sosiego á sus reinos. Mengua por cierto bien grande, harto mas oprobiosa que el seguro de Tordesillas, y que manifiesta que ya don Juan II era mas bien un juguete que un monarca.

Dieron ellos el seguro que se les pedia, y él les envió al arzobispo don Gutierre, al doctor Periañez y á Alonso Perez de Vivero. Pero mientras estos tratos se hacian, y por si acaso las cosas llegaban á rompimiento, quiso tener por suya á la ciudad de Avila, y envió para que se apoderasen de ella en su nombre al conde de Alba y Gomez Carrillo de Acuña, su camarero. Los que tenia puestos allí el rey de Navarra, y tenian ocupados algunas torres con gente de armas, se negaron á la intimacion que el conde de Alba les hizo: de modo que sin poder adelantar nada en su encargo, los dos comisionados se volvieron para el rey. Los príncipes y los grandes, noticiosos de esto, fueron inmediatamente á Avilla, y se hicieron fuertes en ella á toda satisfaccion suya. Despues con los mismos embajadores que allí les diputó el rey le escribieron una carta, en que ya no por rodeos ni con los respetos y miramientos que antes, sino con todo el encono y la audacia del espíritu de partido, se desencadenaron contra el gobierno y la persona del condestable, imputándole los delitos mas atroces, y esforzándose á llenar el alma del monarca de horror y abominacion contra su privado. El, decian, se habia apoderado á fuerza de astucia y de malicia de la voluntad del rey, y de toda su autoridad, contra la disposicion de las leyes y la voluntad de los pueblos; él los tenia vejados y oprimidos con pechos y derramas injustas, disponia de todos los tesoros del Estado, se aprovechaba de las rentas, y para contentar su codicia habia llegado hasta el punto de hacer fabricar falsa moneda en las casas públicas del rey, de autorizar en algunas ciudades del reino los juegos prohibidos por las leyes, de lucrarse en otros de los oficios que valian intereses, como las corredurías de Sevilla; en fin, de proveer los arzobispados, obispados y dignidades eclesiásticas en sugetos indignos, para que partiesen con él el producto de sus rentas. El tesoro que habia allegado con estas artes era inmenso, del cual tenia pasada ya mucha parte á Génova y Venecia para tenerlo allí seguro. En el consejo del rey no habia mas voto que el suyo; todos los individos, ya grandes, ya letrados, eran puestos por su mano; quien se le oponia estaba cierto de ser echado de la córte y perseguido. Para separar á los grandes de la confianza del rey y que no se pudieran unir contra él, los habia tenido siempre divididos entre sí con chismes y con intrigas, envolviéndolos en guerras y querellas continuas, prohibiéndoles toda confederacion y alianza, y acriminándolos con falsos pretestos y delaciones. ¿Quién sino él habia procurado la muerte del duque de Arjona, la del conde de Luna, la de Fernando Alonso de Robres, muertos los tres en prisiones; los dos primeros para heredarlos, y el segundo en ven-

ganza de la sentencia que dió contra él en Valladolid? ¿No habia hecho degollar en Búrgos al contador Sancho Hernandez porque no quiso sentar en sus libros la merced que el rey le hiciera de las salinas de Atienza? Semejante orgullo y soberbia en un estraño era insufrible, y mas cuando se veia que su insolencia y su frenesí llegaban hasta el punto de faltar al respeto á su mismo rey, el cual debiera acordarse que en su presencia misma tuvo el desacato de matar un escudero y de apalear á un criado suyo sobre los hombros mismos del monarca, á cuyo sagrado se habia refugiado huyendo de su cólera. Esta sujecion tan sin ejemplo, esta degeneneracion tan fea en un príncipe tan escelente en discrecion y en virtud, no podia menos de ser producidas por mágicas y diabólicas encantaciones, con las cuales tenia atadas todas las potençias corporales é intelectuales del rey, para que no entendiese ni amase ni hablase sino á antojo y capricho del condestable. Por lo cual le rogaban, como fieles súbditos y vasallos, que quisiese poner fin á tan enormes escesos y abominaciones, y le pluguiese dar órden para la recuperacion de su libertad y de su poder de rey.

Esta insolente invectiva, en la cual por desgracia no dejaba de haber estremos que fuesen ciertos, sobrecogió sin duda al monarca y le tuvo algun tiempo aturdido; porque ni quiso que se respondiese á ella, como le aconsejaban los parciales de don Alvaro, ni se le vió por muchos dias con la serenidad que acostumbraba (1), antes bien, callado y pensativo, daba á entender que la cosa tenia para él una importancia á que antes no habia dado atencion ninguna. Mas, cualquiera que fuese el efecto que hizo de pronto en su ánimo aquella acusacion, no tardó en manifestar que el lugar esclusivo que don Alvaro tenia en su pecho, no le habia perdido todavía; porque, habiéndose concertado que la córte y los grandes descontentos se reuniesen en Valladolid, donde convocadas córtes generales del reino, se arreglasen en ellas aquellos grandes debates, el rey no sosegó hasta que por los grades se dió salvoconducto al condestable para concurrir á la deliberacion con los demás. Y como tambien en aquellos dias hubiese determinado el rey poner casa al príncipe su hijo, ya en edad de quince años y próximo á concluir su casamiento con la infanta de Navarra, don Alvaro fue puesto al frente de ella con el título y cargo de mayordomo mayor. Esto no sirvió en nada ni á su grandeza ni á su defensa, y solo contribuyó á encender mas la emulacion y la envidia. Por manera que sus adversarios no podian dudar cuán inútiles eran todos sus esfuerzos para arrojarle del lugar esclusivo que tenia con el rey; ni su union, ni sus intrigas, ni sus calumnias, ni aun los errores mismos y los vicios del condestable, eran parte para ello. Quedaba solo el arbitrio de la fuerza y la violencia, y á ella apelaron; pero era muy dudoso que con todo el poderío que les daba la confederacion saliesen con su intento mientras él tuviese en su favor al rey. Por otra parte, ya sabian por esperiencia cuán duro tenia el brazo, cuán indomable el pecho, mas temible por ventura en el campo de la guerra que hábil y ratero en los laberintos de la intriga; asi, despues de haber escitado por sí mismos el escándalo y los estragos de la discordia y guerra civil, los males de esta violenta conspiracion cayeron en último resultado tristemente sobre sus autores.

Suspendióse algun tanto el curso de las intrigas y de los bullicios con las bodas, que se celebraron (jueves 15 de setiembre de 1440) inmediatamente á este suceso. Juntáronse las dos córtes de Navarra y de Castilla con este motivo, y se abandonaron á la pasion que entonces se tenia por justas, festines y saraos. Parecia que no tenian otro cuidado ni otra ambicion que la de señalarse en destreza de armas, en galas y en bizarría. Si el condestable, separado ya tantos dias de la córte y ajeno de cuanto se hacia en ella, tuvo el desabrimiento de no hallarse en aquella solemnidad y regocijos, pudo consolarse fácilmente con no ser testigo de las desgracias ocurridas en ellos, como si la fortuna hubiese tomado por su cuenta el desgraciar unas fiestas donde no se veia su mejor regulador y su actor mas sobresaliente. Dos caballeros muertos de dos peligrosos encuentros, y heridos gravemente un sobrino del conde de Castro y el hermano del almirante, hicieron parecer bien costosos aquellos pasatiempos, que el rey, condolido de tanto azar siniestro, mandó suspeder. Pero lo que principalmente acibaró los regocijos de entonces fue la poca satisfaccion que prometia aquel malhadado himeneo. El miserable Enrique, que presumia poder mantener el equilibrio entre los dos partidos del Estado, carecia de vigor para cumplir los deberes y saborear las delicias de marido. Su precoz depravacion había agotado en él las fuentes de la vida y de la virilidad, y la novia salio del lecho nupcial tan vírgen como nació. En medio de aquellas ocurrencias fallecieron el adelantado Pedro Manrique y el conde de Benavente, enemigo personal aquel, y este suegro del condestable, y uno y otro miembros muy principales de la confederacion hecha contra él. La muerte del primero dió mucho que hablar á la malignidad, y al instante se dijo que el adelantado muriera de yerbas que le fueron dadas mientras estuvo preso, y que le tuvieron dotiente casi todo el tiempo trascurrido desde que se escapó del castillo de Fuentidueña. Acusábase al condestable de esta atrocidad como de tantas otras tan soñadas como ella, y el rumor no solo corria entre el vulgo, sino entre los cortesanos y entre los hijos del adelantado. Las cartas del físico del rey manifiestan á un tiempo cuánto cundia la calumnia y cuánta pena el honrado Fernan Gomez se tomaba para desvanecerlo (2). Mas la falta de estos dos coligados

(1) «El rey no tanto está airado como está pensativo; ca despues que el rey de Navarra, el infante é los grandes le han escrito las cosas que del condestable han ayuntado... no fabla mas que si mudo fuera, é no les ha dado respuesta; ca dicen en puridad los que lo saben, que lo vero no ha respuesta contradictoria.» (*Centon*, epist. 81.)

(2) «E por los cuatro evangelios del Misal, que es falsedad la imputacion de las yerbas del adelantado. Que á él se las diese algun mal queriente suyo en la otra gran malatia que pasó, yo non lo apruebo ni le absuelvo, que mis manos lavo; ca ni le curé

no entibió el ardor de sus compañeros en la empresa á que aspiraban; antes bien, debe creerse que con ellas se les quitaron de en medio los estorbos que las gestiones ó respectos debidos al conde de Benavente podian oponer á la entera destruccion de su yerno. Luego, pues, que se terminaron las solemnidades y regocijos de la boda del príncipe y este partió á Segovia, ellos tuvieron modo, por medio de su favorito, Juan Pacheco, hijo de Alonso Tellez Giron, señor de Belmonte, que entrase formalmente en la confederacion y firmase la liga que tenian hecha contra don Alvaro.

Fuertes con esta union, y seguros tambien de la reina, que hacia mucho tiempo estaba de su parte, ya no quisieron guardar mas miramientos, y enviaron á desafiar al condestable como capital enemigo, disipador y destruidor del reino, desatando y dando por nula cualquiera seguridad que le hubiesen dado antes. Hicieron saber esto mismo al rey por un mensaje, manifestándole que lo hacian porque era notorio que su voluntad seguia siempre sujeta al condestable, y que se guiaba y gobernaba por sus consejos del mismo modo ausente que presente; y que siendo notorios los males, daños y disipaciones que se habian seguido de la tiránica y dura gobernacion de don Alvaro, ellos estaban obligados en conciencia á no dejarlos pasar adelante, é iban á ponerlo por obra. Con semejante declaracion era ya inevitable el rompimiento, y la guerra civil que habia estado amenazando á Castilla desde la prision del adelantado, suspensa por mas de un año con la salida del condestable, se encendió al fin de una vez cuando los confederados se desengañaron de que con separarle de la córte no le quitaban su influjo ni su privanza.

Comenzáronla ellos con un poder y una preponderancia que parecia prometerles toda buena fortuna en sus intentos (1441). Su liga se componia de un rey de Navarra, de un infante de Aragon, maestre de Santiago, del almirante de Castilla y de los grandes mas poderosos del Estado. Las principales ciudades del reino, ocupadas por ellos, llevaban su voz y su opinion. De Leon estaba apoderado Pedro de Quiñones, de Segovia Ruy Diaz de Mendoza, de Zamora don Enrique, hermano del almirante; de Valladolid, Búrgos y Plasencia los Stúñigas. A Toledo, cuyo alcázar tenia por el rey Pedro Lopez de Ayala, marchó el infante don Enrique para ocuparla, y púdolo conseguir, por tener de su parte al alcaide. En vano el rey lo quiso impedir con órdenes que envió al uno para que no entrase, al otro para que no recibiese; en vano voló él mismo acompañado de unos pocos caballeros para anticiparse al infante y ocupar la ciudad de antemano. Ya don Enrique estaba aposentado en San Lázaro, y despreciando sus mandatos, riéndose de sus amenazas, á la insinuacion que se le hizo de que dejase libre la ciudad contestó resueltamente: «El rey mi señor venga en buen hora, é como quier que ahora estoy aposentado en San Lázaro, su alteza me hallará dentro de la ciudad.» Dada esta respuesta, se entró en Toledo, y añadió al desacato cometido el de prender á tres individuos del consejo del rey, que le fueron enviados para amonestarle y requerirle. Salió en armas de la ciudad y se presentó á la vista del rey, que estaba aposentado en San Lázaro, y á modo de insulto le envió á decir con su camarero Lorenzo Dávalos que si su alteza queria entrar en Toledo, que allí estaba muy á su servicio. Y como los que acompañaban al rey recelasen que orgulloso el infante con la superioridad de fuerzas que tenia, quisiese llevar su insolencia hasta el último punto y apoderarse de la persona del monarca, determinaron barrear aquella estancia donde se hallaban, y con la direccion y actividad del conde de Rivadeo, don Rodrigo de Villandrando, el Ayax de aquel tiempo, se hizo un palenque tal, que los treinta caballeros que estaban allí podian defenderse de los doscientos hombres que tenia el infante, todo el tiempo necesario para que la hueste del rey que detrás venia pudiese llegar y reforzarlos.

Sucedió esto en el dia de la Epifanía (1), y con tan malos auspicios comenzó el año 41. El rey se volvió para Avila, mal enojado por aquel desacato y preyectando castigos y venganzas. Pero el condestable don Alvaro, que desde el tiempo de su salida de la córte se habia mantenido en sus estados, y mas principalmente en su villa de Escalona, sin tomar en apariencia parte alguna en los negocios del gobierno, vió que desafiado y amenazado como estaba, el rey comprometido y resuelto, y todo ya en movimiento, no le era lícito guardar mas aquel aspecto de indiferencia y sosiego. De todos los próceres del Estado solo su hermano el arzobispo estaba personalmente unido á sus interes y podia decirse que iba á arrostrar casi solo con aquella confederacion poderosa; pero tenia de su parte al rey, y creia tener tambien la opinion. Por eso sin duda, y para ponerla mas en su favor, pidió al rey que le enviase algunos de sus consejeros para tratar de los medios de escusar el rompimiento. El rey le envió casi todos los que tenia entonces consigo, y habiéndose juntado con ellos en el Tiemblo, una aldea cerca de Avila, él en la conferencia que allí se tuvo, fue de opinion que se propusiese á los infantes estar á las condiciones ajustadas el año anterior en Bonilla por los condes de Haro y Benavente, antes de pasar la córte á Valladolid. Estas condiciones venian á resumirse en que se comprometiese el arreglo definitivo de estos debates en personas imparciales, nombradas á satisfaccion de ambas partes, ó que se decidiese en córtes generales del reino, y decia don Alvaro que en el caso de negarse los confederados á estas condiciones tan razonables, todos los males y re-

ni le vide, ni en veinte leguas alrededor andé. Mas en el mal de que finó fue de una fiebre metida en el pulmon, é de sus años, que la mas mortal malatía de todas es. E al rey le desplugo; ca aunque el adelantado era voluble, bien le queria, etc.» (*Centon*, epístola 87.)

(1) La *Crónica del Rey*, dice que el de año nuevo; pero el privilegio que con motivo de aquel servicio concedió el rey al conde de Rivadeo, no deja duda en ello. El privilegio consistia en que de allí adelante los condes de Rivadeo habian de recibir para sí la ropa que el rey vistiese aquel dia, y comer á su mesa con ellos. Seria curioso saber qué incidente particular pasó en aquella ocasion, que diese motivo al conde para pedir esta clase de prerogativa y no otra.

sultas del rompimiento cargarian sobre ellos, y el rey tendrá de su parte á Dios y á la justicia. Hízose así, y se les envió el mensaje en los términos propuestos; pero los grandes, tomando nuevo motivo de queja por la conferencia del Tiemblo, como si fuera una nueva ofensa que les hacian el rey y su privado, respondieron que no vendrian en partido ninguno «sin que primeramente el condestable saliese de la córte.» Como él á la sazon no estaba en ella, no se acierta qué era lo que querian decir con esta condicion, que fue recibida por el rey como una insolencia, puesto que daban por resuelta la principal cuestion de que se habia de tratar y que tantos años hacia estaba en pié. Arrebatado por la ira, no respiraba sino guerra: entonces fue cuando mosen Diego de Valera, uno de los hombres mas notables de aquel tiempo por sus letras, por su valor y sus aventuras caballerescas, escribió una carta al rey persuadiéndole á la paz. Valera estaba á la sazon en servicio del príncipe, y siempre fue de los mas encarnizados adversarios del condestable. Su carta, no mal concertada en lenguaje y en estilo para la rudeza del tiempo, era en la sustancia un tejido de lugares comunes de moral y de alusiones á la historia sagrada y profana, que ayudaban al propósito del escritor: particularizaba poco en las dificultades de los negocios presentes. Asi es que cuando se leyó en el consejo de órden del rey, el arzobispo don Gutierre, aunque grande parlador y citador él tambien en otro tiempo, tuvo la retórica de Valera por una declamacion vaga é importuna, y prorumpió con arrogante desenfado: «Digan á mosen Diego que nos envie gente ó dineros; que consejo no nos fallece.»

Rompiéronse, pues, las hostilidades. Por fortuna la guerra no se llevó por aquel término de rigor y de violencia que suele usarse en las discordias civiles: faltaba á los unos el poder, á los otros el rencor, y á los mas la voluntad; el condestable, especialmente entraba en ella á disgusto, y asi no es estraño que se procediese en sus operaciones con tibieza ó flojedad, ó si se quiere mejor, con una nobleza ó cortesía propias ne ánimos generosos que contienden por el mando y no por saciar el encono y la venganza. Una parte de las fuerzas de los confederados salió de Arévalo (febrero 16 de 1441) al mando del almirante, del conde de Benavente, de Pedro de Quiñones y Rodrigo Manrique, comendador de Segura, y se dirigió á los Estados del condestable situados al lado de allá de los puertos, para llevarlos, segun decian, á sangre y fuego, y darle batalla si los esperaba en el campo. Avisáronle del tiempo en que allí llegarian para que estuviese prevenido, y él, aunque manifestó repugnancia de atender aquella provocacion, se dispuso animosamente á recibirlos, llamó á su hermano para que le asistiese con su hueste, y salió de Escalona, marchando á su encuentro por el camino que le pareció que vendrian. Dos dias los esperó en él, y pasado el plazo señalado, los dos hermanos se dividieron, recogiéndose el arzobispo en Illescas y el condestable de Maqueda. Los coligados quisieron salvar la mengua de su tar lanza, enviándole nuevo desafío, y aplazándole para dia determinado: él le pidió dos dias mas para reunir la gente que tenia derramada por sus villas y fortalezas y llamar al arzobispo, y ofreció estar pronta á la batalla. Ellos no le dieron aquellos dos dias: se acercaron á Maqueda «para follarle, segun decian, en su presencia su tierra, asi como él y su hermano habian follado la tierra de Casarubios, que era del almirante.» Detuviéronse cuatro dias en aquellos contornos, hicieron todo el mal y daño que pudieron en las tierras y lugares indefensos, y contentos con esta satisfaccion, acordaron dividirse, yéndose los unos á Casarubios, y los otros á Toledo con el infante, que allí estaba.

Dos encuentros hubo despues, en que se derramó alguna sangre: uno fue junto á Alcalá, donde Juan de Carrillo, adelentado de Cazorla, que mandaba la gente de armas del arzobispo, sorprendió á Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita, y á Gabriel Manrique, comendador mayor de Castilla, que mantenian aquel punto por el partido de los grandes. El adelantado cayó desde Madrid sobre ellos de improviso, y trabó el combate con tanta ventaja suya, que hizo huir al comendador, y á pesar del esfuerzo y teson de Iñigo Lopez, le hizo tambien dejar el campo, desbaratado y mal herido, quedando muertos ciento cincuenta caballos de unos y otros, y ochenta prisioneros, que se llevaron los vencedores á Madrid. El otro encuentro fue cerca de Escalona, donde ya estaba el condestable entre alguna gente suya y otra de don Enrique: la de este último fue vencida con pérdida de la mayor parte de sus hombres, de quienes el mas sentido fue Lorenzo Dávalos, camarero del infante, que en aquella refriega hacia sus primeras armas. Herido mortalmente y llevado prisionero á Escalona, falleció de allí á pocos dias, á pesar del esmero y cuidado que con él se tuvo. Hízosele por el condestable un funeral correspondiente á su valor y á su cuna, y despues su cadáver fue enviado al infante su señor, á Toledo, honrosamente acompañado. Estos dos encuentros serian insignificantes sin la relacion que tienen con las letras españolas: el de Alcalá es célebre por haber intervenido en él un escritor tan señalado entonces como lo fue el marqués de Santillana, y la muerte de Dávalos, llorada por Juan de Mena en su *Laberinto*, no dejará olvidar el combate de Escalona mientras viva la poesía castellana, á cuyas manos, aunque tiernas todavía, debió aquel desgraciado jóven las flores que adornaban su sepulcro (1).

Lo peor es que por mas tentativas que el infante hizo para satisfacerse de estos descalabros, no consiguió otra cosa que nuevos desaires de fortuna, y poner mas en claro la superioridad de

(1) El mucho querido del señor infante,
Que siempre le fuera señor como padre;
El mucho llorado de la triste madre,
Que muerto ver pudo tal hijo delante.—

. . . .

Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento y tendido
De aquel que criara con tanto desvelo.
Ofende con dichos crueles al cielo, etc.

Este elogio y dolor son tanto mas nobles y delicados en el poeta, cuanto él siempre fue inclinado al partido opuesto, y amigo y parcial de don Alvaro.

su enemigo (1). Con toda la fuerza que tenia en Toledo salió para Escalona, donde el condestable le dejó emplear en vano su tiempo y sus bravezas contra los campos y las murallas. De allí volvió su ira contra Maqueda, que se defendió de sus ataques, y donde sacó muchas de sus gentes heridas, sin mas desquite que haber quemado algunas casas del arrabal. Al fin el condestable, reforzado con la hueste de su hermano el arzobispo, á quien habia mandado venir á unirse con él, tomó el campo y la ofensiva, hizo encerrar al infante en Torrijos, y dispuso sus gentes y sus correrías de modo que llegando hasta Toledo, nadie pudiese entrar ni salir de la ciudad, ni andar por aquellos contornos sin ser puesto en su poder. En tal estrecho el infante pidió refuerzo de gentes á su hermano el rey de Navarra para contener las demasías de su enemigo. Movieron los confederados todas sus huestes de Arévalo para ir en su socorro, y tuvieron la arrogancia de pasar con las banderas tendidas muy cerca de Avila, donde estaba el rey, como en vilipendio de su dignidad, y menospreciando las intimaciones que las tenia hechas para que dejasen las armas.

Uniéronse los dos príncipes hermanos y demás coligados cerca de Toledo, y se dispusieron á caer con todas sus fuerzar sobre su adversario, que no teniéndolas iguales para contrarestarlos, debia considerarse perdido. Mas sus amigos en la córte hicieron tomar al rey el saludable partido de atacar al instante las villas y fortalezas que el rey de Navarra y sus parciales tenian en Castilla la Vieja, y de ese modo, ó hacerles abandonar la empresa del condestable, ó perder mas de lo que allí podrian ganar. Púsose pues en marcha con hasta novecientos caballos, entre hombres de armas y ginetes, y se dirigió á Cantalapiedra, despues á Medina, y luego á Olmedo. Todas estas villas le abrieron las puertas, y la Mota de Medina, una de las fortalezas mas señaladas de Castilla, se le rindió por trato. Quisieron contenerle los confederados con un mensaje que le enviaron, pidiéndole que no oyese á los amigos y parciales de don Alvaro en los siniestros consejos que le daban contra ellos, pues en la empresa que habian tomado no miraban á otra cosa que á su libertad, á su honor y á hacerle servicio. El les contestó echándoles en cara sus desafueros, sus bullicios y el desprecio que habian hecho de su autoridad y de las propuestas de paz que tantas veces les hiciera, y les aseguró que él seguiria recorriendo su reino, procurando el sosiego de él, entrando en las villas que le conviniese, y haciendo justicia (2). Ellos en esta respuesta comprendieron su intencion, y retrocedieron volando á defender sus Estados.

Su pensamiento era dividirse, y cada uno ir con su hueste á encerrarse y defenderse en sus castillos; pero antes acordaron acercarse á Medina, donde estaba el rey y ver lo que daban de sí la fuerza la intriga ó las negociaciones. Aposentáronse en la Zarza, una aldea de Olmedo á dos leguas de Medina: su fuerza era de mil y setecientos caballos, superior á la del rey, que no tenia mas que mil y quinientos (3). Estaban tambien á su favor la reina y el príncipe, que bajo mano los ayudaban, y que afectando diligencia y cuidado por los males del rompimiento, estando los unos y los otros en armas y tan cerca, enviaron á decir al rey que no tuviese á mal que ellos interviniesen en estos hechos, para escusar sus malas resultas. El rey, ofendido de que los confederados le hubiesen ido á buscar allí en aquella actitud hostil, negóse á la mediacion que ofrecian la reina y el principe, y les contestó que él entendia arreglarlos segun conviniese á su servicio. A los grandes, que le pidieron los dejase entrar en la villa, respondió que desarmasen su gente, como tantas veces se lo habia mandado, y entonces él los recibiria benignamente, los haria aposentar en la villa, les oiria lo que le quisiesen decir, y haria en todo como correspondia á rey verdadero y justiciero; pero que si de otra manera venian, él entendia resistirlos por su persona, no pudiendo sufrir mas sus atrevimientos. En medio de estos tratos y conferencias el rey de Navarra volvió á apoderarse de Olmedo por trato con sus vecinos; y la hueste de los confederados, reforzada con doscientos caballos que les habia traido Pedro Suarez de Quiñones, se acercó mas á Medina, y asentó su real en la dehesa de la villa, como á dos tiros de ballesta de distancia. Las escaramuzas empezaron desde el dia siguiente, y parecia que la accion general debia empeñarse de un momento á otro, y que los confederados, siendo mas fuertes en número, acabarian por vencer y dar la ley que quisiesen á la córte.

Pero al dia siguiente de haber ellos sentado su real sobre Medina (viernes 9 de junio de 1441), el condestable, acompañado de su hermano y del maestre de Alcántara, y seguido de mil seiscientos caballos, entre hombres de armas y ginetes, se entró á media noche en la villa, sin que los enemigos le estorbasen ni aun le sintiesen. Este oportuno socorro alentó los animos de los caballeros que estaban con el rey, los cuales por la inferioridad de sus fuerzas no podian salir al campo á medirse con sus contrarios. De allí en adelante salieron con mas confianza, y las escaramuzas se continuaron con bastante daño de unos y otros, pero sin empeñarse en una accion general. No se sabe á qué atribuir esta especie de detenimiento en el partido del rey, y por qué no se aprovechó al instante de la mucha ventaja

(1) En esta ocasion fue cuando don Enrique mandó deshacer la estátua de bronce que representaba al condestable armado sobre su sepulcro en la capilla de Santiago de la catedral de Toledo. Don Alvaro al saberlo no hizo mas que reirse de tan pueril encono, y se desquitó del agravio en unas coplas que escribió contra el infante, y empezaban asi:

Si flota vos combatió
En verdad, señor infante,
Mi bulto non vos prendió
Cuando fuisteis mareante.

Sin duda don Enrique tenia muy sobre su corazon la derrota y prision sufridas por él y sus hermanos en la batalla naval de Ponza, y por eso el condestable le heria por aquel flaco.

(2) Deciales, entre otras cosas: «E las novedades bien sabedes quien las ha hecho; como vosotros sois aquellos que andades y tenedes ocupadas mis cibdades é villas, é tomadas pública é notoriamente mis rentas, pechos y derechos, é repartidos entre vosotros los recabdamientos de ellos, é tomadas mis cartas é mensajeros públicamente, é los tenedes presos y encarcelados; y en especial vos el dicho rey de Navarra, bien creo que sabedes, etc.» (*Crónica*, año de 41, cap. 18.)

(3) Nótese que en todas las conferencias y tratos de concierto que antes y despues se movieron, estos infantes y grandes facciosos ponian siempre por condicion que el rey habia de pagar la gente que ellos tenian levantada contra él.

que tenia: error fatal, si es que fue error, y que costó al condestable todo el fruto de aquella campaña, mantenida por él hasta entonces con tanto acierto y fortuna. Iban pasándose los dias: volvióse á hablar de concordia por el príncipe y por la reina, acaso con cautela para descuidar los ánimos, y el rey de Navarra aprovechó astutamente el tiempo que sus enemigos perdian. Como Medina era suya, tenia en ella muchos amigos y parciales: él concertó clandestinamente con ellos que le diesen entrada por la noche, y este trato secreto, que duró algunos dias, se empezó, se siguió, y tuvo todo el éxito que pudieron desear sus autores.

Con efecto, una noche (28 de junio), en que los encargados de la ronda se descuidaron en hacerla como debian, la muralla fue rota por los de dentro en dos partes diferentes, entrando por la una seiscientos hombres de armas al mando de dos caballeros del rey de Navarra que habian sido medianeros en el trato, y por la otra los dos infantes y caballeros de su valía con todo el grueso de sus tropas. Al ruido y tumulto que al instante se sintieron en la villa, el rey, á quien no faltaba intrepidez y serenidad en los peligros, se hizo armar, y montando á caballo, salió de su palacio con un baston en la mano y desarmada la cabeza: un paje le llevaba detrás la adarga, la lanza y la celada; y mandando á su alférez Juan de Silva que tendiese su bandera, se apostó en la plaza de San Antolin: vinieron al instante á ponerse á su lado el condestable, el conde de Rivadeo, el conde de Alba, el maestre de Alcántara, y todos los otros grandes, caballeros y prelados que en la córte habia. Mas de la gente de armas se allegaba poca, porque aturdida con aquel rebato inesperado, no osaba salir de sus alojamientos, y apenas se habian reunido con el rey unos quinientos hombres: cortísima fuerza para contener á los enemigos, que ya se venian acercando. El dia iba á parecer, y entonces el rey tomando su resolucion con un desahogo en él bien poco frecuente, dijo al condestable que entrada la villa y siendo él el principal objeto del encono de los coligados, le convenia salir y ponerse en salvo antes que se apoderasen de todo, una vez que él carecia de fuerzas en aquella ocasion para defenderle. Dióle este consejo como amigo, y se lo mandó como rey; y don Alvaro, conociendo que no le quedaba otro partido que aquel, se despidió de su señor, y antecogiendo consigo al maestre de Alcántara, al arzobispo su hermano, y á otros caballeros adictos á su fortuna, rompió por la hueste del almirante, que se encontró en el camino, y sin ser conocido de ella, se salió por la puerta de Arcillo y tomó el camino de Escalona, adonde llegó sin tropiezo alguno.

El rey luego que se fué don Alvaro quisiera todavía pelear y abrirse camino por medio de los enemigos, pero veia en los que le rodeaban poco ardor para el combate, y dudaba de lo que haria (1). Entonces el arzobispo don Gutierre le dijo: «Señor, enviad por el almirante—Id pues, á buscarle vos, contestó; y con efecto, el prelado fué adonde estaban los grandes, habló con el almirante, y volvió con él para el rey. Besóle el almirante la mano, y despues sucesivamente el conde de Ledesma, el rey de Navarra, el infante y demás caballeros de su parcialidad se le presentaron y le hicieron reverencia; y acompañándole á su palacio cuando quiso volver á él, tomaron su licencia y se volvieron al real.

Inmediatamente, como á gozar del triunfo y á ponerse al frente del bando vencedor, vinieron á Medina la reina su mujer, el príncipe su hijo, y la reina viuda de Portugal doña Leonor, que habia tambien intervenido en aquel negocio y ayudado en cuanto pudo á los infantes sus hermanos. Hablaron con el rey, se aposentaron en palacio, y las primeras consecuencias que se vieron de la ventaja adquirida por los grandes disidentes fue mandar el príncie y la reina que saliesen de la córte todos los parciales del condestable y todos los oficiales de palacio puestos por su mano. A consecuencia de esta órden salieron de Medina el arzobispo de Sevilla, el conde de Alba su sobrino, y el obispo de Segovia don Lope Barrientos, que aunque maestro y buen servidor del príncipe, se inclinaba mas á los intereses de don Alvaro, por entender quizá que eran unos con los del rey.

En seguida el rey don Juan otorgó su poder cumplido á la reina su esposa, al príncipe y al almirante, á los cuales se agregó tambien el conde de Alba, con el fin de dar mayor aspecto de seguridad y de justicia á la comision que se nombraba, para que entre todos viesen y decidiesen los debates que habia entre el rey de Navarra, el infante don Enrique y don Alvaro de Luna, haciendo pleito—homenaje de estar por lo que ellos sentenciasen. Ellos aceptaron el poder y compromiso que se les daba; y habido su consejo, y oidos en él los letrados que el afecto el rey y ellos nombraron, pronunciaron su sentencia (julio 3 de 1441) sobre todos aquellos negocios, cuyos principales artículos fueron los siguientes: que el condestable debia estar seis años continuos, contados desde la fecha, en sus villas de San Martin de Valdeiglesias y Riaza, donde mas le acomodase, y en caso de haber epidemia en ellas, morar en Castil Colmenar Nuevo mientras durase el contagio; que en estos seis años no habia de escribir al rey ni enviarle mensaje alguno sino sobre hechos particulares suyos, y que la carta ó el mensajero habia de ser visto y examinado antes por el príncipe ó la reina; que ni el rey ni el condestable, por sí ó por otros, durante aquel mismo tiempo habian de mover ni hacer confederacion ni liga con persona ninguna de cualquier ley, estado, condicion ó dignidad que fuese, sobre cosa relativa á los bandos ó partidos anteriores; que el condestable ni su hermano el arzobispo habian de tener consigo arriba de cincuenta hombres de armas cada uno; que para seguridad de cumplir con estas condiciones el

(1) Las diferentes partidas que cruzaban las calles, luego que de lejos vieron el pendon real bajaban el suyo, hacian reverencia, y marchaban por otra parte por no encontrarse con él. Vió el rey á García de Padilla y otros caballeros conocidos, que con cincuent caballos atravesaban por una de las calles: envióle á llamar, y él con seis ó siete de sus compañeros vino al instante á su mandado, arrojaron las lanzas en el suelo, le besaron la mano, y se juntaron acon él, porque asi se lo ordenó.

condestable habia de entregar nueve fortalezas de las suyas, que le designaron, para que estuviesen durante el mismo término en poder de personas de la confianza de los jueces compromisarios; que para mayor seguridad debia tambien entregar á su hijo don Juan, el cual estaria en poder de su tio el conde de Benavente durante el mismo tiempo. Los parciales del condestable debian salir de la córte dentro de tercero dia, quedando el encargo de designarlos al rey de Navarra, infante y demás cabos principales del bando vencedor. Los demás artículos en lo general decian relacion á los negocios particulares de los interesados, en que ninguno se olvidó de lo que le convenia, haciéndose notar el respectivo á la casa del príncipe, en que dándose por nula la disposicion antes hecha por su padre, quedó el príncipe autorizado para ordenar y disponer los oficios de ella segun él entendiese que cumplia mas á su servico. Algunos pocos artículos se dirigian á interés público y general, tales como el desarmamiento de la gente armada, á escepcion de seiscientos hombres de armas, que habian de quedar en la córte hasta que el condestable cumpliese con las seguridades que se le prescribian; la formacion del consejo del rey, en que volvieron al antiguo turno de mudarse de tres en tres meses los que habian de asistir á él; la evacuacion de las ciudades, villas y fortalezas de que estaban apoderados los grandes con motivo de aquellas discordias, igualmente que de los tributos y derechos pertenecientes al rey; y algun otro artículo de igual naturaleza, aunque de menor importancia.

Esta sentencia fue publicada y acordada á nombre del rey con una especie de manifiesto, en que, segun la costumbre de semejantes escritos, se hizo hablar al monarca en los términos en que los vencedores quisieron; se echó un velo discreto sobre la sorpresa de Medina, se puso á salvo su dignidad y autoridad real, y tambien el respeto que ellos como sus vasallos la debian, se dió á todo el asunto el aspecto de una querella particular entre el condestable y los grandes, terminada por aquella transaccion; se trató al condestable y á sus cosas con alguna especie de circunspeccion y de respeto; y en fin, se anunció por el monarca á sus pueblos que los escándalos estaban ya atajados y suprimidos, pacificados los reinos, y todas las cosas seguras en la manera que cumplia al servicio de Dios y del rey.

Debió sin duda alguna causar esta sentencia muy grande enojo al condestable, que protestó formalmente contra ella. Estar ausente de la córte por tanto tiempo, entregar sus mejores fortalezas, dar en rehenes su hijo y desarmar sus gentes, era quitar todos los cimientos al edificio de su grandeza, para despues al antojo de sus émulos hacerla venir de un soplo al suelo. Mas al cabo la fortuna se habia declarado por ellos en Medina, la voz del rey, que tenian en su poder, legitimaba cuanto quisiesen hacer en su daño, y por lo mismo la sentencia podia parecer suave. La única cosa de que le privaban era del lado del rey, de la privanza que tenia con él, de lo cual ellos se ofendian, y en su opinion abusaba. Las cosas entonces no eran iguales entre los dos bandos, y puesto que el uno era vencedor y el otro vencido, fuerza era á este recibir la ley que lo impusiese aquel; y es preciso confesar que no fue tan rigorosa como prometia la animosidad mostrada contra don Alvaro y las odiosas imputaciones con que antes le cargaban (1).

Aun aquel rigor con que estaba concebida la sentencia se fue mitigando al instante por respetos al rey, por gestiones del mismo condestable, por condescendencia de sus adversarios, que satisfechos y seguros del gran golpe que le dieron, no quisieron llevan las cosas al estremo. Ya en 30 de setiembre del mismo año, por carta original que aun se conserva, se obligaron todos ellos á respetar y defender las personas, cosas y Estados del condestable y de su hermano el arzobispo, haciendo pleito—homenaje de no ir contra ellos en modo alguno. A consecuencia de esta especie de confederacion fueron vueltos á la córte y restituidos á sus empleos el doctor Periañez, Alonso Perez de Vivero, y otros parciales y antiguos servidores del condestable. Posteriormente le dispensaron de entregar la fortaleza de Escalona, siendo asi que era una de las designadas en la sentencia, y quizá la principal de sus Estados. No consta que fuesen entregadas las otras, aun cuando fueron señaladas las personas en cuyo poder habian de estar. Tampoco consta ni es presumible que llegase á dar en rehenes la persona de su hijo, y él prosiguió residiendo, segun su costumbre, en Escalona. A estas condescendencias de sus adversarios tuvo él forma de añadir otras seguridades mas positivas. El rey, movido sin duda por los amigos que tenian en la córte, habia rovocado y dado por de ningun valor la decision de los jueces compromisarios, y mandado al condestable que no guardase ni cumpliese *la que se decia sentencia*; y como si esto no bastase, habia confirmado tres veces en el mismo año aquella declaracion de nulidad (1442). Esto sin duda se hizo con toda cautela y á escondidas de los infantes y de los grandes, pues no se dieron por entendidos de novedad tan perjudicial para ellos. Mas cuando al año siguiente le vieron ir á Escalona, ser padrino con la reina de la hija que nació en aquella sazon á don Alvaro, y darle una gran fiesta con aquel motivo, demostracion de favor tan pública y solemne debió despertarlos del descuido en que se hallaban, y hacerles recordar la clase de hombre con quien las habian.

Las medidas de precaucion que entonces tomaron para asegurar su poder se resintieron de la violencia del rey de Navarra, que estaba al frente de todo, y del descontento del príncipe, que les servia de instrumento. Vuelta la córte á Castilla la Vieja, y hallándose el rey en Rámaga, fueron presos á peticion del príncipe Alonso Perez de Vivero y Fernando Yañez de Jerez, como culpables de delitos gravísimos en deservicio del rey y del Estado. Repugnábalo don Juan, pero fue preciso que consintiese en ello, igualmente que en la prision de uno de sus donceles

(1) «Yo le digo, escribia en esta ocasion Fernan Gomez al arzobispo Cerezuela, que el condestable debe facer lo que el villano que no pudo arrancar la cola del rocin enteramente, é pelo á pelo se la quitó sin afan. No se tome con todos á fuerza, mas con maña uno á uno se los apañe.» (Epíst. 89.)

y un camarero, tambien odiosos á los que mandaban, por la confianza que el rey en ellos tenia. Mandóse en seguida salir de palacio y de la córte á todos los oficiales puestos por influjo de don Alvaro y á todos sus parciales. Mudóse toda la servidumbre de la casa real, y fueron puestos en ella sugetos á gusto del príncipe y del rey de Navarra. El rey mismo, cuya dignidad habia sido siempre respetada y su persona reverenciada, empezó á ser tratado con tal rigor, que nadie podia llegar á hablarle ni escribirle sin consentimiento del rey de Navarra y de su hijo, ni podia moverse á parte alguna sin su licencia. Hacíanle alternativamente la guardia don Enrique, hermano del almirante, y Ruy Diaz de Mendoza, su mayordomo mayor, y él pudo considerarse, y se consideró de hecho, como prisionero en poder de sus enemigos sin fuerza y sin voluntad. Y añadiendo vilipendio á vilipendio, é insolencia á insolencia, le hicieron escribir á las ciudades y villas de su reino que las prisiones, destierros y mudanzas acaecidas en Rámaga (1443) eran hechos por sus servicios y muy de su aprobacion.

Este manifiesto, lejos de aprovechar á los que le dictaron, produjo un efecto contrario enteramente á su intencion. Toda Castilla se escandalizó de la manera indigna con que era tratado su príncipe, que aunque á la verdad flojo y poco capaz de gobierno, no era aborrecido ni despreciado tampoco. A lo menos decian, cuando el condestable está á su lado y le aconseja, su autoridad es respetada, sus acciones públicas son de rey, y el mando y el gobierno, aunque totalmente en manos de su privado, son suyos, pues que voluntariamente los cede. Pero ahora ¿qué es sino un pupilo, un cautivo de un rey estraño, de un hijo desconocido é ingrato y de unos grandes turbulentos? Añadíanse á estas tristes y vergonzosas reflexiones la consideracion del poder incontrastable que tenia aquella faccion ambiciosa, y cuán á su salvo se entregaba á toda la violencia y perfidia de sus atentados. El rey fue llevado de Rámaga á Madrigal, y de Madrigal á Tordesillas, y siempre con el mismo cuidado y las mismas centinelas. En vano el buen conde de Haro, tal vez requerido secretamente por el rey (1), se puso en movimiento y empezó á tratar con don Pedro de Stúñiga, ya conde de Plasencia, y otros caballeros, de confederarse para ponerle en libertad. El rey de Navarra, mas activo y diligente que ellos, sorprendió sus tratos, y parte con las armas, parte con negociacion, pudo deshacer aquella liga. El condestable, mas interesado que nadie en contribuir á la libertad de su amigo y de su rey, se veia solo y sin fuerzas para entrar en la empresa. La muerte de su hermano el arzobispo, sucedida en el año anterior, le dejaba sin el apoyo único y seguro con que antes solia contar. El sucesor en aquella silla, don Gutierre de Toledo, aunque en lo general habia seguido siempre el partido del rey, debia su última promocion al de Navarra y al infante, y no era prudente contar entonces con él para ningun proyecto que fuese contra ellos. Las disposiciones tomadas en la córte con los amigos de don Alvaro, y la total opresion del rey manifestaban al condestable cuál iba á ser su suerte, aunque no tuviese noticia de la confederacion solemne hecha en Madrigal entre el príncipe, los infantes y los grandes para completar su ruina. Asi, su desaliento era grande, y ya se decia que cediendo el campo á sus enemigos y á su mala fortuna, queria salirse del reino y buscar un refugio en Portugal.

Hallábase á la sazon en la córte (1444) el obispo de Avila don Lope Barrientos, antiguo maestro del príncipe, hombre de poca nota hasta entonces, y por sus cortas letras mofado alguna vez de los avisados y discretos. Pero aunque de natural tardo y de apariencia ruda, su intencion era sana, y no le faltaba destreza para conducir sutilmente una intriga cuando la ocasion lo requeria. Agradecido á don Alvaro, á quien debia su elevacion, y al rey don Juan, que le apreciaba mucho por su buen seso é integridad, se propuso desenredar el laberinto en que se hallaban las cosas, dar la libertad al rey, restablecer al condestable, y derribar el partido tan pujante de los infantes y grandes confederados. Tanteó primero al favorito del príncipe, Juan Pacheco, y hallándole favorable á sus miras, no les fue dificil á los dos ganar al príncipe, que se entregó del todo á sus consejos, y abandonó los intereses de la confederacion con la misma veleidad que antes habia mostrado con los respetos é intereses de su padre. Una buena parte de los grandes, poco satisfechos de la preponderancia esclusiva del rey de Navarra y sus parciales, se mostraban prontos á entrar tambien en la nueva liga proyectada por el obispo. Entonces este avisó al condestable que tuviese buen ánimo, y le enteró del estado de las cosas, convidándole á que se prestase á cuanto se proyectaba en razon de la mudanza. Dudaba él, no atreviéndose á fiar de la inconstancia del príncipe ni de las cautelas de su privado, pero al fin, no teniendo otro partido que abrazar para mejorar su fortuna, y vencido de las exhortaciones de Barrientos, dió la mano á lo que se queria, y las negociaciones continuaron.

Lo mas difícil era concertar el modo con que el príncipe y el rey se entendiesen para el grande hecho que se meditaba. El obispo dió la traza para ello, y á pesar de la suspicaz vigilancia con que el rey era observado y guardado, pudieron padre é hijo, en una visita que este le hizo, darse las seguridades que se creyeron precisas para el caso (2). La alegría que se vió en el rostro del

(1) Entre los documentos adicionales que hay al frente del *Seguro de Tordesillas* se lee una carta de Juan el Segundo al conde de Haro quejándose de la opresion en que vive, y pidiéndole que venga á sacarle de ella: su fecha es de 14 de marzo de 1446. Pero en aquella época ni el rey estaba oprimido ni le faltaba libertad, ni tenia mas desazones que las que le causaban las inquietudes y ligerezas del príncipe su hijo. Podríase sospechar que la fecha estaba errada, y que la carta es de dos años antes; á lo menos la descripcion que en ella hace el rey de su estado concuerda mas con ella que con la posterior.

Por lo demás, esta tentativa del conde de Haro fue algo despues, cuando ya estaban empezados los tratos del príncipe con el condestable.

(2) El rey se fingió enfermo y se mantuvo en cama; el príncipe le fué á visitar, y con achaque de tomarle el pulso para ver si tenia calentura, le hizo pleito-homenaje y le entregó una cédula, por la cual le prometia librarle; y su padre le dió al mismo tiempo otra que tenia preparada, prometiéndole fiarse de él y honrarle y acrecentarle. No sé si da mas indignacion que lástima ver recurrir á

rey despues de su conversacion con el príncipe puso en sospecha á los grandes, y el almirante llegó á preguntar á Barrientos de qué se habia tratado en ella. «Burlas no mas, contestó, para divertirle y distraerle.—Cuidado, obispo, con esas burlas, replicó el almirante: el rey de Navarra tiene de vos grandes sospechas, y si por él fuera ya os hubiera echado á un pozo.—Mal haceis en sospechar de mí si estais seguros del príncipe; porque yo no he de hacer mas que seguirle en lo que quiera y obedecer lo que me mande (setiembre de 1444).

Estas amenazas, en vez de contener los deseos de don Lope, solo sirvieron á estimularle á cumplirlos. El príncipe se fué con él á Segovia, y allí, despues de despedir con poco grata respuesta un mensaje que le envió el rey de Navarra recórdándole el compromiso en que estaba con su parcialidad, se anunció públicamente como el campeon de la libertad de su padre, y levantó el pendon de la guerra. Acudieron al instante los grandes nuevamente coligados con él, el condestable, el arzobispo de Toledo, el conde de Alba; y no hállándose entre todos con fuerzas suficientes para arrostrar á sus contrarios, volaron á Búrgos á engrosarse con las gentes de los condes de Haro, Plasencia y Castañeda, y de Iñigo Lopez de Mendoza (1), todos ganados ya y comprometidos en la misma opinion. Asi reforzados, salieron en busca del rey de Navarra, que juntas arrebatadamente sus gentes, vino á encontrarlos cerca de Pampliega, á cinco leguas de Búrgos. Un ligero combate que allí hubo, en que los del príncipe llevaron mucha ventaja, le hizo fácilmente conocer que no era bastante fuerte contra ellos, y sin empeñar accion ninguna de momento, se fué á encerrar con su hueste dentro de Palencia.

A este mal se añadió otro mayor, que fue libertarse el rey de Castilla de la custodia en que le tenia el conde de Castro, y venirse á juntar con sus defensores. Ya con el monarca al frente y las fuerzas considerables que tenian á su disposicion, su causa tenia el aspecto de mas solemne y mas justa, y el bando de los infantes no podia sostenerse contra ella ni en opinion ni en poder. Asi lo creyeron ellos, pues el rey de Navarra se salió de Castilla y se fue á prevenir mas fuerzas para volver á probar fortuna; y el infante don Enrique, despues de intentar en vano poner de su parte á Sevilla y la Andalucía, tuvo que encerrarse en Lorca, y abandonar á sus contrarios una gran parte de las villas y lugares de su maestrazgo.

Mas aun cuando de resultas de estas primeras operaciones no quedase en toda Castilla una lanza levantada contra el rey, y los grandes del bando contrario unos se hubiesen espatriado, otros encerrados en sus fortalezas, y todos estuviesen descontentos y abatidos, la actividad del rey de Navarra volvió á restaurar las cosas, y no bien empezó el nuevo año (1445) cuando ya se preparaba á entrar en el reino con fuerzas mas frescas y mejores esperanzas. Entró con efecto por Atienza, y tomadas Torija, Alcalá de Henares, Alcalá la Vieja y Santorcaz, y unido allí con su hermano, que vino á juntársele con quinientos caballos, dió la vuelta para Olmedo. Allí se habian de reunir todos los grandes y fuerzas de su parcialidad, y allí habia determinado la fortuna que tuviese término la obstinada contienda y se decidiese quién habia de mandar en Castilla, si los infantes de Aragon ó don Alvaro de Luna.

Vinieron con efecto á Olmedo el almirante, el conde de Benavente, el merino de Asturias Pedro de Quiñones, y Juan de Tobar, señor de Berlanga. Mas cuando allá llegaron, ya estaba el rey de Castilla acampado á menos de una legua de la villa, en unos molinos que llamaban de los Abades, y en su compañía al príncipe, el condestable, el conde de Alba, don Lope de Barrientos, ya obispo de Cuenca (2), Iñigo Lopez de Mendoza, y Juan Pacheco, el favorito del príncipe. Los infantes, aunque reforzados con la venida de los condes y demás caballeros, todavía dudaron de llevar las cosas á todo rigor de rompimiento, y quisieron negociar. Dióseles fácil oido por la córte, y hubo algunas conferencias en que las condiciones que de una y otra parte se proponian eran bastante moderadas. Mediaba el obispo en estos tratos, que habia prometido tener asi en suspenso á los contrarios, para dar tiempo á que llegase la hueste del maestre de Alcántara, que aun faltaba, y los socorros pedidos por consejo del condestable á Portugal. Siete dias pasaron asi, hasta que al fin llegó el maestre al campo del rey con un refuerzo de mil caballos, y de ellos cuatrocientos hombres de armas. Entonces las propuestas por parte de la córte empezaron á ser mas duras, el tono mas ágrio y la resolucion mas entera (3). Apercibiéronse los grandes de este engaño, y conocieron que ya no era posible terminar el hecho sin venir á batalla. Enviaron sin embargo un mensaje al rey, en que con forma esterior de súplica, pero mas con el carácter de intimacion y requerimiento, le decian que no quisiese dar lugar al perdimiento de sus reinos; que echase de sí y de su córte á don Alvaro, causa principal de todos aquellos males y escándalos, y que ellos vendrian á su obediencia y se prestarian gustosos á lo que se determinase para la pacificacion del Estado; donde no, protestaban apelar al Santo Padre, y que los robos, muertes y estragos que de aquella discordia se seguiesen cargarian todos sobre el

tales ardides y cautelas á un rey de Castilla y á un príncipe de Asturias. Pero un preso, por poderoso que sea, siempre es igual á otro preso en el hecho mismo de estarlo, y no es de estrañar que todos concurran á unos mismos artificios para defenderse.

(1) Nótese que este señor para juntarse con el príncipe á libertar al rey, estipuló que se le habian de adjudicar unas posesiones en Asturias, sobre las cuales contendia con la corona; y era uno de los mas virtuosos y nobles caballeros del tiempo. *Ab uno disce omnes*: cuando todos á boca llena tachaban al condestable de interesado y ambicioso, podia responderles que lo habia aprendido de ellos.

(2) Habia muerto á principio de este año don Lope de Mendoza, arzobispo de Santiago, y el rey ofreció aquella dignidad á Barrientos, el cual contestó que era él ya viejo para ir á Galicia. Entonces el rey le dijo que si queria el obispado de Cuenca, que entonces obtenia don Alvaro de Osorna, que era gallego, él daria á este el arzobispado de Santiago. Conformóse don Lope, y los nombramientos se hicieron en consecuencia.

(3) «Era ya acordado el todo de las cosas, é se andaba en las pláticas de lo mas poco, é vino el maestre de Alcántara al real del rey con seiscientos rocines é cuatrocientos hombres de armas, con que el condestable mucho se halló alegre é fue bajando las pláticas de ardiente á tibio, é de tibio á frigido, é con esto se volvió á peor todo.» *(Centon epist., 92.)*

rey. El oyó el mensaje, y respondió que lo tomaria en consideracion y les contestaria. La contestacion era fácil de prever, y los grandes en aquella diligencia tan inútil no atendian á otra cosa que á fascinar los ojos del vulgo, sin esperanza de lograr nada con ella. Ya los tiempos eran otros que los de Valladolid y Castro Nuño, cuando una y otra vez el rey para evitar la guerra civil habia separado de sí á su privado. El abuso que ellos habian hecho de su última victoria les habia quitado el crédito y la fuerza, y puesto la razon de parte de su enemigo.

La batalla se dió dos dias despues de este mensaje (miércoles 19 de mayo de 1445), y el empeño fue casual, no pensando tal vez ni uno ni otro bando en venir á las armas tan pronto. Agradábase mucho el príncipe de ver escaramuzar á los ginetes, y la mañana de aquel dia salió del real con un escuadron de ellos, y se puso en un alto cerro cerca de la villa, como provocando á los de dentro. Salieron otros tantos de Olmedo; pero los del príncipe advirtieron que algunos hombres de armas venian detrás con el intento de apoyarlos: entonces ellos, no creyendo la partida igual, aconsejaron al príncipe que no debia comprometer su persona en aquel lance, y se retiraron á toda prisa al real. Siguieron los otros el alcance por algun trecho del campo; y el rey de Castilla, mal enojado de que asi se atreviesen á faltar al respeto á su hijo, mandó tocar las trompetas y que las haces se armasen para salir á pelear. Iba el condestable en la vanguardia con ochocientos hombres de armas, á su izquierda el príncipe con su escuadron, al cuidado y mando de Juan Pacheco; detrás de ellos el conde de Alba, Iñigo Lopez de Mendoza y el maestre de Alcántara; en fin, el rey con el cuerpo de reserva, asistido de los condes de Haro y Rivadeo y otros muchos grandes y caballeros. Podrian componer entre todos hasta el número de tres mil hombres de armas, sin los ginetes y el peonaje, que en esta clase de acciones servia poco y no se hacia cuenta de él. Llegó el ejército en esta formacion muy cerca de la villa, y se puso á aguardar á que los enemigos saliesen: ellos tardaban, el dia iba muy caido, y viendo que no faltaban ya mas que dos horas de sol, el rey tocó á recoger, y envió órden á su hijo y al condestable para que se retirasen al real. Ya empezaban á volverse cuando de repente las puertas de Olmedo se abren, los escuadrones enemigos se arrojan al campo en formacion de batalla, y el combate se hace inevitable. Don Alvaro envió á decir al rey que era preciso pelear, y que sus tropas volviesen á la posicion que antes tenian: hecho esto, dió la señal de acometer, y los dos ejércitos se vinieron el uno contra el otro.

La accion comenzó por los ginetes, que de una y otra parte salieron á escaramuzar, y luego los cuerpos delanteros la empeñaron. Tocó por suerte al condestable tener al frente á su émulo don Enrique, y al príncipe al rey de Navarra, su suegro. Las huestes, que inmediatamente los seguian, del maestre de Alcántara y del conde de Alba, se adelantaron tambien á sostenerlos: de modo que el cuerpo de reserva, en que el rey estaba, fue el solo que no entró en accion. El choque fue al principio áspero, dudoso y obstinado; y mientras que duró el dia la fortuna estuvo suspensa, como si los jefes con su vista y con su ejemplo animasen á los soldados, y los contuviesen en el deber por el honor y el respeto. Mas luego que fue faltando la luz, el desaliento y el cansancio pudieron obrar con mas disimulo, y muchos empezaron á resfriar y á retraerse de lo espeso de la refriega, los unos á la villa y los otros á la reserva. Fue escesivamente mayor el número de estos fugitivos en los batallones de los infantes; con lo cual fue forzoso á estos abandonar el campo y el honor de aquel dia á sus contrarios, que mas en número, mas arriscados y mas enteros, los ahuyentaron delante de sí, y los constriñeron á buscar de pronto un asilo en los muros de la villa, y despues salir aquella misma noche á escape hácia las fronteras de Aragon.

Tal fue la batalla de Olmedo, nada memorable á la verdad ni por las evoluciones y talentos militares que en ella se desplegaron, ni por la mucha sangre vertida, ni por proezas particulares que allí se hiciesen. Solos treinta y siete hombres quedaron muertos en el campo, y esos ninguno de nota; doscientos se cree que fallecieron despues de sus heridas, y el número de prisioneros tampoco fue considerable. La noche, que sobrevino y puso fin al alcance de los fugitivos, contribuyó en gran parte á la cortedad del estrago, pero jamás se vió derrota alguna mas completa: todo el ejército enemigo quedó deshecho, sus estandartes derribados y cogidos, la mayor parte de sus principales cabos prisioneros. De este número fueron el almirante, su hermano don Enrique, el conde de Castro, su hijo don Pedro, y otros muchos caballeros de la primera nobleza. Tuvo esta suerte el merino de Asturias Pedro de Quiñones, pero sin perder la serenidad y artería de su carácter se procuró la libertad, diciendo al escudero que le llevaba: «Señor, yo voy mal herido, y me hareis mucha merced en quitarme esta celada que me mata.» El escudero acudió compasivo á desarmarle, y mientras le tiraba de la celada, le alargó su espada para que se la tuviese: él le dió entonces á su salvo un mandoble con ella en el rostro, y dejándole aturdido, dió de espuelas al caballo y se salvó á toda carrera. Tambien se salvó el almirante, que pudo ganar al soldado que le llevaba; y en vez de conducirlo al real, le llevó á Torre de Lobaton, que era villa suya, y despues á Medina de Rioseco, en donde se despidió de su familia y se fué huyendo á Navarra.

La refriega fue mas dura y mas empeñada en donde se combatian la gente del infante y del condestable. La animosidad de los jefes y su notorio valor debieron allí mantener por mas tiempo el ardor y el teson de combatir. Los dos salieron heridos, el infante en una mano de un puntazo de espada, el condestable de un encuentro de lanza en un muslo. El primero, vencido y fugitivo, mal curado al principio en Olmedo, y peor luego en Calatayud, falleció de allí á pocos dias, cayendo asi víctima de su inquietud, de su ambicion y de su ferocidad; el segundo, sostenido con el ardor del combate y el alborozo de

la victoria, se mantuvo peleando mientras duró la accion, á pesar del golpe recibido, y aun siguió mas vigorosamente que otro alguno el alcance de los que huian.

Otra circunstancia que contribuye muy principalmente á hacer memorable esta batalla es la moderacion con que los vencedores usaron de su fortuna. Llenas tenian las tiendas de prisioneros principales, cogidos con las armas en la mano y combatiendo contra el pendon y persona de su monarca, y por lo mismo notoriamente rebeldes y sujetos á pena capital. Sin embargo, fuera de un García Sanchez de Alvarado, que á la mañana siguiente fue por mandado del rey llevado á Valladolid y degollado en la plaza, ninguna otra víctima se ve sacrificada despues á la victoria (1). Sobrados motivos habia de encono entre aquellos caballeros, y el rey que de suyo era naturalmente cruel y vengativo, en vez de ponerlos estorbo, hubiera abierto camino á sus pasiones. Prevalecieron felizmente la generosidad y bizarría castellana, y contra lo que frecuentemente se observa en las discordias civiles, el trofeo de Olmedo no se ve desairado á lo menos con la comparsa funesta de patíbulos y de justicias.

Vencida asi la batalla, y vuelto el condestable al campo, se reunieron aquella misma noche en su tienda el rey, el príncipe y los demás jefes del ejército á deliberar sobre lo que debia hacerse en la coyuntura presente. Bien quisiera el rey seguir el alcance á los dos príncipes aragoneses, con quienes tenia mas rencor; pero habia otros que hacian valer el dictámen de que se atendiese antes á asegurar la paz en el interior del reino, y ocupar inmediatamente los Estados y fortalezas de los próceres vencidos. El conde de Benavente se habia escapado de la batalla tomando el camino de Pedraza, de donde se suponia que se iria á sus tierras y lugares; sabíase tambien la evasion del almirante y de Pedro de Quiñones, y se representaba con bastante apariencia de razon que si por perseguir á los infantes se dejaba respirar á estos señores, el partido caido podria volverse á levantar y dar á la córte en qué entender.

Este consejo se tuvo por mejor, y el rey inmediatamente se puso en movimiento para realizarle, acompañándole el condestable en andas por causa de su herida. Las villas y fortalezas habrian hecho poca resistencia, y los frutos de la victoria fueran mas prontos y decisivos, á no ocurrir entonces la novedad de disgustarse el príncipe con su padre, y escaparse una siesta del real, que se hallaba puesto sobre Simancas. El rey, irritado al saber aquella novedad, mandó ir tras él para que le volviesen de grado ó de fuerza al campamento; mas él caminaba con tal diligencia, que sin que nadie pudiese estorbarlo llegó á Segovia, que era suya, y allí guarecido, ya no tenia recelo de que le impusieran la ley. Este era un contratiempo bien grande : la separacion del príncipe podia volver á enredar las cosas y poner en contingencia todo el provecho de la ventaja conseguida. Aunque su persona valia poco, su importancia política era mucha, y sabíase por esperiencia que el partido á quien él se arrimaba era siempre el que vencia. Ignorábase el motivo de su disgusto y partida, y el rey para saberlo le envió al obispo Barrientos y al contador Alonso Perez de Vivero, para que conferenciasen con él y supiesen lo que queria. Despues de algunas disculpas y efugios tan indignos de un príncipe como de la historia, vino en conclusion á decir que él se habia disgustado porque no se hizo el caso debido de la recomendacion hecha por él del almirante su tio, el cual le habia encomendado sus negocios y prometido entregarle sus fortalezas, y sin embargo se trataba de arruinarle como á los demás de su parcialidad. Esto no era mas que un pretesto : la verdadera causa del desabrimiento consistia en que no se trataba de cumplir las promesas que á él y á su favorito Juan Pacheco se hicieron al tiempo de concertar la libertad del rey en Tordesillas. A él se le habia ofrecido la villa de Cáceres y las ciudades de Jaen, Logroño y Ciudad-Rodrigo; á Pacheco las villas de Barcarota, Salvatierra y Salvaleon, lugares de Badajoz á la raya de Portugal; y parecia natural, decian ellos, que en vez de tirar á destruir al almirante, á quien el príncipe protegia, se cuidase primero de despojar á los otros y de tomar las disposiciones convenientes para que á ellos se les cumpliese lo que se les tenia prometido. Asi el príncipe manifestó las miras interesadas con que habia concurrido á la libertad de su padre, y empezó á ponerle en casi tantos disgustos y desaires como los que habia recibido antes de los infantes y de los grandes (2). A un mal sucedia otro mayor, á una contradiccion otra mas fuerte, y lo que era peor, los respetos de príncipe hereditario estorbaban cualesquiera medidas de fuerza ó de rigor que se quisiesen tomar con él. Asi los ocho años que mediaron desde la batalla de Olmedo hasta la conclusion de aquel reinado se pasaron todos en vergonzosas discordias y en vanos conciertos y reconciliaciones.

El resultado de esta intercesion del príncipe en favor del almirante fue que no solo al fin este señor fue perdonado y vuelto á la gracia del rey bajo ciertas condiciones de seguridad que dió, sino que la córte, para no dar lugar al príncipe á que tambien se hiciese un mérito de ello, se anticipó á hacer partidos iguales al conde de Benavente, que los aceptó gustosísimo, y mas adelante tambien al conde de Castro. El hermano del almirante don Enrique y otros caballeros fueron perdonados y restituidos á sus Estados y honores. El pormenor de estas diferentes negociaciones no es de nuestro propósito, y pueden verse en la crónica del rey : es preciso, despues

(1) Los documentos del tiempo no señalan la causa de aquella triste escepcion. Pero como este García Sanchez no suena por ninguna otra cosa en los debates de entonces, es de presumir que el rigor usado con él tuviese su origen en circunstancias personales que le pusiesen en muy diferente caso que á los demás disidentes.

(2) «E como quiera que estas cosas eran muy graves de sufrir al rey, é parescian muy feas de demandar al príncipe, con todo eso temiendo que el príncipe tomase algun siniestro, de que al rey se siguiese algun gran deservicio, dió lugar á todo ello é otorgó todo lo que le fue demandado. En estos apuntamientos se declaró bien la razon por qué el principe se habia partido de Simancas: esto es porque el rey le diese primero lo que le habia prometido por su deliberacion; lo cual no fue al príncipe pequeña nota é mancilla, de que nunca el rey perdió la memoria.» *(Crónica del Rey*, año 45, capítulo 2.)

de haber presentado los pasos por donde el personaje que describimos llegó á la altura en que á esta sazon se hallaba, poner esclusivamente la atencion en las causas de su caida.

Al mismo tiempo en que los grandes que fueron vencidos en Olmedo eran despojados los unos, los otros tratados con mas indulgencia y perdonados; los que sirvieron en aquella batalla y habian contribuido á la libertad del rey eran galardonados segun el mérito que habian contraido. Don Juan Pacheco fue hecho marqués de Villena, su hermano Pedro Giron maestre de Calatrava, cuya dignidad se quitó á don Alfonso de Aragon, hijo natural del rey de Navarra; Iñigo Lopez de Mendoza marqués de Santillana y conde del Real de Manzanares, con cuyo primer título es principalmente conocido en la historia de la poesía castellana. Mas á nadie debia caber, ni realmente cupo, mas parte de estas re compensas que al condestable don Alvaro, á cuyo esfuerzo se debia principalmente aquella victoria; ni era posible que en su genio ambicioso y codicioso, igualmente de honras y de mandos que de rentas, dejase pasar esta ocasion tan brillante de contentar estas pasiones. La muerte del infante don Enrique, maestre de Santiago, dejaba vacante aquella gran dignidad, que tantos años hacia estaba pasando de la mano de un rival á la del otro, en el uno como propiedad, en el otro como secuestro y administracion. Este era el mejor despojo de la batalla de Olmedo, y este le hubo el condestable, á quien el rey le destinó desde luego cuando supo la muerte del infante. Por su mandato el prior y capítulo de la órden, reunidos en Avila, eligieron por su maestre al condestable don Alvaro en 30 de agosto del mismo año, eleccion confirmada por el papa, y contrariada á los principios por Rodrigo Manrique, comendador de Segura, que pretendia tener derecho á aquella dignidad. Al fin fue reconocida tambien por él, mediante transaccion que se hizo para ello, en la cual se le restituyó en compensacion la villa de Paredes y se le dió título de conde. Y no paró aquí la munificencia del rey ó la ambicion del favorito, pues ademas de esta elevacion, recibió tambien como recompensa entonces un número crecido de villas, lugares y posesiones, entre las cuales se señalan como mas notables Cuéllar, Alburquerque con título de condado, en fin la ciudad de Trujillo, de la cual en sus últimos dias llegó á titularse duque. Y como si este cúmulo de Estados, de riquezas y de honores no fuese bastante ni á su seguridad ni á la ostentacion de su poder, logró tambien que se le diese facultad para renunciar en su hijo don Juan no sólo sus Estados, y ya lo hizo de algunos, sino sus empleos y dignidades, como eran la de camarero mayor, la de condestable, y al fin la de maestre, que asi llegó á intentarlo antes de su caida, y aun tenia conseguida bula del papa para ello. Disculpable es en el afecto de padre el anhelo de engrandecer á un hijo; pero este insensato amontonamiento de honores y de puestos públicos en un muchacho de diez años; pero querer prolongar su elevacion en su hijo y que se repitiera en el, y suponer que la fortuna le serviria para ello y que la envidia se lo consentiria, es una alucinacion tan desatinada, que no se puede disimular en un político que tanto conocimiento debia ya tener de las cosas y de los hombres.

Otro error todavía de mas influjo para la mudanza espantosa que hubo en su suerte, fue el segundo casamiento del rey, viudo á la sazon de su primera mujer doña María (1). Ajustóle don Alvaro por sí mismo, sin contar con la voluntad del monarca, y aun espresamente contra ella. Habia en el tiempo de su desgracia formado conexiones muy estrechas con la familia real de Portugal, como quien se proponia buscar refugio en aquel reino si sus negocios se desesperaban de todo punto en Castilla. Despues, cuando se hizo reunion de los caballeros en Avila, el rey don Juan por consejo de su privado escribió al infante don Pedro, regente de Portugal, pidiéndole socorro de gentes para el caso en que se hallaba. Llevábanlo esto á mal los grandes que estaban con el rey, principalmente el conde de Haro, reputándolo á mengua de Castilla (2). Pero el condestable, recelando que el partido de los infantes fuese ayudado por el rey de Aragon, que quizá podria venir en persona desde Italia á sostenerlos, quiso tener este contrapeso á su favor. El socorro vino tarde, y se presentó al rey en Mayorga, cuando ya estaba ganada la batalla de Olmedo y no se le necesitaba. Mandábalo el jóven condestable de Portugal, hijo del regente, y traia consigo mil y doscientos hombres de armas, cuatrocientos ginetes y dos mil infantes: refuerzo de importancia, y que llegado á tiempo tal vez hubiera escusado la batalla, y los infantes se hubieran prestado á algun concierto razonable. El rey, no obstante, agasajó con mucha urbadidad y cortesía á aquel mancebo, que era galan, discreto y entendido, igualmente que á los lucidos caballeros que traia consigo, y los despidió contentos y satisfechos de su buen término y magnificencia (3). Para aquel tiempo ya don Alvaro tenia muy adelantado con el regente el trato de casar al rey de Castilla con doña Isabel, hija del infante don Juan de Portugal. Con la venida de aquel con–

(1) La reina viuda de Portugal falleció en Toledo á 18 de febrero de 1445, y pocos dias despues su hermana la reina de Castilla en Villacastin; una y otra casi de repente, y con bastantes muestras, segun entonces se dijo, de haber muerto de veneno. La *Crónica del Rey* lo da por cierto, y añade «que, segun fama, se halló en el proceso que se fulminó al condestable, quién dió á estas señoras las yerbas de que murieron, y quién se las mandó dar.» Podríanse hacer muchas consideraciones sobre esta imputacion, que bien examinada, parece mas bien un resultado de hablillas populares en tiempos de facciones y de partidos, que consecuencia de noticias bien seguras y digeridas. Baste decir que este punto no se toca en el violento manifiesto que se circuló á nombre del rey despues de la muerte de don Alvaro, y á la verdad que aquel era el lugar de ponderarlo. (Véase la *Crónica*, año 1445, cap. 1, y año 1453, capítulo 3.)

«Dióse crédito, dice Mariana, en esta parte á la opinion del vulgo, porque comunmente se decia de ellas que no vivian muy honestamente.» (Lib. 22, cap. 2.)—Al márgen cita á Zurita, que en el cap. 34, lib. 15 de sus *Anales* apoya los mismos rumores y sospechas. Esto concuerda muy poco con el estado de las cosas y con el carácter y costumbres de los personajes: el rey don Juan no se curaba mucho de las de su mujer; á don Alvaro debian importarle menos: de la reina de Portugal no habia para qué, ni quien se tomase este cuidado ni este castigo.

(2) Asi lo dice la *Crónica*, pero debe haber equivocacion, porque ni el rey ni el conde de Haro se hallaban en Avila al tiempo del ayuntamiento de los caballeros. Acaso quien escribió por consejo del condestable fue el príncipe, y el conde pudo despues saberlo y tomarlo á mal. Asi podrian conciliarse los tiempos y los lugares.

(3) Envióle al despedirle un collar muy rico, que le habia costado 10,000 florines.

destable el concierto se ajustó definitivamente, y don Alvaro se lo hizo presente al rey cuando ya todo estaba terminado. Queria él casar con madama Regunda, hija del rey de Francia, por la fama de hermosa que tenia; pero no tuvo resolucion para contrarestar á su privado, y dió las manos bien á su pesar á un casamiento que no entraba en sus deseos. Solo sí se le oyó decir privadamente entre su familia: «Yo me casaré, pues el condestable lo ha hecho; mas él meterá en Castilla quien á él de ella le sacará (1).»

Ningunas profecías se cumplen mejor que aquellas cuya ejecucion depende del profeta mismo que las pronuncia; y esta, si es que se hizo, tuvo con el tiempo un bien triste y colmado cumplimiento. No hay duda que don Alvaro se escedió en este paso con sobrada confianza; que debió, antes de entablar negociacion alguna sobre un asunto tan grave, consultarlo con el rey, y no tratarle como á un pupilo, á quien no se pregunta, sino que se le prescribe lo que ha de hacer. El rey don Juan no estaba ya en este caso, y á nadie convenia ponerle en él menos que á don Alvaro. Pero mirado el negocio bajo el aspecto de los motivos políticos que podian inclinar á esta eleccion, ya seria preciso dar la razon al condestable. Convenia mucho tener seguro aquel reino á su favor en los apuros en que cada dia le ponian el príncipe y los grandes, y no dejaba por otra parte de ser muy ventajoso el perdon de las cuantiosas sumas de dinero que se debian á los Portugueses por los socorros que tenian enviados. A esto debia añadirse acaso la principal razon para don Alvaro, hacer por sí mismo una reina de Castilla la cual le agradeciese á él solo su elevacion, y estuviese por consecuencia tan de su parte como la anterior habia sido su enemiga.

Mas salióle á don Alvaro tan errado este cálculo, como á otros muchos ministros, que se han hallado muy mal de haber sido casamenteros de sus príncipes, sea porque los beneficios en vez de agradecimiento engendran odio cuando son tan grandes que no se pueden pagar, sea porque estos medianeros se olviden en tales casos de la distancia que hay entre ellos y el trono, y exijan una clase de reconocimiento que repugne á los príncipes y los ofenda. De cualquiera modo que esto sea, el casamiento se realizó dos años despues (en agosto de 1447): la infanta portuguesa vino, y no tardó en tomar sobre su esposo el influjo y la preponderancia que adquieren siempre las mujeres hermosas cuando son mucho mas jóvenes que sus maridos. Ella se apoderó totalmente del corazon del rey, donde ya don Alvaro no tenia mas lugar que el que le daban el largo predominio y la costumbre. Quizá quiso imprudentemente intervenir en las intimidades de los dos esposos, y regular esta parte del régimen del rey á pretesto ó con motivo de su salud (2). Asi lo habia hecho en el matrimonio anterior; y si quiso tambien hacerlo en el segundo, como es de presumir por algunas indicaciones que aun quedan, nada tiene de estraño que la reina se resintiese de una pretension tan escesiva, que para ella debia ser indecencia y atrevimiento. A poco tiempo de aquel himeneo, que debia asegurar para siempre los destinos y grandeza del condestable, el rey comunicó con la reina los disgustos y desabrimientos que con él tenia, y aun las memorias del tiempo aseguran que ya desde entonces quedó concertado entre los dos el plan de su prision y de su ruina en los mismos términos que se verificó seis años despues (3).

El príncipe no asistió á estas bodas de su padre, con quien estaba entonces desavenido, como le sucedia con frecuencia. Entregado enteramente á los consejos de sus privados, principalmente del marqués de Villena, sabia siempre permanecer á aquella distancia de la córte que le pusiese en franquía para entenderse segun le conviniese con los grandes descontentos, y dar continuamente recelos al rey su padre. A cada disgusto sucedia una demanda, á cada demanda un amago, y tras de cada amago una concesion y un concierto, que á él le aumentaban la independencia y los medios de entregarse á sus veleidades, y á sus favoritos henchia de Estados y de riquezas. Ya el marqués de Villena, no contento con presumir ser el don Alvaro de Luna del reinado siguiente, aspiraba á poderlo todo en el actual, y se atrevia en su arrogancia á ajar y á despreciar al condestable (4). De aquí celos, desabrimientos, enconos y cautelas que dividian la córte, desasosegaban á los grandes manteniéndolos en sus siniestros propósitos, y daban que recelar á todo el Estado.

De este modo se hallaban los ánimos á principios del año 1448, tiempo en que la situacion de las cosas no parece que debia dejar lugar á semejantes desavenencias. Empezaban á saltar chipas de guerra hácia las fronteras de Navarra y Aragon: el rey de Navarra escitaba á los grandes que habian sido sus parciales á nuevos disturbios, y lo peor es que ellos le oian: en fin, los Moros de Granada, antes tan comprimidos y humillados, instigados ahora por el rey de Navarra y por la ocasion, se atrevian ya á levantar la frente, á insultar á sus vencedores, á conquistar fortalezas, y se les veia querer aprovecharse de la discordia en que la debilidad de los ánimos tenia puesto al reino, para adelantar sus hechos y vengar los agravios pasados. Un

(1) *Fernan Gomez*, epist. 95.

(2) Estas no son vanas conjeturas: Fernan Perez, en sus *Generaciones*, cap. 33, dice espresamente «que aun en los actos naturales se dió asi á la ordenanza del condestable, que seyendo é bien complexionado, é teniendo á la reina su mujer moza y hermosa, si el condestable se lo contradijese no iria á dormir á su cama de ella, ni curaba de otras mujeres, aunque naturalmente era asaz inclinado á ellas.» El cronista de don Alvaro dice tambien en el tít. 127 de su obra: «Estaba pues el loable maestre preso en la fortaleza de Portillo, é de allí donde estaba entendia en lo que cumplidero era para el sano é bien gobernado vivir del rey; ca desde allí envió á avisar y á rogar á los que cerca de él estaban que lo arredrasen é apartasen en muchas cosas, asi de lo que su apetito é su gusto é su garganta demandaban, como de aquello que á la carnal deleitacion le inclinaba.»

(3) Véase la *Crónica del Rey*, año 47, cap. 3. La conversacion que allí se refiere del rey con la reina, no se hace creible atendido el mucho tiempo que pasó despues de ella hasta la realizacion del proyecto, y atendida tambien la naturaleza de los sucesos que mediaron, los cuales hubieran precipitado la catástrofe en caso de estar tan definitivamente resuelta.

(4) Cuando dieron el maestrazgo de Calatrava á su hermano y el de Santiago á don Alvaro, se susurró que habia dicho: «Don Alvaro de Luna trabajado ha por se facer maestre, é yo no lo he estimado é lo he dado á mi hermano: fabla, dice Fernan Gomez, que á mucha soberbia se le tuvo; ca de poco tiempo es crecido, é mas mesura le cumpliera.» *(Centon*, epist. 96.*)*

prelado fue el que en tal coyuntura trató de concertar las voluntades del padre y del hijo, y lo que era mas difícil, la de los dos favoritos. Don Alonso de Fonseca, obispo de Avila, personaje que despues tuvo mucha autoridad y representó gran papel en los dos reinados siguientes, fue el que medió entre unos y otros, haciendo entender al condestable y al marqués de Villena, que estando los dos unidos no habria nadie que se les opusiese, y lo mandarian todo á su placer. Vinieron ellos en el trato y en la confederacion; pero como en estas paces políticas siempre hay sacrificios de una parte y otra, húbolos de haber en esta, y fueron de tal calidad, que en vez de remediar los males que habia, pusiéronlo todo de peor condicion que antes. Como el objeto de los dos ministros era que nada quedase que pudiese hacerles frente, convinieron en sacrificarse mútuamente y prender todos los señores que podian contrarestar sus intereses. La córte abandonó á los condes de Alba y Benavente, de quienes estaba sospechosa desde el año anterior por no haber querido asistir al rey en la empresa de Atienza; y el príncipe al almirante, á su hermano, al conde de Castro, y á los dos hermanos Pedro y Suero de Quiñones. Túvose esta confederacion muy secreta, de modo que el rey y el príncipe acordaron verse en Tordesillas y Villaverde, acompañados de estos señores y tambien del obispo de Avila y de los dos privados. Diéronles órden de venir para asistir á la conferencia; pero el almirante estaba indispuesto y se escusó, y el conde de Castro, que ya acaso habia penetrado la intriga, no quiso acudir. Los demás concurrieron, y todos fueron presos allí, enviados á diferentes fortalezas, sus villas y castillos confiscados, y de ellos se apoderaron en pocos dias el rey y el príncipe su hijo.

Cuánta fuese la parte del condestable en esta trama insidiosa, y cuál la ocasion que aquellos señores dieron para el rigor usado con ellos, no es fácil averiguar. Pero en lo que no cabe duda es en que, inocentes ó culpables, la opinion estuvo á su favor, y que toda la odiosidad y el escándalo recayeron sobre don Alvaro, á quien solo se hacia autor de todos aquellos males, como si él solo fuera el injusto maquinador. La mayor parte de los presos eran á la verdad del partido contrario, y sirvieron bajo las banderas de los infantes en la batalla de Olmedo. Pero este yerro ya estaba perdonado, y admitidos á la gracia del monarca, no le habian ofendido despues. ¿Qué culpa, sobre todo, era la del conde de Alba, ni qué odio podia grangearse, criado, formado y ensalzado bajo el estandarte del condestable y siempre firme en el servicio del rey? Si él recibia tal pago, ¿quién podria ya estar seguro, ni cómo defenderse de las cautelas del privado, de su orgullo indomable y de su hidrópica sed de Estados y de mando? Asi es que el conde de Plasencia, el de Haro, el marqués de Santillana y demás ricos hombres, empezaron al instante á tratar entre sí á formar confederaciones contra el enemigo comun, y á asentar una liga que restituyese á los presos y á los ausentes en sus Estados y en su libertad, y pusiese á todos á cubierto de la insolencia tiránica de aquel hombre desaforado.

Sin duda este suceso, en que se ve al condestable ser manifiestamente agresor, fue uno de sus mas grandes yerros políticos, y la causa principal de verse solo y desamparado cuando al fin el azote de la adversidad vino á descargar sobre él. Tiene que temer de todos aquel á quien todos temen, y no era ciertamente el tiempo de chocar otra vez con aquel partido tan poderoso cuando ya la aficion del rey le iba faltando, cuando tenia á la reina contra sí, y cuando no podia fiar en las palabras y en la fe del príncipe ni de su privado, inconstantes, caprichosos, interesados, y que á cada paso prestaban el oido y daban las manos á las tramas de los grandes en daño suyo. A lo menos hubiéranse hecho públicos los motivos de las prisiones ejecutadas en aquellos caballeros, y formándoles su causa con arreglo á las leyes, diérase satisfaccion al mundo y á la justicia. Mas, lejos de esto, luego que hubo un hombre entero que se atrevió á reclamar esta medida de equidad y de decoro, se le tuvo tan á mal, que se le despojó de cuanto tenia en la córte.

Este fue mosen Diego de Valera, doncel del rey, de quien ya se ha hecho mencion, y procurador de Cuenca en las córtes convocadas para Valladolid en el mismo año, con el objeto de dar en ellas alguna especie de sancion al rigor empleado contra aquellos ricos hombres. El rey y el príncipe estaban ya desavenidos otra vez, y por consejo de don Alvaro se habia tratado que padre é hijo se viesen en Tordesillas, teniendo la plaza segura don Alonso Carrillo, obispo de Sigüenza y ya electo arzobispo de Toledo por muerte de don Gutierre. El príncipe acudió primero á la villa, y el rey luego que lo supo salió de Valladolid para allá, y al despedirse dijo á los procuradores de córtes: «Procuradores, yo os he enviado á llamar para que sepais los dos objetos con que voy á Tordesillas, y me aconsejeis sobre ello: el primero es concordarme con mi muy caro y mi muy amado hijo; el segundo para dar órden cómo los que me han deservido reciban pena, y los que me sirvieron galardon; para lo cual entiendo hacer repartimiento de todos los bienes, asi de los caballeros ausentes como de los que están presos.» Respondieron los procuradores por su órden aprobando todos el intento del rey como santo y bueno, hasta que llegó á los de Cuenca, cuya voz llevaban Gomez Carrillo, señor de Torralba, y Diego de Valera: cedió el primero la voz al segundo, y este dijo con laudable resolucion al rey: «Señor, suplico humildemente á vuestra alteza que no reciba enojo si yo añadiere algo á lo dicho por estos procuradores. No hay duda que el propósito de vuestra alteza es santo y bueno, pero seria cosa razonable que se llamase á todos estos caballeros, asi ausentes como presos, para que parezcan ante vuestro consejo, á lo menos por procuradores, y allí se ventile su causa. Y cuando se halle que por mera justicia les podeis tomar lo suyo, ya entonces podriais ó usar con ellos de clemencia ó del rigor de la justicia; con lo cual se guardarian las leyes, que quieren que ningu-

no sea condenado sin ser oido, y que no se pueda decir de vos que la sentencia es justa y el juez injusto.» Oyó todo esto el rey con semblante benigno y apacible; pero Fernando de Rivadeneira, camarero del condestable y grande parcial suyo, «voto á Dios, Valera, esclamó, que os arrepentireis de lo que habeis dicho.» Enojóse el rey de aquella osadía, y mandando con gesto turbado á Rivadeneira que callase, sin esperar á que hablasen mas procuradores, siguió su camino para Tordesillas.

Desde Valladolid escribió Valera una carta al rey exhortándole á la paz y á la clemencia, glosando el tema *Da pacem, Domine, in diebus nostris*. Aunque salpicado de alguna pedantería y de cierta tintura de devocion facticia, propias una y otra del carácter que tenia la erudicion del tiempo, este escrito presentaba algunas máximas sanas y bien espresadas. Decíale, entre otras cosas, que aunque todas las virtudes convengan al príncipe, mas le conviene la clemencia que otra ninguna, mayormente en las ofensas propias, en las cuales ha entero lugar la virtud; porque perdonar injurias agenas no es clemencia sino injusticia. «Pues para dar tran»quilidad é sosiego é paz perpétua en vuestros »reinos, segun mi opinion cuatro cosas son ne»cesarias, sin las cuales ó faltando alguna de »ellas yo no veo vía ni camino por dónde ni cómo »esperarla debamos, conviene á saber, entera »concordia entre vos y el príncipe, restitucion »de los caballeros ausentes, deliberacion de los »presos, de los culpados general perdon. Para »lo cual, señor, conseguir, conviene consejo y »deliberacion de hombres discretos y de buena »vida, agenos de toda parcialidad y aficion... »¡Oh señor! muévase agora el ánimo vuestro á »compasion de tan duros males: mirad con los »ojos del entendimiento las muy vivas llamas en »que vuestros reinos se consumen y queman, »acatad con recto juicio el estado en que los to»mastes é cuál es el punto en que los teneis, é »qué tales quedarán adelante si van las cosas »segun los comienzos, é si de nosotros no ha»beis compasion, habedla, señor, de vos, que »mucho es cruel quien menosprecia su fama.» Valera concluia su carta pidiendo perdon al rey si le hablaba con demasiada osadía. Leyóla el rey, llamó en seguida á Alonso Perez de Vivero y á Fernando de Rivadeneira, les mandó que se la volviesen á leer, y se la dió para que la leyese el condestable. Enojóse don Alvaro de verla, y ademas de las muchas amenazas que profirió contra Valera, mandó que no se le librase nada de lo que percibia del rey, y menos lo que se le debia por procurador. Mas el orador no perdió nada por ello. Uno de los muchos traslados que se hicieron de su carta fue llevado al conde de Plasencia, el cual recibió tanto gusto con ella y concibió tan alta estimacion por su autor, que le llamó para encargarle la educacion de don Pedro de Stúñiga, su nieto. Desde entonces Valera, mas amigo y compañero que dependiente de aquellos señores, partícipe de sus miras, cómplice en sus proyectos, y por ventura instigador de sus pasiones, no fue el que menos contribuyó al gran trueco que iban á tener las cosas, y se vengó á su salvo del arrogante valido.

El cual ya en aquellos últimos años se sostenia mas por su propio peso que por apoyo alguno que tuviese en la voluntad del monarca, ni en los personajes de la córte, ni en las ciudades y villas del reino. Todo estaba al parecer quieto y pacífico: los grandes, unos huidos, otros desterrados, otros retirados á sus castillos, y todos escarmentados. De cuando en cuando saltaban aquí y allá algunas chispas de guerra y de inquietud, que era preciso ir á apagar al instante, de miedo de que prendiesen y el descontento las hiciese generales. Esto dió ocasion á los sitios de Atienza, de Toledo y de Palenzuela, donde el condestable hizo tales pruebas de su persona y se aventajó tanto en actividad, en esfuerzo y en audacia, cual pudiera en los tiempos de su juventud y de su vigor primero. Jamás por cierto se mostró mas digno del mando de las armas que en aquellas empresas militares, donde fuera dicha suya que la piedra que le alcanzó en la cabeza y le hirió gravemente en Atienza, ó el flechazo que le atravesó un hombro en Palenzuela, dieran glorioso remate al mismo tiempo á su vida que á su privanza. Parte por trato y parte por fuerza, Toledo y las dos villas vinieron á poder del rey. Entre tanto estas ocupaciones guerreras alternaban con las fiestas, convites y cacerías que el condestable daba al rey en Escalona y en otras villas suyas, donde le acontecia tener que recibirle á él y á su familia. Allí se esmeraba en magnificencia, en delicadeza y bizarría, así como en los campos de la guerra en constancia y en denuedo. Pero todo era en balde para hacer retoñar las raices ya rotas del cariño y de la confianza. El solo poseia al rey, él componia toda su córte, él era quien se veia en los campos, en las cazas, en las fiestas, en los torneos, en los saraos; todo esto lo llenaban él, su familia y los cortesanos que de él dependian. Mas este favor ó influjo privilegiado y esclusivo que habia anhelado toda su vida y que entonces disfrutaba, debia ser ya desagradable y fastidioso al rey, á la reina, á sus mas íntimos cortesanos. El encanto antiguo estaba deshecho: el curso de los años acaba con la gracia y los atractivos del ánimo del mismo modo que con los del cuerpo, y ya el condestable, viejo, soberbio y áspero, abusando del largo trato y privanza, no era para el rey don Juan lo que en otros tiempos habia sido, y no producia en su ánimo mas que desabrimientos, disgustos y enfado, mal disimulados y encubiertos. Temíale ya y no le amaba, y esta triste disposicion daba campo abierto á las maquinaciones que sus enemigos, nunca descuidados, iban á ordenar inmediatamente para su perdicion y su ruina.

La toma de Palenzuela fue el último servicio que don Alvaro hizo á Juan el Segundo (1). Desde entonces las sospechas que empezó á tener respecto de la seguridad de su persona, el cuidado de salvarse de las asechanzas que creia se ponian á su vida, y el anhelo de saber y averiguar las tramas que se urdian contra él, llenaron tristemente todo el tiempo que medió desde la

(1) Palenzuela se rindió en enero de 1452.

rendicion de aquella plaza hasta su caida. El desabrimiento del rey traspiraba cadá vez mas, y la mala voluntad de la reina se manifestaba sin rebozo. No habia á la verdad en la córte personaje alguno que le pudiese hacer frente; pero hervia de espías y de traidores contra él, los cuales, aunque puestos por su mano, y en otro tiempo servidores suyos, conociendo la mudanza de inclinacion en los reyes, tambien se mudaron ellos, y los servian segun su presente deseo. Entre todos se distinguia Alonso Perez de Vivero, criado en casa de don Alvaro, y elevado por su favor á ser uno de los principales del consejo del rey, su contador mayor, y señor de las villas de Vivero, de Xerquera y Alcalá del Rio. Habia Alonso Perez guardado siempre lealtad á don Alvaro, y aun padecido muchas veces por su causa en el tiempo de las mayores turbulencias y de los mas fuertes combates hechos contra su fortuna. Pero en los últimos tiempos, y cuando el condestable, subido á la cumbre de la fortuna y superior á todos sus enemigos, no tenia al parecer que temer á ninguno de ellos; sea ambicion, sea contagio, sea villanía, su servidor, su hechura, su amigo, el que todos los dias iba dos veces á su casa como á recibir su órden para lo que habia de hacer, este fue el que tomó por su cuenta acabarle de arrojar del corazon del rey, el que se hizo centro de todas las intrigas y correspondencias que se tenian en su daño, el autor en fin de las viles maquinaciones que sucesivamente se formaban contra su vida.

Sospechábase de ellas el condestable, aunque de pronto ignoró ó no quiso creer el orígen de donde venian. Y para ponerse á cubierto de semejantes emboscadas determinó llevar siempre consigo una numerosa guardia de hombres de armas y ginetes, al mando de su hijo natural don Pedro de Luna, señor de Fuentidueña y copero mayor del rey. Húbole don Alvaro en una señora viuda noble de Toledo, llamada doña Margarita Manuel, y era mozo valiente y robusto, enseñado á todo ejercicio de armas y tiernamente afecto hácia su padre. Bien triste por cierto debió ser para este tener que llamar á su hijo y decirle: «Los tiempos piden que miremos por nosotros y andemos con todo recato; y pues gente tenemos bastante, procura estar siempre bien acompañado, y no pierdas de vista la salud y vida de tu padre.» No le dijo mas, quizá no osando manifestar que de quien se temia era del rey (1); pero el mozo, discreto y entendido, puso tal cuidado en el encargo que se le hacia, aderezó y tuvo siempre tan á punto la gente de guerra que le acompañaba, y procedió con una diligencia y un aviso tan acertado, que sin insolencia, sin escándalo y sin dar que decir, guardó á su padre de todas las asechanzas que se le pusieron en Madrigal y en Tordesillas. Unas veces lo intentaron cuando iba con el rey á caza, otras cuando concurria al consejo, y otras formando alborotos á cuidado para que saliendo don Alvaro á sosegarlos con la prontitud que acostumbraba, pudiese en la confusion ser herido y muerto á salvo, sin saberse quién lo hacia. Pero este escudo tan fuerte y seguro, con el cual en el dia del peligro hubiera podido arrostrar y aun arrollar á sus enemigos, la suerte le privó de él en un modo bien estraño. Como á pesar del desabrimiento y oposicion que habia en los ánimos, el semblante era siempre alegre y el gusto á las diversiones no se perdia, el condestable gustó que se hiciese un juego de cañas allí en Tordesillas, en frente del palacio, para obsequiar y divertir á la reina y á las damas. El juego fue bravo y porfiado, pues algunos de los combatientes perdieron la vida de los encuentros que allí recibieron. Tirábanse ya por mas deporte bohordos de una parte á otra. Don Pedro de Luna estaba sentado junto á su hermano don Juan el conde de Salvatierra: algunos de los tiros caian hácia la parte donde ellos estaban, y viendo que uno iba derecho á aquel niño, le puso su adarga para defenderle á ocasion que vino otro tiro de un bohordo, y cogiéndole sin defensa, desarmado, vestido de gala y fiesta como de cañas, le hirió de golpe tan fuerte y peligroso, que cayó doliente en el lecho para no levantarse en muchos dias. La guarda entonces de don Alvaro fue encomendada por él á su secretario y contador Alfonso Gonzalez Tordesillas: este hombre, ó por flojedad ó por malicia, no curó del encargo que se confiaba á su cuidado; la guardia, mal regida, mal pagada, se desbarató y dispersó casi toda; el condestable, ocupado en otros afanes y en su asistencia continua al lado del rey, no dió su atencion á este objeto tan principal: de manera que cuando salió de Valladolid para Búrgos creia llevar seiscientos hombres de armas consigo, y no llevaba ni aun trescientos, y esos descontentos, mal gobernados, que no quisieron ó no pudieron acudirle cuando debian. En esta forma al llegar la ocasion se encontró sin defensa, y puede decirse, con su cronista, que la herida de don Pedro en Tordesillas eclipsó la luna que su padre llevaba por armas, para no volver á lucir mas.

Mientras que en la córte se hacian estas tentativas tan vanas como viles para destruir al maestre, los grandes por su parte, aunque desparramados y dispersos, se entendian y confederaban en la misma intencion. Púsose al frente de ellos el conde de Plasencia, amenazando, segun se dijo entonces, de ser sorprendido y preso en su villa de Béjar, al mismo tiempo que se iba á poner sitio sobre Piedrahita para contener las demasías que desde allí hacia don García de Toledo, hijo del conde de Alba. Avisóse de esto al conde de Plasencia por el contador Vivero, y se basteció y fortaleció de tal manera en Béjar, que no era posible pensar en sorprenderle ni en forzarle. Quedóse, pues, aquel intento en proyecto, si es que en realidad se formó (2); pero el conde juró en su ánimo la venganza, y trató

(1) Cuesta dificultad creer que el rey supiese y entrase espresamente en estas asechanzas, á pesar de la seguridad con que lo afirma el cronista de don Alvaro: el porte de Juan II poco antes de la prision de su favorito, inclina á creer que se prestaba con dificultad á toda medida que llevase consigo la muerte del condestable, y da á entender con bastante probabilidad que ignoraba aquellas tentativas insidiosas. La *Crónica del Rey* nada habla de ellas.

(2) Como nada se manifestó de esta agresion de don Alvaro contra el conde por hechos ó por preparativos, y solo se refiere á los avisos de un pérfido, no hay seguridad de que este pensamiento fuese realmente como se pinta en la *Crónica*.

de hacer la guerra á su enemigo, no por intrigas, sino á las claras y descubiertamente. Invitó primero al príncipe, con quien tenia hecha una estrecha confederacion y alianza para semejante caso, y no halló en él aquella disposicion que deseaba (1). Requirió despues á los condes de Haro y Benavente y al marqués de Santillana, los cuales le respondieron mas á su gusto, y ofrecieron sus personas y sus Estados para aquel negocio, manifestándose prontos á seguirle y asistirle en la forma que él determinase. Resolvióse en consecuencia enviar bajo diferentes pretestos hácia Valladolid trescientas lanzas con don Alvaro de Stúñiga, hijo mayor del conde de Plasencia, y otras doscientas con don Diego Hurtado de Mendoza, hijo mayor del marqués de Santillana: con estas y mil hombres con que contaban en la villa, y una puerta que tenian segura, pensaban entrar allí una noche y dirigirse en derechura á la casa donde posaba el condestable, y por hierro ó por fuego prenderle ó matarle, tomando entre tanto la voz del príncipe por las calles, y decir en alta voz que todo se hacia de órden suya. En la formacion y concierto de este plan intervino muy principalmente mosen Diego de Valera, en cuyas manos hicieron aquellos caballeros pleito-homenaje de llevarlo á cabo.

No pudo este trato estar tan secreto, que no llegase á traspirar y á saberlo el condestable, el cual llevó al instante al rey á Búrgos, no juzgándose seguro en Valladolid. Estraña resolucion por cierto ir á una ciudad cuya fortaleza, al cuidado de Iñigo de Stúñiga, estaba á disposicion de su contrario, y en donde este gozaba de una popularidad y crédito que podian serle á él tan perjudiciales. El plan, pues, de los conjurados quedaba inútil con esta traslacion. Mas ¿cuál debió de ser el contento del conde cuando de allí á pocos dias se le presenta su sobrina la condesa de Rivadeo de parte de la reina de Castilla, y le entrega una cédula real en que se le manda, como á justicia mayor, que prenda á don Alvaro de Luna? Añadió la condesa que aquella era la voluntad del rey, el cual se lo tendria en gran servicio, y le galardonaria con larga mano por él. Fuera de sí el anciano con aquella alegre nueva, y no queriendo desaprovechar ni un momento solo tan grande ocasion, llamó á su hijo don Alvaro á media noche, y mostrándole la cédula del rey, le dijo: «Por cierto que si yo fuerzas tuviese, la gloria y el peligro de este caso á nadie le diera sino á mí; mas pues Dios y los años me la quitan, no puedo mostrar mejor el deseo que tengo de servir al rey mi señor que poniendo á mi hijo mayor á todo riesgo por su mandado. Yo os ordeno, pues, que al instante partais para Curiel, llevando solo con vos á Diego Valera, á un secretario y á un paje: andad todo lo aprisa que podais; dejad dispuesto que mañana salgan vuestras armas y caballos. Llegado á Curiel llamad á vos toda la gente que hayais menester, y obrad como caballero.» Esto dicho por el conde, partió don Alvaro acompañado de Valera, y en menos de dos dias llegó á Curiel, distante treinta y cinco leguas de Béjar, y empezó á reunir á toda prisa los hombres de guerra que necesitaba para el hecho, esperando entre tanto á que le viniesen las órdenes del rey.

Es preciso hacer justicia á Juan el Segundo: no estaba en su corazon la entera destruccion de su hechura, y antes que la nube estallase quiso probar si lo podria impedir. En aquellos mismos dias, siendo Miércoles Santo y hallándose con él á los oficios en la iglesia de Santa María, le aconsejó que se retirase y dejase el gobierno de buena voluntad; que ya veia que grandes, prelados y ciudades, todos estaban descontentos de la autoridad que tenia; que se fuese á alguno de sus lugares, y allí estuviese hasta que él le avisase de lo que hubiese de hacer; que él pensaba llamar á los grandes de su reino, y con consejo de todos tomar forma nueva en la gobernacion. Contestóle don Alvaró que siendo aquella su voluntad, él no le contradecia; pero que seria una mengua para él dejarle solo, y así le rogaba quisiese esperar á que viniese el arzobispo de Toledo y otros caballeros que él llamaria para que le acompañasen y le aconsejasen, y despues él le daria gusto y se retiraria. «No cuideis de eso vos: yo quedo, aunque solo, bien seguro en esta ciudad; no quiero que se llamen personas particulares; mi intento es convocar á todos los grandes: vos seguid el consejo que os doy, porque eso es lo que os conviene: mirad que llegará tiempo en que aunque os quiera defender no podré.» Aquí acabó la conversacion, separándose los dos bien poco satisfechos uno de otro; pero mas disgustado el condestable, que en vez de gobernarse por este aviso prudente y oportuno que su buena estrella le enviaba, no siguió mas consejos que los de su orgullo y de su terca temeridad, y perdió la única ocasion que le quedaba de salvarse con honor y sin delito.

Llega el Viernes Santo, y las cosas estaban ya tan á punto de romper y sus respetos tan pocos, que en los divinos oficios de aquel dia un dominicano predicando se atrevió á hacer una invectiva contra él, cargándole con todas las desgracias del Estado y exhortando á todos á su destrucion y á su ruina. No le mentaba por su nombre á la verdad; pero le designaba con el gesto, le manifestaba en las indicaciones del discurso de modo que no cabia duda contra quien se dirigian: esto á su presencia y á la del rey, que aunque tan mal dispuesto con su privado, se irritó de la insolencia del fraile, y con el baston que tenia en la mano le hizo señal de callar. El obedeció, y dejó el púlpito y la iglesia á toda prisa. Don Alvaro se llegó al obispo de Búrgos y le dijo: «Reverendo obispo, vuestro es el cargo de indagar de ese fraile por qué se ha dejado decir tantas locuras y atrevimientos en tal dia y en tal tiempo, y quién le puso en ello; ca por cierto no es de creer que saliese de él tan grande atrevimiento sin inducimiento de otro.» El obispo le respondió que así lo haria y que le pondria en prision, como efectivamente lo hizo. Fué despues á dar cuenta de su pesquisa, y manifestó que no habia podido sacar otra cosa de

(1) El marqués de Villena y su hermano estaban á la sazon en buena armonía con don Alvaro, segun la *Crónica* de este.

aquel sandio religioso sino que lo que habia dicho era por revelacion de Dios, y que ninguna persona del mundo le habia inducido á ello; á lo que contestó desenfadadamente el condestable: «Padre obispo, hacedle preguntar luego, segun lo mandan las leyes; porque á la verdad es mucha mofa decir que un fraile gordo, colorado y mundanal como ese, tenga revelaciones de Dios».

Mejor fuera que su resentimiento se hubiese satisfecho con la pesadumbre y la prision del predicador atrevido; pero no fue asi, porque su animo, frenético ya con la ira, sin ser posible á contenerle, no respetó ni decoro ni peligro ni consideracion alguna. Suponiendo que aquel tiro le venia tambien por influjo del aleve contador, determinó poner aquel dia en ejecucion lo que hacia mucho que meditaba, y satisfacer el enojo concebido contra él con una venganza atroz, á que él daba el nombre de justicia y de castigo. Vino, llamado por él, el miserable Alonso Perez, y luego que estuvo en su presencia, delante de su yerno Juan de Luna y de su camarero Fernando de Rivadeneira, con quienes tenia comunicado su proyecto, sacó unas cartas y les dijo: «¿Conoceis esta letra?—Sí, señor.—¿De quién es? —Del señor rey.—Y esta otra, ¿cúya es?—Señor, mia.» Entonces el condestable dijo á Rivadeneira: «Leed esas cartas;» y él se las leyó á Alonso Perez, el cual luego que las oyó, y viendo convencida y manifiesta por ellas la traicion y alevosía que estaba cometiendo contra su señor y favorecedor, mudóse de color y empezó á temblar todo, como ya viendo inevitable su muerte. Una vez, le dijo don Alvaro, que por cuantos caminos y avisos que yo os he hecho nada ha bastado para apartaros de las maldades y tramas que contra mí habeis hurdido, cúmplase en vos lo que ya otra vez os prometí delante de ese mismo Fernando de Rivadeneira que esta presente. Ea, les dijo luego á los dos, tomad ese perverso y traidor criado, y echadle de la torre abajo.» Ellos lo hicieron asi, y cogieron á aquel miserable, que tal vez de confuso y aturdido no se defendia. Dijose que Juan de Luna le dió antes un golpe en la cabeza con una maza; y que se la hizo pedazos; despues le despeñaron de la torre de la casa, cuyas verjas ya estaban preparadas de modo que se desencajasen al mismo tiempo que el cayese, y la desgracia pareciese casual, y no violenta. Asi feneció aquel triste, y el grosero rebozo con que se quiso disimular la accion, conocido al instante de todos, no sirvió á otra cosa que á aumentar la indignacion con la alevosía, sin disminuir la atrocidad.

Con tal atentado echó el condestable el sello á sus desgracias y cerró todos los caminos á la templanza y al perdon. El rey empezó ya á temer por sí, y los cortesanos que le rodeaban, y sobre todo la reina, procuraron con todo anhelo sostener esta disposicion pusilánime (1). ¿A qué no se atreveria ya, ni con qué freno contener al que en tan santo dia, casi á la vista del rey, se atrevia á asesinar en su casa á un ministro tan principal? El era el solo prócer que acompañaba al rey con gente armada, y ya, segun fama, tenia llamado á su hijo don Pedro para que le trajese mas gente: asi de un momento á otro podia temerse de él un delito que resonase en el mundo y fuese un nuevo ejemplo de no alzar tanto á un valido para despues tenerlo todo que temer de él. No era necesario tanto para determinar el azorado corazon del rey, que inmediatamente envió á decir á don Alvaro de Stúñiga que pospuesto cualquiera otro negocio, se viniese á Búrgos con la gente que tuviese á punto. Dábale tambien noticia de la muerte de Vivero, con lo cual don Alvaro empezó á recelar que ya estuviese su trato descubierto y abortase el designio comenzado. Pero al fin él salió de Curiel el mismo dia con setecientas lanzas que habia juntado hasta entonces, y caminando de noche y recatadamente, él primero, y despues la gente armada, entraron en la ciudadela. Dudaba el rey del suceso viendo la poca fuerza que traia su campeon, y la mucha de que podia disponer el condestable, y por lo mismo, no queriendo aventurarlo, envió á decir á Stúñiga que se volviese á Curiel, pues ya no entendia que se pudiese realizar lo que estaba pensando. «¡Volverme yo! esclamó aquel resuelto mancebo, no tan gran vergüenza conmigo: decid á su señoría pue no saldré de Búrgos sin prender ó matar al maestre de Santiago, ó perder la vida en la demanda; que se esté quedo en su palacio, que yo con mi gente y el partido que tengo en la ciudad basto á salir felizmente con mi empresa.» Y era asi la verdad, porque ya tenia apalabrados en Búrgos mas de doscientos hombres de armas, que estaban con él en la ciudadela para asistirle. Vista esta contestacion, el rey le envió la cédula de autorizacion para el caso, concebida en los términos siguientes: «Don Alvaro de Stúñiga, mi alguacil mayor, yo vos mando que prendais el cuerpo á don Alvaro de Luna, maestre de Santiago, é si se defendiese, que le mateis. —YO EL REY.

El maestre entre tanto, noticioso que habia entrado alguna gente armada en el castillo, quiso indagar la verdad, y llamó al obispo de Avila, hermano de la mujer del alcaide, y le rogó que fuese á saberlo. El obispo fué al castillo y vió á su hermana, y sea que ella le engañase ó que él ayudase al engaño, lo que contestó fue que los entrados eran unos sesenta hombres de á caballo para reforzar la guarnicion del castillo por si acaso el maestre quisiese tomarlo, y que con el mismo objeto estaba don Alvaro de Stúñiga en Curiel, esperando la gente del conde su padre. Sosegóse el condestable por entonces; pero como la voz de que al otro dia iba á ser preso corriese por toda la ciudad, aun cuando en todo aquel dia, que era el martes de Pascua, nadie se hubiese atrevido á decírselo, un criado suyo llamado Diego Gotor, vino á avisarle por la noche de lo que se decia, y aconsejarle que saliese con él, embozado, en una mula, antes que cerrasen las puertas, y que al amanecer verian cómo estaban las cosas, y si habia peligro podrian escapar á su salvo mientras combatian

(1) «Ya la saña de la reina con el condestable rebosa, ó el condestable, enfurecido de cólera é de mala tia de mante, peor se gobierna cada dia.» (*Centon*, epíst. 101.)

la casa. Estaba cenando el condestable cuando Gotor le daba este aviso, y aunque el príncipe convino en hacer lo que le decia, despues de haber como dormitado un poco, despidió á Gotor diciéndole: «Anda, vete, que voto á Dios que no es nada.—Dios quiera que así sea, respondió aquel fiel criado; pero mucho me pesa que no temeis mi consejo.» Despedido Gotor, y entrando á cuentas consigo, y quizá con los dependientes que tenia en su casa, tomó la resolucion de enviar á palacio á su bravo y fiel doncel Gonzalo Chacon, á decir al rey de su parte que él sabia la entrada en el castillo de ciertas acémilas cargadas de pertrechos de guerra, y alguna gente de armas, y lo ponia en su noticia para que su señoría determinase lo que debia hacerse en ello. Estaba el rey cuando llegó Chacon desabrochándose á un brasero para irse á acostar y á dormir, y sorprendido al verle, le llamó aparte y se sentó en un banco, y estuvo un rato sin poderle decir razon concertada ninguna (1); hasta que al fin pudo responder que aquella gente era venida en defensa del castillo; que por lo mismo no curase aquella noche de nada, y al otro dia entre los dos verian lo que era, y qué cosa convenia hacerse, y aquello se haria. Con esto despidió el rey á Chacon; mas Pedro de Lujan, camarero del rey y muy adicto al condestable, que salió acompañándole hasta la puerta de palacio, le dijo con semblante bien afligido: «Decid al maestre mi señor que plegue á Dios que mañana amanezcamos con nuestra cabezas, é que esto le envio yo á decir.» Oida una y otra cosa por el condestable, conoció que las cosas iban muy mal para él, y por eso trató de salirse al instante de la ciudad, acompañado de Chacon y de Fernando de Sesé, otro camarero suyo, y mandó ensillar secretamente los caballos. Envió tambien á llamar á Fernando de Rivadeneira para consultar con él sobre el estrecho en que se hallaba, y este le quitó del pensamiento la partida, desvaneciéndole las sospechas que tenia, y diciéndole que con aquella fuga iba él mismo á dar la razon á sus contrarios y á desdorar su fama. Creyóle el condestable, y cesaron los preparativos de partir, quedando él tan descuidado y seguro, que tuvo serenidad para divertirse un rato oyendo á unos músicos nuevos que habian venido al rey y pasaban cantando por la calle. Fuése luego á reposar; pero el vigilante Chacon, no tan confiado como él, anduvo por la ciudad buscando alguna gente de la suya para traerlos á la posada de su amo, y que estuviese mas seguro con ellos. No fueron mas de veinte y cinco los que pudo reunir, que unidos á los pocos que habia de continuo en ella, apenas llegaban á cuarenta hombres: corta fuerza sin duda para la que estaba ya preparada en contra suya.

Amanece, en fin, el fatal miércoles (4 de abril de 1453 (2), y apenas alborea el dia cuando los armados de Stúñiga salen del castillo acaudillados por él. Iba en medio de su tio Iñigo de Stúñiga el alcaide y de mosen Diego de Valera, y llevaba en la manopla la cédula de prision librada el dia anterior por el rey don Juan. Al dar la vista á la casa del condestable gritaron todos: «¡Castilla, Castilla, libertad del rey!» Acercáranse algun tanto mas á la casa, de modo que los tiros podian llegar á ella; pero no hicieron ademan de combatirla, por la órden que envió el rey, y fue de que la cercasen de modo que no se pudiese ir el condestable, y que nadie de ellos recibiese daño. Ya en esto el condestable, á quien un Alvaro de Cartagena, sobrino del obispo de Búrgos y criado de su casa, habia venido corriendo á dar aviso de la salida de aquella gente, estaba á una ventana, y no se habia acabado de vestir, teniendo solo un jubon de armas sobre la camisa, y las agujas sueltas. Al ver el escuadron no pudo menos de esclamar, segun su costumbre: «¡Voto á Dios, qué hermosa gente es esta!» Pero un pasador que le asestaron y dió en el canto de la ventana le hizo conocer su peligro. Entonces los de la casa, animados y dirigidos por el valiente Gonzalo Chacon, empezaron á hacer armas y á ofender á los de afuera con cuanto tenian á la mano: leños, piedras, pasadores, tiros de fuego, de todo usaron para arredrar aquella gente que se les venia encima. Un escudero cayó muerto de un tiro de fuego, otro fue herido en una mano de un ballestazo, Iñigo de Stúñiga recibió otro que le pasó el guardabrazo izquierdo y las corazas sin llegarle al cuerpo, y á mosen Diego tocó la misma suerte con otro que le pasó las armas sin hacerle daño. Stúñiga, impaciente, envió á decir al rey con mosen Diego que le herian y mataban sus hombres, y así que le diese licencia para combatir la casa. Mas el rey le respondió que se reparase como pudiese en los edificios cercanos, y dispusiese la gente, de modo que sin recibir daño impidiese que el maestre se escapase; y así se hizo.

El objeto principal de los sitiados en la desesperada resistencia que hacian era ver si la gente del condestable, que estaba desparramada por la ciudad, le acudia á tiempo para combatir con mas igualdad y vencer ó sacar mejor partido. Pero nadie se movió, sea por falta de caudillo

(1) «Chacon, para mientes... dí al maestre... dí al maestre...(paróse un poco y luego prosiguió) Oyes, dí al maestre... Verás, dí al maestre... que me parece... que me parece... (paróse otro poco y al fin prosiguió) «que estos, etc.» (*Crónica de don Alvaro*, título 119.)

Está pintada bien al natural en estas suspensiones la turbacion del rey y su poquedad: es probable que el paso fue contado al cronista por el mismo Chacon, y que estas espresiones son la verdad misma. Aun cuando esta *Crónica* es una guia poco segura en lo general, la prolijidad con que cuenta los sucesos de la prision del condestable, da á entender que en esta parte tuvo mejores noticias, acaso de testigos de vista, cual pudo ser Chacon ú otro de los que entonces asistian á don Alvaro. Y por eso he hecho uso de algunos incidentes curiosos que cuenta relativos á esta época, cuando sirven para aclarar mas los hechos y los caracteres, y no contradicen abiertamente lo que resulta de la *Crónica del Rey*, y de la correspondencia de Fernan Gomez.

(2) Esta es la verdadera fecha de la prision de don Alvaro de Luna, segun el martirologio ó kalenda de Búrgos, citado por el padre Mendez en su *Tipografía*, fol. 258. Como la Pascua aquel año cayó en 1.° de abril, y todas las relaciones convienen en que la prision se hizo el miércoles primero despues de ella, no parece que debe ya quedar duda en el dia en que se verificó, y que la cronologia en esta ocasion va equivocada y atrasada algunos dias asi en las Crónicas como en las historias posteriores.

Queda una dificultad, y es que la cédula del rey al conde de Plasencia para la prision de don Alvaro, llevada á Béjar por la condesa de Rivadeo, suena con fecha de 12 de abril. (Véanse los apéndices de la *Crónica de don Alvaro*, núm. 2.°, año 53.) Pero es mas fácil suponer que aquí esté equivocado el mes, y que en el manuscrito ó en la referencia se haya puesto abril por marzo, que no dar por vano todo lo que resulta de las otras pruebas, que son concluyentes. De este modo el viaje de la condesa debió ser anterior á lo que se supone en la *Crónica del Rey*.

que les guiase y condujese, sea porque el rey, acompañado de toda la gente armada de la ciudad, estaba en la plaza del Obispo y quitaba la proporcion de reunirse y la esperanza de pelear con igualdad ó ventaja. Visto lo cual por el maestre y sus campeones, intentaron probar, si haciéndo ímpetu sobre sus contrarios podian, saliendo por unas puertas escusadas pasarse á la casa de su hijo el conde don Juan, que mas acompañada de gentes y mas próxima al rio, ofrecia mas proporcion para la resistencia ó para la retirada. No se pudo esto conseguir, porque las gentes de Stúñiga conocieron la intencion y se agolparon por aquella parte y estorbaron el paso. Entonces Chacon y Sesé dijeron á su señor que lo que importaba era que su persona se salvase de cualquier modo que fuese; que todavía quedaba libre una salida detrás de la casa, por donde podia salir disfrazado, y atravesando calles y parajes escusados, salir á las tenerías, y de allí al rio, y escapar; que Alvaro de Cartagena, que sabia bien aquellos sitios, podia ser su guia. Tenia el á mengua huir así, y no se atrevía á fiarse del guia que le proponian. Al fin le persuadieron. Cartagena se ofreció gustoso á contribuir á su escape, y se le puso delante. Siguióle él empachado con el traje, que no era suyo, zozobroso y poco confiado; asi sus pasos eran tardos, y el guia le llevaba siempre demasiada ventaja. De esto no se agradaba él, de manera que pesaroso y avergonzado de haber condescendido en aquel consejo, y por ventura cayendo de ánimo viendose en aquellos pasos ya tan abatidos y desesperados, llamó á Cartagena y le dijo que mas queria morir con los suyos y peleando noblemente, que salvarse andando por albañales ocultos y tenebrosos como hombre bellaco y de ruin condicion. «Vete, añadió, á tu buena ventura, y di al conde mi hijo, á Juan de Luna y á Fernando de Rivadeneira que reparen y abriguen á mis criados y se remedien segun puedan.» Esto dicho, le dejó ir, y se volvió por el mismo camino que habia traido á su casa, donde entró sin estorbo, porque Chacon, previendo esto mismo, habia ordenado que la puerta quedase abierta, guardándola su compañero Fernando Sesé. Volvióse á armar, montó á caballo, y poniéndose en medio de la poca gente que tenia consigo, empezó á animarlos para que hiciesen bien su deber si el combate llegaba á empeñarse.

En esto llegó un faraute del rey, que introducido á su presencia, le dijo que venia á pagar la deuda que con él tenia como servidor y hechura suya, y á hacerle saber que el rey estaba en la plaza con el pendon tendido y mucha gente y con propósito de no partir de allí hasta que fuese preso, y aun de venir á combatirle si se resistia. Quizá este hombre era enviado para hacerle indirectamente esta clase de intimacion y ver si se le podia intimidar. De cualquier modo que fuese, el condestable, despues de algunas razones sobre aquella estraña y rigorosa determinacion del rey, despidió al faraute con estas razones: «Decid al rey mi señor que si por mí lo ha; que envie algunos caballeros de su casa y de su consejo con quienes yo me entienda en este caso.» Llevada al rey esta contestacion, envióle á preguntar qué caballeros queria que fuesen: él respondió que los que fuesen de su agrado, con tal que fuesen de su casa. Envióle el rey al mayordomo mayor Ruy Diaz de Mendoza y al obispo de Burgos; los cuales, entrados delante de él, y haciéndole el acatamiento que acostumbraban, le dijeron de parte del rey que se rindiese a prision, porque asi convenia á su servicio y al bien de sus reinos. El maestre, dirigiéndose al mayordomo, «¿es cierto, Ruy Diaz, le dijo, que el rey mi señor me envia á mandar eso que vos me decis?—Sí por cierto, señor,» le respondió Ruy Diaz. El maestre prosiguió: «Decid á su señoría que su querer es mi querer; pero que le suplico que para que yo pueda cumplir su mandamiento me mande dar y me dé seguridad de mis enemigos, que están con su señoría y han sabido trastornar su voluntad y llenarle de indignacion contra mí.» Entonces dijo el obispo: «No debeis, señor, pedir ahora esas cosas; porque el rey ciertamente se muestra muy airado con vos, y si con esa demanda vamos, mas el enojo se le acrecentará.» A lo que el maestre, movido algun tanto á cólera, contestó: «Obispo, callad agora vos, y no cureis de hablar donde caballeros hablan: cuando hablasen otros de faldas luengas como las vuestras, entonces hablad vos cuanto querais, mas no cuideis de altercar mas aquí; que yo con Ruy Diaz he hablado, y no con vos.»

Fuéronse con esta razon los dos mensajeros para el rey, el cual tenia tanto deseo de terminar aquel hecho sin combate, que acordó al instante y envió el seguro que se le pedia, firmado de su nombre y sellado con su sello; cuya suma era «que el rey le daba su fe real que en su persona ni en hacienda no recibiria agravio ni injuria ni cosa que contra justicia se le hiciese» (1). Bien conoció don Alvaro que no era este el seguro que le convenia, y por esto dudaba ceder. Daban peso á estas dudas las reflexiones que Gonzalo Chacon le hacia sobre la voluble condicion del rey, su entero abandono á los que le aconsejaban, y la poca fe con que se solian guardar tales seguros. «Mas vale, señor, le añadia, que muramos aquí todos en defensa vuestra, y vos, señor, en nuestra compañía, y que quede la memoria de esta notable hazaña, antes que deshonor ó por ventura muerte vergonzosa pase por nosotros. No es nuevo por cierto ahora, sino muy antiguo, el proverbio de que quien no asegura no prende. Dejemos pues señor, ahora estos seguros y papeles, y volved al hecho de las armas; que el que os libró de las lanzas enemigas en Medina del Campo y en Olmedo tambien os sacará á salvo ahora del peligro en que estais puesto.» Palabras eran estas de un pecho bizarro y generoso, pero no bastantes á enardecer el ánimo de un anciano convencido ya de la imposibilidad de la resistencia, y sin osadía para hacer armas contra su príncipe. «No permita Dios, replicó él, que á la edad en que estoy ya

(1) En la *Crónica de don Alvaro* el seguro es mas ámplio; pero la fórmula de los seguros de Juan el Segundo, quizá dictada y enseñada por el condestable, era siempre en los términos de lo que resulta de la *Crónica del Rey*, cuando no queria obligarse á conceder gracia ni perdon.

tocando en la orilla del sepulcro, y despues de haber vivido casi cuarenta años con tanto honor y tanto poder, deje yo á mis hijos la mancilla de pelear contra el pendon de mi rey. Hagan Dios y el rey de mí lo que fuere su voluntad: el rey mi señor me hizo, él me podrá deshacer si quisiere; y yo por cierto no haré ya otra cosa sino ponerme en sus manos.» Dichas estas palabras, se dió solemnemente á prision, y los mensajeros del rey pudieron ir al instante á decirle que su voluntad era cumplida y el leon estaba rendido.

El aprovechó los pocos momentos que le podian quedar de voluntad libre y propia en disponer de sus cosas presentes: hizose traer las arcas á su presencia, distribuyó parte del tesoro que allí tenia entre sus criados; el resto le dejó allí á disposicion del rey: quemó tambien parte de sus papeles, y dejó otros intactos; hizo provision de la encomienda de Usagre, entonces vacante, en un paje de lanza suyo, hijo del alcaide que tenia puesto en Alburquerque; y hecho este último acto de maestre, mandó traer un martillo y él mismo con su propia mano quebró y deshizo sus sellos para que no fuesen instrumentos de iniquidad en manos de sus enemigos. Su cronista dice tambien que comió en compañía de sus principales dependientes Chachon, Sesé, Gotor y Cepeda, pero no es verosímil que sus enemigos le dejasen tiempo para tanto. Designó los dos pajes que habian de quedar á servirle, y encargó á Gonzalo Chacon el cuidado de gobernar y conducir el resto de su famila al conde su hijo y á su mujer, pidiendo á todos que les sirviesen con la misma fidelidad y afecto que le habian servido á él. Díjole entonces Chacon: «Señor, yo soy de vuestro hábito ademas de ser vuestro criado, y temo que el rey por su crueldad y codicia me mande apremiar con juramentos y tormentos para que declare lo que sepa de vuestras riquezas y de vuestros hechos: yo mas temo la fe del juramento que ninguna otra cosa; vos, que sois mi maestre y mi señor, ¿qué me mandais que haga en razon de los juramentos, si contienen algunas cosas que sean contra vos?— Guardad la regla de vuestra órden, le respondió, en virtud de la obediencia que teneis jurada, y cumplid lo que en ella se manda sobre el juramento.»

Hechas estas cosas, aderezóse su hábito y arreos correspondientes para ir á entregarse en poder del rey, montó á caballo, y se despidió de todos sus criados con tan nobles y afectuosas razones, que todos, prorumpiendo en llanto y en gemidos, esclamaban: «¡Señor! ¿cómo nos dejais así? ¿Adónde os vais sin nosotros? Con vos, señor, queremos ir, si vos preso, nosotros presos, si vos muerto, nosotros muertos.» El dió fin á aquellos lamentos mandando abrir la puerta principal de su posada y disponiéndose á partir; mas no bien la hubieron abierto, cuando se le presentaron Ruy Diaz de Mendoza y el adelantado Pedro Afan de Rivera, y le desaconsejaron la ida al rey, como peligrosa para él por el bullicio y animosidad del pueblo en contra suya. Porfiaba todavía en ir adelante: ellos le protestaron que alzaban el seguro que le dieron antes, pues no eran bastante fuertes para cumplirle; que fuese él solo, si se empeñaba en ello, pero fuese por cuenta y riesgo suyo. Entonces Chacon, que estaba todavía junto a él arrimado al cuello del caballo, le dijo: «Señor, paréceme que estos caballeros tienen razon, y que no será bien que os pongais á merced de ese tropel de hombres alborotados, y os veais en riesgo de ser maltratado y deshonrado de algun bellaco. Estos señores no pueden estorbarlo, ni contener el ruido y la curiosidad de las gentes ni escusar el mal que os puede venir; por donde me parece conveniente que vuestra señoría esté á la órden que ellos dieren en este negocio, segun lo que el señor rey les tenga mandado.—Sea pues en buen hora como vosotros quereis,» dijo el maestre; y apeándose del caballo, se dejó ir á la voluntad de los dos, los cuales entraron con la gente que allí tenian en la casa, diciendo que era para defenderle de los insultos del pueblo, y se apoderaron de ella. El volvió á encargar á Chacon que se fuese con los demás criados á la posada de su hijo don Juan, se subió á su camara y quedó constituido en prision.

Luego que el rey supo que las cosas se hallaban ya en este estado, fue al templo á oir misa y mandó que se le dispusiera la comida en la casa misma donde el preso se hallaba (1): por cierto cosa bien impropia de la majestad, ir como á insultar á su víctima y á gozar de su confusion, y á saciar él mismo su codicia con los tesoros y joyas de que le iba á despojar. Pidió don Alvaro al rey mientras comia, licencia para hablarle; lo cual le fue negado, recordándole que él mismo le habia dado por consejo, cuando la prision de Pedro Manrique, que nunca hablase á persona á quien hubiese mandado prender. Asi el miserable entonces era herido con las mismas armas que habia forjado contra otros (2). Despues de comer mandó el rey que le llevasen las llaves de las arcas de la recámara del condestable, é hizo sacar para sí toda la plata, oro y joyas que habia en ellas. Hecho esto, salióse de la casa, dejando encargada la custodia del preso á Ruy Diaz. Encomendó este su encargo á su hermano el prestamero de Vizcaya; pero como la gente de la ciudad no tuviese por seguros á aquellos guardadores y se tumultuase por ello, fue preciso para aquietarla nombrar en su lugar á don Alonso de Stúniga,

Entre tanto la familia y gente del condestable unos huian, otros se escondian, algunos eran presos. Su hijo el conde, disfrazado de mujer, se escapó con un solo criado, y á poco de haber salido de Búrgos se encontró afortunadamente

(1) Dícese que al entrar en ella, don Alvaro estaba á la ventana de su cámara, y que viendo al obispo de Avila que iba al lado del rey, poniendo el dedo en la frente y moviendo la cabeza le dijo: «Para estas, don obispillo, que vos me las pagareis;» á lo que el obispo le contestó: «Señor, juro á Dios y á las órdenes que tengo, que tan poco cargo os tengo en esto como el rey de Granada.» Pero esta incidencia no está en la correspondencia del médico del rey ni en la crónica particular de don Alvaro, y parece harto improbable. Conocia él demasiadamente la córte para usar de una insolencia tan grosera y tan inoportuna en aquella ocasion.

(2) Mariana y otros historiadores ponen aquí una carta como escrita en aquella ocasion por el condestable al rey, la cual parece mas bien una declamacion retórica que un hecho, del cual no hablan nada ni las dos crónicas ni la correspondencia de Fernan Gomez: asi, es preciso desecharla como apócrifa.

con una partida de caballos de su padre, los cuales le llevaron á Portillo y desde allí á Escalona, donde estaba su madre la condesa. Un clérigo sacó de la ciudad á don Juan de Luna, yerno del condestable, en hábito disfrazado. A Fernando de Rivadeneira le tuvo oculto en su casa algunos dias el obispo de Avila; Gonzalo Chacon y Fernando de Sesé fueron desarmados al instante que la casa fue entrada por la gente de Ruy Diaz, despojados de todo lo que tenian y puestos en la cárcel pública, donde por bastante tiempo padecieron.

El maestre de allí á pocos dias fue llevado á Valladolid y despues pasado á la fortaleza de Portillo, donde se le tuvo en prision bien estrecha y con mucha guardia, al cuidado de Diego Stúñiga, hijo del mariscal Iñigo de Stúñiga. Es probable que al principio no se determinó nada sobre su suerte, y que solo se propuso al rey que se fuese apoderando de los tesoros y Estados del condestable. Hízolo asi, con efecto, de veinte y siete mil doblas que tenia en Portillo y de otras nueve mil que habia en Armedilla. Despues pasó los puertos con intencion de apoderarse de las villas y fortalezas que tenia el condestable en Castilla la Nueva y Estremadura. Mas no eran tan fáciles de rendir como se pensaba, y por la resistencia que hacia Fernando de Rivera en Maqueda, se vino en conocimiento de lo que costarian Escalona, Alburquerque, Toledo, Trujillo y las demás. Entonces fue cuando se resolvió la final perdicion de don Alvaro. Todos le tenian abandonado: ni el obispo de Cuenca ni el de Toledo, ni otro prelado ó grande alguno, ni el príncipe y su privado, con quienes estaba en buena armonía al tiempo de su prision, nadie, en suma, hizo el menor movimiento en su favor por via de súplica ó de amenaza. Hicieron pues sus enemigos entender al rey que mientras él fuese vivo los defensores que tenia puestos en sus fortalezas le guardarian la fe jurada, y las mantendrian por él hasta la estremidad; y entonces mandó que se viese por los caballeros y letrados de su consejo el proceso mandado formar al condestable, y le consultasen la pena á que se habia hecho acreedor por sus delitos.

Son muy pocas las particularidades de este proceso que se saben con certeza. Las memorias del tiempo se limitan á generalidades vagas y á decir que fue condenado á muerte; pero no designan con especialidad los cargos que se le hicieron, ni tampoco si fue preguntado y oido como la equidad y las leyes lo requieren. Los procesos políticos van hasta donde quieren los que los mandan hacer. El que se formó entonces á don Alvaro de Luna, fulminado por el odio, la codicia y la venganza, llevaba envuelta consigo la catástrofe que le terminó; el que se formó despues por sus descendientes para rehabilitar su memoria tenia en su favor el noble y piadoso motivo que le ocasionaba, y como ya no existian las pasiones rencorosas que mediaron en el primero, con los mismos supuestos que en aquel se le declaró inocente, y se dió por limpia de todo crímen su memoria. La justicia pudo violarse en un caso como en otro, y la diversidad especial consistia en el tiempo y en la inclinacion del poder que dirigia el fallo, antes enemigo, despues indiferente ó favorable (1).

De cualquier modo que el proceso se hiciese, la mortal sentencia se pronunció, firmóla el rey, y se dieron las disposiciones propias para ejecutarla. El condestable fue sacado de la fortaleza de Portillo y llevado por Diego de Stúñiga á Valladolid, donde ya se estaban haciendo los preparativos del suplicio. Nadie tuvo ánimo para decirle á lo que le llevaban; pero al camino salieron como por acaso dos frailes franciscos del convento del Abrojo; uno de ellos fray Alonso de Espina, célebre teólogo y predicador entonces y conocido de don Alvaro. Trabó conversacion con él y se puso á caminar en compañía suya, tratando de moralidades en general sobre los desengaños que da el mundo, y caprichos y reveses de la fortuna. Azoróse él con esta plática, y creyéndola preámbulo de otra mas grave y funesta, preguntó al religioso si iba acaso á morir. «Todos mientras vivos caminamos á la muerte, pero el hombre preso está mas cercano á ella, y vos señor, estais sentenciado ya.» Entonces el maestre, reponiéndose de su turbacion primera, «mientras un hombre ignora, replicó, si ha de morir ó no, puede recelar y temer la muerte; pero luego que está cierto de ello, no es la muerte tan espantosa á un cristiano, que la repugne y rehuse, y pronto estoy á ella si es la voluntad del rey que muera.» El resto de la conversacion fue consiguiente á este principio: rogó al padre Espina que no le desamparase en aquel trance, y asi hablándole y consolándole llegaron á Valladolid, donde lo llevaron á apear á la casa misma de Alonso Lopez de Vivero. Los mozos de la casa que le vieron entrar en aquel modo, levantaron al instante un alarido disforme y empezaron á denostarle con palabras de insulto y de venganza, diciéndole que era providencia del cielo que viniese á morir á la casa del inocente que él habia asesinado. Esta indignidad le hizo salir de la serenidad y entereza que ya tenia, y embrabecióse bastante, creyéndolo hecho á cuidado por sus enemigos para hacerle beber el cáliz de la ignominia y de la amargura hasta las heces. Pero Diego de Stúñiga hizo callar aquellos insolentes, y á ruego probablemente de los religiosos que le consolaban, fue sacado de allí y llevado á la casa de Alonso de Stúñiga, donde pasó la noche en consuelos espirituales con el confesor, y haciendo su testamento y demás disposiciones que su triste y dolorosa situacion le permitia.

Al dia siguiente (2 de junio de 1453) (2) luego

(1) Pueden verse sobre este particular las curiosas y sensatas reflexiones de Salazar de Mendoza, en su apología de don Alvaro, *Historia del cardenal de España*.

(2) Esta es la verdadera fecha de este acontecimiento tan célebre, indubitable ya por las autoridades siguientes: *Las Kalendas de Uclés*, reimpresas en el tomo II de los *Opúsculos* de Morales, la determinan asi: *Quarto nonas junii obiit dominus Alvarus de Luna, magister ordinis sancti Jacobi, anno* 1453. En una historia manuscrita del convento de San Francisco de Valladolid, escrita por el padre Nicolás de Sobremonte, hay un pasaje, inserto en la *Tipografía española* del padre Francisco Mendez, que dice asi: «Sábado 2 de junio de 1453 á las ocho de la mañana se hizo justicia en el mercado ó plaza mayor de Valladolid del gran condestable don Alvaro de Luna.» Este pasaje fue enviado á Mendez por don Rafael Floranes. Concuerdan igualmente con esta fecha dos documentos que existen en el Archivo de Simancas, de que se han remitido copias á la academia de la Historia en fines de agosto ó principios de setiembre de 1827, y son dos proratas de pensiones

que amaneció oyó misa, comulgó devotamente y se preparó para ir al suplicio. Pidió que le diesen algo con que bebiese, y le trajeron un plato de guindas, de que comió unas pocas, y despues bebió una taza de vino puro. Cabalgó luego en una mula, y le sacaron por las calles á la plaza Mayor, donde estaba levantado el cadalso, voceando el pregonero la sentencia, que llevaba delante de él en una caña hendida. «Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel tirano usurpador de la corona real, y en pena de sus maldades mándale degollar por ello.» Luego que llegó al cadalso le hicieron desmontar, y subió las escaleras con resolucion y presteza: adoró una cruz que estaba allí delante con unas hachas encendidas, se levantó en pié y paseó dos veces el tablado como si quisiese hablar al concurso que estaba presente. Acaso vió allí á uno de los dos pajes que le habian acompañado en la prision, llamado Morales, al que habia dejado la mula al apearse, y dándole una sortija de sellar que tenia en el dedo, y el sombrero, «toma, le dijo, este postrimero don que de mí puedes recibir.» Alzó entonces el mozo el grito con doloroso llanto, que fue correspondido por los espectadores, hasta entonces embargados en un profundo silencio. Dijéronle al instante los religiosos que no se acordase de las grandezas pasadas, y que pensase solo en morir como buen cristiano. «Asi lo hago, respondió él, y sed ciertos que muero con la misma fe que los mártires.» Alzó despues los ojos y vió á Barrasa, caballerizo del príncipe; llamóle y díjole: «Dile al príncipe mi señor que mejor galardone á los que lealmente le sirvan, que el rey mi señor me ha galardonado á mí.» Ya el verdugo sacaba el cordel para atarle las manos: «¿Qué quieres hacer?» le preguntó. «Ataros, señor, las manos.—No hagas así,» le replicó, y sacando una cintilla de los pechos, se la dió, diciéndole: «Atame con esta, y yo te ruego que mires si tienes el puñal bien afilado para que prestamente me despaches. Di, añadió, ¿para qué es ese garabato que está en ese madero?» El verdugo dijo que para poner su cabeza despues que fuese degollado. «Hagan de ella lo que quieran: despues de yo muerto, el cuerpo y la cabeza nada son.» Estas fueron sus últimas razones (1): tendióse en el estrado, que estaba hecho con un tapete negro; el verdugo llegó á él, dióle paz, y pasándole prestamente el cuchillo por la garganta para degollarle de pronto, le cortó despues la cabeza, que colocó en aquel clavo. Allí estuvo nueve dias, el cuerpo tres, y para que nada faltase de lo que se hace con los ajusticiados, en una palancana de plata puesta á la cabecera se echaba limosna para enterrarle, y el entierro se hizo en la iglesia de San Andrés, donde se enterraban los malhechores que eran muertos por la justicia. La cabeza se llevó allí á los nueve dias. A poco tiempo fue trasladado con grande acompañamiento á San Francisco, donde él habia mandado enterrarse en el testamento que ordenó la noche antes de morir, y bastantes años despues, por diligencia y cuidado de aquel honrado y bizarro Chacon, fue llevado á Toledo y sepultado en la suntuosa capilla de Santiago, que el condestable en los tiempos de su gloria habia erigido para su enterramiento en la catedral (2).

Al tiempo en que los enemigos de don Alvaro completaban asi en Valladolid la sangrienta venganza tan anhelada de su rencor, el rey, despues de rendida Maqueda, que Rivadeneira le entregó al fin por no caer en caso de rebeldía, tenia puestos sus reales sobre Escalona, donde estaban guarecidos y fortificados la viuda del maestre y su hijo el conde don Juan. Su resistencia duró lo que la vida del condestable, porque sabida su muerte, escucharon las proposiciones del rey y se ajustó entre ellos un convenio, por el cual, quedándose el monarca con las plazas mas importantes por su fuerza y consideracion, dejaba las demás á la familia de don Alvaro. De los tesoros se hicieron tres partes: dos para el rey y una para la viuda. La cédula en que se acordó está concordia es del 23 de junio, y en su tenor se guardó todo respecto á la memoria de don Alvaro. Por eso es mas de estrañar el contesto de otro escrito que suena hecho tres dias antes, y se conserva en la Crónica, dirigido por don Juan II á las ciudades del reino sobre las causas y motivos de la prision y castigo del condestable. Atribuyóse entonces á Diego Valera, el cual se dejó llevar de su animosidad de tal modo, que además de no poderse leer por lo grosera y pesadamente que está escrito, con-

que gozaban ciertos sugetos sobre el maestrazgo de don Alvaro (Véanse los *Opúsculos* de Morales, tomo II; la *Tipografía* de Mendez, fol. 259, y una nota puesta por Ortiz y Sanz en su *Compendio de historia de España*, á la pág. 281, tomo V. El cronista de don Alvaro fija con mucha puntualidad el tiempo que medió entre la muerte del privado y la del rey, en aquel pasaje del título 128 donde hablando del rey dice: «El cual en lo mandando matar, se puede con verdad decir se mató á si mismo; ca non duró despues de su muerte sinon solo un año é cincuenta dias.» Esta cuenta tan precisa da á entender que en su sentir estaba averiguada; y siendo asi que el rey murió en 21 de julio de 1454, se sigue que don Alvaro habia sido muerto en 2 de junio del año anterior. (Véase el Apéndice.)

(1) Todos estos actos y espresiones, que manifiestan su presencia de espíritu y su entereza, son los que movieron sin duda á Fernan Perez á decir en las *Generaciones*, cap. 33: «A la cual muerte, segun se dice, él se dispuso á la sofrir mas esforzada que devotamente; ca segun los autos que aquel dia fizo é las palabras que dijo, mas pertenecian á fama que á devocion.» Es preciso confesar que no se encuentra en este pasaje la noble imparcialidad que en otros manifiesta el escritor. ¿Qué querria Fernan Perez que hiciera y dijera el condestable? Despues de haber llenado con decencia y con piedad los deberes de cristiano, no sentaba bien á un caballero como don Alvaro morir con la pusilanimidad de un bandolero atontecido. Sus actos y sus dichos en aquel trance, todos ocsaionados por objetos que casualmente se le presentaron á la vista, no tienen el menor viso de afectacion ni de violencia; y asi, la censura severa de aquel cronista carece de todo fundamento, y solo prueba el poco afecto con que miraba las cosas de don Alvaro.

(2) Los sucesos de esta muerte de don Alvaro, están referidos con bastante variedad por el físico del rey en el *Centon epistolar*. Supone al monarca en Valladolid al tiempo de la catástrofe, y pinta con colores bastante dramáticos su sentimiento y su incertidumbre. (Véase la carta 103.) Pero todas estas circunstancias, en que el mismo médico se da por testigo y por actor, están en contradiccion con las crónicas y con los documentos diplomáticos del tiempo. En estilo y lenguaje la carta citada se parece enteramente á las demás; y en este supuesto, ¿qué pensar de toda esta correspondencia, tan interesante por su argumento, tan agradable y preciosa por su estilo y tan acreditada por su autoridad? ¡Se habrá interpolado esta carta entre las demás? ¿No se habrá interpolado mas que ella sola? Quien asi falta á la verdad en un suceso de tanto bulto que supone pasa á su vista, ¿no habrá faltado tambien en otros? ¿Existió verdaderamente semejante médico y semejante correspondencia? ¿Seria por ventura esta obra juego de ingenio de algun escritor posterior? En tal caso todo lo que ganase en mérito literario como invencion, lo perderia en crédito como documento histórico. Otros críticos resolverán estas dudas: aquí nos basta indicarlas, añadiendo que á pesar de ellas hemos seguido en la narracion de la vida del condestable la autoridad del bachiller Cibdad-Real en todo lo que está conforme con las crónicas ó no dice contradiccion con ellas.

tra nadie cae la invectiva mas fuertemente que contra el mismo rey. Difícil es persuadirse que este autorizase con su firma semejante documento, que viene á ser una confesion vergonzosa de su incapacidad, y una disculpa, por lo mismo, del abuso que un privado podia hacer de su confianza. Cuando Valera defendia los derechos de la justicia en las córtes de Valladolid era un ciudadano honrado y un procurador de córtes entero y respetable; mas al estender este manifiesto es un escritor absurdo y fastidioso, infamador de su rey, cegado por la animosidad, hombre que se complace vilmente en dar estocadas en un muerto.

Ninguno de los grandes ocupó el lugar que quedaba vacío por la muerte del privado. Aun podia decirse que el rey queria seguirse dirigiendo por sus máximas, pues llamó al obispo Barrientos, que tan parcial habia sido de don Alvaro, y al prior de Guadalupe, para servirse de sus consejos en la gobernacion. Fácil es de entender lo poco que podrian ayudarle estos dos buenos hombres en la difícil y estragada condicion de los tiempos. Pero no hubo lugar para que se realizasen, en bien ó en mal, las consecuencias de esta y otras medidas que el monarca pensaba adoptar á la sazon. La tristeza, la soledad, los cuidados y tambien su mal régimen, á que se abandonó mas despues de la muerte de su ministro, debilitaron su complexion poco robusta: las calenturas, que de cuando en cuando le aquejaban, le acometieron con mas rigor y tenacidad que solian, y sin ser bastante á resistirlas, falleció en Valladolid á 21 de julio del año siguiente de 1454. Su muerte fue tan miserable y pusilánime como habia sido su vida: tres horas antes de espirar decia á su médico: «Bachiller Cibdad-Real, nasciera yo fijo de un mecánico é hubiese sido fraile del Abrojo, é no rey de Castilla.» Tenia harta razon en ello, y esto hubiera sido mejor para él y para la monarquía. Asi en poco mas de un año faltaron estos dos personajes, que al parecer habian nacido para andar juntos la carrera de la vida, supliendo el uno con su vigor y actividad el vacío que el otro dejaba con su incapacidad y desidia. Pudo el rey, quejoso ó prevenido, quitar la vida á su privado; pero la falta del privado abrevió sin duda los dias del rey, y el muerto se le llevó á la huesa consigo (1).

Tendria el condestable cuando sus enemigos le acabaron sobre sesenta y tres años, y todavía en aquella edad conservaba íntegros el esfuerzo, la agilidad, la viveza y aplicacion, por donde se habia señalado desde su juventud primera. Parciales y enemigos, todos convienen en los grandes dones de cuerpo y alma de que estaba adornado, y en que pocos ó ninguno de los señores contemporáneos suyos le llevaban ventaja, ni aun le igualaban. Mediano de estatura, gracioso y derecho de talle, alcanzaba grandes fuerzas, y en todas sus acciones y movimientos mostraba una flexibilidad y soltura que jamás perdió, porque siempre se mantuvo en unas carnes. Vestíase bien, armábase mejor, y sea que persiguiese las fieras en la selva, ó que se ejercitase en los torneos, ó que arrostrase los peligros en las batallas, siempre se mostraba gran ginete, gran montero, diestro justador y valentísimo soldado. Sus ojos eran vivos y penetrantes, su habla algun tanto balbuciente; holgaba mucho con las cosas de risa, y apreciaba sobremanera las agudezas y artes del bien decir, especialmente la poesía, en la que alguna vez se ejercitaba. Su larga y constante conexion con Juan de Mena, príncipe de los ingenios de su tiempo, y hombre tan respetable por su carácter como por su talento, hace honor al privado y al poeta. Era muy galan y atento con las damas, y fue muy discreto y reservado en sus amores. En hechos de guerra pocos de su tiempo se le pudieron comparar; en sagacidad y penetracion política, en teson y atrevimiento, ninguno le compitió. Pero estas dotes eminentes fueron lastimosamente deslucidas con la ambicion de adquirir Estados, que no tenia límite alguno, con la codicia de allegar tesoros, todavía mas vergonzosa; en fin, con el orgullo indómito, la soberbia, y acaso la crueldad inhumana (2) de que se revistió en sus últimos tiempos y le enajenó las voluntades: como si fuera achaque necesario de la privanza excesiva no ejercerse nunca sin arrogancia y sin insolencia.

Cuatro siglos que han pasado desde entonces, nos dan el derecho de juzgarle sin aficion y sin envidia. Comparado con los émulos que tuvo, no hay duda que don Alvaro de Luna se presenta mas grande que todos ellos; su privanza está bien motivada en sus servicios, su ambicion y su poder disculpados con su capacidad y sus talentos. Pero si esta ambicion y este poder, tan largo tiempo combatidos de una parte, y tan bien defendidos de la otra, se miden con el objeto y uso á que los dirigió el condestable; si se pregunta qué engradecimiento le debió el reino, qué mejoras las leyes, que adelantamiento la civilizacion y las costumbres, en qué disposicion y estatutos procuró afianzar para lo futuro la quietud y prosperidad del Estado, ya la respuesta seria mas difícil y el fallo harto mas severo. Porque no de otro modo juzga la posteridad á los hombres públicos, y el bien ó el mal que hicieron á las naciones que mandaron, son la única regla por donde los aplaude ó los condena.

(1) «Como el rey estaba tanto trabajado de caminar dacá para allá, é la muerte de don Alvaro siempre delante la traia plañendo en secreto, é veia no por eso á los grandes mas sosegados... todo le fatigaba el vital órgano. (*Centon*, epist. 105.)

(2) Véase en el Apéndice una cédula del rey, de 12 de junio de 1453: el hecho á que se refiere es tan bajo como atroz. Es muy de dudar que sea cierto, por el tiempo y las circunstancias en que se verifican el cargo y la reparacion. Por otra parte Fernan Perez en sus *Generaciones* no le tacha de esta clase de crueldad privada y vil, y aun le justifica de muchas de las ejecuciones de muertes que hubo en su tiempo, y se las imputa al rey, que, segun él, *era naturalmente cruel é vindicativo*. El documento sin embargo es curioso.

APÉNDICES A LA VIDA DE DON ALVARO DE LUNA.

I.

Poder que dió doña Elvira Portocarrero á Pedro Portocarrero, su hermano, para casarse con don Alvaro de Luna, ante Sancho Rodriguez, escribano de Sevilla, á 19 de diciembre de 1419.

En le nombre de Dios, é á honra é alabanza de la Vírgen bendita Santa María, su madre. Amen. Porque el casamiento fue la primera ordenacion que Dios nuestro Señor fizo é ordenó cuando él formó á Adan é á Eva, los primeros padres, é dijo Adan cuando vió primeramente á Eva: Hueso de mi hueso, é carne de mi carne; por esta dejará el home á su padre é á su madre, é serán ambos á dos marido é mujer como una cosa; é esta palabra confirmó despues nuestro Señor Jesucristo en el su Santo Evangelio cuando le preguntaron los judíos si dejaria home á su mujer por alguna razon, é él confirmó lo que Adan habia dicho, é dijo: Lo que Dios ayuntó home non lo departa; é porque la órden del casamiento es sacramento mucho honrado entre los otros sacramentos, por tres razones: la primera, porque lo ordenó nuestro Señor Dios por sí mismo; la segunda, por el logar onde se ordenó, que fue en el Paraiso Terrenal; la tercera, por el estado en que lo ordenó, que fue en el estado de inocencia; é aun porque el apóstol San Pablo lo dijo, que cada un home haya su mujer conoscida, porque non peque con otra; é por ende sepan cuantos esta carta vieren, como yo doña Elvira de Puertocarrero, fija legítima heredera de los señores Martin Fernandez de Puertocarrero é doña Leonor Cabeza de Vaca, su legítima mujer, que hayan santo paraiso, otorgo é conozco que fago é ordeno é establezco mio personero é mio cierto suficiente procurador, é do todo mio libre é llenero é complido é bastante poder é especial á Pedro de Puertocarrero, mi hermano, señor de la villa de Moguer, especialmente para que pueda por mí y en mi nombre recibir para mí por mi marido é por mi esposo por palabra de presente, segun manda Santa Eglesia, á Alvaro de Luna, criado de nuestro señor el rey é fijo de Alvaro de Luna. E otrosí, para que pueda otorgar é otorgue á mí por su mujer é por su esposa del dicho Alvaro de Luna por palabras eso mismo de presente, segun mandamiento de Santa Eglesia, é consentir en ellas en mio nombre; é otrosí, para que pueda recibir por mí é en mi nombre cualquier obligacion que el dicho Alvaro de Luna me otorgare é quisiere otorgar, asi de arras como de otras cualesquier cosas por honra del dicho casamiento é de mi linaje, é facer é decir é razonar por mí é en mi nombre sobre esta razon todas las cosas é cada una de ellas que yo misma podria facer é decir é razonar é otorgar estando presente, maguer sean tales é de tal natura, que de derecho requieran é demanden haber especial mandado; ca yo le do para todo lo sobredicho mi especial mandado todo mio poder cumplido, é le fago é establezco é ordeno por mi procurador especial para todo lo que dicho es, é todo cuanto el dicho Pedro de Puertocarrero, mi hermano y mi procurador, por mí é en mi nombre sobre esta razon ficiere é razonare é otorgare, é por mi marido é por mi esposo recibiere al dicho Alvaro de Luna, é á mí otorgare por su mujer é por su esposa del dicho Alvaro de Luna, yo asi de agora como destonces, y destonce asi como de agora, lo otorgo todo, é lo he é lo habré por firme é por estable é por valedero para siempre, bien asi como si yo misma lo ficiere é otorgare estando presente, é no verné contra ello en algun tiempo por alguna causa. E porque esto sea firme é valedero é mejor guardado, otorgué esta carta ante los scribanos públicos de Sevilla, que la firmaron de sus nombres en testimonio, é renuncio las leyes que ficieron los emperadores Justiniano é Valiano, que son en ayuda de las mujeres, que me non valan en esta razon, por cuanto Sancho Rodriguez, escribano público de Sevilla, me apercibió de ellas en especial. Fecha la carta en Sevilla, diez é nueve dias de diciembre, año del nascimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil é cuatrocientos é diez é nueve años.—Yo Alfonso Rodriguez, scribano de Sevilla, só testigo.—Yo Alfonso Lopez, scribano de Sevilla, só testigo.—E yo Sancho Rodriguez, scribano público de Sevilla, fice escribir esta carta, fice en ella mio signo, é só testigo.

II.

Estracto de algunos documentos antiguos relativos al tiempo e que murió don Alvaro de Luna.

El maestre fue preso en 4 de abril de 1453, y por cédula despachada en Búrgos á 10 del mismo mes mandó el rey al contador del maestre, Alfonso García de Illescas, que hiciese entrega de todos los libros y escrituras de la hacienda de su amo á Fernando Yañez de Gallo y á Fernando Gonzalez de Sevilla, contadores del rey, por cuanto todos sus bienes, villas y castillos estaban mandados secuestrar. La cédula de secuestracion es de 11 del mismo mes, y se da en ella por causa primera de la prision de don Alvaro la muerte de Alonso Perez de Vivero.

Ya en 18 de abril despachó el rey una carta patente en Santa María del Campo para que su recaudador pague ciertos maravedís de las rentas del maestrazgo.

En 20 de abril despachó el rey en Dueñas.

En 23 en Cabezon.

Despachadas en Portillo á 6 de mayo existen dos cartas patentes para pagos de maravedís que se debian de las rentas del maestre.

Desde el 5 de mayo despachó en Arévalo diferentes cartas relativas tambien ó á pagar ó á recaudar cantidades que eran propias del maestre ó debidas por él.

El 23 de dicho mes despachó en Fuensalida una carta patente haciendo merced á dos criados de la administracion del soto de Calatrava. Y

de la misma aldea hay fechados otros dos despachos del 26 y 27 de mayo.

Ya en el 29 tenia puesto su real sobre Maqueda, pues que hay fechada en dicho dia y punto una carta patente en favor del conde de Rivadeo sobre pago de 50,000 maravedís.

Por un albalá de 2 de junio, repetido en 12 de julio, mandó el rey que de los maravedises que se debian al maestre en los pedidos del año de 1452, se entreguen al comendador Diego de Avellaneda, maestresala del mismo señor rey, 20,000 maravedís que de órden suya habia gastado en los fechos de la guerra de aquel tiempo sin pedirle cuenta. En este albalá hay una nota que dice asi: «Este mismo dia, sábado 2 de junio de 1453, fue ajusticiado el maestre en la villa de Valladolid.

Con las fechas de 3, 4, 5, 6 y 7 del mismo mes de junio, y de Maqueda ó del real sobre Maqueda, hay tambien diferentes cartas patentes sobre pagos y recaudaciones respectivas á rentas del maestre.

Ya en 8 de junio tenia puesto su real sobre Escalona, desde donde hay despachadas diferentes cartas y mercedes, una entre otras, en que dice «que por cuanto mandó degollar al maestre por justicia, por las cosas por él fechas é cometidas, manda que Diego Gaytan, criado de Pedro de Cuña, su guarda mayor, tenga en secuestracion la heredad que el maestre tenia llamada la Zarzuela, y el valle con los bueyes, etc.»

Por último, omitiendo dar noticia de otros muchos documentos que existen despachados antes y despues de entregada la villa de Escalona, en un albalá espedido en 27 de noviembre de 1453 á Luis Vaca, de trece escusados de por vida de los que tenia el maestre don Alvaro de Luna, se halla la nota siguiente, puesta por los contadores: «Por cuanto es público é notorio quel dicho don Alvaro de Luna, condestable de Castilla, maestre que fue de Santiago, es finado, é que murió en la villa de Valladolid á dos dias del mes de junio deste dicho año, é fue muerto el dicho dia en la plaza de la dicha villa, por justicia se le quitaron los dichos trece escusados.»

Estos documentos ponen fuera de duda: primero que el maestre de Santiago don Alvaro de Luna fue degollado en 2 de junio de 1453; segundo que al tiempo de su muerte el rey don Juan el Segundo estaba con su hueste en el real sobre Maqueda, tratando de apoderarse de esta villa, y despues de Escalona y demás que su privado tenia en aquella comarca. Por consiguiente es falso y supuesto cuanto se cuenta acerca de su irresolucion, tristeza y sentimiento en la carta 103 del *Centon epistolario* del bachiller de Cibdad-Real.

III.

Cédula del rey don Juan II (12 *de junio de* 1453.)

«Yo el rey fago saber á los mis contadores mayores que Gomez Gonzalez de Illescas, mi escribano de cámara, me fizo relacion que pudo haber diez años quel maestre é condestable don Alvaro de Luna le hobo prendido é tovo preso en Escalona por saña que dél hobo, é le fatigó en prisiones fasta tanto que le hobo de dar porque le soltase 200,000 maravedís, por los cuales le dejó presos en el castillo de Escalona dos fijos suyos fasta que los pagara. E porque él no pudo luego traer los dichos 200,000 maravedís, le habia fecho matar el mayor de los dichos dos sus fijos, é le tovo encobierto fasta tanto que le llevó é fizo pago de los dichos 200,000 maravedís, é después le mandó dar el otro fijo vivo. E que después, por causa del gran lugar que el dicho maestre é condestable cerca de mi tenia, él no me lo osó querellar; ca fuera avisado que si lo querellara lo matara por ello. Pero que despues el dicho maestre é condestable, conosciendo el gran cargo que de él tenia, dijera asaz veces que queria salir de su cargo é le mandar pagar los dichos 200,000 maravedís, é él fue mandado llamar para ello; pero que fasta aquí no habia habido efecto. E agora al tiempo que el dicho maestre fue muerto por justicia, entre otros cargos que confesó que tenia, confesó el dicho cargo que de él tenia de los dichos maravedís, suplicándome que pues yo habia mandado tomar é ocupar las villas é logares é rentas é bienes del dicho maestre, me pluguiese de gelos mandar librar. Sobre lo cual yo mandé haber cierta informacion, la cual habida, é otrosí, por cuanto el dicho maestre me envió suplicar que mandase pagar el dicho cargo que tenia del dicho Gomez Gonzalez, tóvelo por bien, é es mi merced de le mandar librar los dichos 200,000 maravedís.—Por lo que vos mando que libredes al dicho Gomez Gonzalez los dichos 200,000 maravedís, que asi le era en cargo el dicho maestre é condestable.—E libradgelos en cualesquier maravedís é otras cosas que eran debidas al dicho maestre é condestable, é le pertenecieron fasta el dia que yo mandé facer justicia del dicho maestre é condestable.—E non fagades ende al. Fecho en el mi real sobre Escalona, á doce dias de junio, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de mil é cuatrocientos é cincuenta é tres años.—Yo el Rey.—Yo el doctor Fernando Diaz de Toledo, oidor y referendario del rey, y su secretario, la fice escribir por su mandado.—Registrada.—*Rodrigo.*»

Librados los dichos 200,000 maravedís por carta del rey en Escalona á 14 de julio de 1453 en el bachiller Fernan Delgado, receptor por el maestre de las villas y lugares de la provincia de Leon, con Jerez de Badajoz, de la órden de Santiago, de los maravedís del año de 1452. Llevó la carta el mismo Gomez Gonzalez.

(Este instrumento y los del número anterior existen originales en el archivo de Simancas, y me fueron comunicadas copias de ellos por mi difunto amigo el señor don Tomás Gonzalez, á cuya sólida y estensa erudicion en nuestras antigüedades han debido en este tiempo tantos auxilios las investigaciones históricas de diferentes escritores. El poder de doña Elvira Portocarrero, comprendido en el primer apéndice, pertenece á la curiosa librería del señor marqués del Socorro, que amistosamente se ha servido franqueármelo.)

NUM. XL.

FRANCISCO PIZARRO.

Ninguno de los capitanes del Darien podia llenar el vacío que dejaba en las cosas de América la muerte de Balboa. La hacha fatal que segó la garganta de aquel célebre descubridor parecia haber cortado tambien las magníficas esperanzas concebidas en sus designios. Habíase trasladado la colonia española al otro lado del istmo: al sitio en que se fundó Panamá; mas ni esta posicion, mucho mas oportuna para los descubrimientos de Oriente y Mediodía, ni las frecuentes noticias que se recibian de las ricas posesiones á que despues se dió el nombre de Perú, eran bastantes á incitar á aquellos hombres, aunque tan audaces y activos, á emprender su reconocimiento y conquista. Ninguno tenia aliento para hacer frente á los gastos y arrostrar las dificultades que aquel grande objeto llevaba necesariamente consigo. El hombre estraordinario que habia de superarlas todas aun no conocia su fuerza, y lo que raras veces acontece en caracteres de su temple, ya Pizarro tocaba en los umbrales de la vejez sin haberse señalado por cosa alguna que en él anunciase el destructor de un grande imperio y el émulo de Hernan Cortés.

No porque en esfuerzo, en sufrimiento y en diligencia le aventajase alguno ó le igualasen muchos de los que entonces militaban en Tierra-Firme. Mas contenido en los límites asignados á la condicion de subalterno, su carácter estaba al parecer exento de ambicion y de osadía; y bien hallado con merecer la confianza de los gobernadores, ó no podia ó no queria competir con ellos ni en honores ni en fortuna.

Pudiérase atribuir esta circunspeccion á la timidez que debia causarle la bajeza de sus principios, si fuera cierto todo lo que entonces se contaba de ellos, y despues se ha repetido por casi todos los que han tratado de sus cosas. Hijo natural de aquel Gonzalo Pizarro que se distinguió tanto en las guerras de Italia en tiempo del Gran Capitan y murió despues en Navarra de coronel de infantería; habido en una mujer cuyo nombre y circunstancias por de pronto se ignoraron; arrojado al nacer á la puerta de una iglesia de Trujillo; sustentado en los primeros instantes de su vida con la leche de una puerca, por no hallarse quien le diese de mamar, fue al fin reconocido por su padre, pero con tan poca ventaja suya, que no le dió educacion ni le enseñó á leer, ni hizo por él otra cosa que ocuparle en guardar unas piaras de cerdos que tenia. Quiso su buena suerte que un dia los cerdos, ó por acaso ó por descuido, se le desbandasen y perdiesen: él de miedo no quiso volver á casa, y con unos caminantes se fué á Sevilla, desde donde se embarcó despues para Santo Domingo á probar si la suerte, ya para él tan dura en su patria, le era menos adversa en las Indias. Semejantes aventuras tienen mas aire de novela que de historia. Gomara las cuenta, Herrera las calla, Garcilaso las contradice. Algunas están en oposicion con los documentos del tiempo, que le dan sirviendo en las guerras de Italia en su juventud primera (1); otras están verosímilmente exageradas. El era sin duda alguna hijo natural del capitan Pizarro; su madre fue una mujer del mismo Trujillo, que se decia Francisca Gonzalez, de padres conocidos (2) y de Trujillo tambien. Su educacion fue en realidad muy descuidada: se cree por los mas que nunca supo leer ni escribir; pero si, como otros quieren alguna vez aprendió á leer, fue ya muy tarde, cuando su dignidad y obligaciones le precisaron á ello: escribir ni aun firmar es cierto que nunca supo (3). Lo demás es preciso darlo y recibirlo con aquella circunspeccion prudente que deja siempre en salvo la verdad; bien que para Pizarro, como para cualquiera que sube por sus propios medios á la cumbre del poder y de la fortuna, la elevacion sea tanto mas gloriosa cuanto de mas bajo comienza.

La primera vez que se le mienta con distincion en la historia es al tiempo de la última espedicion de Ojeda á Tierra-Firme (1510), cuando ya Pizarro tenia mas de treinta años. Con él se embarcó, y en los infortunios, trabajos y peligros que se amontonaron sobre los Españoles en aquella afanosa empresa hizo el aprendizaje de la carrera difícil en que despues se habia de señalar con tanta gloria. No cabe duda en que debió distinguirse al instante de sus demás compañeros, cuando Ojeda, despues de fundar en Urubá la villa de San Sebastian, y teniendo que volver por socorros á Santo Domingo, le dejó de teniente suyo en la colonia, como la per-

(1) En un discurso ó papel en derecho presentado al rey por los descendientes del conquistador para hacer efectiva en ellos la gracia que se le concedió del título de marqués con veinte mil vasallos, se dice así:

«Francisco Pizarro, señor, caballero de la órden de Santiago, despues de haber servido en las guerras de Italia y Navarra con el coronel Gonzalo Pizarro su padre y Hernando Pizarro su hermano, pasó á las islas de Barlovento en el último viaje que hizo Colon; donde se halló en todas las ocasiones que se ofrecieron, etc.»

(2) Llamábanse Juan Mateos y María Alonso.

(3) Véase el Apéndice.

sona de mayor confianza para su gobierno y conservacion.

Contados están en la vida de Vasco Nuñez los contratiempos terribles que asaltaron allí á los Españoles; cómo tuvieron que abandonar la villa perdidos de ánimo y desalentados, y cómo fueron despues vueltos á ella por la autoridad de Enciso, que los encontró en el camino. Todos estos acontecimientos, asi como los debates y pasiones que despues se encendieron entre los pobladores del Darien, no pertenecen á la vida de Pizarro, que ningun papel hizo en ellos. Contento con desempeñar acertada y diligentemente las empresas en que se le empleaba, se le ve obtener la confianza de Balboa como habia obtenido la de Ojeda, y despues la de Pedrarias, del mismo modo que la de Balboa. Todos le llevaban consigo á las espediciones mas importantes: Vasco Nuñez al mar del Sur, Pedrarias á Panamá. Su espada y sus consejos fueron bien útiles al capitan Caspar de Morales en el viaje que de órden del último gobernador hizo desde Darien á las islas de las Perlas, y lo fueron igualmente al licenciado Espinosa en las guerras peligrosas y obstinadas que los Españoles tuvieron que mantener con las tribus belicosas situadas al Oriente de Panamá. Mas como de estas correrías, muchas sin provecho, y las mas sin gloria, no resultó ningun descubrimiento importante, ni Pizarro tampoco tuvo el principal mando en ellas, no merecen llamar nuestra atencion sino por lo que contribuyeron á aumentar la esperiencia y capacidad de aquel capitan, y el crédito y confianza que se grangeó con los soldados, los cuales no una sola vez se lo pidieron á Pedrarias, y marchaban mas seguros y alegres con él que con otro ninguno de los que solian conducirlos.

A pesar de ello, su ambicion dormia: ni lo que muchos de aquellos aventureros lograban en sus incursiones, que eran tesoros y esclavos, él tenia en abundancia; y despues de catorce años de servicios y afanes el capitan Pizarro era uno de los moradores menos acaudalados de Panamá. Asi es que cuando llegó el caso de la famosa contrata para los descubrimientos del Sur, mientras que el clérigo Hernando de Luque ponia en la empresa veinte mil pesos de oro, suyos ó agenos, Pizarro y Diego de Almagro, sus dos asociados, no pudieron poner otra cosa que su industria personal y su esperiencia.

Precedieron al proyecto de esta compañía otras tentativas que, si no de tanto nombre y consistencia, fueron bastantes á lo menos para tener noticias mas positivas de la existencia de aquellas regiones que se proponian descubrir. Ya por los años de 1522 Pascual de Andagoya, con licencia de Pédrarias, habia salido á descubrir en un barco grande por la costa del Sur, y llegando á la boca de un ancho rio en la tierra que se llamó de Biruquete, se entró por el rio adentro, y allí, peleando á veces con los indios, y á veces conferenciando con ellos, pudo tomar alguna noticia de las gentes del Perú, del poder de sus monarcas, y de las guerras que sostenian en tierras bien apartadas de allí. La fama sin duda habia llevado, aunque vagamente, hasta aquel paraje el rumor de las espediciones de los Incas al Quito, y de la contienda obstinada que tenian con aquella gente belicosa sobre la dominacion del país. Mas para llegar al teatro de la guerra era preciso, segun los Indios decian, pasar por caminos ásperos y sierras en estremo fragosas; y estas dificultades, unidas al desabrimiento que debió causar á Andagoya su desmejorada salud, le hicieron abandonar la empresa por entonces y volverse á Panamá.

Acaeció poco tiempo despues morir el capitan Juan Basurto, á quien Pedrarias tenia dado el mismo permiso que á Andagoya. Muchos de los vecinos de Panamá querian entrar á la parte de las mismas esperanzas y designios, mas retraíanse por las dificultades que presentaba la tierra para su reconocimiento, con las cuales no osaban ponerse á prueba. Solos Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amigos ya desde el Darien, y asociados en todos los provechos y granjerías que daba de sí el país, fueron los que, alzado el ánimo á mayores cosas, quisieron á toda costa y peligro ir á reconocer por sí mismo las regiones que caian hácia el Sur. Compraron para ello uno de los navichuelos que con el mismo objeto habia hecho construir anteriormente el adelantaho Balboa, y habida licencia de Pedrarias, le equiparon con ochenta hombres y cuatro caballos, única fuerza que de pronto pudieron reunir. Pizarro se puso al frente de ellos, y salió del puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1524, debiéndole seguir despues Almagro con mas gente y provisiones. El navío dirigió su rumbo al Ecuador, tocó en las islas de las Perlas, y surgió en el puerto de Piñas, límite de los reconocimientos anteriores. Allí acordó el capitan subir por el rio de Birú arriba en demanda de bastimentos y reconociendo la tierra. Era la misma por donde habia andado antes Pascual de Andagoya, que dió á Pizarro á su salida los consejos y avisos que creyó útiles para dirigirse cuando allá estuviese.

Pero ni los avisos de Andagoya ni la esperiencia particular de Pizarro en otras semejantes espediciones pudieron salvar á los nuevos descubridores de los trabajos que al instante cayeron sobre ellos. La comarca estaba yerma, los pocos bohios que hallaban, desamparados, el cielo siempre lloviendo, el suelo, áspero en unas partes, y en otras cerrado de árboles y de maleza, no se dejaba hollar sino por las quebradas que los arroyos hacian: ninguna caza, ninguna fruta, ningun alimento; ellos cargados de las armas y pertrechos de guerra, despeados, hambrientos, sin consuelo, sin esperanza. Asi anduvieron tres dias, y cansados de tan infructuoso y áspero reconocimiento, bajaron al mar y volvieron á embarcarse. Corridas diez leguas adelante, hallaron un puerto, donde hicieron agua y leña, y despues de andar algunas leguas mas, se volvieron á él á ver si podian repararse en la estrema necesidad en que se hallaban. El agua les faltaba, carne no la tenian, y dos mazorcas de maíz, que se daban diariamen-

te á cada soldado, no podian ser sustento suficiente á aquellos cuerpos robustos. Dícese que al arribar á este puerto se temian los unos á los otros, de flacos, desfigurados y miserables que estaban. Y como el aspecto que les presentaba el país no era mas de sierras, peñas, pantanos y contínuos aguaceros, con una esterilidad tal que ni aves ni animales parecian, perdidos de ánimo y desesperados, anhelaban ya volverse á Panamá, maldiciendo la hora en que habian salido de allí. Consolábalos su capitan, poniéndoles delante la esperanza cierta que tenia de llevarlos á tierras en donde fuesen abundantemente satisfechos de los trabajos y penuria en que se hallaban. Pero el mal era mortal y presente, la esperanza incierta y lejana, y si á muchos las razones de Pizarro servian de aliento y consuelo, otros las consideraban como los últimos esfuerzos de un desesperado, que se encrudece contra su mala fortuna y no le importa arrastrar á los demás en su ruina.

Viendo en fin que el bastimento se les acababa, acordaron dividirse, y que los unos fuesen en el navío á buscar provisiones á las islas de las Perlas, y los otros quedasen allí sosteniéndose hasta su vuelta como pudiesen. Tocó hacer el viaje á un Montenegro y otros pocos españoles, á quienes se dió por toda provision un cuero de vaca seco que habia en el barco, y unos pocos palmitos amargos de los que á duras penas se encontraban en la playa. Ellos salieron en demanda de las islas, mientras que Pizarro y los demás que quedaban seguian luchando con las agonías del hambre y con los horrores del clima.

Bien fueron necesarios entonces á aquel descubridor las artes y lecciones aprendidas en otro tiempo con Balboa. El no solo alentaba á los soldados con blandas y amorosas razones, que sabia usar admirablemente cuando le convenia, sino que ganaba del todo su aficion y confianza por el esmero y eficacia con que los socorria y los cuidaba. Buscaba por sí mismo el refresco y alimento que mas podia convenir á los enfermos y endebles, se los suministraba por su mano, les hacia barracas en que se defendiesen del agua y la intemperie, y hacia con ellos las veces no de caudillo y capitan, sino de camarada y amigo. Este esmero no bastó sin embargo á contrarestar las dificultades y apuros de la situacion, y del país. Como solo se mantenian de las pocas y nocivas raices que encontraban, hinchábanseles los cuerpos, y ya veintisiete de ellos habian sido víctimas de la necesidad y de la fatiga. Todos perecieran al fin si Montenegro oportunamente no hubiese dado la vuelta, cargado el navío de carne, frutas y maiz.

Pizarro entonces no estaba en el puerto. Sabiendo que á lo lejos se habia visto un gran resplandor, y presumiéndolo efecto de las luminarias de los Indios, se dirigió allá con algunos de los mas esforzados, y dieron en efecto con una ranchería. Los Indios huyeron al acercarse los Españoles, y solos dos pudieron ser habidos, que no acertaron á correr tan ligeramente como los demás. Hallaron tambien cantidad de cocos, y como una fanega de maiz, que repartieron entre todos. Los pobres prisioneros hacian á sus enemigos las mismas preguntas en casi todas las partes del Nuevo Mundo donde se los veia saltear de aquel modo. «¿Por que no sembrais, por qué no cogeis, por qué andais pasando tantos trabajos por robar los bastimentos agenos?» Pero estas sencillas reconvenciones del sentido comun y de la equidad natural fueron escuchadas con el mismo desprecio que siempre, y los infelices tuvieron que someterse al arbitrio de la fuerza y de la necesidad. Aun uno de ellos no tardó en perecer, herido de una flecha emponzoñada de las que se usaban allí, cuyo veneno era tan activo, que le acabó la vida en cuatro horas. Pizarro al volver se encontró con el mensajero que le llevaba la noticia de la llegada de Montenegro, y apresuró su marcha para abrazarle.

Habido entre todos el consejo de lo que debian hacer, acordaron dejar aquel puerto, al que por las miserias allí sufridas dieron el nombre del *puerto de la Hambre*, y se volvieron á hacer al mar para seguir corriendo la costa. Navegaron unos pocos dias, al cabo de los cuales tomaron tierra en un puerto que dijeron *de la Candelaria*, por ser esta festividad cuando arribaron á él. La tierra presentaba el mismo aspecto desierto y estéril que las anteriores; el aire tan húmedo, que los vestidos se les pudrian encima de los cuerpos; el cielo siempre relampagueando y tronando; los naturales huidos ó escondidos en las espesuras, de modo que era imposible dar con ellos. Vieron sin embargo algunas sendas y guiados por ellas, despues de caminar como dos leguas se hallaron con un pueblo pequeño, donde no encontraron morador ninguno, pero sí mucho maiz, raices, carne de cerdo, y lo que les dió mas satisfaccion, bastantes joyuelas de oro bajo, cuyo valor ascenderia á 600 pesos. Este contento se les aguó cuando, descubriendo unas ollas que hervian al fuego, vieron manos y piés de hombres entre la carne que se cocia en ellas. Llenos de horror, y conociendo por ello que aquellos naturales eran caribes, sin averiguar ni esperar mas, se volvieron al navío y prosiguieron el rumbo comenzado. Llegaron á un paraje de la costa que llamaron *Pueblo Quemado*, y está como á veinticinco leguas del puerto de Piñas: tan poco era lo que habian adelantado despues de tantos dias de fatigas. Allí desembarcaron, y conociendo por lo trillado de las sendas que se descubrian entre los manglares, que la tierra era poblada, empezaron á reconocerla, y no tardaron en descubrir un lugar.

Halláronle abandonado tambien, pero surtido de provisiones en abundancia, por manera que Pizarro, considerada su situacion á una legua del mar, lo fuerte del sitio, pues estaba en la cumbre de una montaña, y la tierra alrededor no tan estéril ni triste como las que habian visto, determinó recogerse en él y enviar el navío á Panamá para repararle de sus averías. Faltaban manos que ayudasen á los marineros: el capitan acordó que saliese Montenegro con los soldados mas dispuestos y ligeros á correr la tierra, y tomar algunos indios que enviar al navío y ayudasen á la maniobra. Ellos entre tanto se mantenian reunidos acechando lo que los Castellanos hacian, y meditando el modo de echar de sus casas á

aquellos vagamundos que con tal insolencia venian á despojarlos de ellas. Asi, luego que los vieron divididos, arremetieron á Montenegro, lanzando sus armas arrojadizas con grande algazara y gritería. Los Españoles los recibieron con la seguridad que les daban sus armas, su robustez y su valor; y todo era necesario para con aquellos salvajes desnudos, que no les dejaban descansar un momento, acometiendo siempre á los que mas sobresalian. De este modo fueron muertos tres castellanos, y otros muchos heridos. Los Indios, luego que vieron que aquel grueso de hombres se les defendian mas de lo que pensaban, determinaron retirarse del campo de batalla, y por sendas que ellos solos sabian, dar de pronto sobre el lugar donde imaginaban que solo habrian quedado los hombres inútiles por enfermos ó cobardes. Asi lo hicieron, y Pizarro al verlos receló de pronto que hubiesen desbaratado y destruido á Montenegro; mas sin perder ánimo salió á encontrarlos, trabándose allí la refriega con el mismo teson y furia que en la otra parte. Animaba él á los suyos con la voz y con el ejemplo, y los Indios, que le veian señalarse entre todos por los tremendos golpes que daba, cargaron sobre él en tanta muchedumbre y le apretaron de modo, que le hicieron caer y rodar por una ladera abajo. Corrieron á él creyéndole muerto, pero cuando llegaron ya estaba en pié con la espada en la mano, mató dos de ellos, contuvo á los demás, y dió lugar á que viniesen algunos castellanos á socorrerle. El combate entre tanto seguia, y el éxito era dudoso, hasta que la llegada de Montenegro desalentó de todo punto á los salvajes, que se retiraron al fin, dejando mal herido á Pizarro y á otros muchos de los Españoles.

Curáronse con el bálsamo que acostumbraban en aquellas apreturas, esto es, con aceite hirviendo puesto en las heridas; y viendo por el daño recibido, que no les convenia permanecer allí siendo ellos tan pocos, los Indios muchos y tan atrevidos y feroces, determinaron volverse á las inmediaciones de Panamá. Llegaron de este modo á Chicamá, desde donde Pizarro despachó en el navío al tesorero de la espedicion Nicolás de Rivera, para que llevase el oro que habian encontrado, diese cuenta de sus sucesos, y manifestase las esperanzas que tenian de encontrar buena tierra.

Mientras que con tanto afan y tan corta ventura iba Pizarro reconociendo aquellos tristes parajes, su compañero Almagro, apresurando el armamento con que debia seguirle, se hizo á la mar en otro navichuelo con sesenta y cuatro españoles, pocos dias antes de que llegase á Panamá Nicolás de Rivera. Llevó el mismo rumbo, conjeturando por las señales que veia en los montes y en las playas el camino que llevaban los que delante iban. Surgió tambien en Pueblo Quemado, en donde los mismos Indios que tanto habian dado en que entender á Pizarro y Montenegro, le resistieron á él valientemente y le hirieron en un ojo, de que quedó privado para siempre. Pero aunque al fin les ganó el lugar, no quiso detenerse en él, y pasó adelante en busca de su compañero, sin dejar cala ni puerto que no reconociese. De esta manera vió y reconoció el valle de Baeza, llamado asi por un soldado de este apellido que allí falleció; el rio del Melon, que recibió este nombre por uno que vieron venir por el agua; el de las Fortalezas, dicho asi por el aspecto que tenian las casas de indios que á lo lejos descubrieron; y últimamente el rio que llamaron de San Juan, por ser aquel el dia en que llegaron á él. Algunas muestras halló de buena tierra en estos diferentes puntos, y no dejó de recoger porcion de oro, pero la alegría que él y sus compañeros podian percibir con ello, se convertia en tristeza pensando en sus amigos, á quienes creian perdidos, de modo que desconsolados y abatidos, determinaron volverse á Panamá. Pero como tocasen en las islas de las Perlas y hallasen allí las noticias dejadas por Rivera del punto en que quedaba Pizarro, volvieron inmediatamente la proa y se encaminaron á buscarle. Halláronle con efecto en Chicamá: los dos amigos se abrazaron, se dieron cuenta recíproca de sus aventuras, peligros y fativas; y habido maduro acuerdo de lo que les convenia hacer, se acordó que Almagro diese la vuelta á Panamá para rehacerse de gente y reparar los navichuelos.

Hallóse al llegar con nuevas dificultades, que contrariaban harto desgraciadamente los designios de los dos descubridores. Pedrarias, que les habia dado licencia para emprender su descubrimiento, se mostraba ya tan opuesto á la empresa como favorable primero. Trataba entonces de ir en persona á castigar á su teniente Francisco Hernandez, que se le habia alzado en Nicaragua, y no queria que se le disminuyese la gente con que contaba, por el anhelo de ir al descubrimiento del Perú. Esta era la verdadera razon; pero él alegaba las malas noticias traidas por Nicolás de Rivera, y culpaba altamente la obstinacion de Pizarro á cuya poca industria y mucha ignorancia achacaba la pérdida de tantos hombres. Pedrarias, segun ya se ha visto, era tan pertinaz como duro y receloso. Decia á boca llena que iba á revocar la comision y á prohibir que fuese mas gente allá. La llegada de Almagro, mas rico de esperanzas que de despojos y noticias, no le templó el desabrimiento y todo se hubiera perdido sin los ruegos y reclamaciones que le hizo el maestre escuela Hernando de Luque, amigo y auxiliador de los dos, y eficazmente interesado en el descubrimiento. Todavía estas gestiones hubieran sido por ventura inútiles, á no hacerse á Pedrarias la oferta de que se le admitiria á las ganancias de la empresa sin poner él en ella nada de su parte, con lo cual halagada su codicia, cedió de la obstinacion y alzó la prohibicion que tenia dada para el embarque (1). Puso sin embargo la condicion de que Pizarro habia de llevar adjunto, uno para refrenarle y dirigirle. Luque logró que este adjunto fuese Almagro, á quien para mas autorizarle se dió el título de capitan; pero á pesar de la buena fe y sana intencion con que este acuerdo se hi-

(1) Esta asociacion de Pedrarias á la compañía, no duró mucho tiempo: luego que los descubridores tuvieron mas confianza en el buen éxito de su empresa, tuvieron modo de separarle de ella haciendo una transaccion con él: el pasaje está en Oviedo, y es curioso. (Véase el apéndice 3.°)

zo, luego que fue sabido por Pizarro se quejó sin rebozo alguno de semejante nombramiento como de un desaire que se le hacia, y mal satisfecho con las disculpas que se le dieron, el resentimiento quedó hondamente clavado en su corazon, pudiéndose señalar aquí el orígen de los desabrimientos y pasiones que despues sobrevinieron y produjeron tantos desastres.

Es probable que Pizarro no quisiese presentarse en Panamá hasta la salida de Pedrarias á Nicaragua, que fue en enero del año siguiente (1526). Tratábase de proporcionar fondos para la continuacion de la empresa, que faltaban á los dos descubridores, exhaustos ya con los gastos del primer armamento. El infatigable Luque los supo proporcionar, y entonces fue cuando se formalizó la famosa contrata, por la cual el canónigo se obligó á entregar, como lo hizo en el acto, veinte mil pesos de oro para los gastos de la espedicion, y los dos ponian en ella la licencia que tenian del gobernador, y sus personas é industria para efectuarla, debiéndose repartir entre los tres por partes iguales las tierras, indios, joyas, oro y cualesquiera otros productos que se granjeasen y adquiriesen definitamente en la empresa (1). Y para dar mayor solemnidad á la asociacion y enlazarse con los vínculos mas fuertes y sagrados, Hernando de Luque dijo la misa á las dos, y dividiendo la Hostia consagrada en tres partes, tomó para sí la una, y con las otras dos dió de comulgar á sus compañeros. Los circunstantes, poseidos de respeto y reverencia, lloraban á la vista de aquel acto y ceremonia nunca usados en aquellos parajes para semejante proyecto; mientras que otros consideraban que ni aun asi se salvaban los asociados de la imputacion de locura que su temerario propósito merecia para con ellos. En los tiempos modernos todavía se ha tratado con mas rigor aquella ceremonia, acusándola de repugnante y de impía, como que ratificaba en el nombre de un Dios de paz un contrato cuyos objetos eran la matanza y el saqueo (2). Mas por ventura para formar este juicio solo se ha fijado la vista en la larga serie de desastres y violencias que siguieron á aquel descubrimiento, sin poner la atencion al mismo tiempo en la idea predominante del siglo, y en las que principalmente animaban á los aventureros de América. Estender la fe de Cristo en regiones desconocidas é inmensas, y ganarlas al mismo tiempo á la obediencia de su rey, eran para los Castellanos obligaciones tan sagradas y servicios tan heróicos, que no es de estrañar implorasen á emprenderlas todo el favor y la intervencion del cielo. No plegue á Dios jamás que la pluma con que esto se escribe propenda á disminuir en un ápice el justo horror que se debe á los crímenes de la codicia y de la ambicion; pero es preciso ante todas cosas ser justos, y no imputar á los particulares la culpa propia del tiempo en que vivieron. No estamos ciertamente los modernos Europeos tan agenos como pensamos de estas contradicciones repugnantes, y llamamos tantas veces al Dios de paz para que intervenga en nuestros sangrientos debates y venga á ayudarnos en las guerras que emprendemos, tan poco necesarias por lo comun, y por lo comun tan injustas, que no hemos adquirido todavía bastante derecho para acusar á nuestros antepasados de iguales estravíos.

Con dos navíos y dos canoas cargados de bastimentos y de armas, y llevando consigo al hábil piloto Bartolomé Ruiz, volvieron á hacerse al mar los dos compañeros, y continuando el rumbo que antes habian llevado, llegaron cerca del rio de San Juan, ya reconocido antes por Almagro. Allí les pareció hacer alto, porque la tierra tenia apariencia de ser algo mas poblada y rica, y menos dañosa que las anteriores. Un pueblo que asaltaron, donde hallaron algun oro y provisiones y tomaron algunos indios, les dió aquellas esperanzas, sin embargo de que el país de lejos y de cerca no presentase mas que altas montañas, ciénagas y rios, de manera que no podian andar sino por agua. Quedóse allí Pizarro con el grueso de la gente y las dos canoas; Almagro volvió á Panamá en uno de los navíos, para alistar mas gente con el oro que habian cogido, y en el otro navío salió Bartolomé Ruiz reconociendo la tierra costa arriba, para descubrir hasta donde pudiese.

El viaje de este piloto fue el paso mas adelantado y seguro que se habia dado hasta entonces para encontrar el Perú. El descubrió la isla del Gallo, la bahía de San Mateo, la tierra de Coaque, y llegó hasta la punta de Pasaos, debajo de la línea. Encontróse en el camino con una balsa hecha artificiosamente de cañas, en que venian hasta veinte indios, de los cuales se arrojaron once al agua cuando el navío se acercó á ellos. Tomados los otros, el piloto español, despues de haberlos examinado algun tanto, y los efectos que traian consigo, dióles libertad para que se fuesen á la playa, quedándose solo con tres de los que le parecieron mas á propósito para servir de lenguas y dar noticias de la tierra. Iban, segun pareció, á contratar con los Indios de aquella costa; y por esto entre los demás efectos que contenia la balsa, habia unos pesos chicos para pesar oro, construidos á manera de romana, de que no poco se admiraron los Castellanos. Llevaban ademas diferentes alhajuelas de oro y plata labradas con alguna industria, sartas de cuentas con algunas esmeraldas pequeñas y calcedonias, mantas, ropas y camisetas de algodon y lana, semejantes á las que ellos traian vestidas; en fin, lana hilada y por hilar de los ganados del país. Esto fue ya para los Españoles una novedad estraña y agradable; pero mucho mas lo fue su buena razon y las grandezas y opulencia que contaban de su rey Huayna-Capac y de la córte del Cuzco. Dificultaban los Castellanos dar fe á lo que oian, teniéndolo á exageracion y falsedad de aquellas gentes; pero sin embargo Bartolomé se los llevó consigo, tratándolos muy bien, y desde Pasaos dió la vuelta para Pizarro, á quien no dudaba que darian contento las noticias que aquellos indios llevaban.

Casi al mismo tiempo que él, llegó Almagro

(1) Véase el apéndice 2.° y la nota que va en seguida, en que se manifiesta quién era el verdadero asociado, á quien Luque no hacia mas que prestar su nombre.

(2) Es la espresion de Robertson, el mas moderado y juicioso de los escritores estranjeros que han hablado de nuestras cosas en el Nuevo-Mundo.

con el socorro que traia de Panamá, compuesto de armas, caballos, vestidos, vituallas y medicinas, y de cincuenta soldados venidos nuevamente de Castilla, que se aventuraron á seguirle. Contaba Almagro las precauciones de que habia tenido que valerse para entrar en la ciudad. Mandaba ya en ella el nuevo gobernador Pedro de los Rios; y aunque se sabia que á fuerza de representaciones y diligencias del maestre escuela Luque, traia encargo espreso del gobierno de guardar el asiento convenido con los tres asociados, era tal sin embargo el descrédito en que habia caido la empresa en Panamá, que tuvo recelo de ser mal recibido, y se detuvo hasta saber las disposiciones del gobernador. Este á la verdad sentia la pérdida de tantos castellanos; pero no por eso dejó de asegurar á Hernando de Luque que les daria todo el favor que pudiese (1). Entró, pues, Almagro en el puerto de Panamá, el gobernador le salió á recibir para hacerle honor, confirmó los cargos que su antecesor Pedrarias habia dado á su compañero y á él, y permitió que se alistase gente y se hiciesen las provisiones necesarias. Estas noticias, unidas á las de los Indios tumbecinos, levantaron algun tanto los ánimos desmayados; y los dos amigos, aprovechando tan buena disposicion, se hicieron al instante al mar, siguiendo el mismo rumbo que antes habia llevado Bartolomé Ruiz. Llegaron primeramente á la isla del Gallo, donde se detuvieron quince dias, rehaciéndose de las necesidades pasadas; y continuando su viaje, entraron despues en la bahía de San Mateo. Allí resolvieron desembarcar y establecerse hasta tomar lenguas de las tierras que estaban mas adelante. Dábanles confianza de lograrlo los Indios de Tumbez, á quienes Pizarro hacia con este objeto instruir en la lengua castellana. Por otra parte, la tierra, abundante en maiz y en yerbas saludables y nutritivas, como que les convidaba á permanecer en ella. Mas los naturales, tan intratables y agrestes como todos los que hasta entonces encontraron, les quitaban la esperanza de poderse sostener, á lo menos mientras no fuesen mas gente. Pusiéronse, pues, á deliberar lo que les convenia hacer. Los mas decian que volverse á Panamá, y emprender despues el descubrimiento con mas gente y mayor fuerza. Repugnábalo Almagro, haciéndoles presente la vergüenza de volverse sin haber hecho cosa de momento, y pobres, espuestos á la risa y mofa de sus contrarios y á la persecucion y demandas de sus acreedores: su dictámen era que se debia buscar un punto abundante de vituallas donde establecerse, y enviar los navíos por mas gente á Panamá. Las razones con que Almagro manifestó su opinion no fueron por ventura tan circunspectas y medidas cuanto la situacion requeria; porque Pizarro, ó dejándose ocupar de un sentimiento de flaqueza que ni antes ni despues se conoció en él, ó arrastrado de una impaciencia que no es fácil disculpar, le contestó ásperamente que no se maravillaba fuese de aquel dictámen quien, yendo y viniendo de Panamá con el pretesto de socorros y vituallas, no podia conocer las angustias y fatigas que padecian los que por tantos meses estaban metidos en aquellas costas incultas y desiertas, faltándoles ya las fuerzas para poderlas conllevar. Replicó Almagro que él se quedaria gustoso, y que Pizarro fuese por el socorro, si eso le agradaba mas. Los ánimos de aquellos hombres irritados, no pudiéndose contener en términos razonables, pasaron de las personalidades á las injurias, de las injurias á las amenazas, y de las amenazas corrieron á las armas para herirse. Pusiéronse por medio el piloto Ruiz, el tesorero Rivera y otros oficiales de consideracion que los oian, los cuales pudieron sosegarlos y atajar aquel escandaloso debate, haciéndoles olvidar su pasion y abrazarse como amigos. ¡Dichosos si con aquel abrazo hubiesen cerrado la puerta para siempre á los tristes y crueles resentimientos en que habian de abrasarse despues!

Establecida asi la paz, Pizarro se ofreció gustoso á quedarse con la gente, yendo Almagro, como lo tenia de costumbre, por los socorros á Panamá. Reconocieron antes todos los sitios contiguos á la bahía en que se hallaban, y desengañados de que ninguno les era conveniente, determinaron retroceder y fijarse en la isla del Gallo, punto mas oportuno para sus fines. Almagro, por tanto, dió la vela para Panamá, y Pizarro, con ochenta y cinco hombres, único resto que quedaba despues de tantos refuerzos, se dirigió á la isla, desde donde á pocos dias envió el navío que le quedaba para que se quedase en Panamá y volviese con Almagro.

Este concierto y disposiciones de los dos capitanes alteraron en gran manera los ánimos de los soldados, que ya no á escondidas, sino en corrillos y á voces, se quejaban de su inhumanidad y dureza. «¿No eran bastantes por ventura tantos meses de desengaños, en que no habian hecho otra cosa que hambrear, enfermar, hincharse y perecer? Corrido habian palmo á palmo aquella costa cruel, sin que hubiese punto alguno en ella que no los hubiese rechazado con pérdida y con afrenta. ¿Qué peligros dignos del nombre español habian encontrado allí, qué riquezas que correspondiesen á las magníficas esperanzas que se les habian dado al salir? El poco oro recogido en los asaltos que de tarde en tarde hacian, se enviaba por ostentacion á Panamá, y á servir tambien de incentivo que trajese mas víctimas al matadero; y ellos en tanto, perdidos siempre entre manglares, sin mas alimento que la fruta insípida de aquellos árboles tristes, ó las raices mal sanas de la tierra, cayéndoles continuamente los aguaceros encima, desnudos, hambrientos, enfermos, arrastraban penosamente la vida para estar martirizados mortalmente por los mosquitos, asaeteados por los Indios, devorados por los caimanes. Ochenta eran los que al principio habian salido de Panamá, y despues de tantos refuerzos como Almagro habia traido, eran ochenta y cinco los que quedaban. Bastarles debiera tanta mortandad, y no empeñarse en sacrificar aquel miserable resto á su inhumana terquedad

(1) Al maestre escuela no le daban allí otro nombre á la sazon que el de *Hernando el loco*, por el empeño que tenia en ayudar y proteger los proyectos quiméricos de aquellos dos hombres temerarios, y porque todos suponian suyo el caudal con que la empresa se habia empezado.

y á sus esperanzas insensatas. La rica tierra que estaban siempre pregonando se alejaba cada vez mas de su vista y de su diligencia, y el continente de América se les defendia por aquel lado con mas estension y rigor que se habia resistido el opuesto á los esfuerzos obstinados y valientes de Ojeda y de Nicuesa. Tanto tiempo, en fin, perdido, tan inútiles tentativas, tantas fatigas, tantos desastres, debieran ya convencerlos de que la empresa era imposible, ó por lo menos temerario quererla llevar á su cima con medios tan desiguales.»

No era fácil responder, ni mucho menos acallar estas quejas amargas del desaliento. Los jefes, recelando que fuesen todavía mas ponderadas las noticias que se enviasen á Panamá, y que asi la empresa se desacreditase del todo, resolvieron que Almagro recogiese todas las cartas que se enviasen en los navíos; pero este abuso de confianza produjo entonces lo que siempre, mucha mengua y ningun fruto. La necesidad, mas sutil que la sospecha, supo abrirse paso seguro, á despecho de los dos capitanes, para las nuevas que queria enviar. Escribióse un largo memorial, en que se contenian los desastres pasados, los muchos castellanos que habian muerto, la opresion y cautiverio en que gemian los que restaban, y concluian con la súplica mas vehemente y lastimera para que se enviase por ellos y se los libertase de perecer (1). Este memorial se metió en el centro de un grande ovillo de algodon que un soldado enviaba con el pretesto de que le tejiesen una manta, y llegó á Panamá con Almagro. Hallóse modo de que la mujer del gobernador pidiese el ovillo para verlo, y desenvuelto entonces y encontrado el escrito, el gobernador, que se enteró por su contenido de la estremidad en que aquella gente se hallaba, determinó enviar por ellos y escusar mas desgracias en adelante, ya que las pasadas no se podian remediar. Ayudó mucho á esta resolucion ver confirmadas las noticias del memorial con lo que decian algunos de los que venian con Almagro, no muy acordes en esto con las miras de su capitan. Asi, á pesar de los ruegos, reclamaciones y aun amenazas que hicieron los dos asociados en la empresa, el gobernador, sordo á todo, dió la comision á un Juan Tafur, dependiete suyo y natural de Córdoba, de ir con dos navíos á recoger aquellos miserables y traérselos á Panamá.

Hallábanse ellos entre tanto en la isla del Gallo, donde pasaban las mismas angustias que siempre, menos las que nacian de las hostilidades de los naturales; porque los Indios, por no estar cerca de ellos, les habian abandonado la isla y acogídose á tierra firme. Llegaron los dos navíos, y mostrada por Tafur la órden del gobernador, fue tanta la alegría de los soldados, que se abrazaban como si salieran de muerte á vida, y bendecian á Pedro de los Rios como su libertador y su padre. Pizarro solo era el descontento; sus dos asociados le escribian que a todo trance (2) se mantuviese firme y no malograse la espedicion volviéndose á Panamá, que ellos le socorrerian al instante con armas y con gente. Viendo pues el alboroto de los soldados, y su voluntad determinada de desamparar la empresa, «volveos en buen hora, les dijo, á Panamá los que tanto afan teneis de ir á buscar allí los trabajos, la pobreza y los desaires que os esperan. Pésame de que asi querais perder el fruto de tan heróicas fatigas, cuando ya la tierra que os anuncian los Indios de Tumbez os espera para colmaros de gloria y de riquezas. Idos, pues, y no direis jamás que vuestro capitan no os ha acompañado el primero en todos vuestros trabajos y peligros, cuidando siempre mas de vosotros que de sí mismo.»

Ni se persuadian ellos por tales razones, cuando él, sacando la espada y haciendo con ella una gran raya en el suelo, de Oriente á Poniente, y señalando el Mediodia como su derrotero, «por aquí, dijo, se va al Perú á ser ricos; por acá se va á Panamá á ser pobres; escoja el que sea buen castellano lo que mas bien le estuviere.» Dicho esto, pasó la raya, siguiéndole solo trece de todos cuantos allí habia; arrojo magnánimo, y que las circunstancias todas que mediaban hacen verdaderamente maravilloso. La historia espresa los nombres de todos estos valientes españoles; pero los mas memorables entre ellos son el piloto Bartolomé Ruiz, por sus conocimientos y servicios; un Pedro de Candía, griego de nacion y natural de la isla de su nombre, que despues hizo algun papel en los acontecimientos que se siguieron, y un Pedro Alcon, que á poco perdió el juicio y dió en los disparates que luego se contarán (3).

Con la restante muchedumbre se volvió Tafur á Panamá, no queriendo dejar á Pizarro uno de los navíos, como ahincadamente se lo rogaba, y consintiendo á duras penas que quedasen con el los indios de Tumbez y una corta porcion de maiz por toda provision. El, viéndose solo con tan poca gente, determinó abandonar la isla del Gallo, donde los naturales podian volver y esterminarlos, y se pasó á otra isla situada á seis leguas de la costa y á tres grados de la línea, que por despoblada no presentaba el mismo peligro.

Esta ventaja era lo único que podia resarcir los demás inconvenientes de aquella mansion infernal. Fuéle puesto el nombre de Gorgona; por las muchas fuentes, rios y gargantas de agua que bullen en la isla. Jamás se ve el sol allí, jamás deja de llover, y las altas montañas, los bosques espesos, la destemplanza del cielo y la esterilidad de la tierra, la dan un aspecto salvaje y horrible; propia estancia solamente de desesperados como ellos. Hicieron barracas para abrigarse, construyeron una canoa para salir

(1) Gomara dice que este memorial fue escrito por un Saavedra, natural de Trujillo, y que iba firmado de muchos. Saavedra lo daba por copliata, pues el memorial acaba asi:

Pues, señor Gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recogedor,
Y aquí queda el carnicero.

(2) La espresion literal era: «Que aunque supiese reventar, etc.»

(3) Herrera cuenta este paso de otro modo, y segun él, la raya quien la hizo fue Tafur, quien por consideracion á Pizarro quiso dejar la libertad de quedarse con él á los que quisiesen. Garcilaso, Montesinos y otros muchos lo cuentan como va en el testo. Los nombres de los trece que se quedaron con su capitan, pueden verse en la capitulacion inserta en el apéndice 4.°

á pescar á mar abierto, y con los peces que cogian y la caza que mataban, ayudados del maiz que les dejó Tafur, se fueron sustentando trabajosamente todo el tiempo que tardó el socorro, que fueron cinco meses. Pizarro, como siempre, era el principal proveedor; pero toda su diligencia y todos sus esfuerzos no bastaban á cerrar la entrada á las enfermedades que en aquel país insalubre necesariamente habian de contraer, ni al desaliento consiguiente á ellas, pues, aunque al parecer de hierro, sus corazones eran de hombres. Pasábanse los dias, y el socorro no llegaba; cualquier remolino de olas, cualquera celaje que viesen á lo lejos se les figuraba el navío. La esperanza, engañada tantas veces, se convertia en impaciencia, y al fin en desesperacion. Ya trataban de hacer una balsa en que irse costeando á Panamá, cuando se divisó el navío, cuya vela al principio, aunque patente á los ojos, no era creida por el alma, escarmentada con tantos engaños. Acercóse al fin, y no cabiendo ya duda, se abandonaron á toda la alegría que debia inspirarles el gusto de verse socorridos y la satisfaccion de no perder el fruto de tantos sufrimientos.

Pero el socorro no era tan grande como esperaban y como merecian. Venia el navío solo con la marinería necesaria para la maniobra, y conducíale Bartolomé Ruiz, á quien Pizarro habia enviado con Tafur para que apoyase con su reputacion y esperiencia lo que él escribia al gobernador y á sus asociados. Sus razones y sus esperanzas pudieron menos que las lástimas de los demás. Al oirlas se desbandó toda la gente que Almagro tenia alistada para enviar á su compañero; el gobernador, pesaroso de la pérdida de tantos castellanos y ofendido de la tenacidad del descubridor, amenazaba abandonarle á su mal destino, bien que, vencido al fin por los ruegos y quejas de los dos asociados, permitió que saliese el navío, pero con la intimacion, tan precisa como severa, de que Pizarro dentro de seis meses habia de volver á dar cuenta de lo que hubiese descubierto.

El, oidas estas noticias, tomó inmediatamente el partido que á su situacion convenia, y dejando en la isla á dos de sus compañeros, que por enfermos y débiles no podian seguirle (1), y todos los indios de servicio que allí tenian, con los once españoles restantes y con los indios tumbecinos, monta en el navío y dirige su rumbo por donde le habia antes llevado el piloto Bartolomé Ruiz. A los veinte dias halla y reconoce la isla que despues se llamó de Santa Clara, puesta entre la de Puna y Tumbez; paraje desierto, pero consagrado á la religion del país, donde un adoratorio y diferentes alhajuelas de oro y plata que allí hallaron, construidos en figuras de piés y manos, á modo de nuestras ofrendas votivas en los altares milagrosos, les presentan ya una muestra de la industria y la riqueza del país que iban buscando. Al dia siguiente, navegando siempre adelante, se encuentran con balsas cargadas de indios vestidos de camisetas y mantas y armados á su usanza. Eran de Tumbez y iban á guerrear con los de Puna. Pizarro les hizo á todos ir con él, asegurándoles que no trataba de hacerles mal, sino de que le acompañasen hasta Tumbez. En medio de la estrañeza y maravilla que unos á otros se causaban, se iban acercando á la costa, la cual, baja y llana, sin manglares ni mosquitos, parecia á los Castellanos tierra de promision comparándola con las que habian visto hasta allí. Surge en fin el navío en la playa de Tumbez; los de las balsas tuvieron libertad de ir á tierra, encargándoles el capitan español que dijesen á sus señores que él no iba por aquellas tierras á dar pesadumbre á ninguno, sino á ser amigo de todos.

Coronaba la orilla cuando salieron una muchedumbre de indios, que contemplaban pasmados aquella máquina nunca vista, y se admiraban de ver venir en ella y saltar en las balsas gente de su propio país. La maravilla y la curiosidad crecian cuando, llegando á tierra aquellos indios y dirigiéndose al instante al curaca del pueblo, que asi llamaban allí á los caciques, le dieron cuenta de lo que habian visto en los estranjeros y de lo que les contaron los indios intérpretes que traian. Avivado con estas noticias el deseo de conocerlos mejor, fue enviado al navío en diez ó doce balsas todo el bastimento que tuvieron á mano. Hallábase allí á la sazon uno de aquellos nobles peruanos á quienes por la deformidad de sus orejas y por el adorno que en ellas traian pusieron despues los nuestros el nombre de *orejones*. Este quiso ser del viaje, proponiéndose observarlo todo con el mayor cuidado para poder dar noticia de ello al rey del país. Pizarro, que recibió el presente y á los que le llevaban con el mayor agrado y cortesía, no pudo menos de admirarse del reposo y buen seso y de las preguntas atinadas y prudentes que el orejon le hacia. Dióle por tanto alguna noticia del objeto de su viaje, de la grandeza y poder de los reyes de Castilla, y de los puntos esenciales de la religion católica. Todo lo oia con atencion y sorpresa el peruano, y entretenido con las novedades que veia y escuchaba, se estuvo en el navío desde la mañana hasta la tarde. Comió con los Castellanos, alabóles su vino, que le pareció mejor que el de su tierra, y al despedirse le dió Pizarro unas cuentas de margaritas, tres calcedonias, y lo que fue de mas precio para él, una hacha de hierro. Al curaca envió dos puercos, macho y hembra, cuatro gallinas y un gallo. Despidiéronse de este modo amigablemente, y rogando el orejon á Pizarro que dejase ir con él algunos castellanos para que el curaca los viese, condescendió el capitan, mandando que fuesen á tierra Alonso de Molina y un negro.

Llegados al pueblo, la maravilla y sorpresa de los Indios subió al último punto cuando tocaron por sus ojos lo que les habian dicho los de las balsas. Todo los desatinaba: la estrañeza de aquellos animales, el canto petulante y chillador del gallo, aquellos dos hombres tan poco semejantes á ellos y tan diferentes entre sí.

(1) Herrera hace mencion de estos dos con los nombres de Paez y de Trujillo; pero estos apellidos no están entre los trece que antes tiene espresados, y despues repite al contar las mercedes que les hizo el emperador.

Quién cuando el gallo cantaba preguntaba lo que pedia; quién hacia lavar al negro para ver si se le quitaba la tinta que á su parecer le cubria; quién tentaba la barba á Alonso de Molina y le desnudaba en parte para considerar la blancura de su cuerpo. Todos se agolpaban sobre ellos, hombres, viejos, niños y mujeres, regocijándolos el negro con sus gestos, sus risas y sus movimientos, y respondiéndoles Molina por señas, segun podia, á lo que le preguntaban. Las mujeres sobre todo, mas curiosas y mas espresivas, no cesaban de acariciale y de regalarle, y aun dábanle á entender que se quedase allí y le darian una moza hermosa por mujer. Pero si los Indios estaban admirados del aspecto de los estranjeros, no lo estaba menos Alonso de Molina de lo que veia en la tierra. A ojos acostumbrados tantos meses á no ver mas que manglares, sierras ásperas, pantanos eternos, salvajes desnudos y feroces, y miserables bohios, debió sin duda causar tanta alegría como asombro hallarse de pronto con un pueblo ajustado y gobernado con alguna especie de policía, con hombres vestidos, con habitaciones construidas de un modo regular, un templo, una fortaleza; á lo lejos sementeras, acequias, rebaños de ganados, y dentro oro y planta con abundancia en adornos y utensilios.

Contábalo él de vuelta al navío, y lo encarecia de tal modo, que Pizarro no atreviéndose á darle fe, quiso que saliese á tierra Pedro de Candía para informarse mejor. Candía tenia otro ingenio y otra esperiencia de mundo que Molina; era ademas alto, membrudo, de gentil disposicion; y las armas resplandecientes de que salió vestido, en que los rayos del sol reverberaban le presentaron á los ojos de los simples Peruanos como objeto de respeto y de veneracion, tal vez como un ser favorecido de su númen tutelar. Llevaba al hombro un arcabuz, que por las noticias que dieron los Indios de las balsas, le rogaron que disparase; el lo hizo apuntando á un tablon que estaba allí cerca, y lo pasó de parte á parte, cayendo al suelo unos indios al estrépito, y otros gritando despavoridos de asombro (1). Agasajado y acariciado con tanto afecto como Molina, aunque no con tanta sorpresa ni confianza, reconoció la fortaleza, y visitó el templo á ruego de las vírgenes que le servian. Llamábanlas *mamaconas*; estaban consagradas al sol, y su ocupacion, despues de cumplir con las ceremonias del culto, era labrar tejidos finísimos de lana. El agasajo y espresion viva y afectuosa de aquellas criaturas simples é inocentes interesarian sin duda menos al curioso estranjero que las planchas de oro y plata de que estaban cubiertas á trechos las paredes del adoratorio y prometian tan largo premio á su codicia y á la de sus compañeros. Despidióse en fin del curaca, y regalado con cantidad de provisiones diversas entre las cuales se señalaban un carnero y un cordero del país (2), se volvió al navío, en donde refirió cuanto habia visto con espresiones harto mas ponderadas y magníficas que las de Alonso de Molina.

Entonces no quedó ya duda al capitan español de la grandeza y opulencia de la tierra que se le presentaba delante, y volvió con dolor su pensamiento á los compañeros que le habian abandonado, y cuya desercion le privaba de emprender cosa alguna de momento. Sin duda en recompensa de aquel buen hospedaje que recibia, sentia que sus pocas fuerzas no le consintiesen ocupar violentamente el pueblo, hac rse fuerte en su alcázar y despojar á los habitantes y á su templo de aquellas riquezas tan encarecidas. Su buena fortuna le escusó entonces el peligro de este mal pensamiento. Las divisiones en el imperio de los Incas no habian empezado aun: Huayna-Capac vivia, y las fuerzas todas de aquel grande Estado, dirigidas por un príncipe tan hábil como firme, cayendo de pronto sobre aquellos pocos advenedizos, fácilmente los hubieran esterminado, ó por lo menos no les dejaran destruir aquella monarquía tan á su salvo como lo hicieron despues.

Las noticias adquiridas en Tumbez no llenaron todavía los deseos de Pizarro, que determinó pasar adelante y descubrir mas país. Su anhelo era ver si podia hallar ó tener noticia de Chincha, ciudad de la cual los Indios le contaban cosas maravillosas. Siguió pues su rumbo por la costa, tocaron y reconocieron el puerto de Payta, tan célebre despues, el de Tangarala, la punta de la Aguja, el puerto de Santa Cruz, la tierra de Colaque, donde despues se fundaron las ciudades de Trujillo y de San Miguel, y en fin, el puerto de Santa, á nueve grados de latitud austral. Allí, ya navegadas y reconocidas mas de doscientas leguas de costa, sus compañeros le pidieron que los volviese á Panamá; que el objeto de tantas fatigas y penalidades estaba ya conseguido con el descubrimiento incontestable de un país tan grande y tan rico. El lo juzgó asi tambien, y el navío volvió la proa al Occidente, siguiendo el mismo camino que habia llevado hasta allí.

A la ida y á la vuelta los Indios, prevenidos por la fama, salieron en todas partes á su encuentro con igual curiosidad que inocencia y confianza. Admiraban la estrañeza del navío en que iban, su figura, sus armas y la ventaja inmensa que les llevaban en fuerza y en industria. «Juzgaban de ellos entonces por lo que habian visto en Tumbez,» segun la candorosa espresion de Herrera; y la liberalidad, el agasajo, la fiesta y regocijo con que los trataban eran consiguientes á la idea que tenian de su humanidad y cortesía. Indio hubo que les tuvo guardados, y les presentó un jarro de plata y una espada que se les habia perdido en un vuelco de balsa que padecieron á la ida. Bastimentos les llevaban cuantos podian desear; presentes muchos de mantas y collares de chaquira; oro no les daban, porque los Castellanos, segun las juiciosas disposiciones de su capitan, ni lo pedian ni lo tomaban ni mostraban anhelarlo. Viendo esta ami-

(1) Aquí añaden las relaciones antiguas que los Indios sacaron un tigre y un leon á ver si se defendia de ellos; que Candía disparó su arma, y que los animales se vinieron mansos para él. Herrera lo cuenta, pero como que le cuesta dificultad creerlo: ahora ya no es difícil colocar este hecho entre la multitud de patrañas con que está afeada nuestra historia del Nuevo Mundo.

(2) Eran dos llamas, que los Españoles, dándoles el nombre de carneros y ovejas de la tierra, comparaban, y no sin razon, á pequeños camellos.

gable disposicion de los naturales y la abundancia de la tierra, Alonso de Molina y un marinero llamado Ginés pidieron licencia para quedarse, y Pizarro se la dió, encomendándoselos mucho á los Indios y encareciendoles el valor de esta confianza. Molina quedó en Tumbez, y Ginés en otro punto mas atrás. Ya antes Bocanegra, otro marinero se habia escapado del navío en la costa de Colaque por disfrutar de la bondad de la gente y de lo risueño del pais, sin que las diligencias que hizo su capitan para reducirle á que volviese produjesen efecto alguno. En fin, como para aumentar mas los vínculos entre unos y otros y procurarse medios de comunicacion para lo futuro, pidió Pizarro que le diesen algunos muchachos que aprendiesen la lengua castellana y pudiesen servirles de intérpretes cuando volviese. Diéronle dos, uno que despues bautizado se llamó don Martin, y el otro Felipillo, harto célebre despues por la parte que algunos le atribuyen en la muerte del inca Atahualpa.

Pero de todas cuantas conferencias tuvieron con los Indios, y de cuantos agasajos y obsequios de ellos recibieron, ninguno igualó en gala y cortesía ni alcanza en interés, al modo que tuvo de acogerles y regalarlos una india principal en un puerto cercano al de Santa Cruz. Ansiaba ella ver y tratar aquellos estranjeros que la fama le presentaba tan estraños, tan valientes y tan comedidos. Pizarro, aunque sabedor de sus deseos y buena voluntad, no habia podido sasisfacerla á la ida, y habia prometido visitarla cuando volviese. Con efecto, luego que estuvo de vuelta trató de cumplirla esta palabra, y con tanta mas razon, cuanto que Alonso de Molina, que casualmente habia tenido que quedarse en la tierra todo aquel tiempo, habia sido tratado por aquella señora con una atencion y un agasajo sin igual, que él no se cansaba de ponderar y aplaudir. Señalóse, pues, el punto donde iria el navío para las vistas, y no bien llegaron á él, cuando se le acercaron muchas balsas con cinco reses y otros mantenimientos de parte de Capillana, que asi entendieron los Españoles que se llamaba la india. Envióles á decir ademas «que para dar mas confianza á los estranjeros, ella queria fiarse primero del capitan, y iria al navío á verlos á todos, y despues les dejaria en él prendas bastantes para que estuviesen seguros en tierra todo el tiempo que quisiesen.» Pizarro, para corresponder á esta atencion delicada, mandó que saliesen del navío al instante y fuesen á saludarla el tesorero Nicolás de Rivera, Pedro Alcon y otros dos españoles.

Recibiólos ella con una cortesía igual á sus demostraciones primeras. Hízolos sentar y comer junto á sí, dióles ella misma de deber, diciendo que asi se usaba hacer en su tierra con sus huéspedes; y despues añadió que queria inmediatamente ir al navío y rogar al capitan que saltase en tierra, pues ya iria fatigado de la mar. Contestaron ellos que viniese en buen hora, y al instante se puso en camino. Llegada al navío, Pizarro la recibió con toda urbanidad y respeto, la regaló con cuanto su estado y posicion permitia, y los Castellanos se esmeraron en conducirse con ella con la mejor crianza y comedimiento. Ella en seguida manifestó que pues siendo mujer se habia atrevido á entrar en el navío, el capitan, que era hombre, podria mejor saltar á tierra, quedando allí cinco de los mas principales de sus indios para que lo hiciese con toda confianza; á lo que contestó Pizarro que por haber enviado delante de sí toda su gente y venir con tan poca compañía no lo habia hecho; pero que ahora, visto el afecto con que los favorecia, saltaria contento en tierra sin que fuesen para ello necesarias prendas ningunas de seguridad. La india con esto se volvió á su albergue á disponer la solemnidad con que habian de ser recibidos y agasajados huéspedes que tanto codiciaba.

Al romper el dia ya estaban alrededor del navío mas de cincuenta balsas para conducir al capitan. Iban en una doce indios principales, que luego que entraron en el buque dijeron que ellos se quedaban allí para seguridad de los Españoles; y asi lo hicieron, por mas que Pizarro porfió en que saltasen á tierra con él. Bajó, en fin, á la playa seguido de sus compañeros, y la india salió á recibirlos acompañada de mucha gente, todos en órden, con ramos verdes y espigas de maiz en las manos. Llevólos á una enramada preparada al intento, donde en el sitio principal estaban dispuestos los asientos de los huéspedes, y otros algo desviados para los Indios. Siguióse el banquete, compuesto de todos los alimentos que daba de sí el país, diversamente aderezados. Al banquete sucedió la danza, que los Indios ejecutaron con sus mujeres, admirándose los Españoles cada vez mas de hallarse entre gentes tan atentas y entendidas. Tomó Pizarro luego la voz, y por medio de los intérpretes les manifestó su gratitud por las honras que le hacian y la obligacion en que por ellas les estaba. Para acreditarla en el momento les indicó la errada religion en que vivian, la inhumanidad y barbarie de sus sacrificios, la nulidad y repugnancia de sus dioses. Díjoles algunos de los principales fundamentos de la religion cristiana, y les prometió que á su vuelta les traeria personas que los adoctrinasen en ella. Y concluyó con hacerles entender que era preciso que obedeciesen al rey de Castilla, monarca poderosísimo entre Cristianos, y pidiéndoles que en señal de obediencia alzasen aquella bandera que en las manos les ponia. A juzgar por nuestras ideas presentes, el tiempo á la verdad no era el mas á propósito para hacerles esta estraña propuesta. Los Indios ciertamente fueron mas corteses y comedidos: sin disputar sobre la preferencia ni de religion ni de rey, tomaron la bandera, y por dar gusto á su huésped, la alzaron tres veces, bien asi como por burla, no creyendo que se comprometian nada en ello, y bien seguros de que no habia en el mundo otro rey mas poderoso que su inca Huayna-Capac.

Los Españoles, agasajados y honrados de este modo, se volvieron al navío, donde Pedro Alcon, viendo que ya se preparaban á partir, rogó á Pizarro que le dejase en la tierra. Era Alcon de aquellos hombres que adoran en su persona, y su manía en ataviarse y engalanarse llegaba á tal estremo que sus compañeros se burlaban de él, y decian que parecia mas bien soldado galan

de Italia, que miserable descubridor de manglares. Cuando de órden de Pizarro bajó del navío á saludar á la india, creyó que aquella era la propia ocasion de lucirse, y se vistió su jubon de terciopelo, sus calzas negras, un escofion de oro con su gorra y medalla en la cabeza, y la espada y daga á los dos lados. Asi salió pavoneándose y presumiendo rendir toda la tierra con su bizarría. La presencia de Capillana acabó de trastornarle la cabeza, porque sea que ella fuese de hermosa disposicion, sea que su dignidad y cortesía le cautivasen la voluntad, él luego que estuvo en su presencia empezó á echarla ojeadas, á suspirar y á mostrar su aficion y sus deseos con las simplezas pueriles de un amor tan importuno como insensato. Ella no se dió por entendida, pero Alcon que la habia ya marcado como conquista suya, y no queria perder tan grata esperanza, resolvió quedarse en la tierra, y en su consecuencia pidió á su capitan licencia para ello. Negósela resueltamente Pizarro, conociendo su poco juicio; y él, viendo venirse al suelo la torre de sus vanos pensamientos, perdió de improviso la cabeza, y empezó á grandes gritos á insultar á sus compañeros y á dar muestra de querer herirles con una espada rota que acaso se halló á la mano. Y aunque el desventurado habia enloquecido de amor, no era amor lo que deliraba; sus improperios y voces se dirigian todos á llamarlos «bellacos usurpadores de aquella tierra, que era suya y del rey su hermano»; por donde se venian en conocimiento que las ideas de ambicion y mando habian fermentado en su cabeza tanto como las de galantería y presuncion. Para escusar pues los inconvenientes de sus amenazas y de sus insultos, tuvieron que amarrarle á una cadena y ponerle debajo de cubierta, y allí recogido, no fue de peligro ni de enojo á sus compañeros. No se sabe si en adelante sanó de su frenesí, si bien inclina á creerlo verle comprendido despues en las gracias y honores que el emperador concedió á los esforzados moradores de la Gorgona.

Sin este desagradable incidente todo hubiera sido bonanza en aquel dichoso viaje. Pizarro, ya impaciente por terminarle, no quiso detenerse mas en la costa desde que salió de Tumbez, y dirigiéndose á la Gorgona, recogió á uno de los dos soldados que allí habia dejado, pues el otro era muerto; y con él y los indios que le acompañaban siguió su rumbo á Panamá (á fines del año 1527.) Allí entró al fin, despues de mas de un año que habia salido, andadas y reconocidas doscientas leguas de costa, descubierto un grande y rico imperio, y vencedor de los elementos y de la contradicion de los hombres.

Los tres asociados se abrazarian sin duda en Panamá con la alegría y satisfaccion consiguiente á la gran perspectiva de gloria y de riqueza que se les presentaba delante. Pero aunque el descubrimiento de las nuevas regiones estuviese conseguido, faltaba realizar su conquista: empresa por cierto harto mas ardua y costosa. Medios no los tenian, gente tampoco. El gobernador Pedro de los Rios les negaba resueltamente uno y otro; en Pedrarias no podian ó no querian confiarse; y por otra parte, depender de ágena mano en empresa de tanta importancia era esponerse á los mismos inconvenientes que acababan de esperimentar. Resolvieron pues acudir á la córte, darla cuenta de lo que habian hecho, y pedir los títulos y autorizacion competente para dar por sí mismos cima á lo que tenian comenzado. Ofrecióse aquí otra dificultad, y fue quién habia de tomar este encargo sobre sí. Pizarro, ó deseoso de descansar, ó no teniendo bastante confianza en sí mismo para negociar en la córte, no se prestaba fácilmente á ello. Luque, conociendo el carácter de sus dos compañeros, queria que se diese la comision á un tercero, ó que por lo menos fuesen los dos á negociar. Pedro Almagro, mas franco y confiado, dijo que nadie debia ir sino Pizarro; que era mengua que el que habia tenido ánimo para sufrir por tanto tiempo la hambre y trabajos nunca oidos que habia pasado en los manglares, le perdiese ahora para ir á Castilla á pedir al rey aquella gobernacion; que esto se hacia mejor por sí que por comisionados; y que el mismo que habia visto y reconocido el país podia hablar mejor de él y disponer los ánimos á la concesion de lo que se iba á solicitar. La razon estaba evidentemente á favor de este dictámen desinteresado: Pizarro se rindió al fin, y Luque, condescendiendo tambien, no dejó por eso de anunciar lo que despues sucedió, en aquellas palabras proféticas: «¡Plegue á Dios, hijos, que no os hurteis uno al otro la bendicion, como Jacob á Esaú! Yo holgara todavía que á lo menos fuérades entrambos.»

Determinóse en seguida que la negociacion debia dirigirse á pedir la gobernacion de la nueva tierra para Pizarro, el adelantamiento para Almagro, el obispado para Luque, el alguacilazgo mayor para Bartolomé Ruiz, y otras diferentes mercedes para los demás de la Gorgona. Y habiendo reunido con harta dificultad mil y quinientos pesos para esta espedicion, Pizarro se despidió de sus dos asociados, prometiéndoles negociar fielmente en su favor; y llevando consigo á Pedro Candía y á algunos indios vestidos á su usanza, con muestras del oro, plata y tejidos del país, se embarcó en Nombre-de-Dios, y llegó á Sevilla á mediados de 1528.

Mas apenas habia saltado en tierra cuando fue preso á instancia del bachiller Enciso, en virtud de una antigua sentencia que tenia ganada contra los primeros vecinos del Darien, por razon de deudas y cuentas atrasadas. De este modo recibia su patria á un hombre que le traia tan magníficas esperanzas; y el que poco tiempo despues habia de eclipsar con su fasto y su poder á los próceres y aun príncipes de su tiempo se vió vergonzosamente encarcelado como un tramposo, y embargado el dinero y efectos que traia consigo. No duró mucho, sin embargo, la prision; porque noticioso el Gobierno de sus descubrimientos y proyectos, dió órden de que al instante se le pusiese en libertad y se le proveyese de sus dineros mismos para que se presentase en Toledo, donde la córte á la sazon se hallaba.

Su presencia y discrecion no desmintieron en este nuevo teatro la fama que le habia precedi-

do. Alto, grande de cuerpo, bien hecho, bien agestado; y aunque de ordinario era, segun Oviedo, taciturno y de poca conversacion, sus palabras cuando queria eran magníficas, y sabia dar grande interés á lo que contaba. Tal se presentó delante del emperador; y al pintar lo que habia padecido en aquellos años crueles, cuando por estender la fe cristiana y ensanchar la monarquía habia estado tanto tiempo combatiendo con el desamparo, con el hambre y con las plagas todas del cielo y de la tierra, conjuradas en contra suya, lo hizo con tanto desahogo y con una elocuencia tan natural y tan persuasiva, que Cárlos se movió á lástima, y recibiendo sus memoriales con la gracia y benignidad que solia, los mandó pasar al consejo de Indias para que allí se le hiciese favor y se le despachase. La ocasion no podia ser mas oportuna: Cárlos V, entonces halagado por la victoria y por la fortuna, se veia en la cumbre de su gloria. Humillada Francia con la derrota de Pavía y la prision de su rey, puesta en respeto Italia con el escarmiento de Roma, árbitro de la Europa, disponiéndose á partir para recibir de las manos del Pontífice en Bolonia la corona imperial; y como si todo esto junto fuese aun poco, puestos dos españoles á sus piés, aquel acabando de darle un grande y rico imperio, este presentándose á ofrecerle otro mas vasto y mas opulento.

Viéronse en efecto en aquella ocasion Hernan Cortés y Pizarro, que se conocian ya desde su primera residencia en Santo Domingo, y aun se dice que eran amigos. Cortés venia á combatir con su presencia las dudas que se tenian de su fidelidad, y es cierto que si realmente las hubo, fueron desvanecidas como sombras al esplendor de la magnificencia, bizarría y discrecion maravillosa que desplegó en aquel afortunado viaje. Los honores brillantes que recibió del emperador y de la córte, pudieron servir á Pizarro de estímulo noble y poderoso para animarle á hechos igualmente grandes. Los dineros con que se dice que el conquistador de Méjico ayudó entonces al descubridor del Perú, le fueron por ventura menos útiles que la prudencia y maestría de sus consejos. Util le fue tambien la especie de ingratitud usada entonces con Cortés, á quien, á pesar de las honras y mercedes que se le prodigaban, no fue concedido el mando político de un reino en cuya conquista habia hecho muestra de un valor y de unos talentos tan sublimes como singulares. Pizarro lo tuvo presente al estender su contrata para la pacificacion de las regiones que habia descubierto, y no consintió que se le pusiese en ellas ni superior ni aun igual.

La ambicion, hasta entonces ó dormida ó suspensa en su ánimo, se despertó con una violencia tal, que le hizo romper todos los vínculos de la fe prometida, de la amistad y de la gratitud. No solo se hizo nombrar por vida gobernador y capitan general de doscientas leguas de costa en la Nueva Castilla, que tal era el nombre que se daba entonces al Perú, sino que procuró tambien para sí el título de adelantado y el alguacilazgo mayor de la tierra, dignidades que, segun lo convenido, debia negociar la una para Almagro, la otra para Bartolomé Ruiz. La alcaidía de la fortaleza de Tumbez, la futura del gobierno en caso de faltar Pizarro, la declaracion, en fin, de hidalguía, y la legitimacion de un hijo natural, no podian ser para Almagro mercedes y honores suficientes á disminuir la distancia y superioridad inmensa á que su compañero se ponia respecto de él. Menos descontento pudo quedar Bartolomé Ruiz, puesto que el título de piloto mayor de la mar del Sur, y el de escribano de número de la ciudad de Tumbez para un hijo suyo cuando estuviese en edad de desempeñarlo, no eran gracias tan desiguales á su mérito y á sus servicios. Pedro de Candía fue hecho capitan de la artillería que habia de servir en la espedicion, y todos los famosos de la Gorgona declarados fidalgos los que no lo eran, y caballeros de la espuela dorada los que ya tenian aquella calidad. Solo Fernando de Luque pudo quedar satisfecho de la consecuencia y buena fe de su asociado. Por fortuna los títulos y dignidades eclesiásticas á que él aspiraba no podian competir con la preeminencia y prerogativas del nuevo gobernador, y á esto debió sin duda ser electo para el obispado que debia establecerse en Tumbez, y nombrado, mientras las bulas se despachaban en Roma, protector general de los Indios en aquellos parajes, con mil ducados de renta anual (1).

Logró además Pizarro para sí la merced del hábito de Santiago; y no contento con las armas propias de su familia, consiguió que se les añadiesen nuevos timbres con los símbolos de sus descubrimientos. Una águila negra con dos columnas abrazadas, que era la divisa del emperador; la ciudad de Tumbez murada y almenada con un leon y tigre á sus puertas, y por lejos, de una parte el mar con las balsas que allí usaban, y de la otra la tierra con hatos de ganado y otros animales del país, fueron los blasones nuevos añadidos á las armas de los Pizarros. La orla era un letrero que asi decia: *Caroli Cæsaris auspicio, et labore, ingenio, ac impensa ducis Pizarro inventa et pacata.* Ofende la soberbia y se estraña la ingratitud que encierra en sí esta leyenda; pero no sé si todo desaparece con aquella jactancia, ó llámese bizarría verdaderamente española, con que daba por logrado todo lo que no estaba emprendido, y como conquistado y vencido lo que no hacia mas que descubrir. Habíase obligado por la capitulacion hecha con el gobierno á salir de España para su espedicion en el término de seis meses, y llegado á Panamá, emprender el viaje para las tierras nuevamente descubiertas en otro término igual. Erale pues forzoso ganar tiempo y aprovechar los pocos medios que le quedaban. Mas á fin de que se supiesen prontamente en Indias los despachos que iba á llevar, y no se hiciese novedad en la conquista, luego que tuvo junta alguna gente, envió delante como unos veinte hombres, los cuales llegaron en fines de aquel mismo año á Nombre-de-Dios. La diligencia no

(1) El, sin embargo, se daba despues por quejoso, asi de Pizarro como de Almagro, y los acusaba de ingratos en las cartas que escribia al cronista Oviedo. (Véase la *Historia General* de este capítulo 1 del libro 46.)

podia ser mas oportuna, pues ya Pedrarias en Nicaragua, aparentando quejas de que le hubiesen separado de la compañía en que al principio le admitieron, trataba de tomar la empresa por sí y otros asociados. Y aun á duras penas pudieron escapar de su ira y de sus garras Nicolás de Rivera y Bartolomé Ruíz, que de parte de Almagro habian ido en un navío á Nicaragua á publicar grandezas del Perú, y á escitar los ánimos á entrar y disponerse para la empresa luego que Pizarro volviese.

El entre tanto se hallaba en Sevilla continuando los preparativos de su viaje. Habia anteriormente pasado por Trujillo, con el objeto sin duda de abrazar á sus parientes, y disfrutar la satisfaccion, tan natural en los hombres, de presentarse aventajados y grandes en su patria, si antes en ella fueron tenidos en poco por sus humildes principios. Su familia, que quizá no habia hecho caso ninguno de él en el largo discurso de tiempo que habia mediado desde su partida, le recibió sin duda entonces con el agasajo y respeto debidos á quien iba á ser el arrimo y principal honor de toda ella. Cuatro hermanos que tenia, tres de padre y uno de madre, se dispusieron á seguirle y á ser sus compañeros de trabajos y de fortuna. Con ellos se presentó en Sevilla, y con ellos, luego que tuvo adelantados algun tanto los preparativos de la espedicion, se embarcó en los cinco navíos que componian su armamento.

Faltaba mucho para completar en él lo que habia capitulado con el gobierno. Sus medios eran tan cortos, y la empresa tan desacreditada, á pesar de sus magníficas esperanzas, que no habia podido completar la leva de ciento y cincuenta hombres que debia sacar de España. El plazo señalado estrechaba: ya el consejo de Indias, receloso de la falta de cumplimiento, y acaso tambien instigado por algun enemigo de Pizarro, trataba de examinar si los navíos aparejados para partir estaban provistos de la gente y pertrechos prescritos en la contrata. La órden estaba espedida para que fuesen visitados y reconocidos, y hallándoseles en falta no se les dejase salir. El, temeroso de esta pesquisa y ansioso de evitar dilaciones, dió la vela (19 de enero 1530) al instante en el navío que montaba, sin embargo de tener el tiempo contrario, dejando encargado el resto de la escuadrilla á su hermano Hernando Pizarro y á Pedro de Candía, con la advertencia de que en el caso de ser reconocidos y echándose de menos la gente que faltaba para el número convenido, respondiesen que iba en el navío delantero. De este modo el que á su llegada de Indias habia sido preso en Sevilla por deudas atrasadas, tambien por no poder ocurrir á los gastos en que se habia empeñado tenia que salir de España como un miserable fugitivo.

Fueron con efecto reconocidos los navíos, y preguntados judicialmente los religiosos dominicos que iban en la espedicion, Hernando Pizarro, Pedro de Candía y otros pasajeros (1). La contestacion fue tal, que satisfechos los ejecutores del registro, se permitió la salida, y los buques siguieron el rumbo de su capitana, que los esperaba en la Gomera. Reunidos allí, continuaron felizmente su navegacion á Santa Marta, donde Pizarro diera algun descanso á su gente á no habérsele empezado á desbandar, desalentada con las tristes y desesperadas noticias que corrian de los paises adonde iban. Huyó pues de allí como de una tierra enemiga, y dióse priesa á llegar á Nombre-de-Dios, donde desembarcó al fin con solos ciento veinte y cinco soldados.

A la nueva de su llegada corrieron al instante á saludarle sus dos compañeros, y el recibimiento que se hicieron los tres no desdijo de la amistad antigua y de los vínculos que los unian. No dejó, sin embargo, Almagro de darle sus quejas á solas: «era estraño por cierto, le decia, que cuando todos eran una cosa misma, él se hallase como escluido de los grandes favores de la córte y limitado á la alcaidía de Tumbez: gracia en verdad bien poco correspondiente á la amistad antigua que habia entre los dos, á la fe jurada, á los trabajos padecidos, á la mucha hacienda empeñada por él en la empresa. Y lo mas sensible para un hombre tan ansioso de ser honrado por su rey, era la mengua que recibia á los ojos del mundo viéndose asi escluido de sus justas esperanzas con tan poca estimacion, ó mas bien con tanto vilipendio.» A esto contestó Pizarro que no se habia olvidado de hacer por él cuanto debia; que la gobernacion no podia darse mas que á uno; que no era poco lo hecho en haber empezado á negociar, pues lo demás vendria fácilmente despues, mayormente cuando la tierra del Perú era tan grande, que habria sobrado para los dos; por último, que como su intencion era siempre de que lo mandase todo como propio, eran escusadas por lo mismo las dudas y las quejas, y debia quedar satisfecho.

El descargo á la verdad era bien insuficiente; pero en la sencilla y apacible condicion de Almagro hubiera bastado acaso á sosegar todas las inquietudes si Pizarro no trajera sus cuatro hermanos consigo. Pues ¿cómo presumir despues de lo pasado que el gobierno pospusiese los intereses de ellos á los de su amigo? No ¿cómo, aunque asi fuese, con llevar entre tanto la arrogancia y la soberbia de aquellos hombres nuevos, que todo lo despreciaban y todo les parecia poco? No hay duda que al valor y prendas de alma y cuerpo que desplegaron despues se debieron en gran parte las grandes cosas que se hicieron en la conquista; pero no es menos cierto que á su orgullo, á su ambicion y á sus pasiones se deben atribuir principalmente las guerras civiles que despues sobrevinieron, y aquel torbellino espantoso de desastres, de escándalos y de crímenes que los devoró á todos ellos.

Eran tres hermanos de padre, como ya se ha dicho: legítimo Hernando, y los otros dos, Juan y Gonzalo, bastardos como el gobernador; Francisco Martin de Alcántara, el cuarto, era hermano suyo por su madre. De ellos el mas señalado y el que influyó mas en los acontecimientos fue Hernando, no tanto por la preponderancia que le daba su legitimidad y mayoría, como por

(1) Este reconocimiento y probanza se hicieron en 27 de enero de 1530: existe todavía el documento auténtico de todo ello, y de él se deduce que eran cinco los navíos que Pizarro llevaba para la gente y pertrechos de guerra, y que iba además uno de pasajeros que no iban á la conquista.—(*Estractos* de Muñoz, año 1530.)

las grandes y encontradas calidades que se hallaban en su persona. Desagradable en sus facciones gentil y bizarro en la disposicion de su cuerpo, de modales finos y urbanos, de amable y gracioso hablar; su valor era á toda prueba, su actividad infatigable; en cualquiera objeto, en cualquiera acontecimiento, por inesperado que fuese, veia con presteza de águila lo que convenia hacer, y con la misma presteza lo ejecutaba. No habia cuando estaba en España cortesano mas flexible, mas artero, mas liberal: no habia en América español mas altivo, mas soberbio ni mas ambicioso. No miraba él la córte sino como instrumento de sus miras; no consideraba los hombres sino como siervos de su interés ó como víctimas de sus resentimientos. Templado y humano con los Indios, odioso y temible á los Castellanos, astuto, disimulado y falso, incierto en sus amistades, implacable en sus venganzas, eclipsaba con sus grandes calidades las de su hermano el gobernador, á cuya elevacion y dignidad lo sacrificaba todo, y parecia el mal genio destinado á viciar la empresa con el veneno de su malicia y con la impetuosidad de sus pasiones (1).

Era imposible que un hombre de este temple se aviniese á depender de Almagro, que feo de rostro y desfigurado ademas con la pérdida del ojo, pobre de talle, llano y simple en sus palabras, ganoso de honores en demasía, por lo mismo que tardaba en conseguirlos, convidaba mas al desprecio que á la estimacion cuando no se le consideraba mas que por lo esterior solo. Hernando Pizarro y sus hermanos recien venidos no le podian considerar de otro modo, y mas al esperimentar la escasez de recursos que les proporcionaba, hallándose gastado y consumido con los muchos dispendios que habia hecho. El desprecio que tenian en su corazon traspiraba á veces en sus ademanes, y á veces tambien en sus palabras. Almagro, resentido, se conducia cada vez con mas indiferencia y tibieza, como quien no queria afanarse por ingratos; y esta triste disposicion se acababa de enconar en sus ánimos con los chismes, sospechas y sugestiones traidas y llevadas todos los dias por amigos, enemigos y parciales. Llegaron á tanto en fin los sentimientos de una y otra parte, que Almagro estuvo ya dispuesto á que entrasen en la compañía otros dos sugetos para hacer frente con ellos á los Pizarros, y el gobernador empezó á tratar con Hernando Ponce y con Hernando de Soto, ricos vecinos de Leon, en Nicaragua; los cuales, propietarios de dos navíos y soldados esperimentados en las cosas de Indias, podrian con sus personas y bienes ayudarle en la espedicion y suplir abundantemente la falta de Diego de Almagro.

Pero el rompimiento que por instantes estaba para estallar, pudo al fin contenerse con las advertencias y reclamaciones de Hernando de Luque y del licenciado Espinosa. Hallábase este á la sazon en Panamá, y ademas de ser amigo de todos ellos, tenia en la empresa, segun se ha sabido despues, una parte harto mas considerable que Hernando de Luque. Mediaron ambos, y las diferencias se concertaron con un convenio, cuyas condiciones principales fueron que Pizarro se obligase á no pedir ni para sí ni para sus hermanos merced ninguna del rey hasta que se diese á Almagro una gobernacion que comenzase donde acababa la suya, y que todos los efectos de oro y plata, joyas, esclavos, naborias y cualesquiera bienes que se hubiesen en la conquista se dividiesen por partes iguales entre los tres primeros asociados.

Conciliados algun tanto los ánimos por entonces con este acuerdo, los preparativos se adelantaron con mayor actividad, y pudo darse principio á la espedicion. Almagro, como la primera vez, se quedó en Panamá á completar las provisiones y pertrechos necesarios y á recibir la gente que de Nicaragua y otras partes acudia á la fama de la conquista. Mas Pizarro dió luego á la vela en tres navichuelos provistos de las municiones de boca y guerra suficientes, y llevando á sus órdenes ciento y ochenta y tres hombres (2). Con este miserable armamento, mas propio de pirata que de conquistador, se arrojó á atacar el imperio mas grande y civilizado del Nuevo Mundo. Hubo sin duda en esta empresa mucha constancia, valor grande, y á las veces no poca capacidad y prudencia; pero es preciso confesar que hubo mas de ocasion y de fortuna, y á tener noticias mas puntuales de la estension y fuerzas del país, es de creer que no se aventurasen á tanto con fuerzas tan desiguales. Mas los Españoles entonces solo se informaban de las riquezas de una region, y no de su resistencia; esta en su arrojo era nula: allá iban, y allá se perdian si no les ayudaba la fortuna, ó se coronaban de poder y de riquezas cuando les era propicia: héroes en un caso, insensatos en otro.

El primer punto en que la espedicion tomó tierra fue la bahía de San Mateo; allí se determinó que la mayor parte de la gente con los caballos tomase su camino por la marina, y los navíos fuesen costeando casi á la vista unos de otros. Vencieron con su acostumbrada constancia las dificultades que les ofrecia el país en aquella direccion, por los rios y esteros que tenian que atravesar, y llegaron, en fin, al pueblo de Coaque, rodeado de montañas y situado cerca de la línea. Los Indios, viéndolos venir, los esperaron sin recelo, como que ningun mal merecian de aquella gente estranjera. Mas ya su marcha era enteramente hostil, el pueblo fue entrado como por fuerza, las casas y habitantes despojados de cuanto tenian, los Indios despavoridos, se dispersaron por aquellos valles y as-

(1) «E de todos ellos, Hernando Pizarro solo era legítimo, é mas legitimado en la soberbia: hombre de alta estatura é grueso, la lengua é el labio gordos, è la punta de la nariz con sobrada carne é encendida; y este fue el desavenidor y el torbador del sosiego de todos.»—(Oviedo, *Historia General*, lib. 46, cap. 1.)

(2) Esta salida fue en los últimos dias del año de 1530 ó primeros del 31, segun se deduce de la relacion manuscrita del padre Naharro, donde se dice que Pizarro hizo bendicir las banderas en la iglesia de la Merced de Panamá, el dia de San Juan Evangelista del año de 1530, y confesar y comulgar á sus soldados el inmediato de los Inocentes. No parece verosimil, segun esto, que la salida se dilatase hasta febrero, como lo espresa la relacion antigua de Pedro Sancho que hay en Ramusio, seguida en esta parte por Robertson. Zárate dice espresamente que la salida fue á principios del año 31: ni en Jerez, ni en Oviedo, ni en Garcilaso, ni en Herrera se halla determinada la fecha con precision. Por lo demás, la autoridad del padre Naharro en esta parte es incontestable, porque él sacó la noticia de los registros mismos de la iglesia de la Merced.

perezas. Hallaron al cacique escondido en su propia casa, y traido delante del capitan, dijo que no se habia atrevido á presentarse, receloso de que le matasen, viendo cuán contra su voluntad y la de los suyos se habia entrado el lugar por los Españoles. Pizarro le aseguró, diciéndole que su intencion no era de hacerle mal ninguno, y que si hubiera salido á recibirle de paz no les tomara cosa ninguna. Amonestóle que hiciese venir la gente al lugar, y volvió con efecto la mayor parte al mandato del cacique, y proveyeron por algun tiempo de bastimento á los Castellanos; pero sentidos del poco miramiento con que eran tratados, se dispersaron y desaparecieron otra vez, sin que por mas diligencias que se hicieron pudiesen despues ser habidos.

Fue considerable el botin, pues de solas las piezas de oro y plata se juntaron hasta 20,000 pesos, sin contar las muchas esmeraldas que tambien se hallaron y valian un tesoro (1). Hízose de todo un monton de donde se sacó el quinto para el rey, y se repartió lo demás segun lo que á cada uno proporcionalmente correspondia. La regla que invariablemente se observaba en esta clase de saltos y saqueos, era poner de manifiesto cada uno lo que cogia, para agregarlo á la masa, que despues habia de distribuirse. Fuerza les era hacerlo asi, porque tenia pena de la vida el infractor de la regla, y la codicia, que todo lo vigila, nada perdona tampoco.

Los tres navíos salieron de allí, dos para Panamá y uno para Nicaragua, á mostrar las piezas de oro ricas y vistosas habidas en el despojo, y estimular con ellas los ánimos para venir a militar en la espedicion. Pizarro daba cuenta á sus amigos de su buena fortuna, y les pedia que le enviasen en los navíos hombres y caballos. Él entre tanto se quedó á aguardar su vuelta en aquella tierra de Coaque, donde los Españoles volvieron á esperimentar todos los males y trabajos de sus peregrinaciones anteriores. Era este como el último esfuerzo que hacia la naturaleza contra ellos para defenderles el Perú, y es preciso confesar que fue harto doloroso y cruel. Acostábanse sanos, y amanecian unos hinchados, otros tullidos, algunos muertos. Y como si este azote no fuese bastante, acometió á la mayor parte de ellos una enfermedad tan penosa como horrible, en la que se les llenaba el cuerpo y la cara de berrugas grandes, blandas y dolorosas que les incomodaban y afeaban, sin saber de qué manera se las podria curar. Los que se las cortaban se desangraban, á veces hasta morir; los otros tenian por mucho tiempo que sufrir sobre sí aquella peste, que se pegaba de unos á otros y cada vez se hacia mas cruel. Renovábanse á los veteranos sus antiguas aflicciones y agonías, mientras que los de Nicaragua recordaban con lágrimas las delicias del país que habian dejado, y maldecian la hora en que salieron de allí fascinados por esperanzas tan traidoras. Consolábalos Pizarro lo mejor que podia; pero el tiempo se pasaba, los navíos no venian, y ya desalentados y afligidos, pedian á quejas y gritos pasar á otra tierra menos adversa y cruel.

Al cabo de siete meses que allí aguardaban, apareció un navío que les traia bastimentos y refrescos. En él venian Alonso de Riquelme, tesorero de la espidicion, y los demás oficiales reales, que no habiendo podido salir de Sevilla al tiempo que Pizarro, por la priesa y cautela con que emprendió su viaje, habian, en fin, llegado á Indias y venian con algunos voluntarios á incorporarse con él. Alentados con este socorro, y mas con la esperanza que Almagro daba de acudir prontamente con mayor refuerzo, determinaron pasar adelante, y por Pasao, los Caraques y otras comarcas habitadas de Indios, llegaron por último á Puerto Viejo, donde fronteros á la isla de Puna y próximos á Tumbez, pudieron considerarse á las puertas del Perú. En unas partes habian sido recibidos de paz, ó por temor á sus armas ó por el deseo de quitarse de encima aquellos huéspedes incómodos; en otras encontraron con hostilidades que al fin se convertian en mayor daño de los naturales; porque no eran los obstáculos puestos por los hombres los que podian detener la marcha de aquellos audaces estranjeros: harto mas arduos eran los que la naturaleza les ponia, y ya los habian vencido.

Acrecentóse en gran manera la confianza de Pizarro con la llegada de treinta voluntarios que vinieron de Nicaragua, entre ellos Sebastian de Belalcázar, uno de los capitanes que mas se señalaron despues en el Perú. Querian algunos, cansados ya de viajar, que se poblase en Puerto Viejo; mas el gobernador tenia otras miras, y su intencion era pasar á la isla de Puna y pacificarla amigablemente ó á la fuerza, para despues venir á Tumbez y sujetar á aquel pueblo con el ayuda de los insulares si se resistian á recibirle. Duraba entre aquellas gentes la animosidad antigua, y sobre ella fundaba el conquistador su plan, que á pesar de las razones que tuviese para preferirle, no tuvo éxito correspondiente á sus esperanzas y deseos, pues no le escusó al fin la molestia y peligro de tener á unos y otros por enemigos, y dos guerras en lugar de una.

Pudo evitarse la de la isla, á proceder los Españoles con mas confianza ó mas espera. Mas esto no era posible atendidas las sospechas, que segun las relaciones antiguas, infundieron los intérpretes á Pizarro sobre la buena fe de los isleños. Las Castellanos, conducidos á Puna en balsas proporcionadas por los Indios, asegurados por Tomalá, su principal cacique, que vino á tierra-firme á disipar las dudas que Pizarro podia tener de su buena voluntad, fueron agasajados, regalados y divertidos con toda clase de demostracion amistosa. Mas nada bastaba para aquietar sus ánimos prevenidos, que tomaban aquellas pruebas de benevolencia por otras tantas celadas alevosas con que los Indios trataban de esterminarlos á su salvo. ¿Eran funda-

(1) Dícese que muchas de estas esmeraldas se perdieron por quererlas probar con martillo, para distinguirlas de otras piedras verdes que se les parecian mucho. Aconsejábales esto fray Reginaldo de Pedraza, un dominicano que iba en la espedicion con otros religiosos de su órden, asegurándoles que la verdadera esmeralda era mas dura que el acero. Aun la murmuracion soldadesca no perdonó á este fraile, pues decian que con achaque de probarlas se las guardaba.—(Herrera, década 4.ª, lib. 7, cap. 9.)

das estas sospechas, ó no? La decision es difícil cuando no tenemos á la vista mas que las relaciones de los vencedores, parciales por necesidad, y que han de propender siempre á justificar sus procedimientos. Y en este caso hay mas motivos de duda, puesto que los intérpretes que tanto enconaban á los Castellanos eran tumbecinos, enemigos naturales de los insulares, y por consiguiente inclinados á procurarles todo el mal posible de parte de aquellos huéspedes poderosos. De cualquier modo que esto fuese, Pizarro, informado un dia de que el principal cacique se avistaba con otros diez y seis, y recelando comprometida en esta conferencia la seguridad de los Españoles, envió á buscarlos á todos, y traidos á su presencia, los reconvino ásperamente por el mal término que con él usaban. Mandó en seguida que se reservase á Tomalá y se entregasen los otros á los Indios tumbecinos, que habiendo entrado con él en la isla bajo el amparo y sombra de los Castellanos, todo lo estragaban en ella con robos y devastaciones. Ellos viendo en poder suyo á sus víctimas, se arrojaron á ellas como bestias feroces, y les cortaron las cabezas por detrás á manera de reses de matadero.

Los de Puna, viéndose atropellados de este modo por los estraños, insultados por sus enemigos naturales, preso su señor y descabezados sus caciques, acudieron á las armas, y en número de quinientos acometieron á los Españoles, no solo en el real donde tenian hecho su asiento, sino hasta en los navíos, que por mas desamparados, parecian mas fáciles de ofender; pero bien pronto conocieron la diferencia de armas á armas, y de brazos á brazos. ¿Qué podrian hacer aquellos infelices medio desnudos, con sus armas arrojadizas hechas de palma, contra cuerpos de hierro, contra espadas de acero, contra la violencia de los caballos y el estruendo y estrago de los arcabuces? No perdieron el ánimo sin embargo, aunque rechazados con pérdida por todas partes, y volvian una vez y otra al ataque con nueva furia, para dispersarse despues y esconderse en los pantanos y manglares del país. Duró esta guerra, si tal puede llamarse, muchos dias, sin que los Españoles, fuera de los cortos despojos que en los primeros encuentros recogieron, sacasen mas que sobresalto, cansancio, y algunas veces heridas. Pizarro, conociendo que no le era ventajoso continuarla, hizo traer delante de sí á Tomalá, y le dijo que ya veia los males que sus Indios habian traido sobre sí con su doblez y alevosía: á él, como su cacique, convenia atajarlos, y por lo mismo le amonestaban que les mandase dejar las armas y recogerse pacíficamente á sus casas: cuando esto se realizase los Castellanos cesarian de hacerles guerra. A esto repuso el indio «que él no habia dado motivo á ella, siendo falso cuanto se le habia imputado; que le era por cierto bien doloroso ver su tierra hollada de enemigos, su gente muerta, y todo asolado y destruido. Todavía por complacerle era gustoso de mandar lo que queria, y daria órden á los Indios para que dejasen las armas.» Asi lo hizo, y no una vez sola; pero ellos no quisieron obedecerle, y enconados y furiosos, decian á gritos que nunca tendrian paz con gente que tanto mal les habia hecho.

En tal estado de cosas llegó de Nicaragua Hernando de Soto con dos navíos, en que venian algunos infantes y caballos. Fue este capitan considerado desde entonces como la segunda persona del ejército, bien que ya estuviese ocupado por Hernando Pizarro el cargo de teniente general que á él se le habia ofrecido en las conferencias tenidas anteriormente en Panamá. Supo Soto disimular este desaire con la templaza y cordura que siempre le acompañaron, y su destreza, su capacidad y su valor, manifestados en todas las ocasiones de importancia, le granjearon desde luego aquel lugar distinguido que tuvo siempre en la estimacion de Indios y Españoles. El socorro que trajo consigo pareció bastante á Pizarro para emprender cosas mayores, con tanta mas razon, cuanto que los soldados estaban ya cansados de aquella guerra infructuosa, muchos de ellos enfermos aun del contagio de las berrugas, y todos deseosos de establecerse en otra parte. Estas consideraciones le hicieron resolverse á dejar la isla y pasar á tierra firme.

Si la guerra de Puna pudo fácilmente escusarse, la de Tumbez, por el contrario, ni pudo esperarse ni prevenirse. Todo al parecer alejaba la idea de un rompimiento de parte de aquella gente: el trato antiguo desde el primer reconocimiento, el concepto favorable que los Castellanos dejaron allí entonces, la buena acogida que hicieron á los que se unieron á ellos. Juntos habian pasado á Puna, allí los Tumbecinos habian hollado y desolado á su placer la tierra enemiga, allí habian tenido la feroz satisfaccion de sacrificar por su mano á los caciques, y seiscientos cautivos que los de Puna guardaban destinados, parte al sacrificio y parte á las labores del campo, fueron puestos en libertad por Pizarro de resultas de su primera victoria, y enviados al continente con todo lo que les pertenecia. Beneficios eran estos que debian asegurar la buena voluntad y amistosa acogida de aquellos naturales, y sin embargo no le aseguraron, y los Españoles fueron recibidos por los Tumbecinos con toda la alevosía y la perfidia que pudieran temerse del enemigo mas encarnizado. Los Españoles al verse asaltados asi, debieron sentir tanta sorpresa como indignacion, y acusar altamente la perversidad de aquellos bárbaros sin fe. Mas la causa no estaba en los Indios, estaba en ellos mismos. Cuando la otra vez vinieron, se hacian interesantes por su novedad y se presentaban comedidos en sus acciones, corteses en sus palabras, generosos en dar, agradecidos en recibir, indiferentes á las riquezas, fieles observadores de la hospitalidad. Ahora armados y feroces, maltratando los pueblos pobres, saqueando los ricos, y llevándolo todo al rigor de la violencia, aparecian á los ojos de los Indios, sabedores por fama de lo sucedido en Coaque, como bandoleros pérfidos y crueles, indignos de todo obsequio y respecto y acreedores á toda doblez y alevosía. No tenian, pues, los Castellanos por qué quejarse de los Tumbecinos, á los cuales el instinto de su propia conservacion debia necesariamente instigar á repeler

de cuantos modos pudiesen á sus odiosos agresores.

El paso de la isla á la tierra firme se hizo, parte en los navíos y parte en las balsas, donde se pusieron los caballos y el bagaje. Llegaron primero los que iban en las balsas, y á tres que los Indios pudieron coger por ir mas delanteros, despues de ayudarles cortesmente á salir á tierra, los llevaron al lugar como para aposentarlos, y al instante que llegaron se echaron sobre ellos, les sacaron los ojos, les cortaron los miembros, y aun vivos y palpitantes los echaron en grandes ollas que tenian puestas al fuego, donde tristemente perecieron. Las demás balsas iban llegando, cuál con mas cautela, cuál con menos, y los Indios las acometian y robaban el herraje y ropa que llevaban, perdiéndose en este despojo la mayor parte del equipaje del gobernador, que iba en una de ellas. Los hombres que salian á tierra, como se vieron sin capitan y sin guia, mojados y cogidos de sobresalto, empezaron á dar voces pidiendo ayuda. A la grita y al bullicio del desórden, Hernando Pizarro, que con los caballos habia saltado en tierra algo distante de allí, se arrojó para socorrerlos por medio de un estero que habia entre unos y otros. Siguiéronle los que se hallaban con él, y á su vista y arremetida, los Indios no tuvieron aliento para sostenerse, y abandonaron el campo. De este modo pudo la gente de las balsas acabar de desembarcar, y á poco llegó Pizarro con los navíos.

Hallóse el pueblo, no solo yermo, sino enteramente arruinado. La guerra con los de Puna, enconada nuevamente con las divisiones del imperio, le tenia en un estado harto diferente de aquel en que le vieron la primera vez los Españoles. Desalentábanse ellos mucho con el aspecto de aquellas ruinas, y mas los de Nicaragua, al comparar los trabajos que allí padecian y la devastacion que miraban, con las delicias de su paraiso, que este nombre daban á aquella bella provincia. Llegó en esto un indio, que rogó á Pizarro no se le saquease su casa, una de las pocas que se veian en pié, y prometió quedarse en su servicio. «Yo he estado en el Cuzco, añadia, yo conozco la guerra, y no dudo que toda la tierra va á ser vuestra.» Mandó el gobernador al instante señalar aquella habitacion con una cruz para que fuese respetada, y prosiguió oyendo al indio lo que contaba del Cuzco, de Vilcas, de Pachacamac y otros poblaciones de aquella region; de las grandezas de su rey, de la abundancia de oro y plata, empleados no solo en los utensilios y cosas mas comunes, sino tambien en chapear las paredes de los palacios y de los templos.

Cuidaba Pizarro de que estas noticias cundiesen entre los Españoles; pero ellos, escarmentados é incrédulos, no les daban acogida, teniéndolas por invenciones suyas para levantarles el ánimo con la esperanza y cebarlos en la empresa. Tal concepto habian hecho anteriormente en la isla de Puna de un papel encontrado en la ropa del indio que habia servido al marinero Bocanegra, escrito, segun se decia, por él, y donde habia estas palabras: «Los que á esta tierra viniéredes, sabed que hay mas oro y plata en ella que hierro en Vizcaya.» El artificio era á la verdad harto grosero, y no produjo mas efecto que cerrarles la fe y los oidos á las grandes cosas que aquel indio contaba despues, y que otros que iban llegando repetian.

Quiso tambien Pizarro saber de él cuál habia sido el paradero de los dos españoles que quedaron en Tumbez en su primer viaje: respondió que poco antes que llegase el ejército habian sido muertos los dos, uno en Tumbez y otro en Cinto. De la muerte no se dudó, porque jamás parecieron; pero del motivo de su desgracia y de los sitios en que sucedió variaban las noticias segun la pasion ó las miras de los que las daban. Quién decia que fueron muertos por su insolencia y libertades con las mujeres del país; quién que yendo con los de Tumbez á un combate con los de Puna, habian sido cogidos, alanceados por los insulares; quién, en fin, que llevados á que los viese el inca Huayna-Capac, sabiendo sus conductores que era muerto, los mataron en el camino.

De cualquier modo que esta desgracia sucediese, y á pesar de la perfidia y crueldad usada por los Tumbecinos con los castellanos en su travesía desde Puna, Pizarro creyó conveniente darles la paz que le pedian, y permitirles que volviesen á poblar su lugar desamparado. Revolvia ya en su pensamiento fundar en aquellos contornos un pueblo donde dejar los soldados enfermos y cansados, y que siendo cómoda entrada para los socorros que pudiesen venirle de las otras partes de América, fuese tambien refugio seguro para su retirada en caso de descalabro. Conveníale, pues, pacificar la comarca y no dejar enemigos á sus espaldas. Con este objeto no solo se reconcilió con los indios de Tumbez, sino que salió de allí para hacer por sí mismo un reconocimiento con el grueso del ejército en los llanos (16 de mayo de 1532), y con una parte de él envió á Hernando de Soto á hacer otro por la sierra. Los Indios de los valles se sometieron sin dificultad con la fama que ya habia entre ellos del poder y valor de los Españoles, y mas todavía con los castigos que hicieron en los que con razon ó sin ella sospecharon que se les querian oponer. A Soto hicieron alguna resistencia los serranos, menospreciando su gente por tan poca; mas luego que hicieron prueba de sus fuerzas con ella, se pusieron en huida, y los Castellanos siguieron su marcha hasta descubrir parte del camino real que el inca Huayna-Capac habia hecho construir en aquellas alturas. Los despojos que hubieron de la refriega con los Indios, y las muestras de oro y plata que por todas partes les presentaba la tierra, acrecentaron la alegría y las esperanzas de sus compañeros cuando volvieron al real: de manera que el gobernador, viendo esta buena disposicion, determinó aprovecharse de ella para poner en ejecucion sus intentos.

Procedióse en seguida á la fundacion del nuevo asiento, que se llamó la ciudad de San Miguel, en los valles de Tagarala, á treinta leguas de Tumbez, veinticinco del puerto de Payta, y ciento y veinte de Quito. Fue la primera pobla-

cion española en aquellas regiones, y despues, por ser mal sano el sitio primero, se trasladó á las orillas del rio Piura, de donde le quedó el nombre. Pizarro arregló con todo esmero y segun las instrucciones que traia, su policía y regimiento, y le dió las reglas mas oportunas para su conservacion y defensa en medio de tanta gente enemiga, como que habia de ser en todo caso el fundamento y apoyo de sus operaciones. Al mismo tiempo hizo por via de depósito el repartimiente del territorio, segun tenian de costumbre los Españoles en todas las demás partes de Indias. En esta distribucion cupo Tumbez á Hernando de Soto, sea que el gobernador quisiese indemnizarle asi del cargo de su segundo, que habia conferido á su hermano, sea que por este modo quisiese manifestarle el aprecio que le merecian su persona y sus servicios. Hízose tambien entonces repartimiento del oro habido en los últimos acontecimientos, y con el quinto del rey despachó el general á Panamá los navíos que astaban en Payta, escribiendo á su compañero Almagro que se diese priesa á venir con toda la gente que pudiese. Sospechábase de él que trataba de hacer armada y gente para salir á descubrir y poblar por sí mismo, y Pizarro le rogaba en sus cartas, por todo cuanto habia mediado entre ellos, que no diese lugar ni á sospechas ni á enojos pasados, y se viniese para él. Dispuestas asi las cosas, todavía se detuvo algun tanto en arrancar con su gente. Necesitaba tomar mas amplias noticias de las fuerzas, recursos y costumbres del pueblo que iba á someter, y por otra parte, daba lugar con la dilacion á que le pudiesen llegar nuevos refuerzos, necesarios á la consecucion de su empresa, vista la poca gente que tenia consigo. Pero estos refuerzos no llegaban, y no queriendo perder reputacion con los Indios si mas se detenia, ni tampoco la ocasion que le presentaban las divisiones de los dos incas para sojuzgarlos á uno y otro, movióse al fin de los valles donde estaba, y con solos ciento setenta y siete hombres de guerra, de los cuales sesenta y siete iban á caballo, tomó su camino por las cumbres, dirigiéndose á Caxamalca (24 de setiembre de 1532) (1).

La monarquía que los Españoles iban á destruir se estendia de Norte á Sur por aquella costa del nuevo continente sobre setecientas leguas, y su origen subia, segun la tradiccion de los Indios á una época de cerca de cuatro siglos. Habitaron aquel país desde tiempo inmemorial tribus dispersas, rudas y salvajes, cuya civilizacion comenzó por las regiones australes, entre las gentes que habitaban los contornos de la gran laguna de Titicana, en la tierra del Collao. Estos Indios probablemente eran mas activos, mas belicosos é inteligentes que los otros, y como apenas hay nacion alguna que por supersticion ó por orgullo no ponga sus orígenes en el cielo, tambien los Peruanos contaban, que en medio de aquella gente aparecieron de improviso un dia un hombre y una mujer, cuyo aspecto, cuyo traje y cuyas palabras les infundieron veneracion y maravilla. Llamóse él Manco-Capac, ella Mama Oello, y diéronse por hijos del sol, cuyo culto y adoracion predicaban; amaestrados por él en todas las artes de buena policía y de virtud, y venidos por órden suya á enseñarlas en la tierra. Con este prestigio consiguieron reunir al rededor de sí algunas tribus errantes de la comarca, enseñando Manco á los hombres el cultivo de los campos, y Oello á las mujeres á hilar y tejer y demás labores propias de su sexo. La sumision y obediencia que por este camino se granjearon de ellos, eran correspondientes á los beneficios que les proporcionaban, y cuando ya estuvieron seguros de su dominacion y de su influjo, los llevaron á fundar una ciudad en un valle montuoso, á ocho leguas de la laguna. Esta ciudad fue el Cuzco, silla en adelante y cabeza del imperio de los Incas. Allí hicieron su palacio, allí elevaron un templo al sol, allí dieron á su culto mas pompa y aparato, mayor autoridad y majestad á sus leyes. El reino quedó vinculado en su descendencia, que siempre era reputada por sangre pura del sol, casándose aquellos príncipes con sus hermanas, y heredando el trono los hijos que de ellas tenian.

Desde Manco hasta Huayna-Capac se contaba una sucesion de doce príncipes, que, parte por la persuasion y parte por las armas, fueron estendiendo su culto, su dominacion y sus leyes por la inmensa region que corre desde Chile hasta el Ecuador, atrayendo ó sojuzgando las gentes que encontraron en las serranías de las cordilleras y en los llanos de la marina. El monarca que mas dilató el imperio fue el inca Topa-Yupangui, que llevó sus conquistas por la parte del Sur hasta Chile, y por la del Norte hasta Quito; bien que, segun la mayor parte de los autores, no fue él quien conquistó esta última provincia, sino su hijo Huayna-Capac, el mas poderoso, el mas rico y el mas hábil tambien de todos los príncipes peruanos. El desvaneció con su valor los intentos de sus rivales, que quisieron disputarle el imperio despues de muerto su padre; contuvo y apagó la rebelion de algunas provincias, sujetó otras nuevas á su imperio, visitólas todas para mantener en ellas el buen órden, dió leyes sabias, corrigió abusos en las costumbres rodeó el trono de una grandeza y esplendor no visto hasta él, y se grangeó mas veneracion y respeto de sus pueblos que otro monarca alguno de sus antepasados. Estableciéronse en su tiempo, ó se perfeccionaron mucho, tres grandes medios de comunicacion, necesarios en provincias tan distantes y diversas: el uso de un dialecto general á todas ellas; el establecimiento de las postas para la prontitud de los avisos y de las noticias; en fin, los dos grandes caminos que

(1) Esta es la fecha que pone Jerez á la salida, y debe estarse á ella, y no á la de Herrera, que la señala en el 4 del mismo mes. La relacion de Jerez es propiamente un diario de la espedicion, y en esta diversidad de cómputos debe estarse mas bien á su dicho que al de otro ninguno. Tambien hay variedad sobre el número de los hombres que salieron con Pizarro, de San Miguel, y esto aun en las relaciones de los testigos de vista: los unos dicen que ciento sesenta, otros que los ciento setenta y siete espresados en el testo. Pero ¿á qué estrañarlo, cuando Jerez y Herrera no están acordes ni aun consigo mismos? Las diferencias son cortas, ni el objeto á la verdad es de mucha importancia; pero esto seria una prueba de que aun los autores mas puntuales no están libres de estas ligeras inexactitudes, y que cuando la historia desciende á tales menudencias es muy fácil equivocarse en ellas. Hernando Pizarro, en su carta á los oidores de Santo Domingo, dice que eran sesenta de á caballo y noventa peones.

conducian del Cuzco al Quito en una estension de mas de quinientas leguas. De estos dos caminos uno iba por las sierras, otro por los llanos, y ambos estaban provistos á la distancia propia y conveniente, de estancias ó aposentamientos, que llamaban *tambos*, donde el monarca, su córte y el ejército que llevaba, aunque fuese de veinte á treinta mil hombre, tomaban descanso y refresco, y renovaban, si era necesario, sus armas y sus vestidos. Obras verdaderamente reales, emprendidas y ejecutadas por los Peruanos en gloria de su inca, y que al principio tan útiles, despues les fueron tan perjudiciales por la facilidad que dieron á los movimientos y marcha de los Españoles para la conquista del país.

Huayna-Capac murió en Quito, dejando el imperio á Huascar, su hijo mayor, habido en la Coya ó emperatriz, hermana suya. Pero como de su matrimonio con la hija del cacique principal de Quito le quedase un hijo, á quien queria mucho, llamado Atahualpa, jóven de grandes calidades y de no menores esperanzas, dejóle heredado en aquella provincia, que fue de sus abuelos maternos, no previendo los tristes efectos que de semejante particion se seguirian. Suponen otros que esta desmembracion no fue obra de Huayna-Capac, sino de Atahualpa, que, hallándose bienquisto del ejército de su padre, y ganando con promesas y lisonjas á los dos generales principales Quizquiz y Chalicuchima, quiso al amparo de ellos ser y quedar por señor del país que habia pertenecido á sus mayores. Esta diferencia de tradicciones en hechos tan recientes manifiesta lo mal informados que estaban los Españoles, ó el influjo que sus pasiones tenian en lo que contaban, segun que cada uno queria disculpar ó acriminar la resistencia de Atahualpa á la voluntad de su hermano (1), el cual, queriendo absolutamente mantener la integridad del imperio, mandó que el ejército se volviese al Cuzco, y que Atahualpa, so pena de ser tratado como enemigo, viniese á rendirle la obediencia y le restituyese las mujeres, alhajas y tesoros del inca difunto.

Las amenazas de que iba armado este mandamiento, en vez de intimidar á Atahualpa, le estimularon mas á sostener con la fuerza sus pretensiones ó sus derechos; y dando el primero la señal á la guerra civil, salió con su ejército de Quito, dirigiéndose hácia la capital. Iba ocupando militarmente las provincias, ganando los naturales á su partido y engrosando sus fuerzas al paso que marchbaba. Llevaba esperanza de que su hermano, mas jóven que él y de índole mas mansa y mas pacífica, vista su resolucion y temiendo su poderío, se allanase á dejarle en la posesion en que estaba y se confederase con él. Mas Huascar envió á su encuentro un ejército, cuyos generales, reforzados con la gente de algunos valles que desertaron de la causa de Atahualpa, le dieron batalla junto al tambo de Tomebamba, y despues de tres dias de un obstinado combate, le vencieron y le hicieron prisionero. Llevado al tambo y guardado allí estrechamente, no por eso perdió el ánimo, pues aprovechándose del descuido en que los vencedores estaban entregados á la algazara y borracheras de la victoria, con una barra de cobre que le dió una mujer, rompió la pared de su prision, y pudo escaparse á los suyos. Dícese que para darles aliento á seguirle y volver á la pelea, les hizo creer que el sol su padre le habia libertado, convirtiéndole en culebra para que pudiese salir por un pequeño agujero, y que le prometia la victoria sobre sus enemigos si renovaba el combate. Esta astucia, y mas que ella su diligencia y valor, ayudados de su popularidad, le dieron fuerzas bastantes para volver sobre sus vencedores y trocar la fortuna de la guerra. El los atacó, los desbarató, y el estrago de una y otra parte fue tal, que largos años despues se veian con asombro en el campo de batalla las reliquias miserables de la muchedumbre que pereció en ella.

Ya vencedor Atahualpa, se aprovechó de la ventaja que acaba de conseguir con la habilidad y denuedo propios de un gran corazon, y no puso límite alguno ni á sus pretensiones ni á sus deseos. La roja borla, insignia real de los incas, con que se ciñó la frente en Tomebamba, anunció al agitado Perú que era ya capital la contienda entre los dos hermanos, y que la suerte toda del imperio estaba comprometida en sus odios. Atahualpa, como bastardo, no podia sentarse en aquel trono, herencia sagrada y esclusiva de los hijos legítimos del sol. Pero la falta de título se suplia con su atrevimiento y arrogancia, y sus acciones y sus palabras eran menos de usurpador artificioso que de monarca ofendido é irritado. Desdoran con efecto su victoria y su fortuna las muestras de severidad y de rigor, ó por mejor decir, de crueldad, que iba dando segun adelantaba en su marcha. Asoló á Tomebamba, castigó las tribus que habian abandonado su partido y una de ellas, la de los cañaris, de quien tenia mayores quejas, no pudo aplacar su enojo por mas demostraciones de humillacion y arrepentimiento que le hizo. Mandó matar de ellos hombres á millares, y que sus corazones fuesen esparcidos por las sementeras, diciendo «que queria ver el fruto que daban corazones fingidos y traidores.» Con esto siguió su camino hácia el Cuzco, y se situó en Caxamalca, desde donde podia atender á los movimientos de su competidor y á la marcha y miras de los Castellanos, cuya entrada ya sabia y empezaba á darle cuidado.

Fue pues indispensable á Huascar juntar nuevo ejército y salir personalmente á defender su trono. Las fuerzas de los dos hermanos eran casi iguales entonces, bien que ni por la esperiencia, ni por la calidad, ni por la confianza, pudiesen las del Cuzco compararse con las del Quito. Atahualpa envió delante la mayor parte de los suyos al mando de los generales Quizquiz y Chalicuchima; y estos, mas hábiles ó mas felices que los caudillos enemigos, sorprendieron un destacamento, en el que por su mal iba Huascar, y le hicieron prisionero. Con esta desgracia su ejército se dispersó y se deshizo; los vencedores

(1) Véase la contradiccion que en esta parte se observa en Herrera cotejando el cap. 11, lib. 7, década 4.ª, con el cap. 1, lib. 3, década 5.ª: en el primero la particion del Estado suena hecha por Huayna-Capac; en el segundo es la ambicion de Atahualpa la que quiere poseer á Quito contra la voluntad de su hermano y de su padre.

se adelantaron á ocupar la capital, y Atahualpa, noticioso de su fortuna, ordenó que su hermano fuese llevado vivo á su presencia (1).

Entre tanto Pizarro al frente de su pequeño escuadron avanzaba para encontrarle. La marcha era lenta, parte por la dificultad de los caminos, parte por la circunspeccion necesaria para transitar por pueblos desconocidos, cuya voluntad era preciso ganar y asegurar imponiéndoles respeto y confianza. Asi es que, aunque de San Miguel á Caxamalca no hay mas que doce grandes jornadas, los Españoles tardaron cerca de dos meses en recorrer aquella distancia, y no es esceso, atendidos los estorbos que tenian que superar. Mientras mas avanzaban mas noticias tenian del poder y fuerzas del monarca que buscaban. Estas noticias, si en unos acrecentaban la ambicion y la esperanza, en otros ayudaban al recelo, considerando su corto número y sus pocas fuerzas. Pizarro quiso desde el principio atajar este desaliento, y con resolucion verdaderamente bizarra y propia de su carácter hizo entender á sus soldados que los que quisiesen volver á avecindarse en San Miguel podian hacerlo en buen hora, y allí se les señalarian indios con quien sustentarse, como á los demás que habian quedado, pues él no queria que nadie le siguiese con flojedad y tibieza, confiando mas en el valor de los pocos que le acompañasen con buen ánimo, que en el número de muchos desalentados. Cinco de á caballo y cuatro infantes fueron los únicos que se aprovecharon de esta licencia, la cual parecerá por ventura mas temeridad que valentía á los que consideren bien cuánto valia cada hombre en aquellos descubrimientos y conquistas, y cuán difícil era poder suplir el vacío de cualquiera que faltaba.

Purgado asi el ejército de aquellos pocos cobardes, los demás siguieron alegres y animosos adonde su capitan los llevaba. Por fortuna en todos los pueblos fueron recibidos de paz, y si noticias equivocadas ó siniestras interpretaciones les infundian tal vez recelo en algun paraje, este recelo se disipaba al punto que llegaban, con la amistosa disposicion de los Indios y con el buen hospedaje que de ellos recibian. Díjose á Pizarro que en un pueblo llamado Caxas habia gente de guerra de Atahualpa esperando á los Castellanos. El envió allí un capitan con algunos soldados para que cautelosamente lo reconociese, y haciendo otro dia de marcha sentó su real en el pueblo de Zaran, y allí espero las resultas del reconocimiento mandado. El capitan encontró en Caxas un recaudador de tributos, el cual le recibió con franqueza y amistad, y le dió bastante noticia de la marcha que llevaba su rey, del modo que allí tenian de cobrar las contribuciones y de otras costumbres del país. El capitan español, que no solo reconoció á Caxas, sino á Guacabamba, otro pueblo cercano á él y mas grande, volvió maravillado de las grandes calzadas que iban por aquel distrito, de los puentes que vió sobre los rios, de las acequias, de las fortalezas que tenian construidas, de los almacenes de vestuario y provisiones para el ejército; en fin, de la fábrica de ropas que habia en Caxas, donde muchedumbre de mujeres hilaban y tejian vestidos para los soldados del inca. Contaba tambien que á la entrada del pueblo vió ciertos indios ahorcados por los piés, en castigo de haber uno de ellos entrado en aquel retiro á gozar de una mujer, y de habérselo consentido los porteros que las guardaban, Esta severidad de justicia, esta autoridad y poder, ejercidos á lo lejos con una obediencia tan puntual; estos preparativos de guerra, hechos con tanta prevision é inteligencia; en fin, una policía y un órden tan bien observados y tan fuera de lo que se conocia en las regiones que habian recorrido, debió dar á entender á los Españoles que era muy diferente gente la que iban á esperimentar, y bien digno de respeto y de recelo el poder del monarca á cuya presencia se dirigian.

Llegó al ejército al mismo tiempo un indio que se dijo enviado de Atahualpa, y traia de regalo al general español dos vasos de piedra para beber, artificiosamente labrados, y una carga de patos secos para que hechos polvo se sahumase con ellos, segun el uso de los principales del país. Añadió que el inca le encargaba decirle que queria ser su amigo, y que le aguardaba de paz en Caxamalca. La calidad y cortedad del presente de parte de un monarca tan poderoso pudieran dar que sospechar á cualquiera aun menos cauteloso que Pizarro. El sin embargo aparentó recibir el regalo con estimacion y agrado, y dijo al indio que recibia agradecido aquella demostracion de amistad de parte de tan gran príncipe, y le encargó le manifestase de la suya que noticioso de las guerras que sostenia contra sus enemigos, se habia movido para servirle en ellas con aquellos compañeros y hermanos suyos, y muy principalmente ademas para darle una embajada de parte del vicario de Dios en la tierra, y del rey de Castilla, un príncipe muy grande y poderoso. Mandó en seguida que el indio y los que le acompañaban fuesen bien tratados y agasajados, y añadió que si algunos dias queria estar con ellos descansando lo podia hacer en buen hora. El se quiso volver al instante á su señor, y entonces le mandó dar una camisa de lino, un bonete colorado, cuchillos, tijeras y otras bujerías de Castilla, con las cuales aquel emisario se fué muy contento. Los vasos del presente, con mucha ropa de algodon y lana entretegida con oro y plata, habida en los diferentes pueblos por donde habian transitado, se enviaron á San Miguel, adonde el gobernador escribió contando los términos en que se hallaba con el inca, y encargando á aquellos españores que conservasen á toda costa la paz con los Indios de la comarca.

Siguiendo su camino por diferentes pueblos, donde los recibieron de paz, los Españoles se hallaron á orillas de un caudaloso rio muy poblado de la otra parte. Recelando algun impedimento, mandó Pizarro á su hermano Hernando que lo pasase á nado con algunos soldados, para divertir á los Indios y pasar él entre tanto con la demás gente. Los moradores de aquellos pueblos huyeron luego que vieron atravesar el rio á los

(1) En el modo de contar estos sucesos, hay mucha variedad en los autores españoles. En el testo se ha seguido la narracion de Zárate, que es la mas clara, la mas consistente y la mas probable. Otros hacen preceder y seguir esta catástrofe de diferentes batallas y de muchas atrocidades.

Españoles: solo pudieron alcanzarse algunos pocos, á quienes Hernando Pizarro procuraba aquietar; y como ninguno de ellos respondiese á lo que se les preguntaba de Atahualpa, hizo dar tormento á uno, el cual declaró que el inca, mal enojado con los Castellanos y resuelto á acabar con ellos, los aguardaba de guerra, dispuesta su gente en tres puntos, uno al pié de la sierra, otro en la cima, y el último en Caxamalca. Dijo ademas que asi lo habia oido, y que tenia motivos de saberlo, por ser hombre principal. Dióse noticia de esto al gobernador, que hizo al instante cortar árboles en las riberas, y en tres pontones pasó la gente y los equipajes, llevando los caballos á nado. Alojóse en la fortaleza de uno de aquellos lugares, y enviado á llamar un cacique de las cercanías, este vino, y de él entendió que Atahualpa se hallaba mas adelante de Caxamalca, en Guamachuco, con mas de cincuenta mil hombres de guerra. Esta era la verdad, y asi el tormento dado al indio á quien antes se apremió fue una crueldad bien supérflua, pues su declaracion era falsa.

Tal variedad de avisos y de noticias puso en perplegidad el ánimo del gobernador, que por lo mismo resolvió saber directamente la verdad, enviando á un indio de su confianza que espiase la estacion, fuerzas y movimientos de Atahualpa. Escogió para el caso uno de la provincia de San Miguel, el cual no quiso ir por espía, sino por mensajero, pareciéndole que asi podia hablar con el inca y traer mejor relacion de todo. Túvolo á bien Pizarro, y le mandó que fuese y le saludase de su parte, haciéndole saber que iba caminando sin hacer á nadie violencia, con el objeto de besarle las manos y darle la embajada que llevaba, y ayudarle al mismo tiempo en las guerras que tenia, si queria aceptar su amistad y su servicio. El indio partió con su embajada, encargado tambien de avisarle con uno de los compañeros que llevaba, si habia en la tierra gente de guerra, como se les habia dicho antes.

Despues de tres dias de camino por tierras fáciles y apacibles, llegaron ya cerca de las sierras intermedias entre Caxamalca y ellos. Eran ásperas y tajadas, de dificultosa subida, y acaso imposibles de vencer si gente de guerra las defendiera. A la derecha tenian el gran camino llano y derecho que los llevaba hasta Chincha sin dificultades ni peligros. Por esta razon se inclinaban muchos á que se tomase esta direccion y se abandonase la idea de subir por las alturas. Mas el general, altamente convencido de que todo el buen éxito de su espedicion consistia en avistarse cuanto antes con el inca, les hizo entender cuán impropio era de Españoles huir de las dificultades y perder reputacion. ¿Qué pensaria de ellos el inca cuando supiese que torcian el camino, despues de haberle anunciado que iban derechos á buscarle? Diria que no osaban de miedo: asi los despreciaria, y en este desprecio consistia el peligro, pues que no podian vivir tranquilos en medio de aquellas gentes sino teniéndolas admiradas con su valor y atemorizadas con su audacia. Era preciso pues marchar por la sierra, una vez que lo mas árduo no solo era para ellos lo mas glorioso, sino tambien lo mas seguro. Todos á una voz respondieron que los llevase por el camino que quisiese, prometiéndole alegres y animosos seguirle adonde quiera, y hacer cumplidamente su deber cuando la ocasion se lo mandase.

Llegaron en esto al pié de la sierra. Pizarro, tomando consigo cuarenta caballos y sesenta infantes, comenzó á subirla el primero, dejando atrás el resto de los soldados con el bagaje, encargándoles que fuesen siguiendo poco á poco sus pasos segun las órdenes y avisos que él les daria. La subida, como se ha dicho, era agria y dificultosa; los caballos iban del diestro, porque montados era imposible, y los pasos á veces tan escarpados, que iban subiéndolos como por escalones. Una fortaleza que habia en un cerro bien empinado le sirvió de punto de direccion, y á ella llegaron al mediar el dia. Era de piedra y puesta en un sitio todo de peña tajada, salvo el paso por ponde habian subido. Maravilláronse mucho que Atahualpa hubiese dejado desamparado aquel punto, donde cien hombres resueltos podian desbaratar un ejército con solo arrojar piedras desde arriba. Mas no habia por qué admirarse de que el inca, que segun todas las apariencias los esperaba de paz, no guardase aquel derrumbadero ni les estorbase el camino.

Avisóse á la retaguardia desde allí que podia seguir su marcha sin recelo, y el gobernador avanzó por la tarde hasta otra fortaleza que estaba mas adelante, situada en un lugar casi enteramente desamparado. Allí pasó la noche; pero antes de que espirase el dia llegó á su presencia un indio enviado por el mensajero que habia desapachado anteriormente para el inca. Este iba á avisarle que en todo el camino que habia andado ninguna gente de guerra habia visto, ni otro estorbo ninguno; que él iba adelante á cumplir con su comision, y que tuviese entendido que al dia siguients se presentarian á él dos enviados de Atahualpa. Pizarro, entendido esto, no quiso que los embajadores le hallasen con tan poca gente como allí tenia, y avisó á los que quedaban atrás que se apresurasen para juntarse con él. Entre tanto siguió su camino, llegó á lo alto de la sierra y mandó plantar allí sus tiendas para esperar á sus compañeros. Estos llegaron, y poco tiempo despues los mensajeros del inca, que presentaron al capitan diez reses de su parte, y le digeron que iban á saber el dia en que pensaba llegar á Caxamalca, para enviarle bastimentos al camino. A este comedimiento respondió Pizarro no menos cortesmente que iria con toda la brevedad posible. Mandó que se les agasajase y regalase bien, y preguntóles noticias del pais y de la guerra que el inca sostenia. El inca, segun ellos, quedaba en Caxamalca sin gente de guerra, porque la habia toda enviado contra el Cuzco: contaron largamente las diferencias de los dos hermanos y las glorias de su rey, entre ellas el haber vencido á Huascar y héchole prisionero por medio de sus capitanes, que ya se le traian con las grandes riquezas que le encontraron. A esto, por si acaso era dicho con intencion de espantarle, respondió arrogantemente el capitan castellano que el rey su señor tenia criados mayores señores que Atahualpa, y tambien

capitanes que le habian vencido grandes batallas y preso reyes mas poderosos. Este era quien le enviaba para dar al inca y á sus vasallos noticia y conocimiento del verdadero Dios, y tal era el objeto que le llevaba á su presencia. Que deseaba ser su amigo y servirle en las guerras que tenia, si de ello era gustoso, y se quedaria en sus dominios, aun cuando sus intentos eran de ir con sus compañeros á buscar la otra mar. En fin, que él iba de paz si de paz le recibian; y aunque no buscaba la guerra, no rehusaria hacerla si se la declaraban.

Despedidos aquellos mensajeros, llegó á la noche siguiente el primero que habia buscado á Pizarro de parte del inca en la estancia de Zaran, junto á Caxas y Guacabamba, y llevádole el presente de los vasos de piedra. Ahora venia con mayor autoridad: acompañábanle muchos criados, traia vasos de oro, en que bebia su vino, y con él brindaba á los Castellanos, diciéndoles que se queria ir con ellos hasta Caxamalca. Presentó otras diez reses de regalo, hizo algunas preguntas, y hablaba mas desenvueltamente que primero, ensalzando hasta el cielo el poder de su señor. A pocos dias de estar este indio con los Castellanos, volvió el mensajero que Pizarro habia enviado al inca antes de emprender la subida de la sierra, y no bien hubo entrado en el campamento y avisado al otro indio, cuando se agarró furioso con él y empezó á maltratarle cruelmente. Separólos inmediatamente el gobernador, y preguntado el recien llegado por la causa de aquel atrevimiento, «¿cómo quereis contestó, que yo lleve con paciencia ver aquí honrado y regalado por vosotros á este perverso, que no ha venido sino á espiar y á mentiros, mientras que yo, embajador vuestro, ni he podido ver al inca, ni me han dado de comer, y apenas he podido escapar con la vida, segun me han maltratado?» Refirió en seguida que él habia encontrado á Caxamalca sin gente, y á Atahualpa con su ejército en el campo; que no se le habian dejado ver bajo el pretesto de que estaba recogido ayunando y entregado á sus devociones; que habia hablado con un pariente del inca, al cual habia referido toda la grandeza, valor y armas de los Españoles; pero que aquel indio lo habia tenido todo en poco, menospreciando por su corto número á los estranjeros. El otro indio replicó que si en Caxamalca no habia gente, era por dejar sus casas desocupadas á los nuevos huéspedes; y si el inca estaba en el campo, era porque lo acostumbraba hacer asi desde que duraba la guerra. «Tú no has podido verle, añadió dirigiéndose á su adversario, porque ayunaba, y en tal tiempo nadie le ve ni le habla y si te hubieras aguardado y dicho de parte de quién ibas, él te recibiera y oyera y te mandara regalar, pues no hay duda en que son pacificas sus intenciones.

¿A quién creer? El gobernador, segun la propension de su genio, mas cauteloso que confiado, y midiendo la disposicion del inca por la suya, se inclinaba mas bien á lo que decia el indio amigo, que no al que se decia mensajero. Disimuló sin embargo, en lo que era gran maestro, reprimió y contuvo á su emisario, y siguó honrando y tratando bien al del monarca peruano (1). Y sin detenerse mas tiempo, dió cuanta priesa pudo á su viaje para llegar á Caxamalca, de donde ya no estaba distante. Vinieron á la sazon otros mensajeros de Atahualpa con bastimentos, que recibió con muestras de mucha gratitud, y con ellos envió á pedir al inca su amistad, rogándole que procediese de buena fe, y asegurando que por su parte no habria falta en corresponderle con la misma.

De allí á poco se descubrió á Caxamalca con sus campos bien labrados y abundosos, los rebaños paciendo á trechos, y de lejos el ejército del inca, acampado á la falda de una sierra en toldos de algodon, y con un aparato no visto antes por los Españoles. Como una legua antes de llegar, el gobernador hizo alto para reunir su gente, dividióla en tres trozos, y señalando á cada uno su capitan, se puso en marcha otra vez, y entró en Caxamalca á hora de vísperas del 15 de noviembre de aquel año (1532). No era ciertamente motivo de confianza hallarse con el pueblo sin gente alguna mas que unas pocas mujeres en la plaza que, segun se dice, daban demostraciones claras de la lástima que tenian de aquellos estranjeros por su manifiesta perdicion. Pizarro, en consecuéncia, despues de reconocido el pueblo y visto los diferentes puntos que ofrecia para la seguridad, halló que la mejor estacion militar era la plaza, que cercada toda de una pared bastante fuerte y alta, con solas dos puertas que caian á las calles de la ciudad, y aquellas casas para su alojamiento en medio, le ofrecia la mejor y mas oportuna posicion para resguardarse de cualquiera sorpresa, y sostenerse en caso de ataque contra aquella muchedumbre. Si Pizarro, como todo lo manifiesta, concibió al instante el plan de atraer allí al inca para acorralarle y apoderarse mas fácilmente de su persona, es preciso confesar que su talento militar era tan pronto en concebir como su ánimo duro é inexorable en resolver.

Viendo, pues, desierta á Caxamalca y que el inca no daba muestras de venir, acordó enviarle á Fernando de Soto con quince caballos y el intérprete Felipillo, á fin de que le hiciese acatamiento de su parte, y le pidiera que diese las disposiciones que estimase oportunas para que él le fuese á besar las manos y declararle la comision que llevaba de parte de su señor el rey de Castilla. Soto partió, y el general, contemplando la multitud de indios que el inca tenia consigo, envió tras él otros veinte caballos para que le hiciesen espaldas, al mando de su hermano Hernando, que fue el que le advirtió el peligro que corrian los primeros si no eran sanas las intenciones de Atahualpa. Uno y otro llevaban órden de conducirse con la mayor circunspeccion y respeto, sin inquietar ni molestar á nadie en su camino.

Acercóse Hernando de Soto al campamento á vista de los Indios, que contemplaban admirados la fiereza y docilidad del caballo que mon-

1 El mensajero de Atahualpa venia á lo menos autorizado con los presentes que habia traido en sus dos embajadas. ¿Cuáles eran las credenciales del indio de San Miguel enviado al inca por Pizarro? Ningunas á la verdad, y en tal caso no es mucho de estrañar que fuese mal recibido.

taba. Llegado allá y preguntado á qué iba, contestó que llevaba una embajada para el inca, de su servidor y amigo el gobernador de los Cristianos: Entonces el inca salió grandemente acompañado y representando majestad y gravedad: sentóse en un rico asiento, y mandó se preguntase á aquel embajador lo que queria. Soto se apeó del caballo, y haciéndole reverencia, respetuosamente le dijo que don Francisco Pizarro, su capitan, deseaba mucho besarle las manos, conocerle personalmente, y darle cuenta de las causas porque habia ido á aquélla tierra, con otros negocios que holgaria saber; que por eso le habia enviado á saludarle y suplicarle que se sirviese de ir á cenar aquella noche con él á Caxamalca, ó á comer al otro dia, pues aunque estranjero en la tierra, no dejaria de regalarle y obsequiarle con la reverencia y respeto debidos á tan gran príncipe. El inca contestó, no por sí mismo, sino por medio de un indio principal que á su lado estaba, que agradecia la buena voluntad de su capitan, y que por ser ya tarde, otro dia iria á verse con él en Caxamalca. Soto ofreció decir lo que se le mandaba, y preguntó si habia otras órdenes que llevar. «Iré, añadió el inca, con mi ejército en órden y armado, mas no tengais pena ni miedo por ello.» Habia ya en esto llegado Hernando Pizarro, y dijo á Atahualpa las mismas razones que Hernando de Soto. Advertido el inca de que aquel que hablaba era hermano del gobernador, alzó los ojos, que hasta entonces por representar gravedad los habia tenido bajos, y le dijo, «que Mayzabelica, un capitan suyo en el rio Turicara, le habia avisado de haber muerto á tres castellanos y un caballo, por haber tratado mal á los caciques del contorno (1). El, sin embargo, queria ser su amigo, y se iria á ver al otro dia con su hermano el general.» A esto replicó arrogantemente el español que Mayzabelica mentia, porque todos los indios de aquel valle eran como mujeres, bastando un solo caballo para toda la tierra, como lo conoceria cuando los viese pelear: añadió que el gobernador era muy su amigo y le ofrecia su ayuda contra cualquiera á quien quisiese hacer guerra. «Cuatro jornadas de aquí, repuso el inca, hay unos indios muy bravos con quienes yo no puedo, y allí podeis ir á ayudar á los mios. Diez de á caballo enviará el gobernador, contestó Hernando, y estos bastarán: tus indios no son necesarios sino para buscar á los que se escondan.» Sonrióse Atahualpa, porque ignorante todavía de las fuerzas y armas castellanas, las razones que oia debieron parecerle baladronadas pueriles.

En esto se presentaron unas cuantas mujeres con vasos de oro en sus manos, en que traian la chicha ó vino que ellos hacian del maiz, y por órden del inca les ofrecieron de beber. Rehusábanlo los Castellanos por su repugnancia á aquel brebaje; pero al fin, importunados y por no parecer descorteses, lo aceptaron. Y como si quisiesen pagar un agasajo con otro, advirtiendo que el inca no apartaba los ojos del caballo de Hernando de Soto, este capitan saltó en él, y empezó á escaramucear y á revolverle y corvetear de una parte á otra, haciéndole echar mucha espuma. Mirábalo Atahualpa con atencion y maravilla; pero sin mostrar espanto ni recelo alguno, aun cuando Soto acercó alguna vez tanto el caballo, que con el resuello le hizo mover los hilos de la borla; y aun se dice que reprendió y castigó á alguno de los suyos porque se dejaron vencer del temor del animal y huyeron al acercarse á ellos. Despidiéronse, en fin, los embajadores con el encargo de decir á su general que el inca iria otro dia á visitarle, y que entre tanto se aposentase con su gente en tres de los salones grandes que habia en la plaza, dejando el de en medio para él. Vueltos á Caxamalca, dieron cuenta de su comision, ponderando la majestad y entereza del inca y las fuerzas de su ejército, que á su parecer subiria á mas de treinta mil hombres de guerra. Esto empezó á amedrentar á muchos de los soldados, considerando que eran cerca de doscientos para cada castellano. Pero su general, menos receloso de aquella fuerza aparente que contento de que el inca se viniese tan incautamente á poner en sus manos, les dijo que no tuviesen recelo de aquella muchedumbre, la cual, en vez de servir á los Indios de provecho, iba á ser su perdicion, y que si ellos fuesen hombres como allí lo habian sido, él les aseguraba una felicísima victoria.

Al dia siguiente Atahualpa, despues de avisar al general español que ya iba á verificar su visita, advirtiéndole que á ejemplo de los Castellanos que habian ido armados á su real, él tambien llevaria armada su gente, dió la señal de marchar, y el ejército se puso en movimiento con direccion á Caxamalca. Iba formado en tres cuerpos, segun las diferentes armas que cada uno de ellos traia. Uno como de doce mil hombres era el delantero, armados de ondas los unos, y otros de pequeñas mazas de cobre guarnecidas de puntas muy agudas. Detrás de ellos otro como de cinco mil, que llevaban astas largas, llamadas *aíllos*, armadas de lazos corredizos, que solian servirles para enredar y coger á los hombres y las fieras. El último á retaguardia era el cuerpo de los lanceros, con quienes iban los indios de servicio y el sin número de mujeres que seguian el campo. En el centro se veia al inca sentado en sus andas tachonadas de oro y guarnecidas de vistosas plumas, y llevado en hombros de los indios mas principales. Su asiento era un tablon de oro, y encima de él un cojin de lana esquisita sembrada de piedras preciosas. Toda esta riqueza, sin embargo, y todo este aparato no daban tanta dignidad y decoro á su persona como la borla encarnada que le caia sobre la frente y le cubria las cejas y las sienes: insignia augusta de los sucesores del sol, venerada y adorada de aquel inmenso gentío. Trescientos hombres marchaban delante de las andas limpiando el camino de piedras, pajas y cualquiera estorbo que hubiese. Iban formados los orejones á los lados del monarca, y con ellos algunos indios principales, llevados tambien en andas y en hamacas para ostentacion de gran-

(1) De este Mayzabelica nada dice Herrera en su relacion anterior. Gomara le mienta como jefe de uno de los distritos por donde pasaron los Españoles en su viaje, y como despreciador de ellos en las noticias que daba al inca.

deza. La marcha presentaba un órden concertado al son de las bocinas y atambores, como si fuera una procesion religiosa, y tan despacio andaba, que tardó cuatro horas en la legua que mediaba entre el real y Caxamalca.

Caia ya la tarde, y Pizarro viendo á los Indios hacer alto á un cuarto de legua del pueblo y que empezaban á plantar sus toldos como para acampar allí, temió perder el lance que ya tenia preparado, y envió á rogar al inca que apresurase su marcha y le viniese á ver antes que llegase la noche. Condescendió Atahualpa con su ruego, y le contestó que allá iba al instante, y tambien que iba sin armas. Con efecto, dejando en aquel punto todo el grueso de su gente, y tomando consigo como unos cinco á seis mil indios de los de la vanguardia, continuó su camino para entrar en el pueblo, siguiéndole tambien en gran parte los mismos señores principales que le habian acompañado hasta allí. Entre tanto el caudillo español daba las últimas órdenes á sus capitanes y acababa de tomar las disposiciones necesarias para conseguir sus intentos con el menor riesgo posible. Mandó que estuviesen escondidos infantes y caballos en los aposentamientos de en medio, colocó en una eminencia que habia á un lado los mosquetes, al mando de Pedro de Candía, y unos pocos arcabuceros en una torrecilla de una de las casas que dominaba el terreno. Los caballos guarnecidos con pretales de cascabeles para que hiciesen mas ruido, fueron divididos en tres bandas de á veinte cada una, al mando de los capitanes Hernando de Soto, Hernando Pizarro y Sebastian de Belalcázar. Pizarro tomó consigo veinte rodeleros, hombres robustos y valientes á toda prueba, los cuales debian seguirle y ayudarle donde quiera que se dirigiese. A todos se encargó silencio y sosiego hasta que él diese á la artillería la señal de disparar, y con sus veinte esforzados, arrimado á las casas y á la vista de la puerta, se puso á esperar á Atahualpa.

Empiezan, en fin, á entrar los Indios en la plaza, ordénanse en ella segun su costumbre, y en medio de ellos el inca se pone en pié sobre sus andas como registrando el sitio y buscando con la vista á los estranjeros á quienes venia á encontrar. En esto se le presenta con un intérprete el dominicano Valverde, enviado por el gobernador á hacerle las intimaciones y requirimientos de estilo (1). Llevaba en una mano una cruz, en la otra la Biblia. Puesto delante del monarca peruano, le hizo reverencia y le santiguó con la cruz, y despues le dijo que él era sacerdote de Dios, cuyo oficio era predicar y enseñar las cosas que Dios habia puesto en aquel libro, y le mostró la Biblia que llevaba; añadió, segun se dice, alguna cosa de los misterios de la fe cristiana, de la donacion de aquellas regiones hecha por el Papa á los reyes de Castilla, y de la obligacion en que el inca estaba de ponerse á su obediencia; y concluyó diciendo que el gobernador era su amigo, que queria la paz con él, y se la ofrecia con la misma voluntad que hasta allí lo habia hecho. El, como sacerdote se lo aconsejaba tambien, pues Dios se ofendia mucho de la guerra; y que entrase á ver al gobernador en su aposento, donde le esperaba para conferenciar con él sobre todos aquellos puntos. Dicho esto, presentóle la Biblia, que el inca tomó en sus manos y volvió algunas hojas, y la arrojó al fin al suelo con muestras de impaciencia y de enojo. Ni el libro ni en gran parte las palabras del religioso podian en manera alguna ser inteligibles para él, por bien interpretadas que fuesen, lo cual es muy de dudar. Pero lo que sí entendió perfectamente bien, fue lo que se le decia de las intenciones pacíficas de aquellos estranjeros, pues al tiempo de arrojar el libro, «bien sé, dijo, lo que habeis hecho por ese camino y cómo habeis tratado á mis caciques y tomado la ropa de los bohios.» Quiso disculpar el religioso á los suyos echando la culpa á los Indios; pero él insistió en su reclamacion, afirmando en que habian de restituir cuanto habian tomado. Entonces Valverde, cobrado su libro, se fué para el gobernador á darle cuenta del mal suceso de su conferencia. Las antiguas memorias varían sobre las razones con que lo hizo; pero todas convienen en que no dejaban tregua al ataque ni lugar al disimulo. Al mismo tiempo el inca se volvió á poner en pié y habló á los suyos; de que resultó entre ellos ruido sordo y movimiento, que probablemente fue la causa inmediata de precipitarse la accion, tomando aquel aspecto atroz y espantoso con que ha pasado á los siglos posteriores.

Hace entonces Pizarro la señal, y al instante Pedro de Candía dispara sus mosquetes, los arcabuces le responden, las cajas y trompetas comienzan á sonar, los caballos se arrojan furiosos y embisten por tres partes á aquel murallon de hombres desnudos, y los infantes los siguen haciendo todo cuanto estrago pueden con las lanzas, con las ballestas, con las espadas. Al estruendo, tan espantoso y terrible como imprevisto y repentino, de armas, hombres y caballos, parecia venirse abajo el cielo, la tierra temblaba, y no quedó entre los Indios ni hombre seguro ni valor en pié. Todos, despavoridos y atónitos, ó recibian pasmados la muerte sin osar moverse, ó buscaban azorados salida para huir, y no encontraban por dónde. Tomadas las puertas, alta la muralla, y ellos confusos y perdidos, se estorbaban y ahogaban, mientras que los Castellanos los herian y mataban á su salvo. No puede en modo alguno darse el nombre de batalla á esta carnicería cruel. Ovejas alanceadas en redil quizá hicieran mas resistencia que la que aquellos infelices opusieron á sus encarnizados enemigos. Tal fue la agonía, en fin, tal la fuerza con que los unos se apiñaron sobre

(1) El padre Remesal, en su *Historia de Chiapa*, dice que fue poco afortunado este fraile en escribirse sus sucesos por personas poco afectas á la religion dominicana y á la persona del mismo Valverde, para echarle la culpa, «que no tuvo,» de la prision del inca, por las voces que suponen dió cuando Atahualpa arrojó la Biblia en el suelo, como si, aunque hubiera dicho que creia en Dios como San Pedro y San Pablo, dejara de hacer lo que hizo quien antes de enviarle tenia apercibida la gente, y á punto los arcabuces y mosquetes para lo que sucedió despues. Es probable que la suerte del inca no hubiera sido otra de la que fue aunque el mismo Bartolomé de las Casas fuera de capellan en la espedicion; pero Remesal debiera probar con documentos fidedignos la verdadera conducta de su fraile, el cual, aun por las relaciones antiguas que menos le cargan, y son las que se siguen en el testo, queda siempre con bastante culpa de lo que acaeció con el inca. (Véase la *Historia de Chiapa*, libro 9, cap. 7.)

los otros, que la pared no pudo resistir al empuje, y reventó por un lado, abriéndose un portillo, que concedió ancha puerta á su fuga. Por allí salieron, y tambien los Castellanos, que los fueron siguiendo hasta que la noche y una lluvia que sobrevino puso fin al alcance. La confusion y el estrago fueron mayores hácia la parte donde estaba el inca. Pizarro con sus veinte rodeleros acometió por aquel lado con intento de apoderarse á toda costa de la persona del príncipe, bien persuadido de que en esto consistia todo el buen éxito de aquel lance. Allí no se pensó en huir, sino en sostener al inca en las andas á toda costa: herian y mataban; pero derribando uno, entraba otro al instante á suplirle con un ánimo y denuedo que admiraba á los Españoles y los cansaba tambien. Es de maravillar ciertamente que aquellos infelices supiesen morir con tal brio, y no acertasen ni á defenderse ni á herir. Cuando Pizarro vió que algunos de sus compañeros, dejando de herir en los Indios, se acercaban á las andas, dió voces diciendo que no le matasen, sino que le prendiesen; él mismo hizo entonces un esfuerzo para apoderarse de su presa, y llegado á las andas, asió con mano vigorosa de la ropa del inca y le hizo venir al suelo. Esto terminó la accion, porque los Indios, no teniendo ya á quien guardar ni respetar, se desparramaron y desaparecieron del todo. Dos mil de ellos fueron muertos, sin que de los Castellanos pereciese ninguno ni aun fuese herido tampoco, sino es Pizarro, que recibió una ligera herida en la mano, que un castellano le hizo sin querer al tiempo de estender el brazo para coger á Atahualpa (1).

El príncipe prisionero fue tratado al principio por sus vencedores con todo el miramiento y respeto que á su dignidad se debia. A la fama de que estaba vivo y sin lesion, esparcida de propósito por los Españoles, fueron acudiendo muchos indios, dícese que hasta en número de cinco mil, á consolarle y servirle. Y como en el reconocimiento que se hizo en el campamento indio al dia siguiente de la accion, entre el riquísimo despojo de alhajas de oro y plata y tejidos de lana y algodon finisimos, se hallasen tambien muchas mujeres principales, bastantes de la sangre real, y algunas mamaconas, ó sean vírgenes consagradas al sol: llevadas tambien á Caxamalca, y aplicadas al servicio y asistencia de su príncipe, le componian una especie de córte que, en cuanto podia conciliarse con su cautiverio, no desdecia absolutamente de su majestad y dignidad antigua. Ayudaba á ello tambien la cortesía y respeto con que el gobernador le trataba. El le alentó y consoló, haciéndole las reflexiones propias de su desgracia y situacion; se ofreció á servirle conforme á su grandeza, le dijo que si sabia que alguna de sus mujeres estuviese en poder de algun español, se la mandaria buscar y restituir; y que le avisase de cuanto fuese su voluntad, pues en todo se cumpliria segun su deseo. El inca se mostró agradecido á estos ofrecimientos de Pizarro, y con sus modales, semblante y procedimientos desde que se vió en poder de los Españoles no desmereció jamás aquel trato reverente y respetuoso, ni desdijo un punto de la gravedad y decoro que su carácter le prescribia, diciendo frecuentemente, cuando se trataba de su desgracia y veia gemir y sollozar á los suyos, que no debian estrañar lo que le sucedia, «pues era uso de guerra vencer y ser vencido.»

La codicia, tan poco disimulada de los Españoles en aquellas regiones, le dió al instante esperanzas de libertad, y á pocos dias de estar preso empezó á tratar de su rescate con sus vencedores. Ofrecióles al principio que les cubriria con alhajas de oro y plata el piso del aposento en que estaba, que era bastante espacioso; y como ellos lo tomasen á burla y se riyesen de la oferta como de cosa imposible, se levantó en pié, y alzando la mano cuanto pudo, hizo una señal en la pared y dijo resueltamente que no solo cubriria el suelo, sino que le henchiria tambien hasta allí. Venia á tener el aposento veinte y dos piés de largo y diez y seis de ancho, y la altura á que el inca hizo su señal era de mas de tres varas. Entonces el gobernador, viendo que no era de despreciar el tesoro inmenso que se le ponia delante, y creyendo que era preciso contentar, aunque fuese solo en apariencia, las esperanzas del inca para apoderarse de aquella riqueza, le dió su palabra con la firmeza que Atahualpa quiso, de que le dejaria libre en el momento que él cumpliese lo que acababa de ofrecer. Dada y tomada esta fe por los unos y por los otros (2), echóse una raya roja en toda la pared del aposento á la altura que el inca señaló; y al instante envió mensajeros á los principales pueblos de sus Estados, mandando que cuanto oro y plata hubiese en los templos y en sus palacios se enviase al instante á Caxamalca para el rescate de su príncipe. A este mandato añadió otro no menos esencial, que fue el de que no se tratase de mover guerra á los Castellanos, con los cuales no le convenia sino la paz, y que en todas partes fuesen obedecidos y respetados como él mismo.

Puede venirse en conocimiento del estado en que se hallaba la subordinacion y policía del país, y de la manera con que las órdenes de los incas eran cumplidas, con el caso de los tres españoles que á ruegos del inca fueron enviados al Cuzco para ordenar y activar la remision de aquellos tesoros. Pizarro accedió á ello con el doble objeto de que aquel negocio particular se llevase adelante, y de ser exacta y cumplidamente informado de las cosas de la capital. Nombró con este fin tres soldados particulares, que

(1) Para la narracion de esta jornada he tenido presente, además de las relaciones conocidas, una carta de Hernando Pizarro á los oidores de Santo Domingo, en que se cuentan todos los sucesos de esta época; y en todo lo que me parecia dudoso he seguido su testimonio como el mas sensato y el mas autorizado. Este monumento, precioso á todas luces é inédito hasta ahora, va impreso al fin en el apéndice 5.

(2) Herrera dice positivamente que Pizarro dió su palabra con propósito de no cumplirla. Paréceme que no seria esta una de las imputaciones menos negras con que ha sido manchada la memoria de aquel conquistador. Pero, sin hacer de sus prendas morales mas aprecio del que ellas merezcan, podria lavársele de este esceso de perfidia, y decirse que su codicia, satisfecha con las ofertas del inca, le hizo entonces ofrecer de buena fe lo que despues ó no quiso ó no pudo cumplir. Herrera quiere á toda costa hacer de Pizarro un gran político, aunque sea á costa de hacerle mas malo.

fueron Pedro Moguer, Francisco Martinez de Zárate y Martin Bueno, los cuales, llevados en hombros de indios, reclinados en hamacas, anduvieron las doscientas leguas que hay de Caxamalca al Cuzco, no solo sin peligro, pero seguidos del respeto y reverencia de todo el país, y regalados y agasajados con todo lo mas rico y lisonjero de la tierra: ellos se dice que iban admirados de la buena razon de los Indios, del buen órden que tenian puesto en sus casas, del aseo, comodidad y abundancia de sus caminos. Llegaron á la ciudad, y debió sin duda acrecentárseles la admiracion con el arreglo que hallaban en ella, con la riqueza de sus templos y con la policía de sus artes. Los agasajos, los aplausos y los respetos fueron mayores allí: creíanlos seres superiores á ellos, hijos de la divinidad, venidos para remediar los males que sufria entonces el Estado. Las vírgenes del templo los servian, humillábanseles los sacerdotes, y todos los demás los adoraban. Y ¿cómo correspondieron estos insensatos á aquella buena fe, a aquella benevolencia, á tan alta estimacion? ¿De qué manera supieron conservar este concepto y buen nombre, en que tanto iba á su nacion y á ellos mismos? Mofándose con risa y escarnio de las reverencias que aquella simple gente les hacia, sacrificando á su desenfrenada lujuria el pudor de las vírgenes que los asistian, echando mano á cuanto su codicia anhelaba, cometiendo toda clase de sacrilegios en los templos, de indecencia y grosería delante de los hombres, dieron á entender fácilmente á los Indios que en vez de ser hijos de Dios, eran una nueva plaga que para su daño les enviaba el cielo. Dudaron si los matarian; el respeto de Atahualpa los detuvo; pero procuraron aligerar cuanto antes la remesa del oro que se les pedia, y con él los despacharon á Caxamalca, y asi se libraron de ellos. A vista de tan insigne ejemplar, acaso singular en la historia, en el cual no se sabe qué admirar mas, si la temeridad, si la insolencia ó si la grosería, se podria preguntar cuáles eran los bárbaros aquí, si los Europeos ó los Indios, y la respuesta no es dudosa. Cúlpase mucho á Pizarro por esta desatinada eleccion, que comprometia en tanto grado los intereses y el honor de la nacion castellana en aquellas regiones; y á menos que lo hiciese ó por la confianza que tenia de estos hombres para la comision que llevaban, ó por estar mas diestros en el lenguaje del país, ó en fin, por cualquíer otra causa particular que ahora se nos oculta, la acusacion queda sin réplica, y es otro cargo que la posteridad tiene que hacer á su memoria (1).

De cualquiera modo que fuese cometido aquel yerro, el resultado inmediato que tuvo fue el de ocultar los Indios en el Cuzco cuanto oro pudieron, en odio de los Castellanos, y hacer lo mismo despues en Pachacamac. El templo de este nombre era el mas rico de todo el Perú, y la codicia de adquirirlo y el recelo de que se disipase con las disensiones civiles que habia en el imperio movieron á Pizarro á pedírselo á Atahualpa. Vino él en ello, pero con la condicion de que el tesoro que de allí se trajese debia entrar á llenar su cupo en la estancia del rescate. Tomado este asiento, el gobernador nombró á su hermano Hernando para que acompañado de veinte hombres de á caballo y doce escopeteros, fuese á cogerlo, y al mismo tiempo á reconocer la tierra, y saber si eran ciertas las reuniones y asonadas de guerra que se contaban de los Indios. Salió con efecto aquel capitan á principios del año de 1533 (5 de enero), y en las cien leguas que anduvo desde Caxamalca á Pachacamac no encontró mas que indios pacíficos y tranquilos, ó bien los que, cumpliendo las órdenes del inca, iban cargados do oro y plata á Caxamalca. Mas antes de que estos españoles llegasen á Pachamac ya les habia precedido allí la noticia de las demasías y escándalos cometidos en el Cuzco; y los sacerdotes del templo, no queriendo dar lugar á semejantes desórdenes ni á que se despojase de sus riquezas aquel antiguo y venerado santuario, sacaron de él y escondieron todo el oro y plata que les fue posible. No contentos con esto, apartaron tambien de allí las vírgenes del sol, para no esponerlas á la desenfrenada lujuria de aquellos *insolentes* estranjeros. Por manera que cuando Hernando Pizarro llegó, ya el templo estaba despojado de sus mejores preseas. No fueron tan pocas, sin embargo, las que no pudieron alzarse, que con ellas y los presentes que le hicieron los caciques comarcanos no trajese á Caxamalca veinte y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata.

Tanta riqueza podia contentar á la codicia; pero todavía los Castellanos pudieron complacerse mas de ver venir con él al guerrero Chaliquichiama, el primero de los generales de Atahualpa, y por su valor, su capacidad, su crédito y sus servicios, la segunda persona del imperio. Hallábase en Jauja, al frente de unos veinte y cinco mil hombres de guerra, cuando Hernando Pizarro llegó á Pachacamac. Sus intenciones eran dudosas, y el capitan español conoció al instante la importancia de reducir á la obediencia á un hombre de tanta autoridad, y la necesidad de tenerle siempre á la vista para quitar toda ocasion de inquietudes y novedades. Fiado pues en las disposiciones pacíficas tomadas por el inca, y todavía mas en su arrojo y su valor, avanzó con su pequeño escuadron otras cuarenta leguas mas para avistarse y conferenciar con él. El indio receló al principio y estuvo dando largas por algunos dias; mas tales fueron las artes de Hernando Pizarro, tales las palabras y seguridades que le dió, que Chaliquichiama al fin se vino á juntar con él, trayendo consigo algunas cargas de oro que habia juntado para venir á Caxamalca. Llevado en andas, seguido de indios principales atentos á sus órdenes, en el séquito y cortejo que traia y en la ostentation

(1) Debe tenerse presente que Gomara dice que fueron nombrados para esta comision, ó por mejor decir se ofrecieron á ella, Hernando de Soto y Pedro de Barco, y que estos se encontraron en el camino con el inca Huascar, á quien traian preso los generales de Atahualpa; y que habiéndoles pedido que le tomasen ellos consigo y le llevasen á Pizarro, ellos se escusaron con su comision, etc. Con él conviene Zárate; pero Estete habla de tres enviados al Cuzco, sin decir sus nombres: Hernando Pizarro en su carta está conforme con él; Pedro Sancho en su relacion supone á Hernando de Soto en Caxamalca, mientras los tres emisarios castellanos están en el Cuzco. Es preciso, pues, seguir á Herrera, aunque con el sentimiento de tener que repetir los desórdenes que cuenta. La comision, por otra parte, encargada á Hernando de Soto fuera desempeñada mejor.

y riqueza que llevaba se mostraban bien claros el honor y la dignidad que alcanzaba en aquella monarquía; pero este soberbio sátrapa, luego que llegó á las puertas donde estaba preso el inca, no entró por ellas sin descalzarse primero los piés y echar sobre sus hombros una mediana carga que tomó de un indio: costumbre usada en el país en demostracion de sumision y respeto; y cuando en fin estuvo en presencia de Atahualpa, alzó las manos al sol como en accion de gracias de dejarle ver á su príncipe: llegóse á él con todo acatamiento, besóle el rostro, las manos y los piés, y lloró y lamentó aquel desastre y afrenta, la cual, esclamaba, no aconteciera á su señor á hallarse entonces él en Caxamalca. Notaban los Españoles con estrañeza y maravilla aquellas señales de lealtad y sentimiento en personage tan principal y en situacion como aquella, y se admiraban todavía mas de ver á Atahualpa, que sin perder un momento su entereza y gravedad acostumbrada recibia majestuosamente aquellos respetos, y sin contestar palabra alguna se dejaba acatar y reverenciar como un Dios.

Antes de que Hernando llegase vinieron dos sucesos á alterar considerablemente la situacion en que el inca y los Castellanos se hallaman, y contribuyeron en gran manera al desenlace trágico en que vino á terminar. La una fue la muerte del inca Huascar, á quien los generales de Atahualpa, despues de vencido, enviaron vivo á su señor para que dispusiera de su suerte. Tuvo él aviso de esta ventaja y de que su hermano venia, á poco tiempo de su rota y prision en Caxamalca, y dícese que no pudo menos de reirse de los caprichos de la fortuna, diciendo que en un mismo dia le hacia vencido y vencedor, prendedor y prisionero; mas viniendo despues á considerar lo que debia hacer en este caso, y temiendo que si Huascar era traido á los Españoles, podia mejorar su partido haciéndoles todavía ofertas mas grandes que las suyas, y tal vez contribuir á completar su destruccion con la ventaja que le daban su legitividad, su juventud y su misma inesperiencia, determinó quitar de en medio este estorbo y sacrificar la naturaleza á la política, mandando que le diesen muerte; mas antes de ponerlo por obra quiso, segun se dice, esperimentar con qué ánimo tomaria Pizarro la muerte de aquel príncipe. Para ello fingió tristeza y afliccion, y preguntándole la causa, respondió que sus capitanes, despues de haber vencido y preso á su hermano, le habian muerto sin conocimiento suyo luego que habian sabido que él estaba prisionero: lo que le causaba mucha pesadumbre, porque al fin, aunque enemigos y émulos en el imperio, siempre eran hermanos. El gobernador le consoló, diciendo que aquellos eran trances de fortuna á que estaban sujetos los acontecimientos de guerra; y no hizo mas demostracion de imputarle aquel negocio, aunque tal vez en su interior daba gracias á la suerte, que le libraba asi de uno de sus enemigos por la mano misma del que tenia en su poder. Vista por Atahualpa esta especie de indiferencia, envió la órden cruel, y el desdichado Huascar, implorando la justicia del cielo y la fe de los hombres, quejándose á gritos de la iniquidad de su hermano, y votándole á la venganza y castigo de los Españoles, murió ahogado por los ministros de su rival en el rio de Andamarca, y echado la corriente abajo para que su cadáver no fuese encontrado ni sepultado. Manera de muerte muy cruel, pues segun la supersticion de aquellas gentes, eran destinados á condenacion y pena eterna los ahogados y quemados que no recibian sepultura. Este príncipe, que apenas tenia veinte y cinco años cuando murió, era bueno, clemente, liberal, y por lo mismo muy amado de los de su bando; pero sin esperiencia ninguna en la guerra ni en los negocios, era incapaz de sostenerse contra su émulo, mas activo, mas valiente, mas capaz, y asistido de los mejores soldados y generales del Estado. La victoria estuvo por Atahualpa; mas por quién estaba la razon y la justicia no es fácil decirlo ahora, si bien los Españoles entonces todos á boca llena se la daban al príncipe de Cuzco. Asi era natural que lo hiciesen los que poco despues pusieron esta muerte como cargo capital en el proceso que fulminaron contra su desgraciado vencedor. Sin insistir mas en esta cuestion, ya por lo menos inútil, lo cierto es que uno y otro pagaron bien cara su sangrienta discordia, y que el fin trágico que ambos tuvieron, y la ruina total del imperio y religion peruana, fueron el fruto amargo de sus funestas querellas y del error cometido por su padre en la particion de la monarquía.

La otra novedad ocurrida en este tiempo fue la llegada del capitan Almagro al Perú y su pronta venida á Caxamalca. Venia ya condecorado por el rey con el título de mariscal, y traia cuatro navíos y doscientos hombres consigo, entre ellos varios oficiales escelentes, que venian de Nicaragua con Francisco de Godoy á servir en el Perú, y se pusieron á las órdenes de Almagro en el camino. Parecia ya signo de estos dos antiguos compañeros y descubridores que no pudiesen estar juntos sin rencillas y desconfianzas. Apenas Almagro llegó á San Miguel y se puso en comunicacion con el gobernador, cuando á este se dijo que su amigo, con mas fuerza y poderío, tenia á menos juntarse con él, y pensaba buscar otros descubrimientos y conquistas por sí solo. A Almagro querian persuadir que el gobernador trataba de quitarle de en medio, y le inducian á que se guardase y cautelase de sus asechanzas. Esta vez á lo menos supieron uno y otro corresponder á su dignidad y á sus mutuas obligaciones. Pizarro envió mensajeros á su amigo dándole el parabien de su venida, y rogándole que se apresurase con los caballeros que le acompañaban á venir á juntarse con él y á participar de su buena fortuna. Almagro, enterado de que el orígen de aquellos chismes venia de una falsa relacion enviada por un Rodrigo Perez, escribano de oficio, y que le servia de secretario, le hizo proceso como abusador de su cargo, y le mandó ahorcar por su mala fe y alevosía. ¡Dichosos los dos si se hubieran conducido siempre con igual franqueza y resolucion! Hecho esto, Almagro con sus soldados se puso en marcha para Caxamalca, adonde

llegó sin encontrar impedimento alguno en el camino (14 de mayo de 1533), antes bien toda buena acogida, servicio y agasajo de parte de los Indios. Salió á recivirle el gobernador, y haciéndose ambos las demostraciones de gusto y de cariño propias de su amistad antigua, entraron en la ciudad, donde al instante el mariscal pasó á hacer reverencia al inca y como á ponerse á sus órdenes. El, aunque probablemente se doliese en su interior de que el número de sus enemigos se aumentase, le recibió con el mismo buen semblante que á los demás castellanos. Todo se presentaba allí entonces con aspecto tranquilo y agradable á los Españoles y al príncipe prisionero; reinaba entre ellos la confianza y reinaba tambien la alegría; él tenia la esperanza de verse pronto en libertad, ellos la perspectiva del poderío y la opulencia.

Llegó de allí á poco Hernando Pizarro (25 de mayo de 1533) con las riquezas del templo de Pachacamac y con el general peruano. Saliéronlos á recibir el gobernador y los principales capitanes del ejército; mas á la vista inesperada de Almagro no pudo el orgulloso Hernando tener la rienda á su aversion antigua, llegando á tanto la demostracion de su disgusto, que ni le cumplimentó ni le saludó tampoco. Pesó á todos de esta grosería, y mas al gobernador, que le reprendió de ella cuando estuvieron solos, y en seguida pasaron á la estancia del mariscal, y escusándose el recien venido del descuido usado con él, Almagro recibió las disculpas con su buena fe y facilidad natural, y aquel sinsabor quedó entonces desvanecido, á lo menos en apariencia. Incidentes pequeños á la verdad, pero absolutamente precisos para pintar el carácter moral de los personajes históricos. En la narracion presente todavía son mas indispensables, pues estas rencillas, aunque leves, son las chispas que forman despues el grande incendio en que vienen á ser abrasados todos los actores de este drama triste y sangriento.

Segun llegaban las cargas del rescate á Caxamalca, se iban poniendo en un sitio señalado á este fin y custodiado con una buena guardia. Las distancias eran largas, las cargas pequeñas, la estancia espaciosa, y por consiguiente, hacia poco bulto á los ojos de los codiciosos Castellanos. Impacientábanse ellos de ver que tanto tardaba la reunion del tesoro prometido, y temian que se les desvaneciesen como humo las esperanzas de oro que centelleaban en su acalorada fantasía. Alguna vez, echando al inca la culpa de la tardanza, y sospechando que esto lo hacia para dar lugar á que se alborotasen las provincias los Castellanos fuesen destruidos antes de recibir su rescate, proponian que se le diese muerte y se saliese de una vez del cuidado y susto en que los tenia: peligro del que entonces salvaron á Atahualpa los repetos de Hernando Pizarro, que se opuso siempre á que se le ofendiese.

Señalábanse en esta impaciencia los de Almagro, como creyéndose acreedores á la parte de aquel rico botin; y tambien los oficiales reales, que dejados prudentemente por Pizarro en San Miguel, se vinieron con Almagro á Caxamalca para entender en las atenciones de sus encargos respectivos y hallarse presentes á la reparticion de los despojos. Mas cuando los Castellanos vieron llegar la muchedumbre de indios cargados con los tesoros del Cuzco, y que acumulados á los que allí habia, el monton se agrandó, haciéndose de repente mayor que su codicia, entonces á la impaciencia que antes tenian porque se llegase á reunir, sucedió otra impaciencia mas viva, que fue la de disfrutar; y aunque, segun toda apariencia, no estuviese lleno aun el cupo prometido por el inca, empezaron á pedir á voces que se repartiese al instante (1). Quiso Pizarro satisfacer este deseo, que era por ventura igual en jefes y en soldados, y á todos estaria bien. Mas antes era preciso allanar la dificultad que ofrecian las pretensiones de los de Almagro, que querian entrar á la particion como los que habian venido primero y desbaratado al inca en Caxamalca. Para la igualdad no habia razon; mas dejarlos tambien sin nada era poco cortés y aun peligroso. Habido pues su consejo los dos generales con los cabos principales del ejército, se acordó que se sacasen del monton 100,000 ducados para los de Almagro, con lo cual se dieron por contentos, y se procedió sin estorbos á la distibucion.

Ejecutóse esta con la mayor solemnidad (17 de junio de 1533. Pizarro hizo constar judicialmente la autoridad y facultades que tenia por las provisiones reales para que estos repartimientos se hiciesen segun los servicios y merecimientos de cada uno, á juicio del mismo gobernador; y pidiendo formalmente el auxilio divino para guardarles justicia, se dió principio á la operacion. Pesóse el oro y la plata que resultaban despues de fundidos y aquilatados. Sacáronse primero los quintos reales, el importe de un donativo que ademas se hizo al rey, la joya que llamaban del escaño, con otras que por su hechura ó por su singularidad se querian presentar enteras en la córte; los 100,000 ducados de los almigristas y los derechos del quilatador, fundidor y marcador, con las costas de estas diferentes labores. El resto se repartió entre el general, capitanes y soldados, segun sus méritos y graduacion respectiva, ó segun las condiciones que cada cual habia ajustado en su contrata. Por lo mismo las porciones no tuvieron la igualdad que resulta en los historiadores cuando hacen esta regulacion, en la cual tambien difieren mucho entre sí. Pero de la acta judicial de repartimiento, que va puesta á la letra en el apéndice (2), se viene en conocimiento de que la parte de cada soldado de á caballo fue, generalmente hablando, de cerca de 9,000 pesos en oro y sobre 300 marcos en plata, y la de cada infante con corta diferencia la mitad. Los capitanes y soldados distinguidos recibieron á proporcion: la parte de Pizarro subió á

(1) Los historiadores no dicen que se hiciese la prueba de si el tesoro llegaba hasta la raya colorada que se estendió para señal. Herrera se contenta con decir vagamente: «Llegado el tesoro del rescate del inca, etc.» Gomara asegura mas positivamente que los Españoles dieron priesa á que se repartiese antes de que se acabase de juntar, por temor de que los Indios se lo quitasen ó cargasen mas Españoles antes de distribuirlo, y hubiese que partir con ellos.

(2) Véase el apéndice 6.°

57,220 pesos de oro, y 2,350 marcos de plata, sin contar el tablon de oro de las andas del inca, que como general se adjudicó, valuado en 25,000 pesos. Botin prodigioso, y si se atiende al corto número de soldados entre quienes se distribuyó, sin ejemplar en la historia de estas correrías ó latrocinios que se llaman guerras y conquistas. Si tal recompensa es debida al esfuerzo, á la constancia, á la actividad y á la audacia, sin duda aquellos castellanos la merecian, porque de todo esto habian hecho muestra en el grado mas alto, no ciertamente contra los hombres, que poca ó ninguna resistencia les podian oponer, sino contra la tierra y los elementos, que tantas veces pusieron su valor y constancia á las pruebas mas crueles. Pero la opinion humana, justamente guiada por la razon y la conveniencia pública, al paso que honra y respeta á la opulencia cuando es hija de la aplicación, del talento y de la industria, ha marcado con el sello de su reprobacion eterna estos frutos precoces y sangrientos de la violencia y de la rapiña.

Pizarro habia cumplido á sus compañeros la palabra que les habia dado de hacerles mas ricos que lo que ellos acertasen á desear (1). Faltábale hacerlo ver en América y hacerlo ver en España. Para esto determinó enviar á su hermano Hernando Pizarro para que llevase los quintos del rey y el donativo que el ejército le habia hecho, con la relacion de todo lo sucedido y del estado en que las cosas se hallaban. Iba tambien con el encargo de pedir para el gobernador y sus hermanos honras, dignidades y mercedes. El mariscal Almagro escribió tambien al rey representándole sus servicios, y pidiendo en merced que se le diese la gobernacion de la tierra que estuviese mas adelante de la del gobernador Pizarro, con el título de adelantado. Sin duda por consideraciones de cortesía y consecuencia dió la procuracion de este negocio á Hernando Pizarro; pero no confiando mucho ni en su buena voluntad ni en su eficacia, dió al mismo tiempo poder secreto á sus dos amigos Cristóbal de Mena y Juan de Sosa, que se venian á España, para que ayudasen á sus pretensiones en el caso de que el primero las mirase con descuido. Hernando Pizarro partió acompañado de algunos capitanes y soldados, que cuerdamente resolvieron volverse á su patria á disfrutar en ella con sosiego de las riquezas que les habia proporcionado la fortuna. Llegaron á Panamá, y de allí se esparció por todas las Indias el crédito de los tesoros del Perú. Pasaron el mar, arribaron á Sevilla, y como eran tan altos los quintos del rey, tan grandes los caudales que trajeron consigo los que se volvian, y tan crecidas las remesas que enviaban á sus familias los que se quedaban allá, hinchieron, como dice Gomara, la contratacion de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

Distribuidos los tesoros del inca, parecia llegado el caso de determinar acerca de su persona. Pedia él que se le pusiese en libertad, pues por su parte estaba cumplido lo que prometido habia. Mas otros eran por cierto los pensamientos de su artificioso y duro vencedor. No hay duda que la situacion en que estaban los Españoles, y en el supuesto de estar derrotada irrevocablemente la destruccion de aquel imperio, cualquiera partido que se tomase con Atahualpa estaba espuesto á inconvenientes muy graves. Darle libertad era impolítico, mantenerle en prision embarazoso, quitarle la vida, cruel y sobremanera injusto. Cuando por su culpa ó por la agena los ambiciosos se ven metidos en estos atolladeros siempre se abren camino á toda costa, aunque sea pasando por encima de la humanidad y de la justicia. Pizarro lo hizo asi entonces; y si ya mucho antes no tenia en su corazon condenado á muerte al inca, sin duda lo determinó cuando satisfecha la pasion primera, que era la de adquirir, pudo dar oido solamente á las sugestiones de la ambicion. Por desgracia el mismo Atahualpa le habia dado el ejemplo y allanado el camino, dejándole con el sacrificio de Huascar sola una víctima para llevar á su cima la empresa en que estaba empeñado. Esta resolucion fue al principio secreta, y nadie llegó á entenderla hasta despues. Entre tanto, para dar alguna disculpa al hecho y hacerlo menos odioso, empezaron á correr noticias de sediciones, de movimientos de indios, de proyectos de sus generales para salvar al prisionero. Daban calor á estos rumores los indios de servicio ó yanaconas, los cuales, como la clase mas perjudicada en el Estado, tenian ódio á las demás, y solo veian su restauracion futura en el trastorno del imperio y destruccion de sus gerarquías. Dobláronse las guardias al inca, y fue preso el general Chialiquichiama como fautor de estas inquietudes; y á pesar de la firmeza y sinceridad con que negaba los cargos y demostraba su falsedad, sin duda fuera quemado entonces por voluntad del gobernador si no lo estorbara Hernando Pizarro, que aun no habia partido para España. Crecian las sospechas de guerra y la fama de los alborotos: los soldados de Almagro activaban la pérdida del príncipe peruano, porque pensaban que mientras viviese no estaban con los de Pizarro en aquella igualdad que apetecian, y anhelaban por ir á buscar nuevas tierras y tesoros nuevos. Los oficiales reales la instaban tambien de puro miedo, en el concepto de que la muerte de Atahualpa llenaria de temor á los indios y allanaria todas las cosas: entre ellos el mas caviloso, el mas inquieto y el mas cruel de todos era Alonso Riquelme el tesorero, que con sus continuas y vehementes gestiones, ayudadas de la autoridad de su oficio, no parecia que lo pedia, sino que lo mandaba.

No deseaba otra cosa el gobernador, como quien ponia todo su artificio entonces en suponerse forzado á lo mismo que estaba en su interés, y por consiguiente en su deseo. Y como

(1) A la verdad esta adquisicion de oro y plata en tanta cantidad no los hizo mucho mas ricos, á lo menos á los que quedaban en América. Las cosas que anhelaban subieron á un precio proporcionado á la abundancia de los metales con que se habian de satisfacer. Una mano de papel valia 10 pesos, unos borceguíes 30, una capa negra 100, un caballo, 3, 4, y á veces 5,000 ducados. Los mercaderes solian comprar el oro de veinte quilates á 14, el de catorce á 7; la plata valia tambien á este tenor; por manera que los poseedores de riquezas tan grandes apenas podian adquirir con ellas las satisfacciones que en otras partes eran accesibles á la mas mediana fortuna.

los agresores quieran siempre tener mas apariencia de justicia aun para los mismos á quienes ofenden, Pizarro, en medio de estos rumores y recelos, entró á ver al inca, y le dijo que estrañaba mucho que habiendo sido tan bien tratado, y estando bajo la buena fe y confianza en que le tenian los Castellanos, él tratase de destruirlos con los ejércitos que públicamente se decia mandaba venir á Caxamalca. Creyó al principio Atahualpa que se burlaba, y le rogó que no usase de aquellas chanzas con él. Mas viendo despues en el tono y semblante del gobernador la realidad y continuacion del enojo, viendo agravarse las prisiones y doblarse las guardias, «no sé, decia á los Españoles, cómo me teneis por hombre de tan poco seso, que teniéndome en vuestro poder y cargado de cadenas, haya de haceros traicion y mandar que se mueva mi gente contra vosotros, pues al instante que la veais venir y sepais que viene podeis cortarme la cabeza. Y estais por cierto bien mal informados del poder que tengo si recelais que nadie se mueva y venga contra mi voluntad. Si yo no quiero, ni las aves vuelan ni las hojas de los árboles se menean en mi tierra.» Mas estas reflexiones, sacadas del sentido comun mas obvio y de la razon mas sana, no bastaban á disculparle contra quien estaba resuelto á encontrarlo delincuente; y despues de aquella triste conferencia y unas demostraciones de rigor tan desusadas antes con él, debió el miserable inca presentir cuál iba á ser su destino. Asi es que, quejándose de Pizarro y de los Castellanos, decia que, despues que le habian tomado su tesoro bajo la fe jurada y prometida, trataban contra toda justicia darle la muerte.

Todavía el gobernador quiso dar otra prueba de circunspeccion y detenimiento en negocio tan grave, enviando á Hernando de Soto y á otro capitan con algunos caballos para que reconociesen la parte en donde se decia que estaban los enemigos, y con su aviso proceder á lo que conviniese. Ellos salieron y no encontraron en todo el país que atravesaron mas que indios de servicio que venian pacíficamente á Caxamalca. Quizá esta comision fue un medio de alejar de allí á Soto, que era el único valedor que quedaba al inca despues de la ida de Hernando Pizarro; siendo estos dos capitanes los que mejor supieron ganarle la voluntad, y con quien él mas se complacia en sus conversaciones y en sus juegos.

Despues de la salida de Soto se levantó un grande alboroto entre los Castellanos, como si los enemigos se acercasen y el peligro se aumentara. Entonces ya pareció todo maduro y dispuesto para procesar á aquel sobre quien no tenian mas jurisdiccion que la fuerza (1). Imputósele la muerte de Huascar y las supuestas tramas contra la seguridad de los Españoles; y probados estos cargos á su modo, fue llevada la causa á fray Vicente Valverde. Este religioso, todavía menos instruido en las formalidades de la justicia que en las máximas sanas de la predicacion evangélica, aseguró que aquello era suficiente para condenar al inca, y ofreció que si menester fuese él firmaria este dictámen. Apoyados con su voto los dos generales, pronunciaron su sentencia, y por ella el desdichado Atahualpa debia ser quemado vivo. Al saberse en el ejército un fallo tan atroz, muchos de los españoles protestaron noblemente contra él, y reclamaron los derechos de la justicia, de la equidad y de la gratitud en favor del príncipe prisionero. Indignábanse de que se desluciesen sus hazañas con aquel hecho tan inhumano, y no querian que se echase eternamente tal mancha sobre el nombre y honra española. Nombraron á este fin un protector al inca y apelaron formalmente de la sentencia para el emperador, pidiendo que Atahualpa y su proceso fuesen enviados á España. Los de esta opinion eran muchos, y á su frente estaban los hombres mas distinguidos del ejército. Todo fue en vano: el nombre y la acusacion de traidores con que se les amenazó los redujo al fin al silencio, la sentencia fue intimada al inca, y él se dispuso á morir. Quejóse al principio altamente de la perfidia que con él se usaba, y acordándose de su familia, preguntaba con lágrimas «en qué habia delinquido él, sus mujeres ni sus hijos.» Dado este desahogo indispensable á la naturaleza, se resignó noble y esforzadamente á su fin y se mandó enterrar en el Quito, donde estaban sepultados sus antepasados por línea materna. Dejaron los ejecutores fenecer el dia, como si temieran la luz, para la consumacion de su crímen, y dos horas despues de anochecido le sacaron al suplicio, consolándole el padre Valverde en el camino, que sin duda quiso piadosamente asistir por sí mismo al remate de aquella tragedia á que en algun modo habia dado principio. Persuadíale que se hiciese cristiano y pidiese el bautismo, añadiendo, por ventura para persuadirle mejor, que de este modo no seria entregado al fuego. Entendió bien el pobre moribundo lo que le convenia, y pidió el bautismo, que le fue administrado segun el tiempo y lugar lo permitieron (2). Hecho esto, el sucesor de Manco-Capac fue entregado en manos de los verdugos, que atándole á un madero, inmediatamente le ahogaron.

Tenia entonces treinta años, y segun dice Gomara, que como contemporáneo pudo saberlo de los mismos que le trataron, «era hombre bien dispuesto, sabio, animoso, franco, muy limpio y bien traido.» La idea que de él han dejado las relaciones antiguas le es en verdad bien favorable, á pesar de los visos de artificio, crueldad,

(1) Dicese que en este proceso el intérprete Felipillo de Poechos torcia las declaraciones de los Indios, de modo que el inca resultase culpable, con el fin de conseguir con su muerte á una de las concubinas del príncipe, de quien estaba perdidamente enamorado.

Algunos autores añaden tambien como motivo muy principal de la muerte del inca, el odio que le juró Pizarro por el desprecro que le manifestó Atahualpa cuando llegó á entender que no sabia leer. Ni una ni otra especie se hallan en las primeras relaciones, ni tampoco se encuentran en Gomara ni en Herrera. Garcilaso es el primer autor que la refiere; lo hace como de oidas y sin citar escritor ninguno ó testimonio auténtico en que apoyarse. Por lo demás, este cuento y el de Felipillo parecen inventados y conservados para dar razon de un acontecimiento que presenta por sí mismo causas mas probables y positivas. Herrera en esta parte presenta bien el hecho, aunque en el modo de contarlo se advierta bien la circunspeccion penosa con que precede.

(2) Gomara pone duda en que le pidiese de buena fe, y Herrera con un *afirman* indica que el hecho debe ir por la fe de otros, y no por la suya. Todos convienen en el género de muerte.

injusticia y tiranía que han querido dar á su carácter. Estas calidades odiosas se avienen mal con las prendas y virtudes que manifestó en el largo tiempo de su prision, y que le ganaron el interés y el afecto de tantos castellanos, que á boca llena, como ya se ha dicho arriba, apellidaban inicua é inhumana la sentencia dada contra él (1). Se avienen tambien mal con los elogios que en estas mismas relaciones se le dan, donde despues de su muerte apenas se le nombra con otros dictados que los del *gran monarca*, *el buen rey*, y otros de la misma dignidad. Están finalmente en contradiccion con el amor y con el deseo que dejó impresos en la nacion peruana, la cual, considerando por ventura reflejadas mas bien en él que en otro ninguno de sus príncipes las grandes prendas del inca Huayna-Capac, lloraba cifrada en su deplorable muerte la catástrofe de su imperio.

Luego que se divulgó en Caxamalca, las esesposas del inca, las indias que le servian y toda su familia en general empezó á herir el aire con sus lamentos y á invocar al cielo con sus gritos. Las mas queridas salieron desesperadas y frenéticas á enterrarse con él; y como los Españoles no se lo permitiesen, se esparcieron por los contornos, y cuál con cordeles, cuál con sus propios cabellos, se ahorcaban para seguirle. Satisfacieron asi algunas de ellas su cariño y su deseo, y otras muchas mas lo hicieran si Pizarro no atajase aquel furor, mandando á sus soldados que las siguiesen y contuviesen.

El cadáver, enterrado con decencia entre otros cristianos, fue á pocos dias sacado secretamente por los Indios, y llevado segun unos al Quito, y segun otros al Cuzco. Jamás pudo despues saberse de él, aun cuando por codicia de los tesoros que se suponian en su sepulcro muchos españoles hicieron en uno y otro paraje diligencias esquisitas para encontrarle. Viéronse en las otras provincias del Perú, cuando llegó á ellas la noticia, las mismas demostraciones de fidelidad y adhesion, dándose muerte hombres y mujeres para ir á servir en el otro mundo á su idolatrado inca. El sentimiento fue general en todo el imperio, y como se sabia en todo él la constancia y buena fe con que se habia conducido en su prision, y las órdenes positivas y eficaces que habia dado prohibiendo tomar las armas en su favor y hacer guerra á los Castellanos, comparaban con esta conducta el inícuo modo usado por ellos; y no solo sus amigos y parciales, mas tambien los que no lo eran, levantaban el grito contra los Castellanos y envidiaban la suerte de los incas anteriores, que no habian alcanzado tiempos tan desastrados y crueles.

Este fue el último acto con que se consumó la destruccion de aquella gran monarquía. Ya desde la prision del inca y dispersion de su ejército, los capitanes que le mandaban se fueron á diversas partes, y ejercieron, segun se dice, mil tiranías y violencias. Perdido el temor á la autoridad, y rota la armonía que reinaba en el Estado, los vínculos que le unian se desataron de golpe y todo se desconcertó, no encontrando los grandes freno á su ambicion, ni los pequeños á su licencia. Los almacenes y propiedades públicas comenzaron á saquearse, las posesiones privadas á invadirse: todo fue confusion y desórden; y la obra de la civilizacion, que habia costado siglos de sabiduría y perseverancia, se veia destruir por momentos. La religion se perturbó, las costumbres se corrompieron, y hasta las vírgenes del sol, tan recogidas y veneradas, salieron libremente de sus clausuras, y abandonadas á su albedrío, se hicieron el despojo de los suyos y de los estraños, y la burla y el desprecio de unos y otros (2). Una mudanza y turbacion tan fuerte en aquella arreglada policía y en aquel concierto de leyes divinas y humanas llenaba entonces de tristeza el corazon de todos los hombres de bien, y de temor para en adelante, pues recelaban que sus males no habian de parar en aquello. Y con efecto fue asi, porque muerto el inca, los desórdenes, escándalos y usurpaciones crecieron hasta el punto mas lastimoso: las clases, largo tiempo comprimidas, levantándose contra las superiores, ejercieron sus desquites y venganzas; ninguna provincia se entendió con otra, ni apenas hombre con hombre, y falseada la clave de la cúpula que mantenia el edificio, todo él con espantosa ruina vino al suelo.

Esta pronta disolucion del imperio era favorable á los designios del conquistador, que pudo ver en ella abierta mas fácil entrada á la nueva monarquía que se proponia fundar. Mas si la muerte de Atahualpa allanó las dificultades que podian oponer su capacidad, su valor y su poderío, tambien sobrevinieron otras de pronto que debieron poner á los Castellanos en justo cuidado y grave pesadumbre. Detúvose al instante el raudal de plata y oro que venia á Caxamalca para el rescate del inca, el servicio de los Indios empezó á entorpecerse, los bastimentos á disminuirse, á eludirse las órdenes, y á amagar los levantamientos y las hostilidades. Si era grande el desprecio de los Españoles hácia gentes que á tan poca costa y peligro suyo habian desbaratado, prendiendo y dando muerte á su rey, el aborrecimiento de los naturales hácia ellos era infinitamente mayor. La tierra era grande, los Indios muchos, y los Castellanos

(1) Los historiadores todos se ponen de parte de esta opinion, y son los ecos de los mismos sentimientos que animaban al ejército. Herrera manifiesta bien claro que si la muerte del inca era disculpable en política, no lo era ni en justicia ni en moral. Gomara, despues de decir que no fue enviado al emperador, como muchos querian que se hiciese, y que fue muerto á instancia de los de Almagro, añade: «No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues; ca todos ellos acabaron mal.» Oviedo es todavía mas positivo; en el cap. 14 del lib. 46 de su *Historia general* copia á la letra la relacion de este acontecimiento hecha por Francisco de Jerez; pero despues en el capitulo 22 vuelve á tratar el asunto por sí mismo, y manifiesta á la larga la injusticia y escándalo de semejante proceso y de tan inícuo suplicio. Entre otras cosas dice: «Notorio es que el gobernador le aseguró la vida, y sin que le diese tal seguro, él se le tenia, pues ningun capitan puede disponer sin licencia de su rey y señor de la persona del príncipe que tiene preso...» Y mas adelante; «Le levantaron que los queria matar, é todo aquello fue rodeado por malos, é por la inadvertencia é mal consejo del gobernador, é comenzaron á le hacer proceso mal compuesto é peor escrito; seyendo uno de los adalides un inquieto, desasosegado é deshonesto clérigo, y un escribano falto de conciencia, é de mala habilidad, y otros tales que en la maldad concurrieron.»

(2) Algunos españoles dicen que ni eran vírgenes ni aun castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas costumbres, etc.» —(Gomara.)

poquísimos. Pareció pues á Pizarro necesaria la creacion de un nuevo inca que fuese su instrumento principal para la obediencia de los Indios y punto central de sus intereses y voluntades, y escusarse las disensiones y guerras que necesariamente de otro modo se habian de acrecentar. Llamó con este objeto á los orejones que allí estaban, hízoles entender que no era su ánimo deshacer su monarquía, y les pidió consejo sobre la persona que contemplaban mas digna de recibir la borla del imperio. Ellos, como hechuras que eran de Atahualpa, le propusieron á un hijo de este príncipe llamado Toparpa. Sus pocos años y su inesperiencia le hacian muy á propósito para los fines del general español, el cual dió su aprobacion á ello, y el hijo de Atahualpa fue reconocido por rey y coronado con todas las ceremonias acostumbradas en el Cuzco, aunque no con la misma pompa y majestad. Así los bárbaros que ocupaban la Italia en los últimos tiempos del imperio romano solian crear estos césares de farsa, y Toparpa al lado de Pizarro nos representa bien al vivo á Avito y Antemio al lado de Ricimer, á Julio Népos y Augústulo al de Oréstes.

Resolvióse en seguida la marcha á la capital. Mas antes era preciso dejar asegurados á San Miguel de Piura y su distrito, que podian considerarse como la llave del Perú. Para esto fue elegido el capitan Sebastian de Belalcázar, que recibió sus intrucciones y partió al instante á su destino. Esta eleccion hace honor al discernimiento y penetracion del general castellano; porque Belalcázar, ya se le considere empeñado en las guerras porfiadas y sangrientas que mantuvo contra los indios del Quito, ya emprendiendo nuevos descubrimientos y viajes atrevidos en las regiones equinocciales, ya en fin tomando á veces parte en los acontecimientos del Perú, hizo prueba de una capacidad tan grande y de un juicio tan seguro, y desplegó un genio tan audaz y belicoso y una actividad tan incansable, que en gloria y en esfuerzo no reconoce ventaja en ninguno de los mas señalados descubridores.

Cumplidos en fin siete meses de su estacion en Caxamalca, salen de allí los Españoles, dirigiéndose al Cuzco por el camino real de los Incas. Eran ya en número de cuatrocientos ochenta hombres, que para lo que se acostumbraba en Indias podian considerarse como un mediano ejército. Con ellos iba el nuevo inca llevado en andas, y seguido y cortejado de los orejones que se hallaban allí entonces. Señalábase en aquella comparsa el general Chialiquichiama, llevado tambien en andas para demostracion de su autoridad y grandeza. El gobernador, que no tenia motivos bastantes para mantenerle preso, le habia dado libertad, aconsejándole que se mantuviese quieto y sosegado. En esta buena armonía iban Indios y Españoles por los hermosos valles que forman allí las sierras, sin que en los primeros dias encontrasen nada que recelar en su camino. Todo estaba de paz: los Indios de las diversas poblaciones por donde pasaban los salian á recibir y agasajar con sumision y respeto, y los Castellanos marchaban ricos y contentos con lo pasado, alegres y animados con las esperanzas de mayor ventura que se les ofrecia en lo venidero.

Mas luego que pasaron la provincia de Guamachuco y llegaron á la de Andamarca, se recibió aviso de que habia mas adelante un grueso de indios con intenciones en la apariencia hostiles. Creyó conveniente el general español que un hijo del inca Huayna-Capac fuese á sosegarlos; pero los que fueron con él volvieron tristes, anunciando que sin respetar su nacimiento, los enemigos le habian dado muerte como traidor á su país. Entonces no quedó duda á los Castellanos de que se les aparejaba una guerra bien áspera, y que á pesar de sus precauciones les era preciso abrirse paso con las armas á la capital.

El primer efecto de esta novedad, fue la prision del general Chialiquichiama, á quien Pizarro volvió á poner en la cadena ó por seguridad ó por venganza. Tambien empezó el ejército á marchar con mas cautela y en mejor órden, llevando Almagro con Hernando de Soto la vanguardia, y siguiendo Pizarro con el resto del ejército y el bagaje. Mas los Indios no se dejaron percibir armados hasta que los Castellanos entraron en el valle de Jauja, sesenta leguas mas allá de Caxamalca. Allí, creyéndose seguros á la otra orilla del rio que corre por medio del valle, empezaron á denostar y á provocar á sus enemigos: «¿Qué querian en tierra agena? ¿Por qué no se iban á la suya? Contentos debian estar con los males que habian hecho y con la muerte de Atahualpa.» El rio, ya grande de suyo, y crecido entonces con las nieves derretidas, al que ademas habian quitado el puente, les parecia un valladar seguro para decir injurias á su salvo. Pero al ver á los Castellanos entrar denodadamente en el rio, despreciando igualmente el furor de su corriente que los clamores y amenazas que les enviaban, y no teniendo valor para esperar la arremetida de los caballos, se pusieron en fuga, unos hácia el Norte y otros al Poniente, quedando todavía bastantes en el campo para probar y aun cansar las espadas castellanas.

Con este triste escarmiento y el éxito igual de algunos otros encuentros, se allanaron los Indios de aquel valle, cayendo en poder de los Castellanos los tesoros del templo que allí habia, buen número de tejidos de lana y algodon, y muchas mujeres hermosas, entre ellas dos hijas de Huayna-Capac. Allí determinó Pizarro fundar un pueblo, movido de lo delicioso y feraz del terreno, de lo muy poblado que estaba, y de la proporcionada distancia que tenia á todas partes. Entre tanto que lo ponia por obra, envió á Hernando de Soto con sesenta caballos para que fuese despacio reconociendo el camino del Cuzco. Puesto en marcha, descubrió á lo lejos en Curibayo un grueso de indios fortificado para defender el paso, y dió aviso al gobernader, pidiéndole que enviase delante al nuevo inca para ver si su presencia los aquietaba. Pero Toparpa enfermó á la sazon gravemente, y falleció luego, dejando á Pizarro con el sentimiento de su pérdida, y sin saber cómo repararla; conociendo cuán útil le habia sido la presencia de aquel rey,

aunque de burla, para escusar tropiezos y dificultades en la marcha que llevaba.

No necesitó Soto del auxilio que pedia, porque llegando con sus caballos adonde estaban los Indios, los dispersó fácilmente con solo acercarse al puesto en que se hallaban: tanto era el pavor que los ocupaba cuando sentian á los caballos. Mas no abatidos por eso, determinaron esperarle en un paso áspero y dificultoso que hay en la sierra de Vilcaconga, á siete leguas del Cuzco. Allí llamaron mas gente, se proveyeron de vitualla, se fortificaron á su modo, y añadiendo dificultades á la aspereza del terreno, hicieron hoyos ocultos con estacas puntiagudas para que se mancasen los caballos. Los Castellanos, creyéndolos de huida, siguieron el alcance, pasaron á Curambo, atravesaron el rio de Abancay, y por el camino real de Chinchasuyo llegaron al punto ocupado por los Indios. Al verlos empeñados en el paso peligroso, los bárbaros, creyéndolos ya destruidos, alzaron á su usanza la gritería de guerra, y fieros con las hondas, con las macanas, con sus dardos, y con los aillos se mostraban por todas partes en la sierra con el propósito de morir ó vencer. Retraíanse de acometer los soldados españoles á vista de aquella gran muchedumbre, de la posicion fuerte que habian sabido escoger, y sóbre todo de su obstinacion. Viéndolos Soto asi inciertos, «ni el parar aquí, les dijo, nos conviene, ni dejar de vencer tampoco. Mientras mas nos detengamos la dificultad y el peligro se van á hacer mayores, pues los enemigos se acrecentarán en número y atrevimiento. Al contrario, todo está llano si aquí vencemos: seguidme.» Y dicho esto, arremetió el primero á los enemigos, que le recibieron á él y los suyos con ánimo igualmente resuelto y denodado. La refriega fue obstinadísima de parte de los Indios. Quien los vió dejarse alancear y acuchillar como corderos en Caxamalca, y los viera aquí combatir como leones, no diria que pertenecian á la misma gente. Morian á la verdad muchos de ellos, pero tambien caian caballos y españoles; y en la desproporcion inmensa de número en que unos y otros se hallaban, cada gota de sangre castellana que se vertia era una pérdida irreparable. La noche los separó: los Indios cansados se arremolinaron junto á una fuente, y los Castellanos en un arroyo; pero estaban á tiro de bala unos de otros, y los Peruanos en ademan de embestir luego que rompiese el dia. Hernando de Soto, que al hacer el recuento de su gente, se halló con cinco Españoles muertos, otros once heridos; y de los caballos, muertos dos, y heridos catorce; considerando ademas cuán poco bastimento traia consigo y la poca gente que le quedaba, y no sabiendo si á pesar de los avisos que habia enviado desde el camino, seria ó no socorrido á tiempo, empezó á padecer en su ánimo por la dificultad de su posicion, y á arrepentirse de su temeridad. En medio de estos recelos, que se aumentaban mas con la oscuridad de la noche, la trompeta castellana se dejó oir al pié de la sierra, anunciando en sus ecos auxilio y esperanza. Respondió la trompeta de los combatientes desde arriba, á cuyo son pudo encaminarse á toda priesa el socorro conducido por el mariscal Almagro, y reunirse al escuadron de Hernando de Soto. Unos y otros se abrazaron con el contento que es de presumir, y esperaron á la mañana para renovar el combate. La sorpresa y sentimiento de los Indios al hallar con el dia doblado el número de sus enemigos, y que se les escapaba la victoria que ya tenian en las manos, fueron grandes; pero no perdieron el ánimo, y aguardaron el ataque de los Castellanos, que siendo ya entonces mas en número y peleando con mas ardor y confianza, fácilmente los desbarataron y ahuyentaron. Ganado asi el campo, los vencedores acordaron aguardar allí el resto del ejército, que á largos pasos venia á juntarse con ellos.

Entre tanto Pizarro, despues de haber dado en Jauja las disposiciones para la nueva poblacion que allí proyectaba, dejó por su teniente al tesorero Riquelme, para desembarazarse asi de aquel hombre díscolo y bullicioso. Al mismo tiempo envió un destacamento á la costa de Pachacamac para ver si podia fundarse otro pueblo en la marina, y pasó á Vilcas, punto central del imperio de los Incas, puesto á igual distancia entre Quito y Chile. Allí pudo admirar la magnificencia de aquellos monarcas, pues Vilcas, con el Cuzco y Pachacamac, era uno de los tres sitios en que ellos á porfía se habian esmerado en prodigar su grandeza y poderío, asi en el templo y adoratorios, como en los aposentos reales y sitios de recreo que tenian construidos en aquel delicioso paraje. Desde allí pasó sin tropiezo ninguno á encontrar á su vanguardia, que le esperaba; mas él, que desde Caxamalca podia decirse que habia marchado con el decoro y gravedad que correspondian á un conquistador civilizado, pacificando pueblos, proyectando fundaciones, y absteniéndose de toda accion bárbara é indigna, llegado á Vilcaconga, dió segunda prueba de cuán pocos respetos le merecian la humanidad y la justicia cuando estaban encontradas con su seguridad ó su resentimiento. Los movimientos hostiles de los Indios en los diferentes encuentros que se habian tenido con ellos llevaban una apariencia de órden y de concierto, y mostraban que eran dirigidos por alguna cabeza capaz y ejercitada en el arte de la guerra. Sabíase en el campo español que al frente de aquella muchedumbre levantada estaba Quizquiz, uno de los generales mas hábiles de Atahualpa, y compañero de Chialiquichiama en las guerras contra Huascar. Empezóse á susurrar si habia comunicaciones entre los dos capitanes, y aun se dijo que Chialiquichiama habia enviado avisos á su amigo de que los Castellanos se dividian, y cómo debia aprovechar aquella buena ocasion. Estas inteligencias no estaban suficientemente probadas para el rigor que se usó despues con el general prisionero. Pero el aprieto en que acababan de hallarse los sesenta caballos de Hernando de Soto, habia llenado el ánimo de los Españoles de tanta ira como cuidado. Añadíase á esto la fama de haber vencido cinco batallas en favor de su rey, la seguridad con que los Indios decian que si él se hallara con Atahualpa cuando el suceso de Caxamalca no acon-

tecieran las cosas de aquel modo; en fin, su misma capacidad, reconocida tal vez por sus opresores en el largo trato que con él habian tenido. Temíanse pues las dificultades que iba á traer sobre los Españoles si llegaba á cobrar su libertad, y aun se decia que para proporcionársela venian sobre ellos una gran muchedumbre de enemigos. Todo esto era mas de lo que se necesitaba para aparecer culpable á los ojos del conquistador receloso: y Pizarro, para no tenerle que temer, le hizo inmediatamente quemar. Asi terminó la triste serie de injusticias cometidas con este guerrero, que probablemente debió su deplorable fin á su misma reputacion. Chialiquichiama desde la estaca en que fue puesto para ser quemado, podia triunfar de su verdugo, echándole en cara su falta de fe, sus injusticias, y en fin, su inhumanidad con un hombre que no le habia dado motivo ninguno justo para ella, confesando por este mismo hecho que valia mas que él (1).

Dado semejante ejemplo de rigor, el ejército se puso al instante en marcha para el Cuzco. Todavía los Indios, antes de ver perdida su capital, quisieron probar fortuna en un paso estrecho que hace el valle de Xaquixaguama por una sierra que le ciñe al Oriente. Allí esperaron la vanguardia castellana, que mandada por Almagro, Soto y Juan Pizarro, empezó á escaramuzar con ellos, y á embestirles y herirlos con las lanzas. Sosteníanse ellos con bastante firmeza, animados de su valor y protegidos del terreno, cuando Mango Inca, uno de los hijos de Huayna-Capac, que habia salido de la ciudad con buen número de los suyos á juntarse con los combatientes, desesperando de la fortuna de su patria, se pasó á los Españoles y se presentó al gobernador, que le recibió con toda clase de honor y de agasajo. Entonces los Indios, desalentados y furiosos, dejado el combate, corrieron al Cuzco á quemar aquel emporio, y esconder los tesoros que en él habia. Volaron á estorbarlo, por mandado del gobernador, Hernando de Soto y Juan Pizarro; pero no pudieron impedir que fuese casi enteramente saqueado el templo del Sol, escondidas sus riquezas, llevadas á otra parte las sagradas vírgenes que en él vivian, y puesto fuego en algunos puntos de la poblacion; con la misma prisa salieron de allí llevándose todos los jóvenes de uno y otro sexo, y no dejando mas que los viejos y los inútiles. En tal estado encontraron los Españoles la capital del imperio, entrando Pizarro en ella á fines de noviembre de 1533, y tomando posesion con las formalidades acostumbradas á nombre del rey de Castilla (2).

Apoderados á tan poca costa los Españoles de aquella opulenta ciudad, su primer anhelo, despues de haber contenido el fuego que los Indios encendieron, fue buscar las riquezas que allí se atesoraban. Muchas habian distraido y ocultado los Indios, pero todavía quedaban muchas. Los templos se acabaron de desnudar de las planchas que los vestian, metiéronse á saco la fortaleza y los palacios, revolvióse de arriba abajo cuanto se encontró en las casas particulares. Pasó despues el ansia á los sepulcros, y los huesos de los muertos tuvieron que salir al aire otra vez, y ceder á las manos avarientas las alhajas y preseas con que los habian enterrado. Lo que con mas anhelo se buscaba, eran las sepulturas de Huayna-Capaz, Atahualpa y otros incas, cuyas riquezas, exageradas por la fama, acrecentaban la impaciencia y los deseos. Preguntaban á los Indios dónde estaban, y ellos, ladinos y reservados, ó respondian con efugios ó se negaban á responder. De aquí los insultos y las amenazas, despues los golpes, y al fin el tormento. Pero ni la arrogancia ni la crueldad pudieron arrancar nada, á unos porque lo ignoraban, á otros porque fueron mas fuertes que sus verdugos; y asi aquellos venerables monumentos se salvaron para siempre de la rapacidad de los vencedores. El producto de este saqueo, unido á los despojos habidos en el camino, y puesto todo en comun, segun la costumbre de aquella tropa, fue todavía mayor que el botin de Caxamalca. Pero ya eran muchos mas á partir, y por esa razon no les tocó á tanto. Dícese que sacado el quinto del rey, se hicieron de lo demás cuatrocientas ochenta partes, y que cupieron á cada una 4,000 pesos. Esta enorme masa de metales preciosos puestos en tráfico de repente en un solo punto, y falto de cosas y comodidades trocables con ellos, hizo su efecto natural, que fue el de envilecerlos. La plata no se estimaba por pesada y embarazosa, la pedrería se abandonaba á quien la queria tomar: por manera que aquellos hombres tan ansiosos de oro y plata, viendo rebosar el vaso de su codicia con el raudal inmenso que vino á henchirle de pronto, debieron conocer fácilmente que aquel tesoro anhelado les servia mas de carga y pesadumbre que de satisfaccion y provecho.

No por atender á estos cuidados, propios del capitan y del aventurero, se olvidaba Pizarro de las obligaciones políticas y religiosas que le prescribia su oficio de gobernador. Dió al instante á la ciudad la forma de policía castellana, estableció ayuntamiento, nombró alcaldes; y derribados y destruidos los ídolos del país, señaló el lugar en que debia erigirse templo donde se predicase el Evangelio y se celebrasen dignamente los oficios divinos. Pero en medio de la fácil prosperidad con que se sucedian estos acontecimientos, vino á acibarar su alegría la nueva del armamento que se preparaba en Guatemala para venir al Perú, y la sospecha amarga de que los mismos Españoles eran los que venian á poner en contingencia lo que ya tenia en su poder.

Estaba entonces de adelantado y gobernador en Guatemala aquel Pedro de Alvarado, uno de los principales conquistadores de Nueva España, y quizá de todos sus compañeros el mas querido de Hernan Cortés. Muy pocos podian disputarle la palma del valor y del esfuerzo, ninguno el de

(1) «Y en esta suspension de ánimo, dice Herrera, acordó quitarle de delante, y luego le mandó quemar, aunque pareció á algunos cosa fuerte; pero los que siguen las razones de estado á todo cierran los ojos.»

(2) Esta fecha está autorizada con el testimonio del analista Montesinos. La que fija Herrera en octubre de 1534 es evidentemente equivocada: sobre las faltas de cronología cometidas por este escritor en la narracion de los sucesos de Pizarro, véase el apéndice número 7.°

la gentileza y bizarría. Los indios mejicanos le llamaban Tonatio, comparándole asi por su hermosura con el sol, y entre los Españoles era el que se llevaba la gala del donaire y apostura. Su trato y sus modales correspondian al atractivo que tenia su persona: hablaba á la verdad con algun esceso, pero sus palabras eran blandas y graciosas, su agasajo grande, sus lisonjas dulces, daba mucho, prometia mas. El corazon por desgracia no era semejante á esta apariencia seductora: vano, ingrato y aun falso, los Españoles no podian sufrir su arrogancia ni los Indios sus vejaciones. La edad y los negocios fueron mostrando en él estos vicios, que al principio no se descubrian. Habia allanado y pacificado la provincia de Guatemala, adonde le envió Cortés, acabada la guerra de la capital; y célebre y poderoso con el nombre y las riquezas que habia granjeado en aquella conquista, vino á la córte en el año de 527 á hacer ostentacion de sus servicios, y demandar el galardon que se les debia. La buena fortuna que habia tenido en las Indias le acompañó tambien en España. Su buena gracia, quizá tambien sus presentes, le conciliaron el favor del comendador Cobos, secretario del emperador, y asi cuando volvió á Nueva España se presentó condecorado con el hábito de Santiago, hecho adelantado y capitan general de Guatemala, casado con una dama principal, que se hizo célebre por la idolatría con que le amó, y seguido de muchedumbre de caballeros y hombres distinguidos, que llevaban colgadas sus esperanzas en su favor y en su fortuna. De aquí una vanidad y una arrogancia que no cabian en los ámbitos de aquel Nuevo Mundo. Sus pretensiones eran altas, sus proyectos magníficos, y sus preparativos y armamentos eclipsaban en ostentacion y en grandeza á los mismos de Hernan Cortés.

Habia prometido en España aprestar una armada para hacer descubrimientos en el mar del Sur, y abrir nuevos rumbos en la navegacion de las islas de la Especería: proyecto á la sazon muy del gusto de la córte. Y con efecto, luego que llegó á su provincia por los años de 1530, empezó á buscar los medios de realizar aquella oferta con todo el calor que correspondia á su palabra empeñada, á las esperanzas de la córte, y á su vanidad y ambicion, ya exaltadas á lo sumo. No hubo gasto ni empeño ni vejacion que le detuviera para llevar su intento adelante; y en menos tiempo del que pudiera creerse, tuvo prestas ocho velas de diferentes tamaños, entre ellas un galeon de trescientas toneladas, que comparado con los demás buques que entonces se veian en aquellos mares, debia parecer colosal, y por lo mismo fue llamado el San Cristóbal. Las prevenciones de armas, caballos, bastimentos y demás efectos de guerra, fueron correspondientes á la importancia de este armamento, el mayor que hasta entonces se habia construido y apartado en los puertos de las Indias. Ni era menor la porfía y ansia de gente de todas clases y oficios para ser ocupada en él. El gran Cortés, ya marqués del Valle, quiso entrar á la parte de la empresa; pero Alvarado se negó resueltamente á ello, y el que ya en España le habia desdeñado por pariente, no quiso tampoco en las Indias tenerle por compañero (1).

Iban ya á completarse los preparativos, cuando empezó á esparcirse por la América la fama de las riquezas del Perú. Entonces el adelantado, viéndose dueño de unas fuerzas tan superiores, que con ellas podia, á su parecer, dar la ley en todas partes, mudó de miras y de propósito, y abandonando los descubrimientos inciertos del mar del Mediodía, publicó decididamente su jornada para el Perú. A esta declaracion fue mayor la porfía de los aventureros, que volaban á tomar parte en las ricas esperanzas que pregonaba. En vano los oficiales reales se oponian al intento, ponderando los inconvenientes que iban á seguirse de tan injusta demanda, contraria á las órdenes espresas del gobierno y á las obligaciones que tenia contraidas con él; en vano la audiencia de Méjico le enviaba órdenes sobre órdenes para que se abstuviese de ir á perturbar á los descubridores del Perú en sus conquistas y pacificacion; en vano, en fin, la ciudad de Guatemala le representaba el desamparo en que quedaba aquella provincia sin armas, sin soldados y sin él, abandonada á la merced de las tribus belicosas que de dentro y fuera le amenazaban. Sordo á todas estas reclamaciones y abusos, seguia sin detenerse poniendo á punto su armamento. A los oficiales respondia que su comision para la mar del Sur no le señalaba rumbo ni límite alguno, y podia ir adonde mejor le conviniese; á la audiencia, que don Francisco Pizarro nó tenia fuerzas suficientes para acabar la empresa que habia comenzado, y él iba á ayudarle con las suyas; al ayuntamiento de Guatemala, que para la seguridad de su provincia ya llevaba consigo los principales caciques y señores que con aquel fin tenia presos; y por último, á los que podia hablar con mas franqueza y desahogo, que se iba á buscar otras tierras mas ricas y mayores, porque Guatemala era poco para él.

En esto llegó del Perú el piloto Juan Fernandez, que se habia hallado en los acontecimientos de Caxamalca, y dió al adelantado larga noticia de los enormes tesoros que allí se habian repartido, del viaje de Pizarro con el ejército por las sierras hácia el Cuzco, y de que el Quito, donde estaban los tesoros de Huayna-Capac y de Atahualpa, caia fuera de los límites señalados á aquel gobernador, y estaba aun por ocupar. Esto fue poner espuelas al deseo del adelantado, que tomando en su servicio á aquel piloto, al instante se hizo á la vela con su armada, compuesta de doce buques de todos tamaños, en que se embarcaron quinientos soldados bien armados, doscientos veinte y siete caballos y una infinidad de Indios, algunos en rehenes, otros como auxiliares, y los mas de servicio. Esto era espresamente contra las ordenanzas, que prohibian semejantes traslaciones de naturales; pero al adelantado entonces no contenian ni el respeto ni la conveniencia ni las leyes. Iban con él muchos caballeros y personas distinguidas, princi-

(1) Habíase comprometido Alvarado á casarse con Cecilia Varquez, prima hermana de Cortés. Pero luego que vino á España y se vió con el favor del secretario Cobos, olvidó la promesa hecha á su general, y tomó por esposa á doña Beatriz de la Cueva, dama que le propuso su protector.

palmente de aquellos que habian pasado con él desde España á probar fortuna en las Indias. Distinguíanse entre ellos sus dos hermanos Gomez y Diego de Alvarado, Juan de Rada, que fue quien tanto se señaló despues en las tragedias sangrientas que se siguieron, y Garcilaso de la Vega, padre del historiador. Mas de doscientos hombres quedaron sin embarcar por falta de navíos. Llegado al puerto de la Posesion (23 de enero de 1534), le vino á encontrar allí el capitan García Holguin, á quien de antemano habia enviado para que fuese á la costa del Perú y le trajese completa informacion del estado de las cosas. Holguin confirmó las noticias que habia dado Juan Fernandez. La armada volvió á hacerse á la vela, y de paso entró en el puerto de Nicaragua, y allí el adelantado, para suplir la falta de buques, se apoderó á la fuerza de dos navíos que se hallaban en el puerto. Teníalos apercibidos el capitan Gabriel de Rojas, antiguo amigo de Pizarro, para llevar doscientos soldados á aquel gobernador, que le enviaba á llamar con ahinco para que le acompañase y fuese á participar de su fortuna. Ni los respetos de Rojas, que sin duda merecia muchos, ni sus reclamaciones, fueron bastantes para escusarle aquel desabrimiento, y él no tuvo otro recurso que ponerse en camino al instante con unos pocos Españoles que le siguieron, á buscar á su amigo en el Perú, y darle cuenta del indigno despojo y violencia usada con él.

Alvarado prosiguió su viaje, llegó á los Caraques, cerca de Puerto-Viejo, y allí desembarcó su tropa. Dícese que en aquel punto, y aun antes de llegar á él, dió muestras de querer pasar adelante costeando (marzo de 1534), y no empezar sus desubrimientos hasta la otra parte de Chincha, donde él sabia que se acababa la gobernacion de don Francisco Pizarro. Mas ya se hiciese esto con cautela y para salvar las apariencias ya se hiciese de buena fe, el ejército, cansado ya de navegar, y no soñando mas que las grandezas y la opulencia que en el Quito se prometia, pidió á voces á su general que le condujese allá y la marcha se dirigió al Quito.

No tardaron mucho tiempo en arrepentirse. Los primeros dias á la verdad les salió todo segun su deseo, y en algunos pueblos de indios que encontraron al paso pudieron adquirir alguna riqueza bastante por ventura á contentar ánimos menos enfermos de ambicion y de codicia. Pero cuando se vieron despues enredados en aquellos desiertos inmensos, sin guía ni intérprete alguno, no hallando mas que sierras, ciénagas ó rios, y la parte mas llana erizada de malezas y espesuras, por donde solo podian abrirse paso á fuerza de hierro y de fatiga; cuando enflaquecidos con el hambre, abrasados de sed, fueron tambien acometidos de calenturas que les quitaban la vida al dia siguiente de sentirlas, ó los dejaban sin seso y sin acuerdo por muchos dias, debieron maldecir la hora y la ocasion en que su mal deseo los trajo á agonizar y perecer en tan horrible país. El mismo general, atacado de ellas, estuvo diez dias luchando con el peligro, y pudo á fuerza de cuidado escapar con la vida. Salieron despues á parajes menos ásperos, donde encontraron algunas tribus y rancherías de indios, divididas y dispersas, sin relacion ni noticia alguna entre sí, diversas en lengua y costumbres, y diversas tambien en ritos, si ritos tenian. Algun oro hallaron, y ese recogieron; pero al cabo de cinco meses que así andaban, la tierra, el clima y el cielo volvieron á encruelecerse de pronto, y á dar con un rigor implacable nuevo castigo á su temeridad. Volvió á cerrarse el país, tuvieron que vencer rios caudalosos, y dieron por último con unas sierras nevadas, que les era forzoso atravesar. Iba el ejército en tres cuerpos: la vanguardia, que llevaba delante Diego de Alvarado para reconocer; detrás el adelantado con el segundo, y en fin el grueso del campo con el bagaje al cargo del licenciado Caldera, un letrado que tenia todo el aprecio y confianza del general. Cuando empezaron á internarse por las sierras venteaba reciamente, y la nieve caia á copos grandes y espesos. Los primeros castellanos que iban con Diego de Alvarado, como iban mas espeditos y ligeros, pudieron, aunque con inmensa fatiga atravesar las seis leguas que tenian los puertos, y llegaron á un pueblo situado en los llanos, donde pudieron repararse algun tanto del trabajo del camino. Desde allí Diego de Alvarado envió á advertir á su hermano el general, de los peligros que tenia aquel paso, y de la necesidad que habia de atravesarle para llegar al buen paraje en que ya se encontraba la vanguardia. Recibido este aviso, y no pudiendo escusar el peligro y rigor del tránsito, el adelantado prosiguió su marcha. Continuaba la ventisca y su furor se acrecentaba: la mortandad de la gente, que ya entonces era considerable por las descomodidades y fatigas pasadas, se empezó á hacer mayor con aquel frio cruel. Los Españoles al fin, mas robustos, mas bien vestidos, y habituados á la variedad de temperamentos, podian resistir mejor; pero los miserables Indios, desnudos de abrigo, faltos de vigor, nacidos y acostumbrados al clima apacible y templado de Guatemala y Nicaragua, podian defenderse menos del rigor del temporal; y cuál perdiendo la vista, cuál los dedos, cuál las manos y los piés, cuál quedándose enteramente helado; todos, en fin, horriblemente padecian. Arrimánbase á los peñascos, llamaban á sus amos para que los socorriesen, durando aquellos clamores lastimeros hasta que se les helaba la voz y se les helaba la vida. Cogiólos la noche así, y el tormento y el desmayo fueron mayores, porque á escepcion de algunas pocas tiendas que los mas acomodados y ricos tendieron para su abrigo, los demás tuvieron que pasarla sin fuego, sin defensa, no oyéndose mas que alaridos, lástimas ó maldiciones. Oíalos congojosamente el adelantado, y ya pesaroso de la temeraria empresa que su ambicion le habia hecho intentar, temblaba de que llegase el dia, por no ver el triste estrago que su imaginacion le presentaba. Vino la luz, y al aspecto de la muchedumbre de indios y negros que amanecieron helados, todos sin órden ni consejo, como gente rota en batalla, se volvian ciegamente al lugar de donde habian salido. Entonces Alvarado, desalentado y confuso, viendo en este rumbo su perdicion,

corria de unos á otros, diciéndoles que el pasar aquella sierra era forzoso; que el mismo frio habian de sufrir marchando adelante que volviéndose atrás; que no fuesen pusilánimes, y avanzasen hasta donde los esperaba la vanguardia. Para darles mas aliento hizo pregonar que los que quisiesen oro lo tomasen de las cargas públicas, con tal que se obligasen á pagar su quinto al rey; pero los que habian arrojado ya los metales preciosos que llevaban, para quedar mas espeditos, se mofaban del pregon, y estaban bien ajenos de aprovecharse de aquella oferta tan forzada como inoportuna (1). Ya en esto era llegada la retaguardia con Caldera, que no habia sufrido menores trabajos en su tránsito. Todos, en fin, mas animados unos con otros, volvieron á tomar el camino que primero, y buscaron la salida de las sierras. Pero el dia era mas áspero que el pasado, y por consiguiente la agonía y los desastres tambien mayores. Llegó ya el frio á entorpecer los caballos, ya los Españoles morian. Un soldado robusto se bajó á apretar las cinchas de su yegua, y ella y él quedaron helados. Gomez el ensayador murió con su caballo, embarazados uno y otro con el peso de las muchas esmeraldas que habia recogido y que su codicia no le consintió arrojar. Este, en fin, pagó la pena de su locura; pero la piedad de Huelmo merecia otro destino: ya bastante adelantado, oyó los gritos de su mujer y dos hijas doncellas que llevaba, y acudiendo á su socorro, quiso, mas bien que salvarse, quedarse en su compañía y perecer con ellas como en efecto pereció. Entre tanto la nieve y el viento arreciaban cada vez mas; el que se distraia ó se paraba era perdido, el que mas andaba libraba mejor; todo se arrojaba para quedar mas libres: oro, armas, ropa, preseas, quedaban esparcidas por la nieve. Lo que habia costado tantos sacrificios, y aun por ventura delitos; aquello por lo que se habian aventurado á los peligros y fatigas de aquel temerario viaje, se despreciaba y se aborrecia como cosa vil y aun perniciosa. Tan imperiosas influyen sobre el hombre la ocasion y necesidad del momento. Flacos, en fin, abatidos y casi difuntos, pudieron salir de aquellas nieves, y llegaron al pueblo de Pasipe, cerca de Riobamba, dejándose en el camino muertos ochenta y cinco castellanos, seis mujeres españolas, muchos negros, dos mil indios, el resto casi todo fuera de servicio, sin los caballos muertos, las armas arrojadas, los tesoros abandonados. Pérdida inmensa, de que solo podian consolar las esperanzas de encontrarse en un país rico y desembarazado. Pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto; porque apenas se habian reparado algun tanto y puesto otra vez en marcha, cuando al llegar al camino grande de los Incas que atravesaba el país, las frescas huellas de caballos que encontraron de improviso les dieron á entender que ya andaban por allí otros españoles. Ultimo golpe para el ambicioso Alvarado, que tras desastre tan grande empezó ya á temer con fundamento que, descubierto antes y recorrido el país por otros castellanos, les era forzoso abandonarle ó conquistarle á la fuerza.

No se engañaba por cierto en su siniestra conjetura. El mariscal Almagro, que habia sabido en Vilcas por Gabriel de Rojas los intentos y marcha de Alvarado, partió tan ligero como el rayo á contenerle, y reforzando la poca tropa que llevaba con alguna gente de San Miguel de Piura y con el destamento que tenia Belalcázar, á quien hizo al instante venir cerca de sí, se situó en Riobamba y envió ocho caballos á reconocer la comarca. Dieron estos corredores con Diego de Alvarado, que para tomar tambien lengua y conocer la tierra habia sido enviado con buen golpe de gente, y acertó á tomar el mismo camino. Eran pocos los de Almagro, y tuvieron que rendirse prisioneros. Mas tratados con la mayor urbanidad y cortesía por Diego de Alvarado, fueron conducidos á su hermano, que los acogió igualmente bien, diciéndoles que su intencion no era buscar escándalos, sino descubrir nuevas tierras y servir en ello al rey, á lo cual todos estaban obligados. Esto dicho, los agasajó y regaló noblemente, y los envió al mariscal con una carta en que manifestando los mismos sentimientos moderados, le avisaba que iba á acercarse á Riobamba, donde lo arreglarian todo amistosamente y á su satisfaccion.

A esta carta contestó Almagro con tres comisionados que le envió, encargados de darle de su parte la bienvenida, de manifestarle el sentimiento que tenia por los trabajos padecidos en los puertos nevados, añadiendo que no dudando de su buena voluntad, como tan leal caballero, le aseguraba que la mayor parte de aquellos reinos caia bajo la jurisdiccion de don Francisco Pizarro, y que él mismo estaba aguardando de un dia á otro los despachos para gobernar al Oriente todo lo que caia fuera de los límites señalados á su amigo. Con esta insinuacion, dejada caer como al descuido, cerraba á Alvarado las puertas de allá al mismo tiempo que las de acá, y le daba á entender que, así como defendia la gobernacion de su compañero, defenderia tambien la que esperaba obtener para sí propio. Alvarado incierto y dudoso del partido que le convenia, respondió que cuando estuviese cerca de Riobamba enviaria propios mensajeros con la contestacion, y prosiguió su camino hácia allí.

Hasta aquí las comunicaciones eran mas corteses que hostiles. Mas no por eso cuando ya los campos comenzaron á acercarse dejaron los dos partidos de hacerse la guerra de intriga, frecuente siempre en las discordias civiles cuando los ánimos no están enconados. Los recien venidos ponderaban su fuerza; los de Almagro, con mas cautela y mejor efecto, les insinuaban qué las ricas provincias de aquella gobernacion estaban aun por repartir, y que mas cuenta les tenia entrar con ellos pacíficamente á la distribucion, que ir con su general á buscar tierras inciertas, y acaso otros puertos de nieve donde acabar de perecer (2). Empezó tambien la de-

(1) Castellano hubo á quien presentándole su negro una carga de oro, «anda en mal hora, le dijo; el verdadero oro es comer.»

(2) El mismo Alvarado en la carta que escribió al emperador desde Guatemala en mayo del año siguiente, dándole cuenta de su espedicion, confiesa que las dádivas y ofertas de Almagro pudieron tanto entre los suyos, «que si yo, dice, quisiera partirme á mi conquista, no hallara treinta hombres que me siguieran.»

sercion: de la parte de Almagro se pasó á la de Alvarado el intérprete Felipillo, y al mariscal se pasó Antonio Picado, secretario del general de Guatemala. No pudo este llevarlo en paciencia, pues al instante mandó salir el grueso de su gente; tendidas las banderas y en son y aparato de guerra se acercó á Riobamba, con ánimo de no guardar miramiento ninguno y romper las hostilidades si no le entregaban su secretario. Almagro, que no tenia mas que ciento y ochenta hombres contra cuatrocientos que venian sobre él, no desmayó por eso; y fiado en el valor y resolucion de su gente y en los manejos secretos que tenia en el campo enemigo, aguardaba á su adversario sin temor, y animaba los suyos con palabras de esfuerzo y confianza.

Todavía para escusar en lo posible el escándalo que amenazaba, con la autoridad y entereza de un hombre que manda en el país envió á decir á Diego de Alvarado, que se acercaba con la vanguardia, que hiciese alto; y asi lo hizo. Entonces el adelantado volvió á pedir que se le entregase su secretario Picado, pues era criado suyo. «Picado es libre, contestó Almagro, y puede irse ó quedarse, sin que nadie le haga fuerza para ello.» Y para acabar de poner las formalidades de su parte, asi como estaba la justicia, envió en seguida al alcalde y escribano de la nueva poblacion de Riobamba, que en aquellos mismos dias quiso fundar allí, para alegar en todo caso la primacía de posesion. Estos comisionados intimaron judicialmente al adelantado que se fuese á su gobernacion de Guatemala, que no usurpase la ajena, y que de lo contrario le protestaban todos los daños y perjuicios que de la contienda se siguiesen. «Yo soy gobernador y capitan general por el rey, replicó vivamente Alvarado, y puedo entrar y andar en el Perú por donde quiera que no se haya dado á otro en gobernacion. Si el mariscal tiene poblado en Riobamba, yo no entiendo de hacerle perjuicio, ni pretendo otra cosa que tomar por mi dinero lo que hubiere menester para mi ejército.»

Blandeaba Alvarado: ni su orgullo ni su vanidad ni su pujanza le podian defender del desaliento que le inspiraba su propia sinrazon. Contra el parecer de todos habia salido de Guatemala, contra el parecer de todos estaba en el Perú. Veia á los suyos inciertos, divididos en opinion, y muy poco ganosos de pelear; mientras que los contrarios se mostraban animosos, inflexibles, sin dar la mas mínima señal de flaqueza. Cedió, pues, y con los comisionados de Almagro envió dos capitanes suyos para que conferenciasen con él y tratasen de concierto. De aquí resultó la vista entre los dos generales, que se apalabró para el dia siguiente, y se verificó en Riobamba, adonde pasó el adelantado acompañado de unos pocos caballos.

Recibióle el mariscal con toda especie de honor y cortesía, y luego que estuvieron en presencia uno de otro, habló primero Alvarado: «Públicos, dijo, son en las Indias los grandes servicios que tengo hechos á la corona, y públicas tambien las mercedes y honores que he recibido del rey. Gobernador y capitan general de un pueblo tan grande y rico como Guatemala, pudiera contentarme con esto y reposar en tan gran dignidad y confianza; pero el ocio dice mal con la profesion de un soldado que ha trabajado y servido toda su vida y se halla todavía en edad de trabajar. He querido, pues, merecer mas honra de mi rey y mas celebridad en el mundo. Habilitado por su majestad para descubrir por mar, dejé el designio que tenia de tomar mi rumbo á las islas del Poniente, llevado de la fama que corria de las riquezas de estas tierras del Sur. Arribé y me interné en ellas, no creyendo que estuviesen bajo los límites del gobernador don Francisco Pizarro. Mas pues Dios lo ha dispuesto de otro modo, y la tierra, segun veo, está ya ocupada, por mi parte, señor mariscal, no se dará escándalo ninguno en ella, ni el rey será deservido.» Almagro en pocas razones, segun su índole y su costumbre, alabó mucho su propósito, diciendo: «que no habia creido jamás otra resolucion en tan honrado caballero.» En esto llegaron Belalcázar y otros principales capitanes de Almagro, y besaron las manos al adelantado; lo mismo hicieron los de este con Almagro, y todo se volvió cortesías, amistades y ofrecimientos urbanos y caballerosos. Pareció tambien allí Antonio Picado y su general le perdonó; del mismo modo que el intérprete Felipillo, que fue restablecido en la gracia del mariscal.

Tratóse luego del concierto que debia tomarse para que todo quedase allanado, y mediando el licenciado Caldera, Lope Idiaques y otros caballeros principales de uno y otro bando, se acordó que el adelantado se apartase de aquel descubrimiento y conquista, y dejada la gente y los navíos en el Perú, se volviese á Guatemala, abonándole 100,000 pesos de oro por los gastos que habia hecho y en precio y paga de la armada (1). De todo se hizo pública y formal escritura (26 de agosto de 1534); y aunque de semejante transaccion pudiese pesar á algunos de los jefes del ejército de Alvarado, que perdian por el mismo hecho el grado que llevaban en él, la mayor parte de los soldados se alegraron, porque de aquel modo se evitaba una guerra civil y quedaban en tierra rica. Asi se lo manifestó su general cuando se despidió de ellos, añadiendo con tanta gracia como cortesanía, que nada perdian sino sola su persona, y que pues ganaban tanto en la del señor mariscal, les rogaba que le reconociesen gustosamente por su caudillo, de cuyo valor y liberalidad estaba seguro que siempre se hallarian muy satisfechos. Esta noble confianza fue realizada y aun escedida por el generoso carácter de Almagro. Los oficiales del adelantado se fueron presentando á él á ofrecerle sus respectos y á darle su obediencia. El los recibia con tanta afabilidad y agasajo, y los metió despues tan dentro de su estimacion y confianza, que verdaderamente los

(1) Herrera dice que fueron 120,000 pesos el precio en que se ajustó la armada; pero la escritura de venta, que he tenido presente, solo reza los 100,000. Este documento se otorgó en Santiago de Quito (nombre puesto á la poblacion proyectada en Riobamba) en 26 de agosto de 1534, y fue autorizado por el escribano Diego de la Presa. Por aquí se ve que el tránsito de Alvarado desde Puerto-Viejo hasta Quito, duró desde fines de marzo hasta muy entrado agosto.

hizo suyos, no solo durante la vida, sino hasta despues de la muerte; pudiéndose tal vez asegurar que este gran séquito y córte de tantos caballeros con que se vió de allí en adelante Almagro, fue por las pretensiones desmedidas que en él produjo y por la envidia que causó en sus rivales, ocasion muy principal de los males que despues sobrevinieron, y en que al fin se perdieron caudillo y capitanes (1).

Los dos generales enviaron aviso de este concierto al gobernador, que recibió á los mensajeros con grandes demostraciones de alegría, y les dió ricas preseas en albricias. Almagro, antes de volver á las provincias de arriba, dejó de gobernador en su lugar para las de abajo á Sebastian de Belalcázar, con quien se quedó buena parte de la gente de Alvarado, y le dió órden de que la poblacion comenzada en Riobamba se trasladase á los aposentos que tenian los Incas en el Quito. Envió un capitan para que poblase en Puerto-Viejo, á fin de evitar los males que solian hacer en la tierra los recien llegados al Perú, y vuelto á San Miguel de Piura con Alvarado, pasaron de allí al valle de Chimo, donde dejó á Miguel Estete para que procediese á fundar la poblacion que despues se llamó Trujillo. Ordenadas estas cosas, el mariscal y el adelantado prosiguieron su camino hasta Pachacamac, donde á la sazon se hallaba Pizarro. Fueron grandes los comedimentos y cortesías que pasaron entre los tres, si bien no faltaron malsines que quisieron inducir sospechas en el ánimo del gobernador, avisándole que mírase por sí, porque Almagro y Alvarado venian muy conformes en trabajar para quitarle el gobierno y desautorizarle. Supo él entonces dar la acogida que merecia tan absurda sugestion, recibió con dignidad y honradez las escusas que le dió Alvarado, y á la recomendacion que le hizo de sus oficiales y soldados, prometió hacer tanto en su favor, que asi él como ellos tuviesen lugar de quedar enteramente satisfechos. Juntos fueron despues a ver el gran templo de aquel valle, donde Alvarado pudo, por las clavos y vestigios que aun quedaban en la paredes, considerar la riqueza que le adornó en otro tiempo. De allí á poco llegó Hernando de Soto, encargado de traer los 100,000 pesos para Alvarado, el cual se despidió del Perú, rico á la verdad con aquel oro y con los magníficos presentes que el gobernador y mariscal le hicieron; pero solo, sin ejército, sin armada, y puede tambien decirse que sin honra. La espedicion, á la verdad, no tuvo el éxito tan desastrado como su desacuerdo y temeridad prometian; pero él habia salido de Guatemala con el atuendo y arrogancia de un gran conquistador, y volvia cargado de cajones de oro y plata á manera de mercader (2).

(1) Alvarado lo presentia asi cuando en su carta al emperador decia, hablando de la gente que él dejaba al mariscal: «Con la cual se ha mudado la condicion de Almagro de tal manera, que temo que la llegada do Hernando Pizarro con los despachos que diz que trae de vuestra majestad no sea parte para que entre ellos haya alguna gran discordia por donde se pierda todo.»

(2) Esta relacion de la espedicion de Alvarado está sacada principalmente de Herrera: las fechas y algunas circunstancias se han tomado de las cartas inéditas de Alvarado, que es lo único para que puede ser útil su imperfecta y parcial narracion, en donde no tira á otra cosa que á disculparse á sí mismo á costa de los dos descubridores del Perú. Copia de estas cartas existe en la copiosa y esquisita coleccion del señor don Antonio Uguina.

Esto pasaba á fines del año de 1534 y principios del siguiente, en que Pizarro se ocupaba en reconocer los diferentes puntos de aquella comarca, propios para asentar una ciudad que fuese la capital del nuevo imperio. El valle de Linac ó de Rimac (que estos dos nombres le dan los escritores) le ofrecia todas las comodidades que podia desear para este fin: posicion central en las provincias, proximidad á la mar, suavidad de clima, fertilidad y amenidad de terreno, comodidad de un buen puerto. Resolvió, pues, fijar allí el grande establecimiento que proyectaba, y eligió un sitio á dos leguas cortas del mar y cuatro de Pachacamac, junto á un rio, no grande, pero fresco y delicioso. Hizo venir allí á los pobladores de Jauja, repartió los solares, y celebró la solemnidad de la fundacion con todas las ceremonias acostumbradas, en 18 de enero de 1535 (3). Púsole el nombre de los Reyes, acaso porque en su festividad andaba buscando y encontró al fin el punto en que habia de fundarla. Pero el nombre que tenian el valle y el rio que se sentó, ha prevalecido sobre el primero, y la capital del Perú español no tiene ya otro dictado que el de Lima.

Marchó en seguida al valle de Chimo á examinar la poblacion que allí habia proyectado el mariscal Almagro á la vuelta de su última espedicion, y de que quedó encargado Miguel Estete; y como hallase muy de su gusto el sitio elegido, aprobó y confirmó cuanto se habia hecho, y en obsequio y honor de su patria le dió el nombre de Trujillo. Allí se ocupó tambien en arreglar el estado de aquellas provincias: confirmó en su cargo á Sebastian de Belalcázar, repartió la tierra, se ganó la aficion de todos los vecinos de ella, y procuró con medios suaves atraer de paz á los Indios. Bien sabia él usar estas artes cuando queria, y mas entonces, que viejo y cascado, menos á propósito para los trabajos activos é impetuosos, gustaba con preferencia de entender en fundar pueblos, hacer repartamientos, dar leyes, distribuir mercedes; en suma, hacer vida de príncipe, objeto á que se habian dirigido todos sus trabajos y sus esfuerzos desde que su ambicion se despertó. Asi puede llamarse esta época una de las mas afortunadas de su vida si se ha de medir la fortuna por la ambicion satisfecha; puede llamarse tambien quizá la mas gloriosa en realidad, siendo cierto que vale mas la fama que se gana en conservar y edificar, que la que se adquiere en destruir. Pero este período duró poco, y ya las semillas de la discordia civil se iban á sembrar en los ánimos para producir la ponzaña que causó despues tantos estragos.

Hallábase aun en Trujillo cuando apareció allí un mozo desconocido que dijo traer las provisiones reales para que don Diego de Almagro fuese gobernador desde Chincha en adelante. Oida que fue esta noticia por Diego de Agüero, uno de los capitanes que habian servido con Al-

(3) A los mas ha engañado el nombre de los Reyes puesto á la nueva ciudad, para deducir de ello que fue fundada el 6 de enero. En el testo se sigue al padre Bernabé Cobo, que en su libro de la *Fundacion de Lima* fija la fecha en el dia 18 de enero: la autoridad de este escritor en esta y otras cosas del Nuevo Mundo, es irrecusable.

magro en la espedicion del Quito, voló al instante á ganarse las albricias de la noticia, y alcanzó á Almagro junto al puente de Abancay, cerca del Cuzco, y sin tener ni órden ni comision para ello, le dió la noticia y el parabien de parte de don Francisco Pizarro. A esto contestó Almagro con su buena fe acostumbrada, «que le agradecia el trabajo que se habia tomado, y tenia en mucho la merced que el rey le hacia, y se holgaba de ella, porque asi nadie se entrase en la tierra que él y su compañero habian ganado; pero que en lo demás, tan gobernador era él como don Francisco Pizarro, pues mandaban lo que querian.» Dió en seguida á Agüero en albricias por valor de 7,000 pesos, y continuó su viaje al Cuzco. Iba á residir allá con poderes amplios de su compañero, para tomar á su nombre el mando de aquellas partes, y facultad de descubrir por sí ó por otros hácia lo que llamaban Chiriguana, al Mediodía, corriendo los gastos por mitad. Acompañábanle los dos hermanos de Alvarado y demás principales oficiales de aquel ejército que se habian puesto en sus manos, cifrando toda su fortuna en su amistad y en sus ofertas. Para ellos, por consiguiente, era tan grato como para él aquella noticia, pues le veian ya con poder y autoridad para realizar sus promesas. Llegó al Cuzco, fue recibido con todo honor y respeto por Hernando de Soto, los dos Pizarros, Juan y Gonzalo, y demás gente principal que allí habia. Y como á poco tiempo se le presentó aquel mozo con un solo traslado de las provisiones, pues las originales las traia Hernando Pizarro, el mal aconsejado mariscal se desvaneció de modo, que no quiso usar de los poderes que llevaba de su compañero, porque no estando el Cuzco dentro de la primera gobernacion, y sí de la segunda, que se le conferia á él, fuera menoscacar su autoridad, cuando ya sus poderes emanaban del rey mismo.

No dudaba entonces el gobernador que el Cuzco caia fuera de los límites de su mando. Dolíale, sin embargo, perder de aquel modo la mas rica joya de su conquista, y mucho mas no haber repartido la tierra, y ver que otro habia de llevar la gloria y las ventajas de tal beneficio. Aconsejado, pues, de amigos mas interesados por él que por el mariscal, y todavía mas impelido de su propia ambicion y anhelo de mando, revocó los poderes que habia dado á su compañero, poniendo por pretesto en las cartas que escribió, asi á él como á la ciudad, que lo hacia con el fin de que asi quedase el mariscal mas desembarazado para sus descubrimientos, y tambien porque en el caso de que llegasen las provisiones del rey en la forma que sonaban, no era bien que le encontrasen gobernando con poderes suyos. Los poderes para gobernar se enviaron á Juan Pizarro, pero con espresa órden de que era para el solo, caso en que Almagro quisiese cesar de los que llevaba suyos, porque si no se aprovechaba de ellos debia seguir con el mando Hernando de Soto, que á la sazon le ejercia. Con este despacho envió á toda priesa á un Melchor Verdugo, y él se puso en camino para Lima. Verdugo llegó la Cuzco mucho despues que el mariscal, á quien no hubo que notificar nada, porque no hacia caso de los poderes que el gobernador le habia dado, y se trataba ya en particular y hablaba, disponia y prometia como si lo fuera en realidad de aquella tierra. Ofendiéronse los dos Pizarros de ello, la ciudad se dividió en bandos, el mayor número seguia á los dos hermanos; pero los principales y mejores, cansados de su orgullo y su soberbia, se inclinaban al mariscal. Fueron y vinieron quejas y chismes de una parte á otra, las pasiones se inflamaron, y hubo dia en que salieron los dos bandos á la plaza ya casi echando mano á las armas y dispuestos á verter la sangre española. La prudencia y entereza de Soto, unidas á la moderacion de Almagro, pudieron entonces contener el escándalo, aquietándose con la providencia que Soto tomó de que los Pizarros y sus principales amigos tuviesen sus casas por cárcel, y el mariscal guardase la suya para que los otros obedeciesen mejor.

Llegó la noticia de estos alborotos á Lima, y llegó con la exageracion que las malas nuevas llevan desde lejos cuando van contadas por la voz de las pasiones. Pizarro, juzgando en peligro la vida de sus hermanos, determinó ir al Cuzco al instante, y se llevó consigo al licenciado Caldera y á Antonio Picado á quien habia hecho su secretario. En el camino tuvo diferentes avisos; porque recibió el mensaje que le llevaba Luis Moscoso de parte de Almagro, en que le daba cuenta de lo que habia pasado, y despues una carta de un Carrasco, en que le decia que se diese priesa si queria ver á sus hermanos vivos. El se alteró, llamó á Moscoso y le reconvino por su falta de verdad; mas insistiendo el otro en que la carta mentia, envió con él á Antonio Picado para que le informasen con certeza del estado de las cosas, y sabiendo por ellos que todo estaba quieto, prosiguió su camino y llegó al Cuzco. No consintió que se le hiciese recibimiento ninguno, y se fué derecho á la iglesia, donde al instante le fué á ver el mariscal. Abrazáronse con lágrimas, y luego prorrumpió Pizarro: «Mirad como me haceis venir por esos caminos, sin cama, sin tienda, comiendo solo maiz. ¿Dónde estaba vuestro juicio, que habiendo lo que hay de por medio, os poneis en tales reyertas con mis hermanos? ¿No les tengo yo mandado que os respeten como á mí mismo?—No era necesaria esa priesa, contestó Almagro, pues que yo os he informado al instante de todo lo que ha pasado: á tiempo estais y lo sabreis. Vuestros hermanos han mirado mal en este caso, y no han podido disimular el pesar que les causan las honras que el rey me ha hecho.» Llegó en aquel punto Hernando de Soto, acompañado de muchos caballeros, á darle la bienvenida, y luego que estuvo en su posada, reprendió mucho á sus hermanos, y ellos se disculpaban diciendo que ya el mariscal se tenia por gobernador del Cuzco y trataba de repartir la tierra entre sus amigos, y que ellos en tal caso no habian hecho mas que lo que convenia á su honra y servicio.

El porte del gobernador en este paso no desdecia de la amistad antigua ni del decoro que se debia á sí mismo y á su antiguo compañero;

no asi el del mariscal, á quien verdaderamente no se puede escusar de inconsideracion y ligereza, y sobre todo de falta de miramiento á los respectos que debia á su gobernador y su amigo. Sin embargo, como los ánimos no estaban todavía enconados con ningun agravio positivo, y acaso mas bien por creer cada uno que la presa que se disputaban vendria á su poder sin nuevos escándalos ni dificultades, dieron fácilmente oidos á las gestiones de la conciliacion que el licenciado Caldera y otros mediadores interpusieron (21 de junio de 1555) (1), y la amistad y compañía de los dos capitanes se volvió á renovar y confirmar en los altares. Celebróse, pues, la misa delante de ellos, partióse la hostia entre los dos, y se añadieron todos los juramentos y solemnidades que al religioso acto convenian. Votáronse uno y otro, si faltaban á la sinceridad y buena fe en el trato, á la conservacion y mantenimiento de su amistad y compañía, y á la reparticion igual de los provechos, á todos los males que deben sobrevenir en este mundo y en el otro á los perjuros; esto es, perdicion de hacienda y de honra, perdicion de vida y perdicion de alma. Por honor á la religion de los dos me inclinaria yo á creer, á pesar de las sospechas que en esta ocasion manifiestan los historiadores, que uno y otro procedian de buena fe y que tenian ánimo de cumplir lo que entonces ofrecian. Es cosa deplorable por cierto, que promesas tan santas, y amistad tantas veces confirmada y jurada se rompiese despues de un modo tan sangriento y cruel. Pero estos actos religiosos, si infunden respecto y veneracion en el momento en que se celebran, no acaban por eso con los intereses ni con las pasiones: el corazon queda el mismo, y á la menor ocasion se escapa otra vez como primero, sin que pueda acusársele de falso y de sacrílego, aunque con razon se le tache de perjuro.

Publicóse despues la jornada del marisca para Chile: prefirió él para su viaje esta direccion, asi por las riquezas que le decian habia en aquellas provincias, como por caer en los términos de la gobercacion que aguardaba. Alistáronse para seguirle todos los aventureros que no habian hecho todavía su fortuna, y aun algunos qué la tenian, en la confianza de mejorarla con él. Su amable trato y su liberalidad sin límites, le ganaban todos los corazones: de manera que apenas habia quien no le quisiese seguir. Ciento ochenta cargas de plata y veinte de oro, salieron de su casa para repartirlas entre los capitanes que no tenian con que equiparse, sin recibir por ello mas obligaciones que la de pagarlo de lo que ganasen en la tierra donde iban; y eso los que quisieron de su voluntad hacerlas, que muchos ni aun de aquel modo se obligaron (2). Esta profusion mas que real con que se preparaba á su viaje, le quitó los medios que necesitaba para sus proyectos en Castilla. Trataba de casar á su hijo don Diego con una hija de un consejero de Indias, y tambien de comprar alguna renta en España. Pidió para esto á su compañero que le mandase dar 100,000 pesos de su recámara, y Pizarro se los ofreció gustoso. Desembarazado de este cuidado, dió prisa á la espedicion, nombró por su teniente general á Rodrigo Orgoñez, hizo marchar muy delante de sí á Paullo Topa, un indio principal de quien se hablará despues, hermano del inca Mango, y al Vilehoma ó sumo sacerdote, acompañados de tres castellanos, para que le preparasen y allanasen los ánimos de los naturales, y dando las instrucciones oportunas á los capitanes que dejaba en el Cuzco y en Lima para que acabasen de reunir la gente y se la condujesen, se puso en marcha para sus descubrimientos.

Al despedirse los dos compañeros, Almagro dijo á Pizarro, que amándole como á verdadero hermano, y no deseando otra cosa sino que su amistad y buena armonía se conservase y no hubiese nunca impedimentos y estorbos que la perturbasen y rompiesen, le pidió como hermano, como amigo y como compañero, que enviase sus hermanos á Castilla, dándoles de la hacienda que á él pertenecia todo el tesoro que quisiese. «En esto, le decia, dareis á la tierra un general contento, pues no hay nadie en ella á quien estos caballeros no den en rostro con la confianza de ser vuestros hermanos.» A esto respondió el gobernador, que le tenian amor de padre y no darian jamás ocasion á escándalo ninguno. Consejo áspero sin duda para los oidos de un hermano, difícil de seguirse atendido el carácter del gobernador; pero honrado, seguro, é inesperado como por instinto, previendo ya las desgracias que á toda priesa venian sobre ellos (3).

No bien partió Almagro para su espedicion, cuando el gobernador hizo el repartimiento de las tierras del Cuzco, y dejando á su hermano Juan por su teniente en la ciudad, se volvió á Lima á dar calor á las obras que allí se construian; lo cual eran entonces su pensamiento favorito y al parecer el primero de sus cuidados. Como en aquellos dias todo estaba tranquilo en el Perú, los Indios en paz, los Españoles contentos, la voluntad del general respetada y obedecida como suprema ley, y no siendo esta voluntad, como le sucedia siempre en tiempos serenos, ni dura ni enojosa, se puede decir que esta fue otra época de su vida honorífica y afortunada, en que disfrutó sin pesadumbre y sinsabores de la alta fortuna que se habia sabido granjear. Era espectáculo por cierto bien curioso ver á aquel hombre, de una educacion tan descuidada y tan falto de noticias, disputar con los artífices sobre la dimension de las casas, altura de los

(1) Asi está la fecha en Montesinos, que pone en la relacion de este año la ceremonia y la concordia á la letra: Herrera pone tambien los artículos de ella: son cinco, y ninguno dice relacion espresa á la causa inmediata de aquella primera disension, que era la pertenencia del Cuzco. Es verdad que las provisiones reales no habian llegado todavía; pero ¿no parecia natural prever y precaver el caso para cuando llegasen? Los dos anhelaban por tener en su gobernacion la capital del Perú, y esto se olvida enteramente en la concordia; la cual parece mas una renovacion de compañía mercantil que un arreglo político de mando y de gobierno.

(2) Cuéntanse muchos ejemplares de esta generosidad: tenia un dia junto á sí una carga de anillos, y un Juan de Lepe le pidió uno: «Toma, le respondió Almagro, los que te quepan en las dos manos;» y sabiendo despues que era casado, le mandó dar 400 pesos para que se fuese con su mujer. A otro que le presentó una adarga le agasajó con 400 pesos y con una olla de plata y asas de oro que valia mil ducados; al que le presentó el primer gato castellano que se vió en aquellas partes, le regaló 600 pesos, etc., etc.

(3) «Pizarro, dice Herrera, aunque era astuto y recatado, pero en la mayor parte fue de ánimo suspenso y no muy resoluto.» (Década 5.ª, lib. 7, cap. 13.) Acaso no podia él ya con sus hermanos lo que debia, á pesar del respeto que suponia en ellos.

edificios, situacion de los templos, edificios y casas públicas; defender con razones tomadas de la política, del comercio y de la salubridad, la posicion que habia elegido para el emporio que levantaba, y enseñar á sus compañeros y recien llegados á apreciar y disfrutar aquel paraiso en donde los ponia. Ejercitábase tambien en repartir dádivas que le ganasen concepto y amigos; y si á la verdad su compañero le llevaba en esta parte ventaja, no por eso Pizarro era considerado como escaso, y sabia dar con gracia y con magnificencia cuanto era menester. Al licenciado Caldera, al clérigo Loaisa, á los dos hermanos Enriquez, á Tello y Luis de Guzman, á Hernando de Soto cuando se despidió de él para venirse á España; en fin, á otros muchos caballeros y soldados dió presentes de príncipe sin ostentacion y sin violencia, como convenia á un gran conquistador (1).

En Lima encontró esperándole al obispo de Panamá, que venia con comision del rey para arreglar los límites de las dos gobernaciones, la suya y la de Almagro. Pero como las provisiones originales que debian servir de base á la operacion las traia Hernando Pizarro, y este no acababa de llegar, nada pudo hacerse en negocio tan necesario. Insinuóse tambien al obispo que su comision era ya supérflua, hallándose tan conformes las voluntades de los dos gobernadores por la última concordia que habian hecho. La verdad era que ninguna de las dos partes lo queria; y el prelado, muy poco satisfecho de la sinceridad y buena fe con que en aquel pais se procedia en este y otros negocios, se valió de este pretesto para volverse á su iglesia, rehusando el gran presente que el gobernador quiso hacerle, y admitiendo solo la limosna de mil pesos de oro que le dió para los hospitales de Panamá y Nicaragua.

En este tiempo fue tambien cuando Pizarro dió al capitan Alonso de Alvarado la comision de ir á pacificar los Chiachapoyas, nacion situada al Oriente, para ensanchar por allí la dominacion española y la propagacion del Evangelio. Los diferentes sucesos de Alvarado en su espedicion no son de este lugar; pero él hizo prueba en ella de la prudencia, templanza y honradez de carácter que siempre le distinguieron y supo conservar aun en medio del furor de las guerras civiles, sin embargo de que en estas no fuese tan afortunado como solia serlo en la de los Indios.

Llegó en fin á Lima Hernando Pizarro de vuelta de Castilla. Allí habia sido admirado y atendido como correspondia á las grandes riquezas que trajo á la metrópoli, y á los descubrimientos y conquistas que se habian hecho. España toda se conmovió á su llegada casi como lo habia hecho al tiempo en que Colon vino á presentar el Nuevo Mundo á los Reyes Católicos. Ahora se cumplian las esperanzas de entonces, y por ventura escedia la realidad á la esperanza. El mensajero, que tanta parte habia tenido en aquellos acontecimientos, fue altamente honrado y favorecido, y se le despachó por la córte á medida de su deseo. Las prerogativas de criado de la casa real, el hábito de Santiago, la facultad de llevar ciento y cincuenta soldados de Castilla, la preeminencia de general de la armada en que volviese á las Indias; en fin, la recomendacion de su persona, y el encargo espreso de toda diligencia y buen despacho á todos los gobernadores, comandantes y demás empleados públicos, por quienes hubiesen de correr los negocios y los preparativos de su vuelta, no parecieron gracias superiores á su mérito y á su opinion. A su hermano el gobernador se le dió el título de marqués y setenta leguas mas de gobernacion por luengo de costa y cuenta de meridiano. Al mariscal, por quien tambien pidió, estimulado de las diligencias que empezaron á hacer en su favor los capitane. Mena y Sosa, se le concedió, con el título de adelantado, la gobernacion de doscientas leguas de costa, línea recta de Este, Oeste, Norte y Sur, desde donde se acabasen los límites de la jurisdiccion de don Francisco Pizarro; con la facultad de nombrar por sucesor de ella despues de sus dias á la persona que quisiese. Llamóse en los despachos Nueva Castilla á las tierras sujetas á Pizarro, y Nueva Toledo á las de Almagro; pero estos nombres no han subsistido. Las cartas con que el rey contestó á los dos descubridores fueron graciosas, muy apreciadoras de sus servicios, y prometiendo honrarlos y hacerlos siempre merced. Al padre Valverde se le recompensó con el obispado del Cuzco, para el cual fue presentado á su santidad. En fin, como Hernando Pizarro prometia montes de oro, y la córte tenia tanta necesidad de él, se le encargó que volviese pronto con todo lo que hubiese recogido de quintos, y con el producto de un servicio estraordinario que se obligó á sacar de los conquistadores. Con esto se volvió al Perú, seguido de un número considerable de caballeros y soldados que quisieron ir con él á adquirir honores y riquezas en Indias; y llegó á Lima poco tiempo despues que su hermano habia vuelto del Cuzco, y Almagro partido á Chile.

Dícese que á vista de las provisiones que enviaba la córte se renovó en el gobernador el sentimiento de emulacion y de envidia contra su compañero; y que receloso de que el Cuzco saliese de su poder, reconvino á su hermano por haber consentido que se diese á Almagro la gobernacion de Nueva Toledo. A esto Hernando Pizarro contestó que los servicios del mariscal eran tan notorios en la córte, que aun aquel galardon parecia corto al rey y al consejo; que por lo demás en las setenta leguas que le traia añadidas á su gobernacion, debia estar comprendido el Cuzco, y tambien mas allá, con lo cual debia desechar

(1) Sabia dar tambien como particular con discrecion y silencio, de manera que no fuesen humillados con sus dádivas aquellos á quienes socorria. De esta virtud se cuentan muchos rasgos suyos que le hacen grande honor. Solia jugar con menesterosos, y se dejaba ganar para que se socorriesen de este modo y saliesen honrados con el lauro de jugar mejor que él. El pasaje del tejuelo de oro llevado al juego de pelota para socorrer á un soldado, es citado por todos los historiadores: el tejuelo pesaba, y él lo llevaba escondido en el seno para dárselo al soldado sin que nadie lo viese; mas no pareciendo, y ofreciéndose un partido de pelota que jugar, él se puso á jugarle sin desnudarse el sayo ni sacar el peso que llevaba, hasta que vino el soldado, que tardó mas de tres horas; y llamándole aparte, le dió el oro, diciéndole que mas quisiera haberle dado tres tantos mas, que el trabajo que habia padecido con su tardanza. Pero de todo lo que se cuenta para recomendar su afabilidad, su buen trato y su llaneza, nada le honra mas que aquel paso de arrojarse al rio de la Barranca á sacar por los cabellos á un indio yanacona suyo, que caido impensadamente al agua, se le llevaba la corriente: reñíanle sus capitanes aquella temeridad, y él les contestó «que no sabian ellos qué cosa era querer bien á un criado.»

aquel cuidado. No omitieron sin embargo los dos hermanos las diligencias oportunas para asegurarse mas y mas de aquella gran posesion. En primer lugar dilataron entregar á Juan de Rada, capitan de Almagro, los despachos originales en favor de su general, que sin cesar les pedia para llevárselos con el refuerzo de gente que estaba reuniendo en Lima para seguirle. Hernando Pizarro se los negó bajo diferentes pretestos, y al fin le dijo que en el Cuzco se los entregaria: todo para dar lugar á que el adelantado se alejase mas y mas cada vez, y las provisiones le encontrasen á tanta distancia, y acaso envuelto en dificultades y negocios que no le permitiesen dar la vuelta. Tambien juzgó el gobernador oportuno que su hermano fuese allá á tomar el gobierno de la ciudad, que á la sazon estaba encargado á Juan Pizarro, pues en el caso de contradiccion de parte de Almagro, y suponiéndole con miras hostiles á su vuelta, queria que el mando y la direccion de aquellas cosas estuviesen en manos mas firmes y mas capaces.

Entre tanto que se disponia esta jornada, Hernando Pizarro, ansioso de cumplir las promesas que habia hecho en la córte, hostigaba á los conquistadores para que hiciesen al rey un servicio estraordinario y le ayudasen á hacer frente á los enemigos y guerras que tenia en Europa. No daban ellos fácil oido á estas persuasiones: decian que bastante hacian por el rey en enviarle aquellos grandes quintos que de ellos recibia, ganados á fuerza de sudor, de trabajos y de sangre, sin que el rey de su parte les hubiese ayudado con nada para ello; que no querian contribuir mas con sus haciendas para que él y su hermano solos fuesen los agraciados por el rey. De tantas mercedes y honores como les habia prometido al partir, ¿qué habia traido sino el hábito de Santiago para sí, y el título de marqués para su hermano? Amagábalos él con que les haria restituir el rescate de Atahualpa, el cual por ser de rey pertenecia al rey; y abandonándose á su genio arrogante y orgulloso, los tachaba de ingratos y hombres viles, que no merecian la fortuna que tenian. La cuerda era delicada, y el gobernador tomó la mano en la contienda, volviendo por sus compañeros. El los defendió de los insultos de su hermano, les dijo que merecian tanto como los que asistieron á don Pelayo en la restauracion de España, y añadiendo que la lealtad castellana no se ponia nunca á controvertir servicios con su príncipe, les pedia que se la mostrasen con generosidad en la ocasion presente, dándoles de paso la esperanza de que tal vez les concederia á perpetuidad los Indios que hasta entonces no tenian mas que en depósito. Estas palabras, dichas con la afabilidad que solia cuando trataba de ganar los ánimos, dispusieron á la generosidad á los conquistadores ricos que á la sazon se hallaban en Lima: de modo que reunida gran cantidad de dinero para el servicio ofrecido, Hernando Pizarro apresuró su partida al Cuzco á ver si podia conseguir de sus vecinos un donativo igual, y estar entre tanto á la mira de los acontecimientos.

Bien era menester que tomase el mando allí entonces un hombre de su esfuerzo y de su resolucion. Agolpáronse al instante con celeridad espantosa las dificultades, los peligros y aun los desastres. Creíase que solo habria que defender el Cuzco contra las pretensiones aun inciertas del adelantado Almagro; pero el Cuzco y todo el Perú empezaron á titubear en las manos españolas; y el alzamiento general de la tierra y la discordia civil, que casi á un tiempo estallaron, vinieron á poner en mortal peligro lo que tanto trabajo habia costado adquirir. Mas para dar al estado de las cosas la claridad que corresponde, es preciso tomar la narracion desde mas arriba, y llevar la vista y atencion á los Indios, de quienes mucho tiempo há que no hablamos.

No por ver al inca desbaratado y prisionero en Caxamalca desmayaron sus generales, ni faltaron á lo que debian á su rey y á su país. Si no pudieron inspirar mas despecho y fuerza á la muchedumbre que dirigian, y si no acertaron á prevalecer contra la disciplina y armas tan superiores de sus enemigos, á lo menos mantuvieron en cuanto estuvo de su parte la libertad de su patria: combatian cuantas veces tuvieron soldados con que guerrear, y al fin murieron todos libres é independientes, sin reconocer ni sufrir el ageno señorío. Irruminavi, que estaba en el ejército de Atahualpa cuando aquella sorpresa, se escapó al Quito con los cinco mil indios que mandaba, y allí puso la provincia en un estado de defensa tal, que vencedor unas veces, vencido otras, haciendo siempre frente á Belalcázar, sucumbió á la verdad bajo la superior destreza y esfuerzo de su contrario; pero quitándole del todo el fruto de su victoria, frustrándole para siempre de los tesoros á que aspiraba, y pereciendo en medio de los tormentos sin dar ninguna muestra de flaqueza (1). Ya hemos visto cómo pereció Chialiquichiama en poder de Pizarro, y su suplicio acredita menos su culpa que el temor que infundia con su crédito y con su valor, y la poca esperanza que se tenia de ganarle en favor de los invasores.

En fin, Quizquiz cubrió y defendió las provincias de arriba, llevó sus indios muchas veces al cambate, y luego que vió perdido el Cuzco se hizo recibir por capitan de los mas valientes mitimaes de las provincias comarcanas del Cuzco, que eran los guamanconas, oriundos de las provincias del Quito, y probó otra vez la fortuna de la guerra, primero en el puente de Apurimac, cerca del Cuzco, contra el gobernador; y luego contra los Castellanos de Jauja, acaudillados por Gabriel de Rojas, que se hallaba á la sazon en aquel valle. Allí se peleó mas obstinadamente: los Castellanos vencieron, pero no hubo ninguno de ellos que no quedase herido, uno fue muerto, y tambien tres caballos, y ademas prendieron á sesenta yanaconas, que Quizquiz hizo matar luego como sus mas implacables enemigos. El prosiguió su camino al Quito, adonde habia ofrecido llevar sus mitimaes. Allí tuvieron un encuentro con Belalcázar, en que tambien fueron vencidos. Entonces los capitanes aconsejaron á

(1) Belalcázar le sorprendió por la traicion de algunos indios que avisaron dónde estaba; hízole dar tormento á él y á sus compañeros de prision para que descubriesen los tesoros del Quito; «pero ellos, dice Herrera, se hubieron con tanta constancia, que le dejaron con su codicia, y él inhumanamente los hizo matar.

Quizquiz que hiciese paz con los Españoles, pues ya veia que eran invencibles. El los llamó co bardes; y acalorándose la disputa sobre si habian de rendirse ó no, uno de los principales le dió un bote de lanza, y los demás le acabaron á golpes de maza y de hacha.

Estos ejemplares sangrientos y terribles debian poner escarmiento en cualquiera que quisiese hacerse campeon de la independencia peruana. Mucho mas cuando los Españoles despues de la muerte de Toparpa continuaban la farsa de tener un inca con representacion de rey, para que fuese su primer esclavo, y mandar y aun castigar en su nombre á la gente del país. Pero el daño les vino, como frecuentemente sucede, de la misma precaucion. Habia don Francisco Pizarro a poco tiempo de estar en el Cuzco hecho poner la borla de rey, con todas las ceremonias acostumbradas en el país, á aquel Mango Inca que se pasó tan oportunamente á él en los encuentros anteriores á la entrada de la capital. Como todos decian que, á la ley de hijo de Huayna-Capac, era á quien con mejor título pertenecia el reino, se recibió general contento de esta eleccion, los Indios permanecieron tranquilos bajo su mando, y el inca en sus principios no desmereció por su conducta reverente y oficiosa el puesto á que el gobernador le habia elevado. Duró este sosiego hasta que empezaron á romper las pasiones de los capitanes Españoles en el Cuzco: los Indios se dividieron tambien, unos siguiendo un partido, otros otro, siendo lo estraño en este caso que el inca Mango siguiese mas bien el mando de Almagro que el de su bienhechor. En vano procuraron ellos, despues estar conformes entre sí, conciliar tambien a los naturales, pues aunque en una junta que tuvieron con los mas distinguidos persuadieron, rogaron y aun interpusieron su autoridad para que cesasen en sus divisiones, nada pudieron conseguir, y el inca y sus parientes quedaron enemistados (1). Despues, cuando Almagro partió á su jornada de Chile, pidió á Mango que le diese dos señores para que se fuesen con él, y le dió, segun ya dijimos antes, á su hermano Paullo Topa, y al Vilehoma; dando á entender que alejaba al uno por celos políticos de mando, y al otro porque le tenia por inquieto y peligroso en razon de su poder. Esto, á lo menos en cuanto al sacerdote, no era mas que pura apariencia, pues antes de partir dejó concertado con Mango el plan del levantamiento, y apenas supo que estaba empezado, cuando volvió apresuradamente á tomar parte con él y á dirigirle.

Luego que llegó el tiempo oportuno para el intento, el inca convocó secretamente á los principales señores de las tres provincias convecinas, y hechos muchos sacrificios y ceremonias á su usanza, les propuso el estado de las cosas, y les pidió consejo sobre lo que se debia hacer para salir de la sujecion en que aquellos estranjeros los tenian; recordóles la mansedumbre y justicia con que los habian gobernardo los Incas sus antepasados, y la prosperidad con que iban entonces todas sus cosas; manifestó el desórden y trastorno que todo habia padecido con la llegada de los Castellanos, el sacrílego robo de los templos, la corrupcion de las costumbres por el desenfreno de su lujuria; tenidas por mancebas sus hijas y sus hermanas, y por esclavos los hombres, sin mas ocupacion que la de buscarles metales y servir á sus caprichos. Ellos habian hecho alianza con los Yanaconas, la clase mas vil de aquella tierra, y les habian dado alas y soberbia para insultar á sus señores y aun vilipendiarle á él; lo mismo sucedia con muchos mitimaes: de modo que ya no faltaba sino que le despojasen de la borla. ¿Qué habia hecho el Perú á aquellos hombres insolentes para haber entrado en él á mano armada, y dar muerte á Atahualpa, á Chialiquichiama y demás personajes, la flor y el esplendor de aquel reino? Advirtióles del aumento progresivo y espantoso que iban tomando, y que si se descuidaban en el remedio, ya despues seria tarde para conseguirlo. La ocasion presente no podia ser mas oportuna: los mas valientes y mejores se habian alejado con Almagro, y era probable que no volviesen de Chile; los demás, divididos y situados á grandes distancias, podrian ser atacados y oprimidos á un tiempo, sin que pudiesen valerse unos á otros. Era preciso pues aprovechar la coyuntura inmediatamente, y aventurarlo todo para conseguir la ruina y destruccion de hombres tan injustos y crueles. Respondiéronle primero con llantos y gemidos, y despues á una le dijeron que hijo era de Huayna-Capac, y todos darian la vida por él; que los sacase de aquella dura servidumbre, y el sol y los dioses estarian en su favor. Y pasando despues á consultar las disposiciones que deberian tomarse, la primera en que convinieron, como base principal de todas, fue en que procurase el inca salir del Cuzco con la mayor cautela que pudiese y se volviesen á reunir todos en paraje seguro.

No estuvieron estos tratos tan secretos, que al fin los Yanaconas no los rastreasen y avisasen de ello á los Españoles. Así es que aun cuando Mango logró escaparse dos veces del Cuzco, dos veces fue vuelto á él, y la última puesto preso con buena guarda para que no lo intentase la tercera. Temieron los Indios segunda catástrofe como la de Atahualpa, pero por fortuna los Castellanos ni le estimaban ni le temian, y además Juan Pizarro estaba muy lejos de tener la autoridad de su hermano para atreverse á tanto, ni tampoco su resolucion. En esto llegó Hernando, y sea compasion ó desprecio, sea política ó codicia, como lo suponian sus enemigos, lo primero que hizo fue poner á Mango en libertad. El usó de ella al principio con discrecion y con recato. Supo ganar los oidos del nuevo comandante con su artificio y sus lisonjas, su compasion con sus lástimas, y su confianza con su porte obsequioso á aun tiempo y desahogado. Mas nada le movió tanto para ello como la oferta que hizo de alhajas y tesoros. Sobre todo le hablaba de una estátua de oro de su padre del tamaño del natural, cuyo paradero era conocido de él. La codicia es tan

(1) Sucedió en esta junta que un hermano del inca, mancebo de poca edad, viendo que algunos señores que allí se hallaban no hablaban con su rey de rodillas, segun la antigua costumbre, los reprendió con tanta vehemencia, y sus palabras tenian un espíritu tan brioso y resuelto, que el gobernador español se alteró oyéndole, le amenazó y le dijo malas razones: cosa que desagradó á muchos, por parecer un despique que no le hacia honor.

crédula como ciega: dióle fe Hernando Pizarro, y pidiéndole el inca licencia para ir á buscarla, se la concedió gustoso. Mango pues salió del Cuzco á ciencia y presencia de todos, acompañándole, ademas de los indios que llevaba, dos castellanos y el intérprete del comandante. Este a los ocho dias conoció el yerro que habia cometido, y salió con ochenta caballos á buscar al inca en Calca, lugar poco distante de la capital. Al acercarse allá encontró á los dos castellanos, que le dijeron cómo iban despedidos, habiéndoles mandado Mango que se fuesen, pues no necesitaba de ellos. Quiso, sin embargo, dar vista á Calca, y fue acometido de los Indios, que le dieron en que entender toda la noche, y al fin tuvo que volverse al Cuzco á la mañana siguiente, cargándole ellos y molestándole hasta que le encerraron en la ciudad.

Ya entonces la guerra estaba abiertamente declarada, y los Indios la hicieron con tanta resolucion como porfia. La lucha, aunque desigual, no lo era tanto como al principio, porque mas habituados á la vista de los caballos y al estrépito de los arcabuces, no llevaban tanta disposicion al terror ni á la sorpresa, y sabian suplir la desigualdad de sus armas con la muchedumbre de gente, y la falta de robustez con la impetuosidad y el teson. Inundaron pues como diluvio las avenidas del Cuzco, tomaron de sorpresa y rebato la gran fortaleza esterior, ganaron tambien una casa fuerte inmediata á la plaza en que los Castellanos querian atrincherarse, ocuparon las casas, barrearon las calles, y haciendo en las tapias sus agujeros y troneras, se comunicaban á su placer por todas partes, pareciendo todavía mas de los que eran. Los Españoles, reducidos á doscientos, y á mil yanaconas que peleaban en su compañía, no tuvieron otro recurso que recogerse á la plaza, y allí acuartelados en dos casas y en sus toldos, se defendian como podian de las piedras, flechas y armas arrojadizas que á manera de espeso granizo venian disparadas contra ellos. Hacian á veces salidas de aquellos reparos, y entonces llevaban de vencida á los Indios por las calles, deshaciéndoles sus trincheras y alanceando y derribando á los que alcanzaban; pero luego tenian que volverse á sus guaridas, y los Indios, rehechos, repetian sus ataques y sus insultos. Pudieron en fin los Castellanos ganar la casa fuerte de la plaza, y aun echar á sus enemigos de la ciudad; mas no por eso los pudieron alejar mucho de allí, y mientras los Indios tuvieron en su poder la gran fortaleza esterior les molestaban con ventaja. Tratóse de ganársela tambien, y con efecto se consiguió; pero fue á costa de la vida de Juan Pizarro, que recibió una pedrada mortal en la cabeza al tiempo en que por la fatiga del dia se acababa de quitar la celada. Era de los cuatro hermanos el de menos orgullosa y arrogante condicion, por eso su pérdida fue sentida generalmente de todos sus compañeros de armas. Mientras se combatia la fortaleza, se combatia tambien en la ciudad, y los Indios añadiendo golpe á golpe, la pusieron fuego por diferentes partes. Las casas, cubiertas de paja, segun el uso general del país ardieron en un momento; los Españoles veian quemarse sus moradas y sus efectos, al paso que el humo, dándoles en los ojos, los imposibilitaba de pelear. Pasábanse los dias y aun los meses; socorro, por mas que lo esperaban, no venia; los bárbaros les arrojaban las cabezas de los Cristianos que mataban en diferentes puntos del país segun los encontraban; y la imaginacion, ya aterrada, se figuraba en todas partes el mismo peligro con mayor estrago. Defenderse allí era heróico, pero aguardar insensato; y no una vez sola estuvieron á punto de abandonar la ciudad y volverse por los llanos á Lima. El ayuntamiento se inclinaba á ello y aun lo pedia; pero Juan Pizarro antes de su desgracia, su hermano Gonzalo, Gabriel de Rojas y Hernando Ponce, sugetos todos de carácter indómito, lo contradijeron siempre, diciendo que era bajeza y que antes se deberia perecer. Este dictámen prevaleció, como era regular que sucediese entre hombres tan valientes; y la conservacion del Cuzco se debió entonces sin duda á la resolucion verdaderamente heróica de aquellos capitanes.

En tal estado de cosas, Hernando Pizarro pensó que seria conveniente ir á atacar al inca en el tambo del valle de Yucay, punto situado como á seis leguas del Cuzco, en donde por la fuerza del sitio habia fijado Mango su residencia (1). Tomó á su cargo la espedicion, y con sesenta caballos, algunos infantes y buen golpe de indios amigos llegó cerca del tambo y ahuyentó los diferentes cuerpos enemigos que le salieron al encuentro. Mas llegado junto al muro del tambo, la espesa nube de piedras que empezaron á lanzar sobre él le desordenó los caballos, y fuéle preciso retirarse á un llano frontero de la puerta del lugar para rehacerse. Entonces los Indios cobrando ánimo, salieron á él con tal gritería y tal intrepidez y en tan escesivo número, que los Castellanos empezaron á temer, y mucho mas cuando vieron que en un momento sacaron de madre el rio que pasaba por el lugar, y se lo echaron encima, y los caballos se atollaban. Añadíase á su confusion, que oian y sentian disparar mosquetes contra ellos: señal de que ya los Indios estaban apoderados de armas castellanas y sabian usarlas á propósito. Llegada la noche, trató el general español de retirarse, lo que hizo con grandísima dificultad y fatiga: los enemigos á cada paso le cargaban y le detenian, y el suelo, erizado de espinos y de puas agudísimas y fuertes, embarazaba la marcha de los caballos, que apenas podian caminar. Los Indios lo habian previsto todo, y el general español se volvió al Cuzco no solo con la mengua de que le fallase su empresa, sino con el triste convencimiento de lo aguerridos y terribles que se iban haciendo sus enemigos. Esperimentólo todavía mas en otra salida que hizo despues con ochenta caballos y algunos infantes. Habian aflojado los

(1) «Por todas partes dél (se habla del valle Yucay) se ven pedazos de muchos edificios y muy grandes que habia, especialmente los que ovo en tambo, que está el valle abajo tres leguas, entre dos grandes cerros, junto á una quebrada por donde pasa un arroyo... En este lugar tuvieron los Incas una gran fuerza de las mas fuertes de todo su señorío, asentada entre unas rocas, que poca gente bastaba á defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunas peñas tajadas que hacian inespugnable el sitio; y por lo bajo está lleno de grandes andenes, que parecen murallas unas encima de otras.» (Pedro Cieza de Leon, parte 1.a, cap. 94.)

Indios en el sitio, y retirádose á sus asientos una gran parte de la muchedumbre, creyendo Hernando Pizarro por lo mismo que le seria fácil sorprender al inca en el tambo, adonde antes fue á buscarle. La fuerza que llevaba, el secreto con que salió, la rapidez de su marcha, no fueron bastantes á salvarle de otro desabrimiento tan triste como el primero. Hallóse de repente sorprendido con el estruendo de las bocinas y atambores, y con el alarido de guerra de mas de treinta mil indios que le aguardaban apostados junto á las tapias del tambo, defendidos en unas partes con fosos, en otras con terraplenes y trincheras, y entorpecido tambien con una represa el vado del rio. Veíase á lo lejos á Mango montado á caballo con su pica en la mano, gobernar y contener su gente en aquel punto inaccesible, mientras que algunos de los suyos, armados de espadas, rodelas y morriones quitados á los nuestros, salian de sus reparos, arrostraban los caballos y se entraban furiosos por las lanzas castellanas. Fue pues forzoso á Pizarro, con pérdida de bastantes indios auxiliares, retirarse á la capital, adonde de allí á pocos dias dieron los Indios de improviso, por disposicion de su inca, un rebato tan fuerte, que á duras penas se les estorbó la entrada, y muchos españoles quedaron heridos en la refriega. Este teson, esta audacia, esta pericia militar, aunque imperfecta y grosera, mostraban cuánto pudier..n hacer los Indios en su defensa si tuvieran caudillos dignos del espíritu que ya los animaba. Pero entonces faltaban capitanes al ejército, asi como al principio de la conquista faltó ejército á los capitanes.

Al mismo tiempo que fue atacado el Cuzco fue embestida tambien Lima. Allí á la verdad no con tanto efecto ni con tanto daño y peligro de los Españoles, porque la tierra, mas llana, dejaba toda su fuerza y pujanza á los caballos, siempre temidos de aquella muchedumbre; y la proximidad del puerto ayudaba á reforzarse con gente y provisiones. Pero la angustia y congoja que el gobernador no sentia allí ni por sí mismo ni por la poblacion, la tenia por el Cuzco y por sus hermanos. Nadie venia de aquella parte: los Indios tenian interceptado el camino y aun la tierra; todos los Castellanos dispersos eran muertos; los diferentes destacamentos enviados ,ó por noticias ó en socorro tuvieron la misma suerte, menos los pocos que habian podido volver fugitivos y espantados á Lima, y otros pocos tambien reservados por el inca para servirse de ellos como esclavos. Por manera que llegaban ya á setecientos los españoles que en unos parajes ó en otros habian sido sacrificados por los Indios á su defensa ó á su venganza. El fiero conquistador conoció entonces la temeridad de haberse estendido tanto en aquel inmenso país, y temió que la rica presa adquirida con tantos esfuerzos se le iba á escapar de las manos. Almagro estaba lejos, los demás establecimientos españoles de América lo estaban tambien, y él no osaba abandonar el punto central y necesario en que se hallaba para ir al socorro del Cuzco. Dispuso pues que Alonso de Alvarado, á quien hizo venir de los Chiachapoyas, fuese con quinientos hombres de á pié y de á caballo á sacar de peligro á la capital, y escribió ademas á Panamá, Nicaragua, Guatemala, Nueva España y Santo Domingo, encareciendo el riesgo en que estaban las cosas del Perú, y pidiendo á toda prisa socorros. Por la eficacia de las espresiones que usaba en estas cartas podia conocerse la fuerza de los recelos que tenia. En la que escribió á Alvarado á Guatemala le decia «que si le socorria le dejaria la tierra, y se iria á Panamá ó á España (1). De todas partes le acudieron á su tiempo los refuerzos que pidió. Hernan Cortés le envió dos navíos con armas, gente, caballos; y añadiendo á estos efectos regalos de amigo, le envió doseles, colgaduras, ornatos de casa, ropa blanca, vestidos, y entre ellos una ropa de martas, con la cual Pizarro se engalanó toda su vida en los dias solemnes. De Panamá le llevó el licenciado Gaspar de Espinosa bastante número de españoles, entre ellos una manga de arcabuceros; asimismo de las demás partes le vinieron refuerzos iguales ó mayores. Es verdad que todo esto llegó al Perú cuando ya sus conquistadores por sí solos habian sabido sacudir de sí el peligro, y aun el gobernador fue notado de pusilánime por haberse creido tan sin fuerzas. Pero no era de hombre pusilánime, por cierto, la resolucion tomada en el momento del mayor apuro de alejar todos los navíos del puerto, quebrantando asi á los Indios la soberbia y la confianza, y quitando á los suyos el recurso de la mar. Era obligacion suya mantener y asegurar el país que habia conquistado y gobernaba; y miradas sus precauciones por este lado, no desdecian de su posicion y atribuciones, aun cuando por ventura sus palabras fuesen sobradamente desalentadas. De cualquier modo que se considere, Pizarro debió á esta diligencia hallarse en pocos dias con un ejército numeroso, compuesto en gran parte de veteranos, y al tiempo en que mas lo habia menester, no contra los Indios, sino contra los Españoles que iban inmediatamente á disputarle el imperio.

Nueve meses hacia que duraba este áspero conflicto entre Indios y Españoles, cuando empezó á oirse en el Cuzco que el adelantado volvia. Los diferentes sucesos de su jornada á Chile no tienen inmediata conexion con esta vida, aun cuando por sus resultas no dejen de tener relacion con ella. Vendríase por otra parte á coincidir en su narracion con la serie uniforme, y por lo mismo cansada, de los trabajos y fatigas que siempre tenian que sufrir los Castellanos en sus descubrimientos y correrías por aquellas desconocidas regiones. Al ir, caminos fragosos, sierras nevadas, ventiscas crueles, en que padeció Almagro iguales angustias que su émulo Alvarado en las serranías del Quito, y se dejó allí helada la quinta parte de la gente. Al llegar, indios robustos y feroces, con quienes tenia que estar continuamente combatiendo, y que si a veces se podian vencer, no por eso eran fáciles de subyugar. Hácia acá, arenales desiertos, fal-

(1) Es mucho de dudar que en el caso de haberse verificado el socorro y por él se cobrase la tierra, cumpliese Pizarro su palabra. Estas espresiones, ademas del desaliento que manifiestan, son prueba bien clara de la persuasion en que asi los Pizarros como los demás conquistadores del Perú estaban de que el país era suyo.

ta absoluta de agua, y todas las molestias consiguientes, como si caminaran por los yermos abrasados de la Arabia. Por otra parte, ningun descubrimiento importante, ningun establecimiento útil, ningun hecho curioso: Chile quedó intacto para el valor de Valdivia y para la musa de Ercilla. Aquel bizarro y florido ejército que salió del Cuzco con tan grandes esperanzas, despues de haber corrido mas de trescientas leguas al Mediodía, viendo que la tierra era mas pobre miéntras mas se internaba en ella, y no hallando mas que despoblados, sierras heladas, pocos alimentos, menos oro y muchos desengaños, se fatigó de marcha tan trabajosa y estéril, y pidió ansiosamente volver atrás. Los cabos que le mandaban estaban mal acostumbrados, y la fácil adquisicion de tesoros, de poder y gloria que habian hecho ya tantos otros, y aun ellos mismos en los campos de Méjico, de Guatemala y del Perú, les hacia mirar con ceño y desden todo lo que no fuese un imperio que rendir y templos y palacios que saquear y que robar. Estaban ya en poder del adelantado las provisiones originales de su gobernacion, que Juan de Rada le habia traido, entregadas al fin en el Cuzco por Hernando Pizarro. Este era muy poderoso estímulo para tomar la resolucion de volver, en la impaciencia que él tenia de mandar y gobernar, y ellos á su sombra de disfrutar y adquirir. Uno le decia que si le aconteciese morir allí, no quedaria á su hijo mas que el nombre de don Diego. Otros le aconsejaban que pues ya era gobernador efectivo de la Nueva Toledo, fuese allá al instante, y advirtiese que el Cuzco entraba en sus límites y que ellos tenian voluntad de vivir en aquella ciudad, y gozar de su abundancia y sus delicias. Con tales dichos y otros semejantes la cabeza de aquel hombre, ya desvanecida con los honores y mercedes que la córte le hacia, y que por otra parte era padre idólatra de su hijo, y general tan condescendiente y fácil como liberal con sus oficiales, no podia mantenerse firme contra las sugestiones de la ambicion, y era difícil que no se decidiese á contentar la suya y la ajena á toda costa. Dióse pues la órden de retroceder, y el ejército se puso en marcha para el Cuzco.

Pasado el desierto que divide el Perú del reino de Chile, supo el levantamiento general de los Indios, y el peligro y trabajos de los Españoles. Esto le pareció que daba á su vuelta los visos de necesaria; y mas satisfecho de sí mismo, aceleró su viaje para dar por su parte el remedio y socorro que las cosas necesitasen. Como antes de salir á su espedicion eran tan estrechas las conexiones entre él y el inca, desde Arequipa, donde descansó algunos dias, le envió un mensaje para manifestarle la estrañeza que le causaban aquellas novedades, el deseo que tenia de saber las causas que habian tenido y la buena voluntad con que venia á él para favorecerle en todo lo que pudiese. Respondióle Mango que holgaba de su vuelta; echó la culpa de su alzamiento á la avaricia de Hernando de Pizarro, y en obsequio de Almagro prometió suspender las hostilidades hasta verse con él, y efectivamente así lo hizo.

Esta negociacion, que duró algunos dias, fue entendida por los Castellanos del Cuzco, que casi á un mismo tiempo supieron la llegada de Almagro al Perú, y que un ejército de Españoles estaba en el valle de Jauja. Era el de Alvarado, enviado, como ya se dijo arriba, por el gobernador en socorro del Cuzco, y que por motivos que despues se espresarán se habia detenido allí como cinco meses. Hernando Pizarro entonces lo primero á que atendió fue á romper las inteligencias de Almagro con el inca, sin duda para quitar al adelantado el mérito y la gloria de haberle sosegado y reducido. Envió pues con un muchacho mulato una carta á Mango, en que le decia que no hiciese paz con don Diego de Almagro, porque no era el señor, sino don Francisco Pizarro. Mango dió la carta á dos Castellanos de Amagro que á la sazon estaban con él, añadiendo que bien sabia que los del Cuzco mentian, porque el verdadero señor era don Diego de Almagro, y por tanto queria que á aquel mensajero se le cortase la mano por mentiroso. Rogaron mucho por él los dos Castellanos, y al fin se contentó con solo cortarle un dedo, y con este escarmiento y respuesta le dejó volver á los que le enviaron.

La segunda diligencia del comandante del Cuzco, fue tratar de inquirir el designio del adelantado, el cual ya se habia acercado á Urcos, lugar distante seis leguas de la ciudad. Decia él, y no sin alguna apariencia de razon, que si las intenciones de don Diego fuesen sanas, al entrar en Urcos habria avisado de su llegada, ó se hubiera ido á la ciudad amigablemente á poner en seguridad á la capital y á los Españoles que en ella habia, y tratar allí de conformidad lo que á todos conviniese; pero que no era buena señal estar tan cerca y ponerse en comunicacion con los enemigos antes que con sus compatriotas. Acordaron, pues, que saliese Hernando Pizarro con su hermano Gonzalo y otros capitanes, acompañados de la mayor parte de la gente, y caminasen hácia Urcos á ver si podian averiguar la intencion de Almagro, la cual se les hacia cada vez mas sospechosa viendo la insolencia y oyendo la gritería de los Indios de guerra que les entorpecian y dificultaban el camino, y á voces les decian que ya era llegado Almagro, que habia de matar á todos los Castellanos del Cuzco.

Los Indios, con efecto, habian creido de buena fe que el adelantado se iba á juntar con el inca en daño de la gente de la capital. Habia el general español, por medio de los frecuentes mensajes que él y Mango se enviaban, aplazado vistas entre los dos en el valle de Yucay. Para ello salió Almagro de Urcos con la mitad de su gente, dejando la otra mitad á cargo de Juan de Saavedra, con órden de que allí le esperase sin hacer novedad ninguna. Mas las vistas aplazadas no pudieron verificarse, porque como los Indios que andaban en las dos divisiones del ejército de Chile viesen que alguna vez hablaban y conferenciaban entre sí los Castellanos del Cuzco y los recien venidos, sin hacerse mal ninguno, antes bien con demostraciones de urbanidad y de benevolencia, tuvieron por trato doble el del ade-

lantado, y avisando de ello á Mango, el inca, en lugar de acceder á la conferencia, mandó tratar hostilmente á unos y á otros, empezando tambien la guerra entre los naturales y los Españoles de Chile.

Entonces Almagro, considerándose en mayor apuro que antes, pues en lugar de uno, tenia ya sobre sí dos enemigos, dió la vuelta hácia el Cuzco, y mandó á Juan de Saavedra que viniese á juntarse con él. Habia tenido entre tanto este capitan una conferencia con Hernando Pizarro cuando este salió al reconocimiento de que ya se habló arriba, sin resultar nada positivo de las propuestas que uno á otro se hicieron, ni atreverse todavía á decidir el negocio con las armas, á pesar del deseo que ambos partidos tenian. Saavedra se contuvo por no faltar á las órdenes de su general; Pizarro, por no dar lugar á que se dijese que ellos eran los agresores. Tambien por su parte el adelantado habia enviado un mensaje á Hernando Pizarro, en que le avisaba de su venida, con el objeto de socorrer á los Españoles del Perú y á su amigo el gobernador en el aprieto en que estaba; que era su intento tambien tomar posesion de la gobernacion que el rey le habia dado, pues que esto podia hacerlo sin perjuicio de los pactos y capitulaciones hechas entre él y su hermano, pues no entendia separarse de ellas ni de la amistad y compañía que habia entre los dos. A Lorenzo de Aldana y Vasco de Guevara, que llevaron este mensaje, preguntó en particular Hernando Pizarro, rogándoles por su paisanaje y por su amistad antigua que le dijesen cuál era en realidad la intencion del adelantado: ellos le declararon que la de no separarse de la compañía y amistad de su hermano ni de dar ocasion á escándalos y á sediciones. «Como tal sea su intencion, dijo Hernando entonces, suyo será el homenage, y hará de todos á su voluntad.» Acordóse en suma por los Pizarros que se contestase al adelantado que fuese su señoría bien venido, que no creian que hubiese cosa que impidiese la buena armonía que habia entre él y el gobernador; que le suplicaban entrase en la ciudad, donde seria muy bien recibido, y que para su alojamiento se le desocuparia la mitad de ella.

Esta respuesta lo concertaba todo al parecer, y no dejaba lugar á dudas ni á contiendas. Mas no fue así; porque el concepto de falso y doble que Hernando Pizarro tenia, y el desprecio y mofa con que á la sazon hablaba de la persona del Adelantado; como siempre lo hacia, agriaban cuantas buenas palabras podia dar, y quitaban toda confianza á sus promesas. Por eso Almagro ordenó á Saavedra que se viniese á juntar con él, y para mas facilitar esta operacion, puso en marcha su gente para el campo de las Salinas, donde Saavedra vino á encontrarle. Reunidas allí las dos divisiones, marcharon al Cuzco en órden de guerra, con las picas altas y las banderas tendidas; y haciendo alto antes de entrar, aunque sin dejar la formacion que llevaban, envió el Adelantado al regimiento de la ciudad las provisiones reales con la intimacion espresa de que en virtud de ellas le recibiesen por gobernador.

Eran quinientos soldados los que llevaba consigo, hombres á toda prueba, regidos por capitanes esperimentados y valientes, todos ganosos de honra y de riquezas, fieles á los intereses de su caudillo, y prestos y determinados á perder la vida por él. En la ciudad, al contrario, no habia mas que doscientos hombres de guerra divididos en opinion, muchos de ellos aficionados á Almagro por su buen carácter y liberalidad, y casi todos los principales cansados y ofendidos de la insolencia y orgullo de los Pizarros, y por consiguiente, poco dispuestos á sufrir una guerra civil por los intereses de hombres tan odiosos. Mas no por eso los dos hermanos decayeron de ánimo; antes bien con toda diligencia y esfuerzo alababan á los valientes de su bando, animaban á los tibios, confirmaban á los dudosos, ponian de por medio los respetos de su hermano, ofrecian á unos, daban á otros, no omitian nada de cuanto con la diligencia, con el ingenio, con el trabajo, podia contribuir á la defensa y seguridad de la plaza que se les disputaba.

Llegados á Hernando Pizarro los comisarios de las provisiones, les envió al ayuntamiento, diciendo que este veria lo que habia de hacer. Los pobres regidores no sabian á qué atenerse ni qué decidir: dentro tenian una especie de tiranos, á quienes no querian ofender; y fuera, una fuerza superior, á la que en su concepto no era posible resistir. Declararon pues que las provisiones eran claras respecto de la gobernacion del adelantado, pero no de la ciudad, de la cual no se hacia mencion ninguna; que ellos no eran letrados ni geógrafos para decidir si el Cuzco entraba en aquellos límites; pero que siendo el caso grave, convenia mirarlo bien, y para tratarlo con mas quietud convendria que se hiciese suspension de armas por algunos dias. El adelantado, á quien se comunió esta declaracion por medio de Gabriel de Rojas y del licenciado Prado, que la ciudad diputó para hablarle, no venia al principio en la suspension de armas que se le proponia, ni quiso admitir el alojamiento que se le tenia preparado en la ciudad; mas al fin por honor y respeto á los comisionados, accedió á la tregua con la condicion de que él permaneceria en el sitio en que se hallaba, y Hernando Pizarro no pasaria adelante en las fortificaciones que hacia. Es de creer que él viniese en este concierto de buena fe; no así sus capitanes, cuyas pasiones desenfrenadas le arrastraban al precipicio, así como las propias suyas despeñaban á los Pizarros. Juzgaban los confidentes de Almagro, y tal vez no se engañaban, que aquello no era mas que ganar tiempo para dar lugar á que llegase Alonso de Alvarado, que ya, segun fama, se hallaba en el puente de Abancay; y por lo mismo decian que era preciso ganarlos por la mano, y valiéndose de la oscuridad de la noche, acometer la ciudad y prender á los dos hermanos. Esto no era á la verdad proceder segun las reglas mas estrechas del pundonor militar; pero trataban con un enemigo cauteloso y arrojado, que no se paraban en ellas cuando no se ajustaban á su conveniencia ó á su orgullo. Arrastraron pues en este dictámen á su general, que dió por ventura contra su inclinacion la órden de embestir, encargando con toda eficacia que se abstuviesen

de muertes, de robos y de toda violencia que pudiese causar pesadumbre al vecindario.

La sorpresa se hizo con la mayor facilidad por ser la noche oscura y lluviosa y haber abandonado sus puestos casi todos los soldados de la guarnicion, fatigados de las velas de las noches anteriores y descontentos de aquellas diferencias. Solo en casa de los dos Pizarros habia veinte hombres de guerra y unos mosquetes montados á la puerta. El adelantado con la mayor parte de sus capitanes y gente se dirigió á la iglesia, Rodrigo Orgoñez con tropa suficiente se encaminó á casa de los Pizarros, y Juan de Saavedra y Vasco de Guevara ocuparon las calles que iban á parar allí, para que no les fuese socorro. Los dos hermanos, oido el rumor, se arrojaron á sus armas, y partiendo entre sí los pocos soldados que tenian, se pusieron á defender las puertas y ventanas de la casa con un arrojo y una entereza digna de mejor causa y de mejor fortuna. Decia Orgoñez á Hernando Pizarro que se diese, y le ofrecia todo buen tratamiento. «Yo no me doy á tales soldados,» contestó él, y seguia combatiendo. «Vos no sois mas que un teniente de gobernador en una ciudad, replicó Orgoñez, y yo soy general del nuevo reino de Toledo; el caso no es para entrar en esos puntos, y es preciso entregarse ó aparejar las manos y pelear.» Peleábase en efecto con todo el furor que cabe en ánimos desesperados, y Orgoñez, juzgando á mengua que aquello durase tanto, y queriendo tambien evitar la efusion de sangre, mandó que se pusiese fuego á la casa, cuyo techo de paja al instante empezó á arder. Afligió esto á los cercados; pero no á Hernando Pizarro, en cuyo semblante feroz se veia el contento de morir así, y no por la mano y superioridad de sus enemigos. El insistia en combatir; pero el fuego cundia á toda prisa, el humo los ahogaba, dos grandes maderos quemados caian sobre ellos, la casa toda amenazaba por momentos desplomarse, y socorro no habia que esperarlo. En aquel conflicto todos de tropel, así el que quiso como el que no quiso, cubiertos con sus adargas, se arrojaron entre sus enemigos, que inmediatamente los desarmaron y prendieron, mientras que la casa, no bien habian salido de ella cuando con espantoso estruendo vino al suelo.

Si hubo algo de inconsiderado y cauteloso en la conducta de Almagro desde que entró en el Perú á su vuelta de Chile, no se puede negar que lo hizo desaparecer todo con el modo noble y moderado que tuvo en el uso de su primera ventaja. Escusó á los dos prisioneros la humillacion de verse en su presencia, los hizo guardar con decoro y hasta con holgura, y cumplidas que fueron por el ayuntamiento las provisiones reales que llevaba (18 de abril de 1537), y él recibido y publicado por gobernador, anunció que no se trataba de hacer novedad ni de alterar el estado de las cosas: y nombrando por su teniente en la ciudad á Gabriel de Rojas, caballero y capitan que no era de su bando, pero muy estimado y de grande autoridad con todos, dió á entender que no iba á mandar como cabeza de partido, sino como un magistrado público amante del bien comun.

A la toma y posesion del Cuzco se siguió la derrota y prision de Alonso de Alvarado en el puente de Abancay. Este general, que cinco meses antes habia sido enviado por el gobernador para socorrer la capital, amenazada de los Indios, se detuvo todo aquel tiempo en Jauja pacificando aquellos naturales. Decia, para justificar su tardanza, que así se lo habia mandado el gobernador; pero sus enemigos para acriminarle le imputaban que se habia detenido allí por los intereses particulares de su amigo Antonio Picado. Lo cierto es que su socorro llegó tarde, y que el Cuzco se libertó sin él de los Indios, y no pudo libertarse por su falta de caer en manos de sus adversarios. A la noticia de su venida el adelantado le envió comisionados de toda su confianza para que le intimasen que pues se hallaba en los límites de una gobernacion agena, ó diese la obediencia al que la tenia, ó se volviese al distrito de la gobernacion de don Francisco Pizarro. Iban por cabezas de esta embajada los dos Alvarados, hermanos del gobernador de Guatemala, amigos entonces y principales confidentes de Almagro; con los cuales escribió una carta amistosa á Alonso de Alvarado, convidándole á seguir su opinion y haciéndole toda clase de ofertas. Mas estos embajadores nada hicieron, sin embargo de ser al principio recibidos con mucha urbanidad y cortesía por el general adversario. Sea que sus importunaciones le enojasen, ó que temiese sus intrigas, ó acaso mas bien que resolviese guardarlos en rehenes de la seguridad de los dos Pizarros, Alonso de Alvarado no permitió que se le hiciese requerimiento ninguno, y luego los hizo desarmar á todos, y poner en prision, contra la fe pública y el carácter de que iban revestidos: con esto las cosas se pusieron en hostilidad manifiesta, y no podian menos de venir segunda vez á rompimiento.

Cuando Almagro, pasados ocho dias, vió que no volvian sus amigos, sospechó al instante lo que era y llamó á consejo á sus capitanes para determinar lo que debia hacerse en semejante coyuntura. Todos opinaron por la guerra, siguiendo el dictámen del general Orgoñez, el cual resueltamente opinó que empezasen dando muerte á los dos Pizarros presos, y luego fuesen á encontrar con Alonso de Alvarado, en cuyo ejército tenian ellos tantos amigos que al instante que viesen sus banderas se pasarian de su parte, y así se pondrian en libertad aquellos caballeros, á quienes el adelantado tenia tanta obligacion, pues estaban presos por su servicio. Esquivaba él todo derramamiento de sangre, y le detenian todavía los respetos de su amistad antigua con el gobernador, aunque aborrecia á los dos hermanos, especialmente al insolente Hernando. Por lo mismo no quiso que se tratase mas de aquellas muertes, diciendo que la grandeza se conservaba mejor con los consejos cuerdos y moderados que con los vehementes y violentos. «Mostraos en buen hora piadoso, replicó Orgoñez, ahora que podeis; mas tened entendido que si una vez Hernando Pizarro se ve libre, se vengará de vos á toda su voluntad sin misericordia ni respeto alguno:» palabras que anunciaban al pobre Almagro la suerte que le aguardaba si al fin venia á

caer en manos de aquel hombre inexorable y cruel.

Resueltos á combatir, salen los Castellanos del Cuzco y van á encontrarse con Alvarado en el puente de Abancay. Los dos ejércitos eran iguales en gente, pero muy desiguales en fuerza; los de Alvarado estaban desunidos en opinion y poco deseosos de pelear. Pedro de Lerma, el capitan de mas reputacion entre ellos, mantenia inteligencias con Orgoñez (1). Alvarado, sospechándolo, le habia mandado prender; pero él pudo escaparse, atravesar el rio y pasarse al adelantado. Acrecentóse con esto la confianza á aquel ejército, que ya la tenia tan grande en el crédito de valor que gozaba y en lo bien pertrechado que se veia. Alvarado dispuso minuciosamente su tropa segun la naturaleza del puesto que ocupaba: tenia delante el rio, colocó en el puente y en los dos vados conocidos la gente que le pareció suficiente para su defensa, dando el encargo del puente á Gomez de Tordoya, el del vado fronterizo á Juan Perez de Guevara, y el de arriba á Garcilaso. El con otro cuerpo quedó para acudir adonde conviniese. Llegado Almagro al rio, todavía quiso enviar un mensaje de paz á Alvarado pidiéndole sus amigos; mas Orgoñez su general no lo consintió, diciendo que aquellas eran dilaciones dañosas, en que se perdian el crédito y el ánimo del mismo modo que el tiempo. Dió en seguida las disposiciones para pasar el rio: amonestó á los soldados en pocas palabras que allí era preciso ó vencer ó morir, porque la guerra no queria corazones muertos; recordóles que iban á pelear, no con Indios, sino con Españoles tan esforzados y valientes como ellos, y que por lo mismo era preciso redoblar el esfuerzo para vencerlos. Esto dicho, se arrojó al rio al frente de ochenta caballos, los mejores, y seguido de los capitanes de mayor reputacion. Era de noche, el rio hondo y crecido, el paso peligroso, y en medio de la oscuridad y del rumor se oian las voces de aquel hombre denodado: «Caballeros, ánimo, apriesa; que ahora es tiempo;» con las cuales se guiaban y alentaban los soldados que le seguian. Tiraban los contrarios adonde oian el rumor, mas los tiros se perdian y no hacian efecto alguno. Los caballeros, segun iban pasando el rio y llegando á la orilla, se apeaban; y terciando las lanzas como picas y formándose en batalla, cerraban con sus contrarios y los comenzaban á herir. No hubo allí mucha resistencia, porque desde el principio fue herido en un muslo y puesto fuera de combate el capitan Guevara, que mandaba en aquel punto. El adelantado, que con sesenta caballos y alguna infantería se habia quedado para embestir el puente á su tiempo, luego que por el ruido y el estruendo de los mosquetes conoció que Orgoñez estaba en la otra orilla, arremetió con su impetuosidad acostumbrada, y arrollando cuanto se le puso delante, ganó el puente y se juntó á los suyos. Pasábansele ya algunos de sus contrarios; mas Alonso de Alvarado, con el cuerpo que se habia reservado y alguna gente que pudo recoger, restableciendo el combate junto al puente, hacia con el mayor valor rostró á las picas y á las ballestas. Era de noche todavía; mezclábase el nombre del rey con el de Almagro en los gritos de los unos, y en los de los otros con el de Pizarro; y estos ecos, que al parecer debieran ser de paz, servian entonces para aumentar su desesperacion y su furia. Allí acudió Orgoñez, allí fue herido de una pedrada en la boca; pero aunque el golpe fue crudo y le hizo saltar los dientes y arrojar á borbotones la sangre, él, cada vez mas feroz, alzando la espada y esclamando, «aquí me han de enterrar ó he de vencer,» se entró por los enemigos, mandando á los suyos que sin piedad ni remision hiriesen y matasen, pues era ya una vergüenza que aquellos insolentes Pizarros se defendiesen de soldados tan valientes. Inflamados con estas palabras, peleaban ellos como leones, y ya sus adversarios no los podian resistir. Alvarado, que al romper el dia vió su desórden, y mezclados ya muchos de los suyos con los de Almagro, desmayó de todo punto, y desenredándose de la refriega, pudo con unos pocos subirse á un cerro, donde se detuvo, dudoso de lo que haria. Al fin determinó juntarse con Garcilaso, que estaba en el vado de arriba y no habia entrado en combate. Pero el incansable Orgoñez, que á todo atendia, se abalanzó con una banda de caballos por aquel camino, cortóle el paso, desbarató su gente y le hizo rendirse prisionero. En este tiempo los cuarteles de los vencidos se ganaban sin resistencia alguna por el capitan enviado á tomarlos, y Garcilaso, sabido el suceso, se vino tambien para el adelantado: de modo que al salir el sol el campo era todo suyo y fuera de duda la victoria.

Esta fue la primera batalla que se dió entre aquellos dos bandos tan encarnizados despues. Por fortuna no se derramó en ella mucha sangre ni de vencedores ni de vencidos; ni despues de la accion se afligió el ánimo con aquellas ejecuciones funestas que en semejantes casos suele prescribir la inexorable razon de estado ó permitirse la venganza. Almagro, tan humano como generoso, no quiso consentir en el decreto de muerte que ya el fiero Orgoñoz tenia fulminado contra el general prisionero cuando le llevaban al Cuzco (2); mandó que se volviese á los vencidos lo que era suyo, y lo que no se encontrase, que se pagase de su hacienda propia: en fin, se condujo con tal humanidad y cortesía, que los hizo suyos en gran parte, y si bien muchos le faltaron despues ó por flaquez ó por inconstancia, no por eso perdieron jamás el interés que inspiraba su hidalga y benigna condicion. Cuando Diego de Alvarado, ya libre de sus prisiones, llegando á abrazarle y á darle el parabien de su victoria, le pidió con generosidad tambien harto noble de su parte, la suspension de la terrible órden de Orgoñez, «ya eso está hecho,» respondia él con una satisfaccion y una alegría que daba á entender bien claro la bondad de su corazon y

(1) Lerma iba descontento porque el gobernador, habiéndole dado al principio el mando del ejército que iba en socorro del Cuzco, se le quitó, y despues se le dió á Alvarado.

(2) La máxima de Orgoñez era que de los enemigos los menos, especialmente siendo cabezas; porque decia él «que perro muerto ni muerde ni ladra.» Cuando le llegó la órden de Almagro para que no se procediese á la rigorosa ejecucion de Alvarado, contestó con ceño y desabrimiento: «Pues asi lo quiere, asi sea, y á él le pesará.»

cuán poco habia nacido para aquella terrible crisis en que la ambicion propia y ajena le tenia puesto. En la conferencia que tuvo con Alonso de Alvarado, su conversacion era mas propia de hombre que justifica sus procedimientos y manifiesta la razon que le asiste, que de vencedor envanecido y enojado que acusa y acrimina. Quejóse sí, con discrecion y templanza, del agravio hecho á sus embajadores, y concluyó asegurándole que su tratamiento seria conforme á su persona; y en lo que tocaba á disponer de sí, viese él lo que le convenia, y cualquiera que fuese su resolucion, siempre le tendria por amigo.

Sin embargo de estas palabras de benevolencia y blandas disposiciones del adelantado, el fiero y resuelto Orgoñez opinaba en el consejo de guerra que se tuvo despues de la batalla, que lo que convenia era cortar al instante las cabezas á los dos Pizarros, al general Alvarado y al capitan Gomez de Tordoya, y marchar inmediatamente sobre Lima para deshacerse del gobernador, y acabar asi á un tiempo con las principales cabezas del bando contrario. Providencias, decia él, duras á la verdad, pero las únicas en que podian cifrar su seguridad, pues la esperiencia tenia acreditado mil veces en América que quedaba encima el que se adelantaba primero y ganaba por la mano; y que si ellos no lo hacian asi con los Pizarros ahora que los tenian en su poder, ellos lo harian con Almagro y sus amigos cuando los tuviesen en el suyo. Corrieron entonces gran peligro los prisioneros: la autoridad de Orgoñez, la energía de su carácter daban sobrada fuerza á sus palabras, que ademas de lisongear el orgullo de aquellos capitanes embravecidos con su victoria, eran ayudadas poderosamente tambien del odioso concepto que justamente se habian adquirido los objetos de su proscripcion y de su ira. Asi es que llegó ya á tomarse un acuerdo conforme con aquella opinion rigorosa; pero en fuerza de los ruegos y consideraciones de Diego de Alvarado y otros mediadores, Almagro no quiso ponerlo en ejecucion, y el ejército se volvió al Cuzco quince dias despues de la batalla sin coger fruto alguno de la victoria.

Hernando Pizarro entre tanto se quejaba desesperado de la fortuna, considerando en aquella derrota de su bando cerradas por mucho tiempo tiempo las puertas á su libertad y á sus proyectos vengativos. Ibale á consolar y á divertir Diego de Alvarado con aquella atencion cortesana y amable simpatía que eran tan geniales en él. Jugaban para entretener el tiempo, y jugaban largo, como se ha acostumbrado siempre en América, y todavía mas entonces. Perdió Alvarado en diferentes veces hasta ochenta mil pesos, que enviándoselos á Hernando Pizarro, este se los devolvió rogándole que se sirviese de ellos. Desde entonces Alvarado hizo por gratitud y con mucha mas oficacia lo que antes habia hecho por mera compasion y conveniencia. El fue el principal defensor que tuvo el prisionero contra las fieras y contínuas sugestiones de Orgoñez, y se tuvo siempre por cierto que á no estar él de por medio, acaso el adelantado, á pesar de su blanda condicion, diera acogida al fin á los consejos de su general y sacrificara los presos. Mas ya es tiempo de volver la vista al marqués gobernador: él á la verdad no habia intervenido ni directa ni personalmente en los acontecimientos que se acaban de referir; pero su nombre, su grandeza y su fortuna están siempre en medio de ellos, como blanco principal á que se dirigian los esfuerzos de los que peleaban en el Cuzco y en Abancay.

La primera noticia que tuvo de la sorpresa del Cuzco y prision de sus hermanos fue la que le envió Alonso de Alvarado de resultas de sus primeras comunicaciones con Almagro, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes sobre lo que debia hacer. Halláronle las cartas de Alvarado en Guarco, al frente de cuatrocientos españoles que habia reunido con los refuerzos llegados de diferentes partes de las Indias. Turbóse en gran manera con aquella inesperada novedad, y no pudo disimular su pesadumbre á los ojos de los que le observaban. Mas cobrado algun tanto despues, y considerando que por su parte no habia habido culpa en el rompimiento, «siento, dijo, como es razon los trabajos de mis hermanos; pero mucho mas me duele que dos tan grandes amigos hayamos á la vejez de entender en guerras civiles, con tanto deservicio de Dios y del rey, y tanta miseria y desventura como ellas ocasionan.» Dichas estas palabras de desahogo ó de disimulo, y dada cuenta al ejército de lo que pasaba, contestó á Alvarado que agradecia su aviso, y que aunque las cosas habian venido á un estado tan áspero, esperaba que Dios pondria paz entre su amigo y él, y encargaba que mientras iba á unírsele con la gente que tenia, no se avistase con el adelantado ni viniese á rompimiento. Llamó despues á los principales de su campo; y ponderando el deservicio que al rey se hacia en aquel atropellamiento cometido por su adversario, y diciendo que á él, como á su lugarteniente y gobernador, le tocaba contener y castigar á los que andaban alborotando la tierra y desasosegando las ciudades, les pidió que le ayudasen en aquella demanda, ofreciendo servirles y aventajarlos, como lo tenia de costumbre y ellos esperimentarian. Despues de este preámbulo artificioso, les dijo que como caballeros de honor y leales servidores del rey le diesen su parecer, en la inteligencia de que él estaba dispuesto á seguirlo. La posicion de la mayor parte de aquellos militares era á la verdad bien delicada: habian sido enviados para defender el país contra el levantamiento de los Indios, y apenas llegaban cuando se encontraban con una guerra civil y convidados á mover sus armas contra Españoles. Ignorantes de los sucesos y de las pasiones que agitaban á los castellanos del Perú, no podian saber con certeza á quién darian la razon. Lo regular era que viesen las cosas como se las pintaban aquellos con quienes estaban entonces: hablábales el primer descubridor del país, su principal conquistador, gobernador por el rey, y que, lejos del sitio en que se habian verificado los sucesos, no tenia al parecer parte ninguna en la malicia de ellos: veian un pueblo de castellanos sorprendido y entrado á la fuerza por un capitan castellano; dos personas tan principales como los dos Pizarros puestos en prision; ningun

mensaje, ninguna propuesta, ninguna disculpa por parte de los ejecutores de aquel atentado: no era fácil, atendido todo, que dejasen de tomar parte en los pesares del general que tenian presente, y era muy natural que se ofreciesen á servirle. Sin embargo, al manifestar sus opiniones tuvieron mas cuenta con lo que la razon dictaba que con esta inclinacion, y pareció á todos que el mejor camino era enviar mensajeros al adelantado para reducir las cosas á paz y á concordia, escribiéndosele con todo comedimiento y amor, y que entre tanto se enviase por gente y armas á Lima, por si acaso hubiese de venirse á rompimiento. Y no faltó quien propuso que lo primero que debia hacerse era averiguar si el Cuzco caia en la gobernacion de don Diego de Almagro, pues en tal caso todo lo demás era escusado. Este dictámen heria la dificultad de lleno; pero tambien heria las pasiones, y no se hizo caso de él.

El gobernador, queriendo á un mismo tiempo dar muestra de seguir la opinion ajena y contentar tambien la suya, envió delante á Nicolás de Ribera con un mensaje pacífico al adelantado, pidiéndole que soltase á sus hermanos, y se pusiese término á las dos gobernaciones sin ofensa de ninguno; y él se preparó á seguir su camino por la sierra para juntarse con Alvarado (1). Pero en esto llegó la nueva de la rota de Abancay, de la prision de su general y de la disolucion total de su ejército; y desconcertado con este suceso tan impensado para él, se vió precisado á mudar de plan y á esperar del tiempo y del artificio lo que no podia esperar de la fuerza. Temíase á cada instante ver venir el ejército victorioso sobre sí, y cortar de una vez con un golpe decisivo todas sus esperanzas y sus designios. Estos recelos suyos acreditaban el acierto de la opinion del general Orgoñez cuando queria que desde Abancay se marchase derechamente á Lima, y se oprimiese á su adversario con celeridad y con sorpresa. Pizarro pues resuelto á negociar para rehacerse entre tanto, y romper con esperanzas aparentes el ímpetu y pujanza de su contrario para despues combatirle de poder á poder, envió al Cuzco una embajada compuesta de las personas mas distinguidas de su campo, y él se volvió á toda prisa á Lima á levantar gente y formar un ejército igual al de sus enemigos.

Iba por principal negociador en aquella embajada el licenciado Gaspar de Espinosa, uno de los principales y mas antiguos pobladores y conquistadores de Tierra-Firme, personaje muy respetado en Panamá, amigo antiguo de los dos gobernadores rivales, y segun las noticias adquiridas despues, compañero tambien de las ganancias de aquella empresa. Creyóse que sus respetos, y las atenciones que uno y otro le tenian, conducirian las cosas á un término favorable, con tanta mayor razon, cuanto era público que él y los demás comisionados llevaban poderes bastantes para fijar interinamente los términos de las dos gobernaciones, y conseguir, sobre todo, la libertad de los presos. Llegados al Cuzco, donde fueron afable y honoríficamente recibidos, se empezó á ventilar el asunto, haciéndose recíprocamente las propuestas que á cada parte convenian. Consultábalas el adelantado con los suyos, y los comisionados, permitiéndolo él, con Hernando Pizarro, el cual convino de pronto en las primeras propuestas de Almagro, por la necesidad, decia, que él tenia de salir prestamente de allí, y partir á Castilla á llevar al rey sus quintos. No engañó á Espinosa este aparente celo y súbita conformidad, pues al instante le contestó que si como hombre oprimido se allanaba entonces á todo por cobrar su libertad y encender despues la guerra para vengar sus resentimientos, seria mejor buscar otros medios de concordia, aunque fuesen mas tardíos, una vez que lo que menos convenia era dar lugar y pábulo á aquellas pasiones tan perniciosas á todos, y á nadie mas que á los gobernadores mismos. Sintióse herido en lo vivo el prisionero; pero como era artero y disimulado cuando le convenia, mostróse agradecido á la buena voluntad del mediador, y poniendo el negocio en sus manos, aseguró y protestó que por parte suya no habria nunca alteracion en lo que se concertase.

Todavía estuvo Espinosa mas ingénuo y entero con el adelantado. Añadia Almagro propuestas á propuestas, segun se le iban concediendo las que proponia primero. Entonces Espinosa le llamó la atencion á lo que diria el mundo que los habia visto á los dos en tan perfecta conformidad por tantos años, y acabando tan grandes cosas por ella, cuando los viese ahora enemigos entre sí, causadores de sediciones y guerras civiles, manchando y escureciendo con su ciega ambicion la honra que por tan laudable amistad tenian adquirida. «Mas dejado aparte, añadió, el vituperio que inevitablemente se os sigue, ¿dónde está vuestro juicio cuando aventurais de este modo vuestra autoridad y vuestra existencia? ¿Pensais que el rey ha de mirar con indiferencia el peligro y los males que ha de producir vuestra discordia, y que no pondrá en el momento que la sepa la órden que conviene para estorbarlos? No os engañeis; presto ó tarde ha de venir quien os ponga en paz y os juzgue, y por ventura os castigue: entonces, aun cuando el que venga carezca de la ambicion, de la soberbia y de la codicia, tan comunes en los jueces comisionados que á estos parajes se envian, siempre os habeis de ver pesquisados, perseguidos y afligidos por hombres de agena profesion, que, segun su costumbre, ponderarán vuestros yerros y los desastres públicos para acrecentar su crédito y encarecer sus servicios. No permita Dios que yo os vea en tan miserable estado, sujetos al albedrío y voluntad ajena, y espuestos á sufrir en vuestra autoridad, en vuestra hacienda, y por desgracia acaso en vuestra vida, la decision rigorosa de la justicia, ó la ciega y violenta determinacion de las pasiones. Consideradlo bien, os repito. ¿No son á la verdad harto anchas estas regiones para que estendais vuestra autoridad y mando en ellas, sin que por unas pocas leguas mas ó menos vayais ahora á enojar al cielo,

(1) Aquí fue donde puso guarda para su persona, compuesta de doce hombres, mitad con arcabuces y mitad con alabardas. Ya sin duda él, que nada habia temido antes, empezó á recelar por sí, á menos que lo hiciese por darse autoridad; pero en tal caso no hubiera aguardado hasta entonces.

á ofender al rey, y á llenar el mundo de escándalos y desastres?» A estas palabras, dignas de notarse por ser cabalmente un letrado quien las proferia, se contentó el adelantado con responder que quisiera que aquellas mismas razones las hubiese dicho primeramente á don Francisco Pizarro, cuya gobernacion era muy dudosa, segun los límites señalados por las provisiones reales, que pudiese llegar hasta Lima, cuanto menos al Cuzco, objeto de la presente diferencia, y que indubitablemente caia en la suya; sobre lo cual, como cosa justa y autorizada, estaba dispuesto á perder la vida si menester fuese. «Segun eso, señor adelantado, replicó Espinosa, vendrá á suceder aquí lo que dice el refran antiguo castellano: el vencido vencido, y el vencedor perdido.»

Podia Almagro haber añadido para justificar su poca inclinacion á convenirse, que aunque el gobernador habia dado á Espinosa y sus compañeros poderes amplios para negociar, un Hernan Gonzalez que venia con ellos le traia tambien secreto para revocar cuanto hiciesen. Esta cautela, tan fuera de sazon como poco conforme á la honradez y franqueza con que hombres que se precian de grandes y valientes deben tratar entre sí, llegó á rastrearse por los amigos y consejeros de Almagro, y no es estraño por cierto que sabida por él, agriase y alterase todas las benévolas disposiciones que pudiese tener para la paz.

La diligencia, sin embargo, y buenos respetos de Espinosa pudieran por ventura arreglar el asunto de modo que no estallase en rompimiento; pero cuando ya se trataba de formar ciertos artículos en que unos y otros se habian convenido, adoleció gravemente y falleció de allí á poco. Sintiéronlo mucho todos los que deseaban sinceramente la paz, porque cifraban en él las esperanzas de conseguirla; sintiéronlo tambien los que le apreciaban por sus prendas personales, que sin duda eran estimables. Mas no asi los soldados que habian militado con Balboa: acordábanse aun de haberle visto instrumento de la iniquidad de Pedrarias; y veinte años de servicios, de fatigas y de descubrimientos en Tierra-Firme, de prudencia y moderacion en su conducta, no habian lavado, ni lavarán ya jamás, la mancha puesta á su nombre con aquella injusta sentencia.

Muerto Espinosa, el adelantado despidió á los embajadores con encargo de que digesen al gobernador que, para escusar revueltas y disensiones, lo mejor seria nombrar personas de buena conciencia que oyendo á peritos, declarasen lo que á cada uno tocaba, con obligacion de restituirse recíprocamente lo que cada cual tuviese sin pertenecerle; y le avisasen al mismo tiempo que él iba á ponerse en camino para las provincias de abajo con el objeto de enviar al rey el oro de sus quintos, y de paso iria pacificando la tierra. Movió en seguida su ejército á la marina, llevando consigo en prisiones á Hernando Pizarro, y dejando en el Cuzco á su hermano Gonzalo y al general Alvarado encargados á Gabriel de Rojas, que quedaba de gobernador en la ciudad. Este movimiento debia ya parecer nueva hostilidad á su contrario, y la arrogancia y soberbia de sus capitanes y soldados lo manifestaban mejor. Ufanos con la sorpresa del Cuzco y la victoria de Abancay, lo menos que decian era que iban á arrojar al gobernador á mandar á sus anchos en las tierras de los manglares, y no habia de quedar en el Perú ni una *pizarra* en que tropezar. Con estos fieros y esperanzas bajaron á los llanos, plantaron su real en Chincha, y trataron de fundar allí una ciudad que les asegurase la costa, y fuese punto de abrigo para recibir los refuerzos de gente y armas que pudiesen venir, los despachos reales y demás efectos que faltaban en las provincias de arriba. Este pensamiento se puso al instante en ejecucion: poblóse la ciudad, que llamaron Almagro, y que por su localidad, por su nombre y por la ocasion parecia destinada á servir de padron á la de Lima, de insulto y mengua á Pizarro, y de orgullo y riqueza á sus fundadores.

Entre tanto, Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado tuvieron modo de sobornar á sus guardas y escaparse del Cuzco con otros pocos españoles que les quisieron seguir. Tomaron su camino por las sierras, y atropellando peligros y dificultades harto trabajosas, lograron llegar á Lima y abrazar al Gobernador, que se holgó en estremo de su libertad. Esta noticia, llevada al real de Chincha, alteró los ánimos, de modo que Almagro, arrepentido de no haber seguido los consejos rigorosos de Orgoñez, iba ya inclinándose á ponerlos en ejecucion respecto de Hernando Pizarro. Jamás estuvo en mayor peligro este capitan; pero Diego Alvarado, constante en protegerle, templó la irritacion del Adelantado, y contradijo las razones que para despacharle daba siempre su general. Hizo mas aun, que fue salvarle de las funestas resultas á que su genio áspero y altivo le arrastraba frecuentemente. Tal debió estar un dia, que el alférez general de Almagro, que casualmente altercaba con él, no pudiendo sufrirle y perdiendo toda consideracion y respeto, le puso una daga á los pechos para pasarle el corazon, á tiempo que Alvarado pudo venir á detener el golpe y apaciguar la contienda.

Dió el gobernador oido á la proposicion de poner el negocio en tercería, y los dos contendientes se convinieron al fin en poner sus diferencias al juicio del padre Francisco Bobadilla, provincial y comendador de la Merced, á quien uno y otro respetaban como sugeto de letras, probidad y pundonor. El primero que por su desgracia pensó en él fue el adelantado, con mucha contradiccion de Orgoñez, que viendo claro en esto como en todo, decia abiertamente que el padre Bobadilla era mas aficionado á don Francisco Pizarro que no á él; que este juicio, en caso de fiarse á alguno, debia ser, no á un hombre exento, como lo era aquel religioso, sino á personas que temiesen á Dios y tambien temiesen á los hombres; bien que, insistiendo siempre en su modo de pensar resuelto y desengañado, añadia que la verdadera seguridad no consistia en frívolas convenciones, sino en prepararse de modo que el enemigo no pudiese dañar ni ofender. A esto, Almagro respondia, que si no podia esperarse justicia de un hombre de

las prendas que acompañaban al padre Bobadilla, no habia en el mundo de quién poder fiar. Pero el suceso manifestó que Orgoñez no se engañaba, y el buen religioso correspondió bien mal á las esperanzas del adelantado.

Es verdad que al principio mostró una grande imparcialidad, y su primera diligencia fue procurar que los dos competidores se viesen y hablasen á presencia suya. Esto era sin duda ir á cortar el mal de raiz si todavía quedaba en ellos algun rastro de la amistad y confianza antigua, pues viéndose, hablándose y abrazándose, podian disiparse las sospechas y los efectos funestos de los chismes traidos y llevados por terceros. Concertáronse, pues, estas vistas para Mala, donde el provincial habia fijado su residencia, y establecido su juzgado, y se hicieron todos los juramentos y pleitos homenajes que se contemplaron necesarios para la seguridad de unos y otros, obligándose con ellos, no solo los gobernadores, sino tambien sus respectivos generales, para que las tropas no se moviesen de los puntos que ocupaban mientras la conferencia durase. Prestóle Rodrigo Ordoñez; pero sospechando siempre, segun su costumbre, la mala fe de sus contrarios, dijo á Almagro, levantando su mano derecha: «Señor adelantado, no me contentan estas vistas: ruego á Dios que se hagan mejor de lo que yo lo adivino.» Él adivinaba en esta coyuntura tan bien como en las demás, y solo como por milagro se escapó el adelantado de la celada que le tenian prevenida.

El primero que se presentó en Mala fue Pizarro, seguido, segun el convenio hecho, de solos doce á caballo, que eran sus principales amigos y confidentes. Poco tiempo despues, marchó el adelantado, acompañado de otros tantos caballeros, y luego que se supo su llegada, el padre Bobadilla, el gobernador y demás capitanes, se pusieron á aguardarle á la puerta de la casa. Apeóse y fuése para el gobernador con el sombrero en la mano, y le hizo reverencia, á la cual Pizarro correspondió tocándose con la mano la celada que tenia puesta, y saludándole friamente. En otros tiempos, se abrazaban cuando se veian, y lloraban ó de placer ó de sentimiento; pero la amistad traspiraba siempre en sus agasajos ó en sus quejas. Aquí, ya la falsedad, el resentimiento y la desconfianza, tenian endurecidos los corazones, y nada se pudieron decir que pudiese satisfacerlos y aplacarlos. Con alguna mas atencion recibió á los caballeros que le acompañaban, y como viese que no llevaban armas, les dijo *que iban de rua*; á lo que ellos cortesmente respondieron que *para servirle*. El provincial rogó á los gobernadores que subiesen á su casa, lo cual hecho, y hallándose algo apartados uno de otro, el primero que prorumpió á hablar fue Pizarro, que preguntó al adelantado por qué causa le habia tomado la ciudad del Cuzco, que él habia ganado y descubierto con tanto trabajo, por qué le habia llevado su india y sus yanaconas: por qué, en fin, no contento con estas tropelías, le habia hecho la grande injuria de prender á sus hermanos.—Mirad lo que decís, contestó el adelantado, en eso de afirmar que ganásteis el Cuzco por vuestra persona: bien sabeis vos quién le ganó. Yo he ocupado el Cuzco, porque era ciudad de mi gobernacion, segun las reales provisiones espedidas en mi favor: mi intencion era entrar con ellas sobre mi cabeza, y no por armas; vuestros hermanos me la defendieron, y ellos me dieron justicia para prenderlos.—Si mis hermanos, interrumpió el gobernador, siendo mancebos, os la defendieron, mejor os la defenderé yo.—Por estas causas, continuó Almagro, he entrado en el Cuzco y me hice recibir por gobernador.—No eran esas causas bastantes para el desacato de prenderlos ni para romper á Alonso de Alvarado en Abancay. Así, pues, volved al Cuzco y dad libertad á mi hermano, ó de lo contrario, debeis considerar que va á resultar gran daño.—El Cuzco está en mi gobernacion, y no le devolveré si el rey no me lo manda. En cuantó á la libertad de vuestro hermano, letrados hay aquí, y ellos podrán determinar lo que sea justicia, y yo le soltaré si asi lo declaran, con tal que se presente ante el rey con el proceso.—Soy contento de ello, contestó Pizarro.

Así altercaban los dos, cuando los amigos de Almagro llegaron á rastrear que Gonzalo Pizarro se habia acercado con tropas á Mala, y aun se decia que tenia dispuesta una emboscada de arcabuceros en un cañaveral, aguardando á que las trompetas hiciesen señal para emprender su mal hecho. En un punto, pues, arrimaron un caballo á la casa, entró Juan de Guzman, uno de los capitanes, en la sala, y le avisó como pudo de ello; y Almagro, sin detenerse, bajó, subió á caballo, y con él sus amigos, y á todo galope, desaparicieron (1). El gobernador envió tras de él á Francisco de Godoy á saber la causa de aquella improvisa retirada, y á convidarle á que viniese á Mala á otro dia para terminar su conferencia. Pero el juego estaba descubierto, y el adelantado, que por las razones mismas de Francisco de Godoy llegó á entender mejor la mala fe de su adversario, le contestó secamente, que para presentar las escrituras y oir la determinacion, bastaban los procuradores, y no era necesaria su presencia.

A este desabrimiento sucedió el fallo del juez compromisario, que le enconó todavía mas. El provincial, vistas las escrituras, y oidos como peritos los pilotos que las dos partes presentaron, pronunció su sentencia, que fue tal como si el mismo Pizarro se la dictara; porque dejando para el resultado de observaciones mejor hechas la division de las distancias y de los términos de una y otra gobernacion, se mandaba á don Diego de Almagro que volviese la ciudad del Cuzco á don Francisco Pizarro, que la poseia pacíficamente cuando él la tomó á fuerza de armas, y manifiestamente contra la voluntad del rey, sin ser juez allí ni gobernador; que diese ademas el oro y la plata perteneciente á los

(1) Dícese tambien que Francisco de Godoy, uno de los capitanes de los Pizarros, descontento del mal trato y doblez con que se recibia á Almagro, no teniendo otro modo de avisarle, y viéndole subir á la casa del provincial, empezó á cantar un romancillo que decia:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es ya de andar de aquí.

El adelantado lo entreoyó, y por eso estuvo tan pronto á salir de la sala cuando Juan de Guzman subió á advertirle.

quintos del rey, y que dentro de seis dias, entregase los presos con sus causas, para que vistos por él, hiciese justicia y enviase el oro y la plata á la córte. Este era el artículo principal ó mas bien esencial de aquel fallo, que publicado y comunicado á las partes, fue alabado y consentido por el gobernador. Por el contrario, el procurador del adelantado interpuso apelacion para el rey y su consejo de Indias, á lo que repuso el juez, como era de esperar, que de su sentencia no habia apelacion, porque era de consentimiento de ambas partes interesadas.

. Mas cuando el aviso de aquella decision tan parcial llegó al ejército, era de ver cómo en él se espresaban las pasiones de aquellos soldados que de un golpe se creian despojados de lo que con tanto afan, tantos trabajos y peligros habian adquirido. Turbóles la nueva, y la melancolía y el silencio manifestaban bien su amargura y desaliento; mas luego se acordaron de que tenian en sus manos las armas mismas con que se lo habian adquirido, y entonces furiosos, decian que no debia sufrirse tamaña injusticia como la que aquel religioso habia hecho; y volviendo despues su cólera contra su general, á voces y en corrillos clamaban contra su ignorancia, contra su vejez y flojedad. «Por ellas, decian, triunfarán los Pizarros, y ocuparán las ricas provincias del Perú, mientras que nosotros habremos de ir entre las charcas y collas, que ni aun leña alcanzan para quemar. ¿No hubiera sido mejor, si habiamos de perder el Cuzco, pasar el rio Maule y entrar en las provincias del estrecho de Magallanes? Esas á lo menos nadie nos las disputaria.» El alboroto y la agitacion eran tales, que el adelantado, aunque lo intentara, no los pudiera apaciguar; pero era preciso sosegarle primero á él, que confundido é irritado con aquel desengaño, estaba fuera de sí, y prorumpia en espresiones que desdecian de su carácter y ajaban su dignidad. «¿Por ventura se ignora en parte alguna lo que yo he hecho para descubrir este Nuevo-Mundo, y los trabajos, fatigas y dispendios que treinta años hace estoy gastando en servicio del rey y en esta empresa? Llámanme por desprecio tuerto y viejo; pues deben saber que si este viejo, este tuerto, no se hubiera arriscado á ella con la eficacia y teson de que todo el mundo es testigo, Pizarro la hubiera dejado y vuéltose sin fruto alguno á tierra-firme; y ahora un fraile cauteloso y fementido, ha venido á engañarme con sus mañas, para dejar en sus manos un juicio que solo competia á letrados y juristas, y que él ha corrompido con tan inícua sentencia.»

Esta ira y exaltacion del adelantado, no eran de estrañar: Bobadilla espontáneamente habia dicho que si él fuera juez de aquellas diferencias partiria los límites de las gobernaciones de modo que la de Almagro empezase en la nueva ciudad de este nombre, con la mitad de la tierra que habia desde ella hasta Lima. Juraba el fraile hacerlo por el hábito que traia, y el buen Almagro, creyéndole, quiso que fuese él solo quien fallase en el negocio. Es probable que estuviese adestrado por Pizarro para este caso, y el adelantado cayó simplemente en el lazo que le tenia armado su rival. Orgoñez, viendo á su gobernador tan afligido, le consolaba á su modo, y le decia que no tomase pena por lo hecho, pues él mismo tenia la culpa por no haber querido dar crédito á sus verdades. El último remedio de este asunto, era cortar la cabeza á Hernando Pizarro, retirarse al Cuzco, y hacerse fuertes allí: «De este modo conocerá nuestro enemigo que no se quiere ni paz ni concordia alguna con él. El podrá seguirnos con su ejército, pero por poderoso que sea, los caminos no son tan fáciles ni tan bien provistos, que en cualquiera punto no se le pueda desbaratar.» Repugnaba á Almagro aquel partido desesperado, y no se avenia bien con el derramamiento de sangre, y respondió á su general que se viese si Bobadilla queria otorgar la apelacion, para evitar en cuanto fuese posible las guerras y los alborotos.

Entre tanto, lo que mas peligro corria era la vida de Hernando Pizarro, amenazada contínuamente por los fieros de los soldados, y no segura de un instante de enojo en el corazon de Almagro. Su hermano lo veia bien; y asi, prescindiendo ya de la declaracion de Bobadilla, quiso y propuso que se tratase de otros medios de concordia y se diese libertad al prisionero. Queríala conseguir á todo precio, y con tanto mas ahinco, cuanto en su corazon tenia propuesto no cumplir nada de lo que concertase por ella. Y como el adelantado, aunque pronto á enojarse y tenaz en su ambicion, procedia de buena fe y repugnaba todo partido violento, dió por fin oidos á la negociacion que se entabló de nuevo, y en la cual no dejó de haber altercaciones y dificultades que serian prolijas de referirse. Pero todo vino á terminar en unos capítulos de concordia en que se convinieron, por los cuales el Cuzco quedaba en poder de Almagro internamente hasta que el rey otra cosa mandase, y Hernando Pizarro era puesto en libertad, haciendo primero pleito homenage de partir á Castilla en cumplimiento de los encargos que de allí habia traido.

A las deliberaciones que se tuvieron sobre esto no fue llamado Orgoñez; pero lo fue cuando ya en virtud de los artículos concertados se trató de realizar la soltura de Hernando Pizarro. Disculpóse el adelantado del recato que se habia tenido con él, y justificó su resolucion con su deseo de la paz. Mas aquel hombre, tan ingénuo como leal, no pudo menos de esponer que el que en Castilla no habia cumplido con su palabra, tampoco la cumpliria en las Indias; que donde no habia confianza, no podia haber amistad; que una y otra, fundadas en verdad y en virtud, no podian existir en compañía del fraude y la malicia: antes juzgaba que no eran muy necesarias las armas; mas ya le afirmaba que le convenia apercibirlas para en adelante, pues nunca faltaban escusas á los pérfidos para faltar á sus promesas. Y haciendo enérgicamente con sus manos la demostracion de cortarse la cabeza; «¡Orgoñez! ¡Orgoñez! esclamó, por la amistad de don Diego de Almagro te han de cortar esta.» Otro soldado valiente, dijo á voces: «Señor adelantado, hasta ahora no truje pica, pero de aquí adelante la traeré de dos hierros.»

Todo el campo, alborotado, sabiendo lo que se trataba, y convencido del carácter pérfido, implacable y vengativo de Hernando Pizarro, manifestaba los mismos recelos que Orgoñez; y con cédulas, motes y escritos sin autor, se daba á entender, que si se deseaba paz, no convenia descuidarse.

Pero la suerte estaba echada, Almagro resuelto, y todos en espectacion. El mismo fué al lugar en que se custodiaba al preso, mandó al alcaide que le sacase, y los dos se abrazaron. El adelantado le dijo que olvidase las cosas pasadas y tuviese por bien que en adelante hubiese paz y tranquilidad entre todos: á lo que respondió Hernando Pizarro que ninguna cosa mas deseaba, y que por su parte no faltaria á ello. Hizo luego el juramento y pleito homenage acordado en las capitulaciones. Almagro le llevó á su casa y le regaló espléndidamente: allí le visitaron y hablaron los capitanes y caballeros del ejércíto, y saliendo todos á despedirle como una media legua, acompañado de don Diego, hijo del adelantado, de los dos Alvarados y otros caballeros, llegó por fin al campo de su hermano. De él fueron recibidos con las demostraciones de alegría y agasajo propias de la ocasion: los regaló, les dió dádivas y joyas, principalmente al jóven don Diego, y los despidió con todo agrado y cortesía. Vueltos al campo, aunque la mayor parte del ejército sospechaba que la paz no duraria mucho tiempo, Almagro, no obstante, seguia en su confianza, y mas sabiendo el buen recibimiento que Pizarro habia hecho á su hijo. Con estos pensamientos lisonjeros pasó su campo al valle de Zangalla, donde trasladó el pueblo que habia empezado á fundar en Chincha, y no se ocupó entonces de otra cosa que de enviar los quintos del rey á Castilla.

Diversas por cierto eran las disposiciones del campo contrario. Luego que los dos hermanos pudieron hablarse á solas, Hernando pidió al gobernador venganza de las injurias que se habian hecho á los dos con la toma del Cuzco, despojo de su hacienda, larga prision, y demás violencias de Almagro: decíale que no era honor suyo dejarlas de castigar, y que para eso se debia seguir y prender al adelantado. Convenia el gobernador en la razon del enojo y en la justicia del castigo, pero vacilaba en tomarla por su mano. «Temo, decia, la ira del rey.» —¿Y la temia él cuando se atrevió á entrar por fuerza en el Cuzco y ponerme á mí en prision? No era, pues, posible contener el deseo de sangre y de venganza que ardia en aquel ánimo soberbio, aun cuando las intenciones del gobernador estuviesen mejor dispuestas; que no lo estaban sin duda, visto el encadenamiento de fraudes y de artificios con que habia conducido la negociacion hasta llevar las cosas al punto en que se hallaban. Juntó sus capitanes, y en presencia de ellos pronunció auto, en que, calificando de delitos todas las operaciones del adelantado desde su vuelta de Chile, se constituia vengador y castigador de aquellos males y mandaba que su hermano Hernando Pizarro no saliese del reino hasta pacificarlo, por la necesidad que allí de su persona habia, pudiéndose enviar los quintos al rey con otro sugeto de confianza. Resistió Hernando el cumplimiento de esta parte del auto, alegando el encargo especial que habia traido de la córte; y para completar esta farsa indecedente que á nadie podia engañar, se hizo repetir aquel mandato dos y tres veces, y aun amenazar con castigo si no le obedecia.

Hízose en seguida al adelantado la intimacion de estilo para que, en cumplimiento de una provision real que habia venido algunos dias antes sobre límites de las dos gobernaciones, se saliese de lo poblado y conquistado por el gobernador, y de no hacerlo, fuesen de su cuenta los daños y males que se siguiesen de su resistencia. Aunque turbado con un golpe tan imprevisto para él, respondió que, en cumplimiento de aquel real despacho, no saldria del lugar donde se le notificaba; que hiciese lo mismo el gobernador, y que los daños corriesen de su parte, si otra cosa hacia. Esta diligencia era en realidad la declaracion de la guerra, y los dos partidos se prepararon á hacérsela con toda la animosidad de sus recíprocos agravios y de sus pasiones exaltadas.

Las fuerzas no eran ya iguales ni la confianza la misma. Los Pizarros tenian doble gente que Almagro, bien pertrechada, dirigida por capitanes esperimentados, y todos adictos y fieles á la causa que defendian, los unos por creerla mas legítima, los otros seducidos y fascinados por las magníficas promesas del gobernador; y este, mas firme y mas recio mientras mas años tenia, redoblada sus esfuerzos y su teson para vindicar su autoridad desairada, de la cual cada vez era mas celoso. Almagro, al contrario, debilitado por la edad y por los achaques que ya empezaba á padecer, con un carácter infinitamente menos firme, aunque mas bueno, cansado de negociar inútilmente, y gastado con el tiempo, no podia comunicar á su gente la confianza y el ánimo que él no tenia. Orgoñez poseia las calidades de alma que faltaban á su jefe, y las poseia en alto grado; pero carecia de la autoridad y del influjo propios de un caudillo principal, centro de las operaciones y de los intereses de todos; y por una fatalidad singular, sus dictámenes, que eran los mas seguros, fueron siempre combatidos por Diego de Alvarado, que, mas blando, mas comedido, y por lo mismo mas acepto á Almagro, conseguia siempre al fin que los suyos prevaleciesen. Los demás capitanes, bizarros sin duda y valientes á toda prueba, tenian menos subordinacion y menos unidad de intereses y de miras que los del marqués. Lós soldados, en fin, inferiores en número, intimidados unos con el superior poder de sus enemigos, y otros ganados con sus artificios para que abandonasen sus banderas cuando llegase la ocasion, no componian un cuerpo tan dispuesto á moverse con igualdad como el ejército contrario.

Asi, no es de estrañar que todas las operaciones de las tropas de Almagro, desde que volvió á estallar la guerra hasta que finalizó con la batalla de las Salinas, fuesen una série no interrumpida de yerros y de desastres. Perdieron las alturas de la sierra de Guaytara, donde con poquísima gente pudieron deshacer á sus contra-

rios, y se dejaron sorprender por ellos. Perdieron tambien la ocasion de desbaratarlos, cuando empeñados en el paso de la sierra, se hallaron los Pizarros atacados del frio intenso y cruel que allí reina, y transidos, pasmados, luchando con vértigos y bascas de muerte, presentaban fácil victoria á sus poco advertidos enemigos. No se atrevieron á seguir el dictámen de Orgoñez, que viendo á los Pizarros determinados á seguir su camino al Cuzco, propuso revolver impetuosamente sobre Lima, entonces desamparada de fuerzas, rehacerse allí de gente, escribir á España el verdadero estado de las cosas, y equilibrar la reputacion ocupando la nueva capital del imperio, ya que el enemigo se apoderase de la antigua. Este parecer, en el cual Orgoñez daba la mejor prueba de su pericia y denuedo militar, era acaso el único camino de salvacion que les quedaba. Pero aunque algunos capitanes le aprobaron, fue contradicho por otros, que aparentando no querer perder el fruto de sus fatigas en la posesion del Cuzco, no querian en realidad abandonar á sus contrarios las riquezas que en él tenian, ni alejarse de las delicias y regalos que allí disfrutaban. Siguióse por su mal el parecer de los últimos, y ni cortaron los puentes de los rios que habian de hallar sus contrarios en su marcha, ni los molestaron en ninguno de los pasos difíciles del camino. Vueltos en fin al Cuzco, en vez de atrincherarse y fortificarse allí para defenderse los pocos de los muchos, confiados en su valor, ó mas bien arrastrados de su mala fortuna, presentan en campo raso la batalla á sus enemigos, que si bien eran menos fuertes en caballería, les eran muy superiores en arcabucería y ordenanza militar.

Pizarro, luego que los suyos arrojaron á los contrarios de las alturas de Guaytara, los llevó al valle de Ica para que se repusiesen de las fatigas y trabajos pasados en la sierra. Allí determinó entregar el ejército á sus hermanos para que persiguiesen á Almagro, que habia ya tomado la vuelta del Cuzco. Hernando iba de superintendente, gobernador y cabeza de la espedicion; Conzalo con título de capitan general. Recomendólos el gobernador á los capitanes y soldados, escusándose él de no mandarlos, con sus enfermedades y su vejez: animó á todos con la esperanza de una segura victoria sobre sus contrarios, vencidos ya y fugitivos; la cual no seria batalla, sino un justo castigo de hombres enemigos de su rey. Todos respondieron á voces que estaban prontos á ello, y con esta alegre disposicion se dió la señal de marchar, tomando el ejército el camino del Cuzco, y el gobernador el de Lima.

No faltó quien aun en el estremo á que ya eran llevadas las cosas, y entre gente tan olvidada al parecer de todas sus obligaciones, tuviese osadía para representar á los dos hermanos que bastaba ya la sangre española vertida en el levantamiento del país y en la prosecucion de tantos desvaríos; que se acordasen de lo que debian á Dios, al rey y á la patria, y suspendiesen los aparatos de guerra, ofreciéndose ellos á que por términos pacíficos se arreglase todo á su voluntad. Mas era ya tarde para este última y generoso esfuerzo de la humanidad y de la razon fuese oido de aquellos hombres soberbios y vengativos. Hernando Pizarro respondia que don Diego de Almagro era el que habia roto la guerra: bien seguro y tranquilo se hallaba él en el Cuzco, sin tener pensamiento de enemistad con ninguno, cuando el adelantado, con las banderas tendidas y al son de los atambores, se habia declarado enemigo de los Pizarros; bien era menester que entendiese á qué hombres habia ofendido; y asi, no habia que pensar en mas que en ir á buscar al enemigo, y que las armas decidiesen cuál era el partido que debia prevalecer. El gobernador, aunque con menos violencia, resistia con igual dureza las sugestiones de paz: el que se atrevió á afirmar «que su jurisdiccion llegaba hasta el estrecho de Magallanes (1) devoraba ya en el deseo la inmensidad de su mando, y anhelaba el momento de arruinar sin recurso á su adversario para verse único y solo gobernador de aquellas dilatadas regiones. Los temores que pudiera darle el desagrado de la córte, obraban como inciertos y lejanos, y seiscientos mil pesos de oro que tenia recogidos para enviar al rey, le parecian suficiente justificacion ó disculpa de cualquiera atentado. No habia por consiguiente respeto que le enfrenase ni consideracion que le moviese, siendo su ambicion hidrópica mas insaciable en él todavía, que en su hermano la venganza. A esta disposicion tan enconada en los jefes, se añadia la que animaba á oficiales y soldados, los unos ganosos de lavar la afrenta recibida en Abancay, los otros anhelando ir á apoderarse de las riquezas y gozar de las delicias que los de Almagro disfrutaban, prometidas á ellos en premio de los trabajos y peligros que sufrian en aquella contienda. Cerróse, pues, el paso á todo buen consejo, y unos y otros se despeñaron en los horrores de la guerra civil.

Decidióse esta en el campo de las Salinas, á media legua del Cuzco, donde los dos bandos se encontraron (26 de abril de 1538). Estas batallas de América, que en Europa apenas pasarian por medianas escaramuzas, llevan consigo el interés de los grandes resultados que tenian, y el del espectáculo de las pasiones, manifestadas en ellas frecuentemente con mas energía que en nuestras sabias maniobras y grandes operaciones. Díjose la misa muy de mañana en el campo de los Pizarros, como si con esta muestra de devocion legitimasen y santificasen su causa. En seguida, Hernando, armado de todas piezas, con una rica sobrevesta de damasco naranjado y un alto penacho blanco en la cimera del yelmo, con que amigos y enemigos le distinguiesen de lejos, sacó su gente al combate, y atrevesando un rio y una ciénaga que habia delante, se fué á encontrar con el ejército contrario. Las fuerzas no eran iguales: prevalecian á la verdad los de Almagro en caballería y en indios auxiliares; pero era doble el número de los españoles en el campo de los Pizarros, y una manga de arcabuceros que acababa de llegar de Europa les daba

(1) Para esta espresion ambiciosa y temeraria véase Herrera, década 6.ª, lib. 4, cap. 2.

gran ventaja en esta parte esencial, y decidió la fortuna del dia. Porque luego que vencieron los malos pasos que tenian que atravesar, y estuvieron al alcance de su arma, aquellos diestros tiradores, animados por Hernando Pizarro, que les gritaba: «¡A las astas arboladas!» pusieron fuera de combate á mas de cincuenta de los caballeros contrarios. No ayudaba tampoco el terreno á la arremetida é impetuosidad de los caballos, que era en lo que podian llevar ventaja los de Almagro: Orgoñez, receloso de ser envuelto por la superioridad de su adversario, habia elegido una posicion mas propia para resistir que para atacar. En esto quizá lo erró, y proporcionó al temor y á la fuga la ocasion que habia quitado á la audacia. Su gente, hostigada con aquel fuego certero y sostenido, empezó á flaquear muy pronto: unos dejaban la formacion por irse á guarecer detrás de unos paredones arruinados que habia en el campo, otros huian á la ciudad, otros, en fin, sin sacar la espada, se pasaron vilmente al campo contrario, siguiendo el ejemplo que les dió Pedro Hurtado, alférez general de Almagro. Ya entonces, perdido el órden de batalla, empezaban á mezclarse unos con otros, y á campear solamente el esfuerzo personal de los hombres señalados. Pedro de Lerma, conociendo de lejos á Hernando Pizarro, se arrojó á él llamándole á voces *traidor y perjuro*, y le encontró tan poderosamente, que le hizo arrodillar el caballo, y allí le matara si no fuera tan bien armado. Otros hacian por su parte iguales hechos con los contrarios que se les ponian delante. Orgoñez, que no habia olvidado ninguno de los deberes y atenciones de general, hizo con su persona todo lo que podia esperarse de su arrojo y resolucion. Dos soldados enemigos atravesó con su lanza, y oyendo á otro cantar victoria, cerró al instante con él, y le pasó el pecho de una estocada. En esto, viendo que algunos de los suyos se retiraban de la batalla, voló á ellos con su caballo para hacerlos volver á ella. Herido en la frente de un arcabuzazo, muerto el caballo y caido debajo de él, todavía pudo desembarazarse, y defenderse peleando de la muchedumbre de enemigos que le tenian cercado y le decian que se rendiese. Preguntó si habia allí algun caballero á quien se pudiese entregar. Un Fuentes, criado de Hernando Pizarro, respondió que sí, y que se diese á él. Asi lo hizo, y luego que entregó la espada y le cogieron entre todos, el Fuentes arremetió á él, y le degolló con una daga. Asi murió este hombre, digno por su valor y su marcial franqueza de mejor guerra y de mejor fortuna. Matáronle á la verdad bajo el seguro de rendido, y esto hace mas fea y vil la accion de su matador; pero á pensar con equidad, no tuvo peor suerte que la que él mismo destinaba á sus vencedores si hubiesen caido en sus manos. Era natural de Oropesa, habia servido en las guerras de Italia, y se halló de alférez en el saco de Roma. Poco antes de su muerte, le habia dado el rey el título de mariscal de la Nueva Toledo.

Ya en esto los capitanes Salinas, Lerma, Guevara y otros, habian caido ó heridos gravemente ó muertos; y la gente de Almagro, enflaquecida y desalentada con tales desastres, acabó de desmayar de todo punto con la prision y muerte de su general. Declaróse la victoria en favor de los Pizarros, el campo quedó por ellos y la ciudad fue al instante ocupada por su vencedor. Lleno de ira y de soberbia y respirando venganza, era por demás esperar de él ni generosidad ni clemencia. Al tiempo que ponian la cabeza de Orgoñez en un garfio en la plaza, cargaban de prisiones á todos los capitanes y caballeros distinguidos del bando contrario, los soldados saqueaban las casas, y algunos saciaban su enojo á sangre fría en los infelices prisioneros que no se les podian defender. Asi mataron traidoramente al capitan Rui Diaz, llevándole un amigo á las ancas de su caballo; asi pereció tambien Pedro de Lerma, que, cubierto de heridas y casi exánime, fue sacado del campo por otro amigo suyo y llevado á su casa, donde no pudo defenderle de un bárbaro alevoso, que le pasó á estocadas en la cama donde yacia moribundo. Aumentábase el disgusto y horror de estos desastres escandalosos con la licencia y el gozo que se notaba en los Indios. Vióseles acudir de todos aquellos contornos y tenderse por los cerros circunvecinos para gozar del espectáculo sangriento que sus opresores les daban; oyóseles al comenzarse la batalla herir los vientos con alaridos de sorpresa y de alegría; y despues, cuando terminado el combate, el campo quedó abandonado y solo, bajaron como aves carniceras á despojar los muertos, rematar los heridos; y creciéndoles la insolencia con la impunidad, entrar y robar el real de los vencedores.

Y ¿qué era entre tanto del sin ventura adelantado? El dia antes de la batalla, como si anteviera ya su acerba suerte, despues de la revista de su tropa, á que estuvo presente en andas, porque no podia tenerse en pié, propuso á su general que se buscasen medios de paz y se escusase la sangre. Desechado esto fieramente por Orgoñez, animó noblemente á sus soldados antes de la pelea, y entregó el estandarte real á Gomez de Alvarado, recordándole su amistad y sus obligaciones. Despues, no pudiendo por su indisposicion y flaqueza asistir al combate, se puso á mirarlo desde lejos en un recuesto, y vió con la congoja y agonía que son de imaginar, sus amigos rotos y vencidos, y á el despojo de la fortuna y de las iras de un enemigo implacable é irritado. Recogióse huyendo á la fortaleza del Cuzco, á donde despues de la batalla le fué á buscar Alonso de Alvarado, y le trajo á la ciudad para ponerle en el mismo encierro y con las mismas prisiones que habian sufrido él y los dos hermanos Pizarros. Hubo allí un capitan, que viéndole por primera vez, y considerando su mala presencia y desagradable catadura, alzó el arcabuz para matarle, diciendo: «Mirad por quién han muerto á tantos caballeros.» Esta indignacion soldadesca no dejaba de llevar consigo una especie de generosidad, porque ¡de cuántos sinsabores, de cuántas congojas y humillaciones, le libertara aquel golpe, si Alonso de Alvarado, que le contuvo, le hubiera dejado descargar!

Al principio le fué á ver Hernando Pizarro por ruego suyo, le consoló, le dió esperanza de

vida, y le aseguró que esperaba á su hermano y que se conformarian los dos, y si se tardase en venir, daria lugar á que se fuese donde estuviese. Enviábale regalos á la prision, le aconsejaba que estuviese alegre; y hubo vez en que envió á preguntarle que de qué modo iria mejor á ver á su hermano, si en silla ó en andas; el prisionero, agradecido, respondió que iria mejor en silla, y con estas buenas palabras, de dia en dia esperaba verse puesto en disposicion de tratar sus cosas con su antiguo amigo y compañero. Mas entre tanto se le estaba formando un proceso capital, se admitian para hacerle cargos todas las delaciones y acriminaciones que pudieran agravar su causa, y fueron tantos los que acudieron á declarar contra él en obsequio de su perseguidor, que los secretarios no se daban manos á escribir, y el proceso llegó á tener mas de dos mil fojas. Entregado asi á las pesquisas y cavilaciones judiciales, que cuando se llevan por semejante estilo, son una degradacion todavía peor que el suplicio, el miserable prisionero estaba á orillas del sepulcro, y no conocia ni su daño ni su peligro. Habian ya pasado dos meses y medio desde el dia de la batalla (1), cuando pareció al vencedor que era ya tiempo de concluir aquella comedia tan grosera como cruel. Cerró el proceso, condenóle á muerte, y mandó que se le intimase la sentencia.

La tribulacion y congoja que recibió el triste Almagro con aquella terrible nueva, fueron iguales á la seguridad y confianza en que á la sazon se hallaba; y aquel hombre, que con tanta intrepidez y denuedo habia arrostrado la muerte en el mar, en los ríos, en los desiertos y en las batallas, no tuvo ánimo para considerarla en las manos de un verdugo. Dése todo lo que se quiera á la edad, á los achaques, al abatimiento que infunden los infortunios, al desaliento y soledad de una prision prolija y rigorosa; pero no puede menos de considerarse con menos lástima todavía que indignacion y vergüenza, á aquel miserable anciano postrado delante de su inexorable enemigo, y pedirle por amor de Dios que no le matase, que atendiese á que no lo habia hecho con él pudiendo hacerlo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo aunque los habia tenido en su poder; que mirase cómo él habia sido la mayor parte para que su hermano Francisco Pizarro subiese á la cumbre de honra y riqueza que tenia; díjole que considerase cuán flaco, viejo y gotoso estaba; cuán pocos podian ser los tristes dias de vida que le quedaban, y pidióle que se los dejase vivir en la cárcel para llorar sus pecados. El lastimero tono en que estas cosas decia podrian ablandar las piedras, mas no aquel corazon de bronce, que con un desabrimiento y dureza digna de sus malas entrañas, le respondió, que se maravillaba de que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte; que no era ni el primero ni el último que asi acabaria; y supuesto que presumia de caballero y de ilustre, la sufriese con entereza y dispusiese su alma, porque era una cosa que no tenia remedio (2).

Pero el que tan pusilánime se habia mostrado delante de su contrario pidiéndole la vida, luego que se desengañó de la inutilidad de sus ruegos y vió que era forzoso morir, se dispuso á este acto con decencia y gravedad, harto mas propias de su carácter que su flaqueza anterior. Ordenó su alma y dispuso su testamento, dejando por herederos al rey y á su hijo, declarando que tenia gran suma de dinero en la compañía con don Francisco Pizarro; pidió al rey que hiciese merced á su hijo, y en virtud de la facultad real que tenia, nombróle por gobernador de la Nueva Toledo, dejando por administrador de este encargo, hasta que tuviese edad, á su caro y fiel amigo Diego de Alvarado, que hizo por él entonces todas cuantas gestiones y oficios correspondian á su lealtad y á su cariño. Y cuando el desdichado hubo cumplido con estos tristes y solemnes deberes, volvióse al capitan Alonso de Toro, que sin duda debia de ser uno de los mas encarnizados contra él, y le dijo: «Ahora, Toro, os vereis harto de mis carnes.» La muerte se ejecutó en la prision, dándole garrote en ella, y sacándole despues á la plaza, donde públicamente le cortaron la cabeza. Despues le llevaron á las casas de un amigo suyo, el capitan Hernan Ponce de Leon, donde estuvo de cuerpo presente, y luego le enterraron en la iglesia, acompañándole Hernando Pizarro y todos los capitanes y caballeros del Cuzco.

Era manchego (3), hijo de padres humildes y desconocidos, y tenia sesenta y tres años cuando le mataron. Fue á las Indias con Pedrarias Dávila, y en el Darien se amistó y asoció con Francisco Pizarro, viviendo siempre los dos en comunidad de granjerías, y de intereses, tal vez por conformarse tambien los hábitos y los carateres. Su persona y sus costumbres fueron tales cual resultan de la serie de los sucesos referidos. Indios y Españoles todos lloraron á porfía: los primeros decian que nunca recibieron de él pesadumbre ni mal tratamiento; los segundos perdian un caudillo generoso, á quien seguian y servian, mas por inclinacion que por interés. Hubo de ellos algunos que á voces llamaron *tirano* á su matador, y le amenazaron con venganza. Hasta los del bando contrario juzgaron aquella ejecucion, no solo rigorosa, sino injusta, y la tuvieron por muestra bien cruel de ánimo tan inicuo como desagradecido. Olvidábanse entonces la poca dignidad de su trato, su vanidad pueril, su inconsideracion y su imprudencia, para no recordar mas que la amable dulzura, incansable generosidad, fácil clemencia y afectuoso corazon con sus capitanes y soldados. Nosotros simpatizamos fácilmente con el justo dolor y

(1) Herrera dice que cuatro; pero en una carta inédita que he tenido á la vista, del tesorero Manuel de Espinal al emperador, se fija el dia de la pronunciacion de la sentencia en 8 de julio de 1538; y por consiguiente no era tanto el tiempo. Espinal era testigo de vista, y su carta contiene una relacion bastante menuda de todo el suceso, aunque se muestra muy parcial en favor de Almagro.

(2) Pensar que Hernando Pizarro se habia de ablandar con lástimas y razones, era pensar un delirio. Cuando antes de la batalla los trásfugas de Almagro le decian, para congratularse con él, que el adelantado quedaba tan enfermo, que ya seria muerto, «no me querrá Dios tan mal, esclamaba él, que le deje morir sin que yo le tenga en mis manos.»

(3) Herrera lo hace natural de Aldea del Rey, y esto es lo mas probable; Zárate de Malagon, Gomara y Garcilaso, de Almagro: todos pues convienen en que era de la Mancha, aunque difieren en el pueblo.

sentimiento de aquella agradecida muchedumbre; pero la aficion que inspiran las amables prendas del adelantado, y la compasion debida á su infortunio, no deben cegar los ojos de la razon y de la equidad, y dando lágrimas á su desastrada muerte, confesaremos, sin embargo, que él fue sin duda el agresor en aquella guerra civil. Aun cuando el Cuzco cayese en los términos de su gobernacion, lo cual estaba muy lejos de ser cierto (1), no debia dar el escándalo de tomarse por sí mismo la justicia con las armas en la mano. Puso imprudentemente este debate al arbitrio y decision de la fuerza, porque á la sazon era mas fuerte; él fue flaco á su vez, y entonces la fuerza le arrolló.

La odiosidad de esta ejecucion recayó al principio toda sobre Hernando Pizarro, como instrumento inmediato y visible de ella; mas despues se fijó con mas encono en el gobernador, como principal autor de aquel desastre, hecho á su nombre y bajo su autoridad, sin que él, en tanto tiempo como duró el proceso, hiciese el menor esfuerzo para impedirle. Luego que recibió la noticia de la victoria de las Salinas, determinó ponerse en marcha hácia el Cuzco para gozar allí de su triunfo y ostentar su poderío. Al salir de Lima prometió á cuantos le aconsejaron la moderacion y clemencia, que no tuviesen cuidado, que Almagro viviria y volveria con él á la amistad antigua. Lo mismo ofreció al jóven don Diego, que le pidió humildemente la vida de su padre cuando se le presentaron en Jauja los capitanes que se le llevaban de órden de su hermano; y á las graciosas palabras con que le hizo esta promesa, añadió otras de consuelo, dando órden cuando le despidió, de que se le proveyese de todo lo necesario y se le tratase en su casa con el mismo regalo y respeto que á su hijo don Gonzalo. Buenas y loables demostraciones si el efecto y la verdad correspondiesen á ellas, y si entre tanto no se prosiguiera el proceso y no tuviera las funestas resultas que ya se han contado. Detúvose en Jauja cuanto le pareció necesario para ser desembarazado de su competidor, y la noticia de su muerte le cogió ya vuelto á poner en camino y cerca de la puente de Abancay. Sus amigos contaban que al oirla estuvo gran rato con los ojos bajos, mirando al suelo y derramando lágrimas; otros aseguraron que, cerrado el proceso, su hermano le envió á preguntar lo que habia de hacerse, y que la respuesta fue que hiciese de modo que el adelantado no los pusiese en mas alborotos. No se opone lo uno á la otro, y estos grandes comediantes que se llaman políticos, tienen á su mandado las lágrimas cuando ven que les convienen.

Llegado al Cuzco, le recibieron con los aplausos y el fausto que convenia á su poder. Conocióse allí cuánto se habia alterado su condicion con la mudanza y favores de la fortuna. Los Indios, que antes eran acogidos por él con indulgencia y agrado, los recibia entonces con aspereza y desabrimiento, y á las quejas que le daban por los ultrajes que padecian de los Castellanos, les respondia que mentian. El mismo semblante mostraba, y aun peor voluntad, á los soldados de Chile, como partidarios de Almagro, olvidándose de los grandes servicios que habian hecho al rey, y no teniendo respeto alguno á sus necesidades. Presentósele Diego de Alvarado como testamentario del adelantado su amigo, y le pidió que le mandase desambarazar la provincia de la Nueva Toledo, para que se cumpliera el nombramiento hecho por el adelantado en su hijo. Usó Alvarado en esta demanda de aquel comedimiento y urbanidad que usaba en todas sus cosas, y tuvo el cuidado de advertir que dejaba aparte el debate de la ciudad del Cuzco hasta que el rey determinase sobre ella. Ni esta circunspeccion ni el justo y amable proceder de Alvarado le defendieron de ser recibido con aspereza y soberbia. La respuesta fue «que su gobernacion no tenia término, y llegaba desde el estrecho de Magallanes hasta Flandes,» dando á entender asi que su ambicion no tenia límites, y que con la felicidad escesiva habia perdido enteramente aquella prudencia y compostura de ánimo en que antes sobresalia.

Era tan celoso de mando y tan irritable en su orgullo, que porque le dijeron que Sebastian de Belalcázar solicitaba de la córte el gobierno en propiedad de todas las provincia de abajo, le declaró al instante una ojeriza que no se le acabó sino con la muerte. Ni los servicios de Belalcázar, ni el respeto y reverencia, que siempre le tuvo, ni la sumision con que se envió á disculpar de la imputacion que se le hacia, bastaron á sacudir de su ánimo las sospechas y el ansia de perturbarle de allí. Ejército no podia mandar contra él, porque el que tenia iba entonces persiguiendo al adelantado Almagro; pero dió comision á Lorenzo de Aldana, uno de sus capitanes, para que fuese al Quito y despojase cautelosamente á Belalcázar de la autoridad que tenia delegada en él para gobernar aquel país, y procurase sobre todo prenderle y enviarle bien custodiado á Lima. Su anhelo entonces era que el rey diese en gobernacion las provincias de abajo á Gonzalo su hermano, y en esto consistia el delito de Belalcázar. Por fortuna, este hombre infatigable y belicoso, se hallaba entonces engolfado en sus aventuras y descubrimientos de la otra parte del Ecuador, y no podia atender al desaire que su antiguo general le hacia en el Quito. Aldana por consiguiente, se estableció allí sin oposicion ninguna, y mantuvo la provincia bajo la obediencia de su primer descubridor.

Cuando Pizarro llegó al Cuzco no encontró allí á sus hermanos, que se hallaban en la provincia del Collao pacificando indios y buscando minas. Mas como Hernando tuviese ya necesidad de volver á Castilla para cumplir sus promesas y el encargo que la córte le habia hecho, apresuró su viaje recogiendo cuanto oro y plata pudo para sí y para el rey por todos los medios buenos y malos que se le vinieron á las manos. Sabia él harto bien que un buen tesoro seria la mejor justificacion de sus hechos en la córte. Al despedirse del gobernador le dió por consejo que enviase á Castilla al hijo de Almagro, para qui-

(1) El término del paralelo de Chincha pasaba por cerca de la ciudad del Cuzco; pero con el aumento de las setenta leguas que se habia dado á la gobernacion de Pizarro, quedaba indudablemente dentro de ella la capital del Perú.

tar la ocasion de que el bando de Chile le tomase por cabeza y pretesto para cometer algun atentado contra su persona; que no consintiese que aquellos hombres fieros y belicosos anduviesen juntos ni que viviesen en ninguna parte de diez arriba; sobre todo que mirase por sí y anduviese siempre bien acompañado. El marqués se burló de estos avisos, y le respondió «que se fuese su camino adelante y se dejase de semejantes recelos, pues las cabezas de aquellas gentes guardarian la suya.» El tiempo manifestó cuán fundados eran los temores de Hernando Pizarro, y que el consejo de enviar al jóven don Diego de Castilla, era de hombre que sabia ver las cosas de muy lejos. Fuese Hernando (1539), y el cúmulo de oro que llevaba consigo no le podia asegurar contra la inquietud que le infundian sus procedimientos en la guerra civil. No se atrevió á tocar en Panamá, temiendo que allí la audiencia le pidiese razon de su conducta y le prendiese, como efectivamente asi estaba dispuesto. Navegó hasta Nueva España, y desembarcando en Guatulco, le prendieron cerca de Guajaca y le llevaron á Méjico. Mas el virey don Antonio de Mendoza, que no tenia órdenes ningunas sobre su persona, y de sus culpas nada le constaba, le dejó proseguir su camino á Castilla, donde podrian hacérsele los cargos que se estimasen justos. Embarcado en Veracruz, y llegando á las islas de los Azores, no se atrevió á pasar adelante hasta saber por sus amigos si podia hacerlo con seguridad. Ellos le respondieron que sí, y con esta confianza se atrevió á entrar en España y á presentarse en la córte.

No halló en ella de pronto ni el castigo que merecia ni la buena acogida que sus amigos le anunciaron. Habíale precedido la fama de sus violencias, y estaba ya pidiendo justicia contra él aquel Diego de Alvarado, tan encarnizado ahora en su daño como constante otro tiempo en defenderle. Amigo el mas querido del desdichado Almagro, él habia recibido en su seno los pensamientos y últimos suspiros del anciano moribundo; á él encomendó su hijo, á él las esperanzas de su suerte, á él acaso tambien los intereses de su venganza. La desesperacion de Alvarado al ver inútiles los esfuerzos y súplicas empleadas en favor de Almagro, fue igual á la confianza que por sus oficios anteriores con el vencedor habia concebido de salvarle. Considerábase homicida de su amigo por la contradiccion que habia hecho á los rigorosos consejos de Orgoñez, lloraba su ceguedad, y llamaba á voces ingrato y tirano á Hernando Pizarro, diciendo que por haberle él dado la vida se la quitaba á su amigo. Jamás se le conoció consuelo desde aquel trance cruel; y despues de haber probado en vano si el gobernador reconocia los derechos del jóven Almagro, vino á España á hacerlos valer ante el rey, dejando sembrada en el camino la odiosidad debida á las iniquidades de hombres tan injustos y crueles. Llegado Hernando á la córte, se hicieron los dos la guerra al principio con demandas, con recusaciones, con cavilaciones de foro. Aveníase esto mal con la impaciente vehemencia de Alvarado, y no queriendo aventurar la venganza de su muerto amigo á medios tan inciertos y prolijos, apeló á las armas de caballero. Envió pues á Hernando Pizarro un cartel de desafío en que le provocó á salir al campo, obligándose á probarle allí con su espada que en su proceder con el adelantado Almagro habia sido hombre ingrato y cruel, mal servidor del rey y fementido caballero. No se sabe lo que contestó Hernando; pero el bizarro Alvarado falleció de una enfermedad aguda de allí á cinco dias; y muerte tan oportuna, atendiéndose al carácter perverso que se conocia en su adversario, no se creyó exenta de malicia. Asi acabó víctima de su amistad y de sus bellos sentimientos (1540) este hombre amable y leal, tan tierno y consecuente en su cariños, tan franco y noble en sus odios, y cuyo caráter, en medio de las atrocidades y alevosías que al rededor de él se cometen, sirve como de consuelo al ánimo afligido con ellas, y vuelve por el honor de la especie humana envilecida.'

Su fiero y arrogante rival, no disfrutó mucho tiempo la seguridad y sosiego que le proporcionaba esta muerte. Los jueces del proceso acordaron muy pronto que se le prendiese, y fue puesto en el alcázar de Madrid. Despues, al trasladarse la córte á Valladolid, fue llevado al castillo de la Mota de Medina, donde hasta el año de 560 (1) permaneció sepultado y olvidado de los hombres el que tanto ruido habia hecho en ambos mundos por sus riquezas y por sus pasiones.

Mas la víctima principal debida á los manes de Almagro y de Atahualpa, estaba por sacrificar todavía, y la confianza imprudente de Pizarro, nacida de su soberbia y de su orgullo, le iban ya arrastrando por momentos al cuchillo de la venganza. Despues de la muerte de su competidor, todo reia al parecer á la ambicion que le dominaba, y en las novecientas leguas que hay desde los Charcas hasta Popayan, no habia otra voluntad que la suya. La córte le trataba siempre con la mayor deferencia, y le habia hecho marqués de los Charcas, dándole tambien facultades de agregar diez y seis mil vasallos á su mayorazgo. Sus hermanos, uno en España le defendia de los tiros del odio y de la malevolencia; otro, enviado por él al Quito de gobernador, le aseguraba por aquella parte, y aun se preparaba á estender su dominacion y su nombre por las tierras ricas, segun la opinion de entonces, de los Quixos y de la Canela. El, roto y cansado por la edad, se entregaba á su gusto favorito de fundar y de poblar, y á estos últimos cuidados de su vida se deben las fundaciones de la Plata, de Arequipa, de Pasto y de Leon de Guanuco. La guerra del inca Mango, si bien daba algun disgusto por no estar ya terminada y pacificado el país, no causaba tampoco cuidado, por las pocas fuerzas de aquel príncipe y los escarmientos que habia recibido en sus diferentes encuentros anteriores con los Castellanos. En fin, aun cuando ya se tenia noticia de que venia al Perú un ministro del rey á tomar informacio-

(1) Asi viene á deducirse de la informacion hecha hácia los años de 1625 por un nieto suyo, para la vindicacion del título de marqués, que se halla entre los documentos reunidos por Muñoz. Garcilaso dice que su libertad no fue hasta el año de 62.

nes sobre los acontecimientos pasados, sus amigos le escribian que en los despachos que aquel comisionado llevaba, se guardaba la mayor consideracion con su persona; y que asi no tuviese pena ninguna por ello, pues iba mas para favorecerle que para darle pesadumbre,

Estas noticias, propaladas por él ó por sus parciales con mas vanidad que prudencia, fueron tal vez lo que precipitó su desgracia, porque con ellas se acabaron de enconar los ánimos ya irritados de los soldados y capitanes de Chile. Da lástima y enojo ver la miseria y abandono en que desde la muerte de su jefe se hallaban constituidos. Andaban los soldados, hambrientos y desnudos, vagando por los pueblos de los Indios y solicitando de ellos su sustento. Muchos de los capitanes habian bajado á Lima atraidos de su amor al jóven Almagro, y cifrando en él sus esperanzas y su remedio. Pero este mancebo, privado de su herencia, echado de la casa del marqués, arrojado de otras por adulacion al poder dominante, acogido en fin por dos amigos viejos de su padre, que se aventuraron á todo por acudirle, aun cuando por las liberalidades ajenas pudiese subsistir con alguna decencia, no tenia medios para pagar á aquellos caballeros la buena voluntad que le tenian y aliviar sus necesidades Estas eran tales que no se pueden bastantemente encarecer: sin casa, sin hogar, manteniéndose de la caridad ajena, y no teniendo entre doce, y eran los mas principales, sino una capa de que alternativamente se servian. Tal era el estado en que se hallaban aquellos fieros conquistadores, dueños un tiempo de los tesoros del Cuzco, y que en la opulencia que entonces los hinchaba tenian á menos las ricas tierras de los Charcas y de Chile. La amarga comparacion que hacian con las riquezas y delicias en que nadaban otros, que en valor y servicios les eran tan inferiores, irritaba mas y mas el sentimiento de sus males, y los ponia á punto de no poderlos sufrir. Solo el furor de las pasiones y la ceguedad de la arrogancia pueden esplicar esta falta de cordura y de cautela en hombre tan sagaz como el marqués. Cuando en las discordias civiles cae un partido, su jefe es muerto y faltan las cabezas, es interés del vencedor que los ánimos se calmen, las pasiones se olviden, y se quite toda ocasion á desabrimientos y quejas parciales. La persecucion prolongada despues de la victoria no hace mas que prolongar las pasiones y eternizar el espíritu de partido. Hubiera enviado á España á don Diego y separado aquella gente descontenta, dándoles comisiones en que entretenerse y sustentarse, como le aconsejaba su hermano, y él acabara sus dias en paz y en todo el lustre de la gloria y poderío á que le subió la fortuna. No lo hizo asi, y se perdió, y perdió aquel desgraciado país, que siguió ardiendo en guerras civiles por espacio de trece años, y solo por culpa suya.

Alguna vez, sin embargo, trató de enmendar este mal y acudia á los trabajos que aquella gente padecia. Con este fin proyectó la poblacion de Leon de Guanuco, y dió el cargo de hacer el establecimiento á Gomez de Alvarado, pensando en dar allí repartimientos á los de Almagro; pero los celos de los vecinos de Lima frustraron casi del todo aquel buen pensamiento. En otra ocasion envió á decir á Juan de Saavedra, á Cristóbal de Sotelo y á Francisco de Chaves, que les queria dar indios de repartimiento para que se sustentasen; pero ellos rabiosos con la necesidad que habian padecido, querian antes perecer que recibir nada de su mano. Sonábase ya la llegada de Vaca de Castro, el ministro que el rey enviaba, á quien pensaban ir dos de ellos á recibir en San Miguel de Piura y presentarse á él vestidos de luto, pidiéndole justicia de las crueldades usadas por los Pizarros contra ellos y contra su antiguo capitan. A esta comision enviaron despues un buen caballero de entre ellos, llamado don Alonso de Montemayor, y parecia que con tales disposiciones todo debia permanecer tranquilo hasta la llegada de Vaca de Castro. Pero la animosidad imprudente de unos y otros no se podia refrenar; y si no con amagos y amenazas descubiertas, se hacian la guerra á lo menos con insultos y escarnios mal disimulados. Un dia amanecieron en la picota tres sogas tendidas con direccion la una á casa del marqués, y las otras dos á las de su secretario Picado y su alcalde mayor el doctor Velazquez. Atribuyóse esta insolencia á los de Chile. El marqués, incitado por sus amigos á que buscase y castigase sus autores, respondia que harta mala ventura tenian aquellos cuitados viéndose pobres, vencidos y corridos. Pero el secretario Antonio Picado no tuvo tanto sufrimiento. Viósele de allí á pocos dias pasar á caballo por la calle donde vivia don Diego de Almagro, vestido de una ropa francesa bordada, y sembradas en ella muchas higas de plata; paseóla gallardeándose y dando arremetidas al caballo: cosas todas de mofa y menosprecio, y mucho mas enojosas de parte de un hombre que era en su concepto el que mas fomentaba la pasion del gobernador contra ellos. Por esta demostracion y otras tales vinieron á sospechar, que despues de los trabajos y miseria que habian padecido, se trataba de matarlos ó desterrarlos. Y como hácia este mismo tiempo se empezó á propagar por Lima la inclinacion que el juez comisionado traia á las cosas del marqués, y el contento verdadero ó aparente de Pizarro y los suyos lo acreditaba, ellos se contemplaron perdidos del todo si no miraban por sí, y apelaron á lo único que les quedaba, esto es, á su desesperacion y su valor.

Empezaron á proveerse de armas cada cual segun podia, y á andar atropados: veíase á don Diego y á Juan de Rada, su principal maestro y consejero, salir siempre seguidos de hombres determinados y valientes. Juan de Rada era uno de los antiguos capitanes del adelantado, natural de Navarra, y hombre que, asi por las distinguidas calidades de valor y capacidad que se han dicho de él, como por la confianza que en él ponia el jóven Almagro, obtenia la primera autoridad entre aquellos hombres de hierro. Sabíase que habia comprado una cota, y que la traia siempre consigo, y esto se notaba mas en él y daba mas que sospechar. Vino esto, como era natural, á noticia de los amigos del marqués, y se lo avisaron, aconsejándole que se guardase

y llevase siempre compañía consigo. El se contentó por entonces con llamar á Juan de Rada, el cual, si bien se turbó algun tanto con aquel imprevisto llamamiento, se fué á presentar á él sin consentir que nadie le acompañase, aunque muchos se ofrecian á hacerlo. Llegó delante del marqués, que á la sazon se hallaba en su huerta mirando unos naranjos, y luego que supo quién era, porque al principio por su cortedad de vista no pudo conocerle. «¿qué es esto, Juan de Rada, le dijo, que me dicen que andais comprando armas para matarme?—Así es verdad, señor, contestó Rada, he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.—¿Pues qué causa os mueve ahora á proveeros de armas mas que en otro tiempo?—Porque nos dicen, y es público, que usía recoge lanzas para matarnos á todos. Acábenos ya usía, y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué se tiene respeto á los piés. Tambien se dice que usía piensa matar al juez que viene enviado por el rey; y si su ánimo es tal, y determina dar muerte á los de Chile, no lo haga con todos: destierre usía á don Diego en un navío, pues es inocente; que yo me iré con él adonde la ventura nos quisiere llevar.» Conmovido y enojado el marqués de lo que oia, respondió con grande alteracion: «¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad y traicion como es esa? Nunca tal pensé yo, y mas deseo tengo que vos de que acabe de llegar ese juez; que ya estuviera aquí si se hubiera embarcado en el galeon que le envié. En cuanto á las armas, sabed que el otro dia salí á caza, y entre cuantos íbamos no habia quien llevase una lanza: mandé á mis criados que comprasen una, y ellos han comprado cuatro. Plegue á Dios, Juan de Rada, que venga el juez, y estas cosas hayan fin, y Dios ayude á la verdad.—Por Dios, señor, repuso Rada ya mas mitigado, que he invertido mas de quinientos pesos en comprar armas, y por esto traigo una cota, para defenderme del que quisiere matarme.—No plegue á Dios, Juan de Rada, que yo haga tal.» Ibase ya el capitan, cuando un loco que para su diversion tenia el marqués, y estaba presente, le dijo: «¿Por qué no le das de esas naranjas?» Eran entonces muy apreciadas por ser las primeras que se conocian. «Dices bien,» respondió el marqués, y cortando por su mano seis del árbol que tenia delante, se las dió, añadiendo al oido que le dijese si necesitaba de algo para franqueárselo. Besóle por ello las manos Juan de Rada, y se fué á encontrar con sus amigos, que viéndole salieron del cuidado en que su llamada los habia puesto.

Esta escena, en que los dos al parecer se esplicaban con ingenuidad, y que acabó de un modo tan pacífico y amistoso, no produjo otro efecto que prolongar la confianza del gobernador, y animar á los conjurados á precipitar su designio. Temian ellos ser destruidos si el marqués volvia á sus rencores ó sus sospechas, mientras que él, juzgando que ellos no trataban mas que de defenderse, y no pensando por su parte hacerles mal ninguno, creia por esto solo tenerlos seguros. Llovian sobre él avisos de lo que los conjurados trataban, principalmente en los dos dias que precedieron á la catástrofe. Dos veces se lo advirtió un clérigo á quien uno de los de Chile se lo habia descubierto: una de ellas, cenando en casa de Francisco Martinez, su hermano; él respondió que aquello no tenia fundamento, y que le parecia dicho de Indios ó deseo de ganar un caballo por el aviso; y se volvió á la mesa sin hacer mas diligencia, aunque á la verdad no volvió á probar bocado. Aquella misma noche al acostarse, un paje le dijo que por toda la ciudad se sonaba que al dia siguiente le habian de matar los de Chile; y muy enojado, le envió en mal hora, diciéndole: «Esas cosas no son para tí, rapaz.» A la mañana siguiente, último dia que habia de vivir, le anunciaron lo mismo que le tenia dicho el paje, y se contentó con decir tibiamente á su alcalde mayor, el doctor Juan Velazquez, que prendiese á los principales de Chile. Habíaselo mandado otra vez y con igual tibieza, como si no se tratase de peligro suyo personal. El doctor que ya le tenia dicho, que mientras él regentase la vara que llevaba en la mano no tuviese temor ninguno, le volvió á dar la misma seguridad y le ofreció adquirir las noticias convenientes. Cosa por cierto bien digna de notarse, que ya que él tomaba este negocio con tanta indiferencia, ni su hermano Martinez de Alcántara ni su secretario Picado, á quien tanto iba en ello, ni sus demás amigos, noticiosos como debian ya estar de estos rumores, no tratasen de reunirse, de acompañarle y de formar una guardia al rededor de su persona, que atajase los designios de aquellos hombres determinados. Mas la ciega confianza que él manifestaba se comunicaba á los otros, y prosiguió cerrando los oidos á todos los avisos de la prudencia; como si fuera mengua del valor ó desdoro de la grandeza, suponer que alguno se les atreva. Asi en tales casos los hombres valientes se pierden por el esceso de su arrogancia, á la manera que los pusilánimes suelen precipitar su ruina por el esceso de sus temores.

Entre tanto los conjurados, si bien ya resueltos á matarle, no estaban ciertos aun ni del modo ni del dia. Hallábanse aquella mañana (domingo 26 de junio de 1541) los principales en casa de don Diego, y Juan de Rada todavía reposando, cuando un Pedro de San Millan entra y le dice: «¿Qué haceis? De aquí á dos horas nos van á hacer cuartos á todos: asi lo acaba de decir el tesorero Riquelme.» Salta Juan de Rada al instante de su lecho y toma sus armas, los demás se arman tambien; él los anima en pocas palabras, manifestándoles que la accion á que estaban resueltos, antes conveniente á su ambicion y á su venganza, es ya absolutamente precisa para su salvacion en el peligro en que se ven: todos le responden segun su deseo, y se precipitan desesperados á la calle. Ondeaba ya en el aire á una de las ventanas de la casa el paño blanco, á cuya señal debian de armarse y venir á acudirles los cómplices que estaban lejos. Entraron en la plaza, y uno de ellos, Gomez Perez, por no mojarse los piés en un charco de agua que acaso allí habia derramado de una acequia, hizo un pequeño rodeo. Repara en ello Juan de Rada, y entrándose por el agua, se va á él mal

enojado, y le dice: «¿Con que vamos á mancharnos en sangre humana, y rehusais mojaros los piés con agua? Vos no sois para el caso; ea, volveos;» y sin consentirle pasar adelante, le hizo al punto retirar, y Gomez no asistió al hecho (1). Este hecho sin duda era atroz y criminal, pero no alevoso ni vil. A la mitad del dia, y gritando furiosos: «¡Viva el rey! ¡Mueran tiranos!» atraviesan la plaza y se abalanzan á las casas de su enemigo como quien á banderas desplegadas, y al eco de la guerra y de los atambores asalta una plaza fuerte. Nadie les salió al encuentro en el camino, y sea indiferencia, sea odio á la dominacion presente, de cuantos á aquella hora estaban en la plaza, y quizá pasaban de mil, ninguno se opuso á su intento, y los veian y dejaban ir, diciéndose friamente unos á otros: «Estos van á matar á Picado ó al marqués.»

Estaban con él á la sazon un crecido número de sus amigos y dependientes, haciéndole la córte. Uno de los pajes, que estaba en la plaza, viendo á los conjurados en ella y conociendo á Juan de Rada, corrió al momento y se entró por la casa del marqués, gritando: «Al arma, al arma; que los de Chile vienen á matar al marqués mi señor.» Con estas voces se levantaron todos alterados, y bajaron hasta el primer descanso de la escalera á ver lo que seria, cuando ya estaban por el segundo patio los conjurados repitiendo sus temerosos clamores. El marqués, intrépido y resuelto, se entró á su recámara para armarse, y desnudándose la ropa talar de grana que tenia vestida, se puso una coracina y tomó un arma enastada. Asistian á su lado su hermano Francisco Martinez de Alcántara, un caballero llamado don Gomez de Luna y dos pajes. Los otros circunstantes, cuál por un lado, cuál por otro, habian desaparecido, quedando en la sala solo el capitan Francisco de Chaves con dos criados suyos. La puerta de la sala estaba cerrada, y si asi permaneciera, como lo habia mandado el marqués, el hecho hubiera sido mas difícil. Subian ya por la escalera los matadores, guiándolos Juan de Rada, que exaltado hasta el entusiasmo por verse en aquel dia y en aquel paso tan deseado de su amistad y de su rencor, repetia el nombre del muerto Almagro en ecos de feroz alegría. Empezaron á combatir la puerta, que Chaves por aturdimiento ó por miedo mandó abrir: entonces ellos entraron por la sala, buscando con los ojos á la víctima. Chaves les decia: «¿Qué es esto, señores? No se entienda conmigo el enojo del marqués; yo fuí siempre amigo; mirad que os perdeis.» Una estocada mortal puso término á sus voces, y sus dos criados perecieron con él allí. Pasan adelante y llegan á las puertas de la cámara del marqués, ya preparado á defenderla con los pocos que le quedaban. Lucha por cierto bien desigual: de una parte un viejo de mas de sesenta años (2), dos hombres y dos muchachos; y de la otra diez y nueve soldados robustos y valientes, á quienes la misma atrocidad y desesperacion aumentaba la fuerza y la osadía. Peleó sin embargo con ellos el marqués, y les resistió la entrada con una destreza y un esfuerzo digno de sus mejores tiempos y de sus antiguas proezas. «¿Qué desvergüenza es esta? ¿Por qué me quereis matar? A ellos, que traidores son.» Asi clamaba él mientras que ellos gritaban: «Ea, muera; que se nos pasa el tiempo;» y diciéndose injurias y dándose cuchilladas continuaban la mortal refriega, sin conocerse ventaja de una parte ni de otra, en tal manera que los conjurados pedian á toda prisa armas enastadas para mejorarse. Al fin, Juan de Rada, dando un empellon á su compañero Narvaez, que estaba delantero, le echó encima de Pizarro para que él y los suyos, embarazados en herirle, no estorbasen tanto la entrada á los demás. Asi pudieron ganar la puerta, y ya entonces la suerte del combate no podia permanecer incierta mucho tiempo. Cayó muerto Martinez de Alcántara, muertos fueron tambien los dos pajes, y derribado en tierra gravemente herido don Gomez. El marqués, aunque solo y teniendo que hacer rostro á todas partes, pudo defenderse algunos momentos mas; pero desangrado, fatigado y sin aliento, apenas podia ya revolver la espada, y una grande herida que recibió en la garganta le hizo en fin venir al suelo. Respiraba aun y pedia confesion, cuando uno de ellos, que á la sazon tenia una alcarraza de agua en las manos, le dió con ella fuertemente en la cabeza, y á la violencia de aquel golpe inhonesto acabó de rendir el alma el conquistador del Perú.

No contentos con verle muerto de este modo deplorable, algunos de los conjurados empezaban ya á tratar de arrastrarle á la plaza y hacerle allí pasar por la afrenta del patíbulo. Los ruegos del obispo le salvaron de este último ultraje; y el cadáver, envuelto en un paño blanco, fue llevado á toda prisa y como á escondidas por sus criados á la iglesia. Allí hicieron un hoyo de pronto, y sin pompa ni ceremonia alguna le enterraron, temiéndose á cada instante que le viniesen á cortar la cabeza para ponerla en el garfio de los malhechores. Saqueábanse entre tanto sus casas y su recámara, donde habia por valor de mas de 100,000 pesos. Sus dos hijos (3), niños aun, fugitivos y descarriados mientras sucedia la catástrofe, fueron buscados y puestos en seguro por los mismos fieles criados que hicieron los últimos honores al cadáver del padre. Su muerte no fue sentida ni vengada tampoco al pronto, porque unos capitanes que al rumor y al alboroto se armaron y acudieron á socorrerle, ya cuando llegaron á la plaza supieron que era muerto, y se retiraron á sus casas. Todo pues quedó allanado; y sumergida Lima en silencio y en terror, Juan de Rada proclamó solemnemente por gobernador á su jóven alumno, que al instante pasó á ocupar el palacio del marqués, y á ejercer su autoridad desde allí.

Entonces el viejo Almagro, si pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozara en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfaccion y de alegría. Pero ¡cuán cortos fue-

(1) Este incidente, que pinta tan al vivo la penetracion y denuedo de Juan de Rada, se halla en Montesinos, año de 1541.

(2) Los historiadores no están acordes en la edad que entonces tenia. Herrera le da sesenta y tres años, otros sesenta y cinco.

(3) Véase el apéndice 8.°

ran y cuán acerbos despues á su corazon paternal! Veríale al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener; divididos sus feroces capitanes, y matándose desastradamente unos á otros sin poderlo él estorbar; arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey; vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar, pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.

APENDICES A LA VIDA DE FRANCISCO PIZARRO.

I.

Sobre si sabia ó no firmar.

Aunque la mayor parte de los escritores antiguos y modernos han afirmado que Pizarro no sabia escribir ni leer, algunos han dudado del hecho, y aun se han inclinado á lo contrario, entre ellos don Juan Bautista Muñoz, que de la inspeccion de algunos documentos que aparecen firmados y escritos á nombre de aquel conquistador, ha deducido que sabia escribir y escribia bien. Véanse los diferentes apuntes que dejó escritos para su historia, en donde una vez sola manifiesta esta opinion. Si se atendiese á la autoridad de Montesinos, escritor casi contemporáneo, podria creerse que por lo menos sabia firmar, pues se esplica así en sus *Anales*, año de 1525: «En este viaje trató Pizarro de aprender á leer, no le dió su viveza lugar á ello; contentóse solo con firmar, de lo que se reia Almagro, y decia que firmar sin saber leer era lo mismo que recibir herida sin poder darla. En adelante firmó siempre Pizarro por sí, y por Almagro su secretario.» Aun esta noticia está dada tan ligeramente por Montesinos, que no advirtió la contradiccion que decia con ella lo que se espresa en la escritura de compañía entre Fernando de Luque, Pizarro y Almagro, celebrado en el año siguiente de 526; donde se dice que por no saber firmar ni Pizarro ni Almagro, lo hacen por ellos los testigos Juan de Panés y Alvaro del Quiro.

Mas seguro y positivo está Zárate, cuando en el cap. 9 del lib. 4 de su *Historia del Perú* dice que de todo punto no sabian Pizarro ni Almagro leer ni firmar, y que Pizarro en todos los despachos que hacia, así de gobernacion como de repartimiento de Indios, libraba haciendo dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro.» Esto está plenamente confirmado con los muchos documentos que aun existen, en que se ve al conquistador firmar del modo espresado. En una de las contratas que hizo con la córte por agosto de 1529 se dice al fin: «Señalólo con una señal propia suya, por no saber firmar.» Esta señal, segun yo lo observé en 1813, mediante el favor de mi difunto amigo don Manuel de Valbuena, encargado á la sazon del archivo de Indias, eran las dos rúbricas de que habla Zárate, entre las cuales despues sus secretarios ponian *ó Francisco Pizarro ó el marqués de Pizarro*. Hay muchas de estas firmas, y de diferentes letras, segun mudaba de secretarios: las unas son de letra constantemente igual, menuda y clara, y parecen ser indubitablemente de la misma mano que lo demás del documento; pero luego que tomó por secretario á Antonio Picado, ya el nombre de Francisco Pizarro, que está entre aquellas dos rúbricas ó garabatos, es de una letra enteramente diversa de la anterior, alta, estrecha y rasgueada, probablemente del mismo Picado. Aun en el uso de las rúbricas hubo alguna novedad; porque á lo último ya no ponia mas que una, la de la mano izquierda, y la de la derecha fue sustituida por una rúbrica de la misma mano que el nombre, esto es, de Picado.

Con esta investigacion, menuda á la verdad, pero no absolutamente importuna en la vida de un personaje tan célebre, queda desvanecida la duda sobre el hecho controvertido, y se esplica cómo, aun cuando se encuentran documentos escritos y firmados al parecer por Francisco Pizarro, él, sin embargo, ni los escribió ni los firmó.

II.

Escritura de compañía entre Pizarro, Almagro y Luque, segun se halla en los *Anales* de don Fernando Montesinos, año de 1526.

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Santísima Vírgen Nuestra Señora, hacemos esta compañía.

Sepan cuantos esta carta de compañía vieren como yo don Fernando de Luque, clérigo presbítero, vicario de la santa iglesia de Panamá, de la una parte; y de la otra el capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos en esta ciudad de Panamá, decimos: Que somos concertados y convenidos de hacer y formar compañía, la cual sea firme y valedera para siempre jamás en esta manera: Que por cuanto nos, los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro tenemos licencia del señor gobernador Pedro Arias de Avila para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reinos llamados del Perú, que está por noticia que hay, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte; y porque para hacer la dicha conquista y jornada y navíos y gente y bastimento y otras cosas que son necesarias, no lo podemos hacer por no tener dinero y posibilidad tanta cuanta es menes-

ter, y vos el dicho don Fernando de Luque nos los dais porque esta compañía la hagamos por iguales partes, somos contentos y convenidos de que todos tres hermanablemente, sin que hayan de haber ventaja ninguna mas el uno que el otro, ni el otro que el otro, de todo lo que descubriere, ganare y conquistare y poblare en los dichos reinos y provincias del Perú. Y por cuanto vos el dicho don Fernando de Luque nos dísteis, y poneis de puesto por vuestra parte en esta dicha compañía, para gastos de la armada y gente que se hace para la dicha jornada y conquista del dicho reino del Perú, veinte mil pesos en barras de oro y de á cuatrocientos y cincuenta maravedís el peso, los cuales los recibimos luego en las dichas barras de oro, que pasaron de vuestro poder al nuestro en presencia del escribano de esta carta, que lo valió y montó; y yo Hernando del Castillo doy fé que los vide pesar los dichos veinte mil pesos en las dichas barras de oro, y lo recibieron en mi presencia los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y se dieron por contentos y pagados de ella. Y nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro ponemos de nuestra parte en esta dicha compañía la merced que tenemos del dicho señor gobernador, y que la dicha conquista y reino que descubriremos de la tierra del dicho Perú, que en nombre de su majestad nos ha hecho, y las demás mercedes que nos hiciere y acrescentare su majestad y los de su consejo de las Indias de aquí adelante, para que de todo goceis y hayais vuestra tercera parte, sin que en cosa alguna hayamos de tener mas parte cada uno de nos, el uno que el otro, sino que hayamos de todo ello partes iguales. Y mas, ponemos en esta dicha compañía nuestras personas y el haber de hacer dicha conquista y descubrimiento con asistir con ellas en la guerra todo el tiempo que se tardare en conquistar y ganar y poblar el dicho reino del Perú, sin que por ello hayamos de llevar ninguna ventaja y parte mas de la que vos el dicho don Fernando de Luque lleváredes, que ha de ser por iguales partes todos tres, asi de los aprovechamientos que con nuestras personas tuviéremos, y ventajas de las partes que nos cupieron en la guerra, y en los despojos y ganancias y suertes que en la dicha tierra del Perú hubiéremos y gozáremos, y nos cupiere por cualquier via y forma que sea, asi á mí el dicho capitan Francisco Pizarro como á mí Diego de Almagro, habeis de haber de todo ello, y es vuestro, y os lo daremos bien y fielmente, sin desfraudaros en cosa alguna de ello, la tercera parte; porque desde ahora en lo que Dios Nuestro Señor nos diere decimos y confesamos que es vuestro y de vuestros herederos y sucesores, de quien en esta dicha compañía sucediere y lo hubiere de haber, en vuestro nombre se lo daremos, y le daremos cuenta de todo á vos y á vuestros sucesores, quieta y pacíficamente, sin llevar mas parte cada uno de nos que vos el dicho don Fernando de Luque y quien vuestro poder hubiere y le perteneciere; y asi de cualquier dictado y estado de señorío perpétuo ó por tiempo señalado que su majestad nos hiciere merced en el dicho reino del Perú, asi á mí el dicho capitan Francisco Pizarro, ó á mí el dicho Diego de Almagro, ó á cualquiera de nos, sea vuestro el tercio de toda la renta y estado y vasallos que á cada uno de nos se nos diere é hiciere merced, en cualquier manera ó forma que sea, en el dicho reino del Perú, por via de estado ó renta, repartimiento de indios, situaciones, vasallos, seais señor y goceis de la tercia parte de ello como nosotros mismos, sin adicion ni condicion ninguna, y si la hubiere y alegáremos, yo el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y en nuestros nombres nuestros herederos, que no seamos oidos en juicio ni fuera dél, y nos damos por condenados en todo y por todo, como en esta escritura se contiene, para lo pagar y que haya efecto; y yo el dicho don Fernando de Luque hago la dicha compañía en la forma y manera que de suso está declarado, y doy los veinte mil pesos de buen oro para el dicho descubrimiento y conquista del dicho reino del Perú, á pérdida ó ganancia, como Dios Nuestro Señor sea servido, y de lo sucedido en el dicho descubrimiento de la dicha gobernacion y tierra he yo de gozar y haber la tercera parte, y la otra tercera para el capitan Francisco Pizarro, y la otra tercera para Diego de Almagro, sin que el uno lleve mas que el otro, asi de estado de señor como de repartimiento de indios perpetuos, como de tierras y solares y heredades, como de tesoros y escondrijos encubiertos, como de cualquier riqueza ó aprovechamiento de oro, plata, perlas, esmeraldas, diamantes y rubíes, y de cualquier estado y condicion que sea, que los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro hayais y tengais en el dicho reino del Perú, me habeis de dar la tercera parte. Y nos el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro decimos que aceptamos la dicha compañía y la hacemos con el dicho don Fernando de Luque de la forma y manera que lo pide él y lo declara, para que todos por iguales partes hayamos en todo y por todo, asi de estados perpetuos que su majestad nos hiciese mercedes en vasallos é indios, ó en otras cualesquiera rentas, goce el derecho don Fernando de Luque, y haya la dicha tercia parte de todo ello enteramente, y goce de ello como cosa suya desde el dia que su majestad nos hiciere cualesquiera mercedes, como dicho es. Y para mayor verdad y seguridad de esta escriptura de compañía y de todo lo en ella contenido, y que os acudiremos y pagaremos nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro á vos el dicho Fernando de Luque con la tercia parte de todo lo que se hubiere y descubriere y nosotros hubiéremos por cualquier via y forma que sea; para mayor fuerza de que lo cumpliremos como en esta escriptura se contiene, juramos á Dios Nuestro Señor y los Santos Evangelios, donde mas largamente son escritos y están en este libro Misal, donde pusieron sus manos el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hicieron la señal de la cruz en semejanza de esta † con sus dedos de la mano, en presencia de mí el presente escribano, y dijeron que guardarán y cumplicarán esta dicha compañía y es-

criptura en todo y por todo como en ella se contiene, so pena de infames y malos cristianos, y caer en caso de menos valer, y que Dios se lo demande mal y caramente; y dijeron el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro: Amen, y asi lo juramos y le daremos el tercio de todo lo que descubriremos y conquistaremos, y poblaremos en el dicho reino y tierra del Perú, y que goce de ello como nuestras personas, de todo aquello en que fuere nuestro y tuviéremos parte, como dicho es en esta dicha escriptura, y nos obligamos de acudir con ello á vos el dicho don Fernando de Luque y á quien en vuestro nombre le perteneciere y hubiere de haber, y les daremos cuenta con pago de todo ello cada y cuando que se nos pidiere, hecho el dicho descubrimiento y conquista y poblacion del dicho reino y tierra del Perú; y prometemos que en la dicha conquista y descubrimiento nos ocuparemos y trabajaremos con nuestras personas sin ocuparnos en otra cosa hasta que se conquiste la tierra y se ganare, y si no lo hiciéremos seamos castigados por todo rigor de justicia por infames y perjuros, seamos obligados á volver á vos el dicho don Fernando de Luque los dichos veinte mil pesos de oro que de vos recibimos. Y para lo cumplir y pagar y haber por firme todo lo en esta escriptura contenido, cada uno por lo que le toca, renunciaron todas y cualesquier leyes y ordenamientos y pragmáticas, y otras cualesquier constituciones, ordenanzas, que esten fechas en su favor y cualesquiera de ellos, para que aunque las pidan y aleguen, que no los valga. Y valga esta escriptura dicha y todo lo en ella contenido, y traiga aparejada y debida ejecucion, asi en sus personas como en sus bienes, muebles y raices, habidos y por haber; y para lo cumplir y pagar, cada uno por lo que le toca, obligaron sus personas y bienes habidos y por haber, segun dicho es, y dieron poder cumplido á cualesquier justicias y jueces de su majestad para que por todo rigor y mas breve remedio de derecho les compelan y apremien á lo asi cumplir y pagar, como si lo que dicho fuese sentencia difinitiva de juez competente pasada en cosa juzgada; y renunciaron cualesquier leyes y derechos que en su favor hablan, especialmente la ley que dice que general renunciacion de leyes no vala. Que es fecha en la ciudad de Panamá á diez dias del mes de marzo, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos vente y seis años: testigos que fueron presentes á lo que dicho es, Juan de Panés y Alvaro del Quiro y Juan de Vallejo, vecinos de la ciudad de Panamá; y firmó el dicho don Fernando de Luque, y porque no saben firmar el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, firmaron por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro del Quiro, á los cuales otorgantes yo el presente escribano doy fé que conozco.—*Don Fernando de Luque.* —A su ruego de Francisco Pizarro, *Juan de Panés*, y á su ruego de Diego de Almagro, *Alvaro de Quiro.*—E yo Hernando del Castillo, escribano de su majestad y escribano público y del número de esta ciudad de Panamá, presente fuí al otorgamiento de esta carta, y la fice escribir en estas cuatro fojas con esta, y por ende fice aqui este mi signo á tal en este testimonio de verdad.—*Hernando del Castillo*, escribano público.

NOTA. Lo mas particular que hay en este convenio, y que no se ha apuntado por ninguno de los historiadores, á lo menos que yo sepa, es que Hernando de Luque no era mas que lo comunmente se dice una testa de ferro en este caso, y que el verdadero contratista y asociado era el licenciado Gaspar de Espinosa, que se valió de su nombre para entrar á la parte de la empresa, y dió los veinte mil pesos de oro. Esto consta de una escritura otorgada en Panamá á 6 de agosto de 1531 ante el mismo escribano, por la cual Hernando de Luque, refiriéndose á la antecedente de 1526, cede y traspasa la tercera parte que por su virtud le toca en el licenciado Gaspar de Espinosa (que está presente y acepta), porque asi es verdad que hizo y efectuó la dicha compañía y contrato por mandado y comision del señor licenciado Gaspar de Espinosa, que presente está; y los veinte mil pesos de oro de ley perfecta los recibió del dicho señor licenciado y son suyos, y hice la dicha compañía con ellos á su ruego para él y por su mandado. Testigos, Alonso de Quirós, Juan Diaz Guerrero, Juan de Vallejos, vecinos de Panamá.»

Noticia sacada de la obra inédita intitulada *Noticia general del Perú, Tierra-Firme y Chile*, por Francisco Lopez de Caravantes, contador de cuentas en el tribunal de la contaduría mayor de las mismas provincias. Esta obra estuvo antes en la librería del colegio mayor de Cuenca de Salamanca, y ahora existe en la particular de su majestad.

III.

Conferencia que tuvo Almagro con Pedrarias para separarle de la asociacion en la empresa del descubrimiento del Perú, segun la cuenta Oviedo en el cap. 23, parte 2.ª de su *Historia general.*

«En el cual tiempo (febrero de 1527) yo tuve ciertas cuentas con Pedrarias, y haciendo la averiguacion de ellas en su casa, donde nos juntabámos á cuentas, entró al capitan Diego de Almagro un dia, é le dijo: Señor, ya vuesamerced sabe que en esta armada é descubrimiento del Perú teneis parte con el capitan Francisco Pizarro y con el maestreescuela don Fernando de Luque, mis compañeros, y conmigo, y que no habeis puesto en ella cosa alguna, y que nosotros estamos perdidos, é habemos gastado nuestras haciendas y las de otros nuestros amigos, y nos cuesta hasta el presente sobre quince mil castellanos de oro, é agora el capitan Francisco Pizarro é los cristianos que con él están tienen mucha necesidad de socorro é gente é caballos, é otras muchas cosas para proveerlos, porque no nos acabemos de perder, ni se pierda tan buen principio como el que tenemos en esta empresa, de que tanto bien se espera. Suplico á usía que nos socorrais con algunas vacas para hacer carnes, y con algunos dineros para comprar caballos y otras cosas de que hay necesidad, como jarcias y lonas é pez para los

navíos, que en todo se terná buena cuenta y la hay de lo que hasta aquí se ha gastado, para que así goce cada uno é contribuya por rata segun la parte que tuviere; é pues sois partícipe en este descubrimiento, por la capitulacion que tenemos, no seais, señor, causa que el tiempo se haya perdido y nosotros con él; ó si no quereis atender el fin de este negocio, pagad lo que hasta aquí os cabe por rata, y dejémoslo todo. A lo cual Pedrarias, despues que hobo dicho Almagro, respondió muy enojado y dijo: Bien parece que dejo yo la gobernacion, pues vos decis eso; que lo que yo pagara si nó me hobieran quitado el oficio, fuera que me diérades muy estrecha cuenta de los cristianos que son muertos por culpa de Pizarro é vuestra, é que habeis destruido la tierra al rey, é de todos esos desórdenes é muertos habeis de dar razon, como presto lo vereis, antes que salgais de Panamá. A lo cual replicó el capitan Almagro, é le dijo: Señor, dejaos de eso; que pues hay justicia é juez que nos tenga en ella, muy bien es que todos den cuenta de los vivos é de los muertos, é no faltará á vos, señor, de que deis cuenta, é yo la dar é á Pizarro de manera que el emperador nuestro señor nos haga muchas mercedes por nuestros servicios: pagad si quereis gozar de esta empresa, pues que no sudais ni trabajais en ella, ni habeis puesto en ello sino una ternera que nos distes al tiempo de la partida, que podrá valer dos ó tres pesos de oro; ó alzad la mano del negocio, y soltaros hemos la mitad de lo que nos debeis en lo que se ha gastado. A esto replicó Pedrarias, riéndose de mala gana, é dijo: No lo perderedes todo, é me dareis cuatro mil pesos; é Almagro dijo: Todo lo que nos debeis os soltamos, é dejadnos con Dios acabar de perder ó ganar. Como Pedrarias vido que ya le soltaban lo que él debia en el armada, que á buena cuenta eran mas de cuatro ó cinco mil pesos, dijo: ¿Qué me dareis de mas de eso? Almagro dijo: Daros he trescientos pesos, muy enojado; y juraba á Dios que no los tenia, pero que él los buscaria por se apartar de dél é no le pedir nada. Pedrarias replicó é dijo: Y aun dos mil me dareis. Entonces Almagro dijo: Daros he quinientos. Mas de mil me dareis, dijo Pedrarias; é continuando su enojo Almagro dijo: Mil pesos os doy y no los tengo, pero yo daré seguridad de los pagar en el término que me obligare; é Pedrarias dijo que era contento; é asi se hizo cierta escritura de concierto, en que quedó de le pagar mil pesos de oro con que se saliese, como se salió, de la compañía Pedrarias, é alzó la mano de todo aquello, é yo fui uno de los testigos que firmamos el asiento é conveniencia, é Pedrarias se desistió é renunció todo su derecho en Almagro é su compañía, y de esta forma salió del negocio, y por su poquedad dejó de atender para gozar de tan gran tesoro como es notorio que se ha habido en aquellas partes.»

IV.

Capitulacion hecha por Francisco Pizarro con la reina en Toledo á 26 de julio de 1529, para la conquista y poblacion de la costa de la mar del Sur, que con licencia y parecer de Pedrarias Dávila, gobernador y capitan general de las provincias de Tierra-Firme, descubrió cinco años antes á una con el capitan Diego de Almagro.

La reina.—Por cuanto vos el capitan Francisco Pizarro, vecino de Tierra-Firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del venerable padre don Fernando de Luque, maestre-escuela y provisor de la iglesia de Darien, *sede vacante*, que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitan Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicísteis relacion que vos é los dichos compañeros, con deseo de nos servir é del bien é acrecentamiento de nuestra corona real, puede haber cinco años, poco mas ó menos, que con licencia é parecer de Pedrarias Dávila, nuestro gobernador é capitan general que fue de la dicha Tierra-Firme, tomastes cargo de ir á conquistar, descubrir é pacificar é poblar por la costa del mar del Sur de la dicha tierra á la parte de Levante, á vuestra costa é de los dichos vuestros compañeros, todo lo mas que por aquella parte pudiéredes, é hicísteis para ello dos navíos é un bergantin en la dicha costa, en que asi en esto por se haber de pasar la jarcia é aparejos necesarios al dicho viaje é armada desde el Nombre-de-Dios, que es la costa del Norte, á la otra costa del Sur; como con la gente é otras cosas necesarias al dicho viaje é tornar á rehacer la dicha armada, gástásteis mucha suma de pesos de oro, é fuistes á hacer é hicísteis el dicho descubrimiento, donde pasastes muchos peligros é trabajo, á causa de lo cual os dejó toda la gente que con vos iba en una isla despoblada, con solos trece hombres que no vos quisieron dejar; y que con ellos y con el socorro que de navíos é gente vos hizo el dicho capitan Diego de Almagro, pasastes de la dicha isla é descubristes las tierras é provincias del Perú é ciudad de Tumbes, en que habeis gastado vos é los dichos vuestros compañeros mas de treinta mil pesos de oro; é que con el deseo que teneis de nos servir, querríades continuar la dicha conquista é poblacion á vuestra costa é mision, sin que en ningun tiempo seamos obligados á vos pagar y satisfacer los gastos que en ello hiciéredes, mas de lo que en esta capitulacion vos fuese otorgado; é me suplicásteis é pedistes por merced vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras, é vos concediese é otorgase las mercedes, é con las condiciones que de suso serán contenidas; sobre lo cual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulacion siguiente:

Primeramente doy licencia y facultad á vos el dicho capitan Francisco Pizarro para que por nos, y en nuestro nombre é de la corona real de Castilla, podais continuar el dicho descubrimiento, conquista y poblacion de la dicha provincia del Perú, fasta ducientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas ducientas leguas comienzan desde el pueblo que en lengua de Indios se dice Tenumpuela, é despues le llamásteis Santiago, hasta llegar al pueblo de Chincha,

que puede haber las dichas ducientas leguas de costa, poco mas ó menos.

Item: Entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro, y por honrar vuestra persona é por vos hacer merced, prometemos de vos hacer nuestro gobernador é capitan general de toda la dicha provincia del Perú, é tierras y pueblos que al presente hay é adelante hubiere en todas las dichas ducientas leguas, por todos los dias de vuestra vida, con salario de setecientos y veinte y cinco mil maravedís cada año, contados desde el dia que vos hiciésedes á la vela destos nuestros reinos para continuar la dicha poblacion é conquista; los cuales vos han de ser pagados de las rentas y derechos á nos pertenecientes en la dicha tierra que ansí habeis de poblar; del cual salario habeis de pagar en cada año un alcalde mayor, diez escuderos, é treinta peones, é un médico, é un boticario; el cual salario vos á de ser pagado por los nuestros oficiales de la dicha tierra.

Otrosí: Vos hacemos merced de título de nuestro adelantado de la dicha provincia del Perú, é ansimismo del oficio de alguacil mayor della; todo ello por los dias de vuestra vida.

Otrosí: Vos doy licencia para que con parecer y acuerdo de los dichos nuestros oficiales podais hacer en las dichas tierras é provincias del Perú hasta cuatro fortalezas en las partes y lugares que mas convengan, pareciendo á vos é á los dichos nuestros oficiales ser necesarias para guarda é pacificacion de la dicha tierra; é vos haré merced de las tenencias dellas para vos é para dos herederos é subcesores vuestros, uno en pos de otro, con salario de setenta y cinco mil maravedís en cada un año por cada una de las dichas fortalezas, que ansí estuvieron hechas; las cuales habeis de hacer á vuestra costa, sin que nos ni los reyes que despues de nos vinieren seamos obligados á vos lo pagar al tiempo que así lo gastáredes, salvo dende en cinco años despues de acabada la fortaleza, pagándoos en cada un año de los dichos cinco años la quinta parte de lo que se montare el dicho gasto, de los frutos de la dicha tierra.

Otrosí: Vos hacemos merced para ayuda á vuestra costa de mil ducados en cada un año por los dias de vuestra vida de las rentas de dichas tierras.

Otrosí: Es nuestra merced, acatando la buena vida é doctrina de la persona de dicho don Fernando de Luque, de le presentar á nuestro muy sancto padre por obispo de la ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia y gobernacion del Perú, con límites é diciones que por nos con autoridad apostólica serán señalados; y entre tanto que vienen las bulas del dicho obispado, le hacemos protector universal de todos los Indios de dicha provincia, con salario de mil ducados en cada un año, pagado de nuestras rentas de la dicha tierra entretanto que hay diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.

Otrosí: Por cuanto nos habedes suplicado por vos en el dicho nombre vos hiciese merced de algunos vasallos en las dichas tierras, é al presente lo dejamos de hacer por no tener entera relacion de ellas, es nuestra merced que entre tanto que informados proveamos en ello lo que á nuestro servicio é á la enmienda é satisfaccion de nuestros trabajos é servicios conviene, tengais la veintena parte de los pechos que nos tuviéremos en cada un año en la dicha tierra, con tanto que no esceda de mil y quinientos ducados, los mil para vos el dicho capitan Pizarro, é los quinientos para el dicho Diego de Almagro.

Otrosí: Hacemos merced al dicho capitan Diego de Almagro de la tenencia de la fortaleza que hay ú hobiere en la dicha ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia del Perú, con salario de cien mil maravedís cada un año, con mas ducientos mil maravedís cada un año de ayuda de costa, todo pagado de las rentas de la dicha tierra, de las cuales ha de gozar desde el dia que vos el dicho Francisco Pizarro llegáredes á la dicha tierra, aunque el dicho capitan Almagro se quede en Panamá ó en otra parte que le convenga; é le haremos home hijodalgo para que goce de las honras é preminencias que los homes hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Indias, islas é tierra firme del mar Océano.

Otrosí: Mandamos que las dichas haciendas é tierras é solares que teneis en Tierra-Firme, llamada Castilla del Oro, é vos están dadas como á vecino de ella, las tengais é goceis, é hagais de ello lo que quisiéredes é por bien tuviéredes, conforme á lo que tenemos concedido y otorgado á los vecinos de la Tierra-Frme; é en lo que toca á los indios é naborias que teneis é vos están encomendados, es nuestra merced é voluntad é mandamos que los tengais é goceis é sirvais de ellos, é que no vos serán quitados ni removidos por el tiempo que nuestra voluntad fuere.

Otrosí: Concedemos á los que fueren á poblar la dicha tierra que en los seis años primeros siguientes desde el dia de la data de esta en adelante, que del oro que se cogiere de las minas no paguen el diezmo, y cumplidos los dichos seis años paguen el noveno, é ansí descendiendo cada un año hasta llegar al quinto; pero del oro é otras cosas que se hubieren de rescatar, ó cabalgadas, ó en otra cualquier manera, desde luego nos han de pagar el quinto de todo ello.

Otrosí: Franqueamos á los vecinos de la dicha tierra por los dichos seis años y mas, y cuanto fuere nuestra voluntad, de almojarifazgo de todo lo que llevaren para proveimiento y provision de sus casas, con tanto que no sea para lo vender; é de lo que vendieren ellos é otras cualesquier personas, mercaderes é tratantes, ansímesmo los franqueamos por dos años tan solamente.

Item: Prometemos que por término de diez años é mas adelante, hasta que otra cosa mandemos en contrario, no impornemos á los vecinos de las dichas tierras alcabalas ni otro tributo alguno.

Item: Concedemos á los dichos vecinos é pobladores que le sean dados por vos los solares y tierras convenientes á sus personas, conforme á lo que se ha hecho é hace en la dicha isla española; é ansimismo os daremos poder para que en nuestro nombre, durante el tiempo de vuestra gobernacion, hagais la encomienda de los

Indios de la dicha tierra, guardando en ellas las instrucciones é ordenanzas que vos serán dadas.

Item: A suplicacion vuestra hacemos nuestro piloto mayor de la mar del Sur á Bartolomé Ruiz, con setenta y cinco mil maravedís de salario en cada un año, pagados de la renta de la dicha tierra; de los cuales ha de gozar desde el dia que le fuere entregado el título que de ello le mandaremos dar, é en las espaldas se asentará el juramento é solenidad que ha de hacer ante vos, é otorgado ante escribano. Ansimismo daremos título de escribano de número é del consejo de la dicha ciudad de Tumbes á un hijo de dicho Bartolomé Ruiz, siendo hábil é suficiente para ello.

Otrosí: Somos contentos é nos place que vos el dicho capitan Pizarro, cuanto nuestra merced é voluntad fuere, tengais la gobernacion é administracion de los Indios de la nuestra isla de Flores, que es cerca de Panamá, é goceis para vos é para quien vos quisiéredes de todos los aprovechamientos que hubiere en la dicha isla, asi de tierras como de solares, é montes, é árboles, mineros, é pesquería de perlas, con tanto que seais obligado por razon de ello á dar á nos é á los nuestros oficiales de Castilla del Oro, en cada un año de los que ansí fuere nuestra voluntad que vos la tengais, ducientos mill maravedís, é mas el quinto de todo el oro é perlas que en cualquier manera é por cualesquier personas se sacare en la dicha isla de Flores, sin descuento alguno, con tanto que los dichos Indios de la dicha isla de Flores no los podais ocupar en la pesquería de las perlas ni en las minas del oro ni en otros metales, sino en otras granjerías é aprovechamientos de la dicha tierra, para provision é mantenimiento de la dicha vuestra armada é de las que en adelante hubiéredes de hacer para la dicha tierra; é permitimos que si vos el dicho Francisco Pizarro, llegado á Castilla de Oro, dentro de dos méses luego siguientes, declarados ante el dicho gobernador é juez de residencia que allí estuviere, que no vos querais encargar de la dicha isla de Flores, que en tal caso no seais tenudo é obligado á nos pagar por razon de ello los dichos ducientos mill maravedís, é que se quede para nos la dicha isla, como agora la tenemos.

Item: Acatando lo mucho que han servido en el dicho viaje é descubrimiento Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, é Pedro de Candía, é Domingo de Soria Luce, é Nicolás de Ribera, é Francisco de Cuellar, é Alonso de Molina, é Pedro Alcon, é García de Jerez, ó Anton de Carrion, é Alonso Briceño, é Martin de Paz, é Juan de la Torre, é porque vos me lo suplicásteis é pedistes por merced, es nuestra merced de voluntad de les hacer merced, como por la presente vos la hacemos, á los que de ellos no son hidalgos, que sean hidalgos notorios de solar conocido en aquellas partes, é que en ellas en todas las nuestras Indias, islas y tierra firme del mar Océano gocen de las preeminencias é libertades é otras cosas de que gozan y deben ser guardadas á los hijodalgo notorios de solar conocido dentro nuestros reinos, é á los que de los usodichos son hidalgos, que sean caballeros de espuelas doradas, dando primero la informacion que en tal caso se requiere.

Item: Vos hacemos merced de veinte y cinco yeguas é otras tantos caballos de los que nos tenemos en la isla de Jamáica, é no las habiendo cuando las pidiéredes, no seamos tenudos el precio de ellas ni de otra cosa por razon de ellas.

Otrosí: Os hacemos merced de trescientos mill maravedís, pagados en Castilla del Oro, para el artillería é municion que habeis de llevar á la dicha provincia del Perú, llevando fe de los nuestros oficiales de la casa de Sevilla de las cosas que ansí comprastes é de lo que vos costó, contando el interese é cambio de ello; é mas, os haré merced de otros ducientos ducados, pagados en Castilla del Oro, para ayuda al acarreto de la dicha artillería é municiones é otras cosas vuestras desde al Nombre-de-Dios so la dicha mar del Sur.

Otrosí: Vos darémos licencia, como por la presente vos la damos, para que destos nuestros reinos é del reino de Portugal é islas de Cabo-Verde é dende, vos é quien vuestro poder hubiere quisiéredes é por bien tuviéredes, podais pasar y paseis á la dicha tierra de vuestra gobernacion cincuenta esclavos negros, en que haya á lo menos el tercio de hembras, libres de todos derechos á nos pertenecientes, con tanto que si los dejáredes é parte dellos en la isla española, San Juan, Cuba, Santiago é en Castilla del Oro, é en otra parte alguna, los que de ellas ansí dejáredes sean perdidos é aplicados, é por la presente los aplicamos, á nuestra cámara é fisco.

Otrosí: Que hacemos merced y limosna al hospital que se hiciese en la dicha tierra, para ayuda al remedio de los pobres que allá fueren, de cien mil maravedís, librados en las penas aplicadas de la cámara de la dicha tierra. Ansimismo á vuestro pedimento é consentimiento de los primeros pobladores de la dicha tierra, decidimos que haremos merced, como por la presente la hacemos, á los hospitales de la dicha tierra, de los derechos de la escubilla é relaves que hubiere en las fundiciones que en ellas se hicieren, é de ello mandaremos dar nuestra provision en forma.

Otrosí: Decimos que mandaremos, é por la presente mandamos, que hayan é residan en la ciudad de Panamá, é donde vos fuere mandado, un carpintero é un calafate, é cada uno de ellos tenga de salario treinta mil maravedís en cada un año dende que comenzaren á residir en la dicha ciudad, ó donde, como dicho es, vos les mandáredes; á los cuales les mandaremos pagar por los nuestros oficiales de la dicha tierra de vuestra gobernacion cuando nuestra merced y voluntad fuere.

Item: Que vos mandaremos dar nuestra provision en forma para que en la dicha costa del mar del Sur podais tomar cualesquier navíos que hubiéredes menester, de consentimiento de sus dueños, para los viajes que hobiéredes de hacer á la dicha tierra, pagando á los dueños de los tales navíos el flete que justo sea, no embargante que otras personas los tengan fletados para otras partes.

Ansimismo, que mandaremos, é por la presente mandamos é defendemos, que destos nuestros reinos no vayan ni pasen á las dichas tierras ningunas personas de las prohibidas que no puedan pasar á aquellas partes, so las penas contenidas en las leyes é ordenanzas é cartas nuestras que cerca de estos por nos é por los reyes católicos están dadas; ni letrados ni procuradores para usar de sus oficios.

Lo cual que dicho es, é cada cosa é parte dello vos concedemos, con tanto que vos el dicho capitan Pizarro seais tenudo é obligado de salir destos nuestros reinos con los navíos é parejos é mantenimientos é otras cosas que fueren menester para el dicho viaje y poblacion, con ducientos é cincuenta hombres, los ciento y cincuenta destos nuestros reinos é otras partes no prohibidas, é los ciento restantes podais llevar de las islas é tierra firme del mar Océano, con tanto que de la dicha tierra firme llamada Castilla del Oro no saqueis mas de veinte hombres, si no fuere de los que en el primero é segundo viaje que vos hicísteis á la dicha tierra del Perú se hallaron con vos, porque á estos damos licencia que puedan ir con vos libremente; lo cual hayais de cumplir desde el dia de la data de esta hasta seis meses primeros siguientes, allegado á la dicha Castilla del Oro; é allegado á Panamá, seais tenudo de proseguir el dicho viaje, é hacer el dicho descubrimiento é poblacion dentro do otros seis meses luego siguientes.

Item: Con condicion que cuando saliéredes destos nuestros reinos é llegáredes á las dichas provincias del Perú, hayais de llevar y tener con vos á los oficiales de nuestra hacienda que por nos están é fueren nombrados, é asimismo las personas religiosas ó eclesiásticas, que por nos serán señaladas para instruccion de los Indios é naturales de aquella provincia á nuestra santa fe católica, con cuyo parecer, é no sin ellos, habeis de hacer la conquista, descubrimiento é poblacion de la dicha tierra; á los cuales religiosos habeis de dar é pagar el flete é matalotaje é los otros mantenimientos necesarios conforme á sus personas, todo á vuestra costa, sin por ello les llevar cosa alguna durante la dicha navegacion; lo cual mucho vos lo encargamos que ansí hagais é cumplais, como cosa de servicio de Dios é nuestro; porque de lo contrario nos teníamos de vos por deservidos.

Otrosí: Con condicion que en la dicha pacificacion, conquista y poblacion, é tratamiento de dichos Indios en sus personas y bienes, seais tenudos é obligados de guardar en todo é por todo lo contenido en las ordenanzas é instrucciones que para esto tenemos fechas é se hicieren, é vos serán dadas en la nuestra carta é provision que vos mandaremos dar para la encomienda de los dichos Indios. E cumpliendo vos el dicho capitan Francisco Pizarro lo contenido en este asiento en todo lo que á vos toca é incumbe de guardar é cumplir, prometemos é vos aseguramos por nuestra palabra real que agora é de aquí adelante vos mandaremos guardar é vos será guardado. todo lo que ansí vos concedemos é facemos merced á vos é á los pobladores é tratantes en la dicha tierra; é para ejecucion y cumplimiento dello vos mandaremos dar nuestras cartas é provisiones particulares que convengan é menester sean, obligándoos vos el dicho capitan Pizarro primeramente ante escribano público, de guardar é cumplir lo contenido en este asiento que á vos toca como dicho es.—Fecha en Toledo á 26 de julio de 1529 años.—Yo LA REINA—Por mandado de su majestad.—*Juan Vazquez.*

(Copiada literalmente del traslado que existe en el tomo XV de la coleccion de manuscritos pertenecientes á marina y viajes, formada por mi amigo el señor don Martin Fernandez Navarrete).

V.

Carta de Hernando Pizarro.

A los magníficos señores, los señores oidores de la audiencia real de su majestad que reside en la ciudad de Santo Domingo.

Magníficos señores: Yo llegué á este puerto de la Yaguana, de camino para pasar á España, por mandado del gobernador Francisco Pizarro, á informar á su majestad de lo sucedido en aquella gobernacion del Perú, y la manera de la tierra y estado en que queda; y porque creo que los que á esa ciudad van darán á vuesasmercedes variables nuevas, me ha parecido escribir en suma lo sucedido en la tierra para que sean informados de la verdad, despues que de aquella tierra vino Isasaga, de quien vuesasmercedes se informarian de lo hasta allí acaecido.

El gobernador fundó en nombre de su majestad un pueblo cerca de la costa, que se llama San Miguel, veinte y cinco leguas de aquel cabo de Tumbez: dejados allí los vecinos é repartidos los indios que habia en la comarca del pueblo, se partió con sesenta de caballo é noventa peones en demanda del pueblo de Caxamalca, que tuvo noticia que estaba allí Atabaliva, hijo del cuzco viejo é hermano del que al presente era señor de la tierra: entre los dos hermanos habia muy cruda guerra, é aquel Atabaliva le habia venido ganando la tierra hasta allí, que hay desde donde partió ciento é cincuenta leguas: pasadas siete ú ocho jornadas, vino al gobernador un capitan de Atabaliva, é díjole que su señor habia sabido de su venida, é holgaba mucho de ello, é tenia deseo de conocer á los Cristianos; é así como hobo estado dos dias con el gobernador, dijo que queria adelantarse y decir á su señor como iba; y que el otro venia al camino con presente en señal de paz. El gobernador fue de camino adelante hasta llegar á un pueblo que se dice La-Ramada, que hasta allí era todo tierra llana, é desde allí era sierra muy áspera é de muy malos pasos; y visto que no volvia el mensajero de Atabaliva, quiso informarse de algunos indios que habian venido de Caxamalca, é atormentáronse é dijeron que habian oido que Atabaliva esperaba al gobernador en la sierra para darle guerra; é asi mandó apercibir la gente, dejando la regaza en el llano, é subió; é el camino era tan malo, que á la verdad, si así fuera que allí nos esperaban, ó en otro paso que hallamos desde allí á Caxamalca,

muy ligeramente nos llevaran, porque aun del diestro no podíamos llevar los caballos por los caminos, é fuera de camino ni caballos ni peones pasan por esta sierra: hasta llegar á Caxamalca hay veinte leguas.

A la mitad del camino vinieron mensajeros de Atabaliva, é trujeron al gobernador comida, é le dijeron que Atabaliva le esperaba en Caxamalca, que queria ser su amigo, é que le hacia saber que sus capitanes que habia enviado á la guerra del Cuzco su hermano, le traian preso, é que serian en Caxamalca dende en dos dias, é que toda la tierra de su padre estaba por él. El gobernador le envió á decir que holgaba mucho de ello, é que si algun señor habia que no le queria dar la obediencia, que le ayudaria á sojuzgarle: desde á dos dias llegó el gobernador á vista de Caxamalca é halló allí indios con comida; é puesta la gente en órden, caminó al pueblo, é halló que Atabaliva no estaba en él; que estaba una legua de allí en el campo con toda su gente en toldos. Visto que Atabaliva no venia á verle, envió un capitan con quince de caballo á hablar á Atabaliva, diciendo que no se aposentaba hasta saber dónde era su voluntad que se aposentasen los Cristianos; é que le rogaba que viniese, porque queria holgarse con él. En esto yo vine á hablar al gobernador, que habia ido á mirar la manera para si de noche diesen en nosotros los Indios, é díjome cómo habia enviado á hablar á Atabaliva: yo le dije que me parecia que en sesenta de caballo que tenia habia algunas personas que no eran diestros á caballo, é otros caballos, é que sacar quince caballos de los mejores era yerro, porque si Atabaliva algo quisiese hacer no podian defenderse; é que acaeciéndoles algun revés, que le haria mucha falta, é asi mandó que yo fuese con otros veinte de caballo que habia para poder ir, é que allá hiciese como me pareciese que convenia.

Cuando yo llegué á este paso de Atabaliva hallé los de caballo junto con el real: el capitan habia ido á hablar con Atabaliva; yo dejé allí la gente que llevaba, é con dos de caballo pasé al aposento de Atabaliva, é el capitan le dijo cómo iba é quien yo era; é yo dije al Atabaliva que el gobernador me enviaba á visitarle, é que le rogaba que le viniese á ver, porque le estaba esperándo para holgarse con él, é que le tenia por amigo. Díjome que un cacique del pueblo de San Miguel le habia enviado á decir que éramos mala gente é no buena para la guerra, é que aquel cacique nos habia muerto caballos é gente: yo le dije que aquella gente de San Miguel eran como mujeres, é que un caballo bastaba para toda aquella tierra, é que cuando nos viese pelear vería quién éramos; que el gobernador le queria mucho, é que si tenia algun enemigo que se lo dijese; que él lo enviaria á conquistar: díjome que cuatro jornadas de allí estaban unos indios muy recios que no podia con ellos, que allí irian cristianos á ayudar á su gente: díjele que el gobernador enviaria diez de caballo, que bastaban para toda la tierra; que sus indios no eran menester sino para buscar los que se escondiesen. Sonrióse como hombre que no nos tenia en tanto: díjome el capitan que hasta que yo llegué nunca pudo acabar con él que le hablase, sino un principal suyo hablaba por él, y él siempre la cabeza baja: estaba sentado en un duho con toda la majestad del mundo; cercado de todas sus mujeres é muchos principales cerca dél; antes de llegar allí estaba otro golpe de principales, é asi por órden cada uno del estado que eran. Ya puesto el sol, yo le dije que me queria ir; que viese lo que queria que dijese al gobernador: díjome que le dijese que otro dia por la mañana le iria á ver, y que se aposentase en tres salones grandes que estaban en aquella plaza, é uno que estaba en medio le dejasen para él.

Aquella noche se hizo buena guarda: á la mañana envió sus mensajeros, dilatando la venida hasta que era ya tarde; y de aquellos mensajeros, que venian hablando con algunas indias que tenian los cristianos, parientas suyas, les dijeron que se huyesen, porque Atabaliva venia sobre tarde para dar aquella noche en los Cristianos é matarlos: entre los mensajeros que envió vino aquel capitan que primero habia venido al gobernador al camino, é dijo al gobernador que su señor Atabaliva decia que pues los Cristianos habian ido con armas á su real, que él queria venir con sus armas. El gobernador le dijo que viniese como él quisiese; y Atabaliva partió de su real á medio dia, y en llegar hasta un campo que estaba medio cuarto de legua de Caxamalca, tardó hasta que el sol iba muy bajo. Allí asentó sus toldos é hizo tres escuadrones de gente; é á todo esto venia el camino lleno, é no habia acabado de salir del real. El gobernador habia mandado repartir la gente en tres galpones que estaban en la plaza en triángulo, é que estuviesen á caballo é armados hasta ver qué determinacion traia Atabaliva: asentados sus toldos, envió á decir al gobernador que ya era tarde, que él queria dormir allí; que por la mañana vernia: el gobernador le envió á decir que le rogaba que viniese luego, porque le esperaba á cenar, é que no habia de cenar hasta que fuese. Tornaron los mensajeros á decir al gobernador que le enviase allí un cristiano, que él queria venir luego, é que venia sin armas. El gobernador envió un cristiano, é luego Atabaliva se movió para venir, é dejó allí la gente con las armas, é llevó consigo hasta cinco ó seis mil indios sin armas, salvo que debajo de las camisetas traian unas porras pequeñas é ondas é bolsas con piedras.

Venia en unas andas, é delante dél hasta trescientos ó cuatrocientos indios con camisetas do librea, limpiando las pajas del camino é cantando, é él en medio de la otra gente, que eran caciques é principales, é los mas principales caciques le traian en los hombros, é entrando en la plaza, subieron doce ó quince indios en una fortalecilla que allí está, é tomáronla á manera de posesion con bandera puesta en una lanza. Entrado hasta la mitad de la plaza, reparó allí, é salió un fraile dominico que estaba con el gobernador, á hablarle de su parte que el gobernador le esperaba en su aposento, que le fuese á hablar; é díjole como era sacerdote, é que era enviado por el emperador para que le enseñase

las cosas de la fe si quisiesen ser cristianos, é mostróle un libro que llevaba en las manos, é díjole que aquel libro era de las cosas de Dios, é el Atabaliva pidió el libro é arrojóle en el suelo, y dijo: Yo no pasaré de aquí hasta que me deis todo lo que habeis tomado en mi tierra; que yo bien sé quién sois vosotros y en lo que andais; é levantóse en las andas, é habló á su gente, é hobo murmullos entre ellos llamando á la gente que tenian á las armas; é el fraile fué al gobernador é díjole que qué hacia, que ya no estaba la cosa en tiempo de esperar mas: el gobernador me lo envió á decir; yo tenia concertado con el capitan de la artillería que haciéndole una seña disparasen los tiros; é con la gente, que oyéndolos saliesen todos á un tiempo, é asi se hizo; é como los Indios estaban sin armas, fueron desbaratados sin peligro de ningun cristiano. Los que traian las armas é los caciques que venian al rededor dél nunca lo desampararon hasta que todos murieron al rededor dél: el gobernador salió é tomó á Atabaliva, é por defenderle le dió un cristiano una cuchillada en una mano. La gente siguió el alcance hasta donde estaban los Indios con armas: no se halló en ellos resistencia alguna, porque ya era noche; recogiéronse todos al pueblo donde el gobernador quedaba.

Otro dia de mañana mandó el gobernador que fuésemos al real de Atabaliva: hallóse en él hasta cuarenta mil castellanos, é cuatro ó cinco mil marcos de plata, é el real tan lleno de gente como si nunca hubiera faltado ninguna: recogióse toda la gente, é el gobernador les habló que se fuesen á sus casas, que él no venia á hacerles mal; que lo que habia hecho habia sido por la soberbia de Atabaliva, y él á sí mismo se lo mandó. Preguntando á Atabaliva por qué habia echado el libro y mostrado tanta soberbia, dijo que aquel capitan suyo que habia venido á hablar al gobernador le habia dicho que los Cristianos no eran hombres de guerra, é que los caballos se desensillaban de noche, é que con ducientos indios que le diesen se los ataria á todos; é que este capitan é el cacique que arriba he dicho de San Miguel le engañaron. Preguntóle el gobernador por su hermano el Cuzco; dijo que otro dia llegaria allí, que le traian preso, é que sus capitanes quedaban con la gente en el pueblo del Cuzco, é segun despues pareció, dijo verdad en todo, salvo que su hermano le envió á matar, con temor que el gobernador le restituyese en su señorío. El gobernador le dijo que él no venia á hacer guerra á los Indios, sino que el emperador nuestro señor, que era señor de todo el mundo, le mandó venir para que les viese é les hiciese saber las cosas de nuestra fe para si quisiese ser cristiano; é que aquellas tierras é todas las demás eran del emperador, é que le habia de tener por señor. El dijo que era contento; é visto que los Cristianos recogian algun oro, dijo Atabaliva al gobernador que no se curase de aquel oro, que era poco; que él les daria diez mil tejuelos, é les henchiria de piezas de oro aquel buhío en que estaba hasta una raya blanca, que seria estado é medio de alta, é el buhío tenia de ancho diez y siete ó diez y ocho piés, é de largo treinta é cinco, é que cumpliria dentro de dos meses.

Pasados los dos meses que el oro no venia, antes el gobernador tenia nuevas cada dia que venia gente de guerra sobre él, asi por ese como por dar priesa al oro que viniese, el gobernador me mandó que saliese con veinte de caballo é diez ó doce peones hasta un pueblo que se dice Guamachuco, que está veinte leguas de Caxamalca, que es donde se decia que estaban los indios de guerra; é asi fuí hasta aquel pueblo, donde hallamos cantidad de oro y plata, é desde allí la envié á Caxamalca. Unos indios que se atormentáron nos dijeron que los capitanes é gente de guerra estaban seis leguas de aquel pueblo; é aunque yo no llevaba comision del gobernador para pasar de allí, porque los Indios no cobrasen ánimo de pensar que volvíamos huyendo acordé de llegar á aquel pueblo con catorce de caballo é nueve peones, porque los demás se enviaron en guarda del oro porque tenian los caballos cojos. Otro dia de mañana llegué sobre el pueblo, é no hallé gente ninguna en él, porque segun pareció, habia seido mentira lo que los Indios habian dicho, salvo que pensaron meternos temor para que nos volviésemos.

A este pueblo me llegó licencia del gobernador para que fuese á una mezquita de que teníamos noticia, que estaba cien leguas en la costa de la mar, en un pueblo que se dice Pachacamá. Tardamos en llegar á ella veinte y dos dias, los quince dias fuimos por las sierras, é los otros por la costa de la mar: el camino de las sierras es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada; todos los arroyos tienen puentes de piedra ó de madera; en un rio grande, que era muy caudaloso é muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red, que es cosa maravillosa de ver: pasamos por ellas los caballos; tienen en cada pasage dos puentes, la una por donde pasa la gente comun, la otra por donde pasa el señor de la tierra ó sus capitanes: esta tienen siempre cerrada é indios que la guardan; estos indios cobran portazgo de los que pasan. Estos caciques de la sierra é gente tienen mas arte que no los de los llanos: es la tierra bien poblada; tiene muchas minas en mucha parte de ella; es tierra fria, nieva en ella, é llueve mucho; no hay ciénagas, es pobre de leña; en todos los pueblos principales tiene Atabaliva puestos gobernadores, é asimismo los tenian los señores antecesores suyos: en todos estos pueblos hay casas de mujeres encerradas, tienen guardas á las puertas, guardan castidad; si algun indio tiene parte en alguna de ellas, muere por ello; estas casas son unas para el sacrificio del sol, otras del Cuzco viejo, padre de Atabaliva: el sacrificio que hacen es de ovejas, é hacen chicha para verter por el suelo: hay otra casa de mujeres en cada pueblo de estos principales, asimismo guardas, que están recogidas de los caciques comarcanos, para cuando pasa el señor de la tierra sacan de allí las mejores para presentárselas, é sacadas aquellas, meten otras tantas: tambien tienen cargo de hacer

chicha para cuando pasa la gente de guerra: de estas casas sacaban indias que nos presentaban; á estos pueblos del camino vienen á servir todos los caciques comarcanos cuando pasa la gente de guerra: tienen depósito de leña ó maíz é de todo lo demás, é cuentan por unos ñudos en unas cuerdas de lo que cada cacique ha traido. Cuando nos habian de traer algunas cargas de leña, ó ovejas, ó maiz, ó chicha, quitaban de los ñudos de los que lo tenian á cargo, ó añudábanlo en otra parte: de manera que en todo tienen muy grande cuenta é razon; é todos estos pueblos nos hicieron muy grandes fiestas de danzas é bailes.

Llegados á los llanos, que es en la costa, es otra manera de gente mas bruta, no tan bien tratados, mas de mucha gente: asimismo tienen casas de mujeres, é todo lo demás como en los pueblos de la sierra. Nunca nos quisieron decir de la mezquita, que tenian en sí ordenado que todos los que nos lo dijesen habian de morir; pero como teníamos noticia que era en la costa, seguimos el camino real hasta ir á dar en ella: el camino va muy ancho, tapiado de una banda é de otra; á trechos casas de aposento fechas en él, que quedaron de cuando el Cuzco pasó por aquella tierra. Hay poblaciones muy grandes, las casas de los indios de cañizos, las de los caciques de tapias é ramadas por cobertura, porque en aquella tierra no llueve: desde el pueblo de San Miguel hasta aquella mezquita habrá ciento é sesenta ó ciento é ochenta leguas; por la costa de la tierra muy poblada; toda esta tierra atraviesa el camino tapiado; en toda ella, ni en doscientas leguas que se tiene noticia en costa adelante, no llueve; viven de riego, porque es tanto lo que llueve en la sierra, que salen de ella muchos rios; que en toda la tierra no hay tres leguas que no haya rio: desde la mar á las sierras hay en partes diez leguas, en partes doce, é toda la costa va asi: no hace frio. En toda esta tierra de los llanos, é mucho mas adelante, no tributa al Cuzco, sino á la mezquita; el obispo de ella estaba con el gobernador en Caxamalca; habíale mandado otro buhío de oro como el que Atabaliva mandó; á este propósito el gobernador me envió á ir á dar priesa para que se llevase: llegado á la mezquita é aposentados, pregunté por el oro, é negáronmelo, que no lo habia: hízose alguna diligencia, é no se pudo hallar: los caciques comarcanos me vinieron á ver é trujeron presente; é allí en la mezquita se halló algun oro podrido que dejaron cuando escondieron lo demás; de todo se juntó ochenta é cinco mil castellanos é tres mil marcos de plata.

Este pueblo de la mezquita es muy grande é de grandes edificios; la mezquita es grande é de grandes cercados é corrales; fuera de ella está otro cercado grande que por una puerta se sirve la mezquita; en este cercado están las casas de las mujeres que dicen ser mujeres del diablo, é aquí están los silos donde están guardados los depósitos del oro; aquí no está nadie donde estas mujeres están; hacen su sacrificio como las que están en las otras casas del sol que arriba he dicho. Para entrar al primero patio de la mezquita han de ayunar veinte dias, para subir al patio de arriba han de haber ayunado un año; en este patio de arriba suele estar el obispo: cuando suben algunos mensajeros de caciques, que han ya ayunado su año, á pedir al Dios que les dé maiz é buenos temporales, hallan al obispo cubierta la cabeza é asentado; hay otros indios que llaman pajes del Dios: ansí como estos mensajeros de los caciques dicen al obispo su embajada, entran aquellos pajes del diablo dentro á una camarilla, donde dicen que hablan con él, é aquel diablo les dice de qué está enojado de los caciques, é los sacrificios que se han de hacer, é los presentes que quiere que le traigan. Yo creo que no hablan con el diablo, sino que aquellos servidores suyos engañan á los caciques por servirse de ellos, porque yo hice diligencia para saberlo, é un paje viejo de los mas principales é privados de su dios, que me dijo un cacique que habia dicho que le dijo el diablo que no hobiese miedo á los caballos, que espantaban é no hacian mal: hícele atormentar, é estuvo tan rebelde en su mala secta, que nunca dél se pudo saber nada mas de que realmente le tienen por dios. Esta mezquita es tan temida de todos los Indios, que piensan que si alguno de aquellos servidores del diablo le pidiese cuanto toviese, é no lo diese, habia de morir luego; é segun parece, los Indios no adoran á este diablo por devocion sino por temor; que á mí me decian los caciques que hasta entonces habia servido aquella mezquita porque le habian miedo; que ya no habian miedo sino á nosotros, que á nosotros querian servir; la cueva donde estaba el diablo era muy oscura, que no se podia entrar en ella sin candela, é dentro muy sucia. Hice á todos los caciques que me vinieron á ver entrar dentro para que perdiesen el miedo, é à falta de predicador les hice mi sermon, diciendo el engaño en que vivian.

En este pueblo supe que un capitan, el principal de Atabaliva, estaba veinte leguas de nosotros en un pueblo que se decia Jauja: enviéle á llamar que me viniese á ver, é respondióme que yo me fuese camino de Caxamalca, que él saldria por otro camino á juntarse conmigo. Sabiendo el gobernador que el capitan estaba de paz é que queria ir conmigo, escribióme que me volviese, é envió tres cristianos al Cuzco, que es cincuenta leguas mas adelante de Jauja, á tomar la posesion e ver la tierra. Yo me volví camino de Caxamalca por otro camino que él habia ido, é adonde el capitan de Atabaliva quedó de salir á mí: no habia salido; antes supe de aquellos caciques que se estaba quedo é me habia burlado porque me viniese: desde allí volvimos hácia donde él estaba, é el camino fue tan fragoso é de tanta nieve, que se pasó harto trabajo en llegar allá; llegado al camino real, á un pueblo que se dice Bombon, topé un capitan de Atabaliva con cinco mil indios de guerra que Atabaliva llevaba en achaque de conquistar un cacique rebelde; é segun despues ha parecido, eran para hacer junta para matar á los Cristianos. Allí hallamos hasta quinientos mil pesos de oro que llevaban á Caxamalca. Este capitan me dijo que el capitan general quedaba en Jauja é sabia de nuestra ida é tenia mucho miedo: yo le envié mensajeros para que estoviese quedo, é no to-

viese temor; é hallé allí un negro que habia ido con los cristianos que iban al Cuzco, é díjome que aquellos temores eran fingidos, porque el capitan tenia mucha gente é muy buena; é que en presencia de los Cristianos la habia contado por sus ñudos, é que habia hallado treinta y cinco mil indios. Asi fuimos á Jauja: llegado á media legua del pueblo, é visto que el capitan no salia á recibirnos, un principal de Atabaliva que llevaba conmigo, á quien yo habia hecho buen tratamiento, me dijo que hiciese ir á los Cristianos en órden, porque creia que el capitan estaba de guerra: subiendo á un cerrillo que estaba cerca de Jauja, vimos en la plaza un gran bulto negro que pensamos ser cosa quemada; preguntado qué era aquello, digéronnos que eran indios: la plaza es grande é tiene un cuarto de legua. Llegados al pueblo, como nadie salia á recibirnos, iba la gente toda con pensamiento de pelear con los Indios; al entrar de la plaza salieron unos pricipales á recibirnos de paz, é dijéronnos que el capitan no estaba allí, que habia ido á pacificar ciertos caciques; é segun pareció, de temor se habia ido con la gente de guerra, é habia pasado un rio que estaba cabe el pueblo por una puente de red; enviéle á decir que viniese de paz, si no que irian los Cristianos á le destruir. Otro dia de mañana vino la gente que estaba en la plaza, que eran indios de servicio, y es verdad que habria sobre cien mil ánimas; allí estuvimos cinco dias; en todo este tiempo no hicieron sino bailar é cantar é grandes fiestas de borracheras: púsose en no venir conmigo; al cabo desde que vido la determinacion de traerle, vino de su voluntad; dejé allí por capitan al principal que llevé conmigo; este pueblo de Jauja es muy bueno é vistoso é de muy buenas salidas llanas, tiene muy buena ribera; en todo lo que anduve no me pareció mejor disposicion para asentar pueblo los Cristianos, é asi creo que el gobernador asentará allí pueblo, aunque algunos, que piensan ser allí aprovechados del trato de la mar, son de contraria opinion: toda la tierra desde Jauja á Caxamalca, donde volvimos, es de la calidad que tengo dicho.

Venidos á Caxamalca, é dicho al gobernador lo que se habia fecho, me mandó ir á España á hacer relacion á su majestad de esto y de otras cosas que convienen á su servicio. Sacóse del monton del oro cien mil castellanos para su majestad en cuenta de sus quintos. Otro dia de como partí de Caxamalca llegaran los Cristianos gue habian ido al Cuzco, é trajeron millon é medio de oro. Despues de yo venido á Panamá vino otro navío en que vinieron algunos hidalgos; dicen que se hizo repartimiento del oro. Cupo á su majestad, demás de los cien mil pesos que yo llevo é cinco mil marcos de plata, otros ciento é sesenta y cinco mil castellanos, é siete ó ocho mil marcos de plata, é á todos los que adelante venimos nos han enviado mas socorro de oro.—Despues de yo venido, segun el gobernador me escribe, supo que Atabaliva hacia junta de gente para dar guerra á los Cristianos y diz que hicieron justicia dél. Hizo señor á otro hermano suyo, que era su enemigo. Molina va á esa ciudad; del podrán vuesasmercedes ser informados de todo lo que mas quisieren saber: á la gente cupo de parte, á los de caballo nueve mil castellanos, al gobernador sesenta mil, á mí treinta mil. Otro provecho en esta tierra el gobernador no le ha habido, ni en las cuentas hobo fraude ni engaño: dígolo á vuesasmercedes, porque si otra cosa se dijere, esta es la verdad. Nuestro Señor las magníficas personas de vuesasmercedes por largos tiempos guarde é prospere. Hecha en esta villa, noviembre de 1533 años.—A servicio de vuesasmercedes.—*Hernando Pizarro.*

(Sacada de Oviedo, que la inserta en el capítulo 15 de su parte 3.ª, ó lib. 43 de su *Historia general.*)

VI.

Testimonio de la acta de particion del rescate de Atahualpa, otorgada por el escribano Pedro Sancho.

En el pueblo de Caxamalca de estos reinos de la Nueva Castilla, 17 dias del mes de junio, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de 1533, el muy magnífico señor el comendador Francisco Pizarro, adelantado, lugarteniente, capitan general y gobernador por su majestad en estos dichos reinos, por presencia de mí Pedro Sancho, teniente escribano general en ellos por el señor de Sámano, dijo: Que por cuanto en la prision y desbarate que del cacique Atahualpa y de su gente se hizo en este dicho pueblo se hobo algun oro, y despues que el dicho cacique prometió y mandó á los cristianos Españoles que se hallaron en su prision cierta cantidad de oro, la cual cantidad se halló y dijo seria un buhío lleno de diez mil tejuelos, y mucha plata que él tenia y poseia, y sus capitanes en su nombre que habian tomado en la guerra y entrada del Cuzco y en la conquista de las tierras, por muchas causas que declaró, como mas largo se contiene en el auto que de ello se hizo, que pasó ante escribano, y de ello el dicho cacique ha dado y traido y mandado dar y traer parte de ello; de lo cual conviene hacer particion y repartimiento, asi del oro y plata como de las perlas y piedras y esmeraldas que ha dado, y de su valor entre las personas que se hallaron en la prision del dicho cacique, que ganaron y tomaron el dicho oro y plata; á quien el dicho cacique le mandó y prometió y ha dado y entregado, porque cada una persona haya y tenga y posea lo que dello le perteneciere, para que con brevedad su señoría con los Españoles se despache y parta de este pueblo para ir á poblar y pacificar la tierra adelante, y por otras muchas causas que aquí no van espresadas, por ende el dicho señor gobernador dijo: Que su majestad, por sus provisiones é instrucciones, reales que le dió para la gobernacion de estos reinos y administracion que le fue dada, le manda que todos los provechos y frutos y otras cosas que en estas tierras se hallasen y ganasen lo dé y reparta entre las personas conquistadores que lo ganasen, segun y como le pareciese y que cada uno mereciese por su persona y trabajo; y que mirando lo susodicho y otras cosas que es razon y se deben mirar para hacer el repartimiento, y cada uno haya lo que la dicha plata que el dicho cacique ha dado y habido, y ha de

ver y se les ha de dar como su majestad lo manda, él queria señalar y nombrar por ante mí el dicho escribano la plata que cada una persona ha de haber y llevar, segun Dios nuestro Señor le diere á entender, teniendo conciencia; y para lo mejor hacer pedia el ayuda de Dios nuestro Señor, é invocó el auxilio divino.

E luego el dicho señor gobernador, atento á lo que es dicho y va declarado en el auto antes de este, poniendo á Dios ante sus ojos, señaló á cada una persona los marcos de plata que le parece que merece y ha de haber de lo que el dicho cacique ha dado, y en esta manera lo señaló.

Y luego en 18 de junio del mismo año de 1533 proveyó otro auto el dicho gobernador para que el oro se fundiese y repartiese; el cual se fundió y repartió en esta manera, como parece por los autos originales de donde lo he sacado, y pongo con distincion el oro y plata que cada uno recibió en las dos columnas siguientes, por no haber mas de una vez la lista de la gente, aunque allí está en dos.

	Marcos de plata.		Pesos de oro.
A la iglesia, noventa márcos de plata, 2,220 pesos de oro.	90		2,220
Al señor gobernador, por su persona, y á los lenguas y caballo.	2,350		57,220
A Hernando Pizarro.. . .	1,267		31,080
A Hernando de Soto. . .	724		17,740
Al padre Juan de Sosa, vicario del ejército. . . .	310	6	7,770
A Juan Pizarro.	407	2	11,100
A Pedro de Candía. . . .	407	2	9,909
A Gonzalo Pizarro. . . .	384	5	9,909
A Juan Cortés.	362		9,430
A Sebastian de Benalcázar.	407	2	9,909
A Cristóbal Mena ó Medina.	366		8,380
A Luis Hernando Bueno. .	384	5	9,435
A Juan de Salazar. . . .	362		9,435
A Miguel Estete.. . . .	362		8,980
A Francisco Jerez. . . .	362		8,880
Mas al dicho Jerez y Pedro Sancho, por la escritura de compañía.	94		2,220
A Gonzalo de Pineda. . .	384		9,909
A Alonso Briceño. . . .	362		8,380
A Alonso de Medina. . .	362		8,480
A Juan Pizarro de Orellana.	362		8,980
A Luis Marca..	362		8,880
A Jerónimo de Aliaga. . .	339	4	8,880
A Gonzalo Perez.. . . .	362		8,880
A Pedro de Barrientos. . .	362		8,880
A Rodrigo Nuñez. . . .	362		8,880
A Pedro Anades. . . .	362		8,880
A Francisco Maraver. . .	362		7,770
A Diego Maldonado. . .	362		7,770
A Ramiro ó Francisco de Chastes..	362		8,880
A Diego Ojuelos. . . .	362		8,880
A Ginés de Carranca. . .	362		8,880
A Juan de Quincoces. . .	362		8,880
A Alonso de Morales. . .	362		8,880

	Marcos de plata.		Pesos de oro.
A Lope Velez.	362		8,880
A Juan de Barbaian. . .	362		8,880
A Pedro de Aguirre. . .	362		8,880
A Pedro de Leon. . . .	362		8,880
A Diego Mejía.	362		8,880
A Martin Alonso.	362		8,880
A Juan de Rosas. . . .	362		8,880
A Pedro Cataño.. . . .	362		8,880
A Pedro Ortiz.	362		8,880
A Juan Morquejo. . . .	362		8,880
A Hernando de Toro. . .	316		8,880
A Diego de Agüero.. . .	362		8,880
A Alonso Perez.	362		8,880
A Hernando Beltran. . .	362		8,880
A Pedro de Barrera.. . .	362		8,880
A Francisco Baena.. . .	362		8,880
A Francisco Lopez. . . .	371	4	6,660
A Sebastian de Torres. . .	362		8,880
A Juan Ruiz..	339	3	8,880
A Francisco de Fuentes. .	362		8,880
A Gonzalo del Castillo. . .	362		8,880
A Nicolás de Azpitia. . .	339	3	8,880
A Diego de Molina. . . .	316	6	7,770
A Alonso Peto.	316	6	7,770
A Miguel Ruiz.	362		8,880
A Juan de Salinas Herrador.	362		8,880
A Juan Olz ó Loz. . . .	248	7	6,110
A Critóbal Gallego (no está en la reparticion del oro).	316	6	
A Rodrigo de Cantillana (tampoco).	294	1	
A Gabriel Telor (tampoco).	371	4	
A Hernan Sanchez. . . .	262		8,880
A Pedro Sa Páramo.. . .	271	4	6,115

INFANTERÍA.

A Juan de Porras. . . .	181		4,540
A Gregorio Sotelo. . . .	181		4,540
A Pedro Sancho.. . . .	181		4,440
A García de Paredes. . .	181		4,440
A Juan de Valdivieso. . .	181		4,440
A Gonzalo Maldonado. . .	181		4,440
A Pedro Navarro. . . .	181		4,440
A Juan Ronquillo. . . .	181		4,440
A Antonio de Bergara. . .	181		4,440
A Alonso Romero. . . .	181		4,440
A Melchor Berdugo.. . .	135	6	3,330
A Martin Bueno.. . . .	135	6	4,440
A Juan Perez Tudela. . .	181		4,440
A Iñigo Taburco.. . . .	181		4,440
A Nuño Gonzalo (no está en la reparticion del oro). .	181		
A Juan de Herrera. . . .	158		3,385
A Francisco Dávalos. . .	181		4,440
A Hernando de Aldana. .	181		4,440
A Martin de Marquina. . .	135	6	3,330
A Antonio de Herrera. . .	136	6	3,330
A Sandoval (no tiene nombre propio).	135	6	3,330
A Miguel Estete de Santiago.	135	6	3,330
A Juan Bonallo.	181		4,440
A Pedro Moguer.. . . .	181		4,440
A Francisco Perez. . . .	158	3	3,880

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Melchor Palomino. . .	135 6	3,330
A Pedro de Alconchel. . .	181	4,440
A Juan de Segovia.. . .	135 6	3,330
A Crisóstomo de Ontiveros.	135 6	3,330
A Hernan Muñoz. . . .	135 6	3,330
A Alonso de Mesa. . . .	135 6	3,330
A Juan Perez de Oma. . .	135 6	3,885
A Diego de Trujillo.. . .	158 3	3,330
A Palomino, tonelero. . .	181	4,440
A Alonso Jimenez.	181	4,440
A Pedro de Torres. . . .	135 6	3,330
A Alonso de Toro. . . .	135 6	3,330
A Diego Lopez.	135 6	3,330
A Francisco Gallegos. . .	135 6	3,330
A Bonilla..	181	4,440
A Francisco de Almendras.	181	4,440
A Escalante.	181	3,330
A Andrés Jimenez. . . .	181	4,440
A Juan Jimenez.. . . .	181	3,330
A García Martin.. . . .	181	4,440
A Alonso Ruiz.	135 6	3,330
A Lúcas Martinez. . . .	135 6	3,330
A Gomez Gonzalez.. . .	135 6	3,330
A Alonso de Alburquerque.	94	2,220
A Francisco de Bargas.. .	181	4,440
A Diego Gavilan.. . . .	181	3,884
A Contreras, difunto. . .	133	2,770
A Rodrigo de Herrera, escopetero.	135 3	3,330
A Martin de Florencia.. .	135 6	3,330
A Anton de Oviedo.. . .	135 6	3,330
A Jorge Griego.	181	4,440
A Pedro de San Millan.. .	135 6	3,330
A Pedro Catalan.. . . .	93	3,330
A Pedro Roman.	93	2,220
A Francisco de la Torre. .	131 1	2,775
A Francisco Gorducho. . .	135 6	3,330
A Juan Perez de Gamora. .	181	4,440
A Diego de Narvaez. . .	113 1	2,775
A Gabriel de Olivares. . .	181	4,440
A Juan García de Santa Olalla.	135 6	3,330
A Pedro de Mendoza. . .	135 6	3,330
A Juan García, escopetero.	135 6	3,330
A Juan Perez..	135 6	3,330
A Francisco Martin.. . .	135 6	3,330
A Bartolomé Sanchez, marinero.	135 6	3,330
A Martin Pizarro. . . .	135 6	2,330
A Hernando de Montalvo.	181	3,330
A Pedro Pinelo.	135 6	3,330
A Lázaro Sanchez. . . .	94	3,330
A Miguel Cornejo. . . .	135 6	3,330
A Francisco Gonzalez. . .	94	2,220
A Francisco Martinez (está en la lista del oro por Francisco Cozalla.. . .	135 6	2,220
A Carete (no dice nombre propio en ninguna lista). . .	182	4,440
A Hernando de Loja. . . .	135 6	3,330
A Juan de Niza.	195 6	3,330
A Fracisco de Solar. . . .	94	3,330
A Hernando de Jemendo. .	67 7	2,220
A Juan Sanchez.	94	1,665
A Sancho de Villegas. . .	135 6	3,330

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Pedro de Velva (no está en la lista del oro)	94	
A Juan Chico.	135 6	3,330
A Rodas, sastre.	94	2,220
A Pedro Salinas de la Hoz. .	125 5	3,330
A Anton Estéban García. .	186	2,000
A Juan Delgado Menzon. .	139	3,330
A Pedro de Valencia.. . .	94	2,220
A Alonso Sanchez Talavera.	94	2,220
A Miguel Sanchez. . . .	135 6	3,330
A Juan García, pregonero. .	103	2,775
A Lozano.	94	2,220
A Garci Lopez..	135 6	3,330
A Juan Muñoz..	135 6	3,330
A Juan de Berlanga. . . .	180	4,440
A Estéban García.. . . .	94	4,440
A Juan de Salvatierra. . .	135 6	3,330
A Pedro Calderon (no está en la reparticion del oro). .	135	
A Gaspar de Marquina (no está en el repartimiento de la plata).	—	3,339
A Diego Escudero (no está en la lista de la plata). . .	—	4,440
A Cristóbal de Sosa. . . .	135 6	3,330

Asimismo el señor gobernador dijo que señaaba y nombraba para que se diese á la gente lque vino con el capitan Diego de Almagro, para ayuda de pagar sus deudas y fletes y suplir algunas necesidades que traian 20,000 pesos.

Asimismo dijo que á treinta personas que quedaron en la ciudad de San Miguel de Piura dolientes, y otros que no vinieron ni se hallaron en la prision de Atahualpa y toma del oro, porque algunos son pobres y otros tienen necesidad señalaba 15,000 pesos de oro para los repartir su señoría entre las dichas personas.

Asimismo dijo que los 8,000 pesos que la compañía dió á Hernando Pizarro para que fuese á esplorar las cosas de la tierra, y otras cosas asi de barbero y cirujano, y cosas que se han dado á caciques, se saquen del dicho cuerpo ocho mil pesos.

Todo lo cual el dicho señor gobernador dijo que le parecia que era bien y estaba bien señalado, y lo que cada una persona lleva declarado que ha de haber en Dios y su conciencia, teniendo respeto á lo que su majestad le manda, y mandó que se les diese y repartiese por peso, y por ante mí el escribano á cada uno lo que lleva declarado. Fírmolo por mandado de su señoría. —*Pedro Sancho*.

(Estractado de la obra inédita, anteriormente citada, de Francisco Lopez de Caravantes).

VII.

Sobre la cronología de Herrera.

El trabajo de este historiador es hasta ahora el mas copioso y el mas instructivo de cuantos se han hecho sobre las cosas del Nuevo Mundo, y en vano esperaria nadie superarle, ni aun igualarle, en estas prendas tan útiles. Es tambien por ventura, y generalmente hablando, el mas

puntual y exacto, asi como el mas imparcial y juicioso. Pero como su obra en gran parte es mas bien una compilacion que una historia, la inesperiencia de las manos que empleaba para estractar, copiar y resumir la muchedumbre de documentos sobre que tuvo que trabajar, y á veces su misma distraccion, le hicieron cometer errores y contradicciones bastante graves, ya de tiempos, ya de lugares, disculpables á la verdad en una empresa tan vasta y ejecutada tan de prisa, pero que no por eso dejan de ser yerros, y deben advertirse cuando se encuentran, aunque no sea mas que para justificar la diferencia de opinion respecto de una autoridad de tanto peso como la suya, Sean ejemplo los siguientes, que se hayan entre algunos otros mas relativos á cronología, en el curso de los sucesos del tercer viaje desde la fundacion de San Miguel hasta la entrada en el Cuzco.

Dice primeramente que los Españoles salieron de San Miguel á 4 de setiembre de 1532 (década 5.ª, libro 1, cap. 2), y despues, en el cap. 9 del libro 2, dice que á principios del año de 33 estaba Pizarro cerca de Caxamalca; allí mismo pocos renglones mas adelante, fija la entrada en Caxamalca el viernes 15 de noviembre á hora de vísperas; y cuando los acontecimientos se suceden con la rapidez precisa á su duracion, que no fue mas que de dos dias hasta la venida y prision del inca, fija sin embargo la fecha de este suceso en el dia de la Cruz de mayo del año de 33.

Otra equivocacion bastante notable es la de la fecha de la entrada en Cuzco por los Españoles, fijada por Herrera en octubre de 1534, que debió determinar en noviembre del año anterior. El, como ya se ha dicho, pone la entrada de los Españoles en Caxamalca á principios del año 33, ó cuando mas tarde, si se atiende á la fecha de la prision del inca, en principios de mayo del mismo año; él les da siete meses de estancia en aquel punto, pasados los cuales, los hace salir para el Cuzco: claro está que si llegaron á esta capital en octubre de 1534 duró la marcha alrededor de un año, y ni la distancia ni los acontecimientos ni las paradas, tal como el historiador las describe y las cuenta, suponen semejante tardanza.

VIII.

Sobre las mujeres y los hijos de Pizarro.

No tuvo ninguna legítima, y las principales de sus amigas ó concubinas fue doña Inés de Huayllas Nusta, hija de Huayna-Capac y hermana de Atahualpa. De esta tuvo dos hijos, don Gonzalo y doña Francisca, que suenan legitimados en los testamentos de su padre. Don Gonzalo falleció de corta edad, y por su muerte la sucesion y derechos del conquistador pasaron á doña Francisca, que fue traida á España algunos años despues, de órden del rey, por Ampuero, vecino de Lima, con quien casó doña Inés de Huayllas despues de la muerte del marqués. A su venida fue tratada por la córte con algun honor en obsequio de sus padres, y casó despues con su tio Hernando Pizarro, á quien fué á asistir y consolar en su prision. De este matrimonio nacieron tres hijos y una hija, por los cuales ha pasado á la posteridad la descendencia y casa del descubridor y conquistador del Perú, y es la que hoy se conoce en Trujillo con el título de «marqueses de la Conquista.»

Los autores no concuerdan ni en el número de los hijos ni en el de las madres. El testimonio de Garcilaso, que los conoció cuando muchacho, deberia al parecer ser preferido; pero aquí se sigue la informacion judicial citada arriba (página 707) y algunos papeles inéditos de la misma casa comunicados al autor de esta vida, que todos, por ser de oficio, deben merecer mas crédito que la autoridad de Garcilaso.

De doña Inés no se sabe cuándo murió: *cuéntase* de ella que al tiempo que los Indios alzados tuvieron cercada á Lima, trató de escaparse á ellos, llevándose consigo una *petaca llena de* esmeraldas, patenas y *collares* de oro, *que ella* tenia del tiempo de su padre Huayna-Capac. Avisaron de ello al marqués, que la llamó y preguntó sobre el caso. Ella respondió que jamás habia tratado eso por sí; pero que una coya suya llamada Asapaesiu la importunaba para que fuera con un hermano suyo que estaba entre los sitiadores, Pizarro perdonó á su amiga, mas hizo venir á la coya y la mandó dar garrote en su mismo cuarto. (Montesinos, año de 1536).

FIN DE LAS BIOGRAFÍAS.

INDICE

DE LAS BIOGRAFIAS.

INDICES

DE LA

HISTORIA UNIVERSAL

POR

CESAR CANTU.

NOTA.

El primer índice es un análisis solo de la Narracion, dispuesto de modo que manifieste la conexion de las ideas, facilite las comparaciones, y sirva de repertorio de fechas; pues al lado de los sucesos principales, se pone el tiempo en que han sucedido.

Va en seguida un índice alfabético que comprende no la Narracion sola, sino tambien las Aclaraciones y Documentos; el cual ademas de facilitar á los curiosos el medio de encontrar un hecho ó un juicio, servirá á los que estudien para aproximar entre sí partes que la naturaleza de la obra separaba, y para proporcionarse asi mas completa informacion y deducir un juicio mas acabado. Se ha cuidado de que las indicaciones vengan á encontrarse junto al nombre que encierra su principal idea.

INDICE

ANALITICO Y CRONOLOGICO.

Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

HISTORIA MEDIA.

Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

HISTORIA MODERNA.

LIBRO XV. TOMO V.
Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

Años despues de J. C.

INDICE ALFABETICO.

ADVERTENCIA.—Los números romanos indican los tomos; la D. los documentos y los números árabes las páginas.

INDICE ALFABETICO.

A

B

C

CH

D

E

C

G

H

I

J

K

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

W

Y

Z

FIN DEL TOMO DÉCIMO Y ÚLTIMO.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

ERRATAS NOTABLES.

PAG.	COLUMNA.	LINEA.	DICE.	LEASE.
104.	2.ª	última.	presso.	en
107.	1.ª	11.	llaman.	llamaban
133.	2.ª	32.	Bestia.	Gorio
741.	2.ª	1.ª	373.	363
741.	2.ª	2.ª	363.	373
863.	2.ª	39.	Alejandro.	Alejandría




OCT 2 3 1974